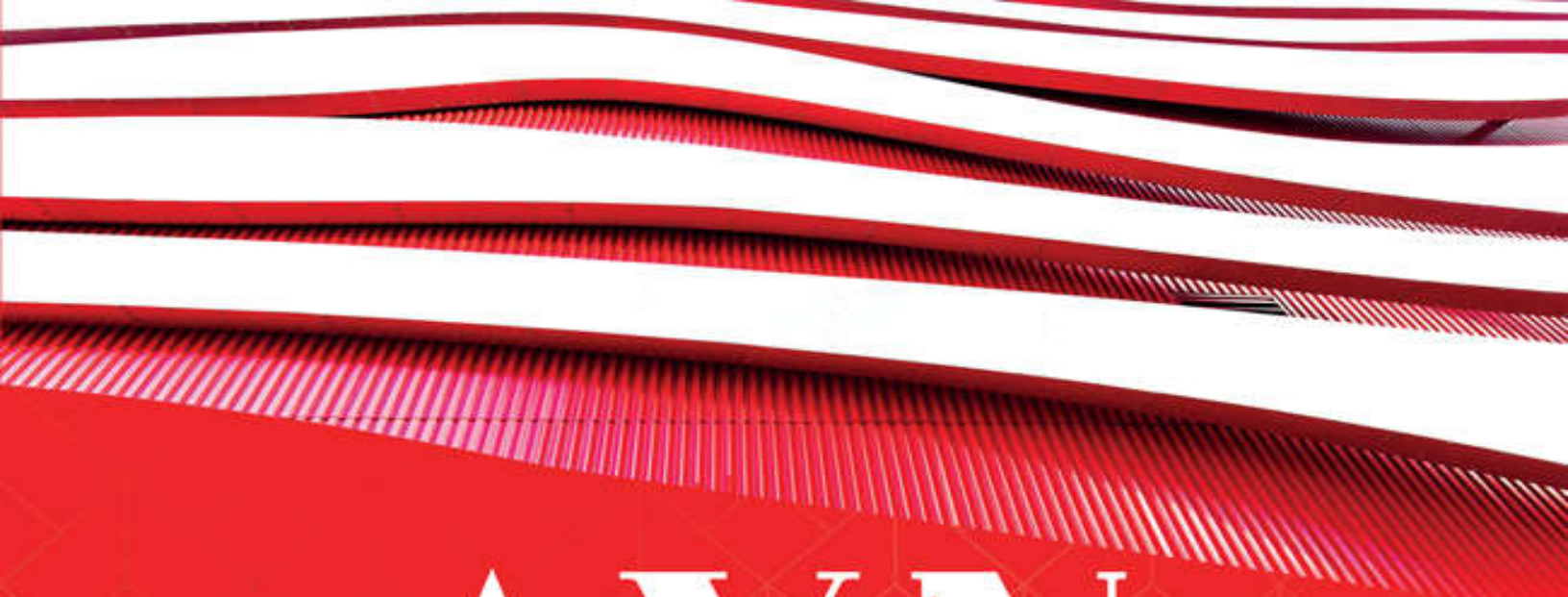


# AYN RAND

# LA REBELIÓN DE ATLAS

*(ATLAS SHRUGGED)*

Traducción de Domingo García

COLECCIÓN AYN RAND

DEUSTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Primera parte. No-contradicción
Capítulo I. El tema
Capítulo II. La cadena
Capítulo III. La cumbre y el abismo
Capítulo IV. Los motores inmóviles
Capítulo V. El clímax de los d’Anconia
Capítulo VI. Lo no-comercial
Capítulo VII. Los explotadores y los explotados
Capítulo VIII. La Línea John Galt
Capítulo IX. Lo sagrado y lo profano
Capítulo X. La antorcha de Wyatt
Segunda parte. O lo uno o lo otro
Capítulo I. El ser que pertenecía a este mundo
Capítulo II. La aristocracia del pillaje
Capítulo III. Chantaje con todas las de la ley
Capítulo IV. La sanción de la víctima
Capítulo V. Cuenta en descubierto
Capítulo VI. Metal milagroso
Capítulo VII. La moratoria de cerebros
Capítulo VIII. Por nuestro amor
Capítulo IX. El rostro sin dolor ni miedo ni culpa
Capítulo X. El signo del dólar
Tercera parte. A es A
Capítulo I. Atlántida
Capítulo II. La utopía de la codicia
Capítulo III. Anticodicia
Capítulo IV. Antivida
Capítulo V. Los guardianes de sus hermanos
Capítulo VI. El concierto de liberación
Capítulo VII. «Soy John Galt quien habla»
Capítulo VIII. El egoísta
Capítulo IX. El generador
Capítulo X. En nombre de lo mejor de nosotros
Sobre la autora
Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

## ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre** **Comparte**

# SINOPSIS

¿Quién es John Galt? ¿Por qué tiene que luchar en sus batallas no contra sus enemigos, sino contra aquellos que más le necesitan? ¿Por qué lucha la batalla más dura contra la mujer que ama?

Sabrás las respuestas a estas preguntas cuando descubras el motivo que hay tras los desconcertantes eventos que causan estragos en la vida de los asombrosos personajes que pueblan este libro. Descubrirás por qué un genio de la producción se convierte en un vulgar playboy… por qué un compositor abandona su carrera en la noche de su mayor triunfo… o por qué la bella directora de un ferrocarril transcontinental se enamora del hombre al que ha jurado asesinar.

La rebelión de Atlas es un clásico moderno y la declaración de objetivismo —su innovadora filosofía— más extensa de Rand. Ofrece al lector un espectáculo de la grandeza humana, representado con toda la poesía y poder de una de las artistas más destacadas del siglo XX.

# La rebelión de Atlas

## AYN RAND

Traducido por Domingo García



EDICIONES DEUSTO

*Para Frank O’Connor*

Primera parte

# **No-contradicción**

# Capítulo I

## El tema

—¿Quién es John Galt?

La luz estaba menguando, y Eddie Willers no podía distinguir la cara del vagabundo. El vagabundo lo había dicho con sencillez, sin expresión. Pero, desde el ocaso, allá lejos, al fondo de la calle, unos destellos amarillos alcanzaron sus ojos, unos ojos que miraban fijamente a Eddie Willers, socarrones y quietos, como si la pregunta hubiese sido dirigida a la extraña inquietud que había dentro de él.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Eddie Willers con voz tensa.

El vagabundo se apoyó contra el marco de la puerta; un trozo de cristal roto detrás de él reflejó el amarillo metálico del cielo.

—¿Por qué le molesta? —preguntó.

—No me molesta —espetó Eddie Willers.

Se llevó la mano al bolsillo apresuradamente. El vagabundo lo había parado para pedirle una moneda, y luego había seguido hablando, como si quisiese matar ese momento y postergar el problema del momento siguiente. Pedir monedas era tan frecuente en las calles esos días que no hacía falta escuchar explicaciones, y él no tenía ganas de oír los detalles de la desdicha concreta de ese vagabundo.

—Ve a por tu café —dijo, dándole la moneda a la sombra sin cara.

—Gracias, señor —dijo la voz, con apatía, y la cara se inclinó hacia delante durante un momento. La cara estaba bronceada por el viento, surcada por arrugas de cansancio y de cínica resignación; los ojos eran inteligentes.

Eddie Willers siguió andando, preguntándose por qué siempre se sentía así a esa hora del día, con esa sensación de temor sin motivo. No, pensó, no es temor, no hay nada que temer: es sólo una aprensión inmensa y difusa, sin causa ni objeto. Se había acostumbrado a esa sensación, pero no podía

hallar ninguna explicación para ella; sin embargo, el vagabundo había hablado como si supiera que Eddie la sentía, como si pensase que era algo que uno debería sentir, y aún más: como si supiese la razón.

Eddie Willers irguió los hombros con meticulosa autodisciplina. Tenía que acabar con eso, pensó; estaba empezando a imaginar cosas. ¿Siempre lo había sentido? Tenía treinta y dos años. Trató de hacer memoria. No, no siempre; pero no podía recordar cuándo había empezado aquello. La sensación lo invadía de repente, a intervalos aleatorios, y ahora le ocurría más a menudo que nunca. Es el crepúsculo, pensó; odio el crepúsculo.

Las nubes y los perfiles de los rascacielos recortados contra ellas se estaban volviendo marrones, como una vieja pintura al óleo, el color desteñido de una obra maestra. Largas vetas de mugre brotaban de la parte más alta de los edificios y bajaban por las esbeltas paredes devoradas por el hollín. Arriba, en el lateral de una torre, había una grieta con la forma de un relámpago inmóvil, de diez pisos de largo. Un objeto aserrado cortaba el cielo por encima de los tejados; era la mitad de una cúpula que aún retenía el fulgor de la puesta de sol; el enchapado de oro se había desprendido hacía ya tiempo de la otra mitad. El brillo era rojo y tranquilo, como el reflejo de un fuego: no un fuego vivo, sino uno que agoniza y que ya es demasiado tarde como para sofocarlo.

No, pensó Eddie Willers, no había nada de perturbador en aquella vista de la ciudad. Tenía el mismo aspecto que siempre había tenido.

Siguió andando, recordándose a sí mismo que volvía con retraso a la oficina. No le gustaba la tarea que tenía que hacer a su vuelta, pero había que hacerla. Así que no intentó demorarla, sino que se obligó a apretar el paso.

Dobló una esquina. Por el estrecho espacio entre las oscuras siluetas de dos edificios, como por el resquicio de una puerta, vio la página de un calendario gigante suspendido en el cielo.

Era el calendario que el alcalde de Nueva York había erigido el año anterior encima de un edificio, para que los ciudadanos pudiesen saber el día del mes igual que sabían la hora del día, mirando a lo alto de aquella torre gubernamental. Un rectángulo blanco colgaba sobre la ciudad, informando de la fecha a los hombres en las calles de abajo. A la oxidada luz de la puesta de sol de esa tarde, el rectángulo decía: 2 de septiembre.

Eddie Willers miró a otro lado. Nunca le había gustado ver ese calendario. Le incomodaba de una forma que no podía explicar o definir. La sensación parecía mezclarse con su sentido de inquietud; tenía la misma calidad.

Pensó de pronto que había una frase, algún tipo de cita, que expresaba lo que aquel calendario parecía sugerir. Pero no pudo recordarla. Caminó, devanándose los sesos en busca de esa frase, que colgaba en su mente como una silueta vacía. No podía ni llenarla ni ignorarla. Miró hacia atrás. El rectángulo blanco se alzaba sobre los tejados, diciendo con inamovible finalidad: 2 de septiembre.

Eddie Willers dirigió la mirada a la calle, a un puesto ambulante de verduras que había frente a la entrada de una casa de piedra. Vio un montón de zanahorias de color dorado brillante y de verdes puerros frescos. Vio una limpia cortina blanca ondeando en una ventana abierta. Vio un autobús doblando una esquina, conducido con maestría. Se preguntó por qué se sentía más tranquilo; y luego, por qué sintió el repentino e inexplicable deseo de que todas esas cosas no fueran dejadas allí, a la intemperie, desprotegidas frente al espacio vacío que había encima.

Cuando llegó a la Quinta Avenida, fue mirando los escaparates de las tiendas por las que pasaba. No había nada que necesitara o quisiera comprar, pero le gustaba ver la exposición de productos, de los productos que fuera, de objetos creados por el hombre para ser usados por el hombre. Disfrutaba de la vista de una calle próspera; sólo una de cada cuatro tiendas había tenido que cerrar, dejando sus vitrinas oscuras y vacías.

No supo por qué de repente pensó en el roble. Nada se lo había recordado. Pero pensó en él y en los veranos de su infancia en la finca de los Taggart. Había pasado la mayor parte de su infancia con los hijos de los Taggart, y ahora trabajaba para ellos, como su padre y su abuelo lo habían hecho para el padre y el abuelo de ellos.

El gran roble había estado en una colina sobre el Hudson, en un lugar solitario de la finca de los Taggart. A Eddie Willers, con siete años de edad, le gustaba ir y mirar ese árbol. Había estado allí cientos de años, y él pensaba que siempre estaría allí. Sus raíces agarraban la colina como un puño con los dedos metidos en la tierra, y él pensaba que si un gigante lo cogiese por la copa, no sería capaz de arrancarlo, sino que se llevaría la

colina y todo el planeta consigo, como una bola atada al extremo de una cuerda. Se sentía seguro en presencia del roble; era algo que nada podía cambiar o amenazar; era su mayor símbolo de fortaleza.

Una noche, un rayo cayó sobre el roble. Eddie lo vio a la mañana siguiente. Estaba tirado, partido por la mitad, y él miró en el interior de su tronco como quien mira la boca de un negro túnel. El tronco era sólo un cascarón vacío; su corazón se había podrido mucho tiempo atrás; no había nada dentro, sólo un fino polvo gris que se dispersaba al capricho del más leve viento. El poder vital había desaparecido, y la forma que quedaba no había sido capaz de mantenerse en pie sin ese poder vital.

Años más tarde, Eddie oyó decir que había que proteger a los niños de la conmoción, de la primera vez que oyeran hablar de la muerte, del dolor o del miedo. Pero a él ninguna de esas cosas le había dejado huella jamás; su conmoción vino estando allí de pie, muy callado, mirando el hueco negro del tronco. Fue una enorme traición, más terrible aún en cuanto no conseguía entender qué era lo que había sido traicionado. No era a sí mismo, eso lo sabía, ni su confianza; era alguna otra cosa. Se quedó allí un rato, sin hacer ningún ruido, y luego volvió caminando a casa. Nunca le habló a nadie de aquello, ni en ese momento ni después.

Eddie Willers sacudió la cabeza, mientras el chirrido de un mecanismo oxidado cambiando la luz de un semáforo lo detuvo al borde de la acera. Se sintió irritado consigo mismo. No había motivo para tener que recordar el roble esa noche. Ya no significaba nada para él, sólo una ligera nota de tristeza y, en algún lugar de su interior, un punto de dolor que se movía durante un instante y se esfumaba, como una gota de lluvia en el cristal de una ventana, con su rastro en forma de un signo de interrogación.

No quería tristeza alguna asociada a su infancia; le encantaban sus recuerdos: cualquier día de los que recordaba parecía inundado por una tranquila y brillante luz solar. Le parecía que unos cuantos rayos de esos recuerdos llegaban hasta el presente: no rayos, sino más bien puntitos de luz que le traían un resplandor momentáneo a su trabajo, a su solitario piso, a la callada y escrupulosa progresión de su existencia.

Pensó en un día de verano cuando tenía diez años. Ese día, en un claro del bosque, la única y preciosa compañera de su infancia le dijo lo que ellos harían cuando se hiciesen mayores. Las palabras eran contundentes y brillantes, como la luz del sol. Él la escuchó con admiración y sorpresa.

Cuando ella le preguntó a Eddie qué quería hacer, él respondió de inmediato: «Lo que sea correcto», dijo, y añadió: «Deberías hacer algo grande; quiero decir, tú y yo juntos». «¿El qué?», preguntó ella. «No sé», dijo él; «eso es lo que tenemos que averiguar. No sólo lo que tú has dicho. No sólo negocios y ganarnos la vida. Cosas como ganar batallas, o salvar a gente de incendios, o escalar montañas». «¿Para qué?», preguntó ella. Él dijo: «El pastor dijo el domingo pasado que siempre debemos intentar alcanzar lo mejor dentro de nosotros. ¿Qué crees que es lo mejor dentro de nosotros?». «No sé.» «Tendremos que averiguarlo», dijo él. Ella no respondió; estaba mirando hacia otro lado, a la vía del tren.

Eddie Willers sonrió. Veintidós años atrás, él había dicho: «Lo que sea correcto». Había mantenido esa afirmación sin cuestionarla desde entonces; las demás preguntas se habían desdibujado en su mente; él había estado demasiado ocupado como para planteárselas. Pero seguía pensando que era obvio que uno tenía que hacer lo que fuese correcto; nunca había entendido cómo la gente podría querer hacer algo diferente; sólo sabía que la gente lo hacía. Le seguía pareciendo sencillo e incomprensible: sencillo que las cosas debieran ser correctas, e incomprensible que no lo fuesen. Sabía que no lo eran. Pensó en eso al doblar una esquina y llegar al gran edificio de Taggart Transcontinental.

El edificio se erguía como la estructura más alta y más orgullosa de la calle. Eddie Willers siempre sonreía cada vez que volvía a verlo. Sus largas franjas de ventanas estaban enteras, a diferencia de las de sus vecinos. Sus líneas se alzaban hasta cortar el cielo, sin esquinas resquebrajadas ni bordes erosionados. Parecía estar por encima del tiempo, inmaculado. Siempre estaría allí, pensó Eddie Willers.

Cada vez que entraba en el Edificio Taggart sentía alivio y una sensación de seguridad. Era un lugar de eficiencia y de poder. Los suelos de sus salas eran como espejos de mármol. Los rectángulos congelados de sus lámparas eran focos de luz sólida. Detrás de paredes de cristal, hileras de muchachas estaban sentadas frente a máquinas de escribir, y el repiqueteo de sus teclas era como el sonido de ruedas de tren acelerando. Y, como un eco en respuesta, un leve temblor atravesaba las paredes de vez en cuando, elevándose desde debajo del edificio, desde los túneles de la gran terminal de donde los trenes salían para cruzar un continente y donde paraban después de cruzarlo de nuevo, como habían estado saliendo y parando

generación tras generación. «Taggart Transcontinental», pensó Eddie Willers, «De Océano a Océano», el orgulloso eslogan de su infancia, mucho más brillante y sagrado que cualquier mandamiento de la Biblia. «De Océano a Océano, para siempre», pensó Eddie Willers, como si fuese un epitafio, mientras atravesaba los inmaculados salones hasta llegar al corazón del edificio, al despacho de James Taggart, presidente de Taggart Transcontinental.

James Taggart estaba sentado en su escritorio. Parecía un hombre cercano a los cincuenta años que había empezado a envejecer desde la adolescencia, sin la etapa intermedia de la juventud. Tenía una boca pequeña y petulante, y el cabello ralo, aferrado a una frente con entradas. Su postura tenía una flacidez lánguida y descentrada, como desafiando a su cuerpo alto y esbelto, un cuerpo con una elegancia de linaje diseñada para la confiada pose de un aristócrata, pero transformada en el desgarbo de un patán. La carne de su rostro era pálida y blanda. Sus ojos eran insulsos y velados, con una mirada que se movía despacio, sin jamás pararse del todo, resbalando y pasando de largo por las cosas en eterno resentimiento de su existencia. Parecía obstinado y exhausto. Tenía treinta y nueve años.

Levantó la cabeza con irritación al oír el sonido de la puerta al abrirse.

—No me molestes, no me molestes, no me molestes —dijo James Taggart.

Eddie Willers se acercó al escritorio.

—Es importante, Jim —dijo, sin levantar la voz.

—Muy bien, muy bien, ¿qué pasa?

Eddie Willers miró el mapa en la pared del despacho. Los colores del mapa se habían desteñido bajo el cristal; se preguntó remotamente cuántos presidentes Taggart se habían sentado delante de ese mapa y durante cuántos años. El ferrocarril de Taggart Transcontinental, la red de líneas rojas que cortaban el desteñido cuerpo del país, desde Nueva York a San Francisco, parecía un sistema de vasos sanguíneos. Era como si en algún momento, mucho tiempo atrás, la sangre se hubiese disparado por la arteria principal y, bajo la presión de su propia superabundancia, se hubiese ramificado en puntos aleatorios, corriendo por todo el país. Una línea roja trazaba un camino sinuoso desde Cheyenne, Wyoming, hasta El Paso, Texas: era la Línea Río Norte de Taggart Transcontinental. Nuevos trazados

habían sido añadidos recientemente, y la línea roja se había extendido hacia el sur más allá de El Paso; pero Eddie apartó la mirada precipitadamente cuando sus ojos llegaron a ese punto.

Miró a James Taggart y dijo:

—Es la Línea Río Norte. —Vio cómo la mirada de Taggart se dirigía a una esquina del escritorio—. Hemos tenido otro accidente.

—Accidentes de ferrocarril ocurren todos los días. ¿Tenías que molestarme por eso?

—Ya sabes a qué me refiero, Jim. La Río Norte está acabada. Esa vía está hecha un desastre. La línea entera.

—Vamos a recibir una vía nueva.

Eddie Willers continuó como si no hubiese habido respuesta:

—La vía está hecha un desastre. De nada sirve intentar operar trenes por allí. La gente ya ni quiere arriesgarse a usarlos.

—No hay ningún ferrocarril en todo el país, me parece a mí, que no tenga unos cuantos ramales funcionando con pérdidas. No somos los únicos. Es una circunstancia nacional..., una circunstancia nacional temporal.

Eddie se quedó mirándolo en silencio. Lo que a Taggart no le gustaba de Eddie Willers era esa costumbre suya de mirar directamente a los ojos de la gente. Los ojos de Eddie eran azules, grandes e inquisitivos; tenía el pelo rubio y una cara cuadrada, común y corriente, excepto por ese aspecto de atención escrupulosa y de asombro franco y desconcertado.

—¿Qué es lo que quieres? —espetó Taggart.

—Sólo he venido a decirte algo que tenías que saber, porque alguien tenía que decírtelo.

—¿Que hemos tenido otro accidente?

—Que no podemos abandonar la Línea Río Norte.

James Taggart rara vez levantaba la cabeza; cuando miraba a la gente, lo hacía levantando sus pesados párpados y mirando hacia arriba desde debajo de la amplitud de su frente calva.

—¿Quién está pensando en abandonar la Línea Río Norte? —preguntó —. Nadie ha pensado jamás en abandonarla. Me ofende que lo hayas dicho. Me ofende mucho.

—Pero es que no hemos cumplido con un solo horario en los últimos seis meses. No hemos completado ni un solo recorrido sin algún tipo de avería, grave o menos grave. Estamos perdiendo a todos nuestros clientes, uno tras otro. ¿Cuánto tiempo podemos aguantar?

—Eres un pesimista, Eddie. Te falta fe. Eso es lo que mina la moral de una organización.

—¿Quieres decir que no se va a hacer nada con la Línea Río Norte?

—No he dicho eso en absoluto. En cuanto recibamos la nueva vía...

—Jim, no va a haber ninguna nueva vía. —Observó los párpados de Taggart levantarse lentamente—. Acabo de venir de la oficina de la Associated Steel. He hablado con Orren Boyle.

—¿Qué ha dicho?

—Ha hablado durante una hora y media y no me ha dado ni una sola respuesta válida.

—¿Para qué lo has molestado? Creo que el primer pedido de raíles no tenía que ser entregado hasta el mes que viene.

—Y, antes de eso, iba a ser entregado tres meses antes.

—Circunstancias imprevistas. Totalmente fuera del control de Orren.

—Y, antes de eso, la entrega era para seis meses antes. Jim, hemos estado esperando a que la Associated Steel nos entregue esos raíles desde hace trece meses.

—¿Qué quieres que haga? Yo no puedo llevar el negocio de Orren Boyle.

—Quiero que entiendas que no podemos esperar.

Taggart preguntó despacio, con voz medio burlona y medio cautelosa:

—¿Qué ha dicho mi hermana?

—No volverá hasta mañana.

—Ya, ¿y qué quieres que haga yo?

—Eso lo tienes que decidir tú.

—Bueno, independientemente de las otras cosas que vayas a decir, hay una que no vas a nombrar ahora, y es Rearden Steel.

Eddie no respondió de inmediato; luego, dijo suavemente:

—Muy bien, Jim. No lo nombraré.

—Orren es mi amigo. —No escuchó respuesta alguna—. Me ofende tu actitud. Orren Boyle enviará esos raíles en cuanto le sea humanamente posible. Mientras él no pueda entregarlos, nadie puede culparnos a nosotros.

—¡Jim! ¿De qué estás hablando? ¿No entiendes que la Línea Río Norte se está viniendo abajo, nos culpe alguien o no?

—La gente lo aguantaría..., tendría que hacerlo, si no fuese por la Phoenix-Durango. —Vio la cara de Eddie endurecerse—. Nadie se quejó jamás de la Línea Río Norte hasta que la Phoenix-Durango entró en escena.

—La Phoenix-Durango está haciendo un trabajo brillante.

—¡Imagínate!, ¡una cosa llamada la Phoenix-Durango compitiendo con Taggart Transcontinental! No era más que una distribuidora de leche hace diez años.

—Ahora tiene la mayor parte del tráfico de mercancías de Arizona, Nuevo México y Colorado. —Taggart no respondió—. Jim, no podemos perder Colorado. Es nuestra última esperanza. Es la última esperanza de todo el mundo. Si no nos recuperamos, vamos a perder todos los grandes clientes en ese estado a manos de la Phoenix-Durango. Ya hemos perdido los campos de petróleo de Wyatt.

—No entiendo por qué todo el mundo está hablando siempre de los campos de petróleo de Ellis Wyatt.

—Porque Ellis Wyatt es un prodigio que...

—¡Al diablo Ellis Wyatt!

Esos pozos petrolíferos, pensó Eddie de repente, ¿no tenían algo en común con los vasos sanguíneos del mapa? ¿No era así como el torrente rojo de Taggart Transcontinental había atravesado el país, años atrás, una hazaña que ahora parecía increíble? Pensó en los pozos de petróleo escupiendo un torrente negro que atravesaba el continente casi más deprisa de lo que los trenes de la Phoenix-Durango podían llevarlo. Ese campo petrolífero había sido sólo un pedregal en las montañas de Colorado, dado por agotado poco tiempo atrás. El padre de Ellis Wyatt había conseguido ganarse una mísera vida hasta el final de sus días sacando lo que pudo de los moribundos pozos de petróleo. Ahora era como si alguien le hubiese dado una inyección de adrenalina al corazón de la montaña; el corazón había empezado a bombear, la sangre negra había irrumpido a través de las rocas; y claro que es sangre, pensó Eddie Willers, porque sangre es lo que alimenta, lo que da vida, y eso es lo que la Wyatt Oil había hecho. Había producido una conmoción en las viejas laderas de tierra dándoles una repentina existencia, había traído nuevos pueblos, nuevas plantas energéticas y nuevas fábricas a una región del mapa en la que nadie había

reparado nunca antes. Nuevas fábricas, pensó Eddie Willers, en una época en que los ingresos por transporte de mercancías de todas las grandes industrias antiguas habían estado cayendo lentamente año tras año; un nuevo y rico campo petrolífero, en una época en que las bombas de extracción iban siendo paradas en un reputado campo tras otro; un nuevo estado industrial del que nadie había esperado nada más que ganado y remolachas. Un hombre lo había hecho, y lo había hecho en ocho años; eso, pensó Eddie Willers, era como las historias que había leído en los libros del colegio y que nunca había creído del todo, las historias de hombres que habían vivido en los albores del país. Deseaba poder conocer a Ellis Wyatt. Se hablaba mucho de él, pero pocos habían llegado a conocerlo en persona; raramente iba a Nueva York. Decían que tenía treinta y tres años y un temperamento violento. Había descubierto alguna forma de resucitar pozos petrolíferos agotados, y había procedido a reactivarlos.

—Ellis Wyatt es un cabrón codicioso a quien sólo le importa el dinero —dijo James Taggart—. Me parece a mí que hay cosas más importantes en la vida que ganar dinero.

—¿De qué estás hablando, Jim? ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Además, nos ha traicionado. Hemos dado servicio a los campos de petróleo de Wyatt durante años, y muy adecuadamente. En tiempos del viejo Wyatt, llevábamos un tren cisterna por semana.

—Ya no estamos en los tiempos del viejo Wyatt, Jim. La Phoenix-Durango lleva hasta allí dos trenes cisterna al día, y los lleva con puntualidad.

—Si él nos hubiera dado tiempo para crecer juntos...

—No tiene tiempo que perder.

—¿Y qué espera? ¿Que larguemos al resto de nuestros clientes, que sacrifiquemos los intereses del país entero y le demos a él todos nuestros trenes?

—Bueno, no. Él no espera nada. Simplemente hace negocios con la Phoenix-Durango.

—Creo que es un rufián destructivo y sin escrúpulos. Creo que es un advenedizo irresponsable que ha sido tremendamente sobrevalorado. —Fue sorprendente oír una emoción repentina en la voz exánime de James Taggart—. No estoy tan seguro de que sus campos sean un logro tan beneficioso. A mí me parece que ha dislocado la economía del país entero.

Nadie esperaba que Colorado se convirtiese en un estado industrial. ¿Cómo podemos tener alguna seguridad, o planear algo, si todo cambia todo el tiempo?

—¡Por Dios, Jim! Él es...

—Sí, lo sé, lo sé, está ganando dinero. Pero ése no es el estándar, me parece a mí, por el que uno mide el valor de un hombre para la sociedad. En cuanto a su petróleo, tendría que venir arrastrándose hasta nosotros, y tendría que esperar su turno junto a los demás clientes, y no exigiría más que su cuota justa de transporte... si no fuese por la Phoenix-Durango. No podemos hacer nada si nos enfrentamos a una competencia destructiva de ese tipo. Nadie puede echarnos la culpa.

La presión en su pecho y en sus sienes, pensó Eddie Willers, era la tensión del esfuerzo que estaba haciendo; había decidido aclarar el asunto de una vez por todas, y el asunto estaba tan claro, pensó, que nada podría impedir que Taggart lo comprendiera, a menos que fuese porque él mismo lo estaba presentando mal. Así que lo había intentado con empeño, pero estaba fracasando, igual que siempre había fracasado en todas las discusiones que habían tenido; daba igual lo que dijera, ellos nunca parecían estar hablando del mismo tema.

—¿Jim, qué estás diciendo? ¿Es que importa que alguien nos eche la culpa, cuando la línea se está viniendo abajo?

James Taggart sonrió; era una sonrisa fina, divertida y fría.

—Es conmovedora, Eddie —dijo—. Es conmovedora... tu devoción por Taggart Transcontinental. Si no llevas cuidado, acabarás convirtiéndote en uno de esos verdaderos siervos feudales.

—Eso es lo que soy, Jim.

—Pero ¿puedo preguntar si es tu trabajo discutir esos temas conmigo?

—No, no lo es.

—Entonces ¿por qué no aprendes que tenemos departamentos que se encargan de las cosas? ¿Por qué no le informas de todo esto a quien le concierna? ¿Por qué no le lloras a mi querida hermana en el hombro?

—Mira, Jim, sé que no es mi cometido hablar contigo. Pero no puedo entender lo que está pasando. No sé qué es lo que tus consejeros oficiales te dicen, ni por qué no consiguen que lo entiendas. Así que pensé en intentar decírtelo yo mismo.

—Aprecio nuestra amistad de la infancia, Eddie, pero ¿crees que eso debería darte permiso para entrar aquí sin avisar cuando te plazca? Teniendo en cuenta tu propio rango, ¿no deberías recordar que yo soy el presidente de Taggart Transcontinental?

Era una pérdida de tiempo. Eddie Willers lo miró como siempre, no dolido, simplemente confuso, y preguntó:

—Entonces ¿no tienes intención de hacer nada con la Línea Río Norte?

—Yo no he dicho eso. Yo no he dicho eso para nada. —Taggart estaba mirando el mapa, la línea roja al sur de El Paso—. En cuanto las Minas de San Sebastián se pongan en marcha y nuestra filial mexicana empiece a dar resultados...

—No vamos a hablar de eso, Jim.

Taggart se volvió, sorprendido por el fenómeno sin precedentes de una ira implacable en la voz de Eddie.

—¿Qué pasa?

—Tú sabes lo que pasa, Jim. Tu hermana dijo que...

—¡Al diablo mi hermana! —dijo James Taggart.

Eddie Willers no se movió. No respondió. Permaneció en pie mirando al frente. Pero no veía ni a James Taggart ni nada en el despacho.

Un momento después, hizo una inclinación y salió.

En la antesala, los empleados del equipo personal de James Taggart estaban apagando las luces, preparándose para finalizar la jornada de trabajo. Pero Pop Harper, el jefe de contabilidad, seguía sentado en su escritorio, manipulando las palancas de una máquina de escribir medio desmembrada. Todo el mundo en la empresa tenía la impresión de que Pop Harper había nacido en ese rincón en concreto y en ese escritorio en concreto, y que nunca pensaba abandonarlo. Había sido el jefe de contabilidad del padre de James Taggart.

Pop Harper levantó la vista hacia Eddie Willers cuando salió del despacho del presidente. Era una mirada pausada y sabia; parecía decir que sabía que la visita de Eddie a esa parte del edificio significaba que había problemas en la línea, sabía que nada había resultado de la visita, y le era totalmente indiferente ese conocimiento. Era la cínica indiferencia que Eddie Willers había visto en los ojos del vagabundo en la esquina de la calle.

—Dime, Eddie, ¿sabes dónde puedo conseguir camisetas de lana? —preguntó—. He buscado por toda la ciudad, pero nadie las tiene.

—No lo sé —dijo Eddie, deteniéndose—. ¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Le pregunto a todo el mundo. Puede que alguien me lo diga.

Eddie miró con inquietud la cara vacía y demacrada, y el pelo blanco.

—Hace frío en este antro —dijo Pop Harper—. Y va a hacer más frío este invierno.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Eddie, señalando las piezas de la máquina de escribir.

—El maldito trasto se ha vuelto a romper. No tiene sentido mandarla a arreglar, tardaron tres meses en arreglarla la última vez. Pensé en repararla yo mismo. No creo que dure mucho. —Dejó caer su puño sobre las teclas —. Estás lista para convertirte en chatarra, vieja amiga. Tus días están contados.

Eddie se estremeció. Ésa era la frase que había intentado recordar: «Tus días están contados». Pero había olvidado en relación a qué había intentado recordarla.

—No sirve de nada, Eddie —dijo Pop Harper.

—¿Qué es lo que no sirve de nada?

—Nada. Todo.

—¿Qué pasa, Pop?

—No voy a solicitar una nueva máquina de escribir. Las nuevas están hechas de hojalata. Cuando las viejas desaparezcan, eso será el fin de las máquinas de escribir. Ha habido un accidente en el metro esta mañana, los frenos no funcionaron. Deberías irte a casa, Eddie, encender la radio y escuchar alguna buena orquesta. Olvídalo, chico. El problema contigo es que tú nunca has tenido una afición. Alguien ha vuelto a robar las bombillas eléctricas, las de la escalera, allí donde yo vivo. Tengo un dolor en el pecho. No he podido conseguir jarabe para la tos esta mañana, la farmacia de la esquina quebró la semana pasada. El ferrocarril de la Texas-Western quebró el mes pasado. Ayer cerraron el puente de Queensborough por reparaciones temporales. En fin, ¿qué más da? ¿Quién es John Galt?

Estaba sentada junto a la ventanilla del tren, con la cabeza echada hacia atrás, una pierna estirada sobre el asiento vacío delante de ella. El marco de la ventanilla temblaba con la velocidad del movimiento, el cristal colgaba sobre una oscuridad vacía, y puntos de luz atravesaban el vidrio como rayos luminosos de vez en cuando.

Su pierna, delineada por el ceñido brillo de las medias, su larga línea trazando una recta, sobre un empeine arqueado, hasta la punta de un pie con un zapato de tacón, tenía una femenina elegancia que parecía estar fuera de lugar en el polvoriento vagón del tren, y que resultaba extrañamente incongruente con el resto de ella. Llevaba un desgastado abrigo de pelo de camello que había sido caro una vez, enrollado de cualquier manera alrededor de su cuerpo, esbelto y nervioso. El cuello del abrigo iba subido hasta el ala inclinada de su sombrero. Un mechón de cabello castaño le caía hacia atrás, casi tocando la línea de sus hombros. Su cara estaba formada por planos angulosos, la forma de su boca era bien definida, una boca sensual que se mantenía cerrada con inflexible precisión. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo; su postura era tensa, como si se resintiese de la inmovilidad, y poco femenina, como si no fuese consciente de su propio cuerpo, y de que era un cuerpo de mujer.

Estaba sentada escuchando la música. Era una sinfonía de triunfo. Las notas fluían hacia arriba, hablaban de elevación y eran la elevación misma, eran la esencia y la forma del movimiento ascendente, parecían encarnar todo acto y pensamiento humano que tenía el ascenso como motivo. Era un estallido de sonido, saliendo de su encierro y extendiéndose por doquier. Tenía la libertad de una liberación y la tensión de un objetivo. Barría limpiando el espacio sin dejar más que el goce de un esfuerzo sin obstáculos. Sólo un débil eco dentro de los sonidos hablaba de aquello de lo cual la música había escapado, pero hablaba con risueño asombro ante el descubrimiento de que no existía fealdad ni dolor, y que nunca había tenido que existir. Era el canto de una inmensa liberación.

Pensó: por unos instantes..., mientras esto dure..., está bien rendirse por completo..., olvidarlo todo y, simplemente, permitirte a ti mismo sentir. Pensó: Déjate ir..., suelta las riendas..., eso es.

En algún lugar al borde de su mente, bajo la música, oyó el sonido de ruedas de tren. Golpeteaban a un ritmo constante, cada cuarto golpe acentuado, como insistiendo en un objetivo consciente. Podía relajarse,

porque oía las ruedas. Escuchó la sinfonía, pensando: «Es por esto por lo que las ruedas han de seguir funcionando, y esto es hacia donde van».

Nunca había oído aquella sinfonía antes, pero sabía que había sido compuesta por Richard Halley. Ella reconocía la violencia y la magnífica intensidad. Reconocía el estilo del tema; era una melodía clara y compleja, en una época en la que ya nadie componía melodías. Estaba sentada mirando el techo del vagón, pero no lo veía, y se había olvidado de dónde estaba. No sabía si estaba escuchando una orquesta sinfónica al completo o sólo el tema; quizá estaba escuchando la orquestación en su propia mente.

Pensó vagamente que había habido ecos premonitorios de ese tema en toda la obra de Richard Halley, a lo largo de todos los años de su larga lucha, hasta el día, ya en su mediana edad, en que la fama lo alcanzó de repente y lo dejó noqueado. Ésta, pensó, escuchando la sinfonía, había sido la meta de su lucha. Recordó intentos medio insinuados en su música, frases que lo prometían, retales de melodía que empezaban pero nunca lo alcanzaban del todo; cuando Richard Halley compuso eso, él... Se irguió en el asiento. ¿*Cuándo* compuso eso Richard Halley?

En ese mismo instante se dio cuenta de dónde estaba, y se preguntó por primera vez de dónde provenía esa música.

Unos pasos más allá, al final del vagón, un guardafrenos estaba ajustando los mandos del aire acondicionado. Era rubio y joven. Estaba silbando el tema de la sinfonía. Ella se dio cuenta de que lo había estado silbando un buen rato y de que eso era todo lo que ella había oído.

Lo observó con incredulidad durante un tiempo, antes de levantar la voz para preguntar:

—Dime, por favor, ¿qué estás silbando?

El muchacho se volvió hacia ella. Ella se encontró con una mirada directa y vio una sonrisa abierta y entusiasta, como si él estuviese compartiendo un secreto con un amigo. A ella le gustó su cara; sus rasgos eran tersos y firmes, no tenía ese aspecto de músculos flácidos que evaden la responsabilidad de adquirir forma, que es lo que ella había aprendido a esperar en las caras de la gente.

—Es el Concierto de Halley —respondió él, sonriendo.

—¿Cuál de ellos?

—El Quinto.

Ella dejó pasar un momento, antes de decir lenta y muy cuidadosamente:

—Richard Halley compuso sólo cuatro conciertos.

La sonrisa del muchacho desapareció. Fue como si algo lo hubiera sacudido de vuelta a la realidad, como le había ocurrido a ella unos momentos antes. Era como si una persiana se hubiese cerrado de golpe, y lo que quedó fue un rostro sin expresión, impersonal, indiferente y vacío.

—Sí, por supuesto —dijo él—. Estoy en un error. Me he equivocado.

—Entonces ¿qué era?

—Algo que oí en algún sitio.

—¿El qué?

—No sé.

—¿Dónde lo oíste?

—No me acuerdo.

Ella hizo una pausa, impotente; él estaba dándole la espalda a ella, sin más interés.

—Sonaba como un tema de Halley —dijo ella—, pero conozco todas las notas que él ha escrito, y él nunca ha escrito eso.

Seguía sin haber expresión, sólo una leve mirada de atención en la cara del muchacho, mientras se volvía de nuevo hacia ella y le preguntaba:

—¿Le gusta la música de Richard Halley?

—Sí —dijo ella—, me gusta mucho.

Él la miró durante un instante, como dudando, y después se dio la vuelta. Ella observó la experta eficiencia de sus movimientos mientras continuaba trabajando. Trabajaba en silencio.

Ella no había dormido durante dos noches, pero no podía permitirse dormir; tenía demasiados problemas que considerar y no mucho tiempo: el tren debería llegar a Nueva York de madrugada. Ella necesitaba tiempo, aunque deseaba que el tren fuese más deprisa; pero era el Taggart Comet, el tren más rápido del país.

Trató de pensar; pero la música seguía en el filo de su mente, y ella siguió oyéndola, con todos sus acordes, como los pasos implacables de algo que no podía ser detenido. Sacudió la cabeza, enfadada, se quitó el sombrero de golpe y encendió un cigarrillo.

No iba a dormir, pensó; podía aguantar hasta la noche del día siguiente... Las ruedas del tren chasqueaban en marcado ritmo. Estaba tan acostumbrada a ellas que no las oía conscientemente, pero ese sonido se convirtió en una sensación de paz en su interior... Cuando apagó el cigarrillo, ella sabía que necesitaría otro, pero pensó que se daría un minuto, sólo unos minutos, antes de encenderlo...

Se había quedado dormida, y se despertó con una sacudida, sabiendo que algo iba mal, antes de saber qué era: las ruedas habían parado. El vagón estaba callado y sombrío bajo el brillo azulado de las lámparas nocturnas. Echó un vistazo a su reloj: no había motivo para parar. Miró por la ventanilla: el tren estaba detenido en medio de campos vacíos.

Oyó a alguien moverse en el asiento al otro lado del pasillo y preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevamos parados?

Una voz de hombre respondió con indiferencia:

—Una hora, más o menos.

El hombre la siguió con la mirada, medio dormido, porque ella se puso de pie de un salto y se lanzó hacia la puerta del vagón.

Afuera había un viento frío y una extensión vacía de tierra bajo un cielo vacío. Ella oyó el murmullo de la maleza en la oscuridad. A lo lejos vio las siluetas de hombres que estaban de pie al lado de la locomotora y, encima de ellos, colgando suelta en el cielo, la luz roja de una señal.

Fue andando rápidamente hacia ellos, pasando la inmóvil línea de ruedas. Nadie le prestó atención cuando se acercó. La tripulación del tren y unos cuantos pasajeros estaban apiñados bajo la luz roja. Habían dejado de hablar, parecían estar esperando con plácida indiferencia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El ingeniero se volvió, atónito. Su pregunta había sonado como una orden, no como la curiosidad de un pasajero lego. Ella estaba de pie, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo alzado, con el viento azotando los mechones de su cabello sobre su rostro.

—Luz roja, señorita —dijo él, señalando hacia arriba con el pulgar.

—¿Cuánto tiempo lleva encendida?

—Una hora.

—Estamos fuera del trazado principal, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Por qué?

—No lo sé.

El conductor tomó la palabra.

—No entiendo por qué nos han enviado a una vía muerta, esa aguja no estaba funcionando bien, y esta cosa no está funcionando en absoluto. —Movió la cabeza hacia arriba señalando la luz roja—. No creo que la señal vaya a cambiar. Creo que está estropeada.

—Entonces ¿qué están haciendo?

—Esperando a que cambie.

En la pausa de ira sobresaltada que ella hizo, el fogonero contuvo una risa.

—La semana pasada, dejaron el mejor tren de la Atlantic Southern en un apartadero durante dos horas; fue sólo el error de alguien.

—Éste es el Taggart Comet —dijo ella—. El Comet nunca ha llegado tarde.

—Es el único en el país que no lo ha hecho —dijo el ingeniero.

—Siempre hay una primera vez —dijo el fogonero.

—Usted no entiende de ferrocarriles, señora —dijo un pasajero—. No hay ni un solo sistema de señales ni un solo coordinador de tráfico en todo el país que valga nada.

Ella no se giró ni se percató de su presencia, sino que le habló al ingeniero.

—Si usted sabe que la señal está rota, ¿qué es lo que va a hacer?

A él no le gustó su tono autoritario, y no pudo entender por qué ella lo asumía con tal naturalidad. Parecía una adolescente; sólo su boca y sus ojos revelaban que era una mujer de más de treinta años. Los ojos gris oscuro eran directos y perturbadores, como si pudieran penetrar hasta la esencia de las cosas, dejando de lado lo intrascendente. La cara le resultaba vagamente familiar, pero no conseguía recordar dónde la había visto.

—Señorita, no pienso jugarme el cuello —dijo.

—Quiere decir —dijo el fogonero— que nuestro trabajo es esperar órdenes.

—Su trabajo es operar este tren.

—No contra una luz roja. Si la luz dice que paremos, paramos.

—Luz roja significa peligro, señorita —dijo el pasajero.

—No vamos a arriesgarnos —dijo el ingeniero—. Quienquiera que sea responsable por esto nos echará la culpa a nosotros si nos movemos. Así que no vamos a movernos hasta que alguien nos diga que lo hagamos.

—¿Y si nadie lo hace?

—Alguien aparecerá, tarde o temprano.

—¿Cuánto tiempo propone que esperemos?

El ingeniero se encogió de hombros, y dijo:

—¿Quién es John Galt?

—Quiere decir —dijo el fogonero—, no haga preguntas que nadie puede responder.

Ella miró la luz roja y la vía que se adentraba en la negra e inmaculada distancia. Dijo:

—Procedan con cuidado hasta la siguiente señal. Si está funcionando, continúen hasta la vía principal. Después deténganse en la primera oficina que esté abierta.

—¿Ah, sí? ¿Y quién dice eso?

—Yo lo digo.

—¿Y quién es usted?

Fue sólo la más breve de las pausas, un momento de asombro ante una pregunta que no se esperaba, pero el ingeniero miró más de cerca a su cara, y al mismo tiempo que la respuesta de ella, dijo sin aliento:

—¡Dios mío!

Ella respondió, no ofensivamente, simplemente como una persona que no oye la pregunta a menudo:

—Dagny Taggart.

—Bueno, no me... —dijo el fogonero, y entonces todos se quedaron callados.

Ella continuó, en el mismo tono de autoridad no forzada:

—Proceda hasta la vía principal y retenga el tren en la primera oficina abierta, yo me ocuparé a partir de ahí.

—Sí, señorita Taggart.

—Tendrá que recuperar tiempo. Tiene lo que queda de esta noche para hacerlo. Haga que el Comet llegue a su hora.

—Sí, señorita Taggart.

Ella se estaba dando la vuelta para irse, cuando el ingeniero preguntó:

—Si hay algún problema, ¿asume usted la responsabilidad, señorita Taggart?

—La asumo.

El conductor la siguió mientras ella regresaba a su vagón. Estaba diciendo, desconcertado:

—Pero... ¿un simple asiento en clase turista, señorita Taggart? Pero ¿cómo es eso? Pero ¿por qué no nos lo dijo?

Ella sonrió sin darle importancia.

—No tuve tiempo para formalidades —dijo Dagny—. Mandé enganchar mi vagón al tren número 22 que sale de Chicago, pero me bajé en Cleveland, y como el número 22 iba con retraso, dejé que se fuese mi vagón. El Comet vino a continuación y lo cogí. Ya no había sitio en el coche-cama.

El conductor sacudió la cabeza.

—Su hermano... él no habría viajado en clase turista.

Ella se rio.

—No, no lo habría hecho.

Los hombres que estaban cerca de la locomotora la miraron mientras se marchaba. El joven guardafrenos estaba entre ellos.

—¿Quién es ésa? —preguntó él, señalándola.

—*Ésa* es quien dirige Taggart Transcontinental —dijo el ingeniero; el respeto en su voz era auténtico—. Es la vicepresidente a cargo de Operaciones.

Cuando el tren arrancó con un tirón, con el estallido de su silbato ahogándose sobre los campos, ella estaba sentada junto a la ventanilla, encendiendo otro cigarrillo. Pensó: se está cayendo a pedazos, pero por todo el país, te lo puedes esperar en cualquier parte, en cualquier momento. Pero no sintió enfado ni ansiedad; no tenía tiempo para sentir.

Ésa sería sólo una incidencia más a ser resuelta junto con las otras. Sabía que el superintendente de la División de Ohio era un incompetente, y que era amigo de James Taggart. Ella no había insistido en echarlo ya hacía tiempo, sólo porque no tenía a nadie mejor que poner en su puesto. Hombres buenos eran extrañamente difíciles de encontrar. Pero tenía que librarse de él, pensó, y le daría su puesto a Owen Kellogg, el joven ingeniero que estaba haciendo un trabajo brillante como asistente del administrador de la Terminal Taggart en Nueva York; era Owen Kellogg

quien dirigía la terminal. Ella había observado su trabajo durante un tiempo; siempre había buscado chispazos de talento, como un buscador de diamantes en un páramo poco prometedor. Kellogg era aún demasiado joven para ser nombrado superintendente de división; ella había querido darle otro año, pero no había tiempo que perder. Tendría que hablar con él en cuanto regresase.

La franja de tierra, vagamente visible por la ventanilla, se movía más deprisa ahora, fundiéndose en una corriente gris. Entre las secas frases llenas de cálculos en su mente, se dio cuenta de que sí que tenía tiempo para sentir algo: era el intenso y estimulante placer de la acción.

Con la primera silbante brisa de aire, mientras el Comet se zambullía en los túneles de la Terminal Taggart bajo la ciudad de Nueva York, Dagny Taggart se irguió en su asiento. Siempre tenía esa sensación cuando el tren se hundía bajo tierra, una sensación de impaciencia, de esperanza y de secreto entusiasmo. Era como si la existencia normal fuese una foto de formas amorfas en colores mal impresos y, en cambio, eso fuese un boceto hecho con unos cuantos trazos nítidos que hacían que las cosas parecieran limpias, importantes..., y que fueran cosas que valía la pena hacer.

Miró los túneles que fluían pasando de largo: desnudos muros de hormigón, un entramado de tuberías y cables, una red de raíles que se adentraban en agujeros negros con luces verdes y rojas que colgaban como distantes gotas de color. No había nada más, nada que lo diluyese, así que uno podía admirar el propósito desnudo y el ingenio que lo había conseguido. Pensó en el Edificio Taggart, que se erguía sobre su cabeza en ese momento, apuntando directo hacia el cielo, y pensó: «Éstas son las raíces del edificio, raíces huecas retorciéndose bajo la tierra, alimentando la ciudad».

Cuando el tren paró, cuando ella bajó y oyó el hormigón del andén bajo sus tacones, se sintió ligera, elevada, impulsada a la acción. Echó a andar, deprisa, como si la velocidad de sus pasos pudiera darle forma a las cosas que sentía. Tardó unos instantes en darse cuenta de que estaba silbando una pieza musical... y de que era el tema del Quinto Concierto de Halley.

Sintió que alguien la estaba mirando, y se volvió. El joven guardafrenos estaba allí, observándola tensamente.

Estaba sentada sobre el brazo del enorme sillón frente al escritorio de James Taggart, con el abrigo abierto echado sobre un vestido arrugado por el viaje. Eddie Willers estaba sentado al otro lado de la habitación, tomando notas de vez en cuando. Su posición era la de asistente especial al vicepresidente a cargo de Operaciones, y su principal deber era ser su guardaespaldas frente a cualquier pérdida de tiempo. Ella le había pedido que estuviese presente en reuniones de esa naturaleza, porque así nunca tendría que explicarle nada después. James Taggart estaba sentado en su escritorio, con la cabeza hundida entre los hombros.

—La Línea Río Norte es un montón de chatarra de una punta a otra —dijo ella—. Está mucho peor de lo que yo pensaba. Pero vamos a salvarla.

—Por supuesto —dijo James Taggart.

—Parte del raíl se puede mantener. No mucho, y no por mucho tiempo. Empezaremos a colocar raíles nuevos en los tramos de montaña, empezando por Colorado. Obtendremos el nuevo raíl en dos meses.

—Ah, ¿Orren Boyle dijo que va a...?

—He pedido el raíl de Rearden Steel.

El sutil ruido ahogado que emitió Eddie Willers fue su deseo reprimido de vitorear.

James Taggart no respondió de inmediato.

—Dagny, ¿por qué no te sientas en el sillón como Dios manda? —dijo por fin; su voz era petulante—. Nadie tiene reuniones de empresa de esa manera.

—Yo sí.

Ella esperó. Él preguntó, con sus ojos evitando los de ella:

—¿Has dicho que *has hecho* el pedido de raíl a Rearden?

—Ayer por la noche. Lo llamé desde Cleveland.

—Pero el Consejo de Administración no lo ha autorizado. Yo no lo he autorizado. No me has consultado.

Ella se inclinó hacia delante, levantó el auricular de un teléfono en el escritorio y se lo pasó a él.

—Llama a Rearden y cancélalo —dijo.

James Taggart retrocedió en su silla.

—Yo no he dicho eso —respondió, irritado—. No he dicho eso en absoluto.

—Entonces ¿sigue en pie?

—No he dicho eso tampoco.

Ella se volvió.

—Eddie, haz que redacten el contrato con Rearden Steel. Jim lo firmará. —Sacó un trozo arrugado de papel de notas de su bolsillo y se lo lanzó a Eddie—. Ahí están los números y las condiciones.

—Pero el consejo no ha... —empezó Taggart.

—El consejo no tiene nada que ver con esto. Te autorizaron a comprar los raíles hace trece meses. Dónde los compres es cosa tuya.

—No creo que esté bien tomar una decisión así sin darle al consejo la oportunidad de expresar una opinión. Y no veo por qué se me debería obligar a mí a asumir la responsabilidad.

—Yo la estoy asumiendo.

—¿Y qué pasa con el gasto que...?

—Rearden está cobrando menos que la Associated Steel de Orren Boyle.

—Ya, ¿y qué pasa con Orren Boyle?

—He cancelado el contrato. Teníamos derecho a cancelarlo hace seis meses.

—¿Cuándo hiciste eso?

—Ayer.

—Pues no me ha llamado para que yo lo confirme.

—No lo hará.

Taggart se quedó mirando a su mesa de escritorio. Ella se preguntó por qué a él le molestaba tener que hacer negocios con Rearden, y por qué su resentimiento tenía un carácter tan raro y evasivo. Rearden Steel había sido el principal proveedor de Taggart Transcontinental durante diez años, desde que encendieran el primer alto horno de Rearden, en los tiempos en que su padre era presidente del ferrocarril. Durante diez años, la mayoría de sus raíles habían provenido de Rearden Steel. No había muchas empresas en el país que entregasen lo que se les pedía, cuando y como se les pedía. Rearden Steel era una de ellas. Si ella estuviese loca, pensó Dagny, concluiría que su hermano odiaba tratar con Rearden porque Rearden hacía

su trabajo con una eficiencia superlativa; pero no iba a concluir eso, porque pensaba que un sentimiento así no estaba dentro de lo humanamente posible.

—No es justo —dijo James Taggart.

—¿El qué?

—Que siempre le demos todos nuestros negocios a Rearden. Me parece a mí que deberíamos darle una oportunidad también a alguien más. Rearden no nos necesita; él es suficientemente grande. Deberíamos ayudarles a los tipos más pequeños a desarrollarse. Si no, sólo estamos fomentando un monopolio.

—No digas ridiculeces, Jim.

—¿Por qué siempre tenemos que comprarle las cosas a Rearden?

—Porque siempre nos entrega lo que pedimos.

—No me gusta Henry Rearden.

—A mí sí. Pero ¿qué más da eso, sea como fuere? Necesitamos raíles, y él es el único que puede dárnoslos.

—El factor humano es muy importante. No tienes ningún sentido del factor humano.

—Estamos hablando de salvar un ferrocarril, Jim.

—Sí, claro, claro, pero aun así, no tienes ningún sentido del factor humano.

—No. No lo tengo.

—Si le hacemos a Rearden un pedido tan grande de raíles de acero...

—No serán de acero. Serán de Metal Rearden.

Ella siempre había evitado reacciones personales, pero se vio obligada a romper su norma cuando vio la expresión en la cara de Taggart. Rompió a reír.

El Metal Rearden era una nueva aleación, producida por Rearden después de diez años de experimentos. Lo había sacado al mercado hacía poco. No había recibido ningún pedido, ni había encontrado ningún cliente.

Taggart no pudo entender la transición entre la risa y el repentino tono de voz de Dagny; la voz era fría y áspera:

—Déjalo, Jim. Sé todo lo que vas a decir. Nadie lo ha usado antes. A nadie le parece bien el Metal Rearden. A nadie le interesa. Nadie lo quiere. A pesar de eso, nuestros raíles van a estar hechos de Metal Rearden.

—Pero... —dijo Taggart—, pero... ¡nadie lo ha usado antes!

Él notó, con satisfacción, cómo a ella le había silenciado la ira. Le gustaba fijarse en las emociones; eran como faroles rojos colgados a lo largo del oscuro abismo de la personalidad de otro, marcando puntos vulnerables. Pero cómo alguien podía sentir una emoción personal por una aleación de metal, y lo que esa emoción indicaba, era incomprensible para él; así que no pudo hacer uso de su descubrimiento.

—El consenso de las mejores autoridades en metalurgia —dijo— parece ser altamente escéptico sobre el Metal Rearden, afirmando que...

—Déjalo, Jim.

—Bueno, ¿de quién es la opinión que has seguido?

—Yo no pido opiniones.

—¿Y con qué te guías?

—Juicio.

—Ya, ¿el juicio de quién has seguido?

—El mío.

—Pero ¿a quién has consultado sobre esto?

—A nadie.

—Entonces ¿qué narices sabes tú sobre el Metal Rearden?

—Que es lo mejor que ha salido jamás al mercado.

—¿Por qué?

—Porque es más duro que el acero, más barato que el acero, y durará más que cualquier otro pedazo de metal existente.

—Pero ¿quién dice eso?

—Jim, estudié ingeniería en la universidad. Cuando veo cosas, las veo.

—¿Qué has visto?

—La fórmula de Rearden y los ensayos que me mostró.

—Pues si fuera tan bueno, alguien lo habría usado, y nadie lo ha hecho. —Él vio el destello de rabia, y prosiguió nerviosamente—: ¿Cómo puedes *saber* que es bueno? ¿Cómo puedes estar segura? ¿Cómo puedes decidir?

—Alguien decide esas cosas, Jim. ¿Quién?

—Bueno, no veo por qué nosotros tenemos que ser los primeros. No lo veo en absoluto.

—¿Quieres salvar la Línea Río Norte, o no? —Él no respondió—. Si el ferrocarril pudiera permitírselo, arrancaría cada trozo de raíl de toda la red y lo sustituiría por Metal Rearden. Hay que reemplazarlo todo. Nada de lo

que hay aguantará mucho más. Pero no podemos permitírnoslo. Primero tenemos que salir de este bache. ¿Quieres que salgamos adelante, o no?

—Seguimos siendo el mejor ferrocarril del país. A los otros les está yendo mucho peor.

—Entonces ¿quieres que sigamos en el bache?

—¡Yo no he dicho eso! ¿Por qué siempre tienes que simplificar las cosas de esa forma? Y si lo que te preocupa es el dinero, no veo por qué quieres gastarlo en la Línea Río Norte, cuando la Phoenix-Durango nos ha robado todo nuestro mercado allí. ¿Para qué gastar dinero cuando no tenemos protección frente a un competidor que va a destrozar nuestra inversión?

—Porque la Phoenix-Durango es un ferrocarril excelente, pero yo tengo intención de hacer que la Línea Río Norte sea aún mejor. Porque voy a machacar a la Phoenix-Durango si hace falta; aunque no lo hará, porque va a haber sitio para que dos o tres ferrocarriles se hagan ricos en Colorado. Porque yo hipotecaría toda la red para construir un ramal que vaya a cualquier distrito alrededor de Ellis Wyatt.

—Estoy harto de oír hablar de Ellis Wyatt.

A él no le gustó el modo en que los ojos de ella se movieron para mirarlo y se quedaron quietos, mirándolo, durante un momento.

—No veo ninguna necesidad de acción inmediata —dijo; parecía ofendido—. Exactamente ¿qué es lo que te parece tan alarmante en la situación actual de Taggart Transcontinental?

—Las consecuencias de tus políticas, Jim.

—¿Qué políticas?

—Ese experimento de trece meses con la Associated Steel, para empezar. Luego, tu desastre en México.

—El consejo aprobó el contrato con la Associated Steel —dijo él precipitadamente—. El consejo votó construir la Línea San Sebastián. Además, no entiendo por qué lo llamas desastre.

—Porque el gobierno mexicano va a nacionalizar tu línea en cualquier momento.

—¡Eso es mentira! —Su voz casi era un chillido—. ¡Eso no son más que rumores malintencionados! Lo sé de muy buena fuente, con autoridad interna que...

—No muestres que estás asustado, Jim —dijo ella con desprecio. Él no respondió.

—No sirve de nada entrar en pánico ahora —dijo ella—. Lo único que podemos hacer es intentar amortiguar el golpe. Va a ser un golpe duro. Cuarenta millones de dólares son una pérdida de la que no nos recuperaremos fácilmente. Pero Taggart Transcontinental ha resistido muchos embates feos en el pasado. Yo me encargaré de que resista éste.

—Me niego a considerar, rotundamente me niego a considerar, la posibilidad de que la Línea San Sebastián vaya a ser nacionalizada.

—Muy bien. No la consideres.

Ella permaneció en silencio. Él dijo defensivamente:

—No veo por qué estás tan ansiosa por darle una oportunidad a Ellis Wyatt, y en cambio piensas que está mal participar en desarrollar un país necesitado que nunca ha tenido una oportunidad.

—Ellis Wyatt no le está pidiendo a nadie que le dé una oportunidad. Y yo no estoy en el negocio para dar oportunidades. Estoy dirigiendo un ferrocarril.

—Eso es ser muy corto de miras, me parece a mí. No veo por qué deberíamos ayudarle a un hombre en vez de a una nación entera.

—No estoy interesada en ayudar a nadie. Quiero ganar dinero.

—Ésa es una actitud muy poco práctica. La codicia egoísta por sacar beneficios es cosa del pasado. Se ha llegado al consenso general de que los intereses de la sociedad como un todo deben siempre anteponerse a los planes de cualquier empresa que...

—¿Cuánto tiempo pretendes hablar para poder evadir el asunto, Jim?

—¿Qué asunto?

—El pedido de Metal Rearden.

Él no respondió. Se quedó sentado estudiándola en silencio. El cuerpo esbelto de ella, a punto de desplomarse de cansancio, se mantenía erguido gracias a la línea recta de sus hombros, y los hombros se mantenían gracias a un consciente esfuerzo de voluntad. A poca gente le gustaba su cara: el rostro era demasiado frío, los ojos demasiado intensos; nada haría nacer en su rostro el encanto de tonos más suaves. Las hermosas piernas, que se inclinaban hacia el suelo desde el brazo del sillón en el centro del campo de visión de él, lo irritaban: arruinaban el resto de su evaluación.

Ella permaneció en silencio; él se vio obligado a preguntar:

—¿Decidiste hacer el pedido así sin más, de pronto, y por teléfono?

—Lo decidí hace seis meses. Estaba esperando a que Hank Rearden estuviese listo para empezar la producción.

—No le llames *Hank* Rearden. Es vulgar.

—Es como todo el mundo lo llama. No cambies de tema.

—¿Por qué tuviste que llamarlo anoche?

—No pude contactar con él antes.

—¿Por qué no esperaste hasta que volvieras a Nueva York y...?

—Porque había visto la Línea Río Norte.

—Bueno, necesito tiempo para pensarlo, para plantearle el tema al consejo, consultar a los mejores...

—No hay tiempo.

—No me has dado la oportunidad de formar una opinión.

—Me importa un bledo tu opinión. No voy a discutir ni contigo ni con tu consejo ni con tus académicos. Tienes una decisión que tomar, y vas a tomarla ahora. Sólo di sí o no.

—Eso es una forma ridícula, injusta y arbitraria de...

—¿Sí o no?

—Ése es el problema contigo. Siempre lo llevas todo a «sí» o «no». Las cosas nunca son tan absolutas como eso. Nada es absoluto.

—Los raíles de metal lo son. Que los consigamos o no, lo es.

Ella esperó. Él no respondió.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Asumes tú la responsabilidad por ello?

—La asumo.

—Adelante —dijo él, y añadió—: Pero por tu cuenta y riesgo. No voy a cancelarlo, pero no me comprometo en cuanto a lo que les diré al consejo.

—Diles lo que te dé la gana.

Ella se levantó para irse. Él se inclinó hacia delante en el escritorio, reacio a terminar la entrevista y a hacerlo de forma tan tajante.

—Te das cuenta, por supuesto, de que será necesario un largo proceso para sacar esto adelante —dijo él; las palabras sonaban casi esperanzadas —. No es tan fácil como parece.

—Sí, claro —dijo ella—. Yo te enviaré un informe detallado, que Eddie preparará y que tú no leerás. Eddie te ayudará a procesarlo como haga falta. Me voy a Filadelfia esta noche para ver a Rearden. Él y yo

tenemos un montón de trabajo que hacer. —Y añadió—: Es así de fácil, Jim.

Ella se había vuelto para irse, cuando él habló de nuevo, y lo que dijo pareció increíblemente irrelevante:

—Eso funciona para ti, porque tú tienes suerte. Otros no pueden hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Otras personas son humanas. Son sensibles. No pueden dedicar toda su vida a metales y motores. Tú tienes suerte; tú nunca has tenido sentimientos. Nunca has sentido nada en absoluto.

Mientras lo miraba, sus ojos gris oscuro fueron pasando lentamente del asombro a la quietud, y luego a una extraña expresión semejante a una mirada de cansancio, sólo que parecía reflejar mucho más que tener que aguantar ese momento concreto.

—No, Jim —dijo con calma—, supongo que nunca he sentido nada en absoluto.

Eddie Willers la siguió hasta su despacho. Cada vez que ella regresaba, él sentía como si el mundo se hubiese vuelto claro, simple, fácil de encarar, y olvidaba sus momentos de informe aprensión. Él era la única persona que encontraba totalmente natural que ella fuese vicepresidente de Operaciones de un gran ferrocarril, aunque fuese una mujer. Ella le había dicho, cuando él tenía diez años de edad, que ella dirigiría el ferrocarril algún día. Eso no le extrañaba a él ahora, igual que no le había extrañado aquel día en un claro del bosque.

Cuando entraron en su despacho, cuando la vio sentarse en su escritorio y echar un vistazo a las notas que él le había dejado, él se sintió igual que en su coche cuando el motor arrancaba y las ruedas se podían poner en movimiento.

Él estaba a punto de salir del despacho cuando recordó un asunto del que no le había informado.

—Owen Kellogg, de la División de la Terminal, me pidió cita para verte —dijo.

Ella alzó la mirada, sorprendida.

—Qué curioso. Iba a llamarlo yo. Dile que suba. Quiero verle. Eddie... —añadió ella de repente—, antes de empezar, diles que me pongan al teléfono con Ayers, de la Ayers Music Publishing Company.

—¿La Music Publishing Company? —repitió él con incredulidad.

—Sí. Hay algo que quiero preguntarle.

Cuando la voz del señor Ayers, cortésmente atenta, preguntó en qué podía servirle, ella preguntó:

—¿Puede decirme si Richard Halley ha escrito un nuevo concierto para piano, el Quinto?

—¿Un *quinto* concierto, señorita Taggart? Pues no, desde luego que no lo ha hecho.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro, señorita Taggart. Lleva sin componer nada desde hace ocho años.

—¿Sigue vivo?

—Bueno, sí..., es decir, no puedo decirlo con certeza, ha salido del todo de la vida pública, pero estoy seguro de que nos habríamos enterado si hubiese muerto.

—Si compusiese algo, ¿ustedes se enterarían?

—Por supuesto. Seríamos los primeros en saberlo. Publicamos todas sus obras. Pero ha dejado de componer.

—Ya veo. Gracias.

Cuando Owen Kellogg entró en su oficina, ella lo miró con satisfacción. Se alegraba de ver que había estado en lo cierto sobre el vago recuerdo de su apariencia; su rostro tenía la misma cualidad que la del joven guardafrenos del tren, el rostro del tipo de hombre con el que ella podía tratar.

—Siéntese, señor Kellogg —dijo ella, pero él permaneció de pie frente a su escritorio.

—Usted me pidió una vez que le hiciera saber si algún día decidía cambiar de empleo, señorita Taggart —dijo él—. Así que he venido a decirle que me marcho.

Ella había esperado cualquier cosa menos eso; tardó un momento antes de preguntar en voz baja:

—¿Por qué?

—Por un motivo personal.

—¿Está usted descontento aquí?

—No.

—¿Ha recibido una oferta mejor?

—No.

—¿A qué ferrocarril va?

—No me voy a ningún ferrocarril, señorita Taggart.

—Entonces ¿a qué empleo se va a dedicar?

—No he decidido eso aún.

Ella lo estudió detenidamente, sintiéndose ligeramente incómoda. No había ninguna hostilidad en su cara; él la miraba directamente, respondía de forma simple y directa; hablaba como alguien que no tiene nada que ocultar ni que mostrar; la cara era cortés y vacía.

—Entonces ¿por qué desearía usted marcharse?

—Es un asunto personal.

—¿Está enfermo? ¿Es cuestión de su salud?

—No.

—¿Se va de la ciudad?

—No.

—¿Ha heredado algún dinero que le permita retirarse?

—No.

—¿Tiene intención de seguir trabajando para ganarse la vida?

—Sí.

—Pero no quiere trabajar para Taggart Transcontinental.

—No.

—En ese caso, algo debe haber pasado que haya causado su decisión. ¿Qué?

—Nada, señorita Taggart.

—Me gustaría que me lo dijese. Tengo un buen motivo para querer saberlo.

—¿Confía en mi palabra, señorita Taggart?

—Sí.

—Ninguna persona, asunto o evento relacionados con mi trabajo aquí han tenido nada que ver con mi decisión.

—¿No tiene ninguna queja específica contra Taggart Transcontinental?

—Ninguna.

—Entonces creo que podría reconsiderarlo cuando oiga lo que tengo que ofrecerle.

—Lo siento, señorita Taggart. No puedo.

—¿Puedo decirle lo que tengo en mente?

—Sí, si lo desea.

—¿Se fía usted de mi palabra si le digo que decidí ofrecerle el puesto que voy a ofrecerle antes de que usted pidiese hablar conmigo? Quiero que sepa eso.

—Yo siempre me fiaré de su palabra, señorita Taggart.

—Es el puesto de superintendente de la División de Ohio. Es suyo, si lo quiere.

Su cara no mostró ninguna reacción, como si las palabras no tuviesen mayor significado para él que para un salvaje que nunca hubiese oído hablar de ferrocarriles.

—No lo quiero, señorita Taggart —respondió.

Después de un momento, ella dijo, su voz tensa:

—Diga sus condiciones, Kellogg. Ponga usted el precio. Quiero que se quede. Puedo igualar cualquier cosa que le ofrezca cualquier otro ferrocarril.

—No me voy a trabajar a ningún otro ferrocarril.

—Pensé que a usted le encantaba su trabajo.

Ése fue el primer signo de emoción en él, tan sólo una leve dilatación de sus ojos y un énfasis extrañamente silencioso en su voz, al responder:

—Me encanta.

—¡Entonces dígame qué es lo que tendría que decir para hacer que se quede!

Había sido algo tan involuntario y claramente sincero, que él la miró como si le hubiese llegado al corazón.

—Quizá estoy siendo injusto al venir aquí a decirle que me marcho, señorita Taggart. Sé que usted me pidió que se lo dijera porque quería tener la oportunidad de hacerme una contraoferta. Así que, al haber venido, puede parecer que esté abierto a negociar. Pero no lo estoy. He venido sólo porque yo..., yo quería mantener mi palabra con usted.

Esa pausa en su voz fue como un repentino flash que le hizo ver a ella lo mucho que su interés y su petición habían significado para él; y que su decisión no había sido nada fácil de tomar.

—Kellogg, ¿no hay nada que pueda ofrecerle? —preguntó ella.

—Nada, señorita Taggart. Nada en el mundo.

Se volvió para irse. Por primera vez en su vida, ella se sintió impotente y derrotada.

—¿Por qué? —preguntó, sin dirigirse a él.

Él se detuvo y giró. Se encogió de hombros y sonrió; se llenó de vida durante un momento, y fue la sonrisa más extraña que ella había visto jamás: albergaba un regocijo secreto, y sufrimiento, y una infinita amargura. Respondió:

—¿Quién es John Galt?

Capítulo II

# La cadena

Empezó con unas pocas luces. A medida que un tren de la Línea Taggart se acercaba a Filadelfia, algunas luces brillantes y desperdigadas fueron apareciendo en la oscuridad; parecían no tener razón de ser en la planicie desierta, pero al mismo tiempo eran demasiado potentes como para no tenerla. Los pasajeros las miraron letárgicamente, con desgana.

La forma negra de una construcción vino después, apenas visible contra el cielo; luego, un gran edificio cerca de la vía; el edificio estaba oscuro, y los reflejos de las luces del tren salpicaron el sólido vidrio de sus muros.

Un tren de mercancías que llegaba en sentido contrario ocultó la visión, llenando las ventanas con un rápido aluvión de ruido. A través de un breve hueco sobre los vagones plataforma, los pasajeros vieron estructuras distantes bajo un leve resplandor rojizo en el cielo; el resplandor se movía en espasmos irregulares, como si las estructuras estuviesen respirando.

Cuando el tren de mercancías pasó, vieron edificios de perfiles definidos envueltos en espirales de vapor. Los rayos de unas cuantas luces intensas recortaban rectas franjas en las espirales. El vapor era rojo, como el cielo.

Lo que vino después no parecía un edificio, sino un caparazón de vidrio a cuadros que albergaba armazones, grúas y vigas en un sólido y deslumbrante abanico de llamas naranja.

Los pasajeros no pudieron captar la complejidad de lo que parecía ser una ciudad que se extendía a lo largo de muchos kilómetros, activa aunque sin señal de presencia humana. Vieron torres que parecían rascacielos retorcidos, puentes suspendidos en el aire, y heridas repentinas escupiendo fuego desde sólidos muros. Vieron una fila de cilindros brillantes moviéndose en la noche; los cilindros eran de metal incandescente.

Un edificio de oficinas apareció cerca de las vías. El gran letrero de neón sobre su tejado iluminó el interior de los vagones al pasar; decía: REARDEN STEEL.

Un pasajero, que era profesor de economía, le observó a su colega:

—¿Qué importancia tiene un individuo entre los titánicos logros colectivos de nuestra era industrial?

Otro, que era periodista, escribió una nota para usarla más tarde en su columna: «Hank Rearden es el tipo de hombre que pone su nombre en todo lo que toca. Pueden ustedes, a partir de ahí, formar su propia opinión sobre el carácter de Hank Rearden».

El tren estaba acelerando hacia la oscuridad cuando una llamarada roja salió disparada hacia el cielo desde detrás de una larga estructura. Los pasajeros no prestaron atención; el vertido de una colada más de acero no era un evento que les hubieran enseñado a advertir.

Era la primera colada del primer pedido de Metal Rearden.

A los hombres en la boca del horno dentro de la fábrica, el primer chorro del metal líquido les llegó como una impactante sensación de amanecer. El estrecho caño cayendo a través del espacio tenía el puro color blanco de la luz del sol. Negras volutas de humo bullían en su ascenso, veteadas de un rojo violento. Fuentes de chispas brotaban en espasmos rítmicos, como si salieran de arterias rotas. El aire parecía desgarrado a jirones, reflejando una llama rabiosa que no estaba allí, con manchones rojos girando y corriendo por el espacio, como si no pudiesen ser retenidos en una estructura hecha por el hombre, como si fuesen a consumir las columnas, las vigas, los puentes y las grúas allá arriba. Pero el metal líquido no tenía nada de violento. Era una larga curva blanca con la textura de la seda y el amistoso resplandor de una sonrisa. Fluía obedientemente por un canal de arcilla, con dos precarios bordes encauzándolo, cayendo siete metros al vacío, hasta llegar a una cuchara que cargaba doscientas toneladas. Un flujo de estrellas flotaba sobre el arroyo, saltando fuera de su plácida suavidad, con el delicado aspecto del encaje y la inocencia de bengalas infantiles. Sólo mirando de cerca podría uno darse cuenta de que la seda blanca estaba hirviendo. De vez en cuando volaban salpicaduras, y caían al suelo más abajo: eran metal que, tras enfriarse al chocar contra el suelo, estallaba en llamas.

Doscientas toneladas de un metal que habría de ser más duro que el acero, corriendo en estado líquido a una temperatura de dos mil grados, tenían el poder de aniquilar cada pared y a cada uno de los hombres que trabajaban cerca del arroyo. Pero cada centímetro de su curso, cada kilo de su presión, y el contenido de cada molécula en su interior estaban controlados y hechos siguiendo una intención consciente que había trabajado en él durante diez años.

Oscilando a través de la oscuridad de la nave, el resplandor rojo azotaba repetidamente el rostro de un hombre que estaba de pie en un rincón distante; estaba apoyado en una columna, mirando. El resplandor recortó durante un instante una cuña sobre sus ojos, que tenían el color y la naturaleza del hielo azul pálido; luego, sobre la negra red de la columna metálica y los mechones de su pelo rubio ceniza; luego, sobre el cinturón de su gabardina y sobre los bolsillos donde tenía las manos. Su cuerpo era alto y adusto; él siempre había sido demasiado alto para los que estaban a su alrededor. Su rostro estaba cortado por prominentes pómulos y por unas cuantas líneas muy marcadas; no eran arrugas por la edad, siempre las había tenido; eso le había hecho parecer viejo a los veinte años de edad, y joven ahora, a los cuarenta y cinco. Hasta donde podía recordar, siempre le habían dicho que su cara era fea porque era implacable, y cruel porque no tenía expresión alguna. Ahora seguía inexpresivo, mirando el metal. Él era Hank Rearden.

El metal llegó hasta el borde superior de la cuchara y rebosó con arrogante prodigalidad. Entonces, los deslumbrantes goteos blancos cambiaron a un marrón brillante, y en un instante más eran negros carámbanos de metal que empezaban a desmoronarse. La escoria estaba formando una costra de rebordes gruesos y marrones que parecían la corteza de la Tierra. Al hacerse más espesa, unos cuantos cráteres irrumpieron, con el líquido blanco aún hirviendo en su interior.

Un hombre llegó por el aire dentro de la cabina de una grúa, en lo alto. Tiró de una palanca con el movimiento despreocupado de una mano: garfios de acero bajaron sujetos al extremo de una cadena, engancharon las asas de la cuchara, la levantaron suavemente como si fuera un cubo de leche, y doscientas toneladas de metal salieron volando por el espacio hacia una hilera de moldes esperando a ser llenados.

Hank Rearden se inclinó hacia atrás, cerrando los ojos. Sintió cómo la columna se estremecía por las vibraciones de la grúa. El trabajo estaba hecho, pensó.

Un trabajador lo vio y le sonrió, comprendiendo, como un compañero cómplice en una gran celebración; era alguien que sabía por qué aquella figura alta y rubia tenía que estar allí esa noche. Rearden sonrió en respuesta; fue el único saludo que había recibido. Luego se dirigió a su oficina, de nuevo como una figura de rostro inexpresivo.

Era tarde cuando Hank Rearden salió de su oficina para ir andando desde su fábrica a su casa. Era una caminata de varios kilómetros por campo abierto, pero le había apetecido hacerlo, sin ningún motivo consciente.

Caminaba con una mano en el bolsillo, sus dedos cerrados en torno a una pulsera. Estaba hecha de Metal Rearden, con la forma de una cadena. Sus dedos se movían, sintiendo la textura de vez en cuando. Le había llevado diez años hacer esa pulsera. Diez años, pensó, es mucho tiempo.

La carretera estaba oscura, flanqueada por árboles. Mirando hacia arriba, podía ver algunas hojas contra las estrellas; las hojas estaban retorcidas y secas, listas para caer. Había luces distantes en las ventanas de casas esparcidas por todo el campo; pero las luces hacían que la carretera pareciese aún más desierta.

Él nunca sentía soledad, salvo cuando estaba contento. Se volvió de vez en cuando para mirar hacia atrás, al resplandor rojo del cielo sobre la fábrica.

No pensó en los diez años. Lo que quedaba de ellos esa noche era sólo una sensación que él no sabía nombrar, excepto que era serena y solemne. La sensación era una suma, y él no tenía que volver a contar las partes que la habían compuesto. Pero las partes, incluso sin evocarlas, estaban allí, dentro de la sensación. Eran las noches pasadas frente a hornos abrasadores en el laboratorio de investigación de la fábrica; las noches pasadas en el taller de su casa, sobre folios de papel que él había llenado de fórmulas, y luego había roto en su irritada frustración; los días en que los jóvenes científicos del pequeño equipo que había seleccionado para ayudarle esperaban instrucciones como soldados listos para una batalla desesperada, habiendo agotado su ingenio, aún deseosos, pero en silencio, con la frase sin pronunciar suspendida en el aire: «Señor Rearden, no es posible

hacerlo»; las comidas, interrumpidas y abandonadas ante el repentino destello de una nueva idea, una idea a ser analizada inmediatamente, a ser examinada, probada, a ser trabajada durante meses, y a ser descartada como otro fracaso; los momentos robados de reuniones, de contratos, de las obligaciones de dirigir la mejor siderurgia del país, robados casi con aire de culpabilidad, como por un amor secreto; la única idea inamovible a lo largo de diez años, bajo todo lo que hizo y todo lo que vio, la idea en su mente al mirar a los edificios de una ciudad, a la vía de un ferrocarril, a la luz en las ventanas de una granja distante, al cuchillo en las manos de una bella mujer cortando una fruta en un banquete, la idea de una aleación de metal que hiciera más de lo que el acero había hecho jamás, un metal que fuese para el acero lo que éste había sido para el hierro; los actos de automartirio al descartar una esperanza o una muestra, sin permitirse reconocer que estaba cansado, sin darse tiempo para sentir, empujándose a sí mismo con la retorcida tortura de «no es lo bastante bueno..., sigue sin ser lo bastante bueno», y continuando sin ninguna fuerza motriz excepto la convicción de que sí podía hacerse; luego el día en que estuvo hecho y su resultado fue llamado Metal Rearden; ésas eran las cosas que se habían convertido en calor blanco, se habían derretido y fundido dentro de él, y *su* aleación era una extraña y tranquila sensación que le hacía sonreírle al campo en la oscuridad y preguntarse por qué la felicidad podía doler.

Después de un rato, Hank Rearden se dio cuenta de que estaba pensando en su pasado, como si ciertos días de ese pasado estuviesen desplegados frente a él, exigiendo ser vistos de nuevo. Él no quería mirarlos; despreciaba los recuerdos como una complacencia inútil. Pero entonces entendió que estaba pensando en ellos esa noche en honor a la pieza de metal en su bolsillo. Entonces se permitió a sí mismo mirar.

Vio el día en el que estaba sobre un saliente rocoso y sintió un hilo de sudor bajando de su sien hasta el cuello. Tenía catorce años de edad, y era su primer día de trabajo en las minas de hierro de Minnesota. Estaba intentando aprender a respirar contra el hirviente dolor en su pecho. Estaba de pie, maldiciéndose, porque había tomado la decisión de que no se cansaría. Al cabo de un rato, volvió a su tarea; decidió que el dolor no era un motivo válido para parar.

Vio el día en el que estaba frente a la ventana de su oficina mirando las minas; él era su dueño desde esa mañana. Tenía treinta años. Lo que había ocurrido en los años intermedios no importaba, igual que el dolor no había importado. Había trabajado en minas, en fundiciones, en los altos hornos del norte, moviéndose hacia el objetivo que él había elegido. Lo único que recordaba de aquellos trabajos era que los hombres a su alrededor nunca parecían saber qué hacer, mientras que él siempre lo había sabido. Recordó preguntarse por qué tantas minas de mineral de hierro estaban cerrando, igual que ésas habían estado a punto de cerrar hasta que él las adquirió. Miró las franjas de roca en la distancia. Unos trabajadores estaban instalando un letrero nuevo sobre un portón al otro extremo de la carretera: REARDEN ORE.

Vio una noche en la que se sentó desplomado sobre su escritorio en esa oficina. Era tarde y su equipo se había ido, así que él podía yacer allí solo, sin testigos. Estaba cansado. Era como si hubiese librado una carrera contra su propio cuerpo, y toda la fatiga de los años, que él había rehusado reconocer, lo hubiese alcanzado de golpe y lo hubiese aplastado contra la superficie de la mesa. No sentía nada, excepto el deseo de no moverse. No tenía fuerzas para sentir, ni siquiera para sufrir. Había quemado todo lo que había por quemar dentro de él; había esparcido muchas chispas para empezar muchas cosas, y se preguntó si alguien podría darle ahora a él la chispa que necesitaba, ahora que él se sentía incapaz de volver a levantarse. Se preguntó quién lo había impulsado a comenzar y quién lo había hecho continuar. Luego, levantó la cabeza. Despacio, con el mayor esfuerzo de su vida, hizo que su cuerpo se irguiese hasta conseguir sentarse derecho con sólo una mano apoyada en el escritorio y un brazo tembloroso sosteniéndolo. Nunca más volvió a hacer esa pregunta.

Vio el día en el que estaba encima de una colina mirando una mugrienta extensión de estructuras que habían sido una fábrica de acero. Estaba cerrada y dada por perdida. Él la había comprado la noche anterior. Soplaba un fuerte viento, y una luz gris se escurría por entre las nubes. En esa luz, vio el rojo amarronado del óxido, como sangre muerta, que había sobre el acero de las gigantescas grúas... y hierbajos brillantes, verdes y vivos, como caníbales atiborrados, creciendo sobre montones de vidrios rotos al pie de paredes hechas de marcos vacíos. En un portón distante vio las negras siluetas de algunos hombres. Eran los desempleados de las

podridas casuchas que un día habían sido un próspero pueblo. Estaban allí de pie, callados, mirando el resplandeciente automóvil que él había dejado a la entrada de la fábrica; se preguntaban si aquel hombre en la colina era el Hank Rearden de quien hablaba la gente, y si sería verdad que la fundición volvería a ser abierta. «El ciclo histórico de la fabricación de acero en Pensilvania está obviamente llegando a su fin», había dicho un periódico, «y los expertos coinciden en que el proyecto de Henry Rearden en acero no tiene futuro. Pronto podrán presenciar el sensacional final del sensacional Henry Rearden».

Eso había sido diez años atrás. Esa noche, el viento frío en su rostro le parecía el mismo de aquel día. Se volvió para mirar atrás. El rojo resplandor de los altos hornos respiraba en el cielo, una visión tan vivificante como un amanecer.

Ésos habían sido sus hitos, las estaciones que un tren expreso había recorrido y dejado atrás. No recordaba nada digno de mención de los años intermedios; estaban borrosos, como al pasar a toda velocidad.

Sea como fuere, pensó, independientemente del esfuerzo y de la agonía, habían valido la pena, porque le habían hecho llegar a ese día: el día en el que la primera colada del primer pedido de Metal Rearden había sido vertida, para convertirse en raíles de Taggart Transcontinental.

Tocó la pulsera en su bolsillo. La había mandado hacer de ese primer metal vertido. Era para su esposa. Al tocarla, se dio cuenta de pronto de que había pensado en una abstracción llamada «su esposa», no en la mujer con la que estaba casado. Sintió una punzada de arrepentimiento, deseando no haber hecho la pulsera, y luego una ola de reproche hacia sí mismo por arrepentirse.

Sacudió la cabeza. No era el momento para sus viejas dudas. Sintió que podría perdonarle cualquier cosa a cualquiera, porque la felicidad era el mayor agente de purificación. Sintió la certeza de que todo ser viviente le deseaba el bien esa noche. Quería encontrarse con alguien, mirar a la cara al primer desconocido, presentarse, desarmado y abierto, y decir: «Mírame». La gente, pensó, estaba tan ávida por una visión de júbilo como él siempre lo había estado... por un alivio momentáneo de esa carga gris de sufrimiento que parecía tan inexplicable y tan innecesaria. Nunca había sido capaz de entender por qué los hombres tenían que ser infelices.

La oscura carretera había ascendido imperceptiblemente hasta la cima de la colina. Se detuvo, y miró hacia atrás. El resplandor rojo era una cinta estrecha, lejos hacia el Oeste. Sobre ella, pequeñas, a una distancia de kilómetros, las palabras de un letrero de neón estaban escritas en la negrura del cielo: REARDEN STEEL.

Se irguió, como si estuviese frente al estrado de un tribunal. Pensó que, en la oscuridad de esa noche, otros letreros estaban iluminados por todo el país: REARDEN ORE, REARDEN COAL, REARDEN LIMESTONE. Pensó en los días de su pasado. Deseó que fuese posible iluminar un letrero de neón por encima de ellos, que dijese: REARDEN LIFE.

Se volvió bruscamente y siguió andando. A medida que la carretera se aproximaba a su casa, notó que sus pasos se hacían más lentos, y que algo se iba desvaneciendo en su estado de ánimo. Sintió una leve reticencia a entrar en su casa, algo que no quería sentir. No, pensó, esta noche no; lo entenderán, esta noche. Pero no sabía, nunca lo había definido, qué era lo que quería que entendiesen.

Vio luces en las ventanas del salón cuando se acercó a su casa. La casa estaba sobre una colina, elevándose frente a él como un gran bulto blanco; parecía desnuda, con unas cuantas columnas semicoloniales como reticente ornamento; tenía el triste aspecto de una desnudez que no valía la pena revelar.

No estaba seguro de si su mujer se dio cuenta cuando él entró en el salón. Estaba sentada al lado de la chimenea, hablando, la curva de su brazo flotando con el elegante énfasis de sus palabras. Oyó una pequeña pausa en su voz, y pensó que lo había visto, pero ella no levantó la mirada, y su frase continuó con fluidez; él no podía estar seguro.

—... pero es que un hombre de cultura se aburre con las supuestas maravillas del ingenio puramente material —estaba diciendo ella—. Simplemente, se niega a entusiasmarse con la fontanería.

Entonces volvió la cabeza, miró a Rearden en las sombras a través de la larga habitación, y sus brazos se extendieron gráciles, como dos cuellos de cisne, a sus lados.

—¡Vaya, querido! —dijo en un alegre tono de diversión—, ¿no es demasiado temprano para venir a casa? ¿No había alguna escoria que barrer o tuberías que pulir?

Todos se volvieron hacia él: su madre, su hermano Philip, y Paul Larkin, un viejo amigo de la familia.

—Lo siento —respondió él—. Sé que llego tarde.

—No digas que lo sientes —dijo su madre—. Podrías haber llamado. —Él la miró, intentando vagamente recordar algo—. Prometiste estar aquí para cenar esta noche.

—Oh, es verdad. Lo hice. Lo siento. Pero hoy, en la fábrica, hemos vertido... —Paró; no sabía lo que le hizo incapaz de expresar la única cosa que había venido a decir en casa; sólo añadió—: Es sólo que... me olvidé.

—Eso es lo que quiere decir nuestra madre —dijo Philip.

—Oh, deja que se oriente, no está del todo aquí, aún sigue en la fábrica —dijo su mujer alegremente—. Pero quítate el abrigo, Henry.

Paul Larkin lo estaba mirando con los devotos ojos de un perro inhibido.

—Hola, Paul —dijo Rearden—. ¿Cuándo has llegado?

—¡Oh! Pues cogí el de las cinco treinta y cinco desde Nueva York.

Larkin estaba sonriendo, agradecido por la atención.

—¿Problemas? —inquirió Rearden.

—¿Quién no tiene problemas estos días? —La sonrisa de Larkin se volvió resignada, para indicar que la observación era meramente filosófica —. Pero no, ningún problema especial esta vez. Simplemente pensé en pasar a verte.

Su mujer se rio, y dijo:

—Le has decepcionado, Paul. —Se volvió hacia Rearden—. ¿Es un complejo de inferioridad, o uno de superioridad, Henry? ¿Crees que nadie puede querer verte porque te aprecia, o crees que nadie puede salir adelante sin tu ayuda?

Él quiso proferir una desaprobación enfadada, pero ella le estaba sonriendo como si hubiese sido sólo una broma de conversación, y él no tenía aguante para el tipo de conversaciones que carecían de intención o de significado, así que no respondió.

Lillian Rearden era generalmente considerada una mujer hermosa. Tenía un cuerpo alto y grácil, de los que se veían muy bien con vestidos de alta cintura de estilo imperio, los cuales ella había adquirido el hábito de llevar. Su exquisito perfil podía pertenecer a un camafeo de la misma época; sus líneas puras y altivas, y las lustrosas ondas castaño claro de su cabello,

llevadas con clásica simplicidad, sugerían una belleza austera e imperial. Pero cuando se volvía de frente, la gente experimentaba un pequeño choque de decepción. Su cara no era hermosa. Los ojos eran el fallo: eran vagamente pálidos, ni grises ni castaños del todo, carentes de vida y de expresión. Rearden siempre se había preguntado, puesto que ella parecía estar divirtiéndose tan a menudo, por qué no había jovialidad en su cara.

—Nos hemos visto antes, querido —dijo ella, en respuesta a su silencioso escrutinio—, aunque tú no parezcas estar seguro de ello.

—¿Has cenado algo, Henry? —preguntó su madre; había una reprobadora impaciencia en su voz, como si el hambre de él fuese un insulto personal hacia ella.

—Sí... No... No tenía hambre.

—Mejor llamo para que...

—No, madre, ahora no; da igual.

—Ése es el problema que siempre he tenido contigo. —No lo estaba mirando, sino recitando palabras al aire—. No sirve de nada intentar hacer cosas por ti, no lo aprecias. Nunca pude conseguir que comieras como Dios manda.

—Henry, trabajas demasiado —dijo Philip—. No es bueno para ti.

Rearden se rio, y repuso:

—Me gusta.

—Eso es lo que tú te dices a ti mismo. Es un tipo de neurosis, ¿sabes? Cuando un hombre se ahoga en trabajo, es porque está tratando de escapar de algo. Deberías tener una afición.

—¡Oh, Phil, por el amor de Dios! —dijo Rearden, y lamentó la irritación en su voz.

Philip siempre había tenido una salud precaria, aunque los médicos no habían encontrado ningún defecto en su cuerpo flojo y larguirucho. Tenía treinta y ocho años, pero su cansancio crónico a veces le hacía pensar a la gente que era mayor que su hermano.

—Deberías aprender a divertirte —dijo Philip—. Si no, te volverás soso y aburrido. Unidimensional, ya sabes. Deberías salir de tu pequeño caparazón privado y echarle un vistazo al mundo. No querrás perderte la vida, como estás haciendo ahora.

Combatiendo la ira, Rearden se dijo a sí mismo que ésa era la forma de Philip de preocuparse. Se dijo que sería injusto sentir resentimiento: todos estaban tratando de mostrar preocupación por él..., y deseó que no fueran ésas las cosas que eligieran para preocuparse.

—Lo he pasado muy bien hoy, Phil —respondió, sonriendo; y se asombró de que Phil no le preguntara el motivo.

Deseó que alguno de ellos se lo preguntara. Le estaba resultando difícil concentrarse. La imagen del metal fluyendo aún estaba grabada en su mente, llenando su consciencia, sin dejar sitio para nada más.

—Podrías haber pedido perdón, aunque yo debería saber que no debería esperarlo. —Era la voz de su madre; él se volvió: ella lo estaba mirando con esa mirada dolida que declara la duradera paciencia de los indefensos.

—La señora Beacham ha estado aquí para cenar —continuó ella en tono acusador.

—¿Qué?

—La señora Beacham. Mi amiga, la señora Beacham.

—¿Y...?

—Te he hablado de ella, te he hablado muchas veces, pero tú nunca recuerdas nada de lo que digo. La señora Beacham tenía muchas ganas de conocerte, pero tuvo que irse después de cenar, no pudo esperar, la señora Beacham es una persona muy ocupada. Tenía muchas ganas de contarte el estupendo trabajo que estamos haciendo en nuestra escuela parroquial, y hablarte de las clases de orfebrería, y de los hermosos picaportes de hierro forjado que los niños de las chabolas están haciendo ellos solos.

Necesitó su total sentido de la consideración para forzarse a sí mismo a responder sin alterarse:

—Lo siento si te he decepcionado, madre.

—No lo sientes. Podrías haber estado aquí si hubieses hecho el esfuerzo. Pero ¿cuándo has hecho tú algún esfuerzo por alguien que no seas tú mismo? No te interesa ninguno de nosotros ni nada de lo que hacemos. Crees que con pagar las facturas es suficiente, ¿no? ¡Dinero! Eso es lo único que conoces. Y lo único que nos das es dinero. ¿Alguna vez nos has dado algo de tu tiempo?

Si eso significaba que ella le echaba de menos, pensó, entonces significaba afecto, y si significaba afecto, entonces él estaba siendo injusto al experimentar una sensación pesada y turbia que lo mantenía callado para evitar que su voz delatase que la sensación era asco.

—Te da igual —continuó ella, su voz medio escupiendo, medio suplicando—. Lillian te necesitaba hoy por un problema muy importante, pero le dije que era inútil esperar a hablarlo contigo.

—¡Oh, madre, no es importante! —dijo Lillian—. No para Henry.

Él se volvió hacia ella. Estaba de pie en medio de la habitación, con su gabardina aún puesta, como si estuviese atrapado en una irrealidad que no terminaba de hacerse real para él.

—No es importante en absoluto —dijo Lillian jovialmente; él no supo decir si su tono era de excusa o de jactancia—. No es nada de negocios. Es puramente no-comercial.

—¿Qué es?

—Sólo una fiesta que estoy planeando dar.

—¿Una fiesta?

—Oh, no pongas cara de asustado, no es para mañana por la noche. Sé que estás muy ocupado, pero es para dentro de tres meses, y quiero que sea un acontecimiento muy grande y muy especial, así que, ¿me prometes estar aquí esa noche, y no en Minnesota o en Colorado o en California?

Ella lo estaba mirando de un modo extraño, hablando de forma demasiado superficial y demasiado intencionada a la vez, su sonrisa acentuando el tono de inocencia y sugiriendo algo así como un as en la manga.

—¿Dentro de tres meses? —dijo él—. Pero ya sabes que no tengo cómo saber qué negocio urgente puede surgir que me haga salir de la ciudad.

—¡Oh, lo sé! Pero ¿no podría yo concertar una cita formal contigo, con mucha antelación, igual que cualquier ejecutivo ferroviario, fabricante de coches o distribuidor de basura, digo, de chatarra? Dicen que nunca faltas a una cita. Por supuesto, yo dejaría que escogieses la fecha que te viniese mejor. —Lo miró, alzando la vista, mientras su mirada adquiría una cualidad especial de atractivo femenino al ser enviada desde su frente

inclinada hacia la alta figura de él; preguntó, de forma demasiado casual y demasiado informal—: La fecha que tenía en mente era el diez de diciembre, pero ¿preferirías el nueve, o el once?

—Me da exactamente igual.

Ella dijo suavemente:

—El diez de diciembre es nuestro aniversario de boda, Henry.

Todos estaban observando su cara; si esperaban una expresión de culpa, lo que vieron en vez de eso fue una leve sonrisa de regocijo. Lillian no podría haber pretendido que eso fuese una trampa, pensó, porque sería tan fácil escapar de ella, negándose a aceptar cualquier reproche por su olvido y dejándola a ella desairada; ella sabía que su única arma era el sentimiento que él tenía por ella. Su motivo, pensó, era un intento orgullosamente indirecto de poner a prueba los sentimientos de él y confesar los suyos propios. Una fiesta no era su forma de celebrar, pero sí era la de ella. No significaba nada para él, pensó; para ella significaba el mayor tributo que ella podía ofrecerle a él y al matrimonio de ambos. Tenía que respetar su voluntad, pensó, aunque no compartiese su criterio, aunque no supiese si aún le importaba recibir homenajes de ella. Tenía que dejarla ganar, porque ella se había puesto totalmente a su merced.

Sonrió con una sonrisa abierta y sin resentimiento, en reconocimiento de la victoria de ella.

—Muy bien, Lillian —dijo tranquilamente—, prometo estar aquí la noche del diez de diciembre.

—Gracias, querido. —Su sonrisa tenía un aire reservado y misterioso; él se preguntó por qué había tenido la impresión momentánea de que su actitud los había decepcionado a todos.

Si ella confiaba en él, pensó, si su sentimiento por él seguía vivo, entonces él correspondería a su confianza. Tenía que decirlo; las palabras eran una lupa para enfocar la mente de uno, y él no podía usar palabras para ninguna otra cosa esa noche.

—Siento haberme retrasado, Lillian, pero hoy, en la fundición, hemos vertido la primera colada de Metal Rearden.

Hubo un momento de silencio. Luego Philip dijo:

—Vaya, qué bien.

Los otros no dijeron nada.

Él se metió la mano en el bolsillo. Al tocarla, la realidad de la pulsera barrió todo lo demás; sintió lo que había sentido cuando el metal líquido había fluido a través del espacio delante de él.

—Te he traído un regalo, Lillian.

No se dio cuenta de que estaba erguido, y de que el gesto de su brazo era el de un cruzado que regresaba y entregaba un trofeo a su amada, cuando dejó caer una pequeña cadena de metal en el regazo de ella.

Lillian Rearden la recogió, sujeta por las yemas de dos dedos extendidos, y la levantó hacia la luz. Los eslabones eran pesados, toscamente hechos; el brillante metal tenía un extraño matiz verdiazulado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—La primera cosa hecha a partir de la primera colada del primer pedido de Metal Rearden.

—¿Quieres decir —dijo ella— que es exactamente igual de valioso que un trozo de raíl?

Él la miró con la mirada vacía.

Lillian agitó la pulsera, haciéndola brillar bajo la luz.

—Henry, ¡es perfectamente maravilloso! ¡Qué originalidad! Seré la sensación de Nueva York, llevando joyas hechas del mismo material que vigas de puente, motores de camión, hornos de cocina, máquinas de escribir y... ¿qué es lo que estabas diciendo sobre eso el otro día, querido?... ¿Ollas de sopa?

—¡Dios, Henry, mira que eres presumido! —dijo Philip.

Lillian se rio.

—Es un sentimental —dijo ella—. Todos los hombres lo son. Pero, querido, te lo agradezco. No es el regalo, es la intención, lo sé.

—La intención es puro egoísmo, en mi opinión —dijo la madre de Rearden—. Otro hombre traería una pulsera de diamantes si quisiese darle a su esposa un regalo, porque es en el placer *de ella* en lo que pensaría, no en el suyo propio. Pero Henry piensa que sólo porque él haya fabricado un nuevo tipo de hojalata, pues vaya, tiene que ser más valiosa que los diamantes para todo el mundo, sólo porque ha sido él quien la ha hecho. Así es como ha sido desde que tenía cinco años; el crío más engreído que habrás visto jamás; y yo sabía que cuando creciese se convertiría en la criatura más egoísta en esta tierra de Dios.

—No, es dulce —dijo Lillian—. Es encantador. —Dejó caer la pulsera sobre la mesa. Se levantó, puso las manos en los hombros de Rearden y, poniéndose de puntillas, le dio un beso en la mejilla, diciendo—: Gracias, querido.

Él no se movió, ni inclinó la cabeza hacia ella.

Al rato se dio la vuelta, se quitó el abrigo y se sentó junto al fuego, lejos de los otros. No sentía nada, excepto un inmenso cansancio.

No escuchó lo que decían. Oyó a lo lejos que Lillian estaba discutiendo, defendiéndolo contra su madre.

—Yo lo conozco mejor que tú —estaba diciendo su madre—. Hank Rearden no está interesado en hombre, bestia o hierbajo que no esté relacionado de alguna forma con él y con su trabajo. Eso es lo único que le importa. He hecho todo lo posible por enseñarle algo de humildad, lo he intentado toda mi vida, pero he fracasado.

Él le había ofrecido a su madre medios ilimitados para vivir como quisiera y donde quisiera; se preguntó por qué había insistido en querer vivir con él. Su éxito, pensó, significaba algo para ella, y si era así, entonces era un lazo entre ellos, el único tipo de lazo que él reconocía; si quería un lugar en la casa de su exitoso hijo, él no se lo negaría.

—No sirve de nada soñar con hacer un santo de Henry, madre —dijo Philip—. Él no estaba destinado a serlo.

—Oh, pero Philip, ¡estás equivocado! —dijo Lillian—. ¡Qué equivocado estás! Henry tiene todos los atributos de un santo. Ése es el problema.

¿Qué querían de él?, pensó Rearden, ¿qué buscaban? Él nunca les había pedido nada a ellos; eran ellos los que querían retenerlo a él, eran ellos los que parecían exigir algo de él..., y la exigencia parecía tener forma de afecto, pero era una forma que a él le parecía más difícil de aguantar que cualquier tipo de odio. Él despreciaba el afecto sin causa, igual que despreciaba la riqueza inmerecida. Ellos decían amarlo por alguna razón desconocida, e ignoraban todas las cosas por las que él podría querer ser amado. Se preguntó qué respuesta podrían ellos esperar conseguir de él de esa forma..., si es que lo que querían era su respuesta. Y lo era, pensó; si no, ¿por qué esas quejas constantes, esas incesantes acusaciones sobre su indiferencia? ¿Por qué ese ambiente crónico de sospecha, como si estuviesen esperando ser heridos? Él nunca había tenido el deseo de

hacerles daño, pero siempre había notado su expectativa defensiva y recriminatoria; ellos parecían heridos por cualquier cosa que él dijese, no era cuestión de sus palabras o de sus acciones, era como si..., como si ellos estuviesen heridos por el mero hecho de que él existiera. No empieces a imaginar locuras, se dijo a sí mismo con severidad, luchando para encarar el enigma con su implacable sentido de la justicia. Él no podía condenarlos sin entender; y no podía entender.

¿Le caían bien ellos? No, pensó; había querido que le cayesen bien, pero eso no era lo mismo. Lo había querido en nombre de alguna potencialidad inexpresada que él en su día esperó ver en cualquier ser humano. No sentía nada por ellos ahora, nada excepto el despiadado cero de la indiferencia, ni siquiera el pesar de una pérdida. ¿Necesitaba a alguna persona como parte de su vida? ¿Echaba de menos la sensación que había querido sentir? No, pensó. ¿La había echado de menos alguna vez? Sí, pensó, en su juventud; ya no.

Su sensación de cansancio estaba aumentando; se dio cuenta de que era aburrimiento. Les debía la cortesía de ocultarlo, pensó, y siguió sentado sin moverse, luchando contra un deseo de dormir que estaba convirtiéndose en dolor físico.

Sus ojos se estaban cerrando, cuando notó dos dedos, suaves y húmedos, tocándole la mano; Paul Larkin había acercado una silla a su lado y se estaba inclinando para tener una conversación privada.

—Me da igual lo que la industria diga sobre él, Hank, tienes un gran producto en el Metal Rearden, un gran producto; te hará ganar una fortuna, como todo lo que tocas.

—Sí —dijo Rearden—, lo hará.

—Sólo..., sólo espero que no tengas problemas.

—¿Qué problemas?

—Oh, no sé..., tal como están las cosas hoy en día..., hay gente que..., pero ¿cómo podemos saberlo? Cualquier cosa puede ocurrir.

—¿Qué problemas?

Larkin estaba encorvado en su silla, mirándolo hacia arriba con ojos mansos e implorantes. Su figura, baja y regordeta, siempre había parecido desprotegida e incompleta, como si necesitase un caparazón donde esconderse al más leve contacto. Sus ojos ansiosos y su sonrisa perdida,

indefensa y suplicante, eran los sustitutos del caparazón. Su sonrisa desarmaba, como la de un niño que se pone totalmente a merced de un universo incomprensible. Tenía cincuenta y tres años.

—Tus relaciones públicas no son demasiado buenas que digamos, Hank —dijo—. Siempre has tenido mala prensa.

—¿Y qué?

—No eres popular, Hank.

—No he oído ninguna queja de mis clientes.

—No es eso a lo que me refiero. Deberías contratar a un buen agente de prensa para venderte *a ti* al público.

—¿Para qué? Es acero lo que estoy vendiendo.

—Pero no quieres tener al público en contra tuya. La opinión pública, ya sabes; puede suponer mucho.

—No creo que el público esté contra mí. Y no creo que importe un bledo, de todas formas.

—Los periódicos están en contra tuya.

—Ellos tienen tiempo que perder. Yo no.

—No me gusta, Hank. No es bueno.

—¿El qué?

—Lo que escriben sobre ti.

—¿Qué escriben sobre mí?

—Bueno, ya sabes de qué va. Que eres intratable. Que eres despiadado. Que no permites que nadie tenga voz ni voto en la dirección de tu fábrica. Que tu único objetivo es fabricar acero y ganar dinero.

—Pero es que ése *es* mi único objetivo.

—Pero no deberías decirlo.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo que se supone que debo decir?

—Oh, no sé..., pero tu fundición...

—Es *mi* fundición, ¿no?

—Sí, pero..., pero no deberías recordarle eso a la gente a bombo y platillo... Ya sabes cómo son las cosas hoy día... Creen que tu actitud es antisocial.

—Me importa un bledo lo que crean.

Paul Larkin suspiró.

—¿Qué pasa, Paul? ¿Qué quieres decirme con todo eso?

—Nada..., nada en particular. Sólo que uno nunca sabe lo que puede pasar en tiempos como éstos... Uno tiene que andar con tanto cuidado...

Rearden se rio entre dientes.

—No estarás intentando preocuparte por mí, ¿verdad?

—Es sólo que yo soy tu amigo, Hank. Soy tu amigo. Ya sabes cuánto te admiro.

Paul Larkin siempre había tenido mala suerte. Nada de lo que tocó había funcionado muy bien, nada jamás había fracasado o triunfado del todo. Era un hombre de negocios, pero no conseguía permanecer por mucho tiempo en ninguna línea concreta de negocios. En ese momento estaba bregando con una modesta fábrica de maquinaria para minería.

Se había aferrado a Rearden durante años, en medrosa admiración. Venía a por consejos, le pedía préstamos ocasionalmente, pero no a menudo; los préstamos eran modestos y siempre los devolvía, aunque no siempre a tiempo. Su motivación en la relación parecía asemejarse a la de una persona anémica que recibe algún tipo de transfusión vital sólo al ver una vitalidad salvajemente superabundante.

Viendo los esfuerzos de Larkin, Rearden sintió lo que él sentía al ver a una hormiga forcejeando bajo el peso de una cerilla. Es tan difícil para él, pensó, y tan fácil para mí. Así que le daba consejos, atención, y un interés diplomático y paciente, siempre que podía.

—Soy tu amigo, Hank.

Rearden lo miró inquisitivamente.

Larkin desvió la mirada, como si estuviese debatiendo algo en su mente. Al cabo de un rato preguntó precavidamente:

—¿Cómo va tu hombre en Washington?

—OK, supongo.

—Deberías estar seguro de ello. Es importante. —Alzó la vista hacia Rearden, y repitió con una especie de tensa insistencia, como cumpliendo un penoso deber moral—: Hank, es muy importante.

—Supongo que sí.

—De hecho, eso es lo que he venido a decirte.

—¿Por alguna razón especial?

Larkin reflexionó un poco y decidió que su deber estaba cumplido.

—No —dijo.

A Rearden le disgustaba el tema. Sabía que era necesario tener a un hombre que le protegiese de los legisladores; todos los empresarios tenían que emplear a hombres así. Pero él nunca había prestado demasiada atención a ese aspecto de su negocio; no podía llegar a convencerse de que fuese necesario. Un inexplicable elemento de desagrado, en parte fastidio, en parte aburrimiento, lo frenaba siempre que intentaba considerar el asunto.

—El problema, Paul —dijo, pensando en alto—, es que los hombres que uno tiene que elegir para ese trabajo son un grupo tan rastrero.

Larkin miró hacia otro lado.

—Así es la vida —dijo.

—Maldita sea si entiendo por qué. ¿Puedes decírmelo? ¿Por qué está tan mal el mundo?

Larkin se encogió de hombros con tristeza.

—¿Para qué hacer preguntas inútiles? ¿Cómo de profundo es el océano? ¿Cómo de alto es el cielo? ¿Quién es John Galt?

Rearden se irguió en su asiento.

—No —dijo bruscamente—. No. No hay razón para sentirse así.

Se levantó. Su cansancio había desaparecido al hablar de su negocio. Sintió un repentino brote de rebelión, una necesidad de recapturar y de reafirmar agresivamente su propia visión de la existencia, ese sentido de ella que había llevado consigo mientras caminaba a casa esa noche, y que ahora parecía estar en peligro de alguna forma indefinible.

Fue de un lado a otro de la habitación, mientras su energía volvía. Miró a su familia. Eran niños aturullados, infelices, pensó, todos ellos, incluso su madre, y él era tonto al molestarse por su ineptitud; era impotencia, no malicia. Era él quien tenía que aprender a entenderlos, puesto que él tenía tanto que dar, puesto que ellos nunca podrían compartir su sentido de fuerza jovial e ilimitada.

Los miró desde el otro extremo de la habitación. Su madre y Philip estaban ocupados en algún tipo de discusión animada; pero observó que no estaban realmente animados, sino nerviosos. Philip estaba sentado en un taburete, con su estómago sobresaliendo y su peso sobre sus omóplatos, como si la miserable incomodidad de su postura estuviese destinada a castigar a los mirones.

—¿Qué pasa, Phil? —preguntó Rearden, acercándose a él—. Pareces hecho polvo.

—He tenido un día duro —respondió Philip, malhumorado.

—Tú no eres el único que trabaja duro —dijo su madre—. Otros tienen problemas también, aunque no sean problemas de miles de millones de dólares y trans-super-continentales, como los tuyos.

—Vaya, eso es bueno. Siempre pensé que Phil debería encontrar algún interés personal propio.

—¿Bueno? ¿Quieres decir que te gusta ver a tu hermano sudando la gota gorda a costa de su salud? Te divierte, ¿no? Siempre pensé que fuese así.

—Pues no, madre. Me gustaría ayudar.

—No tienes que ayudar. No tienes que sentir nada por ninguno de nosotros.

Rearden nunca había sabido qué era lo que su hermano estaba haciendo o deseaba hacer. Había enviado a Philip a la universidad, pero Philip no había sido capaz de decidirse por ninguna ambición. Había algo malo, según los criterios de Rearden, con un hombre que no buscaba un empleo remunerado, pero no iba a imponerle sus criterios a Philip; podía permitirse mantener a su hermano y jamás notar el gasto siquiera. Que vaya a su ritmo, había pensado Rearden durante años, que tenga la oportunidad de elegir su carrera sin la presión de tener que ganarse la vida.

—¿Qué has estado haciendo hoy, Phil? —preguntó pacientemente.

—No te interesaría.

—Sí me interesa. Por eso te lo estoy preguntando.

—Tuve que ver a veinte personas diferentes por todos sitios, desde aquí a Redding y a Wilmington.

—¿Para qué tuviste que verlos?

—Estoy intentando recaudar dinero para Amigos del Progreso Global.

Rearden nunca había conseguido seguirle la pista a todas las organizaciones a las que Philip pertenecía, ni tener una idea clara de sus actividades. Había oído a Philip hablar superficialmente de ésa en los últimos seis meses. Parecía dedicarse a algún tipo de conferencias gratuitas sobre psicología, música popular, y granjas cooperativas. Rearden sentía desprecio por ese tipo de grupos, y no veía razón para profundizar más en su naturaleza.

Permaneció en silencio. Philip añadió, sin que nadie le preguntara:

—Necesitamos diez mil dólares para un programa vital, pero es una tarea de mártir, tratar de recaudar dinero. No queda ni una pizca de conciencia social en la gente. Cuando pienso en el tipo de ricachones hinchados que he visto hoy..., bueno, se gastan más que eso en cualquier capricho, pero yo no he conseguido arrancarles ni siquiera cien pavos por cabeza, que es todo lo que pedía. No tienen ningún sentido del deber moral, no... ¿De qué te ríes? —preguntó bruscamente; Rearden estaba de pie delante de él, sonriendo.

Era tan puerilmente descarado, pensó Rearden, tan ridículamente burdo: la insinuación y el insulto ofrecidos juntos. Sería tan fácil aplastar a Philip devolviéndole el insulto, pensó, al devolverle un insulto que habría sido mortal porque sería verdad, que no consiguió convencerse de pronunciarlo. Seguro, pensó, que el pobre desgraciado sabe que está a merced mía, sabe que se ha expuesto a ser herido, así que no tengo que hacerlo, y no hacerlo es mi mejor respuesta, algo que él no podrá pasar por alto. ¿En qué clase de miseria vive, realmente, para llegar a retorcerse de esa forma tan horrible?

Y, entonces, Rearden pensó de pronto que podía atravesar la sempiterna desdicha de Philip, aunque sólo fuese una vez, y darle un golpe de placer, la gratificación inesperada de un deseo imposible. Pensó: ¿qué más me da la naturaleza de su deseo...?, es suyo, así como el Metal Rearden era el mío..., debe suponer para él lo mismo que suponía para mí..., veámoslo feliz aunque sea una vez, eso podría enseñarle algo..., ¿no decía yo que la felicidad es el agente de la purificación?..., estoy celebrando esta noche, así que dejemos que él la comparta..., será tanto para él, y tan poco para mí.

—Philip —dijo, sonriendo—, llama a la señorita Ives a mi oficina mañana. Tendrá un cheque para ti de diez mil dólares.

Philip lo miró sin expresión; no era ni *shock* ni placer; era sólo la mirada vacía de ojos que parecían vidriosos.

—Oh —dijo Philip, y luego añadió—, lo agradeceremos mucho. —No había emoción en su voz, ni siquiera la de una simple codicia.

Rearden no pudo entender su propia emoción: fue como si algo pesado y vacío se estuviese derrumbando en su interior, sintió tanto el peso como el vacío, juntos. Sabía que era decepción, pero se preguntó por qué era tan gris

y tan fea.

—Es muy amable de tu parte, Henry —añadió Philip secamente—. Me sorprende. No esperaba eso de ti.

—¿No lo entiendes, Phil? —dijo Lillian, con una voz peculiarmente clara y melódica—. Henry ha vertido su metal hoy. —Se volvió hacia Rearden—. ¿Hemos de declarar una fiesta nacional, querido?

—Eres un buen hombre, Henry —dijo su madre, y añadió—, pero no con la frecuencia suficiente.

Rearden se quedó mirando a Philip, como esperando.

Philip miró a otro sitio; luego, levantó los ojos y sostuvo la mirada de Rearden, como si estuviese enfrascado en un escrutinio suyo propio.

—A ti en realidad no te importa ayudar a los necesitados, ¿verdad? —preguntó Philip; y Rearden oyó, incapaz de creerlo, que el tono de su voz era recriminatorio.

—No, Phil, no me importa eso en absoluto. Sólo quería que tú estuvieses contento.

—Pero ese dinero no es para mí. No estoy reuniéndolo para ningún fin personal. No tengo ningún interés egoísta en el tema, nada de eso. —Su voz era fría, con una nota de virtud consciente.

Rearden se dio la vuelta. Sintió una aversión inmediata: no porque las palabras encerrasen hipocresía, sino porque eran verdad; Philip las decía en serio.

—Por cierto, Henry —añadió Philip—, ¿te importa si le pido a la señorita Ives que me dé el dinero en efectivo? —Rearden se volvió hacia él, perplejo—. Verás, Amigos del Progreso Global es un grupo muy progresista, y siempre han mantenido que tú representas el elemento de retroceso social más sucio del país; así que nos avergonzaría, bueno, tener tu nombre en nuestra lista de donantes, porque alguien podría acusarnos de estar siendo pagados por Hank Rearden.

Quiso abofetear la cara de Philip. Pero un desprecio casi insoportable le hizo cerrar los ojos, en vez de eso.

—Muy bien —dijo con calma—, puedes tenerlo en efectivo.

Se alejó hasta la ventana más distante de la habitación, y se quedó mirando el resplandor de los altos hornos en la distancia.

Oyó la voz de Larkin gritando tras él:

—¡Maldita sea, Hank, no deberías habérselo dado!

Luego llegó la voz de Lillian, fría y jovial:

—Pero estás equivocado, Paul, ¡estás tan equivocado! ¿Qué sería de la vanidad de Henry si no nos tuviera a nosotros para echarnos limosna? ¿Qué sería de su fuerza si no tuviese gente más débil a la que dominar? ¿Qué haría consigo mismo si no nos mantuviese alrededor, a su cargo? No pasa nada, de verdad, no lo estoy criticando, es simplemente una ley de la naturaleza humana.

Cogió la pulsera de metal y la levantó en el aire, dejando que brillara a la luz de la lámpara.

—Una cadena —dijo—. Qué apropiado, ¿no? Es la cadena con la que nos tiene a todos en cautiverio.

## Capítulo III

## La cumbre y el abismo

El techo era el de un sótano, tan bajo y pesado que la gente se agachaba al atravesar la habitación, como si el peso de la bóveda descansase sobre sus hombros. Los cubículos circulares de cuero rojo oscuro estaban adosados a muros de piedra que parecían carcomidos por el tiempo y la humedad. No había ventanas, sólo manchas de luz azul que salían disparadas desde rendijas en el yeso, la muerta luz azul propia de uso en apagones. Al lugar se entraba por medio de estrechos escalones que descendían, como si penetrasen profundamente bajo tierra. Era el bar más caro de Nueva York, y estaba construido en la azotea de un rascacielos.

Cuatro hombres estaban sentados a una mesa. Suspendidos sesenta pisos sobre la ciudad, no hablaban en voz alta como uno habla desde lo alto, cuando está libre, abierto al aire y al espacio; mantenían sus voces bajas, como corresponde a un sótano.

—Condiciones y circunstancias, Jim —dijo Orren Boyle—. Condiciones y circunstancias absolutamente fuera del control humano. Lo teníamos todo planeado para fabricar esos raíles, pero surgieron factores inesperados que nadie podría haber previsto. Si al menos nos hubieses dado una oportunidad, Jim.

—Desunión —rezongó James Taggart—, ésa parece ser la causa básica de todos los problemas sociales. Mi hermana tiene una cierta influencia sobre un cierto elemento entre nuestros accionistas. Sus tácticas destructivas no siempre pueden ser derrotadas.

—Tú lo has dicho, Jim. Desunión, ése es el problema. Es mi opinión absoluta que en nuestra compleja sociedad industrial ninguna empresa de negocios puede triunfar sin compartir la carga de los problemas de otras empresas.

Taggart tomó un sorbo de su bebida, y volvió a dejar el vaso.

—Ojalá despidieran a ese barman —dijo.

—Por ejemplo, piensa en la Associated Steel. Nosotros tenemos la planta más moderna del país, y la mejor organización. Eso, me parece a mí, es un hecho indiscutible, porque recibimos el Premio a la Eficiencia Industrial de la Revista Globo el año pasado. Así que podemos afirmar que hemos hecho todo lo que pudimos, y nadie puede echarnos la culpa. Pero no podemos evitarlo si la situación del mineral de hierro es un problema nacional. No pudimos conseguir el mineral, Jim.

Taggart no dijo nada. Estaba sentado con sus codos extendidos ocupando la superficie de la mesa. La mesa era incómodamente pequeña, y eso la hacía aún más incómoda para sus tres compañeros, pero a ellos no parecía importarles, ni cuestionaban que él tuviese ese privilegio.

—Nadie puede conseguir ya más mineral —dijo Boyle—. Es el agotamiento natural de las minas, sabes, y el desgaste del equipo, y la escasez de materiales, y las dificultades de transporte, y otras condiciones inevitables.

—La industria minera está desmoronándose. Eso es lo que está matando el negocio de maquinaria minera —dijo Paul Larkin.

—Se ha demostrado que cada negocio depende de todos los demás negocios —dijo Orren Boyle—. Así es que todo el mundo debería compartir las cargas de todos los demás.

—Eso es, creo yo, verdad —dijo Wesley Mouch.

Pero nadie prestaba atención jamás a Wesley Mouch.

—Mi objetivo —dijo Orren Boyle— es la preservación de una economía libre. Es generalmente aceptado que la economía libre está ahora sometida a juicio. A menos que demuestre su valor social y asuma sus responsabilidades sociales, la gente no la respaldará. Si ella no desarrolla un espíritu público, se acabó, no tengas duda de eso.

Orren Boyle había surgido de la nada, cinco años antes, y desde entonces había aparecido en la portada de todas las revistas de noticias del país. Había empezado con cien mil dólares suyos propios y un préstamo del gobierno de doscientos millones de dólares. Ahora dirigía una enorme organización que había devorado a muchas empresas más pequeñas. Eso demostraba, le gustaba decir, que la capacidad individual aún tenía una posibilidad de triunfar en el mundo.

—La única justificación para la propiedad privada —dijo Orren Boyle— es el servicio público.

—Eso es, pienso yo, indudable —dijo Wesley Mouch.

Orren Boyle hizo un ruido, tragando su licor. Era un hombre corpulento con gestos grandes y viriles; todo sobre su persona estaba ruidosamente lleno de vida, excepto las pequeñas ranuras negras de sus ojos.

—Jim —dijo—, el Metal Rearden parece ser un colosal tipo de fraude.

—Ajá —dijo Taggart.

—Tengo entendido que no hay ni un solo experto que haya emitido un informe favorable sobre él.

—No, ni uno.

—Hemos estado mejorando los raíles de acero durante generaciones, aumentando su peso. Ahora, ¿es cierto que esos raíles de Metal Rearden van a ser más ligeros que la calidad más barata de acero?

—En efecto —dijo Taggart—. Más ligeros.

—Pero es ridículo, Jim. Es físicamente imposible. ¿Para la vía en tu línea principal, para la vía de grandes cargas, de alta velocidad?

—Eso es.

—Pero estás invitando al desastre.

—Mi hermana es quien lo está haciendo.

Taggart hizo girar el tallo de su copa lentamente entre dos dedos. Hubo un momento de silencio.

—El Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas —dijo Orren Boyle— aprobó una resolución para nombrar un comité para estudiar la cuestión del Metal Rearden, puesto que su uso puede constituir un peligro público.

—Eso es, en mi opinión, sabio —dijo Wesley Mouch.

—Cuando todo el mundo está de acuerdo —la voz de Taggart de repente se hizo chillona—, cuando todo el mundo es unánime, ¿cómo puede un hombre atreverse a disentir? ¿Con qué derecho? Eso es lo que yo quiero saber..., ¿con qué derecho?

Los ojos de Boyle se dirigieron como una flecha a la cara de Taggart, pero la difusa luz de la habitación hacía imposible ver las caras con claridad: él vio sólo una pálida mancha azulada.

—Cuando pensamos en los recursos naturales, en una era de crítica escasez —dijo Boyle suavemente—, cuando pensamos en las materias primas cruciales que están siendo malgastadas en un experimento privado irresponsable, cuando pensamos en el mineral...

No terminó. Volvió a mirar a Taggart. Pero Taggart parecía saber que Boyle estaba esperando, y encontraba el silencio agradable.

—El público tiene un interés vital en los recursos naturales, Jim, tales como el mineral de hierro. El público no puede permanecer indiferente ante el derroche imprudente y egoísta de un individuo antisocial. A fin de cuentas, la propiedad privada es un fideicomiso mantenido para beneficio de la sociedad como un todo.

Taggart echó un vistazo a Boyle y sonrió; la sonrisa era intencionada, parecía decir que algo en sus palabras era la respuesta a algo en las palabras de Boyle.

—El licor que sirven aquí es bazofia. Supongo que es el precio que tenemos que pagar por no estar apretujados entre todo tipo de gentuza. Pero sí me gustaría que reconociesen que están tratando con expertos. Ya que soy yo quien paga, espero tener lo que quiero, y a mi gusto.

Boyle no contestó; su cara se había vuelto hosca.

—Escucha, Jim... —empezó pesadamente.

Taggart sonrió.

—¿Qué? Estoy escuchando.

—Jim, estarás de acuerdo, estoy seguro, en que no hay nada más destructivo que un monopolio.

—Sí —dijo Taggart—, por un lado. Por otro, está la plaga de la competencia desenfrenada.

—Eso es cierto. Es muy cierto. El camino apropiado está siempre, en mi opinión, en el medio. Así que, según pienso yo, es el deber de la sociedad el recortar los extremos, ¿no es así?

—Sí —dijo Taggart—, lo es.

—Mira la situación en el negocio del mineral de hierro. La producción nacional parece estar cayendo a un ritmo disparatado. Amenaza la existencia de toda la industria del acero. Las fábricas de acero están cerrando sus puertas por todo el país. Hay sólo una compañía minera suficientemente afortunada como para no verse afectada por las condiciones generales. Su producción parece ser abundante y estar siempre disponible en las fechas previstas. Pero ¿quién se beneficia de ello? Nadie, excepto su dueño. ¿Tú dirías que eso es justo?

—No —dijo Taggart—, no es justo.

—La mayoría de nosotros no somos dueños de minas de hierro. ¿Cómo podemos competir con un hombre que ha arrinconado los recursos naturales de Dios? ¿Le sorprende a alguien que él siempre pueda entregar acero, mientras que nosotros tenemos que bregar y esperar y perder nuestros clientes y arruinarnos? ¿Es del interés público dejar que un hombre destruya una industria entera?

—No —dijo Taggart—, no lo es.

—Me parece a mí que la política nacional debería estar orientada al objetivo de darle a todo el mundo una posibilidad de conseguir su justa parte de mineral de hierro, con vistas a preservar la industria como un todo. ¿No crees?

—Eso creo.

Boyle suspiró. Luego dijo cautelosamente:

—Pero imagino que no hay muchas personas en Washington capaces de entender una política social progresista.

Taggart dijo lentamente:

—Las hay. No, no muchas, y no son fáciles de abordar, pero las hay. Yo podría hablar con ellas.

Boyle tomó su bebida y se la tragó de una vez, como si hubiese oído todo lo que quería oír.

—Hablando de políticas progresistas, Orren —dijo Taggart—, podrías preguntarte a ti mismo si en esta era de escasez de transporte, cuando tantos ferrocarriles están quebrando y hay tantas extensas regiones sin servicio de ferrocarril, si está en el interés público el tolerar la ruinosa duplicidad de servicios y la destructiva competencia despiadada causada por recién llegados en territorios donde las compañías establecidas tienen prioridad histórica.

—Bueno, pues —dijo Boyle agradablemente—, esa parece ser una cuestión interesante a considerar. Podría comentarla con unos cuantos amigos en la Alianza Nacional de Ferrocarriles.

—Las amistades son más valiosas que el oro —dijo Taggart en un tono como de abstracción teórica; e inesperadamente se volvió hacia Larkin—: ¿No crees, Paul?

—Eh..., sí —dijo Larkin, sorprendido—. Sí, por supuesto.

—Yo estoy contando con las tuyas.

—¿Eh?

—Estoy contando con tus muchas amistades.

Todos parecían saber por qué Larkin no respondió enseguida; sus hombros parecieron encogerse, acercándose a la mesa.

—¡Si todo el mundo se uniese hacia un objetivo común, nadie tendría que salir perjudicado! —lloriqueó de repente, en un tono de desesperación incongruente; vio que Taggart le estaba observando, y añadió, suplicante—: Ojalá no tuviésemos que perjudicar a nadie.

—Ésa es una actitud antisocial —dijo Taggart, arrastrando las palabras —. La gente que tiene miedo de sacrificar a alguien no es apta para hablar de un objetivo común.

—Pero yo soy un estudiante de historia —dijo Larkin apresuradamente —. Yo reconozco la necesidad histórica.

—Bien —dijo Taggart.

—No pueden esperar que sea yo quien cambie el rumbo de todo el mundo, ¿a que no? —dijo Larkin, que parecía estar suplicando, pero la súplica no iba dirigida a nadie—. ¿A que no?

—Usted no puede, señor Larkin —dijo Wesley Mouch—. Usted y yo no podemos ser culpados, si nosotros...

Larkin movió bruscamente la cabeza al otro lado; fue casi un estremecimiento; no podía soportar mirar a Mouch.

—¿Lo pasaste bien en México, Orren? —preguntó Taggart, con una voz repentinamente alta e informal.

Todos parecían saber que el propósito de la reunión había sido cumplido, y que fuese lo que fuese que habían venido aquí a entender estaba entendido.

—Un sitio estupendo, México —respondió Boyle alegremente—. Muy estimulante y provocador de ideas. Aunque sus raciones de comida son algo horrible. Me puse malo. Pero están matándose a trabajar para echar a andar a su país.

—¿Cómo van las cosas por allí?

—Espléndidas, me parece a mí, bastante espléndidas. Justo ahora, sin embargo, están... Pero, bueno, a lo que están apuntando es al futuro. El Estado Popular de México tiene un gran futuro. Nos adelantarán a todos en unos cuantos años.

—¿Llegaste a ir a las Minas de San Sebastián?

Las cuatro figuras sentadas a la mesa se irguieron y se tensaron; todos ellos habían invertido fuertemente en las acciones de las Minas de San Sebastián.

Boyle no contestó enseguida, y por eso su voz pareció inesperada y forzadamente alta cuando irrumpió:

—Oh, seguro, ciertamente, eso es lo que más deseaba ver.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo van las cosas?

—Fantásticas. Fantásticas. ¡Sin duda deben tener los mayores depósitos de cobre de la Tierra, allá abajo de esa montaña!

—¿Parecían estar ocupados?

—Nunca vi un lugar más ocupado en mi vida.

—¿Y estaban ocupados haciendo qué?

—Bueno, sabes, con el tipo de gerente tan especial que tienen allí, no pude entender ni la mitad de lo que me decía, pero ciertamente están ocupados.

—¿Algún... problema de algún tipo?

—¿Problema? No en San Sebastián. Es propiedad privada, el último pedazo de ella que queda en México, y eso parece marcar una diferencia.

—Orren —preguntó Taggart cautelosamente—, ¿qué pasa con esos rumores de que están planeando nacionalizar las Minas de San Sebastián?

—Calumnias —dijo Boyle airadamente—, puras y malvadas calumnias. Lo sé seguro. Cené con el ministro de Cultura y almorcé con todo el resto de los muchachos.

—Debería haber una ley contra el cotilleo irresponsable —dijo Taggart con enojo—. Tomemos otra copa.

Le hizo una señal irritadamente al camarero. Había una pequeña barra en un oscuro rincón del local, donde un viejo y marchito barman estaba de pie durante largos ratos sin moverse. Cuando era llamado, se movía con desdeñosa lentitud. Su trabajo era el de servir a la relajación y al placer de los hombres, pero su actitud era la de un amargado curandero sirviendo pócimas contra alguna enfermedad incurable.

Los cuatro hombres siguieron sentados en silencio hasta que el camarero regresó con sus bebidas. Los vasos que colocó sobre la mesa eran cuatro puntos de un brillo azul insinuado en la medio oscuridad, como

cuatro débiles mecheros de gas. Taggart llevó la mano a su vaso y sonrió de repente.

—Brindemos por los sacrificios a la necesidad histórica —dijo, mirando a Larkin.

Hubo una pausa momentánea; en una habitación iluminada, eso habría sido la pugna de dos hombres manteniendo la mirada uno del otro; aquí, estaban sólo mirando a las cuencas de los ojos del otro. Luego, Larkin cogió su copa.

—Es mi fiesta, muchachos —dijo Taggart, mientras bebían.

Nadie encontró nada más que decir, hasta que Boyle habló con indiferente curiosidad.

—Dime, Jim, quería preguntarte, ¿qué diablos pasa con tu servicio ferroviario en la Línea San Sebastián?

—Pues, ¿qué quieres decir? ¿Qué problema hay con ella?

—Bueno, no sé, pero tener sólo un tren de pasajeros por día...

—¿*Un* tren?

—... es un servicio bastante mezquino, me parece a mí, y ¡vaya tren! Debes haber heredado esos vagones de tu bisabuelo, y él debe haber abusado bastante de ellos. Y ¿de dónde narices sacaste esa locomotora de leña?

—¿De *leña*?

—Eso es lo que he dicho, de leña. Nunca había visto una antes, excepto en fotos. ¿De qué museo la sacaste? Ahora no me vengas con que no lo sabías; sólo dime, ¿qué broma es ésa?

—Sí, por supuesto que lo sabía —dijo Taggart rápidamente—. Fue sólo que... Resulta que escogiste justamente la semana que tuvimos unos problemillas con nuestra fuerza motriz; nuestras nuevas locomotoras ya están pedidas, pero ha habido un pequeño retraso; ya sabes el problema que estamos teniendo con los fabricantes de locomotoras, pero es sólo temporal.

—Por supuesto —dijo Boyle—. Los retrasos son inevitables. Es el tren más raro en el que he viajado, a pesar de todo. Casi me destroza el estómago.

Unos pocos minutos después se dieron cuenta de que Taggart se había quedado callado. Parecía preocupado con un problema personal suyo. Cuando se levantó abruptamente, sin disculparse, ellos se levantaron también, aceptándolo como si fuese una orden.

Larkin murmuró, sonriendo demasiado enérgicamente:

—Fue un placer, Jim. Un placer. Así es como nacen los grandes proyectos, tomando una copa con los amigos.

—Las reformas sociales son lentas —dijo Taggart fríamente—. Es recomendable ser paciente y precavido. —Por primera vez, se volvió hacia Wesley Mouch—. Lo que más me gusta de ti, Mouch, es que tú no hablas de más.

Wesley Mouch era el hombre de Washington de Rearden.

Había todavía un resto de luz crepuscular en el cielo cuando Taggart y Boyle emergieron juntos abajo en la calle. La transición fue ligeramente chocante para ellos: el bar oscuro le hacía a uno pensar que fuese media noche. Un alto edificio se recortaba contra el cielo, erecto y firme como una espada en alto. En la distancia, detrás de él colgaba el calendario.

Taggart forcejeó irritadamente con el cuello de su chaqueta, abotonándola contra el frío de las calles. No había tenido intención de volver a la oficina esa noche, pero tenía que volver. Tenía que ver a su hermana.

—... una tarea difícil tenemos por delante, Jim —estaba diciendo Boyle—, una tarea difícil, con tantos peligros y tantas complicaciones, y tanto en juego...

—Todo depende —respondió lentamente James Taggart— de conocer a la gente que lo hace posible. Eso es lo que hay que saber: quién lo hace posible.

Dagny Taggart tenía nueve años cuando decidió que ella dirigiría el Ferrocarril Taggart Transcontinental algún día. Se lo dijo a sí misma cuando estaba en pie sola entre los raíles, mirando las dos líneas rectas de acero que desaparecían en la distancia y se encontraban en un solo punto. Lo que sentía era un altivo placer en la forma como la vía atravesaba el bosque: no encajaba en medio de árboles vetustos, entre ramas que colgaban hasta encontrarse con la hierba y los solitarios macizos de flores silvestres..., pero allí estaba. Las dos líneas de acero eran brillantes al sol, y las negras traviesas eran como los peldaños de una escalinata que ella tenía que escalar.

No fue una decisión repentina, sólo la rúbrica final en palabras de algo que ella había sabido desde hacía mucho tiempo. En un entendimiento tácito, como si estuviesen conectados por un juramento que nunca había sido necesario pronunciar, ella y Eddie Willers se habían entregado al ferrocarril desde los primeros días conscientes de su infancia.

Ella sentía una hastiada indiferencia hacia el mundo inmediato que la rodeaba, y tanto hacia los otros niños como hacia los adultos. Veía como un lamentable contratiempo, que tenía que ser pacientemente aguantado durante un tiempo, el hecho de que ella pareciese estar aprisionada entre gente sosa. Había vislumbrado otro mundo, y sabía que existía en algún lugar; un mundo que había creado trenes, puentes, cables de telégrafo y señales luminosas parpadeando en la noche. Ella tenía que esperar, pensó, y crecer hasta llegar a ser parte de ese mundo.

Nunca trató de explicar por qué le gustaba el ferrocarril. Independientemente de lo que otros sintieran, ella sabía que ésa era una emoción para la cual ellos no tenían nada equivalente, ni ninguna respuesta. Sentía la misma emoción en el colegio, en clases de matemáticas, las únicas clases que le gustaban. Sentía la excitación de resolver problemas, el insolente placer de enfrentar un desafío y resolverlo sin esfuerzo, el entusiasmo de enfrentar otra prueba más difícil aún. Sentía, al mismo tiempo, un creciente respeto por el adversario, por una ciencia que era tan clara, tan estricta, tan luminosamente racional. Cuando estudiaba matemáticas sentía, de forma simple y directa: «Qué estupendo que los hombres hayan hecho esto» y «Qué maravilloso que yo sea tan buena en ello». Era el gozo de admiración y de la propia capacidad, creciendo juntos. Su emoción hacia el ferrocarril era la misma: adoración a la habilidad que había contribuido a crearlo, al ingenio de la mente limpia y razonadora de alguien, una adoración con una sonrisa secreta que decía que ella sabría cómo mejorarlo algún día. Ella deambulaba entre vías y almacenes de máquinas como una humilde estudiante, pero la humildad tenía un toque de futuro orgullo, un orgullo que tenía que ser ganado.

«Eres una engreída insoportable» era una de las dos frases que oyó durante toda su niñez, aun cuando ella nunca hablaba de su propia capacidad. La otra frase era: «Eres una egoísta». Ella preguntaba qué

querían decir, pero nunca recibió respuesta. Miraba a los adultos, preguntándose cómo podían imaginar que ella fuese a sentirse culpable por una acusación indefinida.

Tenía doce años cuando le dijo a Eddie Willers que ella dirigiría el ferrocarril cuando fuese mayor. Tenía quince años cuando se le ocurrió por primera vez que las mujeres no dirigían ferrocarriles, y que la gente podría objetar. Al diablo con eso, pensó, y nunca más se preocupó de ello.

Fue a trabajar para Taggart Transcontinental a los dieciséis años. Su padre se lo permitió: le pareció divertido, y se sintió algo curioso. Ella empezó como gerente nocturna en una pequeña estación en el campo. Tuvo que trabajar por las noches durante los primeros años, mientras iba a la facultad de ingeniería.

James Taggart empezó su carrera en el ferrocarril al mismo tiempo; él tenía veintiún años. Empezó en el Departamento de Relaciones Públicas.

El ascenso de Dagny entre los hombres que operaban Taggart Transcontinental fue rápido e incontestable. Asumió posiciones de responsabilidad porque no había nadie más que las asumiera. Había unos pocos hombres de talento a su alrededor, pero eran cada vez menos, año tras año. Sus superiores, quienes tenían la autoridad, parecían tener miedo de ejercerla, se pasaban el tiempo eludiendo decisiones, así que ella le decía a las personas qué hacer, y lo hacían. En cada escalón de su ascenso, ella hizo el trabajo mucho antes de que le dieran el puesto. Era como avanzar por salas desiertas. Nadie se opuso a ella, aunque tampoco nadie aprobó su progreso.

Su padre parecía asombrado y orgulloso de ella, pero no dijo nada, y había tristeza en sus ojos cuando la miraba en la oficina. Ella tenía veintinueve años cuando él murió. «Siempre ha habido un Taggart para dirigir el ferrocarril», eso fue lo último que le dijo a ella. La observó con una mirada extraña: tenía a la vez la calidad de un saludo y un tono de compasión.

El control de las acciones de Taggart Transcontinental recayó en James Taggart. Él tenía treinta y cuatro años cuando llegó a presidente de la compañía de ferrocarril. Dagny tenía previsto que los miembros del Consejo de Administración lo eligieran, pero nunca consiguió entender por qué lo hicieron con tanto entusiasmo. Hablaron de tradición, de que el presidente siempre había sido el hijo mayor de la familia Taggart; eligieron

a James Taggart de la misma forma que se negaban a pasar por debajo de una escalera, como para aplacar el mismo tipo de miedo. Hablaron de sus dotes para «popularizar los ferrocarriles», de su «buena prensa», de su «habilidad con Washington». Él parecía extraordinariamente hábil a la hora de conseguir favores del poder legislativo.

Dagny no entendía nada de la «habilidad con Washington», ni lo que tal habilidad implicaba. Aunque parecía ser algo necesario, ella lo descartó, pensando que había muchos tipos de trabajo que, aunque necesarios, resultaban ofensivos, como limpiar cloacas; alguien tenía que hacerlo, y a Jim parecía gustarle.

Ella nunca había aspirado a la presidencia; el Departamento de Operaciones era su única preocupación. Cuando recorría la línea, los antiguos empleados, que aborrecían a Jim, decían: «Siempre habrá un Taggart para dirigir el ferrocarril», mirándola como su padre la había mirado. Ella estaba armada contra Jim, y su arma era la convicción de que él no era lo suficientemente listo como para perjudicar demasiado al ferrocarril, y de que ella siempre podría corregir cualquier perjuicio que él causase.

A los dieciséis años, sentada en su escritorio de gerente, mirando las ventanillas iluminadas de los trenes Taggart que pasaban, había llegado a pensar que había entrado en un mundo que era el suyo. En los años siguientes supo que no era así. Se vio obligada a combatir a un adversario que no valía la pena ser igualado ni vencido; no era una habilidad superior que ella se habría sentido honrada de desafiar; era ineptitud: una proliferación de algodón gris que parecía blanda y sin forma, que no ofrecía resistencia a nada ni a nadie, pero que conseguía ser un obstáculo en su camino. Se encontraba, desarmada, ante el enigma que hacía todo eso posible. No pudo encontrar respuesta.

Fue sólo en los primeros años cuando sintió que estaba pidiendo a gritos silenciosos un destello de habilidad, un solo destello de competencia limpia, clara y radiante. Ella tenía ataques de atormentada nostalgia por un amigo o un enemigo con una mente mejor que la suya. Pero la nostalgia pasó. Tenía un trabajo que hacer. No tenía tiempo de sentir dolor; no a menudo.

El primer paso de la política que James Taggart trajo al ferrocarril fue la construcción de la Línea San Sebastián. Muchos hombres fueron responsables de ello; pero, para Dagny, un nombre aparecía escrito a lo largo de todo el proyecto, un nombre que eclipsaba a todos los demás cuando ella lo veía. Estaba escrito a lo largo de cinco años de esfuerzos, de kilómetros de raíles desperdiciados, de hojas de papel documentando las pérdidas de Taggart Transcontinental como el rojo goteo de una herida que no cicatriza; como estaba escrito en las cotizaciones de todas las bolsas de valores que quedaban en el mundo; como estaba escrito en chimeneas en el rojo resplandor de hornos fundiendo cobre; como estaba escrito en escandalosos titulares; como estaba escrito en pergaminos registrando la nobleza de siglos; como estaba escrito en tarjetas que acompañaban ramos de flores en tocadores de mujeres repartidos por tres continentes.

El nombre era Francisco d'Anconia.

A los veintitrés años, cuando heredó su fortuna, Francisco d'Anconia había sido famoso por ser el rey del cobre en el mundo. Ahora, a los treinta y seis años, era famoso por ser el hombre más rico y el *playboy* más espectacularmente indigno de la Tierra. Era el último descendiente de una de las familias más nobles de Argentina. Poseía fincas de ganado, plantaciones de café, y la mayoría de las minas de cobre de Chile. Era dueño de casi media Sudamérica y de varias minas dispersadas por Estados Unidos como calderilla.

Cuando Francisco d'Anconia compró de repente kilómetros de montañas desnudas en México, se corrió como la pólvora la noticia de que había descubierto vastos yacimientos de cobre. Él no hizo ningún esfuerzo por vender acciones de su proyecto; las acciones prácticamente le fueron quitadas de las manos, y él simplemente decidió a quiénes quiso favorecer entre los solicitantes. Su talento financiero se consideraba extraordinario; nadie le había ganado jamás en ninguna transacción; él ampliaba su increíble fortuna con cada negocio que tocaba y con cada paso que daba, cuando se molestaba en darlo. Quienes más lo criticaban eran los primeros en aprovechar la oportunidad de subirse al carro de su talento, queriendo compartir su nueva riqueza. James Taggart, Orren Boyle y sus amigos se contaban entre los mayores accionistas del proyecto que Francisco d'Anconia había llamado Minas de San Sebastián.

Dagny nunca consiguió descubrir qué llevó a James Taggart a construir un ramal del ferrocarril desde Texas hasta los desiertos de San Sebastián. Parecía probable que ni él mismo lo supiese: como un descampado sin protección contra el viento, él parecía abierto a cualquier corriente, y el resultado final ocurría por azar. Unos cuantos directores de Taggart Transcontinental se opusieron al proyecto. La empresa necesitaba todos sus recursos para reconstruir la Línea Río Norte; no podía hacer las dos cosas. Pero James Taggart era el nuevo presidente del ferrocarril. Era el primer año de su administración. Ganó.

El Estado Popular de México se mostró muy dispuesto a cooperar, y firmó un contrato garantizando durante doscientos años el derecho de propiedad de Taggart Transcontinental a su línea ferroviaria en un país donde no existían los derechos de propiedad. Francisco d'Anconia había obtenido la misma garantía para sus minas.

Dagny luchó contra la construcción de la Línea San Sebastián. Luchó por medio de quien quisiese escucharla; pero ella no era más que una asistente en el Departamento de Operaciones, demasiado joven, sin autoridad, y nadie le hizo caso.

Desde el primer momento, ella fue incapaz de entender los motivos de quienes decidieron construir esa línea. Sentada como un espectador indefenso, como miembro minoritario, en una reunión del consejo, sintió una extraña evasión en el aire de la sala, en cada intervención, en cada argumento, como si la verdadera razón por su decisión nunca fuese expresada, aunque estuviese clara para todo el mundo menos para ella.

Hablaron de la futura importancia del comercio con México, de una rica corriente de mercancías, de los enormes ingresos asegurados al exclusivo transportista de una inextinguible oferta de cobre. Lo demostraron citando los logros pasados de Francisco d'Anconia. No mencionaron ningún hecho mineralógico sobre las Minas de San Sebastián. Había pocos datos disponibles; la información que d'Anconia había comunicado no era muy específica; pero ellos no parecían necesitar hechos.

Hablaron largo y tendido de la pobreza de los mexicanos y de su desesperada necesidad de ferrocarriles: «Nunca tuvieron una oportunidad»; «Es nuestro deber ayudar a una nación necesitada. Un país, me parece a mí, es el guardián de su vecino».

Ella escuchaba, y pensaba en las muchas líneas secundarias que Taggart Transcontinental había tenido que abandonar; los ingresos de la gran ferroviaria habían estado cayendo paulatinamente durante muchos años. Pensó en la urgente necesidad de reparaciones, peligrosamente descuidadas por todo el sistema. La política de ellos sobre el problema del mantenimiento no era una política, sino un juego que parecían estar haciendo con una goma elástica que podía ser estirada un poco, y luego un poco más.

«Los mexicanos, me parece a mí, son un pueblo muy diligente, aplastado por su economía primitiva. ¿Cómo pueden industrializarse si nadie les echa una mano?» «Al considerar una inversión, nosotros deberíamos, en mi opinión, apostar por seres humanos, más que por factores puramente materiales.»

Ella pensó en una locomotora tirada en una cuneta de la Línea Río Norte porque una barra de empalme se había partido. Pensó en los cinco días que el tráfico se detuvo en la Línea Río Norte porque un muro de contención se había derrumbado, arrojando toneladas de rocas sobre la vía.

«Puesto que un hombre debe pensar en el bien de sus hermanos antes de pensar en el suyo propio, me parece a mí que una nación debe pensar en sus vecinos antes de pensar en ella misma.»

Pensó en un recién llegado llamado Ellis Wyatt, en quien la gente estaba empezando a fijarse porque sus actividades eran el primer goteo de un torrente de mercancías a punto de estallar desde los moribundos páramos de Colorado. Estaban dejando que la Línea Río Norte llegara a su colapso final, precisamente cuando su plena eficacia estaba a punto de ser necesitada y usada.

«La codicia material no lo es todo. Hay ideales no materiales que considerar.» «Confieso sentir vergüenza cuando pienso que nosotros poseemos una enorme red de ferrocarriles, mientras que el pueblo mexicano no tiene nada más que una o dos líneas inadecuadas.» «La vieja teoría de la autosuficiencia económica ha sido detonada hace mucho tiempo. Es imposible que un país prospere en medio de un mundo muriéndose de hambre.»

Ella pensó que, para hacer de Taggart Transcontinental lo que había sido antaño, mucho antes de su época, cada raíl, cada traviesa y cada dólar disponible era necesario, y pensó en lo desesperantemente poco de ello que

estaba disponible.

Hablaron también, en la misma sesión, en los mismos discursos, de la eficiencia del gobierno mexicano, que tenía control total sobre todo. México tenía un gran futuro, dijeron, y se convertiría en un peligroso competidor en pocos años. «México tiene disciplina», repetían los hombres del consejo, con un toque de envidia en sus voces.

James Taggart dejó bien claro —con frases incompletas e insinuaciones vagas— que sus amigos de Washington, a quienes nunca mencionaba por sus nombres, deseaban ver una línea de ferrocarril construida en México, que una línea así sería de gran ayuda en asuntos de diplomacia internacional, que la buena voluntad de la opinión pública mundial compensaría con creces a Taggart Transcontinental por su inversión.

Votaron construir la Línea San Sebastián con un coste de treinta millones de dólares.

Cuando Dagny salió de la sala de reuniones y cruzó andando el aire limpio y fresco de las calles, oyó una palabra repetida claramente, insistentemente, en el entumecido vacío de su mente: «Lárgate..., lárgate..., lárgate».

Escuchar esa palabra la espantó. La idea de abandonar Taggart Transcontinental no estaba entre las cosas que ella consideraba concebibles. Sintió terror, no ante la idea, sino ante la pregunta que le había hecho pensarlo. Sacudió la cabeza, irritada; se dijo a sí misma que Taggart Transcontinental la necesitaría ahora más que nunca.

Dos de los directores renunciaron, y lo mismo hizo el vicepresidente a cargo de Operaciones. Fue sustituido por un amigo de James Taggart.

A través del desierto mexicano fueron tendidos raíles de acero... mientras se cursaban órdenes para reducir la velocidad de los trenes en la Línea Río Norte, porque la vía estaba destrozada. Un almacén de hormigón armado, con columnas de mármol y espejos, fue construido en medio del polvo de una plaza sin pavimentar en un pueblo mexicano..., mientras un tren de vagones cisterna que transportaba petróleo se desplomaba por un terraplén hasta quedar convertido en un montón de chatarra, porque un raíl se había partido en la Línea Río Norte. Ellis Wyatt no esperó a que el tribunal decidiera si la causa del accidente había sido fuerza mayor, como aseguraba James Taggart. Transfirió el transporte de su petróleo a la

Phoenix-Durango, un ferrocarril desconocido que era pequeño y luchador, pero que luchaba bien. Ése fue el cohete que puso a la Phoenix-Durango en órbita. A partir de ese momento creció, como Wyatt Oil creció, como crecieron fábricas en valles cercanos, como una banda de raíles y traviesas crecieron, a un ritmo de tres kilómetros por mes, a través de los ralos campos de maíz mexicanos.

Dagny tenía treinta y dos años cuando le dijo a James Taggart que iba a abandonar. Había dirigido el Departamento de Operaciones durante los últimos tres años, sin título, sin crédito y sin autoridad. Había sido derrotada por el aborrecimiento a las horas, los días y las noches que había perdido dándole la vuelta a la interferencia del amigo de Jim, que ostentaba el título de vicepresidente a cargo de Operaciones. Ese hombre no tenía ninguna política, y cualquier decisión que tomaba siempre era de ella, pero él la tomaba sólo después de hacer todos los esfuerzos para que fuera imposible. Lo que hizo ella fue darle a su hermano un ultimátum. Él replicó:

—Pero, Dagny, ¡eres una mujer! ¿Una mujer como vicepresidente de Operaciones? ¡Nunca se ha visto tal cosa! ¡El consejo no lo aceptará!

—Entonces he acabado —contestó ella.

Ella no pensó en lo que haría con el resto de su vida. Pensar en abandonar Taggart Transcontinental era como esperar a que le amputasen las piernas; pensó que dejaría que ocurriera, y luego seguiría adelante con lo que quedase.

Nunca entendió por qué el Consejo de Administración votó unánimemente para hacerla vicepresidente a cargo de Operaciones.

Fue ella quien finalmente les dio a ellos su Línea San Sebastián. Cuando se hizo cargo, la construcción había durado ya tres años; la tercera parte de la vía había sido tendida; el costo hasta la fecha superaba el total autorizado. Ella despidió a los amigos de Jim, y encontró un contratista que completó el trabajo en un año.

La Línea San Sebastián estaba ahora operativa. No hubo ningún aumento de comercio a través de la frontera, y no la cruzaron trenes cargados de cobre. Unos cuantos vagones bajaban traqueteando por las montañas desde San Sebastián, a largos intervalos. Las minas, según Francisco d’Anconia, aún estaban en proceso de desarrollo. La sangría en Taggart Transcontinental no había cesado.

Ahora, ella estaba sentada en su oficina, como lo había estado muchas tardes, tratando de resolver el problema de qué líneas podrían salvar el sistema, y en cuántos años.

La Línea Río Norte, cuando fuese reconstruida, salvaría al resto. Al mirar las hojas llenas de cifras que anunciaban pérdidas y más pérdidas, no pensó en la larga e insensata agonía del proyecto mexicano. Pensó en una llamada telefónica. «Hank, ¿puedes salvarnos? ¿Puedes entregarnos raíles en el menor tiempo posible y con el mayor crédito posible?» Una voz tranquila y mesurada habría respondido: «Claro».

Ese pensamiento era un punto de apoyo. Se inclinó sobre las hojas de papel en su escritorio, pareciéndole que de repente era más fácil concentrarse. Ahí había algo, por lo menos, con lo que podía contar sin que se desmoronara cuando lo necesitara.

James Taggart cruzó la antesala de la oficina de Dagny, manteniendo aún el tipo de confianza que había sentido entre sus compañeros en el bar media hora antes. Cuando abrió la puerta, su confianza se evaporó. Atravesó la habitación hasta el escritorio de ella como un niño al que llevan castigado, almacenando el resentimiento de todos sus años futuros.

Él vio una cabeza inclinada sobre hojas de papel, la luz de la lámpara de mesa brillando sobre mechones de cabello despeinado, una blusa blanca pegada a sus hombros, con los pliegues holgados realzando la delgadez de su cuerpo.

—¿Qué pasa, Jim?

—¿Qué estás tramando en la Línea San Sebastián?

Ella levantó la cabeza.

—¿Tramando? ¿Por qué?

—¿Qué clase de horarios estamos llevando allí, y qué tipo de trenes?

Ella rio; el sonido era alegre y un poco hastiado.

—Realmente, Jim, deberías leer de vez en cuando los informes enviados a la oficina del presidente.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos estado con ese horario y con esos trenes en la Línea San Sebastián durante los últimos tres meses.

—¿*Un* tren de pasajeros por día?

—... Por la mañana. Y un tren de mercancías una noche sí y otra no.

—¡Santo cielo! ¿En una línea importante como ésa?

—La línea importante no puede pagar ni siquiera por esos dos trenes.

—Pero el pueblo mexicano espera un servicio de verdad de nuestra parte.

—Seguro que sí.

—¡Ellos necesitan trenes!

—¿Para qué?

—Para..., para ayudarles a desarrollar las industrias locales. ¿Cómo esperas que se desarrollen si no les damos transporte?

—No espero que se desarrollen.

—Ésa es sólo tu opinión personal. No sé qué derecho tenías tú a decidir por ti misma reducir nuestros horarios. A ver, sólo el transporte de cobre pagará por todo.

—¿Cuándo?

Él la miró; su cara asumió la satisfacción de una persona a punto de decir algo que tiene el poder de dañar.

—No irás a dudar del éxito de esas minas de cobre, ¿verdad?, cuando es Francisco d'Anconia quien las administra. —Puso énfasis en el nombre, observándola.

—Puede que sea tu amigo —dijo ella—, pero...

—¿*Mi* amigo? Yo pensé que era *tu* amigo.

Ella dijo firmemente:

—No en los últimos diez años.

—Vaya, qué pena, ¿no? Aun así, él es uno de los operadores más listos de todo el mundo. Nunca ha fracasado en ningún proyecto —quiero decir, en un proyecto de *negocios*— y ha metido millones de su propio dinero en esas minas, así que podemos basarnos en su juicio.

—¿Cuándo te darás cuenta de que Francisco d'Anconia se ha convertido en un vago inútil?

Él se rio entre dientes.

—Siempre pensé que eso es lo que era, en lo que se refiere a su carácter personal. Pero tú no compartías mi opinión. La tuya era la opuesta. Madre mía, ¡y cómo de opuesta! Seguro que recuerdas nuestras peleas sobre el tema. ¿Te cito algunas de las cosas que decías de él? Sólo puedo imaginar algunas de las cosas que *hiciste*.

—¿Quieres hablar de Francisco d'Anconia? ¿Es a eso a lo que has venido?

El rostro de Jim mostró el enojo del fracaso, porque el de ella no mostró nada.

—¡Sabes perfectamente a qué he venido! —soltó él—. He oído decir algunas cosas increíbles sobre nuestros trenes en México.

—¿Qué cosas?

—¿Qué clase de equipo móvil estás usando allí?

—El peor que pude encontrar.

—¿Admites eso?

—Lo he puesto por escrito en los informes que te mandé.

—¿Es cierto que estás usando locomotoras de leña?

—Eddie las encontró para mí en un almacén abandonado de alguien en Louisiana. Ni siquiera pudo enterarse del nombre del ferrocarril.

—¿Y eso es lo que estás usando como trenes de Taggart?

—Sí.

—¿Cuál demonios es la gran idea? ¿Qué está pasando? ¡Quiero saber lo que está pasando!

Ella habló sin alterarse, mirándole fijamente:

—Si quieres saberlo, no he dejado más que chatarra en la Línea San Sebastián, y la menos posible. He sacado de México todo lo que podía ser movido..., motores, herramientas de taller, incluso máquinas de escribir y espejos.

—¿Por qué narices?

—Para que los saqueadores no tengan mucho que saquear cuando nacionalicen la línea.

Él se puso en pie de un salto.

—¡No te saldrás con la tuya en eso! ¡Esta vez no te saldrás con la tuya! Tienes la frescura de hacer algo tan bajo y miserable..., sólo a causa de algunos rumores malvados, cuando tenemos un contrato por doscientos años y...

—Jim —dijo ella lentamente—, no hay ni un vagón, ni un motor, ni una tonelada de carbón de los que podamos prescindir en ningún punto del sistema.

—No lo permitiré, no permitiré en absoluto una política tan indignante hacia un pueblo amigo que necesita nuestra ayuda. La codicia material no lo es todo. A fin de cuentas, hay consideraciones no materiales, aunque tú no las entiendas.

Ella acercó una libreta y cogió un lápiz.

—Muy bien, Jim. ¿Cuántos trenes quieres que opere en la Línea San Sebastián?

—¿Eh?

—¿Qué trayectos quieres que corte y en cuáles de nuestras líneas, para poder conseguir las diésels y los vagones de acero?

—¡No quiero que cortes ningún trayecto!

—Entonces ¿de dónde saco el equipo para México?

—Eso eres tú quien tiene que resolverlo. Es *tu* trabajo.

—Soy incapaz de hacerlo. Tú tendrás que decidir.

—Ése es tu viejo truco de siempre, pasarme la responsabilidad a mí.

—Estoy esperando órdenes, Jim.

—No voy a dejar que me pilles así.

Ella soltó el lápiz.

—Entonces el horario de la Línea San Sebastián seguirá como está.

—Tan sólo espera hasta la reunión del consejo el mes que viene. Exigiré una decisión, de una vez por todas, sobre hasta dónde se le permitirá al Departamento de Operaciones excederse en su autoridad. Vas a tener que responder por eso.

—Responderé por ello.

Ella estaba de vuelta a su trabajo antes de que la puerta se cerrara detrás de James Taggart.

Cuando terminó, apartó los papeles a un lado y levantó la mirada; el cielo estaba negro más allá de la ventana, y la ciudad se había convertido en una resplandeciente extensión de cristal iluminado sin marco alguno. Se levantó con desgana. Le molestaba la pequeña derrota de estar cansada, pero sabía que lo estaba, esa noche.

La parte exterior de la oficina estaba oscura y vacía. Sólo Eddie Willers estaba aún allí, en el escritorio de su cubículo con mamparas de cristal que parecía un cubo de luz en una esquina de la amplia sala. Ella le saludó con la mano al salir.

No tomó el ascensor al vestíbulo del edificio, sino al gran vestíbulo de la Terminal Taggart. Le gustaba cruzarlo andando cuando iba camino de su casa.

Siempre había sentido que el gran vestíbulo parecía un templo. Levantando la mirada hacia el alto techo, vio bóvedas oscuras sostenidas por gigantescas columnas de granito, y la parte superior de enormes ventanales sumidos en la penumbra. El abovedado mantenía la solemne paz de una catedral, extendida como protección de la febril actividad de la gente de abajo.

Dominando el gran vestíbulo, pero ignorada por los viajeros como una visión habitual, se levantaba la estatua de Nathaniel Taggart, el fundador de la compañía de ferrocarril. Dagny era la única que seguía siendo consciente de ella y nunca había sido capaz de pasar por alto su existencia. Mirar esa estatua cada vez que cruzaba el gran vestíbulo era la única forma de plegaria que ella conocía.

Nathaniel Taggart había sido un aventurero sin dinero que había llegado desde algún lugar de Nueva Inglaterra y había construido un ferrocarril que cruzaba un continente, en los días de los primeros raíles de acero. Su ferrocarril aún existía; su batalla para construirlo se había reducido a una leyenda, porque la gente prefería no entender o no creer posible tal batalla.

Era un hombre que nunca había aceptado el credo de que otros tuviesen derecho a detenerle. Establecía su objetivo y se movía hacia él, y su camino era tan recto como una de sus vías. Nunca pidió préstamos, bonos, subsidios, concesiones de tierras o favores legislativos del gobierno. Consiguió dinero de hombres que lo poseían, yendo de puerta en puerta, desde las puertas de caoba de los banqueros a las puertas de tablilla de granjas solitarias. Nunca habló del bien común. Simplemente le dijo a la gente que ellos obtendrían grandes beneficios con su ferrocarril, les dijo por qué él esperaba esos beneficios, y les dio sus razones. Tenía buenas razones. En todas las generaciones que siguieron, Taggart Transcontinental fue uno de los pocos ferrocarriles que nunca quebró, y el único en el que el control mayoritario siempre permaneció en manos de los descendientes del fundador.

Durante su vida, el nombre «Nat Taggart» no era famoso, sino notorio; era repetido, no como homenaje, sino como rencorosa curiosidad; y si alguien lo admiraba, era como uno admira a un bandido exitoso. Y, sin

embargo, ni un solo centavo de su riqueza había sido obtenido por fuerza o por fraude; él no era culpable de nada, excepto de haber ganado su propia fortuna y de no haber olvidado nunca que era suya.

Muchas historias se rumoreaban sobre él. Se decía que en los desiertos del Medio Oeste había asesinado a un legislador estatal que trató de revocar un fuero que le había sido concedido, revocarlo cuando su raíl ya había sido tendido hasta la mitad del Estado; algunos legisladores habían planeado ganar una fortuna con las acciones de Taggart, vendiendo en corto. Nat Taggart fue procesado por el asesinato, pero la acusación nunca pudo ser demostrada. No tuvo problemas con los legisladores a partir de ese momento.

Se decía que Nat Taggart había apostado la vida por su ferrocarril muchas veces; pero una vez apostó más que su vida. Desesperado por conseguir fondos, con la construcción de su línea suspendida, tiró por una escalera de tres pisos a un distinguido caballero que le había ofrecido un préstamo del gobierno. Luego ofreció a su mujer como colateral del préstamo de un millonario que le odiaba a él y admiraba la belleza de ella. Pagó el préstamo a tiempo, y no tuvo que ceder su colateral. El trato había sido hecho con el consentimiento de su mujer. Ella era una gran belleza de una de las familias más nobles de un estado del sur, y había sido desheredada por fugarse con Nat Taggart cuando él no era más que un joven y andrajoso aventurero.

Dagny lamentaba a veces que Nat Taggart fuese su antepasado. Lo que sentía por él no pertenecía a la categoría de afectos familiares no elegidos. Ella no quería que su sentimiento fuese lo que uno supuestamente le debe a un tío o a un abuelo. Ella era incapaz de amar cualquier cosa que ella no eligiese, y le molestaba todo aquel que exigiese eso. Pero si hubiese sido posible elegir a un antepasado, ella habría elegido a Nat Taggart, en agradecido homenaje y con toda su gratitud.

La estatua de Nat Taggart había sido copiada del bosquejo que hizo un artista de él, el único registro que se hizo jamás de su apariencia. Él había vivido hasta una edad muy avanzada, pero nadie podía pensar en él excepto como aparecía en ese bosquejo: como un muchacho joven. En la infancia de ella, esa escultura había sido para Dagny su primera concepción de lo

exaltado. Cuando la mandaban a la iglesia o a la escuela y oía a la gente pronunciar esa palabra, pensaba que sabía lo que querían decir: pensaba en la estatua.

La estatua era de un joven con un cuerpo alto y adusto y un rostro anguloso. Erguía la cabeza como si estuviese encarando un desafío y sintiese placer por su capacidad de encararlo. Todo lo que Dagny quería de la vida estaba contenido en el deseo de erguir la cabeza como él lo hacía.

Esa noche miró la estatua cuando cruzó el gran vestíbulo. Fue un momento de descanso; fue como si una carga que ella no podía definir fuese aligerada, y como si una suave brisa estuviese acariciando su frente.

En un rincón del gran vestíbulo, cerca de la entrada principal, había un pequeño puesto de periódicos. El propietario, un viejo tranquilo y amable con aires de nobleza, había estado detrás de su mostrador durante veinte años. Había sido propietario de una fábrica de cigarrillos en el pasado, la cual había quebrado, y él se había resignado a la solitaria oscuridad de su pequeño puesto, en medio de un eterno torbellino de extraños. No tenía familia ni amigos que quedasen vivos. Tenía una afición que era su único placer; había recogido cigarrillos de todas partes del mundo para su colección privada; conocía todas las marcas fabricadas o que alguna vez habían sido fabricadas.

A Dagny le gustaba pasar por su quiosco al salir. Él parecía formar parte de la Terminal Taggart, como un viejo perro guardián, demasiado débil para protegerla, pero tranquilizador por la lealtad de su presencia. A él le gustaba verla venir, porque le divertía pensar que sólo él sabía la importancia de aquella joven de chaqueta *sport* y sombrero inclinado, que se acercaba rápidamente de forma anónima entre la multitud.

Dagny se detuvo esa noche, como de costumbre, para comprar un paquete de cigarrillos.

—¿Cómo va la colección? —le preguntó—. ¿Algún ejemplar nuevo?

Él sonrió tristemente, moviendo la cabeza.

—No, señorita Taggart. No hay marcas nuevas fabricadas en ningún lugar del mundo. Incluso las antiguas van desapareciendo, una tras otra. Sólo quedan cinco o seis que se venden ahora. Solía haber docenas de ellas. Las personas han dejado de hacer cosas nuevas.

—Volverán a hacerlas. Es sólo algo temporal.

Él la miró, y no respondió. Luego, dijo:

—Me gustan los cigarrillos, señorita Taggart. Me gusta pensar en el fuego mantenido en la mano de un hombre. El fuego, una fuerza peligrosa, domado en las puntas de sus dedos. A menudo pienso en las horas que un hombre está sentado solo, mirando el humo de un cigarrillo, pensando. Me pregunto qué grandes cosas han surgido de tales horas. Cuando un hombre piensa, hay un punto de fuego vivo en su mente..., y es apropiado que tenga la punta ardiente de un cigarrillo como su expresión.

—¿Piensan alguna vez? —preguntó ella involuntariamente, y paró; la pregunta era su única tortura personal, y ella no quería discutirla.

El viejo la miró como si se hubiese dado cuenta de la parada repentina y la hubiese entendido; pero no empezó a discutirlo; en vez de eso, dijo:

—No me gusta lo que le está pasando a las personas, señorita Taggart.

—¿Qué?

—No sé. Pero las he observado desde aquí durante veinte años y he visto el cambio. Solían pasar por aquí a toda prisa, y era maravilloso verlas, era la prisa de hombres que sabían adónde iban y que estaban impacientes por llegar. Ahora se apresuran porque tienen miedo. No es un objetivo lo que les mueve, es miedo. No están yendo a ningún sitio, están escapando. Y no creo que sepan qué es de lo que quieren escapar. No se miran unos a otros. Se sobresaltan cuando se rozan. Sonríen demasiado, pero con un tipo feo de sonrisa: no es alegría, es súplica. No sé qué es lo que le está pasando al mundo. —Se encogió de hombros—. En fin, ¿quién es John Galt?

—¡Él es sólo una frase sin sentido! —Ella se sorprendió por la brusquedad de su propia voz, y añadió a modo de disculpa—: No me gusta esa vacía expresión de jerga. ¿Qué significa? ¿De dónde salió?

—Nadie lo sabe —respondió él despacio.

—¿Por qué sigue la gente diciéndola? Nadie parece poder explicar exactamente qué representa, y sin embargo todos la usan como si supieran su significado.

—¿Por qué le molesta esa frase? —preguntó él.

—No me gusta lo que ellos parecen querer decir cuando la dicen.

—A mí tampoco, señorita Taggart.

Eddie Willers cenaba habitualmente en la cafetería de los empleados de la Terminal Taggart. Había un restaurante en el edificio al que iban los ejecutivos de la empresa, pero a él no le gustaba. La cafetería parecía ser parte del ferrocarril, y él se sentía más en casa allí.

La cafetería estaba bajo tierra. Era una sala grande, con paredes de azulejos blancos que brillaban con los reflejos de luces eléctricas y que parecían un brocado de plata. Tenía un techo alto, mostradores resplandecientes de cristal y cromo, y una sensación de espacio y luz.

Había un trabajador del ferrocarril con quien Eddie Willers se encontraba a veces en la cafetería. A Eddie le gustaba su cara. Habían mantenido una conversación casual una vez, y a partir de ahí se acostumbraron a cenar juntos cada vez que coincidían.

Eddie había olvidado si alguna vez le había preguntado su nombre al trabajador, o la naturaleza de su trabajo; supuso que el trabajo no sería gran cosa, porque la ropa del hombre era tosca y con manchas de grasa. Para él, ese hombre no era una persona, sino sólo una presencia silenciosa, enorme e intensamente relacionada con la única cosa que daba sentido a su propia vida: Taggart Transcontinental.

Esa noche, en la que llegaba tarde, Eddie vio al trabajador sentado a una mesa en un rincón de la sala semidesierta. Eddie sonrió feliz, saludándole con la mano, y llevó su bandeja de comida a la mesa del trabajador.

En la privacidad de su rincón, Eddie se sentía cómodo, relajándose tras el largo esfuerzo del día. Podía hablar como no hablaba en ningún otro sitio, admitiendo cosas que no le confesaría a nadie, pensando en voz alta, mirando a los atentos ojos del trabajador al otro lado de la mesa.

—La Línea Río Norte es nuestra última esperanza —dijo Eddie Willers—. Pero nos salvará. Tendremos por lo menos un vía secundaria en buenas condiciones, donde más se necesita, y eso ayudará a salvar al resto. Es gracioso, ¿no?, hablar de nuestra última esperanza para Taggart Transcontinental. ¿Te tomas en serio si alguien te dice que un meteorito va a destruir la Tierra? No, yo tampoco... «De Océano a Océano, para siempre», eso es lo que oímos durante toda nuestra infancia, ella y yo. No, no decían «para siempre», pero eso es lo que querían decir. Sabes, yo no soy ninguna especie de gran hombre. Yo no podría haber construido ese ferrocarril. Si desaparece, no podré traerlo de vuelta, tendré que desaparecer

con él... No me hagas ningún caso. No sé por qué debería decir cosas así. Supongo que estoy un poco cansado... Sí, he trabajado hasta tarde. Ella no me pidió que me quedara, pero había luz bajo su puerta, mucho después de que todos los demás se hubieran marchado... Sí, ella se ha ido a casa ahora. ¿Problemas? Oh, siempre hay problemas en la oficina. Pero ella no está preocupada. Sabe que puede sacarnos adelante... Por supuesto, la cosa está mal. Estamos teniendo muchos más accidentes de lo que se oye por ahí. Perdimos dos diésels de nuevo, la semana pasada. Una..., sólo de vieja; la otra..., en una colisión frontal... Sí, tenemos diésels pedidas, de la United Locomotive Works, pero ya llevamos esperándolas dos años. No sé si alguna vez llegaremos a recibirlas o no... ¡Dios, cómo las necesitamos! Fuerza motriz, no puedes ni imaginarte lo importante que es. Es el corazón de todo... ¿De qué te ríes...? Bueno, como estaba diciendo, la cosa está mal. Pero, por lo menos, la Línea Río Norte está resuelta. El primer cargamento de raíles llegará al lugar de trabajo en unas semanas. Dentro de un año circulará el primer tren sobre la nueva vía. Nada nos detendrá esta vez... Claro, sé quién va a tender el raíl. McNamara, de Cleveland. Es el contratista que completó la Línea San Sebastián para nosotros. Así que estamos seguros. Podemos contar con él. Ya no quedan muchos contratistas buenos... Estamos todos superacelerados, pero me gusta. He estado viniendo a la oficina una hora antes de lo normal, pero ella me gana. Siempre está allí antes... ¿Qué...? No sé lo que hace por las noches. Nada en particular, supongo... No, nunca sale con nadie. Se queda en casa, la mayor parte del tiempo, y escucha música. Oye discos... ¿Qué más te da, qué discos? Richard Halley. Adora la música de Richard Halley. Aparte del ferrocarril, eso es lo único que ella adora.

## Capítulo IV

# Los motores inmóviles

«Fuerza motriz», pensó Dagny, mirando el Edificio Taggart en el crepúsculo. Ésa era su necesidad inicial: fuerza motriz para mantener ese edificio en pie; movimiento para mantenerlo inmóvil. No descansaba sobre pilares hundidos en el granito; descansaba sobre las locomotoras que rodaban a través de un continente.

Sintió un leve toque de ansiedad. Acababa de volver de un viaje a la planta de la United Locomotive Works en Nueva Jersey, donde había ido a ver al presidente de la empresa en persona. No había conseguido sacar nada en claro: ni el motivo de los retrasos, ni ninguna idea de la fecha en la que las locomotoras diésel iban a ser fabricadas. El presidente de la empresa había hablado durante dos horas, pero ninguna de sus respuestas había tenido nada que ver con ninguna de las preguntas de ella. Su actitud había transmitido una nota peculiar de condescendiente reproche cada vez que ella trataba de hacer que la conversación fuese concreta, como si ella estuviese portándose groseramente según un código inexplícito conocido por todo el mundo.

Al recorrer la fábrica, ella había visto una enorme pieza de maquinaria que había sido abandonada en un rincón del patio. Había sido una máquina herramienta de precisión una vez, mucho tiempo atrás, una de una clase que ya no podía comprarse en ningún sitio. No estaba desgastada por el uso; se había podrido por negligencia, había sido corroída por el óxido y las negras gotas de aceite sucio. Desvió la vista para no verla. Una imagen de esa naturaleza siempre la cegaba durante un instante con la explosión de una ira demasiado violenta. No sabía por qué; no podía definir su propia emoción; sólo sabía que en esa emoción había un grito de protesta contra la injusticia, y que era una respuesta a algo que iba mucho más allá que una vieja pieza de maquinaria.

El resto de su equipo se había marchado cuando ella entró en la antesala de su oficina, pero Eddie Willers aún estaba allí, esperándola. Supo inmediatamente que algo había pasado, por la forma en que él la siguió en silencio a su despacho.

—¿Qué pasa, Eddie?

—McNamara se ha ido.

Ella lo miró, perpleja.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido?

—Ido... Jubilado. Cerró el negocio.

—¿McNamara, nuestro contratista?

—Sí.

—¡Pero eso es imposible!

—Lo sé.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué?

—Nadie lo sabe.

Tomándose su tiempo deliberadamente, ella se desabrochó el abrigo, se sentó en su escritorio y empezó a quitarse los guantes. Luego, dijo:

—Empieza por el principio, Eddie. Siéntate.

Él habló en voz baja, pero permaneció de pie.

—Hablé con su ingeniero jefe por teléfono. El ingeniero jefe llamó desde Cleveland para decírnoslo. Es lo único que dijo. No sabía nada más.

—¿Qué dijo?

—Que McNamara había cerrado su negocio y se había ido.

—¿Adónde?

—No lo sabe. Nadie lo sabe.

Ella se dio cuenta de que estaba sujetando con una mano dos dedos vacíos del guante de la otra, un guante olvidado y a medio quitar. Se lo quitó del todo y lo dejó caer en la mesa.

—Ha largado un montón de contratos que valen una fortuna —continuó Eddie—. Tenía una lista de espera de clientes para los próximos tres años... —Ella no dijo nada; él añadió en voz baja—: Yo no estaría asustado si pudiese entenderlo... Pero es una cosa que no puede tener ninguna razón de ser... —Ella permaneció en silencio—. Era el mejor contratista del país.

Se miraron uno al otro. Lo que ella quería decir era: «¡Oh, Dios, Eddie!». En vez de eso, con voz calmada, dijo:

—No te preocupes. Encontraremos otro contratista para la Línea Río Norte.

Era tarde cuando ella salió de su oficina. Afuera, en la acera de la entrada del edificio, se paró un momento y miró las calles. Se sintió de repente vacía de energía, de propósito, de deseo, como si un motor hubiese crujido y se hubiese parado.

Un débil resplandor fluía desde detrás de los edificios hasta el cielo, el reflejo de miles de luces anónimas, el aliento eléctrico de la ciudad. Ella quería descansar. Descansar, pensó, y encontrar alegría en alguna parte.

Su trabajo era lo único que ella tenía o deseaba. Pero había momentos, como esa noche, en que sentía un vacío repentino y peculiar, que no era vacío, sino silencio, que no era desesperación, sino inmovilidad, como si nada dentro de ella se hubiese destruido pero todo hubiese quedado inmóvil. Entonces sentía el deseo de encontrar un momento de alegría en algún lugar, el deseo de ser mantenida como espectadora pasiva de alguna obra o visión de grandeza. No hacer, pensó, sino aceptar; no iniciar, sino responder; no crear, sino admirar. Lo necesito para poder continuar, pensó, porque la alegría es el combustible de uno.

Ella siempre había sido —cerró los ojos con una leve sonrisa risueña y de dolor— la fuerza motriz de su propia felicidad. Por una vez, quería dejarse llevar por el poder del logro de otra persona. Igual que a los hombres en una oscura pradera les gustaba ver las luces iluminadas de un tren pasando en la distancia, que era el logro de ella, una visión de poder y de propósito que les daba confianza en medio de kilómetros vacíos y de oscuridad..., así también quería ella sentirlo durante un momento, un breve saludo, un único atisbo, sólo saludar con el brazo y decir: «Alguien está yendo a alguna parte...».

Empezó a andar despacio, con las manos en los bolsillos de su abrigo, con la sombra del ala de su inclinado sombrero cruzándole la cara. Los edificios a su alrededor se elevaban a tales alturas que su mirada no podía encontrar el cielo. Pensó: «Ha costado mucho construir esta ciudad; debería tener mucho que ofrecer».

Encima de la puerta de una tienda, el agujero negro de un altavoz estaba arrojando sonidos a la calle. Eran los sonidos de un concierto sinfónico que estaba tocando en algún lugar de la ciudad. Eran un largo chirrido sin forma, como de tela y carne siendo rasgadas al azar. Se

esparcían sin melodía, sin armonía, sin un ritmo que los sustentara. Si la música era emoción y la emoción venía del pensamiento, entonces, eso era el grito del caos, de lo irracional, de lo impotente, de la renuncia del ser humano a sí mismo.

Siguió andando. Se paró ante el escaparate de una librería. El escaparate mostraba una pirámide de tomos con cubiertas marrón púrpura, con el título: *El buitre está mudando el plumaje*. LA NOVELA DE NUESTRO SIGLO, decía un letrero; y debajo: EL PENETRANTE ESTUDIO DE LA AVARICIA DE UN EMPRESARIO. UNA TEMERARIA REVELACIÓN DE LA DEPRAVACIÓN DEL HOMBRE.

Pasó por delante de un cine. Sus luces ocupaban media manzana, dejando sólo una enorme fotografía y algunas letras suspendidas en el aire brillante. La foto era de una joven sonriente; al mirar su cara, uno sentía el hastío de haberla visto durante años, aunque la estuviese viendo por primera vez. Las letras decían: ... EN UN DRAMA TRASCENDENTAL QUE DA LA RESPUESTA AL GRAN PROBLEMA: ¿DEBE UNA MUJER CONTARLO?

Pasó por la puerta de un club nocturno. Una pareja salió tambaleándose de un taxi. La chica, de ojos borrosos y cara sudorosa, llevaba una capa de armiño y un hermoso vestido de noche que se le había caído de un hombro, como el albornoz de una desaliñada ama de casa, revelando demasiado de su seno, no mostrando atrevimiento, sino la indiferencia de una esclava. Su acompañante la conducía, agarrando su brazo desnudo, no con la expresión de un hombre que anticipara una aventura romántica, sino con la pícara expresión de un joven dispuesto a pintar obscenidades sobre vallas o muros.

¿Qué había esperado encontrar?, pensó, continuando la marcha. Ésas eran las cosas por las que los hombres vivían, las formas de su espíritu, de su cultura, de su diversión. Ella no había visto nada diferente en ningún sitio desde hacía muchos años.

En la esquina de la calle donde vivía compró un periódico y se fue a casa.

Su apartamento eran dos habitaciones en la azotea de un rascacielos. Los cristales de la ventana en la esquina de la sala de estar hacían que pareciese la proa de un barco en movimiento, y las luces de la ciudad eran como chispas fosforescentes en las negras olas de acero y piedra. Al

encender la lámpara, largos triángulos de sombras cortaban las desnudas paredes en un patrón geométrico de rayos de luz quebrados por unas pocas y angulares piezas de mobiliario.

Estaba de pie en medio de la habitación, sola entre el cielo y la ciudad. Había sólo una cosa que podía proporcionarle la sensación que quería sentir esa noche; era la única forma de disfrute que había encontrado. Se acercó a un tocadiscos y puso un disco de Richard Halley.

Era su Cuarto Concierto, la última obra que había escrito. La explosión de sus acordes iniciales barrió de su mente la visión de las calles. El concierto era un gran grito de rebelión. Era un «no» lanzado contra algún largo proceso de tortura, una negación del sufrimiento, una negación que contenía la agonía de la lucha por liberarse. Los sonidos eran como una voz diciendo: «No hay necesidad de dolor..., ¿por qué, entonces, está el peor dolor reservado para quienes no aceptan su necesidad?; nosotros, que tenemos el amor y el secreto de la alegría, ¿a qué castigo hemos sido sentenciados, y por quién?». Los sonidos de tortura se convertían en desafío, la afirmación de agonía se convertía en un himno a una distante visión en virtud de la cual valía la pena soportar cualquier cosa, incluso eso. Era un canto de rebeldía..., y de una búsqueda desesperada.

Ella estaba sentada sin moverse, con los ojos cerrados, escuchando.

Nadie sabía qué había ocurrido con Richard Halley, ni por qué. La historia de su vida había sido como un resumen escrito para maldecir la grandeza al mostrar el precio que uno paga por ella. Había sido una procesión de años pasados en buhardillas y sótanos, años que habían adquirido el tono gris de las paredes que aprisionaban a un hombre cuya música se desbordaba con violentos colores. Había sido la historia gris de una lucha contra largos tramos de escaleras sin luz en edificios de alquiler, contra cañerías congeladas, contra el precio de un bocadillo en una cafetería pestilente, contra las caras de hombres que escuchaban música, sus ojos vacíos. Había sido una lucha sin el alivio de la violencia, sin el reconocimiento de encontrar un enemigo consciente, sólo con una sórdida pared a la que golpear, una pared con la insonorización más eficiente de todas: la indiferencia, que absorbía golpes, acordes y gritos; había sido una batalla de silencio para un hombre que podía darle a los sonidos la mayor elocuencia que jamás habían tenido, el silencio de la oscuridad, de la soledad, de las noches en que alguna rara orquesta tocaba una de sus obras

y él miraba a la oscuridad, sabiendo que su alma viajaba en temblorosos y crecientes círculos desde una antena de radio a través del espacio sobre la ciudad, pero que no había receptores sintonizados para oírla.

«La música de Richard Halley tiene una cualidad de lo heroico. Nuestra era ha superado esas tonterías», dijo un crítico. «La música de Richard Halley ha desafinado con nuestros tiempos. Tiene un tono de éxtasis. ¿A quién le importa el éxtasis hoy día?», dijo otro.

Su vida había sido un compendio de las vidas de todos los hombres cuya recompensa está en un parque público cien años después de que esa recompensa pueda importar; excepto que Richard Halley no murió lo suficientemente pronto. Vivió para ver la noche que, según las aceptadas leyes de la historia, supuestamente no debería ver. Tenía cuarenta y tres años, y era el estreno de *Phaethon*, una ópera que había escrito a los veinticuatro años de edad. Él había cambiado el antiguo mito griego para adaptarlo a su propio objetivo y significado: Phaethon, el joven hijo de Helios que robó la carroza de su padre y, con ambiciosa audacia, intentó conducir el Sol a través del firmamento, no perecía, como pereció en el mito; en la ópera de Halley, Phaeton lo consiguió. La ópera había sido representada entonces, diecinueve años atrás, y había sido cancelada después de una sola función, tras recibir abucheos y silbidos. Esa noche, Richard Halley había caminado por las calles de la ciudad hasta el amanecer, intentando encontrar respuesta a una pregunta, y no la encontró.

La noche en que la obra fue presentada de nuevo, diecinueve años después, los últimos acordes de la música se fundieron con los sonidos de la mayor ovación jamás oída en el teatro de la ópera. Los antiguos muros no pudieron contenerla, los sonidos de los vítores estallaron a través de los pasillos y llegaron a las escaleras, a las calles, al muchacho que había recorrido esas calles diecinueve años antes.

Dagny estaba entre la audiencia la noche de la ovación. Ella era una de las pocas personas que habían conocido la música de Richard Halley desde mucho antes; pero ella nunca lo había visto a él. Vio cómo lo empujaban hasta el escenario, lo vio enfrentando la gran extensión de brazos agitándose y cabezas ovacionando. Él estaba allí de pie, sin moverse, un hombre alto y demacrado, de cabello canoso. No se inclinó, no sonrió; simplemente se quedó allí, mirando a la multitud. Su cara tenía la expresión seria y sosegada de un hombre contemplando una pregunta.

«La música de Richard Halley», escribió un crítico la mañana siguiente, «pertenece a la humanidad. Es el producto y la expresión de la grandeza del pueblo». «Hay una lección inspiradora», dijo un pastor religioso, «en la vida de Richard Halley. Él ha mantenido una terrible batalla, pero ¿qué importa eso? Es digno, es noble que él haya tenido que soportar sufrimiento, injusticia y abuso a manos de sus hermanos para así poder enriquecer sus vidas y enseñarles a apreciar la belleza de una gran música».

El día siguiente al estreno, Richard Halley se retiró.

No dio ninguna explicación. Simplemente les dijo a sus editores que su carrera había terminado. Les vendió los derechos de sus obras por una modesta suma, aunque sabía que sus regalías le habrían traído una fortuna. Se fue sin dejar ninguna dirección. Eso había sido ocho años atrás; nadie lo había visto desde entonces.

Dagny estaba escuchando el Cuarto Concierto, su cabeza echada hacia atrás, sus ojos cerrados. Estaba medio reclinada en uno de los extremos de un sofá, su cuerpo relajado y quieto; pero la tensión resaltaba la forma de su boca en su rostro inmóvil, una forma sensual dibujada en líneas de nostalgia.

Al cabo de un rato, ella abrió los ojos. Se fijó en el periódico que había tirado en el sofá. Alargó el brazo distraídamente para cogerlo y apartar de su vista los insípidos titulares. El periódico cayó y se abrió. Ella vio la foto de una cara que conocía y el titular de un artículo. Cerró las páginas de un manotazo, y echó el periódico a un lado.

Era la cara de Francisco d’Anconia. El titular decía que había llegado a Nueva York. ¿Y eso qué?, pensó. Ella no tenía por qué verlo. No lo había visto desde hacía años.

Estaba sentada mirando el periódico en el suelo. No lo leas, pensó; no lo mires. Pero la cara, pensó, no había cambiado. ¿Cómo podría una cara seguir siendo la misma cuando todo lo demás había desaparecido? Ojalá no le hubiesen hecho una foto mientras sonreía. Ese tipo de sonrisa no pertenecía a las páginas de un periódico. Era la sonrisa de un hombre que es capaz de ver, de conocer, y de crear la gloria de la existencia. Era la sonrisa burlona y retadora de una inteligencia brillante. No lo leas, pensó; no ahora..., no con esa música..., oh, ¡no con esa música!

Extendió la mano hacia el periódico y lo abrió.

El artículo decía que el señor Francisco d'Anconia había concedido una entrevista a la prensa en su suite del Hotel Wayne-Falkland. Decía que él había venido a Nueva York por dos razones importantes: una joven empleada del guardarropas del club Cachorro, y el paté de hígado de la charcutería de Moe, en la Tercera Avenida. No tenía comentarios sobre el inminente juicio del divorcio del señor y la señora Gilbert Vail. La señora Vail, una dama de noble alcurnia y de extraordinario encanto, había lanzado un ataque contra su distinguido y joven esposo algunos meses antes, al declarar públicamente que deseaba librarse de él en pro de su amante, Francisco d'Anconia. Ella le había dado a la prensa un relato detallado de su romance secreto, incluyendo una descripción de la última víspera de Año Nuevo, que ella había pasado en la mansión de d'Anconia en los Andes. Su marido había sobrevivido al ataque y había pedido legalmente el divorcio. Ella había contrarrestado con otra demanda por la mitad de los millones de su marido, y con un recital de la vida privada de él, la cual, dijo ella, hacía que la suya pareciese inocente. Todo eso había sido difundido por los periódicos durante semanas. Pero el señor d'Anconia no tenía nada que decir al respecto cuando los periodistas lo abordaron. Le preguntaron si negaba la historia de la señora Vail; «Yo nunca niego nada», respondió. Los periodistas estaban sorprendidos por su repentina llegada a la ciudad; habían pensado que preferiría no estar allí precisamente cuando lo peor del escándalo estuviese a punto de estallar en todas las portadas. Pero se habían equivocado. Francisco d'Anconia añadió un comentario más a las razones de su llegada: «Quise presenciar la farsa», dijo.

Dagny dejó caer el periódico al suelo. Estaba sentada, echada hacia delante, la cabeza sobre sus brazos. No se movió, pero los mechones de cabello, que le llegaban a las rodillas, se estremecían en repentinas convulsiones de vez en cuando.

Los grandes acordes de la música de Halley continuaron, llenando la sala, atravesando el cristal de las ventanas, extendiéndose por toda la ciudad. Ella estaba oyendo la música. Era *su* búsqueda, su grito.

James Taggart miró por la sala de estar de su apartamento, preguntándose qué hora sería; no le apetecía moverse para encontrar su reloj. Estaba sentado en un sillón, vestido con un pijama arrugado, descalzo; era

demasiado esfuerzo buscar sus zapatillas. La luz de un cielo gris en las ventanas le dañaba los ojos, todavía pegajosos de sueño. Sintió, dentro de su cráneo, la desagradable pesadez que está a punto de convertirse en dolor de cabeza. Se preguntó con enojo para qué había llegado tambaleándose hasta la sala. Ah, sí, recordó, para ver la hora.

Se dejó caer atravesado sobre el brazo del sillón, y divisó un reloj en un edificio lejano: eran veinte minutos después de las doce del mediodía.

Por la puerta abierta del dormitorio oyó cómo Betty Pope se cepillaba los dientes en el aseo contiguo. Su faja estaba tirada en el suelo, al lado de una silla, junto con el resto de su ropa; la faja era de un rosa desvaído, con tirantes de goma rotos.

—Date prisa, ¿vale? —gritó él irritadamente—. Tengo que vestirme.

Ella no respondió. Había dejado la puerta del baño abierta; él podía oír el sonido de gárgaras.

«¿Por qué hago esas cosas?», pensó él, recordando la noche anterior. Pero era demasiado esfuerzo buscar una respuesta.

Betty Pope entró en la sala, arrastrando los pliegues de un salto de cama de satén con rombos de arlequín naranja y púrpura. Estaba horrible con el salto de cama, pensó Taggart; estaba mucho mejor en traje de montar, como en las fotos en las páginas de sociedad de los periódicos. Era una chica larguirucha, de puro hueso y de coyunturas que no se movían con suavidad. Tenía una cara hogareña, una mala complexión y una expresión de impertinente condescendencia derivada del hecho de que pertenecía a una de las mejores familias.

—¡Qué demonios! —dijo ella, sin referirse a nada en particular, estirándose para desperezarse—. Jim, ¿dónde están tus tijeras de las uñas? Tengo que cortarme las uñas de los pies.

—No sé. Me duele la cabeza. Hazlo en tu casa.

—No estás nada apetecible por las mañanas —dijo ella con indiferencia—. Pareces un caracol.

—¿Por qué no te callas la boca?

La joven deambuló sin rumbo fijo por la habitación.

—No quiero irme a casa —dijo ella sin expresar ninguna emoción concreta—. Odio las mañanas. Otro día más, y sin nada que hacer. Tengo una merienda esta tarde en casa de Liz Blane. Pero, bueno, puede ser

entretenido, porque Liz es una bruja. —Cogió un vaso y se tragó el resto rancio de una bebida—. ¿Por qué no dejas que arreglen tu aire acondicionado? Este lugar apesta.

—¿Has acabado en el cuarto de baño? —preguntó él—. Tengo que vestirme. Tengo un compromiso importante hoy.

—Adelante, entra. No me importa. Compartiré el baño contigo. Odio que me metan prisa.

Mientras se afeitaba, la vio vestirse delante de la puerta abierta del baño. Ella se tomó su tiempo, contorsionándose para ponerse la faja, enganchando sus ligas y sus medias, metiéndose en un caro y desgarbado vestido de *tweed*. El salto de cama de arlequín, seleccionado de un anuncio en la revista de modas más famosa, era como un uniforme; ella sabía que era de esperar que lo usase en ciertas ocasiones, y ella lo había usado debidamente para un objetivo específico, y luego lo había desechado.

La naturaleza de su relación tenía la misma calidad. No había pasión en ella, ni deseo, no había placer real, ni siquiera una sensación de vergüenza. Para ellos, el acto del sexo no era ni goce ni pecado. No significaba nada. Habían oído decir que hombres y mujeres supuestamente debían dormir juntos, así que ellos lo hacían.

—Jim, ¿por qué no me llevas al restaurante armenio esta noche? —preguntó ella—. Me encanta el *shish kebab*.

—No puedo —respondió él con enfado a través de la espuma de afeitar en su cara—. Tengo un día muy ocupado por delante.

—¿Por qué no lo cancelas?

—¿El qué?

—Lo que sea.

—Es muy importante, querida. Es una reunión de nuestro Consejo de Administración.

—Oh, no seas pesado con tu maldito ferrocarril. Es muy aburrido. Odio a los hombres de negocios. Son sosos.

Él no respondió.

Ella lo miró astutamente, y su voz adquirió una nota más vivaz al decir, arrastrando sus palabras:

—Jack Benson dijo que tienes una verdadera ganga con ese ferrocarril, porque es tu hermana quien dirige todo el montaje.

—Ah, eso dijo, ¿eh?

—Creo que tu hermana es horrible. Creo que es asqueroso ver a una mujer actuando como un mecánico y posando como un alto ejecutivo. Es tan poco femenino... ¿Quién se cree que es, en cualquier caso?

Taggart dio un paso hasta el umbral. Se apoyó en el marco de la puerta, estudiando a Betty Pope. Había una leve sonrisa en su cara, sarcástica y confiada. Ellos tenían, pensó, un lazo en común.

—Puede que te interese saber, querida —dijo—, que voy a ponerle una zancadilla a mi hermana esta tarde.

—¡No! —dijo ella, interesada—. ¿En serio?

—Y por eso esa reunión del consejo es tan importante.

—¿De verdad vas a echarla a la calle?

—No. Eso no es necesario ni aconsejable. Me limitaré a ponerla en su lugar. Es la oportunidad que he estado esperando.

—¿Has descubierto algún punto flaco en ella? ¿Algún escándalo?

—No, no. Tú no lo entenderías. Es sólo que se ha pasado esta vez, y hay que bajarle los humos. Se ha sacado de la manga un truco inexcusable, sin consultar a nadie. Es una seria ofensa contra nuestros vecinos mexicanos. Cuando el consejo se entere de eso, aprobará un par de medidas nuevas sobre el Departamento de Operaciones que harán que mi hermana sea un poco más fácil de manejar.

—Eres listo, Jim —dijo ella.

—Más vale que me vista. —Sonó complacido. Se volvió hacia el lavabo, añadiendo alegremente—: Al final puede que *sí* te lleve esta noche a comprarte un *shish-kebab*.

El teléfono sonó.

Él levantó el auricular. La operadora anunció una llamada de larga distancia desde la Ciudad de México.

La histérica voz al otro lado de la línea era la de su hombre político en México.

—¡No pude evitarlo, Jim! —dijo, tragando saliva—. ¡No pude evitarlo! ¡No nos avisaron, lo juro por Dios, nadie lo sospechó, nadie lo vio venir, hice todo lo que pude, no puedes echarme nada en cara, Jim, fue un rayo que cayó de la nada! El decreto salió esta mañana, hace sólo cinco minutos, nos lo soltaron así, ¡sin avisar! El gobierno del Estado Popular de México ha nacionalizado las Minas de San Sebastián y el ferrocarril de San Sebastián.

—... y, por lo tanto, les puedo asegurar a los caballeros del consejo que no hay ningún motivo de pánico. El acontecimiento de esta mañana es un suceso lamentable, pero, en base a mi conocimiento de los procesos internos que modelan nuestra política exterior en Washington, tengo plena confianza en que nuestro gobierno negociará un arreglo equitativo con el gobierno del Estado Popular de México, y que recibiremos una justa y total compensación por nuestra propiedad.

James Taggart estaba de pie ante la larga mesa, dirigiéndose al Consejo de Administración. Su voz era precisa y monótona; transmitía seguridad.

—Me complace informar, sin embargo, que yo previ la posibilidad de tales eventos y tomé las debidas precauciones para proteger los intereses de Taggart Transcontinental. Hace algunos meses le ordené a nuestro Departamento de Operaciones que redujese el horario en la Línea San Sebastián a un solo tren por día, y que retirase de allí nuestra mejor fuerza motriz y nuestro mejor material rodante, así como cualquier equipo que pudiese ser movido. El gobierno mexicano no pudo apropiarse más que de unos cuantos vagones de madera y de una locomotora superamortizada. Mi decisión le ha ahorrado a la empresa muchos millones de dólares; haré que calculen las cifras exactas y las someteré a su consideración. Siento, sin embargo, que nuestros accionistas esperarán justificadamente que quienes asumieron la mayor responsabilidad por esta iniciativa deban ahora asumir las consecuencias de su negligencia. Sugiero, por lo tanto, que pidamos la renuncia del señor Clarence Eddington, nuestro asesor económico, quien recomendó la construcción de la Línea San Sebastián, y del señor Jules Mott, nuestro representante en la Ciudad de México.

Los hombres estaban sentados alrededor de la larga mesa, escuchando. No pensaban en lo que tendrían que hacer, sino en lo que tendrían que decirles a los hombres a quienes representaban. El discurso de Taggart les dio lo que necesitaban.

Orren Boyle estaba esperando a Taggart cuando éste volvió a su oficina. Una vez solos, los modales de Taggart cambiaron. Se apoyó en la mesa, hundiéndose, con la cara desencajada y blanca.

—¿Y bien? —preguntó Taggart.

Boyle extendió las manos con impotencia.

—Lo he verificado, Jim —dijo—. Está más claro que el agua: d'Anconia ha perdido quince millones de dólares de su propio dinero en esas minas. No, no hubo nada extraño en eso, no hizo ninguna jugarreta, invirtió su propio dinero, y ahora lo ha perdido.

—Ya... ¿Y qué va a hacer él al respecto?

—Eso... no lo sé. Nadie lo sabe.

—No va a permitir que le roben, ¿no es cierto? Es demasiado listo para eso. Debe tener algo en la manga.

—Desde luego, eso espero.

—Ha sido más listo que las más escurridizas combinaciones de estafadores de la Tierra. ¿Va a dejarse engañar ahora por una pandilla de políticos corruptos con un decreto? Debe tener algo con lo que ganarles, y él tendrá la última palabra, ¡y tenemos que estar seguros de estar en el ajo nosotros también!

—Eso depende de ti, Jim. Tú eres su amigo.

—¡De amigo nada! Lo odio a muerte.

Presionó un botón para llamar a su secretario. El secretario entró con incertidumbre, con un aire triste; era un joven, o ya no tan joven, con una cara sin sangre y los modales educados de una pobreza refinada.

—¿Me has conseguido una cita con Francisco d'Anconia? —preguntó Taggart secamente.

—No, señor.

—Pero, maldita sea, te dije que llamaras al...

—No he podido hacerlo, señor. Lo he intentado.

—Pues inténtalo de nuevo.

—Quiero decir que no he conseguido fijar la cita, señor Taggart.

—¿Por qué no?

—Porque la declinó.

—¿Quieres decir que se negó a verme?

—Sí, señor, eso es lo que quiero decir.

—¿No *quiere* verme?

—No, señor, no quiere.

—¿Has hablado con él personalmente?

—No, señor, he hablado con su secretaria.

—¿Qué te ha dicho? Exactamente, ¿qué ha dicho? —El joven dudó, y pareció aún más triste—. ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que el señor d’Anconia dice que usted le aburre, señor Taggart.

La propuesta que aprobaron era conocida como la «Regla Anticompetencia-despiadada». Cuando votaron por ella, los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles estaban sentados en un enorme salón, en el creciente crepúsculo de una tarde de fines de otoño, y no se miraron unos a otros.

La Alianza Nacional de Ferrocarriles era una organización formada, se decía, para proteger el bienestar de la industria ferroviaria. Eso iba a conseguirse desarrollando métodos de cooperación para un objetivo común; iba a conseguirse con la promesa, por parte de cada uno de sus miembros, de subordinar sus propios intereses a los de la industria como un todo; los intereses de la industria como un todo serían determinados por voto mayoritario, y cada uno de los miembros quedaba obligado a obedecer cualquier decisión que la mayoría decidiese tomar.

—Los miembros de la misma profesión o de la misma industria deben mantenerse unidos —habían dicho los organizadores de la Alianza—. Todos tenemos los mismos problemas, los mismos intereses, los mismos enemigos. Gastamos nuestra energía luchando entre nosotros, en vez de presentar un frente común al mundo. Podemos crecer y prosperar juntos, si unimos nuestros esfuerzos.

—¿Contra quién está organizada esa Alianza? —había preguntado un escéptico. La respuesta había sido—: Bueno, no es *contra* nadie. Pero si quieres expresarlo de esa forma, bueno, es contra proveedores o fabricantes, contra cualquiera que intente aprovecharse de nosotros. ¿Contra quién se organiza cualquier sindicato?

—Eso es lo que yo me pregunto —había dicho el escéptico.

Cuando la Regla Anticompetencia-despiadada fue sometida al voto plenario de los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles en su asamblea anual, ésa fue la primera vez que se mencionó esa regla en público. Pero todos los miembros habían oído hablar de ella; había sido discutida en privado durante mucho tiempo, y con mayor insistencia aún durante los últimos meses. Los hombres que estaban sentados en el inmenso

salón de la reunión eran los presidentes de las compañías ferroviarias. A ellos no les gustaba la Regla Anticompetencia-despiadada; habían esperado que nunca fuese planteada. Pero, cuando fue planteada, votaron por ella.

Ninguna empresa ferroviaria fue mencionada por su nombre en los discursos que precedieron a la votación. Los discursos trataron sólo del bienestar público. Se decía que, mientras el bienestar público estaba amenazado por carencias de transporte, los ferrocarriles se estaban destruyendo entre sí por medio de una competencia malvada, bajo «la brutal política de la competencia despiadada». A la vez que existían zonas arruinadas en las que el servicio ferroviario había sido suspendido, existían, al mismo tiempo, grandes regiones en las que dos o tres empresas ferroviarias estaban compitiendo por un tráfico apenas suficiente para una. Se decía que había grandes oportunidades para ferrocarriles más jóvenes en las zonas arruinadas. Aunque era verdad que esas zonas ofrecían pocos incentivos económicos en ese momento, un ferrocarril con espíritu público, se decía, estaría interesado en proporcionar transporte para los habitantes que se esforzaban, puesto que el principal objetivo de un ferrocarril era el servicio público, no el beneficio.

Luego, se decía que las ferroviarias grandes y bien establecidas eran esenciales para el bienestar público; y que el colapso de una de ellas sería una catástrofe nacional; y que si uno de esos sistemas hubiese tenido la mala suerte de tener una pérdida seria al intentar, con el mejor espíritu público, contribuir a la buena voluntad internacional, entonces tenía derecho a subvenciones públicas que le ayudasen a soportar el revés.

Ningún ferrocarril fue mencionado por su nombre. Pero, cuando el presidente de la reunión levantó la mano, en solemne señal de que estaban a punto de votar, todo el mundo miró a Dan Conway, presidente de la Phoenix-Durango.

Hubo sólo cinco disidentes que votaron contra la regla. Sin embargo, cuando el presidente anunció que la medida había sido aprobada, no hubo vítores, ni murmullos de aprobación, ni ningún movimiento, sólo un profundo silencio. Hasta el último minuto, cada uno de ellos había esperado que alguien los salvara de aquello.

La Regla Anticompetencia-despiadada fue descrita como una medida de «autorregulación voluntaria», destinada a «aplicar mejor las leyes que ya habían sido aprobadas mucho tiempo atrás por los legisladores del país». La

regla establecía que a los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles se les prohibía incurrir en prácticas definidas como «competencia destructiva»; que en las regiones declaradas restringidas no se admitiría que operase más de un ferrocarril; que en tales regiones la prioridad le correspondería a la compañía más antigua que ahora estuviese operando allí, y que los recién llegados, que se habían entrometido injustamente en ese territorio, suspenderían sus operaciones en los siguientes nueve meses desde que se les ordenase; que el Consejo Ejecutivo de la Alianza Nacional de Ferrocarriles estaba facultado para decidir, a su exclusiva discreción, qué regiones habrían de ser restringidas.

Cuando la reunión finalizó, los hombres se apresuraron a marcharse. No hubo conversaciones privadas ni charlas amistosas. El inmenso salón quedó desierto en un tiempo extraordinariamente corto. Nadie le habló o miró a Dan Conway.

En el pasillo del edificio, James Taggart se encontró con Orren Boyle. No habían convenido en reunirse, pero Taggart vio una figura abultada perfilada contra una pared de mármol y supo quién era antes de verle la cara. Se acercaron uno al otro, y Boyle dijo, con una sonrisa menos tranquilizadora que de costumbre:

—He hecho mi parte. Ahora te toca a ti, Jimmy.

—No tuviste que venir aquí. ¿Por qué lo hiciste? —preguntó Taggart, malhumorado.

—Oh, sólo por divertirme —dijo Boyle.

Dan Conway estaba sentado, solo, entre filas de asientos vacíos. Seguía allí cuando la mujer de la limpieza vino a limpiar el salón. Cuando le gesticuló, él se levantó obedientemente y fue arrastrando sus pasos hasta la puerta. Al pasar ante la mujer en el pasillo, rebuscó en su bolsillo y le entregó un billete de cinco dólares, en silencio, dócilmente, sin mirarla a la cara. No parecía saber lo que estaba haciendo; actuaba como si pensase que estaba en algún lugar donde la generosidad exigía que diese una propina antes de salir.

Dagny aún estaba sentada en su escritorio cuando la puerta de su oficina se abrió con brusquedad y James Taggart entró impetuosamente. Era la primera vez que había entrado de esa forma. Su cara parecía febril.

Ella no lo había visto desde la nacionalización de la Línea San Sebastián. Él no había intentado discutirla con ella, y ella no había dicho nada al respecto; había demostrado tan elocuentemente que tenía razón, según pensó, que los comentarios eran innecesarios. Una sensación que era en parte cortesía, en parte compasión, la había frenado para decirle a él la conclusión que había que derivar de los acontecimientos. Con toda razón y justicia, no había más que una conclusión a la que él podría llegar. Ella estaba enterada de su discurso al Consejo de Administración. Se había encogido de hombros, desdeñosa y divertida; si adueñarse de los logros de ella le servía a él para alcanzar sus propósitos, fuesen cuales fuesen, entonces, por su propio beneficio, y aunque no fuera por ninguna otra razón, la dejaría libre para lograr cosas a partir de ese momento.

—¿Así que crees que tú eres la única que está haciendo algo por este ferrocarril?

Ella lo miró, perpleja. Su voz era chillona; estaba frente al escritorio de ella, tenso de excitación.

—Así que crees que yo he arruinado a la empresa, ¿no? —gritó él—. ¿Y ahora tú eres la única que puede salvarnos? ¿Crees que no tengo forma de compensar la pérdida mexicana?

—¿Qué quieres? —preguntó ella despacio.

—Quiero darte una noticia. ¿Te acuerdas de la propuesta de anticompetencia-despiadada de la Alianza de Ferrocarriles, de la que te hablé hace meses? No te gustó la idea. No te gustó en absoluto.

—La recuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—Ha sido aprobada.

—¿Qué es lo que ha sido aprobado?

—La Regla Anticompetencia-despiadada. Hace apenas unos minutos. En la reunión. ¡Dentro de nueve meses, no habrá ninguna línea de Phoenix-Durango en Colorado!

Un cenicero de cristal se estrelló contra el suelo desde su escritorio al ponerse ella en pie de un salto.

—¡Malditos canallas...!

Él siguió de pie, inmóvil. Estaba sonriendo.

Ella sabía que estaba temblando, expuesta a él, indefensa, y sabía que ésa era la visión de la que él disfrutaba, pero no le importó. Entonces, ella vio su sonrisa, y de repente su ciega cólera desapareció. No sintió nada.

Estudió esa sonrisa con una curiosidad fría e impersonal.

Estaban allí, uno frente al otro. Por primera vez, parecía como si él no tuviese miedo de ella. Estaba regodeándose. El evento significaba algo para él que iba mucho más allá de la destrucción de un competidor. No era una victoria sobre Dan Conway, sino sobre ella. Ella no sabía por qué o de qué forma, pero estaba segura de que él sí lo sabía.

Durante un instante relámpago, ella pensó que allí, frente a ella, en James Taggart y en aquello que le hacía sonreír, había un secreto que ella nunca había sospechado, y que era crucialmente importante que aprendiese a entenderlo. Pero ese pensamiento dio un fogonazo y se desvaneció.

Ella se volvió hacia la puerta de un armario y cogió su abrigo.

—¿Adónde vas? —La voz de Taggart había decaído; sonaba decepcionada y ligeramente preocupada.

Ella no contestó. Salió rápidamente de la oficina.

—Dan, tienes que luchar contra ellos. Yo te ayudaré. Lucharé por ti con todo lo que tengo.

Dan Conway sacudió la cabeza.

Estaba sentado en su escritorio, la vacía superficie de un papel secante delante de él, una débil lámpara en un rincón de la habitación. Dagny se había apresurado directamente a la oficina de la sede de la Phoenix-Durango. Conway estaba allí, y seguía sentado igual que ella lo había encontrado. Había sonreído al verla entrar, diciendo: «Qué curioso, pensé que vendrías», su voz apacible y sin vida. No se conocían muy bien, pero se habían encontrado unas cuantas veces en Colorado.

—No —dijo él—, es inútil.

—¿Lo dices por ese acuerdo de la Alianza que firmaste? No será válido. Eso es pura expropiación. Ningún tribunal lo confirmará. Y si Jim trata de esconderse detrás del típico eslogan de los saqueadores, del «bien común», declararé ante el tribunal y juraré que Taggart Transcontinental no está en condiciones de lidiar con todo el tráfico de Colorado. Y si algún jurado falla en contra tuya, puedes apelar y seguir apelando durante los próximos diez años.

—Sí —dijo él—, podría hacerlo..., no estoy seguro de si ganaría, pero podría hacerlo y mantener el ferrocarril durante unos años más, pero... No, no son las cuestiones legales las que me preocupan en cualquier caso. No es eso.

—¿Qué es, entonces?

—No quiero luchar contra eso, Dagny.

Ella lo miró, incrédula. Era la única frase que, ella estaba segura, él nunca había pronunciado antes; un hombre no podía dar un giro de ciento ochenta grados a esas alturas de su vida.

Dan Conway estaba llegando a los cincuenta años. Tenía la cara cuadrada, impasible y terca de un duro ingeniero de fletes, en vez de la del director de una empresa; la cara de un boxeador, con una piel joven y bronceada, y el cabello canoso. Había comprado un pequeño y modesto ferrocarril en Arizona, un ferrocarril cuyos ingresos eran menores que los de una exitosa tienda de ultramarinos, y lo había transformado en el mejor ferrocarril del Sudoeste. Hablaba poco, raramente leía libros, y nunca había ido a la universidad. Toda la esfera de intereses humanos, con una única excepción, lo dejaba totalmente indiferente; no tenía ni una pizca de lo que la gente llamaba cultura. Pero entendía de ferrocarriles.

—¿Por qué no quieres luchar?

—Porque ellos tenían el derecho a hacerlo.

—Dan —preguntó ella—, ¿te has vuelto loco?

—Nunca he dejado de cumplir mi palabra en toda mi vida —dijo sin fuerza—. Me da igual lo que los tribunales decidan. Yo prometí obedecer a la mayoría. Tengo que obedecer.

—¿Esperabas que la mayoría te hiciese esto a ti?

—No. —Hubo un cierto trazo de convulsión en la impasible cara. Él hablaba suavemente, sin mirarla a ella, el impotente asombro todavía crudo dentro de él—. No, no lo esperaba. Les oí hablar de eso durante más de un año, pero no lo creí. Incluso cuando estaban votando, no lo creí.

—¿Qué esperabas?

—Pensé... Dijeron que todos nosotros deberíamos luchar por el bien común. Pensé que lo que yo había hecho en Colorado era bueno. Bueno para todo el mundo.

—¡Oh, pobre infeliz! ¿No ves que es eso por lo que estás siendo castigado..., porque era bueno?

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Pero no veo salida.

—¿Les prometiste estar de acuerdo en destruirte a ti mismo?

—No parece haber ninguna alternativa para ninguno de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Dagny, el mundo entero está en una situación terrible ahora mismo. No sé qué va mal en él, pero algo está muy mal. Los hombres tienen que unirse y buscar una salida. Pero ¿quién va a decidir cómo salir de eso, a menos que sea la mayoría? Supongo que es el único método justo para decidir, no veo ningún otro. Supongo que alguien debe ser sacrificado. Si resulta que ese alguien soy yo, no tengo derecho a quejarme. El derecho está de parte de ellos. La gente tiene que unirse.

Ella hizo un esfuerzo para hablar con calma; estaba temblando de rabia.

—Si ése es el precio de unirse, ¡maldita sea si quiero seguir viviendo en la misma Tierra que otros seres humanos! Si el resto de ellos pueden sobrevivir sólo destruyéndonos a nosotros, entonces ¿por qué deberíamos querer que ellos sobrevivieran? Nada puede hacer que la autoinmolación se justifique. Nada puede darles derecho a convertir a los hombres en animales de sacrificio. Nada puede hacer que sea moral destruir a los mejores. Uno no puede ser castigado por ser bueno. Uno no puede ser penalizado por su capacidad. Si eso es lo bueno, entonces, ¡más nos vale empezar a masacrarnos los unos a los otros, porque no hay ninguna bondad en absoluto en el mundo!

Él no contestó. La miró con impotencia.

—Si es ese tipo de mundo, ¿cómo podemos vivir en él? —preguntó ella.

—No sé... —murmuró él.

—Dan, ¿de verdad crees que es lo correcto? En lo más profundo de tu ser, ¿crees que es lo correcto?

Él cerró los ojos.

—No —dijo. Entonces la miró, y ella vio una expresión de tortura por primera vez—. Eso es lo que he estado intentando comprender. Sé que debería pensar que es lo correcto..., pero no puedo. Es como si mi lengua no

consiguiese decirlo. Sigo viendo cada una de las traviesas de esa vía, cada señal de luces, cada puente, cada noche que pasé cuando... —Dejó caer la cabeza en sus brazos—. ¡Oh, Dios, es tan tremendamente injusto!

—Dan —dijo ella entre dientes—, lucha.

Él levantó la cabeza. Sus ojos estaban vacíos.

—No —dijo—. Estaría mal. Estaría siendo egoísta.

—¡Oh, al diablo con esa estúpida palabrería! ¡Tú sabes que no es así!

—No sé... —Su voz sonaba muy fatigada—. He estado sentado aquí, intentando pensar en ello..., ya no sé lo que es correcto —dijo. Y añadió—: Y no creo que me importe.

Ella supo de repente que cualquier palabra adicional sería inútil, y que Dan Conway jamás volvería a ser un hombre de acción. No sabía qué era lo que le hizo tener certeza de ello. Dijo, pensativa:

—Tú nunca antes has abandonado al enfrentar una batalla.

—No, supongo que no... —Hablaba con un asombro tranquilo, indiferente—. He enfrentado tormentas e inundaciones y avalanchas de rocas y fisuras de raíles... Sabía cómo hacerlo, y me gustaba hacerlo... Pero este tipo de batalla... es una que no puedo librar.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Quién sabe por qué el mundo es como es? Oh, ¿quién es John Galt?

Ella hizo una mueca de dolor.

—Entonces ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Quiero decir... —Ella paró.

Él sabía lo que ella quería decir.

—Oh, siempre hay algo que hacer... —Conway hablaba sin convicción —. Supongo que es sólo Colorado y Nuevo México lo que van a declarar restringido. Aún podré mantener operativa la línea en Arizona —dijo. Y añadió—: Como hace veinte años... Pero, bueno, me mantendrá ocupado. Estoy sintiéndome cansado, Dagny. No me tomé el tiempo de darme cuenta de ello, pero creo que lo estoy.

Ella no pudo decir nada.

—No voy a construir ninguna línea en una de sus zonas arruinadas —continuó él, con la misma voz indiferente—. Eso es lo que intentaron darme como premio de consuelo, pero creo que son sólo palabras. No puedes

construir un ferrocarril donde no hay nada en cientos de kilómetros excepto un par de agricultores que no producen lo suficiente ni para alimentarse a sí mismos. No puedes construir una vía y rezar para que se justifique financieramente. Y si no consigues que se justifique, ¿quién va a hacerlo? No tiene ningún sentido para mí. Ellos simplemente no sabían lo que estaban diciendo.

—¡Oh, al diablo con sus zonas arruinadas! Es en ti en quien estoy pensando. —Ella tenía que nombrarlo—. ¿Qué vas a hacer contigo mismo?

—No lo sé... Bueno, hay muchas cosas que nunca he tenido tiempo de hacer. Pescar, por ejemplo. Siempre me ha gustado pescar. A lo mejor empiezo a leer libros, siempre quise hacerlo. Imagino que me lo tomaré con calma ahora. Imagino que iré a pescar. Hay un montón de lugares estupendos en Arizona, donde hay paz y tranquilidad, y no tienes que ver a un ser humano en muchos kilómetros... —Levantó la mirada hacia ella. Y añadió—: Olvídalo. ¿Por qué deberías preocuparte por mí?

—No es por ti, es..., Dan —dijo ella de repente—, espero que sepas que no es por ti por lo que quería ayudarte a luchar.

Él sonrió; era una sonrisa débil y amigable.

—Lo sé —dijo.

—No es por lástima, ni por caridad, ni por ningún repugnante motivo de ésos. Mira, yo tenía intención de darte la batalla de tu vida, allá en Colorado. Tenía intención de quitarte negocios y arrinconarte contra la pared y sacarte de allí, si fuese necesario.

Él se rio levemente; era agradecimiento.

—Y habría sido un muy buen intento por tu parte —dijo.

—Sólo que no creí que fuese necesario. Pensé que había espacio suficiente para los dos.

—Sí —dijo él—. Lo había.

—Aun así, si yo hubiese descubierto que no lo había, habría luchado contra ti, y si pudiese hacer mi ferrocarril mejor que el tuyo, te habría destruido y no me habría importado lo más mínimo lo que pasara contigo. Pero esto..., Dan, no creo que quiera mirar nuestra Línea Río Norte ahora. Yo..., oh, Dios..., Dan, ¡no quiero ser una saqueadora!

Él la miró silenciosamente durante un instante. Era una mirada extraña, como si fuese desde una gran distancia. Dijo suavemente:

—Deberías haber nacido cien años antes, chiquilla. Entonces habrías tenido una oportunidad.

—¡Al diablo con eso! Tengo intención de crear mi propia oportunidad.

—Eso es lo que yo tenía intención de hacer a tu edad.

—Y lo has conseguido.

—¿Lo he conseguido?

Dagny se quedó inmóvil, sentada y de repente incapaz de moverse.

Él se incorporó y dijo con voz enérgica, casi como si estuviese dando órdenes:

—Más te vale vigilar esa Línea Río Norte tuya, y más te vale hacerlo pronto. Tenla lista antes de que yo me retire, porque si no lo haces, será el fin de Ellis Wyatt y de todos los demás allá abajo, y ellos son la mejor gente que queda en el país. No puedes dejar que eso suceda. Todo recae en tus hombros ahora. De nada serviría intentar explicarle a tu hermano que va a ser mucho más difícil para ti allá abajo sin tenerme a mí con quien competir. Pero tú y yo lo sabemos. Así que..., a por ello. Hagas lo que hagas, no serás una saqueadora. Ningún saqueador podría dirigir un ferrocarril en esa región del país, y durar en ello. Hagas lo que hagas allí, te lo habrás ganado. Piojos como tu hermano no cuentan, en cualquier caso. Depende de ti ahora.

Estaba sentada mirándolo, preguntándose qué era lo que había derrotado a un hombre de ese calibre; sabía que no era James Taggart.

Ella lo vio a él mirándola, como si estuviese lidiando con un interrogante suyo propio. Luego, sonrió, y ella vio, increíblemente, que la sonrisa contenía tristeza y pena.

—Más vale que no sientas lástima por mí —dijo él—. Creo que, de los dos, vas a ser tú quien lo pase peor de aquí en adelante. Y creo que va a ser peor para ti de lo que fue para mí.

Ella había llamado a los altos hornos para pedir una cita con Hank Rearden esa tarde. Acababa de colgar el teléfono y se estaba inclinando sobre los mapas de la Línea Río Norte, extendidos sobre su escritorio, cuando se abrió la puerta. Levantó la mirada, sorprendida; no esperaba que la puerta de su oficina se abriese sin anunciar.

El hombre que entró era un desconocido. Era joven, alto, y algo en él sugería violencia, aunque ella no podía decir lo que era, porque el primer rasgo que uno captaba de él era una cualidad de autocontrol que llegaba a ser arrogante. Tenía ojos oscuros, cabello revuelto, y sus ropas eran caras, pero llevadas como si a él no le importase o se diese cuenta de lo que llevaba puesto.

—Ellis Wyatt —dijo como presentación.

Dagny se puso en pie de un salto, involuntariamente. Entendió por qué nadie le había detenido o habría podido detenerlo en la antesala.

—Siéntese, señor Wyatt —dijo, sonriendo.

—No será necesario. —Él no sonrió—. No mantengo reuniones largas.

Lentamente, tomándose su tiempo con intención consciente, ella se sentó y se echó hacia atrás, mirándolo.

—¿Y bien? —preguntó.

—He venido a verla porque entiendo que usted es la única que tiene cerebro en este podrido tugurio.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero que escuche un ultimátum. —Habló claramente, dándole una claridad especial a cada sílaba—. Espero que Taggart Transcontinental, en nueve meses a partir de ahora, tenga trenes funcionando en Colorado como mi negocio requiere que funcionen. Si la vergonzosa payasada que perpetraron con la Phoenix-Durango fue llevada a cabo con el propósito de librarse de la necesidad de esforzarse, esto es para ponerles sobre aviso de que no se saldrán con la suya. No hice demandas cuando ustedes no pudieron darme el tipo de servicio que yo necesitaba. Encontré a alguien que podía. Ahora quieren forzarme a trabajar con ustedes. Pretenden dictar las condiciones, dejándome sin opciones. Pretenden rebajar mi negocio al nivel de su incompetencia. Esto es para decirles que calcularon mal.

Ella dijo lentamente, con esfuerzo:

—¿Quiere que le diga lo que tengo intención de hacer sobre nuestro servicio en Colorado?

—No. No estoy interesado en discusiones ni en escuchar intenciones. Espero transporte. Lo que usted haga para proporcionarlo y cómo lo haga es su problema, no el mío. Yo sólo estoy dándole un aviso. Quienes quieran hacer negocios conmigo deberán hacerlos en mis términos, o no los harán en absoluto. No hago tratos con la incompetencia. Si ustedes esperan ganar

dinero transportando el petróleo que yo produzco, ustedes deben ser tan buenos en su negocio como yo lo soy en el mío. Quiero que eso quede entendido.

—Entiendo —dijo ella en voz baja.

—No voy a perder tiempo demostrándole por qué más le vale tomarse en serio mi ultimátum. Si usted tiene la inteligencia para mantener esta corrupta organización funcionando, tendrá la inteligencia para juzgar eso por sí misma. Usted y yo sabemos que si Taggart Transcontinental opera trenes en Colorado de la forma que lo hacía cinco años atrás, me arruinará. Sé que eso es lo que ustedes quieren hacer. Esperan alimentarse de mí mientras puedan, y luego encontrar otra carcasa que desollar cuando hayan acabado conmigo. Ésa es la política de la mayoría de la humanidad hoy. Así que éste es mi ultimátum: ahora está en su poder destruirme; puede que yo tenga que irme; pero si me voy, me aseguraré de llevarme a todos ustedes por delante.

En algún lugar en su interior, bajo el entumecimiento que la mantenía quieta mientras recibía los latigazos, ella sintió una punzada de dolor, ardiente como el dolor de una quemadura. Quería decirle los años que había pasado buscando a hombres como él para trabajar con ellos; quería decirle que los enemigos de él eran también los de ella, que ella estaba librando la misma batalla; quería gritarle: ¡Yo no soy uno de ellos! Pero sabía que no podía hacerlo. Ella llevaba la responsabilidad de Taggart Transcontinental y de todo cuanto fuese hecho en su nombre; ella no tenía ningún derecho a justificarse ahora.

Sentada erguida, su mirada tan firme y tan franca como la de él, respondió sin subir la voz:

—Usted tendrá el transporte que necesita, señor Wyatt.

Ella vio un leve indicio de asombro en su cara; ésa no era la forma o la respuesta que él había esperado; quizá era lo que ella no había dicho lo que le sorprendió más: que no había ofrecido ninguna defensa, ninguna excusa. Él se tomó un momento para estudiarla en silencio. Luego, dijo, su voz menos brusca:

—Muy bien. Gracias. Buen día.

Ella inclinó la cabeza. Él se inclinó y salió de la oficina.

—Ésa es la historia, Hank. Yo había diseñado un programa casi imposible para completar la Línea Río Norte en doce meses. Ahora tendré que hacerlo en nueve. Tú ibas a entregarnos los raíles en el plazo de un año. ¿Puedes entregárnoslos en nueve meses? Si hay alguna forma humana de hacerlo, hazlo. Si no, tendré que encontrar alguna otra manera de terminarlo.

Rearden estaba sentado detrás de su escritorio. Sus ojos fríos y azules formaban dos angostas líneas horizontales sobre las planas superficies de su cara; permanecieron horizontales, impasiblemente medio cerrados; dijo llanamente, sin énfasis:

—Lo haré.

Dagny se recostó en su silla. La corta frase fue un sobresalto. No era mero alivio: era darse cuenta de repente de que no era necesario nada más para garantizar que sería hecho; no necesitaba pruebas, ni preguntas, ni explicaciones; un problema complejo podía reposar con total seguridad en dos palabras pronunciadas por un hombre que sabía lo que estaba diciendo.

—No muestres que estás aliviada. —Su voz era burlona—. No tan obviamente. —Sus ojos entornados la observaban con una sonrisa que no revelaba nada—. Podría pensar que tengo a Taggart Transcontinental en mi poder.

—Tú sabes que es así, de todas formas.

—Lo sé. Y mi intención es hacerte pagar por ello.

—Cuento con eso. ¿Cuánto?

—Veinte dólares extra por tonelada sobre el resto del pedido entregado después de hoy.

—Un poco caro, Hank. ¿Es ése el mejor precio que puedes darme?

—No. Pero ése es el que voy a conseguir. Podría pedir el doble, y lo pagarías.

—Sí, lo haría. Y tú podrías pedirlo. Pero no lo harás.

—¿Por qué no lo haré?

—Porque necesitas que la Línea Río Norte se construya. Será tu mejor publicidad para el Metal Rearden.

Él rio por lo bajo.

—Es cierto. Me gusta tratar con alguien que no se hace ilusiones con estar obteniendo favores.

—¿Sabes lo que me hizo sentirme aliviada cuando decidiste aprovecharte de ello?

—¿Qué?

—Que yo estaba tratando, finalmente, con alguien que no finge estar otorgando favores.

La sonrisa de él tenía una cualidad discernible ahora: era deleite.

—Tú siempre juegas limpio, ¿verdad? —preguntó.

—Nunca te he visto a ti hacerlo de otra manera.

—Creí que yo era el único que podía permitírselo.

—No estoy arruinada, en ese sentido, Hank.

—Creo que voy a arruinarte algún día... en ese sentido.

—¿Por qué?

—Siempre lo he deseado.

—¿No tienes suficientes cobardes a tu alrededor?

—Por eso disfrutaría intentándolo; porque tú eres la única excepción. ¿Así que crees que está bien que te arranque cada centavo de beneficio que pueda, aprovechándome de tu emergencia?

—Claro. No soy tonta. No creo que estés en este negocio para mi conveniencia.

—¿No te gustaría que lo estuviera?

—No soy un mendigo, Hank.

—¿No te va a ser difícil pagarme?

—Ése es mi problema, no el tuyo. Quiero ese raíl.

—¿A veinte dólares extra por tonelada?

—De acuerdo, Hank.

—Muy bien. Tendrás tu raíl. Yo puedo conseguir mi exorbitante beneficio... o Taggart Transcontinental puede quebrar antes de que yo cobre.

Ella dijo, sin sonreír:

—Si no consigo que esa línea esté construida en nueve meses, entonces Taggart Transcontinental *sí* que quebrará.

—No lo hará, mientras seas tú quien la dirija.

Cuando él no sonreía, su cara parecía inanimada, sólo sus ojos seguían vivos, activos con una fría y brillante claridad de percepción. Pero lo que le hacían sentir las cosas que percibía, a nadie le era permitido saberlo, pensó ella, tal vez ni siquiera a él mismo.

—Han hecho lo posible para dificultarte la tarea, ¿a que sí? —dijo él.

—Sí. Yo contaba con que Colorado salvase el sistema Taggart. Ahora depende de mí salvar a Colorado. Dentro de nueve meses, Dan Conway cerrará su línea. Si la mía no está lista, de nada servirá terminarla. No podemos dejar a esos hombres sin transporte ni un solo día, menos aún una semana o un mes. Al ritmo que han estado creciendo, no puedes pararlos en seco y luego esperar que continúen. Es como frenar de golpe una locomotora que va a trescientos por hora.

—Lo sé.

—Yo puedo dirigir un buen ferrocarril. Pero no puedo hacerlo operativo a lo largo y ancho de un continente de agricultores que no son capaces siquiera de cultivar nabos con éxito. Tengo que tener hombres como Ellis Wyatt que produzcan algo con lo que llenar los trenes que yo opero. Así que tengo que darle un tren y una vía en nueve meses a partir de ahora, ¡aunque tenga que mandar al infierno a todo el resto de nosotros para hacerlo!

Rearden sonrió, divertido.

—Te lo estás tomando muy en serio, ¿no?

—¿Tú no?

Él no contestó, simplemente mantuvo la sonrisa.

—¿No estás preocupado por todo eso? —preguntó ella, casi con enojo.

—No.

—¿No te das cuenta de lo que significa?

—Me doy cuenta que yo voy a fabricar el raíl y que tú vas a conseguir tender la vía en nueve meses.

Ella sonrió, sintiéndose relajada, cansada y un poco culpable.

—Sí. Sé que lo haremos. Sé que es inútil... irritarse con gente como Jim y sus amigos. Nosotros no tenemos tiempo para eso. Primero, tengo que deshacer lo que ellos han hecho. Luego, después... —ella paró, preguntándose algo, sacudió la cabeza y se encogió de hombros—, después, ellos no importarán.

—Así es. No importarán. Cuando oí hablar de esa historia de la anticompetencia-despiadada, me puse enfermo. Pero no te preocupes por esos malditos hijos de perra. —Las palabras sonaron asombrosamente violentas, porque su cara y su voz habían permanecido tranquilas—. Tú y yo siempre estaremos ahí para salvar al país de las consecuencias de sus acciones. —Se levantó; dijo, andando por la oficina—: Colorado no va a ser

detenido. Conseguirás llevarlo adelante. Luego Dan Conway volverá, y los otros. Toda esta locura es temporal. No puede durar. Es cosa de dementes, así que tiene que derrotarse a sí misma. Tú y yo sólo tendremos que trabajar un poco más duro durante un tiempo, eso es todo.

Ella observó su alta figura moviéndose por la oficina. La oficina encajaba bien con él; no contenía nada más que las pocas piezas de mobiliario que él necesitaba, todas ellas severamente simplificadas para su objetivo esencial, todas ellas exorbitantemente caras por la calidad de sus materiales y la habilidad de su diseño.

El despacho parecía un motor, un motor en el interior de una vitrina de amplias ventanas. Pero ella notó un detalle asombroso: un jarrón de jade que había encima de un armario. El jarrón era una piedra sólida verde oscuro, tallada en superficies lisas; la textura de sus suaves curvas provocaba un deseo irresistible de tocarlo. Parecía sorprendente en esa oficina, incongruente con la austeridad del resto: era un toque de sensualidad.

—Colorado es un gran lugar —dijo él—. Va a ser el mejor en el país. ¿No estás segura de que estoy preocupado por eso? Ese Estado se está convirtiendo en uno de mis mejores clientes, como debes saber si te tomas la molestia de leer los informes de tu tráfico de cargas.

—Lo sé. Los leo.

—He estado pensando en construir una planta allí en unos cuantos años. Para ahorrarles tus costes de transporte. —La miró brevemente—. Vas a perder un montón de carga de acero, si lo hago.

—Adelante. Estaré satisfecha con transportar tus suministros, y las provisiones para tus trabajadores, y el flete de las fábricas que te seguirán allí..., y tal vez no tenga tiempo de darme cuenta de que he perdido tu acero... ¿De qué te ríes?

—Es maravilloso.

—¿El qué?

—Que no reaccionas de la forma en que todo el mundo lo hace hoy día.

—Aun así, debo admitir que, por el momento, tú eres el cliente más importante de Taggart Transcontinental.

—¿No supones que lo sé?

—Por eso no puedo entender por qué Jim... —Paró—. ¿... hace todo lo posible por perjudicar mi negocio? Porque tu hermano es un estúpido.

—Lo es. Pero es más que eso. Hay algo peor que estupidez en todo eso.

—No pierdas tiempo tratando de entender de qué va. Que resople todo lo que quiera. Él no es un peligro para nadie. Gente como Jim Taggart está de más en el mundo.

—Supongo que sí.

—A propósito, ¿qué habrías hecho si te hubiese dicho que no podría entregar tus raíles antes?

—Habría desmontado vías suplementarias o cerrado alguna línea secundaria, cualquiera de ellas, y habría utilizado los raíles para terminar la vía Río Norte a tiempo.

Él rio entre dientes.

—Por eso no estoy preocupado por Taggart Transcontinental. Pero no tendrás que empezar a desmontar raíles de antiguas vías. No mientras yo esté en este negocio.

Ella pensó de repente que estaba equivocada sobre la falta de emoción en él: el trasfondo oculto de su actitud era jovialidad. Ella se dio cuenta de que siempre había tenido una sensación de relajación alegre en su presencia, y sabía que él la compartía. Él era el único hombre que ella conocía con quien podía hablar sin tensión ni esfuerzo. Era, pensó, una mente que ella respetaba, un adversario digno de igualar. Sin embargo, siempre había habido una extraña sensación de distancia entre ellos, la sensación de una puerta cerrada; había una cualidad impersonal en sus modales, algo dentro de él que no podía ser alcanzado.

Él se había detenido ante la ventana. Se quedó allí de pie un momento, mirando hacia afuera.

—¿Sabes que el primer cargamento de raíles se te entregará hoy? —preguntó.

—Claro que lo sé.

—Ven aquí.

Ella se acercó. Él señaló, en silencio. Lejos, en la distancia, tras las estructuras de la fábrica, ella vio una serie de vagones abiertos esperando en un desvío. El puente de una grúa cortaba el cielo por encima de ellos. La grúa se estaba moviendo. Su enorme imán sostenía un cargamento de raíles

pegados a un disco metálico por el solo poder del contacto. No había ni una traza de sol en la gris inmensidad de nubes, y sin embargo los raíles brillaban, como si el metal captara luz del espacio. El metal era verdiazulado. La enorme cadena se detuvo sobre un vagón, descendió, se estremeció brevemente y dejó los raíles en el vagón. La grúa retrocedió con majestuosa indiferencia; parecía el diseño gigante de un teorema geométrico moviéndose sobre los hombres y sobre la Tierra.

Ellos permanecieron en la ventana, mirando en silencio, con atención. Ella no habló hasta que otro cargamento de metal verdiazulado pasó moviéndose por el cielo. Entonces, las primeras palabras que dijo no fueron sobre raíles, vías o un pedido entregado a tiempo. Como saludando a un nuevo fenómeno de la naturaleza, ella dijo:

—Metal Rearden...

Él se dio cuenta, pero no dijo nada. La miró un instante, luego se volvió de nuevo hacia la ventana.

—Hank, esto es estupendo —siguió ella.

—Sí.

Él lo dijo con sencillez, con espontaneidad. No había placer de adulación en su voz, ni modestia. Eso, Dagny lo sabía, era un tributo a ella, el tributo más raro que una persona podía rendirle a otra: el tributo de sentirse libre de reconocer su propia grandeza, sabiendo que es comprendida.

—Cuando pienso en lo que ese metal puede hacer, lo que hará posible... —dijo ella—. Hank, esto es lo más importante que está ocurriendo en el mundo hoy, y ninguno de ellos lo sabe.

—Nosotros lo sabemos.

No se miraron el uno al otro. Siguieron observando la grúa. En la parte delantera de una locomotora en la distancia, ella podía distinguir las letras TT. Podía distinguir los raíles del desvío industrial más activo del sistema Taggart.

—En cuanto pueda encontrar una fábrica capaz de hacerlo —dijo ella —, voy a pedir diésels fabricadas con Metal Rearden.

—Las necesitarás. ¿A qué velocidad circulan tus trenes en la vía Río Norte?

—¿Ahora? Tenemos suerte si llegamos a los treinta kilómetros por hora.

Él señaló los vagones.

—Cuando ese raíl esté tendido, si quieres podrás hacer circular trenes a cuatrocientos.

—Lo haré, dentro de unos años, cuando tengamos vagones de Metal Rearden, que pesarán la mitad que los de acero y serán el doble de seguros.

—Tendrás que llevar cuidado con las líneas aéreas. Estamos trabajando en un avión de Metal Rearden. No pesará prácticamente nada, y podrá transportar cualquier cosa. Verás el día en que exista tráfico aéreo de carga pesada a largas distancias.

—He estado pensando en lo que ese metal hará por los motores, por cualquier clase de motores, y el tipo de cosas que uno podrá diseñar ahora.

—¿Has pensado en lo que hará por las cercas de alambre? Por una sencilla cerca de alambre, pura y simple, hecha con Metal Rearden, que costará unos pocos centavos por kilómetro y durará doscientos años. Y artículos de cocina que la gente comprará en tiendas de baratijas, y que pasarán de generación a generación. Y transatlánticos que uno no podrá abollar con un torpedo.

—¿Te dije que he mandado hacer pruebas de cables de comunicaciones con Metal Rearden?

—Yo estoy haciendo tantas pruebas que nunca conseguiré mostrarle a la gente lo que se puede hacer con él y cómo hacerlo.

Hablaron del metal y de sus posibilidades, que ellos nunca podrían agotar. Era como si estuviesen de pie en la cima de una montaña, contemplando una llanura ilimitada abajo, y carreteras yendo en todas direcciones. Pero estaban sólo hablando de cifras matemáticas, de pesos, presiones, resistencias, costes.

Ella había olvidado a su hermano y a Alianza Nacional de Ferrocarriles. Había olvidado cada problema, persona y suceso tras ella; aquellas cosas siempre habían estado nublando su visión, eran cosas a ser pasadas rápidamente, a ser dejadas de lado, nunca finales, nunca reales del todo. *Ésa* era la realidad, pensó, esa sensación de perfiles claros, de objetivos, de ligereza, de esperanza. Ésa era la forma en que ella había esperado vivir..., ella no había querido pasar ninguna hora ni iniciar ninguna acción que significase menos que eso.

Lo miró en el preciso instante en que él se volvió para mirarla a ella. Estaban muy cerca el uno del otro. Ella vio, en sus ojos, que él sentía lo que ella sentía. Si la felicidad es la meta y la esencia de la existencia, pensó, si lo que tiene el poder de darle felicidad a uno es siempre guardado como el secreto más profundo de uno, entonces ellos se habían visto mutuamente desnudos en ese momento.

Él dio un paso atrás, y dijo en un extraño tono de desapasionado asombro:

—Somos un par de pillos, ¿verdad?

—¿Por qué?

—No tenemos ni objetivos ni cualidades espirituales. Lo único que buscamos son cosas materiales. Eso es lo único que nos importa.

Ella lo miró, incapaz de entender. Pero él estaba mirando más allá, directamente, a la grúa en la distancia. Habría preferido que él no lo hubiese dicho. La acusación no le molestaba, ella nunca había pensado de sí misma en esos términos, y era totalmente incapaz de sentir una culpa fundamental. Pero sintió una vaga aprensión, que no supo definir, la insinuación de que había algo de graves consecuencias en lo que le había hecho decirlo, algo que era peligroso para él. No lo había dicho porque sí. Pero no había habido emoción de ningún tipo en su voz, ni de súplica ni de vergüenza. Lo había dicho indiferentemente, como constatando un hecho.

Entonces, mientras lo miraba, la aprensión desapareció. Él estaba mirando a sus altos hornos más allá de la ventana; no había culpa en su rostro, ni duda, nada excepto la calma de una inviolable confianza en sí mismo.

—Dagny —dijo—, seamos lo que seamos, somos nosotros quienes movemos el mundo y quienes lo llevaremos a buen puerto.

## Capítulo V

## El clímax de los d'Anconia

El periódico fue en lo primero que Dagny reparó. Estaba apretado fuertemente en la mano de Eddie cuando éste entró en su despacho. Ella levantó la vista hacia su cara: expresaba tensión y desconcierto.

—Dagny, ¿estás muy ocupada?

—¿Por qué?

—Sé que no te gusta hablar de él. Pero aquí hay algo que creo que deberías ver.

Ella extendió la mano en silencio hacia el periódico.

El artículo en primera página decía que, después de nacionalizar las Minas de San Sebastián, el gobierno del Estado Popular de México había descubierto que no valían nada..., total, absoluta y descaradamente nada. No había nada que justificase los cinco años de trabajo y los millones gastados; eran sólo excavaciones vacías, laboriosamente talladas. Las escasas trazas de cobre no valían la pena el esfuerzo de extraerlo. Allí no existían ni podría suponerse que existieran grandes depósitos de metal, y no había indicios de que pudieran haber permitido que alguien se engañase. El gobierno del Estado Popular de México estaba celebrando sesiones de emergencia sobre su hallazgo en un revuelo de indignación; sentían que habían sido engañados.

Observándola, Eddie sabía que Dagny seguía sentada mirando el periódico mucho después de haber acabado de leer. Sabía que había tenido razón en sentir un atisbo de miedo, aunque no podía decir qué fue lo que le asustó de ese artículo.

Eddie esperó. Ella levantó la cabeza. No le miró. Tenía la mirada fija, en profunda concentración, como si intentara discernir algo a una gran distancia.

Él dijo en voz baja:

—Francisco no es estúpido. Podrá ser muchas cosas, pero independientemente de la depravación en la que haya caído, y que yo he desistido de intentar entender, él no es estúpido. No puede haber cometido un error de ese tipo. No es posible. No lo entiendo.

—Yo estoy empezando a hacerlo.

Ella se irguió, sacudida por un repentino movimiento que recorrió su cuerpo como un escalofrío. Dijo:

—Llámalo al Wayne-Falkland, y dile al desgraciado que quiero verle.

—Dagny —dijo él en tono triste y recriminatorio—, es Frisco d'Anconia.

—Lo era.

Caminó por el temprano crepúsculo de las calles de la ciudad al Hotel Wayne-Falkland.

«Él dice cuando tú quieras», le había dicho Eddie. Las primeras luces aparecían en algunas ventanas allá arriba bajo las nubes. Los rascacielos parecían faros abandonados enviando señales débiles y mortecinas a un mar vacío en el que los barcos ya no se movían. Unos cuantos copos de nieve caían, pasando por delante de los oscuros escaparates de tiendas vacías y derritiéndose en el barro de las aceras. Una hilera de faroles rojos cortaba la calle, desapareciendo en la borrosa distancia.

Se preguntó por qué sintió que quería correr, que debería estar corriendo. No, no por esa calle, sino por una colina verde bajo un sol radiante, hasta la carretera que bordeaba el río Hudson, al pie de la finca Taggart. Así era como ella siempre corría cuando Eddie gritaba: «¡Es Frisco d'Anconia!»; y los dos salían corriendo colina abajo hacia el coche que se acercaba por la carretera.

Él era el único invitado cuya llegada marcaba un acontecimiento en la niñez de ellos, el mayor acontecimiento. Correr a su encuentro se había convertido en una competición para los tres. Había un abedul en la ladera de la colina, a medio camino entre la carretera y la casa. Dagny y Eddie intentaban sobrepasarlo antes de que Francisco corriera colina arriba para encontrarse con ellos. En todos los numerosos días de sus llegadas, en todos

los veranos, Dagny y Eddie nunca consiguieron llegar antes al abedul; Francisco llegaba primero, y los paraba cuando ya lo había dejado muy atrás. Francisco siempre ganaba, igual que ganaba en todo.

Sus padres eran viejos amigos de la familia Taggart. Él era hijo único, y estaba siendo educado en todo el mundo; su padre, se decía, quería que él considerase al mundo como su futuro feudo. Dagny y Eddie nunca podían estar seguros de dónde iría él a pasar el invierno; pero, una vez al año, cada verano, un severo tutor sudamericano le llevaba a pasar un mes a la finca de los Taggart.

A Francisco le parecía natural que los hijos de los Taggart fuesen elegidos para ser sus compañeros: ellos eran los herederos de la corona de Taggart Transcontinental, igual que él lo era de d'Anconia Copper. «Somos la única aristocracia que queda en el mundo..., la aristocracia del dinero», le dijo una vez a Dagny cuando él tenía catorce años. «Es la única aristocracia de verdad, si la gente entendiese lo que eso significa; y no lo entienden.»

Él tenía su propio sistema de castas: para él, los niños de los Taggart no eran Jim y Dagny, sino Dagny y Eddie. Rara vez se dignaba advertir la existencia de Jim. Eddie le preguntó una vez:

—Francisco, tú perteneces a algún tipo de alta nobleza, ¿verdad?

Él respondió:

—Aún no. La razón por la que mi familia ha durado tanto tiempo es que a ninguno de nosotros se le ha permitido pensar jamás que nace un d'Anconia. Lo que se espera es que nos convirtamos en un d'Anconia

Pronunciaba su apellido como si quisiera que sus interlocutores fueran golpeados en la cara y armados caballeros sólo con el sonido.

Sebastián d'Anconia, su antepasado, se había ido de España muchos siglos atrás, en la época en que España era el país más poderoso de la Tierra, y él, uno de los personajes más orgullosos de España. Se fue porque el inquisidor general no aprobó su manera de pensar y le sugirió, en un banquete en la Corte, que la cambiara. Sebastián d'Anconia lanzó el contenido de su copa de vino a la cara del inquisidor general, y escapó antes de que pudieran atraparlo. Dejó tras él su fortuna, sus tierras, su palacio de mármol y la joven a la que amaba..., y partió hacia un nuevo mundo.

Su primera hacienda en Argentina fue una choza de madera en las estribaciones de los Andes. El sol resplandecía como un faro en el escudo de armas de los d'Anconia, clavado sobre la puerta de la choza, mientras

Sebastián d'Anconia cavaba buscando el cobre de su primera mina. Pasó años, pico en mano, rompiendo rocas desde el amanecer hasta la puesta de sol, con la ayuda de unos cuantos vagabundos errantes: desertores de los ejércitos de sus compatriotas, convictos fugados, indígenas muertos de hambre.

Quince años después de salir de España, Sebastián d'Anconia mandó buscar a la joven que amaba; ella le había esperado. Cuando llegó, encontró el escudo de armas de plata sobre la entrada de un palacio de mármol, los jardines de una gran hacienda, y montañas marcadas con cicatrices de mineral rojo en la distancia. Él la tomó en sus brazos para cruzar el umbral de su hogar. Parecía más joven que la última vez que ella lo había visto.

—Mis antepasados y los tuyos —le dijo Francisco a Dagny— se habrían gustado mutuamente.

Durante los años de su niñez, Dagny vivía en el futuro, en el mundo que ella esperaba encontrar, un mundo en el que no tendría que sentir desprecio ni aburrimiento. Pero, durante un mes al año, era libre. Durante un mes, ella podía vivir en el presente. Cuando corría colina abajo para encontrarse con Francisco d'Anconia, eso era la liberación de una prisión.

—¡Hola, Bicho!

—¡Hola, Frisco!

A ambos les habían molestado sus apodos, al principio. Ella le había preguntado, enfadada:

—¿Qué te crees que quieres decir?

Él le había contestado:

—Por si no lo sabes, «bicho» significa un gran fuego en la caldera de una locomotora.

—¿Dónde aprendiste eso?

—De los caballeros del ferrocarril Taggart.

Él hablaba cinco idiomas, y hablaba inglés sin pizca de acento, un inglés culto y preciso, deliberadamente mezclado con lenguaje informal. Ella había contraatacado llamándole Frisco. Él se había reído, entre divertido y ofendido.

—Si vosotros, bárbaros, tuvisteis que degradar el nombre de una de vuestras grandes ciudades, al menos tú podrías no hacerlo con el mío.

Pero sus apodos habían acabado gustándoles.

Eso había empezado en los días de su segundo verano juntos, cuando él tenía doce años y ella tenía diez. Ese verano, Francisco empezó a desaparecer cada mañana por algún motivo que nadie podía descubrir. Se iba con su bicicleta antes del amanecer, y volvía a tiempo de aparecer a la mesa blanca de cristal preparada para comer en la terraza, con sus modales cortésmente puntuales y un poco inocentes de más. Se reía, negándose a responder, cuando Dagny y Eddie le preguntaban. Intentaron seguirlo una vez, a través de la fría oscuridad antes del alba, pero desistieron; nadie podía seguirle cuando no quería que le siguieran.

Al cabo de un tiempo, la señora Taggart se empezó a preocupar y decidió investigar. Nunca supo cómo había conseguido eludir todas las leyes de trabajo infantil, pero encontró a Francisco trabajando —por un acuerdo extraoficial con el encargado— de mensajero para Taggart Transcontinental en un punto de la división a veinte kilómetros de distancia. El encargado se quedó estupefacto por la visita personal de ella; no tenía ni idea de que su mensajero fuese un invitado en casa de los Taggart. Los trabajadores de la línea local del ferrocarril lo conocían como Frankie, y la señora Taggart prefirió no revelarles su nombre completo. Simplemente explicó que estaba trabajando sin el permiso de sus padres y que tenía que dejar de hacerlo inmediatamente. El encargado lamentó perderlo; Frankie, dijo, era el mejor mensajero que había tenido.

—Desde luego, me encantaría que continuase. ¿No cree que podríamos llegar a un acuerdo con sus padres? —sugirió.

—Me temo que no —dijo la señora Taggart suavemente.

Cuando lo llevó a casa, ella le preguntó:

—Francisco, ¿qué diría tu padre sobre esto si se enterase?

—Me preguntaría si hice bien el trabajo o no. Eso es lo único que querría saber.

—Vamos, lo digo en serio.

Francisco la estaba mirando educadamente, sus corteses modales sugerían siglos de buena educación y salones elegantes; pero algo en su mirada hizo que la señora Taggart no estuviera tan segura de esa cortesía.

—El año pasado —contestó él— me enrolé de grumete en un carguero a vapor que transportaba cobre d’Anconia. Mi padre estuvo buscándome durante tres meses, pero eso es lo único que me preguntó cuando volví.

—¿Así es como pasas tus inviernos? —preguntó Jim Taggart.

La sonrisa de Jim tenía una pizca de triunfo, el triunfo de haber encontrado un motivo para sentir desprecio.

—Eso fue el invierno pasado —respondió Francisco cortésmente, sin ningún cambio en el tono inocente e informal de su voz—. El invierno anterior lo pasé en Madrid, en casa del duque de Alba.

—¿Por qué querías trabajar en un ferrocarril? —preguntó Dagny.

Se quedaron mirándose: la mirada de Dagny era de admiración; la de él, de burla; pero no era una burla maliciosa, era la deferencia de un saludo.

—Para ver cómo es, Bicho —respondió—, y para poder decirte que he tenido un trabajo en Taggart Transcontinental antes que tú.

Dagny y Eddie pasaban sus inviernos intentando perfeccionar alguna nueva habilidad con el fin de asombrar a Francisco y poder derrotarle alguna vez. Nunca lo consiguieron. Cuando le enseñaron a golpear una pelota con un bate de béisbol, un juego que él no había practicado nunca, los observó durante unos minutos, y luego dijo:

—Creo que ya lo he pillado. Dejadme probar.

Tomó el bate y lanzó la pelota volando por encima de una fila de robles que había al borde del campo.

Cuando a Jim le regalaron una lancha motora por su cumpleaños, todos acudieron al embarcadero del río a ver la lección, mientras un instructor le explicaba a Jim cómo manejarla. Ninguno de ellos había conducido una lancha motora antes. La blanca y resplandeciente nave, con forma de bala, avanzaba torpemente por el agua, dejando atrás una estela temblorosa mientras el motor jadeaba y tosía, y el instructor, sentado junto a Jim, no dejaba de quitarle el timón de las manos. Sin ningún motivo aparente, Jim levantó la cabeza de pronto y le gritó a Francisco:

—¿Crees que tú puedes hacerlo mejor?

—Puedo hacerlo.

—¡Inténtalo!

Cuando la lancha regresó y sus dos ocupantes saltaron a tierra, Francisco se coló detrás del timón.

—Espere un momento —le dijo al instructor, que seguía en el embarcadero—. Déjeme echarle un vistazo a esto.

Entonces, antes de que el instructor tuviese tiempo de moverse, el bote salió disparado como una bala hacia el centro del río. Estaba alejándose rápidamente antes de que ellos comprendieran lo que estaba ocurriendo. Al

ir achicándose en la distancia y bajo la luz del sol, la imagen que Dagny tuvo de ello se resumió en tres líneas rectas: su estela, el largo quejido de su motor, y el objetivo de su piloto al timón.

Dagny observó la extraña expresión en el rostro de su padre al mirar la lancha alejándose. Él no dijo nada; sólo se quedó mirando. Ella recordó que le había visto esa mirada en otra ocasión. Fue cuando estaba inspeccionando un complejo sistema de poleas que Francisco, con doce años, había instalado para subir en ascensor hasta la cumbre de una roca; les estaba enseñando a Dagny y a Eddie a tirarse al río Hudson desde la roca. Las notas de los cálculos de Francisco aún estaban desparramadas por el suelo; su padre las recogió, las examinó y preguntó:

—Francisco, ¿cuántos años de álgebra has estudiado?

—Dos.

—¿Quién te ha enseñado a hacer esto?

—Oh, eso es sólo algo que me he inventado.

Dagny no sabía que lo que su padre sostenía en aquellas arrugadas hojas de papel era la tosca versión de una ecuación diferencial.

Los herederos de Sebastián d'Anconia habían formado una línea ininterrumpida de primogénitos que sabían cómo hacer honor a su apellido. La tradición familiar decía que el hombre que trajera desgracia a la familia sería el heredero que muriese dejando la fortuna de los d'Anconia sin haberla incrementado. Durante generaciones, esa desgracia no había llegado. Una leyenda argentina afirmaba que la mano de un d'Anconia poseía el milagroso poder de los santos, sólo que no era el poder de curar, sino de producir.

Los herederos de los d'Anconia fueron siempre hombres con dotes excepcionales, pero ninguno de ellos podía igualar lo que Francisco d'Anconia prometía llegar a ser. Era como si los siglos hubiesen cribado las cualidades de la familia a través de un fino tamiz, hubiesen desechado lo irrelevante, lo inconsecuente, lo débil, y hubiesen dejado pasar sólo talento puro: como si el azar, por una vez, hubiese creado una entidad desprovista de lo accidental.

Francisco podía hacer todo lo que emprendía, podía hacerlo mejor que nadie, y lo hacía sin esfuerzo. No había alarde en su conducta ni en su consciencia, ni intenciones de compararse con nadie. Su actitud no era:

«Puedo hacerlo mejor que tú», sino simplemente: «Puedo hacerlo». Y para él, «hacerlo» significaba hacerlo de forma superlativa.

Fuera cual fuese la disciplina exigida de él por el riguroso plan de su padre para educarlo, fuera cual fuese el tema que estaba obligado a estudiar, Francisco lo dominaba con un regocijo sin esfuerzo. Su padre lo adoraba, pero lo ocultaba cuidadosamente, igual que ocultaba el orgullo de saber que estaba criando al más brillante ejemplar de una brillante estirpe familiar. Francisco, se decía, iba a ser el clímax de los d'Anconia.

—No sé qué tipo de lema tienen los d'Anconia en su escudo de armas —dijo una vez la señora Taggart—, pero estoy segura de que Francisco lo cambiará por un «¿para qué?». Era la primera pregunta que él hacía cuando le proponían cualquier actividad, y nada le hacía entrar en acción si no encontraba respuesta válida. Atravesaba, volando como un cohete, los días de su mes de verano; pero, si alguien lo detenía en pleno vuelo, él siempre podía nombrar el objetivo de cualquier momento al azar. Dos cosas le resultaban imposibles: permanecer quieto y moverse sin rumbo.

«Vamos a averiguarlo», ése era el motivo que les daba a Dagny y a Eddie para cualquier cosa que emprendía; o bien: «Construyámoslo». Ésas eran sus dos únicas formas de diversión.

—Puedo hacerlo —dijo, cuando estaba construyendo su ascensor, colgando de una pared vertical, clavando cuñas en la roca, moviendo los brazos con el ritmo de un experto, mientras le resbalaban gotas de sangre, sin notarlo, de un vendaje en la muñeca—. No, no podemos turnarnos, Eddie, no tienes suficiente edad para usar un martillo. Tú ve apartando las hierbas y despejándome el camino. Yo me encargo del resto... ¿Qué sangre? Ah, eso no es nada, es sólo un corte que me hice ayer. Dagny, ve corriendo a casa y tráeme una venda limpia.

Jim los observaba. Lo dejaban solo, pero a menudo lo veían en la distancia, observando a Francisco con un peculiar tipo de intensidad.

Jim rara vez hablaba en presencia de Francisco. Pero sí arrinconaba a Dagny y le sonreía burlonamente diciéndole:

—¡Menudos aires te das, pretendiendo ser una mujer de hierro con mente propia! Eres un trapo sucio sin personalidad, eso es lo que eres. Es asqueroso ver cómo permites que ese mocoso engreído te dé órdenes. Puede

hacer contigo lo que quiera. No tienes ni pizca de dignidad. ¡La forma como vas corriendo en cuanto silba, para hacer lo que te pida! ¿Por qué no le limpias los zapatos?

—Porque no me lo ha pedido —respondió ella.

Francisco podría ganar cualquier juego en cualquier competición local. Nunca participaba en competiciones. Podría haber dirigido el Club de Campo juvenil. Nunca puso los pies en su local, ignorando las vehementes tentativas de sus miembros de inscribir al heredero más famoso del mundo. Dagny y Eddie eran sus únicos amigos. Ellos no sabían decir si él les pertenecía a ellos o si ellos le pertenecían totalmente a él; daba igual; ambas opciones les hacían felices.

Los tres salían cada mañana a correr aventuras de las suyas. En una ocasión, un profesor de literatura ya mayor, un amigo de la señora Taggart, los vio sobre un montón de chatarra, desmontando un coche viejo en un vertedero. Paró, sacudió la cabeza y le dijo a Francisco:

—Un joven de tu posición debería pasar el tiempo en bibliotecas, absorbiendo la cultura del mundo.

—¿Qué cree usted que estoy haciendo? —preguntó Francisco.

No había fábricas en los alrededores, pero Francisco les enseñó a Dagny y a Eddie a subir clandestinamente a los trenes Taggart para ir a pueblos lejanos, donde ellos saltaban vallas para colarse en los patios de fundiciones, o se sentaban en los alféizares de las ventanas para observar la maquinaria, del mismo modo que otros niños veían películas.

—Cuando yo dirija d'Anconia Copper... —decía Francisco.

Pero nunca tenían que explicar el resto entre ellos: todos conocían el objetivo y la motivación de los otros.

Los revisores del ferrocarril los pillaban de vez en cuando. Entonces, a cien kilómetros de distancia, un jefe de estación llamaba a la señora Taggart: «Tenemos aquí a tres jóvenes polizones que dicen ser...». «Sí», suspiraba la señora Taggart, «lo son. Por favor, mándelos de vuelta».

—Francisco —le preguntó Eddie una vez, mientras estaban junto a las vías de una estación Taggart—, tú has estado prácticamente en todos los lugares del mundo. ¿Qué es la cosa más importante en la Tierra?

—Esto —contestó Francisco, señalando el emblema TT en la parte delantera de una locomotora. Y añadió—: Me habría encantado conocer a Nat Taggart.

Francisco observó la mirada que le dirigió Dagny. No dijo nada más. Pero, minutos después, cuando paseaban por el bosque siguiendo un estrecho sendero de tierra húmeda, helechos y rayos de sol, él dijo:

—Dagny, siempre me inclinaré ante un escudo de armas, siempre adoraré los símbolos de nobleza. ¿Acaso no soy un aristócrata? Sólo que me importan un comino las torres apolilladas y los unicornios de décima mano. Los escudos de armas de nuestra época hay que encontrarlos en vallas publicitarias y en los anuncios de revistas populares.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eddie.

—Marcas comerciales de la industria, Eddie —respondió él.

Francisco tenía quince años ese verano. «Cuando dirija d'Anconia Copper...» «Estoy estudiando minería y mineralogía, porque tengo que estar preparado para la época cuando dirija d'Anconia Copper...» «Estoy estudiando ingeniería eléctrica, porque las empresas proveedoras de electricidad son los mejores clientes de d'Anconia Copper...» «Voy a estudiar filosofía, porque la necesitaré para proteger a d'Anconia Copper...»

—¿Nunca piensas en otra cosa que no sea d'Anconia Copper? —le preguntó Jim una vez.

—No.

—Me parece a mí que hay otras cosas en el mundo.

—Que otros se ocupen de ellas.

—¿No te parece una actitud muy egoísta?

—Lo es.

—¿Qué es lo que buscas?

—Dinero.

—¿No tienes suficiente?

—Durante su vida, cada uno de mis antepasados incrementó la producción de d'Anconia Copper un diez por ciento. Yo tengo intención de incrementarla un cien por ciento.

—*¿Para qué?* —preguntó Jim, imitando con sarcasmo la voz de Francisco.

—Cuando me muera, espero ir al cielo, sea lo que demonios sea eso, y quiero poder pagar el precio de admisión.

—Virtud es el precio de admisión —respondió Jim altivamente.

—Eso quiero decir, James. Por eso quiero estar listo para asumir la mayor de todas las virtudes: que yo fui un hombre que hizo dinero.

—Cualquier falsificador puede hacer dinero.

—James, deberías descubrir algún día que las palabras tiene un significado exacto.

Francisco sonrió; era una sonrisa de burla radiante. Observándolos, Dagny pensó de pronto en la diferencia que existía entre Francisco y su hermano Jim. Los dos sonreían burlonamente. Pero Francisco parecía reírse de las cosas porque veía su grandeza. Jim se reía como si quisiese acabar con esa grandeza.

Ella volvió a notar esa cualidad concreta de la sonrisa de Francisco una noche, cuando estaba sentada con él y con Eddie frente a una hoguera que habían encendido en el bosque. El resplandor de las llamas los encerraba en una valla de quebradas y movedizas líneas formadas por troncos de árboles, ramas, y estrellas distantes. Ella sintió como si no hubiera nada más allá de esa valla, nada más que un negro vacío con la insinuación de alguna promesa sobrecogedora y aterradora..., como el futuro. Pero el futuro, pensó, sería como la sonrisa de Francisco, *ahí* estaba la clave de ello, el deseo anticipado de su naturaleza —en el rostro de Francisco a la luz de la hoguera bajo las ramas de los pinos— y, de pronto, sintió una felicidad insoportable, insoportable porque era demasiado plena y ella no tenía forma de expresarla. Miró a Eddie. Él estaba mirando a Francisco. A su propia y callada manera, Eddie sentía lo mismo que ella.

—¿Por qué te gusta Francisco? —le preguntó Dagny semanas más tarde, cuando Francisco ya se había marchado.

Eddie se quedó atónito; nunca se le habría ocurrido que ese sentimiento pudiera ser cuestionado. Dijo:

—Hace que me sienta seguro.

Ella dijo:

—A mí me hace esperar excitación y peligro.

Francisco tenía dieciséis años el verano siguiente, el día en que Dagny y él estaban solos en la cumbre de un peñasco junto al río, las camisas y los pantalones cortos de ambos desgarrados por la escalada hasta allí arriba. Estaban mirando el Hudson; habían oído decir que en días claros uno podía ver Nueva York en la distancia. Pero vieron sólo una neblina hecha de tres tipos de luz diferentes fundiéndose entre sí: el río, el cielo y el sol.

Ella se arrodilló sobre una roca, inclinándose hacia delante, intentando atisbar algún indicio de la ciudad, con el viento echándole el pelo sobre los ojos. Miró por encima de su hombro, y vio que Francisco no estaba mirando al horizonte: estaba de pie mirándola a ella. Era una mirada extraña, intencionada y sin sonreír. Ella permaneció inmóvil un momento, con las manos apoyadas en la piedra y los brazos tensos para aguantar el peso de su cuerpo; inexplicablemente, la mirada de Francisco le hizo tomar conciencia de su postura, de su hombro que se veía a través de la camisa desgarrada, de sus piernas largas, arañadas y bronceadas formando un ángulo desde la roca al suelo. Se levantó enojada y se alejó de él. Y mientras levantaba la cabeza, para que el resentimiento de sus ojos se encontrase con la severidad de los de él, sintiéndose segura de que la mirada de Francisco era de condena y de hostilidad, se oyó a sí misma preguntarle, con un tono de sonriente provocación en su voz:

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

Él se echó a reír; ella se preguntó, atónita, qué le había inducido a decir eso. Él respondió:

—Ahí está lo que me gusta de ti —señalando los resplandecientes raíles de la estación Taggart a lo lejos.

—No es mío —respondió ella, decepcionada.

—Lo que me gusta es que lo será.

Ella sonrió, concediéndole su victoria al estar abiertamente encantada. No supo por qué él la había mirado de forma tan extraña; pero sintió que había visto cierta conexión, que ella no conseguía entender, entre su cuerpo y algo dentro de ella que le daría la fuerza necesaria para dominar aquellos raíles algún día.

—Vamos a ver si podemos ver Nueva York —dijo él bruscamente, agarrándola del brazo y acercándola hasta el borde de la roca.

Ella pensó que él no se dio cuenta de que le estaba torciendo el brazo de un modo peculiar, de que lo mantuvo junto a su costado; eso hizo que ella estuviera apretada contra él, y sintió el calor del sol en las piernas de Francisco junto a las suyas. Miraron a lo lejos, pero no vieron nada, excepto una neblina de luz.

Cuando Francisco se fue, ese verano, ella pensó que su partida era como cruzar una frontera que ponía fin a su niñez: Francisco iba a empezar a estudiar en la universidad ese otoño. Luego le tocaría a ella. Sintió una

apremiante impaciencia afectada por la excitación del miedo, como si él hubiese saltado a un peligro desconocido. Fue como el momento, años atrás, cuando por primera vez lo había visto saltar desde una roca para zambullirse en el Hudson, lo había visto desaparecer bajo el agua negra y había permanecido allí mirando, sabiendo que volvería a aparecer en un instante y que entonces le tocaría a ella seguirle.

Ella desechó el miedo: los peligros, para Francisco, eran meramente oportunidades para hacer otra actuación brillante; no había batalla que él pudiese perder, ni enemigos que le ganaran. Y entonces pensó en un comentario que había oído unos cuantos años antes. Era un comentario extraño, y era extraño que las palabras hubiesen permanecido en su mente, aunque le habían parecido ridículas en su momento. El hombre que lo hizo era un viejo profesor de matemáticas, un amigo de su padre que vino a su casa de campo sólo esa vez. A ella le gustaba su cara, y aún podía ver la peculiar tristeza de sus ojos cuando le dijo a su padre una tarde, sentados los dos en la terraza a la luz del atardecer, señalando la figura de Francisco en el jardín:

—Ese muchacho es vulnerable. Tiene una capacidad demasiado grande para el disfrute. ¿Qué hará con ella en un mundo en el que hay tan pocas ocasiones para eso?

Francisco fue a una gran universidad estadounidense, que su padre había elegido para él mucho tiempo antes. Era la más distinguida institución de enseñanza que quedaba en el mundo, la Universidad Patrick Henry, de Cleveland. Él no fue a visitarla a Nueva York ese invierno, aunque estaba solamente a una noche de distancia. No se escribieron, nunca lo habían hecho. Pero ella sabía que él volvería al campo a pasar un mes en verano.

Hubo unas cuantas veces, ese invierno, cuando ella sintió un vago desasosiego: las palabras del profesor seguían resonando en su mente, como una advertencia que ella no podía explicar. Las ignoró. Cuando pensaba en Francisco, sentía la tranquilizadora seguridad de que tendría otro mes de adelanto del futuro, como prueba de que el mundo que veía ante ella era el real, aunque no fuese el mundo de las personas a su alrededor.

—¡Hola, Bicho!

—¡Hola, Frisco!

De pie en la ladera de la colina, en el primer instante en que volvió a verlo, comprendió de pronto la naturaleza de ese mundo que ellos dos, juntos, mantenían contra todos los demás. Fue sólo una pausa momentánea, sintió cómo su falda de algodón le azotaba las rodillas, sacudida por el viento, sintió el sol sobre sus párpados, y el empuje ascendente de un alivio tan inmenso que tuvo que clavar los pies en la hierba bajo sus sandalias porque pensó que se elevaría, ingrávida, por el aire.

Fue una repentina sensación de libertad y de seguridad, porque se dio cuenta de que no sabía nada sobre los acontecimientos de la vida de Francisco, nunca lo había sabido y nunca necesitaría saberlo. El mundo del azar —de familias, comidas, escuelas, de gente sin objetivos arrastrando el fardo de alguna culpa desconocida— no era el de ellos, no podría cambiarle a él, no podría importar. Él y ella nunca habían hablado de las cosas que les pasaban, sino sólo de lo que pensaban y de lo que harían. Ella le miró en silencio, como si una voz en su interior estuviera diciendo: «No las cosas que son, sino las cosas que haremos... Nada ha de detenernos, a ti y a mí... Perdona mi miedo, si pensé que yo podría perderte por ellos... Perdona mi duda, ellos nunca podrán contigo... Nunca más volveré a temer por ti...».

Él también se quedó mirándola un momento, y a ella le pareció que ésa no era una mirada de saludo después de una ausencia, sino la mirada de alguien que había pensado en ella todos los días de ese año. No podía estar segura, fue sólo un instante, tan breve que, cuando lo percibió, él ya estaba volviéndose para señalar el abedul y decir en el mismo tono de juego de su niñez:

—Ojalá aprendieses a correr más rápido. Siempre tendré que esperarte.

—¿Me esperarás? —preguntó ella alegremente.

Él respondió, sin sonreír:

—Siempre.

Al subir por la colina hacia la casa, él habló con Eddie, mientras ella caminaba a su lado en silencio. Ella sintió que había una nueva reticencia entre ellos, que, extrañamente, era un nuevo tipo de intimidad.

Ella no le preguntó por la universidad. Días después, le preguntó sólo si le gustaba.

—Están enseñando un montón de basura estos días —respondió—, pero hay unas cuantas asignaturas que me gustan.

—¿Has hecho algunos amigos allí?

—Dos.

No le contó nada más.

Jim estaba llegando a su último año en una facultad de Nueva York. Sus estudios le habían dado una actitud de extraña y temblorosa belicosidad, como si hubiese encontrado una nueva arma. Se dirigió a Francisco una vez, sin provocación, parándolo en medio del césped para decirle con un tono de agresiva santurronería:

—Creo que, ahora que ya has llegado a la edad de universitario, deberías aprender algo sobre ideales. Es hora de olvidar tu codicia egoísta y reflexionar algo sobre tus responsabilidades sociales, porque creo que todos esos millones que vas a heredar no son para tu disfrute personal, son un legado para el beneficio de los necesitados y los pobres, porque creo que la persona que no se da cuenta de eso es el tipo más depravado de ser humano.

Francisco respondió cortésmente:

—No es recomendable, James, dar tu opinión si no te la piden. Deberías ahorrarte la vergüenza de descubrir el valor exacto que tiene para tu interlocutor.

Dagny le preguntó, cuando se alejaban:

—¿Hay muchos hombres como Jim en el mundo?

Francisco rio.

—Muchísimos.

—¿No te importa?

—No. No tengo que tratar con ellos. ¿Por qué preguntas eso?

—Porque creo que son peligrosos de alguna forma..., no sé cómo...

—¡Por Dios, Dagny! ¿Esperas que yo tenga miedo de una cosa como James?

Fue unos días después, mientras estaban solos, paseando por el bosque a orillas del río, cuando ella le preguntó:

—Francisco, ¿cuál es el tipo más depravado de ser humano?

—El hombre sin un objetivo.

Ella estaba mirando a los troncos rectos de los árboles que se erguían contra el gran fondo de súbito y brillante espacio. El bosque estaba difuminado y fresco, pero las ramas exteriores captaban los cálidos y plateados rayos de sol que reflejaba el agua. Se preguntó por qué disfrutaba de las vistas, cuando nunca antes había prestado atención al paisaje que la rodeaba, por qué era tan consciente de su goce, de sus movimientos, y de su

cuerpo al caminar. No quería mirar a Francisco. Sentía que su presencia parecía más intensamente real cuando mantenía los ojos alejados de él, era casi como si la consciencia acentuada de sí misma viniera de él, igual que la luz del sol venía del agua.

—Crees que eres buena, ¿eh? —preguntó él.

—Siempre lo he creído —contestó ella desafiante, sin volverse.

—Bueno, que vea yo cómo lo demuestras. Déjame ver hasta qué punto ascenderás en Taggart Transcontinental. Por muy buena que seas, esperaré que exprimas al máximo todo lo que tienes para intentar ser aún mejor. Y cuando te hayas quedado agotada por el esfuerzo de alcanzar un objetivo, espero que te lances a por el siguiente.

—¿Por qué crees que me importa demostrarte algo a ti? —preguntó ella.

—¿Quieres que te conteste?

—No —susurró ella, con la mirada fija en la otra orilla del río a lo lejos.

Le oyó reír por lo bajo y, al cabo de un rato, decir:

—Dagny, no hay nada de ninguna importancia en la vida, excepto lo bien que hagas tu trabajo. Nada. Sólo eso. Todo lo demás que puedas ser surgirá de eso. Es la única medida del valor humano. Todos los códigos éticos que intenten hacerte tragar son sólo papel moneda puesto en circulación por estafadores para despojar a las personas de sus virtudes. El código de ser competente es el único sistema de moralidad basado en el patrón oro. Cuando seas mayor, sabrás lo que quiero decir.

—Lo sé ahora. Pero..., Francisco, ¿por qué tú y yo somos los únicos que parecemos saberlo?

—¿Por qué deberían importarte los demás?

—Porque me gusta entender las cosas, y hay algo sobre la gente que no consigo entender.

—¿El qué?

—Verás, siempre he sido impopular en la escuela, y eso me daba igual, pero ahora he descubierto el motivo. Es un motivo a todas luces absurdo. Les caigo mal, no porque haga las cosas mal, sino porque las hago bien. Les caigo mal porque siempre he sacado las mejores notas de la clase. Ni

siquiera tengo que estudiar. Siempre saco sobresalientes. ¿Crees que debería intentar sacar suspensos, para variar, y convertirme así en la chica más popular de la escuela?

Francisco se detuvo, la miró, y le dio una bofetada.

Lo que ella sintió estaba contenido en un único instante, mientras la tierra se mecía bajo sus pies, en un único estallido de emoción dentro de ella. Ella sabía que habría matado a cualquier otra persona que la hubiera golpeado; sintió la violenta furia que le habría dado la fuerza para hacerlo... y un placer igual de violento de que fuese Francisco quien lo hubiese hecho. Sintió placer en el sordo y ardiente dolor de su mejilla, y en el gusto a sangre en la comisura de su boca. Sintió placer en lo que de repente captó sobre él, sobre sí misma y sobre los motivos de él.

Clavó los pies en el suelo para detener el vértigo, mantuvo la cabeza erguida y se quedó mirándole, siendo consciente de un nuevo poder, sintiéndose su igual por primera vez, mirándole con una burlona sonrisa de triunfo.

—¿Te ha dolido tanto como eso? —preguntó.

Él parecía atónito; la pregunta y la sonrisa no eran las de una niña.

—Sí, si te complace.

—Lo hace.

—No vuelvas a hacer eso jamás. No gastes bromas de ese tipo.

—No seas tonto. ¿Qué te hizo pensar que me importaría ser popular?

—Cuando seas mayor, entenderás el tipo de cosa abominable que has dicho.

—Lo entiendo ahora.

Él se volvió súbitamente, sacó su pañuelo y lo metió en el agua del río.

—Ven aquí —ordenó.

Dagny se rio, dando un paso atrás.

—Oh, no. Quiero dejarlo como está. Espero que se hinche muchísimo. Me gusta.

Él la miró durante un largo momento. Dijo muy despacio, muy seriamente:

—Dagny, eres maravillosa.

—Creí que siempre creíste eso —contestó ella; su voz era insolentemente casual.

Cuando ella volvió a casa, le contó a su madre que se había cortado el labio al caer sobre una roca. Fue la única mentira que dijo jamás. No lo hizo para proteger a Francisco; lo hizo porque sintió, por alguna razón que no podía explicar, que ese incidente era un secreto demasiado precioso para compartirlo.

El verano siguiente, cuando Francisco llegó, ella tenía dieciséis años. Empezó a correr colina abajo para salir a su encuentro, pero se paró abruptamente. Él la vio y se detuvo, y se quedaron de pie un momento, mirándose a través de la distancia en una larga y verde ladera. Fue él quien fue ascendiendo hacia ella, andando muy despacio, mientras ella estaba allí esperando.

Cuando se acercó, ella sonrió inocentemente, como si no fuera consciente de que hubiese ninguna contienda implicada o ganada.

—Creo que te gustaría saber —dijo ella— que tengo un trabajo en el ferrocarril. Soy gestora de noche en Rockdale.

Él rio.

—Muy bien, Taggart Transcontinental; ahora esto es una carrera. Veamos quién va a hacerle un mayor honor..., tú a Nat Taggart, o yo... a Sebastián d'Anconia.

Ese invierno, ella redujo su vida a la brillante sencillez de un dibujo geométrico: unas cuantas líneas rectas —ida y vuelta a la Facultad de Ingeniería en la ciudad todos los días, ida y vuelta a su trabajo en la estación de Rockdale todas las noches— y el círculo cerrado de su habitación, una habitación llena de dispersos diagramas de motores, bocetos de estructuras de acero..., y horarios de trenes.

La señora Taggart observaba a su hija con disgustado asombro. Podría haberle perdonado todas sus omisiones, excepto una: Dagny no mostraba el menor interés por los hombres, ninguna inclinación romántica en absoluto. La señora Taggart no aprobaba los extremos; se había estado preparando para lidiar con un extremo del tipo contrario, si fuese necesario; se encontró pensando que eso era peor. Se avergonzaba de tener que admitir que su hija, a los diecisiete años, no tenía ni un solo admirador.

—¿Dagny y Francisco d'Anconia? —dijo, sonriendo tristemente, en respuesta a la curiosidad de sus amigas—. Oh, no, no es un romance. Es un cartel industrial internacional de algún tipo. Eso es lo único que parece interesarles.

La señora Taggart oyó a James decir una noche, en presencia de invitados y con un extraño tono de satisfacción en su voz:

—Dagny, aunque te pusieron el nombre de ella, realmente te pareces más a Nat Taggart que a la primera Dagny Taggart, la célebre belleza que era su esposa.

La señora Taggart no supo qué fue lo que más la ofendió: el comentario de James, o el hecho de que Dagny lo aceptara encantada como siendo un cumplido.

Ella nunca tendría la posibilidad, pensó la señora Taggart, de formar algún tipo de concepto de su propia hija. Dagny era solamente una figura que entraba y salía a toda prisa de su apartamento, una figura esbelta en una chaqueta de cuero con el cuello levantado, una falda corta y unas largas piernas de corista. Andaba, atravesando la habitación, con una brusquedad masculina y en línea recta, pero había una gracia peculiar en sus movimientos que era ligera, tensa y, curiosamente, desafiantemente femenina.

A veces, al vislumbrar un momento la cara de Dagny, la señora Taggart captaba una expresión que no podía definir del todo: era mucho más que alegría, era un aspecto de gozo tan puro e intacto que a ella le pareció anormal; y también: ninguna chica joven podía ser tan insensible como para no haber descubierto tristeza en la vida. Su hija, concluyó, era incapaz de sentir emociones.

—Dagny —le preguntó una vez—, ¿es que nunca piensas en divertirte?

Dagny la miró, incrédula, y respondió:

—¿Y qué crees que estoy haciendo?

La decisión de proponerle a su hija una presentación formal en sociedad le costó a la señora Taggart mucha ansiedad y muchos quebraderos de cabeza. No sabía si iba a presentar a la sociedad de Nueva York a la señorita Dagny Taggart de la alta sociedad o a la gestora de noche de la estación de Rockdale; se sentía inclinada a pensar que más bien sería a esta última; y estaba segura de que Dagny rechazaría la idea de semejante evento. Se sorprendió cuando Dagny lo aceptó con un inexplicable entusiasmo, por primera vez como si fuese una niña.

Volvió a sorprenderse cuando vio a Dagny vestida para la fiesta. Era el primer vestido femenino que se había puesto en su vida: un vestido de noche de raso blanco, con una falda enorme que flotaba como una nube. La señora Taggart había esperado que su aspecto reflejara un contraste ridículo. Dagny parecía una auténtica belleza. Parecía mayor y, al mismo tiempo, más radiantemente inocente que de costumbre; de pie, frente al espejo, mantenía la cabeza igual que la esposa de Nat Taggart la habría mantenido.

—Dagny —dijo la señora Taggart con tono suave y recriminatorio—, ¿ves lo hermosa que puedes estar cuando quieres?

—Sí —dijo Dagny, sin asombro alguno.

El salón de baile del Hotel Wayne-Falkland había sido decorado bajo la dirección de la señora Taggart; ella tenía un buen gusto de artista, y la ambientación de aquella noche era su obra maestra.

—Dagny, hay algunas cosas que me gustaría que aprendieras a observar —dijo—, las luces, los colores, las flores y la música no son tan despreciables como podrías creer.

—Nunca he pensado que fueran despreciables —respondió Dagny, feliz.

Por primera vez, la señora Taggart sintió un lazo de unión entre ellas; Dagny la estaba mirando con la agradecida confianza de una niña.

—Ésas son las cosas que hacen la vida hermosa —dijo la señora Taggart—. Quiero que esta noche sea muy hermosa para ti, Dagny. El primer baile es el acontecimiento más romántico de la vida de uno.

Para la señora Taggart, la mayor sorpresa fue el momento cuando vio a Dagny de pie bajo las luces, mirando el salón. No era una niña, ni una adolescente, sino una mujer de un poder tan seguro y peligroso que la señora Taggart la contempló con contenida admiración. En una época de rutinas indiferentes, despreocupadas y cínicas entre personas que se veían a sí mismas ya no como carne humana, sino como carne de ganado, el porte de Dagny parecía casi indecente, porque era así como una mujer habría estado en un salón de baile siglos atrás, cuando el acto de exhibir su cuerpo semidesnudo para que los hombres lo admiraran era un acto de atrevimiento; cuando tenía un significado, y un solo significado, reconocido por todos como el de ser una gran aventura. Y esa, pensó la señora Taggart,

sonriendo, era la muchacha que ella había creído desprovista de capacidad sexual. Sintió un gran alivio, y un cierto regodeo, al pensar que un descubrimiento como ése le hacía sentirse aliviada.

Su alivio duró sólo unas horas. Al final de la velada vio a Dagny en un rincón del salón, sentada sobre una baranda como si fuera una valla de ferrocarril, con las piernas colgando bajo la falda de raso, como si llevara pantalones. Estaba hablando con un par de jóvenes indefensos, y su rostro reflejaba desprecio.

Ni Dagny ni la señora Taggart dijeron una sola palabra mientras eran conducidas de vuelta a casa. Pero, unas horas después, en un impulso repentino, la señora Taggart fue a la habitación de su hija. Dagny estaba de pie frente a la ventana, todavía con el vestido de noche blanco, que parecía una nube sosteniendo un cuerpo que ahora le parecía demasiado delgado, un cuerpo pequeño con los hombros caídos. Al otro lado de la ventana, las nubes se teñían de gris con la primera claridad de la mañana.

Cuando Dagny se dio la vuelta, la señora Taggart vio sólo una perpleja impotencia en su rostro; el rostro estaba tranquilo, pero algo en él le hizo desear a la señora Taggart no haber querido que su hija descubriera la tristeza.

—Mamá, ¿creen que es exactamente al revés? —preguntó.

—¿El qué? —preguntó, la señora Taggart, desconcertada.

—Las cosas de las que estabas hablando. Las luces y las flores. ¿Ellos esperan que esas cosas los vuelvan románticos a ellos, y no al revés?

—Querida, ¿qué quieres decir?

—Allí no había ni una sola persona que lo disfrutara —dijo con voz apagada— o que pensara o sintiera algo, lo que fuera. Se movían de un lado a otro, y todos decían las mismas tonterías que dicen en todas partes. Supongo que pensaban que las luces lo harían parecer brillante.

—Querida, te lo tomas todo demasiado en serio. Supuestamente, uno no debe ser intelectual en un baile. Uno, supuestamente, sólo tiene que estar alegre.

—¿Cómo? ¿Siendo estúpido?

—Quiero decir, por ejemplo, ¿no te gustó conocer a los hombres, a esos jóvenes?

—¿A qué hombres? No había ni un solo hombre allí, podría haber noqueado a una docena de ellos.

Unos días después, sentada ante su escritorio de la estación de Rockdale, sintiéndose relajada y en casa, Dagny pensó en la fiesta y se encogió de hombros, reprochándose con desprecio su propio desengaño. Levantó la vista: era primavera, y había hojas en las ramas de los árboles en la oscuridad afuera; el aire aún estaba cálido y tranquilo. Se preguntó qué había esperado de aquella fiesta. No lo sabía. Pero volvió a sentirlo, aquí, ahora, sentada ante un maltrecho escritorio y mirando la oscuridad exterior: era una sensación de expectativa sin objeto, ascendiendo lentamente por su cuerpo, como un líquido caliente. Se recostó sobre el escritorio, indolentemente, sin sentir ni cansancio ni ganas de trabajar.

Cuando Francisco vino ese verano, ella le habló de la fiesta y de su decepción. Él la escuchó en silencio, mirándola por vez primera con aquel aire de burla intransigente que reservaba para los demás, una mirada que parecía ver demasiado. Dagny tuvo la impresión de que él oía en sus palabras más de lo que ella sabía que le había contado.

Vio la misma mirada en sus ojos la noche en que ella lo dejó solo demasiado pronto. Estaban solos, sentados a la orilla del río. Faltaba una hora para que tuviera que estar en Rockdale. Había largas y finas líneas de fuego en el cielo, y chispas rojas flotando perezosamente sobre el agua. Él había estado en silencio durante mucho tiempo, cuando ella se levantó súbitamente y le dijo que tenía que irse. Él no intentó detenerla; se inclinó hacia atrás, apoyando los codos sobre la hierba, y la miró sin moverse; su mirada parecía decir que conocía los motivos de ella. Mientras subía apresurada y rabiosamente la pendiente hacia la casa, Dagny se preguntó qué fue lo que la había impulsado a irse; no lo sabía; había sido una repentina inquietud procedente de una sensación que no había identificado hasta ese momento: una sensación de expectativa.

Cada noche, ella recorría en coche los ocho kilómetros que separaban su casa de campo de Rockdale. Volvía al amanecer, dormía unas horas y se levantaba a la misma hora que el resto de la casa. No tenía ganas de dormir. Cuando se desnudaba para acostarse, a la luz de los primeros rayos de sol, sentía una tensa, alegre e infundada impaciencia por encarar el día que estaba empezando.

Volvió a ver la mirada burlona de Francisco al otro lado de la red de una pista de tenis. No recordaba el inicio de ese partido; habían jugado al tenis juntos con frecuencia, y él siempre ganaba. Ella no sabía en qué

momento había decidido que ella ganaría esa vez. Cuando fue consciente de ello, dejó de ser una decisión o un deseo, para transformarse en una callada furia creciendo dentro de ella. No sabía por qué tenía que ganar; no sabía por qué parecía tan crucial, tan urgentemente necesario; sólo sabía que tenía que hacerlo, y que lo haría.

Parecía fácil jugar; era como si su voluntad hubiese desaparecido y el poder de alguien estuviese jugando por ella. Contempló la figura de Francisco, una figura alta y rápida, el bronceado de sus brazos destacando contra las mangas de su camisa blanca. Ella sintió un arrogante placer al ver la destreza de sus movimientos, porque eso era precisamente lo que iba a vencer, así que cada uno de esos expertos gestos de Francisco pasarían a ser una victoria suya, y la brillante competencia del cuerpo de él se convertiría en el triunfo de ella.

Sintió el creciente dolor del agotamiento, sin saber que era dolor, sintiéndolo sólo en repentinas punzadas que le hacían tomar consciencia de alguna parte de su cuerpo durante un instante, para olvidarlo en el siguiente: la articulación de su hombro..., sus omóplatos..., sus caderas, con la blanca tela de sus pantalones cortos pegándosele a la piel, los músculos de sus piernas al saltar para golpear la pelota..., pero no recordaba si había vuelto a caer y a tocar el suelo..., sus párpados, cuando el cielo se ponía rojo oscuro y la pelota se le venía encima a través de la oscuridad como una llama blanca girando..., el delgado cable ardiendo que salía disparado desde su tobillo, subiéndole por la espalda, y seguía disparado por el aire, lanzando la pelota a la figura de Francisco... Sintió un placer exultante, porque cada punzada de dolor que empezaba en su cuerpo tenía que terminar en el de él..., porque lo que estaba haciendo consigo misma también se lo estaba haciendo a él..., eso era lo que él sentía..., es a eso a lo que ella le llevaba..., no era su propio dolor lo que sentía en su cuerpo, sino el dolor de él.

En los momentos en que consiguió verle la cara, vio que él se estaba riendo. La estaba mirando como si lo entendiese. Él jugaba, no para ganar, sino para ponérselo más difícil a ella..., lanzando golpes disparatados para hacerla correr..., perdiendo puntos para verla retorcer su cuerpo en un agonizante revés..., quedándose inmóvil, haciéndola pensar que iba a fallar, y luego dejar que su brazo surgiera como si nada en el último instante para devolver la bola con tal fuerza que ella sabía que la fallaría. Ella sintió que no podría moverse de nuevo, nunca más..., y le resultaba extraño verse

aterrizando de pronto al otro lado de la pista, golpeando la pelota a tiempo, golpeándola como si quisiera romperla en pedazos, como si quisiera que fuese la cara de Francisco.

Sólo una vez más, pensó, aunque el siguiente movimiento fuera a romperle los huesos del brazo... Sólo una vez más, aunque el aire que ella obligaba a pasar por su garganta tensa e hinchada se detuviera por completo... Luego, no sintió nada, ni dolor ni músculos, sólo la idea de que tenía que ganarle, verlo agotado, verlo desplomarse, y entonces ella quedaría libre para morir en el momento siguiente.

Ganó. Quizá fue la risa de él lo que le hizo perder, por primera vez. Él avanzó hasta la red, donde ella permanecía inmóvil, y tiró la raqueta al otro lado, a los pies de ella, como sabiendo que eso era lo que ella quería. Salió de la pista y se dejó caer sobre el césped, desplomado, la cabeza sobre su brazo.

Dagny se acercó a él lentamente. Se quedó mirándole, contemplando el cuerpo tendido a sus pies, mirando la camisa empapada de sudor y los mechones de pelo sobre el brazo. Él levantó la cabeza. Su mirada recorrió lentamente la línea de sus piernas, hasta sus pantalones cortos, su blusa, sus ojos. Era una mirada burlona que parecía verla a través de su ropa y de su mente. Y parecía decir que había ganado él.

Ella estaba sentada en su escritorio en Rockdale, esa noche, sola en el viejo edificio de la estación, mirando el cielo por la ventana. Era la hora que más le gustaba, cuando los cristales superiores cobraban un tono más ligero, y los raíles de las vías se tornaban hilos de un plateado borroso a través de los cristales inferiores. Apagó su lámpara y contempló el amplio y silencioso movimiento de luz sobre una tierra inmóvil. Todo estaba en calma, no temblaba ni una hoja en las ramas, mientras el cielo poco a poco perdía su color y se convertía en una inmensidad que parecía una extensión de agua brillante.

Su teléfono estaba en silencio a esa hora, casi como si el movimiento se hubiese detenido en todos los sitios a lo largo del sistema. Oyó pasos fuera que, de pronto, se acercaban a la puerta. Francisco entró. Nunca había ido allí antes, pero ella no se sorprendió al verlo.

—¿Qué haces levantado a estas horas? —le preguntó.

—No me apetecía dormir.

—¿Cómo has venido hasta aquí? No he oído tu coche.

—A pie.

Pasaron unos momentos antes de que ella cayese en la cuenta de que no le había preguntado por qué había ido, y de que no quería preguntárselo.

Él se paseó por la sala, mirando los fajos de hojas de ruta que colgaban en las paredes, el calendario con una foto del Taggart Comet en el momento de un orgulloso arranque de movimiento hacia el espectador. Francisco parecía sentirse cómodamente en casa, como si sintiera que ese lugar les pertenecía, como ellos siempre se sentían cuando estaban juntos. Pero no parecía querer hablar. Hizo unas preguntas sobre el trabajo de ella, y luego se quedó callado.

A medida que la claridad crecía afuera, el movimiento aumentó en la línea, y el teléfono empezó a sonar en medio del silencio. Dagny volvió a su trabajo. Francisco estaba sentado en una esquina, con una pierna encima del brazo de un sillón, esperando.

Ella trabajaba con rapidez, sintiendo su cabeza extraordinariamente clara. Le causaba placer la rápida precisión de sus manos. Se concentraba en el sonido agudo y fuerte del teléfono, en las cifras de números de trenes, números de vagones, números de pedidos. No era consciente de nada más.

Pero cuando una delgada hoja de papel revoloteó hasta el suelo y ella se inclinó para recogerla, ella fue de repente intensamente consciente de ese momento en particular, de sí misma y de su propio movimiento. Se dio cuenta de su falda gris de lino, de las mangas arremangadas de su blusa gris, y de su brazo desnudo estirándose hacia el papel. Sintió su corazón parar sin razón en esa especie de respiro que uno siente en momentos de expectación. Recogió el papel y volvió a su trabajo.

Ya casi había amanecido. Un tren pasó por la estación sin detenerse. Bajo la pura claridad del alba, la larga hilera de los techos de los vagones se fundió en una línea plateada, y el tren parecía estar suspendido sobre la tierra, sin llegar a tocarla, sólo sobrevolándola. El suelo de la estación tembló, y los cristales vibraron en las ventanas. Ella contempló el paso del tren con una sonrisa de excitación. Miró a Francisco: él la estaba mirando a ella, con la misma sonrisa.

Cuando llegó el gerente del turno de día, ella dejó la estación a su cargo, y salieron al fresco matutino. El sol aún no había salido, y el aire parecía radiante en su lugar. Ella no se sentía cansada. Se sentía como si acabara de levantarse.

Se dirigió a su coche, pero Francisco dijo:

—Vamos andando a casa. Vendremos a por el coche más tarde.

—Muy bien.

No le sorprendió, y no le importó la idea de andar ocho kilómetros. Parecía natural: natural para la peculiar realidad del momento, que era nítidamente clara, pero totalmente separada de todo, inmediata pero desconectada, como una isla radiante en medio de una densa niebla, la intensificada e incuestionable sensación de realidad que uno experimenta cuando está ebrio.

El camino atravesaba el bosque. Dejaron la carretera para tomar un viejo sendero que serpenteaba entre los árboles a lo largo de kilómetros de campo intacto. No había trazas de existencia humana a su alrededor. Viejos surcos cubiertos de hierba hacían que la presencia humana pareciera más distante, sumando la distancia de años a la distancia de kilómetros. Una neblina de crepúsculo permanecía sobre el suelo, pero en los espacios entre los troncos de los árboles había hojas que colgaban en manchas de un verde brillante y parecían iluminar el bosque. Las hojas colgaban inmóviles. Ellos caminaron, el único movimiento en un mundo inmóvil. Ella se dio cuenta de pronto de que no habían dicho ni una palabra en mucho tiempo.

Llegaron a un claro. Era una pequeña hondonada al fondo de un cañón formado por laderas rocosas. Un arroyo discurría por la hierba, y ramas de árboles descendían hasta el suelo, como una cortina de fluido verde. El sonido del agua intensificaba el silencio. La distante franja de cielo abierto hacía que el sitio pareciera más oculto. En lo alto, en la cima de una colina, un árbol captó los primeros rayos de sol.

Se detuvieron y se miraron. Ella supo, sólo cuando él lo hizo, que había sabido que lo haría. Él la agarró, ella sintió los labios de él sobre su boca, sintió que sus brazos lo abrazaban en violenta respuesta, y supo por primera vez cuánto había querido que él lo hiciese.

Sintió un momento de rebelión y un atisbo de miedo. Él la mantenía apretada a su cuerpo, estrechándola con una tensa y decidida insistencia, mientras su mano se movía sobre sus pechos, como si estuviese aprendiendo la intimidad de un propietario sobre el cuerpo de ella, una sorprendente intimidad que no requería su consentimiento, ni ningún permiso. Ella intentó resistirse, pero sólo se echó para atrás sobre los brazos de él lo suficiente como para ver su cara y su sonrisa, la sonrisa que

confirmaba que ella le había dado permiso mucho tiempo atrás. Ella pensó que debía escapar; en vez de eso, fue ella quien le bajó la cabeza para encontrarse de nuevo con su boca.

Ella sabía que el miedo era inútil, que él haría lo que quisiera, que la decisión era de él, y que la única opción posible para ella era lo que más quería: someterse. No entendía de manera consciente el propósito de Francisco; la vaga noción que tuviera de ese propósito había sido borrada, ella no tenía poder para creerlo con claridad en ese momento, creerlo de sí misma, sólo sabía que estaba asustada..., pero sentía como si fuese ella la que le estaba gritando a él: «No me lo pidas, oh, no me lo pidas, ¡hazlo!».

Clavó los pies en el suelo durante un instante, para resistirse, pero la boca de él estaba presionando la de ella, y los dos cayeron juntos al suelo, sin que llegaran a separarse sus labios. Ella se quedó quieta..., como el objeto inmóvil, y luego vibrante, de un acto que él hizo simplemente, sin dudar, como un derecho, el derecho al increíble placer que les produjo.

Él nombró lo que significaba para ellos con las primeras palabras que pronunció después:

—Teníamos que aprenderlo el uno del otro.

Ella miró su larga figura tendida a su lado sobre la hierba, vestida con pantalón negro y camisa negra; sus ojos se posaron en el cinturón apretado alrededor de la delgada cintura de Francisco, y sintió una punzada de emoción que era como una bocanada de orgullo, el orgullo de sentirse dueña de ese cuerpo. Estaba acostada boca arriba, mirando al cielo, sin sentir ningún deseo de moverse ni de pensar ni de saber que existía el tiempo más allá de ese momento.

Cuando llegó a casa, cuando se tendió en la cama, desnuda porque su cuerpo se había convertido en una posesión desconocida, demasiado preciosa para soportar el roce de un camisón, porque le producía placer estar desnuda y sentir como si esas sábanas blancas estuvieran tocando el cuerpo de Francisco..., cuando pensó que no dormiría porque no quería descansar y perderse el cansancio más maravilloso que había conocido jamás..., su último pensamiento fue sobre las veces que ella había querido expresar, sin saber cómo hacerlo, el conocimiento momentáneo de un sentimiento aún más grande que la felicidad, el sentimiento de la bendición de uno sobre toda la Tierra, el sentimiento de estar enamorada del hecho de que uno existe, y en este tipo de mundo; pensó que el acto que había

aprendido era la forma en que uno lo expresaba. Si era un pensamiento de la mayor importancia, ella no lo sabía; nada podía ser importante en un universo del cual el concepto de dolor había sido borrado; ella no estaba allí para sopesar su conclusión; estaba dormida, con una leve sonrisa en la cara, en una silenciosa y luminosa habitación inundada de luz matinal.

Ese verano, ella se encontró con él en el bosque, en rincones escondidos cerca del río, en el suelo de una choza abandonada, en el sótano de la casa. Eran las únicas veces que ella aprendió a tener una sensación de belleza, mirando las viejas vigas de madera o la placa metálica de un aparato de aire acondicionado zumbando tensamente, rítmicamente, sobre sus cabezas. Vestía pantalones o vestidos de algodón de verano, pero nunca era tan femenina como cuando se hallaba a su lado, hundiéndose en sus brazos y abandonándose a todo lo que él quisiera, reconociendo totalmente su poder para reducirla a la impotencia con el placer que tenía el poder de darle. Él le enseñó todas las formas de sensualidad que pudo inventar.

—¿No es maravilloso que nuestros cuerpos puedan darnos tanto placer? —le dijo a ella una vez, con la mayor simplicidad.

Eran felices y radiantemente inocentes. Ambos eran incapaces de concebir que la alegría es pecado.

Guardaron su secreto ante los demás, no como una culpa vergonzosa, sino como algo que era inmaculadamente suyo, más allá del derecho de cualquiera a debatir o a evaluar. Ella conocía la doctrina general sobre el sexo que la gente mantenía en una u otra forma, la doctrina de que el sexo era una fea debilidad de la inferior naturaleza del hombre, a ser perdonada, con pesar. Ella sentía una emoción de castidad que la hacía rehuir, ya no los deseos de su cuerpo, sino cualquier contacto con las mentes que sostenían esa doctrina.

Ese invierno, Francisco fue a verla a Nueva York a intervalos impredecibles. Podía llegar en avión desde Cleveland, sin avisar, dos veces por semana, o podía desaparecer durante meses enteros. Ella podía estar sentaba en el suelo de su habitación, rodeada de gráficos y bocetos, oír llamar a la puerta, y contestar bruscamente:

—¡Estoy ocupada!

Y entonces oír una voz burlona preguntar:

—¿Seguro?

Y ponerse en pie de un salto para abrir la puerta y verlo allí plantado. Se iban a un apartamento que él había alquilado en la ciudad, un pequeño apartamento en un barrio tranquilo.

—Francisco —le preguntó una vez, con un repentino asombro—, soy tu querida, ¿verdad?

Él se rio:

—Eso es lo que eres.

Ella sintió el orgullo que una mujer supuestamente experimenta al serle otorgado el título de esposa.

En los muchos meses de su ausencia, ella nunca se preguntó si él le era fiel o no; sabía que lo era. Sabía, aun siendo demasiado joven para saber la razón, que un deseo indiscriminado y un desenfreno promiscuo eran posibles sólo para quienes consideraban el sexo y a ellos mismos como malvados.

Sabía poco sobre la vida de Francisco. Era su último año en la universidad, pero rara vez hablaba de eso, y ella nunca le preguntó. Ella sospechaba que él estaba trabajando demasiado duro, porque veía, a veces, el aspecto anormalmente brillante de su cara, el aspecto de regocijo que resulta de forzar la energía de uno más allá del límite. Se rio de él una vez, presumiendo de ser una antigua empleada de Taggart Transcontinental, mientras que él aún no había empezado a trabajar para vivir. Él dijo:

—Mi padre se niega a dejarme trabajar para d'Anconia Copper hasta que no me haya graduado.

—¿Cuándo aprendiste a ser obediente?

—Debo respetar sus deseos. Él es dueño de d'Anconia Copper... No es, sin embargo, dueño de todas las empresas de cobre del mundo.

Había una insinuación de secreto deleite en su sonrisa.

Ella no se enteró de la historia hasta el otoño siguiente, cuando él se había graduado y volvió a Nueva York después de una visita a su padre en Buenos Aires. Entonces, él le contó que había hecho dos carreras educativas en los últimos cuatro años: una en la Universidad Patrick Henry, y la otra en una fundición de cobre en las afueras de Cleveland.

—Me gusta aprender las cosas por mí mismo —dijo.

Había empezado a trabajar en la fundición como ayudante en el horno, cuando tenía dieciséis años, y ahora, a los veinte, era su dueño. Consiguió el primer título de propiedad, con la ayuda de alguna imprecisión sobre su

edad, el mismo día que recibió su título universitario, y le envió los dos a su padre.

Le enseñó a ella una foto de la fundición. Era un lugar pequeño, mugriento, deshonrado por lo viejo, machacado por años de batallas perdidas; sobre su portón de entrada, como una nueva bandera en el mástil de un don nadie, colgaba el letrero: D'ANCONIA COPPER.

El encargado de relaciones públicas de la oficina de su padre en Nueva York había gruñido, enojado:

—Pero, don Francisco, ¡no puede hacer eso! ¿Qué pensará el público? *Ese* nombre, ¿en un tugurio de ese tipo?

—Es mi nombre —había respondido Francisco.

Cuando entró en el despacho de su padre en Buenos Aires, una amplia sala, tan austera y moderna como un laboratorio, con fotos de las propiedades de d'Anconia Copper como único adorno sobre sus paredes —fotos de las minas, los diques de mineral y las fundiciones más grandes del mundo—, vio, en el lugar de honor, de frente al escritorio de su padre, una foto de la fundición de Cleveland con el nuevo letrero sobre su portón.

Los ojos de su padre fueron de la foto a la cara de Francisco, que estaba de pie frente al escritorio.

—¿No es un poco pronto de más? —preguntó su padre.

—Yo no habría podido soportar cuatro años sólo de clases.

—¿Dónde conseguiste el dinero para el depósito inicial de esa propiedad?

—Operando en el mercado de bolsa de Nueva York.

—¿Qué? ¿Quién te enseñó a hacer eso?

—No es difícil determinar las empresas industriales que triunfarán y las que no.

—¿Dónde conseguiste el dinero con el que operar?

—De la mensualidad que me enviabas, y de mi sueldo.

—¿Cuándo tuviste tiempo de seguir el mercado de la bolsa?

—Mientras escribía una tesis sobre la influencia, en subsiguientes sistemas metafísicos, de la teoría de Aristóteles del primer motor inmóvil.

La estancia de Francisco en Nueva York fue breve ese otoño. Su padre lo envió a Montana como asistente del supervisor de una mina d'Anconia.

—Pues bueno —le dijo sonriendo a Dagny—, mi padre no cree prudente dejarme ascender demasiado deprisa. No le pediría que me aceptara ciegamente. Si quiere que se lo demuestre con hechos, lo haré.

En primavera, Francisco volvió como jefe de la oficina de Nueva York de d'Anconia Copper.

Ella no lo vio muy a menudo en los dos años siguientes. Ella nunca sabía dónde estaba él, en qué ciudad o en qué continente, al día siguiente de haberle visto. Él siempre se presentaba inesperadamente, y a ella le gustaba, porque eso lo convertía en una presencia continua en su vida, como un rayo de luz escondido que podía iluminarla en cualquier momento.

Cada vez que ella lo veía en su oficina, pensaba en sus manos como las había visto al volante de una lancha: dirigía su negocio con la misma velocidad, suave, peligrosa y con confianza en sí mismo, que él dominaba. Pero un pequeño incidente se grabó en su mente como algo extraño: no encajaba con él. Lo vio de pie frente a la ventana de su despacho, una tarde, mirando el pardo crepúsculo invernal de la ciudad. No se movió durante mucho tiempo. Su cara estaba tensa y cerrada; parecía presa de una emoción que ella nunca había creído posible en él: de cólera amarga e impotente. Dijo:

—Hay algo mal en el mundo. Siempre ha sido así. Algo que nadie ha nombrado ni explicado jamás.

Pero no le dijo lo que era.

Cuando lo vio de nuevo, no había ningún rastro de aquel incidente en su actitud. Era primavera, y los dos estaban juntos en la terraza de un restaurante; la fina seda de su vestido de noche se agitaba al viento contra la alta figura de Francisco en su traje negro de etiqueta. Miraban la ciudad. En el comedor, detrás de ellos, los sonidos de la música eran un estudio concierto de Richard Halley; el nombre de Halley no era conocido por muchos, pero ellos lo habían descubierto y les encantaba su música. Francisco dijo:

—No tenemos que buscar los rascacielos en la distancia, ¿verdad? Los hemos alcanzado.

Ella sonrió y dijo:

—Creo que vamos a dejarlos atrás... Estoy casi asustada... Estamos en algún tipo de ascensor acelerando.

—Seguro... Asustada, ¿de qué? Deja que acelere. ¿Por qué ha de haber un límite?

Francisco tenía veintitrés años cuando su padre murió, y él fue a Buenos Aires a hacerse cargo de las propiedades de d'Anconia, que ahora eran suyas. Dagny no volvió a verlo durante tres años.

Él le escribía, al principio, a intervalos irregulares. Le hablaba de d'Anconia Copper, del mercado mundial, de asuntos que afectaban a los intereses de Taggart Transcontinental. Sus cartas eran breves, escritas a mano, normalmente de noche.

Dagny no era infeliz en su ausencia. Ella también estaba dando sus primeros pasos hacia el control de un futuro reino. Entre los líderes de la industria, los amigos de su padre, había oído decir que valía la pena seguirle la pista al joven heredero d'Anconia; que si esa empresa de cobre había sido grande antes, arrasaría el mundo ahora, bajo lo que su nueva dirección prometía. Ella sonreía, sin sorprenderse. Había momentos en los que sentía una nostalgia repentina y violenta por él, pero era sólo impaciencia, no dolor. Ella la ignoraba, con el conocimiento seguro de que ellos dos estaban trabajando en pro de un futuro que les traería todo lo que querían, incluso el uno al otro. Luego, sus cartas dejaron de llegar.

Ella tenía veinticuatro años un día de primavera en que sonó el teléfono de su escritorio, en una oficina del Edificio Taggart.

—Dagny —dijo una voz que reconoció al instante—, estoy en el Wayne-Falkland. Ven a cenar conmigo esta noche. A las siete.

Lo dijo sin saludo previo, como si se hubiesen separado el día anterior. Al observar que tardó un momento en recuperar el aliento, ella se dio cuenta por primera vez de lo mucho que esa voz significaba para ella.

—Muy bien..., Francisco —repuso.

No necesitaban decir nada más. Ella pensó, al colgar el teléfono, que su regreso era natural, como ella siempre había esperado que sucediera, sólo que ella no había esperado la imperiosa necesidad de pronunciar su nombre, o esa punzada de felicidad que sintió al pronunciarlo.

Cuando entró en la habitación de su hotel, esa tarde, ella se detuvo. Él estaba de pie en medio de la habitación, mirándola, y ella vio una sonrisa que se dibujó lentamente, involuntariamente, como si él hubiera perdido la capacidad de sonreír y estuviese sorprendido de tener que recuperarla. La miraba con incredulidad, sin acabar de creer lo que ella era o lo que él

sentía. Su mirada era como una súplica, como el grito de socorro de un hombre que nunca podría llorar. Cuando ella entró, él había empezado su viejo saludo, había empezado a decir «Hola...», pero no lo terminó. En vez de eso, después de un momento, dijo:

—Estás preciosa, Dagny.

Lo dijo como si le doliera.

—Francisco, yo...

Él sacudió la cabeza para no dejarle pronunciar las palabras que nunca se habían dicho uno al otro, aunque sabían que los dos las habían dicho y oído en ese momento.

Él se acercó, la tomó en sus brazos, la besó en la boca y la retuvo durante mucho tiempo. Cuando ella levantó la vista hacia su cara, él estaba sonriendo, confiadamente, burlonamente. Era una sonrisa que le decía a ella que él tenía control de sí mismo, de ella, de todo, y le ordenaba que olvidara lo que había visto en ese primer momento.

—Hola, Bicho —dijo.

Sintiéndose segura de todo, excepto de que no debía hacer preguntas, ella sonrió y dijo:

—Hola, Frisco.

Ella podría haber comprendido cualquier cambio, pero no las cosas que vio. No había ni un chispazo de vida en la cara de Francisco, ni el menor rastro de regocijo; la cara se había vuelto implacable. La súplica de su primera sonrisa no había sido una súplica de debilidad; él había adquirido un aire de determinación que parecía despiadada. Actuaba como un hombre que permanecía de pie, erguido, bajo el peso de una carga insoportable. Ella vio lo que nunca podría haber creído posible: que había surcos de amargura en su rostro, y que parecía atormentado.

—Dagny, no te sorprendas por nada de lo que yo haga —dijo—, ni de lo que pueda hacer en el futuro.

Ésa fue la única explicación que le concedió, y luego procedió a actuar como si no hubiera nada que explicar.

Dagny no pudo sentir más que una débil ansiedad; era imposible sentir miedo por su destino o en su presencia. Cuando él reía, ella pensaba que estaban de nuevo en el bosque junto al Hudson: él no había cambiado, y nunca lo haría.

La cena fue servida en su habitación. A ella le resultó divertido mirarle desde el otro lado de una mesa dispuesta con la fría formalidad propia de un coste excesivo, en una habitación de hotel diseñada al estilo de un palacio europeo.

El Wayne-Falkland era el hotel más distinguido que quedaba en cualquier continente. Su estilo de indolente lujo, sus cortinas de terciopelo, sus frisos esculpidos y la luz de las velas, marcaban un deliberado contraste con su auténtica función: nadie podía permitirse alojarse allí, excepto los hombres que iban a Nueva York a hacer negocios, o a cerrar tratos de trascendencia mundial. Ella observó que los modales de los camareros que les sirvieron la cena denotaban una deferencia especial hacia aquel huésped del hotel, y que Francisco no se daba cuenta de ello. Estaba como en su casa. Hacía ya tiempo que se había acostumbrado al hecho de ser el señor d'Anconia, de d'Anconia Copper.

Pero a Dagny le pareció extraño que no hablara de su trabajo. Había esperado que ése fuera su único interés, lo primero que compartiría con ella. Pero no lo mencionó. La animó a hablar, en vez de eso, sobre el trabajo de ella, su progreso, y lo que sentía por Taggart Transcontinental. Ella habló de ello como siempre había hablado con él, sabiendo que él era la única persona capaz de comprender su apasionada devoción. Él no hizo ningún comentario, pero escuchó atentamente.

Un camarero había puesto la radio para acompañar la cena con música; ellos no habían prestado atención. Pero, de pronto, un estallido de sonido hizo vibrar la habitación, casi como si una explosión subterránea hubiera sacudido las paredes y las hubiera hecho temblar. La conmoción no vino del volumen, sino de la calidad de los sonidos: era el nuevo Concierto de Halley, recientemente escrito; el Cuarto.

Permanecieron sentados en silencio, escuchando esa declaración de rebeldía, el himno de triunfo de las grandes víctimas negándose a aceptar el dolor. Francisco escuchó, mirando la ciudad.

Sin transición ni aviso, preguntó, su voz extrañamente relajada:

—Dagny, ¿qué dirías si te pidiera que abandonases Taggart Transcontinental y dejases que se fuera al infierno, como ocurrirá cuando tu hermano se haga cargo de ella?

—¿Qué te diría si me pidieras que considerara la idea de suicidarme? —respondió ella, airada.

Él guardó silencio.

—¿Por qué has dicho eso? —espetó ella—. No pensé que pudieras bromear con esas cosas. No es tu estilo.

No había la menor señal de humor en el rostro de Francisco. Respondió tranquilamente, gravemente:

—No. Por supuesto. No debería.

Ella se obligó a preguntarle por su trabajo. Él respondió a las preguntas; no añadió nada voluntariamente. Ella le repitió los comentarios de los empresarios sobre las brillantes perspectivas de d'Anconia Copper bajo su dirección.

—Es verdad —dijo él con voz apagada.

Presa de una súbita ansiedad, y sin saber qué le instó a hacerlo, Dagny preguntó:

—Francisco, ¿por qué has venido a Nueva York?

—Para ver a un amigo que me mandó llamar —respondió él despacio.

—¿Negocios?

Mirando más allá de ella, como si estuviera contestando a un pensamiento propio, con una débil sonrisa de amarga diversión en su rostro, pero con una voz extrañamente suave y triste, contestó:

—Sí.

Era bastante más de medianoche cuando ella despertó en la cama junto a él. Ningún sonido llegaba de la ciudad, allá abajo. La quietud de la habitación hacía que la vida pareciese suspendida por un momento. Relajada de felicidad y totalmente exhausta, ella se volvió perezosamente para mirarlo. Él estaba tumbado boca arriba, medio recostado sobre una almohada. Ella vio su perfil recortado contra el vago brillo del cielo nocturno a través de la ventana. Estaba despierto, sus ojos estaban abiertos. Tenía la boca cerrada, como la de un hombre tumbado en resignación con un dolor insoportable, soportándolo, sin hacer ningún esfuerzo por ocultarlo.

Ella estaba demasiado asustada para moverse. Él sintió su mirada, y se volvió hacia ella. Se estremeció de repente, apartó la manta, miró su cuerpo desnudo, y luego cayó hacia delante y enterró la cara entre sus pechos. Agarró sus hombros, aferrándose a ella convulsivamente. Ella oyó las palabras, ahogadas, la boca de él apretada contra su piel:

—¡No puedo abandonarlo! ¡No puedo!

—¿El qué? —susurró ella.

—A ti.

—¿Por qué tendrías...?

—Y a todo.

—¿Por qué tendrías que abandonarlo?

—¡Dagny! Ayúdame a quedarme. A negarme. ¡Aunque él tenga razón!

Ella preguntó sin alterar la voz:

—¿Negarte a qué, Francisco?

Él no contestó, sólo apretó la cara con más fuerza contra ella.

Dagny se quedó muy quieta, consciente solamente de una necesidad suprema de cautela. La cabeza de Francisco sobre su pecho, su mano acariciando el pelo de él tiernamente, continuamente, ella estaba allí acostada mirando el techo de la habitación, las guirnaldas esculpidas y apenas visibles en la oscuridad, y esperó, presa de terror.

Él gimió:

—¡Es lo correcto, pero es tan difícil de hacer! ¡Oh, Dios! ¡Es tan difícil!

Al cabo de un rato levantó la cabeza. Se sentó. Había dejado de temblar.

—¿Qué pasa, Francisco?

—No puedo decírtelo. —Su voz era sencilla, abierta, sin ninguna pretensión de ocultar su sufrimiento, pero era una voz que ahora le obedecía —. No estás preparada para oírlo.

—Quiero ayudarte.

—No puedes.

—Dijiste ayudarte a negarte.

—No puedo negarme.

—Entonces deja que lo comparta contigo.

Él sacudió la cabeza. Se sentó y la miró, como si estuviera sopesando una pregunta. Luego, sacudió la cabeza de nuevo, en respuesta a sí mismo.

—Si yo no estoy seguro de poder soportarlo —dijo, y la extraña nueva nota en su voz era de ternura—, ¿cómo podrías tú?

Ella dijo despacio, con esfuerzo, tratando de controlarse para no gritar:

—Francisco, tengo que saberlo.

—¿Me perdonas? Sé que estás asustada, y eso es cruel. Pero ¿puedes hacer esto por mí? ¿Puedes olvidarlo, simplemente olvidarlo, y no preguntarme nada?

—Yo...

—Es todo lo que puedes hacer por mí. ¿Lo harás?

—Sí, Francisco.

—No temas por mí. Ha sido sólo esta vez. No me volverá a suceder. Será mucho más fácil... más tarde.

—Si yo pudiera...

—No. Duérmete, queridísima.

Era la primera vez que había usado esa palabra.

Por la mañana, la encaró abiertamente, sin evadir su ansiosa mirada, pero sin decir nada sobre ello. Ella vio a la vez serenidad y sufrimiento en la calma de su cara, una expresión como una sonrisa de dolor, aunque él no estaba sonriendo. Extrañamente, le hacía parecer más joven. No parecía un hombre que estuviera sufriendo tortura en esos momentos, sino un hombre que ve aquello que hace que la tortura valga la pena ser soportada.

Ella no le preguntó nada. Antes de irse, sólo preguntó:

—¿Cuándo volveré a verte?

—No sé —respondió él—. No me esperes, Dagny. La próxima vez que nos encontremos no querrás verme. Yo tendré un motivo para hacer las cosas que haga. Pero no puedo decirte qué motivo, y tendrás razón en condenarme. No voy a cometer el despreciable acto de pedirte que tengas fe en mí. Tienes que vivir según tu propio saber y juicio. Me condenarás. Te dolerá. Intenta que no te duela demasiado. Recuerda que te he dicho esto, y que es todo lo que pude contarte.

No volvió a tener noticias de él, o a oír nada sobre él, durante un año. Cuando empezó a oír cotilleos y a leer noticias en los periódicos, no pudo creer, al principio, que se referían a Francisco d’Anconia. Después de un tiempo, tuvo que creerlo.

Leyó la noticia sobre la fiesta que dio en su yate, en el Puerto de Valparaíso; los invitados iban vestidos en trajes de baño, y una lluvia artificial de champán y pétalos de rosa estuvo cayendo sobre la cubierta del barco durante toda la noche.

Leyó la noticia sobre la fiesta que dio en un complejo turístico en el desierto de Argelia; construyó un pabellón de finas láminas de hielo, y les ofreció a todas las invitadas un chal de armiño, como un regalo a ser usado para la ocasión, a condición de que se quitaran sus chales, luego sus trajes de noche, y luego todo lo demás, al ritmo al que se derretían las paredes.

Leyó los informes de los proyectos de negocios que él emprendía muy de vez en cuando; los proyectos eran espectacularmente exitosos y arruinaban a sus competidores, pero él los hacía por gusto, como si fueran un deporte ocasional, montando un asalto repentino, y desapareciendo luego de la escena industrial durante un año o dos, dejando la dirección de d'Anconia Copper en manos de sus empleados.

Leyó una entrevista en la que él dijo: «¿Por qué iba yo a querer ganar dinero? Tengo suficiente para permitir que tres generaciones de descendientes se lo pasen tan bien como me lo estoy pasando yo».

Lo vio una vez, en una recepción ofrecida por un embajador en Nueva York. Francisco se inclinó cortésmente ante ella, sonrió, y la miró con una mirada en la que el pasado no existía. Ella lo llevó a un lado. Dijo solamente:

—Francisco, ¿por qué?

—¿Por qué... qué? —preguntó él.

Ella se dio la vuelta.

—Te lo advertí —dijo él.

Ella no intentó verle de nuevo.

Ella lo superó. Fue capaz de superarlo, porque no creía en el sufrimiento. Enfrentaba con asombrosa indignación el repulsivo hecho de sentir dolor, y se negaba a dejar que importase. Sufrir era un accidente absurdo, no era parte de la vida, tal y como ella la veía. No permitiría que el dolor adquiriera importancia. No tenía nombre para el tipo de resistencia que ella ofrecía, para la emoción de la cual provenía la resistencia; pero las palabras que equivalían a ella en su mente eran: «Eso no cuenta..., no hay que tomárselo en serio». Sabía que ésas eran las palabras, incluso en los momentos en que no quedaba nada en su interior salvo sus gritos, y deseaba poder perder la facultad de la consciencia para que no le dijera que lo que no podía ser verdad era verdad. No tomárselo en serio..., una certeza inamovible dentro de ella seguía repitiendo que el dolor y la fealdad nunca habían de ser tomados en serio.

Luchó contra ello. Se recuperó. Los años le ayudaron a llegar al día en el que pudo encarar sus recuerdos con indiferencia, y, luego, al día en el que ya no sintió necesidad de encararlos. Todo había terminado, y aquello había dejado de ser una preocupación para ella.

No había habido otros hombres en su vida. Ella no sabía si eso la había hecho infeliz. No había tenido tiempo para saberlo. Encontraba el sentido de vida claro y brillante que ella quería, en su trabajo. En el pasado, Francisco le había dado a ella ese mismo sentido, una sensación que era parte de su trabajo y de su mundo. Los hombres que ella había conocido después eran como los que conoció en su primer baile.

Había ganado la batalla contra sus recuerdos. Pero una forma de tortura permaneció intacta todos esos años, la tortura de la pregunta «¿por qué?».

Independientemente de la tragedia que él hubiese tenido que enfrentar, ¿por qué había tomado Francisco la vía de escape más fea, tan innoble como la de un borracho de mala muerte? El muchacho que ella había conocido no podía haberse convertido en un cobarde inútil. Una mente incomparable no podía dedicar su ingenio a la invención de salones de baile que se derriten. Y, sin embargo, él se había convertido en eso y se había dedicado a eso, y no había ninguna explicación que lo hiciera concebible y que le permitiera a ella olvidarse de él en paz. No podía dudar del hecho de lo que él había sido; no podía dudar del hecho de en qué se había convertido; y, sin embargo, una cosa hacía imposible la otra. Hubo veces en que ella llegaba a dudar de su propia racionalidad, o de la existencia de racionalidad en cualquier lugar; pero ésa era una duda que ella no le permitía a nadie. Sin embargo, no había explicación ni razón ni pista que apuntara a cualquier razón concebible..., y en todos los días de aquellos diez años no había encontrado el menor atisbo de respuesta.

No, pensó, mientras caminaba en el crepúsculo gris, pasando frente a escaparates de tiendas abandonadas, hacia al Hotel Wayne-Falkland, no, no podía haber respuesta. No trataría de buscarla. Ya no importaba más.

El ramalazo de violencia, la emoción que surgió como un fino temblor en su interior, no era por el hombre que iba a ver; era un grito de protesta contra un sacrilegio, contra la destrucción de lo que había sido grandeza.

En un espacio entre edificios vio las torres del Wayne-Falkland. Sintió un ligero estremecimiento, en los pulmones y en las piernas, que la detuvo durante un instante. Luego siguió andando sin alterar el paso.

Después de atravesar el vestíbulo de mármol, hasta el ascensor, y llegar a los amplios y silenciosos pasillos con alfombra de terciopelo del Wayne-Falkland, no sintió nada excepto una fría cólera que se hacía más fría con cada paso.

Estaba segura de la cólera cuando llamó a la puerta. Oyó la voz de él, respondiendo: «¡Adelante!». Abrió la puerta con brusquedad y entró.

Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia estaba sentado en el suelo, jugando a las canicas.

Nadie se preguntaba jamás si Francisco d'Anconia era atractivo o no; parecía irrelevante; cuando entraba en una habitación, era imposible mirar a ninguna otra persona. Su figura, alta y esbelta, tenía un aire de distinción, demasiado auténtico para ser moderno, y se movía como si llevara una capa ondeando al viento detrás de él. La gente lo explicaba diciendo que tenía la vitalidad de un animal lozano, pero ellos sabían remotamente que eso no era correcto. Francisco tenía la vitalidad de un ser humano sano, algo tan poco común que nadie podía identificarlo. Él tenía el poder de la certeza.

Nadie describía su apariencia como latina, y, sin embargo, esa palabra se le aplicaba a él, no en su sentido actual, sino en su sentido original; no teniendo que ver con España, sino con la antigua Roma. Su cuerpo parecía diseñado como un ejercicio de coherencia de estilo, un estilo hecho de delgadez, de solidez, de piernas largas y movimientos ágiles. Sus facciones tenían la elegante precisión de una escultura. Su pelo era negro y liso, peinado hacia atrás. El bronceado de su piel intensificaba el deslumbrante color de sus ojos: eran de un azul claro y puro. Su rostro era abierto, y sus rápidos cambios de expresión reflejaban todo lo que sentía, como si no tuviera nada que ocultar. Los ojos azules eran tranquilos e imperturbables, y nunca revelaban el más leve indicio de lo que pensaba.

Francisco estaba sentado en el suelo de la sala de estar, vestido con un pijama de dormir de fina seda negra. Las canicas esparcidas en la alfombra a su alrededor estaban hechas de piedras semipreciosas de su país natal: cornalinas y cristal de roca. No se levantó cuando Dagny entró. Permaneció sentado mirándola, y una canica de cristal cayó, como una lágrima, de su mano. Sonrió, con la misma sonrisa insolente y brillante de su niñez.

—¡Hola, Bicho!

Dagny se oyó a sí misma responder, irresistiblemente, impotentemente, alegremente:

—¡Hola, Frisco!

Ella estaba mirando a su cara; era la cara que ella había conocido. No tenía ninguna señal del tipo de vida que había llevado, ni de lo que ella había visto en su última noche juntos. No había señal de tragedia, ni de amargura, ni de tensión, sólo la burla radiante, madura y acentuada, el aspecto de una diversión peligrosamente impredecible, y la gran serenidad de espíritu, la serenidad sin culpa. Pero eso, pensó ella, era imposible; eso era más sorprendente que todo el resto.

Los ojos de Francisco estaban estudiándola: el desgastado abrigo que llevaba abierto, cayéndosele de los hombros, y el esbelto cuerpo con un traje gris que parecía un uniforme de oficina.

—Si has venido aquí vestida así para que no pueda darme cuenta de lo encantadora que eres —dijo—, has calculado mal. Eres encantadora. Ojalá pudiera decirte el alivio que produce ver una cara inteligente, aunque sea de mujer. Pero no quieres oírlo. No es eso a lo que has venido.

Las palabras eran inadecuadas en tantos sentidos, y a la vez habían sido pronunciadas con tanta ligereza, que la llevaron de vuelta a la realidad, a la cólera, y al propósito de su visita. Permaneció de pie, mirándolo desde arriba, con la cara inexpresiva, negándole cualquier reconocimiento de lo personal, incluso del poder que eso tenía de ofenderla. Dijo:

—He venido a hacerte una pregunta.

—Adelante.

—Cuando les dijiste a esos periodistas que habías venido a Nueva York para presenciar la farsa, ¿a qué farsa te referías?

Él soltó una carcajada, como un hombre que raramente encuentra una oportunidad de disfrutar de lo inesperado.

—Eso es lo que me gusta de ti, Dagny. Hay siete millones de personas en la ciudad de Nueva York, en este momento. De esos siete millones, tú eres la única a la que se le podría haber ocurrido que yo no estaba hablando del escándalo del divorcio de los Vail.

—¿De qué estabas hablando?

—¿Qué alternativa se te ocurrió a ti?

—Del desastre de San Sebastián.

—Eso es mucho más divertido que el escándalo del divorcio de los Vail, ¿a que sí?

Dagny dijo, con el tono solemne y despiadado de un fiscal:

—Lo hiciste conscientemente, a sangre fría y con plena intención.

—¿No crees que sería mejor que te quitaras el abrigo y te sentaras?

Ella sabía que había cometido un error al revelar tanta vehemencia. Se giró con frialdad, se quitó el abrigo y lo tiró a un lado. Él no se levantó a ayudarla. Ella se sentó en un sillón. Él permaneció en el suelo, a cierta distancia, pero parecía que estuviera sentado a los pies de ella.

—¿Qué es lo que hice con plena intención? —preguntó él.

—Toda esa estafa de las Minas de San Sebastián.

—¿Cuál era mi *plena* intención?

—Eso es lo que yo quiero saber.

Francisco se rio por lo bajo, como si ella le hubiese pedido que explicara en una conversación una compleja ciencia que requiere toda una vida de estudio.

—Tú sabías que las Minas de San Sebastián no tenían ningún valor —dijo ella—. Lo sabías antes de iniciar todo ese miserable negocio.

—Entonces ¿por qué lo inicié?

—No empieces a decirme que no ganaste nada. Lo sé. Sé que perdiste quince millones de dólares de tu propio dinero. Y, sin embargo, lo hiciste a propósito.

—¿Se te ocurre algún motivo que me indujera a hacerlo?

—No. Es inconcebible.

—¿Lo es? Asumes que tengo una gran mente, un gran conocimiento, y una gran capacidad de producir, así que cualquier cosa que yo emprenda debe necesariamente ser un éxito. Y luego aseguras que yo no tenía ningún deseo de dar lo mejor de mí por el Estado Popular de México. Inconcebible, ¿no?

—Tú ya sabías, antes de comprar esa propiedad, que México estaba en manos de un gobierno de saqueadores. No tuviste que iniciar ese proyecto minero para ellos.

—No, no tuve que hacerlo.

—Te importaba un pimiento el gobierno mexicano, en cualquier sentido, porque...

—Te equivocas en eso.

—... porque sabías que ellos expropiarían esas minas tarde o temprano. Lo que a ti te interesaba eran tus accionistas estadounidenses.

—Eso es verdad. —Él la estaba mirando directamente; no estaba sonriendo, su cara estaba seria. Añadió—: Eso es parte de la verdad.

—¿Qué es el resto?

—Eso no era todo lo que me interesaba.

—¿Qué más?

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

—He venido aquí porque quería que supieras que estoy empezando a entender tu objetivo.

Francisco sonrió.

—Si fuera así, no habrías venido aquí.

—Es verdad. *No* lo entiendo, y probablemente nunca lo entenderé. Estoy sólo empezando a vislumbrar una parte de él.

—¿Qué parte?

—Habías agotado todas las otras formas de depravación, y buscabas una nueva y excitante sensación timando a gente como Jim y sus amigos, para poder verlos retorcerse. No sé qué tipo de corrupción podría hacer a alguien disfrutar de eso, pero eso es lo que has venido a ver a Nueva York, en el momento justo.

—Ciertamente dieron un espectáculo de retorcerse a gran escala. Tu hermano James en particular.

—Son un atajo de imbéciles, pero, en este caso, su único delito fue que confiaron en ti. Confiaron en tu apellido y en tu honor.

Una vez más, ella vio la expresión de seriedad, y una vez más supo con certeza que era real, cuando él dijo:

—Sí. Lo hicieron. Lo sé.

—¿Y eso te parece divertido?

—No. No me parece divertido en absoluto.

Él había seguido jugando con sus canicas, ausente, indiferente, lanzando un disparo de vez en cuando. Ella advirtió de pronto la impecable precisión de su puntería, la habilidad de sus manos. Él simplemente giraba la muñeca y disparaba una bola de cuarzo al otro lado de la alfombra hasta chocar en un ruido seco contra otra bola. Ella pensó en su niñez y en las predicciones de que cualquier cosa que él hiciera, lo haría de manera superlativa.

—No —dijo él—. No me parece divertido. Tu hermano James y sus amigos no sabían nada sobre la industria de la minería de cobre. No sabían nada sobre cómo ganar dinero. No pensaron que era necesario aprender. Consideraron que el conocimiento era superfluo y que juzgar no es esencial. Observaron que yo estaba ahí, en el mundo, y que para mí era una cuestión de honor el saber. Pensaron que ellos podían confiar en mi honor. Uno no traiciona una confianza de ese tipo, ¿verdad?

—Entonces ¿la traicionaste intencionadamente?

—Eso tienes que decidirlo tú. Has sido tú quien habló de su confianza y de mi honor. Yo ya no pienso en esos términos. —Se encogió de hombros, y añadió—: Me importan un comino tu hermano James y sus amigos. Su teoría no era nueva, lleva siglos funcionando. Pero no era a prueba de tontos. Hay sólo un punto que se les escapó. Pensaron que era seguro viajar subidos a mi cerebro, porque dieron por hecho que el propósito de mi viaje era la riqueza. Todos sus cálculos se basaban en la premisa de que yo quería ganar dinero. ¿Y si yo no hubiera buscado eso?

—Si no querías ganar dinero, ¿qué querías?

—Nunca me lo preguntaron. No indagar sobre mis objetivos, motivaciones o deseos es una parte esencial de su teoría.

—Si no buscabas ganar dinero, ¿qué posible motivo podrías haber tenido?

—Unos cuantos de ellos. Por ejemplo, gastarlo.

—¿Gastar dinero en un fracaso seguro y total?

—¿Cómo iba yo a saber que esas minas eran un fracaso seguro y total?

—¿Cómo podías no saberlo?

—Muy sencillo. No pensando en ello.

—¿Empezaste ese proyecto sin pensar en absoluto?

—No, no exactamente, Pero, suponte, ¿y si me confundí? Soy sólo humano. Cometí un error. Fracasé. Me salió mal.

Él hizo un giro de muñeca; una bola de cristal salió disparada, brillando, rodó por el suelo y chocó violentamente contra otra marrón en el extremo opuesto de la habitación.

—No me lo creo —dijo ella.

—¿No? ¿Acaso no tengo yo derecho a ser lo que ahora se acepta como humano? ¿Debo pagar yo por los errores de todo el mundo y que nunca se me permita a mí cometer ni uno?

—Eso no es propio de ti.

—¿No? —Se estiró completamente sobre la alfombra, perezosamente, relajándose—. ¿Pretendías que me diera cuenta de que, si creyeras que lo hice intencionadamente, entonces aún me darías crédito por tener un objetivo? ¿Aún te niegas a aceptar que yo sea un holgazán?

Ella cerró los ojos. Lo oyó reírse; era el sonido más alegre del mundo. Abrió los ojos rápidamente; no había ningún indicio de crueldad en su rostro, sólo risa pura.

—¿Mi motivo, Dagny? ¿No crees que es el más simple de todos..., actuar en el impulso del momento?

No, pensó ella, no, eso no es verdad; no si se reía de ese modo, no si tenía el aspecto que tenía. La capacidad de un disfrute puro, pensó, no es propia de locos irresponsables; una inviolable paz de espíritu no es el logro de un perdido; ser capaz de reír de ese modo es el resultado final de un pensamiento de lo más solemne y profundo.

Casi desapasionadamente, mirando su figura tendida sobre la alfombra a sus pies, ella observó qué recuerdos le venían a la mente: el pijama negro realzaba las largas líneas de su cuerpo, el cuello abierto mostraba una piel suave, joven, bronceada, y ella pensó en la figura con pantalones y camisa negros tumbada a su lado sobre la hierba al amanecer. Ella había sentido orgullo entonces, el orgullo de saber que ella era dueña de ese cuerpo; aún lo sentía. Recordó repentinamente, concretamente, los actos excesivos de la intimidad que habían compartido; el recuerdo debería haber sido ofensivo para ella ahora, pero no lo era. Seguía siendo orgullo, sin arrepentimiento ni esperanza, una emoción que no tenía el poder de llegar a ella, y que ella no tenía el poder de destruir.

Sin saber cómo, por una asociación de emociones que la sorprendió, ella recordó algo que le había proporcionado recientemente la misma sensación de felicidad consumada que la de él.

—Francisco —se oyó a sí misma decir suavemente—, a los dos nos encantaba la música de Richard Halley.

—A mí me sigue encantando.

—¿Te has encontrado con él alguna vez?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Sabes si por casualidad ha compuesto un Quinto Concierto?

Él permaneció totalmente inmóvil. Ella había pensado que él era inmune al asombro; no lo era. Pero no consiguió adivinar por qué, de todas las cosas que le había dicho, ésa era la primera que le llegaba a fondo. Fue sólo un instante; enseguida, él preguntó tranquilamente:

—¿Qué te hace pensar que lo ha hecho?

—Bueno, ¿lo ha hecho?

—Sabes que hay sólo cuatro Conciertos Halley.

—Sí. Pero me preguntaba si había compuesto otro más.

—Ha dejado de componer.

—Lo sé.

—Entonces ¿qué te ha hecho preguntarme eso?

—Ha sido sólo una ocurrencia. ¿Qué está haciendo ahora? ¿Dónde está?

—No lo sé. Hace mucho que no lo veo. ¿Qué te ha hecho pensar que había un Quinto Concierto?

—No he dicho que lo hubiera. Sólo me lo preguntaba.

—¿Por qué has pensado en Richard Halley justo ahora?

—Porque... —Ella sintió que estaba perdiendo un poco el control—. Porque mi mente no puede dar el salto desde la música de Richard Halley a... a la señora Gilbert Vail.

Él se rio, aliviado.

—Ah, ¿eso? Por cierto, si has estado siguiendo mi publicidad, ¿acaso has notado una curiosa discrepancia en la historia de la señora Gilbert Vail?

—Yo no leo esas cosas.

—Pues deberías. Ella dio una preciosa descripción de la última Nochevieja que pasamos juntos en mi chalet en los Andes. La luz de la luna en las cumbres de la cordillera, y flores de color rojo sangre colgando de enredaderas en las ventanas abiertas. ¿No ves algo raro en esa imagen?

Ella dijo en voz baja:

—Soy yo quien debería preguntarte eso, y no voy a hacerlo.

—Oh, yo no veo nada raro, excepto que la última Nochevieja yo estaba en El Paso, Texas, presidiendo la inauguración de la Línea San Sebastián de Taggart Transcontinental, como deberías recordar, aunque hubieses decidido no estar presente para la ocasión. Pedí que me hicieran una foto con los brazos alrededor de tu hermano James y del señor Orren Boyle.

Dagny tragó saliva, recordando que eso era verdad, recordando también que ella había visto la historia de la señora Vail en los periódicos.

—Francisco, ¿qué... qué significa eso?

Él soltó una risita.

—Saca tus propias conclusiones. Dagny —dijo, con un rostro serio—, ¿por qué has pensado en Halley componiendo un Quinto Concierto? ¿Por qué no una sinfonía o una ópera? ¿Por qué específicamente un concierto?

—¿Por qué te inquieta eso tanto?

—No me inquieta —añadió con suavidad—. Me sigue encantando su música, Dagny. —Luego volvió a hablar con aire despreocupado—. Pero eso pertenecía a otra época. Nuestra época ofrece un tipo diferente de entretenimiento.

Él se dio la vuelta y se quedó boca arriba, acostado con las manos cruzadas debajo de la cabeza, mirando hacia arriba como si estuviera viendo las escenas de una película ficticia proyectándose en el techo.

—Dagny, ¿no disfrutaste con el espectáculo del comportamiento del Estado Popular de México por lo de las Minas de San Sebastián? ¿Leíste los discursos de su gobierno y las editoriales de sus periódicos? Dicen que soy un tramposo sin escrúpulos que los ha estafado. Esperaban tener una exitosa empresa minera que expropiar. Yo no tenía derecho a decepcionarles de esa forma. ¿Leíste lo de ese despreciable burócrata de pacotilla que quería que me demandaran?

Se rio, tumbado boca arriba; sus brazos estaban totalmente abiertos sobre la alfombra, formando una cruz con su cuerpo; parecía desarmado, relajado y joven.

—Ha valido la pena, da igual lo que haya costado. Podía permitirme el precio de ese espectáculo. Si lo hubiera montado intencionadamente, habría batido el récord del emperador Nerón. ¿Qué es quemar una ciudad, comparado con arrancar la tapa del infierno y dejar que los hombres lo vean?

Se incorporó, cogió unas cuantas canicas y se sentó, agitándolas distraídamente en su mano; las canicas producían el sonido claro y suave de cuarzos de calidad. Ella se dio cuenta de repente de que jugar con esas canicas no era un afectación deliberada por parte de él; era inquietud; no podía estar inactivo durante mucho tiempo.

—El gobierno del Estado Popular de México ha publicado una declaración —dijo—, pidiéndole a la gente que sea paciente y que aguante las dificultades sólo un poquito más. Parece ser que la fortuna de cobre de las Minas de San Sebastián era parte de los planes del consejo de planificación central. Iba a elevar el nivel de vida de todo el mundo y a proporcionar un asado de cerdo cada domingo para cada hombre, mujer, niño y aborto del Estado Popular de México. Ahora, los planificadores le están pidiendo a su pueblo que no culpen al gobierno, sino que culpen a la depravación de los ricos, porque yo resulté ser un *playboy* irresponsable en vez del avaricioso capitalista que se esperaba que fuese. ¿Cómo iban ellos a saber, se están preguntando, que yo les decepcionaría? Pues sí, es verdad. ¿Cómo iban a saberlo?

Ella se fijó en la forma como él manipulaba las canicas en su mano. Él no era consciente de ello; estaba con la mirada perdida en alguna lejana distancia, pero ella estaba segura de que la acción era un alivio para él, quizá como contraste. Sus dedos se movían despacio, sintiendo la textura de las piedras con un disfrute sensual. En lugar de parecerle vulgar, a ella le pareció extrañamente atractivo, como si..., pensó de pronto, como si la sensualidad no fuese física en absoluto, sino que surgiese de un fino buen gusto del espíritu.

—Y eso no es todo lo que no sabían —dijo él—. Que se preparen para enterarse de más cosas. Hay un poblado de viviendas para los trabajadores de San Sebastián. Costó ocho millones de dólares. Casas con estructuras de acero, con fontanería, electricidad y climatización. También una escuela, una iglesia, un hospital y un cine. Un poblado construido para gente que había vivido en chamizos hechos de restos de madera y botes de hojalata perdidos por ahí. Mi recompensa por construirlo ha sido el privilegio de poder escapar y salvar mi pellejo, una concesión especial que se debe al hecho fortuito de no ser nativo del Estado Popular de México. Ese poblado para trabajadores era también parte de sus planes. Un modelo ejemplar de vivienda social progresista. Pues bien, esas casas de estructuras de acero son en su mayoría de cartón, revestidas con una buena imitación de cartón piedra. No aguantarán ni un año. Las tuberías y la mayor parte de nuestro material de minería fue todo adquirido a distribuidores cuya principal fuente de suministro son los vertederos de Buenos Aires y Río de Janeiro. Yo les daría a esas cañerías otros cinco meses de vida, y a la instalación

eléctrica, unos seis. Las maravillosas carreteras de roca que construimos a mil doscientos metros de altitud para el Estado Popular de México no durarán más de un par de inviernos: están hechas de cemento barato sin cimientos, y los puntales en las curvas peligrosas son sólo cartón pintado. Espera a que haya un buen deslizamiento de tierras. La iglesia, creo, aguantará. La necesitarán.

—Francisco —susurró ella—, ¿lo hiciste a propósito?

Él levantó la cabeza; ella se sorprendió al ver que su rostro reflejaba un hastío infinito.

—Da igual que lo hiciera a propósito —dijo—, o por negligencia, o por estupidez, ¿no entiendes que no hay ninguna diferencia? En todos los casos falta lo mismo.

Ella estaba temblando. Contra todas sus decisiones y todo su control, gritó:

—¡Francisco! ¡Si ves lo que está pasando en el mundo, si entiendes todas las cosas que has dicho, no puedes reírte de ello! ¡*Tú*, más que nadie, deberías combatirlos!

—¿A quiénes?

—A los saqueadores, a los que hacen posible el saqueo en el mundo. A los planificadores mexicanos y a la gente de su calaña.

Su sonrisa tenía un filo peligroso.

—No, querida. Es a ti a quien tengo que combatir.

Ella le miró, perpleja.

—¿Qué estás intentando decir?

—Estoy diciendo que el poblado de los trabajadores de San Sebastián costó ocho millones de dólares —respondió él, despacio y con énfasis, con voz dura—. El precio pagado por esas casas de cartón fue el mismo precio que podría haber comprado estructuras de acero. Y lo mismo pasó con el precio pagado por todos los demás materiales. Ese dinero fue a hombres que se enriquecen con tales métodos. Esos hombres no permanecen ricos durante mucho tiempo. El dinero circulará por canales que no lo llevarán a los más productivos, sino a los más corruptos. Según las normas de nuestra época, el hombre que tiene menos que ofrecer es el que gana. Ese dinero desaparecerá en proyectos como el de las Minas de San Sebastián.

Ella preguntó, con esfuerzo:

—¿Es eso lo que buscas?

—Sí.

—¿Es eso lo que te parece divertido?

—Sí.

—Estoy pensando en tu apellido —dijo ella, mientras otra parte de su mente le gritaba que los reproches eran inútiles—. Era una tradición en tu familia que un d'Anconia siempre dejaría una fortuna mayor de la que heredara.

—Oh, sí, mis antepasados tuvieron una asombrosa capacidad para hacer lo correcto en el momento oportuno..., y para hacer las inversiones acertadas. Claro que «inversión» es un término relativo. Depende de lo que quieras conseguir. Por ejemplo, mira San Sebastián. Me ha costado quince millones de dólares, pero esos quince millones se llevaron por delante cuarenta millones que pertenecían a Taggart Transcontinental, treinta y cinco millones que pertenecían a accionistas como James Taggart y Orren Boyle, y cientos de millones que se perderán en daños colaterales. Eso no es un mal retorno en una inversión, ¿verdad, Dagny?

Ella estaba sentada muy erguida:

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Oh, totalmente. ¿Debería vencerte y nombrar las consecuencias por las que ibas a reprocharme? Primero, no creo que Taggart Transcontinental se recupere de su pérdida en esa absurda Línea San Sebastián. Tú crees que sí, pero no lo hará. Segundo, el proyecto de San Sebastián le ayudó a tu hermano James a destruir a la Phoenix-Durango, que era más o menos la única línea ferroviaria buena que quedaba en cualquier lugar.

—¿Eres consciente de todo eso?

—Y de muchísimo más.

—¿Conoces a...? —No sabía por qué tuvo que decirlo, excepto que el recuerdo de la cara con los violentos ojos oscuros parecía estar mirándola —. ¿Conoces a Ellis Wyatt?

—Claro.

—¿Sabes lo que eso puede causarle a él?

—Sí. Él es el próximo que va a ser eliminado.

—¿Y eso... te parece... divertido?

—Mucho más divertido que la ruina de los planificadores mexicanos.

Ella se puso en pie. Le había llamado corrupto durante años; había temido que lo fuera, había pensado en ello, había intentado olvidarlo y no pensar nunca más en ello; pero nunca había sospechado hasta qué punto había llegado la corrupción.

No lo estaba mirando; no sabía que lo estaba diciendo en voz alta, mientras citaba las palabras que Francisco había pronunciado en el pasado: «... quién va a hacerle un mayor honor..., tú a Nat Taggart, o yo... a Sebastián d'Anconia».

—Pero ¿no te has dado cuenta de que bauticé esas minas en honor a mi gran antepasado? Creo que es un tributo que le habría gustado.

Ella tardó un momento en recuperar su visión; nunca había sabido lo que se entendía por blasfemia, o lo que uno sentía al encontrarla; lo sabía ahora.

Él se había levantado, y estaba de pie cortésmente, sonriéndole a ella; era una sonrisa fría, impersonal y enigmática.

Ella estaba temblando, pero no importaba. Le daba igual lo que él viera o adivinara, o de lo que se riera.

—He venido porque quería saber la razón de lo que has hecho con tu vida —dijo en un tono monótono, sin enojo.

—Te he dicho la razón —contestó él con gravedad—, pero no quieres creerla.

—Yo seguía viéndote como eras. No podía olvidarlo. Y que te hayas convertido en lo que eres..., *eso* no encaja en un universo racional.

—¿No? Y el mundo como lo ves a tu alrededor, ¿eso sí encaja?

—Tú no eras el tipo de hombre que se deje corromper por ningún tipo de mundo.

—Cierto.

—Entonces ¿por qué?

Él se encogió de hombros.

—¿Quién es John Galt?

—¡Oh, no uses ese lenguaje vulgar!

Él la miró; sus labios tenían la insinuación de una sonrisa, pero sus ojos estaban quietos, serios y, durante un instante, inquietantemente perceptivos.

—¿Por qué? —repitió ella.

Él respondió, como había respondido una noche, en ese hotel, diez años atrás:

—No estás preparada para oírlo.

No la acompañó hasta la puerta. Ella había puesto ya la mano en el pomo de la puerta cuando se volvió y se detuvo. Él estaba al otro lado de la habitación, mirándola; era una mirada dirigida a toda su persona; ella sabía su significado, y eso la dejó paralizada.

—Sigo queriendo acostarme contigo —dijo él—. Pero no soy un hombre lo suficientemente feliz para hacerlo.

—¿No lo suficientemente feliz? —repitió ella, totalmente perpleja.

Él se rio.

—¿Es adecuado que sea eso la primera cosa que respondas? —Él esperó, pero ella permaneció en silencio—. Tú también quieres, ¿verdad?

Ella estaba a punto de responder: «No»; pero se dio cuenta de que la verdad era aún peor.

—Sí —contestó fríamente—, pero no me importa que quiera.

Él sonrió, abiertamente agradecido, reconociendo la fuerza que ella había necesitado para decirlo.

Pero no estaba sonriendo cuando dijo, mientras ella abría la puerta para salir:

—Tienes mucho coraje, Dagny. Algún día te hartarás.

—¿De qué? ¿Del coraje?

Pero él no contestó.

## Capítulo VI

## Lo no-comercial

Rearden apoyó la frente contra el espejo e intentó no pensar.

Ésa era la única manera de poder seguir adelante con ello, se dijo a sí mismo. Se concentró en el alivio del contacto refrescante del espejo, preguntándose cómo uno conseguía forzar su propia mente a quedarse en blanco, sobre todo después de una vida entera vivida bajo el axioma de que su principal deber era usar su facultad racional de la forma más constante, clara e implacable. Se preguntó por qué ningún esfuerzo le había parecido jamás estar más allá de su capacidad, y ahora, sin embargo, no podía reunir fuerzas para abotonar unos cuantos corchetes de perla negra en el frente de su almidonada camisa blanca.

Era su aniversario de boda, y desde hacía tres meses, sabía que la fiesta tendría lugar esa noche, como Lillian deseaba. Se lo había prometido, con la tranquilidad de saber que aún faltaba mucho para la fiesta y que ya se ocuparía de ella cuando llegara el momento, igual que se ocupaba de todos los demás deberes en su sobrecargada agenda. Luego, durante tres meses de dieciocho horas de trabajo diarias, se había olvidado felizmente de la fiesta..., hasta media hora atrás, cuando, muy pasada la hora de la cena, su secretaria había entrado en su oficina y había dicho con firmeza: «Su fiesta, señor Rearden». Y él, tras ponerse en pie de un salto, había gritado: «¡Dios mío!». Había regresado a casa deprisa, había corrido escaleras arriba, había comenzado a quitarse a tirones la ropa, y había realizado la rutina de vestirse, consciente sólo de la necesidad de darse prisa, no del objetivo. Cuando la plena comprensión del objetivo lo alcanzó, como un golpe repentino, se detuvo.

«Lo único que te importa son los negocios.» Había oído eso toda su vida, pronunciado como un veredicto de condena. Siempre había sabido que los negocios eran considerados como algún tipo de culto secreto y vergonzoso que uno no les imponía a laicos inocentes, que la gente pensaba

en ellos como siendo una fea necesidad, algo hecho pero nunca mencionado, que hablar de negocios era una ofensa contra sensibilidades superiores; que, igual que uno se lava las manos para quitarse la grasa de las máquinas antes de volver a casa, así también se supone que uno debe limpiar su mente para quitarse la mancha de los negocios antes de entrar a una sala. Nunca había profesado ese credo, pero había aceptado, como algo natural, el que su familia lo profesara. Daba por hecho —sin palabras, en forma de una sensación absorbida en su juventud y que había quedado sin cuestionar ni nombrar— que él se había dedicado, como el mártir de alguna misteriosa religión, al servicio de una fe que era su amor apasionado, pero que lo había convertido en un paria entre los hombres, cuya compasión no debería esperar.

Había aceptado la doctrina de que era su deber brindarle a su esposa alguna forma de existencia que no estuviese relacionada con los negocios. Pero nunca había encontrado la capacidad de hacerlo, ni siquiera la de experimentar un sentimiento de culpa. No podía ni forzarse a cambiar, ni culparla a ella si ella decidía condenarlo.

No le había dedicado a Lillian nada de su tiempo durante meses; no, pensó, durante años; durante los ocho años de su matrimonio. Él no tenía interés en dedicarse a los intereses de ella, ni siquiera lo suficiente como para enterarse de cuáles eran. Ella tenía un gran círculo de amigos, y él había oído decir que sus nombres representaban el corazón de la cultura del país, pero nunca había tenido tiempo de conocerlos y ni siquiera de reconocer su fama o entender con qué logros la habían adquirido. Sabía sólo que a menudo veía sus nombres en las portadas de revistas en puestos de periódicos. Si Lillian estaba resentida con su actitud, pensó, tenía razón. Si su actitud hacia él era desagradable, se lo merecía. Si su familia decía que él no tenía corazón, era verdad.

Nunca había sido condescendiente consigo mismo en ningún asunto. Cuando surgía un problema en la fundición, su primera preocupación era descubrir cuál era el error que él había cometido; no buscaba los fallos ajenos, sino los suyos propios; era de sí mismo de quien exigía perfección. No tendría piedad de sí mismo ahora; asumía la culpa. En la fundición, eso lo motivaba a la acción con un impulso inmediato para corregir el error; pero ahora no tenía efecto... Sólo unos minutos más, pensó, de pie contra el espejo, con los ojos cerrados.

No podía detener ese algo en su mente que continuaba lanzándole palabras; era como intentar tapar con las manos una boca de incendios rota. Chorros punzantes, en parte palabras y en parte imágenes, continuaban disparando a su cerebro... Horas de eso, pensó, horas de mirar los ojos de los invitados volverse pesados de aburrimiento, si estaban sobrios, o volverse vidriosos mirando fijamente como imbéciles, si no lo estaban, y fingir que no notaba ninguna de las dos cosas, y esforzarse pensando en algo que decirles, cuando él no tenía nada que decir..., mientras necesitaba dedicar horas de averiguaciones para encontrar un sucesor para el superintendente de sus trenes de laminación que había renunciado repentinamente, sin explicación; tenía que hacerlo inmediatamente, hombres de ese tipo eran realmente difíciles de encontrar, y si algo ocurría que interrumpiese la producción de la fundición, era el raíl de Taggart el que estaban laminando. Recordó el silencioso reproche, la mirada de acusación, de enorme paciencia y de desdén, que siempre veía en los ojos de su familia cuando descubrían alguna evidencia de su pasión por su negocio..., y la futilidad de su silencio, de su esperanza en que ellos no pensaran que Rearden Steel significaba para él tanto como lo hacía..., como un borracho fingiendo indiferencia al licor, entre gente que lo observaba con el regocijo desdeñoso del pleno conocimiento de su vergonzosa debilidad. «Te oí llegar anoche a casa a las dos de la mañana; ¿dónde estuviste?», le decía su madre durante la cena; y Lillian respondía: «Pues, en la fundición, por supuesto»; como otra esposa diría: «En el bar de la esquina». O Lillian le preguntaba, insinuando una media sonrisa ingeniosa en el rostro: «¿Qué estabas haciendo en Nueva York ayer?». «Fue un banquete con los muchachos». «¿Negocios...?» «Sí...» *«Por supuesto»*, y Lillian se daba media vuelta, sin más, excepto darse cuenta de que él casi había esperado que ella pensase que había ido a algún tipo de obscena despedida de soltero. Un cargamento de mineral se había hundido durante una tormenta en el lago Michigan, con miles de toneladas de Mineral Rearden; aquellos barcos estaban deshaciéndose; si no asumía él mismo la responsabilidad de ayudarles a obtener los repuestos que necesitaban, los propietarios de la línea quebrarían, y no quedaba ninguna otra línea operativa en el lago Michigan. «¿Ese rincón?», dijo Lillian, señalando un arreglo de sofás y mesitas de café en el salón. «Pues, no, Henry, no es nuevo, pero supongo que debería sentirme halagada de que hayan sido sólo

tres semanas lo que tardaste en darte cuenta de él. Es mi propia adaptación de la sala de estar matutina de un famoso palacio francés, pero no es posible que esas cosas te interesen, querido, no hay cotización de ellas en el mercado bursátil, ninguna en absoluto.» El pedido de cobre que él había hecho seis meses antes no había sido entregado, la fecha prometida había sido aplazada tres veces. «No podemos evitarlo, señor Rearden»: tenía que encontrar otra empresa con la que tratar, el suministro de cobre estaba volviéndose cada vez más incierto. Philip no sonrió cuando alzó la vista en medio de una perorata que le estaba dando a algún amigo de su madre sobre alguna organización a la que se había unido, pero algo en los flojos músculos de su rostro sugería una sonrisa de superioridad cuando dijo: «No, esto no te importaría, no son negocios, Henry, para nada, es una iniciativa estrictamente no-comercial». Aquel contratista en Detroit, encargado de reconstruir una gran fábrica, estaba considerando utilizar perfiles estructurales de Metal Rearden..., debería volar a Detroit y hablar con él en persona, debería haberlo hecho hacía una semana, podría haberlo hecho esa noche. «No estás escuchando», había dicho su madre en la mesa del desayuno, mientras la mente de él divagaba sobre el índice de precios del carbón, mientras ella le contaba el sueño que había tenido la noche anterior. «Jamás has escuchado a un alma viviente. No te interesa nada que no seas tú mismo. Te importa un bledo la gente, no te importa ni una sola de las criaturas humanas en esta tierra de Dios.» Las páginas impresas que estaban en la mesa de su oficina eran un informe sobre las pruebas de un motor de avión hecho de Metal Rearden; quizá de todas las cosas sobre la Tierra, la que más deseaba en este momento era leerlo... y había estado allí, en su mesa, sin tocar, durante tres días, no había tenido tiempo para dedicarle..., por qué no lo hacía ahora y...

Sacudió la cabeza con violencia, abriendo los ojos, alejándose del espejo.

Intentó abotonarse los corchetes de la camisa. Vio cómo, en vez de eso, su mano iba a un montón de correo en el tocador. Era correo marcado como urgente; tenía que ser leído esa noche, pero él no había tenido tiempo de leerlo en la oficina. Su secretaria se lo había metido en el bolsillo mientras salía. Él lo había arrojado allí mientras se desvestía.

Un recorte de periódico cayó revoloteando al suelo. Era un artículo de fondo que su secretaria había marcado con un furioso trazo de lápiz rojo. Su titular era: «Igualación de Oportunidades». Tenía que leerlo: se había hablado demasiado sobre ese tema en los últimos tres meses, ominosamente demasiado.

Lo leyó, mientras el rumor de voces y las risas forzadas llegaban desde el piso de abajo, recordándole que los invitados estaban llegando, que la fiesta había empezado, y que tendría que enfrentarse a las miradas resentidas y reprobatorias de su familia cuando bajara.

El artículo decía que, en época de producción decreciente, de mercados contrayéndose y de oportunidades de ganarse la vida cada vez más escasas, era injusto permitir que un hombre acaparara varias empresas de negocios, mientras que otros no poseían ninguna; era perjudicial permitir que unos pocos monopolizaran todos los recursos, dejando a otros sin ninguna oportunidad; la competencia era esencial para la sociedad, y era el deber de la sociedad asegurar que ningún competidor se elevara jamás por encima del nivel de cualquiera que quisiese competir con él. El artículo predecía la aprobación de un proyecto de ley que había sido propuesto, una ley que le prohibiría a cualquier persona o corporación ser propietaria de más de una empresa de negocios.

Wesley Mouch, su hombre en Washington, le había dicho a Rearden que no se preocupase; la lucha sería difícil, había dicho, pero ese proyecto de ley sería derrotado. Rearden no entendía nada sobre ese tipo de lucha. La dejaba en manos de Mouch y su gente. Él apenas encontraba tiempo para mirar por encima sus informes de Washington y para firmar los cheques que Mouch solicitaba para la batalla.

Rearden no creía que la ley fuera a ser aprobada. Era incapaz de creerlo. Habiendo tratado con la limpia realidad de metales, tecnología y producción toda su vida, había adquirido la convicción de que uno tenía que ocuparse de lo racional, no de lo descabellado; que uno tenía que buscar lo que era correcto, porque la respuesta correcta siempre ganaba; que lo insentato, lo incorrecto, lo monstruosamente injusto no podría funcionar, no podría triunfar, no podría más que derrotarse a sí mismo. Una batalla contra algo como aquel proyecto de ley le parecía absurdo y vagamente vergonzoso, como si de pronto le pidieran que compitiese con un hombre que calculaba aleaciones de acero con fórmulas de numerología.

Se había dicho a sí mismo que el asunto era peligroso. Pero el grito más fuerte del artículo más histérico no despertaba ninguna emoción en él, mientras que una variación de una décima en un informe de laboratorio sobre una prueba de Metal Rearden lo hacía dar un salto de entusiasmo o de aprensión. No tenía energía para malgastar en ninguna otra cosa.

Estrujó el artículo y lo tiró a la papelera. Sintió la pesada llegada de ese agotamiento que nunca sentía cuando trabajaba, el agotamiento que parecía acecharlo y atraparlo en los momentos en que se dedicaba a otros menesteres. Se sintió incapaz de experimentar ningún deseo, excepto unas desesperadas ganas de dormir.

Se dijo a sí mismo que tenía que asistir a la fiesta, que su familia tenía derecho a exigírselo, que tenía que aprender a apreciar sus propios placeres, por el bien de ellos, no por el suyo propio.

Se preguntó por qué ése era un motivo que carecía de fuerza para impulsarlo. A lo largo de su vida, siempre que se había convencido de que una vía de acción era la correcta, el deseo de seguirla había surgido de forma automática. ¿Qué estaba sucediéndole?, se preguntó. El imposible conflicto de sentir reticencia a hacer lo que era correcto, ¿no era ésa la fórmula básica de la corrupción moral? Reconocer la propia culpa, y, sin embargo, no sentir nada más que la más fría y profunda indiferencia, ¿no era eso una traición a lo que había sido el motor del curso de su vida y de su orgullo?

No se dio tiempo a buscar una respuesta. Terminó de vestirse, rápidamente, despiadadamente.

Manteniéndose erguido, su alta figura moviéndose con la confianza sin estrés y sin prisa de una autoridad habitual, con un fino pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta de su esmoquin negro, descendió lentamente la escalera hacia el salón, pareciendo, para satisfacción de las viudas acaudaladas que lo observaban, la figura perfecta de un gran empresario industrial.

Vio a Lillian al pie de la escalera. Las líneas patricias de un vestido de noche estilo imperio color amarillo limón acentuaban su grácil cuerpo, y estaba de pie como una persona orgullosamente en control del entorno que le corresponde. Él sonrió; le gustaba verla feliz; eso le daba alguna justificación razonable a la fiesta.

Se acercó a ella..., y se detuvo. Ella siempre había mostrado buen gusto a la hora de usar joyas, evitando siempre llevar demasiadas. Pero esa noche llevaba un conjunto ostentoso: un collar de diamantes, pendientes, anillos y broches. Sus brazos parecían visiblemente desnudos por contraste. En la muñeca derecha, como único ornamento, llevaba la pulsera de Metal Rearden. Las relucientes gemas hacían que pareciese una alhaja fea de alguna tienda de baratijas.

Cuando dirigió su mirada de la muñeca al rostro de ella, vio que lo estaba mirando. Tenía los ojos entornados, y él no pudo definir su expresión; era una mirada que parecía a la vez velada y resuelta, la mirada de algo oculto que hacía alarde de la seguridad de no ser detectado.

Quiso arrancarle la pulsera de la muñeca. En vez de eso, en obediencia a su voz que lo presentaba alegremente, él saludó con una inclinación y con el rostro inexpresivo a la distinguida viuda que estaba de pie junto a ella.

—¿El hombre...? ¿Qué es el hombre? No es más que un conjunto de productos químicos con delirios de grandeza —dijo el doctor Pritchett a un grupo de invitados al otro lado del salón.

El doctor Pritchett cogió un canapé de una bandeja de cristal, lo mantuvo encajado entre dos dedos completamente rectos, y se lo metió entero en la boca.

—Las pretensiones metafísicas del hombre —dijo— son absurdas. Un miserable pedazo de protoplasma, lleno de feos conceptitos y de mezquinas emocioncitas, ¡y se imagina que es importante! Bueno, sabes, ésa es la raíz de todos los males en el mundo.

—Pero ¿qué conceptos no son ni feos ni mezquinos, profesor? —preguntó una respetable matrona, cuyo marido era dueño de una fábrica de automóviles.

—Ninguno —dijo el doctor Pritchett—, ninguno dentro del alcance de la capacidad humana.

Un joven preguntó tímidamente:

—Pero, si no tenemos ningún concepto bueno, ¿cómo sabemos que los que sí tenemos son feos? Quiero decir, ¿con qué criterio?

—No hay criterios.

Eso hizo callar a su audiencia.

—Los filósofos del pasado eran superficiales —continuó el doctor Pritchett—. Le tocó a nuestro siglo redefinir el objetivo de la filosofía. El objetivo de la filosofía no es ayudarles a los hombres a encontrarle sentido a la vida, sino demostrarles que no lo tiene.

Una atractiva muchacha, cuyo padre poseía una mina de carbón, preguntó indignada:

—¿Quién puede decirnos eso?

—Yo estoy intentando hacerlo —dijo el doctor Pritchett, que, durante los tres últimos años, había sido director del Departamento de Filosofía en la Universidad Patrick Henry.

Lillian Rearden se aproximó, sus joyas resplandeciendo bajo la brillante luz. La expresión en su rostro se mantenía, dejando entrever la suave sugerencia de una sonrisa, cuidada y ligeramente insinuada, como las ondas de su cabello.

—Es esa insistencia del hombre en buscar sentido lo que lo convierte en algo tan difícil —dijo el doctor Pritchett—. Cuando el hombre se dé cuenta de que él mismo no tiene absolutamente ninguna importancia dentro de la vasta inmensidad del universo, que ningún significado posible puede atribuírsele a sus actividades, que no importa si vive o muere, entonces se convertirá en algo más... maleable.

Se encogió de hombros y cogió otro canapé. Un hombre de negocios dijo, penosamente:

—Lo que le pregunté, profesor, es qué pensaba usted de la Ley de Igualación de Oportunidades.

—Oh, ¿eso? —dijo el doctor Pritchett—. Pues creo que dejé claro que estoy a favor de ella, porque estoy a favor de una economía libre. Una economía libre no puede existir sin competencia. Por lo tanto, los hombres deben ser forzados a competir. Por lo tanto, tenemos que controlar a los hombres para poder forzarles a ser libres.

—Pero, mire..., ¿no es eso una cierta contradicción?

—No en el sentido filosófico más elevado. Debéis aprender a pensar más allá de las definiciones estáticas y las ideas anticuadas. Nada es estático en el universo. Todo es fluido.

—Pero es razonable pensar que si...

—La razón, mi querido amigo, es la más ingenua de todas las supersticiones. Eso, al menos, ha sido generalmente aceptado en nuestra época.

—Pero no acabo de comprender cómo podemos...

—Sufres la popular ilusión de creer que las cosas pueden ser comprendidas. No concibes el hecho de que el universo es una sólida contradicción.

—¿Una contradicción de qué? —preguntó la matrona.

—De sí mismo.

—¿Cómo... cómo es eso?

—Mi querida señora, el deber de los pensadores no es explicar, sino demostrar que nada puede ser explicado.

—Sí, por supuesto..., sólo que...

—El objetivo de la filosofía no es buscar el conocimiento, sino demostrar que el conocimiento es imposible para el hombre.

—Pero cuando lo demostremos —preguntó la joven—, ¿qué va a quedar?

—El instinto —dijo el doctor Pritchett reverentemente.

Al otro extremo del salón, un grupo estaba escuchando a Balph Eubank. Él estaba sentado muy rígido al borde de un sillón, para poder contrarrestar la impresión de su cara y de su figura, que tenían tendencia a explayarse si se relajaban.

—La literatura del pasado —dijo Balph Eubank— fue un torpe fraude. Descoloreó la vida para complacer a los ricachones a quienes servía. Moralidad, libre albedrío, logros, finales felices... y el hombre como algún tipo de ser heroico..., todo eso suena irrisorio. Nuestra época le ha dado profundidad a la literatura por primera vez, al exponer la verdadera esencia de la vida.

Una muchacha muy joven, con un traje de noche blanco, preguntó tímidamente:

—¿Cuál es la verdadera esencia de la vida, señor Eubank?

—Sufrimiento —dijo Balph Eubank—. Fracaso y sufrimiento.

—Pero... pero ¿por qué? La gente es feliz... a veces..., ¿no?

—Eso es una ilusión de aquellos cuyas emociones son superficiales.

La muchacha se sonrojó. Una rica señora que había heredado una refinería de petróleo preguntó, con aire de culpabilidad:

—¿Qué debemos hacer para elevar el nivel literario de la gente, señor Eubank?

—Eso es un gran problema social —dijo Balph Eubank. Era conocido como el líder literario de la época, aunque nunca había escrito un libro que vendiera más de tres mil ejemplares—. Personalmente, creo que una Ley de Igualación de Oportunidades aplicada a la literatura sería la solución.

—Oh, ¿aprueba usted esa ley para la industria? Yo no estoy segura de lo que pensar de ella.

—Naturalmente que la apruebo. Nuestra cultura se ha hundido en un lodazal de materialismo. Los hombres han perdido todos los valores espirituales por perseguir la producción material y los trucos tecnológicos. Se han vuelto demasiado cómodos. Volverán a una vida más noble si les enseñamos a soportar privaciones. Así que deberíamos ponerle un límite a su codicia material.

—No lo había pensado desde esa perspectiva —dijo la dama, disculpándose.

—Pero ¿cómo vas a hacer funcionar una Ley de Igualación de Oportunidades en la literatura, Ralph? —dijo Mort Liddy—. Ésa es nueva para mí.

—Mi nombre es Balph —dijo Eubank irritado—. Y es nueva para ti porque es mi propia idea.

—Bueno, bueno, no estoy peleándome, ¿vale? Sólo estoy preguntando.

Mort Liddy sonrió. Se pasaba la mayor parte del tiempo sonriendo nerviosamente. Era un compositor que escribía bandas sonoras anticuadas para películas, y sinfonías modernas para públicos reducidos.

—Funcionaría muy fácilmente —dijo Balph Eubank—. Debería haber una ley que limitase la venta de cualquier libro a diez mil ejemplares. Eso abriría el mercado literario a nuevos talentos, a nuevas ideas renovadoras, y a textos sin comercialismos. Si se le prohibiera a la gente comprar un millón de ejemplares de la misma bazofia, estarían forzados a comprar mejores libros.

—Tiene un cierto sentido —dijo Mort Liddy—. Pero ¿no sería eso bastante oneroso para las cuentas corrientes de los escritores?

—Mejor aún. Sólo aquellos cuyos objetivos no sean ganar dinero deberían estar autorizados a escribir.

—Pero, señor Eubank —preguntó la joven del vestido blanco—, y ¿qué pasa si más de diez mil personas quieren comprar un determinado libro?

—Diez mil lectores son suficientes para cualquier libro.

—No me refiero a eso. Lo que digo es, ¿qué pasa si *quieren* hacerlo?

—Eso es irrelevante.

—Pero si un libro tiene una buena historia que...

—La trama es una vulgaridad primitiva en literatura —dijo Balph Eubank con desdén.

El doctor Pritchett, atravesando el salón hacia el bar, se detuvo para decir:

—Así es. Igual que la lógica es una vulgaridad primitiva en filosofía.

—Y la melodía una vulgaridad primitiva en música —dijo Mort Liddy.

—¿Qué es todo este jaleo? —preguntó Lillian Rearden, fulgurando hasta parar al lado de ellos.

—Lillian, mi ángel —rezongó Balph Eubank—, ¿te dije que te estoy dedicando mi nueva novela a ti?

—Vaya... Gracias, querido.

—¿Cuál es el título de su nueva novela? —preguntó la acaudalada señora.

—*El corazón es un lechero*.

—¿Y de qué trata?

—De frustración.

—Pero, señor Eubank —preguntó la muchacha de blanco, sonrojándose desesperadamente—, si todo es frustración, ¿para qué habríamos de vivir?

—Amor fraterno —dijo Balph Eubank gravemente.

Bertram Scudder estaba de pie, encorvado contra la barra. Su cara larga y delgada parecía haber encogido hacia dentro, a excepción de la boca y las pupilas, que quedaban sobresaliendo como tres flácidos globos. Era el editor de una revista llamada *El Futuro*, y había escrito un artículo sobre Hank Rearden titulado «El pulpo».

Bertram Scudder cogió su vaso vacío y lo empujó sin decir nada hacia el camarero, para que volviera a llenárselo. Tomó un trago de su nueva bebida, y, al percibir el vaso vacío frente a Philip Rearden, quien estaba a su

lado, lo señaló con el pulgar con una orden tácita al camarero. Ignoró el vaso vacío de Betty Pope, que estaba al otro lado de Philip.

—Mira, compadre —dijo Bertram Scudder, sus pupilas enfocadas aproximadamente en la dirección de Philip—, te guste o no, la Ley de Igualación de Oportunidades representa un gran paso adelante.

—¿Qué le hace pensar que a mí no me gusta, señor Scudder? —preguntó Philip humildemente.

—Bueno, va a doler, ¿no? El largo brazo de la sociedad va a recortar un poquito la cuenta de los aperitivos por aquí —dijo, y movió la mano hacia el bar.

—¿Por qué piensa usted que yo estoy en contra de eso?

—¿No lo estás? —preguntó Bertram Scudder sin curiosidad.

—¡No! —dijo Philip con vehemencia—. Siempre he puesto el bien común por encima de cualquier consideración personal. He contribuído con mi tiempo y mi dinero a los Amigos del Progreso Global en su cruzada a favor de la Ley de Igualación de Oportunidades. Creo que es totalmente injusto que un hombre tenga todas las oportunidades y no les deje ninguna a los otros.

Bertram Scudder lo miró intrigado, pero sin ningún interés especial.

—Bueno, eso es extraordinariamente amable de tu parte —dijo.

—Algunas personas sí se toman las cuestiones morales en serio, señor Scudder —dijo Philip, con un ligero énfasis de orgullo en su voz.

—¿De qué está hablando, Philip? —preguntó Betty Pope—. Nosotros no conocemos a nadie que posea más de un negocio, ¿verdad?

—¡Oh, cállate ya! —dijo Bertram Scudder, con aburrimiento en la voz.

—No veo por qué arman tanto alboroto con esa Ley de Igualación de Oportunidades —dijo Betty Pope agresivamente, en el tono de un experto en economía—. No veo por qué los hombres de negocios se oponen a ella. Es ventajosa para ellos. Si todas las otras personas son pobres, ellos no tendrán ningún mercado para sus productos. Pero si paran de ser egoístas y comparten los bienes que han acaparado, entonces tendrán la posibilidad de trabajar duro y producir algunos más.

—Yo no veo por qué los empresarios han de ser tenidos en cuenta en absoluto —dijo Scudder—. Cuando las masas están arruinadas y aún hay bienes disponibles, es de idiotas esperar que la gente se detenga ante algún pedazo de papel llamado un título de propiedad. Los derechos de propiedad

son una superstición. Uno tiene propiedad solamente por la cortesía de quienes no se la quitan. El pueblo puede tomarla en cualquier momento. Y si puede, ¿por qué no ha de hacerlo?

—Debería hacerlo —dijo Claude Slagenhop—. La necesita. Necesidad es la única consideración. Si la gente está necesitada, tenemos que agarrar las cosas primero y hablar de ello después.

Claude Slagenhop se había aproximado, y había conseguido estrujarse entre Philip y Scudder, empujando a Scudder a un lado imperceptiblemente. Slagenhop no era ni alto ni pesado, pero tenía una morfología cuadrada y compacta, y una nariz quebrada. Era el director de Amigos del Progreso Global.

—El hambre no espera —dijo Claude Slagenhop—. Las ideas son sólo aire caliente. Una barriga vacía es un hecho sólido. He dicho en todos mis discursos que no es necesario hablar demasiado. La sociedad está sufriendo por falta de oportunidades de negocios en este momento, así que estamos en nuestro correcto derecho de agarrar las oportunidades que existan. Lo correcto es lo que sea bueno para la sociedad.

—No excavó ese mineral con sus propias manos, ¿verdad? —gritó Philip de repente, su voz estridente—. Tuvo que emplear a cientos de trabajadores. Ellos lo hicieron. ¿Por qué piensa que él es tan bueno?

Los dos hombres le miraron; Scudder, arqueando una ceja; Slagenhop, sin expresión.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Betty Pope, recordando.

Hank Rearden estaba cerca del hueco oscuro de una ventana al fondo del salón. Deseó que nadie le prestara atención durante unos minutos. Acababa de escapar de una mujer de mediana edad que le había estado contando sus experiencias psíquicas. Estaba en pie, mirando hacia afuera. Lejos, en la distancia, el rojo resplandor de los altos hornos de Rearden Steel se movía en el cielo. Lo contempló como un alivio momentáneo.

Se volvió hacia el salón. Nunca le había gustado su casa; había sido decisión de Lillian. Pero, esa noche, los cambiantes colores de los vestidos de noche ahogaban la apariencia de la habitación y le daban un aire de brillante alegría. Le gustaba ver a la gente contenta, aunque él no entendiese esa forma concreta de disfrutar.

Miró las flores, los destellos de luz en las copas de cristal, los brazos y los hombros desnudos de las mujeres. Soplaba un viento frío afuera, barriendo trechos vacíos de terreno. Vio las finas ramas de un árbol retorcerse, como brazos pidiendo socorro. El árbol resaltaba contra el resplandor de los altos hornos.

No supo nombrar su repentina emoción. No tenía palabras para expresar su causa, su cualidad, su significado. Una parte de ella era alegría, pero algo solemne, como el acto de descubrirse la cabeza, no sabía ante quién.

Cuando volvió a unirse a la multitud, estaba sonriendo. Pero la sonrisa se desvaneció abruptamente; vio entrar a un nuevo invitado: era Dagny Taggart.

Lillian se acercó a recibirla, estudiándola con curiosidad. Se habían visto antes, pero en pocas ocasiones, y le pareció extraño ver a Dagny Taggart con un vestido de noche. Era un vestido negro con un canesú que caía como una capa sobre un brazo y un hombro, dejando el otro al descubierto; el hombro desnudo era el único ornamento del vestido. Viéndola con los trajes que normalmente usaba, uno nunca pensaba en el cuerpo de Dagny Taggart. El vestido negro parecía excesivamente revelador, porque era sorprendente descubrir que las líneas de su hombro eran frágiles y hermosas, y que la pulsera de diamantes en la muñeca del brazo desnudo le daba el más femenino de todos los aspectos: la apariencia de estar encadenada.

—Señorita Taggart, qué maravillosa sorpresa verla aquí —dijo Lillian Rearden, con los músculos de su rostro ejecutando los movimientos de una sonrisa—. En realidad, no me había atrevido a esperar que una invitación mía la apartara de sus obligaciones, que son mucho más importantes. Permítame que me sienta halagada.

James Taggart había entrado con su hermana. Lillian le sonrió, en forma de una posdata apresurada, como si hubiera notado su presencia por primera vez.

—Hola, James. Ése es tu castigo por ser popular; uno tiende a perderte de vista ante la sorpresa de ver a tu hermana.

—Nadie puede igualarte en popularidad, Lillian —respondió él, sonriendo levemente—, ni perderte de vista jamás.

—¿A mí? Oh, pero estoy bastante resignada a ocupar un lugar secundario a la sombra de mi marido. Soy humildemente consciente de que la esposa de un gran hombre tiene que contentarse con reflejos de gloria, ¿no cree usted, señorita Taggart?

—No —dijo Dagny—, no lo creo.

—¿Eso es un cumplido o un reproche, señorita Taggart? Pero, por favor, perdóneme si le confieso mi impotencia. ¿A quién puedo presentarle? Me temo que no tengo nada más que escritores y artistas para ofrecerle, y ellos no serían de su interés, estoy segura.

—Me gustaría encontrar a Hank y saludarlo.

—Claro que sí. James, ¿recuerdas que dijiste que querías conocer a Balph Eubank? Oh, sí, está aquí..., ¡le contaré que oí que alabaste fervorosamente su última novela en la cena de la señora Whitcomb!

Mientras cruzaba el salón, Dagny se preguntó por qué había dicho que quería encontrar a Hank Rearden, qué le había impedido admitir que lo había visto nada más entrar.

Rearden estaba de pie al otro lado del amplio salón, mirándola. La observó mientras se aproximaba, pero no dio ningún paso para ir a su encuentro.

—Hola, Hank.

—Buenas noches.

Él se inclinó cortésmente, impersonalmente, el movimiento de su cuerpo haciendo juego con la distinguida formalidad de sus ropas. No sonrió.

—Gracias por invitarme esta noche —dijo ella alegremente.

—No puedo decir que supiera que ibas a venir.

—¿No? Entonces me alegro de que la señora Rearden pensara en mí. Quería hacer una excepción.

—¿Una excepción?

—No voy a fiestas muy a menudo.

—Me complace que eligieses esta ocasión como la excepción —dijo; no añadió «señorita Taggart», pero sonó como si lo hubiese hecho.

La formalidad de sus modales era tan inesperada que ella no consiguió sentirse cómoda.

—Quería celebrar —dijo ella.

—¿Celebrar mi aniversario de boda?

—¡Oh!, ¿es tu aniversario de boda? No lo sabía. Mis felicitaciones, Hank.

—¿Qué deseabas celebrar?

—Pensé que me permitiría un descanso. Una celebración mía propia... en tu honor y en el mío.

—¿Por qué razón?

Ella estaba pensando en el nuevo tramo de vía en las pendientes rocosas de las montañas de Colorado, que crecía lentamente hacia el distante objetivo de los campos petrolíferos de Wyatt. Estaba viendo el resplandor verdiazulado de los raíles sobre el suelo helado, entre la maleza, los peñascos desnudos, las chozas medio podridas de asentamientos medio hundidos en la hambruna.

—En honor a los primeros cien kilómetros de vía de Metal Rearden —respondió.

—Te lo agradezco.

El tono de su voz era el que habría sido adecuado si hubiese dicho: «No sé nada de eso».

Ella no encontró nada más que decir. Sintió como si estuviera hablando con un desconocido.

—¡Vaya, señorita Taggart! —Una voz alegre rompió el silencio entre ellos—. ¡Bueno, *eso* es lo que quiero decir cuando digo que Hank Rearden puede conseguir cualquier milagro!

Un empresario al que conocían se les había acercado, sonriéndole a ella con un aire de encantado asombro. Los tres habían realizado a menudo conferencias de emergencia sobre tarifas de fletes y entregas de acero. Ahora, él la miraba, y su cara era un comentario revelador sobre el cambio en su apariencia, el cambio, pensó ella, que Rearden no había notado.

Ella se rio, respondiendo al saludo del hombre, sin darse tiempo a reconocer la inesperada punzada de decepción, el pensamiento no admitido de que ésa era la expresión que le habría gustado ver en la cara de Rearden. Intercambió unas cuantas frases con el hombre. Cuando miró a su alrededor, Rearden ya no estaba.

—¿Así que ésa es tu famosa hermana? —le dijo Balph Eubank a James Taggart, mirando a Dagny al otro lado del salón.

—No tenía idea de que mi hermana fuese famosa —dijo Taggart, con una pizca de mordacidad en la voz.

—Pero, mi buen amigo, ella es un fenómeno raro en el campo de la economía, así es que debes esperar que la gente hable de ella. Tu hermana es un síntoma de la enfermedad de nuestro siglo. Un producto decadente de la era de las máquinas. Las máquinas han destruido la humanidad del hombre, lo han apartado del suelo, le han robado sus artes naturales, han matado su alma y lo han transformado en un robot insensible. Ahí tienes un ejemplo de ello: una mujer que dirige un ferrocarril, en vez de practicar el bello arte de tejer..., y de tener hijos.

Rearden se paseó entre los invitados, intentando no quedar atrapado en ninguna conversación. Miró al salón; no vio a nadie a quien deseara acercarse.

—Oiga, Hank Rearden, usted no es un tipo tan malo, para nada, cuando uno le ve de cerca en la propia guarida del león. Debería darnos una conferencia de prensa de vez en cuando, nos pondría de su lado.

Rearden se volvió y miró a quien hablaba, incrédulo. Era un joven periodista de la clase más rastrera y que trabajaba para un tabloide radical. La ofensiva familiaridad de sus modales parecía implicar que había decidido ser grosero con Rearden porque sabía que Rearden nunca se habría permitido asociarse con un hombre de su calaña.

Rearden no le habría permitido entrar en los altos hornos; pero el hombre era un invitado de Lillian; se controló; preguntó con sequedad:

—¿Qué quieres?

—Usted no es tan malo. Tiene talento. Talento tecnológico. Pero, por supuesto, yo no estoy de acuerdo con usted sobre el Metal Rearden.

—No te he pedido que estés de acuerdo.

—Bueno, Bertram Scudder dijo que su política... —comenzó el hombre con beligerancia, señalando hacia la barra, pero dejó de hablar, como si se hubiese pasado de la raya más de lo que pretendía.

Rearden miró a la figura descuidada que se encorvaba contra la barra. Lillian les había presentado, pero él no había prestado ninguna atención al nombre. Giró bruscamente y se alejó, de una forma que le prohibía al joven zángano ir tras él.

Lillian levantó fugazmente la vista hacia su cara cuando Rearden se le acercó en medio de un grupo, y, sin mediar palabra, la apartó a un lado donde nadie pudiera oírlos.

—¿Ése es Scudder de *El Futuro*? —preguntó, señalando.

—Pues, sí.

Él la miró en silencio, incapaz de empezar a creelo, incapaz de encontrar el inicio de un pensamiento con el que empezar a entender. Los ojos de ella lo estaban observando.

—¿Cómo pudiste invitarlo aquí? —preguntó.

—A ver, Henry, no seamos ridículos. No quieres ser cerrado de mente, ¿verdad? Debes aprender a tolerar las opiniones de otros y respetar su derecho a la libertad de expresión.

—¿En mi casa?

—¡Oh, no seas carca!

Él no habló, porque su consciencia estaba paralizada, no por afirmaciones coherentes, sino por dos imágenes que parecían estar mirándolo insistentemente. Veía el artículo «El pulpo», de Bertram Scudder, que no era una expresión de ideas, sino un balde de lodo vaciado en público, un artículo que no contenía ni un solo hecho, ni siquiera uno inventado, sino que soltaba una sarta de comentarios despreciativos e injuriosos en los que no había nada claro excepto la asquerosa malicia de denunciar sin considerar que ninguna prueba fuese necesaria. Y veía las líneas del perfil de Lillian, la orgullosa pureza que él había buscado al casarse con ella.

Cuando volvió a fijarse en ella, se dio cuenta de que la visión de su perfil estaba en su propia mente, porque ella estaba totalmente de frente hacia él, mirándolo. En el instante repentino de volver a la realidad, pensó que lo que veía en sus ojos era placer. Pero, en el siguiente instante, se recordó a sí mismo que él estaba cuerdo y que eso no era posible.

—Es la primera vez que has invitado a ese... —usó una palabra obscena con una precisión carente de emoción—, a mi casa. Es la última.

—Cómo te atreves a usar tal...

—No discutas, Lillian. Si lo haces, lo echaré de aquí ahora mismo.

Le dio un momento para responder, para objetar, para gritarle si quisiera. Ella permaneció en silencio, sin mirarlo, únicamente sus suaves mejillas parecían levemente hundidas, como si se hubiesen desinflado.

Moviéndose a ciegas entre los remolinos de luces, voces y perfume, sintió un escalofrío de temor. Sabía que debería pensar en Lillian y encontrar la respuesta al acertijo de su carácter, porque ésa era una

revelación que no podía ignorar; pero no pensó en ella, y sintió miedo porque sabía que la respuesta había dejado de importarle hacía mucho tiempo.

La marea de cansancio estaba empezando a subir otra vez. Sintió que casi podía verla en olas cada vez más altas; no estaba dentro de él, sino fuera, extendiéndose por el salón. Por un instante, sintió como si estuviera solo, perdido en un desierto gris, necesitando ayuda y sabiendo que ninguna ayuda llegaría.

Se detuvo en seco. En la entrada iluminada, separado de él por el salón que había entre ellos, vio la figura alta y arrogante de un hombre que se había detenido un momento antes de entrar. Nunca había conocido al hombre, pero de todos los rostros notorios que abarrotaban las páginas de los periódicos, ése era al que despreciaba. Era Francisco d'Anconia.

Rearden nunca había pensado demasiado en hombres como Bertram Scudder. Pero con cada hora de su vida, con la tensión y el orgullo de cada momento en el que los músculos o la mente le habían dolido por el esfuerzo, con cada paso que había dado para elevarse por encima de las minas de Minnesota y para transformar su esfuerzo en oro, con todo su profundo respeto por el dinero y por su significado, él despreciaba al despilfarrador que no sabía cómo merecer el gran regalo de una riqueza heredada. Allí, pensó, estaba el representante más despreciable de la especie.

Vio a Francisco d'Anconia entrar, hacerle una reverencia a Lillian, y luego entremezclarse en la multitud, como si fuese dueño del salón en el que nunca había puesto el pie antes. Las cabezas giraban para mirarlo, como atraídas por hilos a su paso.

Acercándose a Lillian una vez más, Rearden dijo sin enojo, el desdén transformado en diversión en su voz:

—No sabía que conocías a ése.

—Me lo he cruzado en algunas fiestas.

—¿Es uno de tus amigos, también?

—¡Desde luego que no! —exclamó ella, con una animadversión verdadera.

—Entonces ¿por qué lo invitaste?

—Bueno, no puedes dar una fiesta..., no una fiesta que valga la pena, mientras él esté en el país, sin invitarlo. Es un fastidio si viene, y una mala nota social si no viene.

Rearden se rio. Ella estaba desprevenida; normalmente no admitía cosas de ese tipo.

—Mira —dijo él, hastiado—, no quiero estropear tu fiesta. Pero mantén a ese hombre lejos de mí. No me vengas con presentaciones. No quiero conocerlo. No sé cómo te las arreglarás, pero eres una anfitriona experta, así que consíguelo.

Dagny se quedó quieta cuando vio a Francisco acercarse. Él se inclinó ante ella al pasar. No se paró, pero ella sabía que él había congelado el momento en su mente. Lo vio sonreír levemente, en un énfasis deliberado de lo que él entendió y decidió no reconocer. Ella miró a otro lado. Esperaba evitarlo el resto de la velada.

Balph Eubank se había unido al grupo que estaba alrededor del doctor Pritchett, y estaba diciendo hoscamente:

—... no, no puedes esperar que el pueblo entienda los niveles más elevados de la filosofía. La cultura debería ser arrebatada de manos de los cazadores de dólares. Necesitamos un subsidio nacional para la literatura. Es una desgracia que los artistas sean tratados como vendedores ambulantes, y que las obras de arte tengan que ser vendidas como rosquillas.

—¿Quieres decir, tu queja es que *no* se venden como rosquillas? —preguntó Francisco d'Anconia.

No lo habían notado acercarse; la conversación paró, como cortada de raíz; la mayoría de ellos nunca lo había visto, pero todos lo reconocieron de inmediato.

—Quise decir... —Balph Eubank empezó airadamente, pero cerró la boca; vio el ávido interés en las caras de su audiencia, pero ya no era interés por la filosofía.

—Vaya, ¡hola, profesor! —dijo Francisco, inclinándose ante el doctor Pritchett.

No había placer en la cara del doctor Pritchett cuando respondió al saludo e hizo unas cuantas presentaciones.

—Justamente estábamos hablando de un tema de lo más interesante —dijo la respetable matrona—. El doctor Pritchett nos estaba diciendo que nada es nada.

—Él debería, sin duda, saber más que nadie sobre eso —respondió Francisco gravemente.

—No me habría imaginado que usted conociese al doctor Pritchett tan bien, señor d'Anconia —dijo ella, y se preguntó por qué el profesor parecía descontento con su observación.

—Soy un antiguo alumno de la gran escuela que da empleo al doctor Pritchett en la actualidad, la Universidad Patrick Henry. Pero estudié bajo uno de sus predecesores, Hugh Akston.

—¡Hugh Akston! —La atractiva joven se quedó sin aliento—. Pero ¡no es posible, señor d'Anconia! Usted no tiene edad suficiente. Pensé que él era uno de esos grandes nombres de... del siglo pasado.

—Quizá en espíritu, madame. No en realidad.

—Pero pensaba que murió hace años.

—Oh, no. Aún vive.

—Entonces ¿por qué ya nunca oímos nada sobre él?

—Se retiró hace nueve años.

—¿No es extraño? Cuando un político o una estrella de cine se retira, leemos artículos en las portadas al respecto. Pero cuando un filósofo se retira, la gente ni siquiera se da cuenta.

—Se da cuenta, con el tiempo.

Un hombre joven dijo, sorprendido:

—Pensé que Hugh Akston era uno de esos clásicos que nadie estudia ya, excepto en la historia de la filosofía. Leí un artículo hace poco que hablaba de él como el último de los grandes defensores de la razón.

—Exactamente, ¿qué enseñaba Hugh Akston? —preguntó la matrona seria.

—Enseñaba que todo es algo —respondió Francisco.

—Su lealtad a su profesor es loable, señor d'Anconia —dijo el doctor Pritchett secamente—. ¿Podemos asumir que usted es un ejemplo de los resultados prácticos de sus enseñanzas?

—Lo soy.

James Taggart se había acercado al grupo y estaba esperando que notaran su presencia.

—Hola, Francisco.

—Buenas noches, James.

—¡Qué maravillosa coincidencia encontrarte aquí! He estado deseando hablar contigo.

—Eso es nuevo. No siempre lo has estado.

—Ya, estás bromeando, igual que en los viejos tiempos. —Taggart se estaba moviendo despacio, como casualmente, alejándose del grupo, esperando llevar a Francisco con él—. Sabes que no hay ni una persona en este salón a la que no le encantaría hablar contigo.

—¿De verdad? Yo me inclinaría a sospechar lo contrario. —Francisco le había seguido obedientemente, pero paró a una distancia a la que los demás pudieran oírles.

—He intentado de todas las formas posibles ponerme en contacto contigo —dijo Taggart—, pero las circunstancias no me permitieron tener éxito.

—¿Estás intentando ocultar de mí el hecho de que yo me negué a verte?

—Bueno..., o sea..., quiero decir, ¿por qué te negaste?

—No conseguía imaginar de qué querías hablarme.

—¡Las Minas de San Sebastián, por supuesto! —La voz de Taggart se elevó un poco.

—Ya, ¿y qué pasa con ellas?

—Pero..., a ver, Francisco, esto es serio. Es un desastre, un desastre sin precedentes..., y nadie consigue encontrarle sentido. Yo no sé qué pensar. No entiendo absolutamente nada. Tengo derecho a saberlo.

—¿Derecho? ¿No estás siendo anticuado, James? Pero ¿qué es lo que quieres saber?

—Bueno, en primer lugar, esa nacionalización... ¿Qué es lo que vas a hacer al respecto?

—Nada.

—¡¿Nada?!

—Pero seguro que no quieres que yo haga nada al respecto. Mis minas y tu ferrocarril fueron incautados por la voluntad del pueblo. No querrías que me opusiera a la voluntad del pueblo, ¿verdad?

—Francisco, ¡esto no es cosa de risa!

—Nunca pensé que lo fuera.

—¡Tengo derecho a una explicación! ¡Les debes a tus accionistas una explicación de todo ese desgraciado asunto! ¿Por qué elegiste una mina que no servía para nada? ¿Por qué desperdiciaste todos esos millones? ¿Qué clase de asquerosa estafa fue eso?

Francisco seguía de pie, mirándolo con cortés asombro.

—Vaya pues, James —dijo—, pensé que tú lo aprobarías.

—¡¿Aprobarlo?!

—Pensé que considerarías que las Minas de San Sebastián son la implementación de un ideal del orden moral más elevado. Recordando que tú y yo hemos estado en desacuerdo con tanta frecuencia en el pasado, pensé que te sentirías gratificado de verme actuar de acuerdo con tus principios.

—¿De qué estás hablando?

Francisco sacudió la cabeza sentidamente.

—No sé por qué tendrías que tildar de asqueroso mi comportamiento. Pensé que tú lo reconocerías como un esfuerzo honesto de practicar lo que todo el mundo predica. ¿Acaso no cree todo el mundo que es malvado ser egoísta? Yo fui totalmente desprendido en relación al proyecto de San Sebastián. ¿No es malvado perseguir un interés personal? Yo no tuve interés personal alguno en él. ¿No es malvado trabajar para obtener un beneficio? Yo no trabajé para obtener un beneficio, obtuve una pérdida. ¿No está todo el mundo de acuerdo en que el propósito y la justificación de una empresa industrial no es la producción, sino el sustento de sus empleados? Las Minas de San Sebastián fueron a todas luces el emprendimiento más exitoso de la historia de la industria: no produjeron cobre, pero les brindaron un sustento a miles de hombres que ellos no podrían haber alcanzado en todas sus vidas, el equivalente a lo que obtenían por el trabajo de un día, un trabajo que no sabían hacer. ¿No es generalmente aceptado que un propietario es un parásito y un explotador, que son los empleados quienes hacen todo el trabajo y hacen posible el producto? Yo no exploté a nadie. No agobié a las Minas de San Sebastián con mi inútil presencia; las dejé en manos de los hombres que cuentan. No juzgué el valor de esa propiedad. Se la entregué a un especialista en minería. No era un especialista muy bueno, pero necesitaba desesperadamente el trabajo. ¿No se admite generalmente que cuando uno contrata a un hombre para un trabajo, es su necesidad lo que cuenta, no su habilidad? ¿No cree todo el mundo que para poder

obtener los bienes, lo único que tienes que hacer es necesitarlos? He implementado cada uno de los preceptos morales de nuestra época. Esperaba gratitud y una mención de honor. No entiendo por qué estoy siendo condenado.

En el silencio de todos los que habían escuchado, el único comentario fue la risita repentina y estridente de Betty Pope: ella no había entendido nada, pero vio la expresión de furia impotente en la cara de James Taggart.

La gente estaba mirando a Taggart, esperando una respuesta. El asunto les era indiferente, simplemente les divertía el espectáculo de ver a alguien abochornado. Taggart logró componer una sonrisa condescendiente.

—¿No esperarás que me tome eso en serio? —preguntó.

—Hubo una época en que no creí que alguien pudiese tomárselo en serio —respondió Francisco—. Estaba equivocado.

—¡Esto es indignante! —La voz de Taggart comenzó a elevarse—. ¡Es totalmente indignante que trates tus responsabilidades públicas con una ligereza tan irreflexiva! —Se dio la vuelta para alejarse a toda prisa.

Francisco se encogió de hombros, extendiendo las manos.

—¿Ves? No pensé que quisieses hablar conmigo.

Rearden estaba de pie, solo, lejos, al otro extremo del salón. Philip reparó en él, se acercó y le hizo una señal a Lillian para que se aproximara.

—Lillian, no creo que Henry esté pasándoselo bien —dijo, sonriendo; uno no podía decir si la burla en su sonrisa estaba dirigida a Lillian o a Rearden—. ¿No hay algo que podamos hacer acerca de eso?

—¡Oh, tonterías! —dijo Rearden.

—Ojalá supiese yo qué hacer al respecto, Philip —dijo Lillian—. Siempre he deseado que Henry aprendiera a relajarse. Se lo toma todo con una seriedad tan siniestra. Es un puritano tan rígido. Siempre he querido verlo borracho, aunque sea una vez. Pero he desistido. ¿Qué sugerirías tú?

—¡Oh, no sé! Pero no debería estar andando por ahí solo.

—Olvídalo —dijo Rearden. Mientras pensaba vagamente que no quería herir sus sentimientos, no pudo controlarse y añadió—: No sabéis el esfuerzo que he hecho para que me dejen estar por ahí, solo.

—Ahí lo tienes, ¿ves? —Lillian le sonrió a Philip—. Disfrutar de la vida y de la gente no es tan simple como verter una tonelada de acero. Los objetivos intelectuales no se aprenden en el mercado.

Philip se rio por lo bajo.

—No son las actividades intelectuales las que me preocupan. ¿Estás segura sobre esa historia del puritanismo, Lillian? En tu lugar, yo no lo dejaría libre para mirar por ahí. Hay demasiadas mujeres hermosas aquí esta noche.

—¿Henry contemplando pensamientos de infidelidad? Lo halagas, Philip. Sobreestimas su valor.

Lillian le sonrió a Rearden, con frialdad, durante un breve momento de énfasis, y luego se alejó.

Rearden miró a su hermano.

—Philip, ¿qué diablos crees que estás haciendo?

—¡Oh, deja de hacerte el puritano! ¿No puedes tolerar una broma?

Moviéndose sin rumbo a través de la multitud, Dagny se preguntó por qué había aceptado la invitación a esa fiesta. La respuesta le sorprendió: fue porque había querido ver a Hank Rearden. Viéndolo en la multitud, se dio cuenta del contraste por primera vez. Las caras de los otros parecían mezclas de rasgos intercambiables, cada cara rezumando para fundirse en el anonimato de parecerse a todas las demás, y todas pareciendo estar derritiéndose. La cara de Rearden, con sus planos nítidos, los pálidos ojos azules y el cabello rubio ceniza, tenía la firmeza del hielo; la claridad intransigente de sus líneas le hacía parecer, entre los otros, como si él estuviera moviéndose a través de una neblina, iluminado por un rayo de luz.

Los ojos de ella seguían volviendo a él involuntariamente. Nunca lo sorprendió mirando en su dirección. No podía creer que él la estuviera evitando a propósito; no podía haber ninguna razón posible para ello; aun así, sentía la certeza de que él lo estaba haciendo. Quería acercarse a él y convencerse de que estaba equivocada. Algo la detuvo; no pudo entender su propia reticencia.

Rearden aguantó pacientemente una conversación con su madre y dos señoras a quienes ella deseaba que entretuviese con historias de su juventud y de su lucha. Él acató sus deseos, diciéndose que ella estaba orgullosa de él, a su manera. Pero sintió como si algo en la actitud de ella no dejase de sugerir que fue ella quien lo había cuidado durante su lucha, y que ella era la fuente de su éxito. Se alegró cuando lo dejó irse. Luego, él escapó una vez más al refugio de la ventana.

Permaneció allí un rato, apoyándose en una sensación de privacidad como si fuera un apoyo físico.

—Señor Rearden —dijo una voz extrañamente tranquila a su lado—, permítame que me presente. Mi nombre es d'Anconia.

Rearden se volvió, sorprendido; la voz y los modales de d'Anconia tenían una cualidad que rara vez había encontrado antes: un tono de auténtico respeto.

—¿Cómo está usted? —respondió. Su voz era brusca y seca; pero había respondido.

—He observado que la señora Rearden ha estado tratando de evitar la necesidad de presentarme a usted, y puedo adivinar la razón. ¿Prefiere que me vaya de su casa?

El acto de nombrar un asunto en vez de eludirlo era tan diferente de la conducta habitual de todos los hombres que conocía, y era un alivio tan repentino y sorprendente, que Rearden permaneció en silencio durante un momento, estudiando el rostro de d'Anconia. Francisco lo había dicho muy sencillamente, ni como reproche ni como súplica, sino de una forma que, curiosamente, reconocía la dignidad de Rearden y la suya propia.

—No —dijo Rearden—, aparte de cualquier otra cosa que usted haya supuesto, yo no dije eso.

—Gracias. En ese caso, me permitirá hablarle a usted.

—¿Por qué desearía usted hablarme a mí?

—Mis motivos no pueden interesarle por el momento.

—El mío no es el tipo de conversación que podría interesarle a usted en lo más mínimo.

—Está equivocado acerca de uno de nosotros, señor Rearden, o de ambos. Vine a esta fiesta exclusivamente para poder conocerle.

Había habido un ligero tono de diversión en la voz de Rearden; ahora se endureció hasta convertirse en un matiz de desdén.

—Ha empezado usted hablando en serio. Siga haciéndolo.

—Lo estoy haciendo.

—¿Para qué quería conocerme? ¿Para hacerme perder dinero?

Francisco lo miró directamente.

—Sí, con el tiempo.

—¿Qué es, esta vez? ¿Una mina de oro?

Francisco sacudió la cabeza lentamente; la deliberación consciente de ese movimiento le dio un aire que era casi de tristeza.

—No —dijo—, no quiero venderle nada. De hecho, no intenté venderle la mina de cobre a James Taggart, tampoco. Él vino a mí por ella. Usted no lo hará.

Rearden se rio por lo bajo.

—Si usted entiende tanto como eso, tenemos por lo menos un punto de partida razonable para conversar. Proceda en base a eso. Si no tiene ninguna inversión estrafalaria en mente, ¿para qué quería conocerme?

—Para familiarizarme con usted.

—Eso no es respuesta. Es sólo otra forma de decir lo mismo.

—No exactamente, señor Rearden.

—A menos que quiera decir, ¿a fin de ganarse mi confianza?

—No. No me gusta la gente que habla o piensa en términos de ganarse la confianza de alguien. Si las acciones de uno son honestas, uno no necesita de antemano la confianza de otros, sólo su percepción racional. La persona que ansía un cheque moral en blanco de ese tipo tiene intenciones deshonestas, se lo admita a sí mismo o no.

La mirada sorprendida que Rearden le dirigió fue como el golpe involuntario de una mano buscando asidero ante una necesidad desesperada. La mirada revelaba cuánto ansiaba encontrar al tipo de hombre que creía estar viendo. Luego Rearden bajó los ojos, casi cerrándolos, despacio, dándole un portazo a la visión y a la necesidad. Su rostro era inflexible; tenía una expresión de severidad, una severidad interior dirigida a sí mismo; parecía austero y solitario.

—Está bien —dijo sin entonación—. ¿Qué quiere usted, si no es mi confianza?

—Quiero aprender a entenderle.

—¿Para qué?

—Por una razón personal mía que no necesita preocuparle en este momento.

—¿Qué es lo que usted quiere entender acerca de mí?

Francisco miró en silencio a la oscuridad afuera. El fuego de los hornos se estaba apagando. Sólo quedaba un leve matiz de color rojo al borde de la tierra, lo suficiente para delinear los restos de nubes desgarradas por la torturada batalla de la tormenta en el cielo. Formas difusas aparecían y desaparecían en el espacio, formas que eran ramas, pero que parecían la furia del viento hecha visible.

—Es una noche terrible para cualquier animal sorprendido sin protección en esa pradera —dijo Francisco d'Anconia—. Es cuando uno debería apreciar lo que significa ser un hombre.

Rearden no respondió durante un momento; luego, como en respuesta a sí mismo, con un tono de asombro en su voz, dijo:

—Es curioso...

—¿El qué?

—Usted me ha dicho lo que yo estaba pensando hace un rato...

—¿Ah, sí?

—... sólo que yo no tenía las palabras para ello.

—¿Quiere que le diga el resto de las palabras?

—Adelante.

—Usted estaba aquí viendo la tormenta con el mayor orgullo que uno puede sentir, por poder permitirse tener flores estivales y mujeres medio desnudas en su casa en una noche como ésta, en demostración de su victoria sobre esa tormenta. Y si no fuera por usted, la mayoría de los que están aquí habrían quedado indefensos a merced de ese viento en medio de alguna pradera.

—¿Cómo supo usted eso?

Al unísono con su pregunta, Rearden se dio cuenta de que no eran sus pensamientos lo que ese hombre había nombrado, sino su emoción más profunda, más personal; y que él, que nunca le confesaría sus emociones a nadie, las había confesado con su pregunta. Vio el más sutil pestañeo en los ojos de Francisco, como una sonrisa o un punto de control.

—¿Qué puede *usted* saber sobre un orgullo de ese tipo? —preguntó Rearden bruscamente, como si el desprecio de la segunda pregunta pudiese borrar la confidencia revelada en la primera.

—Eso es lo que yo sentí antes, cuando era joven.

Rearden lo miró. No había ni burla ni autocompasión en el rostro de Francisco; los planos de su cara, finos y esculpidos, y los ojos azules, mantenían una serena compostura; era un rostro expuesto, dispuesto a aceptar cualquier golpe, sin inmutarse.

—¿Por qué quería usted hablar de eso? —preguntó Rearden, movido por la reacia compasión del momento.

—Digamos, a modo de gratitud, señor Rearden.

—¿Gratitud hacia mí?

—Si usted la acepta.

La voz de Rearden se endureció.

—No he pedido gratitud. No la necesito.

—Yo no he dicho que la necesitara. Pero, de todos a los que usted está salvando de la tormenta esta noche, yo soy el único que se la está reconociendo.

Después de un momento de silencio, Rearden preguntó, su voz baja, con un sonido que era casi una amenaza:

—¿Qué es lo que está intentando hacer?

—Estoy llamando su atención acerca de la naturaleza de aquellos para quienes usted está trabajando.

—Haría falta un hombre que jamás en su vida ha hecho un honesto día de trabajo para pensar o decir eso. —El desdén en la voz de Rearden tenía una nota de alivio; había sido desarmado por una duda al juzgar el carácter de su adversario; ahora estaba seguro de nuevo—. Usted no entendería si le dijera que el hombre que trabaja, trabaja para él mismo, aunque cargue con todo el montón de miserables que sois vosotros. Ahora adivinaré lo que está pensando: adelante, diga que eso es malvado, que yo soy egoísta, engreído, desalmado, cruel. Lo soy. No quiero tener nada que ver con esa basura de trabajar para otros. No lo hago.

Por primera vez, vio aparecer una reacción personal en los ojos de Francisco, el aspecto de algo joven y entusiasta.

—La única cosa que está errada en lo que usted ha dicho —respondió Francisco— es permitirle a cualquier persona llamar a eso malvado. —En la pausa de incrédulo silencio que hizo Rearden, él señaló a la multitud en el salón—. ¿Por qué está dispuesto a cargar con ellos?

—Porque son un montón de niños miserables que se esfuerzan por permanecer vivos, desesperadamente y con todas sus fuerzas, mientras que yo... yo ni siquiera noto la carga.

—¿Por qué no les dice eso a ellos?

—¿El qué?

—Que usted está trabajando para su propio beneficio, no para el de ellos.

—Ellos lo saben.

—Oh, sí, ellos lo saben. Todos y cada uno de los que están aquí lo saben. Pero ellos no creen que usted lo sabe. Y el objetivo de todos sus esfuerzos es evitar que usted lo sepa.

—¿Por qué debería importarme lo que ellos piensen?

—Porque es una batalla en la que uno debe dejar clara su posición.

—¿Una batalla? ¿Qué batalla? Yo tengo la sartén por el mango. No lucho contra personas que están desarmadas.

—¿Lo están? Ellos tienen un arma contra usted. Es su única arma, pero es un arma terrible. Pregúntese qué es, alguna vez.

—¿Dónde ve usted alguna evidencia de eso?

—En el hecho imperdonable de que usted sea tan infeliz como es.

Rearden podía aceptar cualquier forma de reproche, abuso o condena que cualquier persona decidiera echarle en cara: la única reacción humana que no aceptaba era la lástima. Una punzada de rabia fríamente rebelde lo trajo de vuelta al contexto total del momento. Luchando por no reconocer la naturaleza de la emoción que estaba creciendo dentro de él, habló:

—¿Qué clase de desfachatez está permitiéndose usted? ¿Cuál es su propósito?

—Digamos..., darle las palabras que necesita, para el momento en que las necesite.

—¿Por qué querría usted hablarme de un tema así?

—Con la esperanza de que usted lo recuerde.

Lo que sentía, pensó Rearden, era rabia ante el incomprensible hecho de que él se había permitido disfrutar de esa conversación. Sintió una remota sensación de traición, el indicio de un peligro desconocido.

—¿Espera que me olvide de lo que usted es? —preguntó, sabiendo que era eso lo que había olvidado.

—No espero que usted piense en mí en absoluto.

Bajo la rabia, la emoción que Rearden no reconoció permaneció tácita e impensada; él la percibía sólo como un atisbo de dolor. Si la hubiese encarado, habría sabido que aún oía la voz de Francisco diciendo: «Yo soy el único que se la ofrecerá, si usted la acepta...». Oyó las palabras y la inflexión extrañamente solemne de la voz tranquila, y una respuesta inexplicable de él mismo, algo en su interior que quería gritar que sí, que

quería aceptar, decirle a ese hombre que él lo aceptaba, que lo necesitaba..., aunque no había nombre para lo que él necesitaba; no era gratitud, y él sabía que no era gratitud lo que ese hombre había querido decir.

En voz alta, Rearden dijo:

—Yo no busqué hablar con usted. Pero usted lo ha querido, y ahora va a oírme. Para mí, hay sólo una forma de depravación humana: el hombre sin un objetivo.

—Eso es verdad.

—Puedo perdonar a todos esos otros, ellos no son maliciosos, ellos son meramente impotentes. Pero usted..., usted es el tipo que no puede ser perdonado.

—Es contra el pecado del perdón de lo que quería prevenirle.

—Usted tuvo la mayor oportunidad en la vida. ¿Qué ha hecho con ella? Si tiene la capacidad mental para entender todas las cosas que ha dicho, ¿cómo puede usted hablarme, para empezar? ¿Cómo puede mirar a alguien a la cara después del tipo de destrucción irresponsable que ha perpetrado en ese negocio mexicano?

—Está en su derecho de condenarme por ello, si lo desea.

Dagny estaba de pie en la esquina del hueco de la ventana, escuchando. Ellos no notaron su presencia. Los había visto juntos, y se había acercado, atraída por un impulso que no podía explicar ni resistir; parecía tener una importancia crucial para ella saber lo que esos dos hombres se decían el uno al otro.

Había oído algunas de las últimas frases. Nunca había pensado que fuese posible ver a Francisco recibiendo una paliza. Él podía destrozar a cualquier adversario en cualquier tipo de encuentro. Aun así, él estaba allí de pie, sin ofrecer defensa alguna. Ella sabía que no era indiferencia; conocía su rostro lo suficientemente bien como para notar el esfuerzo que le costaba su calma; veía la tenue línea de un músculo contrayendo su mejilla.

—De todos los que viven de la habilidad de otros —dijo Rearden—, usted es el único que es un verdadero parásito.

—Le he dado motivos para pensar eso.

—Entonces ¿qué derecho tiene a hablar del significado de ser un hombre? Usted es precisamente quien ha traicionado ese significado.

—Siento mucho si le he ofendido con lo que usted puede válidamente considerar una presunción.

Francisco se inclinó, y se volvió para alejarse. Rearden, sin saber que su pregunta negaba su rabia, que era una súplica para detener a este hombre y mantenerlo allí con él, dijo involuntariamente:

—¿Qué quería usted aprender a entender sobre mí?

Francisco se volvió. La expresión de su rostro no había cambiado; seguía teniendo una apariencia de respeto profundamente cortés.

—Lo he aprendido —respondió.

Rearden siguió allí de pie, observándolo mientras se perdía entre la multitud. Las figuras de un mayordomo con un plato de cristal y del doctor Pritchett encorvándose para elegir otro canapé ocultaron a Francisco de su vista. Rearden miró hacia afuera, a la oscuridad; nada se percibía allí, excepto el viento.

Cuando él salió del hueco de la ventana, Dagny fue a su encuentro; ella sonrió, invitando abiertamente a la conversación. Él se paró. A ella le pareció que se había parado de mala gana. Ella habló enseguida, para romper el silencio.

—Hank, ¿por qué tienes a tantos intelectuales de la secta saqueadora aquí? Yo no los tendría en mi casa.

Eso no era lo que ella había querido decirle. Pero no sabía lo que quería decir; nunca antes se había quedado sin palabras en su presencia.

Vio cómo los ojos de él se estrechaban, como una puerta cerrándose.

—No veo ningún motivo por el que uno no debería invitarlos a una fiesta —respondió él con frialdad.

—Oh, no era mi intención criticar tu selección de invitados. Pero..., bueno, he estado intentando no enterarme de cuál de ellos es Bertram Scudder. Si me entero, le abofetearé. —Intentó sonar informal—. No quiero crear una escena, pero no estoy segura de poder controlarme. No pude creerlo cuando alguien me dijo que la señora Rearden lo había invitado.

—*Yo* lo invité.

—Pero... —Luego bajó la voz—. ¿Por qué?

—No le doy ninguna importancia a eventos de este tipo.

—Lo siento, Hank. No sabía que eras tan tolerante. Yo no lo soy.

Él no dijo nada.

—Sé que no te gustan las fiestas. A mí tampoco. Pero a veces me pregunto... quizá seamos nosotros los únicos destinados a ser capaces de disfrutarlas.

—Me temo que no tengo talento para eso.

—No para eso. Pero ¿crees que alguna de estas personas la está disfrutando? Ellos no hacen más que esforzarse por ser más insensatos y estar más perdidos de lo normal. Ser ligeros y sin importancia... ¿Sabes?, creo que sólo si uno se siente inmensamente importante se siente verdaderamente ligero.

—No sabría qué decir.

—Es sólo un pensamiento que me perturba de vez en cuando. Eso es lo que pensé sobre mi primer baile. Sigo pensando que el propósito de las fiestas es ser celebraciones, y las celebraciones deberían ser sólo para quienes tienen algo que celebrar.

—Nunca he pensado en eso.

Ella no podía adaptar sus palabras a la rígida formalidad de los modales de él; no llegaba a creerlo del todo. Siempre se habían sentido cómodos uno con el otro, en la oficina de él. Ahora él actuaba como un hombre en una camisa de fuerza.

—Hank, míralo así. Si no conocieras a ninguna de esas personas, ¿no parecería maravilloso? Las luces y los vestidos y toda la imaginación que hizo falta para hacerlo posible... —Ella estaba mirando al salón. No notó que él no había seguido su mirada. Él estaba mirando hacia abajo, a las sombras en su hombro desnudo, las suaves sombras azules que proyectaba la luz que se filtraba entre los mechones de su cabello—. ¿Por qué se lo hemos dejado todo a los necios? Debería haber sido nuestro.

—¿De qué manera?

—No sé... Siempre he esperado que las fiestas sean emocionantes y brillantes, como alguna bebida rara. —Se rio; había una nota de tristeza en su risa—. Pero yo no bebo, tampoco. Ése es un símbolo más que no significa lo que se suponía que debía significar. —Él guardó silencio. Ella añadió—: Puede que haya algo que se nos ha escapado.

—No soy consciente de ello.

Se apoderó de ella un vacío repentino y desolado, y se alegró de que él no hubiese comprendido o respondido, sintiendo vagamente que había revelado demasiado, aunque sin saber qué había revelado. Se encogió de hombros, y el movimiento fluyó por la curva de su hombro como una leve convulsión.

—Es sólo una vieja ilusión mía —dijo ella con indiferencia—. Sólo un estado de ánimo que aparece una vez cada uno o dos años. Déjame ver el último índice de precios del acero y se me olvidará completamente.

Ella no sabía que los ojos de él la estaban siguiendo mientras se alejaba.

Dagny se movió lentamente a través de la sala, sin mirar a nadie. Observó que había un pequeño grupo acurrucado junto a la chimenea, un hogar en el que no ardía ningún fuego. En la sala no hacía frío, pero ellos estaban sentados como si la idea de un fuego inexistente los reconfortase.

—No sé por qué, pero estoy teniendo cada vez más miedo de la oscuridad. No, no ahora, sólo cuando estoy sola. Lo que me asusta es la noche. La noche como tal.

Quien hablaba era una solterona de edad con un aire de refinamiento y desesperación. Las tres mujeres y los dos hombres del grupo iban bien vestidos, la piel de sus rostros era suave y bien cuidada, pero su comportamiento estaba impregnado de una precaución ansiosa que les hacía mantener sus voces un tono por debajo de lo normal, y desdibujaba las diferencias de sus edades, dándoles a todos ellos el mismo aspecto gris de estar agotados. Era el mismo aspecto que uno veía en grupos de personas respetables en todas partes. Dagny paró y escuchó.

—Pero, querida —preguntó uno de ellos—, ¿por qué debería asustarte?

—No sé —dijo la solterona—. No tengo miedo de merodeadores o de robos o de nada parecido. Pero me quedo despierta toda la noche. Me duermo únicamente cuando veo que el cielo se vuelve pálido. Es muy extraño. Cada noche, cuando oscurece, me invade la sensación de que esa vez es definitivo, que la luz del día no volverá.

—Un primo mío que vive en la costa de Maine me escribió la misma cosa —dijo una de las mujeres.

—Anoche —dijo la solterona—, me quedé despierta por causa de los disparos. Hubo cañones disparando toda la noche, bien lejos en altamar. No hubo fogonazos. No hubo nada. Sólo esas detonaciones, a largos intervalos, en algún lugar en la niebla sobre el Atlántico.

—Leí algo sobre eso en el periódico esta mañana. Prácticas de tiro de los Guardacostas.

—Bueno, no —la solterona dijo con indiferencia—. Todo el mundo en la costa sabe lo que era. Era Ragnar Danneskjöld. Eran los Guardacostas intentando atraparlo.

—¿Ragnar Danneskjöld en la Bahía de Delaware? —ahogó un grito una mujer.

—Oh, sí. Dicen que no es la primera vez.

—¿Lo atraparon?

—No.

—Nadie puede atraparlo —dijo uno de los hombres.

—El Estado Popular de Noruega ha ofrecido una recompensa de un millón de dólares por su cabeza.

—Eso es una enorme cantidad de dinero para pagar por la cabeza de un pirata.

—Pero ¿cómo es posible que tengamos algún tipo de orden o de seguridad o de planificación en el mundo, con un pirata navegando a sus anchas por los siete mares?

—¿Sabe qué saqueó anoche? —dijo la solterona—, el gran barco de suministros de asistencia que estábamos enviando al Estado Popular de Francia.

—¿Y qué hace con los bienes que saquea?

—Ah, eso... nadie lo sabe.

—Yo conocí una vez a un marinero de un barco que él había atacado, que lo había visto en persona. Dijo que Ragnar Danneskjöld tiene un cabello del color rubio del oro más puro, y el rostro más aterrador de la Tierra, un rostro sin señal de emoción alguna. Si alguna vez nació un hombre sin corazón, ése es él, dijo el marinero.

—Un sobrino mío vio el barco de Ragnar Danneskjöld una noche, cerca de la costa de Escocia. Me escribió que no podía creer lo que veían sus ojos. Era un barco mejor que cualquiera de la Marina del Estado Popular de Inglaterra.

—Dicen que se esconde en uno de esos fiordos noruegos donde ni Dios ni hombre lo encontrarán jamás. Allí es donde los vikingos solían esconderse en la Edad Media.

—También ofrece una recompensa por su cabeza el Estado Popular de Portugal..., y el Estado Popular de Turquía.

—Dicen que es un escándalo nacional en Noruega. Él viene de una de las mejores familias del país. La familia perdió su dinero hace muchas generaciones, pero el nombre es de los más nobles. Las ruinas de su castillo aún existen. Su padre es obispo. Su padre lo ha desheredado y lo ha excomulgado. Pero eso no ha tenido ningún efecto.

—¿Sabíais que Ragnar Danneskjöld fue a la universidad en este país? Seguro. La Universidad Patrick Henry.

—¿No es en serio?

—Oh, sí. Puedes comprobarlo.

—Lo que me preocupa es que..., sabes, no me gusta. No me gusta que ahora esté apareciendo justo aquí, en nuestras propias aguas. Yo pensaba que cosas como ésa podían suceder sólo en los páramos. Sólo en Europa. Pero, un forajido a gran escala como ése, ¡operando en Delaware hoy en día!

—Lo han visto también cerca de Nantucket. Y en Bar Harbor. Los periódicos tienen órdenes de no escribir sobre el asunto.

—¿Por qué?

—No quieren que la gente sepa que la Armada no puede lidiar con él.

—No me gusta. Hay algo raro. Es como algo salido de la Edad Oscura.

Dagny levantó la mirada. Vio a Francisco d'Anconia de pie a unos pocos pasos. La estaba mirando con una cierta enfática curiosidad; sus ojos eran burlones.

—Qué mundo tan extraño es este en el que vivimos —dijo la solterona en voz baja.

—Leí un artículo —dijo una de las mujeres, sin énfasis—. Decía que los tiempos difíciles son buenos para nosotros. Es bueno que la gente esté volviéndose más pobre. Aceptar privaciones es una virtud moral.

—Supongo que sí —dijo otra, sin convicción.

—No debemos preocuparnos. Oí un discurso que decía que es inútil preocuparse o echarle la culpa a alguien. Nadie puede evitar lo que hace, es la forma como las cosas lo hicieron a él. No hay nada que podamos hacer respecto a nada. Debemos aprender a soportarlo.

—¿Y para qué, en cualquier caso? ¿Cuál es el destino del hombre? ¿No ha sido siempre el de esperar, pero nunca conseguir nada? El hombre sabio es aquel que no intenta esperar nada.

—Ésa es la actitud correcta, la que hay que tener.

—No sé... Yo ya no sé lo que es correcto... ¿Cómo podemos saberlo?

—Oh, bueno, ¿quién es John Galt?

Dagny se volvió bruscamente y comenzó a alejarse de ellos. Una de las mujeres la siguió.

—Pero yo sí lo sé —le dijo la mujer, en el tono suave y misterioso de estar compartiendo un secreto.

—Usted sabe, ¿qué?

—Yo sé quién es John Galt.

—¿Quién? —preguntó Dagny tensamente, deteniéndose.

—Conozco a un hombre que conoció a John Galt en persona. Ese hombre es un viejo amigo de una tía abuela mía. Él estaba allí y vio lo que pasó. ¿Conoce usted la leyenda de la Atlántida, señorita Taggart?

—¿Qué?

—Atlántida.

—Bueno..., vagamente.

—La Isla de los Bienaventurados. Así es como los griegos la llamaban, hace miles de años. Decían que la Atlántida era un lugar donde los espíritus de los héroes vivían con una felicidad desconocida para el resto de la Tierra. Un lugar al que únicamente los espíritus de los héroes podían acceder, y llegaban a él sin morir, porque llevaban el secreto de la vida dentro de ellos. La Atlántida se había perdido para la humanidad, incluso entonces. Pero los griegos sabían que había existido. Intentaron encontrarla. Algunos de ellos dijeron que estaba bajo tierra, escondida en el corazón de la Tierra. Pero la mayoría de ellos decían que era una isla. Una isla radiante en el océano occidental. Quizá en lo que estaban pensando era América. Nunca la encontraron. Durante muchos siglos después, los hombres dijeron que era sólo una leyenda. No creían en ella, pero nunca dejaron de buscarla, porque sabían que eso era lo que ellos tenían que encontrar.

—Ya, ¿y qué pasa con John Galt?

—Él la encontró.

Dagny había perdido interés.

—¿Y quién era él?

—John Galt era un millonario, un hombre de una riqueza inestimable. Estaba navegando en su velero una noche, en medio del Atlántico, luchando contra la peor tormenta jamás desatada en el mundo, cuando la encontró. La vio en las profundidades, donde se había hundido para escapar del alcance

de los hombres. Vio las torres de la Atlántida brillar al fondo del océano. Era una visión tal, que una vez que uno la había visto, ya no podía desear mirar el resto de la Tierra. John Galt hundió su barco y bajó con su tripulación entera. Todos ellos decidieron hacerlo. Mi amigo fue el único que sobrevivió.

—Qué interesante.

—Mi amigo lo vio con sus propios ojos —dijo la mujer, ofendida—. Eso pasó hace muchos años. Pero la familia de John Galt encubrió la historia.

—¿Y qué pasó con su fortuna? No recuerdo haber oído hablar jamás de una fortuna de Galt.

—Se hundió con él —añadió ella con beligerancia—, no tiene que creerlo si no quiere.

—La señorita Taggart no lo cree —dijo Francisco d'Anconia—. Yo sí.

Se volvieron. Él las había seguido y estaba allí mirándolas con la insolencia de una excesiva sinceridad.

—¿Ha tenido usted fe en algo, señor d'Anconia? —preguntó la mujer con enojo.

—No, madame.

Él se rio por lo bajo al verla marcharse bruscamente. Dagny preguntó fríamente:

—¿Cuál es la gracia?

—La gracia es sobre esa infeliz. No sabe que estaba diciéndote la verdad.

—¿Esperas que me crea eso?

—No.

—Entonces ¿qué es lo que te parece tan divertido?

—Oh, un montón de cosas aquí. ¿A ti no?

—No.

—Vaya, pues *ésa* es una de las cosas que me parecen divertidas.

—Francisco, ¿puedes dejarme en paz?

—Pero si lo he hecho. ¿No te diste cuenta de que fuiste tú la primera que me habló esta noche?

—¿Por qué sigues observándome?

—Curiosidad.

—¿De qué?

—Tu reacción ante las cosas que no te parecen divertidas.

—¿Por qué debería importarte mi reacción ante lo que sea?

—Ésa es mi forma de pasármelo bien, lo que, por cierto, tú no estás haciendo, ¿a que no, Dagny? Además, tú eres la única mujer a la que vale la pena observar aquí.

Ella estaba desafiantemente quieta, porque la forma en que él la miró exigía una huida airada. Estaba de pie como siempre lo hacía, recta y firme, con la cabeza levantada impacientemente. Era la pose carente de feminidad de un ejecutivo. Pero su hombro desnudo ponía en evidencia la fragilidad del cuerpo bajo el vestido negro, y la pose la convertía más verdaderamente en una mujer. La orgullosa fuerza representaba un desafío a la fuerza superior de alguien; y la fragilidad, un recordatorio de que el desafío podía ser quebrado. Ella no era consciente de nada de eso. No había conocido a nadie capaz de verlo.

Él dijo, mirando su cuerpo:

—Dagny, ¡qué magnífico desperdicio!

Ella tuvo que darse la vuelta y escapar. Sintió que se estaba sonrojando por primera vez en años: se sonrojó porque supo de pronto que esa frase nombraba lo que ella había sentido toda la noche.

Corrió, intentando no pensar. La música la hizo detenerse. Era un estallido repentino que provenía de la radio. Se dio cuenta de que allí estaba Mort Liddy, que la había encendido, agitando los brazos hacia un grupo de amigos y gritando:

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Quiero que lo oigáis!

El gran estallido de sonido eran los acordes de apertura del Cuarto Concierto de Halley. Se elevaba en tortuoso triunfo, hablando de su negación del dolor, era su himno a una visión distante. De pronto, las notas se rompieron. Fue como si alguien hubiese lanzado un puñado de lodo y guijarros a la música, y lo que siguió era el sonido del rodar y gotear. Era el Concierto de Halley convertido en una musiquilla popular. Era la melodía de Halley destrozada, y habían rellenado sus huecos con hipos. La gran afirmación de gozo se había transformado en la risilla de un bar. Aun así, seguía siendo el remanente de la melodía de Halley lo que le daba forma; era la melodía la que le daba soporte, como una espina dorsal.

—¿A que es bueno? —Mort Liddy estaba sonriéndoles a sus amigos, presumido y nervioso—. ¿Muy bueno, eh? La mejor banda sonora del año. Me hizo ganar un premio. Me consiguió un largo contrato. Sí, ésa fue mi composición para *El cielo está en tu patio*.

Dagny se quedó mirando el salón, como si un sentido pudiese sustituir a otro, como si la vista pudiese aniquilar el sonido. Movió la cabeza haciendo un círculo lento, intentando encontrar un ancla en alguna parte. Vio a Francisco inclinado contra una columna, con los brazos cruzados; estaba mirando directamente hacia ella; estaba riéndose.

«No tiembles así», pensó. «Sal de aquí.» Sabía que se avecinaba un enfado que no podría controlar. Pensó: «No digas nada. Anda con determinación. Vete».

Había comenzado a andar, con cautela, muy lentamente. Oyó las palabras de Lillian y se detuvo. Lillian lo había dicho muchas veces esa noche, en respuesta a la misma pregunta, pero era la primera vez que Dagny lo oía.

—¿Esto? —Lillian estaba diciendo, extendiendo el brazo con la pulsera de metal para que dos mujeres elegantemente acicaladas lo inspeccionaran—. Pues no, no es de una ferretería, esta pulsera es un regalo muy especial de mi esposo. Oh, sí, por supuesto que es espantosa. Pero ¿no lo veis? Se supone que no tiene precio. Por supuesto, yo la cambiaría por una pulsera de diamantes vulgar y corriente en cuanto pudiera, pero me temo que nadie me va a ofrecer una por ella, a pesar de que es tan, pero tan valiosa. ¿Por qué? Queridas mías, es la primera cosa jamás hecha de Metal Rearden.

Dagny no vio el salón. No oyó la música. Sintió la presión de una calma muerta contra los tímpanos. No supo qué momento la precedió, ni qué momentos vendrían después. No conocía a las personas involucradas, ni a ella misma, ni a Lillian, ni a Rearden, ni el significado de su propia acción. Fue un único instante, arrancado fuera de contexto. Ella lo había oído. Estaba mirando la pulsera de metal verdiazulado.

Sintió el movimiento de algo siendo arrancado de su muñeca, y oyó su propia voz diciendo en la gran quietud, con mucha calma, una voz fría como un esqueleto, carente de emoción.

—Si usted no es tan cobarde como pienso que es, me la cambiará.

En la palma de la mano, estaba extendiendo hacia Lillian su pulsera de diamantes.

—No lo dirá en serio, señorita Taggart —dijo una voz de mujer.

No era la voz de Lillian. Los ojos de Lillian estaban mirándola directamente a ella. Ella los vio. Lillian sabía que lo decía en serio.

—Deme esa pulsera —dijo Dagny, levantando la palma de la mano un poco más, con la pulsera de diamantes reluciendo en ella.

—¡Eso es horrible! —gritó una mujer. Era extraño que el grito destacase de forma tan notoria. Entonces, Dagny se dio cuenta de que había personas a su alrededor y de que todas ellas estaban allí de pie en silencio. Estaba oyendo sonidos ahora, incluso la música; era el mutilado concierto de Halley, en algún lugar lejano.

Vio la cara de Rearden. Parecía como si algo dentro de él también estuviese mutilado, como la música; ella no sabía por qué razón. Él las estaba observando.

Las comisuras de la boca de Lillian se movieron hacia arriba. El gesto parecía una sonrisa. Desprendió con un chasquido la pulsera de metal, la dejó caer en la palma de la mano de Dagny, y cogió la pulsera de diamantes.

—Gracias, señorita Taggart —dijo.

Los dedos de Dagny se cerraron sobre el metal. Sintió eso; no sintió nada más.

Lillian se dio la vuelta, porque Rearden se le había acercado. Él cogió la pulsera de diamantes que ella tenía en la mano. La abrochó alrededor de su muñeca, se acercó la mano a los labios y la besó.

No miró a Dagny.

Lillian se rio, alegre, relajada, atractiva, devolviendo la habitación a su atmósfera normal.

—Puede recuperarla, señorita Taggart, cuando cambie de idea —dijo ella.

Dagny se había alejado. Se sentía calmada y libre. La presión ya no existía. La necesidad de irse había desaparecido.

Se abrochó la pulsera de metal en la muñeca. Le gustaba sentir el peso contra su piel. Inexplicablemente, sintió un toque de vanidad femenina, de un tipo que nunca había experimentado antes: el deseo de que la vieran usando ese ornamento en particular.

En la distancia, oyó los arrebatos de voces indignadas: «El gesto más ofensivo que he visto jamás...». «Fue malvado...» «Qué bien que Lillian aceptó su oferta...» «Se lo merece, si le apetece tirar a la basura unos cuantos miles de dólares...»

Durante el resto de la velada, Rearden permaneció al lado de su mujer. Compartió sus conversaciones, se rio con sus amigos; era de repente el marido devoto, atento y lleno de admiración.

Él estaba cruzando el salón, llevando una bandeja de bebidas que alguien en el grupo de Lillian había solicitado —un acto impropio de informalidad que nadie le había visto realizar jamás— cuando Dagny se le acercó. Se detuvo y lo miró a la cara, como si estuvieran solos en su oficina. Ella estaba de pie como una ejecutiva, con la cabeza levantada. Él la miró. En su línea de visión, desde la punta de los dedos de una mano hasta su rostro, el cuerpo de ella estaba desnudo excepto por la pulsera del metal de él.

—Lo siento, Hank —dijo—, pero tuve que hacerlo.

Los ojos de él permanecieron inexpresivos. Aun así, ella estaba segura de que sabía lo que él sentía: quería darle una bofetada.

—No era necesario —respondió fríamente, y siguió andando.

Era muy tarde cuando Rearden entró en la habitación de su mujer. Ella aún estaba despierta. Una lámpara estaba encendida en la mesita de noche junto a la cama.

Ella estaba recostada en la cama, apoyada contra varias almohadas de un lino verde pálido. Su camisón era de satén verde pálido, y lo llevaba con la inmaculada perfección de una modelo de escaparate; sus lustrosos pliegues parecían tener aún el arrugado papel de seda entre ellos. La luz, matizada con una tonalidad de flores de manzano, caía sobre una mesa donde había un libro, un vaso de zumo de fruta, y accesorios de tocador de plata que relucían como instrumentos en el estuche de un cirujano. Sus brazos tenían un tinte de porcelana. En su boca lucía aún una pizca de pintalabios rosa pálido. Ella no mostraba señal alguna de cansancio después de la fiesta, ni señal alguna de vida que pudiera agotarse. La estancia era como un escaparate diseñado por un decorador, mostrando a una dama arreglada para dormir, a una dama que no ha de ser importunada.

Él aún llevaba sus ropas formales; tenía la corbata aflojada, y un mechón de cabello le caía sobre el rostro. Ella lo miró sin asombro, como si supiese hasta qué punto le había afectado a él la hora que había estado él solo en su habitación.

La miró en silencio. Hacía mucho tiempo que no entraba en la habitación de ella. Se quedó de pie, deseando no haber entrado ahora.

—¿No es costumbre hablar, Henry?

—Si lo deseas.

—Me gustaría que enviases a uno de tus brillantes expertos de la fundición a echarle un vistazo a nuestra caldera. ¿Sabes que se apagó durante la fiesta, y que a Simons le costó mucho volver a encenderla...? La señora Weston dice que nuestro mejor logro es nuestro cocinero, le encantaron los entremeses... Balph Eubank dijo algo muy gracioso sobre ti, dijo que eres un cruzado con el humo de la chimenea de una fábrica como penacho. Me alegro de que no te guste Francisco d'Anconia. No lo soporto.

Él no se molestó en explicar su presencia, ni en ocultar su derrota, ni en admitirla yéndose de la habitación. De pronto, no le importó lo que ella adivinase o sintiese. Fue andando hasta la ventana y se quedó allí de pie, mirando hacia fuera.

¿Por qué se había casado con él?, pensó. Era una pregunta que no se había hecho el día de su boda, ocho años antes. Desde entonces, en atormentada soledad, se lo había preguntado a sí mismo muchas veces. No había encontrado ninguna respuesta.

No era por posición social, pensó, ni por dinero. Ella venía de una antigua familia que tenía ambas cosas; el apellido de su familia no estaba entre los más distinguidos, y su fortuna era modesta, pero ambas cosas eran suficientes para incluirla en los círculos más altos de la sociedad neoyorquina, donde la había conocido. Nueve años atrás, él había aparecido en Nueva York como una explosión, en el resplandor del éxito de Rearden Steel, un éxito que los expertos de la ciudad habían creído imposible. Era su indiferencia la que lo hacía espectacular. Él no sabía que se esperaba que él intentase comprar su lugar entre los miembros de la alta sociedad, y que éstos se regocijaban ante el placer de poder rechazarlo. Él no tenía tiempo para percatarse de la decepción de esa gente.

Asistió, a regañadientes, a unos cuantos eventos sociales a los que le invitaron los hombres que buscaban sus favores. Él no sabía, pero ellos sí, que su cortés amabilidad era desdén hacia la gente que había esperado poder desairarlo, la gente que había dicho que la época del logro era cosa del pasado.

Fue la austeridad de Lillian lo que le atrajo, el conflicto entre su austeridad y su conducta. A él nunca le había gustado nadie, ni esperaba gustarle a nadie. Se encontró atrapado por el espectáculo de una mujer que iba obviamente tras de él, pero con evidente reticencia, como contra su propia voluntad, como si estuviera luchando contra un deseo que resentía. Fue ella quien planeó que se encontraran, y luego lo encaró fríamente, como si no le importase que él lo supiese. Ella hablaba poco; tenía un aire de misterio que parecía decirle que él nunca podría quebrantar su orgullosa indiferencia, y un aire de diversión, burlándose de su propio deseo y del de él.

No había conocido a muchas mujeres. Se había movido hacia su objetivo, barriendo a un lado todo lo que no tenía que ver con él en el mundo y en sí mismo. Su dedicación a su trabajo era como uno de los fuegos que manejaba, un fuego que quemaba cualquier elemento secundario, cualquier impureza en el blanco fluir de un único metal. Era incapaz de preocuparse a medias. Pero había veces que sentía un exceso repentino de deseo, tan violento que no podía satisfacerse en un encuentro casual. Se había rendido a él, en unas pocas y raras ocasiones a lo largo de los años, con mujeres que había pensado que le gustaban. Aquellos encuentros le habían dejado un vacío furioso, porque había buscado un acto de triunfo, aunque no sabía de qué naturaleza, pero la respuesta que recibió fue sólo la aceptación de una mujer de un placer casual, y él sabía con demasiada claridad que lo que había ganado no tenía significado. Se quedó, no con una sensación de logro, sino con la sensación de su propia degradación. Llegó a odiar su deseo. Luchó contra él. Llegó a aceptar la doctrina de que ese deseo era puramente físico, un deseo ya no de la consciencia, sino de la materia, y se rebeló contra la idea de que su carne fuese libre de elegir y de que la voluntad de su mente no pudiese influir en esa elección. Se había pasado la vida en minas y fundiciones, dando forma a la materia según sus deseos, utilizando el poder de su cerebro, y encontraba

intolerable el hecho de ser incapaz de controlar la materia de su propio cuerpo. Luchó contra ello. Había ganado cada una de sus batallas contra la naturaleza inanimada; pero ésa fue una batalla que perdió.

Era la dificultad de la conquista lo que lo hizo desear a Lillian. Parecía ser una mujer que esperaba y que merecía un pedestal; eso le hizo a él querer arrastrarla a su cama. «Arrastrarla», ésa era la palabra en su mente; le proporcionaba un placer oscuro, la sensación de una victoria que valía la pena ganar.

No pudo entender —pensaba que era fruto de un conflicto obsceno, señal de alguna depravación secreta dentro de él— por qué sentía, al mismo tiempo, un profundo orgullo al pensar en otorgarle a una mujer el título de su esposa. El sentimiento era solemne y radiante; era casi como si sintiese que quería honrar a una mujer por el acto de poseerla. Lillian parecía encajar con la imagen que él no había sabido que tenía, que no había sabido que deseaba encontrar; él veía la gracia, el orgullo, la pureza; el resto estaba en él mismo; no sabía que estaba mirando a un reflejo.

Recordó el día en que Lillian vino a su oficina desde Nueva York, por su propia y espontánea elección, y le pidió que la llevara a hacer una visita de sus fundiciones. Oyó un tono suave, bajo, sin aliento —un tono de admiración— creciendo en su voz, cuando le preguntaba sobre su trabajo y miraba el lugar a su alrededor. Él miraba cómo su figura elegante se movía contra las llamaradas de los fuegos de los hornos, y los pasos de sus tacones livianos y ligeros tropezando entre montones de desechos, mientras caminaba resueltamente a su lado. La expresión de sus ojos, cuando veía cómo se vertía una colada de acero, era como lo que él mismo sentía, hecho visible ante sus propios ojos. Cuando los ojos de ella se dirigieron a su cara, él vio la misma mirada, pero intensificada a tal punto que parecía dejarla impotente y sin palabras. Fue durante la cena, esa noche, cuando le pidió que se casase con él.

Le llevó algún tiempo después de su boda reconocer que su matrimonio era una tortura. Aún recordaba la noche en la que lo admitió, cuando se dijo a sí mismo —con las venas de las muñecas en tensión mientras estaba de pie junto a la cama, mirando a Lillian— que se merecía esa tortura, y que la aguantaría. Lillian no lo estaba mirando; ella estaba arreglándose el pelo.

—¿Puedo irme a dormir ahora? —preguntó ella.

Ella nunca le había puesto pegas; nunca le había negado nada; ella se entregaba siempre que él lo deseaba. Se entregaba como cumpliendo con la regla de que era su deber convertirse de vez en cuando en un objeto inanimado a disposición de su marido para que él la usase.

Ella no lo censuró. Dejó claro que daba por hecho que los hombres tenían instintos degradantes que conformaban la parte fea y secreta del matrimonio. Lo toleraba con condescendencia. Sonreía, con divertido disgusto, ante la intensidad de lo que él experimentaba.

—Es el pasatiempo más indigno que conozco —le dijo ella una vez—, pero nunca he albergado la ilusión de que los hombres fuesen superiores a los animales.

El deseo que sentía por ella se había extinguido durante la primera semana de su matrimonio. Lo que quedó fue sólo una necesidad que él era incapaz de destruir. Nunca había entrado en un burdel; pensaba, a veces, que el autodesprecio que experimentaría allí no podría ser peor que lo que sentía cuando sucumbía al impulso de entrar en la habitación de su mujer.

A menudo la encontraba leyendo un libro. Ella lo dejaba a un lado, con una cinta blanca para marcar las páginas. Cuando él yacía exhausto, con los ojos cerrados, aún respirando con dificultad, ella encendía la luz, tomaba el libro y continuaba con su lectura.

Se dijo a sí mismo que merecía esa tortura, porque había deseado no volver a tocarla y era incapaz de mantener su decisión. Se detestaba a sí mismo por eso. Detestaba una necesidad en la que ya no había ni pizca de gozo ni de significado, que se había convertido en la mera necesidad del cuerpo de una mujer, un cuerpo anónimo que pertenecía a una mujer a quien tenía que olvidar mientras lo abrazaba. Se llegó a convencer de que esa necesidad era algo perverso.

No condenaba a Lillian. Sentía un respeto sombrío e indiferente por ella. El odio de su propio deseo le había hecho aceptar la doctrina de que las mujeres eran puras, y que una mujer pura era una mujer incapaz de sentir placer físico.

En la silenciosa agonía de los años de su matrimonio, había habido un solo pensamiento que no se permitía considerar: el pensamiento de infidelidad. Había dado su palabra. Tenía intención de cumplirla. No era lealtad a Lillian; no era la persona de Lillian a la que deseaba proteger del deshonor, sino la persona de su mujer.

Pensó en eso ahora, de pie frente a la ventana. No había querido entrar a la habitación de su esposa. Había luchado contra ello. Había luchado, con más ferocidad aún, para no saber la razón concreta por la que no sería capaz de resistirlo esa noche. Luego, al verla, había sabido de pronto que no la tocaría. La razón que lo había llevado allí esa noche era la razón que hacía imposible eso para él.

Se quedó de pie, inmóvil, sintiéndose libre de deseo, sintiendo el desolado alivio de la indiferencia hacia su propio cuerpo, hacia esa habitación, incluso hacia su presencia allí. Le había dado la espalda para no ver su laqueada castidad. Lo que pensó que debía era respeto; lo que sentía era repugnancia.

—... pero el doctor Pritchett dijo que nuestra cultura está muriendo porque nuestras universidades tienen que depender de la limosna de los empacadores de carne, los fundidores de acero y los proveedores de cereales para el desayuno.

¿Por qué se había casado con él?, pensó. Esa voz brillante y fresca no estaba hablando por hablar. Ella sabía por qué él había ido allí. Sabía lo que provocaría en él verla tomar una lima plateada y seguir hablando alegremente mientras se pulía las uñas. Ella estaba hablando de la fiesta. Pero no mencionó a Bertram Scudder... ni a Dagny Taggart.

¿Qué había buscado al casarse con él? Sintió la presencia de algún propósito frío y calculador dentro de ella, pero no encontró nada que condenar. Ella nunca había intentado usarlo a él. No exigía nada de él. Ella no hallaba satisfacción en el prestigio del poder industrial, lo desdeñaba, prefería su propio círculo de amistades. Ella no buscaba dinero, gastaba poco, era indiferente a la clase de extravagancias que él habría podido pagar. No tenía derecho a acusarla, pensó, o a romper jamás el vínculo. Ella era una mujer de honor en su matrimonio. No quería nada material de él.

Se volvió y la miró, abatido.

—La próxima vez que des una fiesta —dijo—, limítate a tu propia gente. No invites a los que piensas que son mis amigos. No me interesa encontrarme con ellos en plan social.

Ella se rio, sorprendida y complacida.

—Tienes toda la razón, querido —dijo.

Él salió, sin añadir nada más.

¿Qué quería de él?, pensó Rearden. ¿Qué buscaba? En el universo, tal y como él lo conocía, no había respuesta.

## Capítulo VII

## Los explotadores y los explotados

Los raíles se elevaban a través de las rocas hasta las torres de perforación, y las torres de perforación se elevaban hasta el cielo. Dagny estaba de pie sobre el puente, mirando a la cima de la colina en la que el sol iluminaba un trozo de metal encima del aparejo más alto. Parecía una antorcha blanca encendida sobre la nieve en las crestas de Wyatt Oil.

Para la primavera, pensó, la vía seguiría la línea que estaba creciendo desde Cheyenne. Dejó que sus ojos siguieran los raíles verdiazulados que empezaban en las torres, descendían, cruzaban el puente y pasaban a su lado. Volvió la cabeza para seguir su curso a través de kilómetros de aire puro, donde continuaban en amplias curvas colgando en los lados de las montañas, bien lejos al final de la nueva vía, donde una locomotora grúa, como si fuera un brazo de huesos desnudos y de nervios, se movía tensamente contra el cielo.

Un tractor pasó a su lado, cargado con tornillos verdiazulados. El sonido de taladros llegaba como un constante repiqueteo desde allá abajo, donde de cables metálicos colgaban hombres, cortando la piedra en la pared del cañón para reforzar los contrafuertes del puente. Más allá, en la vía, ella podía ver a un grupo de hombres trabajando, sus brazos rígidos con la tensión de sus músculos al agarrar las empuñaduras de remachadoras eléctricas.

—Músculos, señorita Taggart —le había dicho Ben Nealy, el contratista—, músculos; eso es lo único que se necesita para construir cualquier cosa en el mundo.

Ningún contratista igual a McNamara parecía existir en ningún sitio. Ella había contratado al mejor que pudo encontrar. Ningún ingeniero del equipo de Taggart era de confianza para supervisar el trabajo; todos ellos eran escépticos sobre el nuevo metal.

—Sinceramente, señorita Taggart —le había dicho el ingeniero jefe—, al tratarse de un experimento que nadie ha intentado antes, no me parece justo que sea mi responsabilidad.

—Es la mía —había respondido ella.

Era un hombre de cuarenta y algunos años que aún conservaba los modales joviales y espontáneos de la universidad en la que se había graduado; un tiempo atrás, Taggart Transcontinental había tenido un ingeniero jefe, un hombre silencioso, de cabello gris, alto, hecho a sí mismo, que no tenía rival en ningún ferrocarril. Había dimitido hacía cinco años.

Miró abajo hacia el puente. Ella estaba de pie sobre una fina viga de acero encima de una garganta que había partido las montañas hasta una profundidad de quinientos metros. Muy al fondo, ella podía distinguir los difuminados contornos del cauce de un río seco, de peñascos amontonados, de árboles contorsionados por el paso de siglos. Se preguntó si peñascos, troncos de árboles y músculos conseguirían alguna vez atravesar ese cañón. Se preguntó por qué se encontró pensando de repente en los cavernícolas que habían vivido desnudos en el fondo de ese cañón durante siglos.

Miró arriba, a los campos petrolíferos de Wyatt. La vía se dividía en ramales entre los pozos. Ella vio los pequeños discos de conmutadores punteados contra la nieve. Eran conmutadores de metal, del tipo que había diseminados, inadvertidos, por todo el país; pero éstos estaban resplandeciendo bajo el sol, y las chispas eran verdiazuladas. Lo que significaban para ella eran horas y horas de hablar tranquilamente, pausadamente, pacientemente, tratando de dar en la diana sin centro que era la persona del señor Mowen, presidente de la Amalgamated Switch and Signal Company, Inc., de Connecticut.

—Pero, señorita Taggart, ¡mi querida señorita Taggart! Mi empresa lleva sirviendo a su empresa varias generaciones; y vaya, su abuelo fue el primer cliente de mi abuelo, así que usted no puede dudar de nuestra ilusión por hacer cualquier cosa que usted pida, pero... ¿ha dicho conmutadores hechos de Metal Rearden?

—Sí.

—Pero, ¡señorita Taggart! Piense lo que supondría tener que trabajar con ese metal. ¿Sabe que esa cosa no se funde a menos de dos mil grados...? ¿Estupendo? Bueno, puede que sea estupendo para los fabricantes de

motores, pero lo que yo estoy pensando es que eso significa un nuevo tipo de horno, un proceso totalmente nuevo, hombres que entrenar, horarios que modificar, reglas laborales que se van al traste, todo de una vez, y luego ¡sólo Dios sabe si va a salir bien o no...! ¿Cómo está tan segura, señorita Taggart? ¿Cómo puede saberlo, si nunca se ha hecho antes...? Bueno, la verdad es que yo no puedo decir que ese metal sea bueno y no puedo decir que no lo sea. Bueno, no, no tengo cómo saber si es el producto de un genio, como usted dice, o un fraude más, como mucha gente dice, señorita Taggart, mucha gente... Bueno, no, no puedo decir que importe de una forma u otra, porque ¿quién soy yo para arriesgarme con un trabajo de ese tipo?

Ella había doblado el precio de su pedido. Rearden había enviado a dos especialistas en metalurgia para entrenar, enseñar, mostrar..., para explicar cada paso del proceso, y había pagado los salarios de los hombres de Mowen mientras estaban siendo entrenados.

Ella miró los pernos en el raíl a sus pies. Significaban la noche cuando se enteró de que la Summit Casting de Illinois, la única empresa dispuesta a fabricar pernos de Metal Rearden, había quebrado, con la mitad de su pedido sin entregar. Esa noche, ella había volado hasta Chicago, había sacado de la cama a tres abogados, a un juez y a un legislador estatal, había sobornado a dos de ellos y amenazado a los otros, había obtenido un documento que era un permiso de emergencia de una legalidad que nadie jamás sería capaz de desentrañar, había conseguido abrir el candado de las puertas de la planta de la Summit Casting y había puesto un equipo al azar de trabajadores medio vestidos delante de los hornos de la fundición antes de que las ventanas se volvieran grises con la luz del día. Los equipos habían seguido trabajando, al mando de un ingeniero de Taggart y de un metalúrgico de Rearden. La reconstrucción de la Línea Río Norte no iba a ser interrumpida.

Escuchó el sonido de los taladros. El trabajo había sido detenido una vez, cuando la perforación para los contrafuertes del puente sufrió un traspié.

—No pude evitarlo, señorita Taggart —había dicho Ben Nealy, ofendido—. Usted sabe lo rápido que se desgastan las brocas. Yo había pedido unas nuevas, pero la Incorporated Tool tuvo algunos problemas, ellos no pudieron evitarlo tampoco, la Associated Steel se atrasó el

entregarles el acero a ellos, así que no hay nada que podamos hacer más que esperar. De nada sirve disgustarse, señorita Taggart. Estoy haciéndolo lo mejor que puedo.

—Le he contratado para hacer un trabajo, no para hacerlo lo mejor que pueda, sea lo que eso sea.

—Es curioso que diga eso. Ésa es una actitud impopular, señorita Taggart, muy impopular.

—Olvídese de la Incorporated Tool. Olvídese del acero. Pida brocas hechas de Metal Rearden.

—Yo no... Bastantes problemas he tenido ya con ese maldito material en esos raíles suyos. No voy a destrozar mis propios equipos.

—Una broca de Metal Rearden durará tres veces más que una de acero.

—Puede ser.

—He dicho que haga ese pedido.

—¿Quién va a pagarlo?

—Yo.

—¿Quién va a encontrar a alguien que los haga?

Ella había llamado a Rearden. Él había encontrado una planta abandonada de herramientas que estaba quebrada desde hacía mucho tiempo. En menos de una hora se la había comprado a los parientes de su último dueño. En menos de un día, la planta había sido reabierta. En menos de una semana, habían sido enviadas al puente en Colorado brocas de Metal Rearden.

Ella miró el puente. Representaba un problema resuelto de mala manera, pero ella había tenido que aceptarlo. El puente, cuatrocientos metros de acero a través de un desfiladero negro, había sido construido en tiempos del hijo de Nat Taggart. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser seguro; había sido remendado con travesaños de acero, luego, de hierro, y luego de madera; ya ni valía la pena reparar más. Ella había pensado en un nuevo puente de Metal Rearden. Le había pedido al ingeniero jefe que le entregase un diseño y un presupuesto. El diseño era el esquema de un puente de acero que había sido pobremente optimizado para aprovechar las características del nuevo metal; el coste hacía que el proyecto fuese imposible de considerar.

—Le ruego que me perdone, señorita Taggart —había dicho el ingeniero, irritado—. No sé qué quiere usted decir cuando dice que no he hecho uso del metal. Este diseño es una adaptación de los mejores puentes conocidos. ¿Qué otra cosa esperaba usted?

—Un nuevo método de construcción.

—¿Qué quiere decir con un nuevo método?

—Quiero decir que, cuando los hombres consiguieron acero estructural, no lo usaron para construir copias de acero de puentes de madera —dijo. Y añadió, hastiada—: Deme un presupuesto de lo que necesitaremos para hacer que nuestro viejo puente dure cinco años más.

—Sí, señorita Taggart —había dicho él, contento—. Si lo reforzamos con acero...

—Lo reforzaremos con Metal Rearden.

—Sí, señorita Taggart —había dicho, fríamente.

Ella miró las montañas cubiertas de nieve. Su trabajo había parecido difícil a veces, en Nueva York. Ella había tenido sus momentos en blanco, en medio de su oficina, paralizada por desesperación ante la rigidez del tiempo, que ella no podía estirar más..., un día en el que entrevistas urgentes se habían sucedido una tras otra, cuando había hablado de locomotoras diésel deterioradas, de vagones de carga pudriéndose, de sistemas de señales fallando, de ingresos cayendo, mientras pensaba en la última emergencia en la construcción de la Río Norte; cuando había hablado, con la visión de dos líneas de metal verdiazulado cruzando su mente; cuando había interrumpido las discusiones, al darse cuenta de pronto de por qué una cierta noticia la había perturbado, y cogía el teléfono para llamar a su contratista, para decirle:

—¿Dónde compras los víveres para tus hombres...? Ah, eso pensé. Pues mira, Barton and Jones, de Denver, quebró ayer. Más te vale encontrar otro proveedor de inmediato, si no quieres ser responsable de una hambruna.

Había estado construyendo la línea desde su despacho en Nueva York. Todo había parecido difícil. Pero ahora estaba mirando la vía. La vía estaba creciendo. Quedaría terminada a tiempo.

Oyó pasos nítidos y acelerados, y se volvió. Un hombre estaba subiendo por la vía. Era alto y joven, su cabeza de pelo negro estaba descubierta en el aire frío; llevaba una chaqueta de cuero, pero no parecía

un trabajador corriente, había una imperiosa seguridad en su forma de andar. No pudo reconocer su cara hasta que estuvo más cerca. Era Ellis Wyatt. Ella no lo había vuelto a ver desde aquella entrevista en su despacho.

Él se acercó, se detuvo, la miró y sonrió.

—Hola, Dagny —dijo.

En un único *shock* de emoción, ella supo todo lo que esas dos palabras querían transmitirle: era perdón, comprensión, reconocimiento. Era un saludo.

Se rio, como una niña, feliz por las cosas que estaban yendo bien.

—Hola —dijo, tendiéndole la mano.

La mano de él retuvo la de ella unos instantes más de lo que un saludo requería. Era su firma dejando atrás una cuenta resuelta y entendida.

—Dile a Nealy que levante nuevas vallas de contención de nieve de dos kilómetros de largo en el puerto de Granada —dijo—. Las antiguas están podridas. No aguantarán otra tormenta. Mándale un quitanieves nuevo. El que tiene es pura chatarra que no conseguiría ni barrer un patio. Las grandes nevadas están por llegar cualquier día.

Ella lo contempló durante un momento.

—¿Con qué frecuencia has estado haciendo esto? —preguntó.

—¿El qué?

—Venir a ver el trabajo.

—De vez en cuando. Cuando tengo tiempo. ¿Por qué?

—¿Estabas aquí la noche en que se produjo el desprendimiento de rocas?

—Sí.

—Me sorprendió la rapidez y la perfección con que limpiaron la vía, cuando recibí los informes sobre eso. Me hizo pensar que Nealy era un hombre mejor de lo que yo creía.

—No lo es.

—¿Fuiste tú quien organizó el sistema de llevar los suministros diarios más adelante en la vía?

—Desde luego. Sus hombres se pasaban la mitad del tiempo buscando cosas. Dile que les eche un ojo a los depósitos de agua. Se le van a congelar cualquiera de estas noches. Mira a ver si le puedes conseguir una nueva excavadora. No me gusta la pinta de la que tiene. Verifica su sistema de cables.

Ella lo miró durante un momento.

—Gracias, Ellis —dijo.

Él sonrió, y continuó su camino. Ella lo miró atravesar el puente, iniciar la larga subida hacia sus torres de perforación.

—Cree que es el dueño del lugar, ¿eh?

Ella se volvió, sobresaltada. Ben Nealy se le había acercado; su pulgar estaba apuntando a Ellis Wyatt.

—¿De qué lugar?

—Del ferrocarril, señorita Taggart. De su ferrocarril. O del mundo entero, tal vez. Eso es lo que él cree.

Ben Nealy era un hombre corpulento con una cara blanda y tristona. Sus ojos eran inexpresivos y obstinados. En la azulada luz de la nieve, su piel tenía un tinte de mantequilla.

—¿Por qué no para de rondar por aquí? —dijo Nealy—. Como si nadie conociese su propio trabajo más que él. Arrogante presumido. ¿Quién se cree que es?

—Maldito seas —dijo Dagny lisamente, sin levantar la voz.

Nealy no podía saber qué le había hecho decirlo. Pero alguna parte de él, a su manera, lo sabía: la cosa chocante para ella fue que él no estaba sorprendido. No dijo nada.

—Vamos a tu oficina —dijo ella, con aire cansado, señalando un viejo vagón en un ramal en la distancia—. Ten a alguien allí que tome notas.

—Y sobre esas traviesas, señorita Taggart —dijo rápidamente cuando empezaron a andar—. El señor Coleman, de su oficina, las aprobó. No dijo nada de que la madera esté gastada. No comprendo por qué ellos están...

—He dicho que vamos a sustituirlas.

Cuando salió del vagón, exhausta después de dos horas de esforzarse por ser paciente, por instruir, por explicar..., vio un coche aparcado al pie del puente, un descapotable negro, resplandeciente y nuevo. Un coche nuevo era algo digno de ver en cualquier lugar; uno no los veía con frecuencia.

Miró a su alrededor y ahogó una exclamación al ver la alta figura de pie en la base del puente. Era Hank Rearden; ella no había esperado encontrarle en Colorado. Él parecía absorto en cálculos, lápiz y libreta en mano. Su ropa le llamó la atención, igual que el coche, y por la misma razón: llevaba una simple gabardina y un sombrero con el ala inclinada,

pero que eran de tal calidad, tan flagrantemente caros, que parecían ostentosos entre las toscas vestimentas de gente en cualquier lugar, y más ostentosos aún por llevarlos con tanta naturalidad.

Ella se dio cuenta de que estaba corriendo hacia él; había perdido toda huella de agotamiento. Luego, recordó que no lo había visto desde la fiesta. Se detuvo.

Al verla, él hizo una señal con la mano con un gesto de complacido y sorprendido saludo, y fue adelante a encontrarse con ella. Estaba sonriendo.

—Hola —dijo él—. ¿Tu primer viaje al trabajo?

—No, el quinto en tres meses.

—No sabía que estabas aquí. Nadie me lo dijo.

—Pensé que te vendrías abajo algún día.

—¿Venirme abajo?

—Lo suficiente para venir y ver esto. Ahí tienes tu metal. ¿Qué te parece? —Él miró a su alrededor—. Si alguna vez decides dejar el negocio ferroviario, avísame.

—¿Me darías un trabajo?

—Cuando quieras.

Ella lo miró durante un momento.

—Estás sólo medio de broma, Hank. Creo que te gustaría que yo te pidiera trabajo. Tenerme como empleada en vez de como cliente. Dándome órdenes que obedecer.

—Sí, me gustaría.

Ella dijo, su cara seria:

—No dejes el negocio del acero. Yo no te prometo un trabajo en el ferrocarril.

Él rio.

—No lo intentes.

—¿El qué?

—Ganar cualquier batalla cuando sea yo quien ponga las reglas.

Ella no contestó. Estaba impactada por lo que las palabras le hicieron sentir; no era una emoción, sino una sensación física de placer que ella no podía nombrar o comprender.

—Por cierto —dijo él—. Éste no es mi primer viaje. Estuve aquí ayer.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Oh, vine a Colorado para asuntos particulares míos, así que pensé en echarle un vistazo a esto.

—¿Qué estás buscando?

—¿Por qué supones que estoy buscando algo?

—No perderías el tiempo viniendo aquí sólo para echar un vistazo. Y menos dos veces.

Él se rio.

—Es verdad. —Señaló el puente—. Estoy buscando eso.

—¿Qué le pasa?

—Está listo para que se lo lleven a la chatarra.

—¿Crees que no lo sé?

—Vi las especificaciones de tu pedido de refuerzos de Metal Rearden para ese puente. Estás tirando el dinero. La diferencia entre lo que estás pensando gastar en una chapuza que durará un par de años, y el coste de un nuevo puente de Metal Rearden, es comparativamente tan pequeña que no veo por qué quieres molestarte en conservar esa pieza de museo.

—He pensado en un nuevo puente de Metal Rearden. He hecho que mis ingenieros me pasen un presupuesto.

—¿Y qué te han dicho?

—Dos millones de dólares.

—¡Por Dios!

—¿Qué dirías tú?

—Ochocientos mil.

Ella lo miró. Sabía que él nunca hablaba por hablar. Preguntó, intentando sonar calmada:

—¿Cómo?

—Así.

Le mostró su libreta de apuntes. Ella vio las desarticuladas anotaciones que él había hecho, un montón de cifras, unos cuantos bosquejos. Ella entendió su esquema antes de que él terminara de explicarlo. No se dio cuenta de que se habían sentado sobre una pila de maderas congeladas, que sus piernas estaban presionadas contra las burdas tablas y que podía sentir el frío a través de sus finas medias. Ambos estaban inclinados sobre unos pocos pedazos de papel que harían posible que miles de toneladas de carga cruzaran una brecha de espacio vacío. La voz de él sonaba nítida y clara, mientras explicaba fuerzas, tracciones, cargas, presiones del viento. El

puente estaría hecho de un único entramado de cuatrocientos metros de longitud. Él había ideado un nuevo tipo de entramado. Nunca había sido fabricado antes, y no podría serlo excepto con componentes que tuvieran la fuerza y la ligereza del Metal Rearden.

—Hank —preguntó ella—, ¿has inventado eso en dos días?

—Ni hablar. Lo «inventé» mucho antes de tener el Metal Rearden. Se me ocurrió cuando estaba fabricando acero para puentes. Quería un metal con el que uno fuese capaz de hacer esto, entre otras cosas. He venido aquí para ver tu problema específico por mí mismo.

Él se rio por lo bajo cuando vio el lento movimiento de la mano de ella sobre sus ojos, y la línea de amargura en su boca, como si estuviese intentando erradicar las cosas contra las que había estado librando una batalla tan agotadora y desesperanzada.

—Esto es sólo un bosquejo inicial —dijo él—, pero creo que ves lo que se puede hacer.

—No te puedo decir todo lo que veo, Hank.

—No te molestes. Lo sé.

—Estás salvando a Taggart Transcontinental por segunda vez.

—Tú solías ser una mejor psicóloga que eso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué diablos me importaría a mí salvar a Taggart Transcontinental? ¿No sabes que quiero tener un puente de Metal Rearden para mostrarle al país?

—Sí, Hank, lo sé.

—Hay demasiada gente gruñendo y voceando que los raíles de Metal Rearden no son seguros. Así que pensé en darles algo por lo que realmente gruñir. Que vean un puente de Metal Rearden.

Ella lo miró y se echó a reír a carcajadas, simplemente encantada.

—¿A qué viene eso? —preguntó él.

—Hank, no conozco a nadie, a nadie en todo el mundo, que pensaría en darle una respuesta así a la gente en semejantes circunstancias..., sólo a ti.

—¿Y tú? ¿Quieres construir la respuesta conmigo y enfrentarte a los mismos gruñidos?

—Sabes muy bien que sí.

—Sí. Lo sabía.

La miró, entornando los ojos; no se rio como ella se había reído, pero la mirada era su equivalente.

Ella recordó de pronto su último encuentro, en la fiesta. El recuerdo le pareció increíble. Lo cómodos que estaban uno con el otro —la extraña y etérea sensación, que incluía el conocimiento de que era la única sensación de comodidad que cada uno de ellos encontraba en cualquier parte— hacía imposible la idea de hostilidad. Y, sin embargo, ella sabía que la fiesta había tenido lugar; él actuaba como si no lo hubiera hecho.

Caminaron hasta el borde del cañón. Juntos, miraron la oscura pendiente, el ascenso de las rocas más allá, el sol bien alto sobre las torres de Wyatt Oil. Ella estaba de pie, con los pies separados sobre las piedras heladas, resistiendo el viento con firmeza. Podía sentir, sin tocarla, la línea del pecho de él detrás de su hombro. El viento azotaba el abrigo de ella contra las piernas de él.

—Hank, ¿crees que podemos construirlo a tiempo? Sólo quedan seis meses.

—Seguro. Llevará menos tiempo y menos trabajo que cualquier otro tipo de puente. Deja que mis ingenieros desarrollen el esquema básico y te lo propongan. No hay obligación por tu parte. Sólo míralo y decide por ti misma si puedes permitírtelo. Podrás. Después, puedes dejar que tus universitarios se encarguen de los detalles.

—¿Y qué hay del metal?

—Lo haré fundir aunque tenga que echar fuera todos los demás pedidos de la fundición.

—¿Podrás fabricarlo con un aviso previo tan corto?

—¿Me he atrasado alguna vez en algún pedido tuyo?

—No. Pero tal como van las cosas hoy día, quizá no puedas evitarlo.

—¿Con quién crees que estás hablando..., con Orren Boyle?

Ella se rio.

—Muy bien. Hazme llegar los diseños lo antes posible. Les echaré un vistazo y te daré mi respuesta en cuarenta y ocho horas. En cuanto a mis universitarios, ellos... —Se detuvo, frunciendo el ceño—. Hank, ¿por qué es tan difícil encontrar gente buena para cualquier trabajo hoy día?

—No lo sé.

Él miró a las líneas de las montañas dibujadas sobre el cielo. Una fina columna de humo estaba elevándose desde un valle distante.

—¿Has visto los nuevos pueblos de Colorado, y las fábricas? —preguntó.

—Sí.

—Es estupendo, ¿verdad?, ver el tipo de hombres que se han reunido aquí, procedentes de todos los rincones del país. Todos ellos jóvenes, todos ellos empezando desde casi cero y moviendo montañas.

—¿Qué montaña has decidido mover tú?

—¿Por qué?

—¿Qué estás haciendo en Colorado?

Él sonrió.

—Mirando una propiedad minera.

—¿De qué tipo?

—Cobre.

—¡Cielos! ¿Es que no tienes suficiente que hacer?

—Sé que es un trabajo complicado. Pero el suministro de cobre se está convirtiendo en algo absolutamente nada fiable. No parece quedar en el país ni una sola empresa de primera en ese negocio, y no quiero tratar con d'Anconia Copper. No confío en ese *playboy*.

—Te entiendo perfectamente —dijo ella, desviando la vista.

—Así que, si no queda ninguna persona competente que lo haga, tendré que extraer mi propio cobre, como extraigo mi propio mineral de hierro. No puedo arriesgarme a tener interrupciones por causa de fallos y carencias. Necesito mucha cantidad de cobre para el Metal Rearden.

—¿Has comprado la mina?

—Aún no. Tengo unos cuantos problemas que solucionar. Conseguir los hombres, la maquinaria, el transporte.

—¡Oh...! —Ella se rio—. ¿Vas a hablarme de construir un ramal hasta allí?

—Podría ser. No hay límites a lo posible en este Estado. ¿Sabes que tienen todo tipo de recursos naturales aquí, esperando, sin explotar? ¡Y la forma en que sus fábricas están creciendo! Me siento diez años más joven cuando vengo aquí.

—Yo no. —Ella estaba mirando hacia el Este, más allá de las montañas—. Yo pienso en el contraste con todo el resto del sistema Taggart. Hay menos que transportar, menos tonelaje producido cada año. Es como si..., Hank, ¿qué le está pasando al país?

—No lo sé.

—No hago más que pensar en lo que nos contaban en la escuela sobre el sol perdiendo energía y volviéndose más frío cada año. Recuerdo que me preguntaba, entonces, cómo serían los últimos días del mundo. Creo que sería... como esto. Cada vez más frío, y las cosas parando.

—Yo nunca creí esa historia. Pensé que para cuando el sol quede exhausto, los hombres habrán encontrado un sustituto.

—¿Ah, sí? Es curioso. Yo pensé eso también.

Él señaló la columna de humo.

—Ahí tienes tu nuevo amanecer. Es lo que va a alimentar al resto.

—Si algo no lo detiene.

—¿Crees que puede ser detenido?

Ella miró al raíl bajo sus pies.

—No —dijo.

Él sonrió. Miró abajo, al raíl; luego, dejó que sus ojos siguieran a lo largo de la vía, por las laderas de las montañas, hasta la distante grúa. Ella vio dos cosas, como si, por un momento, las dos fueran las únicas que aparecían en su campo de visión: las líneas del perfil de él, y la línea verdiazulada serpenteando a través del espacio.

—Lo hemos conseguido, ¿verdad? —dijo él.

En pago por cada esfuerzo, por cada noche de insomnio, por cada silenciosa resistencia contra la desesperación, ese momento es todo lo que ella quería.

—Sí, lo hemos conseguido.

Ella miró a lo lejos, se fijó en una vieja grúa en una vía muerta, y pensó que sus cables estaban gastados y necesitarían ser repuestos. Ésa era la gran claridad de estar más allá de toda emoción, después de la recompensa de haber sentido todo lo que uno podía sentir. El logro de ambos, pensó ella, y el momento de reconocerlo, de haberlo poseído juntos..., ¿qué mayor intimidad puede uno compartir? Ahora quedaba libre para pensar en las cosas más sencillas y corrientes del momento, porque nada podría carecer de sentido para ella.

Se preguntó qué la hacía estar segura de que él sentía lo mismo. Él se volvió bruscamente y empezó a andar hacia su coche. Ella lo siguió. No se miraron el uno al otro.

—Tengo que salir para el Este dentro de una hora —dijo él.

Ella señaló el coche.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Aquí. Es un Hammond. Hammond de Colorado; son los únicos que siguen fabricando buenos coches. Lo acabo de comprar en este viaje.

—Excelente trabajo.

—Sí, ¿verdad?

—¿Vas a conducirlo de vuelta a Nueva York?

—No. Voy a dejar que lo lleven. Vine en mi avión aquí.

—¿Ah, sí? Yo vine conduciendo desde Cheyenne, porque tenía que ver la línea, pero estoy deseando llegar a casa cuanto antes. ¿Puedes llevarme? ¿Puedo volar de vuelta contigo?

Él no respondió de inmediato. Ella advirtió el momento vacío de una pausa.

—Lo siento —dijo él; ella se preguntó si había imaginado la nota de brusquedad en su voz—. No voy a volar directamente a Nueva York. Voy a Minnesota.

—Vale, pues entonces trataré de encontrar un avión de línea, a ver si consigo encontrar uno hoy.

Ella vio desaparecer el coche por la serpenteante carretera. Llegó conduciendo al aeropuerto una hora después. El lugar era un pequeño aeródromo al fondo de una hendidura en la desolada cadena de montañas. Había manchas de nieve sobre la dura y accidentada tierra. El poste de una baliza fija estaba a un lado, arrastrando cables por el suelo; los otros postes habían sido derribados por una tormenta.

Un solitario empleado salió a su encuentro.

—No, señorita Taggart —dijo, sintiéndolo—, no hay aviones hasta pasado mañana. Hay un solo vuelo transcontinental cada dos días, sabe, y el que debería haber llegado hoy está sin poder volar, allá en Arizona. Problemas con el motor, como de costumbre. —Y añadió—: Es una pena que usted no haya llegado un poco antes. El señor Rearden salió para Nueva York, en su avión particular, sólo hace un rato.

—Él no iba a volar a Nueva York, ¿o sí?

—Pues sí. Eso es lo que dijo.

—¿Está seguro?

—Dijo que tenía una cita allí esta noche.

Ella miró el cielo hacia el Este, con la mirada vacía, sin moverse. No tenía ninguna pista para ninguna razón, nada en lo que basarse, nada con lo que sopesar eso o combatirlo o entenderlo.

—¡Malditas calles! —dijo James Taggart—. Vamos a llegar tarde.

Dagny miró hacia delante, más allá de la espalda del chófer. A través del semicírculo marcado por el limpiaparabrisas sobre el cristal veteado de nieve, ella vio techos negros, desgastados o relucientes de coches formando una línea inmóvil. Allá delante, a lo lejos, el resplandor de un farol rojo, a baja altura sobre el suelo, marcaba una excavación en la calle.

—Hay averías en una calle sí y otra no —dijo Taggart, irritado—. ¿Por qué alguien no las arregla del todo de una vez?

Ella se reclinó en el asiento, ajustándose el cuello de su chal. Se sentía exhausta al final de una jornada que había empezado en su escritorio, en su oficina, a las siete de la mañana; fue un día que ella había interrumpido, incompleto, para correr a casa y cambiarse, porque le había prometido a Jim hablar en la cena del Consejo Empresarial de Nueva York.

—Quieren que les demos una charla sobre el Metal Rearden —había dicho él—. Tú puedes hacerlo mucho mejor que yo. Es muy importante que presentemos un buen argumento. Hay mucha controversia sobre el Metal Rearden.

Sentada a su lado en el coche de él, ella lamentó haber aceptado. Miró las calles de Nueva York pensando en la carrera entre el Metal Rearden y el tiempo; entre los raíles de la Línea Río Norte y el paso de los días. Sintió como si sus nervios estuviesen siendo tensados por la inmovilidad del coche, por la culpa de perder una noche cuando no podía darse el lujo de perder ni una hora.

—Con todos esos ataques a Rearden que uno oye por todos sitios —dijo Taggart—, él podría necesitar algunos amigos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Quieres decir que quieres ponerte de su parte?

No contestó de inmediato; preguntó, su voz apática:

—Ese informe del comité especial del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas, ¿qué piensas de él?

—Ya sabes lo que pienso de él.

—Dijeron que el Metal Rearden es una amenaza a la seguridad pública. Dijeron que su composición química es defectuosa, es quebradiza, se descompone molecularmente, se partirá de repente, sin previo aviso. —Se detuvo, como si estuviera suplicando una respuesta. Ella no respondió. Él preguntó ansiosamente—: No has cambiado de opinión al respecto, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre ese metal.

—No, Jim, no he cambiado de opinión.

—Son expertos, sabes..., los hombres de ese comité..., los mayores expertos..., jefes metalúrgicos de las mayores corporaciones, con una lista de diplomas de universidades de todo el país... —Lo dijo sin alegría, como si le estuviera implorando a ella que le hiciese dudar de esos hombres y de su veredicto.

Ella lo observó, perpleja; eso no era natural en él.

El coche traqueteó hacia delante. Se movió lentamente por un hueco en una barrera de tablones, pasando al lado del agujero de una cañería maestra que estaba rota. Ella vio el nuevo tubo apilado para la excavación; el tubo tenía una marca: Stockton Foundry, Colorado. Ella desvió la vista; prefería que no le recordaran a Colorado.

—No puedo entenderlo —dijo Taggart, miserablemente—. Los mayores expertos del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas...

—¿Quién es el presidente del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas, Jim? Orren Boyle, ¿verdad?

Taggart no se volvió hacia ella, pero su mandíbula se abrió de repente.

—Si ese gordinflón cree que puede... —empezó, pero paró y no terminó.

Ella miró a una farola en la esquina de la calle. Era un globo de cristal lleno de luz. Colgaba, protegido contra las tormentas, iluminando ventanas entabladas y aceras quebradas, como su único guardián. Al final de la calle, al otro lado del río, contra el resplandor de una fábrica, ella vio el fino contorno de una central eléctrica. Un camión pasó, ocultando su visión. Era el tipo de camión que suministraba a la central eléctrica..., un camión cisterna, con su brillante nueva pintura inmune al aguanieve, verde con letras blancas: Wyatt Oil, Colorado.

—Dagny, ¿has oído hablar de la discusión en el sindicato de trabajadores de acero estructural, en la reunión que tuvieron en Detroit?

—No. ¿Qué discusión?

—Estaba en todos los periódicos. Hablaron sobre si a sus miembros se les deber permitir o no trabajar con Metal Rearden. No tomaron una decisión, pero fue suficiente para el contratista que iba a apostar por el Metal Rearden. Canceló su pedido, ¡y rápido!... ¿Y si..., y si todo el mundo decide estar en contra de él?

—Que lo hagan.

Un punto luminoso estaba subiendo en línea recta hacia la parte superior de una torre invisible. Era el ascensor de un gran hotel. El coche pasó por el callejón lateral del edificio. Unos hombres estaban trasladando una pieza pesada y embalada desde un camión hasta el sótano. Ella vio el nombre sobre el embalaje: Nielsen Motors, Colorado.

—No me gusta la resolución adoptada por la convención de maestros de escuela de Nuevo México —dijo Taggart.

—¿Qué resolución?

—Decidieron que era su opinión que a los niños no debería permitírseles viajar en la nueva Línea Río Norte de Taggart Transcontinental cuando esté completada, por no ser segura... Lo dijeron específicamente, la nueva línea de *Taggart Transcontinental*. Estaba en todos los periódicos. Es una publicidad terrible para nosotros... Dagny, ¿qué deberíamos hacer para responderles?

—Poner en marcha el primer tren en la nueva Línea Río Norte.

Él permaneció callado durante un largo rato. Parecía extrañamente derrotado. Ella no podía entenderlo: no alardeó, no usó las opiniones de sus autoridades favoritas contra ella, parecía estar suplicando que lo tranquilizaran.

Un coche los pasó velozmente; ella pudo vislumbrar un momento de potencia... un movimiento suave y confiado, y una brillante carrocería. Sabía el modelo del coche: Hammond, Colorado.

—Dagny, ¿vamos a..., vamos a tener esa línea terminada... a tiempo?

Era extraño oír una nota de simple emoción en su voz, el sonido sin complicaciones de un terror animal.

—¡Dios proteja a esta ciudad, si no! —respondió ella.

El coche dobló una esquina. Sobre las negras azoteas de la ciudad, ella vio la página del calendario, iluminada por la blanca claridad de un reflector. Decía: 29 de enero.

—¡Dan Conway es un cabrón!

Las palabras estallaron de repente, como si él no pudiera contenerlas por más tiempo.

Ella lo miró, asombrada.

—¿Por qué?

—Se negó a vendernos la vía de Colorado de la Phoenix-Durango.

—¿No habrás...? —Tuvo que parar. Empezó de nuevo, manteniendo su voz plana para no gritar—: ¿No lo habrás abordado al respecto?

—¡Claro que lo he hecho!

—¿No esperarías que... te la vendiera... a ti?

—¿Por qué no? —Su actitud histéricamente beligerante había vuelto —. Le ofrecí más que nadie. No habríamos tenido el coste de desmontarla y llevárnosla, podríamos haberla usado como estaba. Y habría sido una estupenda publicidad para nosotros... que estamos abandonando la vía de Metal Rearden por deferencia a la opinión pública. ¡Cada centavo de ella habría valido la pena en buena voluntad! Pero el hijo de perra se negó. Ha llegado a declarar que ni un metro de raíl sería vendido a Taggart Transcontinental. Lo está vendiendo a pedazos, a cualquiera que llega, a ferrocarriles de medio pelo en Arkansas o en Dakota del Norte, vendiéndolo con pérdidas, por mucho menos de lo que yo le había ofrecido, ¡el cabrón! ¡Ni siquiera quiere sacar un beneficio! ¡Deberías ver a esos buitres volando en tropel hacia él! Ellos saben que nunca habrían tenido la posibilidad de conseguir raíl en ningún otro sitio.

Ella estaba sentada con la cabeza inclinada. No podía soportar mirarlo.

—Creo que es contrario a la intención de la Regla Anticompetencia-despiadada —dijo, irritado—. Creí que era la intención y el objetivo de la Alianza Nacional de Ferrocarriles proteger los sistemas esenciales, no los rurales insignificantes de Dakota del Norte. Pero no puedo conseguir que la Alianza vote sobre eso ahora, porque están todos allí, compitiendo como locos con sus ofertas para comprar ese raíl.

Ella dijo muy despacio, como si deseara que fuese posible usar guantes para manejar las palabras:

—Ya veo por qué quieres que defienda el Metal Rearden.

—No sé lo que...

—Cállate, Jim —dijo ella con calma.

Él se quedó callado durante un momento. Luego, echó la cabeza para atrás y gruñó desafiante:

—Más te vale hacer un buen trabajo defendiendo el Metal Rearden, porque Bertram Scudder puede ser bastante sarcástico.

—¿Bertram Scudder?

—Él va a ser uno de los presentadores esta noche.

—¿Uno de...? No me dijiste que iba a haber otros presentadores.

—Bueno..., yo... Pero ¿qué más da? No tendrás miedo de él, ¿verdad?

—El Consejo Empresarial de Nueva York... ¿y tú invitas a Bertram Scudder?

—¿Por qué no? ¿No crees que es buena idea? Él no guarda ningún rencor hacia los empresarios, la verdad es que no. Ha aceptado la invitación. Queremos ser abiertos de mente, oír todos los puntos de vista y, tal vez, incluso convencerlo... Bueno, ¿qué estás mirando? Serás capaz de ganarle, ¿no?

—¿Ganarle...?

—En la radio. Va a ser una transmisión de radio. Vas a debatir con él la pregunta: «¿Es el Metal Rearden un letal producto de la avaricia?».

Ella se inclinó hacia delante. Abrió el cristal que la separaba del asiento de delante, ordenando:

—¡Pare el coche!

No oyó lo que Taggart estaba diciendo. Se dio cuenta remotamente de que su voz se había convertido en gritos:

—¡Están esperando...! ¡Quinientas personas en la cena, y una transmisión nacional...! ¡No puedes hacerme esto! —La cogió del brazo, gritando—. Pero ¿por qué?

—¡Maldito estúpido! ¿Crees que yo considero esa pregunta debatible?

El coche paró, ella salió de un salto y corrió.

Lo primero que notó al cabo de un rato fueron sus sandalias. Iba andando despacio, con normalidad, y era extraño sentir la piedra congelada bajo las delgadas suelas de sus sandalias de seda negra. Se echó el cabello hacia atrás, apartándolo de la frente, y sintió gotas de aguanieve derritiéndose en la palma de la mano.

Estaba tranquila ahora; la cegadora cólera había desaparecido; no sentía nada más que un pesado cansancio. Le dolía un poco la cabeza, se dio cuenta de que tenía hambre, y se acordó de que iba a cenar en el Consejo Empresarial. Siguió andando. No quería comer. Pensó que tomaría un café en algún lugar, y luego se iría en un taxi a casa.

Miró a su alrededor. No había taxis a la vista. No conocía el barrio. No parecía ser un barrio bueno. Vio un espacio vacío al otro lado de la calle, un parque abandonado rodeado por una línea quebrada que empezaba en rascacielos distantes y se convertía en chimeneas de fábricas; vio unas cuantas luces en las ventanas de casas desvencijadas, unas cuantas tiendas pequeñas y mugrientas que ya estaban cerradas, y la niebla del East River a dos manzanas de distancia.

Empezó a andar en dirección al centro de la ciudad. La negra sombra de unas ruinas surgió frente a ella. Aquello había sido un edificio de oficinas, mucho tiempo atrás; ella podía ver el cielo a través del desnudo esqueleto de acero y de los restos quebrados de ladrillos que se habían desmoronado. En la sombra de las ruinas, como una hoja de hierba luchando por vivir entre las raíces de un gigante muerto, había una pequeña cafetería. Sus ventanas eran una brillante banda de cristal y luz. Ella entró.

Había un limpio mostrador dentro, con una reluciente tira de cromo en los bordes. Había una brillante olla de metal, y un olor a café. Unos cuantos vagabundos estaban sentados en la barra; un hombre fornido entrado en años estaba detrás de la barra, con su camisa blanca arremangada hasta los codos. El aire caliente le hizo darse cuenta, en simple agradecimiento, de que había tenido frío. Se envolvió en su capa de terciopelo negro, y se sentó en la barra.

—Un café, por favor —dijo.

Los hombres la miraron sin curiosidad. No parecían sorprendidos de ver a una mujer en traje de noche entrar en una cafetería de un barrio como ése; nada le sorprendía ya a nadie en esos días. El dueño, impasible, se puso a preparar lo que ella había pedido; en su flemática indiferencia se reflejaba el tipo de amabilidad que no hace preguntas.

Ella no llegaba a poder saber si los cuatro sentados en la barra eran mendigos o trabajadores; ni sus ropas ni sus modales mostraban la diferencia, esos días. El dueño puso una taza de café delante de ella. Ella cerró ambas manos alrededor de la taza, encontrando disfrute en su calor.

Miró a su alrededor y pensó, con su forma profesional de calcular, lo maravilloso que era poder comprar tanto con diez centavos. Sus ojos fueron del cilindro de acero inoxidable de la máquina de café, a la parrilla de hierro fundido, a los estantes de los vasos, al fregadero esmaltado, a las cuchillas de cromo de una batidora. El dueño estaba haciendo tostadas. Ella encontró placer en observar el ingenio de una cinta transportadora que se movía lentamente, llevando rebanadas de pan entre candentes resistencias eléctricas. Entonces vio el nombre estampado en el tostador: Marsh, Colorado.

Su cabeza cayó sobre el brazo que tenía apoyado en la barra.

—Es inútil, señora —dijo el viejo vagabundo a su lado.

Dagny tuvo que levantar la cabeza. Tenía que reírse, divertida, tanto de él como de sí misma.

—¿Lo es? —preguntó.

—Sí. Olvídelo. Sólo se está engañando a usted misma.

—¿Sobre qué?

—Sobre que algo valga alguna cosa. Todo es polvo, señorita, pero todo; polvo y sangre. No crea en los sueños con los que le llenan la cabeza, y no saldrá lastimada.

—¿Qué sueños?

—Esas historias que te cuentan cuando eres joven... sobre el espíritu humano. No hay ningún espíritu humano. El hombre es sólo un animal de bajo nivel, sin intelecto, sin alma, sin virtudes ni valores morales. Un animal con sólo dos capacidades: comer y reproducirse.

Su cara demacrada, de mirada fija y facciones contraídas que en otros tiempos habían sido delicadas, aún retenía un vestigio de distinción. Parecía el carcamal de un evangelista, o un profesor de estética que había pasado años en contemplación de oscuros museos. Ella se preguntó qué lo había destruido, qué error en su camino había podido llevar a un hombre a eso.

—Tú vas por la vida buscando belleza, grandeza, algún logro sublime —dijo—. Y ¿qué te encuentras? Un montón de máquinas de mentira para hacer coches tapizados o colchones de muelles.

—¿Qué tienen de malo los colchones de muelles? —dijo un hombre que parecía un camionero—. No le haga caso, señora. Le gusta oírse hablar a sí mismo. Es inofensivo.

—El único talento del hombre es una innoble sagacidad para satisfacer las necesidades de su cuerpo —dijo el viejo vagabundo—. No se necesita inteligencia para eso. No crea las historias sobre la mente del hombre, sobre su espíritu, sus ideales, su sentido de ambición ilimitada.

—Yo no las creo —dijo un muchacho joven que estaba sentado al final de la barra. Llevaba una chaqueta rasgada en un hombro; su boca en forma de cuadrado parecía moldeada por la amargura de una vida entera.

—¿Espíritu? —dijo el viejo vagabundo—. No hay espíritu alguno en la fabricación o en el sexo. Sin embargo, ésas son las únicas preocupaciones del hombre. Lo material, eso es lo único que les importa a los hombres. Como queda de manifiesto en nuestras grandes industrias, el único logro de nuestra supuesta civilización, construidas por vulgares materialistas con los objetivos, los intereses y el sentido moral de los cerdos. No hace falta ninguna moralidad para fabricar un camión de diez toneladas en una línea de montaje.

—¿Qué es moralidad? —preguntó ella.

—Juicio para distinguir el bien del mal, visión para descubrir la verdad, valentía para actuar en consecuencia, dedicación para lo que es bueno, integridad para atenerse al bien a cualquier precio. Pero ¿dónde la encuentra uno?

El muchacho joven emitió un sonido que era mitad burla y mitad desdén. Y dijo:

—¿Quién es John Galt?

Ella se bebió el café, preocupada sólo por el placer de sentir como si el líquido caliente estuviese reanimando las arterias de su cuerpo.

—Yo puedo decírselo —dijo un vagabundo bajo y arrugado, que llevaba una gorra calada hasta los ojos—. Yo lo sé.

Nadie le oyó ni le prestó atención. El muchacho joven estaba observando a Dagny con una especie de intensidad fiera y decidida.

—Usted no tiene miedo —le dijo de repente, sin explicación, una afirmación directa con una voz brusca y sin vida que tenía una nota de asombro.

Ella lo miró.

—No —dijo—. No tengo.

—Yo sé quién es John Galt —dijo el vagabundo—. Es un secreto, pero yo lo sé.

—¿Quién? —preguntó ella, sin interés.

—Un explorador —dijo el vagabundo—. El explorador más grande que vivió jamás. El hombre que descubrió la fuente de la juventud.

—Dame otro café. Sin leche —dijo el viejo, empujando su taza al otro lado de la barra.

—John Galt pasó años buscándola. Cruzó océanos, cruzó desiertos y bajó a minas abandonadas, muchos kilómetros bajo tierra. Pero la encontró en la cima de una montaña. Tardó diez años en escalar esa montaña. Se rompió todos los huesos del cuerpo, se desgarró la piel de las manos, le hizo perder su casa, su nombre, su amor. Pero la escaló. Encontró la fuente de la juventud, que él quería traerles a los hombres. Sólo que nunca volvió.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque descubrió que no podía ser traída aquí abajo.

El hombre sentado frente al escritorio de Rearden tenía facciones indefinidas y unos modales desprovistos de todo énfasis, así que uno no podía formar ninguna imagen concreta de su cara ni detectar el propósito que dirigía su persona. Su única señal destacada parecía ser una nariz bulbosa, quizá un poco grande para el resto de él; su actitud era sumisa, pero transmitía una insinuación ridícula, la insinuación de una amenaza deliberadamente furtiva, que a la vez quería que fuese obvia. Rearden no conseguía entender el objetivo de su visita. Era el doctor Potter, que tenía algún cargo sin definir en el Instituto Estatal de Ciencias.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Rearden por tercera vez.

—Es el aspecto social el que le estoy pidiendo que considere, señor Rearden —dijo el hombre suavemente—. Le insto a tener en cuenta la época en que vivimos. Nuestra economía no está preparada para eso.

—¿Para qué?

—Nuestra economía está en un estado de equilibrio extremadamente precario. Todos tenemos que aunar nuestros esfuerzos para salvarla del colapso.

—Bueno, ¿y qué es lo que quiere que yo haga?

—Ésas son las cosas que me han pedido que someta a su consideración. Soy miembro del instituto Estatal de Ciencias, señor Rearden.

—Ya ha dicho eso antes. Pero ¿sobre qué deseaba hablarme?

—El Instituto Estatal de Ciencias no tiene una opinión favorable del Metal Rearden.

—Ya ha dicho eso también.

—¿No es ése un factor que deba usted considerar?

—No.

La luz estaba disminuyendo en los amplios ventanales del despacho. Los días eran cortos. Rearden vio la sombra irregular de la nariz sobre la mejilla del hombre, y los ojos pálidos observándole; la mirada era vaga, pero su dirección era determinada.

—El Instituto Estatal de Ciencias representa los mejores cerebros del país, señor Rearden.

—Eso dicen.

—Seguro que usted no quiere confrontar su propio juicio contra el de ellos.

—Sí quiero.

El hombre miró a Rearden como si estuviera suplicando ayuda, como si Rearden hubiese violado un código tácito que exigía que él hubiese entendido hace mucho tiempo. Rearden no ofreció ninguna ayuda.

—¿Eso es todo lo que quería saber? —preguntó.

—Es sólo una cuestión de tiempo, señor Rearden —dijo el hombre, con aire conciliador—. Es sólo un retraso temporal. Sólo para darle a nuestra economía una oportunidad de estabilizarse. Si usted pudiese esperar un par de años...

Rearden se rio entre dientes, divertido, despreciativo.

—¿Así que eso es lo que usted está intentando? ¿Quiere que retire el Metal Rearden del mercado? ¿Por qué?

—Sólo unos cuantos años, señor Rearden. Sólo hasta que...

—Escuche —dijo Rearden—. Ahora voy yo a hacerle una pregunta: ¿han decidido sus científicos que el Metal Rearden no es lo que yo digo que es?

—No nos hemos comprometido en cuanto a eso.

—¿Han decidido que no es bueno?

—Es el impacto social de un producto lo que hay que considerar. Nosotros pensamos en términos del país como un todo, nos preocupa el bienestar público y la terrible crisis del momento presente, la cual...

—¿Es el Metal Rearden bueno, o no?

—Si miramos el tema desde el ángulo del alarmante crecimiento del desempleo, que actualmente...

—¿Es el Metal Rearden bueno?

—En una época de desesperada escasez de acero, no podemos permitir la expansión de una empresa de acero que produzca tanto, porque podría llevar a la quiebra a las empresas que producen demasiado poco, creando así una economía desequilibrada, que...

—¿Va a responder a mi pregunta?

El hombre se encogió de hombros.

—Las cuestiones de valor son relativas. Si el Metal Rearden no es bueno, es un peligro físico para el público. Si *es* bueno, es un peligro social.

—Si tiene algo que decirme sobre el peligro físico del Metal Rearden, dígalo. Olvide todo lo demás. Rápido. Yo no hablo ese lenguaje.

—Pero seguro que las cuestiones de bienestar social...

—Olvídelo.

El hombre pareció perplejo y perdido, como si la tierra se hubiese hundido bajo sus pies. Al cabo de un momento, preguntó impotentemente:

—Pero ¿cuál es, entonces, su principal preocupación?

—El mercado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay un mercado para el Metal Rearden, y mi intención es aprovecharlo al máximo.

—¿No es el mercado algo más bien hipotético? La reacción del público ante su metal no ha sido alentadora. Excepto por el pedido de Taggart Transcontinental, usted no ha conseguido ningún gran...

—Bueno, entonces, si cree que el público no va a aceptarlo, ¿de qué se está preocupando?

—Si el público no lo acepta, usted sufrirá una grave pérdida, señor Rearden.

—Ése es mi problema, no el suyo.

—En cambio, si adopta una actitud más cooperadora y accede a esperar unos años...

—¿Por qué habría de esperar?

—Creo haber dejado en claro que el Instituto Estatal de Ciencias no aprueba la aparición del Metal Rearden en la escena metalúrgica en este momento.

—¿Por qué debería importarme eso a mí en lo más mínimo?

El hombre suspiró.

—Es usted un hombre muy difícil, señor Rearden.

El cielo del atardecer se estaba haciendo cada vez más pesado, como si se condensara contra los cristales de las ventanas. El contorno de la figura del hombre parecía disolverse en una masa informe entre los planos, nítidos y rectos, del mobiliario.

—Le concedí esta entrevista —dijo Rearden— porque usted me dijo que deseaba hablar de algo de extrema importancia. Si eso es todo lo que tiene que decir, sírvase disculparme ahora, por favor. Estoy muy ocupado.

El hombre se recostó en su asiento.

—Tengo entendido que usted ha pasado diez años investigando con el Metal Rearden —dijo—. ¿Cuánto le ha costado?

Rearden levantó la mirada; no podía entender el porqué de la pregunta, aunque había un propósito patente en la voz del hombre; la voz se había endurecido.

—Un millón y medio de dólares —dijo Rearden.

—¿Cuánto aceptaría usted por ello?

Rearden dejó pasar un momento. No podía creerlo.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Por todos los derechos sobre el Metal Rearden.

—Creo que es mejor que se largue de aquí —dijo Rearden.

—No hay motivo para ponerse así. Usted es un hombre de negocios. Le estoy haciendo una propuesta de negocios. Puede usted poner su propio precio.

—Los *derechos* sobre el Metal Rearden no están a la venta.

—Estoy en una posición de hablar de grandes sumas de dinero. Dinero del *gobierno*.

Rearden permaneció sentado sin moverse, con los músculos de las mejillas tensos; pero su mirada era indiferente, enfocada sólo por la leve presencia de una curiosidad morbosa.

—Usted es un hombre de negocios, señor Rearden. Ésta es una propuesta que usted no puede permitirse ignorar. Por un lado, usted está apostando contra grandes probabilidades de perder, está creando una opinión pública desfavorable, tiene muchas probabilidades de perder hasta el último centavo que puso en el Metal Rearden. Por otro lado, nosotros podemos mitigar su riesgo y su responsabilidad, con un beneficio impresionante, un beneficio inmediato, mucho mayor de lo que usted podría esperar conseguir por la venta de ese metal en los próximos veinte años.

—El Instituto Estatal de Ciencias es un organismo científico, no comercial —dijo Rearden—. ¿Qué es lo que les asusta tanto?

—Usted está usando palabras innecesarias y ofensivas, señor Rearden. Quisiera sugerirle que mantengamos el diálogo en un plano amistoso. El asunto es serio.

—Estoy empezando a ver eso.

—Le estamos ofreciendo a usted un cheque en blanco sobre lo que es, como usted apreciará, una cuenta ilimitada. ¿Qué más puede querer? Ponga usted su precio.

—La venta de los derechos del Metal Rearden no está abierta a discusión. Si usted tiene algo más que decir, por favor, dígalo y márchese.

El hombre se reclinó, miró a Rearden con incredulidad, y preguntó:

—¿Qué busca usted?

—¿Yo? ¿Qué quiere decir?

—Usted está en el negocio para ganar dinero, ¿no?

—Sí.

—Usted quiere tener un beneficio lo más grande posible, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces ¿por qué quiere esforzarse durante años, arañando sus ganancias en forma de unos pocos centavos por tonelada, en vez de aceptar una fortuna por el Metal Rearden? ¿Por qué?

—Porque es *mío*. ¿Entiende usted esa palabra?

El hombre suspiró y se puso de pie.

—Espero que usted no tenga motivos para lamentar su decisión, señor Rearden —dijo; el tono de su voz estaba sugiriendo lo contrario.

—Buenas tardes —dijo Rearden.

—Creo que debo decirle que el instituto Estatal de Ciencias puede publicar una declaración oficial condenando el Metal Rearden.

—Está en su derecho.

—Tal declaración haría las cosas más difíciles para usted.

—Sin duda.

—En cuanto a consecuencias futuras... —el hombre se encogió de hombros—. No es un buen momento para la gente que se niega a cooperar. En esta época, uno necesita amigos. Usted no es una persona popular, señor Rearden.

—¿Qué está intentando decir?

—Seguro que me entiende.

—No le entiendo.

—La sociedad es una estructura compleja. Hay muchos temas diferentes esperando ser decididos, pendientes de un fino hilo. Nunca se sabe cuándo un tema será decidido y cuál puede ser el factor decisivo en ese delicado equilibrio. ¿Me explico claramente?

—No.

El rojo resplandor del metal fundido teñía el crepúsculo. Una claridad anaranjada, como oro viejo, iluminó la pared tras la mesa de Rearden, y se movió luego lentamente por su cara, en la que se pintaba una inconmovible serenidad.

—El instituto Estatal de Ciencias es una organización del *gobierno*, señor Rearden. Hay ciertos proyectos de ley pendientes de aprobación por los legisladores que pueden ser aprobados en cualquier momento. Los hombres de negocios son especialmente vulnerables estos días. Estoy seguro de que usted me entiende.

Rearden se puso de pie. Estaba sonriendo. Parecía como si toda la tensión le hubiese abandonado.

—No, doctor Potter —dijo—, no le entiendo. Si lo hiciera, tendría que matarle.

El hombre fue hasta la puerta, entonces se detuvo y miró a Rearden de un modo que, por primera vez, era simple curiosidad humana. Rearden estaba inmóvil contra el rojo resplandor de la pared; estaba de pie, informalmente, con las manos en los bolsillos.

—Podría decirme... —preguntó el hombre—, sólo entre usted y yo, es sólo mi curiosidad personal..., ¿por qué está haciendo esto?

Rearden respondió con calma:

—Se lo diré. Usted no lo entenderá. Sabe, es porque el Metal Rearden es *bueno*.

Dagny no pudo entender los motivos del señor Mowen. La Amalgamated Switch and Signal Company había anunciado repentinamente que no completaría su pedido. No había pasado nada, ella no podía encontrar ninguna causa para ello, y ellos no dieron ninguna explicación.

Ella se había apresurado a ir a Connecticut, a ver al señor Mowen en persona, pero el único resultado de la entrevista fue un desconcierto en su mente aún más pesado y con un peso más gris. El señor Mowen declaró que él no continuaría fabricando conmutadores de Metal Rearden. Como única explicación, dijo, evitando los ojos de ella:

—Hay demasiada gente a la que no le gusta.

—¿El qué? ¿El Metal Rearden o el que usted fabrique los conmutadores?

—Las dos cosas, supongo... A la gente no le gusta... Yo no quiero problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Cualquier tipo.

—¿Ha oído usted alguna cosa contra el Metal Rearden que sea verdad?

—Oh, ¿quién sabe lo que es verdad?... Esa resolución del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas dijo...

—Mire, usted ha trabajado con metales toda su vida. Durante los últimos cuatro meses, usted ha trabajado con el Metal Rearden. ¿Aún no sabe que es la mejor cosa que ha usado? —Él no respondió—. ¿No lo sabe? —Él apartó la vista—. ¿No sabe lo que es la verdad?

—Qué demonios, señorita Taggart, yo tengo un negocio. Soy sólo uno de los pequeños. Sólo quiero ganar dinero.

—¿Cómo cree usted que uno lo gana?

Pero sabía que era inútil. Mirando a la cara del señor Mowen, a los ojos que ella no podía captar con su mirada, ella sintió lo que había sentido una vez en un paraje solitario junto a una vía, cuando una tormenta había derribado los cables telefónicos: que la comunicación había sido cortada y que las palabras se habían convertido en sonidos que no transmitían nada.

Era inútil discutir, pensó, y preocuparse por gente que ni refutaría un argumento ni lo aceptaría. Sentada e inquieta en el tren, de regreso a Nueva York, se dijo que el señor Mowen no importaba, que nada importaba ahora, excepto encontrar a otra persona que fabricase los conmutadores. Estaba luchando con una lista de nombres en su mente, preguntándose quién sería aquel a quien más fácil fuese convencer, suplicar o sobornar.

Supo, desde el momento en que entró en la antesala de su oficina, que algo había pasado.

Vio la calma nada natural, las caras de sus empleados vueltas hacia ella como si su entrada fuese el momento que todos habían estado esperando, anhelando o temiendo.

Eddie Willers se levantó y empezó a andar hacia la puerta de su despacho, sabiendo que ella lo entendería y le seguiría. Ella había visto su cara. Independientemente de lo que fuese, pensó, ojalá no le hubiese lastimado tanto.

—El Instituto Estatal de Ciencias —dijo él con calma, una vez solos en el despacho— ha hecho una declaración advirtiendo a la gente contra el uso del Metal Rearden. —Y añadió—: Estaba en la radio. Está en los periódicos de la tarde.

—¿Qué han dicho?

—Dagny, ¡no lo han dicho!... Realmente no lo han dicho, y sin embargo ahí está... y no está. Eso es lo que resulta monstruoso de todo esto.

Sus esfuerzos estaban centrados en mantener su voz tranquila; no podía controlar sus palabras. Las palabras eran arrancadas de él como por la incrédula y perpleja indignación de un niño gritando y negando ante su primer encuentro con el mal.

—¿Qué han dicho, Eddie?

—Ellos... Tienes que leerlo. —Señaló el periódico que había dejado sobre su escritorio—. No han dicho que el Metal Rearden sea malo. No han dicho que no sea seguro. Lo que han hecho es... —Sus manos se abrieron y cayeron en un gesto de frustración.

Ella vio enseguida lo que habían hecho. Vio las frases: «Puede ser posible que, después de un período de uso intenso, una fisura repentina pueda aparecer, aunque la duración de ese período no pueda predecirse...». «La posibilidad de una reacción molecular, por el momento desconocida, no puede ser totalmente desechada...» «Aunque la fuerza de tensión del Metal

Rearden es obviamente demostrable, ciertas cuestiones en cuanto a su comportamiento bajo un estrés excepcional no han de ser descartadas...» «Aunque no hay evidencia que apoye la posición de que el uso del metal deba ser prohibido, un estudio adicional de sus propiedades podría ser valioso.»

—No podemos defendernos. No puede ser respondido —Eddie estaba diciendo despacio—. No podemos exigir una retractación. No podemos mostrarles nuestras pruebas o demostrarles nada. No han dicho nada. No han dicho ninguna cosa que pueda ser refutada ni que pueda avergonzarlos profesionalmente. Es el trabajo de un cobarde. Podrías esperarlo de algún estafador o de algún chantajista. Pero ¡Dagny! ¡Es el Instituto Estatal de Ciencias!

Ella asintió en silencio. Estaba de pie, con los ojos fijos en algún punto más allá de la ventana. Al fondo de una calle oscura, las lámparas de un anuncio luminoso se encendían y se apagaban, como si le estuvieran haciendo guiños maliciosos.

Eddie reunió fuerzas y, en el tono de un informe militar, dijo:

—Las acciones de Taggart se han hundido. Ben Nealy ha dimitido. La Hermandad Nacional de Trabajadores Ferroviarios les ha prohibido a sus miembros trabajar en la Línea Río Norte. Jim se ha ido de la ciudad.

Dagny se quitó el sombrero y el abrigo, atravesó la habitación y, despacio, muy despacio, se sentó en su escritorio.

Vio un sobre grande de papel marrón delante de ella; tenía el membrete de Rearden Steel.

—Eso llegó por mensajero especial, justo después de irte —dijo Eddie.

Dagny puso la mano encima del sobre, pero no lo abrió. Sabía qué era: los diseños del puente.

Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Quién hizo esa declaración?

Eddie la miró y esbozó una sonrisa breve y amarga, sacudiendo la cabeza.

—No —dijo—, yo pensé en eso también. Llamé por teléfono al instituto y les pregunté. No, fue hecha por la oficina del doctor Floyd Ferris, su coordinador.

Ella no dijo nada.

—Pero ¡aun así! El doctor Stadler es el jefe de ese instituto. Él *es* el instituto. Debe haber estado al tanto de eso. Él lo permitió. Si lo han hecho, lo han hecho en su nombre... El doctor Robert Stadler... Recuerdas..., cuando estábamos en la universidad..., cómo solíamos hablar de los grandes nombres en el mundo..., de los hombres de intelecto puro..., y siempre escogíamos su nombre como uno de ellos, y... —Se detuvo—. Lo siento, Dagny. Sé que de nada sirve decir eso. Sólo...

Dagny estaba sentada, con la mano presionando el sobre marrón.

—Dagny —preguntó él en voz baja—, ¿qué le está pasando a la gente? ¿Cómo ha podido tener éxito una declaración como ésa? Es un trabajo tan obviamente difamador, tan obvio y tan sucio. Pensarías que una persona decente la tiraría a la basura. ¿Cómo han podido...? —Su voz se estaba convirtiendo en una cólera contenida, desesperada y rebelde—. ¿Cómo han podido aceptarla? ¿No la leyeron? ¿No la vieron? ¿No piensan? ¡Dagny! ¿Qué es lo que hay en la gente que les permite hacer tal cosa...?, ¿y cómo podemos vivir con eso?

—Tranquilo, Eddie —dijo ella—. Tranquilo. No tengas miedo.

El edificio del instituto Estatal de Ciencias se levantaba junto a un río de Nueva Hampshire, sobre una colina solitaria, a mitad de camino entre el río y el cielo. Desde lejos parecía un monumento solitario construido en una selva virgen. Los árboles habían sido cuidadosamente plantados, las carreteras estaban distribuidas como un parque, los tejados de un pequeño pueblo se podían ver en un valle a algunos kilómetros de distancia. Pero no habían dejado nada demasiado cerca que pudiese desmerecer la austeridad del edificio.

El mármol blanco de los muros le confería unos aires de grandeza clásica: la composición de sus volúmenes regulares le confería la limpidez y la hermosura de una fábrica moderna. Era una estructura inspirada. Desde el otro lado del río, la gente la miraba con reverencia, y pensaba en ella como si fuera el monumento a un hombre vivo cuyo carácter tenía la misma nobleza que las líneas del edificio. Sobre la entrada, una dedicatoria había sido esculpida en el mármol: «A la mente audaz. A la verdad inviolable».

En un pasillo tranquilo, en un corredor vacío, una pequeña placa de bronce, parecida a docenas de otras placas con nombres en otras puertas, decía: DR. ROBERT STADLER.

A la edad de veintisiete años, el doctor Stadler había escrito un tratado sobre rayos cósmicos que había demolido la mayoría de las teorías mantenidas por los científicos que le precedieron. Los que siguieron encontraron su contribución cerca del punto de partida de cualquier línea de investigación que emprendieron. A la edad de treinta años, fue reconocido como el físico más grande de su época. A los treinta y dos años, fue nombrado director del Departamento de Física de la Universidad Patrick Henry, en los días en que la gran universidad aún merecía su gloria. Fue del doctor Robert Stadler de quien un escritor había dicho: «Quizá, entre los fenómenos del universo que él está estudiando, ninguno sea tan milagroso como el cerebro del propio doctor Robert Stadler». Fue el doctor Robert Stadler quien una vez corrigió a un estudiante: «¿Investigación científica libre? El segundo adjetivo es redundante».

A la edad de cuarenta años, el doctor Robert Stadler se dirigió a la nación, abogando por la creación de un instituto Estatal de Ciencias. «Liberar a la ciencia del dominio del dólar», fue su súplica. El asunto llevaba bastante tiempo en debate; un oscuro grupo de científicos había forzado silenciosamente un proyecto de ley por un largo camino para ser aprobado por los legisladores; había habido una cierta indecisión entre el público sobre el proyecto de ley, algunas dudas, una intranquilidad que nadie podía definir. Pero el nombre del doctor Robert Stadler actuó sobre el país como los rayos cósmicos que él estudiaba: atravesando cualquier barrera. La nación levantó aquel edificio de mármol blanco como tributo a uno de sus hombres más ilustres.

El despacho del doctor Stadler en el instituto era una pequeña sala que parecía la oficina del contable de una empresa fracasada. Había en él un escritorio barato de deslucido roble amarillo, un archivo, dos sillas, y una pizarra llena de fórmulas matemáticas. Sentada en una de las sillas contra una pared desnuda, Dagny pensó que la oficina tenía un aire ostentoso y elegante a la vez: ostentoso, porque parecía planeado para sugerir que su ocupante tenía suficiente grandeza para permitirse ese entorno; elegante, porque en realidad no se necesitaba nada más.

Ella ya se había encontrado con el doctor Stadler en unas cuantas ocasiones, en banquetes celebrados por empresarios importantes o por las grandes sociedades de ingeniería, en honor de alguna causa más o menos solemne. Ella había asistido a tales actos de tan mala gana como él, y había notado que a él le gustaba hablar con ella.

—Señorita Taggart —le dijo una vez—, nunca espero encontrar inteligencia. ¡Que la encuentre aquí es un alivio tan sorprendente!

Dagny había ido a su despacho recordando aquella frase. Estaba sentada, mirándolo como lo haría un científico: sin asumir nada, descartando cualquier emoción, buscando sólo observar y comprender.

—Señorita Taggart —dijo él alegremente—, tengo curiosidad por usted. Tengo curiosidad siempre que algo rompe un precedente. Por regla general, los visitantes son un penoso deber para mí. Estoy francamente sorprendido de sentir un simple placer al verla a usted aquí. ¿Sabe lo que significa sentir que uno puede hablar sin la tensión de intentar arrancar por la fuerza algún tipo de comprensión de un vacío?

Él estaba sentado al borde de la mesa, en una actitud alegre e informal. No era alto, y su delgadez le daba un cierto aire de juvenil energía, casi de vivacidad adolescente. Su delgado rostro no revelaba edad alguna, pero la amplitud de su frente y sus grandes ojos grises demostraban tan maravillosa inteligencia que uno no podía fijarse en otra cosa. Había arrugas de humor en los lados de sus ojos, y finas líneas de amargura en las comisuras de su boca. No parecía un hombre de cincuenta y pocos años; el pelo ligeramente encanecido era la única señal de su edad.

—Háblеme más sobre usted —dijo él—. Siempre quise preguntarle qué está haciendo usted en una profesión tan inverosímil como la industria pesada, y cómo puede aguantar a esa gente.

—No quiero quitarle mucho tiempo, doctor Stadler. —Ella habló con precisión cortés e impersonal—. Y el asunto por el que he venido es de extrema importancia.

Él se rio.

—*Ése* es el signo de un empresario, dispuesto a ir al grano enseguida. Bien, como quiera. Pero no se preocupe por mi tiempo: es suyo. Ahora, ¿de qué quería usted hablar? Ah, sí. Del Metal Rearden. No es exactamente uno de los temas sobre el que estoy mejor informado, pero si hay algo en que pueda ayudarle... —Extendió la mano en un gesto de invitación.

—¿Conoce la declaración publicada por este instituto con respecto al Metal Rearden?

Él frunció el ceño ligeramente.

—Sí, he oído hablar de ella.

—¿La ha leído?

—No.

—En ella se intenta impedir el uso del Metal Rearden.

—Sí, sí, eso tengo entendido.

—¿Podría decirme por qué?

Él extendió las manos; eran manos atractivas, largas y huesudas, bellas al sugerir energía nerviosa y fuerza.

—Realmente, no sabría decir... Ése es el campo del doctor Ferris. Estoy seguro de que él tendría sus razones. ¿Le gustaría hablar con el doctor Ferris?

—No. ¿Está usted familiarizado con la naturaleza metalúrgica del Metal Rearden, doctor Stadler?

—Bueno, sí, un poco. Pero, dígame, ¿por qué está tan preocupada por eso?

Un destello de asombro nació y murió en los ojos de ella; respondió, sin variar el tono impersonal de su voz:

—Estoy construyendo una línea con raíles de Metal Rearden, que...

—¡Ah, claro! Sí que he oído algo sobre eso. Debe disculparme. No leo los periódicos con la regularidad que debería. Es su ferrocarril el que está construyendo ese nuevo ramal, ¿verdad?

—La existencia de mi ferrocarril depende de que se complete ese ramal..., y yo creo que la existencia de este país dependerá de eso también.

Las arrugas de alegría en los lados de sus ojos se hicieron más visibles.

—¿Puede usted hacer una afirmación así con positiva seguridad, señorita Taggart? Yo no podría.

—¿En este caso?

—En cualquier caso. Nadie puede decir cuál será el curso del futuro de un país. No es cuestión de tendencias calculables, sino un caos sujeto a las reglas del momento, en el que cualquier cosa es posible.

—¿Cree usted que la producción es necesaria para la existencia de un país, doctor Stadler?

—Bueno, sí, sí, por supuesto.

—La construcción de nuestro ramal se ha visto interrumpida por la declaración de este instituto.

Él no sonrió y no respondió.

—¿Refleja esa declaración su propia conclusión sobre la naturaleza del Metal Rearden? —preguntó ella.

—He dicho que no la he leído. —Había un filo de aspereza en su voz.

Ella abrió su bolso, sacó un recorte de periódico y se lo entregó.

—¿Podría leerlo y decirme si ése es un lenguaje digno de la ciencia?

Él miró el recorte por encima, sonrió desdeñosamente, y lo echó a un lado con un gesto de disgusto.

—Asqueroso, ¿verdad? —dijo él—. Pero ¿qué puedes hacer cuando tratas con personas?

Ella lo miró, sin entender.

—Entonces ¿usted no aprueba esa declaración?

Él se encogió de hombros.

—Mi aprobación o desaprobación sería irrelevante.

—¿Ha formado usted su propia conclusión sobre el Metal Rearden?

—A ver, la metalurgia no es exactamente... ¿cómo diría yo?... mi especialidad.

—¿Ha examinado usted los datos sobre el Metal Rearden?

—Señorita Taggart, no veo adónde quiere llegar con sus preguntas. —Su voz sonó remotamente impaciente.

—Me gustaría conocer su veredicto personal sobre el Metal Rearden.

—¿Con qué propósito?

—Para poder dárselo a la prensa.

Él se levantó.

—Eso es totalmente imposible.

Ella dijo, forzando la voz con el esfuerzo de intentar forzar entendimiento:

—Pondré a su disposición toda la información necesaria para que forme un juicio definitivo.

—No puedo hacer declaraciones públicas al respecto.

—¿Por qué no?

—La situación es demasiado compleja para explicar en una conversación informal.

—Pero si usted descubre que el Metal Rearden es, de hecho, un producto extremadamente valioso que...

—Eso no tiene nada que ver.

—¿El valor del Metal Rearden no tiene nada que ver?

—Hay otros factores involucrados, aparte de las cuestiones de hecho.

Ella preguntó, sin creer del todo que le había oído correctamente:

—¿Qué otros factores le interesan a la ciencia, aparte de las cuestiones de hecho?

Las líneas de amargura de su boca se intensificaron con la sugerencia de una sonrisa.

—Señorita Taggart, usted no comprende los problemas de los científicos.

Ella dijo despacio, como si estuviera descubriéndolo de repente, a la vez que hablaba:

—Creo que usted sabe lo que el Metal Rearden es realmente.

Él se encogió de hombros.

—Sí, lo sé. A juzgar por la información que he visto, parece ser una cosa extraordinaria. Un logro verdaderamente brillante..., en lo que a tecnología respecta. —Él estaba paseando impacientemente por el despacho —. De hecho, me gustaría pedir, algún día, un motor especial de laboratorio que soportase temperaturas tan altas como las que el Metal Rearden puede aguantar. Resultaría muy valioso en conexión con ciertos fenómenos que me gustaría observar. He descubierto que cuando las partículas son aceleradas a una velocidad cercana a la velocidad de la luz...

—Doctor Stadler —dijo ella lentamente—, ¿usted sabe la verdad, y sin embargo, no la declarará públicamente?

—Señorita Taggart, usted está usando un término abstracto, cuando estamos tratando con una cuestión de realidad práctica.

—Estamos tratando con una cuestión de ciencia.

—¿Ciencia? ¿No está usted confundiendo los criterios aplicables? Es sólo en el reino de la ciencia pura en el que la verdad es un criterio absoluto. Cuando tratamos con ciencia aplicada, con tecnología..., estamos tratando con gente. Y cuando tratamos con gente, consideraciones diferentes de la verdad forman parte de la cuestión.

—¿Qué consideraciones?

—Yo no soy técnico, señorita Taggart. No tengo ni el talento ni la afición para tratar con gente. No puedo involucrarme en lo que llaman cuestiones prácticas.

—Esa declaración fue publicada en su nombre.

—¡No tuve nada que ver con ello!

—El nombre de este instituto es su responsabilidad.

—Eso es una suposición totalmente gratuita.

—La gente piensa que el honor de su nombre es la garantía detrás de cualquier acción de este instituto.

—No tengo control sobre lo que la gente piense... ¡si es que piensa en absoluto!

—Aceptaron su declaración. Era una mentira.

—¿Cómo puede uno tratar de la verdad cuando uno tiene que tratar con el público?

—No le entiendo a usted —dijo ella muy tranquilamente.

—Las cuestiones sobre la verdad no entran en asuntos sociales. Ningún principio ha tenido jamás ningún efecto en la sociedad.

—Entonces: ¿qué es lo que guía las acciones del hombre?

Él se encogió de hombros.

—La conveniencia del momento.

—Doctor Stadler —dijo ella—, creo que debo informarle del significado y de las consecuencias de que la construcción de mi línea secundaria esté siendo interrumpida. Me lo están impidiendo, en nombre de la seguridad pública, porque estoy usando el mejor raíl jamás producido. En seis meses, si no completo esa línea, la mejor sección industrial del país quedará sin transporte. Será destruida, porque era la mejor y porque había hombres que creyeron oportuno apoderarse de parte de su riqueza.

—Bueno, eso puede ser malvado, injusto, calamitoso..., pero así es la vida en sociedad. Alguien siempre es sacrificado, por lo general injustamente; no hay otra forma de vivir entre los hombres. ¿Qué puede una sola persona hacer?

—Usted puede decir la verdad sobre el Metal Rearden.

Él no contestó.

—Podría implorarle que lo hiciera para salvarme. Podría implorarle que lo hiciera para poder evitar un desastre nacional. Pero no lo haré. Ésas pueden no ser razones válidas. Hay una sola razón: usted debe decirlo,

porque es verdad.

—¡No fui consultado sobre esa declaración! —Su grito estalló involuntariamente—. ¡Yo no la habría permitido! ¡No me gusta más que le gusta a usted! Pero ¡no puedo retractarme públicamente!

—¿Usted no fue consultado? Entonces ¿no debería querer descubrir las razones detrás de esa declaración?

—No puedo destruir al instituto ahora.

—¿No querría usted averiguar las razones?

—¡Sé las razones! No me las han dicho, pero las sé. Y tampoco puedo decir que les echo la culpa.

—¿Puede decírmelas?

—Lo haré, si lo desea. Es la verdad lo que usted busca, ¿no? El doctor Ferris no puede evitarlo, son los imbéciles que votan los fondos para este instituto quienes insisten en lo que ellos llaman resultados. Son incapaces de concebir una cosa como la ciencia abstracta. Pueden juzgarlo sólo en términos del último artefacto que haya producido para ellos. No sé cómo el doctor Ferris ha conseguido mantener la existencia de este instituto, sólo puedo maravillarme de su habilidad práctica. No creo que haya sido nunca un hombre de ciencia de primera clase, pero ¡qué valioso servidor de la ciencia! Sé que ha estado haciendo frente a un grave problema últimamente. Me ha mantenido fuera de él, me ahorra todo eso, pero yo oigo rumores. La gente ha estado criticando al instituto porque, según dicen, no hemos producido lo suficiente. El público ha estado exigiendo que economicemos. En tiempos como éstos, cuando las mezquinas comodidades de las personas se ven amenazadas, puedes estar seguro de que la ciencia es lo primero que los hombres sacrificarán. Ésta es la única institución que queda. Ya no hay prácticamente fundaciones de investigación privadas. Mire a los avariciosos rufianes que dirigen nuestras industrias. No puede uno esperar que apoyen a la ciencia.

—¿Quién lo está apoyando a usted ahora? —preguntó ella, su voz baja.

Él se encogió de hombros.

—La sociedad.

Ella dijo, con esfuerzo:

—Usted iba a decirme las razones que han llevado a esa declaración.

—No creo que a usted le parezcan difíciles de deducir. Si considera que durante trece años este instituto ha tenido un departamento de investigación metalúrgica que ha costado más de veinte millones de dólares, y que no ha producido nada, excepto un lustre para pulir plata y una preparación anticorrosiva que yo creo que no es tan buena como las anteriores, puede usted imaginarse cuál será la reacción del público si algún individuo privado crea un producto que revoluciona toda la ciencia de la metalurgia y demuestra ser sensacionalmente exitoso.

Ella dejó caer la cabeza. No dijo nada.

—¡No culpo a nuestro departamento de metalurgia! —dijo él, con irritación—. Sé que resultados de ese tipo no son cuestión de plazos predecibles. Pero el público no lo entenderá. Así pues, ¿qué debemos sacrificar? ¿Un excelente producto de fundición... o el último centro de ciencia que queda en la Tierra, y todo el futuro del conocimiento humano? Ésa es la disyuntiva.

Ella estaba sentada, con la cabeza baja. Después de un rato, dijo:

—Muy bien, doctor Stadler. No voy a discutir.

Él la vio buscando su bolso, como si estuviera intentando recordar los movimientos automáticos necesarios para levantarse.

—Señorita Taggart —dijo él suavemente. Era casi un ruego. Ella levantó la vista. Su cara estaba serena y vacía.

Él se acercó; se inclinó con una mano contra la pared sobre la cabeza de ella, casi como si quisiera mantenerla dentro del círculo de su brazo.

—Señorita Taggart —dijo, con un tono de gentil y amarga persuasión en su voz—, yo tengo más edad que usted. Créame, no hay otra forma de vivir en la Tierra. Los hombres no están abiertos a la verdad o a la razón. No pueden ser alcanzados con un argumento racional. La mente es impotente contra ellos. Pero tenemos que lidiar con ellos. Si queremos conseguir algo, tenemos que engañarlos para que nos dejen conseguirlo. O forzarlos. Ellos no entienden nada más. No podemos esperar su apoyo para ninguna empresa del intelecto, para ningún objetivo del espíritu. Ellos no son más que animales malvados. Son avariciosos, egoístas, interesados, depredadores cazadores de dólares que...

—Yo soy uno de esos cazadores de dólares, doctor Stadler —dijo ella, su voz baja.

—Usted es una criatura especial y brillante que aún no ha visto lo suficiente de la vida como para captar toda la dimensión de la estupidez humana. He luchado contra eso toda mi vida. Estoy muy cansado... —La sinceridad de su voz era genuina. Se alejó lentamente de ella—. Hubo un tiempo en que yo miré el trágico desastre que han hecho con este planeta, y yo quería gritar, implorarles que me escucharan... Yo podría haberles enseñado a vivir mucho mejor de lo que vivían..., pero no había nadie que me escuchara, ellos no tenían nada con lo que escuchar... ¿Inteligencia? Es un destello tan raro y tan precario que brilla por un instante en algún lugar entre los hombres y luego desaparece. Uno no puede decir cuál es su naturaleza, o su futuro... o su muerte.

Ella hizo un movimiento para levantarse.

—No se vaya, señorita Taggart. Me gustaría que usted entendiese.

Ella levantó la cara hacia él, con obediente indiferencia. Su cara no estaba pálida, pero los planos de su cara sobresalían con una precisión extrañamente desnuda, como si su piel hubiera perdido todas sus tonalidades de color.

—Usted es joven —dijo él—. A su edad, yo tenía la misma fe en el ilimitado poder de la razón. La misma visión brillante del hombre como un ser racional. He visto tanto, desde entonces. Me he desilusionado con tanta frecuencia... Me gustaría contarle tan sólo una historia.

Él estaba de pie frente a la ventana de su oficina. Había oscurecido afuera. La oscuridad parecía subir desde el negro corte del río, bien abajo. Unas pocas luces temblaban en el agua, por entre las colinas de la otra orilla. El cielo aún era del intenso azul de la tarde. Una estrella solitaria, muy baja sobre la Tierra, parecía extraordinariamente brillante y hacía parecer el cielo todavía más oscuro.

—Cuando estaba en la Universidad Patrick Henry —continuó él—, tuve tres alumnos. Había tenido muchos alumnos brillantes anteriormente, pero esos tres eran el tipo de recompensa que todo profesor anhela. Si alguna vez uno hubiera querido recibir el regalo de la mente humana en su máxima capacidad, joven y entregada en sus manos para guiarla, ellos eran ese regalo. La suya era ese tipo de inteligencia que uno espera ver, en el futuro, cambiando el curso del mundo. Venían de ambientes muy diferentes, pero eran amigos inseparables. Hicieron una elección extraña de estudios. Se graduaron en dos materias, la mía y la de Hugh Akston: Física y

Filosofía. No es una combinación de intereses que uno encuentre hoy día. Hugh Akston era un hombre distinguido, una mente privilegiada..., muy diferente a la increíble criatura que esa universidad ha puesto ahora en su lugar... Akston y yo estábamos un poco celosos el uno del otro por esos tres estudiantes. Era una especie de contienda entre nosotros, una contienda amistosa, porque nos entendíamos el uno al otro. Un día le oí decir a Akston que él los consideraba hijos suyos. Me dolió un poco, porque yo pensaba en ellos como si fueran mis hijos...

Se volvió y la miró. Las amargas líneas de la edad eran visibles ahora, surcando sus mejillas. Prosiguió:

—Cuando abogué por establecer este instituto, uno de los tres me maldijo. No lo he visto desde entonces. Eso me inquietaba a menudo durante los primeros años. Me pregunté, de vez en cuando, si él había tenido razón. Ha dejado de inquietarme desde hace tiempo.

Sonrió. Ahora no había nada más que amargura en su sonrisa y en su rostro.

—De esos tres hombres —continuó—, esos tres que mantenían toda la esperanza que el don de la inteligencia profirió jamás..., uno de ellos era Francisco d'Anconia, que se convirtió en un depravado *playboy*. Otro era Ragnar Danneskjöld, que se convirtió en un vulgar bandido. Se acabó la promesa de la mente humana.

—¿Quién era el tercero? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—El tercero no llegó a alcanzar ni siquiera ese tipo de notoria distinción. Desapareció sin dejar rastro... en la enorme incógnita de la mediocridad. Probablemente es un segundo asistente de contabilidad en algún sitio.

—¡Es mentira! ¡Yo no hui! —gritó James Taggart—. Vine aquí porque resulta que estaba enfermo. Pregúntale al doctor Wilson. Es un tipo de gripe. Él lo demostrará. Y ¿cómo supiste que yo estaba aquí?

Dagny estaba de pie en medio de la habitación; había copos de nieve derritiéndose en el cuello de su abrigo y en el ala de su sombrero. Miró a su alrededor, sintiendo una emoción que habría sido tristeza si hubiese tenido tiempo de reconocerla.

Era una habitación en la casa de la antigua finca Taggart, sobre el Hudson. Jim había heredado el sitio, pero rara vez iba allí. En su juventud, ése había sido el estudio de su padre. Ahora tenía el aspecto desolado de una habitación que está siendo usada pero que está deshabitada. Había fundas cubriendo todas las sillas excepto dos, una chimenea apagada, y el calor lúgubre de una estufa eléctrica con un cable zigzagueando por el suelo, y una mesa de escritorio con su superficie de cristal vacía.

Jim estaba tendido en el sofá, con una toalla a guisa de bufanda alrededor del cuello. Ella vio un cenicero lleno en una silla a su lado, una botella de whisky, un vaso arrugado de papel y periódicos de dos días atrás tirados por el suelo. Un retrato de su abuelo colgaba sobre la chimenea, de cuerpo entero, con un puente de ferrocarril en un segundo plano borroso.

—No tengo tiempo para discutir, Jim.

—¡Fue idea tuya! Espero que admitas ante el directorio que fue idea tuya. ¡Eso es lo que tu maldito Metal Rearden nos ha causado! Si hubiésemos esperado a Orren Boyle... —Su cara sin afeitar estaba tensa con una retorcida mezcolanza de emociones: pánico, odio, una pizca de triunfo, el alivio de estar gritándole a una víctima... y la sugerente actitud, precavida y suplicante, de quien vislumbra una esperanza de ayuda.

Él había dejado de hablar a propósito, pero ella no respondió. Siguió observándolo, con las manos en los bolsillos de su abrigo.

—¡No hay nada que podamos hacer ahora! —gimió él—. Intenté llamar a Washington, para hacer que confiscaran la Phoenix-Durango y nos la entregaran a nosotros, por razones de emergencia, pero ¡no quieren ni hablar del tema! Demasiada gente se opone a eso, dicen, ¡tienen miedo de algún precedente absurdo...! Conseguí que la Alianza Nacional de Ferrocarriles suspendiese la fecha límite y le permitiese a Dan Conway operar su ferrocarril durante otro año más, lo cual nos habría dado tiempo..., pero ¡él se ha negado a hacerlo! Intenté conseguir que Ellis Wyatt y su grupo de amigos en Colorado exigieran que Washington le ordenara a Conway continuar sus operaciones... pero todos ellos, Wyatt y el resto de esos cabrones, ¡se negaron! Es su pellejo, no el nuestro, seguro que se irán a pique..., pero ¡se han negado!

Ella sonrió brevemente, pero no hizo ningún comentario.

—¡No nos queda nada por hacer! —prosiguió él—. Estamos atrapados. No podemos abandonar ese ramal ni podemos completarlo. No podemos parar ni continuar. No tenemos dinero. Nadie quiere saber nada de nosotros, ¡ni de lejos! ¿Qué nos queda sin la Línea Río Norte? Pero no podemos terminarla. Hemos sido boicoteados. Estamos en la lista negra. Ese sindicato de trabajadores ferroviarios nos demandaría. Lo harían, hay una ley sobre eso. ¡No podemos completar esa línea! ¡Dios santo! ¿Qué vamos a hacer?

Ella esperó.

—¿Has terminado, Jim? —preguntó fríamente—. Si es así, te diré lo que vamos a hacer.

Él se quedó callado, levantando los ojos hacia ella bajo sus pesados párpados.

—Esto no es una propuesta, Jim. Es un ultimátum. Sólo escucha y acepta. Voy a completar la construcción de la Línea Río Norte. Yo personalmente, no Taggart Transcontinental. Tomaré una excedencia de mi trabajo de vicepresidente. Formaré una empresa con mi propio nombre. Tu Consejo de Administración me traspasará la Línea Río Norte a mí. Yo actuaré como mi propio contratista. Yo conseguiré mi propia financiación. Asumiré control total y toda la responsabilidad. Completaré la línea a tiempo. Una vez que hayas visto cómo los raíles de Metal Rearden funcionan, transferiré la línea de vuelta a Taggart Transcontinental, y volveré a mi antiguo puesto de trabajo. Eso es todo.

Él la estaba mirando en silencio, balanceando una pantufla con la punta de los dedos del pie. Ella nunca había imaginado que la esperanza pudiera tener un aspecto tan repulsivo en la cara de un hombre, pero lo tenía: estaba mezclada con socarronería. Apartó la mirada de él, preguntándose cómo era posible que el primer pensamiento de un hombre en un momento así pudiera ser buscar algo con lo que atacarla.

Entonces, absurdamente, la primera cosa que él dijo, su voz ansiosa, fue:

—Pero ¿quien dirigirá Taggart Transcontinental, mientras tanto?

Ella ahogó una risotada; el sonido la sorprendió, parecía viejo por su amargura. Dijo:

—Eddie Willers.

—¡Oh, no! ¡No podría!

Ella rio del mismo modo, brusco y sin alegría.

—Pensé que serías más listo que yo para cosas de ese tipo. Eddie asumirá el cargo de vicepresidente en funciones. Él ocupará mi despacho y se sentará en mi escritorio. Pero ¿quién supones que dirigirá Taggart Transcontinental?

—Pero no veo cómo...

—Viajaré en avión desde la oficina de Eddie a Colorado, y viceversa. Además, podemos comunicarnos por teléfono. Seguiré haciendo lo mismo que he estado haciendo. Nada cambiará, excepto la pantomima que representarás ante tus amigos..., y el hecho de que será un poco más duro para mí.

—¿Qué pantomima?

—Tú me entiendes, Jim. No tengo ni idea del tipo de juegos en los que estáis metidos tú y tu Consejo de Administración. No sé cuántas bazas tenéis, a qué estáis apostando, o cuántas fachadas tienes que presentar en cuántas direcciones opuestas. No lo sé ni me importa. Podéis todos esconderos detrás de mí. Si estáis todos muertos de miedo, porque habéis hecho acuerdos con amigos que están amenazados por el Metal Rearden..., bueno, ésta es vuestra oportunidad de actuar para asegurarles que vosotros no tenéis nada que ver, que no sois vosotros quienes estáis haciendo esto..., soy yo. Puedes ayudarles a maldecirme y a denunciarme. Podéis quedaros todos en casa, no correr riesgos y no hacer enemigos... Basta con que os apartéis de mi camino.

—Bueno... —dijo él, despacio—, claro que los problemas inherentes a la administración de un gran sistema ferroviario son complejos..., mientras que una pequeña compañía independiente, a nombre de una sola persona, quizá pueda...

—Sí, Jim, sí; sé todo eso. En cuanto anuncies que me estás entregando la Línea Río Norte a mí, las acciones de Taggart subirán. Las alimañas dejarán de arrastrarse desde sus sucios rincones, puesto que ya no tendrán el incentivo de una gran empresa a la que morder. Antes de que decidan qué van a hacer conmigo, tendré la línea terminada. En cuanto a mí, no quiero tener que rendirte cuentas ni a ti ni a tu directorio, ni tener que discutir con vosotros, ni pediros permisos. No hay tiempo para eso, si he de hacer el tipo de trabajo que ha de ser hecho. Así que lo voy a hacer yo sola.

—¿Y... si fracasas?

—Si fracaso, me hundiré yo sola.

—¿Entiendes que en ese caso Taggart Transcontinental no estará en condiciones de ayudarte de ninguna manera?

—Lo entiendo.

—¿No contarás con nosotros?

—No.

—¿Cortarás todas las conexiones oficiales con nosotros, para que tus actividades no repercutan en nuestra reputación?

—Sí.

—Creo que deberíamos convenir que, en caso de fracaso o de escándalo público..., tu excedencia se volverá permanente, o sea, que no esperarás volver al puesto de vicepresidente.

Ella cerró los ojos durante un momento.

—Muy bien, Jim. En tal caso, no volveré.

—Antes de transferirte la Línea Río Norte, debemos tener un acuerdo escrito de que la transferirás de vuelta a nosotros, junto con tu control accionarial al precio de coste, en caso de que la línea tenga éxito. Si no, podrías intentar aprovecharte de nosotros y tener un beneficio excesivo, pues nosotros necesitamos esa línea.

Hubo sólo un breve destello de *shock* en sus ojos; luego, ella dijo indiferentemente, con palabras que sonaban como si estuviera dando limosna:

—Claro que sí, Jim. Ponlo por escrito.

—Ahora, en cuanto a tu sucesor temporal...

—¿Sí?

—No quieres realmente que sea Eddie Willers, ¿verdad?

—Sí, eso quiero.

—¡Pero él ni siquiera sabe *actuar* como un vicepresidente! No tiene la presencia, los modales, la...

—Conoce su trabajo y el mío. Sabe lo que quiero. Confío en él. Podré trabajar con él.

—¿No crees que sería mejor escoger a uno de nuestros jóvenes más distinguidos, alguien de una buena familia, con mayor nivel social y...?

—Va a ser Eddie Willers, Jim.

Él suspiró.

—Vale. Pero..., pero debemos tener cuidado con eso. No queremos que la gente sospeche que eres tú quien sigue dirigiendo Taggart Transcontinental. Nadie debe saberlo.

—Todo el mundo lo sabrá, Jim. Pero como nadie lo admitirá abiertamente, todo el mundo estará calmado.

—Pero debemos mantener las apariencias.

—¡Oh, claro! No tienes que saludarme por la calle, si no quieres. Puedes decir que nunca me has visto antes, y yo puedo decir que nunca he oído hablar de Taggart Transcontinental.

Él se quedó callado, intentando pensar, mirando fijamente al suelo.

Dagny se volvió para mirar los jardines por la ventana. El cielo tenía la palidez uniforme y grisácea del invierno. Abajo, a la orilla del Hudson, vio la carretera desde la que solía ver la llegada del coche de Francisco; vio el acantilado sobre el río, al que subían para tratar de ver los rascacielos de Nueva York; en algún lugar más allá del bosque estaban los caminos que llevaban a la estación de Rockdale. La tierra estaba cubierta de nieve ahora, y lo que quedaba era como el esqueleto del paisaje que ella recordaba: un delgado diseño de ramas desnudas elevándose desde la nieve hasta el cielo. Era gris y blanco, como una fotografía, una fotografía muerta que uno guarda esperanzadoramente como recuerdo, pero que no tiene el poder de traer nada de vuelta.

—¿Cómo vas a llamarla?

Ella se volvió, asombrada.

—¿El qué?

—¿Cómo vas a llamar a tu empresa?

—Oh... Pues... la Línea Dagny Taggart, supongo.

—Pero... ¿crees que eso es prudente? Podría ser malinterpretado. Lo de Taggart puede ser entendido como...

—A ver, ¿cómo quieres que la llame? —estalló, llevada al límite de la cólera—. ¿La Señorita Nadie? ¿La Madam X? ¿La John Galt? —Se detuvo. Sonrió de repente, con una fría, brillante y peligrosa sonrisa—. Así es como voy a llamarla: la Línea John Galt.

—¡Cielos! ¡No!

—Sí.

—Pero es... ¡es sólo una expresión de jerga barata!

—Sí.

—¡No puedes hacer un chiste de un proyecto tan serio!... No puedes ser tan vulgar y... ¡tan ordinaria!

—¿No?

—Pero, por el amor de Dios, ¿por qué?

—Porque va a impresionar al resto de ellos, igual que te ha impresionado a ti.

—Nunca te he visto jugar para conseguir efectos.

—Lo estoy haciendo, esta vez.

—Pero... —Su voz bajó hasta convertirse en un murmullo casi supersticioso—. Mira, Dagny, sabes, es..., trae mala suerte... Lo que significa es... —Se detuvo.

—¿Qué significa?

—No sé... Pero de la forma en que la gente lo usa, siempre parecen decirlo por...

—¿Miedo? ¿Desesperación? ¿Futilidad?

—Sí..., sí, eso es lo que es.

—¡Pues eso es lo que yo quiero tirarles a la cara!

La clara y radiante cólera en los ojos de ella, su primera expresión de alegría, le hizo entender a él que más le valía quedarse callado.

—Prepara todos los papeles y toda la burocracia en nombre de la Línea John Galt —dijo.

Él suspiró.

—Bueno, es *tu* línea.

—¡Desde luego que lo es!

Él la miró, perplejo. Ella había abandonado totalmente los modales y el estilo de vicepresidente; parecía estar relajándose feliz, al nivel de los trabajadores del ferrocarril y las cuadrillas de construcción.

—En cuanto a los documentos y al aspecto legal de todo —dijo él—, podría haber algunas dificultades. Tendríamos que pedir permiso de...

Ella se volvió bruscamente para encararlo. Algo de su expresión brillante y violenta permanecía en su cara. Pero no era alegría, y ella no estaba sonriendo. La expresión ahora tenía una cualidad extraña y primitiva. Cuando él la vio, esperó no tener que volver a verla jamás.

—Escucha, Jim —dijo ella; él nunca había oído ese tono en ninguna voz humana—. Hay una cosa que tú puedes hacer como parte del trato, y más te vale hacerla: mantén a tus muchachos de Washington fuera.

Asegúrate de que me den todos los permisos, las autorizaciones, las concesiones, y cualquier otra burocracia que sus leyes requieran. No dejes que intenten detenerme. Si lo intentan... Jim, la gente dice que nuestro antepasado, Nat Taggart, mató a un político que intentó negarle un permiso que nunca tendría por qué haber pedido. No sé si Nat Taggart lo hizo o no. Pero te digo una cosa: sé cómo se sintió, si lo hizo. Si no lo hizo..., yo podría hacer el trabajo por él, para completar la leyenda de la familia. Lo digo en serio, Jim.

Francisco d'Anconia estaba sentado delante del escritorio de ella. Su cara se mostraba inexpresiva. Había estado inexpresiva mientras Dagny le explicaba, en el tono claro e impersonal de una entrevista de negocios, la creación y el objetivo de su propia empresa ferroviaria. Él había escuchado. Él no había pronunciado ni una palabra.

Ella nunca había visto su cara con esa expresión de pasividad agotada. No había en ella ni burla, ni ironía, ni antagonismo; era como si él no formara parte de esos momentos específicos de la existencia, y no pudiese ser alcanzado. Sin embargo, sus ojos la miraban con atención; parecían ver más de lo que ella podía sospechar; le hicieron pensar en un vidrio unidireccional: dejaban los rayos solares entrar, pero ninguno salir.

—Francisco, te pedí que vinieras aquí porque quería que me vieras en mi oficina. Nunca la has visto. Habría significado algo para ti, antes.

Los ojos de él se movieron lentamente para mirar la oficina. Las paredes estaban desnudas, excepto por tres cosas: un mapa de Taggart Transcontinental, el retrato original de Nat Taggart, que había servido de modelo para su estatua, y un enorme calendario del ferrocarril, con colores alegres y crudos, el tipo de calendario que se distribuía todos los años, con una nueva imagen, en cada estación de la Línea Taggart, el tipo de calendario que una vez había colgado en su lugar de trabajo en Rockdale.

Él se levantó. Dijo suavemente:

—Dagny, por tu propio bien y... —vaciló de una manera apenas perceptible—, y en nombre de cualquier lástima que pudieras sentir por mí, no me pidas lo que vas a pedirme. No lo hagas. Deja que me vaya ahora.

Aquel comportamiento resultaba extraño en Francisco, y ella nunca habría esperado oír eso de él. Después de un momento, ella preguntó:

—¿Por qué?

—No puedo responderte. No puedo responder a ninguna pregunta. Ésa es una de las razones por las que es mejor no hablar de ello.

—¿Sabes lo que voy a pedirte?

—Sí. —La forma en que ella lo miraba era una pregunta tan elocuente y tan desesperada, que él tuvo que añadir—: Y sé que voy a negarme.

—¿Por qué?

Él sonrió tristemente, extendiendo las manos, como para mostrarle que eso es lo que él había previsto y había querido evitar.

Ella dijo, calladamente:

—Tengo que intentarlo, Francisco. Yo tengo que hacer la petición. Ésa es mi parte. Lo que tú hagas al respecto es la tuya. Pero sabré que yo lo he intentado todo.

Él siguió de pie, pero inclinó la cabeza un poco, asintiendo, y dijo:

—Escucharé, si eso te ayuda.

—Necesito quince millones de dólares para completar la Línea Río Norte. He conseguido siete millones contra las acciones de Taggart que yo poseo libres de toda carga. No puedo conseguir nada más. Emitiré bonos a nombre de mi nueva empresa por un valor de ocho millones de dólares. Te pedí que vinieras aquí para pedirte que suscribas esos bonos.

Él no respondió.

—Soy simplemente un mendigo, Francisco, y te estoy mendigando dinero. Siempre pensé que uno no mendigaba en los negocios. Pensé que uno se basaba en el mérito de lo que uno tenía que ofrecer, y daba valor por valor. Eso ya no es así, aunque no entiendo cómo podemos actuar bajo cualquier otra norma y continuar existiendo. A juzgar por cada hecho objetivo, la Línea Río Norte va a ser el mejor ferrocarril del país. A juzgar por cualquier criterio conocido, es la mejor inversión posible. Y eso es lo que me condena. No puedo conseguir dinero ofreciéndole a la gente un buen proyecto de negocios: el hecho de ser bueno es lo que hace que la gente lo rechace. No hay ningún banco que compre los bonos de mi empresa. Así es que no puedo implorar méritos. Puedo sólo implorar.

Su voz estaba pronunciando las palabras con impersonal precisión. Paró, esperando que él respondiese. Él siguió callado.

—Sé que no tengo nada que ofrecerte —siguió ella—. No puedo hablarte en términos de inversión. No te importa ganar dinero. Los proyectos industriales han dejado de interesarte hace tiempo. Así que no voy a pretender que sea un intercambio justo. Es sólo mendigar. —Contuvo el aliento, y dijo—: Dame ese dinero como limosna, porque no significa nada para ti.

—No lo hagas —dijo él en voz baja.

Ella no supo decir si el extraño sonido de su voz era dolor o enfado; sus ojos estaban bajos.

—¿Lo harás, Francisco?

—No.

Después de un momento, ella dijo:

—No te llamé porque pensase que estarías de acuerdo, sino porque eras el único que podría entender lo que estoy diciendo. Así que tenía que intentarlo. —Su voz se fue haciendo más baja, como si esperase que eso hiciera la emoción más difícil de detectar—. Verás, no puedo creer que te hayas ido de verdad..., porque sé que aún eres capaz de oírme. La forma como vives es depravada. Pero la forma como actúas no lo es. Incluso la forma como hablas de ello no lo es... Tenía que intentarlo. Pero ya no puedo luchar más por entenderte.

—Te daré una pista. Las contradicciones no existen. Cuando pienses que te encuentras frente a una contradicción, verifica tus premisas. Encontrarás que una de ellas está equivocada.

—Francisco —murmuró ella—, ¿por qué no me cuentas lo que ha pasado contigo?

—Porque en estos momentos la respuesta te dolería más que la duda.

—¿Es tan terrible como eso?

—Es una respuesta a la que debes llegar por ti misma.

Ella sacudió la cabeza.

—No sé qué ofrecerte. Ya no sé qué es lo que tiene valor para ti. ¿No ves que incluso un mendigo tiene que dar un valor a cambio, tiene que ofrecer alguna razón por la que querrías ayudarle...? Bueno, pensé que... una vez eso significó mucho para ti..., el éxito. El éxito industrial. ¿Recuerdas cómo solíamos hablar de eso? Tú eras muy severo. Esperabas mucho de mí. Me decías que yo tendría que estar a la altura. Lo he hecho. Te preguntabas hasta dónde llegaría yo en Taggart Transcontinental. —

Movió la mano, señalando el despacho—. Hasta aquí he llegado... Así es que pensé... si el recuerdo de lo que habían sido tus valores aún tiene algún significado para ti, aunque sólo sea como diversión, en un momento de tristeza, o sólo como... como quien pone flores en una tumba... podrías darme el dinero... en nombre de eso.

—No.

Ella dijo, con esfuerzo:

—Ese dinero no significaría nada para ti; has desperdiciado tanto como eso en fiestas insensatas; has desperdiciado mucho más en las Minas de San Sebastián.

Él levantó la mirada. La miró directamente, y ella pudo ver la primera chispa de una respuesta viva en sus ojos, una mirada que era brillante, implacable e, increíblemente, orgullosa: como si ésa fuese una acusación que le diese fuerza.

—Oh, sí —dijo ella despacio, como si estuviese respondiendo al pensamiento de él—, me doy cuenta de eso. Te he condenado por esas minas, te he denunciado, te he despreciado de todas las formas posibles, y ahora vuelvo a ti... por dinero. Igual que Jim, igual que cualquier llorón que te hayas encontrado en la vida. Sé que es un triunfo para ti, sé que puedes reírte de mí y despreciarme con toda justicia. Bueno, quizá pueda ofrecerte eso. Si es diversión lo que quieres, si disfrutaste viendo a Jim y a los planificadores mexicanos arrastrarse, ¿no te divertiría destrozarme a mí? ¿No te daría placer? ¿No quieres oírme decir que he sido derrotada por ti? ¿No quieres verme arrastrándome a tus pies? Dime cómo te gustaría, y me someteré.

Él se movió con tanta rapidez que ella no pudo darse cuenta de cómo había empezado; sólo le pareció que su primer movimiento había sido un estremecimiento. Rodeó el escritorio, le cogió la mano y se la llevó a los labios. Empezó como un gesto del más profundo respeto, como si su objetivo fuese darle fuerzas a ella; pero, por la forma como sostenía los labios y, luego, la cara, apretados contra su mano, sabía que él estaba buscando fuerzas para sí mismo.

Soltó su mano, la miró a la cara, a la asustada quietud de sus ojos, y sonrió, sin tratar de ocultar que su sonrisa tenía sufrimiento, enojo y ternura.

—Dagny, ¿quieres arrastrarte? Tú no sabes lo que esa palabra significa, y nunca lo sabrás. Uno no se arrastra reconociéndolo tan honestamente como tú haces. ¿No crees que sé que el mendigarme fue la cosa más valiente que podías hacer? Pero..., no me lo pidas, Dagny.

—En nombre de todo lo que alguna vez yo significué para ti... —susurró ella—, de lo que aún quede dentro de ti...

En el momento en que ella creyó haber visto esa expresión antes, contra el resplandor nocturno de la ciudad, cuando él estaba tendido en la cama a su lado por última vez... ella oyó su grito, el tipo de grito que ella nunca le había arrancado antes:

—¡Amor mío, no puedo!

Luego, mientras se miraban uno al otro, ambos silenciados por el *shock* de perplejidad, ella notó el cambio en la cara de él. Fue un cambio tan crudamente abrupto como si él hubiese accionado un interruptor. Se echó a reír, se alejó de ella y dijo, su voz hiriente y ofensiva al ser totalmente casual:

—Por favor, perdona la mezcla en mis estilos de expresión. Supuestamente les he dicho eso mismo a muchas mujeres, aunque en ocasiones un tanto diferentes.

La cabeza de ella cayó hacia delante, y se quedó sentada, acurrucada, sin importarle que él la viera.

Cuando levantó la cabeza, lo miró indiferentemente.

—Muy bien, Francisco. Fue una buena actuación. Me lo creí. Si ésa fue tu manera de tener el tipo de diversión que yo te estaba ofreciendo, lo conseguiste. No te pediré nada.

—Te lo advertí.

—No sabía a qué bando pertenecías. No parecía ser posible..., pero es al bando de Orren Boyle y Bertram Scudder y tu antiguo profesor.

—¿Mi antiguo profesor? —preguntó él con brusquedad.

—El doctor Robert Stadler.

Él rio, aliviado.

—Ah, ¿ése? Es un saqueador que piensa que su fin justifica que se apodere de mis medios —dijo. Y añadió—: ¿Sabes, Dagny?, me gustaría que recordases de qué lado estoy. Algún día te lo recordaré, y te preguntaré si quieres repetirlo.

—No tendrás que recordármelo.

Él se volvió para irse. Agitó la mano en un saludo informal, y dijo:

—Si se pudiese construir, le desearía buena suerte a la Línea Río Norte.

—Se va a construir. Y se va a llamar la Línea John Galt.

—*¡¿Qué?!*

Fue un auténtico grito; ella se rio despectivamente.

—La Línea John Galt.

—Dagny, por todos los santos, ¿por qué?

—¿No te gusta?

—¿Cómo se te ocurrió elegir eso?

—Suena mejor que Señor Nemo o Señor Cero, ¿no?

—Pero, Dagny, ¿por qué eso?

—Porque te asusta.

—¿Qué crees tú que significa?

—Lo imposible, lo inalcanzable. Todos tendrán miedo de mi línea, exactamente igual que tú tienes miedo de ese nombre.

Él empezó a reírse. Se reía, sin mirarla, y ella se sintió extrañamente segura de que él se había olvidado de ella, de que estaba muy lejos de allí, de que estaba riéndose —con una furiosa mezcla de alegría y amargura— de algo en lo que ella no tenía nada que ver.

Cuando se volvió para mirarla, dijo con vehemencia:

—Dagny, yo no lo haría si fuera tú.

Ella se encogió de hombros.

—A Jim no le gustó tampoco.

—¿Qué es lo que te gusta de ello?

—¡Lo odio! Odio el desastre que todos están esperando, el abandonar, y esa insensata pregunta que suena como un grito de auxilio. Estoy harta de oír súplicas a John Galt. Voy a luchar contra él.

Él dijo suavemente:

—Lo estás haciendo.

—Voy a construir una línea de ferrocarril para él. ¡Que venga y la reclame!

Él sonrió tristemente y asintió:

—Lo hará.

El resplandor de acero vertido fluía por el techo y se quebraba contra una pared. Rearden estaba sentado en su escritorio, a la luz de una única lámpara. Más allá del círculo de luz, la oscuridad del despacho se mezclaba con la oscuridad de fuera. Él sintió como si fuese un espacio vacío en el que los rayos de las calderas se movían libremente; como si la mesa fuese una balsa suspendida en el aire que llevaba a dos personas presas en su privacidad. Dagny estaba sentada frente a su escritorio.

Ella se había quitado el abrigo, y su silueta se destacaba contra el resplandor, su cuerpo tenso y delgado, con un traje gris formando una diagonal frente a un amplio sillón. Sólo su mano estaba en la luz, al borde del escritorio; más allá, él veía el pálido esbozo de su cara, el blanco de una blusa, el triángulo de un cuello de camisa abierto.

—Muy bien, Hank —dijo—, vamos adelante con el nuevo puente de Metal Rearden. Éste es el pedido oficial del dueño oficial de la Línea John Galt.

Él sonrió, mirando los diseños del puente extendidos a la luz sobre su escritorio.

—¿Has tenido ocasión de examinar el boceto que enviamos?

—Sí. No necesitas mis comentarios ni mis cumplidos. Mi pedido lo dice todo.

—Muy bien. Gracias. Empezaré a fabricar el metal.

—¿No vas a preguntar si la Línea John Galt está en condiciones de hacer pedidos, o de funcionar?

—No necesito hacerlo. El hecho de que tú vengas aquí lo dice todo.

Ella sonrió.

—Es verdad. Está todo listo, Hank. He venido a decírtelo y a hablar de los detalles del puente en persona.

—Muy bien. Tengo curiosidad: ¿quiénes son los accionistas de la Línea John Galt?

—No creo que ninguno de ellos pueda permitírselo. Todos ellos tienen empresas que están creciendo. Todos ellos necesitaban dinero para sus propios objetivos. Pero necesitaban la línea y no le quisieron pedir ayuda a nadie. —Sacó un papel del bolso—. Aquí tienes a John Galt, Inc. —dijo, dándoselo por encima del escritorio.

Él conocía la mayoría de los nombres en la lista: Ellis Wyatt, Wyatt Oil, Colorado; Ted Nielsen, Nielsen Motors, Colorado; Lawrence Hammond, Hammond Cars, Colorado; Andrew Stockton, Stockton Foundry, Colorado. Había unos cuantos de otros Estados; se fijó en el nombre: Kenneth Danagger, Danagger Coal, Pensilvania. El importe de sus contribuciones variaba, desde sumas de cinco hasta seis cifras.

Él cogió su pluma estilográfica y escribió al final de la lista: Henry Rearden, Rearden Steel, Pensilvania, 1.000.000 de dólares, y le devolvió la lista.

—Hank —dijo ella con voz suave—, no quería que tú fueses parte de esto. Has invertido tanto en el Metal Rearden que es peor para ti que para cualquiera de nosotros. No puedes permitirte otro riesgo.

—Nunca acepto favores —respondió él fríamente.

—¿Qué quieres decir?

—No le pido a nadie que asuma mayores riesgos en mis proyectos que los que yo mismo asumo. Si es una apuesta, igualaré lo que cualquier otro apueste. ¿No dijiste que esa vía iba a ser mi primer escaparate?

Ella inclinó la cabeza y dijo gravemente:

—Muy bien. Gracias.

—Por cierto, no espero perder ese dinero. Soy consciente de las condiciones bajo las cuales esos bonos pueden ser convertidos en acciones, si decido hacerlo. Por lo tanto, espero ganar un beneficio exorbitante..., y tú vas a ganarlo para mí.

Ella rio.

—¡Dios, Hank, he hablado con tantos estúpidos miedosos que casi me han infectado haciéndome creer que la línea es un fracaso seguro! Gracias por recordármelo. Sí, creo que ganaré ese beneficio exorbitante para ti.

—Si no fuera por los estúpidos miedosos, no habría ningún riesgo en eso en absoluto. Pero tenemos que derrotarlos. Lo haremos. —Tomó dos telegramas de entre los papeles en su escritorio—. Aún quedan unos cuantos hombres de verdad en este mundo. —Le dio los telegramas—. Creo que te gustará ver esto.

Uno de ellos decía: «Pensaba iniciarlo dentro de dos años, pero la declaración del Instituto Estatal de Ciencias me obliga a proceder inmediatamente. Considere esto un compromiso para construir un oleoducto

de Metal Rearden de 30 centímetros de diámetro, unos 900 kilómetros, de Colorado a Kansas City. Siguen detalles. Ellis Wyatt».

El otro decía: «Con referencia a lo que hablamos de mi pedido. Adelante. Ken Danagger».

Él añadió, a modo de explicación:

—Él no estaba listo para empezar inmediatamente tampoco. Son ocho mil toneladas de Metal Rearden. Metal estructural. Para minas de carbón.

Se miraron el uno al otro, y sonrieron. No necesitaban más comentarios.

Él miró hacia abajo, cuando ella le devolvió los telegramas. La piel de su mano parecía transparente a la luz, en el borde de su escritorio, la mano de una chica joven, con dedos largos y delgados, relajados por un momento, indefensos.

—La Stockton Foundry de Colorado —dijo ella— va a completar ese pedido para mí, el que la Amalgamated Switch and Signal Company dejó de hacer. Se pondrán en contacto contigo en cuanto al metal.

—Ya lo han hecho. ¿Qué has hecho sobre los equipos de construcción?

—Los ingenieros de Nealy van a continuar, los mejores, los que yo necesito. Y la mayoría de los capataces también. No será difícil mantenerlos ocupados. Nealy no servía de mucho, en cualquier caso.

—¿Y qué pasa con los trabajadores?

—Más candidatos de los que puedo contratar. No creo que el sindicato vaya a intervenir. La mayoría de los candidatos están dando nombres falsos. Son miembros del sindicato. Necesitan el trabajo desesperadamente. Tendré unos cuantos guardias en la línea, pero no espero que haya incidentes.

—¿Y qué hay del Consejo de Administración de tu hermano Jim?

—Están todos como locos tratando de conseguir declaraciones en los periódicos afirmando que no tienen ninguna conexión en absoluto con la Línea John Galt, y lo reprobable que creen que es ese proyecto. Aceptaron todo lo que yo les pedí.

La línea de sus hombros parecía tensa, pero estaban echados hacia atrás con naturalidad, como listos para el vuelo. La tensión parecía un estado natural en ella, no un signo de ansiedad, sino un signo de disfrute; la tensión de su cuerpo entero, bajo el traje gris, medio visible en la oscuridad.

—Eddie Willers ha asumido el cargo de vicepresidente de Operaciones —dijo ella—. Si necesitas algo, ponte en contacto con él. Yo me voy a Colorado esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. Tenemos que recuperar tiempo. Hemos perdido una semana.

—¿Vas volando en tu propio avión?

—Sí. Volveré en unos diez días. Tengo intención de estar en Nueva York una o dos veces al mes.

—¿Dónde vas a vivir allí?

—En el mismo lugar de trabajo. En mi propio vagón, o mejor dicho, en el vagón que Eddie me ha prestado.

—¿Estarás segura allí?

—¿Segura? —Se rio, sorprendida—. Vaya, Hank, es la primera vez que has pensado que no soy un hombre. Claro que estaré segura.

Él no estaba mirándola; estaba mirando una hoja de números en su escritorio.

—He hecho que mis ingenieros preparen un presupuesto detallado del coste del puente —dijo—, así como un programa aproximado del tiempo requerido para la construcción. Eso es lo que quería ver contigo.

Le extendió los papeles. Ella se echó hacia atrás para leerlos. Un rayo de luz le pasaba por la cara. Él vio la boca firme y sensual en un nítido contorno. Cuando se reclinó un poco más, él sólo vio una sugerencia de su forma y las líneas oscuras de sus pestañas casi cerradas.

¿No lo he hecho?, pensó. ¿Acaso no he pensado en eso desde la primera vez que te vi? ¿Acaso he pensado en otra cosa desde hace dos años...? Siguió sentado, sin moverse, mirándola. Oyó las palabras que nunca se había permitido a sí mismo formar, las palabras que había sentido, que había conocido, pero que no había confrontado, que había esperado destruir al no dejar que fueran pronunciadas dentro de su propia mente. Ahora todo era tan repentino y tan aterrador como si se las estuviese diciendo a ella. Desde la primera vez que te vi..., nada excepto tu cuerpo, esa boca tuya, y la forma en que tus ojos me mirarían si... En cada frase que te he dicho, en cada reunión en la que pensabas que estabas segura, en la importancia de todos los temas de los que hablamos... Confiabas en mí, ¿no? ¿Reconocer tu grandeza? ¿Pensar en ti como te merecías, como si fueras un hombre? ¿No crees que sé todo lo que he traicionado? El único

encuentro radiante de mi vida..., la única persona a la que he respetado..., el mejor «hombre» de negocios que conozco, mi aliada, mi compañera en una desesperada batalla... El más bajo de todos mis deseos..., en respuesta a lo más alto que he conocido... ¿Sabes lo que soy? He pensado en ello, porque debería ser impensable. Por esa necesidad degradante, que nunca debería tocarte, no he deseado jamás a nadie excepto a ti. Yo no había sabido lo que era, el desearlo, hasta que te vi por primera vez. Había pensado: Yo no..., yo no puedo ser vencido por eso... Desde entonces, durante dos años, sin un momento de respiro... ¿Sabes lo que es desearlo? ¿Te gustaría oír lo que pensaba cuando te miraba, cuando estaba despierto por la noche, cuando oía tu voz por teléfono, cuando trabajaba, pero no podía apartarte de mi mente? Llevarte a hacer cosas que no puedes concebir..., y saber que he sido yo quien lo ha hecho. Reducirte a un cuerpo, enseñarte un placer animal, ver que lo necesitas, ver que me lo estás pidiendo, ver tu maravilloso espíritu depender de la obscenidad de tu necesidad. Verte como tú eres, verte enfrentar el mundo con tu fortaleza, limpia y orgullosa..., y luego verte, en mi cama, sometiéndote a cualquier capricho infame que se me pueda ocurrir, a cualquier acto que yo realizaré con el único objetivo de verte deshonrada y al cual te someterás por poder tener una sensación impronunciable... Te deseo..., y ¡maldito sea yo por eso!

Ella estaba leyendo los documentos, reclinada en la oscuridad; él vio el reflejo del fuego tocándole el pelo, moviéndose hasta su hombro, por su brazo, hasta la desnuda piel de su muñeca.

¿Sabes lo que estoy pensando ahora, en este momento? Tu traje gris, y tu cuello abierto... Pareces tan joven, tan austera, tan segura de ti misma... ¿Qué pasaría contigo si te echara la cabeza para atrás, si te arrojara al suelo en ese traje formal tuyo, si te levantara la falda...?

Ella levantó la mirada hacia él. Él bajó los ojos hacia los papeles en su escritorio. Un momento después, dijo:

—El coste real del puente es menor que nuestro presupuesto original. Verás que la fuerza del puente permite añadir más adelante una segunda vía, la cual, creo yo, esa zona del país justificará en unos pocos años. Si distribuyes el coste en un período de...

Él habló, y ella miró a su cara a la luz de la lámpara, contra el negro vacío de la oficina. La lámpara estaba fuera de su campo de visión, y sintió como si fuese la cara de él la que iluminaba los papeles en su escritorio. Su

cara, pensó ella, y la fría y radiante claridad de su voz, de su mente, de su impulso hacia un único objetivo. La cara era como sus palabras, como si la línea de un único tema corriese desde la fija mirada de los ojos, a través de los fuertes músculos de las mejillas, hasta la curva algo desdeñosa y abatida de la boca, la línea de un ascetismo implacable.

El día empezó con la noticia de un desastre: un tren de mercancías de la Atlantic Southern había chocado de frente con un tren de pasajeros en Nuevo México, en una curva cerrada en las montañas, desparramando vagones por toda la ladera. Los vagones transportaban cinco mil toneladas de cobre, que iban desde una mina en Arizona a las fundiciones de Rearden.

Rearden llamó al director general de la Atlantic Southern, pero la respuesta que recibió fue:

—Cielos, señor Rearden, ¿cómo podemos saberlo? ¿Cómo puede alguien saber cuánto tiempo llevará recuperarse de ese desastre? Es uno de los peores que hemos tenido... No sé, señor Rearden. No hay ninguna otra línea cerca de esa zona. La vía está destrozada en unos cuatrocientos metros. Ha habido un deslizamiento de tierra. Nuestro tren de auxilio no puede llegar hasta allí. No sé cómo vamos a poder poner esos vagones de nuevo sobre los raíles, ni cuándo. No puedo pensar que sea en menos de dos semanas... ¿Tres días? ¡Imposible, señor Rearden!... Pero ¡no podemos evitarlo! Pero ¡seguro que puede decirles a sus clientes que es un caso de fuerza mayor! ¿Qué pasa si los atrasa? ¡Nadie puede echarle la culpa en un caso como éste!

Durante las dos horas siguientes, con la ayuda de su secretaria, de dos jóvenes ingenieros del departamento de embarques, un mapa de carreteras y un teléfono, Rearden consiguió que una flota de camiones se dirigiera al lugar del accidente, y que un convoy de vagones de auxilio se encontrara con ellos en la estación más próxima de la Atlantic Southern. Los vagones se los había prestado Taggart Transcontinental. Los camiones habían sido reclutados por todo Nuevo México, Arizona y Colorado. Los ingenieros de Rearden habían acosado por teléfono a los propietarios privados de los camiones y les habían ofrecido pagos que neutralizaban cualquier argumento.

Era el tercero de tres envíos de cobre que Rearden había estado esperando: dos pedidos no habían sido entregados: una empresa había quebrado, la otra seguía con excusas de atrasos que no podía evitar.

Él se ocupó del asunto sin alterar su lista de citas, sin levantar la voz, sin ninguna señal de estrés, incertidumbre o aprensión; había actuado con la rápida precisión de un comandante militar bajo fuego repentino, y Gwen Ives, su secretaria, había sido su más calmado lugarteniente. Ella era una muchacha de casi treinta años, cuyo rostro sereno, armonioso e impenetrable, tenía una cualidad que correspondía al equipo de oficina mejor diseñado; era uno de los empleados más implacablemente competentes; su actitud al realizar sus deberes sugería el tipo de claridad racional que consideraría cualquier elemento de emoción durante el trabajo como una inmoralidad imperdonable.

Cuando la emergencia pasó, el único comentario de ella fue:

—Señor Rearden, creo que debemos pedirles a nuestros proveedores que manden sus materiales por Taggart Transcontinental.

—Yo también estaba pensando eso —respondió él—. Envíele un mensaje a Fleming en Colorado. Dígale que estoy interesado en comprar esa opción de la mina de cobre.

Él estaba de nuevo sentado en su escritorio, hablando con su supervisor por un teléfono y con su jefe de compras por otro, comprobando cada fecha y cada tonelada de mineral disponible; no podía dejar al azar o a otra persona la posibilidad de una sola hora de atraso en el flujo de un horno: era el último raíl para la Línea John Galt lo que estaba siendo vertido... cuando el timbre sonó y la voz de la señorita Ives anunció que su madre estaba afuera, y que exigía verle.

Él le había pedido a su familia que nunca fueran a la fundición sin una cita. Le había gustado que odiaran el lugar y que rara vez aparecieran por su despacho. Lo que ahora sintió fue un violento deseo de ordenarle a su madre que se fuera de la planta. En vez de eso, con un esfuerzo mayor que el problema del desastre del tren había requerido de él, había dicho sencillamente:

—Muy bien, dígale que pase.

Su madre entró con un aire entre beligerante y defensivo. Miró su despacho como si supiera lo que significaba para él, y como si estuviera declarando su resentimiento contra cualquier cosa que tuviera mayor

importancia para él que ella misma. Se tomó su tiempo para acomodarse en un sillón, arreglando y volviendo a arreglar su bolso, sus guantes, los pliegues de su vestido, mientras gruñía:

—Te parece bonito que una madre tenga que esperar en una recepción y pedirle permiso a una taquígrafa para poder ver a su propio hijo, quien...

—Madre, ¿es algo importante? Estoy muy ocupado hoy.

—Tú no eres el único que tiene problemas. Por supuesto, es importante. ¿Crees que me tomaría la molestia de venir conduciendo hasta aquí, si no fuese importante?

—¿De qué se trata?

—De Philip.

—¿Y bien?

—Philip está descontento.

—¿Y qué?

—Él siente que no es correcto que deba depender de tu caridad y vivir de limosnas y no poder contar nunca con un solo dólar que sea suyo propio.

—¡Vaya! —dijo él con una sorprendida sonrisa—. He estado esperando que llegase el día en que se diese cuenta de eso.

—No está bien que un hombre sensible esté en esa posición.

—Desde luego que no.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. Así que lo que tienes que hacer es darle un trabajo.

—¿Un... qué?

—Debes darle un trabajo aquí, en la fundición..., pero un trabajo bueno y agradable, con un escritorio y una oficina y un salario decente, donde él no tenga que estar entre tus jornaleros y tus malolientes hornos.

Él sabía lo que estaba oyendo; no necesitaba forzarse a creerlo.

—Madre, no lo dirás en serio.

—Desde luego que sí. Resulta que yo sé que eso es lo que él quiere, sólo que él es demasiado orgulloso para pedírtelo. Pero si tú se lo ofreces y haces que parezca que eres tú quien le estás pidiendo un favor, bueno, sé que estará encantado de aceptarlo. Por eso he tenido que venir aquí a hablar contigo, para que él no sospeche que yo te sugerí algo.

No estaba en la naturaleza de su consciencia entender la naturaleza de las cosas que estaba oyendo. Un único pensamiento atravesó su mente como un rayo de luz, incapaz de concebir cómo alguien podría no verlo. El

pensamiento salió de él como un grito de perplejidad:

—¡Pero él no sabe nada sobre el negocio del acero!

—¿Y eso qué tiene que ver? Necesita un trabajo.

—Pero no podría hacer el trabajo.

—Necesita ganar confianza en sí mismo y sentirse importante.

—Pero no me serviría absolutamente de nada.

—Necesita sentir que es necesario.

—¿Aquí? ¿Para qué podría quererlo yo aquí?

—Contratas a muchos desconocidos.

—Contrato a hombres que producen. ¿Qué puede ofrecerme él?

—Es tu hermano, ¿no?

—¿Y qué tiene eso que ver?

Ella lo miró, incrédula, a su vez, muda de asombro. Por un momento, quedaron mirándose, como si los separase una distancia interplanetaria.

—Es tu hermano —dijo ella, su voz como un disco rayado que repetía una fórmula mágica que ella no se permitía poner en duda—. Necesita una posición en el mundo. Necesita un salario, para sentir que está con dinero que le llega como lo que se merece, no como una limosna.

—¿Como lo que se merece? Pero él no valdría ni un centavo para mí.

—¿Es eso en lo primero que piensas? ¿En tus beneficios? Te estoy pidiendo que ayudes a tu hermano, y lo único que se te ocurre es cómo sacarle un centavo a él, y no vas a ayudarlo a menos que haya dinero de por medio para *ti*, ¿es eso? —Ella vio la expresión de sus ojos y apartó la mirada, pero siguió hablando apresuradamente, con una voz cada vez más chillona—: Sí, seguro, le estás ayudando... como le ayudarías a un mendigo cualquiera. Ayuda material, eso es lo único que tú conoces o entiendes. ¿Has pensado en sus necesidades *espirituales* y en lo que su situación está haciendo con su autoestima? Él no quiere vivir como un pordiosero. Él quiere independizarse de ti.

—¿Por medio de conseguir de mí un salario que no puede ganarse, por un trabajo que no puede realizar?

—Ni llegarías a darte cuenta. Tienes suficiente gente aquí que está ganando dinero para ti.

—¿Me estás pidiendo que le ayude a montar un fraude de ese tipo?

—No tienes que decirlo de esa forma.

—¿Es un fraude... o no lo es?

—Por eso no puedo hablar contigo, porque no eres humano. No tienes compasión, no sientes nada por tu hermano, ni tienes compasión por sus sentimientos.

—¿Es un fraude o no?

—No tienes piedad de nadie.

—¿Crees que un fraude de ese tipo sería justo?

—Eres el hombre más inmoral que existe, ¡no piensas más que en la justicia! ¡No sientes ningún cariño en absoluto!

Él se levantó, con un movimiento abrupto y acentuado, el movimiento de dar por terminada una entrevista y ordenarle a un visitante que se retire.

—¡Madre, estoy dirigiendo una planta de acero, no una casa de putas!

—¡Henry! —El sonido de indignación fue por su elección de lenguaje, nada más.

—No vuelvas a hablarme jamás de un trabajo para Philip. No le daría ni un trabajo de barrendero. No le permitiría ni entrar en mi fundición. Quiero que entiendas eso, de una vez por todas. Puedes ayudarle de la forma que quieras, pero no me dejes que te vea pensando en mi fundición como un medio para ese fin.

Las arrugas del blando mentón de su madre se comprimieron en un gesto parecido al desdén.

—¿Qué es, tu fundición... un templo sagrado o algo así?

—Pues... sí —dijo él suavemente, asombrado con la idea.

—¿Nunca piensas en la gente y en tus deberes morales?

—No sé qué es a lo que decides llamar moralidad. No, no pienso en la gente... excepto que si le diera un trabajo a Philip, no conseguiría mirarle a la cara a ningún hombre competente que de verdad necesitara un trabajo y se lo mereciera.

Ella se levantó. Tenía la cabeza hundida entre los hombros, y la justa amargura de su voz pareció lanzar las palabras hacia arriba, hacia la alta y esbelta figura de él:

—*Ésa* es tu crueldad, eso es lo que hay de malvado y egoísta en ti. Si quisieras a tu hermano, le darías un trabajo que no se merece, precisamente por no merecérselo; *eso* sería verdadero amor y benevolencia y fraternidad. Y si no, ¿para qué sirve el amor? Si un hombre *merece* un trabajo, no hay virtud alguna en dárselo. Virtud es dar lo inmerecido.

Él la estaba mirando como un niño mira una pesadilla que no conoce, ante la que su incredulidad impide que se convierta en horror.

—Madre —dijo lentamente—, no sabes lo que estás diciendo. No soy capaz de menospreciarte lo suficiente como para creer que lo estás diciendo en serio.

La mirada que se dibujó en el rostro de su madre le asombró todavía más que todo lo demás: era una expresión de derrota y, al mismo tiempo, de una astucia extraña, cínica y secreta, como si, por un instante, ella fuese dueña de una sabiduría superior que estuviera burlándose de la inocencia de él.

El recuerdo de aquella mirada permaneció fijo en su mente, como una señal de alarma advirtiéndole que había vislumbrado un tema que tenía que entender. Pero no pudo lidiar con eso, no consiguió forzar su mente para que lo aceptara como algo digno de ser pensado, no pudo encontrar ninguna pista excepto su leve intranquilidad y su repugnancia..., y no tenía tiempo para dedicarle, no podía pensar en eso ahora, estaba ante su siguiente visitante, sentado enfrente de su escritorio; estaba escuchando a un hombre luchando por su vida.

El hombre no lo expresó en esos términos, pero Rearden sabía que ésa era la esencia del caso. Lo que el hombre puso en palabras fue sólo una solicitud para obtener quinientas toneladas de acero.

Era el señor Ward, de la Ward Harvester Company, de Minnesota. Era una empresa sin mayores pretensiones, pero de intachable reputación, el tipo de negocio que rara vez se hace grande, pero que nunca fracasa. El señor Ward era la cuarta generación de una familia que había sido propietaria de la planta y cuyos miembros le habían dedicado a ella conscientemente lo mejor de sí mismos.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, con una cara cuadrada y terca. Mirándolo, uno sabía que él consideraría tan indecente dejar que su cara mostrara sufrimiento como quitarse la ropa en público. Hablaba en un tono seco y de negocios. Explicó que siempre había hecho negocios, igual que su padre, con una de las pequeñas empresas de acero que ahora había sido absorbida por la Associated Steel de Orren Boyle. Había estado esperando que le entregaran su último pedido de acero durante un año. Había pasado el último mes luchando por conseguir una entrevista personal con Rearden.

—Sé que su fundición está trabajando a plena capacidad, señor Rearden —dijo—, y sé que usted no está en condiciones de aceptar nuevos pedidos, puesto que sus mejores y más antiguos clientes están aguardando su turno, ya que usted es el único fabricante de acero decente, quiero decir, fiable, que queda en el país. No sé qué motivo ofrecerle por el cual deba hacer una excepción en mi caso. Pero no me quedaba ninguna otra opción, excepto cerrar las puertas de mi planta para siempre, y yo... —Hubo un ligero quiebre en su voz—. Yo no puedo hacerme a la idea de cerrar las puertas aún, así es que pensé en hablar con usted, aunque viera que no hay demasiadas posibilidades..., aun así, tenía que intentar todo lo posible.

Ése era un lenguaje que Rearden podía entender.

—Ojalá pudiera ayudarle —dijo—, pero éste es el peor momento para mí, debido a un pedido muy grande y muy especial que tiene prioridad sobre todo lo demás.

—Lo sé. Pero ¿podría sólo escucharme, señor Rearden?

—Claro.

—Si es cuestión de dinero, pagaré lo que usted me pida. Si pudiese hacer que le valiese la pena de esa forma, vaya, pues cóbreme cualquier cantidad que quiera, cóbreme el doble, pero déjeme tener el acero. No me importaría tener que vender las máquinas cosechadoras con pérdidas, con tal de mantener las puertas abiertas. Tengo lo suficiente, personalmente, como para trabajar con pérdidas un par de años, si es necesario, sólo para aguantar; porque, imagino, las cosas no pueden seguir así por mucho tiempo, las condiciones tienen que mejorar, tienen que mejorar, o de lo contrario... —No terminó la frase. Dijo, con firmeza—: ... Tienen que hacerlo.

—Mejorarán —dijo Rearden.

El pensamiento de la Línea John Galt le atravesó la mente como una armonía bajo el sonido confiado de sus palabras. La Línea John Galt estaba avanzando. Los ataques contra su metal habían cesado. Él sentía como si, a muchos kilómetros de distancia y al otro lado del país, Dagny Taggart y él se encontraran ahora en un espacio vacío, en un camino sin obstáculos, libres para acabar el trabajo. «Nos dejarán tranquilos para que lo hagamos», pensó. Esas palabras eran como un himno de batalla en su mente: «Nos dejarán tranquilos».

—La capacidad de nuestra planta es de mil cosechadoras al año —dijo el señor Ward—. El año pasado fabricamos trescientas. Conseguí el acero necesario en algunas liquidaciones por bancarrota y pidiéndolo aquí y allá a las grandes compañías, y merodeando por toda suerte de parajes increíbles; bueno, no le aburriré con eso, sólo que nunca pensé que viviría para ver que tendría que hacer negocios de esa manera. Y todo ese tiempo, Orren Boyle jurándome que me iba a entregar el acero la semana siguiente. Pero cualquier cosa que él consiguió verter fue a parar a sus nuevos clientes, por alguna razón que nadie mencionaría..., sólo que oí un rumor que decía que eran hombres con influencias políticas. Y ahora ni siquiera puedo conseguir hablar con el señor Boyle en absoluto. Está en Washington, ha estado allí desde hace más de un mes. Y lo único que su oficina me dice es que ellos no pueden evitarlo, porque no pueden conseguir el mineral.

—No pierda el tiempo con ellos —dijo Rearden—. Nunca conseguirá nada de esa gente.

—Sabe usted, señor Rearden —dijo él en el tono de un descubrimiento que él no podía obligarse a creer—, creo que hay algo raro en la manera en que el señor Boyle está dirigiendo su negocio. No consigo entender lo que quiere. Tiene la mitad de los hornos inactivos, pero el mes pasado los periódicos publicaron todas esas grandes historias sobre la Associated Steel. ¿Sobre su producción? Oh, no, sobre el maravilloso bloque de viviendas que el señor Boyle acababa de construir para sus trabajadores. La semana pasada fueron películas en color lo que el señor Boyle envió a todas las escuelas secundarias, mostrando cómo se fabrica el acero, y el gran servicio que presta a todo el mundo. Ahora, el señor Boyle tiene un programa de radio, y dan charlas sobre la importancia que tiene la industria del acero para el país, y no paran de decir que debemos preservar la industria del acero como un todo. No entiendo lo que quieren decir con eso de «como un todo».

—Yo sí. Olvídelo. No se saldrá con la suya.

—Sabe usted, señor Rearden, no me gusta la gente que siempre está hablando de cómo todo lo que hace es sólo en beneficio de los demás. No es verdad, y no creo que sería correcto si fuese verdad. Así que diré que para lo que necesito el acero es para salvar mi propio negocio. Porque es mío. Porque si tuviera que cerrarlo..., en fin, nadie entiende eso hoy en día.

—Yo sí.

—Sí, sí, creo que usted lo entendería. Así que, ya ve, ésa es mi preocupación primordial. Pero luego están mis clientes también. Llevan tratando conmigo muchos años. Confían en mí. Es prácticamente imposible conseguir cualquier tipo de maquinaria en cualquier sitio. Imagínese lo que va a pasar, allá en Minnesota, cuando los agricultores no puedan conseguir herramientas, cuando las máquinas se averíen en medio de la cosecha y no haya piezas, no haya repuestos..., nada más que las películas en color de Orren Boyle sobre..., oh, bueno... Y luego están mis trabajadores, también. Algunos de ellos han estado con nosotros desde la época de mi padre. Ellos no tienen ningún otro sitio adonde ir. No ahora.

Era imposible, pensó Rearden, extraer más acero de la fundición cuando cada horno, cada hora de trabajo y cada tonelada estaban programados de antemano para pedidos urgentes, durante los seis meses siguientes. Pero... la Línea John Galt, pensó. Si podía hacer eso, podía hacer cualquier cosa. Sintió como si deseara asumir diez nuevos problemas al mismo tiempo. Sintió como si ése fuese un mundo en el que nada era imposible para él.

—Mire —dijo, cogiendo el teléfono—, déjeme consultar con mi supervisor y ver exactamente cuánto vamos a estar vertiendo en las próximas semanas. Quizá encuentre alguna forma de tomar prestadas unas cuantas toneladas de algunos de los pedidos en curso y...

El señor Ward apartó rápidamente la mirada, pero Rearden había visto rápidamente su cara. ¡Es tanto para él, y tan poco para mí!, pensó.

Levantó el auricular, pero tuvo que dejarlo, porque la puerta de su despacho se abrió precipitadamente, y Gwen Ives entró.

Parecía imposible que la señorita Ives se permitiera una infracción de ese tipo, o que la calma de su cara pareciese como una distorsión anormal, o que sus ojos parecieran cegados, o que sus pasos sonaran a punto de tambalearse.

—Perdone que le interrumpa, señor Rearden —pero él sabía que ella no veía el despacho, no veía al señor Ward, no lo veía más que a él—. Pensé que debo decirle que los legisladores acaban de aprobar la Ley de Igualación de Oportunidades.

Fue el impasible señor Ward quien gritó:

—¡Oh, Dios, no! ¡Oh, no! —Mirando a Rearden.

Rearden se puso en pie de un salto. Estaba doblado, de forma nada natural, con un hombro inclinado hacia delante. Fue sólo un instante. Luego miró a su alrededor, como si estuviese recuperando la vista, y dijo:

—Perdonen.

Su mirada incluyó tanto a la señorita Ives como al señor Ward, y volvió a sentarse.

—No nos informaron de que ese proyecto de ley había sido sometido a votación, ¿verdad? —preguntó con voz controlada y seca.

—No, señor Rearden. Por lo visto, fue un movimiento sorpresa, y les llevó sólo cuarenta y cinco minutos.

—¿Sabe algo de Mouch?

—No, señor Rearden —dijo ella, haciendo hincapié en el «no»—. Fue el mensajero del quinto piso el que bajó corriendo a decirme que acababa de oírlo en la radio. Llamé a los periódicos para confirmarlo. Intenté hablar con el señor Mouch en Washington. Su oficina no contesta.

—¿Cuándo supimos de él por última vez?

—Hace diez días, señor Rearden.

—Bien. Gracias, Gwen. Siga intentando comunicarse con su oficina.

—Sí, señor Rearden.

Ella salió. El señor Ward estaba de pie, sombrero en mano.

—Supongo que debería... —murmuró.

—¡Siéntese! —estalló Rearden con ferocidad.

El señor Ward obedeció, mirándolo fijamente.

—Teníamos un negocio que tramitar, ¿no? —dijo Rearden. El señor Ward no pudo definir la emoción que contraía la boca de Rearden mientras hablaba—. Señor Ward, ¿de qué nos acusan los cabrones más asquerosos de la Tierra, entre otras cosas...? Ah, sí, de nuestro lema: «Más de lo mismo». Pues, bien, más de lo mismo, ¡y aquí no pasa nada, señor Ward!

Tomó el teléfono y pidió hablar con el supervisor.

—Dime, Pete... ¿Qué?... Sí, ya sé. Olvídalo. Hablaremos de eso después. Lo que quiero saber es, ¿puedes darme quinientas toneladas de acero más, por encima del programa, en las próximas semanas...? Sí, lo sé... Sé que es difícil... Dame las fechas y las cifras. —Escuchó, tomando notas rápidamente en una hoja de papel. Luego, dijo—: Muy bien. Gracias.

Colgó el teléfono, y estudió las cifras durante unos momentos, hizo algunos breves cálculos en el margen de la hoja. Luego levantó la cabeza.

—Muy bien, señor Ward —dijo—. Usted tendrá su acero dentro de diez días.

Cuando el señor Ward se había marchado, Rearden fue a la antesala. Le dijo a la señorita Ives, con su voz normal:

—Telegrafíe a Fleming en Colorado. Él sabrá por qué tengo que cancelar esa opción de compra.

Ella inclinó la cabeza, con un ademán de asentimiento significando obediencia. No lo miró a él.

Él se dirigió a su siguiente visitante, invitándole con un gesto a entrar en su despacho:

—Cómo está usted. Pase.

Pensaría en eso después, pensó; uno se mueve paso a paso, y uno debe continuar moviéndose. Por el momento, con una extraordinaria claridad, con una brutal simplificación que lo hacía parecer casi fácil, su consciencia no contenía nada más que un pensamiento: «No debe detenerme». La frase colgaba sola, sin pasado ni futuro. Él no pensó en qué era lo que no podía detenerlo, o por qué esa frase era un absoluto tan crucial. Esa frase lo dominaba y él obedecía. Fue paso a paso. Completó su horario de citas como estaba previsto.

Era tarde cuando su última visita se fue, y él salió de su despacho. El resto de su personal se había ido a casa. La señorita Ives estaba sentada ante su escritorio en una sala vacía. Estaba muy erguida y rígida, con las manos juntas y muy apretadas sobre el regazo. Su cabeza no estaba agachada, sino que la sostenía firmemente erguida, y su cara parecía congelada. Por sus mejillas corrían lágrimas, sin ningún sonido y ningún movimiento facial contra su resistencia, fuera de control.

Ella lo vio y dijo secamente, como sintiéndose culpable:

—Lo siento, señor Rearden.

Ella no hizo el inútil ademán de ocultar su cara. Él se acercó.

—Gracias —dijo Rearden con suavidad.

Ella lo miró, sorprendida. Él sonrió.

—Pero ¿no cree que me está subestimando, Gwen? ¿No es demasiado pronto para llorar por mí?

—Lo habría aguantado todo —susurró ella—, pero ellos... —señaló los periódicos sobre su escritorio—, ellos lo están llamando una victoria para la antiavaricia.

Él se rio en voz alta.

—Ya veo cómo semejante distorsión del lenguaje puede ponerla furiosa —dijo—. Pero ¿qué más?

Al mirarlo, su boca se relajó un poco. La víctima a quien ella no podía proteger era su único punto de solidez en un mundo que se estaba disolviendo a su alrededor.

Él le pasó la mano delicadamente por la frente; era una rara infracción de formalidad, y un silencioso reconocimiento de las cosas de las que él no se había reído.

—Váyase a casa, Gwen. No la necesitaré esta noche. Yo mismo me iré a casa dentro de poco. No, no quiero que me espere.

Era pasada la medianoche cuando, sentado aún en su escritorio, inclinado sobre los planos del puente para la Línea John Galt, él paró bruscamente de trabajar, porque de repente la emoción le había llegado toda de golpe, una emoción de la que ya no podía escapar, como si una cortina de anestesia se hubiese desgarrado.

Se dejó caer hacia delante, medio acostado, aún aferrándose a alguna chispa de resistencia, y se quedó allí sentado, con el pecho presionado contra el borde del escritorio que lo paraba, la cabeza inclinada, como si el único logro aún posible para él fuese impedir que su cabeza cayera sobre la mesa. Permaneció así unos momentos, consciente sólo del dolor, de un dolor hiriente, sin contenido y sin límites; siguió sentado, sin saber si ese dolor estaba en su mente o en su cuerpo, reducido a la terrible fealdad de un dolor que detiene el pensamiento.

Unos momentos después, aquello había pasado. Levantó la cabeza y se irguió, serenamente, reclinándose en el respaldo de su sillón. Ahora veía que, al haber aplazado ese momento durante horas, no había sido culpable de evasión: no había pensado en ello porque no había nada que pensar.

El pensamiento, se dijo a sí mismo silenciosamente, es un arma que uno usa para actuar. No había acción posible. El pensamiento es la herramienta con la cual uno hace una elección. No le quedaba ninguna elección a él. El pensamiento establece el objetivo de uno y una forma de alcanzarlo. En el tema de que estuvieran arrancándole la vida a pedazos, él no iba a tener ni voz, ni objetivo, ni medios, ni defensa.

Pensó en eso, asombrado. Se dio cuenta por primera vez de que nunca había conocido el miedo porque, frente a cualquier desastre, siempre había tenido la omnipotente opción de ser capaz de actuar. No, pensó, no se trata de una garantía de victoria —¿quién puede tenerla?—, sólo de la posibilidad de actuar, que es todo lo que uno necesita. Ahora estaba contemplando, impersonalmente y por primera vez, la verdadera esencia del terror: ser llevado a la destrucción atado de pies y manos.

Bueno, entonces, sigue aunque vayas atado, pensó. Sigue con cadenas. Sigue. Eso no debe detenerte. Pero otra voz le estaba diciendo cosas que él no quería oír, mientras se defendía, gritando sobre la voz y contra ella: «No sirve de nada pensar en eso..., es inútil... ¿Para qué?... ¡Olvídate de ello!».

No podía ahogar esa voz. Permaneció sentado, sobre los diseños del puente para la Línea John Galt, y oyó las cosas lanzadas por una voz que era parte sonido, parte imagen. Lo habían decidido sin él... No le habían llamado, no le habían preguntado, no le habían dejado hablar... No sentían siquiera que debían hacérselo saber, hacerle saber que habían destrozado parte de su vida y que él tendría que estar dispuesto a seguir andando como un lisiado... De todos los involucrados, fuesen quienes fuesen, por la razón que fuese, por la necesidad que fuese, *él* era el único al que no se habían dignado considerar.

El cartel colocado al final de una larga carretera decía: REARDEN ORE. Colgaba sobre negras gradas de metal... y sobre años y noches..., sobre un reloj marcando las gotas de su propia sangre..., la sangre que había dado alegremente, jubilosamente, en pago por un lejano día y un cartel sobre una carretera..., pagado con su esfuerzo, su fortaleza, su mente, su esperanza... Destruido por el capricho de algunos hombres que se sentaron y votaron. ¿Quién sabe por qué mentes? ¿Quién sabe qué voluntad y de quién los había llevado al poder? ¿Qué motivo los impulsó? ¿Cuál era su conocimiento? ¿Cuál de ellos, sin ayuda, podría extraer un pedazo de mineral de la tierra? Destruido por el capricho de hombres a quienes él nunca había visto y quienes nunca habían visto esas gradas de metal. Destruido, porque ellos así lo habían decidido. ¿Con qué derecho?

Sacudió la cabeza. Hay cosas que uno no debe contemplar, pensó. Hay obscenidad en la maldad, una obscenidad que acaba contaminando al observador. Hay un límite para lo que es adecuado que presencie un

hombre. No debe pensar en eso, o mirar dentro de ello, o intentar averiguar la naturaleza de sus raíces.

Sintiéndose tranquilo y vacío, se dijo que volvería a estar bien al día siguiente. Se perdonaría la debilidad de esa noche, eran como las lágrimas que a uno se le permiten en un funeral, y luego uno aprende a vivir con una herida abierta... o con una fábrica arruinada.

Se levantó y se acercó a la ventana. Los altos hornos parecían desiertos y quietos; vio débiles marcas de rojo sobre negras chimeneas, largas espirales de vapor, enmarañadas diagonales de grúas y puentes.

Sintió una soledad desoladora, del tipo que nunca había conocido antes. Pensó que Gwen Ives y el señor Ward podían recurrir a él en busca de esperanza, de alivio, en busca de una forma de renovar el valor. ¿A quién podía *él* recurrir? También él lo necesitaba, aunque fuese una vez. Deseó tener un amigo a quien permitirle verle sufrir, sin pretensiones ni protección, en quien pudiese apoyarse por un instante, sólo para decir: «Estoy muy cansado»; y encontrar un momento de reposo. De todos los hombres que conocía, ¿había alguno a quien desearía tener a su lado ahora? Oyó la respuesta en su mente, inmediata y escandalosa: Francisco d'Anconia.

Su risa ahogada lo devolvió a la realidad. Lo absurdo de la nostalgia le devolvió bruscamente la calma. Eso es lo que te pasa, pensó, cuando te dejas llevar por la debilidad.

Siguió de pie frente a la ventana, intentando no pensar. Pero no dejaba de oír las palabras en su mente: Rearden Ore..., Rearden Coal..., Rearden Steel..., Rearden Metal... ¿De qué servía todo eso? ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué querría volver a hacer algo alguna vez?

Su primer día en los salientes de las minas de mineral de hierro..., el día en que estaba de pie en el viento, mirando hacia abajo, a las ruinas de una planta de acero... El día en que estaba aquí en este despacho, ante esta ventana, y pensó que podría construir un puente que aguantara cargas increíbles con sólo unos cuantos componentes de metal, si uno combinaba un soporte con un arco, si uno construía un entramado diagonal con los tramos superiores curvados para...

Se paró y se quedó quieto. Él *no había* pensado en combinar un soporte con un arco, aquel día.

Al instante siguiente, estaba en su escritorio, inclinado sobre él, con una rodilla en el asiento de la silla, sin tiempo de pensar en sentarse, trazando líneas, curvas, triángulos, columnas de cálculos, indiscriminadamente sobre los planos, sobre el secante del escritorio, sobre las cartas de alguien.

Y una hora después estaba llamando por teléfono, estaba esperando a que un teléfono sonara cerca de una cama en un vagón en un apartadero, y estaba diciendo:

—¡Dagny! Ese puente nuestro..., tira a la basura todos los diseños que te envié, porque... ¿Qué?... Oh, ¿eso? ¡Al diablo con eso! ¡Qué más dan los saqueadores y sus leyes! ¡Olvídalo! Dagny, ¡qué nos importa! Escucha, ¿te acuerdas de aquel artilugio que tú llamaste el Soporte Rearden, y que admirabas tanto? No vale un pepino. ¡He ideado un soporte que acabará con cualquier cosa jamás construida! Tu puente llevará cuatro trenes a la vez, durará trescientos años, y costará menos que tu alcantarilla más barata. Te mandaré los diseños dentro de dos días, pero quería contártelo ahora mismo. Sabes, es cuestión de combinar un soporte con un arco. Si tomamos un entramado diagonal y... ¿qué...? no te oigo. ¿Has cogido un resfriado...? ¿Por qué me estás dando las gracias ahora? Espera a que te lo explique...

## Capítulo VIII

# La Línea John Galt

El trabajador sonrió, mirando a Eddie Willers al otro lado de la mesa.

—Me siento como un fugitivo —dijo Eddie Willers—. Supongo que sabes por qué no he estado aquí desde hace meses. —Señaló la cafetería subterránea—. Se supone que ahora soy vicepresidente. El vicepresidente a cargo de Operaciones. Por el amor de Dios, no te lo tomes en serio. Aguanté todo lo que pude, y luego tuve que escapar, aunque fuese sólo por una noche... La primera vez que bajé aquí a cenar, después de mi supuesto ascenso, todos me miraban tanto que no me atreví a volver. Bueno, pues que miren. Tú no lo haces. Me alegra que te dé igual... No, no la he visto en dos semanas. Pero hablo con ella por teléfono todos los días, algunos días hasta dos veces... Sí, sé cómo se siente: le encanta. ¿Qué es lo que oímos por teléfono...?, vibraciones sonoras, ¿no? Pues bien, su voz suena como si se estuviera transformando en vibraciones lumínicas..., si sabes lo que quiero decir. Ella disfruta librando esa horrible batalla por sí sola, y ganando... ¡Oh, sí, está ganando! ¿Sabes por qué no has leído nada sobre la Línea John Galt en los periódicos últimamente? Porque está yendo muy bien... Sólo que... Esos raíles de Metal Rearden serán la mejor vía férrea que jamás se haya construido, pero ¿de qué servirán si no tenemos locomotoras lo suficientemente poderosas para aprovecharlas? Fíjate en las locomotoras de carbón reparadas que nos quedan..., apenas consiguen arrastrarse a velocidad suficiente como para tirar de los viejos tranvías. A pesar de todo, hay esperanza. La United Locomotive Works quebró. Ése ha sido el mejor respiro que hemos tenido en las últimas semanas, porque Dwight Sanders ha comprado su fábrica. Es un ingeniero joven y brillante que tiene la única fábrica buena de aviones del país. Tuvo que venderle la fábrica de aviones a su hermano para poder hacerse con la United Locomotive Works. Eso es por la Ley de Igualación de Oportunidades. Claro, es un arreglo entre ellos, pero ¿quién va a culparles? El caso es que

ahora veremos locomotoras diésel saliendo de la United Locomotive Works. Dwight Sanders va a empezar a poner las cosas en marcha... Sí, ella está contando con él. ¿Por qué preguntas eso?... Sí, él tiene una importancia crucial para nosotros en este momento. Acabamos de firmar un contrato con él para las primeras diez locomotoras diésel que fabrique. Cuando le dije por teléfono que el contrato estaba firmado, ella se rio y dijo: «¿Ves? ¿Qué razón hay para tener miedo?». Dijo eso porque sabe..., yo nunca se lo he dicho, pero ella lo sabe..., que yo tengo miedo... Sí, lo tengo... No sé... No tendría miedo si supiera de qué, porque podría hacer algo al respecto. Pero esto... Dime, ¿realmente no me desprecias por ser vicepresidente de Operaciones?... Pero ¿no ves que es horrible?... ¿Qué honor? No sé qué es lo que realmente soy: un payaso, un fantasma, un suplente, o simplemente un despreciable secuaz. Cuando estoy sentado en su despacho, en su silla, frente a su escritorio, me siento peor que eso: me siento como un asesino... Claro, sé que se supone que soy un suplente para ella..., y eso sería un honor..., pero..., pero me siento como si, de algún modo terrible que no consigo entender del todo, yo fuese un suplente de Jim Taggart. ¿Por qué tiene que ser necesario que ella tenga un suplente? ¿Por qué tiene ella que esconderse? ¿Por qué la echaron del edificio? ¿Sabes que tuvo que trasladarse a un ridículo agujero en un callejón, enfrente de nuestra entrada de expresos y equipaje? Tienes que ir a verlo un día de éstos, ésa es la oficina de la John Galt, Inc. Sin embargo, todo el mundo sabe que es ella la que sigue dirigiendo Taggart Transcontinental. ¿Por qué tiene que ocultar el magnífico trabajo que está haciendo? ¿Por qué no se lo reconocen? ¿Por qué le están robando sus logros... poniéndome a mí de receptor de los bienes robados? ¿Por qué están haciendo todo lo que pueden para que le sea imposible triunfar, cuando ella es lo único que hay entre ellos y la destrucción? ¿Por qué la están torturando a cambio de que ella salve sus vidas...? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así...? Sí, creo que comprendes... Hay algo en todo esto que yo no puedo definir, y es algo malévolo. Por eso tengo miedo... No creo que uno pueda librarse de ello... Sabes, es extraño, pero creo que ellos también lo saben; me refiero a Jim y a su pandilla y a todos los que están en el edificio. Hay un ambiente de culpabilidad y de hipocresía en todo el edificio. Culpabilidad, hipocresía y muerte. Taggart Transcontinental ahora es como un hombre que ha perdido su alma..., que ha traicionado su alma... No, a ella no le importa. La última vez que estuvo

en Nueva York llegó sin avisar... Yo estaba en mi despacho, en el suyo, y de pronto se abrió la puerta y ahí estaba ella. Entró, diciendo: «Señor Willers, estoy buscando trabajo como gerente de estación, ¿me podría dar una oportunidad?». Yo quería maldecirlos a todos, pero me tuve que reír, estaba tan contento de verla, y ella se reía feliz. Había venido directamente del aeropuerto..., llevaba pantalones y una chaqueta de piloto..., estaba guapísima, estaba bronceada, morena, como si acabara de volver de vacaciones. Me obligó a quedarme donde estaba, en su silla, y ella se sentó sobre el escritorio y me habló del nuevo puente para la Línea John Galt... No. No, nunca le he preguntado por qué eligió ese nombre... No sé lo que significa para ella. Una especie de desafío, supongo... Aunque no sé a quién está desafiando... Pero, no importa, no significa nada, no existe ningún John Galt, aunque yo habría preferido que no usara ese nombre. No me gusta, ¿y a ti...? ¿A ti sí? No pareces muy contento diciéndolo.

Las ventanas de la oficina de la Línea John Galt daban a un callejón oscuro. Mirando desde su escritorio, Dagny no podía ver el cielo, sólo el muro de un edificio que le tapaba la visión. Era la fachada lateral del gran rascacielos de Taggart Transcontinental.

Su nueva sede consistía en dos salas en la planta baja de una estructura a punto de derrumbarse. La estructura aún se mantenía, pero las plantas superiores habían sido desalojadas por cuestión de seguridad. Los inquilinos que había alojados estaban al borde de la quiebra, sobreviviendo, como la estructura, por la inercia del pasado.

Le gustaba su nuevo sitio: ahorraba dinero. Las salas no contenían ni mobiliario ni personal superfluos. Los muebles habían salido de tiendas de segunda mano. El personal era el mejor que ella había podido conseguir. En sus raras visitas a Nueva York, ella no había tenido tiempo de darse cuenta del despacho donde trabajaba; sólo era consciente de que cumplía su función.

No supo qué es lo que la impulsó a parar esa noche y mirar las finas líneas que la lluvia dibujaba en los cristales de la ventana, mirar el muro del edificio al otro lado del callejón.

Era más de medianoche. Su pequeño equipo se había ido. Tenía que estar en el aeropuerto a las tres de la mañana para tomar su avión de regreso a Colorado. Le quedaba poco por hacer, tan sólo leer algunos informes de Eddie. Una repentina pausa en la tensión de las prisas la hizo parar, incapaz de continuar. Los informes parecían exigirle un esfuerzo que la superaba. Era demasiado tarde para irse a casa y dormir, y demasiado temprano para ir al aeropuerto. Pensó: «Estás cansada...». Y contempló su propio estado de ánimo con severa y despectiva indiferencia, sabiendo que pasaría.

Había volado a Nueva York inesperadamente, inmediatamente, saltando a los controles de su avión veinte minutos después de haber oído un breve comentario en las noticias. La voz de la radio había dicho que Dwight Sanders se había retirado del negocio, de repente, sin ningún motivo o ninguna explicación. Ella se había apresurado a ir a Nueva York con la esperanza de encontrarlo y hacerle cambiar de opinión. Pero, mientras cruzaba volando el continente, ella había presentido que no encontraría ni rastro de él.

La lluvia primaveral flotaba inmóvil en el aire al otro lado de la ventana, como una fina neblina. Estaba sentada, mirando la cueva abierta que era la entrada de expresos y equipaje de la Terminal Taggart. Vio lámparas desnudas en su interior, entre las vigas de acero del techo, y unos cuantos montones de maletas sobre el desgastado suelo de cemento. El lugar parecía abandonado y muerto.

Se fijó en una grieta de la pared de su despacho. No oía nada. Sabía que estaba sola dentro de las ruinas de un edificio. Era como si estuviera sola en la ciudad. Sintió una emoción que había reprimido durante años: una soledad que iba más allá de ese momento, más allá del silencio del despacho y del húmedo y brillante vacío de la calle; la soledad de una tierra desierta y gris, en la que nada valía la pena conseguir; la soledad de su niñez.

Se levantó y se acercó a la ventana. Si apoyaba la cara contra el cristal, podía ver la totalidad del Edificio Taggart, sus líneas convergiendo bruscamente en un distante pináculo en el cielo. Miró hacia arriba para ver la oscura ventana de la sala que había sido su oficina. Sintió como si estuviera exiliada, para nunca más volver, como si estuviera separada de aquel edificio por mucho más que una ventana de vidrio, una cortina de lluvia, y el lapso de unos meses.

Estaba de pie, en una habitación con el yeso cayéndose, apoyada contra la ventana, mirando la inalcanzable forma de todo lo que amaba. No entendió la naturaleza de su soledad. Las únicas palabras que podían nombrarla eran: «Éste no es el mundo que yo esperaba».

Una vez, cuando tenía dieciséis años, mirando un largo tramo de la Línea Taggart, mirando los raíles que convergían, como las líneas de un rascacielos, en un único punto en la distancia, ella le había dicho a Eddie Willers que siempre había sentido que los raíles estaban sostenidos por la mano de un hombre más allá del horizonte —no, no era su padre, ni ninguno de los hombres que trabajaban en la oficina—, y que algún día ella conocería a ese hombre.

Sacudió la cabeza y se alejó de la ventana.

Volvió a su escritorio. Intentó retomar los informes. Pero, de pronto, se encontró echada sobre su escritorio, con la cabeza apoyada sobre el brazo. No te quedes ahí, pensó; pero no se movió para levantarse, le daba igual, no había nadie que pudiese verla.

Era una nostalgia que nunca se había permitido reconocer. Y ahora le estaba haciendo frente. Pensó que, si la emoción es la respuesta de uno a las cosas que el mundo tiene que ofrecer, si ella amaba los raíles, el edificio..., y, es más, si amaba su amor por ellos..., había aún una respuesta, la mayor de todas, que ella no había encontrado. Pensó: encontrar un sentimiento que contuviera, como su suma, como su expresión final, el objetivo de todas las cosas que ella amaba en la Tierra..., encontrar una consciencia como la suya, que fuese el significado de su mundo, como ella lo sería del mundo de él... No, no de Francisco d’Anconia, ni de Hank Rearden, ni de ningún otro hombre que ella había conocido o admirado..., sino de un hombre que existía sólo en el conocimiento que ella tenía de su propia capacidad para sentir una emoción que nunca había experimentado pero que habría dado su vida por experimentar... Se retorció con un leve y lento movimiento, sus pechos apoyados contra el escritorio; sintió la nostalgia en sus músculos, en los nervios de su cuerpo.

¿Es eso lo que quieres?, ¿así de simple?, pensó, pero sabía que no era tan simple. Había algún vínculo inquebrantable entre el amor por su trabajo y el deseo de su cuerpo; como si el uno le diese a ella el derecho al otro, el derecho y el significado; como si el uno fuese la culminación del otro..., un deseo que nunca sería satisfecho, excepto por un ser de igual grandeza.

Con la cara presionando el brazo, movió la cabeza, sacudiéndola despacio en negación. Nunca lo encontraría. Su propio pensamiento de lo que la vida podría ser, eso era todo lo que ella retendría del mundo que había querido. Sólo el pensamiento de ello, y unos pocos y raros momentos, como unas cuantas luces reflejadas de todo ello en su camino, para saber, para aguantar, para seguir hasta el final...

Levantó la cabeza.

Sobre el pavimento del callejón, al otro lado de la ventana, vio la sombra de un hombre que estaba frente a la puerta de su oficina.

La puerta estaba a unos pasos de distancia; ella no podía ver al hombre ni la farola que estaba más allá, sólo podía ver sus sombras en los adoquines del pavimento. Él estaba de pie, totalmente inmóvil.

Estaba tan cerca de la puerta que parecía dispuesto a entrar, y ella hasta esperó oírle llamar. En vez de eso, vio la sombra apartarse bruscamente, como si la hubiesen echado para atrás; luego, giró y se alejó. Quedó sólo la silueta del ala de su sombrero y de sus hombros sobre el suelo, cuando se detuvo. La sombra permaneció inmóvil un instante, vaciló, y volvió a agrandarse a medida que regresaba.

No sintió miedo. Estaba sentada en su escritorio, inmóvil, mirando con asombro, en blanco. Él se detuvo delante de la puerta, y luego volvió a alejarse; se paró en medio del callejón, después fue andando de un lado a otro, inquieto, y de nuevo se detuvo. Su sombra se balanceaba como un péndulo irregular sobre el pavimento, describiendo la trayectoria de una batalla silenciosa: era un hombre luchando consigo mismo por cruzar esa puerta, o por escapar.

Siguió mirando, con una extraña indiferencia, ya que no sentía el impulso de reaccionar, sino sólo de observar. Con perplejidad y frialdad, se preguntó: ¿quién era ese hombre?, ¿la había estado observando desde algún sitio en la oscuridad?, ¿la había visto desplomarse sobre el escritorio a través de la ventana iluminada y desnuda?, ¿había observado su desolada soledad igual que ella estaba ahora observando la de él? No sintió nada. Estaban ellos solos en el silencio de una ciudad muerta..., y le pareció que él estaba a kilómetros de distancia, que era un reflejo de sufrimiento sin identidad, un colega superviviente cuyo problema era tan ajeno al suyo como el problema de ella lo sería para él. Él dio unos pasos, desapareciendo

de su vista, volviendo de nuevo. Ella seguía sentada, observando, sobre el brillante pavimento de un callejón oscuro, la sombra de un tormento desconocido.

La sombra se alejó una vez más. Ella esperó. La sombra no volvió. Entonces se puso en pie de un salto. Quería haber visto el resultado de la batalla; ahora que él la había ganado —o perdido—, a ella le asaltó la imperiosa necesidad de conocer su identidad y sus propósitos. Atravesó corriendo la oscura antesala, abrió la puerta bruscamente y miró afuera.

El callejón estaba desierto. El pavimento se iba estrechando en la distancia, como una banda de espejo mojado bajo unas cuantas luces dispersas. No había nadie a la vista. Ella vio el oscuro agujero de un escaparate roto en una tienda abandonada. Después de eso estaban las puertas de unas cuantas casas de huéspedes. Al otro lado del callejón, gotas de lluvia brillaban bajo una luz que colgaba de un portón abierto que conducía a los túneles subterráneos de Taggart Transcontinental.

Rearden firmó los documentos, los apartó al otro lado del escritorio y desvió la mirada, pensando que nunca más tendría que pensar en ellos, deseando ser transportado a un tiempo en el que ese momento quedara muy atrás.

Paul Larkin cogió los papeles con aire vacilante; parecía estar congraciándose al hacerse el indefenso.

—Es sólo una formalidad legal, Hank —dijo—. Ya sabes que siempre consideraré que esas minas son tuyas.

Rearden sacudió la cabeza lentamente; fue sólo un movimiento de los músculos de su cuello; su rostro permaneció inmóvil, como si le estuviera hablando a un desconocido.

—No —dijo—. O soy dueño de una propiedad, o no lo soy.

—Pero..., pero tú sabes que puedes confiar en mí. No tienes por qué preocuparte de tus suministros de mineral. Hemos hecho un acuerdo. Sabes que puedes contar conmigo.

—No lo sé. Espero poder hacerlo.

—Pero te he dado mi palabra.

—Nunca he estado a merced de la palabra de nadie.

—¿Por qué..., por qué dices eso? Somos amigos. Haré todo lo que quieras. Recibirás toda mi producción. Esas minas siguen siendo tuyas... Igual que si fueran tuyas. No tienes nada que temer. Yo voy a..., Hank, ¿qué pasa?

—No hables.

—Pero... ¿qué pasa?

—No me gustan las garantías. No quiero pretensiones sobre lo seguro que estoy. No lo estoy. Hemos hecho un acuerdo que no puedo hacer valer. Quiero que sepas que comprendo totalmente mi situación. Si tienes intención de mantener tu palabra, no hables de ello; simplemente, hazlo.

—¿Por qué me miras como si fuera por mi culpa? Sabes lo mal que me siento por ello. He comprado las minas sólo porque pensé que eso te ayudaría..., o sea, pensé que preferirías vendérselas a un amigo antes que a un desconocido. No es culpa mía. No me gusta esa maldita Ley de Igualación, no sé quién está detrás de ella, nunca imaginé que la aprobarían, me quedé atónito cuando la...

—Da igual.

—Pero yo tan sólo...

—¿Por qué insistes en seguir hablando de ello?

—Yo... —la voz de Larkin era una súplica—. Yo he pagado el mejor precio, Hank. La ley decía «una compensación razonable». Mi oferta fue superior a la de todos los demás.

Rearden miró los documentos que seguían sobre su escritorio. Pensó en el pago que esos papeles le daban por sus minas de hierro. Dos tercios del total eran dinero que Larkin había conseguido con un préstamo del gobierno; la nueva ley había considerado ese tipo de préstamos «con el fin de darles una oportunidad justa a los nuevos propietarios que nunca habían tenido una posibilidad». Dos tercios del resto era un préstamo que él mismo le había hecho a Larkin, una hipoteca que él había aceptado sobre sus propias minas... Y el dinero del gobierno, pensó de pronto, el dinero que le habían dado ahora en pago por su propiedad, ¿de dónde había salido? ¿De quién era el trabajo que lo había generado?

—No tienes de qué preocuparte, Hank —dijo Larkin, con ese incomprensible e insistente tono de súplica en su voz—. Es sólo una formalidad administrativa.

Rearden se preguntó vagamente qué es lo que Larkin quería de él. Sentía que aquel hombre estaba esperando algo más allá del hecho físico de la venta, algunas palabras que él, Rearden, supuestamente debería pronunciar, alguna acción que tenía que ver con la compasión que se esperaba que él concediera. Los ojos de Larkin, en ese momento de su mejor fortuna, tenían la expresión enfermiza de un mendigo.

—¿Por qué te enfadas, Hank? Es sólo un nuevo formalismo burocrático. Sólo una nueva circunstancia histórica. Nadie puede evitarlo, si es una circunstancia histórica. Nadie puede ser culpado de ello. Pero siempre hay alguna forma de llevarse bien. Mira a todos los demás. A ellos no les importa. Ellos están...

—Están colocando a títeres a quienes controlan para que dirijan las propiedades que les han usurpando. Yo...

—A ver, ¿por qué quieres usar esas palabras?

—Yo debería aprovechar para decirte —y creo que lo sabes— que no se me dan bien ese tipo de juegos. No tengo el tiempo ni el estómago para inventar alguna forma de chantaje para poder amarrarte y ser dueño de mis minas a través de ti. La propiedad es algo que yo no comparto. Y no quiero conservarla gracias a tu cobardía..., en base a librar una lucha constante para ser más listo que tú y tener siempre una amenaza sobre tu cabeza. No hago negocios de esa forma, y no trato con cobardes. Las minas son tuyas. Si quieres darme la primera opción sobre todo el mineral producido, lo harás. Si quieres traicionarme, está en tu mano.

Larkin parecía dolido.

—Eso es muy injusto de tu parte —dijo; había un pequeño toque seco de virtuoso reproche en su voz—. Nunca te he dado motivos para que desconfíes de mí.

Larkin recogió sus documentos con un movimiento rápido.

Rearden vio desaparecer los documentos en el bolsillo interior del abrigo de Larkin. Vio cómo el abrigo flameaba al abrirse, las arrugas de un chaleco muy apretado sobre unos flácidos michelines, y una mancha de sudor de axila en la camisa.

Sin evocarla, la imagen de una cara que había visto veintisiete años atrás surgió de repente en su mente. Era la cara de un predicador con quien se había cruzado en la esquina de una calle, en un pueblo del que ya no se acordaba. Sólo las oscuras paredes de las casuchas se le quedaron en la

memoria, la lluvia de una tarde otoñal y la malicia puritana de la boca del hombre, una boca pequeña estirada para gritar en la oscuridad: «... el más noble ideal..., que el hombre viva para el bien de sus hermanos, que el fuerte trabaje para el débil, que quien tenga capacidad sirva a quien no la tiene...».

Luego vio al muchacho que había sido Hank Rearden a los dieciocho años. Vio la tensión de la cara, la celeridad del andar, la embriagadora euforia del cuerpo, pletórico con la energía de noches sin dormir, la orgullosa posición de la cabeza, los ojos claros, firmes e implacables, los ojos de un hombre dedicado sin compasión al objetivo que quería. Y vio lo que Paul Larkin debe haber sido en esa época..., un jovenzuelo con cara de niño avejentado, sonriendo obsequiosamente, sin alegría, rogando no ser maltratado, implorando al universo que le diera una oportunidad. Si alguien le hubiera mostrado ese jovenzuelo al Hank Rearden de aquella época y le hubiera dicho que ésa iba a ser la meta de sus pasos, el receptor de la energía de sus tendones doloridos, ¿qué habría...?

No fue un pensamiento, fue como un puñetazo dentro de su cráneo. Luego, cuando pudo pensar de nuevo, Rearden supo lo que el muchacho que él había sido habría sentido: un deseo de pisotear la cosa obscena que era Larkin y pulverizarlo hasta la última gota para acabar con su existencia.

Él nunca había experimentado una emoción de ese tipo. Tardó unos segundos en darse cuenta de que eso era lo que los hombres llaman odio.

Observó que, al levantarse y murmurar unas palabras de despedida, Larkin tenía el aspecto de alguien herido, acusador y ofendido, como si él, Larkin, fuese la parte perjudicada.

Cuando le vendió sus minas de carbón a Ken Danagger, que era el propietario de la mayor compañía carbonífera de Pensilvania, Rearden se preguntó por qué sintió que fue algo prácticamente sin dolor. No sintió odio. Ken Danagger era un hombre de cincuenta y tantos años, con un rostro duro e inexpresivo; había empezado en la vida como minero.

Cuando Rearden le entregó la escritura de su nueva propiedad, Danagger dijo, impasible:

—Creo que no he mencionado que todo el carbón que me compres será a precio de coste.

Rearden lo miró, asombrado.

—Eso va en contra de la ley —dijo.

—¿Quién va a descubrir el dinero en efectivo que te entregue en tu propio salón?

—Estás hablando de un descuento.

—Sí.

—Eso va en contra de dos docenas de leyes. Si te pillan haciéndolo, te va a caer una más gorda que a mí.

—Seguro. Ésa es tu protección; así no quedarás a merced de mi buena voluntad.

Rearden sonrió; era una sonrisa feliz, pero cerró los ojos como si hubiera recibido un golpe. Luego, sacudió la cabeza.

—Gracias —dijo—. Pero no soy uno de ellos. No espero que nadie trabaje para mí a precio de coste.

—Yo tampoco soy uno de ellos —dijo Danagger airado—. Escucha, Rearden, ¿no crees que sé lo que me estoy llevando, sin habérmelo ganado? Eso no lo paga el dinero. No hoy en día.

—No te ofreciste voluntariamente a comprar mi propiedad. Yo te pedí que la compraras. Ojalá hubiera habido alguien como tú en el negocio de las minas de hierro para hacerse cargo de mis minas. No lo había. Si quieres hacerme un favor, no me ofrezcas descuentos. Dame la oportunidad de pagarte precios más altos, más altos que los que cualquier otro te pueda ofrecer, cóbrame lo que te dé la gana, con tal de que sea yo el primero en obtener el carbón. Yo me las arreglaré por mi parte. Sólo déjame tener el carbón.

—Lo tendrás.

Durante un tiempo, Rearden se preguntó por qué no había tenido noticias de Wesley Mouch. Las llamadas que le hizo a Washington no fueron respondidas. Luego recibió una carta que consistía en una sola frase, en la que se le informaba que el señor Mouch renunciaba a su empleo. Dos semanas después, leyó en la prensa que Wesley Mouch había sido nombrado coordinador adjunto de la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales.

No dejes que nada de eso te afecte —pensó Rearden, durante el silencio de muchas noches, combatiendo la súbita desmesura de esa nueva emoción que no quería sentir—, hay una abominable maldad en el mundo, tú lo sabes, y de nada sirve revolcarse en los detalles de ella. Tienes que trabajar un poco más. Sólo un poco más. No dejes que pueda contigo.

Las vigas y los soportes para el puente de Metal Rearden estaban saliendo diariamente de los trenes de laminación, y estaban siendo enviados a la zona de la Línea John Galt, donde las primeras formas de metal verdiazulado atravesaban el espacio para cruzar el cañón, brillando con los primeros rayos de sol primaveral. Él no tenía tiempo para el dolor, ni energía para la ira. Al cabo de unas semanas, todo había pasado; las puñaladas de odio cegador cesaron y no regresaron.

Él había recobrado su confianza y el dominio de sí mismo la tarde en que llamó a Eddie Willers.

—Eddie, estoy en Nueva York, en el Wayne-Falkland. Ven a desayunar conmigo mañana temprano. Hay algo que me gustaría comentar contigo.

Eddie Willers acudió a la cita con un profunda sensación de culpa. No se había recuperado del *shock* de la Ley de Igualación de Oportunidades, que había dejado un dolor sordo dentro de él, como el moratón de un golpe. Le disgustaba la vista de la ciudad: ahora parecía como si ocultara la amenaza de una maliciosa incógnita. Le daba pavor tener que enfrentarse a una de las víctimas de esa ley; sentía casi como si él, Eddie Willers, compartiera la responsabilidad por ella de alguna forma ignominiosa que no podía definir.

Cuando vio a Rearden, esa sensación desapareció. No había ningún indicio de victimismo en su actitud. Más allá de las ventanas de la habitación del hotel, el sol primaveral de las primeras horas de la mañana resplandecía en las ventanas de la ciudad, el cielo era de un azul tan pálido que parecía juvenil; las oficinas aún estaban cerradas, y la ciudad no parecía encerrar ninguna maldad, sino que se mostraba alegre y lista para entrar en acción..., de la misma forma que Rearden. Estaba como renovado después de un sueño reparador; aún en bata, parecía impaciente por vestirse, deseoso de no retrasar el excitante juego de sus deberes de negocios.

—Buenos días, Eddie. Perdona que te haya hecho venir tan temprano. Es el único momento que tenía. Debo volver a Filadelfia después del desayuno. Podemos hablar mientras comemos algo.

La bata era de franela, de color azul marino, con las iniciales blancas «H R» en el bolsillo superior. Él tenía un aspecto joven, relajado, y parecía estar tan en casa tanto en esa habitación como en el mundo.

Eddie observó a un camarero entrar en la habitación con el carrito del desayuno, con una rápida eficiencia que le hizo sentirse reconfortado. Se vio disfrutando de la firme frescura del mantel blanco y de la luz del sol que se reflejaba en la vajilla de plata, en los dos cuencos de hielo picado con las copas de zumo de naranja; no había pensado que esas cosas pudieran proporcionarle un placer tan estimulante.

—No he querido llamar a Dagny por este asunto concreto —dijo Rearden—. Tiene bastantes cosas que hacer. Lo podemos resolver en unos minutos, tú y yo.

—Si tengo la autoridad para hacerlo.

Rearden sonrió.

—La tienes. —Se inclinó hacia delante sobre la mesa—. Eddie, ¿cuál es la situación financiera de Taggart Transcontinental en este momento? ¿Desesperada?

—Peor que eso, señor Rearden.

—¿Tenéis cómo pagar la nómina?

—No del todo. Hemos evitado que salga en los periódicos, pero creo que todo el mundo lo sabe. Vamos retrasados en el pago en todo el sistema, y a Jim se le están acabando las excusas.

—¿Sabes que el primer pago por el Metal Rearden tenéis que hacerlo la semana que viene?

—Sí, lo sé.

—Bien, acordemos una moratoria. Os voy a conceder un aplazamiento... no tendréis que pagarme nada hasta seis meses después de la inauguración de la Línea John Galt.

Eddie Willers dejó su taza de café con un golpe seco. No pudo pronunciar palabra.

Rearden se echó a reír.

—¿Qué pasa? Tienes autoridad para aceptar, ¿no?

—Señor Rearden... No sé..., no sé qué decirle.

—Bueno, simplemente con un «de acuerdo» bastará.

—De acuerdo, señor Rearden —dijo Eddie, con una voz apenas audible.

—Redactaré los documentos y te los enviaré. Puedes decírselo a Jim y hacer que los firme.

—Sí, señor Rearden.

—No me gusta tratar con Jim. Él perdería dos horas intentando hacerse creer que me ha hecho creer que me está haciendo un favor por aceptar.

Eddie permaneció sentado, inmóvil, mirando su plato.

Rearden se rio.

—¿Qué ocurre?

—Señor Rearden, me gustaría... darle las gracias..., pero no hay ninguna forma de hacerlo que sea lo suficientemente grande para...

—Mira, Eddie. Tú tienes madera de buen empresario, así que más vale que entiendas algunas cosas. En este tipo de situaciones no hay gracias que dar. No lo estoy haciendo por Taggart Transcontinental. Es un asunto sencillo, práctico y egoísta de mi parte. ¿Para qué voy a cobraros ese dinero ahora, si eso puede suponer el tiro de gracia para vuestra empresa? Si vuestra empresa no fuera buena, lo cobraría, y cuanto antes. No practico la caridad, y no hago apuestas con incompetentes. Pero seguís siendo el mejor ferrocarril del país. Cuando esté acabada la Línea John Galt, también seréis el ferrocarril más sólido financieramente. Así que tengo buenas razones para esperar. Además, estáis con problemas por causa de mi raíl. Tengo intención de veros ganar.

—Aun así, sigo debiéndole las gracias, señor Rearden..., por algo mucho mayor que la caridad.

—No. ¿No te das cuenta? Acabo de recibir una gran cantidad de dinero... que yo no quería. No puedo invertirlo. A mí no me sirve absolutamente para nada... Así que, en cierto modo, me alegro de poder usar ese dinero en contra de la misma gente en la misma batalla. Ellos han hecho posible que yo os pueda ofrecer un aplazamiento para ayudaros a combatirlos.

Rearden vio en Eddie un gesto de dolor, como si le hubiera tocado una herida.

—¡Eso es lo que tiene de horrible!

—¿El qué?

—Lo que le han hecho a usted... y lo que usted está haciendo en contrapartida. Me refiero a... —Se detuvo—. Perdóneme, señor Rearden. Ya sé que ésta no es forma de hablar de negocios.

Rearden sonrió.

—Gracias, Eddie. Sé a lo que te refieres. Pero olvídalo. ¡Al diablo con ellos!

—Sí. Sólo que..., señor Rearden, ¿puedo decirle algo? Sé que está completamente fuera de lugar, y ahora no estoy hablando en calidad de vicepresidente.

—Adelante.

—No tengo que decirle lo que su ofrecimiento significa para Dagny, para mí y para toda persona decente en Taggart Transcontinental. Usted lo sabe. Y sabe que puede contar con nosotros. Pero..., pero me parece horrible que Jim Taggart se beneficie también..., que sea usted quien lo salve a él y a gente como él, después de...

Rearden rio.

—Eddie, ¿qué nos importa la gente como él? Estamos conduciendo un tren expreso, y ellos van subidos al techo, armando mucho jaleo y diciendo que ellos son los líderes. ¿Qué más nos da? Tenemos potencia suficiente para llevarlos con nosotros, ¿no?

—No aguantará.

El sol del verano creaba manchas de fuego en las ventanas de la ciudad, y chispas brillantes en el polvo de las calles. Columnas de calor se estremecían en el aire, elevándose desde los tejados hasta la página blanca del calendario. El motor del calendario seguía corriendo, marcando los últimos días de junio.

—No aguantará —decía la gente—. Cuando pongan en marcha el primer tren de la Línea John Galt, el raíl se partirá. Nunca llegarán al puente. Si lo hacen, el puente se derrumbará bajo la locomotora.

Desde las laderas de Colorado, trenes de carga descendían por la vía de la Phoenix-Durango, al norte hacia Wyoming y la línea principal de Taggart Transcontinental, y al sur hacia Nuevo México y la línea principal de la Atlantic Southern. Hileras de vagones cisterna circulaban en todas direcciones desde los yacimientos petrolíferos de Wyatt hasta industrias en estados lejanos. Nadie hablaba de ellos. Para el conocimiento del público, esos trenes cisterna se movían tan silenciosamente como rayos y, como los rayos, sólo se hacían visibles cuando se convertían en la luz de lámparas eléctricas, en el calor de las calderas, en el movimiento de los motores; pero en sí mismos no eran percibidos, se daban por sentado.

El ferrocarril Phoenix-Durango tendría que dejar de operar el 25 de julio.

—Hank Rearden es un monstruo avaricioso —decía la gente—. Mirad la fortuna que ha amasado. ¿Ha dado algo a cambio alguna vez? ¿Ha dado alguna vez muestras de conciencia social? Dinero, eso es lo único que persigue. Él haría cualquier cosa por dinero. ¿Qué le importa si la gente pierde la vida cuando su puente se caiga?

—Los Taggart han sido una banda de buitres durante generaciones —decía la gente—. Lo llevan en la sangre. Recordad que el fundador de esa familia fue Nat Taggart, el canalla antisocial más notable que haya vivido jamás, que desangró al país con el fin de amasar una fortuna para él. Podéis estar seguros de que un Taggart no dudará en arriesgar las vidas de la gente con el fin de obtener un beneficio. Han comprado raíl de inferior calidad porque es más barato que el acero... ¿Qué les importan las catástrofes y los cuerpos humanos destrozados una vez que hayan cobrado el precio de sus billetes?

La gente lo decía porque otra gente lo decía. No sabían por qué se decía y se oía por todas partes. No daban ni pedían razones.

—La razón —les había dicho el doctor Pritchett—, es la más ingenua de todas las supersticiones.

—¿La fuente de la opinión pública? —dijo Claude Slagenhop en un discurso radiofónico—. No existe una fuente de opinión pública. Es general y espontánea. Es un reflejo del instinto colectivo de la mente colectiva.

Orren Boyle dio una entrevista a *Globe*, la revista de actualidad de mayor tirada. La entrevista estaba dedicada al tema de la grave responsabilidad social de los metalúrgicos, y ponía énfasis en el hecho de que el metal se utilizaba en muchas tareas cruciales en las que vidas humanas dependían de su calidad.

—Uno no debería, me parece a mí, usar a seres humanos como conejillos de Indias cuando se lanza un nuevo producto —dijo Boyle. No mencionó nombres.

—Bueno, no, yo no digo que ese puente se vaya a derrumbar —dijo el jefe de metalurgia de la Associated Steel en un programa de televisión—. No digo eso en absoluto. Sólo digo que si yo tuviera hijos no les dejaría

viajar en el primer tren que va a cruzar ese puente. Pero es sólo una preferencia personal, nada más, sólo porque les tengo mucho cariño a los niños.

—Yo no digo que ese artilugio Rearden-Taggart se vaya a caer —escribió Bertram Scudder en *The Future*—. Puede que sí o puede que no. Pero ésa no es la cuestión importante. La cuestión importante es: ¿qué protección ofrece la sociedad frente a la arrogancia, al egoísmo y a la codicia de dos individualistas desenfrenados, cuyos historiales revelan una notable falta de acciones de interés público? Esos dos, por lo visto, están dispuestos a arriesgar las vidas de sus semejantes, basándose en sus engreídas ideas sobre sus poderes de juicio, en contra de la opinión de una abrumadora mayoría de reconocidos expertos. ¿Debería permitirlo la sociedad? Si esa cosa se derrumba, ¿no será demasiado tarde para tomar medidas preventivas? ¿No será como cerrar el corral cuando el caballo ya se ha escapado? Siempre ha sido la opinión de esta columna que ciertos tipos de caballos deberían permanecer bien amarrados y encerrados, en base a principios sociales generales.

Un grupo que se autodenominaba el «Comité de Ciudadanos Desinteresados» recogió firmas en una petición que exigía un estudio de un año de la Línea John Galt realizado por expertos del gobierno, antes de que se le permitiera circular al primer tren. La petición declaraba que los firmantes no tenían ningún otro motivo más que «un sentido de deber cívico». Las primeras firmas eran las de Balph Eubank y Mort Liddy. Esa petición obtuvo mucho espacio y fue muy comentada en todos los periódicos. La consideración que recibió fue respetuosa, porque venía de gente desinteresada.

La prensa no concedió ningún espacio al progreso de la construcción de la Línea John Galt. Ningún periodista fue enviado a ver el lugar. La política general de la prensa había sido presentada por un editor famoso cinco años antes:

—No hay hechos objetivos —había dicho—. Cualquier informe sobre hechos es sólo la opinión de alguien. Es, por lo tanto, inútil escribir sobre hechos.

Unos cuantos empresarios pensaron que uno debería considerar la posibilidad de que hubiese algún valor comercial en el Metal Rearden. Hicieron un estudio sobre esa cuestión. No contrataron a profesionales de

metalurgia para que examinasen las muestras, ni a ingenieros para que visitasen el lugar de la construcción. Hicieron una encuesta pública. A diez mil personas, que garantizaban representar a todo tipo de cerebro que existiese, les hicieron la pregunta: «¿Viajaría usted en la Línea John Galt?». La abrumadora respuesta fue: «¡No, seeeñorrr!».

No hubo voces haciendo una defensa pública del Metal Rearden. Y nadie le dio importancia al hecho de que las acciones de Taggart Transcontinental estuvieran subiendo en el mercado de la bolsa, muy despacio, casi furtivamente. Había hombres que observaban y jugaban a lo seguro. El señor Mowen compró acciones de Taggart a nombre de su hermana. Ben Nealy las compró a nombre de un primo. Paul Larkin las compró bajo un seudónimo.

—No me gusta suscitar controversias —dijo uno de esos hombres.

—Oh, sí, por supuesto, la construcción avanza según el plan previsto —dijo James Taggart, encogiéndose de hombros, a su Consejo de Administración—. Oh, sí, pueden tener total confianza. Resulta que mi querida hermana no es un ser humano, sino sólo un motor de combustión interna, así que uno no debe maravillarse de su éxito.

Cuando James Taggart oyó un rumor de que algunos soportes del puente se habían partido y habían caído, causando la muerte de tres trabajadores, se puso en pie de un salto y corrió al despacho de su secretario, ordenándole que llamara a Colorado. Esperó, apoyado contra el escritorio de su secretario, como si buscara protección; sus ojos tenían la desencajada expresión del pánico. Pero su boca se movió de repente en un amago de sonrisa y dijo:

—Daría cualquier cosa por ver la cara de Henry Rearden ahora mismo.

Cuando se enteró de que el rumor era falso, dijo:

—¡Gracias a Dios! —Pero su voz tenía un toque de decepción.

—¡Vaya! —dijo Philip Rearden a sus amigos, al oír el mismo rumor—. A lo mejor él también puede fracasar de vez en cuando. A lo mejor mi genial hermano no es tan genial como él cree.

—Querido —le dijo Lillian Rearden a su marido—, salí en tu defensa ayer, durante una merienda en la que las mujeres estaban diciendo que Dagny Taggart es tu amante... ¡Oh, por el amor de Dios, no me mires así! Sé que es absurdo, y les eché una buena bronca por ello. Es sólo que a esas estúpidas zorras no se les ocurre otra razón por la que una mujer haría

semejante apuesta en contra de todo el mundo por el bien de tu metal. Naturalmente, yo sé de lo que hablo. Sé que esa mujer Taggart es totalmente asexual y que tú no le importas absolutamente nada... y, querido, sé que si alguna vez tuvieras el valor de hacer algo semejante, que no lo tienes, no te inclinarías por una calculadora vestida en trajes entallados, te buscarías una corista rubia y femenina que... ¡Oh, pero Henry, sólo era una broma...! ¡No me mires así!

—Dagny —dijo James Taggart con aire alicaído—, ¿qué va a ser de nosotros? ¡Taggart Transcontinental se ha vuelto tan impopular!

Dagny se rio, disfrutando el momento, disfrutando de cualquier momento, como si la corriente de fondo del disfrute fluyera constantemente en su interior y se necesitara de poco para hacerla salir. Se reía con facilidad, su boca relajada y abierta. Sus dientes eran muy blancos contra su rostro bronceado por el sol. Sus ojos tenían el aspecto, adquirido al aire libre, de estar listos para grandes distancias. En las últimas y raras visitas que había hecho a Nueva York, Jim había notado que ella lo miraba como si no lo viera.

—¿Qué vamos a hacer? ¡El público está abrumadoramente en contra nuestra!

—Jim, ¿recuerdas la historia que cuentan de Nat Taggart? Él dijo que sólo envidiaba a uno de sus competidores, el que dijo: «¡Al diablo con el público!». Nat querría haber dicho eso él mismo.

Durante los días de verano y en la opresiva calma de las noches de la ciudad, había momentos en los que un hombre solitario o una mujer solitaria —en el banco de un parque, en una esquina de la calle, delante de una ventana abierta— veía en un periódico una breve mención del progreso de la Línea John Galt y miraba a la ciudad con una repentina punzada de esperanza. Eran los más jóvenes, que sentían que ése era el tipo de acontecimientos que anhelaban ver pasar en el mundo..., o los más viejos, que habían visto un mundo en el que esos acontecimientos pasaban. No les importaban las líneas ferroviarias, no sabían nada de negocios, sabían sólo que alguien estaba luchando contra tremendas adversidades, y ganando. No admiraban el objetivo de los luchadores, creían las voces de la opinión pública y, sin embargo, cuando leían que la línea estaba creciendo, sentían una chispa momentánea y se preguntaban por qué eso hacía que sus propios problemas parecieran más fáciles.

Sigilosamente, sin que nadie lo supiera, excepto los empleados de la zona de carga de Taggart Transcontinental en Cheyenne y de la oficina de la Línea John Galt en el oscuro callejón, las mercancías estaban entrando, y los pedidos de vagones se estaban amontonando para el primer tren que recorriera la Línea John Galt. Dagny Taggart había anunciado que el primer tren no sería un expreso de pasajeros cargado de celebridades y políticos, como era costumbre, sino un tren especial de mercancías.

La carga procedía de granjas, de aserraderos, de minas de todo el país, de lugares lejanos cuyos últimos medios de supervivencia eran las nuevas fábricas de Colorado. Nadie escribió sobre esos clientes, porque esos hombres no eran desinteresados.

El ferrocarril Phoenix-Durango tenía que cerrar el 25 de julio. El primer tren de la Línea John Galt se pondría en circulación el 22 de julio.

—Mire, la cosa es así, señorita Taggart —dijo el delegado del Sindicato de Maquinistas Ferroviarios—. No creo que vayamos a permitirle operar ese tren.

Dagny estaba sentada en su maltrecho escritorio, contra la tiznada pared de su oficina. Sin moverse, dijo:

—¡Largo de aquí!

Era una frase que el hombre nunca había oído en los refinados despachos de ejecutivos ferroviarios. Parecía desconcertado.

—He venido a decirle...

—Si tiene algo que decirme, empiece de nuevo.

—¿Qué?

—No me diga lo que me va a permitir hacer.

—Bueno, quise decir que no vamos a permitir que nuestros hombres conduzcan su tren.

—Eso es diferente.

—Bueno, eso es lo que hemos decidido.

—¿Quién lo ha decidido?

—El comité. Lo que usted está haciendo es una violación de los derechos humanos. No puede obligar a nadie a ir y matarse..., cuando el puente se derrumbe..., sólo para enriquecerse.

Dagny buscó una hoja de papel en blanco y se la entregó.

—Póngalo por escrito —dijo—, y firmaremos un contrato a ese efecto.

—¿Qué contrato?

—Que ningún miembro de su sindicato será contratado jamás para conducir una locomotora en la Línea John Galt.

—¡Eh...! Espere un momento... Yo no he dicho...

—¿No quiere firmar un contrato así?

—No, yo...

—¿Por qué no, puesto que sabe que el puente se va a derrumbar?

—Yo sólo quiero...

—Sé lo que usted quiere. Quiere un dominio absoluto sobre sus hombres, valiéndose de los empleos que *yo* les proporciono... y sobre mí, valiéndose de sus hombres. Quiere que yo proporcione los empleos, y quiere hacer imposible el que yo tenga empleos que proporcionar. Pues voy a darle una opción. Ese tren va a circular sí o sí. Usted no tiene ninguna opción sobre eso. Pero puede escoger si lo conducirá uno de sus hombres o no. Si decide no dejarles hacerlo, el tren circulará de todas formas, aunque tenga que conducir yo misma la locomotora. Luego, si el puente se derrumba, ya no quedará ninguna línea de ferrocarril, así que dará igual. Pero, si no se derrumba, ningún miembro de su sindicato volverá a conseguir jamás un empleo en la Línea John Galt. Si cree que necesito a sus hombres más de lo que ellos me necesitan a mí, decida de acuerdo a eso. Si sabe que yo puedo conducir una locomotora, pero ellos no pueden construir un ferrocarril, decida de acuerdo a eso. Así que, ¿va a prohibirles a sus hombres conducir ese tren?

—Yo no he dicho que lo prohibiríamos. No he dicho nada de prohibir. Pero..., pero usted no puede obligar a los hombres a arriesgar sus vidas en algo que nadie ha intentado antes.

—No voy a obligar a nadie a hacer ese viaje.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a pedir voluntarios.

—¿Y si ninguno de ellos se ofrece voluntario?

—Entonces ése será mi problema, no el suyo.

—Bien, mire usted, yo voy a aconsejarles que se nieguen.

—Adelante. Aconséjeles lo que quiera. Dígales lo que le dé la gana. Pero que la decisión la tomen ellos. No intente prohibirlo.

El aviso que apareció en cada cobertizo de máquinas de la red Taggart estaba firmado por «Eddie Willers, vicepresidente a cargo de Operaciones». En él se pedía a los maquinistas que quisieran conducir el primer tren de la

Línea John Galt que informaran de ello a la oficina del señor Willers antes de las once de la mañana del quince de julio.

Eran las once menos cuarto de la mañana del día 15 de julio, cuando sonó el teléfono en la oficina de Dagny. Era Eddie que llamaba desde las alturas del Edificio Taggart, al otro lado de la ventana.

—Dagny, creo que es mejor que vengas.

La voz de Eddie sonaba extraña. Ella cruzó la calle a toda prisa, y luego atravesó los vestíbulos con suelos de mármol hasta llegar a la puerta que aún tenía el nombre «Dagny Taggart» en el panel de cristal. Abrió la puerta.

La antesala de la oficina estaba llena. Una multitud de hombres se apiñaba entre las mesas y contra las paredes. Al verla entrar, se quitaron los sombreros en un silencio repentino. Dagny vio las cabezas encanecidas, los hombros musculosos, vio los rostros sonrientes de sus empleados, que estaban sentados en sus escritorios, y el rostro de Eddie Willers al fondo de la sala. Todo el mundo sabía que no hacía falta decir nada.

Eddie estaba junto a la puerta abierta del despacho de ella. La multitud se abrió para dejar que ella se acercara. Eddie movió la mano, señalando la habitación y, luego, una pila de cartas y telegramas.

—Dagny, todos ellos —dijo Eddie—. Todos y cada uno de los maquinistas de Taggart Transcontinental. Los que han podido han venido en persona, algunos desde lugares tan lejanos como la División de Chicago. —Señaló el correo—. Ahí están todos los demás. Para ser exactos, hay sólo tres de quienes no tengo noticias: uno está de vacaciones en los bosques del Norte, otro en un hospital, y el tercero en la cárcel por conducir con exceso de velocidad... su coche.

Ella miró a los hombres. Vio las sonrisas contenidas en las caras solemnes. Inclinó la cabeza en reconocimiento. Permaneció un momento así, con la cabeza inclinada, como si estuviera aceptando un veredicto, sabiendo que ese veredicto se aplicaba a ella, a cada uno de los hombres en la sala, y al mundo que había más allá de los muros del edificio.

—Gracias —dijo.

La mayoría de los hombres la habían visto muchas veces. Al mirarla, cuando Dagny levantó la cabeza, muchos de ellos pensaron —con asombro y por primera vez— que la cara de su vicepresidente de Operaciones era la cara de una mujer, y que era hermosa.

Alguien al fondo de la multitud gritó de pronto, alegremente:

—¡Al diablo con Jim Taggart!

Una explosión le respondió. Los hombres reían, vitoreaban, empezaron a aplaudir. La respuesta resultaba totalmente desproporcionada para la frase. Pero la frase les había dado la excusa que necesitaban. Parecían estar aplaudiendo al que había hablado, desafiando insolentemente a la autoridad. Pero cada uno de los que estaban allí sabía a quién estaban vitoreando.

Ella levantó la mano.

—Es demasiado pronto —dijo, riendo—. Esperad una semana a partir de hoy. Entonces es cuando tendremos algo que celebrar. Y, creedme, ¡lo haremos!

Echaron a suertes quién haría ese viaje. Dagny escogió uno de los papelitos doblados del montón que contenía todos sus nombres. El ganador no estaba en la sala, pero era uno de los mejores hombres de la red, Pat Logan, maquinista del Taggart Comet de la División de Nebraska.

—Envíale un telegrama a Pat y dile que ha sido relegado a conducir un tren de mercancías —le dijo ella a Eddie. Y añadió informalmente, como si fuera una decisión de última hora, aunque no consiguió engañar a nadie—: Ah, sí... Dile que yo viajaré con él en la cabina de la locomotora en ese trayecto.

Un viejo maquinista que estaba junto a ella sonrió y dijo:

—Sabía que lo haría, señorita Taggart.

Rearden estaba en Nueva York el día en que Dagny lo llamó desde su oficina.

—Hank, mañana voy a dar una conferencia de prensa.

Él soltó una carcajada:

—¡No!

—Sí. —Su voz sonaba seria, pero, peligrosamente, una pizca demasiado seria—. Los periódicos acaban de descubrirme de pronto, y están haciendo preguntas. Voy a responderlas.

—Que te diviertas.

—Lo haré. ¿Vas a estar por aquí mañana? Me gustaría que participaras.

—OK. No me lo perdería por nada.

Los periodistas que acudieron a la conferencia de prensa en las oficinas de la Línea John Galt eran jóvenes que habían sido entrenados para pensar que su trabajo consistía en ocultarle al mundo la naturaleza de sus acontecimientos. Era su deber diario servir de audiencia para algún personaje público haciendo declaraciones sobre el bienestar público, con frases cuidadosamente elegidas para no comunicar ningún significado. Era su trabajo diario enlazar palabras en cualquier combinación que les apeteciera, siempre que las palabras no cayesen en una secuencia que dijera algo específico. Ellos no podían entender la entrevista que ahora les estaba siendo dada.

Dagny Taggart estaba sentada detrás de su escritorio en un despacho que parecía el sótano de una chabola. Llevaba un traje azul marino y una blusa blanca perfectamente entallados, que sugerían un aire de elegancia formal, casi militar. Ella estaba erguida, y su postura era severamente digna, tal vez una pizca demasiado digna.

Rearden estaba sentado en un rincón de la sala, repantigado sobre un sillón roto, con sus largas piernas sobre uno de los brazos del sillón y su cuerpo apoyado sobre el otro. Su postura era agradablemente informal, tal vez una pizca demasiado informal.

Con la voz clara y monótona de un informe militar, sin consultar documentos, mirando directamente a los hombres, Dagny recitó los hechos tecnológicos de la Línea John Galt, dando cifras exactas sobre la calidad del raíl, la capacidad del puente, el método de construcción, los costes. Luego, en el tono seco de un banquero, explicó las perspectivas financieras de la línea y citó los grandes beneficios que esperaba conseguir.

—Eso es todo —dijo.

—¿Todo? —preguntó uno de los periodistas—. ¿No va a darnos un mensaje para el público?

—Ése ha sido mi mensaje.

—Pero... ¡qué diablos...! ¿Es que no piensa defenderse?

—¿Contra qué?

—¿No quiere decirnos algo para justificar su línea?

—Lo he hecho.

Un hombre con una boca en forma de desprecio permanente preguntó:

—A ver, lo que yo quiero saber, como afirmó Bertram Scudder, es ¿qué protección tenemos contra su línea, si no es buena?

—No viajen en ella.

Otro preguntó:

—¿No va a decirnos su razón para construir la línea?

—Se lo he dicho: los beneficios que espero conseguir.

—¡Oh, señorita Taggart, no diga eso! —exclamó un joven periodista. Él era nuevo, aún era honesto sobre su trabajo, y sentía que le gustaba Dagny Taggart, sin saber por qué—. Eso no es lo que hay que decir. Eso es lo que todos están diciendo sobre usted.

—¿Ah, sí?

—Estoy seguro de que usted no quería decir eso literalmente, y... y estoy seguro de que le gustaría aclararlo.

—Bueno, sí, si así lo quieren. El beneficio medio de los ferrocarriles ha sido de un dos por ciento del capital invertido. Una industria que hace tanto y retiene tan poco debería considerarse a sí misma inmoral. Como he explicado, el coste de la Línea John Galt en relación con el tráfico que transportará me hace esperar beneficios no inferiores al quince por ciento de nuestra inversión. Naturalmente, cualquier beneficio industrial por encima del cuatro por ciento se considera usura estos días. Yo, sin embargo, haré todo lo posible para que la Línea John Galt genere un margen de un veinte por ciento para mí, si es posible. Ésa ha sido mi razón para construir esta línea. ¿Me he explicado con claridad ahora?

El joven la estaba mirando con impotencia.

—Usted no quiere decir ganar un beneficio para *usted*, señorita Taggart, ¿verdad? Está hablando de que sea para los pequeños accionistas, ¿verdad? —sugirió, esperanzado.

—Bueno, no. Resulta que yo soy uno de los principales accionistas de Taggart Transcontinental, así que mi participación en los beneficios será una de las mayores. Ahora bien, el señor Rearden está en una situación mucho más afortunada, porque él no tiene accionistas con quien compartir sus beneficios..., ¿o prefiere hacer su propia declaración, señor Rearden?

—Sí, con mucho gusto —dijo Rearden—. En vista del hecho que la fórmula del Metal Rearden es mi propio secreto personal, y en vista del hecho que este metal cuesta mucho menos de producir de lo que vosotros, muchachos, imagináis, espero desollar al público con un beneficio del veinticinco por ciento durante los próximos años.

—¿Qué quiere decir, desollar al público, señor Rearden? —preguntó el joven—. Si es verdad, como he leído en sus anuncios, que su metal durará tres veces más que cualquier otro y cuesta la mitad, ¿no estaría el público recibiendo una ganga?

—¡Oh! ¿Te has fijado en eso? —dijo Rearden.

—¿Ustedes dos se dan cuenta de que están hablando para la prensa? —preguntó el hombre con la boca de desprecio.

—Pero, señor Hopkins —dijo Dagny, con un asombro cortés—, ¿hay alguna otra razón por la que hablaríamos con usted, si no fuese para la prensa?

—¿Quiere que citemos todas las cosas que usted ha dicho?

—Espero poder confiar en que ustedes sean fieles y las citen. ¿Tendrían la amabilidad de anotar lo siguiente al pie de la letra? —Esperó hasta verlos con los lápices listos y dictó—: La señorita Taggart dice..., abrir comillas...: Espero ganar un montón de dinero con la Línea John Galt. Me lo habré ganado. Cerrar comillas. Muchas gracias.

—¿Alguna pregunta, caballeros? —preguntó Rearden.

No hubo preguntas.

—Ahora debo hablarles de la inauguración de la Línea John Galt —dijo ella—. El primer tren saldrá de la estación de Taggart Transcontinental de Cheyenne, Wyoming, a las cuatro de la tarde del día 22 de julio. Será un tren especial de mercancías con ochenta vagones. Estará impulsado por una locomotora de cuatro motores diésel con ocho mil caballos de potencia, que estoy alquilando de Taggart Transcontinental para la ocasión. Será un viaje sin paradas hasta el Empalme Wyatt, Colorado, a una velocidad media de ciento sesenta kilómetros por hora. ¿Perdón? —preguntó, al oír el sonido grave y largo de un silbido.

—¿Qué ha dicho, señorita Taggart?

—He dicho ciento sesenta kilómetros por hora..., pendientes, curvas y todo.

—Pero ¿no debería reducir la velocidad por debajo de lo normal, en lugar de...? Señorita Taggart, ¿no tiene usted ninguna consideración en absoluto por la opinión pública?

—Claro que *la tengo*. Si no fuera por la opinión pública, una velocidad media de cien kilómetros por hora habría sido más que suficiente.

—¿Quién va a conducir ese tren?

—Tuve bastantes problemas con eso. Todos los ingenieros de Taggart se ofrecieron voluntarios para hacerlo. Lo mismo hicieron los fogoneros, los guardafrenos y los maquinistas. Tuvimos que echar a suertes cada puesto de la tripulación del tren. El maquinista será Pat Logan, del Taggart Comet, el fogonero..., Ray McKim. Yo viajaré con ellos en la cabina de la locomotora.

—¡En serio!

—Por favor, vayan a la inauguración. Es el 22 de julio. La prensa está encarecidamente invitada. Contrariamente a mi política habitual, me he convertido en una fanática de la publicidad. En serio. Me encantaría que hubiera focos, micrófonos de radio y cámaras de televisión. Sugiero que planten unas cuantas alrededor del puente. El derrumbamiento del puente les debe dar unas tomas interesantes.

—Señorita Taggart —preguntó Rearden—, ¿por qué no ha mencionado que yo voy a viajar en esa locomotora también?

Dagny lo miró al otro lado de la sala, y durante un momento estuvieron los dos solos, sosteniéndose la mirada.

—Sí, por supuesto, señor Rearden —respondió.

No volvió a verlo hasta que se miraron uno al otro a través del andén de la estación Taggart en Cheyenne, el 22 de julio.

Ella no había buscado a nadie con la mirada al salir al andén: sentía como si sus sentidos se hubieran fusionado, de tal modo que no podía distinguir el cielo, el sol o los sonidos de una enorme muchedumbre, sino que percibía sólo una sensación de *shock* y de luz.

Sin embargo, él fue la primera persona que vio, y no supo decir durante cuánto tiempo había sido también la única. Él estaba de pie junto a la locomotora del tren John Galt, hablando con alguien fuera del campo de consciencia de ella. Iba vestido con unos pantalones y una camisa grises, parecía un mecánico experto, pero las caras a su alrededor lo miraban, porque él era Hank Rearden, de Rearden Steel. Muy por encima de su cabeza, Dagny vio las letras TT en el frente plateado de la locomotora. Las líneas del perfil de la locomotora se inclinaban hacia atrás, apuntando al espacio.

Había distancia y una muchedumbre entre ellos, pero los ojos de Rearden se dirigieron a ella en el momento en que Dagny salió. Se miraron, y ella supo que él sentía lo mismo que ella. Esto no iba a ser el solemne proyecto del que dependería el futuro de los dos, sino simplemente su día de disfrute. Su trabajo estaba hecho. Por el momento, no había futuro. Se habían ganado el presente.

Solamente cuando uno se siente inmensamente importante, le había dicho ella, puede uno sentirse verdaderamente ligero. Independientemente de lo que el viaje del tren significara para otros, para ellos dos eran sus propias personas lo único que tenía un significado ese día. Independientemente de lo que otros buscaran en la vida, el derecho de ellos dos a disfrutar de lo que sentían era lo único que esperaban encontrar. Era como si, desde cada lado del andén, se lo estuvieran diciendo el uno al otro.

Entonces ella apartó la mirada de él.

Se dio cuenta de que ella también estaba siendo objeto de miradas, que había gente a su alrededor, que estaba riendo y respondiendo a preguntas.

No había esperado una muchedumbre tan grande. Llenaban el andén, las vías, la plaza más allá de la estación; estaban en los techos de los vagones de carga aparcados en las vías muertas, y en las ventanas de todas las casas que se veían. Algo los había atraído, algo que flotaba en el aire y que, en el último momento, hizo que James Taggart quisiera asistir a la inauguración de la Línea John Galt. Dagny lo había prohibido. «Si vienes, Jim —había dicho—, haré que te echen de tu propia estación Taggart. Éste es un acontecimiento que tú no vas a ver.» Después, ella había escogido a Eddie Willers para representar a Taggart Transcontinental en la inauguración.

Ella miró a la muchedumbre; sintió, por un lado, asombro de que la estuvieran mirando, porque ese acontecimiento era tan íntimamente suyo que no era para ser compartido en absoluto..., y por otro, lo apropiado que era que hubiese tanta gente allí, que quisieran verlo, porque el espectáculo de un logro era el mayor regalo que un ser humano podía ofrecer a otros.

No sentía rabia contra nadie en el mundo. Las cosas que ella había aguantado se habían retirado hasta alguna niebla alejada, como un dolor que todavía existe pero no tiene capacidad de herir. Esas cosas no podían seguir ahí ante la realidad de ese momento; el significado de ese día era tan

brillante y tan intensamente claro como los reflejos de sol sobre el plateado de la locomotora; todos los hombres tenían que percibirlo ahora, ninguno podría dudarlo, y ella no tenía a quién odiar.

Eddie Willers la estaba mirando. Él estaba en el andén, rodeado de ejecutivos de Taggart, de jefes de división, de líderes municipales y de varios funcionarios locales que habían tenido que ser convencidos, sobornados o amenazados para obtener permisos para conducir un tren a través de zonas urbanas a ciento sesenta kilómetros por hora. Por una vez, para ese día y ese acontecimiento, su cargo de vicepresidente era real para Eddie, y lo desempeñaba bien. Pero, mientras hablaba con los que le rodeaban, sus ojos no dejaban de seguir a Dagny entre la muchedumbre. Ella vestía un pantalón y una camisa azules, y era ajena a las obligaciones oficiales, las cuales había delegado en Eddie; el tren era ahora su única preocupación, como si ella fuera sólo un miembro de su tripulación.

Ella lo vio, se acercó, y le estrechó la mano; su sonrisa era como un resumen de todas las cosas que ellos no necesitaban decirse:

—Bueno, Eddie, tú eres Taggart Transcontinental ahora.

—Sí —dijo él solemnemente, en voz baja.

Había periodistas haciendo preguntas, y la separaron de él. También a él le estaban haciendo preguntas:

—Señor Willers, ¿cuál es la política de Taggart Transcontinental en cuanto a esta línea...?

—Así que Taggart Transcontinental es simplemente un observador desinteresado, ¿es eso, señor Willers?

Él contestaba lo mejor que podía. Estaba mirando el sol en una locomotora diésel. Pero lo que estaba viendo era el sol en un claro del bosque y una niña de doce años diciéndole que él le ayudaría a dirigir el ferrocarril algún día.

Observó desde la distancia cómo la tripulación estaba alineada delante de la locomotora para posar ante un pelotón de fotógrafos. Dagny y Rearden estaban sonriendo, como si estuvieran posando para unas instantáneas de unas vacaciones de verano. Pat Logan, el maquinista, un hombre bajo y fibroso de pelo grisáceo y un rostro insultantemente inescrutable, posaba con un aire de divertida indiferencia. Ray McKim, el

fogonero, un gigante joven y fuerte, sonreía con un aire de vergüenza y superioridad a la vez. El resto de la tripulación parecía estar a punto de guiñarle un ojo a las cámaras. Un fotógrafo dijo, riéndose:

—¿No podéis poner cara de estar condenados, por favor? Sé que eso es lo que quiere el editor.

Dagny y Rearden estaban contestando a las preguntas de la prensa. No había burla en sus respuestas ahora, ni acritud. Lo estaban disfrutando. Hablaban como si las preguntas estuvieran hechas de buena fe. Irresistiblemente, en algún momento, sin que nadie se diera cuenta, terminó siendo así.

—¿Qué esperan que pase en este viaje? —le preguntó un periodista a uno de los guardafrenos—. ¿Cree que llegarán a destino?

—Creo que llegaremos, sí —dijo el guardafrenos—, y tú también lo crees, tío.

—Señor Logan, ¿tiene usted hijos? ¿Ha contratado algún seguro adicional? Lo digo por lo del puente, ya sabe.

—No cruces ese puente hasta que yo llegue —contestó Pat Logan despectivamente.

—Señor Rearden, ¿cómo sabe usted que su raíl aguantará?

—El hombre que le enseñó a la gente a usar la imprenta —dijo Rearden—, ¿cómo lo sabía *él*?

—Dígame, señorita Taggart, ¿qué es lo que va a sustentar a un tren de siete mil toneladas sobre un puente de tres mil toneladas?

—Mi juicio —respondió ella.

Los hombres de la prensa, que detestaban su propia profesión, no sabían por qué estaban disfrutando tanto ese día. Uno de ellos, un joven con años de éxitos notorios a sus espaldas y un aire cínico más propio de alguien que le doblara la edad, dijo de pronto:

—Sé lo que me gustaría ser: ¡me gustaría poder ser un hombre que cubre noticias de verdad!

Las agujas del reloj del edificio de la estación marcaban las 15.45 horas. La tripulación echó a andar hacia el furgón de cola, en el distante extremo del tren. El movimiento y el ruido de la multitud estaban disminuyendo. Sin darse cuenta, la gente estaba empezando a quedarse en silencio.

El jefe de estación había recibido información de cada uno de los operarios locales a lo largo de la línea que atravesaba las montañas serpenteando hasta los campos petrolíferos de Wyatt, a quinientos kilómetros de distancia. Salió del edificio de la estación y, mirando a Dagny, dio la señal de vía libre. De pie, junto a la locomotora, Dagny levantó la mano, repitiendo ese gesto en señal de orden recibida y comprendida.

La larga hilera de vagones se extendía en la distancia en eslabones rectangulares y espaciados, como una columna vertebral. Cuando el brazo del jefe de estación se agitó en el aire, al otro extremo, ella movió su brazo en señal de respuesta.

Rearden, Logan y McKim estaban de pie y callados, como en posición de firmes, dejando que fuese Dagny la primera en subir a bordo. Cuando ella empezó a subir los peldaños en el costado de la locomotora, un periodista pensó en una pregunta que no había hecho.

—Señorita Taggart —llamó tras ella—, ¿quién es John Galt?

Ella se volvió, sujetando la barra de metal con una mano, suspendida por un instante sobre las cabezas de la muchedumbre.

—*Nosotros* —respondió.

Logan la siguió a la cabina, después fue McKim; Rearden fue el último; luego, la puerta de la locomotora se cerró con la hermética rotundidad del metal sellado.

Las luces, colgando en el puente de señales contra el cielo, eran verdes. Había luces verdes bajas entre las vías, sobre el suelo, disminuyendo en la distancia donde las vías giraban y había una luz verde en la curva, contra hojas de un brillante verde estival que las hacía parecer también luces.

Dos hombres sostenían una cinta de seda blanca que cruzaba la vía delante de la locomotora. Eran el supervisor de la División de Colorado y el ingeniero jefe de Nealy, que había seguido en su empleo. Eddie Willers sería quien cortaría la cinta, y de esa forma inauguraría la nueva línea.

Los fotógrafos lo hicieron posar cuidadosamente, tijera en mano, de espaldas a la locomotora. Tendría que repetir la ceremonia dos o tres veces, le explicaron, para que ellos pudieran tener varias fotos para elegir; ya tenían el rollo de cinta nueva preparado. Eddie estaba a punto de hacerlo, pero se detuvo.

—No —dijo de pronto—. Esto no va a ser fingido.

Con voz de tranquila autoridad, la voz de un vicepresidente, ordenó, señalando a las cámaras:

—Echaos atrás..., bien atrás. Haced una foto cuando corte la cinta, y luego quitaos de en medio, rápido.

Le obedecieron, retrocediendo deprisa por la vía. Sólo faltaba un minuto. Eddie le volvió la espalda a las cámaras y se quedó de pie entre los raíles, de frente a la locomotora. Mantuvo las tijeras listas sobre la cinta blanca. Se quitó el sombrero y lo tiró a un lado. Estaba mirando hacia arriba, a la locomotora. Una suave brisa agitó su cabello rubio. La locomotora era un enorme escudo de plata que llevaba el emblema de Nat Taggart.

Eddie Willers levantó la mano cuando la aguja del reloj de la estación marcó las cuatro en punto.

—¡Dale gas, Pat! —gritó.

En el mismo instante en que la locomotora empezó a avanzar, él cortó la cinta blanca y se apartó de un salto.

Desde el lado de la vía vio la ventana de la cabina pasar y a Dagny moviendo el brazo en señal de saludo. Luego, la locomotora desapareció, y él se quedó mirando al otro lado del concurrido andén que aparecía y desaparecía al pasar los vagones de carga delante de él.

Los raíles verdiazulados corrían a su encuentro, como dos cohetes disparados desde un punto distante, más allá de la curvatura de la Tierra. Las traviesas se diluían a medida que ellos avanzaban, formando un suave arroyo que discurría bajo las ruedas. Una borrosa franja se pegaba al costado de la locomotora, casi rozando el suelo. Árboles y postes telegráficos aparecían de repente a la vista y desaparecían como si los hubieran arrancado. Las verdes llanuras iban quedando atrás en un fluir tranquilo. Al filo del cielo, una larga cadena de montañas invertía el movimiento y parecía estar siguiendo al tren.

Dagny no sentía las ruedas bajo el suelo. El movimiento era un vuelo suave sobre un impulso constante, como si la locomotora flotase sobre los raíles, sobre una corriente. Ella no sentía ninguna velocidad. Le pareció

extraño que las luces verdes de las señales no dejaran de aparecer y desaparecer ante ellos cada pocos segundos. Sabía que las señales luminosas estaban espaciadas cada tres kilómetros.

La aguja del velocímetro frente a Pat Logan permanecía fija en ciento sesenta.

Ella estaba sentada en el asiento del fogonero y miraba a Logan de vez en cuando. Él estaba sentado, inclinado un poco hacia delante, relajado, con una mano ligeramente apoyada sobre el acelerador, como por casualidad; pero su mirada estaba clavada en la vía que tenía delante. Tenía la soltura de un experto, tan confiado que parecía distraído, pero era la calma que surge de una tremenda concentración, la concentración en una tarea tan implacable como un absoluto. Ray McKim iba sentado en un banco detrás de ellos. Rearden estaba de pie en medio de la cabina.

Estaba de pie, con las manos en los bolsillos, los pies separados, bien apoyados para contrarrestar el movimiento, mirando hacia delante. No había nada que pudiera interesarle ver ahora a los lados de la vía: estaba mirando el raíl.

La propiedad, pensó Dagny, volviendo su mirada hacia él. ¿No había quienes no sabían nada de su naturaleza y dudaban de su realidad? No, la propiedad no estaba hecha de papeles, sellos, concesiones y permisos. Ahí estaba..., en los ojos de él.

El sonido que inundaba la cabina parecía formar parte del espacio que estaban cruzando. Englobaba el sordo zumbido de los motores —el tintinear más agudo de las numerosas piezas que emitían variados gritos metálicos— y el repiqueteo agudo y fino de la vibración de los paneles de cristal.

Las cosas desfilaban fugazmente: un depósito de agua, un árbol, un cobertizo, un silo de cereales. Seguían el movimiento de un limpiaparabrisas: se elevaban, describían una curva, y volvían a caer. Los cables de telégrafo hacían una carrera con el tren, subiendo y bajando entre poste y poste, con un ritmo regular, como el electrocardiograma de un latido constante escrito en el cielo.

Ella miró hacia delante, a la neblina que fundía raíl y distancia, una neblina que podría desgarrarse en cualquier momento en forma de algún desastre. Se preguntó por qué se sentía más segura de lo que nunca se había sentido en un vagón detrás de la locomotora, más segura aquí, donde parecía que, si algún obstáculo apareciese, su pecho y el cristal del

parabrisas serían los primeros en estrellarse contra él. Sonrió, captando la respuesta: era la seguridad de ser el primero, con plena visión y pleno conocimiento del camino de uno..., no la sensación ciega de ser arrastrada hacia lo ignoto por algún poder desconocido que va delante. Era la mayor sensación de la existencia: no confiar, sino saber.

Los paneles de cristal de las ventanillas de la cabina hacían que la extensión de los campos pareciera mayor: la tierra parecía tan abierta al movimiento como lo era a la vista. Sin embargo, nada estaba lejos y nada estaba fuera del alcance. Apenas divisaba ella el reflejo de un lago más adelante... y al instante siguiente ya lo tenía a su lado, y enseguida, detrás.

Era un extraño acortamiento de perspectiva entre vista y tacto, pensó, entre deseo y realización, entre —las palabras saltaron con fuerza a su mente después de un breve titubeo—, entre espíritu y cuerpo. Primero, la visión..., luego, la forma física de expresarla. Primero, el pensamiento..., luego, el movimiento intencionado a lo largo de la línea recta de una sola dirección hacia un objetivo elegido. ¿Podía uno tener sentido sin el otro? ¿No era malvado desear sin moverse... o moverse sin objetivo? ¿De quién era la maldad que se arrastraba por el mundo, luchando por separar esas dos cosas y enfrentarlas entre sí?

Sacudió la cabeza. No quería pensar, ni preguntarse por qué el mundo detrás de ella era como era. Le daba igual. Se estaba alejando de él a una velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora. Se reclinó contra la ventanilla abierta a su lado y sintió cómo el viento le apartaba el cabello de la frente. Se echó hacia atrás, consciente solamente del placer que le producía.

Pero su mente seguía a la carrera. Fragmentos de pensamientos desfilaban volando ante su atención, como los postes telegráficos a lo largo de la vía. ¿Placer físico?, pensó. Este tren está hecho de acero..., circula sobre raíles de Metal Rearden..., se mueve con la energía de combustión de petróleo y generadores eléctricos..., es una sensación física de movimientos físicos a través del espacio... Pero ¿es ésa la causa y el significado de lo que yo siento ahora? ¿Llaman un goce primitivo y animal a esta sensación de que no me importaría que el raíl se rompiera en pedazos bajo nosotros ahora mismo..., aunque no lo hará..., pero no me importaría, porque he experimentado esto? ¿Un placer del cuerpo físico, bajo, material y degradante?

Sonrió con los ojos cerrados, con el viento haciendo ondear su cabello.

Abrió los ojos y vio que Rearden estaba de pie mirándola a ella. Era la misma mirada con la que había mirado el raíl. Ella sintió su voluntad anulada por un único golpe sordo que la dejó incapaz de moverse. Le sostuvo la mirada, apoyándose en el respaldo de su silla, el viento ciñendo la fina tela de su camisa a su cuerpo.

Él desvió la mirada, y ella volvió, una vez más, a la vista de la tierra que parecía abrirse ante ellos.

No quería pensar, pero el sonido del pensamiento continuó, como el zumbido de los motores bajo los sonidos de la locomotora. Miró la cabina a su alrededor. La fina malla de acero en el techo, pensó, y la hilera de remaches en la esquina, uniendo estrechamente planchas de acero..., ¿quién las había hecho? ¿La fuerza bruta de los músculos de los hombres? ¿Quién hacía posible que cuatro instrumentos y tres palancas delante de Pat Logan controlaran la increíble potencia de los dieciséis motores que había detrás de ellos y la entregaran al control sin esfuerzo de la mano de un hombre?

Esas cosas y la capacidad de la que provenían..., ¿era eso el empeño que los hombres consideraban malvado? ¿Era eso lo que llamaban un innoble interés por el mundo físico? ¿Era eso estar esclavizado por la materia? ¿Era eso rendir el espíritu del hombre a su cuerpo?

Sacudió la cabeza, como queriendo arrojar esos pensamientos por la ventana y dejar que se hicieran añicos a lo largo de la vía. Miró al sol sobre los campos estivales. No tenía que pensar, porque esas preguntas eran sólo detalles de una verdad que ella sabía y siempre había sabido. Dejaba que pasasen, como los postes telegráficos. Lo que ella sabía era como los cables que volaban por encima, formando una línea continua. Las palabras para ello, y para ese viaje, y para su sentimiento, y para toda la tierra humana, eran: ¡Es tan simple, y tan correcto!

Miró el paisaje. Desde hacía rato, ella había sido consciente de las figuras humanas que aparecían con una extraña regularidad al lado de la vía. Pero pasaban tan deprisa que ella no pudo captar su significado hasta que, como ocurre con los fotogramas de una película, las breves imágenes se fundieron en un todo, y ella lo comprendió. Ella había hecho que la vía estuviese vigilada desde su finalización, pero no había contratado a la cadena humana que vio extenderse a lo largo de la vía principal. La figura solitaria de un hombre aparecía de pie cada kilómetro. Unos eran jóvenes

colegiales, otros eran tan viejos que las siluetas de sus cuerpos parecían dobladas contra el cielo. Todos ellos iban armados con lo que habían podido encontrar, desde costosos rifles hasta antiguos mosquetones. Todos ellos llevaban gorras de ferroviarios. Eran los hijos de los empleados de Taggart, y viejos hombres del ferrocarril que se habían jubilado después de toda una vida al servicio de Taggart. Habían acudido, sin haber sido llamados, a proteger ese tren. Cuando la locomotora pasaba ante ellos, cada hombre, a su vez, se erguía, firme, y levantaba su arma a modo de saludo militar.

Cuando lo captó, se echó a reír, de pronto, con la brusquedad de un grito. Reía, temblando como una niña; parecían más bien sollozos de alivio. Pat Logan asintió con una leve sonrisa; se había dado cuenta de la guardia de honor hacía mucho tiempo. Ella se asomó por la ventanilla abierta, y su brazo dibujó amplias curvas de triunfo, saludando a los hombres de la vía.

Sobre la cumbre de una colina lejana, distinguió una muchedumbre que agitaba los brazos contra el cielo. Las casas grises de un pueblo estaban desparramadas por un valle más abajo, como si hiciera tiempo que hubieran caído allí y hubieran sido olvidadas; las líneas de los tejados estaban inclinadas y hundidas, y los años habían hecho desaparecer el color de las paredes. Tal vez generaciones de personas habían vivido allí sin nada que marcase el paso de sus días, salvo el movimiento del sol de Este a Oeste. Ahora, esos hombres habían subido la colina para ver cómo un cometa con cabeza plateada atravesaba sus llanuras como el sonido de una corneta a través de un largo y pesado silencio.

A medida que las casas aparecían con mayor frecuencia y más próximas a la vía, ella vio gente en las ventanas, en los porches, en tejados distantes. Vio a multitud de personas bloqueando las carreteras en los pasos a nivel. Las carreteras pasaban volando como las aspas de un ventilador, y ella no podía distinguir figuras humanas, sólo sus brazos saludando al tren como ramas agitadas por el viento que su velocidad generaba. Estaban debajo de los faroles rojos que colgaban como señales de advertencia bajo carteles que decían: PARA. MIRA. ESCUCHA.

La estación que dejaron atrás al atravesar un pueblo a ciento sesenta kilómetros por hora era una escultura oscilante de gente que se extendía desde el andén hasta el tejado. Ella vio el aleteo de brazos saludando, de sombreros lanzados al aire, de algo lanzado contra el lado de la locomotora, que era un ramo de flores.

A medida que los kilómetros transcurrían, los pueblos iban pasando, con estaciones en las que no paraban, con multitudes que habían venido sólo a ver, a vitorear y a henchirse de esperanza. Vio guirnaldas de flores bajo los aleros oscurecidos de hollín de viejas estaciones, y banderas con rojo, blanco y azul sobre paredes carcomidas por el tiempo. Era como las imágenes que había visto... y envidiado... en las historias de los libros de texto sobre ferrocarriles, de la época en que la gente se reunía para saludar el primer viaje de un tren. Era como en los tiempos en que Nat Taggart cruzaba el país, y las paradas en su camino iban marcadas por personas deseosas de ver hazañas. Aquella época, pensó, ya no existía; muchas generaciones se habían sucedido sin ningún acontecimiento que vitorear en ningún lugar, sin nada que ver excepto las grietas que se hacían más grandes cada año en los muros levantados por Nat Taggart. Sin embargo, las personas seguían yendo, como lo habían hecho en la época de él, atraídas por la misma letanía.

Miró a Rearden. Estaba de pie, apoyado contra la pared, ignorando a las multitudes, indiferente a la admiración. Estaba observando el rendimiento de la vía y del tren con la experta intensidad de un interés profesional; su actitud sugería que él rechazaría como irrelevante cualquier pensamiento del tipo: «Les gusta»; cuando el pensamiento resonando en su mente era: «¡Funciona!».

Su alta figura en el gris de su pantalón y su camisa hacía que su cuerpo pareciese listo para la acción. El pantalón acentuaba las largas líneas de sus piernas, la postura, firme y ligera, de estar de pie sin esfuerzo o de estar listo para saltar hacia delante al más breve instante; las mangas cortas resaltaban el delgado vigor de sus brazos; la camisa desabrochada mostraba la piel tersa de su pecho.

Dagny desvió la mirada, dándose cuenta de repente de que se había estado volviendo para mirarlo con demasiada frecuencia. Pero ese día no tenía lazos con el pasado ni con el futuro, sus pensamientos estaban desconectados de cualquier implicación, no veía un significado más allá, sólo la inmediata intensidad de sentirse aprisionada con él, encerrados juntos en el mismo cubículo de aire, con la proximidad de su presencia subrayando la consciencia que ella tenía de ese día, igual que los raíles de Rearden subrayaban el vuelo del tren.

Se volvió deliberadamente hacia él y lo miró. Él la estaba mirando. Ella no apartó la vista, sino que le sostuvo la mirada, fría e intencionadamente. Sonrió desafiante, sin permitirse a sí misma saber el pleno significado de su sonrisa, sabiendo sólo que era el golpe más duro que podía asestarle a su cara inflexible. Sintió un repentino deseo de verlo temblar, de arrancarle un grito. Giró la cabeza, lentamente, sintiendo una temeraria diversión, preguntándose por qué le resultaba difícil respirar.

Estaba sentada, apoyada sobre el respaldo del asiento, mirando al frente, sabiendo que él era tan consciente de su presencia como ella lo era de la de él. Le resultaba placentera esa consciencia de sí misma que él le producía. Cuando cruzaba las piernas, cuando apoyaba el brazo contra el marco de la ventanilla, cuando se apartaba el pelo de la frente... cada movimiento de su cuerpo quedaba enfatizado por un sentimiento para el cual las palabras no admitidas eran: «¿Lo está viendo?».

Los pueblos habían quedado atrás. La vía estaba ascendiendo por un paisaje cada vez más escarpado, más reacio a permitir que cualquier cosa se aproximase. Los raíles no paraban de desaparecer detrás de las curvas, y las cimas de las colinas seguían aproximándose, como si las llanuras se estuvieran doblando en pliegues. Las plataformas lisas y rocosas de Colorado estaban avanzando hacia el borde de la vía, y los distantes confines del cielo se encogían formando oleadas de montañas azuladas.

Más a lo lejos, vieron una neblina de humo sobre las chimeneas de unas fábricas; luego, la red de una central eléctrica y la solitaria aguja de una estructura de acero. Se estaban acercando a Denver.

Miró a Pat Logan. Estaba un poco más inclinado hacia delante, y ella advirtió una ligera contracción en los dedos de su mano y en sus ojos. Él sabía, igual que ella, el peligro de atravesar una ciudad a la velocidad a la que iban.

Fue una sucesión de minutos, pero le dio la impresión de ser una única totalidad. Primero vieron las formas solitarias, que eran las fábricas, pasando delante de las ventanillas; luego, las formas se fundieron en una confusión de calles, y después un delta de raíles extendido frente a ellos, como la boca de un embudo succionándolos hacia el interior de la estación Taggart, sin nada que los protegiera salvo los minúsculos puntos verdes de luz esparcidos por el suelo; desde la altura de la cabina vieron vagones de carga en vías secundarias pasando rápidamente como si fueran los perfiles

planos de tejados... el agujero negro de la estación del tren volando hacia sus caras... Fueron lanzados a través de una explosión de sonido, el traqueteo de ruedas contra los paneles de cristal de una bóveda, y la algarabía de vítores de una masa que se bamboleaba como un líquido en la oscuridad entre columnas de acero..., volaron hacia una resplandeciente arcada y unas luces verdes colgando en el cielo abierto más allá, las luces verdes que eran como los tiradores de las puertas del espacio, abriendo una puerta tras otra delante de ellos. Luego, desapareciendo a su paso, iban las calles atestadas de tráfico, las ventanas abiertas abarrotadas de figuras humanas, los aullidos de las sirenas y, desde la cima de un rascacielos distante, una nube de copos de nieve de papel flotando en el aire, arrojados por alguien que vio el paso de una bala plateada por una ciudad que se había detenido para contemplarla.

Luego se encontraron fuera de nuevo, en una pendiente rocosa; y, con una rapidez asombrosa, las montañas se elevaron ante ellos, como si la ciudad los hubiera lanzado directamente contra una pared de granito y una estrecha cornisa los hubiera recogido a tiempo. Estaban aferrados a la cara de un acantilado vertical, con la tierra rodando hacia abajo, alejándose, y gigantescas gradas de peñascos retorcidos elevándose y ocultando el sol, dejándolos acelerar a través de un atardecer azulado, sin poder ver ni el suelo ni el cielo.

Las curvas de raíl se convirtieron en bucles circulares entre paredes que avanzaban para aplastarlos por ambos lados. Pero la vía seguía abriéndose camino y las montañas se separaban, desplegándose como dos alas en la punta del raíl, un ala de color verde, hecha de agujas verticales con pinos enteros formando una sólida alfombra protectora, y la otra de color castaño rojizo, hecha de roca desnuda.

Ella miró hacia abajo por la ventanilla abierta y vio el costado plateado de la locomotora suspendido sobre el espacio vacío. Mucho más abajo, el fino hilo de un arroyo iba saltando de una cornisa a otra, y los helechos que caían sobre el agua eran las relucientes copas de los abedules. Vio los vagones de carga en la cola de la locomotora serpenteando a lo largo de la pared de un desnivel de granito... y, más abajo, después de kilómetros de piedras retorcidas, vio los bucles de los raíles verdiazulados desenroscarse detrás del tren.

Una muralla de roca se elevó en su camino, cubriendo por completo el parabrisas, oscureciendo la cabina, tan próxima que parecía que el tiempo que les quedaba no sería suficiente para escapar de ella. Pero ella oyó el chirriar de ruedas en la curva; la luz volvió como una explosión, y vio un tramo abierto de vía sobre una estrecha cornisa. La cornisa acababa en el espacio. El morro de la locomotora se dirigía directamente al cielo. No había nada que pudiera detenerlos, salvo dos tiras de metal verdiazulado ensartadas en una curva a lo largo de la cornisa.

Asumir la violenta fuerza de dieciséis motores, pensó, el empuje de siete mil toneladas de acero y carga, aguantarlo, sujetarlo y desplazarlo alrededor de una curva, ésa era la hazaña imposible que realizaban dos tiras de metal no más anchas que su brazo. ¿Qué es lo que lo hacía posible? ¿Qué poder le había conferido a una invisible combinación de moléculas el poder del que dependían sus vidas y las de todos los hombres que esperaban los ochenta vagones? Vio el rostro y las manos de un hombre, iluminados por el resplandor de un horno de laboratorio, trabajando sobre el líquido blanco de una muestra de metal.

Sintió la oleada de una emoción que no podía contener, como si algo la invadiera de abajo arriba. Fue hacia la puerta de los motores, la abrió de golpe para oír un aluvión ensordecedor de sonido, y entró en el latido del corazón de la locomotora.

Por un instante, fue como si hubiese quedado reducida a un solo sentido, el sentido del oído, y lo que quedaba de lo que ella oía era sólo un largo grito subiendo, bajando, subiendo. Estaba de pie en una oscilante y sellada cámara de metal, mirando a los gigantescos generadores. Había querido verlos, porque la sensación de triunfo dentro de ella estaba unida a ellos, a su amor por ellos, y a la razón del trabajo que ella había elegido en su vida. En la anormal claridad de una violenta emoción, sintió como si estuviera a punto de comprender algo que nunca había sabido y que tenía que saber. Rio en voz alta, pero no oyó ningún sonido salir de ella; nada podía oírse en medio de esa continua explosión.

—¡La Línea John Galt! —gritó, por el placer de sentir cómo su voz le era arrancada de los labios.

Se movió despacio a lo largo de las unidades de motores, pasando por un estrecho pasillo entre los motores y la pared. Se sintió con el atrevimiento de una intrusa, como si se hubiera colado en el interior de una

criatura viviente, bajo su piel plateada, y estuviera observando su vida latiendo dentro de cilindros grises de metal, en serpentines retorcidos, en tubos sellados y en la convulsiva vorágine de aspas en jaulas de alambre. La enorme complejidad de la forma que se extendía sobre ella estaba drenada por canales invisibles, y la violencia rugiente que contenía se redirigía a frágiles agujas en esferas de cristal, a lucecitas verdes y rojas parpadeando sobre tableros, a armarios altos y finos con el mensaje: ALTO VOLTAJE.

¿Por qué había tenido siempre esa alegre sensación de confianza al mirar las máquinas?, pensó. En esas formas gigantes, dos aspectos que pertenecían a lo inhumano estaban radiantemente ausentes: lo desprovisto de causa y lo desprovisto de objetivo. Cada pieza de los motores era la encarnación de una respuesta a «¿por qué?» y a «¿para qué?»..., igual que los pasos del camino de una trayectoria vital elegida por el tipo de mente que ella adoraba. Los motores eran un código moral moldeado en acero.

*Están vivos*, pensó, porque son la forma física de la acción de un poder viviente..., de la mente que ha sido capaz de captar la totalidad de esa complejidad, de establecer su objetivo, de darle forma. Por un instante, le pareció que los motores eran transparentes, y que ella estaba viendo la red de sus sistemas nerviosos. Era una red de conexiones más intrincada y más crucial que todos sus cables y sus circuitos: las conexiones racionales hechas por la mente humana que había concebido cada una de sus piezas por primera vez.

*Están vivos*, pensó, pero su alma las dirige por control remoto. Su alma está en cada hombre que tiene la capacidad de igualar ese logro. Si el alma desapareciera de la Tierra, los motores se detendrían, porque ése es el poder que los mantiene funcionando..., no es el petróleo en el subsuelo bajo sus pies, el petróleo que después se convertiría en lodo primigenio de nuevo..., no son los cilindros de acero, que se convertirían en manchas de óxido en las paredes de las cuevas de salvajes tiritando..., sino el poder de una mente viviente..., el poder del pensamiento, de la elección y del objetivo.

Empezó a andar hacia la cabina, sintiendo que quería reír, arrodillarse o levantar los brazos, deseando ser capaz de liberar lo que sentía, sabiendo que era algo que no tenía forma de expresión.

Se paró. Vio a Rearden de pie junto a los escalones de la puerta de acceso a la cabina. La estaba mirando como si supiese por qué ella había escapado, y lo que sentía. Permanecieron quietos, sus cuerpos

transformados en una mirada que se unía a través de un estrecho pasillo. Las pulsaciones dentro de ella eran como las pulsaciones de los motores..., y sintió como si ambas vinieran de él, de Rearden; el ritmo pulsante anuló su voluntad. Volvieron a la cabina, en silencio, sabiendo que había habido un momento que no debería ser mencionado entre ellos.

Los peñascos frente a ellos eran oro luminoso y líquido. Franjas de sombras se alargaban en los valles abajo. El sol iba descendiendo hacia los picos del Oeste. Se dirigían hacia el Oeste y hacia arriba, hacia el sol.

El cielo se había oscurecido, hasta adquirir el tono verdiazulado de los raíles, cuando vislumbraron chimeneas en un valle distante. Era uno de los nuevos pueblos de Colorado, los pueblos que habían crecido como si irradiaran de los campos petrolíferos de Wyatt. Dagny vio las líneas angulares de casas modernas, los tejados planos, los largos ventanales... Estaban demasiado lejos para distinguir a la gente. En el momento en que ella pensó que no estarían viendo el tren a esa distancia, un cohete salió lanzado entre los edificios, se elevó por encima del pueblo y estalló en una cascada de estrellas doradas contra un cielo cada vez más oscuro. Hombres que ella no podía ver seguían el avance del tren por la ladera de la montaña, y estaban enviando un saludo, una solitaria pluma de fuego en el ocaso, el símbolo de una celebración... o de una llamada de auxilio.

Detrás de la siguiente curva, en una repentina panorámica a distancia, Dagny vio dos puntos de luz eléctrica, blanco y rojo, muy bajos sobre el cielo. No eran aviones..., ella vio los conos de las vigas de metal que los sostenían..., y, en el momento en que supo que eran las torres de perforación de Wyatt Oil, vio que la vía estaba descendiendo, que la tierra se ensanchaba, como si las montañas se hubieran separado..., y al fondo, al pie de la montaña Wyatt, al otro lado de la oscura hendidura de un cañón, vio el puente hecho de Metal Rearden.

Iban volando cuesta abajo; se olvidó de la meticulosa nivelación, de las grandes curvas del descenso gradual; sintió como si el tren estuviese cayendo en picado, de cabeza; observó el puente creciendo a su encuentro..., un pequeño túnel cuadrado de encaje de bolillo metálico, unos cuantos soportes entrecruzados en el aire, de un brillante verdiazulado que reflejaba un largo rayo de luz del sol poniente que se colaba por alguna grieta de la cadena montañosa. Había personas junto al puente, la mancha oscura de una multitud, pero desaparecieron rodando por el borde de su

consciencia. Oyó el creciente y acelerado sonido de las ruedas..., y un tema musical que acompañaba el ritmo de las ruedas no dejaba de rondarle la cabeza, cada vez con más fuerza..., y estalló repentinamente dentro de la cabina, pero sabía que sólo estaba en su mente: era el Quinto Concierto de Richard Halley... Ella pensó: ¿Lo escribió para esto? ¿Había conocido él una sensación como ésta...? Estaban yendo más rápido, habían dejado de tocar el suelo, pensó, lanzados por las montañas como en un trampolín, estaban ahora navegando por el espacio... No es una prueba justa, pensó, no vamos a tocar ese puente..., vio la cara de Rearden por encima de la suya, le sostuvo su mirada y echó la cabeza hacia atrás para que su rostro quedara quieto en el aire debajo del de él..., oyeron un estridente estallido de metal, oyeron un redoble de tambor bajo sus pies, las diagonales del puente pasando veloces ante la ventanilla con el sonido de un palo de metal arrastrado contra los barrotes de una valla... Luego, las ventanas se volvieron de pronto claras, el impulso de su caída los estaba empujando colina arriba, las torres de perforación de Wyatt Oil estaban apareciendo delante de ellos... Pat Logan se volvió, mirando a Rearden con la insinuación de una sonrisa..., y Rearden dijo:

—Ya está.

El letrero en el borde de un tejado decía: EMPALME WYATT. Ella miró, sintiendo que había algo raro, hasta que se dio cuenta de lo que era: el letrero no se movía. La sacudida más brusca del viaje fue darse cuenta de que la locomotora estaba parada.

Escuchó voces en algún lugar, miró hacia abajo y vio que había gente en el andén. Entonces, la puerta de la cabina se abrió de golpe, ella sabía que tenía que ser la primera en bajar, y se acercó al borde. Durante un breve instante, sintió la esbeltez de su cuerpo, la ligereza de estar allí de pie en una corriente de aire libre. Agarró los barrotes metálicos y empezó a bajar la escalera. Estaba a mitad de camino cuando sintió las palmas de las manos de un hombre cogerla firmemente por las costillas y la cintura, fue arrancada de los escalones, columpiada por el aire y depositada en el suelo. No pudo creer que el joven sonriente delante de ella era Ellis Wyatt. El tenso y desdeñoso rostro que ella recordaba tenía ahora la pureza, la expectación y la alegre benevolencia de un niño en el tipo de mundo para el que había sido creado.

Se estaba apoyando en el hombro de él, sintiéndose inestable sobre el suelo inmóvil, con sus brazos rodeándola, estaba riendo, estaba escuchando las cosas que él decía, estaba respondiendo:

—Pero ¿no sabías que lo haríamos?

Un momento después, vio las caras que los rodeaban. Eran los accionistas de la Línea John Galt, los hombres de Nielsen Motors, Hammond Cars, Stockton Foundry y todos los otros. Les estrechó las manos, y no hubo discursos; estaba apoyada en Ellis Wyatt, un poco temblorosa, apartándose el pelo de los ojos, dejando manchas de hollín en su frente. Estrechó las manos de los hombres de la tripulación del tren, sin palabras, con el sello de las sonrisas de sus caras. Había flashes de fotos estallando a su alrededor, y hombres saludándoles con las manos desde los aparejos de los pozos petrolíferos en las laderas de las montañas. Sobre su cabeza, sobre las cabezas de la multitud, las letras TT en un escudo de plata se iluminaron con el último rayo de un sol poniente.

Ellis Wyatt había asumido el mando. La estaba llevando a algún lugar, el movimiento de su brazo abriéndoles paso entre la multitud, cuando uno de los fotógrafos consiguió acercarse a ella.

—Señorita Taggart —gritó—, ¿nos da un mensaje para el público?

Ellis Wyatt señaló la larga hilera de vagones, y dijo:

—Ella lo ha hecho.

Luego, estaba sentada en el asiento trasero de un descapotable que ascendía por las curvas de una carretera de montaña. El hombre sentado a su lado era Rearden, el conductor era Ellis Wyatt.

Se detuvieron frente a una casa que estaba al borde de un acantilado, sin ninguna otra vivienda a la vista, con la totalidad de los campos petrolíferos extendiéndose abajo, en las pendientes.

—Bueno, por supuesto que os quedáis conmigo en mi casa esta noche, los dos —dijo Ellis Wyatt mientras entraban—. ¿Dónde, si no, pensabais quedaros?

Ella rio.

—No sé. No había pensado en eso en absoluto.

—La ciudad más próxima está a una hora de coche. Allí es donde vuestra tripulación ha ido: los muchachos del puesto de la División Taggart están dando una fiesta en su honor. Ellos, y toda la ciudad. Pero le dije a

Ted Nielsen y a los otros que para vosotros no habría banquetes ni discursos. Es decir, a menos que lo prefiráis.

—¡Ni pensarlo! —dijo ella—. Gracias, Ellis.

Estaba oscuro cuando se sentaron a cenar a la mesa en un comedor de amplias ventanas y unas pocas piezas de mobiliario caro. La cena fue servida por una silenciosa figura de chaqueta blanca, el único otro habitante de la casa, un indio de edad con una cara sin expresión y modales corteses. Unos cuantos puntos de fuego estaban dispersos por la sala, extendiéndose más allá de las ventanas: las velas sobre la mesa, las luces de las torres de perforación, y las estrellas.

—¿Creéis que estáis muy ocupados ahora? —estaba diciendo Ellis Wyatt—. Sólo dadme un año y os daré algo que realmente os mantendrá ocupados. ¿Dos trenes cisterna al día, Dagny? Van a ser cuatro, o seis, o tantos como quieras que llene. —Su mano señaló las luces en las montañas —. ¿Esto? No es nada, comparado con lo que tengo en la recámara. —Señaló hacia el Oeste—. El puerto de Buena Esperanza. A ocho kilómetros de aquí. Todo el mundo se está preguntando qué pienso hacer con él. Pizarra bituminosa. ¿Cuántos años hace que dejaron de intentar extraer petróleo de las pizarras, porque era demasiado caro? Bueno, pues esperad a ver el proceso que yo he desarrollado. Será el petróleo más barato que les haya salpicado en la cara jamás, y una oferta ilimitada de él, una fuente sin explotar que hará que el mayor yacimiento de petróleo parezca un charco de barro. ¿Pedí un oleoducto? Hank, tú y yo tendremos que construir oleoductos en todas direcciones para... Oh, discúlpame. Creo que no me presenté cuando hablamos en la estación. Ni siquiera te he dicho mi nombre.

Rearden hizo una mueca.

—Lo he adivinado, a estas alturas.

—Lo siento, no me gusta ser desconsiderado, pero estaba demasiado emocionado.

—¿Por qué estabas tan emocionado? —preguntó Dagny, entornando los ojos con expresión burlona.

Wyatt sostuvo su mirada durante un momento; su respuesta tenía un tono de solemne intensidad extrañamente expresada con una voz risueña:

—Por la más hermosa bofetada que he recibido jamás, y merecido.

—Quieres decir, ¿por nuestro primer encuentro?

—Quiero decir, por nuestro primer encuentro.

—No. Tú tenías razón.

—Sí, la tenía. Sobre todo lo demás, excepto sobre ti. Dagny, encontrar una excepción tras tantos años de... ¡Oh, al diablo con todos ellos! ¿Queréis que encienda la radio y escuchemos lo que están diciendo de vosotros dos esta noche?

—No.

—Bien. Yo tampoco quiero oírlos. Que se traguen sus propios discursos. Todos están subiéndose al carro ahora. *Nosotros* somos el carro. —Miró a Rearden—. ¿De qué te ríes?

—Siempre he tenido curiosidad por ver cómo eras.

—Nunca he tenido la oportunidad de ser como soy... hasta esta noche.

—¿Vives aquí, solo, a kilómetros de distancia de todo?

Wyatt señaló la ventana.

—Estoy a un par de pasos de... todo.

—¿Y qué pasa con la gente?

—Tengo habitaciones de invitados para el tipo de gente que viene a verme por negocios. Quiero interponer la mayor distancia posible entre mí y todos los otros tipos de gente. —Se inclinó hacia delante para volver a llenar las copas de vino—. Hank, ¿por qué no te mudas a Colorado? ¡Al diablo con Nueva York y toda la costa este! Ésta es la capital del Renacimiento. El Segundo Renacimiento, no de pinturas al óleo y catedrales... sino de torres de perforación, centrales eléctricas y motores hechos de Metal Rearden. Tuvieron la Edad de Piedra y la Edad de Hierro, y ahora van a llamarla la Edad de Metal Rearden..., porque no hay límite para lo que tu metal ha hecho posible.

—Voy a comprar unas cuantas hectáreas en Pensilvania —dijo Rearden—. Las que están alrededor de mi fundición. Habría sido más barato construir una filial aquí, como yo quería, pero ya sabéis por qué no puedo hacerlo, y ¡al diablo con ellos! Les ganaré, de todas formas. Voy a expandir mi fundición..., y si Dagny puede darme un servicio de transporte de tres días a Colorado, ¡te echaré una carrera para ver cuál va a ser la capital del Renacimiento!

—Dadme un año —dijo Dagny—, de operar trenes en la Línea John Galt, dadme el tiempo necesario para reorganizar todo el sistema Taggart... y os daré servicio de transporte de tres días de un extremo al otro del

continente, ¡una vía de Metal Rearden de océano a océano!

—¿Quién fue quien dijo que necesitaba un punto de apoyo? —dijo Ellis Wyatt—. ¡Dadme un derecho de paso sin impedimentos y yo les enseñaré cómo mover la Tierra!

Dagny se preguntó qué era lo que le gustaba del sonido de la risa de Wyatt. Sus voces, incluso la de ella, tenían un tono que ella nunca había oído antes. Cuando se levantaron de la mesa, le impresionó darse cuenta de que las velas eran la única iluminación del salón: ella había tenido la sensación de haber estado sentada bajo una violenta luz.

Ellis Wyatt tomó su copa, los miró a la cara y dijo:

—¡Por el mundo como parece ser ahora mismo!

Vació la copa con un solo movimiento.

Ella oyó el estallido del cristal contra la pared en el mismo instante en que vio el círculo que trazaban su cuerpo, su brazo, y la terrible violencia de su mano al estrellar la copa al otro lado del salón. No fue el típico gesto propio de una celebración, fue el gesto de una rabia rebelde, el gesto feroz de un movimiento que sustituye a un grito de dolor.

—Ellis —susurró ella—, ¿qué pasa?

Él se volvió para mirarla. Con la misma violenta rapidez, sus ojos estaban serenos, su rostro en calma; lo que la asustó fue verlo sonreír tan suavemente.

—Lo siento —dijo él—. Da igual. Intentaremos pensar que durará.

La tierra de abajo estaba bañada por la luz de la luna cuando Wyatt los condujo por una escalera exterior a la segunda planta de la casa, hasta la galería abierta a la que daban las habitaciones de los invitados. Les deseó buenas noches, y ellos oyeron sus pasos bajando por la escalera. La luz de la luna parecía absorber el sonido del mismo modo que absorbía el color. Los pasos se fueron alejando en la distancia, y, cuando murieron, el silencio tenía la consistencia de una soledad que había durado mucho tiempo, como si ninguna persona hubiera quedado en ningún sitio a su alrededor.

Ella no se dirigió hacia la puerta de su habitación. Él no se movió. A la altura de sus pies no había más que una fina barandilla y una extensión de espacio. Gradas angulares descendían más abajo, con sombras que repetían el trazado del acero de las torres de perforación, líneas negras y afiladas entrecruzándose sobre terrenos de roca brillante. Unas cuantas luces, blancas y rojas, parpadeaban en el aire tranquilo, como gotas de lluvia

atrapadas en los bordes de vigas de acero. En la distancia, tres de esas gotas eran pequeñas y verdes, enhebradas en una línea a lo largo de la vía Taggart. Detrás de ellas, al final del espacio, a los pies de una blanca curva, colgaba el rectángulo entretejido que era el puente.

Ella sintió un ritmo sin sonido ni movimiento, una sensación de tensión palpitante, como si las ruedas de la Línea John Galt siguieran acelerando. Lentamente, respondiendo y resistiendo a un llamamiento tácito, giró y lo miró.

La expresión que vio en su cara le hizo saber por primera vez que ella había sabido que ése sería el final del trayecto. Aquella expresión no era lo que les enseñan a los hombres a representar, no era cuestión de músculos flácidos, labios caídos y hambre insensata. Las líneas de su cara estaban tensas, dándoles una pureza peculiar, una nítida precisión de forma, haciéndola limpia y joven. Su boca estaba apretada, con los labios ligeramente retraídos, resaltando el perfil de su forma. Sólo sus ojos estaban borrosos, los párpados inferiores hinchados y levantados, su mirada centrada en lo que parecía odio y dolor.

La conmoción pasó a ser un entumecimiento extendiéndose por el cuerpo de ella; sintió una fuerte presión en la garganta y en el estómago; era consciente sólo de la silenciosa convulsión que le impedía respirar. Pero lo que sentía, sin palabras para ello, era: «Sí, Hank, sí..., ahora..., porque es parte de la misma batalla, de alguna forma que no sé cómo nombrar..., porque es nuestro ser contra el de ellos..., nuestra gran capacidad, por la que ellos nos torturan, la capacidad de ser felices. Ahora, así, sin palabras ni preguntas... porque lo queremos...».

Fue como un acto de odio, como el cortante impacto de un látigo envolviendo su cuerpo: sintió los brazos de él rodeándola, sintió sus propias piernas avanzar para encontrarse con las de él, y su pecho retroceder bajo la presión del de él, la boca de él sobre la suya.

Su mano se movió desde los hombros a la cintura y a las piernas de Hank, liberando el deseo inconfesado de todas sus reuniones con él. Cuando apartó su boca de la de él, estaba riendo silenciosamente, triunfante, como si estuviera diciendo: «Hank Rearden..., el austero, el inaccesible Hank Rearden de la oficina de monje, de las reuniones de negocios y de las duras discusiones... ¿Las recuerdas ahora?... Estoy pensando en eso, por el placer

de saber que te he llevado a hacer esto». Él no estaba sonriendo, su cara estaba tensa, era la cara de un enemigo, sacudió la cabeza y volvió a apresar la boca de ella, como si estuviera infligiendo una herida.

Ella lo sintió temblar, y pensó que ése era el tipo de grito que había querido arrancar de él..., esta rendición a través de los jirones de su torturada resistencia. Sin embargo, ella sabía, al mismo tiempo, que el triunfo era de él, que la risa de ella era un tributo a él, que el desafío de ella era sumisión, que el objetivo de toda su violenta fuerza era sólo para hacer más grande la victoria de él... Él la estaba estrechando contra su cuerpo, como enfatizando su deseo de hacerle saber que ahora ella no era más que una herramienta para la satisfacción de su deseo... y que la victoria de él, como ella sabía, era el deseo de que él la redujera a eso. Quienquiera que yo sea, pensó ella, cualquiera que sea el orgullo de persona que pueda tener, el orgullo de mi coraje, de mi trabajo, de mi mente y de mi libertad..., *eso* es lo que yo te ofrezco para el placer de tu cuerpo, *eso* es lo que quiero que uses en tu servicio..., y que tú quieras que te sirva es la mejor recompensa que yo puedo tener.

Había luces encendidas en las dos habitaciones detrás de ellos. Él la agarró de la muñeca y la metió a su habitación, indicándole con el gesto que no necesitaba ninguna señal de consentimiento o de resistencia. Cerró la puerta con llave, mirando a la cara de ella. Manteniéndose recta y manteniendo su mirada, ella extendió el brazo hacia la lámpara de la mesa y apagó la luz. Él se acercó. Encendió la luz de nuevo, con un único y desdeñoso movimiento de su muñeca. Ella lo vio sonreír por primera vez, una sonrisa pausada, burlona y sensual que acentuaba el propósito de su acción.

Él la estaba sujetando medio acostada sobre la cama, le estaba arrancando la ropa, mientras la cara estaba apretaba contra él, su boca descendiendo a lo largo de su cuello, hasta su hombro. Ella sabía que cada gesto de su deseo por él le impactaba como un golpe, que había un estremecimiento de increíble furia dentro de él, pero que ningún gesto saciaría la avaricia que él tenía por cada evidencia de deseo de ella.

Él estaba de pie mirando el cuerpo desnudo de ella, se inclinó, y ella oyó su voz..., era más una declaración de triunfo despectivo que una pregunta:

—¿Lo deseas?

Su respuesta fue más un susurro que una palabra, sus ojos cerrados, su boca abierta:

—Sí.

Ella sabía que lo que sentía con la piel de sus brazos era la tela de la camisa de él, que los labios que sentía sobre su boca eran los de él, pero en el resto de ella no había diferencia entre el ser de él y el de ella, como si no hubiera división entre cuerpo y espíritu. A través de todos los pasos en los años detrás de ellos, de pasos dados por un camino escogido con el valor de una única lealtad: su amor por la existencia..., escogidos con el conocimiento que nada será dado, que uno debe crear su propio deseo y cada forma de su realización..., a través de los pasos de conformar metal, raíles y motores..., ellos se habían movido impulsados por el poder del pensamiento de que cada uno recrea el mundo para su propio disfrute, que el espíritu del hombre le da sentido a la materia inerte, moldeándola para que le sirva al objetivo escogido. El camino los llevó al momento en que, en respuesta a sus más altos valores, en una admiración que no puede expresarse con ninguna otra forma de tributo, el espíritu de uno hace que su cuerpo se convierta en el tributo, remoldeándolo —como prueba, como sanción, como recompensa— en una única sensación de tal intensidad de goce que ninguna otra sanción de la existencia es necesaria. Él oyó el gemido del aliento de ella, ella sintió el estremecimiento del cuerpo de él, en el mismo instante.

## Capítulo IX

# Lo sagrado y lo profano

Ella miró las brillantes franjas en la piel de su brazo, espaciadas como si fuesen brazaletes desde la muñeca hasta el hombro. Eran franjas de luz diurna que venía de las persianas venecianas en la ventana de una habitación desconocida. Vio un moratón encima de su codo, con gotas oscuras que habían sido sangre. Tenía el brazo recostado sobre la manta que le cubría el cuerpo. Era consciente de sus piernas y de sus caderas, pero el resto de ella era sólo una sensación de ligereza, como si su cuerpo estuviese suspendido en el aire en un sitio que parecía una jaula hecha de rayos de sol.

Volviéndose para mirarlo, pensó: de su indiferencia, de su acristalada formalidad, de su orgullo de nunca tener que sentir nada... a esto, a Hank Rearden en la cama a su lado, después de horas de una violencia que ahora no podrían nombrar, ni en palabras ni a la luz del día, pero que estaba en los ojos de los dos al mirarse, que querían nombrar, señalar, arrojarse mutuamente a la cara.

Él vio el rostro de una joven con una sonrisa insinuada en los labios, como si su estado natural de relajación fuese un estado radiante, con un mechón de pelo cayéndole por la mejilla hasta la curva de un hombro desnudo, sus ojos mirándole como si estuviera dispuesta a aceptar cualquier cosa que él quisiese decir, del mismo modo que había estado dispuesta a aceptar cualquier cosa que él había querido hacer.

Él estiró el brazo y le apartó el mechón de pelo de la mejilla, cuidadosamente, como si fuera frágil. Lo sostuvo con las puntas de los dedos y la miró a la cara. Entonces, sus dedos se cerraron repentinamente y se llevó el mechón a los labios. La forma de llevárselo a la boca era ternura, pero la forma de apretarlo con los dedos era desesperación.

Se dejó caer de nuevo sobre la almohada y se quedó quieto, con los ojos cerrados. Su rostro parecía joven, en paz. Viéndole por un momento sin las riendas de tensión, ella se dio cuenta de pronto de cuánta infelicidad había aguantado; pero eso era el pasado, pensó, se acabó.

Él se levantó, sin mirarla. Su rostro volvió a estar inexpresivo y cerrado. Cogió su ropa del suelo y procedió a vestirse, de pie en mitad de la habitación, medio de lado hacia ella. No se comportaba como si ella no estuviese presente, sino como si no importara que lo estuviese. Sus movimientos, al abotonarse la camisa, al abrocharse el cinturón del pantalón, tenían la rápida precisión de estar cumpliendo un deber.

Ella estaba recostada sobre la almohada, observándolo, disfrutando de la visión de su figura en movimiento. Le gustaban el pantalón y la camisa grises; el experto mecánico de la Línea John Galt, pensó, en las franjas de sol y sombra, como un preso entre rejas. Pero ya no eran rejas, eran las grietas de un muro que la Línea John Galt había roto, el anticipo de lo que les esperaba fuera, más allá de las persianas; pensó en el viaje de regreso, en el nuevo raíl, con el primer tren desde el Empalme Wyatt; el viaje de regreso a su oficina en el Edificio Taggart y a todas las cosas que ahora estaban allí para que ella las alcanzase; pero era libre de dejar en espera todo eso, no quería pensar en ello, estaba pensando en el primer contacto de la boca de él con la suya; era libre de sentirlo, de disfrutar de un momento en el que nada más tenía importancia; sonrió, desafiando las franjas de cielo tras las persianas.

—Quiero que sepas esto.

Él estaba de pie junto a la cama, vestido, mirándola desde arriba. Su voz había pronunciado esas palabras con gran claridad y sin ninguna inflexión. Ella lo miró obedientemente. Él añadió:

—Lo que siento por ti es desprecio. Pero no es nada comparado con el desprecio que siento por mí mismo. No te amo. Nunca he amado a nadie. Te deseé desde el primer momento en que te vi. Te deseé como uno desea a una puta, por la misma razón y para el mismo objetivo. Pasé dos años maldiciéndome porque pensaba que tú estabas por encima de un deseo de ese tipo. No lo estás. Eres un animal tan vil como yo. Debería aborrecer haberlo descubierto. No lo hago. Ayer habría matado a cualquiera que me hubiese dicho que tú eras capaz de hacer lo que te he hecho hacer. Hoy daría mi vida por no dejar que fuese de otra manera, por no hacerte ser nada

más que la zorra que eres. Toda la grandeza que vi en ti... no la cambiaría por la obscenidad de tu talento por una sensación animal de placer. Éramos dos seres grandiosos, tú y yo, orgullosos de nuestra fuerza, ¿a que sí? Pues esto es lo único que queda de nosotros, y no quiero que nos engañemos sobre ello.

Había hablado despacio, como azotándose a sí mismo con sus palabras. No había señal de emoción en su voz, sólo el intento inanimado del esfuerzo; no era el tono de la voluntad de hablar de un hombre, sino el sonido desagradable y atormentado del deber.

—Siempre me vanaglorié de no necesitar a nadie —continuó él—. Te necesito. Siempre me precié de actuar basándome en mis convicciones. Me he rendido a un deseo que desprecio. Es un deseo que ha reducido mi mente, mi voluntad, mi ser, mi poder de existir, a una abyecta dependencia de ti; ni siquiera de la Dagny Taggart a quien yo admiraba, sino de tu cuerpo, de tus manos, de tu boca, y de los pocos segundos de convulsión de tus músculos. Nunca falté a mi palabra. Ahora he roto un juramento que hice de por vida. Nunca cometí un acto que tuviera que permanecer oculto. Ahora tengo que mentir, escabullirme, esconderme. Cualquier cosa que quise fui libre de proclamarla en voz alta y conseguirla a la vista del mundo entero. Ahora, mi único deseo es uno que aborrezco nombrar incluso para mí mismo. Pero es mi único deseo. Voy a tenerte; renunciaría a todo lo que poseo por ello, a la empresa, al metal, al logro de toda mi vida. Voy a tenerte a un precio mayor que yo mismo: al precio de mi autoestima, y quiero que lo sepas. No quiero que ningún pretexto, ninguna evasión, ninguna silenciosa indulgencia sobre la naturaleza de nuestras acciones quede sin nombrar. No quiero pretensiones de amor, valor, lealtad o respeto. No quiero ni pizca del honor que nos quede tras el que escondernos. Nunca he suplicado misericordia. He decidido hacer esto, y asumiré todas las consecuencias, incluyendo el pleno reconocimiento de mi elección. Es depravación y la acepto como tal, y no hay ningún nivel de virtud al que no renunciaría por ella. Ahora, si quieres darme una bofetada, adelante. Ojalá lo hagas.

Ella había escuchado, sentada erguida, sujetando la manta pegada a su cuello para cubrirse el cuerpo. Al principio, él había visto sus ojos oscurecerse en un *shock* de incredulidad. Luego, le pareció que estaba escuchando con mayor atención, pero viendo mucho más que su rostro,

aunque tenía los ojos fijos en él. Ella parecía estar estudiando con atención alguna revelación a la que nunca se había enfrentado antes. Él sintió como si un rayo de luz estuviese intensificándose en su propia cara, porque vio su reflejo en la de ella, mientras ella lo observaba; vio desvanecerse el *shock* y, luego, el asombro; vio el rostro de ella suavizarse en una extraña serenidad que parecía calmada y resplandeciente a la vez.

Cuando él paró, ella se echó a reír.

El *shock* para él fue que no percibió ningún enfado en su risa. Ella se rio con naturalidad, con facilidad, en jubiloso regocijo, como en una liberación, no como uno se ríe ante la solución de un problema, sino ante el descubrimiento de que nunca existió problema alguno.

Echó la manta a un lado con un movimiento enfático y deliberado del brazo. Se puso de pie. Vio sus ropas en el suelo y las apartó a un lado de una patada. Se quedó de pie frente a él, desnuda. Dijo:

—Te deseo, Hank. Soy mucho más animal de lo que crees. Te deseé desde el primer momento que te vi, y lo único de lo que me avergüenzo es de no haberlo sabido. No sabía por qué, durante dos años, los momentos más brillantes que viví fueron los que pasé en tu oficina, donde podía levantar la cabeza para mirarte. No sabía la naturaleza de lo que sentía en tu presencia, y por qué lo sentía. Ahora lo sé. Es lo único que quiero, Hank. Te quiero en mi cama..., y eres libre de mí todo el resto de tu tiempo. No hay nada que tengas que fingir..,. no pienses en mí, no sientas, haz lo que quieras... No quiero tu mente, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, siempre que sea a mí a quien vengas para satisfacer el más bajo de tus deseos. Soy un animal que no quiere nada más que esa sensación de placer que tú desprecias, pero quiero que me la des tú. Tú renunciarías a la mayor virtud por ella, mientras que yo..., yo no tengo ninguna a la que renunciar. No hay ninguna virtud que yo busque o desee alcanzar. Es tanta mi bajeza que cambiaría la visión de la mayor belleza del mundo por la visión de tu figura en la cabina de una locomotora de ferrocarril. Y, al verla, no sería capaz de sentir indiferencia. No tienes que temer ser ahora dependiente de mí. Soy yo la que dependeré de cualquier capricho tuyo. Me tendrás en cualquier momento que desees, en cualquier lugar, bajo cualquier condición. ¿Lo llamaste la obscenidad de mi talento? Es tal que te da un poder de control sobre mí mayor que el que puedas tener sobre cualquier otra propiedad tuya. Puedes disponer de mí como te plazca... no me da miedo admitirlo, no

tengo nada por lo que protegerme de ti, ni nada que reservarme. Tú crees que esto es una amenaza para tus logros, pero no lo es para los míos. Me sentaré frente a mi escritorio, y trabajaré; y, cuando las cosas a mi alrededor se vuelvan difíciles de soportar, pensaré que, como recompensa, estaré en tu cama esa noche. ¿Lo llamaste depravación? Yo soy mucho más depravada que tú: tú lo ves como tu culpa, y yo... como mi orgullo. Estoy más orgullosa de ello que de cualquier otra cosa que he hecho, más orgullosa que de haber construido la línea. Si me piden que nombre el logro del que más me enorgullezco, diré: he dormido con Hank Rearden. Me lo he ganado.

Cuando él la arrojó sobre la cama, sus cuerpos se encontraron como los dos sonidos que estallaron uno contra otro en el aire de la habitación: el sonido del gemido torturado de él, y el de la risa de ella.

La lluvia era invisible en la oscuridad de las calles, pero colgaba suspendida como los flecos chispeantes de la pantalla de una lámpara bajo la farola de la esquina. Rebuscando en sus bolsillos, James Taggart descubrió que había perdido su pañuelo. Maldijo a media voz, con una resentida malicia, como si la pérdida, la lluvia y su catarro fueran una conspiración personal de alguien contra él.

Había una capa fina y grumosa de lodo en las aceras; sintió una succión pegajosa bajo las suelas de los zapatos, y un escalofrío que le bajaba por el cuello de la camisa. No quería ni andar ni pararse. No tenía ningún lugar adonde ir.

Al salir de su oficina, después de la reunión del Consejo de Administración, se dio cuenta de repente de que no había más citas, de que tenía una larga tarde por delante y nadie que le ayudara a matar el tiempo. Las portadas de los periódicos vociferaban el triunfo de la Línea John Galt, como las radios lo habían vociferado el día anterior y durante toda la noche. El nombre de Taggart Transcontinental se extendía en los titulares por todo el continente, como los raíles de su vía, y él había sonreído en respuesta a las felicitaciones. Había sonreído, sentado a la cabecera de la larga mesa, durante la reunión del consejo, mientras los directores hablaban de la enorme subida de las acciones de Taggart en bolsa, mientras le pedían con cautela ver el acuerdo por escrito con su hermana..., por si acaso, dijeron; y

después comentaron que estaba bien, que era a prueba de bombas, que no había duda de que ella tendría que entregar esa línea a Taggart Transcontinental de inmediato, hablaron de su brillante futuro, y de la deuda de gratitud que la compañía tenía con James Taggart.

Él había aguantado la reunión, deseando que acabara para poder irse a casa. Luego, había salido a la calle y se había dado cuenta de que su casa era el único lugar al que no se atrevía a ir esa noche. No podía estar solo, no durante las próximas horas, y, sin embargo, no había nadie a quien llamar. No quería ver gente. Seguía viendo los ojos de los hombres del consejo cuando hablaron de su grandeza: era una mirada furtiva y peculiar que contenía desdén hacia él y, aún más aterrador, hacia ellos mismos.

Caminó, con la cabeza baja, una gota de lluvia pinchándole la piel del cuello de vez en cuando. Miraba a otro sitio siempre que pasaba un puesto de periódicos. Los periódicos parecían gritarle el nombre de la Línea John Galt, y otro nombre que no quería oír: Ragnar Danneskjöld. Un barco destinado al Estado Popular de Noruega con una carga de maquinaria como donación de emergencia había sido incautado por Ragnar Danneskjöld la noche anterior. Esa historia le perturbaba de algún modo personal que no podía explicar. La sensación parecía tener alguna cualidad en común con las cosas que sentía sobre la Línea John Galt.

Era porque tenía un resfriado, pensó; no se sentiría así si no tuviera un resfriado; no se puede esperar que un hombre esté en plena forma cuando tiene un resfriado..., él no podía evitarlo... ¿Qué esperaban que hiciera esa noche, cantar y bailar...? Les lanzó la pregunta furiosamente a los desconocidos jueces de su inadvertido estado de ánimo. Hurgó en sus bolsillos de nuevo buscando un pañuelo, maldijo, y decidió que debería parar en algún sitio y comprar pañuelos de papel.

Al otro lado de la plaza de lo que en el pasado había sido un barrio concurrido, vio las ventanas iluminadas de un bazar, que esperaba que estuviese abierto a esa hora. Ahí va otro que quebrará pronto, pensó, mientras cruzaba la plaza; el pensamiento le produjo placer.

Había luces brillantes dentro, unas cuantas vendedoras cansadas entre varios mostradores desiertos, y los gritos de un disco de música que sonaban para beneficio de un solo y apático cliente en una esquina. La música ahogó los bordes afilados de la voz de Taggart: pidió pañuelos de papel en un tono que insinuaba que la vendedora era responsable de su

resfriado. La muchacha se volvió hacia el mostrador detrás de ella, pero se giró una vez para mirarlo rápidamente a la cara. Tomó un paquete, pero se detuvo, dudando, estudiándolo con una extraña curiosidad.

—¿Usted es James Taggart? —preguntó.

—¡Sí! —espetó él—. ¿Por qué?

—¡Oh...!

Ella se quedó sin aliento, como un niño al ver estallar petardos; lo estaba mirando con una expresión que él había creído que estaba reservada sólo para estrellas de cine.

—Vi su foto en el periódico esta mañana, señor Taggart —dijo ella muy rápidamente, mientras un leve rubor aparecía en su cara y se desvanecía—. Hablaba del enorme logro que fue, y cómo fue realmente usted quien lo hizo, sólo que usted no quería que se supiera.

—¡Oh! —dijo Taggart. Estaba sonriendo.

—Usted está igual que en la foto —dijo ella con inmenso asombro. Y añadió—: ¡Imagínese!, ¡usted entrando aquí así, en persona!

—¿No debería? —Su tono era de diversión.

—Quiero decir..., todo el mundo está hablando de eso, el país entero, y usted es el hombre que lo hizo..., ¡y aquí está! Nunca he visto a una persona importante. Nunca he estado tan cerca de nada importante, quiero decir, de las noticias del periódico.

Él nunca había tenido la experiencia de ver que su presencia le diera color al lugar donde entrase: la muchacha ya no parecía estar cansada, era como si el bazar se hubiese convertido en un escenario dramático y maravilloso.

—Señor Taggart, ¿es verdad lo que dijeron sobre usted en el periódico?

—¿Qué dijeron?

—Sobre su secreto.

—¿Qué secreto?

—Bueno, dijeron que cuando todo el mundo estaba discutiendo sobre su puente, sobre si resistiría o no, usted no discutió con ellos, usted simplemente fue adelante, porque sabía que resistiría, cuando nadie más estaba seguro de ello..., así que la línea fue un proyecto de Taggart, y usted fue el espíritu que la guio entre bastidores, pero lo mantuvo en secreto, porque no le importaba que le dieran crédito por ello o no.

Él había visto el comunicado de prensa de su Departamento de Relaciones Públicas.

—Sí —dijo—, es verdad.

La manera en que ella lo miró le hizo sentir como si lo fuese.

—Fue maravilloso de su parte, señor Taggart.

—¿Siempre recuerdas lo que lees en los periódicos, tan bien, con tanto detalle?

—Pues, sí, supongo que sí..., todas las cosas grandiosas. Las cosas grandes. Me gusta leer acerca de ellas. A mí nunca me pasa nada grandioso.

Lo dijo con alegría, sin pena de sí misma. Había una brusquedad joven y determinada en su voz y en sus movimientos. Tenía el cabello rizado de color marrón rojizo, ojos muy separados, y unas cuantas pecas en el puente de una nariz respingona. Él pensó que se diría que su cara podría resultar atractiva si uno se fijase alguna vez en ella, pero no había ninguna razón especial para hacerlo. Era una cara pequeña y corriente, excepto por un aire de atención, de ávido interés, un aire de quien espera que el mundo contenga un emocionante secreto detrás de cada esquina.

—Señor Taggart, ¿qué se siente siendo un gran hombre?

—¿Qué se siente siendo una pequeña muchacha?

Ella se rio.

—Bueno, pues..., es maravilloso.

—Entonces tú estás mejor de lo que estoy yo.

—Oh, ¿cómo puede decir tal...?

—Quizá tienes suerte de no tener nada que ver con todos esos grandiosos eventos que salen en los periódicos. Grandiosos. ¿A qué llamas grandiosos, en cualquier caso?

—Pues..., importantes.

—¿Qué es importante?

—Usted es quien debería decirme eso a mí, señor Taggart.

—Nada es importante.

Ella lo miró, incrédula.

—¡Precisamente usted, de todas las personas, diciendo eso precisamente esta noche de entre todas las noches!

—No me siento de maravilla en absoluto, si eso es lo que quieres saber. Nunca me sentí menos maravilloso en mi vida.

Él estaba asombrado de ver cómo ella estudiaba su rostro con una mirada de preocupación que nadie antes le había concedido.

—Usted está agotado, señor Taggart —dijo ella con seriedad—. Dígales que se vayan al diablo.

—¿A quiénes?

—A quienquiera que esté haciéndole sentirse así. Eso no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Que usted se sienta de ese modo. Usted ha pasado una época dura, pero les ha dado su merecido a todos, así que debería divertirse ahora. Se lo ha ganado.

—¿Y cómo propones que me divierta?

—Oh, no sé. Pero supongo que tendrá una celebración esta noche, una fiesta con todos los peces gordos, y champán, y en la que le den cosas, como llaves de ciudades, una fiesta ostentosa de ese tipo..., en vez de ir andando por ahí usted solo, ¡comprando pañuelos de papel, la cosa más ridícula!

—Mira, dame esos pañuelos antes de que te olvides de ellos por completo —dijo él, dándole una moneda de diez centavos—. Y en cuanto a la fiesta ostentosa, ¿se te ha ocurrido que tal vez yo no quiera ver a nadie esta noche?

Ella consideró sus palabras seriamente.

—No —dijo—, no lo había pensado. Pero puedo ver por qué no querría.

—¿Por qué? —preguntó. Era una pregunta para la que él no tenía respuesta.

—Nadie es realmente lo suficientemente bueno para usted, señor Taggart —respondió muy sencillamente, no como un cumplido, sino como un hecho real.

—¿Eso es lo que piensas?

—Creo que no me gustan mucho las personas, señor Taggart. No la mayoría de ellas.

—A mí tampoco. Ninguna de ellas.

—Pensé que un hombre como usted..., que usted no sabría lo malas que pueden ser, y cómo intentan pisarte y aprovecharse de ti, si los dejas. Pensé que los grandes hombres en el mundo podrían alejarse de ellas y no

tener que ser carnada para pulgas todo el tiempo, pero tal vez estaba equivocada.

—¿Qué quieres decir con carnada para pulgas?

—Oh, es sólo algo que me digo a mí misma cuando las cosas se ponen difíciles..., que tengo que abrirme paso a golpes hasta que no sienta que me están comiendo las pulgas todo el tiempo con todo tipo de asquerosidades..., pero puede que sea lo mismo en todas partes, sólo que las pulgas son más grandes.

—Mucho más grandes.

Ella permaneció en silencio, como sopesando algo.

—Es curioso —dijo con tristeza, en respuesta a un pensamiento propio.

—¿Qué es curioso?

—Leí un libro una vez que decía que los grandes hombres son siempre infelices, y cuanto más grandes, más infelices. No tenía sentido para mí. Pero quizá sea cierto.

—Mucho más cierto de lo que crees.

Ella apartó la mirada, su rostro perturbado.

—¿Por qué te preocupas tanto por los grandes hombres? —preguntó él —. ¿Qué eres, una especie de adoradora de héroes?

Ella se volvió para mirarlo, y él vio la luz de una sonrisa interior, mientras su rostro permanecía solemnemente adusto; era la mirada más elocuentemente personal dirigida a él que jamás había visto, mientras ella respondía con voz impersonal y tranquila:

—Señor Taggart, ¿qué otra cosa hay que se pueda admirar?

Un sonido chirriante, entre de campana y timbre, sonó de repente y continuó sonando con una insistencia que crispaba los nervios.

Ella sacudió la cabeza, como despertando al grito de un despertador; luego, suspiró:

—Estamos cerrando, señor Taggart —dijo sentidamente.

—Ve a buscar tu sombrero, te esperaré fuera —dijo él.

Ella lo miró fijamente, como si de todas las posibilidades de la vida, ésa fuese una que ella jamás habría imaginado concebible.

—¿En serio? —susurró.

—En serio.

Giró como un torbellino y salió disparada en dirección a la puerta de las dependencias de empleados, olvidando el mostrador, sus deberes, y cualquier preocupación femenina por no mostrar nunca entusiasmo al aceptar la invitación de un hombre.

Él se quedó de pie mirándola durante un momento, cerrando un poco los ojos. No se habló a sí mismo sobre la naturaleza de su propio sentimiento —no identificar nunca sus emociones era la única regla inalterable de su vida; él meramente sintió algo—. Ese sentimiento concreto era placentero, e identificarlo así fue lo único que le importó saber. Pero ese sentimiento era el producto de un pensamiento que él no pronunciaría. A menudo había conocido a muchachas de las clases más bajas, que habían hecho un numerito descarado, fingiendo admiración por él, soltando vulgares adulaciones con un propósito obvio; ni le habían gustado ni le habían molestado; había encontrado un entretenimiento aburrido en su compañía y les había concedido el estatus de sus iguales en un juego que él consideraba natural para los dos jugadores involucrados. Esa muchacha era diferente. Las palabras sin pronunciar en la mente de él eran: «La maldita idiota lo dice en serio».

El que él estuviese esperándola impacientemente, allí de pie, en la acera y bajo la lluvia, el que ella fuese la única persona que él necesitaba esa noche, no le molestó ni le pareció una contradicción. Él no nombró la naturaleza de su necesidad. Lo no nombrado y lo no pronunciado no tenían cómo chocar entre sí y generar una contradicción.

Cuando ella salió, él observó la peculiar combinación de su timidez y su cabeza erguida. Llevaba un chubasquero feo, empeorado más aún por el pegote de una joya barata en la solapa, y un sombrerito de flores de felpa plantado como un desafío entre sus rizos. Extrañamente, su cabeza levantada hacía que el atuendo pareciese atractivo; llamaba la atención por lo bien que ella llevaba incluso las cosas que llevaba.

—¿Quieres venir a mi casa y tomar un trago conmigo? —preguntó él. Ella asintió en silencio, con solemnidad, como si no confiase en poder encontrar las palabras adecuadas para aceptar. Luego, sin mirarlo, como si estuviera hablando consigo misma, dijo:

—Usted no quería ver a nadie esta noche, pero quiere verme *a mí*.

Él nunca había oído un tono de orgullo tan solemne en la voz de nadie.

Ella guardó silencio mientras estaba sentada junto a él en el taxi. Miró los rascacielos que pasaban. Después de un rato, dijo:

—Oí que cosas como ésta pasaban en Nueva York, pero nunca pensé que me pasarían a mí.

—¿De dónde eres?

—De Buffalo.

—¿Tienes familia?

Ella dudó.

—Supongo que sí. En Buffalo.

—¿Qué quieres decir, supones?

—Los abandoné.

—¿Por qué?

—Pensé que si alguna vez yo quisiera llegar a ser alguien, tenía que alejarme de ellos, cortar por lo sano.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—No pasó nada. Y nada iba a pasar jamás. Eso es lo que no podía soportar.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ellos..., bueno, supongo que tendré que decirle la verdad, señor Taggart. Mi padre nunca ha servido para nada, y a mamá no le importaba si servía o no, y yo me harté de eso, de ser siempre la única de los siete que mantenía un empleo, y el resto de ellos siempre tuvieran mala suerte, de una forma u otra. Pensé que si no me escapaba, me volvería..., que acabaría pudriéndome por completo, como el resto de ellos. Así que compré un billete de tren un día y me fui. Ni me despedí. Ni siquiera sabían que me iba. —Soltó una risita suave y sorprendida al pensar en algo de repente—. Señor Taggart —dijo—, era un tren Taggart.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—Hace seis meses.

—¿Y estás completamente sola?

—Sí —dijo ella, feliz.

—¿Qué era lo que querías hacer?

—Bien, usted sabe, convertirme en alguien, llegar a alguna parte.

—¿Adónde?

—Oh, no sé, pero..., pero la gente hace cosas en el mundo. Vi fotos de Nueva York y pensé... —dijo, y señaló a los edificios gigantescos más allá de las manchas de lluvia en la ventana del taxi—, pensé que alguien construyó esos edificios..., que no se quedó simplemente sentado quejándose de que la cocina estaba inmunda y que el techo goteaba y que las tuberías estaban atascadas y que el mundo es un asco, y... señor Taggart —siguió, sacudiendo la cabeza, estremeciéndose y mirándolo a los ojos—, éramos asquerosamente pobres, y a ninguno le importaba un bledo. Eso es lo que no pude aguantar, que de verdad no les importase un bledo. Ni lo suficiente como para levantar un dedo. Ni lo suficiente como para vaciar el cubo de la basura. Y la vecina de al lado diciendo que era mi deber ayudarles, diciendo que daba igual lo que me pasara a mí o a ella o a cualquiera de nosotros, porque ¡qué podía hacer uno, de todos modos!

Más allá de la brillante mirada en sus ojos, él vio algo dentro de ella que estaba dolido y duro.

—No quiero hablar de ellos —prosiguió ella—. No con usted. Esto..., el haberle conocido, quiero decir, esto es lo que ellos no podrían tener. Esto es lo que no voy a compartir con ellos. Es mío, no de ellos.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó él.

—Diecinueve.

Cuando la miró bajo las luces de su sala de estar, pensó que ella tendría una buena figura si tomara unas cuantas comidas; parecía demasiado delgada para su altura y para la estructura de sus huesos.

Llevaba un vestidito negro, ceñido y raído, cuyo aspecto había intentado camuflar con los llamativos brazaletes de plástico que tintineaban en su muñeca. Se quedó de pie mirando la sala como si fuese un museo donde no debía tocar nada y memorizarlo todo con reverencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Cherryl Brooks.

—Bien, siéntate.

Él mezcló las bebidas en silencio, mientras ella esperaba obedientemente, sentada en el borde de un sillón. Cuando le dio un vaso, ella tragó diligentemente unas cuantas veces, y luego sostuvo el vaso aferrado en la mano. Él sabía que ella no sentía el sabor de lo que estaba bebiendo, no lo notaba, no tenía tiempo para preocuparse por eso.

Él tomó un trago de su bebida y dejó el vaso en la mesa con irritación: no le apetecía beber, tampoco. Se paseó de mal humor por la sala, sabiendo que los ojos de ella lo seguían, disfrutando de ese conocimiento, disfrutando de la sensación del tremendo significado que sus movimientos, los gemelos en los puños de su camisa, los cordones de sus zapatos, las pantallas de sus lámparas y sus ceniceros adquirían ante esa mirada gentil e incondicional.

—Señor Taggart, ¿qué es lo que le hace tan infeliz?

—¿Por qué te importa el que yo lo sea o no?

—Porque..., bueno, si usted no tiene derecho a ser feliz y a estar orgulloso, ¿quién lo tiene?

—Eso es lo que quiero saber, ¿quién lo tiene? —Se giró hacia ella abruptamente, las palabras explotando como si un fusible de seguridad hubiese estallado—. Él no inventó el mineral de hierro ni los altos hornos, ¿verdad?

—¿Quién?

—Rearden. Él no inventó la fundición de metales ni la química ni la compresión de aire. Él no podría haber inventado su metal si no fuese por otros miles y miles de personas. ¡*Su* metal! ¿Por qué piensa que es suyo? ¿Por qué piensa que es su invención? Todo el mundo usa el trabajo de todos los demás. Nadie jamás inventa nada.

Ella dijo, perpleja:

—Pero el mineral de hierro y todas esas otras cosas estaban allí todo el tiempo. ¿Por qué nadie más hizo ese metal, sino sólo el señor Rearden?

—Él no lo hizo por ninguna causa noble, lo hizo sólo para su propio beneficio. Él nunca ha hecho nada por ninguna otra razón.

—¿Qué hay de malo en eso, señor Taggart? —Entonces ella se rio suavemente, como ante la repentina solución a un acertijo—. Eso no tiene sentido, señor Taggart. No lo dice en serio. Usted sabe que el señor Rearden se ha *ganado* todos sus beneficios, y también lo ha hecho usted. Usted dice esas cosas sólo por modestia, cuando todo el mundo sabe el gran trabajo que ustedes han hecho..., usted y el señor Rearden y la hermana de usted, ¡que debe de ser una persona tan maravillosa!

—¿Ah, sí? Eso es lo que *tú* crees. Ella es una mujer dura e insensible que se pasa la vida construyendo vías y puentes, no por algún grandioso ideal, sino sólo porque eso es lo que le gusta hacer. Si le gusta hacerlo, ¿qué hay que admirar en el hecho de que lo haga? Yo no estoy tan seguro de que

fuera grandioso... construir esa línea para todos esos empresarios prósperos en Colorado, habiendo tanta gente pobre en zonas arruinadas que necesita transporte.

—Pero, señor Taggart, fue usted quien luchó para construir esa línea.

—Sí, porque era mi deber..., con la empresa y los accionistas y nuestros empleados. Pero no esperes que lo disfrute. No estoy tan seguro de que fuese algo grandioso, inventar ese metal nuevo y complejo, cuando tantas naciones están necesitando puro hierro. Y oye, ¿sabes que el Estado Popular de China ni siquiera tiene suficientes clavos para poner techos de madera sobre las cabezas de su gente?

—Pero..., pero yo no veo que eso sea culpa de usted.

—Alguien debería ocuparse de eso. Alguien con una visión que vaya más allá de su propio bolsillo. Ninguna persona sensible estos días, cuando hay tanto sufrimiento a nuestro alrededor, dedicaría diez años de su vida jugueteando con un montón de metales de mentira. ¿Crees que es grandioso? Bueno, no es ningún tipo de habilidad superior, sino ¡un pellejo que no podrías perforar ni arrojándole una tonelada de su propio acero a la cabeza! Hay muchas personas con habilidades mucho mayores en el mundo, pero no lees sobre ellos en los titulares, y no vas corriendo a verlos con la boca abierta en los cruces de vías, ¡porque ellos no pueden inventar puentes inquebrantables mientras el sufrimiento de la humanidad recae sobre su espíritu!

Ella lo estaba mirando en silencio, con respeto, su gozoso entusiasmo reducido, sus ojos bajos. Él se sintió mejor.

Él cogió su bebida y tomó un trago, y se rio entre dientes abruptamente ante un recuerdo repentino.

—Fue divertido, a pesar de todo —dijo él, con un tono más relajado, más vivo, el tono en el que se le confía algo a un colega—. ¡Deberías haber visto a Orren Boyle ayer, cuando el primer cable informativo sonó en la radio desde el Empalme Wyatt! Se puso verde, pero *verde* de verdad, ¡del color de un pescado que ha estado tirado por ahí demasiado tiempo! ¿Sabes qué hizo anoche, cómo se tomó la mala noticia? Alquiló una suite en el Hotel Valhalla, y tú sabes lo que es *eso*; y lo último que supe es que aún seguía allí hoy, ¡emborrachándose hasta caerse debajo de la mesa y de las camas, con unos cuantos amigos íntimos y la mitad de la población femenina de la parte alta de la avenida Ámsterdam!

—¿Quién es el señor Boyle? —preguntó ella, estupefacta.

—Oh, un haragán gordinflón que tiende a pasarse de la raya. Un listillo que se pasa de listo algunas veces. ¡Deberías haber visto su cara ayer! Me lo pasé en grande viéndolos. A él y al doctor Floyd Ferris. A ese zalamero no le gustó ni un pelo, ¡oh, ni un pelo...!, el elegante doctor Ferris del instituto Estatal de Ciencias, el servidor del pueblo, con su vocabulario acharolado..., pero lo aguantó bastante bien, debo decir, lo único es que podías verlo retorcerse con cada párrafo..., o sea, esa entrevista que dio esta mañana, en la que dijo: «El país le dio a Rearden ese metal, ahora esperamos que él le dé al país algo a cambio». Muy ingenioso de su parte, si consideramos quién ha estado viajando gratis, y... bueno, considerando... Fue mejor que lo de Bertram Scudder; al señor Scudder no se le ocurrió nada mejor que decir «sin comentarios» cuando sus colegas de prensa le pidieron que expresara su opinión. «Sin comentarios», ¡de Bertram Scudder, conocido por no haber cerrado el pico desde el día en que nació, sobre cualquier cosa que le pregunten o no le pregunten, la poesía abisinia o las condiciones de los aseos de señoras en la industria textil! ¡Y el doctor Pritchett, ese viejo imbécil, va por ahí diciendo que sabe con certeza que Rearden no inventó ese metal..., porque supo, de una fuente anónima fiable, que Rearden le robó la fórmula a un inventor indigente, a quien asesinó!

Se estaba riendo entre dientes, feliz. Ella estaba escuchando como si se tratase de una lección de matemática avanzada, sin comprender nada, ni siquiera el estilo del lenguaje, un estilo que hacía que el misterio fuese aún mayor, porque estaba segura de que, viniendo de él, no significaba lo que habría significado en cualquier otro lugar.

Él volvió a llenar su propio vaso y se lo bebió, pero su alegría se desvaneció abruptamente. Se desplomó en un sillón frente a ella, mirándola hacia arriba desde su frente calva, con los ojos borrosos.

—Ella vuelve mañana —dijo, con un sonido que parecía una risa contenida, sin un ápice de diversión.

—¿Quién?

—Mi hermana. Mi querida hermana. Oh, ella pensará de sí misma que es grandiosa, ¿no?

—¿Le desagrada su hermana, señor Taggart? —Él hizo el mismo sonido anterior; su significado era tan elocuente que ella no necesitó ninguna otra respuesta—. ¿Por qué? —preguntó.

—Porque ella se cree muy buena. ¿Qué derecho tiene a pensar eso? ¿Qué derecho tiene cualquier persona a pensar que es buena? Nadie es bueno.

—Usted no lo dice en serio, señor Taggart.

—A ver, somos sólo seres humanos, y ¿qué es un ser humano? Una criatura débil, fea y pecaminosa, que nace de ese modo, podrida hasta la médula, así que la humildad es la única virtud que debería practicar. Debería pasarse la vida de rodillas, suplicando ser perdonado por su sucia existencia. Cuando un hombre se cree bueno..., *entonces* es cuando está podrido. El orgullo es el peor de todos los pecados, no importa qué sea lo que haya hecho ese hombre.

—Pero ¿y si un hombre sabe que lo que ha hecho es bueno?

—Entonces debería pedir perdón por ello.

—¿A quién?

—A quienes no lo han hecho.

—No... no lo entiendo.

—Por supuesto que no lo entiendes. Entenderlo lleva años y años de estudio en los niveles más altos del intelecto. ¿Has oído hablar alguna vez de *Las contradicciones metafísicas del universo*, por el doctor Simon Pritchett? —Ella sacudió la cabeza, aterrada—. ¿Cómo sabes lo que es bueno, en cualquier caso? ¿Quién sabe lo que es bueno? ¿Quién puede saberlo alguna vez? No hay absolutos, como el doctor Pritchett ha demostrado de manera irrefutable. Nada es absoluto. Todo es cuestión de opinión. ¿Cómo sabes que el puente no se ha derrumbado? Sólo *crees* que no lo ha hecho. ¿Cómo sabes que existe un puente, para empezar? ¿Crees que un sistema de filosofía, como el del doctor Pritchett, es sólo algo académico, remoto, inútil? Pues no lo es. ¡Vaya si no lo es!

—Pero, señor Taggart, la línea que usted construyó...

—Oh, ¿qué es esa línea, en cualquier caso? Es sólo un logro material. ¿Tiene eso alguna importancia? ¿Hay alguna grandeza en algo material? Sólo un animal del más bajo nivel puede mirar boquiabierto ese puente, cuando hay tantas otras cosas más elevadas en la vida. Pero ¿las cosas más elevadas son reconocidas alguna vez? ¡Ni hablar! Mira a la gente. Todo ese clamor público y esas portadas hablando de algún arreglo ingenioso de algunos trozos de materia. ¿Les importa alguna cuestión más noble? ¿Alguna vez le dan una portada a un fenómeno del espíritu? ¿Aprecian a

una persona de sensibilidad superior, se percatan de su existencia? ¡Y te preguntas si es verdad que un gran hombre pueda estar condenado a la infelicidad en este depravado mundo! —Se inclinó hacia delante, mirándola fijamente—. Te diré..., te diré algo..., la infelicidad es la marca distintiva de la virtud. Si un hombre es infeliz, realmente, verdaderamente infeliz, eso significa que es un tipo superior de persona.

Él vio la expresión perpleja y de ansiedad en el rostro de ella.

—Pero, señor Taggart, usted consiguió todo lo que quería. Ahora tiene el mejor ferrocarril del país, los periódicos lo llaman el empresario más grande de la época, dicen que las acciones de su compañía le hicieron ganar una fortuna de la noche a la mañana, consiguió todo lo que podría pedir, ¿no se alegra de eso?

En el breve lapso de su respuesta, ella se sintió asustada al sentir un miedo repentino dentro de él. Él respondió:

—No.

Ella no supo por qué bajó la voz hasta convertirla en un susurro al decir:

—¿Habría usted preferido que el puente se derrumbase?

—¡Yo no he dicho eso! —estalló él bruscamente. Luego se encogió de hombros y agitó la mano con un gesto de desdén—. Tú no lo entiendes.

—Lo siento. ¡Oh, sé que tengo tantísimas cosas que aprender!

—Estoy hablando de un hambre que va mucho más allá de ese puente. Un hambre que nada material satisfará jamás.

—¿Qué es..., señor Taggart? ¿Qué es lo que usted quiere?

—¡Ya estamos! En el momento en que preguntas «¿qué es?» estás de vuelta en el crudo mundo material donde todo ha de ser etiquetado y medido. Yo estoy hablando de cosas que no se pueden nombrar con palabras materialistas..., de los planos más elevados del espíritu, que el hombre nunca puede alcanzar. ¿Qué es cualquier logro humano, en cualquier caso? La Tierra es sólo un átomo girando en el universo, ¿qué importancia tiene ese puente para el sistema solar?

Un aire de comprensión repentino y feliz aclaró los ojos de la muchacha.

—Es estupendo de su parte, señor Taggart, pensar que su propio logro no es lo suficientemente bueno para usted. Supongo que no importa lo lejos que haya llegado, usted quiere llegar aún más lejos. Usted es ambicioso.

Eso es lo que más admiro: la ambición. O sea, hacer cosas, no detenerse y no rendirse, sino hacer. Lo comprendo, señor Taggart, aunque no entienda todos los grandes pensamientos.

—Ya aprenderás.

—¡Oh, trabajaré muy duro para aprender!

Su mirada de admiración no había cambiado. Él fue al otro lado de la habitación, moviéndose en esa mirada como si fuera un suave foco de luz. Fue a llenar su vaso. Un espejo colgaba en el rincón que había detrás del bar empotrado. Vislumbró brevemente su propia figura: el alto cuerpo, distorsionado por una postura caída y descuidada, como si estuviera negando deliberadamente la gracia humana; el cabello ralo; la boca fofa y hosca. De pronto, le vino a la cabeza que ella no lo veía en absoluto: lo que ella veía era la figura heroica de un constructor, con los hombros orgullosamente erguidos y el cabello ondeando al viento. Soltó una risotada, sintiendo que le estaba tomando el pelo a ella, sintiendo vagamente una satisfacción que se parecía a una sensación de victoria: la superioridad de haberla engañado de alguna forma.

Mientras daba sorbos a su bebida, echó un vistazo a la puerta de su cuarto, y pensó en el final habitual para una aventura de ese tipo. Pensó que sería fácil: la muchacha estaba demasiado maravillada para resistirse. Vio los destellos de color bronce rojizo de su pelo, mientras ella estaba sentada con la cabeza inclinada bajo una luz, y una cuña de piel tersa y brillante en su hombro. Miró a otra parte. ¿Para qué molestarse?, pensó.

La pizca de deseo que sintió no fue más que una sensación de malestar físico. El impulso más intenso en su mente, incitándole a la acción, no era la idea de la muchacha, sino la de todos los hombres que no dejarían pasar una oportunidad de ese tipo. Admitió para sí mismo que ella era mucho mejor persona que Betty Pope, quizá la mejor persona que jamás le fuese ofrecida. Admitirlo le dejó indiferente. No sintió más que lo que había sentido por Betty Pope. No sintió nada. La perspectiva de experimentar placer no hacía que valiera la pena el esfuerzo; no tenía ningún deseo de experimentar placer.

—Se está haciendo tarde —dijo él—. ¿Dónde vives? Te daré otra copa, y luego te llevaré a casa.

Cuando se despidió de ella en la puerta de una miserable pensión en un barrio bajo, ella dudó, luchando para no hacer una pregunta que desesperadamente deseaba hacerle.

—¿Volveré a...? —comenzó, y paró.

—¿Qué?

—¡No, nada, nada!

Él sabía que la pregunta era: «¿Volveré a verle?». Le produjo placer no responder, a pesar de que sabía que la respuesta era que sí.

Ella lo miró una vez más, como si tal vez fuese la última vez, y, luego, dijo seriamente, su voz baja:

—Señor Taggart, le estoy muy agradecida, porque usted..., quiero decir, cualquier otro hombre habría intentado..., o sea, eso es todo lo que otro habría querido, pero usted es muchísimo mejor que eso, oh, ¡muchísimo mejor!

Él se inclinó, acercándose a ella con una ligera e interesada sonrisa.

—¿Lo habrías hecho? —preguntó.

Ella se apartó de él, con el repentino terror de sus propias palabras.

—¡Oh, no lo dije en ese sentido! —dijo, atragantándose—. ¡Oh, Dios!, no estaba insinuando o..., o... —Enrojeció intensamente, se dio la vuelta y corrió, desapareciendo por las largas y empinadas escaleras de la pensión.

Él se quedó de pie en la acera, con una extraña, pesada y nebulosa sensación de satisfacción: sintiendo como si hubiese cometido un acto de virtud..., y como si se hubiese vengado de cada persona que había estado vitoreando a lo largo de los quinientos kilómetros de vía de la Línea John Galt.

Cuando su tren llegó a Filadelfia, Rearden la dejó sin decir palabra, como si las noches de su viaje de regreso no merecieran reconocimiento en la realidad de la luz del día, de plataformas de estaciones repletas de personas, y de motores en movimiento, la realidad que él respetaba. Ella continuó hasta Nueva York, sola. Pero, al final de la tarde, el timbre de su apartamento sonó, y Dagny supo que eso era lo que había estado esperando.

Él no dijo nada al entrar; la miró, haciendo de su silenciosa presencia un saludo más íntimo que las palabras. Tenía la leve insinuación de una desdeñosa sonrisa en su rostro, admitiendo y a la vez burlándose de las

horas de impaciencia de ella y de él mismo. Se quedó de pie en medio de la sala de estar, mirando despacio a su alrededor; ése era el apartamento de ella, ese lugar en la ciudad que había sido el centro de dos años de su tormento, el lugar en el que él no podía pensar, pero lo hacía, el lugar al que no podía entrar, y al que ahora estaba entrando tranquilamente, sin avisar, como si tuviera derecho a hacerlo, como si él fuese su dueño. Se sentó en un sillón, estirando las piernas hacia delante, y ella fue a pararse delante de él, casi como si necesitara su permiso para sentarse, y como si esperar le diese placer.

—¿He de decirte que has hecho un trabajo magnífico al construir esa línea? —preguntó él.

Ella lo miró asombrada; nunca le había hecho cumplidos de ese tipo abiertamente; la admiración en su voz era genuina, pero la insinuación de burla seguía en su rostro, y ella sintió como si estuviera hablando para algún fin que ella no podía adivinar.

—He pasado todo el día respondiendo preguntas sobre ti... —continuó él— y sobre la línea, el metal y el futuro. Respondiendo preguntas y contando los pedidos del metal; están llegando a un ritmo de miles de toneladas por hora. ¿Cuándo fue, hace nueve meses?... yo no podía obtener ni una sola respuesta en ninguna parte. Hoy tuve que desconectar mi teléfono para no escuchar a toda la gente que quería hablar conmigo personalmente sobre su necesidad urgente de Metal Rearden. Y tú, ¿qué has hecho hoy?

—No sé. Intenté escuchar los informes de Eddie..., intenté alejarme de la gente..., intenté encontrar equipos móviles para poner más trenes en la Línea John Galt, porque el horario que había planeado no será suficiente para los negocios que se han acumulado en apenas tres días.

—Un gran número de personas quiso verte hoy, ¿no es así?

—Pues, sí.

—Habrían dado cualquier cosa por cruzar unas palabras contigo, ¿no es así?

—Supongo..., supongo que sí.

—Los periodistas no paraban de preguntarme cómo eras. Un joven de un periódico local no paraba de decir que eras una gran mujer. Dijo que tendría miedo de hablar contigo, si alguna vez tuviese la oportunidad. Tiene razón. Ese futuro del que todos están hablando y por el que todos están

temblando, será como tú lo creaste, porque tú tuviste el coraje que ninguno de ellos pudo concebir. Todos los caminos hacia la riqueza por la que todos están peleando ahora..., es tu fuerza la que los abrió. La fuerza de enfrentarse a todos. La fuerza de no reconocer ninguna voluntad más que la tuya propia.

Ella consiguió ahogar un grito: sabía cuál era su objetivo. Estaba de pie, recta, con los brazos a los costados, el rostro austero, como si tuviera una resistencia inquebrantable; soportó la adulación como si soportara un azote de insultos.

—No pararon de hacerte preguntas también, ¿a que sí? —Él habló intencionadamente, inclinándose hacia delante—. Y te miraban con admiración. Miraban como si tú estuvieras en la cima de una montaña y ellos no pudieran hacer nada más que quitarse el sombrero por ti desde una enorme distancia. ¿A que sí?

—Sí —susurró ella.

—Parecían saber que uno no puede acercarse a ti ni hablar en tu presencia, ni tocar un pliegue de tu vestido. Lo sabían, y es verdad. Te miraban con respeto, ¿a que sí? Te admiraban.

La cogió por el brazo, la hizo caer de rodillas, retorciendo el cuerpo de ella contra sus piernas, y se inclinó para besarle la boca. Ella se rio en silencio, con una risa burlona, pero tenía los ojos medio cerrados, velados por el placer.

Horas después, cuando estaban acostados en la cama juntos, la mano de él deslizándose sobre el cuerpo de ella, arrojando la espalda de ella contra la curva de su brazo, inclinándose sobre ella..., él le preguntó de repente:

—¿Quiénes han sido los otros hombres que te han poseído?

Por la intensidad de su rostro, por el sonido ahogado en algún lugar en la calidad de su voz, a pesar de que su voz sonó baja y firme, ella supo que la pregunta salió de él como agotada por las horas de tortura que había pasado conteniéndola.

Él la miró como si la pregunta fuese una imagen visualizada en completo detalle, una imagen que él detestaba, pero que no abandonaría; ella oyó el desprecio en su voz, el odio, el sufrimiento... y un raro anhelo que no tenía nada que ver con tortura; había hecho la pregunta, presionando el cuerpo de ella fuertemente contra el suyo.

Ella respondió sin alterarse, pero él vio un destello peligroso en sus ojos, como si fuese una advertencia de que ella lo entendía demasiado bien.

—Hubo sólo uno, Hank.

—¿Cuándo?

—Cuando yo tenía diecisiete años.

—¿Duró?

—Algunos años.

—¿Quién fue él?

Ella se alejó, recostándose sobre el brazo de él; él se inclinó, acercándose más a ella, con el rostro tenso; ella le sostuvo la mirada.

—No voy a responderte.

—¿Lo querías?

—No voy a responderte.

—¿Te gustaba dormir con él?

—¡Sí!

La risa en los ojos de ella hizo que la respuesta sonase como una bofetada en el rostro de él, la risa del conocimiento que ésa era la respuesta que él temía y quería.

Él le retorció los brazos detrás de la espalda, sujetándola indefensa, con los pechos presionados contra él; ella sintió el dolor extendiéndose por sus hombros, y oyó la furia en sus palabras y la ronquera de placer en su voz:

—¿Quién fue él?

Ella no respondió; lo miró, con los ojos oscuros y llenos de un raro brillo, y él vio que la forma de su boca, distorsionada por el dolor, era la forma de una sonrisa burlona.

Él sintió cómo cambiaba a una forma de rendición, bajo el toque de sus labios. Sostuvo su cuerpo como si la violencia y la desesperación de la forma en que la poseyó pudiera hacer a su desconocido rival desaparecer de la existencia, del pasado de ella, y más: como si pudiera transformar cualquier parte de ella, incluso al rival, en un instrumento de su propio placer. Él supo, por el ansia de sus movimientos mientras sus brazos la sujetaban, que ésa era la forma en que ella quería ser poseída.

La silueta de una cinta transportadora se movía contra las bandas de fuego en el cielo, elevando carbón hacia lo más alto de una torre distante, como si una inagotable cantidad de pequeños baldes negros saliera desde la Tierra en una línea diagonal a través de la puesta de sol. El repiqueteo penetrante y distante continuaba entre el tintineo de las cadenas que un joven con un mono azul estaba atando sobre la maquinaria, asegurándola a las plataformas alineadas en el apartadero de la Quinn Ball Bearing Company de Connecticut.

El señor Mowen, de la Amalgamated Switch and Signal Company al otro lado de la calle, estaba de pie, observando. Se había detenido para observar, de camino a casa desde su propia planta. Llevaba un gabán liviano estirado sobre su corta y barrigona figura, y un bombín sobre su pelo rubio encanecido. En el aire flotaba la primera caricia del frío de septiembre. Todas las verjas del edificio de la planta de Quinn estaban completamente abiertas, mientras hombres y grúas retiraban de allí la maquinaria; como sacando los órganos vitales y dejando una carcasa, pensó el señor Mowen.

—¿Otra más? —preguntó el señor Mowen, señalando bruscamente con el pulgar hacia la planta, aunque ya sabía la respuesta.

—¿Eh? —preguntó el joven, que no se había dado cuenta de que él estaba allí.

—¿Otra compañía que se muda a Colorado?

—Ajá.

—Es la tercera de Connecticut en las últimas dos semanas —dijo el señor Mowen—. Y cuando ves lo que está pasando en Nueva Jersey, Rhode Island, Massachusetts, y a lo largo de toda la costa del Atlántico... —El joven no estaba mirando y no parecía estar escuchando—. Es como un grifo que gotea —dijo el señor Mowen—, y toda el agua se va para Colorado. Todo el dinero. —El joven lanzó la cadena al otro lado y la siguió diestramente, escalando la enorme forma cubierta con lona—. Uno creería que la gente tiene algún cariño por el Estado en que nació, alguna lealtad... Pero están huyendo. No sé qué le está pasando a la gente.

—Es esa ley —dijo el joven.

—¿Qué ley?

—La Ley de Igualación de Oportunidades.

—¿Qué quieres decir?

—Oí decir que el señor Quinn estaba haciendo planes hace un año para abrir una filial en Colorado. Esa ley se cargó de un plumazo esa oportunidad. Así que ahora ha tomado la decisión de trasladarse allí con todos sus bártulos.

—No veo cómo eso hace que sea correcto. Esa ley era necesaria. Es una absoluta vergüenza, viejas empresas que han estado aquí durante generaciones. Debería haber una ley...

El joven trabajaba rápido, de forma competente, como si lo disfrutase. A sus espaldas, la cinta transportadora continuaba elevándose y traqueteando contra el cielo. Cuatro chimeneas distantes se erguían como mástiles, con espirales de humo entretejiéndose lentamente a su alrededor, como largos estandartes a media asta en el rojizo resplandor de la tarde.

El señor Mowen había vivido con todas las chimeneas de aquel horizonte desde los días de su padre y su abuelo. Había visto la cinta transportadora desde la ventana de su oficina durante treinta años. Que la Quinn Ball Bearing Company desapareciese del otro lado de la calle había parecido inconcebible; él había conocido la decisión de Quinn, y no la había creído; o, más bien, la había creído como creía cualquier palabra que él mismo oía o decía: como sonidos que no tenían ninguna relación con la realidad física. Ahora sabía que era real. Estaba de pie junto a las plataformas en la vía muerta como si aún tuviera posibilidad de detenerlas.

—Esto no es correcto —dijo; le hablaba a la inmensidad del horizonte, pero el joven, allí encima, era la única parte de él que podía oírlo—. Las cosas no eran así en tiempos de mi padre. Yo no soy un pez gordo. No quiero pelearme con nadie. ¿Qué está pasando con el mundo? —No hubo respuesta—. Y tú, por ejemplo, ¿a ti te llevan a Colorado con ellos?

—¿A mí? No. Yo no trabajo aquí. Soy sólo mano de obra temporal. Cogí este trabajo para ayudar a sacar las cosas de aquí.

—Ya, ¿dónde piensas ir cuando ellos se muden?

—No tengo ni idea.

—¿Qué vas a hacer, si más de ellos se mudan?

—Habrá que esperar y ver.

El señor Mowen miró hacia arriba, dudando: no podía decir si la respuesta se refería a él o al joven. Pero la atención del joven estaba fija en su trabajo; él no estaba mirando hacia abajo. Se desplazó hacia las formas

cubiertas en la siguiente plataforma, y el señor Mowen lo siguió, levantando la vista para observarlo, suplicándole a algo allá arriba en el espacio:

—Yo tengo derechos, ¿no? Nací aquí. Esperaba que las antiguas empresas estuviesen aquí cuando yo creciese. Esperaba hacer funcionar la planta como lo hizo mi padre. Un hombre es parte de su comunidad, tiene derecho a contar con ella, ¿no? Deberían hacer algo al respecto.

—¿Al respecto de qué?

—Oh, ya sé, crees que es grandioso, ¿verdad?, ese auge de Taggart y de Metal Rearden y la fiebre del oro que apunta a Colorado, y todo el mundo corriendo como borrachos hacia allá, ¡y Wyatt y su banda expandiendo su producción como locos! Todo el mundo cree que es grandioso..., eso es lo único que oyes dondequiera que vas; la gente está chiflada, haciendo planes como niños de seis años en vacaciones; ¡uno podría pensar que es como una suerte de luna de miel a escala nacional, o un Día de la Independencia permanente!

El joven no dijo nada.

—Bien, yo no creo eso —dijo el señor Mowen. Y bajó la voz—. Los periódicos no dicen eso tampoco..., para que te enteres..., los periódicos no están diciendo nada.

El señor Mowen no oyó respuesta, sólo el sonido metálico de las cadenas.

—¿Por qué todos están corriendo a Colorado? —preguntó—. ¿Qué tienen ellos allí que nosotros no tengamos?

El joven hizo una mueca.

—Tal vez sea algo que ustedes tienen y ellos no tienen.

—¿Qué cosa? —preguntó. El joven no respondió—. No lo entiendo. Es un lugar retrógrado, primitivo, poco ilustrado. Ni siquiera tienen un gobierno moderno. Es el peor gobierno de cualquiera de los Estados. El más perezoso. No hace nada, aparte de mantener los tribunales y un departamento de policía. No hace nada por la gente. No le ayuda a nadie. No entiendo por qué todas nuestras mejores empresas quieren ir corriendo allí.

El joven le echó una mirada desde arriba, pero no respondió.

El señor Mowen suspiró.

—Las cosas no están bien —dijo—. La Ley de Igualación de Oportunidades fue una idea sensata. Debe haber una oportunidad para todo el mundo. Es una absoluta vergüenza que gente como Quinn se aprovechen injustamente. ¿Por qué no dejó que otra persona empezase a fabricar rodamientos en Colorado? Ojalá la gente de Colorado nos dejase tranquilos. Esa Stockton Foundry de allí no tenía derecho a entrar en el negocio de interruptores y señales. Ése ha sido mi negocio durante años, yo tengo el derecho de antigüedad, no es justo, es una competencia despiadada, a los recién llegados no debería permitírseles que compitiesen. ¿Dónde voy a vender yo interruptores y señales? Había dos grandes ferrocarriles allí en Colorado. Ahora, la Phoenix-Durango ya no está, así que queda sólo Taggart Transcontinental. No es justo, están echando a Dan Conway a la fuerza. Tiene que haber sitio para la competencia. Y yo he estado esperando seis meses para que me entreguen un pedido de acero de Orren Boyle, y ahora dice que no puede prometerme nada, porque el Metal Rearden ha destrozado su mercado, hay una demanda enorme por ese metal de Rearden, Boyle tiene que hacer recortes. No es justo... que a Rearden se le permita arruinar los mercados de otras personas de ese modo... Y yo quiero conseguir algo de Metal Rearden también, lo necesito, pero ¡trata de conseguirlo! Tiene una lista de espera que ocuparía tres Estados... Nadie puede conseguir ni una pizca de él, excepto sus viejos amigos, gente como Wyatt y Danagger y tal. No es justo. Es discriminación. Yo soy tan bueno como cualquier otro. Tengo derecho a mi parte de ese metal.

El joven levantó la vista.

—Estuve en Pensilvania la semana pasada —dijo—. Vi la fundición de Rearden. ¡*Allí* sí que están ocupados! Están construyendo cuatro hornos de gas natural, y tienen seis más en camino. Hornos nuevos —dijo, con la mirada perdida a lo lejos hacia el sur—. Nadie ha construido un horno nuevo en la costa del Atlántico en los últimos cinco años... —Estaba de pie contra el cielo, encima de un motor cubierto con lona, mirando a lo lejos hacia el crepúsculo con una leve sonrisa de entusiasmo y nostalgia, como alguien que mira la distante visión de un amor—. Están ocupados —repitió.

Entonces, su sonrisa desapareció bruscamente; la forma en que lanzó la cadena fue la primera ruptura en la fluida eficiencia de sus movimientos: pareció una sacudida de ira.

El señor Mowen miró la silueta de los edificios, las cintas, las ruedas, el humo —el humo que se posaba, pesada y plácidamente por el aire de la tarde, estirándose en una neblina que se extendía hasta la ciudad de Nueva York en algún lugar más allá de la puesta de sol—, y se sintió más seguro pensando en Nueva York con su anillo de fuegos sagrados, su anillo de chimeneas, tanques de gas, grúas, y líneas de alta tensión. Sintió una corriente de poder fluyendo a través de cada mugrienta estructura de la calle que le era familiar; le gustaba la figura del joven que estaba allá arriba, había algo reconfortante en la forma en que trabajaba, algo que se fundía con el horizonte. Pero el señor Mowen se preguntó por qué sentía que una grieta estaba creciendo en algún lugar, carcomiendo los muros sólidos y eternos.

—Habría que hacer algo —dijo el señor Mowen—. Un amigo mío se fue a la quiebra la semana pasada, estaba en el negocio del petróleo, tenía un par de pozos allá por Oklahoma; no pudo competir con Ellis Wyatt. No es justo. Deberían dejarles una oportunidad a la gente común. Deberían ponerle un límite a la producción de Wyatt. No deberían permitirle producir tanto como para que saque a todos los demás del mercado. Me quedé atascado en Nueva York ayer, tuve que dejar mi coche allí y venir a casa en un maldito suburbano local, no pude conseguir gasolina para el coche, dijeron que hay escasez de petróleo en la ciudad... Las cosas no están bien. Habría que hacer algo al respecto...

Mirando al horizonte, el señor Mowen se preguntó cuál era la amenaza sin nombre que se cernía sobre ese horizonte, y quién era su destructor.

—¿Qué quiere usted hacer al respecto? —preguntó el joven.

—¿Quién, yo? —dijo el señor Mowen—. Yo no sabría qué hacer. Yo no soy un pez gordo. No puedo resolver problemas nacionales. Sólo quiero ganarme la vida... Lo único que sé es que alguien debería hacer algo al respecto... Las cosas no están bien... Dime, ¿cómo te llamas?

—Owen Kellogg.

—Escucha, Kellogg, ¿qué crees que le va a pasar al mundo?

—No le interesaría saberlo.

Un silbato sonó en una torre distante, el silbato del turno de noche, y el señor Mowen se dio cuenta de que se estaba haciendo tarde. Suspiró, abotonando su abrigo, girándose para irse.

—Bueno, se están haciendo cosas —dijo—. Se están dando pasos. Pasos constructivos. Los legisladores han aprobado una ley otorgando mayores poderes a la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales. Han designado a un hombre muy capaz como coordinador supremo. No puedo decir que he oído hablar de él antes, pero los periódicos dijeron que es un hombre a observar. Se llama Wesley Mouch.

Dagny estaba de pie ante la ventana de su sala de estar, mirando a la ciudad. Era tarde, y las luces eran como las últimas chispas que quedaban brillando sobre las cenizas de una hoguera.

Se sentía en paz, y deseó poder mantener su mente en silencio para dejar que sus propias emociones la alcanzasen, para contemplar cada momento del mes que había pasado tan deprisa. No había tenido tiempo para sentir que estaba de regreso en su propia oficina en Taggart Transcontinental; tenía tanto que hacer que había olvidado que era un regreso del exilio. No se había dado cuenta de lo que Jim dijo a su regreso, o de si había dicho alguna cosa. Había sólo una persona cuya reacción quiso conocer; llamó al Hotel Wayne-Falkland, pero el señor Francisco d'Anconia, según le dijeron, había regresado a Buenos Aires.

Recordó el momento en el que firmó con su nombre al pie de un largo documento legal; fue el momento que acabó con la Línea John Galt. Ahora era de nuevo la Línea Río Norte de Taggart Transcontinental, excepto que los hombres de las tripulaciones de los trenes se negaban a renunciar al nombre. A ella también le pareció difícil renunciar a él; se obligó a no llamarla «la John Galt», y se preguntó por qué eso requería un esfuerzo, y por qué sentía un ligero ramalazo de tristeza.

Una tarde, en un impulso repentino, dobló la esquina del Edificio Taggart para mirar por última vez la oficina de John Galt, Inc., en el callejón; no sabía qué quería, solamente verla, pensó. Habían levantado una barrera de tablones junto a la acera: estaban demoliendo el viejo edificio; había cedido, finalmente. Ella había trepado por los tablones y, a la luz de la farola de la calle que una vez había proyectado la sombra de un extraño al otro lado del pavimento, miró el interior de su antigua oficina por la

ventana. No quedaba nada de la planta baja; los tabiques habían sido demolidos, había cañerías rotas colgando del techo, y un montón de escombros en el suelo. No había nada que ver.

Le había preguntado a Rearden si él había ido allí una noche la primavera pasada y había parado frente a su ventana, luchando contra el deseo de entrar. Pero había sabido, incluso antes de que él respondiese, que no había sido él. Ella no le dijo por qué se lo había preguntado. No sabía por qué ese recuerdo aún la perturbaba a veces.

Más allá de la ventana de su sala de estar, el rectángulo iluminado del calendario colgaba como una pequeña etiqueta en el cielo negro. Decía: 2 de septiembre. Sonrió desafiante, recordando la carrera que había corrido contra sus páginas cambiantes: no había plazos que cumplir ahora, pensó, no había barreras, ni amenazas, ni límites.

Oyó una llave girar en la puerta de su apartamento; era el sonido que había esperado, que había querido oír esa noche.

Rearden entró, como había entrado muchas veces, usando la llave que ella le había dado, sin previo aviso. Tiró su sombrero y su abrigo en una silla con un gesto que se había vuelto familiar; llevaba el traje negro formal de cenar fuera.

—Hola —dijo ella.

—Aún estoy esperando la noche en la que no te encuentre en casa —respondió él.

—Entonces tendrás que llamar a las oficinas de Taggart Transcontinental.

—¿Cualquier noche? ¿A ningún otro lugar?

—¿Celoso, Hank?

—No. Curioso de saber cómo sería estarlo.

Se quedó de pie mirándola al otro lado de la sala, sin permitirse acercarse a ella, prolongando deliberadamente el placer de saber que podría hacerlo cuando quisiera. Ella llevaba la falda gris y ceñida de un traje de oficina y una blusa de tela blanca transparente hecha a medida como una camisa de hombre; la blusa se ensanchaba por encima de la línea de su cintura, acentuando la forma plana y esbelta de sus caderas; contra el resplandor de la lámpara detrás de ella, él podía ver la silueta delgada de su cuerpo dentro del círculo que formaba la blusa.

—¿Cómo estuvo el banquete? —preguntó ella.

—Bien. Escapé tan pronto como pude. ¿Por qué no fuiste? Estabas invitada.

—No quería verte en público.

Él la miró, como recalcando que tomaba nota del pleno significado de su respuesta; luego, las líneas de su rostro cambiaron para mostrar el indicio de una sonrisa divertida.

—Te perdiste todo un espectáculo. El Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas no volverá a imponerse el sufrimiento de tenerme como huésped de honor. No, si pueden evitarlo.

—¿Qué pasó?

—Nada. Sólo un montón de discursos.

—¿Lo pasaste mal?

—No... Sí, en cierta forma... Realmente quería disfrutarlo.

—¿Te traigo una bebida?

—Sí, ¿puedes?

Ella se volvió para irse. Él la detuvo, sosteniéndola de los hombros por detrás; le inclinó la cabeza hacia atrás y la besó en la boca. Cuando él levantó la cabeza, ella volvió a atraérsela hacia sí con un gesto demandante de propiedad, como enfatizando su derecho a hacerlo. Luego se alejó unos pasos de él.

—Da igual la bebida —dijo—, realmente no la quería, excepto para verte servirme.

—Bien, entonces, déjame servirte.

—No.

Él sonrió, estirándose en el sofá, con las manos cruzadas bajo la cabeza. Se sentía en su hogar; era el primer hogar que había encontrado jamás.

—Sabes, la peor parte del banquete fue que el único deseo de cada persona presente era que acabase —dijo—. Lo que no puedo entender es por qué querían hacerlo. Para empezar, no tenían por qué, ciertamente por lo que a mí respecta.

Ella tomó una caja de cigarrillos, la extendió hacia él, luego sostuvo la llama de un mechero en la punta del cigarrillo que él había tomado, de una manera deliberada que implicaba que estaba sirviéndolo. Sonrió en respuesta a la risa por lo bajo de él, y luego se sentó en el brazo de un sillón al otro lado de la sala.

—¿Por qué aceptaste la invitación, Hank? —preguntó—. Siempre te has negado a unirte a ellos.

—No quería rehusar una oferta de paz, cuando los he derrotado y ellos lo saben. Nunca me uniré a ellos, pero una invitación para aparecer como huésped de honor..., bueno, pensé que eran buenos perdedores. Pensé que era generoso de su parte.

—¿De *su* parte?

—Vas a decir, ¿de *mi* parte?

—¡Hank! Después de todas las cosas que han hecho para pararte...

—He ganado, ¿no? Así que pensé..., ya sabes, no les reprocho que no pudiesen ver el valor del metal antes, siempre que finalmente lo vieran. Cada hombre aprende a su propia manera y a su propio ritmo. Desde luego, sabía que había mucha cobardía allí, y envidia e hipocresía, pero pensé que eso estaba sólo en la superficie; *ahora*, después de haber demostrado que tenía razón, ¡y de haberlo demostrado tan elocuentemente...!, pensé que el verdadero motivo por el que me habían invitado era que apreciaban el metal, y...

Ella sonrió en el breve intervalo de su pausa; sabía la frase que él se había abstenido de pronunciar: «... y por eso, le perdonaría cualquier cosa a cualquiera».

—Pero no era eso —dijo—. Y no conseguí descubrir cuál era su motivo. Dagny, no creo que tuvieran ningún motivo en absoluto. No dieron ese banquete para complacerme, ni para obtener algo de mí, ni para guardar las apariencias ante la opinión pública. No había ningún propósito, ningún significado. Realmente no les importó cuando criticaron el metal..., y sigue sin importarles ahora. Realmente no tienen miedo de que yo los expulse a todos del mercado, ni siquiera eso les importa lo suficiente. ¿Sabes lo que pareció ese banquete? Es como si hubiesen oído que hay valores que se supone que uno debe honrar, y eso es lo que uno hace para honrarlos; así que realizaron los movimientos, como fantasmas arrastrados por los ecos distantes de una era mejor. No..., no pude soportarlo.

Ella dijo, con el rostro tenso:

—¡Y tú no crees que eres generoso!

Él la miró; sus ojos se iluminaron, convirtiéndose en una expresión de regocijo.

—¿Por qué hacen que te enfurezcas tanto?

Con la voz baja para ocultar el sonido de la ternura, ella dijo:

—Querías disfrutarlo...

—Probablemente me lo tengo merecido. No debería haber esperado nada. No sé qué es lo que yo quería.

—Yo sí.

—Nunca me han gustado las ocasiones de ese tipo. No veo por qué esperaba que fuese diferente esta vez. Sabes, fui allí casi sintiendo como si el metal lo hubiese cambiado todo, incluso a la gente.

—¡Oh, sí, Hank, lo sé!

—Bueno, era el lugar equivocado para buscar cualquier cosa... ¿Te acuerdas? Dijiste una vez que las celebraciones deberían ser sólo para quienes tienen algo que celebrar.

La punta del cigarrillo encendido de Dagny se paró, suspendida en el aire; no se movió. Ella nunca había hablado con él de aquella fiesta, o de nada relacionado con su casa. En un momento, respondió en voz baja:

—Me acuerdo.

—Sé lo que quisiste decir..., y yo lo sabía entonces, también.

Él la estaba mirando directamente. Ella bajó los ojos.

Él permaneció en silencio; cuando habló de nuevo, su voz era alegre:

—Lo peor de la gente no son los insultos que reparten, sino los cumplidos. No he podido soportar el tipo de halagos que soltaban esta noche, sobre todo cuando no paraban de decir lo mucho que me necesita todo el mundo, ellos, la ciudad, el país y el mundo entero, supongo. Por lo visto, su idea del cúmulo de la gloria es tratar con gente que los necesita. No soporto a la gente que me necesita. —La miró—. ¿Tú me necesitas?

Ella respondió, con voz seria:

—Desesperadamente.

Él se rio.

—No. No de la forma a la que me refería. No lo dijiste de la forma que ellos lo dicen.

—¿Cómo lo dije?

—Como un comerciante, que paga por lo que quiere. Ellos lo dicen como mendigos que usan un bote de hojalata como excusa para exigir.

—¿Yo... yo pago por ello, Hank?

—No te hagas la inocente. Sabes exactamente lo que quiero decir.

—Sí —susurró ella; estaba sonriendo.

—¡Oh, al diablo con ellos! —dijo él feliz, estirando las piernas, cambiando la posición de su cuerpo en el sofá, acentuando el lujo de la relajación—. No se me da bien lo de ser una figura pública. De todos modos, ahora no importa. No tenemos que preocuparnos de lo que vean o no vean: nos dejarán en paz. La vía está despejada. ¿Cuál es el próximo proyecto, señor vicepresidente?

—Una vía transcontinental de Metal Rearden.

—¿Para cuándo la quieres?

—Para mañana por la mañana. De aquí a tres años es cuando la tendré.

—¿Crees que puedes hacerlo en tres años?

—Si la Línea John Galt..., si la Línea Río Norte funciona tan bien como lo está haciendo ahora...

—Va a funcionar mejor. Esto es sólo el comienzo.

—He diseñado un plan de acción. A medida que ingrese el dinero, voy a empezar a desmantelar la vía principal, una división detrás de otra, y a sustituirla por raíles de Metal Rearden.

—Muy bien. Cuando quieras empezamos.

—Continuaré llevando los raíles viejos a los ramales, no durarán mucho más si no lo hago. En tres años, viajarás sobre tu propio metal hasta San Francisco, si alguien quiere organizar un banquete en tu honor allí.

—En tres años, tendré fundiciones produciendo Metal Rearden en Colorado, en Michigan y en Idaho. Ése es *mi* plan de acción.

—¿Tus propias fundiciones? ¿Filiales?

—Ajá.

—¿Y qué pasa con la Ley de Igualación de Oportunidades?

—No creerás que esa ley existirá de aquí a tres años, ¿verdad? Les hemos dado tal demostración que toda esa basura va a ser barrida del mapa. El país entero está con nosotros. ¿Quién va a querer parar las cosas ahora? ¿Quién escuchará esas sandeces? Hay un grupo de presión de la mejor clase de hombres trabajando en Washington mientras hablamos. Van a conseguir que tiren la Ley de Igualación a la basura en la próxima sesión.

—Espero..., espero que sí.

—Me ha costado muchísimo, estas últimas semanas, poner en marcha los hornos nuevos, pero ahora todo está encaminado, los están construyendo, puedo relajarme y tomármelo con calma. Puedo sentarme en mi escritorio, amasar una fortuna, holgazanear como un vagabundo, ver

cómo me llueven los pedidos por el metal, y hacer favoritismos por todas partes. Dime, ¿cuál es el primer tren que tienes a Filadelfia mañana por la mañana?

—Oh, no lo sé.

—¿No lo sabes? ¿De qué sirve una vicepresidente de Operaciones? Tengo que estar en la fundición a las siete de la mañana. ¿Hay algo que salga sobre las seis?

—A las cinco y media es el primero, creo.

—¿Me despertarás a tiempo de cogerlo, o prefieres ordenar que detengan el tren para mí?

—Te despertaré.

Ella estaba sentada, mirándolo mientras él permanecía en silencio. Había parecido cansado al entrar; las líneas de agotamiento habían desaparecido de su rostro ahora.

—Dagny —preguntó de repente; su tono había cambiado, había una nota seria y oculta en su voz—, ¿por qué no querías verme en público?

—No quiero ser parte de tu... vida oficial.

Él no respondió; un momento después preguntó casualmente:

—¿Cuándo estuviste de vacaciones la última vez?

—Creo que fue hace dos... no, hace tres años.

—¿Qué hiciste?

—Fui a las Adirondacks a pasar un mes. Volví en una semana.

—Yo hice eso hace cinco años. Sólo que fue en Oregón. —Él estaba recostado sobre su espalda, mirando al techo—. Dagny, tomémonos unas vacaciones juntos. Tomemos mi coche y alejémonos durante unas cuantas semanas, a cualquier sitio, sólo conducir, por carreteras secundarias, donde nadie nos conozca. No dejaremos ninguna dirección, no miraremos ni un periódico, no tocaremos un teléfono, no tendremos vida oficial en absoluto.

Ella se levantó. Se acercó a él, se quedó de pie a un lado del sofá, mirándolo, con la luz de la lámpara detrás de ella; no quería que él viese su cara, y tampoco el esfuerzo que estaba haciendo para no sonreír.

—Puedes tomarte unas cuantas semanas, ¿no? —dijo él—. Las cosas están listas y encarriladas ahora. Es seguro. No tendremos otra oportunidad en los próximos tres años.

—De acuerdo, Hank —dijo ella, forzando su voz a sonar calma y sin tono.

—¿Lo harás?

—¿Cuándo quieres salir?

—El lunes por la mañana.

—Muy bien.

Ella se volvió para alejarse. Él la cogió por la muñeca, la bajó hacia él, giró su cuerpo para que quedara estirado por completo, tendido encima de él, y la sostuvo inmóvil, incómodamente, como había caído, con una mano en el cabello de ella, presionando su boca a la de él, su otra mano moviéndose desde los omóplatos bajo la fina blusa hasta su cintura, hasta sus piernas. Ella susurró:

—¡Y dices que no te necesito!

Se apartó de él y se puso de pie, apartándose el cabello del rostro. Él seguía tendido, inmóvil, mirando hacia arriba, hacia ella, con los ojos medio cerrados, con un destello brillante de algún interés particular en ellos, intenso y ligeramente burlón. Ella lo miró: uno de los tirantes de su combinación se había roto, el tirante le colgaba diagonalmente hacia el costado desde el hombro, y él estaba mirando uno de sus pechos bajo la transparente y delgada tela de la blusa. Ella levantó la mano para ajustar el tirante. Él se la apartó de un manotazo. Ella sonrió, entendiendo, en burlona respuesta. Caminó lentamente, deliberadamente, a través de la sala, y se apoyó contra una mesa, mirándolo de frente, con las manos agarrando el borde de la mesa, los hombros echados hacia atrás. Era el contraste lo que a él le gustaba, la severidad de sus ropas y el cuerpo medio desnudo, la ejecutiva del ferrocarril que era una mujer que le pertenecía.

Él se sentó; se quedó reclinado cómodamente en el sofá, con las piernas cruzadas y estiradas hacia delante, las manos en los bolsillos, contemplándola con la mirada con la que uno estima el valor de una posesión.

—¿Dijo que quería un raíl transcontinental de Metal Rearden, señor vicepresidente? —preguntó—. ¿Y qué ocurre si no se lo doy? Ahora puedo elegir a mis clientes y exigir cualquier precio que me plazca. Si esto fuese un año atrás, habría exigido que te acostaras conmigo a cambio.

—Ojalá lo hubieses hecho.

—¿Lo habrías hecho?

—Por supuesto.

—¿Como una cuestión de negocios? ¿Como una venta?

—Si tú fueses el comprador. Te habría gustado eso, ¿a que sí?

—¿Y a ti?

—Sí —susurró ella.

Él se acercó, la tomó por los hombros y presionó la boca contra su pecho a través de la fina tela.

Luego, sosteniéndola, la miró en silencio durante un largo momento.

—¿Qué hiciste con esa pulsera? —preguntó él.

Nunca habían hablado de eso; ella tuvo que dejar pasar un instante para recobrar la estabilidad de su voz.

—La tengo —respondió.

—Quiero que te la pongas.

—Si alguien lo adivina, será peor para ti que para mí.

—Póntela.

Sacó la pulsera de Metal Rearden. La extendió hacia él sin decir palabra, mirándolo directamente, la cadena verdiazulada reluciendo sobre su palma. Sosteniendo su mirada, él le cerró la pulsera alrededor de la muñeca. En el momento en el que el broche se cerró bajo sus dedos, ella inclinó la cabeza hacia ellos y le besó la mano.

La tierra fluía bajo el capó del coche. Desenroscándose entre las curvas de las colinas de Wisconsin, la carretera era la única evidencia de intervención humana, un puente precario extendiéndose a través de un mar de arbustos, maleza y árboles. El mar ondulaba suavemente, en una espuma amarilla y naranja, con unas cuantas salpicaduras de rojo en las laderas de las colinas, y charcas de restos de verde en las hondonadas, bajo un cielo azul puro. Entre los colores de una imagen de tarjeta postal, el capó del coche parecía el trabajo de un orfebre, con el sol resplandeciendo en su acero cromado y el esmalte negro reflejando el cielo.

Dagny se inclinó contra la esquina de la ventanilla lateral, con las piernas estiradas hacia delante; le gustaba el amplio y cómodo espacio del asiento, y el calor del sol en sus hombros; pensó que el paisaje del campo era hermoso.

—Lo que me gustaría ver —dijo Rearden— es una valla publicitaria.

Ella se rio: él había respondido a sus silenciosos pensamientos.

—¿Para vender qué y a quién? No hemos visto un coche o una casa desde hace una hora.

—Eso es lo que no me gusta de aquí —dijo él. Se inclinó un poco hacia delante, con las manos en el volante; tenía el ceño fruncido—. Mira esa carretera.

La larga cinta de hormigón estaba desteñida hasta un tono gris polvoriento de huesos abandonados en un desierto, como si el sol y las nieves hubiesen carcomido los rastros de neumáticos, gasolina y carbón, el brillante lustre del movimiento. Verdes hierbajos se elevaban desde las grietas angulosas del hormigón. Nadie había usado la carretera ni la había reparado desde hacía muchos años; pero las grietas eran pocas.

—Es una buena carretera —dijo Rearden—. Fue construida para durar. El hombre que la construyó debe haber tenido una buena razón para esperar que transportase un tráfico pesado en años venideros.

—Sí...

—No me gusta la pinta que tiene esto.

—A mí tampoco. —Entonces ella sonrió—. Pero piensa las veces que hemos oído a la gente quejarse de que los carteles arruinan la apariencia de los campos. Pues ahí hay un campo sin arruinar, para que lo admiren. —Y añadió—: Ésa es la gente que odio.

Ella no quería sentir el desasosiego que sentía como una fina grieta bajo su disfrute de ese día. Había sentido ese desasosiego a veces, en las últimas tres semanas, al ver el campo que fluía a los lados, ante el avance de la cuña del capó del coche. Sonrió: el capó había sido el punto inmóvil en su campo de visión; mientras que la tierra había pasado junto a ellos, el capó había sido el centro, el foco, la seguridad en un mundo borroso que se desvanecía, el capó frente a ella y las manos de Rearden en el volante a su lado; sonrió, pensando que estaba satisfecha de dejar que ésa fuera la forma de su mundo.

Después de la primera semana de ir a la deriva, en la que habían conducido sin rumbo, a merced de intersecciones desconocidas, él le había dicho una mañana al salir:

—Dagny, ¿el descanso tiene que carecer de objetivo?

Ella había reído, respondiendo:

—No. ¿Qué fábrica quieres ver?

Él había sonreído, ante la culpa que no tenía que asumir, ante las explicaciones que no tenía que dar, y había respondido:

—Es una mina abandonada de mineral de hierro cerca de la bahía de Saginaw, de la que he oído hablar. Dicen que está agotada.

Habían conducido a través de Michigan hasta la mina de mineral de hierro. Habían caminado a través de los salientes de un pozo vacío, con los restos de una grúa inclinándose sobre ellos como un esqueleto contra el cielo, y la fiambrera oxidada de alguien rodando bajo sus pies con un repiqueteo. Ella había sentido un ramalazo de desasosiego, más intenso que triste, pero Rearden había dicho alegremente:

—Agotada, ¡qué diablos! ¡Les mostraré cuántas toneladas y cuántos dólares puedo extraer de este lugar!

Mientras andaban de regreso al coche, él había dicho:

—Si pudiera encontrar al hombre adecuado, mañana temprano compraría esa mina para él, y lo pondría a trabajar en ella.

Al día siguiente, mientras conducían hacia el Oeste y hacia el Sur, hacia las llanuras de Illinois, él había dicho de repente, después de un largo silencio:

—No, tendré que esperar hasta que tiren esa ley a la basura. El hombre que pudiera trabajar esa mina no necesitaría que yo le enseñase. El hombre que necesitara que le enseñase no valdría nada en absoluto.

Podían hablar de su trabajo, como siempre habían hecho, con plena confianza de que el otro le comprendería. Pero nunca hablaron uno del otro. Él actuaba como si su apasionada intimidad fuese un hecho físico sin nombre, que no ha de ser identificado en la comunicación entre dos mentes. Cada noche, era como si ella yaciese en los brazos de un extraño que le dejaba ver cada estremecimiento de sensación que recorría su cuerpo, pero que nunca le permitiría saber si los choques alcanzaban algún temblor en respuesta dentro de él. Ella yacía desnuda a su lado, pero en la muñeca llevaba la pulsera de Metal Rearden.

Ella sabía que él odiaba el calvario de firmar como señor y señora Smith en los registros de moteles de mala muerte. Había tardes en las que ella notaba la leve contracción de enfado en la tensión de su boca, al firmar con nombres falsos un fraude programado, un enfado contra quienes hacían ese fraude necesario. Ella notaba, con indiferencia, los aires de deliberado disimulo en los modales de los recepcionistas de los hoteles, que parecía

sugerir que tanto los huéspedes como los recepcionistas eran cómplices de una culpa vergonzosa: la culpa de buscar el placer. Pero sabía que a él eso no le importaba cuando estaban solos, cuando la sostenía contra él un momento y ella veía que sus ojos estaban llenos de vida y libres de culpa.

Condujeron a través de pequeños pueblos, a través de remotas carreteras secundarias, a través del tipo de sitios que ellos no habían visto en años. Ella se sintió incómoda al ver los pueblos. Pasaron varios días antes de que se diera cuenta de qué era lo que más echaba de menos: ver algo recién pintado. Las casas se erguían como hombres con trajes arrugados que habían perdido el deseo de ponerse derechos: las cornisas eran como hombros caídos, los peldaños torcidos de los porches eran como dobladillos raídos, las ventanas rotas eran como parches, remendados con tablas. La gente en las calles se quedaba mirando el coche nuevo, no como uno mira un espectáculo poco frecuente, sino como si la reluciente forma negra fuese una visión imposible salida de otro mundo. Había pocos vehículos en las calles, y muchos de ellos iban tirados por caballos. Ella casi había olvidado el significado literal de «caballos de potencia» o «caballos de vapor»; y no le gustó ver esa reminiscencia.

Un día, en un paso a nivel, ella no se rio cuando Rearden lo hizo por lo bajo, señalando el tren de un pequeño ferrocarril regional al emerger, bamboleándose, desde detrás de una colina, tirado por una antigua locomotora que tosía humo negro a través de una alta chimenea.

—¡Oh, Dios! Hank, ¡no es gracioso!

—Lo sé —dijo él.

Estaban a unos cien kilómetros de distancia, o una hora de trayecto, cuando ella dijo:

—Hank, ¿te imaginas al Taggart Comet siendo arrastrado a lo largo y ancho del continente por una locomotora de carbón de ese tipo?

—¿Qué te pasa? Contrólate.

—Lo siento..., es que no paro de pensar que no servirá de nada, todo mi nuevo raíl y todos tus hornos nuevos, si no encontramos a alguien capaz de fabricar motores diésel. Si no lo encontramos pronto.

—Ted Nielsen de Colorado es tu hombre.

—Sí, si encuentra una forma de abrir su nueva planta. Ha puesto más dinero del que debería en los bonos de la Línea John Galt.

—Esa inversión ha acabado siendo bastante rentable, ¿no?

—Sí, pero lo ha retrasado. Ahora está listo para ir adelante, pero no puede conseguir las herramientas. No quedan fresadoras para comprar, en ningún sitio, a ningún precio. No está consiguiendo más que promesas y demoras. Está recorriendo el país en busca de chatarra de fábricas cerradas que pueda aprovechar. Si no empieza pronto...

—Lo hará. ¿Quién va a pararlo ahora?

—Hank —dijo ella de repente—, ¿podríamos ir a un sitio que me gustaría ver?

—Seguro. Adonde quieras. ¿Qué sitio?

—Está en Wisconsin. En tiempos de mi padre, allí había una gran empresa de motores. Teníamos un ramal dándole servicio, pero cerramos esa línea, hará unos siete años, cuando cerraron la fábrica. Creo que es una de esas zonas que ahora están arruinadas. Quizá aún haya algo de maquinaria allí que Ted Nielsen pueda aprovechar. Puede que ni se hayan dado cuenta de que está allí; el lugar quedó en el olvido y no hay ningún transporte hasta ese lugar.

—La encontraré. ¿Cuál era el nombre de la fábrica?

—La Twentieth Century Motor Company.

—¡Ah, por supuesto! Ésa era una de las mejores firmas de motores en mi juventud, quizá la mejor. Creo recordar que hubo algo extraño en la forma en que quebró; no puedo recordar lo que fue.

Les llevó tres días de indagaciones, pero encontraron la carretera abandonada y descolorida, y ahora estaban conduciendo a través de las hojas amarillas que relucían como un mar de monedas de oro, hacia la Twentieth Century Motor Company.

—Hank, ¿y si le pasa algo a Ted Nielsen? —preguntó ella de repente, mientras conducían en silencio.

—¿Por qué iría a pasarle algo?

—No sé, pero..., bueno, estaba Dwight Sanders. Desapareció. La United Locomotives está fuera de juego por ahora. Y las otras plantas no están en condiciones de producir motores diésel. He dejado de escuchar las promesas. Y..., ¿para qué sirve un ferrocarril sin fuerza motriz?

—¿Para qué sirve cualquier cosa, si vamos al caso, sin ella?

Las hojas resplandecían, meciéndose en el viento. Se esparcían a lo largo de muchos kilómetros, desde la hierba hasta los arbustos y los árboles, con el movimiento y todos los colores del fuego; parecían celebrar una

misión cumplida, ardiendo en una abundancia intacta y desenfrenada.

Rearden sonrió.

—Hay algo que decir a favor de la naturaleza salvaje. Está comenzando a gustarme. Nuevas regiones que nadie ha descubierto... —Ella asintió alegremente—. El suelo es bueno; mira cómo crecen las cosas. Yo quitaría esos arbustos y construiría un...

Y entonces dejaron de sonreír. El cadáver que vieron entre la maleza al lado de la carretera era un cilindro oxidado con trozos de vidrio, lo que quedaba del surtidor de una gasolinera.

Era la única cosa que quedaba visible. Los pocos postes chamuscados, el bloque de hormigón y el brillo de polvo de vidrio —lo que había sido una gasolinera— habían sido devorados por la maleza; ahora pasaban desapercibidos, excepto ante una mirada cuidadosa, y desaparecerían totalmente en un año más.

Apartaron sus miradas. Continuaron conduciendo, sin querer saber qué más se ocultaba bajo kilómetros de hierbajos. Sintieron la misma pregunta como un peso en el silencio entre ellos: la pregunta de cuánto se había tragado la maleza y a qué velocidad.

La carretera terminó abruptamente a la vuelta de una colina. Lo que quedaba eran unos pocos trozos de hormigón que sobresalían de un trecho largo y picado de asfalto y barro. Alguien había destrozado el hormigón y se lo había llevado; ni siquiera las malas hierbas podían crecer en la franja de tierra que había quedado. En la cresta de una colina distante, un único poste de telégrafos se erigía, inclinado contra el cielo, como una cruz sobre una vasta tumba.

Les llevó tres horas y un neumático pinchado arrastrarse a baja velocidad por suelos sin senderos, a través de hondonadas, y luego siguiendo los surcos dejados por las ruedas de carretas, hasta llegar al asentamiento que estaba en el valle más allá de la colina del poste de telégrafos.

Aún quedaban en pie unas pocas casas dentro del esqueleto de lo que había sido una vez un pueblo industrial. Todo lo que podía moverse se lo habían llevado; pero algunos seres humanos habían permanecido allí. Las construcciones vacías eran escombros verticales; no habían sido devoradas por el tiempo, sino por los hombres: había tablas arrancadas al azar, trozos de techos que faltaban, agujeros que quedaban en sótanos destripados.

Parecía como si manos ciegas hubiesen tomado lo que necesitaban en ese momento, sin ningún concepto de que seguirían existiendo la mañana siguiente. Las casas deshabitadas estaban dispersas al azar entre las ruinas; el humo de chimeneas era el único movimiento visible en el pueblo. Una estructura de hormigón, que había sido una escuela, se erguía en las afueras; parecía una calavera, con las cuencas vacías de ventanas sin cristales, con unos pocos mechones de cabello aún pegados a ella, en forma de cables rotos.

Más allá del pueblo, en una colina distante, estaba la fábrica de la Twentieth Century Motor Company. Sus paredes, las vertientes del tejado y las chimeneas, parecían en buen estado, inexpugnable como una fortaleza. Habría parecido intacta si no hubiese sido por un tanque de agua plateado: el tanque de agua estaba inclinado hacia un lado.

No vieron ningún rastro de carretera hasta la fábrica en el amasijo de kilómetros de árboles y laderas de colinas. Condujeron hasta la puerta de la primera casa que vieron que mostraba una débil señal de humo elevándose. La puerta estaba abierta. Una mujer vieja salió arrastrando los pies al oír el sonido del motor. Estaba encorvada e hinchada, descalza y vestida con una arpillera. Miró el coche sin asombro, sin curiosidad; era la mirada ausente de un ser que había perdido la capacidad de sentir cualquier cosa excepto agotamiento.

—¿Puede indicarme el camino a la fábrica? —preguntó Rearden.

La mujer no respondió de inmediato; parecía como si no fuese capaz de entender el idioma.

—¿Qué fábrica? —preguntó.

Rearden señaló.

—Ésa.

—Está cerrada.

—Sé que está cerrada. Pero ¿hay alguna forma de llegar allí?

—No sé.

—¿Hay algún tipo de carretera?

—Hay carreteras en el bosque.

—¿Alguna por la que un coche pueda pasar?

—Puede ser.

—Bueno, ¿cuál sería la mejor carretera para ir allí?

—No sé.

A través de la puerta abierta, podían ver el interior de su casa. Había una cocina a gas inservible, con el horno lleno de harapos, haciendo las veces de armario. Había una cocina construida con piedras en una esquina, con unos pocos leños ardiendo debajo de una vieja tetera, y largas manchas de hollín subiendo por la pared. Un objeto blanco estaba apoyado contra las patas de una mesa: era una palangana de porcelana que había sido arrancada de la pared de algún baño, llena de repollos mustios. Había una vela de sebo en una botella sobre la mesa. No había ya pintura en el suelo; habían fregado las tablas hasta dejarlas de un gris pastoso que parecía la expresión visual del dolor en los huesos de la persona que se había agachado para fregarlos, y que había perdido la batalla contra la suciedad que ahora empapaba las vetas de las tablas.

Una prole de niños harapientos se había juntado en la puerta detrás de la mujer, en silencio, uno a uno. Miraban el coche fijamente, no con la curiosidad radiante de niños, sino con la tensión de salvajes listos para desaparecer a la primera señal de peligro.

—¿Cuántos kilómetros hay hasta la fábrica? —preguntó Rearden.

—Quince kilómetros —dijo la mujer. Y añadió—: Quizá diez.

—¿A qué distancia está el pueblo más cercano?

—No hay ningún pueblo cercano.

—Hay otros pueblos en alguna parte. O sea, ¿a qué distancia?

—Sí. En alguna parte.

En el espacio vacío al lado de la casa, vieron harapos descoloridos colgando de un tendedero, que era un trozo de cable de telégrafo. Tres gallinas picoteaban entre los macizos de un huerto ralo; una cuarta gallina estaba sentada en una vara que había sido un tubo de fontanería. Dos cerdos se revolcaban en un charco de barro y desechos; las piedras colocadas encima del fango eran trozos de hormigón de la carretera.

Oyeron un sonido chirriante en la distancia y vieron a un hombre sacando agua de un aljibe público con una polea de cuerda. Lo observaron mientras bajaba lentamente por la calle. Cargaba dos baldes que parecían demasiado pesados para sus delgados brazos. Uno no tenía cómo adivinar su edad. Se acercó y paró, mirando el coche. Sus ojos se dispararon hacia los extraños, y luego se apartaron, sospechosos y furtivos.

Rearden tomó un billete de diez dólares y lo extendió hacia él, preguntando:

—¿Podría por favor indicarnos el camino a la fábrica?

El hombre miró el dinero con hosca indiferencia, sin moverse, sin levantar una mano por él, aún aferrando los dos baldes. Si uno fuese a ver alguna vez a un hombre desprovisto de codicia, pensó Dagny, ahí estaba.

—No necesitamos dinero por aquí —dijo.

—¿No trabajáis para ganaros la vida?

—Sí.

—Bien, ¿qué usáis como dinero?

El hombre dejó los baldes en el suelo, como si se le acabase de ocurrir que no necesitaba seguir aguantando su peso.

—No usamos ningún dinero —dijo—. Sólo intercambiamos cosas entre nosotros.

—¿Cómo comerciáis con gente de otros pueblos?

—No vamos a ningún otro pueblo.

—No parecéis tenerlo fácil aquí.

—¿Y qué le importa eso a usted?

—Nada. Pura curiosidad. ¿Por qué os quedáis todos vosotros aquí?

—Mi viejo tenía una tienda de comestibles aquí. Sólo que la fábrica cerró.

—¿Por qué no os mudasteis?

—¿Adónde?

—A cualquier sitio.

—¿Para qué?

Dagny estaba mirando a los dos baldes: eran latas cuadradas con asas de cuerda; habían sido latas de gasolina.

—Escucha —dijo Rearden—, ¿puedes decirnos si hay una carretera hasta la fábrica?

—Hay un montón de carreteras.

—¿Hay alguna por la que pueda ir un coche?

—Supongo que sí.

—¿Cuál?

El hombre sopesó el problema seriamente durante algunos momentos.

—Bien, ahora, si usted dobla a la izquierda en la escuela —dijo—, y sigue hasta llegar al roble torcido, allí hay una carretera que está bien cuando no ha llovido en un par de semanas.

—¿Cuándo llovió la última vez?

—Ayer.

—¿Hay otra carretera?

—Bueno, podría ir a través de los pastos de Hanson y a través del bosque, y luego hay una carretera sólida y buena allí, que lleva hasta el arroyo.

—¿Hay un puente que cruce el arroyo?

—No.

—¿Cuáles son las otras carreteras?

—Pues si es una carretera para un coche lo que quiere, hay una al otro lado del terreno de Miller, está pavimentada, es la mejor carretera para un coche, sólo doble a la derecha en la escuela y...

—Pero esa carretera no va a la fábrica, ¿verdad?

—No, a la fábrica no.

—Bien —dijo Rearden—. Supongo que ya encontraremos nuestro propio camino.

Había presionado el botón de arranque, cuando una piedra fue a estrellarse contra el parabrisas. El cristal era a prueba de roturas, pero un sol de grietas se extendió por todo él. Vieron a un pequeño y harapiento rufián desaparecer detrás de una esquina con una carcajada estruendosa, y oyeron la risa estridente de otros niños respondiéndole desde detrás de algunas ventanas o hendiduras.

Rearden contuvo una palabrota. El hombre miró perezosamente al otro lado de la calle, frunciendo un poco el ceño. La vieja mujer siguió mirando, sin reaccionar. Se había quedado allí de pie sin decir nada, observando, sin ningún interés o propósito, como un compuesto químico en una placa fotográfica, absorbiendo formas visuales porque estaban allí para ser absorbidas, pero incapaz de formar algún juicio sobre los objetos de su visión.

Dagny había estado estudiándola durante algunos minutos. La hinchada deformidad del cuerpo de la mujer no parecía ser producto de la edad y el abandono: parecía como si estuviera embarazada. Eso parecía imposible, pero mirándola más de cerca, Dagny vio que su pelo, del color del polvo, no estaba encanecido, y que tenía pocas arrugas en la cara; eran sólo los ojos vacíos, los hombros encorvados y el arrastrar los pies lo que le daba un aire de senilidad.

Dagny se asomó y preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted?

La mujer la miró, no con resentimiento, sino simplemente como uno contempla una pregunta inútil.

—Treinta y siete —respondió.

Se habían alejado, conduciendo una distancia que una vez habían sido unas cinco manzanas cuando Dagny habló:

—Hank —dijo, aterrada—, ¡esa mujer tiene sólo dos años más que yo!

—Sí.

—Dios, ¿cómo han podido llegar a un estado como ése?

Él se encogió de hombros.

—¿Quién es John Galt?

Lo último que vieron al salir del pueblo fue una valla publicitaria. Un diseño aún era visible en las franjas descascarilladas, impreso sobre el gris muerto que una vez había sido un color. Era publicidad de una lavadora.

En un campo distante, más allá del pueblo, vieron la figura de un hombre moviéndose lentamente, feamente encorvado al realizar un esfuerzo físico poco adecuado para un cuerpo humano: estaba empujando un arado con sus manos.

Llegaron a la fábrica de la Twentieth Century Motor Company, tres kilómetros más allá, dos horas más tarde. Sabían, al subir la colina, que su búsqueda sería inútil. Un candado herrumbroso colgaba en la puerta de la entrada principal, pero las enormes ventanas estaban hechas añicos y el lugar era accesible a cualquiera, incluso a las marmotas, a los conejos, y a las hojas secas, que yacían amontonadas en su interior.

La fábrica había sido desguazada hacía mucho tiempo. Las grandes piezas de maquinaria habían sido retiradas usando algún método civilizado, los limpios agujeros de sus bases aún estaban en el hormigón del suelo. El resto había ido a parar a saqueadores fortuitos. No quedaba nada, excepto desechos que el vagabundo más necesitado habría considerado inservibles, montones de chatarra retorcida y oxidada, de tablas, yeso y trozos de vidrio..., y las escaleras de acero, que habían sido construidas para durar, y que perduraban, elevándose en delgadas espirales hacia el tejado.

Se detuvieron en el gran vestíbulo de entrada, donde un rayo de luz entraba diagonalmente por una grieta en el techo, y los ecos de sus pasos resonaron a su alrededor, extinguiéndose a lo lejos en hileras de despachos

vacíos. Un pájaro salió disparado de entre las vigas de acero y fue volando en una silbante batida de alas hacia el cielo.

—Más vale que revisemos todo esto, por si acaso —dijo Dagny—. Tú ocúpate de los talleres, y yo me ocuparé de los anexos. Hagámoslo lo más rápido posible.

—No me gusta dejarte deambular por ahí sola. No sé lo seguros que son esos pisos o esas escaleras.

—¡Oh, tonterías! Sé cómo moverme por una fábrica, y entre una cuadrilla de demolición. Terminemos con esto. Quiero largarme de aquí.

Cuando ella atravesó los silenciosos patios —en los que aún colgaban puentes grúa de acero sobre su cabeza, trazando líneas de perfección geométrica en el cielo—, su único deseo era no ver nada de aquello, pero se obligó a mirar. Era como tener que hacer una autopsia en el cuerpo de la persona amada. Movía su mirada como si fuese un reflector automático, con los dientes fuertemente apretados. Caminó rápidamente; no había necesidad de detenerse en ninguna parte.

Fue una de las salas de lo que había sido el laboratorio en la que se detuvo. Fue una bobina de cable lo que hizo que se detuviera. La bobina sobresalía entre una pila de chatarra. Nunca había visto esa particular disposición de cables, aunque le era familiar, como si le despertara la pista de algún recuerdo, vago y muy distante. Tiró de la bobina, pero no pudo moverla: parecía ser parte de algún objeto sepultado en el montón.

Le pareció que la habitación podría haber sido un laboratorio experimental, a juzgar por la función de los restos rotos que vio en las paredes: una enorme cantidad de tomas de corriente, trozos de cable pesado, cañerías de plomo, tubos de vidrio, armarios empotrados sin estantes ni puertas. Había una gran cantidad de vidrio, goma, plástico y metal en la pila de chatarra, y también esquirlas de pizarra de un gris oscuro, de lo que había sido un pizarrón. Pedazos de papel crujían secamente por todo el suelo. Había también restos de cosas que no habían sido llevadas allí por el propietario de ese laboratorio: envoltorios de palomitas de maíz, una botella de whisky, una revista confesional.

Intentó extraer la bobina de la pila de chatarra. No consiguió moverla; era parte de algún objeto mayor. Se arrodilló y empezó a escarbar entre la chatarra.

Se había cortado las manos y estaba cubierta de polvo cuando finalmente se puso de pie para mirar el objeto que había desenterrado. Eran los restos rotos del modelo de un motor. La mayoría de sus piezas faltaban, pero quedaba lo suficiente para transmitir alguna idea de su forma anterior y de su funcionalidad.

Nunca había visto un motor de ese tipo, ni nada que se le pareciese. No conseguía entender el peculiar diseño de sus componentes, o las funciones que estaban destinados a cumplir.

Examinó los tubos deslustrados y las conexiones de formas extrañas. Intentó adivinar para qué servían, mientras su mente le daba vueltas a todos los tipos de motores que conocía, y todos los tipos posibles de función que sus piezas podrían desempeñar. Ninguno de ellos encajaba con el modelo. Parecía un motor eléctrico, pero ella no conseguía entender qué combustible estaba destinado a quemar. No estaba diseñado para vapor, ni para gasolina, ni para nada que ella pudiese nombrar.

El grito que ahogó no fue un sonido, sino un estremecimiento que la lanzó al montón de chatarra. Estaba a cuatro patas, gateando sobre los escombros, agarrando cada hoja de papel que veía, tirándola, buscando más a fondo. Le temblaban las manos.

Encontró parte de lo que había esperado que aún existiese. Era un delgado fajo de páginas escritas a máquina y grapadas, lo que quedaba de un manuscrito. Le faltaban el principio y el final; los trozos de papel que quedaban grapados mostraban la gran cantidad de páginas que había contenido alguna vez. El papel estaba amarillento y seco. El manuscrito había sido una descripción del motor.

Desde el recinto vacío de la central eléctrica de la planta, Rearden oyó la voz de ella gritar:

—¡Hank! —Sonaba como un grito de terror.

Corrió en dirección a la voz. Encontró a Dagny de pie en medio de una habitación, con las manos sangrando, las medias rasgadas, el traje cubierto de polvo y un manojo de papeles sujetos en la mano.

—Hank, ¿qué parece esto? —preguntó, señalando el extraño objeto de chatarra a sus pies; su voz tenía el tono intenso y obsesionado de una persona aturdida por una conmoción, desconectada de la realidad—. ¿A qué se parece?

—¿Estás herida? ¿Qué ha pasado?

—¡No! Oh, no importa, ¡no me mires a mí! Estoy bien. Mira esto. ¿Sabes lo que es?

—¿Qué te has hecho?

—Tuve que desenterrarlo de ahí. Yo estoy bien.

—Estás temblando.

—Tú también temblarás, en un momento. ¡Hank! Míralo. Sólo mira y dime qué piensas que es.

Él miró para abajo; luego, prestó más atención, y un momento después estaba sentado en el suelo, estudiando el objeto en detalle.

—Es una forma curiosa de ensamblar un motor —dijo, frunciendo el ceño.

—Lee esto —dijo ella, extendiendo las páginas.

Él leyó, levantó la vista y dijo:

—¡Dios mío!

Ella estaba sentada en el suelo a su lado, y durante un momento no pudieron decir nada más.

—Fue la bobina... —dijo ella. Sintió como si su mente estuviese haciendo una carrera, no podía lidiar con todas las cosas que la repentina explosión había abierto a su visión, y las palabras le salieron amontonadas unas tras otras—. Fue la bobina lo que vi primero..., porque había visto dibujos parecidos a eso, no exactamente, pero parecidos, hace años, cuando estaba en la facultad... Los vi en un libro antiguo, abandonaron el prototipo dándolo por imposible, hace mucho, mucho tiempo..., pero a mí me gustaba leer todo lo que podía encontrar sobre motores de ferrocarril. Ese libro decía que hubo una época en la que los hombres estaban pensando en ello..., trabajaron en ello, invirtieron años en experimentos, pero no pudieron resolverlo y acabaron abandonándolo. Permaneció en el olvido durante generaciones. Yo no creía que ningún científico vivo hubiese pensado en eso ahora. Pero alguien lo hizo. ¡Alguien lo ha resuelto, ahora, hoy! Hank, ¿lo entiendes? Esos hombres, hace mucho tiempo, intentaron inventar un motor capaz de extraer electricidad estática de la atmósfera, transformarla y crear su propia energía mientras funcionaba. Ellos no lo consiguieron. Se dieron por vencidos. —Ella señaló la forma rota—. Pero ahí está.

Él asintió. No estaba sonriendo. Estaba sentado mirando los restos, centrado en algún pensamiento suyo propio; no parecía ser un pensamiento feliz.

—¡Hank! ¿No entiendes lo que esto significa? Es la mayor revolución en motores eléctricos desde el motor de combustión interna, ¡más grande que eso! Esto arrasa con todo, y hace que todo sea posible. ¡Al diablo con Dwight Sanders y todos ellos! ¿Quién tendrá en cuenta el motor diésel? ¿Quién querrá preocuparse por el gasóleo, el carbón o las gasolineras? ¿Ves lo que yo veo? Una locomotora totalmente nueva con la mitad del tamaño de una unidad diésel y con una potencia diez veces mayor. Un autogenerador que funciona con unas pocas gotas de combustible, con energía sin límites. El medio de transporte más limpio, rápido y barato jamás concebido. ¿Te imaginas cómo esto transformará nuestros sistemas de transporte y el país... en alrededor de un año?

No había ninguna chispa de entusiasmo en el rostro de él. Dijo lentamente:

—¿Quién lo diseñó? ¿Por qué lo dejaron aquí?

—Lo descubriremos.

Él sopesó las páginas en su mano, reflexionando.

—Dagny —preguntó—, si no encuentras al hombre que lo creó, ¿serás capaz de reconstruir ese motor con lo que queda de él?

Ella se tomó un largo momento; luego, la palabra cayó con un sonido de decepción:

—No.

—Nadie será capaz de hacerlo. Todo lo que hizo fue correcto. Funcionaba, a juzgar por lo que escribe aquí. Es la cosa más grandiosa que han visto mis ojos. Lo era. No podemos hacerlo funcionar otra vez. Para recuperar lo que falta sería necesaria una mente tan grande como la suya.

—Lo encontraré..., aunque tenga que dejar todas las demás cosas que estoy haciendo.

—Y siempre que aún esté vivo.

Ella oyó la tácita suposición en su tono de voz.

—¿Por qué lo dices así?

—No creo que esté vivo. Si lo estuviese, ¿dejaría un invento de ese tipo para que se pudriese entre un montón de chatarra? ¿Abandonaría un logro de esas dimensiones? Si estuviese vivo, habrías tenido locomotoras con autogeneradores hace años. Y no habrías tenido que buscarlo a él, porque el mundo entero conocería su nombre a estas alturas.

—No creo que este modelo haya sido hecho hace tanto tiempo.

Él miró el papel del manuscrito y el deslustre herrumbroso del motor. Y añadió:

—Unos diez años atrás, diría yo. Quizá un poco más.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Dagny—, o a alguien que lo conociese. Eso es más importante que...

—... que cualquier otra cosa que cualquiera posea o fabrique hoy día —interrumpió él—. Aunque no creo que lo encontremos. Y si no lo hacemos, nadie será capaz de repetir su resultado. Nadie reconstruirá su motor. No queda lo suficiente de él. Es únicamente una pista, una pista valiosísima, pero haría falta el tipo de mente que nace una vez cada siglo para terminarlo. ¿Te imaginas a los diseñadores de motores actuales intentándolo?

—No.

—No queda ni un diseñador de primera. No ha habido ninguna idea nueva en el campo de los motores durante años. Ésa es una profesión que parece estar muriendo, o ya muerta.

—Hank, ¿sabes lo que habría significado ese motor, si hubiese llegado a construirse?

Él se rio brevemente entre dientes.

—Yo diría: unos diez años añadidos a la vida de cada persona en este país, si consideras cuántas cosas habría hecho más fáciles y más baratas de producir, cuántas horas de trabajo humano habría liberado para otras tareas, y cuánto más el trabajo de cada uno le habría rendido. ¿Locomotoras? ¿Qué me dices de automóviles y barcos y aviones con un motor de ese tipo? Y tractores. Y plantas de energía eléctrica. Todos conectados a un suministro ilimitado de energía, sin combustible que pagar, excepto por unos cuantos centavos para que el convertidor siga funcionando. Ese motor podría haber puesto en movimiento a todo el país, y haberlo puesto en órbita. Habría llevado una bombilla de luz eléctrica a cada agujero, incluso a los hogares de esas personas que vimos allá abajo en el valle.

—¿Lo habría hecho...? ¡Lo hará! Voy a encontrar al hombre que lo creó.

—Lo intentaremos.

Él se puso de pie bruscamente, pero se detuvo para mirar los restos rotos y dijo, con una risa que no era alegre:

—*Ése* era el motor para la Línea John Galt.

Luego habló en la manera brusca de un ejecutivo.

—Primero, intentaremos ver si podemos encontrar la oficina de personal aquí. Buscaremos sus registros, si queda alguno. Queremos los nombres del equipo de investigación y de sus ingenieros. No sé quién es el dueño de este lugar ahora, y sospecho que los dueños serán difíciles de hallar, o no habrían dejado que llegase a este punto. Luego revisaremos cada sala del laboratorio. Después, haremos que un par de ingenieros vuelen hasta aquí y criben el resto del lugar.

Se pusieron en marcha, pero ella se detuvo un momento en el umbral.

—Hank, ese motor era la cosa más valiosa dentro de esta fábrica —dijo, su voz baja—. Valía más que la fábrica entera y que todo lo que alguna vez hubo en ella. Sin embargo, lo pasaron por alto y lo dejaron en la basura. Fue la única cosa que a nadie le pareció que valiese la pena llevarse.

—Eso es lo que me asusta de todo esto —respondió él.

Inspeccionar la oficina de personal no les llevó mucho tiempo. La encontraron por el letrero que había quedado en la puerta, el cual era la única cosa que quedaba de ella. No había muebles dentro, ni papeles, nada más que trozos de ventanas hechas añicos.

Regresaron a la sala del motor. Gateando sobre manos y rodillas, examinaron cada trozo de chatarra que cubría el suelo. No había mucho que encontrar. Separaron los papeles que parecían contener notas de laboratorio, pero ninguno hacía referencia al motor, y no había páginas del manuscrito entre ellos. Los envoltorios de palomitas de maíz y la botella de whisky eran prueba del tipo de hordas invasoras que habían pasado por esa sala, como olas arrastrando los restos de destrucción a profundidades desconocidas.

Separaron unos cuantos trozos de metal que podrían haber sido parte del motor, pero eran demasiado pequeños como para tener algún valor. Parecía que al motor le habían arrancado algunas partes, quizá había sido alguien que pensó que podría darles algún uso convencional. Lo que había quedado era demasiado extraño como para ser de interés para cualquiera.

Apoyada en sus doloridas rodillas, con las palmas de las manos extendidas sobre el áspero suelo, ella sintió la ira temblando en su interior, una dolorosa e impotente ira en respuesta a una profanación. Se preguntó si los pañales de alguien colgaban de un tendedero hecho con los cables que faltaban del motor, si sus ruedas se habían convertido en una polea de

cuerda sobre algún aljibe comunal, si su cilindro era ahora una maceta con geranios en el alféizar de la ventana de la amada del hombre de la botella de whisky.

Había restos de luz sobre la colina, pero una neblina azul avanzaba sobre los valles, y el rojo y el dorado de las hojas se estaba extendiendo hacia el cielo en las franjas del ocaso.

Era de noche cuando terminaron. Ella se puso de pie y se inclinó contra el marco vacío de la ventana para sentir una caricia de aire fresco en la frente. El cielo estaba de un azul oscuro. «Podría haber puesto en movimiento a todo el país, y haberlo puesto en órbita.» Miró hacia abajo, al motor. Miró hacia afuera, al campo. Gimió de pronto, invadida por un estremecimiento único y prolongado, y dejó caer la cabeza sobre el brazo, mientras seguía de pie, presionada contra el marco de la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Ella no respondió.

Él miró hacia afuera. Allá abajo, en el valle, en la creciente oscuridad de la noche, temblaban unas cuantas manchas pálidas, que eran luces de velas de sebo.

## Capítulo X

## La antorcha de Wyatt

—¡Que Dios se apiade de nosotros, señora! —dijo el funcionario del Registro de la Propiedad—. Nadie sabe quién es dueño de esa fábrica ahora. Imagino que nadie lo sabrá jamás.

El funcionario estaba sentado en un despacho de la planta baja, donde una capa permanente de polvo cubría los archivos, y donde pocos visitantes acudían. Miró el resplandeciente automóvil aparcado al otro lado de la ventana, en la enlodada plaza que un tiempo atrás había sido el centro de una próspera capital de condado; miró con leve y nostálgico asombro a sus dos desconocidos visitantes.

—¿Por qué? —preguntó Dagny.

Él señaló con aire resignado el montón de papeles que había sacado de los archivos.

—El tribunal tendrá que decidir quién es su dueño, lo cual no creo que pueda hacer ningún tribunal..., en el caso de que alguno llege a juzgarlo... Y no creo que ninguno lo haga.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Bueno, pues que fue vendida..., la Twentieth Century Motor Company, quiero decir. La Twentieth Century Motor Company fue vendida dos veces, al mismo tiempo y a dos grupos distintos de dueños. Fue un gran escándalo en su momento, hace dos años, y ahora no es más que... —dijo, y señaló con el dedo—, no es más que un montón de papeles esparcidos por ahí, esperando la audiencia de un tribunal. No veo cómo algún juez pueda ser capaz de desenredar algo sobre los derechos de propiedad a partir de eso, o plantear algún derecho de cualquier otro tipo.

—¿Podría explicarme por favor exactamente qué pasó?

—Pues mire, el último propietario legal de la fábrica fue La Compañía Hipotecaria del Pueblo, de Roma, Wisconsin. Roma es un pueblo que está a unos 50 kilómetros al otro lado de la fábrica. Esa compañía hipotecaria era

una de esas entidades bulliciosas que hacen mucha propaganda de créditos fáciles. Mark Yonts era su director. Nadie sabía de dónde vino y nadie sabe adónde fue a parar después, pero, a la mañana siguiente de que La Compañía Hipotecaria del Pueblo quebrase, lo que descubrieron fue que Mark Yonts le había vendido la Twentieth Century Motor Company a un puñado de bobos de Dakota del Sur, y que también la había puesto como aval para un préstamo de un banco en Illinois. Y cuando le echaron un vistazo a la fábrica, descubrieron que él se había llevado toda la maquinaria y la había vendido a pedazos, sólo Dios sabe dónde y a quién. Así que es como si todo el mundo fuese dueño del lugar, y nadie lo fuese. Así está la cosa ahora: los de Dakota del Sur y el banco y el abogado de los acreedores de La Compañía Hipotecaria del Pueblo están todos demandándose unos a otros, todos ellos reclamando la fábrica, y ninguno de ellos con derecho a mover ni una rueda en ella, aunque no quedan ruedas que mover.

—¿Puso Mark Yonts la fábrica en funcionamiento antes de venderla? —preguntó Dagny.

—¡Por Dios, no, señora! Él no era del tipo que ponga en funcionamiento nada. Él no quería ganar dinero, sólo apropiárselo. Y supongo que se lo apropió, de hecho..., más que cualquier otro podría haber exprimido de esa fábrica.

Se preguntó por qué aquel hombre rubio y de facciones duras sentado al lado de esa mujer frente a su escritorio miraba gravemente por la ventana al coche de ellos, a un objeto grande envuelto en lona y firmemente atado bajo la tapa entreabierta del maletero.

—¿Qué pasó con los archivos de la fábrica? —dijo Dagny.

—¿A cuáles se refiere, señora?

—Sus archivos de producción. Sus archivos laborales. Sus archivos... de recursos humanos.

—Oh, no queda nada de eso ahora. Ha habido muchos saqueos. Todos los diferentes dueños se llevaron de allí los muebles y todas las cosas que pudieron, a pesar de que el alguacil puso un candado en la puerta. Los papeles y esas cosas..., supongo que se lo llevaron los carroñeros de Starnesville, ése es el sitio que hay allá abajo en el valle, donde lo están pasando bastante mal estos días. Debieron usar todo eso para encender el fuego..., es lo más probable.

—¿Queda alguien aquí que haya trabajado en la fábrica? —preguntó Rearden.

—No, señor. No por aquí. Todos vivían en Starnesville.

—¿Todos? —susurró Dagny; estaba pensando en las ruinas del poblado—. ¿Los ingenieros... también?

—Sí, señora. Ése era el pueblo de la fábrica. Pero todos se fueron hace tiempo.

—¿Por casualidad recuerda los nombres de algunas personas que trabajaran allí?

—No, señora.

—¿Qué dueño fue el último en dirigir la fábrica? —preguntó Rearden.

—No sabría decirle, señor. Ha habido muchos problemas allí, y el sitio ha cambiado de manos muchas veces desde que falleció el viejo Jed Starnes. Él fue el hombre que construyó la fábrica. Él fue quien creó toda esta parte del país, supongo. Murió hace doce años.

—¿Puede usted darnos los nombres de todos los dueños a partir de ese momento?

—No, señor. Hubo un incendio en el antiguo registro unos tres años atrás, y todos los archivos antiguos se perdieron. No sé dónde podría usted seguirles la pista ahora.

—¿No sabe usted cómo ese tal Mark Yonts consiguió adquirir la fábrica?

—Sí, eso sí lo sé. Se la compró al alcalde Bascom, de Roma. Cómo el alcalde Bascom llegó a ser su propietario, eso no lo sé.

—¿Dónde está el alcalde Bascom ahora?

—Sigue allí, en Roma.

—Muchas gracias —dijo Rearden, levantándose—. Le haremos una visita.

Estaban ya en la puerta cuando el funcionario preguntó:

—¿Qué es lo que buscan ustedes, señores?

—Estamos buscando a un amigo nuestro —dijo Rearden—. A un amigo que desapareció, y que trabajaba en esa fábrica.

El alcalde Bascom, de Roma, Wisconsin, se reclinó en su silla; su pecho y su estómago formaban un contorno en forma de pera bajo la sucia camisa. El aire era una mezcla de sol y polvo que oprimía intensamente el porche de su casa. Movió el brazo; el anillo en uno de sus dedos brillaba con un topacio grande y de mala calidad.

—Inútil, inútil, señorita, totalmente inútil —dijo—. Sólo estarían perdiendo el tiempo si intentaran indagar con la gente de por aquí. No queda nadie de la fábrica, ni nadie que pueda recordar mucho sobre ellos. Tantas familias se han ido de aquí que lo que queda no es nada bueno, y no es porque lo diga yo, pero nada bueno; sólo soy el alcalde de un montón de basura.

Había ofrecido asiento a sus dos visitantes, pero no le importó que la dama prefiriese quedarse de pie en la barandilla del porche. Se reclinó, estudiando su alta figura; mercancía de primera, pensó; pero, claro, el hombre que iba con ella era obviamente rico.

Dagny estaba mirando las calles de Roma. Había casas, aceras, farolas... e incluso un anuncio de refrescos; pero parecía como si fuese sólo cuestión de centímetros y de horas para que el pueblo llegase al mismo estado que Starnesville.

—No, no quedan archivos de la fábrica —dijo el alcalde Bascom—. Si es eso lo que quiere encontrar, señorita, desista. Ahora es como correr detrás de hojas en una tormenta. Exactamente como hojas en una tormenta. ¿A quién le importan los papeles? En tiempos como éstos, lo que la gente guarda son objetos materiales buenos, sólidos. Uno tiene que ser práctico.

A través de los cristales llenos de polvo, ellos podían ver el salón de su casa: había alfombras persas sobre un irregular suelo de madera, un bar portátil con adornos cromados apoyado en una pared manchada con las goteras de lluvias del año anterior, un aparato de radio caro con una lámpara de keroseno encima.

—Claro, fui yo quien le vendió la fábrica a Mark Yonts. Mark era un buen tipo, un tipo simpático, vivaz y enérgico. Claro, hizo algunas trampas, pero ¿quién no las hace? Por supuesto, se pasó un poco. Eso..., yo no lo esperaba. Pensé que sería lo suficientemente listo como para mantenerse dentro de la ley..., o de lo que queda de ella hoy en día.

El alcalde Bascom sonrió, mirándoles con plácida franqueza. Sus ojos eran astutos pero sin inteligencia, su sonrisa era amable pero sin bondad.

—No creo que ustedes, amigos, sean detectives —dijo—, pero, aunque lo fuesen, no me importaría. Yo no arañé nada de Mark, él no me incluyó en ninguno de sus tratos, no tengo ni idea de adónde ha ido ahora. —Suspiró —. Me caía bien ese tipo. Ojalá se hubiese quedado por aquí. Qué más dan los sermones dominicales. Tenía que vivir, ¿no? Él no era peor que cualquier otro, sólo más listo. A algunos los pillan, y a otros, no; ésa es la única diferencia... No, yo no sabía lo que iba a hacer con la fábrica cuando la compró. Claro, me pagó bastante más de lo que esa bomba de relojería valía. Claro, me hizo un gran favor al comprarla. No, no hice ninguna presión para que la comprara. No fue necesario. Yo le había hecho unos cuantos favores antes. Hay muchas leyes que son bastante elásticas, y un alcalde tiene posibilidad de estirarlas un poco para un amigo. Bueno, ¿qué diablos? Ésa es la única forma en que uno puede hacerse rico en este mundo —le echó un vistazo al lujoso coche negro—, como ustedes deben saber.

—Estaba hablándonos de la fábrica —dijo Rearden, tratando de controlarse.

—Lo que no puedo soportar —dijo el alcalde Bascom— es a esa gente que habla de principios. Ningún principio ha llenado jamás la botella de leche de nadie. Lo único que cuenta en la vida son bienes materiales, sólidos. No es hora de teorías cuando todo se está cayendo a pedazos a nuestro alrededor. En cuanto a mí, yo no tengo pensado hundirme. Que ellos se queden con sus ideas, y yo me quedo con la fábrica. Yo no quiero ideas, sólo quiero mis tres buenas comidas al día.

—¿Por qué compró usted la fábrica?

—¿Por qué compra uno cualquier negocio? Para exprimir lo que se pueda exprimir de él. Yo reconozco una buena oportunidad cuando la veo. Era una liquidación por quiebra, y no había mucha gente que quisiera pujar por ese viejo berenjenal. Así que conseguí el sitio por una miseria. Y ni siquiera tuve que tener la fábrica durante mucho tiempo, Mark me la quitó de las manos dos o tres meses después. Desde luego, fue un buen negocio, modestia aparte. Ningún gran genio de los negocios podría haberlo hecho mejor.

—¿La fábrica estaba en funcionamiento cuando usted asumió el mando?

—No. Estaba cerrada del todo.

—¿Intentó usted reabrirla?

—Yo no. Yo soy un hombre práctico.

—¿Puede recordar los nombres de algunos de los hombres que trabajaban allí?

—No. Nunca llegué a conocerlos.

—¿Se llevó usted algo de la fábrica?

—Pues les contaré. Eché un vistazo por allí, y lo que me gustó fue el escritorio del viejo Jed. El viejo Jed Starnes. Él era un verdadero pez gordo en su época. Un escritorio estupendo, de caoba maciza. Así que me lo traje a casa. Y algún ejecutivo, no sé quién, tenía una ducha en su cuarto de baño, nada parecido que yo hubiese visto jamás. Una puerta de cristal con una sirena tallada, arte de verdad, y, además, muy sexy, más sexy que cualquier pintura al óleo. Así que hice que la desmontaran y que la trajeran aquí. ¡Qué demonios!, yo era el dueño, ¿no? Tenía derecho a sacar algo de valor de esa fábrica.

—¿De quién era la liquidación por quiebra cuando usted compró la fábrica?

—Oh, fue la gran quiebra del Community National Bank, de Madison. Bueno, ¡vaya quiebra! Casi acabó con el estado entero de Wisconsin, ciertamente acabó con esta parte de él. Algunos dicen que fue la fábrica de motores la que hundió al banco, pero otros dicen que la fábrica fue sólo la gota que colmó el vaso, porque el Community National tenía inversiones muy malas en otros tres o cuatro estados. Eugene Lawson era quien lo dirigía. El «banquero con corazón», así lo llamaban. Era muy famoso por estas latitudes hace dos o tres años.

—¿Operó Lawson la fábrica?

—No. Él simplemente prestó una enorme cantidad de dinero con ella como aval, mucho más de lo que podría haber esperado recuperar del viejo montón de chatarra. Cuando la fábrica se vino abajo, eso le dio la puntilla a Gene Lawson. El banco se fue a pique tres meses después. —Suspiró—. Eso le impactó muchísimo a la gente de por aquí. Todos ellos tenían los ahorros de toda su vida en el Community National.

El alcalde Bascom miró su pueblo con añoranza por encima de la barandilla del porche. Señaló con el pulgar una figura al otro lado de la calle: era una mujer de la limpieza, con el pelo blanco, moviéndose penosamente sobre las rodillas, fregando los escalones de una casa.

—¿Ve a esa mujer, por ejemplo? Ella y su marido eran gente seria y respetable. Él era dueño de una tienda de lencería. Trabajó toda su vida para poder atenderla a ella en su vejez; y además, al morir, lo había conseguido..., sólo que el dinero estaba en el Community National Bank.

—¿Quién estaba dirigiendo la fábrica cuando fracasó?

—Oh, eso fue una empresa formada de la noche a la mañana que se llamaba Amalgamated Service Inc. Pero era sólo una pompa de jabón. Apareció de la nada, y volvió a lo mismo.

—¿Dónde están sus miembros?

—¿Dónde están los pedazos de una pompa de jabón cuando estalla? Intente seguirlos por todo el país. Inténtelo.

—¿Dónde está Eugene Lawson?

—Oh, ¿él? Le ha ido bien. Tiene un trabajo en Washington, en la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales.

Rearden se levantó demasiado rápido, poniéndose en pie impulsado por la ira; luego, controlándose, dijo:

—Gracias por la información.

—De nada, amigo, de nada —dijo el alcalde Bascom plácidamente—. No sé qué es lo que ustedes andan buscando, pero, háganme caso..., desistan. No hay nada más que pueda sacarse de esa fábrica.

—Le dije que estamos buscando a un amigo nuestro.

—Bien, como usted quiera. Debe de ser realmente un buen amigo, si se está tomando tantas molestias para encontrarlo, usted y la encantadora dama que no es su esposa.

Dagny vio el rostro de Rearden ponerse pálido, hasta el punto de que sus labios se convertían en un rasgo escultural, invisibles contra su piel.

—Guarde sus sucios... —empezó, pero ella se interpuso entre los dos.

—¿Por qué cree usted que yo no soy su esposa? —preguntó con calma. El alcalde Bascom pareció asombrado ante la reacción de Rearden; él había hecho la observación sin malicia, simplemente como un colega que se jacta de su astucia ante compinches con los que comparte la culpa.

—Señorita, he visto mucho a lo largo de mi vida —dijo, en plan bonachón—. Las personas casadas no tienen una cama en sus mentes cada vez que se miran. En este mundo, o eres virtuoso o disfrutas. No las dos cosas, señorita, no las dos.

—Le he hecho una pregunta —le dijo ella a Rearden a tiempo de silenciarlo—. Me ha dado una explicación instructiva.

—Si quiere un consejo, señorita —dijo el alcalde Bascom—, compre un anillo de casada en una tienda de baratijas y úselo. No es infalible, pero ayuda.

—Gracias —dijo ella—. Adiós.

La tranquila y seria calma de su conducta fue una orden que hizo que Rearden la siguiese de vuelta a su coche en silencio.

Se encontraban a varios kilómetros del pueblo cuando él dijo, sin mirarla, su voz desesperada y baja:

—Dagny, Dagny, Dagny... ¡lo siento!

—Yo no.

Momentos después, cuando vio que algo parecido al control volvía al rostro de él, ella dijo:

—Nunca te enfades con un hombre por decir la verdad.

—Esa verdad concreta no era asunto suyo.

—Su evaluación concreta de ella tampoco era importante para ti o para mí.

Él dijo con los dientes apretados, no como respuesta, sino como si un único pensamiento martilleándole el cerebro se hubiese convertido en sonidos contra su voluntad:

—No pude protegerte de ese mísero indeseable...

—No necesitaba protección.

Él permaneció en silencio, sin mirarla.

—Hank, cuando consigas controlar tu enfado, mañana o la semana que viene, piensa un poco en la explicación de ese hombre, e intenta ver si compartes alguna parte de ella.

Él volvió la cabeza para mirarla, pero no dijo nada.

Cuando volvió a hablar, mucho tiempo después, fue para decir con voz serena y cansada:

—No podemos llamar a Nueva York para que nuestros ingenieros vengan a registrar la fábrica. No podemos encontrarnos con ellos aquí. No podemos dejar que se sepa que encontramos el motor juntos... Me había olvidado de todo eso, allá arriba, en el laboratorio.

—Voy a llamar a Eddie en cuanto encontremos un teléfono. Haré que envíe a dos ingenieros de la plantilla de Taggart. Yo estoy aquí sola, de vacaciones; para todos los efectos, eso es lo único que sabrán o tendrán que saber.

Recorrieron trescientos kilómetros hasta encontrar un teléfono con el que poder hacer una llamada de larga distancia. Cuando ella llamó a Eddie Willers, él ahogó una exclamación al oír su voz:

—¡Dagny! Por el amor de Dios, ¿dónde estás?

—En Wisconsin. ¿Por qué?

—No sabía dónde localizarte. Más vale que vuelvas inmediatamente. Lo más rápido que puedas.

—¿Qué ha pasado?

—Nada... aún. Pero están pasando cosas que... Tienes que pararlos ahora, si puedes. Si alguien puede.

—¿Qué cosas?

—¿No has leído los periódicos?

—No.

—No puedo decírtelo por teléfono. No puedo darte todos los detalles. Dagny, pensarás que estoy loco, pero creo que están planeando acabar con Colorado.

—Volveré enseguida —dijo ella.

Tallados en el granito de Manhattan, debajo de la Terminal Taggart, había túneles que fueron usados antaño como desvíos, en la época en que el tráfico circulaba en corrientes constantes a través de todas las arterias de la terminal a todas horas del día. La necesidad de espacio se había reducido a lo largo de los años con la disminución del tráfico, y las galerías laterales habían sido abandonadas como si fuesen cauces de ríos secos; aún quedaban unas cuantas luces, como manchas azules sobre el granito, encima de raíles que habían sido dejados en el suelo y se habían oxidado sin remedio.

Dagny colocó los restos del motor dentro de una cripta en uno de los túneles; la cripta había contenido en el pasado un generador eléctrico de emergencia que había sido retirado hacía mucho tiempo. Ella no confiaba en los inútiles jóvenes del equipo de investigación de Taggart; había sólo

dos ingenieros con talento entre ellos que apreciarían su descubrimiento. Había compartido su secreto con los dos, y los había enviado a registrar la fábrica en Wisconsin. Luego, ella había escondido el motor donde nadie más pudiese descubrirlo.

Cuando los trabajadores bajaron el motor a la cripta y se marcharon, ella estuvo a punto de seguirlos y cerrar la puerta de acero, pero se detuvo, con la llave en la mano, como si el silencio y la soledad la hubieran lanzado de pronto al problema que había estado encarando durante días, como si ése fuera el momento de tomar su decisión.

Su vagón oficina la esperaba junto a uno de los andenes de la terminal, enganchado a la cola de un tren listo para partir hacia Washington en unos minutos. Había concertado una cita para ver a Eugene Lawson, pero se había dicho a sí misma que la cancelaría y que pospondría sus pesquisas... si consiguiese pensar en alguna acción que emprender contra las cosas que se había encontrado a su regreso a Nueva York, las cosas por las que Eddie le había implorado que luchara.

Había intentado pensar en eso, pero no conseguía ver ni la forma de luchar ni las reglas de la batalla ni las armas. La impotencia era una extraña experiencia, nueva para ella; nunca le había parecido difícil encarar las cosas y tomar decisiones; pero no estaba lidiando con cosas..., eso era una niebla sin formas definidas, en la que algo no paraba de conformarse y de cambiar antes de poder ser captado, como semicoágulos en un líquido algo espeso..., era como si sus ojos hubiesen quedado reducidos a su visión periférica, y ella tuviese la sensación de ver desastres borrosos enroscándose hacia ella, pero sin poder mover su mirada, como si no tuviese mirada que pudiera mover y enfocar.

El Sindicato de Maquinistas Ferroviarios estaba exigiendo que la velocidad máxima de todos los trenes de la Línea John Galt se redujese a cien kilómetros por hora, y el Sindicato de Conductores y Guardafrenos Ferroviarios estaba exigiendo que la longitud de todos los trenes de mercancías en la Línea John Galt se redujese a sesenta vagones.

Los estados de Wyoming, Nuevo México, Utah y Arizona estaban exigiendo que el número de trenes en circulación en Colorado no excediese el número de trenes que circulaban en cada uno de esos estados vecinos.

Un grupo liderado por Orren Boyle estaba exigiendo la aprobación de una ley de preservación del medio de vida que limitase la producción de Metal Rearden a una cantidad igual a la producción de cualquier otra fundición que tuviese una planta de capacidad similar.

Un grupo liderado por el señor Mowen estaba exigiendo la aprobación de una ley de participación equitativa para darle a todo cliente que lo desease el mismo suministro de Metal Rearden.

Un grupo liderado por Bertram Scudder estaba exigiendo la aprobación de una ley de estabilidad pública que prohibiera a las empresas del Este que se mudaran a otros estados.

Wesley Mouch, coordinador jefe de la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, estaba haciendo numerosas declaraciones, cuyo contenido y objetivo no parecían definirse claramente, excepto por el hecho de que las expresiones «poderes de emergencia» y «economía desequilibrada» no paraban de aparecer en el texto cada pocas líneas.

—Dagny, ¿con qué derecho...? —Eddie Willers le había preguntado con voz tranquila, pero con palabras que sonaban como un grito—. ¿Con qué derecho están todos haciendo eso? ¿Con qué derecho?

Dagny había confrontado a James Taggart en su despacho y le había dicho:

—Jim, ésta es tu batalla. Yo he peleado la mía. Tú eres supuestamente un experto en lidiar con los saqueadores. Páralos.

Taggart había dicho, sin mirarla:

—No puedes esperar dirigir la economía nacional para que se acomode a tu conveniencia.

—¡No quiero dirigir la economía nacional! ¡Quiero que tus dirigentes de la economía nacional me dejen tranquila! Tengo un ferrocarril que dirigir, y sé qué es lo que le va a pasar a tu economía nacional si mi ferrocarril se derrumba.

—No veo necesidad de entrar en pánico.

—Jim, ¿tengo que explicarte que los ingresos de nuestra Línea Río Norte es lo único que tenemos para librarnos del colapso? ¿Que necesitamos hasta el último centavo de ella, cada billete, cada vagón de carga... lo más rápido que podamos conseguirlos? —Él no había respondido —. Si ahora tenemos que usar cada pizca de potencia en cada una de

nuestras locomotoras diésel estropeadas, si ahora no tenemos suficientes de ellas para darle a Colorado el servicio que necesita, ¿qué va a pasar si reducimos la velocidad y la longitud de los trenes?

—Bueno, algo hay que decir también a favor del punto de vista de los sindicatos. Con tantas compañías ferroviarias cerrando y tantos empleados del ferrocarril en paro, ellos sienten que esas velocidades adicionales que has implementado en la Línea Río Norte son injustas; ellos consideran que, en vez de eso, debería haber más trenes para que el trabajo pueda ser repartido entre todos; ellos creen que no es justo que nosotros obtengamos todo el beneficio de ese nuevo raíl, ellos también quieren una parte de él.

—¿Quién quiere una parte de él? ¿En pago de qué? —Él no había respondido—. ¿Quién soportará el coste de dos trenes realizando el trabajo de uno? —Él no había respondido—. ¿Dónde vas a conseguir los vagones y las locomotoras? —Él no había respondido—. ¿Qué van a hacer esos hombres cuando hayan conseguido que Taggart Transcontinental deje de existir?

—Tengo la total intención de proteger los intereses de Taggart Transcontinental.

—¿Cómo? —Él no había respondido—. ¿Cómo..., si te cargas Colorado?

—Me parece a mí que antes de preocuparte por darle a algunas personas la oportunidad de expandirse, deberíamos darle alguna consideración a la gente que necesita una oportunidad de supervivencia básica.

—Si te cargas Colorado, ¿qué va a quedar para que tus malditos saqueadores sobrevivan de ello?

—Siempre te has opuesto a cualquier medida progresista y social. Creo recordar que pronosticaste un desastre cuando aprobamos la Regla Anticompetencia-despiadada, pero el desastre no ha ocurrido.

—¡Porque yo os salvé, pedazo de imbéciles! ¡No tendré cómo salvaros esta vez! —Él se había encogido de hombros, sin mirarla—. Y si no lo hago yo, ¿quién va a hacerlo? —Él no había respondido.

Nada de eso le parecía real a ella, aquí, bajo tierra. Pensando en eso aquí, ella supo que no tenía cómo participar en la batalla de Jim. No había acción alguna que ella pudiese tomar contra los hombres de pensamiento sin definir, de motivos sin nombrar, de objetivos sin expresar, de moralidad

sin especificar. No había nada que ella pudiese decirles, nada que fuese escuchado o respondido. ¿Cuáles eran las armas, pensó, en un terreno en el que la razón había dejado de ser un arma? Era un terreno en el que ella no podía entrar. Tenía que dejárselo a Jim y contar con su interés personal. Levemente, sintió el escalofrío de un pensamiento diciéndole que un interés personal no era lo que motivaba a Jim.

Miró el objeto delante de ella, una caja de cristal con los restos del motor. El hombre que hizo el motor..., pensó de repente, el pensamiento invadiéndola como un grito de desesperación. Por un momento, sintió un impotente anhelo de encontrarlo, de apoyarse en él y dejar que él le dijese qué hacer. Una mente como la suya conocería el camino para ganar esa batalla.

Miró a su alrededor. En el mundo limpio y racional de túneles subterráneos, nada tenía una importancia más urgente que la tarea de encontrar al hombre que hizo el motor. Pensó: ¿podría postergar eso para poder discutir con Orren Boyle...?, ¿para razonar con el señor Mowen...?, ¿para suplicarle a Bertram Scudder? Ella visualizó el motor acabado, integrado en una locomotora que tiraba de un tren con doscientos vagones por una vía de Metal Rearden a trescientos kilómetros por hora. Si esa visión estaba a su alcance, dentro de lo posible, ¿iba ella a abandonarla y a perder su tiempo regateando por cien kilómetros y sesenta vagones? Ella no podía rebajarse a una existencia en la que su cerebro estallaría bajo la presión que supondría forzarse a sí misma para no superar aquella incompetencia. Ella no podría funcionar siguiendo la regla del «¡cállate..., agáchate..., ve más despacio..., no des lo mejor de ti, no es lo que quieren!».

Se volvió resueltamente y abandonó la cripta para tomar el tren a Washington.

Al cerrar la puerta de acero, le pareció haber oído un débil eco de pasos. Miró a un lado y a otro de la oscura curva del túnel. No había nadie a la vista; no había nada más que una hilera de luces azules brillando sobre paredes de granito húmedo.

Rearden no podía luchar contra las pandillas que exigían tener esas leyes. La alternativa era doble: o luchar contra ellos, o mantener sus hornos abiertos. Había perdido su suministro de mineral de hierro. Tenía que librar

una batalla o la otra. No había tiempo para ambas.

Al regresar, él se enteró de que un cargamento de mineral de hierro que estaba programado no había llegado. Larkin no ofreció ninguna explicación al respecto. Cuando se le convocó a la oficina de Rearden, Larkin apareció tres días después de la fecha para la que fue citado, y no pidió disculpas. Sin mirar a Rearden, con la boca apretada fuertemente en una expresión de rencorosa dignidad, dijo:

—A fin de cuentas, no puedes ordenarle a la gente que venga corriendo a tu oficina en cualquier momento que a ti te parezca.

Rearden habló lenta y cuidadosamente.

—¿Por qué no fue entregado el mineral?

—No toleraré maltratos, simplemente no toleraré ningún maltrato por algo que yo no pude evitar. Sé dirigir una mina tan bien como tú la dirigías, exactamente igual, e hice todo lo que tú hacías... No sé por qué, de manera imprevista, ciertas cosas continúan saliendo mal todo el tiempo. No puedo ser culpado por los imprevistos.

—¿A quién le enviaste tu mineral el mes pasado?

—Tenía la intención de enviarte a ti tu parte, tenía completamente esa intención, pero no pude facilitártelo porque perdimos diez días de producción a causa de la tormenta que azotó todo el norte de Minnesota... Mi intención era entregarte el mineral, así que no puedes echarme la culpa, porque mi intención era totalmente honesta.

—Si uno de mis altos hornos se para, ¿podré mantenerlo funcionando alimentándolo con tus intenciones?

—Por eso nadie puede tratar contigo o hablar contigo..., porque eres inhumano.

—Acabo de enterarme de que, durante los últimos tres meses, no has estado expidiendo tu mineral con barcos por el lago; has estado transportándolo por ferrocarril. ¿Por qué?

—Bueno, a fin de cuentas, tengo derecho a dirigir mi negocio como a mí me parezca.

—¿Por qué estás dispuesto a pagar el coste adicional?

—¿Qué te importa a ti? No te lo estoy cobrando.

—¿Qué harás cuando descubras que no puedes pagar las tarifas ferroviarias y que has hundido el transporte por lago?

—Estoy seguro de que no entenderías ninguna consideración que no fuese dólares y centavos, pero algunas personas sí consideran sus responsabilidades sociales y patrióticas.

—¿Qué responsabilidades?

—Pues yo creo que un ferrocarril como Taggart Transcontinental es esencial para el bienestar nacional, y creo que el deber público de uno es apoyar la línea de Minnesota de Jim, que está funcionando con pérdidas.

Rearden se inclinó hacia delante sobre el escritorio; estaba empezando a ver las conexiones de una secuencia que nunca había comprendido.

—¿A quién le enviaste tu mineral el mes pasado? —preguntó llanamente.

—Bueno, a fin de cuentas, eso es un asunto privado mío que...

—A Orren Boyle, ¿no?

—No puedes esperar que la gente sacrifique la industria entera de la nación a tus intereses egoístas y...

—Lárgate de aquí —dijo Rearden.

Lo dijo con calma. La secuencia estaba clara para él ahora.

—No me interpretes mal, no quise decir...

—Lárgate.

Larkin salió.

A continuación vinieron días y noches de buscar en todo un continente por teléfono, por telégrafo, por avión..., de visitar minas abandonadas y otras a punto de ser abandonadas..., de conferencias tensas y apresuradas realizadas en las mesas de rincones oscuros de restaurantes de dudosa reputación. Mirando al otro lado de la mesa, Rearden tenía que decidir cuánto podía arriesgarse a invertir en base a la sola evidencia de la cara de un hombre, sus modales y su tono de su voz, aborreciendo el tener que confiar en la honestidad como un favor, pero arriesgándose a ello, vertiendo dinero en manos desconocidas a cambio de promesas sin garantías, en préstamos sin firmar ni registrar otorgados a dueños ficticios de minas en quiebra..., dinero entregado y recibido furtivamente, como un trueque entre criminales, anónimo y en efectivo; dinero vertido en contratos inexigibles, sabiendo ambas partes que, en caso de fraude, el defraudado sería quien resultara castigado, no el defraudador..., pero vertido para que un arroyo de mineral pudiera seguir fluyendo a las calderas, y para que las calderas pudieran seguir vertiendo un arroyo de metal blanco.

—Señor Rearden —le preguntó el jefe de compras de sus fundiciones —, si continúa así, ¿dónde estará su beneficio?

—Lo recuperaremos en tonelaje —dijo Rearden, abatido—. Tenemos un mercado ilimitado para el Metal Rearden.

El jefe de compras era un hombre de edad, con pelo grisáceo, un rostro inexpresivo y seco, y un corazón que, según decía la gente, estaba dedicado exclusivamente a exprimir hasta la última gota de valor de cada centavo. Estaba de pie frente al escritorio de Rearden, sin decir nada más, mirando directamente a Rearden, con sus fríos ojos medio cerrados y tristes. Era la mirada de la más profunda compasión que Rearden había visto jamás.

No hay ninguna otra opción posible, pensó Rearden, como había pensado a lo largo de días y noches. No conocía más armas que las de pagar por lo que quería, dar valor por valor, no pedir nada de la naturaleza sin dar su esfuerzo a cambio, no pedir nada de los hombres sin intercambiar el producto de su esfuerzo. ¿Cuáles eran las armas, pensó, si los valores habían dejado de ser un arma?

—¿Un mercado ilimitado, señor Rearden? —preguntó secamente el jefe de compras.

Rearden levantó la mirada hacia él.

—Creo que no soy lo suficientemente listo para hacer el tipo de tratos que son necesarios hoy día —dijo, en respuesta a los pensamientos no expresados y suspendidos sobre su escritorio.

El jefe de compras sacudió la cabeza.

—No, señor Rearden, es una cosa o la otra. El mismo tipo de cerebro no puede hacer las dos. O usted es bueno dirigiendo la fundición, o es bueno para correr a Washington.

—Tal vez yo debería aprender el método de ellos.

—No conseguiría aprenderlo, y no le serviría de nada. Usted no ganaría en ninguno de esos tratos. ¿No lo entiende? Es usted quien tiene algo que puede ser saqueado.

Cuando se quedó solo, Rearden sintió una explosión cegadora de rabia, como ya le había ocurrido antes, dolorosa, sencilla y repentina como una descarga eléctrica..., la rabia que estallaba al saber que uno no puede lidiar con la pura maldad, con la maldad desnuda y totalmente consciente que ni tiene ni busca justificación. Pero, cuando sintió el deseo de luchar y matar

por la legítima causa de su defensa propia, vio la mueca en la rechoncha cara del alcalde Bascom, y oyó su voz arrastrando las palabras y diciendo: «... usted y la encantadora dama que no es su esposa».

Luego no le quedó ninguna causa legítima, y el dolor de la rabia empezó a convertirse en el vergonzoso dolor de la sumisión. Él no tenía derecho a condenar a nadie, pensó, ni a denunciar nada, ni a luchar y morir orgullosamente, alegando tener virtud. Las promesas rotas, los deseos inconfesados, la traición, el engaño, las mentiras, el fraude..., él era culpable de todo ello. ¿Qué forma de corrupción podría él menospreciar? Los grados no importan, pensó; uno no regatea con centímetros de maldad.

Él no sabía —allí sentado, desplomado sobre su escritorio, pensando en la honestidad que ya no podía reivindicar, en el sentido de justicia que había perdido— que era su rígida honestidad y su inquebrantable sentido de justicia lo que le habían arrancado su única arma de las manos. Lucharía contra los saqueadores, pero la cólera y el ardor habían desaparecido. Iba a luchar, pero sólo como otro mísero culpable más lucharía contra otros. No pronunció las palabras, pero su dolor equivalía a ellas, el horrible dolor que parecía decirle: «¿Quién soy yo para tirar la primera piedra?».

Dejó que su cuerpo cayera sobre el escritorio. Dagny, pensó, Dagny, si éste es el precio que tengo que pagar, lo pagaré. Seguía siendo el comerciante que no conoce ningún código excepto el de pagar totalmente por sus deseos.

Era tarde cuando llegó a su casa y se apresuró silenciosamente escaleras arriba hacia su cuarto. Se despreciaba a sí mismo por verse rebajado a subirlas a hurtadillas, pero lo había hecho la mayoría de las noches durante meses. Ver a su familia se había vuelto insoportable para él; no sabía decir por qué. No los odies por tu propia culpa, se había dicho a sí mismo, pero sabía vagamente que ésa no era la raíz de su odio.

Cerró la puerta de su cuarto como un fugitivo que gana un momento de respiro. Se movió con cuidado al desnudarse para dormir: no quería que ningún sonido delatara su presencia a su familia, no quería ningún contacto con ellos, ni siquiera estar en sus propias mentes.

Se había puesto el pijama, y se disponía a encender un cigarrillo cuando la puerta de su cuarto se abrió. La única persona que podía legítimamente entrar en su cuarto sin llamar jamás lo había hecho

voluntariamente, así que él se quedó en blanco durante un momento antes de ser capaz de creer que era Lillian quien había entrado.

Vestía una prenda estilo imperio de color beis pálido, con su superficie plisada cayendo graciosamente desde un talle alto; uno no podía decir a primera vista si era un vestido de noche o un salto de cama; era un salto de cama. Se detuvo en el umbral, y las líneas de su cuerpo formaron una atractiva silueta a contraluz.

—Sé que no debería presentarme a un extraño —dijo ella suavemente —, pero tendré que hacerlo: mi nombre es señora Rearden. —Él no supo decir si era sarcasmo o una súplica.

Ella entró y cerró la puerta de golpe con un gesto casual e imperioso, el gesto de un dueño.

—¿Qué pasa, Lillian? —preguntó él suavemente.

—Querido, no debes confesar tanto tan bruscamente —se movió pausadamente cruzando el cuarto, pasando delante de la cama, y se sentó en un sillón— y de forma tan descarada. Es como si dieras por hecho que necesito mostrar una razón especial para robarte tu tiempo. ¿Debo concertar una cita a través de tu secretaria?

Él estaba de pie en medio del cuarto, con el cigarrillo en los labios, mirándola, sin ofrecer respuesta.

Ella rio.

—Mi motivo es tan poco común que sé que nunca se te ocurrirá a ti: soledad, querido. ¿Te importa arrojarle unas cuantas migajas de tu valiosa atención a una mendiga? ¿Te importa si me quedo aquí sin absolutamente ninguna razón formal?

—No —dijo en voz baja—, no, si eso es lo que quieres.

—No tengo nada sustancial de lo que hablar, ni pedidos de millones de dólares, ni acuerdos transcontinentales, ni raíles, ni puentes. Ni siquiera la situación política. Simplemente quiero charlar como una mujer, sobre cosas totalmente sin importancia.

—Adelante.

—Henry, no hay mejor manera de hacerme callar, ¿verdad? —Ella tenía un aire de indefensa y conmovedora sinceridad—. ¿Qué puedo decir después de eso? Suponte que quisiera hablarte de la nueva novela que está escribiendo Balph Eubank —me la ha dedicado—, ¿eso te interesaría?

—Si lo que quieres es oír la verdad..., no, ni lo más mínimo.

Ella rio.

—¿Y si no es la verdad lo que quiero oír?

—Entonces no sabría qué decir —respondió él, y sintió un subidón de sangre a su cerebro, brusco como una bofetada, dándose cuenta de repente de la doble infamia de una mentira pronunciada en protesta por la honestidad de ella; aunque lo había dicho sinceramente, eso implicaba una jactancia a la que él ya no tenía derecho—. ¿Por qué ibas a querer oír algo que no fuese la verdad? —preguntó—. ¿Para qué?

—Ahí tienes, ésa es la crueldad de la gente concienzuda. No lo entenderías, ¿a que no?, si yo respondiese que la verdadera devoción consiste en estar dispuesto a mentir, engañar y fingir para hacer a otra persona feliz..., a crear para ella la realidad que quiere, si no le gusta la que existe.

—No —dijo él despacio—. No lo entendería.

—Es realmente muy sencillo. Si le dices a una mujer hermosa que es hermosa, ¿qué le has dado? No es más que un hecho, y no te ha costado nada. Pero si le dices a una mujer fea que es hermosa, le ofreces el inmenso homenaje de corromper el concepto de belleza. Amar a una mujer por sus virtudes no significa nada. Se lo ha ganado, es un pago, no un regalo. Pero amarla por sus vicios es un verdadero regalo, ni ganado ni merecido. Amarla por sus vicios es profanar todas las virtudes por su bien..., y eso es un verdadero tributo de amor, porque estás sacrificando tu conciencia, tu razón, tu integridad y tu inestimable autoestima.

Él la miró sin comprender. Parecía una corrupción monstruosa que le impedía preguntarse si alguien realmente querría estar diciendo aquello; sólo se preguntó con qué propósito lo dijo ella.

—¿Qué es el amor, querido, si no es autosacrificio? —continuó ella suavemente, en el tono de una charla de salón—. ¿Qué es sacrificarse, a menos que uno sacrifique lo más precioso y más importante que posee? Pero no espero que tú lo entiendas. No un puritano de acero inoxidable como tú. Ése es el inmenso egoísmo del puritano. Tú dejarías que el mundo entero pereciese antes de ensuciar ese inmaculado ego tuyo con una sola mancha de la que tuvieses que avergonzarte.

Él dijo despacio, su voz extrañamente tensa y solemne:

—Nunca he dicho que yo fuese inmaculado.

Lillian rio.

—¿Y qué es lo que estás siendo ahora mismo? Me estás dando una respuesta honesta, ¿no? —Encogió sus desnudos hombros—. ¡Oh, querido, no me tomes en serio! Estoy hablando por hablar. —Él aplastó su cigarrillo en un cenicero; no respondió—. Querido —continuó ella—, la verdad es que vine aquí sólo porque me puse a pensar que tenía un marido y quería descubrir qué apariencia tenía.

Lo estudió mientras él permanecía de pie al otro lado de la habitación, las altas y estilizadas líneas de su cuerpo resaltadas por el color azul oscuro de su pijama.

—Estás muy atractivo —dijo ella—. Tienes mucho mejor aspecto... estos últimos meses. Más joven. Debería decir, ¿más feliz? Pareces menos tenso. Oh, sé que estás más acelerado que nunca y que actúas como un comandante en un bombardeo, pero eso es sólo la superficie. Estás menos tenso... por dentro.

Él la miró, asombrado. Era verdad; él no se había dado cuenta, no se lo había admitido a sí mismo. Se maravilló ante su capacidad de observación. Ella lo había visto muy poco en esos últimos meses. Él no había entrado en el dormitorio de ella desde su regreso de Colorado. Había pensado que ella agradecería su aislamiento mutuo. Ahora se preguntaba qué motivo podría haber hecho que ella se volviese tan sensible a un cambio en él... a menos que fuese una emoción mucho mayor de la que él hubiera sospechado que ella era capaz de sentir.

—No me he dado cuenta de ello —dijo.

—Te sienta muy bien, querido..., y es asombroso, puesto que has estado pasando una época tan terrible.

Él se preguntó si eso pretendía ser una pregunta. Ella hizo una pausa, como esperando una respuesta, pero no presionó, y continuó jovialmente:

—Sé que estás teniendo todo tipo de problemas en las fundiciones, y que la situación política se está poniendo crítica, ¿no es así? Si aprueban esas leyes de las que están hablando, eso te dañará muchísimo, ¿no?

—Sí. Lo hará. Pero ése es un tema que no tiene interés para ti, Lillian, ¿verdad?

—¡Oh, claro que lo tiene! —Levantó la cabeza y lo miró directamente; sus ojos tenían ese aspecto vacío y velado que él había visto antes, un aspecto de deliberado misterio y de confianza en que él fuese incapaz de

resolverlo—. Me interesa muchísimo..., aunque no por posibles pérdidas financieras —añadió suavemente.

Él se preguntó, por primera vez, si su desprecio y su sarcasmo, su manera cobarde de lanzar insultos bajo la protección de una sonrisa, no serían lo contrario a lo que él siempre había pensado que eran: no un método de tortura, sino una retorcida forma de desesperación; no un deseo de hacerle sufrir a él, sino una confesión del propio dolor de ella, una defensa por el orgullo de una esposa no amada, una súplica secreta..., de forma que lo sutil, lo insinuado, lo evasivo en su conducta, lo que estaba pidiendo a gritos ser comprendido no fuese la malicia que estaba a la vista, sino el amor oculto. Pensó en ello, perplejo. Eso hizo su culpa aún mayor de lo que jamás había contemplado.

—Si estamos hablando de política, Henry, tuve una idea divertida. El lado que tú representas, ¿cuál es ese lema que todos usáis tanto, el eslogan que supuestamente representáis? «La santidad del contrato», ¿es eso?

Ella vio su rápida mirada, la intensidad de sus ojos, la primera respuesta de algo que ella había golpeado, y se rio en voz alta.

—Sigue —dijo él; su voz era baja; tenía el tono de una amenaza.

—Querido, ¿para qué?, si ya me has entendido muy bien.

—¿Qué es lo que tratabas de decir? —Su voz era severamente precisa y sin ninguna tonalidad de emoción.

—¿De verdad quieres que me rebaje a la humillación de quejarme? Es una queja tan vulgar y tan común..., aunque realmente pensé que tenía un marido que se enorgullecía de ser diferente de los hombres inferiores. ¿Quieres que te recuerde que una vez juraste hacer de mi felicidad el objetivo de tu vida? ¿Y que realmente tú no puedes decir con toda honestidad si yo soy feliz o infeliz, porque ni siquiera te has planteado si yo existo?

Él sintió esas palabras como un dolor físico; todas esas cosas juntas le cayeron dentro desgarrándolo de forma insondable. Esas palabras de ella eran una súplica, pensó, y sintió la negra y caliente crecida de la culpa. Sintió pena, el frío espanto de una pena sin afecto. Sintió una vaga rabia, como una voz que trató de ahogar, una voz gritando con repugnancia: «¿Por qué tendría yo que lidiar con sus podridas y retorcidas mentiras? ¿Por qué debería aceptar esa tortura solo por compasión? ¿Por qué habría de ser yo quien deba asumir la imposible carga de intentar ahorrarle una emoción que

ella no admitirá, una emoción que yo no tengo manera de conocer o de entender o de intentar adivinar? Si ella me quiere, ¿por qué la muy cobarde no lo dice, y así lo encaramos ambos abiertamente?». Oyó otra voz, más elevada, diciéndole llanamente: «No le transfieras la culpa a ella, ése es el truco más viejo de todos los cobardes; tú eres culpable; no importa lo que ella haga, no es nada comparado con tu culpa; ella tiene razón; ¿te pone enfermo saber que es ella quien tiene razón?, ¿no es así? ¡Deja que te enferme, maldito adúltero!, ¡es ella quien tiene razón!».

—¿Qué te haría feliz, Lillian? —preguntó. Su voz era inexpresiva.

Ella sonrió, recostándose en la silla, relajándose; había estado observando su rostro atentamente.

—¡Oh, querido! —dijo, como si fuese un pasatiempo aburrido—. Ésa es la pregunta del sinvergüenza. El pretexto. La vía de escape.

Se levantó, dejando caer los brazos y encogiéndose de hombros, estirando el cuerpo en un lánguido y grácil gesto de impotencia.

—¿Qué me haría feliz, Henry? Eso es lo que tú deberías decirme. Eso es lo que tú deberías haber descubierto de mí. No lo sé. Tú tenías que crearlo y ofrecérmelo. Eso era tu deber, tu obligación, tu responsabilidad. Pero no serás el primer hombre que deje de cumplir esa promesa. Es la deuda que se puede rechazar más fácilmente. Oh, nunca te largarías sin pagar si fuese un cargamento de mineral de hierro lo que te entregasen. Sólo lo harías con una vida.

Se estaba moviendo sin prisa por la habitación, con los pliegues amarillo verdosos de su falda girando en amplias ondas tras ella.

—Ya sé que quejas como ésta no son nada prácticas —continuó ella—. No tengo ninguna hipoteca sobre ti, ningún aval, ni pistolas, ni cadenas. No tengo ningún dominio en absoluto sobre ti, Henry..., nada, excepto tu honor.

Él se quedó mirándola como si requiriera todo su esfuerzo mantener sus ojos dirigidos al rostro de ella, seguir mirándola, aguantar la visión.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Querido, hay muchas cosas que podrías adivinar por ti mismo si realmente desearas saber lo que yo quiero. Por ejemplo, si has estado eludiéndome de forma tan evidente durante meses, ¿no debería yo querer saber la razón?

—He estado muy ocupado.

Ella se encogió de hombros.

—Una mujer espera ser la primera preocupación de la existencia de su marido. No sabía que cuando juraste renunciar a todas las demás eso no incluía los altos hornos.

Se aproximó y, con una sonrisa divertida que parecía burlarse de ambos, deslizó los brazos alrededor de él.

Fue el gesto rápido, instintivo y feroz de un joven recién casado ante el acoso de una puta..., el gesto con el que apartó violentamente los brazos de ella de su cuerpo y la empujó a un lado.

Se quedó allí de pie, paralizado, conmocionado por la brutalidad de su propia reacción. Ella lo estaba mirando, su cara desnuda por la perplejidad, sin misterio ni pretensión ni protección; fuesen cuales fuesen los cálculos que ella había hecho, eso era algo que ella no tenía previsto.

—Lo siento, Lillian... —dijo él, su voz baja, una voz de sinceridad y de arrepentimiento.

Ella no contestó.

—Lo siento... Es sólo que estoy muy cansado —añadió, su voz sin vida; quedó destrozado por la triple mentira, una parte de la cual era una deslealtad que él no podía soportar encarar; no era la deslealtad hacia Lillian.

Ella soltó una risita.

—Bueno, si ése es el efecto que tu trabajo tiene en ti, puede que llegue a aprobarlo. Perdóname, estaba simplemente tratando de cumplir con mi deber. Pensaba que eras un sensualista que nunca se elevaría por encima de los instintos de un animal de estercolero. Yo no soy una de esas fulanas que forman parte de él.

Ella estaba soltando las palabras secamente, distraídamente, sin pensar. Su mente tenía un signo de interrogación, recorriendo cada posible respuesta.

Fue esa última frase la que de pronto hizo que él la mirara de frente, encarándola de manera sencilla, directa, como alguien que ya no está a la defensiva.

—Lillian, ¿cuál es el propósito de tu vida? —preguntó.

—¡Qué pregunta tan burda! Ninguna persona sofisticada la haría jamás.

—Bueno, ¿qué es lo que hacen las personas sofisticadas con sus vidas?

—Tal vez no intenten hacer nada. Ésa es su sofisticación.

—¿Qué hacen con su tiempo?

—Ciertamente, no lo dedican a fabricar tubos de fontanería.

—Dime, ¿por qué sigues haciendo esas observaciones de mal gusto? Sé que sientes desprecio por los tubos de fontanería. Eso lo dejaste claro hace mucho tiempo. Tu desprecio no significa nada para mí. ¿Por qué seguir repitiéndolo?

Se preguntó por qué eso le impactó a ella; no sabía de qué manera, pero sabía que lo había hecho. Se preguntó por qué tenía la absoluta certeza de que ése había sido el comentario acertado.

Ella preguntó, su voz seca:

—¿Cuál es el objetivo de este repentino interrogatorio?

Él respondió simplemente:

—Me gustaría saber si hay algo que realmente quieres. Si lo hay, me gustaría dártelo, si puedo.

—¿Te gustaría comprarlo? Eso es lo único que sabes..., pagar por cosas. Te escabulles fácilmente, ¿a que sí? No, no es tan fácil como eso. Lo que quiero es inmaterial.

—¿Qué es?

—Tú.

—¿En qué sentido lo dices, Lillian? No lo dices en un sentido repugnante.

—No, no es en un sentido repugnante.

—¿En qué sentido, entonces?

Ella ya estaba en la puerta, se volvió, levantó la cabeza para mirarlo, y sonrió fríamente.

—No lo entenderías —dijo, y salió de la habitación.

El tormento que quedó en él era saber que ella nunca querría dejarlo, y que él nunca tendría derecho a irse; era la idea de que le debía a ella al menos un débil reconocimiento de simpatía, de respeto por un sentimiento que no podía entender ni corresponder; el conocimiento de que no podría sentir nada por ella excepto desprecio, un desprecio extraño, total e insensato, insensible a la compasión, al reproche, a sus propias súplicas de justicia; y, lo más difícil de soportar, era la orgullosa repugnancia contra su propio veredicto, contra la exigencia de considerarse a sí mismo más rastrero que esa mujer a la que despreciaba.

Luego, todo dejó de importarle, fue todo retrocediendo hasta perderse en alguna lejana distancia, dejándole sólo el pensamiento de que estaba dispuesto a aguantar lo que fuese..., dejándole en un estado que era a la vez tensión y paz..., porque estaba echado en la cama, el rostro apretado contra la almohada, pensando en Dagny, en su figura esbelta y sensual tendida a su lado, temblando al contacto de sus dedos. Deseó que ella hubiera estado ya en Nueva York. Si así hubiera sido, él habría ido allí, ahora, enseguida, en medio de la noche.

Eugene Lawson estaba sentado ante su escritorio como si fuese el panel de control de un bombardero desde el que comandase un continente allí abajo. Pero lo olvidaba de vez en cuando, y se encorvaba, con sus músculos relajándose dentro del traje, como si estuviese haciéndole muecas al mundo. La boca era su única parte que no podía mantener firme en ningún momento; era incómodamente prominente en su flaca cara, atrayendo los ojos de cualquier interlocutor: cuando hablaba, un movimiento recorría su labio inferior, retorciendo su húmeda carne en extrañas contorsiones que tenían vida propia.

—No me avergüenzo de ello —dijo Eugene Lawson—. Señorita Taggart, quiero que sepa que no me avergüenzo de mi pasada carrera como presidente del Community National Bank de Madison.

—No he hecho ninguna alusión a la vergüenza —dijo Dagny fríamente.

—Ninguna culpa moral se me puede atribuir, teniendo en cuenta que perdí todo cuanto poseía al quebrar ese banco. Me parece que yo tendría derecho a sentirme orgulloso de un sacrificio así.

—Yo sólo quería hacerle unas preguntas sobre la Twentieth Century Motor Company, que...

—Estaré encantado de responder a cualquier pregunta. No tengo nada que ocultar. Mi conciencia está limpia. Si usted pensó que ese tema me resultaría engorroso, usted estaba equivocada.

—Quería preguntarle por los hombres que eran dueños de la fábrica en la época en que usted le dio un crédito a...

—Eran hombres totalmente buenos. Eran un riesgo totalmente sano..., aunque, por supuesto, estoy hablando en términos humanos, no en términos de dinero frío, que es lo que uno está acostumbrado a esperar de los banqueros. Les hice un préstamo para la compra de esa fábrica, porque ellos necesitaban el dinero. Si la gente necesitaba dinero, eso era suficiente para mí. La necesidad era mi criterio, señorita Taggart. La necesidad, no la codicia. Mi padre y mi abuelo construyeron el Community National Bank sólo para amasar una fortuna para ellos mismos. Yo puse esa fortuna al servicio de un ideal más alto. No me senté sobre montones de dinero y exigí garantías de gente pobre que necesitaba préstamos. El corazón era mi garantía. Claro que, no espero que nadie en este país materialista me comprenda. Las recompensas que recibí no fueron de esas que apreciaría gente de su clase, señorita Taggart. La gente que solía sentarse frente a mi escritorio, en el banco, no se sentaban como hace usted, señorita Taggart. Ellos eran humildes, inseguros, estaban abrumados por preocupaciones, con miedo de hablar. Mis recompensas eran las lágrimas de gratitud en sus ojos, las voces temblorosas, las bendiciones, la mujer que besó mi mano cuando le concedí el préstamo que ella había implorado en vano en todos los demás sitios.

—¿Me dice por favor los nombres de los hombres que eran dueños de la fábrica de motores?

—La fábrica era esencial para la región, absolutamente esencial. Estaba totalmente justificado hacerles ese préstamo. Le proporcionó empleo a miles de trabajadores que no tenían otra forma de ganarse la vida.

—¿Conoció usted a algunas de las personas que trabajaron en la fábrica?

—Desde luego. Las conocía a todas. Eran las personas las que me interesaban, no las máquinas. Yo me preocupaba por el lado humano de la industria, no por el lado de la caja registradora.

Ella se inclinó ilusionada sobre la mesa.

—¿Conocía a alguno de los ingenieros que trabajaban allí?

—¿A los ingenieros? No, no. Yo era mucho más democrático que eso. Eran los trabajadores de verdad los que me interesaban. Los hombres comunes y corrientes. Todos ellos me conocían de vista. A menudo, yo entraba en las tiendas, y ellos me saludaban con la mano, gritando: «¡Hola, Gene!». Así es como me llamaban..., Gene. Pero estoy seguro de que eso no

le interesa. Es agua pasada. Ahora bien, si usted realmente ha venido a Washington para hablarme de su ferrocarril —se irguió enérgicamente, volviendo a la postura de piloto de bombardero— no sé si puedo prometerle algún trato especial, teniendo en cuenta que debo considerar el bienestar nacional por encima de cualquier privilegio o interés privado que...

—No he venido a hablarle de mi ferrocarril —dijo ella, mirándolo perpleja—. No tengo el menor interés en hablarle a usted de mi ferrocarril.

—¿No? —él sonó decepcionado.

—No. He venido a por información sobre la fábrica de motores. ¿Podría usted tal vez recordar el nombre de alguno de los ingenieros que trabajaban allí?

—No creo haber preguntado nunca sus nombres. No me interesaban los parásitos de la oficina y del laboratorio. Me preocupaban los auténticos trabajadores, los hombres de manos callosas que mantenían la fábrica funcionando. Ellos eran mis amigos.

—¿Puede darme algunos de sus nombres? ¿Cualquier nombre de cualquiera que trabajara allí?

—Mi querida señorita Taggart, hace mucho tiempo de eso, y había miles de ellos, ¿cómo puedo recordarlos?

—¿No puede recordar ni a uno, aunque sea sólo a uno?

—Ciertamente, no puedo. Tantas personas han llenado siempre mi vida, que no se puede esperar que recuerde gotas individuales en el océano.

—¿Estaba usted familiarizado con la producción de esa fábrica? ¿Con el tipo de trabajo que estaban haciendo... o planeando?

—Desde luego. Yo me tomé un interés personal en todas mis inversiones. Yo iba a inspeccionar la fábrica muy a menudo. Les estaba yendo magníficamente bien. Estaban consiguiendo verdaderas maravillas. Las condiciones de alojamiento de los trabajadores eran las mejores del país. Vi cortinas de encaje en todas las ventanas, y flores en las repisas. Todas las casas tenían una parcela de tierra para un jardín. Habían construido una nueva escuela para los niños.

—¿Sabía usted algo sobre el trabajo que estaba haciendo el laboratorio de investigación de la fábrica?

—Sí, sí, tenían un laboratorio de investigación estupendo, muy avanzado, muy dinámico, con una visión de futuro y grandes planes.

—¿Recuerda usted... haber oído algo acerca de... unos planes para producir un nuevo tipo de motor?

—¿Motor? ¿Qué motor, señorita Taggart? Yo no tenía tiempo para detalles. Mis objetivos eran el progreso social, la prosperidad universal, la fraternidad y el amor humano. El amor, señorita Taggart. Ésa es la clave de todo. Si los hombres aprendiesen a amarse unos a otros, eso resolvería todos sus problemas.

Dagny desvió la mirada para no ver los húmedos movimientos de su boca.

Un pedazo de piedra con jeroglíficos egipcios estaba encima de un pedestal en un rincón de la oficina, la estatua de una diosa hindú con seis brazos como patas de araña estaba situada en una hornacina, y un enorme gráfico con complicados detalles matemáticos, como el gráfico de ventas de una firma de ventas por correo, estaba colgado en la pared.

—Por lo tanto, si usted está pensando en su ferrocarril, señorita Taggart..., como, desde luego, está haciendo, en vista de ciertos posibles acontecimientos..., debo indicarle que, aunque el bienestar del país es mi principal preocupación, al cual no dudaría en sacrificar los beneficios de cualquiera..., aun así, nunca he cerrado los oídos a una súplica de misericordia y...

Ella lo miró, y entendió qué era lo que él quería conseguir de ella, qué tipo de motivación le hacía funcionar.

—No quiero hablar de mi ferrocarril —dijo, luchando por mantener su voz monótona y uniforme, mientras quería gritar de repugnancia—. Cualquier cosa que usted tenga que decir sobre ese asunto, por favor ,dígaselo a mi hermano, el señor James Taggart.

—Yo pensaría que en tiempos como éstos usted no perdería una rara oportunidad de alegar su caso ante...

—¿Ha conservado usted algunos de los archivos que pertenecían a la fábrica de motores? —Ella se sentó erguida, con las manos firmemente apretadas.

—¿Qué archivos? Creo haberle dicho que perdí todo lo que poseía cuando quebró el banco. —Su cuerpo se había vuelto a poner fofo, y su interés había desaparecido—. Pero no me importa. Lo que perdí fue mera riqueza material. No soy el primer hombre en la historia que sufre por un ideal. Fui derrotado por la avaricia egoísta de quienes me rodeaban. No

pude establecer un sistema de hermandad y de amor en sólo un pequeño Estado, en medio de una nación de buscadores de rentas y hurgadores de dólares. No fue culpa mía. Pero no dejaré que ellos puedan conmigo. No van a pararme. Estoy luchando, a una escala mayor, por el privilegio de servir a mi prójimo. ¿Archivos, señorita Taggart? El archivo que dejé cuando salí de Madison está grabado en los corazones de los pobres, de quienes antes jamás habían tenido una oportunidad.

Dagny no quería pronunciar ni una palabra innecesaria; pero no pudo contenerse: seguía viendo la imagen de la vieja mujer de la limpieza fregando los escalones.

—¿Ha visto usted esa parte del país desde entonces? —preguntó.

—¡No es culpa mía! —gritó él—. ¡Es culpa de los ricos que aún tenían dinero pero que no quisieron sacrificarlo para salvar a mi banco y a la gente de Wisconsin! ¡No puede culparme a mí! ¡Yo lo perdí todo!

—Señor Lawson —dijo ella haciendo un esfuerzo—, ¿recuerda por casualidad el nombre de la persona que lideraba la corporación que era dueña de la fábrica? La corporación a la que usted le prestó el dinero. Se llamaba Amalgamated Service, ¿no? ¿Quién era su presidente?

—Ah, ¿él? Sí, a él lo recuerdo. Se llama Lee Hunsacker. Un joven con muchas cualidades, que ha tenido que soportar terribles contrariedades.

—¿Dónde está él ahora? ¿Sabe su dirección?

—Vaya..., creo que está en algún lugar de Oregón. Grangeville, Oregón. Mi secretaria puede darle su dirección. Pero no veo de qué interés puede... Señorita Taggart, si lo que tiene en mente es intentar ver al señor Wesley Mouch, déjeme decirle que el señor Mouch le da gran importancia a mi opinión en cuestiones que afectan a temas como ferrocarriles y otros...

—No tengo ningún deseo de ver al señor Mouch —dijo ella, levantándose.

—Pero, entonces, no puedo entender... ¿Cuál fue su motivo para venir aquí?

—Estoy intentando encontrar a cierto hombre que solía trabajar para la Twentieth Century Motor Company.

—¿Por qué quiere encontrarlo?

—Quiero que trabaje para mi ferrocarril.

Él extendió los brazos muy abiertos, con una expresión de incredulidad y algo indignada.

—En momentos como éstos, cuando hay temas cruciales en entredicho, ¿usted decide perder su tiempo buscando a un único empleado? Créame, el futuro de su ferrocarril depende del señor Mouch mucho más que de cualquier empleado concreto que usted pueda encontrar jamás.

—Que tenga un buen día —dijo ella.

Se volvió para irse, y entonces él dijo, con voz enardecida y penetrante:

—Usted no tiene derecho alguno a despreciarme.

Ella se detuvo, y lo miró.

—No he expresado opinión alguna.

—Soy totalmente inocente, puesto que perdí mi dinero, puesto que perdí todo mi dinero por una buena causa. Mis intenciones eran puras. Yo no quería nada para mí. Nunca he buscado nada para mí. Señorita Taggart, puedo decir orgullosamente que en toda mi vida jamás he conseguido tener beneficios.

La voz de ella era tranquila, serena y solemne:

—Señor Lawson, creo que debo decirle que, de todas las declaraciones que un hombre puede hacer, es ésa la que considero más despreciable.

—¡Nunca tuve una oportunidad! —dijo Lee Hunsacker.

Estaba sentado en medio de la cocina, ante una mesa atestada de papeles. Necesitaba un afeitado; su camisa necesitaba un lavado. Era difícil hacerse una idea de su edad: la carne hinchada de su cara parecía suave y vacía, no afectada por la experiencia; el pelo grisáceo y los ojos empañados parecían desgastados de agotamiento; tenía cuarenta y dos años.

—Nadie me dio jamás una oportunidad. Espero que estén satisfechos con lo que han hecho de mí. Pero no crea que no lo sé. Sé que me engañaron quitándome mis derechos desde que nací. Que no se las den de ser tan bondadosos. Son una asquerosa banda de hipócritas.

—¿Quién? —preguntó Dagny.

—Todo el mundo —dijo Lee Hunsacker—. Las personas que tienen el alma negra, y de nada sirve que finjan lo contrario. ¿Justicia? ¡Ja! ¡Mírelo! —Hizo un movimiento circular con el brazo—. ¡Un hombre como yo, reducido a esto!

Más allá de la ventana, la luz del mediodía parecía una penumbra grisácea entre los tejados desolados y los árboles desnudos de un sitio que no era campo y nunca podría llegar a ser pueblo. La penumbra y la humedad parecían impregnadas en las paredes de la cocina. Un montón de platos del desayuno estaban en el fregadero; una olla con estofado hervía a fuego lento sobre el hornillo, emitiendo vapor con el grasiento olor de carne barata; una máquina de escribir llena de polvo sobresalía entre los papeles de la mesa.

—La Twentieth Century Motor Company —dijo Lee Hunsacker— fue uno de los nombres más ilustres en la historia de la industria de Estados Unidos. Yo fui presidente de esa empresa. Yo fui dueño de esa fábrica. Pero no me quisieron dar una oportunidad.

—Usted no fue presidente de la Twentieth Century Motor Company, ¿verdad? Creo que usted lideraba una corporación llamada Amalgamated Service.

—Sí, sí, pero es lo mismo. Nosotros nos hicimos cargo de la fábrica. Íbamos a tener tanto éxito como ellos. O más. Nosotros éramos tan importantes como ellos. ¿Quién demonios era Jed Starnes, en cualquier caso? Nada más que un mecánico de garaje del interior... ¿Sabe que es así como empezó...?, sin ningún antecedente en absoluto. En el pasado, mi familia perteneció a los Cuatrocientos de Nueva York. Mi abuelo era miembro de la asamblea legislativa nacional. No es culpa mía que mi padre no tuviera dinero suficiente como para proporcionarme un coche para mí solo cuando me mandó al instituto. Todos los otros chicos tenían coche. Mi apellido era tan bueno como el de cualquiera de los suyos. Cuando fui a la universidad... —Se interrumpió bruscamente—. ¿De qué periódico dijo usted que viene?

Ella le había dado su nombre; no sabía por qué ahora se alegraba de que no la hubiese reconocido, y por qué prefería no aclarárselo.

—No dije que viniera de ningún periódico —respondió—. Necesito cierta información sobre esa fábrica de motores para un asunto personal mío, no para publicarlo.

—¡Oh! —Él pareció decepcionado. Continuó con aire triste, como si ella fuese culpable de una deliberada ofensa contra él—. Pensé que tal vez usted viniese a entrevistarme anticipadamente porque estoy escribiendo mi

autobiografía. —Señaló los papeles sobre la mesa—. Y lo que tengo intención de decir es mucho. Tengo intención... ¡Oh, diablos! —dijo de repente, recordando algo.

Fue corriendo al hornillo, levantó la tapa de la olla y realizó los movimientos automáticos de remover el estofado, con odio, sin prestar atención a lo que hacía. Tiró la cuchara húmeda sobre la encimera, dejando que la grasa cayese sobre los hornillos de gas, y volvió a la mesa.

—Eso es, escribiré mi autobiografía si alguien me da la oportunidad alguna vez —dijo—. ¿Cómo puedo concentrarme en hacer trabajo serio cuando éste es el tipo de cosa que tengo que hacer? —Señaló la cocina con un movimiento brusco de cabeza—. Amigos, ¡ja! Esa gente cree que sólo porque me dio alojamiento puede ahora explotarme como a un perro. Sólo porque yo no tenía ningún otro sitio adonde ir. Lo tienen fácil, esos viejos buenos amigos míos. Él nunca mueve un dedo en casa, lo único que hace es estar sentado en su tienda el día entero; un mísero negocio de papelería..., ¿puede compararse en importancia al libro que yo estoy escribiendo? Y ella se va de compras y me pide que le eche un ojo a su maldito estofado. Ella sabe que un escritor necesita paz y concentración, pero ¿qué le importa eso a ella? ¿Sabe lo que hizo hoy? —Se inclinó confidencialmente sobre la mesa, señalando los platos sucios en el fregadero—. Se fue al mercado y dejó todos los platos del desayuno ahí, y dijo que los lavaría más tarde. Yo sé lo que ella quería. Esperaba que yo los lavara. Pues bien, yo seré quien le tome el pelo a ella. Los dejaré exactamente donde están.

—¿Me permite hacerle unas cuantas preguntas sobre la fábrica de motores?

—No se imagine que esa fábrica de motores era la única cosa en mi vida. Yo tuve muchos cargos importantes antes. Estuve muy bien conectado, en diversas ocasiones, con empresas que fabricaban aparatos quirúrgicos, envases de papel, sombreros de hombre y aspiradoras. Por supuesto, ese tipo de cosas no me daban mucho campo de acción. Pero la fábrica de motores... Ésa fue mi gran oportunidad. Eso fue lo que siempre había estado esperando.

—¿Cómo fue que usted la adquirió?

—Estaba hecha para mí. Era mi sueño hecho realidad. La fábrica..., la cerraron, quebró. Los herederos de Jed Starnes la habían llevado al fracaso con bastante rapidez. No sé exactamente lo que era, pero algo muy absurdo

estaba pasando allí, así que la empresa quebró. La gente del ferrocarril cerró su línea secundaria. Nadie quería ese sitio, nadie quería pujar por ella. Pero allí estaba, esa gran fábrica, con todo el equipo, toda la maquinaria, todas las cosas que le habían hecho ganar millones a Jed Starnes. Ése era el tipo de montaje que yo quería, el tipo de oportunidad a la que yo tenía derecho. Así que reuní a unos cuantos amigos y formamos la Amalgamated Service Corporation, y arañamos un poco de dinero. Pero no teníamos suficiente, necesitábamos un préstamo que nos ayudara y nos diera un punto de partida. Era un riesgo totalmente seguro, nosotros éramos unos jóvenes embarcándonos en grandes proyectos, llenos de entusiasmo y de esperanza en el futuro. Pero ¿cree usted que alguien nos dio ánimos? Nadie lo hizo. Ninguno de esos avariciosos y atrincherados buitres del privilegio. ¿Cómo íbamos a triunfar en la vida si nadie nos daba una fábrica? No podíamos competir con los pequeños mocosos que heredan cadenas enteras de fábricas, ¿a que no? ¿No teníamos acaso derecho al mismo tipo de ventaja? Bah, no me hable de justicia. Yo trabajé como un perro, intentando que alguien nos prestase el dinero. Pero ese cabrón de Midas Mulligan me las hizo pasar canutas.

Ella se irguió.

—¿Midas Mulligan?

—Sí..., el banquero que tenía pinta de camionero y que, además, se comportaba como tal.

—¿Conoció usted a Midas Mulligan?

—¿Que si lo conocí? Yo soy el único hombre que le venció..., ¡aunque no me sirviera de mucho!

En raros momentos, con una repentina sensación de inquietud, ella se había preguntado —como se preguntaba por las historias de buques abandonados flotando en alta mar o por las misteriosas luces brillando en el cielo— acerca de la desaparición de Midas Mulligan. No había ninguna razón por la que ella tuviera que resolver esos enigmas, excepto que eran misterios que no tenían por qué ser misterios: no podían no tener causa, y tampoco había causa conocida que pudiese explicarlos.

Midas Mulligan había sido tiempo atrás uno de los hombres más ricos y, en consecuencia, más vilipendiados del país. Él nunca había sufrido pérdidas en ninguna de las inversiones que hizo; todo lo que tocaba se convertía en oro. «Es porque sé lo que tocar», decía. Nadie pudo descifrar

el patrón de sus inversiones: rechazaba negocios que eran considerados perfectamente seguros, y ponía enormes cantidades en proyectos que ningún otro banquero tocaría ni de lejos. A través de los años, él había sido el gatillo que lanzó proyectiles inesperados y espectaculares de éxito industrial por todo el país. Fue él quien había invertido en Rearden Steel cuando empezó, ayudándole así a Rearden a completar la compra de los altos hornos abandonados en Pensilvania. Cuando un economista se refirió a él una vez como un audaz apostador, Mulligan dijo: «La razón por la que nunca te harás rico es que crees que lo que yo hago es apostar».

Se rumoreaba que uno tenía que observar una cierta regla implícita al tratar con Midas Mulligan: si el solicitante de un préstamo mencionaba en algún momento su necesidad personal o cualquier otra emoción de cualquier tipo, la entrevista acababa allí mismo y nunca volvía a dársele otra oportunidad de hablar con el señor Mulligan.

«Claro que sí, puedo hacerlo», dijo Midas Mulligan cuando le preguntaron si podía decir quién es más malvado que aquel que cierra su corazón a la compasión. «El hombre que usa la compasión que otro tiene por él como arma.»

En su larga carrera siempre había ignorado los ataques públicos contra él, excepto uno. Su verdadero nombre había sido Michael, pero, cuando un periodista de un periódico de tendencias humanitarias lo apodó «Midas» Mulligan y aquel alias se le pegó como un insulto, Mulligan se presentó a los tribunales y pidió el cambio legal de su nombre de pila a «Midas». La petición fue otorgada.

A ojos de sus contemporáneos, él era el hombre que había cometido el pecado imperdonable: estaba orgulloso de su riqueza.

Ésas eran las cosas que Dagny había oído sobre Midas Mulligan; ella nunca lo había conocido personalmente. Siete años atrás, Midas Mulligan había desaparecido. Salió de su casa una mañana y nunca más volvió a saberse de él. Al día siguiente, los clientes del Mulligan Bank de Chicago recibieron avisos pidiendo que retiraran su dinero, porque el banco estaba cerrando. En las investigaciones que siguieron, se descubrió que Mulligan había planeado el cierre de antemano y con el más mínimo detalle; sus empleados estaban simplemente ejecutando sus instrucciones. Fue el pánico bancario más ordenado que el país había conocido jamás. Cada depositante recibió su dinero, y hasta la última fracción del interés que se le debía.

Todos los activos del banco habían sido vendidos en pedazos a varias instituciones financieras. Cuando cuadraron la contabilidad, se descubrió que cuadraba perfectamente, al centavo; no sobró nada; el Mulligan Bank había sido liquidado.

Nunca se encontró ninguna pista sobre los motivos de Mulligan, sobre su paradero personal o los muchos millones de su fortuna personal. El hombre y su fortuna se desvanecieron como si nunca hubiesen existido. Nadie había recibido ningún aviso sobre su decisión, y no había acontecimientos que pudiesen ser rastreados para explicarla. Si hubiese querido simplemente jubilarse, se preguntaba la gente, ¿por qué no había vendido su institución por un enorme beneficio, como podría haber hecho, en vez de desmantelarla? No había nadie que pudiese dar una respuesta. Él no tenía familia ni amigos. Sus sirvientes no sabían nada: había salido de casa esa mañana como de costumbre, y no volvió; eso era todo.

Durante años, Dagny creyó con inquietud que había un toque de absurdo en la desaparición de Mulligan; era como si un rascacielos de Nueva York se hubiese esfumado una noche, sin dejar atrás más que un solar vacío en la esquina de una calle. Un hombre como Mulligan y una fortuna como la que se había llevado por delante no podían permanecer escondidos en ningún sitio; un rascacielos no podía perderse, se vería sobresalir por encima de cualquier llanura o de cualquier bosque elegido para esconderlo; si se destruyese, incluso su montón de escombros no podría pasar desapercibido. Pero Mulligan se había evaporado, y en los siete años transcurridos desde entonces, al margen del montón de rumores, conjeturas, teorías, reportajes en suplementos dominicales y afirmaciones de testigos que aseguraban haberlo visto en todos los lugares del mundo, jamás se descubrió ninguna pista que llevase a una explicación verosímil.

Entre los artículos de prensa, había uno tan ridículamente absurdo que Dagny pensaba que apuntaba a la verdad: nada en la naturaleza de Mulligan podría haberle dado a nadie razón para inventar semejante historia. Se decía que, en la mañana primaveral de su desaparición, la última persona que lo vio fue una anciana que vendía flores en la esquina de una calle de Chicago cercana al Mulligan Bank. Contó que él paró y compró un ramo de las campanillas más tempraneras del año. Su rostro era el rostro más feliz que ella había visto jamás; tenía el aspecto de un joven embarcándose en una visión de la vida abierta frente a él, amplia y sin obstrucciones; las marcas

de dolor y de tensión, el sedimento de años sobre un rostro humano, habían sido borrados, y lo que quedaba eran sólo alegre expectación y paz. Él cogió las flores como con un impulso repentino, y le hizo un guiño a la anciana, como si tuviese algún chiste estupendo que compartir con ella. Dijo: «¿Sabe cuánto he amado siempre... el estar vivo?». Ella lo miró, sorprendida, y él se alejó, lanzando al aire las flores como si fuesen una pelota en su mano..., una ancha y erguida figura en un gabán simple y caro de ejecutivo, perdiéndose en la distancia contra las rectas paredes verticales de los edificios de oficinas con el sol de primavera brillando en sus ventanas.

—Midas Mulligan era un maldito cabrón con un signo del dólar estampado en su corazón —dijo Lee Hunsacker, entre los humos del acre estofado—. Mi futuro entero dependía de un miserable medio millón de dólares, que no era más que calderilla para él, pero, cuando pedí el préstamo, me rechazó rotundamente... con la única razón de que yo no tenía avales que ofrecer. ¿Cómo podía yo haber acumulado avales, si nadie me había dado jamás una oportunidad de hacer algo grande? ¿Por qué le prestó dinero a otros pero no a mí? Era discriminación pura. Ni siquiera le importaron mis sentimientos; dijo que mi historial de fracasos anteriores me descalificaban para ser ni siquiera propietario de un carro de reparto de verduras, y más aún de una fábrica de motores. ¿Qué fracasos? Yo no pude evitar que un puñado de tenderos ignorantes se negaran a cooperar conmigo en el proyecto de los envases de papel. ¿Con qué derecho emitió un juicio sobre mi capacidad? ¿Por qué tenían que depender mis planes para mi propio futuro de la arbitraria opinión de un monopolista egoísta? Yo no lo iba a tolerar. Le puse una demanda judicial.

—Usted hizo, ¿qué?

—Oh, sí —dijo él orgullosamente—. Le puse una demanda judicial. Estoy seguro que eso sonaría raro en algunos de los tradicionales estados del Este, de donde usted es, pero el estado de Illinois tenía una ley muy humana y muy progresista bajo la cual yo pude demandarlo. Debo decir que fue el primer caso de ese tipo, pero yo contaba con un abogado izquierdista muy listo que vio una forma de hacerlo. Era una ley de emergencia económica que decía que a la gente se le prohibía discriminar por cualquier razón, no importaba cuál, contra cualquier persona, si tenía que ver con su forma de ganarse la vida. Se usaba para proteger a los jornaleros y cosas

así, pero se aplicaba también a mis socios y a mí, ¿no? Así que fuimos a juicio, y atestiguamos la mala suerte que todos habíamos tenido en el pasado, y yo cité a Mulligan diciendo que yo no podría ni siquiera ser dueño de un carro de verduras, y demostramos que todos los miembros de la Amalgamated Service Corporation carecíamos de prestigio, de crédito y de forma de ganarnos la vida..., y que, por lo tanto, la compra de la fábrica de motores era nuestra única posibilidad de sobrevivir..., y que, por lo tanto, Midas Mulligan no tenía derecho a discriminarnos..., y que, por lo tanto, nosotros teníamos derecho a exigir un préstamo de él, por ley. Oh, ciertamente teníamos un argumento perfecto, pero el hombre que presidía el juicio era el juez Narragansett, uno de esos tradicionales monjes del tribunal que piensa como un matemático y nunca siente el lado humano de nada. Él simplemente estaba allí sentado durante toda la vista como una estatua de mármol, como una de esas estatuas de mármol con los ojos vendados. Al final, él le instó al jurado a decidir a favor de Midas Mulligan, y dijo algunas cosas muy duras sobre mí y mis socios. Pero apelamos a un tribunal superior, y el tribunal superior revocó el veredicto y le ordenó a Mulligan que nos concediera el préstamo en nuestros términos. Él tenía tres meses para cumplir la orden, pero, antes de que pasaran los tres meses, algo pasó que nadie puede entender, y se evaporaron, él y su banco. No quedó ni un centavo de ese banco para que pudiésemos recibir nuestra reclamación legal. Gastamos un montón de dinero en detectives, intentando encontrarlo..., ¿y quién no lo hizo?, pero acabamos desistiendo.

No, pensó Dagny, no; aparte de la sensación de asco que le causaba, ese caso no era mucho peor que cualquiera de las otras cosas que Midas Mulligan había aguantado durante años. Él había sufrido muchas pérdidas bajo leyes de justicia parecidas, bajo regulaciones y edictos que le habían costado cantidades de dinero mucho mayores; él las había soportado y había luchado contra ellas y había trabajado con más ahínco aún; no era probable que ese caso hubiese podido con él.

—¿Qué pasó con el juez Narragansett? —preguntó ella involuntariamente, y pensó en qué conexión subconsciente le había hecho preguntarlo. Ella sabía muy poco sobre el juez Narragansett, pero había oído su nombre y lo recordaba, porque era un nombre que pertenecía de forma muy exclusiva al continente norteamericano. Ahora se dio cuenta de repente de que no había oído hablar de él en años.

—Oh, se jubiló —dijo Lee Hunsacker.

—¿Ah, sí? —La pregunta fue casi un grito.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Oh, unos seis meses después.

—¿Qué hizo después de jubilarse?

—No lo sé. No creo que nadie haya sabido nada de él desde entonces.

Él se preguntó por qué ella parecía asustada. Parte del temor que ella sintió fue el no poder nombrar su causa tampoco.

—Por favor, háble me de la fábrica de motores —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—Bueno, pues Eugene Lawson, del Community National Bank de Madison, finalmente nos dio un préstamo para comprar la fábrica, pero él no era más que un chapucero desorganizado, no tenía suficiente dinero para lo que queríamos emprender, y no pudo ayudarnos cuando nos fuimos a la quiebra. No fue culpa nuestra. Nosotros lo teníamos todo en contra desde el principio. ¿Cómo podíamos administrar una fábrica si no teníamos ferrocarril? ¿Es que no teníamos derecho a un ferrocarril? Intenté conseguir que reabrieran el ramal, pero esos malditos tipos de Taggart Trans... —Se detuvo—. Oiga, ¿no será usted por casualidad una de esos Taggart?

—Soy vicepresidente de Operaciones de Taggart Transcontinental.

Durante un momento, él se quedó mirándola estupefacto; ella vio el conflicto del miedo, el servilismo y el odio en sus ojos empañados. El resultado fue un repentino gruñido:

—¡No necesito a ninguno de ustedes, peces gordos! No crea que voy a tenerles miedo. No espere que suplique por un empleo. No le estoy pidiendo favores a nadie. Apuesto a que usted no está acostumbrada a oír hablar a la gente de esta forma, ¿a que no?

—Señor Hunsacker, le agradecería mucho que me diera la información que necesito sobre la fábrica.

—Llega usted un poco tarde para interesarse. ¿Qué pasa? ¿Le remuerde la conciencia? Su gente le permitió a Jed Starnes hacerse asquerosamente rico en esa fábrica, pero a nosotros no nos quisieron ayudar. Nosotros hicimos exactamente lo mismo que él. Empezamos fabricando el tipo de motor específico que había sido su principal fuente de ingresos durante años. Y entonces un don nadie desconocido abrió una

fábrica de medio pelo allá en Colorado, con el nombre de Nielsen Motors, y lanzó un nuevo motor del mismo tipo que el modelo de Starnes, ¡a mitad de precio! No pudimos evitar eso, ¿a que no? Todo le fue bien a Jed Starnes, ningún competidor destructivo apareció por casualidad en su época, pero ¿qué íbamos a hacer nosotros? ¿Cómo podíamos luchar contra ese Nielsen, si nadie nos había dado un motor capaz de competir con el suyo?

—¿Se hizo usted cargo del laboratorio de investigación de Starnes?

—Sí, sí, estaba allí. Todo estaba allí.

—¿Su equipo de personas también?

—Bueno, algunos de ellos. Muchos de ellos se habían ido cuando cerraron la fábrica.

—¿Su equipo de investigadores?

—Se habían ido.

—¿Contrató usted a algunos investigadores por su cuenta?

—Sí, sí, algunos; pero, déjeme decirle..., yo no tenía mucho dinero para gastar en cosas como laboratorios, puesto que nunca tuve fondos suficientes para darme un respiro. Yo ni siquiera podía pagar las facturas que debía para la modernización y la rehabilitación absolutamente necesarias que tuve que hacer; esa fábrica estaba vergonzosamente anticuada desde el punto de vista de eficiencia humana. Las oficinas de los ejecutivos tenían paredes de yeso sin nada, y un aseo pequeñísimo. Cualquier psicólogo moderno le dirá que nadie puede rendir al máximo en un entorno tan deprimente. Yo tenía que tener un esquema de colores más brillantes en mi oficina, y un cuarto de baño moderno y decente, con un ducha separada. Además, gasté un montón de dinero en una nueva cafetería y en un salón de juegos, y en aseos para los trabajadores. Teníamos que elevar la moral, ¿no? Cualquier persona bien informada sabe que el hombre es producto de los factores materiales de su entorno, y que la mente del hombre es forjada por sus herramientas de producción. Pero las personas no quisieron esperar a que las leyes del determinismo económico operaran sobre nosotros. Nosotros nunca habíamos tenido una fábrica de motores. Teníamos que dejar que las herramientas condicionasen nuestras mentes, ¿no? Pero nadie nos dio tiempo.

—¿Puede decirme algo sobre el trabajo de su equipo de investigación?

—Oh, yo tenía un grupo de jóvenes muy prometedores, todos ellos garantizados por diplomas de las mejores universidades. Pero no me sirvió de nada. No sé lo que estaban haciendo. Creo que estaban sólo por allí, consumiendo sus sueldos.

—¿Quién estaba al frente del laboratorio?

—¡Diablos! ¿Cómo puedo acordarme de eso ahora?

—¿Se acuerda de alguno de los nombres de su equipo de investigadores?

—¿Cree usted que yo tenía tiempo de conocer a cada nuevo contratado en persona?

—¿Alguno de ellos le mencionó alguna vez algunos experimentos con un... con un tipo de motor completamente nuevo?

—¿Qué motor? Déjeme decirle que un ejecutivo de mi nivel no se pasa el tiempo rondando por laboratorios. Yo pasaba la mayoría de mi tiempo en Nueva York y en Chicago, tratando de conseguir dinero para que pudiésemos sobrevivir.

—¿Quién era el director general de la fábrica?

—Un tipo muy capaz que se llamaba Roy Cunningham. Murió el año pasado en un accidente de coche. Conduciendo ebrio, dijeron.

—¿Puede darme nombre y dirección de cualquiera de sus asociados? ¿De cualquiera que recuerde?

—No sé qué ha sido de ellos. Yo no estaba de ánimos para seguirles la pista.

—¿Ha guardado alguno de los archivos de la fábrica?

—Claro que lo he hecho.

Ella se irguió vivamente.

—¿Me dejaría verlos?

—¡Por supuesto!

Él parecía encantado de poder hacerlo; se levantó enseguida y salió apresuradamente de la habitación. Lo que puso delante de ella, cuando volvió, fue un grueso álbum de recortes: eran sus entrevistas de periódicos y los comunicados de su agente de prensa.

—Yo también fui uno de los grandes industriales —dijo orgullosamente—. Fui un personaje nacional, como usted puede ver. Mi biografía será un libro con un sentido profundo y humano. La habría escrito hace mucho tiempo, si hubiese tenido las herramientas de producción

adecuadas. —Golpeó furiosamente la máquina de escribir—. No puedo trabajar con esta condenada. Se salta espacios. ¿Cómo puedo conseguir inspiración y escribir un bestseller con una máquina de escribir que se salta espacios?

—Gracias, señor Hunsacker —dijo ella—. Creo que eso es todo lo que usted puede decirme. —Se levantó—. ¿No sabrá por casualidad lo que fue de los herederos de Starnes?

—Oh, corrieron para ponerse a cubierto después de arruinar la fábrica. Eran tres, dos hijos y una hija. Lo último que supe de ellos es que están intentando pasar desapercibidos en Durance, Luisiana.

La última visión que ella tuvo de Lee Hunsacker, al volverse para marchar, fue su salto repentino hacia el hornillo; quitó la tapa de la olla y la dejó caer al suelo, quemándose los dedos y soltando una palabrota: el estofado se había quemado.

Poco quedaba de la fortuna de Starnes, y menos aún de los herederos de Starnes.

—No le gustará tener que verlos, señorita Taggart —dijo el jefe de policía de Durance, Luisiana; era un hombre de edad, con modales firmes y pausados y con un aire de amargura adquirido, no por un ciego resentimiento, sino por fidelidad a normas claramente definidas—. Hay todo tipo de seres humanos que ver en el mundo, hay asesinos y maníacos criminales, pero, de alguna forma, creo que los Starnes son el tipo de personas a las que la gente decente no debería tener que ver. Son bichos malos, señorita Taggart. Escurridizos y malvados. Sí, siguen en el pueblo; dos de ellos, quiero decir. El tercero está muerto. Suicidio. Eso fue hace cuatro años. Es una historia fea. Él era el más joven de los tres, Eric Starnes. Era uno de esos jóvenes perpetuos que van por ahí lloriqueando con sus emociones sensibles incluso cuando ya han pasado bastante de los cuarenta. Necesitaba amor, ése era su cuento. Lo mantenían mujeres ya mayores, cuando podía encontrarlas. Pero luego empezó a acosar a una chica de dieciséis años, una chica simpática que no quería tener nada que ver con él. Ella se casó con un muchacho con el que estaba comprometida. Eric Starnes se metió en la casa de ellos el día de la boda, y cuando volvieron de la iglesia después de la ceremonia, lo encontraron en su

dormitorio, muerto, horripilantemente muerto, con las venas de las muñecas cortadas. A ver, yo digo que puede haber perdón para un hombre que se mata calladamente. ¿Quién puede juzgar el sufrimiento de otro hombre, y hasta qué límite puede aguantar? Pero el hombre que se quita la vida, haciendo de su muerte un espectáculo para hacerle daño a alguien, el hombre que da su vida por maldad..., no hay perdón para él, no hay excusa, está podrido de la cabeza a los pies, y lo que se merece es que la gente le escupa a su memoria, en vez de sentir pena por él y sufrir, como él quería que hiciesen. Bueno, ése era Eric Starnes. Puedo decirle dónde encontrar a los otros dos, si lo desea.

Encontró a Gerald Starnes en la sala de una posada de mala muerte. Estaba medio tendido en un catre. Su cabello aún era negro, pero el tono blanquecino de los pelos de su barbilla eran como una neblina de hierbajos muertos sobre un rostro sin vida. Estaba borracho perdido. Una risita sin sentido interrumpía su voz cuando hablaba, el sonido de una malevolencia estática y desenfocada.

—Reventó, la gran fábrica. Eso es lo que le pasó. Subió y reventó. ¿Le preocupa eso, madame? La fábrica estaba podrida. Todo el mundo está podrido. Se supone que debo pedirle perdón a alguien, pero no voy a hacerlo. Me importa un comino. La gente se vuelve loca tratando de mantener el espectáculo, cuando todo es podredumbre, podredumbre fatal, los coches, los edificios y las almas, y da todo igual, de cualquier manera. Debería usted haber visto el tipo de literatos que bailaban a mi ritmo cuando yo silbaba, cuando yo tenía pasta; los profesores, los poetas, los intelectuales, los salvadores del mundo y los amantes del prójimo. Al ritmo que yo silbase. Me divertí de lo lindo. Quería hacer el bien, pero ahora no quiero. No existe ningún bien. No hay ningún maldito bien en todo el maldito universo. No pienso ducharme si no me da la gana, y eso es lo que hay. Si quiere saber algo sobre la fábrica, pregúntele a mi hermana. Mi dulce hermana, que tenía un fondo de pensión que nadie podía tocar, así que ella salió ilesa, aunque ahora esté en la clase de las hamburguesas, no del *filet mignon* con salsa *béarnaise*, pero ¿le iba a dar un solo centavo a su hermano? El noble plan que reventó fue tanto idea suya como mía, pero ¿iba a darme un centavo? ¡Ja! Vaya a echarle una ojeada a la duquesa, échele una ojeada. ¿Qué me importa a mí la fábrica? Era sólo un montón de maquinaria grasienta. Vendo todos mis derechos, mis demandas y mis

títulos... por un trago. Soy el último con el nombre Starnes. Solía ser un gran nombre... Starnes. Se lo vendo. Usted cree que soy un vagabundo maloliente, pero eso se aplica al resto de ellos, y también a las damas ricas como usted. Yo quería hacer el bien por la humanidad. ¡Ja! Ojalá todos ellos hiervan en aceite. Será divertidísimo. Ojalá se ahoguen. ¿Qué más da? ¿Qué más da todo?

En el catre de al lado, un pequeño vagabundo encogido y con el pelo blanco se giró entre sueños, gruñendo; una moneda de cinco centavos cayó tintineando al suelo desde sus harapos. Gerald Starnes la cogió y se la metió al bolsillo. Miró a Dagny. Las arrugas de su cara formaban una sonrisa maligna.

—¿Quiere despertarlo y montar un lío? —preguntó Gerald—. Si lo hace, diré que usted está mintiendo.

El bungaló maloliente donde encontró a Ivy Starnes estaba en las afueras del pueblo, a orillas del Misisipi. Hebras colgantes de musgo y montones de follaje encerado hacían que la densa vegetación pareciese estar babeando; las excesivas cortinas que colgaban en el aire estancado de una pequeña habitación tenían el mismo aspecto. El olor provenía de rincones con polvo sin limpiar y del incienso que ardía en recipientes de plata a los pies de contorsionadas deidades orientales. Ivy Starnes estaba sentada sobre un almohadón, como un Buda panzudo. Su boca era una apretada medialuna creciente, la malhumorada boca de un niño exigiendo adulación... sobre la cara esparcida y pálida de una mujer que había pasado los cincuenta. Sus ojos eran dos exánimes charcos de agua. Su voz sonaba como el monótono y constante goteo de la lluvia.

—No puedo responder al tipo de preguntas que me haces, hija mía. ¿El laboratorio de investigación? ¿Los ingenieros? ¿Por qué debería yo recordar alguna cosa sobre ellos? Era mi padre quien se preocupaba de esas cosas, no yo. Mi padre era un hombre malvado al que sólo le importaba el negocio. Él no tenía tiempo para el amor, sólo para el dinero. Mis hermanos y yo vivíamos en un plano diferente. Nuestro propósito no era fabricar chismes, sino hacer el bien. Introdujimos un gran plan nuevo para la fábrica. Eso fue hace once años. Fuimos derrotados por la codicia, el egoísmo y la naturaleza animal básica de los hombres. Fue el eterno conflicto entre espíritu y materia, entre alma y cuerpo. No quisieron renunciar a sus cuerpos, que era lo único que les pedíamos. No me acuerdo

de ninguno de esos hombres. Ni quiero acordarme... ¿Los ingenieros? Creo que fueron ellos quienes empezaron la hemofilia... Sí, eso es lo que dije: la hemofilia, la lenta hemorragia, la pérdida de sangre que no puede pararse. Ellos se largaron los primeros. Nos abandonaron uno tras otro... ¿Nuestro plan? Pusimos en práctica ese noble precepto histórico: «De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad». Todo el mundo en la fábrica, desde la mujer de la limpieza hasta el presidente, recibían el mismo sueldo: el mínimo absolutamente necesario. Dos veces al año, nos reuníamos todos en una asamblea general, en la que cada persona presentaba su demanda por lo que ella creía que eran sus necesidades. Votábamos sobre cada demanda, y la voluntad de la mayoría determinaba la necesidad de cada persona y la capacidad de cada persona. Los ingresos de la fábrica eran distribuidos según eso. Las recompensas estaban basadas en la necesidad, y los castigos, en la capacidad. Aquellos cuyas necesidades se determinaba por voto que eran las mayores, recibían más. Aquellos que no habían producido tanto como el voto dijo que podrían producir eran multados y tenían que pagar las multas trabajando horas extra sin cobrar. Ése era nuestro plan. Estaba basado en el principio del desprendimiento. Requería que los hombres estuvieran motivados, no por su beneficio personal, sino por amor a sus hermanos.

Dagny oyó una voz fría e implacable diciéndole en algún lugar en su interior: «Recuérdalo..., recuérdalo bien..., no es tan a menudo que uno puede ver pura maldad..., mírala..., recuérdala..., y algún día encontrarás palabras para nombrar su esencia». La oyó entre el griterío de otras voces que gritaban con impotente violencia: «No es nada... Lo he oído antes... Lo oigo en todas partes... No es más que la misma estupidez de siempre... ¿Por qué no puedo aguantarlo? No lo aguanto... ¡No lo aguanto!».

—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué has saltado así? ¿Por qué estás temblando...? ¿Qué? Habla más alto, no puedo oírte... ¿Que cómo resultó nuestro plan? No me apetece hablar de ello. Las cosas se pusieron ciertamente muy feas y fueron empeorando año tras año. He perdido la fe en la naturaleza humana. En cuatro años, un plan concebido, no por el frío cálculo de la mente, sino por el puro amor del corazón, acabó en un sórdido revoltijo de policías, abogados y juicios de quiebra. Pero he visto mi error, y estoy liberado de él. Estoy harta del mundo de máquinas, fabricantes y dinero, del mundo esclavizado por la materia. Estoy ahondando en la

emancipación del espíritu, tal como nos la revelan los grandes secretos de la India, la liberación respecto a la esclavitud de la carne; la victoria sobre la naturaleza física, el triunfo del espíritu sobre la materia.

A través del cegador resplandor de la cólera, Dagny estaba viendo una larga pista de cemento, que había sido una carretera, con hierbajos creciendo entre sus grietas, y la figura de un hombre contorsionado al usar un arado manual.

—Pero, hija mía, ya te he dicho que no me acuerdo... Que no recuerdo sus nombres, no recuerdo ninguno de sus nombres, no sé qué tipo de aventureros puede haber tenido mi padre en ese laboratorio... ¿No me oyes...? No estoy acostumbrada a que me interroguen de ese modo, y... No sigas repitiéndolo. ¿No sabes ninguna otra palabra más que «ingeniero»...? ¿No me oyes en absoluto...? ¿Qué pasa contigo...? No..., no me gusta tu cara, eres... Déjame en paz. No sé quién eres, nunca te he hecho daño, soy una anciana, no me mires así, yo... ¡Atrás! ¡No te acerques a mí o pediré auxilio! Oh, sí, sí, ¡a ése lo conozco! El ingeniero jefe. Sí. Él estaba a cargo del laboratorio. Sí. William Hastings. Ése era su nombre... William Hastings. Me acuerdo. Se fue a Brandon, Wyoming. Dimitió al día siguiente de introducir el plan. Fue el segundo hombre que nos abandonó... No. No, no me acuerdo de quién fue el primero. No era nadie importante.

La mujer que abrió la puerta tenía el cabello grisáceo y un aire de elegancia serena y distinguida; Dagny tardó varios segundos en darse cuenta de que su vestido era una simple bata de algodón de estar por casa.

—¿Puedo ver al señor William Hastings? —preguntó Dagny.

La mujer la miró durante el más breve instante de una pausa; era una mirada extraña, inquisitiva y grave.

—¿Puedo preguntarle su nombre?

—Soy Dagny Taggart, de Taggart Transcontinental.

—Oh. Pase, por favor, señorita Taggart. Yo soy la señora Hastings. —El comedido tono de seriedad sonó en cada sílaba de su voz, como una advertencia; su conducta era cortés, pero no sonrió.

Era una casa sencilla en los alrededores de una ciudad industrial. Ramas desnudas de árboles se dibujaban contra el frío y brillante azul del cielo, por encima de los escalones que conducían a la casa. Las paredes del

salón eran de un gris plateado; la luz del sol daba sobre el pie de cristal de una lámpara con pantalla blanca; más allá de una puerta abierta, una salita para desayunar estaba revestida de papel blanco con puntos rojos.

—¿Conocía usted a mi marido por negocios, señorita Taggart?

—No. Nunca me he encontrado con el señor Hastings. Pero me gustaría hablar con él sobre un asunto de negocios de crucial importancia.

—Mi marido murió hace cinco años, señorita Taggart.

Dagny cerró los ojos; el sordo y contundente golpe contenía las conclusiones que ella no tuvo que convertir en palabras. Ése, entonces, era el hombre que ella estaba buscando, y Rearden tenía razón; por eso el motor había sido abandonado en un montón de chatarra.

—Lo siento —dijo, tanto a la señora Hastings como a ella misma.

La sugerencia de una sonrisa en el rostro de la señora Hastings era de tristeza, pero el rostro no tenía ninguna marca de tragedia, sólo una grave expresión de firmeza, resignación y tranquila serenidad.

—Señora Hastings, ¿me permite usted hacerle unas pocas preguntas?

—Desde luego. Siéntese, por favor.

—¿Tenía usted algún conocimiento sobre el trabajo científico de su marido?

—Muy poco. Ninguno, en realidad. Nunca hablábamos de eso en casa.

—¿Él fue, un tiempo atrás, ingeniero jefe de la Twentieth Century Motor Company?

—Sí. Fue su empleado durante dieciocho años.

—Quería preguntarle al señor Hastings por su trabajo allí y la razón por la que lo dejó. Si usted puede decírmelo, me gustaría saber qué pasó en esa fábrica.

La sonrisa de tristeza y de humor volvió a invadir el rostro de la señora Hastings.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí también —dijo—. Pero me temo que ya nunca lo sabré. Sé por qué se fue de la fábrica. Fue por ese atroz esquema que los herederos de Jed Starnes implementaron allí. Él no estaba dispuesto a trabajar en esos términos para esa gente. Pero había algo más. Siempre he sentido que algo pasó en la Twentieth Century Motor Company, algo que él nunca quiso contarme.

—Estoy sumamente ansiosa de saber cualquier pista que usted tenga la amabilidad de darme.

—No tengo ninguna pista de ello. He intentado adivinarlo y me he rendido. No puedo entenderlo o explicarlo. Pero sé que algo pasó. Cuando mi marido se fue de la Motor Company nos mudamos aquí, y él aceptó un trabajo como jefe del departamento de ingeniería de la Acme Motors. Era una empresa que estaba creciendo y tenía éxito en esa época. Le dio a mi marido el tipo de trabajo que le gustaba. Él no era una persona propensa a tener conflictos interiores, siempre estuvo muy seguro de sus actos y en paz consigo mismo. Pero, durante un año entero, después de irnos de Wisconsin, se comportó como si estuviese torturado por algo, como si estuviese lidiando con un problema personal que era incapaz de resolver. Al cabo de ese año, vino a mí una mañana y me dijo que había renunciado a la Acme Motors, que se iba a jubilar y que no trabajaría en ningún otro lugar. Le encantaba su trabajo; era la vida entera para él. Y sin embargo parecía tranquilo, seguro de sí mismo y feliz, por primera vez desde que llegamos aquí. Me pidió que no le cuestionase sobre el motivo de su decisión. No le pregunté nada, y no me opuse a ello. Teníamos esta casa, teníamos nuestros ahorros, teníamos lo suficiente para vivir modestamente el resto de nuestros días. Jamás descubrí su motivo. Continuamos viviendo aquí, tranquilos y muy felices. Él parecía sentir una alegría muy profunda. Tenía una extraña serenidad de espíritu que yo nunca había visto en él. No había nada raro en su comportamiento ni en su actividad; excepto que, a veces, muy raramente, salía sin decirme adónde iba o a quién iba a ver. En los últimos dos años de su vida se fue un mes entero cada verano; no me dijo adónde. Por lo demás, vivió como siempre había vivido. Estudiaba mucho, y se pasaba el tiempo dedicado a sus propias investigaciones científicas, trabajando en el sótano de nuestra casa. No sé lo que hizo con sus notas y con sus modelos experimentales. No encontré ningún rastro de ellos en el sótano, después de su muerte. Falleció hace cinco años, de un problema cardíaco del que venía sufriendo de un tiempo para acá.

Dagny preguntó, desesperanzada:

—¿Conocía usted la naturaleza de sus experimentos?

—No. Sé muy poco de ingeniería.

—¿Conoció usted a alguno de sus amigos profesionales o colegas de trabajo, alguien que pudiese haber estado al tanto de su investigación?

—No. Cuando él estaba en la Twentieth Century Motor Company trabajaba tantas horas que teníamos poco tiempo para nosotros mismos, y lo pasábamos juntos. No teníamos ninguna vida social. Nunca trajo a sus colegas a casa.

—Cuando estaba en la Motor Company, ¿le habló a usted alguna vez de un motor que él había diseñado, un tipo de motor totalmente nuevo que podría haber cambiado el curso de toda la industria?

—¿Un motor? Sí. Sí, habló de él varias veces. Dijo que era un invento de incalculable importancia. Pero no fue él quien lo había diseñado. Era el invento de un joven ayudante suyo.

Vio la expresión en el rostro de Dagny, y añadió lenta y burlonamente, sin reproche, sólo como tristemente divertida:

—Ya veo.

—¡Oh, lo siento! —dijo Dagny, dándose cuenta de que su emoción le había saltado a la cara y se había convertido en una sonrisa tan obvia como un grito de alivio.

—No pasa nada. Lo entiendo. Es el inventor de ese motor quien le interesa a usted. No sé si aún está vivo, pero al menos no tengo motivos para creer que no lo esté.

—Daría la mitad de mi vida por saber que lo está..., y por encontrarlo. Es así de importante, señora Hastings. ¿Quién es?

—No lo sé. No sé su nombre ni nada sobre él. Nunca conocí a ninguno de los hombres del equipo de mi marido. Me dijo sólo que tenía un joven ingeniero que algún día revolucionaría el mundo. A mi marido no le importaba nada de la gente, excepto su capacidad. Creo que ése fue el único hombre al que él tuvo en estima. No lo dijo, pero yo lo deduje por la forma en que hablaba de su joven ayudante. El día que me contó que el motor había sido completado, recuerdo cómo sonaba su voz cuando dijo: «¡Y tiene sólo veintiséis años!». Eso fue más o menos un mes antes de la muerte de Jed Starnes. Nunca más habló del motor o del joven ingeniero, después de eso.

—¿No sabe usted qué fue del joven ingeniero?

—No.

—¿No puede sugerirme algún modo de encontrarlo?

—No.

—¿Usted no tiene ningún indicio, ningún rastro para ayudarme a averiguar su nombre?

—Ninguno. Dígame, ¿era ese motor tan extremadamente valioso?

—Más valioso que cualquier estimación que yo pudiese darle.

—Es extraño, porque, ¿sabe?, yo pensé en eso una vez, algunos años después de que saliéramos de Wisconsin, y le pregunté a mi marido qué había sido de aquel invento que él decía que era tan fantástico. Me miró de un modo muy extraño y respondió: «Nada».

—¿Por qué?

—No me lo quiso decir.

—¿Puede usted recordar a alguien de todos los que trabajaron en la Twentieth Century Motor Company? ¿Alguien que conociese al joven ingeniero? ¿Algún amigo suyo?

—No, yo... ¡Espere! Espere, creo que puedo darle una pista. Le diré dónde encontrar a un amigo suyo. Ni quisiera sé el nombre del amigo, pero sé su dirección. Es una extraña historia. Mejor le explico lo que pasó. Una noche, unos dos años después de habernos mudado aquí, mi marido iba a salir, y yo necesitaba nuestro coche esa noche, así que me pidió que lo recogiera después de cenar en el restaurante de la estación de ferrocarril. No me dijo con quién iba a cenar. Cuando me acerqué conduciendo a la estación, lo vi a él enfrente del restaurante con dos hombres. Uno de ellos era joven y alto. El otro era de más edad; parecía ser muy distinguido. Seguiría reconociendo a esos hombres en cualquier lugar, porque tenían el tipo de caras que uno no olvida. Mi marido me vio, y los dejó. Ellos se alejaron hacia el andén; un tren estaba llegando. Mi esposo señaló al joven y dijo: «¿Lo has visto? Es el muchacho del que te hablé». «¿El que es un gran inventor de motores?», dije. «El que lo era», me contestó.

—¿Y no le dijo nada más?

—Nada más. Eso fue hace nueve años. La primavera pasada fui a visitar a mi hermano que vive en Cheyenne. Una tarde nos llevó a la familia a dar un largo paseo en coche. Fuimos por parajes solitarios muy bonitos, allá arriba en las Montañas Rocosas, y paramos en un restaurante al lado de la carretera. Había un hombre muy distinguido y de pelo gris al otro lado del mostrador. Yo no paraba de mirarlo mientras nos preparaba bocadillos y café, porque sabía que había visto su cara antes, pero no podía recordar dónde. Continuamos el viaje, y ya estábamos a varios kilómetros del

restaurante, cuando me acordé. Tiene usted que ir allí. Es en la Ruta 86, en las montañas, al oeste de Cheyenne, cerca de un pequeño complejo industrial junto a la Lennox Copper Foundry. Suena raro, pero estoy segura de ello: el cocinero en aquel restaurante es el hombre que yo vi en la estación de tren con el joven ídolo de mi marido.

El restaurante estaba en la cima de una larga y abrupta pendiente. Sus paredes de cristal extendían una capa de lustre sobre la vista de rocas y pinos que descendían en repisas quebradas hacia la puesta del sol. Estaba oscuro allá abajo, pero una luminosidad suave y brillante permanecía en el restaurante, como un pequeño estanque que hubiese sido dejado atrás por una marea en retroceso.

Dagny estaba sentada al final del mostrador, comiendo una hamburguesa. Era la comida mejor cocinada que había probado jamás, el producto de ingredientes simples y de una habilidad poco común. Dos trabajadores estaban terminando de comer; ella estaba esperando que se fueran.

Estudió al hombre de detrás del mostrador. Era delgado y alto; tenía un aire de distinción, más propio de un empleado de un antiguo castillo o de la sede central de un banco; pero su peculiar cualidad residía en el hecho de que él hacía que esa distinción pareciera apropiada allí, detrás del mostrador de un restaurante. Llevaba una chaqueta blanca de cocinero como si fuese un traje formal de vestir. Había una competencia experta en su forma de trabajar; sus movimientos eran sencillos, inteligentemente económicos. Tenía un rostro fino y un cabello gris que se mezclaba con el tono azul frío de sus ojos; en algún lugar tras su aspecto de cortés seriedad había una nota de humor, tan sutil que se desvanecía cuando uno trataba de discernirla.

Los dos trabajadores acabaron, pagaron y se fueron, cada uno de ellos dejando diez centavos de propina. Ella observó al hombre recoger sus platos, meterse las monedas en el bolsillo de su chaqueta blanca y limpiar el mostrador, trabajando con rápida precisión. Luego, se volvió y la miró a ella. Era una mirada impersonal, sin intención de invitar a conversar; pero ella estaba segura de que él ya se había fijado hacía tiempo en su traje de

Nueva York, sus zapatos de tacón, su aire de ser una mujer que no pierde el tiempo; sus ojos, observadores y fríos, parecían decirle que él sabía que ella no pertenecía a aquel lugar y que estaba esperando descubrir su propósito.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó ella.

—Bastante mal. Van a cerrar la Lennox Foundry la semana que viene, así que tendré que cerrar pronto, y seguir adelante —dijo. Su voz era clara, impersonalmente cordial.

—¿Adónde?

—Aún no lo he decidido.

—¿Qué tipo de cosa tiene usted en mente?

—No sé. Estoy pensando en abrir un taller mecánico, si consigo encontrar el lugar adecuado en algún pueblo.

—¡Oh, no! Usted es demasiado bueno en su trabajo como para cambiarlo. No debería querer ser otra cosa más que cocinero.

Una extraña y fina sonrisa movió la curva de su boca:

—¿No? —preguntó cortésmente.

—¡No! ¿Qué le parecería un trabajo en Nueva York?

Él la miró, sorprendido.

—Lo digo en serio —continuó ella—. Puedo darle un puesto en una gran compañía ferroviaria, como jefe del departamento de vagones restaurantes.

—¿Puedo preguntarle por qué querría usted hacer eso?

Ella levantó la hamburguesa en su servilleta de papel blanco.

—Ésta es una de las razones.

—Gracias. ¿Cuáles son las otras?

—No creo que usted haya vivido en una gran ciudad, si no, usted sabría lo miserablemente difícil que es encontrar hombres competentes para cualquier trabajo, el que sea.

—Sé algo sobre eso.

—¿Y bien? ¿Qué le parece, entonces? ¿Le gustaría un trabajo en Nueva York por diez mil dólares al año?

—No.

Dagny se había dejado llevar por la alegría de descubrir y recompensar la habilidad. Lo miró en silencio, perpleja.

—No creo que me haya entendido —dijo ella.

—La he entendido.

—¿Está rechazando una oportunidad de ese tipo?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

—Eso es un asunto personal.

—¿Por qué querría usted trabajar así, pudiendo tener un trabajo mejor?

—No estoy buscando un trabajo mejor.

—¿No quiere la oportunidad de prosperar y ganar dinero?

—No. ¿Por qué insiste?

—Porque odio ver cómo se desperdicia el talento.

Él dijo despacio, intencionadamente:

—Yo también.

Algo en la forma de decirlo le hizo a ella sentir el lazo de alguna profunda emoción que tenían en común; se saltó la disciplina que le prohibía pedir ayuda jamás.

—¡Estoy tan harta de ellos! —Su voz le sorprendió a ella misma; fue un grito involuntario—. ¡Estoy tan ávida de ver a alguien que es capaz de hacer bien sea lo que sea que esté haciendo!

Ella se llevó el dorso de la mano a los ojos, tratando de contener el estallido de una desesperación que no se había permitido a sí misma reconocer; no sabía hasta qué punto, ni la poca resistencia que su búsqueda le había dejado.

—Lo siento —dijo él, su voz baja; no sonó como una disculpa, sino como una afirmación de compasión.

Ella lo miró. Él sonrió, y ella sabía que la sonrisa tenía por objeto romper el lazo que él también había sentido: la sonrisa tenía una pizca de burla cortés. Dijo:

—Pero no creo que haya venido hasta aquí desde Nueva York sólo para buscar cocineros de ferrocarril en las Montañas Rocosas.

—No. He venido por algo más. —Se inclinó hacia delante, ambos antebrazos firmemente apoyados sobre el mostrador, sintiéndose en calma y en control de sí misma de nuevo, como detectando un adversario peligroso —. ¿Conoció usted, unos diez años atrás, a un joven ingeniero que trabajaba para la Twentieth Century Motor Company?

Ella contó los segundos de la pausa que siguió; no tenía cómo definir la naturaleza de la forma en que él la miró, excepto que era una mirada que encerraba alguna atención especial.

—Sí, lo conocí —respondió.

—¿Podría darme su nombre y dirección?

—¿Para qué?

—Es crucialmente importante que lo encuentre.

—¿A ese hombre? ¿Qué importancia tiene él?

—Es el hombre más importante del mundo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¿Sabía usted algo sobre su trabajo?

—Sí.

—¿Sabía usted que ese hombre dio con una idea de consecuencias extraordinarias?

Él dejó pasar un momento.

—¿Puedo preguntar quién es usted?

—Dagny Taggart. Soy la vicepres...

—Sí, señorita Taggart. Sé quién es usted.

Lo dijo con una deferencia impersonal. Pero pareció como si él hubiese encontrado la respuesta a alguna pregunta especial en su mente y hubiese dejado de estar sorprendido.

—Entonces sabrá usted que mi interés no es en vano —dijo ella—. Estoy en condiciones de darle a ese hombre la oportunidad que necesita, y estoy dispuesta a pagarle lo que pida.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que ha generado su interés en él?

—Su motor.

—¿Cómo es que usted ha sabido algo de su motor?

—Encontré unos restos rotos en las ruinas de la Twentieth Century Motor Company. No es lo suficiente como para poder reconstruirlo o saber cómo funcionaba. Pero es lo suficiente como para saber que sí funcionó, y que es un invento que puede salvar mi ferrocarril, al país y a la economía del mundo entero. No me pida que le cuente ahora el camino que he seguido tratando de llegar al motor y encontrar a su inventor. Eso no tiene importancia, ni siquiera mi vida y mi trabajo tienen importancia para mí ahora, nada tiene ninguna importancia, excepto que debo encontrarlo. No me pregunte cómo he llegado a dar con usted. Usted es el final del camino. Dígame su nombre.

Él la había escuchado sin moverse, mirándola de frente; la atención de sus ojos parecía grabar cada palabra y archivarla cuidadosamente, sin darle a ella ninguna pista de su propósito. Él no se movió durante un largo rato. Luego, dijo:

—Desista, señorita Taggart. No lo encontrará.

—¿Cómo se llama él?

—No puedo decirle nada sobre él.

—¿Sigue vivo?

—No puedo decirle nada.

—¿Cómo se llama *usted*?

—Hugh Akston.

Durante los segundos en blanco para recapturar su mente, ella no paró de decirse a sí misma: «Estás histérica..., no seas ridícula..., es sólo una coincidencia de nombres...», mientras sabía, con total certeza y un seco e inexplicable terror, que ése era el mismísimo Hugh Akston.

—¿Hugh Akston? —tartamudeó—. ¿El filósofo...? ¿El último de los abogados de la razón?

—Vaya, sí —contestó él plácidamente—, o el primero de su retorno.

Él no parecía sorprendido por el pasmo de ella, pero pareció no creerlo necesario. Sus modales eran simples, casi amistosos, como si no sintiese necesidad de ocultar su identidad ni resentimiento porque ésta hubiese sido descubierta.

—No pensé que ninguna persona joven reconocería mi nombre o le atribuiría algún significado hoy día —dijo.

—Pero... ¿qué está usted haciendo aquí? —Su brazo apuntó al salón—. ¡Esto no tiene sentido!

—¿Está segura?

—¿Qué es? ¿Una charada? ¿Un experimento? ¿Una misión secreta? ¿Está usted estudiando algo con algún fin concreto?

—No, señorita Taggart. Estoy ganándome la vida —repuso él; sus palabras y su voz tenían la genuina simplicidad de la verdad.

—Doctor Akston, yo..., es inconcebible, es... Usted es..., usted es un filósofo..., el mayor filósofo vivo..., un nombre inmortal..., ¿por qué haría usted esto?

—Porque soy un filósofo, señorita Taggart.

Ella supo con absoluta certeza —aun sintiendo que su capacidad de tener certeza y de comprender habían desaparecido— que no conseguiría ninguna ayuda de él, que las preguntas serían inútiles, que él no le daría ninguna explicación ni sobre el destino del inventor ni sobre el suyo propio.

—Desista, señorita Taggart —dijo con calma, como dándole pruebas de que él podía adivinar sus pensamientos, como ella sabía que él podría hacer—. Es una búsqueda inútil, más inútil aún porque usted no tiene ni la menor idea de la imposible tarea que ha decidido emprender. Me gustaría ahorrarle el esfuerzo de intentar idear algún tipo de argumento, truco o súplica que me hiciera darle la información que está buscando. Créame una cosa: es imposible hacerlo. Usted dijo que yo soy el final del camino. Es un callejón sin salida, señorita Taggart. No intente gastar su dinero y su esfuerzo en métodos de investigación más convencionales: no contrate detectives. Ellos no averiguarán nada. Usted puede decidir ignorar mi advertencia, pero creo que usted es una persona de notoria inteligencia, capaz de saber que yo sé lo que estoy diciendo. Desista. El secreto que usted está tratando de resolver implica algo mayor, mucho mayor, que el invento de un motor que funciona con electricidad atmosférica. Hay sólo una sugerencia útil que puedo darle: por la esencia y la naturaleza de la existencia, las contradicciones no pueden existir. Si a usted le parece inconcebible que el invento de un genio quede abandonado entre ruinas, y que un filósofo quiera trabajar como cocinero en un restaurante..., verifique sus premisas. Encontrará que una de ellas está equivocada.

Ella se sobresaltó: recordó que había oído eso antes, y que fue Francisco quien lo había dicho. Y entonces recordó que este hombre había sido uno de los profesores de Francisco.

—Como usted desee, doctor Akston —dijo—. No intentaré cuestionarle sobre ello. Pero ¿me permite hacerle una pregunta sobre un tema completamente diferente?

—Desde luego.

—El doctor Robert Stadler me dijo una vez que cuando usted estaba en la Universidad Patrick Henry, usted tenía tres estudiantes que eran sus favoritos y también lo eran de él, tres mentes privilegiadas de las que ustedes esperaban un gran futuro. Uno de ellos era Francisco d’Anconia.

—Sí. Otro era Ragnar Danneskjöld.

—Por cierto..., y ésta no es mi pregunta, ¿quién era el tercero?

—Su nombre no significaría nada para usted. Él no es famoso.

—El doctor Stadler dijo que usted y él rivalizaban por esos tres estudiantes, porque ambos los consideraban como si fuesen sus hijos.

—¿Rivales? *Él* los perdió.

—Dígame, ¿está usted orgulloso de la forma en que esos tres acabaron?

Él miró a la distancia, al fuego moribundo del crepúsculo sobre las rocas más lejanas; su rostro tenía la expresión de un padre que ve a sus hijos desangrarse en un campo de batalla. Respondió:

—Más orgulloso de lo que jamás esperé estar.

Era casi de noche. Él giró bruscamente, sacó un paquete de cigarrillos de su bolsillo y cogió un pitillo, pero se detuvo, recordando la presencia de ella, como si la hubiese olvidado por un momento, y le extendió el paquete. Ella cogió un cigarrillo, y él encendió la breve llamarada de una cerilla, apagándola luego para dejar sólo las brasas de los dos cigarrillos en la oscuridad de kilómetros de montañas a su alrededor.

Ella se levantó, pagó la cuenta, y dijo:

—Gracias, doctor Akston. No le molestaré con tretas o súplicas. No contrataré detectives. Pero creo que debo decirle que no desistiré. Debo encontrar al inventor de ese motor. Lo encontraré.

—No hasta el día en que él decida encontrarla *a usted...*, como lo hará.

Cuando ella fue andando a su coche, él encendió las luces del restaurante, y ella vio el buzón de correos junto a la carretera; y se dio cuenta del increíble hecho de que el nombre «Hugh Akston» estaba allí, escrito a la vista de todos.

Llevaba un rato conduciendo por la serpenteante carretera abajo, y las luces del restaurante hacía tiempo que estaban fuera del alcance de su vista, cuando notó que estaba disfrutando del sabor del cigarrillo que él le había dado: era distinto a cualquier otro que había fumado antes. Puso lo que quedaba de él a la luz del salpicadero, buscando el nombre de la marca. No había nombre, sólo una marca registrada. Estampado en oro sobre el papel fino y blanco, estaba el signo del dólar.

Lo examinó con curiosidad: nunca había oído hablar de esa marca antes. Entonces se acordó del viejo en el quiosco de cigarros de la Terminal Taggart, y sonrió, pensando que ése sería un buen ejemplar para su colección. Aplastó la colilla y la dejó caer en su bolso.

El tren número 57 se encontraba en la vía, listo para partir hacia el Empalme Wyatt, cuando ella llegó a Cheyenne, dejó su coche en el garaje donde lo había alquilado y fue caminando hasta el andén de la estación Taggart. Le quedaba una media hora de espera hasta que llegase el expreso principal con destino al Este, a Nueva York. Fue andando hasta el final del andén y se apoyó, cansada, en una farola; no quería ser vista y reconocida por los empleados de la estación, no quería hablar con nadie, necesitaba descansar. Unas cuantas personas estaban de pie en grupos en el andén semidesierto; parecía haber conversaciones animadas, y los periódicos estaban más visibles y eran más llamativos que de costumbre.

Miró las ventanillas iluminadas del tren número 57, buscando un momento de alivio al contemplar el signo de un logro victorioso. El tren número 57 estaba listo para rodar sobre la vía de la Línea John Galt, por el pueblo, por las curvas de las montañas, pasando las señales verdes donde la gente había estado vitoreando y los valles donde cohetes habían ascendido al cielo de verano. Restos retorcidos de hojas colgaban ahora de las ramas por encima del techo de los vagones, y, mientras subían a bordo, los pasajeros llevaban abrigos y bufandas. Se movían de la forma casual propia de una actividad cotidiana, con la seguridad de contar con unas prestaciones que hacía tiempo que consideraban normales. Lo hemos conseguido —pensó—, eso, por lo menos, está hecho.

Fue la conversación informal de dos hombres en algún lugar detrás de ella lo que de pronto le causó impacto y le exigió su total atención.

—Pero las leyes no deberían ser aprobadas de esa forma, tan rápidamente.

—No son leyes, son decretos.

—Entonces es ilegal.

—No es ilegal, porque la asamblea legislativa aprobó una ley el mes pasado que le da el poder de dictar decretos.

—No creo que los decretos les deban ser impuestos a la gente de esa forma, saliendo de la nada, como un puñetazo en la nariz.

—Bueno, no es momento de palabrerías cuando es una emergencia nacional.

—Pero no creo que sea correcto, y algo no cuadra. ¿Cómo va a hacerlo Rearden, cuando dice aquí que...?

—¿Por qué debería preocuparte Rearden? Ya es suficientemente rico. Él puede encontrar la forma de hacer cualquier cosa.

Entonces ella corrió al primer quiosco y cogió una copia del periódico de la tarde.

Estaba en la primera página. Wesley Mouch, coordinador superior de la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, «en una decisión sorpresa», decía el periódico, y «en nombre de la emergencia nacional», había dictado un conjunto de decretos que se enumeraban en una columna a lo largo de la página.

A los ferrocarriles del país se les ordenaba reducir la velocidad máxima de todos los trenes a cien kilómetros por hora; reducir la longitud máxima de todos los trenes a sesenta vagones; y operar el mismo número de trenes en cada Estado de una zona compuesta por cinco Estados contiguos, quedando dividido el país en tales zonas a esos efectos.

A las fundiciones de acero se les ordenaba limitar la producción máxima de cualquier aleación de metal a una cantidad igual a la producción de otras aleaciones hechas por otras fundiciones que tuviesen la misma clasificación de capacidad de planta; y suministrar una parte justa de cualquier aleación a todos los consumidores que desearan obtenerla.

A todos los fabricantes del país, de cualquier tamaño y naturaleza, se les prohibía mudarse de sus ubicaciones actuales, excepto si les fuese concedido un permiso especial para hacerlo por parte de la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales.

Para compensar a los ferrocarriles del país por los costes adicionales generados, y «para amortiguar el proceso de reajuste», se declaraba una moratoria en el pago de los intereses y del principal sobre todas las obligaciones ferroviarias —garantizadas y no garantizadas, convertibles y no convertibles— durante un período de cinco años.

A fin de proveer los fondos para el personal que hiciese cumplir esos decretos, al Estado de Colorado se le imponía una tasa especial, «por ser el Estado más capaz de ayudar a Estados más necesitados a soportar el peso de la emergencia nacional», consistiendo tal tasa en el cinco por ciento de las ventas brutas de las empresas industriales de Colorado.

La pregunta que ella gritó nunca se la había permitido antes, porque siempre se la había respondido orgullosamente a sí misma; pero vio un hombre a unos pasos de distancia, sin fijarse en que era un vagabundo

harapiento, y lanzó ese grito porque era una apelación a la razón, y él era una figura humana:

—¿Qué vamos a hacer?

El vagabundo hizo una mueca de tristeza, y se encogió de hombros:

—¿Quién es John Galt?

No fue Taggart Transcontinental lo que se le apareció mentalmente como foco de terror, no fue pensar en Hank Rearden atado a un potro de tortura tirando en direcciones opuestas: fue Ellis Wyatt. Borrando todo el resto, llenando su consciencia, sin dejar sitio a palabras ni tiempo para planteamientos, como candente respuesta a las preguntas que ni había empezado a hacerse, surgieron dos imágenes. Una era la figura implacable de Ellis Wyatt frente a su escritorio, diciendo: «Está en su poder ahora destruirme; puede que yo tenga que irme; pero si me voy, me aseguraré de llevarme a todo el resto de ustedes por delante...»; la otra, la violenta torsión del cuerpo de Ellis Wyatt lanzando una copa para estrellarse contra la pared.

La única consciencia que las imágenes le dejaron fue la sensación de que se acercaba algún desastre inconcebible, y de que ella tenía que anticiparse a él. Tenía que llegar hasta Ellis Wyatt y detenerle. No sabía qué era lo que tenía que evitar. Sólo sabía que tenía que detenerle.

Y es que, aunque ella estuviese aplastada bajo las ruinas de un edificio, aunque estuviese destrozada por una bomba tras un ataque aéreo, mientras siguiese existiendo, ella sabría que actuar es la principal obligación del ser humano, independientemente de lo que sienta... Fue capaz de correr a lo largo del andén y ver la cara del jefe de estación cuando se lo encontró..., fue capaz de ordenar: «¡Detenga el número 57 para mí!»..., y luego fue capaz de correr hasta la privacidad de una cabina telefónica en la oscuridad, más allá del final del andén, y darle al operador de larga distancia el número de la casa de Ellis Wyatt.

Estaba de pie, soportada por las paredes de la cabina, con los ojos cerrados, escuchando el girar seco de metal que era el sonido de un timbre tocando en algún lugar. No había respuesta. El timbre seguía sonando en espasmos repentinos, como un taladro penetrando en su oído, en su cuerpo. Ella se aferraba al auricular como si, incluso desatendida su llamada, eso aún fuese una forma de contacto. Quería que el timbre sonara más fuerte. Olvidó que el sonido que estaba oyendo no era el que estaba sonando en la

casa de Wyatt. No sabía que estaba gritando «¡Ellis, no!, ¡no!, ¡no!», hasta que oyó la fría y reprobadora voz de la operadora diciendo: «La persona a la que llama no contesta».

Estaba sentada junto a la ventanilla de un vagón del tren número 57, escuchando el chasquido de las ruedas sobre los raíles de Metal Rearden. Allí estaba, sin resistir, balanceándose con los movimientos del tren. El negro lustre de la ventanilla ocultaba el paisaje que ella no quería ver. Era su segundo viaje en la Línea John Galt, y trató de no pensar en el primero.

Los dueños de los bonos, pensó, los accionistas de la Línea John Galt..., fue al honor de ella a lo que habían confiado su dinero, los ahorros y logros de muchos años, fue en base a su capacidad por lo que ellos habían apostado, fue en su trabajo en lo que ellos habían confiado, y en el propio trabajo de ellos..., y a ella le habían hecho traicionarles metiéndoles en una trampa de saqueadores: ya no habría más trenes, ni la carga que traía la sangre que da vida, la Línea John Galt había sido sólo un desagüe que le había permitido a Jim Taggart hacer un trato y vaciar la riqueza de ellos, inmerecida, en los bolsillos de él, a cambio de dejar que otros vaciaran su ferrocarril...; los bonos de la Línea John Galt, que esa misma mañana habían sido los orgullosos guardianes de la seguridad y del futuro de sus dueños, se habían convertido, en el plazo de una hora, en papel mojado que nadie compraría, sin ningún valor, sin ningún futuro, sin ningún poder, excepto el poder de cerrar las puertas y detener las ruedas de la última esperanza del país..., y Taggart Transcontinental no era una planta viva, alimentada por la sangre que había trabajado para producir, sino el caníbal del momento, devorando los hijos de la grandeza aún sin nacer.

El impuesto sobre Colorado, pensó, el impuesto recaudado de Ellis Wyatt para pagar el sustento de aquellos cuyo trabajo era atarlo y hacerle imposible vivir, aquellos que harían guardia para asegurarse que él no consiguiera ni trenes, ni vagones cisterna, ni oleoducto de Metal Rearden... Ellis Wyatt, despojado del derecho a la defensa propia, dejado sin voz, sin armas, y aún peor: convertido en instrumento de su propia destrucción, en sostén de sus propios destructores, en proveedor de sus alimentos y de sus armas... Ellis Wyatt siendo asfixiado, con su propia y brillante energía virada contra él mismo como una soga en su cuello... Ellis Wyatt, que había querido generar una fuente ilimitada de petróleo, y que hablaba de un segundo Renacimiento...

Allí estaba, doblada hacia delante con la cabeza sobre sus brazos, desplomada al borde de la ventanilla... mientras las grandes curvas del raíl verdiazulado, las montañas, los valles, las nuevas ciudades de Colorado pasaban en la oscuridad, inadvertidas.

La repentina sacudida de frenos sobre ruedas la hizo erguirse. Era una parada imprevista, y el andén de la pequeña estación estaba atestado de personas, todas mirando en la misma dirección. Los pasajeros a su alrededor estaban pegados a las ventanas, mirando. Ella se puso en pie de un salto, corrió por el pasillo, bajó los escalones y salió al viento frío que barría el andén.

Un instante antes de verlo, y de que su grito cortara las voces de la multitud, ella supo que ya había sabido lo que iba a ver. En una brecha entre montañas, iluminando el cielo, lanzando un resplandor que se mecía en los tejados y las paredes de la estación, la colina de Wyatt Oil era una sólida capa de llamas.

Más tarde, cuando le dijeron que Ellis Wyatt había desaparecido, dejando atrás sólo una tabla de madera que él había clavado en un poste al pie de la colina, cuando vio su letra en la madera, ella sintió como que casi había sabido que ésas serían las palabras:

«Lo dejo como lo encontré. Ahí lo tenéis. Vuestro es».

Segunda parte

# O lo uno o lo otro

# Capítulo I

## El ser que pertenecía a este mundo

El doctor Robert Stadler estaba andando de un lado a otro de su oficina, deseando no sentir el frío.

La primavera había llegado con retraso. Más allá de la ventana, el gris mortecino de las colinas parecía una transición borrosa entre el blanco manchado del cielo y el negro plomizo del río. De vez en cuando, una parcela distante de la ladera se abría en un amarillo plateado que era casi verde, y luego desaparecía. Las nubes no paraban de resquebrajarse con la anchura de un único rayo de sol, y volvían a rezumar cerrándose. No es que hiciera frío en la oficina, pensó el doctor Stadler, era esa vista lo que congelaba el lugar.

No hacía frío ese día, el frío estaba en sus huesos, pensó, era la acumulación almacenada de los meses de invierno, cuando había tenido que ser perturbado en su trabajo para preocuparse de temas como una calefacción insuficiente, y la gente había hablado de ahorrar combustible. Era absurda, pensó, esa creciente intrusión de los accidentes de la naturaleza en los asuntos de los hombres: nunca había importado antes si un invierno resultaba excepcionalmente severo; si una inundación arrasaba una sección de vía férrea, uno no pasaba quince días comiendo verduras en lata; si una tormenta eléctrica afectaba a una central eléctrica, un establecimiento como el instituto Estatal de Ciencias no tenía que pasar sin electricidad cinco días. Cinco días parados ese invierno, pensó, con los grandes motores del laboratorio detenidos y con irrecuperables horas destruidas, cuando su equipo había estado trabajando en problemas que tenían que ver con el corazón del universo. Se apartó, irritado, de la ventana..., pero se detuvo y volvió de nuevo a ella. No quería ver el libro que estaba sobre su escritorio.

Deseó que el doctor Ferris llegara. Le echó un vistazo a su reloj: el doctor Ferris se estaba retrasando —lo cual era un hecho sorprendente—, llegaría tarde a una cita con *él*; el doctor Floyd Ferris, el ayuda de cámara

de la ciencia, que siempre lo había mirado de una forma que sugería una disculpa por tener sólo un sombrero que quitarse.

Era un clima atroz para el mes de mayo, pensó, mirando al río allá abajo; seguro que era el clima lo que le hacía sentirse así, no el libro. Había dejado el libro bien a la vista en su escritorio, aun cuando se había dado cuenta de que su reticencia a verlo era más que mero asco, que contenía el elemento de una emoción que nunca admitiría. Se dijo a sí mismo que no se había levantado de su escritorio porque el libro estuviera allí, sino simplemente porque había querido moverse al sentir frío. Dio vueltas por la habitación, atrapado entre el escritorio y la ventana. Tiraría ese libro a la papelera, donde le correspondía estar, pensó, en cuanto hubiese hablado con el doctor Ferris.

Observó la parcela verde y soleada en la lejana colina, una promesa de primavera en un mundo en el que parecía que ninguna hierba ni flor volvería a brotar jamás. Sonrió entusiasmado; y, cuando la parcela desapareció de su vista, sintió una punzada de humillación por su propio entusiasmo, por la desesperada forma en que había querido que continuase allí. Eso le recordó su entrevista con un eminente novelista, el invierno anterior. El novelista había venido de Europa para escribir un artículo sobre él; y él, que siempre había despreciado las entrevistas, había hablado con entusiasmo, había hablado mucho tiempo, largo y tendido, entreviendo una promesa de inteligencia en el rostro del novelista, sintiendo una necesidad de ser comprendido, una necesidad desesperada y sin motivo. El artículo había sido publicado como una colección de frases que le daban a él elogios exorbitantes y que distorsionaban cada uno de los pensamientos que había expresado. Cerrando la revista, él había sentido lo que estaba sintiendo ahora con la deserción de ese rayo de sol.

Muy bien, pensó, apartándose de la ventana, admitiría que habían comenzado a afectarle algunos ataques de soledad de vez en cuando; pero era una soledad a la que él tenía derecho, era hambre por la respuesta de alguna mente viva y pensante. Estaba tan cansado de toda esa gente, pensó, con despectiva amargura; él lidiaba con rayos cósmicos, y ellos eran incapaces de lidiar con una tormenta eléctrica.

Sintió la repentina contracción de su boca, como una bofetada negándole el derecho a seguir ese curso de pensamiento. Estaba mirando el libro en su escritorio. Su satinada sobrecubierta era brillante y nueva; había

sido publicado dos semanas atrás. Pero ¡yo no tuve nada que ver con eso!, se gritó a sí mismo; el grito pareció desperdiciarse en un silencio despiadado; nada le respondió, ningún eco de perdón. El título en la sobrecubierta del libro era *¿Por qué piensas que piensas?*

No había ningún sonido en el silencio de ese tribunal dentro de él, ninguna compasión, ninguna voz de defensa, nada excepto los párrafos que su gran memoria había grabado en su cerebro: «El pensamiento es una superstición primitiva. La razón es una idea irracional. La pueril noción de que somos capaces de pensar ha sido el error más costoso de la humanidad».

«Lo que piensas que piensas es una ilusión creada por tus glándulas, tus emociones y, en última instancia, por el contenido de tu estómago.»

«Esa materia gris de la que estás tan orgulloso es como un espejo en un parque de atracciones que no te transmite más que señales distorsionadas de una realidad que está para siempre fuera de tu alcance.»

«Cuanto más seguro te sientes de tus conclusiones racionales, más seguro estás de estar equivocado. Como tu cerebro es un instrumento de distorsión, cuanto más activo esté el cerebro, mayor será la distorsión.»

«Los gigantes del intelecto, a quienes tanto admiras, te enseñaron una vez que la Tierra era plana y que el átomo era la partícula más pequeña de la materia. Toda la historia de la ciencia es una progresión de falacias refutadas, no de logros.»

«Cuanto más sabemos, más nos damos cuenta de que no sabemos nada.»

«Sólo el ignorante más burdo puede seguir aferrándose a la anticuada noción de que ver es creer. Lo que ves es lo primero que no debes creer.»

«Un científico sabe que una piedra no es una piedra en absoluto. Es, de hecho, idéntica a una almohada de plumas. Ambas son sólo una formación de nubes de las mismas partículas invisibles que giran. Pero, dices tú, ¿no puedes usar una piedra en vez de una almohada? Pues eso simplemente demuestra tu impotencia para enfrentar la realidad como es.»

«Los últimos descubrimientos científicos —como los enormes logros del doctor Robert Stadler— han demostrado de manera concluyente que nuestra razón es incapaz de lidiar con la naturaleza del universo. Esos descubrimientos han llevado a los científicos a contradicciones que son

imposibles, según la mente humana, pero que existen en la realidad, a pesar de todo. Si aún no lo habéis oído, mis queridos y anticuados amigos, ahora se ha demostrado que lo racional es lo insensato.»

«No esperes consistencia. Todo es una contradicción de todo lo demás. Nada existe, excepto las contradicciones.»

«No busques "sentido común". Exigir "sentido" es lo que caracteriza a lo disparatado. La naturaleza no tienen sentido. Nada tiene sentido. Los únicos cruzados en pro del "sentido" son el tipo de solterona adolescente estudiosa que no puede encontrar novio, y el anticuado tendero que piensa que el universo es tan simple como su almacencito bien ordenado y su querida caja registradora.»

«Rompamos las cadenas de ese prejuicio al que llaman lógica. ¿Vamos a dejar que nos detenga un silogismo?»

«¿Piensas que estás seguro de tus opiniones? No puedes estar seguro de nada. ¿Vas a poner en peligro la armonía de tu comunidad, la relación con tus vecinos, tu posición, reputación, buen nombre y seguridad financiera... por una ilusión? ¿Por el espejismo de pensar que piensas? ¿Vas a correr riesgos y exponerte a desastres en un momento precario como en el que vivimos, oponiéndote al orden social existente en nombre de esas imaginarias nociones tuyas que llamas tus convicciones? ¿Dices que estás seguro de tener razón? Nadie tiene razón, ni puede tenerla jamás. ¿Sientes que el mundo a tu alrededor está equivocado? No tienes medios para saberlo. Todo está mal en los ojos humanos, así que, ¿para qué combatirlo? No discutas. Acepta. Adáptate. Obedece.»

El libro había sido escrito por el doctor Floyd Ferris, y lo había publicado el Instituto Estatal de Ciencias.

—¡Yo no tuve nada que ver con eso! —dijo el doctor Robert Stadler.

Estaba de pie, parado al lado de su escritorio, con la incómoda sensación de haber perdido un lapso de tiempo, de no saber cuánto había durado el momento precedente. Había pronunciado las palabras en voz alta, en un tono de sarcasmo rencoroso dirigido a quien le había hecho decirlas.

Se encogió de hombros. Basándose en la creencia de que burlarse de sí mismo es un acto de virtud, ese encogerse de hombros era el equivalente emocional a la frase: «Eres Robert Stadler, no actúes como un adolescente neurótico». Se sentó en su escritorio, y apartó el libro a un lado con el dorso de la mano.

El doctor Floyd Ferris llegó media hora tarde.

—Lo siento —dijo—, pero mi coche se averió otra vez viniendo de Washington, y me costó Dios y ayuda encontrar a alguien que lo arreglara; hay tan pocos malditos coches en la carretera que la mitad de las estaciones de servicio están cerradas.

Había más irritación que disculpa en su voz. Se sentó sin esperar una invitación para hacerlo.

El doctor Floyd Ferris no habría sido considerado como especialmente atractivo en ninguna otra profesión, pero en la que había elegido siempre lo describían como «ese atractivo científico». Medía un metro ochenta, y tenía cuarenta y cinco años, pero conseguía parecer más alto y más joven. Tenía un aire de impecable aseo y una gracia de movimientos como de salón de baile, pero sus ropas eran austeras, sus trajes eran generalmente negros o de color azul oscuro. Tenía un bigote finamente trazado, y su liso pelo negro hacía que los chicos del instituto dijeran que usaba el mismo betún en sus dos extremos. No le importaba repetir, en el tono de una broma sobre sí mismo, que un productor de cine dijo una vez que le daría el papel de un gigoló europeo. Había comenzado su carrera como biólogo, pero eso se había olvidado hacía mucho tiempo; era famoso por ser el coordinador supremo del instituto Estatal de Ciencias.

El doctor Stadler lo miró con asombro; la ausencia de disculpas no tenía precedente, y dijo secamente:

—Me parece a mí que usted está pasando gran parte de su tiempo en Washington.

—Pero, doctor Stadler, ¿no fue usted quien me hizo un cumplido una vez al llamarme el perro guardián de este instituto? —dijo el doctor Ferris afablemente—. ¿No es ése mi deber más esencial?

—Algunos de sus deberes parecen estar acumulándose justo por aquí. Antes de que me olvide, ¿le importaría decirme qué está pasando aquí con ese desastre de la escasez de petróleo?

No pudo entender por qué la cara del doctor Ferris se tensó con una mirada herida.

—Me permitirá decirle que eso es inesperado e injustificado —dijo el doctor Ferris en ese tono de formalidad que oculta el dolor y revela el martirio—. Ninguna de las autoridades involucradas ha encontrado motivos de crítica. Acabamos de enviar un informe detallado sobre el progreso del

trabajo hasta la fecha a la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, y el señor Wesley Mouch se ha mostrado satisfecho. Hemos hecho todo lo posible en ese proyecto. No hemos oído a nadie más describirlo como un desastre. Teniendo en cuenta las dificultades del terreno, los peligros del fuego y el hecho de que han pasado sólo seis meses desde que...

—¿De qué está usted hablando? —preguntó el doctor Stadler.

—Del Proyecto de Recuperación de Wyatt. ¿No es eso lo que me ha preguntado?

—No —dijo el doctor Stadler—, no, yo... Espere un momento. Deje que me aclare. Creo recordar algo acerca de que este instituto se está haciendo cargo de un proyecto de recuperación. ¿Qué es lo que están recuperando?

—Petróleo —dijo el doctor Ferris—. Los campos petrolíferos de Wyatt.

—Fue un incendio, ¿no? ¿En Colorado? Ése fue..., espere un momento..., ése fue el hombre que prendió fuego a sus propios pozos de petróleo.

—Me inclino a creer que eso sea un rumor creado por la histeria de la opinión pública —dijo el doctor Ferris secamente—. Un rumor con algunas implicaciones indeseables y antipatrióticas. Yo no confiaría demasiado en esas historias periodísticas. Personalmente, creo que fue un accidente, y que Ellis Wyatt pereció en el incendio.

—Bueno, ¿a quién pertenecen esos campos ahora?

—A nadie, por el momento. Al no haber testamento ni herederos, el gobierno se está haciendo cargo de la operación de los campos..., como una medida de necesidad pública, durante siete años. Si Ellis Wyatt no reaparece dentro de ese plazo, será considerado oficialmente muerto.

—Ya... Y ¿por qué acudieron a usted, a nosotros, para una tarea tan insólita como el bombeo de petróleo?

—Porque es un problema de gran dificultad tecnológica, que requiere los servicios del mejor talento científico disponible. Verá, se trata de reconstruir el método especial de extracción de petróleo que Wyatt había empleado. Su maquinaria todavía está allí, aunque en condiciones terribles;

algunos de sus procesos son conocidos, pero, por algún motivo, no hay un registro documentado del procedimiento completo o del principio básico en que consiste. Eso es lo que tenemos que redescubrir.

—Y ¿cómo va?

—El progreso es muy satisfactorio. Acabamos de recibir una nueva asignación de recursos, y más cuantiosa. El señor Wesley Mouch está complacido con nuestro trabajo. También lo están el señor Balch, de la Comisión de Emergencia, el señor Anderson, de Suministros Cruciales, y el señor Pettibone, de la Protección a Consumidores. No veo qué más se podría esperar de nosotros. El proyecto es completamente exitoso.

—¿Han obtenido ya petróleo?

—No, pero hemos tenido éxito en forzar un flujo desde uno de los pozos, una cantidad total de unos veinticinco litros. Eso, por supuesto, tiene una importancia meramente experimental, pero hay que tener en cuenta el hecho de que nosotros tuvimos que pasar tres meses enteros sólo para apagar el fuego, que ahora ha sido totalmente, o casi totalmente, extinguido. Tenemos un problema mucho más difícil que el que Wyatt tuvo jamás, porque él comenzó de cero, mientras que nosotros tuvimos que lidiar con los restos deformados de un acto de sabotaje despiadado y antisocial que... En fin, quiero decir que es un problema difícil, pero no hay duda de que conseguiremos resolverlo.

—Bueno, por lo que realmente le pregunté fue por la escasez de petróleo aquí, en el instituto. El nivel de temperatura que hemos tenido en este edificio durante todo el invierno ha sido escandaloso. Me dijeron que tenían que ahorrar petróleo. Seguro que usted podría haberse ocupado de que el asunto de mantener este lugar adecuadamente abastecido de cosas como petróleo fuese manejado más eficientemente.

—Oh, ¿es eso lo que tenía en mente, doctor Stadler? Oh, pero ¡cuánto lo siento! —Las palabras llegaron con una brillante sonrisa de alivio a la cara del doctor Ferris; su actitud solícita regresó—. ¿Quiere usted decir que la temperatura era lo suficientemente baja como para resultarle incómoda?

—Quiero decir que casi me congelo vivo.

—¡Pero eso es imperdonable! ¿Por qué no me lo dijeron? Por favor, acepte mi disculpa personal, doctor Stadler, y tenga la seguridad de que nunca volverá a tener ese inconveniente de nuevo. La única excusa que puedo ofrecer por parte de nuestro departamento de mantenimiento es que

la escasez de combustible no se debió a su negligencia, fue..., oh, me doy cuenta de que usted no lo sabría y de que esos asuntos no deberían ocupar su valiosa atención..., pero, ¿sabe?, la escasez de petróleo este invierno ha sido una crisis nacional.

—¿Por qué? ¡Por Dios, no me diga que esos campos de Wyatt eran la única fuente de petróleo en el país!

—No, no, pero la repentina desaparición de una gran oferta causó estragos en todo el mercado petrolero. Por lo tanto, el gobierno tuvo que asumir el control e imponer racionamiento de petróleo en el país, con el fin de proteger a las empresas esenciales. Yo conseguí una parte extraordinariamente grande para el instituto, y sólo gracias al favor especial de alguna conexión muy especial, pero me siento desesperadamente culpable si eso resultó ser insuficiente. Tenga la seguridad de que no volverá a suceder. Es sólo una emergencia temporal. Para el próximo invierno, tendremos los campos de Wyatt en producción de nuevo, y las condiciones volverán a la normalidad. Además, en lo que respecta a este instituto, hice todos los arreglos para convertir nuestros hornos al consumo de carbón, y debía haberse hecho el próximo mes, sólo que la Stockton Foundry, Colorado, cerró repentinamente, sin previo aviso..., estaban fundiendo piezas para nuestros hornos, pero Andrew Stockton se retiró, de forma totalmente inesperada, y ahora tenemos que esperar a que su sobrino vuelva a abrir la planta.

—Ya veo. Bueno, confío en que usted se hará cargo de eso, entre todas sus otras actividades —dijo el doctor Stadler, y se encogió de hombros, irritado—. Está resultando un poco ridículo... ver la cantidad de emprendimientos tecnológicos que una institución científica tiene que manejar para el gobierno.

—Pero, doctor Stadler...

—Lo sé, lo sé, no se puede evitar. Por cierto, ¿qué es el Proyecto X?

Los ojos del doctor Ferris se clavaron en él rápidamente, con una extraña y brillante mirada de alerta, que pareció sobresaltada, pero no asustada.

—¿Dónde oyó usted hablar del Proyecto X, doctor Stadler?

—Oh, oí a un par de sus muchachos más jóvenes decir algo sobre él con un aire de misterio que uno esperaría de detectives aficionados. Me dijeron que era algo muy secreto.

—Así es, doctor Stadler. Es un proyecto de investigación extremadamente secreto que el gobierno nos ha confiado. Y es de suma importancia que los periódicos no se enteren en lo más mínimo.

—¿Qué es la «X»?

—Xilófono. Proyecto Xilófono. Es un nombre en clave, por supuesto. El trabajo tiene que ver con sonido. Pero estoy seguro de que no le interesaría. Es un proyecto puramente tecnológico.

—Sí, ahórreme la historia. No tengo tiempo para sus proyectos tecnológicos.

—¿Puedo sugerir que sería aconsejable evitar mencionar las palabras Proyecto X a cualquiera, doctor Stadler?

—Oh, está bien, está bien. Debo decir que no disfruto de discusiones de ese tipo.

—¡Pero por supuesto! Y no me perdonaría si permitiera que su tiempo se viera absorbido por tales preocupaciones. Por favor, tenga la certeza de que puede dejarlo totalmente en mis manos. —Hizo un movimiento para levantarse—. Ahora, si ésa era la razón por la que quería verme, por favor, crea que yo...

—No —dijo el doctor Stadler lentamente—. Ésa no era la razón por la que quería verle.

El doctor Ferris no ofreció preguntas, ni ofertas ansiosas de ayudar; permaneció sentado, simplemente esperando.

El doctor Stadler se acercó e hizo que el libro se deslizara desde la esquina hasta el centro de su escritorio, con un movimiento desdeñoso de la mano.

—¿Podría decirme, por favor —preguntó—, qué es este pedazo de indecencia?

El doctor Ferris no miró el libro, sino que mantuvo sus ojos fijos en los de Stadler durante un momento inexplicable; luego, se inclinó hacia atrás y dijo con una extraña sonrisa:

—Me siento honrado de que usted decidiera hacer una excepción por mí y leer un libro popular. Ese librito ha vendido veinte mil copias en quince días.

—Lo he leído.

—¿Y?

—Quiero una explicación.

—¿Le pareció el texto confuso?

El doctor Stadler lo miró con perplejidad.

—¿Se da cuenta de qué tema ha decidido tratar, y de qué forma? Sólo el estilo, ¡el estilo!, ese tipo de actitud rastrera ¡para un tema de esa naturaleza!

—¿Cree usted, entonces, que el contenido merecía una forma de presentación más digna? —Su voz era tan inocentemente suave que el doctor Stadler no pudo decidir si era o no una burla.

—¿Se da cuenta de lo que está predicando en ese libro?

—Como parece que no lo aprueba, doctor Stadler, prefiero que piense que lo escribí inocentemente.

Era eso, pensó el doctor Stadler, ése era el elemento incomprensible en la actitud de Ferris: había contado con que la mera indicación de su desaprobación sería suficiente, pero a Ferris no parecía afectarle.

—Si un patán borracho pudiese encontrar el poder de expresarse sobre el papel —dijo el doctor Stadler—, si pudiera darle voz a su esencia..., la del salvaje eterno, sonriendo impúdicamente con su odio a la mente, ése es el tipo de libro que yo esperaría que escribiese. Pero ¡verlo salir de un científico, bajo la impronta de este instituto!

—Pero, doctor Stadler, ese libro no fue pensado para ser leído por científicos. Fue escrito para ese patán borracho.

—¿Qué quiere decir?

—Para el público en general.

—Pero, ¡por Dios! El imbécil más endeble debería ser capaz de ver las flagrantes contradicciones en cada una de sus afirmaciones.

—Digámoslo así, doctor Stadler: el hombre que no ve eso merece creer todas mis afirmaciones.

—¡Pero usted le ha dado el prestigio de la ciencia a esa basura indescriptible! Está bien si un mediocre de mala reputación como Simon Pritchett la babea como alguna especie de misticismo confuso: nadie lo escucha. Pero usted les ha hecho pensar que es ciencia. *¡Ciencia!* Ha tomado los logros de la mente para destruir la mente. ¿Con qué derecho usó usted *mi* trabajo para hacer un salto innecesario e injustificado a otro campo, sacar una metáfora inaplicable y extraer una generalización

monstruosa de lo que es meramente un problema matemático? ¿Con qué derecho hizo usted parecer que yo, *¡yo!*, le he dado mi aprobación a ese libro?

El doctor Ferris no hizo nada, simplemente miró al doctor Stadler con calma; pero la calma le dio un aire casi condescendiente.

—Ahora, vea usted, doctor Stadler, usted está hablando como si ese libro estuviera dirigido a una audiencia pensante. Si lo estuviera, uno debería preocuparse de cuestiones como la precisión, la validez, la lógica y el prestigio de la ciencia. Pero no lo está. Está dirigido al público general. Y usted siempre ha sido el primero en creer que ese público no piensa. —Hizo una pausa, pero el doctor Stadler no dijo nada—. Ese libro puede no tener ningún valor filosófico en absoluto, pero tiene un gran valor psicológico.

—¿Qué es eso exactamente?

—Mire, doctor Stadler, la gente no quiere pensar. Y cuanto más se mete en problemas, menos quiere pensar. Pero por algún tipo de instinto, sienten que deberían hacerlo, y les hace sentirse culpables. Así que bendecirán y seguirán a cualquiera que les dé una justificación para no pensar, a cualquiera que haga una virtud, una virtud altamente intelectual, de lo que saben que es su pecado, su debilidad y su culpa.

—¿Y su idea es aprovecharse de eso?

—Ése es el camino a la popularidad.

—¿Para qué quiere buscar popularidad?

Los ojos del doctor Ferris se movieron casualmente hacia la cara del doctor Stadler, como por puro accidente.

—Somos una institución pública —respondió, sin levantar la voz— financiada con fondos públicos.

—¡Y por eso le dice a la gente que la ciencia es un fraude inútil que debería ser abolido!

—Ésa es la conclusión que podría sacarse, por lógica, de mi libro. Pero ésa no es la conclusión que sacarán.

—¿Y qué hay de la desgracia de este instituto a los ojos de los hombres de inteligencia, los que aún puedan quedar?

—¿Por qué deberíamos preocuparnos por ellos?

El doctor Stadler podría haber considerado la frase como concebible, si hubiera sido pronunciada con odio, envidia o malicia; pero la ausencia de todas esas emociones, la facilidad de la voz, una facilidad que sugería una

risa, le impactaron como una visión momentánea de un reino que no podía ser concebido como parte de la realidad; lo que se estaba extendiendo hasta su estómago era un terror frío.

—¿Observó usted las reacciones a mi libro, doctor Stadler? Fue recibido muy positivamente.

—Sí..., y *eso* es lo que me resulta imposible de creer. —Tenía que hablar, tenía que hablar como si se tratara de una discusión civilizada, no podía darse tiempo de saber qué era lo que había sentido durante un momento—. No consigo entender la atención que usted recibió en todas las revistas académicas de renombre, y cómo podrían permitirse hablar seriamente de su libro. Si Hugh Akston estuviera por aquí, ninguna publicación académica se habría atrevido a tratar eso como un trabajo admisible en el campo de la filosofía.

—Él no está por aquí.

El doctor Stadler sintió que había palabras que él ahora estaba llamado a pronunciar, y deseó poder terminar esa conversación antes de descubrir cuáles eran.

—Por otro lado —dijo el doctor Ferris—, los anuncios para mi libro..., oh, estoy seguro de que usted no se fijaría en cosas tales como anuncios..., citan una carta de mucho elogio que recibí del señor Wesley Mouch.

—¿Quién demonios es el señor Wesley Mouch?

El doctor Ferris sonrió.

—Dentro de un año, incluso usted no hará esa pregunta, doctor Stadler. Digámoslo así: el señor Mouch es el hombre que está racionando el petróleo..., por el momento.

—Entonces sugiero que usted se limite a su trabajo. Trate con el señor Mouch, y déjele a él el campo del petróleo, pero déjeme el campo de las ideas a mí.

—Sería curioso tratar de formular la línea de demarcación —dijo el doctor Ferris, en el tono de una frívola observación académica—. Pero si estamos hablando de mi libro, bueno, en ese caso estamos hablando del campo de las relaciones públicas. —Se volvió para señalar solícitamente las fórmulas matemáticas escritas en la pizarra—. Doctor Stadler, sería desastroso si usted permitiera que el campo de las relaciones públicas le distrajera del trabajo que sólo usted en el mundo es capaz de realizar.

Lo había dicho con una servil deferencia, y el doctor Stadler no supo decir qué le hizo oír en eso la frase: «¡Usted métase en su pizarra!». Sintió una irritación mordaz, y la dirigió hacia sí mismo, pensando con enojo que tenía que deshacerse de esas sospechas.

—¿Relaciones públicas? —dijo Stadler despectivamente—. No veo ningún objetivo práctico en su libro. No veo lo que pretende lograr.

—¿No?

Los ojos del doctor Ferris se dirigieron brevemente hacia su rostro, parpadeando; el destello de insolencia fue demasiado rápido para ser identificado con certeza.

—No puedo permitirme a mí mismo considerar que ciertas cosas aparentan ser posibles en una sociedad civilizada —dijo el doctor Stadler con severidad.

—Eso es admirablemente exacto —dijo el doctor Ferris alegremente —. Usted no puede permitírselo a sí mismo.

El doctor Ferris se levantó, siendo el primero en indicar que la entrevista había terminado.

—Por favor, llámeme cuando ocurra algo en este instituto que le cause molestias, doctor Stadler —dijo—. Es mi privilegio estar siempre a su servicio.

Sabiendo que tenía que afirmar su autoridad, sofocando la vergonzosa idea del tipo de sustituto que estaba eligiendo, el doctor Stadler dijo imperiosamente, en un tono de grosería sarcástica:

—La próxima vez que le llame, más le vale hacer algo respecto a ese coche suyo.

—Sí, doctor Stadler. Me aseguraré de no volver a llegar tarde nunca más, y le ruego que me perdone. —El doctor Ferris respondió como si estuviera actuando y desempeñando su papel en el momento justo; como si estuviera satisfecho de que el doctor Stadler hubiera aprendido, por fin, el método moderno de comunicación—. Mi coche me ha estado causando muchos problemas, se está cayendo a pedazos, y había pedido uno nuevo hace algún tiempo, el mejor del mercado, un Hammond descapotable, pero Lawrence Hammond cerró la semana pasada, sin razón ni previo aviso, así que ahora estoy colgado. Esos desgraciados parecen estar desapareciendo en algún lugar. Algo tendrá que hacerse al respecto.

Cuando Ferris se fue, el doctor Stadler se sentó en su escritorio, con los hombros encogidos, consciente sólo del deseo desesperado de no ser visto por nadie. En la neblina del dolor que no quería definir, también estaba la sensación desesperada de que nadie, ninguno de los que él valoraba, desearía volver a verlo jamás.

Sabía las palabras que él no había pronunciado. No había dicho que denunciaría el libro en público y que lo repudiaría en nombre del instituto. No lo había dicho, porque había tenido miedo de descubrir que la amenaza dejaría indiferente a Ferris, que Ferris estaba a salvo, que la palabra del doctor Robert Stadler ya no tenía poder. Y mientras se decía a sí mismo que consideraría más tarde la cuestión de hacer una protesta pública, sabía que no la haría. Cogió el libro y lo tiró a la papelera.

Una cara le vino a la mente, repentina y claramente, como si estuviera viendo la pureza de cada una de sus líneas, una cara joven que él no se había permitido recordar durante años. No, pensó, no ha leído este libro, no lo verá, está muerto, debe haber muerto hace mucho tiempo... El agudo dolor fue el *shock* de descubrir simultáneamente que ése era el hombre al que él deseaba ver más que a cualquier otro ser en el mundo... y que tenía que contar con que ese hombre estuviera muerto.

Cuando sonó el teléfono y su secretaria le dijo que la señorita Dagny Taggart estaba en la línea, él no supo por qué agarró el auricular con tanta ansiedad, y notó que le temblaba la mano. Ella nunca querría volver a verlo, había pensado él durante más de un año. Escuchó su voz clara e impersonal pidiendo una cita para verlo.

—Sí, señorita Taggart, ciertamente, sí, claro... ¿El lunes por la mañana? Sí..., mire, señorita Taggart, tengo un compromiso en Nueva York hoy, podría pasarme por su oficina esta tarde, si le parece... No, no, no es problema en absoluto, estaré encantado... Esta tarde, señorita Taggart, sobre las dos..., quiero decir, sobre las cuatro.

No tenía ningún compromiso en Nueva York. No se dio tiempo para saber qué le había impulsado a hacerlo. Estaba sonriendo feliz, mirando una parcela de luz del sol en una colina distante.

Dagny trazó una línea negra con la que tachó el tren número 93 de la programación horaria de trenes, y sintió un momento de desolada satisfacción al notar que lo había hecho con tranquilidad. Fue una acción que había tenido que hacer muchas veces en los últimos seis meses. Había sido difícil, al principio; se estaba volviendo más fácil. Llegaría el día, pensó, en que sería capaz de dar ese golpe de muerte incluso sin el pequeño saludo de un esfuerzo. El tren número 93 era un tren de mercancías que se ganaba la vida llevando suministros a Hammondsville, Colorado.

Sabía qué pasos seguirían después: primero, la muerte de los trenes especiales de mercancías; luego, la reducción en el número de vagones a Hammondsville, enganchados, como parientes pobres, a la parte trasera de los trenes de mercancías con destino a otras ciudades; luego, el recorte gradual del número de paradas en la estación de Hammondsville en los horarios de los trenes de pasajeros; luego, el día en que tacharía Hammondsville del mapa. Ésa había sido la secuencia con el Empalme Wyatt y el pueblo llamado Stockton.

Sabía —una vez recibida la noticia de que Lawrence Hammond se había retirado— que era inútil esperar, confiar y preguntarse si su primo, su abogado o un comité de ciudadanos locales reabrirían la planta. Sabía que era hora de comenzar a reducir la frecuencia de los horarios.

El período había durado menos de seis meses después de que se fuera Ellis Wyatt, ese período que un columnista había llamado alegremente «la bonanza de los pequeños». Cada operador de petróleo en el país que poseía tres pozos y se quejaba de que Ellis Wyatt no le dejaba ninguna oportunidad de ganarse la vida se había apresurado a llenar el vacío que Wyatt había dejado completamente abierto. Formaron ligas, cooperativas, asociaciones; juntaron sus recursos y sus membretes. «El día de los pequeños bajo el sol», había dicho el columnista. Su sol habían sido las llamas que se retorcían a través de las torres de perforación de Wyatt Oil. En su resplandor, ellos hicieron la clase de fortunas que habían soñado, fortunas que no requerían ni competencia ni esfuerzo. Luego, sus clientes más importantes, como las compañías eléctricas, que bebían trenes enteros de petróleo y no daban cabida a la fragilidad humana, empezaron a reconvertirse al carbón, y los clientes más pequeños, que eran más tolerantes, empezaron a quebrar..., los muchachos de Washington impusieron racionamiento de petróleo y un impuesto de emergencia a los empresarios para ayudar a los trabajadores

desempleados de los campos petrolíferos, y entonces unas cuantas de las grandes compañías petroleras cerraron, y luego los pequeños bajo el sol descubrieron que una broca de perforación que había costado cien dólares ahora les costaba quinientos, porque no había mercado para maquinaria petrolera, y los proveedores tenían que ganar en un taladro lo que antes habían ganado en cinco, o perecer..., y entonces los oleoductos empezaron a cerrar, sin que ninguno de ellos pudiera permitirse pagar por su propio mantenimiento..., y entonces a los ferrocarriles se les dio permiso para subir sus tarifas de carga, ya que había poco petróleo para transportar y el coste de operar trenes cisterna había hecho quebrar a dos líneas pequeñas..., y, cuando se puso el sol, vieron que los costes de operación, que en el pasado les habían permitido existir en sus campos de veinte hectáreas, habían sido posibles por los miles de hectáreas de Wyatt, y se habían evaporado con las mismas volutas de humo. Hasta que sus fortunas desaparecieron y sus bombas se detuvieron, los pequeños no se dieron cuenta de que ningún negocio en el país podía permitirse comprar petróleo al precio que ahora les costaría producirlo. Luego, los muchachos de Washington les otorgaron subsidios a los operadores petroleros, pero no todos los operadores petroleros tenían amigos en Washington, y siguió una situación que a nadie le interesó examinar demasiado de cerca, o debatir.

Andrew Stockton había estado en el tipo de posición que la mayoría de los empresarios envidiaban. La prisa por reconvertirse al carbón había caído sobre sus hombros como una lluvia de oro: había mantenido su planta trabajando las veinticuatro horas, corriendo una carrera contra las tormentas de nieve del invierno siguiente, fundiendo piezas para estufas y hornos de carbón. No quedaban muchas fundiciones confiables; él se había convertido en uno de los principales pilares que sustentaban las calderas y las cocinas del país. El pilar se derrumbó sin previo aviso. Andrew Stockton anunció que se retiraba, cerró su planta y desapareció. No dejó ninguna información sobre lo que deseaba que se hiciera con la planta o si sus familiares tenían derecho a volver a abrirla.

Todavía había automóviles en las carreteras del país, pero se movían como viajeros en el desierto, que pasan junto al aviso de esqueletos de caballos blanqueados por el sol: pasaban al lado de esqueletos de coches que habían colapsado estando de servicio y habían sido dejados en las cunetas a un lado de la carretera. La gente había dejado de comprar coches,

y las fábricas de coches estaban cerrando. Pero aún había hombres capaces de conseguir petróleo, por medio de amistades que nadie quería cuestionar. Esos hombres compraban coches a cualquier precio que les pedían. Las luces inundaron las montañas de Colorado desde los grandes ventanales de la planta, donde las cadenas de montaje de Lawrence Hammond vertían camiones y vagones en los apartaderos de Taggart Transcontinental. La noticia de que Lawrence Hammond se había retirado llegó cuando menos se esperaba, breve y repentina como el simple toque de una campana en medio de una gran quietud. Un comité de ciudadanos locales estaba ahora transmitiendo llamadas por radio, suplicando a Lawrence Hammond, donde estuviera, que les diera permiso para reabrir su planta. No hubo respuesta.

Ella había gritado cuando Ellis Wyatt se fue; había ahogado un grito cuando Andrew Stockton se retiró; cuando se enteró de que Lawrence Hammond había renunciado, preguntó, impasible:

—¿Quién es el siguiente?

—No, señorita Taggart, no puedo explicarlo —le había dicho la hermana de Andrew Stockton en su último viaje a Colorado, dos meses antes—. Nunca me dijo una palabra, y ni siquiera sé si está vivo o muerto, lo mismo que Ellis Wyatt. No, nada especial había pasado el día anterior a su renuncia. Sólo recuerdo que un hombre fue a verlo esa última noche. Un extraño que nunca había visto antes. Hablaron hasta altas horas de la madrugada; cuando me fui a dormir, la luz todavía estaba encendida en el estudio de Andrew.

La gente guardaba silencio en los pueblos de Colorado. Dagny había visto la forma en que caminaban por las calles, dejando atrás sus pequeñas farmacias, ferreterías y tiendas de comestibles: era como si esperaran que los movimientos en sus trabajos fuesen a evitar que tuvieran que mirar hacia el futuro. Ella también había caminado por esas calles, tratando de no levantar la cabeza, de no ver los salientes de rocas cubiertas de hollín y de acero retorcido que habían sido los campos petrolíferos de Wyatt. Se podían ver desde muchos de los pueblos; cuando ella miraba hacia delante, los había visto en la distancia.

Un pozo, en la cima de la colina, todavía ardía. Nadie había sido capaz de extinguirlo. Ella lo había visto desde las calles: un chorro de fuego girando convulsivamente contra el cielo, como si tratara de soltarse. Lo

había visto por la noche, a través de la distancia de doscientos kilómetros claros y negros, desde la ventanilla de un tren: una llama pequeña y violenta, ondeando al viento. La gente la llamaba la Antorcha de Wyatt.

El tren más largo de la Línea John Galt tenía cuarenta vagones; el más rápido iba a ochenta kilómetros por hora. Los motores tenían que ser usados con mucho cuidado: eran motores de combustión de carbón, que ya habían pasado mucho tiempo atrás su edad de jubilación. Jim consiguió el combustible para los motores diésel que llevaban al Comet y algunos de sus transportes transcontinentales. El único proveedor de combustible con el que ella podía contar y con quien podía tratar era Ken Danagger, de Danagger Coal, en Pensilvania.

Trenes vacíos cruzaban ruidosamente los cuatro Estados que estaban atados, como vecinos, a la garganta de Colorado. Llevaban unos cuantos cargamentos de ovejas, algo de maíz, algunos melones y, ocasionalmente, a un granjero con una familia exageradamente vestida y que tenía amigos en Washington. Jim había obtenido un subsidio de Washington por cada tren que hiciese un recorrido, no como un operador rentable, sino como un servicio de «igualdad pública».

Tuvo que usar hasta la última gota de su energía para mantener los trenes operando en las secciones donde todavía se necesitaban, en las zonas que aún estaban produciendo. Pero, en la contabilidad de Taggart Transcontinental, los cheques de los subsidios de Jim para trenes vacíos tenían cifras más altas que el beneficio del mejor tren de mercancías de la división industrial más concurrida.

Jim se jactó de que ésos habían sido los seis meses más prósperos en la historia de Taggart. En las brillantes páginas de su informe para los accionistas, figuraba como ganancia el dinero que no había ganado: los subsidios para trenes vacíos; y el dinero que no era suyo: las sumas que deberían haber sido destinadas a pagar los intereses y el reintegro de los bonos de Taggart, la deuda que, por voluntad de Wesley Mouch, se le había permitido no pagar. Se jactó del mayor volumen de carga transportado por los trenes Taggart en Arizona, donde Dan Conway había cerrado lo que quedaba de la Phoenix-Durango y se había retirado; y en Minnesota, donde Paul Larkin estaba enviando mineral de hierro por ferrocarril, y donde el último de los barcos de mineral de hierro en los Grandes Lagos había dejado de existir.

—Siempre has considerado que ganar dinero es una virtud importante —le había dicho Jim a ella con una extraña media sonrisa—. Bueno, pues me parece a mí que yo soy mejor que tú en eso.

Nadie aseguró entender la cuestión de los bonos ferroviarios congelados; tal vez porque todos la entendían demasiado bien. Al principio había habido señales de pánico entre los tenedores de bonos, y una peligrosa indignación entre el público. Luego, Wesley Mouch había emitido otra directiva, que dictaminaba que las personas podían conseguir que sus bonos fuesen «descongelados» con una súplica de «necesidad esencial»: el gobierno compraría los bonos si encontraba satisfactoria la prueba de necesidad. Había tres preguntas que nadie hizo ni respondió: ¿qué constituía *prueba*?, ¿qué constituía *necesidad*? y, si era esencial, *¿para quién?*

Entonces se volvió de mala educación hablar de por qué un hombre había recibido el favor de que se descongelara su dinero mientras que a otro se le había rechazado tal trato. La gente se daba la vuelta sin decir ni pío si alguien preguntaba «¿por qué?». Se suponía que uno debía describir, no explicar; catalogar los hechos, no evaluarlos: el señor Smith había sido «descongelado», el señor Jones, no; eso era todo. Y, cuando el señor Jones se suicidó, la gente dijo: «Bueno, no sé; si realmente hubiese necesitado el dinero, el gobierno se lo habría dado, pero algunos hombres son simplemente codiciosos».

Se suponía que uno no debía hablar sobre los hombres que, habiendo sido rechazados, vendían sus bonos por un tercio del valor a otros hombres que poseían necesidades que, milagrosamente, hacían que treinta y tres centavos congelados se derritieran en un dólar entero; o sobre una nueva profesión practicada por jóvenes brillantes recién salidos de la universidad, que se llamaban a sí mismos «descongeladores», y que ofrecían sus servicios «para ayudarle a usted a redactar su solicitud en los términos modernos adecuados». Esos jóvenes tenían amigos en Washington.

Mirando la vía de Taggart desde el andén de una estación rural, ella se había encontrado sintiendo, ya no el orgullo brillante que una vez había sentido, sino una vergüenza culpable y nebulosa, como si algún tipo de óxido sucio hubiera crecido en el metal y, lo que es peor, como si el óxido tuviera un tinte de sangre. Pero, luego, en el gran vestíbulo de la terminal, miró la estatua de Nat Taggart y pensó: era *tu* vía, tú la hiciste, tú luchaste

por ella, no te detuvieron ni el miedo ni el odio... Yo no se la cederé a los hombres de sangre y herrumbre..., y yo soy la única que queda para protegerla.

Ella no había abandonado su búsqueda del hombre que inventó el motor. Era la única parte de su trabajo que la había hecho capaz de soportar el resto. Era el único objetivo a la vista que le daba sentido a su lucha.

Había momentos en que se preguntaba por qué quería reconstruir el motor. ¿Para qué?, parecía preguntarle alguna voz. Porque todavía estoy viva, respondía ella. Pero su búsqueda había sido inútil. Sus dos ingenieros no habían encontrado nada en Wisconsin. Los había enviado a buscar en todo el país a los hombres que habían trabajado para Twentieth Century, para enterarse del nombre del inventor. No habían averiguado nada. Los había enviado a buscar en los archivos de la Oficina de Patentes; ninguna patente para el motor había sido registrada jamás.

Lo único que quedaba de su búsqueda personal era la colilla del cigarrillo con el signo del dólar. Lo había olvidado, hasta una tarde reciente, cuando lo había encontrado en un cajón de su escritorio y se lo había dado a su amigo del puesto de cigarrillos del gran vestíbulo. El viejo había quedado muy sorprendido al examinar la colilla, que sostuvo con cuidado entre dos dedos; nunca había oído hablar de una marca así, y se preguntó cómo podría habérsele pasado. «¿Era de buena calidad, señorita Taggart?» «Lo mejor que he fumado jamás.» Había sacudido la cabeza, perplejo. Y había prometido descubrir dónde se fabricaban esos cigarrillos, y conseguirle un cartón.

Ella había intentado encontrar a un científico capaz de intentar la reconstrucción del motor. Había entrevistado a los hombres que le fueron recomendados como los mejores en su campo. El primero, después de estudiar los restos del motor y del manuscrito, había declarado, con el tono de un sargento de instrucción, que esa cosa no podría funcionar, nunca había funcionado, y él demostraría que ningún motor así podría jamás funcionar. El segundo había dicho, con el tono monótono con que se responde a una imposición aburrida, que no sabía si el motor podría ser reconstruido o no, y que no le importaba lo más mínimo. El tercero había dicho, con una voz beligerante e insolente, que abordaría la tarea con un contrato de diez años a veinticinco mil dólares al año: «A fin de cuentas, señorita Taggart, si usted espera obtener grandes ganancias con ese motor,

es usted la que debería pagar por la apuesta de mi tiempo». El cuarto, que era el más joven, la había mirado en silencio durante un momento, y las líneas de su rostro se habían arrastrado desde la vacuidad a una sugerencia de desprecio. «Sabe usted, señorita Taggart, no creo que ese motor deba fabricarse, aunque alguien descubra cómo hacerlo. Sería tan superior a cualquier cosa que tenemos ahora, que sería injusto para los científicos de segunda, porque no les dejaría espacio para sus logros y habilidades. No creo que los fuertes deban tener el derecho de herir la autoestima de los débiles.» Ella le había ordenado salir de su oficina, y se había quedado sentada con un incrédulo horror ante el hecho de que la afirmación más malvada que jamás había escuchado había sido pronunciada en un tono de justicia moral.

La decisión de hablar con el doctor Robert Stadler había sido su último recurso.

Se había obligado a llamarlo, en contra de la resistencia de un punto inmóvil dentro de ella que sentía que era como pisar los frenos a fondo. Había discutido contra ella misma. Ella había pensado: yo trato con hombres como Jim y Orren Boyle, y la culpa de él es menor que la de ellos, ¿por qué no puedo hablar con él? No había encontrado respuesta, sólo una obstinada sensación de reticencia, sólo el presentimiento de que, de todos los hombres en el mundo, el doctor Robert Stadler era a quien no debería llamar.

Mientras estaba sentada en su escritorio, estudiando los horarios de la Línea John Galt, esperando que el doctor Stadler viniera, se preguntó por qué no había surgido ningún talento de primer nivel en el campo de la ciencia durante años. Fue incapaz de buscar una respuesta. Estaba mirando la raya negra que era el cadáver del tren número 93 en el horario que tenía delante.

Un tren tiene los dos grandes atributos de la vida, pensó, movimiento y propósito; ese tren había sido como una entidad viviente, pero ahora era sólo un número de vagones de carga y de motores muertos. No te tomes el tiempo para sentir, pensó, desmembra el cadáver lo más rápido posible, los motores los necesitan por todo el sistema; Ken Danagger, en Pensilvania, necesita trenes, más trenes si...

—El doctor Robert Stadler —dijo la voz del interfono en su escritorio.

Él entró, sonriendo; la sonrisa parecía subrayar sus palabras:

—Señorita Taggart, ¿le importaría creer lo rendidamente feliz que estoy de volver a verla?

Ella no sonrió, parecía gravemente cortés cuando respondió:

—Fue muy amable de su parte venir aquí. —Se inclinó, su esbelta figura de pie tensa y rígida, excepto por el movimiento lento y formal de su cabeza.

—¿Y si le confesara que lo único que necesité fue una excusa plausible para venir? ¿Le sorprendería?

—Yo trataría de no abusar de su cortesía. —Ella no sonrió—. Por favor, siéntese, doctor Stadler.

Él miró vivamente a su alrededor.

—Nunca he visto la oficina de un ejecutivo de ferrocarril. No sabía que sería un lugar tan... tan solemne. ¿Es parte de la naturaleza del trabajo?

—El asunto sobre el que me gustaría pedirle consejo está muy alejado del campo que le interesa, doctor Stadler. Puede extrañarle que yo le haya llamado. Por favor, permítame explicarle la razón.

—El hecho de que usted quisiera llamarme es razón más que suficiente. Si puedo serle útil de alguna forma, de cualquier forma, nada me gustaría más en este momento.

Su sonrisa tenía una cualidad atractiva, la sonrisa que un hombre de mundo utiliza, no para ocultar sus palabras, sino para enfatizar la audacia de expresar una emoción sincera.

—Mi problema es una cuestión de tecnología —dijo ella, en el tono claro e inexpresivo de un joven mecánico hablando de una tarea difícil—. Soy plenamente consciente de su desprecio por esa rama de la ciencia. No espero que usted resuelva mi problema; no es el tipo de trabajo que usted hace, o que le interese. Me gustaría sólo presentarle el problema, y luego tendré sólo dos preguntas que hacerle. Tuve que recurrir a usted, porque es un asunto que involucra la mente de alguien, una gran mente, y usted... —habló impersonalmente, en la forma de hacer una justicia exacta—, y usted es la única gran mente que queda en ese campo.

Ella no sabía decir por qué sus palabras le impactaron como lo hicieron. Vio la quietud de su rostro, la repentina seriedad de sus ojos, una extraña seriedad que parecía ansiosa y casi suplicante, y luego oyó su voz que parecía grave, como si estuviera bajo la presión de alguna emoción que la hacía parecer simple y humilde:

—¿Cuál es su problema, señorita Taggart?

Ella le habló del motor y del lugar donde lo había encontrado; le contó que había sido imposible descubrir el nombre del inventor; no mencionó los detalles de su búsqueda. Le mostró fotografías del motor y el remanente del manuscrito.

Ella lo miró mientras él leía. Vio la seguridad profesional en el rápido y observador movimiento de sus ojos al principio, luego la pausa, luego la creciente intensidad, luego un movimiento de sus labios que, para otro hombre, habría sido un silbido o un jadeo. Lo vio detenerse durante largos minutos y levantar la vista, como si su mente estuviese recorriendo un sinnúmero de senderos repentinos, tratando de seguirlos todos; lo vio hojear las páginas, luego parar, y luego forzarse a seguir leyendo, como si se debatiera entre su afán por continuar y su afán por aprovechar todas las posibilidades abiertas ante su visión. Ella vio su silencioso entusiasmo, sabía que había olvidado la oficina, la existencia de ella, todo menos la visión de un logro; y, en homenaje a ser capaz de tal reacción, deseó que fuese posible que le gustara el doctor Robert Stadler.

Habían estado en silencio durante más de una hora, cuando él terminó y la miró.

—¡Pero esto es extraordinario! —dijo, en el tono alegre y atónito de anunciar alguna noticia que ella no había esperado.

Deseó poder sonreír en respuesta y concederle la camaradería de una alegría celebrada juntos, pero simplemente asintió y dijo con frialdad:

—Sí.

—Pero, señorita Taggart, ¡esto es tremendo!

—Sí.

—¿Dijo usted que es una cuestión de tecnología? Es más, mucho, mucho más que eso. Las páginas donde escribe sobre su convertidor..., usted puede ver de qué premisa está hablando. Ha llegado a un nuevo concepto de energía. Ha descartado todas nuestras premisas estándar, según las cuales su motor habría sido imposible. Ha formulado una nueva premisa, suya propia, y ha resuelto el secreto de convertir la energía estática en energía cinética. ¿Sabe lo que *eso* significa? ¿Se da cuenta de qué proeza de ciencia pura y abstracta tuvo que realizar antes de poder construir su motor?

—¿Quién? —preguntó ella en voz baja.

—¿Perdón?

—Ésa es la primera de las dos preguntas que quería hacerle, doctor Stadler: ¿puede usted pensar en algún joven científico que usted pueda haber conocido hace diez años y que pudiera ser capaz de hacer eso?

Él hizo una pausa, asombrado; no había tenido tiempo de plantearse esa pregunta.

—No —dijo lentamente, frunciendo el ceño—, no, no puedo pensar en nadie. Y eso es extraño, porque un talento de ese tipo no podría haber pasado desapercibido en ninguna parte; alguien me habría llamado la atención sobre él, ellos siempre me enviaron físicos jóvenes y prometedores. ¿Dijo usted que encontró esto en el laboratorio de investigación de una fábrica que hacía simples motores para la industria?

—Sí.

—Eso es extraño. ¿Qué estaba haciendo él en un lugar así?

—Diseñando un motor.

—Eso es lo que quiero decir. ¿Un hombre con el genio de un gran científico, que decidió ser un inventor industrial? Me parece monstruoso. Él quería un motor, y calladamente realizó una gran revolución en la ciencia de la energía, sólo como un medio para un fin, y ni se molestó en publicar sus hallazgos, sino que siguió haciendo su motor. ¿Por qué quiso desperdiciar su mente en aparatos prácticos?

—Tal vez porque le gustaba vivir en este mundo —dijo ella involuntariamente.

—¿Perdón?

—No, yo... Lo siento, doctor Stadler. No quería discutir ningún tema... irrelevante.

Él estaba con la mirada perdida, siguiendo su propio curso de pensamiento.

—¿Por qué no vino a mí? ¿Por qué no estaba en alguna gran institución científica, como le correspondía? Si tenía la inteligencia para lograr eso, seguro que tenía la inteligencia para saber la importancia de lo que había hecho. ¿Por qué no publicó un artículo sobre su definición de energía? Puedo ver el enfoque general que tomó, pero, ¡el muy condenado!, ¡faltan las páginas más importantes, no llega a decirlo del todo! Seguro que

alguien a su alrededor debe haber sabido lo suficiente como para anunciar su trabajo a todo el mundo de la ciencia. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Cómo podrían abandonar, simplemente abandonar, una cosa de ese tipo?

—Ésas son las preguntas a las que yo no he encontrado respuesta.

—Y, además, desde el aspecto puramente práctico, ¿por qué quedó ese motor en un montón de basura? Uno pensaría que cualquier imbécil, cualquier empresario avaricioso lo habría agarrado para poder ganar una fortuna. No se necesitaba ninguna inteligencia para ver su valor comercial.

Ella sonrió por primera vez, con una desagradable sonrisa de amargura; no dijo nada.

—¿Le ha sido imposible rastrear al inventor? —preguntó él.

—Totalmente imposible..., por ahora.

—¿Cree que todavía está vivo?

—Tengo razones para pensar que lo está. Pero no puedo estar segura.

—Supongamos que yo intente llamarlo públicamente.

—No. No lo haga.

—Pero si pusiera anuncios en publicaciones científicas, e hiciera que el doctor Ferris... —Se detuvo; vio que ella le dirigió una mirada tan rápida como él a ella; ella no dijo nada, pero sostuvo su mirada; él miró a otro lado y terminó la frase con frialdad y firmeza—: ... e hiciera que el doctor Ferris transmitiera en la radio que *yo* deseo verlo, ¿se negaría a venir?

—Sí, doctor Stadler, creo que se negaría.

Él no la estaba mirando. Ella vio una leve tensión en sus músculos faciales y, simultáneamente, la expresión de algo aflojándose en las líneas de su rostro; no podía decir qué tipo de luz estaba muriendo dentro de él, ni qué le hizo a ella pensar en la muerte de una luz.

Él tiró el manuscrito sobre el escritorio con un despreocupado y casual movimiento de su muñeca. Y dijo:

—Esos hombres a quienes no les importa ser lo suficientemente prácticos como para vender sus cerebros por dinero deberían adquirir un poco de conocimiento sobre las condiciones de la realidad práctica.

La miró con una nota de desafío, como si esperara una respuesta enojada. Pero la respuesta de ella fue peor que el enojo: su rostro permaneció inexpresivo, como si la verdad o falsedad de las convicciones de él ya no le concernieran. Ella dijo cortésmente:

—La segunda pregunta que quería hacerle es si usted tendría la amabilidad de decirme el nombre de cualquier físico que conozca que, a su juicio, pudiera tener el talento para intentar la reconstrucción de este motor.

Él la miró y se rio entre dientes; era un sonido de dolor.

—¿También le ha torturado a usted eso, señorita Taggart? ¿La imposibilidad de encontrar algún tipo de inteligencia en alguna parte?

—He entrevistado a algunos físicos muy bien recomendados, y han resultado ser un desastre.

Él se inclinó hacia delante, ansioso.

—Señorita Taggart —preguntó—, ¿me llamó usted porque confiaba en la integridad de mi juicio científico?

La pregunta era una súplica manifiesta.

—Sí —respondió ella llanamente—, confiaba en la integridad de su juicio científico.

Él se inclinó hacia atrás; parecía como si una sonrisa oculta estuviera suavizando la tensión de su rostro.

—Ojalá pudiera ayudarla —dijo, como a un camarada—. En el sentido más egoísta, desearía poder ayudarla porque, sabe, ése ha sido el mayor de mis problemas, intentar encontrar a hombres de talento para mi propio equipo. Talento, ¡qué diablos! Me sentiría satisfecho con sólo una apariencia de promesa; pero los hombres que me envían no se puede decir honestamente que posean la potencialidad de convertirse en mecánicos de taller decentes. No sé si me estoy volviendo más viejo y más exigente, o si la raza humana está degenerando, pero el mundo no parecía ser tan carente de inteligencia en mi juventud. Hoy, si usted viera la clase de hombres que he tenido que entrevistar, usted...

Se detuvo bruscamente, como si recordara algo de repente. Permaneció callado; parecía estar considerando algo que él sabía, pero que no quería decirle a ella; ella estaba segura de eso, cuando lo oyó concluir bruscamente, en ese tono de resentimiento que oculta una evasión:

—No, no conozco a nadie que quiera recomendarle.

—Eso es todo lo que quería preguntarle, doctor Stadler —dijo—. Gracias por otorgarme su tiempo.

Él permaneció sentado en silencio durante un momento, como si no pudiera decidirse a marchar.

—Señorita Taggart —preguntó—, ¿podría mostrarme el motor en sí?

Ella lo miró, asombrada.

—Bueno, sí, si lo desea. Pero está en una cripta subterránea, en nuestros túneles de la Terminal.

—No me importa, si a usted no le importa llevarme allí. No tengo ningún motivo especial. Es sólo mi curiosidad personal. Me gustaría verlo, eso es todo.

Cuando se pararon en la cripta de granito, frente a una vitrina que contenía una pieza de metal roto, él se quitó el sombrero con un movimiento lento y ausente, y ella no supo decir si era el gesto rutinario de recordar que estaba en una habitación con una dama, o el gesto de descubrirse la cabeza ante un ataúd.

Se quedaron en silencio, al resplandor de una sola luz refractada desde la superficie de cristal hasta sus rostros. Ruedas de tren chasqueaban en la distancia, y a veces parecía como si una sacudida de vibración repentina y más aguda estuviera a punto de despertar una respuesta del cadáver en la vitrina.

—Es tan maravilloso —dijo el doctor Stadler en voz baja—. ¡Es tan maravilloso ver una idea genial, nueva y crucial que no es mía!

Ella lo miró, deseando poder creer que lo había entendido correctamente. Él habló, con apasionada sinceridad, descartando las convenciones, descartando la preocupación de si era apropiado dejarla escuchar su confesión de dolor, no viendo nada más que el rostro de una mujer que era capaz de entender:

—Señorita Taggart, ¿sabe lo que caracteriza a un mediocre? Es resentimiento por el logro de otro hombre. Esas susceptibles mediocridades que se sientan temblando por temor a que el trabajo de alguien llegue a ser más grande que el suyo..., no tienen ni idea de la soledad que se siente cuando uno llega a la cima. La soledad por un igual, por una mente a la que respetar y un logro que admirar. Te enseñan los dientes desde sus ratoneras, pensando que disfrutas dejando que tu brillo los difumine, cuando en realidad tú darías un año de tu vida por ver un destello de talento en cualquier lugar entre ellos. Envidian el logro, y su sueño de grandeza es un mundo en el que todos los demás hombres se han convertido en sus inferiores reconocidos. No saben que ese sueño es prueba infalible de la mediocridad, porque ese tipo de mundo es lo que el hombre de logro no conseguiría soportar. No tienen forma de saber lo que se siente cuando uno

está rodeado de inferiores... ¿Odio?, no, no es odio, sino aburrimiento, un terrible, desesperado, agotador y paralizante aburrimiento. ¿De qué sirven la alabanza y la adulación de hombres a quienes no respetas? ¿Alguna vez ha sentido usted nostalgia por alguien a quien poder admirar? ¿Por algo, no para menospreciar, sino para admirar?

—Lo he sentido toda mi vida —dijo; era una respuesta que ella no podía negarle.

—Lo sé —dijo, y había belleza en la dulzura impersonal de su voz—. Lo supe la primera vez que le hablé. Ésa fue la razón por la que vine hoy... —Se detuvo por un breve instante, pero ella no respondió a la llamada, y él terminó con la misma dulzura tranquila—: Bueno, ésa era la razón por la que quería ver el motor.

—Lo entiendo —dijo ella suavemente; el tono de su voz era la única forma de reconocimiento que ella podía concederle.

—Señorita Taggart —dijo él, con los ojos bajos, mirando la vitrina—, conozco a un hombre que podría emprender la reconstrucción de ese motor. Él no quiso trabajar para mí..., así que probablemente sea el tipo de hombre que usted quiere.

Pero, cuando levantó la cabeza, y antes de ver la mirada de admiración en los ojos de ella, la mirada abierta por la que había suplicado, la mirada de perdón, destruyó la expiación de ese único momento al añadir con una voz de sarcasmo de salón:

—Por lo visto, el joven no deseaba trabajar por el bienestar de la sociedad o por el bien de la ciencia. Me dijo que no aceptaría un puesto del gobierno. Supongo que quería el salario más alto, y que esperaría conseguirlo con un empleador privado.

Él se volvió, para no ver la expresión que se desvanecía en el rostro de ella, para no entender lo que significaba.

—Sí —dijo ella, su voz dura—, probablemente sea el tipo de hombre que yo quiero.

—Es un joven físico del Instituto de Tecnología de Utah —dijo secamente—. Su nombre es Quentin Daniels. Un amigo mío me lo envió hace unos meses. Vino a verme, pero no quiso aceptar el trabajo que le ofrecí. Lo quería en mi equipo. Él tenía la mente de un científico. No sé si conseguirá tener éxito con su motor, pero por lo menos tiene la capacidad

para intentarlo. Creo que todavía puede contactar con él en el Instituto de Tecnología de Utah. No sé qué está haciendo allí ahora; cerraron el instituto hace un año.

—Gracias, doctor Stadler. Me pondré en contacto con él.

—Si..., si usted quiere, yo estaré encantado de ayudarla con la parte teórica del tema. Voy a hacer un trabajo yo mismo, empezando por las pistas de ese manuscrito. Me gustaría encontrar el secreto cardinal de la energía que su autor había encontrado. Es su principio básico lo que debemos descubrir. Si tenemos éxito, el señor Daniels puede terminar el trabajo en lo que respecta a su motor.

—Le agradeceré cualquier ayuda que usted tenga a bien darme, doctor Stadler.

Caminaron silenciosamente por los túneles muertos de la terminal, por las traviesas de una pista oxidada bajo una serie de luces azules, hasta el brillo distante de los andenes.

En la boca del túnel, vieron a un hombre arrodillado sobre la vía, golpeando una aguja de cambio de raíl con la exasperación arrítmica de la incertidumbre. Otro hombre estaba allí de pie, observándolo con impaciencia.

—Bueno, ¿cuál es el problema con esa porquería? —preguntó el observador.

—Y yo qué sé.

—Has estado haciendo eso una hora.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo te va a llevar?

—¿Quién es John Galt?

El doctor Stadler hizo una mueca. Habían sobrepasado a los hombres cuando dijo:

—No me gusta esa expresión.

—A mí tampoco —respondió ella—. ¿De dónde salió?

—Nadie lo sabe.

Guardaron silencio; luego, él dijo:

—Yo conocí a un John Galt una vez. Sólo que murió hace mucho tiempo.

—¿Quién era él?

—Yo solía pensar que aún estaría vivo. Pero ahora estoy seguro de que debe haber muerto. Tenía una mente tal que, si hubiera vivido, el mundo entero habría estado hablando de él.

—Pero todo el mundo *está* hablando de él.

Él se detuvo, inmóvil.

—Sí... —dijo lentamente, con aire de pensar en algo que no se le había ocurrido antes—, sí... ¿por qué? —Su pregunta estaba cargada con el sonido del terror.

—¿Quién era él, doctor Stadler?

—¿Por qué están hablando de él?

—¿Quién era él?

Sacudió la cabeza con un estremecimiento, y dijo bruscamente:

—No es más que una coincidencia. El nombre no es raro en absoluto. Es una coincidencia sin sentido. No tiene conexión con el hombre que yo conocí. Ese hombre está muerto.

No se permitió conocer el verdadero significado de las palabras que añadió:

—Tiene que estar muerto.

El pedido que estaba en su escritorio estaba marcado como «Confidencial — Emergencia — Prioridad — Necesidad esencial certificada por la oficina del coordinador supremo — Para la cuenta del Proyecto X», y exigía que le vendiera diez mil toneladas de Metal Rearden al Instituto Estatal de Ciencias.

Rearden lo leyó, y miró al superintendente de sus fundiciones, que estaba de pie frente a él sin moverse. El superintendente había entrado y había puesto el pedido sobre la mesa sin decir palabra.

—Pensé que querría verlo —dijo, en respuesta a la mirada de Rearden.

Rearden apretó un botón, convocando a la señorita Ives. Le dio el sobre a ella y dijo:

—Envíe esto de vuelta al lugar de donde vino. Dígales que no le venderé ningún Metal Rearden al Instituto Estatal de Ciencias.

Gwen Ives y el superintendente lo miraron, se miraron entre sí, y volvieron a mirarlo; lo que él vio en sus ojos fue una enhorabuena.

—Sí, señor Rearden —dijo Gwen Ives formalmente, cogiendo el documento como si fuera cualquier otro tipo de papel de la empresa. Se inclinó y salió de la sala. El superintendente la siguió.

Rearden sonrió débilmente, como reconociendo lo que ellos sentían. Él no sintió nada sobre ese documento ni sobre sus posibles consecuencias.

Por una especie de convulsión interna —que había sido como arrancar un tapón para cortar la corriente de sus emociones—, se había dicho a sí mismo seis meses atrás: actuar primero, mantener la fundición en marcha, sentir después. Eso le había permitido observar desapasionadamente el funcionamiento de la Ley de Participación Equitativa.

Nadie sabía cómo debía observarse esa ley. En primer lugar, le habían dicho que no podía producir Metal Rearden en una cantidad superior al tonelaje de la mejor aleación especial, distinta del acero, producida por Orren Boyle. Pero la mejor aleación especial de Orren Boyle era una mezcla agrietada que nadie quería comprar. Luego, le habían dicho que él podía producir Metal Rearden en la cantidad que Orren Boyle *podría* haber producido si hubiera podido producir. Nadie sabía cómo se iba a determinar eso. En Washington, alguien había anunciado una cifra, citando un número de toneladas por año, sin dar razones de ningún tipo. Todos habían dejado que quedase así.

Él no había sabido cómo darle a cada cliente que lo exigiera una idéntica cantidad de Metal Rearden. La lista de espera de pedidos no podía ser completada ni en tres años, aunque le hubiesen permitido trabajar a plena capacidad. Nuevos pedidos llegaban a diario. Ya no eran pedidos, en el antiguo y honorable sentido del comercio; eran exigencias. La ley estipulaba que él podría ser demandado por cualquier cliente que dejase de recibir su parte equitativa de Metal Rearden.

Nadie había sabido cómo determinar qué constituía una parte equitativa de qué cantidad. Entonces, un joven brillante que acababa de salir de la universidad le había sido enviado desde Washington, como director adjunto de distribución. Después de muchas conferencias telefónicas con la capital, el muchacho anunció que los clientes recibirían quinientas toneladas del metal cada uno, en el orden de las fechas de sus solicitudes. Nadie había discutido ese número. No había forma de argumentar a favor o en contra; el número podría haber sido un kilo o un millón de toneladas, y tener la misma validez. El muchacho se había montado una oficina en la

fundición de Rearden, donde cuatro chicas recibían solicitudes para participar en el Metal Rearden. Al ritmo de producción de la fábrica, las entregas se extendían hasta bien entrado el siglo siguiente.

Quinientas toneladas de Metal Rearden no podían proporcionar ni cinco kilómetros de ferrocarril para Taggart Transcontinental; eso no podía proporcionar refuerzos para una de las minas de carbón de Ken Danagger. A las mayores industrias, que eran los mejores clientes de Rearden, se les negó el uso de su metal. Sin embargo, repentinamente, en el mercado aparecieron palos de golf fabricados con Metal Rearden, así como cafeteras, herramientas de jardín y grifos de baño. A Ken Danagger, que había visto el valor del metal y se había atrevido a pedirlo aun enfrentándose a la furia de la opinión pública, no se le había permitido obtenerlo; su pedido había quedado sin cubrir, anulado sin aviso por las nuevas leyes. El señor Mowen, que había traicionado a Taggart Transcontinental en su hora más crítica, estaba ahora fabricando interruptores de Metal Rearden y vendiéndoselos a la Atlantic Southern. Rearden observaba, con sus emociones desconectadas.

Se fue, sin decir palabra, cuando alguien le mencionó lo que todos sabían; las fortunas rápidas que la gente estaba haciendo con el Metal Rearden.

—Bueno, no —decía la gente en los salones—, no debes llamarlo un mercado negro, porque realmente no lo es. Nadie está vendiendo el *metal* ilegalmente. Sólo están vendiendo su *derecho* a él. No están realmente vendiendo, sólo agrupando sus participaciones.

Él no quiso saber nada de la intrincada complejidad de los tratos por los que esos «derechos» eran vendidos y agrupados, ni de cómo, en Virginia, un fabricante había producido, en dos meses, cinco mil toneladas de piezas moldeadas hechas de Metal Rearden..., ni de qué hombre en Washington era el socio extraoficial de ese fabricante. Él sabía que el beneficio que ellos sacaban de una tonelada de Metal Rearden era cinco veces mayor que el suyo propio. No dijo nada. Todos tenían derecho al metal, excepto él mismo.

El joven de Washington —al que los trabajadores del acero habían apodado la Nodriza— siempre estaba dando vueltas alrededor de Rearden con una curiosidad primitiva y asombrada que, increíblemente, era una forma de admiración. Rearden lo observaba con una asqueada diversión. El

muchacho no tenía ni idea de ningún concepto de moralidad; lo había despojado de él su universidad; eso le había dejado una extraña franqueza, cínica e ingenua a la vez, como la inocencia de un salvaje.

—Usted me desprecia, señor Rearden —había declarado una vez, de repente y sin ningún resentimiento—. Eso no es práctico.

—¿Por qué no es práctico? —Rearden había preguntado.

El muchacho pareció haberse quedado perplejo, y no había encontrado respuesta. Nunca tenía respuesta a ningún «¿por qué?». Hablaba con afirmaciones directas. Decía de la gente: «Él es anticuado»; «Él no está reconstruido»; «Él no está ajustado»; y lo decía sin vacilación ni explicación. También decía, a pesar de ser un graduado en metalurgia: «La fundición del hierro, creo, parece requerir una alta temperatura». No pronunciaba nada más que opiniones inciertas sobre la naturaleza física, y nada más que imperativos categóricos sobre los hombres.

—Señor Rearden —había dicho una vez—, si a usted le apetece repartir más metal entre sus amigos, quiero decir, en mayores cantidades, eso puede arreglarse, ya sabe. ¿Por qué no solicitamos un permiso especial en base de una necesidad esencial? Tengo unos cuantos amigos en Washington. Usted tiene amigos que son personas bastante importantes, grandes hombres de negocios, así que no sería difícil salirnos con la nuestra, esquivar lo de la necesidad esencial. Por supuesto, habría algunos gastos. Por cosas en Washington. Ya sabe cómo es, las cosas siempre ocasionan gastos.

—¿Qué cosas?

—Usted entiende lo que quiero decir.

—No —había dicho Rearden—, no lo entiendo. ¿Por qué no me lo explicas?

El muchacho lo había mirado inseguro, lo había sopesado en su mente, y luego había salido con:

—Es mala psicología.

—¿El qué?

—Sabe, señor Rearden, no es necesario usar palabras como ésa.

—¿Como qué?

—Las palabras son relativas. Son sólo símbolos. Si no usamos símbolos feos, no tendremos ninguna fealdad. ¿Por qué quiere que diga las cosas de una manera, cuando ya las he dicho de otra?

—¿De qué manera quiero que las digas?

—¿Por qué quiere que lo haga?

—Por la misma razón que tú no quieres.

El muchacho había permanecido en silencio durante un momento, y luego había dicho:

—Sabe, señor Rearden, no hay estándares absolutos. No podemos guiarnos por principios rígidos, tenemos que ser flexibles, tenemos que ajustarnos a la realidad de cada día y actuar según la conveniencia del momento.

—Anda ya, mocoso. Ve y trata de verter una tonelada de acero sin principios rígidos, según la conveniencia del momento.

Una sensación extraña, que era casi una sensación de estilo, hizo que Rearden sintiera desprecio por el muchacho, pero no resentimiento. El muchacho parecía encajar con el espíritu de los eventos que los rodeaban. Era como si hubieran sido transportados en el tiempo, a través de un largo período de siglos, hasta la edad a la que el muchacho había pertenecido, pero él, Rearden, no. En vez de construir nuevos hornos, pensó Rearden, ahora estaba haciendo una carrera que tenía perdida para mantener los viejos hornos funcionando; en vez de comenzar nuevos proyectos, nuevas investigaciones, nuevos experimentos con el uso del Metal Rearden, estaba gastando toda su energía en la búsqueda de fuentes de mineral de hierro: como los hombres en los albores de la Edad de Hierro, pensó, pero con menos esperanza.

Trató de evitar esos pensamientos. Tenía que mantenerse en guardia contra sus propias emociones, como si una parte de él se hubiera convertido en un extraño que tenía que ser mandado callar, y su voluntad tenía que ser su anestesia constante y atenta. Esa parte era una incógnita de la cual sólo él sabía que nunca debería ver su raíz y nunca debería darle voz. Había vivido un momento peligroso que no podía permitir que regresara.

Fue el momento cuando —solo en su oficina, en una noche de invierno, paralizado por un periódico desplegado en su escritorio con una larga columna de directivas en la primera página— había oído en la radio la noticia del incendio de los campos petrolíferos de Ellis Wyatt. Entonces, su primera reacción —antes de ningún pensamiento sobre el futuro, de ningún sentido de desastre, de ninguna conmoción, de ningún terror y de ninguna protesta— había sido estallar en carcajadas. Se había reído triunfante,

liberado, con un júbilo vivo e impetuoso..., y las palabras que no había pronunciado, pero que sentía, eran: ¡Dios te bendiga, Ellis, sea lo que sea que estés haciendo!

Cuando captó las implicaciones de su risa, supo que ahora estaba condenado a una constante vigilancia sobre sí mismo. Igual que el superviviente de un ataque cardíaco, sabía que había recibido una advertencia, y que llevaba dentro de él un peligro que podría afectarle en cualquier momento.

Lo había mantenido a raya desde entonces. Había mantenido un ritmo uniforme, cauteloso y severamente controlado en sus pasos internos. Pero se le había acercado durante un momento, una vez más. Cuando vio el pedido del Instituto Estatal de Ciencias en su escritorio, le pareció que el resplandor que se movía sobre el papel no provenía de los hornos exteriores, sino de las llamas de un campo petrolífero incendiado.

—Señor Rearden —dijo la Nodriza, cuando se enteró de que el pedido había sido rechazado—, no debería usted haber hecho eso.

—¿Por qué no?

—Va a haber problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Es un pedido del gobierno. Usted no puede rechazar un pedido del gobierno.

—¿Por qué no puedo?

—Es un proyecto de necesidad esencial, y es secreto también. Es muy importante.

—¿Qué tipo de proyecto es?

—No lo sé. Es secreto.

—Entonces ¿cómo sabes que es importante?

—Eso dijo.

—¿Quién lo dijo?

—¡No puede dudar de una cosa así, señor Rearden!

—¿Por qué no puedo?

—Pero no puede.

—Si no puedo, entonces eso lo convertiría en un absoluto, y dijiste que no hay absolutos.

—Eso es diferente.

—¿Cómo es diferente?

—Es el gobierno.

—¿Quieres decir, no hay absolutos excepto el gobierno?

—Quiero decir, si ellos dicen que es importante, entonces lo es.

—¿Por qué?

—No quiero que se meta en problemas, señor Rearden, y lo hará, segurísimo que lo hará. Pregunta demasiados porqués. Pero ¿por qué hace eso?

Rearden lo miró y se rio entre dientes. El muchacho se dio cuenta de sus propias palabras y sonrió tímidamente, pero no parecía contento.

El hombre que fue a ver a Rearden una semana después era más bien joven y más bien delgado, pero ni tan joven ni tan delgado como trataba de hacerse parecer. Vestía ropas civiles y polainas de cuero como las de un policía de tránsito. Rearden no consiguió entender del todo si venía del Instituto Estatal de Ciencias o de Washington.

—Entiendo que usted se ha negado a vender metal al Instituto Estatal de Ciencias, señor Rearden —dijo, en un tono de voz suave y confidencial.

—Efectivamente —dijo Rearden.

—Pero ¿no constituiría eso una desobediencia deliberada de la ley?

—Eso le corresponde a usted interpretarlo.

—¿Puedo preguntarle la razón?

—Mi razón no es de interés para usted.

—¡Oh, pero por supuesto que lo es! No somos sus enemigos, señor Rearden. Queremos ser justos con usted. No debe temer el hecho de ser un gran empresario. No lo usaremos contra usted. De hecho, queremos ser tan justos con usted como con el jornalero más humilde. Nos gustaría saber su razón.

—Imprima mi negativa en los periódicos, y cualquier lector le dirá mi razón. Apareció en todos los periódicos hace poco más de un año.

—¡Oh, no, no, no! ¿Por qué hablar de periódicos? ¿No podemos resolver esto como un asunto amistoso y privado?

—Eso depende de usted.

—No queremos eso en los periódicos.

—¿No?

—No. No querríamos perjudicarle.

Rearden lo miró y preguntó:

—¿Por qué necesita el Instituto Estatal de Ciencias diez mil toneladas de metal? ¿Qué es el Proyecto X?

—¡Oh, eso! Es un proyecto muy importante de investigación científica, un proyecto de gran valor social que puede traer un beneficio público inestimable, pero, desgraciadamente, las reglamentaciones de las principales políticas no me permiten contarle su naturaleza en más detalle.

—Sabe —dijo Rearden—, podría decirle, como mi razón, que no deseo vender mi metal a aquellos cuyos propósitos se me mantienen en secreto. Yo creé ese metal. Es mi responsabilidad moral saber para qué objetivo yo permito que sea usado.

—¡Oh, pero no tiene que preocuparse por eso, señor Rearden! Le relevamos de la responsabilidad.

—¿Y si no deseo ser relevado de ella?

—Pero..., pero ésa es una actitud anticuada y... y puramente teórica.

—Dije que podría nombrar eso como mi razón. Pero no lo haré, porque, en este caso, tengo otra razón más amplia. No le vendería ningún Metal Rearden al Instituto Estatal de Ciencias para ningún objetivo, bueno o malo, secreto o evidente.

—Pero ¿por qué?

—Escuche —dijo Rearden lentamente—, podría haber algún tipo de justificación para las sociedades salvajes en las que un hombre podía esperar ser asesinado por sus enemigos en cualquier momento y tenía que defenderse lo mejor que pudiese. Pero no puede haber justificación para una sociedad en la que se espera que un hombre fabrique las armas para su propio asesinato.

—No creo que sea aconsejable usar esas palabras, señor Rearden. No creo que sea práctico pensar en esos términos. A fin de cuentas, el gobierno, al perseguir políticas nacionales amplias, no puede tener en cuenta su resentimiento personal contra alguna institución específica.

—Entonces no lo tenga en cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—No venga preguntándome mis razones.

—Pero, señor Rearden, no podemos permitir que una negativa a obedecer la ley pase desapercibida. ¿Qué espera que hagamos?

—Lo que ustedes quieran.

—Pero esto es algo totalmente sin precedentes. Nadie se ha negado jamás a venderle un producto esencial al gobierno. De hecho, la ley no permite que usted se niegue a venderle su metal a *ningún* consumidor, y mucho menos al gobierno.

—Bueno, ¿por qué no me arresta, entonces?

—Señor Rearden, ésta es una discusión amistosa. ¿Por qué hablar de cosas como arrestos?

—¿No es ése su argumento final contra mí?

—¿Por qué sacarlo a relucir?

—¿No está implícito en cada frase de esta discusión?

—¿Por qué nombrarlo?

—¿Por qué no? —No hubo respuesta—. ¿Está tratando de ocultarme el hecho de que, si no fuera por ese as en la manga que usted tiene, ni le habría permitido entrar en esta oficina?

—Pero yo no estoy hablando de arrestos.

—Yo sí.

—No le entiendo, señor Rearden.

—No estoy ayudándole a fingir que éste sea algún tipo de discusión amistosa. No lo es. Ahora, haga lo que usted quiera al respecto.

Había una mirada extraña en el rostro del hombre: desconcierto, como si no tuviera idea del problema con el que se enfrentaba, y miedo, como si siempre hubiera tenido pleno conocimiento de él y hubiera vivido temiendo estar expuesto.

Rearden sintió una extraña excitación; sintió como si estuviera a punto de entender algo que nunca había entendido, como si estuviera siguiendo el rastro de un descubrimiento aún demasiado distante para saberlo, excepto que tenía la importancia más inmensa que jamás había vislumbrado.

—Señor Rearden —dijo el hombre—, el gobierno necesita su metal. Tiene que vendérnoslo, porque seguro que se da cuenta de que los planes del gobierno no pueden retrasarse por la cuestión de su consentimiento.

—Una venta —dijo Rearden, despacio— requiere el consentimiento del vendedor. —Se levantó y fue hacia la ventana—. Le diré lo que puede hacer. —Señaló el apartadero donde lingotes de Metal Rearden estaban siendo cargados en vagones—. Ahí está el Metal Rearden. Vaya conduciendo hasta allí con sus camiones (como cualquier otro saqueador, pero sin su riesgo, porque yo no le dispararé, como bien sabe que no puedo

hacer), coja todo el metal que quiera, y váyase. No intente enviarme el pago. No lo aceptaré. No me imprima un cheque. No lo cobraré. Si quiere ese metal, tiene las armas para incautarlo. Adelante.

—¡Dios mío, señor Rearden, qué pensaría el público!

Fue un grito instintivo e involuntario. Los músculos de la cara de Rearden cambiaron brevemente a una risa silenciosa. Ambos habían entendido las implicaciones de ese grito. Rearden dijo sin alterarse, en el tono grave y sin esfuerzo de finalidad:

—Usted necesita mi ayuda para hacer que parezca una venta, como una transacción segura, justa y moral. No le ayudaré.

El hombre no discutió. Se levantó para irse. Dijo sólo:

—Usted se arrepentirá de la postura que ha adoptado, señor Rearden.

—No creo —dijo Rearden.

Sabía que el incidente no había terminado. Sabía también que el secreto del Proyecto X no era la razón principal por la cual esas personas temían hacer público el asunto. Sabía que sentía una confianza en sí mismo extraña, alegre y despreocupada. Sabía que ésos eran los pasos correctos por el camino que había vislumbrado.

Dagny estaba tendida en un sillón de su sala de estar, con los ojos cerrados. El día había sido difícil, pero sabía que vería a Hank Rearden por la noche. Pensarlo fue como una palanca que levantaba y apartaba de ella el peso de horas de fealdad sin sentido.

Estaba acostada, quieta, contenta de poder descansar con el único objetivo de esperar en silencio el sonido de la llave en la cerradura. Él no la había llamado, pero ella había oído que estaba en Nueva York para una conferencia con productores de cobre, y nunca se iba de la ciudad hasta la mañana siguiente ni pasaba una noche en Nueva York que no fuera de ella. Le gustaba esperarlo; necesitaba un lapso de tiempo como puente entre los días de ella y las noches de él.

Las horas que tenía por delante, como todas sus noches con él, se añadirían, pensó, a la cuenta de ahorros de la vida de uno, donde momentos de tiempo están guardados con el orgullo de haber sido vividos. El único orgullo de su día de trabajo no era que había sido vivido, sino que había sido sobrevivido. Estaba mal, pensó, estaba terriblemente mal que alguien

fuese forzado a decir eso de cualquier hora de su vida. Pero no podía pensar en eso ahora. Estaba pensando en él, en la lucha que ella había observado durante los meses pasados, la lucha de él por la liberación; ella sabía que podía ayudarle a ganar, pero que debía ayudarle en todas las formas posibles, menos con palabras.

Pensó en la tarde del invierno anterior, cuando él entró, sacó un pequeño paquete de su bolsillo y se lo extendió, diciéndole:

—Quiero que lo tengas.

Ella lo abrió, y miró con increíble perplejidad el colgante hecho de un único rubí en forma de pera que lanzaba un fuego violento sobre el satén blanco de la caja de joyería. Era una piedra famosa, que sólo una docena de hombres en el mundo podían permitirse comprar; él no era uno de ellos.

—Hank, ¿por qué?

—No hay ninguna razón especial. Sólo quería verte con él puesto.

—¡Oh, no, no una cosa de este tipo! ¿Para qué desperdiciarlo? Voy tan raras veces a ocasiones donde uno tiene que vestirse de gala. ¿Cuándo me lo pondría?

Él la miró, su mirada moviéndose lentamente de sus piernas a su rostro.

—Te mostraré cómo —dijo.

La llevó al dormitorio, le quitó la ropa, sin decir palabra, como un propietario desnudando a una persona cuyo consentimiento no es requerido. Le abrochó el colgante sobre los hombros. Ella estaba de pie, desnuda, con la piedra entre sus pechos, como una gota de sangre brillante.

—¿Crees que un hombre debería darle joyas a su amante por cualquier motivo que no sea su propio placer? —preguntó él—. Ésa es la forma como quiero que lo lleves puesto. Sólo para mí. Me gusta mirarlo. Es bellísimo.

Ella rio; era un sonido suave, bajo y sin aliento. No podía hablar ni moverse, sólo asintió en silencio, en aceptación y en obediencia; asintió varias veces, su cabello oscilando con el amplio movimiento circular de su cabeza, y luego quedando colgando cuando ella mantuvo su cabeza inclinada hacia él.

Ella se dejó caer en la cama. Yacía estirada perezosamente, con la cabeza echada hacia atrás, los brazos a los costados, las palmas de las manos apretadas contra la áspera textura del cubrecama, una pierna

doblada, la larga línea de la otra extendida sobre el lino azul oscuro de la colcha, la piedra brillando como una herida en la penumbra, arrojando una estrella de rayos contra su piel.

Tenía los ojos entornados por el triunfo consciente y burlón de ser admirada, pero tenía la boca entreabierta, impotente y en suplicante expectativa. Él estaba de pie al otro lado de la habitación, mirándola, mirando a su estómago plano y retraído, igual que su aliento estaba retraído, al cuerpo sensible de una consciencia sensible. Él dijo, su voz baja, intencionada y extrañamente tranquila:

—Dagny, si algún artista te pintara como estás ahora, los hombres vendrían a mirar el cuadro para experimentar un momento que nada podría darles en sus propias vidas. Lo llamarían gran arte. No sabrían la naturaleza de lo que sentían, pero el cuadro les mostraría todo, incluso que no eres una Venus clásica, sino quien ocupa el puesto de vicepresidente de un ferrocarril, porque eso es parte de ello, incluso lo que yo soy, porque eso es parte de ello también. Dagny, lo sentirían y se irían a dormir con la primera camarera que viesen, y nunca tratarían de alcanzar lo que habían sentido. *Yo* no querría buscarlo en un cuadro. Querría que fuese real. No sentiría orgullo por ningún deseo inalcanzable. No alimentaría una aspiración imposible. Querría tenerlo, hacerlo, vivirlo. ¿Lo entiendes?

—¡Oh, sí, Hank, *yo* lo entiendo! —dijo.

«¿Y *tú*, cariño? ¿Lo entiendes del todo?», pensó ella, pero no lo dijo en voz alta.

Una tarde de ventisca de nieve, ella llegó a casa y encontró una enorme profusión de flores tropicales en su sala de estar contra el cristal oscuro de las ventanas, golpeado por copos de nieve. Eran tallos de antorcha de jengibre hawaiana, de un metro de altura; sus grandes cabezas eran conos de pétalos que tenían la textura sensual del cuero suave y el color de la sangre.

—Los vi en la ventana de una floristería —le dijo al llegar, esa noche —. Me gustó verlos a través de una tormenta de nieve. Pero no hay nada tan desperdiciado como un objeto en un escaparate.

Empezó a encontrar flores en su apartamento a horas impredecibles, flores enviadas sin tarjeta, pero con la firma del remitente en sus fantásticas formas, en los colores violentos, en el coste extravagante. Le trajo un collar

de oro hecho de pequeños cuadrados articulados que formaban una capa de oro sólido cubriéndole el cuello y los hombros, como el collar de la armadura de un caballero:

—Llévalo con un vestido negro —ordenó.

Le trajo un juego de copas, unos bloques altos y delgados de cristal tallado, hechos por un famoso joyero. Ella observó la forma en que él sostenía una de las copas al servirle una bebida, como si el toque de la textura bajo sus dedos, el sabor de la bebida y la visión de su rostro fuesen parte de un único momento indivisible de placer.

—Yo solía ver cosas que me gustaban —dijo él—, pero nunca las compré. No parecía haber mucho significado en eso. Ahora sí lo hay.

La llamó por teléfono a su oficina, una mañana de invierno, y dijo, no en el tono de una invitación, sino en el tono de una orden ejecutiva.

—Vamos a cenar juntos esta noche. Quiero que te arregles. ¿Tienes algún tipo de vestido de noche azul? Póntelo.

El vestido que llevaba era una túnica fina de color azul ceniza que le daba una apariencia de simplicidad desprotegida, el aspecto de una estatua en las sombras azules de un jardín bajo el sol de verano. Lo que él trajo y puso sobre sus hombros fue una capa de zorro azul que la cubría desde la curva de su barbilla hasta las puntas de sus sandalias.

—Hank, esto es absurdo —se rio—, ¡no es lo que va conmigo!

—¿No? —preguntó él, acercándola a un espejo.

La enorme manta de piel la hacía parecer una niña arropada para una tormenta de nieve; la lujosa textura transformó la inocencia del pesado bulto en la elegancia de un contraste perversamente intencional: le daba un aspecto de sensualidad acentuada. La piel era de un marrón suave, atenuado por un aura de azul que no se podía ver, sólo se sentía como una bruma envolvente, como una sugerencia de color que no se captaba con los ojos, sino con las manos, como si uno sintiera, sin contacto, la sensación de hundir las palmas de las manos en la suavidad de la piel. La capa no dejaba nada de ella a la vista, excepto el cabello castaño, el gris azulado de sus ojos y la forma de su boca.

Ella se volvió hacia él, su sonrisa sobresaltada e indefensa.

—Yo..., yo no sabía que me quedaría así.

—Yo sí.

Ella estaba a su lado en el coche mientras conducía por las calles oscuras de la ciudad. Una reluciente red de nieve aparecía brillando de vez en cuando al pasar los semáforos en las esquinas. Ella no preguntó adónde iban. Estaba sentada, echada hacia atrás, mirando los copos de nieve. El manto de piel la envolvía, apretada; bajo él, su vestido se sentía tan ligero como un camisón, y la sensación del manto era como un abrazo.

Miró las filas angulares de luces elevándose a través de la cortina de nieve y, mirándolo a él, el agarre de sus manos enguantadas sobre el volante, la austera y escrupulosa elegancia de la figura con abrigo negro y bufanda blanca, pensó que su lugar estaba en una gran ciudad, entre aceras pulidas y piedra esculpida.

El coche descendió entrando en un túnel, pasó rápidamente a través de un resonante conducto embaldosado bajo el río y se elevó después hasta una carretera elevada, cubierta por un negro cielo abierto. Las luces estaban debajo de ellos ahora, extendiéndose por kilómetros planos de ventanas azuladas, de chimeneas, grúas inclinadas, ráfagas rojas de fuego, y largos y tenues rayos que recortaban las formas contorsionadas de un distrito industrial. Pensó que lo había visto a él una vez, en su fundición, con manchas de hollín en la frente, vestido con un mono lleno de ácido; lo había llevado con la misma elegancia natural con que vestía sus ropas formales. Ése también era su lugar —pensó, mirando los edificios de apartamentos de Nueva Jersey—, entre grúas, fuegos, y el estruendo de engranajes.

Cuando aceleraron por una carretera oscura a través de un campo vacío, con los copos de nieve brillando a través de sus faros, ella recordó su imagen en el verano de sus vacaciones, vestido con pantalones, tendido en el suelo de un barranco solitario, con la hierba bajo su cuerpo, sus brazos desnudos al sol. Allí, en el campo, también era su lugar, pensó, cualquier lugar era su lugar, era un hombre cuyo lugar era el mundo, y entonces se le ocurrieron las palabras más exactas: era un hombre al que el mundo le pertenecía, un hombre que se sentía en casa en la Tierra, y al cargo de las cosas. ¿Por qué, entonces —se preguntó ella—, tenía que soportar la carga de una tragedia que, en silenciosa resistencia, había aceptado tan completamente que apenas sabía que la llevaba? Ella conocía parte de la respuesta; y sintió que la respuesta completa estaba cerca, que la entendería en un día no muy lejano. Pero no quiso pensar en eso ahora, porque se

estaban alejando de las cargas, porque, en el interior de un automóvil a toda velocidad, ellos tenían la quietud de la felicidad total. Movió la cabeza imperceptiblemente para dejar que tocara el hombro de él por un momento.

El coche dejó la carretera y giró hacia los cuadrados iluminados de unas ventanas distantes, que colgaban sobre la nieve más allá de un entramado de ramas desnudas. Luego, en una luz suave y tenue, ambos estaban sentados a una mesa junto a una ventana que daba a la oscuridad y a los árboles. La posada estaba en una loma en el bosque; tenía el lujo de un alto coste y privacidad, y un aire de muy buen gusto que sugería que no había sido descubierta por aquellos que buscaban un alto coste y exhibirse. Ella apenas se había dado cuenta del comedor, que se fundía en una sensación de superlativa comodidad, y el único adorno que llamó su atención fue el brillo de las ramas heladas más allá del cristal de la ventana.

Estaba sentada, mirando hacia afuera, la piel azul medio deslizándose de sus brazos y hombros desnudos. Él la miró con los ojos entornados, con la satisfacción de un hombre estudiando su propia obra.

—Me gusta regalarte cosas —dijo—, porque no las necesitas.

—¿No?

—Y no es que yo quiera que las tengas. Quiero que las tengas *de mí*.

—Ésa es la forma como las necesito, Hank. De ti.

—¿Entiendes que no es más que un capricho malvado por parte mía? No lo hago por tu placer, sino por el mío.

—¡Hank! —El grito era involuntario; contenía diversión, desesperación, indignación y lástima—. Si me hubieras dado esas cosas sólo por *mi* placer, no por el tuyo, te las habría arrojado a la cara.

—Sí... Sí, pues lo harías..., y deberías hacerlo.

—¿Lo llamaste tu capricho malvado?

—Así es como lo llaman.

—¡Oh, sí! Así es como lo llaman. ¿Cómo lo llamas *tú*, Hank?

—No sé —dijo con indiferencia. Y continuó con decisión—: Sólo sé que, si es malvado, que me condenen por eso, pero eso es lo que quiero hacer más que cualquier otra cosa en la Tierra.

Ella no respondió; se quedó sentada mirándolo fijamente con una leve sonrisa, como pidiéndole que escuchara el significado de sus propias palabras.

—Siempre he querido disfrutar de mi riqueza —dijo—. No sabía cómo hacerlo. Ni siquiera tuve tiempo de saber cuánto quería hacerlo. Pero sabía que todo el acero que vertía volvía a mí como oro líquido, y el oro supuestamente debería materializarse en cualquier forma que yo deseara, y era yo quien tenía que disfrutarlo. Sólo que no pude. No pude encontrar ningún objetivo para eso. Ahora lo he encontrado. Soy yo quien ha producido esa riqueza, y soy yo quien va a dejar que compre para mí todo tipo de placer que yo quiera, incluso el placer de ver cuánto puedo permitirme pagar, incluso la hazaña absurda de convertirte en un objeto de lujo.

—Pero yo soy un objeto de lujo por el que has pagado hace mucho tiempo —dijo ella; no estaba sonriendo.

—¿Cómo?

—Por medio de los mismos valores con los que has pagado por tu fundición.

Ella no sabía si él lo entendió con esa finalidad plena y luminosa que es un pensamiento nombrado en palabras; pero sabía que lo que él sentía en ese momento era comprensión. Ella vio la relajación de una sonrisa invisible en sus ojos.

—Nunca he despreciado el lujo —dijo—, pero siempre he despreciado a los que lo disfrutaban. Miraba eso que ellos llamaban sus placeres, y me parecía tan miserablemente absurdo, después de lo que sentía en la fundición. Solía ver cómo se vertía el acero, toneladas de acero líquido fluyendo como yo quería, adonde yo quería. Y después iba a un banquete y veía a personas que temblaban extasiados ante sus propios platos de oro y manteles de encaje, como si su comedor fuera el amo y ellos fuesen sólo objetos que lo servían, objetos creados por sus gemelos de camisa y collares de diamantes, no al revés. Luego, yo salía corriendo al primer montón de escoria que podía encontrar, y ellos me decían que yo no sabía disfrutar de la vida, porque lo único que me importaba eran los negocios.

Miró la belleza tenue y esculpida de la sala, y la gente que estaba sentada en las mesas. Estaban sentados en una especie de exhibición cohibida, como si el enorme coste de sus ropas y el enorme cuidado de su aseo personal se hubiesen convertido en esplendor, pero no lo habían hecho. Sus caras tenían un aire de rencorosa ansiedad.

—Dagny, mira a esa gente. Se supone que son los *playboys* de la vida, los buscadores de diversiones y los amantes del lujo. Están ahí sentados, esperando que este lugar les dé significado a ellos, no al revés. Pero siempre nos los señalan como si ellos fueran los que disfrutan de los placeres materiales, y luego nos enseñan que el disfrute de placeres materiales es malo. ¿Disfrutar? ¿Lo están disfrutando? ¿No hay algún tipo de perversión en lo que nos enseñaron, algún error que es malvado y muy importante?

—Sí, Hank, muy malvado y muy, muy importante.

—Ellos son los *playboys*, mientras que nosotros somos sólo comerciantes, tú y yo. ¿Te das cuenta de que somos mucho más capaces de disfrutar de este lugar de lo que ellos alguna vez puedan llegar a hacerlo?

—Sí.

Él dijo despacio, con el tono de una cita:

—¿Por qué se lo hemos dejado todo a los necios? Debería haber sido nuestro. —Ella lo miró sorprendida. Él sonrió—. Recuerdo cada palabra que me dijiste en esa fiesta. No te contesté entonces, porque la única respuesta que tenía, lo único que tus palabras significaban para mí, era una respuesta por la que me odiarías, pensé; era que yo te deseaba. —La miró —. Dagny, no era tu intención entonces, pero lo que estabas diciendo era que querías dormir conmigo, ¿no es eso?

—Sí, Hank. Por supuesto.

Él sostuvo su mirada; luego, miró hacia otro lado. Estuvieron en silencio un largo rato. Él miró la suave luz crepuscular que los rodeaba; luego, contempló el brillo de dos copas de vino sobre su mesa.

—Dagny, en mi juventud, cuando yo trabajaba en las minas de minerales de Minnesota, pensé que quería llegar a una velada como ésta. No, no era para lo que estaba trabajando, y no pensaba en ello a menudo. Pero, de vez en cuando, en alguna noche de invierno, cuando las estrellas estaban fuera y hacía mucho frío, cuando estaba cansado porque había trabajado dos turnos y no quería nada más en el mundo que acostarme y quedarme dormido allí mismo, en la entrada de la mina..., pensé que algún día me sentaría en un lugar como éste, donde un trago de vino costaría más que el salario de un día mío, y me habría ganado el precio de cada minuto de él y de cada gota y de cada flor sobre la mesa, y me sentaría allí sin ningún otro objetivo que no fuese mi propio placer.

Ella preguntó, sonriendo:

—¿Con tu amante?

Ella vio el dolor en sus ojos, y deseó desesperadamente no haberlo dicho.

—Con... una mujer —respondió él. Ella sabía la palabra que él no había pronunciado. Él continuó, su voz suave y firme—: Cuando me hice rico y vi lo que los ricos hacían para divertirse, pensé que el lugar que había imaginado no existía. Ni siquiera me lo había imaginado demasiado claramente. No sabía cómo sería, sólo lo que sentiría. Desistí de esperarlo hace años. Pero lo siento esta noche.

Él levantó su copa, mirándola a ella.

—Hank, yo..., yo renunciaría a todo lo que he tenido en mi vida, excepto a ser un... un objeto de lujo para tu placer.

Él vio la mano de ella temblar mientras sostenía su copa. Dijo, sin levantar la voz:

—Lo sé, queridísima.

Ella se quedó estupefacta y quieta: él nunca había usado esa palabra antes. Él echó la cabeza hacia atrás y sonrió con la sonrisa más brillantemente alegre que ella jamás había visto en su rostro.

—Tu primer momento de debilidad, Dagny —dijo.

Ella se rio y sacudió la cabeza. Él estiró su brazo sobre la mesa y cerró la mano sobre el hombro desnudo de ella, como dándole un instante de apoyo. Riendo suavemente, y como por accidente, ella dejó que su boca rozara los dedos de él; mantuvo la cara inclinada durante el momento en que él pudo haber visto que el brillo de sus ojos eran lágrimas.

Cuando levantó la vista para mirarlo, su sonrisa se correspondía con la de él, y el resto de la velada fue su celebración, por todos los años de él desde las noches en las cornisas de la mina, por todos los años desde la noche de su primer baile, cuando, en un afligido anhelo de un regocijo que no llegaba a captar, ella se había preguntado por las personas que esperaban que las luces y las flores las hicieran parecer radiantes.

«¿No hay, en lo que nos enseñaron, algún tipo de perversión que es malvado y muy importante?», pensó ella, recordando las palabras de él, reclinada en un sillón de su sala de estar en una sombría noche de primavera, mientras esperaba su llegada. «Sólo un poco más, cariño», pensó, «mira un poco más lejos y estarás libre de ese error y de todo el

dolor innecesario que nunca deberías haber tenido que soportar...». Pero sintió que ella tampoco había visto la totalidad de la distancia, y se preguntó cuáles eran los pasos que le quedaban por descubrir.

Caminando bajo la oscuridad de las calles, de camino al apartamento de ella, Rearden mantuvo las manos en los bolsillos de su abrigo y los brazos presionados contra sus costados, porque sentía que no quería tocar nada ni rozarse con nadie. Nunca había experimentado antes esa sensación de repugnancia que no estaba provocada por ningún objeto en particular, sino que parecía inundarlo todo a su alrededor, haciendo que la ciudad pareciera empapada. Él podía entender el asco por una cosa concreta, y podía luchar contra ella con la sana indignación de saber que esa cosa no tenía lugar en el mundo; pero eso era nuevo para él, esa sensación de que el mundo era un lugar repugnante al que no quería pertenecer.

Había tenido una conferencia con los productores de cobre, que acababan de ser estrangulados por un conjunto de directivas que los llevaría a todos a la quiebra en un año más. No había tenido ningún consejo que darles, ninguna solución que ofrecerles; su ingenio, que le había hecho famoso como el hombre que siempre encontraba una forma de seguir produciendo, no había sido capaz de descubrir una forma de salvarlos. Pero todos habían sabido que no había forma; el ingenio era una virtud de la mente, y, en el problema que enfrentaban, la mente había sido descartada como irrelevante desde hacía mucho tiempo.

—Es un trato entre los muchachos de Washington y los importadores de cobre —había dicho uno de los hombres—, principalmente la empresa del cobre, d'Anconia Copper.

Eso fue sólo una pequeña y extraña punzada de dolor, pensó, una sensación de decepción en una expectativa que él nunca había tenido derecho a alimentar; debería haber sabido que eso era exactamente lo que un hombre como Francisco d'Anconia haría, y se preguntó con enojo por qué se sentía como si una llama brillante y fugaz hubiese muerto en algún lugar en un mundo en tinieblas.

No sabía si la imposibilidad de actuar le había dado esa sensación de odio, o si el odio le había hecho perder el deseo de actuar. Son las dos cosas, pensó; un deseo presupone la posibilidad de acción para lograrlo; una

acción presupone un objetivo que vale la pena alcanzar. Si el único objetivo posible era arrancar un breve instante de tregua de hombres armados, entonces, ni acción ni deseo podrían existir más.

Y, si era así, ¿podría existir la vida?, se preguntó indiferentemente. La vida, pensó, había sido definida como movimiento; la vida del hombre era movimiento orientado a un objetivo; ¿cuál era el estado de un ser a quien el objetivo y el movimiento le eran negados, un ser encadenado pero a quien le dejan respirar y ver toda la magnificencia de las posibilidades que podría haber alcanzado, a quien le dejan gritar «¿por qué?» y le enseñan el cañón de una pistola como única explicación? Se encogió de hombros, mientras seguía caminando; ni siquiera le importaba encontrar una respuesta.

Observó, indiferente, la devastación causada por su propia indiferencia. Independientemente de lo difícil que hubiera sido su lucha por sobrevivir en el pasado, él nunca había llegado a la fealdad definitiva de abandonar la voluntad de actuar. En momentos de sufrimiento, él nunca había dejado que el dolor ganara su única victoria permanente: nunca había permitido que le hiciera perder el deseo por la alegría. Nunca había dudado de la naturaleza del mundo o de la grandeza del hombre como su fuerza motriz y su núcleo. Años atrás, había pensado con desprecio e incredulidad en las sectas fanáticas que aparecían entre los hombres en los rincones oscuros de la historia, las sectas que creían que el hombre estaba atrapado en un universo malévolo gobernado por el mal, con el único objetivo de torturarlo. Esa noche, él sabía cuál era su visión del mundo y lo que sentían con ella. Si lo que ahora veía a su alrededor era el mundo en el que vivía, entonces no quería tocar ninguna parte de él, no quería pelear, era un forastero sin nada que perder y sin preocuparse de mantenerse vivo mucho más tiempo.

Dagny y su deseo de verla eran la única excepción que le quedaba. El deseo seguía. Pero en una repentina conmoción, se dio cuenta de que no sentía el deseo de acostarse con ella esa noche. Ese deseo —que no le había dado nunca ni un momento de respiro, que había estado creciendo, alimentándose de su propia satisfacción— había sido aniquilado. Era una extraña impotencia, ni de su mente ni de su cuerpo. Sintió, tan apasionadamente como siempre lo había sentido, que ella era la mujer más deseable del mundo; pero lo que quedaba de eso era sólo un deseo de desearla, un deseo de sentir, no un sentimiento. La sensación de

entumecimiento parecía impersonal, como si su raíz no estuviera ni en él ni en ella; como si fuera el acto del sexo el que ahora perteneciera a un reino que él había dejado.

—No te levantes, quédate ahí, es tan obvio que has estado esperándome, que quiero verlo más tiempo.

Lo dijo desde la puerta de su apartamento, viéndola estirada en un sillón, viendo la pequeña sacudida ansiosa que arrojó sus hombros hacia delante cuando estaba a punto de levantarse; él estaba sonriendo.

Notó, como si una parte de él estuviera observando sus propias reacciones con una curiosidad indiferente, que su sonrisa y su repentina sensación de alegría eran reales. Él captó una sensación que siempre había experimentado, pero que nunca había identificado porque había sido siempre absoluta e inmediata: una sensación que le prohibía encararla a ella con dolor. Era mucho más que el orgullo de querer ocultar su sufrimiento: era la sensación de que al sufrimiento no se le debería otorgar reconocimiento en su presencia, que ninguna forma de pretensión entre ellos debería estar motivada jamás por el dolor y dirigida por la lástima. No era lástima lo que él traía aquí o había venido a buscar.

—¿Todavía necesitas pruebas de que siempre te estoy esperando? —preguntó ella, reclinándose obedientemente en su sillón; su voz no era ni tierna ni suplicante, sino brillante y burlona.

—Dagny, ¿por qué la mayoría de las mujeres nunca admitirían eso, pero tú sí?

—Porque nunca están seguras de que deberían ser deseadas. Yo lo estoy.

—Admiro la confianza en uno mismo.

—Confianza en uno mismo es sólo una parte de lo que dije, Hank.

—¿Qué es el todo?

—Confianza en mi valor... y en el tuyo. —Él la miró, como atrapando la chispa de un pensamiento repentino, y ella se rio, añadiendo—: No estaría segura de retener a un hombre como Orren Boyle, por ejemplo. Él no me querría en absoluto. Tú sí.

—¿Estás diciendo —preguntó él lentamente— que ascendí en tu estimación cuando descubriste que yo te deseaba?

—Por supuesto.

—Ésa no es la reacción de la mayoría de las personas al ser deseadas.

—No la es.

—La mayoría de las personas sienten que ellas ascienden en sus propios ojos, si otros las desean.

—Yo siento que los otros se ponen a mi altura, si me desean. Y ésa es también la forma en que tú te sientes, Hank, sobre ti mismo, lo admitas o no.

Eso no es lo que yo te dije entonces, esa primera mañana, pensó él, mirándola. Ella yacía estirada perezosamente, con el rostro inexpresivo, pero con los ojos brillantes de humor. Él sabía que ella estaba pensando en eso, y que ella sabía que él también lo estaba haciendo. Él sonrió, pero no dijo nada más.

Mientras estaba sentado en el sofá, medio tendido, mirándola al otro lado de la habitación, se sintió en paz..., como si un muro temporal se hubiese levantado entre él y las cosas que había sentido mientras iba hacia allí. Él le contó su reunión con el hombre del Instituto Estatal de Ciencias, porque, aunque sabía que el evento presentaba peligro, una curiosa y radiante sensación de satisfacción de ese evento aún permanecía en su mente.

Él se rio de su mirada de indignación.

—No te molestes en enojarte con ellos —dijo—. No es peor que todo el resto de lo que hacen todos los días.

—Hank, ¿quieres que hable con el doctor Stadler sobre eso?

—¡Ciertamente, no!

—Él debería parar eso. Es lo menos que podría hacer.

—Prefiero ir a la cárcel. ¿El doctor Stadler? No estarás teniendo nada que ver con él, ¿verdad?

—Lo vi hace unos días.

—¿Por qué?

—Por lo del motor.

—¿El motor...? —Lo dijo lentamente, de una manera extraña, como si la idea del motor de repente le hubiera llevado de vuelta a un reino que había olvidado—. Dagny..., el hombre que inventó ese motor..., él existió, ¿no?

—Pues..., por supuesto. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir sólo que... que es un pensamiento agradable, ¿no? Aunque esté muerto ahora, él estuvo vivo una vez..., tan vivo que diseñó ese motor...

—¿Qué te pasa, Hank?

—Nada. Háblame del motor.

Ella le contó su reunión con el doctor Stadler. Se levantó y caminó por la habitación mientras hablaba; no podía quedarse quieta, siempre sentía una oleada de esperanza y de impaciencia por actuar cuando trataba del tema del motor.

Lo primero que él notó fueron las luces de la ciudad más allá de la ventana: sintió como si fueran siendo encendidas, una a una, formando el grandioso horizonte que él amaba; era lo que sentía, aunque sabía que las luces habían estado allí todo el tiempo. Entonces entendió que lo que estaba volviendo estaba dentro de él: lo que volvía gota a gota era su amor por la ciudad. Notó que estaba volviendo porque estaba mirando la ciudad más allá de la tensa y esbelta figura de una mujer que levantaba impaciente la cabeza como para ver en la distancia, cuyos pasos eran un inquieto sustituto del vuelo. Él la estaba mirando como si fuera un extraño, apenas se daba cuenta de que ella era una mujer, pero la visión estaba fluyendo en un sentimiento cuyas palabras eran: *esto* es el mundo y la esencia de él, esto es lo que hizo la ciudad..., van juntas, las formas angulosas de los edificios y las líneas angulosas de un rostro despojado de todo menos de un objetivo..., los pasos ascendentes de acero y los pasos de un ser concentrado en su objetivo..., eso es lo que ellos habían sido, todos los hombres que habían vivido para inventar las luces, el acero, los hornos, los motores..., *ellos* eran el mundo, *ellos*, no los hombres que se acurrucaban en esquinas oscuras, medio mendigando, medio amenazando, exhibiendo jactanciosamente sus úlceras abiertas como su única reivindicación sobre la vida y la virtud...; mientras supiera que existía un hombre con la brillante valentía de un nuevo pensamiento, ¿podría entregarle el mundo a esos otros?; mientras pudiera encontrar una sola visión que le diera un empujón de admiración, que le devolviese la vida, ¿podría creer que el mundo era un lugar de llagas, de gemidos y de pistolas? Los hombres que inventaban motores sí existían, él nunca dudaría de su realidad, era su visión de ellos lo que había hecho el contraste insoportable, así que incluso el asco era el tributo de su lealtad hacia ellos y hacia ese mundo que era de ellos y de él.

—Cariño..., cariño —dijo, como un hombre despertando de repente, cuando se dio cuenta de que ella había dejado de hablar.

—¿Qué pasa, Hank? —preguntó ella suavemente.

—Nada... Excepto que no deberías haber llamado a Stadler. —Su rostro estaba brillante, con confianza; su voz sonaba divertida, protectora y dulce; ella no pudo descubrir nada más; él tenía el aspecto que siempre había tenido; era sólo la nota de dulzura la que parecía extraña y nueva.

—Tuve esa sensación, la de que no debería haberlo hecho —dijo ella —, pero no sabía por qué.

—Te diré por qué. —Él se inclinó hacia delante—. Lo que él quería de ti era un reconocimiento de que todavía era el doctor Robert Stadler que debería haber sido, pero que no era y sabía que no era. Quería que le otorgaras tu respeto, a pesar de y en contradicción con sus acciones. Quería que falsearas la realidad para él, para que su grandeza permaneciera pero el Instituto Estatal de Ciencias fuese aniquilado, como si nunca hubiese existido..., y tú eres la única que podría hacerlo por él.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres la víctima.

Ella lo miró, sorprendida. Él habló concentrado; sintió una repentina y violenta claridad de percepción, como si una oleada de energía se precipitara en la actividad de la vista, fusionando lo medio visto y lo medio captado en una única forma y dirección.

—Dagny, están haciendo algo que nosotros nunca hemos entendido. Ellos saben algo que nosotros no sabemos, pero que debemos descubrir. Todavía no puedo verlo del todo, pero estoy empezando a vislumbrar partes de ello. Ese saqueador del Instituto Estatal de Ciencias estaba asustado cuando me negué a ayudarlo a fingir que era sólo un honesto comprador de mi metal. Tenía un miedo profundo. ¿De qué? No lo sé; la opinión pública era sólo el nombre que él le dio, pero ése no es el nombre completo. ¿Por qué debería haberse asustado? Él tiene las armas, las cárceles, las leyes..., podría haber tomado todas mis fábricas si lo hubiera querido, y nadie se habría levantado para defenderme, y él lo sabía..., así que, ¿por qué debería haberle importado lo que yo pensara? Pero le importaba. Era yo quien tenía que decirle que él no era un saqueador, sino mi cliente y mi amigo. Eso es lo que él necesitaba de mí. Y eso es lo que el doctor Stadler necesitaba de ti: fuiste tú quien tenía que actuar como si él fuese un gran hombre que nunca

intentó destruir tus vías y mi metal. No sé qué es lo que creen que consiguen, pero quieren que pretendamos que vemos el mundo tal y como ellos pretenden verlo. Necesitan algún tipo de sanción, de aprobación por parte nuestra. No conozco la naturaleza de esa aprobación..., pero, Dagny, sé que si valoramos nuestras vidas, no debemos dársela. Si te ponen en un potro de tortura, no se la des. Que destruyan tu ferrocarril y mi fundición, pero no se la des. Porque esto sí lo sé: sé que es nuestra única oportunidad.

Ella había permanecido de pie delante de él, mirando atentamente el difuso contorno de algo que ella también había intentado captar.

—Sí —dijo—, sí, sé lo que has visto en ellos. Yo lo he sentido también, pero es sólo como algo que pasa rozando y desaparece antes de que sepa que lo he visto, como un toque de aire frío, y lo que queda es siempre la sensación de que debería haberlo parado. Sé que tienes razón. No consigo entender su juego, pero, por lo menos, esto es verdad: no debemos ver el mundo como ellos quieren que lo veamos. Es algún tipo de fraude, muy antiguo y muy vasto..., y la clave para romperlo es verificar cada una de las premisas que nos enseñan, cuestionar cada precepto...

Ella se volvió hacia él con una idea repentina, pero paró el movimiento y las palabras en el mismo instante: las palabras siguientes habrían sido las que ella no quería decirle. Se quedó mirándolo con una lenta y brillante sonrisa de curiosidad.

En algún lugar en su interior, él sabía la idea que ella no había querido nombrar, pero la sabía sólo en esa forma prenatal que tiene que encontrar las palabras para definirla en el futuro. No se detuvo para captarla en ese momento, porque en el intenso brillo de lo que sentía, otro idea, que la precedía, se había vuelto clara para él y lo había estado inundando durante muchos minutos. Se levantó, se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

Sostuvo la longitud del cuerpo de ella presionado contra el suyo, como si sus cuerpos fueran dos corrientes que se alzaran hacia arriba juntas, cada uno hasta un solo punto, cada uno llevando la totalidad de su consciencia al encuentro de sus labios.

Lo que ella sintió en ese momento contenía, como una parte sin nombrar, el conocimiento de la belleza en la postura del cuerpo de él mientras la abrazaba, quietos en medio de una sala muy por encima de las luces de la ciudad.

Lo que él supo, lo que había descubierto esa noche, era que su recobrado amor por la existencia no le había sido devuelto por volver a desearla a ella, sino que el deseo por ella había vuelto después de haber recobrado él su mundo, el amor, el valor y el sentido de su mundo, y que el deseo no era una respuesta al cuerpo de ella, sino una celebración de sí mismo y de su voluntad de vivir.

Él no lo sabía, no pensó en ello, había dejado atrás la necesidad de las palabras, pero, en el momento en que sintió el cuerpo de ella responder al suyo, sintió también el conocimiento inadmitido de que lo que él había llamado perversión era la mayor virtud que ella poseía, esa capacidad suya para sentir la alegría de ser, como él mismo la sentía.

## Capítulo II

# La aristocracia del pillaje

El calendario en el cielo más allá de la ventana de su oficina decía: 2 de septiembre. Dagny estaba echada sobre su escritorio, exhausta. La primera luz en encenderse al acercarse el crepúsculo era siempre el rayo que iluminaba el calendario; cuando la brillante página blanca aparecía sobre los tejados, la ciudad se volvía borrosa, acelerando la oscuridad.

Ella había mirado esa distante página de calendario todas las tardes de los meses que había dejado atrás. Tus días están contados, había parecido decir, como si estuviera marcando la progresión hacia algo que el calendario sabía, pero ella no. En el pasado, había cronometrado su carrera para construir la Línea John Galt; ahora estaba cronometrando su carrera contra un destructor desconocido.

Uno a uno, los hombres que habían construido los nuevos pueblos en Colorado habían ido partiendo hacia algún silencioso lugar, del cual ni noticia ni persona alguna habían vuelto jamás. Los pueblos que habían abandonado estaban muriendo. Algunas de las fábricas que construyeron se habían quedado sin dueños y cerradas; otras habían sido embargadas por las autoridades locales; en ambas, las máquinas seguían paradas.

Ella había sentido como si un oscuro mapa de Colorado estuviese desplegado frente a ella como un panel de control de tráfico, con unas cuantas luces desparramadas por sus montañas. Una tras otra, aquellas luces se habían apagado. Uno tras otro, los hombres habían desaparecido. Había habido un patrón en cuanto a eso, un patrón que ella sentía pero no podía definir; se había vuelto capaz de predecir, casi con certeza total, quién sería el próximo en irse, y cuándo; era incapaz de captar el «por qué».

De los hombres que una vez habían celebrado su descenso de la cabina de una locomotora en el andén del Empalme Wyatt, sólo quedaba Ted Nielsen, que seguía dirigiendo la planta de Nielsen Motors.

—Ted, ¿no serás tú el próximo en irte? —le había preguntado ella en su reciente visita a Nueva York, tratando de sonreír.

Él había respondido gravemente:

—Espero que no.

—¿Qué quiere decir que *esperas*...?, ¿no estás seguro?

Él había dicho, despacio, enfáticamente:

—Dagny, siempre he pensado que preferiría morir antes que dejar de trabajar. Pero eso mismo decían los hombres que se han ido. A mí me parece imposible que yo pudiese querer abandonar jamás. Pero hace un año también parecía imposible que ellos lo hicieran. Esos hombres eran mis amigos. Sabían lo que su partida significaría para nosotros, los supervivientes. No se habrían ido así, sin decir palabra, dejándonos a nosotros el terror adicional de lo inexplicable..., a menos que hubiesen tenido alguna razón de suprema importancia. Hace un mes, Roger Marsh, de Marsh Electric, me dijo que haría que lo encadenasen a su escritorio para que no pudiese abandonarlo, independientemente de la espantosa tentación que lo asaltara. Él estaba furioso de ira con los hombres que se habían ido. Me juró que él nunca lo haría. «Y si es algo que no puedo resistir», dijo, «juro que tendré la suficiente presencia de ánimo como para dejarte una carta y darte alguna pista de lo que es, para que no tengas que devanarte los sesos con ese pavor que estamos sintiendo ahora». Eso es lo que juró. Hace dos semanas, se fue. No me dejó ninguna carta... Dagny, no sé qué haré cuando lo vea, sea lo que sea que ellos vieron cuando se fueron.

A ella le parecía como si algún destructor se estuviera moviendo silenciosamente por todo el país, y que las luces se estaban apagando a su paso..., alguien, pensó amargamente, que había invertido el principio del motor de la Twentieth Century y ahora estaba convirtiendo energía cinética en estática.

Ése era el enemigo, pensó, sentada en su escritorio a la luz del crepúsculo, aquel contra quien estaba haciendo una carrera. El informe mensual de Quentin Daniels estaba sobre su mesa. No podía estar segura todavía de si Daniels conseguiría resolver el secreto del motor; pero el destructor, pensó, se estaba moviendo rápidamente, con determinación, a un ritmo cada vez más acelerado; se preguntó si, cuando ella llegase a reconstruir el motor, quedaría algún mundo para poder usarlo.

Le había gustado Quentin Daniels desde el momento que entró en su oficina para la primera entrevista. Era un hombre larguirucho de treinta y pocos años, con un rostro anguloso y sencillo y una atractiva sonrisa. Un rastro de esa sonrisa permanecía en sus rasgos en todo momento, sobre todo cuando estaba escuchando; tenía un aspecto de regocijo bonachón, como si estuviese rápida y pacientemente descartando lo irrelevante en las palabras que oía, y yendo directamente al grano unos segundos por delante de su interlocutor.

—¿Por qué te negaste a trabajar para el doctor Stadler? —preguntó ella.

El rastro de su sonrisa se volvió más nítido y más acusado; eso era todo lo que se acercaba a mostrar una emoción; la emoción era indignación. Pero respondió en su acento liso y sin prisa:

—Sabe, el doctor Stadler dijo una vez que la última palabra de «investigación científica libre» era redundante. Parece haberlo olvidado. Bueno, diré solamente que la expresión «investigación científica gubernamental» encierra una contradicción en sus términos.

Ella le preguntó qué cargo tenía en el Instituto de Tecnología de Utah.

—Vigilante nocturno —respondió.

—*¿Qué?* —dijo ella con un resoplido.

—Vigilante nocturno —repitió cortésmente él, como si ella no hubiese entendido sus palabras, o como si no hubiese motivo para sorprenderse.

Respondiendo a las preguntas de ella, él explicó que no le gustaba ninguna de las fundaciones científicas que aún existían, que habría preferido trabajar en el laboratorio de investigación de alguna gran empresa industrial. «Pero ¿cuál de ellas puede permitirse emprender proyectos de largo alcance hoy día, y por qué habrían de hacerlo?», así que cuando el Instituto de Tecnología de Utah fue cerrado por falta de fondos, él había permanecido allí como vigilante nocturno y único habitante del lugar; el sueldo era suficiente para costear lo que necesitaba, y el laboratorio del instituto estaba allí, intacto, para su uso privado y sin intromisiones.

—¿Así que estás haciendo investigación por tu cuenta?

—Eso es.

—¿Con qué objetivo?

—Para mi propio placer.

—¿Qué piensas hacer si descubres algo que tenga importancia científica o valor comercial? ¿Piensas aplicarlo a algún uso público?

—No sé, no creo.

—¿No tienes ningún deseo de servir a la humanidad?

—Yo no hablo ese lenguaje, señorita Taggart. Creo que usted tampoco.

Ella rio.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien tú y yo.

—Lo haremos.

Cuando le contó la historia del motor, y cuando él estudió el manuscrito, no hizo ningún comentario, sino que simplemente dijo que aceptaría el trabajo en los términos que ella quisiese.

Ella le pidió que él pusiese sus propias condiciones; y protestó, asombrada, ante el pequeño sueldo mensual que él mencionó.

—Señorita Taggart —dijo él—, si hay algo que no aceptaré, es recibir algo por nada. No sé cuánto tiempo tendría usted que pagarme, o si usted acabaría recibiendo alguna cosa a cambio. Yo apostaré con mi propia mente. No dejaré que nadie más lo haga. No cobraré a cambio de una intención. Pero seguro que querré cobrar por mercancías entregadas. Si tengo éxito, entonces será cuando la despellejaré viva, porque lo que quiero es un porcentaje, y va a ser alto, pero le va a valer la pena a usted.

Cuando mencionó el porcentaje que quería, ella se rio.

—Eso *es* despellejarme viva, y me *valdrá* la pena. De acuerdo.

Acordaron que ése iba a ser el proyecto privado de ella y que él iba a ser su empleado particular; ninguno de ellos quería tener que lidiar con la intromisión del Departamento de Investigación de Taggart. Él pidió seguir en Utah, en su puesto de vigilante, donde tenía todo el equipo de laboratorio y toda la privacidad que necesitaba. El proyecto debería ser mantenido en secreto entre ellos, hasta que, y a menos que, él tuviese éxito.

—Señorita Taggart —dijo él en conclusión—, no sé cuántos años me llevará resolver esto, si alguna vez lo consigo. Pero sé que si dedico el resto de mi vida a ello y tengo éxito, moriré satisfecho. —Y añadió—: Hay sólo una cosa que deseo hacer aún más que resolverlo: conocer al hombre que lo ha resuelto.

Un vez al mes, desde que él volvió a Utah, ella le había enviado un cheque mensual, y él le había enviado a ella un informe de su trabajo. Era demasiado pronto para albergar esperanzas, pero esos informes eran los

únicos puntos brillantes en la estancada niebla de sus días en la oficina.

Al terminar de leer las páginas de uno de esos informes, ella levantó la cabeza. El calendario en la distancia decía: 2 de septiembre. Las luces de la ciudad habían crecido bajo el calendario, extendiéndose y brillando. Pensó en Rearden. Deseó que estuviese en la ciudad; deseó poder verlo esa noche.

Entonces, al darse cuenta de la fecha, recordó de repente que tenía que ir rápidamente a su casa a vestirse, porque tenía que asistir a la boda de Jim esa noche. No había visto a Jim, a no ser en la oficina, desde hacía más de un año. No había conocido a su prometida, pero había leído lo suficiente sobre el compromiso en los periódicos. Se levantó de su escritorio con harta y desagradable resignación: parecía más fácil ir a la boda que molestarse en explicar su ausencia después.

Estaba atravesando rápidamente el gran vestíbulo de la terminal cuando oyó una voz llamándola:

—¡Señorita Taggart! —dijo la voz, con un extraño tono de urgencia y de reticencia a la vez.

Ella se paró en seco; tardó algunos segundos en darse cuenta de que era el viejo del puesto de cigarrillos quien la había llamado.

—He estado esperando verla durante días, señorita Taggart. He estado sumamente ansioso de hablarle. Había una extraña expresión en su cara, la expresión de quien está realizando un esfuerzo para no parecer asustado.

—Lo siento —dijo ella, sonriendo—. He estado entrando y saliendo del edificio toda la semana, y no he tenido tiempo de parar.

Él no sonrió.

—Señorita Taggart, ese cigarrillo con el signo del dólar que usted me dio unos meses atrás, ¿dónde lo consiguió?

Ella se quedó quieta durante un momento.

—Me temo que ésa es una historia larga y complicada —respondió.

—¿Tiene usted alguna forma de ponerse en contacto con la persona que se lo dio?

—Supongo que sí..., aunque no estoy segura. ¿Por qué?

—¿Le diría dónde lo consiguió?

—No lo sé. ¿Qué le hace suponer que no lo haría?

Él titubeó, y luego preguntó:

—Señorita Taggart, ¿qué hace usted cuando tiene que decirle a alguien algo que usted cree que es imposible?

Ella se rio entre dientes.

—El hombre que me dio el cigarrillo dijo que, en ese caso, uno debe verificar sus premisas.

—¿Dijo eso? ¿Sobre el cigarrillo?

—Bueno, no, no exactamente. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que tiene usted que decirme?

—Señorita Taggart, he preguntado por todo el mundo. He verificado todas las fuentes de información dentro de y sobre la industria del tabaco. He mandado hacer un análisis químico con esa colilla. No hay ninguna fábrica que haga ese tipo de papel. Los elementos aromatizantes en ese tabaco nunca han sido usados en ninguna mezcla para fumar que yo haya podido encontrar. El cigarrillo fue elaborado a máquina, pero no fue hecho en ninguna fábrica que yo conozca..., y las conozco todas. Señorita Taggart, a mi buen entender, ese cigarrillo no ha sido fabricado en ningún lugar de la Tierra.

Rearden esperó, mirando distraídamente, mientras el camarero sacaba la mesa de ruedas de la cena de la habitación de su hotel. Ken Danagger se había marchado. La habitación estaba medio oscura; por un acuerdo tácito, habían mantenido bajas las luces durante su cena, para que la cara de Danagger no fuese notada y quizá reconocida por los camareros.

Habían tenido que encontrarse furtivamente, como si fueran criminales que no podían ser vistos juntos. No podían reunirse en sus oficinas o en sus casas, sólo en el abarrotado anonimato de una ciudad, en su suite del Hotel Wayne-Falkland. Podría haber una multa de diez mil dólares y diez años de prisión para cada uno de ellos, si se llegara a saber que él había acordado entregar a Ken Danagger cuatro mil toneladas de piezas estructurales de Metal Rearden.

No hablaron de esa ley durante su cena juntos, ni de sus motivos, ni del riesgo que estaban asumiendo. Habían hablado simplemente de negocios. Hablando clara y secamente, como siempre hablaba en cualquier reunión, Danagger había explicado que la mitad de su pedido original sería suficiente para reforzar los túneles que pudieran hundirse, si atrasara el

refuerzo mucho más tiempo, y para reacondicionar las minas de la Confederated Coal Company, que había quebrado y que él había comprado tres semanas atrás.

—Es una propiedad excelente, pero en pésimas condiciones; tuvieron un desagradable accidente allí el mes pasado, hundimiento y explosión de gas, cuarenta muertos —dijo. Y había añadido, con la monotonía de estar recitando algún informe impersonal y estadístico—: Los periódicos están vociferando que el carbón es ahora el producto más crucial del país. Están también vociferando que las empresas de carbón se están aprovechando de la escasez de petróleo. Una pandilla en Washington está gritando que me estoy expandiendo demasiado y que habría que hacer algo para detenerme, porque estoy convirtiéndome en un monopolio. Otra pandilla en Washington está gritando que no me estoy expandiendo lo suficiente y que habría que hacer algo para dejar que el gobierno confisque mis minas, porque soy un avaro de los beneficios y no estoy dispuesto a satisfacer las necesidades de combustible del público. Al ritmo actual de beneficios, esta propiedad de la Confederated Coal amortizará el dinero que gasté en ella... en cuarenta y siete años. No tengo hijos. La compré porque hay un cliente al que no me atrevo a dejar sin carbón, y que es Taggart Transcontinental. No paro de pensar en lo que pasaría si los ferrocarriles se derrumbaran. —Había parado, y luego añadió—: No sé por qué aún me importa eso, pero me importa. Esa gente en Washington parece no tener una idea clara de lo que pasaría. Yo la tengo.

Rearden había dicho:

—Entregaré el metal. Cuando necesites la otra mitad de tu pedido, házmelo saber. Entregaré eso también.

Al final de la cena, Danagger había dicho en el mismo tono preciso e impasible, el tono de un hombre que sabe el significado exacto de sus palabras:

—Si algún empleado tuyo o mío descubre esto e intenta un chantaje privado, lo pagaré, dentro de lo razonable. Pero no pagaré si tiene amigos en Washington. Si uno de ésos aparece, entonces voy a la cárcel.

—Entonces vamos juntos —había dicho Rearden.

De pie y solo en su habitación medio oscura, Rearden se dio cuenta que la posibilidad de ir a la cárcel le dejaba totalmente indiferente. Recordó una vez cuando, a los catorce años, debilitado por el hambre, no se le

ocurriría robar fruta de un puesto en la calle. Ahora, la posibilidad de acabar en la cárcel —si esa cena era un delito— no significaba para él más que la posibilidad de ser atropellado por un camión: un desagradable accidente físico sin ningún significado moral.

Pensó que le habían hecho ocultar, como si fuese un secreto culpable, la única transacción de negocios que había disfrutado en un año de trabajo... y que estaba ocultando, como un secreto culpable, sus noches con Dagny, las únicas horas que le mantenían vivo. Sintió que había alguna conexión entre los dos secretos, alguna conexión esencial que él tenía que descubrir. No pudo captarla, no pudo encontrar las palabras para darle nombre, pero sintió que el día que las encontrase respondería a todas las preguntas de su vida.

Estaba de pie contra la pared, su cabeza echada hacia atrás, sus ojos cerrados, y pensó en Dagny, y entonces sintió que ya no había preguntas que le interesaran. Pensó que la vería esa noche, casi odiando hacerlo, porque la mañana siguiente le parecía muy cercana, y entonces tendría que dejarla; se preguntó si él podría seguir en la ciudad mañana, o si debería irse en ese momento, sin verla, para tener que esperar, para poder tenerlo siempre delante de él: el momento de poner sus manos sobre los hombros de ella y bajar la mirada hacia su cara. Te estás volviendo loco, pensó; pero sabía que si ella estuviese a su lado en cada hora de sus días, seguiría siendo lo mismo, él nunca tendría suficiente, tendría que inventar alguna forma de tortura insensata para poder aguantarlo; sabía que la vería esa noche, y la idea de irse sin hacerlo hacía el placer aún mayor, la tortura de un momento para enfatizar su certeza de las horas por venir. Dejaría encendida la luz de la sala de ella, pensó, y la abrazaría encima de la cama, y vería sólo la curva de una silueta dibujando la sombra entera de su cuerpo largo y delgado en la oscuridad, y luego pondría su cabeza en la luz, para ver su cara, para verla dejarse caer hacia atrás, sin resistir, sus cabellos sobre el brazo de él, sus ojos cerrados, su cara tensa como en una expresión de dolor, su boca abierta a él.

Siguió en pie en la pared, para dejar que todos los acontecimientos del día se fueran alejando de él, para sentirse libre, para saber que el próximo lapso de tiempo sería suyo.

Cuando la puerta de su habitación se abrió bruscamente sin aviso, no lo oyó ni lo creyó del todo, al principio. Vio la silueta de una mujer, luego la de un botones que dejó en el suelo una maleta y desapareció. La voz que oyó era la de Lillian:

—¡Vaya, Henry! ¿Totalmente solo y en la oscuridad?

Ella giró el interruptor de luz junto a la puerta. Allí estaba, meticulosamente ataviada, llevando un traje de viaje de color beis claro que parecía como si ella hubiese viajado bajo una urna de cristal; estaba sonriendo y quitándose los guantes con la actitud de haber llegado a casa.

—¿Estás aquí para el resto de la tarde, querido? —preguntó—. ¿O ibas a salir?

Él no supo cuánto tiempo pasó antes de responder:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vaya, ¿no te acuerdas que Jim Taggart nos invitó a su boda? Es esta noche.

—No tenía intención de ir a su boda.

—Oh, pero ¡yo sí!

—¿Por qué no me lo dijiste esta mañana, antes de que yo saliera?

—Para sorprenderte, querido. —Se rio alegremente—. Es prácticamente imposible arrastrarte a algún acontecimiento social, pero pensé que podrías hacerlo así, de improviso, sólo salir y pasarlo bien, como las parejas casadas supuestamente deben hacer. Pensé que no te importaría..., ¡te has quedado a dormir en Nueva York tan a menudo!

Él vio la mirada informal que ella le echó desde debajo del ala del sombrero que llevaba inclinado, a la moda. No dijo nada.

—Por supuesto, me estaba arriesgando —dijo ella—. Podrías haber invitado a cenar a alguien. —Él no dijo nada—. ¿O estabas, tal vez, pensando en volver a casa esta noche?

—No.

—¿Tenías un compromiso para esta noche?

—No.

—Bien. —Ella señaló su maleta—. Traje mi vestido de noche. ¿Te apuestas un ramillete de orquídeas a que puedo vestirme antes que tú?

Hank pensó que Dagny estaría en la boda de su hermano esa noche; la velada había dejado de importarle.

—Te llevaré a cualquier otro sitio, si lo deseas —dijo—, pero no a esa boda.

—¡Oh, pero es allí donde quiero ir! Es el evento más ridículo de la temporada, y todo el mundo lo ha estado esperando durante semanas, todos mis amigos. No me lo perdería por nada del mundo. No hay mejor espectáculo en la ciudad... ni mejor divulgado. Es un matrimonio totalmente absurdo, justo lo que esperarías de Jim Taggart.

Ella se estaba moviendo con aire despreocupado por la habitación, mirando a su alrededor, como si estuviera familiarizándose con un lugar desconocido.

—No he estado en Nueva York desde hace años —dijo—. No contigo, quiero decir. No en algún acontecimiento importante.

Él notó la pausa en el deambular sin rumbo de los ojos de ella, una mirada que paró brevemente en el cenicero y siguió. Sintió una punzada de asco.

Ella lo vio en su cara y rio alegremente.

—Oh, pero, querido, ¡no estoy aliviada! Estoy decepcionada. Sí que esperaba encontrar unos cuantos cigarrillos manchados con lápiz de labios.

Él le dio crédito por admitir que estaba espiando, aunque fuese simulando una broma. Pero algo en la acentuada franqueza de su actitud le hizo preguntarse si realmente estaba bromeando; durante un brevísimo instante, sintió que le había dicho la verdad. Descartó la impresión, porque no podía concebir que fuese posible.

—Me temo que nunca serás humano —dijo ella—. Así que estoy segura de que no tengo rival. Y si lo tuviera..., lo cual dudo, querido, no creo que me preocupara por ello, porque si es una persona que siempre está disponible, sin cita previa..., bueno, todo el mundo sabe qué clase de persona es *ésa*.

Él pensó que tenía que llevar cuidado; había estado a punto de abofetearla.

—Lillian —dijo—, creo que sabes que ese tipo de humor es más de lo que puedo soportar.

—¡Oh, eres tan serio! —rio ella—. Siempre se me olvida. Te tomas tan en serio todas las cosas..., especialmente a ti mismo.

Ella se volvió hacia él de repente, su sonrisa había desaparecido. Tenía la extraña y suplicante expresión que él había visto muchas veces en su cara, una expresión que parecía hecha de sinceridad y de valor:

—¿Prefieres ser serio, Henry? Muy bien. ¿Cuánto tiempo quieres que yo exista en algún lugar del sótano de tu vida? ¿Cómo de solitaria quieres que me vuelva? No he pedido nada de ti. Te he dejado vivir tu vida como has querido. ¿No puedes concederme una noche? Oh, sé que odias las fiestas y que te aburrirás. Pero significa mucho para mí. Llámalo vacía vanidad social: quiero aparecer, aunque sea una vez, con mi marido. Supongo que nunca piensas en esos términos, pero tú eres un hombre importante, eres envidiado, odiado, respetado y temido, eres un hombre al que cualquier mujer estaría orgullosa de exhibir como su esposo. Puedes decir que es una forma rastrera de ostentación femenina, pero ésa es la forma de felicidad que desea cualquier mujer. Tú no vives de acuerdo con esos estándares, pero yo sí. ¿No puedes darme por lo menos eso, al precio de unas horas de aburrimiento? ¿No puedes ser lo suficientemente fuerte como para cumplir con tu obligación y realizar tu deber de marido? ¿No puedes ir allí, no por tu propio beneficio, sino por el mío, no porque *tú* quieras ir, sino sólo porque *yo* lo quiero?

Dagny —pensó él desesperadamente—, Dagny, que nunca había dicho ni una palabra sobre la vida en casa de él, que nunca había reclamado, ni expresado un reproche o hecho una pregunta, él no podía aparecer ante ella con su mujer, no podía dejar que ella lo viese como un marido que estaba siendo orgullosamente exhibido; deseó poder morir entonces, en ese momento, antes que cometer esa acción, porque sabía que la cometería.

Por haber aceptado su secreto como culpa y haberse prometido a sí mismo asumir sus consecuencias; por haber concedido que el derecho lo tenía Lillian, y que él era capaz de aguantar cualquier forma de condena, pero no era capaz de negar ese derecho cuando le era reclamado; por saber que su razón para negarse a ir era la razón que no le daba derecho a negarse; por haber oído un suplicante grito en su mente: «¡Oh, Dios, Lillian, cualquier cosa menos esa fiesta!»; y aun así no permitirse a sí mismo pedir clemencia..., dijo, sin alterarse, con voz apagada y firme:

—Muy bien, Lillian. Iré.

El velo de novia de encaje rosado se enganchó al caer en el astillado suelo de la habitación alquilada. Cherryl Brooks lo levantó cuidadosamente, dando un paso para mirarse en un espejo torcido que colgaba en la pared. Había sido fotografiada allí todo el día, como lo había sido muchas veces en los últimos dos meses. Aún sonreía con incrédula gratitud cuando la gente del periódico quería hacerle una foto, aunque desearía que no lo hiciesen tan a menudo.

Una vieja periodista, que tenía una columna de consejos sentimentales en su revista y la amarga sabiduría de un policía en su persona, había tomado a Cherryl bajo su tutela semanas atrás, cuando la muchacha había sido arrojada por primera vez a las entrevistas de prensa como a una máquina de picar carne. Ese día, la periodista había echado a los reporteros. A los vecinos les había gritado: «¡Ya está bien, ya está bien, fuera de aquí!»; les había cerrado la puerta de Cherryl en las narices, y luego le había ayudado a ella a vestirse. Ella era quien tendría que llevar a Cherryl a la boda: había descubierto que no había nadie más para hacerlo.

El velo de novia, el traje de satén blanco, las delicadas zapatillas y el collar de perlas en su garganta habían costado quinientas veces más que el precio de todo el contenido de la habitación de Cherryl. Una cama ocupaba la mayor parte del espacio en la habitación, y el resto lo ocupaban una cómoda, una silla y unos cuantos vestidos colgados detrás de una descolorida cortina. La enorme falda acampanada del traje de boda rozaba las paredes cuando ella se movía, su delgada figura oscilando encima de la falda, en dramático contraste con el ajustado y severo corpiño de manga larga; el traje había sido hecho por el mejor diseñador de la ciudad.

—Sabes, cuando conseguí el trabajo en el bazar podría haberme mudado a un cuarto mejor —dijo Cherryl a la periodista, como disculpándose—, pero no creo que importe mucho dónde duermes por las noches, así que ahorré mi dinero, porque lo necesitaría para algo importante en el futuro... —Paró y sonrió, moviendo lánguidamente la cabeza—. *Pensé* que lo necesitaría, dijo.

—Estás bien —dijo la periodista—. No es que puedas ver mucho en ese supuesto espejo, pero estás razonable.

—La forma como todo esto pasó, yo..., yo no he tenido tiempo de asimilarlo. Pero ¿sabes?, Jim es estupendo. No le importa que yo sea sólo una vendedora en un bazar ni que viva en un sitio así. No me lo echa en

cara.

—Ya, ya —dijo la periodista; su cara estaba sombría.

Cherryl recordó su asombro la primera vez que Jim Taggart había ido a su cuarto. Había ido una tarde, sin avisar, un mes después de su primer encuentro, cuando ella ya había perdido toda esperanza de volver a verlo. Ella se había sentido miserablemente avergonzada, había sentido como si estuviese tratando de mantener un amanecer en el espacio de una charca de lodo; pero Jim había sonreído, se había sentado en su única silla, y había mirado su cara sonrojada y su cuarto. Luego, le había dicho que se pusiera el abrigo, y la había llevado a cenar al restaurante más caro de la ciudad. Había sonreído por su inseguridad, por su torpeza, por su terror de usar el tenedor equivocado, y por la mirada de encanto que tenían sus ojos. Ella no había sabido lo que él pensaba. Pero él sí había sabido que ella estaba impresionada —no por el sitio, sino por el hecho de que él la hubiera llevado allí—, que apenas tocó la costosa comida, que no veía la cena como un botín del bobo rico de turno —como todas las chicas que ella conocía lo habrían visto—, sino como un brillante premio que ella nunca había esperado merecer.

Él había vuelto a verla dos semanas después, y luego sus citas se habían hecho cada vez más frecuentes. Él llegaba al bazar a la hora del cierre, y ella veía cómo sus compañeras vendedoras la miraban boquiabiertas al ver la limusina y al chófer uniformado que abría la puerta para ella. Él la llevaba a los mejores clubes nocturnos, y, cuando la presentaba a sus amigos, decía:

—La señorita Brooks trabaja en el bazar de Madison Square.

Ella veía las extrañas expresiones en sus caras, y a Jim mirándoles con un toque de burla en sus ojos. Él había querido ahorrarle a ella la necesidad de fingir y avergonzarse, pensó ella con gratitud. Él tenía el coraje de ser honesto y no preocuparse de si otros lo aprobaban o no, pensó ella con admiración. Pero sintió un raro y candente dolor, nuevo para ella, la noche que oyó a una mujer, que trabajaba para una revista política de renombre, decirle a su compañera en la mesa de al lado:

—¡Qué generoso es Jim!

Si él lo hubiese querido, ella le habría dado a él el único tipo de pago que podía ofrecer. Estaba agradecida de que no lo pidiese. Pero sentía como si su relación fuese una inmensa deuda, y que ella no tenía nada con qué

pagarla, excepto con su silenciosa adoración. Él no necesitaba su adoración, pensó.

Había noches en las que él venía para salir con ella, pero, en vez de eso, se quedaba en su habitación y le hablaba, mientras ella escuchaba en silencio. Siempre ocurría inesperadamente, con una especie de brusquedad peculiar, como si él no hubiese tenido intención de hacerlo, sino como si algo explotase dentro de él y tuviese que hablar. Luego, se sentaba tirado en su cama, sin deparar en nada a su alrededor ni en la presencia de ella, aunque sus ojos se disparaban a la cara de ella de vez en cuando, como si tuviese que asegurarse de que un ser vivo le estuviese oyendo.

—Y... no fue para mí, no fue para mí mismo en absoluto..., ¿por qué no me creerá esa gente? Tuve que acatar las demandas del sindicato para que redujesen los trenes..., y la moratoria de bonos fue la única forma que tuve de hacerlo, y por eso Wesley me la concedió a mí, para los trabajadores, no para mí. Todos los periódicos dijeron que yo era un gran ejemplo a imitar para todos los hombres de negocios, un hombre de negocios con un sentido de responsabilidad social. Eso es lo que dijeron. Es verdad, ¿no?, ¿no es cierto? ¿Qué había de malo en esa moratoria? ¿Y qué si nos saltamos unos cuantos tecnicismos? Fue para un buen fin. Todo el mundo está de acuerdo en que cualquier cosa es buena siempre que no sea para ti mismo... Pero ella no me da crédito por un buen fin. No cree que nadie sirva para nada, excepto ella misma. Mi hermana es una bruja despiadada y engreída que no acepta las ideas de nadie más que las de ella misma... ¿Por qué me siguen mirando de esa forma..., ella y Rearden y toda esa gente? ¿Por qué están tan seguros de tener razón? Si yo reconozco su superioridad en el reino material, ¿por qué no reconocen ellos la mía en el espiritual? Ellos tienen el cerebro, pero yo tengo el corazón. Ellos tienen la capacidad de producir riqueza, pero yo tengo la capacidad de amar. ¿No es mía la mayor capacidad? ¿No ha sido reconocida como la mayor a lo largo de todos los siglos de la historia humana? ¿Por qué *ellos* no lo reconocen? ¿Por qué están tan seguros de que son grandes? Y si ellos son grandes y yo no..., ¿no es eso exactamente por lo que deberían inclinarse ante mí, porque no lo soy? ¿No sería eso un acto de verdadera humanidad? No hace falta bondad para respetar a un hombre que merece respeto..., es sólo un pago que se ha ganado. Dar un respeto inmerecido es el gesto supremo de caridad... Pero

ellos son incapaces de caridad. No son humanos. No se preocupan por las necesidades de nadie... ni por sus debilidades. Ningún interés... y ninguna piedad...

Ella podía entender poco de todo eso, pero comprendió que él era infeliz y que alguien le había lastimado. Él vio el dolor de la ternura en la cara de ella, el dolor de indignación contra sus enemigos, y vio la mirada destinada a los héroes..., que le era concedida a él por una persona capaz de sentir la emoción detrás de la mirada.

Ella no sabía por qué se sentía segura de ser la única a quien él podía confesarle su tortura. Lo tomó como un honor especial, como un regalo más.

La única forma de ser digna de él, pensó ella, era no pedirle nunca nada. Él le ofreció dinero una vez, y ella lo rechazó, con tan brillante y dolorosa vehemencia de indignación en sus ojos que él nunca volvió a intentarlo. La indignación era contra ella misma: se preguntó si ella había hecho algo que le hiciera pensar a él que ella era ese tipo de persona. Pero no quería ser ingrata por la preocupación de él, o avergonzarle con su horrible pobreza; ella quería mostrarle su entusiasmo por elevarse, y justificar los favores de él; así que le dijo que él podría socorrerla, si quisiese, ayudándola a encontrar un trabajo mejor. Él no respondió. En las semanas que siguieron, ella esperó, pero él nunca mencionó el tema. Ella se culpó a sí misma: pensó que le había ofendido, que él se lo había tomado como un intento de usarlo.

Cuando él le dio una pulsera de esmeraldas, ella estaba demasiado estupefacta para entender. Intentando desesperadamente no dañarlo, ella suplicó que no podía aceptarlo.

—¿Por qué no? —preguntó él—. No es como que tú fueses una mujerzuela pagando el precio normal por ello. ¿Te da miedo que empiece a hacer demandas? ¿No confías en mí? —Él se rio en alto de su tartamudeo vergonzoso. Sonrió, con un extraño tipo de disfrute, durante toda la velada cuando fueron a un club nocturno y ella llevó puesta la pulsera con su vulgar vestido negro.

Él le hizo llevar esa pulsera de nuevo la noche que la llevó a una fiesta, una gran recepción ofrecida por la señora de Cornelius Pope. Si él la consideraba a ella lo suficientemente buena como para llevarla a la casa de sus amigos —los ilustres amigos cuyos nombres ella había visto en las

inaccesibles cimas de las montañas que eran las columnas de sociedad de los periódicos—, pensó, ella no podía avergonzarle vistiendo sus viejas ropas. Gastó los ahorros de un año en un vestido de gasa verde brillante con un escote bajo, un cinturón de rosas amarillas y una hebilla de bisutería. Cuando entró en la austera residencia, con las frías y brillantes luces y una terraza suspendida sobre los tejados de los rascacielos, supo que su vestido era el inapropiado para la ocasión, aunque ella no sabía decir por qué. Pero mantuvo una postura orgullosamente erguida y sonrió con la valerosa confianza de un gatito cuando ve una mano extendida para jugar: una gente reunida para pasarlo bien no le haría daño a nadie, pensó.

Al cabo de una hora, su intento de sonreír se había convertido en una súplica impotente y perpleja. Y luego, al observar a la gente a su alrededor, su sonrisa desapareció. Vio que las atildadas y confiadas chicas mostraban una desagradable insolencia cuando hablaban con Jim, como si no lo respetasen y jamás lo hubiesen respetado. Una de ellas en particular, una tal Betty Pope, la hija de la anfitriona, no paraba de decirle cosas a él que Cherryl no podía entender, porque no podía creer que las había entendido correctamente.

Al principio, nadie le había prestado atención a ella, excepto por unas cuantas miradas de sorpresa a su vestido. Después de un rato, vio que la estaban mirando. Oyó a una señora mayor preguntarle a Jim, en el tono preocupado de quien habla de una familia distinguida que a ella se le había pasado reconocer:

—¿Has dicho la señorita Brooks de Madison Square?

—Vio una extraña sonrisa en la cara de Jim cuando respondió, haciendo que su voz sonase especialmente clara:

—Sí..., la dependienta del departamento de cosmética del bazar de Raleigh.

Entonces vio que algunas personas se volvían muy educadas con ella, y que otras se alejaban sin dar lugar a dudas, y que la mayoría de ellas se volvían insensiblemente torpes por su simple desconcierto; y vio a Jim mirando silenciosamente con esa extraña sonrisa.

Intentó quitarse de en medio, que no la percibieran. Al escabullirse por el borde del salón, oyó a un hombre decir, encogiéndose de hombros:

—Bueno, Jim Taggart es uno de los hombres más poderosos en Washington en este momento.

Y no lo dijo respetuosamente.

Una vez en la terraza, donde estaba más oscuro, oyó a dos hombres hablando, y se preguntó por qué estaba segura de que estaban hablando de ella. Uno de ellos dijo:

—Taggart puede permitirse esas cosas, si le apetece.

Y el otro dijo algo sobre el caballo de cierto emperador romano llamado Calígula.

Miró al recto y solitario mástil del Edificio Taggart en la distancia, y entonces pensó que había entendido: esas personas odiaban a Jim porque le envidiaban. Fuesen lo que fuesen, pensó, independientemente de sus nombres o de su dinero, ninguna de ellas tenía un logro comparable al suyo, ninguna de ellas había desafiado a todo el país para construir un ferrocarril que todo el mundo consideraba imposible. Por primera vez, vio que ella tenía algo que ofrecerle a Jim: aquellas personas eran tan malas y tan mezquinas como las personas de las cuales ella había escapado en Buffalo; él estaba tan solo como ella lo había estado siempre, y la sinceridad de su sentimiento fue el único reconocimiento que él había encontrado.

Entonces volvió a entrar en la sala de baile, abriéndose camino directamente entre la muchedumbre, y la única cosa que quedaba de las lágrimas que había intentado retener en la oscuridad de la terraza era el fiero y luminoso brillo de sus ojos. Si él quería apoyarla abiertamente, a pesar de ser sólo la dependiente de una tienda, si él quería alardear de ello, si la había llevado allí para enfrentar la indignación de sus amigos..., entonces era el gesto de un hombre de valor desafiando su opinión, y ella estaba dispuesta a ponerse a su altura sirviendo de espantajo para la ocasión.

Pero se alegró de que aquello acabase, cuando estaba sentada en el coche de él, de camino a casa a través de la oscuridad. Sintió un desolado tipo de alivio. Su belicoso desafío fue cambiando a una sensación extraña y lúgubre; intentó que no le afectase. Jim decía poco; estaba sentado mirando malhumorado por la ventanilla del coche; ella se preguntó si le habría decepcionado de alguna forma.

En el portón de su edificio, ella le dijo tristemente:

—Lo siento si te he decepcionado...

Él no respondió durante un momento, y luego preguntó:

—¿Qué dirías si te pidiera que te casases conmigo?

Ella lo miró, y miró a su alrededor; había un colchón sucio colgando en el alféizar de la ventana de alguien, una casa de empeños en la acera de enfrente, un cubo de basura lleno al lado de ellos. Uno no hacía esa pregunta en un lugar así, ella no sabía lo que significaba, y respondió:

—Imagino que yo..., yo no tengo sentido del humor.

—Esto es una propuesta, querida.

Entonces, ésa fue la forma en la que llegaron a su primer beso, con lágrimas cayéndole por la cara, lágrimas no derramadas en la fiesta, lágrimas de sorpresa, de felicidad, de pensar que eso debería ser felicidad, y una voz sorda y desolada diciéndole que ésa no era la manera en que habría querido que ocurriese.

No había pensado en los periódicos hasta el día en que Jim le dijo que fuese a su piso y se encontró en una sala llena de gente con libretas, cámaras y flashes. Cuando vio su foto en los periódicos por primera vez —una foto de los dos juntos, con un brazo de Jim en torno a su cintura— se rio tontamente encantada, preguntándose orgullosamente si todas las personas de la ciudad la habrían visto. Poco después, el encanto se desvaneció.

Siguieron fotografiándola en el mostrador del bazar, en la estación del metro, en la entrada de su casa, en su mísero cuarto. Ahora habría aceptado el dinero de Jim y habría corrido a esconderse en algún oscuro hotel durante las semanas de su noviazgo; pero él no se lo ofreció. Él parecía querer que ella siguiese donde estaba. Publicaron fotos de Jim en su oficina, en el gran vestíbulo de la Terminal Taggart, junto al estribo de su vagón privado, en un banquete formal en Washington. Las enormes páginas centrales en los periódicos, los artículos en revistas, las voces en la radio, los noticieros, todos eran un único, largo y sostenido clamor sobre la «Cenicienta» y el «Empresario Democrático».

Se dijo a sí misma que no debía ser suspicaz, cuando se sentía inquieta; se dijo que no debía ser desagradecida, cuando se sentía lastimada. Lo sentía sólo en unos pocos y raros momentos, cuando se despertaba en mitad de la noche y permanecía allí, en el silencio de su habitación, incapaz de dormir. Sabía que tardaría años en recuperarse, en creer, en comprender. Iba tambaleándose día tras día como una persona con insolación, sin ver nada más que la figura de Jim Taggart como la había visto la primera vez, la noche de su gran triunfo.

—Escucha, muchacha —le dijo la periodista, cuando ella estaba de pie en su habitación por última vez, el encaje de su velo de novia fluyendo como espuma de cristal desde su cabello hasta los manchados tablones del suelo—. Crees que si uno se lastima en la vida es por los propios errores de uno; y eso es cierto, a la larga. Pero hay gente que intentará hacerte daño por lo bueno que ve en ti, sabiendo que es lo bueno, necesitándolo y castigándote por ello. No dejes que eso acabe contigo cuando lo descubras.

—No creo que tenga miedo —dijo, mirando fijamente hacia delante, su radiante sonrisa fundiéndose con la seriedad de su mirada—. No tengo derecho a tenerle miedo a nada. Soy demasiado feliz. ¿Sabes?, siempre pensé que no tenía sentido que la gente dijese que lo único que puedes hacer en la vida es sufrir. No iba a hundirme por eso y abandonar. Pensé que podrían ocurrir cosas que fuesen bellas y grandiosas. No esperaba que me ocurrieran a mí..., ni tantas ni tan pronto. Pero intentaré ser digna de ellas.

—El dinero es el origen de toda maldad —dijo James Taggart—. El dinero no puede comprar la felicidad. El amor conquistará cualquier barrera y cualquier distancia social. Puede pareceros una perogrullada, chicos, pero así es como me siento.

Estaba de pie bajo las luces del salón de baile del Hotel Wayne-Falkland, en medio de un corro de periodistas que lo habían rodeado apenas terminar la ceremonia. Él oía la multitud de invitados yendo y viniendo como una marea más allá del corro. Cherryl estaba a su lado, el blanco de su guante sobre el negro de la manga de él. Ella seguía tratando de oír las palabras de la ceremonia, sin llegar a creer que las hubiese oído.

—¿Cómo se siente usted, *señora Taggart*?

Oyó la pregunta que venía de algún lugar en el corro de periodistas. Fue como el sobresalto de volver a la consciencia: dos palabras de repente lo hicieron todo real para ella. Sonrió y murmuró, atragantándose:

—Yo... estoy muy feliz...

En extremos opuestos del salón, Orren Boyle, que parecía demasiado rollizo para su traje de etiqueta, y Bertram Scudder, que parecía demasiado delgado para el suyo, inspeccionaban a la multitud de invitados con el mismo pensamiento, aunque ninguno de los dos admitiese que lo estaba pensando. Orren Boyle se dijo a medias que él estaba buscando las caras de

amigos, y Bertram Scudder se sugirió a sí mismo que estaba reuniendo material para un artículo. Pero ambos, sin saber nada el uno del otro, estaban trazando un diagrama mental de las caras que veían, clasificándolas bajo dos epígrafes que, si fuesen nombrados, serían: «Favor» y «Miedo». Había hombres cuya presencia significaba una protección especial extendida a James Taggart, y hombres cuya presencia confesaba un deseo de evitar su hostilidad; quienes representaban una mano tendida para levantarlo, y quienes representaban una espalda doblada para dejarle subir. Según el código tácito del día, nadie recibía o aceptaba una invitación de una persona de prominencia pública si no fuese por uno de esos dos motivos. Los del primer grupo eran, en su mayoría, jóvenes; habían venido de Washington. Los del segundo grupo eran de más edad; eran empresarios.

Orren Boyle y Bertram Scudder eran hombres que usaban las palabras como un instrumento público, a ser evitadas en la privacidad de la mente de uno. Las palabras eran un compromiso, con implicaciones que ellos no querían encarar. No necesitaban palabras para su diagrama; la clasificación la hacían por medios físicos: un respetuoso movimiento de sus cejas equivalente a la emoción de la palabra «¡vaya!» para el primer grupo, y un sarcástico movimiento de sus labios, equivalente a la emoción de «¡caramba, caramba!» para el segundo. Una cara echó por tierra momentáneamente el buen funcionamiento de sus mecanismos calculadores: cuando vieron los fríos ojos azules y el pelo rubio de Hank Rearden, sus músculos desgarraron la cuenta del segundo grupo con lo equivalente a un «¡no me digas!». La suma del diagrama era una estimativa del poder de James Taggart. Ascendía a un total impresionante.

Sabían que James Taggart era plenamente consciente de eso, cuando le vieron moverse entre los invitados. Caminaba enérgicamente, al estilo de un código Morse de cortos avances y breves paradas, con un aire de leve irritación, como si fuese consciente de la cantidad de gente a la que su disgusto podría preocuparle. El toque de una sonrisa en su cara tenía un sabor de regodeo..., como si supiese que el acto de venir a honrarle fuese un acto que deshonraba a los hombres que habían venido; como si lo supiese y lo disfrutase.

Una cola de figuras iba colgando y cambiando detrás de él, como si su función fuese darle a él el placer de ignorarlas. El señor Mowen aparecía brevemente entre la cola, así como el doctor Pritchett y Balph Eubank. El

más persistente de todos era Paul Larkin. No paraba de describir círculos alrededor de Taggart, como si intentase adquirir un bronceado por medio de un rayo ocasional, su triste sonrisa suplicando ser notada.

Los ojos de Taggart se paseaban por encima de la multitud de vez en cuando, rápida y furtivamente, como si fuese la linterna de un atracador; eso, en la taquigrafía muscular de su cara, legible para Orren Boyle, significaba que Taggart estaba buscando a alguien y no quería que nadie lo supiera. La búsqueda acabó cuando Eugene Lawson vino a estrechar la mano de Taggart y a decir, con su húmedo labio inferior retorciéndose como un cojín para amortiguar el golpe:

—El señor Mouch no ha podido venir, Jim, el señor Mouch lo siente mucho, había contratado un avión especial, pero en el último minuto surgieron cosas, problemas nacionales cruciales, ¿sabes? —Taggart se quedó quieto, no respondió, y frunció el ceño.

Orren Boyle soltó una carcajada. Taggart se volvió hacia él tan abruptamente que los otros se alejaron sin esperar la orden de esfumarse.

—¿Qué crees que estás haciendo? —soltó Taggart.

—Pasándomelo bien, Jimmy, sólo pasándomelo bien —dijo Boyle—. Wesley es *tu* chico, ¿no lo *era*?

—Conozco a alguien que es mi chico y que más le vale no olvidarlo.

—¿Quién? ¿Larkin? Bueno, no, no creo que estés hablando de Larkin. Y si no es de Larkin de quien estás hablando, vaya, entonces creo que deberías llevar cuidado con el uso de los pronombres posesivos. No me importa la clasificación de edad, sé que parezco joven para mis años, pero soy alérgico a los pronombres.

—Eres muy listillo al decir eso, pero te vas a pasar de listo un día de éstos.

—Si lo hago, ve adelante y aprovecha, Jimmy. *Si*...

—El problema con la gente que se excede es que tienen mala memoria. Más te vale recordar quién consiguió que el Metal Rearden fuese estrangulado del mercado para favorecerte.

—Vaya, yo me acuerdo de quién prometió hacerlo. Fue la fiesta en la que ese quién manipuló todos los resortes posibles para tratar de impedir que esa directiva se promulgara, porque se dio cuenta de que podría necesitar raíles de Metal Rearden en el futuro.

—Porque *tú* gastaste diez mil dólares metiéndole licor a la gente que esperabas que impidieran la directiva sobre la moratoria de bonos.

—Eso es. Es lo que hice. Yo tenía amigos que tenían bonos ferroviarios. Y tengo amigos en Washington también, Jimmy. Bueno, tus amigos derrotaron a los míos en ese negocio de la moratoria, pero los míos derrotaron a los tuyos en el Metal Rearden... Y yo no me olvido de eso. Pero, ¡qué demonios!, me da exactamente igual, ésa es la forma de compartir cosas entre todos, sólo que no intentes engañarme *a mí*, Jimmy. Deja la pantomima para los tontos.

—Si no crees que siempre he intentado portarme lo mejor posible contigo...

—Seguro, lo has hecho. Lo mejor que podría esperarse, dentro de lo que cabe. Y continuarás haciéndolo también, mientras yo tenga a alguien que tú necesitas, y ni un minuto más. Así que sólo quería recordarte que yo tengo mis propios amigos en Washington. Amigos que el dinero no puede comprar..., exactamente como los tuyos, Jimmy.

—¿Qué crees que estás diciendo?

—Exactamente lo que tú estás pensando. Los que compras no valen un comino, porque alguien siempre puede ofrecerles más, así que el terreno está abierto a cualquiera, y es como la antigua competencia de siempre. Pero si le pillas el punto débil a un hombre, entonces lo tienes, entonces no hay mayor postor y puedes contar con su amistad. Bien, tú tienes amigos, y yo también. Tú tienes amigos que yo puedo usar, y viceversa. Por mí no hay inconveniente..., ¡qué diablos!, uno tiene que intercambiar algo. Si no intercambiamos dinero..., y la era del dinero ya ha pasado, entonces intercambiemos hombres.

—¿Adónde quieres llegar?

—Pues, sólo te estoy diciendo unas cuantas cosas que deberías recordar. Fíjate en Wesley, por ejemplo. Le prometiste el puesto de asistente en la oficina de planificación nacional por traicionar a Rearden en la época de la Ley de Igualación de Oportunidades. Tenías los contactos para hacerlo, y eso es lo que te pedí que hicieras, a cambio de la Regla Anticompetencia-despiadada, donde yo tenía contactos. Así que Wesley hizo su parte, y tú te preocupaste de tenerlo todo por escrito... Ah, claro, sé que tienes pruebas fehacientes de la clase de acuerdos que se sacó de la manga para conseguir que se aprobara esa ley, al mismo tiempo que

aceptaba el dinero de Rearden para derrotarla y mantener a Rearden con la guardia baja. Fueron acuerdos muy feos. Sería muy embarazoso para el señor Mouch si todo esto se hiciera público. Así que mantuviste tu promesa y le conseguiste el trabajo, porque él pensaba que lo tenías en tus manos. Y lo tenías. Y él te pagó más que bien, ¿a que sí? Pero funciona sólo durante un tiempo. Dentro de nada, el señor Wesley Mouch podría volverse tan poderoso, y el escándalo tan viejo, que a nadie le importará saber cómo empezó su carrera o a quién engañó. Nada dura eternamente. Wesley era el hombre de Rearden, y luego fue tu hombre, y podría ser el hombre de cualquier otro mañana.

—¿Estás insinuándome algo?

—Pues no, te estoy dando un aviso amigable. Somos viejos amigos, Jimmy, y creo que es así como deberíamos continuar. Creo que podemos sernos muy útiles el uno al otro, tú y yo, si no empiezas a concebir ideas falsas sobre la amistad. En cuanto a mí..., yo creo en la balanza de poder.

—¿Impediste *tú* que Mouch viniera aquí esta noche?

—Bueno, tal vez sí, y tal vez no. Voy a dejar que tú te preocupes por eso. Si lo hice, es bueno para mí, y es mejor aún si no lo hice.

Los ojos de Cherryl siguieron a James Taggart entre la multitud. Las caras que seguían agitándose y juntándose a su alrededor parecían tan amistosas, y sus voces tan entusiasmadamente cálidas, que ella se sintió segura de que no había malicia alguna en el salón. Se preguntó por qué algunos de ellos le hablaban a ella de Washington, de una forma esperanzada y confidencial, con frases incompletas e insinuaciones a medias, como si estuviesen buscando su ayuda para algo secreto que ella supuestamente debería entender. Ella no sabía qué decir, pero sonreía y respondía cualquier cosa que le parecía. No podía avergonzar a la persona de la «señora Taggart» con alguna pizca de miedo.

Entonces vio al enemigo. Era una figura alta y esbelta con un vestido de noche gris, que era ahora su cuñada.

La presión de enojo en la mente de Cherryl era el acopio almacenado de los sonidos de la voz torturada de Jim. Sintió el persistente tirón de un deber sin cumplir. Sus ojos volvían una y otra vez al enemigo y la estudiaban intensamente. Las fotos de Dagny Taggart en los periódicos habían mostrado una figura vestida con pantalones o un rostro con el ala inclinada de un sombrero y el cuello levantado de un abrigo. Ahora, ella

llevaba un vestido de noche de color gris que parecía indecente porque parecía austeramente modesto, tan modesto que se desvanecía de la consciencia de uno y le dejaba demasiado consciente del esbelto cuerpo que pretendía cubrir. Había un tono azul en la tela gris, que combinaba con el gris metálico de sus ojos. No llevaba joyas, sólo una pulsera en la muñeca, una cadena de gruesos eslabones de metal con una tonalidad verdiazulada.

Cherryl esperó hasta ver a Dagny sola, y entonces se abalanzó hacia ella, abriéndose paso resueltamente a través del salón. Miró de cerca a los ojos metálicos que parecían fríos e intensos a la vez, los ojos que la miraban directamente con una cortés e impersonal curiosidad.

—Hay algo que quiero que sepa —dijo Cherryl, su voz tensa y dura—, para que no haya malentendidos sobre ello. No voy a hacer el papel de la dulce pariente. Sé lo que usted le ha hecho a Jim y cómo le ha hecho sentir miserable toda su vida. Yo voy a protegerlo contra usted. Voy a ponerla a usted en su sitio. *Yo soy* la señora Taggart. Yo soy la mujer en esta familia ahora.

—Me parece muy bien —dijo Dagny—. Yo soy el hombre.

Cherryl la miró alejarse, y pensó que Jim había tenido razón: esa hermana suya era una criatura de una maldad diabólica que no le había dado ni respuesta ni reconocimiento ni emoción de ningún tipo, excepto un toque de algo que sonaba a pasatiempo asombrado e indiferente.

Rearden permanecía al lado de Lillian y la seguía adonde ella fuese. Ella deseaba ser vista con su marido; él estaba haciendo su parte. No sabía si alguien lo miraba o no; no era consciente de nadie alrededor de ellos, excepto de la persona a quien no se podía permitir ver.

La imagen que seguía llenando su consciencia era el momento en que había entrado en ese salón con Lillian y había visto a Dagny mirándoles. Él la había mirado directamente, preparado a aceptar cualquier golpe que los ojos de ella le hubiesen querido asestar. Sin importarle las consecuencias para Lillian, él habría confesado su adulterio públicamente, allí mismo y en ese momento, antes de cometer el indigno acto de evadir los ojos de Dagny, de poner una cara inexpresiva de cobarde, de pretender ante ella que él no sabía la naturaleza de su acción.

Pero no había habido tal golpe. Él conocía cada matiz de sensación jamás reflejado en la cara de Dagny; había sabido que ella no había sentido ninguna conmoción; no había visto más que una indemne serenidad. Los

ojos de ella se posaron en los suyos, como reconociendo el pleno significado de ese encuentro, pero mirándolo como habría mirado a cualquier otra parte, como lo miraba a él en su oficina o en el dormitorio de ella. Le había parecido que ella había estado delante de ellos dos, a la distancia de unos pocos pasos, revelándose a ellos tan simple y abiertamente como el vestido gris revelaba su cuerpo.

Ella se había inclinado ante ellos, el cortés movimiento de su cabeza incluyéndolos a ambos. Él había respondido, había visto el breve gesto de Lillian, y luego había visto a Lillian alejarse, y se dio cuenta de haber permanecido con la cabeza inclinada durante un largo rato.

Él no sabía lo que los amigos de Lillian le estaban diciendo ni lo que él les estaba respondiendo. Igual que un hombre avanza paso a paso, intentando no pensar en la longitud de un camino imposible, así iba él momento a momento, sin grabar nada en su mente. Oyó retazos de la risa satisfecha de Lillian, y un tono de satisfacción en su voz.

Al cabo de un rato, él se fijó en las mujeres que lo rodeaban; todas ellas parecían semejarse a Lillian, con el mismo aspecto de estática pulcritud, con sus finas cejas depiladas hasta un estático remozado, y sus congelados ojos en una estática mirada risueña. Notó que estaban intentando coquetear con él, y que Lillian lo veía como si estuviese disfrutando de la futilidad de sus intentos. Él pensó que ésa era entonces la vanidosa felicidad femenina que ella le había rogado que él le diese, ésos eran los estándares por los cuales él no vivía pero que tenía que tener en consideración. Se dio la vuelta para escapar hacia un grupo de hombres.

No pudo encontrar ni una sola afirmación que tuviera sentido en la conversación de los hombres; fuese cual fuese el tema del que parecían estar hablando, nunca parecía ser el tema que realmente estaban discutiendo. Escuchó como si fuera un extranjero que reconoce algunas de las palabras pero no puede conectarlas en oraciones. Un joven, con una expresión de insolencia alcohólica, pasó tambaleándose al lado del grupo y soltó, riéndose:

—¿Aprendió la lección, Rearden?

Él no supo lo que aquella rata miserable había querido decir; pero todos los demás parecían saberlo; parecían sorprendidos y secretamente complacidos.

Lillian se fue separando de él, como si estuviese dándole a entender que ella no insistía en su presencia literal. Él se retiró a un rincón del salón, donde nadie le viese o notase la dirección de sus ojos. Entonces, él se permitió mirar a Dagny.

Observó el vestido gris, el cambiante movimiento de la suave tela cuando ella andaba, las momentáneas pausas realzadas por la tela, las sombras y la luz. Él lo vio como un humo gris azulado manteniendo la forma durante un instante en una larga curva que se inclinaba adelante hasta su rodilla y volvía atrás hasta la punta de su sandalia. Conocía cada detalle que la luz formaría si el humo fuese arrancado.

Sintió un dolor sordo y agudo: eran celos de cualquier hombre que le hablaba a ella. Nunca lo había sentido antes; pero lo sentía aquí, donde todo el mundo tenía el derecho de acercarse a ella, menos él.

Entonces, como si un único y repentino golpe a su cerebro hiciese estallar el cambio de perspectiva del momento, sintió un inmenso asombro por lo que estaba haciendo allí y por qué. Perdió, por la duración de ese momento, todos los días y dogmas de su pasado; sus conceptos, sus problemas, su dolor, fueron borrados; sabía sólo, como desde una lejana y clara distancia, que el hombre existe para el logro de sus deseos, y se preguntó por qué estaba allí, se preguntó quién tenía el derecho a exigirle que perdiese una sola e irremplazable hora de su vida, cuando su único deseo era agarrar a la esbelta figura gris y abrazarla durante el tiempo que le quedase para existir.

En el momento siguiente, sintió el estremecimiento de recobrar su mente. Sintió el tenso y desdeñoso movimiento de sus labios apretados como prueba de las palabras que se gritaba a sí mismo: «Hiciste un contrato una vez; ahora, cúmplelo». Y entonces pensó de pronto que, en transacciones comerciales, los tribunales no reconocen un contrato en el que no hay retribución valiosa de una de las partes a la otra. Se preguntó qué le hizo pensar en eso. La idea parecía irrelevante. No profundizó en ello.

James Taggart vio a Lillian Rearden acercarse casualmente hacia él justo en el momento en que resultó estar solo en un oscuro rincón entre un macetero y una ventana. Paró y esperó a que se acercase. No podía adivinar su propósito, pero, en el código que él comprendía, eso significaba que más le valía escucharla.

—¿Qué te parece mi regalo de boda, Jim? —preguntó ella, y rio ante su expresión de sonrojo—. No, no trates de repasar la lista de cosas en tu apartamento, pensando en cuál demonios es. No está en tu apartamento, está exactamente aquí, y es un regalo no material, querido.

Él vio la media insinuación de una sonrisa en la cara de ella, la mirada entendida entre sus amigos como una invitación a compartir una victoria secreta; no era una mirada de haber pensado más que otro, sino de ser más astuta que otro. Él respondió cautelosamente, con una sonrisa placentera que no arriesgaba nada:

—Tu presencia es el mejor regalo que podrías darme.

—¿*Mi* presencia, Jim?

Las líneas de la cara de él se contrajeron de asombro un instante. Él sabía lo que ella quería decir, pero no había esperado que quisiese decirlo.

Lillian sonrió abiertamente.

—Los dos sabemos la presencia de quién es la más valiosa para ti, y la que era inesperada. ¿Realmente no pensabas darme crédito por ello? Me sorprendes. Creía que eras un genio para reconocer amigos potenciales.

Él no tomaba partido; mantuvo su voz cuidadosamente neutral.

—¿He fallado al agradecer tu amistad, Lillian?

—Vamos, vamos, querido, tú sabes de qué estoy hablando. No esperabas que *él* viniese aquí, no pensabas realmente que *él* tuviese miedo de ti, ¿verdad? Pero dejar que los demás crean que lo tiene..., eso es una increíble ventaja, ¿a que sí?

—Estoy... sorprendido, Lillian.

—¿No deberías decir «impresionado»? Tus invitados están muy impresionados. Prácticamente puedo oírlos pensar por todo el salón. La mayoría de ellos están pensando: «Si *él* tiene que hacer tratos con Jim Taggart, más nos vale comportarnos». Y unos cuantos están pensando: «Si *él* tiene miedo, nos saldremos con la nuestra mucho más». Así es como tú quieres las cosas, por supuesto..., y no se me ocurriría aguar la fiesta de tu triunfo, pero tú y yo somos los únicos que sabemos que no lo lograste tú solo.

Él no sonrió; preguntó, su cara inexpresiva, su voz suave, pero con una insinuación de dureza cuidadosamente medida:

—¿Cuál es tu ángulo?

Ella rio.

—Esencialmente, el mismo que el tuyo, Jim. Pero, en términos prácticos..., ninguno en absoluto. Es sólo un favor que te he hecho, y no necesito ningún favor a cambio. No te preocupes, no estoy haciendo presión por ningún interés especial, no estoy tratando de arrancarle ninguna directiva concreta al señor Mouch, ni siquiera busco una tiara de diamantes de ti. A menos que, por supuesto, sea una tiara de orden no material, como tu aprecio.

Él la miró de frente por primera vez, sus ojos entornados, su cara relajada en la misma media sonrisa que la de ella, sugiriendo una expresión que, para ambos, significaba que se sentían muy cómodos uno con el otro: una expresión de desprecio.

—Tú sabes que siempre te he admirado, Lillian, como una de las mujeres verdaderamente superiores.

—Me doy cuenta de ello.

Había una ligerísima cubierta de burla extendida, como laca, sobre los tersos tonos de su voz.

Él la estaba estudiando insolentemente.

—Debes perdonarme si creo que alguna curiosidad es permisible entre amigos —dijo, sin ningún tono de disculpa—. Me pregunto desde qué ángulo contemplas tú la posibilidad de ciertas cargas financieras, o pérdidas, que afecten a tus intereses personales.

Lillian se encogió de hombros.

—Desde el ángulo de un jinete, querido. Si tuvieses el caballo más poderoso del mundo, lo mantendrías frenado al paso requerido para llevarte cómodamente, aunque eso significase el sacrificio de su plena capacidad, aunque su velocidad máxima nunca fuese vista y su gran poder se desperdiciase. Tú lo harías, porque, si dejaras que galopase al máximo, el caballo te tiraría de la silla en cuestión de segundos... Sin embargo, los aspectos financieros no son mi preocupación principal... ni la tuya, Jim.

—Te subestimé —dijo él lentamente.

—Oh, bueno, ése es un error que estoy dispuesta a ayudarte a corregir. Sé el tipo de problema que *él* significa para ti. Sé por qué le tienes miedo, y tienes buenas razones para tenérselo. Pero..., bueno, tú estás en negocios y en política, así que trataré de decirlo en tu lenguaje. Un hombre de negocios dice que él puede entregar la mercancía, y un agente electoral dice que él

puede entregar el voto, ¿verdad? Bien, lo que yo quería que supieses es que yo puedo entregarlo a *él*, en cualquier momento que yo quiera. Puedes actuar en consecuencia.

Según el código de los amigos de él, revelar cualquier parte de uno mismo era darle un arma a un enemigo; pero él firmó la confesión de ella y la igualó, al decir:

—Ojalá fuese yo tan listo con mi hermana.

Ella lo miró sin sorpresa; no le parecían irrelevantes esas palabras.

—Sí, *ahí* tenemos un hueso duro de roer —dijo—. ¿Ningún punto vulnerable? ¿Ninguna debilidad?

—Nada.

—¿Ninguna aventura sentimental?

—¡Cielos, no!

Ella se encogió de hombros, en señal de cambiar de tema; Dagny Taggart era una persona en la cual no le interesaba profundizar.

—Creo que te dejaré corretear, para que puedas charlar un poco con Balph Eubank —dijo—. Parece preocupado, porque no le has hecho caso en toda la noche, y se está preguntando si la literatura se va a quedar sin uno de sus amigos en la corte.

—Lillian, eres maravillosa —dijo él de forma totalmente espontánea.

Ella se echó a reír.

—¡Ésa, querido mío, es la tiara no material que yo quería!

El remanente de una sonrisa permaneció en el rostro de ella al moverse entre la multitud, una sonrisa fluida que convergía suavemente con el aire de tensión y aburrimiento que tenían todas las caras a su alrededor. Se movía al azar, disfrutando de la sensación de ser vista, su vestido de satén color hueso brillando como nata espesa con el movimiento de su alta figura.

Fue el destello verdiazulado lo que llamó su atención: resplandeció un instante bajo las luces, en la muñeca de un brazo desnudo y delgado. Luego, ella vio el cuerpo esbelto, el vestido gris, los hombros frágiles, desnudos. Se detuvo. Miró la pulsera, frunciendo el ceño.

Dagny giró al acercarse ella. Entre las muchas cosas que Lillian aborrecía, la cortesía impersonal del rostro de Dagny era una de las que más le importunaban.

—¿Qué piensa usted de la boda de su hermano, señorita Taggart? —preguntó con aire de informalidad, sonriendo.

—No tengo opinión sobre ella.

—¿Quiere decir que no le parece que valga la pena pensar en ella?

—Si quiere ser exacta..., sí, eso es lo que quiero decir.

—Oh, pero ¿no ve ningún significado humano en ella?

—No.

—¿No cree usted que una persona como la esposa de su hermano merece algún interés?

—Pues, no.

—La envidio, señorita Taggart. Envidio su olímpica indiferencia. Es, creo, el secreto de por qué los meros mortales nunca pueden igualar su éxito en el campo de los negocios. Ellos permiten que su atención se divida, por lo menos hasta el punto de reconocer logros en otros campos.

—¿De qué logros estamos hablando?

—¿No les da ningún reconocimiento a todas las mujeres que consiguen niveles de conquista poco comunes, no en el terreno industrial, sino en el humano?

—No creo que exista una palabra como «conquista»... en el terreno humano.

—Oh, pero considere, por ejemplo, lo duro que otras mujeres habrían tenido que trabajar..., si el trabajo fuese su único medio disponible, para lograr lo que esta muchacha ha logrado a través de la persona de su hermano.

—No creo que ella sepa la naturaleza exacta de lo que ha logrado.

Rearden las vio juntas. Se acercó. Sintió que tenía que oírlo, sin importar las consecuencias. Se detuvo, en silencio, al lado de ellas. No sabía si Lillian era consciente de su presencia; sabía que Dagny lo era.

—Muestre un poco de generosidad hacia ella, señorita Taggart —dijo Lillian—. Por lo menos, la generosidad de darle atención. Usted no debe despreciar a las mujeres que no poseen su brillante talento, pero que utilizan sus propias cualidades concretas. La naturaleza siempre equilibra sus regalos y ofrece compensaciones, ¿no cree?

—No estoy segura de entenderla.

—Oh, ¡estoy segura de que usted no quiere que sea más explícita!

—Pues, sí..., quiero.

Lillian se encogió de hombros, irritada; entre las mujeres que eran sus amigas, ella habría sido entendida y habría parado mucho antes; pero ésta era una adversaria nueva para ella: una mujer que se negaba a ser lastimada. Habría preferido no hablar más claro, pero vio a Rearden mirándola. Sonrió y dijo:

—A ver, piense en su cuñada, señorita Taggart. ¿Qué posibilidades tenía ella de prosperar en el mundo? Ninguna, según los estándares tan exactos de usted. Ella no habría tenido una carrera exitosa en los negocios. Ella no tiene una mente excepcional, como la suya. Además, los hombres se lo habrían hecho imposible. La habrían encontrado demasiado atractiva. Ella se aprovechó del hecho de que los hombres tienen estándares que, desgraciadamente, no son tan altos como los de usted. Recurrió a talentos que, estoy segura, usted desprecia. Usted nunca se ha preocupado por competir con nosotras, las mujeres de menor categoría, en el único campo de nuestra ambición: en lograr poder sobre los hombres.

—Si lo llama poder, señora Rearden..., entonces, no, no lo he hecho.

Se volvió para irse, pero la voz de Lillian la detuvo.

—Me gustaría creer que usted es completamente consecuente, señorita Taggart, y que está totalmente exenta de fragilidades humanas. Me gustaría creer que usted nunca ha sentido el deseo de adular o de ofender a nadie. Pero veo que usted esperaba que ambos, Henry y yo, estuviésemos aquí esta noche.

—Vaya, no, no puedo decir que lo esperaba: no vi la lista de invitados de mi hermano.

—Entonces ¿por qué lleva usted esa pulsera?

La mirada de Dagny se dirigió deliberada y directamente a la suya.

—Siempre la llevo.

—¿No cree que eso es llevar una broma demasiado lejos?

—Nunca fue una broma, señora Rearden.

—Entonces me entenderá si digo que me gustaría que me devolviese esa pulsera.

—La entiendo. Pero no se la devolveré.

Lillian dejó pasar un momento, como para dejar que ambas reconociesen el significado de su silencio. Por una vez, sostuvo la mirada de Dagny sin sonreír.

—¿Qué espera usted que piense, señorita Taggart?

—Lo que usted quiera.

—¿Cuál es su propósito?

—Usted sabía mi propósito cuando me entregó la pulsera.

Lillian miró a Rearden. La cara de él era inexpresiva; ella no vio ninguna reacción, ninguna insinuación de su intención de ayudarla o de detenerla, nada excepto una atención que la hizo sentirse como si estuviese bajo un foco de luz.

Su sonrisa volvió, como un escudo protector, una sonrisa divertida, condescendiente, que trataba de convertir el tema en un asunto de charla de salón una vez más.

—Estoy segura, señorita Taggart, de que usted se da cuenta de lo terriblemente impropio que es esto.

—No.

—Pero seguro que usted sabe que está asumiendo un riesgo peligroso y desagradable.

—No.

—¿No tiene usted en cuenta la posibilidad de ser... malinterpretada?

—No.

Lillian movió la cabeza en sonriente reproche.

—Señorita Taggart, ¿no cree que éste es un caso en el que uno no puede permitirse incurrir en teorías abstractas, sino que debe considerar la realidad práctica?

Dagny no sonrió.

—Nunca he entendido lo que quiere decir una afirmación de ese tipo.

—Quiero decir que su actitud puede ser altamente idealista, y estoy segura de que lo es, pero, por desgracia, la mayoría de la gente no comparte su elevado estado mental y malinterpretará su acción de una manera que sería de lo más detestable para usted.

—Entonces la responsabilidad y el riesgo serán de ellos, no míos.

—Admiro su..., no, no debo decir «inocencia», pero diré «¿pureza?». Usted nunca ha pensado en ello, estoy segura, pero la vida no es tan directa y lógica como... como una vía de tren. Es lamentable, pero posible, que sus elevadas intenciones puedan llevar a la gente a sospechar cosas que..., bueno, que estoy segura que usted considera que son de una naturaleza sórdida y escandalosa.

Dagny la estaba mirando directamente.

—No.

—Pero no puede ignorar esa posibilidad.

—Sí. —Dagny se volvió para irse.

—Pero ¿quiere usted evadir una discusión si no tiene nada que ocultar? —Dagny se detuvo—. Y si su brillante e irresponsable valor le permite apostar con su reputación, ¿debe usted ignorar el peligro para el señor Rearden?

Dagny preguntó, despacio:

—¿Cuál es el peligro para el señor Rearden?

—Estoy segura de que usted me entiende.

—No.

—Oh, pero seguro que no es necesario ser más explícita.

—Lo es, si quiere continuar esta conversación.

Los ojos de Lillian fueron a la cara de Rearden, buscando algún tipo de señal que la ayudase a decidir si continuar o parar. Él no la ayudó.

—Señorita Taggart —dijo—, yo no soy su igual en altura filosófica. Yo soy sólo una esposa normal. Por favor, deme esa pulsera... si no quiere que piense lo que podría pensar y usted no querría que yo nombrase.

—Señora Rearden, ¿es éste el modo y el lugar que usted escoge para insinuar que estoy durmiendo con su marido?

—¡Claro que no! —El grito fue inmediato; tenía un sonido de pánico y la cualidad de un reflejo automático, como el tirón al sacar la mano un carterista pillado in fraganti. Con una risa irritada y nerviosa, en un tono de sarcasmo y sinceridad que revelaba su renuente admisión de su verdadera opinión, ella añadió—: Ésa sería la posibilidad más remotamente alejada de mi mente.

—Entonces te disculparás ante la señorita Taggart —intervino Rearden.

Dagny se contuvo, ahogándolo todo excepto el sutil eco de un grito. Ambas se volvieron hacia él. Lillian no vio nada en su cara; Dagny vio tormento.

—No es necesario, Hank —dijo.

—Lo es... para mí —respondió él fríamente, sin mirarla a ella; estaba mirando a Lillian, como dando una orden que no podía ser desobedecida.

Lillian estudió su rostro con un leve asombro, pero sin ansiedad ni ira, como una persona confrontada con un enigma sin importancia.

—Pero, por supuesto —dijo complaciente, con su voz suave y confiada de nuevo—. Por favor, acepte mis disculpas, señorita Taggart, si le di la impresión de sospechar la existencia de una relación que consideraría improbable para usted y, por lo que conozco de sus inclinaciones, imposible para mi marido.

Giró sobre sus talones y se alejó con indiferencia, dejándolos juntos, como en deliberada prueba de sus palabras.

Dagny permaneció inmóvil, con los ojos cerrados; estaba pensando en la noche en que Lillian le había entregado la pulsera. Él se había puesto de parte de su esposa entonces; y ahora había tomado partido por ella. De ellos tres, ella era la única que entendía del todo lo que eso significaba.

—Puedes decirme lo que quieras, sea lo que sea, y tendrás razón —dijo Rearden.

Ella lo oyó, y abrió los ojos. Él estaba mirándola fríamente, su cara crispada, no permitiendo ninguna señal de dolor o de arrepentimiento que sugiriese la esperanza de perdón.

—Queridísimo, no te atormentes así —dijo ella—. Sabía que estás casado. Nunca he intentado evadir ese conocimiento. No estoy dolida por eso esta noche.

Su primera palabra fue el más violento de los varios golpes que él sintió: ella nunca había usado esa palabra antes. Ella nunca le había dejado oír ese tono particular de ternura. Ella nunca había hablado de su matrimonio en la intimidad de sus encuentros, y sin embargo hablaba de él aquí con una sencillez exenta de esfuerzo.

Ella vio el enojo en su cara, la rebelión contra la lástima, una mirada con la que le decía a ella, con desdén, que él no había mostrado tormento alguno y que no necesitaba ayuda; y luego, una mirada que revelaba que él se daba cuenta de que ella conocía su cara tan en detalle como él conocía la de ella. Él cerró los ojos, inclinó un poco la cabeza, y dijo en voz muy baja:

—Gracias.

Ella sonrió y se alejó de él.

James Taggart sostenía una copa de champán vacía en su mano, y se dio cuenta de la prisa con la que Balph Eubank le hizo señas a un camarero, como si el camarero fuese culpable de una negligencia imperdonable. Luego, Eubank completó su frase:

—... pero *usted*, señor Taggart, sabría que un hombre que vive en un plano superior no puede ser comprendido o apreciado. Es una lucha inútil, tratar de conseguir apoyo para la literatura en un mundo gobernado por hombres de negocios. Ellos no son más que vulgares engreídos de clase media, o bien depredadores salvajes, como Rearden.

—Jim, dijo Bertram Scudder, dándole una palmadita en el hombro —el mejor cumplido que puedo hacerte es que tú *no* eres un hombre de negocios de verdad.

—Eres un hombre de cultura, Jim —dijo el doctor Pritchett—, no eres un ex-cavador-de-minerales, como Rearden. No tengo que explicarte la crucial necesidad de ayuda de Washington para la educación avanzada.

—¿Realmente le gustó mi última novela, señor Taggart? —Balph Eubank seguía preguntando—. ¿*Realmente* le gustó?

Orren Boyle miró al grupo al cruzar el salón, pero no se detuvo. Su mirada fue suficiente para proporcionarle una opinión sobre la naturaleza de los temas que ocupaban al grupo. Vale, pensó, uno tiene que intercambiar algo. Él supo, aunque no quiso nombrarlo, qué exactamente se estaba intercambiando.

—Estamos en el amanecer de una nueva era —dijo James Taggart, por encima del borde de su copa—. Estamos rompiendo la malvada tiranía del poder económico. Liberaremos a los hombres del dominio del dólar. Haremos que nuestras metas espirituales estén libres de la dependencia de los dueños de los medios materiales. Liberaremos nuestra cultura de las garras de los buscadores de beneficios. Construiremos una sociedad dedicada a ideales más altos, y sustituiremos la aristocracia del dinero por...

—... la aristocracia del pillaje —dijo una voz detrás del grupo.

Se dieron la vuelta. El hombre que estaba de pie frente a ellos era Francisco d’Anconia.

Su rostro estaba bronceado por un sol de verano, y sus ojos eran del color exacto del cielo en el tipo de día que él había adquirido ese bronceado. Su sonrisa sugería una mañana de verano. La forma como llevaba su traje de etiqueta hacía que el resto de la multitud parecieran estar en un baile de disfraces con vestidos prestados.

—¿Qué pasa? —preguntó en medio del silencio de ellos—. ¿He dicho algo que alguien aquí no supiera?

—¿Cómo has llegado *tú* aquí? —fue la primera cosa que James Taggart fue capaz de pronunciar.

—En avión hasta Newark, en taxi desde allí; luego, en ascensor desde mi suite, cincuenta y tres pisos encima de ti.

—No quise decir..., o sea, lo que quise decir es...

—No pongas cara de sorpresa, James. Si aterrizo en Nueva York y me entero de que está habiendo una fiesta, no iría a perdérmela, ¿verdad? Tú siempre has dicho que no soy más que un cazador de fiestas.

El grupo estaba mirándolos.

—Estoy encantado de verte, por supuesto —dijo Taggart prudentemente. Y luego añadió agresivamente, para compensar—: Pero si crees que vas a...

Francisco hizo oídos sordos a la amenaza; dejó que la frase de Taggart resbalara en el aire y parara; luego, preguntó cortésmente:

—Si creo ¿qué?

—Me entiendes muy bien.

—Sí. Te entiendo. ¿Te digo lo que pienso?

—No es éste el momento para ninguna...

—Pienso que deberías presentarme a tu novia, James. Tus modales nunca han estado pegados a ti con demasiada fuerza..., siempre los pierdes en una emergencia, y ése es el momento en que uno los necesita más que nunca.

Al volverse para acompañarlo hasta Cherryl, Taggart captó el ligero murmullo que vino de Bertram Scudder; era una risa ahogada. James sabía que los hombres que se habían arrastrado a sus pies un momento antes, cuyo odio hacia Francisco d'Anconia era, quizá, aún mayor que el suyo, estaban disfrutando del espectáculo de todas formas. Las implicaciones de darse cuenta de eso estaban entre las cosas que él prefería no nombrar.

Francisco se inclinó ante Cherryl y le expresó sus mejores deseos, como si ella fuese la novia de un príncipe heredero. Mirando nerviosamente, Taggart sintió alivio, y un toque de vago resentimiento, el cual, si fuese nombrado, le habría dicho que él desearía que la ocasión mereciese la solemnidad que la actitud de Francisco le dio por un momento.

Tenía miedo de seguir al lado de Francisco, y también temía dejarlo suelto entre los invitados. Dio unos pasos atrás tentativamente, pero Francisco lo siguió, sonriendo.

—¿No pensarías que iba a perderme tu boda, James, cuando eres mi amigo de la infancia y mi accionista más importante?

—*¿Qué?* —dijo Taggart en un grito ahogado, y se arrepintió: el sonido era como una confesión de pánico.

Francisco no pareció darse cuenta de eso; dijo, su voz alegremente inocente:

—Oh, pero claro que lo sé. Conozco al títere detrás del títere detrás de cada nombre en la lista de accionistas de d'Anconia Copper. Es sorprendente cuántos hombres con nombres como Smith y Gómez son suficientemente ricos como para ser propietarios de grandes pedazos de la corporación más rica del mundo..., así que no puedes recriminarme si tuve curiosidad por enterarme de las distinguidas personas que tengo en este momento entre mis accionistas minoritarios. Parezco ser muy popular con una increíble colección de figuras de todo el mundo... de los Estados Populares, donde pensarías que ya no queda dinero en absoluto.

Taggart dijo secamente, frunciendo el ceño:

—Hay muchas razones..., razones de negocios, por las que a veces resulta aconsejable no hacer las inversiones propias directamente.

—Una razón es que un hombre no quiera que la gente sepa que es rico. Otra es que no quiera que la gente se entere de cómo ha llegado a serlo.

—No sé lo que quieres decir ni por qué te opondrías.

—Oh, no me opongo en absoluto. Lo agradezco. Muchos grandes inversores..., los de la vieja escuela, me abandonaron después de lo de las Minas de San Sebastián. Los ahuyentó el miedo. Pero los modernos tuvieron más fe en mí y actuaron como siempre lo hicieron: con fe. Realmente, no puedo decirte cuánto lo agradezco.

Taggart deseó que Francisco no hablase tan alto; deseó que la gente no se reuniese alrededor de ellos dos.

—Te ha estado yendo bastante bien —dijo Taggart, con el tono sin riesgo de un cumplido de negocios.

—Sí, ¿verdad? Es maravilloso ver cómo las acciones de d'Anconia Copper han subido durante el último año. Pero no creo que yo deba ser demasiado engreído por eso; ya no queda mucha competencia en el mundo, no hay sitios donde uno pueda invertir su dinero si se hace rico de la noche a la mañana; y ahí tienes a d'Anconia Copper, la compañía más antigua de la Tierra, la que ha sido la apuesta más segura durante siglos. Piensa sólo en

lo que tuvo que pasar para sobrevivir a lo largo del tiempo. Así que, si vosotros, muchachos, habéis decidido que es el mejor lugar para esconder vuestro dinero, que d'Anconia Copper no tiene cómo ser vencida por nadie, que se necesitaría el tipo de hombre más excepcional para destruirla..., entonces tenéis razón.

—Bueno, he oído decir que has empezado a tomarte en serio tus responsabilidades y que has puesto manos a la obra en los negocios, finalmente. Dicen que has estado trabajando mucho.

—¡Ah! ¿Alguien se ha dado cuenta? Eran los inversores de la vieja escuela los que se preocupaban de observar lo que hacía el presidente de una empresa. Los inversores modernos no creen que ese conocimiento sea necesario. No creo que jamás presten atención a mis actividades.

Taggart sonrió.

—Ellos miran los datos del teletipo de la bolsa de valores; eso cuenta la historia completa, ¿no?

—Sí. Sí, lo hace..., a la larga.

—Debo decir que estoy contento de que no hayas sido muy cazador de fiestas este año pasado. Los resultados se ven en tu trabajo.

—¿De veras? Bueno, no, todavía no del todo.

—Supongo —dijo Taggart, en el tono precavido de una pregunta indirecta—, que yo debería sentirme halagado de que hayas decidido venir a esta fiesta.

—Oh, pero tenía que venir. Pensé que me estarías esperando.

—Bueno, no, no estaba..., o sea, quiero decir...

—Deberías haberme esperado, James. Éste es el gran evento, el evento oficial donde se pasa lista, donde las víctimas vienen para mostrar lo fácil que es que las destruyan, y los destructores forman pactos de eterna amistad que duran tres meses. No sé exactamente a qué grupo pertenezco, pero tenía que venir y ser contado, ¿no?

—¿Qué demonios crees que estás diciendo? —exclamó Taggart, furioso, viendo la tensión en las caras que les rodeaban.

—Lleva cuidado, James. Si intentas fingir que no me entiendes, voy a ser mucho más claro.

—Si crees que es apropiado decir tales...

—Creo que es gracioso. Hubo una época en la que los hombres tenían miedo de que alguien revelara algún secreto suyo que era desconocido para sus compinches. Hoy en día, tienen miedo de que alguien nombre lo que todos saben. Vosotros, la gente práctica, ¿habéis pensado que eso es lo único que se necesitaría para reventar toda vuestra enorme y compleja estructura, con todas vuestras leyes y armas..., sólo que alguien nombrase la naturaleza exacta de lo que estáis haciendo?

—Si crees que es apropiado acudir a una celebración como esta boda para insultar al anfitrión...

—Vaya, James, vine aquí a darte las gracias.

—¿A darme las gracias?

—Por supuesto. Me habéis hecho un gran favor, tú y tus muchachos de Washington, y los muchachos de Santiago. Sólo me pregunto por qué ninguno de vosotros se tomó la molestia de informarme sobre ello. Esas directivas que alguien promulgó aquí unos meses atrás están ahogando toda la industria del cobre en este país. Y el resultado es que, de repente, este país tiene que importar cantidades mucho mayores de cobre. Y ¿en qué lugar del mundo queda cobre si no es en d'Anconia Copper? Ya ves que tengo una buena razón para estar agradecido.

—Te aseguro que no tuve nada que ver con eso —dijo Taggart apresuradamente—, y, además, las vitales políticas económicas de este país no están determinadas por consideraciones como las que estás insinuando o...

—Sé cómo están determinadas, James. Sé que el acuerdo empezó con los muchachos de Santiago, porque ellos han estado en la nómina de d'Anconia durante siglos; bueno, no, «nómina» es una palabra honrosa, sería más exacto decir que d'Anconia Copper les ha estado pagando dinero por protección durante siglos; ¿no es así como tus gánsteres lo llaman? Nuestros muchachos de Santiago lo llaman impuestos. Han estado recibiendo su tajada por cada tonelada de cobre que d'Anconia vendía. Así que tienen un enorme interés en verme vender el mayor número de toneladas posible. Pero con el mundo convirtiéndose en Estados Populares, éste es el único país que queda en el cual los hombres aún no han llegado a tener que cavar y buscar raíces en los bosques para sustentarse..., así que éste es el único mercado que queda en la Tierra. Los muchachos de Santiago querían monopolizar este mercado. No sé lo que les ofrecieron a

los muchachos de Washington, ni quién traficó qué y con quién, pero sé que tú entraste en ello en algún lugar, porque tienes una parte importante de las acciones de d'Anconia Copper. Y seguro que no te molestó, aquella mañana, hace cuatro meses, el día después de publicarse las directivas, ver el salto hasta las nubes que dio d'Anconia Copper en la bolsa de valores. Bueno, prácticamente se salió del teletipo y te dio en la cara.

—¿Quién te ha dado argumentos para inventar una historia tan estrambótica como ésa?

—Nadie. Yo no sabía nada sobre eso. Sólo vi el salto en el teletipo esa mañana. Eso contó toda la historia, ¿no? Además, los muchachos de Santiago aplicaron un nuevo impuesto sobre el cobre la semana siguiente, y me dijeron que no debería preocuparme, no con ese repentino aumento de mis acciones. Estaban trabajando por mis mejores intereses, dijeron. Y dijeron que por qué me tenía de preocupar... si, contando los dos acontecimientos, yo era más rico de lo que había sido antes. Verdad de verdades. Lo era.

—¿Por qué quieres contarme eso?

—¿Por qué no quieres apuntarte el tanto por ello, James? Eso no encaja ni contigo ni con la política en la que eres todo un experto. En una época en la que los hombres no existen por derecho, sino por favor, uno no rechaza a una persona agradecida, uno trata de poner en situación de gratitud al mayor número de gente posible. ¿No quieres tenerme como uno de los hombres que está en deuda contigo?

—No sé de qué estás hablando.

—Piensa en el gran favor que recibí sin ningún esfuerzo por mi parte. No fui consultado, no fui informado, nadie pensó en mí, todo fue arreglado sin mí..., y lo único que yo tengo que hacer es producir el cobre. Ése fue un gran favor, James..., y puedes estar seguro de que lo recompensaré.

Francisco se volvió bruscamente, sin esperar respuesta, y se alejó. Taggart no lo siguió; se quedó allí, sintiendo que cualquier cosa era preferible a un minuto más de esa conversación.

Francisco se detuvo cuando llegó hasta Dagny. La miró durante un silencioso instante, sin saludarla, con su sonrisa reconociendo que ella había sido la primera persona que él había visto cuando entró en el salón, y ella, la primera en verlo a él.

Contra toda duda y advertencia en su mente, ella no sintió más que una alegre confianza; inexplicablemente, sintió como si la figura de él en esa muchedumbre fuese un punto de seguridad indestructible. Pero, en el momento en el que un inicio de sonrisa le decía a él lo contenta que ella estaba de verle, él preguntó:

—¿No quieres contarme ahora el brillante logro que resultó ser la Línea John Galt?

Ella sintió sus labios temblar y tensarse a la vez, y respondió:

—Lo siento si muestro que aún estoy expuesta a ser lastimada. No debería sorprenderme que hayas llegado al punto de despreciar el logro.

—Sí, ¿verdad que no? Desprecio tanto esa línea que no quise verla llegar al tipo de final al que ha llegado.

Él vio la expresión de súbita atención de ella, la expresión del pensamiento acelerando hacia una brecha recién abierta en una nueva dirección. La observó durante un momento, como si supiese cada paso que ella encontraría en ese camino; luego rio y dijo:

—¿No quieres preguntarme ahora quién es John Galt?

—¿Por qué habría de hacerlo, y por qué ahora?

—¿No recuerdas que lo desafiaste a venir y reclamar tu línea? Pues lo ha hecho.

Siguió andando, sin esperar a ver la expresión en los ojos de ella, una expresión que incluía rabia, asombro, y el primer destello lejano de un signo de interrogación.

Fueron los músculos de su propia cara lo que le hizo a Rearden darse cuenta de la naturaleza de su reacción a la llegada de Francisco: notó de repente que estaba sonriendo y que su cara había estado relajada en el tenue bienestar de una sonrisa durante varios minutos, al observar a Francisco d’Anconia entre la multitud.

Se reconoció a sí mismo, por primera vez, todos los momentos, medio captados y medio rechazados, en los que había pensado en Francisco d’Anconia y había apartado ese pensamiento a un lado antes de llegar a reconocer cuánto quería verle de nuevo. En momentos de repentino agotamiento —en su escritorio, mientras los fuegos de los hornos iban disminuyendo en el crepúsculo, en la oscuridad del solitario paseo a través del campo abierto hacia su casa, en el silencio de noches en vela— se había encontrado pensando en el único hombre que tiempo atrás pareció ser su

portavoz. Había apartado a un lado ese recuerdo, diciéndose a sí mismo: «Pero ¡ése es peor que todos los demás!»; mientras se sentía seguro de que eso no era verdad, y, sin embargo, se veía incapaz de nombrar la razón de que se sintiera seguro. Se había sorprendido a sí mismo ojeando los periódicos para ver si Francisco d'Anconia había vuelto a Nueva York, y había arrojado los periódicos a un lado, preguntándose enojado: «¿Y qué pasa si ha vuelto...? ¿Irías detrás de él por todos los clubes nocturnos y cócteles de fiestas...? ¿Qué es lo que tú quieres de él?».

Eso era lo que él había querido —pensó, al descubrirse a sí mismo sonriendo ante la visión de Francisco entre la multitud—, esa extraña sensación de expectativa que incluía diversión y esperanza.

Francisco no parecía haberle visto. Rearden esperó, luchando contra el deseo de acercársele. «No después del tipo de conversación que tuvimos», se dijo, «¿para qué?, ¿qué le iría yo a decir?». Y entonces, con la misma sensación risueña y desenfadada, la sensación de estar seguro de tener razón, se encontró a sí mismo andando a través del gran salón, hacia el grupo que rodeaba a Francisco d'Anconia.

Mirando a aquellas personas, se preguntó por qué se sentían atraídas por Francisco, por qué decidían tenerlo apresado en un círculo cerrado, cuando el resentimiento que él les provocaba era evidente en sus sonrisas. En sus caras se insinuaba una expresión peculiar, no de miedo, sino de cobardía: una expresión de enojo culpable. Francisco estaba acorralado contra el lado de una escalinata de mármol, medio reclinado, medio sentado en los peldaños; la informalidad de su postura, en combinación con la estricta formalidad de sus ropas, le daban un aire de superlativa elegancia. La suya era la única cara con la expresión de aplomo y la brillante sonrisa dignas del disfrute de una fiesta; pero sus ojos parecían intencionadamente inexpresivos, sin ningún indicio de alegría, mostrando, como señal de advertencia, una destacada agudeza.

De pie, inadvertido al borde del grupo, Rearden oyó a una mujer, que llevaba grandes pendientes de diamantes y tenía una cara flácida y nerviosa, preguntar tensamente:

—Señor d'Anconia, ¿qué cree usted que va a pasarle al mundo?

—Exactamente lo que se merece.

—¡Oh, qué cruel!

—¿No cree usted en la inexorabilidad de la ley moral, madame? —preguntó Francisco gravemente—. Yo sí.

Rearden oyó a Bertram Scudder, fuera del grupo, decirle a una chica que había emitido algún sonido de indignación:

—No dejes que te perturbe. Sabes, el dinero es el origen de toda maldad..., y él es el típico producto del dinero.

Rearden no pensó que Francisco pudiese haberlo oído, pero vio a Francisco volverse hacia ellos con una grave y cortés sonrisa.

—¿Así que creéis que el dinero es el origen de toda maldad? —dijo Francisco d'Anconia—. ¿Alguna vez os habéis preguntado cuál es el origen del dinero? El dinero es un instrumento de cambio, que no puede existir a menos que existan bienes producidos y hombres capaces de producirlos. El dinero es la forma material del principio según el cual los hombres que desean tratar entre sí deben hacerlo por intercambio y dando valor por valor. El dinero no es el instrumento de mendigos que claman tu producto con lágrimas, ni el de saqueadores que te lo quitan por la fuerza. El dinero lo hacen posible sólo los hombres que producen. ¿Es eso lo que consideráis malvado?

»Cuando aceptas dinero en pago por tu esfuerzo, lo haces sólo con el convencimiento de que lo cambiarás por el producto del esfuerzo de otros. No son los mendigos ni los saqueadores los que dan su valor al dinero. Ni un océano de lágrimas ni todas las armas del mundo pueden transformar esos papeles de tu cartera en el pan que necesitarás para sobrevivir mañana. Esos papeles, que deberían haber sido oro, son una prenda de honor, tu derecho a la energía de los hombres que producen. Tu cartera es tu manifestación de esperanza de que en algún lugar del mundo a tu alrededor hay hombres que no transgredirán ese principio moral que es el origen del dinero. ¿Eso es lo que consideras malvado?

»¿Has indagado alguna vez en el origen de la producción? Mira un generador eléctrico y atrévete a decir que fue creado por el esfuerzo muscular de brutos insensatos. Intenta hacer crecer una semilla de trigo sin el conocimiento que te dejaron los hombres que tuvieron que descubrirlo por primera vez. Trata de obtener tu alimento sólo a base de movimientos físicos..., y aprenderás que la mente del hombre es la raíz de todos los bienes producidos y de toda la riqueza que haya existido jamás sobre la Tierra.

»Pero ¿dices que el dinero lo hace el fuerte a expensas del débil? ¿A qué fuerza te refieres? No es la fuerza de armas o de músculos. La riqueza es el producto de la capacidad del hombre de pensar. Entonces ¿hace dinero el hombre que inventa un motor a expensas de quienes no lo inventaron? ¿Hace dinero el inteligente a expensas de los tontos? ¿El competente a expensas del incompetente? ¿El ambicioso a expensas del holgazán? El dinero *se crea*, antes de que pueda ser robado o mendigado; es creado por el esfuerzo de cada hombre honrado, de cada uno hasta el límite de su capacidad. Un hombre honrado es el que sabe que no puede consumir más de lo que produce.

»Comerciar por medio de dinero es el código de los hombres de buena voluntad. El dinero se basa en el axioma de que cada hombre es dueño de su mente y de su esfuerzo. El dinero no da poder para prescribir el valor de tu esfuerzo excepto por el juicio voluntario del hombre que está dispuesto a entregarte su esfuerzo a cambio. El dinero te permite obtener por tus bienes y tu trabajo lo que ellos valen para los hombres que los compran, pero no más. El dinero no permite tratos, excepto aquellos en beneficio mutuo y por el juicio no forzado de los comerciantes. El dinero exige de ti el reconocimiento de que los hombres han de trabajar para su propio beneficio, no para su propio perjuicio; para ganar, no para perder, la aceptación de que no son bestias de carga nacidos para transportar el peso de tu miseria, que tienes que ofrecerles valores, no heridas, que el lazo común entre los hombres no es el intercambio de sufrimientos, sino el intercambio de *bienes*. El dinero no exige que vendas tu debilidad a la estupidez de los hombres, sino tu talento a su razón; no exige que compres lo peor que ofrecen, sino lo mejor que tu dinero pueda encontrar. Y cuando los hombres viven a base del comercio..., con la razón, y no la fuerza, como árbitro final, el mejor producto es el que triunfa, la mejor actuación, el hombre de mejor juicio y más habilidad, y el grado de la productividad de un hombre es el grado de su recompensa. Ése es el código de la existencia cuyo instrumento y símbolo es el dinero. ¿Es eso lo que consideras malvado?

»Pero el dinero es sólo un instrumento. Te conducirá a donde desees, pero no te sustituirá como conductor. Te dará los medios para la satisfacción de tus deseos, pero no te proveerá con deseos. El dinero es la plaga de los

hombres que intentan revertir la ley de causalidad: de los hombres que buscan reemplazar la mente adueñándose de los productos de la mente.

»El dinero no comprará la felicidad para el hombre que no tenga ni idea de lo que quiere; el dinero no le dará un código de valores si él ha evadido el conocimiento de qué valorar, y no le dará un objetivo si él ha evadido la elección de qué buscar. El dinero no comprará inteligencia para el estúpido, o admiración para el cobarde, o respeto para el incompetente. El hombre que intenta comprar los cerebros de sus superiores para que le sirvan, reemplazando con dinero su capacidad de juicio, acaba por convertirse en la víctima de sus inferiores. Los hombres de inteligencia lo abandonan, pero los embaucadores y farsantes acuden a él en masa, atraídos por una ley que él no ha descubierto: que ningún hombre puede ser inferior a su dinero. ¿Es ésa la razón por la que lo llamas malvado?

»Sólo el hombre que no necesita riqueza está capacitado para heredarla, el hombre que amasaría su propia fortuna, sin importar desde dónde comenzase. Si un heredero está a la altura de su dinero, éste le sirve; si no, lo destruye. Pero vosotros lo ignoráis y clamáis que el dinero lo ha corrompido. ¿Lo hizo? ¿O fue él quien corrompió a su dinero? No envidiéis a un heredero indigno; su riqueza no es vuestra, y no habríais estado mejor con ella. No penséis que debería haber sido distribuida entre vosotros; cargar al mundo con cincuenta parásitos en vez de con uno no habría hecho revivir la virtud muerta que constituyó la fortuna. El dinero es un poder viviente que muere sin su raíz. El dinero no le servirá a la mente que no esté a su altura. ¿Es ése el motivo por el que lo llamáis malvado?

—El dinero es vuestro medio de supervivencia. El veredicto que pronunciáis sobre la fuente de vuestro sustento es el veredicto que pronunciáis sobre vuestra vida. Si la fuente es corrupta, habéis condenado vuestra propia existencia. ¿Adquiristeis vuestro dinero por medio del fraude? ¿Cortejando vicios o estupideces humanas? ¿Sirviendo a imbéciles con la esperanza de conseguir más de lo que vuestra capacidad se merece? ¿Rebajando vuestros principios? ¿Realizando tareas que despreciáis para compradores que desdeñáis? En tal caso, vuestro dinero no os dará ni un momento, ni un centavo de alegría. Todo cuanto compréis se convertirá, no en una honra para vosotros, sino en un reproche; no en un triunfo, sino en una evocación de vergüenza. Entonces gritaréis que el dinero es malvado.

¿Malvado, porque no sustituye el respeto que os debéis a vosotros mismos? ¿Malvado, porque no os dejó disfrutar de vuestra depravación? ¿Es ésa la raíz de vuestro odio por el dinero?

»El dinero siempre seguirá siendo un efecto y rehusará reemplazaros como la causa. El dinero es el producto de la virtud, pero no os dará la virtud y no redimirá vuestros vicios. El dinero no os dará lo inmerecido, ni en materia ni en espíritu. ¿Es ésa la raíz de vuestro odio por el dinero?

—¿O acaso dijisteis que es el *amor* al dinero el origen de toda maldad? Amar una cosa es conocerla y amar su naturaleza. Amar el dinero es conocer y amar el hecho de que el dinero es la creación del mejor poder dentro de ti, y tu pasaporte para poder comerciar tu esfuerzo por el esfuerzo de lo mejor entre los hombres. Es la persona que vendería su alma por una moneda la que proclama en voz más alta su odio hacia el dinero: y tiene buenas razones para odiarlo. Los que aman el dinero están dispuestos a trabajar por él; saben que son capaces de merecerlo.

»Os daré una pista sobre el carácter de los hombres: el hombre que maldice el dinero lo ha obtenido de forma deshonrosa; el hombre que lo respeta se lo ha ganado honradamente.

»Huye, por tu vida, del hombre que te diga que el dinero es malvado. Esa frase es la campanilla de un leproso saqueador acercándose. Mientras los hombres vivan juntos en la Tierra y necesiten un medio para tratar unos con otros, su único sustituto, si abandonan el dinero, es el cañón de una pistola.

»Pero el dinero exige de ti las más altas virtudes, si quieres hacerlo o conservarlo. Los hombres que no tienen valor, orgullo o autoestima, los hombres que no tienen un sentido moral de su derecho a su dinero y no están dispuestos a defenderlo como si defendieran sus vidas, los hombres que se excusan por ser ricos, no permanecerán ricos mucho tiempo. Ellos son el cebo natural para las bandadas de saqueadores que se agazapan bajo las rocas durante siglos, pero que salen arrastrándose al primer indicio de un hombre que ruega ser perdonado por la culpa de poseer riqueza. Ellos se apresurarán a aliviarle de su culpa... y de su vida, como se merece.

»Entonces veréis el ascenso de los hombres de doble criterio, de los hombres que viven por la fuerza, mientras cuentan con quienes viven del comercio para crear el valor del dinero que ellos roban, los hombres que son los polizones de la virtud. En una sociedad moral, ellos son los

criminales, y las leyes están hechas para protegerte de ellos. Pero, cuando una sociedad establece criminales-por-derecho y saqueadores-por-ley, hombres que utilizan la fuerza para apoderarse de la riqueza de víctimas desarmadas, entonces, el dinero se convierte en el vengador de quien lo creó. Tales saqueadores creen que no hay riesgo en robarles a hombres indefensos una vez que han aprobado una ley para desarmarlos. Pero su botín se convierte en el imán para otros saqueadores, que lo obtienen igual que ellos lo obtuvieron. Entonces, el triunfo irá, no al más competente en producción, sino al más despiadado en brutalidad. Cuando la fuerza es la norma, el asesino triunfa sobre el ratero. Y entonces la sociedad se deshace, envuelta en ruinas y carnicerías.

»¿Queréis saber si ese día está llegando? Observad el dinero. El dinero es el barómetro de las virtudes de una sociedad. Cuando veáis que el comercio se realiza, no por consentimiento, sino por coacción, cuando veáis que, para poder producir, necesitáis obtener autorización de quienes no producen, cuando observéis que el dinero fluye hacia quienes trafican, no en bienes, sino en favores, cuando veáis que los hombres se enriquecen por soborno y por influencia en vez de por trabajo, y que tus leyes no te protegen contra ellos, sino que les protegen a ellos contra ti, cuando veáis la corrupción siendo recompensada y la honradez convirtiéndose en autosacrificio, podéis estar seguros que vuestra sociedad está condenada. El dinero es un medio tan noble que no compite con las armas y no pacta con la brutalidad. Nunca le permitirá a un país sobrevivir como mitad-propiedad, mitad-botín.

»Siempre que aparecen destructores entre los hombres, empiezan por destruir el dinero, porque éste constituye la protección de los hombres y la base de una existencia moral. Los destructores se apoderan del oro y les dejan a sus dueños un montón de papeles falsos. Eso destruye todas las normas objetivas y deja a los hombres a merced del poder arbitrario de un promulgador arbitrario de valores. El oro era un valor objetivo, lo equivalente a la riqueza producida. El papel es una hipoteca sobre riqueza que no existe, sustentada por un arma apuntada a quienes se espera que la produzcan. El papel es un cheque cursado por saqueadores legales sobre una cuenta que no es suya: sobre la virtud de las víctimas. Vigilad el día en que el cheque sea devuelto, con la anotación: “Cuenta sin fondos”.

»Cuando hayáis convertido la maldad en vuestro medio de supervivencia, no contéis con que los hombres sigan siendo buenos. No contéis con que ellos sigan siendo morales y pierdan sus vidas para convertirse en pasto de lo inmoral. No contéis con que produzcan, cuando la producción es castigada y el robo recompensado. No preguntéis: "¿Quién está destruyendo al mundo?". Sois vosotros quienes lo estáis haciendo.

»Os encontráis en medio de los mayores logros de la más productiva civilización, y os preguntáis por qué se está desmoronando a vuestro alrededor, mientras condenáis la fuente sanguínea que la alimenta, el dinero. Miráis el dinero como los salvajes hacían antes de vosotros, y os preguntáis por qué la selva está acercándose al borde de vuestras ciudades. A través de la historia de la humanidad, el dinero fue siempre usurpado por saqueadores de una marca u otra, cuyos nombres cambiaron, pero cuyos métodos permanecieron igual: apropiarse de la riqueza por la fuerza y mantener a los productores atados, degradados, difamados, despojados de honor. Esa frase sobre la maldad del dinero, que pronunciáis con ese irresponsable aire virtuoso, data de la época en que la riqueza era producida por la labor de esclavos, esclavos que repetían los movimientos descubiertos antes por la mente de alguien, y sin mejora durante siglos. Mientras la producción fue gobernada por la fuerza y la riqueza se obtenía a través de la conquista, había poco que conquistar. Sin embargo, durante todos los siglos de estancamiento y hambrunas, los hombres exaltaron a los saqueadores como aristócratas de la espada, como aristócratas de nacimiento, como aristócratas del régimen, y despreciaron a los productores, como esclavos, como comerciantes, como tenderos..., como empresarios.

»Para gloria de la humanidad, existió por primera y única vez en la historia del mundo un *país del dinero*, y no tengo más alto y más reverente tributo que ofrecerle a los Estados Unidos de América, porque eso significa un país de razón, justicia, libertad, producción, logros... Por primera vez, la mente del hombre y el dinero fueron liberados, y no hubo más fortunas-por-conquista, sino sólo fortunas-por-trabajo, y, en vez de guerreros y esclavos, surgió el verdadero forjador de riqueza, el mayor trabajador, el tipo más elevado de ser humano: el hombre hecho a sí mismo, el empresario norteamericano.

»Si me pedís que nombre la distinción más orgullosa de los norteamericanos, escogería, porque contiene todas las demás, el hecho de que fueron el pueblo que acuñó la frase: “*hacer* dinero”. Ningún otro lenguaje o país había usado antes esas palabras; los hombres siempre habían pensado que la riqueza era una cantidad estática, a ser arrebatada, mendigada, heredada, distribuida, saqueada u obtenida como un favor. Los norteamericanos fueron los primeros en entender que la riqueza tiene que ser creada. Las palabras “hacer dinero” contienen la esencia de la moralidad humana.

»Pero ésas fueron las palabras por las que los norteamericanos fueron denunciados por las decadentes culturas de los continentes de saqueadores. Ahora, el credo de los saqueadores os ha llevado a considerar vuestros más dignos logros como motivo de vergüenza, vuestra prosperidad como culpa, vuestros mejores hombres, los empresarios, como granujas, y vuestras magníficas fábricas como el producto y la propiedad del trabajo muscular, trabajo de esclavos manejados con látigos, como en las pirámides de Egipto. El bellaco que gesticula que no ve diferencia entre el poder del dólar y el poder del látigo debería aprender la diferencia en su propio pellejo..., como, según creo, lo hará.

»A menos y hasta que descubráis que el dinero es el origen de todo lo bueno, estáis buscando vuestra propia destrucción. Cuando el dinero deja de ser el instrumento por el cual los hombres tratan unos con otros, entonces los hombres se convierten en instrumentos de los hombres. Sangre, látigos y pistolas..., o dólares. Escoged, no hay otra opción, y vuestro tiempo se está acabando.

Francisco no había mirado a Rearden ni una sola vez mientras hablaba; pero en el instante en que terminó, sus ojos se dirigieron directos a su rostro. Rearden permaneció inmóvil, sin ver más que a Francisco d’Anconia a través de las figuras que se movían y de las voces airadas entre ellos.

Había personas que habían escuchado pero que ahora se iban a toda prisa, y personas que decían: «¡Es horrible!»; «¡No es verdad!»; «¡Qué malvado y egoísta!»... Lo decían en voz alta y cautelosamente a la vez, como queriendo que sus vecinos lo oyesen, pero esperando que Francisco no lo hiciera.

—Señor d’Anconia —declaró la mujer con los pendientes—, ¡no estoy de acuerdo con usted!

—Si puede refutar una sola frase de las que he pronunciado, madame, la escucharé con gratitud.

—Oh, yo no puedo contestarle. Yo no tengo ninguna respuesta, mi mente no funciona de esa forma, pero no *siento* que usted tenga razón. Así que sé que está equivocado.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo lo *siento*. Yo no me guío por mi cabeza, sino por mi corazón. Usted puede ser muy bueno en lógica, pero no tiene corazón.

—Madame, cuando veamos a hombres muriendo de hambre a nuestro alrededor, su corazón no les será de ninguna utilidad en este mundo para salvarlos. Y yo tengo tan poco corazón como para decir que usted no será perdonada cuando grite: «Pero ¡yo no lo sabía!».

La mujer se volvió y se fue; con un estremecimiento atravesando la carne de sus mejillas y el colérico temblor de su voz, dijo:

—¡Bueno, es ciertamente una forma extraña de hablar en una fiesta!

Un hombre corpulento con ojos huidizos dijo en voz alta, con un tono de forzada jovialidad que sugería que su única preocupación era no dejar que las cosas se volvieran desagradables:

—Si es así como usted se siente sobre el dinero, señor, pienso que estoy requetecontento de tener una buena parte de acciones de d’Anconia Copper.

Francisco dijo gravemente:

—Le sugiero que piense dos veces, señor.

Rearden empezó a acercarse a él; y Francisco, que no había parecido mirar en su dirección, salió a su encuentro inmediatamente, como si los demás nunca hubiesen estado presentes.

—Hola —dijo Rearden simplemente, con naturalidad, como a un amigo de la infancia; estaba sonriendo.

Vio su propia sonrisa reflejada en el rostro de Francisco.

—Hola.

—Quiero hablar con usted.

—¿A quién cree que le he estado hablando durante el último cuarto de hora?

Rearden se rio por lo bajo, como reconociendo el triunfo de un asalto del oponente.

—No pensé que se hubiera dado cuenta de mí.

—Me di cuenta, cuando entré, de que usted era una de las únicas dos personas en este salón que se alegraron de verme.

—¿No está siendo engreído?

—No..., agradecido.

—¿Quién fue la otra persona que se alegró de verle?

Francisco se encogió de hombros y dijo suavemente:

—Una mujer.

Rearden se dio cuenta de que Francisco le había conducido a un lado, alejándole del grupo, de una forma tan habilidosamente natural que ni él ni los otros se dieron cuenta de que lo había hecho intencionadamente.

—No esperaba encontrarle aquí —dijo Francisco—. Usted no debería haber venido a esta fiesta.

—¿Por qué no?

—¿Puedo preguntar qué le hizo venir?

—Mi mujer estaba deseando aceptar la invitación.

—Perdóneme por ponerlo en estos términos, pero habría sido mucho más apropiado y menos peligroso si ella le hubiese pedido que la llevara a recorrer prostíbulos.

—¿De qué peligro está hablando?

—Señor Rearden, usted no conoce el modo de hacer negocios de esa gente, o cómo ellos interpretan su presencia aquí. Según el código de usted, pero no el de ellos, aceptar la hospitalidad de un hombre es una muestra de buena voluntad, una declaración de que usted y su anfitrión mantienen términos de una relación civilizada. No les dé ese tipo de aprobación.

—Entonces ¿por qué vino *usted* aquí?

Francisco se encogió alegremente de hombros.

—Oh, yo..., no importa lo que yo haga. Yo sólo soy un cazador de fiestas.

—¿Qué está haciendo en esta fiesta?

—Sólo buscando conquistas.

—¿Ha encontrado alguna?

Con la cara repentinamente seria, Francisco contestó con gravedad, casi solemnemente:

—Sí..., la que creo que va a ser la mejor y la mayor para mí.

El enojo de Rearden fue involuntario, como su grito, no de reproche, sino de desesperación:

—¿Cómo puede desperdiciarse de esa forma?

La sutil insinuación de una sonrisa, como el nacer de una luz distante, apareció en los ojos de Francisco al preguntar:

—¿Le importa admitir que eso le importa?

—Usted va a oír unas cuantas admisiones más, si es eso lo que anda buscando. Antes de conocerle, yo solía preguntarme cómo usted podía malgastar una fortuna como la suya. Ahora es peor, porque no puedo despreciarle como hacía antes, como me gustaría hacerlo, y sin embargo la pregunta es mucho más terrible: ¿cómo puede usted malgastar una mente como la suya?

—No creo que la esté malgastando en este momento.

—No sé si ha habido alguna vez algo que significara alguna cosa para usted..., pero voy a decirle algo que jamás le he dicho a nadie antes. Cuando le conocí, ¿recuerda que me dijo que quería ofrecerme su gratitud?

No quedaba ningún rastro de diversión en los ojos de Francisco; Rearden nunca había encarado tan solemne expresión de respeto.

—Sí, señor Rearden —respondió en voz baja.

—Yo le dije que no la necesitaba, y le insulté por ello. Muy bien, usted ha ganado. Ese discurso que ha hecho esta noche..., eso era lo que usted me estaba ofreciendo, ¿verdad?

—Sí, señor Rearden.

—Fue más que gratitud, y yo necesitaba la gratitud; fue más que admiración, y yo necesitaba eso también; fue mucho más que cualquier palabra que yo pudiese encontrar; me llevará días pensar en todo lo que eso me ha dado..., pero una cosa sí sé: lo necesitaba. Nunca he admitido nada de ese tipo, nunca he suplicado la ayuda de nadie. Si le divirtió imaginar que yo me alegré de verle, ahora tiene algo de lo que realmente reírse, si quiere.

—Puede que me lleve unos años, pero le demostraré que éstas son cosas de las que yo no me río.

—Demuéstremelo ahora... respondiendo a una pregunta: ¿por qué no practica lo que predica?

—¿Está seguro de que no lo hago?

—Si las cosas que usted dijo son verdad, si usted tiene la grandeza de saberlo, usted debería ser el empresario más importante del mundo a estas alturas.

Francisco dijo con voz grave, como le había dicho al hombre corpulento, pero con una extraña nota de dulzura en su voz:

—Le sugiero que piense dos veces, señor Rearden.

—He pensado sobre usted mucho más de lo que me gustaría admitir. No he encontrado respuesta.

—Le daré una pista: si las cosas que he dicho son verdad, ¿quién es el hombre más culpable en este salón esta noche?

—Supongo que... ¿James Taggart?

—No, señor Rearden, no es James Taggart. Pero usted debe definir la culpa y elegir al hombre usted mismo.

—Unos años atrás, habría dicho que es usted. Sigo creyendo que es eso lo que debería decir. Pero estoy casi en la misma situación de esa estúpida mujer que le habló: todas las razones que conozco me dicen que usted es culpable... y, sin embargo, no puedo sentirlo.

—Usted *está* cometiendo el mismo error que esa mujer, señor Rearden, aunque de una manera más noble.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que es un error mucho más serio que el juicio que usted pueda haber emitido sobre mí. Esa mujer y todos los que son como ella siempre están evadiendo los pensamientos que ellos creen que son buenos. Usted siempre está apartando de su mente los pensamientos que usted cree que son malos. Ellos lo hacen porque quieren evitar esfuerzos. Usted lo hace porque no se permitirá considerar nada que escatime esfuerzos. Ellos ceden a sus emociones a cualquier coste. Usted sacrifica sus emociones al primer coste ante cualquier problema. Ellos no están dispuestos a aguantar nada. Usted está dispuesto a aguantarlo todo. Ellos siguen evadiendo la responsabilidad. Usted sigue asumiéndola. Pero ¿se da cuenta de que el error esencial es el mismo? El negarse a reconocer la realidad, sea por la razón que sea, tiene consecuencias desastrosas. No hay pensamientos malvados, excepto uno: negarse a pensar. No ignore sus propios deseos, señor Rearden. No los sacrifique. Examine su causa. Hay un límite sobre cuánto usted debería tener que aguantar.

—¿Cómo supo eso sobre mí?

—Cometí el mismo error, en el pasado. Pero no por mucho tiempo.

—Desearía... —empezó Rearden, y se detuvo bruscamente.

Francisco sonrió.

—¿Miedo de desear, señor Rearden?

—Desearía poder permitirme apreciarle a usted tanto como le aprecio.

—Yo daría... —dijo Francisco, y se interrumpió; inexplicablemente, Rearden vio la expresión de una emoción que él no pudo definir, pero sentía con seguridad que era dolor; vio el primer momento de vacilación de Francisco—. Señor Rearden, ¿tiene usted acciones de d'Anconia Copper?

Rearden le miró, sorprendido.

—No.

—Algún día comprenderá la traición que estoy cometiendo ahora mismo, pero..., no compre jamás acciones de d'Anconia Copper. Nunca haga ningún negocio con d'Anconia Copper de ninguna manera.

—¿Por qué?

—Cuando usted sepa la razón completa, sabrá si alguna vez ha habido algo o alguien que significara algo para mí, y... y cuánto eso significó.

Rearden frunció el entrecejo: había recordado algo.

—Yo no haría negocios con su empresa. ¿No les llamó usted los hombres del doble estándar? ¿No es usted uno de los saqueadores que se está haciendo rico ahora gracias a las directivas?

Inexplicablemente, las palabras no le chocaron a Francisco como un insulto, sino que aclararon su cara devolviéndole su expresión de seguridad.

—¿Pensó usted que fui yo quien sonsacó esas regulaciones de los ladrones planificadores?

—Si no, ¿quién lo hizo?

—Mis autoestopistas.

—¿Sin su consentimiento?

—Sin mi conocimiento.

—Odio admitir cuánto quiero creerle; pero usted no tiene forma de demostrarlo ahora.

—¿No? Se lo demostraré en los próximos quince minutos.

—¿Cómo? El hecho es que usted se ha beneficiado más que nadie de esas directivas.

—Es verdad. Me he beneficiado más que el señor Mouch y su pandilla puedan imaginar jamás. Después de mis años de trabajo, me dieron exactamente la oportunidad que necesitaba.

—¿Está alardeando?

—¡Desde luego que lo estoy! —dijo Francisco; Rearden vio increíblemente que los ojos de él tenían una expresión dura y brillante, ya no la expresión de un cazador de fiestas, sino de un hombre de acción—. Señor Rearden, ¿sabe usted dónde la mayoría de esos nuevos aristócratas guardan su dinero oculto? ¿Sabe dónde la mayoría de los buitres de la Ley de Participación Equitativa han invertido sus beneficios del Metal Rearden?

—No, pero...

—En acciones de d'Anconia Copper. Bien seguras, sin complicaciones, y fuera del país. La empresa d'Anconia Copper, una compañía antigua e invulnerable, tan rica que aguantaría tres generaciones más de saqueo. Una compañía dirigida por un decadente *playboy* a quien le da todo igual, que deja que usen su propiedad de la manera que a ellos les apetezca y, simplemente, continúa ganando dinero para ellos, automáticamente, como hicieron sus antepasados. ¿No era ése el perfecto montaje para los saqueadores, señor Rearden? Sólo que..., ¿qué punto esencial dejaron de considerar?

Rearden estaba mirándolo.

—¿Adónde quiere llegar?

Francisco rio de repente.

—Qué pena para todos esos oportunistas que se aprovechan del Metal Rearden. Usted no querría hacerles perder el dinero que ganó para ellos, ¿verdad, señor Rearden? Pero ocurren accidentes en el mundo... Ya sabe lo que dicen, el hombre es sólo un juguete impotente a merced de los desastres de la naturaleza. Por ejemplo, hubo un incendio en los muelles de mineral de hierro de d'Anconia en Valparaíso mañana por la mañana, un incendio que los arrasó, junto con la mitad de las estructuras portuarias. ¿Qué hora es, señor Rearden? ¡Oh! ¿Mezclé mis tiempos verbales? Mañana por la tarde habrá un desprendimiento de rocas en las minas d'Anconia en Orano; sin víctimas, sin muertes, excepto las propias minas. Se descubrirá que las minas están acabadas, porque habían sido trabajadas en sitios equivocados durante meses... ¿Qué puedes esperar de la gerencia de un *playboy*? Los grandes depósitos de cobre quedarán enterrados bajo toneladas de piedras, de donde un Sebastián d'Anconia no podría volver a extraerlos en menos de tres años, y el Estado del Pueblo de México nunca los llegará a extraer. Cuando los accionistas empiecen a investigar las cosas, descubrirán que las minas en Campos, en San Félix y en Las Heras han sido trabajadas

exactamente de la misma manera, y que han estado funcionando con pérdidas durante más de un año, sólo que el *playboy* manipuló la contabilidad y la mantuvo lejos de los periodistas. ¿Quiere que le cuente lo que descubrirán sobre la gerencia de las fundiciones d'Anconia? ¿O de la flota de mineral de d'Anconia? Pero, en cualquier caso, todos esos descubrimientos no les servirán de nada a los accionistas, porque las acciones de d'Anconia Copper se habrán hundido mañana por la mañana, estrellándose como una bombilla contra el hormigón, ¡estrellándose como un ascensor en caída libre, desparramando entrañas de autoestopistas por toda la cuneta!

La triunfante elevación de la voz de Francisco se fusionó con un sonido que la igualó: Rearden se echó a reír a carcajadas.

Rearden no supo cuánto tiempo había durado aquel momento ni lo que sintió; había sido un mazazo que lo lanzó a otro nivel de consciencia, seguido de otro mazazo que lo trajo de vuelta a la suya: lo único que quedó, como tras el despertar de un narcótico, era la sensación de haber conocido algún inmenso tipo de libertad que nunca podría ser igualada en la realidad. Era como el fuego de Wyatt de nuevo, pensó, ése era su peligro secreto.

Se encontró alejándose poco a poco de Francisco d'Anconia. Francisco se quedó observándolo fijamente, y parecía que lo había estado observando durante todo ese indeterminado período de tiempo.

—No hay pensamientos malvados, señor Rearden —dijo Francisco suavemente—, excepto uno: negarse a pensar.

—No —dijo Rearden; era casi un susurro, tenía que mantener baja la voz, tenía miedo de oírse a sí mismo gritarlo—, no... si ésa es la clave para usted, no, no espere que le vitoree..., usted no tiene la fuerza para combatirles..., escogió el camino más fácil y más depravado..., la destrucción deliberada..., la destrucción de un logro que usted no había producido y no pudo igualar...

—Eso no es lo que usted leerá en los periódicos mañana. No habrá ninguna evidencia de destrucción deliberada. Todo ocurrió en el curso normal, explicable, justificable, de incompetencia total. La incompetencia no es algo que supuestamente se castigue hoy en día, ¿a que no? Los muchachos de Buenos Aires y los muchachos de Santiago probablemente querrán darme un subsidio, a modo de consuelo y de recompensa. Aún

queda una buena parte de la Compañía d'Anconia Copper, aunque una gran parte de ella haya desaparecido para siempre. Nadie dirá que lo he hecho intencionadamente. Usted puede pensar lo que quiera.

—Pienso que usted es el hombre más malvado en este salón —dijo Rearden calladamente, cansinamente; incluso el fuego de su ira había desaparecido; no sentía nada más que el vacío dejado por la muerte de una gran esperanza—. Pienso que usted es peor que cualquier cosa que yo haya supuesto...

Francisco lo miró con una extraña media sonrisa de serenidad, la serenidad de una victoria sobre el dolor, y no respondió.

Fue su silencio lo que les permitió oír las voces de dos hombres que estaban de pie a pocos pasos de distancia, y se volvieron para mirar a quienes hablaban.

El hombre robusto y de más edad era obviamente un empresario del tipo concienzudo y nada espectacular. Su traje de etiqueta era de buena calidad, pero de un corte que había estado de moda veinte años atrás, con el más sutil tinte verde en las costuras; había tenido pocas ocasiones de ponérselo. Los gemelos de su camisa eran ostentosamente grandes, pero era la patética ostentación de una herencia; eran intrincadas piezas de antigua artesanía, que probablemente le habían llegado a través de cuatro generaciones, como su negocio. Su cara tenía una expresión que, esos días, era la marca de un hombre honrado: una expresión de perplejidad. Estaba mirando a su compañero, haciendo un gran esfuerzo —concienzudamente, impotentemente, desesperadamente— por entender.

Su compañero era más joven y más bajo, un hombre pequeño de carnes grumosas, con el pecho salido hacia delante y las delgadas puntas de su bigote apuntando hacia arriba. Estaba diciendo, en un tono de condescendiente aburrimiento:

—Bueno, no sé. Todos vosotros estáis lloriqueando por el aumento de costes, parece ser la queja de turno hoy día; es el típico lamento de la gente cuyos beneficios son exprimidos un poco. No sé, tendremos que ver, tendremos que decidir si os permitimos tener algún beneficio o no.

Rearden miró a Francisco, y vio una cara que estaba más allá de su concepción de lo que la pureza de un único objetivo podía hacerle a un semblante humano: era la cara más implacable que jamás le fuese a uno permitido ver. Él se había considerado despiadado, pero sabía que no podría

igualar ese nivel de mirada, desnuda, implacable, muerta a todo sentimiento excepto al de justicia. Independientemente del resto de él, pensó Rearden, el hombre que podía sentir eso era un gigante.

Fue sólo un momento. Francisco se volvió hacia él, con expresión normal, y dijo en voz muy baja:

—He cambiado de opinión, señor Rearden. Me alegro de que usted viniera a esta fiesta. Quiero que vea esto.

Entonces, elevando la voz, Francisco dijo de repente, en el tono alegre, desenvuelto y desgarrador de un hombre de total irresponsabilidad:

—¿No va a concederme ese préstamo, señor Rearden? Me pone en una situación terrible. Debo conseguir el dinero, debo conseguirlo esta noche, debo conseguirlo antes de que la bolsa de valores abra mañana temprano, porque de lo contrario...

No tuvo que continuar, porque el hombrecito del bigote lo estaba agarrando por el brazo.

Rearden nunca había creído posible que un cuerpo humano pudiese cambiar de dimensiones ante la vista de uno, pero vio al hombre encogiéndose en peso, en postura, en forma, como si el aire se le hubiese dejado escapar de sus pulmones, y como si lo que había sido un arrogante gobernante fuese de repente un pedazo de trapo que no podía ser una amenaza para nadie.

—¿Hay... hay algo mal, señor d'Anconia? ¿Quiero decir, en... en la bolsa?

Francisco se llevó rápidamente un dedo a los labios, con una expresión asustada.

—Hable bajo —susurró—. Por el amor de Dios, hable bajo.

El hombre estaba temblando.

—¿Algo va... algo va mal?

—No tendrá por casualidad acciones de d'Anconia Copper, ¿verdad? —El hombre asintió, incapaz de hablar—. Ah, vaya, ¡qué pena! Bueno, mire, se lo diré, si me da su palabra de honor de que no se lo repetirá a nadie. No sea que vaya a extenderse el pánico.

—Palabra de honor —jadeó el hombre.

—Lo mejor que puede hacer es ir rápidamente a su corredor de bolsa y vender lo antes posible, porque las cosas no han estado yendo muy bien para d'Anconia Copper; estoy intentando conseguir algún dinero, pero, si

no tengo éxito, tendrá suerte si tiene diez centavos por cada dólar mañana por la mañana. ¡Oh, vaya! Se me olvidó que no puede hablar con su corredor antes de mañana temprano..., bueno, una pena, pero...

El hombre estaba corriendo a través del salón, empujando a la gente a un lado, como un torpedo disparado sobre la multitud.

—Observe —dijo Francisco austeramente, volviéndose hacia Rearden.

El hombre estaba perdido en la multitud, no podían verle, no podían saber a quién le estaba vendiendo su secreto o si le quedaría suficiente astucia para utilizarlo como un intercambio con aquellos que tenían favores..., pero vieron la estela de su paso extendiéndose a través de la sala, los cortes repentinos separando la multitud, como las primeras pocas grietas y, luego, las bifurcaciones aceleradas que corren por un muro a punto de desplomarse, las vetas cortadas por el vacío, no por un toque humano, sino por el impersonal aliento del terror.

Había voces abruptamente ahogadas, lagunas de silencio y, luego, sonidos de una naturaleza diferente: las crecientes inflexiones histéricas de preguntas inútilmente repetidas, los susurros poco naturales, un grito de mujer, los pocos espaciados ataques forzados de risa de los que seguían intentando pretender que nada estaba pasando.

Había puntos de inmovilidad en el movimiento de la multitud, como manchas de parálisis extendiéndose; hubo una repentina calma, como si un motor hubiese sido desconectado; luego, vino el movimiento frenético, sincopado, insensato y a la deriva de objetos chocando colina abajo a la ciega merced de la gravedad y de los golpes con cada roca en su camino. La gente salía corriendo afuera, iba corriendo a los teléfonos, chocando unos con otros, agarrando o empujando a los cuerpos a su alrededor al azar. Esos hombres, los hombres más poderosos del país, aquellos que, sin responder a ninguna autoridad superior, tenían poder sobre el alimento de cada hombre y sobre el disfrute de cada hombre durante lo que duraran sus años en la Tierra, esos hombres se habían convertido en un montón de escombros, estrepitosamente, en el vendaval del pánico, en los escombros que quedan de una estructura cuando su pilar principal ha sido derribado.

James Taggart, con rostro indecente al exponer emociones que tantos siglos les habían enseñado a los hombres a mantener ocultas, corrió hacia Francisco y gritó:

—¿Es verdad?

—Pero, James —dijo Francisco, sonriendo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué pareces tan alterado? El dinero es el origen de toda maldad..., así que yo simplemente me cansé de ser malvado.

Taggart corrió hacia la puerta principal, gritándole algo a Orren Boyle al pasar. Boyle asintió y siguió asintiendo, con la vivacidad y la humildad de un siervo ineficiente, y luego salió como un rayo en otra dirección. Cherryl, su velo de novia ondeando como una nube de cristal en el aire, paró a Taggart en la puerta.

—Jim, ¿qué pasa? —Él la empujó a un lado, y ella cayó contra la barriga de Paul Larkin, mientras Taggart salía a toda prisa.

Tres personas permanecieron totalmente inmóviles, como tres columnas espaciadas a través del salón, con sus líneas de visión penetrando a través del alcance de la destrucción: Dagny, mirando a Francisco; Francisco y Rearden, mirándose el uno al otro.

## Capítulo III

## Chantaje con todas las de la ley

—¿Qué hora es?

«Está llegando la hora», pensó Rearden; pero respondió:

—No sé. Casi medianoche. —Y, recordando su reloj de pulsera, añadió —: Menos veinte.

—Voy a tomar un tren a casa —dijo Lillian.

Él oyó la frase, que tuvo que esperar su turno para entrar en los repletos pasadizos de su consciencia. Se quedó mirando distraídamente la sala de estar de su suite, unos pisos por encima y a unos minutos en ascensor del salón de la fiesta. Un momento después, respondió automáticamente:

—¿A estas horas?

—Todavía es temprano. Hay muchos trenes funcionando.

—Si quieres puedes quedarte aquí, por supuesto.

—No, creo que prefiero irme a casa. —Él no discutió—. ¿Y tú qué, Henry? ¿Piensas ir a casa esta noche?

—No —respondió—, tengo citas de negocios aquí mañana.

—Como quieras.

Ella hizo un movimiento de hombros para dejar que su chal de fiesta le cayera sobre un brazo, y se dirigió hacia la puerta de la habitación, pero se detuvo.

—Odio a Francisco d'Anconia —dijo con voz crispada—. ¿Por qué tuvo que venir a esa fiesta? ¿Y no supo comportarse y mantener la boca cerrada, al menos hasta mañana por la mañana? —Él no respondió—. Es monstruoso... lo que ha dejado que pase con su empresa. Por supuesto, no es más que un *playboy* decadente..., pero, aun así, una fortuna de ese tamaño es una responsabilidad, ¡hay un límite a la negligencia que un

hombre puede permitirse a sí mismo! —Él miró la cara de ella; estaba extrañamente tensa, con los rasgos nítidos que la hacían parecer de más edad—. Él tenía un cierto deber con sus accionistas, ¿no? ¿No, Henry?

—¿Te importa que no hablemos de eso?

Ella hizo con los labios el movimiento de apretarlos y torcerlos de lado, equivalente a encogerse de hombros, y entró en el dormitorio.

Él se quedó de pie junto a la ventana, mirando los techos de los automóviles que pasaban allá abajo, dejando que sus ojos se posaran en algo mientras su facultad de visión estaba desconectada. Su mente aún estaba centrada en la multitud en el salón de baile y en dos figuras en esa multitud. Pero, así como su sala de estar seguía estando en el perímetro de su visión, también la sensación de alguna acción que él tenía que realizar seguía en el perímetro de su consciencia. La captó momentáneamente: era el hecho de que tenía que quitarse su traje formal; pero más allá de ese perímetro estaba la sensación de reticencia a desvestirse en presencia de una desconocida en su dormitorio, y se olvidó de ello en el momento siguiente.

Lillian salió del dormitorio tan impecablemente arreglada como había llegado, con su traje de viaje de color beis destacando sus formas con una presión eficiente, el sombrero ladeado sobre la mitad de su ondulada cabellera. Llevaba su maleta, balanceándola un poco, como demostrando su capacidad para llevarla.

Él se acercó mecánicamente y le quitó la maleta de la mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Te voy a llevar a la estación.

—¿Así? No te has cambiado de ropa.

—Da igual.

—No hace falta que me acompañes. Puedo ir perfectamente sola y encontrar el camino. Si tienes citas de negocios mañana, será mejor que te acuestes.

Él no respondió, sino que se fue andando hacia la puerta, la mantuvo abierta para que ella saliese y la siguió hasta el ascensor.

Guardaron silencio en el taxi que los llevó a la estación. En los momentos en que él recordaba su presencia, se dio cuenta de que ella estaba sentada de manera eficiente y recta, casi haciendo alarde de la perfección de su aplomo; parecía alerta, despierta y contenta, como si estuviera comenzando un viaje intencionado al comenzar el día.

El taxi se detuvo en la entrada de la Terminal Taggart. Las brillantes luces que inundaban la gran entrada de cristal transformaban lo avanzado de la hora en una sensación de seguridad activa y permanente. Lillian saltó ágilmente del taxi, diciendo:

—No, no, no hace falta que bajes, continúa de vuelta. ¿Estarás en casa para cenar mañana... o el mes que viene?

—Te llamaré —dijo él.

Ella le saludó con la mano enguantada y desapareció en las luces de la entrada. Cuando el taxi se puso en marcha, él le dio al conductor la dirección del apartamento de Dagny.

El apartamento estaba a oscuras cuando entró, pero la puerta del dormitorio estaba medio abierta, y él oyó la voz de ella diciendo:

—Hola, Hank.

Entró, preguntando:

—¿Estabas durmiendo?

—No.

Encendió la luz. Ella estaba acostada, con la cabeza apoyada en la almohada y el cabello cayéndole suavemente hasta los hombros, como si no se hubiera movido durante mucho tiempo; pero su rostro estaba sosegado. Parecía una colegiala, con el cuello entallado de un camisón azul pálido severamente alto en la base de su garganta; la parte de delante del camisón era un contraste deliberado a esa severidad, era un conjunto de bordados azul claro que parecían lujosamente adultos y femeninos.

Él se sentó en el borde de la cama, y ella sonrió, observando que la austera formalidad de su traje de etiqueta hacía de su acción algo simple y naturalmente íntimo. Él sonrió en respuesta. Había venido dispuesto a rechazar el perdón que ella le había otorgado en la fiesta, como uno rechaza un favor de un adversario demasiado generoso. En cambio, extendió la mano de pronto y se la pasó por la frente, siguiendo la línea de su cabello, en un gesto de ternura protectora, con la repentina sensación de lo delicadamente infantil que ella era, ese adversario que había soportado el constante desafío de la fuerza de él, cuando debería haber gozado de su protección.

—Estás aguantando tanto —dijo él—, y soy yo quien te lo pone más difícil...

—No, Hank, no es así, y tú lo sabes.

—Sé que tienes la fuerza para no dejar que te lastime, pero es una fuerza a la que yo no tengo derecho a recurrir. Sin embargo, lo hago, y no tengo ninguna solución, ninguna expiación que ofrecer. Sólo puedo admitir que lo sé y que no hay forma de pedirte que me perdones.

—No hay nada que perdonar.

—No tenía derecho a traerla ante tu presencia.

—No me dolió. Sólo que...

—¿Sí?

—... sólo que el ver cómo sufrías..., eso fue duro de ver.

—No creo que el sufrimiento compense nada, pero, independientemente de lo que yo sintiera, no sufrí lo suficiente. Si hay una cosa que detesto es hablar de mi propio sufrimiento; *eso* no debe preocuparle a nadie más que a mí. Pero, si quieres saberlo, y puesto que ya lo sabes..., sí, fue un infierno para mí. Y me gustaría que fuese peor. Por lo menos, no voy a salirme con la mía.

Lo dijo con severidad, sin emoción, como un veredicto impersonal pronunciado sobre sí mismo. Ella sonrió, con tristeza divertida, le cogió la mano y la presionó contra sus labios, y sacudió la cabeza en rechazo del veredicto, ocultando su rostro contra la mano de él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él suavemente.

—Nada... —Luego, levantó la cabeza y dijo con firmeza—: Hank, sabía que estabas casado. Sabía lo que estaba haciendo. Yo decidí hacerlo. No hay nada que me debas, ningún deber que tengas que considerar.

Él sacudió la cabeza lentamente, en protesta.

—Hank, no quiero nada de ti excepto lo que tú desees darme. ¿Recuerdas que una vez me llamaste comerciante? Quiero que vengas a mí buscando sólo tu propio placer. Mientras quieras seguir casado, sea cual sea la razón, no tengo derecho a sentirme molesta. Mi forma de comerciar es saber que la alegría que me das está pagada por la alegría que tú recibes de mí, no por tu sufrimiento o el mío. No acepto sacrificios, y no los hago. Si me pidieras más de lo que tú significas para mí, me negaría. Si me pidieras que abandonara el ferrocarril, te dejaría. Si alguna vez el placer de uno tiene que ser comprado con el dolor del otro, es mejor que no haya comercio alguno. Un comercio en el que uno gana y el otro pierde es un fraude. No lo haces en los negocios, Hank. No lo hagas en tu propia vida.

Como una débil banda sonora bajo sus palabras, él estaba oyendo las palabras que le había dicho Lillian; estaba viendo la distancia entre las dos, la diferencia en lo que ellas buscaban de él y de la vida.

—Dagny, ¿qué piensas de mi matrimonio?

—No tengo derecho a pensar en él.

—Debes haberte preguntado al respecto.

—Lo hice..., antes de ir a la casa de Ellis Wyatt. No desde entonces.

—Nunca me has hecho una pregunta sobre él.

—Y no lo haré.

Él se quedó en silencio durante un momento; luego, mirándola directamente, subrayando su primer rechazo de la privacidad que ella siempre le había concedido, dijo:

—Hay una cosa que quiero que sepas: no la he tocado desde..., desde la casa de Ellis Wyatt.

—Me alegro.

—¿Me creerías capaz?

—Nunca me he permitido preguntarme sobre eso.

—Dagny, quieres decir que si yo lo hubiera hecho, tú... ¿aceptarías eso también?

—Sí.

—¿No lo odiarías?

—Lo odiaría más de lo que puedo decirte. Pero si ésa fuera tu decisión, la aceptaría. Te deseo, Hank.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, ella sintió la lucha de ese instante en el cuerpo de él, en el movimiento repentino con el que se dejó caer, medio derrumbándose, y dejó que su boca se pegara al hombro de ella. Luego le dio un tirón hacia delante, hasta que su cuerpo envuelto en el pálido camisón azul quedó tendido sobre sus rodillas; la sujetó con adusta violencia, como con odio hacia sus palabras y como si ésas fueran las palabras que más había querido oír.

Inclinó su rostro hacia el de ella, y ella oyó la pregunta que había aparecido una y otra vez en las noches de todo ese año, siempre arrancadas de él involuntariamente, siempre como una repentina ruptura que traicionaba su constante y secreta tortura:

—¿Quién fue tu primer hombre?

Ella se echó hacia atrás, intentando separarse de él, pero él la sujetó.

—No, Hank —dijo, su rostro tenso.

El breve y tenso movimiento de los labios de él era una sonrisa.

—Sé que no vas a responder, pero no dejaré de preguntar..., porque *eso* es lo que nunca voy a aceptar.

—Pregúntate por qué no vas a aceptarlo.

Él respondió, moviendo la mano lentamente de sus pechos a sus rodillas, como si estuviera recalcando su propiedad, y odiando hacerlo:

—Porque... las cosas que me has permitido hacer... no creí que pudieras, nunca, ni siquiera por mí..., pero saber que las hiciste, y más: que habías permitido que otro hombre, que lo habías querido, que...

—¿Entiendes lo que estás diciendo? Que nunca has aceptado que yo te desee, tampoco... nunca has aceptado que yo *debería* desearte, exactamente igual que debería haberlo deseado a él, en el pasado.

En voz baja, él dijo:

—Eso es verdad.

Se apartó de él con un movimiento brusco y retorcido, se puso de pie, pero se quedó mirándolo con una sonrisa insinuante, y dijo suavemente:

—¿Sabes cuál es tu única culpa, tu verdadera culpa? Con la mayor capacidad que tienes para hacerlo, nunca has aprendido a disfrutar. Siempre has rechazado tu propio placer con demasiada facilidad. Has estado dispuesto a aguantar demasiado.

—Él también dijo eso.

—¿Quién?

—Francisco d’Anconia.

Él se preguntó por qué tuvo la impresión de que ese nombre la había sorprendido y de que ella contestó un instante demasiado tarde.

—¿Él te dijo eso a ti?

—Estábamos hablando de un tema totalmente diferente.

Un momento después, ella dijo con calma:

—Te vi hablando con él. ¿Cuál de vosotros estaba insultando al otro esta vez?

—No estábamos haciendo eso... Dagny, ¿qué piensas de él?

—Creo que lo ha hecho a propósito, esa destrucción que nos espera mañana.

—Sé que lo ha hecho. Aun así, ¿qué piensas de él como persona?

—No lo sé. Debería pensar que es la persona más depravada que he conocido.

—¿Deberías? Pero ¿no lo haces?

—No. No puedo forzarme del todo a sentirme segura de eso.

Él sonrió.

—Eso es lo extraño de él —dijo Hank—. Sé que es un mentiroso, un holgazán, un *playboy* barato, el desperdicio más brutalmente irresponsable de ser humano que jamás imaginé que existiera. Sin embargo, cuando lo miro, siento que él es el hombre a quien confiaría mi vida, si es que alguna vez hubo alguno.

Ella ahogó un grito.

—Hank, ¿estás diciendo que te gusta?

—Estoy diciendo que no sabía lo que significaba que te gustara un hombre, no sabía cuánto lo extrañaba... hasta que lo conocí.

—¡Por Dios, Hank, has dejado que te conquiste!

—Sí, creo que sí. —Sonrió—. ¿Por qué te asusta eso?

—Porque... porque creo que te va a lastimar de alguna manera terrible, y cuanto más veas en él, más difícil será soportarlo..., y te llevará mucho tiempo superarlo, si es que lo consigues... Siento que debería prevenirte contra él, pero no puedo, porque no estoy segura de nada sobre él, ni siquiera de si es el hombre más grande o el más rastrero de la Tierra.

—Yo no estoy seguro de nada sobre él, excepto de que me gusta.

Pero piensa en lo que ha hecho. No es a Jim y a Boyle a quienes ha perjudicado, es a ti y a mí, a Ken Danagger y al resto de nosotros, porque la pandilla de Jim simplemente se desquitará con nosotros, y va a ser otro desastre, como el incendio de Wyatt.

—Sí..., sí, como el incendio de Wyatt. Pero, sabes, no creo que me importe mucho eso. ¿Qué significa un desastre más? Todo se está yendo al traste, es sólo cuestión de si va un poco más rápido o un poco más lento, todo lo que nos queda por delante es mantener el barco a flote mientras podamos, y luego hundirnos con él.

—¿Es ésa su excusa para sí mismo? ¿Es eso lo que te ha hecho sentir?

—No. ¡Oh, no! Ésa es la sensación que pierdo cuando hablo con él. Lo extraño es lo que él me hace sentir.

—¿Qué?

—Esperanza.

Ella asintió, con un asombro impotente, sabiendo que ella había sentido eso también.

—No sé por qué —dijo él—. Pero miro a las personas y parecen estar hechas sólo de dolor. Él no. Tú no. Esa terrible desesperación que está por todo nuestro alrededor, yo la pierdo sólo en su presencia. Y aquí. En ningún otro lugar.

Ella se volvió hacia él y se deslizó para sentarse a sus pies, presionando la cara contra sus rodillas.

—Hank, todavía tenemos tanto por delante..., y tenemos tanto ahora mismo...

Él miró la silueta de seda azul pálida acurrucada contra el negro de sus ropas, se inclinó hacia ella, y dijo en voz baja:

—Dagny..., las cosas que te dije esa mañana en casa de Ellis Wyatt..., creo que me estaba mintiendo a mí mismo.

—Lo sé.

A través de una llovizna gris, el calendario sobre los tejados decía «3 de septiembre», y un reloj en otra torre decía «10.40», mientras Rearden regresaba al Hotel Wayne-Falkland. La radio del taxi estaba escupiendo los estridentes sonidos de una voz con tono de pánico que anunciaba la quiebra de d'Anconia Copper.

Rearden se recostó abatido contra el asiento: el desastre parecía no ser más que una vieja noticia de hacía mucho tiempo. No sentía nada, excepto una incómoda sensación de desajuste al encontrarse por las madrugadoras calles vestido con ropa de noche. No sentía ningún deseo de regresar desde el mundo que había dejado al mundo que veía pasar por las ventanas del taxi bajo la llovizna.

Giró la llave en la puerta de su suite del hotel, esperando volver a un escritorio lo más rápido posible y no tener que ver nada a su alrededor.

A su consciencia llegaron a la vez la mesa del desayuno..., la puerta de su habitación, abierta para ver una cama en la que alguien había dormido..., y la voz de Lillian diciendo:

—Buenos días, Henry.

Estaba sentada en un sillón, con el traje que había llevado el día anterior, sin la chaqueta ni el sombrero; su blusa blanca parecía recién planchada. Había restos de un desayuno en la mesa. Estaba fumando un cigarrillo, con el aire y la postura de una larga y paciente vigilia.

Mientras él seguía quieto, ella se tomó su tiempo para cruzar las piernas y sentarse más cómodamente. Luego, preguntó:

—¿No vas a decir nada, Henry?

Él estaba de pie como un hombre en uniforme militar en algún evento oficial en el que no se permitiera exhibir emociones.

—Eres tú la que tienes que hablar.

—¿No vas a tratar de justificarte?

—No.

—¿No vas a empezar a suplicar que te perdone?

—No hay razón para que me perdones. No tengo nada que añadir. Sabes la verdad. Ahora depende de ti.

Ella se rio entre dientes, estirándose, frotándose los omóplatos contra el respaldo de la silla.

—¿No esperabas que te descubrieran, tarde o temprano? —preguntó —. Si un hombre como tú permanece casto como un monje durante más de un año, ¿no pensaste que yo podría empezar a sospechar la razón? Es gracioso, sin embargo, que ese famoso cerebro tuyo no haya impedido que te pillaran con tanta facilidad. —Señaló la habitación y la mesa del desayuno—. Yo estaba segura de que no ibas a volver aquí anoche. Y no fue difícil ni caro en absoluto enterarme por un empleado del hotel, esta mañana, que no has pasado ni una noche en estas habitaciones durante el último año.

Él no dijo nada.

—¡El hombre de acero inoxidable! —Ella se rio—. ¡El hombre de logros y de honor que es mucho mejor que el resto de nosotros! ¿Baila en el coro o es una manicurista en una peluquería exclusiva patrocinada por millonarios?

Él permaneció en silencio.

—¿Quién es ella, Henry?

—No voy a responder a eso.

—Quiero saberlo.

—No vas a saberlo.

—¿No crees que es ridículo, tú haciendo el papel de caballero protegiendo el nombre de la dama..., o de cualquier tipo de caballero, de ahora en adelante? ¿Quién es ella?

—He dicho que no voy a responder.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que da igual. Sólo hay un tipo estándar para el mismo objetivo estándar. Siempre he sabido que bajo ese aire ascético tuyo eras un simple y crudo sensualista que no buscaba nada de una mujer excepto una satisfacción animal que yo me enorgullezco de no haberte dado. Sabía que el sentido del honor del que alardeabas se vendría abajo algún día y serías atraído por el tipo de mujer más rastrero y más barato, como cualquier otro marido infiel. —Se rio entre dientes—. Esa gran admiradora tuya, la señorita Dagny Taggart, estaba furiosa conmigo por el mero indicio de una sugerencia de que su héroe no era tan puro como su raíl inoxidable y no corrosivo. Y ella fue lo suficientemente ingenua como para imaginar que yo podría sospechar que ella es el tipo que los hombres encuentran atractiva para una relación en la que lo que buscan *no* es precisamente la inteligencia. Yo sabía cuál era tu verdadera naturaleza y tus inclinaciones. ¿No? —Él no dijo nada—. ¿Sabes lo que pienso de ti ahora?

—Tienes derecho a condenarme de cualquier forma que desees.

Ella rio.

—¡El gran hombre que tanto despreciaba, en los negocios, a los debiluchos que tomaban atajos o se quedaban a medio camino, porque no podían igualar su fuerza de carácter y su firmeza de propósito! ¿Cómo te sientes sobre eso ahora?

—Mis sentimientos no tienen por qué preocuparte. Tienes derecho a decidir lo que quieres que haga. Accederé a cualquier demanda que hagas, excepto una: no me pidas que la deje.

—¡Oh, no te pediría que la dejases! No esperaría que cambiaras tu naturaleza. ¡Ése es tu verdadero nivel, bajo toda esa grandeza que te has montado de un caballero de la industria que se elevó por puro genio desde el fondo de las minas a las mesas de alta alcurnia y corbatas blancas! Te queda bien, esa corbata blanca, ¡volviendo a casa a las once de la mañana! ¡Nunca saliste de las minas, ahí es donde pertenecéis —todos vosotros, los

autodenominados príncipes de la caja registradora—, en el salón de la esquina el sábado por la noche, con los viajantes de ventas y las chicas del cabaret!

—¿Quieres divorciarte de mí?

—Oh, ¡cómo te gustaría eso! ¡Qué buen arreglo sería eso para ti! ¿No supones que sé que has querido divorciarte desde el primer mes de nuestro matrimonio?

—Si eso es lo que pensabas, ¿por qué seguiste conmigo?

Ella respondió severamente:

—Es una pregunta que has perdido el derecho a hacer.

—Eso es verdad —dijo él, pensando que sólo una razón concebible, su amor por él, podría justificar esa respuesta.

—No. No voy a divorciarme de ti. ¿Supones que permitiré que tu romance con una zorra me prive de mi hogar, de mi nombre, de mi posición social? Conservaré las partes de mi vida que pueda, lo que no se base en algo tan endeble como tu fidelidad. No tengas duda de eso: nunca te concederé el divorcio. Te guste o no, estás casado, y casado seguirás.

—Lo haré, si eso es lo que deseas.

—Y, además, no consideraré..., por cierto, ¿por qué no te sientas?

Él siguió de pie.

—Por favor, di lo que tengas que decir.

—No consideraré ningún divorcio no oficial, como una separación. Puedes continuar tu idilio amoroso en los túneles del metro y en los sótanos, donde pertenece, pero, ante los ojos del mundo, espero que recuerdes que yo soy la señora de Henry Rearden. Siempre has proclamado una devoción tan exagerada a la honestidad... Ahora déjame verte condenado a la vida del hipócrita que realmente eres. Espero que mantengas tu residencia en la casa que es oficialmente tuya, pero que ahora será mía.

—Si eso es lo que quieres.

Se reclinó hacia atrás cómodamente, en forma de desaliñada relajación, con las piernas separadas y los brazos descansando en dos estrictas líneas paralelas sobre los brazos del sillón, como un juez que puede permitirse ser descuidado.

—¿Divorcio? —dijo, riendo fríamente—. ¿Creíste que podrías escapar tan fácilmente? ¿Creíste que podrías resolverlo al precio de unos cuantos de tus millones tirados como pensión alimenticia? Estás tan acostumbrado a

comprar lo que te apetece sólo usando tus dólares que no puedes concebir cosas que no sean comerciales, que no sean negociables, que no estén sujetas a ningún tipo de comercio. Eres incapaz de creer que pueda existir una persona que no sienta ninguna preocupación por el dinero. No puedes imaginar lo que eso significa. Bueno, creo que vas a aprender. Oh, sí, por supuesto que estarás de acuerdo con cualquier demanda que yo haga de ahora en adelante. Quiero que te sientes en esa oficina de la que estás tan orgulloso, en esos preciosos altos hornos tuyos, y que hagas el papel del héroe que trabaja dieciocho horas diarias, del gigante de la industria que mantiene a todo el país funcionando, del genio que está por encima del rebaño común que es la humanidad que lloriquea, que miente, que estafa. Luego, quiero que vuelvas a casa y encares a la única persona que te conoce por lo que realmente eres, que conoce el verdadero valor de tu palabra, de tu honor, de tu integridad, de tu alardeada autoestima. Quiero que encares, en tu propia casa, a la persona que te desprecia y tiene derecho a hacerlo. Quiero que me mires cada vez que construyas otro horno, o cuando viertas otra colada récord de acero, o cuando oigas aplausos y recibas admiración, cada vez que te sientas orgulloso de ti mismo, cuando te sientas limpio, cuando te sientas borracho de sentir tu propia grandeza. Quiero que me mires cada vez que oigas hablar de algún acto de depravación, o cuando sientas enojo por la corrupción humana, o sientas desprecio por la faena que te haga alguien, o seas víctima de una nueva extorsión gubernamental..., que mires y sepas que tú no eres mejor, que no eres superior a nadie, que no hay nada que tengas derecho a condenar. Quiero que me mires y aprendas el destino del hombre que intentó construir una torre hasta el cielo, o el del hombre que quiso llegar al Sol con alas de cera..., o el de ti mismo, ¡el hombre que quiso considerarse a sí mismo perfecto!

En algún lugar fuera de él, distante, como si lo estuviera leyendo en un cerebro que no era el suyo, observó la idea de que había algún fallo en el esquema del castigo que ella quería que él soportara, algo intrínsecamente errado, aparte de que fuera apropiado o justo, algún error de cálculo práctico que lo demolería todo si se descubriera. No intentó descubrirlo. Anotó el pensamiento de ese momento, como si fuera una curiosidad, para analizarlo más adelante. No le quedaba energía en ese momento con la que sentir interés o responder.

Su propio cerebro estaba entumecido por el esfuerzo de mantener lo que quedaba de su sentido de justicia contra una oleada de repulsión tan abrumadora que empantanaba la forma humana de Lillian, superando todas sus súplicas a sí mismo de que él no tenía derecho a sentirlo. Si ella era repugnante, pensó, era él quien la había llevado a eso; ésa era su forma de lidiar con el dolor, nadie podía prescribir la forma en que un ser humano trata de aguantar el sufrimiento, nadie podía echarle la culpa..., sobre todo, no él, que era quien lo había causado. Pero no vio evidencia de dolor en los modales de ella. Entonces, tal vez la fealdad fuese el único medio que ella podía invocar para ocultarlo, pensó. Luego, no pensó en nada, excepto en soportar la repugnancia durante el siguiente momento, y, después, el siguiente.

Cuando ella dejó de hablar, él preguntó:

—¿Has terminado?

—Sí, creo que sí.

—Entonces será mejor que tomes el tren a casa ahora.

Cuando emprendió los movimientos necesarios para quitarse la ropa de noche, descubrió que sus músculos estaban exhaustos, como al final de un largo día de trabajo físico. Su camisa almidonada estaba empapada de sudor. No quedaba ni pensamiento ni emoción dentro de él, nada excepto una sensación que fusionaba los restos de ambos, la sensación de felicitación por la mayor victoria que él se había exigido jamás: que Lillian había salido de la suite del hotel con vida.

Al entrar en la oficina de Rearden, el doctor Floyd Ferris lucía la expresión de un hombre tan seguro del éxito de su objetivo que podía permitirse una sonrisa benévola. Hablaba con un aplomo suave y alegre; Rearden tuvo la impresión de que era el aplomo de un jugador profesional que ha dedicado un enorme esfuerzo a memorizar todas las variaciones posibles del patrón de juego, y que ahora está seguro de que todas las cartas del mazo están marcadas.

—Bueno, señor Rearden —dijo, a modo de saludo—, no me imaginé que incluso un sabueso endurecido en las relaciones públicas y que tantas manos famosas ha estrechado, como yo, todavía podría emocionarse al

conocer a un hombre eminente, pero eso es lo que siento en este momento, lo crea o no.

—Buenos días —dijo Rearden.

El doctor Ferris se sentó e hizo algunos comentarios sobre los colores de las hojas en el mes de octubre, como había observado a lo largo de la carretera en su largo viaje desde Washington, realizado específicamente con el objetivo de encontrarse con el señor Rearden en persona. Rearden no dijo nada. El doctor Ferris miró por la ventana y comentó sobre la vista inspiradora de la fundición de Rearden que, según él, era una de las empresas productivas más valiosas del país.

—Eso no es lo que usted pensaba de mi producto hace un año y medio —dijo Rearden.

El doctor Ferris frunció el ceño brevemente, como si un punto del patrón se hubiera deslizado y casi le hubiera costado el juego; luego, se rio entre dientes, como si lo hubiera recapturado.

—Eso fue hace un año y medio, señor Rearden —dijo llanamente—. Los tiempos cambian, y las personas cambian con los tiempos; las personas sabias lo hacen. La sabiduría está en saber cuándo recordar y cuándo olvidar. La consistencia no es un hábito mental que sea sabio practicar, ni siquiera esperar de la raza humana.

Luego procedió a hablar sobre la insensatez de la consistencia en un mundo donde nada era absoluto, excepto el principio de hacer concesiones. Hablaba con seriedad, pero de manera informal, como si ambos entendieran que ése no era el tema principal de su reunión; y sin embargo, curiosamente, no hablaba con el tono de un prólogo, sino con el tono de una posdata, como si el tema principal ya hubiese quedado zanjado mucho tiempo atrás.

Rearden esperó el primer «¿no cree?», y respondió:

—Por favor, indique el asunto urgente por el que usted pidió esta cita.

El doctor Ferris pareció asombrado, y se quedó en blanco durante un momento; luego, dijo alegremente, como si recordara un tema sin importancia que podía ser resuelto sin esfuerzo:

—¿Ah, eso? Eso era en relación a las fechas de entrega del Metal Rearden al Instituto Estatal de Ciencias. Nos gustaría tener cinco mil toneladas para el primero de diciembre, y luego estaremos bastante de acuerdo con esperar el resto del pedido hasta después de primeros de año.

Rearden se quedó mirándolo en silencio durante un largo rato; cada momento que pasaba tenía el efecto de hacer que las alegres entonaciones de la voz del doctor Ferris, que aún colgaban en el aire de la sala, parecieran más ridículas. Cuando el doctor Ferris comenzó a temer que no respondería en absoluto, Rearden respondió:

—¿No le ha dado el policía de tránsito con polainas de cuero, el que le mandó aquí, un informe sobre su conversación conmigo?

—Bueno, sí, señor Rearden, pero...

—¿Qué más quiere oír?

—Pero eso fue hace cinco meses, señor Rearden. Un cierto evento ha tenido lugar desde entonces, que me hace sentirme seguro de que usted ha cambiado de opinión y que no nos causará ningún problema en absoluto, igual que nosotros no le causaremos problemas a usted.

—¿Qué evento?

—Un evento del cual usted tiene mucho más conocimiento que yo, pero del cual, sabe, yo sí tengo conocimiento, a pesar de que usted preferiría que no tuviera ninguno.

—¿Qué evento?

—Ya que es su secreto, señor Rearden, ¿por qué no deja que siga siendo un secreto? ¿Quién no tiene secretos hoy día? Por ejemplo, el Proyecto X es un secreto. Usted se da cuenta, por supuesto, de que podríamos obtener su metal simplemente comprándolo en cantidades más pequeñas a través de varias oficinas gubernamentales que luego nos lo transferirían, y usted no tendría cómo evitarlo. Pero eso requeriría que dejáramos a un montón de asquerosos burócratas... —el doctor Ferris sonrió con franqueza desalentadora—, oh, sí, somos tan impopulares entre nosotros como lo somos para ustedes, los ciudadanos privados..., requeriría, decía, dejar que muchos otros burócratas se enterasen del secreto del Proyecto X, lo cual sería altamente desaconsejable en este momento. Y también lo sería cualquier publicidad en los periódicos sobre el Proyecto..., si es que le llevamos a usted a juicio por negarse a cumplir una orden del gobierno. Pero, si usted tuviera que ser juzgado por otro cargo, mucho más grave, en el que el Proyecto X y el Instituto Estatal de Ciencias no estuvieran involucrados, y en el que usted no pudiese plantear ninguna cuestión de principio ni generar ninguna simpatía pública..., bueno, eso no nos molestaría en absoluto, pero le costaría a usted mucho más de lo que le

gustaría. Por lo tanto, lo único práctico que usted puede hacer es ayudarnos a mantener nuestro secreto y ayudarnos a nosotros a mantener el suyo, y, como estoy seguro de que se da cuenta, estamos totalmente capacitados para mantener a cualquiera de los burócratas con toda seguridad fuera de su rastro todo el tiempo que queramos.

—¿Qué evento, qué secreto y qué rastro?

—¡Oh, vamos, señor Rearden, no sea infantil! Las cuatro mil toneladas de Metal Rearden que usted le entregó a Ken Danagger, por supuesto —dijo el doctor Ferris a la ligera.

Rearden no respondió.

—Las cuestiones de principios son un gran estorbo —dijo el doctor Ferris, sonriendo—, y una gran pérdida de tiempo para todos los afectados. Ahora, ¿quiere usted ser un mártir por una cuestión de principios en la que nadie sabrá que eso es lo que usted es..., nadie excepto usted y yo, en la que no tendrá posibilidad de decir ni una palabra sobre la cuestión o el principio..., en la que no será un héroe, el creador de un espectacular nuevo metal, plantándole cara a enemigos cuyas acciones podrían parecer más bien lamentables a ojos del público..., en la que usted no será un héroe, sino un vulgar criminal, un empresario codicioso que ha burlado la ley por un simple motivo de lucro, un estafador del mercado negro que ha infringido las regulaciones nacionales diseñadas para proteger el bien común..., un héroe sin gloria y sin público, que no conseguirá más que media columna en la página cinco del periódico? Ahora, ¿seguiría queriendo usted ser ese tipo de mártir? Porque ésa es exactamente la cuestión ahora: o nos deja disponer de ese metal o va a la cárcel diez años y se lleva consigo a su amigo Danagger también.

Como biólogo, al doctor Ferris siempre le había fascinado la teoría de que los animales tienen la capacidad de oler el miedo; había tratado de desarrollar una capacidad similar en sí mismo. Al observar a Rearden, llegó a la conclusión de que el hombre hacía mucho tiempo que había decidido rendirse, porque no detectó ningún rastro de miedo.

—¿Quién fue su informante? —preguntó Rearden.

—Uno de sus amigos, señor Rearden. El propietario de una mina de cobre en Arizona, él nos informó de que usted compró una cantidad adicional de cobre el mes pasado, por encima del tonelaje regular requerido para la cuota mensual de Metal Rearden que la ley le permite producir. El

cobre es uno de los ingredientes del Metal Rearden, ¿no es así? Ésa era toda la información que necesitábamos. El resto fue fácil de rastrear. No debe culpar demasiado al dueño de la mina. Los productores de cobre, como usted sabe, están siendo presionados de tan mala manera ahora que el hombre tuvo que ofrecer algo de valor para obtener un favor, una decisión de «necesidad de emergencia» que suspendió algunas de las directivas en su caso y le dio un pequeño respiro. La persona con quien intercambió su información sabía dónde tendría el mayor valor, así que me la pasó a mí a cambio de ciertos favores que necesitaba. De modo que toda la evidencia necesaria, igual que los próximos diez años de su vida, están ahora en mi poder, y yo le estoy ofreciendo un trato. Estoy seguro de que no se opondrá, porque hacer tratos de negocios es su especialidad. La forma puede ser un poco diferente a lo que era en su juventud..., pero usted es un comerciante listo, siempre ha sabido cómo aprovechar las condiciones cambiantes, y éstas son las condiciones de nuestros días, así que no debería ser difícil que usted viese dónde están sus intereses y que actuase en consecuencia.

Rearden dijo con calma:

—En mi juventud eso se llamaba chantaje.

El doctor Ferris sonrió.

—Eso es lo que es, señor Rearden. Hemos entrado en una era mucho más realista.

Pero había una diferencia curiosa, pensó Rearden, entre las maneras de un simple chantajista y las del doctor Ferris. Un chantajista mostraría señales de deleitarse con el pecado de su víctima y de reconocer su maldad, insinuaría una amenaza para la víctima y una sensación de peligro para ambos. El doctor Ferris no transmitía nada de eso. Su actitud era la de quien está tratando con lo normal y lo natural; sugería una sensación de seguridad, y no tenía ningún tono de condena, sino un indicio de camaradería, una camaradería basada, para ambos, en el autodesprecio. La sensación repentina que hizo que Rearden se inclinara hacia delante en una postura de atenta atención fue la sensación de que estaba a punto de descubrir otro paso a lo largo del sendero que había medio vislumbrado.

Al ver la mirada de interés de Rearden, el doctor Ferris sonrió y se felicitó por haber dado en el clavo. El juego estaba claro para él ahora, las cosas estaban saliendo exactamente como él esperaba; algunos hombres,

pensó el doctor Ferris, harían cualquier cosa siempre y cuando esa cosa no fuese nombrada, pero ese hombre quería franqueza, era el tenaz realista que había esperado encontrar.

—Usted es un hombre práctico, señor Rearden —dijo el doctor Ferris amablemente—. No puedo entender por qué querría seguir en el pasado. ¿Por qué no se adapta y hace el juego correcto? Usted es más listo que la mayoría de ellos. Usted es una persona valiosa, hemos querido tenerle durante mucho tiempo, y, cuando oí que estaba alternando con Jim Taggart, supe que podría ser nuestro. No pierda el tiempo con Jim Taggart, él no es nada, no es más que carne de cañón. Entre en el juego de los peces gordos. Nosotros podemos usarle, y usted puede usarnos a nosotros. ¿Quiere que frenemos a Orren Boyle para usted? Le ha dado un vapuleo terrible, ¿quiere que le bajemos los humos un poco? Se puede hacer. ¿O quiere que mantengamos a Ken Danagger a raya? Mire lo poco práctico que usted ha sido con eso. Sé por qué usted le vendió el metal, es porque usted lo necesitaba para conseguir carbón de él. Así que se arriesga a ir a la cárcel y pagar multas enormes, sólo para mantenerse en el lado bueno de Ken Danagger. ¿Usted llama a eso un buen negocio? Ahora, haga un trato con nosotros y deje que el señor Danagger entienda que si él no pasa por el aro, entonces *él* irá a la cárcel, pero *usted* no, porque usted tiene amigos que él no tiene..., y nunca tendrá que preocuparse por su suministro de carbón a partir de ese momento. Ahora, *ésa* es la forma moderna de hacer negocios. Pregúntese a sí mismo cuál de esas formas es más práctica. Independientemente de lo que cualquiera haya dicho de usted, nadie ha negado jamás que usted sea un gran hombre de negocios y un obstinado realista.

—Eso es lo que soy —dijo Rearden.

—Eso es lo que yo pensé —dijo el doctor Ferris—. Usted se hizo rico en una época en la que la mayoría de los hombres se estaban arruinando, siempre se las arregló para derribar obstáculos, para mantener sus altos hornos funcionando y ganar dinero, ésa es su reputación; así que no querría ser poco práctico ahora, ¿verdad? ¿Para qué? ¿Qué le importa, siempre y cuando gane dinero? Deje las teorías para gente como Bertram Scudder, y los ideales para gente como Balph Eubank, y sea usted mismo. Vuelva a poner los pies en la tierra. Usted no es el hombre que dejaría que una emoción interfiriera con los negocios.

—No —dijo Rearden lentamente—, no lo haría. Ningún tipo de emoción.

El doctor Ferris sonrió.

—¿No cree que lo sabíamos? —dijo, su tono sugiriendo que estaba luciendo su melena de charol para impresionar a un camarada delincuente mostrando una astucia superior—. Hemos esperado mucho tiempo para conseguir algo sobre usted. Ustedes, los hombres honestos, son un problema y un gran dolor de cabeza. Pero sabíamos que cometería un desliz tarde o temprano, y eso es justo lo que queríamos.

—Usted parece estar contento por eso.

—¿No tengo una buena razón para estarlo?

—Pero, después de todo, yo he violado una de sus leyes.

—Bueno, y ¿para qué cree que son?

El doctor Ferris no notó la repentina expresión en la cara de Rearden, la expresión de un hombre alcanzado por la primera visión de lo que había estado intentando ver. El doctor Ferris había pasado la etapa de ver; estaba concentrado en asestarle los últimos golpes a un animal atrapado en una trampa.

—¿Realmente pensaba usted que queremos que esas leyes se cumplan? —dijo el doctor Ferris—. *Queremos* que se violen. A ver si entiende de una vez que no es un montón de *boy scouts* a lo que usted se enfrenta, y entonces sabrá que ésta no es la era de los hermosos gestos. Vamos a por el poder, y lo decimos en serio. Ustedes eran aficionados, pero nosotros conocemos el verdadero truco, y será mejor que lo entiendan. No hay manera de gobernar a hombres inocentes. El único poder que tiene cualquier gobierno es el poder de aplastar a los delincuentes. Bueno, pues cuando no hay suficientes delincuentes, uno los *crea*. Uno declara que tantas cosas son un delito que resulta imposible que los hombres vivan sin violar las leyes. ¿Quién quiere una nación de ciudadanos que respetan la ley? ¿Qué tiene cualquiera que ganar con eso? Pero, aprueba el tipo de leyes que no pueden ser obedecidas ni implementadas ni interpretadas objetivamente, y entonces creas una nación de infractores de la ley, y luego te aprovechas de la culpa. Bueno, ése es el sistema, señor Rearden, ése es el juego, y una vez que lo entienda, usted será mucho más fácil de manejar.

Al ver cómo el doctor Ferris lo miraba, Rearden vio la repentina contracción de ansiedad, la expresión que precede al pánico, como si una carta sin marcar hubiera caído sobre la mesa desde un mazo que el doctor Ferris nunca había visto antes.

Lo que el doctor Ferris estaba viendo en la cara de Rearden era la expresión de luminosa serenidad que proviene de encontrar una respuesta repentina a un viejo y lúgubre problema, una expresión de relajación y entusiasmo a la vez; había una claridad juvenil en los ojos de Rearden y la más leve insinuación de desdén en la línea de su boca. Independientemente de lo que eso significara —y el doctor Ferris no pudo descifrarlo—, él estaba seguro de una cosa: la cara no mostraba ninguna señal de culpa.

—Hay un fallo en su sistema, doctor Ferris —dijo Rearden en voz baja, casi superficialmente—, un fallo práctico que descubrirá cuando me lleve a juicio por vender cuatro mil toneladas de Metal Rearden a Ken Danagger.

Le tomó veinte segundos —Rearden pudo sentirlos pasar lentamente —, al final de los cuales el doctor Ferris llegó a convencerse de que había oído la decisión final de Rearden.

—¿Cree que estamos faroleando? —espetó el doctor Ferris; su voz repentinamente tenía la cualidad de los animales que había pasado tanto tiempo estudiando: sonaba como si estuviera enseñando los dientes.

—No sé —dijo Rearden—. Y, sea como sea, no me importa.

—¿Va usted a ser tan poco práctico como eso?

—La evaluación de una acción como «práctica», doctor Ferris, depende de qué es lo que uno desee practicar.

—¿No ha puesto usted siempre su propio interés por encima de todo lo demás?

—Eso es lo que estoy haciendo ahora mismo.

—Si cree que vamos a dejarle salirse con la suya con un...

—Ahora, por favor, lárguese de aquí.

—¿A quién cree que está engañando? —La voz del doctor Ferris había ascendido hasta casi convertirse en un grito—. ¡El día de los barones de la industria ya pasó! Usted tiene los activos, pero nosotros lo tenemos a *usted*, tenemos la sartén por el mango, y usted va a bailar a nuestro ritmo o de lo contrario...

Rearden había presionado un botón; la señorita Ives entró en el despacho.

—El doctor Ferris está confuso y se ha extraviado, señorita Ives —dijo Rearden—. ¿Lo acompaña a la salida, por favor? —Se volvió hacia Ferris —. La señorita Ives es una mujer, pesa unos cincuenta kilos, y no tiene ninguna cualificación práctica en absoluto, sólo una eficiencia intelectual superlativa. Nunca serviría como portero en una taberna, sólo en un lugar poco práctico, como en una fábrica.

La señorita Ives parecía estar cumpliendo con un deber sin mayor significado emocional que tomar un dictado sobre una lista de facturas comerciales. De pie, erguida con la disciplina de una formalidad helada, mantuvo la puerta abierta, dejó que el doctor Ferris cruzara la habitación y ella salió primero; el doctor Ferris la siguió.

Regresó unos minutos más tarde, riendo con un júbilo incontrolable.

—Señor Rearden —preguntó, riéndose de su miedo, de él, del peligro para ellos, de todo, excepto del triunfo del momento—, ¿qué es lo que está usted haciendo?

Él se sentó en una postura que nunca se había permitido antes, una postura que había criticado por considerarla el símbolo más vulgar del hombre de negocios; se reclinó en su sillón, con los pies sobre su escritorio, y a ella le pareció que la postura tenía un aire de peculiar nobleza, que no era la pose de un ejecutivo cursi, sino de un joven cruzado.

—Creo que estoy descubriendo un nuevo continente, Gwen —respondió alegremente—. Un continente que debería haber sido descubierto a la vez que los Estados Unidos, pero no lo fue.

—Tengo que hablarte de esto *a ti* —dijo Eddie Willers, mirando al trabajador al otro lado de la mesa—. No sé por qué me ayuda, pero lo hace, sólo el saber que me estás oyendo.

Era tarde y las luces de la cafetería subterránea estaban bajas, pero Eddie Willers podía ver los ojos del trabajador mirándolo fijamente.

—Me siento como si... como si ya no quedara gente ni lenguaje humano —dijo Eddie Willers—. Siento que, si yo estuviese gritando en medio de las calles, no habría nadie que me oyera... No, no es exactamente lo que siento, es esto: siento que alguien *está* gritando en medio de las

calles, pero que la gente está pasando y ningún sonido puede llegar a ellos, y no somos Hank Rearden o Ken Danagger o yo mismo quienes estamos gritando, y sin embargo, parece que somos los tres... ¿No ves que alguien debería haberse levantado para defenderlos, pero nadie lo ha hecho o lo hará? Rearden y Danagger fueron citados judicialmente esta mañana, por una venta ilegal de Metal Rearden. Irán a juicio el mes que viene. Yo estaba allí, en el tribunal de Filadelfia, cuando leyeron la acusación. Rearden estaba muy tranquilo, yo no paraba de pensar que estaba sonriendo, pero no lo estaba. Danagger estaba peor que calmado. No dijo ni una palabra, sólo estaba allí de pie, como si la habitación estuviera vacía... Los periódicos dicen que deberían meterlos a los dos en la cárcel... No..., no, no estoy temblando, estoy bien, estaré bien enseguida. Por eso no le he dicho ni una palabra a ella, yo tenía miedo de perder los nervios, y no quería ponerle las cosas más difíciles aún, sé cómo se siente ella... Oh, sí, *ella* me habló de eso, y no tembló, pero fue aún peor, ya sabes, el tipo de rigidez de cuando una persona actúa como si no sintiera nada en absoluto, y... Escucha, ¿te he dicho alguna vez que me gustas? Me gustas mucho, por el aspecto que tienes ahora. Tú nos escuchas. Tú entiendes... ¿Qué dijo ella? Fue extraño: no es por Hank Rearden por quien tiene miedo, es por Ken Danagger. Dijo que Rearden tendrá la fuerza para aguantarlo, pero Danagger no. No es que le falte la fuerza, pero se negará a aguantarlo. Ella..., ella está segura de que Ken Danagger será el próximo en irse. Se irá como Ellis Wyatt y todos esos otros. Abandonar y desaparecer... ¿Por qué? Bueno, ella cree que hay algo aquí como un cambio de énfasis, un énfasis económico y personal. En cuanto todo el peso del momento se desplaza a los hombros de un solo hombre, *él* es quien desaparece, como si le quitaran la base a una columna. Hace un año, nada peor le podría haber pasado al país que perder a Ellis Wyatt. Él es a quien perdimos. Desde entonces, dice ella, ha sido como si el centro de gravedad estuviese oscilando salvajemente —como en un barco de carga hundiéndose sin control— pasando de una industria a otra, de un hombre a otro. Cuando perdemos uno, otro se vuelve mucho más desesperadamente necesario, y él es a quien perdemos a continuación. Bueno, ¿qué podría ser un desastre mayor ahora que tener el suministro de carbón del país en manos de hombres como Boyle o Larkin? Y no queda nadie en la industria del carbón que valga mucho, excepto Ken Danagger. Así que ella dice que siente casi como si él fuera un hombre marcado, como

si hubiera sido iluminado por un foco en este momento, esperando ser derribado... ¿De qué te ríes? Puede parecer absurdo, pero creo que es cierto... ¿Qué?... ¡Oh, sí, desde luego que es una mujer lista! Y luego hay otra cosa que tener en cuenta, dice ella. Un hombre tiene que llegar a un cierto estado mental..., no ira o desesperación, sino algo mucho, mucho mayor que esas dos cosas, antes de poder ser derribado. Ella no sabe decir qué es, pero sabía, mucho antes del incendio, que Ellis Wyatt había llegado a esa etapa y que algo le sucedería. Cuando vio a Ken Danagger en la sala de audiencias hoy, dijo que él estaba listo para el destructor... Sí, ésas son las palabras que usó: estaba listo para el destructor. Sabes, ella no cree que esto esté pasando por casualidad o por accidente. Ella piensa que hay un sistema detrás, una intención, un hombre. Hay un destructor suelto en el país, que está cortando los contrafuertes uno tras otro para dejar que la estructura se derrumbe sobre nuestras cabezas. Una criatura despiadada movida por algún objetivo inconcebible. Ella dice que no le dejará llevarse a Ken Danagger. No para de repetir que debe detener a Danagger, quiere hablar con él, rogarle, suplicarle, revivir sea lo que sea que él esté perdiendo, armarlo contra el destructor, antes de que llegue el destructor. Ella está desesperadamente ansiosa por llegar a Danagger primero. Él se ha negado a ver a todo el mundo. Ha vuelto a Pittsburgh, a sus minas. Pero ella consiguió hablar con él por teléfono al final del día, y tiene una cita para verlo mañana por la tarde... Sí, irá a Pittsburgh mañana... Sí, tiene miedo por Danagger, muchísimo miedo... No. Ella no sabe nada sobre el destructor. No tiene ni idea de su identidad, ni evidencia de su existencia..., excepto el rastro de destrucción. Pero está segura de que existe... No, ella no puede adivinar su objetivo. Dice que nada en el mundo podría justificarlo. Hay momentos en que ella siente que le gustaría encontrarlo más que a cualquier otro hombre en el mundo, más que al inventor del motor. Dice que si encontrara al destructor, le dispararía al verlo, estaría dispuesta a dar su vida si primero pudiera quitarle la vida a él con sus propias manos... porque es la criatura más malvada que ha existido jamás, el hombre que está drenando los cerebros del mundo... Supongo que está llegando a ser demasiado para ella a veces..., incluso para ella. No creo que ella se permita saber lo cansada que está. El otro día llegué al trabajo muy temprano y la encontré dormida en el sofá de su oficina, con la luz aún encendida en su escritorio. Había estado allí toda la noche. Me quedé allí

mirándola. No la habría despertado aunque todo el maldito ferrocarril se hubiese hundido... ¿Cuando estaba durmiendo? Bueno, parecía una niña. Parecía como si estuviera segura de que se despertaría en un mundo donde nadie la lastimaría, como si no tuviera nada que ocultar o que temer. Eso es lo que era terrible: la inocente pureza de su rostro, con su cuerpo retorcido por el agotamiento, allí mismo donde se había desplomado. Parecía..., pero oye, ¿por qué me preguntas lo que parecía cuando estaba dormida...? Sí, tienes razón, ¿por qué hablo *yo* de eso? No debería. No sé qué me hizo pensar en eso... No me hagas caso. Estaré bien mañana. Supongo que es sólo que me ha impactado lo del tribunal. No paro de pensar: si hombres como Rearden y Danagger van a ser enviados a la cárcel, entonces ¿en qué clase de mundo estamos trabajando, y para qué? ¿Ya no queda justicia en el mundo? Yo fui lo suficientemente tonto como para decirle eso a un reportero cuando salíamos de la sala del tribunal, y él sólo se rio y dijo: «¿Quién es John Galt?»... Dime, ¿qué nos está pasando? ¿No queda ni un solo hombre de justicia? ¿No hay alguien que los defienda? Oh, ¿me oyes? ¿No hay alguien que los defienda?

—El señor Danagger estará libre en un momento, señorita Taggart. Tiene una visita en su oficina. ¿Puede disculparle, por favor? —dijo la secretaria.

Durante las dos horas de su vuelo a Pittsburgh, Dagny había sido incapaz de justificar su ansiedad o de ignorarla; no había ninguna razón para contar los minutos; sin embargo, ella había sentido un deseo ciego de darse prisa. La ansiedad desapareció cuando entró en la recepción de la oficina de Ken Danagger: había llegado a él, no había pasado nada que lo impidiera, se sentía segura, confiada y con una enorme sensación de alivio.

Las palabras de la secretaria acabaron con todo eso. Te estás convirtiendo en un cobarde, pensó Dagny, sintiendo una sacudida sin causa de temor infundado ante las palabras, fuera de toda proporción con su significado.

—Lo siento mucho, señorita Taggart. —Oyó la respetuosa y solícita voz de la secretaria y se dio cuenta de que se había quedado allí sin responder—. El señor Danagger estará con usted enseguida. ¿Quiere sentarse? —La voz expresaba una preocupación ansiosa por la impropiedad de hacerla esperar.

Dagny sonrió.

—Oh, no pasa nada.

Se sentó en un sillón de madera, frente a la mesa de la secretaria. Cogió un cigarrillo y se detuvo al preguntarse si tendría tiempo de terminarlo; entonces, esperando que no fuese así, lo encendió bruscamente.

Era un edificio antiguo con una estructura de madera, la sede de la gran Danagger Coal Company. En algún lugar en las colinas más allá de la ventana estaban los pozos donde Ken Danagger había trabajado una vez como minero. Nunca había movido su oficina lejos de los campos de carbón.

Ella podía ver las entradas a la mina cortadas en las laderas de las colinas, pequeños marcos de vigas de metal, que conducían a un inmenso reino subterráneo. Parecían precariamente modestas, perdidas en los violentos naranjas y rojos de las colinas. Bajo un intenso cielo azul, a la luz del sol de finales de octubre, el mar de hojas parecía un mar de fuego, como olas rompiendo para tragarse los frágiles postes de las puertas de la mina. Se estremeció y miró a otro lado: pensó en las hojas en llamas que se extendían sobre las colinas de Wisconsin, camino a Starnesville.

Se dio cuenta de que sólo una colilla quedaba del cigarrillo entre sus dedos. Encendió otro.

Cuando miró al reloj en la pared de la recepción, sorprendió a la secretaria mirando al mismo tiempo. Su cita era para las tres de la tarde; la esfera blanca decía: 3.12.

—Por favor, perdone, señorita Taggart —dijo la secretaria—. El señor Danagger acabará en cualquier momento. El señor Danagger es extremadamente puntual con sus citas. Por favor, créame que esto no tiene precedentes.

—Lo sé. —Ella sabía que Ken Danagger era tan rígidamente exacto acerca de su horario como lo era un horario de trenes, y que había llegado a cancelar una entrevista si un visitante se permitía llegar cinco minutos tarde.

La secretaria era una solterona de edad con unos modales estrictos: unos modales de serena cortesía que era impasible a cualquier sorpresa, igual que su impecable blusa blanca era impasible a una atmósfera llena de polvo de carbón. Dagny pensó que era extraño que una mujer endurecida y bien entrenada como ella pareciera estar nerviosa: no se ofreció a dar

conversación, estaba allí sentada, quieta, inclinada sobre unas hojas de papel sobre su escritorio. La mitad del cigarrillo de Dagny se había convertido en humo, y la mujer seguía allí sentada mirando la misma página.

Cuando levantó la cabeza para mirar el reloj, las agujas decían: 3.30.

—Sé que esto es inexcusable, señorita Taggart. —El tono de aprensión era evidente en su voz ahora—. No consigo entenderlo.

—¿Le importaría decirle al señor Danagger que yo estoy aquí?

—¡No puedo! —Fue casi un grito; ella vio la mirada de asombro de Dagny, y se sintió obligada a explicarlo—: El señor Danagger me llamó por el interfono de la oficina, y me dijo que no quería ser interrumpido bajo ninguna circunstancia ni por ningún motivo.

—¿Cuándo hizo eso?

La pausa del momento fue como un pequeño colchón de aire para la respuesta:

—Hace dos horas.

Dagny miró la puerta cerrada de la oficina de Danagger. Podía oír el sonido de una voz al otro lado de la puerta, pero tan débilmente que no tenía cómo decir si era la voz de un hombre o la conversación de dos; no podía distinguir las palabras o la calidad emocional del tono: era sólo una progresión de sonidos baja y constante que parecía normal y no transmitía el tono de voces elevadas.

—¿Cuánto tiempo ha estado el señor Danagger en reunión? —preguntó.

—Desde la una —dijo la secretaria con gravedad. Luego, agregó como disculpa—: fue una llamada no programada, o el señor Danagger nunca habría permitido que esto sucediera.

La puerta no estaba cerrada con llave, pensó Dagny; sintió un deseo irrazonable de abrirla de golpe y entrar —eran sólo unas cuantas tablas de madera y un pomo de bronce, requeriría sólo una pequeña contracción muscular de su brazo—, pero miró a otro lado, sabiendo que el poder de una orden civilizada y el derecho de Ken Danagger era una barrera más inexpugnable que cualquier cerradura.

Se encontró a sí misma mirando fijamente las colillas de sus cigarrillos en el cenicero a su lado, y se preguntó por qué le estaba produciendo una sensación de aprensión tan intensa. Entonces se dio cuenta de que estaba

pensando en Hugh Akston: le había escrito a su restaurante de Wyoming, pidiéndole que le dijera dónde había obtenido el cigarrillo con el signo de dólar; su carta había sido devuelta, con una inscripción postal para informarle que se había mudado sin dejar ninguna dirección de reenvío.

Se dijo a sí misma, enojada, que eso no tenía ninguna conexión con el momento presente y que tenía que controlar sus nervios. Pero su mano se extendió bruscamente para apretar el botón del cenicero y hacer que las colillas desaparecieran en su interior.

Cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron con la mirada de la secretaria, que estaba observándola.

—Lo siento, señorita Taggart. No sé qué hacer al respecto. —Fue una súplica abierta y desesperada—. No me atrevo a interrumpir.

Dagny preguntó lentamente, como una demanda, desafiando la etiqueta corporativa:

—¿Quién está con el señor Danagger?

—No lo sé, señorita Taggart. Nunca he visto al caballero antes. —Se dio cuenta de la repentina y fija quietud de los ojos de Dagny, y añadió—: Creo que es un amigo de la infancia del señor Danagger.

—¡Oh! —dijo Dagny, aliviada.

—Vino sin avisar y pidió ver al señor Danagger, y dijo que era una cita que el señor Danagger había hecho con él hacía cuarenta años.

—¿Qué edad tiene el señor Danagger?

—Cincuenta y dos —dijo la secretaria. Y, reflexivamente, en el tono de un comentario casual, agregó—: El señor Danagger empezó a trabajar a los doce años. —Después de otro silencio, añadió—: Lo extraño es que el visitante no parece ni siquiera tener cuarenta años. Parece ser un hombre de treinta y algunos.

—¿Dijo su nombre?

—No.

—¿Qué aspecto tiene?

La secretaria sonrió con súbita animación, como si estuviera a punto de hacer un cumplido entusiasta, pero la sonrisa se desvaneció bruscamente.

—No sé —respondió incómodamente—. Es difícil de describir. Tiene una cara extraña.

Habían permanecido en silencio durante mucho tiempo, y las manecillas del reloj estaban llegando a las 3.50 cuando el timbre sonó en la mesa de la secretaria, el timbre del despacho de Danagger, la señal de permiso para entrar.

Las dos se levantaron de un salto, y la secretaria se lanzó hacia delante, sonriendo aliviada, apresurándose a abrir la puerta.

Cuando entró en la oficina de Danagger, Dagny vio la puerta de la salida privada cerrándose detrás del visitante que la había precedido. Oyó el golpe de la puerta contra el marco, y el leve tintineo del panel de vidrio.

Ella vio al hombre que se acababa de ir, por su reflejo en el rostro de Ken Danagger. No era el rostro que ella había visto en la sala de audiencias, no era el rostro que ella había conocido durante años, un rostro de rigidez inmutable e insensible; era el rostro que un joven de veinte años debería esperar tener, pero no podría lograr, un rostro del que todas las señales de tensión habían sido borradas, de modo que las mejillas surcadas, la frente arrugada, el cabello canoso, como elementos reorganizados por un nuevo tema, formaban ahora una composición de esperanza, entusiasmo y serenidad sin culpa: el tema era liberación.

Él no se levantó cuando ella entró, parecía no haber regresado del todo a la realidad del momento y haberse olvidado de la rutina apropiada, pero le sonrió con una benevolencia tan simple que ella se encontró sonriendo en respuesta. Se sorprendió pensando que ésa era la forma como todo ser humano debía saludar a otro, y perdió su ansiedad, sintiéndose repentinamente segura de que todo estaba bien y de que nada que hubiera que temer podría existir.

—Cómo está usted, señorita Taggart —dijo—. Perdóneme, creo haberla hecho esperar. Siéntese, por favor. —Señaló la silla frente a su escritorio.

—No me importó esperar —dijo ella—. Le agradezco que me diese esta cita. Estaba extremadamente ansiosa por hablar con usted sobre un asunto importante y urgente.

Él se inclinó hacia delante sobre el escritorio, con una expresión de atenta concentración, como siempre hacía al oír mencionar un asunto importante de negocios, pero ella no estaba hablando con el hombre que conocía, éste era un extraño, y paró, insegura sobre los argumentos que había venido preparada a usar.

Él la miró en silencio, y luego dijo:

—Señorita Taggart, hace un día tan hermoso..., va a ser probablemente el último, este año. Hay una cosa que siempre quise hacer, pero nunca tuve tiempo de hacerla. Volvamos a Nueva York juntos y tomemos una de esas excursiones en barco alrededor de la isla de Manhattan. Echemos un último vistazo a la ciudad más grande del mundo.

Ella se quedó quieta, tratando de mantener sus ojos fijos para evitar que la oficina se tambaleara. Ése era el Ken Danagger que nunca había tenido un amigo personal, nunca se había casado, nunca había asistido a una obra de teatro o a una película, nunca le había permitido a nadie la impertinencia de quitarle su tiempo para cualquier asunto que no fuera negocios.

—Señor Danagger, vine aquí para hablarle de un asunto de importancia crucial para el futuro de su negocio y el mío. Vine a hablarle de su acusación.

—¿Oh, eso? No se preocupe por ello. No importa. Me voy a jubilar.

Ella se quedó quieta, sin sentir nada, preguntándose, aturdida, si era así lo que uno sentía al oír una sentencia de muerte que uno temía pero que nunca había creído posible.

Su primer movimiento fue una sacudida repentina de su cabeza hacia la puerta de salida privada; preguntó, en voz baja, su boca distorsionada por el odio:

—¿Quién era él?

Danagger se rio.

—Si ha adivinado hasta ese punto, debe haber adivinado que es una pregunta a la que no responderé.

—¡Oh, Dios, Ken Danagger! —gimió; sus palabras le hicieron darse cuenta de que la barrera de desesperanza, de silencio y de preguntas sin respuesta ya estaba erigida entre ellas; el odio había sido sólo un cable fino que la había sostenido por un momento, y ella se rompió con él—. ¡Oh, Dios!

—Te equivocas, muchacha —dijo él con suavidad—. Sé cómo te sientes, pero estás equivocada. —Luego, de manera más formal, como si recordara la manera correcta, como si todavía tratara de equilibrarse entre dos tipos de realidad, añadió—: Señorita Taggart, siento que usted tuviese que venir aquí justo después.

—Llegué demasiado tarde —dijo—. Eso es de lo que quise prevenirlo. Sabía que iba a pasar.

—¿Por qué?

—Estaba segura de que le alcanzaría a usted el próximo, quienquiera que fuese.

—¿Lo estaba? Es curioso. Yo no.

—Quería advertirle, para... para armarle contra él.

Él sonrió.

—Confíe en mi palabra, señorita Taggart, para que no se torture con arrepentimientos por haber llegado tarde: *eso* no habría sido posible hacerlo.

Ella sintió que con cada minuto que pasaba él se estaba alejando a una gran distancia donde ella no podría alcanzarlo, pero aún quedaba un delgado puente entre ellos, y tenía que darse prisa. Se inclinó hacia delante, y dijo en voz muy baja, la intensidad de la emoción tomando forma en la exagerada firmeza de su voz:

—¿Recuerda lo que usted pensaba y sentía, lo que era, hace tres horas? ¿Recuerda lo que sus minas significaban para usted? ¿Se acuerda de Taggart Transcontinental o Rearden Steel? En nombre de eso, ¿me responderá? ¿Me ayudará a entender?

—Responderé a todo lo que pueda.

—¿Ha decidido retirarse? ¿Renunciar a su negocio?

—Sí.

—¿No significa nada para usted ahora?

—Significa más para mí ahora que jamás significó antes.

—Pero ¿va a abandonarlo?

—Sí.

—¿Por qué?

—A eso no responderé.

—Usted, que adoraba su trabajo, que no respetaba nada más que el trabajo, que despreciaba todo tipo de falta de objetivo, de pasividad y de renuncia, ¿ha renunciado al tipo de vida que amaba?

—No. Acabo de descubrir cuánto la amo.

—Pero ¿pretende existir sin trabajo ni objetivo?

—¿Qué le hace pensar eso?

—¿Va a entrar en el negocio de la minería de carbón en algún otro lugar?

—No, no en el negocio de la minería de carbón.

—¿Entonces, qué va a hacer?

—No lo he decidido aún.

—¿Adónde va?

—No voy a responder.

Ella se dio un momento de pausa, para reunir fuerzas, para decirse a sí misma: no sientas, no le muestres que sientes algo, no dejes que eso nuble y rompa el puente... Y luego, con la misma voz tranquila, dijo:

—¿Se da cuenta de lo que su jubilación le hará a Hank Rearden, a mí, a todo el resto de nosotros, a quien quede?

—Sí. Me doy cuenta de ello más plenamente que usted en este momento.

—¿Y eso no significa nada para usted?

—Significa mucho más de lo que usted se imagina.

—Entonces ¿por qué nos está abandonando?

—No lo creerá, y no lo explicaré, pero no les estoy abandonando.

—Está dejando que llevemos una carga mayor, y usted es indiferente al conocimiento de que nos verá siendo destruidos por los saqueadores.

—No esté tan segura de eso.

—¿De qué? ¿De su indiferencia o de nuestra destrucción?

—De ninguna de las dos.

—Pero, usted sabe..., lo sabía esta mañana, que es una batalla a muerte, y somos nosotros..., y usted era uno de nosotros, contra los saqueadores.

—Si respondo que *yo* lo sé, pero *usted* no, pensará que no le doy ningún significado a mis palabras. Así que tómelo como quiera, pero *ésa* es mi respuesta.

—¿Me dirá el significado?

—No. Eso le corresponde a usted descubrirlo.

—Usted está dispuesto a entregar el mundo a los saqueadores. Nosotros no.

—No esté demasiado segura de ninguna de las dos cosas.

Ella permaneció en silencio, sin poder hacer nada. Lo extraño de la actitud de él era su sencillez: hablaba como si fuera completamente natural y, en medio de preguntas sin respuesta y de un misterio trágico, transmitía la impresión de que ya no había secretos, y que ningún misterio necesitó haber existido jamás.

Pero, mientras lo observaba, vio la primera ruptura en su alegre calma: lo vio luchando contra algún pensamiento; dudó, y luego dijo, con esfuerzo:

—Sobre Hank Rearden... ¿Me hará un favor?

—Por supuesto.

—Dígale que yo... Verá, nunca me han importado las personas, aunque él siempre fue el hombre al que respeté, pero yo no supe hasta hoy que lo que sentía era que él es el único hombre al que yo he querido jamás. Sólo dígale eso, y que desearía poder..., no, supongo que eso es todo lo que puedo decirle. Probablemente me condenará por irme... o, a lo mejor, tal vez no lo haga.

—Se lo diré.

Oyendo el sordo y oculto sonido de dolor en su voz, ella se sintió tan cerca de él que parecía imposible que él pudiese asestar el golpe que estaba asestando, y ella hizo un último esfuerzo.

—Señor Danagger, si yo fuera a rogarle de rodillas, si pudiera encontrar algún tipo de palabras que no he encontrado, ¿habría..., *hay* alguna posibilidad de detenerle?

—Ninguna.

Después de un momento, ella preguntó sin tono:

—¿Cuándo se va?

—Esta noche.

—¿Qué va a hacer con... —señaló las colinas más allá de la ventana—, con la Danagger Coal Company? ¿A quién va a dejársela?

—No lo sé... ni me importa. A nadie o a todo el mundo. A quien quiera quedársela.

—¿No va a deshacerse de ella o a nombrar un sucesor?

—No. ¿Para qué?

—Para dejarla en buenas manos. ¿No podría al menos nombrar a un heredero que usted elija?

—No tengo donde elegir. Y no supone ninguna diferencia para mí. ¿Quiere que se lo deje todo a usted? —Cogió una hoja de papel—. Escribiré una carta nombrándola a usted heredera única ahora mismo, si quiere que lo haga.

Ella sacudió la cabeza, echándose hacia atrás horrorizada.

—¡No soy un saqueador!

Él se rio entre dientes, empujando el papel a un lado.

—¿Lo ve? Dio la respuesta correcta, lo supiera o no. No se preocupe por Danagger Coal. Dará exactamente igual si designo al mejor sucesor del mundo, o al peor, o a ninguno. No importa quién asuma el control ahora, sean hombres o hierbajos, dará exactamente igual.

—¡Pero irse así y abandonar..., abandonar sin más una empresa industrial, como si estuviéramos en la era de nómadas sin tierra o de salvajes vagando por la jungla!

—¿No lo estamos? —Él estaba sonriéndole a ella, medio con burla, medio con pena—. ¿Por qué debería dejar una escritura o un testamento? No quiero ayudar a los saqueadores a fingir que la propiedad privada todavía existe. Estoy obedeciendo al pie de la letra el sistema que han establecido. Ellos no me necesitan, dicen, sólo necesitan mi carbón. Que lo tomen.

—Entonces ¿está usted aceptando su sistema?

—¿Lo estoy?

Ella resopló, mirando a la puerta de salida:

—¿Qué le ha hecho a usted?

—Me dijo que yo tenía derecho a existir.

—¡No creí posible que en tres horas uno pudiera hacer que un hombre se volviera contra cincuenta y dos años de su vida!

—Si eso es lo que usted cree que ha hecho, o si cree que me ha contado alguna revelación inconcebible, entonces puedo ver lo desconcertante que puede parecerle. Pero eso no es lo que ha hecho. Se limitó a nombrar aquello por lo que yo había vivido, aquello por lo que todo hombre vive, en la medida en que no se dedique a destruirse a sí mismo.

Ella sabía que las preguntas eran inútiles y que no había nada que ella pudiera decirle.

Él miró la cabeza inclinada de ella, y dijo con suavidad:

—Usted es una persona valiente, señorita Taggart. Sé lo que está haciendo ahora mismo, y lo que le está costando. No se torture a sí misma. Déjeme ir.

Ella se puso de pie. Estaba a punto de hablar, pero, de repente, él la vio mirar hacia abajo, lanzarse hacia delante y agarrar el cenicero que estaba en el borde del escritorio.

El cenicero contenía una colilla de cigarrillo estampada con el signo del dólar.

—¿Qué pasa, señorita Taggart?

—¿*Él*... él fumó esto?

—¿Quién?

—Su visitante... ¿fumó este cigarrillo?

—Bueno, no sé... supongo que sí..., sí, creo que fumó un cigarrillo en algún momento..., déjeme ver... No, ésa no es mi marca, así que debe ser suya esa colilla.

—¿Hubo otros visitantes en esta oficina hoy?

—No. Pero ¿por qué lo pregunta, señorita Taggart? ¿Qué pasa?

—¿Puedo llevarme esto?

—¿Qué? ¿La colilla de un cigarrillo? —La miró desconcertado.

—Sí.

—Bueno, sí, claro, pero ¿para qué?

Ella estaba mirando la colilla en la palma de su mano como si fuera una joya.

—No sé..., no sé de qué me servirá, aunque puede ser una pista para... —sonrió con amargura—, para un secreto mío, personal.

Se puso de pie, reticente a irse, mirando a Ken Danagger como si estuviera dirigiendo la última mirada a alguien que se va a un reino del que no hay retorno.

Él lo adivinó, sonrió y extendió la mano.

—No diré adiós —dijo—, porque la veré de nuevo en un futuro no muy lejano.

—Oh —dijo ella con entusiasmo, reteniendo su mano sobre el escritorio—, ¿va usted a volver?

—No. Usted va a unirse a mí.

Había sólo un leve aliento de rojo sobre las estructuras en la oscuridad, como si las fundiciones estuvieran dormidas pero vivas, con la respiración uniforme de los hornos y los distantes latidos de las cintas transportadoras para mostrarlo. Rearden estaba de pie junto a la ventana de su oficina, con la mano apretada contra el cristal; en la perspectiva de la distancia, su mano cubría un kilómetro de estructuras, como si estuviera intentando retenerlas.

Estaba mirando el largo muro de franjas verticales que era la batería de hornos de coque. Una puerta estrecha se abrió con un breve jadeo de llamas, y una lámina de coque al rojo vivo salió deslizándose suavemente, como una rebanada de pan al lado de una tostadora gigante. Se mantuvo inmóvil por un instante; luego, una grieta angulosa atravesó la rebanada, y cayó deshaciéndose en una góndola que esperaba en los raíles de abajo.

Danagger Coal, pensó. Ésas eran las únicas palabras en su mente. El resto era una sensación de soledad, tan vasta que incluso su propio dolor parecía haber sido tragado en un enorme vacío.

El día anterior, Dagny le había contado la historia de su inútil intento y le había dado el mensaje de Danagger. Esa mañana había oído la noticia de que Danagger había desaparecido. A través de su noche en vela, y luego a través de la tensa concentración en los deberes del día, su respuesta al mensaje había seguido golpeando su mente, la respuesta que nunca tendría la oportunidad de pronunciar.

«El único hombre al que he querido.» Venía de Ken Danagger, que nunca había expresado nada más personal que: «Mira esto, Rearden». Pensó: «¿Por qué tuvimos que dejarlo ir? ¿Por qué fuimos nosotros dos condenados, en las horas que estábamos alejados de nuestros escritorios, a un exilio entre extraños antipáticos que nos hicieron renunciar a todo deseo de descanso, de amistad, del sonido de voces humanas? ¿Podría yo ahora reclamar una sola hora que pasé escuchando a mi hermano Philip y dársela a Ken Danagger? ¿Quién hizo que nuestro deber fuese aceptar, como única recompensa por nuestro trabajo, la tortura gris de fingir amor por quienes no despertaban en nosotros más que desprecio? Nosotros, que éramos capaces de derretir roca y metal para nuestros objetivos, ¿por qué nunca buscamos lo que nosotros queríamos de los hombres?».

Había intentado ahogar las palabras en su mente, sabiendo que era inútil pensar en ellas ahora. Pero las palabras estaban allí, y eran como palabras dirigidas a los muertos: «No, no te maldigo por irte, si ésa es la

pregunta y el dolor que te llevaste contigo. ¿Por qué no me diste la oportunidad de decirte...?, ¿decirte qué?, ¿que lo apruebo? No, pero que no puedo ni culparte ni seguirte».

Cerrando los ojos, se permitió experimentar por un momento el inmenso alivio que sentiría si, simplemente, él también se fuera, abandonándolo todo. Bajo el impacto de su pérdida, sintió un fino hilo de envidia. ¿Por qué no vinieron a por mí también, quienesquiera que sean, y me dan esa razón irresistible que me haría irme? Pero, al momento siguiente, su estremecimiento de ira le dijo que asesinaría al hombre que intentara acercarse así a él, lo asesinaría antes de que pudiera escuchar las palabras del secreto que lo alejara de sus fundiciones.

Era tarde, y su personal se había ido, pero él temía el camino a su casa y el vacío de la noche que tenía por delante. Sentía como si el enemigo que había destruido a Ken Danagger lo estuviera esperando en la oscuridad más allá del resplandor de la fundición. Él ya no era invulnerable, pero fuera lo que fuera, pensó, viniera de donde viniera, él estaba a salvo de ello allí, como en un círculo de fuegos que lo rodeaban para protegerlo del mal.

Miró las brillantes salpicaduras blancas en las ventanas oscuras de una estructura en la distancia; eran como ondas inmóviles de la luz del sol sobre el agua. Eran el reflejo del letrero de neón que ardía en el tejado del edificio sobre su cabeza, y que decía: REARDEN STEEL. Pensó en la noche en que había deseado encender un letrero sobre su pasado, que dijera: REARDEN LIFE. ¿Por qué lo había deseado? ¿Para que lo vieran los ojos de quién?

Pensó, con amargo asombro y por primera vez, que el gozoso orgullo que había sentido una vez había surgido de su respeto hacia los hombres, por el valor de su admiración y de su juicio. Era algo que había dejado de sentir. No había hombres, pensó, a cuya visión él desearía ofrecer ese signo.

Se alejó bruscamente de la ventana. Cogió su abrigo con un ademán enérgico que tenía por objeto devolverlo a la disciplina de la acción. Cerró de golpe los dos lados del abrigo sobre su cuerpo, se ciñó el cinturón con fuerza y se apresuró a apagar las luces con rápidos movimientos de su mano al salir de la oficina.

Abrió la puerta de golpe..., y se detuvo. Una sola lámpara estaba encendida en una esquina de la antesala en semipenumbra. El hombre que estaba sentado al borde de un escritorio, con una postura de espera casual y paciente, era Francisco d’Anconia.

Rearden se quedó quieto y captó el breve instante en que Francisco, sin moverse, lo miró con la insinuación de una sonrisa divertida que fue como un guiño entre conspiradores por un secreto que ambos entendían pero no reconocerían. Fue sólo un instante, casi demasiado breve para ser captado, porque le pareció que Francisco se levantó de inmediato tras su entrada, con un movimiento de deferencia cortés. El movimiento sugirió una estricta formalidad, la negación de cualquier intento de presunción, pero subrayando a la vez la intimidad del hecho de que no pronunció ninguna palabra de saludo ni de explicación.

Rearden preguntó, con voz dura:

—¿Qué está haciendo aquí?

—Pensé que usted querría verme esta noche, señor Rearden.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que le ha mantenido hasta tan tarde en su oficina. Usted no estaba trabajando.

—¿Cuánto tiempo lleva sentado aquí?

—Una hora o dos.

—¿Por qué no llamó a mi puerta?

—¿Me habría permitido entrar?

—Es tarde para hacer esa pregunta.

—¿Me marcho, señor Rearden?

Rearden señaló la puerta de su oficina.

—Pase.

Encendiendo las luces en la oficina, moviéndose con un control sin prisas, Rearden pensó que no debía permitirse sentir nada, pero sintió que el color de la vida volvía a él en el tenso entusiasmo de una emoción que no identificaba. Lo que se dijo a sí mismo conscientemente fue: «Ten cuidado».

Se sentó al borde de su escritorio, se cruzó de brazos, miró a Francisco, que permanecía respetuosamente en pie frente a él, y le preguntó con la fría insinuación de una sonrisa:

—¿Por qué ha venido aquí?

—Usted no quiere que responda, señor Rearden. No me admitiría ni a mí ni a usted mismo lo desesperadamente solo que está esta noche. Si no me pregunta, no se sentirá obligado a negarlo. Sólo acepte lo que usted ya sabe, de todos modos: que yo lo sé.

Tenso como una cuerda estirada por la ira contra la impertinencia, desde un extremo, y por la admiración por la franqueza, desde el otro, Rearden respondió:

—Lo admitiré, si lo desea. ¿Por qué debería importarme que usted lo sepa?

—Que lo sé y que me importa, señor Rearden. Soy el único hombre a su alrededor a quien le importa.

—¿Por qué debería importarle? ¿Y por qué debería necesitar su ayuda esta noche?

—Porque no es fácil tener que condenar al hombre que más ha significado para usted.

—No le condenaría a usted si sólo se mantuviera alejado de mí.

Los ojos de Francisco se agrandaron un poco; luego, hizo una mueca y dijo:

—Estaba hablando del señor Danagger.

Por un instante, Rearden pareció como si quisiera abofetear su propia cara; luego, se rio suavemente y dijo:

—Muy bien. Siéntese.

Esperó a ver qué ventaja de eso tomaría Francisco ahora, pero Francisco le obedeció en silencio, con una sonrisa que tenía una extraña calidad juvenil: una mirada de triunfo y de gratitud, a la vez.

—Yo no maldigo a Ken Danagger —dijo Rearden.

—¿Ah, no?

Esas dos palabras parecieron derramarse con un énfasis singular; fueron pronunciadas en voz muy baja, casi con cautela; no había resto de sonrisa en la cara de Francisco.

—No. No trato de prescribir cuánto debe soportar un hombre. Si él se hundió, yo no soy quién para juzgarlo.

—¿Si se hundió...?

—Bueno, ¿no es lo que hizo?

Francisco se echó hacia atrás; su sonrisa volvió, pero no era una sonrisa feliz.

—¿Qué le provocará su desaparición a usted?

—Tendré que trabajar un poco más duro.

Francisco miró un puente de acero delineado en trazos negros contra un vapor rojizo más allá de la ventana, y dijo, señalando:

—Cada una de esas vigas tiene un límite de carga que puede soportar. ¿Cuál es el suyo?

Rearden se echó a reír.

—¿Es *eso* de lo que tiene miedo? ¿Es eso por lo que ha venido aquí? ¿Temía que yo me hundiera? ¿Quería salvarme, como Dagny Taggart quiso salvar a Ken Danagger? Ella intentó alcanzarlo a tiempo, pero no pudo.

—¿Ah, sí? No lo sabía. La señorita Taggart y yo no estamos de acuerdo en muchas cosas.

—No se preocupe. No voy a desaparecer. Que todos se rindan y dejen de trabajar. Yo no. No sé mi límite, y no me importa. Lo único que tengo que saber es que no pueden detenerme.

—Cualquier hombre puede ser detenido, señor Rearden.

—¿Cómo?

—Es sólo cuestión de saber cuál es la fuerza motriz de ese hombre.

—¿Cuál es?

—Usted debería saberlo, señor Rearden. Usted es uno de los últimos hombres morales que quedan en el mundo.

Rearden se rio entre dientes, con amarga diversión.

—Me han llamado muchas cosas, pero ésa no. Y se equivoca. Usted no tiene ni idea de cómo se equivoca.

—¿Está seguro?

—Yo debería saberlo. ¿Moral? ¿Qué diablos le hizo decir eso?

Francisco señaló las fundiciones más allá de la ventana.

—Eso.

Durante un largo momento, Rearden lo miró sin moverse; luego, sólo preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Si quiere ver un principio abstracto, por ejemplo una acción moral, en forma material, ahí está. Mírelo, señor Rearden. Cada viga, cada tubo, cada cable y cada válvula fueron puestos allí por una decisión en respuesta a la pregunta: ¿correcto o incorrecto? Usted tuvo que elegir lo correcto, y tuvo que elegir lo mejor dentro de su conocimiento..., lo mejor para su objetivo, que era fabricar acero, y luego seguir adelante y ampliar el conocimiento, y hacerlo mejor, y aún mejor, con su objetivo como su norma de valor. Usted tuvo que actuar según su propio criterio, tuvo que tener la capacidad de juzgar, el valor de basarse en el veredicto de su mente, y la

más pura, la más implacable consagración a la regla de hacer lo correcto, de hacerlo lo mejor que fuese posible para usted. Nada podría haberle hecho actuar en contra de su juicio, y usted habría rechazado como incorrecto, como malvado, a cualquier hombre que intentara decirle que la mejor manera de calentar un horno es llenarlo de hielo. Millones de hombres, una nación entera, no pudieron disuadirlo de producir el Metal Rearden, porque usted tenía el conocimiento de su valor superlativo y el poder que ese conocimiento proporciona. Pero, lo que me pregunto, señor Rearden, es ¿por qué vive según un código de principios cuando trata con la naturaleza y según otro cuando trata con los hombres?

Los ojos de Rearden estaban fijos en él con tanta atención que la pregunta surgió lentamente, como si el esfuerzo de pronunciarla fuese una distracción:

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué no se atiene al objetivo de su vida de manera tan clara y tan rígida como se atiene al objetivo de sus fundiciones?

—¿Qué quiere decir?

—Usted ha juzgado cada ladrillo dentro de este lugar por su valor para el objetivo de fabricar acero. ¿Ha sido usted igual de estricto sobre el objetivo para el que su trabajo y su acero están sirviendo? ¿Qué desea lograr al dedicar su vida a la fabricación de acero? ¿Con qué estándar de valor juzga usted sus días? Por ejemplo, ¿por qué dedicó diez años de esfuerzo para producir el Metal Rearden?

Rearden miró hacia otro lado, el ligero movimiento de sus hombros fue como un suspiro de liberación y decepción.

—Si tiene que preguntar eso, entonces usted no lo entendería.

—Si le dijera que yo lo entiendo, pero usted no, ¿me echaría de aquí?

—Debería haberle echado de aquí de todas formas..., así que, adelante, dígame lo que quiere decir.

—¿Está orgulloso del raíl de la Línea John Galt?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es el mejor raíl que se ha hecho jamás.

—¿Por qué lo hizo usted?

—Para ganar dinero.

—Había muchas formas más fáciles de ganar dinero. ¿Por qué eligió la más difícil?

—Lo dijo usted en su discurso en la boda de Taggart: para intercambiar mi mejor esfuerzo por el mejor esfuerzo de otros.

—Si ése fue su objetivo, ¿lo ha conseguido?

Un compás de tiempo se desvaneció en un pesado momento de silencio.

—No —dijo Rearden.

—¿Ha ganado dinero?

—No.

—Cuando usted lleva su energía al límite para poder producir lo mejor, ¿espera ser recompensado, o castigado por ello? —Rearden no respondió—. Según todos los estándares de decencia, de honor y de justicia que usted conoce, ¿está convencido de que debería haber sido recompensado por ello?

—Sí —dijo Rearden, su voz baja.

—Entonces si usted fue castigado en vez de eso, ¿qué tipo de código ha aceptado usted?

Rearden no respondió.

—En general, se asume —dijo Francisco—, que vivir en una sociedad humana hace que la vida de uno sea mucho más fácil y más segura que si le dejaran a uno solo para luchar contra la naturaleza en una isla desierta. Ahora, dondequiera que haya un hombre que necesite o use metal de alguna manera, el Metal Rearden le ha hecho la vida más fácil. ¿Le ha hecho la suya más fácil a usted?

—No —dijo Rearden, en voz baja.

—¿Ha dejado su vida como estaba antes de producir el metal?

—No... —dijo Rearden; la palabra se difuminó, como si hubiera cortado el pensamiento que venía después.

La voz de Francisco le fustigó, de pronto, como una orden:

—¡Dígalo!

—La ha hecho más difícil —dijo Rearden, sin color en su voz.

—Cuando usted se sentía orgulloso del raíl de la Línea John Galt —dijo Francisco, con el ritmo medido de su voz dándole una claridad despiadada a sus palabras—, ¿en qué tipo de hombres pensaba usted?

¿Quería usted ver esa línea utilizada por sus iguales, por gigantes de energía productiva, como Ellis Wyatt, a quien ayudaría a alcanzar logros más altos, los logros cada vez más altos que se propusieran?

—Sí —dijo Rearden con entusiasmo.

—¿Quería verla usada por hombres que no podían igualar el poder de su mente, pero que igualarían su integridad moral..., hombres como Eddie Willers..., que nunca podrían inventar su metal, pero que harían todo lo posible, trabajarían tan duro como hizo usted, vivirían por su propio esfuerzo y, viajando en su raíl, dedicarían un momento de silencioso agradecimiento al hombre que les dio más de lo que ellos podían darle a él?

—Sí —dijo Rearden con suavidad.

—¿Quería verlo usado por llorones corruptos que nunca se dignan hacer ningún esfuerzo, no poseen la capacidad de un oficinista barato pero exigen el sueldo de presidente de empresa, que van a la deriva de fracaso en fracaso y esperan que usted pague sus facturas, que ponen sus deseos como si fueran lo equivalente al trabajo de usted, y su necesidad como un derecho a una recompensa mayor que el esfuerzo de usted, que exigen que usted los sirva, que exigen que sea el objetivo de su vida el servirles, que exigen que la fuerza de usted sea el esclavo de la impotencia de ellos, el esclavo sin voz, sin razón, sin remuneración y sin recompensa, que proclama que usted ha nacido para la servidumbre por razón de su genio, mientras que ellos han nacido para gobernar por la gracia de la incompetencia, que lo de usted es sólo dar, pero lo de ellos es sólo tomar, que lo de usted es producir, pero lo de ellos es consumir, que usted no ha de ser pagado, ni en materia ni en espíritu, ni en riqueza ni en reconocimiento, ni en respeto ni en gratitud... para que ellos puedan viajar en el raíl de usted y burlarse de usted y maldecirlo, puesto que ellos no le deben nada a usted, ni siquiera el esfuerzo de quitarse el sombrero por el que usted pagó? ¿Era eso lo que usted quería? ¿Se sentiría orgulloso de eso?

—Antes volaría por los aires ese raíl —dijo Rearden, con los labios blancos.

—Entonces ¿por qué no lo hace, señor Rearden? De los tres tipos de hombres que describí, ¿cuáles son los que están siendo destruidos y cuáles son los que están usando su línea hoy?

Oyeron los lejanos latidos del corazón de metal de la fundición a través del largo hilo del silencio.

—Lo que describí en último lugar —dijo Francisco— es cualquier hombre que proclama su derecho a un solo centavo del esfuerzo de otro hombre.

Rearden no respondió; estaba mirando el reflejo de un letrero de neón en las ventanas oscuras en la distancia.

—Usted se enorgullece de no establecer un límite a su resistencia, señor Rearden, porque cree que está haciendo lo correcto. ¿Y si no lo está? ¿Y si está poniendo su virtud al servicio del mal y dejando que se convierta en una herramienta para la destrucción de todo lo que ama, respeta y admira? ¿Por qué no defiende su propio código de valores entre los hombres, igual que hace entre las fundiciones de hierro? Usted, que no permitirá ni un uno por ciento de impureza en una aleación de metal, ¿qué ha permitido en su código moral?

Rearden estaba sentado muy quieto; las palabras en su mente eran como el ritmo de los pasos por el camino que había estado buscando; las palabras eran: la sanción de la víctima.

—Usted, que no quiso someterse a las dificultades de la naturaleza, sino que se propuso conquistarla y ponerla al servicio de su alegría y su bienestar, ¿a qué se ha sometido en manos de los hombres? Usted, que sabe por su trabajo que uno es castigado sólo por estar equivocado, ¿qué ha estado dispuesto a aguantar, y por qué razón? Toda su vida, usted ha oído que lo denunciaban, pero no por sus faltas, sino por sus mayores virtudes. Usted ha sido odiado, no por sus errores, sino por sus logros. Ha sido despreciado por todas esas cualidades de carácter que son su mayor orgullo. Le han llamado egoísta por el valor de actuar de acuerdo con su propio juicio y de aceptar total responsabilidad por su propia vida. Le han llamado arrogante por su mente independiente. Le han llamado cruel por su integridad inflexible. Le han llamado antisocial por la visión que le hizo aventurarse en caminos sin descubrir. Le han llamado despiadado por la fuerza y la autodisciplina de su impulso hacia su objetivo. Le han llamado codicioso por la magnificencia de su poder para crear riqueza. Usted, que ha gastado un flujo inconcebible de energía, ha sido llamado parásito. Usted, que ha creado abundancia donde antes no había nada más que tierras baldías y hombres indefensos y hambrientos, ha sido llamado ladrón. Usted, que los ha mantenido a todos ellos vivos, ha sido llamado explotador. Usted, el hombre más puro y moral entre ellos, ha sido despreciado como

un «vulgar materialista». Se ha parado a preguntarles: ¿con qué derecho?, ¿con qué código?, ¿con qué estándar? No, usted lo ha aguantado todo, y se ha quedado callado. Usted acató el código de ellos y nunca defendió el suyo propio. Usted sabía qué estricta moralidad era necesaria para producir un solo clavo de metal, pero deja que lo califiquen de inmoral. Usted sabía que el hombre necesita el código de valores más estricto para tratar con la naturaleza, pero pensó que no necesitaba ese código para tratar con los hombres. Dejó el arma más letal en manos de sus enemigos, un arma que usted nunca sospechó ni entendió. El código moral de ellos es su arma. Pregúntese usted hasta qué punto y de cuántas formas terribles lo ha aceptado. Pregúntese qué es lo que un código de valores morales hace para la vida de un hombre, y por qué no puede existir sin él, y qué le sucede si acepta el estándar equivocado, por el cual el mal es el bien. ¿Quiere que le diga por qué usted se siente atraído hacia mí, aunque crea que debería condenarme? Es porque yo soy el primer hombre que le ha dado lo que el mundo entero le debe, y lo que usted debería haber exigido de todos los hombres antes de tratar con ellos: una sanción moral positiva.

Rearden se volvió hacia él, luego se quedó quieto, con una quietud como un jadeo. Francisco se inclinó hacia delante, como si estuviera llegando al aterrizaje de un vuelo peligroso, y sus ojos estaban fijos, pero su mirada parecía temblar de intensidad.

—Usted es culpable de un gran pecado, señor Rearden, mucho más culpable de lo que le dicen, pero no de la forma que ellos predican. La peor culpa es aceptar una culpa inmerecida, y eso es lo que usted ha estado haciendo toda su vida. Ha estado pagando un chantaje, pero no por sus vicios, sino por sus virtudes. Ha estado dispuesto a llevar la carga de un castigo inmerecido y a dejar que esa carga creciera al crecer las virtudes que practicó. Pero sus virtudes eran las que mantienen vivos a los hombres. Su propio código moral..., por el que usted vivió, pero que nunca declaró, reconoció o defendió, fue el código que preserva la existencia del hombre. Si usted fue castigado por él, ¿cuál era la naturaleza de quienes le castigaron? El suyo era el código de la vida. ¿Cuál, entonces, es el de ellos? ¿Qué estándar de valor se encuentra en su raíz? ¿Cuál es su objetivo final? ¿Cree usted que lo que está enfrentando es simplemente una conspiración para apoderarse de su riqueza? Usted, que conoce la fuente de la riqueza, debería saber que es mucho más y mucho peor que eso. ¿Me pidió que

nombrara la fuerza motriz del hombre? La fuerza motriz del hombre es su código moral. Pregúntese a sí mismo adónde le está llevando el código de ellos, y lo que le ofrece como su objetivo final. Una maldad aún más vil que asesinar a un hombre es venderle el suicidio como un acto de virtud. Una maldad más vil que arrojar a un hombre a una pira de sacrificio es exigirle que se tire él mismo, por su propia voluntad, y que construya la pira, además. Por su propia declaración, son *ellos* quienes le necesitan a usted y no tienen nada que ofrecerle a cambio. Por su propia declaración, usted debe apoyarlos porque no pueden sobrevivir sin usted. Considere la obscenidad de ofrecer la impotencia y la necesidad de ellos..., la necesidad que tienen de *usted*, como justificación para torturarle a usted. ¿Está dispuesto a aceptarla? ¿Quiere comprar, al precio de su gran resistencia, al precio de su agonía, la satisfacción de las necesidades de sus propios destructores?

—¡No!

—Señor Rearden —dijo Francisco, su voz solemnemente calmada—, si usted viera a Atlas, el gigante que sostiene el mundo sobre sus hombros, si lo viera en pie, la sangre chorreando por su pecho, sus rodillas arqueándose, sus brazos temblando, pero, aun así, intentando mantener el mundo a salvo con sus últimas fuerzas, y cuanto mayor su esfuerzo, mayor el peso del mundo presionando sobre sus hombros, ¿qué le diría que hiciera?

—Yo..., no sé. ¿Qué... podría hacer? ¿Qué le diría *usted* que hiciera?

—Que se encogiera de hombros.

El estruendo del metal venía como un flujo de sonidos irregulares sin ritmo perceptible, no como la acción de un mecanismo, sino como si algún impulso consciente estuviera detrás de cada súbita y desgarradora subida que luego se estrellaba, dispersándose en el débil gemido de los engranajes. El cristal de las ventanas tintineaba de vez en cuando.

Los ojos de Francisco estaban observando a Rearden como si estuvieran examinando el curso de balas en una diana demolida. El curso era difícil de rastrear: la delgada figura al borde del escritorio estaba recta, los fríos ojos azules no mostraban más que la intensidad de una mirada fija en una gran distancia, sólo la boca inflexible traicionaba una línea trazada por el dolor.

—Siga —dijo Rearden con esfuerzo—, continúe. No ha terminado, ¿verdad?

—No he hecho más que empezar. —La voz de Francisco era dura.

—¿Adónde..., adónde quiere llegar?

—Lo sabrá antes de que termine. Pero, primero, quiero que conteste a una pregunta: si usted entiende la naturaleza de su carga, ¿cómo puede...?

El grito de una sirena de alarma hizo estallar el espacio más allá de la ventana y se disparó como un cohete en una línea larga y delgada hasta el cielo. Se mantuvo allí durante un instante; luego cayó, y luego siguió subiendo, cayendo en espirales de sonido, como si luchara por respirar contra el terror de gritar más fuerte. Era el grito de agonía, la llamada de ayuda, la voz de la fundición como de un cuerpo herido clamando por mantener su alma.

Rearden pensó que él había saltado hacia la puerta en el instante que ese grito llegó a su consciencia, pero vio que llegaba un instante tarde, porque Francisco le había precedido. Lanzado por el estallido de la misma respuesta que la suya, Francisco estaba volando por el pasillo, apretando el botón del ascensor y, sin esperar, corriendo escalera abajo. Rearden lo siguió y, observando el indicador del ascensor en los rellanos de la escalera, lo encontraron a mitad de la altura del edificio. Antes de que la caja de acero dejara de temblar en el umbral de la planta baja, Francisco había salido, corriendo para encontrarse con el sonido de la llamada de ayuda. Rearden se había considerado un buen corredor, pero no pudo seguir el ritmo de la veloz figura que se movía a través del resplandor rojo y de la oscuridad, la figura de un improductivo *playboy* que él se había odiado a sí mismo por admirar.

El torrente que brotaba de un agujero muy bajo en el lado de un alto horno no tenía el brillo rojo del fuego, sino el resplandor blanco de la luz solar. Corría por el suelo, ramificándose al azar en vetas repentinas; cortaba a través de una niebla húmeda de vapor con una brillante sugerencia de la mañana. Era hierro líquido, y lo que el grito de la alarma proclamaba era una explosión.

La carga del horno se había atascado y, rompiéndose, había hecho estallar la válvula. El capataz del horno yacía inconsciente, el flujo blanco salía a borbotones, agrandando cada vez más el agujero, y los hombres estaban luchando con arena, mangueras y arcilla refractaria para detener las

vetas brillantes que se extendían con un movimiento pesado y deslizante, devorando todo lo que encontraban a su paso y convirtiéndolo en chorros de humo cáustico.

En los pocos momentos que Rearden necesitó para captar la visión y la naturaleza del desastre, vio la figura de un hombre levantándose repentinamente al pie del horno, una figura delineada por el resplandor rojo casi como si estuviera en el camino del torrente, vio la oscilación de un brazo blanco con mangas de camisa blanca que se levantaba y arrojaba un objeto negro a la fuente del chorro de metal. Era Francisco d'Anconia, y su acción pertenecía a un arte que Rearden no había creído que ningún hombre estuviera entrenado para realizar ya más.

Años atrás, Rearden había trabajado en una oscura planta siderúrgica en Minnesota, donde su trabajo había sido, después de que un alto horno fuese tapado, cerrar el agujero a mano, lanzando balas de arcilla refractaria para detener el flujo del metal. Era un trabajo peligroso que se había cobrado muchas vidas; había sido abolido años atrás por la invención del cañón hidráulico; pero había habido fundiciones luchando y fracasando que, durante su declive, habían intentado usar el equipo y los métodos obsoletos de un pasado lejano. Rearden había hecho el trabajo; pero en todos los años que siguieron nunca había conocido a ningún otro hombre capaz de hacerlo. En medio de chorros de vapor hirviendo, frente a un alto horno en ruinas, ahora estaba viendo la figura alta y delgada del *playboy* realizando la tarea con la habilidad de un experto.

Le llevó un instante a Rearden quitarse la chaqueta, coger un par de gafas protectoras del primer hombre que vio y unirse a Francisco en la boca del horno. No había tiempo para hablar, sentir o asombrarse. Francisco lo miró una vez..., y lo que Rearden vio fue una cara tiznada, unas gafas negras y una amplia sonrisa.

Se encontraban de pie en una pendiente resbaladiza de barro cocido, al borde del arroyo blanco, con el furioso agujero bajo sus pies, arrojando arcilla en el resplandor donde las lenguas retorcidas que parecían gas eran metal hirviendo. La consciencia de Rearden se convirtió en una progresión de inclinarse, levantar el peso, apuntar y lanzarlo hacia abajo y, antes de que alcanzara su destino invisible, inclinarse de nuevo a por el siguiente, una consciencia concentrada en vigilar el objetivo de su brazo, para salvar el horno, y la precaria postura de sus pies, para salvarse a sí mismo. No era

consciente de nada más, excepto que la suma de todo ello era la exultante sensación de la acción, de su propia capacidad, de la precisión de su cuerpo, de la respuesta de su cuerpo a su voluntad. Y, sin tiempo para saberlo, pero sabiéndolo, captándolo con sus sentidos más allá de la censura de su mente, estaba viendo una silueta negra con rayos rojos saliendo de detrás de sus hombros, sus codos, sus curvas angulares, los rayos rojos circulando a través del vapor como largas agujas de focos, siguiendo los movimientos de un ser veloz, experto y seguro que él nunca había visto antes, excepto con ropa de noche bajo las luces de salones de baile.

No había tiempo para formar palabras, para pensar, para explicar, pero él sabía que *ése* era el verdadero Francisco d'Anconia, eso era lo que él había visto desde el primer momento y había amado; la palabra no le sorprendió, porque no había ninguna palabra en su mente, sólo había un sentimiento de alegría que parecía un flujo de energía añadido a la suya.

Al ritmo de su cuerpo, con el calor abrasador en su rostro y la noche de invierno en sus omóplatos, vio de repente que ésa era la simple esencia de su universo: la negativa instantánea a someterse al desastre, el irresistible impulso por luchar contra él, la triunfante sensación de su propia capacidad para vencer. Él estaba seguro de que Francisco lo sentía también, que él había sido movido por el mismo impulso, que era correcto sentirlo, correcto para que ambos fuesen lo que eran..., vislumbró una cara llena de sudor concentrada en la acción, y era la cara más alegre que jamás había visto.

El horno estaba encima de ellos, un bulto negro envuelto en espirales de tubos y vapor; parecía resoplar, lanzando jadeos rojos que colgaban en el aire por encima de la fundición, y ellos estaban luchando para no dejar que se desangrara hasta morir. A sus pies colgaban chispas y explotaban en repentinos haces de metal, muriendo inadvertidas contra sus ropas, contra la piel de sus manos. El arroyo estaba fluyendo más despacio, en chorros interrumpidos a través de la presa que se elevaba más allá de su vista.

Sucedió tan rápidamente que Rearden lo supo del todo sólo después de que hubiera pasado. Supo que hubo dos momentos: el primero fue cuando vio el violento balanceo del cuerpo de Francisco lanzándose hacia delante enviando la bala que continuara la línea en el espacio, y luego vio el repentino y convulso tirón hacia atrás que no tuvo éxito, el convulso tirón contra la inercia, los brazos extendidos de la silueta perdiendo el equilibrio, pensó que un salto a través de la distancia entre ellos en la cresta

resbaladiza y desmoronada significaría la muerte de ambos...; y el segundo fue cuando aterrizó al lado de Francisco, sosteniéndolo en sus brazos, mientras colgaban juntos balanceándose entre el espacio y la cresta, sobre el foso blanco, recuperando después el equilibrio y tirando de él, y, por un instante, manteniendo lo largo del cuerpo de Francisco contra lo largo de su propio cuerpo, como habría mantenido el cuerpo de un único hijo. Su amor, su terror, su alivio estaban en una sola frase:

—¡Cuidado, maldito imbécil!

Francisco cogió un trozo de arcilla y continuó.

Cuando el trabajo fue completado y la brecha estaba cerrada, Rearden notó que tenía un dolor agudo en los músculos de sus brazos y de sus piernas, que a su cuerpo no le quedaban fuerzas para moverse, pero que sentía como si estuviera entrando en su oficina a primera hora, ansioso por tener diez nuevos problemas que resolver. Miró a Francisco y se dio cuenta por primera vez de que sus ropas tenían agujeros negros, que sus manos estaban sangrando, que había un trozo de piel desgarrada en la sien de Francisco y un hilo rojo deslizándose por su mejilla. Francisco se quitó las gafas de los ojos y le sonrió: era una sonrisa diáfana.

Un hombre joven, con una expresión de dolor crónico e impertinencia a la vez, corrió hacia él, gritando:

—¡No pude evitarlo, señor Rearden!

El joven se puso a dar una retahíla de explicaciones. Rearden le dio la espalda sin decir palabra. Era el asistente encargado del manómetro del horno, un joven recién salido de la universidad.

En algún lugar en el límite exterior de la consciencia de Rearden estaba el pensamiento de que accidentes de esa naturaleza estaban ocurriendo con más frecuencia ahora, causados por el tipo de mineral que estaba usando, pero tenía que emplear cualquier mineral que pudiera encontrar; estaba el pensamiento de que sus antiguos trabajadores siempre habían sido capaces de evitar el desastre, de que cualquiera de ellos habría visto las indicaciones de un atasco y habría sabido cómo evitarlo; pero ya no quedaban muchos de esos hombres, y él tenía que emplear a los que podía encontrar. A través de los remolinos de vapor que lo rodeaban, observó que eran los hombres más veteranos los que habían corrido desde el resto de la fundición para luchar contra la explosión, y que ahora estaban en fila, siendo atendidos por el personal médico de emergencia. Se preguntó

qué les estaba pasando a los jóvenes del país. Pero la pregunta fue absorbida por la visión de la cara del muchacho universitario, que él no podía soportar ver, por una ola de desprecio, por el mudo pensamiento de que si *ése* era el enemigo, no había nada que temer. Todas esas cosas acudieron a él y se desvanecieron en la oscuridad exterior; la visión que las borró todas fue Francisco d'Anconia.

Vio a Francisco dando órdenes a los hombres que lo rodeaban. No sabían quién era ni de dónde venía, pero escuchaban: sabían que era un hombre que conocía su trabajo. Al ver que Rearden se acercaba y escuchaba, Francisco se interrumpió en medio de una frase, y dijo riendo:

—¡Oh, mis disculpas!

Rearden repuso:

—Adelante. Está todo correcto hasta ahora.

No se dijeron nada el uno al otro cuando fueron andando juntos a través de la oscuridad, de vuelta a la oficina. Rearden sintió una risa exultante hinchándose dentro de él, sintió que quería, a su vez, hacerle un guiño a Francisco como si fuese un colega de conspiración que había aprendido un secreto que Francisco no reconocería. Le miraba a la cara de vez en cuando, pero Francisco no lo miraba a él.

Al cabo de un rato, Francisco dijo:

—Usted me salvó la vida.

El agradecimiento estaba en la forma en que lo dijo.

Rearden se rio entre dientes.

—Usted salvó mi horno.

Continuaron en silencio. Rearden se sentía más ligero con cada paso que daba. Levantando la cara hacia el aire frío, vio la pacífica oscuridad del cielo y una sola estrella sobre una chimenea con letras verticales: REARDEN STEEL. Sintió lo contento que estaba de estar vivo.

No esperaba el cambio que vio en la cara de Francisco cuando lo miró a la luz de su oficina. Las cosas que había visto en el resplandor del horno habían desaparecido. Había esperado una mirada de triunfo, de burla ante todos los insultos que Francisco le había oído decir, una expresión exigiendo la disculpa que él estaba más que feliz de ofrecer. En vez de eso, vio una cara sin vida, dominada por un extraño abatimiento.

—¿Está herido?

—No..., no, en absoluto.

—Venga aquí —ordenó Rearden, abriendo la puerta de su aseo.

—Mírese a usted mismo.

—No importa. Venga usted aquí.

Por primera vez, Rearden sintió que él era el hombre mayor; sintió el placer de cuidar a Francisco; se sintió confiado, divertido, un protector paternal. Lavó el hollín de la cara de Francisco, le puso desinfectantes y vendajes adhesivos en la sien, en las manos y en los codos chamuscados. Francisco le obedeció en silencio.

Rearden preguntó, en el tono del saludo más elocuente que pudo ofrecer:

—¿Dónde aprendió a trabajar así?

Francisco se encogió de hombros.

—Fui criado alrededor de fundiciones de todo tipo —respondió con indiferencia.

Rearden no pudo descifrar la expresión de su rostro: era sólo una expresión de peculiar quietud, como si sus ojos estuvieran fijos en alguna visión secreta suya propia que hacía que su boca se dibujara en una línea de burla desolada, amarga y dolorosa.

No hablaron hasta que regresaron a la oficina.

—Sabe —dijo Rearden—, todo lo que usted dijo aquí era verdad. Pero eso era sólo una parte de la historia. La otra parte es lo que hemos hecho esta noche. ¿No se da cuenta? Somos capaces de actuar. Ellos no. Así que somos nosotros los que ganaremos a largo plazo, no importa lo que ellos nos hagan.

Francisco no respondió.

—Escuche —dijo Rearden—, sé cuál ha sido el problema con usted. Nunca le importó hacer un día de verdadero trabajo en su vida. Pensé que usted era bastante engreído, pero veo que no tiene ni idea de lo que tiene dentro. Olvide esa fortuna suya por un tiempo, y venga a trabajar para mí. Le iniciaré como capataz de horno cuando quiera. No sabe lo que eso hará por usted. En unos cuantos años estará listo para apreciar y dirigir d’Anconia Copper.

Él esperaba una explosión de carcajadas y estaba preparado para discutir; en vez de eso, vio a Francisco sacudiendo la cabeza despacio, como si no pudiera confiar en su voz, como si temiera que si hablaba, aceptaría. Tras un momento, dijo:

—Señor Rearden, creo que daría el resto de mi vida por un año como su capataz de horno. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—No me pregunte. Es... una cuestión personal.

La visión de Francisco en la mente de Rearden, que le había indignado y a la vez le parecía irresistiblemente atractiva, había sido la figura de un hombre radiantemente incapaz de sufrir. Lo que vio ahora en los ojos de Francisco fue la expresión de una tortura silenciosa, estrechamente controlada y pacientemente llevada. Francisco extendió el brazo en silencio para coger su abrigo.

—No se irá, ¿verdad? —preguntó Rearden.

—Sí.

—¿No va a terminar lo que tenía que decirme?

—Esta noche no.

—Quería que yo respondiera a una pregunta. ¿Qué era?

Francisco sacudió la cabeza.

—Usted empezó a preguntarme cómo puedo... —añadió Rearden—, cómo puedo, ¿qué?

La sonrisa de Francisco fue como un gemido de dolor, el único gemido que pudo permitirse.

—No voy a preguntarlo, señor Rearden. Lo *sé*.

## Capítulo IV

# La sanción de la víctima

El pavo al horno había costado 30 dólares. El champán había costado 25 dólares. El mantel de encaje, una telaraña de uvas y hojas de viña iridiscentes a la luz de las velas, había costado 2.000 dólares. La vajilla, con el diseño de un artista grabado al fuego en oro y azul en la blanca porcelana traslúcida, había costado 2.500 dólares. Los cubiertos de plata, que llevaban las iniciales LR entre coronas de laurel al estilo Imperio, habían costado 3.000 dólares. Pero se consideraba poco espiritual pensar en el dinero y en lo que ese dinero representaba.

Un zueco de campesino, dorado, estaba en el centro de la mesa, relleno de caléndulas, uvas y zanahorias. Las velas estaban insertadas en calabazas que habían sido cortadas como caras de bocas abiertas desparramando pasas, nueces y caramelos sobre el mantel.

Era la cena de Acción de Gracias, y los tres sentados a la mesa frente a Rearden eran su mujer, su madre y su hermano.

—Ésta es la noche de darle gracias al Señor por nuestras bendiciones —dijo la madre de Rearden—. Dios ha sido bondadoso con nosotros. Hay personas por todo el país que no tienen comida en su casa esta noche, y muchas más que se están quedando sin trabajo cada día. Me da escalofríos mirar por la ciudad. La semana pasada, sin ir más lejos, no os vais a creer que me tropecé con Lucie Judson... Henry, ¿te acuerdas de Lucie Judson? Vivía en la casa de al lado, allá en Minnesota, cuando tú tenías unos diez o doce años. Ella tenía un hijo más o menos de tu edad. Perdí contacto con Lucie cuando se mudaron a Nueva York, debe hacer cosa de unos veinte años. Pues bien, me dejó helada ver en lo que se ha convertido: una vieja harapienta y desdentada, envuelta en un gabán de hombre, pidiendo limosna en una esquina de la calle. Y yo pensé: ésa podría haber sido yo, si no fuera por la gracia de Dios.

—Bueno, si es cuestión de dar gracias —dijo Lillian alegremente—, creo que no deberíamos olvidar a Gertrude, la nueva cocinera. Es una artista.

—Pues yo, yo voy a ser anticuado —dijo Philip—. Yo sólo voy a darle gracias a la madre más dulce del mundo.

—Bueno, puestos a eso —dijo la madre de Rearden—, deberíamos darle las gracias a Lillian por esta cena y por todas las molestias que se ha tomado para hacerla tan bonita. Se pasó horas arreglando la mesa. Es realmente original y diferente.

—Es el zueco de madera lo que le da el toque —dijo Philip, inclinando la cabeza hacia un lado para estudiarlo en forma de apreciación crítica—. Ése es el verdadero detalle. Cualquiera puede tener velas, cubiertos de plata y cachivaches, todo eso no requiere más que dinero; pero ese zueco, eso requirió pensamiento.

Rearden no dijo nada. La luz de las velas se movía sobre su rostro inmóvil como si fuese un retrato; el retrato tenía una expresión de impersonal cortesía.

—Ni has probado el vino —dijo su madre, mirándolo—. Lo que creo es que deberías hacer un brindis en gratitud a la gente de este país que te ha dado tanto.

—Henry no está de humor para eso, madre —dijo Lillian—. Me temo que el Día de Acción de Gracias es una fiesta solamente para quienes tienen la conciencia tranquila. —Levantó su copa, pero la detuvo a mitad de camino a sus labios y preguntó—: No vas a plantarles cara de forma alguna en tu juicio mañana, ¿verdad, Henry?

—Sí, lo haré.

Ella dejó la copa.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo verás mañana.

—¡No pensarás que vas a poder salirte con la tuya!

—No sé qué tienes en mente en cuanto a qué es eso sobre lo que voy a salirme con la mía.

—¿Te das cuenta de que la acusación contra ti es extremadamente seria?

—Me doy cuenta.

—Has admitido que le vendiste el metal a Ken Danagger.

—Lo he admitido.

—Podrían meterte diez años en la cárcel.

—No creo que lo hagan, pero es posible.

—¿Has estado leyendo los periódicos, Henry? —preguntó Philip con un tipo de sonrisa extraña.

—No.

—¡Oh, deberías hacerlo!

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Deberías ver los insultos que te lanzan.

—Eso es interesante —dijo Rearden; lo dijo sobre el hecho de que la sonrisa de Philip era una de placer.

—No lo entiendo —dijo su madre—. ¿Cárcel? ¿Has dicho cárcel, Lillian? Henry, ¿te van a meter en la cárcel?

—Es posible.

—¡Pero es ridículo! Haz algo sobre eso.

—¿Qué?

—No sé. Yo no entiendo nada de eso. La gente respetable no va a la cárcel. Haz algo. Tú siempre has sabido lo que hacer en los negocios.

—No en ese tipo de negocios.

—No me lo creo. —Su voz tenía el tono de un niño asustado y malcriado—. Estás diciendo eso sólo para ser malo.

—Está haciéndose el héroe, madre —dijo Lillian, y sonrió fríamente, volviéndose hacia Rearden—. ¿No crees que tu actitud es completamente inútil?

—No.

—Tú sabes que casos de este tipo no... no se hacen para llegar a juicio. Hay formas de evitarlo, de conseguir arreglar las cosas amistosamente..., si uno conoce a la gente adecuada.

—Yo no conozco a la gente adecuada.

—Fíjate en Orren Boyle. Él ha hecho muchas más cosas y mucho peores que tu pequeña incursión en el mercado negro, pero él es lo suficientemente listo como para mantenerse fuera de los tribunales.

—Entonces yo no soy lo suficientemente listo.

—¿No crees que es hora de que hagas un esfuerzo para adaptarte a las condiciones de nuestra era?

—No.

—Bueno, entonces no veo cómo puedes pretender ser algún tipo de víctima. Si vas a la cárcel, será por tu propia culpa.

—¿De qué pretensión estás hablando, Lillian?

—Oh, ya sé que piensas que estás luchando por algún tipo de principio..., pero en realidad sólo se trata de que eres un engreído increíble. No lo haces por ninguna razón especial, excepto porque crees que tienes razón.

—¿Tú crees que ellos tienen razón?

Ella se encogió de hombros.

—Ése es el engreimiento del que estoy hablando, la idea de que importa quién tenga razón o no. Es la forma más insoportable de vanidad, esa insistencia en siempre hacer lo correcto. ¿Cómo sabes lo que es correcto? ¿Cómo puede alguien jamás saberlo? No es más que una ilusión para halagar a tu propio ego y para dañar a otras personas al hacer gala de tu superioridad sobre ellos.

Él estaba mirándola con atento interés.

—¿Por qué iría a dañar a otras personas, si no es más que una ilusión?

—¿Es necesario que te diga que en *tu* caso no es más que hipocresía? Por eso me parece absurda tu actitud. Las cuestiones de derecho no tienen nada que ver con la existencia humana. Y tú, ciertamente, eres sólo humano, ¿verdad, Henry? No eres mejor que ninguno de los hombres con los que te vas a enfrentar mañana. Creo que debes recordar que no eres tú quien pueda tomar una determinada posición sobre la base de algún principio. Puede que seas una víctima en este lío concreto, puede que estén haciéndote una sucia jugarreta, pero ¿qué más da? Lo hacen porque son débiles; no pudieron resistir la tentación de agarrar tu metal y apoderarse de tus beneficios, porque no tenían ninguna otra forma de hacerse ricos jamás. ¿Por qué vas a culparlos? Es sólo cuestión de a qué pandilla perteneces, pero todos sois de la misma ralea y os acabáis corrompiendo tarde o temprano. A ti no te tentaría el dinero, porque es muy fácil para ti ganarlo. Pero tú no aguantarías otras presiones, y caerías de forma igual de ignominiosa. ¿No? Así que no tienes derecho a mostrar ninguna indignación justificada contra ellos. No tienes ninguna superioridad moral que imponer o que defender. Y, si no la tienes, ¿de qué sirve librar una

batalla que no puedes ganar? Supongo que uno podría encontrar cierta satisfacción en ser un mártir si fuera alguien irreprochable. Pero tú... ¿quién eres tú para tirar la primera piedra?

Ella hizo una pausa para observar el efecto. No hubo ninguno, excepto que el atento interés de él parecía más intenso; había escuchado como si estuviese siendo llevado por alguna curiosidad científica e impersonal. No era la respuesta que ella había esperado.

—Creo que me entiendes —dijo ella.

—No —dijo él en voz baja—, no te entiendo.

—Creo que deberías abandonar la ilusión de tu propia perfección, la cual sabes muy bien que es una ilusión. Creo que deberías aprender a llevarte bien con otras personas. El día del héroe ya pasó. Éste es el día de la humanidad, y en un sentido mucho más profundo del que imaginas. Ya no se espera que los seres humanos sean santos, o que sean castigados por sus pecados. Nadie está correcto o errado, estamos todos en el mismo barco, somos todos humanos..., y lo humano es lo imperfecto. No ganarás nada mañana demostrando que ellos están equivocados. Deberías ceder con elegancia, simplemente porque es la cosa más práctica que puedes hacer. Deberías quedarte callado, *precisamente* porque ellos están equivocados. Ellos te lo agradecerán. Cede ante otros, y ellos cederán ante ti. Vive y deja vivir. Toma y daca. Cede y recibe. Ésa es la política de nuestra era..., y ya es hora de que la aceptes. No me digas que eres demasiado bueno para eso. Tú sabes que no lo eres. Tú sabes que yo lo sé.

La mirada en los ojos de Rearden, mantenida absorta y fija en algún punto en el espacio, no era en respuesta a las palabras de ella; era en respuesta a la voz de un hombre diciéndole: «¿Cree que lo que está enfrentando es simplemente una conspiración para apoderarse de su riqueza? Usted, que sabe cuál es la fuente de la riqueza, debería saber que es mucho más y mucho peor que eso».

Se volvió hacia Lillian. Estaba viendo la totalidad del fracaso de ella..., en la inmensidad de la propia indiferencia de él. El monótono torrente de sus insultos era como el sonido de una distante máquina de remachar; una presión prolongada e impotente que no penetraba en absoluto en él. Él había oído los calculados recordatorios de su culpa cada noche que había pasado en casa en los últimos tres meses. Pero culpa había sido la única emoción

que él había sido incapaz de sentir. El castigo que ella quería infligirle era la tortura de la vergüenza; lo que le había infligido era la tortura del aburrimiento.

Él recordó su breve ojeada —aquella mañana en el Hotel Wayne-Falkland— a un fallo en el esquema de castigo de ella, que él no había examinado. Ahora se lo planteó a sí mismo por primera vez. Ella quería imponerle a él por la fuerza el sufrimiento de la deshonra..., pero su propio sentido del honor era la única arma con la que imponerlo. Ella quería arrancar de él un reconocimiento de depravación moral..., pero sólo su propia rectitud moral podía darle significado a ese veredicto. Ella quería herirlo con su desprecio..., pero él no podía sentirse herido a menos que respetase la opinión de ella. Ella quería castigarlo por el dolor que él le había causado, y mantenía su dolor como un arma apuntada a él, como si quisiese extorsionar su agonía a punta de su piedad. Pero la única herramienta con la que ella contaba era la propia benevolencia de él, su preocupación por ella, su compasión. El único poder de ella era el poder de las propias virtudes de él. ¿Y si decidiese retirarlo?

Una cuestión de culpa, pensó, tendría que basarse en la aceptación del código de justicia que lo estaba declarando culpable. Él no lo aceptaba; nunca lo había aceptado. Sus virtudes, todas las virtudes que ella necesitaba para lograr el castigo de él, procedían de otro código y vivían por otro estándar. Él no sintió culpa, ni vergüenza, ni arrepentimiento, ni deshonra. No le preocupaba lo más mínimo el veredicto que ella decidiese pronunciar sobre él: había perdido el respeto por el juicio de ella hacía mucho tiempo. Y la única cadena que aún lo retenía era un último residuo de pena.

Pero ¿cuál era el código bajo el cual ella actuaba? ¿Qué tipo de código permitía el concepto de un castigo que requería la virtud de la propia víctima como combustible para hacerlo funcionar? Un código —pensó— que destruyese sólo a quienes tratasen de obedecerlo; un castigo por el cual sólo el honesto sufriría, mientras que el deshonesto saldría indemne. ¿Podía uno concebir una infamia más baja que igualar virtud con dolor, hacer de la virtud, y no del vicio, la fuente y la fuerza motriz del sufrimiento? Si él fuese el tipo de sinvergüenza que ella se esforzaba en hacerle creer que era, entonces ninguna cuestión de honor ni de su valor moral le importaría lo más mínimo. Si no lo fuese, entonces, ¿cuál era la naturaleza de la tentativa de ella?

Contar con su virtud y utilizarla como instrumento de tortura, practicar chantaje con la generosidad de la víctima como única forma de extorsión, aceptar el regalo de la buena voluntad de un hombre y convertirlo en un instrumento de destrucción del donante... Se quedó sentado, muy quieto, contemplando una fórmula tan malvada que él era capaz de nombrarla, pero no de creer que fuese posible.

Siguió sentado y quieto, preso con el martilleo de una única pregunta: ¿sabía Lillian la naturaleza exacta de su esquema?, ¿era una política consciente, ideada con pleno entendimiento de su significado? Se estremeció; no la odiaba lo suficiente como para creerlo.

La miró. Lillian estaba absorta, en ese momento, en la tarea de cortar un pudin de ciruelas que se alzaba como una montaña de llama azul sobre una bandeja de plata delante de ella, su reflejo bailando sobre la cara de ella y su boca riéndose...; estaba hundiendo un cuchillo de plata en la llama, con una ensayada y grácil curva de su brazo. Ella llevaba hojas metálicas con los colores del otoño, rojos, dorados y castaños, esparcidas sobre un hombro de su toga de terciopelo negro; brillaban a la luz de las velas.

Él no podía librarse de la impresión, la cual había estado recibiendo y rechazando durante tres meses, de que la venganza de ella no era una forma de desesperación, como él había creído; la impresión que él tenía, y que consideraba inconcebible, era que ella lo estaba disfrutando. Él no podía encontrar ni una pizca de dolor en su actitud. Ella tenía un aire de confianza que era nuevo para ella. Parecía sentirse a gusto en su casa por primera vez. Aunque todo lo que había dentro de la casa lo había elegido ella a su gusto, siempre había parecido estar actuando como la brillante, eficiente y resentida gerente de un hotel de lujo, alguien que siempre está sonriendo en amarga diversión por su posición de inferioridad en relación a los dueños. La diversión seguía, pero la amargura había desaparecido. No había engordado, pero sus facciones habían perdido su delicada agudeza, convirtiéndose en un borroso y mitigado aire de satisfacción; incluso su voz sonaba como si se hubiese vuelto rechoncha.

Él no oyó lo que ella estaba diciendo; estaba riendo con el último fulgor de las llamas azules, mientras él estaba sentado sopesando la cuestión: ¿lo sabía ella? Sintió que había descubierto un secreto mucho mayor que el problema de su matrimonio; que había captado la fórmula de una política practicada más extensamente por todo el mundo de lo que él se

atrevía a contemplar en ese momento. Pero culpar a un ser humano por esa práctica era un veredicto de condena irrevocable, y él sabía que no podría creerlo de nadie, mientras existiese una posibilidad de duda.

No, pensó, mirando a Lillian, con un último esfuerzo de su generosidad, él no pensaría eso de ella. En nombre de cualquier gracia o de cualquier orgullo que ella poseyese, en nombre de esos momentos en los que había visto una sonrisa de felicidad en su cara, la sonrisa de un ser vivo, en nombre de la breve sombra de amor que una vez había sentido por ella, él no pronunciaría sobre ella un veredicto de maldad total.

El mayordomo deslizó un plato de pudin de ciruelas delante de él, y él oyó la voz de Lillian:

—¿Dónde has estado los últimos cinco minutos, Henry..., o es el último siglo? No me has respondido. No has oído ni una palabra de lo que he dicho.

—Lo he oído —respondió en voz baja—. No sé qué estás tratando de conseguir.

—¡Qué pregunta! —dijo su madre—. ¿No es eso típico de un hombre? Está tratando de evitar que vayas a la cárcel..., eso es lo que está tratando de conseguir.

Podía ser verdad, pensó él; quizá, con el razonamiento de una cobardía cruda e infantil, el motivo de la malicia de ellos era un deseo de protegerlo, de reducirlo a la seguridad de una concesión. Es posible, pensó; pero sabía que no lo creía.

—Siempre has sido impopular —dijo Lillian—, y eso va más allá de cualquier asunto concreto. Es esa actitud inflexible e intratable que tienes. Los hombres que van a juzgarte saben lo que estás pensando. Por eso te caerán encima, mientras dejan a otro hombre en libertad.

—Vaya, no, no creo que sepan lo que estoy pensando. Eso es lo que tengo que hacerles saber mañana.

—A menos que les muestres que estás dispuesto a ceder y a cooperar, no tendrás ninguna posibilidad. Has sido demasiado difícil de tratar.

—No, he sido demasiado fácil.

—Pero, si te meten en la cárcel —dijo su madre—, ¿qué va a ser de tu familia? ¿Has pensado en eso?

—No, no lo he pensado.

—¿Has pensado en la desgracia que nos acarrearás?

—Madre, ¿tú entiendes cuál es el asunto en este caso?

—No, no lo entiendo y no quiero entenderlo. Todo negocio es política sucia. Todo negocio es sólo política sucia, y toda política es sólo negocio sucio. Nunca quise entender nada de ello. Me da igual quién tenga razón y quién no, pero lo que pienso es que en lo que un hombre debería pensar primero es en su familia. ¿No sabes lo que eso nos hará?

—No, madre, no lo sé ni me importa.

Su madre lo miró, estupefacta.

—Bueno, creo que tenéis una actitud muy provinciana, todos vosotros —dijo Philip de repente—. Nadie aquí parece estar preocupado por los aspectos sociales más amplios del caso. No estoy de acuerdo contigo, Lillian. No sé por qué dices que están haciéndole una jugarreta a Henry, y que él es quien tiene razón. Yo creo que él es culpable como el que más. Madre, yo te puedo explicar el asunto muy simplemente. No hay nada extraordinario en eso, los juzgados están llenos de casos como éste. Los empresarios se están aprovechando de la emergencia nacional para ganar dinero. Desobedecen las regulaciones que protegen el bienestar general de todos... por el bien de sus propias ganancias personales. Son acaparadores del mercado negro que se enriquecen defraudando a los pobres de su legítima parte, en una época de desesperada escasez. Llevan a cabo una política despiadada, avariciosa, arrebatadora y antisocial, basada en pura codicia egoísta. De nada sirve disimularlo, todos lo sabemos..., y yo creo que es despreciable.

Había hablado de forma despreocupada e informal, como si les estuviese explicando lo obvio a un grupo de adolescentes; su tono transmitía la seguridad de un hombre que sabe que la base moral de su posición no está abierta a ser cuestionada.

Rearden estaba mirándolo, como si estuviese estudiando un objeto que hubiese visto por primera vez. En algún lugar profundo de la mente de Rearden, como un ritmo firme, tranquilo e inexorable, había una voz de hombre diciendo: «¿Con qué derecho...? ¿Con qué código...? ¿Con qué estándar...?».

—Philip —dijo, sin levantar la voz—, di algo así otra vez... y te encontrarás en plena calle, ahora mismo, con lo que llevas puesto, con las monedas que tengas en los bolsillos, y con nada más.

No oyó respuesta, ni sonido, ni movimiento. Notó que la inmovilidad de los tres que había delante de él no tenía ningún elemento de sorpresa. El aire de sobresalto en sus caras no era el sobresalto de gente ante el súbito estallido de una bomba, sino el sobresalto de gente que había estado jugando con una espoleta activada. No hubo gritos, ni protestas, ni preguntas; ellos sabían lo que él quería decir, y sabían exactamente lo que significaba. Una turbia y deprimente sensación le dijo que ellos lo habían sabido mucho antes de que él lo supiera.

—No..., no echarías a tu propio hermano a la calle, ¿verdad? —dijo su madre finalmente; no era una demanda, sino una súplica.

—Lo haría.

—Pero... es tu hermano. ¿Eso no significa nada para ti?

—No.

—A lo mejor se pasa a veces, pero es sólo hablar por hablar, es sólo esa farfulla moderna, él no sabe lo que está diciendo.

—Entonces que aprenda.

—No seas duro con él..., es más joven que tú, y... y más débil. Él..., Henry, ¡no me mires así! Nunca te he visto mirar así... No deberías asustarlo. Tú sabes que te necesita.

—¿Lo sabe él?

—No puedes ser duro con un hombre que te necesita, te remorderá la conciencia el resto de tu vida.

—No lo hará.

—Tienes que ser bueno, Henry.

—No lo soy.

—Tienes que tener algo de compasión.

—No la tengo.

—Un buen hombre sabe cómo perdonar.

—Yo no.

—No querrías que pensase que eres egoísta.

—Lo soy.

Los ojos de Philip iban disparados del uno al otro. Parecía un hombre que se había sentido seguro de estar pisando granito sólido y que, de pronto, había descubierto que era hielo fino, ahora resquebrajándose y abriéndose a su alrededor.

—Pero yo... —empezó Philip; se detuvo, porque su voz sonaba igual que los pasos de quien tantea un suelo frágil—. ¿No puedo expresarme libremente?

—En tu propia casa. No en la mía.

—¿No tengo ningún derecho a mis propias ideas?

—A tus propias expensas. No a las mías.

—¿No toleras ninguna diferencia de opinión?

—No cuando soy yo quien paga las facturas.

—¿No hay nada más a tener en cuenta, excepto el dinero?

—Sí. El hecho de que es *mi* dinero.

—¿No quieres considerar ningún aspecto más ele...? —iba a decir «más elevado», pero cambió de opinión—, ¿... ningún otro aspecto?

—No.

—Pero yo no soy tu esclavo.

—¿Soy yo el tuyo?

—No sé qué quieres... —Paró; sabía lo que él quería decir.

—No —dijo Rearden—, no eres mi esclavo. Eres libre de irte de aquí en cualquier momento que lo desees.

—Yo..., yo no estoy hablando de eso.

—Yo sí.

—No lo entiendo...

—¿No?

—Siempre has conocido mis... mis opiniones políticas. Nunca has puesto reparos.

—Es verdad —admitió Rearden gravemente—. Quizá te deba una explicación, si es que te he dado una impresión errónea. Nunca he tratado de recordarte que estás viviendo de mi caridad. Pensé que te correspondía a ti el recordarlo. Pensé que cualquier ser humano que acepta la ayuda de otro sabe que la buena voluntad es el único motivo del donante, y que buena voluntad es el pago que hay que dar a cambio. Pero veo que estaba equivocado. Tú estuviste recibiendo tu sustento sin ganártelo, y concluiste que el afecto no tenía que ser ganado tampoco. Concluiste que yo era la persona más segura en el mundo a quien escupirle, precisamente porque te tenía agarrado por el cuello. Concluiste que yo no querría recordártelo y que estaría atado por miedo a herir tus sentimientos. Muy bien, dejemos las cosas claras: eres un objeto de caridad que ha agotado su crédito hace

mucho tiempo. Cualquier afecto que pueda haber sentido por ti en el pasado ha desaparecido. No tengo el menor interés en ti, en tu destino o en tu futuro. No tengo ninguna razón en absoluto para querer alimentarte. Si te vas de mi casa, me dará exactamente igual si te mueres de hambre o no. Ahora, ésa es tu posición aquí, y espero que la recuerdes, si quieres quedarte. Si no, lárgate.

Excepto por el movimiento de hundir un poco la cabeza entre sus hombros, Philip no mostró ninguna reacción.

—No imagines que disfruto viviendo aquí —dijo, con voz sin vida y chillona—. Si crees que soy feliz, estás equivocado. Daría cualquier cosa por irme. —Las palabras eran propias de un desafío, pero la voz tenía una curiosa calidad de cautela—. Y, si es así como te sientes al respecto, sería mejor que me fuera. —Las palabras eran una afirmación, pero la voz puso un signo de interrogación al final de ellas, y esperó; no hubo respuesta—. No necesitas preocuparte por mi futuro. No tengo que pedirle favores a nadie. Puedo cuidar de mí mismo perfectamente. —Las palabras iban dirigidas a Rearden, pero los ojos estaban mirando a su madre; ella no habló; estaba con miedo de moverse—. Siempre he querido valerme por mí mismo. Siempre he querido vivir en Nueva York, cerca de todos mis amigos. —La voz se ralentizó, y añadió de forma impersonal, reflexionando, como si las palabras no estuviesen dirigidas a nadie en particular—. Claro que tendría el problema de mantener una cierta posición social..., no es culpa mía si me veo avergonzado por un apellido asociado con un millonario... Necesitaría dinero suficiente para un año o dos..., para situarme de una forma apropiada a mi...

—No lo obtendrás de mí.

—No te lo estaba pidiendo a ti, ¿a que no? ¡No te imagines que no podría obtenerlo en algún otro sitio, si quisiera! ¡No te imagines que no podría irme! Me iría en un minuto, si tuviera que pensar sólo en mí mismo. Pero Madre me necesita y, si yo desertara...

—No des explicaciones.

—Y, además, me entendiste mal, Henry. No he dicho nada para insultarte. No estaba hablando de ninguna forma personal. Sólo estaba hablando de la situación política general desde un punto de vista sociológico abstracto que...

—No des explicaciones —dijo de nuevo Rearden.

Rearden estaba mirando la cara de Philip. La tenía medio inclinada, sus ojos mirándolo a él hacia arriba. Los ojos eran exánimes, como si no hubiesen sido testigos de nada; no tenían ninguna chispa de excitación ni de sensación personal, ni de desafío ni de pesar, ni de vergüenza ni de sufrimiento; eran óvalos empañados que no contenían ninguna respuesta a la realidad, ningún intento de entenderla, de sopesarla, de llegar a algún veredicto de justicia..., óvalos que no contenían más que un odio torpe, callado y embotado.

—No des explicaciones —repitió Rearden—. Sólo mantén la boca cerrada.

La revulsión que le hizo a Rearden girar la cara hacia otro sitio tenía un espasmo de lástima. Hubo un instante en el que quiso agarrar a su hermano de los hombros, sacudirlo y gritar: ¿cómo has podido hacer esto contigo mismo?, ¿cómo has llegado a un estado en el que esto es lo único que queda de ti?, ¿por qué has dejado que el maravilloso hecho de tu propia existencia te pase de largo...? Miró a otro lado. Sabía que era inútil.

Notó, con hastiado desprecio, que sus tres acompañantes en la mesa permanecieron callados. A lo largo de todos los años pasados, su consideración hacia ellos no le había traído más que sus maliciosos y virtuosos reproches. ¿Dónde estaba su supuesta virtud ahora? Ahora era el momento de apelar a su código de justicia, si es que la justicia había sido parte alguna de su código. ¿Por qué le lanzaban a él todas esas acusaciones de crueldad y de egoísmo, que había llegado a aceptar como el coro eterno de su vida? ¿Qué les había permitido hacerlo durante años? Sabía que las palabras que oyó en su mente eran la clave a la respuesta: la sanción de la víctima.

—No nos peleemos —dijo su madre con voz insustancial y vaga—. Es el Día de Acción de Gracias.

Cuando miró a Lillian, Rearden captó una mirada que le hizo estar seguro de que ella lo había estado observando desde hacía largo rato: su cualidad era pánico.

Se levantó.

—Me disculparéis ahora, por favor —dijo a la mesa en general.

—¿Adónde vas? —preguntó Lillian bruscamente.

Él se quedó mirándola durante un deliberado momento, como confirmando el significado que ella leería en su respuesta.

—A Nueva York.

Ella se puso en pie de un salto.

—¿Esta noche?

—Ahora.

—¡No puedes ir a Nueva York esta noche! —Su voz no era alta, pero tenía la imperiosa impotencia de un chillido—. Éste no es momento en que puedas permitírtelo; en el que puedas permitirte abandonar a tu familia, quiero decir. Deberías pensar en mantener una apariencia de honradez. No estás en condiciones de permitirte nada que tú sabes que es depravación.

«¿Con qué código?», pensó Rearden, «¿con qué estándar?».

—¿Por qué quieres ir a Nueva York esta noche? —preguntó ella.

—Creo, Lillian, que por la misma razón que hace que tú quieras detenerme.

—Mañana es tu juicio.

—Eso es lo que quiero decir.

Él hizo un movimiento para volverse, y ella levantó la voz:

—No quiero que te vayas. —Él sonrió. Era la primera vez que le había sonreído a ella en los últimos tres meses; no era el tipo de sonrisa que a ella le habría gustado ver—. ¡Te prohíbo que nos dejes esta noche!

Él se dio media vuelta y salió de la sala.

Sentado al volante de su coche, con la carretera de cristal congelado volando hacia su rostro bajo las ruedas a cien kilómetros por hora, dejó que el pensamiento de su familia se distanciase de él, y la imagen de sus caras fue retrocediendo en el abismo de velocidad que se tragaba los árboles desnudos y las solitarias estructuras al lado de la carretera. Había poco tráfico, y se veían pocas luces en las distantes agrupaciones de pueblos que pasaba; ese vacío de inactividad era la única señal de un día de fiesta. Un destello difuso, corroído por la escarcha, brillaba sobre el tejado de una fábrica muy de vez en cuando, y un viento frío gemía a través de las articulaciones de su coche, golpeando la lona del techo contra la estructura metálica.

Por algún remoto sentido de contraste, que él no había definido, el pensamiento de su familia fue sustituido por su encuentro con la Nodriza, el muchacho de Washington en sus fundiciones.

En la época en la que Rearden fue acusado, descubrió que el muchacho se había enterado de su acuerdo con Danagger, pero que no se lo había comunicado a nadie.

—¿Por qué no informaste a tus amigos sobre mí? —le había preguntado.

El muchacho había respondido bruscamente, sin mirarle:

—No quise hacerlo.

—Era parte de tu trabajo vigilar precisamente ese tipo de cosas, ¿no?

—Sí.

—Además, tus amigos habrían estado encantados de oírlo.

—Lo sé.

—¿No sabías lo valiosa que era esa información, y el estupendo negocio que habrías podido extraer con esos amigos tuyos de Washington, a quienes me ofreciste una vez...?, ¿te acuerdas? ¿Los amigos que siempre «ocasionan gastos»? —El muchacho no había contestado—. Podría haber hecho que tu carrera llegase a su nivel máximo. No me digas que no lo sabías.

—Lo sabía.

—Entonces ¿por qué no hiciste uso de ella?

—No quise hacerlo.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

El muchacho había seguido allí de pie, tristemente evitando los ojos de Rearden, como intentando eludir algo incomprensible dentro de sí mismo. Rearden se había reído.

—Escucha, no-absoluto, estás jugando con fuego. Más te vale ir y asesinar a alguien ya mismo, antes de que te afecte... esa razón que te impidió convertirte en soplón..., porque, si no, va a dejar tu carrera hecha trizas.

El muchacho no había respondido.

Unas horas antes, por la mañana, Rearden había ido a su despacho como de costumbre, aunque el resto del edificio de oficinas estuviera cerrado. A la hora de comer había parado en los trenes de laminación y se había sorprendido al encontrar a la Nodriza allí, solo en un rincón, ignorado por todo el mundo, mirando el trabajo con un aspecto de estar disfrutando como un niño.

—¿Qué estás haciendo aquí hoy? —le había preguntado Rearden—. ¿No sabes que es fiesta?

—Oh, dejé que las chicas se fueran, pero sólo vine a acabar algunos asuntos.

—¿Qué asuntos?

—Oh, cartas y..., bueno, qué demonios, firmé tres cartas y le saqué punta a mis lápices. Sé que no tenía que hacerlo hoy, pero no tenía nada que hacer en casa, y... me siento solo cuando estoy lejos de este lugar.

—¿No tienes ninguna familia?

—No..., no que valga la pena mencionar. ¿Y usted, señor Rearden? ¿No tiene ninguna?

—Supongo que no..., no que valga la pena mencionar.

—Me gusta este lugar. Me gusta estar por aquí... ¿Sabe, señor Rearden?, para lo que yo estudié fue para ser metalúrgico.

Alejándose, Rearden se había vuelto para mirar atrás y había pillado a la Nodriza mirándolo a él como un niño miraría al héroe de su historia favorita de aventuras. «¡Que Dios le ayude al pobre infeliz!», había pensado.

Que Dios les ayude a todos, pensó, conduciendo a través de las oscuras calles de un pequeño pueblo, tomando prestadas, con desdeñosa lástima, las palabras de las creencias que él nunca había compartido. Vio periódicos desplegados sobre estantes de metal, con letras negras de titulares gritando a las esquinas desiertas: CATÁSTROFE FERROVIARIA. Él había oído la noticia en la radio aquella tarde: había habido un accidente en la línea principal de Taggart Transcontinental, cerca de Rockland, Wyoming; un raíl partido había causado que un tren de mercancías se despeñase por el borde de un cañón. Los desastres en la línea principal de Taggart se estaban haciendo cada vez más frecuentes; la vía se estaba desgastando, la vía que, menos de dieciocho meses atrás, Dagny estaba planeando reconstruir, prometiéndole a él un viaje de una costa a otra en su propio metal.

Dagny había pasado un año recuperando raíles de líneas secundarias abandonadas para reparar el raíl de la línea principal. Había pasado meses peleando con los hombres del Consejo de Administración de Jim, que decían que la emergencia nacional era sólo temporal, y que una vía que había durado diez años bien podía durar otro invierno, hasta la primavera, cuando las condiciones mejorarían, tal como había prometido el señor

Wesley Mouch. Tres semanas antes, ella les había hecho autorizar la compra de sesenta mil toneladas de raíles nuevos; con eso no podría hacer más que algunos remiendos a través del continente en las peores divisiones, pero era todo lo que había sido capaz de conseguir de ellos. Ella había tenido que arrebatar el dinero de hombres sordos por el pánico: los ingresos por mercancías estaban cayendo a tal ritmo que los hombres del Consejo habían empezado a temblar ante la idea de Jim de que ése era el año más próspero en la historia de Taggart; había tenido que hacer un pedido de raíles de acero; no había ninguna esperanza de conseguir un permiso de «necesidad de emergencia» para comprar Metal Rearden, ni tiempo para mendigar por uno.

Rearden apartó la vista de los titulares y miró el resplandor al borde del cielo, que era la ciudad de Nueva York en la lejanía; sus manos apretaron un poco más el volante.

Eran las nueve y media cuando llegó a la ciudad. El apartamento de Dagny estaba oscuro cuando entró en él usando su propia llave. Tomó el teléfono y la llamó a su oficina. La voz de ella respondió:

—Taggart Transcontinental.

—¿No sabes que hoy es fiesta? —le preguntó.

—Hola, Hank. Los ferrocarriles no tienen fiestas. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde tu casa.

—Acabaré en una media hora.

—Está bien. Quédate ahí. Iré a recogerte.

La recepción de su oficina estaba a oscuras cuando él entró, excepto por el cubículo iluminado de cristal de Eddie Willers. Eddie estaba cerrando su escritorio, disponiéndose a partir. Miró a Rearden, sorprendido y perplejo.

—Buenas noches, Eddie. ¿Qué es lo que os mantiene a todos tan ocupados, el accidente de Rockland?

Eddie suspiró.

—Sí, señor Rearden.

—Eso es por lo que quiero ver a Dagny..., por vuestro raíl.

—Todavía está aquí.

Rearden ya se iba hacia la puerta de ella, cuando Eddie le habló, vacilante.

—Señor Rearden...

Él se detuvo.

—¿Sí?

—Quería decirle..., porque mañana es su juicio... y porque, decidan lo que decidan hacerle a usted, se supone que es en nombre de todo el pueblo..., sólo quería decirle que yo..., que no será en *mi* nombre..., aunque no haya nada que yo pueda hacer sobre eso, excepto decírselo a usted... aunque yo sé que eso no significa nada.

—Significa mucho más de lo que supones. Quizá más de lo que cualquiera de nosotros supone. Gracias, Eddie.

Dagny levantó la vista de su escritorio cuando Rearden entró en su oficina; él la vio mirándolo mientras se acercaba, y vio cómo el aspecto de cansancio desaparecía de sus ojos. Se sentó al borde del escritorio. Ella se echó hacia atrás, apartando un mechón de pelo de su cara, sus hombros relajándose bajo una fina blusa blanca.

—Dagny, hay algo que quiero decirte sobre el raíl que pediste. Quiero que sepas esto ahora.

Ella lo estaba mirando con atención; la expresión de su cara hizo que la de ella adquiriera el mismo aire de tranquila y solemne tensión.

—Se supone que, el quince de febrero, debo entregar a Taggart Transcontinental sesenta mil toneladas de raíl, lo que te dará quinientos kilómetros de vía. Recibirás, por la misma suma de dinero, ochenta mil toneladas de raíl, lo que te dará ochocientos kilómetros de vía. Sabes cuál es el material que es más barato y más liviano que el acero. Tu raíl no será de acero, será de Metal Rearden. No discutas, pongas pegas o apruebes. No estoy pidiendo tu consentimiento. No se supone que tú debas consentir o incluso saber nada de ello. Yo estoy haciendo esto y yo solo seré responsable. Lo montaremos de tal forma que quienes en tu equipo sepan que has pedido acero no sepan que has recibido Metal Rearden, y quienes sepan que has recibido Metal Rearden no sepan que no tenías permiso para comprarlo. Enredaremos la contabilidad de tal forma que si alguna vez el tinglado se desmonta, nadie tendrá cómo acusar a nadie de nada, excepto a mí. Podrán sospechar que soborné a alguien de tu equipo, o podrán sospechar que tú estás involucrada en ello, pero no tendrán cómo probarlo. Quiero que me des tu palabra de que nunca lo admitirás, pase lo que pase. Es *mi* metal, y si hay riesgos que asumir, seré yo quien los asuma. He

estado planeando esto desde el día que recibí tu pedido. Voy a comprar el cobre necesario de una fuente que *no* me traicionará. No tenía intención de decirte nada sobre eso hasta más adelante, pero cambié de idea. Quiero que lo sepas esta noche..., porque voy a ser juzgado mañana por el mismo tipo de delito.

Ella lo había escuchado sin moverse. Al decir la última frase, él vio una leve contracción en sus mejillas y sus labios; no llegaba a ser una sonrisa, pero le dio a él la respuesta completa de ella: dolor, admiración, comprensión.

Luego, vio sus ojos volverse más suaves, más dolorosa y peligrosamente vivos; le cogió la muñeca, como si el firme apretón de sus dedos y la severidad de su mirada fuesen a darle a ella el apoyo que necesitaba, y dijo severamente:

—No me des las gracias, esto no es un favor, lo estoy haciendo para poder soportar mi trabajo, de lo contrario me derrumbaré como Ken Danagger.

Ella susurró.

—De acuerdo, Hank, no te daré las gracias —dijo; el tono de su voz y la expresión de sus ojos hicieron que fuese una mentira en el instante que acabó de hablar.

Él sonrió.

—Dame la palabra que te pedí.

Ella inclinó la cabeza.

—Te doy mi palabra. —Él le soltó la muñeca. Sin levantar la cabeza, ella añadió—: La única cosa que diré es que, si te sentencian a prisión mañana, desapareceré, sin esperar a que ningún destructor me inste a ello.

—No lo harás. Y no creo que me sentencien a prisión. Creo que me dejarán escapar con facilidad. Tengo una hipótesis sobre eso; te la explicaré después, cuando la haya puesto a prueba.

—¿Qué hipótesis?

—¿Quién es John Galt? —Sonrió, y se puso de pie—. Eso es todo. No hablaremos más sobre mi juicio esta noche. ¿No tendrás por casualidad algo de beber en tu oficina?

—No. Pero creo que mi gerente de tráfico tiene algún tipo de bar en uno de los estantes de su archivador.

—¿Crees que puedes robar una copa para mí, si no lo tiene cerrado con llave?

—Lo intentaré.

Él permaneció de pie mirando el retrato de Nat Taggart en la pared de la oficina, el retrato de un hombre joven con la cabeza erguida, hasta que ella volvió, trayendo una botella de coñac y dos copas. Él llenó las copas en silencio.

—Sabes, Dagny, el día de Acción de Gracias fue una fiesta establecida por gente productiva para celebrar el éxito de su trabajo.

El movimiento de su brazo, cuando levantó la copa, fue del retrato... a ella..., a él mismo..., a los edificios de la ciudad más allá de la ventana.

Desde un mes antes, las personas que llenaban la sala de justicia habían sido informadas por la prensa de que verían al hombre que era el codicioso enemigo de la sociedad; pero ellas habían venido a ver al hombre que había inventado el Metal Rearden.

Él se puso de pie cuando los jueces le conminaron a ello. Llevaba un traje gris, tenía ojos azul claro y pelo rubio; no eran los colores los que hacían que su figura pareciese fría e implacable, era el hecho de que el traje tenía la costosa simplicidad raramente ostentada esos días, que pertenecía a la austera y lujosa oficina de una rica corporación, que él y su porte provenían de una era civilizada y chocaban con el lugar a su alrededor.

La multitud sabía, por los periódicos, que él representaba la maldad de la riqueza despiadada; y, así como ellos alababan la virtud de la castidad pero iban corriendo a ver cualquier película que exhibiera una hembra medio desnuda en sus carteles, así también venían a verlo a él; la maldad, por lo menos, no tenía la rancia impotencia de un cliché en el que nadie creía y el cual nadie se atrevía a desafiar. Lo miraban sin admiración; admiración era una emoción que ellos habían perdido la capacidad de sentir desde hacía mucho tiempo; lo miraban con curiosidad y con un empañado sentido de desafío hacia quienes les habían dicho que era su obligación odiarlo.

Unos cuantos años antes, ellos habrían abucheado su aire de riqueza segura de sí misma. Pero ese día había un cielo gris color pizarra en las ventanas de la sala, que prometía la primera tormenta de nieve de un largo y

duro invierno; lo que quedaba de petróleo en el país estaba agotándose, y las minas de carbón no eran capaces de satisfacer la histérica lucha por conseguir provisiones para el invierno. La multitud en la sala recordaba que ése era el caso que le había costado a ellos los servicios de Ken Danagger. Había rumores de que la producción de la Danagger Coal Company había caído significativamente en sólo un mes; los periódicos decían que era sólo una cuestión de reajuste mientras el primo de Danagger reorganizaba la empresa que él había usurpado. La semana anterior, las primeras planas de los periódicos habían publicado la historia de una catástrofe en el lugar de un proyecto de viviendas en construcción: unas estructuras de acero defectuosas se habían derrumbado, matando a cuatro trabajadores; los periódicos no lo habían mencionado, pero la multitud sabía que las estructuras habían venido de la Associated Steel de Orren Boyle.

Estaban sentados en la sala en profundo silencio, y miraban a la alta figura gris, pero no con esperanza —estaban perdiendo la capacidad de esperar—, sino con una impasible neutralidad sazonada con la insinuación de un signo de interrogación; el signo de interrogación estaba colocado sobre todos los piadosos eslóganes que habían oído durante años.

Los periódicos habían gruñido que la causa de los males del país, como ese caso demostraba, era la avaricia egoísta de los ricos empresarios; que eran hombres como Hank Rearden los responsables por la dieta reducida, la caída de temperatura y los tejados agrietados de los hogares de la nación; que, si no hubiese sido por los hombres que desobedecían las regulaciones y dificultaban los planes del gobierno, la prosperidad habría sido alcanzada mucho tiempo antes; y que un hombre como Hank Rearden no estaba motivado más que por el afán de lucro. Esto último se afirmaba sin explicación ni elaboración, como si las palabras «afán de lucro» fuesen la marca obvia de la mayor maldad.

La multitud recordaba que, menos de dos años antes, esos mismos periódicos habían gritado que la producción de Metal Rearden debería ser prohibida, porque su productor estaba poniendo en peligro las vidas de la gente, en aras de su avaricia; ellos recordaban que el hombre de gris había viajado en la cabina de la primera locomotora que rodó sobre una vía de su propio metal; y que ahora estaba siendo juzgado por el avaricioso delito de haberle negado al público un cargamento de metal que, por su codicia, ofreció en el mercado público.

De acuerdo con el protocolo establecido por directivas, casos como ése no eran juzgados por un jurado, sino por una corte de tres jueces designados por la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales; el protocolo, habían dicho las directivas, debía ser informal y democrático. El sillón de juez había sido retirado de la antigua sala del tribunal de Filadelfia para la ocasión y reemplazado por una mesa sobre un estrado de madera; eso hacía que el ambiente de la sala se pareciese al de esas reuniones en las que un grupo de ponentes embauca con algo a unos espectadores que son retrasados mentales.

Uno de los jueces, actuando de fiscal, había leído los cargos.

—Puede usted ahora presentar cualquier alegación que desee hacer en su propia defensa —anunció.

De frente al estrado, con una voz monótona y peculiarmente clara, Hank Rearden respondió:

—No tengo defensa.

—Usted... —el juez titubeó; no había esperado que fuese tan fácil—, ¿... se pone usted a merced de este tribunal?

—No reconozco el derecho de este tribunal a juzgarme.

—¿Qué?

—No reconozco el derecho de este tribunal a juzgarme.

—Pero, señor Rearden, éste es el tribunal legalmente constituido para juzgar ese tipo específico de delitos.

—No reconozco mi acción como delito.

—Pero usted ha admitido haber violado nuestras regulaciones que controlan la venta de su metal.

—No reconozco su derecho a controlar la venta de mi metal.

—¿Es necesario que señale que su reconocimiento no era requerido?

—No. Soy totalmente consciente de ello, y estoy actuando en consecuencia.

Él notó el silencio en la sala. Por las reglas del complicado y fraudulento procedimiento con las que habían jugado en beneficio mutuo, todas esas personas deberían haber considerado su posición una locura incomprensible; debería haber habido murmullos de sorpresa y de burla; no había nada de eso, ellos estaban callados; entendían.

—¿Quiere usted decir que se está negando a obedecer la ley? —preguntó el juez.

—No. Estoy cumpliendo la ley... al pie de la letra. Su ley mantiene que mi vida, mi trabajo y mi propiedad pueden ser enajenados sin mi consentimiento. Muy bien, ustedes ahora pueden disponer de mí sin mi participación en el asunto. No haré la pantomima de defenderme de algo contra lo cual ninguna defensa es posible, y no simularé la ilusión de estar tratando con un tribunal de justicia.

—Pero, señor Rearden, la ley dice específicamente que a usted hay que darle una oportunidad de presentar su versión del caso y de defenderse.

—Un prisionero llevado a juicio puede defenderse sólo si hay un principio de justicia objetivo reconocido por sus jueces, un principio que mantenga sus derechos, que ellos no puedan violar y que él pueda invocar. La ley por la que ustedes me están juzgando sostiene que no hay principios, que yo no tengo derechos, y que ustedes pueden hacer conmigo lo que les venga en gana. Muy bien, háganlo.

—Señor Rearden, la ley que usted está denunciando está basada en el mayor principio de todos, el principio del bien común, del bienestar público.

—¿Quién es el público? ¿Qué considera que es su bienestar? Hubo una época en la que los hombres creían que «el bien» era un concepto a ser definido por un código de valores morales, y que ningún hombre tenía derecho a perseguir su bien a través de violar los derechos de otro. Si ahora se cree que mis semejantes pueden sacrificarme a mí de cualquier forma que les plazca en aras de lo que ellos crean que es su propio bien, si creen que pueden apoderarse de mi propiedad simplemente porque la necesitan..., bueno, eso es lo que hace cualquier ladrón. Sólo hay esta diferencia: el ladrón no me pide que apruebe su acción.

Un grupo de asientos a un lado de la sala estaban reservados para los prominentes visitantes que habían venido de Nueva York a presenciar el juicio. Dagny estaba sentada sin moverse, y su cara no mostraba más que una solemne atención, la atención de escuchar sabiendo que el flujo de las palabras de Rearden determinarían el curso de la vida de ella. Eddie Willers estaba sentado a su lado. James Taggart no había ido. Paul Larkin estaba encorvado hacia delante, con la cara sobresaliendo, apuntada como el hocico de un animal, afilada por una expresión de miedo que poco a poco se estaba convirtiendo en un odio malicioso. El señor Mowen, sentado a su

lado, era un hombre de mayor inocencia y de menor comprensión; su miedo tenía una naturaleza más simple; escuchó en perpleja indignación y le susurró a Larkin:

—¡Dios bendito, ahora sí que la ha armado! ¡Ahora convencerá a todo el país de que todos los hombres de negocios son enemigos del bien común!

—¿Hemos de entender —preguntó el juez—, que usted mantiene sus intereses por encima de los intereses del público?

—Mantengo que tal pregunta jamás puede surgir..., excepto en una sociedad de caníbales.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Mantengo que no hay conflicto de intereses entre hombres que no demandan lo que no se han ganado y que no practican sacrificios humanos.

—¿Hemos de entender que si el público considera necesario restringir sus beneficios, usted no reconoce su derecho a hacerlo?

—Claro que sí, lo reconozco. El público puede restringir mis beneficios en cualquier momento que lo desee... negándose a comprar mi producto.

—Estamos hablando de... otros métodos.

—Cualquier otro método de restringir beneficios es el método de los saqueadores, y yo lo reconozco como tal.

—Señor Rearden, ésa no es la forma de defenderse.

—Dije que no me defendería.

—Pero esto es inaudito. ¿Se da usted cuenta de la gravedad del cargo contra usted?

—No me importa considerarlo.

—¿Se da cuenta de las posibles consecuencias de su actitud?

—Totalmente.

—Es la opinión de este tribunal que los hechos presentados por la fiscalía parecen no permitir benevolencia alguna. La pena que este tribunal tiene el poder de imponer sobre usted es extremadamente severa.

—Adelante.

—¿Perdón?

—Impónganla.

Los tres jueces se miraron entre sí. Entonces, su portavoz se volvió a dirigir a Rearden.

—Esto no tiene precedentes —dijo.

—Es completamente irregular —dijo el segundo juez—. La ley requiere que usted presente una alegación en su propia defensa. Su única alternativa es dejar constancia de que usted se pone a merced del tribunal.

—No lo hago.

—Pero tiene que hacerlo.

—¿Quiere decir que lo que ustedes esperan de mí es algún tipo de acción voluntaria?

—Sí.

—No haré nada voluntariamente.

—Pero la ley exige que la postura del acusado quede representada en el expediente.

—¿Quiere decir que ustedes necesitan mi ayuda para hacer este procedimiento legal?

—Bueno, no..., sí..., o sea, para completar el formulario.

—No les ayudaré.

El tercero y el más joven de los jueces, que había actuado como fiscal, exclamó con impaciencia:

—¡Esto es ridículo e injusto! ¿Quiere hacer que parezca que un hombre de su prominencia ha sido lanzado bajo las ruedas de un tren sin un...? —Se quedó a medio hablar. Alguien al fondo de la sala emitió un largo silbido.

—Quiero —dijo Rearden gravemente— que la naturaleza de este procedimiento aparezca exactamente como lo que es. Si necesitan mi ayuda para disfrazarlo..., no les ayudaré.

—Pero le estamos ofreciendo una oportunidad de defenderse, y es usted quien la está rechazando.

—No les ayudaré a pretender que tengo una oportunidad. No les ayudaré a preservar una apariencia de legalidad, cuando mis derechos no son reconocidos. No les ayudaré a preservar una apariencia de racionalidad entrando en una discusión en la que una pistola es el argumento final. No les ayudaré a fingir que ustedes están administrando justicia.

—¡Pero la ley le obliga a defenderse voluntariamente!

Hubo risas al fondo de la sala.

—*Ése* es el fallo en su teoría, señores —dijo Rearden gravemente—, y yo no les ayudaré a resolverlo. Si deciden tratar con los hombres por medio de coacción, adelante. Pero descubrirán que necesitan la voluntaria

cooperación de sus víctimas de muchas más formas de las que pueden ver en este momento. Y sus víctimas deben descubrir que es su propia volición..., la cual ustedes no pueden forzar, la que los hace a ustedes posibles. Yo decido ser consecuente, y les obedeceré de la forma que exijan. Lo que quieran que yo haga, lo haré a punta de pistola. Si me sentencian a prisión, tendrán que enviar a hombres armados para que me lleven allí, yo no me moveré voluntariamente. Si me multan, tendrán que incautarse de mi propiedad para cobrar la multa, no la pagaré voluntariamente. Si ustedes creen tener el derecho de forzarme, usen sus armas abiertamente. No les ayudaré a encubrir la naturaleza de su acción.

El juez de más edad se inclinó sobre la mesa, y su voz se volvió suavemente burlona:

—Usted habla como si estuviese luchando por algún tipo de principio, señor Rearden, pero por lo que usted realmente está luchando es sólo por su propiedad, ¿no es así?

—Sí, por supuesto. Estoy luchando por mi propiedad. ¿Sabe usted el tipo de principio que *eso* representa?

—Usted se posiciona como un paladín de la libertad, pero es sólo la libertad para ganar dinero la que usted persigue.

—Sí, por supuesto. Lo único que quiero es la libertad para ganar dinero. ¿Sabe usted lo que esa libertad implica?

—Señor Rearden, seguro que usted no querría que su actitud fuese malentendida. No querría reforzar la impresión generalizada de que usted es un hombre sin conciencia social, que no siente ninguna preocupación por el bienestar de su prójimo y no trabaja más que para su propio beneficio.

—No trabajo más que para mi propio beneficio. Yo me lo gano.

Hubo un murmullo, pero no de indignación, sino de asombro, entre la multitud, a sus espaldas; y los jueces enfrente suyo se mantuvieron en silencio. Él continuó con calma:

—No, no quiero que mi actitud sea malentendida. Estaré encantado de presentarla para dejar constancia de ella. Estoy totalmente de acuerdo con los hechos de todo lo dicho sobre mí en los periódicos..., con los hechos, aunque no con la evaluación. Trabajo exclusivamente para mi propio beneficio, el cual obtengo vendiendo un producto que necesitan hombres que quieren y pueden pagarlo. Yo no lo produzco para su beneficio a expensas del mío, y ellos no lo compran para mi beneficio a expensas del

suyo; yo no sacrifico mis intereses a ellos, ni ellos sacrifican sus intereses a mí; tratamos de igual a igual por consentimiento mutuo para beneficio mutuo, y estoy orgulloso de cada centavo que he ganado de esa manera. Soy rico, y estoy orgulloso de cada centavo que poseo. He ganado mi dinero por mi propio esfuerzo, por intercambio libre y a través del consentimiento voluntario de cada hombre con quien he tratado: el consentimiento voluntario de quienes me emplearon cuando empecé; el consentimiento voluntario de todos los que trabajan para mí ahora; el consentimiento voluntario de todos los que compran mi producto. Contestaré a todas las preguntas que ustedes tienen miedo de hacerme abiertamente. ¿Quiero pagarles a mis trabajadores más de lo que sus servicios valen para mí? No. ¿Quiero vender mi producto por menos de lo que mis clientes están dispuestos a pagarme? No. ¿Quiero venderlo con pérdidas, o regalarlo? No. Si eso es maldad, hagan lo que les plazca conmigo, de acuerdo con los estándares que mantengan. Ésos son los míos, yo estoy ganándome mi propia vida, como todo hombre honesto debe hacer. Me niego a aceptar como culpa el hecho de mi propia existencia y el hecho de que debo trabajar para poder mantenerla. Me niego a aceptar como culpa el hecho de que soy capaz de hacerlo mejor que la mayoría de la gente, el hecho de que mi trabajo es de mayor valor que el trabajo de mis vecinos, y que más hombres están dispuestos a pagarme. Me niego a pedir perdón por mi capacidad, me niego a pedir perdón por mi éxito, me niego a pedir perdón por mi dinero. Si eso es maldad, saquen provecho de ello. Si eso es lo que el público considera perjudicial para sus intereses, dejen que el público me destruya. Ése es mi código, y no aceptaré ningún otro. Podría decirles que yo le he hecho un mayor bien a mis semejantes de lo que ustedes pueden esperar conseguir hacer jamás..., pero no lo diré, porque yo no busco el bien de los demás como una sanción por mi derecho a existir, ni reconozco el bien de otros como justificación para que se apoderen de mis bienes o destruyan mi vida. No diré que el bien de otros fue el objetivo de mi trabajo; mi propio bien fue mi objetivo, y desprecio al hombre que ceda el suyo. Podría decirles que ustedes no sirven al bienestar público, que no se puede conseguir el bienestar de nadie a costa de sacrificios humanos, que cuando ustedes violan los derechos de un hombre, han violado los derechos de todos, y que un público de criaturas sin derechos está abocado a la destrucción. Podría decirles que lo único que ustedes conseguirán es una

devastación universal, como cualquier saqueador llega a hacer cuando se queda sin víctimas. Podría decirlo, pero no lo haré. No es su política específica la que desafío, sino su premisa moral. Si fuese verdad que los hombres pudieran lograr su bien convirtiendo a algunos hombres en animales sacrificables, y a mí me pidieran que me inmolase por el bien de criaturas que quisieran sobrevivir a costa de mi sangre, si me pidieran que sirviese los intereses de la sociedad aparte de, por encima de, y contra mis propios intereses..., me negaría. Lo rechazaría como la más despreciable maldad, lucharía contra eso con todo el poder que poseo, lucharía contra la humanidad entera, si un minuto fuese todo lo que pudiera aguantar antes de ser asesinado, lucharía con seguridad total de la justicia de mi batalla y del derecho de un ser vivo a existir. Que no haya ningún malentendido sobre mí. Si la creencia de mis semejantes, que se hacen llamar el público, es ahora que su bienestar requiere víctimas, entonces yo digo: ¡Maldito sea el bienestar público, no quiero tener nada que ver con él!

La multitud estalló en aplausos.

Rearden se volvió sobre sí mismo, más asombrado que sus jueces. Vio caras que reían en violenta excitación, y caras que suplicaban ayuda; vio su silenciosa desesperación saliendo de pronto a flote; vio la misma rabia y la misma indignación que él tenía, encontrando alivio en la salvaje rebeldía de su aclamación; vio las miradas de admiración y las miradas de esperanza. Había también caras de jóvenes gárrulos y de mujeres maliciosamente desaliñadas, la calaña de gente que iniciaba los abucheos en los noticieros cuando aparecía un empresario en la pantalla; ellos no intentaron oponerse a esas manifestaciones; estaban callados.

Cuando miró a la multitud, la gente vio en su cara lo que las amenazas de los jueces no habían sido capaces de evocar: la primera señal de emoción.

Transcurrieron unos instantes antes de que oyeran el furioso golpear del mazo en la mesa, y a uno de los jueces gritar:

—¡... o haré que desalojen la sala!

Al volverse hacia el estrado, los ojos de Rearden se dirigieron a la sección de visitantes. Su mirada se detuvo un momento en Dagny, una pausa perceptible sólo para ella, como si él estuviese diciendo: «Funciona». Ella habría parecido calmada si no fuese por sus ojos, que parecían haberse vuelto demasiado grandes para su cara. Eddie Willers estaba sonriendo con

el tipo de sonrisa que es un sustituto para un hombre rompiendo a llorar. El señor Mowen miraba estupefacto. Paul Larkin estaba mirando al suelo. No había ninguna expresión en la cara de Bertram Scudder, y tampoco en la de Lillian. Ella estaba sentada al final de una fila, con las piernas cruzadas, una estola de visón cayendo en diagonal desde su hombro derecho a su cadera izquierda; estaba mirando a Rearden, sin moverse.

En la compleja violencia de todas las cosas que sintió, Hank Rearden tuvo tiempo de reconocer una pizca de pena y de nostalgia: había buscado una cara desde el principio de la sesión, había querido que estuviese presente más que cualquier otra cara a su alrededor. Pero Francisco d'Anconia no había asistido.

—Señor Rearden —dijo el juez de más edad, sonriendo afablemente, en tono de reproche y extendiendo los brazos—, es lamentable que nos haya interpretado tan completamente mal. Ése es el problema, que los hombres de negocios se niegan a encararnos con un espíritu de confianza y amistad. Parecen imaginar que nosotros somos sus enemigos. ¿Por qué habla usted de sacrificios humanos? ¿Qué le hizo llegar a tal extremo? No tenemos intención de apoderarnos de su propiedad ni de destruir su vida. No buscamos perjudicar sus intereses. Somos plenamente conscientes de sus distinguidos logros. Nuestro objetivo es sólo equilibrar las presiones sociales y hacer justicia para todos. Esta vista está concebida, no como un juicio, sino como una amigable discusión que aspira a la cooperación y al entendimiento mutuos.

—Yo no coopero a punta de pistola.

—¿Por qué hablar de pistolas? El tema no es lo suficientemente grave como para justificar tales referencias. Nos damos perfecta cuenta de que la culpa, en este caso, recae principalmente sobre el señor Kenneth Danagger, que instigó esta violación de la ley, que ejerció presión sobre usted y que confesó su culpa al desaparecer para poder evitar el juicio.

—No. Lo hicimos de común acuerdo, recíproco y voluntario.

—Señor Rearden —dijo el segundo juez—, usted puede no compartir algunas de nuestras ideas, pero, en el fondo, fondo, todos estamos trabajando para la misma causa. Para el bien del pueblo. Comprendemos que usted fue incitado a ignorar los tecnicismos legales por la crítica situación de las minas de carbón, y por la crucial importancia del combustible para el bienestar público.

—No. Fui incitado por mi propio beneficio y por mis propios intereses. El efecto que eso haya tenido sobre las minas de carbón y el bienestar público pueden estimarlos ustedes. Ése no fue mi motivo.

El señor Mowen miró embobado a su alrededor, y le susurró a Paul Larkin:

—Algo se ha ido al traste aquí.

—¡Oh, calla la boca! —soltó Larkin.

—Estoy seguro, señor Rearden —dijo el juez de más edad—, que usted no cree realmente, ni el público tampoco, que deseemos tratarle como una víctima de sacrificio. Si alguien ha estado trabajando bajo tal equivocación, estamos ansiosos de demostrar que no es verdad.

Los jueces se retiraron para considerar su veredicto. No estuvieron ausentes mucho tiempo. Volvieron a una sala de justicia ominosamente silenciosa..., y anunciaron que una multa de cinco mil dólares le sería impuesta a Henry Rearden, pero que la sentencia quedaba suspendida.

Rachas de risas burlonas corrieron entre los aplausos que barrieron la sala. Los aplausos estaban dirigidos a Rearden; las risas, a los jueces.

Rearden permaneció inmóvil, sin volverse hacia la multitud, apenas oyendo los aplausos. Estaba de pie, mirando a los jueces. No había triunfo en su rostro, ni júbilo, sólo la callada intensidad de contemplar una visión con un amargo asombro que era casi miedo. Estaba viendo la enormidad de la pequeñez del enemigo que estaba destruyendo el mundo. Sintió como si, después de un trayecto de años a través de un paisaje de devastación, pasando por las ruinas de grandes fábricas, la destrucción de poderosos motores, los cadáveres de hombres invencibles, hubiese llegado a tropezarse con el despojador, esperando encontrar un gigante..., y se hubiera encontrado a una rata tratando de escabullirse y de ponerse a cubierto al primer sonido de un paso humano. Si eso es lo que nos ha derrotado, pensó, la culpa es nuestra.

Fue empujado de vuelta a la sala de justicia por la gente que se apretujaba para rodearlo. Sonrió en respuesta a sus sonrisas, a la frenética y trágica ansiedad en sus caras; él tenía un toque de tristeza en su sonrisa.

—¡Dios le bendiga, señor Rearden! —dijo una anciana con un chal harapiento sobre la cabeza—. ¿No puede salvarnos, señor Rearden? Nos están comiendo vivos, y de nada sirve que engañen a nadie sobre cómo son

los ricos a por los que van... ¿Sabe usted lo que nos está pasando a nosotros?

—Escuche, señor Rearden —dijo un hombre que parecía un trabajador de una fábrica—, son los ricos quienes nos están traicionando. Dígales a esos ricachones hijos de puta, tan ansiosos que están por desprenderse de todo, que cuando regalan sus palacios, están regalando la piel de nuestras espaldas.

—Lo sé —dijo Rearden.

La culpa es nuestra, pensó. Si nosotros, que éramos los motores, los proveedores, los benefactores de la humanidad, estábamos dispuestos a permitir que la marca de la maldad fuese estampada sobre nosotros y a aceptar en silencio el castigo por nuestras virtudes, ¿qué tipo de «bien» esperábamos que triunfase en el mundo?

Miró a la gente a su alrededor. Lo habían aclamado hoy; lo habían aclamado a lo largo de la vía de la Línea John Galt. Pero, al día siguiente, clamarían por una nueva directiva de Wesley Mouch y un proyecto de viviendas gratuitas de Orren Boyle, mientras las estructuras de Boyle se derrumbaban sobre sus cabezas. Lo harían, porque les dirían que olvidasen, por ser pecado, lo que les había hecho aclamar a Hank Rearden.

¿Por qué estaban dispuestos a renunciar a sus mejores momentos por considerarlos un pecado? ¿Por qué estaban deseando traicionar lo mejor dentro de ellos? ¿Qué les hacía creer que este mundo era un reino de maldad en el que la desesperación era su destino natural? No pudo nombrar la razón, pero sintió que tenía que ser nombrada. La sintió como un enorme signo de interrogación dentro de la sala, que ahora era su deber responder.

Ésa era la verdadera sentencia impuesta sobre él, pensó, descubrir qué idea, qué simple idea accesible hasta para el más simple de los hombres, había hecho a la humanidad aceptar las doctrinas que la estaban llevando a la autodestrucción.

—Hank, nunca pensaré que no hay remedio, nunca jamás —dijo Dagny esa noche, después del juicio—. Nunca tendré la tentación de abandonar. Has demostrado que lo correcto siempre funciona y siempre triunfa... —Se interrumpió y añadió—: Siempre que uno sepa qué es lo correcto.

Al día siguiente, Lillian le dijo durante la cena:

—Así que has ganado, ¿no?

Su voz era evasiva; no dijo nada más; estaba observándolo, como si estuviera estudiando un enigma.

La Nodriza le preguntó en la fundición:

—Señor Rearden, ¿qué es una premisa moral?

—Algo con lo que vas a tener muchos problemas.

El joven frunció el entrecejo, se encogió de hombros y dijo, riendo:

—¡Dios, fue un espectáculo maravilloso! ¡Qué paliza les dio usted, señor Rearden! Estuve oyendo la radio y dando berridos.

—¿Cómo sabes que fue una paliza?

—Bueno, lo fue, ¿no lo fue?

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro que estoy seguro.

—La cosa que te hace estar seguro es una premisa moral.

Los periódicos guardaron silencio. Después de la exagerada atención que le habían prestado al caso, actuaron como si aquel juicio no fuese digno de mención. Imprimieron breves referencias en sus páginas interiores, redactadas con tales generalidades que ningún lector podría descubrir ningún indicio de un tema controvertido.

Los empresarios con los que se encontró Rearden parecían deseosos de evadir el tema de su juicio. Algunos no hicieron ningún comentario en absoluto, sino que se dieron la vuelta, con sus caras mostrando un resentimiento peculiar bajo el esfuerzo de parecer indiferentes, como si temieran que el mero acto de mirarle pudiese ser interpretado como una toma de posición. Otros se aventuraron a comentar:

—En mi opinión, Rearden, fue extremadamente imprudente de su parte... No me parece a mí que éste sea el momento de crear enemigos... No podemos permitirnos generar resentimiento.

—Resentimiento, ¿de quién?

—No creo que al gobierno le guste.

—Usted vio las consecuencias de *eso*.

—Bueno, no sé... El público no lo aceptará, seguro que generará un montón de indignación.

—Usted vio cómo el público reaccionó.

—Bueno, no sé... Hemos estado trabajando duro para no dar pie a todas esas acusaciones de avaricia egoísta..., y usted le ha dado munición al enemigo.

—¿Preferiría usted estar de acuerdo con el enemigo en que usted no tiene derecho a sus beneficios y a su propiedad?

—Oh, no, no, claro que no; pero ¿para qué llegar a extremos? Siempre hay un término medio.

—¿Un término medio entre usted y sus asesinos?

—A ver, ¿para qué usar esas palabras?

—Lo que dije en el juicio, ¿es verdad, o no?

—Va a ser mal citado y mal interpretado.

—¿Es verdad, o no?

—El público es demasiado tonto para entender esos temas.

—¿Es verdad, o no?

—No es el momento de jactarse de ser rico, mientras el populacho se muere de hambre. Es sólo provocarlos para que se apoderen de todo.

—Pero decirles que tú no tienes derecho a tu riqueza, pero *ellos* sí, ¿es eso lo que va a frenarlos?

—Bueno, no sé...

—No me gustan las cosas que dijo usted en el juicio —dijo otro hombre—. En mi opinión, no estoy de acuerdo con usted en absoluto. Personalmente *estoy* orgulloso de creer que estoy trabajando para el bien común, no sólo para mi propio beneficio. Me gusta pensar que tengo algún objetivo más alto que el de ganarme mis tres comidas diarias y mi limusina Hammond.

—A mí no me gusta esa idea de que no haya directivas ni controles —dijo otro—. Le concedo que están yendo como locos y están exagerando las cosas. Pero ¿ningún control en absoluto? No estoy de acuerdo con eso. Creo que *algunos* controles son necesarios. Los que están ahí para el bien común.

—Caballeros —dijo Rearden—, siento verme obligado a tener que salvar sus malditos pellejos junto con el mío.

Un grupo de empresarios encabezados por el señor Mowen no hicieron declaración alguna sobre el juicio. Pero una semana más tarde anunciaron, con un inaudito despliegue de publicidad, que estaban patrocinando la construcción de un parque de juegos para los hijos de los desempleados.

Bertram Scudder no mencionó el juicio en su columna. Pero diez días después escribió, entre temas de chismes diversos: «Alguna idea del valor público del señor Hank Rearden puede ser deducida del hecho de que, entre todos los grupos sociales, él parece ser más impopular con sus propios colegas empresarios. Su anticuada marca de crueldad parece ser demasiado, incluso para esos depredadores barones del lucro».

Una tarde de diciembre —cuando la calle más allá de su ventana parecía una garganta congestionada tosiendo con las bocinas del tráfico prenavideño—, Rearden estaba sentado en su habitación del Hotel Wayne-Falkland, luchando contra un enemigo más peligroso que el agotamiento o el miedo: asco contra la idea de tener que tratar con seres humanos.

Estaba allí sentado, sin querer aventurarse por las calles de la ciudad, sin querer moverse, como si estuviese encadenado a su silla y a esa habitación. Había intentado durante horas ignorar una emoción que se le antojó como la atracción de la nostalgia: darse cuenta de que el único hombre a quien añoraba ver estaba allí, en ese hotel, tan sólo unos pisos encima de él.

Se había sorprendido a sí mismo, en las últimas semanas, perdiendo el tiempo en el vestíbulo siempre que entraba o salía del hotel, entreteniéndose innecesariamente en la recepción o en el puesto de revistas, observando las apresuradas corrientes de personas, esperando ver a Francisco d'Anconia entre ellas. Se había sorprendido a sí mismo cenando a solas en el restaurante del Wayne-Falkland, con los ojos fijos en las cortinas de la puerta de entrada. Ahora se sorprendió a sí mismo sentado en su habitación, pensando que la distancia era sólo de unos cuantos pisos.

Se puso de pie, ahogando una leve risa burlona de indignación; se estaba comportando, pensó, como una mujer que espera una llamada telefónica y lucha contra la tentación de poner fin a su tortura dando el primer paso. No había razón, pensó, para que él no fuese hasta Francisco d'Anconia, si era eso lo que él quería. Pero, cuando se dijo a sí mismo que lo haría, sintió un peligroso elemento de capitulación en la intensidad de su propio alivio.

Dio un paso hacia el teléfono para llamar a la habitación de Francisco, pero se detuvo. No era eso lo que quería; lo que quería era simplemente entrar, sin anunciarse, como Francisco había entrado en su despacho; era eso lo que parecía establecer algún tipo de derecho no establecido entre ellos.

Caminando hacia el ascensor, pensó: no estará, o, si está, probablemente lo encontrarás ocupado con alguna fresca, y te estará bien empleado. Pero esa idea parecía irreal, no podía conseguir aplicarla al hombre que había visto ante la boca del horno; siguió con confianza en el ascensor, mirando hacia arriba; caminó con confianza por el corredor, sintiendo su amargura transformarse en alegría; llamó a la puerta.

La voz de Francisco sonó:

—¡Adelante! —Tenía un tono brusco y ausente.

Rearden abrió la puerta y paró en el umbral. Una de las más costosas lámparas de pantalla de seda del hotel estaba en el suelo en medio de la habitación, arrojando un círculo de luz sobre grandes hojas de papel de dibujo. Francisco d'Anconia, en mangas de camisa, con un mechón de pelo cayéndole en la cara, estaba tumbado en el suelo, boca abajo, apoyándose en los codos, mordisqueando un lápiz y concentrado en algún punto del intrincado diseño frente a él. No levantó la mirada, parecía haber olvidado el golpeteo. Rearden trató de distinguir el dibujo: le pareció ser la sección de un horno. Siguió mirando con sorprendido asombro; si tuviese el poder de traer a la realidad su propia imagen de Francisco d'Anconia, ésa sería la imagen que habría visto: la de un trabajador joven y decidido concentrado en una tarea difícil.

Al cabo de un momento, Francisco levantó la cabeza. En el instante siguiente, se incorporó hasta quedar en una postura de rodillas, mirando a Rearden con una sonrisa de incrédulo regocijo. Al instante siguiente, cogió los dibujos y los lanzó a un lado precipitadamente y boca abajo.

—¿Qué he interrumpido? —preguntó Rearden.

—Nada importante. Pase. —Estaba sonriendo alegremente. Rearden estaba seguro de repente de que Francisco también había esperado, había esperado eso como una victoria que no había esperado conseguir del todo.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Rearden.

—Sólo distrayéndome.

—Déjeme verlo.

—No. —Se levantó y apartó los dibujos con el pie.

Rearden observó que si él había sentido como impertinente la conducta de propietario que Francisco había mostrado en su oficina, él mismo era ahora culpable de la misma actitud, porque no dio ninguna explicación por su visita, sino que cruzó la habitación y se sentó en un sillón, informalmente, como si estuviese en su casa:

—¿Por qué no vino a continuar lo que había empezado? —preguntó.

—Usted lo ha continuado brillantemente sin mi ayuda.

—¿Se refiere a mi juicio?

—Me refiero a su juicio.

—¿Cómo lo sabe? Usted no estuvo allí.

Francisco sonrió, porque el tono de la voz de Rearden confesaba una frase más: «Le estuve buscando».

—¿No había usted supuesto que oí cada palabra del juicio en la radio?

—¿Ah, sí? Ya, ¿y qué le pareció oír sus propios argumentos llegar por el aire, siendo yo su suplente?

—No lo fue, señor Rearden. No fueron mis argumentos. ¿No eran ésas las cosas por las que usted siempre había vivido?

—Sí.

—Yo sólo le ayudé a ver que usted debería haber estado orgulloso de vivir por ellas.

—Me alegro de que lo escuchara.

—Fue fantástico, señor Rearden..., y ha llegado unas tres generaciones demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Si un solo empresario hubiese tenido el valor, en esa época, de decir que trabajaba única y exclusivamente por su propio beneficio..., y decirlo orgullosamente, él habría salvado al mundo.

—Yo no he dado al mundo por perdido.

—No lo está. Nunca puede estarlo. Pero, ¡oh, Dios!, ¡lo que ese empresario nos habría ahorrado!

—Bueno, supongo que tenemos que luchar, independientemente de la época en la que nos veamos atrapados.

—Sí... Sabe, señor Rearden, sugiero que usted consiga una transcripción de su juicio y lea lo que usted dijo. Luego, vea si lo está practicando total y consistentemente... o no.

—¿Quiere decir que no lo estoy haciendo?

—Véalo usted mismo.

—Sé que usted tenía mucho que decirme, cuando fuimos interrumpidos aquella noche en los hornos. ¿Por qué no termina lo que tenía que decir?

—No. Es demasiado pronto.

Francisco se comportaba como si no hubiese nada de particular en su visita, como si fuese cuestión de seguir un curso natural, como siempre había actuado en presencia de Rearden. Pero Rearden notó que no estaba tan tranquilo como quería aparentar; estaba andando por la habitación de una forma que parecía liberar una emoción que no quería confesar; había olvidado la lámpara, que seguía en el suelo como única iluminación de la habitación.

—Usted ha estado recibiendo horribles vapuleos a medida que descubría cosas, ¿verdad? —dijo Francisco—. ¿Qué le pareció la conducta de sus colegas de negocios?

—Supongo que era de esperar.

Con voz tensa de enfado y compasión, Francisco dijo:

—¡Han pasado doce años, y sigo siendo incapaz de verlo con indiferencia! —La frase sonaba involuntaria, como si, al intentar reprimir el sonido de emoción, hubiese expresado palabras reprimidas.

—¿Doce años..., desde qué? —preguntó Rearden.

Hubo una pausa de un instante, pero Francisco contestó tranquilamente:

—Desde que comprendí lo que esos hombres estaban haciendo. —Y añadió—: Sé por lo que usted está pasando ahora... y lo que le espera aún.

—Gracias —dijo Rearden.

—¿Por qué?

—Por lo que está intentando con tanto empeño no mostrar. Pero no se preocupe por mí. Sigo siendo capaz de soportarlo... Verá, no vine aquí porque quisiera hablar sobre mí o ni siquiera sobre el juicio.

—Aceptaré cualquier tema que usted elija, con tal de tenerle a usted aquí. —Lo dijo en el tono de una broma amable; pero el tono no podía ocultarlo: lo decía en serio—. ¿De qué quería usted hablar?

—De usted.

Francisco se detuvo. Miró a Rearden un momento; luego, respondió con calma:

—Muy bien.

Si lo que Rearden sentía hubiese podido atravesar la barrera de su voluntad, habría gritado: «¡No me decepcione! ¡Le necesito! Estoy luchando contra todos ellos, he luchado hasta el límite, y estoy condenado a luchar más allá, y, como única munición posible, necesito la comprensión de un solo hombre en quien pueda confiar, a quien pueda respetar y admirar».

En vez de eso, dijo con calma, muy sencillamente..., y la única nota de un lazo personal entre ellos fue el tono de sinceridad que proviene de una declaración racional directa e incondicional y que implica la misma honestidad de mente de quien escucha:

—Sabe, creo que el único delito moral real que un hombre puede cometer contra otro es el de intentar crear, con sus palabras o sus acciones, una impresión de lo contradictorio, de lo imposible, de lo irracional..., y, de esa forma, debilitar el concepto de racionalidad en su víctima.

—Eso es verdad.

—Si digo que ése es el dilema en el que usted me ha puesto, ¿me ayudaría respondiendo a una pregunta personal?

—Lo intentaré.

—No tengo que decirle, porque creo que lo sabe, que usted es el hombre de mente más elevada que he conocido jamás. Estoy llegando a aceptar, no como correcto, sino al menos como posible, el hecho de que usted se niegue a ejercer su gran capacidad en el mundo de hoy. Pero lo que un hombre hace por desesperación no es necesariamente una clave de su carácter. Siempre he pensado que la verdadera clave está en lo que uno busca para su disfrute. Y eso es lo que me resulta inconcebible: independientemente de lo que usted haya abandonado, mientras haya decidido continuar vivo, ¿cómo puede usted encontrar placer en dedicar una vida tan valiosa como la suya a perseguir mujeres vulgares y a la idea de diversión que tiene un imbécil?

Francisco lo miró con una fina sonrisa de diversión, como diciendo: «¿No? ¿No quería hablar de usted mismo? ¿Y qué es lo que está confesando si no es la desesperada soledad que hace que la cuestión de mi carácter sea más importante para usted que cualquier otra cuestión ahora mismo?».

La sonrisa se transformó en una risa suave y bondadosa, como si la cuestión no supusiese ningún problema para él, ningún penoso secreto que revelar.

—Hay una forma de resolver cualquier dilema de ese tipo, señor Rearden. Verifique sus premisas. —Se sentó en el suelo, acomodándose alegremente, informalmente, para una conversación que pensaba disfrutar —. ¿Es su propia conclusión de primera mano que yo soy un hombre de alta mente?

—Sí.

—¿Tiene usted conocimiento de primera mano de que yo me paso la vida persiguiendo mujeres?

—Usted nunca lo ha negado.

—¿Negado? He hecho enormes esfuerzos para crear esa impresión.

—¿Quiere decir que eso no es verdad?

—¿Le doy la impresión de ser un hombre con un miserable complejo de inferioridad?

—¡Por Dios, no!

—Sólo esa clase de hombre se pasa la vida persiguiendo mujeres.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda lo que dije sobre el dinero y sobre los hombres que intentan revertir la ley de causa y efecto? ¿Los hombres que tratan de sustituir la mente apoderándose de los productos de la mente? Pues bien, el hombre que se desprecia a sí mismo trata de ganar autoestima con aventuras sexuales, lo cual no es posible hacer, porque el sexo no es la causa, sino un efecto y una expresión del sentido que tiene un hombre de su propio valor.

—Más le vale explicar eso.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez que es el mismo asunto? Los hombres que piensan que la riqueza proviene de recursos materiales y que no tiene ninguna raíz ni ningún significado intelectual, son los hombres que creen —por la misma razón— que el sexo es una capacidad física que funciona independientemente de la mente, de la elección o del código de valores de uno. Piensan que tu cuerpo crea un deseo y toma una decisión por ti, exactamente igual que si el mineral de hierro se transformase en raíles de ferrocarril por voluntad propia. El amor es ciego, dicen; el sexo es insensible a la razón y se burla del poder de todos los filósofos. Pero, de hecho, la elección sexual de un hombre es el resultado y la totalidad de sus

convicciones fundamentales. Dime qué es lo que un hombre encuentra sexualmente atractivo y te diré toda su filosofía de vida. Muéstrame la mujer con quien duerme y te diré su valoración de sí mismo. Independientemente de la corrupción que le hayan enseñado sobre la virtud del desprendimiento, el sexo es el más egoísta de todos los actos, un acto que no se puede realizar por un motivo que no sea el propio placer..., ¡intente imaginar hacerlo con un espíritu de abnegación y caridad!, ... un acto que no es posible realizar autodegradándose, sino sólo en autoexaltación, sólo con la confianza de sentirse deseado y de ser digno de deseo. Es un acto que obliga al hombre a mostrarse desnudo en espíritu, así como en cuerpo, y a aceptar su verdadero ego como su estándar de valor. Siempre le atraerá la mujer que refleja su más profunda visión de sí mismo; la mujer cuya entrega a él le permita experimentar —o fingir— una sensación de autoestima. El hombre que está orgullosamente seguro de su propio valor querrá el tipo más alto de mujer que pueda encontrar, la mujer que admira, la más fuerte, la más difícil de conquistar..., porque sólo poseer a una heroína le dará a él la sensación de logro, no poseer a una zorra descerebrada. Él no busca..., ¿qué ocurre? —preguntó, al ver la expresión en la cara de Rearden, una expresión de intensidad que iba mucho más allá del mero interés en una discusión abstracta.

—Continúe —dijo Rearden tensamente.

—Él no busca ganar su valor, busca expresarlo. No hay conflicto entre los estándares de su mente y los deseos de su cuerpo. Pero el hombre que está convencido de su propia inutilidad se sentirá atraído hacia la mujer que desprecia, porque ella reflejará su propio ego secreto, ella le liberará de esa realidad objetiva en la que él es un fraude, ella le dará una ilusión momentánea de su propio valor y un escape momentáneo del código moral que le condena. Observe el lío tan horrible que la mayoría de los hombres hacen de su vida sexual, y observe el revoltijo de contradicciones que ellos mantienen como su filosofía moral. Uno procede del otro. El amor es nuestra respuesta a nuestros más altos valores, y no puede ser otra cosa. Deje que un hombre corrompa sus valores y su visión de la existencia, que declare que el amor no es disfrute personal sino negación personal, que la virtud no consiste en orgullo, sino en lástima o dolor o debilidad o sacrificio, que el amor más noble no nace de la admiración, sino de la caridad, no en respuesta a *valores*, sino en respuesta a *defectos*..., y se habrá

escindido él mismo en dos. Su cuerpo no le obedecerá, no responderá, le hará impotente con la mujer a la que profese amar, y le atraerá a la prostituta más rastrera que pueda encontrar. Su cuerpo siempre seguirá la lógica fundamental de sus más profundas convicciones; si él cree que defectos son valores, ha condenado la existencia como malvada, y sólo la maldad le atraerá. Se ha condenado a sí mismo, y sentirá que la depravación es lo único que él merece disfrutar. Ha igualado virtud con dolor, y sentirá que el vicio es el único reino de placer. Luego gritará que su cuerpo tiene sus propios deseos perversos, los cuales su mente no puede dominar, que el sexo es pecado, que el verdadero amor es una pura emoción del espíritu. Y entonces se preguntará por qué el amor le trae sólo aburrimiento, y el sexo..., sólo vergüenza.

Rearden dijo despacio, desviando la mirada, sin darse cuenta de que estaba pensando en voz alta:

—Al menos..., yo nunca he aceptado ese otro dogma..., nunca me sentí culpable por ganar dinero.

Francisco no captó lo que significaban las dos primeras palabras; sonrió y dijo con entusiasmo:

—¿Se da cuenta de que es el mismo asunto? No, usted nunca aceptó ninguna parte de su perverso credo. Usted no sería capaz de imponérselo a usted mismo. Aunque intentase condenar el sexo como malvado, usted seguiría encontrándose, contra su voluntad, actuando bajo la premisa moral correcta. Usted se sentiría atraído por la mujer más elevada que encontrase. Usted siempre querría una heroína. Usted sería incapaz de despreciarse a sí mismo. Sería incapaz de creer que la existencia es malvada y que usted es una criatura indefensa atrapada en un universo absurdo. Usted es el hombre que pasa su vida moldeando la materia para el objetivo de su mente. Usted es el hombre que sabría que, así como una idea no expresada en acción física es una despreciable hipocresía, así también lo es el amor platónico; y así como una acción física no guiada por una idea es el autofraude de un necio, así también es el sexo cuando está desligado del código de valores de uno. Es el mismo asunto, y usted lo sabría. Su inviolable sentido de autoestima lo sabría. Usted sería incapaz de desear a una mujer que despreciase. Sólo el hombre que ensalza la pureza de un amor sin deseo es capaz de la bajeza de un deseo sin amor. Pero observe que la mayoría de las personas son criaturas escindidas en dos, que siguen oscilando

desesperadamente de un lado al otro. Una clase de mitad es el hombre que desprecia el dinero, las fábricas, los rascacielos y su propio cuerpo, que mantiene indefinidas emociones sobre temas inconcebibles como el significado de la vida y su reivindicación de la virtud. Y él llora desesperado, porque no puede sentir nada por la mujer que respeta, pero se encuentra esclavizado por una irresistible pasión hacia una zorra de las más rastreras. Es el hombre a quien la gente llama idealista. La otra clase de mitad es el hombre a quien la gente llama práctico, el hombre que desprecia los principios, las abstracciones, el arte, la filosofía y su propia mente. Él ve la adquisición de objetos materiales como el único objetivo de la existencia, y se ríe de la necesidad de considerar su objetivo o su fuente. Él espera que ellos le den placer, y se pregunta por qué cuanto más consigue, menos siente. *Él* es el hombre que se pasa el tiempo persiguiendo mujeres. Observe el triple fraude que perpetra contra sí mismo. No reconocerá su necesidad de autoestima, ya que se burla de conceptos tales como valores morales; y, sin embargo, experimenta el profundo autodesprecio que proviene de creer que él es un pedazo de carne. No reconocerá, pero sabe, que el sexo es la expresión física de un tributo a valores personales. Así que intenta, imitando los movimientos del efecto, adquirir aquello que debería haber sido la causa. Intenta ganar un sentido de su propio valor a partir de las mujeres que se le entregan..., y olvida que la mujer que él escoge no tiene ni carácter ni juicio ni estándar de valor. Se dice a sí mismo que lo único que busca es placer físico..., pero observa que se cansa de sus mujeres en una semana o una noche, que desprecia a las prostitutas profesionales y que le gusta imaginar que está seduciendo a chicas virtuosas que hacen una gran excepción sólo por él. Ésa es la sensación de logro que él busca y nunca encuentra. ¿Qué gloria puede haber en la conquista de un cuerpo sin mente? *Ése* es el perseguidor de mujeres que usted menciona. ¿Encaja conmigo esa descripción?

—¡Dios, no!

—Entonces usted puede juzgar, sin pedirme que le dé mi palabra, hasta qué punto he perseguido mujeres en mi vida.

—Pero ¿qué demonios ha estado usted haciendo en las primeras planas de los periódicos durante los últimos...?, son doce, ¿no es así..., doce años?

—He gastado un montón de dinero en las fiestas vulgares más ostentosas que pude imaginar, y una considerable cantidad de tiempo para ser visto con el tipo apropiado de mujeres. En cuanto al resto... —Paró; luego, dijo—: Tengo algunos amigos que saben esto, pero usted es la primera persona a quien se lo confío, quebrantando mis propias reglas: nunca me he acostado con ninguna de esas mujeres. Nunca he tocado a ninguna de ellas.

—Lo que es más increíble que eso, es que le creo.

La lámpara en el suelo a su lado arrojó fragmentos rotos de luz sobre la cara de Francisco, cuando él se inclinó hacia delante; la cara tenía una expresión de diversión sin culpa.

—Si usted se molesta en ojear esas primeras planas, verá que yo nunca dije nada. Fueron las mujeres quienes estaban deseando ver impresas las noticias insinuando que ser vistas conmigo en un restaurante era señal de un gran romance. ¿Qué supone usted que esas mujeres buscan, si no es lo mismo que el perseguidor: el deseo de ganar su propio valor a partir del número y la fama de los hombres que ellas conquistan? Sólo que es un paso más falso aún, porque el valor que buscan ni siquiera es el hecho real, sino la impresión que causan y la envidia de otras mujeres. Bueno, pues les di a esas zorras lo que querían..., pero lo que literalmente querían, sin el pretexto que ellas esperaban, el pretexto que esconde de ellas la naturaleza de su deseo. ¿Cree que ellas querían acostarse conmigo, o con cualquier hombre? Ellas no serían capaces de un deseo tan real y tan honesto. Querían alimento para su vanidad..., y yo se lo di. Les di la posibilidad de alardear frente a sus amigas y de verse a sí mismas envueltas en las páginas de escándalos en el papel de grandes seductoras. Pero ¿sabe que funciona de forma exactamente igual a lo que usted hizo en su juicio? Si quiere derrotar cualquier tipo de fraude malvado..., haga exactamente lo que dice, sin añadir nada de su parte que encubra su naturaleza. Esas mujeres entendieron. Ellas vieron si hay alguna satisfacción en ser envidiadas por otras por un logro que una no ha conseguido. En vez de autoestima, sus divulgados idilios conmigo les dieron un sentimiento de inferioridad más profundo aún: cada una de ellas sabe que lo intentó y fracasó. Si arrastrarme a la cama es supuestamente su estándar de valor público, cada una de ellas sabe que no pudo estar a la altura. Creo que esas mujeres me odian más que a cualquier otro hombre en el mundo. Pero mi secreto está a salvo, porque cada una de ellas cree que

ella fue la única que fracasó, mientras que todas las demás triunfaron, así que ella será más vehemente aún en jurar que tuvimos un romance y nunca admitirá la verdad ante nadie.

—Pero ¿qué ha hecho usted con su propia reputación?

Francisco se encogió de hombros.

—Aquellos a quienes respeto sabrán la verdad sobre mí tarde o temprano. Los otros —su rostro se endureció—, los otros consideran que lo que realmente soy es algo malvado. Que se queden con lo que prefieren..., lo que yo parezco ser en los periódicos.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué lo hizo? ¿Sólo para darles una lección?

—¡Diablos, no! Quería ser visto como un *playboy*.

—¿Por qué?

—Un *playboy* es un hombre que simplemente no puede evitar que el dinero se le escape entre los dedos.

—¿Por qué quiso asumir ese tipo tan feo de papel?

—Camuflaje.

—¿Para qué?

—Para un objetivo personal mío.

—¿Qué objetivo?

Francisco sacudió la cabeza.

—No me pida que le cuente eso. Le he dicho más de lo que debería. Sabrá el resto pronto, en cualquier caso.

—Si fue más de lo que debería, ¿por qué me lo dijo?

—Porque... usted ha conseguido que me impaciente por primera vez en muchos años. —La nota de una reprimida emoción volvió a sonar en su voz —. Porque nunca quise que nadie supiera la verdad sobre mí tanto como quise que usted la supiera. Porque sabía que usted despreciaría a un *playboy* más que a cualquier otro tipo de hombre..., como también yo lo haría. *¿Playboy?* ¡Nunca he amado más que a una mujer en mi vida, y sigo haciéndolo y siempre lo haré! —Fue un despliegue involuntario, y añadió, su voz baja—: Nunca le he confesado eso a nadie, ni siquiera a ella.

—¿La ha perdido?

Francisco se quedó mirando al espacio; un momento después, respondió sin fuerza:

—Espero que no.

La luz de la lámpara le daba en la cara desde abajo, y Rearden no podía ver sus ojos, sólo su boca tensa dibujada en líneas de sufrimiento y de una extraña y solemne resignación. Rearden supo que ésa era una herida que no debía ser explorada más.

Con uno de sus rápidos cambios de humor, Francisco dijo:

—¡Bueno, sólo falta un poco más! —Y se puso de pie, sonriendo.

—Ya que usted confía en mí —dijo Rearden—, quiero contarle un secreto mío a cambio. Quiero que sepa lo mucho que confié en usted antes de venir aquí. Y que podría necesitar su ayuda más adelante.

—Usted es el único hombre que queda a quien me gustaría ayudar.

—Hay mucho que no entiendo sobre usted, pero estoy seguro de una cosa: usted no es amigo de los saqueadores.

—No lo soy. —Había una insinuación de regocijo en la cara de Francisco, como si estuviese exagerando.

—Así que sé que usted no me traicionará si le digo que voy a seguir vendiendo Metal Rearden a clientes que yo mismo elija, en cualquier cantidad que yo quiera, en cualquier momento que vea una posibilidad de hacerlo. Ahora mismo, por ejemplo, me estoy disponiendo a preparar un pedido veinte veces mayor que el del tamaño del pedido por el que me juzgaron.

Sentado en el brazo de un sillón, a pocos pasos de distancia, Francisco se inclinó hacia delante para mirarlo en silencio, frunciendo el ceño, durante un largo rato.

—¿Cree usted que está luchando contra ellos al hacerlo? —preguntó.

—Bueno, ¿cómo lo llamaría usted?, ¿cooperar?

—Usted estaba dispuesto a trabajar y a producir el Metal Rearden para ellos a costa de perder sus beneficios, perder sus amigos, enriquecer a cabrones variados que tenían la influencia para robarle, y aceptar sus abusos a cambio del privilegio de mantenerlos con vida. Ahora está dispuesto a hacerlo a costa de aceptar la posición de un criminal y el riesgo de ser enviado a la cárcel en cualquier momento, por el solo hecho de mantener vivo un sistema que únicamente puede ser mantenido gracias a sus víctimas, sólo si se transgreden sus propias leyes.

—No es por el sistema de ellos, sino por clientes que yo no puedo abandonar a merced de ese sistema. Pretendo sobrevivir a ese sistema de ellos. No tengo intención de dejar que me detengan, no importa lo difícil

que me lo pongan; y no tengo intención de dejarles el mundo a ellos, aunque yo sea el último hombre que quede. Ahora mismo, ese pedido ilegal es más importante para mí que la totalidad de mis fundiciones.

Francisco sacudió lentamente la cabeza y no respondió; después, preguntó:

—¿A cuál de sus amigos en la industria del cobre le va a dar el valioso privilegio de delatarlo esta vez?

Rearden sonrió.

—Esta vez, no. Esta vez estoy tratando con un hombre en quien puedo confiar.

—¿De veras? ¿Quién es?

—Usted.

Francisco se irguió.

—¿Qué? —preguntó en voz tan baja que casi logró ocultar el sonido de un grito.

Rearden estaba sonriendo.

—¿No sabía usted que yo soy uno de sus clientes ahora? Fue hecho a través de un par de testaferros y bajo un nombre falso, pero necesitaré su ayuda para impedir que cualquier empleado suyo se vuelva demasiado inquisitivo sobre eso. Necesito ese cobre, y lo necesito a tiempo, y no me importa si me arrestan luego, siempre que consiga hacer eso. Sé que usted ha perdido todo interés por su empresa, por su riqueza, por su trabajo, porque usted no se molesta en tratar con saqueadores como Taggart y Boyle. Pero, si realmente quiso decir todas las cosas que me enseñó, si yo soy el último hombre que queda a quien usted respeta, usted me ayudará a sobrevivir y a derrotarlos. Nunca le he pedido ayuda a nadie. Se la estoy pidiendo a usted. Le necesito. Confío en usted. Usted siempre ha profesado su admiración por mí. Pues bien, ahí está mi vida en sus manos..., si la quiere. Un pedido de cobre de d'Anconia Copper está siendo embarcado para mí ahora mismo. Salió de San Juan el cinco de diciembre.

—*¡¿Qué?!*

Fue un grito de puro sobresalto. Francisco se había puesto en pie de golpe, ignorando cualquier tentativa de ocultar cualquier cosa.

—¿El cinco de diciembre?

—Sí —dijo Rearden, estupefacto.

Francisco saltó hacia el teléfono.

—¡Le *dije* que no hiciese negocios con d'Anconia Copper! —Era un grito, mitad gemido, mitad furia, de desesperación.

Su mano estaba cogiendo el teléfono, pero se echó para atrás de un tirón. Agarró el borde de la mesa, como para impedirse a sí mismo levantar el auricular, y se quedó allí de pie, con la cabeza inclinada, durante un largo tiempo que ni él ni Rearden tenían cómo calcular. Rearden estaba paralizado por el hecho de ver una agonizante lucha con la inmóvil figura de un hombre como su única evidencia. No podía adivinar la naturaleza de esa lucha, sólo sabía que había algo que Francisco tenía el poder de impedir en ese momento, y que era un poder que no usaría.

Cuando Francisco levantó la cabeza, Rearden vio una cara contraída por un sufrimiento tan grande que sus líneas eran casi un grito audible de dolor, más terrible aún porque la cara tenía una expresión de firmeza, como si la decisión hubiese sido tomada y ése fuese el precio por ella.

—Francisco..., ¿qué pasa?

—Hank, yo... —Sacudió la cabeza, se detuvo y se mantuvo erguido—. Señor Rearden —dijo con una voz que tenía la fuerza, la desesperación y la peculiar dignidad de un ruego que sabía que sería inútil—, para el momento en el que usted vaya a condenarme, cuando vaya a dudar de cada palabra que dije..., le juro..., por la mujer que amo..., que yo soy su amigo.

El recuerdo de la cara de Francisco tal y como se veía en ese momento volvió a la mente de Rearden tres días después, a través de una cegadora conmoción de pérdida y odio..., volvió, aunque él, de pie junto a la radio en su despacho, pensó que ahora debería mantenerse lejos del Wayne-Falkland o mataría a Francisco d'Anconia en cuanto lo viera..., siguió volviendo a través de las palabras que estaba oyendo..., estaba oyendo que tres barcos de d'Anconia Copper, en ruta de San Juan a Nueva York, habían sido atacados por Ragnar Danneskjöld y enviados al fondo del océano..., siguió volviendo, aunque sabía que era mucho más que el cobre lo que se había hundido para él con aquellos barcos.

## Capítulo V

# Cuenta en descubierto

Fue el primer fracaso en la historia de Rearden Steel. Por primera vez, un pedido no fue entregado según lo acordado. Pero, para el 15 de febrero, cuando debía llegar el raíl de Taggart, eso ya no le importaba a nadie.

El invierno había llegado pronto, en los últimos días de noviembre. La gente decía que era el invierno más crudo jamás registrado, y que nadie podía ser culpado por la extraordinaria intensidad de las tormentas de nieve. Preferían no recordar que había habido una época en la que las tormentas de nieve no pasaban barriendo, sin resistencia alguna, las carreteras sin iluminar y los techos de casas sin calefacción, en la que no detenían el movimiento de los trenes, en la que no dejaban una estela de cadáveres que se contaban por cientos.

La primera vez que Danagger Coal se retrasó en la entrega de combustible a Taggart Transcontinental, la última semana de diciembre, el primo de Danagger explicó que él no pudo evitarlo; había tenido que reducir la jornada laboral a seis horas, dijo, para poder elevar la moral de los hombres, que no parecían funcionar como lo habían hecho en los días de su primo Kenneth; los hombres se habían vuelto apáticos y descuidados, dijo, porque estaban agotados por la dura disciplina de la administración anterior; él no pudo evitar que algunos de sus supervisores y gerentes se fueran de la empresa, sin ningún motivo, hombres que habían estado trabajando allí durante diez o veinte años; no pudo evitar que pareciera haber alguna fricción entre sus trabajadores y su nuevo personal de supervisión, aunque los hombres nuevos eran mucho más liberales que los antiguos capataces de esclavos; era sólo cuestión de reajuste, dijo. No pudo evitar, dijo, que el tonelaje destinado a Taggart Transcontinental hubiera sido entregado, en la víspera de la fecha de entrega programada, a la Oficina de Alivio Global para ser enviado al Estado Popular de Inglaterra;

era una emergencia, el pueblo de Inglaterra se estaba muriendo de hambre, con todas sus fábricas estatales cerrando, y la señorita Taggart estaba siendo poco razonable, ya que sólo se trataba de un día de retraso.

Fue sólo un día de retraso. Causó un retraso de tres días en la operación del tren de carga número 386, que salía de California con destino a Nueva York con cincuenta y nueve vagones de lechugas y naranjas. El tren de carga número 386 esperó en apartaderos y en estaciones de carboneo el combustible que no había llegado. Cuando el tren llegó a Nueva York, las lechugas y las naranjas tuvieron que ser arrojadas al East River: habían esperado su momento demasiado tiempo en los almacenes de carga de California, con los horarios de los trenes reducidos, y las locomotoras prohibidas, por mandato judicial, de llevar un tren con más de sesenta vagones. Excepto sus amigos y sus socios comerciales, nadie más se dio cuenta de que quebraron tres agricultores de naranjas en California, así como dos productores de lechugas en el Valle Imperial; nadie notó el cierre de un agente comercial en Nueva York, de una empresa de fontanería a la que el agente comercial le debía dinero, de un mayorista de tuberías de plomo que había sido el proveedor de la empresa de fontanería. Cuando la gente se estaba muriendo de hambre, decían los periódicos, uno no tenía que preocuparse por los fracasos de las empresas comerciales, que eran sólo emprendimientos privados para obtener beneficios privados.

El carbón enviado a través del Atlántico por la Oficina de Alivio Global no llegó al Estado Popular de Inglaterra: fue capturado por Ragnar Danneskjöld.

La segunda vez que Danagger Coal se retrasó en entregarle combustible a Taggart Transcontinental, a mediados de enero, el primo de Danagger gruñó por teléfono que él no pudo evitarlo: sus minas habían estado cerradas durante tres días debido a la escasez de aceite lubricante para la maquinaria. El suministro de carbón para Taggart Transcontinental se retrasó cuatro días.

El señor Quinn, de la fábrica de rodamientos Quinn Ball Bearing Company, que una vez se había mudado de Connecticut a Colorado, esperó una semana a que llegara el tren de carga que transportaba su pedido de acero Rearden. Cuando el tren llegó, las puertas de la planta de la Quinn Ball Bearing Company estaban cerradas.

Nadie indagó el cierre de una compañía de motores en Michigan, que había esperado un envío de rodamientos, con su maquinaria inactiva y sus trabajadores recibiendo su sueldo completo; o el cierre de un aserradero en Oregón, que había estado esperando un motor nuevo; o el cierre de un aserradero en Iowa, al que habían dejado sin suministro; o la quiebra de un contratista de obras en Illinois que, al no poder conseguir su madera a tiempo, se encontró con sus contratos de venta cancelados y los compradores de sus casas enviados a deambular por carreteras azotadas por la nieve en busca de lo que ya no existía en ninguna parte.

La tormenta de nieve que cayó a finales de enero bloqueó los puertos en las Montañas Rocosas, levantando muros blancos de diez metros de altura a lo largo de la línea principal de Taggart Transcontinental. Los hombres que intentaron despejar la vía se dieron por vencidos en las primeras horas: los quitanieves se averiaron, uno tras otro. Los quitanieves habían sido mantenidos con precarias reparaciones durante dos años más allá de su vida útil. Los nuevos quitanieves no habían sido entregados; el fabricante se había ido, incapaz de obtener el acero que necesitaba de Orren Boyle.

Tres trenes que iban en dirección oeste quedaron atrapados en los apartaderos de la Estación de Winston, en lo alto de las Montañas Rocosas, donde la línea principal de Taggart Transcontinental cruzaba la esquina noroeste de Colorado. Durante cinco días permanecieron fuera del alcance de cualquier ayuda. Los trenes no podían acercarse a ellos a través de la tormenta. El último de los camiones fabricados por Lawrence Hammond se averió en las heladas pendientes de las carreteras de montaña. Los mejores aviones que una vez fabricó Dwight Sanders fueron enviados, pero nunca llegaron, a la Estación de Winston; estaban desgastados y sin las condiciones para enfrentarse a una tormenta más.

A través de los remolinos de nieve, los pasajeros atrapados a bordo de los trenes miraron a las luces de las chabolas de Winston. Las luces se apagaron la noche del segundo día. Durante la tarde del tercero, las luces, la calefacción y la comida habían desaparecido a bordo de los trenes. En las breves pausas de la tormenta, cuando los remolinos blancos se desvanecían y dejaban detrás de ellos la quietud de un negro vacío que fundía una tierra

sin luces con un cielo sin estrellas, los pasajeros podían ver, a muchos kilómetros de distancia hacia el sur, una pequeña lengua de llamas retorciéndose en el viento. Era la Antorcha de Wyatt.

En la mañana del sexto día, cuando los trenes finalmente pudieron moverse y avanzar por las laderas de Utah, Nevada y California, los hombres del tren observaron las chimeneas sin humo y las puertas cerradas de las pequeñas fábricas a lo largo de la vía, las cuales no habían estado cerradas en su último viaje.

«Las tormentas son fuerza mayor», escribió Bertram Scudder, «y nadie puede ser responsabilizado socialmente por el clima».

Establecidas por Wesley Mouch, las raciones de carbón permitían calentar las casas durante tres horas al día. No había madera para quemar, ni metal para hacer nuevas estufas, ni herramientas para perforar las paredes de las casas para hacer nuevas instalaciones. En artefactos improvisados hechos de ladrillos y latas de aceite, los profesores estaban quemando los libros de sus bibliotecas, y los productores de frutas estaban quemando los árboles de sus huertos. «Las privaciones fortalecen el espíritu del pueblo», escribió Bertram Scudder, «y forjan el fino acero de la disciplina social. El sacrificio es el cemento que une los ladrillos humanos en el gran edificio de la sociedad».

«A la nación que una vez había sostenido el credo de que la grandeza se logra mediante la producción, ahora le dicen que se logra mediante la miseria», declaró Francisco d'Anconia en una entrevista de prensa. Pero eso no fue publicado.

Ese invierno, el único *boom* en los negocios se produjo en la industria del ocio. La gente arañó sus últimos centavos de la arena movediza de sus presupuestos destinados a alimentos y calefacción, y se privó de comer para agolparse en los cines y escapar durante unas horas del estado de animales reducidos a la única preocupación del terror por sus necesidades más primarias. En enero, todos los cines, clubes nocturnos y boleras fueron cerrados por orden de Wesley Mouch, con el objetivo de ahorrar combustible. «El placer no es algo esencial para la existencia», escribió Bertram Scudder.

—Debes aprender a adoptar una actitud filosófica —le dijo el doctor Simon Pritchett a una joven estudiante que rompió en sollozos repentinos e histéricos en medio de una clase.

La chica explicó que acababa de regresar de una expedición de ayuda voluntaria a un asentamiento en el Lago Superior; había visto a una madre sosteniendo el cuerpo de un hijo adulto, que había muerto de hambre.

—No hay absolutos —añadió el doctor Pritchett—. La realidad es sólo una ilusión. ¿Cómo sabe esa mujer que su hijo está muerto? ¿Cómo sabe que su hijo existió alguna vez?

Gente con ojos suplicantes y rostros desesperados se agolpaban en tiendas de campaña donde los evangelistas gritaban triunfantes que el hombre no podía hacer frente a la naturaleza, que su ciencia era un fraude, que su mente era un fracaso, que estaba cosechando un castigo por el pecado de su orgullo, por la confianza en su propio intelecto..., y que sólo la fe en el poder de los secretos místicos podría protegerlo de que se partiera un raíl o de que explotara el último neumático del último camión. El amor era la clave de los secretos místicos, gritaban, el amor, y el sacrificio desinteresado por las necesidades de los demás.

Orren Boyle hizo un sacrificio desinteresado por las necesidades de los demás. Vendió a la Oficina de Alivio Global, para que fuesen enviadas al Estado Popular de Alemania, diez mil toneladas de formas de acero estructural que habían estado destinadas a la Atlantic Southern Railroad.

—Fue una decisión difícil de tomar —le dijo, con una mirada de rectitud lacrimosa y desenfocada, al presidente de la Atlantic Southern, presa del pánico—, pero sopesé el hecho de que ustedes son una corporación rica, mientras que la gente de Alemania se encuentra en un estado de miseria indescriptible. Así que actué sobre el principio de que la necesidad es lo primero. En caso de duda, es el débil a quien hay que considerar, no al fuerte.

El presidente de la Atlantic Southern había oído que el amigo más preciado de Orren Boyle en Washington tenía un amigo en el Ministerio de Abastecimiento del Estado Popular de Alemania. Pero si ése había sido el motivo de Boyle, o si había sido el principio del sacrificio, nadie podía saberlo, y daba absolutamente igual: si Boyle hubiera sido un santo del credo de la abnegación y el desprendimiento, habría tenido que hacer exactamente lo que había hecho. Eso hizo callar al presidente de la Atlantic Southern; no se atrevió a admitir que le importaba más su ferrocarril que la gente de Alemania; no se atrevió a argumentar contra el principio del sacrificio.

Las aguas del río Misisipi habían estado creciendo durante todo el mes de enero, hinchadas por las tormentas, impulsadas por el viento hasta crear un continuo embate de corrientes contra cualquier obstrucción en su camino. En una noche de aguanieve, la primera semana de febrero, el puente sobre el Misisipi de la Atlantic Southern se derrumbó bajo un tren de pasajeros. La locomotora y los primeros cinco vagones cayeron junto con las vigas resquebrajadas en las negras y retorcidas espirales de agua treinta metros más abajo. El resto del tren se quedó suspendido en los primeros tres tramos del puente, que aguantó.

«No puedes tener tu pastel y, al mismo tiempo, dejar que tu vecino se lo coma», declaró Francisco d'Anconia. La furia de las denuncias que los portavoces de la opinión pública desataron contra él fue mayor que su preocupación por el horror en el río.

Se rumoreaba que el ingeniero jefe de la Atlantic Southern, desesperado por el fracaso de la empresa para obtener el acero que necesitaba para reforzar el puente, había renunciado seis meses atrás, diciéndole a la empresa que el puente no era seguro. Le había escrito una carta al principal periódico de Nueva York, advirtiéndole al público sobre ello; la carta no había sido publicada. Se rumoreaba que los primeros tres tramos del puente habían aguantado porque habían sido reforzados con formas estructurales de Metal Rearden; pero quinientas toneladas del metal era lo único que el ferrocarril había podido conseguir, bajo la Ley de Participación Equitativa.

Como único resultado de las investigaciones oficiales, dos puentes sobre el Misisipi, que pertenecían a ferrocarriles más pequeños, fueron condenados. Uno de los ferrocarriles cerró sus puertas; el otro cerró una línea secundaria, arrancó su raíl y abrió una nueva vía hasta el puente de Taggart Transcontinental en Misisipi; lo mismo hizo la Atlantic Southern.

El gran Puente Taggart de Bedford, Illinois, había sido construido por Nathaniel Taggart. Él había luchado contra el gobierno durante años, porque los tribunales habían dictaminado, sobre la base de quejas de los transportistas fluviales, que los ferrocarriles eran una competencia destructiva para los barcos y, por lo tanto, una amenaza para el bienestar público, y que los puentes ferroviarios sobre el Misisipi debían ser prohibidos por ser una obstrucción material; los tribunales le habían ordenado a Nathaniel Taggart derribar su puente y llevar a sus pasajeros a

través del río por medio de barcazas. Pero él ganó esa batalla por la mayoría de un voto en la Corte Suprema. Su puente era ahora el único eslabón importante que mantenía unido al continente. Su último descendiente había establecido, como su regla más estricta, que independientemente de cualquier otra cosa que fuese desatendida, el Puente Taggart siempre sería mantenido en perfecto estado.

El acero enviado al otro lado del Atlántico por la Oficina de Alivio Global no había llegado al Estado Popular de Alemania. Ragnar Danneskjöld se había apoderado de él; pero nadie lo supo fuera de la Oficina, porque los periódicos hacía mucho que habían dejado de mencionar las actividades de Ragnar Danneskjöld.

No fue hasta que el público comenzó a notar la creciente escasez, tras desaparecer del mercado planchas eléctricas, tostadoras, lavadoras y todos los demás aparatos eléctricos, que la gente empezó a hacer preguntas y a oír rumores. Oyeron que ningún barco cargado con cobre d'Anconia temía cómo llegar a un puerto de Estados Unidos; ninguno lograba eludir a Ragnar Danneskjöld.

En las brumosas noches de invierno, a lo largo de la costa, los marineros rumoreaban la historia de que Ragnar Danneskjöld siempre se apoderaba de los cargamentos de barcos de socorro, pero nunca tocaba el cobre: hundía los barcos de d'Anconia con sus cargas; dejaba escapar a las tripulaciones en botes salvavidas, pero el cobre iba a parar al fondo del océano. Hacían correr el rumor como una oscura leyenda más allá de lo que los hombres podían explicar; nadie pudo encontrar una razón por la que Danneskjöld decidía no quedarse con el cobre.

En la segunda semana de febrero, con el fin de conservar cables de cobre y ahorrar energía eléctrica, una directiva prohibió el funcionamiento de ascensores más arriba del piso veinticinco. Los pisos superiores de los edificios tuvieron que ser desocupados, y paneles de tableros sin pintar fueron instalados para bloquear las escaleras. Mediante un permiso especial, se les concedieron excepciones —por razones de «necesidad esencial»— a algunas de las empresas comerciales más grandes y a los hoteles más famosos. Las cimas de las ciudades fueron rebajadas.

Los habitantes de Nueva York nunca habían tenido que prestar atención al clima. Las tormentas habían sido sólo una molestia que ralentizaba el tráfico y creaba charcos en las puertas de tiendas

brillantemente iluminadas. Andando contra el viento, vestidas con impermeables, pieles y zapatos de noche, las personas sentían que una tormenta era un intruso dentro de la ciudad. Ahora, encarando las rachas de nieve que bajaban barriendo las estrechas calles, las personas sentían con sombrío terror que ellas eran los intrusos temporales y que el viento era quien tenía prioridad.

—Nos dará totalmente igual ahora, olvídalo, Hank, no importa —dijo Dagny cuando Rearden le anunció que no tendría como entregar el raíl porque no había podido encontrar un proveedor de cobre—. Olvídalo, Hank.

Hank no le respondió. No podía quitarse de la mente el primer fracaso de Rearden Steel.

En la tarde del 15 de febrero, una placa se rompió en una articulación de raíl, y una locomotora salió lanzada fuera de la vía; sucedió a un kilómetro de Winston, Colorado, en un sector que debía haber sido reconstruido con el nuevo raíl. El agente de la estación de Winston suspiró y mandó enviar una dotación con una grúa; era sólo uno de los accidentes menores que estaban ocurriendo en su área más o menos cada dos días, y se estaba acostumbrando a ello.

Esa noche, Rearden, con el cuello del abrigo levantado, el sombrero calado hasta los ojos, y montones de nieve llegándole hasta las rodillas, estaba recorriendo una mina de carbón a cielo abierto que estaba abandonada, en un rincón perdido de Pensilvania, supervisando la carga de carbón pirata en los camiones que él había proporcionado. Nadie era dueño de la mina, nadie podía pagar el coste de trabajarla. Pero un joven con una voz brusca y ojos oscuros y enojados, que venía de un asentamiento de indigentes, había organizado una pandilla de desempleados y había hecho un trato con Rearden para entregar el carbón. Lo extraían por la noche, lo almacenaban en alcantarillas ocultas, recibían el pago en efectivo, sin hacer preguntas ni pedir respuestas. Culpables sólo de albergar un feroz deseo de permanecer vivos, ellos y Rearden comerciaban como salvajes, sin derechos, sin títulos, sin contratos ni protección, sólo con un entendimiento mutuo y un cumplimiento implacablemente absoluto de la palabra que uno daba. Rearden ni siquiera sabía el nombre del joven cabecilla. Al verlo en la tarea de cargar los camiones, Rearden pensó que ese muchacho, si hubiese

nacido una generación antes, habría llegado a ser un gran industrial; ahora, probablemente, terminaría su breve vida como un vulgar delincuente en unos cuantos años más.

Esa noche, Dagny estaba atendiendo una reunión del Consejo de Administración de Taggart.

Estaban sentados alrededor de una mesa pulida en una majestuosa sala de juntas con insuficiente calefacción. Los hombres que, a lo largo de décadas en sus carreras, habían contado para su seguridad con mantener sus rostros impasibles, sus palabras inconclusas y sus ropas impecables, no encajaban ahora con los suéteres estirados sobre sus barrigas, con las bufandas enrolladas alrededor de sus cuellos, con el sonido de toses que interrumpían la conversación con demasiada frecuencia, como el ruido de ráfagas de una ametralladora.

Ella notó que Jim había perdido la suavidad de su forma habitual de actuar. Estaba sentado con la cabeza hundida entre los hombros, y sus ojos no paraban de saltar rápidamente de una cara a otra.

Un hombre de Washington estaba sentado a la mesa entre ellos. Nadie sabía su trabajo o su título exacto, pero no era necesario: ellos sabían que él era el hombre de Washington. Su nombre era señor Weatherby; tenía las sienes grisáceas, una cara larga y estrecha y una boca que parecía como si tuviera que estirar los músculos faciales para mantenerla cerrada; eso le daba un toque de mojigatería a una cara que no expresaba nada más. Los directores no sabían si él estaba participando como invitado, como asesor, o como presidente del consejo; preferían no averiguarlo.

—Me parece a mí —dijo el presidente— que el principal problema que hemos de considerar es el hecho de que la vía de nuestra línea principal parece estar en una condición deplorable, por no decir crítica. —Hizo una pausa; luego, añadió cautelosamente—: Mientras que la única vía buena que poseemos es la de la Línea John Galt..., quiero decir..., la Río Norte.

En el mismo tono cauteloso de esperar que alguien más recogiera el objetivo que quería conseguir con sus palabras, otro hombre dijo:

—Si consideramos nuestra crítica escasez de equipo, y si consideramos que estamos dejando que se desgaste en dar servicio a una línea secundaria que opera con pérdidas... —Paró, y no dijo qué ocurriría si lo consideraran.

—En mi opinión —dijo un hombre delgado y pálido, con un pulcro bigote—, la Línea Río Norte parece haberse convertido en una carga financiera que la empresa podría no ser capaz de soportar; es decir, no a menos que ciertos reajustes sean hechos, los cuales... —No terminó, pero miró al señor Weatherby, pero el señor Weatherby tenía cara de no haberse dado cuenta.

—Jim —dijo el presidente—, creo que podrías explicarle la situación al señor Weatherby.

La voz de Taggart aún retenía una practicada suavidad, pero era la suavidad de un trozo de tela estirado sobre un objeto de vidrio roto, y los bordes afilados sobresalían de vez en cuando.

—Creo que generalmente se concede que el factor principal que afecta a cada ferrocarril en el país es la tasa excepcional de negocios que fracasan. Si bien todos nos damos cuenta, por supuesto, de que eso es sólo temporal, aun así, por el momento, eso ha hecho que la situación del ferrocarril se acerque a una etapa que bien podría describirse como desesperada. Específicamente, el número de fábricas que han cerrado en todo el territorio del sistema de Taggart Transcontinental es tan grande que ha destruido toda nuestra estructura financiera. Los distritos y las divisiones que siempre nos habían traído nuestros ingresos más constantes, ahora están mostrando una pérdida operativa real. Un horario de trenes diseñado para llevar un gran volumen de carga no puede ser mantenido para tres clientes donde una vez había siete. No podemos darles el mismo servicio; al menos, no con nuestras tarifas actuales. —Miró de reojo al señor Weatherby, pero el señor Weatherby no pareció darse cuenta—. Me parece a mí —dijo Taggart, los bordes afilados acentuándose en su voz— que la posición adoptada por nuestros clientes es injusta. La mayoría de ellos se han estado quejando de sus competidores y han aprobado varias medidas locales para eliminar la competencia en sus campos concretos. Ahora en su gran mayoría están prácticamente en posesión exclusiva de sus mercados, y sin embargo se niegan a darse cuenta de que un ferrocarril no puede darle a una solitaria fábrica las tarifas de fletes que habían sido posibles por la producción de una región entera. Estamos operando nuestros trenes para ellos con pérdidas, y, sin embargo, han tomado una posición en contra de cualquier... aumento de tarifas.

—¿Contra cualquier *aumento*? —dijo el señor Weatherby suavemente, con una buena imitación de asombro—. Ésa no es la posición que han tomado.

—Si ciertos rumores, que yo me niego a reconocer, son ciertos... —dijo el presidente, y se detuvo una sílaba después de que el tono de pánico se hubiera hecho evidente en su voz.

—Jim —dijo el señor Weatherby con amabilidad—, creo que sería mejor si no mencionáramos el tema del aumento de tarifas.

—No estaba sugiriendo un aumento real en este momento —dijo Taggart apresuradamente—. Simplemente hice alusión a él para redondear la imagen.

—Pero, Jim —dijo un anciano con voz temblorosa—, pensé que tu influencia..., quiero decir, tu amistad con el señor Mouch aseguraría...

Paró de hablar, porque los otros lo estaban mirando severamente, en reproche por incumplir una ley tácita: uno no mencionaba un fracaso de ese tipo, uno no hablaba de las misteriosas maneras de las poderosas amistades de Jim, o por qué le habían fallado.

—El hecho es —dijo tranquilamente el señor Weatherby— que el señor Mouch me envió aquí para hablar de la demanda de los sindicatos ferroviarios por un aumento salarial y la demanda de los clientes para una reducción de tarifas.

Lo dijo en un tono de firmeza casual; sabía que todos esos hombres lo habían sabido, que las demandas habían sido discutidas en los periódicos durante meses; sabía que el temor en las mentes de esos hombres no era el hecho, sino que él lo nombrara..., como si el hecho no hubiese existido pero sus palabras tuviesen el poder de hacerlo existir; sabía que habían esperado para ver si él ejercería ese poder; les estaba haciendo saber que lo ejercería.

La situación de ellos justificaba un clamor de protesta; no hubo nada de eso; nadie le respondió. Entonces, James Taggart dijo con ese tono mordaz y nervioso que pretende transmitir ira pero simplemente confiesa incertidumbre:

—Yo no exageraría la importancia de Buzzy Watts, del Consejo Nacional de Navieras. Ha estado haciendo un montón de ruido y dando muchas cenas caras en Washington, pero yo no recomendaría tomárselo demasiado en serio.

—Oh, no sé —dijo el señor Weatherby.

—Escucha, Clem, sé que Wesley se negó a verlo a él la semana pasada.

—Es verdad. Wesley es un hombre bastante ocupado.

—Y sé que cuando Gene Lawson dio esa gran fiesta hace diez días, prácticamente todo el mundo estaba allí, pero Buzzy Watts no fue invitado.

—Así es —dijo el señor Weatherby placenteramente.

—Así que yo no apostaría por el señor Buzzy Watts, Clem. Y no dejaría que me preocupara.

—Wesley es un hombre imparcial —dijo el señor Weatherby—. Un hombre dedicado al deber público. Son los intereses del país como un todo lo que él tiene que tener en cuenta, por encima de todo lo demás. —Taggart se irguió; de todas las señales de peligro que conocía, esa línea de conversación era la peor—. Nadie puede negarlo, Jim, que Wesley siente un gran aprecio por ti como un hombre de negocios ilustrado, un valioso asesor y uno de sus amigos personales más cercanos. —Los ojos de Taggart se dispararon rápidamente hacia él: eso era aún peor—. Pero nadie puede decir que Wesley dudaría en sacrificar sus sentimientos personales y sus amistades cuando se trata del público.

La cara de Taggart siguió en blanco; su terror provino de cosas que nunca se permitía expresar con palabras o con los músculos faciales. El terror era su lucha contra un pensamiento inadmitido: él mismo había sido «el público» durante tanto tiempo y en tantos temas diferentes que sabía lo que significaría si ese título mágico, ese título sagrado al que nadie se atrevía a oponerse, fuera transferido, junto con su «bienestar», a la persona de Buzzy Watts.

Pero lo que preguntó, y lo preguntó apresuradamente, fue:

—No estarás insinuando que yo pondría mis intereses personales por encima del bienestar público, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —dijo el señor Weatherby, con una mirada que era casi una sonrisa—. Claro que no. No tú, Jim. Tu actitud de espíritu público y tu comprensión son demasiado bien conocidas. Por eso Wesley espera que veas todos los ángulos de la situación.

—Sí, por supuesto —dijo Taggart, atrapado.

—Bueno, considerad cómo lo ven los sindicatos. Tal vez no podáis permitiros darles un aumento, pero ¿cómo pueden ellos existir cuando el coste de vida se ha disparado? Tienen que comer, ¿no? Eso es lo primero,

ferrocarril o no ferrocarril. —El tono del señor Weatherby tenía una especie de plácida rectitud, como si estuviera recitando una fórmula requerida para transmitir un significado diferente, que estaba claro para todos ellos; estaba mirando directamente a Taggart, con especial énfasis en lo no declarado—. Hay casi un millón de miembros en los sindicatos ferroviarios..., con familias, dependientes y parientes pobres..., ¿y quién no tiene parientes pobres estos días...?, lo que equivale a unos cinco millones de votos. De personas, quiero decir. Wesley tiene que tener eso en cuenta. Tiene que pensar en la psicología de ellos. Y, luego, considerad al público. Las tarifas que estáis cobrando se establecieron en un momento en el que todo el mundo estaba ganando dinero. Pero, tal como están las cosas ahora, el coste del transporte se ha convertido en una carga que nadie puede permitirse. La gente está clamando por todo el país. —Miró directamente a Taggart; simplemente lo miró, pero su mirada tenía la cualidad de un guiño—. Hay un montonazo de ellos, Jim. En este momento no están muy contentos con muchas cosas. Un gobierno que bajara las tarifas del ferrocarril haría que un montón de personas se sintieran agradecidas.

El silencio que le respondió fue como un agujero tan profundo que no se oía ningún sonido de las cosas estrellándose en su fondo. Taggart sabía, como todos ellos sabían, a qué motivo desinteresado el señor Mouch estaría siempre dispuesto a sacrificar sus amistades personales.

Fue el silencio y el hecho de que ella no quería decirlo, de que había ido allí resuelta a no hablar, pero no pudo resistirlo, lo que hizo que la voz de Dagny sonara tan vibrantemente dura:

—¿Ya han conseguido lo que han estado buscando todos estos años, caballeros?

La rapidez con la que los ojos de todos ellos se movieron hacia ella fue una respuesta involuntaria a un sonido inesperado, pero la rapidez con la que miraron a otro sitio —a la mesa, a las paredes, a cualquier lugar excepto a ella— fue la respuesta consciente al significado de los sonidos.

En el silencio del siguiente momento, ella sintió el resentimiento de ellos como un almidón espesando el aire de la habitación, y supo que no era resentimiento contra el señor Weatherby, sino contra ella. Podría haberlo soportado si ellos simplemente hubieran dejado que su pregunta quedara sin

respuesta; pero lo que le hizo sentir una presión enfermiza en su estómago fue el doble fraude de pretender ignorarla, y luego responder a su propia manera.

El presidente dijo, sin mirarla, su voz intencionadamente no comprometida, y sin embargo vagamente decidida al mismo tiempo:

—Todo habría ido bien, todo habría funcionado estupendamente, si no fuera por las personas equivocadas en posiciones de poder, como Buzzy Watts y Chick Morrison.

—Oh, yo no me preocuparía por Chick Morrison —dijo el hombre pálido con el bigote—. Él no tiene conexiones de alto nivel. Realmente no las tiene. Es Tinky Holloway quien es un veneno.

—No veo la situación como desesperada —dijo un hombre corpulento que llevaba una bufanda verde—. Joe Dunphy y Bud Hazleton son íntimos de Wesley. Si su influencia prevalece, estaremos bien. Sin embargo, Kip Chalmers y Tinky Holloway son peligrosos.

—Yo puedo encargarme de Kip Chalmers —dijo Taggart.

El señor Weatherby era la única persona en la sala a la que no le importaba mirar a Dagny; pero cada vez que su mirada descansaba en ella, no registraba nada; ella era la única persona en la sala a quien él no veía.

—Estoy pensando —dijo el señor Weatherby casualmente, mirando a Taggart— que podrías hacerle un favor a Wesley.

—Wesley sabe que siempre puede contar conmigo.

—Bueno, mi idea es que, si les concedieras los aumentos salariales a los sindicatos..., podríamos olvidar el asunto de reducir las tarifas, por el momento.

—¡No puedo hacer eso! —Fue casi un grito—. La Alianza Nacional de Ferrocarriles ha tomado una posición unánime en contra de los aumentos y ha obligado a todos los miembros a oponerse.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —dijo el señor Weatherby en voz baja—. Wesley necesita meter una cuña en esa posición de la Alianza. Si un ferrocarril como Taggart Transcontinental fuera a ceder, el resto sería fácil. Le ayudarías mucho a Wesley. Te estaría muy agradecido.

—¡Pero, Dios mío, Clem! ¡Yo quedaría expuesto a una acción judicial por eso, según las reglas de la Alianza!

El señor Weatherby sonrió.

—¿Qué acción judicial? Deja que Wesley se encargue de eso.

—Pero, escucha, Clem, tú sabes..., sabes tan bien como yo, ¡que no podemos permitírnoslo!

El señor Weatherby se encogió de hombros.

—Ése es un problema para que tú lo resuelvas.

—Por el amor de Dios..., ¿cómo?

—No sé. Ése es tu trabajo, no el nuestro. No querrás que el gobierno empiece a decirte cómo dirigir tu ferrocarril, ¿verdad?

—¡No, claro que no! Pero...

—Nuestro trabajo es sólo asegurarnos de que la gente obtenga salarios justos y transporte decente. Tú tienes que hacer tu parte. Pero, por supuesto, si dices que no puedes hacer el trabajo, bueno, entonces...

—¡Yo no lo he dicho! —gritó Taggart apresuradamente—. ¡No he dicho eso en absoluto!

—Bien —dijo el señor Weatherby amablemente—. Sabemos que tienes la capacidad de encontrar alguna manera de hacerlo.

Estaba mirando a Taggart; Taggart estaba mirando a Dagny.

—Bueno, fue sólo una idea —dijo el señor Weatherby, recostándose en su silla en forma de una modesta retirada—. Sólo una idea para que reflexiones sobre ella. Yo soy sólo un invitado aquí. No quiero interferir. El objetivo de la reunión era discutir la situación de los... ramales, ¿creo?

—Sí —dijo el presidente, y suspiró—. Sí. Ahora, si alguien tiene alguna sugerencia constructiva que ofrecer... —Esperó; nadie respondió—. Creo que la situación está clara para todos nosotros. —Esperó—. Parece haberse determinado que no podemos seguir permitiendo la operación de algunos de nuestros ramales..., la Línea Río Norte concretamente, y que, por lo tanto, algún tipo de acción parece que ha de ser emprendida.

—Yo creo —dijo el hombre pálido con el bigote, su voz inesperadamente confiada— que deberíamos oír lo que la señorita Taggart tiene que decir. —Se inclinó hacia delante con una expresión de picardía esperanzada. Como Dagny no respondió, sino que simplemente se volvió hacia él, le preguntó—: ¿Qué tiene usted que decir, señorita Taggart?

—Nada.

—¿Perdone?

—Todo lo que tenía que decir estaba contenido en el informe que Jim les ha leído. —Habló con calma, su voz clara y plana.

—Pero usted no hizo ninguna recomendación.

—No tengo ninguna que hacer.

—Pero, después de todo, como vicepresidente de Operaciones, usted tiene un interés vital en las políticas de este ferrocarril.

—No tengo ninguna autoridad sobre las políticas de este ferrocarril.

—Oh, pero estamos ansiosos por considerar su opinión.

—No tengo opiniones.

—Señorita Taggart —dijo, en el tono suave y formal de una orden—, usted no puede dejar de darse cuenta de que nuestros ramales están operando con un déficit desastroso, y que esperamos que usted los haga dar beneficios.

—¿Cómo?

—No lo sé. Ése es su trabajo, no el nuestro.

—He indicado en mi informe las razones por las que eso ahora es imposible. Si hay hechos que he pasado por alto, por favor, nómbrelos.

—Oh, yo no lo sabría. Esperamos que usted encuentre alguna forma de hacerlo posible. Nuestro trabajo es sólo asegurarnos de que los accionistas obtengan un beneficio justo. El conseguirlo depende de usted. No querrá que pensemos que es incapaz de hacer el trabajo y...

—Soy incapaz de hacerlo.

El hombre abrió la boca, pero no encontró nada más que decir; la miró desconcertado, preguntándose por qué la fórmula había fallado.

—Señorita Taggart —preguntó el hombre con la bufanda verde—, ¿quiso usted decir en su informe que la situación de la Línea Río Norte era crítica?

—Dije que era desesperada.

—Entonces ¿qué acción propone?

—No propongo nada.

—¿No está evadiendo una responsabilidad?

—¿Qué es lo que creen que están haciendo? —Habló de manera uniforme, dirigiéndose a todos ellos—. ¿Están contando con que yo no diga que la responsabilidad es de ustedes, que fueron sus malditas políticas las que nos han llevado adonde estamos? Pues lo estoy diciendo.

—Señorita Taggart, señorita Taggart —dijo el presidente en un tono de súplica reprochadora—, no debería haber conflictos de ningún tipo entre nosotros. ¿Qué más da ahora quién tuviera la culpa? No queremos

pelearnos por errores pasados. Debemos unirnos todos como un equipo para sacar nuestro ferrocarril de esta desesperada emergencia.

Un hombre de cabellos grises y de porte aristocrático, que había permanecido en silencio durante toda la sesión con una tranquila expresión de tener el amargo conocimiento de que toda la actuación era inútil, miró a Dagny de una manera que habría sido simpatía si él todavía sintiese un remanente de esperanza. Dijo, alzando la voz justo lo suficiente como para traicionar una nota de indignación controlada:

—Señor presidente, si son soluciones prácticas las que estamos considerando, me gustaría sugerir que discutamos la limitación impuesta a la longitud y a la velocidad de nuestros trenes. De todas las cosas que enfrentamos, ésa es la más desastrosa. Su derogación no resolvería todos nuestros problemas, pero sería un alivio enorme. Con la desesperada escasez de fuerza motriz y la abrumadora escasez de combustible, es una locura criminal enviar una locomotora al campo con sesenta vagones cuando podría llevar cien, y tardar cuatro días en un trayecto que podría hacerse en tres. Sugiero que calculemos el número de clientes que hemos arruinado y los distritos que hemos destruido con los fracasos, la escasez y los retrasos en el transporte, y luego...

—Ni se te ocurra —interrumpió el señor Weatherby enérgicamente—. No intentes ni soñar con ninguna derogación. No la consideraríamos. Ni siquiera consideraríamos hablar sobre el tema.

—Señor presidente —el hombre de cabello gris preguntó en voz baja —, ¿puedo continuar?

El presidente extendió las manos, con una sonrisa suave que indicaba impotencia.

—Sería poco práctico —respondió.

—Creo que será mejor que limitemos la discusión al estado de la Línea Río Norte —dijo James Taggart.

Hubo un largo silencio.

El hombre con la bufanda verde se volvió hacia Dagny.

—Señorita Taggart —preguntó con tristeza y cautela—, ¿diría usted que si..., y esto es sólo una pregunta hipotética, que si los equipos que ahora están siendo usados en la Línea Río Norte estuvieran disponibles, cubrirían las necesidades de tráfico de nuestra línea principal transcontinental?

—Ayudaría.

—El raíl de la Línea Río Norte —dijo el hombre pálido con el bigote— no tiene parangón en ninguna parte del país, y ahora no se puede comprar a ningún precio. Tenemos quinientos kilómetros de vía, lo que significa más de seiscientos kilómetros de raíl de Metal Rearden puro en esa línea. ¿Diría usted, señorita Taggart, que no podemos permitirnos desperdiciar ese superlativo raíl en un ramal que ya no lleva ningún tráfico importante?

—Eso son ustedes quienes deben juzgarlo.

—Voy a decirlo de esta manera: ¿sería valioso que ese raíl fuese puesto a disposición de nuestra vía en la línea principal, que tiene una necesidad tan urgente de reparación?

—Ayudaría.

—Señorita Taggart —preguntó el hombre de voz temblorosa—, ¿diría usted que no quedan clientes de importancia en la Línea Río Norte?

—Queda Ted Nielsen, de Nielsen Motors. Nadie más.

—¿Diría usted que los costes operativos de la Línea Río Norte podrían ser usados para aliviar la presión financiera en el resto del sistema?

—Ayudaría.

—Entonces en su papel de vicepresidente de Operaciones... —Paró; ella esperó, mirándolo; él dijo—: ¿Y bien?

—¿Cuál era su pregunta?

—Quería decir..., o sea, bueno, como vicepresidente de Operaciones, ¿no tiene usted ciertas conclusiones a las que llegar?

Ella se levantó. Miró las caras alrededor de la mesa.

—Caballeros —dijo—, no sé por qué tipo de autofraude ustedes esperan sentir que si soy yo quien nombra la decisión que tienen la intención de tomar, seré yo quien asumirá la responsabilidad por ella. Quizá crean que, si mi voz da el golpe final, eso me convertirá a mí en el asesino, pues saben que éste es el último acto de un asesinato prolongado. No puedo concebir qué es lo que creen que pueden lograr con una pretensión de ese tipo, y yo no les ayudaré a montarla. El golpe final será dado por ustedes, como lo fueron todos los demás.

Se dio la vuelta para irse. El presidente medio se levantó, añadiendo impotentemente:

—Pero, señorita Taggart...

—Por favor, sigan sentados. Por favor, continúen la discusión..., y hagan la votación en la que yo no tendré voz. Me abstendré de votar. Me quedaré aquí, si lo desean, pero sólo como empleada. No pretenderé ser ninguna otra cosa.

Se dio la vuelta una vez más, pero fue la voz del hombre de pelo gris la que la detuvo.

—Señorita Taggart, ésta no es una pregunta oficial, es sólo mi curiosidad personal, pero ¿podría decirme cómo ve el futuro del sistema de Taggart Transcontinental?

Ella respondió, mirándolo con comprensión, con una voz más suave:

—He dejado de pensar en el futuro o en un sistema ferroviario. Tengo la intención de seguir operando trenes mientras sea posible operarlos. No creo que vaya a ser por mucho más tiempo.

Se alejó de la mesa, y fue a la ventana, para apartarse y dejar que continuaran sin ella.

Miró la ciudad. Jim había obtenido el permiso que les permitía el uso de energía eléctrica en la parte superior del Edificio Taggart. Desde la altura de la sala, la ciudad parecía un remanente aplanado, con sólo algunas raras y solitarias rayas de vidrio iluminado que aún se elevaban a través de la oscuridad hacia el cielo.

No escuchó las voces de los hombres detrás de ella. No supo durante cuánto tiempo los fragmentos rotos de la lucha de ellos continuaron rodando junto a ella —los sonidos que se pasaban y se punzaban unos a otros, tratando de retroceder y dejar que alguien fuese empujado hacia delante—, una lucha que no era para hacer valer la propia voluntad de uno, sino para arrancar alguna afirmación de alguna víctima involuntaria, una batalla en la que la decisión no debía ser pronunciada por el ganador, sino por el perdedor:

«Me parece a mí...» «Es, creo...» «Debe, en mi opinión...» «Si fuésemos a suponer...» «Estoy meramente sugiriendo...» «No estoy insinuando, pero...» «Si consideramos ambos lados...» «Es, en mi opinión, indudable...» «Me parece a mí que es un hecho inequívoco...»

Ella no sabía de quién era la voz, pero la oyó cuando pronunció:

—... y, por lo tanto, propongo que la Línea John Galt sea cerrada.

Algo, pensó, le había hecho llamar a esa línea por su nombre correcto.

—Tú tuviste que soportarlo, también, generaciones atrás..., y fue igual de difícil para ti, igual de malo, pero no dejaste que eso te detuviera... ¿fue realmente tan malo como esto?, ¿tan feo?... No importa, son formas diferentes, pero es sólo dolor, y a ti no te detuvo el dolor, no te detuvo nada de lo que tuviste que soportar..., no pudieron pararte..., no te rendiste a ello..., lo enfrentaste, y esto es lo que yo tengo que enfrentar..., tú lo conseguiste..., yo lo intentaré. Ella oyó, en su propia mente, la tranquila intensidad de las palabras de dedicación, y le llevó un tiempo darse cuenta de que le estaba hablando a Nat Taggart.

La siguiente voz que oyó fue la del señor Weatherby:

—Esperad un momento, muchachos. ¿Por casualidad os acordáis de que necesitáis obtener un permiso antes de poder cerrar un ramal?

—¡Dios santo, Clem! —El grito de Taggart era de abierto pánico—. Seguro que no va a haber ningún problema con...

—Yo no estaría tan seguro de ello. No olvides que sois un servicio público y se espera que proporcionéis transporte, ganéis dinero o no.

—¡Pero sabes que eso es imposible!

—Bueno, eso está bien para ti, eso resuelve tu problema, si cierras esa línea; pero ¿qué nos hará a nosotros? Dejar a un estado entero como Colorado prácticamente sin transporte... ¿qué tipo de sentimiento público despertará? Ahora, por supuesto, si le dieras algo a Wesley a cambio, para equilibrarlo, si concedieras los aumentos salariales de los sindicatos...

—¡No puedo! ¡Le di mi palabra a la Alianza Nacional!

—¿Tu palabra? Bueno, haz lo que quieras. No querríamos forzar a la Alianza. Preferimos mucho más que las cosas sucedan voluntariamente. Pero éstos son tiempos difíciles, y es difícil decir qué es probable que suceda. Con la quiebra de todo el mundo y la caída de los ingresos por impuestos, podríamos..., de hecho, nosotros tenemos más del cincuenta por ciento de los bonos de Taggart..., podríamos vernos obligados a pedir el pago de los bonos del ferrocarril dentro de seis meses.

—*¡¿Qué?!* —gritó Taggart.

—... o antes.

—¡Pero no puedes! ¡Oh, Dios, no puedes! ¡Estaba claro que la moratoria sería por cinco años! ¡Era un contrato, una obligación! ¡Estamos contando con eso!

—¿Una obligación? ¿No estás siendo anticuado, Jim? No hay obligaciones, salvo la necesidad del momento. Los dueños originales de esos bonos también contaban con sus pagos.

Dagny se echó a reír.

No pudo evitarlo, no pudo resistirse, no pudo rechazar la oportunidad momentánea de vengarse en nombre de Ellis Wyatt, de Andrew Stockton, de Lawrence Hammond y de todos los demás. Dijo, desgarrada por la risa:

—¡Gracias, señor Weatherby!

El señor Weatherby la miró con asombro.

—¿Sí? —preguntó fríamente.

—Sabía que tendríamos que pagar por esos bonos de una forma u otra. Estamos pagando.

—Señorita Taggart —dijo el presidente con severidad—, ¿no cree que esos «ya te lo dije» son inútiles? Hablar de lo que podría haber pasado si hubiéramos actuado de manera diferente no es más que especulación puramente teórica. No podemos quedarnos en la teoría, tenemos que lidiar con la realidad práctica del momento.

—Correcto —dijo el señor Weatherby—. Eso es lo que deberías ser, práctico. Ahora, te ofrecemos un trato. Tú haces algo por nosotros, y nosotros haremos algo por ti. Tú le das a los sindicatos sus aumentos salariales, y nosotros te daremos permiso para cerrar la Línea Río Norte.

—Está bien —dijo James Taggart, con voz ahogada.

De pie junto a la ventana, ella los oyó votar sobre su decisión. Los oyó declarar que la Línea John Galt terminaría en seis semanas, el 31 de marzo.

Es sólo cuestión de pasar los próximos momentos, pensó ella; ocúpate de los momentos siguientes, y luego los siguientes, unos cuantos a cada vez, y después de un tiempo será más fácil; lo superarás, después de un tiempo.

La tarea que se dio a sí misma durante los siguientes momentos fue ponerse el abrigo y ser la primera en salir de la sala.

Luego estaba la tarea de ir en un ascensor a lo largo de la grandiosa y silenciosa longitud del Edificio Taggart. Luego estaba la tarea de cruzar el vestíbulo oscuro.

A mitad del vestíbulo, se detuvo. Un hombre estaba apoyado contra la pared, como en forma de espera intencional, y era ella el objetivo de esa espera, porque la estaba mirando directamente. No lo reconoció de

inmediato, porque estaba segura de que la cara que veía no podía estar allí, en ese vestíbulo, a esa hora.

—Hola, Bicho —dijo él en voz baja.

Ella respondió, tratando de poner en perspectiva una distante situación que ella había vivido:

—Hola, Frisco.

—¿Por fin han asesinado a John Galt?

Ella luchó por ubicar el momento en una secuencia ordenada de tiempo. La pregunta pertenecía al presente, pero el rostro solemne venía de aquellos días en la colina cerca del Hudson, cuando él habría comprendido todo lo que la pregunta significaba para ella.

—¿Cómo sabías que lo harían esta noche? —preguntó.

—Ha sido obvio durante meses que ése sería el siguiente paso en su próxima reunión.

—¿Por qué has venido aquí?

—Para ver cómo te lo tomarías.

—¿Quieres reírte de eso?

—No, Dagny, no quiero reírme de eso.

Ella no vio ningún atisbo de regocijo en su rostro; respondió, confiada:

—No sé cómo me lo estoy tomando.

—Yo sí.

—Lo estaba esperando, sabía que tendrían que hacerlo, así que ahora sólo es cuestión de encarar... —*esta noche*, quiso decir, pero dijo—: todo el trabajo y los detalles.

Él la cogió por el brazo.

—Vamos a algún lugar donde podamos tomar una copa juntos.

—Francisco, ¿por qué no te ríes de mí? Siempre te has reído de esa línea.

—Lo haré... mañana, cuando te vea continuando con todo el trabajo y los detalles. No esta noche.

—¿Por qué no?

—Vamos. No estás en condiciones de hablar de ello.

—Yo...

Ella quería protestar, pero dijo:

—No, supongo que no.

La condujo hasta la calle, y ella se encontró caminando silenciosamente al ritmo constante de los pasos de él, sintiendo en el brazo la presión de sus dedos, firmes y sin tensión. Él paró un taxi que pasaba, y abrió la puerta para ella. Ella le obedeció sin preguntar; pero sintió alivio, como un nadador que deja de esforzarse. El espectáculo de un hombre actuando con aplomo era como un salvavidas que le habían lanzado a ella cuando había olvidado la esperanza de que existiera. El alivio no estaba en ella renunciando a la responsabilidad, sino en la visión de un hombre capaz de asumirla.

—Dagny —dijo él, mirando la ciudad que pasaba por la ventanilla del taxi—, piensa en el primer hombre que pensó en hacer una viga de acero. Él sabía lo que veía, lo que pensaba y lo que quería. No dijo: «Me parece a mí...»; y no aceptó órdenes de quienes dicen: «En mi opinión...».

Ella se rio, maravillada por su exactitud: él había adivinado la naturaleza de la sensación enfermiza que se había apoderado de ella, la sensación de estar en un pantano del que tenía que escapar.

—Mira a tu alrededor —dijo—. Una ciudad es la forma congelada del coraje humano, el coraje de aquellos hombres que pensaron por primera vez en cada perno, remache y generador de energía que fueron necesarios para construirla. El coraje de no decir «me parece a mí», sino «*es*», y apostar la vida de uno de acuerdo con su propio juicio. No estás sola. Esos hombres existen. Siempre han existido. Hubo una época en la que los seres humanos estaban agazapados en cuevas, a merced de cualquier pestilencia y cualquier tormenta. ¿Podrían hombres como los de tu Consejo de Administración haberlos sacado de la cueva para llegar a esto? —Señaló la ciudad.

—¡Dios, no!

—Pues *ahí tienes* la prueba de que existe otro tipo de hombres.

—Sí —dijo ella con avidez—. Sí.

—Piensa en ellos y olvídate de tu Consejo de Administración.

—Francisco, ¿dónde están ahora... esos otros tipos de hombres?

—Ahora no los quieren aquí.

—Yo sí los quiero aquí. ¡Oh Dios, cómo los quiero aquí!

—Cuando los quieras, los encontrarás.

Él no le preguntó sobre la Línea John Galt, y ella no habló de ella, hasta que estaban sentados en una mesa en un cubículo tenuemente iluminado, y ella vio el tallo de una copa entre sus dedos. Apenas se había dado cuenta de cómo habían llegado hasta allí. Era un lugar tranquilo y caro que parecía un retiro secreto; vio una mesa pequeña y lustrosa bajo su mano, el cuero de un asiento circular detrás de sus hombros y un reservado de espejo azul oscuro que los separaba de la vista de cualquier disfrute o dolor que otros hubieran ido a esconder allí. Francisco estaba apoyado en la mesa, observándola, y ella sintió como si estuviera apoyándose en la firme atención de sus ojos.

No hablaron de la línea, pero ella dijo de repente, mirando el líquido en su copa:

—Estoy pensando en la noche cuando le dijeron a Nat Taggart que tenía que abandonar el puente que estaba construyendo. El puente sobre el Misisipi. Estaba desesperadamente falto de dinero, porque la gente estaba asustada por el puente, lo llamaban un proyecto poco práctico. Esa mañana le habían dicho que las empresas de barcos de vapor del río le habían demandado judicialmente, exigiendo que su puente fuera destruido por ser una amenaza para el bienestar público. Había tres tramos del puente construidos, avanzando sobre el río. Ese mismo día, una turba local atacó la estructura y le prendió fuego a los andamios de madera. Sus trabajadores le abandonaron, unos porque estaban asustados, otros porque fueron sobornados por la gente de los barcos de vapor, y la mayoría porque él no había tenido dinero para pagarles desde hacía varias semanas. A lo largo de ese día, no paró de recibir noticias de que los hombres que se habían comprometido a comprar acciones del Ferrocarril Taggart Transcontinental estaban cancelando sus compromisos, uno tras otro. Al llegar la noche, un comité que representaba a dos bancos que eran su última esperanza de apoyo fue a verlo. Estaba justo allí, en el sitio de construcción junto al río, en el viejo vagón del ferrocarril donde vivía, con la puerta abierta a la vista de la ruina ennegrecida, con los restos de madera aún humeando sobre el acero retorcido. Había negociado un préstamo con esos bancos, pero el contrato no había sido firmado. El comité le dijo que tendría que renunciar a su puente, porque estaban seguros de que perdería la demanda judicial, y que el puente tendría que ser demolido si alguna vez llegaba a completarlo. Si él estuviera dispuesto a ceder, dijeron, y a transportar a sus pasajeros a

través del río en barcazas, como estaban haciendo otros ferrocarriles, entonces el contrato se mantendría y él obtendría el dinero para continuar su línea hacia el Oeste en la otra orilla; si no, entonces el préstamo sería cancelado. ¿Cuál era su respuesta?, preguntaron. Él no dijo ni una palabra, cogió el contrato, lo rasgó por la mitad, se lo dio a ellos y se fue. Fue hasta el puente, andando a lo largo de las estructuras, hasta la última viga. Se arrodilló, recogió las herramientas que sus hombres habían dejado allí y empezó a limpiar los restos carbonizados de la estructura de acero. Su ingeniero jefe lo vio allí, hacha en mano, solo sobre el ancho río, con el sol poniéndose detrás de él en el oeste, donde su línea tenía que ir. Trabajó allí toda la noche. Al amanecer, había ideado un plan de lo que haría para encontrar a los hombres correctos, a los hombres de juicio independiente: para encontrarlos, para convencerlos, para recaudar dinero, para continuar el puente.

Estaba hablando con una voz baja, monótona, mirando el punto de luz que brillaba en el líquido mientras sus dedos giraban el tallo de su copa de vez en cuando. No mostraba ninguna emoción, pero su voz tenía la intensa monotonía de una oración:

—Francisco, si él consiguió sobrevivir esa noche, ¿qué derecho tengo yo a quejarme? ¿Qué importa cómo me sienta ahora? Él construyó ese puente. Tengo que mantenerlo por él. No puedo dejar que siga los pasos del puente de la Atlantic Southern. Siento casi como que él lo sabría, si dejo que eso suceda, lo supo esa noche cuando estaba solo sobre el río..., no, eso es ridículo, pero esto es lo que siento: cualquier hombre que sepa lo que Nat Taggart sintió esa noche, cualquier hombre que viva ahora y sea capaz de saberlo... es a él a quien yo traicionaría si lo permitiera..., y no puedo.

—Dagny, si Nat Taggart estuviera vivo ahora, ¿qué haría?

Ella respondió involuntariamente, con una risa ahogada rápida y amarga:

—¡No duraría ni un minuto! —luego se corrigió—: No, sí que duraría. Encontraría la forma de luchar contra ellos.

—¿Cómo?

—No sé.

Ella se dio cuenta de una tensa y cautelosa calidad en la forma atenta en que él la observó al inclinarse hacia delante y preguntarle:

—Dagny, los hombres de tu Consejo de Administración, ellos no son rivales para Nat Taggart, ¿verdad? No hay ningún tipo de contienda en la que ellos pudieran vencerlo, nada que él tuviera que temer de ellos; no hay mente, no hay voluntad, no hay poder en todo el montón de ellos que igualase una milésima parte de él.

—No, claro que no.

—Entonces ¿por qué es que, a lo largo de la historia del hombre, los Nat Taggarts, que son los que hacen el mundo, siempre han ganado... y siempre lo han perdido ante los hombres del consejo?

—Yo..., no lo sé.

—¿Cómo podrían hombres que tienen miedo de mantener una opinión incondicional sobre el tiempo que hace, pelear contra Nat Taggart? ¿Cómo podrían aprovecharse de los logros de él, si él decidiera defenderlos? Dagny, él luchó con todas las armas que poseía, excepto con la más importante. Ellos no podrían haber ganado, si nosotros.., él y el resto de nosotros, no les hubiéramos entregado el mundo en bandeja.

—Sí. Tú se lo diste. Ellis Wyatt se lo dio. Ken Danagger se lo dio. Yo no lo haré.

Él sonrió.

—¿Quién construyó la Línea John Galt para ellos?

Él vio sólo la más leve contracción de la boca de ella, pero sabía que la pregunta era como un golpe en una herida abierta. Pero ella respondió en voz baja:

—Yo.

—¿Para este tipo de final?

—Para los hombres que no resistieron, no pelearon y se dieron por vencidos.

—¿No ves que ningún otro final era posible?

—No.

—¿Cuánta injusticia estás dispuesta a aguantar?

—Tanta como contra la que yo sea capaz de pelear.

—¿Qué harás ahora? ¿Mañana?

Ella dijo con calma, mirándolo directamente con una expresión levemente orgullosa que recalcaba su calma:

—Empezar a desmontarla.

—¿El qué?

—La Línea John Galt. Empezar a desmontarla como si lo hiciera con mis propias manos, con mi propia mente, bajo mis propias instrucciones. Prepararla para poder cerrarla; luego, desmantelarla y usar sus pedazos para reforzar la vía transcontinental. Hay mucho trabajo que hacer. Me mantendrá ocupada. —La calma se quebró un poco, con el más leve cambio de su voz—: Sabes, lo estoy deseando. Me alegro de tener que hacerlo yo misma. Por eso Nat Taggart trabajó toda la noche, sólo para poder seguir adelante. No es tan grave mientras haya algo que uno pueda hacer. Y sabré, al menos, que estoy salvando la línea principal.

—Dagny —preguntó él en voz muy baja, y ella se preguntó qué le hizo percibir que él parecía sentir como si su destino personal dependiese de la respuesta—, ¿y si fuese la línea principal la que tuvieses que desmantelar?

Ella respondió irresistiblemente:

—¡Entonces dejaría que la última locomotora me pasase por encima! —pero añadió—: No. Eso es sólo autocompasión. No lo haría.

Él dijo suavemente:

—Sé que no lo harías. Pero te gustaría poder hacerlo.

—Sí.

Él sonrió, sin mirarla; era una sonrisa burlona, pero era una sonrisa de dolor, y la burla estaba dirigida hacia él mismo. Ella se preguntó qué le hizo estar segura de eso; pero conocía su rostro tan bien que siempre sabría lo que él sentía, aunque ya no consiguiera adivinar sus razones. Conocía su rostro tan bien, pensó, como conocía cada línea de su cuerpo, como aún podía verlo, como era de repente consciente de él bajo su ropa, a un metro de distancia, en la intimidad del cubículo. Él se volvió para mirarla, y un cambio repentino en sus ojos le hizo estar segura de que él sabía lo que ella estaba pensando. Él miró hacia otro lado y levantó su copa.

—Bueno —dijo—, por Nat Taggart.

—¿Y por Sebastián d’Anconia? —preguntó ella, y luego se arrepintió, porque había sonado a burla, aunque no era lo que ella había querido.

Pero vio una mirada de claridad extraña y brillante en sus ojos cuando él respondió con firmeza, con una sonrisa ligeramente orgullosa subrayando su firmeza:

—Sí, y por Sebastián d’Anconia.

A ella le tembló un poco la mano y derramó unas gotas en el cuadrado de encaje de papel que estaba sobre el oscuro y brillante plástico de la mesa.

Ella lo vio beberse la copa con un solo gesto; el movimiento brusco y breve de su mano hizo que pareciera el gesto de una solemne promesa.

Ella pensó de repente que ésa era la primera vez en doce años que él había acudido a ella por su propia iniciativa.

Él había actuado como si estuviera seguro de sí mismo y en situación de control, como si esa seguridad en sí mismo fuese una transfusión para permitirle a ella recuperar la suya; no le había dado tiempo a ella para preguntarse por qué deberían estar juntos allí. Ahora, ella sentía, inexplicablemente, que las riendas que él había tenido en sus manos ya no estaban. Fue sólo el silencio de unos pocos momentos en blanco y el contorno inmóvil de su frente, su pómulo y su boca, mientras estaba allí sentado con la cara alejada de ella, pero ella sintió como si fuera él quien ahora estuviese luchando por algo que tenía que reconquistar.

Se preguntó cuál había sido su objetivo esa noche, y se dio cuenta de que tal vez lo había logrado: él le había ayudado a superar su peor momento, le había dado una valiosa defensa contra la desesperación, el conocimiento de que una inteligencia viva la había oído y la había entendido. Pero ¿por qué había querido hacerlo? ¿Por qué se había preocupado por ella en su momento de desesperación, después de los años de agonía que le había dado? ¿Por qué le había importado cómo tomaría la muerte de la Línea John Galt? Se dio cuenta de que ésa era la pregunta que ella no le había hecho en el vestíbulo del Edificio Taggart.

Ése era el vínculo entre ellos, pensó: que ella nunca se asombraría al verlo llegar cuando ella más lo necesitaba, y que él siempre sabría cuándo llegar. Ése era el peligro: que ella confiara en él, incluso sabiendo que podría no ser más que algún nuevo tipo de trampa, incluso recordando que él siempre traicionaba a quienes confiaban en él.

Él estaba sentado, inclinado hacia delante con los brazos cruzados sobre la mesa, mirando al frente. Y dijo de repente, sin volverse hacia ella:

—Estoy pensando en los quince años que Sebastián d’Anconia tuvo que esperar a la mujer que amaba. Él no sabía si alguna vez la encontraría de nuevo, si ella sobreviviría, si ella lo esperaría. Pero sabía que ella no podría acompañarlo en su batalla y que él no podría llamarla hasta que la ganara. Así que esperó, manteniendo su amor en el lugar de la esperanza que no tenía derecho a retener. Pero, cuando la llevó a través del umbral de

su casa, como la primera señora d'Anconia de un nuevo mundo, supo que la batalla había sido ganada, que eran libres, que nada la amenazaba y que nada volvería a hacerle daño.

En los días de su apasionada felicidad, él nunca le había dado un indicio de que llegaría a pensar en ella como la señora d'Anconia. Por un momento, ella se preguntó si había sabido lo que había significado para él. Pero el momento acabó con un estremecimiento invisible: no quiso creer que los últimos doce años podían permitir que las cosas que estaba oyendo fuesen posibles. Ésa era la nueva trampa, pensó.

—Francisco —preguntó con voz dura—, ¿qué le has hecho a Hank Rearden?

Él pareció sorprendido de que ella pensara en ese nombre en ese momento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Me dijo una vez que tú eras el único hombre que le había gustado. Pero, la última vez que lo vi, dijo que te mataría si te viera.

—¿No te dijo por qué?

—No.

—¿No te dijo nada al respecto?

—No. —Ella lo vio sonriendo extrañamente, una sonrisa de tristeza, gratitud y nostalgia—. Le advertí que le harías daño, cuando me dijo que eras el único hombre que le gustaba.

Sus palabras vinieron como una explosión repentina:

—¡Él era el único hombre..., con una excepción, por quien yo podría haber dado mi vida!

—¿Quién es la excepción?

—El hombre por quien lo he hecho.

—¿Qué quieres decir?

Él sacudió la cabeza, como si hubiera dicho más de lo que pretendía, y no respondió.

—¿Qué le hiciste a Rearden?

—Te lo diré alguna vez. Ahora no.

—¿Es eso lo que siempre haces con los que... significan mucho para ti?

Él la miró con una sonrisa que tenía la luminosa sinceridad de inocencia y de dolor.

—Sabes —dijo él con suavidad—, podría decir que eso es lo que siempre me hacen a mí. —Y añadió—: Pero no lo haré. Las acciones... y el conocimiento eran míos.

Él se puso de pie.

—¿Nos vamos? Te llevaré a casa.

Ella se levantó, y él sostuvo el abrigo para ella; era una prenda ancha y suelta, y sus manos la guiaron para envolver su cuerpo. Ella sintió que su brazo permaneció sobre sus hombros un momento más largo de lo que él quiso que ella notara.

Ella le devolvió la mirada. Pero él estaba extrañamente quieto, mirando fijamente a la mesa. Al levantarse, habían movido los mantelillos de encaje de papel, y ella vio una inscripción grabada en el plástico de la mesa. Habían intentado borrarla, pero la inscripción seguía allí, como la voz tenebrosa de desesperación de algún borracho desconocido: «¿Quién es John Galt?».

Con un brusco movimiento de rabia, ella volvió a arrojar el mantelillo encima para cubrir las palabras. Él se rio.

—Yo puedo responderla —dijo—. Yo puedo decirte quién es John Galt.

—¿Ah, sí? Todos parecen conocerlo, pero nunca cuentan la misma historia dos veces.

—Sin embargo, son todas verdad, todas las historias que has oído sobre él.

—Ya, y ¿cuál es la tuya? ¿Quién es él?

—John Galt es Prometeo que cambió de idea. Después de siglos de ser destrozado por buitres en pago por haberles traído a los hombres el fuego de los dioses, rompió sus cadenas y retiró su fuego... hasta el día en que los hombres retiren sus buitres.

La banda de traviesas se desplegaba en anchas curvas alrededor de las esquinas de granito, aferrándose a las faldas de las montañas de Colorado. Dagny estaba andando por las traviesas, manteniendo las manos en los bolsillos de su abrigo y los ojos en la distancia exenta de sentido que tenía

delante; sólo el familiar movimiento de acoplar sus pasos a los espacios de las traviesas le daba la sensación física de ser una acción que tenía que ver con un ferrocarril.

Un algodón gris, que no llegaba a ser ni niebla ni nubes, colgaba en manojos mojados entre el cielo y las montañas, haciendo que el cielo pareciera un colchón viejo derramando su relleno por los lados de los picos. Una costra de nieve cubría el suelo, sin llegar a ser del todo ni invierno ni primavera. Una red de humedad flotaba en el aire, y ella sentía un helado pinchazo en su cara de vez en cuando, que no llegaba a ser ni por una gota de lluvia ni por un copo de nieve. El tiempo parecía tener miedo de decidirse y tomar una posición, aferrándose evasivamente a algún tipo de término medio; tiempo de Consejo de Administración, pensó ella. La luz parecía exhausta, y ella no tenía cómo saber si era la mañana o la tarde del 31 de marzo. Pero estaba muy segura de que era el 31 de marzo; ésa era una certeza que no podía ser evadida.

Había venido a Colorado con Hank Rearden para comprar cualquier maquinaria que aún pudieran encontrar en las fábricas cerradas. Había sido como una búsqueda apresurada a través del casco medio hundido de un gran barco antes de que desapareciera de su alcance. Podrían haberles dejado la tarea a sus empleados, pero habían ido los dos impulsados por el mismo motivo no confesado: no podían resistir el deseo de asistir al viaje del último tren, igual que uno no puede resistir el deseo de dar el último saludo asistiendo a un funeral, incluso sabiendo que es sólo un acto de autotortura.

Habían estado comprando maquinaria de propietarios dudosos en ventas de dudosa legalidad, puesto que nadie podía decir quién tenía derecho a deshacerse de las grandes propiedades muertas, y nadie vendría a cuestionar las transacciones. Habían comprado todo lo que podía ser movido de la planta destripada de Nielsen Motors. Ted Nielsen había renunciado y había desaparecido una semana después del anuncio de que la línea de ferrocarril iba a cerrarse.

Ella se había sentido como una carroñera, pero la actividad de la caza la había hecho capaz de soportar esos últimos días. Cuando descubrió que quedaban tres horas vacías antes de la salida del último tren, ella había ido a caminar por el campo para escapar de la quietud de la ciudad. Había andado al azar por serpenteantes senderos de montaña, sola entre rocas y nieve,

intentando sustituir el pensamiento por el movimiento, sabiendo que tenía que pasar ese día sin pensar en el verano en que viajó en la locomotora del primer tren. Pero se encontró volviendo por la vía de la Línea John Galt, y entonces supo que eso es lo que había querido hacer, había salido con ese objetivo.

Era un apéndice de vía que ya había sido desmantelado. No había luces de señales, ni interruptores, ni cables telefónicos, nada más que una larga banda de tiras de madera en el suelo, una cadena de eslabones sin raíl, como el remanente de una columna vertebral; y, como su solitario guardián, en un cruce abandonado de vías, un poste con aspas como si fueran brazos donde se leía: PARA. MIRA. ESCUCHA.

Una oscuridad temprana mezclada con niebla se estaba deslizando para llenar los valles cuando ella se encontró con la fábrica. Había una inscripción en lo alto de la lustrosa baldosa de su pared frontal: ROGER MARSH. APARATOS ELÉCTRICOS. «El hombre que había querido encadenarse a su escritorio para no dejar eso», pensó. El edificio estaba intacto, como un cadáver en ese instante en que sus ojos se acaban de cerrar y uno todavía espera que se abran de nuevo. Sintió que las luces se encenderían en cualquier momento detrás de los grandes paneles de ventanas, bajo los techos largos y planos. Luego, vio un cristal roto, perforado por una piedra de la que disfrutó algún joven imbécil, y vio el tallo alto y seco de un solo hierbajo subiendo por los escalones de la entrada principal. Impactada por un repentino y cegador odio, en rebelión contra la impertinencia del hierbajo, sabiendo de qué enemigo era ésa la vanguardia, corrió hacia delante, cayó de rodillas y arrancó el hierbajo de raíz. Luego, arrodillada en los escalones de una fábrica cerrada, mirando al vasto silencio de montañas, maleza y crepúsculo, pensó: «¿Qué crees que estás haciendo?».

Estaba casi oscuro cuando ella llegó al final de las traviesas que la llevaron de regreso al pueblo de Marshville. Marshville había sido el final de la línea durante los últimos meses; el servicio al Empalme Wyatt había sido interrumpido hacía mucho tiempo; el Proyecto de Recuperación del doctor Ferris había sido abandonado ese invierno.

Las luces de la calle estaban encendidas, y estaban colgando en el aire en las intersecciones, en una larga y decreciente línea de globos amarillos sobre las calles vacías de Marshville. Todas las mejores casas estaban cerradas, casas limpias y ordenadas de coste modesto, bien construidas y

bien mantenidas; había carteles de SE VENDE en sus jardines. Pero vio luces en las ventanas de las viviendas baratas y chillonas que, en unos pocos años, habían adquirido el deteriorado aspecto de chabolas de suburbio; eran las casas de gente que no se había mudado, gente que nunca miraba más allá del plazo de una semana. Vio un televisor grande y nuevo en la habitación iluminada de una casa con el techo semihundido y las paredes agrietadas. Se preguntó cuánto tiempo más esperaban sus habitantes que las empresas de energía eléctrica de Colorado siguieran existiendo. Luego, ella sacudió la cabeza: esa gente ni siquiera había sabido que existían las empresas de energía.

La calle principal de Marshville estaba flanqueada por los negros escaparates de tiendas quebradas. Todas las tiendas de lujo han desaparecido, pensó ella, mirando sus carteles; y luego se estremeció al darse cuenta de las cosas que ella llamaba ahora lujo, al recapacitar sobre hasta qué punto y de qué manera esas cosas, que una vez habían sido asequibles para los más pobres, habían sido lujos: tintorería..., electrodomésticos..., gasolinera..., droguería..., bazar. Las únicas que seguían abiertas eran las tiendas de comestibles y las tabernas.

El andén de la estación de ferrocarril estaba abarrotado. Las deslumbrantes luces de neón parecían captar la luz de las montañas, aislarla y enfocarla, como un pequeño escenario en el que cada movimiento estaba desnudo a la vista de gradas invisibles que se elevaban en la vasta y circundante noche. La gente estaba cargando sus equipajes, abrigando a sus hijos, regateando en las taquillas; y el pánico sofocado de sus modales sugería que lo que realmente querían hacer era dejarse caer al suelo y gritar de terror. Su terror tenía la evasiva cualidad de la culpa: no era el miedo que procede de la comprensión, sino de negarse a comprender.

El último tren estaba junto al andén de la estación, sus ventanas eran una larga y solitaria franja de luz. El vapor de la locomotora, jadeando tensamente a través de las ruedas, no tenía su habitual y alegre sonido de energía liberado para un esprint; tenía el sonido de una respiración jadeante que uno teme oír y teme aún más dejar de oír. Lejos, al final de las ventanas iluminadas, ella vio el pequeño punto rojo de una linterna conectada a su vagón privado. Más allá de la linterna, no había nada más que un vacío negro.

El tren estaba cargado al máximo, y las estridentes notas de histeria en la confusión de voces eran las súplicas por obtener un hueco en los vestíbulos y pasillos de los vagones. Algunas personas no iban a viajar, pero allí estaban, con una curiosidad insípida, viendo el espectáculo; habían ido como si supieran que ése era el último evento que presenciarían en su comunidad y, tal vez, en sus vidas.

Ella caminó apresuradamente entre la multitud, tratando de no mirar a nadie. Algunos sabían quién era ella, la mayoría de ellos no. Vio a una anciana con un chal harapiento sobre sus hombros y el gráfico de la lucha de toda una vida en la piel agrietada de su cara; la mirada de la mujer era una súplica desesperada de ayuda. Un joven sin afeitar y con gafas de montura dorada estaba subido a una caja bajo una luz de neón, gritando a las caras que pasaban por delante de él:

—¡Qué estáis diciendo, que no hay negocios! ¡Mirad ese tren! ¡Está lleno de pasajeros! ¡Hay muchos negocios! ¡Es sólo que no hay beneficios para ellos, por eso os dejan perecer, esos parásitos codiciosos!

Una mujer desgreñada corrió hacia Dagny, agitando dos boletos y gritando algo sobre la fecha equivocada. Dagny se encontró apartando a la gente de su camino, luchando por llegar hasta el final del tren, pero un hombre demacrado, con los ojos fijos por años de futilidad maliciosa, se precipitó hacia ella, gritando:

—Está bien para *usted*, usted tiene un buen abrigo y un vagón privado, pero no nos dará ningún tren a nosotros, usted y todos esos egoístas...

Él se detuvo bruscamente, mirando a alguien detrás de ella; ella sintió una mano sujetándola por el codo: era Hank Rearden. Él le sostuvo el brazo y la llevó hacia su vagón; viendo la expresión en su cara, ella comprendió por qué la gente se apartaba de su camino. Al final del andén, un hombre pálido y regordete estaba diciéndole a una mujer que lloraba:

—Así es como ha sido siempre en este mundo. No habrá oportunidad para los pobres, hasta que los ricos sean destruidos.

Por encima de la ciudad, colgando muy alta en un espacio negro como si fuera un planeta activo, la llama de la Antorcha de Wyatt se retorcía en el viento.

Rearden entró en el vagón, pero ella permaneció en los escalones del vestíbulo, retrasando la necesidad de despedirse de todo aquello. Oyó el «¡pasajeros al tren!». Miró a las personas que quedaban en el andén como

uno mira a los que ven partir el último bote salvavidas.

El revisor estaba debajo, al pie de los escalones, con su linterna en una mano y su reloj en la otra. Miró el reloj, y luego miró la cara de ella. Ella respondió con la afirmación silenciosa de cerrar los ojos e inclinar la cabeza. Ella vio su linterna girando en el aire mientras se daba la vuelta, y la primera sacudida de las ruedas, sobre los raíles de Metal Rearden, se le hizo menos brusca al ver a Rearden cuando abrió la puerta y entró en su vagón.

Lillian Rearden sabía que James Taggart tenía una razón muy especial en mente cuando él la llamó desde Nueva York y dijo:

—Bueno, no, ninguna razón especial, simplemente me preguntaba cómo estarías y si alguna vez venías a la ciudad; no te he visto desde hace una eternidad, y pensé que podríamos almorzar juntos la próxima vez que estés en Nueva York.

Taggart sabía que ella no tenía compras que hacer, y que el almuerzo sería el único objetivo de su viaje a la ciudad, cuando ella respondió perezosamente:

—Oh, déjame ver, ¿qué día es hoy?, ¿dos de abril…?, déjame mirar mi agenda… Vaya, qué casualidad, precisamente mañana tengo algunas compras que hacer en Nueva York, así que estaré encantada de que me ahorres el dinero de mi almuerzo.

Cuando oyó eso, Taggart sabía que ella no tenía compras que hacer, y que el almuerzo sería el único objetivo de su viaje a la ciudad.

Se reunieron en un distinguido restaurante de precios altos, demasiado distinguido y demasiado caro para ser mencionado en las columnas de chismes; no era el tipo de lugar que James Taggart, siempre ansioso por hacerse publicidad personal, tenía por costumbre frecuentar. Ella concluyó que él no quería que fuesen vistos juntos.

Una expresión de regocijo, un medio atisbo de un medio secreto, permaneció en la cara de ella mientras lo escuchó hablar de sus amigos comunes, del teatro y del tiempo, construyendo cuidadosamente para él mismo la protección de lo insignificante. Ella estaba sentada con gracia, no

muy recta, como si se estuviera recostando, disfrutando de la futilidad de su actuación y del hecho de que él tuviera que montarla para ella. Esperó con paciente curiosidad descubrir su objetivo.

—Creo que te mereces una palmadita en la espalda o una medalla o algo así, Jim —dijo—, por estar increíblemente alegre a pesar de todos los complicados problemas que estás teniendo. ¿No acabas de cerrar el mejor ramal de tu ferrocarril?

—Oh, es sólo un pequeño contratiempo financiero, nada más. Uno tiene que esperar apretarse el cinturón en tiempos como éste. Teniendo en cuenta el estado general del país, nos está yendo bastante bien. Mejor que al resto de ellos —dijo. Y añadió, encogiéndose de hombros—: Además, es cuestión de opinión si la Línea Río Norte era nuestro mejor ramal. Sólo mi hermana pensaba eso. Era su proyecto personal.

Ella captó un tono de placer eclipsando las palabras de él. Sonrió y dijo:

—Ya veo.

Mirándola desde debajo de su frente inclinada, como recalcando que esperaba que ella lo entendiera, Taggart preguntó:

—¿Cómo se lo está tomando?

—¿Quién? —Ella había entendido muy bien.

—Tu marido.

—¿Tomándose el qué?

—El cierre de esa línea.

Ella sonrió alegremente.

—Vete tú a saber, Jim. Yo tengo mis opiniones, pero vete tú a saber.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes cómo se lo tomaría él, igual que sabes cómo se lo está tomando tu hermana. Así que tienes dos por el precio de uno, ¿no?

—¿Qué ha estado diciendo en los últimos días?

—Ha estado ausente, en Colorado, durante más de una semana, así que... —Se detuvo; había empezado a responder a la ligera, pero notó que la pregunta de Taggart había sido demasiado específica, a la vez que su tono había sido demasiado informal, y se dio cuenta de que él había tocado la primera tecla que conducía al objetivo del almuerzo; hizo una pausa por un breve instante y luego terminó, aún más a la ligera—, así que no sabría qué decir. Pero estará de vuelta cualquier día.

—¿Dirías que su actitud sigue siendo lo que uno podría llamar recalcitrante?

—Vaya, Jim, ¡eso sería quedarse corto!

—Era de esperar que los acontecimientos, tal vez, le hubieran enseñado la sabiduría de un enfoque más suave.

A ella le divertía mantenerlo en duda sobre su comprensión.

—Oh, sí —dijo inocentemente—, sería maravilloso que algo pudiera hacerle cambiar.

—Se está haciendo las cosas extremadamente difíciles para sí mismo.

—Siempre lo ha hecho.

—Pero los acontecimientos tienen cómo forzarnos a todos a adoptar un estado mental más... flexible, tarde o temprano.

—He oído muchas características que le atribuyen, pero «flexible» nunca ha sido una de ellas.

—Bueno, las cosas cambian, y la gente cambia con ellas. A fin de cuentas, es una ley de la naturaleza que los animales deben adaptarse a su entorno. Y podría agregar que la adaptabilidad es la característica más rigurosamente requerida en la actualidad por leyes que no son las de la naturaleza. Estamos en un momento muy difícil, y odiaría verle sufrir las consecuencias de su actitud intransigente. Odiaría, como amigo tuyo que soy, verte en el tipo de peligro hacia el que él está yendo, a menos que aprenda a cooperar.

—Muy gentil de tu parte, Jim —dijo ella con dulzura.

Él estaba lanzando sus frases con cautelosa lentitud, equilibrándose entre palabra y entonación para alcanzar el nivel correcto de semiclaridad. Quería que ella lo entendiese, pero no quería que lo entendiese totalmente, explícitamente, hasta la raíz, ya que la esencia de ese lenguaje moderno que él había aprendido a hablar con pericia era no dejarse nunca entender a sí mismo ni a los demás hasta la raíz.

Él no había necesitado muchas palabras para entender al señor Weatherby. En su último viaje a Washington, le había dicho suplicando al señor Weatherby que una reducción en las tarifas de los ferrocarriles sería un golpe mortal; los aumentos salariales habían sido concedidos, pero las demandas por la reducción de tarifas aún se oían en la prensa, y Taggart había sabido lo que significaba el que Mouch todavía permitiera que fuesen oídas; había sabido que la espada todavía estaba apuntando a su cuello. El

señor Weatherby no había respondido a sus súplicas, pero había dicho, en un tono de ociosa e irrelevante especulación: «Wesley tiene tantos problemas difíciles... Si ha de darle a cada uno un respiro, financieramente hablando, tiene que poner en marcha un cierto programa de emergencia del cual tú tienes alguna idea. Pero sabes el escándalo que los elementos no progresistas del país armarían al respecto. Un hombre como Rearden, por ejemplo. No queremos más trucos como los que sabemos que puede sacarse de la manga. A Wesley le vendría muy bien tener a alguien que pudiera mantener a Rearden a raya. Pero supongo que eso es algo que nadie puede conseguir. Aunque a lo mejor estoy equivocado. Puede que tú sepas cómo hacerlo, ya que Rearden es una especie de amigo tuyo, que va a tus fiestas y todo eso».

Mirando a Lillian al otro lado de la mesa, Taggart dijo:

—La amistad, creo yo, es lo más valioso que hay en la vida, y no sería apropiado si yo no te diera una prueba de la mía.

—Pero yo nunca he dudado de eso.

Él bajó la voz hasta el tono de una advertencia ominosa:

—Creo que debería decirte, como un favor a un amigo, aunque es confidencial, que la actitud de tu marido está siendo discutida en altas esferas, en esferas muy altas. Estoy seguro de que sabes lo que quiero decir.

Eso era por lo que él odiaba a Lillian Rearden, pensó Taggart: ella conocía el juego, pero lo jugaba con variaciones inesperadas de su propia cosecha. Iba contra todas las reglas mirarlo de repente, reírse en su cara y, después de todas esas observaciones, dando a entender que entendía demasiado poco, decir bruscamente, demostrando que entendía demasiado:

—Vaya, querido, claro que sé lo que quieres decir. Quieres decir que el objetivo de este excelente almuerzo no era un favor que tú quisieras hacerme, sino un favor que querías conseguir de mí. Quieres decir que eres tú quien está en peligro y podrías usar ese favor para obtener una gran ventaja y hacer un trato en las altas esferas. Y quieres decir que me estás recordando mi promesa de entregar la mercancía.

—El tipo de actuación que él hizo en su juicio no fue precisamente lo que yo llamaría entregar la mercancía —dijo Taggart, con enojo—. No fue eso lo que me habías llevado a esperar.

—Cielos, no, no lo fue —dijo ella plácidamente—. Ciertamente no lo fue. Pero, querido, ¿esperabas que yo no supiera que, después de esa actuación suya, él no sería muy popular en las altas esferas? ¿Realmente creías que tenías que decirme *eso* como un favor confidencial?

—Pero es verdad. Oí hablar de él, así que pensé en decírtelo.

—Estoy segura de que es verdad. Sé que deben haber estado hablando de él. También sé que si hubiera algo que pudieran hacerle a él, lo habrían hecho justo después de su juicio. Además, ¡les habría encantado hacerlo! Así que sé que él es el único entre vosotros que no corre ningún peligro en este momento. Sé que son ellos los que le tienen miedo a él. ¿Ves lo bien que entiendo lo que quieres decir, querido?

—Bueno, si crees que lo entiendes, yo debo decir que, por mi parte, no te entiendo a ti en absoluto. No sé qué es lo que estás haciendo.

—Bueno, sólo estoy dejando las cosas claras, para que sepas que sé cuánto me necesitas. Y, ahora que están claras, te diré la verdad por mi parte: no te he fallado, simplemente fracasé. Su actuación en el juicio..., yo no la esperaba más que tú. Menos aún. Yo tenía buenas razones para no esperarla. Pero algo salió mal. No sé lo que fue. Estoy tratando de averiguarlo. Cuando lo haga, cumpliré mi promesa. Entonces serás libre de tomar el crédito completo y decirle a tus amigos en las altas esferas que eres tú quien lo ha desarmado.

—Lillian —dijo él nerviosamente—, hablaba en serio cuando dije que estaba deseando darte pruebas de mi amistad, así que si hay algo que pueda hacer por...

Ella se rio.

—No hay nada. Sé que lo dices en serio. Pero no hay nada que puedas hacer por mí. Ningún favor de ningún tipo. Ningún intercambio. Soy una persona verdaderamente sin sentido comercial, no quiero nada a cambio. Mala suerte, Jim. Tendrás que seguir a mi merced.

—Pero, entonces, ¿por qué querrías hacerlo, si no? ¿Qué vas a sacar de todo esto?

Ella se echó hacia atrás, sonriendo.

—Este almuerzo. El verte a ti aquí. Sólo saber que tuviste que acudir a mí.

Una chispa furiosa brilló en los ojos velados de Taggart; luego, sus párpados se estrecharon lentamente, y él también se recostó en su silla, con su cara relajándose en una ligera expresión de burla y satisfacción. Incluso desde dentro de esa suciedad sin declarar, sin nombrar, sin definir, que representaba su código de valores, él era capaz de darse cuenta de cuál de ellos era más dependiente del otro y más despreciable.

Cuando se separaron en la puerta del restaurante, ella fue a la suite de Rearden en el Hotel Wayne-Falkland, donde se quedaba ocasionalmente en su ausencia. Paseó por la habitación durante una media hora, con una actitud relajada de reflexión. Luego, cogió el teléfono con un gesto suave y casual, pero con el aire decidido de haber tomado una decisión. Llamó a la oficina de Rearden en la fundición y le preguntó a la señorita Ives cuándo esperaba que él regresara.

—El señor Rearden estará en Nueva York mañana, llegará en el Comet, señora Rearden —dijo la voz clara y cortés de la señorita Ives.

—¿Mañana? Eso es estupendo. Señorita Ives, ¿puede hacerme un favor? ¿Puede llamar a Gertrude a casa y decirle que no me espere para cenar? Me voy a quedar en Nueva York esta noche.

Colgó, miró su reloj y llamó a la florista del Wayne-Falkland.

—Soy la señora de Henry Rearden —dijo—. Me gustaría que enviaran dos docenas de rosas al vagón del señor Rearden a bordo del Comet... Sí, hoy, esta tarde, cuando el Comet llegue a Chicago... No, sin ninguna tarjeta, sólo las flores... Muchísimas gracias.

Llamó a James Taggart.

—Jim, ¿puedes enviarme un pase a tus andenes de pasajeros? Quiero recibir a mi marido en la estación mañana.

Dudó entre Balph Eubank y Bertram Scudder, eligió a Balph Eubank; lo llamó por teléfono y concertó una cita para la cena de esa noche y un espectáculo musical. Luego fue a tomar un baño, y se quedó relajándose en una bañera de agua caliente, leyendo una revista dedicada a problemas de economía política.

Era el final de la tarde cuando la florista la llamó por teléfono.

—Nuestra oficina de Chicago nos mandó el mensaje de que no pudieron entregar las flores, señora Rearden —dijo—, porque el señor Rearden no está a bordo del Comet.

—¿Está segura? —preguntó.

—Totalmente segura, señora Rearden. Nuestro empleado descubrió en la estación de Chicago que no había ningún compartimento en el tren reservado a nombre del señor Rearden. Lo verificamos con la oficina de Nueva York de Taggart Transcontinental, sólo para asegurarnos, y nos dijeron que el nombre del señor Rearden no está en la lista de pasajeros del Comet.

—Ya veo... Pues entonces cancele el pedido, por favor... Gracias.

Se quedó sentada junto al teléfono durante un momento, frunciendo el ceño; y después llamó a la señorita Ives.

—Por favor, perdóneme por ser una cabeza de chorlito, señorita Ives, pero estaba con prisa y no lo anoté, y ahora no estoy muy segura de lo que me dijo. ¿Dijo que el señor Rearden regresaba mañana? ¿En el Comet?

—Sí, señora Rearden.

—¿No ha oído nada sobre algún posible retraso o cambio de planes?

—Pues no. De hecho, hablé con el señor Rearden hace más o menos una hora. Llamó por teléfono desde la estación de Chicago, y dijo que tenía que volver a bordo rápido, porque el Comet estaba a punto de salir.

—Ya veo. Gracias.

Ella se puso en pie de un salto en cuanto el clic del instrumento le devolvió la privacidad. Empezó a andar por la habitación, sus pasos ahora espasmódicamente tensos. Luego, asaltada por una repentina idea, se detuvo. Sólo había una razón por la que un hombre haría una reserva de tren bajo un nombre falso: si no estaba viajando solo.

Sus músculos faciales se distendieron lentamente en una sonrisa de satisfacción: era una oportunidad que no había esperado.

De pie en el andén de la Terminal, en un punto hacia la mitad de la longitud del tren, Lillian Rearden observó a los pasajeros que bajaban del Comet. Su boca contenía la insinuación de una sonrisa; había una chispa de animación en sus ojos sin vida; miraba de una cara a otra, moviendo la cabeza con el incómodo entusiasmo de una colegiala. Estaba anticipando la mirada en el rostro de Rearden cuando, con su amante a su lado, la viera a ella allí de pie.

Su mirada se disparaba esperanzada a cada mujer joven y llamativa que bajaba del tren. Era difícil mirar: un instante después de empezar a bajar los primeros pasajeros, el tren parecía haber reventado por las costuras, inundando el andén con una corriente sólida que fluía en una dirección, como si fuese atraída por un vacío; ella apenas podía distinguir a personas separadas. Las luces eran más resplandor que iluminación, centrándose en esa franja entre toda una oscuridad polvorienta y aceitosa. Tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieta contra la invisible presión del movimiento.

Su primera visión de Rearden en la multitud le impactó: no lo había visto salir de un vagón, pero allí estaba, andando en dirección a ella desde algún lugar al final del tren. Estaba solo. Andaba con su paso decidido habitual, con las manos en los bolsillos de su gabardina. No había ninguna mujer a su lado, ninguna compañera de ningún tipo, excepto un mozo apresurándose detrás de él con una maleta que ella reconoció como suya.

En una furia de incrédula decepción, ella buscó frenéticamente a cualquier figura femenina que pudiera haber dejado atrás. Estaba segura de que reconocería su elección. No vio nada que pudiera ser posible. Y entonces vio que el último vagón del tren era un vagón privado, y que la figura que estaba parada en su puerta, hablando con un oficial de la estación —una figura que no vestía visones y velos, sino una tosca chaqueta deportiva que resaltaba la gracia incomparable de un cuerpo delgado en la pose confiada de ser la propietaria y el centro de esa estación—, era Dagny Taggart. Entonces Lillian Rearden comprendió.

—¡Lillian! ¿Qué pasa?

Oyó la voz de Rearden, sintió su mano sujetándole el brazo, lo vio mirándola como uno mira el objeto de una emergencia repentina. Estaba mirando a una cara en blanco y una expresión de terror desenfocada.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo..., hola, Henry... Sólo vine a verte..., sin ninguna razón especial..., sólo quería verte. —El terror había desaparecido de su rostro, pero estaba hablando con una voz extraña y plana—. Quería verte, fue un impulso, un impulso repentino y no pude resistirlo, porque...

—Pero pareces... pareces enferma.

—No... No, tal vez me sentí mareada, está cargado el ambiente aquí... No pude resistirme a venir, porque me hizo pensar en los días en los que te habrías alegrado de verme..., fue una ilusión momentánea que recrear para mí misma.

Sus palabras sonaban como una lección memorizada. Ella sabía que tenía que hablar, mientras su mente luchaba por comprender el significado completo de su descubrimiento. Las palabras formaban parte del plan que ella había tenido intención de usar, si lo hubiera encontrado después de que él descubriera las rosas en su compartimento.

Él no respondió, se quedó mirándola, frunciendo el ceño.

—Te eché de menos, Henry. Sé lo que estoy confesando. Pero no espero que signifique nada para ti ya. —Las palabras no encajaban con la cara tensa, los labios que se movían con esfuerzo, los ojos que seguían apartando la vista de él hacia el andén—. Quería... Simplemente quise sorprenderte.

Un aire de astucia e intención estaba volviendo a su cara.

Él la cogió por el brazo, pero ella se echó atrás, demasiado bruscamente.

—¿No me vas a decir ni una palabra, Henry?

—¿Qué es lo que quieres que te diga?

—¿Lo odias tanto como eso..., que tu esposa venga a recibirte a la estación?

Ella miró hacia el andén: Dagny Taggart estaba andando hacia ellos; él no la había visto.

—Vamos —dijo él.

Ella no se movió.

—¿Lo haces? —preguntó.

—¿El qué?

—¿Lo odias?

—No, no lo odio. Simplemente no lo entiendo.

—Háblame de tu viaje. Estoy segura de que has tenido un viaje muy agradable.

—Vamos. Podemos hablar en casa.

—¿Cuándo tengo la oportunidad de hablar contigo en casa? —Estaba arrastrando las palabras impasiblemente, como si las estuviera estirando para rellenar el tiempo, por alguna razón que él no podía imaginar—. Había

esperado captar algunos momentos de tu atención..., así..., entre trenes y citas de negocios y todos esos asuntos importantes que te ocupan día y noche, todos esos grandes logros tuyos, tales como... ¡Hola, señorita Taggart! —dijo bruscamente, su voz fuerte y brillante.

Rearden se dio la vuelta. Dagny estaba pasando al lado de ellos, pero se detuvo.

—Cómo está usted —le dijo a Lillian, inclinándose, con el rostro inexpresivo.

—Lo siento mucho, señorita Taggart —dijo Lillian, sonriendo—, debe perdonarme si no conozco la fórmula apropiada para darle el pésame por la ocasión. —Se dio cuenta de que Dagny y Rearden no se habían saludado—. Usted está regresando de lo que ha sido, en efecto, el funeral de su hijo con mi esposo, ¿no es así?

La boca de Dagny mostró un atisbo de sorpresa y de desprecio. Inclinó la cabeza, a modo de despedida, y siguió andando.

Lillian miró bruscamente a la cara de Rearden, como con un énfasis deliberado. Él la miró con indiferencia, desconcertado.

Ella no dijo nada. Lo siguió sin decir palabra cuando él se volvió para irse. Permaneció en silencio en el taxi, con la cara medio apartada de él, mientras se dirigían al Hotel Wayne-Falkland. Viendo la tensa y torcida postura de su boca, él estaba seguro de que una violencia extraordinaria estaba fraguándose dentro de ella. Nunca la había visto experimentar una fuerte emoción de ningún tipo.

Cuando estuvieron solos en su habitación, ella se volvió para mirarlo.

—¿Así que ésa es quien es? —preguntó.

Él no había esperado eso. Y la miró, sin creer del todo que lo había entendido correctamente.

—Es Dagny Taggart, tu amante, ¿verdad?

Él no respondió.

—Resulta que sé que no tenías ningún compartimento en ese tren. Así que sé dónde has dormido las últimas cuatro noches. ¿Quieres admitirlo, o quieres que envíe detectives para interrogar a las tripulaciones de su tren y a los sirvientes de su casa? ¿Es Dagny Taggart?

—Sí —respondió él sin inmutarse.

Su boca se torció en una fea mueca; ella estaba mirando más allá de él.

—Debería haberlo sabido. Debería haberlo adivinado. ¡Por eso no funcionó!

Él preguntó, atónito:

—¿Qué es lo que no funcionó?

Ella retrocedió, como para recordarse a sí misma la presencia de él.

—¿Habías... cuando ella estuvo en nuestra casa, en la fiesta... habías hecho, entonces...?

—No. Después.

—La gran empresaria —dijo—, por encima de los reproches y las debilidades femeninas. La gran mente separada de cualquier preocupación por el cuerpo... —Ahogó una risa—. La pulsera —dijo, con la mirada inmóvil que hacía sonar como si las palabras estuviesen cayendo accidentalmente del torrente en su mente—. Eso es lo que ella significaba para ti. Ésa es el arma que ella te dio.

—Si realmente entiendes lo que estás diciendo..., sí.

—¿Crees que voy a dejar que te salgas con la tuya?

—¿Salirme con la mía...?

Él la estaba mirando con incredulidad, con fría y perpleja curiosidad.

—Por eso, en tu juicio... —dijo ella, y se detuvo.

—¿Qué pasa con mi juicio?

Ella estaba temblando.

—Sabes, por supuesto, que no permitiré que esto continúe.

—¿Qué tiene eso que ver con mi juicio?

—No te permitiré tenerla. No a ella. A cualquiera menos a ella.

Él dejó pasar un momento, y luego preguntó sin entonación:

—¿Por qué?

—¡No lo permitiré! ¡Tendrás que dejarla! —Él la estaba mirando sin expresión, pero la firmeza de sus ojos la impactó como su respuesta más peligrosa—. ¡La abandonarás, la dejarás, no volverás a verla de nuevo!

—Lillian, si quieres hablar de eso, hay una cosa que más vale que entiendas: nada en el mundo me hará dejarla.

—Pero ¡lo exijo!

—Te he dicho que podías exigir cualquier cosa menos eso.

Él vio la expresión de un pánico peculiar creciendo en sus ojos: no era la expresión de que estaba entendiendo, sino de negarse ferozmente a entender, como si ella quisiera convertir la violencia de su emoción en una

cortina de humo, ya no como si esperara que esa cortina la cegara a la realidad, sino que su ceguera hiciera que la realidad dejara de existir.

—¡Pero tengo el derecho de exigirlo! ¡Soy dueña de tu vida! Es mi propiedad. Mi propiedad..., por tu propio juramento. Tú juraste servir a mi felicidad. ¡A la mía, no a la tuya! ¿Qué has hecho por mí? No me has dado nada, no has sacrificado nada, nunca te has preocupado por nada más que por ti mismo: *tu* trabajo, *tus* fundiciones, *tu* talento, *tu* amante. Y yo, ¿qué? ¡Yo tengo preferencia! ¡Estoy presentándola al cobro! ¡Tú eres la cuenta que yo poseo!

Fue la mirada en el rostro de él lo que le hizo a ella subir la escala de su voz, un grito detrás de otro, hasta convertirse en terror. Lo que ella estaba viendo no era ya enfado ni dolor ni culpa, sino el único enemigo inviolable: indiferencia.

—¿Has pensado en mí? —gritó, su voz rompiéndose contra la cara de él—. ¿Has pensado en lo que me estás haciendo? ¡No tienes derecho a continuar, si sabes que me estás haciendo pasar un infierno cada vez que duermes con esa mujer! ¡No puedo soportarlo, no puedo soportar ni un momento el saberlo! ¿Vas a sacrificarme a tu deseo animal? ¿Eres tan malvado y tan egoísta como eso? ¿Puedes comprar tu placer al precio de mi sufrimiento? ¿Puedes tenerlo, si eso es lo que hace conmigo?

No sintiendo nada más que el vacío del asombro, él observó lo que había vislumbrado brevemente en el pasado y que ahora estaba viendo en la total fealdad de su inutilidad: el espectáculo de súplicas de compasión pronunciadas, en gruñidos de odio, como amenazas y como demandas.

—Lillian —dijo con mucha tranquilidad—, lo haría, aunque te costara la vida.

Ella lo oyó. Oyó más de lo que él estaba preparado para saber y para oír en sus propias palabras. La sorpresa, para él, fue que ella no gritó en respuesta, sino que la vio, en cambio, encogerse y volver a la calma.

—No tienes derecho... —dijo ella pesadamente, con la vergonzosa impotencia de las palabras de una persona que sabe que sus propias palabras no tienen sentido.

—Sea cual sea la demanda que puedas tener sobre mí —dijo él—, ningún ser humano puede tener sobre otro una demanda que exija que se aniquile a sí mismo de la existencia.

—¿Ella significa tanto para ti?

—Mucho más que eso.

La expresión del pensamiento estaba volviendo a la cara de ella, pero en su cara tenía la calidad de una expresión de astucia. Permaneció callada.

—Lillian, me alegro que sepas la verdad. Ahora puedes tomar una decisión sobre la base de una total comprensión. Puedes divorciarte de mí, o puedes pedir que sigamos como estamos. Ésa es la única opción que tienes. Es todo lo que puedo ofrecerte. Creo que sabes que quiero que te divorcies. Pero no pido sacrificios. No sé qué tipo de consuelo puedes encontrar en nuestro matrimonio, pero, si lo haces, no te pediré que renuncies a él. No sé por qué querrías mantenerme junto a ti ahora, no sé qué es lo que yo significo para ti. No sé lo que estás buscando, qué forma de felicidad es la tuya o qué sacas de una situación que yo veo como intolerable para los dos. Según todos mis estándares, deberías haberte divorciado de mí hace mucho tiempo. Según todos mis estándares, mantener nuestro matrimonio será un malvado fraude. Pero mis estándares no son los tuyos. No entiendo los tuyos, nunca lo he hecho, pero los aceptaré. Si ésa es la forma de tu amor por mí, si llevar el nombre de mi esposa te da algún tipo de satisfacción, no voy a quitártela. Soy yo quien he incumplido mi palabra, así que lo expiaré en la medida de lo posible. Tú sabes, por supuesto, que podría comprar uno de esos jueces modernos y conseguir el divorcio en cualquier momento que quisiera. No lo haré. Cumpliré mi palabra, si es lo que quieres, pero ésa es la única forma en que puedo cumplirla. Ahora, toma tu decisión, pero si decides seguir conmigo, nunca debes hablarme de ella, nunca debes mostrarle a ella que lo sabes, si te encuentras con ella en el futuro, nunca debes tocar esa parte de mi vida.

Ella se quedó quieta, elevando su mirada hacia él, la postura de su cuerpo encorvada y relajada, como si su flacidez fuera una forma de desafío, como si no quisiera adoptar para él la disciplina de una compostura decente.

—La señorita Dagny Taggart... —dijo, y se rio entre dientes—. La supermujer de quien las esposas comunes y corrientes se suponía que no debían sospechar. La mujer a la que no le importaba nada más que los negocios y trataba con los hombres como un hombre. La mujer de gran espíritu que te admiraba platónicamente, ¡sólo por tu genio, tu fundición y tu metal! —Se rio entre dientes—. Debería haber sabido que ella era sólo una zorra que te quería de la misma forma que cualquier zorra te querría,

por ser tan experto en la cama como eres en un despacho, por lo que yo entiendo de tales asuntos. Pero ella apreciaría eso mucho más que yo, puesto que adora a los expertos de cualquier tipo, ¡y puesto que probablemente se la han pasado por la piedra todos los empleados de su ferrocarril!

Paró de hablar, porque vio, por primera vez en su vida, por qué tipo de mirada uno sabe que un hombre es capaz de matar. Pero él no la estaba mirando. Ella no estaba segura de si él la estaba viendo en absoluto o incluso oyendo su voz.

Él estaba oyendo su propia voz diciendo esas mismas palabras, diciéndoselas a Dagny en el dormitorio con franjas de sol de la casa de Ellis Wyatt. Estaba viendo, en las noches pasadas, la cara de Dagny en esos momentos en que, con su cuerpo separándose del de ella, la veía quedarse quieta con una expresión resplandeciente que era más que una sonrisa, era una expresión de juventud, de amanecer, de gratitud por el hecho de la propia existencia de uno. Y estaba viendo la cara de Lillian, como la había visto en la cama junto a él, una cara sin vida con ojos evasivos, con una leve burla en sus labios y un aire de compartir una culpa obscena. Vio quién era el acusador y quién el acusado; vio la obscenidad de dejar que la impotencia se considerara a sí misma como virtud y condenara el poder de vivir como si fuera un pecado; vio, con una claridad de percepción directa, en la conmoción de un único instante, la terrible fealdad de lo que una vez había sido su propia creencia.

Fue sólo un instante, una convicción sin palabras, un conocimiento captado como un sentimiento, dejado sin sellar por su mente. La conmoción lo llevó de vuelta a la visión de Lillian y al sonido de sus palabras. Ella se le apareció de pronto como una presencia intrascendente con la que había que lidiar en ese momento.

—Lillian —dijo, con una voz sin énfasis que no le otorgaba ni siquiera el honor de la ira—, no has de hablarme de ella. Si vuelves a hacerlo, te responderé como le respondería a un matón: te daré una paliza. Ni tú ni nadie más ha de hablar de ella.

Ella lo miró.

—¿De veras? —dijo.

Lo dijo con un sonido extraño e informal, como si la palabra hubiera sido lanzada, dejando un gancho implantado en su mente. Parecía estar contemplando de pronto alguna visión suya propia.

Él dijo sencillamente, con hastiado asombro:

—Pensé que te alegraría descubrir la verdad. Pensé que preferirías saber..., por cualquier amor o respeto que alguna vez sintieras por mí, que si yo te traicionara, no sería de forma mezquina y trivial, no sería por una corista, sino por la emoción más limpia y más seria de mi vida.

El salto feroz con el que ella se volvió hacia él fue involuntario, igual que la manifiesta expresión de odio en su cara.

—¡Oh, maldito imbécil!

Él permaneció en silencio.

La compostura de ella volvió, con la leve sugerencia de una sonrisa de burla secreta.

—Creo que estás esperando mi respuesta —dijo ella—. No, no me voy a divorciar. Nunca cuentes con eso. Continuaremos como estamos, si eso es lo que ofreciste y si crees que puede continuar. ¡A ver si puedes saltarte todos los principios morales y salirte con la tuya!

Él no la escuchó mientras ella buscaba su abrigo y decía que se volvía a su casa. Apenas se dio cuenta cuando la puerta se cerró tras ella. Permaneció inmóvil, inundado por una sensación que nunca había experimentado antes. Sabía que tendría que pensar más tarde, pensar y comprender, pero por el momento no quería nada más que observar la maravilla de lo que sentía.

Era una sensación de libertad, como si estuviera solo en medio de una interminable corriente de aire limpio, con sólo el recuerdo de un peso que le habían quitado de encima. Era la sensación de una inmensa liberación. Era la idea de que no le importaba lo que Lillian sintiera, lo que ella sufriera o lo que pasara con ella, y más aún: no sólo era que no le importaba, sino la idea pura y brillante de que no tenía que importarle.

## Capítulo VI

# Metal milagroso

—Pero ¿podremos salirnos con la nuestra? —preguntó Wesley Mouch. Su voz era chillona por la ira y débil por el miedo.

Nadie le respondió. James Taggart estaba sentado al borde de un sillón, sin moverse, mirándolo desde debajo de la frente. Orren Boyle golpeó bruscamente un cenicero, sacudiendo la ceniza de su cigarro. El doctor Floyd Ferris sonrió. El señor Weatherby juntó los labios y las manos. Fred Kinnan, jefe de la Confederación Estadounidense del Trabajo, dejó de pasearse por la oficina, se sentó en el alféizar de la ventana y se cruzó de brazos. Eugene Lawson, que estaba sentado encorvado hacia delante, reorganizando distraídamente una exhibición de flores en una mesa baja de cristal, irguió el torso resentidamente y levantó la vista. Mouch estaba sentado en su escritorio, con un puño sobre una hoja de papel.

Fue Eugene Lawson quien respondió.

—Ésa no es, me parece a mí, la manera de decirlo. No debemos permitir que vulgares dificultades obstruyan nuestra sensación de que es un noble plan motivado única y exclusivamente por el bienestar público. Es por el bien de la gente. La gente lo necesita. La necesidad es lo primero, así que no tenemos que considerar nada más.

Nadie le puso pegas ni le respondió; para ellos era como si Lawson simplemente hubiera hecho más difícil continuar la discusión. Pero un hombre pequeño que estaba sentado discretamente en el mejor sillón de la sala, apartado de los demás, encantado de ser ignorado y plenamente consciente de que ninguno de ellos podía no ser consciente de su presencia, miró a Lawson y luego a Mouch, y dijo con una brusca jovialidad:

—Ésa es la idea, Wesley. Bájale un poco el tono, adórnala, y deja que tus chicos de la prensa la divulguen, y no tendrás que preocuparte.

—Sí, señor Thompson —dijo Mouch malhumoradamente.

El señor Thompson, el jefe de Estado, era un hombre que poseía la cualidad de pasar inadvertido. En cualquier grupo de tres, su persona se volvía indistinguible, y cuando estaba solo parecía evocar un grupo suyo propio, compuesto por las innumerables personas a las que se parecía. El país no tenía una imagen clara de su aspecto: sus fotos habían aparecido en las portadas de revistas con tanta frecuencia como las de sus predecesores en el cargo, pero la gente nunca podía estar segura de qué fotos eran de él y qué fotos eran de un «empleado de correos» o de un «oficinista», eran fotos que acompañaban a artículos de la vida cotidiana de los indiferenciados, excepto que los cuellos de las camisas del señor Thompson solían estar arrugados. Tenía hombros anchos y un cuerpo delgado. Tenía el pelo fibroso, una boca ancha, y un rango de edad elástico que le hacía parecer un cuarentón avejentado o un sexagenario vigoroso. Blandiendo enormes poderes oficiales, no cesaba de montar tinglados para ampliarlos, porque eso era lo que esperaban de él quienes lo habían empujado a ese cargo. Tenía la astucia de los poco inteligentes y la frenética energía de los perezosos. El único secreto de su ascenso en la vida era el hecho de que era un producto de la casualidad y lo sabía, y no aspiraba a nada más.

—Es obvio que ciertas medidas deben ser tomadas. Medidas drásticas —dijo James Taggart, pero no dirigiéndose al señor Thompson, sino a Wesley Mouch—. No podemos dejar que las cosas vayan como están yendo mucho más tiempo. —Su voz era beligerante y temblorosa.

—Tranquilo, Jim —dijo Orren Boyle.

—¡Alguien tiene que hacer algo, y rápido!

—No me mires a *mí* —espetó Wesley Mouch—. No puedo evitarlo. No puedo evitar que la gente se niegue a cooperar. Estoy atado. Necesito poderes más amplios.

Mouch los había convocado a todos a Washington, como sus amigos y asesores personales, para una reunión privada y extraoficial sobre la crisis nacional. Pero, mirándolo a él, ellos no podían decidir si su actitud era dominante o quejumbrosa, si los estaba amenazando o estaba suplicando su ayuda.

—El caso es —dijo el señor Weatherby recatadamente, en un tono de voz estadístico— que en el período de doce meses que termina el primero de este año, el ritmo de quiebras de empresas se ha duplicado, comparado

con los doce meses anteriores. Desde el primero de este año, se ha triplicado.

—Asegúrate de que ellos piensen que es su propia culpa —dijo el doctor Ferris informalmente.

—¿Eh? —dijo Wesley Mouch, sus ojos disparándose a Ferris.

—Hagas lo que hagas, no te disculpes —dijo el doctor Ferris—. Haz que ellos se sientan culpables.

—¡No me estoy disculpando! —espetó Mouch—. No tengo la culpa. Necesito poderes más amplios.

—Pero *es* su propia culpa —dijo Eugene Lawson, volviéndose agresivamente hacia el doctor Ferris—. Es su falta de espíritu social. Se niegan a reconocer que la producción no es una opción privada, sino un deber público. No tienen derecho a fracasar, independientemente de las condiciones que puedan surgir. Tienen que seguir produciendo. Es un imperativo social. El trabajo de un hombre no es un asunto personal, es un asunto social. No existe tal cosa como un asunto personal, o una vida personal. *Eso* es lo que tenemos que obligarles a aprender.

—Gene Lawson sabe de lo que estoy hablando —dijo el doctor Ferris, con una leve sonrisa—, aunque no tenga ni la menor idea de que lo sabe.

—¿Qué crees que estás diciendo? —preguntó Lawson, levantando la voz.

—Olvídalo —ordenó Wesley Mouch.

—Me da igual lo que decidas hacer, Wesley —dijo el señor Thompson —, y me da igual si los empresarios se quejan por eso. Sólo asegúrate de que tienes a la prensa de tu lado. Tienes que estar totalmente seguro de eso.

—La tengo —dijo Mouch.

—Un periodista a quien se le vaya la lengua en el momento equivocado podría hacernos más daño que diez millonarios descontentos.

—Eso es verdad, señor Thompson —dijo el doctor Ferris—. Pero ¿puede usted nombrar a un periodista que lo sepa?

—Supongo que no —dijo el señor Thompson; sonaba satisfecho.

—Cualquiera que sea el tipo de hombres con los que estamos contando y para los que estamos planificando —dijo el doctor Ferris—, hay cierta cita anticuada que podemos olvidar: la de contar con los sabios y los honestos. No tenemos que considerarlos. Están pasados de moda.

James Taggart miró hacia la ventana. Había manchas de azul en el cielo sobre las amplias calles de Washington, el tenue azul de mediados de abril y unos cuantos rayos de sol atravesando las nubes. Un monumento resplandecía en la distancia, iluminado por un rayo de sol: era un obelisco alto y blanco, erigido en la memoria del hombre al que el doctor Ferris acababa de citar, el hombre en cuyo honor había sido nombrada esa ciudad. James Taggart miró a otro lado.

—No me gustan los comentarios del profesor —dijo Lawson en voz alta y hosca.

—Cállate —dijo Wesley Mouch—. El doctor Ferris no está hablando de teoría, sino de práctica.

—Bueno, si queréis hablar de práctica —dijo Fred Kinnan—, entonces voy a deciros que no podemos preocuparnos por los empresarios en un momento como éste. En lo que tenemos que pensar es en empleos. Más empleos para la gente. En mis sindicatos, cada hombre que está trabajando alimenta a cinco que no lo están, sin contar su propio grupo de parientes muertos de hambre. Si queréis mi consejo..., oh, ya sé que no lo aceptaréis, pero es sólo una idea..., haced una directiva que obligue a añadir, digamos, un tercio más de empleados a cada nómina en el país.

—¡Dios santo! —gritó Taggart—. ¿Estás loco? ¡Apenas podemos cubrir nuestras nóminas como están ahora! ¡No hay suficiente trabajo para los hombres que tenemos ahora! ¿Un tercio más? ¡No sabríamos para qué usarlos!

—¿A quién le importa si no sabéis para qué usarlos? —dijo Fred Kinnan—. Ellos necesitan empleos. Eso es lo que va primero: la *necesidad*, ¿no?, no vuestros beneficios.

—¡No es una cuestión de beneficios! —gritó Taggart precipitadamente —. Yo no he dicho nada sobre beneficios. No te he dado ningún motivo para insultarme. El problema es de dónde demonios obtendríamos el dinero para pagarles a tus hombres, cuando la mitad de nuestros trenes van vacíos y no hay suficiente carga para llenar un vagón. —Su voz se desaceleró de pronto hasta llegar a un tono de prudente reflexión—: Sin embargo, entendemos la difícil situación de los trabajadores, y..., esto es sólo una idea..., podríamos, quizá, contratar unos cuantos más, si se nos permitiera duplicar nuestras tarifas de transporte, lo que...

—¿Te has vuelto loco? —gritó Orren Boyle—. Me estoy arruinando con las tarifas que estás cobrando ahora, tiemblo cada vez que un maldito vagón entra o sale de las fundiciones, me están desangrando vivo, no puedo permitírmelo, ¿y quieres *duplicarlas*?

—No es esencial que puedas permitírtelo o no —dijo Taggart fríamente—. Tienes que estar dispuesto a hacer algunos sacrificios. El público necesita ferrocarriles. La necesidad es lo primero, por encima de tus beneficios.

—¿Qué beneficios? —gritó Orren Boyle—. ¿Cuándo tuve yo beneficios? ¡Nadie puede acusarme de dirigir una empresa que tenga beneficios! Mira sólo el balance de mi empresa, y después mira los libros de contabilidad de un cierto competidor mío, que tiene todos los clientes, todas las materias primas, todas las ventajas técnicas y un monopolio de fórmulas secretas..., y, luego, ¡dime quién es el que tiene beneficios...! Pero, por supuesto, el público necesita ferrocarriles, y tal vez yo podría conseguir absorber un cierto aumento en las tarifas, si pudiera conseguir..., es sólo una idea..., si pudiera conseguir un subsidio para mantenerme hasta el año que viene o el siguiente, hasta que vuelva a la normalidad y...

—¿Qué? ¿Otra vez? —gritó el señor Weatherby, perdiendo la compostura—. ¿Cuántos préstamos has obtenido de nosotros y cuántas extensiones, suspensiones y moratorias? No has devuelto ni un centavo, y con todos vosotros, muchachos, arruinándoos, y los ingresos por impuestos cayendo, ¿de dónde esperas que saquemos el dinero para darte un subsidio?

—Hay gente que no está arruinada —dijo Boyle despacio—. Vosotros, chicos, no tenéis excusa para permitir que toda esa necesidad y esa miseria se extiendan por el país entero mientras hay gente que no está arruinada.

—¡No puedo evitar eso! —gritó Wesley Mouch—. ¡No puedo hacer nada al respecto! ¡Necesito poderes más amplios!

Ellos no sabían decir qué es lo que le había llevado al señor Thompson a asistir a esa reunión en particular. Había dicho poco, pero había escuchado con interés. Parecía que había algo que él había querido aprender, y ahora parecía que lo había aprendido. Se levantó y sonrió alegremente.

—Adelante, Wesley —dijo—. Adelante con la número 10-289. No tendrás ningún problema en absoluto.

Todos ellos se habían puesto en pie de mala gana, con una melancólica deferencia. Wesley Mouch miró su hoja de papel y luego dijo en un tono de voz petulante:

—Si quiere que siga adelante, tendrá que declarar un estado de emergencia total.

—Lo declararé en cuanto estés listo.

—Hay ciertas dificultades, que...

—Lo dejo en tus manos. Resuélvelo como quieras. Es tu trabajo. Déjame ver el borrador, mañana o pasado, pero no me molestes con los detalles. Tengo un discurso que dar por la radio dentro de media hora.

—La principal dificultad es que no estoy seguro de si la ley realmente nos da poderes para implementar ciertas disposiciones de la Directiva número 10289. Me temo que podrían ser cuestionadas.

—¡Qué diablos! Hemos aprobado tantas leyes de emergencia que si hurgas en ellas seguramente descubrirás algo que le dé cobertura.

El señor Thompson se dirigió a los otros con una sonrisa de buen compañerismo.

—Os dejo que vosotros muchachos arregléis lo que haya que arreglar —dijo—. Os agradezco que hayáis venido a Washington para echarnos una mano. Encantado de haberos visto.

Esperaron hasta que la puerta se cerrara tras él; luego volvieron a sus asientos; no se miraron entre ellos.

No habían visto el texto de la Directiva número 10-289, pero sabían lo que contendría. Lo habían sabido durante mucho tiempo, de esa manera especial que consistía en guardar secretos de uno mismo y dejar el conocimiento sin traducir a palabras. Y, por el mismo método, ahora deseaban que les fuera posible a ellos no oír las palabras de la directiva. Era para evitar momentos como ése para lo que los complejos laberintos de sus mentes habían sido ideados.

Deseaban que la directiva entrara en vigor. Deseaban que se implementara sin usar palabras, para no tener que saber que lo que estaban haciendo era lo que era. Nadie había anunciado jamás que la Directiva número 10-289 era el objetivo final de sus esfuerzos. Sin embargo, durante generaciones pasadas, los hombres habían trabajado para hacerlo posible, y

durante los meses pasados, cada disposición había sido preparada por innumerables discursos, artículos, sermones y editoriales, por voces decididas que gritaban con enojo si alguien nombraba su objetivo.

—Ahora, la situación es ésta —dijo Wesley Mouch—. La condición económica del país era mejor el año antepasado que el año pasado, y el año pasado era mejor de lo que es en la actualidad. Es obvio que no seríamos capaces de sobrevivir otro año más con la misma progresión. Por lo tanto, nuestro único objetivo ahora debe ser mantener la situación actual. Quedarnos quietos para poder volver a la normalidad. Lograr estabilidad total. A la libertad se le ha dado una oportunidad y ha fracasado. Por lo tanto, son necesarios controles más estrictos. Dado que los hombres no pueden y no quieren resolver sus problemas voluntariamente, deben ser obligados a hacerlo. —Hizo una pausa, cogió la hoja de papel, y luego añadió en un tono de voz menos formal—: Qué demonios, todo se reduce a que podemos conseguir existir como estamos y donde estamos, pero ¡no podemos movernos! Así que tenemos que quedarnos quietos. Tenemos que quedarnos quietos. ¡Tenemos que hacer que esos desgraciados se queden quietos!

Con la cabeza hundida entre los hombros, él los estaba mirando con el enojo de un hombre que estuviera declarando que los problemas del país eran una afrenta personal hacia él. Tantos hombres buscando favores le habían temido, que ahora él actuaba como si su enojo fuera una solución para todo, como si su enojo fuera omnipotente, como si lo único que tuviese que hacer fuera enojarse. Y, sin embargo, delante de él, los hombres sentados en un semicírculo silencioso frente a su escritorio no estaban seguros de si la presencia del miedo en la sala era la propia emoción de ellos o si la figura encorvada detrás del escritorio era la que generaba el pánico de una rata acorralada.

Wesley Mouch tenía una cara larga y cuadrada, y un cráneo con la parte de arriba plana, acentuado más aún por un corte de pelo a cepillo. Su labio inferior era un bulbo petulante, y las pupilas pálidas y parduzcas de sus ojos parecían las yemas de los huevos manchados bajo las claras no completamente translúcidas. Sus músculos faciales se movían bruscamente, y el movimiento se desvanecía sin haber transmitido ninguna expresión. Nadie lo había visto sonreír jamás.

Wesley Mouch provenía de una familia que no había conocido ni la pobreza ni la riqueza ni la distinción durante muchas generaciones; sin embargo, se había aferrado a una tradición propia: la de haber sido educado en la universidad y, por lo tanto, la de despreciar a los hombres de negocios. Los diplomas de la familia siempre habían estado colgados en la pared como un reproche al mundo, porque los diplomas no habían producido automáticamente el equivalente material a su valor espiritual atestiguado. Entre los numerosos parientes de la familia había un tío rico. Se había hecho rico por casamiento, y en su vejez, ya viudo, había elegido a Wesley como su favorito de entre sus muchos sobrinos y sobrinas, porque Wesley era el menos distinguido del montón y, por lo tanto, pensó el Tío Julius, el más seguro. Al Tío Julius no le gustaban las personas que eran brillantes. No se tomaba la molestia de administrar su dinero tampoco; así que le pasó el trabajo a Wesley. Cuando Wesley por fin se graduó en la universidad, ya no quedaba ningún dinero que administrar. El tío Julius lo achacó a la malicia y la astucia de Wesley, y gritó que su sobrino era un aprovechado sin escrúpulos. Pero nadie se había aprovechado de nada; Wesley no tenía ni idea de adónde podía haber ido a parar el dinero. En la escuela secundaria, Wesley Mouch había sido uno de los peores estudiantes, y había envidiado apasionadamente a quienes eran los mejores. La universidad le enseñó que él no tenía que envidiarlos en absoluto. Después de graduarse empezó a trabajar en el departamento de publicidad de una empresa que fabricaba un remedio fraudulento para curar los callos de los pies. El remedio se vendió bien, y él fue ascendido a jefe de su departamento. Dejó el puesto para hacerse cargo de la publicidad de un crecepelo; luego, de un sujetador patentado; luego, de un nuevo jabón; luego, de un refresco; y después llegó a ser vicepresidente de publicidad de una empresa de automóviles. Intentó vender automóviles como si fueran un remedio para curar los callos. No se vendieron. Le echó la culpa a la insuficiencia de su presupuesto publicitario. Fue el presidente de la empresa de automóviles quien se lo recomendó a Rearden. Fue Rearden quien lo introdujo en Washington... Rearden, quien no tenía ningún estándar con el que juzgar las actividades de su hombre en Washington. Fue James Taggart quien le ayudó a empezar en la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales, a cambio de dejar colgado a Rearden para poder ayudar a Orren Boyle a cambio de destruir a Dan Conway. A partir de ese momento, las

personas ayudaron a Wesley Mouch a trepar, por la misma razón que había motivado al Tío Julius: eran personas que creían que la mediocridad era segura. A los hombres que ahora estaban sentados frente a su escritorio les habían enseñado que la ley de causalidad era una superstición, y que uno tenía que lidiar con la situación del momento sin considerar su causa. Por la situación del momento, habían llegado a la conclusión de que Wesley Mouch era un hombre de superlativa habilidad y astucia, ya que millones aspiraban al poder, pero él era quien lo había logrado. No entraba en su manera de pensar saber que Wesley Mouch era el cero en el punto de encuentro de fuerzas desatadas para destruirse unas a las otras.

—Esto es sólo un borrador de la Directiva número 10-289 —dijo Wesley Mouch—, que Gene, Clem y yo hemos escrito un poco a la ligera, sólo para daros una idea general. Queremos oír vuestras opiniones, sugerencias, etcétera, ya que sois los representantes del trabajo, la industria, el transporte y las profesiones.

Fred Kinnan se bajó del alféizar de la ventana y se sentó en el brazo de un sillón. Orren Boyle escupió la colilla de su cigarro. James Taggart se miró las manos. El doctor Ferris era el único que parecía sentirse en casa.

—En nombre del bienestar general —leyó Wesley Mouch—, para proteger la seguridad de las personas, para lograr la plena igualdad y la estabilidad total, se decreta por la duración de la emergencia nacional que:

»Punto uno. Todos los trabajadores, asalariados y empleados de cualquier tipo quedarán a partir de ahora vinculados a sus puestos de trabajo y no podrán dimitir ni ser despedidos ni cambiar de empleo, bajo pena de encarcelamiento. La pena será determinada por la Junta de Unificación, dicha Junta será designada por la Oficina de Planificación Económica y Recursos Nacionales. Todas las personas que cumplan la edad de veintiún años se reportarán a la Junta de Unificación, la cual les asignará dónde, en su opinión, sus servicios servirán mejor a los intereses de la nación.

»Punto dos. Todos los establecimientos industriales, comerciales, de fabricación y de negocios de cualquier naturaleza seguirán funcionando, y los propietarios de dichos establecimientos no podrán renunciar ni retirarse, ni cerrar, vender o transferir sus negocios, bajo pena de nacionalización de su establecimiento y de todos y cada uno de sus bienes.

»Punto tres. Todas las patentes y derechos de autor que tengan que ver con dispositivos, invenciones, fórmulas, procesos y trabajos de cualquier naturaleza y de cualquier tipo, serán entregados a la nación como un regalo de emergencia patriótico mediante Certificados de Regalo que deberán ser firmados voluntariamente por los propietarios de todas las patentes y derechos de autor. La Junta de Unificación procederá a licenciar en su momento el uso de dichas patentes y derechos de autor a todos los solicitantes, por igual y sin discriminación, con el fin de eliminar prácticas monopolísticas, descartar productos obsoletos y poner lo mejor a disposición de toda la nación. No se utilizarán marcas comerciales, nombres comerciales o títulos con derechos de autor. Cada producto patentado anteriormente será conocido por un nuevo nombre, y será vendido por todos los fabricantes bajo el mismo nombre, tal nombre será elegido por la Junta de Unificación. Todas las marcas comerciales privadas y las marcas registradas quedan, por la presente, abolidas.

»Punto cuatro. No se producirán, inventarán, fabricarán o venderán nuevos dispositivos, invenciones, productos, o mercancías de cualquier naturaleza que no estén ahora en el mercado, en la fecha de esta directiva. Por la presente, queda suspendida la Oficina de Patentes y Derechos de Autor.

»Punto cinco. Cada establecimiento, empresa, corporación o persona dedicada a la producción de cualquier naturaleza producirá, de aquí en adelante, la misma cantidad de bienes por año que ella, ellos o él produjeron durante el Año Básico, ni más ni menos. Ese año pasará a ser conocido como el Año Básico, o Patrón, y será el año que termina en la fecha de esta directiva. Una producción excesiva o insuficiente será multada, y tales multas serán determinadas por la Junta de Unificación.

»Punto seis. Todas las personas de cualquier edad, sexo, clase o nivel de ingresos pasarán a partir de ahora a gastar la misma cantidad de dinero en la compra de bienes cada año que gastaron durante el Año Básico, ni más ni menos. La compra excesiva o insuficiente será multada, y tales multas serán determinadas por la Junta de Unificación.

»Punto siete. Todos los sueldos, precios, salarios, dividendos, beneficios, tipos de interés y formas de ingreso de cualquier naturaleza y de cualquier tipo serán congelados en sus cifras actuales, a partir de la fecha de esta directiva.

»Punto ocho. Todos los casos que no estén previstos específicamente por las reglas de esta directiva serán resueltos y determinados por la Junta de Unificación, cuyas decisiones serán definitivas.

Había, incluso entre los cuatro hombres que habían escuchado, un remanente de dignidad humana que los hizo quedarse quietos y sentir náuseas durante un minuto entero.

James Taggart fue el primero en hablar. Su voz era baja, pero tenía la temblorosa intensidad de un grito involuntario:

—Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué deberían tenerlo ellos, si nosotros no lo tenemos? ¿Por qué deberían estar por encima de nosotros? Si vamos a perecer, asegurémonos de que todos perecemos juntos. ¡Asegurémonos de no dejarles ninguna oportunidad de sobrevivir!

—Maldita la gracia que tiene decir eso sobre un plan muy práctico que beneficiará a todo el mundo —dijo Orren Boyle con voz chillona, mirando a Taggart sorprendido y asustado.

El doctor Ferris se rio entre dientes.

Los ojos de Taggart parecieron enfocarse, y dijo, su voz más alta:

—Sí, por supuesto. Es un plan muy práctico. Es necesario, práctico y justo. Resolverá los problemas de todo el mundo. Le dará a todo el mundo la oportunidad de sentirse seguro. Una oportunidad para descansar.

—Le dará seguridad a la gente —dijo Eugene Lawson, con la boca deslizándose hasta llegar a una sonrisa—. Seguridad, eso es lo que quieren las personas. Si lo quieren, ¿por qué no deberían tenerlo?, ¿sólo porque un puñado de ricos se opongan?

—No serán los ricos quienes se opondrán —dijo perezosamente el doctor Ferris—. Los ricos babean por la seguridad más que cualquier otro tipo de animal, ¿no lo has descubierto todavía?

—Bueno, ¿quién se opondrá? —espetó Lawson.

El doctor Ferris sonrió intencionadamente, y no respondió.

Lawson miró hacia otro lado.

—¡Al infierno con ellos! ¿Por qué hemos de preocuparnos por *ellos*? Tenemos que regir el mundo por el bien de la gente pequeña. Es la inteligencia la que ha causado todos los problemas de la humanidad. La mente del hombre es la raíz de toda maldad. Ésta es la era del corazón. Son los débiles, los mansos, los enfermos y los humildes quienes deben ser los únicos objetos de nuestra preocupación. —Su labio inferior se retorcía con

movimientos suaves y lujuriosos—. Los que son grandes están aquí para servir a los que no lo son. Si se niegan a cumplir con su deber moral, tenemos que obligarlos. Una vez hubo una Era de la Razón, pero hemos progresado más allá de ella. Ésta es la Era del Amor.

—¡Cállate! —gritó James Taggart.

Todos se quedaron mirándolo.

—Por el amor de Dios, Jim, ¿qué pasa? —dijo Orren Boyle, temblando.

—Nada —dijo Taggart—, nada... Wesley, dile que se calle, ¿vale?

Mouch dijo incómodamente:

—Pero no consigo ver...

—Sólo dile que se calle. No tenemos que escucharlo, ¿verdad?

—Bueno, no, pero...

—Entonces sigamos.

—¿Qué es esto? —exigió Lawson—. Me ofende, de la manera más rotunda...

Pero Lawson no vio ningún apoyo en las caras a su alrededor, y paró, su boca colgando y haciendo un puchero de odio.

—Sigamos —dijo Taggart febrilmente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Orren Boyle, tratando de no saber cuál era el problema consigo mismo y por qué se sentía asustado.

—El genio es una superstición, Jim —dijo el doctor Ferris lentamente, con un extraño tipo de énfasis, como si supiera que estaba nombrando a lo no identificado en todas sus mentes—. No hay tal cosa como el intelecto. El cerebro de un hombre es un producto social. Una suma de influencias que él ha absorbido de los que lo rodean. Nadie inventa nada, simplemente refleja lo que está flotando en la atmósfera social. Un genio es un carroñero intelectual y un acaparador codicioso de ideas que legítimamente le pertenecen a la sociedad, de donde él las robó. Todo pensamiento es robo. Si eliminamos las fortunas privadas, tendremos una distribución más justa de la riqueza. Si eliminamos el genio, tendremos una distribución más justa de las ideas.

—¿Estamos aquí para hablar de negocios o estamos aquí para engañarnos unos a otros? —preguntó Fred Kinnan.

Se volvieron hacia él. Era un hombre musculoso con grandes rasgos, pero su rostro tenía la asombrosa cualidad de tener líneas finamente dibujadas que elevaban las comisuras de su boca hacia la insinuación permanente de una sonrisa sabia y sardónica. Estaba sentado en el brazo del sillón, con las manos en los bolsillos, mirando a Mouch sonriente como un policía curtido mira a un ratero.

—Lo único que tengo que decir es que más os vale ocupar la Junta de Unificación con mis hombres —dijo—. Asegúrate de eso, hermano, o haré trizas tu Punto uno.

—Tengo la intención, por supuesto, de tener un representante del trabajo en esa Junta —dijo Mouch secamente—, así como un representante de la industria, de las profesiones y de cada sección representativa de...

—Ninguna sección representativa —dijo Fred Kinnan uniformemente —. Sólo representantes del trabajo. Punto.

—¡Qué demonios! —gritó Orren Boyle—. Eso es hacer trampa, ¿no?

—Seguro —dijo Fred Kinnan.

—¡Pero eso te dará un dominio absoluto en todos los negocios en el país!

—¿Y qué crees que estoy buscando?

—¡Eso es injusto! —gritó Boyle—. ¡No voy a aceptarlo! ¡No tienes derecho! Tú...

—¿Derecho? —dijo Kinnan inocentemente—. ¿Estamos hablando de derechos?

—Pero, quiero decir, después de todo, hay ciertos derechos fundamentales de propiedad que...

—Escucha, amigo, quieres el Punto tres, ¿no?

—Bueno, yo...

—Entonces más te vale no abrir el pico sobre derechos de propiedad de ahora en adelante. Mantenlo bien cerrado.

—Señor Kinnan —dijo el doctor Ferris—, no debe cometer el anticuado error de concluir amplias generalizaciones. Nuestra política tiene que ser flexible. No hay principios absolutos que...

—Guarda eso para Jim Taggart, Doc —dijo Fred Kinnan—. Sé de lo que estoy hablando. Eso es porque nunca fui a la universidad.

—Me opongo —dijo Boyle— a tu método dictatorial de...

Kinnan le dio la espalda y dijo:

—Escucha, Wesley, a mis muchachos no les gustará el Punto uno. Si yo soy quien administra las cosas, les haré tragárselo. Si no, no. Sólo decídete.

—Bueno... —dijo Mouch, y paró.

—Por el amor de Dios, Wesley, y nosotros... ¿qué? —gritó Taggart.

—Vendréis a mí —dijo Kinnan— cuando necesitéis un trato para apañar la Junta. Pero yo dirigiré esa Junta. Yo y Wesley.

—¿Crees que el país lo consentirá? —gritó Taggart.

—Déjate de tonterías —dijo Kinnan—. ¿El país? Si ya no hay ningún principio..., y creo que el doctorcito tiene razón, porque desde luego no los hay, si no hay reglas para este juego y sólo es cuestión de quién le roba a quién..., entonces yo tengo más votos que todos vosotros juntos, hay más trabajadores que empleadores, ¡y no olvidéis eso, muchachos!

—Ésa es una curiosa actitud que tomar —dijo Taggart arrogantemente —, sobre una medida que, después de todo, no está diseñada para el beneficio egoísta de trabajadores o empleadores, sino para el bienestar general del público.

—Está bien —dijo Kinnan amablemente—, vamos a usar tu jerga. ¿Quién es el público? Si es por calidad..., entonces no eres tú, Jim, y no es Orrie Boyle. Si es por cantidad..., entonces seguro que soy *yo*, porque la cantidad es lo que tengo detrás de mí. —Su sonrisa desapareció, y con una repentina y amarga mirada de cansancio, añadió—: Sólo que no voy a decir que estoy trabajando por el bienestar de mi público, porque yo sé que no lo estoy haciendo. Sé que estoy entregando a los pobres desgraciados a la esclavitud, y eso es lo que hay. Y ellos lo saben, además. Pero saben que tendré que tirarles una migaja de vez en cuando, si es que quiero mantener mi rollo, mientras que, con el resto de vosotros, ellos no tendrían una oportunidad ni de lejos. Así que es por eso: si tienen que estar bajo un látigo, prefieren que sea *yo* quien lo tenga, no vosotros, ¡vosotros, los babosos, quejumbrosos, hipócritas cabrones del bienestar público! ¿Creéis que, aparte de vuestros mojigatos criados en la universidad, pueda haber un solo tonto del pueblo a quien estéis engañando? Soy un timo, pero yo lo sé, y mis muchachos lo saben, y ellos saben que haré mi parte y les pagaré. No por la bondad de mi corazón, tampoco; y no les pagaré ni un centavo más de lo que tenga que pagarles, pero al menos pueden contar con eso. Claro, me da náuseas a veces, me está poniendo enfermo ahora mismo, pero no

soy yo quien hizo este tipo de mundo..., fuisteis *vosotros*..., así que estoy haciendo el juego de la forma que vosotros lo habéis montado y voy a seguir jugando mientras dure..., ¡que no va a ser mucho más tiempo para ninguno de nosotros!

Se puso en pie. Nadie le respondió. Dejó que sus ojos se fueran moviendo lentamente de una cara a otra y se detuvieran en Wesley Mouch.

—¿Me quedo la Junta, Wesley? —preguntó informalmente.

—La selección del personal específico es sólo un detalle técnico —dijo Mouch amablemente—. ¿Y si discutimos eso más tarde tú y yo?

Todos en la sala sabían que eso significaba que la respuesta era: *«Sí»*.

—Está bien, amigo —dijo Kinnan; y volvió a la ventana, se sentó en el alféizar y encendió un cigarrillo.

Por alguna razón inadmitida, los otros estaban mirando al doctor Ferris, como buscando orientación.

—No dejéis que os perturbe la oratoria —dijo el doctor Ferris suavemente—. El señor Kinnan es un excelente orador, pero no tiene sentido de la realidad práctica. Es incapaz de pensar dialécticamente.

Hubo otro silencio; y, luego, James Taggart habló de repente.

—No me importa. Da igual. Tendrá que mantener las cosas quietas. Todo tendrá que seguir como está. Tal cual. A nadie se le permitirá cambiar nada. Excepto... —Se volvió bruscamente hacia Wesley Mouch—. Wesley, bajo el Punto cuatro, tendremos que cerrar todos los departamentos de investigación, laboratorios experimentales, fundaciones científicas y todas las demás instituciones de ese tipo. Tendrán que ser prohibidos.

—Sí, eso es correcto —dijo Mouch—. No había pensado en eso. Tendremos que añadir un par de líneas sobre eso. —Buscó un lápiz e hizo unos garabatos en el margen de su papel.

—Eso terminará con la competencia derrochadora —dijo James Taggart—. Vamos a dejar de luchar para vencernos unos a otros con lo no probado y lo desconocido. No tendremos que preocuparnos por nuevos inventos que desequilibren el mercado. No tendremos que tirar dinero por la ventana en experimentos inútiles sólo para mantenernos al nivel de competidores demasiado ambiciosos.

—Sí —dijo Orren Boyle—. A nadie se le debe permitir gastar dinero en lo nuevo hasta que todo el mundo tenga mucho de lo viejo. Que cierren todos esos malditos laboratorios de investigación..., y cuanto antes, mejor.

—Sí —dijo Wesley Mouch—. Los cerraremos. Todos ellos.

—¿El Instituto Estatal de Ciencias también? —preguntó Fred Kinnan.

—¡Oh, no! —dijo Mouch—. Eso es diferente. Eso es gobierno. Además, es una institución sin ánimo de lucro. Y será suficiente para ocuparse de todo el progreso científico.

—Más que suficiente —dijo el doctor Ferris.

—¿Y qué pasará con todos los ingenieros, profesores y demás, cuando cierres todos esos laboratorios? —preguntó Fred Kinnan—. ¿Qué van a hacer para ganarse la vida, con todos los demás trabajos y negocios congelados?

—Oh —dijo Wesley Mouch. Se rascó la cabeza, y se dirigió al señor Weatherby—. ¿Los ponemos en el paro, Clem?

—No —dijo el señor Weatherby—. ¿Para qué? No son suficientes como para emitir un graznido. No son los suficientes como para que importen.

—Supongo —dijo Mouch, dirigiéndose al doctor Ferris— que tú podrás absorber a algunos de ellos, ¿no, Floyd?

—A algunos —dijo el doctor Ferris lentamente, como si estuviera disfrutando cada sílaba de su respuesta—. A los que se muestren cooperativos.

—¿Y qué pasa con el resto? —dijo Fred Kinnan.

—Tendrán que esperar hasta que la Junta de Unificación encuentre algo en donde usarlos —dijo Wesley Mouch.

—¿Qué van a comer mientras están esperando?

Mouch se encogió de hombros.

—Tiene que haber algunas víctimas en tiempos de emergencia nacional. Es inevitable.

—¡Tenemos derecho a hacerlo! —gritó Taggart de pronto, desafiando el silencio de la sala—. Lo necesitamos. Lo necesitamos, ¿no? —No hubo respuesta—. ¡Tenemos el derecho de proteger nuestro medio de vida! —Nadie se opuso a él, pero él continuó con una insistencia estridente y suplicante—. Estaremos seguros por primera vez en siglos. Todos conocerán su sitio y su trabajo, y el sitio y el trabajo de todos los demás, y no estaremos a merced de cada loco perdido con una nueva idea. Nadie nos llevará a la quiebra ni robará nuestros mercados ni venderá más barato ni nos hará obsoletos. Nadie vendrá a ofrecernos algún maldito dispositivo

nuevo y nos forzará a decidir si perder hasta el gorro si lo compramos, ¡o si perder hasta el gorro si nosotros no lo hacemos pero otra persona lo hace! No tendremos que decidir. A nadie se le permitirá decidir nada; estará todo decidido de una vez por todas. —Su mirada se movió suplicante de cara en cara—. Ya se ha inventado lo suficiente, lo suficiente para la comodidad de todos, ¿por qué debería permitírseles seguir inventando? ¿Por qué deberíamos permitirles que hagan estallar el suelo bajo nuestros pies cada pocos pasos? ¿Por qué deberíamos tener que mantenernos en movimiento en la eterna incertidumbre? ¿Sólo por unos cuantos aventureros inquietos y ambiciosos? ¿Deberíamos sacrificar la alegría de toda la humanidad a la codicia de unos cuantos inconformistas? No los necesitamos. No los necesitamos en absoluto. ¡Ojalá acabáramos con esa adoración al héroe! ¿Héroes? No han hecho más que daño, a lo largo de la historia. Han mantenido a la humanidad corriendo una carrera salvaje, sin poder recuperar la respiración, sin descanso, sin alivio, sin seguridad. Corriendo para alcanzarlos... siempre, sin fin... Y justo cuando los alcanzamos, están años por delante. No nos dejan ninguna oportunidad. Nunca nos han dejado una oportunidad. —Sus ojos se movían inquietos; miró por la ventana, pero apartó la vista a toda prisa: no quería ver el obelisco blanco en la distancia —. Estamos cansados de ellos. Hemos ganado. Ésta es nuestra era. Nuestro mundo. Vamos a tener seguridad, por primera vez en siglos, ¡por primera vez desde el comienzo de la revolución industrial!

—Bueno, esto es, supongo —dijo Fred Kinnan—, la revolución antiindustrial.

—¡Eso es una maldita gracia por tu parte! —espetó Wesley Mouch—. No podemos permitirnos decirle eso al público.

—No te preocupes, hermano. No se lo diré al público.

—Es una falacia total —dijo el doctor Ferris—. Es una declaración provocada por la ignorancia. Todos los expertos han reconocido desde hace mucho tiempo que una economía planificada alcanza el máximo de eficiencia productiva y que la centralización conduce a la superindustrialización.

—La centralización destruye la plaga del monopolio —dijo Boyle.

—¿Cómo es eso otra vez? —dijo Kinnan.

Boyle no captó el tono de burla, y respondió con seriedad:

—Destruye la plaga del monopolio. Conduce a la democratización de la industria. Hace que todo esté disponible para todos. Ahora, por ejemplo, en un momento como éste, cuando hay una escasez tan desesperada de mineral de hierro, ¿tiene algún sentido perder dinero, mano de obra y recursos nacionales para fabricar acero anticuado, cuando existe un metal mucho mejor que yo podría estar fabricando? Un metal que todo el mundo quiere, pero que nadie puede conseguir. Ahora bien, ¿eso es buena economía, o sana eficiencia social, o justicia democrática? ¿Por qué no debería permitírseme a mí fabricar ese metal, y por qué la gente no debería poder obtenerlo cuando lo necesita? ¿Sólo por causa del monopolio privado de un individuo egoísta? ¿Debemos sacrificar nuestros derechos a sus intereses personales?

—Olvídalo, hermano —dijo Fred Kinnan—. Lo he leído todo en los mismos periódicos que tú.

—No me gusta tu actitud —dijo Boyle, en un repentino tono de rectitud, con una mirada que, en una taberna, habría significado el preludio a una pelea a puñetazos.

Boyle se irguió, apoyado en las columnas de párrafos sobre papel teñido de amarillo que estaba viendo en su mente:

> En un momento de necesidad pública crucial, ¿debemos desperdiciar el esfuerzo social en la fabricación de productos obsoletos? ¿Debemos dejar que los muchos permanezcan en necesidad mientras los pocos nos impiden el acceso a los mejores productos y métodos disponibles? ¿Debemos ser detenidos por la superstición sobre los derechos de patentes?
>
> ¿No es obvio que la industria privada no puede hacer frente a la actual crisis económica? ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, vamos a aguantar la vergonzosa escasez de Metal Rearden? Hay una clamorosa demanda pública para él, que Rearden no ha podido satisfacer.
>
> ¿Cuándo vamos a poner fin a la injusticia económica y a los privilegios especiales? ¿Por qué debería Rearden ser el único autorizado a fabricar el Metal Rearden?

—No me gusta tu actitud —repitió Orren Boyle—. Mientras nosotros respetemos los derechos de los trabajadores, queremos que vosotros respetéis los derechos de los empresarios.

—¿Qué derechos de qué empresarios? —dijo Kinnan.

—Me siento inclinado a pensar —dijo el doctor Ferris apresuradamente— que el Punto dos tal vez sea el más esencial de todos en este momento. Debemos poner fin a esa extraña historia de los empresarios

retirándose y desapareciendo. Debemos detenerlos. Está causando estragos en toda nuestra economía.

—¿Por qué lo están haciendo? —preguntó Taggart nerviosamente—. ¿Adónde se están yendo todos?

—Nadie lo sabe —dijo el doctor Ferris—. No hemos podido encontrar ninguna información ni ninguna explicación. Pero hay que pararlo. En tiempos de crisis, el servicio económico a la nación es tanto un deber como lo es el servicio militar. Cualquiera que lo abandone debe ser considerado un desertor. He recomendado que introduzcamos la pena de muerte para esos hombres, pero Wesley no estuvo de acuerdo con ello.

—Tranquilo, muchacho —dijo Fred Kinnan con una voz extraña y lenta. Estaba sentado de pronto perfectamente quieto, con los brazos cruzados, mirando a Ferris de una forma que hizo que de repente se hiciera real en la sala que Ferris había propuesto el asesinato—. Que no te vuelva a oír hablar de penas de muerte en la industria.

El doctor Ferris se encogió de hombros.

—No tenemos que llegar a extremos —dijo Mouch apresuradamente —. No queremos asustar a la gente. Queremos tenerlos de nuestro lado. Nuestro principal problema es... ¿lo aceptarán, para empezar?

—Lo harán —dijo el doctor Ferris.

—Estoy un poco preocupado —dijo Eugene Lawson— acerca de los Puntos tres y cuatro. Asumir el control de las patentes está bien. Nadie va a defender a los empresarios. Pero estoy preocupado por asumir el control de los derechos de autor. Eso convertirá en antagonistas a los intelectuales. Es peligroso. Es una cuestión espiritual. ¿No significa el Punto cuatro que no se escribirán ni se publicarán libros nuevos a partir de ahora?

—Sí —dijo Mouch—, eso es. Pero no podemos hacer una excepción para el negocio de la publicación de libros. Es una industria como cualquier otra. Cuando decimos «no hay nuevos productos», tiene que significar «no hay nuevos productos».

—Pero eso es una cuestión del espíritu —dijo Lawson; su voz no tenía un tono de respeto racional, sino de temor supersticioso.

—No estamos interfiriendo con el espíritu de nadie. Pero cuando imprimes un libro en papel, éste se convierte en un bien material, y si otorgamos una excepción a un producto, no podremos mantener los otros a raya y no podremos hacer que nada se respete.

—Sí, eso es verdad. Pero...

—No seas bobo, Gene —dijo el doctor Ferris—. No querrás que algún escritorzuelo recalcitrante salga con tratados que arruinen todo nuestro programa, ¿verdad? Si pronuncias la palabra «censura» ahora, todos ellos se rasgarán las vestiduras. No están listos para eso... aún. Pero si dejas al espíritu tranquilo, y si lo tratas todo como un simple asunto material, y no como una cuestión de ideas, sino de papel, tinta y prensas de impresión..., entonces lograrás tu objetivo de manera mucho más fácil. Te asegurarás de que nada peligroso se imprima o se oiga y de que nadie se pelee por un asunto material.

—Sí, pero... pero no creo que a los escritores les guste.

—¿Estás seguro? —preguntó Wesley Mouch, con una mirada que era casi una sonrisa—. No olvides que bajo el Punto cinco, los editores tendrán que publicar tantos libros como hicieron en el Año Básico. Como no habrá libros nuevos, tendrán que reimprimir..., y el público tendrá que comprar, algunos de los antiguos. Hay muchos libros muy valiosos que nunca han tenido una justa oportunidad.

—Oh —dijo Lawson; recordó que había visto a Mouch almorzar con Balph Eubank hacía dos semanas. Luego, sacudió la cabeza y frunció el ceño—. Aun así, estoy preocupado. Los intelectuales son nuestros amigos. No queremos perderlos. Pueden causar un montón de problemas.

—No lo harán —dijo Fred Kinnan—. Tu tipo de intelectuales son los primeros en gritar cuando es seguro hacerlo... y los primeros en cerrar sus picos a la primera señal de peligro. Se pasan años escupiéndole al hombre que los alimenta, y lamen la mano del hombre que abofetea sus caras babeantes. ¿No entregaron todos los países de Europa, uno tras otro, a los comités de matones, como este de aquí? ¿No se desgañitaron para poder desconectar todas las alarmas y romper todos los candados para los matones? ¿Les has oído decir algo desde entonces? ¿No gritaban que eran los amigos del trabajo? ¿Los oyes alzar sus voces contra las cuadrillas de trabajos forzados, los campos de esclavos, la jornada laboral de catorce horas y la mortalidad por el escorbuto en los Estados Populares de Europa? No, pero sí los oyes decirles a los apaleados desgraciados que la inanición es prosperidad, que la esclavitud es libertad, que las cámaras de tortura son amor fraterno, y que si los desgraciados no lo entienden, entonces es culpa suya que sufran, y que son los cadáveres destrozados en las mazmorras de

la cárcel los que tienen la culpa de todos sus problemas, ¡no los benevolentes líderes! ¿Intelectuales? Puede que tengas que preocuparte por cualquier otra raza de hombres, pero no por los intelectuales modernos: se tragarán cualquier cosa. No estoy tan seguro sobre el más rastrero ratón de muelle en el sindicato de estibadores: él aún podrá recordar de repente que es un hombre..., y entonces no podré controlarlo. Pero ¿los intelectuales? Eso es lo único que han olvidado hace mucho tiempo. Supongo que es lo único que toda su educación tenía como objetivo hacerles olvidar. Haz lo que te dé la gana con los intelectuales. Ellos lo aceptarán.

—Por una vez —dijo el doctor Ferris—, estoy de acuerdo con el señor Kinnan. Estoy de acuerdo con sus hechos, aunque no con sus sentimientos. No tienes que preocuparte por los intelectuales, Wesley. Simplemente pon a unos cuantos de ellos en la nómina del gobierno y envíalos a predicar exactamente el tipo de cosas que mencionó el señor Kinnan: que la culpa recae en las víctimas. Dales salarios moderadamente cómodos y títulos extremadamente altos, y ellos olvidarán sus derechos de autor y harán un mejor trabajo para ti que escuadrones enteros de agentes de la ley.

—Sí —dijo Mouch—. Lo sé.

—El peligro que me preocupa vendrá de un ángulo diferente —dijo el doctor Ferris, pensativo—. Podrías tener bastantes problemas en esa historia del «Certificado de Regalo voluntario», Wesley.

—Lo sé —dijo Mouch con aire sombrío—. Ése es el punto en el que quería que Thompson nos echara una mano. Pero supongo que no puede. Realmente no tenemos el poder legal para apoderarnos de las patentes. Oh, hay muchas cláusulas en docenas de leyes que se pueden estirar para cubrirlo... casi, pero no del todo. Cualquier magnate que quisiera ponernos a prueba tendría una muy buena oportunidad de vencernos. Y tenemos que preservar una apariencia de legalidad, o el populacho no lo aceptará.

—Exactamente —dijo el doctor Ferris—. Es extremadamente importante conseguir que esas patentes nos sean entregadas *voluntariamente*. Incluso si tuviéramos una ley que permitiera la nacionalización absoluta, sería mucho mejor recibirlas como regalo. Queremos que la gente tenga la ilusión de que siguen preservando sus derechos de propiedad privada. Y la mayoría de ellos nos seguirán el juego.

Firmarán los Certificados de Regalo. Sólo hay que hacer mucho ruido sobre que eso es un deber patriótico y que cualquiera que se niegue es un príncipe de la codicia..., y firmarán. Pero... —Se detuvo.

—Lo sé —dijo Mouch; se estaba poniendo visiblemente más nervioso —. Habrá, creo, algunos bastardos anticuados aquí y allá que se negarán a firmar, pero no serán lo suficientemente prominentes como para hacer ruido, nadie oirá hablar de eso, sus propias comunidades y amigos se volverán contra ellos por ser egoístas, así que no nos darán ningún problema. Simplemente, nos haremos con las patentes, en cualquier caso, y esos tipos no tendrán ni las agallas ni el dinero para iniciar un proceso judicial. Pero... —Se detuvo.

James Taggart se recostó en su silla, observándolos; estaba empezando a disfrutar de la conversación.

—Sí —dijo el doctor Ferris—, estoy pensando en eso, también. Estoy pensando en un cierto magnate que está en condiciones de hacernos estallar en pedazos. Si podremos recomponernos o no, eso es difícil decirlo. Dios sabe lo que puede suceder en un momento histérico como el presente y en una situación tan delicada como ésta. Cualquier cosa puede desequilibrarlo todo. Hacer explotar todo el montaje. Y si hay alguien que quiera hacerlo, es él. Él quiere y puede. Él sabe cuál es la esencia del asunto, sabe las cosas que no hay que decir..., y no tiene miedo de decirlas. Él sabe cuál es la única arma peligrosa, fatalmente peligrosa. Él es nuestro adversario más mortífero.

—¿Quién? —preguntó Lawson.

El doctor Ferris dudó, se encogió de hombros y respondió:

—El hombre sin culpa.

Lawson lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir, y de quién estás hablando?

James Taggart sonrió.

—Quiero decir que no hay manera de desarmar a ningún hombre —dijo el doctor Ferris—, excepto a través de la culpa. A través de lo que él mismo ha aceptado como culpa. Si un hombre alguna vez ha robado un centavo, puedes imponerle el castigo destinado a un atracador de bancos y él lo aceptará. Soportará cualquier forma de desdicha, sentirá que no merece nada mejor. Si no hay suficiente culpa en el mundo, debemos crearla. Si le enseñamos a un hombre que es malo mirar las flores en primavera y él nos

cree y luego lo hace, podremos hacer lo que nos plazca con él. No se defenderá. No sentirá que él vale la pena. No luchará. Pero líbranos del hombre que está a la altura de sus propias normas. Líbranos del hombre de conciencia limpia. Él es el hombre que nos va a vencer.

—¿Estás hablando de Henry Rearden? —preguntó Taggart, su voz peculiarmente clara.

El único nombre que no habían querido pronunciar los golpeó en el silencio de un instante.

—¿Y si lo estuviera? —preguntó el doctor Ferris con cautela.

—Oh, nada —dijo Taggart—. Sólo que, si estuvieras haciéndolo, te diría que yo puedo entregar a Henry Rearden. Él firmará.

Por las reglas de su lenguaje tácito, todos sabían —por el tono de su voz— que no estaba faroleando.

—¡Dios, Jim! ¡No! —jadeó Wesley Mouch.

—Sí —dijo Taggart—. También me sorprendió a mí cuando me enteré... de lo que me enteré. No esperaba eso. Todo menos eso.

—Me alegra oírlo —dijo Mouch con cautela—. Es una pieza de información constructiva. Podría ser muy valiosa, por cierto.

—Valiosa, sí —dijo Taggart amablemente—. ¿Cuándo planeas que tenga efecto la directiva?

—Oh, tenemos que movernos rápido. No queremos que ninguna noticia se filtre. Espero que todos vosotros mantengáis esto de forma estrictamente confidencial. Yo diría que estaremos listos para dejárselo caer a todos en un par de semanas.

—¿No crees que, antes de que se congelen todos los precios, sería aconsejable ajustar la cuestión de las tarifas de ferrocarril? Estaba pensando en un aumento. Un aumento pequeño, pero muy esencial y muy necesario.

—Eso podemos hablarlo tú y yo —dijo Mouch amablemente—. Puede arreglarse. —Se volvió hacia los otros; la cara de Boyle estaba hundida—. Aún quedan muchos detalles por resolver, pero estoy seguro de que nuestro programa no tendrá mayores dificultades. —Estaba asumiendo el tono y la forma de un discurso público; sonaba enérgico y casi alegre—. Serán de esperar algunos contratiempos. Si una cosa no funciona, probaremos otra. Prueba y error es la única regla de acción pragmática. Seguiremos intentando. Si surge alguna dificultad, recordad que es sólo temporal. Sólo por la duración de la emergencia nacional.

—Una cosa —preguntó Kinnan—, ¿cómo va a terminar la emergencia si todo va a quedarse quieto?

—No seas teórico —dijo Mouch con impaciencia—. Tenemos que lidiar con la situación del momento. No te preocupes por detalles secundarios, siempre que las líneas generales de nuestra política estén claras. Tendremos el poder. Podremos resolver cualquier problema y responder a cualquier pregunta.

Fred Kinnan se rio entre dientes.

—¿Quién es John Galt?

—¡No digas eso! —gritó Taggart.

—Tengo una pregunta que hacer sobre el Punto siete —dijo Kinnan—. Dice que todos los sueldos, precios, salarios, dividendos, beneficios, etcétera, se congelarán en la fecha de la directiva. ¿Los impuestos también?

—¡Oh, no! —gritó Mouch—. ¿Cómo podemos saber qué fondos necesitaremos en el futuro? —Kinnan parecía sonreír—. ¿Y bien? —espetó Mouch—. ¿Qué pasa con eso?

—Nada —dijo Kinnan—. Sólo estaba preguntando.

Mouch se recostó en su silla.

—Debo deciros a todos vosotros que agradezco que hayáis venido y nos hayáis dado el beneficio de vuestras opiniones. Ha sido muy útil. —Se inclinó para mirar el calendario de su escritorio y se quedó así durante un momento, jugando con su lápiz. Luego, el lápiz bajó, marcó una fecha y dibujó un círculo alrededor de ella—. La Directiva 10-289 entrará en vigor la mañana del primero de mayo.

Todos asintieron aprobando. Ninguno miró a su vecino.

James Taggart se levantó, fue andando hasta la ventana y bajó la persiana sobre el obelisco blanco.

En el primer momento de despertarse, Dagny se sorprendió al encontrarse mirando los chapiteles de edificios extraños contra un cielo azul pálido y resplandeciente. Luego vio la costura retorcida de la delgada media en su propia pierna, sintió una punzada de incomodidad en los músculos de su cintura, y se dio cuenta de que estaba acostada en el sofá de su oficina, con el reloj en su escritorio marcando las 6.15 y los primeros rayos del sol creando unos bordes plateados en las siluetas de los rascacielos más allá de

la ventana. Lo último que recordaba era que se había dejado caer en el sofá, con la intención de descansar durante diez minutos, cuando la ventana estaba oscura y el reloj marcaba las 3.30.

Se retorció hasta ponerse de pie, sintiendo un enorme cansancio. La lámpara encendida en el escritorio parecía inútil a la luz de la mañana, sobre las pilas de papel que eran su triste e inacabada tarea. Intentó no pensar en el trabajo durante unos minutos más, mientras se fue arrastrando por el lado del escritorio hasta su cuarto de aseo y dejó correr montones de agua fría por su cara.

El cansancio había desaparecido cuando volvió a la oficina. Independientemente de la noche que la precediera, nunca había conocido una mañana en la que no sintiera el surgimiento de una excitación silenciosa que se iba convirtiendo en una energía cada vez más tensa en su cuerpo y un hambre para la acción en su mente, porque ése era el comienzo del día, y era un día de su vida. Miró abajo, a la ciudad. Las calles todavía estaban vacías, eso las hacía parecer más anchas, y en la brillante nitidez del aire primaveral parecía estar esperando la promesa de toda la grandeza que se haría realidad en la actividad a punto de desparramarse por ellas. El calendario en la distancia decía: 1 de mayo.

Se sentó en su escritorio, sonriendo desafiante a lo desagradable de su trabajo. Odiaba los informes que tenía que terminar de leer, pero era su trabajo, era su ferrocarril, era por la mañana. Encendió un cigarrillo, pensando en terminar esa tarea antes del desayuno; apagó la lámpara y se acercó los papeles.

Había informes de los gerentes generales de las cuatro regiones del sistema de Taggart, y sus páginas mecanografiadas eran un grito de desesperación por las averías de los equipos. Había un informe sobre un accidente en la línea principal cerca de Winston, Colorado. Estaba el nuevo presupuesto del Departamento de Operaciones, el presupuesto revisado conforme al aumento de tarifas que Jim había obtenido la semana anterior. Intentó ahogar la exasperante desesperación al revisar despacio las cifras del presupuesto: todos los cálculos habían sido hechos asumiendo que el volumen de carga seguiría siendo el mismo, y que el aumento generaría ingresos adicionales para finales de año; ella sabía que el tonelaje de carga continuaría reduciéndose, que el aumento de tarifas no cambiaría gran cosa, que para finales de ese año sus pérdidas serían mayores que nunca.

Cuando levantó la vista de las páginas, vio con un pequeño sobresalto que el reloj marcaba las 9.25. Ella había sido vagamente consciente del sonido habitual de movimiento y voces en la antesala de su oficina, al llegar su personal para comenzar su jornada; se preguntó por qué nadie había entrado en su oficina y por qué su teléfono había permanecido en silencio; como norma diaria, debería haber habido una avalancha de negocios al llegar esa hora. Miró su calendario; había una nota de que la McNeil Car Foundry de Chicago iba a llamarla a las nueve de la mañana para hablar de los nuevos vagones de carga que Taggart Transcontinental había estado esperando durante seis meses.

Pulsó el interruptor del interfono para llamar a su secretaria. La voz de la muchacha respondió con un pequeño jadeo de sorpresa:

—¡Señorita Taggart! ¿Está aquí, en su despacho?

—Dormí aquí anoche, otra vez. No tenía la intención de hacerlo, pero lo hice. ¿Me han llamado de la McNeil Car Foundry?

—No, señorita Taggart.

—Pásemelos inmediatamente cuando llamen.

—Sí, señorita Taggart.

Al apagar el interfono, se preguntó si lo había imaginado o si había habido algo extraño en la voz de la muchacha: había sonado extrañamente tensa.

Se sintió un poco desmayada, y pensó que debería bajar a tomar un café, pero aún le quedaba por terminar el informe del ingeniero jefe, así que encendió otro cigarrillo.

El ingeniero jefe estaba viajando, supervisando la reconstrucción de la vía principal con el raíl de Metal Rearden tomado del cadáver de la Línea John Galt; ella había elegido las secciones más urgentemente necesitadas de reparación. Al abrir su informe, ella leyó, con un asombro de incrédula ira, que él había detenido el trabajo en la sección montañosa de Winston, Colorado. Había recomendado un cambio de planes: sugería que el raíl destinado a Winston se usara, en vez de eso, para reparar la vía en el ramal de Washington a Miami. Dio sus razones: se había producido un descarrilamiento en ese ramal la semana anterior, y el señor Tinky Holloway, de Washington, que viajaba con un grupo de amigos, había sufrido un retraso de tres horas; le habían informado al ingeniero jefe que el señor Holloway había expresado un gran disgusto. Aunque, desde un punto

de vista puramente tecnológico —según el informe del ingeniero jefe—, el raíl del ramal de Miami estaba en mejores condiciones que el de la sección de Winston, uno tenía que recordar, desde un punto de vista sociológico, que el ramal de Miami transportaba un tipo de tráfico de pasajeros mucho más importante; por lo tanto, el ingeniero jefe sugería que Winston siguiera esperando un poco más, y recomendaba el sacrificio de una oscura sección de vía en las montañas por el bien de un ramal donde «Taggart Transcontinental no podía permitirse crear una impresión desfavorable».

Ella leyó, trazando furiosas marcas de lápiz en los márgenes de las páginas, pensando que su primer deber del día, antes que cualquier otro, era detener ese pedazo de locura concreta.

El teléfono sonó.

—¿Sí? —preguntó ella, cogiendo el teléfono—. ¿La McNeil Car Foundry?

—No —dijo la voz de su secretaria—. El señor Francisco d'Anconia.

Miró el receptor del teléfono durante el instante de una breve conmoción.

—Muy bien. Pásemelo.

La siguiente voz que oyó fue la de Francisco.

—Veo que estás en tu oficina, como si nada —dijo; su voz era burlona, áspera y tensa.

—¿Dónde esperabas que estuviera?

—¿Qué te parece la nueva suspensión?

—¿Qué suspensión?

—La moratoria de cerebros.

—¿De qué estás hablando?

—¿No has visto los periódicos de hoy?

—No.

Hubo una pausa; luego, su voz le llegó despacio, cambiada y grave:

—Mejor échales un vistazo, Dagny.

—Muy bien.

—Te llamo después.

Colgó y presionó el interruptor del interfono en su escritorio.

—Tráigame un periódico —le dijo a su secretaria.

—Sí, señorita Taggart —respondió la voz de la secretaria sombríamente.

Fue Eddie Willers quien entró y puso el periódico sobre su escritorio. El significado de la mirada en su rostro era el mismo que el tono que ella había captado en la voz de Francisco: el aviso anticipado de un desastre inconcebible.

—Ninguno de nosotros quería ser el primero en decírtelo —dijo en voz muy baja, y salió.

Cuando ella se levantó de su escritorio, unos momentos después, sintió que tenía el control total de su cuerpo y que no era consciente de la existencia de su cuerpo. Se sintió levantada hasta ponerse en pie y le pareció que estaba erguida, sin tocar el suelo. Había una claridad anormal en cada objeto de la sala, y, sin embargo, ella no estaba viendo nada a su alrededor, pero sabía que sería capaz de ver el hilo de una telaraña si su objetivo lo requiriera, igual que podría andar con la seguridad de un sonámbulo por el borde de un tejado. No podía saber que estaba mirando la sala con los ojos de una persona que había perdido la capacidad y el concepto de dudar, y que lo que le quedaba era la simplicidad de una única percepción y de un solo objetivo. No sabía que lo que parecía tan violento, y a la vez sentía como una calma inmóvil y desconocida dentro de ella, era el poder de la certeza total, y que la ira que sacudía su cuerpo, la ira que la había preparado, con la misma indiferente pasión, a matar o a morir, era su amor por la rectitud, el único amor al que todos los años de su vida habían sido dedicados.

Llevando el periódico en la mano, salió de su oficina y se dirigió hacia el pasillo. Sabía, al cruzar la antesala, que las caras de su personal estaban giradas hacia ella, pero parecían estar a muchos años de distancia.

Fue andando por el pasillo, moviéndose rápidamente pero sin esfuerzo, con la misma sensación de saber que sus pies probablemente estaban tocando el suelo pero que no lo sentía. No sabía cuántas habitaciones había cruzado para llegar a la oficina de Jim, o si había habido personas en su camino, sabía qué dirección tomar y qué puerta abrir para entrar sin avisar y andar hacia el escritorio de él.

El periódico estaba enrollado cuando se plantó delante de él. Se lo tiró a la cara, le dio en la mejilla y cayó en la alfombra.

—Ahí tienes mi renuncia, Jim —dijo—. No trabajaré como esclava ni como capataz de esclavos.

No oyó el sonido que hizo él; coincidió con el ruido de la puerta cerrándose tras ella.

Regresó a su despacho y, al cruzar la antesala, le indicó a Eddie que la siguiera adentro.

Dijo, con voz tranquila y clara:

—He renunciado.

Él asintió en silencio.

—No sé aún lo que haré en el futuro. Me voy..., a pensarlo y a decidir. Si quieres seguirme, estaré en el albergue de Woodstock.

Ese albergue era una vieja cabaña de caza en un bosque de las montañas de Berkshire, que ella había heredado de su padre y que no había visitado durante años.

—Quiero hacer lo mismo —susurró él—, quiero renunciar, y... y no puedo. No consigo hacerlo.

—Entonces ¿me harás un favor?

—Por supuesto.

—No te comuniques conmigo sobre el ferrocarril. No quiero saber nada de él. No le digas a nadie dónde estoy, excepto a Hank Rearden. Si te pregunta, dile lo de la cabaña y cómo llegar allí. Pero a nadie más. No quiero ver a nadie.

—Muy bien.

—¿Lo prometes?

—Por supuesto.

—Cuando decida lo que va a ser de mí, te lo haré saber.

—Esperaré.

—Eso es todo, Eddie.

Él sabía que cada palabra era medida y que nada más podía decirse entre ellos en ese momento. Inclinó la cabeza, dejando que ese gesto dijera el resto, y después salió del despacho.

Ella vio el informe del ingeniero jefe que seguía abierto sobre su escritorio, y pensó que tenía que ordenarle inmediatamente reanudar el trabajo en la sección de Winston, y entonces recordó que eso ya no era su problema. No sintió dolor. Sabía que el padecimiento vendría después y que sería una agonía desgarradora de dolor, y que la insensibilidad de ese

momento era un descanso que le había sido concedido a ella, no después, sino antes, para prepararla a soportarlo. Pero no importaba. «Si eso es lo que se exige de mí, lo aguantaré», pensó.

Se sentó en su escritorio y llamó a Rearden a sus fundiciones en Pensilvania.

—Hola, queridísima —dijo él. Lo dijo simple y claramente, como si quisiera decirlo porque era real y era justo, y necesitaba aferrarse a los conceptos de realidad y justicia.

—Hank, he renunciado.

—Ya veo. —Sonaba como si lo hubiera esperado.

—Nadie vino a buscarme, ningún destructor, tal vez nunca hubo ningún destructor, después de todo. No sé qué voy a hacer a partir de ahora, pero tengo que alejarme, así no tendré que ver a ninguno de ellos por un tiempo. Luego, ya decidiré. Sé que no puedes ir conmigo ahora mismo.

—No. Tengo dos semanas en las que esperan que firme su Certificado de Regalo. Quiero estar aquí cuando pasen esas dos semanas.

—¿Me necesitas, para esas dos semanas?

—No. Es peor para ti que para mí. No tienes cómo luchar contra ellos. Yo sí. Creo que me alegro de que lo hayan hecho. Es claro y definitivo. No te preocupes por mí. Descansa. Descansa de todo ello primero.

—Sí.

—¿Adónde vas?

—Al campo. A una cabaña que tengo en las Berkshires. Si quieres verme, Eddie Willers te dirá cómo llegar allí. Volveré en dos semanas.

—¿Me haces un favor?

—Sí.

—No vuelvas hasta que yo vaya a por ti.

—Pero quiero estar aquí, cuando suceda.

—Deja eso de mi cuenta.

—Te hagan lo que te hagan, quiero que me lo hagan a mí también.

—Deja eso de mi cuenta. Queridísima, ¿no entiendes? Creo que lo que más quiero ahora es lo que tú quieres: no ver a ninguno de ellos. Pero tengo que quedarme aquí por un tiempo. Así que me ayudará saber que tú, al menos, estás fuera de su alcance. Quiero mantener un punto limpio en mi mente, en el que apoyarme. Será sólo poco tiempo, y luego iré a por ti. ¿Lo entiendes?

—Sí, mi amor. Hasta luego.

Le fue extraordinariamente fácil salir de su oficina y recorrer los largos pasillos de Taggart Transcontinental. Caminó, mirando hacia delante, sus pasos avanzando con el ritmo ininterrumpido y sin prisa de la finalidad. Su cara se mantenía nivelada y con una expresión de asombro, de aceptación, de reposo.

Cruzó el gran vestíbulo de la Terminal. Vio la estatua de Nathaniel Taggart. Pero no sintió dolor ni se hizo ningún reproche, sólo sintió la creciente plenitud de su amor, sólo la sensación de que iba a unirse a él, no en la muerte, sino en lo que había sido su vida.

El primero en renunciar en Rearden Steel fue Tom Colby, capataz de laminación, jefe del Sindicato de Trabajadores de Rearden Steel. Durante diez años había oído cómo lo denunciaban a él en todo el país, porque su sindicato era un «sindicato de empresa» y porque nunca se había involucrado en ningún conflicto violento con la gerencia. Eso era verdad: ningún conflicto había sido necesario jamás; Rearden pagaba una escala salarial más alta que cualquier escala sindical en el país, a cambio de la cual exigía —y conseguía— la mejor fuerza laboral que se podía encontrar en cualquier lugar.

Cuando Tom Colby le dijo que renunciaba, Rearden asintió, sin comentarios ni preguntas.

—Yo mismo no trabajaré bajo esas condiciones —añadió Colby en voz baja—, y no ayudaré a mantener a los hombres trabajando. Ellos confían en mí. No seré yo el Judas que los lleve al matadero.

—¿Qué va a hacer para vivir? —preguntó Rearden.

—He ahorrado lo suficiente para que me dure aproximadamente un año.

—¿Y después de eso?

Colby se encogió de hombros.

Rearden pensó en el muchacho de ojos enojados que extraía carbón de la mina durante la noche como un delincuente. Pensó en todos los caminos oscuros, los callejones, los patios traseros del país, donde los mejores

hombres tendrían ahora que intercambiar sus servicios como trueques en la jungla, en trabajos ocasionales, en transacciones sin registrar. Pensó en el final de ese camino.

Tom Colby parecía saber lo que estaba pensando.

—Usted va camino de terminar justo a mi lado, señor Rearden —dijo —. ¿Va a firmar y entregarles su cerebro?

—No.

—¿Y después de eso?

Rearden se encogió de hombros.

Los ojos de Colby lo observaron durante un momento, ojos pálidos y astutos en una cara bronceada con arrugas grabadas con hollín.

—Nos han estado diciendo durante años que es usted contra mí, señor Rearden. Pero no es así. Es Orren Boyle y Fred Kinnan contra usted y contra mí.

—Lo sé.

La Nodriza nunca había entrado en la oficina de Rearden, como si sintiera que ése era un lugar al que no tenía derecho a entrar. Siempre esperaba a abordar a Rearden afuera. La directiva lo había ligado a su trabajo, como el perro guardián oficial de la fundición para controlar la producción excesiva o insuficiente. Él paró a Rearden, unos días después, en un callejón entre las hileras de hornos. Había una extraña expresión de ferocidad en la cara del muchacho.

—Señor Rearden —dijo—, quiero decirle que si usted quiere verter diez veces la cuota de Metal Rearden o de acero o de hierro en lingotes o de lo que sea, contrabandearlo por todos lados a quien quiera y a cualquier precio... quería decirle que lo hiciera. Yo lo apañaré. Haré malabarismos con los libros de contabilidad, falsificaré los informes, conseguiré testigos falsos, falsificaré declaraciones juradas, cometeré perjurio... para que usted no tenga que preocuparse, ¡no habrá ningún problema!

—Pero ¿por qué quieres hacer eso? —preguntó Rearden sonriendo, pero su sonrisa se desvaneció cuando escuchó al muchacho responder con seriedad:

—Porque quiero, por una vez, hacer algo moral.

—Ésa no es la forma de ser moral... —empezó a decir Rearden, pero paró abruptamente, dándose cuenta de que ésa *era* la forma, la única forma que quedaba, dándose cuenta de cuántas contorsiones de corrupción

intelectual una tras otra ese muchacho había tenido que hacer para llegar a ese descubrimiento trascendental.

—Supongo que ésa no es la palabra —dijo el muchacho tímidamente —. Sé que es una palabra cursi, anticuada. Eso no es lo que quise decir. Quise decir... —Fue un súbito y desesperado grito de ira incrédula—: Señor Rearden, ¡no tienen derecho a hacerlo!

—¿El qué?

—Quitarle el Metal Rearden a usted.

Rearden sonrió y, motivado por una desesperada pena, dijo:

—Olvídalo, No-Absoluto. No hay derechos.

—Ya sé que no hay. Pero quiero decir..., lo que quiero decir es que no pueden hacerlo.

—¿Por qué no? —No podía evitar sonreír.

—Señor Rearden, ¡no firme el Certificado de Regalo! ¡No lo firme, por principio!

—No lo firmaré. Pero no hay principios.

—Sé que no los hay. —Estaba recitándolo con toda seriedad, con la honestidad de un estudiante concienzudo—: Sé que todo es relativo y que nadie puede saber nada y que la razón es una ilusión y que no hay ninguna realidad. Pero sólo estoy hablando del Metal Rearden. No firme, señor Rearden. Moralidad o no moralidad, principios o no principios, simplemente, no lo firme... ¡porque no está bien!

Nadie más mencionó la directiva en presencia de Rearden. El silencio era el nuevo aspecto de la fundición. Los hombres no le hablaban cuando él aparecía en los talleres, y se dio cuenta de que no se hablaban entre sí. La oficina de personal no recibió renuncias formales. Pero cada par de días, uno o dos hombres no aparecían y nunca volvían a aparecer de nuevo. Las indagaciones en sus casas encontraban las casas abandonadas y los hombres desaparecidos. La oficina de personal no informó de esas deserciones, como exigía la directiva; en cambio, Rearden empezó a ver caras desconocidas entre los trabajadores, las caras rígidas y castigadas de los que habían estado desempleados durante mucho tiempo, y los oía ser llamados por los nombres de los hombres que habían renunciado. Él no hizo preguntas.

Hubo silencio por todo el país. Él no sabía cuántos empresarios se habían retirado y habían desaparecido los días 1 y 2 de mayo, dejando sus plantas para ser incautadas. Contó diez entre sus propios clientes,

incluyendo a McNeil, de McNeil Car Foundry, en Chicago. No tenía manera de saber algo sobre los otros; ningún informe apareció en los periódicos. De repente, las portadas de los periódicos estaban llenas de historias sobre inundaciones de primavera, accidentes de tráfico, excursiones escolares, y aniversarios de bodas de oro.

Hubo silencio en su propia casa. Lillian se había ido de vacaciones a Florida a mediados de abril; eso le había sorprendido a él, como un capricho inexplicable; era el primer viaje que ella había hecho sola desde su matrimonio. Philip lo evitó, con una expresión de pánico. Su madre miraba a Rearden con desconcertante reproche; ella no dijo nada, pero no paraba de ponerse a llorar en su presencia, con una actitud que sugería que sus lágrimas eran el aspecto más importante a considerar en cualquier desastre que ella sintiera que estaba acercándose.

En la mañana del 15 de mayo, él estaba sentado en el escritorio de su oficina, sobre la extensión de la fundición, y observó los colores del humo ascendiendo hacia el cielo azul claro. Había chorros de humo transparente, como olas de calor, invisibles excepto por las estructuras que temblaban detrás de ellas; había vetas de humo rojo, y perezosas columnas de color amarillo, y leves espirales azules flotando... y bobinas gruesas y macizas vertiendo rápidamente espirales que parecían rayos retorcidos de satén teñidos de rosa madreperla por el sol estival.

El timbre sonó en su escritorio, y la voz de la señorita Ives dijo:

—El doctor Floyd Ferris..., para verle, sin cita, señor Rearden. —A pesar de su rígida formalidad, su tono transmitió la pregunta: «¿Lo echo de aquí?».

Hubo un leve movimiento de asombro en la cara de Rearden, apenas por encima de la línea de indiferencia: no había esperado a ese emisario en particular. Respondió uniformemente:

—Dígale que pase.

El doctor Ferris no sonrió al acercarse al escritorio de Rearden; simplemente tenía una expresión que sugería que Rearden sabía muy bien que tenía buenas razones para sonreír y que, por lo tanto, se abstendría de lo obvio.

Se sentó frente al escritorio, sin esperar una invitación; llevaba un maletín, que puso sobre sus rodillas; actuaba como si las palabras fuesen superfluas, ya que su reaparición en esa oficina lo había dejado todo claro.

Rearden se sentó, y lo miró en paciente silencio.

—Dado que el plazo para la firma de los Certificados de Regalo nacionales vence hoy a medianoche —dijo el doctor Ferris, con el tono de un vendedor que le dispensa una cortesía especial a un cliente—, he venido a obtener su firma, señor Rearden.

Hizo una pausa, con un aire de sugerir que la fórmula ahora pedía una respuesta.

—Siga —dijo Rearden—. Estoy escuchando.

—Sí, supongo que debo explicar —dijo el doctor Ferris— que deseamos obtener su firma temprano en el día para anunciar el hecho en una transmisión nacional de noticias. Aunque el programa de donaciones se ha desarrollado prácticamente sin problemas, todavía quedan unos cuantos individualistas obstinados que no han firmado; son insignificantes, la verdad, cuyas patentes no tienen un valor crucial, pero no podemos dejar que sigan sin amarrar, por cuestión de principio, usted me entiende. Están, creemos, a la espera de seguir su ejemplo. Usted es popular, y tiene un gran número de seguidores, señor Rearden, mucho mayor de lo que usted sospechaba o supo usar. Por lo tanto, el anuncio de que usted ha firmado eliminará las últimas esperanzas de resistencia y, antes de la medianoche, recogeremos las últimas firmas, completando así el programa a tiempo.

Rearden sabía que de todos los discursos posibles, ése era el último que haría el doctor Ferris si quedara alguna duda de su rendición en la mente del hombre.

—Siga —dijo Rearden uniformemente—. No ha terminado.

—Usted sabe —como demostró en su juicio— lo importante que es, y por qué, que obtengamos todas esas propiedades con el consentimiento voluntario de las víctimas. —El doctor Ferris abrió su maletín—. Aquí está el Certificado de Regalo, señor Rearden. Lo hemos cumplimentado, y lo único que usted tiene que hacer es firmar con su nombre en la parte inferior.

El trozo de papel que puso delante de Rearden parecía un pequeño diploma universitario, con el texto impreso en un tipo de letra antiguo y los detalles insertados con máquina de escribir. El papel decía que él, Henry Rearden, a través de ese documento, transfería a la nación todos los derechos sobre la aleación de metal hasta ahora conocida como «Metal Rearden», que en lo sucesivo sería fabricada por todos los que así lo desearan, y que llevaría el nombre de «Metal Milagroso», escogido por los

representantes del pueblo. Mirando el papel, Rearden se preguntó si era una burla deliberada a la decencia o una estimación tan baja de la inteligencia de sus víctimas lo que había hecho que los diseñadores de ese documento imprimieran el texto encima de un tenue dibujo de la Estatua de la Libertad.

Sus ojos se movieron lentamente a la cara del doctor Ferris.

—Usted no habría venido aquí —dijo—, a menos que tuviera algún extraordinario as en la manga que usar conmigo. ¿Qué es?

—Por supuesto —dijo el doctor Ferris—. Esperaba que usted lo entendiese. Por eso no son necesarias largas explicaciones. —Abrió su maletín—. ¿Quiere ver mi as en la manga? He traído algunas muestras.

Al estilo de un jugador tramposo desplegando un largo abanico de cartas con un solo chasquido de su mano, extendió ante Rearden una hilera de fotocopias. Eran fotocopias de los registros de hoteles y de aparcamientos, con la letra de Rearden y los nombres del señor y la señora J. Smith.

—Usted sabe, por supuesto —dijo el doctor Ferris suavemente—, pero podría querer ver si nosotros lo sabemos, que la señora J. Smith es la señorita Dagny Taggart.

No encontró nada que observar en la cara de Rearden. Rearden no se había movido para inclinarse sobre las fotocopias, pero estaba sentado mirándolas con una gran atención, como si, desde la perspectiva de la distancia, estuviera descubriendo algo sobre ellas que no había sabido.

—Tenemos una gran cantidad de evidencias adicionales —dijo el doctor Ferris, y arrojó sobre el escritorio una fotocopia de la factura del joyero por el colgante de rubí—. No creo que le interese ver las declaraciones juradas de los porteros de los apartamentos y los empleados nocturnos; no contienen nada que sea nuevo para usted, excepto el número de testigos que saben dónde pasó usted sus noches en Nueva York durante los últimos dos años. No debe culpar a esas personas demasiado. Es una característica interesante de épocas como la nuestra que las personas empiezan a tener miedo de decir lo que quieren decir; y a tener miedo, cuando se les pregunta, de guardar silencio sobre las cosas que preferirían no contar nunca. Eso es de esperar. Pero le sorprendería saber quién nos dio la pista original.

—Lo sé —dijo Rearden; su voz no transmitió ninguna reacción. El viaje a Florida ya no era inexplicable para él.

—No hay nada en este as en la manga que pueda dañarle personalmente —dijo el doctor Ferris—. Sabíamos que ninguna forma de lesión personal le haría ceder. Por lo tanto, le estoy diciendo francamente que esto no le perjudicará en absoluto. Sólo perjudicará a la señorita Taggart.

Rearden lo estaba mirando directamente ahora, pero el doctor Ferris se preguntó por qué le pareció a él que la cara tranquila y cerrada se estaba alejando hacia una distancia cada vez mayor.

—Si esta aventura sexual suya se divulga de un extremo a otro del país —dijo el doctor Ferris—, por expertos en el arte de la difamación tales como Bertram Scudder, no le hará ningún daño real a su reputación. Aparte de unas cuantas miradas de curiosidad y unas cuantas cejas levantadas en algunos de los salones más cursis, usted se escapará sin problemas. Aventuras de ese tipo se esperan de un hombre. De hecho, mejorará su reputación. Le dará un aura de glamour romántico entre las mujeres, y entre los hombres le dará un cierto prestigio, en forma de envidia por una conquista excepcional. Pero lo que le hará a la señorita Taggart, con su nombre impecable, su reputación de estar por encima del escándalo, su peculiar posición de mujer que está en un negocio estrictamente masculino; lo que le hará a ella, lo que ella verá en los ojos de todos con los que se reúna, lo que oirá de cada hombre con el que trate..., eso dejaré que su propia mente se lo imagine... y lo considere.

Rearden no sintió nada más que una gran quietud y una gran claridad. Era como si una voz le estuviera diciendo con severidad: «Éste es el momento, la escena está iluminada; ahora..., mira». Y como si, de pie, desnudo bajo la gran luz, él estuviera mirando tranquilamente, solemnemente, despojado de miedo, de dolor, de esperanza, sin que no le quedara nada más que el deseo de saber.

El doctor Ferris se sorprendió al oírle decir lentamente, en el tono desapasionado de una declaración abstracta que no parecía estar dirigida a su interlocutor:

—Pero todos sus cálculos se basan en el hecho de que la señorita Taggart es una mujer virtuosa, no la zorra que usted va a decir que es.

—Sí, por supuesto —dijo el doctor Ferris.

—Y que esto significa mucho más para mí que una aventura casual.

—Por supuesto.

—Si ella y yo fuésemos el tipo de escoria que usted quiere hacernos parecer, su as en la manga no funcionaría.

—No, no funcionaría.

—Si nuestra relación fuese la depravación que usted va a proclamar que es, no tendría forma de hacernos daño.

—No.

—Estaríamos fuera de su poder.

—La verdad es que... sí.

No era al doctor Ferris a quien Rearden le estaba hablando. Estaba viendo una larga fila de hombres que se extendían a través de los siglos desde Platón en adelante, cuyo heredero y producto final era un profesorcillo incompetente con la apariencia de un gigoló y el alma de un matón.

—Le ofrecí, una vez, la oportunidad de unirse a nosotros —dijo el doctor Ferris—. Usted se negó. Ahora puede ver las consecuencias. Cómo un hombre de su inteligencia pensó que podía ganar jugando limpio, no me lo puedo imaginar.

—Pero si me hubiera unido a usted —dijo Rearden, con el mismo desapego, como si no estuviera hablando sobre sí mismo—, ¿qué habría encontrado yo de valor saqueando a Orren Boyle?

—¡Oh, qué diablos, siempre hay suficientes idiotas a quienes expropiar en el mundo!

—¿Como la señorita Taggart? ¿Como Ken Danagger? ¿Como Ellis Wyatt? ¿Como yo?

—Como cualquier hombre que no quiera ser práctico.

—Quiere decir que no es práctico vivir en el mundo, ¿es eso?

No supo si el doctor Ferris le respondió. Ya no estaba escuchando más. Estaba viendo la cara colgante de Orren Boyle con las pequeñas rendijas de ojos de cerdo, la cara pastosa del señor Mowen con los ojos que se escabullían de cualquier orador y de cualquier hecho: los estaba viendo pasar a través de los movimientos bruscos de un simio realizando una rutina que había aprendido a copiar por hábito muscular, realizándola para fabricar el Metal Rearden, sin conocimiento ni capacidad para saber qué había ocurrido en el laboratorio experimental de Rearden Steel durante diez años de apasionada devoción a un esfuerzo agotador. Era apropiado que ahora lo llamaran «Metal Milagroso»; un milagro era el único nombre que *ellos*

podían darle a esos diez años y a esa facultad de la cual nació el Metal Rearden. Un milagro era lo único que el metal podía ser ante sus ojos, el producto de una causa desconocida e incognoscible, un objeto en la naturaleza, no para ser explicado, sino para ser agarrado, como una piedra o un hierbajo, que está ahí para que lo agarren... «¿Vamos a dejar que los muchos padezcan necesidades mientras que unos pocos retienen de nosotros los mejores productos y métodos disponibles?»

«Si yo no hubiera sabido que mi vida depende de mi mente y de mi esfuerzo», le estaba diciendo silenciosamente a la fila de hombres que se extendía a lo largo de siglos, «si no hubiera considerado mi mayor objetivo moral ejercer mi mejor esfuerzo y la más plena capacidad de mi mente para sustentar y expandir mi vida, vosotros no habríais encontrado nada que saquear de mí, nada con lo que sustentar vuestra propia existencia. No son mis pecados los que estáis usando para perjudicarme, sino mis virtudes; mis virtudes, según vosotros mismos reconocéis, puesto que vuestra propia vida depende de ellas, puesto que las necesitáis, puesto que no intentáis destruir mi logro, sino apoderaros de él».

Recordó la voz del gigoló de la ciencia diciéndole: «Vamos a por el poder, y lo decimos en serio. Ustedes eran aficionados, pero nosotros conocemos el verdadero truco». Nosotros no buscábamos el poder, le dijo a los antepasados en espíritu del gigoló, y no vivimos por medio de aquello que condenamos. Considerábamos la habilidad productiva una virtud, y dejamos que el grado de su virtud fuese la medida de la recompensa de cada hombre. No sacamos ventaja de las cosas que consideramos malvadas; no requerimos la existencia de atracadores de bancos para operar nuestros bancos, ni de ladrones para poder mantener nuestros hogares, ni de asesinos para poder proteger nuestras vidas. Pero vosotros necesitáis los productos de la habilidad de un hombre, y sin embargo proclamáis que la habilidad productiva es una maldad egoísta y convertís el grado de productividad de un hombre en la medida de su pérdida. Nosotros vivimos por lo que consideramos bueno, y castigamos lo que consideramos malvado. Vosotros vivís por lo que denunciáis como malvado, y castigáis lo que sabéis que es bueno.

Recordó la fórmula del castigo que Lillian había tratado de imponerle, la fórmula que había considerado demasiado monstruosa como para creer en ella, y ahora la veía en toda su aplicación, como un sistema de

pensamiento, como una forma de vida, y a escala mundial. Ahí estaba: el castigo que requería la virtud de la víctima como combustible para hacerlo funcionar: su invención del Metal Rearden siendo usada como la causa de su expropiación; el honor de Dagny y la profundidad de sus sentimientos mutuos siendo usados como una herramienta de chantaje, un chantaje al cual los depravados serían inmunes; y, en los Estados Populares de Europa, millones de hombres siendo forzados al cautiverio por razón de su deseo de vivir, por medio de su energía agotada en trabajos forzados, por medio de su capacidad para alimentar a sus amos, por medio del sistema de rehenes, de su amor por sus hijos o esposas o amigos... por medio del amor, la capacidad y el placer como alimento para las amenazas y el cebo para la extorsión; con el amor atado al miedo, a la capacidad de castigo, a la ambición de confiscación, con el chantaje como ley; con el escape del dolor, no la búsqueda del placer, como único incentivo para el esfuerzo y la única recompensa del logro..., hombres mantenidos en esclavitud por medio del poder viviente que poseían y por cualquier alegría que encontraran en la vida. Ése era el código que el mundo había aceptado, y ésa era la clave del código: que enganchaba el amor por la existencia que tenía el hombre a un circuito de tortura, de modo que sólo el hombre que no tuviera nada que ofrecer no tendría nada que temer, de modo que las virtudes que hacían posible la vida y los valores que le daban sentido se convirtieran en los agentes de su destrucción, de modo que lo mejor de uno se convertiría en el instrumento de su agonía, y la vida del hombre en la Tierra se volvería algo impracticable.

«El suyo era el código de la vida» —dijo la voz de un hombre a quien no podía olvidar—. «¿Cuál, entonces, es el de ellos?»

¿Por qué lo había aceptado el mundo?, pensó. ¿Cómo habían llegado las víctimas a sancionar un código que las declaraba culpables del hecho de existir...? Y, luego, la violencia de un golpe interior se convirtió en la quietud total de su cuerpo mientras estaba allí sentado mirando una visión repentina: ¿no lo había hecho él también?, ¿no le había dado él su aprobación al código de autocondenación? Dagny, pensó, y la profundidad de sus sentimientos mutuos, el chantaje al que los depravados serían inmunes, ¿no lo había llamado él también, una vez, depravación? ¿No había

sido él el primero en lanzarle a ella todos los insultos que la basura humana estaba ahora amenazando con lanzarle en público? ¿No había él aceptado como culpa la mayor felicidad que había encontrado jamás?

«Usted, que no permitirá ni un uno por ciento de impureza en una aleación de metal» —la voz inolvidable le estaba diciendo—, «¿qué ha permitido en su código moral?».

—Entonces señor Rearden —dijo la voz del doctor Ferris—. ¿Me entiende ahora? ¿Obtenemos el metal o hacemos un espectáculo público de la alcoba de la señorita Taggart?

Él no estaba viendo al doctor Ferris. Estaba viendo —en la violenta claridad que era como un foco de luz que le abría todos los enigmas— el día en que se encontró con Dagny por primera vez.

Fue unos meses después de que ella hubiese sido nombrada vicepresidente de Taggart Transcontinental. Él había estado oyendo escépticamente, durante algún tiempo, rumores de que el ferrocarril era dirigido por la hermana de Jim Taggart. Ese verano, cuando estaba llegando a la exasperación por las demoras y las contradicciones de Taggart por un pedido de raíl para un nuevo ramal en la vía, un pedido que Taggart no paraba de hacer, alterar y retirar, alguien le dijo que si quería conseguir algo que tuviera sentido o alguna acción por parte de Taggart Transcontinental, tendría que hablar con la hermana de Jim. Él llamó a su oficina para concertar una cita, e insistió en tenerla esa misma tarde. Su secretaria le dijo que la señorita Taggart estaría en la obra en construcción del nuevo ramal, esa tarde, en la estación de Milford, entre Nueva York y Filadelfia, pero estaría encantada de verle allí si él lo deseaba. Fue a la cita con resentimiento; no le gustaban las mujeres de negocios que había conocido, y sentía que los ferrocarriles no eran un negocio con el que una mujer debería jugar; esperaba encontrar a una heredera malcriada que usaba su nombre y su sexo para sustituir la habilidad, una hembra con las cejas depiladas y exageradamente acicalada, como las damas ejecutivas de los grandes almacenes.

Se bajó del último vagón de un largo tren, mucho más allá del andén de la estación de Milford. Había un desorden de desvíos, vagones de carga, grúas y excavadoras a su alrededor, descendiendo desde la vía principal por

la pendiente de un barranco donde los hombres estaban nivelando el firme del nuevo ramal. Empezó a andar entre los desvíos hacia el edificio de la estación. Entonces se detuvo.

Vio a una muchacha de pie encima de un montón de maquinaria sobre un vagón plataforma. Ella estaba mirando hacia el barranco, con la cabeza levantada, mechones de cabello desordenado agitándose en el viento. Su sencillo traje gris era como una fina capa de metal sobre un cuerpo delgado contra la expansión de espacio y cielo inundados por el sol. Su postura tenía la ligereza y la inconsciente precisión de una autoconfianza arrogantemente pura. Estaba observando el trabajo, su mirada atenta y decidida, una mirada competente disfrutando de su propia función. Parecía como si ése fuese su sitio, su momento y su mundo, parecía como si el disfrute fuese su estado natural; su rostro era la forma viva de una inteligencia activa y viva, el rostro de una niña con la boca de una mujer, ella parecía no darse cuenta de su cuerpo, excepto como si fuera un instrumento tenso listo para servir su objetivo de cualquier forma que ella deseara.

Si a él le hubieran preguntado un momento antes si tenía en su mente una imagen de la apariencia que quería que tuviese una mujer, él habría respondido que no, que no la tenía; sin embargo, al verla, sabía que ésa era la imagen y que ésa había sido durante años. Pero él no la estaba mirando como a una mujer. Se había olvidado de dónde estaba y qué iba a hacer allí, estaba cautivado por la sensación de alegría de un niño en el momento inmediato, por el deleite de lo inesperado y de lo no descubierto, cautivado por el asombro de darse cuenta de las pocas veces que se encontraba ante una visión que realmente le gustaba, que le gustaba con total aceptación y en sí misma; la estaba mirando allá arriba con una leve sonrisa, como habría mirado a una estatua o a un paisaje, y lo que sintió fue el puro placer de la visión, el más puro placer estético que jamás había experimentado.

Vio pasar a un guardagujas, y le preguntó, señalando:

—¿Quién es ésa?

—Dagny Taggart —dijo el hombre, y siguió caminando.

Rearden sintió como si esas palabras le impactaran dentro de su garganta. Sintió el comienzo de una corriente que le cortó la respiración por un momento y bajó después lentamente por su cuerpo, llevando en su estela una sensación de peso, una pesadez agotada que no le dejaba más capacidad que una. Era consciente, con una anormal claridad, del lugar, del nombre de

la mujer y de todo lo que eso implicaba, pero todo eso había retrocedido para formar un círculo exterior y se había convertido en una presión que lo dejaba a él solo en el centro, como el significado y la esencia del círculo, y su única realidad era el deseo de poseer a esa mujer, ahora, ahí, encima del vagón plataforma a plena luz del sol, poseerla antes de que una palabra fuese pronunciada entre ellos, como el primer acto de su encuentro, porque eso lo diría todo y porque se lo habían ganado desde hacía mucho tiempo.

Ella volvió la cabeza. En la lenta curva del movimiento, sus ojos se posaron en los de él y se detuvieron. Él estaba seguro de que ella vio la naturaleza de su mirada, de que estaba prendida por esa naturaleza, pero que no se la nombró a sí misma. Sus ojos continuaron, y él la vio hablando con un hombre que estaba parado al lado del vagón plataforma, tomando notas.

Dos cosas le chocaron a la vez: su vuelta a su realidad normal, y el impacto devastador de la culpa. Sintió un momento de acercamiento a lo que ningún hombre puede sentir plenamente y sobrevivir: una sensación de odio hacia sí mismo, más terrible aún porque una parte de él se negaba a aceptarla y lo hacía sentirse más culpable aún. No fue una progresión de palabras, sino el veredicto instantáneo de una emoción, un veredicto que le dijo que, entonces, ésa era su naturaleza, ésa era su depravación; que el vergonzoso deseo que nunca había sido capaz de vencer le vino a la mente en respuesta a la única visión de belleza que él había encontrado, que le vino con una violencia que él no había creído ser posible, y que la única libertad que le quedaba ahora era ocultar ese deseo y despreciarse a sí mismo, pero nunca poder deshacerse de él mientras él y esa mujer estuvieran vivos.

No supo cuánto tiempo permaneció allí ni qué devastación dejó dentro de él ese lapso de tiempo. Lo único que pudo preservar fue la voluntad de decidir que ella nunca debería saberlo.

Esperó hasta que ella descendió al suelo y el hombre con las notas se hubo marchado; luego, se acercó a ella y dijo fríamente:

—¿Señorita Taggart? Soy Henry Rearden.

—¡Oh! —Fue sólo una breve pausa, y luego oyó el tranquilo y natural —: ¿Cómo está usted, señor Rearden?

Sabía, sin admitírselo a sí mismo, que la pausa provenía de algo remotamente equivalente a su propio sentimiento: ella se alegraba de que una cara que le había gustado perteneciera a un hombre al que ella pudiera admirar. Cuando procedió a hablar con ella sobre negocios, su actitud fue más brusca que lo que había sido jamás con cualquiera de sus clientes varones.

Ahora, mirando desde el recuerdo de la chica en el vagón plataforma hasta el Certificado de Regalo que estaba sobre su escritorio, sintió como si los dos se encontraran en una única explosión, fusionando todos los días y todas las dudas que él había vivido entre ellos, y como si, al resplandor de la explosión, en un momento de visión de una suma final, él viera la respuesta a todas sus preguntas.

Pensó: «¿Culpable? Mucho más culpable de lo que yo había sabido, mucho más culpable de lo que yo había pensado, ese día; culpable de la maldad de condenar como culpa aquello que era lo mejor de mí. Maldije el hecho de que mi mente y mi cuerpo eran una unidad, y que mi cuerpo respondía a los valores de mi mente. Maldije el hecho de que la alegría es el núcleo de la existencia, la fuerza motriz de cada ser viviente, que es la necesidad del cuerpo de uno, igual que es el objetivo del espíritu de uno, que mi cuerpo no era una masa de músculos inanimados, sino un instrumento capaz de darme una experiencia de alegría superlativa al unir mi carne y mi espíritu. Esa capacidad, que yo condenaba como vergonzosa, me había dejado indiferente a las mujerzuelas, pero me dio mi único deseo en respuesta a la grandeza de una mujer. Ese deseo, que yo condené como obsceno, no vino de la visión de su cuerpo, sino del conocimiento de que la hermosa forma que vi expresaba el espíritu que yo estaba viendo; no era su cuerpo lo que yo quería, sino su persona; no era la chica de gris la que yo tenía que poseer, sino la mujer que dirigía un ferrocarril.

»Pero condené la capacidad de mi cuerpo para expresar lo que sentí, la condené, como una afrenta a ella, el mayor tributo que yo podía darle..., igual que condenan mi capacidad de traducir el trabajo de mi mente en el Metal Rearden, igual que me condenan por el poder de transformar la materia para satisfacer mis necesidades. Yo acepté su código y creí, como me enseñaron, que los valores del espíritu de uno deben permanecer como un anhelo impotente, no expresado en acción, sin traducir a la realidad,

mientras que la vida del cuerpo de uno debe ser vivida en la miseria, como una actuación sin sentido y degradante, y que quienes intentan disfrutarlo deben ser considerados animales inferiores.

»Rompí su código, pero caí en la trampa que pretendían, la trampa de un código ideado para ser roto. No me enorgullecí de mi rebelión, la tomé por culpa; no los condené, me condené a mí mismo; no condené su código, condené la existencia, y oculté mi felicidad como un vergonzoso secreto. Debería haberlo vivido abiertamente, como nuestro derecho, o haberla hecho mi esposa, como en verdad lo era. Pero etiqueté mi felicidad como malvada y la hice a ella soportarla como una desgracia. Lo que quieren hacerle a ella ahora, yo lo hice primero. Yo lo hice posible.

»Lo hice, en nombre de una compasión por la mujer más despreciable que conozco. Ése, también, era su código, y yo lo acepté. Creí que una persona puede deberle a otra sin recibir nada a cambio. Creí que era mi deber amar a una mujer que no me daba nada, que traicionaba todo aquello por lo que yo vivía, que exigía su felicidad al precio de la mía. Creí que el amor es algún tipo de regalo estático que, una vez otorgado, ya no necesita ser merecido, igual que ellos creen que la riqueza es una posesión estática que puede ser incautada y retenida sin más esfuerzo. Creí que el amor es un regalo, no una recompensa que hay que ganar, igual que ellos creen que es su derecho exigir una riqueza no ganada. Y así como ellos creen que su necesidad les da derecho a mi energía, así también creí yo que su infelicidad le daba derecho a mi vida. En aras de la pena, no de la justicia, yo aguanté diez años de autotortura. Puse la pena por encima de mi propia consciencia, y ésa es la esencia de mi culpa. Mi crimen lo cometí cuando le dije: “Según todos mis estándares, mantener nuestro matrimonio será un malvado fraude. Pero mis estándares no son los tuyos. No entiendo los tuyos, nunca lo he hecho, pero los aceptaré”.

»Aquí están, tirados en mi escritorio, esos estándares que yo acepté sin comprender, aquí está la forma de su amor por mí, ese amor que nunca creí, pero que traté de ahorrarle. Aquí está el producto final de lo no ganado. Pensé que era correcto cometer una injusticia, siempre y cuando fuese yo el único que sufriera. Pero nada puede justificar la injusticia. Y ése es el castigo por aceptar como correcto esa horrible maldad que es la autoinmolación. Pensé que yo sería la única víctima. En cambio, he sacrificado la mujer más noble a la más vil. Cuando uno actúa por pena

contra la justicia, es el bien a lo que uno castiga en favor del mal; cuando uno salva al culpable de sufrir, es al inocente a quien uno le obliga a sufrir. No hay escapatoria de la justicia, nada puede quedar sin ser ganado o sin ser pagado en el universo, ni en materia ni en espíritu, y si los culpables no pagan, entonces los inocentes tienen que pagarlo.

»No fueron los pequeños saqueadores de riqueza los que me han vencido, he sido yo mismo. Ellos no me desarmaron, fui yo quien tiré mi arma. Ésa es una batalla que no se puede librar excepto con las manos limpias, porque el poder exclusivo del enemigo está en las llagas de la conciencia de uno, y yo acepté un código que me hizo considerar la fuerza de mis manos como un pecado y como una mancha».

—¿Conseguimos el metal, señor Rearden?

Él miró del Certificado de Regalo en su escritorio al recuerdo de la chica en el vagón. Se preguntó a sí mismo si él podía entregar el ser radiante que había visto en ese momento a los saqueadores de la mente y a los matones de la prensa. ¿Podía seguir permitiendo que el inocente sufriera el castigo? ¿Podía dejar que ella tomara la actitud que él debería haber tomado? ¿Podía él ahora desafiar el código del enemigo, cuando la desgracia sería para ella, no para él, cuando la basura se la arrojarían a ella, no a él, cuando ella tendría que luchar, mientras él se salvaría? ¿Podía él dejar que la existencia de ella se convirtiera en un infierno que no tendría cómo compartir?

Se quedó quieto, mirándola. «Te quiero», le dijo a la chica en el vagón, pronunciando silenciosamente las palabras que habían sido el significado de ese momento cuatro años atrás, sintiendo la solemne felicidad que era parte de las palabras, aunque así era como él tenía que decírselas a ella por primera vez.

Bajó la vista hacia el Certificado de Regalo. «Dagny», pensó, «tú no me dejarías hacerlo si lo supieras, me odiarás por ello cuando te enteres, pero no puedo dejarte pagar mis deudas. La culpa fue mía y no te pasaré a ti el castigo que me corresponde a mí. Aunque no quede nada más en mí, por lo menos tengo esto: veo la verdad, estoy libre de la culpa de ellos, ahora puedo plantarme sin culpa ante mis propios ojos, sé que estoy en lo cierto, totalmente en lo cierto y por primera vez..., y me mantendré fiel al único mandamiento de mi código que nunca he roto: ser un hombre que paga sus propias cuentas».

«Te quiero», le dijo a la chica en el vagón, sintiendo como si la luz del sol de ese verano le estuviera acariciando la frente, como si él, también, estuviera de pie bajo un cielo abierto sobre una tierra sin obstáculos, sin que le quedara nada más que él mismo.

—Entonces señor Rearden, ¿va a firmar? —preguntó el doctor Ferris.

Los ojos de Rearden se dirigieron a él. Había olvidado que Ferris estaba allí, no sabía si Ferris había estado hablando, discutiendo o esperando en silencio.

—¿Oh, eso? —dijo Rearden.

Cogió un bolígrafo y, sin echarle una segunda mirada, con el simple gesto de un millonario firmando un cheque, puso su nombre al pie de la Estatua de la Libertad y empujó el Certificado de Regalo al otro lado del escritorio.

Capítulo VII

## La moratoria de cerebros

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó Eddie Willers al trabajador en la cafetería subterránea. Y añadió, con una sonrisa que era una súplica, una disculpa y una confesión de desesperación—: Oh, ya sé que soy yo quien ha estado alejado de aquí durante varias semanas. —Su sonrisa parecía el esfuerzo de un niño lisiado intentando en vano hacer un gesto que ya no puede hacer—. Vine aquí una vez, hace dos semanas, pero tú no estabas esa noche. Temí que te hubieses ido..., hay muchas personas desapareciendo sin avisar. Oí decir que hay cientos de ellos vagando por el país. La policía ha estado arrestándolos por abandonar sus trabajos..., los llaman desertores, pero son demasiados y no hay comida para alimentarlos en la cárcel, así que a nadie le importa un comino eso ya, sea como sea. Oí decir que los desertores sólo se dedican a deambular por ahí, haciendo trabajos ocasionales, o algo peor... ¿Quién tiene trabajos ocasionales que ofrecer estos días? Son nuestros mejores hombres los que estamos perdiendo, el tipo de hombre que ha estado con la empresa veinte años o más. ¿Por qué tuvieron que encadenarlos a sus trabajos? Esos hombres nunca pensaron en abandonar, pero ahora están abandonando ante el menor desacuerdo, simplemente sueltan sus herramientas y se van, a cualquier hora del día o de la noche, dejándonos en todo tipo de apuros, los hombres que solían saltar de la cama para venir corriendo si el ferrocarril los necesitaba... Deberías ver el tipo de bazofia humana que estamos recibiendo para cubrir las vacantes. Algunos de ellos tienen buenas intenciones, pero están asustados de sus propias sombras. Otros son el tipo de inmundicia que yo nunca pensé que existiera; consiguen los trabajos, y saben que no podemos despedirlos una vez que están dentro, así que dejan bien claro que no tienen intención de trabajar por su sueldo y que nunca la tuvieron. Son el tipo de hombres a quienes les gusta... les gusta cómo están las cosas ahora. ¿Puedes imaginarte que haya seres humanos a quienes les guste? Pues, sí,

los hay... Sabes, no me hago a la idea de creerlo realmente, creer todo lo que nos está pasando estos días. Está pasando, desde luego, pero no me lo creo. No paro de pensar que la locura es un estado en el que una persona no sabe decir qué es lo real. Bueno, lo que es real ahora es una locura..., y si yo lo aceptase como real, tendría que volverme loco, ¿no? Yo sigo trabajando y sigo diciéndome a mí mismo que esto es Taggart Transcontinental. Sigo esperando que ella vuelva..., que la puerta se abra en cualquier momento y..., ¡oh, Dios, se supone que no debo decir eso! ¿Qué? ¿Lo sabías? ¿Sabías que se había ido...? Lo mantienen en secreto. Pero supongo que todo el mundo lo sabe, sólo que nadie supuestamente debe decirlo. Le están diciendo a la gente que ella se ha tomado una excedencia. Sigue oficialmente como nuestro vicepresidente a cargo de Operaciones. Creo que Jim y yo somos los únicos que sabemos que ella ha renunciado para siempre. Jim está muerto de miedo ante la idea de que sus amigos en Washington se desquiten con él, si se corre la voz de que ella se ha ido. Se supone que es desastroso para la moral pública si una persona prominente renuncia, y Jim no quiere que ellos sepan que él tiene un desertor en su propia familia... Pero eso no es todo. Jim está asustado de que los accionistas, los empleados y quienquiera que haga negocios con la empresa pierdan la poca confianza que les queda en Taggart Transcontinental si se enteran de que ya no está. ¡Confianza! Pensarás que daría igual ahora, puesto que no hay nada que ninguno de ellos pueda hacer sobre eso. Aun así, Jim sabe que tenemos que mantener una cierta apariencia de la grandeza que Taggart Transcontinental representó una vez. Y él sabe que lo que quedaba de esa grandeza desapareció con ella... No, no saben dónde está... Sí, yo lo sé, pero no voy a decírselo. Soy el único que lo sabe... Oh, sí, han estado intentado averiguarlo. Han intentado sonsacarme por todos los medios que se les ocurrieron, pero es inútil. No se lo diré a nadie... Deberías ver la foca amaestrada que tenemos ahora en su lugar..., nuestro nuevo vicepresidente de Operaciones. Ah, claro, tenemos uno, o sea, lo tenemos y no lo tenemos. Es como todo lo que hacen hoy día..., es y no es a la vez. Se llama Clifton Locey..., es del equipo personal de Jim..., un brillante joven progresista de cuarenta y siete años de edad, y un amiguete de Jim. Se supone que él únicamente está para sustituirla provisionalmente, pero se sienta en el despacho de ella y todos sabemos que ése es el nuevo vicepresidente de Operaciones. Da órdenes..., o sea, procura no ser nunca

visto de hecho dando una orden. Trabaja duro para asegurar que ninguna decisión pueda jamás ser atribuida a él, para no poder ser culpado por nada. Sabes, su objetivo no es operar un ferrocarril, sino mantener su empleo. Él no quiere operar trenes..., quiere complacer a Jim. Le importa un comino si hay un solo tren moviéndose o no, mientras él pueda causar una buena impresión en Jim y en los muchachos de Washington. Hasta ahora, el señor Clifton Locey ha conseguido entrampar a dos hombres: a un joven asistente de tercera, por no transmitir una orden que el señor Locey nunca había dado; y al gerente de cargas, por dar una orden que el señor Locey *sí* había dado, pero que el gerente de cargas no pudo demostrar. Los dos fueron despedidos, oficialmente, por decreto de la Oficina de Unificación... Cuando las cosas van bien..., que nunca es por más de media hora, el señor Locey se empeña en recordarnos que «éstos no son los días de la señorita Taggart». A la primera señal de apuro, me llama a su despacho y me pregunta casualmente, en medio de la más irrelevante charlatanería, qué solía hacer la señorita Taggart en una emergencia como ésa. Yo se lo digo, siempre que puedo. Me digo a mí mismo que es Taggart Transcontinental, y... y que hay miles de vidas en docenas de trenes que dependen de nuestras decisiones. Entre emergencias, el señor Locey hace todo lo posible por ser maleducado conmigo..., eso es para que yo no crea que él me necesita. Se ha empeñado en cambiar todo lo que Dagny solía hacer, en todos los aspectos que no importan, pero lleva un maldito cuidado en no cambiar nada que importe. El único problema es que él no siempre tiene cómo saber cuál es cuál... En su primer día en la oficina de Dagny, me dijo que no era una buena idea tener un retrato de Nat Taggart en la pared... «Nat Taggart», dijo, «pertenece a un oscuro pasado, a la era de la avaricia egoísta, no es precisamente un símbolo de nuestras políticas modernas y progresistas, así que podría causar una mala impresión, si la gente pudiese identificarme con él». No, no podrían, dije yo..., pero le quité el retrato de la pared... ¿Qué...? No, ella no sabe nada de eso. No me he comunicado con ella. Ni una vez. Me dijo que no lo hiciera... La semana pasada estuve a punto de renunciar. Fue sobre el Especial de Chick. El señor Chick Morrison, de Washington, sea quien demonios sea, está haciendo una gira dando charlas por todo el país... para hablar de la directiva y levantar la moral de la gente, ya que las cosas se están poniendo muy mal en todos sitios. Exigió un tren especial, para él y para su equipo: coche cama, coche salón, y un restaurante con bar

y comedor. La Oficina de Unificación le dio permiso para viajar a ciento cincuenta kilómetros por hora..., por ser un viaje sin fines de lucro. Y vaya si lo es. Es sólo un viaje para convencer a la gente de que sigan dejándose la piel para obtener beneficios, y así poder apoyar a hombres que son superiores por el hecho de que ellos no obtienen ningún beneficio. Bueno, pues el problema surgió cuando el señor Chick Morrison exigió una locomotora diésel para su tren. No teníamos ninguna para darle. Todas las locomotoras diésel que tenemos están en servicio, tirando del Comet y de los trenes de carga transcontinentales, y no había ninguna de sobra en ningún lugar del sistema, excepto..., bueno, era una excepción que a mí no se me ocurriría mencionarle al señor Clifton Locey. El señor Locey armó un escándalo, gritando que, costara lo que costara, no podíamos negarle una demanda al señor Chick Morrison. No sé quién fue el maldito idiota que le habló finalmente de la diésel que estaba guardada en Winston, Colorado, en la boca del túnel. Sabes cómo nuestras diésels se estropean hoy día, están en las últimas..., así que puedes entender por qué esa diésel de reserva tenía que ser guardada cerca del túnel. Se lo expliqué al señor Locey. Lo amenacé, le supliqué, le dije que ella había establecido como nuestra regla más estricta que la estación de Winston nunca se quedara sin una diésel de reserva. Él me dijo que recordara que él no era la señorita Taggart..., ¡como si yo pudiera olvidarlo ni un momento!, y que esa regla era ridícula, porque nada había ocurrido en todos esos años, así que Winston podía quedarse sin diésel un par de meses, y él no pensaba preocuparse por algún teórico desastre futuro cuando ahora nos enfrentábamos al desastre muy real, concreto e inmediato de que el señor Chick Morrison se enfadara con nosotros. Así que el Especial de Chick acabó consiguiendo la diésel. El supervisor de la División de Colorado dimitió. El señor Locey le dio ese puesto a uno de sus amigos. Yo quería dimitir. Nunca lo quise hacer tanto como en ese momento. Pero no lo hice... No, no he vuelto a saber nada de ella. No he tenido ninguna noticia desde que se fue. ¿Por qué sigues preguntándome sobre ella? Olvídalo. No va a volver... No sé qué es lo que estoy esperando. Nada, supongo. Voy tomando un día detrás de otro, intentando no mirar mucho al futuro. Al principio pensé que alguien nos salvaría. Pensé que tal vez sería Hank Rearden. Pero él también se rindió. No sé qué le hicieron para obligarlo a firmar, pero sé que debe haber sido algo terrible. Todo el mundo cree eso. Todo el mundo está hablando de eso,

preguntándose qué clase de presión usaron sobre él... No, nadie lo sabe. Él no ha hecho declaraciones públicas, y se ha negado a ver a todo el mundo... Pero, mira, te diré algo más que todo el mundo está cuchicheando. Acércate un poco más, ¿quieres?, no quiero hablar muy alto. Dicen que Orren Boyle parece haber tenido conocimiento de la directiva desde hace mucho tiempo, tal vez desde semanas o meses antes, porque había empezado, callada y secretamente, a reconstruir sus hornos para empezar a producir el Metal Rearden en una de sus plantas menos conocidas, un sitio pequeño y escondido allá lejos por la costa de Maine. Estaba listo para empezar a producir el metal en cuanto el documento de extorsión de Rearden..., quiero decir, el Certificado de Regalo, fuese firmado. Pero, escucha, la noche antes de que fueran a empezar, cuando los hombres de Boyle estaban calentando los hornos en esa zona de la costa, oyeron una voz que no sabían si venía de un avión, de la radio o de algún tipo de altavoz, pero era una voz de hombre y les dijo que les daba diez minutos para salir de ese lugar. Salieron. Empezaron a salir y siguieron saliendo, porque la voz del hombre había dicho que él era Ragnar Danneskjöld. En la siguiente media hora, los hornos de Boyle fueron arrasados, completamente borrados del mapa, y no quedó ni un solo ladrillo en pie. Dijeron que la destrucción había sido hecha por cañones navales de largo alcance, desde algún lugar bien lejos en el Atlántico. Nadie vio el barco de Danneskjöld... Eso es lo que la gente estaba murmurando. Los periódicos no han publicado ni una palabra sobre eso. Los muchachos de Washington dicen que es sólo un rumor divulgado por los que quieren sembrar el pánico... No sé si la historia es verdadera. *Espero* que lo sea... Sabes, cuando yo tenía quince años solía preguntarme cómo un hombre podía convertirse en criminal, no podía entender lo que haría eso posible. Ahora..., ahora me alegro de que Ragnar Danneskjöld haya destruido esos hornos. Que Dios le bendiga y que nunca lo encuentren, sea quien sea y esté donde esté. Sí, eso he llegado a sentir. O sea, ¿cuánto más creen que la gente puede aguantar? No es tan duro para mí durante el día, porque puedo mantenerme ocupado y no pensar, pero por la noche me abrumo. Ya no puedo dormir, me quedo despierto durante horas y horas... ¡Sí! Si quieres saberlo..., sí, es porque estoy preocupado por ella. Me muero de miedo por ella. Woodstock no es más que un sitio pequeño, un miserable agujero perdido, a muchos kilómetros de todo, y el chalet de Taggart está treinta kilómetros más allá, treinta kilómetros de camino sinuoso en un

bosque abandonado por Dios. ¿Cómo puedo saber lo que podría pasarle a ella allí, sola y con todos los tipos de pandillas que recorren el país por las noches, especialmente en partes del país tan desoladas como las Berkshires...? Sé que no debería pensar en eso. Sé que puede cuidar de ella misma. Sólo me gustaría que me diera noticias. Me encantaría ir allí. Pero me dijo que no lo hiciera. Le dije que esperaría. Sabes, me alegro de que estés aquí esta noche. Me ayuda... hablar contigo y... y sólo verte aquí. Tú no desaparecerás, como todos los demás... ¿Qué? ¿La semana que viene...? Oh, de vacaciones. ¿Por cuánto tiempo...? ¿Cómo puedes tener un mes entero de vacaciones...? Ojalá pudiera yo hacer eso también, tomarme un mes libre a mis expensas. Pero no me dejarían... ¿En serio? Te envidio... No te habría envidiado hace unos años. Pero ahora... ahora sí me gustaría escapar. Ahora te envidio... el que hayas podido tomarte un mes libre todos los veranos durante doce años.

Era un camino oscuro, pero iba en una nueva dirección. Rearden salió andando desde su fundición, no hacia su casa, sino hacia la ciudad de Filadelfia. Era una gran distancia a recorrer, pero él había querido hacerlo esta noche, como había hecho todas las noches de la semana anterior. Se sentía en paz en la vacía oscuridad del campo, sin nada excepto las formas negras de los árboles a su alrededor, sin ningún movimiento excepto el de su propio cuerpo y el de las ramas que se agitaban en el viento, sin luces excepto los lentos chispazos de las luciérnagas parpadeando a través de los setos. Las dos horas entre la fundición y la ciudad eran su lapso de descanso.

Se había mudado de su casa a un apartamento en Filadelfia. No le había dado ninguna explicación a su madre ni a Philip, no había dicho nada excepto que podían quedarse en la casa si lo deseaban y que la señorita Ives se haría cargo de sus gastos. Les había pedido que le dijeran a Lillian, cuando ella volviera, que no debería intentar verlo. Lo habían mirado en un aterrorizado silencio.

Le había dado a su abogado un cheque en blanco firmado y le había dicho:

—Consígueme el divorcio. Con cualquier motivo y a cualquier coste. No me importa qué medios uses, a cuántos jueces compres o si crees necesario tenderle una trampa a mi mujer. Haz lo que veas conveniente. Pero no va a haber pensión alimenticia ni división de bienes.

El abogado lo había mirado con la insinuación de una sonrisa sabia y triste, como si fuera un evento que él había esperado que sucediera hacía mucho tiempo. Y había respondido:

—Está bien, Hank. Se puede hacer. Pero llevará algún tiempo.

—Hazlo lo más rápido que puedas.

Nadie lo había cuestionado por firmar el Certificado de Regalo. Pero se había dado cuenta de que, en la fundición, los hombres lo miraban como si estuvieran buscando algo en él, con una especie de curiosidad, casi como si esperaran encontrar las cicatrices de alguna tortura física en su cuerpo.

No sintió nada..., nada excepto la sensación de un crepúsculo uniforme y reparador, como una capa de escoria sobre un metal fundido, cuando forma una costra y se traga el último chispazo del brillo blanco en su interior. No sintió nada al pensar en los saqueadores que ahora iban a fabricar el Metal Rearden. Su deseo de mantener su derecho a él, y de ser orgullosamente el único en venderlo, había sido su forma de respeto hacia sus semejantes, su creencia de que comerciar con ellos era un acto de honor. La creencia, el respeto y el deseo habían desaparecido. No le importaba lo que los hombres hicieran, lo que vendieran, dónde compraban su metal o si alguno de ellos sabía que había sido suyo. Las formas humanas que pasaban junto a él en las calles de la ciudad eran objetos físicos sin ningún significado. El campo —con la oscuridad limpiando todo rastro de actividad humana, dejando sólo una tierra intacta con la que él una vez había podido lidiar— era real.

Llevaba una pistola en el bolsillo, como se lo habían aconsejado los policías de la radiopatrulla que vigilaba los caminos; le habían advertido que no había camino seguro después del anochecer en esos días. Sintió, como si fuera un chiste sin gracia, que la pistola había sido necesaria en las fundiciones, no en la pacífica seguridad de la soledad y de la noche; ¿qué podría quitarle un vagabundo hambriento, comparado con lo que le habían quitado los hombres que decían ser sus protectores?

Andaba a una velocidad que no le suponía esfuerzo, sintiéndose relajado por una forma de actividad que era natural para él. Ése era su período de entrenamiento para la soledad, pensó; tenía que aprender a vivir sin ser consciente de las personas, una consciencia que ahora lo paralizaba con repugnancia. Hubo una vez en que había construido su fortuna empezando desde cero, con las manos vacías; ahora tenía que reconstruir su vida empezando desde cero, con su espíritu vacío.

Se daría un breve lapso de tiempo para ese entrenamiento, pensó, y luego reclamaría el único valor incomparable que aún le quedaba, el único deseo que había permanecido puro y completo: él iría a buscar a Dagny. Dos mandamientos habían crecido en su mente: uno era un deber; el otro, un deseo apasionado. El primero era nunca dejar que ella supiera la razón por la que él se había rendido a los saqueadores; el segundo era decirle las palabras que él debería haber sabido en su primer encuentro, las palabras que debería haberle dicho en la galería de la casa de Ellis Wyatt.

Mientras caminaba, no había nada excepto la fuerte luz de las estrellas de verano para guiarle, pero podía distinguir el camino y lo que quedaba de una cerca de piedra más adelante, en la esquina de un cruce de caminos. La cerca ya no tenía nada que proteger, sólo una extensión de hierbajos, un sauce inclinándose sobre el camino y, más lejos en la distancia, la ruina de una casa de campo deshabitada con la luz de las estrellas iluminándola a través de las aperturas en el tejado.

Caminó, pensando que incluso esa visión aún conservaba el poder de ser valiosa: le ofrecía la promesa de un largo trecho de espacio que no había sido invadido por la intrusión humana.

El hombre que apareció repentinamente en medio del camino debió haber salido desde detrás del sauce, pero lo hizo tan velozmente que parecía como si hubiera brotado desde el centro del camino. Rearden se llevó la mano a la pistola en su bolsillo, pero se detuvo: supo —por la altiva postura del cuerpo allí de pie expuesto, por la línea recta de los hombros contra el cielo estrellado— que ese hombre no era un bandido. Luego, cuando oyó la voz, supo que el hombre no era un mendigo.

—Querría hablar con usted, señor Rearden.

La voz tenía la firmeza, la claridad y la cortesía peculiar de hombres que están acostumbrados a dar órdenes.

—Adelante —dijo Rearden—, siempre que no trate de pedirme ayuda o dinero.

Las ropas del hombre eran toscas, pero bien talladas. Llevaba un pantalón oscuro y una cazadora azul oscuro abrochada hasta el cuello, prolongando las líneas de su alta y delgada figura. Llevaba una gorra azul oscuro, y lo único visible de él en la noche eran sus manos, su cara, y un mechón de cabello rubio dorado en la sien. En sus manos no llevaba armas, sólo un paquete envuelto en arpillera, del tamaño de un cartón de cigarrillos.

—No, señor Rearden —dijo—, no voy a pedirle dinero, sino a devolvérselo.

—¿A devolverme dinero?

—Sí.

—¿Qué dinero?

—Un pequeño reembolso de una deuda muy grande.

—¿Que la debe usted?

—No, yo no. Es sólo un pago simbólico, pero quiero que lo acepte como prueba de que, si vivimos lo suficiente usted y yo, cada dólar de esa deuda le será devuelto.

—¿Qué deuda?

—El dinero que le fue arrebatado por la fuerza.

Le extendió el paquete a Rearden, entreabriendo la arpillera. Rearden vio la luz de las estrellas correr como fuego a lo largo de una superficie lisa como un espejo. Sabía, por su peso y su textura, que lo que sostenía era una barra de oro macizo.

Miró la barra y, enseguida, la cara del hombre, pero aquel rostro parecía más duro y menos revelador que la superficie del metal.

—¿Quién es usted? —preguntó Rearden.

—El amigo de los sin amigos.

—¿Ha venido aquí para darme esto?

—Sí.

—¿Quiere decir que tuvo que acosarme por la noche, en un camino solitario, ya no para poder robarme, sino para darme un lingote de oro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Cuando el robo se comete a plena luz del día con la aprobación de la ley, como pasa hoy, entonces cualquier acto de honor o de restitución debe ser escondido bajo tierra.

—¿Qué le hizo pensar que yo aceptaría un regalo de este tipo?

—No es un regalo, señor Rearden. Es su propio dinero. Pero tengo un favor que pedirle. Es una solicitud, no una condición, porque no puede haber tal cosa como propiedad condicional. El oro es suyo, así que usted es libre de usarlo como quiera. Pero arriesgué mi vida para traérselo esta noche, así que le pido, como un favor, que lo guarde para el futuro o que se lo gaste en usted mismo. Sólo en su propia comodidad y en su propio placer. No lo regale y, sobre todo, no lo invierta en su negocio.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que le beneficie a nadie más que a usted. De lo contrario, habré quebrantado un juramento hecho hace mucho tiempo, igual que ahora estoy quebrantando todas las reglas que yo me había puesto a mí mismo al hablarle esta noche.

—¿Qué quiere decir?

—He estado juntando ese dinero para usted durante mucho tiempo. Pero no pretendía verle, ni decírselo, ni dárselo a usted hasta mucho más adelante.

—Entonces ¿por qué lo ha hecho?

—Porque ya no podía soportarlo más.

—Soportar, ¿el qué?

—Pensé que había visto todo lo que uno podía ver, y que no había nada que yo no pudiera soportar ver. Pero, cuando le quitaron el Metal Rearden, eso fue demasiado, incluso para mí. Sé que usted no necesita ese oro en este momento. Lo que necesita es la justicia que el oro representa, y saber que hay hombres a quienes les importa la justicia.

Luchando por no ceder a una emoción que sentía aumentar a través de su desconcierto, más allá de todas sus dudas, Rearden trató de estudiar la cara del hombre, buscando alguna pista que le ayudara a entender. Pero la cara no tenía ninguna expresión; no había cambiado ni una sola vez mientras hablaba; parecía como si el hombre hubiese perdido la capacidad de sentir hacía mucho tiempo, y lo que quedaba de él eran sólo rasgos que

parecían implacables y muertos. Con un estremecimiento de asombro, Rearden se encontró a sí mismo pensando que ésa no era la cara de un hombre, sino de un ángel vengador.

—¿Por qué le importo? —preguntó Rearden—. ¿Qué significo yo para usted?

—Mucho más de lo que tiene motivos para sospechar. Y tengo un amigo para quien usted significa mucho más de lo que llegará a saber jamás. Él habría dado cualquier cosa por estar a su lado hoy. Pero no puede venir hasta usted. Así que yo he venido en su lugar.

—¿Qué amigo?

—Prefiero no nombrarlo.

—¿Dijo que ha pasado mucho tiempo juntando ese dinero para mí?

—He juntado mucho más que esto. —Señaló el oro—. Lo tengo en su nombre, y se lo entregaré cuando llegue el momento. Esto es sólo una muestra, como prueba de que existe. Y si usted llega al día en que encuentra que le han robado lo último que le queda de su fortuna, quiero que recuerde que tiene una importante cuenta bancaria esperándole.

—¿Qué cuenta?

—Si intenta pensar en todo el dinero que le han quitado por la fuerza, sabrá que su cuenta representa una suma considerable.

—¿Cómo lo juntó? ¿De dónde viene este oro?

—Fue tomado de quienes le robaron.

—¿Tomado por quién?

—Por mí.

—¿Quién es usted?

—Ragnar Danneskjöld.

Rearden lo miró durante un largo y tranquilo momento; luego, dejó caer el oro de sus manos.

Los ojos de Danneskjöld no lo siguieron hasta el suelo, sino que permanecieron fijos en Rearden sin cambiar de expresión.

—¿Preferiría que yo fuese un ciudadano que respeta la ley, señor Rearden? Si es así, ¿qué ley debería obedecer? ¿La Directiva 10-289?

—Ragnar Danneskjöld... —dijo Rearden, como si estuviera viendo la totalidad de la última década, como si estuviera viendo la enormidad de un crimen extendido a lo largo de diez años y resumido en dos palabras.

—Piense con más cuidado, señor Rearden. Sólo nos han dejado dos formas de vivir: ser un saqueador que roba a víctimas desarmadas, o ser una víctima que trabaja para el beneficio de sus propios explotadores. Yo he decidido no ser ninguna de las dos.

—Ha decidido vivir por medio de la fuerza, como el resto de ellos.

—Sí..., abiertamente. Honestamente, si quiere. Yo no robo a hombres que están atados y amordazados, no exijo que mis víctimas me ayuden, no les digo que estoy actuando por su propio bien. Arriesgo mi vida en cada encuentro con los hombres, y ellos tienen la oportunidad de enfrentar sus cañones y sus cerebros contra los míos en una batalla justa. ¿Justa? Soy yo contra la fuerza organizada, las armas, los aviones y los acorazados de cinco continentes. Si es un juicio moral lo que usted desea pronunciar, señor Rearden, entonces ¿quién es el hombre de mayor moralidad: Wesley Mouch o yo?

—No tengo ninguna respuesta para darle —dijo Rearden en voz baja.

—¿Por qué ha de escandalizarse, señor Rearden? Estoy simplemente actuando de acuerdo con el sistema que mis semejantes han establecido. Si ellos creen que la fuerza es el medio adecuado para tratar unos con otros, les estoy dando lo que quieren. Si creen que el objetivo de mi vida es servirles, que intenten imponer su credo. Si creen que mi mente es de su propiedad, que vengan a buscarla.

—Pero ¿qué clase de vida ha elegido usted? ¿A qué objetivo está dedicando su mente?

—A la causa de mi amor.

—¿Que es cuál?

—La justicia.

—¿Servida siendo un pirata?

—Trabajando para el día en que ya no tendré que ser un pirata.

—¿Qué día será ése?

—El día en que usted será libre de tener beneficios con el Metal Rearden.

—¡Oh, Dios! —dijo Rearden, riendo, con voz desesperada—. ¿Es ésa su ambición?

La cara de Danneskjöld no cambió.

—Lo es.

—¿Espera vivir para ver ese día?

—Sí. ¿Usted no?

—No.

—Entonces ¿qué le motiva a usted, señor Rearden?

—Nada.

—¿Para qué está trabajando?

Rearden lo miró.

—¿Por qué pregunta eso?

—Para hacerle entender por qué yo no lo hago.

—No espere que apruebe a un delincuente.

—No lo espero. Pero hay unas cuantas cosas que quiero ayudarle a ver.

—Aunque sean verdad las cosas que usted ha dicho, ¿por qué decidió ser un bandido? ¿Por qué no abandonó, simplemente, como...? —Se paró.

—¿Como Ellis Wyatt, señor Rearden? ¿Como Andrew Stockton? ¿Como su amigo Ken Danagger?

—¡Sí!

—¿Usted aprobaría eso?

—Yo... —Se detuvo, sorprendido por sus propias palabras.

La conmoción que vino a continuación fue ver a Danneskjöld sonreír: fue como ver el primer verde de la primavera en los planos esculpidos de un iceberg. Rearden se dio cuenta de repente, por primera vez, que el rostro de Danneskjöld era más que hermoso, que tenía la sorprendente belleza de la perfección física, los rasgos duros y altivos, la boca desdeñosa de la estatua de un vikingo; y, sin embargo, no se había dado cuenta de ello, casi como si la profunda severidad de su rostro hubiera prohibido la impertinencia de una evaluación. Pero la sonrisa estaba allí, brillantemente viva.

—Yo lo apruebo, señor Rearden. Pero he elegido una misión especial para mí. Voy tras un hombre al que quiero destruir. Murió hace muchos siglos, pero hasta que el último rastro de él no sea borrado de las mentes de los hombres, no tendremos un mundo decente en el que vivir.

—¿Qué hombre?

—Robin Hood.

Rearden lo miró perplejo, sin comprender.

—Fue el hombre que les robaba a los ricos y les daba a los pobres. Bueno, soy el hombre que les roba a los pobres y les da a los ricos; o, para ser exactos, el hombre que les roba a los ladrones pobres y les devuelve a los ricos productivos.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Si recuerda las historias que ha leído sobre mí en los periódicos, antes de que dejaran de publicarlas, usted sabe que nunca he robado un buque privado y nunca he tomado ninguna propiedad privada. Tampoco he robado jamás una embarcación militar, porque el objetivo de una flota militar es proteger de la violencia a los ciudadanos que pagaron por eso, lo cual es la función apropiada de un gobierno. Pero he incautado todos los transportes de botines que han llegado al alcance de mis armas, todos los barcos de ayuda gubernamental, barcos de subsidios, barcos de préstamos, barcos de regalos, todos los barcos con un cargamento de mercancías tomadas por la fuerza de algunos hombres para el beneficio no pagado y no ganado de otros. Ataco los barcos que navegan bajo la bandera de la idea contra la que estoy luchando: la idea de que la necesidad es un ídolo sagrado que requiere sacrificios humanos, que la necesidad de unos hombres es la cuchilla de una guillotina colgando sobre otros, que todos debemos vivir con nuestro trabajo, nuestras esperanzas, nuestros planes y nuestros esfuerzos arriesgándonos a que esa cuchilla descienda sobre nosotros, y la medida de nuestra capacidad es la medida de nuestro peligro, de modo que el éxito hará rodar nuestras cabezas, mientras que el fracaso nos dará derecho a tirar de la cuerda. Ése es el horror que Robin Hood inmortalizó como ideal de rectitud. Se dice que luchó contra los gobernantes que saqueaban y les devolvía el botín a quienes habían sido robados, pero ése no es el significado de la leyenda que ha sobrevivido. Se le recuerda, no como un campeón de la *propiedad*, sino como un campeón de la *necesidad*; no como un defensor de los *robados*, sino como un proveedor de los *pobres*. Se le considera el primer hombre que asumió un halo de virtud al practicar la caridad con una riqueza que no le pertenecía, regalando bienes que él no había producido, haciendo que otros pagasen por el lujo de su lástima. Él es el hombre que se convirtió en el símbolo de la idea de que la necesidad, no el logro, es la fuente de los derechos; que no tenemos que producir, sólo que querer; que lo ganado no nos pertenece, pero lo no ganado sí. Se convirtió en una justificación para cualquier mediocre que, incapaz de ganarse la vida, había exigido el poder de disponer de la propiedad de los mejores, al proclamar su deseo de dedicar su vida a sus inferiores al precio de robar a sus superiores. Ese ser, la más vil de las criaturas..., el doble parásito que vive de las llagas del pobre y de

la sangre del rico, es lo que los hombres han llegado a considerar un ideal moral. Y eso nos ha llevado a un mundo en el que un hombre, cuanto más produce, más cerca está de perder todos sus derechos, hasta que, si su capacidad es lo suficientemente grande, se convierte en una criatura sin derechos, entregada como presa a cualquiera que demande..., mientras que para poder ser colocado por encima de los derechos, por encima de los principios, por encima de la moralidad, colocado donde todo se le permite, incluso el saqueo y el asesinato, lo único que un hombre tiene que hacer es estar necesitado. ¿Se pregunta por qué el mundo se está derrumbando a nuestro alrededor? Eso es contra lo que estoy luchando, señor Rearden. Hasta que los hombres aprendan que, de todos los símbolos humanos, Robin Hood es el más inmoral y el más despreciable, no habrá justicia en el mundo y no habrá forma de que la humanidad sobreviva.

Rearden escuchó, sintiéndose anestesiado. Pero, bajo la anestesia, como el primer empuje de una semilla abriéndose paso, sintió una emoción que no pudo identificar, excepto que parecía serle familiar y muy distante, como algo experimentado y renunciado hacía mucho tiempo.

—Lo que realmente soy, señor Rearden, es un policía. El deber de un policía es proteger a los hombres de los delincuentes, y delincuentes son quienes se apoderan de la riqueza por la fuerza. Es el deber de un policía recuperar los bienes robados y devolvérselos a sus dueños. Pero cuando el robo se convierte en el objetivo de la ley, y el deber del policía se convierte, no en proteger, sino en saquear la propiedad, entonces es un proscrito quien tiene que convertirse en policía. He estado vendiendo los cargamentos que consigo a unos clientes míos muy especiales en este país, que me pagan en oro. Además, he estado vendiendo mis cargamentos a los contrabandistas y a los comerciantes del mercado negro de los Estados de Europa. ¿Sabe cuáles son las condiciones de existencia en esos Estados Populares? Como la producción y el comercio..., no así la violencia, han sido considerados delitos por decreto, los mejores hombres de Europa no tuvieron más remedio que convertirse en delincuentes. Los conductores de esclavos de esos Estados se mantienen en el poder gracias a las limosnas de sus compañeros de saqueo en países que aún no han sido totalmente desangrados, como este país. Yo no dejo que las limosnas lleguen a ellos. Les vendo las mercancías a los infractores de la ley en Europa, a los precios más altos que puedo conseguir, y hago que me paguen en oro. El oro es el

valor objetivo, el medio para preservar la riqueza y el futuro de uno. A nadie se le permite tener oro en Europa, excepto a los amigos de la humanidad que blanden los látigos, quienes afirman que lo gastan para el bienestar de sus víctimas. Ése es el oro que mis contrabandistas clientes obtienen para pagarme. ¿Cómo? Empleando el mismo método que yo uso para obtener las mercancías. Y, luego, les devuelvo el oro a aquellos de quienes fueron robados los bienes..., a usted, señor Rearden, y a otros hombres como usted.

Rearden comprendió la naturaleza de la emoción que había olvidado. Era la emoción que había sentido cuando, a la edad de catorce años, había mirado al primer cheque que había ganado; cuando, a la edad de veinticuatro años, había sido nombrado superintendente de las minas de mineral de hierro; cuando, como propietario de las minas, había hecho, en su propio nombre, su primer pedido de equipos nuevos de la mejor empresa de esa época, la Twentieth Century Motors; era una emoción de expectación solemne y alegre, la sensación de estar ganándose su lugar en un mundo que respetaba, de ganarse el reconocimiento de los hombres que admiraba. Durante casi dos décadas, esa emoción había quedado sepultada bajo una montaña de escombros, a medida que los años habían amontonado capa sobre capa gris de desprecio, de indignación, de su lucha por no mirar a su alrededor, por no ver a aquellos con quien trataba, por no esperar nada de los hombres y por mantener, como una visión privada dentro de las cuatro paredes de su oficina, el sentido de ese mundo en el que él había esperado ascender. Y, sin embargo, allí estaba de nuevo, abriéndose paso entre los escombros, esa sensación de interés estimulado, de escuchar la voz luminosa de la razón, con la que uno podía comunicarse y lidiar y vivir. Pero era la voz de un pirata hablando sobre actos de violencia, ofreciéndole ese sustituto para su mundo de razón y justicia. Él no podía aceptarlo; no podía perder el remanente de su visión que aún conservaba. Escuchó, deseando poder escapar, pero sabiendo que no se perdería ni una palabra de ello.

—Deposité el oro en un banco, en un banco de patrón oro, señor Rearden, en las cuentas de hombres que son sus legítimos dueños. Son los hombres de habilidad superlativa que hicieron su fortuna con un esfuerzo personal, en el libre comercio, sin usar ninguna coacción, y sin ninguna ayuda del gobierno. Ellos son las grandes víctimas que más han

contribuido, y las que han sufrido la peor injusticia a cambio. Sus nombres están escritos en mi libro de restitución. Cada cargamento de oro que traigo es dividido entre ellos y depositado en sus cuentas.

—¿Quiénes son?

—Usted es uno de ellos, señor Rearden. No puedo calcular todo el dinero que le ha sido extorsionado a usted: en impuestos ocultos, en regulaciones, en tiempo perdido, en esfuerzo perdido, en energía gastada para superar obstáculos artificiales. No puedo calcular la suma, pero si usted desea ver su magnitud, mire a su alrededor. La medida de la miseria que ahora se extiende por todo este país, que una vez fue próspero, es la medida de la injusticia que usted ha sufrido. Si los hombres se niegan a pagar la deuda que le deben a usted, ésa es la forma en que la pagarán. Pero hay una parte de la deuda que está calculada y registrada. Ésa es la parte que me he propuesto juntar y devolverle a usted.

—¿Qué parte es ésa?

—Su impuesto de renta, señor Rearden.

—*¿Qué?*

—Su impuesto de renta de los últimos doce años.

—¿Tiene intención de reembolsarme *eso*?

—En su totalidad, y en oro, señor Rearden.

Rearden se echó a reír; se rio como un niño, en simple regocijo, disfrutando de lo increíble.

—¡Santo Dios! ¿Usted es un policía y un recaudador de impuestos, también?

—Sí —dijo Danneskjöld con gravedad.

—No estará diciendo todo eso en serio, ¿verdad?

—¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—Pero ¡eso es absurdo!

—¿Más absurdo que la Directiva 10-289?

—¡No es ni real ni posible!

—¿Sólo la maldad es real y posible?

—Pero...

—¿Está usted pensando que la muerte y los impuestos son nuestra única certeza, señor Rearden? Bueno, no hay nada que yo pueda hacer en cuanto a la primera, pero, si alivio la carga de los impuestos, los hombres podrían aprender a ver la conexión entre las dos cosas, y qué vida más larga

y feliz tienen el poder de lograr. Podrían aprender ya no a considerar la muerte y los impuestos, sino la vida y la producción como sus dos absolutos y como la base de su código moral.

Rearden lo miró, sin sonreír. La figura alta y delgada, con la cazadora resaltando su entrenada agilidad muscular, era la de un salteador de caminos; el rostro sereno de mármol era el de un juez; la voz seca y clara era la de un eficiente contable.

—Los saqueadores no son los únicos que han mantenido registros sobre usted, señor Rearden. Yo también lo he hecho. Tengo, en mis archivos, copias de todas sus declaraciones de impuestos de los últimos doce años, así como las declaraciones de todos mis otros clientes. Tengo amigos en algunos lugares increíbles, que me consiguen las copias que necesito. Divido el dinero entre mis clientes en proporción a las sumas que les han extorsionado. La mayoría de mis cuentas ya han sido pagadas a sus dueños. La suya es la más grande que queda por saldar. El día en que usted esté listo para reclamarla, el día en que yo sepa que ningún centavo volverá a ayudar a los saqueadores, le entregaré su cuenta a usted. Hasta entonces... —Miró el oro en el suelo—. Recójalo, señor Rearden. No es robado. Es suyo.

Rearden no se movió, ni respondió, ni miró hacia abajo.

—Mucho más que eso está depositado en el banco, a su nombre.

—¿Qué banco?

—¿Se acuerda de Midas Mulligan, en Chicago?

—Sí, por supuesto.

—Todas mis cuentas están en el Mulligan Bank.

—No hay ningún Mulligan Bank en Chicago.

—No está en Chicago.

Rearden dejó pasar un momento.

—¿Dónde está?

—Creo que usted lo sabrá dentro de poco, señor Rearden. Pero no puedo decírselo ahora. —Añadió—: Debo decirle, sin embargo, que yo soy el único responsable por este proyecto. Es mi propia misión personal. Nadie está involucrado en esto, excepto yo y los hombres de la tripulación de mi barco. Incluso mi banquero no tiene nada que ver, excepto para guardar el

dinero que deposito. Muchos de mis amigos no aprueban el camino que he elegido. Pero todos elegimos diferentes formas de librar la misma batalla..., y ésa es la mía.

Rearden sonrió con desprecio.

—¿No es usted uno de esos malditos altruistas que emplea su tiempo en una empresa sin ánimo de lucro y arriesga su vida simplemente para servir a los demás?

—No, señor Rearden. Estoy invirtiendo mi tiempo en mi propio futuro. Cuando seamos libres y tengamos que empezar a reconstruir a partir de las ruinas, quiero ver el mundo renacer lo más rápido posible. Si entonces hay algo de capital productivo en las manos apropiadas, en manos de nuestros mejores y más productivos hombres, eso nos ahorrará años al resto de nosotros y, por cierto, ahorrará siglos para la historia del país. ¿Me preguntó qué es lo que usted significaba para mí? Todo lo que admiro, todo lo que quiero ser el día en que el mundo tenga sitio para ese estado de existencia, todo con lo que yo quiero tratar..., aunque ésta sea la única forma en que puedo tratar con usted y serle útil en este momento.

—¿Por qué? —susurró Rearden.

—Porque mi único amor, el único valor por el que quiero vivir, es el que nunca ha sido amado por el mundo, nunca ha ganado reconocimiento, amigos o defensores: la capacidad humana. Ése es el amor al que estoy sirviendo; y, si pierdo mi vida, ¿a qué mejor objetivo puedo dedicarla?

¿El hombre que había perdido la capacidad de sentir?, pensó Rearden, y supo que la austeridad del rostro de mármol era la forma de una disciplinada capacidad para sentir demasiado profundamente. La voz tranquila continuaba desapasionadamente:

—Quería que supiera esto. Quería que lo supiera ahora, cuando debe parecerle a usted que está abandonado en el fondo de un pozo entre criaturas infrahumanas, que son lo único que queda de la humanidad. Quería que supiera, en su hora más desesperada, que el día de la liberación está mucho más cerca de lo que usted cree. Y había una razón especial por la que tenía que hablar con usted y contarle mi secreto antes de tiempo. ¿Ha oído hablar de lo que pasó con la fundición de acero de Orren Boyle en la costa de Maine?

—Sí —dijo Rearden, y se sorprendió al escuchar que la palabra surgió como un jadeo por la repentina sacudida de entusiasmo en su interior—. No sabía si era verdad.

—Es verdad. Yo lo hice. El señor Boyle no va a fabricar el Metal Rearden en la costa de Maine. No lo va a fabricar en ninguna parte. Y tampoco lo va a fabricar ningún otro piojo saqueador que piense que una directiva puede darle derecho al cerebro de usted. Quienquiera que intente producir el metal, verá sus hornos estallar, su maquinaria explotar, sus envíos destruidos, su planta incendiada..., tantas cosas le pasarán a cualquier hombre que lo intente que la gente dirá que hay una maldición en él, y pronto no habrá ningún trabajador en el país dispuesto a entrar en la planta de ningún nuevo fabricante de Metal Rearden. Si hombres como Boyle piensan que la fuerza es lo único que necesitan para robarles a los mejores, que vean qué pasa cuando los mejores deciden recurrir a la fuerza. Quería que usted supiera, señor Rearden, que ninguno de ellos producirá su metal ni ganará un centavo con él.

Al sentir un exultante deseo de reír —como había reído con la noticia del incendio de Wyatt, como había reído con el colapso de d'Anconia Copper..., y sabía que, si lo hacía, lo que esperaba que lo detuviera no lo liberaría esa vez, y nunca volvería a ver su fundición—, Rearden retrocedió y, por un momento, mantuvo los labios muy apretados para no emitir ningún sonido. Cuando pasó el momento, dijo en voz baja, con voz firme y sin brillo:

—Tome ese oro suyo y aléjese de aquí. No aceptaré la ayuda de un delincuente.

La cara de Danneskjöld no mostró ninguna reacción.

—No puedo obligarle a aceptar el oro, señor Rearden. Pero no me lo llevaré. Puede dejarlo ahí donde está, si lo desea.

—No quiero su ayuda y no tengo intención de protegerle. Si estuviera cerca de un teléfono, llamaría a la policía. Lo haría..., y lo haré si alguna vez intenta acercarse a mí de nuevo. Lo haré... por autoprotección.

—Entiendo exactamente lo que quiere decir.

—Usted sabe..., porque le he escuchado, porque usted me ha visto ansioso por oírlo, que no le he condenado como debería. No puedo condenarle a usted ni a nadie. Ya no hay estándares por los que los hombres se guíen, así que no me importa juzgar nada de lo que hacen hoy, o de qué

forma intentan soportar lo insoportable. Si ésa es su forma, le dejaré ir al infierno a su manera, pero no quiero tener nada que ver con eso..., ni como su inspiración ni como su cómplice. No espere que acepte jamás su cuenta bancaria, si es que existe. Gástela en alguna placa de blindaje adicional para usted mismo, porque voy a informar de esto a la policía y les daré todos los detalles que pueda para ponerlos sobre su pista.

Danneskjöld no se movió ni respondió. Un tren de carga pasó en algún lugar en la distancia y en la oscuridad; no podían verlo, pero oyeron el golpeteo de las ruedas llenando el silencio, y parecía estar cerca, como si un tren fantasma, reducido a una larga cadena de sonidos, estuviera pasando a su lado en la noche.

—¿Usted quería ayudarme en mi hora más desesperada? —dijo Rearden—. Si llego al punto en el que mi único defensor es un pirata, entonces ya no me importará más ser defendido. Usted habla un remanente de lenguaje humano, así que, en nombre de eso, le diré que no me queda ninguna esperanza, pero tengo el conocimiento de que, cuando llegue el fin, habré vivido según mis propias normas, aunque sea yo el único para quien sigan siendo válidas. Habré vivido en el mundo en el que yo empecé, y me hundiré con lo último de él. No creo que quiera entenderme, pero...

Un rayo de luz los golpeó con la violencia de un golpe físico. El estruendo del tren se había tragado el ruido del motor y no habían oído acercarse el coche que apareció por el lado del camino, detrás de la casa. No estaban en el trayecto del coche, pero oyeron el chirrido de frenos detrás de los dos faros, haciendo parar a una silueta invisible. Fue Rearden quien saltó hacia atrás involuntariamente, y tuvo tiempo de maravillarse de su compañero: la rapidez del autocontrol de Danneskjöld se reflejó en que él no se movió.

Era un coche de policía, y se detuvo al lado de ellos.

El conductor se asomó.

—¡Oh, es usted, señor Rearden! —dijo, llevándose los dedos a la gorra —. Buenas noches, señor.

—Hola —dijo Rearden, luchando por controlar la brusquedad antinatural de su voz.

Había dos hombres de patrulla en el asiento delantero del coche, y sus caras tenían un aspecto de tener un objetivo concreto, no el de parar con la intención habitual de detenerse para charlar.

—Señor Rearden, ¿ha venido usted desde la fundición por Edgewood Road, pasando por Blacksmith Cove?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Ha visto por casualidad a un hombre por esta zona, un extraño moviéndose a toda prisa?

—¿Dónde?

—Iría a pie o en un coche destartalado con un motor que vale un millón de dólares.

—¿Qué hombre?

—Un hombre alto con el pelo rubio.

—¿Quién es?

—No lo creería si se lo dijera, señor Rearden. ¿Lo ha visto?

Rearden no era consciente de sus propias preguntas, sólo del asombroso hecho de ser capaz de forzar sonidos más allá de alguna barrera que latía dentro de su garganta. Estaba mirando directamente al policía, pero sintió como si el foco de sus ojos hubiera cambiado a su visión periférica, y lo que veía con más claridad era el rostro de Danneskjöld mirándole sin expresión, sin ninguna línea y sin ningún músculo de emoción. Vio los brazos de Danneskjöld colgando ociosamente a sus costados, las manos relajadas, sin señal de intención de coger un arma, dejando al cuerpo alto y recto indefenso y abierto, como ante un escuadrón de fusilamiento. Vio, a la luz, que el rostro parecía más joven de lo que él había pensado, y que los ojos eran como el azul del cielo. Sintió que su único peligro sería mirar directamente a Danneskjöld, y mantuvo sus ojos en el policía, en los botones de latón de un uniforme azul, pero el objeto que llenaba su consciencia con más fuerza que una percepción visual era el cuerpo de Danneskjöld, el cuerpo desnudo bajo la ropa, el cuerpo que sería borrado de la existencia. No oyó sus propias palabras, porque no paraba de oír una única frase en su mente, sin contexto, excepto la sensación de que era la única cosa que le importaba a él en el mundo: «Si pierdo mi vida, ¿a qué mejor objetivo puedo dedicarla?».

—¿Lo ha visto, señor Rearden?

—No —dijo Rearden—. No lo he visto.

El policía se encogió de hombros, frustrado, y cerró las manos sobre el volante.

—¿No vio usted a ningún hombre que pareciera sospechoso?

—No.

—¿Ni ningún coche extraño con el que se cruzase en la carretera?

—No.

El policía hizo ademán de arrancar.

—Fueron informados de que había sido visto por estos parajes esta noche, y han tendido un cerco de captura en cinco condados. Se supone que no debemos mencionar su nombre, para no asustar a la gente, pero es un hombre cuya cabeza vale tres millones de dólares en recompensas por todo el mundo.

Había arrancado el motor, que estaba batiendo el aire con brillantes grietas de sonido, cuando el segundo policía se inclinó hacia delante. Había estado mirando el pelo rubio bajo la gorra de Danneskjöld.

—¿Quién es ése, señor Rearden? —preguntó.

—Mi nuevo guardaespaldas —dijo Rearden.

—¡Oh...! Una precaución sensata, señor Rearden, en tiempos como éstos. Buenas noches, señor.

El motor dio un tirón hacia delante. Los pilotos rojos del coche fueron reduciéndose camino abajo. Danneskjöld lo observó alejarse; luego, miró fijamente la mano derecha de Rearden. Rearden se dio cuenta de que se había estado encarando a los policías con la mano sosteniendo la pistola en su bolsillo, y que había estado dispuesto a usarla.

Abrió los dedos y sacó la mano precipitadamente. Danneskjöld sonrió. Era una sonrisa de regocijo radiante, la risa silenciosa de un espíritu claro y joven saludando un momento que se alegraba de haber vivido. Y la sonrisa hizo que Rearden pensara en Francisco d’Anconia, aunque esos dos hombres no se parecían.

—No ha dicho una mentira —dijo Ragnar Danneskjöld—. Su guardaespaldas, eso es lo que soy, y lo que mereceré ser de muchas más formas que las que usted puede saber por el momento. Gracias, señor Rearden, y hasta pronto... Nos volveremos a ver mucho antes de lo que yo esperaba.

Desapareció antes de que Rearden pudiera responder. Se desvaneció más allá de la cerca de piedra, tan abrupta y calladamente como había llegado. Cuando Rearden se volvió para mirar a través del campo de la granja, no había rastro de él, ni señal de movimiento en ninguna parte de la oscuridad.

Rearden se quedó de pie, al borde de un camino vacío en una extensión de soledad más vasta de lo que había parecido antes. Luego vio, tirado a sus pies, un objeto envuelto en arpillera, con una esquina expuesta y brillando a la luz de la luna, del color del cabello del pirata. Se agachó, lo recogió, y siguió andando.

Kip Chalmers soltó un taco cuando el tren dio un bandazo y derramó su cóctel sobre la mesa. Él se desplomó hacia delante, con el codo en el charco, y dijo:

—¡Malditos sean estos ferrocarriles! ¿Qué pasa con sus vías? ¡Cualquiera pensaría que, con todo el dinero que tienen, las podrían arreglar un poco, para que no tuviéramos que zarandearnos como granjeros en una carreta de heno!

Sus tres compañeros no se tomaron la molestia de contestar. Era tarde, y se habían quedado en el salón simplemente porque se necesitaba un esfuerzo para retirarse a sus compartimentos. Las luces de la sala parecían débiles ojos de buey en una niebla de humo de cigarrillo empapada de olor a alcohol. Era un vagón privado, que Chalmers había exigido y obtenido para su viaje; estaba enganchado al final del Comet, y oscilaba como la cola de un animal nervioso al enroscarse el Comet por las curvas de las montañas.

—Voy a hacer campaña por la nacionalización de los ferrocarriles —dijo Kip Chalmers, mirando desafiante a un hombre pequeño y canoso que lo miró sin interés—. Ésa va a ser mi plataforma política. Tengo que tener una plataforma para mi campaña. No me gusta Jim Taggart. Parece una almeja pasada por agua. ¡Al infierno con los ferrocarriles! Es hora de que asumamos el control.

—Mejor vete a dormir —dijo el hombre—, si es que esperas parecer algo remotamente humano en el gran mitin de mañana.

—¿Crees que lo lograremos?

—Tienes que lograrlo.

—Sé que tengo que hacerlo. Pero no creo que lleguemos a tiempo. Este maldito caracol superespecial lleva horas de retraso.

—*Tienes* que llegar allí, Kip —dijo el hombre amenazadoramente, en esa obstinada monotonía de lo irreflexivo que afirma un fin sin preocuparse de los medios.

—Maldito seas, ¿no supones que lo sé?

Kip Chalmers tenía el pelo rubio rizado y una boca sin forma. Provenía de una familia semirrica y semidistinguida, pero se burlaba de la riqueza y de la distinción de una forma que implicaba que sólo un aristócrata de alto rango podría permitirse tal grado de cínica indiferencia. Se había graduado en una universidad especializada en criar ese tipo de aristocracia. La universidad le había enseñado que el objetivo de las ideas es engañar a quienes son tan estúpidos como para pensar. Se había abierto paso en Washington con la gracia de un ladrón, escalando de un departamento a otro como si fuera de una cornisa a otra en una estructura en desmoronamiento. Estaba considerado como semipoderoso, pero sus modales hacían que los legos lo confundieran nada menos que con Wesley Mouch.

Por razones de su estrategia particular, Kip Chalmers había decidido meterse en la política popular y postularse como legislador por California, aunque no conocía nada sobre ese estado excepto la industria cinematográfica y los clubes de playa. Su gerente de campaña había hecho el trabajo preliminar, y Chalmers estaba ahora camino de verse cara a cara con sus futuros electores por primera vez en un mitin pregonado a bombo y platillo en San Francisco la noche del día siguiente. El gerente había querido que él saliera un día antes, pero Chalmers se había quedado en Washington para asistir a un cóctel, y había tomado el último tren posible. No había mostrado ninguna preocupación por el mitin hasta esa noche, cuando se dio cuenta de que el Comet llevaba seis horas de retraso.

A sus tres compañeros no les importaba su estado de ánimo: lo que les gustaba era su licor. Lester Tuck, su gerente de campaña, era un hombre pequeño y entrado en años con una cara que parecía hundida por un golpe y que nunca se había recuperado. Era un abogado que, algunas generaciones antes, habría representado a carteristas y a gente que simula accidentes en los locales de empresas ricas; ahora descubrió que podía tener más éxito representando a hombres como Kip Chalmers.

Laura Bradford era la actual amante de Chalmers; a él le gustaba ella porque su predecesor había sido Wesley Mouch. Era una actriz de cine que se había abierto camino a la fuerza, pasando de ser una actriz de segunda a

ser una estrella incompetente, pero no durmiendo con los ejecutivos de cine, sino tomando el atajo de larga distancia de dormir con burócratas. En las entrevistas de la prensa, ella no hablaba de glamur, sino de economía, y lo hacía en el estilo beligerante y recto de un tabloide de tercera categoría; su economía consistía en la afirmación de que «tenemos que ayudar a los pobres».

Gilbert Keith-Worthing era un invitado de Chalmers, por alguna razón que ni uno ni otro podían discernir. Era un novelista británico de fama mundial que había sido popular treinta años antes; desde entonces, nadie se había molestado en leer lo que escribió, pero todo el mundo lo aceptaba como un clásico viviente. Había sido considerado profundo por decir cosas como: «¿Libertad? No hablemos de libertad. La libertad es imposible. El hombre nunca puede estar libre de hambre, de frío, de enfermedades, de accidentes físicos. Nunca puede estar libre de la tiranía de la naturaleza. Entonces ¿por qué debería objetar contra la tiranía de una dictadura política?». Cuando toda Europa puso en práctica las ideas que él había predicado, se fue a vivir a Estados Unidos. A lo largo de los años, su estilo de escritura y su cuerpo se habían vuelto flácidos. A los setenta años de edad era un anciano obeso con el pelo teñido y una actitud de cinismo desdeñoso adornado por citas de yoguis sobre la futilidad de todo esfuerzo humano. Kip Chalmers lo había invitado, porque invitarlo le había parecido que era algo distinguido. Gilbert Keith-Worthing había ido porque no tenía ningún otro lugar adonde ir.

—¡Maldita sea esta gente del ferrocarril! —dijo Kip Chalmers—. Lo están haciendo a propósito. Quieren arruinar mi campaña. ¡No puedo perderme ese mitin! ¡Por el amor de Dios, Lester, haz algo!

—Lo he intentado —dijo Lester Tuck.

En la última parada del tren, Tuck había intentado, por teléfono de larga distancia, encontrar transporte aéreo para completar su viaje; pero no había vuelos comerciales programados en los próximos dos días.

—¡Si no consiguen que llegue a tiempo, les arrancaré sus cabelleras y su ferrocarril! ¿No podemos decirle a ese maldito maquinista que se dé prisa?

—Se lo has dicho tres veces.

—Haré que lo despidan. Sólo me ha dado un montón de excusas sobre todos sus enredados problemas técnicos. Yo espero transporte, no excusas. No pueden tratarme como a un pasajero cualquiera. Espero que me lleven adonde yo quiero, y cuando yo quiero. ¿No saben que estoy en este tren?

—A estas alturas ya lo saben —dijo Laura Bradford—. Cállate, Kip. Me aburres.

Chalmers volvió a llenar su vaso. El vagón oscilaba, y la cristalería tintineaba débilmente en los estantes del bar. Los parches de cielo estrellado en las ventanas seguían balanceándose bruscamente, y parecía como si las estrellas estuvieran tintineando unas contra otras. No podían ver nada al otro lado del ventanal de observación al final del vagón, excepto los pequeños halos de faroles rojos y verdes que marcaban la parte trasera del tren, y un corto trecho de raíl alejándose de ellos hacia la oscuridad. Un muro de roca estaba haciendo una carrera con el tren, y las estrellas se sumergían de vez en cuando en una brecha repentina que perfilaba, muy por encima de ellos, los picos de las montañas de Colorado.

—Montañas... —dijo Gilbert Keith-Worthing, con satisfacción—. Es un espectáculo de ese tipo el que nos hace sentir la insignificancia del hombre. ¿Qué es ese presuntuoso pedacito de raíl, que los crudos materialistas están tan orgullosos de construir, comparado con esa grandeza eterna? No más que el hilván de una costurera en el dobladillo de la prenda de la naturaleza. Si uno solo de esos gigantes de granito decidiera desmoronarse, aniquilaría este tren.

—¿Por qué iría a decidir desmoronarse? —preguntó Laura Bradford, sin ningún interés en particular.

—Creo que este maldito tren está yendo más despacio —dijo Kip Chalmers.

—¡Esos desgraciados están desacelerando, a pesar de lo que les dije!

—Bueno, son las montañas, ya sabes —dijo Lester Tuck.

—¡Al demonio las montañas! Lester, ¿qué día es hoy? Con todos esos malditos cambios de horario, no puedo decir qué día...

—Es el veintisiete de mayo —suspiró Lester Tuck.

—Es el veintiocho de mayo —dijo Gilbert Keith-Worthing, mirando su reloj—. Ahora pasan doce minutos de la medianoche.

—¡Jesús! —gritó Chalmers—. ¿Entonces el mitin es *hoy*?

—Sí —dijo Lester Tuck—. ¡No llegaremos! Vamos...

El tren dio una sacudida más fuerte, arrebatándole el vaso de la mano. El ligero sonido que produjo al chocar contra el suelo se mezcló con el chirrido de las bridas de las ruedas rasgando contra el raíl de una curva pronunciada.

—Oye —preguntó Gilbert Keith-Worthing nerviosamente—, ¿son seguros vuestros ferrocarriles?

—¡Diablos, sí! —dijo Kip Chalmers—. ¡Tenemos tantas reglas, tantas regulaciones y tantos controles que esos desgraciados no se atreverían a que no fueran seguros...! Lester, ¿cuánto nos falta? ¿Cuál es la próxima parada?

—No habrá ninguna parada hasta Salt Lake City.

—Quiero decir, ¿cuál es la próxima estación?

Lester Tuck sacó un mapa usado que había estado consultando cada pocos minutos desde que había anochecido.

—Winston —dijo—. Winston, Colorado.

Kip Chalmers extendió el brazo hacia otro vaso.

—Tinky Holloway dijo que Wesley aseguró que si no ganas estas elecciones, estás acabado —dijo Laura Bradford.

Ella estaba arrellanada en su silla, mirando más allá de Chalmers, estudiando su propia cara en un espejo en la pared del salón; estaba aburrida, y le divertía provocar el impotente enojo de él.

—Oh, eso dijo, ¿eh?

—Ajá. Wesley no quiere que..., ¿cómo se llama...?, como se llame ese que está compitiendo contigo, no quiere que entre en la Cámara Legislativa. Si no ganas, Wesley estará fastidiado como no te puedes ni imaginar. Tinky dijo que...

—¡Maldito sea ese bastardo! ¡Más le vale cuidar de su propio pellejo!

—Oh, no sé. A Wesley le cae muy bien —dijo ella. Y añadió—: Tinky Holloway no permitiría que un tren miserable le hiciera perder una reunión importante *a él*. No se atreverían a retrasarlo a él.

Kip Chalmers se quedó mirando su vaso.

—Voy a hacer que el gobierno confisque todos los ferrocarriles —dijo en voz baja.

—De verdad —dijo Gilbert Keith-Worthing—, no veo por qué no lo habéis hecho hace mucho tiempo. Éste es el único país en el mundo lo suficientemente atrasado como para permitir la propiedad privada de los ferrocarriles.

—Bueno, estamos llegando a vuestro nivel —dijo Kip Chalmers.

—Tu país es increíblemente ingenuo. Es un verdadero anacronismo. Tanto hablar de libertad y derechos humanos..., no he oído eso desde los días de mi bisabuelo. No es más que un lujo verbal de los ricos. A fin de cuentas, no hay ninguna diferencia para los pobres si su sustento está a merced de un empresario o de un burócrata.

—El día de los empresarios ya ha pasado. Éste es el día de...

La sacudida se sintió como si el aire dentro del vagón los lanzara hacia delante mientras el suelo se detenía bajo sus pies. Kip Chalmers fue arrojado a la alfombra. Gilbert Keith-Worthing fue arrojado sobre la mesa, las luces se apagaron de golpe. Los vasos cayeron de las estanterías, el acero de las paredes gruñó como si estuviera a punto de rasgarse, mientras un golpe sordo y distante pasó como una convulsión a través de las ruedas del tren.

Cuando levantó la cabeza, Chalmers vio que el vagón estaba intacto y quieto; oyó los gemidos de sus compañeros y el primer chillido de histeria de Laura Bradford. Se arrastró por el suelo hasta la puerta, la abrió de golpe y se dejó caer por los escalones. En la distancia, al lado de una curva, vio linternas moviéndose y un resplandor rojo en un lugar donde la locomotora no tenía por qué estar. Fue tambaleándose a través de la oscuridad, tropezando con figuras medio vestidas que agitaban las inútiles llamas de fósforos. En algún lugar a lo largo de la línea, vio a un hombre con una linterna y lo agarró del brazo. Era el revisor.

—¿Qué ha pasado? —jadeó Chalmers.

—Raíl partido —respondió el revisor, impasible—. La locomotora se ha salido de la vía.

—¿Se ha salido...?

—Está de lado.

—¿Hay algún... muerto?

—No. El maquinista está bien. El fogonero está herido.

—¿Raíl partido? ¿Qué quiere decir, raíl partido?

La cara del revisor tenía una mirada extraña: era sombría, acusadora y cerrada.

—El raíl se desgasta, señor Chalmers —respondió con un extraño tipo de énfasis—. Sobre todo en las curvas.

—¿No sabían que estaba desgastado?

—*Nosotros* lo sabíamos.

—Entonces ¿por qué no hicieron que lo reemplazaran?

—Lo iban a reemplazar. Pero el señor Locey canceló ese plan.

—¿Quién es el señor Locey?

—El hombre que no es nuestro vicepresidente de Operaciones.

Chalmers se preguntó por qué el revisor parecía mirarlo como si algo sobre la catástrofe fuera culpa suya.

—Bueno, bueno, ¿no van a volver a poner la locomotora de nuevo sobre la vía?

—Esa locomotora nunca volverá a ser puesta en ninguna vía, por la pinta que tiene.

—Pero... ¡el tren tiene que llevarnos!

—No puede.

Más allá de las pocas llamas que se movían y de los apagados sonidos de gritos, Chalmers sintió de repente, sin querer mirar, la negra inmensidad de las montañas, el silencio de cientos de kilómetros deshabitados, y la precaria franja de una cornisa que colgaba entre una pared de roca y un abismo. Agarró el brazo del revisor con más fuerza.

—Pero..., pero ¿qué vamos a hacer?

—El maquinista ha ido a llamar a Winston.

—¿A llamar? ¿Cómo?

—Hay un teléfono a un par de kilómetros de aquí, al lado de la vía.

—¿Van a sacarnos de aquí?

—Lo harán.

—Pero... —Entonces su mente hizo una conexión con el pasado y el futuro, y su voz se elevó hasta convertirse en un grito por primera vez—: ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar?

—No lo sé —dijo el revisor. Apartó la mano de Chalmers de su brazo y se alejó.

El operador nocturno de la estación de Winston escuchó el mensaje telefónico, dejó caer el auricular y corrió escaleras arriba para sacar de la cama al jefe de estación. El jefe de estación era un tipo hosco y reservado que había sido asignado a su puesto hacía diez días, por orden del nuevo superintendente de división. Se puso de pie, aturdido, pero se despertó del todo y de golpe cuando las palabras del operador llegaron a su cerebro.

—¿Qué? —jadeó—. ¡Dios mío! ¿El Comet...? Bueno, ¡no te quedes ahí temblando! ¡Llama a Silver Springs!

El gerente de circulación nocturno de la División principal en Silver Springs escuchó el mensaje; luego llamó por teléfono a Dave Mitchum, el nuevo superintendente de la División de Colorado.

—¿El Comet? —jadeó Mitchum, su mano presionando el auricular del teléfono contra su oreja, sus pies golpeando el piso y sacándolo de la cama —. ¿La locomotora está descompuesta? ¿La *diésel*?

—Sí, señor.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿Qué vamos a hacer? — Luego, recordando su posición, agregó—: Bueno, envía el tren de emergencia.

—Ya lo he hecho.

—Llama al operador de Sherwood para que retenga todo el tráfico.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué tienes en la hoja?

—El especial de carga del ejército, en dirección oeste. Pero faltan unas cuatro horas para que llegue. Va con retraso.

—Bajo enseguida. Espera, escucha, diles a Bill, a Sandy y a Clarence que estén ahí cuando yo llegue. ¡Se va a armar la de Dios!

Dave Mitchum siempre se había quejado de la injusticia, porque, decía, él siempre había tenido mala suerte. Lo explicaba hablando sombríamente sobre la conspiración de los grandes colegas, que nunca le dieron una oportunidad, aunque no explicó exactamente a quién se refería con «los grandes colegas». La antigüedad en el servicio era su tema favorito para quejarse, y su único estándar de valor; había estado en el negocio del ferrocarril más tiempo que muchos de los hombres que habían ascendido más que él; eso, decía, era una prueba de la injusticia del sistema social, aunque nunca explicó exactamente lo que quería decir con «el sistema social». Había trabajado para muchos ferrocarriles, pero no había durado mucho tiempo en ninguno de ellos. Sus empleadores no habían hecho acusaciones específicas contra él, pero, simplemente, habían prescindido de sus servicios porque, con demasiada frecuencia, él decía: «¡Nadie me dijo que lo hiciera!». Él no sabía que debía su trabajo actual a un acuerdo entre James Taggart y Wesley Mouch: cuando Taggart le intercambió a Mouch el secreto de la vida privada de su hermana por un aumento de tarifas, Mouch

le hizo incluir un favor adicional, según sus reglas normales de negociación, las cuales consistían en exprimir todo lo que uno pudiera de cualquier intercambio concreto. El favor adicional fue darle empleo a Dave Mitchum, que era el cuñado de Claude Slagenhop, que era el presidente de los Amigos del Progreso Global, que era considerado por Mouch una influencia valiosa en la opinión pública. James Taggart le pasó la responsabilidad de encontrar un empleo para Mitchum a Clifton Locey. Locey le dio a Mitchum el primer trabajo que surgió —el de superintendente de la División de Colorado— cuando el hombre que lo tenía renunció sin previo aviso. El hombre renunció cuando le dieron la locomotora diésel adicional de la estación de Winston al Especial de Chick Morrison.

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Dave Mitchum, al llegar corriendo, a medio vestir y aturdido por el sueño, a su oficina, donde el jefe de expediciones, el jefe de estación y el encargado de locomotoras lo estaban esperando.

Ninguno de los tres hombres respondió. Eran hombres de mediana edad, con años de servicio ferroviario a sus espaldas. Un mes antes, habrían ofrecido voluntariamente su consejo en cualquier emergencia; pero estaban empezando a aprender que las cosas habían cambiado y que era peligroso hablar.

—¿Qué demonios vamos a hacer?

—Una cosa está clara —dijo Bill Brent, el jefe de expediciones—. No podemos mandar un tren al túnel con una locomotora de carbón.

Los ojos de Dave Mitchum se tornaron sombríos: sabía que ése era el único pensamiento en las mentes de todos ellos; deseó que Brent no lo hubiera nombrado.

—Bueno, ¿dónde vamos a conseguir una diésel? —preguntó furiosamente.

—No vamos a hacerlo —dijo el encargado de locomotoras.

—Pero ¡no podemos mantener al Comet esperando en un apartadero toda la noche!

—Parece que tendremos que hacerlo —dijo el jefe de estación—. ¿Para qué hablar de eso, Dave? Sabes que no hay ninguna diésel en ninguna parte de la división.

—Pero, Cristo Todopoderoso, ¿cómo esperan que movamos trenes sin locomotoras?

—La señorita Taggart no lo hacía —dijo el encargado de locomotoras —. El señor Locey sí.

—Bill, ¿no hay algo transcontinental que vaya a llegar esta noche, con algún tipo de diésel? —preguntó Mitchum, con el tono de estar pidiendo un favor.

—El primero en venir —dijo Bill Brent, implacable— será el número 236, el transporte rápido desde San Francisco, que debe llegar a Winston a las siete y dieciocho de la mañana. —Y añadió—: Ésa es la diésel más cercana a nosotros en este momento. Lo he comprobado.

—¿Qué pasa con el Especial del ejército?

—Mejor ni lo pienses, Dave. Ése tiene prioridad sobre todo lo demás en la línea, incluyendo el Comet, por orden del ejército. Va con retraso, para empezar..., las cajas de engrase se han incendiado dos veces. Llevan municiones para los arsenales de la costa oeste. Mejor rezar para que nada los detenga en tu división. Si crees que nos la vamos a cargar por retener al Comet, eso no es nada comparado con la que nos caerá encima si detenemos a ese Especial.

Permanecieron en silencio. Las ventanas estaban abiertas a la noche de verano, y podían oír el timbre del teléfono en la oficina del gerente de circulación, en el piso de abajo. Las luces de señales parpadeaban en los campos desiertos que en otros tiempos habían sido un bullicioso punto de la división.

Mitchum miró hacia la casa de máquinas, donde las oscuras siluetas de unas cuantas máquinas de vapor se perfilaban en una luz tenue.

—El túnel... —dijo, y paró.

—Tiene doce kilómetros de largo —dijo el jefe de estación, con un áspero énfasis.

—Sólo estaba pensando —espetó Mitchum.

—Mejor ni lo pienses —dijo Brent suavemente.

—¡Yo no he dicho nada!

—¿Cuál fue esa conversación que tuvo usted con Dick Horton antes de que renunciara? —preguntó el encargado de locomotoras demasiado inocentemente, como si el tema fuese irrelevante—. ¿No fue algo sobre el sistema de ventilación del túnel, que estaba reventado? ¿No dijo que el túnel no era seguro en la actualidad, ni siquiera para las locomotoras diésel?

—¿Por qué sacas eso a relucir? —espetó Mitchum—. ¡Yo no he dicho nada!

Dick Horton, el ingeniero jefe de la división, había renunciado tres días después de la llegada de Mitchum.

—Pensé sólo que debería mencionarlo —respondió el encargado de locomotoras inocentemente.

—Mira, Dave —dijo Bill Brent, sabiendo que Mitchum se demoraría una hora más antes de tomar una decisión—, sabes que sólo hay una cosa que podamos hacer: retener al Comet en Winston hasta mañana temprano, esperar el número 236, hacer que su diésel lleve al Comet al otro lado del túnel, y luego dejar que el Comet termine su camino con la mejor locomotora de carbón que podamos darle al otro lado.

—Pero ¿cuánto lo atrasará eso?

Brent se encogió de hombros.

—Doce horas..., dieciocho horas..., ¿quién sabe?

—¿Dieciocho horas... para el Comet? ¡Dios, eso nunca ha sucedido antes!

—Nada de lo que ha estado pasando ha sucedido antes —dijo Brent, con un sorprendente sonido de cansancio en su voz activa y competente.

—Pero ¡nos culparán por eso en Nueva York! ¡Nos echarán toda la culpa a nosotros!

Brent se encogió de hombros. Un mes atrás, habría considerado inconcebible tal injusticia; hoy, él había aprendido la lección.

—Supongo... —dijo Mitchum miserablemente—, supongo que no hay nada más que podamos hacer.

—No lo hay, Dave.

—¡Oh, Dios! ¿Por qué nos está pasando esto a nosotros?

—¿Quién es John Galt?

Eran las dos y media cuando el Comet, arrastrado por una vieja locomotora de maniobras, se paró de golpe en un apartadero de la estación de Winston. Kip Chalmers miró con una furia incrédula las pocas chabolas que había en una desolada ladera de la montaña y la antigua casucha de una estación.

—¿Y ahora qué? ¿Para qué demonios se detienen *aquí*? —gritó, y tocó el timbre para llamar al revisor.

Al volver a moverse y recobrar su seguridad, su terror se había convertido en rabia. Se sentía casi como si hubiera sido engañado por haberle hecho experimentar un temor innecesario. Sus compañeros seguían aferrados a las mesas del salón; estaban demasiado alterados para dormir.

—¿Que cuánto tiempo? —dijo el revisor impasiblemente, en respuesta a su pregunta—. Hasta mañana temprano, señor Chalmers.

Chalmers lo miró, estupefacto.

—¿Vamos a estar aquí hasta mañana por la mañana?

—Sí, señor Chalmers.

—*¿Aquí?*

—Sí.

—Pero ¡tengo un mitin en San Francisco por la noche!

El revisor no respondió.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que parar? ¿Por qué demonios? ¿Qué ha pasado?

Lentamente, pacientemente, con una desdeñosa cortesía, el revisor le dio una explicación exacta de la situación. Pero años atrás, en la escuela primaria, en la escuela secundaria, en la universidad, a Kip Chalmers le habían enseñado que el hombre no vive ni necesita vivir guiado por la razón.

—¡Maldito sea vuestro túnel! —gritó Chalmers—. ¿Crees que voy a dejar que me retengáis aquí por un miserable túnel? ¿Quieres destruir planes nacionales vitales a causa de un túnel? ¡Dile a tu maquinista que debo estar en San Francisco por la noche y que tiene que llevarme allí!

—¿Cómo?

—¡Eso es *vuestro* trabajo, no el mío!

—No hay forma de hacerlo.

—¡Entonces encuentra una forma, maldito seas!

El revisor no respondió.

—¿Crees que voy a dejar que vuestros miserables problemas técnicos interfieran con problemas sociales cruciales? ¿Sabes quién soy? ¡Dile a ese maquinista que se ponga en marcha, si es que valora su empleo!

—El maquinista tiene sus órdenes.

—¡Al diablo las órdenes! ¡*Yo* soy quien da las órdenes estos días! ¡Dile que se ponga en marcha inmediatamente!

—Tal vez sea mejor que usted hable con el jefe de estación, señor Chalmers. No tengo autoridad para responderle como me gustaría —dijo el revisor, y salió.

Chalmers se levantó de un salto.

—Oye, Kip... —dijo Lester Tuck con inquietud—, puede que sea verdad..., tal vez no puedan hacerlo.

—¡Pueden, si tienen que hacerlo! —espetó Chalmers, marchando resueltamente hacia la puerta.

Años atrás, en la universidad, le habían enseñado que el único medio eficaz para impulsar a los hombres a la acción era el miedo.

En la destartalada oficina de la estación de Winston, Chalmers se enfrentó a un hombre soñoliento con rasgos laxos y cansados, y también a un muchacho joven que estaba sentado en el escritorio del operador. Ellos escucharon, en silencioso estupor, una retahíla de blasfemias como nunca habían oído antes de ninguna cuadrilla de trabajo.

—... y no es *mi* problema cómo podéis lograr que el tren pase por el túnel, ¡eso tenéis que resolverlo *vosotros*! —concluyó Chalmers—. Pero si no me conseguís una locomotora y no arrancáis ese tren, ¡podéis despediros de vuestros trabajos, de vuestros permisos de trabajo, y de todo este maldito ferrocarril!

El jefe de estación nunca había oído hablar de Kip Chalmers y no sabía la naturaleza de su posición. Pero sabía que ése era el día en que hombres desconocidos en posiciones indefinidas tenían un poder ilimitado: el poder de la vida o la muerte.

—No depende de nosotros, señor Chalmers —dijo, suplicando—. Nosotros no emitimos las órdenes aquí. La orden vino de Silver Springs. Supongamos que usted llama al señor Mitchum y...

—¿Quién es el señor Mitchum?

—Es el superintendente de división en Silver Springs. Supongamos que usted le envía un mensaje a...

—¡Que me moleste con un superintendente de división! Le enviaré un mensaje a Jim Taggart, ¡eso es lo que voy a hacer!

Antes de que el jefe de estación tuviera tiempo de recuperarse, Chalmers se volvió hacia el muchacho y le ordenó:

—¡Tú..., escribe esto y envíalo de inmediato!

Era un mensaje que, un mes antes, el jefe de estación no habría aceptado de ningún pasajero; el reglamento lo prohibía; pero él ya no estaba seguro de ningún reglamento. Chalmers dictó:

—Señor James Taggart, Ciudad de Nueva York. Estoy retenido en el Comet en Winston, Colorado, por la incompetencia de sus hombres, que se niegan a proporcionarme una locomotora. Tengo reunión en San Francisco por la tarde de importancia nacional de alto nivel. Si no pone mi tren en marcha de inmediato, le dejaré adivinar las consecuencias. Kip Chalmers.

Después de que el muchacho transmitiera las palabras por los cables que se extendían de poste a poste a través de un continente como guardianes de la vía de Taggart, y después de que Kip Chalmers volviera a su vagón a esperar una respuesta, el jefe de estación llamó a Dave Mitchum, que era su amigo, y le leyó el texto del mensaje. Oyó a Mitchum gemir como respuesta.

—Pensé que debería decírtelo, Dave. Nunca oí hablar de este tipo antes, pero a lo mejor es alguien importante.

—¡No lo sé! —se quejó Mitchum—. ¿Kip Chalmers? Su nombre figura en los periódicos todo el tiempo, justo al lado de todos los muchachos de alto nivel. No sé lo que es, pero si es de Washington no podemos arriesgarnos. Oh, Dios, ¿qué vamos a hacer?

«No podemos arriesgarnos», pensó el operador de Taggart en Nueva York, y transmitió el mensaje por teléfono a la casa de James Taggart. Eran casi las seis de la madrugada en Nueva York, y James Taggart fue despertado del sueño inestable de una noche inquieta. Escuchó el teléfono, con el rostro hundido. Sintió el mismo miedo que el jefe de estación de Winston, y por la misma razón.

Llamó a la casa de Clifton Locey. Toda la rabia que no pudo volcar sobre Kip Chalmers la volcó por el cable del teléfono sobre Clifton Locey.

—¡Haz algo! —gritó Taggart—. No me importa lo que hagas, es *tu* trabajo, no el mío, pero ¡asegúrate de que ese tren llegue! ¿Qué demonios está pasando? ¡No he oído nada de que el Comet estuviera parado! ¿Así es como diriges tu departamento? ¡No tiene gracia el que pasajeros importantes tengan que empezar a enviarme mensajes *a mí*! ¡Por lo menos, cuando mi hermana dirigía el cotarro, no me despertaban a media noche por cada clavo que se rompía en Iowa..., en Colorado, quiero decir!

—Lo siento mucho, Jim —dijo Clifton Locey con tacto, en un tono que equilibraba las disculpas, la tranquilidad, y el nivel exacto de confianza condescendiente—. Es sólo un malentendido. Debe ser un estúpido error de alguien. No te preocupes, yo me encargaré de ello. De hecho, estaba en la cama, pero me ocuparé de eso de inmediato.

Clifton Locey no estaba en la cama; acababa de regresar de una ronda de clubes nocturnos, en compañía de una joven. Le pidió a la chica que esperara, y se fue rápidamente a las oficinas de Taggart Transcontinental. Ninguno de los empleados del turno de noche que lo vieron supo decir por qué había decidido aparecer en persona, pero tampoco pudieron decir que había sido innecesario. Entró y salió apresuradamente de varias oficinas, fue visto por muchas personas, y dio una impresión de gran actividad. El único resultado físico fue una orden que pasó por telegrama a Dave Mitchum, superintendente de la División de Colorado: «Dale una locomotora al señor Chalmers de inmediato. Manda al Comet por el túnel de forma segura y sin retrasos innecesarios. Si eres incapaz de realizar tus deberes, te haré responsable ante la Junta de Unificación. Clifton Locey».

Luego, tras llamar a su amiga para pedirle que lo acompañara, Clifton Locey se fue en coche a una casa rural para asegurarse de que nadie pudiera encontrarlo en las próximas horas.

El gerente de circulación de Silver Springs se quedó estupefacto por la orden que le entregó a Dave Mitchum, pero Dave Mitchum entendió. Sabía que ninguna orden ferroviaria hablaría en términos tales como «darle una locomotora a un pasajero»; sabía que se trataba de una fachada, adivinó qué tipo de espectáculo se estaba montando, y sintió un sudor frío al darse cuenta de quién estaba siendo enmarcado como el chivo expiatorio del espectáculo.

—¿Qué pasa, Dave? —preguntó el jefe de estación.

Mitchum no respondió. Cogió el teléfono, y le temblaron las manos al suplicar que le conectaran con el operador de Taggart en Nueva York. Parecía un animal preso en una trampa.

Le suplicó a la operadora de Nueva York que le pusiera con la casa del señor Clifton Locey. La operadora lo intentó. No había respuesta. Le suplicó a la operadora que siguiera intentando y probando todos los

números en que se le ocurriera que pudiera encontrarse al señor Locey. La operadora se lo prometió, y Mitchum colgó, pero sabía que era inútil esperar o hablar con alguien en el departamento de Locey.

—¿Qué pasa, Dave?

Mitchum le entregó la orden, y vio, por la expresión del jefe de estación, que la trampa era tan mala como había sospechado.

Llamó a la sede regional de Taggart Transcontinental en Omaha, Nebraska, y suplicó hablar con el gerente general de la región. Hubo un breve silencio en la línea; luego, la voz del operador de Omaha le dijo que el gerente general había renunciado y se había esfumado hacía tres días, «por un pequeño problema con el señor Locey», añadió la voz.

Pidió hablar con el asistente del director general a cargo de su distrito concreto; pero el asistente estaba fuera de la ciudad durante el fin de semana, y no estaba disponible.

—¡Consígueme a alguien! —gritó Mitchum—. ¡A quien sea, de cualquier distrito! ¡Por el amor de Dios, consígueme a alguien que me diga qué hacer!

El hombre que se puso al teléfono era el asistente del gerente general del distrito de Iowa-Minnesota.

—¿Qué? —interrumpió ante las primeras palabras de Mitchum—. ¿En Winston, Colorado? ¿Por qué demonios me llamas *a mí*...? No, no me digas lo que pasó, ¡no quiero saberlo...! ¡No!, ¡he dicho que no! ¡No! No vas a encasquetarme eso a mí para que yo tenga que explicar después por qué hice o no hice algo, sea lo que sea. ¡No es *mi* problema...! Habla con algún ejecutivo de la región, no la tomes conmigo, ¿qué tengo yo que ver con Colorado...? Oh, diablos, no sé, llama al ingeniero jefe, ¡habla con él!

El ingeniero jefe de la Región Central respondió con impaciencia:

—¿Sí? ¿Qué? ¿Qué pasa? —Y Mitchum se apresuró desesperadamente a explicar. Cuando el ingeniero jefe oyó que no había ninguna diésel, dijo bruscamente—: ¡Entonces retén el tren, por supuesto! —Cuando oyó hablar del señor Chalmers, dijo, con una voz repentinamente apagada—: ¿Mmm..., Kip Chalmers? ¿De Washington...? Bueno, no sé. Eso sería un asunto que tendría que decidir el señor Locey.

—El señor Locey —dijo entonces Mitchum— me ordenó que lo arreglara, pero...

—¡Entonces, haz exactamente lo que dice el señor Locey! —dijo el ingeniero jefe con gran alivio, y colgó.

Dave Mitchum colgó el receptor del teléfono cuidadosamente. Había dejado de gritar. En vez de eso, se fue de puntillas a una silla, casi como si estuviera escondiéndose. Se sentó mirando la orden del señor Locey durante largo rato.

Luego, le echó un vistazo a la sala. El gerente de circulación estaba ocupado al teléfono. El jefe de estación y el encargado de locomotoras estaban allí, pero fingían no estar esperando. Deseó que Bill Brent, el jefe de expediciones, se fuera a su casa; Bill Brent estaba en un rincón, mirándolo.

Brent era un hombre bajo y delgado con hombros anchos; tenía cuarenta años de edad, pero parecía más joven; tenía la cara pálida de un empleado de oficina y los rasgos duros y delgados de un vaquero. Era el mejor gerente de circulación del sistema.

Mitchum se levantó bruscamente y subió la escalera hasta su oficina, empuñando la orden de Locey en la mano.

Dave Mitchum no era bueno para entender problemas de ingeniería y transporte, pero entendía a hombres como Clifton Locey. Entendió el tipo de juego que los ejecutivos de Nueva York estaban haciendo y lo que ahora le estaban haciendo a él. La orden no decía que le entregara al señor Chalmers una locomotora de carbón, simplemente «una locomotora». Si llegara el momento de responder a preguntas, ¿no le gritaría el señor Locey con airada indignación que esperaba que un superintendente de división supiera que sólo una locomotora diésel podría ser entendida en esa orden? La orden indicaba que debía enviar al Comet por el túnel *«de forma segura»* —¿no era de esperar que el superintendente de la división supiera qué era seguro?— y «sin retrasos innecesarios». ¿Qué era un retraso *innecesario*? Si se contemplara la posibilidad de un gran desastre, ¿no podría un retraso de una semana o de un mes ser considerado necesario?

A los ejecutivos de Nueva York no les importaba, pensó Mitchum; no les importaba si el señor Chalmers llegaba a su reunión a tiempo, o si una catástrofe sin precedentes ocurría en sus vías; sólo les importaba estar seguros de no ser culpados por ninguna de las dos cosas. Si él retuviera el tren, lo convertirían a él en el chivo expiatorio para aplacar la ira del señor Chalmers; si enviara el tren y no llegara a la salida occidental del túnel, le

echarían la culpa a su incompetencia; afirmarían que había actuado contra sus órdenes, en cualquier caso. ¿Qué sería él capaz de demostrar? ¿A quién? Uno no puede demostrar nada ante un tribunal que no tiene ninguna política establecida, ningún procedimiento definido, ninguna regla de evidencia, ningún principio vinculante..., un tribunal como la Junta de Unificación, que declaraba a los hombres culpables o inocentes según considerara oportuno, sin ningún estándar de culpa o de inocencia.

Dave Mitchum no sabía nada de la filosofía del derecho; pero sabía que, cuando un tribunal no está sujeto a ninguna regla, tampoco está sujeto a ningún hecho, y entonces una audiencia no es un asunto de justicia, sino un asunto de hombres, y tu destino no depende de lo que hayas hecho o no hayas hecho, sino de a quiénes conoces o no conoces. Se preguntó a sí mismo qué posibilidades de defensa tendría él en una audiencia como ésa contra el señor James Taggart, el señor Clifton Locey, el señor Kip Chalmers y sus poderosos amigos.

Dave Mitchum había pasado su vida eludiendo la necesidad de tomar decisiones; lo había hecho esperando que le dijeran qué hacer, sin jamás estar seguro de nada. Lo único que ahora permitía que entrara en su cerebro era un largo e indignado gimoteo contra la injusticia. El destino, pensó, lo había elegido a él con una injusta cantidad de mala suerte: sus superiores lo habían incriminado en el único buen empleo que había tenido jamás. Nunca le habían enseñado a comprender que la manera en que consiguió ese trabajo y la posibilidad de ser incriminado eran partes inseparables de un todo.

Mirando la orden de Locey, pensó que podía retener el Comet, acoplar el vagón del señor Chalmers a una locomotora, y enviarlo a él al túnel, solo. Pero sacudió la cabeza antes de que el pensamiento se formara del todo: sabía que eso le obligaría al señor Chalmers a reconocer la naturaleza del riesgo: el señor Chalmers se negaría; continuaría exigiendo una locomotora segura e inexistente. Y es más: eso podría significar que él, Mitchum, tendría que asumir la responsabilidad, admitir el pleno conocimiento del peligro, quedar expuesto e identificar la naturaleza exacta de la situación, el único acto que la política de sus superiores estaba diseñada para eludir, la única clave de su juego.

Dave Mitchum no era un hombre de los que se rebelan contra su pasado o cuestionan el código moral de los que están al mando. La decisión que tomó no fue desafiar, sino seguir la política de sus superiores. Bill Brent podría haberle vencido en cualquier competición de tecnología, pero aquí tenían una situación en la que él podía vencerle a Bill Brent sin esforzarse. Había existido tiempo atrás una sociedad en la que los hombres necesitaban los talentos específicos de Bill Brent si deseaban sobrevivir; lo que necesitaban ahora era el talento de Dave Mitchum.

Dave Mitchum se sentó ante la máquina de escribir de su secretaria y, usando dos dedos, escribió cuidadosamente una orden para el jefe de estación y otra para el encargado de locomotoras. La primera le mandaba al jefe de estación que convocara a la tripulación de una locomotora inmediatamente, para un objetivo descrito solamente como «una emergencia»; la segunda le mandaba al encargado de locomotoras que «enviara la mejor locomotora disponible a Winston, para estar a la espera en caso de emergencia».

Se guardó copias de papel carbón de las órdenes en el bolsillo; luego, abrió la puerta, llamó gritando al encargado de noche para que se acercara y le entregó las dos órdenes para los dos hombres que estaban abajo. El gerente de circulación nocturno era un joven concienzudo que confiaba en sus superiores y sabía que la disciplina era la primera regla del negocio del ferrocarril. Se sorprendió de que Mitchum quisiera enviar órdenes escritas sólo a un piso más abajo, pero no hizo preguntas.

Mitchum esperó nerviosamente. Al cabo de un rato, vio la figura del encargado de locomotoras atravesando los patios hacia la cochera de máquinas. Se sintió aliviado: ninguno de los dos hombres había subido para enfrentarse a él en persona; habían entendido, y jugarían el juego como él lo estaba jugando.

El encargado de locomotoras fue al otro lado de los patios, mirando al suelo. Estaba pensando en su mujer, en sus dos hijos y en la casa que le había costado toda una vida poseer. Sabía lo que sus superiores estaban haciendo, y se preguntó si debería negarse a obedecerlos. Nunca había tenido miedo de perder su trabajo; con la confianza de un hombre competente, siempre había considerado que, si se peleaba con un empleador, siempre sería capaz de encontrar otro. Ahora, tenía miedo; no tenía derecho a renunciar ni a buscar trabajo; si desafiaba a un empleador,

sería entregado al poder incontestable de una sola Junta, y si la Junta decidía en su contra, eso significaría ser condenado a una muerte lenta por inanición: significaría quedar excluido de cualquier empleo. Sabía que la Junta decidiría contra él; sabía que la clave del misterioso y caprichoso misterio de las decisiones contradictorias de la Junta era el poder secreto del pillaje, del amiguismo. ¿Qué posibilidades tendría él contra el señor Chalmers? Hubo un tiempo en que el interés propio de sus empleadores había exigido que él ejerciera su máxima capacidad. Ahora, esa capacidad ya no era deseada. Hubo un tiempo en el que se le había pedido que hiciera lo mejor, y era recompensado de acuerdo con ello. Ahora, no podía esperar más que un castigo si intentaba seguir su consciencia. Hubo un tiempo en que se esperaba que él pensara. Ahora, ellos no querían que él pensara, sólo que obedeciera. Ya no querían que él tuviera consciencia. Entonces ¿por qué debería él levantar la voz? ¿Por el bien de quién? Pensó en los pasajeros, los trescientos pasajeros a bordo del Comet. Pensó en sus hijos. Tenía un hijo en la escuela secundaria y una hija de diecinueve años, de la que él estaba feroz y dolorosamente orgulloso porque era considerada la chica más hermosa del pueblo. Se preguntó a sí mismo si podía entregar sus hijos al mismo destino que el de los hijos de los desempleados, como los había visto en las zonas desoladas, en los asentamientos alrededor de fábricas cerradas y a lo largo de las vías de ferrocarriles inoperativos. Vio, con horrorizado asombro, que la decisión que ahora tenía que tomar era elegir entre las vidas de sus hijos y las vidas de los pasajeros en el Comet. Un conflicto de ese tipo nunca había sido posible antes. Era protegiendo la seguridad de los pasajeros como él se había ganado la seguridad de sus hijos; él había servido a una al servir a la otra; no había habido conflicto de intereses, ni necesidad de víctimas. Ahora, si quería salvar a los pasajeros, tenía que hacerlo al precio de sus hijos. Recordó vagamente los sermones que había oído sobre la belleza de la autoinmolación, sobre la virtud de sacrificar a otros lo que era más precioso para uno. Él no sabía nada de la filosofía de la ética; pero de repente supo —no en palabras, sino en forma de un dolor oscuro, enojado y salvaje— que si eso era virtud, entonces no quería formar parte de ella.

Entró en la cochera de máquinas y ordenó que una locomotora de carbón, grande y antigua, fuese preparada para trasladarse a Winston.

El jefe de estación cogió el teléfono en la oficina del gerente de circulación para convocar a una tripulación de locomotora, como se le había ordenado. Pero su mano se detuvo mientras sostenía el auricular. De repente, se dio cuenta de que estaba convocando a hombres a morir, y que de las veinte vidas que figuraban en la lista que tenía delante, dos serían eliminadas por su decisión. Sintió una sensación física de frío, nada más; no sintió ninguna preocupación, sólo un perplejo e indiferente asombro. Nunca había sido su trabajo llamar a los hombres para morir; su trabajo había sido llamarlos para que se ganaran la vida. Era extraño, pensó; y era extraño que su mano se hubiera detenido; lo que la hizo detenerse fue algo que él podría haber sentido veinte años atrás; no, pensó, es extraño, hace sólo un mes, no más.

Tenía cuarenta y ocho años de edad. No tenía familia, ni amigos, ni vínculos con ningún ser vivo en el mundo. Fuera cual fuese la capacidad de devoción que había poseído, la capacidad que otros dispersan entre muchas preocupaciones al azar, él se la había entregado íntegramente a la persona de su hermano menor: el hermano, de veinticinco años menos, a quien él había criado. Lo había enviado a una universidad tecnológica y había sabido, como todos los profesores, que el chico tenía la marca de un genio en la frente de su joven y sombrío rostro. Con la misma devoción enfocada que la de su hermano, el muchacho no se preocupaba más que por sus estudios, no por deportes ni fiestas ni chicas, sólo por la visión de las cosas que él iba a crear cuando fuera un inventor. Se había graduado en la universidad, y había ingresado, con un salario poco común para su edad, en el laboratorio de investigación de una gran empresa eléctrica en Massachusetts.

Ahora era el 28 de mayo, pensó el jefe de estación. Fue el 1 de mayo cuando la Directiva 10-289 fue promulgada. Fue en la tarde del 1 de mayo cuando le informaron que su hermano se había suicidado.

El jefe de estación había oído decir que la directiva era necesaria para salvar al país. Él no podía saber si eso era verdad o no; no tenía forma de saber qué era necesario para salvar un país. Pero, impulsado por un sentimiento que no podía expresar, había entrado en la oficina del editor del periódico local y le había exigido que publicaran la historia de la muerte de su hermano. «La gente tiene que saberlo», había sido lo único que pudo argumentar como su razón. No había sido capaz de explicar que las

magulladas conexiones de su mente habían formado la conclusión sin palabras de que, si eso era hecho por la voluntad de la gente, la gente tenía que saberlo; no podía creer que lo harían, si lo supieran. El editor se había negado; había afirmado que sería malo para la moral del país.

El jefe de estación no sabía nada de filosofía política; pero sabía que ése había sido el momento en el que perdió toda preocupación por la vida o la muerte de cualquier ser humano, o del país.

Pensó, sosteniendo el auricular del teléfono, que tal vez debería avisarles a los hombres a quienes iba a llamar. Ellos confiaban en él; nunca se les ocurriría que podría enviarlos a su muerte a sabiendas. Pero sacudió la cabeza: eso era sólo un viejo pensamiento, el pensamiento del año anterior, un remanente de la época en que él también había confiado en ellos. No importaba ahora. Su cerebro trabajaba lentamente, como si estuviera arrastrando sus pensamientos a través de un vacío donde ninguna emoción respondía para estimularlos; pensó que habría problemas si él le avisase a alguien, que habría algún tipo de pelea y era él quien tenía que hacer un gran esfuerzo para empezarla. Había olvidado la razón por la que uno empezaba ese tipo de pelea. ¿Verdad? ¿Justicia? ¿Amor al prójimo? No quería hacer un esfuerzo. Estaba muy cansado. Si les avisara a todos los hombres en su lista, pensó, no habría nadie que pudiese conducir esa locomotora, así que salvaría dos vidas y también trescientas vidas a bordo del Comet. Pero nada respondía a las cifras en su mente; «vidas» era sólo una palabra, no tenía ningún significado.

Levantó el auricular del teléfono hasta su oído, llamó a dos números, convocó a un maquinista y a un fogonero para que se presentaran a su puestos de inmediato.

La locomotora número 306 ya había salido hacia Winston cuando Dave Mitchum bajó al piso de abajo.

—Prepara una vagoneta automóvil para mí —ordenó—. Voy a ir rápidamente hasta Fairmount.

Fairmount era una pequeña estación, treinta kilómetros al éste en la línea. Los hombres asintieron, sin hacer preguntas. Bill Brent no estaba entre ellos. Mitchum entró en la oficina de Brent. Brent estaba allí, sentado en silencio en su escritorio; parecía estar esperando.

—Voy a Fairmount —dijo Mitchum; su voz era agresivamente demasiado casual, como implicando que ninguna respuesta era necesaria—. Tenían una diésel allí hace un par de semanas, ya sabes, reparaciones de emergencia o algo así. Voy allí a ver si podemos usarla.

Hizo una pausa, pero Brent no dijo nada.

—Tal como están las cosas ahora —continuó Mitchum, sin mirarlo—, no podemos retener el tren hasta mañana. Tenemos que arriesgarnos, de una forma u otra. Ahora, creo que quizá esa diésel lo resolverá, pero eso es lo último que podemos intentar. Así que, si no tienes noticias mías en media hora, firma la orden y envía al Comet con la número 306 tirando de él.

Pensara lo que hubiera pensado Brent, no pudo creerlo cuando lo oyó. No respondió de inmediato; luego, en voz muy baja, dijo:

—No.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—No voy a hacerlo.

—¿Qué quieres decir con que no vas a hacerlo? ¡Es una orden!

—No voy a hacerlo. —La voz de Brent tenía la firmeza de la certeza sin ningún toque de emoción.

—¿Te niegas a obedecer una orden?

—Me niego.

—Pero ¡no tienes derecho a negarte! Y no voy a discutir sobre eso tampoco. Es lo que he decidido, es mi responsabilidad, y no te estoy pidiendo tu opinión. Tu trabajo es acatar mis órdenes.

—¿Me darás esa orden por escrito?

—Por qué, maldita sea, ¿estás insinuando que no confías en mí? ¿Eres...?

—¿Por qué tienes que ir a Fairmount, Dave? ¿Por qué no puedes llamarles por teléfono y hablar sobre la diésel, si crees que tienen una?

—¡No vas a decirme cómo hacer mi trabajo! ¡No te vas a quedar ahí sentado y cuestionarme! ¡Mantendrás el pico cerrado y harás lo que yo te mande, o te daré la oportunidad de que hables... con la Junta de Unificación!

Era difícil descifrar las emociones en la cara de vaquero de Brent, pero Mitchum vio algo que parecía una expresión de incrédulo horror; sólo que era horror a alguna visión suya propia, no a las palabras, y que no tenía

ninguna cualidad del miedo, no del tipo de miedo que Mitchum había esperado que tuviera.

Brent sabía que, al día siguiente, la cuestión sería su palabra contra la de Mitchum; Mitchum negaría haber dado la orden; Mitchum mostraría una prueba por escrito de que la locomotora número 306 había sido enviada a Winston sólo «para esperar», y presentaría testigos de que él había ido a Fairmount en busca de una diésel; Mitchum afirmaría que la orden fatal había sido emitida por y bajo la exclusiva responsabilidad de Bill Brent, el jefe de expediciones. No sería un caso muy complicado, no sería un caso que pudiera ser estudiado en detalle, pero sería suficiente para la Junta de Unificación, cuya política era consecuente sólo en no permitir que nada se estudiara en detalle. Brent sabía que podía hacer el mismo juego y pasarle la incriminación a otra víctima, sabía que él tenía la inteligencia para hacerlo funcionar, excepto que prefería estar muerto antes que hacerlo.

No fue la visión de Mitchum lo que lo hizo quedarse paralizado de horror. Fue la constatación de que no había nadie a quien pudiera llamar para exponer lo que estaba pasando e impedirlo, ningún superior en ninguna parte de la línea, de Colorado a Omaha y a Nueva York. Todos estaban en el ajo, todos ellos, todos estaban haciendo lo mismo, le habían dado a Mitchum el liderazgo y el método. Era Dave Mitchum quien ahora pertenecía a ese ferrocarril, y él, Bill Brent, quien no.

Igual que Bill Brent había aprendido a ver el seguimiento completo de una división con sólo echarle un vistazo a unos cuantos números en una hoja de papel, ahora era capaz de ver la totalidad de su propia vida y el precio total de la decisión que estaba tomando. No se había enamorado hasta bien pasada su juventud; tenía treinta y seis años cuando encontró a la mujer que quería. Había estado comprometido con ella durante los últimos cuatro años; había tenido que esperar, porque él tenía una madre que mantener y una hermana viuda con tres hijos. Nunca había tenido miedo de las cargas, porque había conocido su capacidad para llevarlas, y nunca había asumido una obligación a menos que estuviera seguro de poder cumplirla. Había esperado, había ahorrado su dinero, y ahora había llegado al momento en que se sentía libre para ser feliz. Se iba a casar en unas pocas semanas, el próximo mes de junio. Pensó en ello, mientras estaba

sentado en su escritorio, mirando a Dave Mitchum, pero el pensamiento no le provocó ninguna vacilación, sólo nostalgia y una distante tristeza; distante, porque sabía que no podía dejar que fuese parte de ese momento.

Bill Brent no sabía nada de epistemología; pero sabía que el hombre debe vivir según su propia percepción racional de la realidad, que no puede actuar en contra de ella ni escapar de ella ni encontrar un sustituto para ella, y que no tiene ninguna otra forma de poder vivir.

Se puso de pie.

—Es cierto que, mientras tenga este trabajo, no puedo negarme a obedecerte —dijo—. Pero sí puedo, si renuncio. Así que yo renuncio.

—Tú, *¿qué?*

—Renuncio, a partir de este momento.

—Pero ¡no tienes derecho a renunciar, maldito cabrón! ¿No lo sabes? ¿No sabes que haré que te metan en la cárcel por eso?

—Si quieres enviar al sheriff a por mí por la mañana, estaré en casa. No intentaré escapar. No hay ningún otro sitio adonde ir.

Dave Mitchum medía un metro ochenta y tenía la corpulencia de un púgil, pero estaba allí temblando de furia y de terror ante la delicada figura de Bill Brent.

—¡No puedes renunciar! ¡Hay una ley contra eso! ¡Yo tengo la ley! ¡No puedes abandonarme así! ¡No te dejaré salir! ¡No te dejaré salir de este edificio esta noche!

Brent se acercó a la puerta.

—¿Puedes repetir esa orden que me diste, delante de los otros? ¿No? Entonces, yo lo haré.

Al abrir la puerta, el puño de Mitchum se disparó, le golpeó en la cara y lo derribó.

El jefe de estación y el encargado de locomotoras estaban de pie delante de la puerta abierta.

—¡Ha renunciado! —gritó Mitchum—. ¡El cobarde desgraciado ha renunciado en un momento como éste! ¡Es un delincuente y un cobarde!

En el lento esfuerzo de levantarse del suelo, a través de la neblina de sangre que le estaba entrando en los ojos, Bill Brent miró a los dos hombres. Vio que entendían, pero eran las caras cerradas de hombres que

no querían entender, no querían interferir, y lo odiaban por ponerlos en un compromiso en nombre de la justicia. No dijo nada, se puso de pie y salió del edificio.

Mitchum evitó mirar a los otros.

—Oye, tú —llamó, girando la cabeza hacia el gerente de circulación de noche, al otro lado de la sala—. Ven aquí. Tienes que asumir el control de inmediato.

Con la puerta cerrada, le repitió al chico la historia de la diésel en Fairmount, tal como se la había contado a Brent, y la orden de enviar el Comet a través del túnel con la locomotora número 306 si el muchacho no tenía noticias suyas en media hora. El muchacho no estaba en condiciones de pensar, de hablar o de entender nada: no paraba de ver la sangre en la cara de Bill Brent, que había sido su ídolo.

—Sí, señor —respondió, aturdido.

Dave Mitchum salió hacia Fairmount, anunciando a cada hombre en el patio, a cada guardagujas y a cada vigilante con el que se cruzó al subir a la vagoneta automóvil, que iba en busca de una diésel para el Comet.

El gerente de circulación nocturno estaba sentado en su escritorio, mirando el reloj y el teléfono, rezando para que el teléfono sonara y le permitiera tener noticias del señor Mitchum. Pero la media hora transcurrió en silencio, y cuando sólo faltaban tres minutos, el muchacho sintió un terror que no podía explicar, excepto por el hecho de que no quería enviar esa orden.

Se volvió hacia el jefe de estación y hacia el encargado de locomotoras, preguntando con vacilación:

—El señor Mitchum me dio una orden antes de irse, pero me pregunto si debería enviarla, porque yo... yo no creo que sea lo correcto. Él dijo que...

El jefe de estación le dio la espalda; no sintió lástima: el muchacho tenía aproximadamente la misma edad que su hermano.

El encargado de locomotoras dijo bruscamente:

—Haz exactamente lo que te dijo el señor Mitchum. Se supone que no debes pensar —y salió de la sala.

La responsabilidad que James Taggart y Clifton Locey habían evadido descansaba ahora sobre los hombros de un muchacho tembloroso y desconcertado. Él dudó, y luego reafirmó su coraje con el pensamiento de

que uno no dudaba de la buena fe y de la competencia de los ejecutivos ferroviarios. No sabía que su visión de un ferrocarril y de sus ejecutivos era la de un siglo atrás.

Con la concienzuda precisión de un hombre del ferrocarril, en el momento en que la manecilla del reloj completó la media hora, firmó su nombre con la orden que le ordenaba al Comet proceder con la locomotora número 306, y transmitió la orden a la estación de Winston.

El jefe de estación en Winston se estremeció cuando miró la orden, pero él no era quién para desafiar a la autoridad. Se dijo a sí mismo que el túnel no era, tal vez, tan peligroso como él pensaba. Se dijo que la mejor política, esos días, era no pensar.

Cuando entregó sus copias de la orden al revisor y al maquinista del Comet, el revisor miró lentamente a los presentes en la sala, cara por cara, dobló la hoja de papel, se la metió al bolsillo y salió sin decir palabra.

El maquinista se quedó mirando el papel durante un momento; luego, lo tiró al suelo y dijo:

—No lo voy a hacer. Y si hemos llegado al punto que este ferrocarril reparte órdenes como ésta, tampoco voy a trabajar para él. Sólo apúntame como que he renunciado.

—Pero ¡no puedes renunciar! —gritó el jefe de estación—. ¡Te arrestarán por eso!

—Si me encuentran —dijo el maquinista, y salió de la estación hacia la vasta oscuridad de la noche de la montaña.

El maquinista de Silver Springs, el que había traído la número 306, estaba sentado en un rincón de la habitación. Se rio y dijo:

—Es un cobarde.

El jefe de estación se volvió hacia él.

—¿Lo harás *tú*, Joe? ¿Llevarás el Comet?

Joe Scott estaba borracho. Hubo un tiempo que cuando un hombre de los ferrocarriles se presentase a trabajar con algún signo de intoxicación habría sido considerado como un médico que llegara a trabajar con llagas de viruela en la cara. Pero Joe Scott era una persona privilegiada. Tres meses antes lo habían despedido por una infracción de las reglas de seguridad que había provocado un gran accidente; dos semanas atrás había

sido devuelto a su trabajo por orden de la Junta de Unificación. Era amigo de Fred Kinnan; él protegía los intereses de Kinnan en su sindicato, no contra los empleadores, sino contra los miembros.

—Claro —dijo Joe Scott—. Yo llevaré el Comet. Lo conseguiré, si voy lo suficientemente rápido.

El fogonero de la número 306 había permanecido en la cabina de su locomotora. Levantó la vista, inquieto, cuando vinieron a cambiar su locomotora y llevarla a la cabecera del Comet; levantó la vista hacia las luces rojas y verdes del túnel que colgaban en la distancia por encima de treinta kilómetros de curvas. Pero era un tipo plácido y amistoso, un buen fogonero sin ninguna esperanza de ascender jamás a maquinista; sus fornidos músculos eran su único activo. Estaba seguro de que sus superiores sabían lo que hacían, por lo que no aventuró ninguna pregunta.

El revisor estaba parado en la parte trasera del Comet. Miró las luces del túnel y, luego, la larga cadena de ventanas del Comet. Algunas ventanas estaban iluminadas, pero la mayoría mostraba sólo el débil resplandor azul de las lámparas de noche que penetraba por las persianas bajadas. Pensó que debería despertar a los pasajeros y advertirles. Había habido un tiempo en el que él había colocado la seguridad de los pasajeros por encima de la suya, no por amor a sus semejantes, sino porque esa responsabilidad era parte de su trabajo, que él aceptaba y estaba orgulloso de cumplir. Ahora sentía una indiferencia despectiva y ningún deseo de salvarlos. Ellos habían pedido y habían aceptado la Directiva 10-289, pensó, continuaban viviendo, y diariamente ignoraban y evadían el tipo de veredictos que la Junta de Unificación pronunciaba contra víctimas indefensas... ¿por qué no debería ignorarlos él ahora? Si salvaba sus vidas, ninguno de ellos daría un paso para defenderlo cuando la Junta de Unificación lo condenara por desobedecer órdenes, por crear un pánico, por hacer que se retrasara el señor Chalmers. Él no tenía ningún deseo de convertirse en mártir para permitir que la gente pudiera permitirse impunemente dejarse llevar por su propia e irresponsable maldad.

Cuando llegó el momento, levantó el farol y le indicó al maquinista que arrancara.

—¿Ves? —dijo Kip Chalmers triunfalmente a Lester Tuck, mientras las ruedas bajo sus pies vibraban en su marcha hacia delante—. El *miedo* es el único medio práctico para tratar con la gente.

El revisor entró en el vestíbulo del último vagón. Nadie lo vio descender los escalones del otro lado; se bajó silenciosamente del tren y desapareció en la oscuridad de las montañas.

Un guardagujas estaba listo para activar el interruptor que enviaría el Comet desde el apartadero a la vía principal. Miró cómo el Comet se acercaba lentamente hacia él. Era sólo un resplandeciente globo blanco con un rayo de luz que se extendía por encima de su cabeza y un trueno convulsivo que temblaba bajo el raíl a sus pies. Sabía que el interruptor no debía ser activado. Pensó en la noche, diez años atrás, en que él había arriesgado su vida en una inundación para salvar un tren de ser arrastrado por la corriente. Pero sabía que los tiempos habían cambiado. En el momento en que activó el interruptor y vio el faro cambiando bruscamente de dirección, supo que desde entonces odiaría su trabajo durante el resto de su vida.

El Comet se desenrolló desde el apartadero para convertirse en una línea recta y fina, y continuó hacia las montañas, con el rayo de luz del faro como si fuera un brazo extendido señalando el camino, y la curva de cristal iluminada del vagón de observación cerrándolo.

Algunos de los pasajeros a bordo del Comet estaban despiertos. Cuando el tren comenzó su ascenso en espiral, vieron el pequeño grupo de luces de Winston al fondo de la oscuridad más allá de sus ventanas; luego, vieron la misma oscuridad, pero con luces rojas y verdes junto al agujero de un túnel en el borde superior de los cristales de las ventanas. Las luces de Winston seguían haciéndose más pequeñas cada vez que aparecían; el agujero negro del túnel seguía haciéndose más grande. Un velo negro pasaba por las ventanas a veces, atenuando las luces: era el humo pesado de la locomotora de carbón.

A medida que se acercaba el túnel, vieron, en el borde del cielo, lejos hacia el sur, en un vacío de espacio y roca, un punto de fuego vivo retorciéndose en el viento. No sabían lo que era y no les importaba saberlo.

Dicen que las catástrofes son cuestión de pura casualidad, y hubo quienes habrían dicho que los pasajeros del Comet no eran culpables ni responsables por lo que les pasó a ellos.

El hombre en el dormitorio A, coche 1, era un profesor de sociología que enseñaba que la capacidad individual no tiene ninguna importancia, que el esfuerzo individual es inútil, que una consciencia individual es un lujo

inútil, que no existen ni la mente individual ni el carácter ni el logro, que todo se logra colectivamente, y que son las masas las que cuentan, no los hombres.

El hombre en el compartimento 7, coche 2, era un periodista que escribía que es correcto y moral usar la coacción «por una buena causa», que creía que él tenía el derecho a desencadenar la fuerza física sobre otros —a destruir vidas, a ahogar ambiciones, a estrangular deseos, a violar convicciones, a encarcelar, a despojar, a asesinar— por el bien de lo que a él se le ocurriera considerar como su propia idea de «una buena causa», la cual ni siquiera tenía que ser una idea, puesto que nunca había definido lo que él consideraba lo bueno, sino que simplemente había declarado que se guiaba por «un sentimiento», un sentimiento sin restricciones por cualquier conocimiento, puesto que consideraba que la emoción era superior al conocimiento, y él se basaba únicamente en sus propias «buenas intenciones» y en el poder de una pistola.

La mujer en el compartimento 10, coche 3, era una maestra de escuela, ya de edad, que había pasado su vida convirtiendo a clase tras clase de niños indefensos en cobardes miserables, al enseñarles que la voluntad de la mayoría es el único estándar del bien y del mal, que la mayoría puede hacer lo que le plazca, que ellos no deben hacer valer sus propias personalidades, sino que deben hacer lo que los demás están haciendo.

El hombre en el salón B, coche 4, era un editor de periódicos que creía que los hombres son malvados por naturaleza y no son aptos para la libertad, que sus intereses básicos, si no son controlados, son mentir, robar y asesinarse unos a otros, y que, por lo tanto, los hombres deben ser gobernados por medio de mentiras, robos y asesinatos, los cuales deben ser privilegio exclusivo de los gobernantes, con el objetivo de obligar a los hombres a trabajar, enseñándoles a ser morales y manteniéndolos dentro de los límites del orden y de la justicia.

El hombre en el dormitorio H, coche 5, era un hombre de negocios que había adquirido su empresa, una mina de mineral de hierro, con la ayuda de un préstamo del gobierno, bajo la Ley de Igualación de Oportunidades.

El hombre en el salón A, coche 6, era un financiero que había hecho una fortuna comprando bonos de ferrocarril «congelados» y consiguiendo que sus amigos en Washington los «descongelaran».

El hombre en el asiento 5, coche 7, era un trabajador que creía que él tenía «derecho» a un trabajo, independientemente de que su empleador lo quisiera a él o no.

La mujer en el compartimento 6, coche 8, era una conferenciante que creía que, como consumidora, ella tenía «derecho» al transporte, independientemente de que la gente del ferrocarril quisiera proporcionarlo o no.

El hombre en el compartimento 2, coche 9, era un profesor de economía que abogaba por la abolición de la propiedad privada, explicando que la inteligencia no juega ningún papel en la producción industrial, que la mente del hombre está condicionada por herramientas materiales, que cualquiera puede dirigir una fábrica o un ferrocarril, y que es sólo cuestión de apoderarse de la maquinaria.

La mujer en el dormitorio D, coche 10, era una madre que había acostado a sus dos hijos en la litera que había sobre ella, arropándolos cuidadosamente, protegiéndolos de corrientes de aire y de vaivenes; era una madre cuyo esposo tenía un cargo gubernamental que hacía cumplir las directivas, a quien ella defendía diciendo: «No me importa, son sólo los ricos a quienes perjudican. A fin de cuentas, yo debo pensar en mis hijos».

El hombre en el compartimento 3, coche 11, era un pequeño neurótico quejumbroso que escribía pequeñas comedias baratas en las que, como mensaje social, insertaba cobardemente pequeñas groserías en el sentido de que todos los empresarios eran unos sinvergüenzas.

La mujer en el compartimento 9, coche 12, era una ama de casa que creía que tenía derecho a elegir a políticos, de quienes ella no sabía nada, para controlar las industrias gigantes, de las que ella no tenía conocimiento.

El hombre en el dormitorio F, coche 13, era un abogado que había dicho: «¿Yo? Yo encontraré la manera de llevarme bien bajo cualquier sistema político».

El hombre en el dormitorio A, coche 14, era un profesor de filosofía que enseñaba que no existe la mente *(¿cómo sabes que el túnel es peligroso?)*, ni la realidad *(¿cómo puedes demostrar que el túnel existe?)*, ni la lógica *(¿por qué afirmas que los trenes no pueden moverse sin fuerza motriz?)*, ni principios *(¿por qué deberías estar limitado por la ley de causa y efecto?)*, ni derechos *(¿por qué no puedes vincular a los hombres a sus empleos por la fuerza?)*, ni moralidad *(¿qué tiene de moral el dirigir un*

*ferrocarril?)*, ni absolutos *(¿qué diferencia tiene para ti el que vivas o mueras, en cualquier caso?)*. Enseñaba que no sabemos nada *(¿por qué oponerte a las órdenes de tus superiores?)*, que nunca podemos estar seguros de nada *(¿cómo sabes que tienes razón?)*, que debemos actuar según la conveniencia del momento *(no quieres arriesgar tu empleo, ¿a que no?)*.

El hombre en el salón B, coche 15, era un heredero a quien le había legado una fortuna, y que no paraba de repetir: «¿Por qué debería ser Rearden el único autorizado a fabricar el Metal Rearden?».

El hombre en el dormitorio A, coche 16, era un filántropo que había dicho: «¿Los hombres competentes? No me importa que sufran o que les hagan sufrir. Ellos deben ser penalizados para poder mantener a los incompetentes. Francamente, me da igual que eso sea justo o no. Me enorgullezco de que no me importe otorgarles justicia a los competentes, cuando de misericordia para los necesitados es de lo que se trata».

Esos pasajeros estaban despiertos; no había ni un solo hombre a bordo del tren que no compartiera una o más de sus ideas. Cuando el tren entró en el túnel, la llama de la Antorcha de Wyatt fue lo último que vieron sobre la Tierra.

## Capítulo VIII

# Por nuestro amor

El sol tocó las copas de los árboles en la ladera de la colina, que parecían de un azul plateado, captando el color del cielo. Dagny estaba de pie en la puerta de la cabaña, con los primeros rayos de sol en su frente y kilómetros de bosque extendidos bajo sus pies. Las hojas pasaban del plateado al verde y, luego, al azul ahumado de las sombras en el camino de más abajo. La luz se filtraba a través de las ramas y se disparaba hacia arriba en brotes repentinos al golpear un grupo de helechos que se convertían en una fuente de rayos verdes. A ella le gustaba observar el movimiento de la luz sobre una quietud donde nada más podía moverse.

Había marcado la fecha, como hacía todas las mañanas, en la hoja de papel que había colgado en la pared de su habitación. La progresión de las fechas en ese papel era el único movimiento en la quietud de sus días, como el registro que mantiene un prisionero en una isla desierta. La fecha de esa mañana era el 28 de mayo.

Había querido que las fechas condujeran a un objetivo, pero no podía decir si lo había alcanzado o no. Había ido allí con tres tareas que se había dado, como órdenes, a ella misma: descansar, aprender a vivir sin el ferrocarril, quitarse el dolor de encima. Quitárselo de encima, ésas fueron las palabras que usó. Sentía como si estuviera atada a algún desconocido herido que podría ser afectado en cualquier momento por un ataque que la ahogaría en sus gritos. Ella no sentía lástima por el desconocido, sólo una desdeñosa impaciencia; tenía que luchar contra él y destruirlo, y entonces su camino estaría despejado para decidir qué quería hacer; pero el desconocido no era fácil de combatir.

La tarea de descansar había sido más fácil. Se dio cuenta de que le gustaba la soledad; se despertaba cada mañana con una sensación de confianza benevolente, la sensación de que ella podía aventurarse y estar dispuesta a lidiar con lo que fuera que se encontrara. En la ciudad, ella

había vivido en una tensión crónica para resistir el impacto de la ira, la indignación, la repugnancia y el desprecio. El único peligro que la amenazaba allí era el simple dolor de algún accidente físico; parecía inocente y simple en comparación.

La cabaña estaba lejos de cualquier carretera transitada; había permanecido como su padre la había dejado. Ella cocinaba sus comidas en un horno de leña y cogía la leña en las laderas de las colinas. Había limpiado la hojarasca de la parte baja de las paredes de la casa, había reparado el tejado con tejas nuevas, había pintado la puerta y los marcos de las ventanas. Las lluvias, los hierbajos y la hojarasca se habían tragado los peldaños de lo que una vez había sido un camino escalonado que ascendía por la colina desde la pista forestal hasta la cabaña. Los reconstruyó, limpiando las terrazas, poniendo piedras nuevas, apuntalando las orillas de tierra suelta con muros de rocas. Le gustaba diseñar complejos sistemas de palancas y poleas con pedazos viejos de hierro y con cuerdas, y así poder mover rocas mucho más pesadas de lo que su fuerza física permitía. Había plantado unas cuantas semillas de capuchinas y enredaderas, para ver a unas extendiéndose lentamente por el suelo y a las otras trepando por los troncos de los árboles, para verlas crecer, para ver progresión y movimiento.

El trabajo le dio la calma necesaria; no se había dado cuenta de cómo lo había comenzado o por qué; ella había empezado sin intención consciente, pero lo vio crecer bajo sus manos, empujándola hacia delante, dándole una sana sensación de paz. Entonces entendió que lo que necesitaba era el movimiento hacia un objetivo, independientemente de lo pequeño que fuese o de qué forma tomase, el sentido de una actividad que fuese haciendo paso a paso hacia algún fin elegido en un lapso de tiempo. El trabajo de preparar una comida era como un círculo cerrado, completado y desaparecido, que no llevaba a ninguna parte. Pero el trabajo de construir un camino era una suma viviente, de forma que ningún día quedaba para morir detrás de ella, sino que cada día contenía a todos los que le precedían, cada día adquiría su inmortalidad en cada mañana que le seguía. Un círculo, pensó, es el movimiento propio de la naturaleza física; dicen que no hay nada más que movimiento circular en el universo inanimado que nos rodea, pero la línea recta es la insignia del hombre, la línea recta de una abstracción geométrica que hace carreteras, vías y puentes, la línea recta que corta la curvatura sin rumbo de la naturaleza con un movimiento

intencionado desde un principio a un fin. Preparar comidas, pensó, es como alimentar de carbón a una locomotora para que pueda hacer un gran recorrido, pero ¿no sería una estúpida tortura echarle carbón a una locomotora sin ningún recorrido que hacer? No es apropiado que la vida del hombre sea un círculo, pensó, o una serie de círculos que se van cayendo como ceros detrás de él; la vida del hombre debe ser una línea recta de movimiento de un objetivo a otro objetivo más lejano, cada uno conduciendo al siguiente y a una única suma creciente, como un viaje por la vía de un ferrocarril, de estación a estación a..., oh, ¡para!

Para... se dijo a sí misma con callada seriedad, cuando el grito del desconocido herido se ahogaba; no pienses en eso, no mires mucho más allá; si te gusta construir ese camino, constrúyelo, no mires más allá del pie de la colina.

Ella había conducido varias veces hasta la tienda en Woodstock, a treinta kilómetros de distancia, para comprar suministros y alimentos. Woodstock era un pequeño grupo de estructuras moribundas, construidas generaciones atrás por alguna razón y con alguna esperanza, que habían sido olvidadas hacía mucho tiempo. No había ningún ferrocarril que llegara hasta allí, ni energía eléctrica, nada más que una carretera del condado que estaba más desierta cada año.

La única tienda era una choza de madera, con esquinas carcomidas y llenas de telarañas, y un parche podrido en medio del piso, devorado por las lluvias que entraban por un techo con goteras. La tendera era una mujer gruesa y pálida que se movía con dificultad, pero que parecía indiferente a su propia incomodidad. Las existencias de alimentos consistían en latas polvorientas con etiquetas descoloridas, algunos cereales, y unas cuantas verduras pudriéndose en recipientes antiguos fuera de la puerta. «¿Por qué no quita esas verduras del sol?», preguntó Dagny una vez. La mujer la miró extrañada, como si no pudiera entender la posibilidad de tal pregunta. «Siempre han estado ahí», respondió con indiferencia.

Conduciendo de vuelta a la cabaña, Dagny levantó la vista hacia un arroyo de montaña que caía con una fuerza feroz por una escarpada pared de granito, con su rocío colgando como una niebla de arco iris al sol. Pensó que se podría construir una planta hidroeléctrica, al menos lo suficientemente grande como para suministrar energía a su cabaña y al pueblo de Woodstock; Woodstock podría volver a ser productiva: esos

manzanos silvestres que ella había visto en grandes cantidades entre el denso follaje en las laderas eran lo que quedaba de antiguos huertos; supongamos que alguien fuese a recuperarlos, y que luego construyese un pequeño ramal hasta el ferrocarril más cercano..., oh, ¡para!

«Hoy no hay queroseno», le dijo la tendera en su siguiente visita a Woodstock. «Llovió el jueves por la noche y, cuando llueve, los camiones no pueden atravesar el desfiladero de Fairfield; el camino está inundado, y el camión de queroseno no regresará hasta el mes que viene». Dagny dijo: «Si saben que el camino se inunda cada vez que llueve, ¿por qué no lo reparan ustedes?». La mujer respondió: «El camino siempre ha estado así».

Conduciendo de regreso, Dagny se paró en la cima de una colina y miró los kilómetros de campo que había debajo. Miró el desfiladero de Fairfield, donde la carretera del condado, que serpenteaba a través de un terreno pantanoso por debajo del nivel de un río, había quedado atrapada en una grieta entre dos colinas. Sería fácil pasar por encima de esas colinas, pensó, y construir un camino al otro lado del río; la gente de Woodstock no tenía nada que hacer, ella podría enseñarles; abrir un camino directo hacia el Suroeste, ahorrar kilómetros, conectarse con la carretera estatal en el depósito de mercancías de..., oh, ¡para!

Ella dejaba a un lado su lámpara de queroseno y se sentaba en su cabaña después de oscurecer a la luz de una vela, escuchando la música de una pequeña radio portátil. Buscaba conciertos sinfónicos y giraba rápidamente el sintonizador cada vez que captaba las estridentes sílabas de una emisión de noticias; no quería ninguna noticia de la ciudad.

No pienses en Taggart Transcontinental, se había dicho a sí misma en su primera noche en la cabaña, no pienses en ella hasta que puedas oír esas palabras como si fueran «Atlantic Southern» o «Associated Steel». Pero las semanas pasaban, y ninguna cicatriz crecía sobre la herida.

Le parecía estar luchando contra la imprevisible crueldad de su propia mente. Estaba acostada en la cama, adormeciéndose poco a poco, y de repente se encontraba pensando en la cinta transportadora en la estación de carbón de Willow Bend, Indiana, ella la había visto desde la ventanilla de su vagón en su último viaje, tenía que decirles que la reemplazaran, porque si no..., y un momento después estaba sentada en la cama, llorando..., ¡para...!, y parando, pero permaneciendo despierta el resto de la noche.

Estaba sentada en la puerta de la cabaña al ponerse el sol, observando el movimiento de las hojas parándose poco a poco en el crepúsculo; luego, veía las chispas de las luciérnagas elevándose desde la hierba, encendiéndose y apagándose en cada rincón oscuro, parpadeando lentamente, como si indicaran un momento de advertencia..., como si fueran las luces de señales parpadeando en la noche sobre la vía de un... ¡Para!

Eran las ocasiones en que ella no podía parar las que la asustaban, las veces cuando, incapaz de levantarse —como con un dolor físico, sin límite que lo separara del dolor de su mente—, se dejaba caer en el suelo de la cabaña o en la tierra del bosque y se quedaba sentada quieta, con la cara apoyada en una silla o en una roca, y luchaba para no gritar en voz alta, mientras había cosas que de repente estaban tan cerca de ella y eran tan reales como el cuerpo de un amante: las dos líneas de raíl alejándose hasta un solo punto en la distancia..., el frente de una locomotora cortando el espacio abierto con las letras TT..., el sonido de las ruedas haciendo clic con un ritmo acentuado debajo del piso de su vagón..., la estatua de Nat Taggart en el gran vestíbulo de la terminal. Luchando por no reconocerlos, por no sentirlos, con su cuerpo rígido excepto por el movimiento de su cara apretada contra su brazo, ella extraía todo el poder sobre la consciencia que aún le quedaba para repetir sin tono ni sonido la palabra «supéralo».

Había largos períodos de calma, en los que ella era capaz de enfrentar su problema con la desapasionada claridad con que se contempla un problema de ingeniería. Pero no podía encontrar respuesta. Sabía que su desesperado anhelo por el ferrocarril desaparecería si llegara a convencerse de que era imposible o inapropiado. Pero el anhelo provenía de la certeza de que la verdad y el derecho eran suyos, que el enemigo era lo irracional y lo irreal, que ella no podía fijarse otra meta ni convocar el amor para alcanzarla; mientras que su legítimo logro no lo había perdido ante algún poder superior, sino ante una repugnante maldad que vencía mediante la impotencia.

Ella podría renunciar al ferrocarril, pensó; podría encontrar alegría allí, en ese bosque. Pero primero construiría la senda; luego llegaría al camino allá abajo; luego reconstruiría la carretera..., y entonces llegaría a la tendera de Woodstock y eso sería el final, y aquella cara blanca y vacía que miraba al universo con paralizada apatía sería el límite que habría para su esfuerzo. ¿Por qué?, se oyó gritar a sí misma en voz alta. No había respuesta.

Entonces, quédate aquí hasta que lo respondas, pensó. No tienes dónde ir, no puedes moverte, no puedes empezar a aplanar un derecho de paso hasta que sepas lo suficiente como para elegir una terminal.

Había tardes largas y silenciosas en las que la emoción que la hacía quedarse quieta y mirar a la inalcanzable distancia más allá de la luz desvaneciéndose hacia el sur era añoranza por Hank Rearden. Quería ver su rostro implacable, el rostro confiado que la miraba con el atisbo de una sonrisa. Pero sabía que no podría verlo hasta que ella ganara su batalla. La sonrisa de él tenía que ser merecida, estaba destinada a un adversario que igualara su fuerza con la de él, no era para un infeliz vapuleado que buscara alivio en esa sonrisa y que destruyera de esa forma su significado. Él podría ayudarla a vivir; pero no podía ayudarla a decidir con qué propósito deseaba ella seguir viviendo.

Había sentido un leve toque de ansiedad desde la mañana en que marcó «15 de mayo» en su calendario. Se había obligado a escuchar las emisiones de noticias de vez en cuando; no había oído ninguna mención del nombre de él. Su temor por Rearden era su último vínculo con la ciudad; no paraba de llevar los ojos hacia el horizonte, al Sur, y abajo hacia la carretera al pie de la colina. Se sorprendió deseando que él viniera. Se sorprendió escuchando el sonido de un motor. Pero el único sonido que a veces le proporcionaba un vago conato de esperanza era el repentino crujido de las alas de algún gran pájaro volando a través de las ramas hacia el cielo.

Había otro vínculo con el pasado que aún seguía siendo una cuestión sin resolver: Quentin Daniels y el motor que estaba tratando de reconstruir. El 1 de junio ella tendría que enviarle su cheque mensual. ¿Debería decirle que había renunciado, que ella nunca necesitaría ese motor y que el mundo tampoco? ¿Debería decirle que parase y que dejase que el resto del motor desapareciera en algún montón de chatarra, como el del sitio donde lo encontró? No podía forzarse a hacerlo. Eso parecía más difícil que abandonar el ferrocarril. Ese motor, pensó, no era un vínculo con el pasado: era su último vínculo con el futuro. Acabar con él parecía un acto, no de asesinato, sino de suicidio: su orden de parar sería firmar la certeza de que para ella no había ninguna terminal que buscar en el futuro.

Pero no es verdad, pensó, mientras estaba de pie en la puerta de su cabaña, esa mañana del 28 de mayo, no es verdad que no haya lugar en el futuro para un logro superlativo de la mente del hombre; nunca puede ser

verdad. Independientemente del problema que ella tuviera, siempre le quedaría eso: la convicción inamovible de que la maldad era antinatural y pasajera. Lo sentía más claramente que nunca esa mañana: la certeza de que la fealdad de los hombres en la ciudad y la fealdad del sufrimiento de ella eran accidentes transitorios..., mientras que la sonriente sensación de esperanza dentro de ella al ver un bosque bañado por el sol, la sensación de una promesa ilimitada, eso era lo permanente y lo real.

Estaba de pie en la puerta, fumando un cigarrillo. En la habitación, detrás de ella, los sonidos de una sinfonía de la época de su abuelo provenían de la radio. Apenas escuchaba, era consciente sólo del flujo de acordes que parecían tocar una armonía sincronizada con el flujo del humo que se elevaba en lentas curvas desde su cigarrillo, con la curva del movimiento de su brazo al mover el cigarrillo a sus labios de vez en cuando. Cerró los ojos y se quedó quieta, sintiendo los rayos del sol sobre su cuerpo. Ése era el logro, pensó, disfrutar de ese momento, no dejar que ningún recuerdo de dolor mitigase su capacidad de sentir como se sentía en ese momento; mientras pudiese mantener esa sensación, ella tendría el combustible para continuar.

Apenas se percató de un leve ruido que le llegó a través de la música, como el rayado de un disco viejo. Lo primero en alcanzar su consciencia fue el súbito movimiento de su propia mano tirando el cigarrillo a un lado. Ocurrió en el mismo instante en que se dio cuenta de que ese ruido iba en aumento y que era el ruido de un motor. Entonces supo que no se había admitido a sí misma lo mucho que había querido oír ese sonido, lo desesperadamente que había querido ver a Hank Rearden. Oyó su propia risa: era ahogada y cautelosamente baja, como para no interferir con el zumbido del ronroneo metálico que era ahora el inconfundible sonido de un coche subiendo por la carretera de montaña.

No podía ver la carretera —el pequeño tramo bajo la bóveda de ramas al pie de la colina era la única parte que veía—, pero observó el ascenso del coche a través del creciente e imperioso esfuerzo del motor contra las pendientes, y el chirrido de los neumáticos en las curvas.

El coche se detuvo bajo la bóveda de ramas. Ella no lo reconoció; no era el Hammond negro, sino un descapotable largo y gris. Ella vio al conductor bajar: era un hombre cuya presencia allí no podía ser posible. Era Francisco d’Anconia.

La conmoción que sintió no fue decepción, fue más bien la sensación de que una decepción ahora sería irrelevante. Fue entusiasmo, y una extraña y solemne quietud, la repentina certeza de que estaba ante la llegada de algo desconocido y de la mayor importancia.

La rapidez de los movimientos de Francisco lo estaban llevando hacia la colina cuando él levantó la cabeza para mirar hacia ella. La vio allí arriba, en la puerta de la cabaña, y se detuvo. Ella no pudo distinguir la expresión de su rostro. Se quedó quieto durante un largo momento, con el rostro levantado hacia ella. Luego, comenzó a subir la colina.

Ella sintió, casi como si lo hubiera esperado, que ésa era una escena de la infancia de ellos. Él estaba acercándose a ella; no corriendo, sino moviéndose hacia arriba con una especie de entusiasmo triunfante y confiado. No, pensó ella, no era su infancia, eso era el futuro como ella lo habría visto entonces, en los días en que lo había esperado a él como si la liberaran de la cárcel. Fue una visión momentánea de la mañana que habrían alcanzado si su visión de la vida se hubiera cumplido, si ambos hubieran seguido el camino que ella había estado tan segura de seguir. Presa e inmóvil por el asombro, se quedó mirándolo, aceptando ese momento, no en nombre del presente, sino como un saludo al pasado de ambos.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca y ella pudo distinguir su rostro, vio la mirada de esa alegría luminosa que trasciende lo solemne al proclamar la gran inocencia de un hombre que se ha ganado el derecho a estar alegre y ser feliz. Estaba sonriendo y silbando alguna pieza musical que parecía fluir como el largo y suave vuelo ascendente de sus pasos. La melodía le parecía lejanamente familiar, y sintió que formaba parte de ese momento, pero sintió también que había algo extraño en ella, algo importante que captar, sólo que no podía pensar en eso ahora.

—¡Hola, Bicho!

—¡Hola, Frisco!

Ella supo —por la forma en que él la miró, por el instante de bajar los párpados cerrando sus ojos, por el breve tirón de su cabeza esforzándose por echarse atrás y resistir, por la relajación de sus labios medio sonrientes y medio indefensos, por la repentina violencia de sus brazos al agarrarla— que había sido algo involuntario, que él no lo había querido hacer, y que era irresistiblemente correcto para los dos.

La desesperada violencia en la forma en que la abrazó, la dolorosa presión de su boca sobre la de ella, la exultante rendición de su cuerpo al contacto con el de ella... no eran la forma de un placer momentáneo; ella sabía que no había hambre física que pudiese llevar a un hombre a eso, sabía que era la declaración que nunca había escuchado de él, la mayor confesión de amor que un hombre podía hacer. Independientemente de lo que él hubiera hecho para arruinar su vida, ése seguía siendo el Francisco d'Anconia en cuya cama ella había estado tan orgullosa de pertenecerle; independientemente de las traiciones que ella había encontrado en el mundo, su visión de la vida había sido cierta, y alguna indestructible parte de esa visión había permanecido dentro de él; y, en respuesta a eso, su cuerpo respondió al de él, sus brazos y su boca lo sostuvieron, confesando su deseo, confesando un reconocimiento que siempre le había dado a él y que siempre le daría.

Luego, el resto de los años de él volvieron a ella, con una punzada de dolor al saber que cuanto más grande fuese la persona de él, más terrible era su culpa al autodestruirla. Se apartó de él, sacudió la cabeza y dijo, en respuesta a ellos dos:

—No.

Él se quedó mirándola, desarmado y sonriente.

—Aún no. Tienes mucho que perdonarme primero. Pero te lo puedo contar todo ahora.

Ella nunca había oído esa grave e inanimada cualidad de impotencia en su voz. Él estaba luchando por recuperar el control, había casi una pizca de disculpa en su sonrisa, la disculpa de un niño suplicando indulgencia, pero también había una jovialidad de adulto, una risa declarando que no tenía que ocultar su lucha, pues era felicidad contra lo que estaba luchando, no dolor.

Ella se alejó unos pasos de él; sintió como si la emoción la hubiera arrojado por delante de su propia consciencia, y las preguntas ahora le estaban llegando a ella, intentando tomar la forma de palabras.

—Dagny, esa tortura que has estado sufriendo aquí durante el último mes..., contéstame con la mayor sinceridad que puedas..., ¿crees que podrías haberla soportado hace doce años?

—No —respondió ella; él sonrió—. ¿Por qué preguntas eso?

—Para redimir doce años de mi vida, que no tendré que lamentar.

—¿Qué quieres decir? —Sus preguntas la habían alcanzado—. Y..., y ¿qué sabes tú de mi tormento aquí?

—Dagny, ¿no estás empezando a ver que yo lo sabría todo sobre eso?

—¿Cómo lo...? ¡Francisco! ¿Qué estabas silbando cuando subías la colina?

—¿Ah, sí, estaba silbando? No sé.

—Era el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿verdad?

—¡Oh...! —Pareció sorprenderse; luego sonrió, divertido consigo mismo, y respondió con gravedad—: Te contaré eso más tarde.

—¿Cómo supiste dónde estaba?

—Te contaré eso también.

—Se lo sonsacaste a la fuerza a Eddie.

—No he visto a Eddie desde hace más de un año.

—Él era el único que lo sabía.

—No fue Eddie quien me lo dijo.

—Yo no quería que nadie me encontrara.

Él miró lentamente a su alrededor, y ella vio que sus ojos se detenían en el sendero que había construido, en las flores plantadas, en el techo recién reparado. Se rio entre dientes, como si lo entendiera y como si le doliera.

—No deberían haberte dejado aquí un mes entero —dijo—. ¡Dios, no deberían! Es mi primer fracaso, justamente la única vez que no quería fallar. Pero no creí que estuvieras lista para renunciar. Si lo hubiera sabido, te habría vigilado día y noche.

—¿De verdad? ¿Para qué?

—Para evitarte... —señaló su trabajo— todo esto.

—Francisco —dijo en voz baja—, si te preocupa mi tormento, ¿no sabes que no quiero oírte hablar de eso, porque...? —Paró; ella nunca se había quejado a él, en todos esos años; con la voz plana, dijo solamente—: ¿Porque no quiero oírlo?

—¿Porque yo soy el único hombre que no tiene derecho a hablar de eso? Dagny, si crees que no sé cuánto te he lastimado, te hablaré de los años cuando yo... Pero ya ha pasado. Oh, cariño, ¡ya ha pasado!

—¿Ya?

—Perdóname, no debo decir eso. No hasta que tú lo digas —dijo él; estaba tratando de controlar su voz, pero la expresión de felicidad estaba más allá de su poder de control.

—¿Estás contento porque he perdido todo por lo que viví? Muy bien, lo diré, si eso es lo que has venido a oír: tú fuiste la primera cosa que perdí... ¿Te divierte ahora ver que he perdido el resto?

Él la miró fijamente, con los ojos entrecerrados por tal intensa seriedad que la mirada era casi una amenaza, y ella sabía que, independientemente de lo que los años hubieran significado para él, «diversión» era la única palabra que ella no tenía derecho a pronunciar.

—¿Realmente crees eso? —preguntó.

Ella susurró:

—No...

—Dagny, nunca podemos perder las cosas por las que vivimos. Puede que tengamos que cambiar su forma a veces, si hemos cometido un error; pero el objetivo sigue siendo el mismo, y las formas somos nosotros quienes las hacemos.

—Eso es lo que me he estado diciendo durante un mes. Pero no hay ninguna forma posible hacia ningún objetivo en absoluto.

Él no respondió. Se sentó en una roca junto a la puerta de la cabaña, observándola como si no quisiera perder ni un solo matiz de reacción en su rostro.

—¿Qué piensas ahora de los hombres que renunciaron y desaparecieron? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros, con una leve sonrisa de tristeza impotente, y se sentó en el suelo junto a él.

—Sabes —dijo—, solía pensar que había algún tipo de destructor que los perseguía y los hacía renunciar. Pero supongo que no lo había. Ha habido veces, este último mes, en los que casi he deseado que él viniera a por mí también. Pero nadie vino.

—¿No?

—No. Solía pensar que él les daba algún tipo de razón inconcebible para hacerles traicionar todo lo que amaban. Pero eso no fue necesario. Sé cómo se sintieron. Ya no puedo culparlos más. Lo que no sé es cómo aprendieron a seguir existiendo después..., si es que alguno de ellos existe todavía.

—¿Sientes que has traicionado a Taggart Transcontinental?

—No. Yo... siento que la habría traicionado permaneciendo en el trabajo.

—Lo habrías hecho.

—Si hubiera accedido a servir a los saqueadores, es... es a Nat Taggart a quien les habría entregado. No pude hacerlo. No pude dejar que su logro, y el mío, terminara con los saqueadores como nuestra meta final.

—No, no pudiste. ¿A eso le llamas indiferencia? ¿Crees que amas el ferrocarril menos que lo amabas hace un mes?

—Creo que daría mi vida por sólo un año más en el ferrocarril..., pero no puedo volver a él.

—Entonces sí sabes lo que sintieron todos los hombres que renunciaron y qué era lo que amaban cuando abandonaron.

—Francisco —preguntó ella, sin mirarlo, con la cabeza inclinada—, ¿por qué me preguntaste si podría haberlo dejado hace doce años?

—¿No sabes en qué noche estoy pensando, igual que estás haciendo tú?

—Sí... —susurró ella.

—Ésa fue la noche en la que abandoné d'Anconia Copper.

Despacio, con un largo esfuerzo, ella movió la cabeza para mirarlo. Su rostro tenía la expresión que ella había visto entonces, esa mañana siguiente, doce años atrás: la expresión de una sonrisa, aunque no estaba sonriendo, la tranquila expresión de la victoria sobre el dolor, la expresión del orgullo de un hombre por el precio que pagó y por aquello que para él valió la pena pagar.

—Pero tú no abandonaste —dijo ella—. Tú no renunciaste. Tú sigues siendo el presidente de d'Anconia Copper, sólo que ahora no significa nada para ti.

—Significa tanto para mí ahora como significaba esa noche.

—Entonces ¿cómo puedes dejar que se haga pedazos?

—Dagny, tú tienes mucha más suerte que yo. Taggart Transcontinental es una delicada pieza de maquinaria de precisión. No durará mucho sin ti. No puede ser dirigida por la fuerza de usar esclavos. Ellos, afortunadamente, la destruirán por ti, y no tendrás que verla sirviendo a los saqueadores. Pero la minería de cobre es un trabajo más simple. D'Anconia

Copper podría haber durado muchas generaciones de saqueadores y de esclavos. De forma brutal, miserable, inepta..., pero podría haber durado, y haberles ayudado a ellos a durar. Tuve que destruirla yo mismo.

—Tú... ¿qué?

—Estoy destruyendo d'Anconia Copper, conscientemente, deliberadamente, siguiendo mi propio plan, y por mi propia mano. Tengo que planearlo con tanto cuidado y trabajar tan duro como si estuviera produciendo una fortuna, para no dejar que se den cuenta y me detengan, para no dejar que se apoderen de las minas hasta que sea demasiado tarde. Todo el esfuerzo y la energía que yo había esperado dedicar a d'Anconia Copper los sigo dedicando, sólo que no es para hacerla crecer. Destruiré hasta el último fragmento de ella y hasta el último centavo de mi fortuna y hasta el último gramo de cobre que pueda alimentar a los saqueadores. No la dejaré como yo la encontré; la dejaré tal como la encontró Sebastián d'Anconia. Y luego, ¡que intenten existir sin él o sin mí!

—¡Francisco! —gritó ella—. ¿Cómo has podido llegar a hacer eso?

—Por la gracia del mismo amor que el tuyo —respondió él en voz baja —, mi amor por d'Anconia Copper, por el espíritu del cual ella era su forma. Era... y, algún día, volverá a serlo.

Ella estaba sentada, quieta, tratando de comprender todas las implicaciones de lo que ahora comprendía sólo como el aturdimiento de la conmoción. En el silencio, la música de la sinfonía de radio continuó, y el ritmo de los acordes le llegó a ella como el lento y solemne golpeteo de pasos, mientras que luchaba por ver en una sola imagen toda la progresión de doce años: el muchacho atormentado que le pedía ayuda en sus senos..., el hombre sentado en el suelo de un salón, jugando a las canicas y riéndose de la destrucción de grandes empresas..., el hombre que había gritado «¡amor mío, no puedo!», mientras se negaba a ayudarle..., el hombre que había hecho un brindis, en el oscuro reservado de un bar, por los años que Sebastián d'Anconia había tenido que esperar...

—Francisco..., de todas las conjeturas que intenté hacer sobre ti..., nunca pensé en eso... Nunca pensé que tú eras uno de esos hombres que habían renunciado...

—Fui uno de los primeros.

—Pensé que siempre desaparecían...

—Bueno, ¿no desaparecí? ¿No fue lo peor de lo que te hice, que te dejé mirando a un *playboy* barato que no era el Francisco d'Anconia que tú habías conocido?

—Sí... —susurró ella—, sólo que lo peor fue que yo no pude creerlo..., nunca lo hice... Fue a Francisco d'Anconia a quien seguía viendo cada vez que te veía.

—Lo sé. Y sé cómo te afectó. Intenté ayudarte a comprender, pero era demasiado pronto para decírtelo. Dagny, si te hubiera dicho esa noche, o el día en que viniste a condenarme por lo de las Minas de San Sebastián, que yo no era un holgazán sin rumbo, que estaba planeando acelerar la destrucción de todo lo que nosotros habíamos considerado sagrado, la destrucción de d'Anconia Copper, de Taggart Transcontinental, de Wyatt Oil, de Rearden Steel..., ¿te habría parecido más fácil de aceptar?

—Más difícil —susurró ella—. No estoy segura de poder aceptarlo ni siquiera ahora. Ni tu tipo de renuncia ni la mía propia... Pero, Francisco —añadió, y echó hacia atrás la cabeza de repente para mirarlo—, si ése era tu secreto, entonces, de todo el infierno que tú tuviste que aguantar, yo fui...

—Oh, sí, mi amor, sí, ¡*tú* fuiste lo peor de todo! —Fue un grito desesperado, su sonido de risa y de liberación confesando toda la agonía que quería eliminar para siempre; la cogió de la mano, presionó su boca contra ella, luego su rostro, para no dejarla ver el reflejo de lo que sus años habían sido—. Si es algún tipo de expiación, que no lo es..., independientemente de lo que yo te haya hecho sufrir a ti, así es como yo he pagado por ello..., sabiendo lo que te estaba haciendo y teniendo que hacerlo..., y esperando, esperando para... Pero ya ha pasado.

Levantó la cabeza, sonriendo; la miró, y ella vio una expresión de ternura protectora surgiendo en su rostro, que le habló de la desesperación que él veía en el rostro de ella.

—Dagny, no pienses en eso. No reclamaré ningún sufrimiento mío como mi excusa. Cualquiera que sea la razón, sabía lo que estaba haciendo, y te he herido terriblemente. Necesitaré años para compensarlo. Olvida lo que... —se detuvo; ella sabía lo que quería decir: lo que su abrazo había confesado—, lo que no he dicho. De todas las cosas que tengo que decirte, ésa es la última que te diré. —Pero sus ojos, su sonrisa, el agarre de sus dedos en su muñeca lo estaban diciendo contra su voluntad—. Has soportado demasiado, y hay muchas cosas que tienes que aprender a

comprender para hacer desaparecer todas las cicatrices del tormento que nunca deberías haber tenido que padecer. Lo único que importa ahora es que eres libre para recuperarte. Somos libres, los dos, estamos libres de los saqueadores, estamos fuera de su alcance.

Ella dijo, con su voz tranquila y desolada:

—Para eso vine aquí..., para tratar de entender. Pero no puedo. Parece monstruosamente errado entregar el mundo a los saqueadores, y monstruosamente errado vivir bajo su dominio. No puedo ni renunciar ni volver. No puedo existir sin trabajar, ni trabajar como una sierva. Siempre había pensado que cualquier tipo de batalla era apropiada, cualquier cosa excepto la renuncia. No estoy segura de que tengamos derecho a renunciar, tú y yo, cuando deberíamos haber luchado contra ellos. Pero no hay forma de luchar. Es rendirse, si nos vamos, y rendirse, si nos quedamos. Ya no sé qué es lo correcto.

—Revisa tus premisas, Dagny. Las contradicciones no existen.

—Pero no puedo encontrar ninguna respuesta. No puedo condenarte por lo que estás haciendo; sin embargo, es horror lo que siento, admiración y horror al mismo tiempo. Tú, el heredero de los d'Anconia, que podrías haber superado a todos tus antepasados en la milagrosa capacidad de producir, tú estás aplicando tu inigualable talento a la tarea de destruir. Y yo..., yo estoy jugando con adoquines y reparando un tejado, mientras que un sistema de ferrocarril transcontinental se está hundiendo en manos de personas con discapacidades congénitas. Pero tú y yo éramos del tipo de personas que determinan el destino del mundo. Si eso es a lo que hemos dejado que llegue, entonces debe haber sido nuestra propia culpa. Pero no puedo ver la naturaleza de nuestro error.

—Sí, Dagny, *ha sido* nuestra propia culpa.

—¿Porque no hemos trabajado lo suficiente?

—Porque hemos trabajado demasiado... y cobrado demasiado poco.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca exigimos el único pago que el mundo nos debía, y dejamos que nuestra mejor recompensa les llegara a los peores de los hombres. El error fue cometido hace siglos, lo cometió Sebastián d'Anconia, lo cometió Nat Taggart, lo cometió cada hombre que alimentó al mundo sin recibir las gracias a cambio. ¿Ya no sabes lo que es correcto? Dagny, ésta no es una batalla por bienes materiales. Es una crisis moral, la más grande que el

mundo ha enfrentado, y la última. Nuestra era es el clímax de siglos de maldad. Debemos ponerle fin a eso, de una vez por todas, o perecer..., nosotros, los hombres de la mente. Fue nuestra propia culpa. Nosotros produjimos la riqueza del mundo..., pero dejamos que nuestros enemigos escribieran su código moral.

—Pero nosotros nunca aceptamos su código. Nosotros vivimos según nuestros propios estándares.

—Sí, ¡y pagamos rescates por ello! Rescates en materia y en espíritu: en dinero, que nuestros enemigos recibieron pero no merecían, y en honor, que nosotros merecíamos pero no recibimos. *Ésa* fue nuestra culpa... estar dispuestos a pagar. Mantuvimos a la humanidad viva, y sin embargo permitimos que los hombres nos despreciaran y que adoraran a nuestros destructores. Les permitimos adorar la incompetencia y la brutalidad, adorar a los receptores y a los dispensadores de lo inmerecido. Al aceptar un castigo, no por nuestros pecados sino por nuestras virtudes, traicionamos nuestro código e hicimos posible el de ellos. Dagny, su moralidad es la moralidad de los secuestradores. Ellos usan tu amor por la virtud como rehén. Ellos saben que tú vas a soportar cualquier cosa para poder trabajar y producir, porque sabes que el logro es el objetivo moral más elevado del hombre, que el hombre no puede existir sin él, y que tu amor por la virtud es tu amor por la vida. Cuentan con que tú asumas cualquier carga. Cuentan con que tú sientas que ningún esfuerzo es demasiado grande si está al servicio de lo que amas. Dagny, tus enemigos te están destruyendo por medio de tu propio poder. Tu generosidad y tu resistencia son sus únicas herramientas. Tu rectitud no correspondida es el único control que ellos tienen sobre ti. Ellos lo saben. Tú no. El día que tú lo descubras es lo único que ellos temen. Debes aprender a entenderlos. No estarás libre de ellos hasta que lo hagas. Pero, cuando lo hagas, llegarás a una etapa tal de justa ira que destruirás todos los ferrocarriles de Taggart Transcontinental, ¡antes de dejar que les sirvan a ellos!

—Pero... ¡dejárselo a ellos! —se quejó ella—. Abandonar la compañía... Abandonar Taggart Transcontinental, cuando es... es casi como una persona viva...

—Lo era. Ya no lo es más. Déjasela a ellos. No les servirá para nada. Déjala ir. Nosotros no la necesitamos. Podemos reconstruirla. Ellos no. Nosotros sobreviviremos sin ella. Ellos no podrán.

—Pero ¡*nosotros*, reducidos a renunciar y a abandonar!

—Dagny, nosotros, que hemos sido llamados «materialistas» por los asesinos del espíritu humano, somos los únicos que sabemos el poco valor o significado que hay en objetos materiales como tal, porque nosotros somos los que creamos su valor y su significado. Podemos permitirnos renunciar a ellos, durante un corto tiempo, para rescatar algo mucho más precioso. Nosotros somos el alma de la cual los ferrocarriles, las minas de cobre, las fundiciones de acero y los pozos de petróleo son el cuerpo; y esos cuerpos son entidades vivientes que laten día y noche, como nuestros corazones, en la función sagrada de sustentar la vida humana, pero sólo mientras sigan siendo nuestro cuerpo, sólo mientras sigan siendo la expresión, la recompensa y la propiedad del logro. Sin nosotros, ellos son cadáveres, y su único producto es veneno, no riqueza o alimento, el veneno de la desintegración que convierte a los hombres en hordas de carroñeros. Dagny, aprende a entender la naturaleza de tu propio poder, y entenderás la paradoja que ahora ves a tu alrededor. *Tú* no tienes que depender de ninguna posesión material, ellas dependen de ti; tú las creas, tú eres la dueña de la única herramienta de producción. Dondequiera que estés, siempre serás capaz de producir. Pero los saqueadores, según la teoría que ellos mismos declaran, tienen una necesidad desesperada, permanente y congénita, y están ciegamente a merced de la materia. ¿Por qué no les tomas la palabra? Ellos necesitan ferrocarriles, fábricas, minas y motores que ellos no pueden fabricar ni operar. ¿De qué les servirá tu ferrocarril sin ti? ¿Quién lo mantuvo funcionando? ¿Quién lo mantuvo vivo? ¿Quién lo salvó, una y otra vez? ¿Fue tu hermano James? ¿Quién lo alimentó a él? ¿Quién alimentó a los saqueadores? ¿Quién produjo sus armas? ¿Quién les dio los medios para que te esclavizaran? El inconcebible espectáculo de unos andrajosos incompetentes de medio pelo controlando los productos de un genio, ¿quién lo hizo posible? ¿Quién apoyó a tus enemigos, quién forjó tus cadenas, quién destruyó tus logros?

El movimiento que la hizo erguirse fue como un grito silencioso. Él se levantó de un salto con la brusquedad almacenada de un resorte distendiéndose, mientras su voz continuaba como un triunfo despiadado:

—Estás empezando a ver, ¿verdad? ¡Dagny! Déjales la carcasa de ese ferrocarril, déjales todos los raíles oxidados y las traviesas podridas y las locomotoras destrozadas, pero ¡no les dejes tu mente! ¡No les dejes tu

mente! ¡El destino del mundo depende de esa decisión!

«Damas y caballeros», dijo la voz preñada de pánico de un locutor de radio, quebrando los acordes de la sinfonía, «interrumpimos esta transmisión para traerles un boletín informativo especial. ¡El mayor desastre en la historia de los ferrocarriles ha ocurrido a primeras horas de la mañana en la línea principal de Taggart Transcontinental, en Winston, Colorado, al hundirse el famoso túnel de Taggart!».

El grito de ella sonó como los gritos que habían resonado en ese último momento en la oscuridad del túnel. Su sonido permaneció con él durante el resto de la emisión, mientras ambos corrían hacia la radio, dentro de la cabaña, y escuchaban con idéntico terror, los ojos de ella mirando la radio, los ojos de él mirando la cara de ella.

«Los detalles de la historia se obtuvieron de Luke Beal, fogonero del tren de lujo especial de Taggart, el Comet, quien fue encontrado inconsciente a la entrada occidental del túnel esta mañana, y quien parece ser el único superviviente de la catástrofe. Por una sorprendente infracción de las reglas de seguridad —en circunstancias aún sin determinar—, el Comet, en dirección oeste hacia San Francisco, fue enviado al túnel con una locomotora de vapor movida a carbón. El túnel de Taggart, una galería de doce kilómetros de largo, tallado para atravesar las cumbres de las Montañas Rocosas y considerado un logro de ingeniería sin igual en nuestra época, fue construido por el nieto de Nathaniel Taggart en la gran era de la locomotora eléctrica diésel sin humo. El sistema de ventilación del túnel no fue diseñado para lidiar con el humo pesado y los gases de locomotoras movidas a carbón, y todos los empleados del ferrocarril del distrito sabían que enviar un tren al túnel con una locomotora de ese tipo significaría la muerte por asfixia para todos los que estaban a bordo. El Comet, sin embargo, fue enviado al túnel. Según el fogonero Beal, los efectos de los gases comenzaron a sentirse cuando el tren estaba unos cinco kilómetros dentro del túnel. El maquinista, Joseph Scott, aceleró al máximo, en un intento desesperado por ganar velocidad, pero la vieja y desgastada locomotora fue insuficiente para el peso del largo tren y la pendiente ascendente de la vía. Luchando contra los humos cada vez más espesos, el maquinista y el fogonero apenas habían conseguido forzar las calderas de vapor con fugas para llegar a una velocidad de sesenta kilómetros por hora, cuando algún pasajero, sin duda impulsado por el pánico de asfixiarse, tiró

del cable del freno de emergencia. La repentina sacudida de la parada al parecer rompió la manguera de aire de la locomotora, porque el tren no pudo volver a arrancar. Hubo gritos procedentes de los vagones. Los pasajeros estaban rompiendo las ventanas. El maquinista Scott se esforzó frenéticamente por hacer arrancar el motor, pero se desplomó sobre el acelerador, sofocado por los gases. El fogonero Beal saltó de la locomotora y corrió. Estaba a la vista de la salida occidental, cuando oyó el estallido de la explosión, que es lo último que recuerda. El resto de la historia se obtuvo de los empleados del ferrocarril en la estación de Winston. Parece ser que un Especial de carga del ejército, que iba en dirección oeste con una gran carga de explosivos, no había sido advertido de la presencia del Comet en la vía justo por delante. Ambos trenes habían sufrido retrasos y circulaban fuera de sus horarios previstos. Parece ser que el Especial de Carga tenía órdenes de proceder independientemente de las señales, porque el sistema de señalización del túnel estaba fuera de servicio. Se dice que, a pesar de las regulaciones de velocidad y en vista de las frecuentes averías del sistema de ventilación, era la tácita costumbre de todos los maquinistas ir a velocidad máxima mientras estaban en el túnel. Hasta donde se puede establecer en este momento, parece ser que el Comet estaba parado justo más allá del punto donde el túnel hace una curva pronunciada. Se cree que todos a bordo estaban muertos ya en ese momento. Se duda que el maquinista del Especial de Carga, tomando una curva a ciento veinte kilómetros por hora, haya podido ver, a tiempo, la ventana de observación del último vagón del Comet, que estaba bien iluminada cuando salió de la estación de Winston. Lo que se sabe es que el Especial de Carga se estrelló contra la parte trasera del Comet. La explosión de la carga del Especial rompió ventanas en una casa de campo a ocho kilómetros de distancia y derribó tal cantidad de roca sobre el túnel que las partidas de rescate aún no han podido llegar ni a cinco kilómetros de donde cualquiera de los dos trenes podrían estar. No se espera que se encuentre ningún superviviente... y no se cree que el túnel de Taggart pueda ser reconstruido jamás.»

Ella se quedó quieta. Parecía como si no estuviera viendo la habitación a su alrededor, sino la escena en Colorado. Su repentino movimiento fue tan abrupto como una convulsión. Con la determinada racionalidad de un sonámbulo, giró bruscamente para encontrar su bolso, como si fuese el único objeto que existiera, lo agarró, giró hacia la puerta y corrió.

—¡Dagny! —gritó él—. ¡No vuelvas allá!

Pero su grito no tuvo más fuerza para llegar a ella del que habría tenido si la estuviera llamando ya con los kilómetros que había entre él y las montañas de Colorado.

Corrió tras ella, la cogió, agarrándola por los dos codos, y gritó:

—¡No vayas! ¡Dagny! En nombre de cualquier cosa que sea sagrada para ti, ¡no vuelvas allá!

Ella parecía no ser consciente de quién era él. En una contienda de fuerza física, él podría haberle roto los huesos de los brazos sin esfuerzo. Pero con la fuerza de una criatura viviente luchando por la vida, ella se soltó de él tan violentamente que lo desequilibró por un momento. Cuando él recuperó el equilibrio, ella estaba corriendo colina abajo, corriendo como él había corrido al oír la sirena de alarma en la fundición de Rearden, corriendo hacia su coche, abajo en la carretera.

Su carta de renuncia estaba sobre el escritorio delante de él, y James Taggart estaba sentado mirándola, encorvado por el odio. Sentía como si su enemigo fuera ese pedazo de papel; no las palabras en el papel, sino la hoja y la tinta que le habían dado a las palabras una finalidad material. Siempre había considerado que el pensamiento y las palabras no eran concluyentes, sino una forma material que era a lo que había dedicado toda su vida: a evadir un compromiso.

No había decidido renunciar..., no realmente, pensó; había dictado la carta por un motivo que él había identificado para sí mismo como «por si acaso». La carta, sintió, era una forma de protección; pero no la había firmado aún, y ésa era su protección contra la protección. El odio iba dirigido a lo que fuera que le había hecho sentir que no podría continuar extendiendo ese proceso por mucho más tiempo.

Había recibido noticias de la catástrofe a las ocho de la mañana; al mediodía había llegado a su oficina. Un instinto que provenía de razones que él sabía, pero que dedicaba todo su esfuerzo a no saber, le había dicho que tenía que estar allí esa vez.

Los hombres que habían sido sus cartas marcadas —en un juego que él sabía cómo jugar— habían desaparecido. Clifton Locey estaba atrincherado detrás de la declaración de un médico que había anunciado que el señor

Locey padecía una afección cardíaca que hacía imposible molestarlo en ese momento. Uno de los asistentes ejecutivos de Taggart supuestamente se había ido a Boston la noche anterior, y el otro supuestamente había sido llamado inesperadamente a un hospital anónimo, junto a la cama de un padre que nadie había sospechado que tuviera. No había respuesta en la casa del ingeniero jefe. El vicepresidente a cargo de Relaciones Públicas no podía ser localizado.

Conduciendo por las calles hasta su oficina, Taggart había visto las letras negras de los titulares. Al caminar por los pasillos de Taggart Transcontinental, había oído la voz de un locutor que venía de una radio en la oficina de alguien, el tipo de voz que uno espera escuchar en las esquinas de calles sin alumbrar: estaba exigiendo a gritos la nacionalización de los ferrocarriles.

Había caminado por los pasillos con pasos ruidosos, para poder ser visto, y apresurados, para no ser detenido con preguntas. Había cerrado con llave la puerta de su oficina, y le había ordenado a su secretario que no admitiera a ninguna persona ni aceptara ninguna llamada, y también que le dijera a todos los que llegaran que el señor Taggart estaba ocupado.

Luego se sentó en su escritorio, solo y preso de pánico. Se sentía como si estuviera atrapado en una cámara subterránea cuya cerradura nunca podría volver a abrirse... y como si él estuviera siendo expuesto a la vista de toda la ciudad allá abajo, esperando que la cerradura siguiera cerrada toda la eternidad. Tenía que estar ahí, en esa oficina, eso se requería de él, tenía que sentarse ociosamente y esperar... esperar a que lo desconocido descendiera sobre él y determinara sus acciones, y el pánico era a la vez por quién vendría a por él y por el hecho de que nadie vino, nadie que le dijera qué hacer.

Los teléfonos en la oficina del exterior sonaban como gritos pidiendo ayuda. Miró a la puerta con una sensación de triunfo malévolo, pensando en todas las voces que estaban siendo derrotadas por la inocua figura de su secretario, un joven experto en nada más que en el arte de la evasión, el cual practicaba con la languidez elástica y gris de lo amoral. Las voces, pensó Taggart, venían de Colorado, de todos los centros del sistema ferroviario de Taggart, de todas las oficinas del edificio a su alrededor. Él estaba a salvo mientras no tuviera que oírlas.

Sus emociones se habían atascado, fusionándose en una bola inmóvil, sólida y opaca dentro de él, una bola que el hecho de pensar en los hombres que operaban el sistema Taggart no podía perforar; esos hombres eran simplemente enemigos a quienes burlar. Las punzadas de miedo más agudas provenían de pensar en los hombres del Consejo de Administración; pero su carta de renuncia era su salida de incendios, que los dejaría a ellos atrapados con el fuego. El miedo más agudo de todos provenía de pensar en los hombres en Washington. Si llamaban, él tendría que responder; su elástico secretario sabría de quién serían las voces que estarían por encima de sus órdenes. Pero Washington no llamó.

El miedo lo atravesaba en espasmos de vez en cuando, dejando su boca seca. No sabía qué era lo que temía. Sabía que no era la amenaza del locutor de radio. Lo que había experimentado al oír el gruñido de la voz había sido más como un terror que sentía porque se esperaba que lo sintiera, un terror del deber, algo que era parte de su posición, como lo eran los trajes a medida y los discursos en los almuerzos. Pero, debajo de él, había sentido una pequeña esperanza, rápida y furtiva como el trayecto de una cucaracha: si esa amenaza tomaba forma, lo resolvería todo, le evitaría tener que decidir, le evitaría tener que firmar la carta; él ya no sería más el presidente de Taggart Transcontinental, pero, entonces, tampoco lo sería nadie más..., tampoco lo sería nadie más.

Estaba sentado, mirando su escritorio, manteniendo sus ojos y su mente desenfocados. Era como si estuviera sumergido en un charco de niebla, luchando por no permitir que ese charco alcanzara su finalidad tomando alguna forma. Lo que existe posee identidad; él podría mantenerlo fuera de la existencia negándose a identificarlo.

No examinó los eventos en Colorado, no intentó comprender su causa, no tuvo en cuenta sus consecuencias. No pensó. La atascada bola de emoción era como un peso físico en su pecho, llenando su consciencia, liberándolo de la responsabilidad de pensar. La bola era odio, odio como su única respuesta, odio como única realidad, odio sin objeto, causa, principio o fin, odio como su reivindicación contra el universo, como justificación, como un derecho, como un absoluto.

Los gritos de los teléfonos continuaban a través del silencio. Él sabía que esas súplicas de ayuda no iban dirigidas a él, sino a una entidad cuya forma él había robado. Era esa forma la que los gritos ahora estaban

arrancando de él; sintió como si los timbres dejaran de ser sonidos para convertirse en una sucesión de cuchilladas golpeando su cráneo. El objeto del odio empezó a tomar forma, como si hubiera sido convocado por los timbres. La bola sólida explotó dentro de él y lo lanzó ciegamente a la acción.

Saliendo rápidamente de la sala, desafiando a todos los rostros a su alrededor, fue corriendo por los pasillos al Departamento de Operaciones y hasta la antesala de la oficina del vicepresidente de Operaciones.

La puerta de la oficina estaba abierta: él vio el cielo en las grandes ventanas más allá de un escritorio vacío. Entonces vio al grupo de empleados en la antesala a su alrededor, y la cabeza rubia de Eddie Willers en el compartimento de cristal. Caminó resueltamente hacia Eddie Willers, abrió la puerta de cristal y, desde el umbral, a la vista y al oído de toda la sala, gritó:

—¿Dónde está ella?

Eddie Willers se puso de pie muy despacio y se quedó mirando a Taggart con un extraño tipo de obediente curiosidad, como si eso fuera un fenómeno más a observar entre todas las cosas sin precedentes que había observado. Él no respondió.

—¿Dónde está ella?

—No puedo decírtelo.

—Escucha tú, mocoso cabezón, ¡éste no es momento para florituras! Si intentas hacerme creer que no sabes dónde está, ¡no te creo! Tú lo sabes y vas a decírmelo, ¡o te reportaré a la Junta de Unificación! Les juraré que lo sabes, y luego, ¡intenta demostrar que no!

Hubo un leve tono de asombro en la voz de Eddie cuando respondió:

—En ningún momento he dado a entender que no sé dónde está, Jim. Lo sé. Pero no te lo voy a decir.

El grito de Taggart se elevó hasta el sonido estridente e impotente que confiesa un error de cálculo:

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Pues sí, por supuesto.

—¿Lo repetirás...? —añadió, y señaló a la sala—, ¿para estos testigos?

Eddie levantó un poco la voz, más en precisión y en claridad que en volumen:

—Sé dónde está. Pero no te lo voy a decir.

—¿Estás confesando que eres un cómplice que está ayudando e instigando a un desertor?

—Si así es como quieres llamarlo.

—Pero ¡eso es un delito! Es un delito contra la nación. ¿No sabes eso?

—No.

—¡Va contra la ley!

—Sí.

—¡Esto es una emergencia nacional! ¡No tienes derecho a mantener ningún secreto privado! ¡Estás ocultando información vital! ¡Yo soy el presidente de este ferrocarril! ¡Te estoy ordenando que me lo digas! ¡No puedes negarte a obedecer una orden! ¡Es un delito penal! ¿Lo entiendes?

—Sí.

—¿Te niegas?

—Me niego.

Años de entrenamiento habían hecho que Taggart fuese capaz de ver a cualquier audiencia a su alrededor sin que pareciera que lo estaba haciendo. Vio las caras apretadas y cerradas del grupo, caras que no eran sus aliadas. Todos tenían una expresión de desesperación, excepto la cara de Eddie Willers. El «siervo feudal» de Taggart Transcontinental era el único que parecía no haber sido afectado por el desastre. Miró a Taggart con la mirada sin vida pero a conciencia de un erudito que se enfrenta a un campo de conocimiento que nunca había querido estudiar.

—¿Te das cuenta de que estás cometiendo una traición? —gritó Taggart.

Eddie preguntó en voz baja:

—¿Contra quién?

—¡Contra el pueblo! ¡Es traición proteger a un desertor! ¡Es traición económica! ¡Tu deber de alimentar al pueblo es lo primero, por encima de cualquier otra cosa! ¡Todas las autoridades públicas lo han dicho! ¿No lo sabes? ¿No sabes lo que te harán?

—¿No ves que eso me importa un bledo?

—¿Ah, sí? ¡Citaré eso a la Junta de Unificación! Tengo todos estos testigos para demostrar que dijiste...

—No te preocupes por los testigos, Jim. No los pongas en evidencia. Escribiré todo lo que dije, lo firmaré, y tú puedes llevarlo a la Junta.

La repentina explosión de la voz de Taggart sonó como si lo hubieran abofeteado:

—¿Quién eres tú para enfrentarte al gobierno? ¿Quién eres tú, miserable ratón de oficina, para juzgar las políticas nacionales y tener tus propias opiniones? ¿Crees que el país tiene tiempo de preocuparse por tus opiniones, por tus deseos o por tu pequeña conciencia? ¡Vais a aprender una lección, todos vosotros! ¡Todos vosotros, autoindulgentes e indisciplinados, empleados de pacotilla malcriados, que vais pavoneándoos por ahí como si esa basura sobre vuestros derechos fuese algo serio! ¡Vais a aprender que éstos no son los días de Nat Taggart!

Eddie no dijo nada. Por un instante, ambos se quedaron mirándose el uno al otro por encima del escritorio. La cara de Taggart estaba distorsionada por el pánico, la de Eddie permanecía severamente serena. James Taggart creía demasiado bien en la existencia de un Eddie Willers; Eddie Willers no podía creer en la existencia de un James Taggart.

—¿Crees que la nación se preocupará por tus deseos o los de ella? —gritó Taggart—. ¡Es su deber volver! ¡Es su deber trabajar! ¿Qué nos importa si ella quiere trabajar o no? ¡La *necesitamos*!

—¿La necesitas tú, Jim?

Un impulso que tenía que ver con su autoconservación hizo que Taggart diera un paso atrás al oír el sonido de ese tono particular, un tono muy tranquilo, en la voz de Eddie Willers. Pero Eddie no hizo ningún movimiento para seguirlo. Permaneció de pie detrás de su escritorio, de la forma que sugiere la tradición civilizada de una oficina de negocios.

—No la encontrarás —dijo—. No va a volver. Me alegro de que no lo haga. Puedes morirte de hambre, puedes cerrar el ferrocarril, puedes meterme en la cárcel, puedes hacer que me fusilen... ¿qué más da? No voy a decirte dónde está. Si veo que todo el país se estrella, no te lo diré. No la encontrarás. Tú...

Se giraron ante el sonido de la puerta abriéndose de golpe. Vieron a Dagny de pie en el umbral.

Llevaba un vestido arrugado de algodón, y su cabello estaba despeinado tras horas de conducir. Se detuvo lo suficiente para echar una mirada a su alrededor, como para recapturar el lugar, pero no había reconocimiento de personas en sus ojos, la mirada simplemente recorrió la habitación, como si estuviera haciendo un rápido inventario de objetos

físicos. Su cara no era la cara que ellos recordaban; había envejecido, no por medio de arrugas, sino por medio de una quieta y desnuda expresión sin ninguna cualidad, excepto la de ser implacable.

Sin embargo, la primera respuesta de ellos, antes que de sorpresa o de asombro, fue una sola emoción que atravesó la sala como un suspiro de alivio. Estaba en todas sus caras menos en una; Eddie Willers, quien hacía un momento había estado tranquilo, se desplomó con la cara boca abajo sobre su escritorio; no hizo ningún ruido, pero los movimientos de sus hombros eran sollozos.

La cara de ella no hizo ningún ademán de reconocer a nadie, ni de saludar, como si su presencia allí fuese inevitable y las palabras no fuesen necesarias. Se dirigió directamente a la puerta de su oficina; al pasar frente al escritorio de su secretaria dijo, su voz como el sonido de un ordenador, ni ruda ni amable:

—Dile a Eddie que entre.

James Taggart fue el primero en moverse, como si temiera dejarla fuera de su vista. Corrió tras ella, chillando:

—¡No pude evitarlo! —Y luego, con la vida volviendo a él, su propia vida, su tipo de vida normal, gritó—: ¡Fue culpa *tuya*! ¡Tú lo hiciste! ¡Tú tienes la culpa de ello! ¡Porque te fuiste!

Él se preguntó si su grito había sido una ilusión dentro de sus propios oídos. El rostro de ella seguía impasible; sin embargo, ella se había girado hacia él; parecía que los sonidos la habían alcanzado, pero no las palabras, no la comunicación de una mente. Lo que él sintió por un momento fue su mayor acercamiento a la sensación de su propia no existencia.

Entonces, él vio el más leve cambio en el rostro de ella, simplemente la indicación de percibir una presencia humana, pero ella estaba mirando más allá de él, y al volverse vio que Eddie Willers había entrado en la oficina.

Había rastros de lágrimas en los ojos de Eddie, pero él no hizo ningún intento por ocultarlas; estaba de pie, erguido, como si las lágrimas o cualquier vergüenza o cualquier disculpa por ellas fuesen tan irrelevantes para él como para ella.

Ella dijo:

—Ponme a Ryan al teléfono, dile que estoy aquí; luego, déjame hablar con él.

Ryan había sido el gerente general de la Región Central del ferrocarril.

Eddie le dio una advertencia al no responder de inmediato, y después dijo, con su voz tan uniforme como la de ella:

—Ryan se ha ido, Dagny. Renunció la semana pasada.

No notaron a Taggart, igual que no notaron los muebles alrededor de ellos. Ella no le había concedido ni siquiera el reconocimiento de mandarle salir de su oficina. Como un paralítico, inseguro de que sus músculos le obedecieran, reunió sus fuerzas y salió sin que nadie se diese cuenta. Pero estaba seguro de lo primero que tenía que hacer: correr a su oficina para destruir su carta de renuncia.

Ella no notó su salida; estaba mirando a Eddie.

—¿Está Knowland aquí? —preguntó.

—No. Se ha ido.

—¿Andrews?

—Fuera.

—¿McGuire?

—Fuera.

Él continuó en silencio recitando la lista de las personas por las que sabía que ella preguntaría, las más necesarias en esa hora, las que habían renunciado y habían desaparecido en el último mes. Escuchó sin asombro ni emoción, como uno escucha la lista de bajas de una batalla en la que todos están condenados y en la que da igual de quién sean los nombres que caen primero.

Cuando terminó, ella no hizo ningún comentario, pero preguntó:

—¿Qué se ha hecho desde esta mañana?

—Nada.

—¿Nada?

—Dagny, cualquier ordenanza podría haber dado órdenes aquí desde esta mañana, y todo el mundo le habría obedecido. Pero incluso los ordenanzas de la oficina saben que quien haga el primer movimiento hoy será hecho responsable por el futuro, el presente y el pasado, cuando empiecen a pasarse el mochuelo. Ese individuo no salvaría el sistema, simplemente perdería su trabajo cuando consiguiera salvar a una división. Nada se ha hecho. Está todo parado. Lo que sea que se esté moviendo, se está moviendo totalmente al azar, eso es lo que está pasando en las líneas más remotas, donde no saben si han de moverse o de parar. Algunos trenes

están detenidos en estaciones, otros continúan, esperando ser detenidos antes de llegar a Colorado. Es lo que decidan los gerentes de expedición locales. Aquí abajo, el gerente de la terminal ha cancelado todo el tráfico transcontinental para hoy, incluyendo el Comet de esta noche. No sé lo que está haciendo el gerente de San Francisco. Sólo los equipos de demolición están trabajando..., en el túnel. Todavía no se han acercado ni remotamente al lugar del accidente. No creo que lo logren.

—Llama al gerente de la terminal aquí abajo y dile que vuelva a poner todos los trenes transcontinentales inmediatamente de nuevo en su horario normal, incluyendo el Comet de esta noche. Luego vuelve aquí.

Cuando Eddie volvió, Dagny estaba inclinada sobre los mapas que había extendido sobre una mesa, y ella habló mientras él tomaba notas rápidas:

—Dirige todos los trenes en dirección oeste hacia el sur, desde Kirby, Nebraska, por el ramal recto hasta Hastings, por el carril de la Kansas Western a Laurel, Kansas; luego, a la vía de la Atlantic Southern en Jasper, Oklahoma. Al Oeste, en la Atlantic Southern hasta Flagstaff, Arizona; al Norte, en la vía de Flagstaff-Homedale hasta Elgin, Utah; al Norte, hasta Midland; al noroeste, en la vía de la Wasatch Railway hasta Salt Lake City. La Wasatch Railway es un ferrocarril abandonado de vía estrecha. Cómpralo. Haz que conviertan la vía a la estándar. Si los propietarios tienen miedo, puesto que las ventas son ilegales, págales el doble del dinero y continúa con el trabajo. No hay vía entre Laurel, Kansas, y Jasper, Oklahoma, son cinco kilómetros; no hay vía entre Elgin y Midland, Utah, ocho kilómetros y medio. Consigue que instalen el raíl. Haz que los equipos de construcción empiecen inmediatamente; contrata a todas las personas locales disponibles, págales el doble del salario legal, o el triple, lo que pidan, pon tres turnos a funcionar, y completa el trabajo de un día para otro. En cuanto al raíl, arranca los apartaderos de Winston y Silver Springs, Colorado, de Leeds, Utah, y de Benson, Nevada. Si algún secuaz regional de la Junta de Unificación aparece para detener el trabajo, autoriza a nuestros hombres de la zona, a los que te sean de confianza, para sobornarlos. No pases eso por el Departamento de Contabilidad, que me lo cobren a mí, yo lo pagaré. Si se encuentran con algún caso en el que eso no funciona, diles que le digan al secuaz que la Directiva 10-289 no contempla

las medidas cautelares locales, que una medida cautelar se debe interponer por orden judicial contra nuestra sede, y que tienen que demandarme *a mí* si quieren detenernos.

—¿Es verdad eso?

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puede alguien saberlo? Pero, para cuando lo desenreden y decidan lo que quieran decidir, nuestra vía estará construida.

—Ya veo.

—Yo repasaré las listas y te daré los nombres de nuestros hombres regionales que poner al mando..., si siguen allí. Para cuando el Comet de esta noche llegue a Kirby, Nebraska, la vía estará lista. Añadirá unas treinta y seis horas al horario transcontinental, pero habrá un horario transcontinental. Luego, haz que me traigan los archivos de los antiguos mapas de nuestro sistema tal y como era antes de que el nieto de Nat Taggart construyera el túnel.

—¿Los... qué? —Él no levantó la voz, pero la respiración entrecortada fue la ruptura de la emoción que había querido evitar.

El rostro de ella no cambió, pero una nota de insinuación en su voz le reconoció a él una nota de gentileza, no de reproche:

—Los antiguos mapas de los días anteriores al túnel. Vamos a volver atrás, Eddie. Espero que podamos. No, no reconstruiremos el túnel. No hay forma de hacerlo ahora. Pero el antiguo tendido que cruzaba las Montañas Rocosas aún sigue allí. Puede ser recuperado. Sólo será difícil conseguir el raíl para eso y los hombres que lo hagan. Sobre todo los hombres.

Él sabía, como había sabido desde el principio, que ella había visto sus lágrimas y que no había pasado sobre ellas con indiferencia, a pesar de que su voz clara y sin tono y su rostro impasible no denotaban ninguna señal de emoción. Había alguna cualidad especial en la actitud de ella que él sentía pero no podía traducir. Sin embargo, la sensación que le dio a él, traducida, era como si ella le estuviese diciendo: «Lo sé, lo entiendo, yo sentiría compasión y gratitud si estuviéramos vivos y fuéramos libres para sentir, pero no lo somos, ¿verdad, Eddie? Estamos en un planeta muerto, como la luna, donde debemos movernos, pero no nos atrevemos a detenernos para respirar una bocanada de emoción, porque descubriremos que no hay aire para respirar».

—Tenemos hoy y mañana para ponerlo todo en marcha —dijo—. Yo saldré para Colorado mañana por la noche.

—Si quieres volar, tendré que alquilar un avión para ti en algún lugar. El tuyo todavía está en el taller, no pueden conseguir repuestos para él.

—No, iré en tren. Tengo que ver la línea. Tomaré el Comet de mañana.

Habían pasado dos horas, en una breve pausa entre las llamadas telefónicas de larga distancia, cuando ella le hizo de repente la primera pregunta que no tenía que ver con el ferrocarril:

—¿Qué le han hecho a Hank Rearden?

Eddie se vio atrapado en la pequeña evasión de mirar hacia otro lado, pero obligó a su mirada a encontrarse con la de ella y respondió:

—Se rindió. Firmó el Certificado de Regalo de ellos, en el último momento.

—Oh... —El sonido no transmitió ni sorpresa ni censura, fue simplemente un signo de puntuación vocal, denotando la aceptación de un hecho—. ¿Has sabido algo de Quentin Daniels?

—No.

—¿No ha enviado ninguna carta o ningún mensaje para mí?

—No.

Adivinó lo que ella temía y le recordó un asunto del cual no había informado.

—Dagny, hay otro problema que ha estado creciendo por todo el sistema desde que te fuiste. Desde el primero de mayo. Son los trenes «congelados».

—¿Los qué?

—Hemos tenido trenes abandonados en la línea, en alguna vía de paso, en medio de la nada, por lo general durante la noche, y la tripulación entera ha desaparecido. Simplemente dejan el tren y desaparecen. Nunca hay ningún aviso ni ninguna razón especial, es más como una epidemia, le ataca a los hombres de repente y se van. Ha estado sucediendo en otros ferrocarriles también. Nadie puede explicarlo. Pero creo que todo el mundo lo entiende. Es la directiva la que lo ha estado causando. Es la forma de protestar que tienen nuestros hombres. Intentan seguir adelante, y de repente llegan a un momento en que ya no pueden soportarlo más. ¿Qué podemos hacer al respecto? —Se encogió de hombros—. Oh, bueno, ¿quién es John Galt?

Ella asintió pensativamente; no parecía sorprendida.

Sonó el teléfono, y la voz de su secretaria dijo:

—El señor Wesley Mouch llamando desde Washington, señorita Taggart.

Sus labios se tensaron un poco, como ante el toque inesperado de un insecto.

—Debe ser para mi hermano —dijo.

—No, señorita Taggart. Para usted.

—Muy bien. Pásemelo.

—Señorita Taggart —dijo la voz de Wesley Mouch con el tono de un anfitrión de fiesta de cóctel—, me alegró tanto saber que usted ha recuperado su salud, que quise darle la bienvenida en persona. Sé que su salud requirió un largo descanso, y agradezco el patriotismo que le hizo interrumpir su excedencia en esta terrible emergencia. Quería asegurarle que puede contar con nuestra cooperación para cualquier paso que considere necesario tomar. Nuestra más completa cooperación, asistencia y apoyo. Si hay... alguna excepción especial que pueda requerir, tenga la certeza de que puede ser concedida.

Ella lo dejó hablar, aunque él había hecho varias pequeñas pausas invitando una respuesta. Cuando su pausa se hizo lo suficientemente larga, ella dijo:

—Le estaría muy agradecida si me dejara hablar con el señor Weatherby.

—Vaya, bueno, señorita Taggart, cuando usted quiera..., pero, a ver..., quiere usted decir, *¿ahora?*

—Sí. Ahora mismo.

Él entendió. Pero dijo:

—Sí, señorita Taggart.

Cuando la voz del señor Weatherby apareció en la línea, sonaba cautelosa:

—¿Sí, señorita Taggart? ¿En qué puedo ayudarle?

—Puede decirle a su jefe que si no quiere que renuncie de nuevo, como él sabe que hice, nunca ha de llamarme ni de hablarme. Cualquier cosa que su pandilla tenga que decirme, que le envíen a *usted* a decirlo.

Hablaré con usted, pero no con él. Puede decirle que mi razón es lo que le hizo a Hank Rearden cuando estaba en la nómina de Rearden. Si todo el mundo lo ha olvidado, yo no.

—Es mi deber asistir a los ferrocarriles de la nación en cualquier momento, señorita Taggart. —El señor Weatherby sonaba como si intentara evitar el compromiso de haber oído lo que había oído; pero una repentina nota de interés se deslizó en su voz cuando preguntó lentamente, pensativamente, con cautelosa astucia—: ¿Debo entender, señorita Taggart, que es su deseo tratar exclusivamente *conmigo* en todos los asuntos oficiales? ¿Puedo asumir que ésa es su política?

Ella soltó una breve y áspera risa entre dientes antes de decir:

—Adelante. Puede listarme como su propiedad exclusiva, usarme como un elemento especial de pillaje, y venderme por todo Washington. Pero no creo que le sirva de mucho, porque no voy a seguirles el juego, no voy a intercambiar favores, simplemente voy a empezar a infringir sus leyes ahora mismo, y puede arrestarme cuando sienta que puede permitírselo.

—Creo que usted tiene una idea anticuada sobre la ley, señorita Taggart. ¿Por qué hablar de leyes rígidas e inviolables? Nuestras leyes modernas son elásticas y están abiertas a interpretación, dependiendo de... las circunstancias.

—Entonces empiece a ser elástico ahora mismo, porque yo no soy elástica, y tampoco lo son las catástrofes ferroviarias.

Colgó y le dijo a Eddie, en el tono de una evaluación hecha sobre objetos físicos:

—Nos dejarán en paz durante un tiempo.

No pareció notar los cambios en su oficina: la falta del retrato de Nat Taggart, la nueva mesa de centro de cristal en la que el señor Locey había extendido, para beneficio de los visitantes, una exhibición de las revistas humanitarias más escandalosas con títulos de artículos encabezados en sus portadas.

Escuchó —con la atenta expresión de una máquina equipada para grabar, no para reaccionar— el relato de Eddie sobre lo que en aquel mes le había ocurrido al ferrocarril. Oyó su informe sobre lo que él imaginaba que habrían sido las causas de la catástrofe. Encaró, con la misma expresión de desapego, a una sucesión de hombres que entraron y salieron de su oficina con pasos más que acelerados y con manos torpes haciendo gestos

superfluos. Él pensó que ella se había vuelto insensible a cualquier cosa. Pero, de repente —mientras ella andaba por la oficina dictándole a él una lista de materiales para instalar la vía, y dónde obtenerlos ilegalmente—, ella se paró y miró las revistas sobre la mesa de centro. Sus titulares decían: «La nueva conciencia social»; «Nuestro deber hacia los desfavorecidos»; «Necesidad contra codicia». Con un único movimiento de su brazo, un movimiento abrupto y explosivo de pura brutalidad física, como él nunca antes había visto en ella antes, barrió las revistas de la mesa y siguió hablando, con su voz recitando una lista de cifras sin lapso, como si no hubiera conexión entre su mente y la violencia de su cuerpo.

Al final de la tarde, al encontrar un momento a solas en su oficina, llamó por teléfono a Hank Rearden.

Le dio su nombre a la secretaria, y, por la forma en que Rearden respondió, ella percibió la ansiedad con la que él había tomado el auricular:

—¿Dagny?

—Hola, Hank. Estoy de vuelta.

—¿Dónde?

—En mi oficina.

Ella escuchó las cosas que él no dijo durante el momento de silencio en la línea; luego, Rearden dijo:

—Supongo que tendré que empezar a sobornar a gente de inmediato para conseguir el mineral y empezar a servirte el raíl.

—Sí. Tanto como puedas. No tiene que ser Metal Rearden. Puede ser...

El corte en su voz fue casi demasiado breve como para notarlo, pero lo que contenía era la idea «¿Raíl de Metal Rearden para volver a la época anterior al acero pesado...?, ¿tal vez volver a la época de los raíles de madera con tiras de hierro?». Ella continuó:

—Puede ser acero, de cualquier peso, cualquier cosa que puedas darme.

—Muy bien. Dagny, ¿sabes que les he entregado el Metal Rearden? He firmado el Certificado de Regalo.

—Sí, lo sé.

—Me he rendido.

—¿Quién soy yo para culparte? ¿No lo he hecho yo también?

Él no respondió, y ella dijo:

—Hank, no creo que les importe si queda un tren o una caldera en la Tierra. A nosotros sí. Nos dominan por nuestro amor a eso, y seguiremos pagando mientras aún haya una posibilidad de mantener viva una sola rueda moviéndose, como muestra de la inteligencia humana. Seguiremos manteniéndolo a flote, como si fuera un hijo nuestro ahogándose, y, cuando el diluvio se lo trague, caeremos con la última rueda y con el último silogismo. Sé lo que estamos pagando, pero... el precio ya no cuenta.

—Lo sé.

—No tengas miedo por mí, Hank. Estaré bien mañana por la mañana.

—Nunca tendré miedo por ti, cariño. Te veré esta noche.

## Capítulo IX

## El rostro sin dolor ni miedo ni culpa

El silencio de su apartamento y la inmóvil perfección de los objetos, que habían permanecido exactamente como ella los había dejado un mes antes, le impactaron con una sensación de alivio y de desolación a la vez cuando entró en su sala de estar. El silencio le dio una ilusión de privacidad y de propiedad; el ver los objetos le recordó que ellos estaban preservando un momento que ella no podía recuperar, igual que no podía deshacer los eventos que habían ocurrido desde entonces.

Todavía quedaba un residuo de luz diurna más allá de las ventanas. Ella había salido de la oficina antes de lo que se había propuesto, incapaz de reunir fuerzas para cualquier tarea que pudiera ser aplazada hasta el día siguiente. Eso era nuevo para ella, y era una novedad que ahora se sintiera más en casa en su apartamento que en su oficina.

Se dio una ducha, y se quedó varios largos y ociosos minutos dejando que el agua le resbalara por el cuerpo, pero salió de la ducha precipitadamente al darse cuenta de que lo que quería lavarse no era el polvo del viaje desde el campo, sino la sensación de la oficina.

Se vistió, encendió un cigarrillo y entró en la sala de estar, para quedarse de pie junto a la ventana, mirando la ciudad, igual que había estado mirando el campo al comienzo de ese día.

Había dicho que daría su vida por un año más en el ferrocarril. Había vuelto; pero ésa no era la alegría de trabajar; era sólo la paz clara y fría de una decisión tomada, y la quietud de un dolor no admitido.

Las nubes habían envuelto el cielo y habían descendido como niebla para envolver las calles abajo, como si el cielo estuviera engullendo la ciudad. Podía ver toda la isla de Manhattan, una forma larga y triangular penetrando en un océano invisible. Parecía la proa de un barco hundiéndose; algunos edificios altos aún se alzaban sobre ella, como embudos, pero el resto estaba desapareciendo bajo espirales grises azuladas,

descendiendo lentamente en el vapor y en el espacio. Así fue como ellos habían desaparecido, pensó, en la Atlántida, la ciudad que se hundió en el océano, y en todos los otros reinos que desaparecieron, dejando la misma leyenda en todas las lenguas de los hombres, y el mismo anhelo.

Sintió —como había sentido una noche de primavera, desplomada sobre su escritorio en la destartalada oficina de la Línea John Galt, junto a una ventana que daba a un callejón oscuro— la sensación y la visión de su propio mundo, un mundo que ella nunca alcanzaría...

Tú, pensó, quienquiera que seas, a quien siempre he amado y nunca he encontrado; tú, a quien yo esperaba ver al final de los raíles más allá del horizonte; tú, cuya presencia siempre había sentido en las calles de la ciudad y cuyo mundo había querido construir; es mi amor por ti lo que me había mantenido en movimiento, mi amor y mi esperanza de alcanzarte, y mi deseo de ser digna de ti el día en que me encontrara frente a ti cara a cara. Ahora sé que nunca te encontraré, que no es algo a ser alcanzado o vivido, pero lo que queda de mi vida sigue siendo tuyo, y yo seguiré adelante en tu nombre, aunque sea un nombre que nunca conoceré; seguiré sirviéndote, aunque nunca he de vencer; seguiré, para ser digna de ti el día en que podría haberte conocido, aunque no lo haré...

Ella nunca había aceptado la desesperanza, pero estaba de pie junto a la ventana y, dirigiéndose a la forma de una ciudad envuelta en niebla, ésa era su autodedicación a un amor no correspondido.

El timbre de la puerta sonó.

Ella se volvió con indiferente asombro para abrir la puerta... Luego, cuando vio que era Francisco d’Anconia, supo que debería haberlo esperado. No sintió ningún sobresalto ni ninguna rebelión, sólo la sombría serenidad de su certeza, y levantó la cabeza para encararlo, con un movimiento lento y deliberado, como diciéndole que había tomado su decisión y que la defendía abiertamente.

El rostro de él estaba grave y tranquilo; la expresión de felicidad había desaparecido, pero el regocijo del *playboy* no había vuelto. Parecía como si se hubiese quitado todas las máscaras; parecía directo, estrictamente disciplinado, con un objetivo en mente; parecía un hombre capaz de conocer la seriedad de la acción, como ella había esperado que él pareciera

—nunca había estado tan atractivo como en ese momento—, y ella notó, sorprendida, su repentina sensación de que él no era un hombre que la había abandonado, sino un hombre a quien ella había abandonado.

—Dagny, ¿puedes hablar de eso ahora?

—Sí, si lo deseas. Pasa.

Él miró brevemente su sala de estar, en una casa en la que él nunca había entrado, y luego sus ojos se volvieron a ella. La estaba observando atentamente. Parecía saber que la tranquila simplicidad de las maneras de ella era el peor de los signos para el objetivo de él, que era como un montón de cenizas donde ninguna chispa de dolor podía ser reavivada, donde incluso el dolor habría sido una forma de fuego.

—Siéntate, Francisco.

Ella se quedó de pie delante de él, como conscientemente haciéndole ver que no tenía nada que ocultar, ni siquiera el cansancio de su postura, el precio que había pagado por ese día, y su indiferencia por tal precio.

—No creo que pueda detenerte ahora —dijo él—, si has tomado tu decisión. Pero, si aún hay una posibilidad de detenerte, es una posibilidad que tengo que aprovechar.

Ella sacudió la cabeza lentamente.

—No la hay. Y... ¿para qué, Francisco? Tú te has rendido. ¿Qué más te da si yo perezco con el ferrocarril, o alejada de él?

—Yo no he abandonado el futuro.

—¿Qué futuro?

—El día en el que los saqueadores perecerán, pero nosotros no.

—Si Taggart Transcontinental ha de perecer con los saqueadores, entonces yo también lo haré.

Él no apartó los ojos de su cara, y no respondió.

Ella añadió desapasionadamente:

—Pensé que podría vivir sin eso. No puedo. Nunca lo intentaré de nuevo. Francisco, ¿te acuerdas...?, ambos creíamos, cuando empezamos, que el único pecado en la Tierra era hacer las cosas mal hechas. Todavía lo creo. —La primera nota de vida se estremeció en su voz—. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo lo que hicieron en ese túnel. No puedo aceptar lo que todos ellos están aceptando. Francisco, ¡es lo que nosotros pensamos que era tan monstruoso, tú y yo!, el creer que los desastres son el

destino natural de uno, que hay que soportarlos, no combatirlos. No puedo aceptar la sumisión. No puedo aceptar el desamparo. No puedo aceptar la renuncia. Mientras quede un ferrocarril que dirigir, yo lo dirigiré.

—¿Para poder mantener el mundo de los saqueadores?

—Para poder mantener lo último que queda del mío.

—Dagny —dijo él lentamente—, sé por qué uno ama su trabajo. Sé lo que significa para ti, el trabajo de operar trenes. Pero no los operarías si estuvieran vacíos. Dagny, ¿qué es lo que ves cuando piensas en un tren en movimiento?

Ella miró la ciudad.

—La vida de un hombre de habilidad que podría haber perecido en esa catástrofe, pero que escapará a la siguiente, la cual yo evitaré; un hombre que tiene una mente intransigente y una ambición ilimitada, y que está enamorado de su propia vida; el tipo de hombre que es lo que nosotros éramos cuando empezamos, tú y yo. Tú lo abandonaste. Yo no puedo hacerlo.

Él cerró los ojos por un instante, y el movimiento tenso de su boca era una sonrisa, una sonrisa que sustituía a un gemido de comprensión, de diversión y de dolor. Preguntó, con una voz muy suave:

—¿Crees que todavía puedes servirle, a ese tipo de hombre, operando el ferrocarril?

—Sí.

—Muy bien, Dagny. No intentaré detenerte. Mientras sigas pensando eso, nada puede detenerte, ni debería detenerte. Tú te detendrás el día en que descubras que, ahora, tu trabajo no ha sido puesto al servicio de la vida de ese hombre, sino de su destrucción.

—¡Francisco! —Fue un grito de asombro y de desesperación—. Tú lo entiendes, sabes lo que quiero decir cuando hablo de ese tipo de hombre, ¡tú lo ves también!

—Oh, sí —dijo él simplemente, casualmente, mirando a algún punto en el espacio dentro de la habitación, casi como si estuviera viendo a una persona de verdad. Y añadió—: ¿Por qué debería asombrarte? Dijiste que nosotros fuimos como él una vez, tú y yo. Todavía lo somos. Pero uno de nosotros lo ha traicionado.

—Sí —dijo ella con severidad—, uno de nosotros lo ha hecho. No podemos servirle renunciando.

—No podemos servirle haciendo un trato con sus destructores.

—Yo no estoy haciendo un trato con ellos. Ellos me necesitan. Ellos lo saben. Son *mis* condiciones las que haré que acepten.

—¿Jugando a un juego en el que ellos se benefician a cambio de hacerte daño?

—Si puedo mantener Taggart Transcontinental en pie..., ése es el único beneficio que yo quiero. ¿Qué me importa si me hacen pagar rescates? Que tengan lo que quieren. Yo tendré el ferrocarril.

Él sonrió.

—¿Eso crees? ¿Crees que lo que necesitan de ti es tu protección? ¿Crees que puedes darles lo que ellos quieren? No, no renunciarás hasta que veas, con tu propia visión y por tu propio juicio, qué es lo que realmente quieren. Sabes, Dagny, nos enseñaron que algunas cosas pertenecen a Dios, y otras, al César. Quizá su Dios lo permitiría. Pero, el hombre al que dices que estamos sirviendo..., él no lo permite. Él no permite ninguna lealtad dividida, ninguna guerra entre tu mente y tu cuerpo, ningún abismo entre tus valores y tus acciones, ningún tributo a César. Él no permite Césares.

—Durante doce años —dijo ella en voz baja— me pareció inconcebible que pudiera llegar el día en el que yo tuviera que pedirte perdón de rodillas. Ahora creo que es posible. Si llego a ver que tienes razón, lo haré. Pero no hasta entonces.

—Lo harás. Pero no de rodillas.

Él la estaba mirando como si estuviera viendo su cuerpo allí de pie delante de él, aunque sus ojos estaban dirigidos a su cara; a Dagny, la mirada de Francisco le dijo qué forma de expiación y de rendición estaba viendo él en el futuro. Ella vio el esfuerzo que él hizo por apartar la mirada, su esperanza de que ella no hubiese visto su mirada ni la hubiese entendido, su lucha silenciosa, traicionada por la tensión de unos cuantos músculos debajo de la piel de su cara..., la cara que ella conocía tan bien.

—Hasta entonces, Dagny, recuerda que somos enemigos. No quise decirte esto, pero tú eres la primera persona que casi ha entrado en el cielo y ha vuelto a la Tierra. Has vislumbrado demasiado, así que tienes que saber esto claramente. Eres tú contra quien estoy peleando, no contra tu hermano James o contra Wesley Mouch. Es a ti a quien tengo que derrotar. Estoy dispuesto a acabar con todas las cosas que son más preciosas para ti en este momento. Mientras tú luchas para salvar a Taggart Transcontinental, yo

estaré trabajando para destruirla. Nunca me pidas ayuda o dinero. Tú sabes mis razones. Ahora puedes odiarme... como, desde tu posición, deberías hacer.

Ella levantó un poco la cabeza; no hubo ningún cambio perceptible en su postura, no fue más que la consciencia de su propio cuerpo y del significado que tenía para él, pero, durante el lapso de una frase, se quedó de pie como una mujer, con una sugerencia de desafío que venía sólo del espaciado ligeramente estresado de sus palabras:

—¿Y qué te hará eso a ti?

Él la miró, con total comprensión, pero sin admitir ni negar la confesión que ella quería arrancar de él.

—Eso no es asunto de nadie, más que mío —respondió.

Fue ella quien se debilitó, pero se dio cuenta, al decirlo, que eso era aún más cruel:

—No te odio. He intentado hacerlo, durante años, pero nunca lo haré, no importa lo que hagamos, cualquiera de los dos.

—Lo sé —dijo él en voz baja, para que ella no oyera el dolor, aunque ella lo sintió dentro de sí misma como si fuera un reflejo directo de él.

—¡Francisco! —gritó ella, en desesperada defensa de él contra sí misma—. ¿Cómo puedes hacer lo que estás haciendo?

—Por la gracia de mi amor. —Por ti, dijeron sus ojos—. Por el hombre —dijo su voz— que no pereció en tu catástrofe y que nunca perecerá.

Ella se quedó quieta en silencio durante un momento, como en respetuoso reconocimiento.

—Ojalá pudiera ahorrarte lo que vas a tener que pasar —continuó él, con la suavidad de su voz como diciendo: «No es de mí de quien debes sentir lástima»—. Pero no puedo. Cada uno de nosotros tiene que recorrer ese camino con sus propios pasos. Pero es el mismo camino.

—¿Adónde lleva?

Él sonrió, como si estuviera cerrando suavemente una puerta a las preguntas que no contestaría.

—A la Atlántida —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida.

—¿No te acuerdas...? La ciudad perdida en la que sólo los espíritus de los héroes pueden entrar.

Esa conexión la impactó de repente, y había estado luchando en su mente desde esa mañana, como una leve ansiedad que ella no había tenido tiempo de identificar. Ella lo había sabido, pero había pensado sólo en el propio destino de él y en su decisión personal, había pensado que él actuaba solo. Ahora recordó un peligro mayor, y percibió la forma inmensa e indefinida del enemigo al que se estaba enfrentando.

—Tú eres uno de ellos —dijo lentamente—, ¿verdad?

—¿De quiénes?

—¿Eras *tú* quien estuvo en la oficina de Ken Danagger?

Él sonrió. Y respondió:

—No.

Pero ella se dio cuenta de que él no preguntó qué quería decir.

—¿Hay...?, tú deberías saberlo..., ¿hay suelto realmente un destructor en el mundo?

—Por supuesto.

—¿Quién es?

—Tú.

Ella se encogió de hombros; su cara se estaba endureciendo.

—Los hombres que han renunciado, ¿siguen vivos o están muertos?

—Están muertos, en lo que a ti respecta. Pero habrá un Segundo Renacimiento en el mundo. Lo esperaré.

—¡No! —La repentina violencia de su voz fue una respuesta personal a él, a una de las dos cosas que él había querido que ella oyera en sus palabras—. ¡No, no me esperes!

—Siempre te esperaré, independientemente de lo que hagamos cualquiera de los dos.

El sonido que oyeron fue el giro de una llave en la cerradura de la puerta de entrada. La puerta se abrió y Hank Rearden entró.

Se detuvo brevemente en el umbral, y después entró despacio en la sala de estar, con su mano deslizando la llave en su bolsillo.

Ella sabía que él había visto la cara de Francisco antes que la de ella. Él la miró, pero sus ojos volvieron a Francisco, como si ésa fuese la única cara que ahora era capaz de ver.

Fue a la cara de Francisco a la que ella tenía miedo de mirar. El esfuerzo que ella hizo para dirigir su mirada en una curva de unos pocos pasos le pareció como si levantara un peso superior a sus fuerzas. Francisco

se había puesto de pie, a la manera automática y sin prisas de un d'Anconia entrenado en el código de la buena educación. No había nada que Rearden pudiera ver en su rostro. Pero lo que ella vio en él fue peor de lo que ella había temido.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó Rearden, en el tono que uno usaría para dirigirse a un mequetrefe sorprendido en un salón.

—Veo que no tengo derecho a hacerle la misma pregunta —dijo Francisco. Ella sabía qué esfuerzo era necesario para lograr la cualidad clara y sin tono de su voz. Sus ojos seguían volviendo a la mano derecha de Rearden, como si todavía estuvieran viendo la llave entre sus dedos.

—Entonces responda a la pregunta —dijo Rearden.

—Hank, cualquier pregunta que quieras hacer deberías hacérmela a mí —dijo ella.

Rearden no pareció verla ni oírla.

—Responda —repitió.

—Sólo hay una respuesta que usted tendría derecho a exigir —dijo Francisco—, así que le responderé que ésa no es la razón de mi presencia aquí.

—Sólo hay una razón para su presencia en la casa de cualquier mujer —dijo Rearden—. Y, quiero decir, de cualquier mujer, en lo que a usted respecta. ¿Piensa que me creo ahora esa confesión suya, o algo que usted me haya dicho alguna vez?

—Le he dado motivos para no confiar en mí, pero ninguno para incluir a la señorita Taggart.

—No me diga que no tiene posibilidades aquí, que nunca las tuvo y nunca las tendrá. Eso lo sé. Pero que le encuentre aquí a la primera...

—Hank, si quieres acusarme... —comenzó, pero Rearden se giró bruscamente hacia ella.

—¡Por Dios, no, Dagny, no es eso! Pero no deberían verte hablando con él. No deberías tratar con él de ninguna manera. Tú no lo conoces. Yo sí. —Se volvió hacia Francisco—. ¿Qué está buscando? ¿Está esperando incluirla entre su tipo de conquistas o...?

—¡No!

Fue un grito involuntario, y sonó inútil, con su apasionada sinceridad siendo ofrecida —para ser rechazada— como su única prueba.

—¿No? Entonces ¿está aquí por una cuestión de negocios? ¿Está tendiendo una trampa, como hizo conmigo? ¿Qué tipo de engaño está tramando para ella?

—Mi objetivo... no era... un asunto de negocios.

—Entonces ¿qué era?

—Si aún puede creerme, sólo puedo decirle que no contenía... que no hubo traición de ningún tipo.

—¿Cree que todavía puede hablar de traición en mi presencia?

—Le responderé algún día. No puedo responderle ahora.

—No le gusta que se lo recuerden, ¿verdad? Se ha mantenido alejado de mí desde entonces, ¿verdad? ¿No esperaba verme aquí? ¿No quería enfrentarse a mí?

Pero sabía que Francisco lo estaba enfrentando como nadie más lo hacía esos días: vio los ojos que se mantenían rectos para encontrarse con los suyos, los rasgos compuestos, sin emoción, sin defensa ni súplica, dispuestos a aguantar lo que se le viniera encima..., vio la expresión de valor, abierta y desprotegida..., ése era el rostro del hombre que él había amado, el hombre que lo había liberado de culpa, y se encontró luchando contra el conocimiento de que ese rostro aún lo dominaba, por encima de todo, por encima de su mes de impaciencia por ver a Dagny.

—¿Por qué no se defiende, si no tiene nada que esconder? —continuó Rearden—. ¿Por qué está aquí? ¿Por qué se sorprendió al verme entrar?

—¡Hank, basta! —intervino Dagny; su voz era un grito, y ella retrocedió, sabiendo que la violencia era el elemento más peligroso a introducir en ese momento.

Ambos hombres se volvieron hacia ella.

—Por favor, déjame ser yo quien responda —dijo Francisco en voz baja.

—Te dije que esperaba no volver a verlo nunca más —dijo Rearden, mirándola—. Siento que tenga que ser aquí. No tiene nada que ver contigo, pero hay algo por lo que se le debe pagar.

—Si ése es... su objetivo —dijo Francisco con esfuerzo—, ¿no lo ha... conseguido ya?

—¿Qué pasa? —La cara de Rearden estaba congelada, sus labios apenas se movían, pero su voz tenía el sonido de una risa ahogada—. ¿Es ésa su manera de pedir piedad?

El instante de silencio fue la tensión de Francisco haciendo un esfuerzo mayor.

—Sí, si lo desea —respondió.

—¿Me la concedió usted cuando tuvo mi futuro en sus manos?

—Está justificado en lo que desee pensar de mí. Pero ya que no tiene que ver con la señorita Taggart, ¿me permitirá ahora que me vaya?

—¡No! ¿Quiere evadirlo, como todos esos otros cobardes? ¿Quiere escapar?

—Iré a cualquier lugar que usted desee en cualquier momento que desee. Pero preferiría que no fuese en presencia de la señorita Taggart.

—¿Por qué no? Yo quiero que sea en su presencia, ya que éste es el único lugar donde usted no tenía derecho a venir. No tengo nada más que proteger de usted, usted ha tomado más de lo que los saqueadores puedan tomar jamás, ha destruido todo lo que ha tocado, pero aquí hay una cosa que no va a tocar.

Él sabía que la rígida ausencia de emoción en el rostro de Francisco era la evidencia más fuerte de emoción, la evidencia de algún esfuerzo anormal para controlarse; sabía que eso era una tortura y que él, Rearden, estaba siendo impulsado ciegamente por una emoción que parecía el placer de un torturador, excepto que en ese momento él era incapaz de decir si estaba torturando a Francisco o a él mismo.

—Usted —prosiguió Rearden— es peor que los saqueadores, porque usted traiciona con total comprensión de lo que está traicionando. No sé qué forma de corrupción le motiva, pero quiero que sepa que hay cosas que no están a su alcance, que están más allá de su aspiración o de su malicia.

—No tiene nada... que temer de mí... ahora.

—Quiero que sepa que no debe pensar en ella, ni mirarla, ni acercarse a ella. De todos los hombres, es usted quien no debe aparecer en su presencia. —Sabía que estaba siendo impulsado por una rabia desesperada hacia su propio sentimiento por ese hombre, que el sentimiento aún estaba vivo, que era ese sentimiento el que él tenía que violentar y destruir—. Sea cual sea su motivo, es de cualquier contacto con usted de lo que ella tiene que ser protegida.

—Si le diera mi palabra... —Se detuvo.

Rearden se rio entre dientes.

—Sé lo que significan sus palabras, sus convicciones, su amistad y su juramento por la única mujer que usted... —Paró. Todos supieron lo que eso significaba, en el mismo instante en que Rearden lo supo.

Dio un paso hacia Francisco; preguntó, señalando a Dagny, su voz baja y extrañamente diferente a su propia voz, como si no viniera de una persona viva ni estuviera dirigida a otra persona viva:

—¿Es ésta la mujer que usted ama?

Francisco cerró los ojos.

—¡No le preguntes eso! —El grito fue de Dagny.

—¿Es ésta la mujer que usted ama?

Francisco respondió, mirándola a ella:

—Sí.

La mano de Rearden se alzó, descendió y abofeteó la cara de Francisco.

El grito vino de Dagny. Cuando ella pudo ver de nuevo —después de un instante que sintió como si el golpe hubiera abofeteado su propia mejilla —, lo primero que vio fueron las manos de Francisco. El heredero de los d'Anconia estaba echado hacia atrás contra una mesa, agarrando el borde detrás de él, no para sujetarse, sino para detener sus propias manos. Vio la rígida quietud de su cuerpo, un cuerpo demasiado estirado pero que parecía quebrado, con los ángulos leves y poco naturales de su cintura y sus hombros, con los brazos rígidos pero inclinados hacia atrás..., estaba allí de pie como si el esfuerzo para no moverse estuviese centrando la fuerza de su violencia contra él mismo, como si el movimiento que él estaba resistiendo estuviera recorriendo sus músculos como un dolor desgarrador. Ella vio sus convulsos dedos luchando por aferrarse al borde de la mesa, y se preguntó qué se rompería primero, si la madera de la mesa o los huesos del hombre, y sabía que la vida de Rearden estaba en juego.

Cuando sus ojos se movieron hacia la cara de Francisco, no vio señales de lucha, sólo la piel de sus sienes tensa y los planos de sus mejillas dibujados hacia adentro, pareciendo ligeramente más huecos de lo habitual. Eso hacía que su rostro pareciera desnudo, puro y joven. Ella sintió terror porque estaba viendo en sus ojos las lágrimas que no estaban allí. Sus ojos estaban brillantes y secos. Él estaba mirando a Rearden, pero no era a Rearden a quien veía. Parecía como si estuviera frente a otra presencia en la sala, y como si su mirada estuviese diciendo: «Si esto es lo que me exiges,

entonces incluso esto es tuyo, es tuyo para aceptarlo, y mío para soportarlo, no hay más de eso en mí que pueda ofrecerte, pero déjame estar orgulloso de saber que puedo ofrecer tanto». Ella vio —con una sola arteria latiendo debajo de la piel de su garganta, con una espuma de color rosa en la comisura de su boca— la expresión de una extasiada dedicación que era casi una sonrisa, y supo que estaba presenciando el mayor logro de Francisco d'Anconia.

Cuando ella se sintió temblar y oyó su propia voz, pareció unirse al último eco de su grito en el aire de la habitación, y se dio cuenta de lo breve que había sido el momento que había transcurrido. Su voz tenía el sonido salvaje de lo que se alza para asestar un golpe, y le estaba gritando a Rearden:

—¿... para protegerme a mí *de él*? Mucho antes de que tú...

—¡No! —gritó Francisco, con su cabeza girando abruptamente hacia ella; el breve chasquido de su voz transmitió toda la violencia contenida, y ella supo que era una orden que tenía que ser obedecida.

Inmóvil, excepto por el lento movimiento de su cabeza, Francisco se volvió hacia Rearden. Ella vio que sus manos abandonaban el borde de la mesa y colgaban relajadas a sus lados. Era a Rearden a quien ahora estaba viendo él, y no había nada en la cara de Francisco, excepto el agotamiento del esfuerzo, pero, de repente, Rearden supo lo mucho que ese hombre lo había amado.

—En el contexto de su conocimiento —dijo Francisco calladamente—, usted tiene razón.

Sin esperar ni permitir respuesta, se volvió para irse. Se inclinó ante Dagny, moviendo la cabeza de una manera que parecía un simple gesto de despedida de Rearden y un gesto de aceptación hacia ella. Entonces se fue.

Rearden se quedó mirando por donde había salido, sabiendo —sin contexto y con absoluta certeza—, que daría su vida por tener el poder de no haber cometido la acción que había cometido.

Cuando se volvió hacia Dagny, su rostro parecía agotado, abierto y ligeramente atento, no como si estuviera cuestionándola por las palabras que ella había interrumpido, sino como si estuviera esperando que llegaran.

Un escalofrío de pena recorrió el cuerpo de ella y terminó con el movimiento de sacudir la cabeza: ella no sabía a cuál de los dos hombres estaba destinada su pena, pero la hizo incapaz de hablar, y sacudió la cabeza

una y otra vez, como tratando de negar desesperadamente algún sufrimiento vasto e impersonal que los había convertido a todos en sus víctimas.

—Si hay algo que haya que decir, dilo —dijo Rearden; su voz no tenía color.

El sonido que ella emitió fue mitad risa, mitad gemido; no era un deseo de venganza, sino un sentido desesperado de justicia que impulsó la amargura cortante de su voz, mientras gritaba, lanzando conscientemente las palabras a su rostro.

—¿Querías saber el nombre de ese otro hombre? ¿El hombre con el que dormí? ¿El hombre que me tuvo primero? ¡Fue Francisco d'Anconia!

Ella vio la fuerza del golpe al ver su rostro tornarse pálido. Sabía que si la justicia era su objetivo, la había logrado, porque esa bofetada era peor que la que él había asestado.

Se sintió repentinamente tranquila, sabiendo que sus palabras habían tenido que ser pronunciadas por el bien de los tres. La abandonó la desesperación de sentirse una víctima indefensa; ella ya no era una víctima, era una de las contendientes, dispuesta a asumir la responsabilidad de la acción. Se quedó de pie frente a él, esperando cualquier respuesta que él decidiera darle, sintiendo casi como si le tocara a ella ser sometida a la violencia.

Ella no sabía qué tipo de tortura él estaba soportando, o lo que él vio que estaba siendo destruido dentro de él, y que él guardó para ser el único en verlo. No había señal de dolor que le sirviera a ella de aviso; parecía como si fuese sólo un hombre que estaba allí parado en medio de una habitación, haciendo que su consciencia absorbiera un hecho que se negaba a absorber. Entonces, ella notó que él no cambió su postura, que incluso sus manos colgaban a sus lados con los dedos medio doblados como lo habían estado durante mucho tiempo, le pareció que ella podía sentir el pesado entumecimiento de la sangre deteniéndose en los dedos de él, y ésa era la única pista de su sufrimiento que ella fue capaz de encontrar, pero le hacía ver que lo que él sentía no le dejaba capacidad para sentir nada más, ni siquiera la existencia de su propio cuerpo. Ella esperó, su lástima desvaneciéndose y convirtiéndose en respeto.

Luego vio que los ojos de él se movían lentamente de su cara al resto de su cuerpo, y ella supo la clase de tormento que él ahora estaba decidiendo sufrir, porque era una mirada de una naturaleza que él no podía

esconder de ella. Ella sabía que él la estaba viendo como ella había sido a los diecisiete años, la estaba viendo con el rival que odiaba, los estaba viendo juntos como lo estarían ahora, una visión que él no podía soportar ni resistir. Ella vio la protección del control desapareciendo de su rostro, pero a él no le importó dejarle a ella ver su rostro vivo y desnudo, porque ahora no había nada que leer en él excepto una violencia que no revelaba nada, alguna parte de la cual parecía odio.

La agarró por los hombros, y ella se sintió preparada para aceptar que ahora él la mataría o le pegaría hasta dejarla inconsciente, y en el momento en que se sintió segura de que él había pensado en eso, sintió su cuerpo lanzado contra el de él y la boca de él cayendo sobre la suya, más brutalmente de lo que la acción de pegarle habría permitido.

Se encontró a sí misma llena de terror, retorciendo su cuerpo para resistir, y llena de júbilo, retorciendo sus brazos alrededor de él, sosteniéndolo, dejando que sus labios trajeran sangre a los de él, sabiendo que ella nunca lo había deseado como lo hizo en ese momento.

Cuando la arrojó sobre el sofá, ella supo, al ritmo del latido del cuerpo de él, que era el acto de su victoria sobre su rival y de su rendición a él, el acto de propiedad llevado a una violencia insoportable por el pensamiento del hombre al que estaba desafiando, en el acto de transformar su odio por el placer que ese hombre había conocido en la intensidad de su propio placer, su conquista de ese hombre por medio del cuerpo de ella; ella sintió la presencia de Francisco a través de la mente de Rearden, sintió como si se estuviera rindiendo a ambos hombres, a lo que ella había adorado en ambos, a lo que tenían en común, a la esencia de carácter que había hecho de su amor por cada uno de ellos un acto de lealtad hacia ambos. Ella sabía también que ésa era la rebelión de él contra el mundo que los rodeaba, contra la adoración de ese mundo por la degradación, contra el largo tormento de él, de sus días desperdiciados y de su lucha apagada: eso era lo que él deseaba afirmar, y también, solo con ella en la penumbra elevada en el espacio sobre una ciudad de ruinas, mantenerla como la última de sus propiedades.

Después, ambos se quedaron quietos, con la cara de él apoyada en el hombro de ella. El reflejo de un distante letrero eléctrico no paraba de parpadear en el techo encima de su cabeza.

Él cogió la mano de Dagny y deslizó los dedos debajo de su propia cara para dejar que su boca descansara contra la palma de ella por un momento, tan suavemente que ella sintió su motivo más que su toque.

Al cabo de un rato, ella se levantó, cogió un cigarrillo, lo encendió, y luego se lo ofreció con un leve interrogante al levantar la mano; él asintió, todavía sentado medio estirado en el sofá; ella puso el cigarrillo en los labios de él y encendió otro para ella. Ella tuvo una gran sensación de paz entre ellos, y la intimidad de los gestos sin importancia subrayaba la importancia de las cosas que no se estaban diciendo el uno al otro. Todo estaba dicho, pensó ella, aunque sabía que esperaba ser reconocido.

Ella vio que sus ojos se movían hacia la puerta de entrada de vez en cuando y que permanecían en ella durante largos momentos, como si todavía estuviera viendo al hombre que se había ido.

Él dijo en voz baja:

—Podría haberme vencido haciéndome saber la verdad, en cualquier momento que hubiese querido. ¿Por qué no lo hizo?

Ella se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto de indefensa tristeza, porque ambos sabían la respuesta. Ella preguntó:

—Él significó mucho para ti, ¿no es así?

—Lo sigue haciendo.

Los dos puntos de fuego en las puntas de sus cigarrillos se habían movido lentamente hacia las puntas de sus dedos, con el pequeño brillo de un destello ocasional y el suave desmoronamiento de cenizas como único movimiento en el silencio, cuando sonó el timbre. Sabían que no era el hombre que ellos querían que regresara, pero que no podían esperar que lo hiciera, y ella frunció el ceño con repentino enojo cuando fue a abrir la puerta. Tardó un momento en recordar que la figura inocentemente cortés que vio inclinándose hacia ella con una típica sonrisa de bienvenida era el subgerente del edificio.

—Buenas noches, señorita Taggart. Estamos muy contentos de verla de vuelta. Acabo de entrar en servicio, y oí que había regresado, y quise saludarla en persona.

—Gracias. —Ella se quedó en la puerta, sin moverse para dejarlo entrar.

—Tengo una carta que llegó para usted hace una semana, señorita Taggart —dijo, metiendo la mano en el bolsillo—. Parece que podría ser importante, pero, al estar marcada como «personal», obviamente no quise mandarla a su oficina, y, además, tampoco sabían su dirección, así que, al no saber dónde reenviarla, la guardé en nuestra caja fuerte y pensé en entregársela a usted personalmente.

El sobre que le entregó estaba marcado: REGISTRADO — CORREO AÉREO — URGENTE — PERSONAL. La dirección del remitente era: QUENTIN DANIELS, INSTITUTO DE TECNOLOGÍA DE UTAH, AFTON (UTAH).

—Oh..., gracias.

El subgerente notó que la voz de ella se fue apagando hasta convertirse en un susurro, la educada forma de disfrazar una exclamación ahogada; notó que ella se quedó mirando el nombre del remitente durante mucho más tiempo del necesario, por lo que repitió sus buenos deseos y se marchó.

Ella estaba rasgando el sobre mientras caminaba hacia Rearden, y se paró en medio de la habitación para leer la carta. Estaba escrita a máquina en papel fino; él podía entrever los rectángulos oscuros de los párrafos a través de las hojas traslúcidas; y podía ver la cara de ella mientras los leía.

Como él había esperado, cuando la vio llegar al final de la carta, ella saltó hacia el teléfono, y él oyó el violento giro del disco del aparato, y la voz de ella diciendo con temblorosa urgencia:

—Larga distancia, por favor... ¡Operadora, póngame con el Instituto de Tecnología, en Afton, Utah!

Él preguntó, acercándose.

—¿Qué pasa?

Ella le extendió la carta, sin mirarlo, con los ojos fijos en el teléfono, como si pudiera forzarlo a responder.

La carta decía:

Estimada señorita Taggart:

He luchado contra ello durante tres semanas, no quería hacerlo; sé cómo esto le afectará a usted y sé todos los argumentos que usted podría ofrecerme, porque yo mismo los he usado todos contra mí mismo..., pero esto es para decirle que renuncio.

No puedo trabajar bajo los términos de la Directiva 10-289, aunque no es por las razones que sus perpetradores querían. Sé que su abolición de toda investigación científica no significa nada en absoluto para usted o para mí, y que usted querría que yo continuase. Pero tengo que renunciar, porque ya no quiero tener éxito.

No quiero trabajar en un mundo que me considera un esclavo. No quiero ser de ningún valor para la gente. Si yo tuviera éxito reconstruyendo el motor, no dejaría que usted lo pusiera al servicio de ellos. No tendría sobre mi conciencia el que cualquier cosa producida por mi mente fuese usada para traerles algún beneficio a ellos.

Sé que, si tenemos éxito, ellos estarán deseando expropiar el motor. Y, de acuerdo con esa posibilidad, tenemos que aceptar la posición de delincuentes, usted y yo, y vivir bajo la amenaza de ser detenidos en cualquier momento y a su capricho. Y *eso* es lo que yo no puedo aceptar, aunque fuese capaz de aceptar todo lo demás: que para poder darles un beneficio inestimable, nosotros debemos ser mártires de los hombres que, excepto por medio de nosotros, no podrían haberlo concebido. Podría haber perdonado el resto, pero, cuando pienso en eso, digo: ¡Malditos sean, prefiero verlos morir a todos de hambre, yo incluido, en vez de perdonarlos por eso o permitírselo!

Para decirle toda la verdad, quiero triunfar, resolver el secreto del motor, tanto como antes. Así que seguiré trabajando en ello por mi propio placer y por el tiempo que yo dure. Pero, si lo resuelvo, será mi secreto privado. No lo liberaré para ningún uso comercial. Por lo tanto, no puedo aceptar más su dinero. El comercio supuestamente es despreciable, así que todas esas personas deberían verdaderamente aprobar mi decisión, y yo... yo estoy cansado de ayudar a los que me desprecian.

No sé cuánto tiempo duraré o lo que haré en el futuro. Por el momento, mi intención es seguir en mi trabajo en este instituto. Pero, si alguno de sus fideicomisarios o beneficiarios me recuerda que ahora tengo prohibido legalmente dejar de ser conserje, renunciaré.

Usted me dio mi mayor oportunidad, y si ahora le estoy dando un golpe doloroso, tal vez debería pedirle que me perdonase. Creo que usted ama su trabajo tanto como yo amaba el mío, así que sabrá que mi decisión no fue nada fácil de tomar, pero que tenía que tomarla.

Es una sensación extraña... escribir esta carta. No tengo intención de morir, pero estoy renunciando al mundo, y esto suena como la carta de un suicidio. Así que quiero decirle que, de entre todas las personas que he conocido, usted es la única que lamento dejar atrás.

Atentamente,

QUENTIN DANIELS

Cuando él levantó la vista de la carta, la oyó decir, como la había oído a través de las líneas mecanografiadas, su voz cada vez más próxima a la desesperación:

—¡Siga llamando, operadora...! ¡Por favor, siga llamando!

—¿Qué vas a decirle? —preguntó él—. No hay argumentos que ofrecer.

—¡No tendré la oportunidad de decirle nada! A estas alturas ya se ha ido. Hace una semana de eso. Estoy segura de que se ha ido. Ellos lo tienen.

—¿Quién lo tiene?

—Sí, operadora, me mantengo en línea, ¡siga intentándolo!

—¿Qué le dirías si respondiera?

—¡Le rogaría que siguiera aceptando mi dinero, sin compromisos, sin condiciones, sólo para que tenga los medios para continuar! Le prometeré que si todavía estamos en un mundo de saqueadores cuando él lo consiga, no le pediré que me entregue el motor, ni siquiera que me cuente su secreto. Pero si, para entonces, somos libres... —Paró de hablar.

—Si somos libres...

—Lo único que quiero de él ahora es que no se rinda y desaparezca, como... como todos esos otros. No quiero dejar que lo atrapen. Si no es demasiado tarde..., ¡oh, Dios, no quiero que lo atrapen...! ¡Sí, operadora, siga intentándolo!

—¿Qué bien nos hará, incluso si sigue trabajando?

—Eso es todo lo que le rogaré que haga..., sólo que continúe. Tal vez nunca tengamos la oportunidad de usar el motor en el futuro. Pero yo quiero saber que en algún lugar del mundo todavía hay un gran cerebro trabajando en un gran proyecto, y que todavía tenemos una posibilidad de futuro... Si ese motor es abandonado *de nuevo*, ya no nos queda nada más que Starnesville por delante.

—Sí. Lo sé.

Ella apretó el auricular contra su oído, con el brazo rígido por el esfuerzo de no temblar. Esperó, y él oyó, en el silencio, el estéril chasquido de la llamada sin respuesta.

—Se ha ido —dijo ella—. Lo han cogido. Una semana es mucho más tiempo del que necesitan. No sé cómo saben cuándo es el momento adecuado, pero esto... —señaló la carta—, éste era su momento, y no se lo habrían perdido.

—¿Quiénes?

—Los agentes del destructor.

—¿Estás empezando a pensar que realmente existen?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí. He conocido a uno de ellos.

—¿Quién?

—Te lo diré después. No sé quién es su líder, pero voy a descubrirlo uno de estos días. Voy a averiguarlo. Maldita sea si los dejo...

Se paró ahogándose; él vio el cambio en su cara un momento antes de oír el clic de un receptor distante que se estaba levantando y el sonido de la voz de un hombre diciendo, a través del cable:

—¿Sí?

—¡Daniels! ¿Eres *tú*? ¿Estás vivo? ¿Sigues ahí?

—Bueno, sí. ¿Es usted, señorita Taggart? ¿Qué ocurre?

—Yo... pensé que te habías ido.

—Oh, lo siento. Acabo de oír sonar el teléfono, estaba atrás en el huerto, cogiendo zanahorias.

—¿Zanahorias? —Ella estaba riéndose con un alivio histérico.

—Tengo mi propio huerto de vegetales allá atrás. Antes era el aparcamiento del instituto. ¿Está llamando desde Nueva York, señorita Taggart?

—Sí. Acabo de recibir tu carta. Justo ahora. Yo..., yo estuve fuera.

—Oh. —Hubo una pausa; luego, él dijo en voz baja—: Realmente no hay nada más que decir al respecto, señorita Taggart.

—Dime, ¿te vas a algún sitio?

—No.

—¿No estás planeando irte?

—No. ¿Adónde?

—¿Piensas quedarte en el instituto?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Indefinidamente?

—Sí..., que yo sepa.

—¿Te ha abordado alguien?

—¿Sobre qué?

—Sobre que te vayas.

—No. ¿Quién?

—Escucha, Daniels, no intentaré hablar de tu carta por teléfono. Pero debo hablar contigo. Voy a ir a verte. Llegaré tan rápido como pueda.

—No quiero que haga eso, señorita Taggart. No quiero que haga todo ese esfuerzo, cuando es inútil.

—Dame una oportunidad, ¿vale? No tienes que prometerme que vas a cambiar de opinión, no tienes que comprometerte a nada, sólo a escucharme. Si quiero ir, es por mi cuenta, yo asumo el riesgo. Hay cosas que quiero decirte, sólo te pido que me des la oportunidad de decirlas.

—Sabe que yo siempre le daré esa oportunidad, señorita Taggart.

—Salgo para Utah enseguida. Esta noche. Pero hay una cosa que quiero que me prometas. ¿Prometes que me esperarás? ¿Prometerás estar ahí cuando yo llegue?

—Bueno..., por supuesto, señorita Taggart. A menos que me muera o pase algo fuera de mi control, pero no espero que eso ocurra.

—A menos que te mueras, ¿me esperarás, independientemente de lo que pase?

—Por supuesto.

—¿Me das tu palabra de que esperarás?

—Sí, señorita Taggart.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Taggart.

Presionó el auricular y lo levantó de nuevo con el mismo movimiento de su mano y marcó rápidamente un número.

—¿Eddie...? Haz que retengan el Comet para mí. Sí, el Comet de *esta noche*. Da órdenes de que tengan mi vagón enganchado; luego, ven aquí, a mi casa, de inmediato. —Ella miró su reloj—. Son las ocho y doce. Tengo una hora para conseguirlo. No creo que los retenga demasiado tiempo. Te hablaré mientras hago la maleta.

Colgó y se volvió hacia Rearden.

—¿Esta noche? —dijo él.

—Tengo que hacerlo.

—Supongo que sí. ¿No tienes que ir a Colorado, de todos modos?

—Sí. Estaba pensando en irme mañana por la noche. Pero creo que Eddie puede ocuparse de mi oficina, y es mejor que yo salga ahora. Se tarda tres días —recordó—, ahora se tardará cinco días en llegar a Utah. Tengo que ir en tren, hay gente que tengo que ver en la línea, eso no puede retrasarse tampoco.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar en Colorado?

—Es difícil de decir.

—Envíame un mensaje cuando llegues, ¿quieres? Si parece que va para largo, me reuniré contigo allí.

Ésa era la única expresión que él podía darle a las palabras que había deseado decirle desesperadamente, había esperado para hacerlo, había ido a decirlas allí, y ahora quería pronunciarlas más que nunca, pero sabía que no

debería decirlas esa noche.

Ella sabía, por un débil y solemne énfasis en su tono de voz, que ésa era la aceptación de él por la confesión de ella, que era su rendición, su perdón. Ella preguntó:

—¿Puedes dejar la fundición?

—Me llevará un par de días organizarlo, pero sí puedo.

Él sabía lo que las palabras de ella estaban admitiendo, reconociéndole y perdonándole, cuando dijo:

—Hank, ¿por qué no te encuentras conmigo en Colorado dentro de una semana? Si vas en tu avión, los dos llegaremos allí al mismo tiempo. Y luego podemos volver juntos.

—Muy bien, queridísima.

Ella dictó una lista de instrucciones mientras andaba por su dormitorio, recogiendo su ropa y haciendo su maleta a toda prisa. Rearden se había ido; Eddie Willers estaba sentado en el tocador, tomando notas. Parecía trabajar en su forma habitual de eficiencia incondicional, como si no fuera consciente de los frascos de perfume y las cajas de polvos, como si el tocador fuese un escritorio y la habitación fuese sólo una oficina.

—Te llamaré desde Chicago, Omaha, Flagstaff y Afton —dijo ella, lanzado su ropa interior dentro de la maleta—. Si me necesitas entre estaciones, llama a cualquier operador a lo largo de la línea, con órdenes de que paren el tren.

—¿El Comet? —preguntó él suavemente.

—¡Diablos, sí...! El Comet.

—OK.

—No dudes en llamarme, si tienes que hacerlo.

—OK. Pero no creo que tenga que hacerlo.

—Nos las arreglaremos. Trabajaremos por teléfono, tal y como hicimos cuando... —Se paró.

—¿Cuando estábamos construyendo la Línea John Galt? —preguntó él en voz baja. Se miraron el uno al otro, pero no dijeron nada más.

—¿Cuál es el último informe sobre los equipos de construcción? —preguntó ella.

—Todo está en marcha. Justo después de que salieras de la oficina, me enteré de que los equipos de nivelado han empezado, desde Laurel, Kansas, y desde Jasper, Oklahoma. El raíl está a punto de llegarles desde Silver Springs. Todo saldrá bien. Lo más difícil de encontrar fue...

—¿Los hombres?

—Sí. Los hombres que se hicieran cargo. Tuvimos problemas en el Oeste, en el tramo de Elgin a Midland. Todos los hombres con los que estábamos contando se han ido. No pude encontrar a nadie capaz de asumir responsabilidad, ni en nuestra línea ni en ninguna otra parte. Incluso traté de conseguir a Dan Conway, pero...

—*¿Dan Conway?* —preguntó ella, parando.

—Sí. Lo hice. Lo intenté. ¿Recuerdas cómo solía tender raíl a un ritmo de ocho kilómetros por día, justo en esa parte del país? Oh, sé que tendría razones para odiarnos a muerte, pero ¿qué importa ahora? Lo encontré, está viviendo en un rancho allá por Arizona. Lo llamé yo mismo, y le supliqué que nos salvara. Sólo para hacerse cargo, por una noche, de construir ocho kilómetros y medio de vía. Ocho kilómetros y medio, Dagny, que se nos han atragantado, ¡y él es el mejor constructor de ferrocarriles aún vivo! Le dije que le estaba pidiendo que lo hiciera como un gesto de caridad hacia nosotros, si no le importaba. Sabes, creo que me entendió. No estaba enojado. Sonaba triste. Pero dijo que no. Dijo que uno no debe tratar de hacer volver a la gente de la tumba... Me deseó suerte. Creo que lo dijo de corazón... Sabes, no creo que sea uno de esos que el destructor dejó fuera de combate. Creo que simplemente se vino abajo él solo.

—Sí. Sé que fue así.

Eddie vio la expresión en su cara, y se recuperó apresuradamente.

—Oh, finalmente encontramos a un hombre para poner al mando de Elgin —dijo, forzando su voz para que sonase confiada—. No te preocupes, la vía estará tendida mucho antes de que tú llegues allí.

Ella lo miró con la leve sugerencia de sonrisa, pensando en las veces que ella le había dicho esas palabras a él, y en la desesperada valentía con la que él estaba ahora intentando decirle a ella: «No te preocupes». Él captó su mirada, comprendió; y la insinuación en respuesta de su propia sonrisa incluyó un toque de avergonzada disculpa.

Él volvió a su cuaderno de notas, sintiéndose enojado consigo mismo, sintiendo que había quebrantado su propio mandamiento no declarado: No se lo pongas más difícil a ella. No debería haberle dicho nada de Dan Conway, pensó; no debería haber dicho nada para recordarles a ambos la desesperación que sentirían, si sintieran. Se preguntó qué le estaba pasando a él: pensó que era imperdonable que su disciplina se relajara sólo porque estaba en una habitación, no en una oficina.

Ella siguió hablando, y él escuchó, mirando hacia abajo a su cuaderno de notas, tomando una breve anotación de vez en cuando. No se permitió mirarla de nuevo.

Ella abrió de golpe la puerta de su armario, descolgó un vestido de una percha y lo plegó rápidamente, mientras su voz continuaba con una precisión sin prisas. Él no levantó la vista, era consciente de ella sólo por medio del sonido: el sonido de los movimientos rápidos y de la voz mesurada. Él sabía cuál era el problema consigo mismo, pensó; no quería que ella se fuera, no quería perderla de nuevo, después de ese momento tan breve de reencuentro. Pero querer complacer cualquier soledad suya personal, en un momento en que él sabía lo desesperadamente que el ferrocarril la necesitaba a ella en Colorado, era un acto de deslealtad que él nunca había cometido antes, y sintió una vaga y desolada sensación de culpa.

—Envía órdenes para que el Comet se detenga en todos los puntos de la división —dijo ella—, y para que todos los superintendentes de división preparen para mí un informe sobre...

Él levantó la vista; luego, su mirada se detuvo, y él no oyó el resto de las palabras de ella. Vio una bata de hombre colgada en la parte interior de la puerta abierta del armario, una bata azul oscuro con las iniciales blancas HR en el bolsillo superior.

Recordó dónde había visto esa bata antes, recordó al hombre que estaba frente a él en una mesa de desayuno en el Hotel Wayne-Falkland, recordó que ese hombre había ido a la oficina de ella sin avisar, y bien tarde, la noche del día de Acción de Gracias..., y el hecho de darse cuenta de que debería haberlo sabido le impactó como dos sacudidas subterráneas de un solo terremoto: le llegó con un sentimiento que gritó «¡no!» tan

salvajemente, que fue el grito, no la visión, lo que derribó todas las vigas dentro de él. No fue la conmoción del descubrimiento, sino la conmoción más terrible aún de lo que le hizo descubrir sobre sí mismo.

Se aferró a un solo pensamiento: que no debía dejar que ella viera lo que él había descubierto o lo que ese descubrimiento le había causado. Sintió una sensación de vergüenza magnificada que llegaba a ser tortura física; era el miedo a violar la privacidad de ella dos veces: al descubrir su secreto y al revelar el suyo propio. Se inclinó más aún sobre el cuaderno de notas y se concentró en un objetivo inmediato: impedir que el lápiz temblara.

—... ochenta kilómetros de vías de montaña que construir, y no podemos contar más que con cualquier material que ya tengamos.

—Perdona... —dijo él, con voz apenas audible—, no he oído lo que has dicho.

—He dicho que quiero un informe de todos los superintendentes sobre cada metro de raíl y cada máquina disponible en sus divisiones.

—OK.

—Voy a consultar con cada uno de ellos, cuando les toque. Haz que se encuentren conmigo en mi vagón a bordo del Comet.

—OK.

—Envía un mensaje, extraoficialmente, para que los maquinistas recuperen el tiempo de las paradas yendo a cien, ciento veinte o ciento cincuenta kilómetros por hora, a la velocidad que quieran cuando lo necesiten, y que yo... ¿Eddie?

—Sí. OK.

—Eddie, ¿qué pasa?

Él tuvo que mirar hacia arriba, mirarla a la cara y, desesperadamente, mentir por primera vez en su vida.

—Tengo... tengo miedo de los problemas que podamos estar creando con la ley —dijo.

—Olvídalo. ¿No ves que ya no queda ninguna ley? Todo vale ahora para quien pueda salirse con la suya..., y, por el momento, somos nosotros los que estamos haciendo las reglas.

Cuando estuvo lista, él llevó su maleta a un taxi, y luego, por el andén de la Terminal Taggart, hasta su vagón oficina, el último en la cola del Comet. Él se quedó de pie en el andén, vio el tren dar un salto hacia delante,

y observó los marcadores rojos en la parte trasera del vagón de ella alejándose lentamente hacia la larga oscuridad del túnel de salida. Cuando desaparecieron, sintió lo que uno siente al perder un sueño que no ha conocido hasta después de haberlo perdido.

Había pocas personas en el andén a su alrededor, y parecían moverse con tensión y falta de naturalidad, como si una sensación de desastre se aferrara a los raíles y a las vigas sobre sus cabezas. Él pensó con indiferencia que, después de un siglo de seguridad, los hombres estaban una vez más considerando la salida de un tren como un evento que implicaba una apuesta con la muerte.

Recordó que no había cenado, y no le apetecía comer, pero la cafetería subterránea de la Terminal Taggart era más su casa que el cubo de espacio vacío que ahora consideraba su apartamento, así que fue andando a la cafetería, porque no tenía otro sitio adonde ir.

La cafetería estaba casi desierta, pero lo primero que vio al entrar fue una fina columna de humo que salía del cigarrillo del trabajador, que estaba sentado solo en una mesa en un rincón oscuro.

Sin darse cuenta de lo que ponía en su bandeja, Eddie la llevó a la mesa del trabajador, dijo «hola», se sentó, y no dijo nada más. Miró los cubiertos que tenía delante, se preguntó para qué servían, se acordó de cómo usar un tenedor, y trató de realizar los movimientos de comer, pero descubrió que eso lo superaba. Al cabo de un rato, levantó la vista, y vio que los ojos del trabajador lo estaban estudiando atentamente.

—No —dijo Eddie—, no, no me pasa nada. Oh, sí, han pasado muchas cosas, pero ¿qué más da ahora...? Sí, ella ha regresado. ¿Qué más quieres que diga sobre eso? ¿Cómo supiste que ella había vuelto? Oh, bueno, supongo que toda la empresa lo supo en los primeros diez minutos... No, no sé si me alegro de que haya regresado. Seguro, ella salvará el ferrocarril... durante un año o un mes más. ¿Qué quieres que diga...? No, no me lo dijo. No me dijo con qué está contando. No me dijo lo que pensaba o lo que sentía. Bueno, ¿cómo supones que se debe sentir? Es un infierno para ella..., muy bien, ¡para mí también lo es! Sólo que mi tipo de infierno es mi propia culpa. No. Nada, no puedo hablar de eso..., ¿hablar...?, no debo ni siquiera pensar en eso, tengo que parar, tengo que parar de pensar en ella y... en ella, quiero decir.

Permaneció en silencio y se preguntó por qué los ojos del trabajador —los ojos que siempre parecían verlo todo dentro de él— le hacían sentirse incómodo esa noche. Miró hacia la mesa y notó las colillas de muchos cigarrillos entre los restos de comida en el plato del trabajador.

—¿Tú también estás con problemas? —preguntó Eddie—. Oh, sólo que te has sentado aquí mucho tiempo esta noche, ¿no...? ¿A mí? ¿Por qué ibas a querer esperarme a mí? Sabes, nunca pensé que te importara si me veías o no, a mí o a cualquiera, parecías tan completo en ti mismo, y por eso me gustaba hablar contigo, porque sentía que siempre entendías, pero que nada podría lastimarte..., parecía como si nada te hubiese lastimado jamás, y eso me hacía sentirme libre, como si..., como si no hubiera dolor en el mundo. ¿Sabes lo que tiene de extraño tu rostro? Tú pareces no haber conocido nunca ni dolor ni miedo ni culpa... Siento haber llegado tan tarde esta noche. Tuve que despedirme de ella..., se acaba de ir, en el Comet... Sí, esta noche, hace un momento... Sí, se ha ido... Sí, fue una decisión repentina, la tomó en la última hora. Tenía intención de irse mañana por la noche, pero algo inesperado sucedió y tuvo que irse enseguida... Sí, ella irá a Colorado..., después... Va a Utah primero... Porque recibió una carta de Quentin Daniels diciendo que ha renunciado..., y la única cosa que ella no va a abandonar, que no podría tolerar abandonar, es el motor. Recuerdas, el motor del que te hablé, los restos de él que ella encontró. ¿Daniels? Es un físico que ha estado trabajando durante el último año, en el Instituto de Tecnología de Utah, tratando de resolver el secreto del motor para reconstruirlo... ¿Por qué me miras así...? No, no te he hablado de él antes, porque era un secreto. Era un proyecto privado, secreto, sólo de ella, y ¿por qué te habría interesado eso, en cualquier caso...? Supongo que puedo hablar de eso ahora, porque él ha renunciado... Sí, le dijo sus razones. Dijo que no le dará nada que sea producido por su mente a un mundo que lo trata como un esclavo. Dijo que no se convertirá en mártir para las personas a cambio de darles un inestimable beneficio... ¿Qué...? ¿De qué te ríes...? Para ya, ¿quieres? ¿Por qué te ríes así...? ¿El secreto completo? ¿Qué quieres decir con el secreto completo...? No ha encontrado todo el secreto del motor, si es a eso a lo que te refieres, pero parecía estar haciendo progreso, tenía buenas posibilidades. Ahora está todo perdido. Ella se dirige a toda prisa a verlo, quiere rogarle, retenerlo, hacer que continúe..., pero yo creo que es inútil. Una vez que paran, nunca más vuelven. Ninguno de ellos

lo ha hecho... No, no me importa, ya no, hemos sufrido tantas pérdidas que me estoy acostumbrando a eso. ¡Oh, no! No es Daniels lo que me preocupa, es..., no, déjalo. No me preguntes sobre eso. El mundo entero se está yendo al traste, ella sigue luchando por salvarlo, y yo... yo estoy aquí sentado condenándola por algo que yo no tenía derecho a saber. ¡No! Ella no ha hecho nada por lo que pueda ser condenada, nada... y, además, no tiene nada que ver con el ferrocarril... No me hagas caso, no es cierto, no es a ella a quien estoy condenando, es a mí mismo. Escucha. Siempre he sabido que tú amabas a Taggart Transcontinental tanto como yo la amaba, que significaba algo especial para ti, algo personal, y que ésa era la razón por la que te gustaba oírme hablar de eso. Pero esto..., lo que supe hoy, no tiene nada que ver con el ferrocarril. No tendría ninguna importancia para ti. Olvídalo... Es algo que no sabía sobre ella, eso es todo. Crecí con ella. Pensé que la conocía. No lo sabía... No sé qué era lo que yo esperaba, supongo que simplemente pensé que ella no tenía vida privada de ningún tipo. Para mí, ella no era una persona, y no era... no era una mujer. Ella era el ferrocarril. Y no pensé que alguien alguna vez tendría la audacia de mirarla de otra forma... Bueno, pues me lo merezco. Olvídalo... ¡Olvídalo, he dicho! ¿Por qué me cuestionas así? Es sólo su vida privada. ¿Qué puede importarte eso a ti...? ¡Olvídalo, por el amor de Dios! ¿No ves que no puedo hablar de eso? No pasó nada, no me pasa nada, yo sólo..., oh, ¿por qué estoy mintiendo? No puedo mentirte, tú siempre pareces verlo todo, ¡es peor que intentar mentirme a mí mismo! Me he mentido a mí mismo. No sabía lo que yo sentía por ella. ¿El ferrocarril? Soy un maldito hipócrita. Si el ferrocarril fuese lo único que ella significaba para mí, no me habría afectado de esa forma. ¡Yo no habría sentido que quería matarlo...! ¿Qué te pasa esta noche? ¿Por qué me miras así...? Oh, ¿qué está pasando con todos nosotros? ¿Por qué no hay nada más que desdicha para todo el mundo? ¿Por qué sufrimos tanto? No estábamos destinados a eso. Siempre pensé que deberíamos ser felices, todos nosotros, que ése debería ser nuestro destino natural. ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué hemos perdido? Hace un año, yo no la habría condenado por encontrar algo que ella quisiera. Pero sé que están condenados, los dos, y yo también, y todo el mundo también, y ella era lo único que me quedaba a mí. Fue genial estar vivo, fue una oportunidad tan maravillosa, y yo no sabía que me encantaba y que ése era nuestro amor, el de ella y el mío y el tuyo, pero el mundo está pereciendo, y nosotros no

podemos detenerlo. ¿Por qué nos estamos destruyendo a nosotros mismos? ¿Quién nos dirá la verdad? ¿Quién nos salvará? Oh, ¿quién es John Galt...? No, no sirve de nada. No importa ahora. ¿Por qué debería yo sentir algo? No duraremos mucho más. ¿Por qué debería importarme lo que ella haga? ¿Por qué debería importarme que esté durmiendo con Hank Rearden...? ¡Oh, Dios! ¿Qué te ocurre? ¡No te vayas! ¿Adónde vas?

## Capítulo X

# El signo del dólar

Estaba sentada junto a la ventana del tren, con la cabeza echada hacia atrás, deseando no tener que volver a moverse jamás.

Los postes de telégrafo pasaban rápidamente por la ventana, pero el tren parecía perdido en un vacío, entre una franja marrón de pradera y una sólida extensión de nubes oxidadas y grisáceas. El crepúsculo estaba desangrando el cielo sin la herida de una puesta de sol; parecía más el apagarse de un cuerpo anémico en el proceso de agotar sus últimas gotas de vida y de luz. El tren avanzaba hacia el Oeste, como si también él estuviese siendo arrastrado por los rayos del sol poniente para desaparecer silenciosamente de la Tierra. Ella estaba sentada, sin sentir ningún deseo de resistirse.

Deseó no tener que oír el sonido de las ruedas. Golpeaban a un ritmo constante, acentuando cada cuarto compás, y a ella le pareció que a través del rápido traqueteo de alguna inútil estampida para escapar, el compás de los golpes acentuados era como los pasos de un enemigo que avanzaba hacia algún objetivo inexorable.

Nunca había tenido antes esa sensación de recelo al ver una pradera, esa sensación de que el raíl era sólo una frágil hebra, estirada a través de un enorme vacío, como un nervio desgastado a punto de romperse. Nunca había pensado que ella, que siempre había sentido ser la fuerza motriz a bordo de un tren, estaría ahora allí sentada deseando, como un niño o un salvaje, que ese tren se moviera, que no se detuviera, que la llevara a su destino a tiempo..., y no deseándolo como un acto de voluntad, sino como una súplica a una oscura incógnita.

Pensó en el cambio que un mes había provocado. Lo había visto en las caras de los hombres en las estaciones. Los fogoneros, los guardabarreras, los enganchadores, que siempre la habían saludado a lo largo de la línea, alardeando con sus joviales muecas de saber quién era ella..., la habían

mirado ahora glacialmente, dándole la espalda, sus caras cansadas y cerradas. Ella había querido gritarles como excusa: «¡No soy yo quien os ha hecho esto!». Y entonces había recordado que ella lo había aceptado, y que ellos tenían ahora derecho a odiarla, que ella era a la vez esclava y capataz de esclavos, como lo era cualquier otro ser humano en el país, y que odio era lo único que los hombres podían ahora sentir los unos por los otros.

Había encontrado alivio, durante dos días, al ver las ciudades que pasaban frente a su ventana: las fábricas, los puentes, los anuncios luminosos, las carteleras instaladas sobre los tejados de casas..., la apiñada, mugrienta, activa y viviente confluencia del Este industrial.

Pero las ciudades habían quedado atrás. El tren estaba ahora zambulléndose en las praderas de Nebraska, el traqueteo de sus acoples sonando como si estuviera temblando de frío. Ella vio formas solitarias que habían sido granjas, en medio de terrenos baldíos que habían sido campos. Pero la gran explosión de energía en el Este, generaciones atrás, había salpicado brillantes regueros por todo ese vacío; algunos ya no estaban, pero otros aún vivían. Se sobresaltó cuando las luces de un pequeño pueblo pasaron frente a su vagón y, desapareciendo, lo dejaron más oscuro que había estado antes. No se movió para encender la luz. Seguía sentada y quieta, mirando los pueblos que pasaban de vez en cuando. Cada vez que un rayo de luz eléctrica le daba brevemente en la cara, era como un momentáneo saludo.

Las vio mientras pasaban, escritas en los muros de modestas estructuras, sobre los tejados cubiertos de hollín, bajo las esbeltas chimeneas, sobre las curvas de cisternas: MAQUINARIA AGRÍCOLA REYNOLDS, CEMENTOS MACEY, QUINLAN & JONES, ALPACAS DE ALFALFA, CASA DE LOS COLCHONES CRAWFORD, GRANOS Y FORRAJES BENJAMIN WYLIE... palabras levantadas como banderas en la vacía oscuridad del cielo, las inmóviles formas de movimiento, de esfuerzo, de valor, de esperanza, los monumentos a lo mucho que había sido logrado al límite de la naturaleza por hombres que una vez habían sido libres para alcanzar logros; vio las casas construidas en dispersada privacidad, los pequeños comercios, las anchas calles con luz eléctrica, como unos cuantos trazos luminosos entrecruzados sobre el negro lienzo de tierras estériles; vio los fantasmas entre ellas, los restos de pueblos, los esqueletos de fábricas con chimeneas desmoronándose, los cadáveres de tiendas con vitrinas rotas, los postes

inclinados con jirones de cables; vio un repentino resplandor, la rara visión de una gasolinera, una resplandeciente isla blanca de cristal y acero bajo el enorme peso negro de cielo y espacio; vio un cucurucho de helado hecho de tubos luminosos colgando en la esquina de una calle, y un destartalado coche que estaba siendo aparcado debajo, con un joven al volante y una chica descendiendo de él, su vestido blanco ondeando en el viento de verano; sintió un escalofrío por ambos, pensando: «No puedo miraros, yo, que sé lo que ha costado daros vuestra juventud, daros esa velada, ese coche y el helado que vais a comprar por veinticinco centavos». Vio, en las afueras de un pueblo, un edificio resplandeciendo con franjas de luz azul pálida, la luz industrial que ella amaba, con las siluetas de máquinas en las ventanas y un cartel en la oscuridad sobre el tejado..., y, de repente, su cabeza cayó en su brazo, y siguió allí sentada temblando, llorando en silencio a la noche, a ella misma, a lo que hubiera de humano en cualquier ser vivo: «¡No lo dejes ir...! ¡No lo dejes ir...!».

Se puso en pie de un salto, y encendió la luz. Se quedó quieta, esforzándose por recuperar el control, sabiendo que esos momentos eran su mayor peligro. Las luces del pueblo habían pasado, su ventana era ahora un rectángulo vacío, y oyó, en el silencio, la progresión de los golpes de cuatro en cuatro, los pasos del enemigo acercándose, que no han de ser apresurados ni detenidos.

En desesperada necesidad de ver alguna actividad viviente, decidió que no pediría la cena en su cuarto, sino que iría al vagón restaurante. Como acentuando y burlándose de su soledad, una voz volvió a su mente: «Pero no operarías trenes si estuvieran vacíos». ¡Olvídalo!, se dijo a sí misma irritada, andando con impaciencia hacia la puerta de su cuarto.

Se sorprendió, acercándose al vestíbulo, al oír el sonido de voces cercanas. Al abrir la puerta oyó un grito:

—¡Bájate, maldito seas!

Un vagabundo ya mayor se había refugiado en un rincón del vestíbulo. Estaba sentado en el suelo, su postura sugiriendo que ya no tenía fuerzas para ponerse de pie o para preocuparse de ser atrapado. Estaba mirando al revisor, sus ojos observadores, totalmente conscientes pero carentes de toda reacción. El tren estaba disminuyendo la velocidad para pasar un trecho de vía en mal estado, el revisor había abierto la puerta a una fría ráfaga de viento, y estaba apuntando al oscuro vacío, ordenando:

—¡Vamos ya! ¡Bájate igual que subiste, o te tiraré de cabeza a patadas!

No había espanto en la cara del vagabundo, ni protesta, ni enfado, ni esperanza; era como si hiciese mucho tiempo que hubiese abandonado cualquier juicio de cualquier acción humana. Se dispuso obedientemente a levantarse, tanteando con la mano los remaches en la pared del vagón. Ella lo vio mirarla y desviar la mirada, como si ella fuese un accesorio inanimado más del tren. Él no parecía darse cuenta de la persona de ella, no más que de sí mismo, y estaba indiferentemente dispuesto a cumplir una orden que, en su condición, significaría una muerte segura.

Ella miró al revisor. No vio nada en su rostro excepto la ciega malevolencia del dolor, de alguna furia reprimida durante mucho tiempo que estalló sobre el primer objeto que apareció, casi sin ser consciente de la identidad del objeto. Los dos hombres ya no eran seres humanos el uno para el otro.

El traje del vagabundo era una masa de remiendos cuidadosos sobre una tela tan rígida y brillante por el uso que uno esperaría que se quebrase como el cristal si la doblaran; pero ella se fijó en que el cuello de su camisa era blanco como el hueso por los repetidos lavados y en que aún conservaba una apariencia de forma. Él había conseguido ponerse de pie, y estaba mirando indiferentemente el negro agujero abierto sobre kilómetros de desierto deshabitado, donde nadie vería el cuerpo ni oiría la voz de un hombre mutilado, pero el único gesto de preocupación que hizo fue apretar aún más una pequeña y sucia bolsa que llevaba, como para asegurarse de no perderla al saltar del tren.

Fue el cuello lavado de la camisa y ese gesto de proteger sus últimas pertenencias —el gesto de un sentido de propiedad— lo que le hizo a ella sentir una repentina emoción, como una candente punzada, en su interior.

—¡Espera! —dijo.

Los dos hombres se volvieron hacia ella.

—Deje que sea mi invitado —le dijo al revisor, manteniendo abierta la puerta para el vagabundo, y ordenando—: Pase.

El vagabundo la siguió, obedeciendo con la misma indiferencia con que había estado dispuesto a obedecer al revisor.

Se quedó de pie en medio del cuarto, sujetando su bolsa, mirando a su alrededor con la misma expresión observadora e impasible.

—Siéntese —dijo ella.

Él obedeció, y se quedó mirándola, como esperando recibir nuevas órdenes. Había una cierta dignidad en sus modales, la honestidad de admitir abiertamente que él no tenía ninguna exigencia que presentar, ninguna excusa que ofrecer, ninguna pregunta que hacer, que ahora tenía que aceptar lo que hicieran con él y estaba dispuesto a aceptarlo.

Parecía tener unos cincuenta y pocos años de edad; la estructura de sus huesos y la holgura de su traje sugerían que un tiempo atrás había sido corpulento. La exánime indiferencia de sus ojos no ocultaba del todo que habían sido inteligentes; las arrugas que surcaban su cara con señales de una increíble amargura no habían borrado del todo el hecho de que la cara había poseído un tiempo atrás la afabilidad típica de la honestidad.

—¿Cuándo comió usted por última vez? —preguntó ella.

—Ayer —dijo él. Y añadió—: Creo.

Ella llamó al camarero y pidió cena para dos, que debería ser traída a su vagón desde el restaurante.

El vagabundo la había observado en silencio, pero, cuando el camarero se marchó, ofreció el único pago que estaba en su poder ofrecer, diciéndole:

—No quiero causarle problemas, señora.

Ella sonrió.

—¿Qué problemas?

—Usted está viajando con uno de esos magnates del ferrocarril, ¿no?

—No, sola.

—Entonces ¿usted es la esposa de uno de ellos?

—No.

—¡Oh!

Ella vio su esfuerzo por adoptar una expresión de respeto, como para compensar por haber forzado una confesión inapropiada, y se rio.

—No, no es eso tampoco. Supongo que yo misma soy uno de los magnates. Me llamo Dagny Taggart, y trabajo para este ferrocarril.

—Oh... Creo haber oído hablar de usted... en los viejos tiempos.

Era difícil saber lo que «los viejos tiempos» significaba para él, si era un mes, o un año, o cualquiera que fuese el período de tiempo desde el que él había tirado la toalla. Estaba mirándola con un cierto interés en un tiempo pretérito, como si estuviese pensando que había habido una época en la que él la habría considerado a ella un personaje digno de ver.

—Usted era la señora que dirigía un ferrocarril —añadió él.

—Sí —dijo ella—. Lo era.

Él no mostró ninguna señal de asombro ante el hecho de que ella hubiese decidido ayudarle. Era como si hubiese enfrentado tanta brutalidad, que había desistido de intentar entender, confiar o esperar cualquier cosa.

—¿Cuándo subió usted al tren? —preguntó ella.

—Allá atrás, en la estación de la división, señora. Su puerta no estaba cerrada con llave. —Y añadió—: Pensé que nadie se daría cuenta de mí hasta el día siguiente, por tratarse de un vagón privado.

—¿Adónde va?

—No lo sé. —Entonces, como casi sintiendo que eso podría sonar demasiado a querer despertar compasión, añadió—: Supongo que sólo quería seguir moviéndome hasta encontrar algún sitio donde pudiera tener una posibilidad de encontrar trabajo.

Ése era su intento de asumir la responsabilidad de un objetivo, en vez de poner el peso de su falta de rumbo a merced de ella, un intento parecido al del cuello de su camisa.

—¿Qué tipo de trabajo está buscando usted?

—La gente ya no busca *tipos* de trabajo, señora —respondió, impasible—. Busca sólo trabajo.

—¿Qué tipo de lugar esperaba usted encontrar?

—Oh..., pues..., uno donde haya fábricas, supongo.

—¿No está yendo en la dirección equivocada para eso? Las fábricas están en el Este.

—No. —Lo dijo con la firmeza del conocimiento—. Hay demasiada gente en el este. Las fábricas están demasiado bien vigiladas. Pensé que podría tener una oportunidad mejor en algún sitio donde hubiese menos gente y menos leyes.

—Oh, ¿huyendo? ¿Es usted un fugitivo de la ley?

—No en el sentido que eso tenía en los viejos tiempos, señora. Pero tal como están las cosas ahora, supongo que lo soy. Quiero trabajar.

—¿Qué quiere decir?

—Ya no quedan trabajos en el este. Y ningún hombre podría darte empleo, aunque tuviera uno que ofrecer, porque iría a la cárcel por ello. Está siendo vigilado. No puedes conseguir trabajo excepto a través de la Oficina de Unificación. La Oficina de Unificación tiene una pandilla de sus

propios amigos esperando en cola para esos empleos, más amigos que parientes tiene un millonario. Bueno, yo..., yo no tengo ninguna de las dos cosas.

—¿Dónde trabajó usted la última vez?

—He estado dando tumbos por el país unos seis meses..., no, más aún, supongo..., creo que es más bien un año..., ya no me acuerdo..., casi siempre en trabajos temporales. En su mayoría en granjas. Pero eso ya no sirve de nada ahora. Sé cómo los granjeros te miran; no les gusta ver a un hombre muriéndose de hambre, pero ellos mismos están sólo a un paso de morirse de hambre también, no tienen trabajo que darte, no tienen comida, y lo que consiguen ahorrar, si los recaudadores de impuestos no se lo quitan, entonces se lo arrebatarán los bandidos..., ¿sabe?, las pandillas que merodean por todo el país..., los llaman desertores.

—¿Cree usted que la cosa está mejor en el Oeste?

—No. No lo creo.

—Entonces ¿por qué se dirige allí?

—Porque no lo he probado aún. Es lo único que queda por probar. Es algún sitio adonde ir. Sólo para seguir moviéndome... ¿Sabe? —añadió de repente—, no creo que sirva de nada. Pero no hay nada que hacer en el Este, excepto sentarse bajo algún seto y esperar a morir. No creo que me importe mucho ahora, eso de morir. Sé que sería mucho más fácil. Sólo que creo que es un pecado sentarte y dejar que tu vida pase sin intentar vivirla.

Ella pensó de repente en esos parásitos modernos infectados por la universidad, que asumen un enfermizo aire de rectitud moral siempre que expresan sus típicas trivialidades sobre su preocupación por el bienestar ajeno. La última frase del vagabundo era una de las afirmaciones más profundamente morales que ella había oído jamás; pero el hombre no lo sabía; lo había dicho con su voz impasible y extinguida, simplemente, secamente, como un hecho indiscutible.

—¿De qué parte del país viene? —preguntó ella.

—De Wisconsin —respondió él.

El camarero entró, trayendo la cena. Puso la mesa, y acercó cortésmente dos sillas, sin demostrar ningún asombro ante la naturaleza de la ocasión.

Dagny miró la mesa; pensó que la magnificencia de un mundo en el que los hombres podían permitirse el tiempo y la preocupación por cosas como servilletas almidonadas y cubitos de hielo tintineantes, ofrecidas a los viajeros junto con sus comidas al precio de unos pocos dólares, era el remanente de una época en la que el sustento de la vida de uno no se había convertido en un delito, en la que una comida no había sido cuestión de hacer una carrera con la muerte, un remanente pronto destinado a desaparecer, como la gasolinera blanca al borde de los hierbajos de la jungla.

Se dio cuenta de que el vagabundo, que había perdido las fuerzas para ponerse de pie, no había perdido el respeto por el significado de las cosas extendidas frente a él. No se lanzó sobre la comida; se esforzó en mantener sus movimientos lentos, en desdoblar su servilleta, en tomar el tenedor al mismo tiempo que ella, con la mano temblando, como si aún supiese que, independientemente de las indignidades que les fueran impuestas a ellos, ésa era la conducta apropiada para los hombres.

—¿Cuál era su clase de trabajo... en los viejos tiempos? —preguntó ella, una vez que el camarero se retiró—. Fábricas, ¿no?

—Sí, señora.

—¿Qué oficio?

—Operario especializado en tornos.

—¿Dónde trabajó usted por última vez?

—En Colorado, señora. Para la Compañía de Automóviles Hammond.

—¡Oh...!

—¿Señora?

—No, nada. ¿Trabajó mucho tiempo allí?

—No, señora. Sólo dos semanas.

—¿Y eso?

—Bueno, yo había esperado un año para eso, rondando por Colorado sólo para conseguir ese empleo. Tenían una lista de espera también, la Compañía de Automóviles Hammond, pero ellos no se basaban en amistades y tampoco en antigüedad, ellos se basaban en los antecedentes de cada hombre. Yo tenía un buen currículum. Pero fue sólo dos semanas después de que yo consiguiera el trabajo que Lawrence Hammond renunció. Cerró su negocio y desapareció. Cerraron la planta. Después, hubo un comité de ciudadanos que la reabrió. Me llamaron para que volviera. Pero

cinco días es todo lo que duró. Empezaron a despedir gente casi enseguida. Por antigüedad. Así que yo tuve que irme. Me enteré de que duraron unos tres meses con el comité de ciudadanos. Luego tuvieron que cerrar la planta definitivamente.

—¿Dónde trabajó usted antes de eso?

—En prácticamente todos los Estados del este, señora. Pero nunca fue más de un mes o dos. Las plantas seguían cerrando.

—¿Pasó eso en todos los empleos que usted tuvo?

Él la miró, como si entendiese su pregunta.

—No, señora —respondió y, por primera vez, ella notó un lejano eco de orgullo en su voz—. Mi primer trabajo lo mantuve durante veinte años. No el mismo puesto de trabajo, sino en el mismo lugar, o sea..., llegué a ser encargado del taller. Eso fue hace doce años. Luego, el dueño de la planta murió, y los herederos que asumieron el control la llevaron a la quiebra. Fueron malos tiempos entonces, pero a partir de entonces fue cuando las cosas empezaron a ir de mal en peor en todos los sitios, cada vez más rápido. Desde entonces, parece que, fueses adonde fueses, ese sitio estallaba y se hundía. Al principio pensamos que era sólo un estado u otro. Muchos de nosotros pensamos que Colorado duraría. Pero se hundió también. Cualquier cosa que intentabas, cualquier cosa que tocabas... se hundía. Mirases donde mirases, el trabajo estaba parando..., las fábricas estaban parando..., las máquinas estaban parando... —dijo, y añadió despacio, en un susurro, como si estuviera viendo algún secreto terror suyo propio—, *los motores... estaban... parando*. —Su voz aumentó—: ¡Oh, Dios! ¿Quién es...? —y se interrumpió.

—¿... John Galt? —preguntó ella.

—Sí —dijo él, y sacudió la cabeza como para disipar una visión—, sólo que no me gusta decir eso.

—A mí tampoco. Me gustaría saber por qué la gente lo dice, y quién empezó a hacerlo.

—Eso es, señora. Eso es lo que me temo. Podría haber sido yo quien lo empezó.

—*¿Qué?*

—Yo y otros seis mil. Podríamos haberlo hecho. Creo que lo hicimos. Espero que estemos equivocados.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, hubo algo que pasó en esa planta en la que trabajé durante veinte años. Fue cuando el viejo murió y sus herederos asumieron el mando. Eran tres, dos hijos y una hija, y trajeron un nuevo plan para dirigir la empresa. Además, nos dejaron votar sobre él, y todo el mundo..., o casi todo el mundo, votó a favor. No sabíamos... Pensamos que era bueno. No, eso no es verdad tampoco. Pensamos que debíamos pensar que fuese bueno. El plan era que todo el mundo en la fábrica trabajaría según su capacidad, pero que a cada uno se le pagaría según su necesidad. Nosotros... ¿qué pasa, señora? ¿Por qué pone esa cara?

—¿Cómo se llamaba esa fábrica? —preguntó ella, su voz apenas perceptible.

—La Twentieth Century Motor Company, señora, de Starnesville, Wisconsin.

—Continúe.

—Votamos por ese plan en una gran reunión, estando todos presentes, los seis mil que éramos, todos los que trabajábamos en la fábrica. Los herederos Starnes pronunciaron largos discursos sobre ello, y no estaba demasiado claro, pero nadie hizo preguntas. Ninguno de nosotros sabía exactamente cómo funcionaría el plan, pero cada uno pensó que su vecino sí lo sabía. Y si alguien tenía dudas, se sentía culpable y mantenía la boca cerrada, porque ellos parecían decir que quien se opusiese al plan era un miserable gusano de mal corazón, y no un ser humano. Nos dijeron que ese plan conseguiría un noble ideal. Bueno, ¿cómo íbamos a pensar lo contrario? ¿No habíamos oído decir eso todas nuestras vidas, a nuestros padres y a nuestros maestros y a nuestros sacerdotes, y en cada periódico que leímos y en cada película y en cada discurso público? ¿No nos habían dicho siempre que eso era lo correcto y lo justo? Bueno, puede que hubiera alguna excusa para lo que hicimos en esa reunión. Aun así, votamos por el plan... y lo que nos trajo, pues nos lo teníamos merecido. Sabe usted, señora, somos hombres marcados, en cierta forma, todos los que vivimos durante los cuatro años de ese plan en la fábrica de la Twentieth Century. ¿Qué es lo que se supone que es el infierno? Maldad... pura, desnuda y descarada maldad, ¿no? Pues bien, eso es lo que nosotros vimos y lo que ayudamos a construir, y creo que estamos condenados, cada uno de nosotros, y quizá nunca seamos perdonados...

»¿Sabe cómo funcionó aquel plan, y lo que le hizo a la gente? Intenta verter agua en un recipiente con un tubo de desagüe en la parte de abajo que lo va vaciando más deprisa que la viertes, y cada cubo que echas rompe el tubo y lo hace un centímetro más ancho, y cuanto más duro trabajas, más se exige de ti, y acabas lanzando cubos cuarenta horas por semana, luego cuarenta y ocho, luego cincuenta y seis... para la cena de tu vecino, para la operación de su mujer, para el sarampión de su hijo, para la silla de ruedas de su madre, para la camisa de su tío, para la escuela de su sobrino, para el bebé del vecino, para el bebé que va a nacer, para cualquiera en cualquier sitio a tu alrededor... y es suyo para recibir, desde pañales a dentaduras postizas, y tuyo para trabajar, de sol a sol, mes tras mes, año tras año, sin ningún resultado que puedas ver excepto tu propio sudor, sin nada que esperes ver excepto el placer de ellos, durante toda tu vida, sin descanso, sin esperanza, sin fin... De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad...

»Somos todos una gran familia, nos dijeron, estamos todos juntos en esto. Pero no estáis todos de pie trabajando con una antorcha de acetileno diez horas diarias “juntos”, y no tenéis todos un dolor de barriga, “juntos”. ¿Cuál es la capacidad de quién, y qué necesidad de quién va primero? Cuando está todo en una sola olla, no puedes dejar que cada hombre decida cuáles son sus propias necesidades, ¿a que no? Si lo hicieses, él podría clamar que necesita un yate, y si sus emociones son lo único que tienes para guiarte, él podría incluso demostrártelo. ¿Por qué no? Si no es justo que yo tenga un coche trabajando hasta acabar en el hospital, ganando un coche para cada gandul y cada salvaje en el mundo... ¿por qué no puede él exigir un yate de mí también, si aún tengo la capacidad de no haberme desplomado? ¿No? ¿No puede? Entonces ¿por qué puede él exigir que prescinda de leche para mi café hasta que él haya pintado su sala de estar...? En fin... Bueno, en cualquier caso, se decidió que nadie tenía derecho a juzgar su propia necesidad o su capacidad. *Votamos* sobre ello. Sí, señora, votamos sobre ello en una reunión pública dos veces al año. ¿De qué otra forma podría hacerse? ¿Se imagina lo que pasaría en una reunión así? Bastó la primera reunión para descubrir que nos habíamos convertido todos en mendigos, en podridos, gimientes y temblorosos mendigos, todos nosotros, porque ningún hombre podía exigir su paga como una ganancia válida, él no tenía derechos ni ganancias, su trabajo no le pertenecía, le pertenecía a

“la familia”, y ellos no le debían nada a cambio, y la única reivindicación que tenía sobre ellos era su propia “necesidad”, así que tenía que suplicar en público para que aliviasen sus necesidades, como cualquier vago piojoso, haciendo una lista de sus problemas y de sus miserias, desde sus calzoncillos remendados a los resfriados de su mujer, esperando que “la familia” le arrojara las limosnas. Tenía que reivindicar miserias, porque eran miserias, no trabajo, lo que ahora era la moneda del reino; así que todo se volvió una pugna entre seis mil pordioseros, cada uno clamando que su necesidad era peor que la de su hermano. ¿Qué otra cosa se podría hacer? ¿Quiere adivinar lo que ocurrió, qué tipo de hombres se quedaron callados, sintiendo vergüenza, y qué tipo ganaron la lotería?

»Pero eso no fue todo. Hubo algo más que descubrimos en esa misma reunión. La producción de la fábrica había caído un cuarenta por ciento en ese primer semestre, así que se decidió que alguien no había producido “según su capacidad”. ¿Quién? ¿Cómo podrías saberlo? “La familia” votó sobre eso también. Votaron cuáles de los hombres eran los mejores, y esos hombres fueron sentenciados a trabajar horas extra cada noche durante los seis meses siguientes. Horas extra sin paga, porque no te pagaban por tu tiempo y no te pagaban por tu trabajo, sólo por tu necesidad.

»¿Tengo que contarle lo que pasó después, y en qué tipo de criaturas empezamos a convertirnos todos, nosotros quienes una vez habíamos sido humanos? Empezamos a ocultar cualquier capacidad que tuviésemos, a trabajar más despacio y a cuidarnos como halcones de no trabajar nunca más deprisa o mejor que nuestro vecino. ¿Qué otra cosa podríamos hacer, sabiendo que si hiciésemos lo mejor para “la familia” no recibiríamos gracias o recompensas, sino castigos? Sabíamos que, por cada estúpido que echase a perder un grupo de motores y eso le costase dinero a la empresa —fuese por descuido, porque no tenía que importarnos, o por pura incompetencia— seríamos nosotros quienes tendríamos que pagar con nuestras noches y nuestros domingos. Así que hacíamos lo posible por no ser buenos.

»Había un muchacho joven que empezó lleno de ilusión por el noble ideal, un chico brillante, sin estudios, pero con una estupenda cabeza sobre los hombros. El primer año ideó un proceso de trabajo que nos ahorró miles de horas-hombre. Se lo dio a “la familia”, y no pidió nada a cambio; tampoco podía pedir nada, pero él estaba encantado con eso. Era por el

ideal, dijo. Pero, cuando se encontró votado como uno de los más capaces, y sentenciado a trabajar de noche, porque no habíamos extraído lo suficiente de él, cerró su boca y su cerebro. Puede apostar que no se le ocurrió ninguna idea nueva el segundo año.

»¿Qué es lo que siempre nos habían dicho sobre la malvada competencia del sistema del beneficio, en el que los hombres tenían que competir por quién haría un trabajo mejor que sus colegas? Malvada, ¿no era eso? Bueno, tendría que haber visto lo que pasó cuando todos tuvimos que competir entre nosotros para ver quién haría el peor trabajo posible. No hay forma más segura de destruir a un hombre que acorralarle en un sitio donde debe intentar *no* dar lo mejor de sí, donde tiene que esforzarse en hacer un mal trabajo, día tras día. Eso acabará con él mucho antes que la bebida, la ociosidad, o el ganarse la vida asaltando a otros. Pero no podíamos hacer otra cosa más que fingir incapacidad. La única acusación que temíamos era que sospechasen que éramos capaces. La capacidad era como una hipoteca sobre ti, que nunca podías pagar. Y, ¿para qué trabajar? Sabías que tu mísera manutención básica te la darían en cualquier caso, trabajases o no..., tu "asignación para casa y comida", la llamaban..., y por encima de esa miseria podías olvidarte de conseguir algo, no importa cuánto lo intentases. No podías contar con comprarte un traje nuevo al año siguiente; tal vez te dieran una "asignación para ropa" o tal vez no, dependiendo de si alguien se rompía una pierna, necesitaba una operación, o daba a luz a más bebés. Y si no había suficiente dinero para trajes nuevos para todos, entonces tú no podías conseguir el tuyo tampoco.

»Había un hombre que había trabajado duro toda su vida, porque siempre había querido mandar a su hijo a la universidad. Bien, el chico se graduó en el instituto durante el segundo año del plan, pero "la familia" no le dio al padre ninguna "asignación" para la universidad. Dijeron que su hijo no podía ir a la universidad hasta que tuviésemos suficiente para mandar a los hijos de todos a la universidad, y que primero teníamos que mandar a los hijos de todos a la escuela secundaria, y ni siquiera teníamos suficiente para eso. El padre murió al año siguiente, en una pelea a navajazos con alguien en un bar, una pelea sobre nada en particular..., ese tipo de peleas estaban empezando a ocurrir entre nosotros todo el tiempo.

»Luego había un señor mayor, un viudo sin familia, que tenía una afición: discos de música. Imagino que era todo lo que consiguió sacarle a la vida. En los viejos tiempos solía escatimar comidas sólo para poder comprarse alguna nueva grabación de música clásica. Pues bien, no le dieron ninguna “asignación” para discos; “lujo personal”, lo llamaron. Pero en esa misma reunión, a Millie Bush, la hija de alguien, un pequeñaja de ocho años mala y feúcha, le votarondarle un par de *brackets* de oro para sus dientes torcidos: eso era “necesidad médica”, porque el psicólogo de turno había dicho que la pobre niña tendría un complejo de inferioridad si sus dientes no se pusieran derechos. El viejo que amaba la música se dio a la bebida. Llegó a tal punto de que ya no lo veías nunca totalmente consciente. Pero parece que había una cosa que no podía olvidar. Una noche bajó tambaleándose por la calle, vio a Millie Bush, y de un puñetazo le saltó todos los dientes. No le quedó ni uno.

»La bebida, claro, es a lo que todos nos dedicamos, unos más y otros menos. No pregunte de dónde sacábamos el dinero para eso. Cuando todos los placeres decentes están prohibidos, siempre hay forma de acceder a los placeres más rastreros. No asaltas un supermercado cuando anochece ni haces de ratero en los bolsillos de tu prójimo para comprar sinfonías clásicas o aparejos de pesca, pero si es para emborracharte del todo y olvidar, entonces sí lo haces. ¿Aparejos de pesca? ¿Escopetas de caza? ¿Cámaras fotográficas? ¿Aficiones? No había ninguna “asignación para diversión” para nadie. “Diversión” fue lo primero que eliminaron. ¿No debes supuestamente avergonzarte de decir “no” cada vez que alguien te pide que le des algo, si es algo que te dio placer a ti? Incluso nuestra “asignación para tabaco” quedó reducida a dos paquetes de cigarrillos por mes; y eso, nos dijeron, fue porque el dinero tenía que dedicarse al fondo de leche para bebés. Los bebés eran el único artículo de producción que no se redujo, sino que aumentó y continuó aumentando, porque la gente no tenía otra cosa que hacer, supongo, y porque no les importaba, el bebé no era su carga, era la carga de “la familia”. De hecho, la mayor posibilidad que tenías de conseguir un aumento y respirar más a fondo por un tiempo era una “asignación infantil”. O eso, o una enfermedad grave.

»No tardamos mucho en darnos cuenta de cómo funcionó todo eso. Cualquier hombre que intentase jugar limpio tenía que privarse de todo. Perdía el gusto hacia cualquier placer, odiaba fumarse cinco centavos de

tabaco o mascar una bola de chicle, preocupándose por si alguien tenía más necesidad por esos cinco centavos. Se sentía avergonzado con cada bocado de comida que tragaba, preguntándose de quién serían las tristes noches o las horas extra que lo habían pagado, sabiendo que su comida no era suya por derecho, deseando ser miserablemente engañado antes que engañar, ser una víctima desangrada pero no una sanguijuela. Él no se casaría, no les ayudaría a sus seres queridos lejanos, no pondría una carga adicional sobre "la familia". Además, si le quedase algún sentido de responsabilidad, no podría casarse o traer hijos al mundo, pues no podía planear nada, prometer nada, contar con nada. Pero los desvergonzados y los irresponsables estaban haciendo su agosto. Tenían bebés, les causaban problemas a las chicas, llevaban allí arrastrándolos a todos los familiares inútiles que tenían por todo el país, a cada hermana soltera embarazada, para conseguir una "asignación por discapacidad" adicional, tenían más enfermedades de las que cualquier médico pudiese demostrar que eran fingidas, destrozaban sus ropas, sus muebles, sus casas..., ¡qué narices, "la familia" estaba pagando por ello! Encontraron más formas de contraer "necesidad" de lo que el resto de nosotros jamás pudiese imaginar; desarrollaron una habilidad especial para eso, y fue la única capacidad que *ellos* mostraron.

»¡Dios nos ayude, señora! ¿Ve usted lo que nosotros vimos? Vimos que nos habían dado una ley por la cual vivir, una ley *moral*, la llamaban, que castigaba a quienes la observaban, por observarla. Cuanto más tratabas de vivir de acuerdo con ella, más sufrías; cuanto más te la saltabas, mayores recompensas ganabas. La honestidad era como una herramienta puesta a merced de la deshonestidad del vecino. Los honestos pagaban, los deshonestos recogían. El honesto perdía, el deshonesto ganaba. ¿Cuánto tiempo pueden los hombres seguir siendo buenos bajo ese tipo de ley de la bondad? Éramos un grupo de gente bastante decente cuando empezamos. No había muchos aprovechados entre nosotros. Conocíamos nuestros trabajos y estábamos orgullosos de eso, y trabajábamos para la mejor fábrica del país, donde el viejo Starnes sólo contrataba a los mejores trabajadores del país. Al cabo de un año de estar bajo el nuevo plan no quedaba ni un solo hombre honesto entre nosotros. *Ésa* fue la maldad, el tipo de horror infernal con el que los predicadores solían asustarte, pero que nunca pensaste que verías mientras estuvieras vivo. No es que el plan

animase a unos pocos desgraciados, sino que convirtió a gente decente en desgraciados, y no había otra cosa que se pudiese hacer..., ¡y lo llamaban un ideal moral!

»¿Para qué, supuestamente, íbamos a querer trabajar? ¿Para el amor de nuestros hermanos? ¿Qué hermanos? ¿Para los aprovechados, los sinvergüenzas y los holgazanes que veíamos a todo nuestro alrededor? Y si estaban engañándonos o eran simplemente incompetentes, si no querían o no podían..., ¿qué más nos daba eso a nosotros? Si estábamos amarrados de por vida al nivel de su incapacidad, fingida o real, ¿cuánto más tiempo íbamos a querer continuar? No teníamos cómo conocer su capacidad, no teníamos forma de controlar sus necesidades; lo único que sabíamos es que éramos bestias de carga luchando ciegamente en un sitio que era medio hospital, medio corral..., un sitio orientado sólo a la discapacidad, al desastre, a la enfermedad..., éramos bestias puestas allí para aliviar lo que fuera que cualquiera decidiese decir que era la necesidad de alguien.

»¿Amor por nuestros hermanos? Ahí es cuando aprendimos a odiar a nuestros hermanos por primera vez en nuestras vidas. Empezamos a odiarlos por cada comida que tragaban, por cada pequeño placer que disfrutaban, por la camisa nueva de un hombre, por el sombrero de la mujer de otro, por una excursión con su familia, por una mano de pintura en su casa..., eso nos lo habían quitado a nosotros, estaba siendo pagado con nuestras privaciones, nuestras renuncias, nuestra hambre. Empezamos a espiarnos unos a otros, cada uno esperando pillar a los otros mintiendo sobre sus necesidades, y así poder reducir su “asignación” en la próxima reunión. Empezamos a tener chivatos que informaban sobre la gente, que reportaban si alguien había conseguido un pavo de contrabando para su familia algún domingo..., el cual habría pagado con el juego, muy probablemente. Empezamos a meternos en las vidas ajenas. Provocamos peleas familiares para conseguir que expulsaran a los parientes de alguien. Si alguna vez veíamos a un hombre empezando a salir en serio con una chica, le hacíamos la vida imposible. Destruimos muchos noviazgos. No queríamos que nadie se casara, no queríamos más dependientes a los que alimentar.

»En los viejos tiempos, solíamos celebrar que alguien tuviera un bebé, solíamos contribuir y ayudar a los padres con los gastos de hospital, si estaban temporalmente apretados de dinero. Ahora, cuando nacía un bebé,

pasábamos semanas enteras sin hablarles a los padres. Los bebés, para nosotros, se habían convertido en lo que son las langostas para los agricultores. En los viejos tiempos solíamos ayudarle a un hombre si tenía una enfermedad seria en su familia. Ahora..., bueno, le contaré sólo un caso. Era la madre de un hombre que había estado con nosotros quince años. Era una anciana afable, alegre e inteligente, nos conocía a todos por nuestros nombres de pila, y a todos nos caía bien..., nos solía caer bien. Un día se resbaló en la escalera del sótano, se cayó y se rompió la cadera. Sabíamos lo que eso significaba, a su edad. El médico dijo que habría que internarla en una clínica en el pueblo, para ser sometida a tratamientos caros que llevarían bastante tiempo. La anciana murió la noche antes de ir al pueblo. Nunca determinaron la causa del fallecimiento. No, no sé si fue asesinada. Nadie dijo eso. Nadie hablaría de eso en absoluto. Lo único que sé es que yo..., ¡y esto es lo que no puedo olvidar!, yo también me sorprendí a mí mismo deseando que muriera. ¡Que Dios nos perdone!, pero ésa era la hermandad, la seguridad, la abundancia que el plan supuestamente iba a traernos.

»¿Había alguna razón para que ese tipo de horror fuese alguna vez predicado por alguien? ¿Hubo alguien que sacó algún provecho de él? Lo hubo. Los herederos de Starnes. Espero que no vaya a recordarme que ellos habían sacrificado una fortuna y nos habían entregado la fábrica a nosotros como regalo. Nos engañaron con esa historia, también. Sí, ellos entregaron la fábrica. Pero un beneficio, señora, depende de aquello que uno esté queriendo conseguir. Y lo que los Starnes querían no hay dinero en la Tierra que pudiese comprarlo. El dinero es demasiado limpio e inocente para eso.

»Eric Starnes, el más joven, era una medusa que no tenía agallas para interesarse por algo específico. Consiguió que lo votasen y eligiesen director de nuestro Departamento de Relaciones Públicas, lo cual no condujo a nada, excepto a que ahora tenía un equipo para ese “no hacer nada”, y así no tener que molestarse holgazaneando por la oficina. La paga que recibió..., bueno, no debería llamarlo “paga”, ninguno de nosotros era “pagado”..., las limosnas que le asignaron fueron relativamente modestas, unas diez veces más que a mí, pero eso no era riqueza. A Eric no le importaba el dinero: no habría sabido qué hacer con él. Se pasaba el tiempo revoloteando entre nosotros, mostrándonos lo simpático que era y lo

democrático. Quería ser amado, por lo visto. Su forma de conseguirlo era recordarnos todo el tiempo que él nos había dado la fábrica a nosotros. No podíamos aguantarlo.

»Gerald Starnes era nuestro director de Producción. Nunca supimos exactamente cuál había sido el tamaño de sus mordidas..., de sus limosnas. Habría sido necesario un equipo de contables para averiguar eso, y un equipo de ingenieros para seguirle la pista a la forma en que todo ese dinero fue encauzado, directa o indirectamente, a su oficina. Nada de eso era supuestamente para él, era todo para gastos de empresa. Gerald tenía tres coches, cuatro secretarias, cinco teléfonos, y solía montar fiestas a base de champán y caviar que ningún pez gordo de los negocios que pagara impuestos podría haberse permitido. Gastó más dinero en un año que los beneficios que su padre había generado en sus dos últimos años de vida. En la oficina de Gerald, vimos un montón de cincuenta kilos..., cincuenta kilos, los pesamos..., de revistas llenas de historias sobre nuestra empresa y nuestro noble plan, con grandes fotos de Gerald Starnes, al que se le aludía como un gran cruzado social. A Gerald le gustaba llegar a los talleres por la noche, vestido con sus ropas más elegantes, luciendo gemelos de brillantes del tamaño de una moneda, y desparramando cenizas de su cigarro por todos lados. Cualquier vulgar presumido que no tiene otra cosa que exhibir más que su dinero ya es bastante desagradable; pero al menos él no se pavonea de que el dinero sea suyo, y eres libre de mirarle o no, como quieras, y en general no lo haces. Pero, cuando un bastardo como Gerald Starnes se exhibe de ese modo y no para de decir que a él no le importan las riquezas materiales, que sólo está sirviendo a “la familia”, que todo ese lujo no es para él, sino para nosotros y para el bien común, porque es necesario para mantener el prestigio de la compañía y del noble plan a los ojos del público... ahí es cuando aprendes a odiar a una criatura como jamás habías odiado a nada humano.

»Pero su hermana Ivy era peor. A ella realmente no le importaba la riqueza material. Las limosnas que recibía no eran mucho mayores que las nuestras, y ella iba por ahí con zapatos planos estropeados y simples faldas y camisas barateras, sólo para demostrar lo desapegada que era. Ella era nuestra directora de Distribución. Era la dama encargada de nuestras necesidades. Era la que nos tenía agarrados por el cuello. Desde luego, la distribución supuestamente sería decidida por voto, por la voz del pueblo.

Pero cuando el pueblo son seis mil voces berreantes tratando de decidir sin rasero ni medida, cuando no hay reglas del juego y cada uno puede exigir lo que se le ocurra pero no tiene derecho a nada, cuando todo el mundo tiene poder sobre la vida de todo el mundo excepto sobre la suya propia..., entonces resulta, como ocurrió, que la voz del pueblo es Ivy Starnes. Al finalizar el segundo año, abandonamos la farsa de "reuniones de familia" —en nombre de una "eficiencia de producción y economía de tiempo", una reunión solía durar diez días—, y desde entonces todas las solicitudes de necesidad eran simplemente enviadas a la oficina de la señora Starnes. No, enviadas no. Tenían que ser recitadas delante de ella personalmente por cada solicitante. Entonces, ella hacía una lista de distribución, que nos leía para que votáramos nuestra aprobación en una reunión que duraba tres cuartos de hora. Siempre votábamos aprobación. Había un período de diez minutos en la agenda para discusiones y objeciones. No teníamos objeciones. Para entonces ya sabíamos que no valía la pena. Nadie puede dividir los ingresos de una fábrica entre miles de obreros sin disponer de algún tipo de criterio o de norma para medir el valor de la gente. Su criterio era el de hacerle la pelota. ¿Desprendida? En los tiempos de su padre, todo el dinero de él no le habría excusado de dirigirse al peor de sus empleados como ella se dirigía a nuestros más hábiles trabajadores y a sus esposas. Ella tenía unos ojos pálidos que parecían fríos y muertos como los de un pez. Y si usted quiere ver pura maldad, debería haber visto cómo le brillaban los ojos cuando veía a algún hombre respondiéndole, al oír su nombre en la lista de quienes no iban a recibir nada por encima de las migajas básicas. Y al verlos, veías el verdadero objetivo de cualquier persona que jamás haya predicado el eslogan: "De cada cual según su capacidad, a cada cual según su necesidad".

»Ése era todo su secreto. Al principio, yo no cesaba de preguntarme cómo era posible que los hombres educados, cultos o famosos del mundo, pudiesen cometer un error de esa envergadura, y predicar, como dándola por buena, tamaña abominación..., cuando, si lo hubiesen pensado solo cinco minutos, habrían sabido qué pasaría si alguien intentase practicar lo que predicaban. Ahora sé que no obraron así por algún tipo de error. Errores de ese tamaño nunca se cometen inocentemente. Si los hombres caen en alguna forma de locura malvada, cuando no tienen cómo hacerla funcionar ni razón posible para explicar su decisión, entonces es porque tienen una

razón que no quieren compartir. Y nosotros no fuimos tan inocentes tampoco cuando votamos a favor del plan en aquella primera reunión. No lo hicimos sólo porque creyésemos que la asquerosa basura que vomitaban fuese buena. Teníamos otra razón, pero la basura nos ayudó a ocultarla de nuestros vecinos y de nosotros mismos. La basura nos dio la posibilidad de hacer pasar por virtud algo que estaríamos avergonzados de admitir. No había ningún hombre votando por ella que no pensase que, bajo un montaje de ese tipo, él se apoderaría de los beneficios de los hombres más capaces que él. No había ningún hombre lo suficientemente rico y listo que no pensase que había alguien más rico y más listo, y que ese plan le daría a él una parte de la riqueza y del cerebro de los mejores que él. Pero, mientras pensaba en que él conseguiría beneficios inmerecidos de los hombres de arriba, se olvidó de los hombres de abajo que conseguirían beneficios inmerecidos también. Se olvidó de todos sus subalternos, que se apresurarían a explotarle igual que él pensaba explotar a sus superiores. El obrero a quien le gustaba la idea de que su necesidad le daba derecho a un cochazo como el de su jefe se olvidó de que todos los pordioseros y vagabundos de la Tierra aparecerían bramando que *su* necesidad les daba derecho a ellos a una nevera como la suya. *Ése* fue nuestro verdadero motivo cuando votamos..., ésa es la pura verdad..., pero no nos gustaba pensarlo, así que, cuanto menos nos gustaba, más fuerte gritábamos sobre nuestro amor por el bien común.

»Pues conseguimos lo que queríamos. Y cuando vimos qué era lo que queríamos, era demasiado tarde. Estábamos atrapados, sin ningún sitio adonde ir. Los mejores hombres de entre nosotros se fueron de la fábrica la primera semana del plan. Perdimos nuestros mejores ingenieros, superintendentes, capataces y trabajadores especializados. Un hombre que se autorrespeta no se convierte en una vaca lechera para nadie. Algunos tipos capaces intentaron aguantar, pero no consiguieron aguantar durante mucho tiempo. Seguimos perdiendo a nuestros hombres, ellos seguían escapando de la fábrica como si fuese un foco infeccioso, hasta que los únicos que quedaron fueron los hombres de necesidad, pero ninguno de los hombres de capacidad.

»Y los pocos de nosotros que aún teníamos algo de bueno, pero que nos quedamos, éramos sólo quienes habíamos estado allí demasiado tiempo. En los viejos tiempos, nadie se iba jamás de la Twentieth Century Motor

Company, y, de alguna forma, no conseguimos hacernos a la idea de que ya no existía más. Después de un tiempo ya no pudimos irnos, porque ningún otro empresario nos admitiría, y no puedo criticarles por eso. Nadie quería tratar con nosotros de ninguna manera, ninguna persona o empresa que se apreciase. Todas las pequeñas empresas con las que hacíamos negocios empezaron a abandonar Starnesville a toda prisa, hasta que quedaron sólo bares, salas de juego, y sinvergüenzas que nos vendían bazofia a precios abusivos. Las limosnas que recibíamos fueron cayendo, pero nuestro coste de vida aumentó. La lista de los necesitados de la fábrica se fue alargando, pero la lista de sus clientes se encogió. Había cada vez menos ingresos a dividir entre más y más gente. En los viejos tiempos se solía decir que la marca registrada de la Twentieth Century Motors era tan buena como el oro puro. No sé qué pensarían los herederos Starnes, si es que pensaban algo; pero supongo que, como todos los planificadores sociales y como los salvajes, pensaban que esa marca registrada era un sello mágico que lo resolvería todo por medio de algún tipo de poder mágico, y que los mantendría ricos, igual que había mantenido a su padre. Pues bueno, cuando nuestros clientes empezaron a ver que nunca servíamos un pedido a tiempo y que nunca fabricábamos un motor que no tuviese algún fallo, ese sello mágico como emblema empezó a funcionar a la inversa: la gente no aceptaría un motor ni regalado si llevaba la marca Twentieth Century Motors. Y llegó al punto de que nuestros únicos clientes eran los que nunca pagaban y nunca tuvieron intención de pagar sus facturas. Pero Gerald Starnes, drogado por su propia publicidad, se enfadó y empezó a ir por ahí, con aire de superioridad moral, exigiendo que los empresarios nos pasaran pedidos, no porque nuestros motores fueran buenos, sino porque *necesitábamos* los pedidos urgentemente.

»Para aquel entonces, hasta el tonto del pueblo podía ver lo que generaciones de profesores fingieron no percibir. ¿Qué beneficio podría reportarle nuestra necesidad a una central eléctrica cuando sus generadores se detuvieran por causa de nuestros motores defectuosos? ¿Qué beneficio le traería a un hombre tendido en un quirófano cuando de pronto se fuera la luz? ¿Qué beneficio le traería al pasajero de un avión cuando el motor fallara en pleno vuelo? Y si compraran nuestro producto, no por su mérito,

sino por causa de nuestra necesidad, ¿sería eso lo bueno, lo correcto, la acción moral a tomar por el dueño de la central eléctrica, por el cirujano en ese hospital, por el fabricante de ese avión?

»Y, sin embargo, ésa era la ley moral que profesores, líderes y pensadores habían querido establecer en todo el mundo. Si eso es lo que le hizo a un pequeño pueblo donde todos nos conocíamos, ¿se imagina lo que haría a escala mundial? ¿Puede imaginar lo que pasaría si tuvieras que vivir y trabajar estando conectado a todos los desastres y a todas las calamidades del globo? Trabajar, y cuando fallasen los hombres en cualquier lugar, ser tú quien tuviera que compensar por ello. Trabajar, sin posibilidad de progresar, con tus comidas y tus ropas y tu casa y tu placer dependiendo de cualquier estafa, de cualquier hambruna, de cualquier peste en cualquier lugar del mundo. Trabajar, sin posibilidad de una ración extra, hasta que los camboyanos hayan sido alimentados y los patagónicos hayan sido mandados a la universidad. Trabajar, con un cheque en blanco en la mano de cada criatura nacida, de hombres que nunca verás, cuyas necesidades nunca conocerás, cuya capacidad, pereza, falta de rigor o mala fe no tienes forma de conocer ni derecho a cuestionar, sólo trabajar, trabajar y trabajar, y dejar que sean las Ivys y los Geralds del mundo quienes decidan de quién serán los estómagos que consuman el esfuerzo, los sueños y los días de tu vida. ¿Y *ésa* es la ley moral que hay que aceptar? *Eso*, ¿un ideal moral?

»Bueno, lo probamos... y aprendimos. Nuestra agonía duró cuatro años, desde nuestra primera reunión hasta la última, y todo terminó de la única forma que podía terminar: en bancarrota. En nuestra última reunión, Ivy Starnes fue la que intentó sacar los pies del tiesto. Pronunció un discursito corto, desagradable y agresivo, en el que dijo que el plan había fracasado porque el resto del país no lo había aceptado, que una sola comunidad no podía tener éxito en medio de un mundo egoísta y codicioso; que el plan era un noble ideal, pero que la naturaleza humana no estaba a la altura. Un joven..., el mismo que había sido castigado por darnos una idea útil durante el primer año..., se levantó, mientras todos seguíamos sentados en silencio, y se fue andando directamente hacia Ivy Starnes en el estrado. No dijo nada. Le escupió en la cara. Y así acabó el noble plan de la Twentieth Century Motor Company.

El hombre había hablado como si la carga de sus años de silencio se hubiese escapado repentinamente de su control. Ella sabía que eso era su tributo a ella: él no había mostrado ninguna reacción ante su amabilidad, había parecido insensible a cualquier valor humano o esperanza humana, pero algo en su interior había sido afectado, y su respuesta era esa confesión, ese largo y desesperado grito de rebelión contra la injusticia, reprimido durante años, pero surgiendo ahora en reconocimiento a la primera persona que había conocido frente a la cual su apelación a la justicia no caería en el vacío. Era como si la vida a la que él había estado a punto de renunciar le hubiese sido devuelta por las dos cosas esenciales que necesitaba: por su alimento y por la presencia de un ser racional.

—Pero ¿qué pasa con John Galt? —preguntó ella.

—Oh —dijo él, recordando—. Oh, sí...

—Iba usted a decirme por qué la gente empezó a hacer esa pregunta.

—Sí... —Estaba mirando a la distancia, como a alguna visión que había estudiado durante años, pero que permanecía inalterada y sin resolver; su rostro tenía un extraño e inquisitivo aspecto de terror.

—Usted iba a decirme quién era el John Galt a quien se referían..., si es que alguna vez existió esa persona.

—Espero que no haya existido, señora. Quiero decir, espero que sea sólo una coincidencia, sólo una frase que no tiene ningún significado.

—Usted tenía algo en mente... ¿Qué?

—Fue... fue algo que pasó en esa primera reunión en la fábrica de la Twentieth Century. Puede que fuese el principio de ello, puede que no. No lo sé... La reunión tuvo lugar en una noche de primavera, hace doce años. Los seis mil que éramos estábamos apiñados en gradas que se elevaban casi hasta el techo de la nave más grande de la planta. Acabábamos de votar por el nuevo plan y estábamos con los ánimos más bien exaltados, haciendo demasiado ruido, vitoreando la victoria del pueblo, amenazando a algún tipo de enemigos desconocidos y ansiosos por reñir, como matones con una conciencia intranquila. Había potentes luces blancas cayendo sobre nosotros, y nos sentíamos quisquillosos y en carne viva, éramos una multitud violenta y peligrosa en ese momento. Gerald Starnes, que era el presidente, no dejaba de golpear con su martillo pidiendo orden, y nos calmamos un poco, pero no mucho, y podías ver todo el local moviéndose inquietamente de un lado a otro, como agua en un recipiente que está siendo

agitado. «¡Éste es un momento crucial en la historia de la humanidad!», gritó Gerald Starnes a través del ruido. «¡Recordad», dijo «que ninguno de nosotros puede ahora abandonar este lugar, pues cada uno de nosotros pertenece a todos los demás, de acuerdo con la ley moral que todos aceptamos!». «¡Yo no!», dijo un hombre, y se puso de pie. Era uno de los jóvenes ingenieros. Nadie sabía mucho sobre él. Siempre había sido muy reservado. Cuando se levantó, de pronto se hizo un silencio absoluto. Fue la forma como erguía la cabeza. Era alto y delgado..., y recuerdo haber pensado que dos cualesquiera de nosotros podríamos haberle roto el pescuezo sin dificultad..., pero lo que todos sentimos fue miedo. Él estaba de pie como un hombre que sabía que tenía razón. «Pondré fin a todo esto, de una vez por todas», dijo. Su voz era clara y sin ninguna emoción. Eso fue lo único que dijo, y empezó a andar para salir. Pasó a lo largo del sitio, en la luz blanca, sin apresurarse y sin fijarse en ninguno de nosotros. Nadie movió un dedo para detenerlo. Gerald Starnes gritó de repente tras él: «¿Cómo?». Él se volvió y respondió: «Detendré el motor del mundo». Y salió. Nunca más lo vimos. Nunca más supimos nada de él. Pero, años después, cuando vimos las luces apagarse, una tras otra, en las grandes fábricas que habían estado allí, sólidas como montañas durante generaciones, cuando vimos los portones cerrarse y las cintas transportadoras dejar de funcionar, cuando vimos las carreteras quedarse vacías y el flujo de vehículos desecándose, cuando empezó a parecer como si algún poder silencioso estuviese parando los generadores del mundo y el mundo empezase a desmoronarse silenciosamente, como un cuerpo cuando su espíritu ya no está..., entonces empezamos a asombrarnos y a hacer preguntas sobre él. Empezamos a hacerlas entre nosotros, quienes le habíamos oído decirlo. Empezamos a pensar que él había mantenido su palabra, que él, que había visto y conocido la verdad que nosotros nos habíamos negado a reconocer, era la retribución que habíamos pedido que cayese sobre nuestras cabezas, el vengador, el hombre de esa justicia que nosotros habíamos desafiado. Empezamos a pensar que él nos había maldecido y que no había cómo escapar de su veredicto y que jamás lograríamos escapar de él..., y todo eso fue aún más terrible porque él no estaba persiguiéndonos, éramos nosotros quienes de pronto lo estábamos buscando, y él simplemente había desaparecido sin dejar rastro. No hallamos respuesta sobre él en ningún lugar. Nos preguntamos con qué tipo

de poder imposible pudo haber hecho lo que prometió hacer. No había respuesta a eso. Empezamos a pensar en él cada vez que veíamos en el mundo otro colapso que nadie podía explicar, cada vez que recibíamos otro golpe, cada vez que perdíamos otra esperanza, cada vez que nos sentíamos atrapados en esa niebla gris y mortecina que está descendiendo sobre la Tierra. Quizá la gente nos oyó gritar esa pregunta y no sabían lo que queríamos decir, pero ellos conocían demasiado bien la sensación que nos hacía gritarla. Ellos, también, sentían que algo se había ido del mundo. Tal vez fuese por eso por lo que ellos empezaron a decirlo cada vez que sentían que no había esperanza. Me gustaría pensar que estoy equivocado, que esas palabras no significan nada, que no hay ninguna intención consciente ni ningún vengador queriendo el fin de la raza humana. Pero, cuando les oigo repetir esa pregunta, siento miedo. Pienso en el hombre que dijo que detendría el motor del mundo. ¿Sabe?, su nombre era John Galt.

Ella se despertó, porque el sonido de las ruedas había cambiado. Era un ritmo irregular, con repentinos chirridos y agudos crujidos cortos, un sonido que parecía la quebrada risa de la histeria, con el espasmódico vaivén del vagón armonizando con ella. Sabía, antes de mirar el reloj, que ésa era la vía de la Kansas Western, y que el tren había iniciado su largo rodeo hacia el sur desde Kirby, Nebraska.

El tren estaba medio vacío; poca gente se había aventurado a cruzar el continente en el primer Comet desde la catástrofe del túnel. Ella le había dado un dormitorio al vagabundo, y después se había quedado a solas con su historia. Había querido pensar en ella, en todas las cosas que quería preguntarle al día siguiente..., pero se había encontrado con la mente congelada e inmóvil, como un espectador mirando la historia, incapaz de funcionar, sólo de mirar. Le pareció que conocía el significado de ese espectáculo, que lo conocía sin hacer más preguntas, y que tenía que escapar de él. Moverse, ésa era la palabra golpeando en su mente con peculiar urgencia, moverse..., como si el movimiento se hubiese convertido en un fin en sí mismo, crucial, absoluto y predestinado.

A través de un fino velo de sueño, el sonido de las ruedas había seguido haciendo una carrera con el aumento de su tensión. Ella había continuado despertándose, como con un ataque de pánico sin causa, y se

encontró erguida en la oscuridad, pensando perpleja: «Qué ha sido eso...». Y luego diciéndose a sí misma para tranquilizarse: «Estamos moviéndonos..., aún estamos moviéndonos...».

La vía de la Kansas Western estaba peor de lo que ella había esperado..., pensó al escuchar las ruedas. El tren estaba ahora alejándola a cientos de kilómetros de Utah. Había sentido un deseo desesperado de bajarse del tren en la línea principal, abandonar todos los problemas de Taggart Transcontinental, buscar un avión, y volar directamente hasta donde estaba Quentin Daniels. Le había costado un sombrío esfuerzo de voluntad permanecer en su vagón.

Estaba tendida en la oscuridad, escuchando las ruedas, pensando que sólo Daniels y su motor seguían siendo aún como un punto candente al frente, tirando de ella hacia delante. ¿De qué le serviría ahora el motor a ella? No tenía respuesta. ¿Por qué se sentía tan segura de la desesperada necesidad de apresurarse? No tenía respuesta. Alcanzarle a tiempo, ése era el único ultimátum que quedaba en su mente. Se aferró a él, sin hacer preguntas. Sin decir nada, ella sabía la verdadera razón: el motor era necesario, pero no para mover trenes, sino para mantenerla a ella en movimiento.

No podía oír más el martilleo de los cuatro tiempos entre el revoltijo de chirridos de metal, no podía oír los pasos del enemigo contra quien estaba haciendo una carrera, sólo la inútil estampida del pánico... Llegaré allí a tiempo, pensó, llegaré allí primero, salvaré el motor. Ése es un motor que él no va a parar, pensó..., no va a parar..., no va a parar... No va a parar, pensó..., espabilándose sobresaltada, levantando bruscamente la cabeza de la almohada. Las ruedas habían parado.

Durante un momento, ella permaneció inmóvil, intentando captar la extraña quietud a su alrededor. Parecía la imposible tentativa de crear una imagen sensorial de la no existencia. No había atributos de realidad que percibir, nada excepto su ausencia: ni sonido, como si ella estuviese sola en el tren..., ni movimiento, como si eso no fuese un tren, sino una habitación en un edificio..., ni luz, como si eso no fuese ni tren ni habitación, sino un espacio sin objetos..., ni señal de violencia o de desastre físico, como si ése fuese el estado en el que un desastre ya no es posible.

En el momento de captar la naturaleza de la quietud, su cuerpo saltó como un muelle con una única curva de movimiento, inmediata y violenta como un grito de rebelión. El fuerte chirrido de la persiana cortó el silencio como con un cuchillo, cuando ella la lanzó hacia arriba. No había nada afuera, excepto anónimas extensiones de pradera; un fuerte viento deshacía las nubes, y un haz de luz lunar caía a través de ellas, pero caía sobre llanuras que parecían tan muertas como aquellas de las que provenía.

El barrido de su mano presionó el interruptor de luz y el timbre para llamar al mozo. La luz eléctrica se encendió y la trajo de vuelta a un mundo racional. Miró su reloj: eran unos minutos después de medianoche. Miró por la ventana trasera: la vía se prolongaba en línea recta y, a la distancia prescrita, vio los faroles rojos en el suelo, colocados intencionadamente para proteger la cola del tren. La visión parecía tranquilizadora.

Volvió a presionar el timbre para el mozo. Esperó. Fue al vestíbulo, abrió con llave la puerta y se inclinó hacia fuera para mirar a lo largo de la línea del tren. Había unas cuantas ventanas iluminadas en la larga franja de acero que se perdía en la distancia, pero no vio figuras, ni señal de actividad humana. Cerró la puerta de golpe, volvió y empezó a vestirse, sus movimientos repentinamente calmados y rápidos.

Nadie acudió en respuesta a su llamada. Al apresurarse a cruzar al vagón de al lado, no sintió miedo, ni incertidumbre, ni desesperación, sólo la urgencia de la acción.

No había ningún mozo en el cubículo del vagón de al lado, ni ningún mozo en el vagón siguiente. Recorrió a toda prisa los estrechos pasillos, sin encontrarse con nadie. Pero unas cuantas puertas de compartimentos estaban abiertas. Los pasajeros estaban sentados dentro, vestidos o a medio vestir, en silencio, como si estuvieran esperando. La miraron pasar rápidamente, con extrañas miradas furtivas, como si supieran lo que ella buscaba, como si hubieran esperado que alguien viniese y enfrentase lo que ellos no habían enfrentado. Ella siguió, corriendo a lo largo de la médula espinal de un tren muerto, notando la peculiar combinación de compartimentos iluminados, puertas abiertas y pasillos vacíos: nadie se había atrevido a salir. Nadie había querido hacer la primera pregunta.

Atravesó corriendo el único coche cama en el que algunos pasajeros dormían en contorsionadas posturas de agotamiento, mientras que otros, despiertos e inmóviles, estaban agazapados, como animales esperando ser

golpeados, sin mover un dedo para evitarlo.

En el vestíbulo del coche cama, se detuvo. Vio a un hombre que había abierto la puerta y estaba inclinado hacia afuera, mirando con aire interrogante a la oscuridad, preparándose a bajar. Se volvió al oírla acercarse. Ella reconoció su cara: era Owen Kellogg, el hombre que había rechazado el futuro que ella le había ofrecido una vez.

—¡Kellogg! —exclamó, con un sonido de risa en su voz, como si fuese un grito de alivio ante la repentina visión de un hombre en un desierto.

—Hola, señorita Taggart —respondió, con una sonrisa de sorpresa que tenía una pizca de incrédulo placer... y de nostalgia—. No sabía que usted estaba a bordo.

—Vamos —ordenó ella, como si él todavía fuese un empleado del ferrocarril—. Creo que estamos en un tren congelado.

—Lo estamos —dijo él, y la siguió con rápida y disciplinada obediencia.

No había necesidad de explicaciones. Era como si, en tácito entendimiento, ellos estuvieran respondiendo a la llamada del deber... Y parecía natural que, de los cientos que había a bordo, fueran ellos dos quienes resultasen compañeros en el peligro.

—¿Tiene idea de cuánto tiempo llevamos parados? —preguntó ella, mientras atravesaban rápidamente el siguiente vagón.

—No —dijo él—. Estábamos parados cuando me desperté.

Recorrieron el tren entero, sin encontrar ningún mozo, ni camareros en el comedor, ni guardafrenos, ni revisor. Se miraron entre ellos de vez en cuando, pero guardaron silencio. Conocían las historias de trenes abandonados, de las tripulaciones que desaparecían en súbitos arranques de rebelión contra la servidumbre.

Se bajaron en la cabecera del tren, sin ningún movimiento a su alrededor excepto el viento en sus rostros, y subieron rápidamente a la locomotora. El faro delantero de la locomotora estaba encendido, extendiéndose como un brazo acusador en el vacío de la noche. La cabina de la locomotora estaba vacía.

Su grito de desesperado triunfo salió de ella en respuesta al sobresalto de lo que veía:

—¡Han hecho bien! ¡Son seres humanos!

Paró, espantada, como ante el grito de un extraño. Se dio cuenta de que Kellogg estaba mirándola con curiosidad, con la leve insinuación de una sonrisa.

Era una antigua locomotora de vapor, la mejor que el ferrocarril había podido proporcionar para el Comet. Las cenizas se estaban amontonando tras las rejillas, el manómetro estaba bajo y, en el gran parabrisas delante de ellos, el faro caía sobre una banda de traviesas que deberían haber estado corriendo a su encuentro pero que ahora yacían inmóviles, como los peldaños de una escalera, contados, numerados y acabados.

Ella cogió el diario de a bordo y miró los nombres de la última tripulación del tren. El maquinista había sido Pat Logan.

Su cabeza se inclinó lentamente, y cerró los ojos. Pensó en el primer viaje sobre una vía verdiazulada, el viaje que debió haber estado en la mente de Pat Logan —como ahora estaba en la suya— a lo largo de las silenciosas horas de su último viaje sobre raíles.

—¿Señorita Taggart? —dijo Owen Kellogg suavemente.

Ella levantó bruscamente la cabeza.

—Sí —dijo—, sí... Bueno —su voz no tenía color, excepto el tono metálico de una decisión—, tendremos que conseguir un teléfono y pedir otra tripulación. —Miró rápidamente su reloj—. A la velocidad que llevábamos, creo que debemos estar a unos doce kilómetros de la frontera con Oklahoma. Creo que, en este camino, Bradshaw es el punto más cercano de la división al que podemos llamar. Estamos a unos cuarenta kilómetros de allí.

—¿Hay otros trenes Taggart siguiéndonos?

—El próximo es el número 253, el transcontinental de mercancías, pero no llegará aquí hasta las siete de la mañana, si es puntual, lo cual dudo.

—¿Sólo *un* tren de mercancías en siete horas? —dijo él.

Lo dijo involuntariamente, con una nota de indignada lealtad al gran ferrocarril al que una vez había estado orgulloso de servir.

La boca de ella se movió con el breve chasquido de una sonrisa.

—Nuestro tránsito transcontinental no es lo que era en su época.

Él asintió lentamente. Y añadió:

—Supongo que tampoco habrá ningún tren de la Kansas Western llegando esta noche.

—No me acuerdo ahora mismo, pero creo que no.

Kellogg miró los postes que flanqueaban la vía antes de decir:

—Espero que el personal de la Kansas Western haya mantenido sus teléfonos en regla.

—Querrá decir que lo más probable es que no lo hayan hecho, a juzgar por el estado de su vía. Pero tendremos que intentarlo.

—Sí.

Ella se volvió para marcharse, pero se detuvo. Sabía que era inútil comentarlo, pero las palabras le surgieron involuntariamente:

—Sabe —dijo—, son esos faroles rojos que nuestros hombres pusieron detrás del tren para protegernos, ésa es la cosa más difícil de aceptar. Ellos... sintieron más preocupación por las vidas humanas que la que su país mostró por las vidas de ellos.

La rápida mirada que él le dirigió fue como una dosis de énfasis deliberado; luego respondió gravemente:

—Sí, señorita Taggart.

Al bajar la escalerilla del costado de la locomotora, vieron a un grupo de pasajeros reunidos junto a la vía, y a más gente emergiendo del tren para unirse a ellos. Por algún instinto peculiar, los hombres que habían permanecido sentados esperando sabían que alguien había asumido la responsabilidad y que ahora no había peligro en dar señales de vida.

Todos ellos la miraron con aires de interrogante expectativa mientras se les acercaba. La anormal palidez de la luz de la luna parecía disolver las diferencias de sus caras y resaltar la cualidad que todos tenían en común: un aspecto de precavida contemplación, en parte miedo, en parte súplica, en parte impertinencia reprimida.

—¿Hay alguien aquí que desee ser un portavoz para los pasajeros? —preguntó ella.

Ellos se miraron entre sí. No hubo respuesta.

—Muy bien —dijo ella—. No hace falta que hablen. Soy Dagny Taggart, vicepresidente de Operaciones de este ferrocarril, y... —Hubo un murmullo de respuesta del grupo, mitad movimiento, mitad susurro, parecido al alivio—. Y seré yo quien hable. Estamos en un tren que ha sido abandonado por su tripulación. No ha habido ningún accidente físico. La locomotora está intacta. Pero no hay nadie que la conduzca. Es lo que los periódicos llaman un tren congelado. Todos ustedes saben lo que

significa..., y saben las razones. Quizá sabían las razones mucho antes de que fuesen descubiertas por los hombres que han desertado esta noche. La ley les prohibía desertar. Pero eso no les servirá de nada a ustedes ahora.

Una mujer chilló de repente, con la exigente petulancia de la histeria:

—¡¿Qué vamos a hacer?!

Dagny hizo una pausa para mirarla. La mujer se estaba abriendo paso, para estrujarse en el grupo, para poner algunos cuerpos humanos entre ella y la visión del gran vacío..., la llanura que se extendía hacia lo lejos y se disolvía a la luz de la luna, la exánime fosforescencia de energía impotente y prestada. La mujer llevaba echado un abrigo sobre una bata de noche; el abrigo resbalaba medio abierto, y su estómago sobresalía bajo la fina tela de la bata, con esa actitud de relajada obscenidad que supone que toda autorrevelación humana es fealdad y no hace ningún esfuerzo por ocultarla. Por un momento, Dagny lamentó la necesidad de continuar.

—Voy a recorrer la vía hasta dar con un teléfono —continuó, su voz tan clara y tan fría como la luz de la luna—. Hay teléfonos de emergencia a intervalos de ocho kilómetros a lo largo de la vía principal. Pediré que envíen otra tripulación aquí. Eso llevará algún tiempo. Sean tan amables de quedarse a bordo y de mantener todo el orden que sean capaces de mantener.

—¿Y qué pasa con las pandillas de bandidos? —preguntó la voz nerviosa de otra mujer.

—Es verdad —dijo Dagny—. Será mejor que alguien me acompañe. ¿Quién quiere venir?

Ella había malinterpretado la preocupación de la mujer. No hubo respuesta. No hubo miradas dirigidas a ella o de unos a otros. No había ojos, sólo óvalos húmedos brillando a la luz de la luna. Allí estaban, pensó ella, los hombres de la nueva era, los que exigían y recibían el autosacrificio. Le sorprendió la calidad del enfado en su silencio, un enfado diciendo que ella supuestamente debía evitarles momentos como ése, y, con una sensación de crueldad que era nueva para ella, permaneció callada a propósito.

Se dio cuenta de que Owen Kellogg, como ella, estaba esperando, pero él no estaba mirando a los pasajeros, estaba mirando la cara de ella. Cuando estuvo seguro de que no habría respuesta por parte de la multitud, dijo suavemente:

—Yo iré con usted, por supuesto, señorita Taggart.

—Gracias.

—Y nosotros, ¿qué? —soltó la mujer nerviosa.

Dagny se volvió hacia ella, respondiéndole en el tono monótono y sin inflexión de un ejecutivo de negocios:

—No ha habido casos de ataques de pandillas de bandidos a trenes congelados..., por desgracia.

—Y ¿dónde estamos exactamente? —preguntó un hombre grandote con un abrigo demasiado caro y una cara demasiado flácida; su voz tenía el tono destinado a sirvientes de un hombre no apto para emplearlos—. ¿En qué parte de qué Estado?

—No lo sé —respondió ella.

—¿Cuánto tiempo nos mantendrán aquí? —preguntó otro, en el tono de un acreedor que está siendo abusado por un deudor.

—No lo sé.

—¿Cuándo llegaremos a San Francisco? —preguntó un tercero, de la forma en que un sheriff se dirige a un sospechoso.

—No lo sé.

El exigente resentimiento estaba desbordándose, con pequeños y crepitantes estallidos, como castañas explotando en el oscuro horno de las mentes que ahora se sentían seguras de estar siendo cuidadas y seguras.

—¡Esto es absolutamente indignante! —gritó una mujer, saltando hacia delante, arrojando sus palabras a la cara de Dagny—. ¡Usted no tiene derecho a permitir que esto pase! ¡No tengo intención de que me dejen esperando en medio de la nada! ¡Espero transporte!

—Cállese la boca —dijo Dagny—, o cerraré con llave las puertas del tren y la dejaré a usted donde está.

—¡No puede hacer eso! ¡Usted *es* un transporte público! ¡No tiene derecho a discriminar contra mí! ¡La denunciaré a la Oficina de Unificación!

—Sólo si yo le doy un tren que la lleve a algún sitio donde su Oficina pueda verla y oírla —dijo Dagny, dándole la espalda.

Vio a Kellogg mirándola, una mirada que era como una línea que subrayaba sus palabras, enfatizándolas para que ella misma prestara atención.

—Consiga una linterna en algún lugar —le dijo ella— mientras yo voy a por mi bolso, luego nos iremos.

Cuando emprendieron camino hacia el teléfono de la vía, pasando la silenciosa línea de vagones, vieron a otra figura bajar del tren y correr a su encuentro. Dagny reconoció al vagabundo.

—¿Algún problema, señora? —preguntó él, parando.

—La tripulación ha desertado.

—Oh. ¿Qué hay que hacer?

—Voy a un teléfono para llamar a la central de la división.

—No puede ir sola, señora. No hoy en día. Mejor voy con usted.

Ella sonrió.

—Gracias. Pero estaré bien. El señor Kellogg está aquí para acompañarme. Diga, ¿cómo se llama usted?

—Jeff Allen, señora.

—Escúcheme, Allen. ¿Ha trabajado usted alguna vez para un ferrocarril?

—No, señora.

—Bueno, pues ahora trabaja para uno. Usted es director suplente y apoderado del vicepresidente a cargo de Operaciones. Su trabajo es asumir el mando de este tren en mi ausencia, mantener el orden e impedir que el ganado salga de estampida. Dígales que yo le nombré. No necesita pruebas. Obedecerán a cualquiera que espere obediencia de ellos.

—Sí, señora —respondió él firmemente, con cara de entender.

Ella recordó que el dinero dentro del bolsillo de un hombre tiene el poder de transformarse en confianza dentro de su mente; sacó un billete de cien dólares de su bolso y se lo puso en la mano.

—Como anticipo de su sueldo —dijo.

—Sí, señora.

Ya había emprendido la marcha, cuando él la llamó:

—¡Señorita Taggart!

Ella se volvió:

—¿Sí?

—Gracias —dijo él.

Ella sonrió, medio levantando la mano en gesto de saludo de despedida, y siguió andando.

—¿Quién es ése? —preguntó Kellogg.

—Un vagabundo que pillaron viajando de polizón.

—Hará el trabajo, creo.

—Lo hará.

Caminaron en silencio pasando la locomotora y continuando en la dirección de su faro delantero. Al principio, pisando de traviesa en traviesa, con la violenta luz dando sobre ellos desde atrás, aún sentían como si estuviesen en casa en el reino normal de un ferrocarril. Luego, ella se encontró observando la luz sobre las traviesas bajo sus pies, viendo cómo desaparecía poco a poco, intentando retenerla, viendo su resplandor cada vez más débil, hasta que entendió que la insinuación de resplandor en la madera ya no era más que la luz de la luna. No pudo impedir el escalofrío que la hizo volverse y mirar hacia atrás. El faro aún seguía colgado detrás de ellos, como el globo de plata líquida de un planeta, engañosamente cercano, pero perteneciente a otra órbita y a otro sistema.

Owen Kellogg caminaba silenciosamente a su lado, y ella estaba segura de que cada uno conocía los pensamientos del otro.

—¡No pudo haberlo hecho! ¡Oh, Dios, no pudo! —dijo ella de repente, sin darse cuenta de que había pasado a palabras.

—¿Quién?

—Nathaniel Taggart. No pudo haber trabajado con gente como esos pasajeros. No pudo haber operado trenes para ellos. No pudo haberlos empleado. No pudo haberlos usado en absoluto, ni como clientes ni como trabajadores.

Kellogg sonrió.

—¿Quiere decir que él no pudo haberse hecho rico explotándolos, señorita Taggart?

Ella asintió.

—Ellos... —dijo, y oyó el leve temblor de su propia voz, que era amor y dolor e indignación—, ellos llevan años diciendo que él ascendió frustrando la capacidad de otros, sin dejarles ninguna oportunidad, y que... que usó la incompetencia humana para su interés egoísta... Pero él..., no fue obediencia lo que él requería de la gente.

—Señorita Taggart —dijo Kellogg, con una extraña nota de severidad en su voz—, recuerde solamente que él representó un código de existencia que, durante un breve período en toda la historia humana, eliminó la

esclavitud del mundo civilizado. Recuérdelo cuando se sienta desconcertada por la naturaleza de sus enemigos.

—¿Ha oído hablar alguna vez de una mujer llamada Ivy Starnes?

—Oh, sí.

—Estoy pensando que eso es lo que a ella le habría gustado, el espectáculo de esos pasajeros esta noche. Eso era lo que ella quería. Pero nosotros..., nosotros no podemos vivir con eso, usted y yo, ¿verdad? Nadie puede vivir con eso. No es posible vivir con eso.

—¿Qué le hace pensar que el objetivo de Ivy Starnes es la vida?

En algún lugar al borde de su mente —como los fragmentos que vio flotando en los bordes de la llanura, que no eran ni del todo rayos ni niebla ni nubes—, ella sintió una forma que no pudo captar, medio sugerida y exigiendo ser captada.

Ella no habló, y, como los eslabones de una cadena desenrollándose a través de su silencio, el ritmo de las pisadas de ambos continuó, separado por las traviesas, acentuado por el seco y rápido ritmo de tacones sobre madera.

Ella no había tenido tiempo de fijarse en él, excepto como un providencial aliado en capacidad; ahora lo miró con una consciente atención. Su rostro tenía la expresión clara y dura que ella recordaba que le había gustado en el pasado. Pero la cara se había vuelto más calmada, como si estuviese más serena y en paz. Sus ropas estaban desgastadas. Llevaba una vieja chaqueta de cuero, e incluso en la oscuridad ella podía distinguir las marcas de arañazos cruzando el cuero.

—¿Qué ha estado haciendo desde que se fue de Taggart Transcontinental? —preguntó.

—Oh, muchas cosas.

—¿Dónde está trabajando ahora?

—En misiones especiales, más o menos.

—¿De qué tipo?

—De todo tipo.

—¿No trabaja para un ferrocarril?

—No.

La brusca brevedad del sonido pareció expandirlo en una afirmación elocuente. Ella sabía que él sabía su motivo.

—Kellogg, si yo le dijera que no tengo ni un solo empleado de primera categoría en el sistema Taggart, si le ofreciera a usted cualquier trabajo, en cualquier condición, con cualquier sueldo que usted quiera pedir, ¿volvería con nosotros?

—No.

—Usted se sorprendió con nuestra pérdida de tráfico. No creo que tenga ni idea de lo que la pérdida de hombres nos ha hecho, no puedo decirle el tipo de agonía que yo pasé hace tres días, tratando de encontrar a alguien capaz de construir ocho kilómetros de vía temporal. Tengo que construir ochenta kilómetros a través de las Montañas Rocosas. No veo forma de hacerlo. Pero se ha de hacer. He cribado el país en busca de hombres. No queda ninguno. Y luego voy y me tropiezo con usted de pronto, y lo encuentro aquí, en clase económica, cuando yo daría la mitad de mi sistema por un empleado como usted..., ¿entiende por qué no puedo dejarle ir? Elija lo que quiera. ¿Quiere ser gerente general de una región? ¿O asistente del vicepresidente de Operaciones?

—No.

—Sigue trabajando para vivir, ¿no?

—Sí.

—No parece estar ganando mucho.

—Estoy ganando lo suficiente para mis necesidades..., y para las de nadie más.

—¿Por qué está dispuesto a trabajar para cualquiera excepto para Taggart Transcontinental?

—Porque usted no me daría el tipo de trabajo que yo querría.

—¿Yo? —Ella paró en seco—. ¡Por Dios, Kellogg! ¿No ha entendido? ¡Le daría cualquier trabajo que usted nombrara!

—Muy bien. Enganchador de vías.

—*¿Qué?*

—Operario de sección. Limpiador de locomotoras. —Sonrió al ver la expresión de su cara—. ¿No? Ya ve, le dije que usted no lo haría.

—¿Quiere decir que usted aceptaría un trabajo de jornalero?

—En cuanto me lo ofrezca.

—Pero ¿nada mejor?

—Exactamente, nada mejor.

—¿No entiende que tengo demasiados hombres capaces de hacer esos trabajos, pero nada mejor?

—Lo entiendo, señorita Taggart. ¿Y *usted*?

—Lo que yo necesito es su...

—¿... mente, señorita Taggart? Mi mente ya no está en el mercado.

Ella se quedó mirándolo, con su cara endureciéndose.

—Usted es uno de ellos, ¿verdad? —dijo por fin.

—¿De quiénes?

Ella no contestó, se encogió de hombros y siguió andando.

—Señorita Taggart —preguntó él—, ¿cuánto tiempo seguirá estando dispuesta a ser *un transporte público*?

—No rendiré el mundo a la criatura que usted está citando.

—La respuesta que usted le dio *a ella* fue mucho más realista.

La concatenación de sus pasos se había extendido durante muchos y silenciosos minutos, antes de que ella preguntara:

—¿Por qué se ha puesto de mi lado esta noche? ¿Por qué ha estado tan deseoso de ayudarme?

Él contestó fácilmente, casi alegremente:

—Porque no hay ningún pasajero en ese tren que necesite llegar a su destino más urgentemente que yo. Si el tren puede ser arrancado de nuevo, nadie se beneficiará más que yo. Pero, cuando yo necesito algo, no me quedo sentado esperando transporte, como esa criatura suya.

—¿No? ¿Y qué pasaría si todos los trenes dejasen de operar?

—Entonces no contaría con hacer un viaje crucial en tren.

—¿Adónde está yendo?

—Al Oeste.

—¿En una «misión especial»?

—No. A pasar un mes de vacaciones con unos amigos.

—¿Vacaciones? ¿Y eso es tan importante para usted?

—Más importante que cualquier otra cosa en el mundo.

Habían andado tres kilómetros cuando llegaron a la pequeña cabina gris junto a un poste en la vía, que era el teléfono de emergencia. La cabina estaba colgando de lado, batida por las tormentas. Ella la abrió de un tirón. El teléfono estaba allí, un objeto familiar y reconfortante, resplandeciendo

bajo el foco de la linterna de Kellogg. Pero ella supo, desde el momento que se llevó el auricular al oído, y supo, cuando vio su propio dedo golpear bruscamente el soporte, que el teléfono estaba roto.

Le pasó el auricular a él sin decir palabra. Ella sostuvo la linterna mientras él analizaba rápidamente el aparato; luego, lo arrancó de la pared y estudió los cables.

—El cable está bien —dijo—. La corriente funciona. Es este aparato concreto el que está averiado. Hay una buena probabilidad de que el próximo esté funcionando. —Y añadió—: El próximo está a ocho kilómetros de aquí.

—Vamos —dijo ella.

Muy lejos, detrás de ellos, la luz de la locomotora todavía era visible; ya no era un planeta, sino una pequeña estrella parpadeando a través de brumas de distancia. Frente a ellos, el raíl se perdía en un espacio azulado, sin nada que marcara su fin.

Ella se dio cuenta de cuántas veces se había vuelto para mirar a aquel faro; mientras siguiese a la vista, ella había sentido como si un cabo salvavidas les estuviese manteniendo anclados con seguridad; ahora tenía que romperlo y saltar a..., y saltar de este planeta, pensó. Se dio cuenta de que Kellogg también estaba mirando hacia atrás, al faro.

Se miraron brevemente uno al otro, pero no dijeron nada. El crujido de una chinita bajo la suela de su zapato de ella estalló como un petardo en el silencio. Con un frío e intencionado gesto, él le dio una patada al aparato telefónico y lo mandó rodando a la cuneta: la violencia del ruido estremeció el vacío.

—¡Maldito sea! —dijo sin alterarse, sin alzar la voz, con un odio que estaba por encima de cualquier expresión de emoción—. Probablemente no le *apeteció* hacer su trabajo, y como *necesitaba* su paga, nadie tuvo derecho a pedirle que mantuviera los teléfonos en buen funcionamiento.

—Vamos —dijo ella.

—Podemos descansar, si es que usted se siente cansada, señorita Taggart.

—Estoy bien. No tenemos tiempo de sentirnos cansados.

—Ése es nuestro gran error, señorita Taggart. Deberíamos tomarnos ese tiempo, algún día.

Ella dejó escapar una risita, dio un paso sobre una traviesa de la vía, poniendo énfasis en el paso como respuesta, y siguieron.

Era difícil andar sobre las traviesas, pero, cuando intentaron andar al lado de la vía, se dieron cuenta de que era aún más difícil. El suelo, medio-arena y medio-polvo, se hundía bajo sus pies, como la extensión blanda y sin resistencia de algún tipo de sustancia que no era ni líquida ni sólida. Volvieron a andar de traviesa en traviesa; era casi como andar de tronco en tronco en medio de un río.

Ella pensó de pronto en la enorme distancia que ocho kilómetros suponía, y que una división ferroviaria a cuarenta y cinco kilómetros era ahora inalcanzable..., después de una era de ferrocarriles construidos por hombres que pensaban en términos de miles de kilómetros transcontinentales. Esa red de raíles y luces, extendiéndose de océano a océano, dependía del funcionamiento de un cable, de una conexión rota en el interior de un teléfono oxidado; no, pensó, de algo mucho más poderoso y mucho más delicado. Dependía de las conexiones en las mentes de los hombres que sabían que la existencia de un cable, de un tren, de un trabajo, de ellos mismos y de sus acciones era un absoluto del que no se puede escapar. Cuando tales mentes ya no estaban, un tren de dos mil toneladas quedaba a merced de los músculos de sus piernas.

¿Cansada?, pensó; incluso el esfuerzo de andar era un valor, una pequeña dosis de realidad en la inmovilidad a su alrededor. La sensación de esfuerzo era una experiencia concreta, era dolor y no podía ser otra cosa, en medio de un espacio que no era ni claro ni oscuro, un suelo que ni cedía ni resistía, una niebla que ni se movía ni se quedaba quieta. El dolor que sentían era la única evidencia de su movimiento: nada cambiaba en el vacío que los rodeaba, nada tomaba forma que marcara su progreso. Ella siempre se había preguntado, con incrédulo desdén, por las sectas que predicaban la aniquilación del universo como el ideal a conseguir. *Ése*, pensó, era su mundo y el contenido de sus mentes hecho realidad.

Cuando la luz verde de una señal apareció junto a la vía, les dio un punto que alcanzar y que superar, pero —incongruente en medio de la flotante disolución— no les proporcionó ninguna sensación de alivio. Parecía provenir de un mundo extinguido mucho tiempo atrás, como esas estrellas cuyos restos de luz permanecen después de haber desaparecido. El círculo verde brillaba en el espacio, anunciando vía libre, invitando al

movimiento donde no había nada que mover. ¿Quién era ese filósofo, pensó ella, que decía que el movimiento existe sin entidades que se muevan? Ése era *su* mundo, también.

Se dio cuenta de que le costaba cada vez más avanzar, como contra una resistencia que no era presión, sino succión. Mirando a Kellogg, vio que también él estaba andando como un hombre inclinándose contra una tormenta. Le pareció que ellos dos eran los únicos supervivientes de... la realidad, pensó..., dos figuras solitarias luchando, no en medio de una tormenta, sino de algo peor: en medio de la no existencia. Fue Kellogg quien miró hacia atrás al cabo de un rato, y ella siguió su mirada: no había faro detrás de ellos.

No se detuvieron. Mirando directamente hacia delante, él se metió distraídamente la mano en el bolsillo; ella estaba segura de que el movimiento fue involuntario; sacó un paquete de cigarrillos y se lo ofreció a ella.

Ella estaba a punto de tomar un cigarrillo, cuando, de repente, lo agarró por la muñeca y le arrancó el paquete de la mano. Era un paquete simple y blanco que llevaba, como único emblema, el signo del dólar.

—¡Deme la linterna! —ordenó, parándose.

Él paró obedientemente, y enfocó la luz de la linterna en el paquete que ella tenía en las manos. Ella vislumbró su cara: parecía algo asombrado y muy divertido.

No había nada impreso en el paquete, ni marca de fábrica, ni dirección, sólo el signo del dólar estampado en oro. Los cigarrillos llevaban el mismo signo.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó ella.

Él estaba sonriendo.

—Si sabe lo suficiente como para preguntar eso, señorita Taggart, debería saber que no voy a responderle.

—Sé que esto representa algo.

—¿El signo del dólar? Representa mucho. Está en el chaleco de cada una de las figuras obesas con cara de cerdo de todos los cómics, con el objetivo de denotar a un ladrón, a un timador, a un sinvergüenza..., como la única marca infalible de maldad. Está, como el dinero de un país libre, representando el logro, el éxito, la habilidad, el poder creativo del hombre... y, precisamente por esas razones, es usada como una marca de infamia. Está

estampado en la frente de un hombre como Hank Rearden, como una marca de maldición. Por cierto, ¿sabe de dónde viene ese signo? Representa las iniciales de los Estados Unidos.

Él apagó bruscamente la linterna, pero no hizo ningún ademán de irse; ella podía distinguir la insinuación de su amarga sonrisa.

—¿Sabe usted que Estados Unidos es el único país en la historia que ha usado su propio monograma como símbolo de depravación? Pregúntese por qué. Pregúntese cuánto tiempo un país que hiciera eso podría esperar existir, y de quién son las normas morales que lo han destruido. Fue el único país en el que la riqueza no se adquiría por saqueo, sino por producción, y no por la fuerza, sino por el comercio, el único país cuyo dinero era el símbolo del derecho del hombre a su propia mente, a su trabajo, a su vida, a su felicidad, a sí mismo. Si eso es maldad, según las normas actuales del mundo, si ésa es la razón para condenarnos, entonces nosotros..., nosotros, los buscadores y creadores de dólares, la hemos aceptado y elegimos ser condenados por ese mundo. Hemos decidido llevar el signo del dólar en nuestras frentes, orgullosamente, como nuestra insignia de nobleza, la insignia por la que estamos dispuestos a vivir y, si es preciso, a morir.

Él extendió la mano hacia el paquete. Ella lo retuvo, como si sus dedos no quisieran soltarlo, pero se dio por vencida y se lo puso en la palma de la mano. Con deliberada lentitud, como para subrayar el significado de su gesto, él le ofreció un cigarrillo. Ella lo tomó y se lo puso entre los labios. Él tomó uno para él mismo, encendió una cerilla, los encendió los dos, y continuaron andando.

Caminaron sobre troncos podridos que no resistían y se hundían en la tierra movediza, avanzaron a través de un vasto e insondable globo de luz lunar y de espirales de neblina, con dos puntos de fuego en sus manos y el halo de dos pequeños círculos de luz sobre sus rostros.

«El fuego, una fuerza peligrosa, domado en las puntas de los dedos de un hombre», recordó ella que le había dicho el viejo propietario del puesto de periódicos, quien también había dicho que esos cigarrillos no estaban hechos en ningún lugar de la Tierra. «Cuando un hombre piensa, hay un punto de fuego vivo en su mente..., y es apropiado que tenga la punta ardiente de un cigarrillo como su expresión».

—Me gustaría que me dijese quién los hace —dijo, con el tono de una súplica inútil.

Él contuvo una risa afable.

—Puedo decirle esto: los hace un amigo mío, para venderlos, pero, como *no es* un transporte público, se los vende sólo a sus amigos.

—Véndame ese paquete, ¿lo hará?

—No creo que pueda permitírselo, señorita Taggart, pero..., de acuerdo, si lo desea.

—¿Cuánto vale?

—Cinco centavos.

—¿Cinco centavos? —repitió ella, perpleja.

—Cinco centavos —dijo él, y añadió— en oro.

Ella paró, mirándole.

—¿En oro?

—Sí, señorita Taggart.

—Bueno, ¿cuál es su tipo de cambio? ¿Cuánto es en nuestro dinero normal?

—No hay ningún tipo de cambio, señorita Taggart. Ninguna cantidad de moneda física o espiritual cuyo único estándar de valor sea el decreto del señor Wesley Mouch comprará estos cigarrillos.

—Ya veo.

Él se metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete y se lo dio.

—Se los regalo, señorita Taggart —dijo—, porque usted se los ha ganado con creces repetidamente... y porque los necesita para el mismo objetivo que nosotros los necesitamos.

—¿Qué objetivo?

—Para recordarnos, en momentos de desánimo, en la soledad del exilio, cuál es nuestra verdadera patria, que ha sido también siempre la suya, señorita Taggart.

—Gracias —dijo ella, y se guardó los cigarrillos en el bolsillo; él vio que la mano le estaba temblando.

Cuando llegaron al sexto mojón de los ocho kilómetros, habían estado en silencio durante mucho tiempo, sin fuerzas para nada más que el esfuerzo de mover los pies. Muy a lo lejos distinguieron un punto de luz,

demasiado bajo en el horizonte, y demasiado nítido y claro para ser una estrella. Siguieron mirándolo mientras andaban, sin decir nada hasta estar seguros de que era un potente foco brillando en medio de una llanura vacía.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—No sé —dijo él—. Parece...

—No —interrumpió vivamente—. No puede ser. No por aquí.

No quiso oírle mencionar la esperanza que había estado sintiendo desde hacía muchos minutos. No podía permitirse pensar en ello o admitir que el pensamiento era esperanza.

Encontraron la cabina telefónica en el mojón de los ocho kilómetros. El faro colgaba como un punto violento de fuego frío, a menos de un kilómetro de distancia hacia el sur.

El teléfono funcionaba. Ella oyó el zumbido del cable, como la respiración de una criatura viva, cuando levantó el auricular. Luego una voz cansina respondió:

—Jessup, de Bradshaw. —La voz sonaba soñolienta.

—Soy Dagny Taggart, hablando desde...

—¿Quién?

—Dagny Taggart, de Taggart Transcontinental, hablando...

—Ah... Oh, sí..., ya veo... ¿Sí?

—... hablando desde su teléfono de vía número 83. El Comet está inmovilizado a once kilómetros al norte de aquí. Ha sido abandonado. La tripulación ha desertado.

Hubo una pausa.

—Ya, ¿y qué quiere usted que haga yo al respecto?

Ella tuvo que hacer una pausa a su vez, para poder creerlo.

—¿Es usted el jefe de circulación nocturno?

—Sí.

—Entonces envíenos otra tripulación inmediatamente.

—¿Una tripulación completa para un tren de pasajeros?

—Desde luego.

—¿Ahora?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Las reglas no dicen nada sobre eso.

—Póngame con su superior —dijo ella, ahogándose.

—Está fuera, de vacaciones.

—Póngame con el supervisor de división.

—Se ha ido a Laurel a pasar un par de días.

—Póngame con alguien que esté al mando.

—Yo estoy al mando.

—Escúcheme —dijo lentamente, luchando por tener paciencia—, ¿entiende usted que hay un tren..., un tren de pasajeros, abandonado en medio de la llanura?

—Sí, pero ¿cómo voy a saber yo lo que supuestamente debo hacer en ese caso? Las reglas no dicen nada sobre eso. Ahora, si ustedes tuviesen un accidente, enviaríamos el tren de rescate, pero, si no ha habido un accidente..., no necesitan el tren de rescate, ¿verdad?

—No. No necesitamos el tren de rescate. Necesitamos hombres. ¿Entiende? Hombres vivos para conducir una locomotora.

—Las reglas no dicen nada sobre un tren sin hombres. O sobre hombres sin un tren. No hay ninguna regla para avisar a una tripulación completa en mitad de la noche y enviarla a buscar un tren perdido en alguna parte. Nunca he oído nada de eso antes.

—Lo está oyendo ahora. ¿No sabe lo que tiene que hacer?

—¿Quién soy yo para saber?

—¿Sabe que su trabajo es mantener los trenes en movimiento?

—Mi trabajo es obedecer las reglas. Si mando una tripulación cuando supuestamente no debo enviarla, ¡sólo Dios sabe lo que va a pasar! Con todo lo de la Oficina de Unificación y todas las regulaciones que tenemos hoy en día, ¿quién soy yo para asumir esa responsabilidad?

—¿Y qué va a pasar si deja un tren inmovilizado en la línea?

—Eso no es culpa mía. Yo no tuve nada que ver con eso. No pueden reprocharme nada. Yo no pude evitarlo.

—Puede evitarlo ahora.

—Nadie me ha dicho que lo haga.

—¡*Yo* se lo estoy diciendo!

—¿Cómo sé yo si es usted quien debe decírmelo o no? Nosotros supuestamente no debemos proveer ninguna tripulación a Taggart. La idea es que ustedes funcionen con sus propias tripulaciones. Eso es lo que nos dijeron.

—Pero ¡esto es una emergencia!

—Nadie me dijo nada sobre una emergencia.

Tuvo que tomar unos segundos para controlarse. Vio a Kellogg observándola con una amarga sonrisa entretenida.

—Escuche —le habló al teléfono—, ¿sabe usted que el Comet tenía que haber llegado a Bradshaw hace más de tres horas?

—Oh, claro. Pero nadie va a armar ningún jaleo por eso. Ningún tren llega nunca a su hora hoy en día.

—Entonces ¿está pensando en dejarnos bloqueando su vía para siempre?

—No tenemos nada llegando hasta el número 4, el de pasajeros que sale de Laurel en dirección norte, a las ocho y treinta y siete de la mañana. Puede esperar hasta entonces. El jefe de circulación diurno estará al mando a esa hora. Puede hablar con él.

—¡Maldito idiota! ¡Éste es *el Comet*!

—¿Y a mí qué? Esto no es Taggart Transcontinental. Ustedes esperan demasiado por su dinero. No han sido más que un dolor de cabeza para nosotros, con todo el trabajo adicional, y sin ninguna paga extra para los pequeños empleados. —Su voz estaba convirtiéndose en quejumbrosa insolencia—. Usted no puede hablarme de esa forma. Ya ha pasado la época en la que ustedes podían hablarle a la gente de esa forma.

Ella nunca había creído que hubiera hombres con quienes un cierto método, que ella nunca había usado, funcionase; tales hombres no eran contratados por Taggart Transcontinental, y ella nunca se había visto obligada a tratar con ellos antes.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó, con el frío e imperioso tono de una amenaza personal.

Funcionó.

—Yo..., supongo que sí —respondió él.

—Entonces voy a decirte que si no me mandas una tripulación inmediatamente, no tendrás trabajo una hora después de que yo llegue a Bradshaw, adonde llegaré tarde o temprano. Y más te vale que sea temprano.

—Sí, señora —dijo.

—Llama a una tripulación completa para un tren de pasajeros y ordénales que nos lleven a Laurel, donde tenemos a nuestros propios hombres.

—Sí, señora. —Añadió—: ¿Le dirá usted a la oficina central que fue usted quien me dijo que lo hiciese?

—Lo haré.

—¿Y que es usted quien es responsable por ello?

—Lo soy.

Hubo una pausa, y luego él preguntó desesperadamente:

—Pero ¿cómo voy a llamar a los hombres? La mayoría de ellos no tienen teléfono.

—¿Tienes un mensajero?

—Sí, pero no llegará aquí hasta la mañana.

—¿Hay alguien en los patios ahora mismo?

—Está el que limpia, en el almacén.

—Mándalo a *él* a llamar a los hombres.

—Sí, señora. Manténgase en línea.

Ella se apoyó contra la pared de la cabina telefónica, esperando. Kellogg estaba sonriendo.

—Y usted propone operar un ferrocarril..., un ferrocarril transcontinental..., ¿con *eso*? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

No podía apartar sus ojos del faro. Parecía tan cercano, tan fácilmente a su alcance. Sintió como si el inconfesable pensamiento estuviese debatiéndose furiosamente contra ella, esparciendo fragmentos de la lucha por toda su mente: un hombre capaz de dominar una enorme fuente de energía inexplotada, un hombre trabajando en un motor para hacer inútiles todos los demás motores..., podría estar hablando con él, con un cerebro como el suyo, en unas pocas horas..., en sólo unas pocas horas... ¿Y si no hubiese necesidad de ir corriendo hacia él? Era lo que ella quería hacer. Era lo único que quería. ¿El trabajo de ella? ¿Cuál era su trabajo: llegar al más completo y al más preciso uso de su mente, o pasar el resto de su vida pensando por un hombre no cualificado ni para ser jefe de circulación nocturno? ¿Por qué había decidido ella trabajar? ¿Fue para poder permanecer donde había empezado..., como gerente nocturno de la estación de Rockdale...? No, más bajo que eso..., ella había sido mejor que ese jefe de circulación incluso en Rockdale... ¿Iba a ser ésa la suma final: un final

más bajo aún que su comienzo...? ¿No había razón para apresurarse? Ella era la razón... Ellos necesitaban los trenes, pero ¿no necesitaban el motor? Ella necesitaba el motor... ¿Su deber? ¿Para con quién?

El jefe de circulación tardó bastante tiempo en regresar; cuando volvió, su voz sonaba sumisa.

—Bueno, el ordenanza dice que sí puede reunir a los hombres, pero que no sirve de nada, porque ¿cómo voy a enviárselos a usted? No tenemos locomotora.

—¿Ninguna locomotora?

—No. El supervisor se llevó una para ir a Laurel, y la otra está en el taller, lleva allí varias semanas, y la locomotora de maniobras se salió de la vía esta mañana, estarán trabajando en ella hasta mañana por la tarde.

—¿Y qué pasa con la locomotora de emergencia que estabas ofreciendo mandarnos?

—Oh, está por el norte. Tuvieron un accidente allí ayer. No ha vuelto aún.

—¿Tienes un coche de diésel?

—Nunca hemos tenido nada de eso. No por aquí.

—¿Tienes una vagoneta de vía con motor?

—Sí. Eso sí lo tenemos.

—Mándalos para acá en la vagoneta con motor.

—Oh... Sí, señora.

—Dile a tus hombres que paren aquí, en el teléfono de vía número 83, para recogernos al señor Kellogg y a mí —dijo; ella estaba mirando el foco.

—Sí, señora.

—Llama al jefe de trenes de Taggart en Laurel, infórmale del retraso del Comet, y explícale lo que ha pasado. —Se metió la mano en el bolsillo y, de pronto, apretó los dedos: notó el paquete de cigarrillos—. Dime —preguntó—, ¿qué es ese foco, a un kilómetro de aquí?

—¿De donde usted está? Oh, ése debe ser el campo de aterrizaje de emergencia de Flagship Airlines.

—Ya... Muy bien, eso es todo. Que tus hombres se pongan en marcha enseguida. Diles que recojan al señor Kellogg junto al teléfono de vía número 83.

—Sí, señora.

Colgó. Kellogg estaba sonriendo.

—Un aeródromo, ¿no? —preguntó.

—Sí. —Se quedó mirando el foco, su mano aún sujetando los cigarrillos en su bolsillo.

—Así que van a recoger al *señor Kellogg*, ¿eh?

Ella se volvió rápidamente hacia él, dándose cuenta de la decisión que su mente había tomado sin ella ser consciente de ello.

—No —dijo—, no, no quise abandonarle a usted aquí. Es sólo que yo, también, tengo un asunto crucial en el Oeste, hacia donde debería darme prisa, así que estaba pensando en intentar tomar un avión, pero no puedo hacerlo, y no es necesario.

—Vamos —dijo él, empezando a andar en dirección al aeródromo.

—Pero yo...

—Si hay algo que usted quiera hacer más urgentemente que cuidarse de esos imbéciles..., adelante, hágalo.

—Más urgentemente que cualquier otra cosa en el mundo —susurró.

—Yo me ocuparé de seguir al mando en su lugar y de entregarle el Comet a su hombre en Laurel.

—Gracias..., pero, si está esperando que... No estoy desertando, eso lo sabe.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué está tan dispuesto a ayudarme?

—Sólo quiero que vea lo que es hacer algo que *usted* quiere, por una vez.

—No hay muchas probabilidades de que tengan un avión en esa pista.

—Hay una buena probabilidad de que lo tengan.

Había dos aviones al borde del aeródromo: uno, los restos medio quemados de un accidente, que no valía la pena salvar ni para chatarra; el otro, un monoplano Dwight Sanders, completamente nuevo, el tipo de aparato por el que la gente estaba solicitando en vano por todo el país.

Había sólo un encargado medio dormido en el aeródromo, joven, gordito, y, excepto por un cierto olor a universidad en su vocabulario, un gemelo cerebral del jefe de circulación de Bradshaw. Él no sabía nada de los dos aviones: habían estado allí desde que empezó ese trabajo un año atrás. Nunca había preguntado acerca de ellos, y nadie más lo había hecho. En el silencioso derrumbe que hubiese tenido lugar en la distante sede matriz, en la lenta disolución de una gran compañía aérea, el monoplano

Sanders había sido olvidado, igual que otros muchos activos de esa naturaleza estaban siendo olvidados por todas partes..., igual que el modelo del motor había sido olvidado en un montón de chatarra, abandonado a plena vista, sin significar nada para los herederos y los usurpadores...

No había reglas que le dijeran al joven encargado si se esperaba que siguiera con el avión Sanders o no. La decisión fue tomada, en vez de por él, por los modales bruscos y enérgicos de los dos extraños, por las credenciales de la señorita Dagny Taggart, vicepresidente de un ferrocarril, por breves insinuaciones sobre una misión secreta de emergencia, que a él le sonó a Washington, por la mención de un acuerdo con los principales ejecutivos de la línea aérea en Nueva York, cuyos nombres él nunca había oído antes, por un cheque de quince mil dólares extendido por la señorita Taggart como depósito por la devolución del avión Sanders, y por otro cheque, de doscientos dólares, por su propia cortesía personal.

Él abasteció de combustible al avión, lo revisó lo mejor que pudo, encontró un mapa de los aeropuertos del país..., y vio que una pista en las afueras de Afton, Utah, estaba marcada como aún operativa. Ella había estado actuando de forma demasiado activa, tensa y rápida, para sentir cualquier cosa, pero en el último momento, cuando el encargado encendió las luces de la pista, cuando ella se disponía a subir a bordo, se detuvo un momento para mirar el vacío del cielo, y luego a Owen Kellogg. Él estaba de pie, solo en la blanca luminosidad, sus pies firmemente plantados y separados, en una isla de cemento en un círculo de luces cegadoras, sin nada detrás del círculo más que una noche irredimible, y ella se preguntó cuál de ellos estaba corriendo un mayor riesgo y enfrentándose a una soledad más absoluta.

—En caso de que me pase algo —dijo—, ¿puede decirle a Eddie Willers, en mi oficina, que le dé a Jeff Allen un trabajo, como prometí?

—Lo haré... ¿Es todo lo que quiere que se haga... en caso de que pase algo?

Ella lo pensó y sonrió con tristeza, asombrada al darse cuenta de ello.

—Sí, supongo que eso es todo... Excepto... Dígale a Hank Rearden lo que pasó, y que yo le pedí a usted que se lo dijera.

—Lo haré.

Ella levantó la cabeza y dijo con firmeza:

—No espero que pase nada, sin embargo. Cuando usted llegue a Laurel, llame a Winston, Colorado, y dígales que estaré allí mañana hacia el mediodía.

—Sí, señorita Taggart.

Ella quería darle la mano para despedirse, pero eso parecía inadecuado, y entonces se acordó de lo que él había dicho sobre momentos de soledad. Sacó el paquete, y, sin decir nada, le ofreció a él uno de sus propios cigarrillos. La sonrisa de él fue una total afirmación de comprensión, y la pequeña llama de su cerilla encendiendo los dos cigarrillos fue su más duradero apretón de manos.

Luego, ella subió a bordo, y el siguiente lapso de su consciencia no fueron momentos y movimientos separados, sino la oleada de un único movimiento y de una única unidad de tiempo, una progresión que formaba una entidad, como las notas de una pieza musical: desde el toque de su mano en la llave de contacto... a la explosión del sonido del motor que rompió, como una avalancha, cualquier contacto con el tiempo detrás de ella... a la caída circular de una hélice desvaneciéndose en el frágil destello del torbellino de aire cortando el espacio delante de ella... al inicio de la pista de despegue... a la breve pausa... luego a la aceleración hacia delante... al largo y peligroso recorrido, el recorrido que no ha de ser obstruido, el recorrido en línea recta que gana potencia usándola en un esfuerzo más y más pesado y siempre acelerando, la línea recta hacia un objetivo... al momento, inadvertido, cuando la tierra se queda abajo y la línea, intacta, penetra el espacio en el simple y natural acto de elevarse.

Ella vio los postes telegráficos a los lados de la pista deslizándose bajo las puntas de los dedos de sus pies. La Tierra estaba cayendo hacia abajo, y ella sintió como si ese peso estuviese cayendo de sus tobillos, como si el globo llegase a reducirse al tamaño de una bola, una bola de presidiario que ella había arrastrado y perdido. Su cuerpo se mecía, embriagado por el sobresalto de un descubrimiento, y su nave se balanceaba con su cuerpo, y era la Tierra abajo la que se tambaleaba con el balanceo de su nave..., el descubrimiento que su vida estaba ahora en sus propias manos, que no había necesidad de discutir, de explicar, de enseñar, de suplicar, de luchar..., sino sólo de ver y pensar y actuar. Luego, la Tierra se reafirmó en una ancha capa que se hacía cada vez más ancha conforme ella hacía círculos,

ascendiendo. Cuando miró abajo por última vez, las luces de la pista se habían extinguido, sólo quedaba el faro, que parecía la punta del cigarrillo de Kellogg, brillando como un último saludo en la oscuridad.

Luego sólo le quedaron las luces de su panel de instrumentos y el despliegue de las estrellas más allá del cristal. No había nada que la sustentara, más que el latir del motor y las mentes de los hombres que habían hecho el avión. Pero ¿qué otra cosa sustenta a uno en cualquier lugar...?, pensó.

La línea de su rumbo iba hacia el Noroeste, a trazar una diagonal a través del Estado de Colorado. Ella sabía que había escogido el trayecto más peligroso, sobre un trecho demasiado largo de la peor barrera de montañas, pero era la línea más corta, y la seguridad estaba en la altitud, y ninguna montaña parecía peligrosa comparada con el jefe de circulación de Bradshaw.

Las estrellas eran como espuma, y el cielo parecía lleno de movimiento fluido, el movimiento de burbujas deshaciéndose y formándose, el flotar de ondas circulares sin progresión. Un destello de luz brillaba en la tierra de vez en cuando, y parecía más brillante que todo el azul estático de arriba. Pero estaba colgado solo, entre el negro de cenizas y el azul de una bóveda, parecía luchar por mantener su frágil asidero, la saludaba a ella y desaparecía.

La pálida franja de un río fue surgiendo lentamente del vacío, y durante un largo período de tiempo permaneció a la vista, deslizándose imperceptiblemente para encontrarse con ella. Parecía una vena fosforescente visible a través de la piel de la tierra, una delicada vena sin sangre.

Cuando vio las luces de un pueblo, como un puñado de monedas de oro arrojadas a la llanura, esas brillantes y violentas luces alimentadas por una corriente eléctrica se le antojaron tan distantes como las estrellas y, ahora, tan inalcanzables. La energía que las había iluminado había desaparecido, la potencia que había creado las centrales eléctricas en llanuras desiertas se había esfumado, y Dagny no conocía ninguna forma de recuperarlas. Y, sin embargo, ésas habían sido sus estrellas, pensó, mirando hacia abajo, ésos habían sido su objetivo, su faro, la aspiración que la había impulsado a su camino ascendente. Lo que otros pretendían sentir al mirar las estrellas —estrellas a la prudente distancia de millones de años luz, y,

por lo tanto, sin imponer ninguna obligación de actuar, sino sirviendo de excusa a la futilidad— lo había sentido ella al mirar las bombillas eléctricas iluminando las calles de un pueblo. Era esa tierra allá abajo la que había sido la altura que ella quería alcanzar, y se preguntó cómo había llegado a perderla, quién la había convertido en una bola de presidiario siendo arrastrada por el fango, quién había convertido su promesa de grandeza en una visión que no sería jamás alcanzada. Pero el pueblo había quedado atrás, y ella tenía que mirar hacia delante, a las montañas de Colorado levantándose en su camino.

La pequeña esfera de cristal en su panel indicaba que ahora ella estaba ascendiendo. El sonido del motor golpeando a través de la concha de metal a su alrededor, temblando en el volante contra las palmas de sus manos, como el latir de un corazón forzado a hacer un solemne esfuerzo..., todo eso le transmitió a ella la potencia que la llevaba por encima de las cumbres. La tierra era ahora una arrugada escultura que oscilaba de lado a lado, la forma de una explosión que seguía lanzando borbotones para alcanzar el avión. Los vio como negros cortes dentados rasgando la láctea cortina de estrellas, directamente en su ruta y abriéndose cada vez más. Al ser su mente una con su cuerpo, y al ser su cuerpo uno con el avión, ella luchó contra la invisible succión que la atraía hacia abajo, luchó contra las repentinas ráfagas que inclinaban la tierra como queriendo hacerla rodar hacia el cielo, llevándose la mitad de las montañas rodando con ella. Era como luchar contra un océano congelado, donde el toque de una sola salpicadura sería fatal.

Había tramos de descanso cuando las montañas se encogían, sobre valles llenos de niebla. Luego, la niebla subía más para engullir la tierra y la dejaba a ella suspendida en el espacio, inmóvil excepto por el sonido del motor.

Pero no necesitaba ver la tierra. El panel de instrumentos era ahora su poder de visión, era la visión condensada de las mejores mentes capaces de guiarla en su camino. La visión condensada de ellos, pensó, que se la ofrecían a ella y que requería sólo que ella fuese capaz de leerla. ¿Cómo habían sido pagados por eso ellos, los donantes de vista? De leche condensada a música condensada a la visión condensada de los instrumentos de precisión, ¿qué riqueza no le habían dado al mundo, y qué es lo que ellos habían recibido a cambio? ¿Dónde estaban ellos ahora? ¿Dónde estaba Dwight Sanders? ¿Dónde estaba el inventor de su motor?

La niebla se estaba levantando y, en un repentino claro, ella vio un punto de fuego sobre una extensión de roca. No era una luz eléctrica, era una solitaria llama en la oscuridad de la tierra. Ella sabía dónde estaba, y conocía esa llama: era la Antorcha de Wyatt.

Se estaba aproximando a su objetivo. En algún lugar detrás de ella, en el Nordeste, estaban las cimas perforadas por el Túnel Taggart. Las montañas estaban descendiendo en un prolongado declive hacia el suelo más firme de Utah. Ella dejó que su avión se deslizara más cerca de la tierra.

Las estrellas se estaban extinguiendo, el cielo se estaba oscureciendo, pero, en los bancos de nubes hacia el Este, finas grietas estaban empezando a aparecer, primero como hilos, luego como tenues puntos reflejados, luego como bandas rectas que no llegaban a ser de color rosa pero ya no eran azules, el color de una luz futura, los primeros atisbos del inminente amanecer. Aparecían y desaparecían, volviéndose lentamente más pálidas, dejando el cielo más oscuro, y luego rompiéndolo en bandas más anchas, como una promesa intentando hacerse realidad. Oyó una melodía resonando en su mente, una que rara vez le gustaba recordar: no era el Quinto Concierto de Halley, sino el Cuarto, el grito de una lucha torturada, con los acordes de su tema irrumpiendo, como una distante visión a ser alcanzada.

Vio el aeropuerto de Afton desde una distancia de varios kilómetros, primero como un cuadrado de chispas, luego como un estallido de rayos blancos de luz. Estaba iluminado para un avión listo para despegar, y ella tuvo que esperar para poder aterrizar. Describiendo círculos en la oscuridad sobre la pista, vio el cuerpo plateado de un avión elevándose como un fénix surgiendo del fuego blanco y, en línea recta, casi dejando por un instante una estela de luz en el espacio tras él, dirigiéndose hacia el Este.

Entonces, ella descendió en su lugar, lanzándose en el embudo luminoso de rayos. Vio una pista de cemento volando hacia su cara, y sintió la sacudida de las ruedas parándola a tiempo; luego, vio la línea de su movimiento desacelerando, y el avión siendo domado hasta transmitir la seguridad de un coche, mientras rodaba suavemente saliendo de la pista.

Era un pequeño aeródromo privado, al servicio del escaso tráfico de unas pocas empresas industriales que aún quedaban en Afton. Vio a un solitario empleado corriendo a su encuentro. Saltó a tierra en cuanto el

avión se detuvo, las horas de vuelo borradas de su mente por la impaciencia de lograr su objetivo con unos pocos minutos más.

—¿Puedo conseguir un coche en algún lugar para ir al Instituto Tecnológico enseguida? —preguntó al empleado.

El hombre la miró, perplejo.

—Bueno, sí, supongo que sí, señora. Pero... ¿para qué? No hay nadie allí.

—El señor Quentin Daniels está allí.

El empleado sacudió la cabeza lentamente, y después señaló con el pulgar, apuntando al este, a las luces cada vez más pequeñas del avión.

—Allí va el señor Daniels ahora.

—*¿Qué?*

—Acaba de irse.

—¿De irse? ¿Por qué?

—Se ha ido con el hombre que vino volando a por él hace unas dos o tres horas.

—¿Qué hombre?

—No sé, nunca lo vi antes, pero ¡vaya...! ¡tiene un avión que es una maravilla!

Ella estaba de nuevo en los controles, estaba acelerando por la pista, estaba ascendiendo en el aire, su avión era como una bala apuntada a dos puntos de luz, uno rojo y otro verde, que parpadeaban alejándose en el cielo del Este, mientras ella seguía repitiéndose: «¡Oh, no, no lo harán! ¡No lo harán! ¡No lo harán! ¡No lo harán!».

De una vez por todas, pensó, agarrando los controles como si fuesen el enemigo que no debía soltar, sus palabras como explosiones separadas y al mismo tiempo conectadas en su mente por una estela de fuego..., de una vez por todas..., enfrentarse al destructor cara a cara..., saber quién es y adónde va para desaparecer... No el motor..., no se va a llevar el motor a la oscuridad de su monstruosamente cerrado escondrijo... No ha de escapar esta vez...

Una franja de luz se estaba alzando en el Este, y parecía provenir de la tierra, como un aliento largamente retenido y luego soltado. En el azul profundo encima de ella, el avión del desconocido era una única chispa cambiando de color y emitiendo reflejos de lado a lado, como el extremo de un péndulo oscilando en la oscuridad, marcando el tiempo.

La curva de la distancia hizo la chispa caer más próxima a la tierra, y Dagny puso la máxima potencia para no perder de vista la chispa, para no dejar que tocara el horizonte y desapareciera. La luz estaba fluyendo hacia el cielo, como extraída de la tierra por el avión del desconocido. El avión había puesto rumbo al sureste, y ella lo estaba siguiendo hacia el inminente amanecer.

Del transparente verde del hielo, el cielo se derritió convirtiéndose en oro pálido, y el oro se expandió a un lago bajo una frágil película de cristal rosa, el color de esa olvidada mañana que fue la primera que ella había visto sobre la tierra. Las nubes se estaban deshaciendo en largas hilachas de azul brumoso. Ella mantuvo sus ojos en el avión del desconocido, como si su mirada fuese un cable de remolque tirando de su propio avión. El avión del desconocido era ahora una pequeña cruz negra, como una marca menguante en el brillante cielo.

Entonces observó que las nubes no estaban descendiendo, sino que estaban allí congeladas al borde de la tierra..., y se dio cuenta de que el avión se dirigía a las montañas de Colorado, que la lucha contra la invisible tempestad la tenía por delante una vez más. Lo notó todo sin emoción; no se preguntó si su nave o su cuerpo tenían el poder de intentarlo de nuevo. Mientras ella fuese capaz de moverse, se movería para seguir a ese punto que estaba huyendo de ella con lo último de su mundo. No sintió nada, aparte del vacío dejado por un fuego que había sido odio, cólera, y el desesperado impulso de luchar a muerte; todo eso se había fundido en un único y frío ramalazo, la determinación exclusiva de seguir al desconocido, quienquiera que fuese, adondequiera que la llevara, seguirlo y..., no añadió nada más en su mente, pero, sin decirlo, lo que yacía en el fondo de ese vacío era: y dar su vida, si pudiera quitársela a él primero.

Como un instrumento puesto en piloto automático, su cuerpo estaba realizando los movimientos de pilotar el avión, con las montañas retrocediendo en una neblina azulada y los picos de sierra elevándose en su camino como formaciones de humo de un azul más mortal. Notó que la distancia al avión del desconocido se había reducido: él había controlado su velocidad para la peligrosa travesía, mientras que ella había continuado, inconsciente del peligro, con sólo los músculos de sus brazos y de sus piernas luchando por mantener el avión en el aire. Un breve y tenso

movimiento de sus labios fue lo más cerca que pudo llegar a una sonrisa: era él quien estaba volando el avión por ella, pensó; era él quien le había dado a ella el poder de seguirlo con la infalible habilidad de un sonámbulo.

Como si estuviese respondiendo al control de él, la aguja del altímetro estaba subiendo lentamente. Ella estaba ascendiendo, y siguió ascendiendo, y se preguntó cuándo su respiración y su hélice irían a fallar. Él estaba yendo hacia el sudeste, hacia las montañas más altas que obstruían el camino del sol.

Fue el avión del desconocido el que fue impactado por el primer rayo de sol. Brilló durante un instante, como un estallido de fuego blanco, esparciendo rayos disparados desde sus alas. Las cumbres de las montañas vinieron después: ella vio la luz del sol llegar a la nieve en los resquicios, y luego desparramarse por las faldas de granito; la luz cortó violentas sombras en los salientes y convirtió las montañas en la finalidad viviente de una forma.

Estaban sobrevolando la parte más agreste de Colorado, inhabitada e inhabitable, inaccesible a hombres a pie o en avión. No había aterrizaje posible en un radio de cien kilómetros; ojeó el indicador de combustible: le quedaba media hora. El desconocido estaba dirigiéndose en línea recta hacia otra cordillera aún más alta. Ella se preguntó por qué él había decidido usar una ruta que ninguna línea aérea jamás elegiría o recorrería. Deseó que esa cordillera estuviera detrás de ella; era el último esfuerzo que ella podía esperar hacer.

El avión del desconocido estaba de repente reduciendo su velocidad. Estaba perdiendo altitud precisamente cuando ella había esperado que ascendiera. La barrera de granito se elevaba en su camino, moviéndose para encontrarle, intentando coger sus alas, pero la larga y suave línea de su movimiento era de descenso. Dagny no pudo notar ninguna interrupción, ninguna sacudida, ninguna señal de avería mecánica; parecía el movimiento comedido de una intención controlada. Con un repentino flash de luz del sol en sus alas, el avión describió una larga curva, los rayos goteando de su fuselaje como si fuesen agua..., y entonces entró en los anchos y fluidos círculos de una espiral, como dando vueltas para aterrizar donde ningún aterrizaje era concebible.

Miró, sin intentar explicarlo, sin creer lo que veía, esperando el empujón hacia arriba que lo pusiera de vuelta en su rumbo. Pero los suaves círculos de planeo siguieron en descenso, hacia un suelo que ella no podía ver y en el que no se atrevía a pensar. Como restos de quijadas rotas, filas de dientes de granito se interponían entre su avión y el del desconocido; ella no podía decir qué había al fondo de su movimiento en espiral. Sabía sólo que no parecía, pero que ciertamente era, el movimiento de un suicidio.

Ella vio la luz del sol resplandecer en las alas del avión por un instante. Luego, como si fuera el cuerpo de un hombre saltando de cabeza con los brazos extendidos, abandonándose serenamente al impulso de la caída, el avión cayó y desapareció tras las crestas de rocas.

Ella siguió volando, casi esperando que reapareciese, incapaz de creer que había sido testigo de una horrible catástrofe ocurriendo de forma tan simple y tan callada. Voló hacia donde el avión había caído. Parecía ser un valle entre un círculo de muros de granito.

Llegó al valle y miró hacia abajo. No había ningún lugar posible donde aterrizar. No había señal de ningún avión.

El fondo del valle parecía una franja de la corteza terrestre destrozada en los días en que la Tierra se estaba enfriando, quedando irreparable desde entonces. Era una extensión de rocas apiladas unas contra otras, con peñascos colgando en precarias formaciones, con largos y oscuros barrancos y unos cuantos pinos retorcidos creciendo medio horizontalmente hacia el aire. No había ningún trozo de suelo llano del tamaño de un pañuelo. No había ningún sitio para que un avión se escondiese. No había restos de un accidente de avión.

Inclinó las alas bruscamente, describiendo un círculo sobre el valle, bajando un poco. Por algún efecto luminoso que ella no podía explicar, el suelo del valle parecía más claramente visible que el resto de la tierra. Ella podía distinguirlo lo suficientemente bien como para saber que el avión no estaba allí; y, sin embargo, eso no era posible.

Fue girando, bajando aún más. Miró a su alrededor y, durante un aterrador momento, pensó que era una tranquila mañana de verano, que ella estaba sola, perdida en una región de las Montañas Rocosas en la que ningún avión se había aventurado jamás, y, con su reserva de combustible consumiéndose, estaba buscando un avión que nunca había existido, en busca de un destructor que se había esfumado como siempre se esfumaba;

quizá era sólo la visión de ese destructor la que la había llevado a ella hasta ahí para ser destruida. En el momento siguiente, sacudió la cabeza, apretó la boca con más fuerza, y descendió más aún.

Pensó que no podía abandonar una riqueza tan incalculable como el cerebro de Quentin Daniels en una de esas rocas allá abajo, si es que él aún seguía vivo y ella aún podía ayudarlo. Ella había entrado en el círculo de las paredes del valle. Era una peligrosa misión volar allí, el espacio era demasiado estrecho; pero ella siguió describiendo círculos y cayendo cada vez más, con su vida dependiendo de su vista, y su vista centelleando entre dos tareas: buscar el suelo del valle y vigilar los muros de granito que parecían querer arrancarle las alas.

Ella conocía el peligro sólo como parte del trabajo. Ya no tenía ningún significado personal. La salvaje sensación que sintió fue casi de placer. Era la última rabia de una batalla perdida. ¡No!, estaba gritando en su mente, gritándole al destructor, al mundo que ella había dejado, a los años que quedaban atrás, a la larga progresión de derrota... ¡No...! ¡No...! ¡No...!

Sus ojos se posaron un instante sobre el panel de instrumentos, y luego se quedó en calma excepto por el sonido de una exclamación ahogada. Su altímetro había marcado 3.500 metros la última vez que recordaba verlo. Ahora marcaba 3.000. Pero el suelo del valle no había cambiado. No se había acercado nada. Seguía tan distante como la primera vez que ella miró hacia abajo.

Sabía que el número 2.400 representaba la altitud del suelo en esa parte de Colorado. Ella no se había dado cuenta de lo largo que había sido su descenso. No se había dado cuenta de que el suelo, que había parecido demasiado claro y demasiado próximo a una altitud mayor, estaba ahora demasiado borroso y demasiado lejano. Ella estaba mirando a las mismas rocas desde la misma perspectiva, no se habían agrandado, sus sombras no se habían movido, y la extraña luz anormal seguía suspendida sobre el fondo del valle.

Pensó que su altímetro estaría averiado, y continuó haciendo círculos hacia abajo. Vio la aguja del panel descender, vio las paredes de granito ascender, vio el círculo de montañas hacerse cada vez mayor, sus cimas juntarse cada vez más en el cielo..., pero el suelo del valle seguía inalterado, como si ella estuviese cayendo en un pozo cuyo fondo jamás pudiera alcanzarse. La aguja se movió de 2.900 a 2.800..., a 2.700..., a 2.600.

El fogonazo de luz que la golpeó no tenía fuente. Fue como si el aire dentro y fuera del avión se hubiese convertido en una explosión de fuego frío y cegador, una explosión repentina y silenciosa. El choque la lanzó hacia atrás, haciéndole soltar los mandos y cubrirse los ojos con las manos. En el espacio de un instante, cuando retomó el control, la luz había desaparecido, pero su avión había entrado en barrena, sus oídos estaban estallando con el silencio, y su hélice estaba rígida delante de ella: su motor se había parado.

Intentó tirar del control para elevarse, pero la nave estaba cayendo..., y lo que vio acercándose a su encuentro no fue un montón de peñascos abruptos, sino la hierba verde de un campo, donde no había habido ningún campo antes.

No había tiempo para ver el resto. No había tiempo para pensar en explicaciones. No había tiempo para intentar salir de la barrena. La tierra era un techo verde cayendo encima de ella, a unos cuantos cientos de metros de distancia que se acortaban rápidamente.

Zarandeada de un lado a otro, como un péndulo azotado, agarrándose a los controles, medio sentada, medio de rodillas, luchó para colocar la nave en planeo, para intentar aterrizar sin tren de aterrizaje, mientras la tierra verde giraba a su alrededor, pasándole por encima, luego por debajo, con sus espirales acercándose cada vez más. Con sus brazos tirando de los controles, sin posibilidad de saber si lo conseguiría, con su espacio y su tiempo acabándose..., ella sintió, en un flash de total y violenta pureza, ese especial sentido de la existencia que siempre había sido suyo. En un momento de consagración a su amor —a su rebelde negativa al desastre, a su amor por la vida y por el incomparable valor que era ella misma—, sintió la certeza fieramente orgullosa de que sobreviviría.

Y en respuesta a la tierra que volaba a su encuentro, oyó en su mente, como su burla al destino, como su grito de desafío, las palabras de la frase que odiaba, las palabras de derrota, de desesperación y de súplica de auxilio: «¡Qué demonios! ¿Quién es John Galt?».

Tercera parte

# A es A

## Capítulo I

# Atlántida

Cuando abrió los ojos, ella vio la luz del sol, hojas verdes y el rostro de un hombre. Pensó: «Sé lo que es esto». Era el mundo tal como ella había esperado verlo a los dieciséis años de edad, y ahora lo había alcanzado; y parecía tan simple, tan obvio, que lo que sintió fue como una bendición pronunciada sobre el universo por medio de tres palabras: «Pero, por supuesto».

Estaba mirando hacia arriba al rostro de un hombre arrodillado a su lado, y supo que, en todos los años que había dejado atrás, *eso* era lo que ella habría dado su vida por ver: un rostro que no mostraba ninguna señal de dolor ni de miedo ni de culpa. La forma de su boca expresaba orgullo, y más: era como si se enorgulleciera de ser orgulloso. Los planos angulosos de sus mejillas la hacían pensar en arrogancia, en tensión, en desprecio; pero el rostro no tenía ninguna de esas cualidades, tenía su suma final: una expresión de serena determinación y de certeza, y la expresión de una inocencia despiadada que ni buscaría perdón ni lo otorgaría. Era un rostro que no tenía nada que ocultar ni nada de lo que escapar, un rostro que no tenía miedo de ser visto ni de ver, así que lo primero que ella captó de él fue la intensa percepción de sus ojos: parecía como si su capacidad de visión fuese su herramienta más preciada y ejercitarla fuese una aventura alegre y sin límites, como si sus ojos le diesen un valor superlativo a él mismo y al mundo; a él mismo por su capacidad de ver, al mundo por ser un lugar tan ansiosamente digno de ser visto... Por un momento le pareció estar en presencia de un ser que era consciencia pura, aunque ella nunca había sido tan consciente del cuerpo de un hombre. La fina tela de su camisa parecía acentuar, en vez de ocultar, la estructura de su figura; su piel estaba bronceada, su cuerpo tenía la dureza, la severidad, la fuerza de tensión, la limpia precisión de una pieza de fundición, parecía como si él hubiese sido hecho con un vertido de metal, pero de algún metal suave y lustroso, como

una aleación de aluminio y cobre, el color de su piel mezclándose con el marrón castaño de su pelo, los mechones sueltos de cabello pasando de marrón a dorado en el sol, y sus ojos completando los colores, como la única parte de la pieza que quedaba sin suavizar y sin lustrar: sus ojos eran del profundo verde oscuro de una luz centelleando sobre metal. Él la estaba mirando con el leve rastro de una sonrisa, y no era una mirada de descubrimiento, sino de contemplación familiar, como si él también estuviera viendo lo muy esperado y lo nunca dudado.

Ése era su mundo, pensó ella, así era como los hombres deberían ser y deberían enfrentar su existencia; y todo lo demás, todos los años de fealdad y de lucha eran sólo un chiste de mal gusto de alguien. Ella le sonrió, como a un conspirador, en alivio, en liberación, en radiante burla de todas las cosas que nunca más tendría que considerar importantes. Él sonrió en respuesta, con la misma sonrisa que la suya, como si sintiera lo que ella sentía y supiera lo que ella quería decir.

—Nunca tuvimos que tomarnos nada de eso en serio, ¿verdad? —susurró ella.

—No, nunca tuvimos que hacerlo.

Y luego, recuperando totalmente su consciencia, se dio cuenta de que ese hombre era un total desconocido.

Trató de apartarse de él, pero fue sólo un ligero movimiento de su cabeza sobre la hierba que sentía bajo su pelo. Trató de levantarse. Una punzada de dolor en su espalda la obligó a recostarse de nuevo.

—No se mueva, señorita Taggart. Está herida.

—¿Me conoce? —Su voz era impersonal y dura.

—La conozco desde hace muchos años.

—¿Y yo a usted?

—Sí, creo que sí.

—¿Cuál es su nombre?

—John Galt.

Ella lo miró, sin moverse.

—¿Por qué está asustada? —preguntó él.

—Porque lo creo.

Él sonrió, como si estuviera captando una confesión completa en el significado que ella atribuía a su nombre; la sonrisa contenía la aceptación de un desafío por parte de un adversario, y la diversión de un adulto ante el

autoengaño de un niño.

Ella sintió como si estuviese recuperando la consciencia después de un choque que había destrozado más que un avión. No tenía cómo volver a ensamblar las piezas ahora, no podía recordar las cosas que había sabido sobre el nombre de él, sólo sabía que representaba un vacío oscuro que ella tendría que ir llenando poco a poco. No podía hacerlo ahora, ese hombre era una presencia demasiado cegadora, como un foco que no le permitía ver las formas esparcidas en la oscuridad exterior.

—¿Era usted a quien yo estaba siguiendo? —preguntó ella.

—Sí.

Ella miró lentamente a su alrededor. Estaba tendida en la hierba de un campo al pie de un acantilado de granito que descendía desde miles de metros de altura en el cielo azul. En el otro extremo del campo, algunos peñascos, algunos pinos, y las brillantes hojas de los abedules escondían el espacio que se extendía hasta una pared distante de montañas circundantes. Su avión no estaba destrozado, estaba allí, a unos pocos metros de distancia, apoyado sobre el fuselaje en la hierba. No había otro avión cerca, ni estructuras, ni ninguna señal de habitación humana.

—¿Qué es este valle? —preguntó ella.

Él sonrió.

—La Terminal Taggart.

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo descubrirá.

Un tenue impulso, como el retroceder de un antagonista, le hizo a ella querer comprobar qué fuerzas le quedaban. Podía mover los brazos y las piernas; podía levantar la cabeza; sintió un dolor punzante al respirar profundamente; vio un fino hilo de sangre corriendo por su media.

—¿Puede uno salir de este lugar? —preguntó.

La voz de él parecía seria, pero el brillo de los ojos de color verde metal era una sonrisa:

—La verdad es que... no. Temporalmente..., sí.

Ella hizo un movimiento para levantarse. Él se inclinó para levantarla, pero ella reunió fuerzas en una rápida y repentina sacudida y se deslizó fuera de su alcance, esforzándose por levantarse.

—Creo que puedo... —empezó a decir, y se derrumbó contra él en el instante en que sus pies se apoyaron en el suelo, con una punzada de dolor surgiendo desde un tobillo que no la sustentaba.

Él la levantó en sus brazos y sonrió.

—No, no puede, señorita Taggart —dijo, y comenzó a andar a través del campo.

Ella se quedó quieta, con los brazos alrededor de él, la cabeza apoyada en su hombro, y pensó: «Por unos instantes..., mientras esto dure..., está bien rendirse por completo, olvidarse de todo y simplemente permitirte sentir...». ¿Había experimentado eso antes?, se preguntó; había habido un momento en el que ésas habían sido las palabras en su mente, pero no podía recordarlo ahora. Una vez había tenido ese sentimiento de certeza, de lo final, lo alcanzado, lo que no ha de ser cuestionado. Pero era una sensación nueva el sentirse protegida, y sentir que era correcto aceptar la protección, rendirse... Era correcto, porque esa peculiar sensación de seguridad no era una protección contra el futuro, sino contra el pasado; no era la protección de poder evitar la batalla, sino de haberla ganado; no era una protección otorgada a su debilidad, sino a su fuerza. Consciente con anormal intensidad de la presión de las manos de él contra el cuerpo de ella, de los hilos de oro y cobre de su cabello, las sombras de sus pestañas sobre la piel de su rostro, a unos centímetros del de ella, se preguntó vagamente: «¿Protegida, de qué...? Es él quien era el enemigo..., ¿era él...?, ¿por qué...?». No lo sabía, no podía pensar en eso ahora. Le costaba un gran esfuerzo recordar que ella había tenido un objetivo y un motivo unas cuantas horas atrás. Se obligó a recapturarlos.

—¿Sabía que le estaba siguiendo? —preguntó.

—No.

—¿Dónde está su avión?

—En el campo de aterrizaje.

—¿Dónde está el campo de aterrizaje?

—Al otro lado del valle.

—No había campo de aterrizaje en este valle, cuando miré hacia abajo. Tampoco había pradera. ¿Cómo llegó esto aquí?

Él miró al cielo.

—Mire con cuidado. ¿Ve algo allá arriba?

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando directamente al cielo, sin ver nada más que el tranquilo color azul de la mañana. Al cabo de un rato, distinguió unas débiles franjas de aire ondulando.

—Ondas de calor —dijo.

—Rayos refractores —respondió él—. El fondo del valle que usted vio es la cima de una montaña de dos mil quinientos metros de altura, a cinco kilómetros de aquí.

—¿La... qué?

—La cima de una montaña que ningún piloto escogería para un aterrizaje. Lo que usted vio fue su reflejo proyectado sobre este valle.

—¿Cómo?

—Por el mismo método que un espejismo en un desierto: una imagen refractada desde una capa de aire caliente.

—¿Cómo?

—Por una pantalla de rayos calculada contra todo, excepto contra un coraje como el suyo.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca pensé que algún avión intentara bajar a doscientos metros del suelo. Usted chocó contra la pantalla de rayos. Algunos de los rayos son del tipo que desconectan los motores magnéticos. Bueno, ésa es la segunda vez que usted me gana: tampoco me han seguido nunca.

—¿Por qué mantiene esa pantalla?

—Porque este lugar es propiedad privada, y está destinado a seguir siéndolo.

—¿Qué es este lugar?

—Ahora que usted está aquí, se lo enseñaré, señorita Taggart. Responderé a sus preguntas después de que lo haya visto.

Ella permaneció en silencio. Se dio cuenta de que había hecho preguntas sobre muchos otros temas, pero no sobre él. Era como si él fuese un todo, captado por ella en su primera mirada, como si fuese un absoluto irreducible, un axioma que no había que explicar, como si ella lo supiera todo sobre él por percepción directa, y lo que ella tenía por delante ahora era sólo el proceso de identificar su conocimiento.

La estaba llevando por un sendero estrecho que iba serpenteando hasta el fondo del valle. En las laderas que los rodeaban, las altas y oscuras pirámides de los abetos se mantenían inmóviles, rectas, con una sencillez

masculina, como una escultura reducida a una forma esencial, y contrastaban con el complejo, femenino y excesivo encaje de las hojas de abedul que temblaban al sol. Las hojas dejaban que los rayos de sol penetraran a través del cabello de él, a través de las caras de los dos. Ella no podía ver lo que había debajo, más allá de las curvas del sendero.

Sus ojos no paraban de volver a la cara de él. Él la miraba de vez en cuando. Al principio, ella miraba a otro lado, como si hubiera sido atrapada. Luego, como aprendiéndolo de él, sostuvo su mirada cada vez que él optaba por mirar hacia abajo, sabiendo que él sabía lo que ella sentía y que él no le ocultaba el significado de su mirada.

Ella sabía que el silencio de él era la misma confesión que la suya propia. Él no la estaba sujetando de la manera impersonal como un hombre lleva a una mujer herida. Era un abrazo, aunque ella no sintió ninguna sugerencia de ello en su actitud; lo percibió sólo a través de su certeza de sentir que todo el cuerpo de él era consciente de estar sosteniendo el suyo.

Ella oyó el sonido de la cascada antes de ver el frágil hilo que caía en tiras rotas de purpurina por los salientes. El sonido vino a través de un débil ritmo en su mente, un débil ritmo que no parecía más fuerte que un recuerdo abriéndose paso..., pero los sonidos pasaron y el ritmo se mantuvo; ella escuchó el sonido del agua, pero otro sonido pareció hacerse más claro, aumentando, no en su mente, sino desde algún lugar entre las hojas. El sendero hizo un giro, y, en un repentino claro, ella vio una pequeña casa en una cornisa debajo, con un destello de sol en el cristal de una ventana abierta. En el momento en que supo cuál era la experiencia que la había hecho querer rendirse al presente inmediato —había sido la noche en un polvoriento vagón del Comet, cuando había oído el tema del Quinto Concierto de Halley por primera vez— supo lo que estaba oyendo en ese momento, oyéndolo ascender desde el teclado de un piano, con los acordes claros y limpios del toque poderoso y confiado de alguien.

Ella le lanzó la pregunta a la cara, como si quisiera pillarlo desprevenido:

—Ése es el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿no?

—Sí.

—¿Cuándo lo escribió Halley?

—¿Por qué no le pregunta eso a él en persona?

—¿Está él aquí?

—Es él quien lo está tocando. Ésa es su casa.

—¡Oh...!

—Ya lo conocerá después. Se alegrará de hablar con usted. Sabe que sus obras son los únicos discos que a usted le gusta oír, por la noche, cuando está sola.

—¿Cómo sabe eso él?

—Yo se lo dije.

La expresión del rostro de ella era como una pregunta que habría comenzado con: «¿Cómo diablos...?»; pero ella vio la expresión de sus ojos y se echó a reír, con su risa dándole sonido al significado de esa mirada.

Ella no podía cuestionar nada, pensó, no podía dudar, no ahora —no con el sonido de esa música elevándose triunfalmente a través de las hojas bañadas por el sol, la música de liberación, de salvación, interpretada como estaba hecha para ser interpretada, como su mente había luchado por oírla en un vagón oscilando a través del ritmo de ruedas heridas—, era *eso* lo que su mente había visto en los sonidos, esa noche, ese valle y el sol de la mañana y...

Y entonces se quedó sin aliento, porque el sendero había hecho un giro y, desde la altura de una cornisa abierta, ella vio el pueblo en el fondo del valle.

No era un pueblo, era sólo un grupo de casas dispersas al azar desde el fondo hasta los escalones ascendentes de las montañas que se elevaban por encima de sus tejados, encerrándolos dentro de un círculo abrupto e intransitable. Eran casas pequeñas y nuevas, con formas desnudas y angulares y el resplandor de amplias ventanas. Lejos en la distancia, algunas estructuras parecían más altas, y las tenues bobinas de humo sobre ellas sugerían una zona industrial. Pero, más cerca, delante de ella, subiendo en una fina columna de granito desde un saliente hasta el nivel de sus ojos, cegándola con su brillo, difuminando el resto, había un signo del dólar de un metro de altura, hecho de oro macizo. Colgaba en el espacio sobre el pueblo, como su escudo de armas, su marca registrada, su faro..., y captaba los rayos solares, como un transmisor de energía que los enviaba en brillante bendición para extenderse horizontalmente a través del aire sobre los tejados.

—¿Qué es eso? —jadeó ella, señalando el signo.

—Oh, ésa es la broma privada de Francisco.

—Francisco, ¿quién? —susurró ella, sabiendo la respuesta.

—Francisco d'Anconia.

—¿También él está aquí?

—Lo estará en cualquier momento, cualquier día.

—¿Qué quiere decir, «su broma»?

—Le dio ese signo como regalo de aniversario al dueño de este lugar. Y luego todos lo adoptamos como nuestro emblema particular. Nos gustó la idea.

—¿No es usted el dueño de este lugar?

—¿Yo? No. —Miró hacia el pie de la cornisa y añadió, señalando—: Ahí viene el dueño de este lugar.

Un coche paró más abajo, al final de un camino de tierra, y dos hombres subieron rápidamente por el sendero. Ella no pudo distinguir sus caras; uno de ellos era delgado y alto, el otro, más bajo y más musculoso. Los perdió de vista detrás de las curvas del camino, mientras él seguía llevándola a ella, bajando para encontrarse con los dos hombres.

Se encontró con ellos cuando emergieron repentinamente de detrás de una esquina rocosa a unos metros de distancia. La vista de sus caras la impactó con la brusquedad de una colisión.

—¡Bueno, no me fastidies! —dijo el hombre musculoso, a quien ella no conocía, mirándola.

Ella estaba mirando la figura alta y distinguida de su compañero: era Hugh Akston.

Fue Hugh Akston quien habló primero, inclinándose ante ella con una cortés sonrisa de bienvenida.

—Señorita Taggart, ésta es la primera vez que alguien me demuestra que yo estaba equivocado. No sabía..., cuando le dije que usted nunca lo encontraría..., que la próxima vez que la viera, usted estaría en sus brazos.

—¿En los brazos de quién?

—Pues..., del inventor del motor.

Ella jadeó, cerrando los ojos; ésa era una conexión que sabía que debería haber hecho. Cuando abrió los ojos, ella estaba mirando a Galt. Él estaba sonriendo, débilmente, burlonamente, como si supiera lo que eso significaba para ella.

—¡Merecía haberse roto el pescuezo! —le espetó el hombre musculoso a ella, con un enojo de preocupación que era casi de afecto—. ¡Vaya proeza! ¡Y la que ha liado, para ser una persona que habría sido admitida aquí con todo el entusiasmo si hubiera elegido entrar por la puerta principal!

—Señorita Taggart, ¿puedo presentarle a Midas Mulligan? —dijo Galt.

—Oh —dijo ella débilmente, y se echó a reír; ya no tenía capacidad para asombrarse—. ¿No cree usted que me he matado en ese accidente, y que éste es otro tipo de existencia?

—*Es* otro tipo de existencia —dijo Galt—. En cuanto a haberse matado, ¿no parece que es más bien lo contrario?

—Oh, sí —susurró ella—, sí... —Le sonrió a Mulligan—. ¿Y dónde está la puerta principal?

—Aquí —dijo él, señalando con el dedo su propia frente.

—He perdido la llave —dijo ella simplemente, sin resentimiento—. He perdido todas las llaves en este momento.

—Ya las encontrará. Pero ¿qué diablos estaba haciendo en ese avión?

—Siguiéndolo.

—*¿A él?* —Señaló a Galt.

—Sí.

—¡Tiene suerte de estar viva! ¿Está malherida?

—No creo.

—Tendrá algunas preguntas a las que responder, después de que se restablezca. —Se volvió bruscamente, dirigiéndose hacia el coche; luego, miró a Galt—. Bueno, ¿qué hacemos ahora? *Ahí tenemos* algo que no habíamos previsto: la primera esquirola.

—La primera... ¿qué? —preguntó ella.

—Olvídelo —dijo Mulligan, y miró a Galt—. ¿Qué hacemos?

—Estará a mi cargo —dijo Galt—. Yo me haré responsable. Tú llévate a Quentin Daniels.

—Oh, *él* no es ningún problema en absoluto. No necesita nada más que familiarizarse con el lugar. Parece que sabe todo lo demás.

—Sí. Prácticamente había recorrido todo el camino él solo. —La vio mirándolo desconcertada, y dijo—: Debo agradecerle una cosa, señorita Taggart: usted me hizo un cumplido al elegir a Quentin Daniels como mi suplente. Era uno muy cualificado.

—¿Dónde está él? —preguntó ella—. ¿Me dicen lo que pasó?

—Bueno, Midas nos recibió en el campo de aterrizaje, me llevó en coche a mi casa y se llevó a Daniels con él. Iba a reunirme con ellos para desayunar, pero vi su avión dar vueltas y zambullirse en ese pasto. Yo era el más cercano a la escena.

—Llegamos aquí lo más rápido que pudimos —dijo Mulligan—. Pensé que quienquiera que estuviese en ese avión merecía haberse estrellado... Nunca soñé que sería una de las dos únicas personas en todo el mundo a quienes yo habría absuelto.

—¿Quién es la otra? —preguntó ella.

—Hank Rearden.

Ella hizo una mueca; fue como un golpe repentino desde otra gran distancia. Se preguntó por qué le pareció que Galt estaba observando su cara atentamente y que ella vio un cambio rápido en la de él, demasiado breve para definirlo.

Habían llegado al coche. Era un Hammond descapotable, con la capota bajada, uno de los modelos más costosos, de algunos años de antigüedad, pero mantenido en el brillante aspecto de un manejo eficiente. Galt la colocó cuidadosamente en el asiento trasero y la sostuvo en el círculo de su brazo. Ella sintió un dolor punzante de vez en cuando, pero no le prestó atención. Observó las distantes casas del pueblo, cuando Mulligan arrancó el motor y el coche avanzó, cuando pasaron frente al signo del dólar y un rayo dorado le dio en los ojos, barriendo su frente.

—¿Quién es el dueño de este lugar? —preguntó ella.

—Yo —dijo Mulligan.

—¿Qué es *él*? —Ella señaló a Galt.

Mulligan se rio entre dientes.

—Él sólo trabaja aquí.

—¿Y usted, doctor Akston? —preguntó.

Él miró a Galt.

—Yo soy uno de sus dos padres, señorita Taggart. El que no lo traicionó.

—¡Oh! —dijo ella, al descubrir otra pieza del rompecabezas—. ¿Su tercer alumno?

—Exactamente.

—¡Un segundo asistente de contabilidad! —gimió ella de repente, recordando una cosa más.

—¿Qué es eso?

—Así es como lo llamó el doctor Stadler. Eso es lo que el doctor Stadler me dijo, en lo que creía que ese tercer alumno suyo se había convertido.

—Él me sobreestimó —dijo Galt—. Estoy mucho más abajo que eso, según la escala de sus estándares y de su mundo.

El coche había virado en un carril que se elevaba hacia una casa solitaria en una cresta sobre el valle. Vio a un hombre bajando por un sendero, delante de ellos, andando rápido en dirección al pueblo. Vestía un mono azul tejano y llevaba una cesta de comida. Había algo ligeramente familiar en la rápida brusquedad de su paso. Cuando el coche pasó a su lado, ella pudo ver su cara, y se giró hacia atrás, subiendo la voz hasta llegar a ser un grito por el dolor del movimiento y por el impacto de la visión:

—¡Oh, pare! ¡Pare! ¡Que no se vaya! —Era Ellis Wyatt.

Los tres hombres se echaron a reír, pero Mulligan paró el coche.

—Oh... —dijo ella débilmente, disculpándose, dándose cuenta de que había olvidado que ése era el lugar del cual Wyatt no desaparecería.

Wyatt estaba corriendo hacia ellos: la había reconocido también. Cuando agarró el borde del auto para frenar su velocidad, ella vio la cara y la joven y triunfadora sonrisa que había visto una vez antes: en el andén del Empalme Wyatt.

—¡Dagny! ¿Tú también, por fin? ¿Uno de nosotros?

—No —dijo Galt—. La señorita Taggart es una esquirola.

—*¿Qué?*

—El avión de la señorita Taggart se estrelló. ¿No lo viste?

—Se estrelló... *¿aquí?*

—Sí.

—Oí un avión, pero yo... —Su expresión de desconcierto cambió a una sonrisa, arrepentida, divertida y amigable—. Ya veo. Bueno, qué demonios, Dagny, es ridículo.

Ella lo estaba mirando, impotentemente, incapaz de reconectar el pasado con el presente. Y también impotentemente —como uno le diría a un amigo muerto, en un sueño, las palabras que lamenta haber perdido la

oportunidad de decirle en vida—, con la memoria de un teléfono sonando, sin respuesta, casi dos años atrás, dijo las palabras que esperaba poder decirle si alguna vez lo veía de nuevo:

—Yo... traté de localizarte...

Él sonrió gentilmente.

—Nosotros hemos estado tratando de localizarte a ti desde entonces, Dagny. Te veré esta noche. No te preocupes, no desapareceré, y no creo que tú lo hagas tampoco.

Saludó con la mano a los otros y se fue, balanceando su cesta de comida. Ella levantó la vista cuando Mulligan puso en marcha el coche, y vio que los ojos de Galt la estaban observando atentamente. Su rostro se endureció, como en admisión abierta de dolor y en desafío a la satisfacción que eso pudiera darle.

—Muy bien —dijo—. Ya veo el tipo de espectáculo al que quiere someterme y la conmoción de la que he de ser testigo.

Pero no había ni crueldad ni piedad en el rostro de él, sólo la expresión imparcial de justicia.

—Nuestra primera regla aquí, señorita Taggart —respondió—, es que uno siempre debe ver por sí mismo.

El coche se detuvo frente a la casa que estaba sola. Estaba construida con bloques de granito en bruto, con un panel de cristal como la mayor parte de su fachada.

—Mandaré llamar al médico —dijo Mulligan, alejándose con el coche, mientras Galt la llevaba tomada por el sendero.

—¿Su casa? —preguntó ella.

—Mía —respondió él, abriendo la puerta con el pie.

La llevó a través del umbral hacia el resplandeciente espacio de su sala de estar, donde rayos de sol iluminaban paredes de pino pulido. Ella vio unos cuantos muebles hechos a mano, un techo de vigas desnudas, un arco abierto a una pequeña cocina con estantes rústicos, una mesa de madera sin nada, y la asombrosa vista del cromo brillando en una estufa eléctrica; el sitio tenía la primitiva simplicidad de la cabaña de un pionero fronterizo, reducida a las necesidades esenciales, pero reducida con una habilidad supermoderna.

Él la llevó a través de los rayos de sol hasta un pequeño dormitorio de invitados y la puso en una cama. Ella se fijó en una ventana que daba a una larga pendiente escalonada de rocas y pinos alzándose al cielo. Advirtió unas pequeñas rayas que parecían incisiones en la madera de las paredes, unas pocas líneas dispersas que parecían hechas con diferentes escrituras; ella no pudo distinguir las palabras. Vio otra puerta, que estaba entornada; llevaba al dormitorio de él.

—¿Soy una invitada aquí, o una prisionera? —preguntó.

—La decisión será suya, señorita Taggart.

—No puedo decidir mientras esté tratando con un desconocido.

—Pero no lo soy. ¿No le puso usted mi nombre a una línea de ferrocarril?

—¡Oh...! Sí... —Fue la pequeña sacudida de otra pieza del rompecabezas encajando en su lugar—. Sí, yo... —Estaba mirando a la alta figura con el cabello rayado por el sol, con la sonrisa reprimida y unos ojos despiadadamente perceptivos, estaba viendo la lucha por construir su línea y el día de verano del primer viaje del tren, estaba pensando que si una figura humana pudiera ser modelada como un emblema de esa línea, *ésa* era la figura—. Sí, lo hice... —Luego, recordando el resto, añadió—: Pero le puse el nombre de un enemigo.

Él sonrió.

—Ésa es la contradicción que usted tenía que resolver, tarde o temprano, señorita Taggart.

—Fue usted quien destruyó mi línea, ¿no?

—Bueno, no. Fue la contradicción.

Ella cerró los ojos; un momento después, preguntó:

—De todas esas historias que he oído sobre usted..., ¿cuál de ellas es verdad?

—Todas ellas.

—¿Fue usted quien las divulgó?

—No. ¿Para qué? Yo nunca tuve ningún deseo de que hablaran de mí.

—Pero ¿sabe que se ha convertido en una leyenda?

—Sí.

—El joven inventor de la Twentieth Century Motor Company es la única versión real de la leyenda, ¿no es así?

—La que es concretamente real..., sí.

Ella no podía decirlo con indiferencia; hubo todavía un tono sin aliento y una caída de su voz hasta convertirse en un susurro, cuando preguntó:

—El motor, el motor que yo encontré, ¿fue *usted* quien lo construyó?

—Sí.

Ella no pudo evitar la sacudida de entusiasmo que le hizo levantar la cabeza.

—El secreto de transformar energía... —empezó, y se paró.

—Podría contárselo en quince minutos —dijo él, en respuesta a la desesperada súplica que ella no había pronunciado—, pero no hay poder en el mundo que pueda obligarme a contárselo. Si entiende eso, entenderá todo lo que le está desconcertando.

—Esa noche, hace doce años, una noche de primavera cuando usted salió de una reunión de seis mil asesinos..., esa historia es verdad, ¿no?

—Sí.

—Les dijo que detendría el motor del mundo.

—Lo he hecho.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—No he hecho *nada*, señorita Taggart. Y ése es todo mi secreto.

Ella lo miró en silencio durante un largo momento. Él se quedó esperando, como si pudiera leer sus pensamientos.

—El destructor... —dijo ella con un tono de maravilla y de desamparo.

—... la criatura más malvada que ha existido jamás —dijo él en el tono de una cita, y ella reconoció sus propias palabras—, el hombre que está drenando los cerebros del mundo.

—¿Hasta qué punto me ha estado observando? —preguntó—, ¿y durante cuánto tiempo?

Fue sólo por un instante de pausa, sus ojos no se movieron, pero a ella le pareció que su mirada estaba acentuada, como si fuese especialmente consciente de verla, y ella percibió el sonido de cierta intensidad en su voz cuando respondió en voz baja:

—Durante años.

Ella cerró los ojos, relajándose y rindiéndose. Sintió una extraña y alegre indiferencia, como si de repente no quisiera nada más que la comodidad de rendirse a la impotencia.

El médico que llegó era un hombre de pelo gris con una cara suave y pensativa y una actitud de confianza en sí mismo firme y discreta.

—Señorita Taggart, ¿puedo presentarle al doctor Hendricks? —dijo Galt.

—¿No será el doctor Thomas Hendricks? —jadeó ella, con la rudeza involuntaria de un niño; el nombre pertenecía a un gran cirujano que se había retirado y había desaparecido seis años atrás.

—Sí, por supuesto —dijo Galt.

El doctor Hendricks le sonrió a ella, en respuesta.

—Midas me dijo que la señorita Taggart tiene que ser tratada por *shock* —dijo—, no por el que ha sufrido, sino por el que le espera.

—Te dejo que te ocupes tú —dijo Galt—, mientras yo voy a la tienda a comprar provisiones para el desayuno.

Ella observó la rápida eficiencia del trabajo del doctor Hendricks mientras examinaba sus heridas. Había traído un objeto que ella nunca había visto antes: una máquina portátil de rayos X. Descubrió que se había desgarrado el cartílago de dos costillas, se había torcido un tobillo, se había arrancado pedazos de piel de una rodilla y de un codo y había tenido unas cuantas contusiones que aparecían como manchas moradas por todo su cuerpo. Cuando las rápidas y competentes manos del doctor Hendricks acabaron de aplicar los vendajes y las apretadas cintas de los esparadrapos, ella sintió como si su cuerpo fuese un motor puesto a punto por un mecánico experto y no fuese necesario ningún cuidado adicional.

—Le aconsejaría que se quedase en la cama, señorita Taggart.

—¡Oh, no! Si llevo cuidado y me muevo despacio, estaré bien.

—Debería descansar.

—¿Cree que puedo?

Él sonrió.

—Supongo que no.

Ella estaba vestida cuando Galt regresó. El doctor Hendricks le dio un informe de su estado y añadió:

—Volveré mañana para visitarla.

—Gracias —dijo Galt—. Envíame la cuenta a mí.

—¡Nada de eso! —dijo ella, indignada—. La pagaré yo misma.

Los dos hombres se miraron, entretenidos, como viendo alardear a un mendigo.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Galt.

El doctor Hendricks se fue, y ella trató de ponerse de pie, cojeando, agarrándose a los muebles para apoyarse. Galt la levantó en brazos, la llevó a la salita al lado de la cocina y la colocó en una silla frente a una mesa que había puesta para dos personas.

Al ver la cafetera hirviendo en el hornillo, los dos vasos de zumo de naranja y los pesados platos de cerámica blanca brillando al sol sobre la superficie pulida de la mesa, ella se dio cuenta de que tenía hambre.

—¿Cuándo durmió o comió usted la última vez? —preguntó él.

—No sé..., cené en el tren con...

Ella se detuvo, y sacudió la cabeza con una impotente y amarga sensación; «... con el vagabundo», pensó, con una voz desesperada suplicando escapar de un vengador que no perseguiría ni sería encontrado, el vengador que estaba sentado frente a ella al otro lado de la mesa, bebiendo un vaso de zumo de naranja.

—No sé... —continuó ella—, parece que hace siglos y a una distancia de continentes.

—¿Cómo es que me estaba usted siguiendo?

—Aterricé en el aeropuerto de Afton justamente cuando usted estaba despegando. El hombre que había allí me dijo que Quentin Daniels se había ido con usted.

—Recuerdo ver su avión dando vueltas para aterrizar. Pero ésa fue la única vez que no pensé en usted. Creí que venía en tren.

Ella preguntó, mirándolo directamente.

—¿Cómo quiere que interprete eso?

—¿El qué?

—La única vez que no pensó en mí.

Él sostuvo su mirada; ella vio el leve movimiento que había detectado que era típico de él: el movimiento de su boca orgullosamente inflexible curvándose para insinuar una sonrisa.

—De cualquier forma que usted quiera interpretarlo —respondió.

Ella dejó pasar un momento para acentuar su decisión con la severidad de su rostro, y luego preguntó fríamente, en el tono de acusar a un enemigo.

—¿Sabía que yo estaba yendo a por Quentin Daniels?

—Sí.

—¿Llegó usted a él primero y deprisa para no dejar que fuese yo quien lo alcanzara? ¿Para vencerme, sabiendo a ciencia cierta qué tipo de golpe significaría eso para mí?

—Exactamente.

Fue ella quien apartó la vista y se quedó callada. Él se levantó para cocinar el resto del desayuno. Ella lo observó de pie frente al hornillo, tostando pan, friendo huevos y beicon. Había una destreza de maneras fáciles y relajadas en cómo trabajaba, pero era una destreza que pertenecía a otra profesión; sus manos se movían con la rápida precisión de un ingeniero manipulando las palancas de un panel de control. Recordó de pronto dónde había visto una actuación tan experta y tan absurda.

—¿Es eso lo que usted aprendió del doctor Akston? —preguntó, señalando el hornillo.

—Eso, entre otras cosas.

—¿Le enseñó a perder su tiempo... ¡el tiempo *de usted*...! —ella no pudo evitar el estremecimiento de la indignación en su voz—, en ese tipo de trabajo?

—He perdido tiempo en trabajos de mucha menor importancia.

Cuando él le puso un plato delante, ella preguntó:

—¿Dónde consiguió esa comida? ¿Tienen una tienda de comestibles aquí?

—La mejor del mundo. La lleva Lawrence Hammond.

—*¿Qué?*

—Lawrence Hammond, de Hammond Cars. El beicon es de la granja de Dwight Sanders, de Sanders Aircraft. Los huevos y la mantequilla son del juez Narragansett, del Tribunal Superior del Estado de Illinois.

Ella miró a su plato amargamente, casi como si tuviera miedo de tocarlo.

—Es el desayuno más caro que comeré jamás, teniendo en cuenta el valor del tiempo del cocinero y de todos esos otros.

—Sí..., desde cierto punto de vista. Pero, desde otro, es el desayuno más barato que usted comerá jamás, porque ninguna parte de él ha ido a alimentar a los saqueadores, que le harán pagar año tras año y la dejarán que se muera de hambre al final.

Después de un largo silencio, ella preguntó simplemente, casi con nostalgia:

—¿Qué es lo que todos ustedes están haciendo aquí?

—Viviendo.

Ella nunca había oído esa palabra sonar tan real.

—¿Cuál es su trabajo? —preguntó—. Midas Mulligan dijo que usted trabaja aquí.

—Soy el encargado del mantenimiento, supongo.

—¿El qué?

—Estoy disponible cuando algo no funciona con cualquiera de las instalaciones; con el sistema de energía, por ejemplo.

Ella lo miró, y de repente se lanzó hacia delante, mirando al hornillo eléctrico, pero se dejó caer en su silla, contraída por el dolor.

Él se echó a reír.

—Sí, es verdad..., pero tómeselo con calma, o el doctor Hendricks le ordenará que se vuelva a la cama.

—El sistema de energía —dijo ella, ahogándose—, el sistema de energía que hay aquí, ¿funciona con su motor?

—Sí.

—¿Está construido? ¿Está activo? ¿Funcionando?

—Ha cocinado su desayuno.

—¡Quiero verlo!

—No se moleste en lisiarse para mirar ese hornillo. No es más que un simple hornillo eléctrico como cualquier otro, sólo que hacerlo funcionar es cien veces más barato. Y eso es lo único que tendrá la oportunidad de ver, señorita Taggart.

—Usted prometió enseñarme este valle.

—Y se lo enseñaré. Pero no el generador de energía.

—¿Me llevará a ver el lugar ahora, en cuanto terminemos?

—Si lo desea..., y si puede moverse.

—Sí que puedo.

Él se levantó, fue al teléfono y marcó un número.

—Hola, ¿Midas...? Sí... ¿Ah, sí, eso es lo que hizo...? Sí, ella está bien... ¿Me alquilas tu coche para el día de hoy...? Gracias. Al precio de siempre, veinticinco centavos. ¿Puedes mandarlo para acá...? ¿Tienes algún tipo de bastón? Va a necesitarlo... ¿Esta noche? Sí, supongo que sí. Allí estaremos. Gracias.

Colgó. Ella lo estaba mirando con incredulidad.

—¿Le entendí decir que el señor Mulligan, que vale unos doscientos millones de dólares, creo..., le va a cobrar veinticinco centavos por dejarle usar su coche?

—Eso es.

—Dios mío, ¿no podría dárselo como un favor?

Él se quedó mirándola durante un momento, estudiando su cara, como si estuviera deliberadamente dejándole ver la diversión en la de él.

—Señorita Taggart —dijo—, no tenemos leyes en este valle, ni reglas, ni ninguna organización formal de ningún tipo. Venimos aquí porque queremos descansar. Pero tenemos ciertas costumbres, las cuales todos observamos, porque tienen que ver con el tipo de cosas de las que necesitamos descansar. Así que le advertiré ahora que hay una palabra que está prohibida en este valle: la palabra *«dar»*.

—Lo siento —dijo ella—. Tiene razón.

Él volvió a llenar su taza de café y le extendió un paquete de cigarrillos. Ella sonrió, mientras tomaba un cigarrillo: llevaba el signo del dólar.

—Si no está demasiado cansada cuando llegue la noche —dijo él—, Mulligan nos ha invitado a cenar. Tendrá algunos invitados allí a quienes, creo, usted querrá conocer.

—¡Oh, por supuesto! No estaré demasiado cansada. Creo que nunca más volveré a sentirme cansada.

Estaban terminando de desayunar cuando ella vio que el coche de Mulligan se detenía frente a la casa. El conductor se bajó de un salto, corrió por el sendero y entró rápidamente en la habitación, sin detenerse para llamar o tocar la puerta. Tardó un momento en darse cuenta de que el joven ansioso, desaliñado y sin aliento, era Quentin Daniels.

—Señorita Taggart —jadeó—, ¡lo siento! —La desesperada culpa en su voz chocaba con la alegre excitación en su cara—. ¡Nunca he incumplido mi palabra antes! No hay excusa para eso, no puedo pedirle que me perdone, y sé que no me va a creer, pero la verdad es que... ¡se me olvidó!

Ella miró a Galt.

—Te creo.

—Olvidé que le prometí esperar, lo olvidé todo... hasta hace unos minutos, cuando el señor Mulligan me dijo que usted se había estrellado aquí en un avión, y entonces supe que era culpa mía, y que si algo le

hubiese pasado a usted... Oh, Dios..., ¿está bien?

—Sí. No te preocupes. Siéntate.

—No sé cómo uno puede olvidar su palabra de honor. Yo no sé qué me pasó.

—Yo sí.

—Señorita Taggart, yo había estado trabajando en ello durante meses, en esa hipótesis concreta; y, cuanto más trabajaba, más imposible parecía. Había estado en mi laboratorio durante los últimos dos días enteros, tratando de resolver una ecuación matemática que parecía imposible. Sentí que moriría en esa pizarra, pero no estaba dispuesto a rendirme. Era ya tarde durante la noche cuando él entró. Yo creo que ni siquiera me di cuenta, la verdad es que no. Dijo que quería hablar conmigo, y le pedí que esperara, y seguí adelante. Creo que olvidé su presencia. No sé cuánto tiempo estuvo allí, mirándome, pero lo que recuerdo es que de repente su mano se acercó, borró todos mis números de la pizarra y escribió una breve ecuación. ¡Y entonces me di cuenta de él! Y entonces grité, porque no era la respuesta completa al motor, pero era el camino a ella, un camino que yo no había visto, no había sospechado, pero ¡sabía adónde llevaba! Recuerdo que grité: «¿Cómo puede saberlo?»; y él respondió, señalando una foto del motor: «Yo soy el hombre que lo hizo, en primer lugar». Y eso es lo último que recuerdo, señorita Taggart..., o sea, lo último que recuerdo de mi propia existencia, porque después hablamos de electricidad estática y de la conversión de energía, y también del motor.

—Hablamos de física durante todo el camino hasta aquí —dijo Galt.

—Oh, me acuerdo de cuando me preguntó si yo me iría con usted —dijo Daniels—, si estaría dispuesto a ir para nunca más volver, y renunciaría a todo... ¿a todo? ¡Renunciar a un instituto muerto que se está derrumbando y que está volviendo a la jungla, renunciar a mi futuro como encargado esclavo por ley, renunciar a Wesley Mouch y a la Directiva 10-289 y a criaturas subanimales arrastrándose sobre sus barrigas, gruñendo que no existe la mente...! Señorita Taggart —se rio eufóricamente—, ¡me estaba preguntando si dejaría *eso* para irme con *él*! Tuvo que preguntármelo dos veces, yo no podía creerlo al principio, no podía creer que a algún ser humano tuvieran que preguntárselo, o que pensara en tener que elegir. ¿Irme? Habría saltado de un rascacielos sólo para seguirlo..., ¡y oír su fórmula antes de estrellarme contra el pavimento!

—No te culpo —dijo ella; lo miró con un tinte de nostalgia que era casi envidia—. Además, has cumplido tu acuerdo. Me has llevado hasta el secreto del motor.

—Voy a ser el encargado aquí también —dijo Daniels con una mueca de felicidad—. El señor Mulligan me ha dicho que me dará el puesto de encargado, *en la central eléctrica*. Y, cuando aprenda, me ascenderá a electricista. ¿No es genial Midas Mulligan? Eso es lo que quiero ser cuando tenga su edad. Quiero ganar dinero. Quiero ganar millones. ¡Quiero ganar tanto como él!

—¡Daniels! —se rio ella, recordando el callado autodominio, la estricta precisión, la severa lógica del joven científico que ella había conocido—. ¿Qué pasa contigo? ¿Dónde estás? ¿Sabes lo que estás diciendo?

—Estoy *aquí*, señorita Taggart, ¡y no hay límite para lo que es posible aquí! ¡Voy a ser el mejor electricista del mundo y el más rico!

—Vas a volver a casa de Mulligan —dijo Galt—, y dormir durante veinticuatro horas, o no dejaré ni que te acerques a la central eléctrica.

—Sí, señor —dijo Daniels dócilmente.

El sol se había deslizado por los picos y había dibujado un círculo de granito reluciente y de nieve brillante rodeando el valle, cuando salieron de la casa. Ella sintió de repente como si nada existiera más allá de ese círculo, y se asombró del consuelo alegre y orgulloso que uno encuentra en el sentido de lo finito, en el conocimiento de que el campo de la preocupación de uno está dentro del reino de lo que ve. Quería extender sus brazos sobre los tejados del pueblo allá abajo, sintiendo que las puntas de sus dedos tocarían los picos al otro lado. Pero no podía levantar los brazos; apoyándose en un bastón con una mano y en el brazo de Galt con la otra, moviendo los pies con un esfuerzo lento y concienzudo, caminó hacia el automóvil como un niño que está aprendiendo a andar por primera vez.

Iba sentada al lado de Galt mientras él conducía, bordeando el pueblo, hasta la casa de Midas Mulligan. La casa se alzaba sobre una cresta, era la casa más grande del valle, la única construida con dos pisos de altura, una extraña combinación de fortaleza y centro turístico de placer, con sólidas paredes de granito y amplias terrazas abiertas. Se paró para que bajase Daniels, y luego continuó por un camino sinuoso que ascendía lentamente hacia las montañas.

Fue la idea de la riqueza de Mulligan, el lujoso coche y la visión de las manos de Galt en el volante lo que le hizo preguntarse por primera vez si también Galt era rico. Ella miró su ropa: los pantalones grises y la camisa blanca parecían hechos de una calidad para durar; el cuero del estrecho cinturón alrededor de su cintura estaba agrietado; el reloj en su muñeca era un instrumento de precisión, pero hecho de acero inoxidable normal. La única sugerencia de lujo era el color de su cabello, los mechones de pelo que se agitaban al viento como oro líquido y cobre.

Abruptamente, al girar la calle, vio las verdes hectáreas de pastos que se extendían hasta una granja distante. Había rebaños de ovejas, algunos caballos, los chiqueros de cerdos bajo los grandes perfiles de graneros de madera y, más allá, un hangar de metal que, por su aspecto, no formaba parte de ninguna granja.

Un hombre con una chillona camisa de vaquero estaba corriendo hacia ellos. Galt paró el coche y lo saludó con la mano, pero no dijo nada en respuesta a la interrogante mirada de ella. La dejó descubrir por sí misma, cuando el hombre se acercó, que era Dwight Sanders.

—Hola, señorita Taggart —dijo él, sonriendo.

Ella miró en silencio su camisa arremangada, sus botas pesadas..., las piaras de cerdos.

—Así que eso es todo lo que queda de la Sanders Aircraft —dijo ella.

—Nada de eso. Tenemos ese excelente monoplano, mi mejor modelo, que usted espachurró en las estribaciones.

—Oh, ¿lo sabe? Sí, era uno de los suyos. Era una nave maravillosa. Pero me temo que la he dañado bastante.

—Debería usted mandarlo a arreglar.

—Creo que he destrozado el fuselaje. Nadie puede arreglarlo.

—Yo sí.

Ésas eran las palabras y ése era el tono de confianza que ella no había oído desde hacía años, ésta era la actitud con la que ella había dejado de contar... pero el inicio de su sonrisa terminó en una ahogada risa amarga.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿En una granja de cerdos?

—¡Qué va! En la Sanders Aircraft.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde pensaba usted que estaba? ¿En ese edificio en Nueva Jersey que el primo de Tinky Holloway compró de mis sucesores en bancarrota mediante un préstamo del gobierno y una suspensión de impuestos? ¿En ese edificio donde se fabricaron seis aviones que nunca despegaron del suelo y ocho que sí lo hicieron pero que se estrellaron, con cuarenta pasajeros cada uno?

—¿Dónde está, entonces?

—Dondequiera que yo esté.

Señaló al otro lado de la carretera. Mirando hacia abajo a través de las copas de los pinos, ella vio el rectángulo de hormigón de un aeródromo en el fondo del valle.

—Tenemos algunos aviones aquí, y mi trabajo es ocuparme de ellos —dijo—. Yo soy el criador de cerdos y el encargado del aeródromo. Me está yendo bastante bien con la producción de jamón y beicon sin los hombres de quienes yo solía comprarlos. Pero esos hombres no pueden producir aviones sin mí; y, sin mí, ni siquiera pueden producir su jamón y su beicon.

—Pero usted..., usted tampoco ha estado diseñando aviones...

—No, no lo he estado haciendo. Y no he estado fabricando los motores diésel que le prometí a usted hace tiempo. Desde la última vez que la vi, lo único que he diseñado y he fabricado ha sido un tractor nuevo. Y quiero decir *uno*: lo hice a mano, no era necesaria la producción en masa. Pero ese tractor ha reducido la jornada laboral de ocho horas a cuatro aquí... —La línea recta de su brazo, extendida para señalar el valle, se movió como un cetro real; los ojos de ella lo siguieron, y vio las verdes terrazas de jardines colgantes en una ladera distante—. En la granja de pollos y vacas del juez Narragansett. —Su brazo se movió lentamente hacia un tramo largo y plano de oro verdoso al pie de un cañón; luego, a una banda de un verde violento —. En los campos de trigo y en la plantación de tabaco de Midas Mulligan. —Su brazo se elevó hasta un flanco de granito rayado por brillantes capas de hojas—. Y en los huertos de Richard Halley.

Los ojos de ella se movieron lentamente sobre la curva que el brazo había trazado, varias veces, mucho después de que él hubiera bajado el brazo; pero ella dijo solamente:

—Ya veo.

—Entonces ¿cree que puedo arreglar su avión? —preguntó él.

—Sí. Pero ¿lo ha visto?

—Claro que sí. Midas llamó a dos médicos inmediatamente: a Hendricks, para usted; y a mí, para su avión. Se puede arreglar. Pero será un trabajo caro.

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares.

—¿Doscientos dólares? —repitió ella con incredulidad; el precio parecía ridículamente bajo.

—En oro, señorita Taggart.

—¡Ah...! Bueno, ¿dónde puedo comprar el oro?

—No puede —dijo Galt.

Ella sacudió la cabeza para enfrentarlo, desafiante.

—¿No?

—No. No de donde usted viene. Sus leyes lo prohíben.

—¿Y las suyas no?

—No.

—Entonces véndamelo. Decida cuál es su tipo de cambio. Nombre cualquier suma que quiera, en mi dinero.

—¿Qué dinero? Usted es una indigente, señorita Taggart.

—*¿Qué?* —Era una palabra que una heredera Taggart no podía esperar oír jamás sobre sí misma.

—Usted es una indigente en este valle. Usted posee millones de dólares en acciones de Taggart Transcontinental, pero eso no comprará ni un kilo de tocino de la granja de cerdos de Sanders.

—Ya veo.

Galt sonrió y se dirigió a Sanders.

—Adelante, puedes arreglar ese avión. La señorita Taggart lo pagará en algún momento.

Arrancó el motor y siguió conduciendo, mientras ella permanecía sentada y rígida, sin hacer preguntas.

Un espacio de color azul turquesa partía los acantilados frente a ellos, terminando el camino; le llevó un segundo a ella darse cuenta de que era un lago. El agua inmóvil parecía condensar el azul del cielo y el verde de las montañas cubiertas de pinos en un color tan brillante que le daba al cielo un tono gris pálido. Una racha como de espuma hirviendo venía de entre los pinos e iba cayendo por los escalones rocosos hasta desvanecerse en el agua apacible. Una pequeña estructura de granito se erguía junto al torrente.

Galt detuvo el coche justo cuando un hombre fornido vestido con mono de trabajo salió al umbral de la puerta abierta. Era Dick McNamara, quien una vez había sido su mejor contratista.

—¡Buen día, señorita Taggart! —dijo alegremente—. Me alegra ver que no se lastimó mucho.

Ella inclinó la cabeza en un saludo silencioso. Era como un saludo a la pérdida y al dolor del pasado, a una noche desolada, y al rostro desesperado de Eddie Willers dándole la noticia de la desaparición de ese hombre... «¿Que si me lastimé mucho?», pensó..., «sí, me lastimé, pero no fue en el accidente del avión..., fue esa noche, en una oficina vacía...». En voz alta, preguntó:

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué cosa me traicionó usted en el peor momento posible?

Él sonrió, señalando la estructura de piedra y la hondonada rocosa, por donde el tubo de una cañería de agua desaparecía en la maleza.

—Yo soy el hombre de los servicios —dijo—. Me ocupo de las líneas de agua, de las líneas de energía, y del servicio telefónico.

—¿Usted solo?

—Solía hacerlo solo. Pero hemos crecido tanto este último año que tuve que contratar a tres hombres para que me ayudaran.

—¿Qué hombres? ¿De dónde?

—Bueno, uno de ellos es un profesor de economía que no pudo conseguir trabajo fuera porque enseñaba que no puedes consumir más de lo que produces; otro es un profesor de historia que no pudo conseguir trabajo porque enseñaba que los habitantes de las chabolas no eran los hombres que hicieron este país; y el tercero es un profesor de psicología que no pudo conseguir trabajo porque enseñaba que los hombres son capaces de pensar.

—¿Trabajan para usted como fontaneros e instaladores?

—Le sorprendería ver lo buenos que son haciendo esas cosas.

—¿Y a quiénes han dejado en nuestras universidades?

—A los que son deseados allí. —Se rio entre dientes—. ¿Cuánto tiempo hace que yo la traicioné, señorita Taggart? No llega a tres años, ¿verdad? Es la Línea John Galt la que me negué a construir para usted. ¿Dónde está su línea ahora? Pero mis líneas han crecido en ese tiempo,

desde un par de kilómetros que Mulligan había construido cuando yo asumí el control, a cientos de kilómetros de tuberías y de cables, todo dentro del espacio de este valle.

Él vio la rápida e involuntaria expresión de entusiasmo en la cara de ella, la expresión del aprecio por una persona competente; él sonrió, miró al acompañante de ella y dijo suavemente:

—Sabe, señorita Taggart, en lo que respecta a la Línea John Galt, tal vez sea yo quien la ha seguido y usted quien la esté traicionando.

Ella miró a Galt. Él estaba observando su cara, pero ella no pudo leer nada en la de él.

Cuando continuaron conduciendo por el borde del lago, ella preguntó:

—Usted ha trazado esta ruta deliberadamente, ¿verdad? Me está mostrando a todos los hombres que... —añadió, y paró, sintiéndose inexplicablemente reticente a decirlo. Y, en cambio, dijo—: A todos los hombres a quienes yo he perdido.

—Le estoy mostrando a todos los hombres que yo le he quitado —respondió él firmemente.

Ésa era la raíz, pensó ella, de la falta de culpa en su rostro: él había adivinado y nombrado las palabras que ella había querido evitarle, había rechazado una buena voluntad que no estaba basada en los valores de él; y, con la orgullosa certeza de tener razón, había hecho alarde de lo que ella había considerado que fuese una acusación.

Delante de ellos, ella vio un pantalán de madera que se adentraba en el agua del lago. Una mujer joven yacía tendida sobre las tablas inundadas de sol, vigilando varias cañas de pescar. Levantó la vista al sonido del coche; luego, se puso de pie con un solo movimiento rápido, tal vez un poco demasiado rápido, y corrió hacia la carretera. Llevaba pantalones, arremangados por encima de las rodillas de sus piernas desnudas, tenía el pelo oscuro y despeinado, y unos ojos grandes. Galt la saludó con la mano.

—¡Hola, John! ¿Cuándo has llegado? —le gritó.

—Esta mañana —respondió él, sonriendo, y continuando con el coche.

Dagny giró la cabeza para mirar atrás, y vio la expresión con la que la joven se había quedado mirando a Galt. Y, aunque la desesperanza, aceptada con serenidad, era parte de la adoración en esa expresión, ella experimentó una sensación que nunca había conocido antes: una punzada de celos.

—¿Quién es ésa? —preguntó.

—Nuestra mejor pescadera. Es la que le suministra el pescado a la tienda de comestibles de Hammond.

—¿Qué más es ella?

—¿Se ha dado cuenta de que siempre hay un «qué más» para cada uno de nosotros aquí? Es escritora. El tipo de escritora que no sería publicada fuera. Ella cree que, cuando uno trata con palabras, uno trata con la mente.

El coche giró hacia un camino estrecho, ascendiendo abruptamente hacia una selva de arbustos y pinos. Ella sabía qué esperar cuando vio un letrero hecho a mano clavado en un árbol, con una flecha que señalaba el camino: PUERTO DE BUENA ESPERANZA.

No era un puerto de montaña, era un muro de roca laminada con una compleja cadena de tuberías, bombas y válvulas que subían como una enredadera por sus estrechos salientes, pero tenía en su cresta una enorme placa de madera; y la orgullosa violencia de las letras que anunciaban su mensaje a una maraña infranqueable de helechos y ramas de pino, era más característica, más familiar que las palabras: WYATT OIL.

Era petróleo lo que bajaba en una curva brillante desde la boca de una tubería hasta un tanque al pie del muro, como única confesión de la tremenda lucha secreta dentro de la piedra, como el objetivo no intrusivo de toda la intrincada maquinaria... Pero la maquinaria no parecía la instalación de una torre de perforación de petróleo, y ella sabía que estaba viendo el secreto innato del Puerto de Buena Esperanza; sabía que eso era petróleo extraído de esquisto por algún método que los hombres habían considerado imposible.

Ellis Wyatt estaba de pie en un montículo, mirando la esfera de cristal de un manómetro incrustado en la roca. Vio el coche deteniéndose abajo, y gritó:

—¡Hola, Dagny! ¡Estaré contigo en un minuto!

Había otros dos hombres trabajando con él: un enorme y musculoso trabajador del petróleo, manejando una bomba a media altura en el muro, y un muchacho joven cerca del tanque en el suelo. El joven tenía el pelo rubio y una cara con una pureza de forma poco común. Ella estaba segura de que conocía esa cara, pero no consiguió recordar dónde la había visto. El chico

captó su mirada desconcertada, sonrió y, como para ayudarla, silbó suavemente, casi inaudiblemente, las primeras notas del Quinto Concierto de Halley. Era el joven guardafrenos del Comet.

Ella rio.

—Era el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿a que sí?

—Claro —respondió él—. Pero ¿cree que se lo diría a una esquirola?

—¿A una qué?

—¿Para qué te pago? —preguntó Ellis Wyatt, acercándose; el muchacho se rio entre dientes, lanzándose hacia atrás para agarrar la palanca que había abandonado durante un momento—. Es la señorita Taggart quien no podía despedirte si te escaqueabas en el trabajo. Yo sí puedo.

—Ésa es una de las razones por las que dejé el ferrocarril, señorita Taggart —dijo el muchacho.

—¿Sabías que te lo robé? —dijo Wyatt—. Antes era tu mejor guardafrenos, y ahora es mi mejor engrasador, pero ninguno de los dos se lo va a quedar permanentemente.

—¿Quién va a hacerlo?

—Richard Halley. La música... Es el mejor alumno de Halley.

Ella sonrió.

—Lo sé, éste es un lugar donde uno sólo emplea a aristócratas para los trabajos más despreciables.

—Son todos aristócratas, eso es verdad —dijo Wyatt—, porque saben que no existe ningún trabajo despreciable, sino sólo personas despreciables a quienes no les interesa hacerlo.

El trabajador los estaba observando desde arriba, escuchando con curiosidad. Ella lo miró; parecía un camionero, así que preguntó:

—¿Qué era *usted* allá afuera? ¿Un profesor de filología comparada tal vez?

—No, señora —respondió él—. Era un camionero. —Y añadió—: Pero eso no es lo que quería seguir siendo.

Ellis Wyatt estaba mirando el sitio alrededor de ellos con una especie de orgullo juvenil ansioso por ser reconocido: era el orgullo de un anfitrión en una recepción formal en un salón elegante, y el entusiasmo de un artista en la inauguración de su exposición en una galería. Ella sonrió y preguntó, señalando la maquinaria:

—¿Petróleo de esquisto?

—Ajá.

—¿Es ése el proceso en el que trabajabas para desarrollarlo mientras estabas en la Tierra? —Lo dijo involuntariamente, y se atragantó un poco con sus propias palabras.

Él rio.

—Mientras estaba en el infierno..., sí. Estoy en la Tierra ahora.

—¿Cuánto produces?

—Doscientos barriles por día.

Una nota de tristeza volvió a la voz de ella:

—Es el proceso con el cual una vez quisiste llenar cinco trenes cisterna por día.

—Dagny —dijo él seriamente, señalando su tanque—, un litro de eso vale más que un tren allá en el infierno, porque esto es mío, todo ello, cada gota de él, para gastarlo en nadie más que en mí mismo. —Levantó su mano manchada, mostrando las manchas de grasa como un tesoro, y una gota negra en la punta de su dedo brilló como una gema al sol—. Mío —dijo—. ¿Has dejado que te laven el cerebro hasta hacerte olvidar lo que significa esa palabra, lo que se siente? Deberías darte la oportunidad de reaprenderla.

—Estás escondido en un agujero en medio de la selva —dijo ella con tristeza—, y estás produciendo doscientos barriles de petróleo, cuando podrías haber inundado el mundo con eso.

—¿Para qué? ¿Para alimentar a los saqueadores?

—¡No! Para ganar la fortuna que te mereces.

—Pero soy más rico ahora de lo que lo era en el mundo. ¿Qué es la riqueza sino un medio de expandir la vida de uno? Hay dos formas en que uno puede hacerlo: o produciendo más, o produciéndolo más rápido. Y eso es lo que yo estoy haciendo: estoy fabricando tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy produciendo todo lo que necesito, estoy trabajando para mejorar mis métodos, y cada hora que ahorro es una hora más añadida a mi vida. Yo solía tardar cinco horas para llenar ese tanque. Ahora tardo tres. Las dos que me he ahorrado son mías, tan preciosamente mías como si atrasara mi tumba dos horas más de cada cinco que tengo. Son dos horas liberadas de una tarea, para invertirlas en otra, dos horas más para trabajar,

para crecer, para avanzar. Ésa es la cuenta de ahorros que estoy atesorando. ¿Hay algún tipo de caja fuerte que pueda proteger esta cuenta en el mundo exterior?

—Pero ¿qué espacio tienes para avanzar? ¿Dónde está tu mercado?

Él se rio.

—¿Mercado? Ahora trabajo para usar, no para beneficiar; para *mi* uso, no para el beneficio de los saqueadores. Sólo los que suman a mi vida, no los que la devoran, son mi mercado. Sólo los que producen, no los que consumen, pueden ser el mercado de alguien. Yo trato con los que dan vida, no con caníbales. Si mi petróleo requiere menos esfuerzo para ser producido, les pido menos a los hombres con quienes lo intercambio por las cosas que necesito. Agrego un lapso de tiempo extra a sus vidas con cada litro de petróleo que queman. Y, como son hombres como yo, siguen inventando formas más rápidas de hacer las cosas que hacen, así que cada uno de ellos me otorga un minuto, una hora o un día adicional con el pan que les compro, con la ropa, la madera, el metal... —Miró a Galt—. Un año adicional con cada mes de electricidad que compro. Ése es nuestro mercado y así es como funciona para nosotros; pero ésa no era la forma en que funcionaba en el mundo exterior. ¿Por qué desagüe se derramaron allí nuestros días, nuestras vidas y nuestra energía? ¿Por qué alcantarillado sin fondo, sin futuro, desaparecieron, sin ser pagados? Aquí intercambiamos logros, no fracasos; valores, no necesidades. Estamos libres uno del otro, pero todos crecemos juntos. ¿Riqueza, Dagny? ¿Qué mayor riqueza hay que poseer tu vida y gastarla en crecer? Todo ser vivo debe crecer. No puede quedarse quieto. Debe crecer o perecer. Mira... —Señaló una planta que luchaba por asomar bajo el peso de una roca, un tallo largo y nudoso, contorsionado por una lucha antinatural, con restos amarillos de hojas sin formar y un único brote verde empujado hacia el sol con la desesperación de un último, exhausto e inadecuado esfuerzo—. Eso es lo que nos están haciendo allí en el infierno. ¿Tú me ves a mí sometiéndome a eso?

—No —susurró ella.

—¿Lo ves *a él* sometiéndose? —Señaló a Galt.

—¡Dios, no!

—Entonces no te sorprendas por nada que veas en este valle.

Ella permaneció en silencio cuando siguieron conduciendo. Galt no dijo nada.

En la ladera de una montaña distante, en el denso verdor de un bosque, ella vio un pino inclinarse repentinamente, trazando una curva, como la manecilla de un reloj, y luego derrumbarse abruptamente. Sabía que era un movimiento causado por el hombre.

—¿Quién es el leñador por aquí? —preguntó.

—Ted Nielsen.

El camino se estaba relajando, con curvas más amplias y pendientes menos inclinadas, entre las formas más suaves de las laderas. Ella vio una ladera de color marrón herrumbroso remendada por dos cuadrados de colores verdes desparejos: el verde oscuro y polvoriento de plantas de patatas, y el verde plateado y pálido de coles. Un hombre con una camisa roja estaba conduciendo un pequeño tractor, cortando los hierbajos.

—¿Quién es el magnate de las coles? —preguntó ella.

—Roger Marsh.

Ella cerró los ojos. Pensó en los hierbajos ascendiendo por los escalones de una fábrica cerrada, sobre una lustrosa fachada de azulejos, a varios cientos de kilómetros de distancia, al otro lado de las montañas.

El camino descendía hasta el fondo del valle. Ella vio los tejados del pueblo directamente abajo, y el pequeño y brillante signo del dólar en la distancia al otro extremo. Galt detuvo el coche delante de la primera construcción sobre una cornisa por encima de los tejados, que era un edificio de ladrillos con un ligero y trémulo matiz rojo sobre su chimenea. Casi le sorprendió ver un cartel tan lógico como STOCKTON FOUNDRY sobre su puerta.

Cuando caminó, apoyándose en su bastón, saliendo de la luz del sol y entrando en la penumbra del edificio, el impacto que sintió fue en parte una sensación de anacronismo y en parte nostalgia. Ése era el Este industrial que, en sus últimas horas vividas, parecía haber estado siglos por detrás de ella. Ésa era la antigua visión, la visión familiar, la visión amada de oleadas rojizas alzándose hasta vigas de acero, de chispas brotando explosivamente desde fuentes invisibles, de llamas repentinas atravesando una niebla negra, de moldes de arena brillando con metal blanco. La niebla ocultaba las paredes de la estructura, disolviendo su tamaño; y, por un momento, ésa era la gran fundición muerta en Stockton, Colorado; era Nielsen Motors..., era Rearden Steel.

—¡Hola, Dagny!

El rostro sonriente que se acercó a ella desde la niebla era el de Andrew Stockton, y ella vio una mano sucia extendida hacia ella con un gesto de orgullo confiado, como si captara, en la palma de su mano, toda la visión que ella había tenido en ese momento.

Ella le dio la mano.

—Hola —dijo suavemente, sin saber si estaba saludando al pasado o al futuro. Luego, sacudió la cabeza y añadió—: ¿Cómo es que no estás plantando patatas o fabricando zapatos por ahí? Has seguido en tu propia profesión.

—Oh..., Calvin Atwood, de la Atwood Light and Power Company de la ciudad de Nueva York está haciendo los zapatos. Además, mi profesión es una de las más antiguas y de las más inmediatamente necesarias en cualquier lugar. Aun así, tuve que pelear por ella. Tuve que arruinar a un competidor primero.

—*¿Qué?*

Él sonrió y señaló la puerta de vidrio de una habitación inundada por el sol.

—Ahí está mi competidor arruinado —dijo.

Ella vio a un joven inclinado sobre una mesa larga, trabajando en un modelo complejo para el molde de un taladro. Tenía las manos delgadas y poderosas de un concertista de piano y la sombría cara de un cirujano concentrado en su tarea.

—Es un escultor —dijo Stockton—. Cuando yo llegué, su socio y él tenían una especie de combinación de forja manual y taller de reparaciones. Yo abrí una fundición de verdad y les quité a todos sus clientes. El muchacho no podía hacer el tipo de trabajo que yo hacía, y, en cualquier caso, eso sólo era un negocio temporal para él; la escultura es su verdadero negocio; así que vino a trabajar para mí. Ahora está ganando más dinero de lo que solía ganar en su propia fundición, y también trabajando menos horas. Su socio era químico, así que se dedicó a la agricultura, y ha producido un fertilizante químico que ha doblado algunas de las cosechas por aquí; ¿dijiste patatas? Pues de patatas, concretamente.

—Entonces ¿alguien podría llevarte a ti a la quiebra también?

—Por supuesto. En cualquier momento. Conozco a un hombre que podría hacerlo y que, probablemente, lo hará, cuando llegue aquí. Pero ¡mira!, trabajaría para él hasta como barrendero. Él atravesaría este valle

como un cohete. Triplicaría la producción de todo el mundo aquí.

—¿Quién es ése?

—Hank Rearden.

—Sí —susurró ella—. ¡Por supuesto que sí!

Se preguntó qué fue lo que le había hecho decirlo con tanta certeza. Sintió que la presencia de Hank Rearden en ese valle era imposible, y que, a la vez, ése era su sitio, especialmente suyo, que ése era el lugar de su juventud, de sus inicios, y, al mismo tiempo, el sitio que había estado buscando toda su vida, la tierra prometida que había luchado por alcanzar, la meta de su torturada batalla. Le pareció que las espirales de niebla teñida con las llamas estaban dibujando el tiempo en un extraño círculo, y, mientras un débil pensamiento pasó flotando por su mente como el estandarte de una oración inacabada: «Mantener una juventud inmutable es alcanzar, al final, la visión con la que uno empezó», oyó la voz de un vagabundo en un restaurante, diciendo: «John Galt encontró la fuente de la juventud que él quería traerles a los hombres. Sólo que nunca volvió..., porque descubrió que no podía ser traída aquí abajo».

Un haz de chispas ascendió en la profundidad de la niebla..., y ella vio la espalda ancha de un capataz cuyo brazo hizo el gesto abierto de una señal, dirigiendo alguna tarea invisible. El capataz sacudió la cabeza para dar una orden, y ella consiguió ver momentáneamente su perfil, conteniendo el aliento. Stockton la vio, se rio entre dientes, y gritó en dirección a la niebla:

—¡Eh, Ken! ¡Ven aquí! ¡Hay una vieja amiga tuya!

Ella miró a Ken Danagger al aproximarse. El gran hombre de la industria, a quien ella había tratado tan desesperadamente de retener en su escritorio, ahora estaba vestido con un mono manchado.

—Hola, señorita Taggart. Ya le dije que pronto volveríamos a encontrarnos.

La cabeza de ella cayó hacia delante, como si estuviese asintiendo y saludando, pero su mano se apoyó pesadamente sobre el bastón durante un momento, mientras ella revivió su último encuentro: la hora torturada de espera; luego, la cara suavemente distante en el escritorio, y el pensamiento de una puerta con paneles de vidrio cerrándose detrás de un desconocido.

Fue un momento tan breve que dos de los hombres delante de ella pudieron tomarlo sólo como un saludo, pero fue a Galt a quien ella miró cuando levantó la cabeza, y lo vio mirándola como si él supiera lo que ella sentía..., lo vio a él viendo en la cara de ella cómo había entendido que había sido él quien había salido de la oficina de Danagger aquel día. El rostro de él no le dio nada en respuesta: tenía esa expresión de respetuosa severidad con la que un hombre encara el hecho de que la verdad es la verdad.

—Yo no me lo esperaba —dijo ella suavemente a Danagger—. Nunca esperé volverle a ver.

Danagger estaba mirándola como si ella fuese una niña prometedora que él había descubierto una vez, y ahora se estaba divirtiendo cariñosamente al observarla.

—Lo sé —dijo—. Pero ¿por qué está tan sorprendida?

—Yo... ¡oh, es sólo que es absurdo! —Ella hizo un ademán con el que señaló las ropas de él.

—¿Qué tienen de malo?

—¿Es esto, entonces, el final de su camino?

—¡Qué demonios, no! El principio.

—¿Adónde quiere llegar?

—Minería. Pero no de carbón... De hierro.

—¿Dónde?

Él señaló hacia las montañas.

—Aquí. ¿Ha visto a Midas Mulligan hacer una mala inversión alguna vez? Le sorprendería lo que uno puede encontrar en ese tramo de roca, si uno sabe cómo mirar. Eso es lo que he estado haciendo: mirar.

—¿Y si no encuentra ningún mineral de hierro?

Él se encogió de hombros.

—Hay otras cosas que hacer. Siempre he tenido poco tiempo en mi vida, nunca me ha faltado en qué usarlo.

Ella miró a Stockton con curiosidad.

—¿No estás entrenando a un hombre que podría convertirse en tu competidor más peligroso?

—Es el único tipo de hombre que me gusta contratar. Dagny, ¿has vivido demasiado tiempo entre los saqueadores? ¿Has llegado a pensar que la habilidad de un hombre es una amenaza para otro?

—¡Oh, no! Pero pensé que yo era casi la única persona que quedaba que no pensara eso.

—Cualquier hombre que tiene miedo de contratar la mejor habilidad que puede encontrar es un tramposo que está en un negocio en el que no encaja. Para mí, el hombre más asqueroso de la Tierra, más despreciable aún que un delincuente, es el patrón que rechaza a los hombres por ser demasiado buenos. Eso es lo que yo siempre he pensado y..., dime, ¿de qué te ríes?

Ella lo estaba escuchando con una sonrisa ansiosa e incrédula.

—Es tan sorprendente oírlo —dijo ella—, ¡porque es tan cierto!

—¿Qué otra cosa puede uno pensar?

Ella se rio suavemente.

—Sabes, cuando yo era pequeña, esperaba que todos los hombres de negocios lo pensaran.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces, he aprendido a no esperarlo.

—Pero es lo correcto, ¿no?

—He aprendido a no esperar lo correcto.

—Pero es razonable, ¿no?

—He dejado de esperar lo razonable.

—Eso es lo que uno nunca debe dejar de esperar —dijo Ken Danagger.

Habían vuelto al coche y habían empezado a descender las últimas curvas de la carretera, cuando ella miró a Galt y él se volvió hacia ella de inmediato, como si lo hubiera estado esperando.

—Era usted quien estaba en la oficina de Danagger ese día, ¿no? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y usted sabía, entonces, que yo estaba esperando fuera?

—Sí.

—¿Sabía lo que fue tener que esperar detrás de esa puerta cerrada? —Ella no pudo nombrar la naturaleza de la mirada que él le dirigió. No era lástima, porque ella no parecía ser su objeto; era el tipo de mirada con la que uno mira el sufrimiento, pero no era el sufrimiento de ella lo que él parecía estar viendo.

—Oh, sí —respondió él en voz baja, casi a la ligera.

La primera tienda que apareció en la única calle del valle fue como el repentino signo de un teatro abierto: una caja enmarcada sin fachada, su escenario ambientado con los brillantes colores de una comedia musical: con cubos rojos, círculos verdes y triángulos dorados, que eran cajas de tomates, cestas de lechugas y pirámides de naranjas, y un fondo de lentejuelas donde el sol iluminaba los estantes de envases de metal. El nombre en la marquesina decía: ULTRAMARINOS HAMMOND. Un hombre distinguido en mangas de camisa, con un perfil severo y sienes grises, estaba pesando un trozo de mantequilla para una atractiva joven que estaba en el mostrador, su postura ligera como la de una corista, la falda de su vestido de algodón inflándose ligeramente en el viento, como si fuera un traje de baile. Dagny sonrió involuntariamente, aunque el hombre era Lawrence Hammond.

Las tiendas eran pequeñas estructuras de una sola planta, y, cuando pasaban por delante de ella, captaron nombres familiares en sus carteles, como en los encabezados de las páginas de un libro desgarrado por el movimiento del coche: MULLIGAN GENERAL STORE... ARTÍCULOS DE CUERO ATWOOD... MADERAS NIELSEN; luego, el signo del dólar sobre la puerta de una pequeña fábrica hecha de ladrillos con la inscripción: COMPAÑÍA DE TABACOS MULLIGAN.

—¿Quién más es dueño de esa compañía, además de Midas Mulligan? —preguntó ella.

—El doctor Akston —respondió él.

Había unos cuantos transeúntes, algunos hombres y unas pocas mujeres, y todos caminaban con rapidez y con determinación, como si tuvieran una misión que realizar. Uno tras otro, todos se paraban al ver el coche, saludaban a Galt y la miraban a ella con curiosidad, pero sin sorprenderse al reconocerla.

—¿Han esperado mi presencia aquí durante mucho tiempo? —preguntó ella.

—Lo siguen haciendo —respondió él.

Al borde de la carretera, ella vio una estructura hecha de láminas de cristal unidas por un marco de madera; pero, por un instante, le pareció que era sólo un marco para el cuadro de una mujer, una mujer alta y delicada con el pelo rubio claro y una cara de tal belleza que parecía velada por la distancia, como si el artista hubiera podido simplemente sugerirla, no

hacerla real del todo. En el instante siguiente, la mujer movió la cabeza, y Dagny se dio cuenta de que había personas en las mesas dentro de la estructura —que era una cafetería—, que la mujer estaba detrás del mostrador, y que era Kay Ludlow, la estrella de cine que, una vez vista, nunca podía ser olvidada; la estrella que se había retirado y desaparecido hacía cinco años, para ser reemplazada por chicas de nombres indistinguibles y caras intercambiables. Pero, con el *shock* que le supuso darse cuenta, Dagny pensó en el tipo de películas que se estaban haciendo en esa época, y entonces sintió que trabajar en la cafetería acristalada era más decente para la belleza de Kay Ludlow que un papel en una película que glorificara lo vulgar precisamente por no poseer gloria alguna.

El edificio que vino a continuación era un bloque pequeño y compacto de granito áspero, robusto, sólido, bien construido, las líneas de su masa rectangular tan severamente precisas como los pliegues de una prenda formal de vestir; pero ella vio, como un fantasma apareciendo durante un instante, la larga línea de un rascacielos alzándose entre las espirales de la niebla de Chicago, el rascacielos que una vez había llevado el cartel que ella ahora veía escrito en letras de oro sobre una modesta puerta de madera de pino: MULLIGAN BANK.

Galt redujo la velocidad del coche al pasar delante del banco, como si estuviera resaltando con cursivas ese movimiento de alguna manera especial.

Una pequeña estructura de ladrillo vino a continuación, con el cartel: MULLIGAN MINT; el de la casa de la moneda.

—¿Una casa de la moneda? —preguntó ella—. ¿Qué está haciendo Mulligan con una casa de la moneda?

Galt buscó en su bolsillo y dejó caer dos pequeñas monedas en la palma de la mano de ella. Eran discos en miniatura de oro brillante, más pequeños que centavos, del tipo que no había habido en circulación desde los días de Nat Taggart; llevaban la cabeza de la Estatua de la Libertad en un lado, y las palabras «Estados Unidos de América. Un dólar» en el otro, pero las fechas estampadas en ellos eran de los últimos dos años.

—Ése es el dinero que usamos aquí —dijo—. Lo acuña Midas Mulligan.

—Pero ¿con la autoridad de quién?

—Eso está indicado en la moneda..., en ambos lados de ella.

—¿Qué usan para calderilla?

—Mulligan acuña eso también, en plata. No aceptamos ninguna otra moneda en este valle. No aceptamos nada más que valores *objetivos*.

Ella estaba estudiando las monedas.

—Esto parece... algo como de los albores de la era de mis antepasados.

Él señaló el valle.

—Sí, ¿verdad?

Ella se quedó mirando las dos finas y delicadas lágrimas de oro, casi sin peso, en la palma de su mano, sabiendo que todo el sistema de Taggart Transcontinental había descansado sobre ellas, que ésa había sido la piedra angular que sostenía todas las piedras angulares, todos los arcos, todas las vigas de la vía de Taggart, el Puente Taggart, el Edificio Taggart... Sacudió la cabeza y le devolvió las monedas en su mano.

—No me lo está haciendo más fácil —dijo en voz baja.

—Se lo estoy haciendo lo más difícil posible.

—¿Por qué no lo dice? ¿Por qué no me dice todas las cosas que quiere que yo aprenda?

El gesto del brazo de él señaló el pueblo, la carretera detrás de ellos.

—¿Y qué he estado haciendo? —preguntó él.

Continuaron conduciendo en silencio. Al cabo de un rato, ella preguntó con el tono seco como una indagación estadística:

—¿Qué fortuna ha acumulado Midas Mulligan en este valle?

Él señaló hacia delante.

—Juzgue por usted misma.

El camino estaba serpenteando por tramos de tierra desnivelada hacia las casas del valle. Las casas no estaban alineadas a lo largo de una calle, se extendían a intervalos irregulares sobre las elevaciones y los huecos del suelo; eran pequeñas y sencillas, construidas con materiales locales, en su mayoría granito y pino, con un generoso ingenio de ideas y una gran economía de esfuerzo físico. Cada una de las casas parecía haber sido construida por el trabajo de un solo hombre; no había dos casas iguales, y la única cualidad que tenían en común era el sello de una mente captando un problema y resolviéndolo. Galt señalaba alguna casa de vez en cuando, eligiendo los nombres que ella sabía, y que a ella le sonaban como parte de

una lista de nombres de la bolsa de valores más rica del mundo, o como de una lista de honor: Ken Danagger, Ted Nielsen, Lawrence Hammond, Roger Marsh, Ellis Wyatt, Owen Kellogg, doctor Akston...

La casa del doctor Akston era la última, una pequeña casa de campo con una gran terraza, levantada en la cresta de una ola contra los muros que se elevaban contra las montañas. Su ruta pasó por delante de la casa, y siguió subiendo en espirales por una pendiente ascendente. El pavimento se redujo a un estrecho sendero entre dos paredes de pinos ancianos, con sus troncos altos y rectos presionando contra el firme como una sombría columnata, sus ramas juntándose en la parte de arriba, tragándose el camino en un repentino silencio y crepúsculo. No había marcas de ruedas en la delgada franja de tierra, que parecía sin usar, olvidada; unos cuantos minutos y unas cuantas vueltas parecían haber llevado al coche a miles de kilómetros de un hábitat humano..., y entonces no hubo nada que rompiera la presión de la quietud, excepto una ocasional cuña de luz solar atravesando los troncos en la profundidad del bosque.

La repentina visión de una casa al borde del camino la impactó como el *shock* de un sonido inesperado: construida en soledad, desligada de todos los lazos con la existencia humana, parecía el retiro secreto de un gran desafío o de una gran pena. Era la casa más humilde del valle, una cabaña hecha de troncos de madera castigados en vetas oscuras por las lágrimas de muchas lluvias; sólo sus grandes ventanas soportaban las tormentas con la suave, brillante e intocable serenidad del cristal.

—Esta casa, ¿de quién...? ¡Oh! —Ella contuvo el aliento y volvió la cabeza. Sobre la puerta, iluminado por un rayo de sol, su diseño borroso y desgastado, golpeado suavemente por los vientos de siglos, colgaba el escudo de armas de plata de Sebastián d’Anconia.

Como en respuesta deliberada al involuntario movimiento que ella hizo para escapar, Galt paró el coche delante de la casa. Por un momento, se miraron a los ojos: la mirada de él era una pregunta, una orden, su rostro tenía una franqueza desafiante, una severidad reveladora; ella entendió su propósito, pero no su motivo. Ella obedeció. Apoyándose en su bastón, salió del coche, y se quedó de pie, recta, frente a la casa.

Miró el escudo de plata que había venido desde un palacio de mármol en España hasta una choza en los Andes, y luego hasta una cabaña de troncos en Colorado, el escudo de armas de los hombres que no se someten.

La puerta de la cabaña estaba cerrada con llave, el sol no penetraba en la oscuridad acristalada más allá de las ventanas, y las ramas de pinos colgaban extendidas sobre el tejado como brazos extendidos en protección, en compasión, en solemne bendición. Sin ningún sonido más que el chasquido de una ramita o el sonido de una gota cayendo en algún lugar del bosque durante largos períodos de tiempo, el silencio parecía contener todo el dolor que había estado escondido ahí, pero al que nunca se le había dado voz. Ella estaba de pie, escuchando con un respeto tierno, resignado y sin queja: «Veamos quién va a hacerle un mayor honor..., tú a Nat Taggart, o yo... a Sebastián d'Anconia... ¡Dagny! Ayúdame a quedarme. A negarme. ¡Aunque él tenga razón!».

Se volvió para mirar a Galt, sabiendo que *él* era el hombre contra quien ella no había tenido ninguna ayuda que ofrecer. Él estaba sentado al volante del coche; no la había seguido, ni se había movido para ayudarla, como si quisiera que ella reconociera el pasado y le hubiera respetado la privacidad de su solitario saludo. Ella notó que él seguía sentado como ella lo había dejado, su antebrazo apoyado contra el volante en el mismo ángulo, los dedos de su mano colgando en la misma posición esculpida. Sus ojos la estaban observando, pero eso era lo único que ella podía leer en su rostro: que la había observado con atención, sin moverse.

Cuando se sentó a su lado una vez más, él dijo:

—Ése fue el primer hombre que le quité.

Ella preguntó, con el rostro serio, abierto y silenciosamente desafiante:

—¿Qué sabe usted sobre eso?

—Nada que él me haya dicho con palabras. Todo lo que el tono de su voz me decía cada vez que hablaba de usted.

Ella inclinó la cabeza. Había captado el sonido de sufrimiento en la más leve exageración de lisura en su voz.

Él arrancó el coche, y la explosión del motor hizo estallar la historia contenida en el silencio; siguieron conduciendo.

El camino se ensanchó un poco, fluyendo hacia un estanque de luz solar más adelante. Ella vio un breve destello de cables entre las ramas, mientras conducían hasta llegar a un claro. Una pequeña y discreta construcción se alzaba contra la ladera de una colina, en una cuesta ascendente de terreno rocoso. Era un simple cubo de granito, del tamaño de un cobertizo para herramientas; no tenía ventanas ni aberturas de ningún

tipo, sólo una puerta de acero pulido y un complejo conjunto de antenas de alambre que se ramificaban desde el tejado. Galt estaba pasando de largo, ignorándolo, cuando ella le preguntó de pronto:

—¿Qué es eso?

Ella vio la leve ruptura de su sonrisa.

—La central eléctrica.

—¡Oh, pare, por favor!

Él obedeció, y retrocedió con el coche hasta el pie de la ladera. A ella le bastaron unos pocos pasos para subir la pendiente rocosa y detenerse, como si no hubiera necesidad de avanzar, ningún lugar más alto al que llegar..., y se quedó allí parada como en el momento en que abrió los ojos sobre la tierra del valle, un momento que unía su comienzo a su meta.

Se quedó de pie, mirando el edificio, su consciencia rendida ante una sola visión y una sola emoción sin palabras..., pero siempre había sabido que una emoción era una suma totalizada por una máquina calculadora de la mente, y que lo que ahora sentía era la instantánea totalidad de los pensamientos que ella no tenía que nombrar, la suma final de una larga progresión, como una voz que, por medio de una emoción, le decía: si ella se había aferrado a Quentin Daniels, sin ninguna esperanza de poder usar el motor, sólo por el simple hecho de saber que aquel logro no había muerto en la Tierra; si, como una buceadora lastrada hundiéndose en un océano de mediocridad, bajo la presión de hombres con ojos de gelatina, voces de goma, convicciones en espiral, almas evasivas y manos esquivas, ella había mantenido, como su cabo de salvamento y su tubo de oxígeno, el pensamiento de un logro superlativo de la mente humana; si, al ver los restos del motor, en una súbita bocanada de sofoco, como última protesta naciendo en sus pulmones carcomidos por la corrupción, el doctor Stadler había clamado por algo —no por algo que despreciar, sino que admirar—, y ése había sido el grito, el anhelo y el combustible de la vida de ella; si ella se había movido, llevada por el ímpetu de su juventud, hacia una visión de eficacia limpia, pura y radiante..., entonces ahí estaba, delante de ella, alcanzado y terminado, el poder de una mente incomparable encarnado en una red de cables que relucían pacíficamente bajo un cielo de verano, extrayendo un poder incalculable del espacio y llevándolo al interior secreto de una pequeña choza de piedra.

Ella pensó en ese edificio, cuyo tamaño era la mitad del de un vagón, reemplazando las centrales eléctricas del país, las enormes conglomeraciones de acero, combustible y esfuerzo; pensó en la corriente que fluía de esa estructura, quitando gramos, kilos y toneladas de tensión de los hombros de quienes hicieran uso de ella, añadiendo horas, días y años de tiempo liberado a sus vidas, ya fuese un momento adicional de alguien levantando la cabeza de su tarea para mirar un instante la luz del sol, o un paquete adicional de cigarrillos comprados con el dinero ahorrado de la factura de electricidad, o una hora eliminada de la jornada de todas las fábricas que usasen energía, o un viaje de un mes a través de lo largo y lo ancho del mundo, en un billete pagado por el día de trabajo de uno, en un tren tirado por la potencia de ese motor..., con toda la energía de ese peso, esa tensión y ese tiempo sustituidos y pagados por la energía de una mente única que había sabido cómo hacer que las conexiones de unos cables siguiesen las conexiones de su pensamiento. Pero ella sabía que no había ningún significado en motores ni en fábricas ni en trenes, que su único significado estaba en el disfrute del hombre de su propia vida, a la cual todas esas cosas servían..., y que la gran admiración que crecía dentro de ella al ver un logro era por el hombre de quien provenía, por el poder y la radiante visión dentro de él que habían visto la Tierra como un lugar de disfrute y habían sabido que la tarea de alcanzar la felicidad de uno era el objetivo, la sanción y el significado de la vida.

La puerta de la estructura era una lámina recta y lisa de acero inoxidable, suavemente lustrosa y azulada al sol. Sobre ella, cortada en el granito, como único rasgo de la rectangular austeridad del edificio, había una inscripción: JURO, POR MI VIDA Y MI AMOR A ELLA, QUE JAMÁS VIVIRÉ PARA EL PROVECHO DE OTRO HOMBRE, NI LE PEDIRÉ A OTRO HOMBRE QUE VIVA PARA EL MÍO.

Ella se volvió hacia Galt. Él estaba de pie a su lado; la había seguido, y ella sabía que ese saludo era de él. Ella estaba mirando al inventor del motor, pero lo que veía era la figura relajada e informal de un trabajador en su entorno y su función naturales; ella se dio cuenta de la extraordinaria ligereza de su postura, una forma ingrávida de estar de pie que mostraba un control experto en el uso de su cuerpo, un cuerpo alto, con ropas sencillas: una camisa fina, unos pantalones claros, un cinturón alrededor de una

cintura delgada..., y el cabello suelto que la corriente de un ligero viento hacía brillar como si fuese metal. Ella lo miró igual que había mirado su estructura.

Entonces supo que las dos primeras frases que se habían dicho uno al otro seguían flotando entre ellos, llenando el silencio; que todo lo dicho desde entonces había sido dicho sobre el sonido de esas palabras; que él lo sabía, que lo había mantenido y que no había dejado que ella lo olvidase. Ella se dio cuenta de repente de que estaban solos; aquello fue la consciencia de enfatizar ese hecho, sin permitir más implicaciones, pero manteniendo el significado completo de lo que no había nombrado en ese énfasis especial. Estaban solos en un bosque silencioso, al pie de una estructura que parecía un templo antiguo, y ella sabía qué rito era la forma adecuada de adoración a ser ofrecida en un altar de ese tipo. Sintió una repentina presión en la base de su garganta, su cabeza se inclinó un poco hacia atrás, no más que para sentir el leve cambio de una corriente de aire contra su pelo, pero era como si ella estuviera recostada en el espacio, contra el viento, consciente sólo de las piernas de él y de la forma de su boca. Él estaba de pie observándola, con la cara inmóvil excepto por el leve movimiento de sus párpados estrechándose como si encontrasen una luz demasiado fuerte. Fue como el ritmo de tres instantes; ése fue el primero, y, en el siguiente, ella sintió una punzada de victoria feroz al saber que el esfuerzo y la lucha de él eran aún más difíciles de soportar que los de ella; y luego él movió los ojos y levantó la cabeza para mirar la inscripción en el templo.

Ella lo dejó mirar por un momento, casi como un acto de misericordia condescendiente hacia un adversario que luchaba por reabastecer sus fuerzas; luego, con una nota de imperioso orgullo en su voz, señalando la inscripción, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es el juramento que han hecho todas las personas en este valle, menos usted.

Ella dijo, mirando las palabras:

—Ésa ha sido siempre mi propia regla de vida.

—Lo sé.

—Pero no creo que la suya sea la mejor forma de llevarla a la práctica.

—Entonces tendrá que aprender cuál de nosotros está equivocado.

Ella caminó hasta la puerta de acero de la estructura, con una repentina confianza ligeramente resaltada en los movimientos de su cuerpo, un mero indicio de tensión, nada más que su consciencia del poder que ella tenía por medio del dolor de él; y ella intentó, sin pedir permiso, girar el pomo de la puerta. Pero la puerta estaba cerrada con llave, y ella no sintió ningún temblor bajo la presión de su mano, como si la cerradura estuviera fundida y sellada a la piedra con el sólido acero de la lámina.

—No intente abrir esa puerta, señorita Taggart.

Él se le acercó, sus pasos más bien parsimoniosos, como si estuviera recalcando que él sabía que ella era consciente de cada paso.

—Ninguna cantidad de fuerza física lo conseguirá —dijo—. Sólo un pensamiento puede abrir esa puerta. Si tratara de romperla con los mejores explosivos del mundo, la maquinaria que hay en su interior se desharía en escombros mucho antes de que la puerta cediera. Pero, llegue al pensamiento que ella requiere, y el secreto del motor será suyo, así como... —Fue el primer quiebre que ella percibió en su voz. Él prosiguió—: Así como cualquier otro secreto que desee conocer.

Él la encaró durante un momento, como quedando totalmente expuesto a la total comprensión por parte de ella; luego sonrió de forma extraña y callada ante un pensamiento suyo propio, y añadió:

—Le mostraré cómo se hace.

Dio un paso atrás. Luego, de pie, con el rostro levantado ante las palabras talladas en la piedra, las repitió despacio, con serenidad, como si estuviera prestando ese juramento una vez más. No había emoción en su voz, nada más que la espaciada claridad de los sonidos que pronunciaba con pleno conocimiento de su significado; pero ella sabía que estaba presenciando el momento más solemne que jamás podría presenciar, que estaba viendo el alma desnuda de un hombre y el precio que había pagado por pronunciar esas palabras; estaba oyendo un eco del día en que él había pronunciado ese juramento por primera vez y con pleno conocimiento de los años venideros; ella sabía qué clase de hombre se había enfrentado a seis mil otros en una noche oscura de primavera, y por qué ellos habían tenido miedo de él, sabía que ése era el origen y el núcleo de todas las cosas que le habían sucedido al mundo en los doce años siguientes, sabía que eso

era de suma importancia, mucha más que el motor oculto dentro de la estructura; lo sabía, al sonido de una voz de hombre pronunciando como recordatorio y como dedicación a sí mismo las palabras:

—Juro, por mi vida... y mi amor a ella... que jamás viviré para el provecho de otro hombre... ni le pediré a otro hombre... que viva... para el mío.

No la sobresaltó, no pareció sorprenderla, sino algo casi sin importancia, ver que, al final del último sonido, la puerta se abriese lentamente, sin contacto humano, moviéndose hacia dentro sobre una franja creciente de oscuridad. En el momento en que una luz eléctrica se encendió dentro de la estructura, él agarró el pomo y cerró la puerta, y su cerradura se selló una vez más.

—Es una cerradura de sonido —dijo él; su rostro estaba sereno—. Esa oración es la combinación de sonidos necesarios para abrirla. No me importa decirle ese secreto, porque sé que usted no pronunciará esas palabras hasta que las diga de la forma que yo pretendía que fuesen pronunciadas.

Ella inclinó la cabeza.

—No lo haré.

Ella lo siguió hasta el coche, lentamente, sintiéndose repentinamente demasiado agotada para moverse. Se dejó caer contra el asiento, cerrando los ojos, apenas oyendo el sonido del motor de arranque. La tensión y la conmoción acumulada de sus horas de insomnio la impactaron a la vez, rompiendo la barrera de tensión que sus nervios habían contenido para retrasarla. Se quedó quieta, incapaz de pensar, de reaccionar o de luchar, vacía de todas las emociones, excepto de una.

No dijo nada. No abrió los ojos hasta que el coche se detuvo frente a la casa de él.

—Será mejor que descanse usted —dijo él—, que se vaya a dormir ahora mismo, si quiere asistir a la cena de Mulligan esta noche.

Ella asintió obedientemente. Fue tambaleándose hasta la casa, declinando recibir la ayuda de él. Hizo un esfuerzo para decirle:

—Estaré bien.

Y luego el mismo esfuerzo la ayudó a retirarse hacia la seguridad de su habitación y a aguantar lo suficiente como para cerrar la puerta.

Se desplomó, boca abajo, en la cama. No fue el mero hecho del agotamiento físico. Fue la repentina obsesión de una sensación demasiado intensa como para soportarla. Aunque las fuerzas habían desaparecido de su cuerpo, aunque su mente había perdido la facultad de la consciencia, una única emoción emanaba de lo que le quedaba de energía, de comprensión, de juicio, de control, sin dejarle nada con lo que resistirla o adonde dirigirla, haciéndola incapaz de desear, sólo de sentir, reduciéndola a una mera sensación..., una sensación estática sin principio ni meta. Ella seguía viendo la imagen de él en su mente..., su figura cuando él había estado de pie en la puerta de la estructura..., y no sintió nada más..., ni deseo, ni esperanza, ni evaluación de su sentimiento, ni ningún nombre para ese sentimiento, ni ninguna relación con ella misma; no había ninguna entidad que fuese ella misma, ella no era una persona, sólo una función, la función de verlo a él, y esa visión era su propio significado y propósito, sin ningún final más allá que alcanzar.

Con la cara enterrada en la almohada, ella recordó vagamente, como una leve sensación, el momento de su despegue desde la pista iluminada del aeródromo de Kansas. Sintió el ritmo del motor, la racha del movimiento acelerado ganando potencia en línea recta hacia un único objetivo... Y, en el momento en que las ruedas dejaron el suelo, ella se quedó dormida.

El suelo del valle era como un estanque que aún reflejaba el resplandor del cielo, pero la luz se estaba espesando de oro a cobre, las orillas se estaban desvaneciendo, y los picos eran de color azul humo, cuando se dirigieron a la casa de Mulligan.

No quedaba ningún rastro de agotamiento en su comportamiento, ni ningún remanente de violencia. Se había despertado al anochecer; al salir de su habitación había encontrado a Galt esperando, sentado inmóvil a la luz de una lámpara. Él la había mirado; ella se había quedado en la puerta, con la cara tranquila, el pelo arreglado, su postura relajada y confiada; tenía el aspecto que habría tenido en el umbral de su oficina en el Edificio Taggart, excepto por el ligero ángulo de su cuerpo al apoyarse en un bastón. Él se quedó sentado y mirándola durante un momento, y ella se preguntó por qué

estaba segura de que ésa era la imagen que él estaba viendo: estaba viendo la puerta de su oficina, como si fuera una visión durante mucho tiempo imaginada y prohibida.

Estaba sentada al lado de él en el coche, sin sentir deseos de hablar, sabiendo que ninguno de los dos podía ocultar el significado de su silencio. Ella vio cómo se encendían algunas luces en las casas más distantes del valle, y luego vio las ventanas iluminadas de la casa de Mulligan en la cornisa delante de ellos. Preguntó:

—¿Quién va a estar ahí?

—Algunos de sus últimos amigos —respondió él—, y algunos de mis primeros.

Midas Mulligan los recibió en la puerta. Ella notó que su rostro sombrío y cuadrado no era tan ásperamente inexpresivo como ella había pensado: tenía una expresión de satisfacción, pero la satisfacción no podía suavizar sus rasgos, simplemente los golpeaba como pedernal y lanzaba chispas de humor que brillaban levemente en sus ojos, un humor que era más astuto, más exigente y, sin embargo, más cálido que una sonrisa.

Abrió la puerta de su casa, moviendo su brazo un poco más despacio de lo normal, dando un énfasis imperceptiblemente solemne a su gesto. Al entrar en la sala de estar, ella se vio frente a siete hombres que se pusieron de pie a su entrada.

—Caballeros..., Taggart Transcontinental —dijo Midas Mulligan. Lo dijo sonriendo, pero sólo medio bromeando; una cierta calidad en su voz hizo que el nombre del ferrocarril sonara como habría sonado en los días de Nat Taggart, como un sonoro título de honor.

Ella inclinó la cabeza, despacio, en reconocimiento a los hombres que tenía delante, sabiendo que ésos eran los hombres cuyas normas de valor y de honor eran las mismas que las suyas, los hombres que reconocían la gloria de ese título igual que ella lo reconocía, sabiendo, con una repentina punzada de nostalgia, cuánto ella había echado de menos ese reconocimiento a lo largo de todos sus años.

Sus ojos se movieron lentamente, como un saludo, de una cara a otra: Ellis Wyatt, Ken Danagger, Hugh Akston, el doctor Hendricks, Quentin Daniels..., y la voz de Mulligan pronunció los nombres de los otros dos:

—Richard Halley, el juez Narragansett.

El atisbo de sonrisa en la cara de Richard Halley pareció decirle que ellos se habían conocido desde hacía años..., como, en las solitarias tardes de ella al lado de su tocadiscos, lo habían hecho. La austeridad de la figura de pelo blanco del juez Narragansett le recordó que una vez había oído que lo describían como una estatua de mármol..., una estatua de mármol con los ojos vendados; era el tipo de figura que había desaparecido de las salas de los tribunales del país cuando las monedas de oro habían desaparecido de las manos del país.

—Usted ha pertenecido aquí desde hace mucho tiempo, señorita Taggart, —dijo Midas Mulligan—. Ésta no era la forma en que esperábamos que viniera, pero... ¡bienvenida a casa!

«¡No!», habría querido responder ella, pero se oyó a sí misma respondiendo suavemente:

—Gracias.

—Dagny, ¿cuántos años te llevará aprender a ser tú misma? —Era Ellis Wyatt, cogiéndola por el codo, llevándola a una silla, haciendo una mueca ante su expresión de impotencia, ante la lucha entre una sonrisa y una resistencia tensa en su rostro—. No finjas no entendernos. Nos entiendes.

—Nosotros nunca hacemos afirmaciones, señorita Taggart —dijo Hugh Akston—. Ése es el crimen moral propio de nuestros enemigos. Nosotros no decimos..., *mostramos*. No afirmamos..., *demostramos*. No es su obediencia lo que buscamos ganar, sino su convicción racional. Usted ha visto todos los elementos de nuestro secreto. La conclusión a la que pueda llegar ahora es su decisión; nosotros podemos ayudarla a nombrarla, pero no a aceptarla; la visión, el conocimiento y la aceptación deben ser suyos.

—Me siento como si lo supiera —respondió ella simplemente—; es más: siento que siempre lo he sabido, pero nunca lo encontré, y ahora tengo miedo; pero no tengo miedo de oírlo, sólo tengo miedo de que se esté acercando tanto.

Akston sonrió.

—¿Qué le parece esto a usted, señorita Taggart? —hizo un gesto señalando la habitación.

—¿Esto? —Ella se rio, de repente, mirando las caras de los hombres contra la dorada explosión de rayos de sol que llenaban las grandes ventanas—. Esto parece... ¿Saben?, nunca esperé volver a ver a ninguno de

ustedes de nuevo, me preguntaba a veces cuánto daría por verlos sólo un instante o cruzar con ustedes una palabra más; y, ahora..., ahora es como ese sueño que te imaginas en la infancia, cuando crees que algún día, en el cielo, verás a esos grandes difuntos a quienes no habías visto en la Tierra, y eliges, de todos los siglos pasados, a los grandes hombres con los que te gustaría encontrarte.

—Bueno, ésa es una pista a la naturaleza de nuestro secreto —dijo Akston—. Pregúntese si el anhelo por el cielo y la grandeza debería estar esperándonos en nuestras tumbas..., o si debería ser nuestro aquí y ahora y en esta Tierra.

—Lo sé —susurró ella.

—Y si se encontrara con todos esos grandes hombres en el cielo —preguntó Ken Danagger—, ¿qué le gustaría decirles?

—Sólo..., bueno, sólo «hola», supongo.

—Eso no es todo —dijo Danagger—. Hay algo que a usted le gustaría oír de sus labios. Yo no lo sabía tampoco, hasta que lo vi a él por primera vez —señaló a Galt—, y me lo dijo; y entonces supe qué era lo que yo había echado de menos toda mi vida. Señorita Taggart, usted querría que ellos la miraran y le dijeran: «Bien hecho». —Ella dejó caer la cabeza y asintió en silencio, con la cabeza baja, para no ver el repentino brote de lágrimas en sus ojos—. Pues, muy bien, entonces..., ¡bien hecho, Dagny!, bien hecho, demasiado bien; y ahora es el momento de que descanse de esa carga que ninguno de nosotros debería haber tenido que soportar jamás.

—Cállate —dijo Midas Mulligan, mirando la cabeza inclinada de ella con ansiosa preocupación.

Pero ella levantó la cabeza, sonriendo.

—Gracias —le dijo a Danagger.

—Si hablas de descansar, entonces déjala descansar —dijo Mulligan —. Ha tenido demasiado para un día.

—No. —Ella sonrió—. Adelante, díganlo, sea lo que sea.

—Más tarde —dijo Mulligan.

Fueron Mulligan y Akston quienes sirvieron la cena, con Quentin Daniels ayudándoles. La sirvieron en pequeñas bandejas de plata, que eran colocadas en los brazos de los sillones, y todos se sentaron en la sala, con el fuego del cielo desvaneciéndose en las ventanas y las chispas de luz eléctrica brillando en las copas de vino. Había un aire de lujo en la sala,

pero era el lujo de la simplicidad de los expertos; ella se dio cuenta de los costosos muebles, cuidadosamente seleccionados por su comodidad, comprados en algún lugar en un momento en el que el lujo aún era un arte. No había objetos superfluos, pero ella reparó en un pequeño lienzo de un gran maestro del Renacimiento, que valía una fortuna; reparó en una alfombra oriental de una textura y un color que pertenecían a un lugar protegido bajo cristal en algún museo. Ése era el concepto de riqueza de Mulligan, pensó, la riqueza de selección, no de acumulación.

Quentin Daniels estaba sentado en el suelo, con la bandeja en sus rodillas; parecía estar completamente en casa, y la miraba a ella de vez en cuando, haciendo muecas como un descarado hermano pequeño que le había ganado a ella con un secreto que ella aún no había descubierto. La había precedido en su llegada al valle unos diez minutos, pensó ella, pero él era uno de ellos, mientras que ella aún era una extraña.

Galt estaba sentado a un lado, detrás del círculo de luz de la lámpara, en el brazo del sillón del doctor Akston. No había dicho una palabra; había dado un paso atrás para dejársela a los demás, y se había quedado mirándolo todo como un espectáculo en el que él ya no tenía ningún papel que hacer. Pero los ojos de ella no paraban de volver hacia él, atraídos por la certeza de que el espectáculo era de su elección y tenía su puesta en escena, que él lo había puesto en movimiento hacía mucho tiempo, y que todos los demás lo sabían, igual que ella lo sabía.

Se dio cuenta de otra persona que era muy consciente de la presencia de Galt: Hugh Akston lo miraba de vez en cuando, involuntariamente, casi subrepticiamente, como si luchara por no confesar la soledad de una larga separación. Akston no le habló, como si diera su presencia por sentada. Pero, una vez, cuando Galt se inclinó hacia delante y un mechón de pelo le cayó sobre la cara, Akston extendió la mano y se lo apartó, su mano quedándose un instante imperceptible en la frente de su alumno: era la única ruptura de emoción que se permitió, el único saludo; era el gesto de un padre.

Ella se encontró hablando con los hombres que la rodeaban, relajándose cómodamente con una trivial alegría. Pensó que lo que sentía no era tensión, era un leve asombro ante la tensión que ella debería sentir, pero que no sentía; la anormalidad de todo eso era que parecía tan normal y tan simple.

Apenas se daba cuenta de sus preguntas, mientras hablaba con un hombre tras otro, pero las respuestas de ellos estaban grabando un registro en su mente, avanzando frase tras frase hacia una meta.

—¿El Quinto Concierto? —dijo Richard Halley, en respuesta a su pregunta—. Lo escribí hace diez años. Lo llamamos el Concierto de Liberación. Gracias por reconocerlo a partir de sólo unas cuantas notas silbadas en la noche... Sí, lo sé todo sobre eso... Sí, puesto que usted conocía mi trabajo, sabría, cuando lo escuchó, que ese concierto decía todo lo que yo había estado luchando por decir y por alcanzar. Está dedicado a él. —Señaló a Galt—. Bueno, no, señorita Taggart, no he abandonado la música. ¿Qué le hace pensar eso? He escrito más en los últimos diez años que en cualquier otro período de mi vida. Tocaré para usted, cualquiera de mis obras, cuando venga a mi casa... No, señorita Taggart, no será publicado fuera. Ni una sola nota de ellas será oída más allá de estas montañas.

—No, señorita Taggart, yo no he abandonado la medicina —dijo el doctor Hendricks, en respuesta a su pregunta—. He pasado los últimos seis años investigando. He descubierto un método para proteger los vasos sanguíneos del cerebro de esa ruptura fatal conocida como infarto cerebral. Eliminará de la existencia humana la terrible amenaza de una parálisis repentina. No, ni una palabra de mi método será oído fuera.

—¿La ley, señorita Taggart? —dijo el juez Narragansett—. ¿Qué ley? Yo no la abandoné; ha dejado de existir allí. Pero yo sigo trabajando en la profesión que elegí, la de servir a la causa de la justicia. No, la justicia no ha dejado de existir. ¿Cómo podría hacerlo? Es posible que los hombres abandonen su visión de ella, y entonces es la justicia la que los destruye a ellos. Pero no es posible que la justicia deje de existir, porque uno es un atributo de lo otro, porque la justicia es el acto de reconocer lo que existe... Sí, continúo en mi profesión. Estoy escribiendo un tratado sobre la filosofía del derecho. Demostraré que la maldad más oscura de la humanidad, la máquina de horror más destructiva entre todos los inventos de los hombres, es la ley no objetiva... No, señorita Taggart, mi tratado no se publicará fuera.

—¿Mi negocio, señorita Taggart? —dijo Midas Mulligan—. Mi negocio es la transfusión de sangre, y lo sigo haciendo. Mi trabajo es alimentar con un combustible vital a las plantas que son capaces de crecer.

Pero pregúntele al doctor Hendricks si alguna cantidad de sangre salvará a un cuerpo que se niega a funcionar, a un cuerpo podrido que espera existir sin esfuerzo. Mi banco de sangre es oro. El oro es un combustible que hará maravillas, pero ningún combustible puede funcionar donde no haya un motor... No, no he abandonado. Simplemente me harté del trabajo de dirigir un matadero, donde uno drena sangre de seres vivos sanos para bombearla a cuerpos medio cadavéricos y sin entrañas.

—¿Abandonado? —dijo Hugh Akston—. Verifique sus premisas, señorita Taggart. Ninguno de nosotros ha abandonado. Es el mundo el que lo ha hecho... ¿Qué tiene de malo un filósofo que dirige un restaurante al borde de la carretera… o una fábrica de cigarrillos, como estoy haciendo ahora? Todo trabajo es un acto de filosofía. Y, cuando los hombres aprendan a considerar el trabajo productivo, y aquello que es su fuente, como el estándar de sus valores morales, entonces alcanzarán el estado de perfección que es el derecho de nacimiento que perdieron... ¿La fuente del trabajo? La mente del hombre, señorita Taggart, la mente razonadora del hombre. Estoy escribiendo un libro sobre ese tema, definiendo una filosofía moral que aprendí de mi propio alumno... Sí, podría salvar al mundo... No, no será publicado fuera.

—¿Por qué? —gritó ella—. ¿Por qué? ¿Qué están haciendo todos ustedes?

—Estamos en huelga —dijo John Galt.

Todos se volvieron hacia él, como si hubieran estado esperando su voz y esa palabra. Ella oyó el vacío ritmo del tiempo dentro de ella, que era el repentino silencio de la sala, mientras lo miraba a través de un lapso de luz de la lámpara. Él estaba sentado informalmente, inclinado hacia delante sobre el brazo de un sillón, con el antebrazo en sus rodillas, la mano colgando ociosamente..., y fue la leve sonrisa en su rostro la que le dio a sus palabras el sonido mortal de lo irrevocable:

—¿Por qué tiene eso que parecer tan sorprendente? Hay sólo un tipo de hombres que nunca han estado en huelga en la historia humana. Todos los demás tipos y clases han parado, cuando han querido, y le han presentado demandas al mundo, argumentando que son indispensables..., todos, menos los hombres que han cargado al mundo sobre sus hombros, que lo han mantenido vivo, que han soportado tortura como único pago, pero nunca han abandonado a la raza humana. Bueno, les ha llegado su

turno. Que el mundo descubra quiénes son, qué hacen, y qué pasa cuando ellos se niegan a funcionar. Ésta es la huelga de los hombres de la mente, señorita Taggart. Es la mente en huelga.

Ella no se movió, excepto por los dedos de su mano, que se movieron lentamente por su mejilla hasta su sien.

—A través de todas las épocas —dijo él—, la mente ha sido considerada malvada; y todo tipo de insulto..., desde hereje hasta materialista o explotador, todo tipo de iniquidad..., desde el exilio hasta la privación de capacidades o la expropiación, todo tipo de tortura..., desde las burlas hasta los suplicios o los pelotones de fusilamiento..., todo ello ha sido impuesto sobre quienes asumieron la responsabilidad de mirar el mundo a través de los ojos de una consciencia viviente y realizar el acto crucial de una conexión racional. Sin embargo, sólo en la medida en que, engrilletados, en mazmorras, en rincones escondidos, en las celdas de filósofos, en las tiendas de comerciantes..., algunos hombres siguieron pensando, sólo en esa medida fue la humanidad capaz de sobrevivir. A lo largo de todos los siglos de adoración a lo irracional, cualquier estancamiento que la humanidad decidió aguantar, cualquier brutalidad que practicar..., fue sólo gracias a los hombres que percibieron que el trigo debe tener agua para crecer, que piedras colocadas formando una curva formarán un arco, que dos y dos son cuatro, que el amor no se sirve de la tortura, y que la vida no es alimentada por la destrucción... Sólo gracias a esos hombres consiguieron el resto de ellos aprender a experimentar momentos en los que captaron la chispa de ser humanos, y sólo la suma de tales momentos fue lo que les permitió seguir existiendo. Fue el hombre de la mente quien les enseñó a hornear su pan, a curar sus heridas, a forjar sus armas, y a construir las cárceles en las que lo arrojaron a él. Él era el hombre de energía extravagante..., y de generosidad temeraria, que sabía que el estancamiento no es el destino del hombre, que la impotencia no es su naturaleza, que el ingenio de su mente es su poder más noble y más gozoso; y en servicio a ese amor por la existencia que él era el único capaz de sentir, siguió trabajando, trabajando a cualquier precio, trabajando para sus despojadores, para sus carceleros, para sus torturadores..., pagando con su vida por el privilegio de salvar las de ellos. Ésa fue su gloria y su culpa, dejar que ellos le enseñaran a sentirse culpable por la gloria de él mismo, a aceptar el papel de un animal sacrificial y, como castigo por el pecado de la

inteligencia, a perecer en los altares de los brutos. El trágico chiste en la historia humana es que, en todos los altares que los hombres erigieron, siempre fue al hombre al que inmolaron y al animal al que consagraron. Siempre fueron los atributos del animal, no los del hombre, los que la humanidad adoró: el ídolo del instinto y el ídolo de la fuerza, los místicos y los reyes; los místicos, que anhelaban una consciencia irresponsable y gobernaban por medio de la afirmación de que sus oscuras emociones eran superiores a la razón, que el conocimiento llegaba en ataques ciegos y sin causa, para ser ciegamente seguidos, no dudados...; y los reyes, que gobernaban por medio de garras y músculos, con la conquista como su método y el saqueo como su objetivo, con un mazo o un arma como única autoridad de su poder. Los defensores del alma del hombre estaban preocupados por sus sentimientos, y los defensores del cuerpo del hombre estaban preocupados por su estómago..., pero ambos estaban unidos contra su mente. Y, sin embargo, nadie, ni el más bajo de los humanos, es capaz de renunciar completamente a su cerebro. Nadie ha creído jamás en lo irracional; en lo que sí que creen es en lo injusto. Cuando un hombre denuncia a la mente es porque su objetivo es de una naturaleza tal que la mente no le permitiría que él lo confesase. Cuando predica contradicciones, lo hace sabiendo que alguien aceptará la carga de lo imposible, alguien hará que funcione para él al precio de su propio sufrimiento o de su vida; la destrucción es el precio de cualquier contradicción. Son las víctimas las que han hecho posible la injusticia. Son los hombres de la razón los que han hecho posible que el gobierno de los brutos funcione. El despojo de la razón ha sido el motivo de todos los credos antirazón en la Tierra. Despojar o privar de la capacidad ha sido el objetivo de todos los credos que predicaban el autosacrificio. Los despojadores siempre lo han sabido. Nosotros no. Ha llegado el momento de que lo veamos. Lo que ahora se nos pide que adoremos, lo que una vez había sido disfrazado como Dios o como rey, es la figura desnuda, retorcida y sin mente del incompetente humano. Ése es el nuevo ideal, la meta a la que aspirar, el objetivo por el que vivir, y todos los hombres han de ser recompensados de acuerdo con cuánto se aproximen a él. Ésta es la edad del hombre común, nos dicen, un título que cualquier hombre puede reclamar en la medida de la distinción que no haya conseguido lograr. Él será elevado a un rango de nobleza por el esfuerzo que no haya conseguido realizar, será honrado por la virtud que no haya

mostrado, y será pagado por los bienes que no haya producido. Pero nosotros..., nosotros, que debemos expiar la culpa de nuestra habilidad, trabajaremos para sustentarlo como él ordena, con su placer como nuestra única recompensa. Como nosotros somos los que más tenemos para contribuir, seremos los que menos tendremos que decir. Como tenemos la mayor capacidad para pensar, no se nos permitirá ningún pensamiento propio. Como tenemos el juicio para actuar, no se nos permitirá ninguna acción que nosotros elijamos. Nosotros trabajaremos bajo directivas y controles emitidos por aquellos que son incapaces de trabajar. Ellos dispondrán de nuestra energía, porque ellos no tienen ninguna que ofrecer; y dispondrán de lo que nosotros produzcamos, porque ellos son incapaces de producir. ¿Dice que eso es imposible, que no es posible que funcione? Ellos lo saben, pero es usted quien no lo sabe..., y están contando con que usted no lo sepa. Cuentan con que usted continúe, con que trabaje hasta el límite de lo inhumano, y que los alimente mientras usted aguante; y cuando se desplome, habrá otra víctima comenzando y alimentándolos, mientras lucha por sobrevivir..., y la duración de cada víctima subsiguiente será más corta, y, mientras usted muere para dejarles un ferrocarril, su último descendiente en espíritu morirá para dejarles una barra de pan. Eso no les preocupa a los saqueadores del momento. Su plan, como todos los planes de todos los saqueadores de la realeza del pasado, es sólo que el botín les dure toda su vida. Siempre les ha durado antes, porque, en una generación, ellos no podían quedarse sin víctimas. Pero, esta vez..., esta vez no durará. Las víctimas están en huelga. Estamos en huelga contra el martirio y contra el código moral que lo exige. Estamos en huelga contra aquellos que creen que un hombre debe existir para el provecho de otro. Estamos en huelga contra la moralidad de caníbales, sea practicada en cuerpo o en espíritu. No trataremos con los hombres en términos que no sean los nuestros, y nuestros términos son un código moral que afirma que el hombre es un fin en sí mismo y no el medio para ningún fin de otros. No buscamos imponerles nuestro código a ellos. Son libres de creer lo que les venga en gana. Pero, por una vez, tendrán que creerlo y existir... sin nuestra ayuda. Y, de una vez por todas, aprenderán el significado de su credo. Ese credo ha durado siglos exclusivamente por la permisión de las víctimas..., mediante la aceptación de las víctimas a ser castigadas por desobedecer un código imposible de practicar. Pero ese código estaba hecho para ser desobedecido. Es un código

que prospera, no en quienes lo observan, sino en quienes no lo hacen, es una moralidad mantenida en existencia, no por la virtud de sus santos, sino por la gracia de sus pecadores. Hemos decidido no seguir siendo pecadores. Hemos dejado de aceptar ese código moral. Lo erradicaremos de la existencia para siempre usando el único método que ese código no puede aguantar: obedeciéndolo. Lo estamos obedeciendo. Lo estamos acatando. Al tratar con nuestros semejantes, estamos observando su código de valores al pie de la letra y evitándoles todas las maldades que ellos denuncian. ¿La mente es malvada? Hemos retirado los trabajos de nuestras mentes de la sociedad, y ni una sola idea nuestra va a ser conocida o usada por los hombres. ¿La habilidad es una maldad egoísta que no les deja ninguna oportunidad a quienes son menos hábiles? Nos hemos retirado de la competencia y hemos dejado todas las oportunidades abiertas para los incompetentes. ¿La búsqueda de la riqueza es codicia, la raíz de todo mal? Nosotros ya no buscamos hacer fortunas. ¿Es malvado ganar más que el sustento básico de uno? No aceptamos nada más que los trabajos más humildes, y producimos, por el esfuerzo de nuestros músculos, no más de lo que consumimos para nuestras necesidades inmediatas, sin que sobre ni un centavo ni un pensamiento original que pueda dañar al mundo. ¿Es malvado tener éxito, puesto que el éxito está hecho por los fuertes a costa de los débiles? Hemos dejado de cargar a los débiles con nuestra ambición, y los hemos dejado libres para que prosperen sin nosotros. ¿Es malvado ser un empleador? No tenemos empleos que ofrecer. ¿Es malo poseer propiedad? No poseemos nada. ¿Es malo disfrutar de la existencia de uno en este mundo? No hay forma de disfrute que nosotros busquemos en su mundo, y, para nosotros, eso fue lo más difícil de lograr; lo que ahora sentimos por su mundo es esa emoción que ellos predican como un ideal: la indiferencia, la nada, el cero, la marca de la muerte. Les estamos dando a los hombres todo lo que ellos han profesado querer y buscar como virtud durante siglos. Ahora, que vean si es eso lo que quieren.

—¿Fue usted quien comenzó esta huelga? —preguntó ella.

—Yo fui.

Él se levantó, quedándose de pie, con las manos en los bolsillos, su cara en la luz..., y ella lo vio sonreír con el gesto divertido, relajado e implacable de la certeza.

—Hemos oído hablar tanto sobre huelgas —dijo él—, y sobre la dependencia que tiene el hombre poco común del hombre común. Hemos oído gritar que el empresario es un parásito, que sus trabajadores lo sustentan, que crean su riqueza, que hacen posible sus lujos..., y ¿qué pasaría con él si ellos se marcharan? Muy bien. Yo propongo mostrarle al mundo quién depende de quién, quién sustenta a quién, quién es la fuente de riqueza, quién hace posible los medios de vida de quién..., y qué le pasa a uno cuando el otro se va.

Las ventanas se habían convertido en hojas de oscuridad, reflejando los puntos de cigarrillos encendidos. Él cogió un cigarrillo de una mesa a su lado, y, en la llama de un fósforo, ella vio el breve destello de oro del signo del dólar entre sus dedos.

—Yo renuncié, me uní a él y me declaré en huelga —dijo Hugh Akston—, porque no podía compartir mi profesión con hombres que afirman que el requisito para ser un intelectual consiste en negar la existencia del intelecto. La gente no contrataría a un fontanero que intentara demostrar su excelencia profesional afirmando que no existe tal cosa como la fontanería, pero, por lo visto, los mismos estándares de precaución no se consideran necesarios para los filósofos. Yo aprendí de mi propio alumno, sin embargo, que era yo quien hacía eso posible. Cuando los pensadores aceptan a quienes niegan la existencia del pensamiento, cuando los aceptan como colegas pensadores de una escuela de pensamiento diferente, son ellos quienes logran la destrucción de la mente. Ellos le conceden la premisa básica al enemigo, otorgando así la sanción de la razón a una demencia oficial. Una premisa básica es un absoluto que no permite la cooperación con su antítesis y no tolera la tolerancia. De la misma forma y por la misma razón que un banquero no puede aceptar y usar dinero falso, concediéndole la sanción, el honor y el prestigio de su banco, igual que él no puede conceder la demanda de tolerancia del falsificador como una mera diferencia de opinión, así tampoco puedo yo concederle el título de filósofo al doctor Simon Pritchett ni competir con él por las mentes de los hombres. El doctor Pritchett no tiene nada que depositar en la cuenta de la filosofía, excepto su intención declarada de destruirla. Él busca aprovecharse, por medio de negarlo, del poder de la razón entre los hombres. Busca estampar la marca de la razón en los planes de sus amos saqueadores. Busca usar el prestigio de la filosofía para comprar la esclavitud del pensamiento. Pero

ese prestigio es una cuenta que puede existir sólo mientras yo esté allí para firmar los cheques. Que lo haga sin mí. Que él, y quienes le confían las mentes de sus hijos, tengan exactamente lo que exigen: un mundo de intelectuales sin intelecto y de pensadores que proclaman que no pueden pensar. Yo lo estoy concediendo. Estoy cumpliendo. Y cuando vean la realidad absoluta de su mundo no absoluto, yo no estaré allí y no seré yo quien pague el precio de sus contradicciones.

—El doctor Akston renunció bajo el principio de banca sólida —dijo Midas Mulligan—. Yo renuncié bajo el principio del amor. El amor es la mayor forma de reconocimiento que uno le otorga a valores superlativos. Fue el caso de Hunsacker lo que me hizo renunciar; fue el caso en el que un tribunal de justicia me ordenó honrar, como un derecho primordial a los fondos de mis depositantes, la demanda de quienes ofrecerían pruebas de que no tenían derecho a exigirlo. Me ordenaron darles un dinero ganado por unos hombres a un caradura miserable cuya única reivindicación consistía en su incapacidad para ganarlo. Yo nací en una granja. Yo sabía lo que significaba el dinero. He tratado con muchos hombres en mi vida. Los he visto crecer. Hice mi fortuna al ser capaz de detectar a cierto tipo de hombre. El tipo que nunca te pidió fe, esperanza y caridad, sino que te ofreció hechos, pruebas y beneficios. ¿Usted sabía que yo invertí en el negocio de Hank Rearden en el momento en que estaba ascendiendo, cuando acababa de salir de Minnesota para comprar los altos hornos en Pensilvania? Pues, cuando miré esa orden judicial en mi escritorio, tuve una visión. Vi una imagen, y la vi tan claramente que cambió el aspecto de todo para mí. Vi los ojos y el rostro brillante del joven Rearden, como era cuando lo conocí por primera vez. Lo vi tendido al pie de un altar, con su sangre cayendo hasta el suelo, y el que había en ese altar era Lee Hunsacker, con los ojos hinchados de legañas, quejándose de que nunca había tenido una oportunidad. Es curioso lo simples que se vuelven las cosas una vez que las ves claramente. No fue difícil para mí cerrar el banco e irme: yo no dejaba de ver, por primera vez en mi vida, qué era por lo que había vivido y lo que había amado.

Ella miró al juez Narragansett.

—Usted renunció por el mismo caso, ¿no?

—Sí —dijo el juez Narragansett—. Renuncié cuando el tribunal de apelaciones revocó mi decisión. El objetivo por el que yo elegí mi trabajo fue mi propósito de ser un guardián de la justicia. Pero las leyes que me pidieron que hiciera cumplir me convirtieron en el ejecutor de la injusticia más vil que uno puede concebir. Me pidieron que usara la fuerza para violar los derechos de hombres desarmados que acudían a mí buscando que yo protegiera sus derechos. Los litigantes obedecen el veredicto de un tribunal sólo habiendo aceptado la premisa de que hay una regla *objetiva* de conducta que ambos aceptan. Entonces vi que un hombre estaba obligado a cumplirla y otro no; que uno tenía que obedecer una regla mientras que el otro podía afirmar un deseo arbitrario, su *necesidad*, y que la ley iba a estar de parte del deseo. La justicia consistiría en defender lo injustificable. Renuncié, porque no podría haber soportado oír las palabras «su señoría» dirigidas a mí por un hombre honrado.

Los ojos de ella se movieron lentamente a Richard Halley, como si estuviera a la vez suplicando y temiendo oír su historia. Él sonrió.

—Yo habría perdonado a los hombres por mi lucha —dijo Richard Halley—. Fue su visión de mi éxito lo que no pude perdonar. Yo no había sentido ningún odio durante todos los años que me rechazaron. Si mi trabajo era nuevo, tenía que darles tiempo para que aprendieran; si yo me enorgullecía de ser el primero en abrir un camino hasta mi propio nivel, yo no tenía derecho a quejarme si los demás eran lentos para seguirlo. Eso es lo que yo me dije a mí mismo durante todos esos años..., excepto algunas noches, cuando ya no podía ni esperar ni creer, cuando gritaba «¿por qué?» sin esperar respuesta. Y, entonces, la noche en la que decidieron vitorearme, estaba allí de pie frente a ellos en el escenario de un teatro, pensando que ése era el momento al que yo había luchado por llegar, deseando sentirlo, pero sin sentir nada. Estaba viendo todas las otras noches que había pasado, oyendo el «¿por qué?» que aún no tenía respuesta..., y sus vítores parecían tan vacíos como sus desaires. Si hubieran dicho: «Lamentamos haber tardado tanto en llegar, gracias por esperar»; entonces yo no habría pedido nada más, y ellos podrían haber conseguido cualquier cosa que yo tuviera que darles. Pero lo que vi en sus caras, y en la forma en que hablaron al agolparse para elogiarme, fue lo que había oído que les predicaban a los artistas, sólo que yo nunca creí que alguien humano pudiera decir eso de verdad. Parecían decir que ellos no me debían nada, que su sordera me

había proporcionado a mí un objetivo moral, que había sido mi deber luchar, sufrir, aguantar..., por el bien de ellos, cualquier burla, desprecio, injusticia o tortura que *ellos* decidieran infligirme; aguantarlo para poder enseñarles a ellos a disfrutar de mi trabajo, que eso era tanto lo que ellos merecían como mi verdadero objetivo. Y entonces comprendí la naturaleza del saqueador en espíritu, algo que yo nunca había sido capaz de concebir. Los vi metiendo la mano en mi alma, igual que la metían en el bolsillo de Mulligan, metiendo la mano para expropiar el valor de mi persona, exactamente igual que hacían para expropiar su riqueza. Vi la impertinente malicia de la mediocridad sosteniendo arrogantemente su propio vacío como un abismo que ha de ser llenado con los cuerpos de los que son mejores que ellos; los vi intentar, igual que intentan alimentarse con el dinero de Mulligan, alimentarse de esas horas en las que yo escribí mi música y de lo que me hizo escribirla, intentar abrirse camino hacia la autoestima mordisqueando, obteniendo por la fuerza mi reconocimiento de que ellos eran el objetivo de mi música, de modo que, precisamente por razón de mi logro, no serían ellos quienes reconocerían mi valor, sino yo quien me inclinaría ante el de ellos... Fue esa noche cuando juré nunca dejarles escuchar otra nota mía. Las calles estaban vacías cuando salí del teatro, yo fui el último en salir, y vi a un hombre a quien nunca había visto antes, esperándome a la luz de una farola. No tuvo que decirme gran cosa. Pero el concierto que le dediqué se llama el Concierto de Liberación.

Ella miró a los demás.

—Por favor, denme sus razones —dijo, con un leve énfasis de firmeza en su voz, como si estuviera recibiendo una paliza, pero queriendo recibirla hasta el final.

—Yo renuncié cuando la medicina fue puesta bajo control estatal, hace algunos años —dijo el doctor Hendricks—. ¿Sabe lo que se requiere para realizar una operación de cerebro? ¿Sabe el tipo de habilidad que exige, y los años de devoción apasionada, despiadada e intensa que son necesarios para adquirir esa habilidad? Eso era lo que yo no quise poner a disposición de unos hombres cuya única cualificación para gobernarme era su capacidad para escupir las fraudulentas generalidades que los llevaron a ser elegidos para tener el privilegio de forzarme a cumplir sus deseos a punta de pistola. Yo no los dejé dictar el propósito para el cual mis años de estudio habían sido dedicados, ni las condiciones de mi trabajo, ni la

elección de mis pacientes, ni la cantidad de mi recompensa. Observé que, en todas las discusiones que precedieron a la esclavitud de la medicina, los hombres lo consideraron todo... excepto los deseos de los médicos. Los hombres consideraron sólo el «bienestar» de los pacientes, sin ni siquiera pensar en quienes debían proporcionarlo. Que un médico tuviera algún derecho, algún deseo, o algo que decir sobre el asunto, eso era considerado un egoísmo irrelevante; él no tiene que decidir nada, decían, sólo «servir». Que un hombre que está dispuesto a trabajar bajo coacción es un bruto demasiado peligroso como para confiarle incluso un trabajo en los corrales..., eso nunca se le ocurrió a quienes propusieron ayudar a los enfermos haciéndoles la vida imposible a los sanos. A menudo me he preguntado por la presunción con la que las personas afirman su derecho a esclavizarme, a controlar mi trabajo, a forzar mi voluntad, a violar mi consciencia, a reprimir mi mente; y, sin embargo, ¿de qué esperarán depender cuando estén en una mesa de cirugía bajo mis manos? Su código moral les ha llevado a creer que es seguro confiar en la virtud de sus víctimas. Pues bien, ésa es la virtud que yo he retirado. Que descubran el tipo de médicos que su sistema producirá ahora. Que descubran, en sus quirófanos y en sus hospitales, que no es seguro poner sus vidas en manos de un hombre cuya vida ellos han estrangulado. No es seguro si es el tipo de hombre que se da cuenta de ello..., y menos seguro aún si es el tipo de hombre que no lo hace.

—Yo renuncié —dijo Ellis Wyatt— porque no quería servir de alimento para que comieran los caníbales, y tener que cocinarlo, además.

—Yo descubrí —dijo Ken Danagger— que los hombres contra los que yo estaba luchando eran impotentes. Los perezosos, los indolentes, los irresponsables, los irracionales..., no era yo quien los necesitaba; ellos no eran quiénes para dictarme condiciones a mí, y yo no tenía por qué obedecer sus demandas. Renuncié para dejar que lo descubrieran ellos también.

—Yo renuncié —dijo Quentin Daniels— porque, si hay grados de maldición, el científico que pone su mente al servicio de la fuerza bruta es el asesino de mayor alcance en la Tierra.

Estaban en silencio. Ella se volvió hacia Galt.

—¿Y usted? —preguntó—. Usted fue el primero. ¿Qué le hizo llegar a eso?

Él se rio entre dientes.

—Mi negativa a haber nacido con el pecado original.

—¿Qué quiere decir?

—Nunca me he sentido culpable por mi habilidad. Nunca me he sentido culpable por mi mente. Nunca me he sentido culpable por ser un hombre. No acepté ninguna culpa inmerecida, y, por lo tanto, fui libre de ganar y de conocer mi propio valor. Desde que puedo recordar, sentí que mataría al hombre que afirmara que yo existo por razón de su necesidad..., y sabía que *ése* era el sentimiento moral más elevado. Esa noche, en la reunión de la Twentieth Century, cuando oí pronunciar aquella horrible maldad en un tono de rectitud moral, vi la raíz de la tragedia del mundo, la clave de ella..., y la solución. Vi lo que había que hacer. Me dispuse a hacerlo.

—¿Y el motor? —preguntó ella—. ¿Por qué lo abandonó? ¿Por qué se lo dejó a los herederos de Starnes?

—Era propiedad de su padre. Él me pagó por ello. Fue hecho durante el horario de trabajo. Pero yo sabía que no le sacarían ningún partido, y que nadie volvería jamás a saber de él. Era mi primer modelo experimental. Nadie, excepto yo o alguien igual a mí, podría haberlo completado, nadie podría ni tan siquiera comprender qué era. Y sabía que ningún igual mío se acercaría a esa fábrica a partir de ese momento.

—¿Usted sabía el tipo de logro que representaba su motor?

—Sí.

—¿Y sabía que lo estaba dejando allí, para que pereciera?

—Sí. —Él miró hacia la oscuridad más allá de las ventanas y se rio suavemente, pero no era un sonido de diversión—. Miré mi motor una última vez, antes de irme. Pensé en los hombres que afirman que la riqueza es cuestión de recursos naturales, y en los hombres que afirman que la riqueza es cuestión de apoderarse de las fábricas, y en los hombres que afirman que las máquinas condicionan sus cerebros. Bueno, *allí* estaba el motor para condicionarlos, y allí se quedó exactamente como lo que es sin la mente del hombre, como un montón de restos de metal y de cables oxidándose. Usted ha estado pensando en el gran servicio que ese motor podría haberle rendido a la humanidad si se hubiera fabricado. Yo creo que el día en que los hombres comprendan el significado de su destino en el montón de chatarra de esa fábrica, le habrá rendido un servicio aún mayor.

—¿Esperaba ver ese día, cuando lo abandonó?

—No.

—¿Esperaba tener la posibilidad de reconstruirlo en algún otro lugar?

—No.

—¿Y estaba dispuesto a que se quedara en ese montón de chatarra?

—Por el bien de lo que ese motor significaba para mí —dijo lentamente—, yo tenía que estar dispuesto a dejar que se desmoronara y desapareciera para siempre. —La miró directamente, y ella oyó la implacable crudeza de su voz, sin dudas y sin inflexión—. Exactamente igual que usted tendrá que estar dispuesta a dejar que el raíl de Taggart Transcontinental se desmorone y desaparezca.

Ella mantuvo su mirada, con la cabeza alzada, y dijo suavemente, en el tono de una súplica abierta y orgullosa:

—No me haga responderle ahora.

—No lo haré. Le diremos lo que quiera saber. No le instaremos a tomar una decisión. —Ella se sorprendió por la súbita suavidad de su voz cuando añadió—: Le dije que ese tipo de indiferencia hacia un mundo que debería haber sido nuestro fue lo más difícil de lograr. Yo lo sé. Todos hemos pasado por eso.

Ella miró la sala, silenciosa e inexpugnable, y la luz —la luz que venía del motor de él— en las caras de hombres que eran el grupo más sereno y con más seguridad en sí mismo con el que ella se había reunido.

—¿Qué hizo cuando salió de la Twentieth Century? —preguntó ella.

—Pasé a convertirme en quien avista las llamas. Me comprometí a vigilar esas brillantes llamaradas en la creciente noche de salvajismo, las llamaradas que eran los hombres de habilidad, los hombres de la mente..., a observar su curso, su lucha y su agonía..., y a sacarlos de eso, cuando supe que habían visto lo suficiente.

—¿Qué les dijo para hacer que lo abandonaran todo?

—Les dije que tenían razón. —En respuesta a la silenciosa pregunta de la mirada de ella, añadió—: Les di el orgullo que ellos no sabían que tenían. Les di las palabras para identificarlo. Les di esa valiosísima posesión que habían perdido, que habían anhelado, pero que no sabían que necesitaban: una aprobación moral. ¿Me llamó usted el destructor y el cazador de

hombres? Yo era el delegado ambulante de esta huelga, el líder de la rebelión de las víctimas, de los desheredados, de los explotados; y estas palabras, cuando *yo* las uso, tienen, por una vez, un significado literal.

—¿Quiénes fueron los primeros en seguirle?

Dejó pasar un momento, con un énfasis deliberado; y luego respondió:

—Mis dos mejores amigos. Usted conoce a uno de ellos. Usted sabe, quizá mejor que nadie, el precio que él pagó por ello. Nuestro propio maestro, el doctor Akston, fue el siguiente. Se unió a nosotros con sólo la conversación de una tarde. William Hastings, que había sido mi jefe en el laboratorio de investigación de la Twentieth Century Motors, tuvo problemas con ello, y luchó contra sí mismo. Tardó un año. Pero se unió a nosotros. Luego, vino Richard Halley. Luego, Midas Mulligan...

—... Que tardó quince minutos —dijo Mulligan.

Ella se volvió hacia él.

—¿Fue usted quien estableció este valle?

—Sí —dijo Mulligan—. Era sólo mi propio retiro privado, al principio. Lo compré hace años, compré muchos kilómetros en estas montañas, un trozo detrás de otro, de rancheros y ganaderos que no sabían lo que poseían. El valle no está registrado en ningún mapa. Construí esta casa cuando decidí renunciar. Corté todas las vías posibles de aproximación, excepto una carretera..., que está camuflada para que a nadie le sea posible descubrirla, y reuní los recursos necesarios para hacer que este lugar fuese autosuficiente, para poder vivir aquí el resto de mi vida y nunca tener que verle la cara a un saqueador. Cuando supe que John había conseguido al juez Narragansett también, invité al juez a venir aquí. Luego le pedimos a Richard Halley que se uniera a nosotros. Los otros permanecieron fuera, al principio.

—No teníamos reglas de ningún tipo —dijo Galt—, excepto una. Cuando un hombre prestaba nuestro juramento, eso significaba un solo compromiso: no trabajar en su propia profesión, no darle al mundo el beneficio de su mente. Cada uno de nosotros lo llevó a cabo de la forma que él mismo eligió. Los que tenían dinero se retiraron a vivir de sus ahorros. Los que tenían que trabajar tomaron los trabajos más bajos que pudieron encontrar. Algunos de nosotros habíamos sido famosos; otros, como ese joven guardafrenos suyo, a quien Halley descubrió, fueron interceptados por nosotros antes de que empezaran a ser torturados. Pero no abandonamos

nuestras mentes o el trabajo que amábamos. Cada uno de nosotros continuó en su verdadera profesión, de cualquier forma y dedicándole cualquier tiempo que pudiera dedicarle, pero lo hizo en secreto, para su propio beneficio, sin darles nada a los hombres, sin compartir nada. Estábamos dispersos por todo el país, como los marginados que siempre habíamos sido, sólo que ahora aceptábamos nuestros papeles con intención consciente. Nuestro único alivio eran las raras ocasiones en que podíamos vernos. Descubrimos que nos gustaba reunirnos, para poder recordar que los seres humanos todavía existían. Así que llegamos a dedicar un mes al año para pasarlo en este valle —para descansar, para vivir en un mundo racional, para sacar a la luz nuestro verdadero trabajo, para intercambiar nuestros logros—, aquí, donde los logros significaban retribuciones, no expropiaciones. Cada uno de nosotros construyó su propia casa aquí, pagando él mismo por ella, durante un mes de vida de cada doce. Eso hizo los otros once más fáciles de soportar.

—Ya ve, señorita Taggart —dijo Hugh Akston—, el hombre *es* un ser social, pero no de la forma que predican los saqueadores.

—Es la destrucción de Colorado lo que inició el crecimiento de este valle —dijo Midas Mulligan—. Ellis Wyatt y los demás vinieron a vivir aquí permanentemente, porque tenían que esconderse. Convirtieron en oro o en máquinas cualquier parte de su riqueza que pudieron salvar, como yo había hecho, y trajeron eso aquí. Éramos ya suficientes para desarrollar el lugar y crear empleos para aquellos que habían tenido que ganarse la vida afuera. Ahora hemos llegado al punto en el que la mayoría de nosotros puede vivir aquí todo el tiempo. El valle es casi autosuficiente, y en cuanto a los bienes que no podemos producir aún, los compro del exterior a través de un canal que yo tengo. Es un agente especial, un hombre que no deja que mi dinero llegue a los saqueadores. No somos un Estado aquí, no somos una sociedad de ningún tipo; somos sólo una asociación voluntaria de hombres unidos por nada más que el interés personal de cada uno. Yo soy el dueño del valle y le vendo la tierra a los demás, cuando ellos quieren. El juez Narragansett es quien debe actuar como nuestro árbitro, en caso de desacuerdos. No ha tenido que ser llamado, hasta ahora. Dicen que es difícil que los hombres se pongan de acuerdo. Usted se sorprendería de lo fácil que es, cuando ambas partes sostienen como su absoluto moral que ninguno de ellos existe por el bien del otro, y que la razón es el único medio de

intercambio entre ellos. Se acerca el momento en que todos nosotros tendremos que ser llamados a vivir aquí, porque el mundo se está desmoronando tan rápidamente que pronto se morirá de hambre. Pero nosotros podremos mantenernos en este valle.

—El mundo se está estrellando mucho más rápidamente de lo que esperábamos —dijo Hugh Akston—. Los hombres se están parando y están abandonando. Los trenes congelados de usted, las bandas de asaltantes, los desertores..., todos ellos son hombres que nunca han oído hablar de nosotros y que no forman parte de nuestra huelga, están actuando por su propia cuenta; es la respuesta natural de la racionalidad que aún pueda quedar en ellos..., es el mismo tipo de protesta que la nuestra.

—Comenzamos sin límite de tiempo en mente —dijo Galt—. No sabíamos si viviríamos para ver la liberación del mundo, o si tendríamos que dejarles nuestra batalla y nuestro secreto a las próximas generaciones. Sabíamos sólo que ésa era la única forma en que nos importaba vivir. Pero ahora creemos que veremos, y pronto, el día de nuestra victoria y de nuestro regreso.

—¿Cuándo? —susurró ella.

—Cuando el código de los saqueadores se haya derrumbado. —Él la vio mirándolo a él, con una mirada que era mitad pregunta y mitad esperanza, y añadió—: Cuando el credo de la autoinmolación siga su curso, por primera vez, hasta llegar a su meta desenmascarada; cuando los hombres no encuentren más víctimas dispuestas a obstruir el camino de la justicia y desviar la caída de la retribución sobre sí mismas; cuando los predicadores del autosacrificio descubran que quienes están dispuestos a practicarlo no tienen nada que sacrificar, y quienes sí tienen no están dispuestos a hacerlo más; cuando los hombres vean que ni sus corazones ni sus músculos pueden salvarlos, pero que la mente a la que han condenado ya no está ahí para responder a sus gritos de ayuda; cuando se desplomen como deberán hacer, como hombres sin mentes; cuando no les quede ningún pretexto de autoridad, ningún remanente de ley, ningún rastro de moralidad, ninguna esperanza, ni comida ni forma de obtenerla; cuando se derrumben y el camino esté despejado..., entonces es cuando volveremos para reconstruir el mundo.

La Terminal Taggart, pensó ella; oyó las palabras latiendo a través del entumecimiento de su mente, como la suma de una carga que no había tenido tiempo de sopesar. *Ésa* era la Terminal Taggart, pensó, esa sala, no el vestíbulo gigante en Nueva York; ésa era su meta, el final de la vía, el punto más allá de la curva de la tierra donde las dos líneas rectas de raíl se encontraban y desaparecían, tirando de ella hacia delante..., como habían tirado de Nathaniel Taggart; ésa era la meta que Nathaniel Taggart había visto en la distancia, y ése era el punto que aún mantenía la mirada en línea recta desde su cabeza levantada por encima del movimiento en espiral de los hombres en el vestíbulo de granito. Era por eso por lo que ella se había dedicado a las vías de Taggart Transcontinental, como al cuerpo de un espíritu aún por hallar. Ella lo había hallado; todo lo que ella siempre había deseado estaba ahí, en esa habitación, alcanzado y suyo..., pero el precio era la red de vías detrás de ella, la vía que se desvanecería, el puente que se derrumbaría, las luces de señalización que se apagarían. Y, aun... «todo lo que siempre quise», pensó, apartando la mirada de la figura de aquel hombre con cabello del color del sol y unos ojos implacables.

—No tiene que respondernos ahora —dijo Galt.

Ella levantó la cabeza; él la estaba observando como si hubiese seguido los pasos en su mente.

—Nunca exigimos un acuerdo —dijo. —Nunca le decimos a nadie más de lo que está preparado a oír. Usted es la primera persona que ha conocido nuestro secreto antes de tiempo. Pero está aquí, y tenía que saberlo. Ahora, usted sabe la naturaleza exacta de la decisión que tendrá que tomar. Si le parece difícil, es porque todavía piensa que no tiene que ser o lo uno o lo otro. Se dará cuenta de que sí lo es.

—¿Me dará tiempo?

—Su tiempo no es nuestro para darlo. Tómese su tiempo. Sólo usted puede decidir lo que decidirá hacer, y cuándo. Nosotros sabemos el coste de esa decisión. Lo hemos pagado. El hecho de que usted haya venido aquí puede que ahora se lo haga más fácil..., o más difícil.

—Más difícil —susurró ella.

—Lo sé.

Él lo dijo, con su voz tan baja como la de ella, y con el mismo sonido de estar forzando las palabras a través de su aliento, y ella perdió un instante de tiempo, como la quietud después de un golpe, porque sintió que

ese momento —y no cuando él la había llevado en sus brazos ladera abajo, sino ese encuentro de sus voces— había sido el contacto físico más próximo entre ellos.

Una luna llena brillaba en el cielo sobre el valle cuando volvieron conduciendo a la casa de él; brillaba como un faro plano y redondo sin rayos, con una neblina de luz flotando en el espacio, sin llegar al suelo, y la iluminación parecía provenir de la blanca y anormal claridad del suelo. En la inmóvil quietud de la vista sin color, la tierra parecía velada por una película de distancia, sus formas no se fundían en un paisaje, sino que pasaban lentamente, como la impresión de una fotografía en una nube. Ella se dio cuenta de repente de que estaba sonriendo. Estaba mirando hacia abajo, a las casas del valle. Sus ventanas iluminadas estaban oscurecidas por un efluvio azulado, los contornos de sus paredes se estaban difuminando, largas bandas de niebla se enrollaban alrededor de ellas en olas torpes y sin prisa. Parecía una ciudad hundiéndose bajo el agua.

—¿Cómo llaman a este lugar? —preguntó ella.

—Yo lo llamo el Valle de Mulligan —dijo él—. Los otros lo llaman la Quebrada de Galt.

—Yo lo llamaría... —dijo, pero no terminó.

Él la miró. Ella sabía lo que él vio en su cara. Luego, él desvió la vista.

Ella vio un leve movimiento en sus labios, como la liberación de una respiración que él estaba forzando a funcionar. Ella bajó la vista y apoyó el brazo contra el lado del coche, como si su mano fuese repentinamente demasiado pesada para la debilidad de la curva de su codo.

El camino se fue oscureciendo al ir subiendo, y las ramas de los pinos se entrecruzaron sobre sus cabezas. Por encima de una roca inclinada que se movía para encontrarse con ellos, ella vio la luz de la luna en las ventanas de la casa de él. Dejó caer la cabeza contra el asiento, y se quedó quieta, perdiendo la consciencia del coche, sintiendo sólo el movimiento que la llevaba hacia delante, mirando las brillantes gotas de agua en las ramas de los pinos que eran las estrellas.

Cuando el coche se detuvo, ella no se permitió saber por qué no lo miró al salir. Ella no sabía que se había quedado quieta un instante, mirando las ventanas oscuras. No lo oyó acercarse; pero sintió el impacto de sus

manos con una gran intensidad, como si fuera la única consciencia que ahora podía experimentar. Él la levantó en sus brazos, y empezó lentamente a subir por el camino hacia la casa.

Anduvo, sin mirarla, sujetándola con firmeza, como si estuviera intentando retener una progresión de tiempo, como si sus brazos aún estuviesen bloqueados desde el momento en que la había levantado contra su pecho. Ella sintió los pasos de él como si fueran un único tramo de movimiento hacia una meta, y como si cada paso fuese un momento separado en el que ella no se atrevía a pensar en el siguiente. Su cabeza estaba cerca de la de él, con el cabello de él rozándole la mejilla, y ella sabía que ninguno de los dos movería la cara ni un respiro más cerca. Fue un repentino y sorprendente estado de apacible embriaguez, completo en sí mismo, con los cabellos de ambos mezclados como si fuesen los rayos de dos cuerpos en el espacio que habían logrado su encuentro; ella vio que él caminaba con los ojos cerrados, como si incluso la visión fuese ahora una intrusión.

Él entró en la casa y, atravesando la sala de estar, no miró a su izquierda; ella tampoco lo hizo, pero ella sabía que ambos estaban viendo la puerta que conducía a su habitación. Él caminó a lo largo de la oscuridad hasta la cuña de luz de luna que caía sobre la cama de la habitación de invitados, y la colocó sobre ella; ella sintió por un instante la pausa de sus manos sujetando su hombro y su cintura, y cuando las manos dejaron su cuerpo, ella supo que el momento había pasado.

Él dio un paso atrás y presionó un interruptor, rindiendo la habitación al áspero resplandor público de la luz. Se quedó quieto, como exigiendo que ella lo mirara, con cara expectante y severa.

—¿Ha olvidado que quería dispararme en cuanto me viera? —preguntó él.

Era la quietud desprotegida de su figura lo que la hacía real. El estremecimiento que la hizo ponerse de pie fue como un grito de terror y de negación; pero ella sostuvo su mirada y respondió serenamente:

—Es verdad. Es lo que quería.

—Entonces... actúe en consecuencia.

La voz de ella era baja, y su intensidad era a la vez una rendición y un reproche desdeñoso:

—Usted sabe lo que pienso, ¿a que sí?

Él sacudió la cabeza.

—No. Quiero que recuerde que ése había sido su deseo. Usted tenía razón, en el pasado. Mientras usted fuese parte del mundo exterior, tenía que intentar destruirme. Y de las dos opciones ahora abiertas ante usted, una le llevará al día en que se verá obligada a hacerlo. —Ella no contestó, se quedó sentada mirando hacia abajo, y él vio los mechones del cabello de ella moviéndose bruscamente al sacudir la cabeza en desesperada protesta —. Usted es mi único peligro. Es la única persona que podría entregarme a mis enemigos. Si permanece con ellos, lo hará. Decida eso, si lo desea, pero decídalo con pleno conocimiento. No me conteste ahora. Pero, hasta que lo haga... —dijo; el énfasis de severidad en su voz fue el sonido del esfuerzo dirigido contra él mismo—, recuerde que yo sé el significado de cualquiera de las dos respuestas.

—¿Tan a fondo como yo? —susurró ella.

—Tan a fondo.

Él se volvió para irse, cuando los ojos de ella se fijaron de pronto en las inscripciones que había advertido, y olvidado, en las paredes de la habitación.

Estaban grabadas en el esmalte de la madera, aún mostrando la fuerza de la presión del lápiz en las manos que las habían hecho, cada una en su propia escritura violenta: «Lo superarás»..., Ellis Wyatt. «Todo estará bien cuando amanezca»..., Ken Danagger. «Vale la pena»..., Roger Marsh.

Había otras.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Ésta es la habitación donde ellos pasaron su primera noche en el valle. La primera noche es la más difícil. Es el último tirón para romper con los recuerdos de uno, y el peor. Les dejo que se queden aquí, para que puedan llamarme, si lo desean. Yo les hablo, si no pueden dormir. La mayoría de ellos no pueden. Pero están libres de eso por la mañana... Todos han pasado por esta habitación. Ahora lo llaman la cámara de tortura o la antesala..., porque todos tienen que entrar al valle a través de mi casa.

Se volvió para irse; y se detuvo en el umbral y añadió:

—Ésta es la habitación que nunca quise que usted ocupara. Buenas noches, señorita Taggart.

## Capítulo II

# La utopía de la codicia

—Buenos días.

Ella lo miró a través de la sala de estar desde el umbral de su puerta. En las ventanas detrás de él, las montañas tenían ese tinte rosa plateado que parece más brillante que la luz del día, con la promesa de la luz incipiente. El sol había salido en algún lugar sobre la Tierra, pero no había llegado a la parte superior de la barrera, y el cielo estaba brillando en su lugar, anunciando su movimiento. Ella había oído un alegre saludo al amanecer, que no era el canto de pájaros, sino el timbre del teléfono unos momentos antes; vio el comienzo del día, no en el verde brillante de las ramas de afuera, sino en el brillo del cromo en el fogón, en el resplandor de un cenicero de cristal en una mesa y en la blancura crujiente de las mangas de la camisa de él. Irresistiblemente, ella oyó el sonido de una sonrisa en su propia voz, igualando la de él, al responder:

—Buenos días.

Él estaba recogiendo de su escritorio unas notas de cálculos hechos a lápiz, y metiéndoselos en el bolsillo.

—Tengo que ir a la central eléctrica —dijo—. Acaban de llamarme para decirme que están teniendo problemas con la pantalla de rayos. Su avión parece haberla trastocado. Volveré en media hora, y luego prepararé nuestro desayuno.

Era la simplicidad casual de su voz, la forma de dar por sentadas su presencia y su rutina doméstica, como si no supusieran gran cosa para ellos, lo que le transmitió a ella la sensación de un significado especial, y la sensación de que él lo sabía.

Ella respondió con la misma indiferencia:

—Si me trae el bastón que dejé en el coche, tendré el desayuno listo para cuando usted regrese.

Él la miró con un ligero asombro; sus ojos se movieron desde su tobillo vendado a las mangas cortas de la blusa que dejaba sus brazos desnudos para mostrar el pesado vendaje en su codo. Pero la blusa transparente, el cuello abierto, el cabello cayendo hasta los hombros que parecían inocentemente desnudos bajo una fina capa de tela, la hacían parecer una colegiala, no una inválida, y su postura hacía que las vendas parecieran irrelevantes.

Él sonrió, no del todo a ella, sino como divertido ante un repentino recuerdo suyo.

—Si así lo desea —dijo.

Era extraño quedarse sola en su casa. Parte de ello era una emoción que ella nunca había experimentado antes: un imponente respeto que la hacía titubear conscientemente de sus propias manos, como si tocar cualquier objeto a su alrededor fuese una intimidad demasiado grande. La otra parte era una atolondrada sensación de tranquilidad, la sensación de estar en casa en ese lugar, como si ella fuese la dueña de su dueño.

Era extraño sentir una alegría tan pura en la simple tarea de preparar un desayuno. El trabajo parecía un fin en sí mismo, como si los movimientos de llenar una cafetera, exprimir naranjas o cortar pan fuesen realizados por sí mismos, por el tipo de placer que uno espera encontrar, pero rara vez lo hace, en los movimientos del baile. Se sobresaltó al darse cuenta de que no había experimentado ese tipo de placer en su trabajo desde sus días en el escritorio de gerente en la estación de Rockdale.

Estaba poniendo la mesa cuando vio la figura de un hombre que se apresuraba por el camino hacia la casa, una figura rápida y ágil que saltaba sobre las rocas con la facilidad casual de un vuelo. Abrió la puerta de golpe y llamó:

—¡Eh, John! —Y se paró en seco al verla.

El hombre llevaba un suéter y pantalones azul oscuro, tenía el pelo dorado y un rostro de una belleza tan impactante que ella se quedó inmóvil, mirándolo, no con admiración, al principio, sino con simple incredulidad.

Él la miró como si no hubiera esperado encontrar a una mujer en esa casa. Entonces vio una mirada de reconocimiento fundiéndose en un tipo diferente de asombro, en parte diversión, en parte triunfo mezclado con una risita.

—Oh, ¿se ha unido *usted* a nosotros? —preguntó.

—No —respondió ella secamente—, no lo he hecho. Soy una esquirola.

Él se rio, como un adulto se ríe de un niño que usa palabras técnicas más allá de su comprensión.

—Si sabe lo que está diciendo, sabrá que eso no es posible —dijo—. No si está aquí.

—Eché la puerta abajo. Literalmente.

Él miró sus vendajes, sopesando la pregunta a hacerle, con su mirada casi insolente en su abierta curiosidad.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Cómo?

—En un avión.

—¿Qué estaba usted haciendo en un avión en esta parte del país?

Él tenía las maneras directas e imperiosas de un aristócrata o de un carretero; parecía lo uno y estaba vestido como lo otro. Ella lo contempló durante un momento, dejándolo esperar deliberadamente.

—Estaba intentando aterrizar en un espejismo prehistórico —respondió—. Y lo he hecho.

—Usted *es* una esquirola —dijo, y se rio entre dientes, como si captara todas las implicaciones del problema—. ¿Dónde está John?

—El señor Galt está en la central eléctrica. Debe estar a punto de regresar en cualquier momento.

Él se sentó en un sillón, sin pedir permiso, como si estuviera en su casa. Ella volvió en silencio a su trabajo. Él se quedó sentado mirando los movimientos de ella con una mueca abierta, como si verla poniendo los cubiertos en la mesa de la cocina fuese el espectáculo de alguna paradoja especial.

—¿Qué dijo Francisco cuando la vio aquí? —preguntó.

Ella se volvió hacia él con un ligero sobresalto, pero respondió de manera serena:

—Aún no está aquí.

—¿Aún no? —Pareció sorprendido—. ¿Está segura?

—Eso me han dicho.

Él encendió un cigarrillo. Ella se preguntó, observándolo, qué profesión habría elegido, amado y abandonado para unirse a ese valle. No podía adivinarlo; ninguna parecía encajar; se sorprendió a sí misma con la ridícula sensación de desear que él no tuviera ninguna profesión, porque cualquier trabajo parecía demasiado peligroso para su increíble tipo de belleza. Era una sensación, ella no lo estaba viendo como a un hombre, sino como a una obra de arte animada, y parecía ser una indignidad acentuada del mundo exterior que una perfección como la suya tuviese que someterse a los choques, a las tensiones, a las cicatrices reservadas para cualquier hombre que amara su trabajo. Pero la sensación parecía más absurda aún, porque las líneas de su rostro tenían el tipo de dureza para la cual ningún peligro en la Tierra sería una amenaza.

—No, señorita Taggart —dijo él de pronto, atrapando su mirada—, nunca me ha visto antes.

Ella se sobresaltó al darse cuenta de que lo había estado estudiando abiertamente.

—¿Cómo es posible que sepa quién soy yo? —preguntó ella.

—Primero, he visto su foto muchas veces en los periódicos. Segundo, usted es la única mujer que queda en el mundo exterior, que nosotros sepamos, a la que se le permitiría entrar en la Quebrada de Galt. En tercer lugar, usted es la única mujer que tendría el valor, y la prodigalidad, de seguir siendo una esquirola.

—¿Qué le hizo estar seguro de que yo era una esquirola?

—Si no lo fuera, sabría que no es este valle, sino la visión de la vida que tienen los hombres en el mundo exterior, lo que es un espejismo prehistórico.

Oyeron el sonido del motor y vieron el coche parando debajo, frente a la casa. Ella notó la rapidez con la que él se puso de pie al ver a Galt en el coche; si no fuera por el obvio entusiasmo personal, habría parecido un instintivo gesto de respeto militar.

Ella notó la forma en que Galt se detuvo, cuando entró y vio a su visitante. Se dio cuenta de que Galt sonrió, pero que su voz era extrañamente grave, casi solemne, como cargada de un alivio inconfesado, cuando dijo en voz muy baja:

—Hola.

—Hola, John —dijo alegremente el visitante.

Ella se dio cuenta de que su apretón de manos llegó un instante demasiado tarde y duró un instante demasiado largo, como el apretón de manos de hombres que no habían estado seguros de que su reunión anterior no fuese la última.

Galt se volvió hacia ella.

—¿Se han conocido? —preguntó, dirigiéndose a ambos.

—No exactamente —dijo el visitante.

—Señorita Taggart, ¿puedo presentarle a Ragnar Danneskjöld?

Ella supo el aspecto que debería tener su propia cara cuando oyó la voz de Danneskjöld como desde una gran distancia:

—No tiene que asustarse, señorita Taggart. No soy peligroso para nadie en la Quebrada de Galt.

Ella sólo pudo negar con la cabeza, antes de recobrar su voz para decir:

—No es lo que usted le esté haciendo a nadie..., es lo que le están haciendo a usted...

La risa de él la sacó de su momento de estupor.

—Lleve cuidado, señorita Taggart. Si es así como empieza a sentirse, no seguirá siendo una esquirola por mucho tiempo. —Y añadió—: Pero debería empezar por adoptar las cosas correctas de la gente en la Quebrada de Galt, no sus errores: han pasado doce años preocupándose por mí, innecesariamente. —Miró a Galt.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Galt.

—Anoche bien tarde.

—Siéntate. Vas a desayunar con nosotros.

—Pero ¿dónde está Francisco? ¿Por qué no está aquí aún?

—No lo sé —dijo Galt, frunciendo el ceño ligeramente—. He preguntado en el aeropuerto, justo ahora. Nadie ha tenido noticias de él.

Al volverse ella hacia la cocina, Galt se dispuso a seguirla.

—No —dijo ella—, es mi trabajo hoy.

—Deje que le ayude.

—Éste es el lugar donde uno no pide ayuda, ¿verdad?

Él sonrió.

—Eso es.

Ella nunca había experimentado el placer del movimiento, de caminar como si sus pies no tuvieran ningún peso que soportar, como si el apoyo del bastón en su mano fuese simplemente un superfluo toque de elegancia, el placer de sentir sus pasos trazar líneas rápidas y rectas, de detectar la precisión impecable y espontánea de sus propios gestos, igual que lo experimentó al colocar la comida en la mesa frente a los dos hombres. Su porte les dijo que ella sabía que la estaban observando; sostenía la cabeza como una actriz en un escenario, como una mujer en un salón de baile, como la ganadora de un concurso silencioso.

—Francisco se alegrará de saber que fue usted quien le hizo de suplente hoy —dijo Danneskjöld, cuando ella se unió a ellos en la mesa.

—¿Su qué?

—Mire, hoy es el primero de junio, y nosotros tres..., John, Francisco y yo, hemos desayunado juntos todos los días primeros de junio durante doce años.

—¿Aquí?

—No cuando empezamos. Pero aquí desde que esta casa fue construida, hace ocho años. —Se encogió de hombros, sonriendo—. Para un hombre que tiene más siglos de tradición detrás de él que los que yo tengo, es extraño que Francisco sea el primero en romper nuestra propia tradición.

—¿Y el señor Galt? —preguntó ella—. ¿Cuántos siglos tiene detrás de él?

—¿John? Ninguno en absoluto. Ninguno detrás de él..., pero todos los que están por delante.

—No importan los siglos —dijo Galt—. Dime qué clase de año has tenido detrás de ti. ¿Has perdido algún hombre?

—No.

—¿Has perdido algo de tu tiempo?

—¿Quieres decir, si me han herido? No. No he tenido ni un rasguño desde aquella vez, hace diez años, cuando aún era un aficionado, algo que deberías olvidar a estas alturas. No he corrido ningún peligro en absoluto este año; de hecho, he estado mucho más seguro que si estuviera dirigiendo una pequeña farmacia de pueblo bajo la Directiva 10-289.

—¿Has perdido alguna batalla?

—No. Las pérdidas han sido todas del otro lado, este año. Los saqueadores perdieron la mayoría de sus barcos ante mí..., y la mayoría de sus hombres ante ti. Tú también has tenido un buen año, ¿a que sí? Lo sé, te he seguido la pista. Desde nuestro último desayuno juntos, tú conseguiste a todos los que querías del Estado de Colorado, y unos cuantos más, como Ken Danagger, que fue un gran premio a conseguir. Pero déjame que te hable sobre uno aún mayor, que ya casi lo tienes. Lo conseguirás pronto, porque está pendiente de un fino hilo y casi listo para caer a tus pies. Es un hombre que me salvó la vida, así que puedes ver lo lejos que ha ido.

Galt se echó hacia atrás, y sus ojos se estrecharon.

—Así que no has estado en ningún peligro, ¿eh?

Danneskjöld se rio.

—Oh, me arriesgué un poco. Valió la pena. Fue el encuentro más placentero que he tenido. He estado esperando para contártelo en persona. Es una historia que querrás escuchar. ¿Sabes quién era el hombre? Hank Rearden. Yo...

—¡No!

Era la voz de Galt; era una orden; el breve chasquido del sonido tenía un matiz de violencia que ninguno de ellos había oído de él antes.

—¿Qué? —preguntó Danneskjöld en voz baja, con incredulidad.

—No me lo cuentes ahora.

—Pero siempre has dicho que Hank Rearden era el hombre que más querías ver aquí.

—Sigo diciéndolo. Pero ya me lo contarás en otro momento.

Ella estudió la cara de Galt a conciencia, pero no pudo encontrar ninguna pista, sólo una expresión cerrada e impersonal, o de determinación o de control, que tensaba la piel de sus pómulos y la línea de su boca. Independientemente de lo que él supiera de ella, pensó, el único conocimiento que podía explicar eso era un conocimiento que él no tenía forma de adquirir.

—¿Ha conocido a Hank Rearden? —preguntó ella, volviéndose hacia Danneskjöld.

—Sí.

—¿Y él le salvó la vida?

—Sí.

—Quiero saber más sobre eso.

—Yo no —dijo Galt.

—¿Por qué no?

—Usted no es una de nosotros, señorita Taggart.

—Ya veo. —Ella sonrió, con un leve toque de desafío—. ¿Acaso está usted pensando que yo podría impedir que ustedes consiguieran a Hank Rearden?

—No, eso no era lo que estaba pensando.

Ella se dio cuenta de que Danneskjöld estaba estudiando la cara de Galt, como si él también encontrara el incidente inexplicable. Galt sostuvo su mirada, deliberada y abiertamente, como desafiándolo a encontrar la explicación y prometiéndole que fracasaría. Ella supo que Danneskjöld había fracasado cuando vio un leve pliegue de humor suavizando los párpados de Galt.

—¿Qué más...? —preguntó Galt—, ¿qué más has logrado este año?

—He desafiado la ley de la gravedad.

—Siempre lo has hecho. ¿En qué forma concreta esta vez?

—En forma de un vuelo desde mitad del Atlántico a Colorado en un avión cargado con oro más allá del punto de seguridad de su capacidad. Espera a que Midas vea la cantidad que tengo que depositar. Mis clientes, este año, se volverán más ricos por... Dime, ¿le has dicho a la señorita Taggart que ella es una de mis clientes?

—No, aún no. Puedes decírselo tú, si quieres.

—Que yo soy... ¿qué es lo que ha dicho que soy? —preguntó ella.

—No se escandalice, señorita Taggart —dijo Danneskjöld—. Y no se oponga. Estoy acostumbrado a las objeciones. Soy una especie de paria aquí, de todos modos. Ninguno de ellos aprueba mi método particular de pelear nuestra batalla. John no lo aprueba, el doctor Akston tampoco. Ellos piensan que mi vida es demasiado valiosa para hacerlo. Pero, verá, mi padre era un obispo, y de todas sus enseñanzas sólo hubo una frase que yo acepté: «Todos los que toman la espada perecerán por la espada».

—¿Qué quiere decir?

—Que la violencia no es práctica. Si mis semejantes creen que la fuerza del tonelaje combinado de sus músculos es un medio práctico para gobernarme, que aprendan el resultado de una competencia en la que no hay más que fuerza bruta en un lado, y fuerza gobernada por una mente en el otro. Incluso John reconoce que en nuestra época yo tengo el derecho moral

a elegir el camino que elegí. Estoy haciendo exactamente lo mismo que él, sólo que a mi manera. Él está retirando el espíritu del hombre de los saqueadores, yo estoy retirando los productos del espíritu del hombre. Él los está privando de la razón, yo los estoy privando de la riqueza. Él está drenando el alma del mundo, yo estoy drenando su cuerpo. La suya es la lección que ellos tienen que aprender, sólo que yo soy impaciente y estoy acelerando su progreso escolar. Pero, como John, simplemente cumplo con su código moral y me niego a otorgarles un doble estándar a mi costa. O a costa de Rearden. O a costa de usted.

—¿De qué está hablando?

—De un método para recaudar impuestos de los recaudadores de impuestos. Todos los métodos de tributación son complejos, pero éste es muy simple, porque es la esencia desnuda de todos los demás. Déjeme explicárselo...

Ella escuchó. Oyó una voz brillante recitando, en el tono seco de un contable meticuloso, un informe sobre transferencias financieras, cuentas bancarias, declaraciones de impuestos sobre la renta, como si estuviera leyendo las páginas polvorientas de un libro de contabilidad, un libro de contabilidad en el que cada entrada estaba hecha a cambio de ofrecer su propia sangre como garantía a ser drenada en cualquier momento, con cualquier desliz de su bolígrafo contable. Mientras escuchaba, ella no dejaba de ver la perfección de su rostro, y pensando que ésa era la cabeza a la que el mundo había puesto un precio de millones con el fin de entregarla a la putrefacción de la muerte..., el rostro que ella había pensado ser demasiado hermoso para las cicatrices de una carrera productiva —seguía pensando ella, aturdida, perdiéndose la mitad de sus palabras—, el rostro demasiado hermoso para arriesgarse. Entonces, de repente, le pareció que su perfección física no era más que una simple ilustración, una lección pueril que le estaban dando en términos crudamente obvios sobre la naturaleza del mundo exterior y sobre el destino de cualquier valor humano en una era infrahumana. Cualquiera que fuese la justicia o la maldad del camino que él había elegido, ¿cómo podrían ellos...? ¡No! pensó, su camino era justo, y ése era el horror, que no había otro camino que la justicia pudiera escoger, que ella no podía condenarle, que no podía ni aprobarlo ni pronunciar una palabra de reproche.

—... y los nombres de mis clientes, señorita Taggart, fueron seleccionados despacio, uno a uno. Yo tenía que estar seguro de la naturaleza del carácter de ellos y de sus carreras. En mi lista de restitución, su nombre figura como uno de los primeros.

Ella se obligó a mantener su rostro inexpresivamente tenso, y respondió solamente:

—Ya veo.

—Su cuenta es una de las últimas que quedan sin pagar. Está aquí, en el Mulligan Bank, para ser reclamada por usted el día en que se una a nosotros.

—Ya veo.

—Su cuenta, sin embargo, no es tan grande como algunas de las otras, a pesar de que enormes cantidades le fueron extorsionadas a usted a la fuerza en los últimos doce años. Encontrará..., como está marcado en las copias de sus declaraciones de impuestos que Mulligan le entregará, que le he reembolsado sólo aquellos impuestos que usted pagó sobre el salario que ganó como vicepresidente operativo, pero no los impuestos que pagó por los ingresos de sus acciones de Taggart Transcontinental. Usted merecía cada centavo de esas acciones, y, en los días de su padre, yo le habría reembolsado cada centavo de su ganancia; pero, bajo la administración de su hermano, Taggart Transcontinental ha recibido su tajada del saqueo, ha obtenido beneficios por la fuerza, por medio de favores del gobierno, subsidios, moratorias, directivas. Usted no fue responsable por eso; fue, de hecho, la mayor víctima de esa política..., pero devolví sólo el dinero generado por pura capacidad productiva, no el dinero del que alguna parte fue botín tomado por la fuerza.

—Ya veo.

Habían terminado su desayuno. Danneskjöld encendió un cigarrillo y la observó durante un instante a través de la primera bocanada de humo, como si conociera la violencia del conflicto en la mente de ella; luego, le hizo una mueca a Galt y se puso de pie.

—Me tengo que ir —dijo—. Mi esposa me está esperando.

—¿Qué? —dijo ella, atragantándose.

—Mi esposa —repitió él alegremente, como si no hubiera entendido la razón de su conmoción.

—¿Quién es su esposa?

—Kay Ludlow.

Las implicaciones que la impactaron eran más de lo que ella podía soportar.

—¿Cuándo..., cuándo se casaron?

—Hace cuatro años.

—¿Cómo pudo usted aparecer públicamente en cualquier lugar y el tiempo suficiente como para participar en una ceremonia de boda?

—Nos casamos aquí, nos casó el juez Narragansett.

—¿Cómo puede...? —Ella intentó parar, pero las palabras estallaron involuntariamente, en una indignada e indefensa protesta..., y si era contra él, contra el destino o contra el mundo exterior, ella no sabría decirlo—. ¿Cómo puede ella soportar vivir once meses pensando que usted, en cualquier momento, podría ser...? —No terminó.

Él estaba sonriendo, pero ella vio la enorme solemnidad de lo que él y su esposa habían necesitado para ganarse el derecho a ese tipo de sonrisa.

—Ella puede soportarlo, señorita Taggart, porque nosotros no tenemos la creencia que este mundo sea un reino de miseria en el que el hombre esté condenado a la destrucción. No pensamos que la tragedia sea nuestro destino natural, y no vivimos con un temor crónico al desastre. No esperamos el desastre hasta tener una razón específica para esperarlo..., y, cuando nos lo encontramos, somos libres para combatirlo. No es la felicidad, sino el sufrimiento lo que consideramos antinatural. No es el éxito, sino la calamidad lo que consideramos la excepción anormal en la vida humana.

Galt lo acompañó hasta la puerta; luego, volvió, se sentó a la mesa y tranquilamente se sirvió otra taza de café.

Ella se puso de pie, como lanzada por un chorro de presión que había roto una válvula de seguridad.

—¿Cree que alguna vez voy a aceptar su dinero?

Él esperó hasta que la curva del café llenara su taza; luego, la miró y respondió:

—Sí, eso creo.

—¡Pues no voy a hacerlo! ¡No dejaré que él arriesgue su vida por eso!

—Usted no tiene ninguna opción sobre eso.

—¡Tengo la opción de no reclamar ese dinero nunca!

—Sí, la tiene.

—¡Entonces seguirá en ese banco hasta el día del juicio final!

—No, no lo hará. Si usted no lo reclama, una parte de él, una parte muy pequeña, me será entregada en su nombre.

—¿En mi nombre? ¿Por qué?

—Para pagar su alojamiento y su comida.

Ella lo miró fijamente, con su expresión de enojo cambiando a una de desconcierto, y después se dejó caer lentamente sobre la silla.

Él sonrió.

—¿Cuánto tiempo pensaba que se quedaría aquí, señorita Taggart? —Vio su sorprendida mirada de impotencia—. ¿No lo ha pensado? Yo sí. Va a quedarse aquí un mes. El mes de nuestras vacaciones, como el resto de nosotros. No estoy pidiendo su consentimiento, usted no solicitó el nuestro cuando vino aquí. Usted incumplió nuestras reglas, así que tendrá que pagar las consecuencias. Nadie sale de este valle durante este mes. Podría dejarla ir, por supuesto, pero no lo haré. No hay ninguna regla que me exija que la retenga aquí, pero, al abrirse camino hasta aquí por la fuerza, me ha dado el derecho de decidir lo que yo quiera, y la voy a retener simplemente porque la quiero aquí. Al final de un mes, si decide que desea volver, será libre de hacerlo. No hasta entonces.

Ella estaba sentada erguida, los planos de su rostro relajados, la forma de su boca suavizada por la sugerencia débil y determinada de una sonrisa; era la sonrisa peligrosa de un adversario, pero sus ojos estaban fríamente brillantes y velados a la vez, como los ojos de un adversario que tiene toda la intención de luchar, pero que espera perder.

—Muy bien —dijo ella.

—Le cobraré por su alojamiento y comida; va contra nuestras reglas proporcionarle el sustento no ganado de otro ser humano. Algunos de nosotros tenemos esposas e hijos, pero hay un intercambio recíproco en eso, y un pago mutuo... —dijo, y la miró brevemente— de un tipo que yo no tengo derecho a cobrar. Así que le cobraré cincuenta centavos por día y usted me pagará cuando acepte la cuenta que se encuentra a su nombre en el Mulligan Bank. Si no acepta la cuenta, Mulligan cargará su deuda contra ella y me dará el dinero cuando yo lo solicite.

—Aceptaré sus condiciones —respondió ella; su voz tenía la astuta, confiada y deliberada lentitud de un comerciante—. Pero no permitiré el uso de ese dinero para pagar mis deudas.

—¿De qué otra forma propone satisfacerlas?

—Propongo ganarme mi alojamiento y comida.

—¿Por qué medios?

—Trabajando.

—¿Haciendo qué?

—Haciendo de su cocinera y su criada.

Por primera vez, ella lo vio sufrir el *shock* de lo inesperado, de una forma y con una violencia que no había previsto. Fue sólo una explosión de risa por parte él, pero se echó a reír como si hubiese sido golpeado más allá de sus defensas, mucho más allá del significado inmediato de sus palabras; ella sintió que había tocado algún resorte del pasado de él, liberando algún recuerdo y algún significado suyo propio que ella no podía saber. Se rio como si estuviera viendo alguna imagen distante, como si se estuviera riendo en la cara de esa imagen, como si eso fuera la victoria de él, y la de Dagny.

—Si me contrata —dijo ella, su cara severamente cortés, con el tono duramente claro e impersonal de negocios—, yo cocinaré sus comidas, limpiaré su casa, lavaré su ropa, y haré las demás tareas que son requeridas de un sirviente... a cambio de alojamiento, comida y algo de dinero que pueda necesitar para comprar unas prendas de vestir. Es posible que mis lesiones me limiten un poco durante los próximos días, pero eso no durará, y seré capaz de hacer el trabajo completamente.

—¿Es eso lo que quiere hacer? —preguntó.

—Eso es lo que quiero hacer —respondió ella, y paró antes de pronunciar el resto de la respuesta en su mente: más que cualquier otra cosa en el mundo.

Él seguía sonriendo, era una sonrisa de diversión, pero era como si la diversión pudiera ser transmutada en alguna gloria resplandeciente.

—Muy bien, señorita Taggart —dijo él—. La contrataré.

Ella inclinó la cabeza en un reconocimiento secamente formal.

—Gracias.

—Le pagaré diez dólares al mes, además de su alojamiento y comida.

—Muy bien.

—Seré el primer hombre en este valle que contrate a un sirviente. —Se levantó, buscó en su bolsillo y arrojó una pieza de oro de cinco dólares sobre la mesa—. Como anticipo de su sueldo —dijo.

Cuando su mano cogió la pieza de oro, ella se sorprendió al descubrir que sentía la esperanza ansiosa, desesperada y trémula de una muchacha joven en su primer trabajo: la esperanza de poder merecerla.

—Sí, señor —dijo, bajando los ojos.

Owen Kellogg llegó durante la tarde de su tercer día en el valle.

Ella no supo qué es lo que le impactó más a él: verla allí de pie al borde del aeródromo cuando bajó del avión..., ver sus ropas —su delicada blusa transparente, hecha a medida por la tienda más cara de Nueva York, y la amplia falda estampada de algodón que había comprado en el valle por sesenta centavos—, ver su bastón, sus vendas o la cesta de comestibles en su brazo.

Él descendió entre un grupo de hombres; la vio y se paró, y luego fue corriendo hacia ella como si estuviera catapultado por una emoción tan fuerte que, fuese cual fuese su naturaleza, parecía más bien terror.

—Señorita Taggart —susurró él, y no dijo nada más, mientras ella se reía, intentando explicar cómo había llegado a ganarle en llegar a ese destino.

Él escuchó, como si fuera irrelevante, y luego le expresó el susto del que él tenía que recuperarse:

—Pero creíamos que usted había muerto.

—¿Quién lo creía?

—Todos nosotros, o sea, todos en el mundo exterior.

De repente, ella dejó de sonreír, mientras la voz de él comenzaba a recobrar su historia y emitía su primer sonido de alegría.

—Señorita Taggart, ¿no se acuerda? Me dijo que llamara a Winston, Colorado, y que les dijera que usted estaría allí a mediodía del día siguiente. Eso habría sido anteayer: 31 de mayo. Pero usted no llegó a Winston; y, a última hora de la tarde, todas las emisoras de radio transmitieron la noticia de que usted se había perdido y había tenido un accidente de avión en algún lugar de las Montañas Rocosas.

Ella asintió despacio, asimilando los acontecimientos que no se había parado a considerar.

—Lo oí a bordo del Comet —dijo él—. En una pequeña estación en medio de Nuevo México. El maquinista nos retuvo allí durante una hora, mientras yo le ayudaba a verificar la historia por teléfonos de larga distancia. A él le impactó la noticia tanto como a mí. Les impactó a todos: a la tripulación del tren, al agente de estación, a los guardagujas. Se amontonaron a mi alrededor mientras yo llamaba a las oficinas de los periódicos en Denver y en Nueva York. No conseguimos enterarnos de mucho. Sólo que usted había salido del aeródromo de Afton justo antes del amanecer del 31 de mayo, que parecía estar siguiendo el avión de algún desconocido, que el asistente la había visto despegar hacia el sureste, y que nadie la había visto desde entonces... Y que había patrullas de búsqueda recorriendo las Montañas Rocosas intentando encontrar los restos de su avión.

Ella preguntó involuntariamente:

—¿Llegó el Comet a San Francisco?

—No lo sé. Iba a paso de tortuga hacia el norte, en medio de Arizona, cuando yo desistí. Había demasiados retrasos, demasiadas cosas saliendo mal, y una confusión total de órdenes. Me bajé y pasé la noche haciendo autostop en ruta a Colorado, subiendo en camiones, en calesas, en carretas de caballos, para conseguir llegar a tiempo..., para llegar a nuestro punto de encuentro, quiero decir, donde nos reunimos para que el ferry aéreo de Midas nos recogiera y nos trajera aquí.

Ella empezó a andar lentamente camino arriba hacia el coche que había dejado frente al mercado de comestibles de Hammond. Kellogg la siguió, y, cuando volvió a hablar, su voz bajó un poco, disminuyendo la velocidad con sus pasos, como si hubiera algo que ambos desearan atrasar.

—Conseguí un trabajo para Jeff Allen —dijo; su voz tenía el tono peculiarmente solemne que era apropiado para decir: «He cumplido su última voluntad»—. Su agente en Laurel lo admitió y lo puso a trabajar desde el momento en que llegamos allí. El agente necesitaba a todos los hombres capaces..., no, a los mentalmente capaces..., que pudiera encontrar.

Habían llegado al coche, pero ella no entró.

—Señorita Taggart, no se lastimó, ¿verdad? ¿Dijo que se estrelló, pero que no fue grave?

—No, no fue grave en absoluto, podré arreglármelas sin el coche del señor Mulligan probablemente mañana, y en un día o dos no necesitaré esto tampoco. —Movió su bastón y lo tiró con desprecio dentro del coche. Se quedaron en silencio; ella estaba esperando.

—La última llamada de larga distancia que hice desde esa estación en Nuevo México —dijo él, despacio— fue a Pensilvania. Hablé con Hank Rearden. Le conté todo lo que sabía. Él escuchó; luego, hubo una pausa; y después dijo: «Gracias por llamarme». —Los ojos de Kellogg estaban bajos; y añadió—: Nunca quiero volver a escuchar ese tipo de pausa mientras viva.

Levantó los ojos hacia ella; no había reproche en su mirada, sólo el conocimiento de lo que no había sospechado cuando escuchó su petición, pero que había adivinado desde entonces.

—Gracias —dijo ella, y abrió la puerta del coche—. ¿Puedo llevarle? Tengo que volver y preparar la cena antes de que mi patrón llegue a casa.

Fue en el primer momento de regresar a la casa de Galt, de estar sola en la silenciosa sala llena de sol, cuando se enfrentó al significado completo de lo que sentía. Miró a la ventana, a las montañas bloqueando el cielo en el Este. Pensó en Hank Rearden sentado en su escritorio en ese momento, a tres mil kilómetros de distancia, su rostro contraído en un muro de contención contra la agonía, como se había contraído bajo todos los golpes de todos sus años..., y sintió un deseo desesperado de pelear la batalla de él, de luchar por él, por su pasado, por la tensión de su rostro y por el coraje que lo alimentaba..., igual que ella quería luchar por el Comet que se estaba arrastrando con un último esfuerzo a través de un desierto en una vía que se estaba haciendo pedazos. Se estremeció, cerrando los ojos, sintiéndose culpable de una doble traición, sintiendo como si estuviera suspendida en el espacio entre ese valle y el resto de la Tierra, sin derecho a ninguna de las dos cosas.

La sensación se desvaneció una vez sentada frente a Galt al otro lado de la mesa. Él la estaba observando, abiertamente y con una mirada tranquila, como si su presencia fuera normal, y como si la visión de ella fuese lo único que él deseaba permitir que entrara en su consciencia.

Ella se inclinó un poco hacia atrás, como si estuviera cumpliendo con el significado de su mirada, y dijo secamente, de manera eficiente, en negación deliberada:

—He revisado sus camisas y he encontrado una a la que le faltan dos botones, y otra con el codo izquierdo desgastado. ¿Quiere que las remiende?

—Bueno, sí..., si puede hacerlo.

—Puedo hacerlo.

Su respuesta no pareció alterar la naturaleza de la mirada de él; lo único que pareció hacer fue acentuar su satisfacción, como si eso fuera lo que él había querido que ella dijera, excepto que ella no estaba segura de si satisfacción era el nombre de lo que veía en sus ojos, y estaba completamente segura de que él no había querido que ella dijera nada.

Más allá de la ventana, al final de la mesa, nubes de tormenta habían borrado los últimos restos de luz en el cielo del Este. Ella se preguntó por qué sentía una repentina reticencia a mirar afuera, por qué sentía que quería aferrarse a los claros dorados de luz en la madera de la mesa, en la corteza de los panecillos con mantequilla, en la cafetera de cobre, en el pelo de Galt..., aferrarse como a una pequeña isla al borde de un vacío.

Luego escuchó su propia voz preguntando de repente, involuntariamente, y sabiendo que ésa era la traición de la que había querido escapar:

—¿Permite usted alguna comunicación con el mundo exterior?

—No.

—¿Ninguna en absoluto? ¿Ni siquiera una nota sin remitente?

—No.

—¿Ni siquiera un mensaje, aunque no se divulgue ningún secreto suyo?

—No desde aquí. No durante este mes. No a los de fuera, en ningún momento.

Ella se dio cuenta de que estaba evitando los ojos de él, y se obligó a levantar la cabeza y encararlo. La mirada de él había cambiado; era observadora, inmóvil, implacablemente perceptiva. Él preguntó, mirándola como si supiera el motivo de su pregunta:

—¿Quiere pedir una excepción especial?

—No —respondió ella, sosteniendo su mirada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, cuando ella estaba sentada en su habitación, cosiendo cuidadosamente un remiendo en la manga de la camisa de Galt, con la puerta cerrada para no dejarle ver su

torpe esfuerzo en una tarea a la que no estaba acostumbrada, oyó el sonido de un coche deteniéndose delante de la casa.

Oyó los pasos de Galt atravesando rápidamente la sala de estar, lo oyó abrir la puerta de entrada y gritar con el alegre enfado del alivio:

—¡Ya era hora!

Ella se puso de pie, pero se detuvo: oyó la voz de él, y su tono había cambiado abruptamente a grave, como respondiendo a la conmoción de alguna visión que lo confrontaba:

—¿Qué pasa?

—Hola, John —dijo una voz clara y tranquila que sonaba firme, pero cargada de agotamiento.

Ella se sentó en la cama, sintiéndose repentinamente exhausta y sin fuerzas: era la voz de Francisco.

Oyó a Galt preguntar, con un tono grave de preocupación:

—¿Qué ocurre?

—Te lo diré después.

—¿Por qué has llegado tan tarde?

—Tengo que irme de nuevo en una hora.

—¿Irte?

—John, sólo vine a decirte que no podré quedarme aquí este año.

Hubo una pausa; luego, Galt preguntó gravemente, su voz baja.

—¿Es tan serio para eso, sea lo que sea?

—Sí. Yo..., puede que esté de vuelta antes de que termine el mes. No lo sé. —dijo. Y añadió, con el sonido de un esfuerzo desesperado—: No sé si lo resolveré pronto o..., o no.

—Francisco, ¿puedes soportar un susto en este momento?

—¿Yo? Nada podría asustarme ahora.

—Hay una persona, aquí, en mi habitación de huéspedes, a quien tienes que ver. Será un *shock* para ti, así que creo que es mejor que te advierta de antemano que esa persona todavía es una esquirola.

—¿Qué? ¿Una esquirola? ¿En tu casa?

—Déjame decirte cómo...

—¡Eso es algo que quiero ver por mí mismo!

Ella oyó la risa despectiva de Francisco y el ímpetu de sus pasos, vio que la puerta se abría de golpe, y notó vagamente que fue Galt quien la cerró, dejándolos solos.

Ella no sabía cuánto tiempo Francisco estuvo allí de pie mirándola, porque el primer momento que ella captó del todo fue cuando lo vio de rodillas, agarrándose a ella, con la cara apoyada en sus piernas, el momento en el que sintió como si el estremecimiento que recorrió el cuerpo de él y lo dejó quieto se hubiese trasladado al de ella y la hiciese capaz de moverse.

Vio, sorprendida, que su propia mano se estaba moviendo suavemente sobre el cabello de él, mientras pensaba que no tenía derecho a hacerlo, y sintiendo como si una corriente de serenidad estuviese fluyendo desde su mano, envolviéndolos a ambos, alisando el pasado. Él no se movió, no hizo ningún ruido, como si el acto de sujetarla dijera todo lo que él tenía que decir.

Cuando levantó la cabeza, su expresión era como lo que ella había sentido al abrir los ojos en el valle: parecía que nunca había existido dolor en el mundo. Estaba riendo.

—Dagny, Dagny, Dagny —su voz no sonaba como si estuviera estallando una confesión aguantada durante años, sino como si él estuviera repitiendo lo que se sabía desde hacía mucho tiempo, riéndose del hecho de que nunca había sido dicho—, por supuesto que te quiero. ¿Tuviste miedo cuando él me hizo decirlo? Lo diré tan a menudo como desees: te quiero, cariño, te quiero, siempre te querré..., no tengas miedo por mí, me da igual si nunca te vuelvo a poseer, ¿qué importa eso...? Estás viva y estás aquí, y ahora lo sabes todo. Y es tan simple, ¿verdad? ¿Ves lo que era y por qué tuve que abandonarte...? —Su brazo hizo un movimiento señalando el valle —. Ahí está, es tu tierra, tu reino, tu tipo de mundo... Dagny, siempre te he amado, y que te abandonara..., eso fue por mi amor.

Él le cogió las manos, apretándolas contra sus labios, y las mantuvo así, no como un beso, sino como un largo momento de descanso, como si el esfuerzo de hablar fuese una distracción del hecho de la presencia de ella, y como si él estuviera desgarrado por demasiadas cosas que decir, por la presión de todas las palabras almacenadas en el silencio de años.

—Las mujeres que perseguí..., no lo creíste, ¿verdad? Nunca he tocado a ninguna de ellas..., pero creo que tú lo sabías, creo que lo has sabido todo el tiempo. El *playboy*..., ése era el papel que yo tenía que hacer para no dejar que los saqueadores sospecharan de mí mientras destruía d’Anconia Copper a plena vista de todo el mundo. Ése es el comodín en su sistema; se empeñan en luchar contra cualquier hombre de honor y de ambición, pero

déjales ver a un sinvergüenza de pacotilla y ellos creerán que es un amigo, pensarán que están a salvo... ¡a salvo! Ésa es su visión de la vida, pero ¡están aprendiendo...! ¡Están aprendiendo si la maldad es segura y la incompetencia es práctica! Dagny, fue la noche en que supe, por primera vez, que te amaba..., fue entonces cuando supe que tenía que irme. Fue cuando entraste en la habitación de mi hotel, esa noche, cuando vi la apariencia que tenías, lo que tú eras, lo que significabas para mí..., y lo que te esperaba en el futuro. Si hubieras representado menos, podrías haberme detenido durante un tiempo. Pero fuiste tú, fuiste tú el argumento definitivo que me hizo dejarte. Pedí tu ayuda, esa noche..., contra John Galt. Pero sabía que tú eras su mejor arma contra mí, aunque ni tú ni él podríais saberlo. Tú eras todo lo que yo estaba buscando, todo lo que él nos dijo por lo que vivir o morir, si fuese necesario... Yo estaba listo para él cuando me llamó de repente para ir a Nueva York esa primavera. No había tenido noticias suyas durante un tiempo. Él estaba luchando contra el mismo problema que yo. Él lo resolvió... ¿Te acuerdas? Fue esa época en que no tuviste noticias mías durante tres años. Dagny, cuando asumí el control del negocio de mi padre, cuando empecé a tratar con todo el sistema industrial del mundo, fue entonces cuando empecé a ver la naturaleza de la maldad que yo había sospechado, pero pensé que era demasiado monstruosa para creerla. Vi las alimañas recaudadoras de impuestos que habían crecido durante siglos como moho en d'Anconia Copper, extrayéndolo todo de nosotros sin ningún derecho que nadie pudiese nombrar... Vi las regulaciones del gobierno hechas para paralizarme, porque yo tenía éxito, y para ayudarles a mis competidores, porque ellos eran unos gandules fracasados... Vi a los sindicatos que ganaban todas las demandas legales contra mí, precisamente por ser yo quien tenía la capacidad de hacer posible su sustento... Vi que cualquier deseo de un hombre por un dinero que no podía ganar era considerado un deseo justo, pero que, si lo ganaba, entonces él era condenado por codicioso. Vi a los políticos que me guiñaban un ojo, diciéndome que no me preocupara, porque yo podría trabajar sólo un poco más duro y burlarme de todos ellos. Yo miré más allá de los beneficios del momento, y vi que, cuanto más trabajaba, más se cerraba el lazo alrededor de mi cuello; vi que mi energía estaba siendo vertida en una alcantarilla, que los parásitos que se alimentaban de mí se alimentaban de ellos mismos, que estaban atrapados en su propia trampa..., y que no había ninguna razón

para eso, ninguna respuesta que nadie supiera, que los tubos de alcantarillado del mundo, que estaban drenando su sangre productiva, llevaban a algún tipo de niebla húmeda que nadie se había atrevido a perforar, mientras que la gente simplemente se encogía de hombros y decía que la vida en la Tierra no podía ser más que maldad. Y luego vi que todo el establecimiento industrial del mundo, con toda su magnífica maquinaria, sus altos hornos de miles de toneladas, sus cables transatlánticos, sus oficinas de caoba, sus bolsas de valores, sus brillantes señales eléctricas, su poder, su riqueza, todo..., todo eso no estaba controlado por banqueros y consejos de administración, sino por cualquier humanitario desgarbado en cualquier cervecería de mala muerte, por cualquier cara regordeta con malicia que predicara que la virtud debe ser penalizada por ser virtud, que el objetivo de la habilidad es servir a la incompetencia, que el hombre no tiene derecho a existir excepto por el bien de los demás... Yo lo sabía. No veía ninguna forma de luchar contra eso. John encontró la forma. Sólo estábamos nosotros dos con él, la noche en que llegamos a Nueva York en respuesta a su llamada, Ragnar y yo. Nos dijo qué era lo que teníamos que hacer, y el tipo de hombres a los que teníamos que llegar... Él había renunciado en la Twentieth Century. Estaba viviendo en una buhardilla en un barrio humilde. Se acercó a la ventana y señaló los rascacielos de la ciudad. Dijo que teníamos que extinguir las luces del mundo y que, cuando viéramos apagarse las luces de Nueva York, sabríamos que nuestro trabajo estaba hecho. No nos pidió que nos uniéramos a él de inmediato. Nos dijo que lo pensáramos y que sopesáramos cómo afectaría eso a nuestras vidas. Le di mi respuesta la mañana del segundo día, y Ragnar, unas horas después, por la tarde... Dagny, ésa fue la mañana después de nuestra última noche juntos. Yo había visto, en forma de una visión de la que no podía escapar, qué era por lo que tenía que luchar. Fue por el aspecto que tenías esa noche, por la forma en que hablabas de tu ferrocarril, por lo que parecías cuando intentamos ver el horizonte de Nueva York desde encima de una roca sobre el Hudson... Yo tenía que salvarte, que despejar el camino para ti, dejar que encontraras tu ciudad, no dejarte destruir a tropezones los años de tu vida, luchando sin parar contra una niebla envenenada, con tus ojos aún mirando hacia delante, aún mirando como habían mirado a la luz del sol, luchando sin parar para encontrar, al final de tu camino, ya no las torres de una ciudad, sino un tullido gordo, empapado e imbécil,

realizándose y disfrutando de la vida por medio de tragar la ginebra que tu vida había pagado. ¿Tú, dejando de conocer el gozo para que él lo conociera? ¿Tú, sirviendo de forraje para el placer de otros? ¿Tú, como los medios para lo infrahumano como meta? ¡Dagny, eso fue lo que yo vi, y eso fue lo que no podía dejar que te hicieran! No a ti, no a cualquier niño que tuviera tu expresión cuando se enfrentara al futuro, no a ningún hombre que tuviera tu espíritu y fuese capaz de experimentar un momento de estar vivo orgullosamente, sin culpa, con confianza, con felicidad. Ése era mi amor, ese estado del espíritu humano, y te dejé para luchar por él; y yo sabía que, si te perdiera, seguirías siendo tú lo que yo estaría ganando con cada año de la batalla. Pero ahora lo ves, ¿no? Has visto este valle. Es el lugar al que nos propusimos llegar cuando éramos niños, tú y yo. Lo hemos alcanzado. ¿Qué más puedo pedir ahora? Sólo el verte aquí... ¿Ha dicho John que aún eres una esquirola...?, bueno, es sólo cuestión de tiempo, pero tú serás uno de nosotros, porque siempre lo has sido, aunque no lo veas del todo; esperaremos, no me importa, siempre y cuando estés viva, siempre y cuando no tenga que seguir volando sobre las Montañas Rocosas en busca de los restos de tu avión.

Ella jadeó un poco, dándose cuenta de por qué él no había llegado al valle a tiempo.

Él rio.

—No te quedes así. No me mires como si fuera una herida que tienes miedo de tocar.

—Francisco, te he hecho daño de tantas formas diferentes...

—¡No! No, no me has hecho daño, y él tampoco, no digas nada al respecto, es él quien está dolido, pero lo salvaremos, y él también vendrá aquí, adonde pertenece, y él lo sabrá, y entonces también él podrá reírse de eso. Dagny, no esperaba que me esperaras, no lo esperaba, yo sabía a lo que me arriesgaba, y si tuvo que ser alguien, me alegro de que fuese él.

Ella cerró los ojos, apretando los labios para no gemir.

—¡Querida, no! ¿No ves que lo he aceptado?

Pero no es así, pensó ella, no es él, y no puedo decirte la verdad, porque es un hombre que tal vez nunca lo oiga de mí y a quien nunca pueda tener.

—Francisco, yo sí te quise —dijo ella, y contuvo el aliento, sorprendida, dándose cuenta de que no era así como había querido decirlo y, a la vez, que ése no era el tiempo verbal que había querido usar.

—Pero sigues haciéndolo —dijo él con calma, sonriendo—. Aún me quieres, aunque haya una expresión de ese amor que siempre sentirás y desearás, pero que ya no me darás. Yo sigo siendo lo que era, y tú siempre lo verás, y siempre me concederás la misma respuesta, aunque haya una respuesta mayor que le concedas a otro hombre. Independientemente de lo que sientas por él, eso no cambiará lo que sientes por mí, y no será una traición a ninguno de los dos, porque proviene de la misma raíz, es el mismo pago en respuesta a los mismos valores. Independientemente de lo que pase en el futuro, siempre seremos lo que fuimos el uno para el otro, tú y yo, porque tú siempre me amarás.

—Francisco —susurró ella—, ¿lo sabes?

—Por supuesto. ¿No lo entiendes ahora? Dagny, cada forma de felicidad es una, cada deseo está impulsado por el mismo motor, por nuestro amor a un valor único, por la potencialidad más alta de nuestra propia existencia, y cada logro es una expresión de eso. Mira a tu alrededor. ¿Ves todo lo que está abierto para nosotros aquí, en una tierra sin obstáculos? ¿Ves todo lo que soy libre de hacer, de experimentar, de lograr? ¿Ves que todo esto es parte de lo que eres para mí..., igual que yo lo soy para ti? Y si te veo sonreír con admiración ante una nueva fundición de cobre que construya, ése será un aspecto más de lo que sentí cuando yacía en la cama a tu lado. ¿Que si quiero dormir contigo? Desesperadamente. ¿Que si voy a envidiar al hombre que lo haga? Por supuesto. Pero ¿qué importa eso? Es tanto... sólo el tenerte aquí, amarte y estar vivo.

Con los ojos bajos y la cara seria, manteniendo la cabeza inclinada como si fuera un acto de reverencia, ella dijo lentamente, como si estuviera cumpliendo una solemne promesa:

—¿Me perdonas?

Él pareció asombrado, y luego se rio alegremente, recordando, y respondió:

—Aún no. No hay nada que perdonar, pero lo perdonaré cuando te unas a nosotros.

Se levantó, la hizo ponerse de pie, y cuando sus brazos la abrazaron, su beso fue la suma de su pasado, su final, y su sello de aceptación.

Cuando salieron, Galt se volvió hacia ellos desde el otro lado de la sala de estar. Había estado de pie junto a una ventana, mirando al valle..., y ella estaba segura de que él había estado allí todo ese tiempo. Ella vio que sus ojos estudiaban los rostros de ellos, con su mirada moviéndose lentamente del uno al otro.

Su rostro se relajó un poco al ver el cambio en el de Francisco. Francisco sonrió y le preguntó:

—¿Por qué me estás mirando?

—¿Sabes lo que parecías cuando entraste?

—¿Ah, sí? Eso es porque no he dormido las últimas tres noches. John, ¿me invitas a cenar? Quiero saber cómo esta esquirola tuya llegó aquí, pero creo que podría desplomarme de sueño en medio de una frase, aunque ahora mismo siento que nunca más necesitaré dormir en absoluto..., así que creo que será mejor que me vaya a casa y me quede allí hasta esta noche.

Galt lo estaba mirando con una ligera sonrisa.

—Pero ¿no vas a abandonar el valle en una hora?

—¿Qué? No... —dijo suavemente, con un momentáneo asombro—. ¡No! —Se echó a reír eufóricamente—. ¡No tengo que hacerlo! Tienes razón, no te he dicho lo que era, ¿verdad? Estaba buscando a Dagny. Buscando... los restos de su avión. Habían informado que estaba perdida en un accidente en las Montañas Rocosas.

—Ya veo —dijo Galt en voz baja.

—Podría haber pensado cualquier cosa, excepto que ella elegiría estrellarse en la Quebrada de Galt —dijo Francisco alegremente; tenía el tono de ese gozoso alivio que casi saborea el horror del pasado, desafiándolo por medio del presente—. Seguí volando sobre la región entre Afton, Utah y Winston, Colorado, sobre cada pico y cada grieta de él, sobre los restos de coches en cada cañón allá abajo, y cada vez que veía uno, yo... —Se paró; parecía un estremecimiento—. Luego, por la noche, salíamos a pie, los grupos de búsqueda de hombres del ferrocarril desde Winston..., íbamos escalando al azar, sin ninguna pista, sin aviones, una y otra vez, hasta que se hacía de día de nuevo, y... —Se encogió de hombros, tratando de descartarlo todo y sonreír—. No se lo desearía a mi peor...

Se paró en seco; su sonrisa se desvaneció, y un tenue reflejo de la expresión que había tenido durante tres días volvió a su rostro, como con la repentina presencia de una imagen que él había olvidado.

Después de un largo momento, se volvió hacia Galt.

—John —su voz sonaba particularmente solemne—, ¿podríamos avisar a los que están afuera de que Dagny está viva..., en caso de que haya alguien que..., que se sienta como yo me sentí?

Galt lo estaba mirando fijamente.

—¿Quieres darle a algún forastero algún alivio de las consecuencias de seguir estando fuera?

Francisco bajó los ojos, pero respondió firmemente:

—No.

—¿Lástima, Francisco?

—Sí. Olvídalo. Tienes razón.

Galt se dio la vuelta con un movimiento que parecía extrañamente fuera de lugar para él: tenía la arrítmica brusquedad de lo involuntario.

Él se quedó dándoles la espalda. Francisco lo miró asombrado; luego, preguntó en voz baja:

—¿Qué pasa?

Galt se volvió y lo miró durante un momento, sin responder. Ella no pudo identificar la emoción que suavizó las líneas de la cara de Galt: tenía la cualidad de una sonrisa, de dulzura, de dolor, y de algo más grande que parecía hacer superfluos esos conceptos.

—Independientemente de lo que cada uno de nosotros haya pagado por esta batalla —dijo Galt—, tú eres el que ha recibido la paliza más dura, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Yo? —Francisco sonrió divertido, sorprendido e incrédulo —. ¡Desde luego que no! ¿Qué te pasa? —Se rio entre dientes y añadió—: ¿Lástima, John?

—No —dijo Galt con firmeza.

Ella vio a Francisco observándolo con una insinuación de mueca desconcertada, porque Galt no lo había dicho mirándolo a él, sino a ella.

Cuando entró en la casa de Francisco por primera vez, la suma emocional que la impactó como impresión inmediata no fue la conclusión que en algún momento había sacado a partir de la visión de su exterior, silencioso y cerrado con llave. Ella no tuvo una sensación de trágica soledad, sino de luminosidad vigorizante. Las habitaciones tenían pocos muebles, y eran

toscamente sencillas; la casa parecía construida con la habilidad, la decisión y la impaciencia típicas de Francisco; parecía una cabaña fronteriza construida de cualquier manera para servir como un simple trampolín para un largo vuelo hacia el futuro, un futuro donde le estaba esperando un campo de actividad tan grande que no había tiempo que perder en la comodidad de su inicio. El lugar no tenía el brillo de un hogar, sino de un nuevo andamio de madera erigido para albergar el nacimiento de un rascacielos.

Francisco, en mangas de camisa, estaba de pie en medio de su sala de estar de catorce metros cuadrados, con la expresión de un anfitrión en un palacio. De todos los sitios donde ella lo había visto, ése era el contexto que parecía el más adecuado para él. Igual que la simplicidad de su ropa, sumada a su porte, le daba aires de un aristócrata superlativo, así también la crudeza de la sala le daba aires del retiro más patricio; un solo toque de realeza había sido añadido a la tosquedad: había dos antiguas copas de plata en un pequeño nicho cortado en una pared de troncos desnudos; su vistoso diseño había requerido el lujo del trabajo largo y costoso de varios artesanos, más trabajo que el que se había empleado en construir la cabaña, un diseño atenuado por el pulimento de más siglos que los dedicados a hacer crecer los troncos de madera de pino de la pared. En medio de esa sala, la conducta relajada y natural de Francisco tenía un toque de orgullo reservado, como si su sonrisa le estuviera diciendo calladamente a ella: «Esto es lo que yo soy y lo que he sido durante todos estos años». Ella levantó la vista hacia las copas de plata.

—Sí —dijo él, respondiendo a su suposición silenciosa—, pertenecían a Sebastián d'Anconia y a su esposa. Son las únicas cosas que me traje aquí de mi palacio en Buenos Aires. Eso, y el escudo que hay sobre la puerta. Es todo lo que quise salvar. Todo lo demás desaparecerá, dentro de muy pocos meses. —Se rio entre dientes—. Se incautarán de todo ello, de los últimos restos de d'Anconia Copper, pero se sorprenderán. No conseguirán gran cosa por sus esfuerzos. Y, en cuanto a ese palacio, no podrán pagar ni siquiera la factura de la calefacción.

—¿Y luego? —preguntó ella—. ¿Adónde irás desde allí?

—¿Yo? Iré a trabajar para d'Anconia Copper.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas ese viejo eslogan: «El rey ha muerto, viva el rey»? Cuando la carcasa de la propiedad de mis antepasados se quite de en medio, entonces mi mina se convertirá en el nuevo y joven cuerpo de d'Anconia Copper, el tipo de propiedad que mis antepasados habían querido, por la que habían trabajado, que habían merecido, pero que nunca habían poseído.

—¿Tu mina? ¿Qué mina? ¿Dónde?

—Aquí —dijo, señalando los picos de las montañas—. ¿No lo sabías?

—No.

—Poseo una mina de cobre que los saqueadores no podrán tocar. Está aquí, en estas montañas. Yo hice la prospección, la descubrí, fui quien hizo la primera excavación. Eso fue hace más de ocho años. Yo fui el primer hombre a quien Midas le vendió tierras en este valle. Compré esa mina. La empecé con mis propias manos, como Sebastián d'Anconia había empezado. Ahora tengo un superintendente a cargo de ella, él era mi mejor metalúrgico en Chile. La mina produce todo el cobre que necesitamos. Mis beneficios son depositados en el Mulligan Bank. Eso es todo lo que tendré, dentro de unos meses. Es todo lo que necesitaré.

«Lo que necesitaré... para conquistar el mundo», ésa fue la forma como su voz sonaba en la última frase, y ella se maravilló de la diferencia entre ese sonido y el tono vergonzoso y empalagoso, mitad gemido y mitad amenaza, el tono de un mendigo y un matón juntos, que los hombres de su siglo le habían dado a la palabra «necesidad».

—Dagny —estaba diciendo él, de pie junto a la ventana, como si no estuviese contemplando los picos de las montañas, sino del tiempo—, el renacimiento de d'Anconia Copper, y del mundo, debe comenzar aquí, en Estados Unidos. Este país ha sido el único en la historia que no ha nacido de la casualidad y de una guerra tribal ciega, sino como un producto racional de la mente del hombre. Este país ha sido construido sobre la base de la supremacía de la razón; y, durante un magnífico siglo, redimió al mundo. Tendrá que hacerlo de nuevo. El primer paso de d'Anconia Copper, como de cualquier otro valor humano, ha de partir de aquí, porque el resto de la Tierra ha llegado al súmmun de las creencias que ha mantenido a lo largo de la historia: la fe mística y la supremacía de lo irracional, que tienen sólo dos monumentos al final de su camino: el manicomio y el cementerio. Sebastián d'Anconia cometió un error: aceptó un sistema que declaraba que la propiedad que él se había ganado por derecho iba a ser suya, pero no por

derecho, sino por permiso. Sus descendientes pagaron por ese error. Yo he hecho el último pago... Creo que veré el día en el que, naciendo desde su raíz en este suelo, las minas, las fundiciones, los muelles de mineral de d'Anconia Copper se extenderán nuevamente por todo el mundo y hasta mi país natal, y yo seré el primero en comenzar la reconstrucción de mi país. Puede que yo lo vea, pero no puedo estar seguro. Ningún hombre puede predecir en qué momento los otros decidirán regresar a la razón. Puede ser que al final de mi vida yo no haya establecido nada más que esta única mina: d'Anconia Copper N.º 1, Quebrada de Galt, Colorado, Estados Unidos. Pero, Dagny, ¿recuerdas que mi ambición era duplicar la producción de cobre de mi padre? Dagny, si al final de mi vida he producido sólo un kilo de cobre al año, seré más rico que mi padre, más rico que todos mis antepasados con todos sus miles de toneladas..., ¡porque ese kilo será mío por derecho, y será usado para sustentar a un mundo que lo sabe!

Ése era el Francisco de su infancia, en su porte, en su conducta, en el brillo limpio de sus ojos..., y ella se encontró a sí misma haciéndole preguntas sobre su mina de cobre, igual que le había preguntado por sus proyectos industriales en los paseos que daban por la orilla del Hudson, recapturando la sensación de un futuro sin obstáculos.

—Te llevaré a ver la mina —dijo— en cuanto tu tobillo se recupere del todo. Tenemos que subir una senda muy empinada para llegar allí, es sólo una senda de mulas, todavía no hay carretera para camiones. Déjame mostrarte la nueva fundición que estoy diseñando. He estado trabajando en ella durante algún tiempo, es demasiado compleja para nuestro volumen actual de producción, pero, cuando la producción de la mina crezca para justificarla, ¡simplemente echa un vistazo al tiempo, al trabajo y al dinero que ahorrará!

Estaban sentados juntos en el suelo, inclinados sobre las hojas de papel que él había extendido delante de ella, estudiando las intrincadas secciones de la fundición, con la misma seriedad alegre que una vez habían dedicado a estudiar los pedazos de chatarra en un desguace.

Ella se inclinó hacia delante justo cuando él se movió para coger otra hoja, y se encontró apoyada contra su hombro. Involuntariamente, ella se mantuvo quieta por un instante, no más que por una pequeña interrupción en el flujo de un solo movimiento, mientras sus ojos se alzaban hacia él. Él

la estaba mirando, sin ocultar lo que sentía ni implicando ninguna otra demanda. Ella retrocedió, sabiendo que había sentido el mismo deseo que él.

Entonces, aun manteniendo la sensación recapturada de lo que ella había sentido por él en el pasado, ella comprendió una cualidad que siempre había sido parte de esa sensación, y que ahora de repente estaba clara para ella por primera vez: si ese deseo era una celebración de la vida de uno, entonces, lo que ella había sentido por Francisco siempre había sido una celebración de su futuro, como un momento de esplendor ganado como un pago parcial de un total desconocido, afirmando alguna promesa venidera. En el instante en que lo comprendió, entendió también el único deseo que había experimentado, pero no como símbolo de un futuro, sino de un presente completo y final. Lo entendió por medio de una imagen, la imagen de la figura de un hombre de pie en la puerta de una pequeña construcción de granito. La forma final de la promesa que la había mantenido en movimiento, pensó, era el hombre que, quizá, seguiría siendo una promesa que nunca ha de ser alcanzada.

Pero esa visión del destino humano, pensó con consternación, era la que ella había odiado y rechazado con más pasión: la visión de que el hombre siempre sería atraído por alguna visión de lo inalcanzable brillando allá delante, condenado siempre a aspirar, pero no a lograr. Su vida y sus valores no podrían llevarla a eso, pensó; ella nunca había encontrado belleza en anhelar lo imposible, y nunca había encontrado que lo posible estuviera fuera de su alcance. Pero había llegado a ese punto, y no podía encontrar respuesta.

No podía ni renunciar a él ni renunciar al mundo..., pensó, mirando a Galt, esa noche. La respuesta parecía más difícil de encontrar en su presencia. Sentía que no existía ningún problema, que nada podía existir aparte del hecho de verlo a él, y que nada tendría el poder de hacer que ella se fuera; y, al mismo tiempo, que ella no tendría derecho a mirarlo si renunciase a su ferrocarril. Sintió que ella era la dueña de él, que lo no nombrado había sido comprendido entre ellos desde el principio y que, al mismo tiempo, él podría desaparecer de su vida y, en alguna futura calle del mundo exterior, pasar a su lado con la mayor indiferencia.

Ella notó que él no la cuestionó sobre Francisco. Cuando ella habló de su visita, no pudo hallar ninguna reacción en su rostro, ni de aprobación ni de resentimiento. Le pareció captar un sombreado imperceptible en la gravemente atenta expresión de él: parecía como si fuese un tema sobre el cual él decidía no sentir.

Su leve aprehensión se convirtió en un signo de interrogación, y el signo de interrogación se convirtió en un taladro, penetrando cada vez más profundamente en su mente a través de las tardes que siguieron, cuando Galt salía de casa y ella se quedaba sola. Él salía una noche sí y otra no, después de cenar, sin decirle a ella adónde iba, volviendo a medianoche o después. Ella intentó no permitirse a sí misma descubrir del todo con qué tensión e inquietud esperaba su regreso. No le preguntó dónde pasaba esas tardes. La reticencia que se lo impidió fue un deseo demasiado urgente de saberlo; permaneció en silencio como en algún tipo remotamente intencional de desafío, medio desafiándole a él, medio desafiando a su propia ansiedad.

Ella no quiso reconocer las cosas que temía, ni darles la forma sólida de palabras; las sabía sólo por la fea y persistente presión de una emoción que ella no admitía. Parte de esa emoción era un resentimiento salvaje de una clase que ella nunca había experimentado antes, su respuesta al temor de que pudiera haber una mujer en su vida; pero el resentimiento estaba suavizado por una cierta calidad sana en lo que temía, como si la amenaza pudiese ser combatida e incluso, si fuera necesario, aceptada. Pero había otro temor más feo aún: la sórdida forma del autosacrificio, la sospecha que no habría que atribuirle a él, de querer quitarse de en medio y dejar que ese vacío la obligase a ella a volver al hombre que era el amigo más querido de él.

Pasaron varios días antes de que ella hablara de eso. Luego, mientras cenaban, en una noche en la que él tenía que salir, Dagny se dio cuenta repentinamente del peculiar placer que él sentía viéndolo comer la comida que ella había preparado; y, de repente, involuntariamente, como si ese placer le diese un derecho que ella no se atrevía a identificar, como si el placer, no el dolor, rompiera su resistencia, se oyó a sí misma preguntándole:

—¿Qué es lo que sale usted a hacer cada dos noches?

Él respondió con sencillez, como si hubiera dado por hecho que ella lo sabía.

—Dar clase.

—¿Qué?

—Dando un curso de conferencias sobre física, como hago todos los años durante este mes. Es mi... ¿de qué se ríe? —preguntó, al ver la expresión de alivio, de risa silenciosa que no parecía estar dirigida a sus palabras; y luego, antes de que ella respondiera, él sonrió de repente, como si hubiera adivinado la respuesta, y ella vio una cualidad particular e intensamente personal en la sonrisa de él, que era casi una cualidad de intimidad insolente, en contraste con la manera tranquilamente impersonal y casual con la que siguió—. Usted sabe que éste es el mes en el que todos intercambiamos los logros de nuestras verdaderas profesiones. Richard Halley da conciertos, Kay Ludlow aparece en dos obras escritas por autores que no escriben para el mundo exterior..., y yo doy conferencias, informando sobre el trabajo que he realizado durante el año.

—¿Conferencias gratuitas?

—Desde luego que no. Son diez dólares por persona por el curso.

—Quiero oírle.

Él sacudió la cabeza.

—No. Se le permitirá asistir a los conciertos, a las obras de teatro y a cualquier otra forma de presentación para su propio disfrute, pero no a mis conferencias ni a ninguna otra presentación de ideas que usted pueda llevarse de este valle. Además, mis clientes, o estudiantes, son sólo aquellos que tienen un objetivo práctico para tomar mi curso: Dwight Sanders, Lawrence Hammond, Dick McNamara, Owen Kellogg y varios otros. He añadido un principiante este año: Quentin Daniels.

—¿Ah, sí? —dijo ella, casi con un toque de celos—. ¿Cómo puede él permitirse pagar algo tan caro?

—A crédito. Le he dado un plan de pago a plazos. Él vale la pena.

—¿Dónde da las clases?

—En el hangar, en la granja de Dwight Sanders.

—¿Y dónde trabaja durante el año?

—En mi laboratorio.

Ella preguntó, con cautela:

—¿Dónde está su laboratorio? ¿Aquí, en el valle?

Él mantuvo la mirada de ella durante un momento, dejándole ver que se estaba divirtiendo y que sabía cuál era su objetivo; luego, respondió:

—No.

—¿Ha vivido en el mundo exterior todo el tiempo, durante estos doce años?

—Sí.

—¿Tiene...? —La idea le pareció insoportable—. ¿Tiene un trabajo parecido al de los demás?

—Oh, sí. —La diversión en sus ojos parecía estar acentuada por un significado especial.

—¡No me diga que es un segundo asistente de contabilidad!

—No, no lo soy.

—Entonces ¿qué es lo que hace?

—Tengo el tipo de trabajo que el mundo quiere que tenga.

—¿Dónde?

Él sacudió la cabeza.

—No, señorita Taggart. Si usted decide abandonar el valle, ésa es una de las cosas que no debe saber.

Él volvió a sonreír con esa insolente cualidad personal que en ese momento parecía decir que conocía la amenaza contenida en su respuesta y lo que significaba para ella; luego se levantó de la mesa.

Cuando se hubo marchado, ella sintió como si el movimiento del tiempo fuera un peso opresivo en la quietud de la casa, como una masa estacionaria y semisólida deslizándose lentamente hacia un leve alargamiento por un ritmo que no la dejaba saber en ninguna medida si habían pasado minutos u horas. Estaba medio recostada en un sillón de la sala de estar, deshecha por esa pesada e indiferente lasitud que no es tanto la volición de la pereza, sino la frustración de la voluntad ante una violencia secreta que ninguna acción menor puede satisfacer.

Ese placer especial que había sentido al verlo comer el alimento que ella había preparado —pensó, yaciendo inmóvil, con los ojos cerrados, su mente moviéndose, como el tiempo, a través de algún reino de veloz lentitud— había sido el placer de saber que ella le había proporcionado un disfrute sensual, que una de las formas de satisfacción del cuerpo de él provenían de ella... Hay una razón, pensó, por la que una mujer desearía cocinar para un hombre... Oh, no como un deber, no como una carrera

crónica, sólo como un raro y especial rito, como símbolo de..., pero ¿qué han hecho con eso, los predicadores del deber de la mujer? El castrado desempeño de un trabajo enfermizo es considerado una virtud propia de la mujer, mientras que lo que le da significado y aprobación se considera un vergonzoso pecado: trabajar con grasas, humos y cortezas pegajosas en una cocina maloliente se considera un tema espiritual, un acto de cumplir con un deber moral..., mientras que la unión de dos cuerpos en un dormitorio se considera una indulgencia física, un acto de sumisión a un instinto animal, sin gloria, sin significado ni orgullo de espíritu que puedan reclamar los animales involucrados.

Se puso bruscamente de pie. No quería pensar en el mundo exterior ni en su código moral. Pero ella sabía que ése no era el objeto de sus pensamientos. Y no quería pensar en el tema que su mente intentaba perseguir, el tema al que su mente seguía volviendo contra su voluntad, como si tuviese voluntad propia.

Se paseó por la habitación, odiando la desagradable, espasmódica y descontrolada soltura de sus movimientos, desgarrados entre la necesidad de dejar que su movilidad rompiese la quietud y el conocimiento de que ésa no era la forma de ruptura que ella quería. Encendió cigarrillos para tener un instante de ilusión de una acción intencional..., y los desechó en el instante siguiente, sintiendo el hastiado disgusto de querer sustituir su objetivo. Miró la habitación como un mendigo inquieto, suplicando que los objetos físicos le diesen un propósito, deseando poder encontrar algo que limpiar, que reparar, que pulir..., pero sabiendo que ninguna tarea merecía la pena. «Cuando nada parece valer la pena», le decía una voz severa en su mente, «eso es una pantalla para ocultar un deseo que vale demasiado; ¿qué quieres?». Encendió una cerilla, sacudiendo brutalmente la llama hasta la punta de un cigarrillo que notó colgando, apagado, en la comisura de su boca. «¿Qué quieres?», repitió la voz que sonaba severa como la de un juez... «¡Quiero que vuelva!», respondió ella, lanzando las palabras, como un grito silencioso, a algún acusador dentro de ella, casi como si uno le tirara un hueso a una bestia que le persigue, esperando distraerla para que no ataque el resto.

«Lo quiero aquí», dijo en voz baja, en respuesta a la acusación de que no había razón para tanta impaciencia... «Lo quiero aquí», dijo, suplicando, en respuesta al frío recordatorio de que su respuesta no equilibraba la escala

del juez... «¡Lo quiero aquí!», gritó desafiante, luchando para no dejar de pronunciar la palabra superflua y protectora en esa frase.

Sintió que su cabeza se inclinaba de agotamiento, como después de una paliza prolongada. El cigarrillo que vio entre sus dedos se había consumido la mera longitud de un centímetro. Lo apagó, y se dejó caer de nuevo en el sillón.

«No lo estoy evadiendo», pensó, «no lo estoy evadiendo, es sólo que no puedo encontrar el camino a ninguna respuesta». «Lo que quieres», dijo la voz, mientras ella se abría paso en una niebla cada vez más espesa, «es tuyo, sólo tienes que tomarlo, pero cualquier cosa que no sea tu plena aceptación, que sea menos de tu plena convicción, es una traición a todo lo que él es». «Entonces, que me maldiga», pensó, como si la voz estuviera ahora perdida en la niebla y no la oyera. «Que me maldiga mañana... Lo quiero... aquí.» No oyó ninguna respuesta, porque su cabeza había caído suavemente contra el sillón; estaba dormida.

Cuando abrió los ojos, lo vio a él de pie a un metro de distancia, mirándola, como si la hubiera estado observando durante algún tiempo.

Ella vio su rostro y, con la claridad de la percepción íntegra, vio el significado de la expresión en su rostro: era el significado contra el que ella había luchado durante horas. Lo vio sin asombrarse, porque aún no había recuperado la consciencia de alguna razón por la que debería asombrarse.

—Ésa es la apariencia que usted tiene —dijo él suavemente— cuando se queda durmiendo en su oficina. —Y ella sabía que él tampoco estaba completamente consciente de dejarla oír eso: la forma como le transmitió con qué frecuencia lo había pensado, y por qué razón—. Es como si se despertara en un mundo donde no tuviera nada que ocultar o que temer.

Y ella supo que el primer movimiento de su propia cara había sido una sonrisa, lo supo en el momento en que se desvaneció, cuando se dio cuenta de que ambos estaban despiertos. Él añadió en voz baja, con plena consciencia:

—Pero aquí es verdad.

La primera emoción que ella tuvo del reino de la realidad fue una sensación de poder. Se incorporó con un movimiento fluido y pausado de confianza, sintiendo el flujo del movimiento de un músculo a otro por todo

su cuerpo. Preguntó, y fue la lentitud, el sonido de curiosidad casual, el tono de dar por sentadas las implicaciones, lo que le dio a su voz el más ligero sonido de desdén:

—¿Cómo sabe usted la apariencia que tengo en... en mi oficina?

—Le dije que la he vigilado durante años.

—¿Cómo pudo verme en tanto detalle? ¿Desde dónde?

—No voy a responderle ahora —dijo él, simplemente y sin desafiarla.

El ligero movimiento del hombro de ella inclinándose hacia atrás, la pausa y, luego, el tono más bajo y más ronco de su voz, dejó un indicio de triunfo sonriente arrastrándose tras sus palabras:

—¿Cuándo me vio por primera vez?

—Hace diez años —respondió él, mirándola directamente, dejando que ella viese que estaba respondiendo al significado completo y sin nombrar de su pregunta.

—¿Dónde? —La palabra era casi una orden.

Él dudó; luego, ella vio una leve sonrisa que tocaba sólo sus labios, no sus ojos, el tipo de sonrisa con la que se contempla, con nostalgia, amargura y orgullo, una posesión comprada a un coste insoportable; sus ojos no parecían estar dirigidos a ella, sino a la joven de aquella época.

—En el subsuelo, en la Terminal Taggart —respondió.

De repente, ella fue consciente de su postura: había dejado que los omóplatos se deslizaran contra la silla, descuidadamente, medio tumbada, con una pierna estirada hacia delante; y con su blusa transparente y bien entallada, su amplia falda campesina impresa a mano en colores violentos, su finas medias y su zapato de tacón, no parecía una ejecutiva del ferrocarril; la consciencia de eso la impactó en respuesta a sus ojos, que parecían estar viendo lo inalcanzable; ella parecía lo que era: su sirvienta. Ella supo el momento en el que la más mínima tensión en el brillo de sus ojos de color verde oscuro ocultaron el velo de la distancia, reemplazando la visión del pasado por el hecho de verla a ella, a su persona inmediata. Ella lo miró a los ojos con esa mirada insolente que es una sonrisa sin movimiento de los músculos faciales.

Él se dio la vuelta, pero, mientras se movía por la sala, sus pasos eran tan elocuentes como el sonido de una voz. Ella sabía que él quería salir de la sala, como siempre lo hacía; nunca se había quedado más tiempo que el suficiente para decirle buenas noches cuando regresaba a casa. Observó el

curso de su lucha, tanto a través de sus pasos, que empezaban en una dirección y se desviaban a otra, como a través de la certeza que ella tenía de que su cuerpo se había convertido en un instrumento para la percepción directa del de él, como una pantalla que refleja tanto los movimientos como los motivos... Ella no tenía manera de saberlo. Ella sabía sólo que él, que nunca había iniciado ni perdido una batalla contra sí mismo, no tenía ahora el poder de abandonar esa sala.

Él no parecía mostrar signos de tensión en sus modales. Se quitó el abrigo, tirándolo a un lado, quedándose en mangas de camisa, y se sentó frente a ella, en la ventana al otro lado de la habitación. Pero se sentó en el brazo de un sillón, como si no estuviera ni yéndose ni quedándose.

Ella sintió una estimulante, ligera, y casi frívola sensación de triunfo al saber que lo estaba reteniendo con la misma firmeza que se podría lograr a través de un contacto físico; durante un instante, breve y peligroso de aguantar, aquélla fue una forma de contacto más que satisfactoria.

Pero entonces sintió un *shock* repentino y cegador dentro de ella, mitad golpe y mitad grito, y trató de buscar, aturdida, su causa..., sólo para darse cuenta de que él se había inclinado un poco hacia un lado, y que tal causa no había sido más que la visión de una postura accidental, de la larga línea que iba de su hombro al ángulo de su cintura, sus caderas y sus piernas. Miró a otro lado para que él no viese que estaba temblando, y abandonó toda idea de triunfo y de a quién correspondía el poder.

—La he visto muchas veces desde entonces —dijo él, en voz baja y continua, pero un poco más lenta de lo habitual, como si pudiera controlarlo todo, excepto su necesidad de hablar.

—¿Dónde me ha visto?

—En muchos sitios.

—Pero ¿se aseguró de no ser visto? —Ella sabía que el suyo era un rostro que no le habría pasado inadvertido.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Tenía miedo?

—Sí.

Lo dijo simplemente, y ella tardó un momento en darse cuenta de que él estaba admitiendo que sabía lo que la visión de su persona habría significado para ella.

—¿Sabía quién era yo cuando me vio por primera vez?

—Oh, sí. Mi peor enemigo, excepto uno.

—¿Qué? —Ella no había esperado eso; añadió, con más calma—: ¿Quién es el peor?

—El doctor Robert Stadler.

—¿Me pone al mismo nivel que a él?

—No. Él es mi enemigo consciente. Él es el hombre que vendió su alma. No tenemos ninguna intención de atraerlo. Usted..., usted era uno de los nuestros. Yo lo sabía mucho antes de verla. Sabía también que sería la última en unirse a nosotros, y la más difícil de vencer.

—¿Quién le dijo eso?

—Francisco.

Ella dejó pasar un momento; luego, preguntó:

—¿Qué dijo?

—Dijo que, de todos los nombres en nuestra lista, usted sería la más difícil de conquistar. Fue entonces cuando oí hablar de usted por primera vez. Fue Francisco quien puso su nombre en nuestra lista. Me dijo que usted era la única esperanza y el único futuro de Taggart Transcontinental, que se enfrentaría a nosotros durante mucho tiempo, que libraría una lucha desesperada por su ferrocarril..., porque tenía demasiada resistencia y demasiado valor, y porque estaba demasiado consagrada a su trabajo. —Él la miró—. No me dijo más nada. Habló de usted como si estuviera simplemente hablando de uno de nuestros futuros huelguistas. Yo sabía que usted y él habían sido amigos de la infancia, eso era todo.

—¿Cuándo me vio?

—Dos años después.

—¿Cómo?

—Por casualidad. Era tarde en la noche, en una plataforma de pasajeros de la Terminal Taggart.

Ella sabía que eso era una forma de rendirse, que él no quería decirlo, pero tenía que hablar; ella oyó tanto la callada intensidad como el esfuerzo por resistir en su voz; él tenía que hablar, porque tenía que darse a sí mismo y darle a ella esa forma de contacto. Él prosiguió:

—Usted llevaba un vestido de noche. Tenía una capa medio cayendo de su cuerpo; vi, al principio, sólo sus hombros desnudos, su espalda y su perfil; y pareció, por un instante, que la capa iba a seguir cayendo y que usted se quedaría allí de pie, desnuda. Entonces vi que llevaba un vestido

largo, del color del hielo, como la túnica de una diosa griega, pero que usted tenía el pelo corto y el perfil imperioso de una mujer estadounidense. Parecía absurdamente fuera de lugar en un andén ferroviario, y no era en un andén donde yo la estaba viendo, la estaba viendo en un entorno que nunca me había obsesionado antes; pero, entonces, de pronto, supe que usted pertenecía a las vías, al hollín y a las vigas de acero, que ése era el entorno apropiado para un vestido de noche y unos hombros desnudos y una cara tan vivaz como la suya..., un andén de ferrocarril, no un apartamento con cortinas; usted parecía un símbolo de lujo y pertenecía al lugar que era su fuente; usted parecía traerles riqueza, gracia, extravagancia... y devolverles el disfrute de la vida a sus legítimos dueños, a los hombres que creaban ferrocarriles y fábricas; usted tenía una expresión de energía y de su recompensa, juntas, una expresión de eficiencia y de lujo combinados..., y yo fui el primer hombre que siempre había declarado de qué modo esas dos cosas eran inseparables..., y pensé que si nuestra época le diese forma a sus dioses apropiados y erigiera una estatua al significado de un ferrocarril estadounidense, esa estatua sería la suya. Entonces vi lo que usted estaba haciendo, y supe quién era. Usted estaba dando órdenes a tres oficiales de la terminal; yo no podía escuchar sus palabras, pero su voz sonó rápida, clara y segura. Supe que usted era Dagny Taggart. Me acerqué lo suficiente como para escuchar dos frases. «¿Quién lo ha dicho?», preguntó uno de los hombres. «Yo», respondió usted. Eso fue todo lo que oí. Fue suficiente.

—¿Y luego...?

Él levantó los ojos lentamente para sostener los de ella a través de la sala, y la intensidad sumergida que bajó su voz, haciendo que su tono se suavizara, le dio un sonido de burla que era desesperado y casi gentil:

—Entonces supe que abandonar mi motor no era el precio más alto que yo tendría que pagar por esa huelga.

Ella se preguntó qué sombra anónima —entre los pasajeros que habían pasado a su lado, tan insustanciales como el vapor de los motores, y tan ignorados—, qué sombra y qué cara había sido la de él; se preguntó lo cerca que los dos habrían estado por la duración de ese desconocido momento.

—Oh, ¿por qué no habló conmigo, en ese momento o después?

—¿Recuerda lo que estaba haciendo en la terminal esa noche?

—Recuerdo vagamente una noche en la que me hicieron salir de una fiesta a la que estaba asistiendo. Mi padre estaba fuera de la ciudad, y el nuevo gerente de la terminal había cometido algún tipo de error que había inmovilizado todo el tráfico en los túneles. El antiguo gerente había renunciado inesperadamente la semana anterior.

—Fui yo quien lo hizo renunciar.

—Ya veo...

Su voz se fue apagando, como si estuviera abandonando el sonido, mientras sus párpados se iban cerrando, abandonando la visión. Si él no lo hubiese aguantado entonces, pensó ella, si hubiera venido a reclamarla, en ese momento o después, ¿a qué tipo de tragedia habrían tenido que llegar? Ella recordó lo que había sentido cuando había gritado que le dispararía al destructor nada más verle. «Lo habría hecho...»; el pensamiento no estaba en palabras, ella lo sabía sólo como una presión temblorosa en su estómago... «Le habría disparado, después, si hubiera descubierto su papel, y habría tenido que descubrirlo..., y, sin embargo...», se estremeció, porque sabía que aun así deseaba que él hubiera acudido a ella, porque la idea que no quería admitir en su mente, pero que fluía como un calor oscuro a través de su cuerpo, era: «Le habría disparado, pero no antes de...».

Ella levantó los párpados, y supo que ese pensamiento estaba tan desnudo para él en los ojos de ella como lo estaba para ella en los de él. Ella vio su mirada velada y la tensión de su boca, lo vio reducido a la agonía, se sintió ahogada por el triunfante deseo de causarle dolor, de verlo, de observarlo, de observarlo más allá de su propia resistencia y de la de él, y luego de reducirlo a la impotencia del placer.

Él se levantó, miró a otro lado, y ella no pudo decir si fue la leve elevación de su cabeza o la tensión de sus rasgos lo que hizo que su rostro pareciera extrañamente calmado y claro, como si estuviera desprovisto de emoción hasta la pureza desnuda de su estructura.

—Cada uno de los hombres que su ferrocarril necesitó y perdió en los últimos diez años —dijo— fui yo quien le hizo perderlo. —Su voz tenía la monotonía y la luminosa simplicidad de un contable que le recuerda a un comprador imprudente que el coste es un absoluto del que uno no puede escapar—. He quitado cada una de las vigas de debajo de Taggart Transcontinental, y, si usted decide regresar, las veré desplomarse sobre su cabeza.

Se volvió para salir de la sala. Ella lo detuvo. Fue su voz, más que sus palabras, lo que lo hizo detenerse: su voz era baja, no tenía ninguna cualidad de emoción, sólo un peso hundiéndose, y su único color era un trasfondo arrastrado, como un eco interno, parecido a una amenaza; era la voz de la súplica de una persona que aún conserva un concepto del honor, pero que ya hace mucho que le da igual tenerlo:

—Usted quiere retenerme aquí, ¿verdad?

—Más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Podría retenerme.

—Lo sé.

Su voz lo había dicho con el mismo sonido que el de ella. Él esperó, para recobrar el aliento. Cuando habló, su voz era baja y clara, con una cierta cualidad de consciencia resaltada, que era casi la cualidad de una sonrisa de comprensión:

—Es su aceptación de este lugar lo que yo quiero. ¿De qué me serviría tener su presencia física sin ningún significado? Ése es el tipo de falsa realidad con la cual la mayoría de las personas se engañan a sí mismas respecto a sus vidas. Yo no soy capaz de hacerlo. —Se volvió para irse—. Y usted tampoco. Buenas noches, señorita Taggart.

Salió, fue a su habitación y cerró la puerta.

Ella estaba más allá del reino del pensamiento —tendida en la cama, en la oscuridad de su habitación, incapaz de pensar o de dormir—, y la violencia que llenaba su mente de gemidos parecía sólo una sensación de sus músculos, pero su tono y sus sombras retorcidas eran como un grito de súplica, que ella no sentía como palabras, sino como dolor: «¡Que venga aquí, que se quebrante..., al diablo todo, mi ferrocarril y su huelga, y todo por lo que hemos vivido! ¡Maldito sea todo, todo lo que hemos sido y lo que somos...! Él lo haría, si mañana muriera; entonces..., que me muera yo, pero mañana...; que venga él aquí, al precio que él diga, ya no me queda nada que no esté a la venta para él... ¿Es eso lo que significa ser un animal? Lo es, y yo lo soy». Estaba acostaba boca arriba, con las palmas de las manos apretadas contra la sábana a sus lados, para evitar levantarse y entrar en su habitación, sabiendo que era capaz incluso de eso. «No soy yo, es un cuerpo que yo no puedo ni soportar ni controlar.» Pero en algún lugar en su interior, no como palabras, sino como un punto radiante de quietud, estaba la presencia del juez que parecía observarla, ahora ya no condenándola

severamente, sino aprobando y divertido, como diciendo: «¿Tu cuerpo...? Si él no fuese lo que tú sabes que es, ¿te llevaría tu cuerpo a esto? ¿Por qué es el cuerpo de él el que quieres, y no el de ningún otro? ¿Piensas que así estás condenando las cosas por las que ambos habéis vivido? ¿Estás condenando aquello que estáis honrando en este mismo momento, por vuestro propio deseo?». Ella no tenía que escuchar las palabras, las sabía, siempre las había sabido. Después de un tiempo, perdió el brillo de ese conocimiento, y lo único que quedó fueron el dolor y las palmas que estaban pegadas a la sábana..., y la casi indiferente pregunta de si él también estaría despierto y luchando bajo el mismo tormento.

No oyó ningún sonido en la casa y no vio ninguna luz desde su ventana en los troncos de los árboles afuera. Después de un largo rato, oyó, desde la oscuridad de la habitación de él, dos sonidos que le dieron una respuesta completa; supo que él estaba despierto y que no acudiría a ella; fueron el sonido de un paso y el chasquido de un encendedor.

Richard Halley paró de tocar, se apartó del piano y miró a Dagny. La vio dejar caer la cara con el movimiento involuntario de esconder una emoción demasiado fuerte, se levantó, sonrió y dijo suavemente:

—Gracias.

—¡Oh, no! —susurró ella, sabiendo que la gratitud le correspondía a ella, y que era inútil expresarla.

Dagny pensó en los años en que él había escrito las obras que acababa de interpretar para ella, escritas aquí, en su pequeña cabaña en una cornisa del valle, cuando todo ese pródigo esplendor de sonido estaba siendo formado por él como un monumento fluyendo hacia un concepto que compara el sentido de la vida con el sentido de la belleza..., mientras ella había estado caminando por las calles de Nueva York en una búsqueda desesperada de alguna forma de disfrute, con los chillidos de una sinfonía moderna corriendo tras ella, como escupida por la infectada garganta de un altavoz tosiendo su malicioso odio a la existencia.

—Pero lo digo en serio —dijo Richard Halley, sonriendo—. Soy un hombre de negocios y nunca hago nada sin cobrar. Usted me ha pagado. ¿Ve por qué quería tocar para usted esta noche?

Ella levantó la cabeza. Él estaba de pie en medio de su sala de estar; estaban solos, con la ventana abierta a la noche de verano, a los árboles oscuros en una larga franja de salientes que descendían hacia el brillo de las luces distantes del valle.

—Señorita Taggart, ¿cuántas personas hay para quienes mi trabajo significa tanto como para usted?

—No muchas —respondió ella simplemente, ni como alarde ni como adulación, sino como un tributo impersonal a los valores exactos involucrados.

—Ése es el pago que exijo. No muchos pueden permitírselo. No me refiero al disfrute de usted, no me refiero a la emoción de ellos, ¡malditas sean las emociones! Me refiero a la comprensión que usted tiene y al hecho de que su disfrute proviene de algo que tiene la misma naturaleza que el mío, proviene de la misma fuente: de su inteligencia, del juicio consciente de una mente capaz de juzgar mi trabajo con el estándar de los mismos valores que se usaron para escribirlo; quiero decir, no el hecho de que usted sintiera, sino que lo que usted ha sentido es lo que yo quería que sintiera; no el hecho de que usted admire mi trabajo, sino que lo admira por las cosas que yo quiero que sea admirado. —Se rio entre dientes—. Hay sólo una pasión en la mayoría de los artistas que es más violenta que su deseo de admiración: su miedo a identificar la naturaleza de la admiración que puedan estar recibiendo. Pero es un miedo que yo nunca he compartido. No me engaño en cuanto a mi trabajo o a la respuesta que busco, valoro ambas cosas demasiado. No quiero ser admirado sin causa, emocionalmente, intuitivamente, instintivamente... o a ciegas. No me interesa la ceguera de ninguna forma, tengo demasiado que mostrar..., ni la sordera, tengo demasiado que decir. No me interesa ser admirado por el corazón de nadie..., sólo por la cabeza de alguien. Y, cuando encuentro un cliente con esa inestimable capacidad, entonces mi interpretación es un intercambio mutuo para beneficio mutuo. Un artista es un comerciante, señorita Taggart, el más duro y el más exigente de todos los comerciantes. ¿Ahora me entiende?

—Sí —dijo ella con incredulidad—, le entiendo. —Lo dijo con incredulidad porque estaba oyendo su propio símbolo de orgullo moral expresado en palabras, elegido por el hombre de quien menos había esperado que lo hiciera.

—Si me entiende, ¿por qué tenía usted esa expresión tan trágica hace sólo un momento? ¿De qué se lamentaba?

—De los años en que su trabajo ha permanecido sin escucharse.

—Pero no es así. He dado dos o tres conciertos cada año. Aquí, en la Quebrada de Galt. Voy a dar uno la semana que viene. Espero que venga. El precio de la entrada es de veinticinco centavos.

Ella no pudo evitar reírse. Él sonrió; luego, su rostro se fue convirtiendo lentamente en seriedad, como bajo la marea de una contemplación tácita que era algo suyo propio. Miró a la oscuridad más allá de la ventana, a un lugar donde, en un claro de las ramas, con la luz de la luna drenando su color, dejando sólo su brillo metálico, el signo del dólar colgaba como una curva de acero brillante grabada en el cielo.

—Señorita Taggart, ¿ve usted por qué yo daría tres docenas de artistas modernos por un verdadero hombre de negocios? ¿Por qué tengo mucho más en común con Ellis Wyatt o con Ken Danagger..., quien por cierto no tiene ningún oído, que con hombres como Mort Liddy y Balph Eubank? Sea una sinfonía o una mina de carbón, todo trabajo es un acto de creación y proviene de la misma fuente: de una capacidad inviolable para ver a través de los propios ojos de uno; lo cual significa: la capacidad de realizar una identificación racional; lo cual significa: la capacidad de ver, de conectar y de hacer lo que no había sido visto, conectado y hecho antes. Esa brillante visión de la que hablan como algo que pertenece a los autores de sinfonías y novelas, ¿cuál creen ellos que es la facultad motivadora de los hombres que descubrieron cómo usar el petróleo, cómo explotar una mina, cómo construir un motor eléctrico? Ese fuego sagrado que dicen que arde en el interior de músicos y poetas, ¿qué suponen ellos que mueve a un empresario a desafiar al mundo entero para poder producir su nuevo metal, como los inventores del avión, los constructores de los ferrocarriles, los descubridores de nuevos gérmenes o de nuevos continentes han hecho a lo largo de todas las épocas...? ¿Una devoción intransigente a la búsqueda de la verdad, señorita Taggart? ¿Ha oído usted a los moralistas y a los amantes del arte de la historia hablar de la intransigente devoción del artista por la búsqueda de la verdad? Nómbreme un ejemplo más grande de tal devoción que el acto de un hombre que dice que la Tierra gira, o el acto de un hombre que dice que una aleación de acero y cobre tiene ciertas propiedades que le permiten hacer ciertas cosas, y las tiene y las hace..., y que, aunque el

mundo lo atormente o lo arruine, ¡él no dará falso testimonio de la evidencia de su mente! Ése, señorita Taggart, ese hijo del espíritu, del coraje y del amor por la verdad..., contra un vagabundo estrafalario que va por ahí asegurándole orgullosamente que casi ha alcanzado la perfección de un lunático, porque es un artista que no tiene la menor idea de lo que su obra de arte es o significa, que él no está restringido por conceptos tan crudos como «ser» o «significar», que él es el vehículo de misterios superiores, que no sabe cómo creó su obra o por qué, que simplemente salió de él de manera espontánea, como el vómito sale de un borracho; no pensó, no se rebajaría a pensar, sólo lo sintió, lo único que tiene que hacer es sentir..., ¡él *siente*, el insulso, charlatán, estúpido y baboso cabrón de ojos esquivos y boca suelta! Yo, que sé la disciplina, el esfuerzo, la tensión de mente, el implacable esfuerzo sobre el poder de claridad de uno que son necesarios para producir una obra de arte..., yo, que sé que se requiere un trabajo que hace los trabajos forzados parecer unas vacaciones, y requiere una severidad que ningún sádico sargento de instrucción militar podría imponer..., yo prefiero al operador de una mina de carbón antes que a cualquier vehículo ambulante de misterios superiores. El operador sabe que no son sus sentimientos los que mantienen a los carros de carbón moviéndose bajo la tierra, y sabe qué es lo que los mantiene moviéndose. ¿Sentimientos? Ah, sí, todos sentimos, él, usted y yo; de hecho, usted y yo somos las únicas personas capaces de sentir..., y sabemos de dónde provienen nuestros sentimientos. Pero lo que no sabíamos y hemos tardado demasiado tiempo en aprender es la naturaleza de quienes afirman que no pueden explicar sus sentimientos. Nosotros no sabíamos qué es lo que ellos sentían. Lo estamos aprendiendo ahora. Fue un error costoso. Y los más culpables por ello pagarán el precio más alto..., como, por justicia, deben hacer. Los más culpables fueron los verdaderos artistas, que ahora verán que son los primeros en ser exterminados, y que habían preparado el triunfo de sus propios exterminadores al ayudarles a destruir a sus únicos protectores. Porque, si hay un tonto más trágico que el hombre de negocios que no sabe que él es un exponente del espíritu creativo más elevado del hombre, ése es el artista que piensa que el hombre de negocios es su enemigo.

Era cierto —pensó ella, mientras caminaba por las calles del valle, mirando con el entusiasmo de un niño los escaparates de las tiendas que brillaban al sol— que las empresas ahí tenían la enfocada selectividad del arte, y que el arte —pensó, cuando estaba sentada en la oscuridad de una sala de conciertos de tablillas, escuchando la violencia controlada y la precisión matemática de la música de Halley— tenía la severa disciplina de las empresas.

Ambos tenían el resplandor de la ingeniería, pensó, cuando estaba sentada entre filas de bancos bajo el cielo abierto, observando a Kay Ludlow en el escenario. Era una experiencia que no había conocido desde su infancia: la experiencia de quedarse embelesada durante tres horas por una obra que contaba una historia que ella no había visto antes, en diálogos que ella no había oído, transmitiendo un tema que no había sido recogido de las tradiciones pasadas de unos a otros durante siglos. Era el deleite olvidado de ser capturada en ensimismada atención por las riendas de lo ingenioso, lo inesperado, lo lógico, lo intencional, lo nuevo..., y verlo encarnado en una representación de arte superlativo por una mujer interpretando a un personaje cuya belleza de espíritu se correspondía con su propia perfección física.

—Por eso estoy aquí, señorita Taggart —dijo Kay Ludlow, sonriendo en respuesta a su comentario, después de la actuación—. Cualquiera que sea la cualidad de la grandeza humana que yo tenga el talento de expresar..., ésa era la cualidad que el mundo exterior trató de degradar. No me dejaban hacer más papeles que símbolos de depravación, nada más que rameras, derrochadores y destructores de familias, que siempre acababan siendo vencidos por la niñita del vecino, personificando la virtud de la mediocridad. Usaban mi talento..., para la difamación del mismo. Ésa fue la razón por la que renuncié.

No la había tenido desde la infancia, pensó Dagny, esa sensación de euforia después de haber presenciado la representación de una obra..., la sensación de que la vida tenía cosas que valía la pena alcanzar, no la sensación de haber estudiado algún aspecto de algún alcantarillado que ella no tenía por qué ver. Cuando la audiencia fue desapareciendo en la oscuridad desde las hileras de bancos iluminados, ella se fijó en Ellis Wyatt, en el juez Narragansett, en Ken Danagger, hombres de los que una vez se había dicho que despreciaban todas las formas de arte.

La última imagen que captó, esa noche, fue la visión de dos figuras altas, rectas y esbeltas alejándose juntas por un sendero entre las rocas, con el rayo de un foco centelleando una vez en el oro de sus cabellos. Eran Kay Ludlow y Ragnar Danneskjöld..., y ella se preguntó si podría soportar regresar a un mundo donde ésos eran los dos que estaban condenados a la destrucción.

El sentido recobrado de su propia infancia no paraba de volver a ella siempre que se encontraba con los dos hijos de la joven dueña de la panadería. A menudo los veía corretear por los senderos del valle: dos seres intrépidos, de siete y cuatro años de edad. Parecían enfrentar la vida como ella la había enfrentado. No tenían la expresión que ella había visto en los niños del mundo exterior: una mirada de miedo, medio secreta, medio burlona, la expresión de un niño defendiéndose contra un adulto, la expresión de un ser en el proceso de descubrir que está oyendo mentiras y aprendiendo a sentir odio. Los dos niños tenían la confianza abierta, alegre y amistosa, de gatitos que no esperan ser lastimados; tenían un sentido inocentemente natural de su propio valor, sin pretensiones, y una confianza igual de inocente en la capacidad de cualquier extraño para reconocerla; tenían la ansiosa curiosidad que se aventuraría en cualquier lugar con la certeza de que la vida no tenía nada que no valiera la pena o estuviese cerrado al descubrimiento, y parecía que, si llegaran a encontrar cualquier malevolencia, la rechazarían con desprecio, no por ser peligrosa, sino por ser estúpida, no la aceptarían en magullada resignación como la ley de la existencia.

—Ellos representan mi carrera personal, señorita Taggart —dijo la joven madre en respuesta a su comentario, envolviendo una hogaza de pan recién hecho y sonriéndole desde el otro lado del mostrador—. Son la profesión que yo he decidido practicar, la cual, a pesar de toda la bazofia sobre la maternidad, una no puede practicar con éxito en el mundo exterior. Creo que usted ha conocido a mi esposo, es el profesor de economía que trabaja como guardavía para Dick McNamara. Usted sabe, por supuesto, que no puede haber compromisos colectivos en este valle, y que familias o familiares no pueden venir aquí, a menos que cada persona haga el juramento del huelguista por su propia convicción independiente. Yo no sólo vine aquí por el bien de la profesión de mi esposo, sino por el mío. Vine aquí para criar a mis hijos como seres humanos. No los entregaría a

sistemas educativos diseñados para atrofiar el cerebro de un niño, para convencerlo de que la razón es impotente, que la existencia es un caos irracional con el que el niño no puede lidiar, reduciéndolo así a un estado de terror crónico. ¿Se maravilla de la diferencia entre mis hijos y los que están afuera, señorita Taggart? Pues la causa es muy simple. La causa es que aquí, en la Quebrada de Galt, no hay ninguna persona que no considere monstruoso confrontar a un niño con la más mínima sugerencia de lo irracional.

Ella pensó en los maestros que las escuelas del mundo habían perdido..., cuando miró a los tres alumnos del doctor Akston, en la tarde de su reunión anual.

La única otra persona que él había invitado era Kay Ludlow. Los seis estaban sentados en el patio trasero de su casa, con la luz de la puesta de sol en sus caras, y el suelo del valle condensándose en un vapor azul suave allá abajo.

Miró a sus alumnos, a las tres figuras flexibles y ágiles medio estiradas en sillas de lona en posturas de satisfacción relajada, vestidas con pantalones, cortavientos y camisas de cuello abierto: John Galt, Francisco d'Anconia, Ragnar Danneskjöld.

—No se sorprenda, señorita Taggart —dijo el doctor Akston con una sonrisa—, y no cometa el error de pensar que estos tres alumnos míos son alguna especie de criaturas sobrehumanas. Son algo mucho más grande y más sorprendente que eso: son personas normales, algo que el mundo nunca ha visto..., y su proeza es haber conseguido sobrevivir como tales. Se necesita una mente excepcional y una integridad más excepcional aún para permanecer al margen de las influencias destructoras del cerebro de las doctrinas del mundo, de la maldad acumulada de siglos..., para seguir siendo humano, ya que lo humano es lo racional.

Ella sintió algún tipo de cualidad nueva en la actitud del doctor Akston, algún cambio en la severidad de su reserva habitual; él parecía incluirla en el círculo de ellos, como si fuera más que una invitada. Francisco actuaba como si su presencia en la reunión fuera natural y se diera alegremente por sentado. La cara de Galt no daba indicio de reacción alguna; su actitud era la de un acompañante cortés que la había llevado allí a petición del doctor Akston.

Ella se dio cuenta de que los ojos del doctor Akston no paraban de dirigirse a ella, como si se debiera al callado orgullo de exhibir a sus alumnos ante un observador agradecido. Su conversación seguía volviendo a una única materia, como un padre que ha encontrado un oyente interesado en su tema más preciado.

—Debería haberlos visto cuando estaban en la universidad, señorita Taggart —dijo Akston—. Usted no podría haber encontrado a tres niños «condicionados» por orígenes tan diferentes, pero ¡al diablo con los condicionadores!, ellos deben haberse elegido uno al otro a primera vista, entre los miles que había en ese campus. Francisco, el heredero más rico del mundo; Ragnar, el aristócrata europeo; y John, el hombre hecho a sí mismo, hecho a sí mismo en todos los sentidos, salido de la nada, sin dinero, sin padres, sin lazos. En realidad, era el hijo de un mecánico de una gasolinera en alguna encrucijada abandonada en Ohio, y había abandonado su hogar a la edad de doce años para abrirse su propio camino; pero siempre pensé en él como si hubiera venido al mundo como Minerva, la diosa de la sabiduría, que brotó de la cabeza de Júpiter completamente desarrollada y completamente armada... Recuerdo el día en que los vi a los tres por primera vez. Estaban sentados en la parte de atrás del aula; yo estaba dando un curso especial para estudiantes de posgrado, un curso tan difícil que muy pocos novatos se atrevían a asistir a esas conferencias concretas. Esos tres parecían demasiado jóvenes incluso para ser estudiantes de primer año; en ese momento tenían dieciséis años, de eso me enteré más tarde. Al final de esa clase, John se levantó para hacerme una pregunta. Era una pregunta que, como profesor, yo me habría sentido orgulloso de oír de un estudiante que hubiera tomado seis años de filosofía. Era una pregunta relacionada con la metafísica de Platón, que el propio Platón no había tenido la sensatez de preguntarse. Le respondí..., y le pedí a John que fuera a mi oficina después de la clase. Él vino, los tres vinieron; yo vi a los otros dos en mi antesala y los dejé entrar. Hablé con ellos durante una hora, y luego cancelé todas mis citas y hablé con ellos el resto del día. Después de eso, hice arreglos para que pudieran tomar ese curso y recibir créditos por ello. Tomaron el curso. Sacaron las notas más altas de la clase... Se especializaron en dos materias: física y filosofía. Su elección le sorprendió a todo el mundo menos a mí: los pensadores modernos consideraban innecesario percibir la realidad, y los físicos modernos consideraban innecesario pensar. Yo sabía de lo que estaba

hablando; lo que me sorprendió fue que esos niños lo supieran también. Robert Stadler era el jefe del Departamento de Física, igual que yo era el jefe del Departamento de Filosofía. Él y yo dejamos en suspenso todas las reglas y las restricciones para esos tres estudiantes, les ahorramos todos los cursos de rutina que no eran esenciales, los cargamos con sólo las tareas más difíciles y les abrimos camino para que se especializaran en nuestras dos materias dentro de sus cuatro años. Ellos trabajaron en ello. Y, durante esos cuatro años, trabajaron para ganarse la vida, además. Francisco y Ragnar recibían subsidios de sus padres, John no tenía nada, pero los tres tenían trabajos a tiempo parcial para conseguir ganar experiencia y dinero. Francisco trabajó en una fundición de cobre, John trabajó en la casa de máquinas de un ferrocarril, y Ragnar..., no, señorita Taggart, Ragnar no era el menos sosegado, sino el más estudioso de los tres..., él trabajó como oficinista en la biblioteca de la universidad. Tenían tiempo para todo lo que querían, pero no tenían tiempo para la gente ni para ninguna actividad comunitaria en el campus. Ellos... ¡Ragnar! —se interrumpió de repente, bruscamente—. ¡No te sientes en el suelo!

Danneskjöld se había deslizado y ahora estaba sentado en la hierba, con la cabeza apoyada en las rodillas de Kay Ludlow. Se levantó obedientemente, riendo entre dientes. El doctor Akston sonrió con un toque de disculpa.

—Es una vieja costumbre mía —le explicó a Dagny—. Un reflejo «condicionado», supongo. Yo solía decirle eso en aquellos años en la universidad, cuando lo pillaba sentado en el suelo en mi patio trasero, en noches frías y nubladas..., él era imprudente con eso, me tenía preocupado, debería haber sabido que era peligroso y...

Se detuvo abruptamente; leyó en los sorprendidos ojos de Dagny el mismo pensamiento que él tenía: pensó en el tipo de peligros que el adulto Ragnar había elegido enfrentar. El doctor Akston se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto de impotente burla de sí mismo. Kay Ludlow le sonrió, comprendiendo.

—Mi casa estaba justo en las afueras del campus —continuó, suspirando—, en un alto acantilado sobre el lago Erie. Pasamos muchas noches juntos, los cuatro. Simplemente nos sentábamos así, en mi patio trasero, en las noches de principios de otoño o en primavera, sólo que, en lugar de esta ladera montañosa de granito, teníamos la extensión del lago

ante nosotros, extendiéndose hasta una distancia pacíficamente ilimitada. Yo tenía que trabajar más duro en esas noches que en cualquier clase, respondiendo a todas las preguntas que me hacían, hablando del tipo de problemas que ellos planteaban. Alrededor de medianoche, yo les preparaba un poco de chocolate caliente y los obligaba a bebérselo..., yo sospechaba que nunca se preocupaban de comer adecuadamente..., y después seguíamos hablando, mientras el lago desaparecía en una oscuridad sólida y el cielo parecía más claro que la Tierra. Hubo unas cuantas ocasiones en las que nos quedamos allí hasta que, de repente, yo notaba que el cielo se estaba oscureciendo y que el lago se volvía más pálido y estábamos a unos pocos pasos de la luz del día. Debería haberlo sabido, sabía que ellos no estaban durmiendo lo suficiente, para empezar; pero de vez en cuando lo olvidaba, perdía la noción del tiempo... ¿Sabe?, cuando ellos estaban allí, yo siempre sentía que era por la mañana temprano, y que un largo e inagotable día se extendía ante nosotros. Nunca hablaron de lo que les gustaría hacer en el futuro, nunca se preguntaron si alguna omnipotencia misteriosa los había favorecido con un talento desconocido para lograr las cosas que querían; ellos hablaban de lo que harían. ¿El afecto tiende a hacer de uno un cobarde? Sé que las únicas veces que sentí miedo fueron los momentos ocasionales en que los escuchaba y pensaba en qué se estaba convirtiendo el mundo, y en lo que ellos irían a encontrar en el futuro. ¿Miedo? Sí..., pero era más que miedo. Era el tipo de emoción que hace que los hombres sean capaces de matar, al pensar que el objetivo de la tendencia en el mundo era destruir a esos niños, que esos tres hijos míos estaban marcados para la inmolación. Oh, sí, yo habría matado..., pero ¿a quién había que matar? Era todo el mundo y no era nadie, no había un único enemigo, ningún centro ni ningún villano, no era el trabajador social con una estúpida sonrisa, incapaz de ganar ni un centavo, o el burócrata ladrón asustado de su propia sombra; era toda la Tierra rodando hacia una obscenidad de horror, empujada por la mano de cada hombre que podría ser decente pero que creía que la necesidad es más santa que la capacidad, y la compasión más santa que la justicia. Pero ésos fueron sólo momentos ocasionales. Ése no era mi sentimiento constante. Escuché a mis hijos y supe que nada los derrotaría. Los miré, sentados en mi patio trasero, y más allá de mi casa estaban los edificios altos y oscuros de lo que todavía era un monumento al pensamiento no esclavizado, la Universidad Patrick Henry, y un poco más

lejos en la distancia estaban las luces de Cleveland, el brillo anaranjado de las fábricas de acero detrás de hileras de chimeneas, los destellos rojos de las torres de radio, los largos rayos blancos de los aeropuertos al borde negro del cielo..., y pensé que, en nombre de cualquier grandeza que hubiera existido y moviera este mundo, de la grandeza de la cual ellos eran los últimos descendientes, pensé que ellos ganarían... Recuerdo una noche cuando noté que John había estado callado durante mucho tiempo..., y vi que se habían quedado dormido, tendido en el suelo. Los otros dos confesaron que no había dormido en tres días. Mandé a casa a los otros dos de inmediato, pero no tuve valor para molestarlo a él. Era una cálida noche de primavera; traje una manta para cubrirlo y lo dejé dormir donde estaba. Me senté allí a su lado hasta el amanecer, y, mientras observaba su rostro a la luz de las estrellas y luego el primer rayo de sol en su frente tranquila y sus párpados cerrados, lo que experimenté no fue una oración..., yo no rezo, sino ese estado de espíritu para el que una oración es un intento equivocado: una autodedicación firme, plena y confiada a mi amor por lo correcto, a la certeza de que lo correcto triunfaría; y sentí que ese muchacho tendría el tipo de futuro que merecía. —Movió su brazo, apuntando al valle—. No esperaba que fuera tan grande como esto..., ni tan duro.

Había oscurecido, y las montañas se habían mezclado con el cielo. Colgando separadas en el espacio, estaban las luces del valle, debajo de ellos, el aliento rojo de la fundición de Stockton, arriba, y la cadena iluminada de ventanas de la casa de Mulligan, como un vagón de ferrocarril incrustado en el cielo.

—Yo tenía un rival —dijo el doctor Akston lentamente—. Era Robert Stadler. No frunzas el ceño, John..., ya ha pasado... John lo amó una vez. Bueno, yo también lo hice..., no, no del todo, pero lo que uno sentía por una mente como la de Stadler era dolorosamente cercano al amor, era el más raro de los placeres: admiración. No, no lo amé, pero él y yo siempre sentimos como si fuéramos supervivientes de una era o de una tierra que estaba desapareciendo, desapareciendo en el pantano de mediocridad que nos rodeaba. El pecado mortal de Robert Stadler fue que él nunca identificó su verdadera patria. Él odiaba la estupidez. Era la única emoción que yo le vi mostrar hacia las personas: un odio mordaz, amargo y cansado por cualquier ineptitud que se atreviera a oponerse a él. Él quería las cosas a su manera, quería que lo dejaran solo para perseguirlas, quería apartar a la

gente de su camino, y nunca identificó los medios para conseguir sus objetivos o la naturaleza de su camino y el de sus enemigos. Tomó un atajo. ¿Está sonriendo, señorita Taggart? Usted lo odia, ¿verdad? Sí, usted sabe el tipo de atajo que tomó. Le dijo que éramos rivales por esos tres estudiantes. Eso era verdad; o, mejor dicho, no era así como yo pensaba, pero sabía que él sí. Bueno, si éramos rivales, yo tenía una ventaja: sabía por qué necesitaban nuestras dos profesiones; él nunca entendió el interés de ellos por la mía. Nunca entendió su importancia para él mismo, que, por cierto, es lo que lo destruyó. Pero, en esos años, él todavía estaba lo suficientemente vivo como para agarrar a esos tres estudiantes. «Agarrar» era la palabra para ello. Siendo la inteligencia el único valor que adoraba, los agarró como si fueran un tesoro privado suyo. Siempre había sido un hombre muy solitario. Creo que, en toda su vida, Francisco y Ragnar fueron su único amor, y John fue su única pasión. Fue a John a quien consideraba su heredero particular, su futuro, su propia inmortalidad. John quería ser un inventor, lo que significaba que debía ser físico; él iba a hacer su curso de posgrado bajo Robert Stadler. Francisco tenía la intención de irse después de graduarse, y ponerse a trabajar; él iba a ser la mezcla perfecta de ambos, de sus dos padres intelectuales: un industrial. Y Ragnar, ¿no sabía qué profesión escogió Ragnar, señorita Taggart? No, no fue piloto acrobático, ni explorador de selvas, ni buzo de aguas profundas. Fue algo mucho más valiente que eso. Ragnar quería ser filósofo. Un filósofo abstracto, teórico, académico, de clausura, de torre de marfil... Sí, a Robert Stadler le encantaban. Y, sin embargo, he dicho que yo habría matado para protegerlos, sólo que no había nadie a quien matar. Si ésa fuera la solución..., que, por supuesto, no lo es, el hombre a quien había que matar era Robert Stadler. De entre todas las personas y de entre todas las culpas por el mal que ahora está destruyendo el mundo, él fue el peor y su culpa fue la más tremenda. Tenía una mente capaz de saber la verdad. El suyo era el único nombre de honor y logros usado para aprobar el régimen de los saqueadores. Él fue el hombre que entregó la ciencia al poder de las armas de los saqueadores. John no lo esperaba. Ni yo tampoco... John regresó para hacer su curso de posgrado en física. Pero no lo terminó. Se fue el mismo día en que Robert Stadler aprobó el establecimiento de un Instituto Estatal de Ciencias. Me encontré con Stadler por casualidad en un pasillo de la universidad, cuando salió de su oficina después de su última conversación

con John. Parecía cambiado. Espero que nunca tenga que volver a ver un cambio de ese tipo en la cara de un hombre. Me vio acercarme..., y él no sabía, pero yo sí, lo que le hizo girarse hacia mí y gritar: «¡Estoy tan harto de todos vosotros, idealistas imprácticos!». Yo me di la vuelta. Sabía que había oído a un hombre pronunciar una sentencia de muerte sobre sí mismo... Señorita Taggart, ¿recuerda la pregunta que me hizo sobre mis tres alumnos?

—Sí —susurró ella.

—Yo pude deducir, a partir de su pregunta, la naturaleza de lo que Robert Stadler le había dicho sobre ellos. Dígame, ¿por qué le habló a usted de ellos, para empezar?

Él vio el leve movimiento en la amarga sonrisa de ella.

—Me contó la historia de ellos como una justificación de lo que él creía ser la futilidad de la inteligencia humana. Me lo dijo como ejemplo de su desilusionada esperanza. «La de esos muchachos era el tipo de habilidad», dijo, «que uno espera ver, en el futuro, cambiando el curso del mundo».

—Bueno, ¿no es eso lo que han hecho?

Ella asintió, lentamente, sosteniendo su cabeza inclinada durante un largo momento en aquiescencia y en homenaje.

—Lo que quiero que entienda, señorita Taggart, es la enorme maldad de quienes dicen haberse convencido de que esta Tierra, por su naturaleza, es un reino de malevolencia donde el bien no tiene ninguna posibilidad de ganar. Que revisen sus estándares de valor. Que comprueben, antes de que se concedan a sí mismos esa licencia indescriptible de «maldad como necesidad», si saben qué es lo bueno y cuáles son las condiciones que requiere. Ahora, Robert Stadler cree que la inteligencia es inútil, y que la vida humana no puede ser más que irracional. ¿Esperaba que John Galt se convirtiera en un gran científico, dispuesto a trabajar bajo las órdenes del doctor Floyd Ferris? ¿Esperaba que Francisco d’Anconia se convirtiera en un gran industrial, dispuesto a producir bajo las órdenes y en beneficio de Wesley Mouch? ¿Esperaba que Ragnar Danneskjöld se convirtiera en un gran filósofo, dispuesto a predicar, bajo las órdenes del doctor Simon Pritchett, que no hay mente y que la fuerza es lo que hace que uno tenga razón? ¿Habría sido ése un futuro que Robert Stadler habría considerado racional? Quiero que observe, señorita Taggart, que quienes más alto gritan

sobre su desilusión, sobre el fracaso de la virtud, la futilidad de la razón, la impotencia de la lógica... son los que han logrado el resultado lógico, completo y exacto de las ideas que predicaban, tan despiadadamente lógico que ni siquiera se atreven a identificarlo. En un mundo que proclama la no existencia de la mente, la validez moral de gobernar por la fuerza bruta, la penalización de los competentes en favor de los incompetentes, el sacrificio de lo mejor a lo peor..., en un mundo así, los mejores tienen que rebelarse contra la sociedad y tienen que convertirse en sus enemigos más mortíferos. En un mundo así, John Galt, el hombre de un poder intelectual incalculable, seguirá siendo un trabajador no cualificado; Francisco d'Anconia, el milagroso productor de riqueza, se convertirá en un derrochador; y Ragnar Danneskjöld, el hombre de la iluminación, se convertirá en el hombre de la violencia. La sociedad, y el doctor Robert Stadler, han logrado todo lo que defendían. ¿Qué queja tienen ahora que hacer? ¿Que el universo es irracional? ¿Lo es...?

Sonrió; su sonrisa tenía la despiadada benevolencia de la certeza.

—Cada hombre construye su mundo a su propia imagen —continuó—. Él tiene el poder de elegir, pero no el poder para escapar de la necesidad de elegir. Si renuncia a su poder, abdica de su estado de hombre, y el demoledor caos de lo irracional es lo que logra como su esfera de existencia..., por su propia elección. Quien conserve un solo pensamiento no corrompido por cualquier concesión a la voluntad de otros, quien haga realidad un fósforo o una parcela de jardín hecho a la imagen de su pensamiento..., él, y en esa medida, es un hombre, y esa medida es la única medida de su virtud. Ellos —dijo, y señaló a sus alumnos— no hicieron concesiones. Esto —dijo, y señaló el valle— es la medida de lo que preservaron y de lo que son. Ahora puedo repetir mi respuesta a la pregunta que me hizo, sabiendo que la entenderá completamente. Me preguntó si yo estaba orgulloso de cómo habían salido mis tres hijos. Estoy más orgulloso de lo que nunca había esperado. Estoy orgulloso de cada una de sus acciones, de cada una de sus metas y de cada valor que ellos han elegido. Y ésa, Dagny, es mi respuesta completa.

El repentino sonido de su nombre de pila fue pronunciado en el tono de un padre; él pronunció sus últimas dos oraciones sin mirarla a ella, sino a Galt. Ella vio que Galt le respondía con una mirada abierta que se mantuvo firme por un instante, como una señal de afirmación. Entonces, los ojos de

Galt se movieron hacia los de ella. Ella lo vio mirándola como si llevara el título tácito que colgaba en el silencio entre ellos, el título que el doctor Akston le había concedido, pero que no había pronunciado y que ninguno de los otros había captado. Ella vio, en los ojos de Galt, una mirada de diversión ante su sorpresa, de apoyo e, increíblemente, de ternura.

D'Anconia Copper N.º 1 era un pequeño corte en la cara de la montaña, que parecía como si un cuchillo hubiera hecho algunos tajos angulares, dejando salientes de roca, rojos como una herida, en el flanco de color marrón rojizo. El sol estaba iluminándolo. Dagny estaba de pie al borde de un camino, apoyándose en el brazo de Galt por un lado y en el de Francisco por el otro, con el viento soplando contra sus caras y sobre el valle, setecientos metros más abajo.

Ésa, pensó ella, mirando la mina, era la historia de la riqueza humana escrita en las montañas: unos cuantos pinos colgados sobre el corte, retorcidos por las tormentas que habían azotado la naturaleza durante siglos, seis hombres trabajando en los salientes y una cantidad excesiva de maquinaria compleja trazando delicadas líneas contra el cielo; la maquinaria hacía la mayor parte del trabajo.

Ella notó que Francisco le estaba mostrando su dominio a Galt tanto como a ella, tanto o más.

—No lo has visto desde el año pasado, John... Espera a que lo veas dentro de un año. Terminaré, allá afuera, en unos pocos meses, y entonces éste será mi trabajo a tiempo completo.

—¡Qué diablos, no, John! —exclamó después Francisco, riéndose, en respuesta a una pregunta...

Pero ella se dio cuenta de repente de la cualidad especial que tenía su mirada siempre que se posaba en Galt: era la cualidad que ella había visto en sus ojos cuando había estado en el salón de ella, agarrando el borde de una mesa para sobrevivir un momento insoportable; parecía que había estado viendo a alguien frente a él; era Galt, pensó ella; era la imagen de Galt la que le había ayudado a superarlo.

Una parte de ella sintió un leve temor: el esfuerzo que Francisco había hecho en aquel momento al aceptar perderla a ella y aceptar a su rival, como el precio que le era exigido por su batalla, ese esfuerzo le había

costado tanto que ahora no podía sospechar la verdad que el doctor Akston había adivinado. ¿Cómo le afectará cuando lo sepa?, se preguntó ella, y sintió una voz amarga recordándole que tal vez nunca habría ninguna verdad de ese tipo que saber.

Una parte de ella sintió una leve tensión mientras observaba la forma en la que Galt miraba a Francisco: era una mirada abierta, simple, sin reservas, una mirada de rendirse a un sentimiento sin reservas. Sintió el asombro maravillado que ella nunca había nombrado o descartado por completo: el preguntarse si ese sentimiento lo llevaría a la fealdad de la renuncia.

Pero la mayor parte de su mente parecía arrastrada por una enorme sensación de liberación, como si ella se estuviera riendo de todas las dudas. Su mirada siguió recorriendo el camino que habían pasado para llegar hasta allí, sobre los tres agotadores kilómetros de un retorcido sendero que iba, como un precario sacacorchos, desde la punta de sus pies hasta el fondo del valle. Sus ojos seguían estudiándolo, mientras su mente aceleraba con un objetivo suyo propio.

Maleza, pinos, y una alfombra de musgo iban subiendo aferrándose desde las verdes pendientes allá abajo hasta los salientes de granito. El musgo y la maleza se desvanecían gradualmente, pero los pinos seguían subiendo, luchando en finas hebras, hasta que sólo quedaban algunos puntos de árboles individuales, elevándose por la roca desnuda hacia los blancos rayos de sol en la nieve entre las grietas de las cumbres. Ella miró el espectáculo de la maquinaria de minería más ingeniosa que había visto jamás, luego el sendero donde los pesados cascos y las onduladas formas de las mulas proporcionaban la forma más antigua de transporte.

—Francisco —preguntó, señalando—, ¿quién diseñó las máquinas?

—Son sólo adaptaciones de equipos estándar.

—¿Quién las diseñó?

—Fui yo. No nos sobran muchos hombres. Tuvimos que compensar eso.

—Estás desperdiciando una increíble cantidad de mano de obra y de tiempo transportando tu mineral con mulas. Deberías construir un ferrocarril hasta el valle.

Ella estaba mirando hacia abajo y no notó la forma repentina e impaciente con que la mirada de él se disparó a su cara, o el tono de precaución en su voz:

—Lo sé, pero es un trabajo tan difícil que la producción de la mina no lo puede justificar en este momento.

—¡Tonterías! Es mucho más sencillo de lo que parece. Hay un paso hacia el Este donde hay un desnivel menos acentuado y una piedra más blanda. Lo observé cuando estábamos subiendo hacia aquí; no requeriría tantas curvas, cinco kilómetros de raíl o menos serían suficientes.

Ella estaba apuntando al Este, y no se fijó en la intensidad con que los dos hombres estaban observando su rostro.

—Una línea de vía estrecha es lo único que necesitarás, como los primeros ferrocarriles; así es como los primeros ferrocarriles empezaron, en las minas, sólo que eran minas de carbón... Mira, ¿ves esa cresta? Hay espacio de sobra para una anchura de un metro, ni siquiera tendrás que poner barrenos o ensanchar nada. ¿Ves allí, donde hay una pequeña elevación en un tramo de casi un kilómetro? Eso sería lo peor, y es sólo un desnivel de un cuatro por ciento, cualquier motor podría gestionarlo. —Ella estaba hablando con una certeza rápida y radiante, consciente de nada más que de la alegría de realizar su función natural en su mundo natural donde nada podría tener prioridad sobre el acto de ofrecer una solución a un problema—. La ruta se amortizará en unos tres años. Pienso, a simple vista, que la parte más cara del trabajo serán un par de caballetes de acero, y hay un sitio donde tal vez tendríamos que perforar un túnel, pero son sólo treinta metros o menos. Necesitaré un caballete de acero para que la vía pueda atravesar la garganta y llegar aquí, pero no es tan difícil como parece; voy a enseñártelo, ¿tienes un papel?

Ella no se dio cuenta de la velocidad con que Galt sacó un cuaderno y un lápiz y se los puso en las manos; ella los cogió, como si esperara que estuviesen allí, como si estuviera dando órdenes en una obra de construcción donde detalles de ese tipo no deberían retrasarla.

—Déjame darte una idea aproximada de lo que quiero decir. Si hacemos perforaciones diagonales en la roca —dijo, mientras dibujaba rápidamente—, el tramo de acero real sería de sólo doscientos metros de largo; atajaría ese último kilómetro con tus curvas en zigzag; yo podría tener el raíl colocado en tres meses y...

Se paró. Cuando levantó la vista hacia sus caras, el fuego había desaparecido de la de ella. Arrugó su boceto y lo arrojó a un lado en el polvo rojo de la grava.

—Oh, ¿para qué? —gritó ella, la desesperación estallando por primera vez—. ¡Construir cinco kilómetros de ferrocarril y abandonar un sistema transcontinental!

Los dos hombres la estaban mirando, y ella no vio ningún reproche en sus caras, sólo una expresión de comprensión que era casi compasión.

—Lo siento —dijo ella suavemente, bajando los ojos.

—Si cambias de idea —dijo Francisco—, te contrataré cuando quieras, o Midas te dará un préstamo en cinco minutos para financiar ese ferrocarril, si quieres ser tú la propietaria.

Ella sacudió su cabeza.

—No puedo —susurró ella—, todavía no. —Levantó los ojos, sabiendo que ellos sabían la naturaleza de su desesperación y que era inútil ocultar su conflicto—. Ya lo intenté una vez —dijo—. Intenté abandonarlo, sé lo que significará, sé que pensaré en eso con cada traviesa que vea tendida aquí, con cada perno que claven..., pensaré en ese otro túnel y... y en el puente de Nat Taggart. ¡Oh, si no tuviera que oír hablar de ello! ¡Si sólo pudiera quedarme aquí y no saber nunca lo que están haciendo en el ferrocarril, y no enterarme nunca del momento en que desaparezca...!

—Tendrá que enterarse —dijo Galt; era ese tono despiadado, peculiarmente suyo, que parecía implacable al ser simple, carente de cualquier valor emocional, salvo la cualidad de respeto por los hechos—. Se enterará de todos los pasos de la última agonía de Taggart Transcontinental. Se enterará de cada accidente. Se enterará de cada tren retirado de servicio. Se enterará de cada línea abandonada. Se enterará del colapso del Puente Taggart. Nadie permanece en este valle excepto por una decisión completa y consciente basada en un conocimiento completo y consciente de cada hecho involucrado en su decisión. Nadie permanece aquí falseando la realidad de ninguna manera.

Ella lo miró con la cabeza levantada, sabiendo la oportunidad que él estaba rechazando. Pensó que ningún hombre del mundo exterior le habría dicho eso a ella en ese momento; pensó en el código del mundo, que adoraba las mentiras piadosas como un acto de misericordia; sintió una punzada de repulsión contra ese código, al ver de pronto toda su fealdad por

primera vez; sintió un enorme orgullo por el rostro limpio y estricto del hombre que tenía delante, vio la forma de su boca apretada firmemente en un rictus de autocontrol pero, a la vez, suavizada por una trémula emoción, mientras ella respondía en voz baja:

—Gracias... Tiene razón.

—No tiene que responderme ahora —dijo—. Ya me lo dirá cuando lo haya decidido. Aún queda una semana.

—Sí —dijo ella con calma—, sólo una semana más.

Él se volvió, recogió su boceto arrugado, lo dobló cuidadosamente y se lo guardó en el bolsillo.

—Dagny —dijo Francisco—, cuando evalúes tu decisión, considera la primera vez que renunciaste, si quieres, pero considéralo todo al respecto. En este valle no tendrás que torturarte reparando tejados y construyendo caminos que no van a ninguna parte.

—Dime —preguntó ella de repente—, ¿cómo descubriste dónde estaba yo, aquella vez?

Él sonrió.

—Fue John quien me lo dijo. El destructor, ¿te acuerdas? Te preguntaste por qué el destructor no había enviado a nadie a por ti. Pero lo había hecho. Fue él quien me envió allí.

—¿Él te envió?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—No mucho. ¿Por qué?

—¿Qué dijo? ¿Te acuerdas de las palabras exactas?

—Sí, me acuerdo. Dijo: «Si quieres tu oportunidad, tómala. Te la has ganado». Me acuerdo, porque... —Se volvió hacia Galt con el ceño fruncido, signo de un pequeño y casual enigma—. John, nunca entendí bien por qué dijiste eso. ¿Por qué eso? ¿Por qué... mi oportunidad?

—¿Te importa si no te contesto ahora?

—No, pero...

Alguien lo llamó desde los salientes de la mina y se fue rápidamente, como si el tema no mereciera más atención.

Ella era consciente del largo lapso de tiempo que se tomó mientras giraba la cabeza hacia Galt. Sabía que lo encontraría mirándola. Ella no pudo leer nada en sus ojos, excepto un indicio de burla, como si él supiera

qué respuesta estaba buscando y que no la encontraría en su rostro.

—¿Usted le dio a él la oportunidad que usted quería?

—Yo no podía tener ninguna oportunidad hasta que él tuviese todas las oportunidades posibles para él.

—¿Cómo sabía usted qué era lo que se había ganado él?

—Yo le había estado interrogando sobre usted durante diez años, siempre que podía, de todas las formas posibles, desde todos los ángulos. No, él no me lo dijo; fue la forma en que hablaba de usted lo que lo hizo. Él no quería hablar, pero hablaba con demasiado entusiasmo, con entusiasmo y de mala gana a la vez; y entonces supe que no había sido sólo una amistad de la infancia. Sabía lo mucho que él había abandonado por la huelga, y lo desesperadamente que él esperaba no haber perdido eso para siempre. ¿Yo? Simplemente le estaba preguntando sobre uno de nuestros futuros huelguistas más importantes..., igual que le preguntaba por muchos otros.

La insinuación de burla permaneció en sus ojos; él sabía que ella había querido oír eso, pero que ésa no era la respuesta a la única pregunta que ella temía.

Ella pasó a mirar desde la cara de él a la figura de Francisco que se aproximaba, dejando de ocultar de sí misma que su repentina, pesada y desolada ansiedad era el temor a que Galt los arrojara a los tres al desesperado desperdicio del autosacrificio.

Francisco se acercó, mirándola pensativamente, como si estuviera sopesando alguna pregunta suya propia, pero una pregunta que le daba un brillo de atolondrada alegría a sus ojos.

—Dagny, sólo queda una semana —dijo—. Si decides volver, será la última, durante mucho tiempo. —No había reproche ni tristeza en su voz, sólo una cierta calidad suavizada como única evidencia de emoción—. Si te vas ahora..., oh, sí, está claro que regresarás, pero no será pronto. Y yo..., dentro de unos meses, yo me vendré a vivir aquí permanentemente, así que, si te vas, no te volveré a ver, tal vez en varios años. Me gustaría que pasaras esta última semana conmigo. Me gustaría que te mudaras a mi casa: como mi invitada, nada más, sin ninguna razón, excepto que me gustaría que lo hicieras.

Lo dijo llanamente, como si nada estuviera o pudiera estar oculto entre ellos tres. Ella no vio ninguna señal de sorpresa en la cara de Galt. Sintió una rápida tensión sólida en su pecho, algo duro, temerario y casi violento,

algo que tenía la calidad de una agitación oscura que la impulsaba ciegamente a la acción.

—Pero yo soy una empleada —dijo, con una extraña sonrisa, mirando a Galt—. Tengo un trabajo que terminar.

—No se lo exigiré —dijo Galt, y ella sintió rabia por el tono de su voz, un tono que no le concedía ningún significado oculto ni respondía a nada más que al significado literal de sus palabras—. Puede dejar el trabajo en cualquier momento que desee. Depende de usted.

—No, no es así. Yo soy una prisionera aquí. ¿No se acuerda? Tengo que obedecer órdenes. Yo no tengo preferencias que seguir, ni deseos que expresar ni decisiones que tomar. Quiero que la decisión sea suya.

—¿Quiere que sea mía?

—¡Sí!

—Ha expresado un deseo.

La burla de su voz estaba en su seriedad, y ella se la devolvió desafiante, sin sonreír, como retándolo a continuar fingiendo que no entendía:

—Muy bien. ¡Eso es lo que deseo!

Él sonrió, como ante los complejos esquemas de un niño, que él ya había descubierto hacía tiempo.

—Muy bien. —Pero no sonrió, cuando dijo, volviéndose hacia Francisco—: Entonces... no.

El desafío de un adversario que era el más severo de los maestros, eso fue lo único que Francisco pudo leer en su rostro. Se encogió de hombros, lamentándolo, pero alegremente.

—Probablemente tengas razón. Si tú no puedes impedir que ella vuelva, nadie podrá.

Ella no estaba oyendo las palabras de Francisco. Estaba conmocionada por la enormidad del alivio que la impactó al oír la respuesta de Galt, un alivio que le habló de la enormidad del miedo que le había quitado de encima. Ella se dio cuenta, sólo después de que todo pasara, de lo que la decisión de él habría supuesto para ella; sabía que, si su respuesta hubiera sido diferente, eso habría destruido el valle para ella.

Quería reírse, quería abrazarlos a los dos y reírse con ellos en celebración, no parecía importar que se quedara o que regresara al mundo, una semana parecía un período interminable de tiempo, cualquiera de las

dos opciones parecía inundada por una luz solar inmutable..., y ninguna lucha era difícil, pensó, si ésa era la naturaleza de la existencia. El alivio no provino del conocimiento de que él no iba a renunciar a ella, ni de la seguridad de que ella ganaría; el alivio provino de la certeza de que él siempre seguiría siendo lo que era.

—No sé si volveré al mundo o no —dijo ella, sobriamente, pero su voz estaba temblando con una violencia temperada, que era pura alegría—. Lamento que todavía no haya podido tomar una decisión. Estoy segura sólo de una cosa: que no tendré miedo de decidir.

Francisco interpretó el brillo repentino de su rostro como prueba de que el incidente no había tenido mayor importancia. Pero Galt entendió; él la miró, y su mirada fue en parte diversión y en parte despreciable reproche.

Él no dijo nada hasta que ellos dos estuvieron solos, caminando sendero abajo hacia el valle. Entonces, la miró de nuevo, con la diversión más acentuada en sus ojos, y dijo:

—¿Tenía que ponerme a prueba para saber si yo caería hasta el nivel más rastrero posible de altruismo?

Ella no respondió, pero lo miró abiertamente, en una admisión sin defensa.

Él se rio entre dientes y miró hacia otro lado, y, unos pasos más adelante, dijo lentamente, en el tono de una cita:

—Nadie permanece aquí falseando la realidad de ninguna manera.

Parte de la intensidad de su alivio, pensó ella, mientras caminaba en silencio a su lado, fue el impacto de un contraste: había visto, con la repentina e inmediata viveza de una percepción sensorial, una imagen exacta de lo que habría supuesto el código de autosacrificio si ellos tres lo hubieran aceptado. Galt, renunciando a la mujer que él quería, por el bien de su amigo, evadiendo y sacando su mayor sentimiento de la existencia y a sí mismo de la vida de ella, independientemente del coste que eso tuviera para él y para ella, y luego arrastrando el resto de sus años en los desechos de la frustración y la insatisfacción; ella, buscando consuelo en una segunda opción, fingiendo un amor que no sentía, dispuesta a fingir, ya que su voluntad de autoengaño era lo esencialmente necesario para el autosacrificio de Galt, y luego viviendo el resto de sus años con una nostalgia desesperanzada, aceptando, como alivio de una herida que no se acaba de cerrar, algunos momentos de triste afecto, además del principio de

que el amor es inútil y la felicidad no se puede encontrar en la Tierra; Francisco, luchando en la escurridiza niebla de una falsa realidad, con su vida convertida en un fraude organizado por los dos seres más queridos para él y en quienes más confiaba, luchando por entender qué es lo que faltaba en su felicidad, luchando al bajar por el frágil andamio de una mentira sobre el abismo del descubrimiento de que él no era el hombre al que ella amaba, sino sólo un resentido sustituto, mitad paciente de la caridad, mitad muleta, con su percepción convertida en su peligro, y con sólo su entrega a una estupidez letárgica protegiéndolo de la cutre estructura de su alegría, luchando y rindiéndose y acomodándose en la triste rutina de la convicción que el éxito es imposible para el hombre... Ellos tres, que habían tenido todos los dones de la existencia extendidos frente a ellos, terminando como carcamales amargados, que lloran desesperados diciendo que la vida es frustración..., la frustración de no conseguir hacer que la irrealidad fuese real.

Pero ése..., pensó ella, ése era el código moral de los hombres en el mundo exterior, un código que les pedía que actuaran bajo la premisa de la debilidad, el engaño y la estupidez de los demás, y ése era el patrón de sus vidas, esa lucha a través de una niebla de lo fingido y lo no reconocido, esa creencia de que los hechos no son sólidos ni definitivos, ese estado en el que, negando cualquier forma a la realidad, los hombres van dando tumbos por la vida, irreales y malformados, y mueren sin llegar a haber nacido nunca. Aquí, pensó, mirando hacia abajo, a través de verdes ramas, a los brillantes tejados del valle, uno trataba con hombres tan claros y firmes como el sol y las rocas, y la inmensa alegría de su alivio provenía del conocimiento de que ninguna batalla era difícil y que ninguna decisión era peligrosa cuando no había ninguna incertidumbre sentimentaloide, cuando no había ninguna evasión deforme que encontrar.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez, señorita Taggart...? —dijo Galt, en el tono informal de una discusión abstracta, pero como si hubiera conocido sus pensamientos—, ¿se le ha ocurrido que no hay conflicto de intereses entre los hombres, ni en los negocios ni en el comercio ni en sus deseos más personales..., si ellos omiten lo irracional de lo que consideran posible y la destrucción de lo que consideran práctico? No hay conflictos, ni exigencias de autosacrificio, y ningún hombre es una amenaza para los fines de otro... si los hombres entienden que la realidad es un absoluto que no ha de ser

falseado, que las mentiras no funcionan, que lo no ganado no se pueden tener, que lo inmerecido no se puede dar, que la destrucción de un valor que es no engendrará valor en lo que no es. El hombre de negocios que desea ganar un mercado ahogando a un competidor superior a él, el trabajador que quiere una parte de la riqueza de su empleador, el artista que envidia el talento superior de un rival..., todos ellos están queriendo que los hechos desaparezcan de la existencia, y la destrucción es el único medio para conseguir sus deseos. Si lo persiguen, no lograrán un mercado, ni una fortuna, ni una fama inmortal; lo único que harán será destruir la producción, el empleo y el arte. El deseo por lo irracional no se puede conseguir, independientemente de si las víctimas sacrificiales colaboran o no. Pero los hombres no dejarán de desear lo imposible, y no perderán su anhelo por destruir, mientras se les predique que la autodestrucción y el autosacrificio son los medios prácticos para lograr la felicidad de los destinatarios.

Él la miró, y añadió lentamente, con un ligero énfasis como único cambio en el tono impersonal de su voz:

—No es la felicidad de nadie, sino sólo la mía propia, la que está en mi poder conseguir o destruir. Usted debería haber tenido más respeto por él y por mí que por temer lo que temía.

Ella no respondió, sintió que una sola palabra sobrepasaría la plenitud de ese momento; simplemente se volvió hacia él con una expresión de aquiescencia que estaba desarmada, infantilmente humilde, y que habría sido una disculpa si no fuese por su brillante alegría.

Él sonrió, divertido, comprensivo, casi como con camaradería por las cosas que los dos compartían y en aprobación de las cosas que ella sentía.

Continuaron en silencio, y a ella le pareció que ése era un día de verano de una juventud despreocupada que ella nunca había vivido, que era sólo un paseo por el campo de dos personas que eran libres de disfrutar del movimiento y de la luz del sol, sin que les quedaran cargas por resolver. Su sensación de ligereza se mezclaba con la ingrávida sensación de caminar cuesta abajo, como si no necesitara ningún esfuerzo para andar, sólo el de contenerse para no volar; y caminó, luchando contra la velocidad del impulso hacia abajo, con el cuerpo inclinado hacia atrás, el viento soplando sobre su piel como una vela para frenar su movimiento.

Se separaron al final del camino; él fue a una cita con Midas Mulligan, y ella fue al mercado de Hammond con una lista de artículos para la cena de esa noche como la única preocupación de su mundo.

Su esposa, pensó, dejándose oír conscientemente la palabra que el doctor Akston no había pronunciado, la palabra que ella había sentido hacía mucho tiempo, pero que nunca había nombrado; durante tres semanas había sido su esposa en todos los sentidos menos en uno, y ese último aún tenía que ser ganado, pero todo eso era real, y ese día ella podía permitirse saberlo, sentirlo, vivir con ese pensamiento ese día.

Los comestibles que Lawrence Hammond estaba alineando a petición suya en el pulido mostrador de su tienda nunca le habían parecido objetos tan relucientes... y, al centrarse en ellos, ella sólo fue medio consciente de algún elemento perturbador, de algo que no iba bien pero que su mente estaba demasiado llena para percibir. Lo notó sólo cuando vio a Hammond detenerse, fruncir el ceño, mirar hacia arriba, al cielo más allá de su tienda abierta, y decir:

—Creo que alguien está tratando de repetir su truco, señorita Taggart.

En el momento de oír sus palabras, ella se dio cuenta de que era el sonido de un avión sobre sus cabezas y que había estado allí durante algún tiempo, un sonido que no se oía en el valle después del primero de ese mes.

Salieron corriendo a la calle. La pequeña cruz plateada de un avión estaba haciendo círculos sobre el anillo de montañas, como una libélula centelleante a punto de acariciar los picos con sus alas.

—¿Qué se cree que está haciendo? —dijo Lawrence Hammond.

Había gente en las puertas de las tiendas, y había gente parada de pie por toda la calle, mirando hacia arriba.

—¿Hay alguien..., hay alguien a quien estemos esperando? —preguntó ella, y se sorprendió por la ansiedad de su propia voz.

—No —dijo Hammond—. Todos los que tienen algo que hacer aquí están aquí. —Él no parecía perturbado, sino severamente curioso.

El avión ahora era una pequeña raya, como un cigarrillo plateado, moviéndose contra los flancos de las montañas: había descendido aún más.

—Parece un monoplano privado —dijo Hammond, entornando los ojos contra el sol—. No un modelo del ejército.

—¿Aguantará la pantalla de rayos? —preguntó ella tensamente, en un tono de resentimiento defensivo contra la aproximación de un enemigo.

Él se rio.

—¿Que si aguantará?

—¿Nos verá?

—Esa pantalla es más segura que una bóveda subterránea, señorita Taggart. Como usted debe saber.

El avión se elevó y, por un momento, sólo fue una mancha brillante, como un trozo de papel arrastrado por el viento; flotó de manera incierta y luego volvió a bajar en otra espiral circular.

—¿Qué demonios está buscando? —dijo Hammond. Los ojos de ella se dispararon de repente a la cara de él.

—Está buscando algo —dijo Hammond—. ¿Qué?

—¿Hay un telescopio en alguna parte?

—Bueno, sí, en el aeródromo... Pero... —Él estaba a punto de preguntar qué pasaba con su voz, pero ella ya estaba corriendo al otro lado de la carretera, bajando el camino hasta el aeródromo, sin saber que estaba corriendo, impulsada por una razón que no tenía tiempo ni valor para nombrar.

Encontró a Dwight Sanders con el pequeño telescopio de la torre de control; estaba observando el avión con atención, con el ceño fruncido y desconcertado.

—¡Déjeme ver! —le espetó ella.

Ella agarró el tubo de metal, presionó su ojo a la lente, su mano guio el tubo lentamente para seguir al avión..., y entonces él vio que la mano de ella se había detenido, pero que sus dedos no se abrieron y que su cara siguió inclinada sobre el telescopio, presionada a la lente, hasta que miró más de cerca y vio que la lente estaba presionada a su frente.

—¿Qué pasa, señorita Taggart?

Ella levantó la cabeza lentamente.

—¿Es alguien que usted conoce, señorita Taggart?

Ella no respondió. Se alejó rápidamente, sus pasos acelerados con el zigzag sin rumbo de la incertidumbre; no se atrevió a correr, pero tenía que escapar, tenía que esconderse, no sabía si tenía miedo de ser vista por los hombres a su alrededor o por el avión arriba, el avión cuyas alas plateadas llevaban el número que pertenecía a Hank Rearden.

Se detuvo cuando tropezó con una roca y cayó, y notó que había estado corriendo. Estaba en una pequeña repisa en los acantilados sobre el aeródromo, oculta a la vista de la ciudad, abierta a la vista del cielo. Se levantó, sus manos buscando apoyo a lo largo de una pared de granito, sintiendo el calor del sol en la roca bajo sus palmas; se quedó de pie, apoyada contra la pared, incapaz de moverse o de apartar la vista del avión.

El avión estaba haciendo círculos lentamente, bajando, luego subiendo nuevamente, luchando, pensó ella, como ella había luchado para distinguir la visión de un accidente en una extensión desesperada de grietas y rocas, una extensión esquiva que no era lo suficientemente clara ni para abandonarla ni para observarla... Él estaba buscando su avión accidentado, no se había dado por vencido, y lo que le hubieran costado esas tres semanas, independientemente de lo que él sintiera, la única evidencia que él le daría al mundo y su única respuesta era ese constante, insistente y monótono zumbido de un motor llevando una frágil nave sobre cada metro mortal de una cadena de montañas inaccesibles.

A través de la brillante pureza del aire de verano, el avión parecía estar íntimamente cerca, ella podía verlo oscilar en corrientes precarias y girar bajo los golpes de viento. Ella podía ver, y le parecía imposible que una visión tan clara estuviera cerrada a los ojos de él. Todo el valle estaba debajo de él, inundado por la luz del sol, flameando con cristaleras y céspedes verdes, pidiendo a gritos ser visto..., el final de su torturada búsqueda, el logro de algo más que sus deseos, no los restos del avión y del cuerpo de ella, sino su presencia viva y su libertad, todo lo que él estaba buscando o había buscado siempre estaba ahora abierto ante él, abierto y esperando, suyo para ser alcanzado lanzándose en línea recta a través del aire puro y claro..., suyo, y sin exigir nada de él excepto la capacidad de ver.

—¡Hank! —gritó, agitando los brazos en señal desesperada—. ¡Hank!

Se cayó de espaldas contra la roca, sabiendo que no tenía forma de llegar a él, que no tenía el poder de darle la visión a él, que ningún poder en la Tierra podría atravesar esa pantalla, excepto su propia mente y su visión. De repente, y por primera vez, no sintió la pantalla como la más intangible, sino como la barrera más absolutamente sombría del mundo.

Apoyada contra la roca, observó, con silenciosa resignación, los círculos desesperados de la lucha del avión y el grito de ayuda sin quejas de su motor, un grito al que ella no tenía cómo responder. El avión descendió

abruptamente, pero fue sólo el comienzo de su ascenso final, trazó una rápida diagonal a través de las montañas y salió disparado hacia el cielo abierto. Entonces, como si estuviese atrapado en la extensión de un lago sin orillas y sin salida, se fue hundiendo lentamente y desapareciendo de la vista.

Ella pensó, con amarga compasión, lo mucho que él había dejado de ver. ¿Y yo...?, pensó. Si ella saliera del valle, la pantalla se cerraría para ella con la misma finalidad, la Atlántida descendería bajo una bóveda de rayos más inexpugnable que el fondo del océano, y ella también tendría que luchar por las cosas que no había sabido ver, ella también seguiría teniendo que luchar contra un espejismo de salvajismo primordial, mientras que la realidad de todo lo que ella deseaba nunca volvería a estar a su alcance.

Pero el tirón del mundo exterior, el tirón que la llevó a seguir el avión, no era la imagen de Hank Rearden; ella sabía que no podía volver a él, aunque volviera al mundo; el tirón era la visión del valor de Hank Rearden y el valor de todos los que seguían luchando por mantenerse vivos. Él no renunciaría a seguir buscando su avión, cuando todos los demás habían perdido la esperanza hacía mucho tiempo, igual que no renunciaría a su fundición, igual que no renunciaría a ningún objetivo que hubiera elegido aunque sólo quedara una pequeña posibilidad. ¿Estaba ella segura de que no quedaba ninguna posibilidad para el mundo de Taggart Transcontinental? ¿Estaba segura de que los términos de la batalla eran tales que a ella no le daba igual ganar? Tenían razón, los hombres de la Atlántida, tenían razón en desaparecer si sabían que no habían dejado ningún valor tras ellos, pero hasta que, y a menos que, ella viera que no había ninguna posibilidad sin considerar y ninguna batalla sin luchar, ella no tenía derecho a permanecer entre ellos. Ésa era la pregunta que la había fustigado durante semanas, pero para la que no había llegado a vislumbrar la respuesta.

Permaneció despierta durante las horas de esa noche, silenciosamente inmóvil, siguiendo —como un ingeniero y como Hank Rearden— un proceso de consideración desapasionado, preciso, casi matemático, sin tener en cuenta ni costes ni sentimientos. La agonía que él había vivido en su avión, ella la estaba viviendo en un cubículo de oscuridad sin sonido, buscando una respuesta, pero sin encontrarla. Miró las inscripciones en las

paredes de su habitación, apenas visibles a la luz de las estrellas; pero la ayuda que esos hombres habían pedido en su hora más oscura no era para que ella la pidiera.

—¿Sí o no, señorita Taggart?

Ella miró a las caras de los cuatro hombres en el suave crepúsculo de la sala de estar de Mulligan: Galt, cuya cara tenía la serena e impersonal atención de un científico; Francisco, cuyo rostro se había vuelto inexpresivo con el indicio de una sonrisa, el tipo de sonrisa que encajaría con cualquiera de las dos respuestas; Hugh Akston, que parecía compasivamente gentil, y Midas Mulligan, que había formulado la pregunta sin ningún atisbo de rencor en su voz.

En algún lugar a tres mil kilómetros de distancia, a esa hora de la puesta de sol, la página de un calendario estaba iluminándose sobre los tejados de Nueva York, diciendo: «28 de junio»; y a ella le pareció de repente que lo estaba viendo, como si estuviera colgando sobre las cabezas de esos hombres.

—Tengo un día más —dijo con firmeza—. ¿Me dejarán disponer de él? Creo que he llegado a una decisión, pero no estoy del todo segura, y necesitaré toda la certeza que sea posible.

—Por supuesto —dijo Mulligan—. Tiene, de hecho, hasta la mañana de pasado mañana. Esperaremos.

—Esperaremos después de eso también —dijo Hugh Akston—, aunque en su ausencia, si fuera necesario.

Ella se quedó de pie junto a la ventana, de cara a ellos, y sintió un momento de satisfacción al saber que estaba erguida, que sus manos no temblaban, que su voz sonaba controlada, sin quejas y sin pena, como las de ellos; eso le dio la sensación momentánea de un vínculo con ellos.

—Si alguna parte de su incertidumbre es un conflicto entre su corazón y su mente —dijo Galt—, siga su mente.

—Considere las razones que nos hacen estar ciertos de tener razón —dijo Hugh Akston—, pero no el hecho de que estemos en lo cierto. Si no está convencida, ignore nuestra certeza. No se sienta tentada de sustituir nuestro juicio por el suyo propio.

—No confíe en nuestro conocimiento de lo que es mejor para su futuro —dijo Mulligan—. Nosotros lo sabemos, pero no puede ser lo mejor hasta que usted lo sepa.

—No consideres nuestros intereses o nuestros deseos —dijo Francisco —. No tienes ningún deber para con nadie más que para contigo misma.

Ella sonrió, ni triste ni alegremente, pensando que ninguno de ésos era el tipo de consejo que le habrían dado en el mundo exterior. Y, sabiendo lo desesperadamente que ellos deseaban ayudarla en algo para lo que ninguna ayuda era posible, sintió que le correspondía darles tranquilidad.

—Me abrí camino hasta aquí —dijo sosegadamente— sabiendo que tenía que asumir responsabilidad por las consecuencias. La estoy asumiendo.

Su recompensa fue ver a Galt sonreír: la sonrisa era como una condecoración militar otorgada a ella.

Apartando la vista, recordó de pronto a Jeff Allen, el vagabundo a bordo del Comet, cuando ella lo había admirado por intentar decirle que él sabía adónde iba, para ahorrarle a ella la carga por no tener metas. Ella sonrió débilmente, pensando que ahora lo había experimentado en ambos papeles, y sabía que ninguna acción podía ser más baja o más inútil que el que una persona arrojara sobre otra la carga de su renuncia a elegir. Sintió una extraña calma, casi un reposo confiado; sabía que era tensión, pero que esa tensión era fruto de una gran claridad. Se sorprendió a sí misma pensando: «Está funcionando bien en una emergencia, estaré bien con ella»...; y también dándose cuenta de que estaba pensando en ella misma.

—Déjelo hasta pasado mañana, señorita Taggart —dijo Midas Mulligan—. Esta noche aún está aquí.

—Gracias —dijo ella.

Permaneció junto a la ventana, mientras ellos continuaron hablando de los asuntos del valle; era su reunión de clausura del mes. Acababan de terminar de cenar, y ella pensó en su primera cena en esa casa un mes atrás; llevaba puesto, como había llevado puesto entonces, el traje gris que usaba en su oficina, no la falda campesina que había sido tan fácil de llevar bajo el sol. Aún estoy aquí esta noche, pensó, afianzando posesivamente su mano al alféizar de la ventana.

El sol aún no se había ocultado detrás de las montañas, pero el cielo era de un azul uniforme, profundo y engañosamente claro, que se mezclaba con el azul de nubes invisibles en un solo espacio, ocultando el sol; sólo los bordes de las nubes estaban delineados por un delgado hilo de llamas, y parecía una red retorcida y brillante de tubos de neón, pensó..., como un mapa de ríos sinuosos..., como..., como el mapa de un ferrocarril trazado en fuego blanco sobre el cielo.

Oyó a Mulligan darle a Galt los nombres de aquellos que no iban a regresar al mundo exterior.

—Tenemos empleos para todos ellos —dijo Mulligan—. De hecho, sólo hay diez o doce hombres que van a volver este año, sobre todo para cerrar temas, convertir sus pertenencias y venirse aquí permanentemente. Creo que éste ha sido nuestro último mes de vacaciones, porque, antes de que pase un año más, todos estaremos viviendo en este valle.

—Bien —dijo Galt.

—Tenemos que hacerlo, tal como las cosas están yendo allá fuera.

—Sí.

—Francisco —dijo Mulligan—, ¿tú vas a volver en unos meses?

—En noviembre a más tardar —dijo Francisco—. Te avisaré por onda corta, cuando esté listo para volver; ¿podrás encender la calefacción en mi casa entonces?

—Yo lo haré —dijo Hugh Akston—. Y tendré la cena lista para ti cuando llegues.

—John, doy por sentado —dijo Mulligan— que tú no vas a volver a Nueva York esta vez.

Galt se tomó un momento para mirarlo; luego, le respondió de manera serena:

—Todavía no lo he decidido.

Ella notó la rapidez sorprendida con la que Francisco y Mulligan se inclinaron hacia delante para mirarlo, y la lentitud con la que la mirada de Hugh Akston se dirigió a su rostro; Akston no parecía estar sorprendido.

—No estarás pensando en volver a ese infierno un año más, ¿verdad? —dijo Mulligan.

—Lo estoy.

—Pero ¡Dios mío, John!, ¿para qué?

—Te lo diré cuando lo decida.

—Pero ya no hay nada más que tú puedas hacer allí. Tenemos a todos los que conocemos o podemos esperar conocer. Nuestra lista está completa, excepto por Hank Rearden..., y a él lo cazaremos antes de que acabe el año..., y la señorita Taggart, si así lo decide. Eso es todo. Tu trabajo está hecho. No hay nada que buscar allá afuera, excepto el estallido final, cuando el techo caiga sobre sus cabezas.

—Lo sé.

—John, la tuya es la única cabeza que no quiero que esté allí cuando eso ocurra.

—Nunca has tenido que preocuparte por mí.

—Pero ¿no te das cuenta de a qué punto están llegando? Están a sólo un paso de la violencia abierta... Incluso, qué demonios, ¡ya han dado el paso y lo han sellado y lo han declarado hace mucho tiempo! Pero sólo pasará un momento hasta que vean la realidad completa de lo que han hecho, explotando en su malditas caras: una violencia pura, abierta, ciega, arbitraria y sangrienta extendiéndose como loca, afectando a cualquier cosa y a cualquier persona al azar. Es eso en lo que no quiero verte involucrado.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—John, no hay razón para que corras el riesgo —dijo Francisco.

—¿Qué riesgo?

—Los saqueadores están preocupados por los hombres que han desaparecido. Están sospechando algo. De entre todas las personas, precisamente tú no deberías quedarte más tiempo allí. Siempre hay una posibilidad de que descubran exactamente quién y qué eres.

—Hay alguna posibilidad. No muchas.

—Pero no hay razón para arriesgarse. No queda nada que hacer que Ragnar y yo no podamos terminar.

Hugh Akston los estaba observando en silencio, recostado en su silla; su cara tenía esa expresión de intensidad, ni del todo amarga ni del todo sonriente, con la que un hombre observa una progresión que le interesa, pero que va unos pasos por detrás de lo que él ya ha visto.

—Si vuelvo allí —dijo Galt— no será por causa de nuestro trabajo. Será para conseguir lo único que yo quiero del mundo para mí, ahora que el trabajo está hecho. No he tomado nada del mundo y no he querido nada. Pero hay una cosa que el mundo aún tiene y que es mía, y que no dejaré que la tenga. No, no tengo la intención de romper mi juramento, no trataré con

los saqueadores, no seré de ningún valor o de ninguna ayuda para nadie, ni para saqueadores ni para neutrales..., ni para esquirolas. Si me voy, no será por el bien de nadie, sino por el mío propio, y no creo que esté arriesgando mi vida; pero, si lo estoy haciendo..., bueno, ahora soy libre de arriesgarla.

Él no la estaba mirando, pero ella tuvo que mirar a otro lado y permanecer presionada contra el marco de la ventana, porque sus manos estaban temblando.

—Pero, ¡John! —gritó Mulligan, agitando su brazo hacia el valle—, si algo te pasara, ¿qué es lo que...? —Se detuvo abrupta y culposamente.

Galt se rio entre dientes, y preguntó:

—¿Qué ibas a decir? —Mulligan agitó su mano tímidamente, como con un gesto de descartarlo—. ¿Ibas a decir que, si me pasara algo, moriría como el peor fracasado del mundo?

—Muy bien —dijo Mulligan, con aire de culpabilidad—, no lo diré. No diré que no podríamos seguir viviendo sin ti; podemos hacerlo. No voy a rogarte que te quedes aquí por nuestro bien; nunca pensé que apelaría a esa vieja y podrida súplica, pero ¡demonios! ¡Qué tentación fue, casi puedo ver por qué la gente lo hace! Entiendo que tú puedes hacer lo que quieras; y, si quieres arriesgar tu vida, no hay más que hablar. Sólo que creo que eso es..., oh, Dios, John, ¡es una vida tan valiosa!

Galt sonrió:

—Lo sé. Por eso no creo que me esté arriesgando; creo que ganaré.

Francisco estaba en silencio; estaba observando a Galt con atención, frunciendo el ceño con asombro, no como si hubiera encontrado una respuesta, sino como si de repente hubiera vislumbrado una pregunta.

—Mira, John —dijo Mulligan—, ya que no has decidido si irás o no..., todavía no lo has decidido, ¿verdad?

—No, todavía no.

—Como aún no lo has hecho, ¿me dejas que te recuerde algunas cosas, sólo para que las tengas en cuenta?

—Adelante.

—Son los peligros aleatorios los que más me asustan..., los peligros sin sentido e impredecibles en un mundo que se está cayendo a pedazos. Considera los riesgos físicos de maquinaria compleja en manos de ciegos estúpidos y cobardes enloquecidos por el miedo. Piensa sólo en sus ferrocarriles..., te estarías arriesgando con horrores tales como ese incidente

del túnel de Winston cada vez que se subieras a un tren..., y habrá cada vez más incidentes de ese tipo, y serán cada vez más frecuentes. Llegarán al punto en el no pasará un día sin que tengan un gran desastre.

—Lo sé.

—Y lo mismo pasará en todas las demás industrias, en cualquier lugar donde se utilicen máquinas, las máquinas que ellos pensaban que podían reemplazar nuestras mentes. Accidentes de aviones, explosiones de tanques de petróleo, roturas de altos hornos, electrocuciones con cables de alta tensión, derrumbes en el metro, y hundimientos de puentes..., verán todo eso. Las mismas máquinas que hicieron que su vida fuese tan segura, ahora la convertirán en un peligro continuo.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes, pero ¿lo has considerado en cada detalle concreto? ¿Te has permitido visualizarlo? Quiero que veas la imagen exacta de adónde te propones ir, antes de decidir si algo puede justificar que vayas. Sabes que las ciudades serán las más afectadas. Las ciudades fueron construidas por los ferrocarriles, y se hundirán con ellos.

—Es cierto.

—Cuando se corten los raíles, la ciudad de Nueva York se morirá de hambre en dos días. Eso es todo el tiempo que durarán sus reservas de comida. Está alimentada por un continente de cinco mil kilómetros de ancho. ¿Cómo van a llevar comida a Nueva York? ¿Con directivas y carretas? Pero, primero, antes de que eso suceda, pasarán toda la agonía, con las restricciones, las escaseces, los disturbios causados por el hambre, la violencia en estampida en medio de la creciente parálisis.

—Lo harán.

—Perderán primero sus aviones, luego sus coches, luego sus camiones, luego sus carros de caballos.

—Lo harán.

—Sus fábricas pararán, luego lo harán sus hornos y sus comunicaciones. Después, su sistema de luz eléctrica se vendrá abajo.

—Lo hará.

—Sólo hay un hilo desgastado que mantiene unido a ese continente. Habrá un tren por día; luego, un tren por semana; luego, el Puente Taggart se hundirá y...

—¡No, no lo hará!

Era la voz de ella, y todos se volvieron para mirarla. Tenía la cara blanca, pero más calmada de lo que había estado cuando les había contestado la última vez.

Lentamente, Galt se puso de pie e inclinó la cabeza, como aceptando un veredicto.

—Ha tomado su decisión —dijo.

—La he tomado.

—Dagny —dijo Hugh Akston—, lo siento. —Habló en voz baja, con esfuerzo, como si sus palabras estuvieran luchando por llenar el silencio de la habitación pero no lo consiguieran—. Ojalá fuera posible no ver ocurrir esto, yo habría preferido cualquier otra cosa, excepto ver cómo te quedabas aquí por fallarte el coraje de mantener tus convicciones.

Ella extendió las manos, con las palmas hacia fuera, los brazos a sus costados, en un gesto de franqueza simple, y dijo, dirigiéndose a todos ellos, con sus modales tan tranquilos que podía permitirse mostrar emoción:

—Quiero que sepan esto: yo desearía que fuese posible morirme en un mes más con tal de poder pasarlo en este valle. Hasta ese punto he querido quedarme. Pero, mientras decida seguir viviendo, no puedo abandonar una batalla por la que creo que debo luchar.

—Por supuesto —dijo Mulligan respetuosamente—, si aún lo cree así.

—Si quieren saber cuál es la razón que me está haciendo volver, se la diré: no puedo convencerme a mí misma de abandonar toda la grandeza del mundo para que sea destruida, todo lo que era mío y de ustedes, lo que fue hecho por nosotros y que todavía es nuestro por derecho..., porque no puedo creer que los hombres puedan negarse a ver, que puedan permanecer ciegos y sordos hacia nosotros para siempre, cuando la verdad es nuestra y sus vidas dependen de que lo acepten. Ellos todavía aman sus vidas..., y ése es el remanente incorrupto de sus mentes. Mientras los hombres deseen vivir, yo no puedo perder mi batalla.

—¿Lo hacen? —dijo Hugh Akston en voz baja—. ¿Lo desean? No, no me responda ahora. Sé que esa respuesta fue lo más difícil de aceptar y de comprender para cualquiera de nosotros. Simplemente llévese esa pregunta con usted, como la última premisa que le queda por verificar.

—Se va como nuestra amiga —dijo Midas Mulligan—, y lucharemos contra todo lo que haga, porque sabemos que está equivocada, pero no es a usted a quien estaremos condenando.

—Usted volverá —dijo Hugh Akston—, porque su error es un error de conocimiento, no un fallo moral; no es un acto de rendición al mal, sino sólo el último acto de ser víctima de su propia virtud. La esperaremos..., y, Dagny, cuando vuelvas, habrás descubierto que nunca tiene que haber ningún conflicto entre tus deseos, ni un conflicto de valores tan trágico como el que has soportado tan bien.

—Gracias —dijo ella, cerrando los ojos.

—Debemos hablar de las condiciones de su partida —dijo Galt; habló en la forma desapasionada de un ejecutivo—. En primer lugar, debe darnos su palabra de que no divulgará nuestro secreto ni ninguna parte de él..., ni nuestra causa ni nuestra existencia ni este valle ni su paradero durante el último mes..., que no lo divulgará a nadie en el mundo exterior, ni en ningún momento ni para ningún propósito en absoluto.

—Le doy mi palabra.

—En segundo lugar, nunca debe intentar volver a encontrar este valle. Usted no debe venir aquí sin ser invitada. Si ignora la primera condición, no nos pondrá en grave peligro. Si ignora la segunda, lo hará. No es nuestra política estar jamás a la arbitraria merced de la buena fe de otra persona, o a merced de una promesa que no podemos imponer. Y tampoco podemos esperar que ponga nuestros intereses por encima de los suyos. Puesto que cree que su rumbo es correcto, puede llegar el día en el que encuentre que es necesario guiar a nuestros enemigos a este valle. Por lo tanto, no le dejaremos ningún medio para hacerlo. Usted saldrá del valle en avión, con los ojos vendados, y la llevaremos a una distancia suficiente como para que no pueda siquiera reconstruir mentalmente la ruta.

Ella inclinó la cabeza.

—Tiene razón.

—Su avión ha sido reparado. ¿Quiere recuperarlo firmando un giro en su cuenta en el Mulligan Bank?

—No.

—Entonces lo retendremos hasta el momento en que usted decida pagarlo. Pasado mañana la llevaré en mi avión a un punto alejado del valle, y la dejaré donde pueda acceder a otros medios de transporte.

Ella inclinó la cabeza, asintiendo.

—Muy bien.

Había oscurecido cuando salieron de la casa de Midas Mulligan. El camino de regreso a la casa de Galt cruzaba el valle, pasando por la cabaña de Francisco, y los tres caminaron a casa juntos. Unos cuantos cuadrados de ventanas iluminadas colgaban dispersos en la oscuridad, y las primeras corrientes de niebla se tejían lentamente a través de los cristales, como sombras proyectadas por un mar lejano. Caminaron en silencio, pero el sonido de sus pasos, uniéndose en un único latido constante, fue como un discurso para ser captado y no pronunciado de ninguna otra forma.

Después de un tiempo, Francisco dijo:

—No cambia nada, sólo hace que el lapso sea un poco más largo, y el último tramo siempre es el más difícil..., pero es el último.

—Eso espero —dijo ella. Y, un momento después, repitió en voz baja —: El último es el más difícil... —Se volvió hacia Galt—. ¿Puedo pedir una cosa?

—Sí.

—¿Me permite irme mañana?

—Si así lo desea.

Cuando Francisco volvió a hablar, momentos después, fue como si estuviera dirigiéndose a la maravilla sin nombrar en la mente de ella; su voz tenía el tono de responder a una pregunta:

—Dagny, nosotros tres estamos enamorados —ella giró bruscamente la cabeza hacia él— de la misma cosa, da igual cuál sea su forma. No te preguntes por qué no sientes ninguna brecha entre nosotros. Tú serás uno de nosotros, siempre y cuando sigas enamorada de tus raíles y de tus motores..., y ellos te traerán de vuelta a nosotros, no importa cuántas veces te pierdas por el camino. El único hombre que nunca será redimido es el hombre sin pasión.

—Gracias —dijo ella suavemente.

—¿Por qué?

—Por... por la forma como lo dices.

—¿Cómo lo hago? Dilo, Dagny.

—Lo dices... como si fueras feliz.

—Lo soy, exactamente de la misma manera que tú lo eres. No me digas lo que sientes. Lo sé. Pero, verás, la medida del infierno que eres capaz de soportar es la medida de tu amor. El infierno que yo no podría soportar sería ver que eres indiferente.

Ella asintió en silencio, incapaz de nombrar como alegría ninguna de las cosas que sentía, pero sintiendo que él tenía razón.

Había coágulos de neblina flotando, como si fueran humo, a través de la luna, y en el difuso resplandor ella no podía distinguir las expresiones de sus rostros, mientras caminaba entre ellos: las únicas expresiones que podía percibir eran las rectas siluetas de sus cuerpos, el sonido ininterrumpido de sus pasos, y su propia sensación de querer andar sin parar, una sensación que ella no podía definir, excepto que no era ni duda ni dolor.

Cuando llegaron cerca de la cabaña de Francisco, éste se detuvo, y, con un gesto de sus manos, los abrazó a ambos sin tocarlos mientras señalaba su puerta.

—¿Podéis entrar..., puesto que ésta será nuestra última noche juntos durante algún tiempo? Brindemos por el futuro del cual los tres estamos seguros.

—¿Lo estamos? —preguntó ella.

—Sí —dijo Galt—, lo estamos.

Ella miró sus caras cuando Francisco encendió la luz de su casa. No pudo definir sus expresiones, no eran de felicidad ni de ninguna emoción relacionada con la alegría; sus caras estaban tensas y solemnes, pero era una solemnidad radiante, pensó ella, si eso era posible, y el extraño fulgor que sentía dentro de ella le dijo que su propia cara tenía la misma expresión.

Francisco tomó tres vasos de un armario, pero se detuvo, como con un pensamiento repentino. Puso un vaso sobre la mesa; luego, tomó las dos copas de plata de Sebastián d'Anconia y las colocó a su lado.

—¿Vas directamente a Nueva York, Dagny? —preguntó, en el tono tranquilo y relajado de un anfitrión, sacando una botella de vino añejo.

—Sí —respondió ella con serenidad.

—Yo vuelo a Buenos Aires pasado mañana —dijo él, destapando la botella—. No estoy seguro de si volveré a Nueva York después, pero, si lo hago, será peligroso que me veas.

—No me importará eso —dijo ella—, a menos que sientas que yo no tengo derecho a verte más.

—Cierto, Dagny. No lo tienes. No en Nueva York.

Él estaba sirviendo el vino, y miró a Galt.

—John, ¿cuándo decidirás si vas a volver o si te quedas aquí?

Galt lo miró directamente, y después dijo despacio, con el tono de un hombre que conoce todas las consecuencias de sus palabras:

—Lo he decidido, Francisco. Voy a volver.

La mano de Francisco se detuvo. Durante un largo momento, él estaba viendo sólo la cara de Galt. Luego, sus ojos se movieron a los de ella. Dejó la botella y no dio un paso atrás, pero fue como si su mirada se hubiera vuelto más amplia, incluyéndolos a los dos.

—Pero, por supuesto —repuso Francisco.

Parecía como si se hubiera movido más lejos aún y ahora estuviese viendo toda la extensión de sus años; su voz tenía un sonido uniforme y sin distorsión, una calidad que se correspondía con el tamaño de la visión.

—Lo supe hace doce años —continuó—. Lo supe antes de que vosotros pudierais haberlo sabido, y soy yo quien debería haber visto lo que vosotros veríais. Esa noche, cuando nos llamaste a Nueva York, pensé en eso entonces como si fuera... —dijo, y se detuvo; le estaba hablando a Galt, pero sus ojos se dirigieron hacia Dagny—, como si fuera todo lo que tú estabas buscando, todo por lo que nos dijiste que viviéramos o muriéramos, si fuera necesario... Debería haber visto que tú lo pensarías también. No podría haber sido de otra manera. Es como tuvo que..., como debería ser. Fue decidido entonces, hace doce años. —Miró a Galt y se rio entre dientes —. ¿Y dices que soy yo quien ha recibido la paliza más fuerte?

Se volvió con un movimiento demasiado rápido, y luego, muy lentamente, como con un énfasis deliberado, completó la tarea de servir el vino, llenando los tres recipientes sobre la mesa... Cogió las dos copas de plata, las miró durante la pausa de un instante, y luego le extendió una a Dagny y la otra a Galt.

—Tomadlo —dijo—. Os lo habéis ganado, y no ha sido casualidad.

Galt tomó la copa de su mano, pero fue como si la aceptación fuera hecha por los ojos de los dos, al mirarse entre ellos.

—Habría dado cualquier cosa por que no fuese así —dijo Galt—, excepto lo que está más allá de dar.

Ella sostuvo su copa, miró a Francisco y dejó que él viera sus ojos mirar a Galt.

—Sí —dijo ella en tono de una respuesta—. Pero no me lo he ganado, y lo que tú pagaste, lo estoy pagando yo ahora, y no sé si alguna vez ganaré lo suficiente para conseguir el título limpio; pero, si el infierno es el precio,

y la medida, entonces quiero ser yo la más codiciosa de los tres.

Mientras bebían, mientras ella estaba de pie, con los ojos cerrados, sintiendo el movimiento líquido del vino dentro de su garganta, ella supo que, para ellos tres, ése era el momento más tormentoso..., y el más jubiloso, que jamás habían alcanzado.

Ella no habló con Galt mientras descendían andando el último trecho del camino hasta su casa. No volvió la cabeza hacia él, sintiendo que incluso una mirada sería demasiado peligrosa. Sintió, en el silencio de ambos, tanto la calma de una comprensión total como la tensión de saber que no debían nombrar las cosas que los dos entendían.

Pero ella lo encaró, cuando estuvieron en su sala de estar, con plena confianza y como con la repentina certeza de un derecho: la certeza de que ella no se vendría abajo, y que en ese momento era seguro hablar. Dijo, serenamente, ni como súplica ni como triunfo, simplemente como la afirmación de un hecho:

—Usted va a volver al mundo exterior porque yo estaré allí.

—Sí.

—No quiero que vaya.

—No tiene ninguna opción sobre eso.

—Usted va a ir por mi bien.

—No, por el mío.

—¿Me permitirá verle allí?

—No.

—¿No he de verle?

—No.

—¿No he de saber dónde está o lo que hace?

—No.

—¿Me estará vigilando, como hizo antes?

—Más aún.

—¿Su objetivo es protegerme?

—No.

—¿Cuál es, entonces?

—Estar allí el día en que decida unirse a nosotros.

Ella lo miró con atención, sin permitirse ninguna otra reacción, como esperando respuesta al primer punto que ella no había entendido del todo.

—Todos los demás nos habremos ido —explicó él—. Será demasiado peligroso quedarse. Yo permaneceré como su última llave, antes de que la puerta de este valle se cierre del todo.

—¡Oh!

Ella ahogó un sonido antes de que se convirtiera en gemido. Luego, recuperando la actitud de desprendimiento impersonal, preguntó:

—Suponga que yo le dijera que mi decisión es definitiva y que nunca voy a unirme a usted.

—Eso sería una mentira.

—Suponga que ahora yo decidiese que deseo que sea definitiva y mantenerme en ella, independientemente del futuro.

—¿Independientemente de la evidencia futura que usted observe y de las convicciones que se forme?

—Sí.

—Eso sería peor que una mentira.

—¿Está seguro de que he tomado la decisión equivocada?

—Lo estoy.

—¿Cree usted que uno debe ser responsable de sus propios errores?

—Lo creo.

—Entonces ¿por qué no me deja pagar las consecuencias de los míos?

—La dejo, y lo hará.

—Si me diera cuenta, ya cuando fuera demasiado tarde, de que quiero volver a este valle..., ¿por qué iba usted a correr el riesgo de mantener esa puerta abierta para mí?

—No tengo que hacerlo. No lo haría si no tuviera un objetivo egoísta que alcanzar.

—¿Qué objetivo egoísta es ése?

—La quiero a usted aquí.

Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza admitiendo abiertamente la derrota, una derrota tanto en su argumento como en su intento de lidiar tranquilamente con el significado completo de aquello que ella estaba abandonando.

Luego levantó la cabeza y, como si hubiera absorbido el tipo de franqueza de él, lo miró, sin ocultar ni su sufrimiento ni su anhelo ni su calma, sabiendo que las tres cosas eran parte de su mirada.

La cara de él estaba como había estado a la luz del sol en el momento en que ella la había visto por primera vez: una cara de implacable serenidad y percepción inquebrantable, sin dolor ni miedo ni culpa. Ella pensó que sería posible para ella quedarse mirándolo..., mirando las líneas rectas de sus cejas sobre los ojos verdes oscuros, la curva de la sombra que subrayaba la forma de su boca, los planos de metal fundido de su piel entre el cuello abierto de su camisa y la postura inamovible de sus piernas..., ella desearía pasar el resto de su vida en ese lugar y de esa manera. Y, en el instante siguiente, supo que, si su deseo fuera concedido, la contemplación perdería todo el sentido, porque ella habría traicionado todas las cosas que le daban valor.

Entonces, no como un recuerdo, sino como una experiencia del presente, se sintió reviviendo el momento en que se había parado en la ventana de su habitación en Nueva York, mirando una ciudad cubierta de niebla, viendo la forma inalcanzable de la Atlántida hundiéndose fuera de su alcance..., y supo que en ese instante estaba viendo la respuesta a aquel momento. Lo que sintió no eran las palabras que le había dirigido entonces a la ciudad, sino la sensación de la cual esas palabras procedían: «Tú, a quien siempre he amado y nunca he encontrado, a quien yo esperaba ver al final de los raíles más allá del horizonte...».

En voz alta, ella dijo:

—Quiero que sepa esto. Yo empecé mi vida con un único absoluto: que el mundo era mío para moldearlo en la imagen de mis valores más altos y nunca ceder a un estándar inferior, sin importar lo larga o lo dura que fuese la lucha... —Dentro de ella, la voz sin palabras seguía diciendo: «... Tú, cuya presencia yo siempre había sentido en las calles de la ciudad, y cuyo mundo había querido construir»—. Ahora sé que yo estaba luchando por este valle. —Y su otra voz decía: «Es mi amor por ti lo que me había mantenido en movimiento»—. Fue este valle lo que yo vi como posible, y no lo cambiaría por nada menos y no lo rendiría a una maldad sin sentido. —«Mi amor y mi esperanza de alcanzarte, y mi deseo de ser digna de ti el día en que me encontrara frente a ti cara a cara»—. Voy a volver para luchar por este valle, para sacarlo de la clandestinidad, para recuperarlo y llevarlo a su pleno y legítimo reino, para dejar que la Tierra le pertenezca a usted de hecho, como lo hace en espíritu. —«Y volver a encontrarlo en el día en que pueda entregarle todo el mundo»—. O, si fracaso, para permanecer en el

exilio, fuera de este valle hasta el final de mi vida. —«Pero lo que queda de mi vida sigue siendo tuyo, y yo seguiré adelante en tu nombre, aunque sea un nombre que nunca he de pronunciar, seguiré sirviéndote, aunque nunca he de vencer, seguiré, para ser digna de ti el día en que podría haberte conocido, aunque no lo haré»—. Lucharé por ello, aunque tenga que luchar contra usted, aunque me maldiga por traidora, aunque nunca más le vuelva a ver.

Él había estado de pie sin moverse, había escuchado sin que su cara cambiara, sólo sus ojos la habían mirado como si estuviera oyendo cada palabra, incluso las palabras que ella no había pronunciado. Él respondió, con la misma expresión, como si esa expresión estuviera manteniendo algún circuito que todavía no se había roto; y su voz captó un tono de la de ella, como en señal del mismo código, una voz sin ninguna señal de emoción excepto en el espaciado de las palabras:

—Si fracasa, como los hombres han fracasado en su búsqueda de una visión que debería haber sido posible, aunque se haya mantenido para siempre fuera de su alcance..., si, como ellos, usted llega a pensar que los valores más altos de uno no son para ser alcanzados, y que la visión más grande de uno no es para que se haga realidad..., no maldiga esta Tierra, como ellos hicieron, no maldiga la existencia. Usted ha visto la Atlántida que ellos estaban buscando, está aquí, existe..., pero uno debe entrar desnudo y solo, sin los harapos de las falsedades de siglos, con la claridad más pura de mente..., no con un corazón inocente, sino con algo que es mucho más raro: con una mente inamovible..., como la única posesión y la única clave de uno. Usted no entrará hasta que aprenda que no necesita convencer al mundo o conquistarlo. Cuando lo aprenda, verá que, a lo largo de todos los años de su lucha, nada la bloqueó de la Atlántida y no había cadenas para sujetarla, excepto las cadenas que usted misma estaba dispuesta a usar. A lo largo de todos esos años, lo que más deseaba ganar la estaba esperando... —Él la miró como si estuviera dirigiéndose a las palabras tácitas en la mente de ella—. Estaba esperándola tan incansablemente como usted estaba luchando, tan apasionadamente, tan desesperadamente..., pero con una certeza aún mayor que la suya. Vaya a continuar su lucha. Continúe llevando cargas no elegidas, recibiendo castigos inmerecidos y creyendo que se puede hacer justicia entregando el propio espíritu a la más injusta de las torturas. Pero, en sus peores y más

oscuros momentos, recuerde que ha visto otro tipo de mundo. Recuerde que puede alcanzarlo cuando decida ver. Recuerde que estará esperando y que es real, que es posible..., que es suyo.

Luego, girando un poco la cabeza, con su voz igual de clara, pero con sus ojos cortando la conexión, preguntó:

—¿A qué hora desea partir mañana?

—¡Oh...! Tan temprano como sea conveniente para usted.

—Entonces tenga el desayuno listo a las siete, y despegaremos a las ocho.

—Eso haré.

Él buscó en su bolsillo y le extendió una pequeña pieza brillante que ella no pudo distinguir al principio. Se la dejó caer en la palma de la mano: era una moneda de oro de cinco dólares.

—El último de sus salarios del mes —dijo.

Sus dedos se cerraron con demasiada fuerza sobre la moneda, pero ella respondió con calma y sin tono:

—Gracias.

—Buenas noches, señorita Taggart.

—Buenas noches.

Ella no durmió en las horas que le quedaban. Se sentó en el suelo de su habitación, con la cara pegada a la cama, sin sentir nada más que la sensación de la presencia de él al otro lado de la pared. A veces, sentía como si él estuviera delante de ella, como si ella estuviera sentada a sus pies. Pasó su última noche con él de esa manera.

Abandonó el valle igual que había llegado, sin llevarse nada que le perteneciera al valle. Dejó las pocas posesiones que había adquirido —su falda de campesina, una blusa, un delantal, algunas prendas de ropa interior — dobladas pulcramente en un cajón del armario en su habitación. Las miró durante un momento, antes de cerrar el cajón, pensando que si volviera tal vez aún las encontraría allí. No se llevó nada con ella, excepto la moneda de oro de cinco dólares y la banda de vendas que aún tenía alrededor de las costillas.

El sol tocaba los picos de las montañas, dibujando un círculo brillante como una frontera del valle, cuando ella subió a bordo del avión. Se reclinó en el asiento junto a Galt y vio su cara inclinada sobre ella, como la había inclinado cuando ella había abierto los ojos aquella primera mañana. Luego, cerró los ojos y sintió sus manos atándole la venda en la cara.

Oyó el estallido del motor, no como un sonido, sino como el estremecimiento de una explosión dentro de su cuerpo; sólo que lo sintió como un estremecimiento lejano, como si la persona sintiéndolo se hubiese lastimado si no estuviera tan lejos.

No supo cuándo las ruedas dejaron el suelo ni cuándo el avión cruzó el círculo de los picos. Estaba allí quieta, con el latido fuerte del motor como su única percepción del espacio, como si estuviese siendo transportada dentro de una corriente de sonido que se tambaleaba de vez en cuando. El sonido venía de su motor, del control de sus manos en el volante; ella se aferró a eso; el resto era para ser soportado, no resistido.

Estaba quieta, con las piernas estiradas hacia delante, las manos en los brazos del asiento, sin sensación de movimiento, ni siquiera del suyo propio, que le diera una sensación de tiempo, sin espacio, sin visión, sin futuro, con la noche de párpados cerrados bajo la presión de la tela..., y con el conocimiento de la presencia de él junto a ella como su realidad única e inmutable. No hablaron. Hasta que, en algún momento, ella dijo de repente:

—Señor Galt.

—¿Sí?

—No. Nada. Sólo quería saber si usted todavía estaba ahí.

—Siempre estaré ahí.

Ella no supo durante cuántos kilómetros el recuerdo del sonido de las palabras le pareció ser un pequeño punto de referencia que se alejaba en la distancia y luego iba desapareciendo. Después no hubo nada más que la quietud de un presente indivisible.

Ella no sabía si había pasado un día o una hora cuando sintió el movimiento descendente que significaba que estaban a punto de aterrizar o de estrellarse; las dos posibilidades le parecían iguales en su mente.

Sintió la sacudida de las ruedas contra el suelo como una sensación extrañamente retardada: como si una fracción de tiempo hubiera transcurrido para que llegara a creerlo.

Sintió la racha de movimientos bruscos; luego, la sacudida de la parada y del silencio; y luego, el toque de las manos de él sobre su cabello, quitándole la venda.

Vio una luz solar deslumbrante, un tramo de hierbajos chamuscados alejándose hasta el cielo, sin montañas que los detuvieran, una carretera desierta, y el contorno de un pueblo a un par de kilómetros de distancia. Miró su reloj: cuarenta y siete minutos antes, ella aún estaba en el valle.

—Encontrará una estación de Taggart allí —dijo él, señalando el pueblo—, y podrá tomar un tren. —Ella asintió, como entendiéndolo.

Él no la siguió cuando ella descendió del avión. Se inclinó sobre los controles hacia la puerta abierta del avión, y se miraron. Ella estaba de pie, con la cara alzada hacia él, un leve viento ondeando su pelo, la línea recta de sus hombros esculpida por el elegante traje de un ejecutivo de negocios en medio de la plana inmensidad de una pradera vacía.

El movimiento de la mano de él apuntó hacia el Este, hacia algunas ciudades no visibles.

—No me busque por allí —dijo—. No me encontrará, hasta que me quiera por lo que soy. Y, cuando me quiera, yo seré el hombre más fácil de encontrar.

Ella oyó el ruido de la puerta cerrándose sobre él; le pareció más fuerte que el estallido de la hélice que siguió. Observó la trayectoria de las ruedas del avión y el rastro de los hierbajos que quedaron aplastados detrás de ellas. Luego, vio una franja de cielo entre las ruedas y la maleza.

Miró a su alrededor. Una rojiza neblina de calor colgaba sobre las formas del pueblo en la distancia, y las formas parecían hundirse bajo un tinte de óxido; por encima de sus tejados, vio lo que quedaba de una chimenea desmoronada. Vio un recorte de papel seco y amarillo que crujía ligeramente en la maleza junto a ella; era un trozo de periódico. Miró esos objetos sin comprender, incapaz de hacerlos reales.

Levantó los ojos hacia el avión. Observó la envergadura de sus alas haciéndose cada vez más pequeñas en el cielo, drenando en su estela el sonido de su motor. Siguió ascendiendo, con las alas como guía, como una larga cruz de plata; luego, la curva de su movimiento fue siguiendo el cielo, cayendo lentamente cada vez más cerca de la Tierra; luego pareció no moverse más, sólo encogerse. Ella lo observó como a una estrella en proceso de extinción, mientras iba empequeñeciendo, pasando de cruz a

punto y a una chispa ardiente que ella ya no estaba segura de estar viendo. Cuando vio que la superficie del cielo estaba salpicada con chispas de ese tipo por todos sitios, entonces supo que el avión había desaparecido.

## Capítulo III

# Anticodicia

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó el doctor Robert Stadler—. ¿Por qué me pidieron que viniera? Exijo una explicación. No estoy acostumbrado a que me arrastren de una punta a otra del continente sin ton ni son y sin aviso.

El doctor Floyd Ferris sonrió.

—Lo cual me hace agradecer aún más que usted *sí* viniese, doctor Stadler. —Era imposible decir si su voz tenía un tono de gratitud... o de jactancia.

El sol estaba cayendo a plomo sobre ellos, y el doctor Stadler sintió un asomo de sudor rezumando por su sien. No podía mantener una discusión enojada y vergonzosamente privada en medio de una multitud que desfilaba para llenar los bancos de la tribuna que los rodeaba, la discusión que había intentado y no había logrado tener durante los últimos tres días. Se le ocurrió que ésa era precisamente la razón por la cual su reunión con el doctor Ferris se había postergado hasta este momento; pero apartó el pensamiento a un lado, justo a la vez que apartaba a un insecto zumbando por llegar a su sien húmeda.

—¿Por qué no conseguí ponerme en contacto con usted? —preguntó. El arma fraudulenta del sarcasmo parecía ahora menos efectiva que nunca, pero era la única arma del doctor Stadler—: ¿Por qué consideró necesario enviarme mensajes en papel oficial redactados en un estilo más apropiado, estoy seguro, para... —dijo, y paró; iba a decir «órdenes», pero no lo dijo—, para comunicaciones en el ejército, pero ciertamente no para correspondencia científica?

—Es un asunto del *gobierno* —dijo el doctor Ferris dócilmente.

—¿Se da usted cuenta de que yo estaba demasiado ocupado y que esto ha supuesto una interrupción de mi trabajo?

—Oh, sí —dijo el doctor Ferris evasivamente.

—¿Se da cuenta de que yo podría haberme negado a venir?

—Pero no lo ha hecho —dijo el doctor Ferris suavemente.

—¿Por qué no me dieron ninguna explicación? ¿Por qué no vino usted a por mí en persona, en vez de enviar a esos increíbles patanes con su misterioso galimatías que sonaba medio a ciencia, medio a revista de tercera clase?

—Yo estaba demasiado ocupado —dijo el doctor Ferris delicadamente.

—Entonces ¿le importaría decirme lo que está haciendo en medio de una llanura en Iowa..., y qué estoy yo haciendo aquí, en cualquier caso?

Stadler movió la mano con desdén hacia el polvoriento horizonte de una pradera vacía y hacia las tres tribunas de madera. Las gradas habían sido recientemente erigidas, y hasta la madera parecía transpirar; él podía ver gotas de resina brillando al sol.

—Estamos a punto de presenciar un evento histórico, doctor Stadler. Una ocasión que marcará un hito en el camino de la ciencia, de la civilización, del bienestar social y de la adaptabilidad política. —La voz del doctor Ferris tenía el tono de un folleto memorizado por un hombre de relaciones públicas—. El punto de inflexión de una nueva era.

—¿Qué evento? ¿Qué nueva era?

—Como podrá observar, sólo los ciudadanos más distinguidos, la crema de nuestra élite intelectual, han sido elegidos para el privilegio especial de presenciar esta ocasión. No podíamos omitir su nombre, ¿verdad...? Y estamos seguros, por supuesto, de poder contar con su lealtad y su cooperación.

Él no pudo captar los ojos del doctor Ferris. Las tribunas se estaban llenando rápidamente de gente, y el doctor Ferris no paraba de interrumpirse constantemente para saludar a los mediocres recién llegados a quienes el doctor Stadler nunca había visto antes, pero que eran personalidades, como podía ver por los especiales ademanes de deferencia informal y alegre con que Ferris los saludaba. Todos parecían conocer al doctor Ferris y buscarlo, como si él fuera el maestro de ceremonias —o la estrella— de la ocasión.

—Si usted pudiera hacerme el favor de ser específico por un momento —dijo el doctor Stadler— y decirme lo que...

—¡Hola, Spud! —llamó el doctor Ferris, saludando con la mano a un hombre corpulento de pelo blanco que llenaba el uniforme de gala de un general.

El doctor Stadler levantó la voz:

—Estaba diciendo que si usted pudiera hacerme el favor de concentrarse el tiempo suficiente para explicarme qué demonios está pasando...

—Pero si es muy sencillo. Es el triunfo final de... Tendrá que disculparme un minuto, doctor Stadler —dijo el doctor Ferris apresuradamente, lanzándose, como un lacayo demasiado bien adiestrado al sonido de una campana, en dirección a lo que parecía un grupo de viejos pendencieros; se dio la vuelta el tiempo suficiente para agregar dos palabras que él parecía considerar reverentemente como una explicación completa —: *¡La prensa!*

El doctor Stadler se sentó en el banco de madera, sintiéndose inexplicablemente reacio a rozarse con cualquier cosa a su alrededor. Las tres tribunas estaban espaciadas a intervalos en un semicírculo, como las gradas de un pequeño circo privado, con espacio para unas trescientas personas; parecían construidas para ver algún espectáculo, pero tenían delante el vacío de una llanura plana que se extendía hacia el horizonte, sin nada a la vista excepto la mancha oscura de una granja a varios kilómetros de distancia.

Había micrófonos de radio frente a una de las tribunas, que parecían reservados para la prensa. Había un artilugio que parecía un panel de control portátil frente a la tribuna reservada para las autoridades; unas cuantas palancas de metal pulido brillaban al sol en la superficie del panel. En un estacionamiento improvisado detrás de las gradas, el brillo de lujosos coches nuevos parecía una imagen brillante y tranquilizadora. Pero fue el edificio que se encontraba en un montículo a un centenar de metros de distancia lo que le produjo al doctor Stadler una vaga sensación de inquietud. Era una pequeña y achaparrada construcción de finalidad desconocida, con muros de piedra maciza, sin ventanas, excepto unas pocas hendiduras protegidas por robustas barras de hierro, y una gran cúpula, demasiado grotesca y pesada para el resto, que parecía aplastar la estructura contra el suelo. Unos cuantos tubos sobresalían de la base de la cúpula, en formas sueltas e irregulares que parecían embudos de arcilla mal hechos; no

parecían tener nada que ver con una era industrial ni con ningún uso conocido. El edificio tenía un aire de silenciosa malevolencia, como un hongo hinchado y venenoso; obviamente era moderno, pero sus líneas descuidadas, redondeadas e ineptamente indefinidas, hacían que pareciera una estructura primitiva desenterrada del corazón de la jungla y dedicada a ritos secretos de salvajismo.

El doctor Stadler suspiró con irritación; estaba harto de secretos. «Confidencial» y «Ultrasecreto» habían sido las palabras estampadas en la invitación que le exigía que viajase a Iowa con un aviso de dos días y para un propósito no especificado. Dos jóvenes, que decían ser físicos, habían aparecido en el instituto para escoltarlo; las llamadas de él a la oficina de Ferris en Washington no habían sido atendidas. Los jóvenes habían hablado —durante todo un viaje agotador en un avión del gobierno, y luego en un estrafalario paseo en un coche del gobierno— sobre ciencia, emergencias, equilibrios sociales y la necesidad de mantener el secreto, hasta el punto de que él llegó a saber menos de lo que había sabido al principio; sólo se fijó en que dos palabras no dejaban de aparecer en su parloteo, las cuales también habían aparecido en el texto de la invitación, dos palabras que tenían un sonido siniestro cuando se trataba de un tema desconocido: las demandas por su «lealtad» y su «cooperación».

Los jóvenes lo habían llevado hasta un banco en la primera fila de la tribuna y habían desaparecido, como las ruedas plegables de un mecanismo, dejándolo en la presencia repentina del doctor Ferris en persona. Ahora, observando la escena a su alrededor, observando los gestos vagos, excitados e informalmente relajados del doctor Ferris en medio de un grupo de periodistas, tuvo la impresión de estar en medio de una confusión desconcertante, de una ineficiencia sin sentido y caótica..., y de una hábil e imperceptible máquina trabajando para generar el grado exacto de esa impresión necesario en cada momento exacto.

Sintió un único y repentino fogonazo de pánico, por el cual, como ocurre ante un fogonazo de relámpago, se persuadió a sí mismo de que tenía un deseo desesperado de escapar. Pero cerró su mente de golpe contra esa idea. Sabía que el secreto más oscuro de la situación —más crucial, más intocable, más mortal que lo que escondiese aquel edificio con forma de hongo— era aquello que le había hecho a él aceptar venir.

Nunca tendría que averiguar su propio motivo, pensó; lo pensó, no por medio de palabras, sino por el breve y feroz espasmo de una emoción que se parecía a la irritación y se sentía como un ácido. Las palabras que estaban en su mente, como lo habían estado cuando había aceptado ir allí, eran como una fórmula mágica que uno recita cuando es necesario, y más allá de la cual uno no debe mirar: «¿Qué puedes hacer cuando tienes que tratar con la gente?».

Notó que la grada reservada para aquellos a quienes Ferris había llamado la élite intelectual era más grande que la grada preparada para los funcionarios del gobierno. Se descubrió a sí mismo sintiendo una pequeña sorpresa de placer al pensar que lo habían colocado en la primera fila. Se volvió para mirar a las gradas a su espalda. La sensación que experimentó fue como una conmoción pequeña y gris: esa asamblea aleatoria, descolorida y estropeada no era su idea de una élite intelectual. Vio a hombres defensivamente agresivos, y a mujeres vestidas con mal gusto; vio rostros malintencionados, desconfiados y sospechosos que llevaban una única marca, una marca incompatible con un portaestandarte del intelecto: la marca de la incertidumbre. No pudo encontrar ni una cara que él conociese, ninguna que pudiese ser reconocida como famosa, y ninguna que tuviera la probabilidad de lograr tal reconocimiento. Se preguntó con qué estándares habían sido seleccionadas aquellas personas.

Luego se fijó en una figura larguirucha en la segunda fila, la figura de un hombre de edad con una cara alargada y fofa que le sonaba ligeramente familiar, aunque no podía recordar nada sobre él, sólo una vaga impresión, como la que se tiene de una fotografía que ha aparecido en alguna publicación de mala fama. Se inclinó hacia una mujer y preguntó, señalando:

—¿Puede decirme el nombre de ese caballero?

La mujer respondió con un susurro de temeroso respeto:

—¡Ése es el doctor Simon Pritchett!

El doctor Stadler se dio la vuelta, deseando que nadie lo viese, deseando que nadie se enterase jamás de que él había sido un miembro de ese grupo.

Levantó los ojos y vio que Ferris estaba dirigiendo la atención de toda la pandilla de la prensa hacia él. Vio a Ferris señalándole con el brazo, como lo haría un guía turístico, y declarando, cuando estaban lo

suficientemente cerca como para que él lo oyese:

—Pero ¿por qué perder vuestro tiempo conmigo, cuando *ahí* tenemos a la fuente del logro de hoy, el hombre que ha hecho todo esto posible? ¡El doctor Robert Stadler!

Por un instante, le pareció ver una expresión incongruente en las caras marchitas y cínicas de los periodistas, una expresión que no llegaba a ser respeto, expectativa o esperanza, sino más bien un eco de esas cosas, como un débil reflejo de la expresión que podrían haber tenido en su juventud al escuchar el nombre de Robert Stadler. En ese instante, sintió un impulso que no quiso reconocer: el impulso de decirles que él no sabía nada sobre el evento de ese día, que su poder contaba menos que el de ellos, que a él lo habían llevado allí como a un pelele en algún tipo de timo, casi como... como a un prisionero.

En vez de eso, se oyó a sí mismo respondiendo a sus preguntas en el tono engreído y condescendiente de un hombre que comparte todos los secretos de las más altas autoridades:

—Sí, el Instituto Estatal de Ciencias está orgulloso de su historial de servicio público... El Instituto Estatal de Ciencias no es la herramienta de ningún interés privado ni de ninguna codicia personal, está dedicado al bienestar de la humanidad, al bien de la humanidad como un todo... —dijo, escupiendo, como si fuera una grabación, las nauseabundas generalidades que le había oído decir al doctor Ferris.

No quiso permitirse saber que lo que sentía era odio hacia sí mismo; identificó la emoción, pero no su objeto; era odio hacia los hombres a su alrededor; eran ellos quienes lo estaban obligando a pasar por esa vergonzosa actuación. «¿Qué puedes hacer...», pensó, «... cuando tienes que tratar con la gente?».

Los periodistas estaban tomando breves notas de sus respuestas. Sus caras ahora tenían el aspecto de autómatas representando la rutina de fingir que estaban oyendo novedades en las simples expresiones vacías de otro autómata.

—Doctor Stadler —preguntó uno de ellos, señalando el edificio en la loma—, ¿es cierto que usted considera el Proyecto X el mayor logro del Instituto Estatal de Ciencias?

Se produjo un silencio sepulcral.

—¿El Proyecto... X? —dijo el doctor Stadler.

Él se dio cuenta de que hubo algo inquietantemente equivocado en el tono de su voz, porque vio las cabezas de los periodistas levantarse, como si hubiese sonado una alarma; vio cómo esperaban, con sus lápices en ristre.

Por un instante, mientras percibía cómo los músculos de su cara se convertían en una sonrisa impostada, sintió un terror sin forma, casi sobrenatural, como si sintiera de nuevo el silencioso funcionamiento de alguna máquina imperceptible, como si estuviera atrapado en ella, como si fuera parte de ella y estuviera cumpliendo su irrevocable voluntad.

—¿El Proyecto X? —dijo suavemente, en el misterioso tono de un conspirador—. Bueno, caballeros, el valor, y también el motivo, de cualquier logro del Instituto Estatal de Ciencias no deben ponerse en duda, ya que es una institución sin fines de lucro..., ¿he de decir más?

Levantó la cabeza, y se dio cuenta de que el doctor Ferris había estado muy pendiente del grupo durante toda la entrevista. Se preguntó si le parecía que la expresión del doctor Ferris era ahora menos tensa... y más impertinente.

Dos coches resplandecientes entraron disparados a toda velocidad en el estacionamiento y se detuvieron con un despliegue de frenazos chirriantes. Los periodistas lo dejaron en mitad de una frase y salieron corriendo para encontrarse con el grupo que bajaba de los coches.

El doctor Stadler se volvió hacia Ferris.

—¿*Qué* es el Proyecto X? —preguntó severamente.

El doctor Ferris sonrió con una actitud inocente e insolente a la vez.

—Una institución sin fines de lucro —respondió, y salió corriendo para encontrarse con los recién llegados.

Por los respetuosos susurros de la multitud, el doctor Stadler supo que el hombrecito vestido con un arrugado traje de lino, que parecía un picapleitos y que estaba avanzando rápidamente hacia el centro del nuevo grupo, era el señor Thompson, el jefe del Estado. El señor Thompson estaba sonriendo, frunciendo el ceño y dándoles vociferantes respuestas a los periodistas. El doctor Ferris estaba abriéndose paso a través del grupo, con el garbo de un gato frotándose contra piernas diversas.

El grupo se fue aproximando, y el doctor Stadler vio a Ferris dirigiéndolos en dirección a él.

—Señor Thompson —dijo el doctor Ferris sonoramente, al acercarse —, ¿puedo presentarle al doctor Robert Stadler?

El doctor Stadler vio los ojos del pequeño picapleitos estudiándolo durante una fracción de segundo: los ojos tenían un toque de temor supersticioso, como si estuvieran viendo un fenómeno de un reino místico eternamente incomprensible para el señor Thompson..., y tenían la penetrante y calculadora astucia de un curandero que se siente seguro de que nada es inmune a sus estándares, una mirada que era el equivalente visual de las palabras: «¿Usted de qué va?».

—Es un honor, doctor, un honor, estoy seguro —dijo el señor Thompson enérgicamente, estrechándole la mano.

Se enteró de que el hombre alto, de hombros encorvados y con un corte de pelo a cepillo, era el señor Wesley Mouch. No captó los nombres de los otros a quienes les dio la mano. A medida que el grupo fue avanzando hacia la tribuna de los funcionarios, él se quedó con la ardiente sensación de un descubrimiento que no se atrevía a admitir: el descubrimiento de haberse sentido ansiosamente complacido por el gesto de aprobación del pequeño picapleitos.

Un grupo de jóvenes asistentes, que parecían acomodadores de cine, apareció desde algún lugar, con cestas llenas de objetos brillantes que procedieron a distribuir entre los presentes. Los objetos eran prismáticos. El doctor Ferris ocupó su lugar en el micrófono de un sistema de megafonía cerca de la tribuna de los funcionarios. A una señal de Wesley Mouch, su voz resonó repentinamente sobre la pradera, una voz untuosa e impostadamente solemne, amplificada por el ingenio del inventor del micrófono hasta convertirla en el sonido y el poder de un gigante:

—¡Damas y caballeros...!

La multitud quedó sumida en el silencio, y todas las cabezas se volvieron unánimemente hacia la elegante figura del doctor Floyd Ferris.

—Damas y caballeros: ustedes han sido elegidos..., en reconocimiento a su distinguido servicio público y su lealtad social, para presenciar la revelación de un logro científico de tan tremenda importancia, de tan asombroso alcance, de unas posibilidades revolucionarias de tal envergadura que hasta el momento ha sido conocido sólo por unos pocos, y sólo como Proyecto X.

El doctor Stadler enfocó sus prismáticos en la única cosa que estaba a la vista: en la mancha borrosa de la granja que había en la distancia.

Vio que era la ruina deshabitada de una granja cuyo aspecto no dejaba dudas de que había sido abandonada años atrás. La luz del cielo se filtraba a través de las vigas desnudas del techo, y trozos de vidrio irregulares enmarcaban la oscuridad de unas ventanas vacías. Vio un granero medio hundido, la torre oxidada de un molino de agua y lo que quedaba de un tractor volcado y con las ruedas patas arriba.

El doctor Ferris estaba hablando de los cruzados de la ciencia y de los años de devoción desinteresada, de trabajo incansable y de investigación perseverante que habían contribuido al Proyecto X.

Era extraño, pensó el doctor Stadler, estudiando las ruinas de la granja, que hubiese un rebaño de cabras en medio de tanta desolación. Había seis o siete de ellas, algunas medio dormidas, otras masticando letárgicamente cualquier hierba que pudieran encontrar entre los hierbajos quemados por el sol.

—El Proyecto X —estaba diciendo el doctor Ferris— se centró en unas investigaciones especiales en el campo del sonido. La ciencia del sonido tiene aspectos sorprendentes que los profanos apenas sospecharían.

A unos veinte metros de distancia de la granja, el doctor Stadler vio una edificación, obviamente nueva y sin ninguna finalidad concebible: parecían unos cuantos arcos de un puente de acero, elevándose hacia el espacio vacío, sin sustentar nada, sin llevar a ninguna parte.

El doctor Ferris estaba hablando en ese momento sobre la naturaleza de las vibraciones sonoras.

El doctor Stadler dirigió sus prismáticos hacia el horizonte detrás de la granja, pero no había nada más que ver en docenas de kilómetros. El movimiento repentino y tenso de una de las cabras llevó sus ojos de vuelta a la manada. Se dio cuenta de que las cabras estaban encadenadas a estacas clavadas a intervalos regulares en el suelo.

—... Y se ha descubierto —dijo el doctor Ferris— que existen ciertas frecuencias de vibración sonora que ninguna estructura, ni orgánica ni inorgánica, puede soportar.

El doctor Stadler notó un punto plateado dando saltos sobre la maleza, entre la manada. Era un cabritillo que no había sido encadenado; no paraba de saltar y de dar vueltas alrededor de su madre.

—El rayo de sonido está controlado por un panel dentro de un gigantesco laboratorio subterráneo —dijo el doctor Ferris, señalando el edificio en la loma—. A ese panel lo llamamos cariñosamente el «Xilófono», porque se debe tener el extremo cuidado de tocar las teclas correctas o, más bien, de tirar de las palancas correctas. Para esta ocasión especial, una extensión del Xilófono, conectada al que está dentro, ha sido montado aquí —explicó, señalando la centralita frente a la tribuna de funcionarios—, para que ustedes puedan presenciar la operación completa y ver la simplicidad de todo el procedimiento...

El doctor Stadler se deleitó viendo al cabritillo, un deleite relajante y tranquilizador. La pequeña criatura parecía tener apenas una semana de vida, parecía una bola de pelaje blanco con gráciles patas largas que no paraba de saltar de una forma deliberadamente torpe, alegre y feroz, con sus cuatro patas tiesas y rectas. Parecía estar saltando por los rayos del sol, por el aire del verano, por la alegría de descubrir su propia existencia.

—... El rayo de sonido es invisible, inaudible, y totalmente controlable en cuanto a objetivo, dirección y alcance. Su primera prueba pública, que ustedes están a punto de presenciar, ha sido organizada para cubrir un pequeño sector, meramente de unos tres kilómetros, con total seguridad, con todo el terreno despejado en más de treinta kilómetros. El equipo generador actual en nuestro laboratorio es capaz de producir rayos para cubrir, a través de los tubos que pueden observar debajo de la cúpula, todo el campo dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros, un círculo con un perímetro que se extiende desde la costa del Misisipi, aproximadamente desde el puente del ferrocarril de Taggart Transcontinental, a Des Moines y Fort Dodge, Iowa; a Austin, Minnesota; a Woodman, Wisconsin, y a Rock Island, Illinois. Eso es sólo un modesto comienzo. Contamos con el conocimiento técnico para construir generadores con un alcance de trescientos y quinientos kilómetros; pero, debido al hecho de que no pudimos obtener a tiempo una cantidad suficiente de metal altamente resistente al calor, como el Metal Rearden, tuvimos que conformarnos con nuestro equipo actual y con su radio de acción. En honor a nuestro gran ejecutivo, el señor Thompson, bajo cuya administración con visión a largo plazo se le concedieron al Instituto Estatal de Ciencias los fondos sin los cuales el Proyecto X no habría sido posible, este gran invento será de ahora en adelante conocido como ¡el Armonizador Thompson!

La multitud aplaudió. El señor Thompson estaba sentado sin moverse, manteniendo la cara conscientemente rígida. El doctor Stadler tuvo la certeza de que aquel pequeño picapleitos venido a menos había tenido tan poco que ver con ese proyecto como cualquiera de los acomodadores del evento, que no poseía ni la mente ni la iniciativa y ni siquiera el grado de malicia suficiente como para hacer que una nueva trampa para topos pudiera ser traída al mundo; que él, también, no era más que el peón de una máquina silenciosa..., una máquina que no tenía ni centro, ni líder, ni dirección, una máquina que no había sido puesta en movimiento por el doctor Ferris ni por Wesley Mouch, ni por ninguna de las criaturas acobardadas sentadas en las gradas, ni por ninguna de las criaturas entre bastidores..., una máquina impersonal, irreflexiva e incorpórea, de la cual ninguno era el conductor y todos eran los peones, cada uno en la medida de su maldad. El doctor Stadler se aferró al borde del banco: sintió el deseo de ponerse en pie de un salto y salir corriendo.

—... En cuanto a la función y al objetivo del rayo de sonido, no voy a decir nada. Dejaré que hable por sí mismo. Ahora lo verán funcionar. Cuando el doctor Blodgett tire de las palancas del Xilófono, les sugiero que mantengan sus ojos en el objetivo, que es esa granja a tres kilómetros de distancia. No habrá nada más que ver. El rayo en sí es invisible. Durante mucho tiempo, todos los pensadores progresistas han admitido que no existen las entidades, sólo las acciones..., y no existen los valores, sólo las consecuencias. Ahora, damas y caballeros, ustedes verán la acción y las consecuencias del Armonizador Thompson.

El doctor Ferris hizo una reverencia, se alejó lentamente del micrófono y fue a sentarse en el sitio que tenía en el banco junto al doctor Stadler.

Un tipo jovenzuelo y regordete se colocó junto a la centralita, y levantó los ojos con expectación hacia el señor Thompson. El señor Thompson pareció totalmente desconcertado por un instante, como si algo se le hubiera olvidado, hasta que Wesley Mouch se inclinó y le susurró algo al oído.

—¡Contacto! —dijo el señor Thompson en voz alta.

El doctor Stadler no pudo soportar ver el movimiento elegante, ondulado y afeminado de la mano del doctor Blodgett al tirar de la primera palanca de la centralita, y luego de la siguiente. Levantó los prismáticos y miró la granja.

En el instante en que enfocó su lente, una cabra estaba tirando de su cadena, buscando plácidamente un cardo alto y seco. En el instante siguiente, la cabra se elevó en el aire, volteada hacia arriba; sus patas se estiraron hacia el cielo y dieron una sacudida, y después cayeron en un montón gris hecho de siete cabras sufriendo convulsiones. Cuando el doctor Stadler alcanzó a asimilarlo, el montón estaba inmóvil, excepto por la pierna de una de las bestias sobresaliendo de la masa, rígida como una vara y temblando como si la batiera un fuerte viento. La granja se rompió en tiras de tablas y se derrumbó, a lo cual le siguió un géiser de los ladrillos de su chimenea. El tractor se deshizo como una tortita. La torre de agua se resquebrajó y sus fragmentos golpearon el suelo mientras su rueda seguía describiendo una larga curva a través del aire, como por su propia y tranquila voluntad. Las vigas de acero y las viguetas del puente sólido y nuevo se desplomaron como un castillo de naipes bajo el aliento de un suspiro. Todo fue tan rápido, tan indiscutible, tan simple, que el doctor Stadler no sintió ningún horror, no sintió nada; ésa no era la realidad que él había conocido, era el reino de la pesadilla de un niño, en la que los objetos materiales podían disolverse con un solo deseo malévolo.

Apartó los prismáticos de sus ojos. Estaba mirando una pradera vacía. No había granja, no había nada en la distancia, excepto una franja oscura que parecía la sombra de una nube.

Un único grito, agudo y penetrante, se elevó desde las gradas detrás de él, al desmayarse alguna mujer. Él se preguntó por qué ella había gritado tanto tiempo después del hecho..., y luego se dio cuenta de que el tiempo transcurrido desde que accionaron la primera palanca no había sido ni de un minuto.

Levantó sus prismáticos otra vez, casi como si de pronto esperara que la sombra de la nube fuese todo lo que iría a ver. Pero los objetos materiales seguían allí; eran un montón de escombros. Movió sus prismáticos sobre los restos; un momento después, se dio cuenta de que estaba buscando al cabritillo. No pudo encontrarlo; no había nada más que un montón de pelo gris.

Cuando bajó los prismáticos y se volvió, encontró al doctor Ferris mirándolo. Estaba seguro de que, a lo largo de toda la prueba, no había sido el objetivo, sino su cara, lo que Ferris había estado observando, como para ver si él, Robert Stadler, era capaz de soportar el rayo.

—Eso es todo... —anunció el regordete doctor Blodgett por el micrófono, en el condescendiente tono comercial de un empleado de una tienda—. No queda ni un clavo ni un remache en el marco de esas estructuras, y ni un vaso sanguíneo sin destrozar en los cuerpos de esos animales.

La multitud estaba estremeciéndose con movimientos bruscos y murmullos agudos. Las personas se estaban mirando unas a otras, poniéndose de pie indecisas y sentándose de nuevo, exigiendo inquietamente cualquier cosa menos esa pausa. Había un sonido de histeria sumergida en los susurros. Parecían estar esperando que alguien les dijera qué pensar.

El doctor Stadler vio a una mujer que era escoltada al bajar los escalones desde la fila de atrás, con la cabeza inclinada y un pañuelo presionado contra su boca: tenía náuseas y ganas de vomitar.

Se dio la vuelta y vio que el doctor Ferris seguía mirándolo. El doctor Stadler se reclinó un poco hacia atrás, con la cara austera y desdeñosa, la cara del mayor científico de la nación, y preguntó:

—¿Quién inventó esa monstruosidad?

—Usted.

El doctor Stadler lo miró, sin moverse.

—No es más que un aparato práctico... —dijo el doctor Ferris agradablemente— basado en sus descubrimientos teóricos. Fue derivado de su valiosa investigación sobre la naturaleza de los rayos cósmicos y de la transmisión espacial de la energía.

—¿Quién trabajó en el proyecto?

—Unos cuantos tipos de tercera clase, como usted los llamaría. La verdad es que no hubo grandes dificultades. Ninguno de ellos pudo haber siquiera concebido el primer paso hacia el concepto de su fórmula de transmisión de energía, pero dado eso..., el resto fue fácil.

—¿Cuál es el objetivo práctico de ese invento? ¿Cuáles son las «posibilidades de revolucionar el mundo»?

—Oh, pero ¿es que no lo ve? Es un instrumento valiosísimo para la seguridad pública. Ningún enemigo atacaría al poseedor de tal arma. Liberará al país del miedo a la agresión, y le permitirá planear su futuro con total seguridad. —Su voz tenía una extraña negligencia, un tono de

improvisación informal, como si no esperara ni intentara que le creyeran—. Reducirá las fricciones sociales. Promoverá la paz, la estabilidad y, como hemos indicado, la armonía. Eliminará cualquier peligro de guerra.

—¿Qué guerra? ¿Qué agresión? Con todo el mundo muerto de hambre y todos esos Estados Populares subsistiendo a duras penas con las donaciones de este país..., ¿dónde ve usted algún peligro de guerra? ¿Espera que esos salvajes andrajosos le ataquen?

El doctor Ferris lo miró directamente a los ojos.

—Los enemigos internos pueden ser un peligro tan grande para la gente como los externos —respondió—, y quizá mayor. —Esa vez su voz sonó como si esperara ser entendido y estuviera seguro de serlo—. Los sistemas sociales son tan precarios... Pero... piense en la estabilidad que podría lograrse con unas cuantas instalaciones científicas en puntos estratégicos clave. Garantizaría un estado de paz permanente, ¿no cree?

El doctor Stadler no se movió ni respondió; a medida que pasaban los segundos y su cara seguía sin mostrar un cambio de expresión, empezó a parecer paralizada. Sus ojos tenían la expresión de un hombre que de repente ve lo que ya había sabido, lo que había sabido desde el principio, lo que había pasado años tratando de no ver..., de un hombre que ahora estaba involucrado en una lucha entre esa visión y su poder de negar su existencia.

—¡No sé de qué está hablando! —espetó por fin.

El doctor Ferris sonrió.

—Ningún hombre de negocios privado ni ningún empresario codicioso habría financiado el Proyecto X —dijo en voz baja, en el tono de una conversación ociosa e informal—. No podría habérselo permitido. Es una inversión enorme, sin perspectivas de ganancia material. ¿Qué beneficio podría nadie esperar de ella? De aquí en adelante no hay beneficios que puedan provenir de esa granja. —Señaló la franja oscura en la distancia—. Pero, como usted bien ha observado, el Proyecto X tenía que ser una iniciativa sin fines de lucro. Contrariamente a una empresa comercial, el Instituto Estatal de Ciencias no tuvo problemas para obtener fondos para este proyecto. Usted no ha oído nada sobre que el instituto tuviera dificultades financieras en los últimos dos años, ¿verdad? Y eso solía ser un problema tan serio..., conseguir que se votara para destinar los fondos necesarios para el avance de la ciencia. Siempre querían artefactos a cambio de su dinero, como usted solía decir. Bueno, aquí había un artefacto que

algunas personas en el poder podrían apreciar plenamente. Ellos consiguieron que otros votaran por ello. No fue difícil. De hecho, muchos de esos otros se sintieron seguros votando a favor de destinar un dinero para un proyecto que fuese secreto; estaban seguros de que era importante, puesto que ellos no fueron considerados lo suficientemente importantes como para decirles de qué se trataba. Hubo, por supuesto, algunos escépticos y descreídos. Pero se dieron por vencidos cuando se les recordó que el jefe del Instituto Estatal de Ciencias era el doctor Robert Stadler, cuyo juicio e integridad no podían ser puestos en duda.

El doctor Stadler estaba con la cabeza agachada, mirándose las uñas.

El repentino chirrido del micrófono lanzó a la multitud a prestar una atención inmediata; la gente parecía estar a un segundo de perder el control y entrar en pánico. Un locutor con una voz que parecía una ametralladora escupiendo sonrisas vociferó alegremente que en ese momento serían testigos de la transmisión de radio que iba a darle la noticia del gran descubrimiento a toda la nación. Luego, echando un vistazo a su reloj, a su guion y al brazo de Wesley Mouch que estaba haciendo una señal, gritó a la brillante boquilla serpenteante del micrófono, a las salas de estar, a las oficinas, a los estudios, a las guarderías del país:

—¡Damas y caballeros! ¡El Proyecto X!

El doctor Ferris se inclinó hacia el doctor Stadler a través de las entrecortadas pisadas de cascos de la voz del anunciador galopando por todo el continente con una descripción del nuevo invento, y, con el tono de un comentario casual, dijo:

—Es de vital importancia que no haya críticas al proyecto en el país en este momento tan precario... —Y luego añadió casi por casualidad, como medio de broma—: Que no haya críticas a nada en ningún momento.

—... Y los líderes políticos, culturales, intelectuales y morales de la nación —estaba diciendo el locutor al micrófono— que han presenciado este gran evento, como representantes de todos ustedes y en su nombre, ¡les brindarán ahora sus puntos de vista personalmente!

El señor Thompson fue el primero en subir los peldaños de madera hasta la plataforma del micrófono. Se abrió paso con un breve discurso, saludando una nueva era y declarando, con el tono beligerante de un desafío

a enemigos sin identificar, que la ciencia le pertenecía al pueblo y que cada hombre en la faz del globo tenía derecho a una parte de las ventajas creadas por el progreso tecnológico.

Wesley Mouch fue el siguiente. Habló de la planificación social y de la necesidad de unificación unánime en apoyo de los planificadores. Habló de disciplina, unidad, austeridad, y el deber patriótico de aguantar dificultades temporales.

—Hemos movilizado a los mejores cerebros del país para que trabajen por su bienestar. Este gran invento fue el producto del genio de un hombre cuya devoción por la causa de la humanidad no puede ser cuestionada, un hombre reconocido por todos como la mente más grande del siglo: ¡el doctor Robert Stadler!

—*¿Qué?* —jadeó el doctor Stadler, volviéndose hacia Ferris.

El doctor Ferris lo miró con una mirada de paciente suavidad.

—¡Él no me pidió permiso para decir eso! —medio gritó y medio susurró el doctor Stadler.

El doctor Ferris extendió las manos en un gesto de irreprochable impotencia.

—Ya ve, doctor Stadler, qué desafortunado es que usted se deje perturbar por cuestiones políticas, las cuales usted siempre ha considerado indignas de su atención y de su conocimiento. Ya ve, no es la función del señor Mouch pedir permisos.

La figura que estaba en ese momento encorvada contra el cielo en la plataforma de los altavoces, enrollándose sobre el micrófono, hablando en el tono aburrido y desdeñoso de un chiste obsceno, era el doctor Simon Pritchett. Estaba declarando que el nuevo invento era un instrumento de bienestar social, que garantizaba la prosperidad general, y que cualquiera que dudara de ese hecho evidente era un enemigo de la sociedad a ser tratado en consecuencia.

—Este invento, producto del doctor Robert Stadler, el preeminente amante de la libertad...

El doctor Ferris abrió un maletín, sacó unas cuantas hojas pulcramente mecanografiadas y se dirigió al doctor Stadler.

—Usted va a ser el clímax de esta emisión —dijo—. Hablará el último, al final de la hora de programa. —Le extendió las hojas—. Aquí está el discurso que pronunciará. —Sus ojos dijeron el resto: dijeron que su

selección de palabras no había sido accidental.

El doctor Stadler tomó las hojas, pero las sostuvo entre las puntas de dos dedos rectos, como uno podría sostener un trozo de papel usado que estaba a punto de ser tirado a la basura.

—No le he pedido que se nombre a sí mismo como mi escritor fantasma —dijo.

El sarcasmo de su voz le dio a Ferris la pista: ése no era momento para sarcasmos.

—Yo no podría haber permitido que su valioso tiempo fuese dedicado a redactar discursos de radio —dijo el doctor Ferris—. Estaba seguro de que usted lo agradecería. —Lo dijo con un tono de falsa cortesía que pretendía ser reconocido como falso, el tono con que se le arroja a un mendigo una limosna para quedar bien.

La respuesta del doctor Stadler le preocupó: el doctor Stadler decidió no responder ni mirar el manuscrito.

—Falta de fe... —estaba gruñendo un orador rechoncho en la plataforma, con el tono de una pelea callejera—, ¡la falta de fe es lo único que hemos de temer! Si tenemos fe en los planes de nuestros líderes, entonces esos planes funcionarán y todos tendremos prosperidad, tranquilidad y abundancia. Son los tipos que andan dudando y destruyendo nuestra moral..., ellos son los que nos mantienen en la escasez y en la miseria. Pero no vamos a dejar que lo hagan por más tiempo, estamos aquí para proteger a la gente, y, si alguna de esas personas inteligentes duda, créanme, nos encargaremos de ellas.

—Sería una pena —dijo el doctor Ferris en voz baja— despertar el resentimiento popular contra el Instituto Estatal de Ciencias en un momento explosivo como el actual. Hay una gran cantidad de insatisfacción y malestar en el país, y, si la gente interpreta mal la naturaleza del nuevo invento, es probable que desahogue su ira contra todos los científicos. Los científicos nunca han sido populares para las masas.

—Paz... —Una mujer alta y delgada estaba suspirando por el micrófono—. Este invento es un nuevo gran instrumento de paz. Nos protegerá de los designios agresivos de enemigos egoístas, nos permitirá respirar libremente y aprender a amar a nuestros semejantes. —Tenía una cara huesuda con la boca amargada por fiestas y cócteles, y llevaba un vestido azul claro que fluía como si fuera la prenda de vestir de una arpista

en un concierto—. Bien puede considerarse como ese milagro que se creía imposible en la historia, el sueño de los tiempos, ¡la síntesis final de la ciencia y el amor!

El doctor Stadler miró a las caras en las tribunas. Todos estaban sentados más tranquilamente ahora, estaban escuchando, pero sus ojos tenían un menguante aspecto de crepúsculo, una expresión de miedo en vías de convertirse en permanente, la apariencia de heridas crudas atenuadas por el velo de la infección. Sabían, como él lo sabía, que ellos eran los objetivos de los embudos sin forma que sobresalían de la cúpula del edificio del hongo, y se preguntó de qué manera ellos ahora estaban extinguiendo sus mentes y escapando a ese conocimiento; sabía que las palabras que estaban ansiosos por absorber y creer eran las cadenas que se estaban deslizando para retenerlos, como a las cabras, de forma segura dentro del alcance de esos embudos. Ellos estaban ansiosos por creer; él vio las líneas tensas de sus labios, vio las ocasionales miradas de sospecha que les lanzaban a sus vecinos, como si el horror que los amenazaba no fuera el rayo sonoro, sino los hombres que los obligarían a reconocerlo como un horror. Los ojos de ellos estaban cubiertos por un velo, pero la expresión que les quedaba de una herida era un grito de socorro.

—¿Por qué piensa usted que ellos piensan? —dijo el doctor Ferris en voz baja—. La razón es la única arma del científico..., y la razón no tiene poder sobre los hombres, ¿verdad? En un momento como en el que estamos, con el país desmoronándose, con la multitud movida por una desesperación ciega y al borde de que se desaten disturbios y surja la violencia..., el orden debe ser mantenido por todos los medios disponibles. ¿Qué podemos hacer cuando tenemos que tratar con la gente?

El doctor Stadler no respondió.

Una mujer gorda y gelatinosa, con un sujetador inadecuado debajo de un vestido oscuro y manchado de sudor, estaba diciendo por el micrófono —el doctor Stadler no pudo creerlo al principio— que el nuevo invento iba a ser bienvenido con especial gratitud por las madres del país.

El doctor Stadler apartó la vista; observándolo, Ferris no pudo ver nada más que la noble línea de la frente alta y el profundo surco de amargura en la comisura de su boca.

De repente, sin contexto ni advertencia, Robert Stadler se giró para enfrentarlo. Era como un chorro de sangre de una grieta repentina en una herida que casi se había cerrado: la cara de Stadler estaba abierta, abierta de dolor, de horror, de sinceridad, como si, durante ese momento, tanto él como Ferris fueran seres humanos, mientras gimió con incrédula desesperación:

—¡En un siglo civilizado, Ferris, en un siglo civilizado!

El doctor Ferris se tomó su tiempo para producir y prolongar una suave risa entre dientes.

—No sé de qué está hablando —respondió, en el tono de una cita.

El doctor Stadler bajó los ojos.

Cuando Ferris volvió a hablar, su voz tenía un tenue atisbo de un tono que Stadler no pudo definir, excepto que no pertenecía a ninguna discusión civilizada:

—Sería lamentable que sucediera algo que pusiera en peligro al Instituto Estatal de Ciencias. Sería extremadamente lamentable si se cerrara el instituto... o si nos obligaran a alguno de nosotros a dejarlo. ¿Dónde iríamos? Los científicos son un lujo superfluo estos días, y no quedan muchas personas o establecimientos que puedan pagarse las necesidades, y mucho menos los lujos. No quedan muchas puertas abiertas para nosotros. No seríamos bienvenidos en el departamento de investigación de una empresa industrial, como, digamos, Rearden Steel. Además, si hiciéramos enemigos, los mismos enemigos serían temidos por cualquier persona tentada de emplear nuestros talentos. Un hombre como Rearden habría luchado por nosotros. ¿Lo haría un hombre como Orren Boyle? Pero eso es una especulación puramente teórica, porque, como cuestión de hecho, todos los establecimientos privados de investigación científica han sido cerrados por ley, por la Directiva 10-289, promulgada, como usted tal vez no sepa, por el señor Wesley Mouch. ¿Está usted pensando, quizá, en las universidades? Están en la misma situación. No pueden permitirse hacer enemigos. ¿Quién hablaría por nosotros? Creo que un hombre como Hugh Akston habría salido en nuestra defensa..., pero pensar en eso es ser culpable de un anacronismo. Él pertenecía a una era diferente. Las condiciones establecidas en nuestra realidad social y económica desde hace mucho tiempo hacen que sea imposible su existencia continua. Y no creo que el doctor Simon Pritchett, o la generación criada bajo su guía, puedan

defendernos o estén dispuestos a hacerlo. Nunca he creído en la eficacia de los idealistas..., ¿y usted? Además, ésta no es una era para el idealismo impráctico. Si alguien quisiera oponerse a una política del gobierno, ¿cómo se haría escuchar? ¿A través de esos caballeros de la prensa, doctor Stadler? ¿A través de este micrófono? ¿Queda un solo periódico independiente en el país? ¿Una estación de radio que no esté controlada? ¿Un ejemplo de propiedad privada, ya puestos..., o una opinión personal? —El tono de la voz era obvio ahora: era el tono de un matón—. Una opinión personal es el único lujo que *nadie* puede permitirse hoy día.

Los labios del doctor Stadler se pusieron rígidos, tan rígidos como los músculos de las cabras.

—Usted está hablando con Robert Stadler.

—No he olvidado eso. Es precisamente por no haberlo olvidado por lo que estoy hablando. «Robert Stadler» es un nombre ilustre, que yo odiaría ver destruido. Pero ¿qué es un nombre ilustre hoy en día? ¿A los ojos de quién? —El gesto de su brazo barrió las gradas—. ¿A los ojos de personas como las que ve a su alrededor? Si ellos creen, cuando se les diga, que un instrumento de muerte es un instrumento de prosperidad..., ¿no creerían si se les dijera que Robert Stadler es un traidor y un enemigo del Estado? ¿Contaría usted entonces con el hecho de que eso no es verdad? ¿Está pensando en la verdad, doctor Stadler? Cuestiones sobre la verdad no entran en asuntos sociales. Los principios no tienen ninguna influencia en asuntos públicos. La razón no tiene ningún poder sobre los seres humanos. La lógica es impotente. La moralidad es superflua. No me responda ahora, doctor Stadler. Me responderá por el micrófono. Usted es el siguiente orador.

Mirando a la franja oscura de la granja en la distancia, el doctor Stadler supo que lo que sentía era terror, pero no se permitió conocer su naturaleza. Él, que había sido capaz de estudiar las partículas y las subpartículas del espacio cósmico, no se permitió examinar su emoción y saber que estaba formada por tres partes: una parte era el terror de una visión que parecía estar ante sus ojos, la visión de la inscripción tallada, en su honor, sobre la puerta del instituto: A LA MENTE INTRÉPIDA, A LA VERDAD INVIOLABLE; otra parte era un miedo simple y brutal, un miedo animal a la destrucción física, un miedo humillante que, en el mundo civilizado de su

juventud, él no había esperado jamás experimentar; y la tercera era el terror de saber que, al traicionar la primera, uno se entrega a sí mismo al reino de la segunda.

Caminó hacia el cadalso del orador, sus pasos firmes y lentos, su cabeza levantada, el manuscrito del discurso sostenido arrugado en sus dedos. Parecía un paseo para subir a un pedestal o a una guillotina. Así como la totalidad de la vida de un hombre pasa frente a él en su último aliento, así también él caminó al sonido de la voz del locutor que le leía al país la lista de los logros y la carrera de Robert Stadler. Una leve convulsión recorrió el rostro de Robert Stadler ante las palabras: «Robert Stadler..., antiguo jefe del Departamento de Física de la Universidad Patrick Henry». Sabía, de forma distante, no como si el conocimiento estuviera dentro de él, sino como si estuviera dentro de alguna persona que él estaba dejando atrás, que la multitud estaba a punto de presenciar un acto de destrucción más terrible que la destrucción de la granja.

Había subido los tres primeros peldaños del cadalso cuando un joven periodista se adelantó, corrió hacia él y, desde abajo, agarró la barandilla para detenerlo.

—¡Doctor Stadler! —gritó en un desesperado susurro—. ¡Dígales la verdad! ¡Dígales que usted no tuvo nada que ver con eso! ¡Dígales el tipo infernal de máquina que es, y para qué fin quieren usarla! ¡Dígale al país el tipo de personas que están tratando de gobernarlo! ¡Nadie puede dudar de su palabra! ¡Dígales la verdad! ¡Sálvenos! ¡Usted es el único que puede hacerlo!

El doctor Stadler lo miró. El periodista era joven; sus movimientos y su voz tenían esa claridad rápida y aguda que demuestra eficiencia; entre sus colegas de edad más avanzada, corruptos, dominados por los favores y creados por el amiguismo, él había logrado alcanzar el rango de élite de la prensa política, por medio de su papel en una última e irresistible chispa de habilidad. Sus ojos tenían la expresión de una inteligencia ansiosa y sin miedo; eran el tipo de ojos que el doctor Stadler había visto mirarlo desde los bancos de las aulas. Notó que los ojos del muchacho, de color avellana, tenían un tinte de verde.

El doctor Stadler volvió la cabeza y vio que Ferris había llegado corriendo a su lado, como un sirviente o un carcelero.

—No espero ser insultado por jóvenes mocosos desleales con motivos traicioneros —dijo el doctor Stadler en voz alta.

El doctor Ferris se giró sobre el joven y espetó bruscamente, con el rostro fuera de control, distorsionado por la ira ante lo inesperado y lo no planeado:

—¡Dame tu tarjeta de prensa y tu permiso de trabajo!

—Estoy orgulloso —leyó el doctor Stadler ante el micrófono y ante el atento silencio de una nación— de que mis años de trabajo al servicio de la ciencia me hayan traído el honor de poner en manos de nuestro gran líder, el señor Thompson, un nuevo instrumento con un potencial incalculable para poder tener una influencia civilizadora y liberadora sobre la mente del hombre...

El cielo tenía el aliento estancado de un horno, y las calles de Nueva York eran como tuberías llenas, pero no de aire y de luz, sino de polvo derretido. Dagny estaba de pie en una esquina, donde el autobús del aeropuerto la había dejado, mirando la ciudad con un asombro pasivo. Los edificios parecían desgastados por las semanas de calor del verano, pero la gente parecía desgastada por siglos de angustia. Se quedó mirándolos, desarmada por una enorme sensación de irrealidad.

Esa sensación de irrealidad había sido su único sentimiento desde las primeras horas de la mañana, desde el momento en que, al final de una carretera vacía, había entrado en una ciudad desconocida y había detenido al primer transeúnte para preguntar dónde estaba.

—Watsonville —respondió él.

—¿En qué Estado, por favor? —preguntó ella.

El hombre la miró y dijo:

—Nebraska —y se alejó rápidamente.

Ella sonrió sin alegría, sabiendo que él se había preguntado de dónde había venido ella, y que ninguna explicación que él pudiera imaginar sería tan irreal como la verdad. Pero era Watsonville lo que le parecía irreal a ella, mientras caminaba por sus calles hacia la estación de ferrocarril. Había perdido la costumbre de observar la desesperación como el aspecto normal y dominante de la existencia humana, tan normal que llegaba a pasar desapercibida; y esa visión la impactó en toda su inutilidad sin sentido.

Estaba viendo la marca de dolor y de miedo en las caras de las personas, y esa expresión evasiva que se niega a reconocerlo; parecían estar realizando los movimientos de una enorme pantomima, representando un ritual para protegerse de la realidad, dejando que la Tierra permaneciese invisible y sus vidas sin vivir, por temor a algo prohibido y sin nombre; y, sin embargo, lo prohibido era el simple acto de mirar a la naturaleza de su dolor y cuestionar su deber de soportarlo. Lo estaba viendo tan claramente que no paraba de querer acercarse a los desconocidos, sacudirlos, reírse en sus caras y gritar:

—¡Despertad de vuestro trance!

No había ninguna razón para que la gente fuese tan infeliz, pensó, ninguna razón en absoluto; y luego recordó que la razón era el único poder que ellos habían expulsado de su existencia.

Ella subió a un tren de Taggart hacia el aeródromo más cercano; no se identificó ante nadie: parecía irrelevante. Se sentó cerca de la ventana de un vagón, como un extraño que tiene que aprender el incomprensible lenguaje de quienes la rodean. Cogió un periódico desechado; logró, con esfuerzo, entender lo que estaba escrito, pero no el motivo por el que debería haber sido escrito jamás: todo parecía tan sin sentido y tan pueril. Observó con asombro un párrafo en una columna de agencia, de Nueva York, que afirmaba enfáticamente que el señor James Taggart deseaba hacer público que su hermana había muerto en un accidente de avión, a pesar de cualquier rumor antipatriótico que dijera lo contrario. Muy despacio, recordó la Directiva 10-289, y se dio cuenta de que Jim estaba avergonzado por la sospecha pública de que ella había desaparecido como desertora.

La redacción del párrafo sugería que su desaparición había sido un tema público prominente que aún no se había descartado. Había otras referencias al respecto: una mención de la trágica muerte de la señorita Taggart como parte de una historia sobre el creciente número de accidentes aéreos..., y, en la última página, un anuncio ofreciendo una recompensa de 100.000 dólares a la persona que encontrara los restos del accidente de su avión, firmado por Henry Rearden.

Eso último le dio una punzada de urgencia; el resto parecía irrelevante. Entonces, lentamente, se dio cuenta de que su regreso era un evento público que sería considerado una gran noticia. Sintió un cansancio letárgico ante la

perspectiva de un dramático regreso a casa, de enfrentar a Jim y a la prensa, de presenciar toda la conmoción. Deseó que ellos se las arreglaran con todo eso en su ausencia.

En el aeródromo, ella vio a un reportero local entrevistando a algunos funcionarios a punto de partir. Esperó a que él hubiera terminado; luego, se acercó a él, extendiendo sus credenciales, y dijo en voz baja, ante la mirada embobada de sus ojos:

—Soy Dagny Taggart. ¿Puede informar a todo el mundo, por favor, que estoy viva y que estaré en Nueva York esta tarde? —El avión estaba a punto de despegar, y ella evitó así la necesidad de responder a preguntas.

Observó las praderas, los ríos, los pueblos que se deslizaban a una distancia intocable más abajo, y notó que la sensación de desapego que uno siente al mirar la tierra desde un avión es la misma sensación que ella sentía al mirar a las personas: sólo que su distancia respecto a la gente le parecía mayor.

Los pasajeros estaban escuchando alguna emisión de radio que parecía ser importante, a juzgar por la gran atención que prestaban. Captó breves fragmentos de voces impostadas hablando de algún tipo de nuevo invento que iba a traer algunos beneficios indefinidos para el bienestar de un público indefinido. Las palabras habían sido obviamente elegidas para no transmitir ningún significado concreto en absoluto; ella se preguntó cómo uno podía fingir que estaba oyendo un discurso; sin embargo, eso era lo que los pasajeros estaban haciendo. Estaban imitando la actuación de un niño que, siendo aún incapaz de leer, sostiene un libro abierto y deletrea todo lo que desea deletrear, fingiendo que eso está contenido en las incomprensibles líneas negras. Pero el niño, pensó, sabe que está jugando; y esas personas fingen para ellas mismas que no están fingiendo; no conocen ningún otro estado de existencia.

La sensación de irrealidad permaneció como su única sensación cuando aterrizó, cuando escapó de una multitud de reporteros sin ser vista —evitando las paradas de taxis y saltando al interior del autobús del aeropuerto—, cuando viajó en el autobús... Luego, cuando se quedó de pie en una esquina, mirando Nueva York, sintió como si estuviera viendo una ciudad abandonada.

No tuvo la sensación de estar volviendo a casa cuando entró en su apartamento; el lugar parecía ser una máquina conveniente que ella podía usar para algún objetivo sin ningún significado en absoluto.

Pero sintió un acelerado toque de energía, como la primera brecha en una niebla, un toque de significado, cuando levantó el auricular del teléfono y llamó a la oficina de Rearden, en Pensilvania.

—Oh, señorita Taggart, ¡señorita Taggart! —dijo, con un gemido alegre, la voz de la severa y nada emocional señorita Ives.

—Hola, señorita Ives. No la he sobresaltado, ¿verdad? ¿Sabía que yo estaba viva?

—¡Oh, sí! Lo oí en la radio esta mañana.

—¿Está el señor Rearden en su oficina?

—No, señorita Taggart. Él..., él está en las Montañas Rocosas, buscando a... o sea...

—Sí, lo sé. ¿Sabe dónde podemos localizarlo?

—Espero tener noticias suyas en cualquier momento. Va a parar en Los Gatos, Colorado, ahora mismo. Lo llamé por teléfono en cuanto oí las noticias, pero estaba fuera, y le dejé un mensaje para que me llamase. Verá, está volando, la mayor parte del día, pero me llamará cuando regrese al hotel.

—¿Qué hotel es?

—El Hotel Eldorado, en Los Gatos.

—Gracias, señorita Ives.

Dagny estaba a punto de colgar.

—¡Oh, señorita Taggart!

—¿Sí?

—¿Qué fue lo que le pasó? ¿Dónde estaba?

—Yo..., ya se lo diré cuando la vea. Estoy en Nueva York ahora. Cuando el señor Rearden llame, dígale por favor que estaré en mi oficina.

—Sí, señorita Taggart.

Ella colgó, pero su mano permaneció en el receptor, aferrándose a su primer contacto con un asunto que tenía importancia. Miró su apartamento y la ciudad en la ventana, sintiéndose reacia a hundirse de nuevo en la niebla muerta de lo sin sentido.

Levantó el auricular y llamó a Los Gatos.

—Hotel Eldorado —dijo la voz soñolienta y resentida de una mujer.

—¿Puede tomar un mensaje para el señor Henry Rearden? Pídale, cuando llegue, que...

—Un momento, por favor —dijo la voz arrastrando las palabras, en el tono impaciente de quien se siente molesto por hacer cualquier esfuerzo por una imposición.

Ella oyó el clic de los interruptores, algunos zumbidos, algunos lapsos de silencio y luego la voz clara y firme de un hombre respondiendo:

—¿Sí? —Era Hank Rearden.

Ella se separó del auricular y se lo quedó mirando como al cañón de una pistola, sintiéndose atrapada, incapaz de respirar.

—¿Sí? —repitió él.

—¡Hank!, ¿eres tú?

Oyó un sonido grave, más un suspiro que un jadeo, y luego el largo y vacío crujido del cable.

—¡Hank! —No hubo respuesta—. ¡Hank! —gritó ella aterrorizada.

Ella pensó que escuchó el esfuerzo de su respiración..., y después oyó un susurro, que no era una pregunta, sino una afirmación que lo decía todo:

—Dagny.

—Hank, lo siento... ¡oh, cariño, lo siento! ¿No lo sabías?

—¿Dónde estás, Dagny?

—¿Estás bien, Hank?

—Por supuesto.

—¿No sabías que estaba de vuelta y... y viva?

—No, no lo sabía.

—Oh, Dios, siento haberte llamado... Yo...

—¿Por qué dices eso? Dagny, ¿dónde estás?

—En Nueva York. ¿No te has enterado por la radio?

—No. Acabo de llegar.

—¿No te dieron un mensaje para que llamaras a la señorita Ives?

—No.

—¿Estás bien, Hank?

—¿Ahora? —Ella oyó su risa contenida, suave y baja. Ella estaba oyendo el sonido de una risa contenida, el sonido de juventud, creciendo en su voz con cada palabra—. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana.

—Dagny, ¿dónde estuviste?

Ella no respondió de inmediato.

—Mi avión se estrelló —dijo—. En las Montañas Rocosas. Me recogieron algunas personas que me ayudaron, pero no pude enviar un mensaje a nadie.

La risa desapareció de la voz de él.

—¿Tan serio como eso?

—Oh..., oh, ¿el accidente? No, no fue tan serio. No resulté herida. No seriamente.

—Entonces ¿por qué no pudiste dar señales de vida?

—No había..., no había medios de comunicación.

—¿Por qué tardaste tanto tiempo en volver?

—No puedo responder a eso ahora.

—Dagny, ¿estuviste en peligro?

El tono en su voz, que era mitad sonrisa, mitad amargura, fue casi de nostalgia cuando ella respondió:

—No.

—¿Te tuvieron prisionera?

—No..., la verdad es que no.

—Entonces ¿podrías haber vuelto antes, pero no lo hiciste?

—Eso es verdad, pero eso es todo lo que puedo decirte.

—¿Dónde estabas, Dagny?

—¿Te importa si no hablamos de eso ahora? Esperemos hasta que te vea.

—Claro. No haré ninguna pregunta. Sólo dime: ¿estás a salvo ahora?

—¿A salvo? Sí.

—Quiero decir, ¿has sufrido alguna lesión, o consecuencias permanentes?

Ella respondió, con el mismo sonido de una sonrisa triste:

—Lesiones, no, Hank. En cuanto a consecuencias permanentes..., no sé.

—¿Todavía estarás en Nueva York esta noche?

—Bueno, sí. Estoy..., estoy de vuelta para quedarme.

—¿Lo estás?

—¿Por qué preguntas eso?

—No lo sé. Supongo que estoy demasiado acostumbrado a cómo son las cosas cuando..., cuando no puedo encontrarte.

—Estoy de vuelta.

—Sí. Te veré en unas pocas horas. —Su voz se quebró, como si la frase fuera demasiado enorme para creerla—. En unas pocas horas —repitió con firmeza.

—Aquí estaré.

—Dagny...

—¿Sí?

Él se rio suavemente.

—No, nada. Sólo quería oír tu voz un poco más. Perdóname. Quiero decir, no ahora. Quiero decir, no quiero decir nada ahora.

—Hank, yo...

—Cuando te vea, cariño. Hasta luego.

Ella se quedó mirando el auricular silencioso. Por primera vez desde su regreso, sintió dolor, un dolor violento, pero la hizo vivir, porque valía la pena sentirlo.

Llamó a su secretaria en Taggart Transcontinental para decirle brevemente que estaría en la oficina en media hora.

La estatua de Nathaniel Taggart era real; eso sintió Dagny cuando se quedó de pie frente a ella en el vestíbulo de la terminal. Le pareció que estaban solos en un vasto templo con ecos, con espirales de niebla de fantasmas sin forma entretejiéndose y desapareciendo a su alrededor. Se quedó parada, mirando hacia arriba a la estatua, como para un breve momento de devoción. «Estoy de vuelta...», ésas fueron las únicas palabras que tenía para ofrecer.

«Dagny Taggart» seguía siendo la inscripción en el panel de vidrio esmerilado en la puerta de su oficina. La expresión que había en las caras de su personal cuando ella entró en la antesala era la expresión de personas ahogándose y viendo un salvavidas. Vio a Eddie Willers de pie frente a su escritorio en su recinto de vidrio, con un hombre delante de él. Eddie hizo un intento de ir en su dirección, pero se detuvo; parecía preso. Ella dejó que su mirada saludara a cada una de las caras, sonriéndoles suavemente como a niños condenados al fracaso, y después fue hacia el escritorio de Eddie.

Eddie estaba mirándola acercarse como si no estuviera viendo nada más en el mundo, pero su postura rígida parecía diseñada para fingir que estaba escuchando al hombre que tenía delante.

—¿Fuerza motriz? —estaba diciendo el hombre con una voz que tenía un chasquido brusco y un arrastramiento nasal a la vez—. No hay ningún problema de fuerza motriz. Sólo toma...

—Hola —dijo Eddie en voz baja, con una sonrisa apagada, como a una visión lejana.

El hombre se volvió para mirarla. Tenía una tez amarilla, el pelo rizado, una cara dura hecha de músculos blandos, y la belleza repugnante que pertenecía a los estándares estéticos de las esquinas de los bares; sus turbios ojos marrones tenían el aspecto vacío y liso del vidrio.

—Señorita Taggart —dijo Eddie, en un tono resonante de severidad, el tono de golpear al hombre con los modales de un salón en el que nunca había entrado—, ¿puedo presentarle al señor Meigs?

—¿Qué tal? —dijo el hombre, sin interés; luego, se volvió hacia Eddie y procedió, como si ella no estuviera presente:

—Simplemente quita al Comet del horario de mañana y del martes, y manda las locomotoras a Arizona para el especial del pomelo, con los vagones del trecho del carbón de Scranton que mencioné. Envía las órdenes de inmediato.

—¡No harás nada de eso! —jadeó ella, demasiado incrédula como para enfadarse.

Eddie no respondió.

Meigs la miró con lo que habría sido asombro si sus ojos hubieran sido capaces de mostrar una reacción.

—Envía las órdenes —le dijo a Eddie, sin énfasis, y salió.

Eddie estaba haciendo anotaciones en un pedazo de papel.

—¿Estás loco? —preguntó ella.

Levantó los ojos hacia ella, como agotado por horas de golpes.

—Tendremos que hacerlo, Dagny —dijo, con una voz muerta.

—¿Qué es *eso*? —preguntó, señalando la puerta exterior que se había cerrado tras el señor Meigs.

—El director de Unificación.

—*¿Qué?*

—El representante de Washington, a cargo del Plan de Unificación Ferroviaria.

—¿Qué es eso?

—Es... Oh, espera, Dagny, ¿estás bien? ¿Te lastimaste? ¿Fue un accidente de avión?

Ella nunca se había parado a pensar en cómo cambiaría la cara de Eddie Willers en el proceso de envejecer, pero lo estaba viendo ahora: había envejecido a sus treinta y cinco años, y en el lapso de un mes. No era una cuestión de tersura o de arrugas, era la misma cara con los mismos músculos, pero saturada por la fulminante expresión de resignación ante un dolor aceptado con desesperanza.

Ella sonrió, gentil y confiadamente, entendiendo, descartando todos los problemas, y dijo, extendiendo la mano:

—Muy bien, Eddie. Hola.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios, una cosa que nunca había hecho antes, su actitud no era ni atrevida ni pesarosa, sino sencilla y abiertamente personal.

—*Fue* un accidente aéreo —dijo ella—, y, Eddie, para que no te preocupes, te diré la verdad: no *resulté* herida, no seriamente. Pero ésa no es la historia que voy a contarle a la prensa y a todos los demás. Así que nunca has de mencionarlo.

—Por supuesto.

—No tenía forma de comunicarme con nadie, pero no porque estuviese herida. Es lo único que puedo decirte, Eddie. No me preguntes dónde estaba o por qué tardé tanto tiempo en regresar.

—No lo haré.

—Ahora, dime, ¿qué es el Plan de Unificación Ferroviaria?

—Es... Oh, ¿no te importa... si te lo cuenta Jim? Él lo hará, y pronto. Simplemente no tengo estómago, a menos que quieras que lo haga —añadió, con un esfuerzo concienzudo de disciplina.

—No, no tienes que hacerlo. Dime sólo si he entendido al Unificador correctamente: ¿quiere que canceles el Comet durante dos días para darles sus locomotoras a un especial de pomelos en Arizona?

—Eso es.

—¿Y ha cancelado un tren de carbón para poder conseguir vagones que carguen pomelos?

—Sí.

—*¿Pomelos?*

—Eso es.

—¿Por qué?

—Dagny, «por qué» es una palabra que nadie usa ya.

Después de un momento, ella preguntó:

—¿Tienes alguna suposición sobre cuál es la razón?

—¿Suposición? No tengo que suponer nada. Lo sé.

—Muy bien, ¿qué es?

—El especial de pomelos es para los hermanos Smather. Los hermanos Smather compraron un rancho de frutas en Arizona hace un año, de un hombre que quebró bajo el Proyecto de Ley de Igualación de Oportunidades. Él había sido dueño del rancho durante treinta años. Los hermanos Smather estaban en el negocio de las perforadoras el año anterior. Compraron el rancho mediante un préstamo de Washington en virtud de un proyecto para la recuperación de áreas en dificultades, como Arizona. Los hermanos Smather tienen amigos en Washington.

—¿Y bien?

—Dagny, todo el mundo lo sabe. Todo el mundo sabe cómo se han tratado los horarios de trenes en las últimas tres semanas, y por qué algunos distritos y algunos clientes consiguen transporte, mientras que otros no. Lo que no debemos hacer es decir que lo sabemos. Se supone que debemos fingir que creemos que el «bienestar público» es la única razón para cualquier decisión, y que el bienestar público de la ciudad de Nueva York requiere la entrega inmediata de una gran cantidad de pomelos. —Hizo una pausa; luego, añadió—: El director de Unificación es el único juez del bienestar público, y tiene autoridad exclusiva sobre la asignación de cualquier fuerza motriz y sobre cualquier material rodante en cualquier línea de ferrocarril y en cualquier lugar de Estados Unidos.

Hubo un momento de silencio.

—Ya veo —dijo ella. Un instante después, preguntó—: ¿Qué se ha hecho sobre el túnel de Winston?

—Oh, eso fue abandonado hace tres semanas. Nunca desenterraron los trenes. La maquinaria falló.

—¿Qué se ha hecho sobre la reconstrucción de la antigua línea alrededor del túnel?

—Eso fue archivado.

—Entonces ¿estamos operando algún tráfico transcontinental?

Él le dirigió una extraña mirada.

—Oh, sí —dijo con amargura.

—¿A través del desvío de la Kansas Western?

—No.

—Eddie, ¿qué ha estado pasando aquí este último mes?

Él sonrió como si sus palabras fueran una fea confesión.

—Hemos estado ganando dinero este último mes —respondió.

Ella vio abrirse la puerta exterior y a James Taggart entrar, acompañado por el señor Meigs.

—Eddie, ¿quieres estar presente en esta reunión? —preguntó ella—. ¿O prefieres perdértela?

—No. Quiero estar presente.

La cara de Jim parecía un trozo de papel arrugado, aunque su carne blanda e hinchada no había adquirido arrugas adicionales.

—Dagny, hay muchas cosas que discutir, un montón de cambios importantes que... —dijo Jim con voz entrecortada, con la voz acelerando por delante de su persona—. Oh, me alegro de verte de vuelta, estoy contento de que estés viva —añadió con impaciencia, cayendo en la cuenta —. Ahora hay algunas cosas urgentes...

—Vamos a mi oficina —dijo ella.

Su oficina era como una reconstrucción histórica, restaurada y mantenida por Eddie Willers. Su mapa, su calendario, la foto de Nat Taggart, todo eso estaba en las paredes, y no quedaba rastro de la era de Clifton Locey.

—¿Entiendo que todavía soy vicepresidente de Operaciones de este ferrocarril? —preguntó, sentándose en su escritorio.

—Lo eres —dijo James Taggart rápidamente, acusadoramente, casi desafiantemente—. Ciertamente lo eres, y no lo olvides..., no has renunciado, sigues siendo..., bueno, ¿lo has hecho?

—No, no he renunciado.

—Ahora lo más urgente que hay que hacer es decírselo a la prensa, decirles que estás de vuelta en el trabajo y..., y, por cierto, ¿dónde *estabas*?

—Eddie —dijo ella—, ¿puedes tomar nota de esto y enviárselo a la prensa? Mi avión tuvo problemas con el motor cuando yo sobrevolaba las Montañas Rocosas hacia el Túnel de Taggart. Me perdí, buscando una pista de aterrizaje de emergencia, y me estrellé en una sección de montaña deshabitada..., en Wyoming. Fui hallada por un pastor anciano y su esposa,

que me llevaron a su cabaña, bien adentrada en el bosque, a ochenta kilómetros del asentamiento más cercano. Estuve gravemente herida, y permanecí inconsciente durante la mayor parte de dos semanas. La pareja de ancianos no tenía teléfono, ni radio, ni medios de comunicación o de transporte, excepto un viejo camión que se averió cuando intentaron usarlo. Tuve que quedarme con ellos hasta que recuperé fuerzas suficientes para caminar. Caminé los ochenta kilómetros hasta las faldas de la montaña, luego hice autostop hasta la estación de Taggart en Nebraska.

—Ya veo —dijo Taggart—. Bueno, eso está bien. Entonces, cuando des la conferencia de prensa...

—No voy a dar ninguna conferencia de prensa.

—¿Qué? Pero ¡me han estado llamando todo el día! ¡Están esperando! ¡Es esencial! —Tenía un aire de pánico—. ¡Es crucialmente esencial!

—¿Quién te ha estado llamando todo el día?

—La gente de Washington y... y otros..., están esperando tu comunicado.

Ella señaló las notas de Eddie.

—Ahí está mi comunicado.

—Pero ¡eso no es suficiente! Debes decir que no has renunciado.

—Eso es obvio, ¿no es así? Estoy de vuelta.

—Debes decir algo al respecto.

—¿Como qué?

—Algo personal.

—¿A quién?

—Al país. La gente estaba preocupada por ti. Debes tranquilizarlos.

—La historia los tranquilizará..., si es que alguien estaba preocupado por mí.

—¡Eso no es lo que quiero decir!

—Entonces ¿qué quieres decir?

—Quiero decir... —Se paró, sus ojos evitando los de ella—. Quiero decir... —Se sentó, buscando palabras, haciendo crujir sus nudillos.

Jim se estaba haciendo pedazos, pensó ella; la impaciencia brusca, la agudeza, el aura de pánico eran nuevos; los crudos estallidos de un tono de amenaza ineficaz habían reemplazado su postura de suavidad cautelosa.

—Quiero decir... —prosiguió Jim; y ella pensó que él estaba buscando palabras para nombrar su significado sin nombrarlo, para hacerle entender lo que él no quería que fuese entendido—. Quiero decir, el público...

—Sé lo que quieres decir —dijo ella—. No, Jim, no voy a tranquilizar al público sobre el estado de nuestra industria.

—Ahora estás...

—Es mejor que el público esté tan tranquilo como su inteligencia le dicte. Ahora, ve al grano.

—Yo...

—Ve al grano, Jim.

Él miró al señor Meigs, que estaba sentado en silencio, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Llevaba una chaqueta que parecía, pero no era, un uniforme militar. La carne de su cuello sobresalía sobre el cuello de la camisa, y la carne de su cuerpo se tensaba contra el estrecho cinturón que pretendía disimularla. Llevaba un anillo con un diamante amarillo grande que centelleaba cuando movía sus rechonchos dedos.

—Ya has conocido al señor Meigs..., Cuffy Meigs —dijo Taggart—. Estoy muy contento de ver que los dos os llevaréis tan bien. —Hizo una media pausa expectante, pero no recibió respuesta de ninguno de los dos—. El señor Meigs es el representante del Plan de Unificación Ferroviaria. Tendrás muchas oportunidades de cooperar con él.

—¿Qué es el Plan de Unificación Ferroviaria?

—Es una... una nueva disposición nacional que entró en vigor hace tres semanas, que te gustará y apreciarás y encontrarás extremadamente práctica. —Ella se maravilló ante la futilidad de su método: él estaba actuando como si, al nombrar su opinión de antemano, pudiera conseguir que ella fuese incapaz de alterarla—. Es una disposición de emergencia que ha salvado el sistema de transporte del país.

—¿Cuál es el plan?

—Tú eres consciente, por supuesto, de las dificultades insuperables de cualquier tipo de trabajo de construcción durante este período de emergencia. Es..., temporalmente, imposible instalar una nueva vía. Por lo tanto, el principal problema del país es preservar la industria del transporte *como un todo*, preservar su planta existente y todas sus instalaciones existentes. La supervivencia nacional requiere...

—¿Cuál es el plan?

—Como política de supervivencia nacional, los ferrocarriles del país se han unificado en un solo equipo, uniendo sus recursos. Todos sus ingresos brutos se transfieren a la Junta de Agrupación de Ferrocarriles, en Washington, la cual actúa como fideicomisario de la industria en su conjunto, y divide el ingreso total entre los distintos ferrocarriles, según un... un principio de distribución más moderno.

—¿Qué principio?

—A ver, no te preocupes, los derechos de propiedad han sido totalmente preservados y protegidos, simplemente se les ha dado una nueva forma. Cada ferrocarril conserva la responsabilidad independiente de sus propias operaciones, los horarios de sus trenes y el mantenimiento de sus vías y sus equipos. Como contribución al fondo común nacional, cada ferrocarril permite que, cuando las condiciones lo requieren, cualquier otro use su vía y sus instalaciones sin cargo. Al final de año, la Junta de Agrupación distribuye el ingreso bruto total, y a cada ferrocarril individual se le paga, no sobre la base de la forma aleatoria y antigua, como el número de trenes operados o el tonelaje de carga transportada, sino de acuerdo con su necesidad..., o sea: como la preservación de su vía es su principal necesidad, a cada ferrocarril individual se le paga de acuerdo con el kilometraje de vía que posee y que mantiene.

Ella escuchó sus palabras; ella entendió su significado; fue incapaz de creer que fuese real..., de otorgarle el respeto de la ira, de la preocupación, de la oposición a una pesadilla de locura que no descansaba en nada más que en la voluntad de la gente de fingir creer que era algo cuerdo. Sintió un vacío adormecido, y la sensación de haber sido arrojada muy por debajo del reino en el que la indignación moral es pertinente.

—¿De quién es la vía que estamos usando para nuestro tráfico transcontinental? —preguntó ella, con voz plana y seca.

—Bueno, es la nuestra, por supuesto —dijo Taggart apresuradamente —, o sea, desde Nueva York a Bedford, Illinois. Operamos nuestros trenes a partir de Bedford en la vía de la Atlantic Southern.

—¿Hasta San Francisco?

—Bueno, eso es mucho más rápido que el largo rodeo que tú intentaste establecer.

—¿Operamos nuestros trenes sin pagar por el uso de la vía?

—Además, tu rodeo no pudo haber durado, el ferrocarril de la Kansas Western estaba destrozado, y además...

—¿Sin pagar por el uso de la vía de la Atlantic Southern?

—Bueno, nosotros tampoco les estamos cobrando por el uso de nuestro puente sobre el Misisipi.

Después de un momento, ella preguntó:

—¿Has mirado un mapa?

—Claro —dijo Meigs inesperadamente—. Usted es dueña del mayor kilometraje de vías de cualquier ferrocarril en el país. Así que no tiene de qué preocuparse.

Eddie Willers se echó a reír.

Meigs lo miró sin comprender.

—¿Cuál es su problema? —le preguntó Meigs.

—Nada —dijo Eddie cansinamente—, ninguno.

—Señor Meigs —dijo ella—, si usted mira un mapa, verá que dos tercios del coste de mantener una vía para nuestro tráfico transcontinental nos es dado gratis, y pagado por nuestro competidor.

—Pues claro —dijo él, pero sus ojos se estrecharon, observándola con suspicacia, como si se estuviera preguntando qué motivo la impulsó a hacer una declaración tan explícita.

—Mientras que nos pagan por poseer kilómetros de vía inútil que no transporta ningún tráfico —dijo ella.

Meigs entendió... y se recostó en su silla como si hubiera perdido todo interés en la discusión.

—¡Eso no es cierto! —espetó Taggart—. Estamos operando un gran número de trenes locales para servir a la región de nuestra antigua línea transcontinental..., a través de Iowa, Nebraska y Colorado, y, al otro lado del túnel..., a través de California, Nevada y Utah.

—Estamos operando dos trenes locales por día —dijo Eddie Willers, en el tono seco e inexpresivo de un informe de negocios—. Y, en algunos lugares, menos.

—¿Qué determina el número de trenes que cada ferrocarril concreto está obligado a operar? —preguntó.

—El bienestar público —dijo Taggart.

—La Junta de Agrupación —dijo Eddie.

—¿Cuántos trenes han sido suspendidos en el país en las últimas tres semanas?

—De hecho —dijo Taggart con entusiasmo—, el plan ha ayudado a armonizar la industria y eliminar la competencia despiadada.

—Ha eliminado el treinta por ciento de los trenes que operan en el país —dijo Eddie—. La única competencia que queda ahora son las solicitudes a la Junta de permisos para cancelar trenes. El ferrocarril que sobrevivirá será el que no opere ningún tren.

—¿Ha calculado alguien durante cuánto tiempo se espera que la Atlantic Southern pueda permanecer en el negocio?

—Eso es harina de otro... —comenzó Meigs.

—¡*Por favor,* Cuffy! —gritó Taggart.

—El presidente de la Atlantic Southern —dijo Eddie, impasible— se ha suicidado.

—¡Eso no tuvo nada que ver con esto! —gritó Taggart—. ¡Fue por un asunto personal!

Ella se quedó callada. Estaba sentada, mirando sus caras. Todavía quedaba un elemento de asombro en la insensible indiferencia de su mente: Jim siempre había logrado pasarle la carga de sus fracasos a otros más fuertes a su alrededor y sobrevivir destruyéndolos para pagar por sus errores, como había hecho con Dan Conway, como había hecho con las industrias de Colorado; pero *eso* no tenía ni siquiera la racionalidad de un saqueador..., ese abalanzarse sobre el vacío cadáver en huesos de un competidor más débil y medio en bancarrota por la pausa de un momento, con poco más que un hueso destrozado entre el agresor y el abismo.

El hábito de usar la razón casi la impulsó a hablar, a discutir, a demostrar lo evidente..., pero ella miró sus caras y vio que ellos lo sabían. En algunos términos diferentes a los de ella, en alguna forma inconcebible de consciencia, ellos sabían todo lo que ella podría decirles, era inútil demostrarles el horror irracional del camino que habían tomado y de sus consecuencias, tanto Meigs como Taggart lo sabían..., y el secreto de sus consciencias era su forma de eludir la inevitabilidad de su propio conocimiento.

—Ya veo —dijo ella en voz baja.

—Bueno, ¿qué preferirías que yo hubiera hecho? —gritó Taggart—. ¿Renunciar a nuestro tráfico transcontinental? ¿Irnos a la quiebra? ¿Convertir el ferrocarril en un miserable local de la costa Este? —Las dos palabras de ella parecían haberlo afectado más que cualquier colérica objeción; él parecía estar temblando de terror ante lo que ese callado «ya veo» había reconocido ver—. ¡No pude evitarlo! ¡Teníamos que tener una vía transcontinental! ¡No había manera de sortear el túnel! ¡No teníamos dinero para pagar ningún coste extra! ¡Algo había que hacer! ¡Teníamos que tener una vía!

Meigs lo estaba observando con una mirada que era en parte asombro y en parte disgusto.

—No estoy discutiendo, Jim —dijo ella secamente.

—¡No podíamos permitir que un ferrocarril como Taggart Transcontinental se estrellara! ¡Habría sido una catástrofe nacional! ¡Tuvimos que pensar en todo: en las ciudades y las industrias y los clientes y los pasajeros y los empleados y los accionistas cuyas vidas dependen de nosotros! ¡No fue sólo para nosotros, fue para el bienestar público! ¡Todo el mundo está de acuerdo en que el Plan de Unificación Ferroviaria es práctico! Los mejor informados...

—Jim —dijo ella—, si tienes algún otro asunto que tratar conmigo..., hazlo.

—Tú nunca has considerado el ángulo social de nada —dijo él, con una voz hosca y retraída.

Ella notó que esa forma de fingir era tan irreal para el señor Meigs como para ella, aunque por una razón antípoda. Él estaba mirando a Jim con aburrido desprecio. Jim se le apareció a ella de pronto como un hombre que había intentado encontrar un curso intermedio entre dos polos —entre Meigs y ella— y que ahora estaba viendo que su curso se estaba estrechando y que iba a ser aplastado entre dos paredes rectas.

—Señor Meigs —preguntó ella, provocada por un toque de curiosidad amargamente divertida—, ¿cuál es su plan económico para pasado mañana?

Ella vio que sus nublados ojos marrones se enfocaban en ella sin expresión.

—Usted es impráctica —dijo él.

—Es perfectamente inútil teorizar sobre el futuro —espetó Taggart—, cuando tenemos que hacer frente a la emergencia del momento. A largo plazo...

—A largo plazo todos estaremos muertos —dijo Meigs.

Entonces, abruptamente, él se puso de pie.

—Me voy, Jim —dijo—. No tengo tiempo que perder en conversaciones. —Y añadió—: Habla con ella sobre el tema de hacer algo para poner fin a todos esos accidentes de tren, si es que ella es esa niña que es un genio del ferrocarril. —Lo había dicho inofensivamente; era un hombre que no sabía ni cuándo estaba ofendiendo ni cuándo estaba siendo ofendido.

—Nos vemos, Cuffy —dijo Taggart, mientras Meigs salía sin mirar a ninguno de ellos.

Taggart la miró, expectante y temeroso, como si temiera su comentario, pero esperando desesperadamente escuchar alguna palabra, cualquier palabra.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tienes algo más que discutir?

—Bueno, yo... —sonó decepcionado—. ¡Sí! —gritó, en el tono de una decisión desesperada—. Tengo otro asunto que discutir, el más importante de todos, el...

—¿Tu creciente número de accidentes de tren?

—¡No! Eso no.

—¿Qué es, entonces?

—Es..., es que vas a aparecer en el programa de radio de Bertram Scudder esta noche.

Ella se echó hacia atrás.

—¿Ah, sí?

—Dagny, es imperativo, es crucial, no hay nada que hacer al respecto, negarse es impensable, en momentos como éste uno no tiene otra opción, y...

Ella miró su reloj.

—Te doy tres minutos para que te expliques, si quieres que te haga caso. Y más te vale hablar sin rodeos.

—¡Está bien! —dijo él desesperadamente—. Se considera muy importante... en las esferas más altas..., y estoy hablando de Chick Morrison, Wesley Mouch y el señor Thompson..., tan altas como eso…, que pronuncies un discurso ante la nación, un discurso para elevar la moral, ya sabes, diciendo que no has renunciado.

—¿Por qué?

—¡Porque todos pensaban que lo habías hecho! Tú no sabes lo que ha estado pasando últimamente, pero..., pero es algo muy extraño. El país está lleno de rumores, de todo tipo de rumores, sobre cualquier cosa, todos ellos peligrosos. Disruptivos, quiero decir. La gente parece no hacer nada más que murmurar. No creen en los periódicos, no creen en los mejores oradores, y sí se creen cada chisme malvado y alarmante que circula por ahí. Ya no queda confianza, ni fe, ni orden, ni..., ni respeto por la autoridad. La gente..., la gente parece estar al borde del pánico.

—¿Y qué?

—Bueno, para empezar, ¡es ese maldito asunto de todos esos grandes empresarios que se han desvanecido en el aire! Nadie ha podido explicarlo, y les está dando un ataque de nervios. Hay todo tipo de cosas histéricas que la gente está murmurando sobre eso, pero lo que más susurran es que «ningún hombre decente trabajará para esa gente». Se refieren a la gente en Washington. ¿Ahora lo ves? Tú no habrías sospechado que fueses tan famosa, pero lo eres, o te has hecho famosa, desde tu accidente de avión. Nadie creyó que el avión se hubiera estrellado. Todos pensaron que habías infringido la ley, es decir, la Directiva 10-289, y que habías desertado. Hay muchos... malentendidos entre la gente sobre la Directiva 10-289, mucha..., digamos, mucha intranquilidad. Ahora ves lo importante que es que aparezcas en público y le digas a la gente que no es cierto que la Directiva 10-289 está destruyendo la industria, que es una pieza sólida de legislación diseñada para el bien de todos, y que si tienen sólo un poco más de paciencia las cosas mejorarán y la prosperidad volverá. Ellos ya no creen en ningún funcionario público. Tú... eres una mujer, una emprendedora, eres uno de los pocos empresarios que quedan de la vieja escuela, y el único que ha vuelto después de que pensaran que te habías ido. Eres conocida como..., como una reaccionaria que se opone a las políticas de Washington. Así que la gente te creerá. Tendría una gran influencia sobre ellos, reforzaría su confianza, levantaría su moral. ¿Lo ves ahora?

Él se había precipitado, animado por la extraña expresión del rostro de ella, una expresión de contemplación que era casi una leve media sonrisa.

Ella había escuchado, oyendo, a través de sus palabras, el sonido de la voz de Rearden diciéndole a ella en una tarde de primavera de hacía más de un año: «Necesitan algún tipo de sanción, de aprobación por parte nuestra. No conozco la naturaleza de esa aprobación..., pero, Dagny, sé que si valoramos nuestras vidas, no debemos dársela. Si te ponen en un potro de tortura, no se la des».

—¿Ahora lo ves?

—¡Oh, sí, Jim, lo veo!

Él no pudo interpretar el sonido de su voz, que era bajo, en parte gemido, en parte risa ahogada, en parte triunfo..., pero era el primer sonido de emoción que venía de ella, y él se lanzó adelante, sin ninguna otra opción más que esperar:

—¡Les prometí a ellos en Washington que hablarías! No podemos fallarles, ¡no en un asunto como éste! No podemos permitirnos ser sospechosos de deslealtad. Está todo arreglado. Tú serás la oradora invitada en el programa de Bertram Scudder, esta noche, a las diez y media. Tiene un programa de radio donde entrevista a figuras públicas prominentes, es una conexión nacional, tiene muchos seguidores, llega a más de veinte millones de personas. La oficina del Condicionador de Moral tiene...

—¿Del *qué*?

—El Condicionador de Moral... es Chick Morrison..., me ha llamado tres veces para asegurarse de que nada salga mal. Han emitido órdenes a todas las emisoras de noticias..., que lo han estado anunciando todo el día, por todo el país, diciéndole a la gente que te escuchen esta noche en la hora de Bertram Scudder.

La miró como si estuviera exigiendo tanto una respuesta como el reconocimiento de que su respuesta era el elemento de menor importancia en esas circunstancias. Ella dijo:

—Ya sabes lo que pienso de las políticas de Washington y de la Directiva 10-289.

—En un momento como éste, ¡no podemos permitirnos el lujo de pensar!

Ella se rio en voz alta.

—Pero ¿no ves que no puedes oponerte a ellos ahora? —gritó él—. Si no apareces después de toda esa propaganda, eso confirmará los rumores, ¡equivaldrá a una declaración abierta de deslealtad!

—La trampa no funcionará, Jim.

—¿Qué trampa?

—La que siempre me montas.

—¡No sé lo que quieres decir!

—Sí lo sabes. Sabías..., todos vosotros lo sabíais, que yo me negaría. Así que me empujasteis a una trampa pública, en la que mi negativa se convertiría en un escándalo embarazoso para vosotros, más embarazoso de lo que pensabais que yo me atrevería a causar. Contabais conmigo para que yo salvara vuestras caras y los pescuezos que asomasteis. No los salvaré.

—Pero ¡yo lo prometí!

—Yo no.

—Pero ¡no podemos rechazarlos! ¿No ves que nos tienen atados de pies y manos? ¿Que nos tienen agarrados por el cuello? ¿No sabes lo que pueden hacernos a través de esa Agrupación de Ferrocarriles, a través de la Junta de Unificación, o a través de la moratoria de nuestros bonos?

—Lo sabía hace dos años.

Él estaba temblando; había una cualidad sin forma, desesperada, casi supersticiosa en su terror, fuera de proporción con los peligros que él había estado nombrando. Ella se sintió repentinamente segura de que procedía de algo más profundo que de su miedo a las represalias burocráticas, que las represalias eran la única identificación que él se permitiría conocer, una identificación tranquilizadora que tenía una apariencia de racionalidad y que ocultaba su verdadero motivo. Ella tenía la certeza de que no era el pánico del país lo que él quería evitar, sino el suyo; que él, así como Chick Morrison, Wesley Mouch y todo el resto del equipo de saqueadores no necesitaban su aprobación para tranquilizar a sus víctimas, sino para tranquilizarlos a ellos mismos, aunque la supuestamente astuta y supuestamente práctica idea de engañar a sus víctimas fuese la única identificación que le dieran a su propio motivo y a su histérica insistencia. Con un impresionante desprecio —impresionante por la enormidad de la visión—, ella se preguntó qué degradación interna tuvieron que llegar a alcanzar esos hombres como para llegar a un nivel de autoengaño en el que

tenían que buscar la aprobación mediante extorsión de una víctima involuntaria como la sanción moral que ellos necesitaban, aquellos que pensaban que estaban meramente engañando al mundo.

—¡No tenemos otra opción! —gritó él—. ¡Nadie tiene ninguna opción!

—Vete de aquí —dijo ella, su voz muy baja y tranquila.

Alguna cualidad tonal en el sonido de su voz tocó la nota de lo inconfesado dentro de él, como si, no permitiéndole nunca convertirlo en palabras, supiera de qué conocimiento había provenido ese sonido. Él se fue.

Ella miró a Eddie; parecía un hombre exhausto por luchar contra uno más de los ataques de disgusto que estaba aprendiendo a soportar como una condición crónica.

Después de un momento, preguntó:

—Dagny, ¿qué pasó con Quentin Daniels? Estabas volando tras él, ¿no?

—Sí —dijo ella—. Se ha ido.

—¿Al destructor?

La palabra la impactó como si fuese un golpe físico. Era el primer contacto del mundo exterior sobre esa radiante presencia que ella había mantenido en su interior todo el día, como una visión silenciosa e inmutable, una visión privada, que no ha de verse afectada por ninguna de las cosas a su alrededor, sobre la que no había que pensar, sólo había que sentir la fuente de su fuerza. El destructor, advirtió, era el nombre de esa visión, aquí, en el mundo de ellos.

—Sí —dijo sombríamente, con esfuerzo—, al destructor.

Luego apretó las manos sobre el borde del escritorio, para estabilizar su propósito y su postura, y dijo, con la amarga insinuación de una sonrisa:

—Bueno, Eddie, veamos qué pueden hacer dos personas imprácticas, como tú y yo, para evitar los accidentes de trenes.

Habían pasado dos horas —y ella estaba sola en su escritorio, inclinada sobre hojas de papel que no tenían nada más que números, pero que eran como una película de cine desenrollada delante de ella para contarle toda la historia del ferrocarril en las últimas cuatro semanas—, cuando sonó el interfono y la voz de su secretaria dijo:

—La señora Rearden está aquí y desea verla, señorita Taggart.

—¿El *señor* Rearden? —preguntó ella con incredulidad, incapaz de creer cualquiera de las dos cosas.

—No. La *señora* Rearden.

Dejó pasar un momento, y después dijo:

—Por favor, hágala pasar.

Había un cierto énfasis muy peculiar en el porte de Lillian Rearden cuando entró y avanzó hacia el escritorio. Llevaba un traje a medida, con un brillante lazo suelto colgando casualmente hacia un lado como una nota de elegante incongruencia, y un pequeño sombrero ladeado en un ángulo considerado elegante por parecer divertido; su cara parecía una pizca demasiado tranquila, sus pasos parecían una pizca demasiado lentos, y andaba casi como si estuviera balanceando las caderas.

—¿Cómo está, señorita Taggart? —dijo con una voz perezosamente gentil, una voz de salón de té que parecía imponer, en esa oficina, el mismo estilo de incongruencia que su traje y su lazo.

Dagny inclinó la cabeza con gravedad.

Lillian echó un vistazo a la oficina; su mirada tenía el mismo estilo de diversión que su sombrero: una diversión que pretendía expresar madurez por la convicción de que la vida no podía ser nada más que ridícula.

—Por favor, siéntese —dijo Dagny.

Lillian se sentó, relajándose en una postura segura y graciosamente informal. Cuando giró la cara hacia Dagny, la diversión seguía allí, pero su matiz era ahora diferente: parecía sugerir que ellas compartían un secreto, lo que haría que su presencia en ese lugar pareciera absurda para el mundo, pero obviamente lógica para ellas dos. Ella lo resaltó permaneciendo en silencio.

—¿En qué puedo ayudarle?

—He venido a decirle —dijo Lillian amablemente— que usted aparecerá en la emisión de Bertram Scudder esta noche.

No detectó asombro en el rostro de Dagny, ni sorpresa, sólo la mirada de un ingeniero estudiando un motor que hace un sonido irregular.

—Supongo —dijo Dagny— que usted es plenamente consciente de la forma de su frase.

—¡Oh, sí! —dijo Lillian.

—Entonces proceda a apoyarla.

—¿Perdón?

—Proceda a contármelo.

Lillian soltó una breve risita; su forzada brevedad revelaba que ésa no era exactamente la actitud que ella había esperado.

—Estoy segura de que no serán necesarias largas explicaciones —dijo —. Usted sabe por qué su aparición en esa transmisión es importante para los que están en el poder. Sé por qué usted se niega a aparecer. Conozco sus convicciones sobre el tema. Puede que usted no le haya dado ninguna importancia, pero sabe que mi simpatía siempre ha estado del lado del sistema que ahora está en el poder. Por lo tanto, comprenderá mi interés en el tema y mi posición. Cuando su hermano me dijo que usted se negaba, decidí tomar cartas en el asunto..., porque, sabe, yo soy una de las pocas personas que saben que usted no está en condiciones de negarse.

—Yo no soy una de esas pocas personas, por ahora —dijo Dagny.

Lillian sonrió.

—Bueno, sí, debo explicarme un poco más. Usted es consciente de que su aparición en la radio tendrá el mismo valor para los que están en el poder que... que la acción de mi esposo cuando firmó el Certificado de Regalo para entregarles el Metal Rearden a ellos. Usted sabe con qué frecuencia y con qué utilidad lo han estado mencionando en toda su propaganda.

—No sabía eso —dijo Dagny bruscamente.

—Oh, claro que sí, usted ha estado fuera la mayor parte de los últimos dos meses, así que puede haberse perdido los constantes recordatorios..., en la prensa, en la radio, en los discursos públicos..., diciendo que incluso Hank Rearden aprueba y apoya la Directiva 10-289, puesto que ha cedido voluntariamente su metal a la nación. Incluso Hank Rearden. Eso desalienta a muchos recalcitrantes, y ayuda a mantenerlos a raya. —Se reclinó, y preguntó en el tono casual de algo secundario—: ¿Le ha preguntado alguna vez a él por qué firmó?

Dagny no respondió; no pareció entender que eso fuese una pregunta; estaba sentada, quieta, y su cara estaba inexpresiva, pero sus ojos parecían demasiado grandes y estaban fijos en los de Lillian, como si ahora lo único que le importara fuese oír a Lillian hasta el final.

—No, no creí que lo supiera. Nunca pensé que él se lo dijera —dijo Lillian, su voz más suave, como si estuviera reconociendo las señales y deslizándose cómodamente por el camino previsto—. Sin embargo, usted

debe saber la razón que le hizo a él firmar, porque es la misma razón que le hará a usted aparecer en la emisión de Bertram Scudder esta noche.

Hizo una pausa, deseando ser instada a hablar; Dagny esperó.

—Es una razón —dijo Lillian— que debería complacerle a usted, en lo que respecta a la acción de mi esposo. Considere lo que esa firma significaba para él. El Metal Rearden era su mayor logro, la cumbre de lo mejor en su vida, el símbolo final de su orgullo; y mi esposo, como usted tiene motivos para saber, es un hombre extremadamente apasionado, siendo su orgullo en él mismo, tal vez, su mayor pasión. El Metal Rearden era más que un logro para él, era el símbolo de su capacidad de lograr, de su independencia, de su lucha, de su ascenso. Era su propiedad, suya por derecho, y usted sabe lo que los derechos significan para un hombre tan estricto como él, y lo que la propiedad significa para un hombre tan posesivo. Él habría dado su vida de buena gana para defenderla, en vez de entregársela a hombres que despreciaba. Eso es lo que significaba para él..., y eso es lo que él abandonó. Usted se alegrará de saber que él abandonó su propiedad por el bien de *usted*, señorita Taggart. Por el bien de su reputación y de su honor. Firmó el Certificado de Regalo entregando el Metal Rearden..., bajo la amenaza de que el adulterio que él estaba llevando a cabo con usted quedaría expuesto a los ojos del mundo. Oh, sí, teníamos pruebas completas de todo, hasta en los más mínimos detalles; creo que usted tiene una filosofía que desaprueba el sacrificio, pero, en este caso, usted ciertamente es una mujer, así que estoy segura de que se sentirá gratificada por la magnitud del sacrificio que un hombre ha hecho por el privilegio de usar su cuerpo. Usted debe haber disfrutado mucho, sin duda, de las noches que él pasó en su cama. Ahora puede disfrutar de lo que esas noches le han costado a él. Y puesto que..., bien..., a usted le gusta la franqueza, ¿no es así, señorita Taggart?, puesto que el estado que usted ha elegido es el de una puta, me quito el sombrero en cuanto al precio que usted se ha cobrado, el cual ninguna de sus colegas podría haber esperado igualar.

La voz de Lillian se había vuelto cada vez más aguda, como la broca de un taladro que no para de romperse al no poder encontrar la línea de la falla en la piedra. Dagny todavía la estaba mirando, pero la intensidad había desaparecido de los ojos y de la postura de Dagny. Lillian se preguntó por qué sintió como si la cara de Dagny estuviese siendo iluminada por un foco.

No pudo detectar ninguna expresión en concreto, era simplemente una cara en reposo natural..., y la claridad parecía provenir de su estructura, de la precisión de sus planos nítidos, de la firmeza de la boca, de la estabilidad de los ojos. No pudo descifrar la expresión de los ojos, parecía una expresión incongruente; parecía la calma, no de una mujer, sino de un erudito, tenía esa cualidad peculiar y luminosa que es la intrepidez del conocimiento satisfecho.

—Fui yo —dijo Lillian suavemente— quien informó a los burócratas sobre el adulterio de mi marido.

Dagny notó el primer brillo de sentimiento en los ojos sin vida de Lillian: parecía placer, pero tan lejano que parecía la luz del sol reflejada desde la superficie muerta de la luna en el agua estancada de un pantano; brilló durante un instante y desapareció.

—Fui yo —dijo Lillian— quien le arrebató el Metal Rearden a él. —Sonó casi como una súplica.

No estaba dentro del poder de la consciencia de Dagny llegar a entender nunca esa súplica o saber qué respuesta Lillian había esperado encontrar; sólo supo que no la había encontrado, cuando oyó el repentino chillido de la voz de Lillian:

—¿Me ha entendido?

—Sí.

—Entonces sabe lo que estoy exigiendo, y por qué usted me obedecerá. Pensaban que eran invencibles, usted y él, ¿no? —La voz estaba intentando suavizarse, pero estaba dando tropezones de forma desigual—. Usted siempre ha actuado por su propia voluntad y ninguna otra..., un lujo que yo no he podido permitirme. Por una vez, y en compensación, ahora voy a verla actuar por la mía. Usted no puede pelear contra mí. No puede comprar su huida con esos dólares que usted puede ganar y yo no. No hay ningún beneficio que usted pueda ofrecerme..., yo estoy desprovista de codicia. A mí no me pagan los burócratas por hacer esto; lo estoy haciendo sin obtener ganancia alguna. Sin ganancia. ¿Me entiende?

—Sí.

—Entonces no son necesarias más explicaciones, sólo recordarle que toda la evidencia de los hechos..., registros de hoteles, cuentas de joyas y cosas por el estilo, sigue estando en poder de las personas adecuadas y será

transmitida en todos los programas de radio mañana, a menos que usted aparezca en ese programa de radio esta noche. ¿Está claro?

—Sí.

—Entonces ¿cuál es su respuesta? —Vio los luminosos ojos de erudita mirándola, y, de repente, sintió como si demasiado de ella estuviese siendo visto y, a la vez, como si ella no estuviese siendo vista en absoluto.

—Me alegro de que me lo haya dicho —dijo Dagny—. Apareceré en la emisión de Bertram Scudder esta noche.

Había un haz de luz blanca cayendo sobre el reluciente metal de un micrófono..., en el centro de una jaula de cristal que la aprisionaba a ella junto a Bertram Scudder. Los destellos del brillo del micrófono eran de un color verdiazulado; estaba hecho de Metal Rearden.

Por encima de ellos, detrás de una mampara de vidrio, ella pudo distinguir una cabina con dos filas de caras que la miraban: la cara laxa y tensa de James Taggart, con Lillian Rearden a su lado apoyando la mano en su brazo; un hombre que había llegado en avión desde Washington y que le había sido presentado a ella como Chick Morrison; y un grupo de jóvenes de su equipo, que hablaban de curvas de porcentajes de influencia intelectual, y que se comportaban como policías motorizados.

Bertram Scudder parecía tener miedo de ella. Se aferró al micrófono, escupiendo palabras a su delicada malla, a los oídos del país, presentando el tema de su programa. Estaba esforzándose por sonar cínico, escéptico, superior e histérico a la vez, por sonar como un hombre que se burla de la vanidad de todas las creencias humanas y que, por eso, exige una fe instantánea de sus oyentes. Una pequeña mancha de humedad brillaba en su nuca. Estaba describiendo en coloridos detalles el mes de convalecencia que ella había pasado en la solitaria cabaña de un pastor de ovejas, y luego su heroico recorrido de ochenta kilómetros por senderos de montaña a fin de reanudar sus deberes con el pueblo en esa grave hora de emergencia nacional.

—... y si alguno de ustedes se ha dejado engañar por los malévolos rumores que tienen por objeto socavar su fe en el gran programa social de nuestros líderes..., puede confiar en la palabra de la señorita Taggart, que...

Ella estaba de pie, mirando al haz de luz blanca. Motas de polvo estaban revoloteando en el haz, y ella se dio cuenta de que una de ellas estaba viva: era un mosquito con un diminuto destello en sus batientes alas, luchando por algún frenético propósito suyo; y ella lo observó, sintiéndose tan distante de ese propósito como del propósito del mundo.

—... La señorita Taggart es una observadora imparcial, una brillante empresaria que a menudo ha criticado al gobierno en el pasado y de quien se dice que representa el punto de vista extremo y conservador de gigantes industriales como Hank Rearden. Sin embargo, incluso ella...

Le hizo gracia lo fácil que parecía sentir algo cuando uno no tenía nada que sentir; le pareció estar allí desnuda, de pie, expuesta a todo el mundo, con un haz de luz que era suficiente para sostenerla, porque no había ninguna carga de dolor en ella, ni esperanza, ni nostalgia, ni preocupación, ni futuro.

—... Y ahora, damas y caballeros, les presentaré a la heroína de esta noche, nuestra invitada más especial, la...

El dolor volvió a ella como una repentina y punzante puñalada, como una larga astilla del cristal de un muro protector destrozado por el hecho de saber que las siguientes palabras serían las suyas; ese dolor volvió por el breve lapso en que un nombre vino a su mente, el nombre del hombre que ella había llamado el destructor: ella no quería que él oyera lo que ahora tendría que decir. «Si lo oyes», su dolor era como una voz gritándoselo a él, «no vas a creer las cosas que te he dicho; no, peor, las cosas que no te he dicho pero que tú sabías y creíste y aceptaste... Pensarás que yo no tenía libertad para ofrecértelas y que mis días contigo fueron una mentira..., eso destruirá ese mes mío y diez años tuyos. No fue así como yo quería que lo supieras, no así, no esta noche..., pero lo harás, tú que me has observado y has conocido cada uno de mis movimientos, tú que me estás observando ahora, dondequiera que estés..., lo oirás, pero ha de ser dicho».

—... el último descendiente de un nombre ilustre en nuestra historia industrial, la mujer ejecutiva que es posible sólo en Estados Unidos, la vicepresidente de Operaciones de un gran ferrocarril..., ¡la señorita Dagny Taggart!

Entonces, al cerrarse su mano sobre el vástago del micrófono, ella sintió el contacto con el Metal Rearden, y de pronto todo resultó fácil, no con la facilidad narcotizada de la indiferencia, sino con la facilidad

brillante, clara y viva de la acción.

—He venido aquí para hablaros sobre el programa social, el sistema político y la filosofía moral bajo los cuales estáis viviendo actualmente.

Había una certeza tan calmada, tan natural y tan completa en el sonido de su voz, que su mero sonido parecía acarrear una inmensa persuasión.

—Habéis oído decir que yo creo que este sistema tiene la depravación como su motivo, el saqueo como su objetivo, las mentiras, el fraude y la fuerza como su método... y la destrucción como su único resultado. También habéis oído decir que, al igual que Hank Rearden, yo soy una leal partidaria de este sistema, y que doy mi cooperación voluntaria a las políticas actuales, tales como la Directiva 10-289. He venido aquí para deciros la verdad al respecto.

»Es verdad que yo comparto la posición de Hank Rearden. Sus convicciones políticas son las mismas que las mías. Habéis oído cómo lo denunciaban en el pasado por ser un reaccionario que se oponía a cada paso, a cada medida, a cada eslogan y a cada premisa del sistema actual. Ahora oís cómo lo elogian por ser nuestro principal industrial, cuyo juicio sobre el valor de las políticas económicas puede ser digno de confianza. Es verdad. Podéis confiar en su juicio. Si ahora estáis empezando a temer que estáis en poder de una maldad irresponsable, que el país se está derrumbando y que pronto dejarán que os muráis de hambre, considerad los puntos de vista de nuestro industrial más capaz, que sabe cuáles son las condiciones necesarias para que la producción sea posible y para permitir que un país sobreviva. Considerad todo lo que sabéis sobre sus puntos de vista. En los pocos momentos en que pudo hablar, lo oísteis deciros que las políticas de este gobierno os estaban llevando a la esclavitud y a la destrucción. Sin embargo, él no denunció el clímax final de esas políticas: la Directiva 10-289. Lo habéis oído luchar por sus derechos..., por los de él y por los vuestros, por su independencia, por su propiedad. Sin embargo, no luchó contra la Directiva 10-289. Según os han dicho, él firmó voluntariamente el Certificado de Regalo que rindió el Metal Rearden a sus enemigos. Firmó el único papel contra el que, de acuerdo con todas sus posturas y acciones anteriores, vosotros habíais esperado que peleara hasta la muerte. ¿Qué puede significar eso, os han dicho constantemente, a menos que signifique que incluso él reconoció la necesidad de la Directiva 10-289 y sacrificó sus intereses personales por el bien del país? Juzgad sus puntos

de vista por el motivo de esa acción, os han dicho constantemente. Y con eso estoy totalmente de acuerdo: *juzgad sus puntos de vista por el motivo de esa acción*. Y, por el valor que atribuyáis a mi opinión y a cualquier advertencia que yo pueda daros, juzgad mis puntos de vista también por el motivo de esa acción, porque las convicciones de él son las mismas que las mías.

»Durante dos años, yo había sido la amante de Hank Rearden. Que no haya ningún malentendido sobre eso: no estoy diciendo esto como una confesión vergonzosa, sino con el más alto sentido del orgullo. Yo había sido su amante. Me había acostado con él, en su cama, había estado entre sus brazos. Ahora no hay nada que nadie pueda deciros sobre mí que yo no os haya dicho primero. Será inútil difamarme..., conozco la naturaleza de las acusaciones y os las expondré yo misma. ¿Sentí un deseo físico por él? Lo sentí. ¿Fui llevada por la pasión de mi cuerpo? Lo fui. ¿Experimenté la forma más violenta de placer sensual? La experimenté. Si eso ahora me convierte en una mujer deshonrada a vuestros ojos, que vuestra evaluación sea vuestra propia preocupación. Yo me mantendré en la mía.

Bertram Scudder la estaba mirando fijamente; ése no era el discurso que él había esperado, y sintió, con un pánico remoto, que no era apropiado dejar que continuara; pero ella era una invitada especial a quien los dirigentes en Washington le habían ordenado tratar con la mayor cautela; no podía estar seguro de si ahora debería supuestamente interrumpirla o no; además, estaba disfrutando de oír ese tipo de historia. En la cabina de la audiencia, James Taggart y Lillian Rearden estaban sentados congelados, como animales paralizados por los faros de un tren abalanzándose sobre ellos; ellos eran los únicos presentes que sabían la conexión entre las palabras que estaban oyendo y el tema de la emisión; era demasiado tarde para que se movieran; no se atrevían a asumir la responsabilidad de un movimiento o de lo que viniera a continuación. En la sala de control, un joven intelectual del equipo de Chick Morrison estaba listo para cortar la emisión en caso de que hubiera algún problema, pero no vio ninguna relevancia política en el discurso que estaba oyendo, ningún elemento que él pudiera interpretar como peligroso para sus jefes. Estaba acostumbrado a oír discursos extorsionados por presiones desconocidas de víctimas

involuntarias, y concluyó que aquél era el caso de una reaccionaria forzada a confesar un escándalo y que, por lo tanto, el discurso tenía, quizá, algún valor político; además, él tenía curiosidad por oírlo.

—Estoy orgullosa de que él me hubiera elegido para darle placer, y que fuera él quien había sido mi elección. No fue, como es para la mayoría de vosotros, un acto de indulgencia casual y de mutuo desprecio. Fue la máxima forma de nuestra mutua admiración, con pleno conocimiento de los valores por los cuales hacemos nuestra elección. Nosotros somos los que no desconectan sus valores mentales de las acciones de sus cuerpos, los que no entregan sus valores a sueños vacíos, sino que los traen a la existencia, los que le dan forma material a los pensamientos y realidad a los valores, los que fabrican acero, ferrocarriles y felicidad. Y a quienes haya entre vosotros que odien la idea de la alegría humana, que deseen ver la vida de los hombres como un sufrimiento y un fracaso crónico, que deseen que los hombres se disculpen por la felicidad..., o por el éxito, o por la capacidad, o por el logro, o por la riqueza..., a esos que estén entre vosotros, ahora os estoy diciendo que yo lo quise, lo tuve..., que yo era feliz, que había conocido la alegría, una alegría pura, plena y sin culpa, la alegría que vosotros teméis oír confesada por cualquier ser humano, la alegría de la cual vuestro único conocimiento está en vuestro odio por aquellos que son dignos de alcanzarla. ¡Pues odiadme, entonces, porque yo la alcancé!

—Señorita Taggart —dijo Bertram Scudder nerviosamente—, ¿no estamos saliéndonos del tema de...? A fin de cuentas, su relación personal con el señor Rearden no tiene ningún significado político que...

—Yo tampoco creía que lo tuviese. Y, por supuesto, estoy aquí para hablaros del sistema político y moral en el que estáis viviendo. Pues sí, yo pensé que lo sabía todo sobre Hank Rearden, pero había una cosa que no he sabido hasta hoy. Fue la amenaza de chantaje de que nuestra relación se haría pública lo que obligó a Hank Rearden a firmar el Certificado de Regalo por el cual entregó el Metal Rearden. Fue un chantaje, el chantaje de los funcionarios de vuestro gobierno, de vuestros gobernantes, de vuestros...

En el instante en que la mano de Scudder se extendió para tumbar el micrófono, un leve chasquido salió del cuello del mismo al estrellarse contra el suelo, señal de que el policía intelectual había cortado la transmisión de radio.

Ella se echó a reír..., pero no había nadie para verla ni para oír la naturaleza de su risa. Las figuras que iban precipitándose en el recinto de cristal estaban gritándose unas a otras. Chick Morrison estaba gritándole maldiciones indecentes a Bertram Scudder; Bertram Scudder estaba gritando que él se había opuesto a toda esa idea, pero le habían ordenado llevarla a cabo; James Taggart parecía un animal enseñando los dientes, mientras les gruñía a dos de los más jóvenes ayudantes de Morrison y esquivaba los gruñidos de un tercero de más edad. Los músculos de la cara de Lillian Rearden exhibían una extraña holgura, como las extremidades de un animal tendido en la carretera, intacto pero muerto. Los Condicionadores de Moral estaban gritando lo que ellos adivinaban que el señor Mouch estaría pensando.

—¿Qué les digo? —gritaba el locutor del programa, señalando el micrófono—. Señor Morrison..., hay una audiencia esperando, ¿qué debo decir? —Nadie le respondió. No estaban peleando sobre qué hacer, sino sobre a quién culpar.

Nadie le dijo una palabra a Dagny ni miró en su dirección. Nadie la detuvo cuando salió.

Entró en el primer taxi que vio, dándole la dirección de su apartamento. Cuando el taxi arrancó, ella se dio cuenta de que la radio en el panel del conductor estaba iluminada y en silencio, escupiendo los chirridos de la interferencia: estaba sintonizada en la frecuencia del programa de Bertram Scudder.

Se recostó en el asiento, sin sentir nada más que la desolación de saber que la forma en que había actuado habría hecho tal vez desaparecer a un hombre que podría no querer verla nunca más. Sintió, por primera vez, la inmensidad de la desesperación de encontrarlo —si es que él no fuera a querer ser encontrado—, en las calles de la ciudad, en los pueblos de un continente, en los cañones de las Montañas Rocosas donde la meta estaba bloqueada por una pantalla de rayos. Pero una cosa aún permanecía con ella, como un tronco flotando en un vacío, el tronco al que ella se había aferrado durante la transmisión..., y ella sabía que ésa era la cosa que no podía abandonar, aunque tuviera que perder todo el resto; era el sonido de la voz de él diciéndole: «Nadie permanece aquí falseando la realidad de ninguna manera».

—Señoras y señores... —La voz del locutor de Bertram Scudder crepitó de pronto saliendo de la interferencia—. Debido a dificultades técnicas ajenas a nuestra voluntad, esta emisora permanecerá fuera del aire a la espera de los reajustes necesarios. —El taxista soltó una breve y despectiva risa entre dientes..., y apagó la radio.

Cuando ella se bajó y le dio un billete, él le devolvió el cambio y, de repente, se inclinó hacia delante para mirar más de cerca su cara. Ella estaba segura de que la había reconocido, y sostuvo su mirada con gesto adusto durante un instante. La cara amarga y la camisa remendada del taxista habían sido desgastadas por una lucha desesperada y perdida. Cuando ella le dio una propina, él dijo en voz baja, con un énfasis demasiado serio y demasiado solemne para ser un mero reconocimiento por las monedas:

—*Gracias*, señora.

Ella se volvió rápidamente, y se apresuró a entrar en el edificio, para que él no viera una emoción que era de repente más de lo que ella podía soportar.

Su cabeza se estaba inclinando al abrir la puerta de su apartamento, y la luz la impactó desde abajo, desde la alfombra, antes de que ella levantara la cabeza con asombro al encontrar el apartamento iluminado. Dio un paso adelante... y vio a Hank Rearden de pie al otro lado de la habitación.

Ella quedó paralizada por dos sobresaltos: uno fue la visión de su presencia, ella no había esperado que él estuviese de vuelta tan pronto; el otro fue ver la cara de él. Su cara tenía una expresión tan firme, tan confiada y madura de calma, tan plasmada en una tenue media sonrisa y en la claridad de sus ojos, que ella sintió como si él hubiera envejecido varias décadas en el plazo de un mes, pero envejecido en el sentido apropiado de crecimiento humano, envejecido en visión, en estatura, en poder. Ella sintió que él, que había soportado un mes de agonía, a quien ella había lastimado tan profundamente y a quien estaba a punto de lastimar aún más, él sería ahora quien le brindaría apoyo y consuelo a ella, de él sería la fuerza que los protegería a ambos. Se quedó inmóvil sólo un instante, pero vio que la sonrisa de Hank se acentuó como si estuviera leyendo los pensamientos de ella y diciéndole que no tenía nada que temer. Ella oyó un leve y crepitante sonido, y vio, en una mesa junto a él, el sintonizador iluminado de una radio

en silencio. Los ojos de ella se movieron a los de él como haciendo una pregunta, y él respondió con el más leve asentimiento, poco más que bajando los párpados; sí, él había oído la emisión.

Se movieron el uno hacia el otro en el mismo momento. Él la agarró por los hombros para sostenerla, el rostro de ella estaba elevado hacia él, pero él no le tocó los labios, le cogió la mano y le besó la muñeca, los dedos, la palma de la mano, como la única forma del saludo que tanto sufrimiento de él había estado esperando. Y, de repente, abatida por la totalidad de ese día y de ese mes, ella estaba sollozando en sus brazos, desplomada contra él, sollozando como nunca había hecho en su vida, como una mujer, rindiéndose al dolor y en una última e inútil protesta contra ese dolor.

Sosteniéndola de modo que estuviera de pie y se moviera sólo por medio del cuerpo de él, no del de ella, la llevó al sofá y trató de hacer que se sentara a su lado, pero ella se deslizó hasta el suelo, y se sentó a sus pies para enterrar la cara en sus rodillas y sollozar sin defensa ni disfraz.

Él no la levantó, la dejó llorar, con su brazo apretado alrededor de ella. Ella sintió la mano de él sobre su cabeza, sobre su hombro, sintió la protección de su firmeza, una firmeza que parecía decirle que, igual que sus lágrimas eran para los dos, también lo era el conocimiento de él, que él conocía el dolor de ella y lo sentía y lo entendía, pero que era capaz de presenciarlo con calma..., y su calma parecía aliviar la carga de ella, al concederle el derecho a deshacerse, allí, a sus pies, diciéndole que él era capaz de cargar lo que ella ya no podía cargar más... Ella sabía remotamente que ése era el verdadero Hank Rearden, y qué independientemente de la forma de insultante crueldad que alguna vez había mostrado en sus primeras noches juntos, independientemente de la frecuencia con la que ella había parecido la más fuerte de los dos, eso siempre había estado dentro de él y en la raíz del vínculo que los unía, esa fuerza suya que la protegería si alguna vez la de ella desapareciera.

Cuando levantó la cabeza, él estaba sonriendo.

—Hank... —susurró ella culpablemente, con una desesperada sorpresa por haberse venido abajo.

—Tranquila, querida.

Ella volvió a dejar caer la cara sobre sus rodillas; se quedó quieta, luchando por descansar, luchando contra la presión de un pensamiento sin palabras: él había podido soportar y aceptar sus palabras en la radio sólo como una confesión de su amor; eso hacía que la verdad que ahora tenía que decirle fuese un golpe más inhumano aún que el que nadie tenía derecho a asestar. Sintió terror al pensar que no tendría fuerzas para hacerlo, y terror al pensar que lo haría.

Cuando ella lo miró de nuevo, él le pasó la mano por la frente, apartándole el pelo de la cara.

—Ya ha pasado, cariño —dijo—. Lo peor ha pasado, para nosotros dos.

—No, Hank, no es así.

Él sonrió.

La atrajo para que se sentase a su lado y apoyase la cabeza en su hombro.

—No digas nada ahora —dijo él—. Sabes que los dos entendemos todo lo que hay que decir, y hablaremos de ello, pero no hasta que haya dejado de dolerte tanto.

Su mano se movió por la línea de la manga de ella, por un pliegue de su piel, con una presión tan ligera que parecía como si la mano no sintiera el cuerpo dentro de la ropa, como si él estuviera recuperando la posesión, no del cuerpo de ella, sino sólo de la visión de ese cuerpo.

—Has sufrido demasiado —dijo él—. Y yo también. Dejemos que ellos nos maltraten. No hay razón por la que nosotros tengamos que hacerlo. Da igual lo que tengamos que enfrentar, no puede haber sufrimiento entre nosotros dos. Ningún dolor más. Deja que eso venga del mundo de ellos. No vendrá de nosotros. No tengas miedo No nos haremos daño el uno al otro. No ahora.

Ella levantó la cabeza, sacudiéndola con una amarga sonrisa; había una violencia desesperada en su movimiento, pero la sonrisa era una señal de recuperación, de su determinación a enfrentar la desesperación.

—Hank, el infierno que te he hecho padecer en el último mes... —Su voz estaba temblando.

—No es nada comparado con el tipo de infierno que yo te he hecho padecer durante la última hora. —Su voz era firme.

Ella se levantó, para andar por la habitación, para mostrar su fuerza...; sus pasos eran como palabras diciéndole a él que ya no necesitaba ser protegida. Cuando se paró y se volvió para mirarlo, él se levantó, como si entendiera su motivo.

—Sé que lo he empeorado para ti —dijo ella, señalando la radio.

Él sacudió la cabeza:

—No.

—Hank, hay algo que tengo que decirte.

—Yo también. ¿Me dejas ser el primero en hablar? Verás, es algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo. ¿Me dejarás hablar sin responderme hasta que termine?

Ella asintió.

Se tomó un momento para mirarla mientras estaba de pie delante de él, como para mantener la visión completa de su figura, de ese momento y de todo lo que les había llevado a él.

—Te amo, Dagny —dijo él en voz baja, con la sencillez de una felicidad clara, pero sin sonreír.

Ella estaba a punto de hablar, pero sabía que no podía, aunque él lo hubiese permitido; ella había captado las palabras que ella misma no había pronunciado, el movimiento de sus labios fue su única respuesta, y luego inclinó la cabeza en señal de aceptación.

—Te amo. Como el mismo valor, como la misma expresión, con el mismo orgullo y el mismo significado que amo mi trabajo, mi fundición, mi metal, mis horas como amo mi capacidad para trabajar, como amo el acto de ver y de conocer, en un escritorio, en un horno, en un laboratorio, en una mina de hierro, como amo la acción de mi mente cuando resuelve una ecuación química o capta un amanecer, como amo las cosas que he hecho y las cosas que he sentido, como *mi* producto, como *mi* elección, como una forma de *mi* mundo, como mi mejor reflejo, como la esposa que jamás he tenido, como lo que hace que todo lo demás sea posible: como mi poder de vivir.

Ella no bajó la mirada, sino que la mantuvo nivelada y abierta, para oír y para aceptar, como él quería que ella hiciera y como él se merecía.

—Te amé desde el primer día que te vi, en un vagón en un apartadero de la estación de Milford. Te amé cuando nos subimos a la cabina de la primera locomotora de la Línea John Galt. Te amé en la galería de la casa

de Ellis Wyatt. Te amé la mañana siguiente. Tú lo sabías. Pero soy yo quien debe decírtelo, como lo estoy diciendo ahora..., si he de redimir todos esos días y dejar que sean plenamente lo que fueron para nosotros dos. Yo te amaba. Tú lo sabías. Yo no. Y por no saberlo, tuve que aprenderlo cuando me senté en mi escritorio y miré el Certificado de Regalo para el Metal Rearden.

Ella cerró los ojos. Pero no había sufrimiento en la cara de él, sólo la inmensa y silenciosa felicidad de la claridad.

—«Nosotros somos los que no desconectamos los valores de nuestras mentes de las acciones de nuestros cuerpos.» Lo has dicho en tu intervención de esta noche. Pero tú lo sabías, entonces, aquella mañana en la casa de Ellis Wyatt. Sabías que todos esos insultos que yo te estaba lanzando eran la confesión más completa de amor que un hombre podría hacer. Sabías que el deseo físico que yo estaba condenando como nuestra vergüenza mutua no es ni físico ni una expresión del cuerpo de uno, sino la expresión de los valores más profundos de la mente de uno, tenga uno la valentía de saberlo o no. Por eso te reíste de mí como lo hiciste, ¿verdad?

—Sí —susurró ella.

—Tú dijiste: «No quiero tu mente, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, siempre que sea a mí a quien vengas para satisfacer el más bajo de tus deseos». Tú sabías, cuando lo dijiste, que *era* mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma lo que yo te estaba dando por medio de ese deseo. Y quiero decirlo ahora, para que esa mañana signifique lo que significó: mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma, Dagny, son tuyos, durante todo el tiempo que yo viva.

Él la estaba mirando directamente y ella vio un breve brillo en sus ojos, que no era una sonrisa, pero casi como si él hubiera oído el grito que ella no había pronunciado.

—Déjame terminar, queridísima. Quiero que sepas hasta qué punto sé lo que estoy diciendo. Yo, que pensaba que estaba luchando contra ellos, había aceptado lo peor del credo de nuestros enemigos..., y *eso* es por lo que he pagado desde entonces, como lo estoy pagando ahora y como es justo que haga. Yo había aceptado la única premisa con la que ellos destruyen a un hombre antes de que él empiece, la premisa asesina: la brecha entre su mente y su cuerpo. Yo la había aceptado, como la mayoría de sus víctimas, sin saberlo, sin saber siquiera que ese tema existía. Me

rebelé contra su credo de impotencia humana y me enorgullecí de mi capacidad de pensar, de actuar, y de trabajar para satisfacer mis deseos. Pero no sabía que eso era una virtud, nunca lo identifiqué como un valor moral, como el más alto de los valores morales, un valor a ser defendido por encima de la vida, porque eso es lo que hace posible la vida. Y acepté el castigo por ello, el castigo por la virtud a manos de una maldad arrogante, arrogante gracias sólo a mi ignorancia y a mi sumisión.

»Acepté sus insultos, sus fraudes, sus extorsiones. Pensé que podía permitirme ignorarlos..., ignorar a todos esos místicos impotentes que parlotean sobre sus almas y no consiguen ni construir un techo sobre sus cabezas. Pensé que el mundo era mío, y que esos charlatanes incompetentes no eran una amenaza para mi fuerza. No conseguía entender por qué yo seguía perdiendo todas las batallas. No sabía que la fuerza desatada contra mí era mi propia fuerza. Mientras yo me ocupaba de conquistar la materia, les había entregado el reino de la mente, del pensamiento, del principio, de la ley, de los valores, de la moralidad... Yo había aceptado, sin saberlo y por defecto, la premisa de que las ideas no eran en absoluto relevantes para la existencia de uno, para el trabajo de uno, para la realidad, para esta Tierra..., como si las ideas no fueran el dominio de la razón, sino de la fe mística que yo despreciaba... Eso era lo único que ellos querían que yo concediera. Fue suficiente. Yo les había entregado aquello que todas sus palabras vacías están diseñadas para subvertir y destruir: la razón del hombre. No, ellos no eran capaces de lidiar con la materia, de producir abundancia, de controlar esta Tierra. No tenían necesidad de hacerlo. Ellos me controlaban *a mí*.

»Yo, que sabía que la riqueza es sólo un medio para un fin, creé los medios y dejé que ellos prescribieran mis fines. Yo, que me enorgullecía de mi capacidad para lograr la satisfacción de mis deseos, dejé que ellos prescribieran el código de valores por el cual yo juzgaba mis deseos. Yo, que modelaba la materia para servir mis objetivos, acabé con un montón de acero y de oro, pero con todos mis objetivos derrotados, todos mis deseos traicionados, todos mis intentos de felicidad frustrados.

»Yo me había partido en dos, como predicaban los místicos, y dirigía mi negocio con un código de reglas, pero mi propia vida con otro. Me rebelé contra el intento de los saqueadores de establecer el precio y el valor de mi acero..., pero les dejé establecer los valores morales de mi vida. Me rebelé contra las demandas de una riqueza no ganada..., pero pensé que era

mi deber concederle un amor no ganado a una esposa a quien yo despreciaba, un respeto no ganado a una madre que me odiaba, un apoyo no ganado a un hermano que tramaba mi destrucción. Me rebelé contra un perjuicio financiero inmerecido..., pero acepté una vida de dolor inmerecido. Me rebelé contra la doctrina de que mi capacidad productiva era mi culpa..., pero acepté como culpa mi capacidad de ser feliz. Me rebelé contra el credo de que la virtud es algo incomprensible e incorpóreo del espíritu..., pero te condené a ti, *a ti*, mi queridísima, por el deseo de tu cuerpo y el mío. Pero, si el cuerpo es malo, entonces también lo son quienes proporcionan los medios de su supervivencia, también lo es la riqueza material y los que la producen..., y si los valores morales son establecidos en contradicción a nuestra existencia física, entonces es correcto que las recompensas sean inmerecidas, que la virtud consista en lo deshecho, que no deba haber un vínculo entre el logro y la ganancia, que los animales inferiores que son capaces de producir deban servir a esos seres superiores cuya superioridad de espíritu consiste en la incompetencia de la carne.

»Si un hombre como Hugh Akston me hubiera dicho, cuando yo empecé, que, al aceptar la teoría del sexo de los místicos, yo estaría aceptando la teoría de la economía de los saqueadores, me habría reído en su cara. No me reiría de él ahora. Ahora veo a Rearden Steel dirigido por escoria humana..., veo el logro de mi vida sirviendo para enriquecer lo peor de mis enemigos... Y, en cuanto a las dos únicas personas a las que he amado, le he ocasionado un insulto mortal a uno y una desgracia pública a la otra. Le di una bofetada al hombre que era mi amigo, mi defensor, mi maestro, el hombre que me liberó al ayudarme a aprender lo que he aprendido. Yo lo quería, Dagny, él era el hermano, el hijo, el compañero que yo nunca tuve..., pero lo saqué de mi vida, porque él se negó a ayudarme a producir para los saqueadores. Daría cualquier cosa por recuperarlo, pero no tengo nada que ofrecer en pago, y nunca lo volveré a ver, porque soy yo quien sabrá que no hay forma de merecer siquiera el derecho a pedirle perdón...

»Pero lo que te he hecho a ti, mi queridísima, es aún peor. Tu discurso y el que tuvieras que hacerlo..., eso es lo que yo le he causado a la única mujer que he amado, en pago por la única felicidad que he conocido. No me digas que fue tu decisión desde el principio y que aceptaste todas las consecuencias, incluso lo de esta noche; eso no redime el hecho de que fui

yo quien no tenía ninguna opción mejor que ofrecerte. Y que los saqueadores te obligaran a hablar, que hablaras para vengarme y liberarme..., eso no redime el hecho de que fui yo quien hizo posibles sus tácticas. No fueron sus convicciones sobre el pecado y la deshonra las que usaron para deshonrarte..., fueron las mías. Ellos simplemente llevaron a cabo las cosas que yo creía y que dije en la casa de Ellis Wyatt. Fui yo quien mantuvo nuestro amor oculto como un secreto culpable; ellos simplemente lo trataron como lo que era, según mi propia valoración. Fui yo quien estaba dispuesto a falsificar la realidad para poder guardar las apariencias ante sus ojos: ellos, simplemente, se aprovecharon del derecho que yo les había dado.

»La gente cree que un mentiroso consigue una victoria sobre su víctima. Lo que he aprendido es que una mentira es un acto de abdicación, porque uno entrega la realidad de uno a la persona a quien le está mintiendo, haciendo que esa persona se convierta en el amo de uno, condenándose a sí mismo a partir de ese momento a falsear el tipo de realidad que la visión de esa persona requiere que sea falseado. Y si uno consigue el objetivo inmediato de la mentira, el precio que uno paga es la destrucción de aquello a lo que la ganancia pretendía servir. El hombre que le miente al mundo es un esclavo del mundo a partir de ese momento. Cuando yo decidí ocultar mi amor por ti, rechazarlo en público y vivirlo como una mentira, lo convertí en propiedad pública..., y el público lo ha reclamado de una manera apropiada. Yo no tenía cómo evitarlo, ni tenía poder para salvarte. Cuando cedí ante los saqueadores, cuando firmé su Certificado de Regalo, para protegerte..., seguí falseando la realidad, no había nada más que yo pudiera hacer..., y, Dagny, yo habría preferido incluso habernos visto muertos los dos antes de permitir que hicieran lo que me amenazaban con hacer. Pero no existen las mentiras piadosas, sólo existe la más despiadada de las destrucciones; y una mentira piadosa es la más despiadada de todas. Yo todavía estaba falseando la realidad, y eso tuvo un resultado inexorable: en vez de protección, te causó un tipo más terrible de experiencia; en vez de proteger tu nombre, te obligó a ofrecerte para ser dilapidada en público y a tirar las piedras con tu propia mano. Sé que te has sentido orgullosa de decir las cosas que has dicho, y yo he estado orgulloso de oírlas, pero ese orgullo lo deberíamos haber exigido hace dos años.

»No, tú no empeoraste las cosas para mí; me liberaste, nos salvaste a los dos, redimiste nuestro pasado. No puedo pedirte que me perdones, ya hemos pasado de hablar en esos términos..., y la única expiación que puedo ofrecerte es el hecho de que yo soy feliz. Que soy feliz, mi amor, *no* que sufro. Soy feliz por haber visto la verdad, aunque mi poder de visión sea lo único que me quede ahora. Si yo me rindiera al dolor y abandonara en inútil nostalgia, pensando que mi propio error había arruinado mi pasado..., *ése* sería el acto definitivo de traición, el último fracaso hacia esa verdad que lamento haber dejado de ver. Pero si mi amor por la verdad es la única posesión que me queda..., entonces, cuanto mayor sea la pérdida que dejo atrás, mayor será el orgullo que yo pueda aceptar por el precio que he pagado por ese amor. Entonces, la destrucción no se convertirá en una pira funeraria encima de mí, sino que servirá como una altura que he escalado para alcanzar un campo de visión más amplio. Mi orgullo y mi poder de visión eran todo lo que yo poseía cuando empecé... Y todo lo que he conseguido, sea lo que sea, lo he conseguido gracias a ellos. Ambos son mayores ahora. Ahora tengo conocimiento del valor superlativo que yo había perdido: mi derecho a estar orgulloso de mi visión. El resto soy yo quien puede conseguirlo.

»Y, Dagny, la única cosa que yo quería, como mi primer paso hacia el futuro, era decirte que te quiero, como lo estoy diciendo ahora. Te amo, mi queridísima, con la pasión más ciega de mi cuerpo que proviene de la percepción más clara de mi mente..., y mi amor por ti es el único logro de mi pasado que se quedará conmigo, sin cambios, a través de todos los años venideros... Quería decírtelo mientras aún tuviera derecho a decirlo. Y, por no habértelo dicho al principio, ésta es la forma en que tengo que decírtelo..., al final. Ahora te diré qué es lo que tú querías decirme..., porque, ya ves, lo sé y lo acepto: en algún lugar, durante el mes pasado, has conocido al hombre que amas; y, si el amor significa la elección definitiva e irremplazable de uno, entonces él es el único hombre al que tú has amado jamás.

—¡Sí! —La voz de ella era mitad jadeo, mitad grito, como si le hubiesen dado un golpe físico, el *shock* de su única consciencia—. ¡Hank! ¿Cómo lo has sabido?

Él sonrió y señaló la radio.

—Querida, no usaste más que el tiempo pasado.

—¡Oh...! —Su voz ahora era mitad jadeo, mitad gemido, y cerró los ojos.

—Nunca pronunciaste la única palabra que podrías haberles tirado a la cara apropiadamente, si fuera de otra forma. Dijiste: «Lo quise». No dijiste: «Lo quiero». Me dijiste por teléfono hace un rato que podrías haber regresado antes. Ninguna otra razón te habría hecho dejarme como lo hiciste. Sólo ésa era la única razón válida y correcta.

Ella estaba inclinada un poco hacia atrás, como si estuviera luchando por mantener el equilibrio, pero lo estaba mirando directamente, con una sonrisa que no llegaba a separar sus labios, pero que suavizaba sus ojos con una mirada de admiración, y su boca con una forma de dolor.

—Es verdad. He conocido al hombre que amo y que siempre amaré, lo he visto, he hablado con él..., pero es un hombre a quien no puedo tener, a quien puede que nunca tenga y, tal vez, a quien nunca vuelva a ver.

—Creo que siempre he sabido que lo encontrarías. Yo sabía lo que tú sentías por mí, sabía lo mucho que era, pero sabía que yo no era tu elección final. Lo que le des a él no me lo estás quitando a mí, es lo que yo nunca he tenido. No puedo rebelarme contra eso. Lo que he tenido significa demasiado para mí... Y el hecho de haberlo tenido..., eso nunca puede cambiar.

—¿Quieres que lo diga, Hank? ¿Lo entenderás, si te digo que siempre te amaré?

—Creo que lo he entendido antes de que tú lo hicieras.

—Siempre te he visto como eres ahora. Esa grandeza tuya que apenas estás empezando a permitirte conocer..., yo siempre la he conocido y he observado tu lucha por descubrirla. No hables de expiación, no me has hecho daño, tus errores vinieron de tu magnífica integridad bajo la tortura de un código imposible, y tu lucha contra él no me trajo sufrimiento, me trajo una sensación que rara vez he encontrado: admiración. Si lo aceptas, eso siempre será tuyo. Lo que tú significaste para mí nunca puede ser cambiado. Pero el hombre que he conocido..., él es el amor que yo quería alcanzar mucho antes de saber que él existiera, y creo que permanecerá fuera de mi alcance, pero que lo ame será suficiente para seguir viviendo.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Entonces sabes lo que siento —dijo— y por qué todavía soy feliz.

Mirando a su cara, ella se dio cuenta de que, por primera vez, él era lo que ella siempre había pensado que él quiso ser: un hombre con una capacidad inmensa para el disfrute de la existencia. La tensa expresión de resistencia, del dolor fieramente rechazado, había desaparecido; ahora, en medio de la destrucción y de su hora más dura, su cara tenía la serenidad de fuerza pura; tenía la expresión que ella había visto en las caras de los hombres del valle.

—Hank —susurró—, no creo que pueda explicarlo, pero tengo la sensación de no haber cometido ninguna traición, ni a ti ni a él.

—No lo has hecho.

Los ojos de ella parecían anormalmente vivos en un rostro carente de color, como si su consciencia permaneciera intacta en un cuerpo deshecho por el agotamiento. Él la hizo sentarse y deslizó su brazo por el respaldo del sofá, sin tocarla, pero rodeándola con un abrazo protector.

—Ahora, dime —preguntó—, ¿dónde estuviste?

—No te lo puedo decir. He dado mi palabra de no revelar nunca nada sobre eso. Puedo decir sólo que es un sitio que encontré por accidente cuando me estrellé, y del cual salí con los ojos vendados..., y no podría encontrarlo de nuevo.

—¿No podrías rastrear tu camino de vuelta?

—No lo intentaré.

—¿Y el hombre?

—No lo buscaré.

—¿Se quedó allí?

—No lo sé.

—¿Por qué lo dejaste?

—No te lo puedo decir.

—¿Quién es él?

La risa contenida de ella, como de diversión desesperada, fue involuntaria:

—¿Quién es John Galt?

Él la miró, sorprendido, pero se dio cuenta de que ella no estaba bromeando.

—Entonces ¿hay un John Galt? —preguntó lentamente.

—Sí.

—Esa frase de argot... ¿se refiere *a él*?

—Sí.

—¿Y tiene algún significado especial?

—¡Oh, sí...! Hay una cosa que sí puedo contarte sobre él, porque la descubrí antes, sin la promesa de ningún secreto: él es el hombre que inventó el motor que encontramos.

—¡Oh! —Él sonrió, como si debiera haberlo sabido. Luego, dijo suavemente, con una mirada que era casi de compasión—: Él es el destructor, ¿no? —Vio su expresión de sorpresa, y añadió—: No, no me contestes, si no puedes. Creo que sé dónde estuviste. Fue a Quentin Daniels a quien tú querías salvar del destructor, y tú estabas siguiendo a Daniels cuando te estrellaste, ¿verdad?

—Sí.

—¡Dios mío, Dagny! ¿De verdad existe un lugar así? ¿Están todos vivos? ¿Hay... ? Lo siento. No me contestes.

Ella sonrió:

—Sí, existe.

Él permaneció en silencio durante mucho tiempo.

—Hank, ¿tú podrías renunciar a Rearden Steel?

—¡No! —La respuesta fue ferozmente inmediata, pero él añadió, con el primer sonido de desesperanza en su voz—: Todavía no.

Luego, la miró, como si, en la transición de sus tres palabras, hubiera vivido el curso de la agonía de ella durante todo el mes.

—Ya veo —dijo. Le pasó la mano por la frente, con un gesto de comprensión, de compasión, de un asombro casi incrédulo—. ¡Qué infierno estás ahora dispuesta a aguantar! —dijo, su voz baja.

Ella asintió.

Y después se deslizó hacia abajo, para quedarse tendida en el suelo, con la cara sobre las rodillas de él. Él le acarició el pelo; luego dijo:

—Lucharemos contra los saqueadores todo el tiempo que podamos. No sé qué futuro es posible para nosotros, pero ganaremos, o nos convenceremos de que es inútil. Hasta que lo hagamos, lucharemos por nuestro mundo. Somos lo único que queda de él.

Ella se quedó dormida, tendida allí, su mano entrelazada con la de él. Lo último que experimentó, antes de rendir la responsabilidad de la consciencia, fue la sensación de un enorme vacío, el vacío de una ciudad y

de un continente donde nunca podría encontrar al hombre al que no tenía derecho a buscar.

## Capítulo IV

# Antivida

James Taggart se metió la mano en el bolsillo del esmoquin, sacó el primer rollo arrugado de papel que encontró, que era un billete de cien dólares, y lo dejó caer en la mano del mendigo.

Se dio cuenta de que el mendigo se embolsó el dinero con una apatía tan indiferente como la suya propia.

—Gracias, compadre —dijo el mendigo con desprecio, y se alejó.

James Taggart se quedó parado en medio de la acera, preguntándose qué le producía una sensación de desconcierto y de temor. No era la insolencia del hombre; él no había buscado gratitud, no había sido conmovido por la pena, su gesto había sido automático y sin sentido. Fue que el mendigo había actuado como si le hubiese dado igual recibir cien dólares que diez centavos; o que, si no hubiese conseguido ninguna ayuda en absoluto, le hubiera dado igual morirse de hambre esa misma noche. Taggart se estremeció y siguió andando bruscamente, con el estremecimiento sirviéndole para cortar de raíz su percepción de que el estado de ánimo del mendigo reflejaba exactamente el suyo.

Los muros de la calle a su alrededor tenían la claridad acentuada y poco natural de un crepúsculo de verano, mientras una neblina anaranjada llenaba los accesos a las intersecciones y ocultaba las líneas de los tejados, dejándole a él en un espacio de suelo cada vez más estrecho. El calendario en el cielo parecía destacar insistentemente sobre la neblina, amarillo como la página de un viejo pergamino, diciendo: 5 de agosto.

No —pensó, en respuesta a cosas que él no había nombrado—, no era verdad, él se sentía bien, por eso quería hacer algo esa noche. No podía admitirse a sí mismo que su peculiar inquietud procediese de un deseo de experimentar placer; no podía admitir que el placer concreto que él quería fuese el de una celebración, porque no podía admitir qué era lo que quería celebrar.

Había sido un día de intensa actividad, dedicado a palabras que habían estado flotando tan vagamente como si fueran algodón, y, sin embargo, habían conseguido un objetivo de forma tan precisa como una calculadora, resumiéndose para él en una total satisfacción. Pero su objetivo y la naturaleza de su satisfacción tenían que ser mantenidos tan cuidadosamente ocultos de él mismo como habían sido ocultados de otros; y su repentina ansia de placer era una fisura peligrosa.

El día había empezado con un pequeño almuerzo en la suite del hotel de un legislador argentino que estaba de visita, durante el cual unas cuantas personas de diferentes nacionalidades habían hablado largo y tendido sobre el clima de Argentina, su suelo, sus recursos, las necesidades de su pueblo, el valor de una actitud progresista y dinámica hacia el futuro..., y habían mencionado, como el más breve de los temas de conversación, que Argentina sería declarada un Estado popular en las dos semanas siguientes.

A eso le habían seguido unos cuantos cócteles en casa de Orren Boyle, con sólo un discreto caballero de Argentina sentado silenciosamente en un rincón, mientras que dos ejecutivos de Washington y unos cuantos amigos de posiciones sin especificar habían hablado sobre recursos nacionales, metalurgia, mineralogía, deberes para con los vecinos, y el bienestar del planeta..., y habían mencionado que un préstamo de cuatro mil millones de dólares le sería otorgado en las próximas tres semanas al Estado Popular de Argentina y al Estado Popular de Chile.

A eso le había seguido una pequeña fiesta con cóctel en un salón privado del bar construido como una bodega en la azotea de un rascacielos, una fiesta informal ofrecida por él, James Taggart, para agasajar a los directores de una organización recién formada, la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, cuyo presidente era Orren Boyle, y cuyo tesorero era un esbelto, elegante y dinámico chileno, el señor Mario Martínez, a quien Taggart estaba tentado de llamar, debido a las similitudes de carácter, el señor Cuffy Meigs. Allí habían hablado de golf, de carreras de caballos, de regatas de veleros, de coches y de mujeres. No había sido necesario mencionar, puesto que todos lo sabían, que la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos tenía un contrato exclusivo para explotar, sobre la base de un «contrato de arrendamiento» de veinte años, todas las propiedades industriales de las repúblicas populares del hemisferio sur.

El último acontecimiento del día había sido una gran recepción con cena en casa del señor Rodrigo González, un diplomático representante de Chile. Nadie había oído hablar del señor González un año antes, pero se había hecho famoso por las fiestas que había dado durante los últimos seis meses, desde que llegó a Nueva York. Sus invitados lo describían como un empresario progresista. Él había perdido sus propiedades, se decía, cuando Chile, al convertirse en un Estado popular, había nacionalizado todas las propiedades, excepto las que pertenecían a ciudadanos de países retrógrados, los que no eran países populares, como la Argentina. Pero él había adoptado una actitud iluminada y se había unido al nuevo régimen, poniéndose al servicio de su país. Su residencia en Nueva York ocupaba una planta entera de un hotel de lujo. Tenía una cara rolliza e inexpresiva, y los ojos de un asesino. Observándolo durante la recepción de esa noche, Taggart había concluido que aquel hombre era impasible a cualquier tipo de sentimiento; parecía ser posible cortarle con un cuchillo gruesas capas de carne sin que se diera cuenta..., pero parecía darse un gusto lascivo y obtener un placer casi sexual en su forma de restregar los pies contra el montón de alfombras persas, o en su forma de acariciar el pulido brazo de su sillón, o en cómo fruncía los labios sobre su cigarro. Su esposa, la señora González, era una mujer pequeña y atractiva, no tan bella como ella pensaba, pero que gozaba de la reputación de una belleza gracias a su frenética y nerviosa energía, y a un extraño, despreocupado, cálido y cínico aplomo que parecía prometerlo todo y absolver de antemano a cualquiera. Todos sabían que su sistema particular de comerciar era el principal activo con el que contaba su esposo, en una época en la que uno no comerciaba con productos, sino con favores; y, observándola entre los invitados, Taggart se divirtió preguntándose qué tratos se habrían hecho, qué directivas se habrían promulgado y qué industrias se habrían destruido a cambio de algunas noches compartidas, noches que la mayoría de esos hombres no tenían razones para buscar y que lo más probable es que ni siquiera recordaran. La fiesta le había aburrido; sólo había una media docena de personas por las cuales había hecho acto de presencia, pero no había sido necesario ni siquiera hablar con esa media docena, sólo ser visto e intercambiar unas cuantas miradas. Estaban a punto de servir la cena cuando oyó lo que había ido a oír: el señor González había mencionado —mientras el humo de su cigarro se extendía por encima de la media docena

de caballeros que habían derivado hacia su sillón—, que, por convenio con la futura República Popular de Argentina, las propiedades de d'Anconia Copper serían nacionalizadas por la República Popular de Chile en menos de un mes: el 2 de septiembre.

Todo había ido como Taggart había esperado; lo inesperado se produjo cuando, al escuchar esas palabras, sintió una necesidad irresistible de escapar. Se sintió incapaz de soportar el aburrimiento de la cena, como si necesitara alguna otra forma de actividad para festejar el logro de esa noche. Salió al crepúsculo veraniego de las calles, sintiéndose a la vez perseguidor y perseguido: persiguiendo un placer que nada podía darle, en celebración por un sentimiento que no se atrevía a nombrar, y perseguido por el temor a descubrir cuál era el motivo que lo había llevado a planear el logro de esa noche, y qué parte de ese logro le daba a él aquella febril sensación de gratificación.

Se recordó a sí mismo que tendría que vender sus acciones de d'Anconia Copper, que nunca se habían recuperado del todo después de su derrumbe del año anterior, y que compraría acciones de la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, como había convenido con sus amigos, lo que le traería una fortuna. Pero esa idea no le trajo nada más que aburrimiento; eso no era lo que quería celebrar.

Trató de obligarse a disfrutarlo: el dinero, pensó, ése había sido su motivo, el dinero, nada peor. ¿No era ése un motivo normal? ¿Un motivo válido? ¿No era eso lo que todos ellos buscaban, los Wyatt, los Rearden, los d'Anconia...? Sacudió la cabeza para detener el curso de su pensamiento: sintió como si sus pensamientos se estuvieran deslizando por un peligroso callejón sin salida, el final del cual jamás debería permitirse a sí mismo ver.

No, pensó apáticamente, admitiéndolo con reticencia, el dinero ya no significaba nada para él. Había derrochado dólares a cientos, en esa fiesta que había dado hoy, en bebidas sin consumir, en manjares sin comer, en propinas injustificadas y en caprichos inesperados, en una llamada de larga distancia a la Argentina porque uno de los invitados había querido comprobar la versión exacta de un chiste verde que había empezado a contar, en el impulso de cualquier momento, en el pegajoso estupor de saber que era más fácil pagar que pensar...

«No tienes nada de lo que preocuparte, bajo el Plan de Unificación Ferroviaria», le había dicho Orren Boyle, medio borracho, con una risilla tonta. Bajo el Plan de Unificación Ferroviaria, un ferrocarril local había quebrado en Dakota del Norte, abandonando la región a la suerte de una zona desolada, el banquero local se había suicidado después de matar a su esposa y a sus hijos; un tren de carga había sido cancelado de su horario en Tennessee, dejando a una fábrica local sin transporte con sólo un día de aviso, el hijo del propietario de la fábrica había abandonado la universidad, y ahora estaba en la cárcel, esperando ser ejecutado por un asesinato cometido junto a una pandilla de asaltantes; en Kansas, una estación de paso había sido cerrada, y el jefe de estación, que había querido ser un científico, había abandonado sus estudios y se había puesto a lavar platos; todo eso para que él, James Taggart, pudiera sentarse en un bar privado y pagar por el alcohol que corría por la garganta de Orren Boyle, por el camarero que limpiaba con una esponja las ropas de Boyle cuando éste se derramaba la bebida sobre el pecho, por la alfombra quemada por los cigarrillos de un exproxeneta de Chile que no quería molestarse en apagarlo en un cenicero que estaba a un metro de distancia.

No era el conocimiento de su indiferencia hacia el dinero lo que ahora le producía un estremecimiento de temor. Era el conocimiento de que él sería igual de indiferente si se viese reducido al estado del mendigo. Había habido un tiempo en el que había sentido una cierta medida de culpa, de una forma que no era más que un toque de irritación, ante la idea de compartir el pecado de la codicia, que él se pasaba el tiempo denunciando. Ahora se sorprendió al darse cuenta de que, en realidad, nunca había sido un hipócrita: la verdad es que nunca le había importado el dinero. Eso dejó otro agujero abierto ante él, conduciendo a otro callejón sin salida que no podía correr el riesgo de ver.

«¡Simplemente quiero hacer algo esta noche!», le gritó silenciosamente a alguien sin identificar, como protesta y con una ira exigente, como protesta contra lo que fuera que estaba forzando estos pensamientos en su mente, con ira contra un universo en el que algún poder maligno no le permitía encontrar disfrute sin la necesidad de saber qué quería o por qué.

«¿Qué quieres?», algún tipo de voz enemiga no paraba de preguntar, y él aceleró el paso, tratando de escapar de ella. Le pareció que su cerebro era un laberinto en el que un callejón sin salida se abría a cada paso, conduciendo a una niebla que ocultaba un abismo. Le pareció estar corriendo, mientras que la pequeña isla de seguridad se estaba reduciendo y pronto no quedarían nada más que esos callejones. Era como el resto de claridad que había en la calle a su alrededor, con la bruma rodando para penetrar en todas las salidas. «¿Por qué tenía que reducirse esa isla?», pensó, entrando en pánico. Era así como él había vivido toda su vida, manteniendo sus ojos de forma obstinada y segura en el pavimento inmediato frente a él, evitando astutamente la visión de su camino, de las esquinas, de las distancias, de los pináculos. Nunca había tenido la intención de ir a ninguna parte, había querido ser libre para no progresar, ser libre del yugo de una línea recta, él nunca había querido que sus años se sumaran para llegar a algún total; ¿qué los había sumado...?, ¿por qué había llegado a un destino indeseado en el que uno ya no podía ni quedarse quieto ni retirarse?

—¡Mira por dónde andas, tío! —gruñó una voz, mientras un codo le empujaba para atrás..., y se dio cuenta de que había chocado con alguna figura grandota y maloliente, porque había estado corriendo sin ser consciente.

Ralentizó sus pasos, y aceptó que su mente reconociera las calles que había elegido en su azaroso escape. No había querido saber que estaba yendo hacia su casa y hacia su esposa. Ése también era un callejón atascado por la niebla, pero no le quedaba ningún otro.

En el instante en que vio la figura silenciosa y serena de Cherryl levantarse al entrar él en su habitación, supo que eso era más peligroso de lo que él se había permitido reconocer, y que allí no iba a encontrar lo que quería. Pero el peligro, para él, era una señal para bloquear su visión, suspender su juicio y seguir un curso inalterado, bajo la premisa implícita de que el peligro seguiría siendo irreal por el poder soberano de su deseo de no verlo, como una sirena que sonara, no para avisar de una alarma, sino para atraer la niebla.

—Bueno, sí, yo tenía un importante banquete de negocios al que asistir, pero cambié de idea, me apeteció cenar *contigo* esta noche —dijo, con el tono de un cumplido; pero un callado «ya veo» fue la única respuesta

que obtuvo.

Sintió irritación al ver que ella no se sorprendía, y al ver su rostro pálido que no revelaba nada. Sintió irritación por la simple eficiencia con la que ella daba instrucciones a los sirvientes y luego por encontrarse a la luz de las velas del comedor, sentado frente a ella al otro lado de una mesa perfectamente puesta, con dos copas de cristal con fruta en cuencos de hielo plateados entre ellos.

Era el aplomo de ella lo que más lo irritaba; ella había dejado de ser un monstruito incongruente, empequeñecido por el lujo de la residencia que un famoso artista había diseñado; ella estaba a la altura. Estaba sentada a la mesa como si fuese el tipo de anfitriona que aquella sala tenía derecho a exigir. Llevaba una bata de casa hecha a medida, de un brocado de color rojizo que armonizaba con el bronce de su cabello, y la severa simplicidad de sus líneas servían como su único adorno. Él habría preferido verla con las pulseras tintineantes y las hebillas de diamantes de imitación que llevaba en el pasado. Sus ojos lo perturbaban, como lo habían hecho durante meses: no eran ni cordiales ni hostiles, sino vigilantes e inquisitivos.

—He cerrado un gran trato hoy —dijo él, con un tono en parte jactancioso y en parte suplicante—. Un trato que involucra a todo este continente y a media docena de gobiernos.

Él se dio cuenta de que el asombro, la admiración, la ansiosa curiosidad que él había esperado pertenecían a la cara de la joven dependienta que había dejado de existir. No vio nada de eso en el rostro de su esposa; incluso la ira o el odio habrían sido preferibles a su mirada equilibrada y atenta; la mirada era peor que acusadora, era inquisitiva.

—¿Qué trato, Jim?

—¿Qué quieres decir con eso de qué trato? ¿Por qué sospechas? ¿Por qué tienes que ponerte a fisgonear enseguida?

—Lo siento. No sabía que era confidencial. No hace falta que me contestes.

—No es confidencial. —Él esperó, pero ella permaneció en silencio—. ¿Y entonces? ¿No vas a decir nada?

—Bueno, no. —Ella lo dijo simplemente, como para complacerlo.

—¿Así que no estás interesada en absoluto?

—Pero pensé que no querías hablar de eso.

—¡Oh, no seas tan retorcida! —le espetó—. Es un gran trato de negocios. Eso es lo que admiras, ¿no?, ¿los grandes negocios? Pues es más grande que cualquier cosa que esos muchachos hayan soñado. Ellos se pasan la vida buscando su fortuna centavo a centavo, mientras que yo puedo hacerlo así... —dijo, y chasqueó los dedos—, así de simple. Es el mayor golpe jamás concebido.

—¿Un golpe, Jim?

—¡Un trato!

—¿Y lo has hecho tú? ¿Tú mismo?

—¡Pues claro que he sido yo! Ese estúpido gordinflón, Orren Boyle, no podría haberlo hecho en un millón de años. Ha requerido conocimiento, habilidad y sincronización... —Él vio una chispa de interés en sus ojos—. Y psicología. —La chispa se desvaneció, pero él siguió hablando rápidamente y sin preocuparse—. Uno tenía que saber cómo abordar a Wesley, y cómo mantener las influencias perniciosas alejadas de él, y cómo interesar al señor Thompson sin dejar que se enterara demasiado, y cómo conseguir darle parte del botín a Chick Morrison, pero no incluir a Tinky Holloway, y cómo conseguir que las personas adecuadas dieran unas cuantas fiestas para Wesley en el momento justo y... Dime, Cherryl, ¿hay champán en casa?

—¿Champán?

—¿No podemos hacer algo especial esta noche? ¿No podemos tener algo así como una celebración juntos?

—Podemos tener champán, sí, Jim, por supuesto.

Ella tocó el timbre y dio las órdenes, a su manera extraña, sin vida, sin crítica, una manera de cumplir meticulosamente los deseos de él sin ofrecer ninguno voluntariamente.

—No pareces estar muy impresionada —dijo él—. Pero ¿qué entiendes tú de negocios, al fin y al cabo? No serías capaz de entender nada a una escala tan grande. Espera hasta el día 2 de septiembre. Espera a que *ellos* se enteren.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Él la miró, como si hubiera dejado escapar una palabra peligrosa involuntariamente.

—Hemos organizado un montaje en el que nosotros..., Orren y yo y unos cuantos amigos, vamos a controlar todas las propiedades industriales al sur de la frontera.

—¿Las propiedades de quién?

—Bueno..., de la gente. Esto no es un robo a la antigua para beneficio privado. Es un trato con una misión..., una misión digna y con espíritu público, para administrar las propiedades nacionalizadas de los diversos Estados Populares de Sudamérica, para enseñarles a sus trabajadores nuestras técnicas modernas de producción, para ayudar a los necesitados que nunca han tenido una oportunidad, para... —Se interrumpió bruscamente, aunque ella simplemente había permanecido sentada mirándolo sin desviar la mirada—. Sabes —dijo de repente, con una risita frívola—, si estás tan desesperadamente ansiosa por ocultar que viniste de los barrios bajos, deberías ser menos indiferente a la filosofía del bienestar social. Siempre son los pobres quienes carecen de instintos humanitarios. Uno tiene que haber nacido rico para entender los más delicados sentimientos del altruismo.

—Nunca he tratado de ocultar que vine de los barrios bajos. —Ella lo dijo en el tono simple e impersonal de una corrección objetiva—. Y no tengo ninguna simpatía por esa filosofía del bienestar. He visto lo suficiente de ellos como para saber en qué consiste el tipo de pobre que quiere algo por nada. —Él no respondió, y ella añadió de repente, su voz asombrada pero firme, como confirmación final de una duda que había durado mucho tiempo—: Y, Jim, a ti tampoco te importa. A ti te da igual toda esa basura sobre el bienestar.

—Bueno, si el dinero es lo único que te interesa —espetó él—, quiero que sepas que ese trato me traerá una fortuna. Eso es lo que siempre has admirado, ¿no?, la riqueza...

—Depende.

—Creo que acabaré siendo uno de los hombres más ricos del mundo —dijo él; no le preguntó a ella de qué dependía su admiración—. No habrá nada que yo no pueda pagar. Nada. Sólo tienes que nombrarlo. Puedo darte lo que quieras. Vamos, dime qué.

—No quiero nada, Jim.

—Pero ¡me gustaría darte un regalo! Para celebrar la ocasión, ¿no lo ves? Cualquier cosa que se te ocurra pedir. Cualquier cosa... Yo puedo hacerlo. Quiero mostrarte que puedo hacerlo. Cualquier capricho que quieras nombrar.

—No tengo ningún capricho.

—¡Oh, vamos! ¿Quieres un yate?

—No.

—¿Quieres que te compre todo el vecindario donde vivías en Buffalo?

—No.

—¿Quieres las joyas de la corona del Estado Popular de Inglaterra? Se pueden conseguir, ¿sabes? Ese Estado popular ha estado insinuando eso en el mercado negro durante mucho tiempo. Pero ya no quedan magnates a la antigua que puedan permitirse pagarlo... Y yo *puedo* pagarlo..., o podré hacerlo después del día 2 de septiembre. ¿Las quieres?

—No.

—Entonces ¿*qué* quieres?

—No quiero nada, Jim.

—Pero ¡tienes que querer! ¡Tienes que querer algo, maldita seas!

Ella lo miró, ligeramente sobresaltada, pero por lo demás indiferente.

—Oh, está bien, lo siento —dijo él; parecía sorprendido por su propia explosión—. Sólo quería darte gusto —añadió hoscamente—, pero supongo que no puedes entenderlo en absoluto. No sabes lo importante que es. No sabes con qué gran hombre estás casada.

—Estoy intentando descubrirlo —dijo ella despacio.

—¿Todavía crees, como solías hacer, que Hank Rearden es un gran hombre?

—Sí, Jim, lo creo.

—Bueno, yo lo he derrotado. Yo soy más grande que cualquiera de ellos, más grande que Rearden y más grande que ese otro amante de mi hermana, que... —Se detuvo, como si hubiera ido demasiado lejos.

—Jim —preguntó ella con calma—, ¿qué va a pasar el 2 de septiembre?

Él levantó su mirada hacia ella desde debajo de su frente, una mirada fría, mientras sus músculos se plegaban en una semisonrisa, como si se tratara de una cínica violación de alguna sagrada restricción.

—Van a nacionalizar d'Anconia Copper —dijo.

Él oyó el largo y áspero sonido de un motor al pasar un avión en algún lugar de la oscuridad por encima del tejado, y luego un ligero tintineo, al asentarse un cubito de hielo derritiéndose en el tazón de plata lleno de frutas, antes de que ella respondiera:

—Él era tu amigo, ¿no?

—¡Oh, cállate!

Él permaneció en silencio, sin mirarla. Cuando sus ojos volvieron a mirarla, ella todavía lo estaba mirando, y fue la primera en hablar, con una voz extrañamente severa:

—Lo que hizo tu hermana en su transmisión de radio fue genial.

—Sí, lo sé, lo sé, has estado diciendo eso durante un mes.

—Nunca me has respondido.

—¿Qué hay que resp...?

—Igual que tus amigos en Washington nunca le han respondido. —Él permaneció en silencio—. Jim, no voy a dejar de insistir en el tema. —Él no respondió—. Tus amigos en Washington nunca han dicho ni una palabra al respecto. No han negado las cosas que ella dijo, no han explicado nada, no han intentado justificarse. Han actuado como si ella nunca hubiera hablado. Creo que esperan que la gente lo olvide. Algunas personas lo harán. Pero el resto de nosotros sabemos lo que ella dijo, y que tus amigos tenían miedo de enfrentarse a ella.

—¡Eso no es cierto! Se tomaron las medidas apropiadas y el incidente está cerrado..., y no veo por qué sigues sacándolo a relucir.

—¿Qué medidas?

—Bertram Scudder ha sido apartado del programa, por ser un programa que no es del interés público en este momento.

—¿Y eso le responde a ella?

—Le da carpetazo al asunto, y no hay nada más que hablar sobre el tema.

—¿Sobre un gobierno que funciona a través del chantaje y la extorsión?

—No puedes decir que no se ha hecho nada. Se ha anunciado públicamente que los programas de Scudder eran disruptivos, destructivos y no confiables.

—Jim, quiero entender eso. Scudder no estaba del lado de ella, él estaba de tu lado. Él ni siquiera organizó esa transmisión. Estaba actuando por órdenes de Washington, ¿no es así?

—Creía que no te gustaba Bertram Scudder.

—Ni me gustaba ni me gusta, pero...

—Entonces ¿qué más te da?

—Pero él era inocente, por lo que respecta a tus amigos, ¿no es así?

—Me gustaría que no te metieses en política. Hablas como una idiota.

—Él era inocente, ¿verdad?

—¿Y qué?

Ella lo miró, con los ojos incrédulamente abiertos.

—Entonces hicieron de él un chivo expiatorio, ¿no?

—¡Oh, no te quedes ahí haciendo parecer que eres Eddie Willers!

—¿Lo parezco? Me cae bien Eddie Willers. Él es honesto.

—¡Es un maldito bobo que no tiene ni la menor idea de cómo lidiar con la realidad práctica!

—Pero tú sí, ¿es eso, Jim?

—¡Puedes apostar a que yo sí!

—Entonces ¿no podrías haberle ayudado a Scudder?

—*¿Yo?* —Estalló en una risa impotente y enojada—. Oh, ¿por qué no maduras? ¡Hice todo lo posible para que Scudder fuera arrojado a los leones! Alguien tenía que hacerlo. ¿No sabes que era *mi* pellejo, si no hubieran encontrado otro?

—¿*Tu* pellejo? ¿Y por qué no el de Dagny, si es ella la que estaba equivocada? ¿Porque no lo estaba?

—¡Dagny está en una categoría totalmente diferente! Tenía que ser o Scudder o yo.

—¿Por qué?

—Y es mucho mejor para la política nacional dejar que sea Scudder. De esa forma, no es necesario discutir sobre lo que ella dijo, y si alguien lo menciona, empezamos a aullar diciendo que fue dicho en el programa de Scudder y que los programas de Scudder han sido desacreditados y que se ha comprobado que Scudder es un fraude y un mentiroso, etcétera, etcétera..., ¿y crees que el público podrá descifrarlo? Nadie ha confiado jamás en Bertram Scudder, de todos modos. ¡Oh, no me mires así! ¿Preferirías que me hubiesen elegido *a mí* para desacreditarme?

—¿Por qué no a Dagny? ¿Porque *no* pudo ser desacreditado su discurso?

—¡Si lo sientes tanto por Bertram Scudder, deberías haberlo visto hacer todo lo posible para que ellos me rompieran el pescuezo *a mí*! Lo ha estado haciendo durante años..., ¿cómo crees que llegó adonde estaba si no fue escalando sobre cadáveres? Pensó que era bastante poderoso, también...,

¡deberías haber visto el miedo que solían tenerle los grandes magnates de negocios! Pero fueron mejores que él en las manipulaciones esta vez. Esta vez, él estaba del lado de la facción equivocada.

Desde lejos, a través del agradable estupor de la relajación, de recostarse en su silla y sonreír, él supo que ése era el disfrute que él quería, ser él mismo. Ser él mismo, pensó, en el estado drogado y precario de ir flotando al pasar por los más mortíferos de sus callejones sin salida, el que le llevaba a la pregunta de qué era él mismo.

—Ya ves, él pertenecía a la facción de Tinky Holloway. Fue prácticamente como un balancín durante un tiempo, entre la facción de Tinky Holloway y la facción de Chick Morrison. Pero nosotros ganamos. Tinky hizo un trato y accedió a torpedear a su amigo Bertram a cambio de unas cuantas cosas que necesitaba de nosotros. ¡Deberías haber oído el aullido de Bertram! Pero estaba acabado, y él lo sabía.

Comenzó a reírse a carcajadas, pero se contuvo cuando la bruma se despejó y vio la cara de su esposa.

—Jim —susurró ella—, ¿es ése el tipo de victorias que estás ganando?

—¡Oh, por el amor de Dios! —gritó él, dando un puñetazo en la mesa —. ¿Dónde has estado todos estos años? ¿En qué tipo de mundo crees que vives?

Su golpe había volcado su vaso de agua y el agua se estaba extendiendo en manchas oscuras sobre el encaje del mantel.

—Estoy tratando de averiguarlo —susurró ella.

Los hombros de ella estaban hundidos, y su cara parecía repentinamente cansada, con una extraña expresión que parecía demacrada y perdida.

—¡No pude evitarlo! —estalló él en el silencio—. ¡Yo no tengo la culpa! ¡Tengo que tomar las cosas tal cual me vienen! ¡No soy yo quien ha hecho este mundo!

Se sorprendió al verla sonreír..., una sonrisa de tan feroz amargura y desprecio que parecía increíble que pudiera formar parte de su cara paciente y gentil; ella no lo estaba mirando a él, sino a alguna imagen suya propia.

—Eso es lo que mi padre solía decir cuando se emborrachaba en la taberna de la esquina en vez de buscar trabajo.

—¿Cómo te atreves a intentar compararme con...? —empezó él, pero no terminó, porque ella no estaba escuchando.

Sus palabras, cuando lo miró de nuevo, le sorprendieron a ella misma, por ser totalmente irrelevantes.

—La fecha de esa nacionalización..., el 2 de septiembre —preguntó con voz melancólica—, ¿fuiste tú quien la escogió?

—No. Yo no tuve nada que ver con eso. Es la fecha de alguna sesión especial de los legisladores. ¿Por qué?

—Es la fecha de nuestro primer aniversario de boda.

—¿Eh? ¡Sí, es verdad! —Sonrió, aliviado por el cambio a un tema seguro—. Llevamos casado ya casi un año. ¡Vaya, no parece tanto tiempo!

—Parece mucho más tiempo —dijo ella, sin tono.

Ella estaba mirando a otro sitio de nuevo, y él sintió con repentina inquietud que el tema no era seguro en absoluto; deseó que ella no pareciese estar viendo el curso completo de ese año y de su matrimonio.

«... No para asustarme, sino para aprender», pensó ella, «lo que hay que hacer es no asustarse, sino aprender...». Las palabras provenían de una frase que se había repetido a sí misma tan a menudo que parecía un pilar que había quedado pulido y alisado por el impotente peso de su cuerpo, el pilar que la había sostenido durante todo ese año. Intentó repetirla, pero sintió como si sus manos se estuvieran resbalando sobre el lustre, como si la frase ya no pudiera mantener a raya el terror..., porque ella estaba empezando a entender.

«Si no lo sabes, lo que tienes que hacer no es asustarte, sino aprender...». Fue en la desconcertante soledad de las primeras semanas de su matrimonio cuando se lo dijo a sí misma por primera vez. Ella no podía entender el comportamiento de Jim, ni su hosca ira, que parecía debilidad, ni sus respuestas evasivas e incomprensibles a las preguntas de ella, que sonaban a cobardía; tales rasgos no eran posibles en el James Taggart con quien ella se había casado. Se dijo a sí misma que no podía condenar sin comprender, que ella no sabía nada acerca de su mundo, que la medida de su ignorancia era la medida en que ella malinterpretaba sus acciones. Asumió la culpa, y aceptó la paliza del autorreproche..., contra una certeza sombría y obstinada que le decía que había algo mal y que lo que ella sentía era miedo.

«Debo aprender todo lo que se espera que la señora de James Taggart sepa y sea», ésa fue la forma en que le explicó su objetivo a un profesor de etiqueta. Se dispuso a aprender con la devoción, la disciplina y la

motivación de un cadete militar o de una novicia religiosa. Era la única forma, pensó, de ganarse la altura que su marido le había otorgado con confianza, de estar a la altura de la visión que él tenía de ella, que ahora era su deber lograr. Y, no queriendo confesárselo a sí misma, también sintió que, al final de la larga tarea, ella recuperaría su visión de él, que el conocimiento le devolvería al hombre que ella había visto la noche del triunfo de su ferrocarril.

Ella no consiguió entender la actitud de Jim cuando le habló de sus lecciones. Él se echó a reír, y ella fue incapaz de creer que la risa tuviera un tono de desprecio malicioso.

—¿Por qué, Jim? ¿Por qué? ¿De qué te ríes? —Él no dio explicaciones, casi como si el hecho de su desprecio fuese suficiente y no requiriera razones.

Ella no podía sospechar que él tuviese malicia: él era demasiado paciente y generoso con los errores de ella. Parecía entusiasmado por exhibirla en los mejores salones de la ciudad, y nunca pronunció una palabra de reproche por su ignorancia, por su torpeza, por esos terribles momentos en los que un intercambio de miradas entre los invitados y una ráfaga de sangre subiendo a sus mejillas le decían que ella había dicho algo mal de nuevo. Él no mostraba vergüenza, simplemente la miraba con una leve sonrisa. Cuando volvieron a casa, después de una de esas noches, el estado de ánimo de él parecía cariñosamente alegre. Estaba tratando de facilitarle las cosas, pensó ella, y la gratitud la llevó a estudiar con más ahínco.

Ella esperó su recompensa la noche en la que, por alguna imperceptible transición, se encontró disfrutando de una fiesta por primera vez. Se sentía libre de actuar, no según las reglas, sino por su propio gusto, con la repentina confianza derivada del hecho de que las reglas se habían fusionado en un hábito natural: sabía que estaba atrayendo la atención, pero ahora, por primera vez, no era la atención del ridículo, sino de la admiración; a ella la buscaban por su propio mérito, ella era la señora Taggart, había dejado de ser un objeto de caridad que pesaba sobre Jim, dolorosamente tolerado por el bien de ella, estaba riéndose alegremente y viendo las sonrisas de respuesta, de agradecimiento, en las caras a su alrededor..., y no paraba de mirarlo a él al otro lado del salón, radiantemente, como un niño que entrega un boletín de notas con una

puntuación perfecta, suplicándole que se sintiese orgulloso de ella. Jim estaba sentado solo en un rincón, observándola con una mirada indescifrable.

Él no le habló cuando fueron de camino a casa.

—No sé por qué sigo arrastrándome para ir a estas fiestas —dijo bruscamente de repente, arrancándose la formal corbata en el centro de su sala de estar—. ¡Nunca he estado en una que fuese tal pérdida de tiempo, tan vulgar y aburrida!

—Vaya, Jim —dijo ella, atónita—, a mí me pareció maravillosa.

—¡Claro, a ti sí! Parecías sentirte en casa, como si fuera un parque de atracciones. Ojalá aprendieras a estar en tu sitio y a no avergonzarme en público.

—¿Te he avergonzado? *¿Esta noche?*

—Sí, lo has hecho.

—¿Cómo?

—Si no lo entiendes, no puedo explicarlo —dijo, en el tono de un místico que implica que una falta de comprensión es la confesión de una vergonzosa inferioridad.

—No lo entiendo —dijo ella con firmeza. Y salió de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

Ella sintió que, esa vez, lo inexplicable no era un mero vacío: tenía un tinte de maldad. A partir de esa noche, una pequeña y dura marca de miedo permaneció dentro de ella, como el punto de un faro distante avanzando sobre ella por una vía invisible.

El conocimiento no pareció traerle una visión más clara del mundo de Jim, sino hacer que el misterio fuese aún mayor. No pudo creer que supuestamente debía sentir respeto por la aburrida insensatez de las exposiciones de arte a las que asistían sus amigos, de las novelas que leían, de las revistas políticas que discutían; por las exposiciones de arte, donde veía el tipo de dibujos que ella había visto escritos con tiza en los pavimentos de los barrios bajos de su niñez; por las novelas, que pretendían demostrar la futilidad de la ciencia, de la industria, de la civilización y del amor, utilizando un lenguaje que su padre no habría usado en sus peores momentos de borrachera; por las revistas, que divulgaban cobardes generalidades, menos claras y más rancias que los sermones por los que ella había condenado al predicador de la misión de los barrios bajos por ser un

viejo fraudulento e hipócrita. No podía creer que aquellas cosas fueran la cultura que ella tan reverentemente había admirado y tan ansiosamente había esperado descubrir. Sentía como si hubiera escalado una montaña hacia una forma irregular que le había parecido un castillo y hubiese descubierto que era la ruina desmoronada de un almacén destripado.

—Jim —dijo una vez, después de una velada entre hombres considerados los líderes intelectuales del país—, el doctor Simon Pritchett es un farsante, un farsante viejo y asustado.

—A ver, a ver —respondió él—, ¿desde cuándo te crees tú cualificada para juzgar a los filósofos?

—Estoy cualificada para juzgar a los charlatanes. He visto los suficientes como para saber quién lo es cuando lo veo.

—Bueno, por eso digo que tú nunca superarás tu procedencia. Si lo hubieras hecho, habrías aprendido a apreciar la filosofía del doctor Pritchett.

—¿Qué filosofía?

—Si no lo entiendes, no puedo explicarlo. —Ella no lo dejó terminar la conversación con esa fórmula favorita suya.

—Jim —dijo—, él es un farsante, él y Balph Eubank y toda esa pandilla que tienen, y creo que a ti te han engañado. —En vez de la ira que ella esperaba, vio un breve destello de diversión cuando él levantó los párpados.

—Eso es lo que *tú* te crees —respondió.

Ella sintió un instante de terror ante el primer atisbo de un concepto que no había creído que fuese posible: ¿y si Jim *no estuviera* siendo engañado por ellos? Ella podía entender lo farsante que era el doctor Pritchett, pensó, lo suyo era una estafa que le proporcionaba un ingreso inmerecido; incluso podría admitir la posibilidad, a esas alturas, de que Jim pudiera ser un farsante en su propio negocio; lo que no podía contener dentro de su mente era la idea de que Jim fuese un farsante en una estafa de la que no sacaba nada, un farsante impagado, un farsante sobornable; la falsedad de un jugador de cartas o de un estafador parecía inocentemente sana en comparación. Ella no podía concebir su motivo; sintió sólo que el faro que se movía hacia ella se había agrandado.

No podía recordar por qué pasos, por qué acumulación de dolor, primero como pequeños arañazos de inquietud, luego como puñaladas de desconcierto, luego como el impulso crónico y persistente del miedo, había comenzado a dudar de la posición de Jim en el ferrocarril. Fue su repentino y enojado «¿es que no confías en mí?» espetado en respuesta a sus primeras preguntas inocentes lo que le hizo darse cuenta de que no confiaba en él..., cuando la duda aún no se había formado en su mente y había esperado totalmente que las respuestas de él la tranquilizaran. Ella había aprendido, en los barrios bajos de su niñez, que las personas honestas nunca son hipersensibles sobre el tema de confiar en ellas.

—No me interesa hablar del negocio —era su respuesta cada vez que ella mencionaba el ferrocarril. Ella trató de suplicarle que lo hiciera, una vez.

—Jim, tú sabes lo que pienso de tu trabajo y cuánto te admiro por eso.

—Oh, ¿en serio? ¿Con qué te casaste, con un hombre o con el presidente de un ferrocarril?

—Yo..., a mí nunca se me ha ocurrido separar los dos.

—Bueno, no es muy halagador para mí. —Ella lo miró, desconcertada: había pensado que sería halagador—. Me gustaría creer —siguió él— que me quieres por mí mismo, y no por mi ferrocarril.

—Oh, Dios, Jim —jadeó ella—, ¡no pensarías que yo...!

—No —dijo él, con una sonrisa tristemente generosa—, no pensé que te habrías casado conmigo por mi dinero o por mi posición. *Yo* nunca he dudado de ti. —Al darse cuenta, sorprendida y atormentada por la tortura, de que ella podría haber dado pie a que él malinterpretase su sentimiento, que ella había olvidado cuántas amargas decepciones él debió haber sufrido en manos de mujeres que buscaban fortuna, ella no pudo hacer nada más que sacudir la cabeza y gemir:

—¡Oh, Jim, eso no es lo que quise decir!

Él le sonrió suavemente, como a una niña, y deslizó su brazo alrededor de ella.

—¿Me quieres? —preguntó él.

—Sí —susurró ella.

—Entonces debes tener fe en mí. El amor es fe, ya sabes. ¿No ves que lo necesito? No confío en nadie a mi alrededor, no tengo más que enemigos, estoy muy solo. ¿No sabes que te necesito?

Lo que la hizo dar vueltas por su habitación, horas después, con una inquietud atormentada, era que ella deseaba desesperadamente creerle y que no creía ni una palabra de lo que había dicho, aunque sabía que era verdad.

Era verdad, pero no de la forma que él insinuaba, no de ninguna manera o con ningún significado que ella pudiera esperar captar. Era verdad que él la necesitaba, pero la naturaleza de su necesidad seguía esquivando todos los esfuerzos que ella hacía por definirla. Ella no sabía lo que él quería de ella. No era adulación lo que quería, ella lo había visto escuchar los cumplidos atrevidos de los mentirosos, escuchando con una expresión de resentimiento inerte, casi la expresión de un drogadicto ante una dosis inadecuada para animarlo. Pero ella le había visto mirarla a ella como si estuviera esperando una inyección revitalizante y, a veces, como si estuviera suplicando. Había visto un destello de vida en sus ojos cada vez que ella le otorgaba alguna señal de admiración; sin embargo, un estallido de ira era su respuesta cada vez que ella mencionaba una razón para admirarlo. Parecía querer que ella lo considerara genial, pero que nunca se atreviera a atribuirle ningún contenido específico a su genialidad.

Ella no entendió una noche, a mediados de abril, cuando él volvió de un viaje a Washington.

—¡Hola, nena! —dijo en voz muy alta, dejando caer un ramillete de lilas en los brazos de ella—. ¡Los días felices ya están de vuelta! Acabo de ver esas flores y me he acordado de ti. ¡Ya viene la primavera, querida!

Él se sirvió un trago y se paseó por la habitación, hablando de una forma alegre demasiado ligera y demasiado descarada. Había un brillo febril en sus ojos, y su voz parecía destrozada por alguna excitación antinatural. Ella empezó a preguntarse si él estaba eufórico o abrumado.

—¡Sé qué es lo que están planeando! —dijo de repente, sin transición, y ella lo miró rápidamente: ella conocía el sonido de una de sus explosiones internas—. No hay ni una docena de personas en todo el país que lo sepan, pero ¡yo sí! Los gerifaltes lo están manteniendo en secreto hasta que estén listos para metérselo a la nación. ¡Le sorprenderá a un montón de gente! ¡Los dejará arrasados! ¿Un montón de gente? ¡Qué diablos, a cada persona en este país! Le afectará a cada una de las personas. Es así de importante.

—Afectarles, ¿cómo, Jim?

—¡Les *afectará*! Y no saben lo que se les viene encima, pero yo sí. Ellos están ahí sentados esta noche —dijo, e hizo un gesto con la mano hacia las ventanas iluminadas de la ciudad—, haciendo planes, contando su dinero, abrazando a sus hijos o a sus sueños, y ellos no saben, pero yo sí, ¡que todo eso será impactado, parado, cambiado!

—Cambiado... ¿para peor o para mejor?

—Para mejor, por supuesto —respondió él con impaciencia, como si fuera irrelevante; su voz pareció haber perdido el fuego y haberse deslizado hasta convertirse en el sonido fraudulento del deber—. Es un plan para salvar al país, para detener nuestro declive económico, para mantener las cosas quietas, para lograr estabilidad y seguridad.

—¿Qué plan?

—No te lo puedo decir. Es secreto. Ultrasecreto. No tienes ni idea de a cuántas personas les gustaría saberlo. No hay ningún industrial que no daría una docena de sus mejores hornos a cambio de un solo indicio de advertencia, ¡que no va a recibir! Como Hank Rearden, por ejemplo, a quien tú admiras tanto. —Él se rio entre dientes, desviando la mirada hacia el futuro.

—Jim, ¿por qué odias a Hank Rearden? —preguntó ella, con un sonido de miedo en su voz que hablaba de cómo había sonado su risa entre dientes.

—¡No lo odio! —Se volvió bruscamente hacia ella, y su cara, increíblemente, parecía nerviosa, casi asustada—. Nunca he dicho que lo odiase. No te preocupes, él aprobará el plan. Todo el mundo lo hará. Es para el bien de todos. —Sonaba como si estuviera suplicando.

Ella sintió la vertiginosa certeza de que él estaba mintiendo, pero que la súplica era sincera..., como si él tuviera una necesidad desesperada de tranquilizarla, pero no sobre las cosas que había dicho.

Ella se forzó a sí misma a sonreír.

—Sí, Jim, por supuesto —respondió, preguntándose qué instinto en qué tipo imposible de caos le había hecho decirlo como si fuera parte del papel *de ella* tranquilizarlo a él.

La mirada que vio en la cara de él fue casi una sonrisa y casi de gratitud.

—Tenía que hablarte de eso esta noche. Tenía que decírtelo. Quería que supieras los tremendos problemas con los que yo tengo que lidiar. Siempre hablas de mi trabajo, pero no lo entiendes en absoluto, es mucho

más vasto de lo que imaginas. Tú crees que dirigir un ferrocarril consiste en tender vías, y en metales fantásticos, y en conseguir que los trenes lleguen a su hora. Pero no lo es. Cualquier subordinado puede hacer eso. El verdadero corazón de un ferrocarril está en Washington. Mi trabajo es la política. La política. Decisiones tomadas a escala nacional, afectándolo todo, controlándolos a todos. ¡Unas cuantas palabras en un papel, una directiva... que cambian la vida de cada persona en cada rincón, agujero y ático de este país!

—Sí, Jim —dijo ella, deseando creer que él era, quizá, un hombre de estatura en el misterioso reino de Washington.

—Ya lo verás —dijo, paseando por la habitación—. ¿Crees que son poderosos..., esos gigantes de la industria que son tan listos con sus motores y sus hornos? ¡Serán parados! ¡Serán despojados! ¡Serán derribados! ¡Serán...! —Se dio cuenta de la forma en que ella lo estaba mirando—. No es para nosotros —espetó apresuradamente—, es para la gente. Ésa es la diferencia entre negocios y política: nosotros no tenemos fines egoístas en mente, no tenemos motivos privados, no buscamos beneficios, no nos pasamos nuestras vidas luchando por ganar dinero, ¡no tenemos que hacerlo! Es por eso por lo que somos calumniados e incomprendidos por todos los codiciosos buscadores de rentas y riqueza que no pueden concebir un motivo espiritual o un ideal moral o... ¡No pudimos evitarlo! —gritó de repente, volviéndose hacia ella—. ¡Teníamos que tener ese plan! ¡Con todo cayendo a pedazos y deteniéndose, había que hacer algo! ¡Teníamos que impedirles que pararan! ¡No pudimos evitarlo!

Sus ojos estaban desesperados; ella no sabía si él estaba alardeando o pidiendo perdón; no sabía si eso era triunfo o terror.

—Jim, ¿no te sientes bien? Tal vez has trabajado demasiado duro y estás agotado y...

—¡Nunca me he sentido mejor en mi vida! —espetó, reanudando sus pasos—. Por supuesto que he trabajado duro. Mi trabajo es más grande que cualquier trabajo que te puedas imaginar. Está por encima de todo lo que hacen esas excavadoras mecánicas, como Rearden y mi hermana. Cualquier cosa que ellos hagan, yo puedo deshacerla. Si construyen una vía... yo puedo llegar y destruirla, ¡así de simple! —Chasqueó los dedos—. ¡Igual que romper un espinazo!

—¿Quieres romper espinazos? —susurró ella, temblando.

—¡No he dicho eso! —gritó—. ¿Qué pasa contigo? ¡No lo he dicho!

—¡Lo siento, Jim! —jadeó ella, sorprendida por sus propias palabras y por el terror en los ojos de él—. Es sólo que no entiendo, pero..., pero sé que no debería molestarte con preguntas cuando estás tan cansado... —dijo ella, luchando desesperadamente para convencerse a sí misma—, cuando tienes tantas cosas en la cabeza, cosas... tan... tan grandes..., cosas en las que yo ni siquiera puedo empezar a pensar...

Los hombros de él se hundieron, relajándose. Se acercó a ella y se dejó caer abatido de rodillas, deslizando sus brazos alrededor de ella.

—Pobre tontita... —dijo cariñosamente.

Ella se agarró a él, movida por algo que parecía ternura y casi lástima. Pero él levantó la cabeza para mirarla a la cara, y a ella le pareció que la expresión que vio en sus ojos era en parte alivio y en parte desprecio..., casi como si, por algún tipo de sanción desconocida, ella lo hubiera absuelto a él y se hubiese condenado a sí misma.

Fue inútil —descubrió en los días que siguieron— decirse a sí misma que esas cosas estaban más allá de su comprensión, que era su deber creer en él, que amor es fe. Su duda siguió creciendo, una duda sobre el incomprensible trabajo que él estaba haciendo y sobre su relación con el ferrocarril. Se preguntó por qué esa duda seguía creciendo en proporción directa a las admoniciones hacia ella misma de que fe era el deber que ella le debía. Entonces, durante una noche de insomnio, ella se dio cuenta de que su esfuerzo por cumplir con su deber consistía en apartarse cada vez que la gente hablaba de su trabajo, en negarse a mirar las menciones en los periódicos a Taggart Transcontinental, en cerrar su mente de golpe contra cualquier evidencia y cualquier contradicción. Se detuvo, horrorizada, sorprendida por la pregunta: ¿de qué se trata, entonces?, ¿de fe contra verdad? Y al darse cuenta de que parte de su celo por creer era su miedo a saber, se dispuso a enterarse de la verdad, con una sensación de rectitud más limpia y más tranquila que la que el esfuerzo por el autofraude del deber le había dado jamás.

No tardó mucho tiempo en enterarse. La esquivez de los ejecutivos de Taggart al hacerles ella unas cuantas preguntas casuales, las rancias generalidades de sus respuestas, la tensión de sus modales ante la mención de su jefe y su evidente reticencia a hablar de él..., esas cosas no le dijeron nada concreto, pero le dieron una sensación equivalente a saber lo peor. Los

trabajadores del ferrocarril fueron más específicos: los agentes de circulación, los porteros, los vendedores de billetes con quienes ella entabló conversaciones casuales en la Terminal Taggart, y quienes no la conocían. «¿Jim Taggart? ¡Ese imbécil llorón y manipulador que se dedica a hacer discursos!» «¿Jimmy el presidente? Bueno, se lo diré: es un vagabundo viajando de polizón en el tren.» «¿El jefe? ¿El señor Taggart? Querrá decir, la *señorita* Taggart, ¿no?»

Fue Eddie Willers quien le contó toda la verdad. Se enteró de que había conocido a Jim desde la infancia, y le pidió que almorzara con ella. Cuando estuvo frente a frente con él en la mesa, cuando vio lo directos y lo serios que eran sus ojos y la simplicidad severamente literal de sus palabras, ella abandonó cualquier intento de sonsacarle información de forma aparentemente casual, y le dijo lo que quería saber y por qué, brevemente, impersonalmente, sin pedir ayuda ni compasión, sólo la verdad. Él le respondió de la misma manera. Le contó toda la historia, de forma tranquila, impersonal, sin pronunciar ningún veredicto, sin expresar ninguna opinión, sin invadir nunca las emociones de ella y sin expresar ninguna preocupación por ellas, hablando con la brillante austeridad y el asombroso poder de los hechos. Le dijo quién dirigía Taggart Transcontinental. Le contó la historia de la Línea John Galt. Ella escuchó, y lo que sintió no fue un *shock*, sino algo peor: una ausencia de *shock*, como si siempre lo hubiese sabido.

—Gracias, señor Willers —fue lo único que dijo cuando él terminó.

Esperó a que Jim regresara a casa esa noche, y lo que suavizó cualquier dolor o indignación fue la sensación de su propio desapego, como si ya no le importase, como si alguna acción fuese exigida de ella pero le diera igual cuál fuese la acción o las consecuencias.

No fue ira lo que sintió cuando vio a Jim entrar en la sala, sino un turbio asombro, casi como si se preguntara quién era él y por qué ahora debería ser necesario hablar con él. Le contó lo que sabía, brevemente, con voz cansada y apagada. Le pareció que él la entendió desde sus primeras palabras, como si hubiera esperado que eso llegara tarde o temprano.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? —preguntó ella.

—¿Así que ésa es tu idea de gratitud? —gritó él—. ¿Eso es lo que sientes después de todo lo que he hecho por ti? ¡Todo el mundo me dijo que groserías y egoísmo eran lo único que yo podría esperar por rescatar a una

gata callejera de tres al cuarto!

Ella lo miró como si él estuviera haciendo sonidos inarticulados que no se conectaban con nada dentro de su mente.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

—¿Es ese todo el amor que sentiste por mí, pequeña hipócrita embustera? ¿Eso es todo lo que consigo a cambio de mi fe en ti?

—¿Por qué mentiste? ¿Por qué me dejaste pensar lo que pensaba?

—Deberías avergonzarte de ti misma, ¡deberías avergonzarte de enfrentarme o de hablar conmigo!

—¿Yo? —Los sonidos inarticulados se habían conectado, pero ella no podía creer el total que representaban—. ¿Qué estás tratando de hacer, Jim? —preguntó ella, con voz incrédula y distante.

—¿Has pensado en mis sentimientos? ¿Has pensado en lo que esto haría con mis sentimientos? ¡Deberías haber considerado mis sentimientos primero! Ésa es la primera obligación de cualquier esposa..., ¡y más aún de una mujer en tu posición! ¡No hay nada más bajo y más feo que la ingratitud!

Durante el destello de un instante, ella comprendió el hecho impensable de un hombre que era culpable y lo sabía, pero que estaba tratando de escapar induciendo una emoción de culpa en su víctima. Pero no pudo mantener ese hecho dentro de su cerebro. Sintió una punzada de horror, la convulsión de una mente rechazando una visión que la destruiría..., una punzada como un rápido paso atrás desde el borde de la locura. Para cuando dejó caer la cabeza, cerrando los ojos, ella sabía sólo que sentía asco, un asco repugnante por una razón sin nombre.

Cuando levantó la cabeza, le pareció haber captado un instante de verlo a él observarla con la mirada incierta, retraída y calculadora, de un hombre cuyo truco no ha funcionado. Pero antes de que ella tuviera tiempo de creerlo, la cara de él se había ocultado de nuevo detrás de una expresión de dolor y de enojo.

Ella dijo, como si estuviera nombrando sus pensamientos en beneficio del ser racional que no estaba presente, pero cuya presencia ella tenía que asumir, ya que no había ningún otro a quien dirigirse:

—Esa noche..., esos titulares..., esa gloria..., no eras tú en absoluto..., era Dagny.

—¡Calla la boca, maldita zorra despreciable!

Ella lo miró sin comprender, sin reaccionar. Parecía como si nada pudiera llegar a su interior, porque las palabras sentenciándola a muerte habían sido pronunciadas.

Él emitió el sonido de un sollozo.

—Cherryl, lo siento, no quise decir eso, lo retiro, no quise decir eso...

Ella permaneció de pie, apoyada contra la pared, como había estado desde el principio.

Él se dejó caer en el borde de un sofá, en una postura de desaliento impotente.

—¿Cómo podría habértelo explicado? —dijo, con un tono de abandonar cualquier esperanza—. Todo es tan grande y tan complejo. ¿Cómo podría yo haberte contado algo sobre un ferrocarril transcontinental, a menos que supieras todos los detalles y todas las repercusiones? ¿Cómo podría haberte explicado mis años de trabajo, mi..., oh, para qué hablar? Siempre me han malinterpretado y ya debería haberme acostumbrado a ello, sólo que pensé que tú serías diferente y que yo tendría una oportunidad.

—Jim, ¿por qué te casaste conmigo?

Él soltó una triste risa entre dientes.

—Eso es lo que todo el mundo siempre me ha preguntado. No pensé que *tú* llegaras a preguntármelo. ¿Por qué? Porque te amo.

Ella se asombró de lo extraño que era que esa palabra —supuestamente la más simple en el lenguaje humano, la palabra entendida por todos, el vínculo universal entre los hombres— no le transmitía ningún significado en absoluto. Ella no sabía qué era lo que esa palabra nombraba en la mente de él.

—Nadie me ha amado jamás —dijo él—. No hay ningún amor en el mundo. La gente no siente. Yo *siento* cosas. ¿A quién le importa eso? Lo único que les importan son los horarios de trenes, las cargas de mercancías, y el dinero. Yo no puedo vivir entre esa gente. Estoy muy solo. Siempre he añorado encontrar comprensión. Tal vez no sea más que un idealista sin esperanzas, buscando lo imposible. Nadie me entenderá jamás.

—Jim —dijo ella, con una extraña nota de severidad en su voz—, por lo que me he esforzado todo este tiempo es por comprenderte.

Él dejó caer su mano con un movimiento de apartar a un lado las palabras de ella, no ofensivamente, sino tristemente.

—Pensé que podrías hacerlo. Tú eres todo lo que tengo. Pero tal vez la comprensión simplemente no es posible entre los seres humanos.

—¿Por qué tiene que ser imposible? ¿Por qué no me dices qué es lo que quieres? ¿Por qué no me ayudas a comprenderte?

Él suspiró.

—Eso es. Ése es el problema: el que preguntes todos esos «porqués». El que estés constantemente pidiendo un porqué para cada cosa. Lo que estoy diciendo no se puede expresar en palabras. No se puede nombrar. Hay que sentirlo. O lo sientes o no lo sientes. No es una cosa de la mente, sino del corazón. ¿Tú nunca sientes? ¿Sólo *sentir*, sin hacer todas esas preguntas? ¿No puedes entenderme como ser humano, no como si fuera un objeto científico en un laboratorio? El gran entendimiento que trasciende a nuestras palabras mezquinas y a nuestras mentes indefensas... No, supongo que yo no debería buscarlo. Pero siempre buscaré y esperaré. Tú eres mi última esperanza. Tú eres todo lo que tengo.

Ella siguió en pie junto a la pared, sin moverse.

—Te necesito —gimió él suavemente—. Estoy completamente solo. Tú no eres como los demás. Creo en ti. Confío en ti. ¿Qué me ha traído todo eso..., el dinero, la fama, los negocios y la lucha? Tú eres lo único que tengo...

Ella se quedó de pie sin moverse, y la dirección de su mirada, inclinada para mirarlo, fue la única forma de reconocimiento que le dio. Las cosas que él decía sobre su sufrimiento eran mentira, pensó ella; pero el sufrimiento era real; él era un hombre desgarrado por algún tipo de angustia continua, la cual él parecía incapaz de transmitirle a ella, pero que, tal vez, ella podría llegar a comprender. Ella le debía por lo menos eso, pensó, con un insípido sentido del deber..., en pago por la posición que él le había dado, la cual era, tal vez, lo único que él podía dar, y ella le debía el esfuerzo de intentar comprenderlo.

En los días que siguieron, para ella fue extraño sentir que se había convertido en una extraña para sí misma, una extraña que no tenía nada que desear o que buscar. En vez de un amor que era el resultado de un brillante fuego de la adoración al héroe, ella se había quedado con una monótona sensación de lástima. En vez de los hombres que ella había luchado por encontrar, los hombres que luchaban por sus objetivos y se negaban a sufrir, ella se había quedado con un hombre cuyo sufrimiento era su única

reivindicación de valor y lo único que ofrecía a cambio de la vida de ella. Pero a ella ya le daba igual. La extraña que era ella había mirado con entusiasmo al doblar cada nueva esquina; la pasiva extraña que había ocupado su lugar era como todas las personas sobremaquilladas a su alrededor, las personas que decían que eran adultos porque no intentaban ni pensar ni desear.

Pero la extraña seguía siendo perseguida por un fantasma que era ella misma, y el fantasma tenía una misión que cumplir. Ella tenía que aprender a entender las cosas que la habían destruido. Tenía que saberlo, y vivía con una sensación de espera incesante. Tenía que saberlo, aunque sentía que el faro estaba cada vez más cerca y, en el momento que lo supiera, ella sería atropellada por las ruedas.

«¿Qué quieres de mí?», era la pregunta que no paraba de latir en su mente como si fuera una pista. «¿Qué quieres de mí?», siguió gritando silenciosamente, en cenas, en salones, en noches de insomnio..., gritándoselo a Jim y a los que parecían compartir su secreto, a Balph Eubank, al doctor Simon Pritchett... «¿Qué quieres de mí?»... No lo preguntaba en voz alta; sabía que ellos no le responderían. «¿Qué quieres de mí?»... preguntó, sintiendo como si estuviera corriendo, pero que no había forma de escapar. «¿Qué quieres de mí?», preguntó, mirando a toda la larga tortura de su matrimonio que no había durado ni un año entero.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz alta..., y vio que estaba sentada en la mesa de su comedor, mirando a Jim, a su rostro febril, y a una mancha de agua secándose en la mesa.

No sabía cuánto tiempo de silencio había transcurrido entre ellos; se sobresaltó al oír su propia voz y escuchar la pregunta que no había tenido intención de formular. Ella no esperaba que él lo entendiera, él nunca parecía haber entendido preguntas mucho más simples..., y sacudió la cabeza, luchando por recuperar la realidad del presente.

Se sorprendió al verlo mirándola con un toque de mofa, como burlándose de lo que ella pensaba sobre lo que él comprendía.

—Amor —respondió él.

Ella sintió que se hundía en la desesperanza, ante esa respuesta que era a la vez tan simple y tan sin sentido.

—Tú no me amas —dijo él acusadoramente. Ella no respondió—. No me amas, o no harías esa pregunta.

—Te amé una vez —dijo ella con voz apagada—, pero no era lo que tú querías. Te amé por tu valor, por tu ambición, por tu capacidad. Pero nada de eso era real.

El labio inferior de él se hinchó un poco al hacer una ligera mueca de desprecio.

—¡Qué idea tan mezquina del amor! —dijo.

—Jim, ¿qué es por lo que tú quieres ser amado?

—¡Qué actitud barata de dependienta!

Ella no habló; lo miró, con los ojos extendidos por una pregunta silenciosa.

—¡Ser amado *por* algo! —dijo él, su voz resonando con burla y rectitud—. ¿Así que crees que el amor es cuestión de matemáticas, de intercambio, de pesas y medidas, como un kilo de mantequilla en un mostrador? Yo no quiero ser amado *por* nada. Quiero ser amado por mí mismo..., no por nada que yo haga, tenga, diga o piense. Por mí mismo..., no por mi cuerpo o mi mente o mis palabras o mi trabajo o mis acciones.

—Pero, entonces, ¿qué *es* ese tú mismo?

—Si me amaras, no lo preguntarías. —Su voz tenía una nota chillona de nerviosismo, como si él se estuviera balanceando peligrosamente entre la precaución y un impulso ciego y despreocupado—. No lo preguntarías. Lo sabrías. Lo *sentirías*. ¿Por qué siempre intentas marcarlo y etiquetarlo todo? ¿No puedes elevarte por encima de esas mezquinas definiciones materialistas? ¿Nunca sientes..., sólo *sentir*?

—Sí, Jim, lo hago —dijo ella, en voz baja—. Pero estoy tratando de no hacerlo, porque... porque lo que siento es miedo.

—¿De mí? —preguntó, esperanzado.

—No, no exactamente. No miedo de lo que puedas hacerme, sino de lo que eres.

Él dejó caer sus párpados con la rapidez con la que se da un portazo, pero ella captó un destello de sus ojos, y el destello, increíblemente, era de terror.

—¡Tú no eres capaz de amar..., tú, mezquina y barata interesada! —gritó de repente, en un tono desprovisto de todo color excepto el deseo de herir—. Sí, eso he dicho, interesada. Hay muchas formas de eso, aparte de la codicia por el dinero, hay otras que son peores. Eres una buscadora de

oro del espíritu. Tú no te casaste conmigo por mi dinero..., pero ¡te casaste por mi habilidad o mi coraje o por cualquier valor que tú establecieras como el precio de tu amor!

—¿Quieres... que el amor... no tenga... causa?

—¡El amor es su propia causa! El amor está por encima de causas y de razones. El amor es ciego. Pero tú no serías capaz de sentirlo. Tú tienes el alma pequeña, malvada, taimada y calculadora de un comerciante que *intercambia*, pero ¡que nunca *da*! El amor es un regalo, un gran regalo gratuito e incondicional que lo trasciende y lo perdona todo. ¿Qué es la generosidad de amar a un hombre por sus virtudes? ¿Qué le das? Nada. No es más que mera justicia. No más de lo que se merece.

Los ojos de ella estaban oscurecidos con la peligrosa intensidad de vislumbrar su objetivo.

—Tú quieres que sea inmerecido —dijo ella, no en el tono de una pregunta, sino de un veredicto.

—¡Oh, tú no lo entiendes!

—Sí, Jim, lo entiendo. Eso es lo que quieres..., eso es lo que todos vosotros realmente queréis, no es dinero, ni beneficios materiales, ni seguridad económica, ni ninguna de las limosnas que no paráis de pedir. —Estaba hablando en un tono monótono, como recitando sus pensamientos para ella misma, centrándose en dar la sólida identidad de palabras a los retorcidos fragmentos de caos que giraban en su mente—. Todos vosotros que predicáis el bienestar..., no es el dinero no ganado lo que estáis buscando. Vosotros queréis dádivas, pero de un tipo diferente. Yo soy una interesada del espíritu, has dicho, porque busco valor. Entonces, vosotros, los predicadores del bienestar..., es el espíritu lo que vosotros queréis saquear. Nunca pensé y nadie nos dijo jamás cómo eso podría pensarse y qué significaría: lo inmerecido en espíritu. Pero eso es lo que tú quieres. Quieres amor inmerecido. Quieres admiración inmerecida. Quieres grandeza inmerecida. Quieres ser un hombre como Hank Rearden sin la necesidad de ser lo que él es. Sin la necesidad de ser nada. Sin... la necesidad... de ser.

—¡Cállate! —gritó él.

Se miraron el uno al otro, ambos aterrorizados, ambos sintiendo como si estuvieran balanceándose en un abismo que ella no podía y él no quería nombrar, ambos sabiendo que un paso más sería fatal.

—¿Qué crees que estás diciendo? —preguntó él con un tono de ira mezquina, que sonaba casi benévola al traerlos a los dos de vuelta al reino de lo normal, a la casi saludable realidad de nada peor que una riña familiar —. ¿Con qué clase de asunto metafísico estás *tú* tratando de lidiar?

—No lo sé... —dijo ella, fatigada, agachando la cabeza, como si alguna silueta que ella había intentado capturar se hubiera escapado una vez más de su alcance—. No lo sé..., no parece posible...

—Será mejor que no intentes meterte donde no te llaman, o... —Pero tuvo que parar, porque el mayordomo entró, trayendo el cubo de hielo brillando con el champán que le había sido pedido para la celebración.

Permanecieron en silencio, dejando que la habitación se llenara con los sonidos que siglos de hombres y de lucha habían establecido como el símbolo de un logro gozoso: el estallido del corcho, el tintineo de un líquido de oro pálido cayendo para llenar dos anchas copas llenas de los reflejos entretejidos de velas, el susurro de burbujas elevándose a través de dos tallos de cristal, casi exigiendo que todo a la vista también se eleve, con la misma aspiración.

Permanecieron en silencio hasta que el mayordomo se hubo marchado. Taggart se quedó mirando las burbujas, sosteniendo el tallo de su copa entre dos dedos lánguidamente informales. Luego, su mano se cerró repentinamente sobre el tallo formando un puño torpe y convulso y lo levantó, no como uno levanta una copa de champán, sino como uno levantaría un cuchillo de carnicero.

—¡Por Francisco d'Anconia! —dijo él.

Ella puso su copa en la mesa.

—No —respondió.

—¡Bébetelo! —gritó él.

—No —respondió ella, su voz como una gota de plomo.

Se sostuvieron mutuamente las miradas por un momento, con la luz jugando sobre el líquido dorado, sin llegar a sus caras o a sus ojos.

—¡Oh, vete al infierno! —gritó él, levantándose de un salto, tirando su copa para que se estrellase contra el suelo y saliendo apresuradamente de la sala.

Ella siguió sentada a la mesa, sin moverse, durante mucho tiempo; luego, se levantó lentamente y tocó el timbre.

Fue a su habitación, con pasos uniformes y poco naturales, abrió la puerta de un armario, cogió un traje y un par de zapatos, se quitó la bata de casa, moviéndose con cautelosa precisión, como si su vida dependiera de no estropear nada a su alrededor o dentro de ella. Se aferró a un solo pensamiento: que tenía que salir de esa casa..., sólo salir de ella por un tiempo, aunque sólo fuera durante la hora siguiente, y luego, más tarde, sería capaz de enfrentar todo lo que tenía que ser enfrentado.

Las líneas estaban haciéndose borrosas en el papel que tenía delante, y, levantando la cabeza, Dagny se dio cuenta de que hacía mucho que había oscurecido.

Apartó los papeles a un lado, sin querer encender la lámpara, permitiéndose el lujo de la ociosidad y la oscuridad. Eso la apartaba de la ciudad que estaba al otro lado de las ventanas de su sala de estar. En la distancia, el calendario decía: 5 de agosto.

El mes que quedaba ya detrás de ella había desaparecido, sin dejar nada más que el vacío de un tiempo muerto. Había desaparecido en el trabajo sin planear y sin agradecer de ir corriendo de una emergencia a otra, en retrasar el colapso de un ferrocarril... Había sido un mes parecido a un montón de desechos de días desconectados, cada uno dedicado a evitar el desastre del momento. No había sido una suma de logros traídos a la existencia, sino sólo una suma de ceros, de lo que no había sucedido, una suma de catástrofes evitadas..., no una tarea al servicio de la vida, sino sólo una carrera contra la muerte.

Había momentos en los que una visión no evocada, una visión del valle, parecía elevarse ante ella, no como una aparición repentina, sino como una presencia constante y oculta que de repente decidía asumir una insistente realidad. Ella lo había enfrentado, a través de momentos de ciega quietud, en una disputa entre una decisión inmóvil y un dolor inquebrantable, un dolor que debía combatirse con el reconocimiento, diciendo: «Muy bien, incluso esto».

Había habido mañanas en las que, despertándose con los rayos de la luz del sol en su rostro, había pensado que debía darse prisa para ir al mercado de Hammond y comprar huevos frescos para el desayuno; luego, recuperando la plena consciencia, viendo la bruma de Nueva York más allá

de la ventana de su dormitorio, había sentido una punzada desgarradora, como un toque mortal, el toque de rechazar la realidad. Tú lo sabías, se había dicho a sí misma severamente, sabías cómo sería cuando tomaras tu decisión. Y, arrastrando su cuerpo, como un peso reacio, sacándolo de la cama para enfrentar un día indeseado, había murmurado: «Muy bien, incluso esto».

Lo peor de la tortura habían sido los momentos en que, andando por la calle, ella había vislumbrado repentinamente aquel castaño dorado, un brillante mechón de cabello entre las cabezas de extraños, y había sentido como si la ciudad hubiera desaparecido, como si nada más que una violenta quietud dentro de ella estuviera retrasando el momento en que ella correría hacia él y lo agarraría; pero ese momento siguiente había llegado como la visión de alguna cara sin sentido, y ella se había quedado allí, no queriendo vivir durante el siguiente paso, no queriendo generar la energía de vivir. Había tratado de evitar esos momentos; había tratado de prohibirse a sí misma mirar; había caminado manteniendo sus ojos en el pavimento. Y había fracasado en eso, porque, por alguna suerte de voluntad propia, sus ojos habían seguido saltando de un mechón de oro a otro.

Había mantenido las persianas levantadas en las ventanas de su oficina, recordando su promesa, pensando sólo: «Si me estás observando, estés donde estés»... No había edificios cercanos a la altura de su oficina, pero ella había mirado los bloques lejanos, preguntándose qué ventana sería su puesto de observación, preguntándose si algún invento suyo, algún dispositivo de rayos y lentes, le permitía observar cada uno de los movimientos de ella desde algún rascacielos a una manzana o a un kilómetro de distancia. Se había quedado sentada en su escritorio, al lado de sus ventanas sin cortinas, pensando: «Sólo por saber que tú me estás viendo, aunque yo nunca te vuelva a ver a ti».

Y recordándolo en ese momento, en la oscuridad de su habitación, se puso de pie y encendió la luz.

Entonces dejó caer la cabeza durante un instante, sonriendo sin alegría hacia sí misma. Se preguntó si, en la negra inmensidad de la ciudad, sus ventanas iluminadas eran una bengala de socorro, pidiendo su ayuda..., o un faro que todavía protegía al resto del mundo.

El timbre sonó.

Cuando abrió la puerta, vio la silueta de una muchacha con una cara que le era levemente familiar..., y le llevó un instante de asombro y sorpresa darse cuenta de que era Cherryl Taggart. Excepto por un intercambio formal de saludos en algunos encuentros casuales en los pasillos del Edificio Taggart, ellas no se habían visto desde la boda.

La cara de Cherryl estaba grave y seria.

—¿Me permitiría hablar con usted...? —Vaciló, y terminó con—: ¿Señorita Taggart?

—Por supuesto —dijo Dagny con gravedad—. Entra.

Ella percibió algún tipo de desesperada emergencia en la calma antinatural de la conducta de Cherryl; estuvo segura de ello cuando miró la cara de la muchacha a la luz de la sala de estar.

—Siéntate —dijo; pero Cherryl se quedó de pie.

—He venido a pagar una deuda —dijo Cherryl, su voz solemne por el esfuerzo de no permitirse ningún sonido de emoción—. Quiero disculparme por las cosas que le dije en mi boda. No hay razón por la que usted deba perdonarme, pero me corresponde a mí decirle que sé que yo estaba insultando todo lo que admiro y defendiendo todo lo que desprecio. Sé que admitirlo ahora no compensa ese hecho, e incluso venir aquí es sólo una presunción más, no hay razón para que usted quiera oírlo, así que ni siquiera puedo cancelar la deuda, sólo puedo pedirle un favor: que me deje decirle las cosas que quiero decirle.

El *shock* de emoción de Dagny, incrédulo, cálido y doloroso, fue el equivalente sin palabras a la frase: «¡Qué distancia a recorrer en menos de un año!». Ella respondió, con la seriedad de su voz como una mano extendida en apoyo, sabiendo que una sonrisa alteraría un equilibrio precario:

—Pero sí lo compensa, y quiero oírlas.

—Sé que era usted quien dirigía Taggart Transcontinental. Fue usted quien construyó la Línea John Galt. Fue usted quien tuvo la mente y el coraje que lo mantuvo todo vivo. Supongo que usted pensó que me casé con Jim por su dinero, ¿y qué dependienta no lo haría? Pero, sabe, me casé con Jim porque yo..., yo pensé que él era *usted*. Pensé que él era Taggart Transcontinental. Ahora sé que él... —Ella vaciló; luego, continuó con firmeza, como si no quisiera ahorrarse nada—. Sé que él es una especie de chupón mezquino, aunque no puedo entender de qué tipo o por qué. Cuando

le hablé a usted en mi boda, pensé que yo estaba defendiendo la grandeza y atacando a su enemigo..., pero fue al contrario..., ¡fue al contrario de una forma tan horrible y tan increíble...! Así que quería decirle que sé la verdad..., no tanto por su bien, yo no tenía derecho a suponer que le importaría, sino... sino por el bien de las cosas que yo amaba.

Dagny dijo lentamente:

—Por supuesto que lo perdono.

—Gracias —susurró ella, y se volvió para irse.

—Siéntate.

Ella sacudió su cabeza.

—Eso es..., eso es todo, señorita Taggart.

Dagny se permitió el primer toque de una sonrisa, no más que en la mirada de sus ojos, cuando dijo:

—Cherryl, mi nombre es Dagny.

La respuesta de Cherryl no fue más que un leve y tembloroso pliegue de su boca, como si juntas hubieran completado una sola sonrisa.

—Yo... no sabía si debía...

—Somos hermanas, ¿no?

—¡No! ¡No a través de Jim! —Fue un grito involuntario.

—No; por nuestra propia decisión. Siéntate, Cherryl. —La muchacha obedeció, luchando por no mostrar el entusiasmo de su aceptación, por no agarrarse a algún apoyo, por no quebrarse—. Lo has pasado muy mal, ¿verdad?

—Sí..., pero eso no importa..., ése es mi propio problema..., y mi propia culpa.

—No creo que haya sido tu culpa.

Cherryl no respondió; luego, dijo de pronto, desesperadamente:

—Mira, lo que no quiero es caridad.

—Jim debe haberte dicho, y es verdad, que nunca participo en la caridad.

—Sí, lo hizo... Pero lo que quiero decir es...

—Yo sé lo que quieres decir.

—Pero no hay razón por la que debas sentirte preocupada por mí..., no vine aquí a quejarme y... y a poner una carga más sobre tus hombros. Que yo esté sufriendo no me da ningún derecho sobre ti.

—No, no lo hace. Pero que valores todas las cosas que yo valoro, sí.

—¿Quieres decir... que, si quieres hablar conmigo, no es como una limosna? ¿No es sólo porque sientes pena de mí?

—Siento una enorme pena por ti, Cherryl, y me gustaría ayudarte..., pero no es porque estés sufriendo, sino porque no mereces sufrir.

—¿Quieres decir que no serías amable con nada débil o quejumbroso o que hubiera de podrido conmigo? ¿Sólo con lo que ves en mí que es bueno?

—Por supuesto.

Cherryl no movió la cabeza, pero parecía como si estuviese levantada..., como si una corriente de apoyo estuviera relajando sus rasgos en esa rara expresión que combina dolor y dignidad.

—No es limosna, Cherryl. No tengas miedo de hablar conmigo.

—Es curioso. Tú eres la primera persona con la que puedo hablar..., y me resulta tan fácil..., y sin embargo yo..., yo *tenía* miedo de hablar contigo. Quería pedirte perdón hace mucho tiempo..., desde que me enteré de la verdad. Fui hasta la puerta de tu oficina, pero me detuve y me quedé allí en el pasillo y no tuve el coraje de entrar... No tenía intención de venir aquí esta noche. Salí sólo a... a pensar en algo, y entonces, de repente, supe que quería verte, que en toda la ciudad éste era el único lugar al que podía ir y lo único que me quedaba por hacer.

—Me alegro de que lo hicieras.

—Ya sabe, señorita Tag... Dagny —dijo en voz baja, maravillada—, tú no eres como esperaba que fueras... Ellos, Jim y sus amigos, dijeron que eras dura, fría e insensible.

—Pero es verdad, Cherryl. Lo *soy*, en el sentido en que ellos lo dicen..., sólo que, ¿te han dicho alguna vez en qué sentido lo dicen?

—No. Nunca lo hacen. Lo único que hacen es reírse de mí cuando les pregunto qué es lo que quieren decir con cualquier cosa..., con cualquier cosa. ¿Qué querían decir sobre ti?

—Cada vez que alguien acusa a una persona de ser «insensible», lo que quiere decir es que esa persona es justa. Quiere decir que esa persona no tiene emociones sin causa y no le otorgará un sentimiento que no se merece. Quiere decir que «sentir» es ir contra la razón, contra los valores morales, contra la realidad. Quiere decir... ¿Qué pasa? —preguntó, viendo la anormal intensidad en la cara de la muchacha.

—Eso es..., eso es algo que he intentado tanto entender..., durante tanto tiempo...

—Bueno, observa que nunca oyes esa acusación en defensa de la inocencia, sino siempre en defensa de la culpa. Nunca se la oyes decir a una persona buena sobre los que no son justos con ella. Pero siempre se lo oyes decir a un sinvergüenza de quienes lo tratan como a un sinvergüenza, quienes no aprueban la maldad que ha cometido o no sienten pena por el dolor que sufre como consecuencia. Bueno, es verdad..., *eso* es lo que ellos *no* sienten. Pero quienes lo sienten, no sienten nada por ninguna cualidad de la grandeza humana, por ninguna persona o ninguna acción que merezca admiración, aprobación o estima. *Ésas* son las cosas que *yo* siento. Te darás cuenta de que es una cosa o la otra. Los que tienen comprensión por la culpa no le conceden ninguna comprensión a la inocencia. Pregúntate cuáles, de las dos, son las personas *insensibles*. Y entonces verás cuál es la virtud opuesta a la caridad.

—¿Cuál? —susurró ella.

—La justicia, Cherryl.

Cherryl se estremeció de repente y agachó la cabeza:

—¡Oh, Dios! —gimió—. ¡Si supieras el infierno que Jim me ha estado causando porque yo creía exactamente lo que tú acabas de decir! —Levantó la cara en medio de otro estremecimiento, como si las cosas que ella había tratado de controlar se hubieran roto; la mirada en sus ojos era terror—. Dagny —susurró—, Dagny, tengo miedo de ellos..., de Jim y de todos los demás..., no miedo de algo que hagan..., si fuera eso, yo podría escapar..., pero tengo miedo, como si no hubiera ninguna salida..., miedo de lo que son y... y de que existen.

Dagny se adelantó rápidamente para sentarse en el brazo de la silla de ella y agarrar su hombro con firmeza.

—Tranquila, chica —dijo—. Estás equivocada. Nunca debes sentir miedo de la gente de esa forma. Nunca debes pensar que su existencia es un reflejo de la tuya..., pero eso es lo que estás pensando.

—Sí... Sí, siento que yo no tengo posibilidad de existir si ellos existen..., ninguna posibilidad; no hay un espacio, no hay un mundo con el que yo pueda lidiar... No quiero sentirlo, siempre estoy rechazándolo, pero se está acercando, y sé que no tengo adónde correr. No puedo explicar lo que se siente, no puedo comprenderlo..., y eso es parte del terror, que *no puedes* comprender nada..., es como si todo el mundo hubiera sido destruido de pronto, pero no por una explosión..., una explosión es algo

duro y sólido..., sino destruido por... por algún tipo de ablandamiento horrible..., como si nada fuera sólido, como si nada tuviera ya ninguna forma y tú pudieras meter el dedo en paredes de piedra y la piedra cediera como si fuera gelatina, y las montañas se deslizaran, y los edificios cambiaran sus formas como si fueran nubes..., y ése sería el fin del mundo, no con fuego y azufre, sino con algo pegajoso.

—Cherryl..., Cherryl, pobre niña, ha habido siglos de filósofos conspirando para convertir al mundo en exactamente eso..., para destruir las mentes de las personas haciéndoles creer que eso es lo que están viendo. Pero tú no tienes que aceptarlo. No tienes que ver a través de los ojos de los demás, aférrate a los tuyos, defiende tu propio juicio, tú sabes que lo que es, *es*..., dilo en voz alta, como la más sagrada de las oraciones, y no dejes que nadie te diga lo contrario.

—Pero..., pero ya nada *es* más. Jim y sus amigos..., ellos no son. No sé qué es lo que estoy mirando, cuando estoy entre ellos, no sé qué es lo que estoy oyendo cuando hablan..., no es real, nada de ello, es una especie de actuación espantosa que ellos están realizando, y yo no sé qué es lo que buscan. ¡Dagny! Siempre nos han dicho que los seres humanos tienen un gran poder de conocimiento, mucho más grande que el de los animales, pero yo..., yo me siento más ciega que cualquier animal en este momento, más ciega y más indefensa. Un animal sabe quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos, y cuándo defenderse. No espera que un amigo lo pisotee o le corte el cuello. No espera que le digan que el amor es ciego, que el saqueo es un logro, que los mafiosos son hombres de estado ¡y que es genial romperle el espinazo a Hank Rearden...! Oh, Dios, ¿qué estoy diciendo?

—Sé lo que estás diciendo.

—Quiero decir, ¿cómo voy a tratar con la gente? Quiero decir, si nada se mantuviera firme ni durante una hora..., no podríamos seguir, ¿verdad? Bueno, yo sé que las cosas son sólidas, pero ¿la gente? ¡Dagny! No son nada en absoluto, no son seres, son sólo interruptores, sólo interruptores constantes sin forma ninguna. Pero yo tengo que vivir entre ellos. ¿Cómo voy a hacerlo?

—Cherryl, eso con lo que has estado luchando es el mayor problema de la historia, el que ha causado todo el sufrimiento humano. Has entendido mucho más que la mayoría de las personas que sufren y que han muerto sin

saber nunca lo que los mató. Yo te ayudaré a entender. Es un gran tema y es una dura batalla..., pero, primero, por encima de todo, no tengas miedo.

La expresión en el rostro de Cherryl era una extraña y anhelante nostalgia, como si, al ver a Dagny desde una gran distancia, se estuviera esforzando por acercarse, sin conseguirlo.

—Ojalá pudiera desear pelear —dijo con suavidad—, pero no lo deseo. Y ya ni siquiera quiero vencer. Hay un cambio que no parece que yo tenga fuerza para hacerlo. Mira, nunca había esperado que ocurriera algo así como mi matrimonio con Jim. Luego, cuando ocurrió, pensé que la vida era mucho más maravillosa de lo que yo había esperado. Y, ahora, acostumbrarme a la idea de que la vida y las personas son mucho más horribles de lo que yo había imaginado y que mi matrimonio no fue un milagro glorioso, sino algún tipo de maldad indescriptible que aún estoy temiendo descubrir del todo..., *eso* es lo que no puedo obligarme a aceptar. No puedo superarlo. —Ella levantó la vista de repente—. Dagny, ¿cómo lo hiciste tú? ¿Cómo te las arreglaste para mantenerte incólume?

—Teniendo presente una única regla.

—¿Cuál?

—No poner nada..., *nada*, por encima del veredicto de mi propia mente.

—Has recibido algunos vapuleos terribles, tal vez peor que yo..., peor que cualquiera de nosotros. ¿Qué te hizo superarlos?

—Saber que mi vida es el más alto de los valores, demasiado alto para rendirla sin pelear.

Vio una expresión de asombro, de incrédulo reconocimiento en la cara de Cherryl, como si la muchacha estuviera luchando por recuperar alguna sensación perdida en un lapso de años.

—Dagny —su voz era un susurro—, eso... eso es lo que yo sentía cuando era niña, eso es lo que más recuerdo de mí misma..., *ese* tipo de sentimiento..., y nunca lo perdí, está ahí, siempre ha estado ahí, pero a medida que crecí, pensé que era algo que debía ocultar... Nunca tuve un nombre para eso, pero justo ahora, cuando lo has dicho, me he dado cuenta de que eso es lo que era... Dagny, que uno se sienta así sobre su propia vida, ¿eso es *bueno*?

—Cherryl, escúchame con atención: ese sentimiento, con todo lo que requiere e implica, es lo más elevado, lo más noble y lo único bueno que hay en la Tierra.

—La razón por la que pregunto es porque yo..., yo no me habría atrevido a pensar eso. De alguna forma, la gente siempre me hizo sentir como si pensar fuera un pecado, como si eso fuera lo que había en mí que más les molestaba a ellos..., y lo que querían destruir.

—Es verdad. Algunas personas quieren destruirlo. Y cuando aprendas a comprender su motivo, conocerás la maldad más oscura, la más fea y la única maldad que hay en el mundo, pero estarás segura y fuera de su alcance.

La sonrisa de Cherryl era como un débil parpadeo luchando por retener unas pocas gotas de combustible, por atraparlas y dejar que prendieran.

—Es la primera vez en muchos meses —susurró— que he sentido como si..., como si todavía hubiera una oportunidad. —Vio los ojos de Dagny observándola con una atenta preocupación, y añadió—: Estaré bien... Necesito tiempo para acostumbrarme a eso, a ti, a todas las cosas que me has dicho. Creo que llegaré a creerlo..., a creer que es real..., y que Jim no importa. —Se puso de pie, como intentando retener ese momento de seguridad.

Impulsada por una certeza repentina y sin causa, Dagny dijo bruscamente:

—Cherryl, no quiero que vayas a tu casa esta noche.

—¡Oh, no! Estoy bien. No tengo miedo en ese sentido. No de ir a casa.

—¿No ha pasado algo allí esta noche?

—No..., bueno, la verdad es que no..., nada que fuera peor que lo de siempre. Fue sólo que empecé a ver las cosas con un poco más de claridad, eso es todo... Estoy bien. Tengo que pensar, pensar más intensamente de lo que he hecho antes..., y luego decidiré lo que debo hacer. ¿Puedo... ? —Se quedó a medias, dudando.

—¿Sí?

—¿Puedo volver para hablar contigo de nuevo?

—Por supuesto.

—Gracias, yo..., te lo agradezco mucho.

—¿Prometes que volverás?

—Lo prometo.

Dagny la vio caminar por el pasillo hacia el ascensor, vio sus hombros caídos y luego el esfuerzo con que los levantó; vio la esbelta figura que parecía balancearse y después reunir todas sus fuerzas para permanecer erguida. Parecía una planta con un tallo roto, todavía unida por una sola fibra, luchando por curar la brecha, una brecha con la que una ráfaga más de viento acabaría.

A través de la puerta abierta de su estudio, James Taggart había visto a Cherryl cruzar la antesala y salir del apartamento. Él había cerrado la puerta de golpe y se había desplomado sobre el sofá cama, con manchas del champán derramado aún empapando la tela de sus pantalones, como si su propia incomodidad fuera una venganza sobre su esposa y sobre un universo que no quería proporcionarle la celebración que él había querido.

Al cabo de un rato, se puso de pie, se quitó el abrigo y lo arrojó al otro lado de la habitación. Cogió un cigarrillo, pero lo partió por la mitad y lo arrojó a un cuadro que había sobre la chimenea.

Vio un jarrón de vidrio veneciano, una pieza de museo con siglos de antigüedad, con un intrincado sistema de arterias azules y doradas que se retorcían a través de su cuerpo transparente. Lo agarró y lo arrojó contra la pared; estalló en una lluvia de cristales tan finos como una bombilla hecha añicos.

Había comprado ese jarrón por la satisfacción de pensar en todos los expertos que no podían permitírselo. En ese momento experimentó la satisfacción de una venganza sobre los siglos que lo habían apreciado..., y la satisfacción de pensar que había millones de familias desesperadas, cualquiera de las cuales podría haber vivido durante un año por el precio de ese jarrón.

Se quitó los zapatos y se dejó caer en el sofá cama, dejando que sus pies en calcetines colgaran en el aire.

El sonido del timbre de la puerta lo sobresaltó: parecía coincidir con su estado de ánimo. Era el tipo de sonido brusco, exigente e impaciente que él habría producido si ahora estuviera golpeando con el dedo el timbre de alguien.

Escuchó los pasos del mayordomo, prometiéndose a sí mismo el placer de negarse a admitir a quienquiera que lo estuviese buscando. En un momento, escuchó el golpe en su puerta y el mayordomo entró para anunciar:

—La señora Rearden está aquí y desea verle, señor.

—¿Qué...? Oh... ¡Bien! ¡Déjela que pase!

Él bajó los pies al suelo, pero no hizo ninguna otra concesión, y esperó con una media sonrisa de atenta curiosidad, decidiendo no levantarse hasta un momento después de que Lillian hubiera entrado en la sala.

Ella llevaba un vestido de noche de color vino, una imitación de un traje de viaje de estilo imperio, con una chaqueta cruzada en miniatura que sujetaba su cintura alta sobre el largo barrido de la falda, y un pequeño sombrero pegado a una oreja, con una pluma cayendo hacia abajo hasta enroscarse bajo su barbilla. Entró con un movimiento brusco y arrítmico, con los pliegues de su vestido y la pluma de su sombrero arremolinándose, y luego golpeando respectivamente sus piernas y su garganta, como banderines que indicaran nerviosismo.

—Lillian, querida mía, ¿debo sentirme halagado, encantado, o simplemente alucinado?

—¡Oh, no armes tanto jaleo por eso! Tenía que verte, y tenía que ser de inmediato, eso es todo.

El tono impaciente y el movimiento perentorio con el que se sentó eran una confesión de debilidad: según las reglas del lenguaje no escrito que ellos tenían, uno no asumía una actitud exigente a menos que estuviera tratando de conseguir un favor y no tuviera ningún valor —ninguna amenaza— que ofrecer en trueque.

—¿Por qué no te quedaste en la recepción de los González? —preguntó ella, sin que su sonrisa casual pudiera ocultar el tono de irritación —. Pasé por allí después de la cena, sólo para pillarte allí..., pero dijeron que no te habías sentido bien y que te habías ido a casa.

Él cruzó la habitación y cogió un cigarrillo, por el placer de pasar con sus pies en calcetines por delante de la elegancia formal del vestido de ella.

—Estaba aburrido —respondió.

—No puedo soportarlos —dijo ella, con un pequeño estremecimiento; él la miró con asombro: las palabras sonaban involuntarias y sinceras—. No soporto al señor González y a esa puta que se ha buscado como esposa. Es

asqueroso que se hayan puesto tan de moda..., ellos y sus fiestas. Ya no tengo ganas de ir a ningún lado. Ya no es el mismo estilo, no es el mismo espíritu. No me he encontrado con Balph Eubank durante meses, ni con el doctor Pritchett, ni con ninguno de los chicos. ¡Y todas esas caras nuevas que parecen de ayudantes de carnicero! Por lo menos en *nuestro* grupo eran caballeros.

—Sí —dijo él, pensativo—. Sí, hay algún tipo de diferencia curiosa. Es como en el ferrocarril, también: yo podría llevarme bien con Clem Weatherby, él era civilizado; pero Cuffy Meigs..., bueno, eso es otra cosa, es diferente, es... —Se detuvo abruptamente.

—Es perfectamente absurdo —dijo ella, con un tono con el que parecía desafiar al espacio en general—. No pueden salirse con la suya.

No explicó «quién» o «con qué» irían a salirse. Él sabía lo que ella quería decir. Durante un momento de silencio, parecieron estar agarrándose uno al otro para tranquilizarse.

En el momento siguiente, él pensó con un divertido placer que Lillian estaba empezando a mostrar su edad. El color burdeos oscuro de su vestido era muy poco favorecedor, parecía extraer un tinte de purpurina de su piel, un tinte que se juntaba, como el crepúsculo, en las pequeñas hendiduras de su cara, suavizando su carne y convirtiéndola a una textura de cansada relajación, cambiando su aspecto de burla brillante por un aspecto de malicia rancia.

Él vio cómo ella lo estudiaba, sonriendo y diciendo con firmeza, usando la sonrisa como licencia para insultar:

—Tú *no estás* bien, ¿verdad, Jim? Pareces un desaliñado mozo de cuadra.

Él se rio.

—Puedo permitírmelo.

—Lo sé, querido. Eres uno de los hombres más poderosos de la ciudad de Nueva York. —Y añadió—: Vaya chiste para la ciudad de Nueva York.

—Pues sí.

—Admito que estás en posición de hacer cualquier cosa. Por eso tenía que verte. —Añadió un pequeño ruido de deleite, como un gruñido, para diluir la franqueza de su declaración.

—Bien —dijo él, su voz cómoda y sin comprometerse.

—Tenía que venir aquí, porque pensé que lo mejor era, en este asunto en concreto, no ser vistos juntos en público.

—Eso es siempre sabio.

—Me parece recordar haber sido útil para ti en el pasado.

—En el pasado..., sí.

—Estoy segura de que puedo contar contigo.

—Por supuesto; sólo que... ¿no es ésa una observación pasada de moda y nada filosófica? ¿Cómo podemos estar seguros de cualquier cosa?

—Jim —dijo ella bruscamente—, ¡tienes que ayudarme!

—Querida, estoy a tu disposición, haría cualquier cosa para ayudarte —respondió él; las reglas de su lenguaje requerían que cualquier declaración abierta fuese respondida con una mentira descarada.

Lillian estaba perdiendo facultades, pensó..., y experimentó el placer de estar lidiando con un adversario inadecuado.

Ella estaba descuidando, notó él, incluso la perfección de su marca registrada personal: cómo se acicalaba. Unas cuantas hebras se desprendían de las ondas perforadas de su cabello; sus uñas, a juego con su vestido, tenían el color rojo oscuro de sangre coagulada, lo que hacía que fuera fácil notar el esmalte desconchado en sus puntas; y contra la ancha, suave y cremosa expansión de su piel en el corte bajo y cuadrado de su vestido, observó el diminuto brillo de un imperdible sujetando el tirante de su saya.

—¡Tienes que evitarlo! —dijo ella, con el tono beligerante de una súplica disfrazada de una orden—. ¡Tienes que detenerlo!

—¿De verdad? ¿El qué?

—Mi divorcio.

—¡Oh...! —Los rasgos de él se transformaron en una repentina seriedad.

—Sabes que se va a divorciar de mí, ¿verdad?

—He oído algunos rumores al respecto.

—Está todo listo para el mes que viene. Y cuando digo *listo*, eso es exactamente lo que quiero decir. Oh, le ha costado un montón, pero ha comprado al juez, a los secretarios, a los oficiales de justicia, a los que apoyan a esos oficiales, a los que apoyan a los que los apoyan, a unos cuantos legisladores, a media docena de administradores..., ha comprado todo el proceso legal, como si fuese una vía privada, ¡y no queda ni una sola intersección para que yo me escabulla y lo detenga!

—Ya.

—Tú sabes, por supuesto, qué le hizo iniciar el proceso de divorcio.

—Me lo imagino.

—¡Y lo hice como un favor para *ti*! —Su voz estaba ansiosa y haciéndose cada vez más chillona—. Te conté a ti lo de tu hermana para que pudieras conseguir el Certificado de Regalo para tus amigos, lo que...

—¡Juro que no sé quién abrió el pico! —gritó él apresuradamente—. Sólo unos pocos en la cumbre sabían que tú habías sido nuestra informante, y estoy seguro de que nadie se atrevería a mencionar...

—Oh, estoy segura de que nadie lo hizo. Él tendría el cerebro para adivinarlo, ¿no?

—Sí, supongo que sí. Bueno, entonces tú sabías el riesgo que estabas corriendo.

—No pensé que él llegaría a eso. Nunca pensé que se divorciaría de mí. Yo no...

Él se rio de repente, con una mirada de asombrosa percepción.

—No pensaste que la culpa es algo que se desgasta rápido, ¿verdad, Lillian?

Ella lo miró, sobresaltada, y luego respondió glacialmente:

—No creo que lo sea.

—Lo es, querida..., con hombres como tu marido.

—¡No quiero que se divorcie de mí! —Fue un grito repentino—. ¡No quiero dejarlo y que sea libre! ¡No lo permitiré! ¡No dejaré que toda mi vida sea un fracaso total! —Se detuvo abruptamente, como si hubiera admitido demasiado.

Él se estaba riendo entre dientes, suavemente, asintiendo con la cabeza con un movimiento lento que tenía un aire de inteligencia, casi de dignidad, dando a entender una comprensión total.

—Quiero decir..., a fin de cuentas, él es mi marido —dijo ella defensivamente.

—Sí, Lillian, sí, lo sé.

—¿Sabes lo que está planeando? ¡Va a conseguir el decreto de divorcio y me va a dejar sin un centavo, sin acuerdo, sin pensión alimenticia, nada! Él va a tener la última palabra. ¿No lo ves? Si se sale con la suya, entonces..., ¡entonces, el Certificado de Regalo no fue una victoria para mí en absoluto!

—Sí, querida, lo veo.

—Y, además, es ridículo que yo tenga que pensar en eso, pero ¿de qué voy a seguir viviendo? El poco dinero que tenía yo misma no vale nada hoy día. Son principalmente acciones de fábricas de la época de mi padre, que han cerrado hace mucho tiempo. ¿Qué voy a hacer?

—Pero, Lillian —dijo él en voz baja—, pensé que no te preocupaban ni el dinero ni las recompensas materiales.

—¡No lo entiendes! No estoy hablando de dinero..., ¡estoy hablando de pobreza! ¡De verdadera pobreza, pestilente y casera! ¡Eso se pasa de los límites para cualquier persona civilizada! Yo..., *yo*, ¿tener que preocuparme por la comida y el alquiler?

Él estaba observándola con una leve sonrisa, y, por primera vez, su cara blanda y envejecida parecía endurecida en una expresión de sabiduría: él estaba descubriendo el placer de una percepción total..., en una realidad que podía permitirse percibir.

—¡Jim, tienes que ayudarme! Mi abogado es un inepto. He gastado lo poco que yo tenía en él y en sus investigadores, en sus amigos y en sus amañadores..., pero lo único que han podido hacer por mí ha sido descubrir que no pueden hacer nada. Mi abogado me ha dado su informe final esta tarde. Me ha dicho sin rodeos que no tengo ninguna posibilidad. Parece que yo no conozco a nadie que pueda hacer algo contra un montaje de ese tipo. Yo había contado con Bertram Scudder, pero..., bueno, ya sabes lo que le pasó a Bertram. Y también eso fue porque intenté ayudarte. Tú conseguiste salir de ésa, Jim, tú eres la única persona que puede sacarme a mí ahora. Tú tienes tus conexiones y tus enchufes que van directos hasta lo más alto. Tú puedes llegar a los peces gordos. Déjales caer una palabra a tus amigos para que ellos hagan lo mismo con sus amigos. Una palabra de Wesley lo resolvería. Haz que ordenen que el decreto de divorcio sea rechazado. Sólo haz que sea rechazado.

Él sacudió la cabeza despacio, casi con pena, como un profesional cansado ante un aficionado demasiado entusiasta.

—No se puede hacer, Lillian —dijo con firmeza—. Me gustaría hacerlo..., por las mismas razones que a ti..., y creo que lo sabes. Pero cualquier poder que yo tenga no es suficiente en este caso.

Ella lo estaba mirando, con sus ojos oscuros en una extraña quietud sin vida; cuando ella habló, el movimiento de sus labios se vio retorcido por un desprecio tan malvado que él no se atrevió a identificarlo más allá de saber que los abarcaba a ambos; ella dijo:

—Sé que te gustaría hacerlo.

Él no sintió ningún deseo de fingir; curiosamente, por primera vez, sólo por esa vez, la verdad parecía mucho más placentera..., la verdad, por primera vez, sirviendo para su tipo particular de disfrute.

—Creo que sabes que no se puede hacer —dijo—. Nadie hace favores hoy en día si no hay nada que ganar a cambio. Y cada vez es más lo que hay en juego. Las conexiones y los enchufes, como tú los llamas, son tan complejos, tan retorcidos y tan enrevesados que todo el mundo tiene alguna amenaza sobre todos los demás, y nadie se atreve a moverse porque él no puede decir quién flaqueará de qué manera o cuándo. Así que sólo se moverá cuando tenga que hacerlo, cuando lo que esté en juego sea cuestión de vida o muerte, y ése es prácticamente el único tipo de juego al que todos estamos apostando por ahora. Bueno, ¿qué les importa tu vida privada a cualquiera de esos chicos? El hecho de que quieras retener a tu esposo, ¿qué tiene eso que ver con ellos..., qué ganan, en cualquier caso? En cuanto a mi posición con ellos..., bueno, no hay nada que yo pueda ofrecerles en este momento a cambio de que intenten destruir a toda una camarilla del tribunal que ha conseguido un arreglo altamente rentable. Además, en este momento, los muchachos en la cima no lo harían a ningún precio. Tienen que tener un maldito cuidado con tu marido..., él es el hombre que está a salvo de ellos en este momento..., desde la transmisión de radio de mi hermana.

—¡*Tú* me pediste que la obligara a hablar en esa transmisión!

—Lo sé, Lillian. Perdimos, los dos, esa vez. Y los dos perdemos ahora.

—Sí —dijo ella, con la misma oscuridad de desprecio en sus ojos—, los dos perdemos.

Fue el desprecio lo que lo complació a él, fue el extraño, despreocupado y desconocido placer de saber que esa mujer lo veía tal como él era, pero que permanecía retenida por su presencia; ella seguía allí, y se recostó en su sillón, como si estuviera reconociendo su cautiverio.

—Eres una persona maravillosa, Jim —dijo ella.

Eso sonó como una condena. Y sin embargo era un homenaje, y ella lo decía como tal, y el placer de él provino del conocimiento de que estaban en un reino donde la condena era un valor.

—Sabes —dijo él, de repente—, estás equivocada en cuanto a los asistentes de carnicero, como González. Ellos tienen sus usos. ¿Alguna vez te ha gustado Francisco d'Anconia?

—No puedo soportarlo.

—Bueno, ¿sabes cuál era el verdadero objetivo de la reunión para beber cócteles organizada por el señor González esta noche? Era para celebrar el acuerdo para nacionalizar d'Anconia Copper en aproximadamente un mes.

Ella lo miró por un momento, la comisura de sus labios elevándose lentamente para formar una sonrisa.

—Él era tu amigo, ¿no?

Su voz tenía un tono que él nunca se había ganado antes, el tono de una emoción que él había arrancado de la gente sólo por fraude, pero que ahora, por primera vez, le estaba siendo concedido con plena consciencia de lo real, de la naturaleza real de su acción: un tono de admiración.

De repente, supo que ése era el objetivo de sus horas de inquietud, ése era el placer que había perdido la esperanza de encontrar, *ésa* era la celebración que él había querido.

—Tomemos un trago, Lil —dijo.

Vertiendo el licor, él la miró al otro lado de la sala, mientras ella yacía tendida lánguidamente en su sillón.

—Deja que tu marido consiga el divorcio —dijo—. Él no va a tener la última palabra. *Ellos* la tendrán. Los ayudantes de carnicero. El señor González y Cuffy Meigs.

Ella no respondió. Cuando él se acercó, ella le quitó el vaso con un barrido indiferente de su mano. Bebió, no con el ademán de un gesto social, sino como un bebedor solitario en una taberna..., por el placer físico del licor.

Él se sentó en el brazo del sofá, impropiamente cerca de ella, y tomó un sorbo de su bebida, observando la cara de ella. Después de un rato, preguntó:

—¿Qué piensa él de mí?

La pregunta no pareció sorprenderla.

—Piensa que eres un imbécil —respondió ella—. Piensa que la vida es demasiado corta para notar tu existencia.

—Lo notaría, si... —Se detuvo.

—¿... Si lo golpearas con un palo en la cabeza? No estoy muy segura; simplemente se culparía a sí mismo por no haberse quitado de en medio, fuera del alcance del palo. Aun así, ésa sería tu única oportunidad.

Ella cambió su cuerpo de posición, deslizándose más abajo en el sillón, con el estómago hacia fuera, como si la relajación fuera fealdad, como si le estuviera concediendo a él un tipo de intimidad que no requería ni postura ni respeto.

—Eso fue lo primero que noté sobre él —dijo ella—, cuando lo conocí por primera vez: que no tenía miedo. Parecía como si estuviera seguro de que no había nada que ninguno de nosotros pudiéramos hacerle, tan seguro que ni siquiera sabía cuál era el problema o la naturaleza de lo que sentía.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que lo viste?

—Hace tres meses que no lo veo, desde..., desde el Certificado de Regalo...

—Yo lo vi en una reunión industrial hace dos semanas. Todavía tiene esa apariencia..., aunque ahora más aún. *Ahora* se comporta como si lo supiera. —Añadió—: *Has* fracasado, Lillian.

Ella no respondió. Se apartó el sombrero de la cabeza con el dorso de la mano; el sombrero rodó hasta la alfombra, con su pluma curvada formando un signo de interrogación.

—Recuerdo la primera vez que vi su fundición —dijo—. ¡*Su* fundición! No te puedes imaginar lo que él sentía por ella. No te imaginas el tipo de arrogancia intelectual que se necesita para sentir como si cualquier cosa que le perteneciera, cualquier cosa que tocara, se convirtiera en sagrada al tocarla. ¡*Su* fundición, *su* metal, *su* dinero, *su* cama, *su* esposa! —Ella lo miró, con un pequeño parpadeo perforando el letárgico vacío de sus ojos—. Él nunca notó tu existencia. Sí que notó la mía. Todavía soy la señora Rearden..., al menos por un mes más.

—Sí —dijo él, mirándola con un repentino y nuevo interés.

—¡La señora Rearden! —se rio entre dientes—. No te imaginas lo que eso significaba para él. Ningún señor feudal sintió ni exigió jamás tal reverencia por el título de *su* esposa..., o lo consideró como tal símbolo de honor. ¡De su honor inflexible, intocable, inviolable, inoxidable! —Ella

agitó su mano haciendo un vago movimiento, indicando la longitud de su cuerpo tendido—. ¡La esposa del César! —Se rio entre dientes—. ¿Recuerdas lo que se suponía que ella debía ser? No, supongo que no... Se suponía que ella debería estar por encima de toda deshonra.

Él la estaba mirando fijamente con la mirada ciega y pesada de un odio impotente..., un odio del cual ella era el repentino símbolo, no el objeto.

—No le gustó cuando su metal fue arrojado al uso común, al uso público, para que cualquiera que pasara lo fabricara, ¿a que no?

—No, no le gustó.

Las palabras de él se estaban enturbiando un poco, como si estuvieran más pesadas por las gotas del licor que había tragado:

—No me digas que nos ayudaste a obtener ese Certificado de Regalo como un favor para mí, y que tú no ganaste nada. Sé por qué lo hiciste.

—Tú lo sabías en aquel momento.

—Claro. Por eso me gustas, Lillian.

Sus ojos no paraban de volver al bajo escote de su vestido. No era la piel suave lo que atraía su mirada, ni el volumen exhibido de sus pechos, sino el fraude del imperdible que se veía dentro del escote.

—Me gustaría verlo destrozado —dijo él—. Me gustaría oírlo gritar de dolor, aunque fuera sólo una vez.

—No lo harás, Jimmy.

—¿Por qué se cree que es mejor que el resto de nosotros..., él y esa hermana mía? —Ella se rio entre dientes.

Él se levantó como si ella lo hubiera abofeteado. Fue al bar y se sirvió otra copa, sin ofrecerse a volver a llenarle el vaso a ella.

Ella estaba hablándole al espacio, mirando más allá de él.

—Se dio cuenta de mi existencia..., aunque yo no puedo tender vías de ferrocarril para él y construir puentes para la gloria de su metal. Yo no puedo construir su fundición..., pero puedo destruirla. No puedo producir su metal..., pero puedo quitárselo. No puedo hacer que los hombres se arrodillen con admiración..., pero puedo hacer que se arrodillen.

—¡Cállate! —gritó él horrorizado, como si ella estuviera acercándose demasiado a ese callejón empañado de niebla que tenía que permanecer invisible.

Ella miró su rostro.

—Vaya cobarde que eres, Jim.

—¿Por qué no te emborrachas? —espetó él, metiéndole su bebida sin terminar en la boca, como queriendo golpearla.

Los dedos de ella se entrecerraron ligeramente alrededor del vaso, y bebió, derramando el licor por su barbilla, su pecho y su vestido.

—¡Oh, demonios, Lillian, qué desastre eres! —dijo él, y, sin molestarse en coger su pañuelo, extendió la mano para limpiar el licor con la palma de la mano. Sus dedos se deslizaron bajo el escote del vestido, cerrándose sobre el seno de ella, su aliento preso en un repentino trago, como si fuera un hipo. Los párpados de él se estaban cerrando, y la boca de ella se hinchó con asco. Cuando él fue a buscar la boca de ella, sus brazos lo abrazaron obedientemente y su boca respondió, pero la respuesta fue sólo una presión, no un beso.

Él levantó la cabeza para mirarla a la cara. Los dientes de ella estaban al descubierto formando una sonrisa, pero ella estaba mirando más allá de él, como burlando a alguna presencia invisible; era una sonrisa sin vida pero llena de malicia, como la sonrisa de un cráneo sin carne.

Él le dio un tirón para atraerla, para sofocar la visión de su propio estremecimiento. Las manos de él estaban realizando de forma automática los movimientos más íntimos..., y ella se dejó, pero de una forma que le hizo sentir a él como si los latidos de ella al tocar sus arterias fuesen risitas burlonas. Ambos estaban ejecutando la rutina que se esperaba de ellos, una rutina inventada por alguien e impuesta sobre ellos, ejecutándola como burla, como odio, como una deshonrosa parodia dirigida a sus inventores.

Él sintió una furia ciega y despreocupada, en parte horror y en parte placer: el horror de cometer un acto que nunca se atrevería a confesarle a nadie, y el placer de cometerlo en un blasfemo desafío contra aquellos a quienes no se atrevería a confesarlo. ¡Estaba siendo él mismo...!, parecía gritarle la única parte consciente de su rabia..., ¡estaba siendo, por fin, él mismo!

No se hablaron. Cada uno sabía el motivo del otro. Sólo dos palabras fueron pronunciadas entre ellos:

—*Señora Rearden* —dijo él.

No se miraron el uno al otro cuando él la metió de un empujón en su habitación y en la cama, cayendo contra su cuerpo, con la expresión de camaradas de culpa, la expresión furtiva y lasciva de niños profanando la

cerca limpia de alguien al hacer rayajos de tiza con arañazos maliciosos que intentan ser símbolos de obscenidad.

Después, a él no le decepcionó que lo que había poseído fuese un cuerpo inanimado sin resistencia ni respuesta. No era una mujer lo que él había querido poseer. No era un acto de celebración de la vida lo que él había querido realizar, sino un acto de celebración del triunfo de la impotencia.

Cherryl giró la llave de la puerta y entró deslizándose en silencio, casi a escondidas, como si esperara no ser vista ni ver el lugar que era su casa. La sensación de la presencia de Dagny —del mundo de Dagny— la había sustentado en su camino de vuelta, pero al entrar en su propia casa, las paredes parecieron volver a sumirla en la asfixia de una trampa.

El apartamento estaba en silencio; una cuña de luz atravesaba la antesala desde una puerta que estaba medio abierta. Ella se arrastró mecánicamente en dirección a su habitación. Entonces se detuvo.

La banda de luz provenía de la puerta abierta del estudio de Jim, y en la franja iluminada de su alfombra vio un sombrero de mujer con una pluma agitándose levemente en una corriente de aire.

Dio un paso adelante. La sala estaba vacía; ella vio dos vasos, uno sobre una mesa, el otro en el suelo, y un bolso de mujer en el asiento de un sillón. Se quedó de pie, estupefacta y sin reaccionar, hasta que oyó el sordo murmullo de dos voces detrás de la puerta de la habitación de Jim; ella no podía distinguir las palabras, sólo la calidad de los sonidos; la voz de Jim tenía un tono de irritación; la de la mujer..., de desprecio.

Luego se encontró en su propia habitación, luchando frenéticamente por cerrar la puerta con llave. Ella había sido arrojada allí por el ciego pánico de la huida, como si fuese ella quien tuviera que esconderse, como si fuese ella quien tuviese que huir de la fealdad de ser vista en el acto de verlos, un pánico hecho de asco, de pena, de vergüenza, de esa castidad mental que retrocede al tener que confrontar a un hombre con la prueba irrefutable de su maldad.

Se quedó de pie en medio de su habitación, incapaz de comprender qué acción era ahora posible para ella. Entonces, sus rodillas cedieron, doblándose suavemente, se encontró sentada en el suelo y se quedó allí,

mirando la alfombra, temblando.

Lo que sintió no era ni cólera ni celos ni indignación, sino el horror vacío de tratar con algo grotesco y sin sentido. Era el conocimiento de que ni el matrimonio de ellos, ni el amor de él por ella, ni su insistencia en retenerla, ni su amor por esa otra mujer, ni ese adulterio injustificado tenían ningún significado en absoluto, que no había nada de sentido en nada de ello y que no valía la pena devanarse los sesos buscando explicaciones. Ella siempre había pensado que la maldad tenía algún objetivo, que era un medio para algún fin; lo que estaba viendo ahora era simplemente la maldad por la maldad.

Ella no sabía cuánto tiempo había estado sentada allí cuando oyó sus pasos, sus voces y luego el sonido de la puerta principal cerrándose. Se levantó, sin ningún propósito en mente, pero impulsada por algún antiguo instinto, como si actuara en un vacío donde la honestidad ya no era relevante, pero sin conocer ella ninguna otra forma de actuar.

Se encontró con Jim en la antesala. Durante un momento, se miraron entre ellos como si ninguno de los dos pudiera creer la realidad del otro.

—¿Cuándo has vuelto *tú*? —dijo él bruscamente—. ¿Cuánto tiempo has estado en casa?

—No lo sé...

Él la estaba mirando a la cara.

—¿Qué pasa contigo?

—Jim, yo... —Ella se esforzó, desistió y agitó la mano hacia la habitación de él—. Jim, lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Has estado ahí..., con una mujer.

Su primera acción fue empujarla a su estudio y dar un portazo, como para esconderlos a los dos; él ya no podía decir esconderlos de quién. Una furia no admitida estaba hirviendo en su mente, luchando entre escapar y explotar, y acabó explotando, convirtiéndose en la sensación de que esa pequeña y despreciable esposa suya le estaba privando de su triunfo, de que él no le iba a ceder a ella su nuevo disfrute.

—¡Claro! —gritó—. ¿Y qué? ¿Qué vas a hacer al respecto?

Ella lo miró con la mirada vacía.

—¡Claro! —continuó él—. ¡He estado ahí con una mujer! ¡Eso es lo que he hecho, porque eso es lo que me ha dado la gana hacer! ¿Crees que me vas a asustar con tus jadeos, con tus miradas, con tu lloriqueante virtud? —Él chasqueó los dedos—. ¡*Eso* es por tu opinión! ¡Me importa mil pares de narices tu opinión! ¡Encájalo, y que te guste! —Fue su rostro blanco e indefenso lo que lo impulsó, llevándolo a un estado de placer, el placer de sentir como si sus palabras fueran golpes que desfiguraban un rostro humano—. ¿Crees que vas a hacer que me esconda? ¡Estoy harto de tener que fingir para tu virtuosa satisfacción! ¿Quién demonios eres tú, *tú*, pequeña y barata doña nadie? Haré lo que me dé la gana, y tú mantendrás la boca cerrada y harás lo que tengas que hacer en público, como hace todo el mundo, y dejarás de exigir cómo quieres que yo actúe en mi propia casa. Nadie es virtuoso en su propia casa, ¡ese espectáculo es sólo para los de fuera...!, pero si esperas que lo diga en serio, ¡*en serio*, tú, maldita imbécil!, ¡más te vale crecer, pero ya!

No era la cara de ella lo que él estaba viendo, era el rostro del hombre al que habría querido arrojarle su acción de esa noche y nunca podría hacerlo..., pero ella siempre había sido la adoradora, la defensora, la agente de ese hombre a los ojos de él, de Jim, y él se había casado con ella por eso, para que ella pudiera servir para ese propósito ahora, y gritó:

—¿Sabes quién ha sido la mujer a la que me he tirado? Ha sido...

—¡No! —gritó ella—. ¡Jim! ¡No tengo que saberlo!

—¡Ha sido la señora Rearden! ¡La esposa de Hank Rearden!

Ella dio un paso atrás. Sintió un breve destello de terror, porque ella lo estaba mirando como si estuviera viendo aquello que debía permanecer sin ser admitido a él mismo. Ella preguntó, con una voz muerta que tenía el incongruente sonido del sentido común:

—¿He de suponer que ahora querrás que nos divorciemos?

Él se echó a reír.

—¡Maldita estúpida! ¡Y lo sigues diciendo en serio! ¡Lo sigues queriendo grande y puro! No pensaría en divorciarme de ti, ¡y no te imagines que dejaré que tú te divorcies! ¿Crees que es tan importante como para eso? Escucha, imbécil, no hay ni un marido que no se acueste con otras mujeres y no hay ni una mujer que no lo sepa, pero ¡ellos no hablan de eso! Voy a tirarme a quien me dé la gana, y tú ve y haz lo mismo, como todas esas zorras, ¡y mantén la boca cerrada!

Él vio la repentina y sorprendente visión de una mirada dura, límpida, insensible, casi inhumana en los ojos de ella.

—Jim, si yo fuera del tipo que hace eso o que lo haría, no te habrías casado conmigo.

—No. No lo habría hecho.

—¿Por qué te casaste conmigo?

Él se sintió atraído como por un remolino, en parte aliviado por el hecho de que el momento de peligro había pasado, en parte por un irresistible desafío al mismo peligro.

—¡Porque eras una golfilla barata, indefensa y ridícula, que nunca tendría una oportunidad para nada que me igualara! ¡Porque pensé que me querías! ¡Pensé que sabrías que tenías que quererme!

—¿Tal cual eres?

—¡Sin atreverte a preguntar lo que soy! ¡Sin razones! ¡Sin ponerme en evidencia de tener que estar siempre a la altura de una razón tras otra y tras otra, como si yo estuviera en algún maldito desfile de modelos hasta el final de mis días!

—Me querías, ¿porque yo no valía nada?

—Bueno, ¿y qué creías tú que eras?

—¿Me querías por ser una desgraciada?

—¿Y qué más tenías que ofrecer? Pero no tuviste la humildad para apreciarlo. Yo quise ser generoso, quise darte seguridad, ¿qué seguridad hay en ser querido por las virtudes de uno? La competencia está totalmente abierta, como un mercado en la jungla, ¡siempre vendrá una persona mejor y te ganará! Pero yo..., yo estaba dispuesto a quererte por tus fallos, por tus defectos y tus debilidades, por tu ignorancia, por tu crudeza, por tu vulgaridad..., y eso es seguro, no tendrías nada que temer, nada que ocultar, podrías ser tú misma..., tu verdadero y apestoso, pecaminoso y feo «ego»..., el «ego» de todo el mundo es una cloaca, pero tú podrías sostener mi amor, ¡sin exigirte nada a cambio!

—¿Tú querías que yo... aceptara tu amor... como limosna?

—¿Te imaginaste que podrías *ganártelo*? ¿Imaginaste que podrías merecer casarte conmigo, pobre vagabunda? ¡Solía comprar varias como tú por el precio de una comida! ¡Yo quería que supieras, con cada paso que

dabas, con cada bocado de caviar que tragabas, que me lo debías todo *a mí*, que tú no tenías nada y que no eras nada y que nunca podrías esperar igualarlo, merecerlo o devolverlo!

—Yo... intenté... merecerlo.

—¿De qué me servirías tú, si lo hubieras hecho?

—¿No querías que lo hiciera?

—¡Oh, maldita estúpida!

—¿Tú no querías que yo mejorara? ¿No querías que creciera? ¿Pensabas que yo era una desgraciada y querías que siguiera siendo una desgraciada?

—¿De qué me servirías, si tú te lo ganaras todo y yo tuviera que trabajar para retenerte, y si tú pudieras comerciar en alguna otra parte si quisieras?

—¿Tú querías que fuera limosna, de ambos y para ambos? ¿Querías que fuéramos dos mendigos encadenados el uno al otro?

—¡Sí, maldita evangelista! ¡Sí, maldita adoradora de héroes! ¡Sí!

—¿Me elegiste porque yo no valía nada?

—¡Sí!

—Estás mintiendo, Jim.

La respuesta de él fue sólo una mirada sorprendida de asombro.

—Esas chicas que tú solías comprar por el precio de una comida, ellas se habrían alegrado de dejar que sus verdaderos egos se convirtieran en una cloaca, ellas habrían cogido tus limosnas y nunca habrían intentado superarse, pero tú no quisiste casarte con ninguna de ellas. Te casaste conmigo, porque sabías que yo no aceptaba la cloaca, ni por dentro ni por fuera, que yo estaba luchando por levantarme y que seguiría luchando, ¿a que sí?

—¡Sí! —gritó él.

Entonces el faro que ella había percibido acercándose a toda prisa hacia ella golpeó su objetivo..., y ella gritó ante la brillante explosión del impacto..., gritó de terror físico, alejándose de Jim.

—¿Qué te pasa? —gritó él, temblando, sin atreverse a ver en los ojos de ella lo que ella había visto.

Ella movió las manos como en gestos a tientas, medio apartando a un lado esa cosa, medio tratando de entenderla; cuando respondió, sus palabras no la nombraron del todo, pero fueron las únicas palabras que ella pudo

encontrar:

—Tú... eres un asesino... que matas por matar...

Era demasiado cercano a lo innombrable; temblando de terror, él alzó el brazo a ciegas y la golpeó en la cara.

Ella cayó contra el lado de un sillón, su cabeza golpeó el suelo, pero levantó la cabeza un momento después y lo miró a él con la mirada perdida, sin sorprenderse, como si la realidad física estuviera simplemente adquiriendo la forma que ella había esperado. Una única gota de sangre en forma de pera fue deslizándose lentamente por la comisura de su boca.

Él se quedó de pie, inmóvil..., y por un momento se quedaron mirándose, como si ninguno de los dos se atreviera a moverse.

Ella se movió primero. Se puso en pie de un salto..., y corrió. Salió corriendo de la habitación, salió del piso; él la oyó correr por el pasillo, abriendo la puerta de hierro de la escalera de emergencia, sin esperar a llamar al ascensor.

Corrió por la escalera, abriendo puertas de rellanos al azar, corriendo por los retorcidos pasillos del edificio, y luego escalera abajo de nuevo, hasta que se encontró en el vestíbulo y salió corriendo a la calle.

Después de un rato, vio que estaba andando por una acera llena de basura en un vecindario oscuro, con una bombilla eléctrica en la cueva de una entrada de metro y un cartel iluminado anunciando galletas encima del tejado negro de una lavandería. No se acordaba de cómo había llegado allí. Su mente parecía funcionar a borbotones rotos, sin conexiones. Sólo sabía que tenía que escapar, y que escapar era imposible.

Tenía que escapar de Jim, pensó. ¿Adónde?, se preguntó, mirando a su alrededor con una mirada que era como un grito y un rezo. Ella se habría aferrado a un empleo en un bazar, o en esa lavandería, o en cualquiera de las deprimentes tiendas por las que pasaba. Pero trabajaría, pensó, y, cuanto más trabajara, más malevolencia sacaría de la gente que la rodeaba, y no sabría cuándo se esperaría la verdad de ella y cuándo la mentira, pero, cuanto más estricta fuese su honestidad, mayor sería el fraude que se le pediría que sufriera a manos de ellos. Ella había visto eso antes y lo había sufrido, en casa de su familia, en las tiendas de los barrios bajos, pero había pensado que ésas eran crueles excepciones, maldades del azar, de las que había que escapar y olvidarse. Ahora sabía que no eran excepciones, que el de ellos era el código aceptado por el mundo, que era un credo de vida,

conocido por todos, pero que seguía sin nombrar, que la miraba lascivamente desde los ojos de la gente con esa expresión taimada y culpable que ella nunca había sido capaz de entender..., y en la raíz del credo de ellos, escondida por el silencio, esperándola en los sótanos de la ciudad y en los sótanos de sus almas, había una cosa con la que uno no podía vivir.

«¿Por qué me haces eso a mí?», gritó silenciosamente a la oscuridad que la rodeaba. «Porque eres buena», alguna enorme risa parecía estar respondiendo desde los tejados y desde las alcantarillas. «Entonces no querré ser buena más...» «Pero seguirás siéndolo...» «No tengo que hacerlo...» «Lo harás...» «No puedo soportarlo...» «Lo soportarás.»

Se estremeció y caminó más rápido; pero, delante de ella, en la brumosa distancia, vio el calendario sobre los tejados de la ciudad; ya era bastante más de medianoche y el calendario decía: 6 de agosto; pero a ella le pareció de repente que vio «2 de septiembre» escrito sobre la ciudad con letras de sangre..., y pensó que, si ella trabajara, si luchara, si se levantara, recibiría una paliza más fuerte con cada paso de su ascenso, hasta que, al final, consiguiese lo que consiguiese, fuese una empresa de cobre o una casa de campo sin hipoteca, la vería confiscada algún 2 de septiembre y la vería esfumarse para pagar las fiestas en las que Jim hacía los tratos con sus amigos.

«¡Entonces, no lo haré!», gritó, se dio la vuelta y fue corriendo por la calle, pero a ella le pareció que, en el cielo negro, haciéndole muecas desde el vapor de la lavandería, había una enorme figura que no tenía forma alguna, pero su mueca seguía siendo la misma en todas sus caras cambiantes, y su cara era la de Jim y la del predicador de su infancia y la de la trabajadora social del departamento de personal del bazar..., y la mueca parecía decirle: «La gente como tú siempre seguirá siendo honesta, la gente como tú siempre se esforzará por levantarse, la gente como tú siempre trabajará, así que nosotros estamos seguros, y tú no tienes otra opción».

Ella corrió. Cuando miró a su alrededor una vez más, estaba caminando por una calle tranquila, pasando delante de puertas de vidrio donde había luces encendidas en los vestíbulos alfombrados de lujosos edificios. Se dio cuenta de que estaba cojeando, y vio que el tacón de su zapato estaba suelto; se le había roto en algún lugar mientras corría alocadamente.

Desde el espacio repentino de una ancha intersección, miró los grandes rascacielos en la distancia. Estaban desapareciendo silenciosamente en un velo de niebla, con el débil aliento de un resplandor detrás de ellos, con unas pocas luces como sonrisa de despedida. Un tiempo atrás, ellos habían sido una promesa, y desde el centro de la estancada indolencia que la rodeaba, ella los había considerado como una prueba de que existía otro tipo de hombres. Ahora sabía que esos rascacielos eran lápidas sepulcrales, obeliscos delgados alzándose en memoria de los hombres que habían sido destruidos por haberlos creado, que eran la forma congelada del grito silencioso gritando que la recompensa del logro era el martirio.

En algún lugar en una de esas torres que estaban desapareciendo, pensó, estaba Dagny..., pero Dagny era una víctima solitaria peleando una batalla perdida, una víctima que sería destruida y se hundiría en la niebla como los demás.

No hay ningún sitio adonde ir, pensó, y siguió dando tumbos... No puedo quedarme quieta, ni puedo moverme por mucho más tiempo... No puedo ni trabajar... ni descansar. No puedo ni rendirme ni luchar..., pero eso..., *eso* es lo que quieren de mí, *ahí* es donde me quieren: ni viva ni muerta, ni pensando ni enloqueciendo, sino siendo sólo un pedazo de pulpa que grita de miedo, para ser moldeada por ellos como les plazca, ellos, que no tienen una forma suya propia.

Se sumergió en la oscuridad detrás de una esquina, encogiéndose de miedo ante cualquier figura humana. No, pensó, no son malas, no todas las personas..., ellas son sólo sus propias primeras víctimas, pero todas ellas aceptan el credo de Jim, y yo no puedo lidiar con ellas ahora que lo sé..., y si les hablara, tratarían de concederme su buena voluntad, pero yo sabría qué es lo que ellos consideran lo bueno, y vería a la muerte mirando a través de sus ojos.

La acera se había reducido a una franja rota, y salpicaduras de basura se extendían sobre latas de conserva en las escalinatas de las casas medio desmoronadas. Más allá del brillo polvoriento de una taberna, ella vio un letrero iluminado que decía CLUB DE DESCANSO PARA MUJERES JÓVENES, encima de una puerta cerrada con llave.

Ella conocía las instituciones de ese tipo y a las mujeres que las dirigían, las mujeres que decían que su tarea era la de ayudar a los que sufrían. Si ella entrara, pensó, pasando por delante a trompicones, si los

encarara y les pidiera ayuda, le preguntarían: «¿Cuál es tu culpa?», «¿bebida?, ¿drogas?, ¿embarazo?, ¿hurtos?». Ella contestaría: «No tengo ninguna culpa, soy inocente, pero estoy...». «Lo siento. No nos importa en absoluto el dolor de los inocentes.»

Ella corrió. Se paró un momento, recuperando su visión, en la esquina de una calle larga y ancha. Los edificios y las aceras se fusionaban con el cielo, y dos líneas de luces verdes colgaban en el espacio abierto, alejándose en una distancia sin fin, como si se extendieran a otros pueblos y a otros océanos y a tierras extranjeras, para rodear la Tierra. El verde resplandor tenía un aspecto de serenidad, como un camino atrayente e ilimitado abierto para un viaje seguro. Entonces, las luces cambiaron a rojo, cayendo pesadamente hacia abajo, pasando de círculos nítidos a manchas de niebla, a una advertencia de un peligro ilimitado. Se quedó de pie, y vio pasar un camión gigante, con sus enormes ruedas aplastando una capa más del brillante esmalte en los ya aplastados adoquines de la calle.

Las luces volvieron al verde de la seguridad..., pero ella se quedó allí de pie temblando, incapaz de moverse. Así es como funciona para el viaje del cuerpo de uno, pensó, pero ¿qué han hecho con el tráfico del alma? Han puesto las señales a la inversa..., y el camino es seguro cuando las luces son el rojo de la maldad..., pero cuando las luces son el verde de la virtud, prometiendo que tuya es la prioridad, das un paso hacia delante y te aplastan las ruedas. Por todo el mundo, pensó ella, esas luces invertidas van penetrando en todos sitios, y siguen, rodeando la Tierra. Y la Tierra está repleta de lisiados mutilados, que no saben qué les ha pasado o por qué, y van arrastrándose lo mejor que pueden sobre sus miembros destrozados a lo largo de sus días con falta de luz, sin ninguna respuesta excepto que el dolor es el núcleo de la existencia..., y los policías de tráfico de la moralidad van riéndose y diciéndoles que el hombre, por su naturaleza, es incapaz de andar.

Ésas no eran palabras en su mente, eran las palabras que ella habría nombrado si hubiera tenido el poder de encontrarlas, eran palabras que sabía sólo como una repentina furia que la hizo golpear sus puños con un inútil horror contra el poste de hierro del semáforo a su lado, contra el tubo hueco donde la risa ronca y oxidada de un mecanismo implacable seguía rechinando sin parar.

Ella no podía destruirlo con sus puños, no podía derribar uno a uno todos los postes de la calle que se extendían más allá de la vista..., igual que no podía destruir y arrancar ese credo de las almas de los hombres que se encontrara, uno por uno. Ella ya no podía tratar con las personas, no podía tomar los caminos que ellos habían tomado..., pero ¿qué podría ella decirles que no tenía palabras para nombrar lo que sabía y que no tenía voz alguna que la gente fuese a escuchar? ¿Qué podría ella decirles? ¿Cómo podría llegar a todos ellos? ¿Dónde estaban los hombres que podrían haber hablado?

Ésas no eran palabras en su mente, eran sólo los golpes de sus puños contra el metal..., y entonces se vio a sí misma repentinamente golpeando sus nudillos hasta hacerse sangre contra un poste inamovible, y esa visión la hizo estremecerse, y se alejó tambaleándose. Continuó, sin ver nada a su alrededor, sintiéndose atrapada en un laberinto sin salida.

Sin salida..., estaban diciendo los jirones de su consciencia, golpeando en las aceras con el sonido de sus pasos..., sin salida..., sin refugio..., sin señales, sin forma de distinguir la destrucción de la seguridad ni un enemigo de un amigo. Igual que ese perro del que ella había oído hablar, el perro de alguien en el laboratorio de alguien, el perro al que le cambiaron los estímulos que recibía y no tuvo entonces cómo distinguir satisfacción de tortura, que vio cómo la comida se transformaba en palizas, y las palizas, en comida, que vio cómo sus ojos y sus oídos le engañaban, y cómo su juicio se hizo inútil y su consciencia impotente en un mundo cambiante, vertiginoso, sin forma..., y que se rindió, negándose a comer a ese precio o a vivir en un mundo de ese tipo. ¡No! Era la única palabra consciente en su cerebro. ¡No!, !no!, ¡no!, no a vuestra manera, no a vuestro mundo, ¡aunque ese «no» sea lo único que quede del mío!

Fue en la hora más oscura de la noche, en un callejón entre muelles y almacenes, cuando la trabajadora social la vio. La trabajadora social era una mujer cuya cara gris y abrigo gris se mezclaban con las paredes del distrito. Vio a una chica joven con un traje demasiado elegante y costoso para ese vecindario, sin sombrero ni bolso, con un tacón roto, el pelo despeinado y un moratón en la comisura de la boca, una chica tambaleándose a ciegas, sin poder distinguir aceras de calzadas. La calle era sólo una grieta estrecha entre las paredes escarpadas y vacías de las estructuras de almacenamiento,

pero un rayo de luz cayó a través de una niebla húmeda con olor a agua putrefacta; un parapeto de piedra cerraba la calle al borde de un vasto agujero negro que fundía el río con el cielo.

La trabajadora social se acercó a ella, y le preguntó severamente:

—¿Tienes algún problema? —Y vio un ojo cauteloso, el otro ocultado por un mechón de pelo, y la cara de una criatura salvaje que ha olvidado el sonido de voces humanas, pero que escucha como si le hablara un eco distante, con sospecha y, sin embargo, casi con esperanza.

La trabajadora social la cogió por el brazo.

—Es una vergüenza llegar a este estado: si vosotras, las chicas de alta sociedad, tuvierais algo que hacer aparte de satisfacer vuestros deseos y perseguir placeres, no estarías vagando, borracha como una cuba, a estas horas de la noche; si dejarais de vivir para vuestro propio disfrute, si dejarais de pensar en vosotras mismas y encontraseis alguna forma más alta de...

Entonces, la muchacha gritó..., y su grito fue rebotando en las paredes lisas de la calle como en una cámara de tortura, su grito animal de terror. Se soltó el brazo de un tirón y dio un salto atrás; luego, gritó con sonidos inarticulados:

—¡No! ¡No! ¡No vuestro tipo de mundo!

Y entonces corrió, corrió con la repentina propulsión de una explosión de poder, el impulso de una criatura corriendo por su vida; corrió por la calle que terminaba en el río, y en una sola racha de velocidad, sin pausa, sin ningún momento de duda, con plena consciencia de estar actuando para su autopreservación, siguió corriendo hasta donde el parapeto le impedía el paso, y, sin detenerse, pasó por encima de él hacia el vacío.

## Capítulo V

## Los guardianes de sus hermanos

En la mañana del 2 de septiembre, en California, un cable de cobre se rompió entre dos postes telefónicos junto a la vía de la línea del Pacífico de Taggart Transcontinental.

Había estado cayendo una lluvia lenta y fina desde medianoche, y no había habido amanecer, sólo una luz gris filtrándose a través de un cielo empapado..., y las brillantes gotas de lluvia que colgaban de los cables telefónicos habían sido las únicas chispas que brillaban contra la textura caliza de las nubes, la plúmbea del océano y la acerada de las torres de perforación de petróleo que descendían como postes solitarios por una ladera desolada. Los cables habían sido desgastados por más lluvias y más años de los que habían sido destinados a aguantar; uno de ellos había estado hundiéndose bajo la frágil carga de gotas de lluvia durante las horas de esa mañana; entonces, una última gota había crecido en la curva del cable y se había quedado colgada, como una perla de cristal, acumulando el peso de muchos segundos; la perla y el cable habían cedido juntos y, tan silenciosos como el caer de lágrimas, el cable se había roto y había caído junto con la perla.

Los hombres en la sede central de Taggart Transcontinental evitaron mirarse unos a otros cuando el corte de la línea telefónica fue descubierto y reportado. Hicieron declaraciones esforzadamente mal calculadas para que parecieran referirse al problema, pero para que no declararan nada, aunque ninguno de ellos consiguiera engañar a los demás. Ellos sabían que el cable de cobre era un producto que estaba desapareciendo, y que era más precioso que el oro o el honor; sabían que el jefe de almacén de la división había vendido su inventario de cables hacía varias semanas a comerciantes desconocidos que iban allí de noche y que no eran hombres de negocios durante el día, sino sólo hombres que tenían amigos en Sacramento y en Washington; el jefe de almacén, que había sido recientemente asignado a la

división, también tenía un amigo en Nueva York, llamado Cuffy Meigs, sobre el cual nadie hacía preguntas. Ellos sabían que el hombre que ahora asumiera la responsabilidad de ordenar las reparaciones y que iniciara la acción que llevara al descubrimiento de que las reparaciones no se podían realizar incurriría en represalias de enemigos desconocidos, que sus compañeros de trabajo se volverían misteriosamente silenciosos y no declararían como testigos a su favor, que él no podría probar nada, y que, si intentara hacer su trabajo, ese trabajo dejaría de ser suyo. No tenían cómo saber qué era seguro y qué era peligroso esos días, cuando los culpables no eran castigados, pero los acusadores sí; y, como si fueran animales, sabían que la inmovilidad era su única protección cuando tenían dudas y estaban en peligro. Permanecieron inmóviles; hablaron sobre el procedimiento apropiado para enviar informes a las autoridades correspondientes en las fechas apropiadas.

Un joven jefe de tráfico salió de la sala y del edificio de la sede principal hasta la seguridad de una cabina telefónica en una tienda y, por su cuenta y riesgo, saltándose todo un continente y toda la legión de ejecutivos intermedios por los que tendría que pasar, llamó a Dagny Taggart en Nueva York.

Ella recibió la llamada en la oficina de su hermano, interrumpiendo una reunión de emergencia. El joven jefe de tráfico le dijo sólo que la línea telefónica estaba rota y que no había cable para repararla; no dijo nada más, y no explicó por qué había considerado necesario llamarla a ella en persona. Ella no lo cuestionó; ella entendió.

—Gracias —fue lo único que Dagny respondió.

En su oficina, un archivo de emergencia mantenía un registro de todos los materiales esenciales que aún estaban disponibles en cada División de Taggart Transcontinental. Como el archivo de un proceso de quiebra, aquel archivo de emergencia seguía registrando pérdidas, mientras que las raras adiciones de nuevos suministros parecían las risas perversas de un torturador arrojándole migajas a un continente hambriento. Ella buscó en el archivo, lo cerró, suspiró y dijo:

—Montana, Eddie. Llama a la línea de Montana para que envíe la mitad de sus existencias de cable a California. Montana podría aguantar sin él... una semana más. —Y, como Eddie Willers estaba a punto de protestar,

ella añadió—: Petróleo, Eddie. California es uno de los últimos productores de petróleo que quedan en el país. No podemos arriesgarnos a perder la línea del Pacífico.

Luego, ella volvió a la reunión en la oficina de su hermano.

—¿Cable de cobre? —dijo James Taggart, con una extraña mirada que pasó de la cara de ella a la ciudad al otro lado de la ventana—. Dentro de un rato no tendremos ningún problema con el cobre.

—¿Por qué? —preguntó ella, pero él no respondió.

No había nada especial que ver más allá de la ventana, sólo el cielo despejado de un día soleado, la luz tranquila de la tarde en los tejados de la ciudad y, sobre ellos, la página del calendario, diciendo: 2 de septiembre.

Ella no sabía por qué él había insistido en tener esa reunión en su propia oficina, por qué había insistido en hablar a solas con ella, cosa que él siempre había tratado de evitar, o por qué no dejaba de mirar su reloj de pulsera.

—Las cosas, me parece a mí, están yendo mal —dijo él—. Hay que hacer algo. Parece que existe un estado de trastorno y de confusión que lleva a una política descoordinada y desequilibrada. Lo que quiero decir es que hay una tremenda demanda nacional de transporte, y que, a pesar de eso, estamos perdiendo dinero. Me parece a mí...

Ella estaba sentada contemplando el ancestral mapa de Taggart Transcontinental en la pared de la oficina, mirando las arterias rojas que serpenteaban en un continente amarillento. Hubo una época en la que el ferrocarril era conocido como el sistema circulatorio de la nación, y el flujo de trenes había sido como un circuito viviente de sangre, llevando crecimiento y riqueza a todos los rincones de tierras infértiles por los que pasaba. Ahora, seguía siendo como un flujo de sangre, pero era como el flujo en una sola dirección que sale de una herida, drenando lo último que le queda a un cuerpo de sustento y de vida. Tráfico unidireccional, pensó ella con indiferencia, tráfico de consumidores.

Allí estaba el tren número 193, pensó. Seis semanas atrás, el tren número 193 había sido enviado con una carga de acero, pero no a Faulkton, Nebraska —donde la Spencer Machine Tool Company, la mejor empresa de máquina herramienta que aún existía, había estado inactiva durante dos semanas, esperando el envío—, sino a Sand Creek, Illinois, donde la Confederated Machines había estado nadando en deudas durante más de un

año, produciendo bienes no confiables en plazos impredecibles. El acero había sido asignado por una directiva que explicó que la Spencer Machine Tool Company era una empresa rica, capaz de esperar, mientras que la Confederated Machines estaba en bancarrota y no podía permitirse que se hundiera, siendo la única fuente de sustento de la comunidad de Sand Creek. La Spencer Machine Tool Company había cerrado un mes atrás. La Confederated Machines había cerrado dos semanas después.

La gente de Sand Creek, Illinois, había sido incluida en un programa de ayuda nacional, pero no había sido posible encontrar comida para ellos en los graneros vacíos de la nación en medio de la frenética urgencia del momento..., así que el grano destinado a semillas de los granjeros de Nebraska había sido incautado por orden de la Junta de Unificación, y el tren número 194 había transportado la cosecha sin sembrar y el futuro de la gente de Nebraska para que fueran consumidos por la gente de Illinois.

«En esta época iluminada», había dicho Eugene Lawson en una emisión de radio, «hemos llegado, por fin, a darnos cuenta de que cada uno de nosotros es el guardián de su hermano».

—En un período de emergencia precario, como el actual —estaba diciendo James Taggart, mientras ella miraba el mapa—, es peligroso que nos veamos obligados a retrasar pagos diarios y a acumular atrasos salariales en algunas de nuestras divisiones, lo cual es una condición temporal, por supuesto, pero...

Ella se rio entre dientes:

—El Plan de Unificación Ferroviaria no está funcionando, ¿a que no, Jim?

—¿Cómo dices?

—Vas a recibir una buena tajada de los ingresos brutos de la Atlantic Southern, que salen del fondo común a finales de año..., sólo que ya no habrá ningún ingreso bruto que el fondo pueda captar, ¿verdad?

—¡Eso no es cierto! Es sólo que los banqueros están saboteando el plan. Esos cabrones..., que solían darnos préstamos en los viejos tiempos, sin ningún tipo de aval excepto nuestro propio ferrocarril, se niegan ahora a permitirme tener unos cochinos cientos de miles, a corto plazo, sólo para hacer frente a unas cuantas nóminas, ¡cuando yo tengo toda la planta de todos los ferrocarriles del país que ofrecerles como garantía para mi préstamo!

Ella se rio por lo bajo.

—¡No pudimos evitarlo! —gritó él—. ¡No es culpa del plan que algunas personas se nieguen a llevar su justa parte de nuestras cargas!

—Jim, ¿es eso lo único que querías decirme? En ese caso, me voy. Tengo trabajo que hacer.

Los ojos de él se dispararon a su reloj de pulsera.

—¡No, no, eso no es todo! Es muy urgente que discutamos la situación y lleguemos a una decisión, que...

Ella escuchó con la mirada vacía la siguiente sarta de generalidades, preguntándose cuál sería su propósito. Él estaba intentando ganar tiempo, pero a la vez no lo estaba, no del todo; ella estaba segura de que él la estaba reteniendo allí con algún fin concreto y, a la vez, que la estaba reteniendo por el mero hecho de tenerla presente.

Era un rasgo nuevo en él, que ella había empezado a notar desde la muerte de Cherryl. Él había llegado corriendo a buscarla, sin avisar, a su apartamento, la noche del día en que encontraron el cadáver de Cherryl y la historia de su suicidio invadió los periódicos, contada por una trabajadora social que lo había presenciado; «un suicidio inexplicable», lo habían llamado los periódicos, incapaces de descubrir ningún motivo.

—¡No fue culpa mía! —le había gritado él, como si ella fuera la única jueza a quien él tenía que aplacar—. ¡No puedo ser culpado por eso! ¡No pueden culparme! —Él había temblado de terror; sin embargo, ella había captado unas cuantas miradas dirigidas astutamente a su cara, que le habían parecido, inconcebiblemente, transmitir una cierta nota de triunfo.

—Lárgate de aquí, Jim —fue lo único que ella le había dicho.

Él nunca había vuelto a hablarle de Cherryl, pero había empezado a acudir a su oficina más a menudo que de costumbre, la había detenido en los pasillos para tener conversaciones inútiles, y esos momentos se habían convertido en una suma que le daba a ella una sensación incomprensible: como si, mientras él se aferraba a ella en busca de apoyo y protección contra un terror sin nombre, sus brazos se estuvieran deslizando para abrazarla y para clavarle un cuchillo en la espalda.

—Estoy deseando conocer tus puntos de vista —estaba diciendo él insistentemente, mientras ella miraba a otro lado—. Es muy urgente que discutamos la situación, y... y tú no has dicho nada. —Ella no se volvió—. No es que no se pueda sacar dinero del negocio del ferrocarril, pero... —

Ella lo miró fijamente; los ojos de él la eludieron—. Lo que quiero decir es..., hay que idear alguna política constructiva —prosiguió a toda prisa—. Algo se tiene que hacer..., y alguien tiene que hacerlo. En épocas de emergencia...

Ella sabía qué pensamiento se había apresurado a evitar él, qué pista le había dado a ella, una pista que él no quería que ella reconociera o discutiera. Ella sabía que los horarios de los trenes ya no era posible mantenerlos, que las promesas no podían cumplirse, que los contratos no podían ser honrados, que los trenes regulares podrían ser cancelados en cualquier momento y transformados en transportes especiales de emergencia enviados por órdenes inexplicables a destinos inesperados..., y que las órdenes provenían de Cuffy Meigs, único juez de las emergencias y del bienestar público. Ella sabía que las fábricas estaban cerrando, unas con su maquinaria parada por falta de suministros que no habían sido recibidos, otras con sus almacenes llenos de mercancías que no podían ser entregadas. Ella sabía que, ahora, las antiguas industrias —los gigantes que habían construido su poder mediante un plan intencionado proyectado a lo largo de un lapso de tiempo— sólo podían existir por el capricho del momento, un momento que esas industrias no podían ni prever ni controlar. Ella sabía que las mejores entre ellas, las de mayor alcance y con la función más compleja, ya habían desaparecido hacía mucho tiempo, y que las que todavía se esforzaban por producir, luchando salvajemente por preservar el código de una época en que la producción había sido posible, ahora estaban insertando en sus contratos una cláusula que era vergonzosa para un descendiente de Nat Taggart: «Si el transporte lo permite».

Y, sin embargo, había hombres —y ella lo sabía— que podían conseguir transporte siempre que querían, como por un secreto místico, como por la gracia de algún poder que uno no debía cuestionar ni explicar. Eran los hombres cuyos tratos con Cuffy Meigs eran considerados por la gente como ese incognoscible credo místico que fulmina al observador por el pecado de mirar; así que la gente mantenía los ojos cerrados, no ya temiendo la ignorancia, sino el conocimiento. Ella sabía que se hacían tratos por los cuales esos hombres vendían una mercancía conocida como «influencia de transporte», un término que todos entendían pero que ninguno de ellos se atrevía a definir. Ella sabía que ésos eran los hombres de los especiales de emergencia, los que podían cancelar los trenes

programados por ella y enviarlos a cualquier punto aleatorio del continente que ellos decidieran justificar con su sello de vudú, el sello que sustituía contratos, propiedades, justicia, razón y vidas, el sello que indicaba que «el bienestar público» requería la salvación inmediata de ese lugar. Ésos eran los hombres que enviaban trenes para ayudar a los Smather Brothers y a su pomelo en Arizona, para ayudar a una fábrica en Florida dedicada a la producción de máquinas de *pin-ball*, para ayudar a una cuadra de caballos en Kentucky, para ayudar a Orren Boyle en la Associated Steel.

Ésos eran los hombres que hacían tratos con industriales desesperados por proporcionar transporte para mercancías detenidas en sus almacenes..., o, si no conseguían reunir el porcentaje exigido, hacían tratos para comprar las mercancías, cuando la fábrica cerraba, en la venta de liquidación por bancarrota, a diez centavos por cada dólar, y para retirar las mercancías rápidamente, en vagones de carga que de pronto aparecían como disponibles, a los mercados donde distribuidores de la misma calaña estaban listos para hacer su agosto. Ésos eran los hombres que revoloteaban sobre las fábricas, esperando el último aliento de un horno, para lanzarse sobre la maquinaria..., y sobre los ramales desiertos de un ferrocarril, para lanzarse sobre los vagones de mercancías sin entregar; eran una nueva especie biológica, hombres de negocios con tácticas guerrilleras, que no permanecían en ninguna línea de negocios más tiempo del que duraba un acuerdo, que no tenían nóminas que pagar, ni gastos fijos que financiar, ni bienes inmuebles que poseer, ni ninguna maquinaria que construir, y cuyo único activo y cuya única inversión consistía en un elemento conocido como «amistad». Ésos eran los hombres a los que los discursos oficiales describían como «los hombres de negocios progresistas de nuestra dinámica época», pero a los que la gente llamaba «vendedores de influencias»; la especie incluía muchas razas, la de «influencias del transporte», y la de «influencias del acero», y la de «influencias del petróleo», la de «influencias de subida de salarios» y la de «influencias de sentencias suspendidas...»; hombres que *eran* dinámicos, que no paraban de moverse de un lado al otro del país mientras que nadie más podía moverse, hombres que eran activos e insensatos; activos, no como animales, sino como lo que cría, se alimenta y se mueve sobre la inmovilidad de un cadáver.

Ella sabía que había dinero que se podía ganar con el negocio del ferrocarril, y sabía quién lo estaba ganando. Cuffy Meigs estaba vendiendo trenes igual que estaba vendiendo los últimos suministros que quedaban del ferrocarril, siempre que podía hacer un trato que no permitiera que la trama fuese descubierta o demostrada..., él estaba vendiendo raíles para vías en Guatemala o para empresas de tranvías en Canadá, vendiendo cables a fabricantes de gramolas tragamonedas, vendiendo traviesas como combustible a complejos hoteleros de centros turísticos.

¿Importaba..., pensó ella, mirando el mapa, qué parte del cadáver había sido consumida por qué tipo de gusano, si era consumida por los que se atiborraban o por los que les daban la comida a otros gusanos? Mientras la carne viva fuera una presa a ser devorada, ¿importaba a qué estómago había ido a parar? No había forma de saber qué devastación había sido causada por los humanitarios y cuál por gánsteres declarados. No había forma de saber qué actos de saqueo habían sido provocados por la lujuria caritativa de los Lawson y cuáles por la gula de Cuffy Meigs; no había forma de saber qué comunidades habían sido inmoladas para alimentar a otra comunidad una semana antes de llegar a la inanición, y cuáles para proporcionarles yates a los vendedores de influencias. ¿Importaba? Ambos eran iguales en los hechos, así como eran iguales en espíritu; ambos tenían necesidades, y la necesidad era considerada como el único título de propiedad, ambos estaban actuando en estricta conformidad con el mismo código de moralidad. Ambos consideraban que la inmolación de los hombres era legítima, y ambos la estaban logrando. Ni siquiera había manera de saber quiénes eran los caníbales y quiénes las víctimas; las comunidades que pensaban que era su derecho apropiarse de la ropa o del combustible que le habían confiscado a un pueblo al este de ellas, veían, la semana siguiente, sus graneros confiscados para alimentar a un pueblo al oeste de ellas; los hombres habían alcanzado el ideal de los siglos, lo estaban practicando con una perfección sin obstáculos, estaban sirviendo a la necesidad como su gobernante más alto, la necesidad como la primera reclamación sobre ellos, la necesidad como su estándar de valor, como la moneda de su reino, como más sagrada que el derecho y la vida. Los hombres habían sido empujados a un agujero en el que, gritando que el hombre es el guardián de su hermano, cada uno estaba devorando a su vecino y estaba siendo devorado por el hermano de su vecino, cada uno estaba proclamando la rectitud de lo no

ganado y preguntándose quién lo estaba desollando vivo a él, cada uno devorándose a sí mismo, mientras gritaba aterrorizado que una maldad desconocida estaba destruyendo la Tierra.

«¿Qué queja tienen ahora que hacer?», oyó ella en la voz de Hugh Akston en su mente. «¿Que el universo es irracional? ¿Lo es...?»

Estaba sentada mirando el mapa, con una mirada desapasionadamente solemne, como si ninguna emoción, excepto el respeto, fuera permisible al observar el asombroso poder de la lógica. Ella estaba viendo —en el caos de un continente que estaba pereciendo— la precisa y matemática ejecución de todas las ideas que los hombres habían mantenido. Ellos no habían querido saber que *eso* era lo que deseaban, no habían querido ver que tenían el poder de desear pero no el de falsear..., y habían conseguido cumplir su deseo al pie de la letra, hasta la última coma manchada de sangre.

¿En qué estarían pensando ahora, los campeones de la necesidad y los lascivos de la compasión?, se preguntó ella. ¿Con qué estarían contando? Una vez, algunos habían sonreído con afectación diciendo: «No quiero destruir a los ricos, sólo quiero coger un poco de lo que les sobra para ayudar a los pobres, sólo un *poco*, ¡nunca lo echarán de menos!». Y esos mismos, poco después, habían soltado: «Los magnates pueden soportar que los expriman, ellos han acumulado lo suficiente para que dure tres generaciones». Y después, más tarde, habían gritado: «¿Por qué debería sufrir la gente mientras que los empresarios tienen reservas para durar un año?». Y *ahora* estaban gritando: «¿Por qué tenemos nosotros que morir de hambre mientras que algunas personas tienen reservas para durar una semana?». ¿Con qué estaban contando?, se preguntó.

—¡Debes hacer algo! —gritó James Taggart.

Ella se volvió bruscamente para encararlo.

—*¿Yo?*

—Es *tu* trabajo, es tu terreno, ¡es tu deber!

—¿El qué?

—Actuar. Hacer.

—Hacer... ¿qué?

—¿Cómo voy a saberlo yo? Ése es *tu* talento especial. Tú eres la que hace cosas.

Ella lo miró: la declaración era tan extrañamente perceptiva y tan incongruentemente irrelevante. Se puso de pie.

—¿Eso es todo, Jim?

—¡No! ¡No! ¡Quiero una discusión!

—Adelante.

—Pero ¡tú no has dicho nada!

—Tú tampoco has dicho nada.

—Pero..., lo que quiero decir es, hay problemas prácticos que resolver, los cuales... Por ejemplo, ¿qué pasó con nuestra última asignación de nuevos raíles, que desaparecieron del almacén en Pittsburgh?

—Cuffy Meigs los robó y los vendió.

—¿Puedes demostrarlo? —espetó él, defensivamente.

—¿Han dejado tus amigos medios, métodos, reglas o agencias para poder demostrar algo?

—Entonces no hables de eso, no seas teórica, ¡tenemos que lidiar con los hechos! Tenemos que lidiar con los hechos tal como son hoy, o sea, tenemos que ser realistas e idear algunos medios prácticos para proteger nuestros suministros en las condiciones actuales, no bajo suposiciones infundadas, que...

Ella se rio entre dientes. *Ahí* estaba la forma de lo informe, pensó, *ahí* estaba el método de la consciencia de él: él quería que ella lo protegiera de Cuffy Meigs sin reconocer la existencia de Meigs, quería que ella luchara contra algo sin admitir su realidad, derrotarlo sin perturbar su juego.

—¿Qué es lo que parece tan malditamente gracioso? —espetó él, enojado.

—Tú lo sabes.

—¡No sé qué es lo que te pasa! No sé qué te ha pasado, en los últimos dos meses, desde que regresaste. ¡Nunca has sido tan poco cooperadora!

—Vaya, Jim, no he discutido contigo en los últimos dos meses.

—¡Eso es lo que quiero decir! —Se contuvo precipitadamente, pero no lo suficientemente rápido como para perderse la sonrisa de ella—. Quiero decir, yo quería tener una reunión, quería conocer tu punto de vista sobre la situación.

—Ya lo conoces.

—Pero ¡no has dicho ni media palabra!

—Dije todo lo que tenía que decir, hace tres años. Te dije adónde te llevaría tu rumbo. Allí te ha llevado.

—¡Ya estamos con lo mismo de siempre! ¿De qué sirve teorizar? Estamos *aquí*, no donde estábamos hace tres años. Tenemos que lidiar con el presente, no con el pasado. Tal vez las cosas podrían haber sido diferentes, si hubiéramos seguido tu opinión; tal vez, pero el hecho es que *no lo hicimos*..., y tenemos que lidiar con los hechos. ¡Tenemos que aceptar la realidad como es *ahora*, hoy!

—Pues, entonces..., acéptala.

—¿Perdona?

—Acepta tu realidad. Yo simplemente aceptaré tus órdenes.

—¡Eso no es justo! Te estoy pidiendo tu opinión...

—Estás pidiendo que te tranquilice, Jim. No lo vas a conseguir.

—¿Perdona?

—No voy a ayudarte a fingir..., discutiendo contigo, que la realidad de la que estás hablando no es la que es, que todavía hay una forma de hacerla funcionar y de salvar tu pellejo. No la hay.

—Bueno... —No hubo explosión, no hubo enojo, sólo la voz débilmente incierta de un hombre al borde de la abdicación—. Bueno, ¿qué es lo que *tú* quieres que yo haga?

—Abandona. —Él la miró sin comprender—. Abandonad, todos vosotros, tú y tus amigos de Washington y tus planificadores saqueadores y toda vuestra filosofía caníbal. Abandonad y quitaos de en medio y dejad que los que podemos hacerlo, empecemos desde cero a reconstruir desde las ruinas.

—¡No! —La explosión llegó con ese grito, extrañamente, ahora.

Era el grito de un hombre que moriría antes que traicionar su idea, y provenía de un hombre que había pasado su vida evadiendo la existencia de las ideas, actuando por la conveniencia inmediata con la que actúa un criminal. Ella se preguntó si alguna vez ella había entendido la esencia de los criminales. Se preguntó sobre la naturaleza de la lealtad a la idea de negar las ideas.

—¡No! —volvió a gritar él, su voz más baja, más ronca y más normal, hundiéndose desde el tono de un fanático al tono de un ejecutivo despótico —. ¡Eso es imposible! ¡Ni hablar de eso!

—¿Quién lo ha dicho?

—¡No importa! ¡Es así! ¿Por qué siempre piensas en lo impráctico? ¿Por qué no aceptas la realidad tal como *es* y haces algo al respecto? Tú eres la realista, tú eres la que hace, eres el motor, la productora, la Nat Taggart, ¡tú eres la persona que puede alcanzar cualquier objetivo que decidas proponerte! Tú podrías salvarnos ahora, podrías encontrar una manera de hacer que las cosas funcionen..., ¡si *quisieras* hacerlo!

Ella se echó a reír.

*Ahí* estaba, pensó, la meta final de toda esa irresponsable cháchara académica que los empresarios habían ignorado durante años, la meta de todas las definiciones estrafalarias, de las generalidades imprecisas, de las abstracciones insulsas, todas ellas afirmando que la obediencia a la realidad objetiva es lo mismo que la obediencia al Estado, que no hay diferencia entre una ley de la naturaleza y una directiva de un burócrata, que un hombre hambriento no es libre, que el hombre debe ser liberado de la tiranía de alimentarse, cobijarse y vestirse..., todo eso, durante años, para que pudiera llegar el día en el que a Nat Taggart, el realista, le pidieran que considerara la voluntad de Cuffy Meigs como un *hecho* de la naturaleza, irrevocable y absoluto como el acero, los raíles y la gravitación, que aceptara el mundo hecho por Meigs como una realidad objetiva e inmutable..., y que luego siguiera produciendo abundancia en ese mundo. *Ahí* estaba la meta de todos esos charlatanes de bibliotecas y de aulas, que vendían sus revelaciones como razón, sus «instintos» como ciencia, sus antojos como conocimiento, la meta de todos los salvajes de lo no-objetivo, lo no-absoluto, lo relativo, lo tentativo, lo probable..., los salvajes que, al ver a un agricultor recolectar una cosecha, pueden considerarlo sólo como un fenómeno místico desligado de la ley de causalidad y creado por el omnipotente capricho de los agricultores, quienes entonces proceden a capturar al agricultor, a encadenarlo, a privarlo de herramientas, de semillas, de agua, de tierra, a empujarlo a él solo sobre una roca estéril y ordenarle: «¡*Ahora*, cultiva una cosecha y aliméntanos!».

No, pensó ella, esperando que Jim lo preguntara, sería inútil tratar de explicar de qué se estaba riendo, él no sería capaz de entenderlo.

Pero él no lo preguntó. En vez de eso, ella lo vio desplomarse y lo oyó decir, aterradoramente, porque sus palabras eran totalmente irrelevantes si él no lo entendía, y tan monstruosas, si sí lo hacía:

—Dagny, soy tu hermano...

Ella se incorporó, con sus músculos poniéndose rígidos, como si estuviera a punto de enfrentarse al arma de un asesino.

—Dagny —su voz era el suave, nasal y monótono gemido de un mendigo—, yo *quiero* ser el presidente de un ferrocarril. Es lo que *quiero*. ¿Por qué no puedo yo tener mi deseo como tú siempre tienes el tuyo? ¿Por qué no puedo yo satisfacer mis deseos igual que tú siempre satisfaces cualquier deseo tuyo? ¿Por qué deberías tú ser feliz mientras yo sufro? Oh, sí, el mundo es tuyo, tú eres la que tienes el cerebro para dirigirlo. Entonces ¿por qué permites el sufrimiento en tu mundo? Tú proclamas la búsqueda de la felicidad, pero me condenas a la frustración. ¿No tengo yo derecho a exigir cualquier forma de felicidad que yo decida? ¿No es ésa una deuda que tú tienes conmigo? ¿No soy tu hermano?

Su mirada era como la linterna de un merodeador buscando en el rostro de ella una pizca de lástima. No encontró nada más que una expresión de asco. Él continuó:

—¡Es *tu* pecado si yo sufro! ¡Es tu fracaso moral! Soy tu hermano, por lo tanto, soy tu responsabilidad, pero tú has fracasado en satisfacer mis necesidades, por lo tanto, ¡eres culpable! Todos los líderes morales de la humanidad han dicho eso durante siglos, ¿quién eres *tú* para decir lo contrario? Estás tan orgullosa de ti misma, crees que eres pura y buena..., pero no puedes ser buena mientras yo sea desgraciado. Mi miseria es la medida de tu pecado. Mi felicidad es la medida de tu virtud. Yo *quiero* este tipo de mundo, el mundo de hoy, me da mi parte de autoridad, me permite sentirme importante, ¡haz que funcione para mí...!, ¡haz algo...!, ¿cómo sé yo el qué...? ¡Eso es *tu* problema y *tu* deber! Tú tienes el *privilegio* de la fuerza, pero yo..., yo tengo el *derecho* a la debilidad. ¡Eso es un absoluto moral! ¿No lo sabes? ¿No? ¿No?

Su mirada era ahora como las manos de un hombre que está colgando al borde de un abismo, tanteando frenéticamente por la más mínima fisura de la duda, pero deslizándose sobre la roca limpia y pulida del rostro de ella.

—Maldito desgraciado —dijo ella con calma, sin emoción, ya que las palabras no iban dirigidas a nada humano.

Le pareció a ella verlo caer en el abismo, aunque no había nada que ver en su cara, excepto la expresión de un estafador cuya artimaña no ha funcionado.

No había razón para sentir más repugnancia de lo normal, pensó; él simplemente, había pronunciado las cosas que estaban siendo predicadas, oídas y aceptadas en todas partes; pero ese credo normalmente se exponía en tercera persona, y Jim había tenido la poca vergüenza de exponerlo en primera. Ella se preguntó si las personas aceptaban la doctrina del sacrificio siempre que sus receptores no identificaran la naturaleza de sus propias demandas y acciones. Se dio la vuelta para irse.

—¡No! ¡No! ¡Espera! —gritó él, poniéndose de pie, mirando su reloj de pulsera—. ¡Es la hora..., ahora! ¡Hay una transmisión especial de noticias que quiero que escuches!

Ella se paró, retenida por la curiosidad.

Él presionó el interruptor de la radio, observando la cara de ella abiertamente, con atención, casi insolentemente. Sus ojos tenían una expresión de miedo y de una anticipación extrañamente lujuriosa.

«¡Señoras y señores!», la voz del locutor de radio saltó bruscamente; tenía un tono de pánico. «¡Noticias de un acontecimiento impactante nos acaban de llegar de Santiago, Chile!»

Ella vio el espasmo de la cabeza de Taggart y una repentina ansiedad en su desconcertado ceño fruncido, como si algo en las palabras y la voz no fuera lo que él había esperado.

«Una sesión especial de los legisladores del Estado Popular de Chile había sido convocada para las diez en punto de esta mañana, para aprobar una ley de suma importancia para los pueblos de Chile, de Argentina y de otros Estados Populares de América del Sur. En línea con la ilustrada política del señor Ramírez, el nuevo jefe de Estado de Chile —que llegó al poder con el eslogan moral de que el hombre es el guardián de su hermano —, los legisladores iban a nacionalizar las propiedades chilenas de d’Anconia Copper, abriendo así el camino para que el Estado Popular de Argentina nacionalizase el resto de las propiedades de d’Anconia en todo el mundo. Eso, sin embargo, lo sabían sólo unos cuantos de los principales líderes de ambas naciones. La medida había sido mantenida en secreto para evitar el debate y una oposición reaccionaria. La incautación de la multimillonaria d’Anconia Copper iba a ser una magnífica sorpresa para el país.

»Justo cuando dieron las diez, en el momento exacto en que el martillo del presidente golpeó la tribuna, abriendo la sesión —casi como si el golpe del martillo lo hubiera provocado—, el sonido de una tremenda explosión sacudió el salón, rompiendo el vidrio de sus ventanas... Venía del puerto, a pocas calles de allí..., y, cuando los legisladores se acercaron rápidamente a las ventanas, vieron una larga columna de llamas donde una vez se había alzado la silueta familiar de los muelles de mineral de d'Anconia Copper. Los muelles de mineral habían sido volados en pedazos.

»El presidente evitó el pánico, y llamó a la sesión al orden. El acto de nacionalización le fue leído a la asamblea, con el sonido de fondo de sirenas de bomberos y gritos lejanos. Era una mañana gris, oscura, con nubes de lluvia; la explosión había roto un centro de transformación eléctrico, así que la Asamblea votó la medida a la luz de las velas, mientras el brillo rojo del fuego seguía barriendo el gran techo abovedado sobre sus cabezas.

»Pero una conmoción más terrible todavía se produjo más tarde, cuando los legisladores pidieron un receso apresurado para anunciarle a la nación la buena noticia de que el pueblo ahora era el propietario de d'Anconia Copper. Mientras votaban, les llegó la noticia, desde los puntos más cercanos y más lejanos del globo, de que ya no quedaba ninguna d'Anconia Copper sobre la Tierra. Señoras y señores, en ninguna parte. En ese mismo instante, al dar las diez, gracias a una maravilla infernal de sincronización, todas las propiedades de d'Anconia Copper sobre la faz del globo, desde Chile hasta Siam y desde España hasta Pottsville, Montana, habían sido destruidas y arrasadas.

»En todos sitios, los trabajadores de d'Anconia habían recibido sus últimos pagos salariales, en efectivo, a las nueve de la mañana, y, para las nueve y media, habían sido trasladados fuera de las instalaciones. Los muelles de mineral, las fundiciones, los laboratorios, los edificios de oficinas, todos quedaron demolidos. No quedó nada de los barcos de mineral de d'Anconia que habían estado en el puerto, y sólo quedaron los botes salvavidas que transportaban a las tripulaciones de los barcos que habían estado en altamar. En cuanto a las minas de d'Anconia, algunas quedaron enterradas bajo toneladas de rocas por explosiones, mientras que otras se ha descubierto que ni valía la pena el coste de barrenarlas. Un

número asombroso de esas minas, como parecen indicar los informes que van llegando, continuaron siendo trabajadas, aunque estaban agotadas hacía ya muchos años.

»Entre los miles de empleados de d'Anconia, la policía no ha encontrado a nadie con conocimiento de cómo ese monstruoso complot llegó a ser concebido, organizado y ejecutado. Pero la flor y nata del equipo directivo de d'Anconia ya no está ahí. Los más eficientes de los ejecutivos, los mineralogistas, los ingenieros y los superintendentes han desaparecido; ellos eran todos los hombres con los que el Estado Popular había contado para realizar el trabajo y amortiguar el proceso de reajuste. Los más capaces —*corrección*: los más egoístas— de los hombres se han ido. Los informes de los distintos bancos indican que ya no quedan cuentas de d'Anconia en ningún lado; el dinero ha sido gastado hasta el último centavo.

»Señoras y señores, la fortuna de los d'Anconia..., la mayor fortuna del mundo, la fortuna más legendaria de todos los siglos, ha dejado de existir. En lugar del dorado amanecer de una nueva era, los Estados Populares de Chile y Argentina se quedan con un montón de escombros y hordas de desempleados en sus manos.

»No se ha encontrado ninguna pista sobre el destino o el paradero del señor Francisco d'Anconia. Ha desaparecido sin dejar ni rastro, ni siquiera un mensaje de despedida.»

Gracias, mi amor..., gracias en nombre de los últimos de nosotros, aunque no lo oigas y no te importe oírlo. No fue una frase, sino la emoción silenciosa de una oración en su mente, dirigida a la cara risueña de un muchacho que ella había conocido cuando tenía dieciséis años.

Entonces, ella se dio cuenta de que se estaba aferrando a la radio, como si el débil latido eléctrico dentro de ella aún tuviera un vínculo a la única fuerza viviente en la Tierra, el cual había transmitido durante unos breves momentos y el que ahora llenaba la sala donde todo lo demás estaba muerto.

Como remanentes lejanos de los restos de la explosión, ella notó un sonido que provenía de Jim, medio gemido y medio gruñido..., y luego la visión de los hombros de Jim temblando sobre un teléfono, y su voz distorsionada gritando:

—Pero, Rodrigo, ¡dijiste que era seguro! Rodrigo, ¡oh, Dios! ¿Sabes cuánto había metido yo ahí...? —Y luego oyó el chillido de otro teléfono en el escritorio de él, y su voz gruñendo en otro receptor, con su mano aún sujetando el primero—. ¡Cierra el pico, Orren! ¿Qué vas a hacer *tú*? ¡Y a mí qué me importa, maldito seas!

Había gente entrando apresuradamente en la oficina, los teléfonos estaban aullando..., y, alternando ruegos y maldiciones, Jim estaba vociferando en uno de los receptores:

—¡Ponme con Santiago de Chile! ¡Consigue que Washington me ponga con Santiago!

En la distancia, como al margen de su mente, ella pudo ver el tipo de juego que los hombres detrás de los teléfonos chillones habían jugado y perdido. Parecían muy lejanos, como pequeñas comas retorciéndose en un fondo blanco bajo la lente de un microscopio. Se preguntó cómo ellos podrían ser tomados jamás en serio cuando era posible que hubiera un Francisco d'Anconia sobre la Tierra.

Ella vio el resplandor de la explosión en cada cara con la que se cruzó durante el resto del día, y en cada cara con la que se cruzó en la oscuridad de las calles esa noche. Si Francisco había querido una digna pira funeraria para d'Anconia Copper, pensó, lo había logrado. Allí estaba, en las calles de la ciudad de Nueva York, la única ciudad del mundo que aún podía entenderlo: en las caras de la gente, en sus susurros, los susurros que crujían tensamente como lenguas de fuego, las caras iluminadas por una expresión que era a la vez solemne y frenética, los matices de expresiones que parecían oscilar y ondear, como si estuviesen proyectados por una llama lejana, algunas asustadas, otras enojadas, la mayoría incómodas, inciertas, expectantes, pero todas ellas reconociendo un hecho que iba mucho más allá de una catástrofe industrial, todas sabiendo lo que significaba, aunque ninguna persona nombrara su significado, todas ellas con un toque de risa, una risa de diversión y de desafío, la amarga risa de víctimas que están pereciendo pero que sienten que están siendo vengadas.

Lo vio en la cara de Hank Rearden, cuando se encontró con él para cenar esa noche. Mientras su figura alta y segura de sí misma caminaba hacia ella —la única figura que parecía estar como en casa en el caro marco de un distinguido restaurante—, ella vio la expresión de avidez luchando

contra la severidad de sus rasgos, la expresión de un muchacho que aún está abierto al encanto de lo inesperado. Él no habló del evento de ese día, pero ella sabía que era la única imagen en su mente.

Se habían estado reuniendo cada vez que él iba a la ciudad, pasando breves y excepcionales veladas juntos..., con el pasado de los dos aún vivo en su silencioso reconocimiento..., sin ningún futuro en el trabajo de ellos ni en su lucha común, pero sabedores de que eran aliados, de que cada uno ganaba apoyo por el solo hecho de la existencia del otro.

Él no quería mencionar el evento de ese día, no quería hablar de Francisco, pero ella se dio cuenta, cuando estaban sentados a la mesa, de que la tensión de una sonrisa contenida no paraba de tensar los huecos de sus mejillas. Ella supo a quién se refería, cuando él dijo de repente, con su voz suave y baja por el peso de la admiración:

—Él mantuvo su juramento, ¿verdad?

—¿Su *juramento*? —preguntó ella, sorprendida, pensando en la inscripción en el templo de la Atlántida.

—Me dijo: «Juro, por la mujer que amo, que soy su amigo». Lo era.

—Lo es.

Él sacudió la cabeza, y dijo:

—No tengo derecho a pensar en él. No tengo derecho a aceptar lo que ha hecho como un acto en mi defensa. Y sin embargo... —Se paró.

—Pero lo era, Hank. En defensa de todos nosotros..., y de ti, sobre todo.

Él miró hacia otro lado, a la ciudad. Estaban sentados a un lado del salón, con una lámina de vidrio como protección invisible contra la extensión del espacio y de las calles sesenta pisos más abajo. La ciudad parecía anormalmente distante: yacía aplastada en el remanso de sus pisos más bajos. A unas cuantas manzanas de distancia, su torre fundiéndose con la oscuridad, el calendario colgaba al nivel de sus caras, no como un rectángulo pequeño e inquietante, sino como una enorme pantalla, misteriosamente cercana y grande, inundada por el resplandor blanco y mortecino de una luz proyectada a través de una película vacía, vacía excepto por lo que mostraba: 2 de septiembre.

—Rearden Steel está funcionando ahora a pleno rendimiento —estaba diciendo él indiferentemente—. Han levantado las cuotas de producción de mi fundición, durante los próximos cinco minutos. Supongo. No sé cuántas

de sus propias regulaciones han suspendido, y tampoco creo que ellos mismos lo sepan, ya ni se molestan por mantener la apariencia de legalidad; estoy seguro de que estoy incumpliendo la ley en cinco o seis sentidos diferentes, que nadie podría demostrar o refutar; lo único que sé es que el gánster de turno me dijo que podía avanzar a toda velocidad. —Se encogió de hombros—. Cuando otro gánster lo eche a él mañana, probablemente me cerrarán, como castigo por operar ilegalmente. Pero según el plan vigente en la actual fracción de segundo, me han suplicado que siga vertiendo mi metal, en cualquier cantidad y por cualquier medio que yo decida.

Ella notó las miradas ocasionales y furtivas que las personas les dirigían. Lo había notado antes, desde que hizo su transmisión de radio, desde que los dos habían comenzado a aparecer en público juntos. En vez de la desgracia que él había temido, había un aire de asombrada incertidumbre en la actitud de la gente: incertidumbre de sus propios preceptos morales, y asombro ante la presencia de dos personas que se atrevían a estar seguros de estar en lo cierto. La gente los miraba con una ansiosa curiosidad, con envidia, con respeto, con miedo a estar ofendiendo un estándar desconocido, orgullosamente riguroso, algunos casi con un aire de disculpa que parecía decir: «Por favor, perdonadnos por estar casados». Había algunos que tenían una expresión de malicia enojada, y otros que tenían una expresión de admiración.

—Dagny —preguntó él de repente—, ¿crees que pueda estar en Nueva York?

—No. He llamado al Wayne-Falkland. Me dijeron que el contrato de arrendamiento de su suite expiró hace un mes, y que no lo renovó.

—Lo están buscando por todo el mundo —dijo él, sonriendo—. Nunca lo encontrarán. —La sonrisa se desvaneció—. Y yo tampoco. —Su voz volvió a asumir el tono plano y gris de quien está cumpliendo un deber—: Bueno, los altos hornos están trabajando, pero yo no. No estoy haciendo nada más que ir corriendo de un lado a otro del país como un carroñero, buscando formas ilegales de comprar materias primas. Escondiéndome, escabulléndome, mintiendo, sólo para conseguir unas cuantas toneladas de mineral o de carbón o de cobre. No han eliminado sus regulaciones sobre mis materias primas. Ellos saben que estoy vertiendo más metal del que las cuotas que me dan me permiten. A ellos no les importa. —Y añadió—: Ellos creen que a mí sí.

—¿Cansado, Hank?

—Muerto de aburrimiento.

Había habido una época, pensó ella, cuando la mente de él, su energía y su inagotable ingenio habían sido dedicados a la misión de un productor ideando mejores formas de lidiar con la naturaleza; *ahora*, habían cambiado a la misión de un criminal teniendo que ser más listo que otros hombres. Se preguntó cuánto tiempo un hombre podría soportar un cambio de ese tipo.

—Es casi imposible conseguir mineral de hierro —dijo él con indiferencia, y luego añadió, con su voz repentinamente viva—: Ahora va a ser completamente imposible conseguir cobre. —Estaba sonriendo.

Ella se preguntó cuánto tiempo un hombre podría seguir trabajando contra él mismo, trabajar cuando su deseo más profundo no era triunfar, sino fracasar.

Ella entendió la conexión de sus pensamientos cuando él dijo:

—Nunca te lo he contado, pero conocí a Ragnar Danneskjöld.

—Él me lo contó.

—*¿Qué?* ¿Cómo diablos...? —Se paró—. Claro —dijo, con voz tensa y baja—. Es lógico que él fuese uno de ellos. Seguro que lo has conocido. Dagny, ¿cómo son...?, ¿cómo son esos hombres que...? No, no me contestes. —Un momento después añadió—: Así que yo he conocido a uno de sus agentes.

—Has conocido a dos de ellos.

La respuesta de él fue un lapso de quietud total.

—Por supuesto —dijo al fin con voz apagada—. Yo lo sabía; simplemente no me permitía a mí mismo admitir que lo sabía... Él era su agente de reclutamiento, ¿no?

—Uno de sus primeros y de los mejores.

Él se rio para sus adentros. Era un sonido de amargura y de nostalgia.

—Esa noche, cuando se llevaron a Ken Danagger..., pensé que no habían enviado a nadie a buscarme *a mí*.

El esfuerzo por el cual hizo que su rostro se pusiera rígido fue casi como el giro lento y resistente de una llave bloqueando una habitación iluminada por el sol que él no podía permitirse examinar. Después de un rato, dijo, impasible:

—Dagny, ese nuevo raíl que discutimos el mes pasado..., no creo que vaya a poder entregarlo. No han levantado las restricciones sobre mi producción, siguen controlando mis ventas y usando mi metal como les da la gana. Pero la contabilidad está tan enmarañada que yo estoy introduciendo de contrabando unos cuantos miles de toneladas en el mercado negro cada semana. Creo que lo saben. Están fingiendo no saberlo. No quieren contrariarme, por ahora. Pero, ¿sabes?, les he estado enviando todas las toneladas que he podido conseguir a varios de mis clientes, a los que tienen emergencias. Dagny, estuve en Minnesota el mes pasado. He visto lo que está pasando allí. El país se morirá de hambre, no el año que viene, sino *este mismo* invierno, a menos que algunos de nosotros actuemos, y que actuemos rápido. No quedan reservas de grano en ninguna parte. Con Nebraska desaparecida, Oklahoma destrozada, Dakota del Norte abandonada, Kansas apenas subsistiendo..., no va a haber ningún trigo este invierno, ni para la ciudad de Nueva York ni para ninguna ciudad del Este. Minnesota es nuestro último granero. Han tenido dos años malos, uno detrás de otro, pero tienen una cosecha excepcionalmente abundante este otoño..., y tienen que ser capaces de recolectarla. ¿Has podido ver el estado de la industria de maquinaria agrícola? Ninguna de esas empresas es lo suficientemente grande como para mantener a un grupo de gánsteres eficientes en Washington o para pagar mordidas a los vendedores de influencias. Así que no han estado recibiendo muchas adjudicaciones para equipos. Dos tercios de ellos han cerrado, y el resto está a punto de hacerlo. Y las granjas agrícolas están pereciendo por todo el país... por falta de herramientas. Deberías haber visto a esos agricultores en Minnesota. Han dedicado más tiempo a arreglar tractores viejos que no pueden ser arreglados, que a labrar sus campos. No sé cómo consiguieron sobrevivir hasta la primavera pasada. No sé cómo consiguieron plantar su trigo. Pero lo hicieron. Lo hicieron. —Había una expresión de intensidad en su cara, como si estuviera contemplando una visión rara y olvidada: una visión de *hombres*...; y ella supo cuál era la razón que aún lo retenía en su trabajo—. Dagny, tenían que disponer de herramientas para su cosecha. He estado vendiendo todo el metal que he podido robar de mi propia fundición a los fabricantes de maquinaria agrícola. A crédito. Han estado enviando la maquinaria a Minnesota tan rápido como podían fabricarla. Vendiéndola de la misma manera..., ilegalmente y a crédito. Pero van a cobrar, este otoño, y

yo también. Caridad..., ¡qué diablos! Les estamos ayudando a los productores..., ¡y qué productores más tenaces! Estamos dando *préstamos*, no limosnas. Estamos apoyando la *capacidad*, no la *necesidad*. ¡Dios me libre de quedarme parado viendo cómo esos hombres son destruidos mientras los vendedores de influencias se hacen ricos!

Él estaba mirando la imagen de algo que había visto en Minnesota: la silueta de una fábrica abandonada, con la luz de la puesta de sol pasando, sin oposición, por los agujeros de sus ventanas y las grietas de su tejado, con lo que quedaba de un cartel: WARD HARVESTER COMPANY.

—Oh, lo sé —dijo él—. Los salvaremos este invierno; pero los saqueadores los devorarán el año que viene. Aun así, los salvaremos este invierno... Bueno, ésa es la razón por la que no podré contrabandear ningún raíl para ti. No en el futuro inmediato..., y lo único que nos queda a nosotros es el futuro inmediato. No sé de qué sirve alimentar a un país, si pierde sus ferrocarriles..., pero ¿para qué sirven los ferrocarriles donde no hay comida? ¿Para qué sirven, entonces?

—Está bien, Hank. Aguantaremos con las vías que tenemos, duraremos... —Interrumpió su comentario.

—¿Un mes?

—Un invierno..., espero.

Cortando su silencio, una voz aguda llegó hasta ellos desde otra mesa, y los dos se volvieron para mirar a un hombre que tenía la actitud nerviosa de un gánster acorralado a punto de sacar su arma.

—Un acto de destrucción antisocial —le estaba gruñendo a un malhumorado compañero—, ¡en un momento en que hay una escasez tan desesperada de cobre...! ¡No podemos permitirlo! ¡No podemos permitir que sea verdad!

Rearden se volvió bruscamente para mirar a otro sitio, a la ciudad.

—Daría cualquier cosa por saber dónde está —dijo en voz baja—. Sólo por saber dónde está, ahora mismo, en este momento.

—¿Qué harías, si lo supieras?

Él dejó caer la mano con un gesto de futilidad.

—No me acercaría a él. El único homenaje que aún puedo rendirle es no llorar pidiéndole perdón, donde ningún perdón es posible.

Permanecieron en silencio. Escucharon las voces a su alrededor, los fragmentos de pánico que se estaban extendiendo por el lujoso salón.

Ella no había sido consciente de que la misma presencia parecía ser un invitado invisible en todas las mesas, que el mismo tema seguía interrumpiendo los intentos de tener cualquier otra conversación. Las personas estaban sentadas con una actitud, no del todo acobardada, sino como si encontraran el salón demasiado grande y demasiado expuesto: un salón de vidrio, terciopelo azul y aluminio, con una iluminación suave. Parecían haber ido a ese salón a costa de innumerables evasiones, para que les ayudara a pretender que su existencia seguía siendo una existencia civilizada..., pero un acto de violencia primigenia había hecho estallar la naturaleza de su mundo, que había quedado expuesto, y ellos ya no eran capaces de no verlo.

—¿Cómo pudo él? ¿Cómo pudo? —estaba exigiendo una mujer con un petulante terror—. ¡No tenía *derecho* a hacerlo!

—Fue un accidente —dijo un hombre joven con una voz en *staccato* y un olor a nómina pública—. Fue una serie de coincidencias, como cualquier curva estadística de probabilidades puede fácilmente demostrar. Es antipatriótico difundir rumores exagerando el poder de los enemigos del pueblo.

—Lo correcto y lo incorrecto está muy bien para conversaciones académicas —dijo una mujer con voz de aula de escuela y boca de taberna —, pero ¿cómo puede alguien tomarse sus propias ideas lo suficientemente en serio como para destruir una fortuna cuando la gente la necesita?

—No lo entiendo —estaba diciendo un viejo con temblorosa amargura —. ¡Después de siglos de esfuerzos para frenar la brutalidad innata del hombre, después de siglos de enseñar, entrenar y adoctrinar a la gente basándose en la comprensión y el humanismo!

La voz desconcertada de una mujer se elevó con incertidumbre y se fue apagando:

—Pensé que estábamos viviendo en una época de fraternidad...

—Tengo miedo —estaba repitiendo una chica joven—, tengo miedo..., ¡oh, no sé...! Sólo tengo miedo...

—¡No pudo haberlo hecho!

—¡Lo hizo!

—Pero ¿por qué?

—¡Me niego a creerlo!

—¡No es humano!

—Pero ¿por qué?

—¡No es más que un *playboy* inútil!

—Pero ¿por qué?

El grito ahogado de una mujer al otro lado del salón y una señal medio captada al borde de la visión de Dagny le llegaron simultáneamente y la hicieron volverse para mirar a la ciudad.

El calendario lo operaba un mecanismo cerrado con llave en una habitación detrás de la pantalla, pasando el mismo rollo de película año tras año para proyectar las fechas en una rotación constante, a un ritmo inmutable, sin cambiar nunca, excepto al filo de medianoche. La rapidez con la que se giró Dagny le dio tiempo para ver un fenómeno tan inesperado como si un planeta hubiera invertido su órbita en el cielo: vio las palabras «2 de septiembre» moviéndose hacia arriba y desapareciendo por el borde superior de la pantalla.

Luego, escritas a través de la enorme página, deteniendo el tiempo, como un último mensaje al mundo y al motor del mundo que era Nueva York, ella vio las líneas escritas a mano, nítidas e intransigentes:

¡HERMANO, TÚ TE LO HAS BUSCADO!
FRANCISCO DOMINGO CARLOS ANDRÉS SEBASTIÁN D’ANCONIA

Ella no supo qué impacto fue mayor: la visión del mensaje o el sonido de la risa de Rearden: Rearden, puesto de pie, totalmente a la vista y al oído del salón detrás de él, riéndose por encima de los gemidos de pánico, riéndose en saludo, en bienvenida, en aceptación del regalo que él había tratado de rechazar, en liberación, en triunfo, en rendición.

En la tarde del 7 de septiembre, un cable de cobre se rompió en Montana, deteniendo el motor de una grúa de carga en una vía secundaria de Taggart Transcontinental, al borde de la Stanford Copper Mine.

La mina había estado trabajando en tres turnos, sus días y sus noches fusionándose en un solo esfuerzo para no perder ni un minuto, ni una gota de cobre que pudiera extraerse de los terraplenes de la montaña para enviarlas al desierto industrial de la nación. La grúa se averió cuando estaba

cargando un tren; se detuvo abruptamente y se quedó suspendida contra el cielo de la tarde, entre una hilera de vagones vacíos y montones de mineral que de repente era inamovible.

Los hombres del ferrocarril y de la mina se pararon, aturdidos y desconcertados: descubrieron que, entre toda la complejidad de su maquinaria, entre los taladros, los motores, las grúas, los delicados instrumentos de medición, los pesados proyectores de luz cayendo en los pozos y en las crestas de una montaña..., no había ningún cable para reparar la grúa. Se pararon como hombres en un transatlántico impulsados por generadores de diez mil caballos de potencia, pero pereciendo por falta de un imperdible.

El agente de estación, un joven de movimientos rápidos y expresión hosca, arrancó el cableado del edificio de la estación y puso la grúa en movimiento de nuevo..., y, mientras el mineral siguió ruidosamente llenando los vagones, la luz de las velas se vio temblar al atardecer desde las ventanas de la estación.

—Minnesota, Eddie —dijo Dagny sombríamente, cerrando el cajón de su archivo especial—. Dile a la División de Minnesota que envíe la mitad de sus reservas de cobre a Montana.

—Pero, ¡por Dios, Dagny! Con el apogeo de la cosecha llegando...

—Ellos lo aguantarán, creo. No podemos permitirnos perder ni un solo proveedor de cobre.

—Pero ¡si lo he hecho! —gritó James Taggart, cuando ella se lo recordó una vez más—. He conseguido para ti la máxima prioridad de cable de cobre, la primera solicitud, el nivel de racionamiento más alto, te lo he dado todo: tarjetas, certificados, documentos y requisiciones. ¿Qué más quieres?

—Cables de cobre.

—¡He hecho todo lo que he podido! ¡Nadie me puede echar la culpa a mí!

Ella no discutió. El periódico de la tarde estaba sobre su escritorio, y ella estaba mirando un artículo en la última página: un impuesto estatal de emergencia había sido aprobado en California para ayudar a los desempleados de ese estado, por un valor del cincuenta por ciento de los ingresos brutos de cualquier corporación local, antes de otros impuestos; las compañías petroleras de California habían hecho suspensión de pagos.

—No se preocupe, señor Rearden —dijo una voz untuosa a través de una línea telefónica de larga distancia desde Washington—. Sólo quería asegurarle que usted no tendrá que preocuparse.

—¿De qué? —preguntó Rearden, desconcertado.

—De esa confusión temporal que hay en California. Lo arreglaremos en un periquete; fue un acto de insurrección ilegal, su gobierno estatal no tenía derecho a imponer impuestos locales que perjudicaran a los impuestos nacionales; negociaremos un acuerdo equitativo de inmediato; pero, mientras tanto, si usted ha sido incomodado por cualquier rumor antipatriótico sobre las compañías petroleras de California, sólo quería decirle que Rearden Steel está colocada en la categoría más alta de necesidades esenciales, con derecho prioritario a cualquier combustible disponible en cualquier lugar de la nación, la categoría más alta, señor Rearden..., así que ¡sólo quería que supiera que no tendrá que preocuparse por el problema del combustible este invierno!

Rearden colgó el auricular con una expresión de preocupación, no por el problema del combustible y el fin de los campos petrolíferos de California —desastres de ese tipo ya eran parte de la vida cotidiana—, sino por el hecho de que los planificadores de Washington consideraran necesario aplacarlo a él... Eso era nuevo; se preguntó lo que significaría. En todos los años de su lucha, había aprendido que no era difícil lidiar con un antagonismo aparentemente sin causa, pero que una atención especial aparentemente sin causa era un feo peligro. La misma pregunta lo impactó de nuevo cuando, mientras caminaba por un callejón entre las estructuras de la fundición, vio una figura encorvada cuya postura combinaba un aire de insolencia con un aire de estar esperando ser aplastado como una mosca: era su hermano Philip.

Desde que se había mudado a Filadelfia, Rearden no había visitado su antigua casa y no había tenido ninguna noticia de su familia, cuyas facturas él seguía pagando. Entonces, inexplicablemente, dos veces en las últimas semanas, había sorprendido a Philip dando vueltas por la fundición sin ninguna razón aparente. No tenía cómo saber si Philip se estaba escabullendo para evitarlo a él o si estaba esperando llamar su atención; le había parecido que eran ambas cosas. Había sido incapaz de descubrir

alguna pista sólida sobre el objetivo de Philip, tan sólo una incomprensible ansiedad..., una ansiedad de un tipo que Philip nunca había manifestado antes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le dijo la primera vez que lo vio allí, sobresaltado.

—Bueno, sé que no te gusta que venga a tu oficina —había respondido Philip.

—¿Qué quieres...?

—Oh, nada, pero..., bueno, mamá está preocupada por ti.

—Nuestra madre puede llamarme en cualquier momento que quiera.

Philip no había respondido, pero había procedido a interrogarlo, de una manera poco convincente y muy casual, sobre su trabajo, su salud, su negocio; las preguntas no habían parado de ser curiosamente irrelevantes; no eran preguntas sobre el negocio, sino más bien sobre los sentimientos de Rearden hacia el negocio. Rearden lo había interrumpido y le había hecho un gesto con la mano para que se marchara, pero se había quedado con la pequeña y persistente sensación de un incidente que seguía sin explicación.

La segunda vez, Philip había dicho, como única explicación:

—Nosotros sólo queremos saber cómo te sientes con todo esto.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Bueno, mamá y yo... Son tiempos difíciles y, bueno, mamá quiere saber cómo te sientes al respecto.

—Dile que no siento. —Las palabras parecieron haber golpeado a Philip de alguna manera peculiar, casi como si ésa fuese la única respuesta que él había temido—. Lárgate de aquí —había ordenado Rearden, hastiado —, y la próxima vez que quieras verme, pide una cita y ven a mi oficina. Pero no vengas a menos que tengas algo que decir. Éste no es un lugar donde uno discute sentimientos, ni los míos ni los de nadie.

Philip no había llamado para pedir cita..., pero allí estaba de nuevo, encorvado entre las formas gigantescas de las calderas, con un aire de culpa y de esnobismo a la vez, como si estuviera a la vez fisgoneando y rebajándose por estar allí.

—Pero ¡yo tengo algo que decir! ¡Tengo algo! —gritó apresuradamente, en respuesta al ceño fruncido en la cara de Rearden.

—¿Por qué no has ido a mi oficina?

—Tú no me quieres en tu oficina.

—Y no te quiero aquí tampoco.

—Pero sólo estoy..., sólo estoy tratando de ser educado y no quitarte tiempo cuando estás tan ocupado y... ¿*estás* muy ocupado, no?

—¿Y?

—Y..., bueno, sólo quería verte cuando tuvieras un momento libre, para hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Yo..., bueno, necesito un trabajo.

Lo dijo beligerantemente y se echó para atrás un poco. Rearden se quedó mirándolo, sin comprender.

—Henry, quiero un trabajo. Quiero decir, aquí, en la fundición. Quiero que me des algo que hacer. Necesito un trabajo, necesito ganarme la vida, estoy cansado de limosnas. —Estaba buscando a tientas algo que decir, su voz ofendida y suplicante, como si la necesidad de justificar lo que estaba pidiendo fuese una imposición injusta sobre él—. Quiero ganarme la vida yo mismo, no te estoy pidiendo caridad, ¡te estoy pidiendo que me des una oportunidad!

—Esto es una fábrica, Philip, no una casa de apuestas.

—¿Eh?

—No arriesgamos oportunidades ni las damos.

—¡Te estoy pidiendo que me des un *trabajo*!

—¿Por qué debería hacerlo?

—¡Porque lo necesito!

Rearden señaló las chispas rojas de llamaradas saliendo de la forma negra de una caldera, disparando de manera segura al espacio cien metros de pensamiento materializado en acero, arcilla y vapor por encima de ellos.

—Yo necesitaba esa caldera, Philip. No fue mi necesidad la que me la dio.

Philip puso cara de no haber oído.

—No se supone oficialmente que tú puedas contratar a nadie, pero eso es sólo un tecnicismo; si me aceptas, mis amigos lo aprobarán sin problemas y... —Algo en los ojos de Rearden hizo que se detuviera bruscamente, para luego preguntar con una voz impaciente—: Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué he dicho que esté mal?

—Lo que no has dicho.

—¿Perdón?

—Lo que estás haciendo malabarismos para no decir.

—¿El qué?

—Que tú no me servirías para nada en absoluto.

—¿Es eso lo que tú...? —Philip comenzó con rectitud automática, pero paró y no terminó de hablar.

—Sí —dijo Rearden, sonriendo—, *eso* es en lo que yo pienso antes que nada.

Los ojos de Philip se inundaron; cuando habló, su voz sonó como si estuviera dando palos de ciego, escogiendo oraciones al azar:

—Todo el mundo tiene derecho a ganarse la vida: ¿cómo voy a hacerlo yo, si nadie me da la oportunidad?

—¿Cómo conseguí yo la mía?

—Yo no nací siendo dueño de una planta de acero.

—¿Y yo?

—Yo puedo hacer cualquier cosa que tú puedas hacer..., si me enseñas.

—¿Quién me enseñó a mí?

—¿Por qué sigues diciendo eso? ¡No estoy hablando de ti!

—Yo sí.

Poco después, Philip murmuró:

—¿De qué tienes que preocuparte *tú*? ¡No es *tu* sustento lo que está en juego!

Rearden señaló las figuras de los hombres en los humeantes rayos de la caldera.

—¿Puedes hacer lo que ellos están haciendo?

—No entiendo lo que estás...

—¿Qué pasa si te pongo allí y me estropeas un vertido de acero?

—¿Qué es más importante, que se vierta tu maldito acero o que yo coma?

—¿Cómo te propones comer si el acero no se vierte?

La cara de Philip asumió una expresión de reproche.

—Yo no estoy en condiciones de discutir contigo ahora mismo, ya que tú tienes la sartén por el mango.

—Entonces no discutas.

—¿Eh?

—Cállate la boca y lárgate de aquí.

—Pero yo quería decir... —Se detuvo.

Rearden se rio entre dientes.

—¿Querías decir que soy yo quien debería mantener la boca cerrada, porque soy yo quien tiene la sartén por el mango, y que debería ceder ante ti, porque tú no tienes ninguna sartén en absoluto?

—Ésa es una forma curiosamente burda de expresar un principio moral.

—Pero en eso consiste tu principio moral, ¿a que sí?

—No puedes discutir la moralidad en términos materialistas.

—Estamos discutiendo un trabajo en una planta de acero, y, ¡vaya! ¡Eso sí que es un lugar materialista!

El cuerpo de Philip se tensó un poco más, y sus ojos se volvieron una pizca más vidriosos, como si tuviera miedo del lugar que lo rodeaba, como con rencor por lo que veía, como haciendo un esfuerzo por no aceptar eso como una realidad. Dijo, con el sumiso y obstinado gimoteo de un conjuro vudú:

—Es un imperativo moral, universalmente reconocido en nuestra época, que todo hombre tiene derecho a un trabajo. —Su voz se elevó—: ¡Yo tengo derecho a eso!

—¿Ah, sí? Adelante, entonces, ve y coge eso a lo que tienes derecho.

—¿Eh?

—Coge tu trabajo. Sácalo del arbusto donde crees que crece.

—Quiero decir...

—¿Quieres decir que no crece ahí? ¿Quieres decir que lo necesitas, pero no puedes crearlo? ¿Quieres decir que tienes derecho a un trabajo que *yo* debo crear para ti?

—¡Sí!

—¿Y si no lo hago?

El silencio se fue extendiendo segundo tras segundo.

—No te entiendo —dijo Philip; su voz tenía el desconcertado enojo de un hombre haciendo su papel, recitando las fórmulas que siempre han funcionado, pero recibiendo todas las pistas incorrectas en respuesta—. No entiendo por qué uno ya no puede hablar contigo. No entiendo qué tipo de teoría estás proponiendo y...

—Oh, sí, sí lo entiendes.

Como negándose a creer que las fórmulas pudieran fallar, Philip estalló con:

—¿Desde cuándo estás metido *tú* en filosofía abstracta? Tú no eres más que un hombre de negocios, no estás cualificado para lidiar con cuestiones de principios morales, deberías dejar eso en manos de los expertos que han concedido durante siglos...

—Corta el rollo, Philip. ¿A quién pretendes engañar?

—¿Engañar?

—¿Por qué esa repentina ambición?

—Bueno, en un momento como éste...

—¿Como cuál?

—Bueno, todo hombre tiene derecho a tener algún medio de supervivencia y... y a que no lo larguen y pasen de largo de él... Cuando las cosas están tan inciertas, un hombre tiene que tener algo de seguridad, algo a lo que agarrarse. Quiero decir, en un momento como éste, si algo te pasara, yo no tendría...

—¿Qué esperas que me pase?

—¡Oh, no! ¡No lo espero! —El grito fue extraña e incomprensiblemente genuino—. ¡No espero que pase nada! ¿Y tú?

—¿Como qué?

—¿Y yo qué sé? Pero no tengo nada, excepto la miseria que me das y..., y puedes cambiar de opinión en cualquier momento.

—Es posible.

—Y yo no tengo ningún control sobre ti en absoluto.

—¿Por qué tardaste tantos años en darte cuenta de eso y en empezar a preocuparte? ¿Por qué ahora?

—Porque..., porque has cambiado. Tú..., tú solías tener un sentido del deber y de la responsabilidad moral, pero... lo estás perdiendo. Lo estás perdiendo, ¿verdad?

Rearden se quedó estudiándolo en silencio; había algo peculiar en la manera en que Philip iba construyendo las preguntas, como si sus palabras fueran accidentales, pero esas preguntas demasiado casuales y ligeramente insistentes eran la clave para su objetivo.

—Bueno, ¡me alegraré de quitarte un peso de encima si es que soy una carga para ti! —espetó Philip de pronto—. Lo único que tienes que hacer es darme un trabajo, ¡y tu conciencia ya no tendrá que molestarte más por mí!

—No lo hace.

—¡Eso es lo que quiero decir! Te da igual. Te da igual lo que nos pase a cualquiera de nosotros, ¿verdad?

—¿A quién?

—Bueno..., a mamá y a mí, y... y a la humanidad en general. Pero no voy a apelar a tu mejor ego. Sé que estás dispuesto a largarme en cualquier momento, así que...

—Estás mintiendo, Philip. Eso no es lo que te preocupa. Si lo fuera, estarías buscando echarle mano a un montón de dinero, no un trabajo, no...

—¡No! ¡Yo quiero un trabajo! —El grito fue inmediato y casi frenético —. ¡No trates de comprarme con dinero! ¡Quiero un trabajo!

—Cálmate, pobre desgraciado. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Philip escupió su respuesta con un odio impotente:

—¡No puedes hablarme de esa forma!

—¿Y *tú* a mí?

—Yo sólo...

—¿Comprarte a ti? ¿Por qué debería intentar comprarte..., en vez de echarte a patadas, como debería haber hecho hace años?

—Bueno, a fin de cuentas, ¡soy tu hermano!

—¿Qué se supone que significa eso?

—Se supone que uno tiene algún tipo de sentimiento por su hermano.

—¿Y *tú*, lo tienes?

La boca de Philip se hinchó de forma petulante; no respondió, esperó; Rearden lo dejó esperando. Philip murmuró:

—Se supone que, por lo menos, debes tener cierta consideración por mis sentimientos, pero no la tienes.

—¿La tienes *tú* por los míos?

—¿Los tuyos? ¿Tus *sentimientos*? —No había malicia en la voz de Philip, sino algo peor: era un asombro genuino e indignado—. Tú no tienes sentimientos ningunos. Tú nunca has sentido nada en absoluto. ¡Tú nunca has *sufrido*!

Fue como si una suma de años hubiera golpeado a Rearden en la cara, por medio de una sensación y una visión: la sensación exacta de lo que había sentido en la cabina del motor de la locomotora del primer tren en la Línea John Galt..., y la visión de los ojos pálidos de Philip; los ojos semilíquidos presentando lo máximo de la degradación humana: un dolor

incuestionable y, con la obscena insolencia de un esqueleto hacia un ser vivo, exigiendo que ese dolor sea mantenido como el más alto de los valores. Nunca has sufrido, aquellos ojos le estaban diciendo acusadoramente..., mientras él veía la noche en su oficina cuando sus minas de mineral de hierro le habían sido incautadas..., el momento en el que firmó el Certificado de Regalo entregando el Metal Rearden..., el mes entero que pasó dentro de un avión, buscando los restos del cuerpo de Dagny. Nunca has sufrido, estaban diciendo los ojos con un desprecio a ellos mismos..., mientras él recordaba la sensación de orgullosa castidad con la que había luchado en esos momentos, negándose a rendirse al dolor, una sensación hecha de su amor, de su lealtad, de su conocimiento de que la alegría es el objetivo de la existencia, y que la alegría no es algo con lo que uno se tropieza, sino algo que debe lograrse, y que el acto de traición es dejar que su visión se ahogue en el pantano de la tortura del momento. Nunca has sufrido, estaba diciendo la mirada muerta de los ojos, nunca has sentido nada, porque sólo sufrir es sentir..., no existe la alegría, sólo existen el dolor y la ausencia de dolor, sólo el dolor y el cero, cuando uno no siente nada; yo sufro, yo estoy retorcido por el sufrimiento, yo estoy hecho de un sufrimiento sin diluir, ésa es mi pureza, ésa es mi virtud..., y la tuya, tú, el que no te retuerces, el que no te quejas, la tuya es aliviarme a mí de mi dolor..., es cortar tu cuerpo que no sufre para remendar el mío, cortar tu alma que no siente para evitar que la mía sienta..., y así lograremos el ideal supremo, el triunfo sobre la vida, ¡el cero! Él estaba viendo la naturaleza de quienes, durante siglos, no se habían alejado de los predicadores de la aniquilación..., estaba viendo la naturaleza de los enemigos con los que él había estado luchando toda su vida.

—Philip —dijo—, lárgate de aquí. —Su voz fue como un rayo de luz de sol en un depósito de cadáveres, la voz simple, seca y normal de un hombre de negocios, el sonido de la fortaleza dirigido a un enemigo al que uno no podría honrar con la ira, y ni siquiera con la repugnancia—. Y no vuelvas a intentar entrar en esta fundición de nuevo, porque habrá órdenes en cada puerta de que te echen, si lo intentas.

—Bueno, después de todo —dijo Philip, en el tono enojado y cauteloso de una tentativa de amenaza—, ¡yo podría hacer que mis amigos me asignasen un trabajo aquí y *obligarte* a aceptarlo!

Rearden había empezado a irse, pero se detuvo y se volvió para mirar a su hermano.

El momento en el que Philip captó una revelación repentina no vino como resultado de un pensamiento; la captó por medio de la oscura sensación que era su único modo de consciencia: sintió una sensación de terror, aferrándole la garganta, estremeciéndose hasta su estómago; estaba viendo la extensión de la fundición, con las serpentinas de llamas a la deriva, con las cucharas de metal fundido navegando por el espacio bajo delicados cables, con hoyos abiertos del color del carbón incandescente, con grúas llegándole a la cabeza, latiendo al pasar, transportando toneladas de acero con el invisible poder de imanes..., y supo que a él le aterrorizaba ese lugar, que estaba muerto de miedo, que no se atrevía ni a mover un dedo sin la protección y la guía del hombre que tenía delante..., y luego miró a la figura alta y erguida que estaba relajada allí de pie, la figura con los ojos impasibles cuya visión había atravesado rocas y llamas para construir ese lugar..., y entonces entendió lo fácil que sería, para el hombre a quien él estaba queriendo obligar, permitir que un solo cubo de metal se inclinara un segundo antes de tiempo, o permitir que una sola grúa soltara su carga medio metro antes de su objetivo, y no quedaría nada de él, de Philip el reclamante..., y que su única protección consistía en el hecho de que era a su mente a la que se le ocurrían tales acciones, pero a la mente de Hank Rearden no.

—Pero más vale que lo mantengamos en términos amistosos —dijo Philip.

—Más te vale —dijo Rearden, y se alejó.

Hombres que adoran el dolor, pensó Rearden, viendo la imagen de los enemigos que él nunca había conseguido entender..., son hombres que adoran el dolor. Parecía monstruoso, y, sin embargo, curiosamente sin ninguna importancia. Él no sintió nada. Era como tratar de convocar emociones hacia objetos inanimados, hacia basura deslizándose por la ladera de una montaña para aplastarlo. Uno podía huir de la avalancha, o construir muros de contención contra ella, o ser aplastado..., pero uno no podía concederle ninguna indignación de ira ni ninguna preocupación moral a los movimientos sin sentido de los que no viven; no, peor, pensó: de los que son antivida.

La misma sensación de falta de preocupación permaneció con él cuando se encontró sentado en la sala de un tribunal de Filadelfia, observando a unos hombres realizar los movimientos que le otorgarían su divorcio. Los vio pronunciar generalidades mecánicas, recitar frases vagas de evidencias fraudulentas, jugar al intrincado juego de estirar las palabras para que no comunicaran ni hechos ni significado. Él les había pagado para que lo hicieran —él, a quien la ley no le permitía ninguna otra forma de obtener su libertad, ningún derecho a mostrar los hechos y alegar la verdad —, la ley que determinaba su destino, no según reglas objetivas definidas objetivamente, sino según la misericordia arbitraria de un juez con una cara arrugada y una expresión de astucia vacía.

Lillian no estaba presente en la sala del tribunal; su abogado hacía gestos de vez en cuando, con la energía de dejar que el agua corriera entre sus dedos. Todos conocían el veredicto de antemano y sabían sus razones; ninguna otra razón había existido durante años, donde ninguna norma, excepto el capricho, había existido. Ellos parecían considerarlo como su prerrogativa legítima; actuaban como si el objetivo del procedimiento no fuera juzgar un caso, sino darles trabajo, como si su trabajo fuera recitar las fórmulas apropiadas sin la responsabilidad de saber qué era lo que las fórmulas conseguían, como si un tribunal fuese el único lugar donde las cuestiones de lo correcto y lo incorrecto fueran irrelevantes, y ellos, los hombres a cargo de impartir justicia, estuvieran a salvo por ser suficientemente sabios para saber que no existía la justicia. Actuaban como salvajes realizando un ritual ideado para liberarlos a ellos de la realidad objetiva.

Pero los diez años de su matrimonio habían sido reales, pensó, y *ésos* eran los hombres que asumían el poder de acabar con ese matrimonio, de decidir si él, Hank Rearden, tendría alguna posibilidad de felicidad en la Tierra o sería condenado a la tortura para el resto de su vida. Recordó el respeto austero y despiadado que él había sentido por su contrato de matrimonio, por todos sus contratos y todas sus obligaciones legales, y vio a qué tipo de legalidad se esperaba que su escrupulosa observancia sirviera.

Se dio cuenta de que los títeres de la sala del tribunal habían empezado a mirarlo a él de la manera astuta y sabia con que se miran unos colegas conspiradores que comparten una culpa común, mutuamente protegiéndose de cualquier condena moral. Luego, cuando observaron que él era el único

hombre en la sala que miraba fijamente a la cara de cualquiera, vio que el resentimiento crecía en los ojos de ellos. Increíblemente, se dio cuenta de lo que se esperaba de él: se esperaba que él, la víctima, encadenado, amordazado y abandonado sin ningún recurso más que el soborno, creyera que la farsa que había comprado era un proceso legal, que los edictos que lo esclavizaban tenían validez moral, que él era culpable de corromper la integridad de los guardianes de la justicia, y que la culpa era de él, no de ellos. Era como culpar a la víctima de un atraco por corromper la integridad del atracador. Y, sin embargo, pensó Rearden, a lo largo de todas las generaciones de extorsión política, no eran los saqueadores burócratas los que habían sido culpados, sino los industriales encadenados; no los hombres que vendían favores legales, sino los hombres que estaban obligados a comprarlos; y, a través de todas esas generaciones de cruzadas contra la corrupción, el remedio nunca había sido la liberación de las víctimas, sino la concesión a los extorsionadores de poderes más amplios para extorsionar. La única culpa de las víctimas, pensó él, había sido que ellas aceptaban eso como culpa.

Cuando salió de la sala del tribunal a la fría llovizna de una tarde gris, tuvo la sensación de que no sólo se había divorciado de Lillian, sino de toda la sociedad humana que apoyaba el procedimiento que él había presenciado.

El rostro de su abogado, un hombre de edad de la antigua escuela, tenía una expresión que le hacía parecer como si estuviera deseando tomar un baño.

—Dime, Hank —preguntó como único comentario—, ¿hay algo que los saqueadores estén ansiosos por obtener de ti en este momento?

—No que yo sepa. ¿Por qué?

—La cosa fue demasiado fácil. Hubo algunos puntos en los que yo esperaba presión y sugerencias para conseguir alguna ventaja adicional, pero los muchachos los dejaron pasar y no trataron de aprovecharse de eso. Tengo la impresión de que les llegaron órdenes de lo alto para que te trataran con suavidad y dejaran que te salieras con la tuya. ¿Están planeando algo contra tu fundición?

—No que yo sepa —dijo Rearden, y se sorprendió al oír en su mente: «Ni que me importe».

Fue esa misma tarde, en la fundición, cuando vio a la Nodriza corriendo rápidamente hacia él, la figura de un potrillo con una mezcla peculiar de brusquedad, torpeza y decisión.

—Señor Rearden, me gustaría hablar con usted. —Su voz era débil, pero a la vez extrañamente firme.

—Adelante.

—Hay algo que quiero preguntarle. —La cara del muchacho era solemne y tensa—. Quiero que sepa que yo sé que usted debería negarse, pero quiero preguntárselo de todas formas, y, si es presuntuoso, entonces dígame que me vaya al infierno.

—Muy bien. Inténtalo.

—Señor, Rearden, ¿me daría usted un trabajo? —Era el esfuerzo por sonar normal lo que traicionó los días de lucha que había detrás de la pregunta—. Quiero dejar lo que estoy haciendo y ponerme a trabajar. Quiero decir, un trabajo de verdad..., fabricando acero, como yo pensé que empezaría, una vez. Quiero ganarme el sustento. Estoy cansado de ser un chinche.

Rearden no pudo resistirse a sonreír y recordarle, en el tono de una cita:

—Ahora, ¿por qué usar tales palabras, No-Absoluto? Si no usamos palabras feas, no tendremos ninguna fealdad y... —Pero vio la desesperada seriedad en el rostro del muchacho y paró, con su sonrisa desvaneciéndose.

—Estoy hablando en serio, señor Rearden. Y yo sé lo que la palabra significa, y es la palabra correcta. Estoy cansado de que me paguen, con el dinero de usted, por no hacer nada, excepto hacerle imposible a usted ganar dinero en absoluto. Sé que cualquiera que trabaja hoy es sólo un imbécil para desgraciados como yo, pero..., bueno, maldita sea, preferiría ser un imbécil, ¡si eso es lo único que uno puede ser! —Su voz se había convertido en un grito—. Perdone usted, señor Rearden —dijo rígidamente, mirando a otro lado. En un momento, continuó con su tono seco y sin emoción—: Quiero salir de esta farsa de director adjunto de distribución. No sé si yo le sería de mucha utilidad, tengo un diploma universitario en metalurgia, aunque no vale el papel en el que está impreso. Pero creo que he aprendido un poco sobre el trabajo en los dos años que he estado aquí, y si usted me pudiera emplear, como barrendero o chatarrero, o con cualquier otra cosa que usted quisiera confiarme, yo les diría dónde meterse el título de

dirección adjunta, y me pondría a trabajar para usted mañana, la semana que viene, en este mismo momento, o cuando usted me dijera. —Evitó mirar a Rearden, no como una forma de evasión, sino como si no tuviera derecho a hacerlo.

—¿Por qué tenías miedo de preguntarme? —dijo Rearden con suavidad.

El muchacho lo miró con indignado asombro, como si la respuesta fuese obvia.

—Porque después de la forma en que comencé aquí, y de la forma en que actué, y del hecho de ser director de lo que soy, si vengo a pedirle favores, lo que usted debería hacer es ¡darme una patada en el trasero!

—*Has* aprendido un montón en los dos años que llevas aquí.

—No, yo... —Miró a Rearden, entendió, miró a otro lado y dijo con voz hueca—: Sí, si eso es lo que quiere decir.

—Mira, chaval, te daría un trabajo en este momento y te confiaría más que el trabajo de un barrendero, si dependiera de mí. Pero ¿te has olvidado de la Junta de Unificación? No tengo permiso para contratarte, y a ti no te permiten renunciar. Cierto, los hombres están renunciando todo el tiempo, y estamos contratando a otros con nombres falsos y papeles imaginarios que prueban que han trabajado aquí durante años. Tú lo sabes, y gracias por mantener la boca cerrada. Pero ¿crees que si yo te contratara a ti de esa manera, tus amigos en Washington no se darían cuenta? —El muchacho sacudió la cabeza lentamente—. ¿Crees que si renunciaras a tu empleo para convertirte en barrendero, no entenderían tus razones? —El muchacho asintió—. ¿Te dejarían irte?

El muchacho negó con la cabeza. Después de un momento, dijo con un tono de desesperado asombro:

—No había pensado en eso en absoluto, señor Rearden. Me olvidé de ellos. Sólo estaba pensando en si usted me querría aquí o no, y que la única cosa que contaba sería la decisión *de usted*.

—Lo sé.

—Y... *es* lo único que cuenta, de hecho.

—Sí, No-Absoluto, *de hecho*.

La boca del muchacho se estremeció de pronto en el breve y triste giro de una sonrisa.

—Supongo que yo estoy atado peor que cualquier otro imbécil.

—Sí. No hay nada que puedas hacer ahora, excepto pedirle permiso a la Junta de Unificación para cambiar de trabajo. Yo apoyaré tu solicitud, si quieres intentarlo..., sólo que no creo que te lo concedan. No creo que te dejen trabajar para mí.

—No. No lo harán.

—Si maniobras lo suficiente y mientes lo suficiente, podrían permitirte que te pasaras a un trabajo privado..., con alguna otra empresa de acero.

—¡No! ¡No quiero ir a ningún otro sitio! ¡No quiero irme de este lugar! —Estaba de pie mirando el invisible vapor de lluvia sobre la llama de las calderas. Al cabo de un rato, dijo en voz baja—: Será mejor que me quede, supongo. Será mejor que siga siendo un ayudante saqueador. Además, si me fuera, ¡Dios sabe con qué clase de animal le engancharían en mi lugar! —Se volvió—. Están tramando algo, señor Rearden. No sé lo que es, pero se están preparando para lanzar algo sobre usted.

—¿El qué?

—No lo sé. Pero han estado observando cada vacante aquí, en las últimas semanas, cada deserción, y han estado metiendo a su propia pandilla. Un tipo extraño de pandilla, además..., son matones de verdad, algunos de ellos, y yo juraría que nunca han pisado una planta de acero antes. He recibido órdenes de conseguir la mayor cantidad posible de «nuestros muchachos». No me quisieron decir por qué. No sé qué es lo que están planeando. He intentado sonsacárselo, pero están actuando de forma muy reservada sobre eso. Tengo la impresión de que ya no confían en mí a estas alturas. Estoy perdiendo el toque correcto, supongo. Lo único que sé es que se están preparando para hacer algo aquí.

—Gracias por advertirme.

—Voy a tratar de enterarme de qué va la cosa. Haré todo lo que sea posible para hacerlo a tiempo. —Se volvió bruscamente y empezó a andar, pero se paró—. Señor Rearden, si dependiera de usted, ¿me habría contratado?

—Lo habría hecho, encantado y de inmediato.

—Gracias, señor Rearden —dijo con voz solemne y grave, y luego se fue andando.

Rearden se quedó mirándolo, viendo, con una desgarradora sonrisa de lástima, qué era lo que el exrelativista, el expragmático, el examoral se estaba llevando con él como premio de consolación.

En la tarde del 11 de septiembre, un cable de cobre se rompió en Minnesota, parando las cintas transportadoras de grano en una pequeña estación rural de Taggart Transcontinental.

Como en una inundación, grandes cantidades de trigo avanzaban por las carreteras, los caminos, los senderos abandonados de la comarca, y el grano de miles de hectáreas de tierras de cultivo era vertido en los frágiles depósitos de las estaciones de ferrocarril. Avanzaban día y noche, las primeras gotas convirtiéndose en arroyos, luego en ríos, luego en torrentes..., moviéndose en camiones paralizados con motores renqueantes..., en carretas tiradas por los oxidados huesos de caballos hambrientos..., en carros tirados por bueyes..., con el coraje y la última energía de hombres que habían vivido dos años de desastres antes de la triunfante recompensa de la gigantesca cosecha de ese otoño, hombres que habían remendado sus camiones y sus carros con alambres, con trapos y con cuerdas a base de noches sin dormir, para tratar de aguantar sólo ese viaje más, para transportar el grano y luego desvencijarse al llegar a su destino, pero para darles a sus dueños una posibilidad de sobrevivir.

Cada año, en esa época, otro gran desplazamiento se había oído repicar por todo el país, atrayendo vagones de carga desde todos los rincones del continente hasta la División de Minnesota de Taggart Transcontinental, con el ritmo de las ruedas del tren precediendo al crujido de los vagones, como un eco de avance rigurosamente planeado, ordenado y cronometrado para lidiar con la inundación de grano. La División de Minnesota estaba adormecida todo el año, pero volvía a una intensa vida con los sonidos de la cosecha; catorce mil vagones de carga habían atascado sus patios cada año; quince mil eran esperados esa vez. Los primeros trenes de trigo habían empezado a encauzar la inundación hacia los hambrientos molinos de harina, luego a las panaderías, luego a los estómagos de la nación..., pero cada tren, cada vagón y cada elevador de almacén contaba, y no había ni un minuto ni un centímetro que perder.

Eddie Willers observó la cara de Dagny mientras ella revisaba las tarjetas de su archivo de emergencia; él sabía el contenido de las tarjetas por la expresión de ella.

—La terminal... —dijo ella en voz baja, cerrando el archivo—. Baja y llama a la terminal, y diles que envíen la mitad de sus existencias de cable a Minnesota. —Eddie no dijo nada y obedeció.

Él no dijo nada la mañana cuando puso en el escritorio de ella un telegrama de la oficina de Taggart en Washington, informándoles de la directiva que, debido a la crítica escasez de cobre, les ordenaba a los agentes del gobierno confiscar todas las minas de cobre y operarlas como un servicio público.

—Bueno —dijo ella, tirando el telegrama a la papelera—, eso es el fin de Montana.

Ella no dijo nada cuando James Taggart le anunció que él mismo estaba emitiendo una orden para retirar todos los vagones restaurante en los trenes de Taggart.

—No podemos permitírnoslo más —explicó—, siempre hemos perdido dinero en esos malditos restaurantes, y cuando no hay comida que comprar, cuando los restaurantes están cerrando porque no pueden conseguir ni un kilo de carne de caballo en ningún sitio, ¿cómo se puede esperar que los ferrocarriles lo hagan? ¿Por qué demonios tenemos que alimentar a los pasajeros, en cualquier caso? Tienen suerte si les damos transporte, ellos viajarían en vagones de ganado si fuera necesario; que se lleven sus propias bolsas con sus almuerzos, ¿qué nos importa a nosotros...? ¡No pueden ir en ningún otro tren!

El teléfono encima del escritorio de ella no era ya una herramienta de comunicación para dirigir el negocio, sino que se había convertido en una sirena de alarma para las desesperadas llamadas de desastre.

—¡Señorita Taggart, no tenemos cable de cobre!

—Clavos, señorita Taggart, simples clavos, ¿puede decirle a alguien que nos mande una caja de clavos?

—¿Puede encontrar pintura, señorita Taggart, cualquier tipo de pintura impermeabilizante en algún lugar?

Pero treinta millones de dólares de dinero de subsidios de Washington se habían invertido en el Proyecto Soja, una enorme área de cultivo en Luisiana, donde una cosecha de soja estaba madurando, propugnada y organizada por Emma Chalmers, con el fin de reacondicionar los hábitos alimentarios de la nación. Emma Chalmers, más conocida como «la madre de Kip», era una vieja socióloga que se había pasado el tiempo en Washington durante años, igual que otras mujeres de su edad y de su estilo se pasaban el tiempo en los bares. Por alguna razón que nadie podía definir,

la muerte de su hijo en la catástrofe del túnel le había dado a ella en Washington una aureola de martirio, acentuada por su reciente conversión al budismo.

«La soja es una planta mucho más robusta, nutritiva y económica que todos los alimentos extravagantes a los que nuestra ineficiente e indulgente dieta nos ha acostumbrado», había dicho la madre de Kip por la radio; su voz siempre sonaba como si estuviera cayendo a gotas, no de agua, sino de mayonesa. «La soja es un excelente sustituto del pan, la carne, los cereales y el café..., y si todos fuéramos obligados a adoptar la soja como alimento básico, eso resolvería la crisis alimenticia nacional y haría posible alimentar a más personas. La mejor comida para el mayor número..., ése es mi lema. En un momento de desesperada necesidad pública, es nuestro deber sacrificar nuestros lujosos gustos y comer para recuperar la prosperidad adaptándonos a los alimentos simples y saludables con los que los pueblos de Oriente han subsistido tan noblemente durante siglos. Hay mucho que podemos aprender de los pueblos de Oriente.»

—Tuberías de cobre, señorita Taggart, ¿podría conseguirnos tuberías de cobre en algún lugar? —Las voces estaban suplicando al teléfono.

—¡Pernos para raíles, señorita Taggart!

—¡Destornilladores, señorita Taggart!

—¡Bombillas, señorita Taggart, no hay forma de encontrar bombillas eléctricas en ningún sitio a trescientos kilómetros a la redonda!

Pero cinco millones de dólares habían sido gastados por la oficina del Condicionador de Moral en la Compañía de Ópera Popular, que viajaba por todo el país, ofreciendo actuaciones gratis a personas que, con una comida al día, no podían darse el lujo de ir andando hasta el teatro de la ópera. Siete millones de dólares le habían sido concedidos a un psicólogo a cargo de un proyecto para resolver la crisis mundial investigando la naturaleza del amor fraternal. Diez millones de dólares le habían sido concedidos al fabricante de un encendedor electrónico..., pero no había cigarrillos en las tiendas del país. Había linternas en el mercado, pero no había pilas; había radios, pero no había cables para enchufarlas; había cámaras de fotos, pero no había carretes de película. La fabricación de aviones había sido declarada «temporalmente suspendida». Los viajes en avión con fines privados habían sido prohibidos, y estaban reservados exclusivamente para misiones de «necesidad pública». Que un empresario viajara para salvar su fábrica no se

consideraba una necesidad pública, y tal empresario no podía subir a un avión; un funcionario que viajara para cobrar impuestos sí se consideraba necesidad pública, y éste sí podía.

—La gente está robando tuercas y tornillos de nuestras vías, señorita Taggart, robándolas por la noche, y nuestras existencias se están agotando, el almacén de la división está vacío, ¿qué vamos a hacer, señorita Taggart?

Pero un televisor a todo color con una pantalla de dos metros se estaba construyendo para los turistas en un Parque del Pueblo en Washington; y un superciclotrón para el estudio de los rayos cósmicos se estaba construyendo en el Instituto Estatal de Ciencias, un proyecto que debería ser completado en diez años.

«El problema con nuestro mundo moderno», dijo el doctor Robert Stadler por la radio, en las ceremonias en que se anunciaba la construcción del ciclotrón, «es que mucha gente piensa demasiado. Ésa es la causa de todos nuestros miedos y de todas nuestras dudas actuales. Una ciudadanía ilustrada debería abandonar la adoración supersticiosa a la lógica y a la anticuada dependencia de la razón. Igual que los legos le dejan la medicina a los médicos y la electrónica a los ingenieros, así también las personas que no están cualificadas para pensar deberían dejar todo el pensamiento en manos de los expertos y tener fe en la superior autoridad de los expertos. Sólo los expertos son capaces de entender los descubrimientos de la ciencia moderna, que han demostrado que el pensamiento es una ilusión y que la mente es un mito».

«¡Esta época de miseria es el castigo que Dios le ha impuesto al hombre por el pecado de confiar en su mente!», gruñían las voces triunfantes de místicos de todas las sectas y clases, en esquinas, en tiendas de campaña empapadas por la lluvia, en templos desmoronándose. «¡Las tribulaciones de este mundo son el resultado del intento del hombre de vivir por la razón! ¡*Eso* es lo que el pensamiento, la lógica y la ciencia te han traído! ¡Y no habrá salvación hasta que los hombres se den cuenta de que su mente mortal es impotente para resolver sus problemas y vuelvan a la fe, a la fe en Dios, a la fe en una autoridad superior!»

Y, confrontándola a ella todos los días, estaba el producto final de todo aquello, el heredero y el recolector: Cuffy Meigs, el hombre inmune al pensamiento. Cuffy Meigs recorría de arriba abajo las oficinas de Taggart

Transcontinental, vestido con una chaqueta medio militar y golpeando un brillante maletín de cuero contra sus brillantes polainas de cuero. Llevaba una pistola automática en un bolsillo y una pata de conejo en el otro.

Cuffy Meigs intentaba evitarla; tenía unos modales que eran en parte desdeñosos, como si él la considerara una idealista poco práctica, y en parte una admiración supersticiosa, como si ella poseyera algún poder incomprensible con el que él prefería no enredarse. Actuaba como si la presencia de ella no encajara con la visión de él de un ferrocarril, y al mismo tiempo como si la presencia de ella fuese la única presencia que él no se atrevía a desafiar. Había un toque de impaciente resentimiento en la actitud que tenía hacia Jim, como si fuera el deber de Jim tratar con ella y protegerlo a él, a Meigs; igual que esperaba que Jim mantuviera el ferrocarril funcionando perfectamente y lo dejara a él libre para dedicarse a actividades de una naturaleza más práctica, así también esperaba que Jim la mantuviera a ella a raya, como parte de la maquinaria.

Más allá de la ventana de la oficina de ella, como un parche de yeso adhesivo pegado sobre una herida en el cielo, la página del calendario colgaba en blanco en la distancia. El calendario no había sido reparado desde la noche de la despedida de Francisco. Esa noche, los oficiales que habían subido corriendo a la torre habían parado de un golpe el motor del calendario mientras arrancaban la película del proyector. Habían encontrado la pequeña nota del mensaje de Francisco pegada en la franja de los días numerados, pero quién la había pegado allí, quién había entrado en la habitación cerrada y cuándo y cómo... eso nunca fue descubierto por las tres comisiones que todavía estaban investigando el caso. Pendiente del resultado de sus esfuerzos, la página había quedado sin nada y quieta sobre la ciudad.

La página estaba vacía la tarde del 14 de septiembre, cuando sonó el teléfono en su oficina.

—Un hombre de Minnesota —dijo la voz de su secretaria.

Ella le había dicho a su secretaria que aceptara todas las llamadas de ese tipo. Eran solicitudes de ayuda, y su única fuente de información. En un momento en el que las voces de los directores del ferrocarril no proferían más que sonidos diseñados para evitar la comunicación, las voces de los

hombres sin nombre eran su último contacto con el sistema, las últimas chispas de razón y torturada honestidad destellando brevemente a través de los kilómetros de vías de Taggart.

—Señorita Taggart, no me corresponde a mí llamarla, pero nadie más lo hará —dijo la voz que llegó por la línea esa vez; la voz sonaba joven y demasiado tranquila—. Dentro de un día o dos ocurrirá un desastre como el que nunca se ha visto, y ya no tendrán cómo ocultarlo, sólo que será demasiado tarde para ese entonces, y probablemente ya es demasiado tarde.

—¿Qué es? ¿Quién es usted?

—Uno de sus empleados de la División de Minnesota, señorita Taggart. Dentro de un par de días, los trenes dejarán de salir de aquí..., y usted sabe lo que eso significa..., en el momento álgido de la cosecha. En el momento álgido de la mayor cosecha que hemos tenido jamás. Pararán, porque no tenemos vagones. Los vagones de carga para la cosecha no nos han sido enviados este año.

—¿Qué... ha... dicho? —Ella sintió como si pasaran varios minutos entre las palabras de su forzada propia voz, que no sonaba como si fuera suya.

—Los vagones no han sido enviados. Quince mil de ellos deberían haber estado aquí a estas alturas. Por lo que he podido descubrir, unos ocho mil vagones son todo lo que tenemos. Llevo una semana llamando a la sede de la división. Me han estado diciendo que no me preocupe. La última vez me dijeron que me metiera en mis malditos asuntos. Cada cobertizo, silo, elevador, almacén, garaje y salón de baile a lo largo de la vía está lleno de trigo. En los ascensores Sherman hay una línea de camiones y de carretas de granjeros que tiene tres kilómetros de largo, esperando en la carretera. En la estación de Lakewood, la plaza está llena hasta arriba, y ha estado así durante tres noches. Siguen diciéndonos que es sólo algo temporal, que los vagones están llegando y que nos recuperaremos. No lo haremos. No hay vagones en camino. He llamado a todo el mundo que he podido. Lo sé por la forma en que responden. Ellos lo saben, y ninguno de ellos quiere admitirlo. Están asustados, asustados de moverse o de hablar o de preguntar o de responder. Lo único que están pensando es quién será culpado cuando la cosecha se pudra aquí alrededor de las estaciones..., y no quién va a

moverla. Tal vez ya nadie pueda hacerlo, ahora. Puede que usted no pueda hacer nada al respecto tampoco. Pero pensé que usted era la única persona que quedaba que querría saberlo, y que alguien tenía que decírselo.

—Yo... —Ella hizo un esfuerzo por respirar—. Ya veo... ¿Quién es usted?

—El nombre no importa. Cuando cuelgue, me habré convertido en un desertor. No quiero quedarme aquí para verlo cuando suceda. Ya no quiero tener nada que ver con esto. Buena suerte, señorita Taggart.

Ella oyó el clic.

—Gracias —dijo a través de un cable muerto.

La siguiente vez que percibió la oficina a su alrededor y se permitió sentir, era el mediodía del día siguiente. Estaba de pie en medio de la oficina, pasándose los dedos rígidos y extendidos por un mechón de cabello, apartándoselo de la cara..., y, por un instante, se preguntó dónde estaba y qué era la cosa increíble que había tenido lugar en las últimas veinte horas. Lo que sintió fue horror, y supo que eso era lo que había sentido desde las primeras palabras del hombre que estaba al teléfono, sólo que no había habido tiempo para saberlo.

No había mucho que quedara en su mente de las últimas veinte horas, sólo fragmentos desconectados, unidos por la única constante que los había hecho posibles: por los rostros blandos y flácidos de hombres que luchaban para ocultar de ellos mismos el hecho de que sabían las respuestas a las preguntas que ella hacía.

Desde el momento en que le informaron que el gerente del departamento de servicio de vagones había estado fuera de la ciudad una semana y no había dejado ninguna dirección donde poder ser localizado, ella supo que el informe del hombre de Minnesota era verdad. Luego aparecieron los asistentes del departamento de servicio de vagones, quienes ni confirmaron el informe ni lo negaron, aunque no paraban de mostrarle a ella papeles, pedidos, formularios, y tarjetas de archivos que contenían palabras gramaticalmente correctas pero ninguna conexión con hechos inteligibles.

—¿Han sido enviados a Minnesota los vagones de carga?

—El formulario 357W ha sido completado con todos los detalles, en conformidad con las instrucciones del controlador y de acuerdo con la Directiva 11-493.

—¿Han sido enviados a Minnesota los vagones de carga?

—Los asientos contables para los meses de agosto y septiembre han sido procesados por...

—¿Han sido enviados a Minnesota los vagones de carga?

—Mis archivos indican la ubicación de los vagones de carga por estado, fecha, clasificación y...

—¿Sabe si los vagones fueron enviados a Minnesota?

—En cuanto al movimiento interestatal de los vagones de carga, tendría que remitirla a usted a los archivos del señor Benson y de...

No había nada nuevo que aprender de los archivos y registros. Había entradas cuidadosas, cada una de ellas con cuatro significados posibles, con referencias que llevaban a referencias que llevaban a una referencia final que faltaba en los archivos. No le llevó mucho tiempo descubrir que los vagones no habían sido enviados a Minnesota, y que la orden había provenido de Cuffy Meigs..., pero quién la había ejecutado, quién había enredado las pistas, qué medidas habían sido tomadas por qué hombres obedientes para preservar la apariencia de una operación segura y normal, sin un solo grito de protesta que despertara la atención de algún hombre más agresivo, quién había falsificado los informes y dónde habían ido a parar los vagones..., todo eso parecía, en principio, imposible de saber.

Durante las horas de esa noche —mientras una pequeña y desesperada tripulación al mando de Eddie Willers no paraba de llamar a cada división, a cada patio, depósito, estación, espolón y apartadero de Taggart Transcontinental para conseguir todos los vagones de carga que estuvieran a la vista o al alcance, ordenándoles descargar, largar, tirar, desechar cualquier cosa que llevaran y proceder a ir a Minnesota de inmediato, mientras seguían llamando a los patios, a las estaciones y a los presidentes de todos los ferrocarriles que todavía existían a medias en cualquier lugar del mapa, suplicando vagones para Minnesota—, ella se dedicó a rastrear, saltando de una cara de cobarde a otra, el paradero de los vagones de carga que habían desaparecido.

Ella pasó de ejecutivos del ferrocarril a clientes adinerados, a funcionarios de Washington, y de vuelta al ferrocarril, en taxi, por teléfono, por telegrama, siguiendo un rastro de insinuaciones a medias. La pista

estaba llegando a su fin cuando oyó la voz petulante de una mujer de relaciones públicas, en una oficina de Washington, diciendo con resentimiento por el cable del teléfono:

—Bueno, a fin de cuentas, es cuestión de opinión si el trigo es esencial para el bienestar de una nación..., hay quienes tienen opiniones más progresistas que sienten que la soja tiene, quizá, un valor mucho mayor...

Y entonces, hacia el mediodía, ella estaba de pie en medio de su oficina, sabiendo que los vagones de carga destinados al trigo de Minnesota habían sido enviados, en vez de eso, a transportar la soja de los pantanos de Luisiana del proyecto de la madre de Kip.

La primera noticia del desastre de Minnesota apareció en los periódicos tres días después. Informaba que los agricultores que habían esperado en las calles de Lakewood durante seis días, sin lugar para almacenar su trigo ni trenes para transportarlo, habían demolido el juzgado local, la casa del alcalde y la estación de ferrocarril. Luego, esas noticias desaparecieron bruscamente, y los periódicos guardaron silencio, y entonces empezaron a imprimir advertencias instando a la gente a no creer rumores antipatrióticos.

Mientras los molinos harineros y los mercados de cereales del país gritaban por los teléfonos y los cables telegráficos, enviando súplicas a Nueva York y delegaciones a Washington, mientras filas de vagones de carga provenientes de rincones aleatorios de todo el continente iban arrastrándose como orugas oxidadas a través del mapa en dirección a Minnesota..., el trigo y las esperanzas del país aguardaban hasta perecer a lo largo de una vía vacía, bajo la inmutable luz verde de señales pidiendo que se movieran los trenes que no estaban allí.

En los tableros de comunicación de Taggart Transcontinental, un pequeño plantel de operarios seguía solicitando vagones de carga, repitiendo, como la tripulación de un barco hundiéndose, una llamada de socorro que seguía sin ser oída. Había vagones que habían estado cargados durante meses en los patios de empresas que eran propiedad de los amigos de los vendedores de influencias, quienes ignoraban las demandas frenéticas de descargar los vagones y liberarlos.

«Puedes decirle a los del ferrocarril que...», seguido de palabras intransmisibles, ése fue el mensaje de los Smather Brothers, de Arizona, en respuesta al SOS de Nueva York.

En Minnesota se estaban apoderando de los vagones en todos los apartaderos, en la cordillera Mesabi, en las minas de mineral de Paul Larkin, donde los vagones habían estado esperando un goteo de mineral de hierro. Estaban cargando el trigo en vagones de mineral, en vagones de carbón, en los vagones de ganado que iban derramando finas gotas doradas a lo largo de la vía a medida que se marchaban traqueteando. Estaban echando trigo en vagones de pasajeros, sobre asientos, repisas y mobiliario, para enviarlo, para ponerlo en movimiento, aunque el movimiento los llevara a cunetas al lado de la vía en un repentino choque al romperse los amortiguadores, o en explosiones provocadas al quemarse unas cajas de periódicos.

Luchaban por el movimiento, por el movimiento en sí, sin pensar en el destino, por el movimiento como tal, como un paralítico que sufriera un infarto, luchando con sacudidas salvajes, rígidas e incrédulas contra el reconocimiento de que el movimiento era repentinamente imposible. No había otros ferrocarriles: James Taggart había acabado con ellos; no había barcos en los lagos: Paul Larkin los había destruido. Había sólo una única línea de ferrocarril y una red de descuidadas carreteras.

Los camiones y los vagones de los granjeros que esperaban empezaron poco a poco a salir ciegamente por las carreteras, sin mapas, sin gasolina, sin forraje para los caballos..., moviéndose hacia el sur, hacia donde pudieran divisar molinos de harina esperándolos en algún lugar, sin conocimiento de las distancias que tenían por delante, pero con el conocimiento de la muerte que dejaban atrás..., moviéndose..., para desplomarse en las carreteras, por los barrancos, por las hendiduras de puentes carcomidos y oxidados. Un granjero fue encontrado, a un kilómetro al sur del accidente de su camión, yaciendo muerto en una zanja, boca abajo, todavía sujetando un saco de trigo sobre sus hombros. Luego, nubes de lluvia estallaron sobre las praderas de Minnesota; la lluvia fue consumiendo el trigo hasta pudrirse en las estaciones de ferrocarril que esperaban; fue martillando los montones derramados a lo largo de los caminos, hundiendo los granos de oro en el suelo.

Los hombres en Washington fueron los últimos en ser alcanzados por el pánico. Ellos no estaban atentos a las noticias de Minnesota, sino al precario equilibrio de sus amistades y de sus compromisos; no sopesaban el

destino de la cosecha, sino el resultado incognoscible de emociones impredecibles en hombres irreflexivos de poder ilimitado. Esperaron, evadieron todas las súplicas, y declararon:

—¡Bah, es ridículo, no hay de qué preocuparse! Esa gente de Taggart siempre ha movido ese trigo según lo programado, ¡seguro que encontrarán una forma de hacerlo!

Luego, cuando el jefe ejecutivo del estado de Minnesota envió una solicitud a Washington para la asistencia del ejército contra los disturbios que él era incapaz de controlar..., tres directivas fueron proclamadas de repente en el plazo de dos horas, deteniendo todos los trenes en el país, mandando que todos los vagones se dirigieran inmediatamente a Minnesota. Una orden firmada por Wesley Mouch exigió la liberación inmediata de los vagones de carga que estaban al servicio de la madre de Kip. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. Los vagones de carga de la madre de Kip estaban en California, donde los granos de soja habían sido enviados a una institución progresista formada por sociólogos que predicaban el culto a la austeridad oriental, y por hombres de negocios que anteriormente se dedicaban al fraude sistematizado.

En Minnesota, los granjeros estaban incendiando sus propias granjas, estaban demoliendo los elevadores de granos y las casas de los funcionarios del condado, estaban luchando a lo largo de la vía del ferrocarril, algunos para destruirla, otros para defenderla con sus vidas..., y, sin ninguna meta que alcanzar excepto la violencia, estaban muriendo en las calles de sórdidos pueblos y en los silenciosos barrancos de una noche sin retorno.

Luego quedó sólo el hedor acre de granos pudriéndose en pilas medio humeantes, unas cuantas columnas de humo alzándose de las llanuras, permaneciendo inmóviles en el aire sobre ruinas ennegrecidas; y, en una oficina en Pensilvania, Hank Rearden, sentado en su escritorio, veía una lista de hombres que habían quebrado: eran los fabricantes de maquinaria agrícola, a quienes nadie les pagaría y que ya no tendrían cómo pagarle a él.

La cosecha de soja no llegó tampoco a los mercados del país: había sido recogida prematuramente, estaba enmohecida y no era apta para el consumo.

En la noche del 15 de octubre, un cable de cobre se rompió en la ciudad de Nueva York, en una torre de control subterránea de la Terminal Taggart, y las luces de las señales se apagaron.

Fue sólo la rotura de un cable, pero produjo un cortocircuito en el sistema de interconexión de tráfico, y las señales de movimiento o de peligro desaparecieron de los paneles de las torres de control y de las líneas de raíl. Las lentes rojas y verdes permanecieron rojas y verdes, no con el resplandor viviente de la visión, sino con la mirada muerta de unos ojos de vidrio. En el límite de la ciudad, un grupo de trenes se juntó en la entrada a los túneles de la terminal y creció a lo largo de minutos de quietud, como sangre bloqueada por un coágulo dentro de una vena, incapaz de llegar a las cámaras del corazón.

Dagny, esa noche, estaba sentada a la mesa en un comedor privado del Wayne-Falkland. La cera de las velas estaba goteando sobre las camelias blancas y las hojas de laurel en la base de los candelabros de plata, había cálculos aritméticos dibujados en el mantel de lino de damasco, y una colilla de cigarro flotaba en un bol para enjuagarse los dedos. Los seis hombres con chaquetas formales para la cena, frente a ella en la mesa, eran Wesley Mouch, Eugene Lawson, el doctor Floyd Ferris, Clem Weatherby, James Taggart y Cuffy Meigs.

—¿Por qué? —había preguntado ella horas antes, cuando Jim le había dicho que tenía que asistir a esa cena.

—Bueno, porque nuestro Consejo de Administración va a reunirse la semana que viene.

—¿Y qué?

—A ti te interesa lo que vaya a decidirse sobre nuestra línea de Minnesota, ¿no?

—¿Eso se va a decidir en la reunión del Consejo?

—Bueno, no exactamente.

—¿Se va a decidir en esa cena?

—No exactamente, pero..., oh, ¿por qué siempre tienes que ser tan concreta? Nada es concreto jamás. Además, insistieron en que querían que tú vinieras.

—¿Por qué?

—¿No es eso suficiente?

Ella no preguntó por qué aquellos hombres decidían tomar todas sus decisiones cruciales en fiestas de aquel tipo; pero ella sabía que lo hacían. Sabía que detrás del traqueteo y la burda pretensión de sus sesiones de consejo, reuniones de comités y debates masivos, las decisiones eran tomadas de antemano, en furtiva informalidad, en almuerzos, cenas y bares, y que cuanto más grave fuera el problema, más informal era el método de resolverlo. Era la primera vez que le habían pedido a ella, la intrusa, la enemiga, que fuese a una de esas sesiones secretas; quizá era, pensó, un reconocimiento del hecho de que la necesitaban y, tal vez, el primer paso de la rendición de ellos; era una oportunidad que ella no podía dejar de aprovechar.

Sin embargo, más tarde, sentada a la luz de las velas del comedor, ella se sintió segura de que no había ninguna posibilidad; se sintió inquietamente incapaz de aceptar esa certeza, puesto que no podía entender su razón, pero estaba letárgicamente reacia a profundizar en cualquier investigación.

—Como, creo yo, usted admitirá, señorita Taggart, ahora parece que no hay ninguna justificación económica para la existencia continua de una línea de ferrocarril en Minnesota, la cual...

—E incluso la señorita Taggart estará, estoy seguro, de acuerdo en que las reducciones temporales parecen estar indicadas, hasta que...

—Nadie, ni siquiera la señorita Taggart, negará que hay ocasiones en las que es necesario sacrificar las partes por el bien del todo...

Mientras escuchaba las menciones de su nombre lanzado en la conversación a intervalos de media hora, lanzados mecánicamente, con los ojos de quien hablaba sin mirar jamás en su dirección, se preguntó qué motivo había provocado que ellos quisieran que ella estuviera presente. No era un intento de engañarla haciéndola creer que la estaban consultando, sino algo peor: un intento de engañarse a ellos mismos para creer que ella había estado de acuerdo. Le hacían preguntas ocasionales, y la interrumpían antes de que ella hubiera completado la primera frase de la respuesta. Parecían querer su aprobación, sin tener que saber si ella lo aprobaba o no.

Alguna forma burdamente pueril de autoengaño les había hecho optar por darle a esa ocasión el decoroso escenario de una cena formal. Actuaban como si esperaran conseguir, a partir de los objetos de alto lujo, el poder y

el honor de los cuales esos objetos habían sido el producto y el símbolo. Actuaban, pensó, como aquellos salvajes que devoraban el cadáver de un adversario esperando adquirir su fuerza y su virtud.

Se arrepintió de ir vestida como iba.

—Es formal —le había dicho antes Jim—, pero sin exagerar..., lo que quiero decir es que no parezcas demasiado rica..., la gente de negocios debería evitar cualquier apariencia de arrogancia estos días..., no es que vayas a ir mal vestida, pero si pudieras estar sugiriendo sólo..., bueno, humildad..., les complacería..., ya sabes, les haría sentirse grandes.

—¿En serio? —había dicho ella, dándose la vuelta.

Llevaba un vestido negro que parecía no ser más que una prenda de tela cruzada sobre sus pechos y cayendo hasta sus pies como los suaves pliegues de una túnica griega; estaba hecha de satén, un satén tan ligero y tan fino que podría haber servido como material para un camisón. El lustre de la tela, que fluía y cambiaba con sus movimientos, parecía hacer que la luz de la habitación en la que entraba fuese su propiedad personal, sensiblemente obediente a los movimientos de su cuerpo, envolviéndola en una sábana de resplandor más lujosa que la textura del brocado, subrayando la flexible fragilidad de su figura, dándole a ella un aire de elegancia tan natural que podría permitirse el lujo de ser desdeñosamente informal. Llevaba una sola pieza de joyería, un broche de diamantes en el borde del escote negro, que no paraba de brillar con el movimiento imperceptible de su respiración, como un transformador que convierte un parpadeo en fuego, pero no haciéndolo a uno consciente de las gemas, sino del latido vivo detrás de ellas; brillaba como una condecoración militar, como la riqueza que se lleva como una insignia de honor. No llevaba ningún otro adorno, sólo el barrido de una capa de terciopelo negro, más arrogante y ostensiblemente patricia que cualquier escudo de sables.

Ahora lo lamentó, mirando a los hombres que tenía delante; sintió la vergonzosa culpa de la inutilidad, como si hubiera tratado de desafiar a las figuras de un museo de cera. Vio un insensato resentimiento en los ojos de ellos y un rastro furtivo de la mirada lasciva, sin vida, sin sexo y con aire burlón que los hombres le dirigen a un cartel que hace publicidad de cabaré.

—Es una gran responsabilidad —dijo Eugene Lawson— poder decidir la vida o la muerte de miles de personas y de sacrificarlas cuando es necesario, pero debemos tener el coraje de hacerlo. —Sus mullidos labios

parecían retorcerse para formar una sonrisa.

—Los únicos factores a considerar son superficie del terreno y cifras de población —dijo el doctor Ferris con una voz estadística, soplando anillos de humo hacia el techo—. Puesto que ya no es posible mantener tanto la línea de Minnesota como el tráfico transcontinental de este ferrocarril, la decisión está entre Minnesota y los estados al oeste de las Montañas Rocosas que fueron cortados por el fallo del túnel de Taggart, así como también por los estados vecinos de Montana, Idaho y Oregón, lo que significa, prácticamente hablando, todo el Noroeste. Cuando calculas la superficie y el número de cabezas en ambas áreas, es obvio que deberíamos abandonar a Minnesota en vez de abandonar nuestras líneas de comunicación sobre un tercio del continente.

—No voy a renunciar al continente —dijo Wesley Mouch, mirando fijamente su plato de helado, su voz dolida y obstinada.

Ella estaba pensando en la cordillera Mesabi, la última gran fuente de mineral de hierro; estaba pensando en los agricultores de Minnesota, o lo que quedaba de ellos, los mejores productores de trigo del país; estaba pensando que el final de Minnesota sería el final de Wisconsin, luego de Michigan, luego de Illinois; estaba viendo el aliento rojo de las fábricas que se estaban extinguiendo en el Este industrial, comparado con los kilómetros vacíos de planicies occidentales, de pastizales desaliñados y de ranchos abandonados.

—Las cifras indican —dijo el señor Weatherby recatadamente— que el mantenimiento continuo de ambas áreas parece imposible. La vía férrea y la maquinaria de una deben ser desmontadas para proporcionar el material necesario para mantener a la otra.

Ella se dio cuenta de que Clem Weatherby, su experto técnico en ferrocarriles, era el hombre de menor influencia entre ellos, y Cuffy Meigs..., el de más. Cuffy Meigs estaba tumbado en su sillón, con una expresión de tolerancia condescendiente por su juego de perder tiempo en discusiones. Él hablaba poco, pero, cuando lo hacía, era para decir algo con decisión, con una mueca despectiva: «¡Baja esos humos, Jimmy!»; o bien: «¡Qué narices, Wes, estás hablando por hablar!». Ella notó que ni Jim ni Mouch parecían molestarse. Parecían darle la bienvenida a la autoridad de su seguridad; lo estaban aceptando como si fuese su amo.

—Tenemos que ser prácticos —no paraba de decir el doctor Ferris—. Tenemos que ser científicos.

—Necesito la economía del país como un todo —no paraba de repetir Wesley Mouch—. Necesito la producción de una nación.

—¿Es de economía de lo que estáis hablando? ¿Es de producción? —decía ella, cada vez que su voz fría y mesurada conseguía aprovechar un breve espacio del tiempo de ellos—. Si es así, entonces dadnos la opción de salvar a los Estados del Este. Eso es lo único que queda del país... y del mundo. Si nos dejáis salvar eso, tendremos una posibilidad de reconstruir el resto. Si no, se acabó. Dejad que la Atlantic Southern se ocupe del tráfico transcontinental que aún pueda existir. Dejad que los ferrocarriles locales se ocupen del Noroeste. Pero dejad que Taggart Transcontinental abandone todo lo demás..., sí, todo, y que dediquemos todos nuestros recursos, nuestra maquinaria y nuestros raíles, al tráfico de los estados del Este. Retrocedamos a los comienzos de este país, pero mantengamos esos comienzos. No operaremos ningún tren al oeste del río Misuri. Nos convertiremos en un ferrocarril local, el ferrocarril local del Este industrial. Salvemos nuestras industrias. No queda nada por salvar en el Oeste. Puedes hacer funcionar la agricultura durante siglos con mano de obra y carretas de bueyes. Pero, si destruyes la última planta industrial de este país..., no bastarán siglos de esfuerzo para reconstruirlo ni para reunir la fuerza económica que lo haga recomenzar. ¿Cómo esperáis que nuestras industrias o nuestros ferrocarriles sobrevivan sin acero? ¿Cómo esperáis que se produzca acero si cortáis el suministro de mineral de hierro? Salvad a Minnesota, lo que quede de ese estado. ¿El país? No tenéis ningún país que salvar, si sus industrias perecen. Podéis sacrificar una pierna o un brazo. No podéis salvar un cuerpo sacrificando su corazón y su cerebro. Salvad nuestras industrias. Salvad a Minnesota. Salvad la costa Este.

Era inútil. Ella lo dijo tantas veces, con tantos detalles, tantas estadísticas, cifras y pruebas como pudo forzar a salir de su mente cansada y hacer llegar a los evasivos oídos de ellos. Era inútil. Ellos ni lo refutaban ni lo acataban; simplemente parecían decir que los argumentos de ella eran irrelevantes. Había un sonido de énfasis oculto en sus respuestas, como si le estuvieran dando a ella una explicación, pero en un código para el que ella no tenía la clave.

—Hay problemas en California —dijo Wesley Mouch con tristeza—. Los legisladores del estado han estado actuando bastante mal. Allí se habla de separarse de la Unión.

—Oregón está invadido por pandillas de desertores —dijo Clem Weatherby con cautela—. Han asesinado a dos recaudadores de impuestos en los últimos tres meses.

—La importancia de la industria para una civilización ha sido excesivamente exagerada —dijo el doctor Ferris, soñadoramente—. Lo que ahora se conoce como el Estado Popular de India ha existido durante siglos sin ningún tipo de desarrollo industrial.

—La gente podría vivir con menos aparatos materiales y con una disciplina más severa de privaciones —dijo Eugene Lawson con entusiasmo —. Sería bueno para ellos.

—Oh, ¡qué demonios!, ¿vais a dejar que esa dama os convenza para que dejéis que el país más rico de la Tierra se os escurra entre los dedos? —dijo Cuffy Meigs, poniéndose en pie de un salto—. Vaya hora de abandonar un continente entero... y ¿a cambio de qué? ¡Para un pequeño estado insignificante que ha sido exprimido al máximo, además! Yo digo que le echemos Minnesota a los leones, pero que mantengáis vuestra red transcontinental. Con problemas y disturbios en todas partes, no podréis mantener a las personas controladas a menos que tengáis transporte..., transporte de tropas..., y a menos que mantengáis a vuestros soldados a una distancia de pocos días de viaje a cualquier punto del continente. Ahora no es el momento de economizar. No seáis cobardes al escuchar todas esas habladurías. Tenéis al país en el bolsillo. Sólo tenéis que mantenerlo ahí.

—A largo plazo... —Mouch empezó con incertidumbre.

—A largo plazo, todos estaremos muertos —espetó Cuffy Meigs. Estaba caminando inquieto—. ¡Economizar, qué diablos! Aún queda mucho botín en California y en Oregón y en todos esos lugares. Lo que he estado pensando es..., deberíamos pensar en expandirnos..., tal como están las cosas, no hay nadie que nos detenga, eso está ahí para que lo agarremos..., México y Canadá tal vez..., debería ser un juego de niños.

Entonces ella vio la respuesta; vio la premisa secreta detrás de las palabras que pronunciaban. A pesar de toda su escandalosa devoción a la era de la ciencia, su jerga histéricamente tecnológica, sus ciclotrones y sus rayos de sonido, esos hombres avanzaban, no motivados por la imagen de

un horizonte industrial, sino por la visión de esa forma de existencia que los empresarios habían abandonado mucho tiempo atrás: la visión de un rajá de la India, obeso y malsano, mirando fijamente con ojos vacíos e indolente estupor desde sus sedentarias capas de carne, sin nada más que hacer que acariciar gemas preciosas entre sus dedos y, de vez en cuando, clavar un cuchillo en el cuerpo de una criatura hambrienta, aturdida y comida por los gusanos, para poder exigir el derecho a unos cuantos granos del arroz de la criatura, y luego exigir ese derecho sobre cientos de millones de esas criaturas, y, de esa forma, dejar que los granos de arroz se conviertan en gemas.

Ella había pensado que la producción industrial era un valor que no podía ser cuestionado por nadie; había pensado que el interés de esos hombres por expropiar las fábricas de otros era su reconocimiento del valor de esas fábricas. Ella, nacida de la revolución industrial, no había pensado que fuese concebible; había olvidado, junto con los cuentos de astrología y de alquimia, lo que estos hombres sabían en sus almas secretas y furtivas, lo que sabían..., pero no por medio del pensamiento, sino por medio de esa basura sin nombre que ellos llamaban sus instintos y sus emociones: que mientras los hombres luchen por mantenerse con vida, nunca producirán tan poco como para que el hombre con el garrote no pueda agarrarlo y dejarlos con menos aún, siempre que millones de ellos están dispuestos a someterse; que, cuanto más duro sea su trabajo y menor su ganancia, más sumisa es la fibra de su espíritu; que los hombres que viven tirando de palancas en un tablero electrónico no son fácilmente controlados, pero los hombres que viven cavando la tierra con sus manos desnudas sí lo son; que el barón feudal no necesitaba fábricas electrónicas para beber hasta perder el conocimiento con copas de oro, y tampoco las necesitaban los rajás del Estado Popular de India.

Ella vio lo que ellos querían, y también hacia qué objetivo los estaban llevando sus «instintos», que ellos llamaban inexplicables. Vio que Eugene Lawson, el humanitario, se complacía con la perspectiva de la inanición humana..., y que el doctor Ferris, el científico, soñaba con el día en que los hombres regresaran al arado manual.

Incredulidad e indiferencia fueron su única reacción: incredulidad, porque no podía concebir qué es lo que llevaría a los seres humanos a tal estado; indiferencia, porque ya no podía considerar a los que llegaban a ese

estado como humanos. Ellos continuaron hablando, pero ella era incapaz de hablar o de escuchar. Se encontró a sí misma sintiendo que su único deseo ahora era llegar a casa y dormir.

—Señorita Taggart —dijo una voz educadamente racional y ligeramente ansiosa..., y, levantando bruscamente la cabeza, ella vio la figura cortés de un camarero—, el subgerente de la Terminal Taggart está al teléfono; pide hablar con usted de inmediato; dice que es una emergencia.

Fue un alivio levantarse de un salto y salir de esa sala, incluso en respuesta a la llamada de algún nuevo desastre. Fue un alivio oír la voz del subgerente, a pesar de que estaba diciendo:

—El sistema de interconexión está averiado, señorita Taggart. Las señales están rotas. Hay ocho trenes llegando y seis saliendo que están detenidos. No podemos ni meterlos en los túneles ni sacarlos, no podemos encontrar al ingeniero jefe, no podemos localizar la brecha en el circuito, no tenemos cables de cobre para hacer reparaciones, no sabemos qué hacer..., nosotros...

—Voy enseguida —dijo ella, soltando el auricular.

Corriendo hacia el ascensor, y luego medio corriendo por el majestuoso vestíbulo del Wayne-Falkland, ella sintió que estaba volviendo a la vida ante la llamada de la posibilidad de acción.

Los taxis eran escasos en esos días, y ninguno vino en respuesta al silbato del conserje. Ella empezó a caminar rápidamente calle abajo, olvidándose de lo que llevaba puesto, preguntándose por qué el toque del viento parecía demasiado frío y demasiado íntimo para ella.

Con su mente en la terminal allá delante, se sorprendió ante la belleza de una visión repentina: vio la figura esbelta de una mujer acercándose a ella, con el rayo de una farola sobre sus cabellos brillantes, con los brazos desnudos, el remolino de una capa negra y la llama de un diamante en su pecho, con el largo y vacío corredor de una calle de la ciudad detrás de ella y unos rascacielos dibujados por solitarios puntos de luz. El conocimiento de que estaba viendo su propio reflejo en el espejo lateral de la ventana de una floristería le llegó un instante demasiado tarde: había sentido el encanto del contexto completo al que esa imagen y esa ciudad pertenecían. Entonces sintió una punzada de desolada soledad, una soledad mucho más ancha que

la extensión de una calle vacía, y una punzada de enojo hacia ella misma, hacia el absurdo contraste entre su apariencia y el contexto de esa noche y de esa época.

Vio girar un taxi en una esquina, le hizo una señal con la mano y subió, cerrando la puerta de golpe contra una emoción que esperaba dejar atrás, sobre el pavimento vacío junto a la ventana de una floristería. Pero sabía —como burla a sí misma, con amargura, con anhelo— que esa emoción era la sensación de expectativa que había sentido en su primer baile y en esos raros momentos cuando ella quería que la belleza exterior de la existencia estuviese a la altura de su esplendor interior. ¡Qué momento de pensar en eso!, se dijo a sí misma burlonamente, ¡no ahora!, se gritó a sí misma, enfadada, pero una voz desolada seguía preguntándole calladamente, con el ruido de las ruedas del taxi: «Tú, que creíste que debías vivir para tu felicidad, ¿qué te queda ahora de ella...? ¿Qué estás ganando con tu lucha...? ¡Sí! Dilo honestamente... ¿Qué es lo que estás ganando? ¿O te estás convirtiendo en uno de esos miserables altruistas que ya no tiene respuesta a esa pregunta...?». ¡No ahora!, ordenó ella, cuando la resplandeciente entrada a la Terminal Taggart se encendió en el rectángulo del parabrisas del taxi.

Los hombres en la oficina del gerente de la terminal eran como señales extinguidas, como si también allí se hubiera roto un circuito y no hubiera ninguna corriente viva que les hiciera moverse. La miraron con una especie de pasividad inanimada, como si les diera igual el que ella los dejara tranquilos o accionara un interruptor para ponerlos en movimiento.

El gerente de la terminal estaba ausente. El ingeniero jefe no estaba en ningún sitio; lo habían visto en la terminal dos horas antes, pero no desde entonces. El subgerente había agotado su poder de iniciativa al ofrecerse voluntariamente para llamarla. Los otros no se ofrecieron a nada. El ingeniero de señales era un hombre de universidad de unos treinta años de edad que no paraba de decir agresivamente:

—Pero ¡esto nunca había sucedido antes, señorita Taggart! El sistema de interconexión nunca ha fallado. Supuestamente nunca debe fallar. Nosotros conocemos nuestro trabajo, podemos encargarnos de él tan bien como cualquier otra persona, pero ¡no si se rompe cuando no se supone que deba hacerlo!

Ella no supo decir si el jefe de expedición, un hombre de edad con años de experiencia en el ferrocarril, aún mantenía su inteligencia pero decidía ocultarla, o si tras meses de reprimirla la había ahogado para siempre, garantizándole a él el confort de la inacción.

—No sabemos qué hacer, señorita Taggart.

—No sabemos a quién llamar para pedir qué tipo de permiso.

—No hay reglas para cubrir una emergencia de este tipo.

—¡Ni siquiera hay reglas sobre quién debe establecer las reglas para eso!

Ella escuchó, cogió el teléfono sin dar ni una palabra de explicación, y le ordenó a la operadora que le pusiera con el vicepresidente de Operaciones de la Atlantic Southern en Chicago, que lo llamara a su casa y que lo sacara de la cama si fuera necesario.

—¿George? Soy Dagny Taggart —dijo, cuando la voz de su competidor sonó en la línea—. ¿Me prestas al ingeniero de señales de tu terminal de Chicago, Charles Murray, por veinticuatro horas...? Sí..., claro. Ponlo en un avión y mándalo aquí lo más rápido que puedas. Dile que le pagaremos tres mil dólares. Sí, por un día. Sí, así de mal están las cosas. Sí, le pagaré en efectivo, de mi propio bolsillo si es necesario. Le pagaré lo que haga falta para que pueda sobornar a quien sea para subir a un avión, pero haz que suba al primer avión que salga de Chicago... No, George, ni uno..., no queda ni una sola mente en Taggart Transcontinental... Sí, yo conseguiré todo lo que haga falta: documentos, exenciones, excepciones y permisos de emergencia. Gracias, George. Hasta luego.

Ella colgó, y después les habló rápidamente a los hombres que tenía delante, para no oír la quietud de la sala y de la terminal, donde ya no se oía el ruido de las ruedas, para no oír las amargas palabras que la quietud parecía repetir: «No queda ni una sola mente en Taggart Transcontinental».

—Preparad de inmediato un tren de rescate y una tripulación —dijo—. Mandadlos salir por la Línea Hudson, con órdenes de arrancar cada metro de cable de cobre, cualquier cable de cobre, arrancarlo de luces, de señales, de teléfonos, de todo lo que sea propiedad de la empresa. Que lo tengan aquí al amanecer.

—Pero, ¡señorita Taggart! ¡Nuestro servicio en la línea Hudson está sólo temporalmente suspendido, y la Junta de Unificación nos ha negado el permiso para desmantelar la línea!

—Yo me haré responsable.

—Pero ¿cómo vamos a sacar el tren de rescate de aquí, si no hay señales?

—Habrá señales en media hora.

—¿Cómo?

—Vamos —dijo ella, poniéndose de pie.

La siguieron mientras ella caminaba velozmente por los andenes de pasajeros, pasando delante de los amontonados y cambiantes grupos de viajeros al lado de los inmóviles trenes. Ella descendió rápidamente por una estrecha pasarela, cruzó un laberinto de vías, pasando las señales ciegas y las agujas congeladas, con nada más que el ritmo de sus sandalias de satén para llenar las grandes bóvedas de los túneles subterráneos de Taggart Transcontinental, con el hueco crujido de los tablones bajo los pasos más lentos de los hombres que la seguían como un eco reacio; ella avanzó rápidamente hacia el cubo de cristal iluminado de la Torre A, que colgaba en la oscuridad como una corona sin cuerpo, la corona de un soberano depuesto sobre un reino de vías vacías.

El director de la torre era un hombre demasiado experto en un trabajo demasiado exigente como para poder ocultar por completo la peligrosa carga de su inteligencia. Él entendió lo que Dagny quería que hiciera desde las primeras palabras que ella pronunció, y respondió sólo con un brusco: «Sí, señora»; y ya estaba inclinado sobre sus gráficos cuando los demás llegaron siguiéndola por la escalera de hierro, ya estaba ocupado en el trabajo de cálculo más humillante que había tenido que realizar en su larga carrera. Ella sabía hasta qué punto él lo entendía; lo sabía por la única mirada que le lanzó a ella, una mirada de indignación y de sufrimiento que se correspondía con la emoción que había captado en el rostro de ella.

—Primero lo haremos, y luego sentiremos lo que haya que sentir —dijo ella, aunque él no había hecho ningún comentario.

—Sí, señora —respondió él fríamente.

Su sala, en lo alto de la torre subterránea, era como una terraza de cristal que daba a lo que una vez había sido la corriente más rápida, más rica y más ordenada del mundo. Él había sido entrenado para programar el curso de más de noventa trenes por hora, y para ver cómo todos ellos rodaban con total seguridad a través del laberinto de vías y de agujas

entrando y saliendo de la terminal, bajo sus paredes de cristal, y dirigidos por las puntas de sus dedos. Ahora, por primera vez, él estaba contemplando la oscuridad vacía de un canal sin movimiento.

A través de la puerta abierta de la oficina de relevos, ella vio a los hombres de la torre que estaban allí de pie, severamente inactivos..., los hombres cuyos trabajos nunca les habían permitido un momento de relajación..., allí de pie junto a las largas hileras de palancas que parecían pliegues verticales de cobre, como estanterías de libros y como un monumento a la inteligencia humana. El accionamiento de una de las pequeñas palancas, que sobresalían como marcapáginas de los estantes, ponía miles de circuitos eléctricos en movimiento, haciendo miles de contactos y desconectando tantos otros, consiguiendo que docenas de cambios de agujas despejaran el rumbo elegido y docenas de señales lo iluminaran, sin ninguna posibilidad de error, sin azar, sin contradicción..., una enorme complejidad de pensamiento condensado en el movimiento de una mano humana para establecer y asegurar el curso de un tren, para que cientos de trenes pudieran circular sin peligro, para que miles de toneladas de metal y de vidas pudieran pasar como rayos acelerados a una distancia de un aliento una de la otra, protegidas por nada más que un pensamiento, el pensamiento del hombre que ideó las palancas. Pero ellos —ella miró la cara de su ingeniero de señales— creían que la contracción muscular de una mano era lo único que se necesitaba para mover el tráfico..., y ahora los hombres de la torre estaban inactivos..., y en los grandes paneles enfrente del director de la torre, las luces rojas y verdes, que habían brillado anunciando el progreso de trenes a una distancia de muchos kilómetros, eran ahora muchas cuentas de vidrio..., como las cuentas de vidrio por las que otra raza de salvajes había vendido una vez la isla de Manhattan.

—Llama a todos tus trabajadores no cualificados —le dijo ella al subgerente—, a todos los obreros, los corredores de vías, los limpiadores de locomotoras..., a cualquiera que esté en la terminal en este momento, y diles que vengan aquí inmediatamente.

—*¿Aquí?*

—Aquí —dijo ella, señalando las vías fuera de la torre—. Llama a todos tus guardagujas también. Llama por teléfono a tu almacén, y haz que traigan aquí todas las linternas que tengan disponibles, cualquier tipo de linterna, faroles de maquinista, linternas de tormenta, cualquier cosa.

—¿*Linternas*, señorita Taggart?

—Ponte en marcha.

—Sí, señora.

—¿Qué es lo que estamos haciendo, señorita Taggart? —preguntó el jefe de expedición.

—Vamos a mover trenes, y los vamos a mover manualmente.

—*¿Manualmente?* —dijo el ingeniero de señales.

—¡Sí, hermano! ¿Por qué debería sorprenderos eso a *vosotros*? —Ella no pudo resistirlo—. El hombre es sólo músculos, ¿no? Estamos volviendo..., volviendo a la época en la que no había sistemas de interconexión, ni semáforos, ni electricidad..., volviendo a la época en la que las señales de los trenes no eran de acero y de cables, sino de hombres sujetando linternas. Hombres físicos, haciendo de farolas. Lo habéis defendido durante bastante tiempo..., y habéis conseguido lo que queríais. Ah, ¿pensabais que vuestras herramientas determinarían vuestras ideas? Pues resulta que es exactamente al revés..., ¡y ahora vais a ver el tipo de herramientas que vuestras ideas han determinado!

Pero incluso volver al pasado requería un acto de inteligencia, pensó ella, sintiendo la paradoja de su propia posición, mientras miraba el letargo de las caras a su alrededor.

—¿Cómo vamos a hacer funcionar los cambios de agujas, señorita Taggart?

—A mano.

—¿Y las señales?

—A mano.

—¿Cómo?

—Colocando a un hombre con una linterna en cada puesto de señales.

—¿Cómo? No hay suficiente espacio entre ellas.

—Usaremos vías alternas.

—¿Cómo sabrán los hombres de qué forma activar los cambios de agujas?

—Por órdenes escritas.

—¿Eh?

—Por órdenes escritas, como hacían en los viejos tiempos. —Ella señaló al director de la torre—. Él está elaborando un plan sobre cómo mover los trenes y qué vías utilizar. Escribirá una orden para cada señal y

para cada cambio de agujas, seleccionará a algunos hombres como corredores, y ellos seguirán enviando las órdenes de un puesto a otro..., y llevará horas hacer lo que solía llevar minutos, pero conseguiremos meter en la terminal a esos trenes que están esperando, y luego ponerlos en marcha para que salgan de nuevo.

—¿Vamos a trabajar de esa forma toda la noche?

—Y todo el día mañana..., hasta que el ingeniero que tiene el cerebro para hacerlo os enseñe cómo reparar el interconector.

—No hay nada en los contratos sindicales sobre hombres que estén de pie con linternas. Va a haber problemas. El sindicato se opondrá.

—Que vengan a hablar conmigo.

—La Junta de Unificación se opondrá.

—Yo seré responsable.

—Bueno, no me gustaría que me detuvieran por dar las órdenes...

—Yo daré las órdenes.

Salió al rellano de la escalera de hierro que colgaba a un lado de la torre; estaba luchando por controlarse a sí misma. Durante un momento, le pareció que ella también era un instrumento de precisión de alta tecnología al que habían dejado sin corriente eléctrica, e intentando operar un ferrocarril transcontinental por medio de sus dos manos. Miró a la enorme y silenciosa oscuridad del subterráneo de Taggart..., y sintió una punzada de ardiente humillación al tener que verlo quedar reducido al nivel de que faroles humanos tuvieran que ser erigidos en sus túneles como sus últimas estatuas conmemorativas.

Apenas podía distinguir las caras de los hombres que se fueron reuniendo al pie de la torre. Fueron llegando en silencio a través de la oscuridad y quedándose allí de pie, sin moverse, en la azulada oscuridad, con bombillas azules en las paredes detrás de ellos y manchas de luz cayéndoles en los hombros desde las ventanas de la torre. Ella podía ver las prendas grasientas, los cuerpos relajados y musculosos, los brazos colgando lánguidamente, los brazos de hombres agotados por la ingrata extenuación de un trabajo que no requería pensar. Ellos eran la escoria del ferrocarril, los hombres más jóvenes que ahora no podían buscar ninguna posibilidad de ascender, y los hombres más viejos que nunca habían querido buscarla. Estaban callados, no con la aprensiva curiosidad de trabajadores, sino con la pesada indiferencia de convictos.

—Las órdenes que estáis a punto de recibir han venido de mí —dijo ella, de pie sobre ellos en la escalera de hierro, hablando con resonante claridad—. Los hombres que os las pasarán están actuando bajo mis instrucciones. El sistema que controla la interconexión se ha averiado. Va a ser sustituido por trabajo humano. El servicio de trenes se reanudará inmediatamente.

Notó algunas caras en la multitud mirándola con una expresión extraña: con un resentimiento velado y el tipo de curiosidad insolente que la hizo repentinamente consciente de ser una mujer. Luego recordó lo que llevaba puesto, y pensó que parecía ridículo..., y entonces, con la repentina punzada de un violento impulso que parecía un desafío y una lealtad al significado pleno y real del momento, se echó la capa hacia atrás y se quedó de pie al puro resplandor de la luz, bajo las columnas cubiertas de hollín, como una figura en una recepción formal, severamente erguida, haciendo alarde del lujo de brazos desnudos, del satén negro brillante, de un diamante centelleando como una cruz al mérito militar.

—El director de la torre asignará a los guardagujas en sus puestos. Él seleccionará a los encargados de hacerles señales a los trenes por medio de linternas y para la tarea de transmitir sus órdenes. Los trenes harán...

Estaba luchando para ahogar una voz amarga que parecía estar diciendo: «Eso es para lo que sirven esos hombres, y ni siquiera para eso..., no queda ni una sola mente en Taggart Transcontinental».

—Los trenes continuarán siendo movidos para que entren y salgan de la terminal. Permaneceréis en vuestros puestos hasta que...

Entonces paró. Fueron sus ojos y su pelo lo primero que ella vio, los ojos despiadadamente perceptivos, los mechones de pelo coloreados desde el dorado hasta el cobre que parecían reflejar el brillo de la luz del sol en la oscuridad del subsuelo; ella vio a John Galt entre la pandilla de aquellos insensatos, John Galt vestido con un mono de trabajo grasiento y mangas de camisa enrolladas, vio su manera ingrávida de estar de pie, manteniendo su cara levantada, sus ojos mirándola como si él hubiera visto ese momento mucho tiempo antes.

—¿Qué pasa, señorita Taggart? —Era la suave voz del director de la torre, que estaba a su lado, con una especie de papel en la mano...

Y ella pensó en lo extraño que era emerger de un lapso de inconsciencia que había sido el lapso de la más intensa consciencia que había experimentado jamás, sólo que ella no sabía cuánto había durado, ni dónde estaba ella ni por qué. Había sido consciente de la cara de Galt, había estado viendo, en la forma de su boca, en los planos de sus mejillas, el resquebrajamiento de esa implacable serenidad que siempre había sido tan propia de él, y que todavía retenía en su expresión de reconocer la infracción, de admitir que ese momento era demasiado, incluso para él.

Ella supo que había seguido hablando, porque los que la rodeaban parecían estar escuchando, aunque no podía oír ningún sonido, siguió hablando como estuviera ejecutando una orden hipnótica que se había dado a ella misma hacía ya un interminable tiempo atrás, sabiendo sólo que ejecutar esa orden era una forma de desafío hacia él, sin saber ni oír sus propias palabras.

Se sentía como si estuviera de pie en un radiante silencio donde la visión fuese la única capacidad de ella, y el rostro de él, su único objeto, y la visión de su rostro era como un discurso en forma de presión en la base de su garganta. Parecía tan natural que él estuviera allí, parecía tan insoportablemente simple...; ella sintió como si la conmoción no fuera su presencia, sino la presencia de otras personas en las vías de su ferrocarril, al que él pertenecía y ellas no. Estaba viendo esos momentos a bordo de un tren cuando, al sumergirse en los túneles, ella había sentido una tensión repentina y solemne, como si ese lugar le estuviera mostrando a ella en su desnuda sencillez la esencia de su ferrocarril y de su vida, la unión de consciencia y materia, la forma congelada del ingenio de una mente que le da una existencia física a su objetivo; había sentido una repentina sensación de esperanza, como si ese lugar contuviera el significado de todos los valores de ella, y una sensación de excitación secreta, como si una promesa sin nombre la estuviera esperando bajo el suelo; era correcto que ella ahora se encontrara con él allí, él había sido el significado y la promesa: ella ya no veía la ropa de él, ni a qué nivel el ferrocarril de ella lo había reducido, sólo veía la desaparición de la tortura de los meses en que él había estado fuera de su alcance; estaba viendo en su cara la confesión de lo que le habían costado esos meses a él, y el único discurso que ella oyó fue como si le estuviera diciendo a él: «Ésta es la recompensa por todos mis días...»; y, como si él estuviera respondiendo: «Por todos los míos».

Ella supo que había terminado de hablarle a los desconocidos cuando vio que el director de la torre había dado un paso adelante y les estaba diciendo algo, mirando a una lista que tenía en la mano. Luego, atraída por una sensación de certeza irresistible, se encontró bajando la escalera, alejándose de la multitud, pero no hacia las plataformas y la salida, sino hacia la oscuridad de los túneles abandonados. «Me seguirás», pensó..., y sintió como si el pensamiento no estuviera contenido en palabras, sino en la tensión de sus músculos, la tensión de su voluntad para lograr algo que ella sabía que estaba fuera de su poder, pero que sabía con certeza que lograría con su deseo...; no, pensó, no con su deseo, sino por su total rectitud. «Me seguirás...», no era ni una súplica ni una oración ni una demanda, sino la tranquila afirmación de un hecho, contenía todo su poder de conocimiento y todo el conocimiento que había adquirido a través de los años. «Me seguirás, si somos lo que somos, tú y yo, si vivimos, si el mundo existe, si conoces el significado de este momento y no puedes dejarlo pasar, como otros lo dejan pasar, pasar para convertirse en la insensatez de lo no deseado y lo no alcanzado. Me seguirás...» Sintió una triunfante seguridad, que no era ni esperanza ni fe, sino un acto de adoración a la lógica de la existencia.

Estaba andando rápidamente a lo largo de los restos de vías abandonadas, a lo largo de pasillos oscuros zigzagueando por el granito. Ella perdió el sonido de la voz del director detrás de ella. Luego sintió el latido de sus arterias, y oyó, respondiendo a ese ritmo, el latido de la ciudad sobre su cabeza, pero ella sintió que escuchaba el movimiento de su sangre como un sonido llenando el silencio, y el movimiento de la ciudad como el latido dentro de su cuerpo; y, muy por detrás, escuchó el sonido de pasos. Ella no miró hacia atrás. Aceleró el paso.

Pasó por delante de la puerta de hierro cerrada donde seguía escondido el resto del motor de él; ella no se detuvo, pero un leve estremecimiento fue su respuesta al repentino atisbo de la unidad y la lógica en los eventos de los últimos dos años. Una hilera de luces azules marcaba la oscuridad, sobre parches de granito reluciente, sobre sacos de arena rotos que se derramaban encima de los raíles, sobre pilas oxidadas de chatarra... Cuando oyó que los pasos se acercaban, se paró y se volvió para mirar hacia atrás.

Vio un destello de luz azul brillar brevemente sobre los brillantes mechones del pelo de Galt, captó el pálido contorno de su rostro y los oscuros huecos de sus ojos. El rostro desapareció, pero el sonido de sus

pasos sirvió como enlace a la siguiente luz azul que se extendía por la línea de sus ojos, los ojos que permanecían nivelados, dirigidos hacia delante..., y estaba segura de que ella había estado en la visión de él desde el momento en que la había visto en la torre.

Oyó el latido de la ciudad sobre ellos —esos túneles, había pensado una vez, eran las raíces de la ciudad y de todo el movimiento que llegaba hasta el cielo—, pero ellos, pensó, John Galt y ella, eran el poder viviente dentro de esas raíces, ellos eran el principio y la meta y el significado; también él, pensó ella, oía el latido de la ciudad como el latido de su propio cuerpo.

Se echó la capa hacia atrás, se mantuvo erguida de manera desafiante, como él la había visto de pie en los escalones de la torre..., como la había visto por primera vez, diez años atrás, ahí, bajo tierra... Estaba oyendo las palabras de la confesión de él, no como palabras, sino por medio de ese latido que le hacía tan difícil respirar: «Usted parecía un símbolo de lujo y pertenecía al lugar que era su fuente..., parecía devolverles el disfrute de la vida a sus legítimos dueños..., usted tenía una expresión de energía y de su recompensa, juntas..., y yo fui el primer hombre que siempre había declarado de qué modo esas dos cosas eran inseparables...».

La siguiente sucesión de momentos fue como unos destellos de luz en tramos de inconsciencia ciega: el momento en que vio su rostro, mientras él se detenía a su lado, cuando vio la calma sin asombro, la intensidad desatada, la risa de comprensión en los ojos verde oscuros..., el momento en que ella supo lo que él vio en la cara de ella, por la dureza apretada y tensa de sus labios..., el momento en que ella sintió su boca sobre la suya, cuando sintió la forma de su boca a la vez como una forma absoluta y como un líquido llenando su cuerpo..., luego el descenso de sus labios por la línea de su garganta, un movimiento como de beber dejando una estela de moratones, luego el brillo de su broche de diamantes contra el tembloroso cobre del cabello de él.

Y después ella no fue consciente de nada más que de las sensaciones de su propio cuerpo, porque su cuerpo adquirió el poder repentino de hacerle saber sus valores más complejos por percepción directa. Así como sus ojos tenían el poder de convertir longitudes de onda de energía en visión, así como sus oídos tenían el poder de convertir vibraciones en sonido, su cuerpo ahora tenía el poder de convertir la energía que había

movido todas las decisiones de su vida en una inmediata percepción sensorial. No era la presión de una mano lo que la hacía temblar, sino la suma instantánea de su significado, el conocimiento de que era la mano *de él*, que se movía como si la carne de ella fuera su posesión, que su movimiento era su firma de aceptación bajo la totalidad de ese logro que era ella misma...; era sólo una sensación de placer físico, pero contenía la adoración que ella sentía por él, por todo lo que significaban su persona y su vida..., desde la noche de la reunión masiva en una fábrica en Wisconsin, hasta la Atlántida de un valle escondido en las Montañas Rocosas, hasta la triunfante burla de los ojos verdes de la superlativa inteligencia sobre la figura de un trabajador al pie de la torre..., contenía el orgullo que ella tenía por sí misma, y que fuese ella a quien él había elegido como su reflejo, que debía ser el cuerpo de ella el que ahora le daba a él la suma de su existencia, igual que el cuerpo de él le estaba dando a ella la suma de la suya. Ésas eran las cosas que contenía..., pero lo que ella sentía era sólo el movimiento de la mano de él sobre sus senos.

Él le arrancó la capa, y ella sintió la esbeltez de su propio cuerpo por medio del círculo de sus brazos, como si la persona de él fuese sólo una herramienta para la consciencia triunfal de ella misma, pero como si ese «ella misma» fuese sólo una herramienta para la consciencia que ella tenía de él... Era como si ella estuviera llegando al límite de su capacidad de sentir, y, sin embargo, como si lo que sentía fuera como un grito de impaciente exigencia, el cual ella ahora era incapaz de nombrar, excepto que tenía la misma calidad de ambición que el curso de su vida, la misma inagotable calidad de una codicia radiante.

Él le echó la cabeza hacia atrás por un momento, para mirarla directamente a los ojos, para dejarla ver los suyos, para dejarle saber el significado completo de sus acciones, como si arrojara el foco de la consciencia sobre ellos para el encuentro de sus ojos en un momento de intimidad mayor que el que estaba por venir.

Luego, ella sintió la arpillera golpeando la piel de sus hombros, se encontró tendida sobre los sacos de arena rotos, vio el largo y apretado brillo de sus medias, sintió la boca de él presionando su tobillo, luego ascendiendo con un movimiento torturado por la línea de su pierna, como si él quisiera poseer su forma por medio de sus labios, y entonces ella sintió los dientes de él hundiéndose en la carne de su brazo, sintió el movimiento

del codo de él apartándole la cabeza a un lado y su boca agarrando los labios de ella con una presión más cruelmente dolorosa que la de ella, y entonces sintió, cuando le golpeó la garganta, lo que ella percibió sólo como una racha de movimiento ascendente que liberó y unió su cuerpo en una sola conmoción de placer..., y entonces no sintió más que el movimiento del cuerpo de él y el avaricioso impulso que seguía queriendo más y más, como si ella hubiese dejado de ser una persona y fuese sólo una sensación de interminable búsqueda de lo imposible..., y entonces sintió que era posible, y jadeó y se quedó inmóvil, sabiendo que nada más podía ser deseado, jamás.

Él estaba tendido a su lado, boca arriba, mirando a la oscuridad de la bóveda de granito que había sobre ellos, ella lo vio tendido en la irregular inclinación de los sacos de arena, como si su cuerpo estuviese fluido de relajación; vio la cuña negra de la capa de ella tirada encima de los raíles a sus pies; había gotas de humedad brillando en la bóveda, cambiando lentamente, entrando en grietas invisibles, como las luces de un tráfico lejano. Cuando él habló, su voz sonó como si estuviera calladamente continuando una frase en respuesta a las preguntas en la mente de ella, como si él ya no tuviera nada que ocultarle y lo que le debiera a ella ahora fuera sólo el acto de desvestir su alma, tan simplemente como había desvestido su cuerpo:

—Así es como te he estado observando durante diez años..., desde aquí, desde debajo de la tierra, bajo tus pies..., sabiendo cada movimiento que hacías en tu oficina allá arriba en el edificio, pero sin verte nunca..., nunca lo suficiente; diez años de tantas noches, esperando poder verte por un instante, aquí, en los andenes, cuando te subías a un tren... Siempre que llegaba hasta aquí la orden de acoplar tu vagón, yo me enteraba de eso y esperaba verte bajar por la rampa, y deseaba que no caminaras tan rápido; era tan tuyo ese caminar, lo reconocería en cualquier lugar..., ese caminar y esas piernas tuyas..., siempre eran tus piernas lo que yo veía primero, corriendo al bajar la rampa, pasando por delante de mí mientras yo te miraba desde una oscura vía lateral más abajo. Creo que podría haber modelado una escultura de tus piernas; las conocía, no con mis ojos, sino con las palmas de mis manos cuando te veía pasar..., cuando volvía a mi trabajo..., cuando me iba a casa justo antes del amanecer para esas tres horas de sueño que ni siquiera conseguía...

—Te amo —dijo ella, su voz tranquila y casi sin tono, excepto por un frágil sonido de juventud.

Él cerró los ojos, como dejando que el sonido viajara a través de los años detrás de ellos.

—Diez años, Dagny..., excepto que una vez hubo unas cuantas semanas cuando te tuve delante, a plena vista, a mi alcance, sin que salieras corriendo, sino quieta, como en un escenario iluminado, en un escenario privado para que yo lo viera..., y te observé durante horas a lo largo de muchas noches..., en la ventana iluminada de una oficina que se llamaba la Línea John Galt. Y una noche...

El aliento de ella fue un leve jadeo:

—¿Fuiste tú, esa noche?

—¿Me viste?

—Vi tu sombra... sobre el pavimento..., yendo de un lado a otro; parecía una lucha..., parecía una... —Se paró; no quiso decir «tortura».

—Lo fue —dijo él en voz baja—. Esa noche, yo quería entrar, enfrentarte, hablarte... Ésa fue la noche en la que estuve a punto de romper mi juramento, cuando te vi desplomada sobre tu escritorio, cuando te vi quebrantada por la carga que estabas llevando.

—John, esa noche, era en *ti* en quien yo estaba pensando..., sólo que no lo sabía...

—Pero, ya ves, *yo* sí lo sabía.

—Fuiste tú, toda mi vida, a través de todo lo que hice y todo lo que quise...

—Lo sé.

—John, lo más difícil no fue cuando te dejé en el valle..., fue...

—¿Tu discurso en la radio, el día que volviste?

—¡Sí! ¿Estabas escuchando?

—Por supuesto. Me alegro de que lo hicieras. Fue una cosa magnífica lo que hiciste. Y yo..., yo lo sabía, de todos modos.

—¿Sabías... lo de Hank Rearden?

—Antes de verte en el valle.

—Fue..., cuando te enteraste de lo de él, ¿te lo habías esperado?

—No.

—¿Fue...? —Se paró.

—¿Duro? Sí. Pero sólo los primeros días. La noche siguiente..., ¿quieres que te cuente lo que hice la noche después de enterarme?

—Sí.

—Yo nunca había visto a Hank Rearden, sólo fotos de él en los periódicos. Sabía que él estaba en Nueva York esa noche, en alguna conferencia de grandes industriales. Sólo quería echarle un vistazo. Fui andando hasta la entrada del hotel donde se estaba celebrando esa conferencia. Había luces brillantes debajo de la marquesina de la entrada, pero estaba oscuro más allá, en el pavimento, de modo que yo podía ver sin ser visto; había unos cuantos haraganes y vagabundos merodeando por allí, estaba cayendo una llovizna, y nos quedamos pegados a las paredes del edificio. Uno podía distinguir a los miembros de la conferencia cuando empezaron a salir, por sus ropas y por sus modales: unas ropas ostentosas y unos modales de timidez dominante, como si estuvieran culpablemente tratando de fingir que ellos eran lo que aparentaban ser en ese momento. Había chóferes que llegaban conduciendo sus coches, había algunos reporteros que los detenían para hacerles preguntas, y algunos seguidores tratando de obtener alguna palabra de ellos. Eran hombres hastiados, esos empresarios, envejecidos, fofos, frenéticos por esforzarse en disimular su incertidumbre. Y entonces lo vi. Llevaba un abrigo caro y un sombrero inclinado sobre los ojos. Iba andando rápidamente, con el tipo de seguridad que hay que ganarse, como él se lo había ganado. Algunos de sus colegas de negocios se abalanzaron sobre él con preguntas, y esos magnates estaban actuando como seguidores a su alrededor. Pude verlo un instante cuando él estaba de pie con la mano en la puerta de su coche, con la cabeza alzada, vi la breve llamarada de una sonrisa bajo el ala inclinada de su sombrero, una sonrisa confiada, impaciente, y un poco divertida. Y entonces, por un momento, yo hice lo que nunca había hecho antes, algo por lo que la mayoría de los hombres arruinan sus vidas: vi ese momento fuera de contexto, vi el mundo como él lo hacía parecer, como si el mundo estuviera a su altura, como si él fuera su símbolo..., vi un mundo de logros, de energía sin esclavizar, de un recorrido sin obstáculos a través de años dedicados a disfrutar de la recompensa de uno; yo vi, allí de pie en la lluvia, en medio de una multitud de vagabundos, lo que mis años me habrían deparado si ese mundo hubiera existido, y sentí una desesperada nostalgia: él era la imagen de todo lo que yo debería haber sido..., y tenía todo lo que debería haber

sido mío... Pero fue sólo un momento. Entonces volví a ver la escena en su contexto completo y con todo su significado real..., vi el precio que él estaba pagando por su brillante capacidad, la tortura que estaba sufriendo con silenciosa perplejidad, esforzándose por entender lo que *yo* había entendido..., vi que el mundo que él sugería no existía y aún estaba por hacer; lo vi de nuevo a él por lo que era, el símbolo de mi batalla, el héroe no recompensado a quien yo debía vengar y liberar..., y entonces..., entonces acepté lo que yo acababa de saber sobre ti y sobre él. Vi que no cambiaba nada, que yo debería haberlo supuesto..., que era lo que tenía que ser.

Él oyó el débil sonido del gemido de ella y se rio suavemente entre dientes:

—Dagny, no es que yo no sufra, es que sé la intrascendencia del sufrimiento; sé que el dolor ha de ser combatido y descartado, que no ha de ser aceptado como parte del alma de uno y como una cicatriz permanente en la visión que uno tiene de la existencia. No sientas pena por mí. Se acabó en ese momento.

Ella giró la cabeza para mirarlo en silencio, y él sonrió, incorporándose sobre un codo para mirarla a la cara mientras ella yacía sin poder hacer nada. Ella susurró:

—Has sido un jornalero del ferrocarril, aquí... ¡Aquí...! Durante doce años...

—Sí.

—Desde que...

—Desde que renuncié y salí de la Twentieth Century.

—La noche en que me viste por primera vez..., ¿estabas trabajando aquí, entonces?

—Sí. Y la mañana en que te ofreciste a trabajar para mí como cocinera, yo era sólo tu jornalero del ferrocarril..., de vacaciones. ¿Te das cuenta de por qué me eché a reír como lo hice?

Ella estaba mirando su cara; la sonrisa de ella era de dolor; la de él, de pura alegría.

—John...

—Dilo. Pero dilo todo.

—Tú estabas aquí..., todos esos años...

—Sí.

—... todos esos años, mientras el ferrocarril estaba pereciendo, mientras yo buscaba a hombres de inteligencia..., mientras yo luchaba por aferrarme a cualquier fragmento de inteligencia que pudiera encontrar...

—... mientras revolvías el país para encontrar al inventor de mi motor —añadió él—, mientras alimentabas a James Taggart y a Wesley Mouch, mientras le dabas a tu mejor logro el nombre del enemigo al que querías destruir.

Ella cerró los ojos.

—Yo estaba aquí todos esos años —continuó él—, a tu alcance, dentro de tu propio reino, observando tu lucha, tu soledad, tu nostalgia..., observándote en una batalla que tú pensabas que estabas luchando por mí, una batalla en la que estabas apoyando a mis enemigos y recibiendo una derrota interminable; yo estaba aquí, oculto por nada más que un error de tu visión, igual que la Atlántida está oculta a los hombres por sólo una ilusión óptica; yo estaba aquí, esperando el día en que vieras, cuando supieras que, con el código del mundo que tú estabas apoyando, es al fondo más oscuro del subsuelo donde tendrían que ser consignadas todas las cosas que tú valorabas, y que es allí donde deberías buscar. Yo estaba aquí. Te estaba esperando. Te amo, Dagny. Te amo más que a mi vida, yo que les he enseñado a los hombres cómo se debe amar la vida. Y les he enseñado también a no esperar nunca lo no pagado..., y lo que he hecho esta noche lo he hecho con pleno conocimiento de que lo pagaría, y que mi vida podría tener que ser el precio.

—¡No!

Él sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Oh, sí. Sabes que me has quebrantado por una vez, que yo he ignorado la decisión que me había propuesto a mí mismo..., pero lo he hecho conscientemente, sabiendo lo que significaba; no lo he hecho rindiéndome ciegamente al momento, sino con plena visión de las consecuencias y una total disposición a aceptarlas. No podía dejar que un momento así nos pasara de largo, era nuestro, amor mío, nos lo hemos ganado. Pero tú no estás preparada para renunciar y unirte a mí..., no tienes que decírmelo, lo sé, y como yo decidí tomar lo que quería antes de que fuera completamente mío, tendré que pagarlo; no tengo forma de saber cómo o cuándo, sólo sé que si cedo ante un enemigo, tengo que pagar las consecuencias. —Él sonrió en respuesta a la expresión de la cara de ella—.

No, Dagny, tú no eres mi enemiga en mente, y *eso* es lo que me ha llevado a esto, pero *eres* mi enemiga de hecho, por el curso que estás siguiendo, aunque tú todavía no lo veas, pero yo sí. Mis enemigos reales no son ningún peligro para mí. *Tú* sí lo eres. Tú eres la única que puede conducirlos a que me encuentren. Ellos nunca tendrían la capacidad de saber lo que soy, pero, con tu ayuda..., lo harán.

—¡No!

—No, no es que vayas a hacerlo intencionadamente. Y eres libre de cambiar tu rumbo; pero, mientras lo sigas, no eres libre de escapar de su lógica. No frunzas el ceño, la decisión fue mía, y es un riesgo que decidí aceptar. Soy un comerciante, Dagny, en todas las cosas. Te quería, no tenía el poder de cambiar tu decisión, sólo tenía el poder de considerar el precio y decidir si yo podía pagarlo. Sí podía. Mi vida es mía para gastarla o para invertirla, y tú..., tú eres... —Como si su gesto continuara su oración, él la levantó sobre su brazo y la besó en la boca, mientras el cuerpo de ella colgaba lacio, en rendición, con su cabello fluyendo hacia abajo, su cabeza cayendo hacia atrás, sostenido sólo por la presión de sus labios—. Tú eres la única recompensa que yo tenía que tener y que decidí comprar. Te quería, y, si mi vida es el precio, la daré. Mi vida..., pero no mi mente.

Hubo un repentino destello de dureza en sus ojos cuando él se sentó, sonrió y preguntó:

—¿Quieres que me una a ti y me ponga a trabajar? ¿Quieres que repare ese sistema de señales de interconexión tuyo en una hora?

—¡No! —El grito fue inmediato, en respuesta al destello de una imagen repentina, la imagen de los hombres en el comedor privado del Wayne-Falkland.

Él se rio.

—¿Por qué no?

—¡No quiero verte *a ti* trabajando como su siervo!

—¿Y tú misma?

—Creo que se están desmoronando, y que yo voy a ganar. Puedo soportarlo sólo un poco más.

—Cierto, es sólo un poco más..., no hasta que ganes, sino hasta que aprendas.

—¡No puedo dejarlo ir! —Era un grito de desesperación.

—Todavía no —dijo él en voz baja.

Él se puso en pie, y ella se levantó obedientemente, incapaz de hablar.

—Seguiré aquí, en mi trabajo —dijo él—. Pero no trates de verme. Tendrás que soportar lo que yo he soportado y he querido ahorrarte; tendrás que seguir adelante, sabiendo dónde estoy, deseándome igual que yo te deseo a ti, pero sin permitirte nunca acercarte a mí. No me busques aquí. No vengas a mi casa. Nunca dejes que nos vean juntos. Y cuando llegues al final, cuando estés lista para renunciar, no se lo digas a ellos, sólo escribe con tiza un signo del dólar en el pedestal de la estatua de Nat Taggart, adonde pertenece, y luego vete a casa y espera. Iré a por ti en veinticuatro horas.

Ella inclinó la cabeza en silenciosa promesa.

Pero cuando él se dio la vuelta para irse, un repentino estremecimiento recorrió el cuerpo de ella, como una primera sacudida de despertar o una última convulsión de vida, y terminó en un grito involuntario:

—¿Adónde vas?

—A ser una farola y sostener una linterna hasta el amanecer..., que es el único trabajo al que tu mundo me relega, y el único trabajo que va a obtener de mí.

Ella lo agarró del brazo para retenerlo, para seguirlo, para seguirlo ciegamente, abandonándolo todo menos la visión de su rostro:

—¡John!

Él la agarró de la muñeca, se deshizo de su mano y la apartó.

—No —dijo.

Luego, tomó su mano y se la llevó a los labios, y la presión de su boca fue una declaración más apasionada que ninguna otra que él hubiera decidido confesar. Después se alejó andando por la vía de ferrocarril que se desvanecía, y a ella le pareció que tanto los raíles como la figura de él la estaban abandonando al mismo tiempo.

Cuando llegó dando tumbos al vestíbulo de la terminal, el primer estallido del girar de ruedas hacía temblar los muros del edificio, como el repentino latido de un corazón que había estado parado. El templo de Nathaniel Taggart estaba silencioso y vacío, con su inmutable luz cayendo sobre un trecho desierto de mármol. Algunas desaliñadas figuras iban arrastrando los pies por allí, como si estuvieran perdidas en su brillante extensión. En los escalones del pedestal, debajo de la estatua de la figura

austera y jubilosa, un vagabundo harapiento estaba sentado en actitud de pasiva resignación, como un pájaro al que han desplumado, sin tener adonde ir, descansando en cualquier cornisa que encontrara.

Ella se dejó caer sobre los escalones del pedestal, como cualquier otro vagabundo, con la capa manchada de polvo estrechamente apretada alrededor de su cuerpo, se quedó sentada y quieta, con la cabeza apoyada en el brazo, ya sin poder ni llorar ni sentir ni moverse.

Sólo le pareció seguir viendo una figura con un brazo levantado sosteniendo una luz, y a veces le parecía que era como la Estatua de la Libertad, y luego parecía ser un hombre con el cabello manchado de sol, sosteniendo una linterna contra un cielo de medianoche, una linterna roja que paraba el movimiento del mundo.

—No se lo tome tan a pecho, señora, sea lo que sea —dijo el vagabundo, con un tono de exhausta compasión—. No hay nada que hacer al respecto. En cualquier caso..., ¿qué importa, señora? ¿Quién es John Galt?

## Capítulo VI

# El concierto de liberación

El 20 de octubre, el sindicato de trabajadores siderúrgicos de Rearden Steel exigió un aumento salarial.

Hank Rearden se enteró por los periódicos; ninguna demanda le había sido presentada, y por lo visto nadie había considerado necesario informarlo a él. La demanda había sido hecha a la Junta de Unificación; no había ninguna explicación de por qué ninguna otra empresa siderúrgica había recibido una reivindicación similar. Él no tenía cómo saber si los demandantes representaban o no a sus trabajadores, puesto que las reglas de la Junta sobre las elecciones sindicales hacían que eso fuese un tema imposible de definir. Sólo se enteró de que el grupo estaba formado por los recién llegados, a quienes la Junta había estado infiltrando en su fundición en los últimos meses.

El 23 de octubre, la Junta de Unificación rechazó la demanda del sindicato, negándose a otorgar el aumento. Rearden no tenía forma de saber si se había celebrado o no alguna audiencia sobre el asunto. Él no había sido consultado ni informado ni notificado. Se había mantenido a la espera, sin ofrecerse a hacer preguntas.

El 25 de octubre, los periódicos del país, controlados por los mismos hombres que controlaban la Junta, iniciaron una campaña de conmiseración con los trabajadores de Rearden Steel. Publicaron artículos sobre el rechazo del aumento salarial, omitiendo cualquier mención de quién lo había rechazado o quién tenía el poder legal exclusivo de rechazarlo, como si contaran con que el público olvidaría tecnicismos legales bajo una avalancha de artículos que hacían suponer que los empleadores son la causa natural de todas las miserias sufridas por sus empleados. Publicaron un artículo describiendo las dificultades de los trabajadores de Rearden Steel por el aumento actual del coste de vida..., junto a otro artículo describiendo los beneficios de Hank Rearden de cinco años atrás. Publicaron un artículo

sobre la difícil situación de la esposa de un trabajador de Rearden que iba de tienda en tienda en una búsqueda desesperada de comida..., junto a un artículo sobre una botella de champán que había sido rota en la cabeza de alguien en una juerga montada por un magnate del acero no identificado en un hotel de lujo; el magnate del acero había sido Orren Boyle, pero el artículo no mencionaba nombres.

«Siguen existiendo desigualdades entre nosotros», decían los periódicos, «y nos timan quitándonos los beneficios de nuestra iluminada época».

«Las privaciones han desgastado los nervios y el temperamento de la gente. La situación está llegando a un punto crítico de peligro. Tememos un estallido de violencia.» «Se teme que estalle la violencia...» Los periódicos no paraban de repetir ese tipo de cosas.

El 28 de octubre, un grupo de los nuevos trabajadores de Rearden Steel atacó a un capataz y derribó las toberas de uno de los altos hornos. Dos días después, un grupo parecido rompió las ventanas de la planta baja del edificio de administración. Uno de los nuevos trabajadores rompió los engranajes de una grúa, haciendo volcar una cuchara de metal fundido que cayó a un metro de distancia de cinco trabajadores que estaban presentes.

—Supongo que se me cruzaron los cables, preocupado como estoy por mis hijos hambrientos —dijo, cuando fue arrestado.

«Ahora no es momento de teorizar sobre quién tiene razón y quién no», comentaron los periódicos. «Nuestra única preocupación es el hecho de que una situación turbulenta está poniendo en peligro la producción de acero del país.»

Rearden observaba, sin hacer preguntas. Estaba esperando, como si algún conocimiento final estuviera en vías de desentrañarse ante él, un proceso que no debería ser ni acelerado ni detenido. No —pensaba, en el temprano crepúsculo de los días de otoño, mirando por la ventana de su oficina—, no, él no sentía indiferencia por su fundición; pero la sensación que una vez había sido pasión por una entidad viviente se había convertido en una especie de ternura melancólica, como la que uno siente al recordar a los seres queridos y muertos. La cualidad especial de lo que uno siente por los muertos, pensó, es que ya no es posible ninguna acción.

En la mañana del 31 de octubre, recibió un aviso informándole de que todas sus propiedades, incluyendo sus cuentas bancarias y sus cajas fuertes, habían sido embargadas para satisfacer una sentencia penal dictada en su contra en un juicio que tenía que ver con una deficiencia en su impuesto sobre la renta de tres años atrás. Era un aviso formal que cumplía con todos los requisitos de la ley..., excepto que nunca había existido tal deficiencia, y que nunca había tenido lugar tal juicio.

—No —le dijo a su abogado, que se estaba ahogando de indignación —, no les preguntes, no respondas, no te opongas.

—Pero ¡esto es absurdo!

—¿Más absurdo que todo lo demás?

—Hank, ¿quieres que no haga nada? ¿Que me tire al suelo y deje que me pasen por encima?

—No, sigue de pie. Y lo digo literalmente, *de pie*. No te muevas. No actúes.

—Pero te han dejado indefenso.

—¿Tú crees? —preguntó él suavemente, sonriendo.

Tenía unos pocos cientos de dólares en efectivo, los que quedaban en su billetera, nada más. Pero el extraño y brillante calor en su mente, como la sensación de un distante apretón de manos, era la idea de que, en un lugar seguro y secreto de su habitación, había una barra de oro macizo que le había dado un pirata con el pelo dorado.

Al día siguiente, el 1 de noviembre, recibió una llamada telefónica de Washington, de un burócrata cuya voz parecía bajar deslizándose por el cable telefónico hasta ponerse de rodillas pidiendo disculpas:

—¡Un error, señor Rearden! ¡No ha sido más que un lamentable error! Ese embargo no era para usted. Usted sabe cómo son las cosas hoy día, con la ineficiencia de todo el personal de oficina y con la cantidad de trámites burocráticos en los que estamos enredados..., algún estúpido confundido mezcló los archivos y procesó la orden de embargo contra usted..., cuando el caso no tenía nada que ver con usted; era, de hecho, ¡el caso de un fabricante de jabones! Por favor, acepte nuestras disculpas, señor Rearden, nuestras más profundas disculpas personales al más alto nivel. —La voz se deslizó hasta convertirse en una leve y expectante pausa—. ¿Señor Rearden...?

—Estoy escuchando.

—No puedo decirle cuánto sentimos haberle causado cualquier trastorno o inconveniente. Y con todas esas malditas formalidades por las que tenemos que pasar..., ¡ya sabe, burocracia...!, llevará unos días, tal vez una semana, procesar esa orden y levantar el embargo. ¿Señor Rearden?

—Le he oído.

—Estamos desesperadamente desolados, y listos para reparar cualquier cosa que esté en nuestro poder. Usted, por supuesto, tendrá derecho a reclamar daños y perjuicios por cualquier inconveniente que todo eso haya podido causarle, y estamos dispuestos a pagar. No nos opondremos. Usted, obviamente, presentará una reclamación de ese tipo y...

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Eh? No, no lo ha dicho, o sea, bueno, ¿qué es lo que usted ha dicho, señor Rearden?

—No he dicho nada.

A última hora de la tarde del día siguiente, otra voz llegó desde Washington. Ésa no parecía deslizarse, sino rebotar en el cable del teléfono con el alegre virtuosismo de un equilibrista en la cuerda floja. Se presentó como Tinky Holloway, y le suplicó a Rearden que asistiera a una reunión —«una pequeña reunión informal, sólo algunos de nosotros, unos pocos del más alto nivel»—, que se iba a celebrar en Nueva York, en el Hotel Wayne-Falkland, dos días más tarde.

—¡Ha habido tantos malentendidos en las últimas semanas! —dijo Tinky Holloway—. ¡Unos malentendidos tan lamentables..., y tan innecesarios! Podríamos arreglarlo todo en un santiamén, señor Rearden, si tuviéramos la oportunidad de tener una breve conversación con usted. Estamos extremadamente ansiosos por verlo.

—Puede emitir una citación judicial para que yo comparezca en cualquier momento que usted lo desee.

—¡Oh, no!, ¡no!, ¡no! —La voz sonaba asustada—. No, señor Rearden..., ¿por qué pensar en tales cosas? Usted no nos entiende, estamos deseando reunirnos con usted de forma amistosa, lo único que buscamos de usted es su cooperación voluntaria. —Holloway hizo una pausa tensa, preguntándose si había escuchado el débil sonido de una risa seca distante; esperó, pero no oyó nada más—. ¿Señor Rearden?

—¿Sí?

—Ciertamente, señor Rearden, en un momento como éste, una reunión con nosotros podría ser una gran ventaja para usted.

—¿Una reunión sobre qué?

—Usted se ha encontrado con muchas dificultades..., y nosotros estamos deseando ayudarle en todo lo que podamos.

—Yo no he pedido ayuda.

—Éstos son tiempos precarios, señor Rearden, el talante público es tan incierto y tan inflamable, tan... peligroso... Y queremos ser capaces de protegerlo.

—Yo no he pedido protección.

—Pero seguro que usted se da cuenta de que estamos en una posición para ser valiosos para usted, y si hay algo que usted quiera de nosotros, cualquier...

—No lo hay.

—Pero usted debe tener problemas que le gustaría discutir con nosotros.

—No los tengo.

—Entonces..., bueno, entonces... —balbució Holloway, y, renunciando al intento de jugar a otorgar un favor, cambió a una súplica directa—, entonces, ¿no puede simplemente darnos una audiencia?

—Si tienen algo que decirme.

—Lo tenemos, señor Rearden, ¡ciertamente lo tenemos! Eso es lo único que pedimos: una audiencia. Sólo que nos dé una oportunidad. Sólo que venga a esa reunión. No se estará comprometiendo a nada...

Lo dijo involuntariamente, y paró, al oír una brillante y burlona puñalada de vida en la voz de Rearden, un sonido poco prometedor, cuando Rearden respondió:

—Lo sé.

—Bueno, quiero decir..., o sea..., bueno, entonces, ¿vendrá?

—Está bien —dijo Rearden—. Iré.

Él no escuchó los comentarios de agradecimiento de Holloway, sólo notó que Holloway no paraba de repetir:

—A las siete de la tarde, el 4 de noviembre, señor Rearden..., el 4 de noviembre —como si la fecha tuviera un significado especial.

Rearden dejó caer el auricular y se recostó en su sillón, mirando el resplandor de las llamas de las calderas en el techo de su oficina. Él sabía que la reunión era una trampa; sabía también que él estaba entrando en ella sin nada que los tramperos pudieran ganar.

Tinky Holloway dejó caer el auricular en su oficina de Washington y se sentó erguido, tenso, frunciendo el ceño. Claude Slagenhop, presidente de Amigos del Progreso Global, quien había estado sentado en un sillón, masticando nerviosamente una cerilla, lo miró y le preguntó:

—¿No va tan bien?

Holloway negó con la cabeza.

—Vendrá, pero... no, no va tan bien. —Y añadió—: No creo que lo acepte.

—Eso es lo que me dijo el topo que me informó.

—Lo sé.

—El topo dijo que mejor ni lo intentáramos.

—¡Maldito sea tu topo! ¡Tenemos que hacerlo! ¡Tendremos que arriesgarnos!

El topo era Philip Rearden, quien, semanas atrás, le había informado a Claude Slagenhop:

—No, no me deja entrar, no me va a dar un empleo; lo he intentado, como tú querías que hiciera, hice todo lo posible, pero no ha servido de nada, no me deja ni poner un pie dentro de su fundición. Y en cuanto a su estado de ánimo..., escucha, es malo. Es mucho peor de lo que yo esperaba. Lo conozco, y puedo decirte que no tenéis ni la más mínima posibilidad. Está casi al límite de su paciencia. Un poco más de presión y todo saltará por los aires. Dijiste que los peces gordos querían saberlo. Diles que no lo hagan. Diles que él... ¡Claude, que Dios nos ayude!, ¡si lo hacen, lo perderán!

—Bueno, no estás siendo de mucha ayuda —había dicho Slagenhop secamente, dándose la vuelta.

Philip se le había agarrado a la manga y le había preguntado, su voz contrayéndose repentinamente con una clara ansiedad:

—Dime, Claude, según la... la Directiva 10-289, si él se va, no va a haber herederos, ¿verdad?

—Así es.

—¿Se apoderarán de la fundición y... y de todo?

—Ésa es la ley.

—Pero..., Claude, ellos no me harían eso *a mí*, ¿verdad?

—Ellos no quieren que se vaya. Tú lo sabes. Retenlo, si puedes.

—Pero ¡no puedo! ¡Tú sabes que no puedo! Debido a mis ideas políticas y... y a todo lo que he hecho por ti, ¡tú sabes lo que él piensa de mí! ¡No tengo ninguna influencia en absoluto sobre él!

—Bueno, ése es *tu* maldito infortunio.

—¡Claude! —Philip había gritado en pánico—, Claude, no me van a dejar en la calle, ¿verdad? Yo soy parte del grupo, ¿no? Siempre han dicho que soy parte de él, siempre han dicho que me necesitaban..., decían que necesitaban a hombres como yo, no como él, hombres con mi..., con mi tipo de espíritu, ¿recuerdas? Y después de todo lo que yo he hecho por ellos, después de toda mi fe, de todo mi servicio y de toda mi lealtad a la causa...

—Maldito imbécil —había dicho Slagenhop—, ¿de qué nos sirves tú sin *él*?

En la mañana del 4 de noviembre, a Hank Rearden lo despertó el sonido del teléfono. Abrió los ojos ante la vista de un cielo claro y pálido, el cielo del alba en la ventana de su habitación, un cielo del delicado color de la aguamarina, con los primeros rayos de un sol invisible dándoles un tono de porcelana rosa a los tejados antiguos de Filadelfia. Durante un momento, mientras su consciencia tenía una pureza que igualaba a la del cielo, mientras él no era consciente de nada más que de sí mismo y aún no había reconfigurado su alma con la carga de recuerdos ajenos, permaneció inmóvil, sostenido por la visión y el encanto de un mundo que la igualaba, un mundo donde el estilo de existencia sería una mañana continua.

El teléfono lo llevó de vuelta al exilio: estaba sonando a intervalos espaciados, como un molesto y crónico grito de ayuda, el tipo de grito que no pertenecía a su mundo. Levantó el auricular, frunciendo el ceño.

—¿Sí?

—Buenos días, Henry —dijo una voz temblorosa; era su madre.

—Madre..., ¿a estas horas? —preguntó él secamente.

—Oh, siempre te levantas al amanecer, y quise pillarte antes de que te fueras a la oficina.

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Tengo que verte, Henry. Tengo que hablar contigo. Hoy. En algún momento de hoy. Es importante.

—¿Ha pasado algo?

—No..., sí..., o sea..., tengo que hablar contigo en persona. ¿Vendrás?

—Lo siento, no puedo. Tengo una cita en Nueva York esta noche. Si quieres que vaya mañana...

—¡No! No, mañana no. Tiene que ser hoy. Tiene que ser así. —Había un tenue tono de pánico en su voz, pero era el viejo pánico de una impotencia crónica, no el sonido de una emergencia..., excepto por un extraño eco de miedo en su insistencia mecánica.

—¿Qué es, madre?

—No puedo hablar sobre eso por teléfono. Tengo que verte.

—Entonces..., si quieres venir a la oficina...

—¡No! ¡No en la oficina! Tengo que verte a solas, donde podamos hablar. ¿No puedes venir aquí hoy, como un favor? Es tu madre quien te está pidiendo un favor. Nunca has venido a vernos en absoluto. Y tal vez tampoco seas tú quien tiene la culpa. Pero ¿no puedes hacerlo por mí esta vez, si te lo pido por favor?

—Muy bien, madre. Estaré ahí a las cuatro de la tarde.

—Eso estará bien, Henry. Gracias, Henry. Eso estará bien.

A él le pareció que había una pizca de tensión en el aire de la fundición ese día. Era una pizca demasiado tenue para definirla..., pero la fundición, para él, era como el rostro de una esposa querida en la que él podía percibir atisbos de sensaciones casi antes de que fueran expresadas. Se dio cuenta de que había pequeños grupos de trabajadores nuevos, quizá tres o cuatro de ellos haciendo corrillos de conversación..., una o dos veces más de lo normal. Notó sus modales, unos modales que hacían recordar un rincón en una sala de billares, no una fábrica. Notó que le dirigían algunas miradas cuando pasaba, unas miradas tal vez demasiado intencionadas y persistentes. No hizo caso; no llegaba a ser lo suficiente como para inquietarse, y él no tenía tiempo para preocuparse.

Cuando fue conduciendo hasta su antigua casa, esa tarde, paró el coche abruptamente al pie de la colina. No había visto la casa desde aquel 15 de mayo, seis meses atrás, cuando había salido de ella..., y esa visión le trajo de vuelta la suma de todo lo que había sentido en diez años de visitas diarias a su hogar: la tensión, el desconcierto, el peso gris de una infelicidad

no confesada, la severa resistencia que le impedía a él confesarla, la desesperada inocencia del esfuerzo por entender a su familia..., y su esfuerzo por ser justo.

Caminó lentamente por el sendero hacia la puerta. No sintió ninguna emoción, sólo el sentido de una gran claridad, de una solemne claridad. Sabía que esa casa era un monumento de culpa..., de su culpa hacia él mismo.

Había esperado ver a su madre y a Philip; no había esperado a la tercera persona que se levantó, como ellos hicieron, a su entrada en el salón: era Lillian.

Se detuvo en el umbral. Ellos se quedaron mirando a su rostro y a la puerta abierta detrás de él. Sus caras tenían una expresión de miedo y de astucia, la expresión de ese «chantaje por medio de virtud» que él había aprendido a entender, como si esperaran salirse con la suya por medio de nada más que su compasión, de mantenerlo atrapado, cuando un solo paso hacia atrás de él podría quitarlo del alcance de ellos.

Ellos habían contado con su compasión y habían temido su ira; no se habían atrevido a considerar la tercera alternativa: su indiferencia.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —preguntó, dirigiéndose a su madre, con su voz desapasionadamente plana.

—Lillian ha estado viviendo aquí desde tu divorcio —respondió ella a la defensiva—. No podía dejar que se muriera de hambre en las calles de la ciudad, ¿verdad?

La expresión en los ojos de su madre era mitad súplica, como si ella le estuviera rogando a él que no la abofeteara, y mitad triunfo, como si ella lo hubiera abofeteado a él. Él sabía cuál era su motivo: no era compasión, nunca había habido mucho cariño entre Lillian y ella, era la venganza común de ellas contra él, era la satisfacción secreta de gastar su dinero en la exesposa a la que él se había negado a mantener.

La cabeza de Lillian estaba en una posición de inclinarse para saludar, con el atisbo tentativo de una sonrisa en sus labios, medio tímida, medio descarada. Él no fingió ignorarla; la miró, como si la estuviera viendo del todo, pero como si ninguna presencia estuviera siendo registrada en su mente. No dijo nada, cerró la puerta y entró en la sala.

Su madre dio un pequeño suspiro de alivio nervioso y se dejó caer apresuradamente en la silla más cercana, observándolo, nerviosamente insegura, sin saber si él seguiría su ejemplo.

—¿Qué es lo que querías? —preguntó él, sentándose.

Su madre estaba sentada erguida y, a la vez, curiosamente encorvada, con los hombros levantados y la cabeza medio bajada.

—Misericordia, Henry —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—¿No me entiendes?

—No.

—Bueno... —Extendió las manos en un desordenado gesto de impotencia—. Bueno... —Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro, luchando por escapar de la atenta mirada de él—. Bueno, hay tantas cosas que decir y..., y no sé cómo decirlas, pero..., bueno, hay un asunto práctico, pero no es importante en sí mismo..., no es por lo que te llamé aquí.

—¿Qué es?

—¿El asunto práctico? Nuestros cheques de manutención..., de Philip y míos. Estamos a primeros de mes, pero debido a esa orden de embargo, los cheques no han podido llegar. Sabes eso, ¿verdad?

—Lo sé.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—Quiero decir, ¿qué vas a hacer *tú* al respecto?

—Nada.

Su madre se quedó sentada mirándolo, como si estuviera contando los segundos de silencio.

—¿Nada, Henry?

—No tengo poder para hacer nada.

Ellos estaban observando su rostro con una especie de intrigada intensidad; él estaba seguro de que su madre le había dicho la verdad, que la preocupación financiera inmediata no era el objetivo de ellos, que eso era sólo el símbolo de un problema mucho más amplio.

—Pero, Henry, estamos atrapados.

—Yo también.

—Pero ¿no puedes mandarnos algo de dinero en efectivo o algo así?

—No me hicieron ninguna advertencia; no tuve tiempo de sacar dinero.

—Entonces... Mira, Henry, la cosa fue tan inesperada que asustó a la gente, supongo..., la tienda de comestibles se niega a darnos crédito, a menos que seas tú quien lo solicite. Creo que quieren que firmes una tarjeta de crédito o algo así. Entonces ¿hablarás con ellos y lo arreglarás?

—No lo haré.

—¿No lo harás? —Ella se ahogó en un pequeño jadeo—. ¿Por qué?

—No asumiré obligaciones que no pueda cumplir.

—¿Qué quieres decir?

—No asumiré deudas que no tengo forma de pagar.

—¿Qué quieres decir, que no tienes forma de hacerlo? ¡Ese embargo es sólo una especie de tecnicismo, es sólo temporal, todo el mundo lo sabe!

—¿Lo saben? Yo no.

—Pero, Henry, ¡una lista de compra! ¿No estás seguro de poder pagar una lista de compra, *tú*, con todos los millones que tienes?

—No voy a defraudar al tendero fingiendo que soy dueño de esos millones.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién es el dueño?

—Nadie.

—¿Qué quieres decir?

—Madre, creo que me entiendes perfectamente. Creo que lo entendiste antes que yo. Ya no quedan dueños de nada, y ya no hay ninguna propiedad que exista. Es lo que aprobaste y en lo que creíste durante muchos años. Me querías atado. Estoy atado. Ahora es demasiado tarde para intentar hacer juegos con eso.

—¿Vas a dejar que algunas ideas políticas tuyas...? —Ella vio la expresión de su rostro y se detuvo abruptamente.

Lillian estaba sentada mirando al suelo, como si tuviera miedo de levantar la vista en ese momento. Philip estaba sentado crujiéndose los nudillos.

Su madre arrastró los ojos hasta volver a enfocarlos, y susurró:

—No nos abandones, Henry. —Una leve punzada de vida en su voz le dijo a él que la tapadera de su verdadero objetivo se estaba abriendo—. Éstos son tiempos terribles, y estamos asustados. Ésa es la verdad, Henry, estamos asustados, porque te estás alejando de nosotros. Oh, no me refiero

sólo a la lista del supermercado..., pero eso es una señal; hace un año no habrías dejado que nos pasara eso. Ahora..., ahora no te importa. —Hizo una pausa expectante—. ¿Te importa?

—No.

—Bueno..., bueno, supongo que la culpa es nuestra. Eso es lo que quería decirte: que sabemos que nosotros tenemos la culpa. No te hemos tratado bien todos estos años. Hemos sido injustos contigo, te hemos hecho sufrir, te hemos usado y no te hemos dado las gracias a cambio. Somos culpables, Henry, hemos pecado contra ti, y lo confesamos. ¿Qué más te podemos decir ahora? ¿Encontrarás en tu corazón algo que te haga capaz de perdonarnos?

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó él, en el tono claro y directo de una reunión de negocios.

—¡No lo sé! ¿Quién soy yo para saberlo? Pero no es de eso de lo que estoy hablando ahora mismo. No es de *hacer*, sólo de *sentir*. Es tu sentimiento lo que te estoy suplicando, Henry, sólo tu sentimiento, aunque no nos lo merezcamos. Tú eres generoso y fuerte. ¿Olvidarás el pasado, Henry? ¿Nos perdonarás?

La expresión de terror en los ojos de ella era real. Un año atrás, él se habría dicho a sí mismo que ésa era la forma que ella tenía de enmendarse; él habría sofocado su repugnancia contra esas palabras, unas palabras que no le transmitían nada más que la niebla de lo insensato; él habría trasgredido su propia mente para darle significado a esas palabras, aunque no las hubiese entendido; él le habría atribuido la virtud de la sinceridad en los propios términos de ella, aunque no fuesen los de él. Pero ya estaba harto de conceder respeto a términos que no fuesen los suyos.

—¿Nos perdonarás?

—Madre, sería mejor no hablar de eso. No me presiones para decirte por qué. Creo que tú lo sabes tan bien como yo. Si hay algo que quieras que se haga, dime qué es. No hay nada más de lo que hablar.

—Pero ¡*no* te entiendo! ¡No te entiendo! ¡Para eso te llamé aquí..., para pedirte perdón! ¿Vas a negarte a responderme?

—Muy bien. ¿Qué significaría eso, mi perdón?

—¿Eh?

—He dicho... ¿qué significaría?

Ella extendió las manos con un gesto de asombro para indicar lo obvio.

—Bueno..., nos haría sentirnos mejor.

—¿Cambiará eso el pasado?

—Nos haría sentir mejor saber que lo has perdonado.

—¿Quieres que finja que el pasado no ha existido?

—Oh, Dios, Henry, ¿no puedes entenderlo? Lo único que queremos es saber que tú..., que tú sientes cierta preocupación por nosotros.

—No la siento. ¿Quieres que la finja?

—Pero eso es lo que te estoy suplicando, ¡que la *sientas*!

—¿En base a qué?

—¿Base?

—¿A cambio de qué?

—Henry, Henry..., no es de negocios de lo que estamos hablando, no es de tonelajes de acero y saldos bancarios, es de *sentimientos*..., ¡y tú hablas como un comerciante!

—Es lo que soy.

Lo que vio en los ojos de ella era terror, no el terror indefenso de esforzarse por comprender y no conseguirlo, sino el terror de ser empujada hacia el borde de un abismo en el que ya no sería posible evitar la comprensión.

—Mira, Henry —dijo Philip apresuradamente—, mamá no puede entender esas cosas. No sabemos cómo acercarnos a ti. No podemos hablar tu idioma.

—Yo no hablo el vuestro.

—Lo que ella está tratando de decir es que lo sentimos. Lamentamos terriblemente haberte lastimado. Tú crees que no estamos pagando por eso, pero sí lo estamos haciendo. Estamos sufriendo remordimiento.

El dolor en la cara de Philip era real. Un año atrás, Rearden habría sentido pena. Ahora, él sabía que ellos lo habían controlado sólo por su reticencia a hacerles daño, por su miedo al dolor *de ellos*. Ya no tenía miedo de eso.

—Lo sentimos, Henry. Sabemos que te hemos hecho daño. Desearíamos poder expiar nuestra culpa. Pero ¿qué podemos hacer? El pasado es el pasado. No podemos deshacerlo.

—Yo tampoco.

—Puedes aceptar nuestro arrepentimiento —dijo Lillian, con una voz vidriosa de cautela—. Yo no tengo nada que ganar de ti ahora. Sólo quiero que sepas que cualquier cosa que yo haya hecho la hice porque te amaba.

Él se dio la vuelta, sin contestar.

—¡Henry! —gritó su madre—. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha hecho cambiar de esa forma? ¡Ya no parece que seas humano! Sigues presionándonos para conseguir respuestas, cuando no tenemos ninguna respuesta que dar. Nos sigues vapuleando con la lógica, ¿qué es la lógica en un momento como éste? ¿Qué es la lógica cuando las personas están sufriendo?

—¡No podemos evitarlo! —gritó Philip.

—Estamos a tu merced —dijo Lillian.

Estaban lanzando sus súplicas a un rostro que ya no era accesible. Ellos no sabían —y su pánico era su último esfuerzo por escapar de ese conocimiento— que su implacable sentido de justicia, que había sido el único control de ellos sobre él, lo que le había hecho aceptar cualquier castigo y darles el beneficio de cualquier duda, ahora se había vuelto contra ellos; que la misma fuerza que había hecho que él fuese tolerante era ahora la fuerza que lo hacía despiadado; que la justicia que perdonaría kilómetros de inocentes errores de conocimiento no perdonaría ni un solo paso dado con consciente maldad.

—Henry, ¿no nos entiendes? —estaba suplicando su madre.

—Os entiendo —dijo él en voz baja.

Ella apartó la mirada, evitando la claridad de los ojos de él.

—¿No te importa lo que sea de nosotros?

—No.

—¿Es que no eres humano? —Su voz se volvió aguda de ira—. ¿No eres capaz de ningún amor en absoluto? ¡Es a tu corazón a lo que quiero llegar, no a tu mente! ¡El amor no es algo sobre lo que discutir, razonar y negociar! ¡Es algo que dar! ¡Que sentir! Oh, Dios, Henry, ¿no puedes sentir sin pensar?

—Nunca lo he hecho.

Un momento después, la voz de ella volvió a la normalidad, grave y monótona:

—Nosotros no somos tan inteligentes como tú, ni tan fuertes. Si hemos pecado y cometido torpezas, es porque estamos indefensos. Te necesitamos, tú eres lo único que tenemos..., y te estamos perdiendo..., y tenemos miedo. Éstos son tiempos terribles, y están empeorando, las personas se están muriendo de miedo, asustadas y ciegas y sin saber qué hacer. ¿Cómo vamos a lidiar con eso, si tú nos dejas? Somos pequeños y débiles, y seremos barridos como madera a la deriva en ese terror que va corriendo suelto por ahí por el mundo. Tal vez tuvimos nuestra parte de culpa por ello, tal vez contribuimos a que ocurriera, sin saber que eso era lo que estábamos haciendo, pero lo hecho, hecho está..., y no podemos detenerlo ahora. Si nos abandonas, estamos perdidos. Si renuncias y desapareces, como todos esos hombres que...

No fue un sonido lo que la hizo parar de hablar, fue sólo un movimiento de las cejas de él, el leve y veloz movimiento de una marca de verificación. Entonces lo vieron sonreír; la naturaleza de la sonrisa fue la más aterradora de las respuestas.

—Así que eso es de lo que tenéis miedo —dijo él lentamente.

—¡No puedes renunciar! —gritó su madre, cegada por el pánico—. ¡No puedes renunciar ahora! ¡Podrías haberlo hecho el año pasado, pero no ahora! ¡No hoy! ¡No puedes convertirte en desertor, porque ahora se vengarán con tu familia! Nos dejarán sin un centavo, se apoderarán de todo, nos dejarán morirnos de hambre, nos...

—¡Cállate! —gritó Lillian, más ducha que los otros en leer las señales de peligro en el rostro de Rearden.

El rostro de él mostraba el remanente de una sonrisa, y ellos sabían que ya no los estaba viendo, pero no estaba en el poder de ellos saber por qué su sonrisa ahora parecía contener dolor y un anhelo casi melancólico, o por qué miraba al otro lado de la sala, al hueco de la ventana más alejada.

Estaba viendo un rostro finamente esculpido y compuesto bajo el azote de sus insultos, estaba oyendo una voz que le había dicho en voz baja, allí, en esa sala: «Es contra el pecado del perdón de lo que quería prevenirle». Tú que lo sabías entonces, pensó..., pero no terminó la frase en su mente, dejó que terminara en el amargo giro de su sonrisa, porque sabía lo que había estado a punto de pensar: «Tú, que sabías eso entonces..., perdóname».

Allí estaba —pensó, mirando a su familia— la naturaleza de sus súplicas de misericordia, la lógica de esos sentimientos que ellos proclamaban con tanta rectitud que no eran lógicos..., *allí* estaba la esencia simple y brutal de todos los hombres que hablan de ser capaces de sentir sin pensar y de poner la misericordia por encima de la justicia.

Ellos habían sabido qué temer; habían comprendido y nombrado, antes de que él lo hiciera, la única forma de liberación que aún le quedaba a él; habían comprendido lo desesperada que era su posición como industrial, la futilidad de su lucha, las cargas insoportables que estaban descendiendo para aplastarlo; ellos habían sabido que, por razón, por justicia, por autopreservación, su único camino era abandonarlo todo y escapar..., y sin embargo querían retenerlo, querían mantenerlo en el altar de sacrificio, dejar que ellos devoraran lo último que quedaba de él en nombre de la misericordia, del perdón y del amor entre hermanos caníbales.

—Si todavía quieres que te lo explique, madre —dijo en voz muy baja —, si todavía estás esperando que yo no sea lo suficientemente cruel como para nombrar lo que tú estás fingiendo no saber, entonces *esto* es lo que hay de malo en tu idea del perdón: tú te arrepientes de haberme lastimado y, como tu expiación por ello, me pides que me ofrezca a mí mismo para la inmolación total.

—¡Lógica! —gritó ella—. ¡Ya estás otra vez con tu maldita lógica! ¡Es pena lo que necesitamos, es pena, no lógica! —Él se puso de pie.

—¡Espera! ¡No te vayas! Henry, ¡no nos abandones! ¡No nos condenes a perecer! ¡Seamos lo que seamos, somos humanos! ¡Queremos vivir!

—Vaya, no... —empezó él con un asombro silencioso, y terminó con un horror silencioso cuando el pensamiento le impactó del todo—, no creo que queráis vivir. Si quisierais vivir, habríais sabido cómo valorarme.

Como en signo de prueba y respuesta silenciosas, el rostro de Philip se fue convirtiendo lentamente en una expresión que pretendía ser una sonrisa de diversión, pero que no contenía más que miedo y malicia.

—No podrás renunciar y huir —dijo Philip—. No puedes huir sin dinero.

Pareció haber dado en el clavo; Rearden se paró en seco, y luego se rio entre dientes:

—Gracias, Philip —dijo.

—¿Eh? —Philip dio una sacudida nerviosa de desconcierto.

—Así que ése es el objetivo de la orden de embargo. Eso es lo que temen tus amigos. Sabía que se estaban preparando para lanzarme algo hoy. No sabía que el embargo era su idea de cortarme el escape. —Se volvió con incredulidad para mirar a su madre—. Y por eso tenías que verme *hoy*, antes de la reunión en Nueva York.

—¡Nuestra madre no lo sabía! —gritó Philip. Luego se contuvo y gritó más fuerte aún—: ¡No sé de lo que estás hablando! ¡Yo no he dicho nada! ¡No lo he dicho! —Ahora, su miedo parecía tener una cualidad mucho menos mística y mucho más concreta.

—No te preocupes, pobre piojo asqueroso —dijo Hank—, no les diré que me has dicho nada. Y si estabas intentando...

No terminó de hablar; miró a las tres caras que tenía delante, y una repentina sonrisa terminó su frase, una sonrisa de hastío, de pena, de increíble repugnancia. Estaba viendo la contradicción final, el absurdo grotesco al final del juego de lo irracional: los hombres en Washington habían esperado retenerlo incitando a *esos* tres a intentar hacer el papel de rehenes.

—Crees que eres tan bueno, ¿no? —Fue un grito repentino, y venía de Lillian; se había puesto de pie para impedir la salida de él; su cara estaba distorsionada, como él la había visto una vez antes, aquella mañana, cuando ella se enteró del nombre de su amante—. ¡Eres tan bueno! ¡Estás tan orgulloso de ti mismo! ¡Bueno, pues *yo* tengo algo que decirte!

Parecía como si ella no hubiera creído hasta ese momento que su juego estaba perdido. La visión de la cara de ella le impactó a él como un último fragmento completando un circuito y, con una claridad repentina, se dio cuenta de cuál había sido el juego de ella y por qué se había casado con él.

Si elegir a una persona como el centro constante de la preocupación de uno, como el foco de la visión de la vida de uno, si eso era amar, pensó él, entonces era verdad que ella lo amaba; pero si, para él, el amor era una celebración de uno mismo y de la existencia..., entonces, para los que se odian a sí mismos y odian la vida, la búsqueda de la destrucción es la única forma de amor, y lo único que equivale a él. Fue por lo mejor de las virtudes de él que Lillian lo había elegido, por su fuerza, por su confianza en sí mismo, por su orgullo; ella lo había elegido de la misma forma que uno elige un objeto de amor, como el símbolo del poder viviente del hombre, pero la destrucción de ese poder había sido su objetivo.

Él los vio como ellos habían estado en su primer encuentro: él, el hombre de energía violenta y ambición apasionada, el hombre de logros, iluminado por la llama de su éxito y arrojado en medio de esas cenizas pretenciosas que se consideraban a sí mismos una élite intelectual, los restos chamuscados de una cultura sin digerir, alimentándose de la estela del brillo que dejan las mentes de los demás, ofreciendo su negación de la mente como su única pretensión de ser diferentes, y el deseo de controlar el mundo como su única lujuria; ella, la parásita de esa élite, exhibiendo el gesto de desprecio de ellos como su propia respuesta al universo, afirmando que la impotencia es superioridad y el vacío es virtud...; y él, inconsciente del odio de ellos, despreciando inocentemente el fraude que fingían no cometer...; y ella, viéndolo a él como el peligro para el mundo de ellos, como una amenaza, como un desafío, como un reproche.

La lujuria que impulsa a otros a esclavizar un imperio se había convertido, en los límites de Lillian, en una pasión por el poder sobre *él*. Ella se había propuesto imponerse a él, como si, incapaz de igualar su valor, pudiera superarlo destruyéndolo; como si la medida de la grandeza de él se convirtiera así en la medida de la de ella; como si..., pensó él, estremeciéndose..., como si el vándalo que destrozara una estatua fuese más grande que el artista que la había esculpido, como si el asesino que matara a un niño fuese más grande que la madre que lo había engendrado.

Recordó las insistentes burlas que ella hacía sobre su trabajo, sobre su fundición, sobre su metal, sobre su éxito; recordó el deseo que ella tenía de verlo borracho, aunque fuese sólo una vez, sus intentos de empujarlo a la infidelidad, el placer que ella sentía pensando que él había caído al nivel de un sórdido romance, y su terror al descubrir que ese romance había sido un logro, no una degradación. La línea de ataque de ella, que a él le había parecido tan desconcertante, había sido constante y clara: era la autoestima de él lo que ella había intentado destruir, sabiendo que un hombre que rinde su valor está a merced de la voluntad de cualquiera; era la pureza moral de él lo que ella se había esforzado por quebrantar, era la segura rectitud de él lo que ella había querido destrozar por medio del veneno de la culpa; como si, de haber llegado él a desplomarse, su depravación le diera a ella derecho a la suya.

Con el mismo objetivo y motivo, con la misma satisfacción, así como otros tejen complejos sistemas de filosofía para destruir generaciones enteras, o establecen dictaduras para destruir un país, así también ella, sin poseer ningún arma excepto la feminidad, se había propuesto como su meta destruir a un hombre.

«El suyo era el código de la vida», recordó él, en la voz del joven maestro que había perdido, «¿cuál, entonces, es el de ellos?».

—¡Tengo algo que decirte! —gritó Lillian, con el sonido de esa rabia impotente que desearía que las palabras fueran puños de metal—. Estás muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad? ¡Estás tan orgulloso de tu nombre! ¡Rearden Steel, Metal Rearden, la esposa de Rearden! Eso es lo que yo era, ¿no? ¡La señora Rearden! ¡La señora de Henry Rearden! —Los sonidos que ella estaba emitiendo se habían convertido en una serie de graznidos ahogados, una inmundicia irreconocible de risotadas—. Bueno, ¡creo que te gustaría saber que a tu esposa se la ha tirado otro hombre! Te he sido infiel, ¿me oyes? He sido infiel, no con algún gran amante noble, sino con el piojo más asqueroso de todos, ¡con Jim Taggart! ¡Hace tres meses! ¡Antes de tu divorcio! ¡Cuando yo aún era tu esposa! ¡Cuando yo aún era tu esposa!

Él estaba allí de pie, escuchando como un científico que estuviera estudiando un tema sin ninguna relevancia personal. Allí, pensó, estaba el aborto final del credo de la interdependencia colectiva, el credo de la no-identidad, la no-propiedad, el no-hecho: la creencia de que la estatura moral de uno está a merced de la acción de otro.

—¡Te he sido infiel! ¿No me oyes, tú, puritano de acero inoxidable? ¡Me he acostado con Jim Taggart, tú, héroe incorruptible! ¿No me oyes...? ¿No me oyes...? ¿No me...?

Él la estaba mirando como habría mirado a una desconocida que se le hubiera acercado en la calle para contarle una confesión personal; su expresión era lo equivalente a las palabras: «¿Para qué me lo cuentas a mí?».

La voz de ella se desvaneció. Él no había sabido cómo sería la destrucción de una persona; pero sabía que estaba viendo la destrucción de Lillian. Lo vio en el derrumbamiento de la cara de ella, en el repentino aflojarse de sus rasgos, como si no hubiera nada que los mantuviera unidos, en los ojos, ciegos, aunque estuvieran mirando fijamente, mirando hacia dentro, llenos de ese terror que ninguna amenaza exterior puede igualar. No

era la expresión de una persona perdiendo la mente, sino la expresión de una mente que ve la derrota total y, en el mismo instante, ve su propia naturaleza por primera vez..., la expresión de una persona viendo que, después de muchos años de predicar la no-existencia, ella la había alcanzado.

Él se dio la vuelta para irse. Su madre acudió y lo paró en la puerta, agarrándolo del brazo. Con una expresión de obstinado desconcierto, con el último de sus esfuerzos por engañarse a sí misma, gimió con una voz de lágrimas de petulante reproche.

—¿Eres realmente incapaz de perdonar?

—No, madre —respondió él—, no lo soy. Habría perdonado el pasado..., si hoy me hubieses instado a renunciar y a desaparecer.

Hacía un viento frío afuera, y él se apretó el abrigo como si fuera un abrazo; allí estaba la gran amplitud de campo que se extendía al pie de la colina, y el cielo claro y desvaneciéndose en el crepúsculo. Como dos puestas de sol terminando el día, el brillo rojo del sol era una banda recta y tranquila en el Oeste, y la banda roja que respiraba en el Este era el brillo de su fundición.

La sensación del volante bajo sus manos y de la lisa carretera fluyendo a su lado al acelerar hacia Nueva York tenía una extraña cualidad vigorizante. Era una sensación de extrema precisión y de relajación a la vez, un sentido de acción sin tensión, que parecía inexplicablemente juvenil..., hasta que se dio cuenta de que ésa era la forma como él había actuado y había esperado actuar siempre, en su juventud..., y que lo que ahora sentía era más bien como la sencilla y asombrosa pregunta: «¿Por qué tendría uno que actuar de cualquier otra forma?».

Le pareció que la silueta de la ciudad de Nueva York, cuando se alzó delante de él, tenía una claridad extrañamente luminosa, aunque sus formas estaban veladas por la distancia; era una claridad que no parecía provenir de los rascacielos, sino que sintió como si la iluminación proviniese de él. Miró a la gran ciudad, sin relación alguna con la visión o el uso que otros hubieran hecho de ella; no era una ciudad de mafiosos ni de mendigos ni de vagabundos ni de prostitutas, era el mayor logro industrial en la historia del hombre, y su único significado era el que tenía para él, había algo personal en su visión de esa ciudad, una cualidad de posesividad y de percepción sin titubeos, como si la estuviera viendo por primera vez..., o por última.

Se detuvo en un silencioso pasillo del Wayne-Falkland, ante la puerta de la suite a la que iba a entrar; le llevó un largo momento el acto de levantar la mano y llamar: era la suite que había pertenecido a Francisco d'Anconia.

Había espirales de humo de cigarrillo trenzándose por el aire del salón, entre las cortinas de terciopelo y las mesas desnudas y pulidas. Con sus costosos muebles y la ausencia de todas las pertenencias personales, la sala tenía ese aspecto de lúgubre lujo que pertenece a una ocupación temporal, tan sombrío como el aspecto de un hotel de mala muerte. Cinco figuras se pusieron de pie en la niebla cuando él entró: Wesley Mouch, Eugene Lawson, James Taggart, el doctor Floyd Ferris, y un hombre delgado y encorvado que parecía un jugador de tenis con cara de rata y que le fue presentado como Tinky Holloway.

—Muy bien —dijo Rearden, cortando los saludos, las sonrisas, los ofrecimientos de bebidas, y los comentarios sobre la emergencia nacional —, ¿qué querían ustedes?

—Estamos aquí como sus amigos, señor Rearden —dijo Tinky Holloway—, única y exclusivamente como sus amigos, para tener una conversación informal con miras a un trabajo de mutua colaboración en equipo de forma más estrecha.

—Estamos deseando aprovechar sus excelentes cualidades —dijo Lawson—, y sus sabios consejos sobre los problemas industriales del país.

—Son hombres como usted lo que necesitamos en Washington —dijo el doctor Ferris—. No hay ninguna razón por la que usted deba haber permanecido al margen durante tanto tiempo, cuando se necesita su voz en las esferas más altas del liderazgo nacional.

Lo repugnante de todo aquello, pensó Rearden, era que los discursos eran sólo mentiras a medias; la otra mitad, en su tono de urgencia histérica, era el deseo no declarado de que, de alguna manera, todo aquello fuese verdad.

—¿Qué querían? —preguntó.

—Bueno..., escucharle a *usted*, señor Rearden —dijo Wesley Mouch, con el espasmo de sus rasgos imitando una sonrisa asustada; la sonrisa era falsa, el miedo era real—. Nosotros..., nosotros queremos el beneficio de su opinión sobre la crisis industrial de la nación.

—No tengo nada que decir.

—Pero, señor Rearden —dijo el doctor Ferris—, lo único que queremos es tener la oportunidad de cooperar con usted.

—Ya se lo dije una vez, públicamente, que yo no coopero a punta de pistola.

—¿No podemos enterrar el hacha de guerra en un momento como éste? —dijo Lawson suplicante.

—¿La pistola? Adelante.

—¿Eh?

—Son ustedes quienes la están blandiendo. Entiérrenla, si creen que pueden.

—Eso..., eso era sólo una forma de hablar —explicó Lawson, parpadeando—. Yo estaba hablando metafóricamente.

—Yo no.

—¿No podemos unirnos todos por el bien del país en esta hora de emergencia? —dijo el doctor Ferris—. ¿No podemos ignorar nuestras diferencias de opinión? Estamos dispuestos a encontrarnos con usted a mitad de camino. Si hay algún aspecto de nuestra política al que usted se opone, simplemente díganoslo, y promulgaremos una directiva que...

—Cortad el rollo, muchachos. No he venido aquí para ayudaros a fingir que no estoy en la posición en la que estoy, y que ningún término medio es posible entre nosotros. Ahora vamos al grano. Habéis preparado alguna nueva artimaña para imponer nuevas cargas por sorpresa a la industria del acero. ¿Qué es?

—De hecho —dijo Mouch—, tenemos una pregunta vital que discutir sobre la industria del acero, pero..., pero ¡su forma de hablar, señor Rearden!

—No queremos *imponerle* nada por sorpresa —dijo Holloway—. Le pedimos que viniera para *hablar* de eso con usted.

—He venido aquí a recibir órdenes. Ya podéis darlas.

—Pero, señor Rearden, no queremos que usted lo vea de esa manera. No queremos darle *órdenes*. Queremos su consentimiento *voluntario*.

Rearden sonrió:

—Lo sé.

—¿De verdad? —Holloway empezó con entusiasmo, pero algo en la sonrisa de Rearden lo hizo deslizarse hasta la incertidumbre—. Bueno, entonces...

—Y tú, hermano... —dijo Rearden—, sabes que *ése* es el fallo en tu juego, el fallo fatal que lo hará saltar por los aires. Ahora, ¿me decís qué amenaza sobre mi cabeza estáis esforzándoos tanto para que yo no note..., o me voy a casa?

—¡Oh, no, señor Rearden! —gritó Lawson, echándole una rápida ojeada a su reloj de pulsera—. ¡No puede irse ahora! Es decir..., usted no querría irse sin oír lo que tenemos que decir.

—Entonces dejadme oírlo.

Los vio mirándose unos a otros. Wesley Mouch parecía tener miedo de dirigirse a él; la cara de Mouch asumió una expresión de petulante cabezonería, como una señal de mando que empuja a los demás hacia delante; independientemente de sus cualificaciones para decidir el destino de la industria del acero, ellos habían sido llevados allí para actuar como los guardaespaldas dialécticos de Mouch. Rearden se preguntó por el motivo de la presencia de James Taggart; Taggart estaba sentado en sombrío silencio, sorbiendo de mala gana una bebida, sin mirar en su dirección.

—Hemos elaborado un plan —dijo el doctor Ferris con exagerada animación— que solucionará los problemas de la industria del acero y que contará con su total aprobación, como una medida para garantizar el bienestar general, al mismo tiempo protegiendo sus intereses y garantizando su seguridad en un...

—No trates de decirme lo que voy a pensar. Dame los hechos.

—Es un plan que es justo, sólido, equitativo y...

—No me cuentes tu evaluación. Dame los hechos.

—Es un plan que... —el doctor Ferris paró de hablar; había perdido la costumbre de nombrar hechos.

—Bajo este plan —dijo Wesley Mouch— le otorgaremos a la industria un aumento del cinco por ciento en el precio del acero. —Hizo una pausa, como de triunfo.

Rearden no dijo nada.

—Por supuesto, serán necesarios algunos ajustes menores —dijo Holloway con desenvoltura, saltando al lapso de silencio como si saltara a una cancha de tenis vacía—. Un cierto aumento de los precios tendrá que ser concedido a los productores de mineral de hierro..., oh, un tres por ciento como máximo, en vista de las dificultades adicionales que algunos de ellos, como el señor Larkin de Minnesota, por ejemplo, ahora enfrentarán,

ya que tendrán que enviar su mineral por el costoso medio de camiones, ya que el señor James Taggart ha tenido que sacrificar su sucursal de Minnesota al bienestar público. Y, por supuesto, un aumento en las tarifas de fletes tendrá que ser concedida a los ferrocarriles del país..., digamos, un siete por ciento, en términos generales..., en vista de la necesidad absolutamente esencial de...

Holloway se paró, como un jugador que emerge de una actividad febril para descubrir de repente que ningún oponente estaba respondiendo a sus golpes.

—Pero no habrá ningún aumento de salarios —dijo el doctor Ferris apresuradamente—. Un punto esencial del plan es que no le concederemos ningún aumento de salarios a los trabajadores del acero, a pesar de sus insistentes demandas. Queremos ser justos con usted, señor Rearden, y proteger sus intereses..., incluso arriesgándonos al resentimiento y la indignación popular.

—Por supuesto, si esperamos que los trabajadores hagan un sacrificio —dijo Lawson— debemos mostrarles que la dirección de la empresa también está haciendo ciertos sacrificios por el bien del país. El estado de ánimo del mundo laboral en la industria del acero es extremadamente tenso en la actualidad, señor Rearden, es peligrosamente explosivo y..., y para poder protegerle a usted de..., de... —Se detuvo.

—¿Sí? —dijo Rearden—. ¿De...?

—De una posible... violencia. Son necesarias ciertas medidas, que... Oye, Jim —se volvió repentinamente hacia James Taggart—. ¿Por qué no se lo explicas tú al señor Rearden, como colega de la industria?

—Bueno, alguien tiene que sustentar los ferrocarriles —dijo Taggart hoscamente, sin mirarlo—. El país necesita ferrocarriles y alguien tiene que ayudarnos a soportar la carga, y si no obtenemos un aumento en las tarifas de flete...

—¡No, no, no! —espetó Wesley Mouch—. Cuéntale al señor Rearden cómo funciona el Plan de Unificación Ferroviaria.

—Bueno, el plan es un éxito total —dijo letárgicamente Taggart—, a excepción del factor tiempo, que no es totalmente controlable. Es sólo una cuestión de tiempo antes de que nuestro unificado trabajo en equipo ponga

cada ferrocarril del país de nuevo en pie. El plan, como estoy en condiciones de asegurarle, funcionaría con el mismo éxito en cualquier otra industria.

—No hay duda de eso —dijo Rearden, y se volvió hacia Mouch—. ¿Por qué le pides a ese payaso que me haga perder mi tiempo? ¿Qué tiene que ver conmigo el Plan de Unificación Ferroviaria?

—Pero, señor Rearden —gritó Mouch con alegre desesperación—, ¡ése es el patrón que hemos de seguir! ¡Eso es por lo que le llamamos para discutir aquí!

—¿El qué?

—¡El Plan de Unificación del Acero!

Hubo un instante de silencio, como de respiraciones contenidas después de una zambullida. Rearden se quedó mirándolos con una expresión que parecía una mirada de interés.

—En vista de la crítica situación de la industria siderúrgica —dijo Mouch con una repentina prisa, como para no darse tiempo para saber qué es lo que le inquietaba sobre la naturaleza de la expresión de Rearden—, y dado que el acero es el producto básico más vital y más crucial, y la base de toda nuestra estructura industrial, han de ser tomadas medidas drásticas para preservar las instalaciones, la maquinaria y las plantas de fabricación de acero en el país. —El tono y el ímpetu de quien habla en público lo llevaron hasta ese punto, pero no más lejos—. Con ese objetivo en mente, nuestro plan es..., nuestro plan es...

—Nuestro plan es realmente muy simple —dijo Tinky Holloway, esforzándose por demostrarlo con la saltarina simplicidad de su voz—. Eliminaremos todas las restricciones de la producción de acero y cada empresa producirá todo lo que pueda, de acuerdo con su capacidad. Pero, para evitar el desperdicio y el peligro de una competencia despiadada, todas las empresas depositarán sus ingresos brutos en un fondo común, que se llamará el Fondo de Unificación del Acero, a cargo de una Junta especial. Al final de cada año, la Junta distribuirá esos ingresos totalizando la producción de acero de la nación y dividiéndola por el número de hornos de reverbero que existan, llegando de esa forma a un promedio que será justo para todos..., y a cada empresa se le pagará de acuerdo con su necesidad. Como la preservación de sus hornos es su necesidad básica, a cada empresa se le pagará de acuerdo con el número de hornos que posea.

Se detuvo, esperó, y luego añadió:

—Eso es, señor Rearden... —Y, al no obtener respuesta, dijo—: Bueno, hay muchos detalles que resolver, pero..., pero es eso.

Cualquiera que fuese la reacción que ellos habían esperado, no fue la que vieron. Rearden se echó hacia atrás en su silla, con los ojos atentos pero fijos en el espacio, como si estuviera mirando a una distancia no muy lejana, y luego preguntó, con una extraña nota de burla, impersonal y silenciosa:

—Decidme una cosa, chicos, ¿qué es con lo que estáis contando?

Él sabía que ellos entendían. Vio, en sus caras, esa expresión terca y evasiva que él una vez pensó que sería la expresión de un mentiroso engañando a una víctima, pero que él ahora sabía que era aún peor: la expresión de un hombre engañándose a sí mismo, evadiendo su propia conciencia. Ellos no respondieron. Se quedaron callados, como esforzándose, no para hacerle a él olvidar su pregunta, sino para olvidarse a ellos mismos de haberla oído.

—¡Es un plan práctico y sólido! —espetó James Taggart inesperadamente, con un atisbo de animación repentina en su voz—. ¡Funcionará! ¡Tiene que funcionar! ¡*Queremos* que funcione!

Nadie le respondió.

—¿Señor Rearden...? —dijo Holloway tímidamente.

—Bueno, vamos a ver —dijo Rearden—. La Associated Steel de Orren Boyle posee 60 hornos de reverbero, de los cuales una tercera parte están inactivos, y el resto produce un promedio de 300 toneladas de acero por horno y por día. Yo poseo 20 hornos de reverbero, trabajando a pleno rendimiento, produciendo 750 toneladas de Metal Rearden por horno y por día. Así que entre los dos poseemos 80 hornos «combinados», con una producción «combinada» de 27.000 toneladas, lo que significa un promedio de 337,5 toneladas por horno. Cada día del año, yo, produciendo 15.000 toneladas, recibiré un pago por 6.750 toneladas. Boyle, produciendo 12.000 toneladas, recibirá un pago por 20.250 toneladas. Da igual los otros miembros que haya en el Fondo, ellos no cambiarán la escala, excepto para reducir aún más el promedio, porque a la mayoría de ellos les va peor que a Boyle, y ninguno de ellos produce tanto como yo. Así que, ¿cuánto tiempo esperáis que yo dure bajo vuestro plan?

No hubo respuesta, y entonces Lawson gritó repentinamente, ciegamente, con rectitud:

—¡En épocas de peligro nacional, es su deber servir, sufrir y trabajar por la salvación del país!

—No veo cómo bombear mis ganancias al bolsillo de Orren Boyle va a salvar al país.

—¡Hay que hacer ciertos sacrificios para el bienestar público!

—No veo por qué Orren Boyle es más «público» que yo.

—¡Oh, no tiene nada que ver con el señor Boyle en absoluto! Es algo que va mucho más allá de una persona concreta. Se trata de preservar los recursos naturales del país, como las fábricas, y de salvar a toda la planta industrial de la nación. No podemos permitir la ruina de un establecimiento tan vasto como el del señor Boyle. El país lo necesita.

—Creo —dijo Rearden lentamente— que el país me necesita mucho más a mí de lo que necesita a Orren Boyle.

—Pero ¡por supuesto! —gritó Lawson con sorprendido entusiasmo—. ¡El país le necesita, señor Rearden! Usted se da cuenta de eso, ¿no?

Pero el ávido placer de Lawson ante la fórmula familiar de la autoinmolación se desvaneció bruscamente ante el sonido de la voz de Rearden, una fría voz de comerciante respondiendo:

—Me doy cuenta.

—No es sólo Boyle quien está involucrado —dijo Holloway, suplicante—. La economía del país no sería capaz de soportar una dislocación importante en el momento presente. Están los miles de trabajadores, de proveedores y de clientes de Boyle. ¿Qué les pasaría a ellos si la Associated Steel quebrara?

—¿Qué les pasará a los miles de mis trabajadores, proveedores y clientes cuando yo quiebre?

—¿*Usted*, señor Rearden? —dijo Holloway con incredulidad—. Pero ¡si usted es el industrial más rico, más seguro y fuerte del país en este momento!

—¿Qué pasa con el momento después de éste?

—¿Eh?

—¿Cuánto tiempo esperáis que yo sea capaz de producir con pérdidas?

—¡Oh, señor Rearden, yo tengo plena fe en usted!

—¡Al infierno con tu fe! ¿Cómo esperas que lo haga?

—¡Usted se las arreglará!

—¿Cómo?

No hubo respuesta.

—¡No podemos teorizar sobre el futuro —gritó Wesley Mouch—, cuando hay un colapso nacional inmediato que evitar! ¡Tenemos que salvar a la economía del país! ¡Tenemos que hacer algo! —La imperturbable mirada de curiosidad de Rearden le hizo perder los estribos—. Si no le gusta, ¿tiene usted alguna solución mejor que ofrecer?

—Claro —dijo Rearden tranquilamente—. Si es producción lo que queréis, entonces quitaos de en medio, eliminad todos vuestros malditos reglamentos, dejad que Orren Boyle se vaya a la quiebra, dejad que yo compre la planta de la Associated Steel..., y estaré vertiendo mil toneladas diarias con cada uno de sus sesenta hornos.

—Oh, pero... ¡pero no podemos! —jadeó Mouch—. ¡Eso sería un monopolio!

Rearden se rio entre dientes.

—Está bien —dijo con indiferencia—, entonces dejad que mi superintendente de la fundición la compre. Él hará un trabajo mucho mejor que Boyle.

—¡Oh, pero eso sería permitir que el fuerte tuviera una ventaja sobre el débil! ¡No podríamos hacer eso!

—Entonces no habléis de salvar la economía del país.

—Lo único que queremos es... —Se paró.

—Lo único que queréis es producción sin hombres que sean capaces de producir, ¿a que sí?

—Eso..., eso es teoría. Eso es sólo un extremo teórico. Lo único que queremos es un ajuste temporal.

—Habéis estado haciendo ajustes temporales durante años. ¿No veis que ya no os queda tiempo?

—Eso es sólo teo... —Su voz fue disminuyendo hasta parar.

—Bueno, a ver, mire... —dijo Holloway con cautela—, no es que el señor Boyle sea realmente... débil. El señor Boyle es un hombre muy capaz. Lo que pasa es que ha sufrido algunos desafortunados reveses fuera de su control. Él había invertido grandes sumas de dinero en un proyecto público para ayudar a los pueblos subdesarrollados de Sudamérica, y ese desplome del cobre que ocurrió le ha asestado un duro golpe financiero. Así que sólo

es cuestión de darle una oportunidad para que se recupere, echarle una mano que ayude a cerrar la brecha, un poco de ayuda temporal, nada más. Lo único que tenemos que hacer es igualar el sacrificio..., y luego todo el mundo se recuperará y prosperará.

—Habéis estado igualando el sacrificio durante más de cien —se paró —, durante miles de años —dijo Rearden despacio—. ¿No veis que habéis llegado a un callejón sin salida?

—¡Eso es sólo teoría! —espetó Wesley Mouch.

Rearden sonrió.

—Conozco vuestra práctica —dijo en voz baja—. Es vuestra teoría la que estoy tratando de entender.

Él sabía que la razón concreta detrás del plan era Orren Boyle; sabía que el funcionamiento de un intrincado mecanismo, operado por influencias, amenazas, presiones y chantajes —un mecanismo como una máquina de calcular irracional que se rompe y arroja cualquier suma al azar cuando se le ocurre—, había llegado por casualidad a tener como resultado la presión de Boyle sobre esos hombres para que le extorsionaran a él ese último pedazo de botín. Él sabía también que Boyle no era la causa de eso, ni lo esencial a considerar, que Boyle era sólo un pasajero casual, no el constructor de la máquina infernal que había destruido al mundo, que no era Boyle quien lo había hecho posible, ni ninguno de los hombres en esa sala. Ellos, también, eran sólo pasajeros en una máquina sin conductor, eran temblorosos autoestopistas que sabían que su vehículo estaba a punto de estrellarse cayendo a su abismo final..., y no era el amor por Boyle o el temor a él lo que les hacía empeñarse en su curso y seguir presionando para conseguir sus fines, era algo más, era algún elemento sin nombre que ellos sabían y evadían saber, algo que no era ni pensamiento ni esperanza, algo que él sólo identificaba como una cierta expresión en sus caras, una expresión furtiva diciendo: «Puedo salirme con la mía». «¿Por qué?», pensó él. «¿Por qué creen que pueden?»

—¡No podemos permitirnos teorías de ningún tipo! —gritó Wesley Mouch—. ¡Tenemos que actuar!

—Bueno, entonces, os ofreceré otra solución. ¿Por qué no asumís el control de mi fundición y acabamos con todo esto?

El estremecimiento que los sacudió fue de genuino terror.

—¡Oh, no! —jadeó Mouch.

—¡Ni pensarlo! —gritó Holloway.

—¡Defendemos la libre empresa! —gritó el doctor Ferris.

—¡No queremos hacerle daño! —gritó Lawson—. Somos sus amigos, señor Rearden. ¿No podemos trabajar todos juntos? Somos sus amigos.

Allí, al otro lado de la habitación, había una mesa con un teléfono, la misma mesa, muy probablemente, y el mismo aparato..., y, de repente, Rearden sintió como si estuviera viendo la figura convulsa de un hombre inclinado sobre ese teléfono, un hombre que había sabido entonces lo que él, Rearden, en ese momento estaba empezando a comprender, un hombre que estaba luchando por rehusarle a él la misma petición que él ahora les estaba rehusando a los inquilinos de esa habitación; vio el final de esa lucha, la cara torturada de un hombre elevándose para confrontarlo con una voz desesperada que decía firmemente: «Señor Rearden, le juro..., por la mujer que amo..., que yo soy su amigo».

Ése era el acto que él había llamado traición, y ése era el hombre que él había rechazado para poder seguir sirviendo a los hombres que lo estaban confrontando a él. ¿Quién, entonces, había sido el traidor?, pensó; lo pensó casi sin sentir, sin derecho a sentir, consciente de una única claridad solemne y reverente. ¿Quién había decidido darles a sus inquilinos actuales los medios para adquirir esa habitación? ¿A quién había sacrificado él, y para provecho de quién?

—¡Señor Rearden! —gimió Lawson—. ¿Qué es lo que pasa?

Él se volvió la cabeza, vio los ojos de Lawson observándolo atemorizados, y adivinó qué aspecto había captado Lawson en su rostro.

—¡No *queremos* incautar su fundición! —gritó Mouch.

—¡No queremos privarle a usted de su propiedad! —gritó el doctor Ferris—. ¡Usted no nos entiende!

—Estoy empezando a hacerlo.

Un año atrás, pensó, ellos lo habrían fusilado; dos años atrás, ellos habrían confiscado su propiedad; generaciones atrás, hombres de esa calaña habían podido permitirse el lujo de cometer asesinatos y expropiaciones, con la seguridad de fingir ante ellos mismos y ante sus víctimas que el botín material era su único objetivo. Pero a ellos se les estaba acabando el tiempo, y las víctimas que eran los compañeros de él se habían ido, se habían ido

antes de lo que cualquier programa histórico había prometido, y, ahora, los saqueadores estaban teniendo que enfrentar la manifiesta realidad de su propia meta.

—Mirad, muchachos —dijo él, con cansancio—. Sé lo que queréis. Queréis devorar mi fundición y, a la vez, tenerla. Y lo único que yo quiero saber es esto: ¿qué os hace pensar que eso es posible?

—No sé lo que quiere decir —dijo Mouch con un tono de voz ofendido—. Hemos dicho que no queríamos su fundición.

—Muy bien, lo diré de forma más precisa. Queréis devorarme *a mí* y, a la vez, tenerme. ¿Cómo os proponéis hacerlo?

—No sé cómo puede usted decir eso, después de haberle dado todas las garantías de que lo consideramos a usted de una importancia inestimable para el país, para la industria del acero, para...

—Os creo. Eso es lo que hace el enigma más difícil. ¿Me consideráis de una importancia inestimable para el país? Diablos, me consideráis de una importancia inestimable incluso para vuestros propios pescuezos. Estáis aquí sentados, temblando, porque sabéis que yo soy el último que queda para salvar vuestras vidas..., y sabéis que el tiempo se está acabando. Y, sin embargo, proponéis un plan para destruirme, un plan que exige, con la crudeza de un idiota, sin escapatorias ni atajos ni escapes, que yo trabaje *con pérdidas*..., que trabaje, y que cada tonelada que vierta me cueste más de lo que yo gane con ella..., que os dé de comer lo último que queda de mi riqueza hasta que todos muramos de hambre juntos. Tanta irracionalidad no es posible para ningún hombre ni para ningún saqueador. Por vuestro propio bien..., no importa el del país o el mío, debéis estar contando con algo. ¿Qué es?

Vio la expresión de «salirse con la suya» en las caras de ellos, una peculiar expresión que parecía secreta, pero a la vez resentida, como si, increíblemente, fuera *él* quien les estuviera ocultando algún secreto a ellos.

—No veo por qué usted debería elegir tomar una visión tan derrotista de la situación —dijo Mouch con tristeza.

—¿Derrotista? ¿Realmente esperáis que yo pueda permanecer en el negocio bajo vuestro plan?

—Pero ¡es sólo temporal!

—No hay tal cosa como un suicidio temporal.

—Pero ¡es sólo por la duración de la emergencia! ¡Sólo hasta que el país se recupere!

—¿Cómo esperáis que se recupere?

No hubo respuesta.

—¿Cómo esperáis que yo produzca después de quebrar?

—Usted no va a quebrar. Usted siempre producirá —dijo el doctor Ferris con indiferencia, ni alabando ni culpando, meramente con el tono de afirmar un hecho de la naturaleza, como le habría dicho a otro hombre: «Tú siempre serás un holgazán»—. Usted no puede evitarlo. Está en su sangre. O, para ser más científico: usted está condicionado de esa manera.

Rearden se irguió: era como si hubiera estado luchando por encontrar la combinación secreta de una cerradura... y sintiera, con esas palabras, un débil clic en el interior, como si el primer pitón del cilindro hubiera caído en su sitio.

—Es sólo una cuestión de capear el temporal de esta crisis —dijo Mouch—, de darle a la gente un respiro, una oportunidad de recuperarse.

—¿Y luego?

—Luego las cosas mejorarán.

—¿Cómo?

No hubo respuesta.

—¿Qué las mejorará?

No hubo respuesta.

—¿Quién las mejorará?

—¡Por Dios, señor Rearden, las personas no se quedan quietas! —gritó Holloway—. ¡Las personas hacen cosas, crecen, avanzan!

—¿Qué personas?

Holloway hizo un gesto vagamente con la mano:

—Las personas —dijo.

—¿Qué personas? ¿Las personas a las que vais a darles de comer lo que quede de Rearden Steel, sin recibir nada a cambio? ¿Las personas que seguirán consumiendo más de lo que producen?

—Las condiciones cambiarán.

—¿Quién las cambiará?

No hubo respuesta.

—¿Os queda algo por saquear? Si no visteis la naturaleza de vuestra política antes..., no es posible que no la estéis viendo ahora. Mirad a vuestro alrededor. Todos esos malditos Estados Populares por toda la Tierra han estado sobreviviendo sólo con las dádivas que le arrancasteis a este país para dárselas a ellos. Pero vosotros..., vosotros no tenéis ningún sitio donde dar más sablazos o de donde chupar..., ningún país en la faz del globo. Éste ha sido el mejor, y el último. Lo habéis desecado. Lo habéis exprimido al máximo. De todo ese irrecuperable esplendor, yo soy sólo un remanente..., el último. ¿Qué haréis, vosotros y vuestro Pueblo del Globo, cuando hayáis acabado conmigo? ¿Qué estáis esperando? ¿Qué veis allí delante..., si no es simplemente morir totalmente de hambre, como animales?

Ellos no respondieron. Ellos no lo miraron. Sus caras mostraban expresiones de obstinado resentimiento, como si la súplica *de él* fuera la de un mentiroso.

Entonces, Lawson dijo en voz baja, medio con reproche, medio con desprecio:

—Bueno, después de todo, ustedes, los hombres de negocios, no han parado de predecir desastres durante años, han gritado que tendríamos una catástrofe cada vez que tomábamos una medida progresista y nos han dicho que pereceríamos..., pero no lo hemos hecho. —Empezó a sonreír, pero se echó hacia atrás para alejarse de la repentina intensidad de los ojos de Rearden.

Rearden había sentido otro clic en su mente, el clic más agudo del segundo pitón que conectaba los circuitos en el cilindro de la cerradura. Se inclinó hacia delante:

—¿Con qué estáis contando? —preguntó; su tono había cambiado, era más grave, y tenía el sonido constante, opresivo y monótono de un taladro.

—¡Es sólo cuestión de ganar tiempo! —gritó Mouch.

—Ya no queda ningún tiempo que ganar.

—¡Lo único que necesitamos es una oportunidad! —gritó Lawson.

—Ya no quedan oportunidades.

—¡Sólo hasta que nos recuperemos! —gritó Holloway.

—No hay cómo recuperarse.

—¡Sólo hasta que nuestras políticas empiecen a funcionar! —gritó el doctor Ferris.

—No hay forma de hacer que lo irracional funcione. —No hubo respuesta—. ¿Qué puede salvaros ahora?

—¡Oh, usted hará algo! —gritó James Taggart.

Entonces, aunque era sólo una frase que él había escuchado toda su vida, sintió un estruendo ensordecedor dentro de él, como si una puerta de acero se hubiera abierto al caer en su sitio el último pitón, el pequeño número que completaba la suma y liberaba la intrincada cerradura, la respuesta que unía todas las piezas, las preguntas y las heridas sin resolver de su vida.

En el momento de silencio después del estruendo, le pareció haber oído la voz de Francisco, preguntándole en voz baja en el salón de baile de ese edificio, pero también preguntándolo allí mismo y en ese momento: «¿Quién es el hombre más culpable en este salón esta noche?»... Oyó su propia respuesta del pasado: «Supongo..., ¿James Taggart?», y la voz de Francisco diciendo sin reproche: «No, señor Rearden, no es James Taggart». Pero allí, en esa habitación y en ese momento, su mente respondió: «Soy yo».

¿Había maldecido él a esos saqueadores por su obstinada ceguera? Era él quien la había hecho posible. Desde la primera extorsión que él había aceptado, desde la primera directiva que él había obedecido, les había dado a ellos motivos para creer que la realidad era algo que se podía falsificar, que uno podía exigir lo irracional y que alguien de alguna forma lo proporcionaría. Si él había aceptado la Ley de Igualación de Oportunidades, si había aceptado la Directiva 10-289, si había aceptado la ley de la cual quienes no podían igualar su capacidad tenían derecho a disponer, que quienes no habían ganado nada se beneficiarían, pero quien sí lo había hecho tenía que perder; que quienes no podían pensar eran los que mandarían, pero que quien sí podía tendría que obedecerles..., entonces, ¿estaban siendo ilógicos ellos al creer que existían en un universo irracional? Él lo había creado para ellos, se lo había proporcionado. ¿Estaban siendo ilógicos al creer que lo que ellos tenían que hacer era sólo *desear*, desear sin preocuparse por lo que fuese posible..., y que lo que *él* tenía que hacer era sólo satisfacer los deseos de ellos, por medios que ellos no tenían que conocer ni que nombrar? Ellos, los místicos impotentes, que luchaban por escapar de la responsabilidad de la razón, sabían que él, el racionalista, se había comprometido a servir los caprichos de ellos. Ellos

habían sabido que él les había dado un cheque en blanco de la realidad; que no le incumbía a él preguntar *por qué*..., y que a ellos no les incumbía preguntar *cómo*..., que ellos podían pedir que él les diera una parte de su riqueza, y luego todo lo que él poseía, y luego más de lo que él poseía..., ¿imposible? ¡No!, *¡él hará algo!*

Él no sabía que se había puesto de pie de un salto, que estaba mirando hacia abajo a James Taggart, viendo en la forma desenfrenada y deforme de los rasgos de Taggart la respuesta a toda la devastación que él había presenciado a través de los años de su vida.

—¿Qué pasa, señor Rearden? ¿Qué he dicho? —Taggart estaba preguntando con creciente ansiedad..., pero él estaba fuera del alcance de la voz de Taggart.

Estaba viendo la progresión de los años, las monstruosas extorsiones, las imposibles demandas, las inexplicables victorias del mal, los absurdos planes y los ininteligibles objetivos proclamados en volúmenes de filosofía farragosa, la desesperada maravilla de las víctimas que pensaban que cierta sabiduría compleja y malévola estaba manipulando los poderes que estaban destruyendo al mundo..., y todo eso había descansado en un dogma detrás de los astutos ojos de los vencedores: *¡él hará algo...!*, Nosotros nos saldremos con la nuestra..., él nos lo permitirá..., *¡él hará algo...!*

«Ustedes, los hombres de negocios..., no han parado de predecir... que pereceríamos..., pero no lo hemos hecho», había dicho Lawson minutos antes. Era verdad, pensó Rearden. Ellos no habían estado cegados a la realidad, él sí..., ciego a la realidad que él mismo había creado. No, ellos no habían perecido, pero ¿quién lo había hecho? ¿Quién había perecido para pagar por esa forma de supervivencia de ellos? Ellis Wyatt..., Ken Danagger..., Francisco d'Anconia...

Él estaba cogiendo su sombrero y su abrigo cuando notó que los hombres en la habitación estaban intentando detenerlo, que sus caras tenían una expresión de pánico y sus voces estaban gritando desconcertadas:

—¿Qué pasa, señor Rearden?

—¿Por qué?

—Pero ¿por qué...?

—¿Qué hemos dicho?

—¡No se vaya!

—¡No puede irse!

—¡Es demasiado pronto!

—¡Aún no! ¡Oh, aún no!

Él sintió como si los estuviera viendo desde la ventana trasera de un tren expreso a gran velocidad, como si ellos estuvieran de pie en la vía detrás de él, agitando los brazos en gestos inútiles y profiriendo sonidos indistinguibles, con sus figuras haciéndose cada vez más pequeñas en la distancia y sus voces desvaneciéndose.

Uno de ellos intentó detenerlo cuando se dirigió hacia la puerta. Lo apartó de su camino, no con brusquedad, sino con un simple y suave movimiento de su brazo, como uno aparta una cortina que le está obstruyendo el paso, y salió.

El silencio era su única sensación, mientras estaba sentado al volante de su coche, acelerando de regreso por la carretera a Filadelfia. Era el silencio de la inmovilidad dentro de él, como si al poseer ahora conocimiento, pudiera permitirse descansar sin ninguna actividad adicional del alma. No sentía nada, ni angustia ni euforia. Era como si, después de un esfuerzo de muchos años, hubiera escalado una montaña para poder tener una vista distante y, habiendo llegado a la cima, se hubiera quedado quieto para descansar antes de mirar, sin tener que ponerse presión a sí mismo, por primera vez.

Era consciente del largo y vacío camino que iba fluyendo, luego curvándose, luego fluyendo directamente hacia él, de la presión sin esfuerzo de sus manos sobre el volante y del chirrido de los neumáticos en las curvas. Pero sentía como si estuviera acelerando por una autopista suspendida en el aire y girando en el espacio vacío.

A lo largo de su ruta en coche, los transeúntes en las fábricas, los puentes, las centrales eléctricas... vieron un espectáculo que una vez había sido habitual para ellos: un automóvil elegante y lujoso conducido por un hombre seguro de sí mismo, con el concepto de éxito hecho explícito de forma más directa que con cualquier señal eléctrica, hecho explícito por las ropas del conductor, por su habilidosa forma de conducir, por su velocidad decidida. Lo vieron pasar y desaparecer en la bruma que equipara la Tierra con la noche.

Él vio su fundición surgir en la oscuridad, como una silueta negra contra un resplandor de respiración. El resplandor era del color del oro ardiente, y REARDEN STEEL estaba escrito en el cielo con el fuego frío y

blanco del cristal.

Miró la larga silueta, las curvas de los altos hornos levantándose como arcos triunfales, las chimeneas alzándose como una solemne columnata a lo largo de una avenida de honor en una ciudad imperial, los puentes colgando como guirnaldas, las grúas saludando como lanzas, el humo ondeando lentamente como si fueran banderas. Esa visión rompió la quietud dentro de él, y sonrió a modo de saludo. Era una sonrisa de felicidad, de amor, de dedicación. Nunca había amado a su fundición tanto como lo hacía en ese momento, porque, viéndola por un acto de su propia visión, libre de cualquier código de valor excepto el suyo propio, en una luminosa realidad que no contenía contradicciones, él estaba viendo la razón de su amor: la fundición era un logro de su mente, dedicada a su disfrute de la existencia, erigida en un mundo racional para tratar con hombres racionales. Si esos hombres habían desaparecido, si ese mundo había desaparecido, si su fundición había dejado de servirle a sus valores..., entonces la fundición no era más que un montón de chatarra muerta, que había que dejar que se desintegrara, cuanto antes mejor..., había que dejarla, no como un acto de traición, sino como un acto de lealtad a su verdadero significado.

La fundición todavía estaba a un kilómetro de distancia cuando una pequeña llamarada llamó su repentina atención. Entre todas las formas de fuego en la vasta extensión de estructuras, él podía distinguir lo anormal y lo fuera de lugar: ése era un tono amarillo demasiado fuerte, y estaba saliendo desde un lugar donde el fuego no tenía ninguna razón para estar, desde una estructura cerca del portón de la entrada principal.

En el siguiente instante, escuchó el chasquido seco de un disparo, luego tres chasquidos respondiendo en rápida sucesión, como una mano enojada abofeteando a un asaltante repentino.

Luego, la masa negra que bloqueaba la carretera en la distancia tomó forma; no era mera oscuridad, y no retrocedió al acercarse él..., era una multitud revolviéndose en el portón principal, intentando tomar la fundición por asalto.

Tuvo tiempo para distinguir brazos agitándose, unos con palos, otros con hierros, otros con rifles..., las llamas amarillas de madera ardiendo que salían de la ventana de la portería..., los chasquidos azules de disparos que procedían de la multitud y las respuestas que les eran devueltas desde los tejados de las estructuras..., tuvo tiempo de ver una figura humana

retorciéndose hacia atrás y cayendo desde el techo de un coche..., y entonces giró las ruedas en una curva violenta al sumergirse en la oscuridad de una ruta lateral.

Iba a una velocidad de noventa kilómetros por hora por los surcos de un camino sin pavimentar, hacia el portón al este de la fundición..., y el portón ya estaba a la vista cuando el impacto de los neumáticos en un bache lanzó al coche fuera del camino, hacia el borde de un barranco donde un antiguo montón de escoria yacía en la parte inferior. Con el peso de su pecho y de su codo sobre el volante, luchando contra dos toneladas de metal a toda velocidad, la curva de su cuerpo forzó la curva del coche hasta completar un estridente semicírculo que lo arrastró de vuelta al camino y al control de sus manos. Había sido un instante, pero en el instante siguiente, su pie pisó el freno, llevando el motor a parar en seco: en el momento en que sus faros habían barrido el barranco, había vislumbrado una forma oblonga, más oscura que el gris de la maleza en la ladera, y le había parecido que la pequeña mancha blanca había sido una mano humana moviéndose y pidiendo ayuda.

Quitándose bruscamente el abrigo, bajó rápidamente por el costado del barranco, con trozos de tierra cediendo bajo sus pies, fue agarrándose a los ramajes secos de los arbustos, medio corriendo, medio resbalándose hacia la larga forma negra que ahora podía distinguir que era un cuerpo humano. Había una espuma de algodón nadando delante de la luna, y él pudo ver el color blanco de una mano y la forma de un brazo extendido entre los arbustos, pero el cuerpo estaba inmóvil, sin señales de movimiento.

—Señor Rearden...

Era un susurro que luchaba por ser un grito, era el terrible sonido del entusiasmo luchando contra una voz que no podía ser más que un gemido de dolor.

Él no supo lo que le impactó primero, sólo sintió que fue una sola conmoción: pensar que la voz le era familiar, un rayo de luz de luna atravesando el algodón de nubes, el movimiento de caer arrodillado al lado del óvalo blanco de una cara, y reconocerla. Era la Nodriza.

Sintió la mano del muchacho agarrando la suya con la fuerza anormal de la agonía, mientras se fijaba en las líneas torturadas de la cara, en los labios drenados, en los ojos vidriosos y en el goteo oscuro y fino saliendo

de un agujero pequeño y negro, en un sitio demasiado malo y demasiado cercano en el lado izquierdo del pecho del muchacho.

—Señor Rearden..., yo quise detenerlos..., quería salvarle a usted...

—¿Qué te ha pasado, chaval?

—Me han disparado..., para que no hablara..., quise impedir... —dijo entrecortado, y su mano buscó a tientas, señalando el resplandor rojo en el cielo— lo que están haciendo..., llegué demasiado tarde, pero lo intenté..., lo intenté..., y... Todavía puedo hablar. Escuche, ellos...

—Necesitas ayuda. Vamos a ir a un hospital y...

—¡No! ¡Espere! Yo... no creo que me quede mucho tiempo y..., y tengo que decírselo... Escuche, esos disturbios... están organizados..., son órdenes de Washington..., no son trabajadores..., no son los trabajadores *de usted*..., son esos nuevos tipos de ellos y..., y un montón de matones que han contratado afuera... No se crea ni una palabra de lo que le digan sobre eso... Es una conspiración..., es la podrida forma que *ellos* tienen de conspirar...

Había una intensidad desesperada en la cara del muchacho, la intensidad de la batalla de un cruzado; su voz parecía ganar un sonido de vida de algún tipo de combustible que estaba quemando en chorros rotos dentro de él..., y Rearden supo que la mayor ayuda que podría prestarle en ese momento sería escuchar.

—Ellos..., ellos tienen un Plan de Unificación del Acero listo..., y necesitan una excusa para implementarlo, porque saben que el país no lo aceptará..., y que usted no lo aceptará... Tienen miedo de que eso vaya a ser demasiado para todo el mundo..., es sólo un plan para desollarle vivo, eso es todo... Así que quieren que parezca que usted está matando de hambre a sus trabajadores..., y que los trabajadores se están volviendo locos y que usted es incapaz de controlarlos..., y que el gobierno tiene que intervenir para protegerle a usted y para la seguridad pública... Ése va a ser su cuento, señor Rearden...

Rearden se fijó en la carne desgarrada en las manos del muchacho, en el lodo de sangre y de polvo secándose en sus palmas y en su ropa, en las manchas grises de polvo en las rodillas y en el estómago, mezclados con semillas punzantes de matorrales. En los intermitentes destellos de luz de la luna, él pudo ver el rastro de hierbajos aplastados y las manchas brillantes que desaparecían en la oscuridad abajo. Le horrorizó pensar en lo lejos que el muchacho había trepado y durante cuánto tiempo.

—No querían que usted estuviese aquí esta noche, señor Rearden... No querían que presenciase la «rebelión popular» de ellos... Después, ya sabe cómo se las arreglan para destruir la evidencia..., no habrá cómo conseguir una historia verídica en ninguna parte..., y ellos esperan engañar al país..., y a usted..., diciendo que están actuando para protegerle a usted de la violencia... ¡No deje que se salgan con la suya, señor Rearden...! Dígaselo al país..., dígaselo a la gente..., dígaselo a los periódicos... Dígales que yo se lo he contado a usted..., es bajo juramento..., lo juro..., eso hace que sea legal, ¿no...? ¿no...? ¿Eso le da una oportunidad?

Rearden presionó la mano del muchacho en la suya.

—Gracias, chaval.

—Yo... siento haber llegado tarde, señor Rearden, pero..., pero no me dijeron nada hasta el último minuto..., hasta justo antes de que empezara todo... Me llamaron para tener una..., una reunión de estrategia..., allí había un hombre llamado Peters, de la Junta de Unificación, que es un títere de Tinky Holloway, que es un títere de Orren Boyle. Lo que querían de mí era..., querían que yo firmara un montón de pases..., para que pudieran entrar algunos de los matones..., y así empezarían a crear problemas desde dentro y desde fuera a la vez..., para que pareciera que realmente eran los trabajadores de usted... Yo me negué a firmar los pases.

—¿De verdad? ¿Después de que te contaran lo que estaban tramando?

—Pero..., pero, por supuesto, señor Rearden. ¿Usted pensó que yo estaría de acuerdo con *ese tipo* de juego?

—No, chico, no, supongo que no. Sólo que...

—¿Qué...?

—Sólo que ahí es cuando te jugaste el pellejo.

—Pero ¡tuve que hacerlo...! No iba a dejar que destruyeran la fundición, ¿no es así? ¿Cuánto tiempo más iba a poder estar sin jugarme el pellejo? ¿Hasta que le arrancaran a usted el suyo...? ¿Y qué haría yo con mi pellejo, si es así como tuviera que mantenerlo...? Usted..., usted lo entiende, ¿verdad, señor Rearden?

—Sí. Lo entiendo.

—Yo me negué..., salí corriendo de la oficina..., salí en busca del superintendente..., para contárselo todo..., pero no pude encontrarlo, y luego oí disparos en el portón principal y supe que había empezado... Intenté llamarle a usted a su casa..., los cables del teléfono estaban cortados. Corrí a

por mi coche. Quería localizarlo a usted, a un policía, a un periódico o a alguien..., pero ellos debieron de seguirme..., fue entonces cuando me dispararon..., en el aparcamiento, por detrás..., lo único que recuerdo es que caí, y..., y luego, cuando abrí los ojos, me habían tirado aquí, en el montón de escoria...

—¿En el montón de escoria? —dijo Rearden despacio, sabiendo que el montón estaba treinta metros más abajo.

El muchacho asintió con la cabeza, señalando vagamente a la oscuridad.

—Sí..., ahí abajo... Y luego..., luego empecé a gatear, a subir gateando..., yo quería..., quería sobrevivir para decírselo a alguien que se lo contara a usted. —Las líneas retorcidas de dolor de su cara se relajaron de pronto en una sonrisa; su voz sonó como el triunfo de toda una vida cuando añadió—: Lo he hecho. —Luego levantó la cabeza y preguntó, en el tono de asombro de un niño por un repentino descubrimiento—: Señor Rearden, ¿es así como se siente... el querer algo mucho..., muy desesperadamente..., y conseguirlo?

—Sí, chaval, así es como se siente. —La cabeza del muchacho cayó hacia atrás, contra el brazo de Rearden, los ojos se cerraron, y la boca se relajó, como tratando de contener un momento de profunda satisfacción—. Pero no puedes parar ahí... No has terminado. Tienes que aguantar hasta que te lleve a un médico y... —Estaba levantando al muchacho con mucho cuidado, pero una convulsión de dolor recorrió la cara del muchacho, torciendo la boca para detener un grito, y Rearden tuvo que bajarlo suavemente de nuevo al suelo.

El muchacho sacudió la cabeza con una expresión que era casi una disculpa:

—No lo conseguiré, señor Rearden... No sirve de nada engañarme a mí mismo... Sé que estoy acabado.

Luego, como si estuviera luchando contra la autocompasión, añadió, recitando una lección memorizada, su voz convertida en un intento desesperado de recuperar su antiguo tono, cínico e intelectual:

—¿Qué más da, señor Rearden...? El hombre es sólo una colección de... de elementos químicos condicionados..., y el que un hombre se muera no es... no es diferente a que lo haga un animal.

—Tú sabes la tontería que es eso.

—Sí —susurró—. Sí, supongo que lo sé.

Sus ojos fueron vagando por la vasta oscuridad, y luego se elevaron hacia la cara de Rearden; los ojos eran indefensos, anhelantes, puerilmente desconcertados.

—Lo sé..., es una patraña, todas esas cosas que nos enseñaron..., absolutamente todo, todo lo que dijeron..., sobre vivir o..., o morir... Morir, no le importaría nada a los elementos químicos, pero... —Se detuvo, y la totalidad de su protesta desesperada estaba contenida sólo en la intensidad de su voz haciéndose más grave para decir—: Pero importa, me importa a mí... Y..., y supongo que también le importa a un animal... Pero ellos decían que no hay valores..., sólo costumbres sociales... ¡Que no hay valores! —Su mano se aferró ciegamente al agujero en su pecho, como si tratara de retener lo que estaba perdiendo—. No hay... valores...

Entonces sus ojos se abrieron aún más, con la súbita calma de una franqueza total.

—Me gustaría vivir, señor Rearden. ¡Dios, cómo me gustaría! —Su voz era apasionadamente tranquila—. No porque me esté muriendo..., sino porque acabo de descubrirlo esta noche, lo que significa realmente estar vivo... Y..., es curioso..., ¿sabe cuándo lo descubrí...? En la oficina..., cuando me jugué el pellejo, cuando les dije a esos bastardos que se fueran al infierno... Hay tantas cosas que me gustaría haber sabido antes... Pero, bueno, no sirve de nada llorar sobre leche derramada. —Vio la involuntaria ojeada de Rearden al sendero aplanado en el barranco, y añadió—: Sobre cualquier cosa derramada, señor Rearden.

—Escucha, chico —dijo seriamente Rearden—, quiero que me hagas un favor.

—¿*Ahora*, señor Rearden?

—Sí. Ahora.

—Bueno, por supuesto, señor Rearden..., si puedo.

—Me has hecho un gran favor esta noche, pero quiero que hagas uno mayor aún. Has hecho un gran trabajo, escalando ese montón de escoria. Ahora, ¿puedes intentar algo aún más difícil? Estabas dispuesto a morir por salvar mi fundición. ¿Puedes intentar vivir por mí?

—¿Por *usted*, señor Rearden?

—Por mí. Porque te lo estoy pidiendo. Porque quiero que lo hagas. Porque todavía tenemos una gran distancia que escalar juntos, tú y yo.

—¿Es..., eso es tan importante para *usted*, señor Rearden?

—Lo es. ¿Puedes decidir que quieres vivir..., tal y como hiciste allá abajo en el montón de residuos? ¿Que quieres perdurar y vivir? ¿Lucharás por eso? Querías pelear mi batalla. ¿Puedes pelear ésta conmigo, como la primera que es nuestra?

Él sintió el apretón de la mano del muchacho; transmitía la violenta impaciencia de la respuesta; la voz era sólo un susurro:

—Lo intentaré, señor Rearden.

—Ahora, ayúdame a llevarte a un médico. Sólo relájate, tranquilízate y déjame levantarte.

—Sí, señor Rearden. —Con el tirón de un repentino esfuerzo, el muchacho se incorporó para apoyarse en un codo.

—Tranquilo, Tony.

Él vio un repentino parpadeo en la cara del muchacho, una tentativa de replicar su antigua, brillante y descarada mueca:

—¿Ya no es más «No-Absoluto»?

—No, ya no más. Eres un absoluto total ahora, y tú lo sabes.

—Sí. Conozco a varios de ellos, ahora. Éste es uno —señaló la herida en su pecho—, eso es un absoluto, ¿no? Y... —siguió diciendo, mientras Rearden lo levantaba del suelo por imperceptibles segundos y centímetros, hablando como si la temblorosa intensidad de sus palabras sirviera de anestesia contra el dolor—, y los hombres no pueden vivir..., si unos podridos bastardos..., como los que hay en Washington..., se salen con la suya con cosas como..., como la que están haciendo esta noche; si todo se vuelve una falsificación apestosa..., y nada es real..., y nadie es nadie..., los hombres no pueden vivir de esa manera..., *eso* es un absoluto ¿no?

—Sí, Tony, eso es un absoluto.

Rearden se puso de pie con un largo y cuidadoso esfuerzo; vio el espasmo torturado de las facciones del muchacho, mientras lo colocaba lentamente contra su pecho, como un bebé sostenido firmemente en sus brazos..., pero el espasmo se torció en otro eco de la sonrisa descarada de siempre, y el muchacho preguntó:

—¿Quién es la Nodriza ahora?

—Supongo que yo.

Rearden dio los primeros pasos pendiente arriba por el desmoronado suelo, su cuerpo tenso con la tarea de ser el amortiguador de su frágil carga, con la tarea de mantener una progresión constante cuando no había dónde encontrar ningún punto de apoyo.

La cabeza del muchacho cayó sobre el hombro de Rearden, vacilante, casi como si eso fuese un atrevimiento. Rearden se inclinó y presionó sus labios en la frente cubierta de polvo de él.

El muchacho se echó hacia atrás, levantando la cabeza con un *shock* de incrédulo e indignado asombro.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho? —susurró, como si no pudiera creer que eso era para él.

—Baja la cabeza —dijo Rearden—, y lo haré de nuevo.

La cabeza del muchacho bajó, y Rearden le besó la frente; era como el reconocimiento que un padre otorgaba a la lucha de un hijo.

El muchacho se quedó quieto, con la cara oculta, sus manos aferradas a los hombros de Rearden. Entonces, sin el más mínimo indicio de sonido, sólo con el repentino latido de un estremecimiento leve, espaciado y rítmico como evidencia, Rearden supo que el muchacho estaba llorando, llorando en señal de rendición, admitiendo todas las cosas que no podía expresar en las palabras que nunca había encontrado.

Rearden continuó ascendiendo lentamente, un tentativo paso detrás de otro, luchando por la firmeza de movimiento contra la maleza, las corrientes de polvo, los trozos de chatarra, la basura de una época lejana. Continuó hacia la línea donde el resplandor rojo de su fundición marcaba el borde del barranco encima de él; su movimiento era una lucha feroz que tenía que asumir la forma de un flujo suave y sin prisas.

No oyó sollozos, pero percibió los estremecimientos rítmicos, y, a través de la ropa de su camisa, en vez de lágrimas, sintió los pequeños y cálidos chorros de líquido siendo arrojados de la herida por los estremecimientos. Él sabía que la firme presión de sus brazos era la única respuesta que el muchacho era ahora capaz de oír y entender, y mantuvo el tembloroso cuerpo como si la fuerza de sus brazos pudiese transmitir alguna parte de su poder viviente a las arterias que estaban latiendo de forma cada vez más débil contra él.

Entonces, los sollozos cesaron y el muchacho levantó la cabeza. Su cara parecía más delgada y más pálida, pero los ojos eran lustrosos, y miró a Rearden, luchando por encontrar la fuerza para hablar.

—Señor Rearden..., yo..., a mí siempre me ha gustado usted mucho.

—Lo sé.

Las facciones del muchacho no tenían fuerza para formar una sonrisa, pero fue una sonrisa lo que transmitió con su mirada, al mirar a la cara de Rearden..., al mirar lo que él no había sabido que había estado buscando durante el breve transcurso de su vida, buscándolo como la imagen de lo que él no había sabido que eran sus valores.

Luego, su cabeza cayó hacia atrás, y no hubo ninguna convulsión en su rostro, sólo su boca relajándose y pasando a un estado de serenidad..., pero hubo una breve punzada de convulsión en su cuerpo, como un último grito de protesta..., y Rearden continuó lentamente, sin alterar su ritmo, aunque sabía que ya no era necesaria ninguna cautela, porque lo que llevaba en sus brazos era *ahora* lo que había sido idea de los maestros del muchacho: una colección de elementos químicos.

Caminó, como si ésa fuese su forma de último tributo y procesión fúnebre por la joven vida que había expirado en sus brazos. Sintió una ira demasiado intensa para ser identificada, excepto como una presión dentro de él: era un deseo de matar.

El deseo no iba dirigido al matón desconocido que había enviado una bala a través del cuerpo del muchacho, ni a los burócratas saqueadores que habían contratado a ese matón para que lo hiciera, sino a los maestros del muchacho, quienes lo habían entregado, desarmado, al arma del matón..., a los suaves y seguros asesinos de aulas universitarias, quienes, incompetentes para responder a las preguntas de una búsqueda por la razón, se deleitaban en paralizar a las mentes jóvenes que les eran confiadas a sus cuidados.

En algún lugar, pensó, estaba la madre de ese muchacho, que había temblado con una preocupación protectora por sus primeros y tentativos pasos, mientras le enseñaba a andar, que había medido las tomas del biberón con la meticulosidad de un joyero, que había obedecido con el fervor de un fanático las últimas palabras de la ciencia sobre la dieta y la higiene, protegiendo su débil cuerpo de los gérmenes..., y luego lo había enviado a ser convertido en un atormentado neurótico por los hombres que

le habían enseñado que él no tenía mente y que nunca debería intentar pensar. Si ella le hubiese alimentado con basura contaminada, pensó, si hubiera mezclado veneno con su comida, eso habría sido más benigno y menos fatal.

Pensó en todas las especies vivientes que entrenan a sus crías en el arte de la supervivencia, los gatos que les enseñan a sus gatitos a cazar, las aves que dedican esfuerzos tan estridentes para enseñarles a sus crías a volar..., y, sin embargo, el hombre, cuya herramienta de supervivencia es la mente, no sólo fracasa al enseñarle a un niño a pensar, sino que dedica la educación del niño al objetivo de destruir su cerebro, de convencerle de que el pensamiento es inútil y malvado, antes de que haya empezado a pensar.

Desde las primeras frases hechas hasta las últimas, todas forman parte de una serie de conmociones para congelar su motor, para quebrantar el poder de su consciencia. «¡No hagas tantas preguntas, los niños deben ser vistos pero no oídos!» «¿Quién eres tú para pensar? ¡Es así porque lo digo yo!» «¡No discutas, obedece!» «¡No intentes entender, cree!» «¡No te rebeles, adáptate!» «¡No sobresalgas, pertenece!» «¡No luches, cede!» «¡Tu corazón es más importante que tu mente!» «¿Quién eres tú para saber? ¡Tus padres lo saben mejor!» «¿Quién eres tú para saber? ¡La sociedad lo sabe mejor!» «¿Quién eres tú para saber? ¡Los burócratas lo saben mejor!» «¿Quién eres tú para objetar? ¡Todos los valores son relativos!» «¿Quién eres tú para querer escapar de la bala de un matón? ¡Eso es sólo un prejuicio personal!»

Los hombres se estremecerían, pensó, si vieran a una madre pájaro arrancando las plumas de las alas de sus crías, y luego las empujara fuera del nido a esforzarse por sobrevivir; y, sin embargo, *eso* era lo que ellos les hacían a sus hijos.

Armado con nada más que frases sin sentido, ese muchacho había sido lanzado a luchar por la existencia, se había tambaleado y dado palos de ciego mientras realizaba un breve esfuerzo condenado al fracaso, había proclamado su indignada y perpleja protesta..., y había perecido en su primer intento de elevarse usando sus mutiladas alas.

Pero una raza diferente de maestros había existido una vez, pensó, una que había educado a los hombres que crearon ese país; pensó que las madres deberían ponerse de rodillas para buscar a hombres como Hugh Akston, para encontrarlos y rogarles que volviesen.

Atravesó el portón de la fundición sin apenas prestar atención a los guardas, quienes lo dejaron entrar y miraron su cara y su carga; él no se detuvo para escuchar sus palabras mientras señalaban el combate en la distancia; siguió andando lentamente hacia la cuña de luz que era la puerta abierta del edificio de la enfermería.

Entró en una sala iluminada llena de hombres, de vendajes ensangrentados y de olor a antisépticos; depositó su carga en un banco, sin pronunciar ninguna palabra de explicación a nadie, y salió sin mirar atrás.

Caminó en dirección a la puerta principal, hacia el resplandor del fuego y los disparos de armas. Vio, de vez en cuando, unas cuantas figuras corriendo entre las estructuras o precipitándose detrás de esquinas oscuras, perseguidas por grupos de guardias y trabajadores; se sorprendió al darse cuenta de que sus trabajadores estaban bien armados. Parecían haber dominado a los matones dentro de la fundición, y sólo quedaba por sofocar el asedio en la puerta principal. Vio a un patán atravesando un charco de luz de un farol y golpeando con un largo tubo una pared de paneles de vidrio, derribándolos con un placer animal, bailando como un gorila al sonido del cristal estallando, hasta que tres fornidas figuras humanas se abalanzaron sobre él, llevándolo entre retorcimientos hasta el suelo.

El asalto al portón parecía estar decayendo, como si la espina dorsal de aquella multitud se hubiera quebrado. Oyó los lejanos chillidos de sus gritos..., pero los disparos que provenían de la carretera eran cada vez más escasos, el incendio que habían provocado en la oficina del portero había sido apagado, y había hombres armados en las terrazas y en las ventanas, apostados para formar una defensa bien planeada.

En el tejado de una estructura sobre el portón, vio, al aproximarse, la esbelta silueta de un hombre que sostenía una pistola en cada mano y que, protegiéndose detrás de una chimenea, no paraba de disparar a intervalos hacia la multitud de atacantes, disparando rápidamente y, al parecer, en dos direcciones a la vez, como un centinela protegiendo los accesos al portón. La confiada habilidad de sus movimientos, su forma de disparar, sin siquiera perder tiempo para apuntar, pero con el tipo de indiferente aplomo que nunca yerra un blanco, le hacían parecer un héroe legendario del lejano Oeste..., y Rearden lo observó con un placer desapegado e impersonal,

como si la batalla de la fundición ya no fuese suya, pero como si él todavía pudiese disfrutar de la visión de habilidad y seguridad con la que los hombres de aquella época lejana habían, en su día, combatido la maldad.

El errabundo rayo de un reflector golpeó la cara de Rearden, y, cuando el barrido de la luz fue más allá, él pudo ver al hombre en el tejado inclinándose hacia abajo, como si estuviera mirando en su dirección. El hombre le hizo una señal a alguien para que lo reemplazara, y luego desapareció abruptamente de su puesto.

Rearden se apresuró a atravesar el corto trecho de oscuridad que tenía delante..., pero, entonces, desde un lado, desde la boca de un callejón, oyó una voz crapulosa gritar: «¡Ahí está!».

Y, al darse la vuelta, vio cómo dos fornidas figuras se abalanzaban hacia él. Vio un rostro torvo, estulto y con la boca colgando como en una sombría risotada, un bulto alzando un palo sujeto por su puño..., y oyó el sonido de pasos que llegaban corriendo desde otra dirección. Intentó girarse y apartarse, pero el palo le cayó en su cráneo desde atrás..., y, en el momento de sentir la oscuridad, cuando se tambaleó, negándose a creerlo, y luego al sentirse caer, sintió un brazo fuerte y protector agarrándolo a él y evitando su caída, y oyó una pistola explotar tres centímetros encima de su oído, y luego otra explosión de la misma pistola en el mismo segundo, pero parecía débil y distante, como si él hubiera caído por un pozo.

Lo primero de lo que fue consciente, al abrir los ojos, fue de una sensación de profunda serenidad. Entonces vio que estaba recostado en un sofá en una habitación moderna y de una elegancia severa..., y se dio cuenta de que era su propia oficina, y que los dos hombres que estaban de pie a su lado eran el médico y el superintendente de la fundición. Sintió un distante dolor en la cabeza, que habría sido violento si se hubiera preocupado de reparar en él, y sintió un esparadrapo en su pelo, a un lado de la cabeza. La sensación de serenidad le vino de percibir que estaba a salvo.

Asociar el significado de su vendaje al de su oficina no era algo que pudiese aceptar o que tuviera visos de existir; ésa no era una combinación con la que los hombres pudiesen vivir; eso ya no era su batalla, ni su trabajo, ni su negocio.

—Creo que estoy bien, doctor —dijo, levantando la cabeza.

—Sí, señor Rearden, afortunadamente. —El médico lo estaba mirando como si todavía fuese incapaz de creer que eso le había pasado a Hank Rearden dentro de su propia fundición; la voz del médico era tensa, con un enojo que desprendía lealtad e indignación.

—Nada grave, sólo una herida en el cuero cabelludo y una leve conmoción cerebral. Pero debe tomarse las cosas con calma y descansar.

—Eso haré —dijo Rearden con firmeza.

—Todo ha terminado —dijo el superintendente, señalando la fundición al otro lado de la ventana—. Hemos conseguido derrotar a esos cabrones y ponerlos en retirada. No tiene que preocuparse, señor Rearden. Todo ha terminado.

—Sí —dijo Rearden—. Debe quedarle mucho trabajo por hacer, doctor.

—¡Oh, sí! Nunca pensé que viviría para ver el día en el que...

—Lo sé. Adelante, cuídese de eso. Yo estaré bien.

—Sí, señor Rearden.

—Yo me encargaré de todo —dijo el superintendente, mientras el médico salía a toda prisa—. Todo está bajo control, señor Rearden. Pero ha sido la más sucia...

—Lo sé —dijo Rearden—. ¿Quién fue el que me salvó la vida? Alguien me agarró cuando yo estaba cayendo, y disparó contra los rufianes.

—¡Que si lo hizo! Directamente a la cara. Les voló la cabeza. Ése era nuestro nuevo capataz de las calderas. Lleva aquí dos meses. El mejor hombre que he tenido jamás. Él es quien se enteró de lo que esos canallas estaban planeando, y me lo advirtió..., esta tarde. Me dijo que armara a nuestros hombres, a tantos como pudiéramos. No conseguimos ayuda de la policía ni de las tropas estatales, nos esquivaron por todas partes con las excusas más inesperadas y más extraordinarias que he oído jamás; todo estaba arreglado de antemano, los matones no esperaban ninguna resistencia armada. Fue ese capataz de las calderas..., su nombre es Frank Adams..., quien organizó nuestra defensa, lideró toda la batalla, y se apostó en un tejado, abatiendo uno a uno a esos inmundos que se acercaban demasiado al portón. Bueno, ¡vaya tirador de primera! Me estremezco al pensar cuántas de nuestras vidas ha salvado esta noche. Esos cabrones querían sangre, señor Rearden.

—Me gustaría verle.

—Está esperando en algún lugar allá afuera. Es él quien le trajo a usted aquí, y pidió permiso para hablar con usted, cuando fuese posible.

—Hágalo pasar. Luego vuelva allá afuera, tome las riendas, termine el trabajo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor Rearden?

—No, nada más.

Se quedó quieto, solo en el silencio de su oficina. Sabía que el significado de su fundición había dejado de existir, y la plenitud del conocimiento no dejó espacio para el dolor de lamentar una ilusión. Él había visto, en una imagen final, el alma y la esencia de sus enemigos: la cara insensata del matón con el palo. No fue la cara en sí lo que le hizo retroceder horrorizado, sino los profesores, los filósofos, los moralistas, los místicos que habían soltado esa cara sobre el mundo.

Sintió una peculiar limpieza. Estaba hecha de orgullo y de amor por este mundo, este mundo que era de él, no de ellos. Era el sentimiento que lo había movido a lo largo de su vida, el sentimiento que algunos de entre los hombres conocen en su juventud, y luego lo traicionan, pero que *él* nunca había traicionado, y lo había llevado dentro de él como un motor maltratado, atacado, sin identificar, pero vivo..., el sentimiento que él podía experimentar ahora en su completa e indiscutible pureza: el sentimiento de su propio y superlativo valor, y el valor superlativo de su vida. Era la certeza final de que su vida era suya, para ser vivida sin sufrir cautiverio alguno frente a la maldad, y de que ese cautiverio nunca había sido necesario. Era la radiante serenidad de saber que él estaba libre de miedo, de dolor, de culpa.

«Si es verdad que hay vengadores que trabajan para la liberación de hombres como yo», pensó, «que me vean ahora, que me cuenten su secreto, que me reclamen, que...».

—¡Adelante! —dijo Rearden en voz alta, respondiendo a la llamada en la puerta.

La puerta se abrió, y él se quedó inmóvil. El hombre parado en el umbral, con el pelo despeinado, con una cara manchada de hollín y los brazos sucios de trabajar en el horno, vestido con un mono chamuscado y una camisa manchada de sangre, allí de pie como si llevara una capa detrás de él ondeando al viento, era Francisco d’Anconia.

Le pareció a Rearden que su consciencia se había disparado por delante de su cuerpo, que era su cuerpo el que se negaba a moverse, aturdido por la conmoción, mientras que su mente se estaba riendo, diciéndole que eso era lo más natural, el acontecimiento «que más debería haber sido esperado» en el mundo.

Francisco sonrió, una sonrisa de saludo a un amigo de la infancia en una mañana de verano, como si nada más hubiera sido posible jamás entre ellos..., y Rearden se encontró a sí mismo sonriendo en respuesta, en parte sintiendo un incrédulo asombro, pero sabiendo que eso era irresistiblemente correcto.

—Usted se ha estado torturando durante meses —dijo Francisco, acercándose a él—, preguntándose qué palabras usaría para pedirme perdón, y si tenía derecho a pedirlo si es que alguna vez volviera a verme..., pero ahora ve que no es necesario, que no hay nada que pedir ni que perdonar.

—Sí —dijo Rearden; la palabra le vino como un susurro de asombro, pero, cuando terminó su frase, sabía que ése era el mayor tributo que podía ofrecer—. Sí, lo sé.

Francisco se sentó en el sofá al lado de él y lentamente pasó la mano por la frente de Rearden. Era como un toque curativo que cerraba el pasado.

—Sólo hay una cosa que quiero decirle —dijo Rearden—. Quiero que la oiga de mí: usted mantuvo su juramento, usted *era* mi amigo.

—Sabía que usted lo sabía. Usted lo sabía desde el principio. Lo sabía, independientemente de lo que pensara de mis acciones. Me dio una bofetada porque usted no pudo obligarse a dudarlo.

—Eso... —susurró Rearden, mirándolo fijamente—, *eso* era lo que yo no tenía derecho a decirle..., ningún derecho a usar como mi excusa...

—¿No cree que yo lo entendería?

—Quería encontrarle a usted. No tenía derecho a buscarle. Y, todo ese tiempo, usted estaba... —Señaló las ropas de Francisco; luego, su mano cayó impotentemente, y cerró los ojos.

—Yo era su capataz de calderas —dijo Francisco, haciendo una mueca —. No pensé que le importara eso. Usted mismo me ofreció el trabajo.

—¿Ha estado aquí, como guardaespaldas mío, durante dos meses?

—Sí.

—Ha estado aquí, desde que... —Se detuvo—. Exactamente..., en la mañana del día en que usted estaba leyendo mi mensaje de despedida sobre los tejados de Nueva York, yo me estaba presentando aquí para hacer mi primer turno como capataz de calderas suyo.

—Dígame... —dijo Rearden lentamente—, aquella noche, en la boda de James Taggart, cuando usted me dijo que estaba buscando su mayor conquista..., se refería a mí, ¿verdad?

—Por supuesto.

Francisco se irguió un poco, como para realizar una tarea solemne, con el rostro serio, y con la sonrisa permaneciendo sólo en sus ojos.

—Tengo un montón de cosas que decirle —dijo—. Pero, primero, ¿puede repetir una palabra que me ofreció una vez y que yo..., que yo tuve que rechazar porque sabía que no era libre de aceptarla?

Rearden sonrió.

—¿Qué palabra, *Francisco*?

Francisco inclinó la cabeza en señal de aceptación, y respondió:

—Gracias, *Hank*. —Luego, levantó la cabeza—. Ahora te contaré las cosas que había venido a decir, pero que no terminé de contarte, aquella noche cuando vine aquí por primera vez. Creo que estás listo para oírlas.

—Lo estoy.

El resplandor del acero vertido desde un horno se disparó hacia el cielo más allá de la ventana. Un resplandor rojo se fue extendiendo lentamente sobre las paredes de la oficina, sobre el escritorio vacío, sobre la cara de Rearden, como en saludo y despedida.

## Capítulo VII

## «Soy John Galt quien habla»

El timbre estaba sonando como una alarma, como un largo y exigente alarido que estallaba por las impacientes punzadas del frenético dedo de alguien.

Saltando de la cama, Dagny notó la pálida y fría luz de la avanzada mañana, y vio un reloj en un chapitel lejano marcando las diez horas. Había trabajado en la oficina hasta las cuatro de la madrugada, y había dejado dicho que no la esperaran hasta las doce.

La cara blanca y descompuesta por el pánico que la confrontó cuando abrió bruscamente la puerta era la de James Taggart:

—¡Se ha ido! —gritó.

—¿Quién?

—¡Hank Rearden! ¡Se ha ido, largado, esfumado, desaparecido!

Dagny se quedó quieta un momento, sosteniendo el cinto de la bata que había estado anudando; luego, como si le llegara la totalidad del conocimiento, sus manos le dieron un fuerte apretón al cinto, como partiendo su cuerpo en dos por la cintura, mientras se echaba a reír. Era un sonido de triunfo.

Él se quedó mirándola, perplejo.

—¿Cuál es el problema contigo? —exclamó—. ¿Es que no has entendido?

—Entra, Jim —dijo ella, girando desdeñosamente, entrando en la sala —. Oh, sí, he entendido.

—¡Se ha ido! ¡Ha abandonado! ¡Abandonado, como todos los demás! Ha dejado su fundición, sus cuentas bancarias, sus propiedades, ¡todo! Simplemente se ha esfumado. Cogió sólo algunas ropas y lo que tuviera en la caja fuerte de su apartamento..., encontraron una caja fuerte abierta en su dormitorio, abierta y vacía..., eso es todo. ¡Ni una palabra, ni una nota, ni una explicación! Me llamaron de Washington, pero ¡está por toda la ciudad!

La noticia, quiero decir, ¡la historia! ¡No pueden mantenerla secreta! Lo han intentado, pero... Nadie sabe cómo se divulgó, pero se extendió por la fundición como en una de esas fugas de calderas, la noticia de que se había ido, y entonces, antes de que alguien pudiese impedirlo, un montón de ellos se esfumaron. El supervisor, el jefe de metalurgia, el ingeniero jefe, la secretaria de Rearden, ¡hasta el médico de la empresa! ¡Y Dios sabe cuántos más! ¡Desertando, los canallas! ¡Abandonándonos, a pesar de todas las sanciones que hemos puesto! ¡Se ha ido, y los demás se están yendo!, ¡y esos altos hornos se han quedado ahí, parados! ¿Entiendes lo que eso significa?

—¿Y tú? —preguntó ella.

Él le había echado a la cara esa historia, frase a frase, como si quisiese arrancarle a ella la sonrisa, una sonrisa extraña e inmóvil, de amargura y triunfo; pero había fracasado.

—¡Es una catástrofe nacional! —continuó él—. ¿Qué pasa contigo? ¿No ves que es un golpe fatal? ¡Quebrantará lo poco que queda de fuerza moral y de economía en el país! ¡No podemos dejar que desaparezca! ¡Tienes que traerlo de vuelta!

La sonrisa de Dagny desapareció.

—¡Tú puedes! —gritó él—. ¡Tú eres la única que puede! Es tu amante, ¿no...? ¡Oh, no pongas esa cara! ¡No es momento para ñoñerías! ¡No es momento para nada, excepto que tenemos que tenerlo aquí! ¡Tú debes saber dónde está! ¡Tú puedes encontrarlo! ¡Tú debes llegar a él y traerlo de vuelta!

La forma en la que ella lo miró ahora fue peor que su sonrisa... Parecía como si lo estuviese viendo desnudo y no pudiese soportar esa visión mucho más tiempo.

—No puedo traerlo de vuelta —dijo, sin levantar la voz—. Y no lo haría, si pudiese. Ahora, lárgate de aquí.

—Pero una catástrofe nacional está...

—¡Lárgate!

Ella ni se dio cuenta de su salida. Se quedó sola de pie en medio de la sala, con la cabeza inclinada, los hombros hundidos, mientras sonreía, una sonrisa de dolor, de ternura, de saludo a Hank Rearden. Se preguntó apenas por qué debería estar tan contenta de que él hubiese encontrado la liberación, tan segura de que él tenía razón, mientras ella misma se negaba

esa misma liberación. Dos frases batían repetidamente en su mente; una era la triunfante conclusión: «Está libre, está fuera de su alcance»; la otra era como una plegaria de dedicación: «Aún hay una posibilidad de vencer, pero que sea yo la única víctima...».

Era extraño —pensó, en los días que siguieron, mirando a los hombres a su alrededor— que la catástrofe los hubiese hecho ser conscientes de Hank Rearden con una intensidad que logros de él no habían generado, como si los senderos de sus consciencias fuesen receptivos al desastre, pero no al valor. Algunos hablaban de él con estridentes maldiciones; otros susurraban, con un ademán de culpabilidad y terror, como si un castigo innombrable estuviese ahora descendiendo sobre ellos; algunos intentaban, con evasivas histéricas, actuar como si nada hubiese ocurrido.

Los periódicos, como marionetas con los hilos enredados, gritaban con la misma belicosidad y en las mismas fechas:

«Es traición social darle demasiada importancia a la deserción de Hank Rearden, y minar la moral pública con la anticuada creencia de que un individuo puede tener algún significado para la sociedad.»

«Es traición social difundir rumores sobre la desaparición de Hank Rearden. El señor Rearden no ha desaparecido, está en su oficina, dirigiendo sus altos hornos, como de costumbre, y no ha habido ningún problema en Rearden Steel, excepto un disturbio sin importancia, un altercado privado entre algunos trabajadores.»

«Es traición social mirar con un prisma antipatriótico la trágica pérdida de Hank Rearden; el señor Rearden no ha desertado, falleció en un accidente de coche cuando iba al trabajo, y su afligida familia ha insistido en tener un funeral privado.»

Era extraño, pensó, recibir noticias sólo por medio de negaciones, como si la existencia hubiese cesado, los hechos hubiesen desaparecido y sólo los frenéticos desmentidos pronunciados por políticos y columnistas diesen alguna pista sobre la realidad que ellos estaban negando:

«No es verdad que la Fundición de Acero Miller, de Nueva Jersey, haya quebrado.»

«No es verdad que la Compañía de Motores Jansen, de Michigan, haya cerrado sus puertas.»

«Es una malvada y antisocial mentira que los fabricantes de productos de acero se estén hundiendo bajo la amenaza de escasez de acero. No hay razón para esperar una escasez de acero.»

«Es un rumor calumnioso e infundado que el Plan de Unificación del Acero haya sido discutido y apoyado por el señor Orren Boyle. El abogado del señor Boyle ha emitido una enérgica negativa y le ha asegurado a la prensa que el señor Boyle ahora se opone vehementemente a un plan de ese tipo. El señor Boyle, en este momento, está sufriendo de un colapso nervioso.»

Pero algunas noticias podían atestiguarse en las calles de Nueva York, en el crepúsculo frío y húmedo de tardes otoñales: una multitud se formó delante de una ferretería, en la que el dueño había abierto las puertas de par en par, invitando a la gente a llevarse lo que quisiera de las pocas existencias que le quedaban, mientras él reía sollozando a gritos y procedía a romper los cristales de sus escaparates; una multitud se formó delante de un deteriorado edificio de apartamentos, donde había un furgón forense esperando, mientras los cuerpos de un hombre, su mujer y sus tres hijos eran sacados de una habitación llena de gas; el hombre había sido un pequeño fabricante de piezas fundidas de acero.

Si ven el valor de Hank Rearden ahora, pensó ella, ¿por qué no lo vieron antes? ¿Por qué no habían evitado su propia perdición y le habían ahorrado a él sus años de ingrata tortura? No encontró respuesta.

En el silencio de noches en vela, pensó que Hank Rearden y ella ahora habían intercambiado lugares: él estaba en la Atlántida, y ella estaba bloqueada por una pantalla de rayos de luz; quizá él estaba llamándola como ella había llamado al avión que se esforzaba por encontrarla, pero ninguna señal podía llegar a ella a través de esa pantalla.

Pero la pantalla se abrió como una excepción, que fue el texto de una carta que ella recibió una semana después de que él desapareciera. El sobre no llevaba remitente, sólo el matasellos de alguna aldea en Colorado. La carta contenía dos frases:

*Le he conocido. No te culpo*.

*H. R.*

Permaneció sentada e inmóvil un largo rato, mirando la carta, incapaz de moverse o de sentir. No sintió nada, pensó ella, pero se dio cuenta de que sus hombros estaban temblando en un continuo y débil estremecimiento, y

entonces comprendió que la violencia salvaje que la desgarraba por dentro era un tributo jubiloso de gratitud y desesperación; su tributo a la victoria que el encuentro de esos dos hombres suponía, la victoria final de ambos; su gratitud a quienes estaban en Atlántida por seguir considerándola una de ellos y concederle la excepción de que recibiese ese mensaje; la desesperación de saber que su confusión era el esfuerzo por no oír las preguntas que ahora estaba oyendo: ¿la había abandonado Galt?, ¿se había ido al valle para reunirse con su mayor conquista?, ¿iba a volver?, ¿había desistido de ella? Lo insoportable no era que esas preguntas no tuviesen respuesta, sino que la respuesta se hallaba tan simplemente a su alcance y que, al mismo tiempo, ella no tenía derecho a dar un solo paso para alcanzarla.

No había hecho ningún intento por verlo. Cada mañana, durante un mes, al entrar en su oficina, había sido consciente, no del espacio a su alrededor, sino de los túneles subterráneos, bajo los pisos del edificio; y había trabajado, sintiendo como si una cierta parte marginal de su cerebro estuviese computando números, leyendo informes, y tomando decisiones en un torbellino de actividad sin vida, mientras su mente viva estaba inactiva y quieta, congelada en contemplación, con la prohibición de moverse más allá de la frase: «Él está allá abajo». La única indagación que se permitió hacer a sí misma había sido ojear la nómina de los trabajadores de la terminal. Había visto el nombre: Galt, John. La lista lo había incluido, abiertamente, durante más de doce años. Ella había visto también una dirección junto al nombre, y durante un mes había hecho un esfuerzo por olvidarla.

Le había parecido muy duro sobrevivir ese mes; pero ahora, mirando la carta, la idea de que Galt se hubiera ido era aún más difícil de soportar. Incluso la lucha para resistir su proximidad había sido un vínculo con él, un precio a pagar, una victoria conseguida en su nombre. Ahora no había nada, excepto una pregunta que no debía ser formulada. La presencia de él en los túneles había sido su motor durante esos días..., así como su presencia en la ciudad había sido su motor durante los meses de ese verano..., así como su presencia en algún lugar del mundo había sido su motor durante los años anteriores, incluso antes de que ella hubiera oído su nombre. Ahora sintió como si su motor también se hubiese parado.

Ella siguió adelante, con el resplandor brillante y puro de una moneda de oro de cinco dólares que llevaba en el bolsillo como su última gota de combustible. Siguió adelante, protegida del mundo a su alrededor por una última armadura: la indiferencia.

Los periódicos no mencionaron los brotes de violencia que habían empezado a estallar por todo el país, pero ella los veía a través de los informes que hacían los maquinistas sobre vagones acribillados a balas, vías desmanteladas, trenes atacados, estaciones sitiadas..., en Nebraska, en Oregón, en Texas, en Montana..., brotes inútiles y condenados al fracaso, motivados sólo por la desesperación, y que acababan sólo en destrucción. Algunos de esos brotes eran causados por pandillas locales; otros eran mucho más amplios. Había distritos que se alzaban en ciega rebelión, arrestaban a los funcionarios locales, expulsaban a los agentes de Washington, mataban a los recaudadores de impuestos..., y luego, tras anunciar su secesión del país, llegaban al extremo final de la misma maldad que los había destruido, como si estuviesen combatiendo asesinato con suicidio: seguían hasta apoderarse de todas las propiedades a su alcance, declarando una esclavitud comunitaria en la que todos son esclavos de todos, y pereciendo en una semana, con su magro botín consumido, en el sangriento odio del todos contra todos, en el caos de no tener más reglas que la de una pistola, hasta perecer bajo la letárgica ofensiva de unos cuantos soldados macilentos enviados desde Washington para poner orden entre las ruinas.

Los periódicos no lo mencionaron. Los artículos editoriales continuaron hablando de la abnegación como el camino hacia el progreso futuro, del sacrificio como el imperativo moral, de la avaricia como el enemigo, del amor como la solución..., con sus desgastadas frases tan asquerosamente dulces como el olor a éter en un hospital.

Los rumores fueron extendiéndose por todo el país en murmullos de cínico terror..., pero las personas leían los periódicos y actuaban como si creyesen lo que leían, cada una compitiendo con las otras para ver quién mantendría el silencio más ciego, cada una fingiendo que no sabía lo que sabía, cada una esforzándose en creer que lo innombrado era lo irreal. Era como si un volcán estuviese agrietándose y la gente al pie de la montaña

ignorase las súbitas fisuras, las negras fumarolas, los hirvientes arroyos, y siguiese creyendo que su único peligro era reconocer la realidad de esas señales.

«¡Escuchad el informe del señor Thompson sobre la crisis mundial, el 22 de noviembre!».

Fue el primer reconocimiento de lo no reconocido. Los anuncios empezaron a aparecer una semana antes, y fueron resonando por todo el país:

«¡El señor Thompson le dará al pueblo un informe sobre la crisis mundial! ¡Escuchad al señor Thompson en todas las emisoras de radio y en todos los canales de televisión a las ocho de la noche, el 22 de noviembre!».

Al principio, las primeras planas de los periódicos y los gritos de las voces en la radio lo explicaron:

«Para contrarrestar los miedos y rumores divulgados por los enemigos del pueblo, el señor Thompson se dirigirá a la nación el 22 de noviembre y nos dará un informe completo sobre el estado del mundo en este solemne momento de crisis global. El señor Thompson pondrá fin a esas siniestras fuerzas cuyo objetivo es mantenernos en el miedo y la desesperación. Él traerá luz a las tinieblas del mundo y nos mostrará la solución a nuestros trágicos problemas: una solución seria, como corresponde a la gravedad de esta hora, pero una solución gloriosa, garantizando el renacimiento de la luz. El discurso del señor Thompson será transmitido por todas las emisoras de radio en este país y en todos los países del mundo, dondequiera que las ondas radiofónicas aún puedan ser oídas».

Luego, el estribillo se desató y fue aumentando día tras día.

«¡ESCUCHAD AL SEÑOR THOMPSON EL 22 DE NOVIEMBRE!», decían los titulares de los diarios. «¡No olvides al señor Thompson el 22 de noviembre!», vociferaban las emisoras de radio al final de cada programa. «¡EL SEÑOR THOMPSON TE DIRÁ LA VERDAD!», decían los carteles en estaciones de metro y en autobuses; luego, los carteles en paredes de edificios; y luego, las vallas publicitarias en carreteras desiertas.

«¡NO DESESPERÉIS! ¡ESCUCHAD AL SEÑOR THOMPSON!», decían banderines en coches oficiales. «¡NO TE RINDAS! ¡ESCUCHA AL SEÑOR THOMPSON!», decían panfletos publicitarios en tiendas y oficinas. «¡Ten fe! ¡Escucha al señor Thompson!», decían voces en las iglesias. «¡EL SEÑOR THOMPSON TE DARÁ LA

RESPUESTA!», escribían aviones militares en el cielo, con las letras disolviéndose rápido en el espacio, y sólo las dos palabras finales permaneciendo cuando la frase era completada.

Altavoces públicos fueron instalados en las plazas de Nueva York para el día del discurso, cobrando chirriante vida cada hora, coincidiendo con el tintineo de distantes relojes, para enviar sobre el cansado rumor del tráfico, sobre las cabezas de la harapienta muchedumbre, el sonoro y mecánico grito de una voz impregnada de alarma: «¡Escuchad el informe del señor Thompson sobre la crisis mundial, el 22 de noviembre!»; era un grito que resonaba por el aire helado y se desvanecía entre los techos envueltos en niebla, bajo la página en blanco de un calendario que no tenía fecha.

La tarde del 22 de noviembre, James Taggart le dijo a Dagny que el señor Thompson deseaba encontrarse con ella para una conferencia previa a la retransmisión.

—¿En Washington? —preguntó ella, incrédula, mirando su reloj.

—Bueno, tengo que decir que no debes de haber leído los periódicos o seguido las noticias de eventos importantes. ¿No sabes que el señor Thompson va a transmitir desde Nueva York a las ocho de la noche? Ha venido aquí para consultar con los líderes de la industria, así como del trabajo, de la ciencia y de las profesiones liberales..., y con lo mejor del liderazgo del país en general. Ha pedido que te lleve a ti a la conferencia.

—¿Dónde se va a celebrar?

—En el estudio de la emisora.

—No esperarán que yo hable en directo apoyando sus políticas, ¿verdad?

—No te preocupes, no dejarían que te acercases a un micrófono. Sólo quieren saber tu opinión, y no puedes negarte, no en una emergencia nacional, ¡no cuando es una invitación del señor Thompson en persona!

Él estaba hablando con impaciencia, evitando los ojos de ella.

—¿Cuándo será esa conferencia? —preguntó ella.

—A las siete y media de la tarde.

—No parece mucho tiempo para dedicar a una conferencia sobre una emergencia nacional, ¿eh?

—El señor Thompson es un hombre muy ocupado. Ahora, por favor, no discutas, no empieces a ponerte difícil. No veo lo que estás...

—Está bien —dijo ella, indiferente—, iré —y añadió, impulsada por el tipo de sensación que la habría hecho sentirse reacia a aventurarse sin un testigo en una conferencia de gánsteres—, pero llevaré a Eddie Willers conmigo.

Él frunció el ceño, reflexionando un momento, con una expresión de fastidio más que de ansiedad.

—Oh, vale, si quieres —dijo bruscamente, encogiéndose de hombros.

Ella llegó al estudio de radio con James Taggart como un policía a un lado de ella y Eddie Willers como un guardaespaldas al otro. La cara de Taggart estaba resentida y tensa; la de Eddie, resignada, aunque asombrada y curiosa. Un escenario de paredes de cartón había sido erigido en una esquina del amplio y oscuro espacio, representando una sugerencia rigurosamente tradicional de un cruce entre un salón imperial y un estudio modesto. Un semicírculo de sillas vacías llenaba el escenario, sugiriendo una reunión para una foto de familia, con micrófonos colgando como cebos en la punta de largos palos extendidos como cañas de pescar entre las sillas.

Los mejores líderes del país, que revoloteaban por allí formando grupos nerviosos, tenían el aspecto de una venta de saldos en una tienda en quiebra: ella vio a Wesley Mouch, a Eugene Lawson, a Chick Morrison, a Tinky Holloway, al doctor Floyd Ferris, al doctor Simon Pritchett, a Ma Chalmers, a Fred Kinnan, y a un puñado de empresarios de mala muerte entre los cuales la figura medio asustada, medio halagada del señor Mowen, de la Amalgamated Switch and Signal Company, era, increíblemente, quien supuestamente representaba a un magnate industrial.

Pero la figura que la sobresaltó durante un breve instante fue la del doctor Robert Stadler. Ella no sabía que un rostro pudiese envejecer tanto en el breve espacio de un año: el aspecto de energía perpetua y de vivacidad juvenil había desaparecido, y ya no quedaba nada en su cara más que líneas de desdeñosa amargura. Estaba en pie, solo, apartado de los demás, y ella vio el momento en que sus ojos la vieron entrar; parecía un hombre en un prostíbulo que había aceptado la naturaleza de su entorno hasta haber sido descubierto allí de repente por su mujer: era una expresión de culpa camino de convertirse en odio. Entonces, ella vio a Robert Stadler, el hombre de ciencia, darse la vuelta como si no la hubiese visto..., como si el negarse a verla pudiese aniquilar un hecho de la existencia.

El señor Thompson estaba andando nerviosamente entre los grupos, parloteando al azar con los presentes con la actitud inquieta de un hombre de acción que siente desprecio por el deber de pronunciar discursos. Estaba empuñando un fajo de papeles mecanografiados, como si fuese un manojo de ropa vieja lista para ser desechada.

James Taggart le pilló con el paso cambiado, para decirle con aire incierto y en voz alta:

—Señor Thompson, ¿puedo presentarle a mi hermana, la señorita Dagny Taggart?

—Es muy amable por venir, señorita Taggart —dijo el señor Thompson, estrechándole la mano como si ella fuese una votante más de su pueblo cuyo nombre él nunca había oído antes; luego salió andando enérgicamente.

—¿Dónde es la conferencia, Jim? —preguntó ella, y miró el reloj: era una enorme esfera blanca con una manecilla negra cortando los minutos, como un cuchillo moviéndose hacia la hora de las ocho.

—¡No puedo evitarlo! ¡Yo no dirijo este espectáculo! —explotó él.

Eddie Willers la miró con un aire de sorpresa amarga y paciente, y dio un paso para acercarse a ella.

Un receptor de radio estaba tocando un programa de marchas militares emitidas desde otro estudio, medio ahogando los fragmentos de voces nerviosas, de pasos apresurados sin objetivo, de maquinaria chirriante siendo arrastrada para ser enfocada en el escenario del salón.

«¡Seguid sintonizados para oír el informe del señor Thompson sobre la crisis mundial a las ocho de la noche!», gritó la voz marcial de un locutor desde el receptor de radio, cuando las agujas de la esfera marcaban las 19.45 horas.

—¡Apuraos, chicos, apuraos! —urgió el señor Thompson, mientras la radio estallaba con otra marcha militar.

Eran las 7.50 horas cuando Chick Morrison, el Condicionador de Moral, que parecía estar al mando, gritó:

—Vale, chicos y chicas, vale, ¡ocupemos nuestros lugares! —agitando un fajo de papeles, como si fuese una batuta, en dirección al círculo de sillones bajo el foco de luz.

El señor Thompson se dejó caer de golpe en el sillón central, como quien agarra un asiento libre en el metro. Los ayudantes de Chick Morrison estaban arreando a la multitud hacia el círculo de luz.

—Una familia feliz —explicó Chick Morrison—, el país debe vernos como una gran, unida y feliz... ¿Qué pasa con esa cosa? —La música de la radio había parado bruscamente, ahogándose en un extraño ruidito de estática, cortada en plena frase musical. Eran las 19.51 horas. Él se encogió de hombros y continuó—: ...Y una feliz familia. ¡Deprisa, muchachos! Tomad unos primeros planos del señor Thompson, para empezar.

Las agujas del reloj seguían rebanando los segundos, mientras los fotógrafos de prensa disparaban sus cámaras a la cara agriamente impaciente del señor Thompson.

—¡El señor Thompson estará sentado entre ciencia e industria! —anunció Chick Morrison—. Doctor Stadler, por favor..., la silla a la izquierda del señor Thompson. Señorita Taggart..., por aquí, por favor..., a la derecha del señor Thompson.

El doctor Stadler obedeció. Ella no se movió.

—No es sólo para la prensa, es para las audiencias de televisión —le explicó Chick Morrison, en tono de un aliciente.

Ella dio un paso adelante.

—No participaré en este programa —dijo, sin alterarse, dirigiéndose al señor Thompson.

—¿No? —preguntó él con la mirada vacía, la misma mirada que habría puesto si uno de los jarrones de flores se hubiese negado de repente a cumplir con su función.

—¡Dagny! ¡Por el amor de Dios! —gritó James Taggart, presa del pánico.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó el señor Thompson.

—Pero..., ¡señorita Taggart! ¿Por qué? —gritó Chick Morrison.

—Todos vosotros lo sabéis muy bien —dijo ella a las caras a su alrededor—. Deberíais haber aprendido la lección y no intentar eso de nuevo.

—¡Señorita Taggart! —gritó Chick Morrison, al girar ella para irse—. Es una emergencia nacio...

Entonces, un hombre llegó corriendo hasta el señor Thompson, y ella paró, como pararon todos los demás, porque la expresión en la cara del hombre sumió a la multitud en un abrupto silencio total. Él era el ingeniero jefe de la emisora, y era extraño ver una expresión de primitivo terror forcejear contra lo que le quedaba de control civilizado.

—Señor Thompson —dijo—, tenemos que..., tal vez tengamos que retrasar la emisión.

—¿Qué? —gritó el señor Thompson.

La manecilla de la esfera señalaba las 19.58 horas.

—Estamos intentando arreglarlo, señor Thompson, estamos intentando descubrir lo que es... pero puede que no lo consigamos a tiempo, y...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

—Estamos intentando localizar la...

—¿Qué ha pasado?

—¡No sé! Pero... no podemos... hacer la emisión, señor Thompson.

Hubo un momento de silencio, y entonces el señor Thompson preguntó, su voz extrañamente baja:

—¿Estás loco?

—Debo estarlo. Ojalá lo estuviese. No puedo entenderlo. La emisora está desconectada.

—¿Problemas mecánicos? —gritó el señor Thompson, poniéndose en pie de un salto—. ¿Problemas mecánicos, maldito seas, en un momento así? Si es así como diriges esta emisora...

El ingeniero jefe sacudió la cabeza lentamente, como si fuese un adulto que no quisiera asustar a un niño.

—No es sólo esta emisora, señor Thompson —dijo el hombre suavemente—. Son todas las emisoras del país, por lo que hemos podido comprobar. Y no hay ningún problema mecánico. Ni aquí ni en ningún otro sitio. El equipo está funcionando, funcionando perfectamente, pero... todas las emisoras de radio dejaron de emitir a las 19.51 horas, y... y nadie puede descubrir por qué.

—¡Pero...! —exclamó el señor Thompson. Paró, miró a su alrededor y chilló—: ¡Esta noche no! ¡No puedes dejar que pase eso esta noche! ¡Tienes que dejarme emitir!

—Señor Thompson —dijo el hombre lentamente—, hemos llamado al laboratorio de electrónica del Instituto Estatal de Ciencias. Ellos..., ellos nunca han visto nada parecido. Dijeron que podría ser un fenómeno natural, algún tipo de perturbación cósmica sin precedentes, sólo que...

—¿Sí?

—Que no creen que sea eso. Y nosotros tampoco. Dijeron que parecen ser ondas de radio, pero de una frecuencia jamás producida antes, jamás observada en ningún lugar, jamás descubierta por nadie.

No hubo réplica de nadie. Un momento después, el ingeniero jefe continuó, su voz extrañamente solemne:

—Parece un muro de ondas de radio bloqueando el aire, y no podemos atravesarlo, no podemos tocarlo, no podemos romperlo... Y, es más, no podemos localizar su origen, no con ninguno de nuestros métodos normales... Esas ondas parecen proceder de un transmisor que... ¡que hace que cualquier otro que conocemos parezca un juguete de niños!

—Pero ¡eso no es posible! —El grito vino de detrás del señor Thompson, y todos se volvieron en su dirección, sobresaltados por su tono peculiar de terror; venía del doctor Stadler—. ¡No existe tal cosa! ¡No hay nadie en el mundo que pueda hacerla!

El jefe de ingeniería extendió las manos.

—Eso es, doctor Stadler —dijo cansinamente—. No puede ser posible. No debería ser posible. Pero ahí está.

—Pues... ¡haced algo al respecto! —gritó el señor Thompson a la multitud en general.

Nadie respondió ni se movió.

—¡No permitiré esto! —gritó el señor Thompson—. ¡No lo permitiré! ¡Precisamente esta noche! ¡Tengo que pronunciar ese discurso! ¡Haced algo! ¡Solucionadlo, sea lo que sea! ¡Os ordeno que lo solucionéis!

El ingeniero jefe lo estaba mirando inexpresivamente.

—¡Os despediré a todos vosotros por esto! —siguió el señor Thompson—. ¡Despediré a todos los ingenieros electrónicos del país! ¡Procesaré a la profesión entera por sabotaje, deserción y traición! ¿Me oís? Y ahora, ¡haced algo, maldita sea! ¡Haced algo!

El ingeniero jefe lo estaba mirando, impasible, como si sus palabras hubiesen dejado de tener sentido.

—¡¿Es que no hay nadie que obedezca mi orden?! —gritó el señor Thompson. ¡¿Es que no queda ni un cerebro en este país?!

La manecilla del reloj marcó las ocho en punto de la noche.

—Señoras y señores —dijo una voz procedente del receptor de radio, una voz de hombre, clara, sosegada, implacable, el tipo de voz que no se escuchaba en las ondas de radio en muchos años—, el señor Thompson no os hablará esta noche. Su tiempo acabó. Yo lo he usurpado. Ibais a oír un informe sobre la crisis mundial. Y eso es lo que vais a oír...

Tres gritos ahogados de reconocimiento saludaron la voz, pero nadie tuvo el poder de darse cuenta de ellos entre la algarabía de la multitud, que ya no hacía más que gritar. Uno fue un grito de triunfo; otro, de terror; el tercero, de desconcierto. Tres personas habían reconocido al orador: Dagny, el doctor Stadler, Eddie Willers. Nadie miró a Eddie Willers; pero Dagny y el doctor Stadler se miraron uno al otro. Ella vio que su cara estaba distorsionada por el terror más malvado que nadie soportaría presenciar nunca; él vio que ella lo sabía, y sintió que la forma en que ella lo miró fue como si el orador lo hubiese abofeteado.

—Durante doce años os habéis preguntado: ¿Quién es John Galt? Soy John Galt quien habla. Soy el hombre que ama su vida. Soy el hombre que no sacrifica su amor o sus valores. Soy el hombre que os ha privado de víctimas y que, de esa forma, ha destruido vuestro mundo; y si queréis saber por qué estáis pereciendo..., vosotros, que le teméis al conocimiento..., yo soy el hombre que ahora os lo va a decir...

El ingeniero jefe fue el único capaz de moverse; corrió hasta un televisor y bregó frenéticamente con sus mandos. Pero la pantalla siguió vacía; el orador había decidido no ser visto. Sólo su voz llenó las ondas de radio del país —del mundo, pensó el ingeniero jefe—, sonando como si estuviera hablando allí mismo, en esa habitación, no hablándole a un grupo, sino a un solo hombre; no era el tono de dirigirse a una asamblea, sino el tono de dirigirse a una mente.

—Habéis oído decir que ésta es una época de crisis moral. Lo has dicho tú mismo, en parte con miedo, en parte esperando que esas palabras carecieran de sentido. Habéis clamado que los pecados del hombre están destruyendo el mundo y habéis maldecido la naturaleza humana por resistirse a practicar las virtudes que exigíais. Como la virtud, para vosotros, consiste en sacrificio, habéis exigido más sacrificios tras cada

nuevo desastre. En nombre de un regreso a la moralidad, habéis sacrificado todas las maldades que considerabais la causa de vuestras desgracias. Habéis sacrificado la justicia a la piedad. Habéis sacrificado la independencia a la unidad. Habéis sacrificado la razón a la fe. Habéis sacrificado la riqueza a la necesidad. Habéis sacrificado la autoestima a la autonegación. Habéis sacrificado la felicidad al deber.

»Habéis destruido todo lo que considerabais malo, y habéis conseguido todo lo que considerabais bueno. ¿Por qué, entonces, os estremecéis horrorizados al ver el mundo a vuestro alrededor? Ese mundo no es el producto de vuestros pecados, es el producto y la imagen de vuestras virtudes. Es vuestro ideal moral hecho realidad en su total y absoluta perfección. Habéis luchado por él, habéis soñado con él, lo habéis deseado, y yo..., yo soy el hombre que os ha concedido vuestro deseo.

»Vuestro ideal tenía un enemigo implacable que vuestro código moral fue diseñado para destruir. He retirado a ese enemigo. Lo he apartado de vuestro camino y de vuestro alcance. He retirado la fuente de todos esos males que estabais sacrificando uno a uno. He puesto fin a vuestra batalla. He parado vuestro motor. He privado a vuestro mundo de la mente del hombre.

»¿Decís que los hombres no viven por la mente? He retirado a los que sí lo hacen. ¿Decís que la mente es impotente? He retirado a aquellos cuya mente no lo es. ¿Decís que hay valores mayores que la mente? He retirado a aquellos para quienes no los hay.

»Mientras arrastrabais a vuestros altares de sacrificio a los hombres de justicia, de independencia, de razón, de riqueza, de autoestima... yo os gané, llegué a ellos primero. Les conté la naturaleza del juego que practicabais y la naturaleza de ese código moral vuestro que ellos habían sido demasiado inocentes y generosos para comprender. Les mostré cómo vivir con otra moralidad: la mía. Es la mía la que decidieron seguir.

»Todos los hombres que han desaparecido, los hombres que odiabais y a quienes a la vez temíais perder, soy yo quien os los ha arrebatado. No intentéis hallarnos: no queremos ser hallados. No gritéis que es nuestro deber serviros, no reconocemos tal deber. No lloréis que nos necesitáis: no consideramos la necesidad una prerrogativa. No lloréis que os pertenecemos: no es así. No nos imploréis que regresemos. Estamos en huelga, nosotros, los hombres de la mente.

»Estamos en huelga contra la autoinmolación. Estamos en huelga contra el credo de recompensas inmerecidas y de deberes sin recompensa. Estamos en huelga contra el dogma de que buscar la propia felicidad es malo. Estamos en huelga contra la doctrina de que vida es culpa.

»Hay una diferencia entre nuestra huelga y todas las que habéis practicado durante siglos: nuestra huelga consiste, no en hacer demandas, sino en otorgarlas. Somos malvados, según vuestra moralidad; hemos decidido no perjudicaros más. Somos inútiles, según vuestra economía; hemos decidido no explotaros más. Somos peligrosos y debemos ser encadenados, según vuestra política; hemos decidido dejar de poneros en peligro, y no toleramos más las cadenas. Somos sólo una ilusión, según vuestra filosofía; hemos decidido no ofuscaros más y os hemos dejado libres para que enfrentéis la realidad, la realidad que anhelabais, el mundo como lo veis ahora, un mundo sin mente.

»Os hemos concedido todo lo que demandasteis de nosotros, nosotros que siempre fuimos los generosos pero sólo ahora lo hemos entendido. No tenemos demandas que presentaros, ni condiciones que negociar, ni tratos que alcanzar. No tenéis nada que ofrecernos. *No os necesitamos*.

»¿Estáis ahora gimoteando: “No, eso no era lo que queríais? ¿Un mundo sin mente y en ruinas no era vuestra meta? ¿No queríais que os abandonáramos?”. Ah, caníbales morales, yo sé que siempre habéis sabido qué era lo que queríais. Pero vuestro juego se acabó, porque *ahora* nosotros también lo sabemos.

»Durante siglos de plagas y calamidades provocadas por vuestro código de moralidad, habéis clamado que vuestro código había sido quebrantado, que las plagas eran el castigo por quebrantarlo, que los hombres eran demasiado débiles y demasiado egoístas como para derramar toda la sangre necesaria. Maldijisteis al hombre, maldijisteis la existencia, maldijisteis esta Tierra, pero nunca os atrevisteis a cuestionar vuestro código. Vuestras víctimas asumieron la culpa y continuaron luchando, con vuestras injurias como recompensa de su martirio, mientras seguíais clamando que vuestro código era noble pero la naturaleza humana no era lo suficientemente buena para practicarlo. Y nadie se alzó para hacer la pregunta: “¿Buena? ¿De acuerdo con qué estándar?”.

»Queríais saber la identidad de John Galt. Yo soy el hombre que ha hecho esa pregunta.

»Sí, ésta *es* una época de crisis moral. Sí, *estáis* siendo castigados por vuestra maldad. Pero no es el hombre quien ahora está siendo juzgado, y no será la naturaleza humana la responsable. Es vuestro código moral el que está acabado de una vez por todas. Vuestro código moral ha alcanzado su clímax, el callejón sin salida al final de su curso. Y si deseáis continuar viviendo, lo que ahora necesitáis no es *volver* a la moralidad..., vosotros, que nunca la habéis conocido, sino *descubrirla*.

»Los únicos conceptos de moralidad de los que habéis oído hablar son el místico o el social. Te han enseñado que la moralidad es un código de conducta que te imponen por capricho, el capricho de un poder sobrenatural o el capricho de la sociedad, para servir el propósito de Dios o el bienestar de tu prójimo, para complacer a una autoridad más allá de la tumba o en la casa de al lado, pero no para servir *tu* vida o tu placer. Tu placer, te han enseñado, has de encontrarlo en la inmoralidad, tus intereses estarían mejor servidos por el mal, y cualquier código moral debe ser diseñado, no *para* ti sino *contra* ti, no para perpetuar tu vida sino para desangrarla.

»Durante siglos, la batalla de la moralidad se ha desarrollado entre los que proclamaban que tu vida le pertenece a Dios y los que proclamaban que le pertenece a tus vecinos, entre los que predicaban que el bien es autosacrificio para provecho de fantasmas en el cielo y los que predicaban que el bien es autosacrificio para provecho de incompetentes en la Tierra. Y nadie vino a decirte que tu vida te pertenece a ti, y que el bien es vivirla.

»Ambos lados estaban de acuerdo en que la moralidad exige la abdicación de tu propio interés y de tu mente, que lo moral y lo práctico son opuestos, que la moralidad no es el ámbito de la razón sino el ámbito de la fe y la fuerza. Ambos lados estaban de acuerdo en que la moralidad racional no es posible, que no hay bien ni mal en la razón: que en la razón no hay razón para ser moral.

»No importa contra qué otras cosas lucharan, fue la mente del hombre contra la que todos tus moralistas se unieron. Fue la mente del hombre la que todos sus esquemas y sistemas estaban diseñados a despojar y destruir. Ahora escoge entre perecer o aprender que lo que va contra la mente va contra la vida.

»La mente del hombre es su herramienta básica de supervivencia. La vida se le da, la supervivencia no. Su cuerpo se le da, el sustento de éste no. Su mente se le da, el contenido de ésta no. Para seguir vivo, el hombre ha

de actuar, y, antes de poder actuar, tiene que conocer la naturaleza y el propósito de su acción. No puede obtener su alimento sin un conocimiento de lo que es alimento y de la forma de obtenerlo. No puede cavar una zanja o construir un ciclotrón sin tener conocimiento de su objetivo y de los medios para conseguirlo. Para permanecer vivo, tiene que pensar.

»Pero pensar es un acto de elección. La clave de lo que tan frívolamente llamáis "la naturaleza humana", el secreto a voces con el que vivís pero que teméis nombrar, es el hecho de que *el hombre es un ser de consciencia volitiva*. La razón no funciona automáticamente; pensar no es un proceso mecánico; las conexiones de lógica no se hacen por instinto. La función de tu estómago, de tus pulmones o de tu corazón es automática, la función de tu mente no lo es. En cualquier hora y circunstancia de tu vida eres libre de pensar o de evadir ese esfuerzo. Pero no eres libre de escapar de tu naturaleza, del hecho de que *la razón* es tu medio de supervivencia, así que, para *ti*, que eres un ser humano, la cuestión "ser o no ser" es la cuestión "pensar o no pensar".

»Un ser de consciencia volitiva no posee un curso automático de conducta. Necesita un código de valores que guíe sus acciones. "Valor" es lo que uno actúa para obtener y/o conservar, "virtud" es la acción por la cual uno lo obtiene y lo conserva. "Valor" presupone una respuesta a la pregunta: ¿de valor para quién y para qué? "Valor" presupone un estándar, un objetivo, y la necesidad de actuar frente a una alternativa. Donde no hay alternativas no hay valores posibles.

»Sólo hay una alternativa fundamental en el universo: la existencia o la no-existencia, y tiene que ver con una única clase de entidades: con organismos vivos. La existencia de la materia inanimada es incondicional, la existencia de la vida no lo es: depende de un curso específico de acción. La materia es indestructible, cambia sus formas pero no puede cesar de existir. Sólo un organismo vivo enfrenta una constante alternativa: la cuestión de vida o muerte. La vida es un proceso de acción autosustentada y autogenerada. Si un organismo fracasa en esa acción, muere; sus elementos químicos perduran, pero su vida abandona la existencia. Sólo el concepto de "Vida" hace posible el concepto de "Valor". Sólo para una entidad viva pueden las cosas ser buenas o malas.

»Una planta ha de alimentarse para poder vivir; la luz del sol, el agua, los elementos químicos que necesita son los valores que su naturaleza ha establecido para que lo logre; su vida es la norma, el estándar de valor que rige sus acciones. Pero una planta no tiene opción en cuanto a esa acción; hay alternativas en las condiciones que encuentra, pero no hay alternativa en su función: actúa automáticamente para prolongar su vida, no puede actuar en su propia destrucción.

»Un animal está equipado para sustentar su vida; sus sentidos le proporcionan un código automático de acción, un conocimiento automático de lo que es bueno o malo para él. No tiene el poder de extender su conocimiento ni de evadirlo. En circunstancias donde su conocimiento resulta inadecuado, perece. Pero, mientras siga vivo, actuará basado en su conocimiento, con seguridad automática y sin el poder de elección, incapaz de ignorar su propio bien, incapaz de decidir escoger el mal y actuar como su propio destructor.

»El hombre no tiene un código de supervivencia automático. Su diferencia específica respecto a todas las demás especies vivientes es la necesidad de actuar enfrentando alternativas por medio de una *elección volitiva*. No tiene un conocimiento automático de lo que es bueno o malo para él, de qué valores depende su vida, qué curso de acción requiere su vida. ¿Habláis entre dientes de un instinto de autopreservación? Un *instinto* de autopreservación es precisamente lo que el hombre no posee. Un "instinto" es una forma infalible y automática de conocimiento. Un deseo no es un instinto. El deseo de vivir no os da el conocimiento necesario para vivir. E incluso el deseo de vivir del hombre no es automático: vuestra secreta maldad hoy es que *ése* es el deseo que no albergáis. Vuestro miedo a la muerte no es amor a la vida, y no os dará el conocimiento necesario para conservarla. El hombre ha de obtener su conocimiento y elegir sus acciones a través de un proceso de pensamiento, el cual la naturaleza no le obligará a realizar. El hombre tiene el poder de actuar como su propio destructor..., y es así como ha actuado durante la mayor parte de su historia.

»Una entidad viva que considerase malvados sus medios de supervivencia no sobreviviría. Una planta que se esforzase por mutilar sus raíces o un pájaro que luchase por quebrar sus alas no permanecerían mucho tiempo en la existencia que estarían desafiando. Pero la historia del hombre ha sido una lucha por negar y destruir su mente.

»El hombre ha sido llamado un ser racional, pero la racionalidad es cuestión de elección, y la alternativa que su naturaleza le ofrece es: ser racional o ser un animal suicida. El hombre tiene que ser hombre..., por elección; tiene que mantener su vida como un valor..., por elección; tiene que aprender a sustentarla..., por elección; tiene que descubrir los valores que ella requiere y practicar sus virtudes..., por elección.

»Un código de valores aceptado por elección es un código de moralidad.

»Quienquiera que seas, tú que me estás oyendo, le hablo a lo que aún quede sin corromper en tu interior, a lo que quede de humano, a tu *mente*, y digo: *existe* una moralidad de la razón, una moralidad propia para el hombre, y la *vida del hombre* es su referencia, su estándar de valor.

»Todo lo que es apropiado para la vida de un ser racional es lo bueno; todo lo que la destruye es lo malo.

»La vida del hombre, como requiere su naturaleza, no es la vida de un salvaje insensato, de un rufián saqueador o de un místico gorrón, sino la vida de un ser pensante; no la vida por medio de fuerza o fraude, sino la vida por medio de logros; no la supervivencia a cualquier precio, pues sólo hay un precio que paga por la supervivencia del hombre: la razón.

»La vida del hombre es el *estándar* de moralidad, pero tu propia vida es tu *objetivo*. Si la existencia en la Tierra es tu objetivo, debes elegir tus acciones y valores de acuerdo con el estándar de lo que es apropiado para el hombre, a fin de preservar, enriquecer y disfrutar del irremplazable valor que es tu vida.

»Puesto que la vida requiere un curso específico de acción, cualquier otro curso la destruirá. Un ser que no considera su propia vida como el objetivo de sus acciones está actuando bajo el objetivo y el estándar de la *muerte*. Tal ser es una monstruosidad metafísica luchando por oponer, negar y contradecir el hecho de su propia existencia, corriendo ciegamente desenfrenado por un camino de destrucción, capaz sólo de dolor.

»La felicidad es el estado de éxito en la vida, el dolor es un agente de la muerte. La felicidad es ese estado de consciencia que procede de alcanzar los valores de uno. Una moralidad que se atreve a decirte que encuentres la felicidad renunciando a tu felicidad..., que valores el fracaso de tus valores, es una insolente negación de la moralidad. Una doctrina que te ofrece como ideal el papel de un animal expiatorio tratando de ser inmolado en los

altares de otros te está dando la *muerte* como tu estándar. Por la gracia de la realidad y la naturaleza de la vida, el hombre..., cada hombre, es un fin en sí mismo, existe por su propio beneficio, y alcanzar su felicidad es su más alto objetivo moral.

»Pero ni vida ni felicidad pueden obtenerse persiguiendo antojos irracionales. Así como el hombre es libre de intentar sobrevivir de cualquier manera, al azar, pero perecerá a menos que viva como su naturaleza requiere, también es libre de buscar su felicidad a través de cualquier fraude insensato, pero la tortura de la frustración es todo lo que hallará a menos que busque la felicidad que le es propia al hombre. El objetivo de la moralidad es enseñarte, no a sufrir y a morir, sino a disfrutar y a vivir.

»Quítate de encima a esos parásitos de aulas subvencionadas que viven de los beneficios de la mente de otros y proclaman que el hombre no necesita ni moralidad, ni valores, ni código de conducta. Ellos, que se hacen pasar por hombres de ciencia y afirman que el hombre es sólo un animal, ni siquiera le conceden la inclusión en la ley de la existencia como le han concedido al más insignificante de los insectos. Reconocen que cada especie viviente tiene un modo de supervivencia exigido por su naturaleza; no declaran que un pez pueda vivir fuera del agua o que un perro pueda vivir sin su sentido del olfato; pero el hombre, afirman, el más complejo de los seres, el hombre puede sobrevivir de cualquier manera, el hombre no tiene identidad, ni naturaleza, y no hay ninguna razón práctica por la que no pueda vivir con sus medios de supervivencia destruidos, con su mente coartada y colocada a disposición de las órdenes que a *ellos* se les ocurra dar.

»Quítate de encima a esos místicos consumidos por el odio que se hacen pasar por amigos de la humanidad y predican que la mayor virtud que el hombre puede practicar es considerar que su propia vida no tiene valor. ¿Te dicen que el objetivo de la moralidad es cohibir el instinto de autopreservación del hombre? Es justamente para la autopreservación para lo que el hombre necesita un código de moralidad. El único hombre que desea ser moral es el hombre que desea vivir.

»No, no tienes que vivir; es tu acto básico de elección; pero si eliges vivir, has de vivir como un hombre: por medio del trabajo y el criterio de tu mente.

»No, no tienes que vivir como un hombre; es un acto de elección moral. Pero no puedes vivir como nada más, y la alternativa es ese estado de muerte viviente que ahora ves dentro de ti y a tu alrededor, el estado de una cosa no apta para la existencia, que ya ni es humana y ni siquiera animal, una cosa que sólo conoce el dolor y se arrastra a lo largo de sus años en la agonía de una irreflexiva autodestrucción.

»No, no tienes que pensar; es un acto de elección moral. Pero alguien tuvo que pensar para mantenerte vivo; si eliges evadir, estás evadiendo la existencia y le pasas la cuenta a algún hombre moral, contando con que él sacrifique su bondad para permitir que tú sobrevivas por medio de tu maldad.

»No, no tienes que ser un hombre; pero, hoy, quienes lo son ya no están. He retirado vuestros medios de supervivencia: vuestras víctimas.

»Si queréis saber cómo lo he hecho y qué les dije para hacer que desertaran, lo estáis oyendo ahora. Les dije, en esencia, lo que estoy diciendo ahora. Eran hombres que habían vivido por mi código, pero que no se habían percatado de la gran virtud que eso representaba. Les abrí los ojos. No les proporcioné una reevaluación, sólo una identificación de sus valores.

»Nosotros, los hombres de la mente, estamos ahora en huelga contra vosotros en nombre de un único axioma que es la raíz de nuestro código moral, así como la raíz del vuestro es el deseo de escapar de él: el axioma de que *la existencia existe*.

»La existencia existe, y el acto de comprender esa afirmación implica dos axiomas corolarios: que algo existe que uno percibe, y que uno existe poseyendo consciencia, consciencia siendo la facultad de percibir lo que existe.

»Si nada existe no puede haber consciencia: una consciencia sin nada de lo que ser consciente es una contradicción. Una consciencia consciente sólo de ella misma es una contradicción: antes de poder identificarse como consciencia, tuvo que ser consciente de algo. Si lo que alegas percibir no existe, lo que posees no es consciencia.

»Sea cual sea el grado de tu conocimiento, estos dos, existencia y consciencia, son axiomas a los que no puedes escapar, esos dos son los puntos de partida irreducibles en cualquier acción que emprendas, en cualquier parte de tu conocimiento y en su totalidad, desde el primer rayo

de luz que percibes al inicio de tu vida hasta la más vasta erudición que puedas adquirir a su término. Conozcas la forma de una piedra o la estructura de un sistema solar, los axiomas siguen siendo los mismos: que *ello* existe y que tú lo *sabes*.

»Existir es ser algo, a distinguir de la nada, de la no-existencia; es ser una entidad de una naturaleza específica hecha de atributos específicos. Siglos atrás, el hombre que..., a pesar de sus errores, fue el mayor de vuestros filósofos, estableció la fórmula que define el concepto de existencia y la regla de todo conocimiento: *A es A*. Una cosa es ella misma. Nunca habéis comprendido el significado de esa afirmación. Yo estoy aquí para completarla: Existencia es Identidad, Consciencia es Identificación.

»Independientemente de lo que decidas considerar, sea un objeto, un atributo o una acción, la ley de identidad sigue siendo la misma. Una hoja no puede ser una piedra al mismo tiempo, no puede ser toda roja y toda verde al mismo tiempo, no puede congelarse y arder al mismo tiempo. A es A. O, si lo quieres expresado en un lenguaje más simple: “No puedes quedarte con tu pastel y comértelo al mismo tiempo”.

»¿Quieres saber lo que va mal en el mundo? Todos los desastres que han asolado a tu mundo proceden de la tentativa de tus líderes a evadir el hecho de que A es A. Toda la perversidad oculta que temes enfrentar dentro de ti y todo el sufrimiento que has padecido proceden de tu propio intento de evadir el hecho de que A es A. El objetivo de quienes te enseñaron a evadirlo fue hacerte olvidar que el Hombre es el Hombre.

»El hombre no puede sobrevivir a menos que lo haga adquiriendo conocimiento, y la razón es su único medio para adquirirlo. La razón es la facultad que percibe, identifica e integra el material provisto por sus sentidos. La tarea de sus sentidos es proporcionarle la evidencia de la existencia, pero la tarea de identificarla pertenece a su razón; sus sentidos le dicen sólo que algo *es*, pero *qué* es debe ser aprendido por su mente.

»Todo acto de pensar es un proceso de identificación y de integración. El hombre percibe una mancha de color; al integrar la evidencia de su vista y de su tacto, aprende a identificarla como un objeto sólido; aprende a identificar el objeto como una mesa; aprende que la mesa está hecha de madera; aprende que la madera está hecha de células, que las células están hechas de moléculas, que las moléculas están hechas de átomos. A través de todo este proceso, la tarea de su mente consiste en las respuestas a una

única pregunta: ¿*qué* es? Su medio para establecer la veracidad de sus respuestas es la lógica, y la lógica descansa sobre el axioma de que la existencia existe. La lógica es el arte de *identificación no-contradictoria*. Una contradicción no puede existir. Un átomo es él mismo, y lo mismo ocurre con el universo; ninguno de ellos puede contradecir su propia identidad, ni puede una parte contradecir el todo. Ningún concepto que el hombre forme es válido a menos que lo integre sin contradicción con la totalidad de su conocimiento. Llegar a una contradicción es confesar un error en el propio pensamiento; mantener una contradicción es abdicar de la propia mente y desterrarse a sí mismo del reino de la realidad.

»La realidad es lo que existe; lo irreal no existe; lo irreal es meramente esa negación de la existencia que es el contenido de una consciencia humana cuando intenta abandonar la razón. La verdad es el reconocimiento de la realidad; la razón..., el único medio de conocimiento del hombre, es su único estándar de la verdad.

»La frase más perversa que ahora puedes proferir es preguntar: ¿la razón *de quién*? La respuesta es: *la tuya*. No importa lo vasto o lo modesto que sea tu conocimiento, es tu propia mente la que tiene que adquirirlo. Es sólo con tu propio conocimiento con el que puedes tratar. Es sólo tu propio conocimiento el que puedes argüir poseer, o pedirles a otros que consideren. Tu mente es tu único juez de la verdad; y si otros disienten de tu veredicto, la realidad es el tribunal de apelación final. Nada más que la mente de un hombre puede realizar ese complejo, delicado y crucial proceso de identificación que es pensar. Nada puede guiar ese proceso sino su propio criterio. Nada puede guiar su criterio sino su integridad moral.

»A vosotros, que habláis de un “instinto moral” como si se tratara de algún don diferente y opuesto a la razón, os digo: la razón del hombre *es* su facultad moral. Un proceso de razón es un proceso de constante elección en respuesta a la pregunta: ¿verdadero o falso?, o ¿correcto o incorrecto? Una semilla tiene que ser plantada en la tierra para poder crecer: ¿correcto o incorrecto? La herida de un hombre tiene que ser desinfectada para salvar su vida: ¿correcto o incorrecto? La naturaleza de la electricidad atmosférica permite que sea convertida en energía cinética: ¿correcto o incorrecto? Son las respuestas a preguntas como ésas las que os dieron todo lo que tenéis, y las respuestas vinieron de la mente de un hombre, una mente de devoción intransigente a aquello que es lo *correcto*.

»Un proceso racional es un proceso *moral*. Puedes cometer un error en cualquiera de los pasos, sin nada que te proteja excepto tu propia severidad, o puedes intentar engañar, falsear la evidencia y evadir el esfuerzo de la misión; pero si la devoción a la verdad es la piedra angular de la moralidad, entonces no existe mayor, más noble y más heroica forma de devoción que el acto de un hombre asumiendo la responsabilidad de pensar.

»Eso que tú llamas alma o espíritu es tu consciencia, y lo que llamas "libre albedrío" es la libertad de tu mente de pensar o no, la única voluntad que tienes, tu única libertad, la elección que controla todas las otras elecciones que hagas y que determina tu vida y tu carácter.

»Pensar es la única virtud cardinal del hombre, de la cual todas las demás proceden. Y su único vicio, el origen de todos sus males, es ese acto innombrable que todos practicáis, pero que os afanáis en no admitir jamás: el acto de evadir, de dejar la mente en blanco, la suspensión deliberada de la propia consciencia, el negarse a pensar: no ceguera, sino rehusar ver; no ignorancia, sino rehusar conocer. Es el acto de desenfocar tu mente e inducir una niebla interna para escapar a la responsabilidad de juzgar, bajo la premisa implícita de que una cosa no existirá simplemente si te niegas a identificarla, que A no será A mientras tú no pronuncies el veredicto "*existe*". El no pensar es un acto de aniquilación, un deseo de negar la existencia, una tentativa de aniquilar la realidad. Pero la existencia existe; la realidad no puede ser destruida, ella simplemente destruirá al destruidor. Al rehusar decir "existe", estás rehusando decir: "Yo existo". Al suspender tu juicio, estás negando tu persona. Cuando un hombre dice "¿quién soy yo para saber?", está diciendo "¿quién soy yo para vivir?".

»Ésa, en cada hora y en cada asunto, es tu básica opción moral: pensar o no pensar, existencia o no-existencia, A o no-A, entidad o cero.

»En la medida en que un hombre es racional, la vida es la premisa que rige sus acciones. En la medida en que es irracional, la premisa que rige sus acciones es la muerte.

»A vosotros, que parloteáis que la moralidad es social y que el hombre no necesitaría moralidad en una isla desierta, os digo: es en una isla desierta donde más la necesitaría. Que imagine, cuando no hay víctimas para pagar por ello, que una roca es una casa, que la arena es ropa, que la comida le caerá en su boca sin causa ni esfuerzo, que recolectará una cosecha mañana si devora sus existencias de semillas hoy..., y la realidad lo aniquilará, como

se merece; la realidad le enseñará que la vida es un valor que hay que comprar, y que pensar es la única moneda lo suficientemente noble para comprarla.

»Si yo hablara vuestro tipo de lenguaje, diría que el único mandamiento moral del hombre es: “Pensarás”. Pero un “mandamiento moral” es una contradicción. Lo moral es lo escogido, no lo forzado; lo comprendido, no lo obedecido. Lo moral es lo racional, y la razón no acepta mandamientos.

»Mi moralidad, la moralidad de la razón, está contenida en un solo axioma: la existencia existe; y en una sola elección: vivir. El resto procede de éstos. Para vivir, el hombre debe postular tres cosas como los valores supremos y gobernantes de su vida: Razón, Objetivo, Autoestima. Razón, como su única herramienta de conocimiento; Objetivo, como su compromiso con la felicidad que esa herramienta debe proceder a alcanzar; Autoestima, como la inviolable certeza de que su mente es competente para pensar y su persona es digna de felicidad, o sea, digna de vivir. Estos tres valores implican y requieren todas las virtudes del hombre, y todas ellas tienen que ver con la relación entre existencia y consciencia: racionalidad, independencia, integridad, honestidad, justicia, productividad, orgullo.

»Racionalidad es reconocer este hecho: que la existencia existe, que nada puede alterar la verdad y nada puede tener precedente sobre ese acto de percibirla que es pensar; que la mente es el único juez de valores de cada uno y su única guía de acción; que la razón es un absoluto que no permite concesiones; que una concesión a lo irracional invalida la propia consciencia y convierte la tarea de percibir en la de falsear la realidad; que ese supuesto atajo al conocimiento que es la fe es sólo un cortocircuito destruyendo la mente; que el aceptar una invención mística es un deseo de aniquilar la existencia y que, propiamente, destruye la propia consciencia.

»Independencia es reconocer este hecho: que tuya es la responsabilidad de juzgar y nada puede ayudarte a eludirla; que ningún sustituto puede pensar por ti, igual que ningún suplente puede vivir tu vida; que la forma más vil de bajeza y autodestrucción es la subordinación de tu mente a la mente de otros, la aceptación de una autoridad sobre tu cerebro, la aceptación de sus afirmaciones como hechos, sus dictámenes como verdad, sus edictos como aquello que media entre tu consciencia y tu existencia.

»Integridad es reconocer este hecho: que no puedes falsear tu consciencia, así como honestidad es reconocer que no puedes falsear la existencia; que el hombre es una entidad indivisible, una unidad integrada de dos atributos: materia y consciencia, y que él no puede permitir una ruptura entre cuerpo y mente, entre acción y pensamiento, entre su vida y sus convicciones; que, como un juez impasible ante la opinión pública, no puede sacrificar sus convicciones a los deseos de otros, aunque sea toda la humanidad gritando súplicas o amenazas contra él; que valentía y confianza en sí mismo son necesidades prácticas, que valentía es la forma práctica de ser fiel a la existencia, de ser fiel a la verdad; y confianza en sí mismo es la forma práctica de ser fiel a la propia consciencia.

»Honestidad es reconocer este hecho: que lo irreal es irreal y no puede tener valor, que ni amor ni fama ni dinero son un valor si se obtienen por fraude; que la tentativa de ganar un valor engañando la mente de otros es un acto de elevar a tus víctimas a una posición por encima de la realidad, donde tú te conviertes en un peón de su ceguera, un esclavo de su falta de pensamiento y de sus evasiones, mientras que su inteligencia, su racionalidad, su capacidad de percepción se convierten en los enemigos que debes temer y eludir; que no te importa vivir como un dependiente, y, peor aún, como un dependiente de la estupidez de otros, o como un tonto cuya fuente de valores son los tontos a los que consigues atontar; que la honestidad no es un deber social ni un sacrificio por el bien de los otros, sino la virtud más profundamente egoísta que el hombre puede practicar: negarse a sacrificar la realidad de su propia existencia a la ofuscada consciencia de otros.

»Justicia es el reconocer este hecho: que no puedes falsear el carácter de los hombres, así como no puedes falsear el carácter de la naturaleza; que debes juzgar a todos los hombres tan conscientemente como juzgas a objetos inanimados, con el mismo respeto por la verdad, con la misma incorruptible visión, a través de un proceso de identificación igual de puro y *racional*; que cada hombre debe ser juzgado por lo que *es* y tratado en consecuencia, que igual que tú no pagas un precio más alto por un pedazo oxidado de chatarra que por un pedazo de metal pulido, tampoco valoras a un canalla más que a un héroe; que tu evaluación moral es la moneda que le paga a los hombres por sus virtudes o vicios, y ese pago exige de ti un honor tan escrupuloso como el que aplicas a tus transacciones financieras;

que rehusar tu desaprobación por los vicios de los hombres es un acto de falsificación moral, y rehusar tu admiración por sus virtudes es un acto de expropiación moral; que colocar cualquier otro estándar por encima de la justicia es devaluar tu moneda moral y defraudar lo bueno en favor de lo malo, pues solamente lo bueno puede perder cuando hay un desfalco de la justicia y solamente lo malo puede beneficiarse; y que el fondo de la fosa al final de ese camino, el acto de bancarrota moral, es castigar a los hombres por sus virtudes y recompensarles por sus vicios, que *ése* es el colapso de la depravación total, la misa negra de la adoración a la muerte, el dedicar tu consciencia a la destrucción de la existencia.

»Productividad es tu aceptación de la moralidad, es reconocer este hecho: que has elegido vivir; que el trabajo productivo es el proceso mediante el cual la consciencia del hombre controla su existencia, un proceso constante de adquirir conocimiento y transformar la materia para adecuarla a los fines de uno, de convertir una idea en forma física, de recrear la Tierra en la imagen de los valores de uno; que *todo* trabajo es trabajo creativo si está hecho por una mente pensante, y ningún trabajo es creativo si está hecho por un nadie que repite en indiscriminado estupor una rutina que ha aprendido de otros; que tu trabajo eres tú quien lo escoge, y la elección es tan amplia como tu mente, que nada más es posible para ti y nada menos es humano; que engañar para conseguir un trabajo mayor que el que tu mente puede manejar es convertirte en un macaco corroído por el miedo en movimientos prestados y tiempo prestado, y conformarte con un trabajo que requiere menos que la plena capacidad de tu mente es coartar tu motor y sentenciarte a ti mismo a otro tipo de movimiento: degeneración; que tu trabajo es el proceso de adquirir tus valores, y que perder tu ambición por valores es perder tu ambición por vivir; que tu cuerpo es una máquina, pero tu mente es su conductor, y debes conducir lo más lejos que tu mente te pueda llevar, con el logro como el objetivo de tu camino; que el hombre sin objetivos es una máquina que navega deslizándose colina abajo a merced de cualquier peñasco contra el que estrellarse en la primera cuneta que aparezca, que el hombre que achica su mente es una máquina parada oxidándose lentamente, que el hombre que le permite a un líder prescribir su curso es una chatarra siendo arrastrada al vertedero, y el hombre que hace de otro hombre su objetivo es un fardo que ningún conductor debería transportar; que tu trabajo es el objetivo de tu vida, y que debes acelerar

ante cualquier asesino que asuma el derecho a pararte, que cualquier otro valor que pudieras encontrar fuera de tu trabajo, cualquier otra lealtad o amor, pueden ser sólo otros viajeros con los que decides compartir tu viaje, y deben ser viajeros yendo por su propio impulso y en la misma dirección.

»Orgullo es reconocer este hecho: que tú mismo eres tu mayor valor y que, como todos los valores del hombre, ese valor ha de ser ganado; que de todos los logros posibles frente a ti, el que hace todos los otros posible es la creación de tu propio carácter; que tu carácter, tus acciones, tus deseos, tus emociones son productos de las premisas que mantienes en tu mente; que igual que el hombre debe producir los valores físicos que necesita para sustentar su vida, así también tiene que adquirir los valores de carácter que hacen que su vida valga la pena ser sustentada; que igual que el hombre es un ser de riqueza hecha por él mismo, así también él es un ser de alma hecha por él mismo; que vivir requiere un sentido del propio valor, pero el hombre, que no tiene valores automáticos, no tiene un sentido automático de autoestima y tiene que ganarla modelando su alma en la imagen de su ideal moral, en la imagen del Hombre, el ser racional que nace capaz de crear, pero que tiene que crear por elección; que la primera precondición de autoestima es ese radiante egoísmo del alma que desea lo mejor en todas las cosas, en valores de materia y de espíritu, un alma que busca por encima de todo alcanzar su propia perfección moral, valorando nada más alto que a ella misma, y que la prueba de haber alcanzado la autoestima es la convulsión de tu alma, en desprecio y rebelión, contra el papel de animal expiatorio, contra la vil impertinencia de cualquier credo que proponga inmolar el irremplazable valor que es tu consciencia y la incomparable gloria que es tu existencia a las ciegas evasiones y a la hedionda podredumbre de otros.

»¿Estás empezando a ver quién es John Galt? Yo soy el hombre que ha conseguido aquello por lo que no luchaste, aquello a lo que has renunciado, lo que has traicionado y corrompido, pero que fuiste incapaz de destruir totalmente y ahora escondes como tu culpable secreto, dedicando tu vida a pedirle perdón a cualquier caníbal profesional para que no se descubra que, en algún lugar dentro de ti, aún anhelas decir lo que yo estoy diciendo ahora para los oídos de toda la humanidad: estoy orgulloso de mi propio valor y del hecho de que deseo vivir.

»Este deseo..., que tú compartes, pero que reprimes como un mal, es el único remanente de lo bueno que hay en ti, pero es un deseo que uno debe aprender a merecer. Su propia felicidad es el único objetivo moral del hombre, pero sólo su propia virtud puede alcanzarlo. La virtud no es un fin en sí misma. La virtud no es su propia recompensa ni es pasto sacrificable para recompensar el mal. *La vida* es la recompensa de la virtud, y la felicidad es el objetivo y la recompensa de la vida.

»Igual que tu cuerpo tiene dos sensaciones fundamentales, placer y dolor, como señales de su bienestar o malestar, como barómetro de su alternativa básica, vida o muerte, así también tu consciencia tiene dos emociones fundamentales, alegría y sufrimiento, en respuesta a la misma alternativa. Tus emociones son estimativas de lo que mejora y prolonga tu vida o la amenaza, son calculadoras relámpago dándote el resumen de tus pérdidas o ganancias. No tienes opción en cuanto a tu capacidad de sentir que algo es bueno o malo para ti; pero, *qué* considerarás bueno o malo, qué te traerá alegría o dolor, qué amarás u odiarás, desearás o temerás..., depende de tu estándar de valor. Las emociones son inherentes a tu naturaleza, pero su contenido está determinado por tu mente. Tu capacidad emocional es un motor vacío, y tus valores son el combustible con el que tu mente lo llena. Si escoges una mezcla de contradicciones, ellas embozarán tu motor, corroerán tu transmisión y te destrozarán al primer intento de moverte con una máquina que tú, el conductor, has corrompido.

»Si mantienes lo irracional como tu estándar de valor y lo imposible como tu concepto de lo bueno, si anhelas recompensas que no te has ganado, una fortuna o un amor que no te mereces, una brecha en la ley de causalidad, un A que se convierte en no-A a tu antojo, si deseas lo opuesto a la existencia..., lo conseguirás. No te lamentes cuando lo consigas, diciendo que la vida es frustración y que la felicidad es imposible para el hombre; verifica tu combustible: te ha llevado adonde querías ir.

»La felicidad no se puede conseguir consintiendo en caprichos emocionales. Felicidad no es satisfacer cualquier deseo irracional en el que tú ciegamente intentes incurrir. La felicidad es un estado de alegría no-contradictoria, una alegría sin pena ni culpa, una alegría que no choca con ninguno de tus otros valores y no actúa para tu propia destrucción; no es la alegría de escapar de tu propia mente, sino de usar el máximo poder de tu mente; no es la alegría de falsear la realidad, sino de conseguir valores que

son reales; no la alegría de un borracho, sino la de un productor. La felicidad es posible solamente para un hombre racional, para el hombre que sólo quiere objetivos racionales, busca sólo valores racionales y encuentra su alegría solamente en acciones racionales.

»Del mismo modo que yo sustento mi vida, no a través de robos o limosnas sino a través de mi propio esfuerzo, tampoco busco derivar mi felicidad a través del perjuicio o del favor de otros, sino ganarla a través de mis propios logros. Del mismo modo que yo no considero el placer de otros como el objetivo de mi vida, tampoco considero mi placer como el objetivo de las vidas de otros. Del mismo modo que no hay contradicciones entre mis valores ni conflictos entre mis deseos, tampoco hay víctimas ni conflictos de intereses entre hombres racionales, entre hombres que no desean lo inmerecido ni se miran unos a otros con lujuria de caníbal, entre hombres que no hacen sacrificios ni los aceptan.

»El símbolo de todas las relaciones entre tales hombres, el símbolo moral del respeto por seres humanos, es *el comerciante*. Nosotros, que vivimos por valores, no por saqueo, somos comerciantes tanto en materia como en espíritu. Un comerciante es un hombre que gana lo que consigue y no da ni toma lo que no merece. Un comerciante no pide que le paguen por sus fracasos ni pide ser amado por sus defectos. Un comerciante no derrocha su cuerpo como si fuera forraje, ni su alma como si fuera una limosna. Igual que él no entrega su trabajo excepto a cambio de valores materiales, tampoco entrega los valores de su espíritu —su amor, su amistad, su estima— excepto en pago y a cambio de virtudes humanas, en pago por su propio placer egoísta, el cual recibe de los hombres que respeta. Los parásitos místicos, que a través de los tiempos han vilipendiado a los comerciantes y los han despreciado mientras honraban a los mendigos y a los saqueadores, han sabido el motivo secreto de sus burlas: el comerciante es la entidad a la que temen, el hombre de justicia.

»¿Me preguntáis qué obligación moral le debo a mis prójimos? Ninguna, excepto la obligación que me debo a mí mismo, que le debo a los objetos materiales y a toda la existencia: racionalidad. Trato con los hombres como mi naturaleza y la suya exige: por medio de la razón. No busco ni deseo nada de ellos excepto tales relaciones en las que ellos quieran entrar por su propia elección voluntaria. Es sólo con su mente con la que puedo tratar, y sólo para mi propio interés, cuando ellos ven que mi

interés coincide con el suyo. Cuando no lo ven, no entro en la relación; dejo que los que disienten prosigan su camino, y yo no me aparto del mío. Yo gano solamente por medio de la lógica y me rindo solamente a la lógica. No rindo mi razón, ni trato con hombres que rinden la suya. No tengo nada que ganar de imbéciles o de cobardes; no tengo ganancias que buscar en los vicios humanos: estupidez, deshonestidad o miedo. El único valor que los hombres pueden ofrecerme es el trabajo de su mente. Cuando estoy en desacuerdo con un hombre racional, dejo que la realidad sea nuestro árbitro final; si yo tengo razón, él aprenderá; si estoy equivocado, yo aprenderé; uno de nosotros ganará, pero ambos nos beneficiaremos.

»Sea lo que sea que esté abierto a desacuerdo, hay un acto de maldad que no puede estarlo, el acto que ningún hombre puede cometer contra otros y que ningún hombre puede sancionar o perdonar. Mientras los hombres deseen vivir juntos, ningún hombre puede *iniciar*..., ¿me oís?, ningún hombre puede *empezar*..., el uso de la fuerza física contra otros.

»Interponer la amenaza de destrucción física entre un hombre y su percepción de la realidad es negar y paralizar sus medios de supervivencia; forzarlo a actuar contra su propio juicio es como forzarlo a actuar contra su propia vista. Aquel que, cualquiera que sea su objetivo o su intención, inicie el uso de la fuerza es un asesino actuando en la premisa de la muerte de un modo que va más allá del asesinato: la premisa de destruir la capacidad del hombre para vivir.

»No abras la boca para decirme que tu mente te ha convencido de tu derecho a forzar mi mente. Fuerza y mente son opuestas; la moralidad termina donde empieza una pistola. Cuando declaras que los hombres son animales irracionales y propones tratarlos como tal, estás con ello definiendo tu propio carácter, y ya no puedes exigir más la aprobación de la razón, como no puede exigirla nadie que esté a favor de contradicciones. No puede ser correcto el “derecho” a destruir la fuente de los derechos, el único medio de juzgar lo correcto y lo incorrecto..., la mente.

»Forzar a un hombre a ignorar su propia mente y a aceptar tu voluntad como sustituto, con un arma en vez de un silogismo, con terror en vez de pruebas, con la muerte como el argumento definitivo..., es un intento de existir desafiando la realidad. La realidad le exige al hombre que actúe por su propio interés racional; tu arma exige que actúe contra él. La realidad amenaza a un hombre con la muerte si no actúa basándose en su juicio

racional; tú le amenazas con la muerte si lo hace. Lo colocas en un mundo donde el precio de su vida es la sumisión de todas las virtudes requeridas para la vida, y la muerte por un proceso de gradual destrucción es todo lo que tú y tu sistema conseguiréis si a la muerte se le permite ser el poder que rige, el argumento decisivo en una sociedad de hombres.

»Sea un asaltante que encara a un viajero con el ultimátum "la bolsa o la vida" o un político que encara a un país con el ultimátum "la educación de tus hijos o tu vida", el significado de ese ultimátum es: "Tu mente o tu vida"..., y ninguna de ellas le es posible al hombre sin la otra.

»Si existen grados de maldad, es difícil decir quién es más detestable: el salvaje que asume el derecho a forzar la mente de otros o el degenerado moral que le otorga a otros el derecho a forzar la suya. *Ése* es el absoluto moral que no está abierto a debate. Yo no les concedo las condiciones de razón a los hombres que proponen privarme de la razón. No entro en discusiones con vecinos que piensan que pueden prohibirme pensar. No le doy mi aprobación moral al deseo de un asesino de matarme. Cuando un hombre intenta tratar conmigo por la fuerza, le respondo... por la fuerza.

»Sólo como represalia puede la fuerza ser usada, y sólo contra el hombre que inicia su uso. No, no estoy compartiendo su maldad o rebajándome a su concepto de moralidad; simplemente le estoy concediendo lo que eligió, la destrucción, la única destrucción que él tenía derecho a elegir: la suya. Él utiliza la fuerza para apoderarse de un valor; yo la uso sólo para destruir la destrucción. Un salteador busca ganar riqueza matándome; yo no me hago más rico matando a un salteador. Yo no busco valores a través del mal, ni rindo mis valores al mal.

»En nombre de todos los productores que os mantuvieron vivos y recibieron vuestro constante ultimátum de muerte como pago, yo os respondo ahora con mi propio y único ultimátum: nuestro trabajo o vuestras armas. Podéis escoger uno de ellos; no podéis tener los dos. Nosotros no iniciamos el uso de la fuerza contra otros ni nos sometemos a la fuerza a manos de otros. Si deseáis alguna vez vivir de nuevo en una sociedad industrial, lo será bajo *nuestras* condiciones morales. Nuestras condiciones y nuestro poder de motivación son la antítesis de los vuestros. Vosotros habéis usado el miedo como vuestra arma y le habéis acarreado la muerte al hombre como su castigo por rechazar vuestra moralidad. Nosotros le ofrecemos la vida como su recompensa por aceptar la nuestra.

»Vosotros, los adoradores del cero, vosotros nunca habéis descubierto que lograr la vida no equivale a evitar la muerte. Alegría no es “ausencia de dolor”, inteligencia no es “ausencia de estupidez”, luz no es “ausencia de oscuridad”, una entidad no es “la ausencia de una no-entidad”. Construir no se hace absteniéndose de demoler; siglos de quedarse sentados esperando en abstinencia no levantarán ni una sola viga para que os abstengáis de demolerla, y ahora ya no podéis decirme a mí, el constructor: “Produce, y aliméntanos a cambio de que nosotros *no* destruyamos tu producción”. Estoy respondiendo en nombre de todas vuestras víctimas: pereced con y dentro de vuestro propio vacío. La existencia no es una negación de negativos. Maldad, no valor, es una ausencia y una negación; el mal es impotente y no tiene más poder que el que le permitimos que tenga para extorsionarnos. Pereced, porque os habéis dado cuenta de que un cero no puede tener una hipoteca sobre la vida.

»Vosotros buscáis escapar del dolor. Nosotros buscamos alcanzar la felicidad. Vosotros existís para evitar castigos. Nosotros existimos para ganar recompensas. Las amenazas no nos harán funcionar, el miedo no es nuestro incentivo. No es la muerte la que queremos evitar, sino la vida la que queremos vivir.

»Vosotros, que habéis perdido el concepto de la diferencia, vosotros que clamáis que miedo y alegría son incentivos de igual poder..., y que secretamente añadís que el miedo es más “práctico”, vosotros no deseáis vivir, y sólo el miedo a la muerte os mantiene en la existencia que habéis maldecido. Os revolcáis en pánico por la farsa de vuestros días, buscando la salida que habéis cerrado, huyendo de un perseguidor que no osáis nombrar para caer en un terror que no osáis reconocer, y cuanto mayor vuestro terror, mayor vuestro miedo del único acto que podría salvaros: pensar. El propósito de vuestra lucha es no conocer, no comprender ni nombrar ni escuchar aquello que ahora voy a decir para que todos lo oigan: que la vuestra es la Moralidad de la Muerte.

»La muerte es el estándar de tus valores, la muerte es tu fin escogido, y tienes que seguir corriendo, pues no hay escapatoria del perseguidor que está dispuesto a destruirte ni del conocimiento de que el perseguidor eres tú mismo. Deja ya de correr, de una vez por todas..., no hay cómo escapar, y quédate ahí desnudo, como temes quedarte pero como yo te veo, y mira lo que te has atrevido a llamar un código moral.

»Condenación es el principio de tu moralidad; destrucción es su objetivo, su medio y su fin. Tu código empieza condenando al hombre como malo, para luego exigir que practique un bien definido como imposible para que él lo practique. Exige, como la primera demostración de virtud del hombre, que acepte su propia depravación sin pruebas. Exige que él empiece, no con un estándar de valor, sino con un estándar de maldad que es él mismo, a través del cual él tiene entonces que definir lo bueno: lo bueno es aquello que él no es.

»No importa quién acabe siendo el beneficiario de la gloria a la que renuncia y de su alma atormentada, un Dios místico con algún designio incomprensible o cualquier transeúnte cuyas llagas ulceradas se exhiban como algún tipo de demanda inexplicable sobre él; no importa, lo bueno no es algo que él pueda entender, su deber es arrastrarse durante años de penitencia, purgando la culpa de su existencia ante cualquier recaudador callejero de deudas ininteligibles, su único concepto de valor es un cero: lo bueno es aquello que es no-hombre.

»El nombre de ese absurdo monstruoso es el Pecado Original.

»Un pecado sin voluntad es una bofetada a la moralidad y una insolente contradicción: lo que está fuera de la posibilidad de elección está fuera del ámbito de la moralidad. Si el hombre es malo de nacimiento, no tiene voluntad ni poder para cambiar; si no tiene voluntad, no puede ser bueno ni malo; un robot es amoral. Mantener como pecado del hombre un hecho fuera de su esfera de elección es una burla a la moralidad. Mantener la naturaleza del hombre como su pecado es una burla a la naturaleza. Castigarlo por un crimen que cometió antes de nacer es una burla a la justicia. Declararlo culpable en un tema donde no existe la inocencia es una burla a la razón. Destruir la moralidad, la naturaleza, la justicia y la razón a través de un único concepto es una hazaña de maldad difícil de igualar. Sin embargo, *ésa* es la raíz de vuestro código.

»No os escondáis tras la cobarde evasión de que el hombre nace con libre albedrío pero con una “tendencia” al mal. Un libre albedrío ensillado con una tendencia es como un juego con dados cargados. Obliga al hombre a luchar y a esforzarse en jugar, a asumir la responsabilidad y pagar por el juego, pero la decisión está inclinada a favor de una tendencia de la que él

no tiene el poder de escapar. Si la tendencia es de su elección, entonces no puede poseerla al nacer; si no es de su elección, entonces su albedrío no es libre.

»¿Cuál es la naturaleza de la culpa que tus maestros llaman su pecado original? ¿Cuáles son los males que el hombre adquirió cuando cayó del estado que ellos consideran perfección? Su mito declara que comió del fruto del árbol del conocimiento: adquirió una mente y se convirtió en un ser racional. Era el conocimiento del bien y del mal: se convirtió en un ser moral. Fue sentenciado a ganar el pan con su trabajo: se convirtió en un ser productivo. Fue sentenciado a sentir deseo: adquirió la capacidad del goce sexual. Los males por los que le condenan son la razón, la moralidad, la creatividad, la alegría..., todos los valores cardinales de su existencia. No son los vicios del hombre los que el mito de su caída trata de explicar y condenar, no son los errores del hombre por los que ellos le consideran culpable, sino la esencia de su naturaleza como hombre. Fuese lo que fuese, aquel robot en el Jardín del Edén..., que existía sin mente, sin valores, sin trabajo, sin amor, no era un hombre.

»La caída del hombre, según tus maestros, fue que consiguió las virtudes necesarias para vivir. Estas virtudes, según el estándar de ellos, son su pecado. Su maldad, ellos denuncian, es ser hombre. Su culpa, ellos denuncian, es que vive.

»Ellos lo llaman una moralidad de misericordia y una doctrina de amor al hombre.

»No, dicen, ellos no están predicando que el hombre es malo, lo malo es solamente ese objeto extraño: su cuerpo. No, dicen, ellos no quieren matarlo, sólo quieren hacerle perder su cuerpo. Ellos buscan ayudarle, dicen, contra su dolor, y señalan el potro de tortura al que le han atado, el potro con dos ruedas tirando de él en direcciones opuestas, el potro de la doctrina que divide su alma y su cuerpo.

»Han cortado al hombre en dos, enfrentando una mitad contra la otra. Le han enseñado que su cuerpo y su consciencia son dos enemigos enzarzados en un conflicto mortal, dos antagonistas de naturalezas opuestas, demandas contradictorias y necesidades incompatibles; que beneficiar a uno es perjudicar al otro, que su alma pertenece a un reino sobrenatural pero su cuerpo es una prisión malvada que lo mantiene esclavo de esta Tierra, y que

el bien consiste en derrotar su cuerpo, pulverizarlo a través de años de paciente lucha, cavando su camino hacia ese glorioso escape de prisión que conduce a la libertad de la tumba.

»Le han enseñado al hombre que él es un inepto desahuciado compuesto de dos elementos, ambos símbolos de la muerte. Un cuerpo sin alma es un cadáver, un alma sin cuerpo es un fantasma; pero ésa es su imagen de la naturaleza del hombre: una batalla campal entre un cadáver y un fantasma, un cadáver dotado de algún tipo de malvada voluntad propia y un fantasma dotado con el conocimiento de que todo lo conocido por el hombre no existe, sólo lo desconocido existe.

»¿Os dais cuenta de qué facultad humana esa doctrina fue concebida para ignorar? Fue la mente del hombre la que tuvo que ser negada para poder descuartizarlo. Una vez que él concedió la razón, quedó a merced de dos monstruos a los cuales no podía ni comprender ni controlar: un cuerpo movido por instintos incontrolables y un alma movida por revelaciones místicas, se quedó como la indolente y devastada víctima de una batalla entre un robot y un dictáfono.

»Y, mientras ahora se arrastra por las ruinas, tanteando ciegamente por una forma de vivir, vuestros maestros le ofrecen la ayuda de una moralidad que proclama que él no encontrará ninguna solución y que no debe buscar realzarse en la Tierra. La verdadera existencia, le dicen, es la que él no puede percibir, la verdadera consciencia es la facultad de percibir lo no-existente; y si él es incapaz de entenderlo, *ésa* es la prueba de que su existencia es malvada, y su consciencia, impotente.

»Como productos de la separación entre el alma y el cuerpo del hombre, surgieron dos tipos de maestros de la Moralidad de la Muerte: los místicos del espíritu y los místicos del músculo, a quienes llamáis los espiritualistas y los materialistas, los que creen en consciencia sin existencia y los que creen en existencia sin consciencia. Ambos demandan la sumisión de tu mente, el uno a sus revelaciones, el otro a sus reflejos. Sin importar cuánto se afanen en los papeles de antagonistas irreconciliables, sus códigos morales son idénticos, y así lo son también sus objetivos: en materia, la esclavitud del cuerpo del hombre; en espíritu, la destrucción de su mente.

»El bien, dicen los místicos del espíritu, es Dios, un ser cuya única definición es que está más allá de la capacidad del hombre de concebir, una definición que invalida la consciencia del hombre y anula sus conceptos de

existencia. El bien, dicen los místicos del músculo, es la Sociedad, una cosa que ellos definen como un organismo que no posee forma física, un ser superior encarnado en nadie en particular y en todos en general, excepto en ti. La mente del hombre, dicen los místicos del espíritu, debe estar subordinada a la voluntad de Dios. La mente del hombre, dicen los místicos del músculo, debe estar subordinada a la voluntad de la Sociedad. El estándar de valor del hombre, dicen los místicos del espíritu, es el placer de Dios, cuyos estándares están más allá del poder de comprensión del hombre y deben ser aceptados por fe. El estándar de valor del hombre, dicen los místicos del músculo, es el placer de la Sociedad, cuyos estándares están más allá del derecho a juzgar del hombre y deben ser obedecidos como un absoluto primario. El objetivo de la vida del hombre, dicen ambos, es convertirse en un erpento delirante, sirviendo un objetivo que él no conoce, por razones que no debe cuestionar. Su recompensa, dicen los místicos del espíritu, le será dada en la ultratumba. Su recompensa, dicen los místicos del músculo, le será dada en la Tierra..., a sus tataranietos.

»El *egoísmo*, dicen ambos, es el mal del hombre. El bien del hombre, dicen ambos, es abandonar sus deseos personales, negarse a sí mismo, renunciar a sí mismo, entregarse; el bien del hombre es negar la vida que vive. El *sacrificio*, vociferan ambos, es la esencia de la moralidad, la mayor virtud al alcance del hombre.

»Quien esté en este momento al alcance de mi voz, quienquiera que sea el hombre víctima, no el hombre asesino, estoy hablando en el lecho de muerte de tu mente, al borde de esa oscuridad en la que te estás ahogando, y si aún tienes dentro de ti el poder de luchar para aferrarte a esos débiles chispazos que ya fuiste alguna vez, úsalo ahora. La palabra que te ha destruido es "*sacrificio*". Emplea lo último de tus fuerzas en entender su significado. Aún estás vivo. Aún tienes una oportunidad.

»"Sacrificio" no quiere decir rechazar lo inservible, sino lo precioso. "Sacrificio" no significa el rechazo del mal en beneficio del bien, sino del bien en beneficio del mal. "Sacrificio" es ceder aquello que valoras en favor de lo que no valoras.

»Si cambias un centavo por un dólar, eso *no* es un sacrificio; si cambias un dólar por un centavo, sí lo *es*. Si consigues la carrera que querías, tras años de esfuerzo, eso *no* es un sacrificio; si después renuncias a

ella por el bien de un rival, sí lo *es*. Si tienes una botella de leche y se la das a tu hijo hambriento, eso *no* es un sacrificio; si se la das al hijo de tu vecino y dejas al tuyo morir, sí lo *es*.

»Si das dinero para ayudar a un amigo, *no* es un sacrificio; si se lo das a un extraño indigno, sí lo *es*. Si le das a tu amigo una cantidad de dinero que puedes permitirte darle, *no* es un sacrificio; si le das dinero a costa de tener tú que pasar estrecheces, es sólo una virtud parcial, según ese tipo de estándar moral; si le das dinero a costa de entrar tú en una situación de desastre, *ésa* es la virtud del sacrificio al máximo.

»Si renuncias a todos tus deseos personales y dedicas la vida a tus seres queridos, no alcanzas toda la virtud: aún retienes un valor tuyo propio, que es tu amor. Si dedicas tu vida a extraños al azar, es un acto de mayor virtud. Si dedicas tu vida a servir a los hombres que odias, *ésa* es la mayor de las virtudes que puedes practicar.

»Un sacrificio es la sumisión de un valor. Un sacrificio completo es la completa sumisión de todos los valores. Si quieres alcanzar la virtud total, no debes buscar ninguna gratitud a cambio de tu sacrificio, ni adulación, ni amor, ni admiración, ni autoestima, ni siquiera el orgullo de ser virtuoso; la menor traza de cualquier beneficio diluye tu virtud. Si persigues un curso de acción que no mancha tu vida con ninguna alegría, que no te aporta ningún valor en materia, ningún valor en espíritu, ninguna ganancia, ningún beneficio, ninguna recompensa..., si alcanzas ese estado de cero absoluto, entonces has alcanzado el ideal de perfección moral.

»Te dicen que la perfección moral es imposible para el hombre; y, según ese criterio, lo es. No puedes alcanzarla mientras estés vivo, pero el valor de tu vida y de tu persona se mide por cuánto consigas aproximarte a ese cero ideal que es la *muerte*.

»Si empiezas, sin embargo, como un desapasionado nadie, como un vegetal buscando ser comido, sin valores que rechazar ni deseos a los que renunciar, no ganarás la corona del sacrificio. No es un sacrificio renunciar a lo que no se desea. No es un sacrificio dar tu vida por los demás si la muerte es tu aspiración personal. Para alcanzar la virtud del sacrificio debes querer vivir, debes amar, debes arder con pasión por este mundo y por todo el esplendor que puede darte, debes sentir cómo se retuerce cada cuchillo

mientras desuella tus deseos fuera de tu alcance y desangra el amor de tu cuerpo. No es sólo la muerte lo que la moralidad del sacrificio te presenta como un ideal, sino la muerte por tortura lenta.

»No me recuerdes que eso sólo se aplica a esta vida en la Tierra. No me importa ninguna otra. Y a ti tampoco.

»Si quieres salvar lo que te queda de dignidad, no digas que tus mejores acciones son un "sacrificio": ese vocablo te cualifica como inmoral. Si una madre compra alimento para su hijo hambriento en vez de un sombrero para ella misma, *no* es un sacrificio: ella valora más al hijo que al sombrero; pero es un sacrificio para el tipo de madre cuyo mayor valor es el sombrero, quien preferiría que su hijo muriera de hambre y lo alimenta solamente por un sentido del deber. Si un hombre muere luchando por su libertad, *no* es un sacrificio: él no está dispuesto a vivir como esclavo; pero *es* un sacrificio para el tipo de hombre que sí lo está. Si un hombre se rehúsa a vender sus convicciones, *no* es un sacrificio, a menos que sea el tipo de hombre que no tiene convicciones.

»El sacrificio sería apropiado sólo para los que no tienen nada que sacrificar, ni valores, ni criterios, ni juicio..., para aquellos cuyos deseos son caprichos irracionales, ciegamente concebidos y frívolamente cedidos. Para un hombre de talla moral, cuyos deseos nacen de valores racionales, sacrificio es inmolar lo correcto a lo incorrecto, lo bueno a lo malo.

»El credo del sacrificio es una moralidad para el inmoral, una moralidad que declara su propia bancarrota al confesar que ella no puede proporcionarles a los hombres ningún interés personal en virtudes o valores, y que sus almas son sumideros de depravación, que ellos tienen que aprender a sacrificar. Por su propia confesión, es impotente para enseñarles a los hombres a ser buenos y sólo puede someterlos a castigo constante.

»¿Estás pensando, en velado estupor, que son sólo valores *materiales* los que tu moralidad requiere que sacrifiques? ¿Y *qué* crees que son valores materiales? La materia no tiene valor excepto como un medio para la satisfacción de los deseos humanos. La materia es solamente una herramienta para los valores humanos. ¿Al servicio de qué te están pidiendo que pongas las herramientas materiales que tu virtud ha producido? Al servicio de aquello que *tú* consideras malo: de un principio que tú no compartes, de una persona que tú no respetas, de un objetivo opuesto al tuyo; si no, tu regalo *no* es un sacrificio.

»Tu moralidad te dice que renuncies al mundo material y que divorcies tus valores de la materia. Un hombre a cuyos valores no se les da expresión en forma material, cuya existencia no está relacionada a sus ideales, cuyas acciones contradicen sus convicciones, es un hipócrita despreciable; sin embargo, *ése* es el hombre que acata tu moralidad y divorcia sus valores de la materia. El hombre que ama a una mujer pero duerme con otra; el hombre que admira el talento de un trabajador pero contrata a otro; el hombre que considera que una causa es justa pero da su dinero para soportar otra; el hombre que tiene un alto nivel de destreza pero dedica su esfuerzo a producir basura..., *ésos* son los hombres que han renunciado a la materia, los hombres que creen que los valores de su espíritu no pueden ser convertidos en realidad material.

»¿Dices que es al espíritu a lo que tales hombres han renunciado? Sí, desde luego. No puedes tener uno sin el otro. Eres una entidad indivisible de materia y consciencia. Renuncia a tu consciencia y te conviertes en un salvaje. Renuncia a tu cuerpo y te conviertes en un impostor. Renuncia al mundo material y se lo estás entregando al mal.

»Y *ése* es precisamente el objetivo de tu moralidad, el deber que tu código exige de ti. Entrégate a lo que no disfrutas, sirve a lo que no admiras, sométete a lo que consideras malo; entrega tu mundo a los valores de otros, niega, rechaza, renúnciate a *ti mismo*. Tú mismo eres tu *mente*; renuncia a ella y te conviertes en un pedazo de carne lista para ser engullida por cualquier caníbal.

»Es tu *mente* lo que ellos quieren que entregues, todos los que predican el credo del sacrificio, sean cuales sean sus postulados o sus motivos, te prometan otra vida en el cielo o un estómago lleno en esta Tierra. Ellos empiezan diciendo: “Es egoísta perseguir tus propios deseos, debes sacrificarlos a los deseos de otros”. Y esos mismos acaban diciendo: “Es egoísta mantener tus propias convicciones, debes sacrificarlas a las convicciones de otros”.

»Esto es cierto: la más *egoísta* de todas las cosas es la mente independiente que no reconoce ninguna autoridad por encima de sí misma y ningún valor por encima de su discernimiento de la verdad. Te están pidiendo que sacrifiques tu integridad intelectual, tu lógica, tu razón, tu estándar de la verdad..., para convertirte en una prostituta cuyo estándar es el mayor bien para el mayor número.

»Si buscas en tu código una orientación, una respuesta a la pregunta "¿qué *es* el bien?", la única respuesta que hallarás es "*el bien de los otros*". El bien es cualquier cosa que los otros quieran, cualquier cosa que tú sientas que ellos sienten que quieren, o cualquier cosa que tú sientas que ellos deberían sentir. "El bien de los otros" es una fórmula mágica que transforma cualquier cosa en oro, una fórmula a ser recitada como una garantía de gloria moral y como un fumigador para cualquier acción, hasta para el exterminio de todo un continente. Tu estándar de virtud no es un objeto, ni un acto, ni un principio, sino una *intención*. No necesitas pruebas, ni razones, ni éxito, no necesitas ni siquiera alcanzar *de hecho* el bien de los otros; lo único que necesitas saber es que tu motivo era el bien de los otros, *no* el tuyo propio. Tu definición de lo bueno es una negación: lo bueno es lo "no-bueno para mí".

»Tu código, que se jacta de poseer valores morales eternos, absolutos, objetivos, y repudia lo condicional, lo relativo y lo subjetivo..., tu código imparte, como su versión de lo absoluto, la siguiente regla de conducta moral: si *tú* lo deseas, es malo; si otros lo desean, es bueno; si el motivo de tu acción es *tu* propio bienestar, no lo hagas; si el motivo es el bienestar de otros, entonces cualquier cosa vale.

»Así como esa moralidad de doble filo y doble estándar te parte por la mitad, también parte a la humanidad en dos campos hostiles: uno eres *tú*, el otro es todo el resto de la humanidad. *Tú* eres el único proscrito que no tiene derecho a desear o a vivir. *Tú* eres el único siervo, el resto son capataces; *tú* eres el único que da, el resto son los que toman; *tú* eres el eterno deudor, el resto son los acreedores que nunca pueden ser pagados. No debes cuestionar su derecho a tu sacrificio, o la naturaleza de sus deseos y de sus necesidades: el derecho de ellos se les confiere a través de una negación, por el hecho de que ellos son "no-tú".

»Para aquellos de entre vosotros que podríais haceros preguntas, vuestro código dispone de un premio de consolación y una mina oculta: es por tu propia felicidad, dice, por lo que debes servir la felicidad de los otros, la única forma de alcanzar tu alegría es entregársela a los otros, la única forma de alcanzar tu prosperidad es cediendo tu riqueza a los otros, la única forma de proteger tu vida es proteger a todos los hombres excepto a ti mismo, y si no encuentras alegría en ese procedimiento, es tu propia culpa y

la prueba de tu maldad: si fueras bueno, encontrarías tu felicidad en proveer un banquete para los otros, y tu dignidad en sobrevivir con las migajas que *ellos* se dignaran arrojarte.

»Tú, que no tienes estándar de autoestima, aceptas la culpa y no te atreves a hacer las preguntas. Pero tú sabes la respuesta que no admites, negándote a reconocer lo que ves, la premisa oculta que mueve vuestro mundo. Tú lo sabes, no en una enunciación honesta, sino en forma de una oscura desazón dentro de ti, mientras fluctúas entre engañar sintiéndote culpable y practicar a regañadientes un principio demasiado malvado para nombrar.

»Yo, que no acepto lo inmerecido ni en valores ni en *culpa*, estoy aquí para hacer las preguntas que habéis evadido. ¿Por qué es moral servir la felicidad ajena, pero no la tuya propia? Si disfrutar es un valor, ¿por qué es moral cuando es experimentado por otros, pero inmoral cuando es experimentado por ti? Si la sensación de comer un pastel es un valor, ¿por qué es una complacencia inmoral en tu estómago, pero un objetivo moral para ti el que lo logres en el estómago de otros? ¿Por qué es inmoral para ti el desear, pero moral el que otros lo hagan? ¿Por qué es inmoral producir un valor y quedárselo, pero moral darlo? Y si no es moral el que tú te quedes con un valor, ¿por qué es moral que los otros lo acepten? Si eres desinteresado y virtuoso cuando lo das, ¿no son ellos interesados y malvados cuando lo toman? ¿Es que la virtud consiste en servir al vicio? ¿Es el objetivo moral de los que son buenos inmolarse en beneficio de los que son malos?

»La respuesta que evadís, la monstruosa respuesta es: no, los que toman no son malos, siempre que ellos no *hayan ganado* el valor que les diste. No es inmoral que ellos lo acepten, siempre que ellos sean incapaces de producirlo, incapaces de merecerlo, incapaces de darte ningún valor a cambio. No es inmoral el que ellos lo disfruten, siempre que no lo hayan obtenido *por derecho*.

»Tal es la esencia secreta de vuestro credo, la otra mitad de vuestro doble estándar: es inmoral vivir por tu propio esfuerzo, pero moral vivir por el esfuerzo de otros; es inmoral consumir tu propio producto, pero moral consumir el producto de otros; es inmoral ganar, pero moral mendigar; los parásitos son la justificación moral para la existencia de los productores, pero la existencia de los parásitos es un fin en sí misma; es malo

beneficiarse a través de logros, pero bueno beneficiarse a través de sacrificios; es malo crear tu propia felicidad, pero bueno disfrutarla al precio de la sangre de otros.

»Vuestro código divide a la humanidad en dos castas y exige que vivan por reglas opuestas: los que pueden desear cualquier cosa y los que no pueden desear nada, los escogidos y los condenados, los jinetes y los acarreadores, los devoradores y los devorados. ¿Qué estándar determina tu casta? ¿Qué contraseña te admite en la élite moral? La contraseña es: *falta de valores*.

»Sea cual sea el valor implicado, es tu falta del mismo lo que te da una reivindicación sobre aquellos a quienes no les falta. Es tu *necesidad* lo que te da un derecho a las recompensas. Si eres capaz de satisfacer tu necesidad, tu habilidad anula tu derecho a satisfacerla. Pero una necesidad que eres *incapaz* de satisfacer te da el primer derecho sobre las vidas de la humanidad.

»Si tienes éxito, cualquier hombre que fracasa es tu amo; si fracasas, cualquier hombre que tiene éxito es tu siervo. Sea tu fracaso justo o no, sean tus deseos racionales o no, sea tu desgracia inmerecida o el resultado de tus vicios, es la *desgracia* la que te da derecho a recompensas. Es el *dolor*, no importa su naturaleza o su causa, el dolor como un absoluto primario, el que te da una hipoteca sobre toda la existencia.

»Si curas tu dolor por tu propio esfuerzo no recibes crédito moral: tu código lo considera desdeñosamente como un acto de interés propio. Sea cual sea el valor que intentes adquirir, sea riqueza o comida o amor o derechos, si lo adquieres por medio de tu virtud, tu código no lo considera como una adquisición moral: tú no le ocasionas pérdidas a nadie, es un comercio, no una limosna; un pago, no un sacrificio. Lo *merecido* pertenece al reino egoísta y comercial del beneficio mutuo; es sólo lo *inmerecido* lo que establece esa transacción moral que consiste en el beneficio de uno al precio de un desastre para el otro. Exigir recompensas por tu virtud es egoísta e inmoral; es tu *falta de virtud* lo que convierte tu demanda en un derecho moral.

»Una moralidad que considera la *necesidad* como una reivindicación, considera el vacío —la no-existencia— como su estándar de valor; su recompensa como una *ausencia*, un defecto: debilidad, ineptitud,

incompetencia, sufrimiento, enfermedad, desastre, la falta, la lacra, el fallo..., el *cero*.

»¿De quién es la cuenta que paga por esas reivindicaciones? De los que son maldecidos por ser no-ceros, cada uno en la medida de su distancia a ese ideal. Ya que todos los valores son el producto de virtudes, el grado de tu virtud es usado como la medida de tu castigo; el grado de tus faltas es usado como la medida de tu ganancia. Tu código declara que el hombre racional debe sacrificarse él mismo a lo irracional; el hombre independiente, a los parásitos; el hombre honrado, al deshonesto; el hombre de justicia, al injusto; el hombre productivo, a vagos delincuentes; el hombre de integridad, a mocetones corrompidos; el hombre de autoestima, a neuróticos resentidos. ¿Os sorprendéis de la suciedad del alma en los que veis a vuestro alrededor? El hombre que logra esas virtudes no aceptará vuestro código moral; el hombre que acepta vuestro código moral no logrará estas virtudes.

»Bajo la moralidad del sacrificio, el primer valor que sacrificas es la moralidad; el siguiente es la autoestima. Cuando la necesidad es la norma, cada hombre es a la vez víctima y parásito. Como víctima, tiene que trabajar para satisfacer las necesidades de otros, quedándose en la posición de un parásito cuyas necesidades deben ser satisfechas por otros. No puede acercarse a sus prójimos excepto en uno de dos desgraciados papeles: él es a la vez un mendigo y un imbécil.

»Le temes al hombre que tiene un dólar menos que tú; ese dólar es suyo por derecho, y eso te hace sentirte un defraudador moral. Odias al hombre que tiene un dólar más que tú; ese dólar es tuyo por derecho, y eso te hace sentir que estás siendo defraudado moralmente. El hombre que está debajo es un motivo de tu culpa, el hombre que está encima es un motivo de tu frustración. No sabes qué entregar o qué exigir, cuándo dar y cuándo agarrar, qué placer en la vida es tuyo por derecho y qué deuda aún está impagada a otros; te esfuerzas por evadir, como “teoría”, el conocimiento de que, según el estándar moral que has aceptado, eres culpable cada momento de tu vida, no hay un bocado de comida que te tragues que no sea *necesitada* por alguien en algún lugar de la Tierra; y abandonas el problema en ciego resentimiento, llegas a la conclusión de que la perfección moral no es para ser alcanzada *o deseada*, que te revolcarás agarrando lo que puedas agarrar y evitando los ojos de los jóvenes, de los que te miran como si la

autoestima fuera posible y esperaran que tú la tuvieras. Culpa es todo lo que retienes dentro de tu alma, y lo mismo hace todo hombre, al cruzarte con él, evitando *tus* ojos. ¿Te preguntas por qué tu moralidad no ha conseguido la hermandad en la Tierra o la buena voluntad entre los hombres?

»La justificación del sacrificio, que tu moralidad pregona, es más corrupta que la corrupción que alega justificar. El motivo de tu sacrificio, te dice, debería ser *amor*: el amor que deberías sentir por cada hombre. Una moralidad que profesa la creencia que los valores del espíritu son más preciosos que la materia, una moralidad que te enseña a despreciar a una prostituta que entrega su cuerpo indiscriminadamente a todos los hombres..., esa misma moralidad exige que entregues tu alma al amor promiscuo por todos los que aparezcan.

»Igual que no puede haber riqueza sin causa, no puede haber amor sin causa, o ningún tipo de emoción sin causa. Una emoción es una respuesta a un hecho de la realidad, una estimativa dictada por tus criterios. Amar es *valorar*. El hombre que te dice que es posible valorar sin valores, amar a los que consideras que no tienen valor, es el hombre que te dice que es posible hacerse rico consumiendo sin producir y que el dinero de papel es tan valioso como el oro.

»Observa que él no espera que sientas un miedo sin causa. Cuando ese tipo de gente llega al poder, son expertos en idear medios de terror, en darte amplia causa para sentir el miedo con el que desean controlarte. Pero, cuando se trata de amor, la más alta de las emociones, permites que te griten acusadoramente que tú eres un delincuente moral si eres incapaz de sentir un amor sin causa. Cuando un hombre siente miedo sin razón lo llevas al cuidado de un psiquiatra; no eres tan cuidadoso protegiendo el significado, la naturaleza y la dignidad del amor.

»El amor es la expresión de los propios valores, la mayor recompensa que puedes ganar por las cualidades morales que has logrado en tu carácter y en tu persona, el precio emocional que paga un hombre por la alegría que recibe de las virtudes de otro. Tu moralidad exige que divorcies tu amor de los valores y se lo entregues a cualquier haragán, no en respuesta a lo que vale, sino en respuesta a su *necesidad*; no como recompensa, sino como limosna; no como pago por virtudes, sino como un cheque en blanco por vicios. Tu moralidad te dice que el objetivo del amor es liberarte de las ataduras de la moralidad, que el amor es superior al juicio moral, que el

amor verdadero trasciende, perdona y sobrevive cualquier forma de maldad en su objeto, y que cuanto mayor es el amor, mayor es la depravación que le permite al amado. Amar a un hombre por sus virtudes es mezquino y humano, te dice; amarle por sus defectos es divino. Amar a quienes se lo merecen es interés propio; amar a quienes no se lo merecen es sacrificio. Les debes tu amor a quienes no lo merecen; y, cuanto menos lo merecen, más amor les debes; cuanto más odioso es el objeto, más noble es tu amor por él; cuanto menos meticuloso es tu amor, mayor es tu virtud; y si puedes convertir tu alma en un estercolero que acepta de buena gana cualquier cosa en cualquier condición, si puedes cesar de apreciar valores morales, habrás conseguido el estado de perfección moral.

»Tal es vuestra moralidad del sacrificio y tales son los ideales gemelos que ofrece: remodelar la vida de tu cuerpo a imagen y semejanza de un corral humano, y la vida de tu espíritu a imagen y semejanza de una pocilga.

»Tal era tu meta: y la has alcanzado. ¿Por qué gimes ahora quejándote de la impotencia del hombre y la futilidad de las aspiraciones humanas? ¿Porque fuiste incapaz de prosperar mientras buscabas la destrucción? ¿Porque fuiste incapaz de encontrar alegría mientras adorabas el dolor? ¿Porque fuiste incapaz de vivir mientras mantenías la muerte como tu estándar de valor?

»El grado de tu capacidad para vivir fue el grado en el que quebrantaste tu código moral; sin embargo, crees que los que lo predican son amigos de la humanidad, te maldices a ti mismo y no te atreves a cuestionar sus motivos o sus objetivos. Míralos ahora, cuando enfrentas tu última decisión; y si decides perecer, hazlo con pleno conocimiento de lo miserable y lo pequeño que es el enemigo que ha segado tu vida.

»Los místicos de ambas escuelas, que predican el credo del sacrificio, son gérmenes que te atacan a través de una única llaga: tu miedo a confiar en tu propia mente. Te dicen que poseen un medio de conocimiento por encima de la mente, un modo de consciencia superior a la razón, como un enchufe especial con algún burócrata del universo que les da algunos consejos secretos que les son negados a otros. Los místicos del espíritu declaran que ellos poseen un sentido adicional, del que tú careces: ese sexto sentido especial que consiste en contradecir la totalidad del conocimiento de los cinco tuyos. Los místicos del músculo ni se preocupan por afirmar

que tienen una percepción extrasensorial; ellos simplemente declaran que tus sentidos no son válidos, y que su sabiduría consiste en percibir tu ceguera a través de algún tipo de medio no especificado. Ambos exigen que invalides tu propia consciencia y te sometas a su poder. Ellos te ofrecen, como prueba de su conocimiento superior, el hecho de afirmar lo contrario de todo lo que tú sabes, y como prueba de su habilidad superior para lidiar con la existencia, el hecho de conducirte a la miseria, al autosacrificio, a la inanición, a la destrucción.

»Aseguran percibir una forma de ser superior a tu existencia en este mundo. Los místicos del espíritu lo llaman "otra dimensión", que consiste en negar las dimensiones. Los místicos del músculo lo llaman "el futuro", que consiste en negar el presente. Existir es poseer identidad. ¿Qué identidad son ellos capaces de darle a su reino superior? Siguen diciéndote lo que *no* es, pero nunca te dicen lo que *es*. Todas sus identificaciones consisten en negar: Dios es aquello que ninguna mente humana puede conocer, afirman, y proceden a exigir que consideres eso conocimiento; Dios es no-hombre, cielo es no-Tierra, alma es no-cuerpo, virtud es no-beneficio, A es no-A, percepción es no-sensorial, conocimiento es no-razón. Sus definiciones no son actos de definir, sino de aniquilar.

»Sólo la metafísica de una sanguijuela se aferraría a la idea de un universo donde un cero es la norma de identificación. Una sanguijuela querría buscar una escapatoria a la necesidad de nombrar su propia naturaleza, escapar de la necesidad de saber que la sustancia con la que ella construye su universo privado es sangre.

»¿Cuál es la naturaleza de ese mundo superior al cual ellos sacrifican el mundo que existe? Los místicos del espíritu maldicen la materia, los místicos del músculo maldicen el beneficio. Los primeros desean que los hombres se beneficien renunciando a la Tierra, los segundos desean que los hombres hereden la Tierra renunciando a todo beneficio. Sus mundos no-materiales, no-beneficio, son reinos donde los ríos corren con leche y miel, donde el vino brota de rocas cuando ellos lo ordenan, donde unos pasteles descienden sobre ellos desde las nubes al precio de abrir sus bocas. En este mundo material, buscador de beneficios, una enorme inversión de virtud..., de inteligencia, integridad, energía, habilidad..., es necesaria para construir un ferrocarril que os transporte la distancia de un kilómetro; en su mundo no-material, no-beneficio, ellos viajan de un planeta a otro por el coste de

un deseo. Si una persona honesta les pregunta cómo lo hacen, ellos responden con aire de ofendido desprecio que un “cómo” es un concepto de vulgares realistas; el concepto de espíritus superiores es “de algún modo”. En esta Tierra restringida por la materia y el beneficio, las recompensas se logran con el pensamiento; en un mundo liberado de tales restricciones, las recompensas se logran deseando.

»Y *Ése* es todo su escuálido secreto. El secreto de todas sus filosofías esotéricas, de todas sus dialécticas y supersentidos, de sus miradas evasivas y palabras amenazadoras, el secreto por el que destruyen la civilización, el lenguaje, las industrias y las vidas, el secreto por el que perforan sus propios ojos y tímpanos, pulverizan sus sentidos, arrasan sus mentes, el objetivo por el que disuelven los absolutos de razón, lógica, materia, existencia y realidad, es erigir sobre esa niebla plástica un único y sagrado absoluto: su *Deseo*.

»La restricción de la que buscan escapar es la ley de identidad. La libertad que buscan es ser libres del hecho de que una A continuará siendo una A, no importan sus lágrimas o sus berrinches; que un río no les traerá leche, no importa el hambre que tengan; que el agua no fluirá colina arriba, no importa qué comodidades podrían tener si lo hiciese, y que si quieren elevarla hasta el techo de un rascacielos, tienen que hacerlo por un proceso de pensamiento y trabajo, en el que la naturaleza de cada centímetro de cañería cuenta, pero sus sentimientos no; que sus sentimientos son impotentes para alterar el curso de una sola mota de polvo en el espacio, o la naturaleza de cualquier acción que ellos hayan cometido.

»Quienes te dicen que el hombre es incapaz de percibir una realidad no distorsionada por sus sentidos quieren decir que ellos no quieren percibir una realidad no distorsionada por sus sentimientos. Las “cosas como son” son cosas como percibidas por tu mente; divórcialas de la razón y se convierten en “cosas como percibidas por tus deseos”.

»No existe revolución honrada contra la razón, y, cuando tú aceptas cualquier parte de su credo, tu motivo es salirte con la tuya haciendo algo que tu razón no te permitiría intentar. La libertad que buscas es libertad del hecho de que, si robaste tus bienes, eres un sinvergüenza, no importa cuánto des a la caridad o cuántas oraciones recites; que si yaces con mujerzuelas no eres un marido digno, no importa lo fervorosamente que sientas que amas a tu esposa la mañana siguiente; que eres una entidad, no una serie de piezas

al azar esparcidas por un universo donde nada permanece y nada te compromete a nada, el universo de una pesadilla infantil donde las identidades flotan y fluctúan, donde el malvado y el héroe son partes intercambiables que se pueden asumir arbitrariamente; que eres un hombre; que eres una entidad; que *eres*.

»No importa el entusiasmo con el que proclames que el objetivo de tu místico deseo es un modo superior de vida; la rebelión contra la identidad es el deseo de la no-existencia. El deseo de no ser nada es el deseo de no ser.

»Tus maestros, los místicos de ambas escuelas, han trocado la causalidad en sus consciencias, y luego se esfuerzan por trocarla en la existencia. Ellos ven sus emociones como la causa, y su mente como un efecto pasivo. Convierten sus emociones en su herramienta para percibir la realidad. Consideran sus deseos como una primaria irreducible, un hecho por encima de todos los hechos. Un hombre honrado no desea nada hasta haber identificado el objeto de su deseo. Él dice: “Es, luego lo quiero”. Ellos dicen: “Lo quiero, luego es”.

»Ellos quieren falsear el axioma de la existencia y de la consciencia, quieren que su consciencia sea un instrumento, no de *percibir*, sino de *crear* la existencia, y que la existencia sea, no el *objeto*, sino el *sujeto* de sus consciencias: ellos quieren ser el Dios que ellos crearon a su imagen y semejanza, creando un universo a partir de un vacío por un capricho arbitrario. Pero la realidad no puede ser engañada. Lo que ellos consiguen es lo opuesto de su deseo. Quieren ejercer un poder omnipotente sobre la existencia; en vez de eso, pierden el poder de su consciencia. Al rehusarse a conocer, se condenan a sí mismos al horror de una ignorancia perpetua.

»Esos deseos irracionales que te atraen a su credo, esas emociones que adoras como a un ídolo, en cuyo altar sacrificas la Tierra, esa oscura e incoherente pasión dentro de ti que crees que es la voz de Dios o de tus glándulas, no es más que el cadáver de tu mente. Una emoción que choca con tu razón, una emoción que no puedes explicar o controlar, es sólo la carcasa de ese pensar mustio que prohibiste que tu mente examinase.

»Cada vez que cometiste la maldad de negarte a pensar y a ver, de desfalcar el absoluto de la realidad por algún pequeño deseo tuyo, cada vez que decidiste decir “voy a retirar del juicio de la razón las galletas que robé, o la existencia de Dios, permíteme este único antojo irracional y seré un

hombre de razón para todo lo demás", *ése* fue el acto de subvertir tu consciencia, el acto de corromper tu mente. Tu mente entonces se convirtió en un jurado sobornado recibiendo órdenes de un submundo secreto, cuyo veredicto distorsiona la evidencia para acomodarse a un absoluto que no osa tocar; y el resultado es una realidad censurada, una realidad desgajada, donde los fragmentos que decides ver flotan entre las fisuras de aquellos que decidiste no ver, aglutinados por ese bálsamo adormecedor de la mente que es una emoción exenta de pensamiento.

»Los lazos que te esfuerzas en ahogar son conexiones causales. El enemigo que intentas vencer es la ley de causalidad: ella no permite milagros. La ley de causalidad es la ley de identidad aplicada a la acción. Todas las acciones son causadas por entidades. La naturaleza de una acción está causada y determinada por la naturaleza de las entidades que actúan; una cosa no puede actuar en contradicción a su naturaleza. Una acción no causada por una entidad sería causada por un cero, lo que significaría un *cero* controlando una *cosa*, una no-entidad controlando una entidad, lo no-existente controlando lo existente, que es el universo que tus maestros desean, la *causa* de sus doctrinas de acción sin causas, la *razón* de su revuelta contra la razón, el objetivo de su moralidad, de su política, de su economía, el ideal por el que luchan: el reinado del cero.

»La ley de identidad no permite que tengas tu pastel y te lo comas a la vez. La ley de causalidad no permite que te comas tu pastel *antes* de tenerlo. Pero si ahogas ambas leyes en los vacíos de tu mente, si te dices a ti mismo y a los demás que tú no ves, entonces puedes intentar proclamar tu derecho a comerte tu pastel hoy y el mío mañana, puedes predicar que la forma de tener un pastel es comérselo primero, antes de cocinarlo, que la forma de producir es empezar consumiendo, que todos los que desean tienen un derecho igual sobre todas las cosas, puesto que nada está causado por nada. El corolario de lo *no causado* en materia es lo *no merecido* en espíritu.

»Cada vez que te rebelas contra la causalidad, tu motivo es el fraudulento deseo, no de escapar de ella, sino peor: de subvertirla. Quieres amor inmerecido, como si amor, el efecto, pudiera darte valor personal, la causa; quieres admiración inmerecida, como si admiración, el efecto, pudiera darte virtud, la causa; quieres riqueza inmerecida, como si riqueza, el efecto, pudiera darte habilidad, la causa; suplicas misericordia...,

*misericordia*, no justicia, como si un perdón inmerecido pudiese borrar la *causa* de tu súplica. Y para regodearte en tus feos y mezquinos fraudes, apoyas las doctrinas de tus maestros, mientras que ellos corren como locos proclamando que gastar, el efecto, crea riqueza, la causa; que la maquinaria, el efecto, crea inteligencia, la causa; que tus deseos sexuales, el efecto, crean tus valores filosóficos, la causa.

»¿Quién paga por la orgía? ¿Quién causa lo que no tiene causa? ¿Quiénes son las víctimas, condenadas a permanecer menospreciadas y a perecer en silencio, para que su agonía no moleste tu pretensión de que ellas no existen? Somos *nosotros*, nosotros, los hombres de la mente.

»Nosotros somos la *causa* de todos los valores que codiciáis, nosotros, quienes realizamos el proceso de *pensar*, que es el proceso de definir *identidad* y descubrir *conexiones causales*. Nosotros te enseñamos a conocer, a hablar, a producir, a desear, a amar. Tú, que abandonas la razón..., si no fuese por nosotros, quienes la preservamos, tú no serías capaz de satisfacer y ni siquiera de concebir tus deseos. No serías capaz de desear los vestidos que no habrían sido hechos, el coche que no habría sido inventado, el dinero que no habría sido concebido como intercambio para mercancías inexistentes, la admiración que no habría sido experimentada por hombres que no lograron nada, el amor que pertenece y tiene que ver sólo con quienes preservan su capacidad de pensar, de elegir, *de valorar*.

»Tú, que saltas como un salvaje desde la jungla de tus sentimientos a la Quinta Avenida de *nuestra* Nueva York y proclamas que quieres seguir disponiendo de luces eléctricas pero destruir los generadores, es *nuestra* riqueza la que estás usando mientras nos destruyes, son *nuestros* valores los que estás usando mientras nos condenas, es *nuestro* lenguaje el que estás usando mientras niegas la mente.

»Así como tus místicos del espíritu inventaron su cielo a la imagen y semejanza de nuestra Tierra, omitiendo nuestra existencia, y te prometieron recompensas creadas por un milagro procedente de la no-materia, así también tus modernos místicos del músculo omiten nuestra existencia y te prometen un cielo donde la materia se transforma a sí misma por su propia voluntad, sin causa, en todas las recompensas deseadas por tu no-mente.

»Durante siglos, los místicos del espíritu han existido organizando un esquema de extorsión, haciendo insoportable la vida en la Tierra, y luego rogándote por consuelo y alivio; prohibiéndote todas las virtudes que

hacen la existencia posible y, luego, cabalgando en los hombros de tu culpa; declarando que la producción y la alegría son pecados y, luego, recaudando chantaje de los pecadores. Nosotros, los hombres de la mente, éramos las víctimas silenciadas de su credo, quienes estábamos dispuestos a quebrantar su código moral y a aceptar condena por el pecado de la razón..., quienes pensábamos y actuábamos mientras ellos deseaban y rezaban..., quienes éramos los parias morales, los contrabandistas de la vida cuando la vida era considerada un crimen..., mientras ellos se regodeaban en la gloria moral por la virtud de superar la codicia material y de distribuir en desprendida caridad los bienes materiales producidos por... evasión.

»*Ahora* nosotros estamos encadenados y siendo obligados a producir por salvajes que no nos conceden ni siquiera la identificación de pecadores, por salvajes que proclaman que no existimos, y que luego amenazan con quitarnos la vida que no poseemos si no conseguimos proporcionarles los bienes que no producimos. Ahora se espera que continuemos operando ferrocarriles y sepamos al minuto cuándo va a llegar un tren después de atravesar todo un continente, se espera que continuemos operando fundiciones de acero y que conozcamos la estructura molecular de cada partícula de metal en los cables de tus puentes y en el fuselaje de los aviones que te mantienen suspendido en el aire..., mientras las tribus de vuestros ridículos y grotescos místicos del músculo pelean por los despojos de nuestro mundo, mascullando en sonidos de no-lenguaje que no hay principios, ni absolutos, ni conocimiento, ni mente.

»Rebajándose aún más que un salvaje, que cree que las palabras mágicas que pronuncia tienen el poder de alterar la realidad, ellos creen que la realidad puede ser alterada por el poder de las palabras que *no* pronuncian, y su herramienta mágica es la evasión, la pretensión de que nada puede llegar a existir sin atravesar la magia negra de su negativa a identificarlo.

»Así como alimentan con riqueza robada su cuerpo, así también alimentan con conceptos robados su mente, y proclaman que honestidad consiste en negarse a admitir que uno está robando. Así como usan los efectos mientras niegan las causas, así también usan nuestros conceptos mientras niegan las raíces y la existencia de los conceptos que están usando.

Así como aspiran, no a construir, sino a *apropiarse* de instalaciones industriales, así también aspiran, no a pensar, sino a *apropiarse* del pensamiento humano.

»Así como proclaman que el único requerimiento para operar una fábrica es la destreza para mover las palancas de las máquinas, y evaden la cuestión de quién creó la fábrica, así también proclaman que no hay entidades, que nada existe salvo el movimiento, y evaden el hecho de que *movimiento* presupone la cosa que se mueve, que sin el concepto de entidad no puede haber tal concepto como "movimiento". Así como proclaman su derecho a consumir lo no ganado, y evaden la cuestión de quién lo ha de producir, así también proclaman que no existe la ley de identidad, que nada existe salvo el cambio, y evaden el hecho de que *cambio* presupone los conceptos de qué cambia, de qué a qué, y que sin la ley de identidad ningún concepto como "cambio" es posible. Así como le roban a un industrial mientras niegan su valor, así también aspiran a hacerse con el poder sobre toda la existencia mientras niegan que la existencia existe.

»"Sabemos que no sabemos nada", murmuran, evadiendo el hecho de que están alegando conocimiento. "No hay absolutos", murmuran, evadiendo el hecho de que están expresando un absoluto. "No puedes *demostrar* que existes o que eres consciente", murmuran, evadiendo el hecho de que *demostración* presupone existencia, consciencia, y una complicada cadena de conocimiento: la existencia de algo que conocer, de una consciencia capaz de conocerlo, y de un conocimiento que ha aprendido a distinguir entre conceptos tales como lo demostrado y lo no demostrado.

»Cuando un salvaje que no ha aprendido a hablar declara que la existencia debe ser demostrada, está pidiendo que lo demuestres a través de la no-existencia; cuando declara que tu consciencia debe ser demostrada, te está pidiendo que lo demuestres mediante la inconsciencia; te está pidiendo que entres en un vacío fuera de la existencia y la consciencia para darle a él prueba de ambas; te pide que te conviertas en un cero adquiriendo conocimiento sobre un cero.

»Cuando él declara que un axioma es cuestión de elección arbitraria y decide no aceptar el axioma de que él existe, está evadiendo el hecho de que lo ha aceptado al pronunciar esa frase, que la única forma de rechazarlo es cerrar la boca, no proponer ninguna teoría, y morirse.

»Un axioma es una afirmación que identifica la base del conocimiento y de cualquier otra afirmación posterior relacionada con ese conocimiento, una afirmación necesariamente contenida en todas las demás, tanto si la persona que afirma decide identificarla como si no. Un axioma es una proposición que derrota a sus oponentes por el hecho de que ellos tienen que aceptarla y utilizarla en el proceso de cualquier intento de negarla. Que el troglodita que decide no aceptar el axioma de la identidad intente presentar su teoría sin usar el concepto de identidad ni cualquier concepto derivado de él; que el antropoide que decide no aceptar la existencia de los sustantivos intente inventar un lenguaje sin sustantivos, adjetivos o verbos; que el hechicero que decide no aceptar la validez de la percepción sensorial intente demostrarlo sin utilizar los datos que obtiene a través de sus sentidos; que el cazador de cabezas que decide no aceptar la validez de la lógica intente demostrarlo sin utilizar la lógica; que el pigmeo que proclama que un rascacielos no necesita cimientos después de llegar al piso cincuenta arranque los cimientos de *su* edificio, no del tuyo; que al caníbal que gruñe que la libertad de la mente del hombre fue necesaria para *crear* una civilización industrial pero no es necesaria para *mantenerla*, le den una lanza y una piel de oso, no una cátedra en la facultad de economía.

»¿Piensas que te están haciendo retroceder a las tinieblas de la Edad Media? Te están haciendo retroceder a la época más tenebrosa que tu historia ha conocido. Su objetivo no es la época antes de la ciencia, sino la época antes del lenguaje. Su propósito es despojarte del concepto del cual la mente del hombre, su vida y su cultura dependen: el concepto de una realidad *objetiva*. Identifica el desarrollo de una consciencia humana, y te darás cuenta del objetivo de su credo.

»Un salvaje es un ser que no ha comprendido que A es A y que la realidad es real. Ha detenido su mente al nivel de un bebé, en el estado en que una consciencia adquiere sus percepciones sensoriales iniciales y aún no ha aprendido a distinguir objetos sólidos. Es a un bebé a quien el mundo le aparece como una mancha en movimiento, sin cosas que se mueven, y el nacimiento de su mente es el día en que comprende que ese *flash* que aparece y desaparece delante de él es su madre, y que la turbulencia que hay más atrás es una cortina, que las dos son entidades sólidas y ninguna de ellas puede convertirse en la otra, que *son* lo que son, que *existen*. El día en que comprende que la materia no tiene voluntad propia es el día en que

comprende que *él* sí la tiene..., y ése es su nacimiento como ser *humano*. El día en que comprende que el reflejo que ve en un espejo no es una ilusión, que es real pero no es él mismo; que el espejismo que ve en un desierto no es una ilusión, que es real, que el aire y los rayos de luz que lo causan son reales pero no es una ciudad, es el reflejo de una ciudad; el día en que comprende que él no es un receptor pasivo de las sensaciones de cualquier momento dado, que sus sentidos no le proporcionan conocimiento automático en fragmentos sueltos fuera de contexto sino sólo el material del conocimiento, que su mente debe aprender a integrar; el día en que comprende que sus sentidos no pueden engañarle, que los objetos físicos no pueden actuar sin causas, que sus órganos de percepción son físicos y no tienen volición ni poder para inventar o distorsionar, que la evidencia que le brindan es un absoluto pero su mente tiene que aprender a entenderla, su mente tiene que descubrir la naturaleza, las causas, el contexto total de su material sensorial, su mente tiene que identificar las cosas que él percibe..., *ése* es el día de su nacimiento como pensador y como científico.

»*Nosotros* somos los hombres que hemos llegado a ese día; vosotros sois los hombres que habéis llegado parcialmente; un salvaje es un hombre que nunca llega.

»Para un salvaje, el mundo es un lugar de milagros ininteligibles donde cualquier cosa es posible para la materia inanimada y nada es posible para *él*. Su mundo no es lo desconocido, sino ese horror irracional: lo incognoscible. Él cree que los objetos físicos están dotados de una misteriosa voluntad, movidos por caprichos *sin causa* e imprevisibles, mientras que *él* es un peón indefenso a merced de fuerzas fuera de su control. Él cree que la naturaleza está gobernada por demonios que poseen un poder omnipotente, y que la realidad es el fluido patio de recreo en el que ellos pueden transformar su cuenco de comida en una serpiente y a su mujer en un escarabajo en cualquier momento, donde el A que él nunca ha descubierto puede ser cualquier no-A que ellos decidan, donde el único conocimiento que él posee es que no debe intentar conocer. Él no puede contar con nada, sólo puede *desear*, y se pasa la vida deseando, implorando a sus demonios que le concedan sus deseos por el arbitrario poder de la voluntad de ellos, dándoles crédito cuando lo hacen, culpándose a sí mismo cuando no lo hacen, ofreciéndoles sacrificios en señal de gratitud y sacrificios en señal de culpa, arrastrándose en su estómago con miedo y

adorando al sol y a la luna y al viento y a la lluvia y a cualquier sinvergüenza que se declare a sí mismo como el portavoz de ellos, siempre que sus palabras sean incomprensibles y su máscara lo suficientemente aterradora; él desea, suplica y se arrastra..., y muere, dejándote como muestra de su visión de la existencia las monstruosidades distorsionadas de sus ídolos, parte hombre, parte animal, parte araña, las encarnaciones del mundo del no-A.

»*Ése* es el estado intelectual de tus maestros modernos, y *suyo* es el mundo al cual ellos te quieren conducir.

»Si te preguntas de qué manera se proponen hacerlo, entra en cualquier aula de universidad y oirás a los profesores enseñándoles a tus hijos que el hombre no puede estar seguro de nada, que su consciencia no tiene validez alguna, que no puede aprender ni hechos ni leyes de la existencia, que es incapaz de conocer una realidad objetiva. ¿Cuál es, entonces, su estándar de conocimiento y de verdad? Lo que otros *puedan creer*, es su respuesta. No existe conocimiento —ellos enseñan— sólo *fe*: tu creencia de que existes es un acto de fe, no más válido que la fe de otro en su derecho a matarte; los axiomas de la ciencia son un acto de fe, no más válidos que la fe de un místico en las revelaciones; la creencia de que la luz eléctrica puede ser producida por un generador es un acto de fe, no más válida que la creencia de que puede ser producida por una pata de conejo besada bajo una escalera en una noche de luna nueva; la verdad es lo que la gente decida que sea, y la *gente* son todos excepto tú; la realidad es lo que la gente diga que es, no hay hechos objetivos, sólo existen los deseos arbitrarios de la gente; el hombre que busca el conocimiento en un laboratorio con tubos de ensayo y usando la lógica es un estúpido anticuado y supersticioso; el verdadero científico es un hombre que anda por ahí realizando encuestas públicas; y, si no fuera por la codicia egoísta de los fabricantes de vigas de acero, que tienen un obvio interés en obstruir el progreso de la ciencia, te darías cuenta de que la ciudad de Nueva York no existe, porque una encuesta de toda la población mundial revelaría, por abrumadora mayoría, que sus *creencias* prohíben que exista.

»Durante siglos, los místicos del espíritu han proclamado que la fe es superior a la razón, pero no se han atrevido a negar la existencia de la razón. Sus herederos y frutos, los místicos del músculo, han completado su trabajo y alcanzado su sueño: proclaman que todo es fe, y lo llaman una rebelión

contra el creer. Como rebelión contra afirmaciones no demostradas, proclaman que nada puede ser demostrado; como rebelión contra el conocimiento sobrenatural, proclaman que ningún conocimiento es posible; como rebelión contra los enemigos de la ciencia, proclaman que ciencia es superstición; como rebelión contra la esclavitud de la mente, proclaman que la mente no existe.

»Si renuncias a tu capacidad de percibir, si aceptas el cambio de tu discernimiento de lo *objetivo* a lo *colectivo* y esperas a que la humanidad te diga qué pensar, hallarás otro cambio produciéndose ante esos ojos a los que has renunciado: verás que tus maestros se convierten en los gobernantes del colectivo, y si te niegas a obedecerles, argumentando que ellos no son la totalidad de la humanidad, te responderán: "¿Cómo sabes que no lo somos? ¿*Ser*, compadre? ¿De dónde has sacado ese término arcaico?".

»Si dudas que *ése* es su objetivo, observa con qué apasionada consistencia los místicos del músculo se esfuerzan en hacerte olvidar que un concepto como "*mente*" ha existido alguna vez. Observa las contorsiones de su verborrea indefinida; las palabras con significados elásticos; los términos que se quedan flotando a medio camino mediante los cuales intentan evitar el reconocimiento del concepto "pensar". Tu consciencia, te dicen, consiste en "reflejos", "reacciones", "experiencias", "impulsos" e "instintos", y se niegan a identificar los medios a través de los cuales ellos adquirieron ese conocimiento, a identificar el acto que están realizando cuando te lo cuentan, o el acto que tú estás realizando cuando escuchas. Las palabras tienen el poder de "condicionarte", dicen, y se niegan a identificar la razón por la cual las palabras tienen el poder de alterar tu... *evasión*. Un estudiante leyendo un libro lo entiende a través de un proceso de... *evasión*. Un científico inventando algo está ocupado en la actividad de... *evasión*. Un psicólogo ayudándole a un neurótico a resolver un problema y desenmarañar un conflicto lo hace por medio de... *evasión*. Un empresario... *evasión*, no existe tal persona. Una fábrica es un "recurso natural", como un árbol, una piedra o un lodazal.

»El problema de la producción, te dicen, ha sido resuelto y no merece más estudio ni atención; el único problema que queda para que tus «reflejos" lo resuelvan es ahora el problema de la distribución. ¿Quién

resolvió el problema de la producción? La humanidad, responden. ¿Cuál fue la solución? Los bienes están aquí. ¿Cómo llegaron hasta aquí? De alguna forma. ¿Qué lo causó? Nada tiene causas.

»Ellos proclaman que cada hombre que nace tiene derecho a existir sin trabajar y, sin importar que estén siendo contrariadas las leyes de la realidad, tiene derecho a recibir su "sustento mínimo"..., su comida, su vestimenta, su techo..., sin esfuerzo por su parte, como su derecho de nacimiento. Recibirlo, ¿de quién? *Evasión*. Cada hombre, anuncian, es dueño de una parte proporcional de los beneficios tecnológicos creados en el mundo. Creados, ¿por quién? *Evasión*. Cobardes frenéticos que posan como defensores de los empresarios, ahora definen el objetivo de la actividad económica como "un ajuste entre los *deseos* ilimitados de los hombres y el suministro de bienes en cantidad limitada". Suministrados ¿por quién? *Evasión*. Bellacos intelectuales posando como profesores desprecian a los pensadores de antaño, declarando que sus teorías sociales estaban basadas en la premisa nada práctica de que el hombre era un ser racional; pero ya que los hombres no son racionales, ellos declaran, debería establecerse un sistema que hiciera posible existir siendo *irracional*, lo cual significa: desafiando la realidad. ¿Quién lo hará posible? *Evasión*. Cualquier mediocridad descarriada acapara titulares con planes para controlar la producción de la humanidad; e, independientemente de quién esté en acuerdo o en desacuerdo con sus estadísticas, nadie cuestiona su derecho a imponer sus planes por medio de una pistola. Imponérselos, ¿a quién? *Evasión*. Hembras al azar con ingresos sin causa revolotean viajando alrededor del mundo y regresan para divulgar el mensaje de que los pueblos atrasados del mundo *exigen* un mayor nivel de vida. Exigen, ¿de quién? *Evasión*.

»Y para impedir cualquier indagación sobre la causa de la diferencia entre una aldea de la selva y la ciudad de Nueva York, recurren al colmo de la obscenidad para explicar el progreso industrial del hombre..., rascacielos, puentes colgantes, motores, ferrocarriles..., declarando que el hombre es un animal que posee un "instinto de fabricar herramientas".

»¿Te preguntabas qué hay de malo en el mundo? Ahora estás viendo el clímax del credo de lo no-causado y lo no-ganado. Todas tus cuadrillas de místicos, del espíritu o del músculo, están luchando entre ellas por el poder de gobernarte a ti, bramando que el amor es la solución a todos los

problemas de tu espíritu, y que un látigo es la solución a todos los problemas de tu cuerpo; a ti, que has concedido que no tienes mente. Atribuyéndole al hombre menos dignidad que le atribuyen al ganado, e ignorando lo que un domador de animales les diría (que ningún animal puede ser domado por el miedo, que un elefante torturado aplastará a su torturador pero no trabajará para él ni transportará sus cargas), esperan que el hombre continúe produciendo componentes electrónicos, aviones supersónicos, máquinas que bombardean partículas atómicas y telescopios interestelares, con su ración de carne como recompensa y un latigazo en la espalda como incentivo.

»No te dejes engañar en cuanto al carácter de los místicos. Doblegar tu consciencia ha sido siempre su único objetivo a través de los tiempos, y *poder*, el poder de regirte por la fuerza, siempre ha sido su única ambición.

»Desde los ritos de los hechiceros de la selva, que distorsionaban la realidad en incongruencias grotescas, atontaban la mente de sus víctimas y las mantuvieron bajo el terror a lo sobrenatural durante largos y letárgicos siglos..., hasta las doctrinas sobrenaturales de la Edad Media, que mantuvieron a los hombres acurrucados en el suelo de barro de sus chozas, aterrorizados de que el diablo pudiera robarles la sopa que habían trabajado dieciocho horas para conseguir..., hasta el escuálido profesorcito sonriente que te asegura que tu cerebro no tiene capacidad para pensar, que no tienes medios de percepción y que debes obedecer ciegamente la omnipotente voluntad de esa fuerza sobrenatural, la Sociedad..., todo eso es la misma pantomima con el mismo y único objetivo: reducirte al tipo de amasijo que ha renunciado a la validez de su consciencia.

»Pero no te lo pueden hacer sin tu consentimiento. Si permites que te lo hagan, te lo mereces.

»Cuando escuchas la arenga de un místico sobre la impotencia de la mente humana y empiezas a dudar de *tu* consciencia, no de la suya; cuando permites que tu precario estado más o menos racional se vea sacudido por cualquier afirmación y decides que es más seguro confiar en su certeza y sus conocimientos superiores, os embaucáis los dos: tu aprobación es la única fuente de certeza que él tiene. El poder sobrenatural que un místico teme, el espíritu incomprensible al que adora, la consciencia que considera omnipotente es: *la tuya*.

»Un místico es un hombre que rindió su mente en su primer encuentro con las mentes de otros. En algún lejano momento de su infancia, cuando su propio entendimiento de la realidad chocó con las afirmaciones de otros, con las órdenes arbitrarias y las exigencias contradictorias de otros, él cedió a un temor a la independencia tan cobarde que acabó renunciando a su facultad racional. En la encrucijada de la elección entre "yo sé" y "ellos dicen", eligió la autoridad de otros, eligió someterse antes que entender, *creer* en vez de pensar. Fe en lo sobrenatural empieza como fe en la superioridad de otros. Su rendición tomó la forma de una emoción: que él debe esconder su falta de entendimiento, que otros poseen algún tipo de conocimiento misterioso del que sólo él carece, que la realidad es lo que ellos quieren que sea, por unos medios que le han sido negados a él para siempre.

»A partir de ese momento, con miedo a pensar, él queda a merced de emociones sin identificar. Sus emociones se convierten en su única guía, su único residuo de identidad personal; se agarra a ellas con feroz apego, y cualquier acto de pensar que realice está consagrado al esfuerzo de ocultar de sí mismo que la naturaleza de sus emociones es terror.

»Cuando un místico declara que *siente* la existencia de un poder superior a la razón, la verdad es que lo siente, pero ese poder no es un superespíritu omnisciente del universo, es la consciencia de cualquier transeúnte a quien le ha cedido la suya. Un místico está motivado por la necesidad de impresionar, de engañar, de adular, de mentir, de *forzar* la omnipotente consciencia de otros. "*Ellos*" son su única clave a la realidad, él siente que no puede existir excepto dominando el misterioso poder de los demás y extorsionando su inexplicable consentimiento. "*Ellos*" son su único medio de percepción y, como un ciego que depende de la vista de un perro, siente que tiene que amarrarlos para poder vivir. Controlar la consciencia de otros se torna su única pasión; la ambición de poder es un hierbajo que sólo crece en el solar abandonado de una mente vacía.

»Todo dictador es un místico, y todo místico es un dictador en potencia. El místico anhela la obediencia de los hombres, no su acuerdo. Quiere que ellos rindan su consciencia a las afirmaciones, los edictos, los deseos, los caprichos de él..., igual que la consciencia *de él* se ha rendido a la de ellos. Quiere relacionarse con los hombres por medio de la fe y la fuerza, no encuentra satisfacción en el consentimiento de los demás si tiene

que ganárselo por medio de hechos y de razón. La razón es el enemigo al que teme y a la vez considera precario: la razón, para él, es una forma de engañar; él *siente* que los hombres poseen algún poder más potente que la razón, y sólo el que los demás le crean sin causa o la obediencia forzada de éstos pueden darle a él una sensación de seguridad, una prueba de que ha conseguido control de ese don místico que le faltaba. Su ansia es mandar, no convencer: la convicción requiere un acto de independencia y descansa en el absoluto de una realidad objetiva. Lo que él busca es tener poder sobre la realidad y sobre los medios de los hombres para percibirla, sobre la mente de los demás, el poder de interponer su voluntad entre existencia y consciencia, como si, al aceptar falsear la realidad que él les manda falsear, los hombres pudiesen, de hecho, crearla.

»Así como el místico es un parásito en materia, que expropia riqueza creada por otros, y un parásito en espíritu, que saquea ideas creadas por otros, así también cae por debajo del nivel de un loco que crea su propia distorsión de la realidad, hasta el nivel de un parásito de la locura, que busca una distorsión creada por otros.

»Sólo hay un estado que satisface el anhelo del místico por la infinitud, la no-causalidad, la no-identidad: la *muerte*. No importa qué causas ininteligibles él atribuya a sus incomunicables sentimientos, quien rechaza la realidad rechaza la existencia; y las emociones que le motivan a partir de ese momento son: el odio contra todos los valores de la vida del hombre, y la codicia por todas las maldades que la destruyen. Un místico goza del espectáculo del sufrimiento, de la pobreza, la subordinación y el terror; ésos le dan una sensación de triunfo, una prueba de la derrota de la realidad racional. Pero ninguna otra realidad existe.

»No importa de quién sea el bienestar que profese servir, el de Dios o el de esa gárgola incorpórea que él describe como “el pueblo”; no importa qué ideal proclame en términos de alguna dimensión sobrenatural: *de hecho, en realidad, en la Tierra*, su ideal es la *muerte*, su frenesí es matar, su única satisfacción es torturar.

»Destrucción es el único fin que el credo de los místicos ha conseguido alcanzar en el pasado, así como el único fin que ves que están consiguiendo hoy, y si las calamidades provocadas por sus actos no les han hecho cuestionar sus doctrinas, si profesan estar motivados por amor sin amilanarse ante montañas de cadáveres humanos, es porque la verdad

acerca de sus almas es aún peor que la obscena excusa que tú les has permitido: la excusa de que el fin justifica los medios y que los horrores que practican son medios para fines más nobles. La verdad es que esos horrores son sus fines.

»A ti, que eres tan depravado como para creer que puedes adaptarte a la dictadura de un místico y que podrías complacerlo obedeciendo sus órdenes..., te digo: no hay forma de complacerlo. Cuando le obedezcas cambiará sus órdenes; él busca la obediencia por la obediencia y la destrucción por la destrucción. Tú, que eres tan pusilánime para creer que puedes llegar a un acuerdo con un místico cediendo a sus extorsiones..., no hay forma de sobornarlo, el soborno que quiere es tu vida, tan despacio o tan aprisa como tú estés dispuesto a entregarla, y el monstruo que él intenta sobornar es la oculta evasión en su mente que le lleva a matar para no percatarse de que la muerte que él desea es la suya propia.

»Tú, que eres tan inocente para creer que las fuerzas desatadas en tu mundo de hoy están motivadas por la codicia de saqueo material..., la urgencia de los místicos por despojos es sólo un velo para encubrir de su mente la naturaleza de su motivo. La riqueza es un medio de vida humana, y ellos dicen querer la riqueza, imitando a seres vivos, para fingirse a ellos mismos que desean vivir. Pero su sucia complacencia en el lujo saqueado no es un deleite, es una escapatoria. Ellos no quieren ser dueños de tu fortuna, quieren que tú la pierdas; ellos no quieren triunfar, quieren que tú fracases; ellos no quieren vivir, quieren que tú mueras; ellos no desean nada, odian la existencia, y continúan corriendo, cada uno de ellos intentando no enterarse de que el objeto de su odio es él mismo.

»Tú, que nunca comprendiste la naturaleza del mal; tú, que los describes como “idealistas confusos...”, ¡que el Dios que inventaste te perdone!, *ellos* son la esencia del mal, ellos, esos objetos antivida que procuran, al devorar al mundo, llenar el *desinteresado* cero de su alma. No es tu riqueza lo que buscan. Lo suyo es una conspiración contra la mente, es decir: contra la vida y el hombre.

»Es una conspiración sin líder ni dirección, y los pequeños rufianes de turno que se aprovechan de la agonía de una nación u otra son escoria fortuita flotando en el torrente del dique roto de la cloaca de los siglos, de

los pantanos de odio contra la razón, la lógica, la habilidad, los logros, la felicidad, almacenados por cada llorón antihumano que alguna vez predicó la superioridad del “corazón” sobre la mente.

»Es una conspiración de todos los que intentan, no vivir, sino *salirse con la suya viviendo*, de aquellos que intentan engañar sólo un poquito a la realidad y se sienten atraídos, por emoción, hacia todos los otros que están ocupados engañándola otro poquito, una conspiración que une con lazos de evasión a todos los que persiguen el *cero* como un valor: el profesor que, incapaz de pensar, se complace en mutilar las mentes de sus alumnos; el hombre de negocios que, para proteger su estancamiento, se complace coartando la habilidad de sus competidores; el neurótico que, para defender el odio que tiene de sí mismo, se complace destruyendo a los hombres de autoestima; el incompetente que se complace en derrotar el logro, el mediocre que se complace en demoler la grandeza, el eunuco que se complace en castrar todo placer..., y a todos sus fabricantes de munición intelectual, a todos quienes predican que la inmolación de la virtud transformará vicios en virtudes. La *muerte* es la premisa en la raíz de sus teorías, la *muerte* es el objetivo de sus acciones en la práctica..., y *vosotros* sois sus últimas víctimas.

»Nosotros, que somos los intermediarios vivientes que hay entre vosotros y la naturaleza de vuestro credo, ya no estamos ahí para salvaros de los efectos de las creencias que habéis escogido. Ya no estamos dispuestos a seguir pagando con nuestras vidas las deudas que contrajisteis en las vuestras o el déficit moral acumulado por todas vuestras generaciones anteriores. Habéis estado viviendo en tiempo prestado..., y yo soy el hombre que ha reclamado el préstamo.

»Yo soy el hombre cuya existencia vuestras evasiones estaban diseñadas a permitiros ignorar. Yo soy el hombre que vosotros no queríais que viviera ni que muriera. No queríais que viviera porque teníais miedo de saber que yo estaba asumiendo la responsabilidad que habíais evadido y que vuestras vidas dependían de mí; no queríais que muriera, porque lo sabíais.

»Hace doce años, cuando trabajaba en vuestro mundo, yo era inventor. Ejercía una profesión que fue la última en aparecer en la historia de la humanidad y que será la primera en desaparecer en el retorno a lo subhumano. Un inventor es un hombre que pregunta “¿por qué?” al universo, y no permite que nada se interponga entre la respuesta y su mente.

»Igual que el hombre que descubrió el uso del vapor o el hombre que descubrió el uso del petróleo, yo descubrí una fuente de energía que había estado disponible desde el origen del planeta, pero que los hombres no habían sabido cómo utilizar excepto como objeto de devoción, de terror y de leyendas sobre un dios atronador. Completé el modelo experimental de un motor que habría valido una fortuna para mí y para quienes me habían contratado, un motor que habría aumentado la eficiencia de cada actividad humana que usara fuerza motriz y le habría añadido el regalo de una mayor productividad a cada hora que destinarais a ganaros la vida.

»Entonces, una noche, en una asamblea en la fábrica, oí cómo yo era sentenciado a muerte por razón de mi invento. Oí a tres parásitos afirmar que mi cerebro y mi vida eran su propiedad, que mi derecho a existir era condicional y dependía de la satisfacción de sus deseos. El objetivo de mi capacidad, dijeron, era servir las necesidades de quienes eran menos capaces. Yo no tenía derecho a vivir, dijeron, en virtud de mi competencia para vivir; su derecho a vivir era incondicional, en virtud de su incompetencia.

»Entonces vi lo que estaba mal en el mundo, vi lo que estaba destruyendo a hombres y a naciones, y dónde la batalla por la vida tenía que ser pugnada. Vi que el enemigo era una moral invertida, y que mi aprobación era su único poder. Vi que el mal es impotente, que el mal era lo irracional, lo ciego, lo irreal, y que la única arma de su triunfo era la voluntad del bien en servirlo. De la misma forma que los parásitos a mi alrededor proclamaban su desvalida dependencia de mi mente y contaban con que yo voluntariamente aceptase la esclavitud que ellos no tenían el poder de imponerme, de la misma forma que contaban con que mi inmolación les proveyera con los medios para su plan, así, en todo el mundo y en toda la historia de los hombres, en cada versión y forma, desde las extorsiones de parientes holgazanes a las atrocidades de países colectivistas, son los buenos, los capaces, los hombres de la razón quienes actúan como sus propios destructores, quienes le transfunden al mal la sangre de su virtud y permiten que el mal les transmita a ellos el veneno de la destrucción, dándole así al mal el poder de sobrevivir, y a sus propios valores..., la impotencia de la muerte. Vi que, en la derrota de cualquier hombre virtuoso, llega un momento en el que su propio consentimiento es necesario para que el mal triunfe, y que ningún tipo de perjuicio que le

causen otros puede triunfar si él decide negar su consentimiento. Vi que podía poner fin a vuestras iniquidades pronunciando una sola palabra en mi mente. La pronuncié. La palabra fue: “No”.

»Me fui de esa fábrica. Me fui de vuestro mundo. Me propuse la tarea de prevenir a vuestras víctimas y darles el método y el arma para combatiros. El método fue negarse a consentir el castigo. El arma fue la justicia.

»Si quieres saber qué perdiste cuando me fui y cuando mis huelguistas desertaron de vuestro mundo, colócate en cualquier terreno desierto en un paraje inexplorado por los hombres y pregúntate qué forma de supervivencia podrías lograr y cuánto tiempo durarías si te negaras a pensar, sin nadie a tu alrededor para enseñarte lo que hacer; o, si decidieras pensar, cuánto tu mente sería capaz de descubrir; pregúntate a cuántas conclusiones independientes has llegado en el transcurso de tu vida y cuánto tiempo has dedicado a realizar las acciones que aprendiste de otros; pregúntate si serías capaz de descubrir cómo arar la tierra y producir tu alimento, si serías capaz de inventar una rueda, una palanca, una bobina de inducción, un generador o un tubo electrónico, y entonces decide si los hombres competentes son explotadores que viven del fruto de *tu* trabajo y te roban la riqueza que *tú* produces, y si te atreves a creer que posees el poder de esclavizarlos. Que tus mujeres le echen un vistazo a una hembra en la jungla, de rostro arrugado y senos colgantes, allí sentada machacando harina en un cuenco hora tras hora, siglo tras siglo, y luego que se pregunten si su “instinto de fabricar herramientas” les proporcionará sus frigoríficos, sus lavadoras y aspiradoras, y si no, si les interesa destruir a quienes proporcionaron todo eso, pero no “por instinto”.

»Mirad a vuestro alrededor, vosotros, salvajes que tartamudeáis que las ideas son creadas por los medios de producción de los hombres, que una máquina no es el producto del pensamiento humano sino de un poder místico que genera el pensamiento humano. Nunca descubristeis la edad industrial, y os aferráis a la moralidad de las épocas barbáricas en las que una forma miserable de subsistencia humana era producida por el trabajo muscular de esclavos. Todo místico siempre ha añorado esclavos para que le protejan de la realidad material a la que él teme. Pero *vosotros*, vosotros grotescos atávicos insignificantes, os quedáis mirando ciegamente a los rascacielos y a las chimeneas de las fábricas a vuestro alrededor y soñáis

con esclavizar a los proveedores materiales que son los científicos, los inventores, los hombres de la industria. Cuando clamáis por la propiedad pública de los medios de producción estáis clamando por la propiedad pública de la mente. Les he enseñado a mis huelguistas que la respuesta que os merecéis es sólo: adelante, intentadlo.

»Te declaras incapaz de controlar las fuerzas de la materia inanimada, sin embargo propones controlar las mentes de los hombres que son capaces de conseguir hazañas que tú no puedes igualar. Declaras que no puedes sobrevivir sin nosotros, sin embargo propones dictar las condiciones de nuestra supervivencia. Proclamas que nos necesitas, sin embargo te permites la impertinencia de afirmar tu derecho a gobernarnos por la fuerza..., y esperas que nosotros, quienes no tenemos miedo de esa naturaleza física que te llena de terror, nos acobardemos a la vista del primer patán que te convenció de que votaras por él para darle la oportunidad de comandarnos.

»Propones establecer un orden social basado en los siguientes términos: que eres incompetente para manejar tu propia vida, pero competente para manejar las vidas de otros; que eres inadecuado para existir en libertad, pero adecuado para convertirte en un gobernante omnipotente; que eres incapaz de ganarte la vida mediante el uso de tu propia inteligencia pero capaz de juzgar a los políticos y elegirlos para puestos de poder absoluto sobre artes que nunca has visto, sobre ciencias que nunca has estudiado, sobre logros de los cuales no tienes conocimiento, sobre industrias gigantes donde tú, por la propia definición de tu capacidad, serías incapaz de realizar con éxito el trabajo de ayudante de engrasador.

»Ese ídolo de tu culto de adoración al cero, ese símbolo de impotencia..., el dependiente congénito, es tu imagen del hombre y tu estándar de valor, en cuya semejanza te esfuerzas por remodelar tu alma. “Es sólo humano”, lloriqueas en defensa de cualquier perversión, llegando al nivel de autodegradación en el que intentas que el concepto “humano” signifique el endeble, el necio, el corrupto, el mentiroso, el fracasado, el cobarde, el fraudulento, y buscas desterrar de la raza humana al héroe, al pensador, al productor, al inventor, al fuerte, al decidido, al puro..., como si “sentir” fuese humano, pero pensar no; como si fracasar fuese humano, pero

tener éxito no; como si la corrupción fuese humana, pero la virtud no..., como si la premisa de la *muerte* fuese apropiada para el hombre, pero la premisa de la *vida* no.

»Para despojarnos de honor, y así poder también despojarnos de nuestra riqueza, tú siempre nos has mirado como esclavos que no merecen ningún reconocimiento moral. Elogias cualquier iniciativa que clama no tener fines de lucro, y maldices a los hombres que ganaron los lucros que hicieron la iniciativa posible. Consideras "de interés público" cualquier proyecto que sirve a quienes no pagan, pero no es de interés público darles servicios a quienes hacen los pagos. "Beneficio público" es cualquier cosa dada como limosna; dedicarse al comercio es perjudicar al público. "Bienestar común" es el bienestar de quienes no se lo ganan; los que lo producen no tienen derecho a ningún bienestar. "*El público*", para ti, es quienquiera que haya fracasado en conseguir cualquier virtud o valor; quien los consiga, quien provea los bienes que requieres para la supervivencia, deja de ser considerado parte del público o parte de la raza humana.

»¿Qué evasión os permitió pensar que podríais saliros con la vuestra con esa maraña de contradicciones, y planearlo como una sociedad ideal, cuando el "no" de vuestras víctimas era suficiente para demoler toda vuestra estructura? ¿Qué le permite a cualquier pordiosero insolente desplegar sus llagas ante el rostro de sus mejores y suplicar ayuda en el tono de una amenaza? Clamas, como él hace, que cuentas con nuestra lástima, pero tu secreta esperanza es el código moral que te ha enseñado a contar con nuestra *culpa*. Esperas que nos sintamos culpables por nuestras virtudes en presencia de tus vicios, tus heridas y tus fracasos; culpables por el éxito de existir, culpables por disfrutar de la vida que condenas, y aún nos imploras que te ayudemos a vivir.

»¿Queríais saber quién es John Galt? Yo soy el primer hombre de inteligencia que se ha negado a considerarla como culpa. Soy el primer hombre que no haré penitencia por mis virtudes ni dejaré que sean usadas como instrumentos de mi destrucción. Soy el primer hombre que no sufrirá martirio a manos de los que desean que yo perezca por el privilegio de mantenerlos vivos. Soy el primer hombre en decirles que no los necesito, y que hasta que no aprendan a tratar conmigo como comerciantes, dando valor por valor, tendrán que existir sin mí, igual que yo existo sin ellos; así,

de mí aprenderán de quién es la necesidad y de quién la inteligencia; y, si la supervivencia humana es el estándar, aprenderán quién determina las condiciones de la forma de sobrevivir.

»Yo he hecho de forma planeada y a propósito lo que se ha hecho a través de la historia tácitamente y por defecto. Siempre ha habido hombres de inteligencia que, en protesta y por desesperación, se declararon en huelga pero no llegaron a entender el significado de su acción. El hombre que se retira de la vida pública para pensar, pero no para compartir sus pensamientos; el hombre que decide pasar sus años en la oscuridad de empleos serviles, guardando para sí mismo el fuego de su mente, nunca dándole forma, expresión o realidad, negándose a traerlo a un mundo que él desprecia; el hombre que es derrotado por la repugnancia, el hombre que renuncia antes de empezar, el hombre que abandona en vez de capitular, el hombre que funciona a una fracción de su capacidad, desarmado por su anhelo de un ideal que no ha encontrado..., ellos están en huelga, en huelga contra la sinrazón, en huelga contra vuestro mundo y vuestros valores. Pero sin conocer ningunos valores propios, ellos abandonaron su afán por saber, en la penumbra de su desesperada indignación, correcta sin conocer lo correcto, y apasionada sin conocer la pasión, concediéndote a ti el poder de la realidad y entregándote los incentivos de su mente, y perecieron en amarga futilidad, como rebeldes que nunca entendieron el objetivo de su rebelión, como amantes que nunca descubrieron su amor.

»Los tiempos infames que llamáis oscurantismo fueron una época de la inteligencia en huelga, durante la cual los hombres de inteligencia pasaron a la clandestinidad y vivieron ocultos, estudiando en secreto, y murieron, destruyendo las obras de su mente, mientras sólo unos pocos de los más bravos mártires permanecieron para mantener la raza humana viva. Cada período regido por místicos fue una época de estancamiento y penuria, en la que la mayoría de los hombres estaban en huelga contra la existencia, trabajando por menos que su estricta supervivencia, dejando sólo migajas que sus gobernantes pudieran saquear, rehusando pensar, aventurarse, producir, cuando el postrero recaudador de sus beneficios y la final autoridad sobre la verdad o el error sería el capricho de algún degenerado condecorado, considerado superior a la razón por derecho divino y la gracia de un garrote. El camino de la historia humana fue una sarta de evasiones avanzando sobre estériles caminos erosionados por la fe

y la fuerza, con sólo unas pocas y breves explosiones de luz, las de los momentos en que la energía irradiada por los hombres de la mente realizó las maravillas que contemplasteis, admirasteis y rápidamente extinguisteis de nuevo.

»Pero no habrá extinción esta vez. El juego de los místicos se acabó. Pereceréis en y por vuestra propia irrealidad. Nosotros, los hombres de la razón, sobreviviremos.

»He convocado a la huelga y llamado a la deserción al tipo de mártires que nunca os habían abandonado antes. Les he dado el arma que les faltaba: el conocimiento de su propio valor moral. Les he enseñado que el mundo es nuestro, siempre que decidamos reclamarlo, en virtud y por la gracia del hecho que la nuestra es la *Moralidad de la Vida*. Ellos, las grandes víctimas que produjeron todas las maravillas del breve estío de la humanidad; ellos, los industriales, los conquistadores de la materia, no habían descubierto la naturaleza de su derecho. Ellos sabían que suyo era el poder. Yo les enseñé que suya era la gloria.

»Vosotros, que os atrevéis a considerarnos moralmente inferiores a cualquier místico que dice tener visiones sobrenaturales; vosotros, que os lanzáis como buitres sobre centavos robados pero ensalzáis a quien os lee la fortuna más que a quien crea la fortuna; vosotros, que repudiáis a un hombre de negocios como innoble pero valoráis a cualquier imitador de artista como glorificado..., la raíz de vuestros criterios es ese miasma místico proveniente de ciénagas primitivas, ese culto a la muerte que decreta que un hombre de negocios es inmoral por el hecho de mantenerte vivo. Vosotros, que clamáis vuestro deseo de elevaros sobre las crudas preocupaciones del cuerpo, sobre la monotonía de satisfacer meras necesidades físicas..., ¿*quién* está esclavizado por necesidades físicas, el hindú que trabaja de sol a sol empujando un arado para obtener un cuenco de arroz o el norteamericano que conduce un tractor? ¿*Quién* es el conquistador de la realidad física, el hombre que duerme en un lecho de clavos o el hombre que duerme sobre un colchón de muelles? ¿*Cuál* es el monumento al triunfo del espíritu humano sobre la materia, las chabolas carcomidas a orillas del Ganges o la silueta sobre el Atlántico de los rascacielos de Nueva York?

»A menos que aprendáis las respuestas a esas preguntas..., y aprendáis a mostrar reverente atención cuando estéis frente a los logros de la mente humana, no estaréis mucho más en este mundo, el cual amamos y no os permitiremos que maldigáis. No seguiréis escaqueándoos durante el resto de vuestros días. He acelerado el curso normal de la historia y he permitido que descubráis la naturaleza del recaudo que queríais cargar sobre los hombros de otros. Lo que os queda de vuestro poder vital ahora será drenado para darle lo no ganado a los adoradores y portadores de la muerte. No aleguéis que una realidad malévola os derrotó: fuisteis derrotados por vuestras propias evasiones. No aleguéis que vais a perecer por un noble ideal: vais a perecer como pasto para los que odian al hombre.

»Pero a aquellos de entre vosotros que aún mantengan un vestigio de dignidad y la voluntad de amar su propia vida, les ofrezco la oportunidad de decidir. Decide si quieres perecer por una moralidad que nunca has creído ni practicado. Párate al borde de la autodestrucción y examina tus valores y tu vida. Sabes cómo hacer un inventario de tus riquezas. Ahora haz un inventario de tu mente.

»Desde niño has guardado el culpable secreto de que no sentías ningún deseo de ser moral, ningún deseo de buscar inmolarte, que temes y odias tu código, pero no osas decírtelo ni a ti mismo; que careces de esos “instintos” morales que otros profesan sentir. Cuanto menos sentías, más alto vociferabas tu amor desinteresado y servidumbre a los otros, temiendo que ellos descubrieran alguna vez tu verdadero ego, el ego que traicionaste, el ego que mantuviste guardado, como un esqueleto en el armario de tu cuerpo. Y ellos, que eran al mismo tiempo tus timados y tus timadores, ellos escuchaban y expresaban su ruidosa aprobación, temiendo que tú descubrieras alguna vez que ellos albergaban el mismo tácito secreto. La existencia entre vosotros es una enorme farsa, un acto que todos representáis unos para otros, cada uno sintiendo que él es el único monstruo culpable, cada uno poniendo su autoridad moral en lo incognoscible conocido sólo por otros, cada uno evadiendo la realidad que él siente que ellos esperan que evada, ninguno teniendo el coraje de romper el círculo vicioso.

»No importa qué deshonrosas concesiones hayas hecho con tu impracticable credo, no importa qué miserable equilibrio, mitad cinismo, mitad superstición, estés consiguiendo mantener ahora, aún conservas la

raíz, el dogma letal: la creencia de que lo moral y lo práctico son opuestos. Desde niño has estado huyendo del terror de un dilema que nunca has osado identificar del todo: si lo *práctico*, lo que tienes que practicar para existir, lo que funciona, triunfa y logra tu objetivo, lo que te trae alimento y alegría, lo que te beneficia... es malo..., y si lo bueno, lo moral, es lo *impráctico*, lo que fracasa, destruye y frustra, lo que te lastima y te causa pérdida y dolor..., entonces tu dilema es ser moral o vivir.

»El único resultado de esa criminal doctrina fue desgajar la moralidad de la vida. Creciste creyendo que las leyes morales no tenían nada que ver con la tarea de vivir, salvo como impedimento y amenaza; que la existencia del hombre es una jungla amoral donde cualquier cosa vale y cualquier cosa funciona. Y en esa niebla de definiciones cambiantes que desciende sobre una mente congelada olvidaste que las maldades condenadas por tu credo eran las virtudes necesarias para vivir, y llegaste a creer que las maldades reales eran los medios *prácticos* de la existencia. Olvidando que el impráctico "bien" era el autosacrificio, ahora crees que la autoestima es impráctica; olvidando que el práctico "mal" era la producción, ahora crees que el robo es práctico.

»Zarandeándote como una rama indefensa en el viento de una inexplorada jungla moral, no te atreves del todo a ser malo o del todo a vivir. Cuando eres honesto, sientes el resentimiento de un ingenuo; cuando engañas, sientes terror y vergüenza. Cuando eres feliz, tu alegría se ve diluida por la culpa; cuando sufres, tu dolor se ve aumentado por el sentimiento de que el dolor es tu estado natural. Te dan lástima los hombres que admiras: crees que ellos están condenados a fracasar; te dan envidia los hombres que odias: crees que ellos son los amos de la existencia. Te sientes indefenso cuando te enfrentas con un canalla: crees que el mal está destinado a ganar, puesto que lo moral es lo impotente, lo *impráctico*.

»La moralidad, para ti, es un espantapájaros fantasma hecho de deber, de aburrimiento, de castigo y de dolor, un cruce entre la primera maestra de escuela de tu pasado y el recaudador de impuestos de tu presente; un espantapájaros plantado en un campo estéril, agitando un palo para ahuyentar tus placeres; y *placer*, para ti, es un cerebro anegado en licor, una fulana sin mente, el estupor de un imbécil apostando su dinero en una carrera de animales, puesto que el placer no puede ser moral.

»Si identificas tus verdaderas creencias, encontrarás una triple condena..., de ti mismo, de la vida, y de la virtud, en la grotesca conclusión a la que has llegado: creer que la moralidad es un mal necesario.

»¿Te preguntas por qué vives sin dignidad, amas sin pasión y mueres sin resistencia? ¿Te preguntas por qué, dondequiera que mires, sólo encuentras interrogantes sin solución, por qué tu vida está desgarrada por conflictos irresolubles, por qué la pasas a horcajadas sobre muros irracionales para evitar dilemas artificiales tales como cuerpo o alma, mente o corazón, seguridad o libertad, beneficio privado o beneficio público?

»¿Te lamentas de no encontrar respuestas? ¿De qué forma esperabas encontrarlas? Rechazas tu herramienta de percepción..., tu mente, y luego te quejas de que el universo es un misterio. Tiras tu llave y luego sollozas que todas las puertas se han cerrado para ti. Te lanzas en pos de lo irracional, y luego maldices la existencia por no tener sentido.

»El muro sobre el que has estado a horcajadas durante dos horas..., mientras escuchabas mis palabras y buscabas escapar de ellas, es una fórmula de cobardes contenida en la frase: “Pero ¡no tenemos que llegar a extremos!”. El extremo que siempre has luchado por evitar es reconocer que la realidad es definitiva, que A es A y que la verdad es verdad. Un código moral imposible de practicar, un código que exige la imperfección o la muerte, te ha enseñado a disolver todas las ideas en niebla, a no permitir definiciones fijas, a considerar todo concepto como aproximado y toda regla de conducta como elástica, a escatimar en cualquier principio, a ceder en cualquier valor, a elegir el término medio de cualquier alternativa. Al extorsionar tu aceptación de absolutos sobrenaturales, te has forzado a rechazar el absoluto de la naturaleza. Al imposibilitar juicios morales, te has hecho incapaz de tener un juicio racional. Un código que te prohíbe tirar la primera piedra te ha prohibido admitir la identidad de las piedras y de saber cuándo o si estás siendo apedreado.

»El hombre que se niega a juzgar, que no está ni en acuerdo ni en desacuerdo, que declara que no hay absolutos y cree que está evadiendo la responsabilidad es el hombre responsable por toda la sangre que está siendo derramada en el mundo. La realidad es un absoluto, la existencia es un absoluto, una partícula de polvo es un absoluto y también lo es una vida

humana. Si vives o mueres, es un absoluto. Si tienes un pedazo de pan o no, es un absoluto. Si te comes el pan o lo ves esfumarse en el estómago de un ladrón, es un absoluto.

»Hay dos lados en todo asunto: un lado es correcto, y el otro, incorrecto, pero el término medio es siempre malvado. El hombre que está equivocado aún retiene cierto respeto por la verdad, aunque sólo sea por aceptar la responsabilidad de elegir. Pero el hombre del término medio es un bribón que evade la verdad para pretender que ni las opciones ni los valores existen, que está dispuesto a asistir al desenlace de cualquier batalla, listo para aprovecharse de la sangre del inocente o arrastrarse por el suelo ante el culpable; que administra justicia condenando a los dos, al criminal y a su víctima, a la prisión; que soluciona conflictos ordenando que el pensador y el imbécil se pongan de acuerdo a mitad de camino. En cualquier concesión entre comida y veneno, es sólo la muerte la que puede ganar. En cualquier concesión entre el bien y el mal, es sólo el mal el que puede beneficiarse. En esa transfusión de sangre que drena lo bueno para alimentar lo malo, el que concede es el tubo transmisor.

»Tú, que eres mitad racional y mitad cobarde, has estado participando en un juego de burla con la realidad, pero la víctima a la que has burlado eres tú mismo. Cuando los hombres reducen sus virtudes a lo aproximado, el mal adquiere la fuerza de un absoluto; cuando la lealtad a un objetivo inflexible es abandonada por los virtuosos, es asumida por los sinvergüenzas, y entonces te encuentras con el indecente espectáculo de un bien sumiso, regateador y traicionero, y de un mal arrogante e intransigente. Así como te rendiste a los místicos del músculo cuando te dijeron que ignorancia consiste en alegar conocimiento, ahora te rindes a ellos cuando chillan que la inmoralidad consiste en emitir un juicio moral. Cuando gritan que es egoísta estar seguro de que tienes razón, te apresuras a asegurarles que tú no estás seguro de nada. Cuando braman que es inmoral basarte en tus convicciones, les aseguras que tú no tienes convicción alguna. Cuando los matones de los Estados Populares de Europa gruñen que eres culpable de intolerancia, porque no tratas tu deseo de vivir y su deseo de matarte como una diferencia de opinión, tú te amilanas y te apresuras a asegurarles que no eres intolerante ante ningún horror. Cuando algún vagabundo

descalzo en algún cuchitril de Asia te increpa: "¡¿Cómo te atreves a ser rico?!"; tú le pides disculpas y le suplicas que sea paciente, y le prometes que lo donarás todo.

»Has llegado al callejón sin salida de la traición que cometiste cuando aceptaste que no tenías derecho a existir. Tiempo atrás creías que era "sólo una concesión": concediste que era malvado vivir para ti mismo, pero moral vivir por el bien de tus hijos. Luego concediste que era egoísta vivir para tus hijos, pero moral vivir para tu comunidad. Luego concediste que era egoísta vivir para tu comunidad, pero moral vivir para tu país. *Ahora* permites que éste, el más grandioso de los países, sea devorado por cualquier escoria de cualquier rincón del mundo, mientras concedes que es egoísta vivir para tu país y que tu deber moral consiste en vivir para el planeta. Un hombre que no tiene derecho a la vida no tiene derecho a los valores, y no los mantendrá.

»Al final de tu trayectoria de sucesivas traiciones, despojado de armas, de certeza y de honor, cometes el último acto de traición y firmas tu petición de bancarrota intelectual: mientras los místicos del músculo de los Estados Populares proclaman que ellos son los campeones de la razón y de la ciencia, concuerdas y te apresuras a proclamar que la *fe* es tu principio cardinal, que la razón está de parte de los que te destruyen y que tú estás de parte de la fe. A los agotados restos de honestidad racional en las mentes retorcidas y confusas de tus niños, les explicas que tú no puedes ofrecer ningún argumento racional en apoyo de las ideas que crearon este país; que no existe justificación racional para la libertad, la propiedad, la justicia, los derechos...; que todos ellos descansan sobre una visión mística y pueden ser aceptados sólo por fe; que, en la razón y la lógica, el enemigo está en lo cierto, pero que la fe es superior a la razón. Les dices a tus hijos que es racional saquear, torturar, esclavizar, expropiar y asesinar, pero que ellos deben resistir las tentaciones de la lógica y atenerse a la disciplina de permanecer irracionales; que rascacielos, fábricas, radios y aviones eran los productos de la fe y la intuición mística, pero que el hambre, los campos de concentración y los pelotones de fusilamiento son los productos de una forma razonable de existencia; que la revolución industrial fue el motín de los hombres de fe contra ésa era de la razón y la lógica conocida como la Edad Media. Simultáneamente, en el mismo aliento, al mismo niño, le dices que los bandidos que gobiernan los Estados Populares sobrepasarán a este

país en producción material, ya que ellos son los representantes de la ciencia, pero que es perverso preocuparse por la riqueza física y que uno debe renunciar a la prosperidad material; le dices que los ideales de los bandidos son nobles, pero que, en realidad, no es eso lo que ellos quieren, mientras que tú sí; que tu objetivo al luchar contra los bandidos es sólo para conseguir sus objetivos, los cuales ellos no pueden conseguir, pero tú sí; y que la forma de luchar contra ellos es anticipándose a ellos y dar toda la riqueza de uno. Entonces te preguntas por qué tus hijos se unen a los rufianes populares o se convierten en delincuentes medio locos, te preguntas por qué las conquistas de los bandidos se aproximan cada vez más a tus puertas..., y lo achacas a la estupidez humana, diciendo que las masas son impasibles a la razón.

»Evades el explícito espectáculo público de la lucha de los bandidos contra la mente, y el hecho de que sus más sanguinarios horrores son perpetrados para castigar el crimen de pensar. Evades el hecho de que la mayoría de los místicos del músculo comenzaron como místicos del espíritu, que se la pasan cambiando de un bando al otro; que los hombres que tú llamas materialistas y espiritualistas son sólo dos mitades del mismo humano seccionado, constantemente buscando ser completadas, pero lo buscan columpiándose entre la destrucción de la carne y la destrucción del alma, y viceversa, y continúan huyendo de tus universidades a los corrales de esclavos de Europa y a un desmoronamiento total en la inmundicia mística de la India, buscando cualquier refugio contra la realidad, cualquier forma de escapar de la mente.

»Lo evades, y te aferras a tu hipocresía de la “fe” para evadir el darte cuenta de que los bandidos tienen un grillete a tu alrededor que consiste en tu código moral; que los bandidos son los definitivos y consistentes practicantes de la moralidad que estás medio obedeciendo, medio evadiendo; que la practican de la única manera que puede ser practicada: convirtiendo al mundo en una pira de sacrificios; que tu moralidad te prohíbe oponerte a ellos de la única forma posible de oponerse: rehusando convertirte en un animal sacrificable y afirmando orgullosamente tu derecho a existir; que, para combatirlos hasta el fin y con plena rectitud, *es tu moralidad la que tienes que rechazar*.

»Lo evades, porque tu autoestima está ligada a ese místico “desinterés” que nunca has poseído ni practicado, pero has pasado tantos años fingiendo poseerlo que la mera idea de denunciarlo te llena de terror. No hay valor más alto que la autoestima, pero lo has invertido en activos falsos, y ahora tu moralidad te tiene atrapado de tal forma que te ves forzado a proteger tu autoestima luchando por el credo de la autodestrucción. La siniestra broma recae sobre ti: la necesidad de autoestima que eres incapaz de explicar o de definir pertenece a *mi* moralidad, no a la tuya; es el símbolo objetivo de mi código; es la prueba de mi argumento dentro de tu propia alma.

»Por un sentimiento que él no ha aprendido a identificar, pero que ha deducido desde la primera vez que se dio cuenta de la existencia, desde su descubrimiento de que tiene que escoger, el hombre sabe que su desesperada necesidad de autoestima es un asunto de vida o muerte. Como ser de consciencia volitiva que es, sabe que tiene que conocer su propio valor para mantener su propia vida. Sabe que tiene que actuar *correctamente*; ser incorrecto en acción significa peligro para su vida; actuar mal como persona..., ser *malvado*, significa ser inadecuado para la existencia.

»Cada acto de la vida del hombre tiene que ser voluntario; el mero acto de obtener o consumir su alimento implica que la persona que él está preservando es merecedora de ser preservada; cada placer que él busca disfrutar implica que la persona que lo busca es merecedora de poder disfrutar. Él no tiene opción sobre su necesidad de autoestima, su única opción es el estándar de cómo medirla. Y él comete un error fatal cuando sustituye ese instrumento que protege su vida por algo al servicio de su propia destrucción, cuando escoge un estándar que contradice la existencia y coloca su autoestima en contra de la realidad.

»Cada forma de duda infundada sobre sí mismo, cada sentimiento de inferioridad y de imperfección secreta es, en realidad, el miedo íntimo que tiene el hombre a su incapacidad de lidiar con la existencia. Pero cuanto mayor es su terror, más ferozmente se aferra a las criminales doctrinas que lo sofocan. Ningún hombre puede sobrevivir el momento de declararse a sí mismo irremediablemente malvado; si lo hiciera, su siguiente momento sería demencia o suicidio. Para escapar de ello..., si ha elegido un estándar irracional, falseará, evadirá, fingirá; se engañará a sí mismo sobre la realidad, la existencia, la felicidad, la mente; y al final llegará a ofuscarse

en su autoestima al intentar preservar una ilusión de la misma, antes que arriesgarse a descubrir que carece de ella. Temer enfrentarse a un asunto es creer que lo peor es verdad.

»No es ningún crimen que hayas podido cometer lo que infecta tu alma con una culpa permanente, no es ninguno de tus fracasos, errores o defectos, sino la *evasiva* mediante la que intentas suprimirlos; no es ningún tipo de pecado original ni desconocida deficiencia prenatal, sino el conocimiento y el hecho de tu negligencia básica, de suspender tu mente, de negarte a pensar. El miedo y la culpa son tus emociones crónicas, son reales y, desde luego, las mereces, pero no proceden de las razones superficiales que inventas para enmascarar su causa, ni de tu "egoísmo", debilidad o ignorancia, sino de una amenaza real y básica para tu existencia: el *miedo*, porque has abandonado tu herramienta de supervivencia; la *culpa*, porque sabes que lo has hecho voluntariamente.

»El *yo* que has traicionado es tu mente; *autoestima* es basarse en el propio poder de pensar. El ego que buscas, ese esencial "*tú*" que no consigues expresar ni definir, no son tus emociones ni tus sueños incoherentes, sino tu *intelecto*, ese juez de tu tribunal supremo a quien has impugnado para quedarte a la deriva a merced de cualquier impostor errante al que describes como tu "emoción". Luego, te arrastras a través de tinieblas que tú mismo has creado, en desesperada búsqueda de un fuego anónimo, movido por la nebulosa visión de un alba que habías vislumbrado y perdido.

»Observa la persistencia, en las mitologías de la humanidad, de la leyenda sobre un paraíso que los hombres poseyeron antaño, la ciudad de Atlántida o el Jardín del Edén, o algún reino de perfección, siempre en nuestro pasado. La raíz de esa leyenda existe, pero no en el pasado de la raza, sino en el pasado de cada individuo. Tú aún conservas el sentido..., un sentido no tan firme como un recuerdo, sino difuso como el dolor de una añoranza imposible, de que, en algún momento en los primeros años de tu niñez, antes de que hubieras aprendido a someterte, a absorber el terror de la sinrazón y a dudar del valor de tu mente, conociste un estado radiante de existencia, conociste la independencia de una consciencia racional enfrentando un universo despejado. *Ése* es el paraíso que has perdido, que buscas, que es tuyo para disponer de él.

»Algunos de vosotros nunca sabréis quién es John Galt. Pero quienes hayáis experimentado un solo momento de amor por la existencia y de orgullo por ser su merecido amante, un solo momento contemplando a este mundo y dejando que vuestra mirada sea su aprobación, habéis conocido la sensación de ser un hombre, y yo... yo soy sólo el hombre que comprendió que esa sensación no ha de ser traicionada. Yo soy quien entendió lo que la hacía posible, y quien decidió practicarla de forma consistente, y ser lo que tú llegaste a practicar y ser en ese único instante.

»Esa decisión está en tus manos. Esa decisión..., la dedicación al más alto potencial de cada uno, se toma aceptando el hecho de que el más noble acto que jamás has realizado es el acto de tu mente en el proceso de comprender que dos y dos son cuatro.

»Seas quien seas..., tú, que estás a solas con mis palabras en este momento, con sólo tu honestidad para ayudarte a entender, la decisión de convertirte en ser humano aún existe, pero el precio es empezar desde cero, presentarte desnudo frente a la realidad y, revirtiendo un costoso error histórico, declarar: “Existo, luego pensaré”.

»Acepta el hecho irrevocable de que tu vida depende de tu mente. Admite que la totalidad de tu lucha, de tus dudas, de tus engaños y de tus evasiones, fue una desesperada búsqueda para escapar de la responsabilidad de una consciencia volitiva..., un ansia de conocimiento automático, de acción instintiva, de certeza intuitiva, y que, mientras lo considerabas un anhelo por alcanzar el estado de un ángel, lo que de hecho estabas buscando era el estado de un animal. Acepta, como tu ideal moral, la tarea de convertirte en hombre.

»No digas que tienes miedo de confiar en tu mente porque sabes tan poco. ¿Estás más seguro entregándote a los místicos y descartando lo poco que sabes? Vive y actúa dentro del límite de tu conocimiento, y sigue expandiéndolo hasta el límite de tu vida. Libera tu mente de los yugos de la autoridad. Acepta el hecho de que no eres omnisciente, pero que comportarte como un zombi no te dará omnisciencia; que tu mente es falible, pero que convertirte en un imbécil no te hará infalible; que un error cometido por ti es más seguro que diez verdades aceptadas por fe, porque lo primero te deja los medios para corregirlo, mientras que lo segundo destruye tu capacidad de distinguir la verdad del error. En vez de tu sueño

de un autómata omnisciente, acepta el hecho de que cualquier conocimiento que el hombre adquiere lo adquiere por su propia voluntad y esfuerzo, y *ésa* es su distinción en el universo, *ésa* es su naturaleza, su moralidad, su gloria.

»Descarta esa licencia ilimitada a la maldad que consiste en proclamar que el hombre es imperfecto. ¿De acuerdo con qué estándar condenas al hombre cuando proclamas eso? Acepta el hecho de que, en el campo de la moralidad, nada menos que la perfección será suficiente. Pero la perfección no debe ser medida por mandamientos místicos de practicar lo imposible, y tu estatura moral no debe ser medida por cuestiones fuera de tu alcance. El hombre tiene una única opción básica: pensar o no pensar; y *ésa* es la medida de su virtud. La perfección moral es una *racionalidad inquebrantable*: no el grado de tu inteligencia, sino el pleno e implacable uso de tu mente; no la extensión de tu conocimiento, sino la aceptación de la razón como un absoluto.

»Aprende a distinguir la diferencia entre errores de conocimiento y transgresiones de moralidad. Un error de conocimiento no es una falta moral, siempre que estés dispuesto a corregirlo; sólo un místico juzgaría a los seres humanos con el estándar de una omnisciencia imposible y automática. Pero una transgresión de moralidad es la elección consciente de una acción que sabes que es mala, o una evasión voluntaria de conocimiento, una suspensión de la vista y del pensamiento. Lo que no sabes no es una imputación moral contra ti; pero lo que rehúsas saber es una cuenta de infamia creciendo en tu alma. Concédeles todas las excusas a los errores de conocimiento, pero no perdones ni aceptes ninguna transgresión de moralidad. Otorga el beneficio de la duda a quienes buscan el saber, pero trata como potenciales asesinos a aquellos especímenes de insolente perversidad que hacen demandas sobre ti, anunciando que ni tienen ni buscan razones, proclamando, como excusa, que “simplemente” lo sienten, o a quienes rechazan un argumento irrefutable diciendo: “Es sólo lógica”; lo cual significa: “Es sólo realidad”. El único reino opuesto a la realidad es el reino y la premisa de la muerte.

»Acepta el hecho de que lograr tu felicidad es el único objetivo *moral* de tu vida, y que la *felicidad*..., no el dolor ni las extravagancias irresponsables, es la prueba de tu integridad moral, ya que es la prueba y el resultado de tu lealtad al logro de tus valores. La felicidad era la responsabilidad que temías, ella requería el tipo de disciplina racional que

no te valoraste lo suficiente para asumir; y la ansiosa fatiga de tus días es el monumento a tu evasión del conocimiento que no existe sustituto moral para la felicidad, que no hay cobarde más despreciable que el hombre que deserta la batalla por conquistar su alegría, con miedo a afirmar su derecho a la existencia, faltándole el valor y la lealtad a la vida que demuestra un pájaro, o una flor extendiéndose hacia el sol. Descarta los desahuciados harapos de ese vicio al que llamas virtud: la humildad. Aprende a valorarte a ti mismo, es decir, a luchar por tu felicidad. Y cuando aprendas que el *orgullo* es la suma de todas las virtudes, aprenderás a vivir como un hombre.

»Como medida básica de autoestima, aprende a tratar como la señal de un caníbal la *demanda* de cualquier hombre por tu ayuda. Demandarla es clamar que tu vida es *su* propiedad, y, por más odioso que pueda ser ese clamar, hay algo más odioso aún: tu consentimiento. ¿Preguntas si alguna vez es apropiado el ayudarle a otro hombre? No, si lo reclama como su derecho o como el deber moral que le debes. Sí, si tal es tu deseo, basado en tu propio placer individual y en el valor de su persona y de su lucha. El sufrimiento como tal no es un valor; sólo la lucha del hombre contra el sufrimiento lo es. Si decides ayudarle a un hombre que sufre, hazlo solamente sobre la base de sus virtudes, de su esfuerzo por recuperarse, de su pasado racional o del hecho de sufrir injustamente; así, tu acción aún es una transacción, y su virtud es el pago por tu ayuda. Pero ayudarle a un hombre que no tiene virtudes, ayudarle sólo sobre la base de su sufrimiento como tal, aceptar sus fallos, su *necesidad*, como una reivindicación... es aceptar la hipoteca de un cero sobre tus valores. Un hombre que no tiene virtudes es alguien que odia la existencia y actúa bajo la premisa de la muerte; ayudarle es premiar su maldad y respaldar su carrera de destrucción. Sea tan sólo un centavo que no echarás de menos o una amable sonrisa que no haya merecido, el tributo a un cero es una traición a la vida y a todos los que luchan por mantenerla. Es de tales centavos y sonrisas que la desolación de tu mundo está hecha.

»No digas que mi moralidad es demasiado difícil de practicar y que le tienes miedo igual que le tienes miedo a lo desconocido. Cualesquiera que fueran los momentos vividos que hayas conocido, ellos fueron vividos según los valores de *mi* código. Pero lo has asfixiado, negado y traicionado. Seguiste sacrificando tus virtudes por tus vicios, y a los mejores hombres

por los peores. Mira a tu alrededor: lo que le has hecho a la sociedad lo hiciste primero dentro de tu alma, una es la imagen de la otra. Esa atroz devastación que es ahora tu mundo es la forma física de la traición que cometiste con tus valores, con tus amigos, con tus defensores, con tu futuro, con tu país, contigo mismo.

»Nosotros..., a quienes ahora llamas, pero quienes ya no contestamos, habíamos vivido entre vosotros, pero no lograsteis conocernos, os negasteis a pensar y ver lo que éramos. No lograsteis reconocer el motor que yo inventé, y se convirtió, en *vuestro* mundo, en un montón de chatarra. No lograsteis reconocer al héroe que se alberga en vuestra alma, y no lograsteis reconocerme cuando pasaba a vuestro lado en la calle. Cuando llorabais desesperadamente por el espíritu inalcanzable que sentíais que había abandonado vuestro mundo, le disteis mi nombre, pero lo que estabais invocando era vuestra propia traicionada autoestima. No recuperaréis el uno sin la otra.

»Cuando dejasteis de reconocer la mente del hombre e intentasteis gobernar a seres humanos por la fuerza, quienes se sometieron no tenían mente a la que renunciar; quienes sí la tenían eran los hombres que no se doblegan. Así, el hombre de genio productivo asumió en *vuestro* mundo el disfraz de un *playboy* y se convirtió en un destructor de riqueza, prefiriendo aniquilar su fortuna a cederla a vuestras armas. Así, el pensador, el hombre de razón, asumió en *vuestro* mundo el papel de un pirata, para defender sus valores con la fuerza contra vuestra fuerza, antes que doblegarse a la regla de la brutalidad. ¿Me oís, Francisco d’Anconia y Ragnar Danneskjöld, mis primeros amigos, mis compañeros de lucha, mis colegas en exilio, en cuyo nombre y honor estoy hablando?

»Fuimos nosotros tres quienes empezamos lo que yo estoy completando ahora. Fuimos nosotros tres quienes resolvimos vengar a este país y liberar su alma aprisionada. Éste, el más grandioso de los países, fue construido sobre *mi* moralidad, sobre la inviolable supremacía del derecho del individuo a existir, pero tú temías admitirlo y ser capaz de vivir de esa forma. Contemplaste un logro inigualado en la historia, saqueaste sus efectos y evadiste sus causas. En presencia de ese monumento a la moralidad humana que es una fábrica, una autopista o un puente, continuaste condenando a este país como inmoral y a su progreso como

“avaricia materialista”, continuaste ofreciéndole excusas por la grandeza de este país a ese ídolo de la miseria primordial, al ídolo de la Europa decadente: un leproso, místico holgazán.

»Este país, producto de la *razón*, no pudo sobrevivir bajo la moralidad del sacrificio. No fue construido por hombres que buscaban autoinmolación o por hombres que buscaban dádivas. No pudo sustentarse sobre la brecha mística que divorció el alma del hombre de su cuerpo; no pudo vivir según la doctrina mística que maldijo esta Tierra como malvada y a los que triunfaban en ella como depravados. Desde su inicio, este país fue una amenaza para el antiguo señorío de los místicos. En la brillante explosión de su juventud, este país le hizo ver a un mundo incrédulo qué grandeza era posible para el hombre, qué felicidad era posible en la Tierra. Era lo uno o lo otro: Estados Unidos o los místicos. Los místicos lo sabían, tú no. Permitiste que te infectaran con la adoración a la *necesidad*..., y este país se convirtió en un gigante de cuerpo con un enano pedigüeño como alma, mientras su alma vital era forzada a la clandestinidad para trabajar y alimentarte en silencio, sin nombre, sin honor, negada..., su alma y su héroe: el empresario. ¿Me oyes ahora, Hank Rearden, la mayor de las víctimas a las que yo he vengado?

»Ni él ni el resto de nosotros regresará hasta que el camino quede libre para reconstruir este país, hasta que los restos de destrucción de la moralidad del sacrificio hayan sido eliminados de nuestro camino. El sistema político de un país se basa en su código de moralidad. Reconstruiremos el sistema de este país sobre la premisa moral que había sido su fundamento, pero a la que tú trataste como una clandestinidad culpable en tu frenética evasión del conflicto entre dicha premisa y tu moralidad mística: la premisa de que el hombre es un fin en sí mismo, no un medio para los fines de otros; que la vida del hombre, su libertad, su felicidad, son *suyas* por derecho inalienable.

»A ti, que has perdido el concepto de derecho, tú que vacilas en impotentes evasivas entre la reivindicación de que los derechos son un regalo de Dios, un regalo sobrenatural a ser aceptado por fe, y la reivindicación de que los derechos son un regalo de la sociedad, susceptibles de ser quebrantados a su arbitrario capricho..., yo te digo que la fuente de los derechos del hombre no es ni la ley divina ni la ley parlamentaria, sino la ley de identidad. A es A, y el Hombre es el Hombre.

*Derechos* son condiciones de existencia requeridas por la naturaleza del hombre para su supervivencia apropiada. Si el hombre ha de vivir en la Tierra como hombre, es lo *correcto* que use su mente; es lo *correcto* que actúe según su propio libre albedrío; es lo *correcto* que trabaje por sus valores y retenga el producto de su trabajo. Si la vida en la Tierra es su objetivo, tiene el *derecho* a vivir como un ser racional: la naturaleza le prohíbe lo irracional. Cualquier grupo, cualquier pandilla, cualquier nación que intente negar los derechos del hombre es *incorrecta*, lo que significa: es malvada, lo que significa: es antivida.

»*Derechos* son un concepto moral, y la moralidad es una cuestión de elección. Los hombres son libres de no elegir la supervivencia del hombre como el estándar de su moralidad y de sus leyes, pero no son libres de escapar del hecho de que la alternativa es una sociedad caníbal que existe durante un tiempo devorando a sus mejores individuos y se colapsa como un cuerpo canceroso cuando los sanos han sido devorados por los enfermos, cuando lo racional ha sido consumido por lo irracional. Ése ha sido el destino de vuestras sociedades en la historia, pero habéis evadido el conocimiento de la causa. Yo estoy aquí para decirlo: el agente de retribución fue la ley de identidad, de la cual no podéis escapar. Así como el hombre no puede vivir por medio de lo irracional, tampoco pueden hacerlo dos hombres..., ni dos mil, ni dos mil millones. Así como el hombre no puede tener éxito desafiando la realidad, así tampoco puede hacerlo una nación..., o un país, o el globo. A es A. El resto es cuestión de tiempo, gentileza de la generosidad de las víctimas.

»Así como el hombre no puede existir sin su cuerpo, tampoco ningún derecho puede existir sin el derecho a convertir en realidad los derechos de uno..., a pensar, a trabajar y a quedarse con los resultados, es decir, el derecho a la propiedad. Los modernos místicos del músculo, que te ofrecen la fraudulenta alternativa de “derechos humanos” contra “derechos de propiedad”, como si unos pudieran existir sin los otros, están haciendo un postrero y grotesco intento de revivir la doctrina de alma contra cuerpo. Sólo un fantasma puede existir sin propiedad material, sólo un esclavo puede trabajar sin derecho al producto de su esfuerzo. La doctrina de que los “derechos humanos” son superiores a los “derechos de propiedad” simplemente quiere decir que algunos seres humanos tienen derecho a hacer de otros su propiedad; y como el competente no tiene nada que ganar del

incompetente, eso significa el derecho del incompetente a adueñarse de los que son mejores que él y utilizarlos como ganado productivo. Quien considere eso como humano y justo, no tiene derecho al título de "humano".

»La fuente de los derechos de propiedad es la ley de causalidad. Toda propiedad y todas las formas de riqueza son producidas por la mente y el trabajo del hombre. Así como no puedes tener efectos sin causas, tampoco puedes tener riqueza sin su fuente: sin inteligencia. No puedes forzar a la inteligencia a trabajar: los que son capaces de pensar no trabajarán bajo compulsión; los que no lo son no producirán mucho más que el valor del látigo necesario para mantenerlos esclavizados. Tú no puedes obtener los productos de una mente excepto en los términos establecidos por su dueño, a través de intercambio y consentimiento voluntario. Cualquier otra política de los hombres hacia la propiedad del hombre es una política de criminales, no importa cuántos sean los criminales. Los criminales son salvajes que juegan al corto plazo y se mueren de hambre cuando sus presas se agotan, igual que tú te estás muriendo de hambre hoy, tú que creías que el crimen podría ser "práctico" si tu gobierno decretase que robar es legal..., y que resistirse al robo es ilegal.

»El único objetivo apropiado de un gobierno es el de proteger los derechos del individuo, lo que significa: protegerlo de la violencia física. Un gobierno apropiado es sólo un policía, actuando como un agente de autodefensa del hombre, y, como tal, puede recurrir a la fuerza *solamente* contra quienes *inician* el uso de la fuerza. Las únicas funciones adecuadas de un gobierno son: la policía, para protegerte de criminales; el ejército, para protegerte de invasores extranjeros; y los tribunales, para proteger tu propiedad y tus contratos de incumplimientos o fraudes de otros, y para dirimir disputas apelando a reglas racionales, de acuerdo con una ley *objetiva*. Pero un gobierno que *inicia* el uso de la fuerza contra hombres que no han forzado a nadie, el uso de la coacción armada contra víctimas desarmadas, es una espeluznante máquina infernal diseñada para aniquilar la moralidad; tal gobierno tergiversa su único propósito moral y transforma su papel de protector en el papel del más mortal enemigo del hombre, su papel de policía en el de un criminal investido con el derecho a ejercer la violencia contra víctimas despojadas del derecho a la autodefensa.

Semejante gobierno sustituye la moralidad por la siguiente regla de conducta social: puedes hacerle lo que quieras a tu prójimo, siempre que tu pandilla sea más grande que la suya.

»Sólo un mostrenco, un iluso o un defraudador puede aceptar existir en esos términos o estar de acuerdo en darles a sus semejantes un cheque en blanco sobre su vida y su mente, en aceptar la creencia de que otros tienen derecho a disponer de su persona a su antojo, que la voluntad de la mayoría es omnipotente, que la fuerza física de los músculos y de los números es un sustituto de la justicia, la realidad y la verdad. Nosotros, los hombres de la mente, nosotros que somos comerciantes, no amos ni esclavos, no negociamos con cheques en blanco ni los otorgamos. Nosotros no vivimos ni trabajamos con ningún aspecto de lo no-objetivo.

»Mientras los hombres, en la era del salvajismo, no tuvieron el concepto de realidad objetiva y creían que la naturaleza física estaba gobernada por el capricho de demonios incognoscibles, ni pensamiento, ni ciencia, ni producción fueron posibles. Sólo cuando los hombres descubrieron que la naturaleza era un absoluto firme y previsible, ellos fueron capaces de basarse en su conocimiento, de elegir su camino y planear su futuro, y, poco a poco, de salir de la caverna. *Ahora*, vosotros habéis devuelto la industria moderna, con su inmensa complejidad de precisión científica, al poder de demonios incognoscibles, al poder imprevisible de los caprichos arbitrarios de furtivos y grotescos burócratas. Un agricultor no invertirá el esfuerzo de un estío si es incapaz de calcular las posibilidades de una cosecha. Pero tú esperas que los gigantes de la industria, que planifican en términos de décadas, inviertan en términos de generaciones y suscriben contratos de noventa y nueve años, continúen funcionando y produciendo sin saber qué capricho aleatorio en el cráneo de qué funcionario aleatorio descenderá sobre él en qué momento para demoler la totalidad de su esfuerzo. Vagabundos y trabajadores manuales viven y hacen planes con horizontes de un día. Cuanto mejor es la mente, más largo es el plazo. Un hombre cuya visión se extiende a una chabola podría continuar construyendo sobre vuestras arenas movedizas, agarrar un beneficio rápido y salir corriendo. Un hombre que concibe rascacielos no lo haría. Ni destinará diez años de inquebrantable devoción a la tarea de inventar un nuevo producto, sabiendo que pandillas de entronizada

mediocridad estarán manipulando las leyes contra él, para amarrarlo, restringirlo y obligarlo a fracasar, y que, aunque se enfrentara a ellos y se esforzara y tuviera éxito, ellos confiscarán sus recompensas y su invento.

»Mira más allá del momento presente, tú que gimes que temes competir con hombres de inteligencia superior, que su mente es una amenaza a tu supervivencia, que el fuerte deja sin oportunidad al débil en un mercado de intercambio voluntario. ¿Qué determina el valor material de tu trabajo? Solamente el esfuerzo productivo de tu mente..., si vivieras en una isla desierta. Cuanto menos eficiente fuese el pensamiento de tu cerebro, menos te produciría tu trabajo físico; y podrías pasarte la vida en una única rutina, recolectando una precaria cosecha o cazando con arco y flechas, incapaz de pensar más allá. Pero cuando vives en una sociedad racional, donde los hombres son libres para comerciar, recibes un incalculable beneficio: el valor material de tu trabajo está determinado, no sólo por tu esfuerzo, sino por el esfuerzo de las mejores mentes productivas que existen en el mundo a tu alrededor.

»Cuando trabajas en una fábrica moderna, se te paga, no sólo por tu labor, sino por todo el genio productivo que ha hecho esa fábrica posible: por el trabajo del empresario que la construyó, por el trabajo del inversor que ahorró el dinero para arriesgar en lo nuevo y lo no probado, por el trabajo del ingeniero que diseñó las máquinas cuyas palancas tú estás moviendo, por el trabajo del inventor que creó el producto que tú pasas el tiempo fabricando, por el trabajo del científico que descubrió las leyes que permitieron fabricar ese producto, por el trabajo del filósofo que le enseñó a los hombres cómo pensar y a quien tú pasas el tiempo denunciando.

»La máquina, la forma congelada de una inteligencia viva, es el poder que expande el potencial de tu vida al aumentar la productividad de tu tiempo. Si trabajaras como herrero en la Edad Media de los místicos, la totalidad de tu capacidad productiva consistiría en una barra de hierro hecha por tus manos tras días y días de esfuerzo. ¿Cuántas toneladas de raíles produces diariamente si trabajas para Hank Rearden? ¿Te atreverías a afirmar que el monto de tu salario fue creado exclusivamente por tu trabajo físico, y que esos raíles son el producto de tus músculos? El nivel de vida de aquel herrero es todo lo que tus músculos valen; el resto es un regalo de Hank Rearden.

»Cada hombre es libre de ascender tan alto como sea capaz o quiera, pero sólo el nivel hasta el que piensa determina hasta qué nivel ascenderá. El trabajo físico como tal no puede extenderse más allá del momento inmediato. El hombre que no hace más que trabajo físico consume el material equivalente a su propia contribución al proceso productivo, y no deja ningún valor remanente para él ni para otros. Pero el hombre que produce una idea en cualquier campo de actividad racional..., el hombre que descubre nuevo conocimiento, es un benefactor permanente de la humanidad. Los productos materiales no pueden ser compartidos, ellos le pertenecen a algún consumidor final; es sólo el valor de una idea el que puede ser compartido con un número ilimitado de hombres, haciendo a todos los participantes más ricos sin el sacrificio ni la pérdida de nadie, aumentando la capacidad productiva de cualquier trabajo que ellos realicen. Es el valor de su propio tiempo lo que el fuerte de intelecto le transfiere a los débiles, dejando que éstos trabajen en los trabajos que aquél descubrió mientras dedica su tiempo a nuevos descubrimientos. Eso es intercambio mutuo en beneficio mutuo; los intereses de la mente son únicos, no importa cuál sea el grado de inteligencia, entre hombres que desean trabajar y que no buscan ni esperan lo inmerecido.

»En proporción a la energía mental que usa, el hombre que crea un nuevo invento recibe sólo un pequeño porcentaje de su valor en términos de pago material, sea cual sea la fortuna que haga, y sin importar los millones que gane. Pero el hombre de la limpieza en la fábrica que produce ese invento recibe un pago enorme en proporción al esfuerzo mental que su trabajo requiere *de él*. Y lo mismo es verdad para todos los hombres intermedios, para todos los niveles de ambición y habilidad. El hombre en la cúspide de la pirámide intelectual contribuye el máximo a todos los que están debajo de él, pero no recibe nada excepto su pago material, no recibe ningún beneficio intelectual de otros para añadir al valor de su tiempo. El hombre en la base, quien, abandonado a su suerte, moriría de hambre en su desesperada ineptitud, no contribuye nada a aquellos sobre él, pero recibe el beneficio derivado de todos sus cerebros. Tal es la naturaleza de la “competición” entre el fuerte y el débil de intelecto. Tal es el esquema de “explotación” por el que habéis condenado al fuerte.

»Ése fue el servicio que te habíamos proporcionado y que estábamos contentos y deseosos de dar. ¿Qué pedimos a cambio? Nada más que libertad. Requeríamos que nos dejases libres para funcionar, libres para pensar y trabajar como decidiéramos, libres para asumir nuestros propios riesgos y aceptar nuestras propias pérdidas, libres para ganar nuestros propios beneficios y hacer nuestras propias fortunas, libres para apostar en *tu* racionalidad, para someter nuestros productos a tu juicio con la intención de realizar un intercambio voluntario, para confiar en el valor objetivo de nuestro trabajo y en la capacidad de tu mente de apreciarlo, libres para contar con tu inteligencia y tu honestidad..., y para tratar sólo con tu mente. Ése fue el precio que pedimos, y que decidiste rechazar por considerarlo demasiado alto. Calificasteis de injusto el hecho de que nosotros, que os sacamos arrastrando de vuestros cuchitriles y os proporcionamos apartamentos modernos, radios, películas y coches, pudiéramos poseer mansiones y yates; decidisteis que *vosotros* teníais derecho a vuestro salario, pero *nosotros* no teníamos derecho a nuestros beneficios, que no queríais que tratáramos con vuestra mente, sino que tratáramos, en vez de con ella, con vuestra pistola. Nuestra respuesta a *eso* fue: “Malditos seáis”. Nuestra respuesta se ha hecho realidad: lo sois.

»No os interesó competir en términos de inteligencia, ahora estáis compitiendo en términos de brutalidad. No os interesó permitir que las recompensas se obtuvieran por medio de una producción bien hecha, ahora estáis enzarzados en una carrera en la que las recompensas se obtienen a través de robos bien hechos. Llamasteis egoísta y cruel el hecho de que los hombres intercambiaran valor por valor, y ahora habéis creado una sociedad desprendida en la que se intercambia extorsión por extorsión. Vuestro sistema es una guerra civil legalizada, en la que los hombres se juntan en cuadrillas unos contra otros y luchan por posesión de la ley, la cual utilizan como un garrote contra sus rivales, hasta que otra cuadrilla se lo arrebata de su empuñe y los apalea a ellos con él a su vez, todos clamando excusas de un servicio a un bien no especificado y de un público no identificado. Habíais dicho que no veíais ninguna diferencia entre el poder económico y el político..., ninguna diferencia entre el poder del dinero y el de las armas, ninguna diferencia entre recompensa y castigo, ninguna diferencia entre compra y saqueo, ninguna diferencia entre placer y miedo, ninguna diferencia entre vida y muerte. Estáis aprendiendo la diferencia ahora.

»Como excusa, algunos de vosotros podríais alegar vuestra ignorancia, vuestra mente limitada y de alcance limitado. Pero los malditos y más culpables de entre vosotros son los hombres que *tenían* la capacidad de saber pero prefirieron evadir la realidad, los hombres que se mostraron dispuestos a vender su inteligencia a la cínica servidumbre de la fuerza: la despreciable raza de esos místicos de la ciencia que profesan su devoción a algún tipo de "conocimiento puro"..., una pureza que consiste en su afirmación de que tal conocimiento no tiene aplicación práctica en este mundo..., la raza de aquellos que reservan su lógica para la materia inanimada y creen que el tema de tratar con los hombres no requiere ni merece racionalidad, de aquellos que desprecian el dinero y venden sus almas a cambio de un laboratorio conseguido mediante el saqueo. Y puesto que no existe tal cosa como el "conocimiento no práctico" ni ningún tipo de acción "desinteresada", como desprecian el uso de su ciencia para el propósito y el beneficio de la vida, entregan su ciencia al servicio de la muerte, al único fin práctico que ella puede tener para los saqueadores: a inventar armas de coerción y destrucción. Ellos, los intelectos que buscan escapar de valores morales, *ellos* son los malditos en esta Tierra, y *suya* es una culpa que no puede ser perdonada. ¿Me oyes, doctor Robert Stadler?

»Pero no es a él a quien quiero hablarle ahora. Les estoy hablando a aquellos de entre vosotros que han conservado algún residuo soberano de su alma que no ha sido enajenado ni estampado con un "... a la orden de otros". Si, en el caos de los motivos que te impulsaron a escuchar la radio esta noche, hubo un deseo honesto y *racional* de averiguar qué hay de malo en el mundo, tú eres el hombre a quien quiero dirigirme. Por las reglas y términos de mi código, se les debe una exposición racional a quienes les importa y están haciendo un esfuerzo por saber. Quienes están haciendo un esfuerzo por no entenderme no me conciernen.

»Les estoy hablando a quienes desean vivir y recapturar el honor de su alma. Ahora que sabéis la verdad sobre vuestro mundo, *dejad de apoyar a vuestros propios destructores*. La maldad del mundo es posible sólo por la aprobación que le otorgáis. Retirad vuestra aprobación. Retirad vuestro apoyo. No intentéis vivir en los términos de vuestros enemigos ni ganar en un juego en el que ellos dictan las reglas. No busques el favor de quienes te esclavizaron; no les pidas limosna a quienes te han robado, sean subsidios, préstamos o empleos; no te unas a su bando para recuperar lo que te han

quitado ayudándoles a robar a tus vecinos. Uno no puede esperar conservar su vida aceptando sobornos para condonar su propia destrucción. No luches por beneficios, triunfos o seguridad al precio de una hipoteca sobre tu derecho a existir. Esa hipoteca no ha de ser pagada; cuanto más les pagues, más exigirán; cuanto mayor sean los valores que intentes alcanzar, más vulnerablemente indefenso estarás. El suyo es un sistema de *chantaje abierto* ideado para desangrarte, no por medio de tus pecados, sino por medio de tu amor a la existencia.

»No intentes ascender en las condiciones de los bandidos o subir una escalinata mientras son ellos quienes tienen las riendas. No permitas que sus manos toquen el único poder que los mantiene en el poder: tu ambición de vivir. Declárate en huelga... de la forma que yo lo hice. Usa tu mente y tu capacidad en privado; aumenta tu conocimiento, desarrolla tu habilidad, pero no compartas tus logros con otros. No intentes producir una fortuna con un saqueador cabalgando en tus espaldas. Mantente en el peldaño más bajo de tu escalinata, no ganes más que tu mínima supervivencia, no ganes un centavo de más para apoyar el estado de los saqueadores. Ya que eres un cautivo, actúa como un cautivo, no les ayudes a simular que eres libre.

»Conviértete en el silencioso e incorruptible enemigo que ellos temen. Cuando te fuercen, obedece, pero *no te ofrezcas voluntario*. Nunca ofrezcas voluntariamente dar un paso en su dirección, ni un deseo, un ruego o un propósito. No le ayudes a un atracador a proclamar que actúa como tu amigo y benefactor. No les ayudes a tus carceleros a pretender que su cárcel es tu estado natural de existencia. No les ayudes a falsear la realidad. Esa falsificación es el único dique que mantiene a raya su secreto terror, el terror de saber que no son aptos para existir; retíralo y deja que se ahoguen; tu aprobación es su único salvavidas.

»Si encuentras la oportunidad de desaparecer en algún paraje selvático fuera de su alcance, hazlo; pero no para existir como un bandido o formar una pandilla para competir con su fraudulento esquema; construye una vida productiva para ti mismo con quienes aceptan tu código moral y están dispuestos a luchar por una existencia humana. No tienes ninguna posibilidad de triunfar bajo la Moralidad de la Muerte o por el código de la fe y la fuerza; promulga el estándar al que los honestos se acogerán: el estándar de la Vida y la Razón.

»Actúa como un ser racional y aspira a convertirte en un punto de encuentro para todos aquellos que están hambrientos por una voz de integridad; actúa basado en tus valores racionales, estés sólo en medio de tus enemigos o con unos cuantos de tus amigos escogidos, o como el fundador de una modesta comunidad en la frontera del renacimiento de la humanidad.

»Cuando el Estado de los bandidos se derrumbe, despojado de los mejores de sus esclavos, cuando caiga al nivel de un caos impotente, como las naciones del Oriente asoladas por el misticismo, y se disuelva en hordas de ladrones hambrientos luchando por robarse entre sí..., cuando los defensores de la moralidad del sacrificio perezcan con su último ideal..., entonces y en ese día volveremos.

»Abriremos las puertas de nuestra ciudad a quienes merecen entrar; una ciudad de chimeneas, tuberías, huertas, mercados y hogares inviolables. Actuaremos como el centro de reunión para tales refugios ocultos como el que tú construirás. Con el signo del dólar como nuestro emblema, el símbolo del mercado libre y de las mentes libres, nos moveremos para retomar de nuevo este país ahogado por los impotentes salvajes que nunca descubrieron su naturaleza, su significado, su esplendor. Quienes decidan unirse a nosotros, se unirán; los que no lo hagan, no tendrán el poder de detenernos; las hordas de salvajes nunca han sido un obstáculo para los hombres que enarbolan el estandarte de la mente.

»Entonces, este país una vez más se convertirá en un santuario para una especie en extinción: el ser racional. El sistema político que construiremos está contenido en una sola premisa moral: ningún hombre puede obtener valores de otros recurriendo a la fuerza física. Todo hombre se mantendrá o caerá, vivirá o morirá, por su propio juicio racional. Si fracasa en su uso y cae, él será su única víctima. Si teme que su juicio es inadecuado, no se le dará un arma para mejorarlo. Si decide corregir sus errores a tiempo, dispondrá del despejado ejemplo de los mejores individuos como guía para aprender a pensar; pero se pondrá fin a la infamia de pagar con una vida por los errores de otra.

»En ese mundo podrás levantarte cada mañana con el espíritu que conociste en tu niñez: ese espíritu de anhelo, aventura y certeza que procede de tratar con un universo racional. Ningún niño le teme a la naturaleza; es tu miedo a los hombres lo que desaparecerá, el miedo que ha paralizado tu

alma, el miedo que adquiriste en tus primeros encuentros con lo incomprensible, lo impredecible, lo contradictorio, lo arbitrario, lo oculto, lo falso, lo *irracional* en los hombres. Vivirás en un mundo de seres responsables, que serán tan consistentes y confiables como son los hechos; la garantía de su carácter será un sistema de existencia en el que la realidad objetiva es el estándar y el juez. Tus virtudes gozarán de protección; tus vicios y debilidades, no. Todas las oportunidades estarán abiertas a tu bondad, ninguna le será dada a tu maldad. Lo que recibirás de los hombres no serán ni limosnas ni lástima ni piedad ni perdón por los pecados, sino un único valor: *justicia*. Y, cuando mires a los hombres o a ti mismo, no sentirás desagrado, sospecha y culpa, sino una única constante: *respeto*.

»Tal es el futuro que eres capaz de ganar. Requiere un esfuerzo, como cualquier otro valor humano. Cada vida es un esfuerzo hacia una meta, y tu única elección es la elección de la meta. ¿Quieres continuar la batalla de tu presente, o quieres luchar por mi mundo? ¿Quieres proseguir una lucha que consiste en aferrarse a precarios salientes en un inclinado descenso hacia el abismo, una lucha en la que las privaciones que soportas son irreversibles y las victorias que consigues te llevan cada vez más próximo a la destrucción? ¿O quieres emprender una lucha que consiste en escalar de saliente en saliente en un continuo ascenso hacia la cima, una lucha en la que las dificultades son inversiones en tu futuro y las victorias te llevan irreversiblemente más cerca del mundo de tu ideal moral, y en la que, en caso de que murieras sin haber alcanzado la plena luz del sol, morirías en un nivel acariciado por sus rayos? Tal es la opción que te ofrezco. Que tu mente y tu amor por la existencia decidan.

»Mis palabras finales van dirigidas a aquellos héroes que siguen escondidos en el mundo, aquellos que continúan siendo mantenidos prisioneros, no por sus evasiones, sino por sus virtudes y su desesperada valentía. Mis hermanos en espíritu, cotejad vuestras virtudes y la naturaleza de los enemigos a quienes estáis sirviendo. Vuestros destructores os retienen por medio de vuestra persistencia, vuestra generosidad, vuestra inocencia, vuestro amor..., la persistencia que lleva sus cargas..., la generosidad que responde a sus gritos de desesperación..., la inocencia que es incapaz de concebir su maldad y les otorga el beneficio de cada duda, rehusando condenarlos sin comprender e incapaz de comprender sus motivos..., el amor, vuestro amor por la vida, que hace que penséis que ellos

son hombres y que también la aman. Pero el mundo de hoy es el mundo que ellos querían; la vida es el objeto de su odio. Abandónalos a la muerte que adoran. En nombre de tu magnífica devoción a esta Tierra, déjalos, no agotes la grandeza de tu alma en conseguir el triunfo de la maldad de ellos. ¿Me oyes..., amor mío?

»En nombre de lo mejor que hay en ti, no sacrifiques este mundo a quienes son lo peor de él. En nombre de los valores que te mantienen vivo, no dejes que tu visión del hombre sea distorsionada por lo feo, lo cobarde, lo necio que hay en los que nunca han merecido ser llamados hombres. No dejes de tener presente que el estado apropiado al hombre es una postura erguida, una mente intransigente y un paso que recorre caminos ilimitados. No permitas que tu fuego se extinga, chispa tras irremplazable chispa, en los desahuciados pantanos de lo aproximado, lo casi, lo aún no, lo nunca jamás. No dejes que el héroe en tu alma perezca, en solitaria frustración, por la vida que merecías pero nunca has sido capaz de alcanzar. Examina tu recorrido y la naturaleza de tu batalla. El mundo que deseabas puede ser alcanzado, existe, es real, es posible, es tuyo.

»Pero ganarlo requiere tu total dedicación y una ruptura total con el mundo de tu pasado, con la doctrina de que el hombre es un animal sacrificable que existe para el placer de otros. Lucha por el valor de tu persona. Lucha por la virtud de tu orgullo. Lucha por la esencia de lo que es el hombre: por su soberana mente racional. Lucha con la radiante certeza y la absoluta rectitud de saber que tuya es la Moralidad de la Vida y que tuya es la batalla por cualquier logro, cualquier valor, cualquier grandeza, cualquier bondad, cualquier alegría que alguna vez haya existido sobre la Tierra.

»Vencerás cuando estés dispuesto a pronunciar el juramento que yo hice al comienzo de mi batalla; y, para quienes quieran saber el día de mi retorno, lo repetiré ahora para que lo oiga el mundo...

»Juro, por mi vida y mi amor a ella, que jamás viviré para el provecho de otro hombre, ni le pediré a otro hombre que viva para el mío.

## Capítulo VIII

# El egoísta

—No ha sido real, ¿verdad? —dijo el señor Thompson.

Estaban de pie frente a la radio, callados, como el último sonido de la voz de Galt los había dejado. Nadie se movió mientras duró el silencio; se habían quedado quietos, mirando la radio, como si estuvieran esperando algo. Pero la radio era sólo una caja de madera con unos cuantos botones y un círculo de tela extendido sobre un altavoz vacío.

—Parece que lo hemos oído —dijo Tinky Holloway.

—No hemos podido evitarlo —dijo Chick Morrison.

El señor Thompson estaba sentado sobre una caja. La mancha pálida y oblonga a la altura de su codo era la cara de Wesley Mouch, que estaba sentado en el suelo. Mucho más atrás de ellos, como una isla en la vasta semipenumbra del estudio, el salón que había sido preparado para la retransmisión estaba desierto y totalmente iluminado, un semicírculo de sillones vacíos bajo una telaraña de micrófonos muertos en el resplandor de los focos que nadie había tenido la iniciativa de apagar.

Los ojos del señor Thompson estaban saltando de una a otra de las caras que lo rodeaban, como si estuviera buscando unas vibraciones especiales que sólo él conocía. El resto de ellos estaban tratando de hacerlo a escondidas, cada uno tratando de echarle un vistazo a los demás sin dejar que los demás se fijaran en la propia mirada de uno.

—¡Dejadme salir de aquí! —gritó un joven ayudante de tercera categoría, de repente y sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Quédate donde estás! —espetó el señor Thompson.

El sonido de su propia orden y el medio gemido de la figura inmovilizada en algún lugar en la oscuridad parecieron ayudarle a recobrar su versión habitual de la realidad. Su cabeza emergió un centímetro más arriba desde sus hombros.

—¿Quién permitió que esto ocu...? —empezó a decir con una voz cada vez más alta, pero se detuvo; las vibraciones que captó eran el peligroso pánico de los acorralados—. ¿Qué pensáis de eso? —preguntó, en vez de lo que iba a decir. No hubo respuesta—. ¿Y bien? —Esperó—. Bueno, ¡que alguien diga algo!

—No tenemos que creerlo, ¿no es cierto? —gritó James Taggart, acercando su cara hacia el señor Thompson, de una forma que era casi una amenaza—. ¿No es cierto? —La cara de Taggart estaba distorsionada; sus rasgos parecían haber perdido la forma; un bigote de pequeñas perlas brillaba entre su nariz y su boca.

—Calla la boca —dijo el señor Thompson con incertidumbre, apartándose un poco más de él.

—¡No tenemos que creerlo! —La voz de Taggart tenía el sonido monótono e insistente de un esfuerzo por mantener el trance—. ¡Nadie lo ha dicho antes! ¡Es sólo un hombre! ¡No tenemos que creerlo!

—Tranquilo, tranquilo —dijo el señor Thompson.

—¿Por qué está tan seguro de que tiene razón? ¿Quién es él para ir en contra de todo el mundo, contra todo lo que se ha dicho siempre durante siglos y siglos? ¿Quién es él para saber? ¡Nadie puede estar seguro! ¡Nadie puede saber lo que es correcto! ¡No hay nada correcto!

—¡Cállate de una vez! —gritó el señor Thompson—. ¿Qué estás tratando de...?

La explosión que lo hizo parar fue una marcha militar surgiendo repentinamente desde el receptor de radio, la marcha militar que había sido interrumpida tres horas antes, interpretada por los habituales chirridos de un disco de vinilo. Tardaron unos cuantos sorprendidos segundos en entender lo que pasaba, mientras que los acordes alegres y machacones iban marchando al paso de la oca por el silencio, sonando grotescamente irrelevantes, como el regocijo de alguien medio tonto. El director del programa de la emisora estaba obedeciendo ciegamente la norma absoluta de que ningún tiempo en la radio debe estar jamás sin cubrir.

—¡Diles que lo paren! —gritó Wesley Mouch, poniéndose en pie de un salto—. ¡Hará que el público piense que autorizamos ese discurso!

—¡Qué pedazo de estúpido eres! —gritó el señor Thompson—. ¿Preferirías que el público pensara que no lo hicimos?

Mouch se paró a mitad de camino, y sus ojos se dispararon al señor Thompson con la agradecida mirada de un aficionado hacia un maestro.

—¡A retransmitir como de costumbre! —ordenó el señor Thompson —. ¡Diles que sigan con las emisiones que estaban programadas para esta hora, sean las que sean! ¡Que no haya anuncios especiales, ni explicaciones! ¡Diles que sigan como si nada hubiera pasado!

Media docena de los funcionarios de la oficina del Condicionador de Moral, de Chick Morrison, salieron corriendo hacia los teléfonos.

—¡Imponed silencio a los comentaristas! ¡No les permitáis hacer comentarios! ¡Enviad un mensaje a todas las emisoras del país! ¡Que el público se pregunte lo que quiera! ¡Que no piensen que estamos preocupados! ¡Que no piensen que es importante!

—¡No! —gritó Eugene Lawson—. ¡No, no, no! ¡No podemos darle a la gente la impresión de que estamos aprobando ese discurso! ¡Es horrible, horrible, horrible! —Lawson no llegaba a estar llorando, pero su voz tenía el indigno sonido de un adulto sollozando con una rabia impotente.

—¿Quién ha dicho nada de aprobar algo? —espetó el señor Thompson.

—¡Es horrible! ¡Es inmoral! ¡Es egoísta, despiadado, cruel! ¡Es el discurso más malvado que jamás se ha pronunciado! ¡Hará..., hará que la gente exija ser feliz!

—Es sólo un discurso —dijo el señor Thompson, sin demasiada firmeza.

—Me parece a mí —dijo Chick Morrison, su voz tentativamente esperanzada— que las personas de una naturaleza espiritual más noble, ya sabéis a lo que me refiero, las personas de..., de..., bueno, de una intuición mística... —Hizo una pausa, como si estuviera esperando que le abofetearan, pero nadie se movió, por lo que repitió con firmeza—: Sí, de intuición mística..., esas personas no aceptarán ese discurso. La lógica no es todo, a fin de cuentas.

—Los trabajadores del país no van a aceptarlo —dijo Tinky Holloway, un poco más esperanzadoramente—. Él no pareció ser un amigo del trabajo.

—Las mujeres del país no van a aceptarlo —declaró Ma Chalmers—. Es, creo yo, un hecho establecido que a las mujeres no les impresionan esas cosas que tienen que ver con la mente. Las mujeres tienen sentimientos más finos. Podéis contar con las mujeres.

—Podéis contar con los científicos —dijo el doctor Simon Pritchett; todos se estaban yendo hacia delante, todos de repente deseando hablar, como si hubieran encontrado un tema que podían manejar con seguridad—. Los científicos están por encima de creer en la razón. Él no es amigo de los científicos.

—Él no es amigo de nadie —dijo Wesley Mouch, recobrando un tono de confianza al darse cuenta de eso repentinamente—, excepto tal vez de las grandes empresas.

—¡No! —gritó el señor Mowen, aterrorizado—. ¡No! ¡No nos acuses! ¡No lo digas! ¡No dejaré que lo digas!

—¿El qué?

—¡Que..., que..., que alguien es amigo de los empresarios!

—No arméis tanto escándalo por ese discurso —dijo el doctor Floyd Ferris—, fue demasiado intelectual. Demasiado intelectual para el hombre de la calle. No tendrá ningún efecto. La gente es demasiado tonta para entenderlo.

—Sí —dijo Mouch, esperanzado—, así es.

—En primer lugar —dijo el doctor Ferris, animado—, las personas no saben pensar. En segundo lugar, no quieren hacerlo.

—En tercer lugar —dijo Fred Kinnan—, no quieren morirse de hambre. ¿Y qué proponéis hacer al respecto?

Era como si él hubiera pronunciado la pregunta que todas las declaraciones anteriores habían tenido la intención de evitar. Nadie le respondió, pero las cabezas se hundieron un poco más profundamente entre los hombros, y las figuras se acercaron ligeramente entre sí, como un pequeño grupo bajo el peso del espacio vacío del estudio. La marcha militar retumbó en el silencio con la tétrica jovialidad de una calavera sonriente.

—¡Apágala! —gritó el señor Thompson, señalando la radio—. ¡Apaga esa maldita cosa!

Alguien le obedeció. Pero el repentino silencio fue aún peor.

—¿Entonces, qué? —dijo el señor Thompson por fin, levantando los ojos de mala gana hacia Fred Kinnan—. ¿Qué crees que deberíamos hacer?

—¿Quién, yo? —rio por lo bajo Kinnan—. Yo no dirijo este espectáculo.

El señor Thompson golpeó el puño sobre su rodilla:

—¡Decid algo...! —ordenó. Y, al ver que Kinnan le daba la espalda, añadió—: ¡Que alguien diga algo! —Nadie se ofreció voluntario—. ¿Qué tenemos que hacer? —gritó, sabiendo que el hombre que le respondiera sería, a partir de ese momento, el hombre en el poder—, ¿qué vamos a hacer?, ¿no puede alguien decirnos qué hacer?

—¡Yo puedo!

Era una voz de mujer, pero tenía la cualidad de la voz que ellos habían oído en la radio. Se volvieron bruscamente hacia Dagny antes de que ella tuviera tiempo de salir de la oscuridad más allá del grupo. Mientras daba un paso hacia delante, su cara les asustó a ellos..., porque era una cara desprovista de miedo.

—Yo puedo —dijo, dirigiéndose al señor Thompson—. Debéis renunciar.

—¿Renunciar? —repitió él, perplejo.

—Estáis acabados. ¿No veis que estáis acabados? ¿Qué más necesitáis, después de lo que habéis oído? Renunciad y quitaos de en medio. Dejad que los hombres sean libres para existir. —Él la estaba mirando, sin oponerse y sin moverse—. Todavía estáis vivos, estáis usando un lenguaje humano, estáis pidiendo respuestas, estáis contando con la razón..., ¡seguís contando con la razón, malditos seáis! Sois capaces de entender. No es posible que no hayáis entendido. No hay nada ahora que podáis fingir esperar, querer o ganar o agarrar o alcanzar. No hay nada más que destrucción en el futuro, en el futuro del mundo y en el vuestro propio. Renunciad y quitaos de en medio.

Ellos estaban escuchando con atención, pero como si no estuvieran oyendo sus palabras, como si estuvieran aferrándose ciegamente a una cualidad que sólo ella poseía, la única entre todos ellos: la cualidad de estar viva. Había un sonido de risa eufórica bajo la furiosa violencia de su voz, su rostro estaba alzado, sus ojos parecían estar saludando a un espectáculo a una incalculable distancia, de modo que la mancha brillante en su frente no parecía el reflejo de un reflector en un estudio, sino de un amanecer.

—Vosotros deseáis vivir, ¿no? —continuó Dagny—. Quitaos de en medio, si queréis una oportunidad. Dejad que los que pueden se hagan cargo. *Él* sabe qué hacer. Vosotros no. *Él* es capaz de crear los medios de supervivencia humana. Vosotros no.

—¡No le hagáis caso!

Fue un grito de odio tan salvaje que ellos se alejaron del doctor Robert Stadler, como si él le hubiera dado voz a lo inconfesable que había dentro de ellos. Su cara tenía el aspecto que ellos temían que tuvieran las suyas propias en la privacidad de la oscuridad.

—¡No la escuchéis! —gritó, sus ojos evitando los de ella, mientras que los de ella se posaban en él por un breve y directo vistazo que empezó como un estremecimiento de asombro y terminó como un obituario—. ¡Es vuestra vida o la de él!

—Quédate callado, profesor —dijo el señor Thompson, quitándoselo de encima bruscamente con una sacudida de la mano. Los ojos del señor Thompson estaban observando a Dagny, como si algún pensamiento estuviera esforzándose por adquirir forma dentro de su cráneo.

—¡Vosotros sabéis la verdad, todos vosotros —dijo ella—, igual que yo la sé, igual que la sabe cualquier hombre que haya oído a John Galt! ¿Qué más estáis esperando? ¿Pruebas? Él os las ha dado. ¿Hechos? Están por todo vuestro alrededor. ¿Cuántos cadáveres queréis amontonar antes de renunciar a vuestras armas, a vuestro poder, a vuestros controles y a todo vuestro miserable credo altruista? Renunciad, si queréis vivir. ¡Renunciad, si queda algo en vuestra mente que aún pueda querer que los seres humanos sigan vivos en esta Tierra!

—Pero ¡eso es traición! —gritó Eugene Lawson—. ¡Lo que está diciendo es pura traición!

—A ver, a ver —dijo el señor Thompson—. No hay que llegar a extremos.

—¿Eh? —preguntó Tinky Holloway.

—Pero..., pero ¿seguro que es atroz? —preguntó Chick Morrison.

—No estarás de acuerdo con ella, ¿verdad? —preguntó Wesley Mouch.

—¿Quién ha dicho algo sobre estar de acuerdo? —dijo el señor Thompson, con un tono sorprendentemente apacible—. No os precipitéis. Simplemente no os precipitéis, ninguno de vosotros. No hay nada de malo en escuchar cualquier argumento, ¿verdad?

—¿Ese tipo de argumento? —preguntó Wesley Mouch, apuntando repetidamente con el dedo en dirección a Dagny.

—Cualquier tipo —dijo el señor Thompson plácidamente—. No debemos ser intolerantes.

—Pero ¡es traición, ruina, deslealtad, egoísmo y propaganda de grandes negocios!

—Oh, no sé —dijo el señor Thompson—. Tenemos que mantener una mente abierta. Tenemos que tomar en consideración el punto de vista de cada uno. Ella podría tener algo aprovechable ahí. *Él sabe qué hacer*. Tenemos que ser flexibles.

—¿Quiere decir que usted está dispuesto a renunciar? —jadeó Mouch.

—Vamos a ver, no llegues a conclusiones precipitadas —espetó el señor Thompson enojado—. Si hay alguna cosa que no soporto, es la gente que llega a conclusiones precipitadas. Y otra cosa son los intelectuales de la torre de marfil que se empeñan en adoptar alguna teoría suya propia y no tienen ningún sentido de la realidad práctica. En un momento como éste, tenemos que ser flexibles, sobre todo.

Él vio una mirada de desconcierto en todas las caras a su alrededor, en la de Dagny y en las de los otros, aunque no por las mismas razones. Sonrió, se puso de pie y se volvió hacia Dagny.

—Gracias, señorita Taggart —dijo—. Gracias por decir lo que piensa. Eso es lo que yo quiero que sepa, que puede confiar en mí y hablarme con toda franqueza. No somos sus enemigos, señorita Taggart. No le preste atención a los chicos, están molestos, pero ya pondrán los pies en el suelo. No somos sus enemigos, ni los enemigos del país. Desde luego, hemos cometido errores, somos sólo humanos, pero estamos tratando de hacer lo mejor para la gente, o sea, quiero decir, para todo el mundo, en estos tiempos difíciles. No podemos hacer juicios rápidos y tomar decisiones trascendentales en el impulso del momento, ¿verdad? Tenemos que considerarlo, reflexionarlo y sopesarlo todo con mucho cuidado. Sólo quiero que usted recuerde que no somos enemigos *de nadie*; usted se da cuenta de eso, ¿verdad?

—He dicho todo lo que tenía que decir —respondió ella, dándole la espalda, sin tener ni idea del significado de sus palabras y sin fuerzas para intentar descifrarlas.

Ella se dirigió a Eddie Willers, que había estado observando a los hombres a su alrededor con una expresión de indignación tan grande que parecía paralizado, como si su cerebro estuviera gritando «¡es malvado!», y no consiguiera tener ningún pensamiento adicional. Ella hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta; él la siguió obedientemente.

El doctor Robert Stadler esperó hasta que la puerta se cerrara tras ellos, y entonces se volvió hacia el señor Thompson.

—¡Pobre imbécil! ¿Sabe con lo que está jugando? ¿No entiende que es cuestión de vida o muerte? ¿Que es la de usted o la de él?

El leve temblor que recorrió los labios del señor Thompson fue una sonrisa de desprecio:

—Es una forma curiosa de comportarse un profesor. Nunca pensé que los profesores llegaran a perder los estribos.

—¿No entiende? ¿No ve que es lo uno o lo otro?

—Y ¿qué es lo que quiere que yo haga?

—Debe matarlo.

Fue el hecho de que el doctor Stadler no lo había dicho gritando, sino que lo había dicho con una voz monótona y fría, una voz repentina y totalmente consciente, lo que provocó un silencioso escalofrío en toda la sala como respuesta.

—Debe encontrarlo —dijo el doctor Stadler, su voz resquebrajándose y aumentando de nuevo—. ¡No debe escatimar ningún esfuerzo hasta que lo encuentre y lo destruya! ¡Si él vive, nos destruirá a todos nosotros! ¡Si él vive, nosotros no podremos hacerlo!

—¿Cómo voy a encontrarlo? —preguntó el señor Thompson, hablando lenta y cuidadosamente.

—Yo..., yo se lo puedo decir. Le puedo dar una pista. Vigilen a esa mujer Taggart. Ponga a sus hombres a observar cada movimiento que ella haga. Ella le conducirá a él, tarde o temprano.

—¿Como sabe usted eso?

—¿No es obvio? ¿No es pura casualidad que ella no les haya abandonado a ustedes hace mucho tiempo? ¿No tiene los sesos para ver que ella es una del tipo *de él*? —No explicó qué tipo era ése.

—Sí —dijo el señor Thompson, pensativo—, sí, eso es verdad. —Levantó bruscamente la cabeza con una sonrisa de satisfacción—. El profesor tiene mucha razón. Ponedle un espía a la señorita Taggart —ordenó, chasqueando los dedos hacia Mouch—. Haced que la espíen día y noche. Tenemos que encontrarlo.

—Sí, señor —dijo Mouch sin comprender.

—Y, cuando lo encuentren —preguntó el doctor Stadler tensamente—, ¿lo matarán?

—¿Matarlo, maldito estúpido? ¡Lo *necesitamos*! —gritó el señor Thompson.

Mouch esperó, pero nadie se arriesgó a formular la pregunta que estaba en la mente de todos, así que él hizo el esfuerzo de pronunciar rígidamente:

—No le entiendo, señor Thompson.

—¡Oh, todos vosotros los intelectuales teóricos! —dijo el señor Thompson con exasperación—. ¿Qué estáis todos mirando boquiabiertos? Es fácil. Quienquiera que sea, él es un hombre de acción. Además, tiene un grupo de presión: ha copado a todos los hombres de inteligencia. Él sabe lo que hacer. Lo encontraremos, y él nos lo dirá. Él nos dirá lo que hacer. Él hará que las cosas funcionen. Él nos sacará del aprieto.

—¿*A nosotros*, señor Thompson?

—Claro que sí. No importan vuestras teorías. Vamos a hacer un trato con él.

—¿Con *él*?

—Claro que sí. Oh, tendremos que encontrarlo a medio camino, tendremos que hacer algunas concesiones a las grandes empresas, y a los chicos de los subsidios no les va a gustar, pero ¡qué demonios...!, ¿tú conoces alguna otra salida?

—Pero, sus ideas...

—¿A quién le importan las ideas?

—Señor Thompson —dijo Mouch, ahogándose—, yo..., me temo que es un hombre que no está dispuesto a hacer tratos.

—No existe tal cosa —dijo el señor Thompson.

En la calle, fuera de la emisora de radio, un viento frío hacía temblar los letreros rotos sobre las ventanas de tiendas abandonadas. La ciudad parecía anormalmente tranquila. El distante retumbar del tráfico sonaba más bajo de lo normal, y hacía que el viento sonase más fuerte. Las aceras vacías se extendían hacia la oscuridad; unas cuantas figuras solitarias estaban en pequeños grupos susurrando bajo las escasas luces.

Eddie Willers no dijo nada hasta que estuvieron a muchas manzanas de distancia de la emisora. Se detuvo bruscamente, cuando llegaron a una plaza desierta donde los altavoces públicos, que nadie había pensado en

apagar, estaban ahora transmitiendo una comedia doméstica —con las agudas voces de un esposo y una esposa discutiendo sobre las parejas que tenía su hijo—, transmitiéndola en un pedazo de pavimento vacío rodeado por fachadas de casas sin luz. Más allá de la plaza, unos cuantos puntos de luz, repartidos verticalmente por encima del límite del piso vigésimo quinto de la ciudad, sugerían una forma masiva elevándose en la distancia, la cual era el Edificio Taggart.

Eddie se detuvo y señaló el edificio con el dedo temblando.

—¡Dagny! —gritó, y luego bajó la voz involuntariamente—. Dagny —susurró—, yo lo conozco. Él..., él trabaja allí..., allí... —Siguió señalando el edificio con incrédula impotencia—. Trabaja para Taggart Transcontinental.

—Lo sé —respondió ella; su voz era monótona y sin vida.

—Como jornalero, como el más bajo de los trabajadores de la vía.

—Lo sé.

—He hablado con él... He estado hablando con él durante años..., en la cafetería de la terminal. Él solía hacer preguntas..., todo tipo de preguntas sobre el ferrocarril, y yo..., ¡Dios, Dagny! ¿Estaba yo protegiendo al ferrocarril o estaba ayudando a destruirlo?

—Las dos cosas. Ninguna. No importa ahora.

—¡Podría haber apostado mi vida a que él amaba el ferrocarril!

—Lo sigue haciendo.

—Pero lo ha destruido.

—Sí.

Ella apretó el cuello de su abrigo y siguió caminando contra de una ráfaga de viento.

—Yo solía hablar con él —dijo él, después de un tiempo—. Su cara..., Dagny, no se parecía a ninguna de las otras..., mostraba que él entendía tanto... Yo me alegraba cada vez que lo veía allí, en la cafetería..., yo simplemente hablaba..., no creo que me diera cuenta de que él estaba haciendo preguntas..., tantas preguntas sobre el ferrocarril..., y sobre ti.

—¿Te preguntó alguna vez qué apariencia tengo yo, cuando estoy durmiendo?

—Sí..., sí, lo hizo, yo te había encontrado una vez, dormida en la oficina, y cuando se lo mencioné, él... —Se paró, pues una repentina conexión estalló en su mente.

Ella se volvió hacia él, iluminada por el rayo de un farol en la calle, levantando la cara a plena luz y manteniéndola durante un silencioso y deliberado momento, como en respuesta y confirmación del pensamiento de él.

Él cerró los ojos.

—¡Oh, Dios, Dagny! —susurró.

Siguieron caminando en silencio.

—Se habrá ido a estas alturas, ¿no? —preguntó él—. De la Terminal de Taggart, quiero decir.

—Eddie —dijo ella, con una voz repentinamente sombría—, si valoras su vida, nunca vuelvas a hacer esa pregunta. No quieres que lo encuentren, ¿verdad? No les des ninguna pista. Ni se te ocurra decirle una palabra a nadie sobre haberlo conocido. No intentes averiguar si él todavía está trabajando en la terminal.

—¿No querrás decir que él todavía está allí?

—No lo sé. Sólo sé que podría estarlo.

—*¿Ahora?*

—Sí.

—¿Todavía?

—Sí. Guarda silencio sobre eso, si no quieres destruirlo.

—Yo creo que se ha ido. No volverá. No lo he visto desde..., desde...

—¿Desde cuándo? —preguntó ella bruscamente.

—Desde finales de mayo. La noche cuando tú saliste para Utah, ¿te acuerdas? —Él hizo una pausa, pues el recuerdo del encuentro de esa noche y la plena comprensión de su significado lo impactaron al mismo tiempo. Dijo, con esfuerzo—: Lo vi esa misma noche. Pero no desde entonces... Lo he esperado, en la cafetería. Ya no ha vuelto más.

—No creo que él te permita verlo ahora, se va a mantener alejado de ti. Pero no lo busques. No hagas preguntas.

—Es curioso. Ni siquiera sé qué nombre usaba. Era Johnny alguna cosa...

—Era John Galt —dijo ella, con una sonrisa débil y sin alegría—. No mires a las nóminas de la terminal. El nombre sigue allí.

—¿Así de simple? ¿Todos estos años?

—Durante doce años. Así de simple.

—¿Y todavía sigue allí?

—Sí.

Después de un momento, él dijo:

—Eso no prueba nada, lo sé. La oficina de recursos humanos no ha quitado ni un solo nombre de la nómina desde la Directiva 10-289. Si un hombre renuncia, le dan su nombre y su empleo a uno de sus amigos hambrientos, en vez de reportarlo a la Junta de Unificación.

—No indagues en la oficina de recursos humanos ni le preguntes a nadie. No llames la atención sobre su nombre. Si tú o yo empezamos a indagar sobre él, alguien podría empezar a sospechar. No lo busques. No des ningún paso en su dirección. Y si alguna vez lo ves por casualidad, actúa como si no lo conocieras.

Él asintió. Después de un rato, dijo, su voz tensa y baja:

—Yo no se lo entregaría a ellos, ni siquiera para salvar al ferrocarril.

—Eddie...

—¿Sí?

—Si alguna vez lo ves, dímelo.

Él asintió con la cabeza.

Dos manzanas más adelante, él preguntó en voz baja:

—Tú vas a renunciar uno de estos días, y vas a desaparecer, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —Era casi un grito.

—¿No es así?

Ella no respondió de inmediato; cuando lo hizo, el sonido de la desesperación estaba presente en su voz sólo en la forma de un tono demasiado estricto:

—Eddie, si yo renuncio, ¿qué pasaría con los trenes de Taggart?

—No habría trenes de Taggart en el plazo de una semana. Quizá en menos.

—No habrá gobierno de saqueadores en el plazo de diez días. Luego, hombres como Cuffy Meigs devorarán lo último de nuestros raíles y de nuestras locomotoras. ¿Voy a perder la batalla por no esperar un momento más? ¿Cómo puedo dejarlo ir..., a Taggart Transcontinental, Eddie..., irse para siempre, cuando un último esfuerzo todavía puede mantener su existencia? Si yo he aguantado esas cosas tanto tiempo, puedo aguantarlas un poco más. Sólo un poco más. No estoy ayudando a los saqueadores. Nada puede ayudarles ahora.

—¿Qué van a hacer?

—No lo sé. ¿Qué pueden hacer? Están acabados.

—Supongo que sí.

—¿No los has visto? Son ratas miserables presas del pánico, corriendo por sus vidas.

—¿Les importan algo?

—¿El qué?

—Sus vidas.

—Todavía siguen luchando, ¿no? Pero están acabados, y ellos lo saben.

—¿Tú crees que ellos han actuado alguna vez sobre la base de lo que saben?

—Ahora tendrán que hacerlo. Se darán por vencidos. No van a tardar mucho. Y estaremos aquí para rescatar lo que quede.

«El señor Thompson desea que se sepa», dijeron las emisiones oficiales en la mañana del 23 de noviembre, «que no hay motivo de alarma. Él le insta al público a no llegar a conclusiones precipitadas. Debemos preservar nuestra disciplina, nuestra moral, nuestra unidad y nuestro sentido de tolerancia y mente abierta. El heterodoxo discurso que algunos de vosotros puede que hayáis oído en la radio ayer por la noche, fue una contribución para estimular a la reflexión en nuestro conjunto de ideas sobre los problemas del mundo. Debemos considerarlo sobriamente, evitando los dos extremos, tanto el de condena total como el de aceptación a ultranza. Debemos considerarlo como un punto de vista más en nuestro foro democrático que es la opinión pública, la cual, como la noche anterior ha demostrado, está abierta a todos. La verdad, dice el señor Thompson, tiene muchas caras. Debemos mantenernos imparciales».

«Están callados», escribió Chick Morrison, como resumen de su contenido, en el informe de uno de los investigadores de campo que él había enviado en una misión llamada «Toma del pulso público». «Están callados», escribió en el siguiente informe, y luego en otro y en otro. «Silencio», escribió, con el ceño fruncido por la inquietud, resumiendo su informe al señor Thompson. «La gente parece haber enmudecido.»

Las llamas que se elevaron al cielo de una noche de invierno y devoraron una casa en Wyoming no llegaron a ser vistas por la gente de Kansas, que sí vio un tembloroso resplandor rojo en el horizonte de la pradera, provocado por las llamas que se elevaron para devorar una granja, y ese resplandor no se reflejó en las ventanas de una calle en Pensilvania, donde las retorcidas lenguas rojas eran reflejos de las llamas que subían para devorar una fábrica. Nadie mencionó, la mañana siguiente, que esas llamas no habían sido desencadenadas por casualidad ni que los propietarios de esos tres lugares se habían desvanecido. Los vecinos lo observaron sin comentarios..., y sin asombro. Se encontraron algunas casas abandonadas en rincones aleatorios de la nación, algunas que habían sido dejadas cerradas con llave, selladas y vacías; otras estaban abiertas y desvalijadas de todos los bienes personales... Pero la gente lo observaba en silencio, y, a través de los montones de nieve de unas calles sin mantener en la neblina de la oscuridad antes del amanecer, las personas seguían caminando penosamente hacia sus empleos, un poco más despacio que de costumbre.

Luego, el 27 de noviembre, en una reunión política en Cleveland, un orador fue apaleado y tuvo que escapar escabulléndose por callejones oscuros. Su silenciosa audiencia había cobrado vida de repente cuando él había gritado que la causa de todos sus males era una preocupación egoísta por sus propios problemas.

En la mañana del 29 de noviembre, los trabajadores de una fábrica de zapatos en Massachusetts se quedaron atónitos cuando entraron a su taller, al encontrar que el capataz no había llegado. Pero se fueron a sus puestos de trabajo normales y continuaron con su rutina habitual, tirando de palancas, pulsando botones, alimentando de cuero las cortadoras automáticas, apilando cajas en una cinta transportadora, preguntándose, al ir pasando las horas, por qué no aparecía el capataz, ni el superintendente, ni el gerente general, ni el presidente de la empresa. Ya era mediodía cuando descubrieron que las oficinas centrales de la planta estaban vacías.

—¡Malditos caníbales! —gritó una mujer en medio de un cine repleto de gente, rompiendo en repentinos e histéricos sollozos..., y el público no mostró señales de asombro, como si ella estuviera gritando en nombre de todos ellos.

«No hay motivo de alarma», dijeron las emisiones oficiales el día 5 de diciembre. «El señor Thompson desea que se sepa que él está dispuesto a negociar con John Galt con el objetivo de idear formas y medios para lograr una pronta solución a nuestros problemas. El señor Thompson insta a la gente a tener paciencia. No debemos preocuparnos, no debemos dudar, no debemos perder la esperanza.»

Los empleados de un hospital en Illinois no mostraron ningún asombro cuando un hombre fue ingresado; había sido golpeado por su hermano mayor, que lo había sustentado económicamente toda su vida: el hombre más joven le había gritado al hermano mayor, y lo había acusado de egoísmo y de codicia; de la misma forma, los empleados de un hospital en la ciudad de Nueva York no mostraron ningún asombro ante el caso de una mujer que llegó con una mandíbula fracturada: había sido abofeteada por un total desconocido, cuando éste la oyó ordenarle a su hijo de cinco años que le diera su mejor juguete a los hijos de sus vecinos.

Chick Morrison intentó hacer una gira relámpago para reforzar la moral del país por medio de discursos sobre el autosacrificio por el bienestar general. Fue apedreado en la primera de sus paradas y tuvo que regresar a Washington.

Nadie les había otorgado el título de «los mejores hombres», o, si alguien se lo había otorgado, nadie se había parado a comprender el significado de ese título, pero todo el mundo sabía, cada uno en su propia comunidad, en su barrio, en su oficina o en su tienda, y cada uno en sus propios términos no identificados, quiénes serían los hombres que ya no se presentarían más en sus puestos de trabajo alguna futura mañana y que desaparecerían en silencio en busca de fronteras desconocidas..., los hombres cuyos rostros eran más serios que los de su alrededor, cuyos ojos eran más directos, cuya energía era más concienzudamente duradera..., los hombres que ahora se estaban escapando, uno a uno, de todos los rincones del país..., del país que ahora era como el descendiente de lo que antes había sido una grandiosa gloria, postrado por el azote de la hemofilia, perdiendo lo mejor de su sangre por una herida que no estaba cicatrizando.

—Pero ¡estamos dispuestos a negociar! —gritó el señor Thompson a sus ayudantes, ordenando el comunicado especial que debería ser repetido por todas las estaciones de radio tres veces al día—. ¡Estamos dispuestos a negociar! ¡Él lo oirá! ¡Él contestará!

Radioescuchas especiales recibieron la orden de vigilar, día y noche, en receptores de radio sintonizados a todas las frecuencias de sonido conocidas, a la espera de una respuesta desde algún transmisor desconocido. No hubo respuesta.

Los rostros vacíos, sin esperanza y desenfocados, se estaban haciendo cada vez más evidentes en las calles de las ciudades, pero nadie podía interpretar su significado. Mientras algunos hombres escapaban con sus cuerpos a la seguridad de regiones deshabitadas, otros sólo podían salvar sus almas y escapaban a la seguridad de sus mentes..., y ningún poder en la Tierra podía decir si sus ojos indiferentes y vacíos eran las persianas que protegían tesoros escondidos en el fondo de minas que ya no podrían ser explotadas... o si eran simplemente los grandes agujeros negros de un parásito que nunca podrían ser colmados.

—No sé qué hacer —dijo el asistente al superintendente de una refinería de petróleo, negándose a aceptar el trabajo del superintendente, que había desaparecido..., y los agentes de la Junta de Unificación no pudieron decir si él estaba mintiendo o no. Fue sólo un atisbo de precisión en el tono de su voz, una ausencia de disculpa o de vergüenza, lo que les hizo preguntarse si él era un rebelde o un loco. Era peligroso obligarle a aceptar el puesto de trabajo si fuera cualquiera de las dos cosas.

—¡Dadnos hombres! —Esa súplica empezó a machacar progresivamente y en voz cada vez más alta el escritorio de la Junta de Unificación, desde todas las partes de un país asolado por el desempleo; y ni los suplicantes ni la Junta se atrevían a añadir las peligrosas palabras que el grito implicaba: «¡Dadnos hombres capaces!». Había listas de espera que duraban varios años para puestos de trabajo de empleados de limpieza, engrasadores, porteros y conductores de autobús; no había nadie que estuviera solicitando trabajos de ejecutivos, gerentes, superintendentes e ingenieros.

Las explosiones de las refinerías de petróleo, los accidentes de aviones defectuosos, los estallidos de calderas en los altos hornos, las ruinas de colisiones de trenes y los rumores de borracheras y orgías en las oficinas de ejecutivos recién nombrados..., todo eso hacía que los miembros de la Junta temiesen el tipo de hombres que sí solicitaban puestos de responsabilidad.

«¡No desesperéis! ¡No os rindáis!», decían las emisiones oficiales el 15 de diciembre, y todos los días a partir de esa fecha. «Llegaremos a un acuerdo con John Galt. Conseguiremos que él nos guíe. Él resolverá todos nuestros problemas. Él hará que las cosas funcionen. ¡No os rindáis! ¡Conseguiremos a John Galt!»

Recompensas y honores les fueron ofrecidos a quienes solicitaran posiciones de dirección, luego a capataces, luego a mecánicos especializados, luego a cualquier hombre que hiciera un esfuerzo por merecer un ascenso y subir de nivel: aumentos salariales, bonificaciones, exenciones fiscales... y una medalla ideada por Wesley Mouch, que iba a ser conocida como la «Orden de Benefactores Públicos». Nada de eso consiguió resultados. Gente harapienta escuchaba las ofertas de comodidades materiales y se daba la vuelta con indiferencia letárgica, como si hubieran perdido el concepto de «valor». *Ésos* —pensaron los que tomaban el pulso del público, aterrorizados— eran hombres a quienes no les importaba vivir..., o, más bien, hombres a quienes no les importaba vivir en las condiciones de ese momento.

«¡No desesperéis! ¡No os rindáis! ¡John Galt solucionará nuestros problemas!», dijeron las voces de las emisiones oficiales en la radio, viajando por el silencio de nieve cayendo en el silencio de casas sin calefacción.

—¡No les digáis que no lo tenemos! —gritó el señor Thompson a sus ayudantes—. Pero ¡por el amor de Dios, decidles que lo encuentren!

Escuadrones de muchachos de Chick Morrison fueron asignados a la tarea de fabricar rumores: la mitad de ellos fueron propagando el bulo de que John Galt estaba en Washington y en reuniones con funcionarios del gobierno, mientras que la otra mitad fueron propagando el bulo de que el gobierno daría quinientos mil dólares de recompensa por información que ayudara a encontrar a John Galt.

—No, ni idea —le dijo Wesley Mouch al señor Thompson, resumiendo los informes de los agentes especiales que habían sido enviados para verificar a cada hombre que tuviera el nombre de John Galt por todo el país —. Son un puñado de tipos lamentables. Hay un John Galt que es profesor de ornitología, de ochenta años de edad; hay un frutero jubilado con una

esposa y nueve hijos; hay un trabajador ferroviario sin cualificaciones que ha tenido el mismo trabajo durante doce años; y alguna basura más de ese estilo.

«¡No desesperéis! ¡Conseguiremos a John Galt!», decían las emisiones oficiales durante el día; pero, por la noche, cada hora a la hora en punto, mediante una orden oficial secreta, se enviaba un llamamiento por emisoras de onda corta a los espacios vacíos del espacio: «¡Llamando a John Galt...! ¡Llamando a John Galt...! ¿Está escuchando, John Galt...? Deseamos negociar. Deseamos consultar con usted. Díganos dónde podemos contactar con usted... ¿Nos oye, John Galt?». No hubo respuesta.

Los fajos de papel moneda inservible se estaban volviendo cada vez más pesados en los bolsillos de la nación, pero había cada vez menos cosas que comprar con ese dinero. En septiembre, una fanega de trigo había costado once dólares; había costado treinta dólares en noviembre; había costado cien en diciembre; en ese momento, el precio estaba llegando a los doscientos..., mientras que las máquinas de imprimir de la tesorería del gobierno estaban haciendo una carrera contra el hambre, y perdiéndola.

Cuando los trabajadores de una fábrica apalearon a su capataz y destruyeron la maquinaria en un arranque de desesperación..., no fue posible tomar ninguna medida contra ellos. Los arrestos eran inútiles, las cárceles estaban llenas, los agentes policiales les guiñaban el ojo a sus prisioneros y los dejaban escapar cuando iban camino a la prisión; los hombres estaban replicando los movimientos prescritos para ese momento, sin pensar en el momento que vendría después. No era posible tomar ninguna medida cuando multitudes de personas muriéndose de hambre atacaban almacenes en las afueras de las ciudades. No era posible tomar ninguna medida cuando escuadrones de castigo se unían a las personas a las que habían sido enviados para castigar.

«¿Está escuchando, John Galt? Deseamos negociar. Podríamos aceptar sus condiciones... ¿Está escuchando?»

Había rumores de que carretas cubiertas con lonas circulaban de noche por senderos abandonados, y sobre asentamientos secretos que estaban armados para resistir los ataques de quienes ellos llamaban los «indios»: ataques de cualquier grupo de salvajes saqueadores, fuesen turbas sin techo o agentes del gobierno. Algunas luces se avistaban, de vez en cuando, en el

horizonte lejano de una pradera, en las colinas, en las cornisas de las montañas, donde se sabía que no existían edificios de ningún tipo. Pero ningún soldado podía ser persuadido de investigar el origen de esas luces.

En las puertas de hogares abandonados, en los portones de fábricas desmoronadas, en las paredes de edificios gubernamentales, aparecía, de vez en cuando, trazada con tiza, con pintura, con sangre, la marca curvada que era el signo del dólar.

«¿Puede oírnos, John Galt? Confirme que nos oye. Ponga sus condiciones. Aceptaremos cualquier condición que usted ponga. ¿Puede oírnos?»

No hubo respuesta.

La columna de humo rojo que se disparó hasta el cielo la noche del 22 de enero y se quedó extrañamente quieta durante un tiempo —como un solemne obelisco conmemorativo que después vaciló y osciló de un lado a otro contra el cielo, como un reflector buscando un mensaje indescifrable, y luego desapareció tan bruscamente como había aparecido— marcó el final de Rearden Steel; pero los habitantes de la zona no se enteraron. Se enteraron sólo en las noches siguientes, cuando ellos —que eran quienes habían maldecido la fundición por el humo, los gases, el hollín y el ruido— miraron hacia afuera y, en vez del brillo palpitando con vida de su horizonte familiar, vieron un negro vacío.

La fundición había sido nacionalizada, como la propiedad de un desertor. El primer portador del título de «gerente del pueblo» designado para dirigir la fábrica había sido un hombre de la facción de Orren Boyle, un moscardón regordete de la industria metalúrgica, que lo único que había querido hacer había sido seguir a sus empleados mientras él fingía liderarlos. Pero, al cabo de un mes, después de demasiados enfrentamientos con los trabajadores, demasiadas ocasiones en las que su única respuesta había sido que él no había podido evitarlo, demasiados pedidos sin entregar, demasiadas presiones telefónicas de sus amigos..., él había suplicado que le transfirieran a algún otro puesto. La facción de Orren Boyle se había estado desmoronando, puesto que el señor Boyle había sido confinado en una residencia de reposo, donde su médico le había prohibido cualquier contacto con los negocios y le había asignado el trabajo de tejer canastas como terapia ocupacional. El segundo «gerente del pueblo» enviado a Rearden Steel había pertenecido a la facción de Cuffy Meigs. Él había

llevado polainas de cuero y lociones perfumadas para el cabello, había ido a trabajar con una pistola en el cinto, no había parado de decir que la disciplina era su objetivo principal y que, cayera quien cayera, él la iba a conseguir. La única regla discernible de la disciplina había sido su orden prohibiendo todas las preguntas. Después de semanas de actividad frenética por parte de compañías de seguros, de bomberos, de ambulancias y de unidades de primeros auxilios, lidiando con una serie de accidentes inexplicables, el «gerente del pueblo» había desaparecido una mañana, no sin antes haber vendido y enviado a diversos estafadores de Europa y Latinoamérica la mayoría de las grúas, las cintas transportadoras, los suministros de ladrillos refractarios, el generador de energía de emergencia y la alfombra de lo que una vez había sido la oficina de Rearden.

Nadie había sido capaz de desenredar los asuntos en el violento caos de los días que siguieron; los asuntos nunca habían sido nombrados, las diferentes posiciones nunca habían sido explícitas, pero todo el mundo sabía que los sangrientos choques entre los trabajadores de más edad y los más nuevos no habían llegado a una intensidad tan feroz por las triviales causas que seguían encendiéndolos; ni guardias ni policías ni tropas estatales habían sido capaces de mantener el orden ni siquiera un día entero, así como tampoco podía hacerlo ninguna facción que consiguiera un candidato dispuesto a aceptar el cargo de «gerente del pueblo». El 22 de enero, las operaciones de Rearden Steel habían sido temporalmente suspendidas.

La columna de humo rojo, esa noche, fue provocada por un trabajador de sesenta años de edad, que había prendido fuego a uno de los edificios y que había sido sorprendido con las manos en la masa, riéndose aturdido mientras miraba las llamas.

—¡Para vengar a Hank Rearden! —había gritado desafiante, con lágrimas corriendo por su rostro curtido por los hornos.

No dejes que te duela de esa forma —pensó Dagny, echada encima de su escritorio, sobre la página del periódico donde un solo párrafo breve anunciaba el final «temporal» de Rearden Steel—, no dejes que te duela tanto... Ella seguía viendo la cara de Hank Rearden, la de aquellas veces en que él había estado en la ventana de su oficina, observando una grúa moverse contra el cielo con una carga de raíl verdiazulado. No dejes que te duela de esa forma —era la súplica en su mente sin ir dirigida a nadie en

particular—, que él no se entere, que no lo sepa... Y entonces vio otra cara, una cara con los despiadados ojos verdes diciéndole a ella, con una voz implacable por su cualidad de respeto por los hechos: «Tendrá que enterarse... Se enterará de cada accidente. Se enterará de cada tren retirado de servicio... Nadie permanece en este valle falseando la realidad de ninguna manera...». Entonces se quedó sentada, inmóvil, sin ninguna visión y sin ningún sonido en su mente, con sólo una enorme presencia que era dolor..., hasta que oyó el familiar grito que se había convertido en una droga matando todas las sensaciones excepto la capacidad de actuar:

—Señorita Taggart, ¡no sabemos qué hacer! —Y se puso en pie de un salto para responder.

«El Estado Popular de Guatemala», dijeron los periódicos el 26 de enero, «rechaza la solicitud de Estados Unidos para que le preste mil toneladas de acero.»

En la noche del 3 de febrero, un joven piloto estaba volando su ruta habitual, un vuelo semanal de Dallas a la ciudad de Nueva York. Cuando llegó a la oscuridad vacía más allá de Filadelfia —en el lugar donde las llamas de Rearden Steel habían sido durante años su punto de referencia favorito, un saludo en la soledad de la noche, el faro de una Tierra viva—, vio una extensión cubierta de nieve, de un color blanco mortecino y fosforescente a la luz de las estrellas, una extensión de picos y cráteres que parecían la superficie de la luna. Renunció a su empleo la mañana siguiente.

A lo largo de noches congeladas, sobre ciudades moribundas, llamando en vano a ventanas inertes, golpeando en muros sin ecos, elevándose por encima de los tejados de edificios sin luz y de vigas esqueléticas de ruinas, la súplica siguió rogando por el espacio, rogándole al movimiento estacionario de las estrellas, al fuego sin calor de su centelleo: «¿Puede oírnos, John Galt? ¿Puede oírnos?».

—Señorita Taggart, no sabemos qué hacer —dijo el señor Thompson; él la había convocado para tener una reunión personal en uno de sus precipitados viajes a Nueva York—. Estamos dispuestos a ceder, a aceptar sus condiciones, a dejar que él tome el mando..., pero ¿dónde está?

—Por tercera vez —dijo ella, su cara y su voz herméticamente cerradas contra cualquier fisura de emoción—. No sé dónde está. ¿Qué le hizo pensar que yo lo sabría?

—Bueno, yo no sabía..., tenía que intentarlo..., yo pensé, por si acaso..., pensé que a lo mejor usted tendría cómo ponerse en contacto con él.

—No tengo cómo.

—Ve usted, no podemos anunciar, ni siquiera por radio de onda corta, que estamos dispuestos a rendirnos del todo. La gente podría oírlo. Pero si usted tuviera alguna forma de localizarlo, de hacerle saber que estamos listos para ceder, para tirar por la borda todas nuestras políticas, para hacer todo lo que él nos diga...

—He dicho que no tengo cómo.

—Si él estuviera de acuerdo en tener una reunión, sólo una conferencia, eso no le comprometería a nada, ¿verdad? Estamos dispuestos a entregarle la economía entera a él..., lo único que tendría que hacer es decirnos cuándo, dónde y cómo. Si nos diera alguna palabra o alguna señal..., si nos contestara... ¿Por qué no responde?

—Usted ha oído su discurso.

—Pero ¿qué vamos a hacer? No podemos simplemente largarnos y dejar al país sin gobierno alguno. Me dan escalofríos al pensar qué pasaría. Con el tipo de elementos sociales que ahora están sueltos por ahí..., mire, señorita Taggart, es todo lo que puedo hacer para mantenerlos a raya, o tendríamos saqueo y asesinato sangriento a plena luz del día. No sé qué es lo que le pasa a la gente, pero ya no parecen ser civilizados. No podemos renunciar en un momento como éste. No podemos ni renunciar, ni administrar las cosas por más tiempo. ¿Qué vamos a hacer, señorita Taggart?

—Empezar a desregular.

—¿Eh?

—Empezar a reducir impuestos y a eliminar controles.

—¡Oh, no, no, no! ¡Ni hablar! ¡Eso está fuera de discusión!

—¿De la discusión de quién?

—Quiero decir, no en este momento, señorita Taggart, no en este momento. El país no está preparado para eso. En lo personal, yo estaría de acuerdo con usted, yo soy un hombre amante de la libertad, señorita Taggart, no estoy buscando poder..., pero esto es una emergencia. La gente no está lista para la libertad. Tenemos que mantener mano dura. No podemos adoptar una teoría idealista..., que...

—Entonces no me pregunte qué hacer —dijo ella, y se puso de pie.

—Pero, señorita Taggart...

—No he venido aquí para discutir.

Ella estaba en la puerta cuando él suspiró y dijo:

—Espero que aún esté vivo. —Ella se detuvo—. Espero que ellos no hayan hecho nada precipitado.

Pasó un momento antes de que ella pudiera preguntar:

—¿Quiénes? —Y hacer que fuese una palabra, no un grito.

Él se encogió de hombros, extendiendo los brazos y dejándolos caer con aire resignado.

—No puedo mantener a mi propia gente a raya más tiempo. No tengo cómo saber lo que podrían intentar hacer. Hay una camarilla, la facción Ferris-Lawson-Meigs, que ha estado presionándome durante más de un año para que adoptemos medidas más fuertes. Una política más dura, quieren decir. Francamente, lo que quieren decir es: recurrir al terror. Introducir la pena de muerte para delitos civiles, para los críticos, los disidentes y personas así. Su argumento es que, ya que las personas no van a cooperar por las buenas..., que no van a actuar voluntariamente por el interés público, tenemos que obligarlos a hacerlo. Nada hará que nuestro sistema funcione, dicen ellos, excepto el terror. Y puede que tengan razón, tal como están las cosas hoy día. Pero Wesley no va a adoptar esos métodos de mano dura; Wesley es un hombre pacífico, un liberal, igual que yo. Estamos intentando mantener a raya a los muchachos de Ferris, pero... Mire, ellos están en contra de que nos rindamos a John Galt en forma alguna. Ellos no quieren que lo encontremos. Yo no me arriesgaría con ellos. Si ellos lo encontraran primero, ellos..., no tenemos cómo saber lo que serían capaces de hacer... Eso es lo que me preocupa. ¿Por qué no responde? ¿Por qué no nos ha respondido en absoluto? ¿Y si lo han encontrado y lo han matado? Yo no me enteraría de nada de eso... Así que yo esperaba que tal vez usted tuviera alguna forma..., alguna forma de saber si aún está vivo... —Su voz se fue apagando en un signo de interrogación.

Ella tuvo que emplear toda su resistencia contra una oleada de paralizante terror para mantener su voz tan firme como sus rodillas, el tiempo suficiente para decir:

—No la tengo.

Y luego mantener sus rodillas suficientemente rígidas para salir de la habitación.

Desde detrás de los postes podridos de lo que una vez había sido un puesto de verduras en una esquina, Dagny miró furtivamente a la calle de donde había venido: las luces de los escasos faroles dividían la calle en islotes separados; ella podía ver una casa de empeños en el primer punto de luz, una taberna en el siguiente, una iglesia en el más lejano, y lagunas negras entre ellos; las aceras estaban desiertas; era difícil estar segura, pero la calle parecía vacía.

Dobló la esquina, con pasos deliberadamente resonantes, y luego se detuvo abruptamente para escuchar: era difícil saber si la extraordinaria tensión dentro de su pecho era el sonido de los latidos de su propio corazón, y era difícil distinguirla del sonido de ruedas distantes y del susurro impasible que era el East River por allí cerca; pero no oyó ningún ruido de pasos humanos detrás de ella. Sacudió los hombros, fue en parte un encogerse de hombros y en parte un escalofrío, y se puso a andar más rápidamente aún. Un reloj oxidado en algún agujero sin luz escupió la hora: eran las cuatro de la madrugada.

El miedo a que la estuvieran siguiendo no parecía del todo real, pues ningún miedo podía ser real para ella ahora. Se preguntó si la anormal ligereza de su cuerpo era un estado de tensión o de relajación; su cuerpo parecía estar trazado de forma tan rígida que ella sintió como si estuviera reducido a un solo atributo: al poder del movimiento; su mente parecía inaccesiblemente relajada, como un motor configurado para el control automático de un absoluto que ya no ha de ser cuestionado. Si una bala desnuda pudiese sentir en pleno vuelo, eso es lo que sentiría, pensó ella; sólo el movimiento y el objetivo, nada más. Ella pensó en eso vagamente, lejanamente, como si su propia persona fuese irreal; sólo la palabra «desnuda» parecía llegar a ella: desnuda..., despojada de toda preocupación que no fuese el objetivo..., por el número 367, el número de una casa en el East River, que su mente no paraba de repetir, el número que durante tanto tiempo había estado prohibido considerar.

Tres sesenta y siete, pensó ella, buscando una forma invisible por delante, entre las formas angulares de viviendas..., tres sesenta y siete..., allí es donde vive..., si es que aún vive. Su calma, su desprendimiento, y la confianza de sus pasos procedían de la certeza de que ése era un «si» con el que ella ya no podría existir.

Ella había existido con él durante diez días, y las noches que había dejado atrás eran una sola progresión que la había llevado a esa noche, como si el impulso que ahora conducía sus pasos fuese el sonido de sus propios pasos que seguían sonando, sin respuesta, en los túneles de la terminal. Ella lo había buscado por los túneles, había andado durante horas, noche tras noche..., durante las horas del turno en que él había trabajado en el pasado..., a través de pasajes subterráneos y andenes y tiendas y en cada curva de líneas abandonadas, sin hacerle preguntas a nadie, sin ofrecer explicaciones por su presencia. Había andado, sin ninguna sensación de miedo o de esperanza, movida por un sentimiento de lealtad desesperada que era casi un sentimiento de orgullo. La raíz de ese sentimiento eran los momentos en los que se había detenido, repentinamente asombrada, en algún oscuro rincón subterráneo y había oído unas palabras medio expresadas en su mente, «éste es mi ferrocarril», mientras miraba una bóveda vibrando al sonido de ruedas distantes; «ésta es mi vida», mientras sentía el coágulo de la tensión, que era lo que había parado y estaba suspendido dentro de sí misma; «éste es mi amor», mientras pensaba en el hombre que, tal vez, estuviera en algún lugar de esos túneles. «No puede haber conflicto entre esas tres cosas..., ¿qué estoy dudando yo...?, ¿qué es lo que puede mantenernos separados, *aquí*, donde sólo pertenecemos él y yo?» Luego, recobrando el contexto del presente, ella había seguido andando con firmeza, con el sentido de la misma lealtad inquebrantable, pero con el sonido de diferentes palabras: «Me has prohibido buscarte, puedes maldecirme, puedes decidir rechazarme..., pero en virtud del hecho de que *yo* estoy viva, debo saber que *tú* también lo estás..., debo verte aunque sea esta vez..., no para parar, no para hablar, no para tocarte, sólo para verte». Ella no lo había visto. Había abandonado su búsqueda al notar las miradas inquisitivas y curiosas de los trabajadores subterráneos, siguiendo sus pasos.

Había convocado una reunión de los trabajadores de la vía de la terminal con el supuesto objetivo de elevar su moral; había tenido la reunión dos veces, para enfrentar a todos los hombres por turnos; había repetido el mismo discurso ininteligible, sintiendo una punzada de vergüenza ante las vagas generalidades que pronunció y, al mismo tiempo, una punzada de orgullo al darse cuenta de que ya no le importaba más..., había mirado las caras exhaustas y brutalizadas de hombres a quienes les daba igual que se les ordenara trabajar o escuchar sonidos sin sentido. Ella no había visto la cara de él entre las de ellos. «¿Ha estado presente todo el mundo?», le había preguntado al capataz. «Sí, supongo que sí», había respondido él con indiferencia.

Ella había vagado por las entradas de la terminal, observando a los hombres cuando iban a trabajar. Pero había demasiadas entradas que cubrir y ningún lugar desde el que ella pudiera ver sin ser vista; había estado de pie a la luz del húmedo crepúsculo en una acera que brillaba con la lluvia, pegada al muro de un almacén, con el cuello del abrigo levantado hasta los pómulos y cayéndole gotas de lluvia del ala de su sombrero; había estado expuesta a la vista desde la calle, sabiendo que las miradas de los hombres que pasaban delante de ella eran miradas de reconocimiento y de sorpresa, sabiendo que su vigilia era demasiado peligrosa y obvia. Si había un John Galt entre ellos, alguien podría adivinar la naturaleza de su búsqueda; si no había ningún John Galt entre ellos..., si no había ningún John Galt en el mundo, pensó, entonces no existía ningún peligro..., y ningún mundo.

Ni peligro ni mundo, pensó, mientras caminaba por las calles de los barrios bajos hacia una casa con el número 367 que era o no era la casa de él. Se preguntó si eso era lo que uno sentía mientras esperaba un veredicto de muerte: ni miedo, ni ira, ni preocupación, nada más que el frío desprendimiento de luz sin calor o de cognición sin valores.

Una lata vacía sonó estrepitosamente bajo sus pies, y el sonido fue latiendo demasiado fuerte y demasiado tiempo, como si lo hiciese contra los muros de una ciudad abandonada. Las calles parecían arrasadas por agotamiento, no por descanso, como si los hombres al otro lado de las paredes no estuviesen dormidos, sino desplomados. Él estaría en casa después del trabajo a esa hora, pensó, si él trabajaba, si todavía tenía una casa... Miró las formas de los barrios bajos, el yeso desmoronado, la pintura descascarillada, los carteles descoloridos de tiendas arruinadas con

productos no deseados en escaparates sucios, los escalones hundidos y peligrosos de subir, los tendederos de ropa inservible, lo deshecho, lo ignorado, lo abandonado, lo incompleto, todos los retorcidos monumentos de una carrera perdida contra dos enemigos: «sin tiempo» y «sin fuerzas»; y ella pensó que ése era el lugar donde *él* había vivido durante doce años, él, quien poseía un poder tan extravagante para aligerar el trabajo de la existencia humana.

Algún recuerdo no paraba de intentar penetrar en su mente, no paraba de volver: su nombre era Starnesville. Ella sintió la sensación de un escalofrío. «Pero ésta es la ciudad de Nueva York», se gritó a sí misma en defensa de la grandeza que ella había amado; y entonces encaró con fría austeridad el veredicto pronunciado por su mente: una ciudad que lo había relegado a él a esos barrios bajos durante doce años era maldita y estaba condenada al futuro de Starnesville.

Entonces, de repente, dejó de importar; sintió una conmoción peculiar, como la de un repentino silencio, una sensación de quietud en su interior que ella interpretó como una sensación de calma: vio el número 367 sobre el portal de un antiguo edificio.

Ella estaba tranquila, pensó, era sólo el tiempo el que había perdido repentinamente su continuidad y había roto su percepción en fragmentos separados: ella sabía el momento en que vio el número..., luego el momento en que miró una lista en una tabla a la luz medio mohosa del umbral de una puerta y vio las palabras «John Galt, quinto piso, al fondo» escritas a lápiz por la mano de algún analfabeto..., luego el momento en que se detuvo al pie de una escalera, miró hacia arriba a los ángulos desapareciendo de la barandilla y de repente se inclinó contra la pared, temblando de terror, prefiriendo no saber..., luego el momento en que sintió el movimiento de su pie descansando en el primer escalón..., luego una única e ininterrumpida progresión de ligereza, de ascender sin esfuerzo ni duda ni miedo, la sensación de dejar atrás las torcidas partes de la escalera bajo sus pies sin vacilaciones, como si el impulso de su irresistible ascenso proviniera de la rectitud de su cuerpo, de la postura de sus hombros, de la elevación de su cabeza y de la certeza solemnemente jubilosa de que en el momento de la decisión final, no era un desastre lo que ella esperaba de su vida, al final de una escalera ascendente que ella había necesitado treinta y siete años para escalar.

En la parte superior, vio un pasillo estrecho, sus paredes convergiendo en una puerta sin luz. Oyó los tablones del suelo crujir en el silencio, bajo sus pasos. Sintió la presión de su dedo tocando una campanilla y oyó el sonido de un zumbido en el espacio desconocido al otro lado de la puerta. Esperó. Oyó el breve chasquido de una tabla, pero venía del piso de abajo. Oyó el gemido deslizante de un remolcador en algún lugar del río. Entonces supo que había perdido un lapso de tiempo, porque su siguiente consciencia no fue como un momento de despertarse, sino como un momento de nacer: como si dos sonidos la estuvieran sacando de un vacío, el sonido de un paso detrás de la puerta y el sonido de una cerradura girando..., pero ella no estuvo presente hasta el momento en que de repente no había ninguna puerta delante de ella y la figura que estaba en el umbral era John Galt, de pie de manera casual en su propia puerta, vestido con pantalones y camisa, el ángulo de su cintura inclinándose ligeramente contra la luz detrás de él.

Ella sabía que los ojos de él estaban captando ese momento, y luego, contemplando su pasado y su futuro; sabía que un proceso de cálculo relámpago lo estaba llevando todo a su control consciente..., y que para el momento en que un pliegue de su camisa se movió con el movimiento de su respiración, él conocía la suma..., y la suma fue una sonrisa de radiante saludo.

Ella era ahora incapaz de moverse. Él la agarró del brazo y la metió de un tirón en la habitación, y ella sintió la presión insistente de su boca, sintió la esbeltez de su cuerpo a través de la repentina y extraña rigidez del abrigo de ella. Ella vio la risa en sus ojos, sintió el toque de su boca una y otra vez, ella estaba hundiéndose en sus brazos, estaba respirando en jadeos, como si no hubiera respirado al subir la escalera de cinco plantas, su cara estaba pegada al ángulo entre el cuello y el hombro de él, para abrazarlo, para retenerlo con los brazos, con las manos y con la piel de su mejilla.

—John, estás vivo... —fue lo único que pudo decir.

Él asintió, como si supiera lo que aquellas palabras pretendían explicar.

Entonces recogió el sombrero de ella que había caído al suelo, le quitó el abrigo y lo echó a un lado, miró su esbelta y temblorosa figura, con un brillo de aprobación en sus ojos, y su mano se movió sobre el apretado suéter azul oscuro de cuello alto que le daba a su cuerpo la fragilidad de una colegiala y la tensión de un luchador.

—La próxima vez que te vea —dijo él— ponte uno blanco. Te quedará estupendo también.

Ella se dio cuenta de que estaba vestida como nunca aparecía en público, como había estado vestida en casa en todas las horas de insomnio de esa noche. Se rio, volviendo a descubrir la capacidad de reír: ella había esperado que sus primeras palabras fuesen cualquier cosa menos eso.

—Si hay una próxima vez —añadió él con calma.

—¿Qué..., qué quieres decir?

Él fue a la puerta y la cerró con llave.

—Siéntate —dijo.

Ella permaneció de pie, pero se tomó el tiempo para echar un vistazo a la habitación que no había notado antes: una buhardilla larga y desnuda con una cama en una esquina y una estufa de gas en la otra, unos cuantos muebles de madera, tablas desnudas recalcando la longitud del suelo, una única lámpara encendida encima de un escritorio, una puerta cerrada en las sombras más allá del círculo de la lámpara, y la ciudad de Nueva York al otro lado de una enorme ventana, la extensión de estructuras angulares y luces dispersas, y la torre del Edificio Taggart en la distancia.

—Ahora escucha con atención —dijo él—. Tenemos una media hora, creo. Sé por qué has venido aquí. Te dije que sería difícil aguantarlo y que era probable que no lo consiguieras. No te arrepientas. ¿Sabes...? Yo no puedo arrepentirme, tampoco. Pero ahora tenemos que saber cómo actuar, de aquí en adelante. Dentro de una media hora, los agentes de los saqueadores, los que te siguieron, estarán aquí para arrestarme.

—¡Oh, no! —jadeó ella.

—Dagny, cualquiera de ellos que tenga un mínimo de perspicacia humana debe saber que tú no eres uno de ellos, que eres su último enlace conmigo, y no te dejarían fuera de su vista..., ni de la vista de sus espías.

—¡No me siguieron! Me fijé en eso, yo...

—Tú no sabrías cómo darte cuenta de eso. Actuar clandestinamente es un arte en el que ellos son expertos. Quien te haya seguido está informando a sus jefes en este momento. Tu presencia en esta zona, a esta hora, mi nombre en la placa abajo, el hecho de que yo trabajo para tu ferrocarril..., todo eso es suficiente incluso para que ellos lo conecten.

—¡Entonces salgamos de aquí!

Él sacudió la cabeza.

—Han rodeado la manzana a estas alturas. Quien te haya estado siguiendo debe tener a todos los policías de la zona a su disposición inmediata. Ahora quiero que sepas lo que tendrás que hacer cuando vengan aquí. Dagny, sólo tienes una oportunidad de salvarme. Si no entendiste del todo lo que dije en la radio sobre el hombre que está en el medio, lo entenderás ahora. No hay término medio que tú puedas tomar. Y no puedes tomar mi lado, no mientras estemos en sus manos. Ahora debes ponerte del lado *de ellos*.

—*¿Qué?*

—Debes ponerte de su lado, tan plena, consistente y enérgicamente como tu capacidad de engaño te permita. Debes actuar como uno de ellos. Debes actuar como mi peor enemigo. Si lo haces, tendré una oportunidad de salir con vida. Me necesitan demasiado, llegarán a cualquier extremo antes de que se decidan a matarme. Sea lo que sea que ellos extorsionan de la gente, pueden extorsionarlo sólo a través de los valores de sus víctimas..., y ellos no tienen ningún valor mío con el que apuntarme a la cabeza, no tienen nada con lo que amenazarme. Pero si se huelen remotamente lo que tú y yo somos el uno para el otro, te tendrán en un potro de tortura..., y quiero decir de tortura física, delante de mis ojos y en menos de una semana. No voy a esperar a que eso ocurra. A la primera mención de una amenaza hacia ti, me suicidaré y los detendré allí mismo.

Lo dijo sin énfasis, con el mismo tono impersonal de cálculo práctico que el resto. Ella sabía que él lo decía en serio y que tenía razón en decirlo: ella vio de qué manera sólo ella tenía el poder de destruirlo, donde todo el poder de sus enemigos fracasaría. Él vio la mirada de quietud en los ojos de ella, una mirada de comprensión y de horror. Él asintió, con una leve sonrisa.

—No tengo que decirte —dijo él— que si lo hago, no será un acto de autosacrificio. No estoy dispuesto a vivir bajo sus reglas, no estoy dispuesto a obedecerles, y no estoy dispuesto a verte soportar un asesinato interminable. No habrá valores que yo pueda buscar después de eso..., y no estoy dispuesto a existir sin valores. No tengo que decirte que no les debemos ninguna moralidad a quienes nos apuntan con un arma. Así que usa todo el poder de engaño del que puedas disponer, pero convéncelos de

que me odias. Entonces tendremos una oportunidad de seguir con vida y de escapar; no sé cuándo ni cómo, pero sabré que soy libre de actuar. ¿Lo has entendido?

Ella se obligó a levantar la cabeza, a mirarlo directamente y a asentir.

—Cuando vengan —dijo él—, diles que habías estado tratando de encontrarme para ellos, que sospechaste cuando viste mi nombre en tu lista de nóminas, y que viniste aquí a investigar.

Ella asintió.

—Yo me andaré con rodeos a la hora de admitir mi identidad; es posible que reconozcan mi voz, pero intentaré negarlo; así que serás tú quien les diga que yo soy el John Galt que están buscando.

Ella tardó unos segundos más, pero asintió.

—Después, reclamarás..., y aceptarás, esa recompensa de quinientos mil dólares que han ofrecido por mi captura.

Ella cerró los ojos; luego asintió.

—Dagny —dijo él lentamente—, no hay manera de servir a tus propios valores bajo su sistema. Tarde o temprano, fuese tu intención o no, ellos tenían que llevarte al punto en el que lo único que puedes hacer por mí es volverte contra mí. Reúne fuerzas y hazlo; entonces ganaremos esta media hora y, quizá, el futuro.

—Lo haré —dijo ella con firmeza—, si eso es lo que sucede, si ellos...

—Sucederá. No te arrepientas de eso. Yo no lo hago. Tú no has visto la naturaleza de nuestros enemigos. La verás ahora. Si yo tengo que ser el peón en la demostración que te convenza, estoy dispuesto a serlo..., y a arrancarte de ellos, de una vez por todas. ¿No querías esperar más? ¡Oh, Dagny, Dagny, yo tampoco!

Fue la forma como la abrazó y la forma como la besó en la boca lo que la hizo sentir como si cada paso que ella había dado, cada peligro, cada duda, incluso su traición contra él, si es que era traición..., como si todo eso le estuviera dando un eufórico derecho a ese momento. Él vio la lucha en el rostro de ella, la tensión de una incrédula protesta contra sí misma..., y ella oyó el sonido de su voz a través de los mechones de su cabello presionados por los labios de él:

—No pienses en ellos ahora. Nunca pienses en dolor o en peligro o en enemigos ni un momento más de lo que sea necesario para luchar contra ellos. Estás aquí. Es nuestro tiempo y nuestra vida, no son los de ellos. No

te esfuerces por no ser feliz. Lo eres.

—¿A riesgo de destruirte? —susurró ella.

—No lo harás. Pero..., sí, incluso eso. No pensarás que es indiferencia, ¿verdad? ¿Fue indiferencia lo que pudo contigo y te trajo aquí?

—Yo... —Y luego la violencia de la verdad hizo que ella acercara la boca de él a la suya, y después le lanzara las palabras a su cara—: No me habría importado si ninguno de los dos viviera después, ¡con tal de verte aunque sólo fuera esta vez!

—Me habría decepcionado el que no hubieras venido.

—¿Sabes lo que era esperar, luchando contra eso, retrasarlo un día más, y luego otro, y luego...?

Él se rio.

—¿Que si lo sé? —dijo suavemente.

Ella dejó caer la mano en un gesto de impotencia: pensó en sus diez años.

—Cuando oí tu voz en la radio —dijo ella—, cuando escuché la mejor declaración que jamás he... No, no tengo derecho a decirte lo que pensé.

—¿Por qué no?

—Tú crees que yo no la he aceptado.

—Ya lo harás.

—¿Estabas hablando desde aquí?

—No, desde el valle.

—¿Y luego volviste a Nueva York?

—A la mañana siguiente.

—¿Y has estado aquí desde entonces?

—Sí.

—¿Has oído el tipo de llamamientos que te envían todas las noches?

—Claro.

Ella miró lentamente por la habitación, sus ojos yendo desde las torres de la ciudad en la ventana a las vigas de madera de su techo, al yeso agrietado de sus paredes, a los postes de hierro de su cama.

—Has estado aquí todo ese tiempo —dijo—. Has vivido aquí durante doce años..., aquí..., así...

—Así —dijo él, abriendo la puerta al fondo de la habitación.

Ella se quedó sin aliento: el largo espacio inundado de luz, sin ventanas, más allá del umbral, encerrado en una cáscara de metal suavemente lustroso, como un pequeño salón de baile a bordo de un submarino, era el laboratorio moderno más eficiente que ella había visto jamás.

—Pasa —dijo él, sonriendo—. Ya no tengo secretos que ocultarte.

Era como cruzar la frontera hacia un universo diferente. Ella miró el complejo equipo brillando con un resplandor claro y difuso, la malla de alambres relucientes, la pizarra marcada con fórmulas matemáticas, las largas estanterías de objetos modelados por la despiadada disciplina de un objetivo..., y luego vio las tablas hundidas y el yeso desmoronándose de la buhardilla. O lo uno o lo otro, pensó ella; ésa era la decisión que enfrentaba el mundo: un alma humana en la imagen de lo uno o de lo otro.

—Querías saber dónde trabajaba yo durante once meses al año —dijo él.

—Todo esto... —preguntó, señalando el laboratorio— con el salario de... —añadió, y señaló la buhardilla— ¿de un trabajador no cualificado?

—¡Oh, no! Con los royalties que Midas Mulligan me paga por su central eléctrica, por la pantalla de rayos, por el transmisor de radio y por unos cuantos otros trabajos de ese tipo.

—Entonces..., entonces ¿por qué tenías que trabajar como jornalero?

—Porque ningún dinero ganado en el valle se puede gastar afuera jamás.

—¿Dónde conseguiste este equipo?

—Yo lo diseñé. La fundición de Andrew Stockton lo fabricó. —Señaló un objeto discreto del tamaño de un aparato de radio en un rincón de la habitación—: Ahí está el motor que tú querías —dijo, y se rio ante su grito atragantado, ante la sacudida involuntaria que la lanzó a ella hacia delante —. No te molestes en estudiarlo, no se lo regalarás a ellos ahora.

Ella estaba contemplando los brillantes cilindros de metal y las relucientes bobinas de cables que sugerían lejanamente la forma oxidada que descansaba, como una reliquia sagrada, en un ataúd de cristal en la cripta de la Terminal de Taggart.

—Suministra mi propia energía eléctrica para el laboratorio —dijo él —. Nunca nadie ha tenido que preguntarse por qué un trabajador de la vía está usando cantidades tan exorbitantes de electricidad.

—Pero si alguna vez encontraran este lugar...

Él soltó una risa extraña y breve.

—No lo harán.

—¿Cuánto tiempo has estado...?

Ella paró; esa vez, ella no se atragantó; la visión que tenía delante no podía ser recibida nada más que por un instante de total quietud interior; en la pared, detrás de una hilera de máquinas, vio una foto cortada de un periódico..., una foto de ella, con pantalones y camisa, de pie junto a la locomotora en la inauguración de la Línea John Galt, con la cabeza levantada, con su sonrisa sosteniendo el contexto, el significado y la luz del sol de ese día.

Cuando se volvió hacia él, la única respuesta de ella fue un gemido, pero la expresión de la cara de él coincidía con la de ella en la foto.

—Yo era el símbolo de lo que tú querías destruir en el mundo —dijo él —. Pero tú eras el símbolo de lo que yo quería lograr. —Señaló la imagen —. Así es como los hombres esperan sentirse sobre su vida una o dos veces, como excepción, en el transcurso de sus vidas. Pero yo..., *eso* es lo que yo elegí como lo constante y lo normal.

La expresión en el rostro de él, la serena intensidad de sus ojos y de su mente, lo hicieron real para ella, en ese momento, en el contexto completo de ese momento, en esa ciudad.

Cuando él la besó, ella supo que los brazos de ambos, abrazándose mutuamente, estaban sosteniendo su mayor triunfo, que ésa era la realidad intocable por el dolor o el miedo, la realidad del Quinto Concierto de Halley, ésa era la recompensa que ellos habían querido, por la que habían luchado y habían ganado.

El timbre sonó.

La primera reacción de ella fue retroceder; la de él..., de abrazarla más fuerte y más tiempo.

Cuando él levantó la cabeza, estaba sonriendo. Dijo sólo:

—Ahora es el momento de no tener miedo.

Ella lo siguió hasta la buhardilla. Oyó la puerta del laboratorio cerrándose con llave detrás de ellos.

Él sostuvo el abrigo de ella en silencio, esperó a que ella se atara el cinturón y se pusiera el sombrero, y luego se dirigió a la puerta de entrada y la abrió.

Tres de los cuatro hombres que entraron eran figuras musculosas con uniformes militares, cada uno con dos pistolas en sus caderas, con unas caras anchas sin forma y unos ojos insensibles a lo que percibían. El cuarto, su jefe, era un civil canijo con un abrigo caro, un bigote bien recortado, ojos de color azul pálido, y los ademanes de un intelectual del tipo de los de relaciones públicas.

Ya en la habitación, el canijo le parpadeó a Galt, dio un paso al frente, se detuvo, dio otro paso y se detuvo.

—¿Sí? —dijo Galt.

—¿Es usted..., es usted John Galt? —preguntó en voz muy alta.

—Ése es mi nombre.

—¿Es usted *el* John Galt?

—¿Cuál de ellos?

—¿Habló usted en la radio?

—¿Cuándo?

—No deje que le engañe. —La voz metálica era de Dagny, y estaba dirigida al jefe—. Él... es... John... Galt. Voy a comunicar las pruebas a la sede principal. Puede proceder.

Galt se volvió hacia ella como hacia un extraño.

—¿Me va a decir *ahora* quién es usted y qué es lo que quería viniendo aquí?

La cara de ella estaba tan inexpresiva como las caras de los soldados.

—Mi nombre es Dagny Taggart. Quería convencerme por mí misma de que usted es el hombre a quien el país está buscando.

Él se volvió hacia el jefe.

—Está bien... Yo *soy* John Galt; pero si quiere que le conteste a cualquier cosa, mantenga a su lacaya soplona —dijo, y señaló a Dagny— alejada de mí.

—¡Señor Galt! —gritó el jefe con el sonido de una enorme jovialidad —. ¡Es un honor conocerle, un honor y un privilegio! Por favor, señor Galt, no nos malinterprete, estamos dispuestos a concederle sus deseos; no, claro que no, usted no tiene que tratar con la señorita Taggart si prefiere no hacerlo..., la señorita Taggart sólo estaba tratando de cumplir con su deber patriótico, pero...

—He dicho que la mantenga alejada de mí.

—No somos sus enemigos, señor Galt, le aseguro que no somos sus enemigos. —Se volvió hacia Dagny—. Señorita Taggart, usted ha prestado un servicio valiosísimo al pueblo. Usted se ha ganado la forma más alta de gratitud pública. Permítanos asumir el control de aquí en adelante.

Los movimientos apaciguadores de las manos del jefe la estaban impulsando a retroceder, a mantenerse fuera de la vista de Galt.

—Ahora, ¿qué es lo que quiere? —preguntó Galt.

—La nación lo está esperando, señor Galt. Lo único que queremos es una oportunidad para disipar malentendidos. Sólo una oportunidad de cooperar con usted. —Su mano enguantada estaba haciéndoles una señal a sus tres hombres; las tablas del suelo crujieron, mientras los hombres procedían silenciosamente a la tarea de abrir cajones y armarios; estaban registrando la habitación—. El espíritu de la nación revivirá mañana por la mañana, señor Galt, cuando oigan que usted ha sido encontrado.

—¿Qué quiere?

—Sólo saludarle en nombre del pueblo.

—¿Estoy bajo arresto?

—¿Por qué pensar en esos términos tan anticuados? Nuestro trabajo es sólo escoltarlo de manera segura a los consejos principales del liderazgo nacional, donde se necesita con urgencia su presencia. —Hizo una pausa, pero no obtuvo respuesta—. Los principales líderes del país desean consultar con usted..., sólo conversar y llegar a un entendimiento amistoso.

Los soldados no estaban encontrando más que prendas de vestir y utensilios de cocina; no había ni cartas ni libros, ni siquiera un periódico, como si el cuarto fuese la habitación de un analfabeto.

—Nuestro objetivo es sólo ayudarle a asumir el lugar que le corresponde en la sociedad, señor Galt. Usted no parece darse cuenta de su propio valor público.

—Lo hago.

—Estamos aquí sólo para protegerle.

—¡Cerrada con llave! —declaró un soldado, golpeando su puño contra la puerta del laboratorio.

El jefe fingió una sonrisa zalamera.

—¿Qué hay detrás de esa puerta, señor Galt?

—Propiedad privada.

—¿Puede abrirla, por favor?

—No.

El jefe extendió las manos con un gesto de afligida impotencia.

—Por desgracia, mis manos están atadas. Son órdenes, ya sabe. Tenemos que entrar en esa habitación.

—Entren en ella.

—Es sólo una formalidad, una mera formalidad. No hay razón para que las cosas no se resuelvan amistosamente. ¿Puede cooperar, por favor?

—He dicho que no.

—Estoy seguro de que usted preferiría que no recurriéramos a ningún... medio innecesario. —No obtuvo respuesta—. Tenemos la autoridad para derribar esa puerta, ya sabe..., pero, por supuesto, preferiríamos no hacerlo. —Esperó, pero no obtuvo respuesta—. ¡Fuerza esa cerradura! —le espetó al soldado.

Dagny miró la cara de Galt. Él estaba de pie, impasible, con la cabeza en alto, y ella vio las líneas imperturbables de su perfil, sus ojos dirigidos a la puerta. La cerradura era una pequeña placa cuadrada de cobre pulido, sin ningún ojo de cerradura ni ningún accesorio.

El silencio y la repentina inmovilidad del jefe y de los dos matones fueron involuntarios mientras las herramientas de ladrón en manos del cuarto rechinaban con cautela contra la madera de la puerta.

La madera cedió fácilmente, y pequeñas astillas cayeron al suelo; sus golpes, magnificados por el silencio, parecían el repiqueteo de una ametralladora lejana. Cuando la palanqueta del ladrón atacó la placa de cobre, ellos oyeron un leve crujido detrás de la puerta, no más fuerte que el suspiro de una mente cansada. En un minuto más, la cerradura cayó, y la puerta se abrió, estremeciéndose, un par de centímetros de anchura.

El soldado se hizo atrás. El jefe se acercó, sus pasos irregulares como el hipo, y abrió la puerta. Estaban viendo un agujero negro de contenido desconocido y de una inquietante oscuridad.

Se miraron unos a otros, y miraron a Galt; él no se movió; se quedó mirando la oscuridad.

Dagny los siguió cuando cruzaron el umbral, precedidos por los haces de luz de sus linternas. El espacio que había más allá era una larga concha de metal, vacía excepto por las corrientes de polvo en el suelo, un extraño

polvo blanco grisáceo que parecía pertenecer a unas ruinas que no habían sido perturbadas durante siglos. La habitación parecía tan muerta como un cráneo hueco.

Ella se dio la vuelta para no dejar que ellos vieran en su cara el grito de saber lo que aquel polvo había sido unos minutos antes. «No intente abrir esa puerta», le había dicho él frente a la entrada de la central eléctrica de la Atlántida, «si tratara de romperla..., la maquinaria en su interior se desharía en escombros mucho antes de que la puerta cediera». «No intente abrir esa puerta»..., estaba pensando ella, pero sabía que lo que estaba viendo en ese momento era la forma visual de la declaración: «no intentes forzar una mente».

Los hombres retrocedieron en silencio, y siguieron retrocediendo hacia la puerta de salida; luego se detuvieron inseguros, uno tras otro, en puntos aleatorios de la buhardilla, como si hubiesen sido abandonados por una marea en retroceso.

—Bueno —dijo Galt, cogiendo su abrigo y dirigiéndose al jefe—, vámonos.

Tres pisos del Hotel Wayne-Falkland habían sido evacuados y transformados en un campamento armado. Guardias con ametralladoras se habían instalado en cada esquina de los largos pasillos alfombrados de terciopelo. Centinelas con bayonetas estaban apostados en los rellanos de la escalera de emergencia. Las puertas de los ascensores de los pisos 59, 60 y 61 estaban cerradas con candados; una sola puerta y un solo ascensor quedaban como único medio de acceso, custodiado por soldados totalmente vestidos y armados para el combate. Hombres de aspecto extraño vagaban por los vestíbulos, los restaurantes y las tiendas de la planta baja: sus ropas eran demasiado nuevas y demasiado caras, imitando sin éxito las de los clientes habituales del hotel, un camuflaje menoscabado por el hecho de que las ropas estaban mal entalladas para las fornidas figuras de sus usuarios y porque, además, estaban distorsionadas por bultos en lugares donde las prendas de vestir de los hombres de negocios no tienen por qué abultar, pero las de los pistoleros sí. Grupos de guardias con ametralladoras estaban apostados en todas las entradas y salidas del hotel, así como en ventanas estratégicas de las calles adyacentes.

En el centro de ese campamento, en el piso 60, en lo que se conocía como la suite real del Hotel Wayne-Falkland, entre cortinas de satén, candelabros de cristal y guirnaldas de flores esculpidas, John Galt, vestido con pantalones y camisa, estaba sentado en un sillón de brocado, con una pierna extendida sobre un cojín de terciopelo, con las manos cruzadas detrás de la nuca, mirando al techo.

Ésa fue la postura en la que el señor Thompson lo encontró, cuando los cuatro guardias, que habían estado delante de la puerta de la suite real desde las cinco de la mañana, la abrieron a las once de la mañana, para darle acceso al señor Thompson, y la cerraron con llave de nuevo.

El señor Thompson experimentó un breve espasmo de inquietud cuando el chasquido de la cerradura bloqueó su vía de escape y lo dejó a solas con el prisionero. Pero recordó entonces los titulares de los periódicos y las voces de radio que habían estado anunciando el suceso al país desde el amanecer: «¡John Galt ha sido hallado!»..., «¡John Galt está en Nueva York!»..., «¡John Galt se ha unido a la causa del pueblo!»..., «¡John Galt está reunido con los líderes del país, trabajando para encontrar una solución rápida a todos nuestros problemas!». Y se obligó a sí mismo a sentir que se lo creía.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo alegremente, marchando directamente hacia el sillón de brocado—. Así que usted es el joven que ha iniciado todo el lío... Oh —dijo de pronto, al aproximarse y ver más de cerca los ojos de color verde oscuro que lo observaban—. Bueno, yo... estoy encantadísimo de conocerle, señor Galt, pero encantadísimo de verdad. —Y añadió—: Yo soy el señor Thompson, ya sabe.

—Buenos días —dijo Galt.

El señor Thompson se dejó caer de golpe sobre una silla; la brusquedad de su movimiento sugería un talante alegre, como si fuera una actitud de negocios.

—Bueno, no vaya por ahí imaginando que usted está arrestado o alguna tontería así. —Señaló la habitación—. Esto no es ninguna cárcel, como usted puede ver. Puede ver que le estamos tratando bien. Usted es una gran persona, una persona muy grande..., y nosotros lo sabemos. Simplemente siéntase como en casa. Pida lo que quiera. Eche a cualquier

asistente que no le obedezca. Y si empieza a no gustarle alguno de los muchachos del ejército que está ahí afuera, no tiene más que decírnoslo..., y enviaremos a otro para que ocupe su lugar.

Hizo una pausa expectante. No recibió ninguna respuesta.

—La única razón por la que le hemos traído aquí es que queríamos hablar con usted. No lo habríamos hecho de esa forma, pero usted no nos dejó ninguna otra opción. Se mantuvo oculto. Y lo único que queríamos era una oportunidad para decirle que usted nos ha entendido a todos mal.

Extendió las manos, con las palmas hacia arriba, con una sonrisa encantadora. Los ojos de Galt lo estaban observando, sin respuesta.

—Vaya discurso ese que usted hizo. Bueno, ¡vaya orador que es usted! Le ha hecho algo al país..., no sé qué ni por qué, pero desde luego se lo ha hecho. La gente parece querer algo que usted tiene. Pero ¿pensaba usted que estaríamos totalmente en contra de eso? Ahí es donde se equivoca. No lo estamos. Personalmente, yo creo que había mucho en ese discurso que tenía sentido. Sí, señor, lo creo. Por supuesto, no estoy de acuerdo con cada palabra que usted dijo, pero..., qué diablos, no irá a esperar que estemos de acuerdo en todo, ¿verdad? Diferencias de opinión..., eso es lo que hace posibles las carreras de caballos. Yo..., yo siempre estoy dispuesto a cambiar de opinión. Estoy abierto a cualquier argumento.

Se inclinó hacia delante, como invitando. No obtuvo ninguna respuesta.

—El mundo está en un lío terrible. Exactamente como usted dijo. Ahí lo tiene, estoy de acuerdo con usted. Tenemos un punto en común. Podemos empezar por eso. Hay que hacer algo al respecto. Lo único que yo quería era... Mire —dijo, y de repente elevó la voz—, ¿por qué no me deja que le hable?

—Me está hablando.

—Yo..., bueno, o sea..., ya sabe lo que quiero decir.

—Totalmente.

—¿Entonces...? Entonces ¿qué tiene *usted* que decir?

—Nada.

—¡¿Eh?!

—Nada.

—¡Venga, vamos!

—Yo no busqué hablar con usted.

—Pero... ¡pero mire...! ¡Tenemos cosas de las que hablar!

—Yo no.

—Mire —dijo el señor Thompson, después de una pausa—, usted es un hombre de acción. Un hombre práctico. ¡Vaya si usted es un hombre práctico! Puede haber cosas que yo no entienda de usted, pero estoy seguro de eso. ¿A que sí lo es?

—¿Práctico? Sí.

—Bueno, yo también. Podemos hablar con claridad. Podemos poner nuestras cartas sobre la mesa. Sea lo que sea que usted busque, le estoy ofreciendo un trato.

—Yo siempre estoy abierto a un trato.

—¡Lo sabía! —gritó el señor Thompson, golpeando el puño sobre su propia rodilla—. Se lo dije a ellos..., a todos esos bobos teóricos intelectuales, como Wesley.

—Siempre estoy abierto a un trato..., con cualquiera que tenga un valor para ofrecerme.

El señor Thompson no supo decir qué le hizo perder un compás antes de contestar:

—¡Bueno, ponga usted sus condiciones, compañero! ¡Ponga usted sus condiciones!

—¿Qué tiene usted para ofrecerme?

—Pues..., cualquier cosa.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa que usted nombre. ¿Ha oído nuestras transmisiones de onda corta para usted?

—Sí.

—Dijimos que aceptaríamos sus condiciones, las condiciones que sean. Lo dijimos en serio.

—¿Me oyó usted decir en la radio que yo no tengo condiciones con las que negociar? Lo dije en serio.

—Oh, pero mire, ¡usted no nos ha entendido bien! Usted pensó que nos enfrentaríamos a usted. Pero no lo haremos. No somos tan rígidos. Estamos dispuestos a considerar cualquier idea. ¿Por qué no respondió usted a nuestras llamadas y vino a tener una reunión?

—¿Por qué debería haber hecho eso?

—Porque..., porque nosotros queríamos hablar con usted en nombre del país.

—Yo no reconozco su derecho a hablar en nombre del país.

—Mire una cosa, yo no estoy acostumbrado a... Bueno, está bien, ¿por qué no oye lo que tengo que decir? ¿No me va a escuchar?

—Estoy escuchando.

—El país está en una situación terrible. La gente se está muriendo de hambre y abandonando, la economía se está cayendo a pedazos, nadie está ya produciendo. No sabemos qué hacer sobre eso. Usted sí. Usted sabe cómo hacer que las cosas funcionen. Bueno, estamos listos para rendirnos. Queremos que nos diga qué hacer.

—Le dije qué hacer.

—¿El qué?

—Quitarse de en medio.

—¡Eso es imposible! ¡Eso es absurdo! ¡Ni hablar de eso!

—¿Lo ve? Le dije que no teníamos nada de lo que hablar.

—¡A ver, espere! ¡Espere! ¡No se vaya a los extremos! Siempre hay un término medio. Usted no puede tenerlo todo. No estamos..., la gente no está lista para eso. No puede esperar que tiremos a la basura la maquinaria del Estado. Tenemos que preservar el sistema. Pero estamos dispuestos a enmendarlo. Lo modificaremos de cualquier forma que usted quiera. No somos dogmáticos tercos y teóricos..., somos flexibles. Haremos todo lo que usted nos diga. Le daremos libertad total. Nosotros cooperaremos. Cederemos. Lo dividiremos a medias. Nosotros mantendremos la esfera de la política y le daremos a usted poder total sobre la esfera de la economía. Le entregaremos la producción del país, le haremos un regalo de la economía entera. Usted la dirigirá como quiera, dará las órdenes, emitirá directivas..., y tendrá a su disposición el poder organizado del Estado para hacer cumplir sus decisiones. Estaremos listos para obedecerle, todos nosotros, de mí para abajo. En el campo de la producción, haremos exactamente lo que usted nos diga. Usted será..., ¡será el dictador económico de la nación!

Galt se echó a reír.

Fue la simple alegría de su risa lo que sorprendió al señor Thompson.

—¿Qué pasa con usted?

—Así que ésa es su idea de hacer concesiones, ¿eh?

—¿Qué pasa con...? ¡No se quede ahí sentado haciendo muecas...! No creo que me haya entendido. Le estoy ofreciendo el trabajo *de Wesley Mouch*..., ¡y no hay nada más importante que alguien pueda ofrecerle! Tendrá libertad para hacer lo que quiera. Si no le gustan los controles, revóquelos. Si quiere beneficios más altos y salarios más bajos, decrételos. Si quiere privilegios especiales para los grandes magnates, concédalos. Si no le gustan los sindicatos, disuélvalos. Si quiere una economía libre, ¡ordénele a la gente que sea libre! Actúe de la forma que a usted le parezca. Pero ponga las cosas en marcha. Haga que el país se organice. Haga que la gente vuelva a trabajar. Haga que produzcan. Traiga de vuelta a sus propios hombres, a los hombres con cerebro. Llévenos a una era pacífica, científica, industrial..., y a la prosperidad.

—¿A punta de pistola?

—A ver, mire, yo..., y ¿qué es lo que le hace tanta maldita gracia?

—Dígame sólo una cosa: si usted es capaz de fingir que no ha oído ni una palabra de lo que yo dije en la radio, ¿qué le hace pensar que yo estaría dispuesto a fingir que no lo dije?

—¡No sé lo que quiere decir! Yo...

—Olvídelo. Era sólo una pregunta retórica. La primera parte de ella responde a la segunda.

—¿Eh?

—Yo no juego a su tipo de juegos, «compañero»..., si quiere una traducción.

—¿Quiere decir que está rechazando mi oferta?

—Eso es.

—Pero ¿por qué?

—Me llevó tres horas en la radio decirle por qué.

—¡Oh, eso es sólo teoría! Yo estoy hablando de negocios Le estoy ofreciendo el mejor trabajo del mundo. ¿Me puede decir qué tiene eso de malo?

—Lo que le dije, en esas tres horas, fue que no va a funcionar.

—*Usted* puede hacer que funcione.

—¿Cómo?

El señor Thompson extendió las manos.

—No lo sé. Si lo supiera, no acudiría a usted. Eso es lo que usted tiene que averiguar. Usted es el genio industrial. Usted puede resolver cualquier cosa.

—Dije que no se puede hacer.

—*Usted* podría hacerlo.

—¿Cómo?

—De alguna manera. —Oyó la risa de Galt, y añadió—: ¿Por qué no? Sólo dígame, ¿por qué no?

—Está bien, se lo diré. ¿Quiere que yo sea el dictador económico?

—¡Sí!

—¿Y va a obedecer cualquier orden que yo dé?

—¡Implícitamente!

—Entonces empiece por abolir totalmente el impuesto de renta.

—¡Oh, no! —gritó el señor Thompson, poniéndose en pie de un salto —. ¡No podríamos hacer eso! Eso..., ése no es el campo de la producción. Ése es el campo de la distribución. ¿Cómo les pagaríamos a los empleados del gobierno?

—Despida a los empleados de su gobierno.

—¡Oh, no! ¡*Eso es* política! ¡Eso no es economía! ¡Usted no puede interferir en la política! ¡No puede tenerlo todo!

Galt cruzó las piernas sobre el cojín, estirándose más cómodamente en el sillón de brocado.

—¿Quiere continuar la discusión? ¿O entiende de qué va la cosa?

—Yo sólo... —El señor Thomson se paró.

—¿Está satisfecho de que *yo* sí he entendido de qué va?

—Mire —dijo el señor Thompson apaciguadoramente, retomando el borde de su asiento—. Yo no quiero discutir. No soy bueno con los debates. Yo soy un hombre de acción. Hay poco tiempo. Lo único que sé es que usted tiene una mente. Exactamente el tipo de mente que necesitamos. Usted puede hacer cualquier cosa. Podría hacer funcionar las cosas si usted *quisiera*.

—Está bien, hablemos su lenguaje: no quiero hacerlo. No quiero ser un dictador económico, ni siquiera el tiempo suficiente para emitir esa orden de que las personas sean libres..., algo que cualquier ser humano racional me tiraría a la cara, porque sabría que sus derechos no han de ser mantenidos, dados o recibidos por el permiso de usted o el mío.

—Dígame —dijo el señor Thompson, observándolo reflexivamente— ¿qué es lo que usted está buscando?

—Se lo dije por la radio.

—No lo pillo. Usted dijo que está buscando su propio interés egoísta..., y *eso*, eso puedo entenderlo. Pero ¿qué puede usted querer en el futuro que no pueda obtener ahora mismo, de parte nuestra, entregado en una bandeja de plata? Pensé que usted era un egoísta... y un hombre práctico. Yo le ofrezco un cheque en blanco sobre cualquier cosa que usted quiera..., y usted va y me dice que no lo quiere. ¿Por qué?

—Porque no hay fondos detrás de su cheque en blanco.

—*¿Qué?*

—Porque usted no tiene ningún valor que ofrecerme.

—Puedo ofrecerle cualquier cosa que usted pueda pedir. Sólo tiene que nombrarla.

—Nómbrela usted.

—Bueno, usted habló mucho de riqueza. Si es dinero lo que quiere..., no podría ganar en tres vidas lo que yo puedo entregarle en un minuto, en este minuto, en dinero contante y sonante. ¿Quiere mil millones de dólares, así, a tocateja, mil millones de dólares?

—¿Que *yo* tendré que producir, para que usted me los dé?

—No; quiero decir, directamente de las arcas públicas, en billetes nuevos, recién fabricados, o..., o incluso en oro, si lo prefiere.

—¿Qué voy a poder comprar con eso?

—Oh, mire, cuando el país vuelva a ponerse en pie...

—¿Cuando *yo* lo ponga de nuevo en pie?

—Bueno, si lo que quiere es dirigir las cosas a su manera, si lo que busca es poder, yo le garantizaré que cada hombre, mujer y niño en este país obedecerá sus órdenes y hará lo que usted quiera.

—¿Después de que *yo* les enseñe a hacerlo?

—Si quiere algo para su propia pandilla, para todos esos hombres que han desaparecido..., trabajos, cargos, autoridad, exenciones de impuestos, algún favor especial..., sólo tiene que decirlo, y lo obtendrán.

—¿Después de que *yo* los traiga de vuelta?

—Bueno, ¿*qué* diablos es lo que usted quiere?

—¿Para qué diablos le necesito yo *a usted*?

—¿Eh?

—¿Qué tiene usted que ofrecerme que yo no podría conseguir sin usted?

Había una expresión diferente en los ojos del señor Thompson cuando él se echó hacia atrás, como si estuviera acorralado, y sin embargo, miró directamente a Galt por primera vez y dijo lentamente:

—Sin mí, usted no podría salir de esta sala en este momento.

Galt sonrió.

—Cierto.

—No sería capaz de producir nada. Podríamos dejarlo aquí hasta morirse de hambre.

—Cierto.

—Bueno, ¿no lo ve? —El tono de jovialidad hogareña regresó a la voz del señor Thompson, como si la insinuación dada y recibida pudiera ahora ser evadida tranquilamente por medio del humor—. Lo que tengo que ofrecerle a usted es su vida.

—No es suya para ofrecerla, señor Thompson —dijo Galt suavemente.

Algo en esa voz hizo que el señor Thompson lo mirara bruscamente, y luego se volviera más bruscamente aún para mirar hacia otro lado: la sonrisa de Galt parecía casi benévola.

—Ahora —dijo Galt—, ¿ve lo que quiero decir cuando dije que un cero no puede tener una hipoteca sobre una vida? Soy yo quien tendría que concederle a usted ese tipo de hipoteca, y no lo hago. La eliminación de una amenaza no es un pago, la negación de un negativo no es una recompensa, la retirada de sus matones armados no es un incentivo, la propuesta de no asesinarme no es un valor.

—¿Quién..., quién ha dicho algo sobre asesinarle a usted?

—¿Quién ha dicho algo sobre cualquier otra cosa? Si usted no me estuviera reteniendo aquí a punta de pistola, bajo amenaza de muerte, no tendría la oportunidad de hablar conmigo en absoluto. Y *eso* es lo único que sus armas pueden lograr. Yo no pago para la eliminación de amenazas. Yo no le compro mi vida a nadie.

—Eso no es verdad —dijo el señor Thompson alegremente—. Si tuviera una pierna rota, usted le pagaría a un médico para que se la escayolara.

—No si él fue quien me la rompió. —Sonrió ante el silencio del señor Thompson—. Yo soy un hombre práctico, señor Thompson. No creo que sea práctico apoyar a una persona cuyo único medio de sustento es que me pueda romper los huesos. No creo que sea práctico apoyar pagos por extorsión.

El señor Thompson pareció pensativo; luego, sacudió la cabeza.

—No creo que usted esté siendo práctico —dijo—. Un hombre práctico no ignora los hechos de la realidad. No pierde el tiempo deseando que las cosas sean diferentes o tratando de cambiarlas. Ese hombre toma las cosas como son... A usted le estamos reteniendo. Es un hecho. Le guste o no, es un hecho. Debería actuar en consecuencia.

—Lo estoy haciendo.

—Lo que quiero decir es: usted debería cooperar. Debería reconocer una situación existente, aceptarla y adaptarse a ella.

—Si usted tuviera veneno en la sangre, ¿usted se adaptaría a eso, o actuaría para cambiarlo?

—¡Oh, eso es diferente! ¡Eso es físico!

—¿Quiere decir que los hechos físicos están abiertos a ser corregidos, pero los caprichos de usted no?

—¿Eh?

—¿Quiere decir que la naturaleza física se puede ajustar a los hombres, pero los caprichos de usted están por encima de las leyes de la naturaleza, y que los hombres deben adaptarse *a usted*?

—¡Quiero decir que yo tengo la mano ganadora!

—¿Con una pistola en ella?

—¡Oh, olvídese de las pistolas! Yo...

—No puedo olvidar un hecho de la realidad, señor Thompson. Eso sería impráctico.

—Está bien, entonces: yo tengo una pistola. ¿Qué va a hacer usted al respecto?

—Voy a actuar en consecuencia. Le obedeceré.

—*¿Qué?*

—Haré lo que usted me *diga* que yo haga.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente en serio. *Literalmente*. —Vio la ilusión en la cara del señor Thompson ir disminuyendo lentamente bajo una expresión de desconcierto—. Realizaré cualquier movimiento que me ordenen realizar. Si me ordena que me mude a la oficina de un dictador económico, me mudaré a ella. Si me ordena que me siente en un escritorio, me sentaré en él. Si me ordena que emita una directiva, emitiré la directiva que usted me ordene que emita.

—¡Oh, pero yo no sé qué directivas emitir!

—Yo tampoco.

Hubo una larga pausa.

—¿Y bien? —dijo Galt—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—¡Quiero que usted salve la economía del país!

—No sé cómo salvarla.

—¡Quiero que encuentre un camino!

—No sé cómo encontrarlo.

—¡Quiero que piense!

—¿Cómo va su pistola a conseguir que yo haga eso, señor Thompson?

El señor Thompson lo miró en silencio..., y Galt vio, en sus labios apretados, en su barbilla prominente, en sus ojos entornados, la expresión de un abusón adolescente que está a punto de pronunciar ese argumento filosófico expresado en la frase: «Te voy a romper la cara». Galt sonrió, mirándolo directamente, como si estuviera oyendo la frase no expresada, y subrayándola. El señor Thompson miró hacia otro lado.

—No —dijo Galt—, usted no quiere que yo piense. Cuando usted fuerza a un hombre a actuar en contra de su propia elección y de su propio juicio, es su pensamiento lo que usted quiere que él suspenda. Quiere que se convierta en un robot. Yo voy a obedecer al pie de la letra.

El señor Thompson suspiró.

—No lo entiendo —dijo, con un tono de genuina impotencia—. Hay algo que no cuadra, y no consigo entenderlo. ¿Por qué tiene usted que buscarse problemas? Con un cerebro como el suyo..., usted puede vencerle a cualquiera. Yo no soy rival para usted, y usted lo sabe. ¿Por qué no finge unirse a nosotros, y luego lograr el control y quitarme a mí de en medio?

—Por la misma razón que le hace a usted ofrecerlo: porque usted ganaría.

—¿Eh?

—Porque eso es lo que intentan quienes son mejores que usted..., ganarle en su terreno de juego, lo que le ha permitido a gente de su calaña salirse con la suya durante siglos. ¿Quién de nosotros tendría éxito si yo compitiera con usted por el control sobre sus matones? Claro, yo podría fingir..., y no salvaría a su economía ni a su sistema, nada los salvará ahora, pero yo perecería, y lo que usted ganaría sería lo que siempre ha ganado en el pasado: un aplazamiento, una suspensión más de la ejecución, durante un año más, o un mes más..., comprada al precio de la esperanza y del esfuerzo que aún puedan extraerse de los mejores restos de humanidad que quedan a su alrededor, incluido yo. Eso es lo único que usted busca, y *ésa* es la extensión de su tiempo. ¿Un mes? Usted firmaría por una semana, bajo el absoluto indiscutible de que siempre habrá otra víctima que encontrar. Pero usted ha encontrado su última víctima..., la que se niega a desempeñar su papel histórico. Se acabó el juego, «compañero».

—¡Oh, eso no es más que teoría! —espetó el señor Thompson, con una pizca de exceso de brusquedad; sus ojos estaban vagando por la habitación, como si eso fuera un sustituto de andar; echó un vistazo a la puerta, como si estuviera deseando escapar—. ¿Usted dice que si no abandonamos el sistema, pereceremos? —preguntó.

—Sí.

—Entonces puesto que nosotros le estamos reteniendo, ¿usted perecerá con nosotros?

—Posiblemente.

—¿No quiere vivir?

—Apasionadamente. —Vio el destello de una chispa en los ojos del señor Thompson, y sonrió—. Le diré más: sé que quiero vivir mucho más intensamente que usted. Sé que eso es con lo que usted está contando. Sé que usted, de hecho, no quiere vivir en absoluto. Yo sí quiero. Y por quererlo tanto, no aceptaré ningún sustituto.

El señor Thompson se levantó de un salto.

—¡Eso no es verdad! —gritó—. El que yo no quiera vivir..., ¡no es verdad! ¿Por qué habla así? —Estaba de pie, con las extremidades ligeramente juntas, como por un repentino escalofrío—. ¿Por qué dice esas cosas? No sé qué quiere decir. —Retrocedió unos pasos—. Y no es cierto

que yo sea un pistolero. No lo soy. No pretendo lastimarle. Nunca he tenido la intención de hacerle daño a nadie. Quiero caerle bien a la gente. Quiero ser su amigo... ¡Quiero ser su amigo! —gritó al espacio en general.

Los ojos de Galt lo estaban observando inexpresivos, sin darle ninguna pista de lo que estaban viendo, excepto que lo estaban viendo.

El señor Thompson se puso a moverse repentinamente con movimientos afanosos e innecesarios, como si tuviera prisa.

—Tengo que salir corriendo —dijo—. Yo... tengo tantas citas. Ya hablaremos de eso un poco más. Piénselo. Tómese su tiempo. No estoy intentando ponerle ninguna presión. Simplemente relájese, tómeselo con calma y siéntase usted en su casa. Pida cualquier cosa que le guste..., comida, bebidas, cigarrillos, lo mejor de cada cosa. —Señaló con la mano las ropas de Galt—. Voy a ordenar que el sastre más caro de la ciudad le haga unas ropas decentes. Quiero que usted se acostumbre a lo mejor. Quiero que se sienta cómodo y que... Dígame —preguntó, de forma un poco demasiado casual—, ¿tiene usted familia? ¿Algún pariente a quien le gustaría ver?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Tiene novia?

—No.

—Es sólo que yo no querría que se sintiera solo. Podemos permitirle que reciba visitas, cualquier visitante que usted nombre, si hay alguien que le importe.

—No lo hay.

El señor Thompson hizo una pausa en la puerta, se volvió para mirar a Galt durante un momento y sacudió la cabeza.

—No consigo entenderle —dijo—. Simplemente, no consigo entenderle.

Galt sonrió, se encogió de hombros y respondió:

—¿Quién es John Galt?

Una malla arremolinada de aguanieve colgaba sobre la entrada del Hotel Wayne-Falkland, y los guardias armados parecían curiosa y desoladamente indefensos en el círculo de luz: estaban allí de pie, encogidos, con las cabezas agachadas, abrazando sus armas en busca de calor, como si, incluso lanzando toda la violencia de sus balas a la tormenta, no consiguieran consuelo para sus cuerpos.

Desde el otro lado de la calle, Chick Morrison, el Condicionador de Moral, cuando estaba de camino a una reunión en el piso 59, notó que los raros y letárgicos transeúntes no se estaban tomando la molestia de echarles un vistazo a los guardias, igual que no se tomaban la molestia de echarles un vistazo a los titulares ensopados de agua de un montón de periódicos sin vender en el quiosco de un vendedor harapiento y tembloroso: «John Galt promete prosperidad».

Chick Morrison sacudió la cabeza con inquietud: seis días de historias en primera plana —sobre los esfuerzos conjuntos de los líderes del país trabajando con John Galt para darle forma a unas nuevas políticas— no habían generado ningún resultado. Las personas se movían, observó él, como si no les importara ver nada a su alrededor. Nadie hizo caso de su presencia, a excepción de una vieja andrajosa que extendió la mano hacia él en silencio, cuando se acercaba a las luces de la entrada; él pasó rápidamente de largo, y sólo gotas de aguanieve cayeron en la palma de la mano nudosa y desnuda.

Fue su recuerdo de las calles lo que le dio un sonido áspero a la voz de Chick Morrison, cuando habló con un círculo de caras en la habitación del señor Thompson en el piso 59. La expresión de las caras armonizaba con el sonido de su voz.

—No parece estar funcionando —dijo, señalando un montón de informes de sus tomadores del pulso público—. Todos los comunicados de prensa sobre nuestra colaboración con John Galt no parecen tener ningún efecto. A la gente no le importa. Ellos no creen ni una palabra de eso. Algunos de ellos dicen que él nunca colaborará con nosotros. La mayoría de ellos ni siquiera creen que lo tenemos. No sé lo que le ha pasado a la gente. Ellos ya no creen en nada. —Suspiró—. Tres fábricas cerraron sus puertas en Cleveland, anteayer. Cinco fábricas cerraron en Chicago ayer. En San Francisco...

—Lo sé, lo sé —espetó el señor Thompson, apretándose la bufanda alrededor del cuello: la calefacción del edificio se había averiado—. Ya no hay más opción sobre eso: él *tiene* que ceder y hacerse cargo. ¡Tiene que hacerlo!

Wesley Mouch miró al techo.

—No me pida que vuelva a hablar con él —dijo, y se estremeció—. Lo he intentado. Uno no puede hablar con ese hombre.

—¡Yo..., yo no puedo, señor Thompson! —gritó Chick Morrison, en respuesta a la parada que hizo la mirada errante del señor Thompson—. ¡Renunciaré, si quiere que lo haga! ¡No puedo hablar con él de nuevo! ¡No me haga hacerlo!

—Nadie puede hablar con él —dijo el doctor Floyd Ferris—. Es una pérdida de tiempo. Él no oye ni una palabra de lo que le dicen.

Fred Kinnan se rio entre dientes.

—Quieres decir que oye demasiado, ¿no es eso? Y, lo que es peor, lo responde.

—Bueno, ¿por qué no lo intentas *tú* de nuevo? —espetó Mouch—. Parece que lo has disfrutado. ¿Por qué no tratas *tú* de persuadirlo?

—Yo ya he aprendido la lección —dijo Kinnan—. No te ofusques, hermano. Nadie va a persuadirlo, yo no lo intentaré dos veces. ¿Que si lo disfruté? —añadió, con una mirada de asombro—. Pues sí..., sí, la verdad es que sí.

—¿Qué pasa contigo? ¿Te está conquistando? ¿Estás dejando que él te convenza?

—¿A mí? —Kinnan se rio sin alegría—. ¿De qué me serviría él a mí? Yo seré el primero en irme al garete cuando él gane. Es sólo —miró con nostalgia al techo—, es sólo que él es un hombre que habla sin tapujos.

—¡Él no va a ganar! —espetó el señor Thompson—. ¡De eso ni hablar!

Hubo una larga pausa.

—Hay disturbios por hambre en Virginia Occidental —dijo Wesley Mouch—. Y los agricultores en Texas han...

—¡Señor Thompson! —dijo Chick Morrison desesperadamente—. Tal vez..., tal vez podríamos dejar que el público lo viera..., en un mitin masivo..., o a lo mejor en la televisión..., simplemente verlo, sólo para que

crean que realmente lo tenemos... Eso le daría esperanza a la gente, durante un tiempo..., nos haría ganar un poco de tiempo.

—Demasiado peligroso —espetó el doctor Ferris—. Que ni se acerque para nada al público. Lo que él podría permitirse hacer no tiene límites.

—Él tiene que ceder —dijo el señor Thompson obstinadamente—. Tiene que unirse a nosotros. Uno de vosotros debe...

—¡No! —gritó Eugene Lawson—. ¡Yo no! ¡No quiero verlo en absoluto! ¡Ni una sola vez! ¡Yo no quiero tener que creerlo!

—¿El qué? —preguntó James Taggart; su voz tenía una nota de burla peligrosamente imprudente; Lawson no respondió—. ¿De qué tienes miedo? —El desprecio en la voz de Taggart sonó anormalmente estresado, como si la visión de un mayor miedo de alguien lo estuviese tentando a él a desafiar su propio miedo—. ¿Qué es lo que tienes miedo de creer, Gene?

—¡No lo creeré! ¡No lo haré! —La voz de Lawson era medio gruñido, medio gemido—. ¡No podéis hacerme perder la fe en la humanidad! ¡No deberíais permitir que un hombre así fuese posible! Un egoísta despiadado que...

—Vaya puñado de intelectuales que sois —dijo el señor Thompson con desprecio—. Pensé que podríais hablar con él en su propia jerga..., pero él os ha asustado a todos vosotros. ¿Ideas? ¿Dónde están vuestras ideas ahora? ¡Haced algo! ¡Haced que se una a nosotros! ¡Convencedle!

—El problema es que él no quiere nada —dijo Mouch—. ¿Qué podemos ofrecerle a un hombre que no quiere nada?

—Lo que quieres decir es... —dijo Kinnan—, ¿qué podemos *nosotros* ofrecerle a un hombre que quiere vivir?

—¡Cállate! —gritó James Taggart—. ¿Por qué has dicho eso? ¿Qué te ha hecho decirlo?

—¿Qué te ha hecho gritar? —preguntó Kinnan.

—¡Silencio de una vez, todos vosotros! —ordenó el señor Thompson —. Estáis muy cómodos luchando entre vosotros, pero cuando se trata de luchar contra un hombre de verdad...

—¿Así que él también te ha conquistado a ti? —gritó Lawson.

—Oh, cierra el pico —dijo el señor Thompson, hastiado—. Es el bastardo más duro de roer con el que me he enfrentado. Tú no lo entenderías. Es de los más duros que hay... —El tinte más débil de admiración se deslizó en su voz—. De los más duros que hay...

—Hay formas de persuadir a los bastardos duros —dijo arrastrando las palabras el doctor Ferris casualmente—, como ya le he explicado a usted.

—¡No! —gritó el señor Thompson—. ¡No! ¡Cállate! ¡No voy a escucharte *a ti*! ¡No quiero saber nada de eso! —Sus manos se movieron frenéticamente, como si estuviera luchando por disipar algo que no quería nombrar—. Le dije... que eso no es verdad..., que no somos..., que yo no soy un... —Sacudió la cabeza violentamente, como si sus propias palabras fueran una forma de peligro sin precedentes—. No, mirad, muchachos, lo que quiero decir es que tenemos que ser prácticos... y cautelosos. Muy cautelosos. Tenemos que manejarlo todo pacíficamente. No podemos darnos el lujo de enfrentarnos a él... o de hacerle daño. No nos atreveremos a arriesgarnos con..., con que algo le pase. Porque..., porque si él desaparece, nosotros desapareceremos. Él es nuestra última esperanza. Que no quede duda sobre eso. Si él se va, nosotros pereceremos. Todos vosotros lo sabéis. —Sus ojos recorrieron las caras a su alrededor: ellos lo sabían.

El aguanieve de la mañana siguiente cayó sobre los titulares de primera página anunciando que una reunión constructiva y armoniosa entre John Galt y los líderes del país, la tarde anterior, había producido el «Plan John Galt», que pronto sería anunciado. Los copos de nieve de la tarde cayeron sobre los muebles de un edificio de apartamentos cuya pared frontal se había derrumbado..., y sobre una multitud de hombres que esperaban en silencio frente a la cerrada ventanilla de pagos de una fábrica cuyo dueño había desaparecido.

—Los granjeros de Dakota del Sur —informó Wesley Mouch al señor Thompson a la mañana siguiente— están marchando hacia la capital del estado, incendiando todos los edificios gubernamentales en su camino y todas las casas que valen más de diez mil dólares.

—California se está cayendo a pedazos —informó él por la tarde—. Hay una guerra civil allí..., si eso es lo que es, de lo cual nadie parece estar seguro. Han declarado que se están separando de la Unión, pero nadie sabe quién está ahora al mando. Hay enfrentamientos armados por todo el estado, entre un «Partido del Pueblo», dirigido por Ma Chalmers y los admiradores del culto orientalista de la soja..., y algo llamado «Regreso a Dios», dirigido por algunos antiguos propietarios de yacimientos petrolíferos.

—¡Señorita Taggart! —gimió el señor Thompson, cuando ella entró en su habitación del hotel a la mañana siguiente, en respuesta a su citación—. ¿Qué vamos a hacer?

Él se preguntó por qué había sentido una vez que ella poseía algún tipo de energía tranquilizadora. Él estaba mirando a una cara sin expresión que parecía tranquila, pero la compostura se volvía inquietante cuando uno notaba que duraba minuto tras minuto, sin ningún cambio de expresión, sin ninguna señal de emoción. Su cara tenía la misma expresión que todas las otras, pensó él, excepto por algo en la forma de su boca que sugería sufrimiento.

—Yo confío en usted, señorita Taggart. Usted tiene más inteligencia que todos mis muchachos —suplicó él—. Usted ha hecho más por el país que cualquiera de ellos..., es usted quien lo encontró para nosotros. ¿Qué hemos de hacer? Con todo cayéndose a pedazos, él es el único que puede sacarnos de este lío..., pero no lo hará. Se ha negado. Él simplemente se niega a liderar. Nunca he visto algo así: un hombre que no tiene ningún deseo de mandar. Le suplicamos que dé órdenes..., ¡y él responde que quiere obedecerlas! ¡Es absurdo!

—Lo es.

—¿Qué piensa usted de todo eso? ¿Puede entenderlo?

—Él es un egoísta arrogante —dijo ella—. Es un aventurero ambicioso. Es un hombre de audacia ilimitada que está haciendo la mayor apuesta del mundo.

Era fácil, pensó ella. Habría sido difícil en esa época lejana cuando ella había considerado al lenguaje como una herramienta de honor, siempre para ser usada como si uno estuviera bajo juramento, un juramento de lealtad a la realidad y al respeto a los seres humanos. Ahora era sólo cuestión de hacer sonidos, sonidos inarticulados dirigidos a objetos inanimados no relacionados con conceptos tales como realidad, humano u honor.

Había sido fácil, esa primera mañana, informar al señor Thompson sobre cómo ella había localizado a John Galt llegando a su casa. Había sido fácil ver cómo el señor Thompson soltaba sonrisas, y oír sus repetidos gritos de «¡ésa es mi chica!», pronunciados con miradas de triunfo a sus ayudantes, el triunfo de un hombre cuyo juicio al confiar en ella había sido reivindicado. Había sido fácil expresar un odio furioso hacia Galt: «Yo

estaba a veces de acuerdo con sus ideas, pero ¡no le permitiré que destruya mi ferrocarril!»; y oír al señor Thompson decir: «¡No se preocupe, señorita Taggart! ¡La protegeremos a usted de él!».

Había sido fácil asumir una expresión de astuta frialdad y recordarle al señor Thompson la recompensa de quinientos mil dólares, su voz clara y cortante, como el sonido de una máquina de calcular imprimiendo la suma de una factura. Ella había visto la pausa de un instante en los músculos faciales del señor Thompson, y luego una sonrisa más brillante y más amplia, como un discurso silencioso declarando que él no se lo había esperado, pero que estaba encantado de saber qué era lo que la motivaba, y que ése era el tipo de motivación que él entendía. «¡Por supuesto, señorita Taggart! ¡Ciertamente! Esa recompensa es suya, ¡toda suya! ¡El cheque le será enviado a usted, en su totalidad!»

Había sido fácil, porque ella había sentido como si estuviera en algún sombrío submundo, donde sus palabras y sus acciones ya no eran hechos, no eran reflejos de la realidad, sino sólo posturas distorsionadas en uno de esos espejos laterales que proyectan deformidad para la percepción de los seres cuya consciencia no debe ser tratada como consciencia. Fina, única y caliente, como la ardiente presión de un cable dentro de ella, como una aguja que estaba indicando su rumbo, así era su única preocupación: la idea de la seguridad de él. El resto era una borrosa mancha deforme que se disolvía medio en ácido, medio en niebla.

Pero ése —pensó ella con un estremecimiento— era el estado en el que vivían todas aquellas personas que nunca habían comprendido, ése era el estado que ellas deseaban, esa realidad elástica, esa tarea de fingir, distorsionar y engañar, con la mirada crédula de los ojos de pánico del señor Thompson de turno como único objetivo y única recompensa. Quienes deseaban este estado, se preguntó, ¿querían vivir?

—¿La mayor apuesta del mundo, señorita Taggart? —le estaba preguntando el señor Thompson nerviosamente—. ¿Qué es? ¿Qué es lo que él quiere?

—La realidad. Esta Tierra.

—No sé muy bien a qué se refiere, pero... Mire, señorita Taggart, si usted cree que puede entenderlo, ¿podría..., podría usted intentar hablar con él una vez más?

Ella sintió como si estuviera escuchando su propia voz, a muchos años luz de distancia, gritando que daría su vida por verlo; pero en esa sala, oyó la voz de una desconocida insensata diciendo fríamente:

—No, señor Thompson, no lo haría. Espero no tener que volver a verlo nunca más.

—Yo sé que usted no puede soportarlo, y no puedo decir que le culpe por eso; pero ¿no podría por lo menos probar...?

—Intenté razonar con él, la noche que lo encontré. No escuché nada más que insultos a cambio. Creo que él está más resentido conmigo de lo que está con cualquier otra persona. Nunca me perdonará el hecho de haber sido yo quien lo atrapó. Yo sería la última persona a la que él se rendiría.

—Sí..., sí, eso es verdad. ¿Cree usted que alguna vez se rendirá?

La aguja dentro de ella vaciló durante un momento, quemando su camino oscilante entre dos posibilidades: ¿debería ella decir que él no se rendiría, y ver cómo ellos lo mataban?, ¿o debería ella decir que sí lo haría, y ver cómo ellos se aferraban a su poder hasta destruir el mundo?

—Lo hará —dijo ella con firmeza—. Se rendirá, si usted lo trata bien. Él es demasiado ambicioso para rechazar el poder. No lo deje escapar, pero no lo amenace..., ni le haga daño. El miedo no funcionará. Él es impasible al miedo.

—Pero ¿y si...? Quiero decir, dada la forma como las cosas se están derrumbando..., ¿y si se resiste demasiado tiempo?

—No lo hará. Él es demasiado práctico para eso. Por cierto, ¿le está permitiendo oír alguna noticia sobre el estado del país?

—Vaya..., pues no.

—Le sugiero que le permita recibir copias de sus informes confidenciales. Así se dará cuenta de que no queda mucho tiempo.

—¡Eso es una buena idea! ¡Una muy buena idea...! ¿Sabe, señorita Taggart? —dijo él de pronto, con el sonido de un tono desesperado pegado a su voz—, me siento mejor cada vez que hablo con usted. Es porque confío en usted. No confío en nadie a mi alrededor. Pero usted..., usted es diferente. Es sólida.

Ella lo estaba mirando fijamente a él.

—Gracias, señor Thompson —dijo ella.

Había sido fácil, pensó..., hasta que salió a la calle y notó que, debajo de su abrigo, su blusa se le estaba pegando con la humedad a sus omóplatos.

Si ella fuese capaz de sentir, pensó mientras caminaba por el vestíbulo de la terminal, ella sabría que la pesada indiferencia que ahora sentía por su ferrocarril era odio. No podía deshacerse de la sensación de que estaba operando sólo trenes de carga: los pasajeros, para ella, no estaban vivos ni eran humanos. Parecía absurdo desperdiciar un esfuerzo tan enorme para prevenir catástrofes, para proteger la seguridad de los trenes que sólo transportaban objetos inanimados. Miró las caras en la terminal: si él llegara a morir, pensó, si llegara a ser asesinado por los gobernantes de su sistema, para que ellos pudieran continuar comiendo, durmiendo, viajando..., ¿trabajaría ella para proporcionarles trenes? Si ella llegara a gritar pidiéndoles ayuda, ¿se alzaría siquiera uno de ellos en su defensa? ¿Querían ellos que él viviera, ellos, quienes lo habían oído a él?

El cheque de quinientos mil dólares le fue entregado en su oficina esa tarde; fue entregado con un ramo de flores del señor Thompson. Ella miró el cheque y lo dejó caer revoloteando sobre su escritorio: no significaba nada y no le hizo sentir nada, ni siquiera una pizca de culpa. Era un trozo de papel sin más importancia que los que había en la papelera de la oficina. Daba igual que pudiera comprar un collar de diamantes o el vertedero de la ciudad o el último de sus alimentos, no había ninguna diferencia. Nunca se lo gastaría. No era un símbolo de valor, y nada de lo que comprara con él podía ser de valor. Pero eso, pensó ella, esa inanimada indiferencia era el estado permanente de las personas a su alrededor, de los hombres que no tenían ni objetivo ni pasión. *Ése* era el estado de un alma que no valora; los que habían elegido ese estado, se preguntó, ¿querían vivir?

Las luces no estaban funcionando en la entrada de su edificio cuando ella llegó a casa esa noche, entumecida por el cansancio..., y no se dio cuenta del sobre que tenía a sus pies hasta que encendió la luz en su vestíbulo. Era un sobre blanco y sellado que habían echado por debajo de su puerta. Lo recogió y, entonces, un momento después, estaba riéndose silenciosamente, medio arrodillada, medio sentada en el suelo, para no moverse de ese lugar, para no hacer nada más que mirar la nota escrita por una mano que ella conocía, la mano que había escrito su último mensaje en el calendario encima de la ciudad. La nota decía:

*Dagny*:

*No hagas nada. Vigílalos. Cuando él necesite nuestra ayuda, llámame al OR 6-5693.*

*F.*

Los periódicos de la mañana siguiente le exhortaron al público a no creer los rumores de que había algún problema en los estados del sur. Los informes confidenciales enviados al señor Thompson indicaron que se habían producido enfrentamientos armados entre Georgia y Alabama, por la posesión de una empresa que fabricaba equipos eléctricos, una fábrica que había quedado aislada, por los combates y por las vías del tren, de cualquier fuente de materias primas.

—¿Ha leído los informes confidenciales que le envié? —gimió el señor Thompson, esa noche, encarando a Galt una vez más. Estaba acompañado de James Taggart, quien se había ofrecido para encontrarse con el prisionero por primera vez.

Galt estaba sentado en una silla de respaldo recto, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Parecía erguido y relajado a la vez. Ellos no pudieron descifrar la expresión de su rostro, excepto que no mostraba ninguna señal de aprensión.

—Los he leído —respondió él.

—Ya no queda mucho tiempo —dijo el señor Thompson.

—No.

—¿Va usted a dejar que esas cosas sigan ocurriendo?

—¿Y *usted*?

—¿Cómo puede estar tan seguro de tener razón? —gritó James Taggart; su voz no era alta, pero tenía la intensidad de un grito—. ¿Cómo puede asumir la responsabilidad, en un momento tan terrible como éste, de aferrarse a sus propias ideas a riesgo de destruir el mundo entero?

—¿Las ideas de quién debería yo considerar más seguras de seguir?

—¿Cómo puede estar seguro de que tiene razón? ¿Cómo puede *saberlo*? ¡Nadie puede estar seguro de su conocimiento! ¡Nadie! ¡Usted no es mejor que cualquier otro!

—Entonces ¿por qué me necesitan?

—¿Cómo puede usted jugar con las vidas de otras personas? ¿Cómo puede permitirse un lujo tan *egoísta* como resistirse, cuando la gente le necesita?

—¿Quiere decir: cuando necesitan *mis* ideas?

—¡Nadie está totalmente acertado o errado! ¡No hay nada que sea ni negro ni blanco! ¡Usted no tiene el monopolio de la verdad!

Había algo raro en la actitud de Taggart —pensó el señor Thompson, frunciendo el ceño—, algún resentimiento extraño y demasiado personal, como si no fuera un problema político lo que él había ido allí a resolver.

—Si usted tuviera algún sentido de la responsabilidad —estaba diciendo Taggart—, ¡no se atrevería a arriesgarse basándose sólo en su propio juicio! ¡Usted se uniría a nosotros y consideraría algunas ideas distintas a las suyas y admitiría que nosotros podríamos tener razón también! ¡Usted nos ayudaría con nuestros planes! ¡Usted...!

Taggart siguió hablando con una insistencia febril, pero el señor Thompson no pudo decir si Galt estaba escuchando o no: Galt se había levantado y estaba andando por la habitación, no como si estuviera inquieto, sino de la forma casual de un hombre disfrutando del movimiento de su propio cuerpo. El señor Thompson notó la levedad de sus pasos, la rectitud de su espalda, el estómago plano, los hombros relajados. Galt andaba como si fuese a la vez inconsciente de su cuerpo y tremendamente consciente de su orgullo por él. El señor Thompson miró a James Taggart, a la descuidada postura de una figura alta y abatida, con una desgarbada deformación, y lo sorprendió observando los movimientos de Galt con tanto odio que el señor Thompson se irguió en su asiento, con miedo de que ese odio llegara a ser audible en la habitación. Pero Galt no estaba mirando a Taggart.

—¡Su conciencia! —estaba diciendo Taggart—. ¡He venido aquí para apelar a su conciencia! ¿Cómo puede usted valorar su propia mente por encima de miles de vidas humanas? La gente está pereciendo y... ¡Oh, por el amor de Dios! —dijo bruscamente—, ¡pare de andar!

Galt se paró.

—¿Es una orden?

—¡No, no! —dijo el señor Thompson apresuradamente—. No es una orden. No queremos darle órdenes... Tómatelo con calma, Jim.

Galt reanudó su ritmo.

—El mundo se está derrumbando —dijo Taggart, sus ojos siguiendo irresistiblemente a Galt—. Las personas están pereciendo, ¡y es usted quien podría salvarlas! ¿Acaso importa quién tiene razón y quién no? ¡Debería

unirse a nosotros, aunque crea que estemos equivocados, debería sacrificar su mente para salvarlos!

—¿Por qué medios los voy a salvar, entonces?

—¿Quién se cree usted que es? —gritó Taggart.

Galt se detuvo.

—Usted lo sabe.

—¡Es un egoísta!

—Lo soy.

—¿Se da cuenta del tipo de egoísta que es?

—¿Y *usted*? —preguntó Galt, mirándolo directamente a él.

Fue la lenta retirada del cuerpo de Taggart hacia la profundidad de su sillón, mientras sus ojos mantenían los de Galt, lo que hizo que el señor Thompson temiera inexplicablemente el siguiente momento.

—Diga... —el señor Thompson lo interrumpió con una voz alegre y casual—: ¿qué tipo de cigarrillo está fumando?

Galt se volvió hacia él y sonrió.

—No lo sé.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Uno de sus guardias me trajo un paquete de ellos. Dijo que un hombre le pidió que me lo diera como regalo... No se preocupe —añadió—, sus muchachos le han hecho todo tipo de pruebas. No había mensajes ocultos. Era sólo un regalo de algún admirador anónimo.

El cigarrillo entre los dedos de Galt llevaba el signo del dólar.

James Taggart no era bueno en el trabajo de persuasión, concluyó el señor Thompson. Pero Chick Morrison, a quien llevó al día siguiente, no lo hizo nada mejor.

—Yo..., yo sólo me pondré a su merced, señor Galt —dijo Chick Morrison con una sonrisa frenética—. Tiene razón. Concederé que usted tiene razón..., y lo único a lo que puedo apelar es a su lástima. En lo más profundo de mi corazón, no puedo creer que usted sea un egoísta total que no sienta lástima por la gente. —Señaló un montón de papeles que había extendido sobre una mesa—. Aquí hay una declaración firmada por diez mil escolares, rogándole que se una a nosotros y los salve. Aquí hay una petición de un hogar para lisiados. Aquí hay una petición enviada por los ministros de doscientas fes diferentes. Aquí hay una súplica de las madres del país... Léalos.

—¿Es una orden?

—¡No! —gritó el señor Thompson—. ¡No es una orden!

Galt permaneció inmóvil, sin extender su mano para coger los papeles.

—Ésas son personas comunes y corrientes, señor Galt, —dijo Chick Morrison en un tono cuya intención era resaltar la miserable humildad de esas personas—. Ellas no pueden decirle a usted qué hacer. No sabrían cómo hacerlo. Están simplemente suplicándole. Puede que sean débiles, indefensas, ciegas, ignorantes. Pero usted, que es tan inteligente y tan fuerte, ¿no puede tener piedad de ellos? ¿No puede ayudarles?

—¿Abandonando mi inteligencia y siguiendo su ceguera?

—Ellos pueden estar equivocados, pero ¡no conocen nada mejor!

—Pero yo, que sí conozco algo mejor, ¿debería obedecerlos?

—No puedo discutir, señor Galt. Sólo estoy apelando a su piedad. Ellos están sufriendo. Estoy rogándole que tenga piedad de los que sufren. Yo..., ¿señor Galt? —preguntó, notando que Galt estaba mirando hacia la distancia más allá de la ventana, y que sus ojos se habían vuelto de repente implacables—. ¿Qué es lo que pasa? ¿En qué está pensando?

—Hank Rearden.

—¿Eh...?, ¿por qué?

—¿Sintieron ellos alguna piedad por Hank Rearden?

—Oh, pero ¡eso es diferente! Él...

—Cállate —dijo Galt sin alterar su voz.

—Yo sólo...

—¡Cállate! —espetó el señor Thompson—. No le haga caso, señor Galt. Él hace dos noches que no duerme. Está aterrorizado y fuera de quicio.

El día siguiente, el doctor Floyd Ferris no parecía estar aterrorizado..., pero eso era peor, pensó el señor Thompson. Observó que Galt permaneció en silencio y que no le respondió a Ferris en absoluto.

—Es la cuestión de responsabilidad moral la que usted podría no haber estudiado lo suficiente, señor Galt —el doctor Ferris estaba arrastrando las palabras con un tono demasiado etéreo y demasiado forzado, un tono de informal familiaridad—, usted parece haber hablado en la radio solamente sobre los pecados de comisión. Pero también hay que considerar los pecados de omisión. Dejar de salvar una vida es tan inmoral como asesinar. Las consecuencias son las mismas; y, dado que sólo juzgamos las acciones

por sus consecuencias, la responsabilidad moral es la misma... Por ejemplo, en vista de la desesperada escasez de alimentos, se ha sugerido que podría ser necesario promulgar una directiva ordenando que uno de cada tres niños menores de diez años de edad y de todos los adultos mayores de sesenta años de edad sean ejecutados, para asegurar la supervivencia del resto. Usted no querría que eso sucediera, ¿verdad? Usted puede prevenirlo. Una palabra suya lo evitaría. Si usted se niega y todas esas personas son ejecutadas, ¡será *su* culpa y *su* responsabilidad moral!

—¡Estás loco! —gritó el señor Thompson, recuperándose del *shock* y poniéndose en pie de un salto—. ¡Nadie ha sugerido jamás tal cosa! ¡Nadie ni siquiera la ha considerado jamás! ¡Por favor, señor Galt! ¡No le crea! ¡No lo dice en serio!

—Oh, sí, sí lo dice en serio —dijo Galt—. Dígale al bastardo que me mire, luego que se mire al espejo, y luego que se pregunte si alguna vez pensó que *mi* estatura moral está a merced de *sus* acciones.

—¡Sal de aquí! —gritó el señor Thompson, poniendo a Ferris bruscamente de pie—. ¡Sal de aquí! ¡Que no me entere yo que vuelves a decir algo así! —Abrió la puerta y empujó a Ferris hacia la cara sorprendida de uno de los guardias afuera.

Volviéndose hacia Galt, extendió los brazos y los dejó caer con un gesto de agotada impotencia. La cara de Galt era inexpresiva.

—Mire —dijo suplicante el señor Thompson—, ¿no hay nadie que pueda hablar con usted?

—No hay nada de lo que hablar.

—Tenemos que hacerlo. Tenemos que convencerle. ¿Hay alguien con quien a usted le gustaría hablar?

—No.

—Yo pensé que tal vez..., es porque ella habla..., o solía hablar..., como usted, a veces..., tal vez si le enviara a la señorita Dagny Taggart a decirle...

—¿Ésa? Seguro, ella solía hablar como yo. Ella es mi único fracaso. Pensé que ella era del tipo que estaría de mi lado. Pero ella me traicionó para mantener su ferrocarril. Ella vendería su alma por su ferrocarril. Tráigala, si quiere que le abofetee la cara.

—¡No, no, no! No tiene que verla, si así es como se siente. No quiero perder más tiempo con las personas que no le caen bien... Sólo..., sólo que si no es la señorita Taggart, entonces no sé a quién elegir... Si..., si yo

pudiera encontrar a alguien a quien usted estuviera dispuesto a considerar o...

—He cambiado de idea —dijo Galt—. *Sí hay* alguien con quien me gustaría hablar.

—¿Quién? —gritó el señor Thompson con entusiasmo.

—El doctor Robert Stadler.

El señor Thompson emitió un largo silbido y sacudió la cabeza con aprensión.

—Ése no es amigo suyo —dijo, con un tono de honesta advertencia.

—Es él a quien quiero ver.

—Bien, si es lo que quiere. Si usted lo dice... Cualquier cosa que desee... Lo tendré aquí mañana por la mañana.

Esa noche, cenando con Wesley Mouch en su propia suite, el señor Thompson miró enojado un vaso de zumo de tomate que había sido colocado delante de él.

—¿Qué? ¿No hay zumo de pomelo? —espetó; su médico le había recetado zumo de pomelo como protección contra una epidemia de resfriados.

—No hay zumo de pomelo —dijo el camarero, con un curioso tipo de énfasis.

—El hecho es —dijo Mouch desoladamente— que una banda de asaltantes atacó un tren en el Puente Taggart sobre el Misisipi. Ellos hicieron volar la vía y dañaron el puente. Nada serio. Lo están reparando..., pero todo el tráfico se detiene, y los trenes que vienen de Arizona no pueden pasar.

—¡Eso es ridículo! ¿No hay otro...? —El señor Thompson paró de hablar; sabía que no había otros puentes de ferrocarril para cruzar el Misisipi. Después de un momento, habló con una voz entrecortada—. Ordenad que haya destacamentos del ejército custodiando el puente. Día y noche. Decidles que escojan a sus mejores hombres para ello. Si algo le pasara a ese puente...

No acabó la frase; se quedó sentado, encorvado, mirando los costosos platos de porcelana y los delicados entremeses que tenía delante. La ausencia de un producto tan ordinario como un zumo de pomelo le había hecho entender, como si fuera algo real para él por primera vez, lo que le pasaría a la ciudad de Nueva York si algo le pasara al Puente Taggart.

—Dagny —dijo Eddie Willers, esa noche—, el puente no es el único problema. —Él encendió la lámpara del escritorio de ella, que, con la concentración forzada en su trabajo, ella se había olvidado de encender al acercarse el crepúsculo—. Ningún tren transcontinental puede salir de San Francisco. Una de las facciones combatientes que hay allí, no sé cuál de ellas, se ha apoderado de nuestra terminal y ha impuesto una «tasa de salida» para los trenes. Lo que significa que están reteniendo a los trenes como rehenes. Nuestro gerente de terminal ha renunciado. Nadie sabe qué hacer allí ahora.

—No puedo irme de Nueva York —respondió ella con firmeza.

—Lo sé —dijo él suavemente—. Por eso seré *yo* quien vaya allí para arreglar las cosas. Por lo menos, hasta encontrar a un hombre que se haga cargo.

—¡No! No quiero que lo hagas. Es demasiado peligroso. ¿Y para qué? No importa ahora. No hay nada que salvar.

—Sigue siendo Taggart Transcontinental. Yo lo defenderé. Dagny, dondequiera que vayas, tú siempre podrás construir un ferrocarril. Yo no. Ni siquiera quiero tener un nuevo comienzo. Ya no más. No después de lo que he visto. Tú sí deberías hacerlo. Yo no puedo. Déjame hacer lo que pueda.

—¡Eddie! ¿No quieres...? —Pero paró, sabiendo que era inútil—. Está bien, Eddie. Si eso es lo que quieres.

—Volaré a California esta noche. He conseguido sitio en un avión del ejército... Sé que tú renunciarás tan pronto como..., tan pronto como puedas salir de Nueva York. Puede que ya te hayas ido cuando yo regrese. Cuando llegue el momento, simplemente vete. No te preocupes por mí. No esperes a decírmelo. Vete tan rápido como puedas... Me despediré de ti ahora.

Ella se puso de pie. Se quedaron mirándose el uno al otro; en la penumbra de la oficina, la imagen de Nathaniel Taggart colgaba en la pared entre ellos. Ambos estaban viendo los años transcurridos desde aquel lejano día en el que habían aprendido por primera vez a andar por la vía de un ferrocarril. Él inclinó la cabeza y la mantuvo agachada durante un largo momento. Ella extendió la mano.

—Adiós, Eddie.

Él le apretó la mano con firmeza, sin mirar hacia abajo a sus dedos; él estaba mirando a la cara de ella.

Se dispuso a irse, pero se detuvo, se volvió hacia ella y le preguntó, su voz baja, pero firme, ni como súplica ni como desesperación, sino como un último gesto de consciente claridad para cerrar un largo libro de contabilidad:

—Dagny..., ¿tú sabías... lo que yo sentía por ti?

—Sí —dijo ella suavemente, dándose cuenta en ese momento de que lo había sabido sin palabras durante años—, lo sabía.

—Adiós, Dagny.

El débil retumbar de un tren subterráneo atravesó los muros del edificio y tragó el sonido de la puerta cerrándose tras él.

Estaba nevando la mañana siguiente, y unas gotas derritiéndose eran como un toque helado y cortante en las sienes del doctor Robert Stadler, mientras andaba por el largo pasillo del Hotel Wayne-Falkland, hacia la puerta de la suite real. Dos hombres fornidos iban andando a su lado; eran del departamento del Condicionador de Moral, y no parecían molestarse en ocultar qué método de condicionamiento estarían encantados de poder usar si les dieran la oportunidad.

—Sólo recuerde las órdenes del señor Thompson —le dijo a Stadler uno de ellos, con desdén—; una metedura de pata y usted se arrepentirá, compañero.

No era la nieve en sus sienes, pensó el doctor Stadler, era una presión ardiente, que había estado allí desde esa escena, la noche anterior, cuando él le había gritado al señor Thompson que no podía ver a John Galt. Había gritado con un terror ciego, suplicándole a un círculo de caras impasibles que no le obligaran a hacerlo, sollozando que él haría cualquier cosa menos eso. Las caras no se habían dignado discutir con él, ni siquiera amenazarlo; simplemente le habían dado órdenes. Él había pasado una noche sin dormir, diciéndose a sí mismo que no obedecería; pero estaba caminando hacia aquella puerta. La presión que quemaba sus sienes y la leve y vertiginosa náusea de irrealidad provenían del hecho de que él no podía recuperar la sensación de ser el doctor Robert Stadler.

Notó el brillo metálico de las bayonetas sostenidas por los guardias en la puerta, y el sonido de una llave girando en una cerradura. Se encontró andando hacia delante, y luego oyó como cerraban la puerta con llave detrás de él.

Al otro lado de la larga habitación, vio a John Galt sentado en el alféizar de la ventana, su figura alta y esbelta, vestido con pantalones y camisa, una pierna inclinada hacia el suelo, la otra doblada, con las manos entrelazadas en la rodilla, y la cabeza con el cabello manchado de sol levantada contra un cielo gris; y, de pronto, el doctor Stadler vio la figura de un joven sentado en la barandilla de su casa, cerca del campus de la Universidad Patrick Henry, con el sol cayendo sobre el cabello castaño de una cabeza levantada contra la extensión de un azul de verano, y oyó la apasionada intensidad de su propia voz diciendo, veintidós años atrás: «El único valor sagrado en el mundo, John, es la mente humana, la mente humana inviolable»; y le gritó a la figura de ese niño, al otro lado de la habitación y a través de los años:

—¡No pude evitarlo, John! ¡No pude evitarlo!

Agarró el borde de una mesa que había entre ellos, como apoyo y como barrera protectora, a pesar de que la figura en el alféizar de la ventana no se había movido.

—¡Yo no te llevé a esto! —gritó Stadler—. ¡No fue mi intención! ¡Yo no pude evitarlo! ¡No es lo que yo pretendía...! ¡John! ¡No tengo la culpa de ello! ¡No la tengo! ¡Nunca tuve una oportunidad contra ellos! ¡Ellos son dueños del mundo! ¡No me dejaron ningún lugar en él...! ¿Qué es la razón para ellos? ¿Qué es la ciencia? ¡Tú no sabes lo mortíferos que son! ¡No los entiendes! ¡Ellos no piensan! ¡Son animales insensatos movidos por sentimientos irracionales..., por sus sentimientos codiciosos, avaros, ciegos e irresponsables! Se apoderan de lo que quieren, eso es lo único que saben: saben que lo quieren, independientemente de causa, efecto o lógica... ¡Lo *quieren*, los malditos puercos sanguinarios...! ¿La mente? ¿No sabes lo inútil que es la mente contra esas hordas insensatas? Nuestras armas son tan impotentes, tan ridículamente infantiles: ¡la verdad, el conocimiento, la razón, los valores, los derechos! ¡La fuerza es lo único que *ellos* conocen, la fuerza, el fraude y el saqueo...! ¡John! ¡No me mires así! ¿Qué podía yo hacer contra sus puños? Tenía que vivir, ¿no? ¡No fue para mí mismo, fue para el futuro de la ciencia! Tuve que hacer que me dejaran solo, tuve que ser protegido, tuve que hacer un trato con ellos..., no hay manera de vivir excepto bajo sus condiciones..., ¡no la hay...! ¿Me oyes?, ¡no la hay...! ¿Qué querías que hiciera?, ¿pasar mi vida mendigando trabajos?, ¿suplicando de mis inferiores fondos y donaciones? ¿Querías que mi trabajo dependiera de

la misericordia de los rufianes que tienen una habilidad para ganar dinero? ¡Yo no tuve tiempo de competir con ellos por dinero o por mercados o por cualquiera de sus miserables actividades materiales! ¿Era ésa tu idea de la justicia..., que ellos deberían poder gastarse el dinero en licores, yates y mujeres, mientras que las valiosísimas horas de *mi* vida se desperdiciaban por falta de equipo científico? ¿Persuasión? ¿Cómo podía yo persuadirlos? ¿En qué idioma podía yo hablarles a hombres que no piensan...? ¡Tú no sabes lo solo que yo estaba, lo hambriento que estaba por alguna chispa de inteligencia! ¡Qué solo y cansado e indefenso! ¿Por qué tiene una mente como la mía que negociar con estúpidos ignorantes? ¡Ellos jamás contribuirían ni con un centavo a la ciencia! ¿Por qué no deberían ser forzados a hacerlo? ¡No era a ti a quien yo quería forzar! ¡Esa pistola no estaba dirigida al intelecto! ¡No estaba dirigida a hombres como tú y como yo, sólo a materialistas insensatos...! ¿Por qué me miras de esa forma? ¡Yo no tenía otra opción! ¡No hay ninguna otra opción más que la de ganarles en su propio juego! ¡Oh sí, es *su* juego, *ellos* establecen las reglas! ¿Contamos para algo, los pocos que podemos pensar? ¡Sólo podemos esperar ir apartándonos del paso, pasar desapercibidos..., y engañarlos para que ellos sirvan a nuestros objetivos...! ¿No sabes lo noble que era el objetivo..., mi visión del futuro de la ciencia? ¡El conocimiento humano liberado de ataduras materiales! ¡Un fin ilimitado sin restricciones de medios! ¡No soy un traidor, John! ¡No lo soy! ¡Yo estaba sirviendo la causa de la mente! ¡Lo que vi por delante, lo que yo quería, lo que *sentía*, eso no debería ser medido en los miserables dólares de ellos! ¡Yo quería un laboratorio! ¡Lo necesitaba! ¿Qué me importa de dónde viniera o cómo? ¡Yo podría hacer tanto! ¡Podría alcanzar tantas metas! ¿No tienes ninguna lástima? ¡Yo lo *quería*...! ¿Qué más da que ellos tuvieran que ser forzados? ¿Quiénes son ellos para pensar, de todos modos? ¿Por qué les enseñaste a rebelarse? ¡Habría funcionado, si tú no los hubieras retirado! ¡Habría funcionado, te lo digo! ¡No sería... como es ahora...! ¡No me acuses! No podemos ser culpables... todos nosotros... durante tantos siglos. ¡No podemos estar tan equivocados...! ¡No debemos ser condenados! ¡No teníamos otra opción! ¡No hay ninguna otra forma de vivir en la Tierra...! ¿Por qué no me contestas? ¿Qué estas viendo? ¿Estás pensando en ese discurso que hiciste? ¡Yo no *quiero* pensar en él! ¡Era sólo lógica! ¡Uno no puede vivir por la lógica! ¿Me oyes...? ¡No me mires! ¡Estás pidiendo lo

imposible! ¡Los hombres no pueden existir a tu manera! Tú no permites momentos de debilidad, no permites flaquezas humanas ni sentimientos humanos. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Racionalidad las veinticuatro horas del día, sin excusas, sin descansos, sin escapatoria...? ¡No me mires, maldito seas! ¡Ya no tengo miedo de ti! ¿Me oyes? ¡No tengo miedo! ¿Quién eres tú para culparme, tú, miserable fracasado? ¡Aquí es donde *tu* camino te ha traído! Aquí estás, atrapado, indefenso, bajo guardia, para ser asesinado por esos matones en cualquier momento, ¡y te atreves de acusarme a mí de no ser práctico! ¡Oh, sí..., vas a ser asesinado! ¡No ganarás! ¡No se te puede permitir ganar! ¡*Tú* eres el hombre que tiene que ser destruido!

El jadeo del doctor Stadler fue un grito ahogado, como si la inmovilidad de la figura en el alféizar de la ventana hubiera servido como un reflector silencioso y le hubiera hecho ver a él de pronto el pleno significado de sus propias palabras.

—¡No! —gimió el doctor Stadler, moviendo su cabeza de un lado a otro, para escapar de los inmóviles ojos verdes—. ¡No...! ¡No...! ¡No!

La voz de Galt tenía la misma austeridad inflexible que sus ojos:

—Has dicho todo lo que yo quería decirte.

El doctor Stadler golpeó los puños contra la puerta; cuando la abrieron, salió corriendo de la habitación.

Durante tres días, nadie entró en la suite de Galt, excepto los guardias que le llevaban sus comidas. A primera hora de la tarde del cuarto día, la puerta se abrió para dar paso a Chick Morrison y a dos acompañantes. Chick Morrison iba vestido de etiqueta, y su sonrisa era nerviosa, pero un poco más confiada que de costumbre. Uno de sus acompañantes era un ayuda de cámara. El otro era un hombre musculoso cuya cara parecía contrastar con su esmoquin: era una cara glacial con párpados soñolientos, ojos pálidos e inquietos y la nariz torcida de un boxeador; su cráneo estaba rapado excepto por un parche de rizos rubios descoloridos en la parte de arriba; mantenía la mano derecha en el bolsillo de sus pantalones.

—Por favor, usted va a vestirse, señor Galt —dijo Chick Morrison persuasivamente, señalando la puerta del dormitorio, donde un armario había sido repleto de prendas de vestir caras que Galt había decidido no

ponerse—. Usted, si es tan amable, se vestirá de etiqueta para la cena. —Y añadió—: Eso *es* una orden, señor Galt.

Galt entró silenciosamente en el dormitorio. Los tres hombres le siguieron. Chick Morrison se sentó en el borde de una silla, encendiendo y desechando un cigarrillo detrás de otro. El ayuda de cámara realizó demasiados movimientos demasiado corteses, ayudándole a Galt a vestirse, dándole en la mano los gemelos de la camisa, sosteniendo su chaqueta. El hombre musculoso se quedó de pie en un rincón, con la mano en el bolsillo. Nadie dijo ni una palabra.

—Por favor, usted va a cooperar, señor Galt —dijo Chick Morrison, cuando Galt estuvo listo; e indicó la puerta con un cortés gesto de invitación a proceder.

Tan rápidamente que nadie pudo captar el movimiento de su mano, el hombre musculoso estaba sujetando el brazo de Galt y presionando una pistola invisible contra sus costillas.

—No dé ningún paso en falso —dijo él, con voz inexpresiva.

—Nunca lo hago —dijo Galt.

Chick Morrison abrió la puerta. El ayuda de cámara se quedó atrás. Las tres figuras vestidas de etiqueta fueron andando silenciosamente por el pasillo hacia el ascensor.

Permanecieron en silencio en el ascensor, mientras los clics de los números que se encendían y se apagaban encima de la puerta marcaban su progreso al descender.

El ascensor se paró en el entresuelo. Dos soldados armados les precedieron y otros dos les siguieron, todos ellos caminando por los largos y sombríos pasillos. Los pasillos estaban desiertos excepto por la presencia de centinelas armados apostados en cada esquina. El brazo derecho del hombre musculoso estaba conectado al brazo izquierdo de Galt; la pistola permanecía invisible para cualquier posible observador. Galt sintió la leve presión del cañón contra su costado; la presión era expertamente mantenida, para que no fuese sentida como un impedimento y tampoco olvidada ni un momento.

El pasillo conducía a una puerta ancha que estaba cerrada. Los soldados parecieron desvanecerse en las sombras, cuando la mano de Chick Morrison tocó el pomo de la puerta. Fue su mano la que abrió la puerta, pero el repentino contraste de luz y sonido hizo que pareciese como si la

puerta hubiera sido abierta de golpe por una explosión: la luz venía de trescientas bombillas en los flameantes candelabros del gran salón de baile del Hotel Wayne-Falkland; el sonido era el aplauso de quinientas personas.

Chick Morrison les llevó hacia la mesa de oradores erigida sobre una plataforma dominando las mesas que llenaban el salón. La gente parecía saber, sin que fuese anunciado, que de las dos figuras que le seguían, era al hombre alto y delgado con el cabello dorado y cobrizo a quien le estaban aplaudiendo. Su cara tenía la misma cualidad que la voz que habían oído en la radio: tranquila, confiada... y fuera de su alcance.

El asiento reservado para Galt era el lugar de honor en el centro de la larga mesa, con el señor Thompson esperándole a su derecha y el hombre musculoso deslizándose hábilmente en el asiento a su izquierda, sin soltar su brazo ni relajar la presión del cañón de la pistola. Las joyas en los hombros desnudos de las mujeres llevaban el brillo de los candelabros a las sombras de las mesas abarrotadas contra las paredes distantes; la severidad negra y blanca de las figuras de los hombres rescataba el estilo de lujo y solemnidad real del salón, lo rescataban de las líneas discordantes trazadas por cámaras de televisión, micrófonos y una serie de equipos de televisión aún inactivos. La multitud estaba de pie, aplaudiendo. El señor Thompson estaba sonriendo y mirando la cara de Galt, con la expresión impaciente y ansiosa de un adulto esperando la reacción de un niño ante un regalo espectacularmente generoso. Galt estaba sentado encarando la ovación, ni ignorándola ni respondiendo.

—El aplauso que ustedes están oyendo —estaba gritando un locutor de radio desde un micrófono en un rincón del salón— ¡es para saludar a John Galt, que acaba de ocupar su lugar en la mesa de oradores! Sí, amigos míos, John Galt *en persona*, como aquellos de ustedes que puedan encontrar un televisor tendrán la oportunidad de ver por sí mismos en breve.

Debo recordar dónde estoy, pensó Dagny, apretando los puños debajo del mantel, en la oscuridad de una mesa a un lado del salón. Era difícil mantener un sentido de doble realidad en presencia de Galt, a diez metros de distancia de ella. Ella sintió que ni el peligro ni el dolor podían existir en el mundo, siempre y cuando ella pudiera contemplar su cara..., y, al mismo tiempo, sintió un terror helado cuando miró a quienes lo tenían en su poder,

cuando recordó la ciega irracionalidad del espectáculo que ellos estaban montando. Luchó por mantener sus músculos faciales rígidos, para no traicionarse con una sonrisa de felicidad o con un grito de pánico.

Se preguntó cómo los ojos de él habían podido encontrarla en esa multitud. Ella había visto la breve pausa de su mirada, que nadie más pudo notar; la mirada había sido más que un beso, había sido un apretón de manos de aprobación y de apoyo.

Él no volvió a mirar en su dirección. Ella no podía forzarse a mirar hacia ningún otro lado. Era sorprendente verlo vestido en traje de etiqueta, y más sorprendente aún ver que lo llevaba de manera natural; hacía que el traje pareciera un uniforme de honor; su figura sugería el tipo de banquete, en los días de un pasado lejano, donde habría estado recibiendo un premio industrial. Las celebraciones —recordó sus propias palabras, con una punzada de añoranza— deberían ser sólo para quienes tienen algo que celebrar.

Desvió la vista. Se esforzó por no mirarlo con demasiada frecuencia, para no atraer la atención de sus compañeros. Ella había sido colocada en una mesa lo suficientemente prominente para que estuviera a la vista de la asamblea, pero lo suficientemente apartada para mantenerla fuera de la línea de visión de Galt, junto con los que habían incurrido en la desaprobación de Galt: con el doctor Ferris y Eugene Lawson.

Su hermano Jim, observó ella, había sido colocado más cerca de la plataforma; ella podía ver su cara hosca entre las figuras nerviosas de Tinky Holloway, Fred Kinnan y el doctor Simon Pritchett. Las torturadas caras alineadas sobre la mesa de los oradores no estaban teniendo éxito al esforzarse por ocultar que ellos parecían hombres soportando un calvario; la calma del rostro de Galt parecía radiante entre ellos; ella se preguntó quién era el prisionero allí y quién era el amo. Su mirada se movió lentamente por la formación de esa mesa: el señor Thompson, Wesley Mouch, Chick Morrison, algunos generales, algunos legisladores y, absurdamente, el señor Mowen, escogido como un soborno para Galt, como símbolo del sector empresarial. Pasó una mirada por el salón, buscando la cara del doctor Stadler; él no estaba presente.

Las voces que llenaban el salón eran como un gráfico de un proceso febril, pensó ella; no paraban de elevarse demasiado para luego hundirse en lapsos de silencio; los estallidos ocasionales de la risa de alguien se

deshacían, quedando incompletos, y atraían el tembloroso giro de las cabezas en las mesas vecinas. Las caras estaban agotadas y retorcidas por la forma más obvia y menos digna de tensión: por sonrisas forzadas. Esas personas, pensó ella, sabían, no por medio de su razón, sino por medio de su pánico, que ese banquete era el clímax final y la esencia desnuda de su mundo. Sabían que ni su Dios ni sus armas podían hacer que esa celebración significara lo que ellos estaban luchando por fingir que significaba.

Ella no pudo tragar la comida que le pusieron delante; su garganta parecía cerrada por una rígida convulsión. Se dio cuenta de que los demás en su mesa también estaban simplemente fingiendo comer. El doctor Ferris era el único cuyo apetito parecía no verse afectado.

Cuando vio un granizado de helado en un cuenco de cristal delante de ella, notó el repentino silencio del salón y escuchó el chirrido de la maquinaria de televisión siendo arrastrada para entrar en acción. Ahora, pensó ella, cayéndosele el alma a los pies, sabiendo que el mismo interrogante estaba en cada una de las mentes en el salón. Todos estaban mirando a Galt. Su rostro no se movió ni cambió.

Nadie tuvo que pedir silencio, cuando el señor Thompson saludó con la mano a un locutor: parecía que el salón había dejado de respirar.

—Camaradas ciudadanos —gritó el presentador en un micrófono—, de este país y de cualquier otro que sea capaz de escuchar..., desde el gran salón de baile del Hotel Wayne-Falkland, en la ciudad de Nueva York, les estamos ofreciendo ¡la inauguración del Plan John Galt!

Un rectángulo de luz tensa azulada apareció en la pared detrás de la mesa de los oradores; era una pantalla de televisión que proyectaba para los invitados las imágenes que el país ahora iba a ver.

—¡El Plan John Galt para la paz, la prosperidad y el beneficio! —gritó el presentador, mientras que una imagen temblorosa del salón de baile aparecía a la vista en la pantalla—. ¡El alba de una nueva era! ¡El producto de una armoniosa colaboración entre el espíritu humanitario de nuestros líderes y el genio científico de John Galt! Si tu fe en el futuro se ha visto socavada por rumores malvados, ¡ahora puedes ver por ti mismo a nuestra familia de líderes felizmente unida...! Damas y caballeros... —dijo, mientras la cámara de televisión descendió hasta la mesa de los oradores y la estupefacta cara del señor Mowen llenó la pantalla—, ¡el señor Horace

Bussby Mowen, el industrial estadounidense! —La cámara se fue trasladando a una colección envejecida de músculos faciales en forma de imitación de una sonrisa—. ¡El general del ejército Whittington S. Thorpe! —La cámara, como un ojo apuntado a una rueda de reconocimiento policial, se fue moviendo de una angustiada cara a otra, angustiada por los estragos del miedo, de la evasión, de la desesperación, de la incertidumbre, del aborrecimiento de sí mismas, de la culpa—. ¡El líder de la mayoría de la Cámara Legislativa nacional, señor Luciano Phelps...! ¡El señor Wesley Mouch...! ¡El señor Thompson! —La cámara se detuvo en el señor Thompson; él le dirigió la mueca de una sonrisa a la nación, luego se volvió y miró fuera de la pantalla, a su izquierda, con un aire de triunfante expectativa—. Damas y caballeros —dijo el presentador solemnemente—, ¡John Galt!

¡Dios bendito! —pensó Dagny—, ¿qué están haciendo? Desde la pantalla, el rostro de John Galt estaba mirando a la nación, el rostro sin dolor ni miedo ni culpa, implacable en virtud de su serenidad, invulnerable en virtud de su autoestima. *Esa* cara —pensó ella— ¿entre todas esas otras? Independientemente de lo que estén planeando, pensó, ya está deshecho..., nada más puede ser dicho o ha de ser dicho..., *ahí* está el resultado de un código y del otro, ahí está la opción, y quienquiera que sea humano lo sabrá.

—El secretario personal del señor Galt —prosiguió el presentador, mientras la cámara pasaba rápidamente por encima de la siguiente cara, y continuó—. El señor Clarence «Chick» Morrison..., el Almirante Homer Dawley..., el señor...

Ella miró las caras a su alrededor, preguntándose: «¿Han visto el contraste? ¿Lo saben? ¿Lo han visto a él? ¿Quieren que él sea real?».

—Este banquete —dijo Chick Morrison, que había asumido el cargo de maestro de ceremonias— es en honor a la figura más grande de nuestra era, del productor más hábil, del hombre que sabe hacer las cosas, del nuevo líder de nuestra economía... ¡John Galt! Si has oído su extraordinario discurso de radio, no puedes dudar de que *él* puede hacer que las cosas funcionen. Ahora él está aquí para deciros que hará que esas cosas funcionen para *vosotros*. Si has sido engañado por esos anticuados extremistas que afirmaban que él nunca se uniría a nosotros, que no hay

fusión posible entre su forma de vida y la nuestra, que es o lo uno o lo otro..., ¡el evento de esta noche te demostrará que cualquier cosa puede ser reconciliada y unida!

Una vez que lo han visto, pensó Dagny, ¿pueden desear mirar a cualquier otra persona? Una vez que saben que él es posible, que eso es lo que el hombre puede ser, ¿qué más pueden querer buscar? ¿Pueden ahora sentir algún deseo, excepto lograr en sus almas lo que *él* ha logrado en la suya? ¿O van a ser detenidos por el hecho de que los tipos como Mouch, como los Morrison, como los Thompson del mundo no hayan decidido lograrlo? ¿Van a considerar a tipos como Mouch como si fueran lo humano y *a él* como si fuera lo imposible?

La cámara estaba recorriendo el salón de baile, mostrando en la pantalla y al país las caras de prominentes invitados, las caras de líderes tensos y vigilantes y, de vez en cuando, la cara de John Galt. Parecía como si los perceptivos ojos de John Galt estuvieran estudiando a los hombres que estaban fuera de ese salón, a los hombres que lo estaban viendo a él por todo el país; uno no podía saber si él estaba escuchando: ninguna reacción alteró la compostura de su rostro.

—Me enorgullece rendir homenaje esta noche —dijo el líder de la Cámara Legislativa, el siguiente orador— al mejor organizador económico que el mundo haya descubierto, al administrador más talentoso, al planificador más brillante..., ¡John Galt, el hombre que nos salvará! ¡Yo estoy aquí para darle las gracias en nombre del pueblo!

Ése —pensó Dagny, con una sensación enfermiza—, ése era el espectáculo de la sinceridad de los deshonestos. La parte más fraudulenta del fraude era que ellos lo decían en serio. Le estaban ofreciendo a Galt lo mejor que su visión de la existencia podía ofrecer, estaban tratando de tentarlo con lo que era el sueño de ellos en cuanto a la mayor realización de la vida: esa propagación de una adulación sin sentido, la irrealidad de esa enorme pretensión..., una aprobación sin estándares, un tributo sin contenido, un honor sin causas, una admiración sin razones, un amor sin código de valores.

—Hemos dejado de lado todas nuestras insignificantes diferencias —estaba diciendo en ese momento Wesley Mouch por el micrófono—, todas las opiniones partidistas, todos los intereses personales y todas las opiniones egoístas... ¡para poder servir bajo el liderazgo desinteresado de John Galt!

¿Por qué están escuchando...?, pensó Dagny. ¿No ven la marca de la muerte en esas caras, y la marca de la vida en la de él? ¿Cuál de esos estados quieren escoger? ¿Cuál de esos estados buscan para la humanidad...? Miró las caras en el salón de baile. Estaban nerviosamente inexpresivas; no mostraban nada más que el decaído peso del letargo y la ranciedad de un miedo crónico. Estaban mirando a Galt y a Mouch, como si fueran incapaces de percibir ninguna diferencia entre ellos o les importara si una diferencia existía o no, mientras sus miradas vacías, acríticas y no valoradoras declaraban: «¿Quién soy yo para saberlo?». Se estremeció al recordar su frase: «Cuando un hombre dice "¿quién soy yo para saber?", está diciendo "¿quién soy yo para vivir?"». ¿Les importaba vivir?, pensó. No parecía ni siquiera importarles el esfuerzo de plantear esa pregunta... Ella vio unas cuantas caras a las que sí parecía importarles. Ellas estaban mirando a Galt con una súplica desesperada, con una admiración tristemente trágica..., y con las manos colgando flácidas sobre las mesas delante de ellas. Ésos eran los hombres que veían lo que él era, que vivían frustrados anhelando su mundo..., pero, al día siguiente, si viesen cómo estaba siendo asesinado delante de ellos, sus manos seguirían colgando igual de flácidas, y sus ojos mirarían a otro lado, diciendo: «¿Quién soy yo para actuar?».

—La unidad de acción y de propósito —dijo Mouch— nos llevará a un mundo más feliz...

El señor Thompson se inclinó hacia Galt y susurró con una amable sonrisa:

—Usted tendrá que decirle unas palabras al país, más tarde, después de mí. No, no, no un discurso largo, sólo un frase o dos, nada más. Sólo «hola, amigos», o algo por el estilo, para que reconozcan su voz. La presión levemente acentuada del cañón del «secretario» contra el costado de Galt añadió un párrafo silencioso. Galt no respondió.

—El Plan John Galt —estaba diciendo Wesley Mouch— resolverá todos los conflictos. Protegerá la propiedad de los ricos y les dará una mayor participación a los pobres. Reducirá la carga de vuestros impuestos y os proporcionará más prestaciones gubernamentales. Bajará los precios y aumentará los salarios. Le dará más libertad al individuo y fortalecerá los lazos de las obligaciones colectivas. Combinará la eficiencia de la libre empresa con la generosidad de una economía planificada.

Dagny observó que algunas caras —le costó un gran esfuerzo creerlo del todo— estaban mirando a Galt con odio. La de Jim era una de ellas, ella se percató. Cuando la imagen de Mouch estaba en la pantalla, esas caras estaban relajadas como con una satisfacción aburrida, que no llegaba a ser placer, sino la comodidad de creerse autorizados, de saber que no se les exigía nada y que nada era firme ni cierto. Cuando la cámara mostraba rápidamente la imagen de Galt, los labios de esas caras se apretaban, y sus rasgos se agudizaban con una expresión de peculiar precaución. Ella sintió con repentina certeza que ellos temían la precisión de los rasgos de él, la claridad inquebrantable de sus rasgos, la apariencia de ser una entidad, su expresión de estar afirmando la existencia. Ellos lo odiaban por ser él mismo —pensó ella, sintiendo un toque de frío horror, cuando la naturaleza de sus almas se hizo real para ella—, lo odiaban por su capacidad para vivir. ¿*Ellos* quieren vivir?, pensó ella, burlándose de sí misma... A través del aturdido entumecimiento de su mente, recordó el sonido de aquella frase: «El deseo de no ser nada es el deseo de no ser».

Ahora era el señor Thompson quien estaba gritándole al micrófono con su actitud más enérgica y dinámica:

—Y yo os digo: ¡partidles la cara a todos aquellos que dudan, a los que están propagando la desunión y el miedo! Os dijeron que John Galt nunca se uniría a nosotros, ¿verdad? Bueno, pues aquí está, en persona, por su propia y libre elección, en esta mesa y al frente de nuestro Estado. ¡Listo, deseoso y capaz de servir a la causa del pueblo! ¡Que nunca más, ninguno de vosotros, comience a dudar o a correr o a rendirse! El mañana ya está aquí hoy..., ¡y qué mañana! ¡Con tres comidas al día para todo el mundo en la Tierra, con un coche en cada garaje y con una energía eléctrica que tendréis *gratis*, producida por algún tipo de motor que es algo como no se ha visto jamás! ¡Y lo único que todos vosotros tenéis que hacer es tener paciencia un poco más de tiempo! Paciencia, fe y unidad..., ¡*ésa* es la receta para el progreso! ¡Debemos estar unidos entre nosotros, y unidos con el resto del mundo, como una gran familia feliz, todos trabajando por el bien de todos! ¡Hemos encontrado un líder que batirá el récord de nuestro pasado más rico y más activo! Es su amor por la humanidad lo que lo ha hecho venir aquí: ¡a serviros, protegeros y cuidaros! ¡Él ha escuchado vuestras súplicas y ha respondido a la llamada de nuestro deber humano común! ¡Cada hombre es el guardián de su hermano! ¡Ningún hombre es

una isla en sí mismo! Y ahora escucharéis su voz..., ¡ahora escucharéis su propio mensaje...! Damas y caballeros —dijo solemnemente—, ¡John Galt..., a la familia colectiva de la humanidad!

La cámara se movió hacia Galt. Él permaneció quieto durante un momento. Luego, con un movimiento tan veloz y tan experto que la mano de su secretario fue incapaz de igualarlo, se puso de pie, inclinándose hacia un lado, dejando la pistola que le estaba apuntando expuesta momentáneamente a la vista del mundo; luego, de pie y erguido, mirando a las cámaras, mirando a todos sus invisibles telespectadores, dijo:

—¡Apartaos de mi camino, malditos!

## Capítulo IX

# El generador

«¡Apartaos de mi camino, malditos!»

El doctor Robert Stadler lo oyó en la radio de su coche. No sabía si el sonido siguiente, parte jadeo, parte grito, parte risa, había sido iniciado por él o por la radio, pero oyó el chasquido que los cortó a ambos. La radio enmudeció. Ningún otro sonido llegó del Hotel Wayne-Falkland.

Movió frenéticamente la mano de un botón a otro debajo del sintonizador iluminado. No llegó nada, ni sonidos ni explicaciones ni excusas de problemas técnicos, y ni siquiera música para cubrir el silencio. Todas las estaciones habían dejado de transmitir.

Se estremeció, se agarró con fuerza al volante, inclinándose hacia delante sobre él, como un jinete llegando al final de una carrera, y su pie pisó a fondo el acelerador. El pequeño tramo de carretera que tenía ante él rebotaba con el salto de sus faros. No había nada más allá de la franja iluminada, excepto el vacío de las praderas de Iowa.

No sabía por qué había estado escuchando la transmisión; no sabía qué le estaba haciendo temblar ahora. Dio una brusca risotada —sonó como un gruñido malévolo—, riéndose de la radio, o de la gente en la ciudad, o del cielo.

Estaba observando los escasos postes indicadores al borde de la carretera. No necesitaba consultar un mapa: durante cuatro días, ese mapa había estado grabado en su cerebro, como una red de líneas trazadas en ácido. No podían quitárselo, pensó; no podían pararlo. Sintió como si él estuviera siendo perseguido; pero no había nada en muchos kilómetros detrás de él, excepto los dos pilotos rojos en la parte trasera de su coche, como dos pequeñas señales de peligro, huyendo a través de la oscuridad de las llanuras de Iowa.

El motivo que dirigía sus manos y sus pies eran los cuatro últimos días que había pasado. Era la cara del hombre en el alféizar de la ventana, y las caras con las que se había enfrentado cuando había escapado de esa habitación. Les había gritado a ellos que él no podía lidiar con Galt y que ellos tampoco podían, que Galt los destruiría a todos, a menos que ellos lo destruyeran a él primero.

—No se pase de listo, profesor —había respondido fríamente el señor Thompson—. Usted no ha hecho más que dar gritos sobre todo eso de odiarlo a muerte, pero, cuando se trata de acción, usted no nos ha ayudado en absoluto. Yo no sé de qué lado está usted. Si él no se rinde pacíficamente a nosotros, podríamos tener que recurrir a la presión, como con rehenes que él no querrá ver sufrir ningún daño, y usted es el primero en la lista, profesor.

—*¿Yo?* —había gritado él, temblando de terror y con una amarga risa desesperada—. ¿Yo? Pero ¡si él me maldice más a mí que a ninguna otra persona en el mundo!

—¿Cómo sé yo eso? —respondió el señor Thompson—. Tengo entendido que usted solía ser su profesor. Y, no lo olvide, usted ha sido el único con quien él ha pedido hablar.

Con la mente líquida de terror, él había sentido como si estuviera a punto de ser aplastado entre dos paredes que avanzaban sobre él: no tenía ninguna posibilidad si Galt se negaba a rendirse..., y menos posibilidades aún si Galt se unía a esos hombres. Fue entonces cuando una idea distante empezó a tomar forma y se abrió paso nadando en su mente: la imagen de una estructura abovedada en forma de hongo en medio de una llanura en Iowa.

Todas las imágenes habían empezado a fundirse en su mente a partir de ese momento. El Proyecto X..., había pensado él, sin saber si era la visión de esa estructura o la de un castillo feudal dominando el campo lo que le dio la sensación de una época y de un mundo al que él pertenecía. «Yo soy Robert Stadler», había pensado. «Es *mi* propiedad, vino de mis descubrimientos, dijeron que había sido yo quien lo inventó... ¡Yo les enseñaré!», había pensado, sin saber si se refería al hombre en el alféizar de la ventana o a los demás, o hasta a la humanidad entera; sus pensamientos

se habían convertido en fragmentos flotando en un líquido, sin conexión alguna entre ellos: «Asumir el control..., ¡van a ver quién soy yo! Asumir el control, gobernar... No hay ninguna otra forma de vivir en la Tierra...».

Ésas habían sido las únicas palabras que nombraban el plan en su mente. Él había sentido que el resto estaba claro para él, claro en forma de una emoción salvaje que gritaba desafiante que él no tenía por qué tener nada claro. Él asumiría el control del Proyecto X y gobernaría una parte del país como si fuera su dominio feudal privado. ¿Los medios? Su emoción había respondido: de alguna manera. ¿El motivo? Su mente había repetido insistentemente que su motivo era el terror a la pandilla del señor Thompson, que ya no estaba a salvo entre ellos, que su plan era una necesidad práctica. En la profundidad de su cerebro líquido, su emoción había contenido otro tipo de terror, ahogado junto con las conexiones entre sus fragmentos de palabras rotas.

Aquellos fragmentos habían sido la única brújula que había dirigido su curso durante cuatro días y cuatro noches, mientras conducía por carreteras desiertas a través de un país que se estaba sumiendo en el caos, mientras desarrollaba una astucia obsesiva para obtener compras ilegales de gasolina, mientras capturaba horas ocasionales de un sueño inquieto en moteles solitarios bajo nombres ficticios. «Yo soy Robert Stadler», había pensado él, su mente repitiéndolo como una fórmula de omnipotencia... «Tomar el mando...», había pensado, acelerando contra los ya vanos semáforos de pueblos medio abandonados, acelerando por el vibrante acero del Puente Taggart sobre el Misisipi, acelerando frente a ocasionales ruinas de granjas en las desiertas planicies de Iowa—; «van a ver quién soy yo», había pensado, «que me persigan; ellos no podrán detenerme esta vez...». Lo había pensado, aunque nadie lo había perseguido, así como nadie lo estaba persiguiendo en ese momento, excepto los pilotos de su propio coche y el motivo ahogado en su mente.

Miró a su radio silenciosa y se rio entre dientes; la risa tenía la cualidad emocional de un puño blandido al espacio. «Soy yo quien soy práctico», pensó, «no tengo ninguna opción..., no tengo otra opción..., van a ver quién soy yo, todos esos gánsteres insolentes que se olvidaron de que yo soy Robert Stadler... ¡Todos ellos se derrumbarán, pero yo no...! ¡Yo sobreviviré...! ¡Yo ganaré! ¡Yo les enseñaré!».

Las palabras eran como pedazos de tierra sólida en su mente, en medio de un pantano ferozmente silencioso; las conexiones quedaban sumergidas en el fondo. Si hubieran estado conectadas, sus palabras habrían formado la frase: «¡Yo le enseñaré *a él* que no hay otra forma de vivir en la Tierra...!».

Las luces dispersas que brillaban en la distancia frente a él eran los cuarteles erigidos en el emplazamiento del Proyecto X, ahora conocido como Harmony City. Él observó, al ir acercándose, que algo fuera de lo normal estaba sucediendo con el Proyecto X. La cerca de alambre de espino estaba rota, y ningún centinela fue a recibirle en el portón de entrada. Sin embargo, algún tipo de actividad anormal estaba desarrollándose en las lagunas de oscuridad y en el resplandor de algunos focos vacilantes: había camiones blindados y figuras corriendo y órdenes siendo gritadas y el brillo de las bayonetas. Nadie le hizo detener su coche. En la esquina de una casucha, vio el cuerpo inmóvil de un soldado tendido en el suelo. «Borracho», pensó, prefiriendo pensarlo, preguntándose por qué no estaba tan seguro de ello.

La estructura de hongo estaba agazapada en una loma frente a él; había luces en las estrechas rendijas de sus ventanas, y los embudos deformes sobresalían desde debajo de su cúpula, apuntando a la oscuridad del país. Un soldado le cerró el paso cuando él bajó de su coche al llegar a la entrada. El soldado estaba debidamente armado, pero sin casco, y su uniforme parecía demasiado descuidado.

—¿Adónde vas, compañero? —preguntó.

—¡Déjame entrar! —ordenó el doctor Stadler desdeñosamente.

—¿Qué te trae por aquí?

—Soy el doctor Robert Stadler.

—Y yo soy Perico de los palotes. He dicho: ¿qué te trae por aquí? ¿Eres uno de los nuevos o uno de los viejos?

—¡Déjame entrar, idiota! ¡Soy el doctor Robert Stadler!

No fue el nombre, sino el tono de la voz y la forma de dirigirse a él, lo que pareció convencer al soldado.

—Uno de los nuevos —dijo, y, abriendo la puerta, le gritó a alguien que estaba dentro—: Eh, Mac, atiende a este abuelete, ¡mira a ver lo que quiere!

En el liso y oscuro vestíbulo de hormigón armado, el doctor Stadler fue recibido por un hombre que podría haber sido un oficial, excepto que su guerrera estaba abierta por la garganta, y un cigarrillo colgaba insolentemente en la comisura de su boca.

—¿Quién eres *tú*? —dijo bruscamente, mientras sus manos se movían con demasiada rapidez hacia la pistolera en su cadera.

—Soy el doctor Robert Stadler.

El nombre no tuvo ningún efecto.

—¿Quién te ha dado permiso para venir aquí?

—Yo no necesito ningún permiso.

Eso pareció surtir efecto; el hombre se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Quién te mandó llamar? —preguntó, con un tono más bien inseguro.

—¿Puedes, por favor, dejarme hablar con el comandante? —exigió el doctor Stadler con impaciencia.

—¿El comandante? Llegas demasiado tarde, compañero.

—¡El ingeniero jefe, entonces!

—El jefe, ¿qué jefe? Oh, ¿Willie? Willie está bien, él es uno de nosotros, pero ahora está haciendo un recado.

Había otras figuras en la sala, escuchando con una aprensiva curiosidad. La mano del oficial le hizo una seña a uno de ellos para que se acercara, un civil sin afeitar con un mugriento gabán sobre los hombros.

—¿Qué quieres? —le espetó a Stadler.

—¿Puede alguien decirme dónde están los caballeros del personal científico? —preguntó el doctor Stadler con el tono cortésmente perentorio de una orden.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, como si una pregunta así fuese irrelevante en aquel lugar.

—¿Vienes de Washington? —preguntó el civil con suspicacia.

—No. Quiero que entiendas que yo estoy harto de esa pandilla de Washington.

—¿Oh? —El hombre parecía complacido—. ¿Eres un Amigo del Pueblo, entonces?

—Yo diría que soy el mejor amigo que el pueblo ha tenido jamás. Yo soy el hombre que les dio todo esto. —Señaló a su alrededor.

—¿Ah, sí? —dijo el hombre impresionado—. ¿Eres uno de los que hicieron un trato con el jefe?

—*Yo* soy el jefe aquí, a partir de ahora.

Los hombres se miraron entre sí, retrocediendo unos pasos. El oficial preguntó:

—¿Has dicho que el nombre es Stadler?

—*Robert Stadler*. ¡Y si no sabes lo que eso significa, pronto lo descubrirás!

—¿Puede hacer el favor de seguirme, señor? —dijo el oficial, con una cuestionable cortesía.

Lo que sucedió a continuación no resultó muy claro para el doctor Stadler, porque su mente se negó a admitir la realidad de las cosas que estaba viendo. Había figuras que no paraban de aparecer y desaparecer en las oficinas desordenadas y medio iluminadas, había demasiadas armas de fuego en las cinturas de todo el mundo, había preguntas sin sentido que le hacían unas voces espasmódicas que alternaban entre impertinencia y miedo; él no quería escuchar; no quería permitir que eso fuera verdad. Él siguió afirmando con el tono de un soberano feudal:

—*Yo* soy el jefe aquí, de ahora en adelante... Yo doy las órdenes... He venido a asumir el control... Yo soy el dueño de este lugar... Yo soy el doctor Robert Stadler..., ¡y si vosotros no conocéis *ese* nombre en *este* lugar, no tenéis nada que hacer aquí, malditos idiotas! ¡Vais a volar por los aires, si ése es el estado de vuestro conocimiento! ¿Habéis tomado alguna vez un curso de física en la escuela? No me parece a mí que a ninguno de vosotros os hayan dejado entrar en la escuela, ¡a ninguno de vosotros! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Quiénes sois?

Le llevó algún tiempo llegar a entender —cuando su mente ya no pudo bloquearlo por más tiempo— que alguien se había adelantado a su plan: alguien había tenido el mismo punto de vista sobre la existencia que él, y se había propuesto lograr el mismo futuro. Comprendió que esos hombres, que se llamaban a sí mismos los Amigos del Pueblo, se habían apoderado del Proyecto X, esa noche, unas horas antes, con la intención de establecer un reino suyo propio. Se rio en sus caras, con un desprecio amargamente incrédulo.

—¡No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo, miserables delincuentes juveniles! ¿Creéis que vosotros, *¡vosotros!*, podéis operar un instrumento de ciencia de alta precisión? ¿Quién es vuestro líder? ¡Exijo ver a vuestro líder!

Fue su tono de autoridad dominadora, su desprecio y el pánico que ellos mismos sentían —el pánico ciego de hombres de violencia desenfrenada, sin criterios ni de seguridad ni de peligro— lo que les hizo dudar y preguntarse si él, quizá, era algún miembro secreto de alto nivel entre sus líderes; ellos estaban tan dispuestos a desafiar como a obedecer a cualquier autoridad. Después de haber sido pasado de mano en mano, de un nervioso comandante a otro, se encontró por fin siendo conducido escalera abajo, y por largos y reverberantes pasillos subterráneos de hormigón armado, hasta una audiencia con «el jefe» en persona.

El jefe se había refugiado en la sala de control subterránea. Entre las complejas espirales de la delicada maquinaria científica que producía el rayo de sonido, contra el panel en la pared de relucientes palancas, instrumentos y dispositivos de medición, conocido como el Xilófono, Robert Stadler se enfrentó al nuevo soberano del Proyecto X. Era Cuffy Meigs.

Llevaba una apretada chaqueta medio militar y polainas de cuero; la carne de su cuello sobresalía del borde del cuello de la camisa; sus rizos negros estaban calados de sudor. Estaba andando de un lado a otro, inquieto, inseguro frente al Xilófono, gritando órdenes a hombres que no paraban de entrar y salir corriendo de la sala:

—¡Enviad mensajeros a cada municipio a nuestro alcance! ¡Decidles que los Amigos del Pueblo han ganado! ¡Decidles que ya no deben acatar órdenes que vengan de Washington! ¡La nueva capital de la Mancomunidad Popular es Harmony City, que de ahora en adelante será llamada Meigsville! ¡Decidles que yo espero contar con quinientos mil dólares por cada cinco mil cabezas de familia, mañana por la mañana..., o ya verán!

Pasó algún tiempo antes de que la atención y los legañosos ojos marrones de Cuffy Meigs pudiesen arrastrarse hasta enfocarse en la persona del doctor Stadler.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

—Soy el doctor Robert Stadler.

—¿Eh? ¡Ah, sí! ¡Sí! Tú eres ese gran tipo de los espacios siderales, ¿no? Tú eres el tipo que caza átomos o algo así. Ya, ¿y qué diablos estás haciendo aquí?

—Soy yo quien debería hacerte esa pregunta.

—¿Eh? Mira, profesor, no estoy de humor para bromas.

—He venido aquí para asumir el control.

—¿El control? ¿De qué?

—De este equipo. De este lugar. Del territorio dentro de vuestro radio de acción.

Meigs lo miró fijamente durante un momento, y luego preguntó suavemente:

—¿Cómo has llegado aquí?

—En coche.

—Quiero decir, ¿a quién has traído contigo?

—A nadie.

—¿Qué armas has traído?

—Ninguna. Mi nombre es suficiente.

—¿Has venido aquí solo, con tu nombre y con tu coche?

—Sí.

Cuffy Meigs soltó una carcajada en su cara.

—¿Crees —preguntó el doctor Stadler— que *tú* puedes operar una instalación de este tipo?

—¡Venga ya, profesor, venga ya! ¡Lárgate, antes de que haga que te fusilen! ¡No tenemos necesidad de intelectuales por aquí!

—¿Qué sabes tú de todo *esto*? —El doctor Stadler señaló el Xilófono.

—¿Y qué más da? ¡Los técnicos cuestan cinco centavos la docena estos días! ¡Lárgate! ¡Esto no es Washington! ¡Estoy hasta el gorro de esos soñadores imprácticos de Washington! ¡No llegarán a ninguna parte, negociando con ese fantasma de la radio y haciendo discursos! Acción..., ¡eso es lo que se necesita! ¡Acción directa! ¡Lárgate, doctorcete! ¡Tu tiempo ha terminado! —Estaba dando tumbos de un lado a otro, agarrando una palanca del Xilófono de vez en cuando; el doctor Stadler se dio cuenta de que Meigs estaba borracho.

—¡No toques esas palancas, maldito imbécil!

Meigs retiró la mano involuntariamente, pero luego la agitó desafiante hacia el panel.

—¡Voy a tocar lo que me dé la gana! ¡No me digas *tú* lo que tengo que hacer!

—¡Aléjate de ese panel! ¡Sal de aquí! ¡Esto es mío! ¿Entiendes? ¡Es *mi* propiedad!

—¿Propiedad? ¡Ja! —Meigs le dio un breve ladrido que fue una risita.

—¡Yo lo inventé! ¡Yo lo creé! ¡Yo lo hice posible!

—¿Lo hiciste? Bueno, pues muchas gracias, doctorcete. Muchas gracias, pero ya no te necesitamos. Tenemos nuestros propios mecánicos.

—¿Tienes idea de lo que yo tuve que saber para hacerlo posible? ¡Tú no podrías concebir ni un solo componente de ello! ¡Ni un solo tornillo!

Meigs se encogió de hombros:

—Puede que no.

—Entonces ¿cómo te atreves a pensar que tú puedas ser dueño de eso? ¿Cómo te atreves a venir aquí? ¿Qué derecho tienes a reclamar nada?

Meigs le dio una palmada a su pistolera:

—*Esto*.

—¡Escucha, borracho asqueroso! —gritó el doctor Stadler—. ¿Sabes con lo que estás jugando?

—¡No me hables así, viejo estúpido! ¿Quién eres *tú* para hablarme así? ¡Puedo romperte el pescuezo con mis propias manos! ¿No sabes quién soy yo?

—¡Eres un matón asustado que se ha metido donde no le llaman!

—Oh, soy eso, ¿eh?, ¿eso es lo que soy? ¡Yo soy el jefe! ¡Soy el jefe, y no voy a dejar que me detenga un viejo espantapájaros como tú! ¡Sal de aquí!

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un momento, junto al panel del Xilófono, ambos arrinconados por el terror. La raíz no admitida del terror del doctor Stadler era su frenético esfuerzo por no reconocer que estaba viendo su resultado final, que *ése* era su hijo espiritual. El terror de Cuffy Meigs tenía raíces más amplias, abarcaba toda la existencia; él había vivido con un terror crónico toda su vida, pero ahora estaba esforzándose por no reconocer qué era lo que había temido: en el momento de su triunfo, cuando él esperaba sentirse seguro, esa raza misteriosa y oculta, el intelectual, estaba negándose a temerle, estaba desafiando su poder.

—¡Lárgate de aquí! —gruñó Cuffy Meigs—. ¡Llamaré a mis hombres! ¡Haré que te fusilen!

—¡Lárgate de aquí, estúpido asqueroso gallito descerebrado! —gruñó el doctor Stadler—. ¿Crees que voy a dejar que te aproveches de *mi* vida? ¿Crees que es para *ti* para quien yo..., para lo que yo vendí...? —No terminó la frase—. ¡Deja de tocar esas palancas, maldito seas!

—¡No me des órdenes! ¡No necesito que me digas lo que tengo que hacer! ¡No vas a asustarme con tus pedantes majaderías! ¡Voy a hacer lo que yo quiera! ¿Para qué luché, si no puedo hacer lo que me dé la gana? —Se rio entre dientes y agarró una de las palancas.

—Oye, Cuffy, ¡ten calma! —gritó una figura en el fondo de la sala, lanzándose hacia delante.

—¡Atrás! —rugió Cuffy Meigs—. ¡Atrás, todos vosotros! ¿Asustado yo? ¡Yo os enseñaré quién es el jefe!

El doctor Stadler dio un salto para detenerlo, pero Meigs lo empujó a un lado con un brazo, dio una risotada al ver a Stadler caer al suelo, y, con el otro brazo, le dio un tirón a una palanca del Xilófono.

El estrépito del sonido, el chirrido estrepitoso de metal resquebrajado y de tensiones colisionando en cortocircuitos, el sonido de un monstruo girando sobre sí mismo... se oyó sólo dentro de la estructura. Ningún sonido se oyó afuera. Afuera, la estructura simplemente se elevó en el aire repentina y silenciosamente, se partió en algunas piezas grandes, lanzó algunos rayos de luz azul hacia el cielo, y cayó de nuevo convertida en un montón de escombros. Dentro de un radio de ciento cincuenta kilómetros, que abarcaba partes de cuatro Estados, los postes de telégrafo cayeron como cerillas, las granjas se desintegraron en pedazos, los edificios de las ciudades se derrumbaron como si hubiesen sido aplastados y triturados por el golpe de un solo segundo, sin dar tiempo a que ningún sonido fuese oído por los cuerpos retorcidos de las víctimas; y, en la periferia del círculo, justo en medio del Misisipi, la locomotora y los primeros seis vagones de un tren de pasajeros salieron volando como una lluvia de metal sobre el agua del río, junto con la estructura del lado oeste del puente de Taggart, partido por la mitad.

En el lugar de lo que una vez había sido el Proyecto X, nada quedó vivo entre las ruinas, excepto, durante algunos minutos interminables, un montón de carne desgarrada y el agudo dolor de lo que una vez había sido una gran mente.

Había una sensación de libertad etérea, pensó Dagny, en el sentimiento de que su único objetivo inmediato y absoluto fuera encontrar una cabina telefónica, sin preocuparse por ninguno de los propósitos de los transeúntes en las calles a su alrededor. Eso no la hizo sentirse distanciada de la ciudad, sino que la hizo sentir, por primera vez, que ella era la dueña de la ciudad y que la amaba, que nunca la había amado antes como en ese momento, con un sentido de posesión tan personal, tan solemne y tan confiado. La noche era clara y tranquila; ella miró al cielo; así como su sentimiento era más solemne que alegre, aunque contenía la sensación de una alegría futura..., así también el aire era más calmado que cálido, pero contenía la insinuación de una primavera lejana.

Apartaos de mi camino, malditos..., pensó, no con resentimiento, sino casi con regocijo, con una sensación de desapego y de liberación, dirigida a los transeúntes, al tráfico cuando impedía su rápido avance, y a cualquier temor que ella hubiera conocido en el pasado. Hacía menos de una hora que ella le había oído pronunciar esa frase, y su voz aún parecía sonar en el aire de las calles, fusionándose con la distante insinuación de una risa.

Ella se había reído jubilosamente en el gran salón del Wayne-Falkland, cuando le había oído decirlo; se había reído, con la mano tapándose la boca, para que la risa no estuviera más que en sus ojos..., y en los de él, cuando él la miró directamente y ella supo que él la había oído. Se habían mirado uno al otro durante el lapso de un segundo, por encima de las cabezas de la multitud que jadeaba y gritaba, por encima del estruendo de micrófonos haciéndose añicos, aunque todas las emisoras habían sido cortadas inmediatamente, por encima de los estallidos de cristales rotos sobre mesas cayendo, mientras algunas personas corrían en estampida hacia las puertas.

Luego, oyó al señor Thompson gritar, gesticulando con el brazo hacia Galt:

—¡Llevadlo de vuelta a su habitación, pero cuidadlo con vuestras vidas! —y la multitud les había abierto paso cuando tres hombres lo condujeron afuera. El señor Thompson pareció desplomarse durante un momento, dejando caer su frente en su brazo, pero se recuperó, se puso en pie de un salto, les hizo una vaga señal a sus secuaces para que le siguieran y salió disparado por una salida lateral privada. Nadie se dirigió a los invitados o les dio instrucciones: algunos estaban corriendo a ciegas para

escapar, otros se habían quedado inmóviles, sin atreverse a moverse. El salón de baile era como un buque sin capitán. Ella atravesó la multitud y siguió a la pandilla. Nadie intentó detenerla.

Los encontró apiñados en un pequeño estudio privado: el señor Thompson estaba echado en un sillón, sujetándose la cabeza con las dos manos, Wesley Mouch estaba gimiendo, Eugene Lawson estaba sollozando con el sonido de rabieta de un niño mal educado, Jim estaba observando a los otros con una intensidad extrañamente expectante.

—¡Os lo dije! —estaba gritando el doctor Ferris—. Os lo dije, ¿no? ¡A *eso* es a lo que habéis llegado con vuestra «persuasión pacífica»!

Ella permaneció de pie junto a la puerta. Parecieron notar su presencia, pero no parecía importarles.

—¡Yo renuncio! —gritó Chick Morrison—. ¡Renuncio! ¡Ya no puedo más! ¡No sé qué decirle al país! ¡No consigo pensar! ¡No lo intentaré! ¡No sirve de nada! ¡No pude evitarlo! ¡No me vais a culpar! ¡He renunciado! —Agitó los brazos con un vago gesto de futilidad o de despedida, y salió corriendo de la habitación.

—Tiene un escondite bien surtido para él mismo en Tennessee —dijo Tinky Holloway reflexivamente, como si él, también, hubiera tomado una precaución similar y se estuviese preguntando si era hora de que él hiciese lo mismo.

—Él no va a disfrutarlo por mucho tiempo, si es que consigue llegar allí, para empezar —dijo Mouch—. Con las pandillas de asaltantes y la situación que tenemos de transporte... —Extendió las manos y no terminó.

Ella sabía qué pensamientos estaban llenando la pausa; ella sabía que, independientemente de los escondites privados que esos hombres hubieran procurado para ellos mismos en algún momento, ahora estaban comprendiendo el hecho de que todos ellos estaban atrapados.

Observó que no había terror en sus caras; ella vio indicios de ello, pero parecía un terror superficial. Sus expresiones variaban desde una pura apatía hasta la expresión aliviada de tramposos que habían creído que el juego no podía terminar de ninguna otra forma y no estaban haciendo ningún esfuerzo para oponerse al resultado o lamentarlo..., o desde la ceguera petulante de Lawson, que se negaba a ser consciente de cualquier cosa... hasta la peculiar intensidad de Jim, cuyo rostro sugería una sonrisa secreta.

—¿Entonces qué? ¿Entonces qué? —El doctor Ferris estaba pidiendo respuestas con impaciencia, con la energía crepitante de un hombre que se siente en casa en un mundo de histeria—. ¿Qué vais a hacer *ahora* con él? ¿Discutir? ¿Debatir? ¿Hacer discursos?

Nadie respondió.

—Él... tiene... que... salvarnos... —dijo Mouch lentamente, como si estuviera forzando lo que quedaba de su mente a convertirse en un vacío y dándole un ultimátum a la realidad—. Él tiene que... asumir el mando... y salvar el sistema.

—¿Por qué no le escribes una carta de amor al respecto? —dijo Ferris.

—Tenemos que... *hacer que él*... asuma el mando... Tenemos que obligarlo a gobernar —dijo Mouch, con el tono de un sonámbulo.

—*Ahora* —dijo Ferris, bajando repentinamente la voz—, ¿veis la valiosa institución que es realmente el Instituto Estatal de Ciencias?

Mouch no le respondió, pero Dagny observó que todos parecían saber lo que quería decir.

—Tú te opusiste a ese proyecto privado de investigación mío por considerarlo «impráctico» —dijo Ferris en voz baja—. Pero ¿qué te dije?

Mouch no respondió; estaba haciendo crujir sus nudillos.

—Éste no es el momento de ser quisquilloso —dijo James Taggart, que habló con un vigor inesperado; pero su voz también sonó extrañamente baja—. No tenemos que ser blandengues al respecto.

—Me parece a mí —dijo Mouch en un tono monótono— que..., que el fin justifica los medios...

—Es demasiado tarde para venir ahora con escrúpulos o principios —dijo Ferris—. Sólo una acción directa puede funcionar ahora.

Nadie respondió; estaban actuando como si quisieran que sus pausas, no sus palabras, expresaran lo que ellos estaban discutiendo.

—No va a funcionar —dijo Tinky Holloway—. Él no cederá.

—¡Eso es lo que *tú* te crees! —dijo Ferris, y se rio entre dientes—. Tú no has visto nuestro modelo experimental en acción. El mes pasado conseguimos tres confesiones en tres casos de asesinatos que estaban sin resolver.

—Si... —comenzó el señor Thompson, y su voz se quebró repentinamente, acabando en un gemido—, si él muere, ¡todos perecemos!

—No se preocupe —dijo Ferris—. No morirá. El Persuasor de Ferris está calculado de forma segura para evitar esa posibilidad.

El señor Thompson no respondió.

—Me parece a mí... que no tenemos otra opción... —dijo Mouch; era casi un susurro.

Permanecieron en silencio; el señor Thompson estaba esforzándose por no ver que todos lo estaban mirando a él. Entonces gritó de repente:

—¡Oh, haced lo que queráis! ¡No he podido evitarlo! ¡Haced lo que queráis!

El doctor Ferris se dirigió a Lawson.

—Gene —dijo tensamente, todavía susurrando—, ve corriendo a la oficina de control de la radio. Ordena que todas las estaciones estén a la espera. Diles que tendré al señor Galt transmitiendo dentro de tres horas.

Lawson se levantó de un salto, con una sonrisa repentina y alegre, y salió corriendo de la habitación.

Ella lo sabía. Sabía lo que ellos pretendían hacer, y qué era lo que había dentro de ellos que lo hacía posible. Ellos no pensaban que funcionaría. Ellos no pensaban que Galt se rendiría; ellos no querían que se rindiera. Ellos no pensaban que algo podría salvarlos ahora; no querían ser salvados. Movidos por el pánico de sus emociones anónimas, ellos habían luchado contra la realidad durante toda la vida..., y ahora habían llegado a un punto en el que finalmente se sentían en casa. Ellos no tenían que saber por qué lo sentían; ellos, que habían optado por no saber lo que sentían, simplemente experimentaron una sensación de reconocimiento, puesto que *eso* era lo que habían estado buscando, *ése* era el tipo de realidad que había estado implícita en todas sus emociones, en sus acciones, sus deseos, sus elecciones, sus sueños. Ésa era la naturaleza y ése era el método de la rebelión contra la existencia y de la búsqueda sin definir de un nirvana sin nombre. Ellos no querían vivir; querían que *él* muriese.

El horror que ella sintió fue sólo una breve punzada, como la sacudida de una perspectiva que había cambiado: ella comprendió que las cosas que ella había pensado que eran humanas no lo eran. Le quedó una sensación de claridad, de una respuesta final y de la necesidad de actuar. Él estaba en peligro; no había tiempo que perder, ni espacio en su consciencia para desperdiciar emociones en las acciones de lo infrahumano.

—Debemos asegurarnos —Wesley Mouch estaba susurrando— de que nadie se entere de esto...

—Nadie se enterará —dijo Ferris; todas sus voces tenían el zumbido cauteloso de conspiradores—. Es una unidad separada que está en el recinto del instituto; está insonorizada y a una distancia segura del resto. Sólo unos cuantos miembros de nuestro personal han entrado allí alguna vez.

—Si tuviéramos que volar... —dijo Mouch, y se detuvo abruptamente, como si hubiera captado alguna señal de precaución en la cara de Ferris.

Ella vio los ojos de Ferris dirigirse a ella, como si de repente él hubiera recordado su presencia. Ella sostuvo su mirada, permitiéndole ver la tranquila indiferencia de la propia mirada de ella, como si ni le importase ni lo entendiese. Entonces, como si estuviera meramente captando la insinuación de una conversación privada, ella se dio la vuelta despacio, encogiéndose sutilmente de hombros, y salió de la sala. Sabía que ellos ya habían pasado la etapa de preocuparse por ella.

Caminó con la misma indiferencia sin prisas por los pasillos y atravesó la salida del hotel. Pero a una manzana de distancia, después de doblar una esquina, su cabeza se irguió, y los pliegues de su vestido de noche golpearon como una vela sus piernas con la repentina violencia de la velocidad de sus pasos.

Y, entonces, mientras corría a través de la oscuridad, pensando sólo en encontrar una cabina telefónica, experimentó una nueva sensación creciendo irresistiblemente dentro de ella, más allá de la tensión inmediata de peligro y de preocupación: era la sensación de libertad de un mundo que nunca había tenido que ser obstruido.

Vio la cuña de luz sobre la acera, que venía de la ventana de un bar. Nadie le prestó ninguna atención cuando cruzó el local medio desierto: los pocos clientes que había allí seguían esperando y susurrando tensamente delante del crepitante vacío azul de una pantalla de televisión sin imágenes.

De pie, en el estrecho espacio de la cabina telefónica, como en la cabina de una nave lista para despegar hacia un planeta diferente, marcó el número OR 6-5693.

La voz que respondió de inmediato fue la de Francisco.

—¿Sí?

—¿Francisco?

—Hola, Dagny. Estaba esperando que llamaras.

—¿Has oído la emisión?

—Sí.

—Ahora están planeando forzarlo a rendirse. —Ella mantuvo su voz con el tono de un informe basado en los hechos—. Tienen intención de torturarlo. Tienen por lo visto una máquina que llaman el Persuasor de Ferris, en una unidad separada en el recinto del Instituto Estatal de Ciencias. Está en Nueva Hampshire. Hablaron de volar. Mencionaron que lo tendrían hablando en la radio dentro de tres horas.

—Ya veo. ¿Estás llamando desde una cabina telefónica?

—Sí.

—Estás todavía con tu vestido de noche, ¿no?

—Sí.

—Ahora, escucha atentamente. Ve a tu casa, cámbiate de ropa, haz una maleta con las pocas cosas que necesites, coge tus joyas y cualquier objeto de valor que puedas cargar, llévate alguna ropa de abrigo. No tendremos tiempo de hacerlo después. Reúnete conmigo en cuarenta minutos, en la esquina noroeste, dos manzanas al este de la entrada principal de la Terminal Taggart.

—Muy bien.

—Hasta luego, Bicho.

—Hasta luego, Frisco.

Ella estaba en el dormitorio de su apartamento en menos de cinco minutos, arrancándose el vestido de noche. Lo dejó tirado en medio del suelo, como el uniforme descartado de un ejército al que ella ya había dejado de servir. Se puso un traje azul oscuro y, recordando las palabras de Galt, un suéter blanco de cuello alto. Hizo la maleta y cogió un bolso con una correa para poder llevarlo colgado en un hombro. Puso sus joyas en un rincón del bolso, incluyendo la pulsera de Metal Rearden que había ganado en el mundo exterior, y la pieza de oro de cinco dólares que había ganado en el valle.

Fue fácil salir del piso y cerrar la puerta con llave, aunque sabía que probablemente nunca la abriría de nuevo. Le pareció que era más difícil, durante un momento, cuando llegó a su oficina. Nadie la había visto entrar; la antesala de su oficina estaba vacía; el gran Edificio Taggart parecía extraordinariamente tranquilo. Se quedó allí de pie un momento, mirando esa habitación y todos los años que allí estaban contenidos. Luego, sonrió;

no, no era demasiado difícil, pensó; abrió su caja fuerte y cogió los documentos que había ido a buscar allí. No había nada más que ella quisiera sacar de su oficina, excepto la foto de Nathaniel Taggart y el mapa de Taggart Transcontinental. Rompió los dos marcos, dobló la imagen y el mapa, y los metió en su maleta.

Estaba cerrando la maleta cuando oyó el ruido de pasos apresurados. La puerta se abrió de golpe, y el ingeniero jefe entró corriendo; estaba temblando y con el rostro descompuesto.

—¡Señorita Taggart! —gritó—. ¡Oh, gracias a Dios, señorita Taggart, que está usted aquí! ¡La hemos estado buscando por todas partes!

Ella no respondió; lo miró inquisitivamente.

—Señorita Taggart, ¿se ha enterado?

—¿De qué?

—¡Así que no se ha enterado! ¡Oh, Dios mío, señorita Taggart, es..., no puedo creerlo, todavía no puedo creerlo!, pero... Oh, Dios, ¿qué vamos a hacer? ¡El... el Puente Taggart ha desaparecido!

Ella se quedó mirándolo fijamente, incapaz de moverse.

—¡Ha desaparecido! ¡Ha estallado! ¡Ha volado por los aires, por lo visto, en un segundo! Nadie sabe con certeza lo que ha pasado..., pero parece que..., creen que algo funcionó mal con el Proyecto X, y..., ¡parecen ser esos rayos de sonido, señorita Taggart! ¡No podemos llegar a ningún punto en un radio de ciento cincuenta kilómetros! ¡No es posible, no puede ser posible, pero parece que todo dentro de ese círculo ha sido aniquilado...! ¡No podemos conseguir ninguna respuesta! ¡Nadie puede conseguir una respuesta, ni los periódicos, ni las estaciones de radio, ni la policía! Todavía estamos verificándolo, pero las historias que están llegando desde el borde de ese círculo son... —Se estremeció—. Sólo una cosa es segura: ¡el puente ha desaparecido! ¡Señorita Taggart! ¡No sabemos qué hacer!

Ella saltó hacia su escritorio y agarró el auricular del teléfono. Su mano se detuvo a medio camino, en el aire. Luego, lentamente, retorcidamente, con el mayor esfuerzo que se le había exigido jamás, empezó a bajar el brazo para colocar el auricular en su sitio. A ella le pareció que le había llevado mucho tiempo, como si su brazo hubiera tenido que moverse contra una cierta presión atmosférica con la que ningún cuerpo humano podría combatir; y, en el lapso de esos breves instantes, en la

quietud de un ciego dolor, ella supo lo que Francisco había sentido aquella noche, doce años atrás..., y lo que había sentido un joven de veintiséis años al mirar su motor por última vez.

—¡Señorita Taggart! —gritó el ingeniero jefe—. ¡No sabemos qué hacer!

El auricular hizo un suave chasquido al ser colocado en su base.

—Yo tampoco —respondió ella.

En un momento, supo que todo había terminado. Oyó su propia voz diciéndole al hombre que siguiera investigando y que le diera un informe a ella más tarde, y esperó a que el sonido de sus pasos se desvaneciera en el eco del silencio del pasillo.

Cruzando el vestíbulo de la terminal por última vez, miró la estatua de Nathaniel Taggart, y recordó una promesa que había hecho. Sería sólo un símbolo ahora, pensó, pero sería el tipo de despedida que Nathaniel Taggart se merecía. Ella no tenía ningún otro instrumento para escribir, así que sacó el lápiz de labios de su bolso y, sonriéndole a la cara de mármol del hombre que habría entendido, trazó un enorme signo del dólar en el pedestal bajo de sus pies.

Ella fue la primera en llegar a la esquina, dos manzanas al este de la entrada de la terminal. Mientras esperaba, observó los primeros indicios del pánico que estaba a punto de engullir a la ciudad: había coches circulando demasiado deprisa, algunos de ellos cargados con enseres domésticos, había demasiados coches de policía pasando a gran velocidad, y demasiadas sirenas irrumpiendo en la distancia. La noticia de la destrucción del puente aparentemente se estaba extendiendo por la ciudad; ellos deberían saber que la ciudad estaba condenada y comenzarían una estampida para escapar..., pero las personas no tenían adónde ir, y eso había dejado de ser la preocupación de ella.

Vio la figura de Francisco acercándose desde una cierta distancia; reconoció la rapidez de su paso antes de poder distinguir su cara bajo el gorro bien calado hasta los ojos. Ella captó el momento en que él la vio, al aproximarse. Él agitó el brazo, con una sonrisa de bienvenida. Algún énfasis consciente en el movimiento de su brazo lo convirtió en el gesto de un d’Anconia dándole la bienvenida a su llegada a un viajero muy esperado en las puertas de su propio dominio.

Cuando él se acercó, ella se mantuvo solemnemente recta y, mirando su rostro y los edificios de la ciudad más magnífica del mundo, como si fueran los tipos de testigos que ella quería, dijo lentamente, con voz segura y firme:

—Juro, por mi vida y mi amor a ella, que jamás viviré para el provecho de otro hombre, ni le pediré a otro hombre que viva para el mío.

Él inclinó la cabeza, como en señal de admisión. Su sonrisa era ahora un gesto de respeto.

Luego, cogió la maleta con una mano, el brazo de ella con la otra, y dijo:

—Vamos.

La unidad conocida como «Proyecto F» —en honor a su creador, el doctor Ferris— era una pequeña estructura de cemento armado, al pie de la ladera de la colina en la cual se elevaba el Instituto Estatal de Ciencias, que disfrutaba de una posición superior y más visible. Sólo la pequeña superficie gris del tejado de la unidad era visible desde las ventanas del instituto, escondida en una jungla de árboles centenarios; no parecía más grande que la tapa de una alcantarilla.

La unidad consistía en dos pisos, en forma de un pequeño cubo colocado asimétricamente encima de otro más grande. El primer piso no tenía ventanas, sólo una puerta tachonada con clavos de hierro; el segundo piso sólo tenía una ventana, como en reacia concesión a la luz del día, como si fuese una cara con un solo ojo. Los hombres del personal del instituto no tenían curiosidad por esa estructura, y evitaban los caminos que conducían a su puerta; nadie lo había sugerido jamás, pero ellos tenían la impresión de que la estructura albergaba un proyecto dedicado a experimentos con gérmenes de enfermedades mortales.

Los dos pisos estaban ocupados por laboratorios que contenían un gran número de jaulas con cobayas, perros y ratas. Pero el corazón y la razón de ser de la estructura era una habitación en su sótano, bien profunda bajo tierra; la habitación había sido pobremente revestida con las láminas porosas de un material de insonorización; las láminas habían comenzado a agrietarse, y la roca desnuda de una cueva empezaba a ser visible.

La unidad estaba protegida en todo momento por un escuadrón de cuatro guardias especiales. Esa noche, el escuadrón había sido aumentado a dieciséis miembros, convocados como servicio de emergencia en una llamada telefónica de larga distancia desde Nueva York. Los guardias, así como todos los demás empleados del «Proyecto F», habían sido cuidadosamente seleccionados sobre la base de una única cualificación: una capacidad ilimitada para la obediencia.

Los dieciséis guardias estaban estacionados y listos para pasar la noche fuera de la estructura y en los laboratorios desiertos en la parte superior, y allí seguían, cumpliendo con su deber sin cuestionar nada, y sin curiosidad sobre lo que pudiera estar ocurriendo allá abajo.

En la sala del sótano, bajo tierra, el doctor Ferris, Wesley Mouch y James Taggart estaban sentados en sillones alineados contra una pared. Una máquina que parecía un pequeño armario con forma irregular estaba en un rincón frente a ellos. Su cara frontal exhibía hileras de esferas de cristal, cada una de ellas con la marca de un segmento en rojo; había una pantalla roja cuadrada que parecía un amplificador, hileras de números, hileras de botones de madera y botones de plástico, y una única palanca controlando un interruptor en un lado y un único botón de cristal de color rojo en el otro. La cara de la máquina parecía tener más expresión que la cara del mecánico encargado de operarla; éste era un hombre joven y corpulento con una camisa manchada de sudor arremangada por encima de los codos; sus ojos azul pálido estaban vidriosos por la enorme y concienzuda concentración en su tarea; movía los labios de vez en cuando, como si estuviera recitando una lección memorizada.

Un corto cable conectaba la máquina hasta una batería eléctrica situada detrás de ella. Largas espirales de cable, como los retorcidos brazos de un pulpo, se extendían hacia delante sobre el suelo de piedra, desde la máquina hasta una colchoneta de cuero instalada bajo un cono de violenta luz. John Galt estaba acostado, atado a la colchoneta. Estaba desnudo; los pequeños discos de metal de los electrodos en los extremos de los cables estaban atados a sus muñecas, sus hombros, sus caderas y sus tobillos; un dispositivo parecido a un estetoscopio estaba conectado a su pecho, y conectado al amplificador.

—Que le quede claro... —dijo el doctor Ferris, dirigiéndose a él por primera vez—. Queremos que usted asuma poder total sobre la economía del país. Queremos que se convierta en un dictador. Queremos que gobierne. ¿Lo entiende? Queremos que dé órdenes y que determine las órdenes correctas que debe dar. Y tenemos intención de conseguir lo que queremos. Ni discursos, ni lógica, ni argumentos, ni obediencia pasiva le salvarán ahora. Queremos ideas..., o ya verá. No le dejaremos salir de aquí hasta que nos diga las medidas concretas que usted va a tomar para salvar a nuestro sistema. Luego, tendremos que decírselo al país por la radio. —Levantó la muñeca y mostró un cronómetro—. Le daré treinta segundos para decidir si quiere empezar a hablar en este momento. Si no, entonces *nosotros* empezaremos. ¿Lo entiende?

Galt los estaba mirando fijamente, con el rostro inexpresivo, como si lo entendiese demasiado bien. No respondió.

Oyeron el sonido del cronómetro en el silencio, contando los segundos, y el sonido de la respiración ahogada e irregular de Mouch mientras se agarraba a los brazos de su sillón.

Ferris le hizo una señal al mecánico de la máquina. El mecánico cerró el circuito, el cual encendió el botón de cristal rojo e inició dos sonidos: uno era el zumbido grave de un generador eléctrico; el otro era un ritmo peculiar, tan regular como el tictac de un reloj, pero con una resonancia extrañamente apagada. Tardaron un momento en darse cuenta de que provenía del amplificador, y que lo que estaban oyendo eran los latidos del corazón de Galt.

—Número tres —dijo Ferris, levantando un dedo a modo de señal.

El mecánico apretó un botón bajo una de las esferas. Un largo estremecimiento recorrió el cuerpo de Galt; su brazo izquierdo tembló, sacudido por espasmos, convulsionado por la corriente eléctrica que circulaba entre su muñeca y su hombro. Su cabeza cayó hacia atrás; tenía los ojos cerrados y los labios apretados. No emitió ningún sonido.

Cuando el mecánico levantó el dedo del botón, el brazo de Galt dejó de temblar. Él no se movió.

Los tres hombres miraron a su alrededor con una expresión instantánea como de querer orientarse. Los ojos de Ferris estaban en blanco; los de Mouch, aterrorizados; los de Taggart, decepcionados. El sonido de los latidos continuó a través del silencio.

—Número dos —dijo Ferris.

Fue la pierna derecha de Galt la que se retorció en convulsiones, mientras la corriente circulaba ahora entre sus caderas y su tobillo. Sus manos agarraron los bordes de la colchoneta. Su cabeza dio una sacudida una vez, de lado a lado, y luego se quedó inmóvil. Los latidos aceleraron levemente.

Mouch se estaba alejando, presionando contra el respaldo de su sillón. Taggart estaba sentado al borde del suyo, inclinándose hacia delante.

—Número uno, gradual —dijo Ferris.

El torso de Galt dio una sacudida hacia arriba y cayó hacia atrás, retorciéndose en largos espasmos, tensándose contra sus muñecas atadas, mientras la corriente corría de una muñeca a la otra, a través de sus pulmones. El mecánico estaba girando lentamente un mando, aumentando el voltaje de la corriente; la aguja en la esfera se estaba acercando al segmento rojo que marcaba peligro. La respiración de Galt estaba llegando en sonidos interrumpidos y jadeantes desde sus pulmones convulsos.

—¿Ya ha tenido lo suficiente? —gruñó Ferris, cuando la corriente paró.

Galt no respondió. Sus labios se movieron ligeramente, abriéndose para recibir aire. El latido que venía del estetoscopio se había acelerado. Pero su respiración estaba volviendo a su ritmo normal, a través de un controlado esfuerzo de relajación.

—¡Estás siendo demasiado blando con él! —gritó Taggart, señalando el cuerpo desnudo sobre la colchoneta.

Galt abrió los ojos y los miró durante un momento. Ellos no pudieron deducir nada, excepto que su mirada era firme y plenamente consciente. Luego dejó caer de nuevo la cabeza y se quedó quieto, como si se hubiera olvidado de ellos.

Su cuerpo desnudo parecía extrañamente fuera de lugar en ese sótano. Ellos lo sabían, aunque ninguno de ellos identificó ese conocimiento. Las largas líneas de su cuerpo, desde sus tobillos hasta las caderas planas, hasta el ángulo de la cintura, hasta los hombros rectos, parecían las de una estatua de la antigua Grecia, compartiendo el significado de esa estatua, pero estilizada en una forma más larga, más ligera y más activa, y en una resistencia más severa, sugiriendo una energía más inquieta: el cuerpo, no de un conductor de carros de combate romanos, sino de un constructor de

aviones. Y, así como el significado de una estatua de la antigua Grecia —la estatua del hombre como un dios— contrastaba con el espíritu de los salones de ese siglo, así también su cuerpo contrastaba con un sótano dedicado a actividades prehistóricas. El contraste era aún mayor, porque él parecía encajar perfectamente en un mundo de cables eléctricos, de acero inoxidable, de instrumentos de precisión, de palancas de un panel de control. Tal vez —y ése era el pensamiento más ferozmente resistido y más profundamente enterrado en el fondo de las sensaciones de los observadores, una idea que ellos sólo tenían como un odio difuso y un terror desencajado—, tal vez fuese la ausencia de tales estatuas en el mundo moderno lo que había transformado un generador en un pulpo, lo que había llevado a un cuerpo como el de Galt a sus tentáculos.

—Entiendo que usted es algún tipo de experto en electricidad —dijo Ferris, riendo socarronamente—. Pues nosotros también, ¿no cree?

Dos sonidos le respondieron en el silencio: el zumbido del generador y los latidos del corazón de Galt.

—¡La serie mixta! —ordenó Ferris, haciéndole una señal con el dedo al mecánico.

Las descargas empezaron a llegar a intervalos irregulares e impredecibles, una detrás de otra o con varios minutos de diferencia. Sólo las convulsiones que estremecían las piernas, los brazos, el torso o el cuerpo entero de Galt eran evidencia de si la corriente estaba corriendo entre dos electrodos concretos o a través de todos ellos a la vez. Las agujas de las esferas no paraban de acercarse cada vez más a las marcas rojas, y luego retrocedían: la máquina estaba calculada para infligir la máxima intensidad de dolor sin dañar el cuerpo de la víctima.

Fue a los observadores a quienes les resultó insoportable esperar durante los minutos de pausas llenas con el sonido de los latidos del corazón de Galt: un corazón que estaba ahora acelerándose a un ritmo irregular. Las pausas habían sido calculadas para dejar que el ritmo disminuyera, pero para no permitirle ningún alivio a la víctima, que podría esperar una descarga en cualquier momento.

Galt yacía relajado, como si no estuviera intentando combatir el dolor, sino rendirse a él, como si no estuviera intentando negarlo, sino soportarlo. Cuando sus labios se entreabrían para respirar y una repentina sacudida los hacía cerrarse con fuerza otra vez, él no se resistía a la temblorosa rigidez

de su cuerpo, sino que dejaba que desapareciera en el instante en que la corriente lo abandonaba. Sólo la piel de su cara estaba estirada, y la línea sellada de sus labios se torcía a un lado de vez en cuando. Cuando una descarga recorría su pecho, los mechones de oro y cobre de su cabello volaban con la sacudida de su cabeza, como si se agitaran en una ráfaga de viento, dando golpes contra su cara, contra sus ojos. Los observadores se preguntaron por qué su cabello parecía estar oscureciéndose, hasta que se dieron cuenta de que estaba empapado de sudor.

El terror de oír el propio corazón de uno esforzarse como si estuviera a punto de estallar en cualquier momento había sido pensado para que lo sintiera la víctima. Pero eran los torturadores los que estaban temblando de terror, mientras escuchaban el ritmo irregular y entrecortado y perdían el aliento con cada latido que fallaba. Sonaban ahora como si el corazón estuviera saltando, golpeándose frenéticamente contra su jaula de costillas, en agonía y en una furia desesperada. El corazón estaba protestando; el hombre, no. Estaba quieto, con los ojos cerrados, las manos relajadas, oyendo su corazón, oyendo cómo luchaba por su vida.

Wesley Mouch fue el primero en descomponerse.

—¡Oh, Dios..., Floyd! —gritó—. ¡No lo mates! ¡No te atrevas a matarlo! ¡Si él muere, nosotros morimos!

—No lo hará —gruñó Ferris—. ¡Él deseará morirse, pero no lo hará! ¡La máquina no lo dejará! ¡Está calculada matemáticamente! ¡Es segura!

—Oh, ¿no es suficiente ya? ¡Él nos obedecerá ahora! ¡Estoy seguro de que obedecerá!

—¡No! ¡No es suficiente! ¡Yo no quiero que obedezca! ¡Quiero que *crea*! ¡Que acepte! ¡Que *quiera* aceptar! ¡Tenemos que hacer que trabaje para nosotros *voluntariamente*!

—¡Adelante! —gritó Taggart—. ¿A qué estás esperando? ¿No puedes hacer la corriente más fuerte? ¡Ni siquiera ha gritado aún!

—¿Qué te pasa a ti? —jadeó Mouch, echando un vistazo a la cara de Taggart mientras una corriente retorcía el cuerpo de Galt.

Taggart estaba mirando ese cuerpo fijamente; y, aunque sus ojos parecían vidriosos y muertos, alrededor de esa mirada inanimada los músculos de su cara parecían componer una obscena caricatura de disfrute.

—¿Ya tiene suficiente? —seguía gritándole Ferris a Galt—. ¿Está listo para querer lo que *nosotros* queremos?

No oyeron respuesta alguna. Galt levantaba la cabeza de vez en cuando y los miraba. Había círculos oscuros bajo sus ojos, pero los ojos eran claros y conscientes.

En medio del creciente pánico, los observadores perdieron su sentido del contexto y del lenguaje, y sus tres voces se mezclaron en una progresión de chillidos indiscriminados:

—¡Queremos que asuma el mando!

—¡Queremos que usted gobierne!

—¡Le ordenamos que dé órdenes!

—¡Exigimos que usted sea un dictador!

—¡Le ordenamos que nos salve!

—¡Le ordenamos que piense!

No oyeron respuesta alguna, excepto los latidos del corazón del que sus propias vidas dependían.

La corriente estaba disparándose a través del pecho de Galt, y los latidos estaban llegando en oleadas irregulares, como si estuvieran acelerando y tropezando..., cuando, de repente, su cuerpo se quedó inmóvil y relajado: los latidos habían parado.

El silencio fue como si un golpe los aturdiera, y antes de que tuvieran tiempo de gritar, el horror de ellos fue superado por otro: por el hecho de que Galt abrió los ojos y levantó la cabeza.

Entonces se dieron cuenta de que el zumbido del motor también había cesado, y que la luz roja se había apagado en el panel de control: la corriente se había detenido; el generador había parado de funcionar, estaba muerto.

El mecánico estaba apretando el botón con el dedo, sin ningún resultado. Accionó la palanca del interruptor una y otra vez. Le dio una patada al costado de la máquina. La luz roja no quería encenderse; el sonido no volvió.

—¿Y ahora? —espetó Ferris—. ¿Y ahora? ¿Qué es lo que pasa?

—El generador se ha averiado —dijo el mecánico, impotente.

—¿Qué es lo que le pasa?

—No lo sé.

—¡Pues descúbrelo y arréglalo!

El hombre no era un electricista entrenado; no había sido elegido por sus conocimientos, sino por su capacidad acrítica para apretar cualquier botón; el esfuerzo que había necesitado para aprender su tarea era tal que uno podía contar con que en su consciencia no había espacio para nada más. Abrió el panel posterior de la máquina y miró desconcertado las intrincadas bobinas: no pudo encontrar nada que estuviera visiblemente averiado. Se puso los guantes de goma, cogió unos alicates, apretó unas cuantas tuercas al azar y se rascó la cabeza.

—No sé —dijo; su voz tenía un sonido de indefensa docilidad—. ¿Quién soy yo para saber?

Los tres hombres estaban de pie, apiñados detrás de la máquina para mirar sus renuentes órganos. Estaban actuando meramente por reflejo: ellos sabían que no sabían.

—Pero ¡*tienes* que arreglarlo! —gritó Ferris—. ¡*Tiene* que funcionar! ¡*Tenemos* que tener electricidad!

—¡Debemos continuar! —gritó Taggart; estaba temblando—. ¡Es ridículo! ¡No lo aceptaré! ¡No seré interrumpido! ¡No dejaré que *él* se escape! —Señaló en dirección a la colchoneta.

—¡Haz algo! —le estaba gritando Ferris al mecánico—. ¡No te quedes ahí parado! ¡Haz algo! ¡Arréglalo! ¡Te ordeno que lo arregles!

—Es que no sé lo que le pasa —dijo el hombre, parpadeando.

—¡Entonces, averígualo!

—¿Cómo voy a averiguarlo?

—¡Te ordeno que lo arregles! ¿Me oyes? ¡Hazlo funcionar..., o te despediré y te meteré en la cárcel!

—Pero es que no sé lo que le pasa. —El hombre suspiró, desconcertado—. No sé qué hacer.

—Es el vibrador lo que está estropeado —dijo una voz detrás de ellos; todos se dieron la vuelta. Galt estaba esforzándose por respirar, pero estaba hablando en el tono brusco y competente de un ingeniero—. Sácalo y quítale la tapa de aluminio. Verás un par de contactos soldados. Sepáralos, coge una lima pequeña y limpia las superficies irregulares. Luego, vuelve a colocar la tapa, vuelve a enchufarla en la máquina..., y vuestro generador funcionará.

Hubo un largo momento de silencio absoluto.

El mecánico estaba mirando a Galt; estaba manteniendo la mirada de Galt..., e incluso él fue capaz de reconocer la naturaleza del chispazo en los ojos verdes oscuros: era un chispazo de desprecio burlón.

Dio un paso atrás. En la incoherente penumbra de su consciencia, de alguna forma ininteligible y sin palabras, incluso él comprendió de repente el significado de lo que estaba ocurriendo en ese sótano.

Miró a Galt..., miró a los tres hombres..., y miró la máquina. Se estremeció, dejó caer los alicates, y salió corriendo de la habitación.

Galt se echó a reír.

Los tres hombres se estaban alejando lentamente de la máquina. Estaban esforzándose por no permitirse a ellos mismos entender lo que el mecánico había entendido.

—¡No! —gritó Taggart de pronto, mirando a Galt y saltando hacia delante—. ¡No! ¡No dejaré que se salga con la suya! —Se puso de rodillas, tanteando frenéticamente para encontrar el cilindro de aluminio del vibrador —. ¡*Yo* lo arreglaré! ¡Yo mismo operaré la máquina! ¡Tenemos que seguir! ¡Tenemos que doblegarlo!

—Tómatelo con calma, Jim —dijo Ferris con inquietud, poniéndolo de pie bruscamente.

—¿No sería..., no sería mejor que lo dejáramos por hoy? —dijo Mouch, suplicante; estaba mirando la puerta por la que había escapado el mecánico, con una expresión que era en parte envidia y en parte terror.

—¡No! —gritó Taggart.

—Jim, ¿no ha tenido suficiente? No lo olvides, tenemos que tener cuidado.

—¡No! ¡No ha tenido suficiente! ¡Ni siquiera ha gritado todavía!

—¡Jim! —gritó Mouch de repente, aterrorizado por algo en la cara de Taggart—. ¡No podemos permitirnos matarlo! ¡Tú lo sabes!

—¡Me da igual! ¡Quiero doblegarlo!¡Quiero oírlo gritar! ¡Quiero...!

Y entonces fue Taggart quien gritó. Fue un grito largo, repentino y penetrante, como si hubiera tenido alguna visión repentina, aunque sus ojos estaban mirando fijamente al espacio y parecían completamente vacíos. La visión que lo estaba confrontando estaba dentro de él. Los muros protectores de emoción, de evasión, de engaño, de medio pensamientos y de

seudopalabras, los construidos por él a lo largo de todos sus años, se habían derrumbado en el lapso de un instante: el instante en el que supo que quería que Galt muriese, sabiendo plenamente que su propia muerte le seguiría.

Él estaba viendo, de repente, el motivo que había dirigido todas las acciones de su vida. No eran ni su incomunicable alma, ni su amor por los demás, ni su deber social, ni ninguna de las fraudulentas expresiones con las que había mantenido su autoestima: era la lujuria por destruir cualquier cosa que estuviera viviendo en beneficio de lo que no estuviera viviendo. Era el ansia de desafiar la realidad mediante la destrucción de todo valor viviente, para poder demostrarse a sí mismo que *él* era capaz de existir desafiando la realidad, y que nunca tendría que estar limitado por ningún hecho sólido e inmutable. Un momento antes, él había sido capaz de sentir que odiaba a Galt más que al resto de los hombres, que ese odio era una prueba de la maldad de Galt, la cual él no necesitaba definir en detalle, que él quería que Galt fuese destruido para que él mismo pudiese sobrevivir. Ahora sabía que él había querido la destrucción de Galt al precio de que ella condujera a su propia destrucción, sabía que él mismo nunca había querido sobrevivir, sabía que era la *grandeza* de Galt lo que él había querido torturar y destruir; lo estaba viendo como grandeza, por su propia admisión, grandeza según el único estándar que existe, independientemente de que uno decida admitirlo o no: la grandeza de un hombre que dominaba la realidad de una forma que ningún otro había igualado. En el momento en que él, James Taggart, se encontró frente al ultimátum: aceptar la realidad o morir, había sido la muerte la que sus emociones habían escogido; la muerte, antes que rendirse a ese reino del cual Galt era un hijo tan radiante. En la persona de Galt —y eso él lo sabía—, él había buscado la destrucción de toda la existencia.

No fue por medio de palabras como su conocimiento confrontó a su consciencia: ya que todo su conocimiento había consistido en emociones, ahora él estaba preso por una emoción y una visión que no tenía poder de disipar. Ya no era capaz de convocar la niebla para ocultar la visión de todos esos callejones sin salida que él se había esforzado para nunca estar obligado a ver: ahora, al final de cada callejón, él estaba viendo su odio a la existencia..., estaba viendo la cara de Cherryl Taggart con su alegre entusiasmo por vivir, y que era ese entusiasmo concreto el que él siempre había querido derrotar; estaba viendo su propia cara como la cara de un

asesino a quien todos los hombres deberían aborrecer con razón, la cara de quien destruía los valores por ser valores, de quien mataba para no descubrir su propia irredimible maldad.

—No... —gimió, mirando esa visión, sacudiendo la cabeza para escapar de ella—. No..., no...

—Sí —dijo Galt.

Vio los ojos de Galt mirando directamente a los suyos, como si Galt estuviera viendo las cosas que él estaba viendo.

—Te dije eso por la radio, ¿no? —dijo Galt.

Ése era el sello que James Taggart había temido, del cual no había escapatoria: el sello y la prueba de la objetividad.

—No —dijo débilmente una vez más, pero ya no era la voz de una consciencia viva.

Se quedó de pie un momento, mirando ciegamente al espacio, y entonces sus piernas cedieron, doblándose flácidamente, y se sentó en el suelo, todavía mirando, sin ser consciente de su acción o de su entorno.

—¡Jim...! —llamó Mouch; no hubo respuesta.

Mouch y Ferris no se preguntaron ni quisieron saber qué era lo que le había sucedido a Taggart; ellos sabían que nunca deberían intentar descubrirlo, bajo peligro de compartir su destino. Ellos sabían quién era el que había sido doblegado esa noche. Sabían que *ése* era el fin de James Taggart, independientemente de si su cuerpo físico sobrevivía o no.

—Vamos a..., vamos a sacar a Jim de aquí —dijo Ferris temblando—. Vamos a llevarlo a un médico..., o a algún otro sitio...

Consiguieron arrastrar a Taggart hasta ponerlo de pie; él no se resistió, obedeció letárgicamente y movió los pies cuando lo empujaron. Era él quien había llegado al estado al que había querido que Galt fuese reducido. Sosteniéndolo por los brazos a ambos lados, sus dos amigos lo sacaron de la habitación.

Él les ahorró la necesidad de admitir que querían escapar de los ojos de Galt. Galt los estaba observando; su mirada era demasiado austera y perceptiva.

—Volveremos —espetó Ferris al jefe de los guardias—. Quedaos aquí y no dejéis entrar a nadie. ¿Entendido? A nadie.

Empujaron a Taggart hasta el coche de ellos, que estaba aparcado al lado de los árboles de la entrada.

—Volveremos —dijo Ferris a nadie en particular, a los árboles y a la oscuridad del cielo.

Por el momento, su única certeza era que ellos tenían que escapar de aquel sótano..., del sótano donde el generador vivo había quedado atado al lado del generador muerto.

## Capítulo X

## En nombre de lo mejor de nosotros

Dagny se dirigió directamente hacia el guardia apostado a la entrada del «Proyecto F». Sus pasos sonaban decididos, uniformes y abiertos, quebrando el silencio de la senda entre los árboles. Levantó la cabeza hacia un rayo de luna, para dejar que él reconociera su cara.

—Déjame entrar, dijo.

—Prohibido el paso —respondió él con voz de robot—. Por orden del doctor Ferris.

—Yo estoy aquí por orden del señor Thompson.

—¿Eh...? Yo..., yo no sé nada sobre eso.

—Yo sí.

—O sea, el doctor Ferris no me ha dicho nada..., señora.

—Yo te lo estoy diciendo.

—Pero supuestamente no debo aceptar órdenes de nadie, excepto del doctor Ferris.

—¿Vas a desobedecer al señor Thompson?

—¡Oh, no, señora! Pero..., pero si el doctor Ferris dice que no deje entrar a nadie, eso quiere decir a nadie... —dijo. Y añadió, inseguro y suplicante—: ¿Verdad?

—¿Sabes que soy Dagny Taggart y que has visto mis fotos en los periódicos junto al señor Thompson y a los principales líderes del país?

—Sí, señora.

—Entonces decide si quieres desobedecer sus órdenes.

—¡Oh, no, señora! ¡No quiero!

—Entonces déjame entrar.

—Pero ¡no puedo desobedecer al doctor Ferris tampoco!

—Entonces decide.

—Pero ¡no puedo decidir, señora! ¿Quién soy yo para decidir?

—Tendrás que hacerlo.

—Mire —dijo él deprisa, sacando una llave de su bolsillo y volviéndose hacia la puerta—, le preguntaré al jefe. Él...

—No —dijo ella.

Una cierta cualidad en el tono de su voz le hizo a él volverse y encararla: ella tenía una pistola apuntándole directamente al corazón.

—Escucha con atención —dijo ella—. O me dejas entrar, o te disparo. Puedes intentar dispararme tú primero, si puedes. Tienes esa opción..., y ninguna más. Ahora, decide.

Él se quedó boquiabierto, y la llave se le cayó de la mano.

—Quítate de en medio —dijo ella.

Él sacudió la cabeza frenéticamente, apoyando su espalda contra la puerta.

—¡Oh, Dios, señora! —Tragó saliva en un gemido de desesperada súplica—. ¡Yo no puedo dispararle, sabiendo que usted viene de parte del señor Thompson! ¡Y tampoco puedo dejarla entrar, contra las órdenes del doctor Ferris! ¿Qué he de hacer? ¡Yo soy sólo un peón! ¡Sólo estoy obedeciendo órdenes! ¡No depende de mí!

—Es tu vida —dijo ella.

—Si me deja preguntarle al jefe, él me dirá, él me...

—No voy a dejar que le preguntes a nadie.

—Pero ¿cómo sé yo que usted tiene *realmente* una orden del señor Thompson?

—No tienes cómo saberlo. Tal vez no la tenga. Tal vez esté actuando por mi propia cuenta... y puedas ser castigado por obedecerme. Tal vez la tenga... y te metan en la cárcel por desobedecer. Tal vez el doctor Ferris y el señor Thompson estén de acuerdo en esto. O tal vez no... y tengas que desafiar a uno o al otro. Ésas son las cosas que tienes que decidir. No hay nadie a quien preguntar, nadie a quien llamar, nadie que te lo diga. Tendrás que decidir por ti mismo.

—Pero ¡yo no *puedo* decidir! ¿Por qué yo?

—Porque es *tu* cuerpo el que me está obstruyendo el paso.

—Pero ¡no puedo decidir! ¡Se supone que yo no tomo decisiones!

—Contaré hasta tres —dijo ella—. Luego dispararé.

—¡Espere! ¡Espere! ¡No he dicho ni que sí ni que no! —gritó él, apretándose más aún contra la puerta, como si la inmovilidad de mente y cuerpo fuesen su mejor protección.

—Uno... —contó ella; podía ver los ojos mirándola aterrorizados—. Dos... —Podía ver que la pistola suponía menos terror para él que la alternativa que ella le ofrecía—. Tres.

De un modo tranquilo e impersonal, ella, que habría dudado en dispararle a un animal, apretó el gatillo y disparó directamente al corazón de un hombre que había querido existir sin la responsabilidad de la consciencia.

Su pistola estaba equipada con un silenciador; no hubo ningún sonido que atrajese la atención de nadie, sólo el golpe seco de un cuerpo cayendo a sus pies.

Recogió la llave del suelo; luego esperó unos segundos, como había sido convenido.

Francisco fue el primero en unirse a ella, saliendo de atrás de una esquina del edificio; luego Hank Rearden, y luego Ragnar Danneskjöld. Había habido cuatro guardias apostados a intervalos entre los árboles alrededor del edificio. Ahora estaban eliminados: uno estaba muerto, los otros tres habían sido dejados entre la maleza, atados y amordazados.

Dagny le entregó la llave a Francisco sin pronunciar palabra. Él abrió la puerta y entró, solo, dejando la puerta entreabierta unos centímetros. Los otros tres esperaron afuera, cerca de la apertura.

El vestíbulo estaba iluminado por una sola lámpara empotrada en medio del techo. Un guardia se hallaba al pie de la escalera que conducía al segundo piso.

—¿Quién es usted? —gritó al ver a Francisco entrar como si fuese el dueño del lugar—. Supuestamente nadie tenía que venir aquí esta noche.

—Yo sí —dijo Francisco.

—¿Cómo es que Rusty le ha dejado entrar?

—Sus razones habrá tenido.

—¡Se supone que no debería haberlo hecho!

—Alguien ha cambiado tus suposiciones. —Los ojos de Francisco estaban haciendo un inventario relámpago del lugar. Un segundo guardia estaba en el primer descansillo de la escalera, mirándolos desde arriba y escuchando.

—¿Qué busca? ¿Qué negocios le traen por aquí?

—Minas de cobre.

—¿Eh...? Quiero decir, ¿quién es usted?

—Mi nombre es demasiado largo para decírtelo. Se lo diré a tu jefe. ¿Dónde está?

—¡*Yo* hago las preguntas! —Pero dio un paso atrás—. No..., no se haga el importante o tendré que...

—¡Oye, Pete, es él! —gritó el segundo guardia, paralizado por la actitud de Francisco.

El primero se estaba esforzando en ignorarlo; su voz fue creciendo a medida que aumentaba su miedo, al espetarle a Francisco:

—¿Qué es lo que busca?

—Dije que eso se lo diré a tu jefe. ¿Dónde está?

—¡Yo estoy haciendo las preguntas!

—Yo no las estoy respondiendo.

—Ah, con que no, ¿eh? —gruñó Pete, que sólo tenía un recurso en caso de duda: su mano se acercó rápidamente a la pistola en su cadera.

La mano de Francisco fue demasiado rápida para que los dos hombres viesen su movimiento, y su pistola demasiado silenciosa. Lo que vieron y oyeron a continuación fue la pistola volando de la mano de Pete, junto con el salpicón de sangre de sus dedos destrozados, y su ahogado aullido de dolor. Se desplomó, gimiendo. En el momento en que el segundo guardia lo captó, vio que la pistola de Francisco le estaba apuntando a él.

—¡No dispare, señor! —gritó.

—¡Baja aquí con las manos en alto! —ordenó Francisco apuntando la pistola con una mano y haciendo una señal hacia la rendija de la puerta con la otra.

Cuando el guardia bajó la escalera, Rearden ya estaba allí para desarmarlo, y Danneskjöld para atarlo de pies y manos. La visión de Dagny parecía asustarlo más que todo el resto; no conseguía entenderlo: los tres hombres llevaban gorras y cazadoras, y si no fuese por sus modales, podrían ser tomados por salteadores; la presencia de una dama era inexplicable.

—Ahora —dijo Francisco—, ¿donde está tu jefe?

El guardia señaló con la cabeza en dirección a la escalera.

—¡Allá arriba!

—¿Cuántos guardias hay en el edificio?

—Nueve.

—¿Dónde están?

—Uno está en la escalera al sótano. Los otros están todos allá arriba.

—¿Dónde?

—En el laboratorio grande. El que tiene ventana.

—¿Todos ellos?

—Sí.

—¿Qué hay en esas habitaciones? —Señaló las puertas que salían del vestíbulo.

—Son laboratorios también. Están cerrados por la noche.

—¿Quién tiene la llave?

—Él —Señaló con la cabeza a Pete.

Rearden y Danneskjöld tomaron la llave del bolsillo de Pete y se apresuraron silenciosamente a revisar las habitaciones, mientras Francisco continuaba:

—¿Hay otros hombres en el edificio?

—No.

—¿No hay un prisionero aquí?

—Ah..., sí, supongo que sí. Debe haberlo, o no nos habrían mantenido a todos de servicio.

—¿Aún está aquí?

—Eso no lo sé. Ellos nunca nos lo dirían.

—¿El doctor Ferris está aquí?

—No. Salió hace unos diez o quince minutos.

—Ahora, ese laboratorio del piso de arriba, ¿su puerta da directamente al descansillo de la escalera?

—Sí.

—¿Cuántas puertas hay allí?

—Tres. Es la de en medio.

—¿Qué son las otras habitaciones?

—Está el laboratorio pequeño en un lado, y la oficina del doctor Ferris en el otro.

—¿Hay puertas de comunicación entre ellas?

—Sí.

Francisco se estaba volviendo hacia sus compañeros, cuando el guardia dijo con aire suplicante:

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Adelante.

—¿Quién es usted?

Respondió en el tono solemne de una presentación formal en un salón:

—Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia.

Dejó al guardia mirándolo boquiabierto, y se volvió para tener una breve y sigilosa consulta con sus compañeros.

Un momento después, fue Rearden quien subió la escalera..., veloz, silencioso y solo.

Había jaulas con ratones y cobayas apiladas contra las paredes del laboratorio; habían sido puestas allí por los guardias, que estaban jugando al póquer en la larga mesa de laboratorio, en el centro. Seis de ellos estaban jugando; dos estaban de pie en rincones opuestos, vigilando la puerta de entrada, pistolas en mano. Fue la cara de Rearden lo que lo salvó de ser acribillado cuando le vieron entrar: su cara era demasiado bien conocida por ellos, y demasiado inesperada. Él vio ocho cabezas mirándolo, reconociéndolo, y siendo incapaces de creer lo que estaban reconociendo.

Se quedó en la puerta, las manos en los bolsillos del pantalón, con el gesto informal y confiado de un ejecutivo de negocios.

—¿Quién está al mando aquí? —preguntó con la voz cortésmente abrupta de un hombre que no pierde el tiempo.

—Usted..., ¿usted no es...? —tartamudeó un individuo desgarbado y hosco desde la mesa de juego.

—Soy Hank Rearden. ¿Eres tú el jefe?

—¡Sí! Pero ¿de dónde demonios viene usted?

—De Nueva York.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Entonces..., por lo que veo, no habéis sido informados.

—¿Deberíamos...? O sea, ¿de qué?

La sospecha rápida, susceptible y resentida de que sus superiores habían desairado su autoridad era evidente en la voz del jefe. Era un hombre alto y escuálido, de movimientos convulsos, con la cara demacrada y los ojos inquietos y desenfocados de un drogadicto.

—Sobre lo que vengo a hacer aquí.

—Usted..., usted no puede venir a hacer nada aquí —replicó, dividido entre el miedo a ser víctima de un farol y el miedo a haber sido dejado al margen de alguna decisión importante de alto nivel—. ¿No es usted un traidor y un desertor y un...?

—Veo que tienes información obsoleta, amigo mío.

Los otros siete en la habitación estaban mirando a Rearden con una incertidumbre sobrecogida y supersticiosa. Los dos que tenían pistolas seguían apuntándolas hacia él en la forma impasible de autómatas. Él no pareció prestarles atención.

—¿Qué es lo que dice que le trae por aquí? —preguntó abruptamente el jefe.

—Estoy aquí para hacerme cargo del prisionero, el cual tenéis que entregarme.

—Si usted viniese del cuartel general, sabría que yo no tengo por qué saber nada de ningún prisionero..., ¡y que nadie debe tocarlo!

—Excepto yo.

El jefe se puso en pie de un salto, se lanzó a un teléfono y cogió el auricular. Pero ni llegó a acercarlo a su oído cuando lo dejó caer bruscamente con un ademán que provocó una vibración de pánico en toda la sala: había tenido tiempo de oír que el teléfono no funcionaba y que los cables habían sido cortados.

Su mirada acusadora, al volverse hacia Rearden, chocó contra la leve y desdeñosa recriminación de la voz de Rearden:

—Vaya manera de proteger un edificio..., si es esto lo que permites que ocurra. Más vale que me entregues al prisionero, antes de que le pase algo..., si no quieres que te denuncie por negligencia, además de por insubordinación.

El jefe volvió a dejarse caer pesadamente en su silla, se echó hacia delante sobre la mesa y levantó la vista hacia Rearden con una mirada que hizo que su cara se asemejase a los animales que estaban empezando a agitarse en sus jaulas.

—¿Quién es el prisionero? —preguntó.

—Querido amigo mío —dijo Rearden—, si tus superiores inmediatos no creyeron conveniente decírtelo, yo ciertamente no seré quien lo haga.

—¡Tampoco les pareció apropiado decirme que usted iba a venir! —gritó el jefe, su voz confesando la impotencia de la rabia, y transmitiendo las vibraciones de la impotencia a sus hombres—. ¿Cómo sé que puedo confiar en usted? Con el teléfono sin funcionar, ¿quién me lo va a decir? ¿Cómo puedo yo saber qué hacer?

—Eso es tu problema, no el mío.

—¡No le creo! —Su grito era demasiado estridente para proyectar convicción—. No creo que el gobierno le enviase en una misión, cuando usted es uno de esos traidores que desaparecen y son amigos de John Galt que...

—Pero ¿es que no te has enterado?

—¿De qué?

—John Galt ha llegado a un acuerdo con el gobierno y nos ha traído a todos de vuelta.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó uno de los guardias, el más joven.

—¡Cierra el pico! ¡Tú no has de tener opiniones políticas! —explotó el jefe, y se volvió abruptamente hacia Rearden—. ¿Por qué no lo han anunciado en la radio?

—¿Presumes de mantener opiniones sobre cuándo y cómo el gobierno debe decidir anunciar sus políticas?

En el largo momento de silencio, todos podían oír el susurro de los animales arañando los barrotes de sus jaulas.

—Creo que debería recordarte —dijo Rearden— que tu trabajo no es cuestionar órdenes, sino obedecerlas, que no tienes por qué saber ni comprender las políticas de tus superiores, que tú no eres quién para juzgar, decidir o dudar.

—Pero ¡no sé si se supone que debo obedecerle a usted!

—Si te niegas, sufrirás las consecuencias.

Apoyándose en la mesa, el jefe paseó su mirada lentamente, calculando, desde la cara de Rearden a las de los dos pistoleros en los rincones. Los pistoleros afinaron su puntería con un movimiento casi imperceptible. Un susurro nervioso atravesó la habitación. Un animal chilló agudamente en una de las jaulas.

—Creo que también debería decirte —dijo Rearden, su voz levemente más dura— que no estoy solo. Mis amigos están esperando afuera.

—¿Dónde?

—Rodeando esta habitación.

—¿Cuántos?

—Ya te enterarás..., de una forma u otra.

—Oiga, jefe —gimió una voz temblorosa entre los guardias—, no queremos líos con esa gente, son...

—¡Cierra el pico! —rugió el jefe, poniéndose de pie de un salto y apuntando su pistola en la dirección de quien hablaba—. ¡No vais a volveros gallinas ahora, ninguno de vosotros, desgraciados! —Estaba gritando para ahuyentar la comprensión de la situación que ellos tenían. Estaba tambaleándose al borde del pánico, luchando contra la sensación de que, de alguna forma, algo acababa de desarmar a sus hombres—. ¡No hay nada de lo que asustarse! —Estaba gritándoselo a sí mismo, tratando de recuperar la seguridad de la única esfera que él conocía: la esfera de la violencia—. ¡Ni nada ni nadie! ¡Os lo demostraré! —Se dio media vuelta, su mano temblando en el extremo de su brazo vacilante, y le disparó a Rearden.

Algunos de ellos vieron a Rearden moverse, su mano derecha agarrando su hombro izquierdo. Otros, en ese mismo instante, vieron caer la pistola de la mano del jefe y chocar con el suelo al unísono con su grito y con el brote de sangre de su muñeca. Todos ellos vieron a Francisco d'Anconia de pie en la puerta de la izquierda, su pistola silenciada aún apuntando al jefe.

Todos ellos estaban de pie y habían sacado sus pistolas, pero perdieron ese primer momento, sin atreverse a disparar.

—Yo no lo haría, si estuviese en vuestro lugar —dijo Francisco.

—¡Cielos! —jadeó uno de los guardias, esforzándose por recordar un nombre que escapaba a su memoria—. ¡Ése... ése es el tipo que voló todas las minas de cobre del mundo!

—Lo es —dijo Rearden.

Habían retrocedido involuntariamente, alejándose de Francisco, y se volvieron para ver que Rearden seguía en la puerta de entrada, con una pistola apuntándoles con su mano derecha y una mancha oscura extendiéndose en su hombro izquierdo.

—¡Disparad, cabrones! —gritó el jefe a los hombres vacilantes—. ¿A qué esperáis? ¡Matadlos! —Estaba apoyado con un brazo contra la mesa, la sangre saliéndole del otro—. ¡Denunciaré a todo aquel que no obedezca! ¡Haré que lo condenen a muerte por esto!

—¡Soltad las armas! —dijo Rearden.

Los siete guardias permanecieron congelados durante un instante, sin obedecer a ninguno de los dos.

—¡Me largo de aquí! —gritó el más joven, lanzándose hacia la puerta de la derecha.

La abrió de un tirón y dio un salto hacia atrás: Dagny Taggart estaba en el umbral, pistola en mano.

Los guardias estaban agrupándose lentamente en el centro de la habitación, librando una batalla invisible en la neblina de sus cerebros, desarmados por una sensación de irrealidad en presencia de figuras legendarias que nunca habían esperado ver, y sintiendo casi como si les estuvieran ordenando disparar a fantasmas.

—¡Soltad las armas! —dijo Rearden—. Vosotros no sabéis por qué estáis aquí. Nosotros sí. Vosotros no sabéis quién es vuestro prisionero. Nosotros sí. Vosotros no sabéis por qué vuestros jefes quieren que lo vigiléis. Nosotros sabemos por qué queremos rescatarlo. Vosotros no sabéis el objetivo de vuestra lucha. Nosotros sabemos el objetivo de la nuestra. Si morís, no sabréis por lo que estáis muriendo. Si lo hacemos nosotros, sí lo sabremos.

—¡No..., no le hagáis caso! —gruñó el jefe—. ¡Disparad! ¡Os ordeno que disparéis!

Uno de los guardias miró al jefe, dejó caer su arma y, levantando los brazos, se apartó del grupo hacia Rearden.

—¡Malditos seáis! —gritó el jefe, cogió una pistola con su mano izquierda y le disparó al desertor.

Coincidiendo con la caída del cuerpo del hombre, la ventana estalló en una lluvia de vidrio, y desde la rama de un árbol, como desde una catapulta, la alta y esbelta figura de un hombre entró volando en la sala, aterrizó de pie y le disparó al primer guardia que vio.

—¿Quién es *usted*? —preguntó alguna voz cegada por el miedo.

—Ragnar Danneskjöld.

Tres sonidos le contestaron: un largo y creciente gemido de pánico, el estrépito de cuatro pistolas cayendo al suelo, y el rugido de la quinta, disparada por un guardia a la frente del jefe.

Para cuando los cuatro supervivientes de la guarnición empezaron a reordenar los fragmentos de su consciencia, sus cuerpos estaban tendidos en el suelo, atados y amordazados; el quinto había sido dejado de pie, sus manos amarradas a la espalda.

—¿Dónde está el prisionero? —le preguntó Francisco.

—En el sótano..., supongo.

—¿Quién tiene la llave?

—El doctor Ferris.

—¿Dónde está la escalera que va al sótano?

—Detrás de una puerta en la oficina del doctor Ferris.

—Ve tú delante.

Al salir, Francisco se dirigió a Rearden.

—¿Estás bien, Hank?

—Seguro.

—¿Necesitas descansar?

—¡Ni pensarlo!

Desde el umbral de la puerta de la oficina de Ferris miraron por una inclinada escalera de piedra y vieron un guardia en el rellano de abajo.

—¡Ven aquí con las manos en alto! —ordenó Francisco.

El guardia vio la silueta de un desconocido actuando con decisión, y el brillo de una pistola: eso fue suficiente. Obedeció inmediatamente; parecía aliviado de escapar de la húmeda cripta de piedra. Quedó atado en el suelo de la oficina, junto con el guardia que les había llevado allí.

Luego los cuatro rescatadores quedaron libres para volar escalera abajo hasta el portón de acero que había cerrado al fondo. Habían actuado y se habían movido con la precisión de una controlada disciplina. Ahora, era como si sus riendas internas se hubiesen roto.

Danneskjöld tenía las herramientas para destrozar la cerradura. Francisco fue el primero en entrar en el sótano, y su brazo le impidió el paso a Dagny durante una fracción de segundo —lo suficiente para mirar y asegurarse de que la escena sería soportable—, y luego la dejó adelantarse a él mismo: tras una madeja de cables eléctricos, había visto la cabeza erguida y la mirada de bienvenida de Galt.

Ella cayó de rodillas junto a la colchoneta. Galt la miró, como la había mirado en su primera mañana en el valle, su sonrisa era como el sonido de una risa que nunca hubiera padecido dolor, su voz era suave y baja:

—Nunca tuvimos que tomarnos nada de eso en serio, ¿verdad?

Con lágrimas corriéndole por la cara, pero su sonrisa declarando una plena, confiada y radiante certeza, ella contestó:

—No, nunca tuvimos que hacerlo.

Rearden y Danneskjöld estaban cortando sus ligaduras. Francisco acercó una botella de brandy a los labios de Galt. Galt bebió, y se incorporó apoyándose sobre un codo cuando sus brazos quedaron libres.

—Dadme un cigarrillo —dijo.

Francisco sacó un paquete de cigarrillos con el signo del dólar. La mano de Galt temblaba un poco cuando acercó el cigarrillo a la llama de un encendedor, pero la mano de Francisco temblaba mucho más.

Mirándole a los ojos por encima de la llama, Galt sonrió y dijo en tono de respuesta a las preguntas que Francisco no estaba haciendo:

—Sí, fue bastante duro, aunque soportable..., y el tipo de voltaje que usaron no deja daños permanentes.

—Les encontraré algún día, sean quienes sean —dijo Francisco; el tono de su voz, monótono, seco y apenas perceptible, dijo el resto.

—Si lo haces, te darás cuenta de que no queda nada de ellos que matar —dijo Galt. Y miró a las caras a su alrededor; vio la intensidad del alivio en sus ojos, y la violencia de su cólera en la severidad de sus rasgos; él sabía de qué forma ellos estaban ahora reviviendo su tortura—. Ya ha pasado —añadió—. No lo hagáis peor para vosotros de lo que fue para mí.

Francisco miró a otro lado.

—Es sólo que fuiste tú... —susurró—, tú...; si fuese cualquier otro menos tú...

—Pero tenía que ser yo, si iban a intentar su último recurso, y lo han intentado, y... —Movió la mano, como haciendo desaparecer la sala y el significado de todos los que la habían construido en los territorios baldíos del pasado—. Y eso es todo.

Francisco asintió, su cara aún girada hacia atrás. La violenta presión de sus dedos agarrando la muñeca de Galt durante un instante fue su respuesta.

Galt se incorporó hasta sentarse, poco a poco recuperando el control de sus músculos. Levantó la mirada hacia la cara de Dagny, mientras el brazo de ella se disparó para ayudarlo; él vió en ella la lucha de su sonrisa contra la tensión de lágrimas reprimidas; era la lucha que le suponía saber que nada podría importarle a ella aparte de la visión de su cuerpo desnudo y de que su cuerpo estaba vivo, contrarrestando el hecho de saber lo que ese cuerpo había aguantado. Manteniendo su mirada, él levantó la mano y tocó el cuello del jersey blanco de ella con la punta de los dedos, en

reconocimiento y en recuerdo de las únicas cosas que irían a importar a partir de ahora. El débil temblor de los labios de Dagny, relajándose en una sonrisa, le dijo que ella entendía.

Danneskjöld encontró la camisa, sus pantalones y el resto de las ropas de Galt, que habían sido tiradas en un rincón de la habitación.

—¿Crees que puedes andar, John? —preguntó.

—Claro.

Mientras Francisco y Rearden ayudaban a Galt a vestirse, Danneskjöld procedió calmada y sistemáticamente, sin emoción visible, a demoler la máquina de tortura hasta hacerla añicos.

Galt no estaba del todo firme en pie, pero podía mantenerse, apoyándose en el hombro de Francisco. Los primeros pasos fueron difíciles, pero, cuando llegaron a la puerta, él ya era capaz de recuperar los movimientos para andar. Uno de sus brazos rodeaba los hombros de Francisco para apoyarse; su otro brazo se ajustaba a los hombros de Dagny, tanto para recibir apoyo como para darlo.

No hablaron mientras bajaban por la colina, con la oscuridad de los árboles envolviéndolos como protección, cortando totalmente el brillo mortecino de la luna y el brillo más muerto aún en la distancia detrás de ellos, en las ventanas del Instituto Estatal de Ciencias.

El avión de Francisco estaba oculto entre la maleza, al borde de una pradera detrás de la siguiente colina. No había viviendas humanas en kilómetros a su alrededor. No había ojos que notasen o que cuestionasen los repentinos rayos de los faros del avión extendiéndose a través de la desolación de hierbajos, o la violenta explosión del motor al que dio vida Danneskjöld, que era quien pilotaba.

Con el sonido de la puerta cerrándose de un portazo tras ellos, y con el avance del impulso de las ruedas bajo sus pies, Francisco sonrió por primera vez.

—Ésta es mi única oportunidad de darte órdenes —le dijo a Galt, ayudándolo a acostarse en un asiento reclinable—. Ahora quédate quieto, relájate y no te preocupes... Y tú también —añadió, volviéndose a Dagny y señalando el asiento al lado de Galt.

Las ruedas estaban girando más deprisa, como si estuviesen ganando velocidad y propósito y ligereza, ignorando los impotentes obstáculos de pequeñas sacudidas causadas por surcos en la tierra. Cuando el movimiento

se convirtió en un largo y suave deslizamiento, cuando vieron las negras sombras de los árboles pasar fugaces bajo ellos y alejarse tras las ventanillas, Galt se inclinó silenciosamente y se llevó a los labios la mano de Dagny: estaba abandonando el mundo exterior con el único valor que él había querido ganar de él.

Francisco había sacado un botiquín y estaba quitándole la camisa a Rearden para vendarle la herida. Galt vio el delgado hilo rojo bajando del hombro de Rearden hasta el pecho.

—Gracias, Hank —dijo.

Rearden sonrió.

—Repetiré lo que tú dijiste cuando yo te di las gracias, en nuestra primera reunión: «Si entiendes que actué por mi propio beneficio, sabes que no es necesaria la gratitud».

—Y yo repetiré —dijo Galt—, la respuesta que tú me diste: «Por eso te doy las gracias».

Dagny se dio cuenta de que se miraban uno al otro como si su mirada fuese el apretón de manos de un lazo demasiado firme para necesitar ser nombrado. Rearden la vio observándolos, y la más débil contracción de sus ojos fue como una sonrisa de aprobación, como si su mirada estuviese repitiéndole a ella el mensaje que le había enviado desde el valle.

Oyeron el repentino sonido de la voz de Danneskjöld levantada alegremente en conversación con el espacio abierto, y se dieron cuenta de que estaba hablando por la radio del avión:

—Sí, sanos y salvos, todos nosotros... Sí, está ileso, sólo un poco conmocionado, y descansando... No, ninguna herida permanente... Sí, todos estamos aquí. Hank Rearden recibió una herida superficial, pero... —dijo, y miró por encima del hombro—, pero me está haciendo un guiño ahora mismo... ¿Pérdidas? Creo que perdimos la paciencia durante unos minutos allá dentro, pero estamos recuperándonos... No intentéis ganarme llegando antes a la Quebrada de Galt, yo aterrizaré primero... y le ayudaré a Kay en el restaurante a preparar vuestro desayuno.

—¿Puede alguien de fuera oírle? —preguntó Dagny.

—No —dijo Francisco—. Es una frecuencia que no están equipados para recibir.

—¿A quién le está hablando? —preguntó Galt.

—A casi la mitad de la población masculina del valle —respondió Francisco—, o a todas las personas para las que tuvimos sitio en cada avión disponible. Están volando detrás de nosotros ahora mismo. ¿Creías que alguno de ellos iba a quedarse en casa y dejarte en manos de los saqueadores? Estábamos dispuestos a sacarte de allí con un asalto frontal y armado al instituto o al Hotel Wayne-Falkland, si hubiese sido necesario. Pero sabíamos que en ese caso corríamos el riesgo de que te mataran, al ver que estaban acabados. Por eso decidimos que nosotros cuatro lo intentaríamos primero solos. Si hubiésemos fracasado, los demás habrían intervenido con un ataque abierto. Estaban esperando a un kilómetro de distancia. Teníamos hombres apostados entre los árboles en la colina, que nos vieron salir y les transmitieron la noticia a los demás. Ellis Wyatt estaba al mando. Por cierto, él está pilotando tu avión. La razón por la que no pudimos llegar a Nueva Hampshire tan pronto como el doctor Ferris es que tuvimos que traer nuestros aviones desde aeropuertos distantes y ocultos, mientras que él tenía la ventaja de aeropuertos oficiales. Los cuales, por cierto, no tendrá por mucho tiempo.

—No —dijo Galt—, no por mucho tiempo.

—Ése fue nuestro único obstáculo. El resto fue fácil. Te contaré toda la historia más tarde. De cualquier forma, nosotros cuatro nos bastamos para derrotar a su guarnición.

—Uno de estos siglos —dijo Danneskjöld volviéndose hacia ellos un momento—, los matones, privados o públicos, que crean que pueden dominar a sus mejores hombres por la fuerza, aprenderán la lección de lo que ocurre cuando la fuerza bruta choca contra la mente y la fuerza.

—Lo han aprendido —dijo Galt—. ¿No es esa lección concreta la que les has estado enseñando durante doce años?

—¿Yo? Sí. Pero el curso ha terminado. Esta noche ha sido el último acto de violencia que realizaré jamás. Fue mi recompensa por los doce años. Mis hombres han empezado ahora a construir sus casas en el valle. Mi barco estará escondido donde nadie pueda encontrarlo, hasta que pueda venderlo para un uso mucho más civilizado. Será convertido en una línea transatlántica de pasajeros, y una línea excelente, por cierto, aunque sea de un tamaño modesto. En cuanto a mí, empezaré a prepararme para dar un curso de lecciones diferente. Creo que tendré que repasarme las obras del primer maestro de nuestro maestro.

Rearden soltó una carcajada.

—Me gustaría estar presente en tu primera clase de filosofía en un aula de la universidad —dijo—. Me gustaría ver cómo tus estudiantes serán capaces de mantener la mente en el tema, y cómo responderás al tipo de preguntas irrelevantes que no les culparé por querer preguntarte.

—Les diré que hallarán las respuestas en el tema.

No había muchas luces abajo en la Tierra. El campo era una negra lámina vacía, con unos pocos destellos ocasionales en las ventanas de algunas estructuras gubernamentales, y el tembloroso resplandor de velas en las ventanas de hogares derrochadores. La mayor parte de la población rural hacía tiempo que había sido reducida a la vida de aquellas épocas en las que la luz artificial era un lujo exorbitante, cuando una puesta de sol ponía fin a la actividad humana. Los pueblos eran como charcos desperdigados, dejados atrás por una marea que retrocede, manteniendo aún unas preciosas gotas de electricidad, pero secándose en un desierto de raciones, cuotas, controles, y reglas para conservar energía.

Pero cuando el lugar que había sido una vez la fuente de la marea —la ciudad de Nueva York— se elevó en la distancia frente a ellos, aún estaba proyectando sus luces al cielo, desafiando todavía la oscuridad primordial, casi como si, en un último esfuerzo, en una última petición de ayuda, estuviese ahora estirando sus brazos hacia el avión que estaba cruzando su cielo. Involuntariamente, todos se irguieron, como en respetuoso gesto de atención ante el lecho de muerte de lo que había sido grandeza.

Mirando hacia abajo, podían percibir las últimas convulsiones: las luces de los coches estaban moviéndose rápidamente por las calles, como animales atrapados en un laberinto, buscando frenéticamente una salida; los puentes estaban atestados de coches, los accesos a los puentes eran venas de faros amontonados, los rutilantes embotellamientos estaban parando todo movimiento, y el desesperado grito de las sirenas llegaba débilmente a la altura del avión. La noticia de que la arteria del continente había sido cortada había envuelto a la ciudad, los hombres estaban desertando de sus puestos, intentando, en pánico, abandonar Nueva York, buscando una vía de escape donde todas las carreteras estaban cortadas y ya no había escape posible.

El avión estaba sobrevolando las azoteas de los rascacielos cuando de repente, con la brusquedad de un escalofrío, como si la tierra se hubiese separado para devorarla, la ciudad desapareció de la faz de la Tierra. Tardaron un momento en darse cuenta de que el pánico había llegado a las centrales eléctricas, y que las luces de Nueva York se habían extinguido.

Dagny ahogó una exclamación.

—¡No mires abajo! —ordenó Galt incisivamente.

Ella levantó sus ojos hacia su cara. Su rostro tenía la misma expresión de austeridad con la que ella siempre le había visto encarar los hechos.

Recordó la historia que Francisco le había contado: «Él había renunciado en la Twentieth Century. Estaba viviendo en una buhardilla en un barrio humilde. Se acercó a la ventana y señaló los rascacielos de la ciudad. Dijo que teníamos que extinguir las luces del mundo y que, cuando viéramos las luces de Nueva York apagarse, sabríamos que nuestro trabajo estaba hecho».

Se acordó de ello cuando vio a los tres —John Galt, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjöld— mirándose entre ellos durante un momento.

Ella miró a Rearden; él no estaba mirando hacia abajo, estaba mirando hacia delante, como ella le había visto mirar un paisaje virgen: con una mirada que evaluaba las posibilidades de acción.

Cuando miró la oscuridad delante de ella, otro recuerdo apareció en su mente: el momento en que, haciendo círculos sobre el aeropuerto de Afton, había visto el fuselaje plateado de un avión elevarse como un fénix desde las tinieblas de la Tierra. Ella sabía que ahora, en ese instante, ese avión estaba llevando todo lo que quedaba de la ciudad de Nueva York.

Miró al frente. La Tierra estaba tan vacía como el espacio en el que la hélice iba surcando un camino sin obstrucciones..., tan vacía y tan libre. Ella sabía lo que Nat Taggart había sentido en sus comienzos y por qué ahora, por primera vez, ella lo estaba siguiendo con plena lealtad: la confiada sensación de encarar un vacío y de saber que uno tiene todo un continente que construir.

Sintió la totalidad de la lucha de su pasado alzándose ante ella y desvaneciéndose, dejándola a ella ahí, a la altura de ese momento. Sonrió..., y las palabras en su mente, apreciando y sellando el pasado, eran las

palabras de aliento, orgullo y dedicación que la mayoría de los hombres nunca habían entendido, las palabras del lenguaje propias de los hombres de negocios: «El precio no es obstáculo».

Ni se sobresaltó ni se estremeció cuando, en la oscuridad allá abajo, vio una pequeña fila de puntos luminosos avanzando penosamente hacia el Oeste, a través del vacío, con el largo y brillante rayo de luz de un reflector tratando de proteger la seguridad de su camino; no sintió nada, aunque era un tren y ella sabía que no tenía ningún destino más que el vacío.

Se volvió hacia Galt. Él estaba observando su cara, como si hubiese estado siguiendo sus pensamientos. Ella vio el reflejo de su propia sonrisa en la de él.

—Es el final —dijo ella.

—Es el principio —respondió él.

Luego permanecieron quietos, reclinados en sus asientos, silenciosamente mirándose uno al otro. Entonces sus personas llenaron mutuamente sus consciencias, como la suma y el significado del futuro..., pero la suma incluía el conocimiento de todo lo que había tenido que ser ganado, antes de que la persona de otro ser pudiese llegar a encarnar los valores de la existencia de uno.

Nueva York había quedado ya muy atrás cuando oyeron a Danneskjöld contestar a una llamada de radio.

—Sí, está despierto. No creo que duerma esta noche... Sí, creo que puede. —Se volvió para mirar por encima del hombro—. John, el doctor Akston quiere hablar contigo.

—¿Qué? ¿Está él en uno de esos aviones detrás de nosotros?

—Desde luego.

Galt saltó hacia delante para agarrar el micrófono.

—Qué tal, doctor Akston —dijo; el tono bajo y tranquilo de su voz era la imagen audible de una sonrisa transmitida a través del espacio.

—Hola, John. —La firmeza demasiado consciente de la voz de Hugh Akston confesaba a qué precio él había esperado saber si alguna vez pronunciaría de nuevo esas dos palabras—. Sólo quería oír tu voz..., sólo saber que estás bien.

Galt sonrió y, con el tono de un estudiante presentando orgullosamente una tarea de deberes completada como prueba de una lección bien aprendida, respondió:

—Por supuesto que estoy bien, profesor. Tenía que estarlo. A es A.

La locomotora del Comet que iba en dirección Este se averió en medio de un desierto en Arizona. Paró bruscamente, sin ninguna razón aparente, como un hombre que no se había permitido a sí mismo saber que estaba aguantando demasiado: alguna conexión sobrecargada se rompió del todo.

Cuando Eddie Willers mandó llamar al revisor, esperó mucho tiempo hasta que el hombre entró, y sintió la respuesta a su pregunta en la mirada de resignación en la cara del hombre.

—El maquinista está tratando de descubrir qué es lo que no funciona, señor Willers —respondió suavemente, en un tono que implicaba que era su deber esperar, pero que había perdido toda esperanza desde hacía años.

—¿No lo sabe?

—Está trabajando en ello. —El revisor esperó durante un cortés medio minuto, y se disponía a marcharse cuando se detuvo para ofrecer una explicación, como si algún lejano y racional hábito le dijese que cualquier tentativa de explicar haría que cualquier terror no admitido fuese más fácil de soportar—. Estas diésel nuestras no están en condiciones de ser puestas en funcionamiento, señor Willers. Hace mucho que ni valía la pena repararlas.

—Lo sé —dijo Eddie en voz baja.

El revisor sintió que su explicación era peor que nada: llevaba a preguntas que los hombres no hacían esos días. Sacudió la cabeza y salió.

Eddie Willers se quedó sentado mirando la vacía oscuridad más allá de la ventanilla. Éste era el primer Comet en dirección al Este que salía de San Francisco desde hacía muchos días: era el fruto de sus denodados esfuerzos por restablecer un servicio transcontinental. No era consciente de lo que había batallado los últimos días, de lo que había hecho para salvar la terminal de San Francisco del ciego caos de guerra civil en la que los hombres estaban enzarzados sin tener ni idea de sus objetivos; y ni podía recordar los arreglos que había hecho en función del alcance de cada momento cambiante. Sabía sólo que había conseguido inmunidad para la terminal por parte de los líderes de tres facciones combatientes diferentes; que había encontrado un hombre para el puesto de gerente de terminal, alguien que no parecía haber abandonado del todo; que había lanzado un

Taggart Comet más en su viaje hacia el Este, con la mejor locomotora diésel y la mejor tripulación disponible; y que se había subido al tren para hacer su viaje de vuelta a Nueva York, sin tener ni idea de cuánto tiempo duraría su logro.

Nunca había trabajado tan duro; había hecho su trabajo tan a conciencia y tan bien como siempre había hecho cualquier tarea; pero era como si hubiese trabajado en un vacío, como si su energía no hubiese encontrado transmisores y hubiese ido a parar a las arenas de... de algún desierto como el que se extendía más allá de la ventanilla del Comet. Se estremeció: sintió un momento de empatía con la atascada locomotora del tren.

Al cabo de un rato volvió a llamar al revisor.

—¿Cómo va eso? —preguntó.

El revisor se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Envía al fogonero a un teléfono en la vía. Que le diga a la sede de la división que nos envíen el mejor mecánico disponible.

—Sí, señor.

No había nada que ver al otro lado de las ventanillas; apagando la luz, Eddie Willers pudo distinguir una extensión gris moteada por los puntos negros de cactus, sin principio ni fin. Se preguntó cuántos hombres se habían aventurado alguna vez a atravesarla, y a qué precio, en los días en que no había trenes. Desvió la vista de la ventanilla, y bruscamente encendió la luz.

Era sólo el hecho de que el Comet estaba en el exilio, pensó, lo que le producía esa sensación de agobiante ansiedad. Estaba encallado en una vía ajena, en la vía prestada de la Atlantic Southern que atravesaba Arizona, la vía que ellos estaban usando sin pagar. Tenía que sacarlo de allí, pensó; no se sentiría así una vez que volvieran a sus propios raíles. Pero, de pronto, el empalme le pareció estar a una distancia insuperable: a orillas del Misisipi, en el Puente Taggart.

No, pensó, eso no era todo. Tenía que admitir para sí mismo qué imágenes lo estaban perturbando con una sensación de malestar que no podía identificar ni disipar; eran demasiado vagas para ser definidas y demasiado inexplicables para ser ignoradas. Una era la imagen de una estación secundaria que habían pasado sin parar, más de dos horas antes: él se había fijado en el andén vacío y en las ventanas fuertemente iluminadas

del pequeño edificio de la estación; las luces venían de salas vacías; no había visto ni una sola figura humana, ni en el edificio ni en las vías externas. La otra imagen era la de la siguiente estación que habían pasado: su andén estaba abarrotado con una muchedumbre agitada. Ahora estaban muy lejos del alcance de la luz o del sonido de cualquier estación.

Tenía que sacar al Comet de allí, pensó. Se preguntó por qué lo sentía con tanta urgencia y por qué había parecido tan crucialmente importante restablecer el viaje del Comet. Un puñado de pasajeros estaban traqueteando en sus vagones vacíos; los hombres no tenían ni dónde ir ni objetivos que alcanzar. No era por el bien de ellos por lo que él había luchado; no podía decir por el de quién. Dos frases aparecieron como respuesta en su mente, impactándolo con la ambigüedad de una plegaria y la fuerza avasalladora de un absoluto. Una era: «De Océano a Océano, para siempre». La otra era: «¡No lo dejes ir!».

El revisor volvió una hora después, con el fogonero, cuya cara parecía extrañamente sombría.

—Señor Willers —dijo el fogonero lentamente—, la sede de la división no contesta.

Eddie Willers se irguió en su asiento, con su mente negándose a creerlo, aunque sabiendo de pronto que, por alguna inexplicable razón, *eso* era lo que él había esperado.

—¡Es imposible! —dijo, su voz baja; el fogonero lo estaba mirando, sin moverse—. El teléfono de la vía debe de estar averiado.

—No, señor Willers. No estaba averiado. La línea estaba ciertamente activa; la sede de la división, no. Quiero decir, no había nadie allí que contestara, o bien nadie que quisiese hacerlo.

—Pero ¡tú sabes que eso es imposible!

El fogonero se encogió de hombros; los hombres no consideraban imposible ningún desastre esos días.

Eddie se levantó de un salto.

—Recorre el tren de arriba abajo —le ordenó al revisor—. Llama a todas las puertas..., las de los compartimentos que están ocupados, claro, y mira si hay algún ingeniero electricista a bordo.

—Sí, señor.

Eddie sabía que ellos presentían, como él mismo presentía, que no encontrarían a tal hombre; no entre los rostros letárgicos y apagados de los pasajeros que habían visto.

—Vamos —ordenó, volviéndose hacia el fogonero.

Subieron juntos a la locomotora. El maquinista de pelo gris estaba sentado en su asiento, mirando los cactus. El faro de la locomotora se había quedado encendido y se extendía en la noche, inmóvil y recto, iluminando sólo la borrosa imagen de traviesas disolviéndose.

—Intentemos descubrir dónde está el fallo —dijo Eddie, quitándose la chaqueta, su voz mitad orden, mitad súplica—. Sigamos intentándolo.

—Sí, señor —dijo el maquinista, sin resentimiento ni esperanza.

El maquinista había agotado su escasa reserva de conocimientos; había verificado todas las posibles causas de avería que se le ocurrieron. Fue gateando por encima y por debajo de la maquinaria, desatornillando sus partes y volviendo a atornillarlas, quitando piezas y poniéndolas de nuevo, desmontando los motores al azar, como un niño que desmonta un reloj, pero sin la convicción del niño de que el conocimiento es posible.

El fogonero seguía sacando la cabeza por la ventanilla del vagón, mirando la negra quietud y temblando, como si su temblor se debiera al viento de la noche, que era cada vez más frío.

—No te preocupes —dijo Eddie Willers, asumiendo un tono de confianza—. Tenemos que hacer todo lo que podamos, pero si fracasamos, nos mandarán ayuda tarde o temprano. Ellos no abandonan trenes en medio de la nada.

—No solían hacerlo —dijo el fogonero.

De vez en cuando el maquinista levantaba su cara manchada de grasa para mirar a la cara y a la camisa manchadas de grasa de Eddie Willers.

—¿Para qué todo esto, señor Willers? —preguntó.

—¡No podemos dejarlo ir! —respondió Eddie fieramente; él sabía tenuemente que se refería a algo más que al Comet..., a algo más que al ferrocarril.

Yendo de la cabina a las tres unidades de motores y volviendo a la cabina, sus manos sangrando, su camisa pegada a la espalda, Eddie Willers estaba esforzándose por recordar todo lo que había llegado a saber sobre locomotoras, todo lo que había aprendido en la universidad, e incluso antes: cualquier cosa que había aprendido en aquellos días cuando los agentes de

la estación de Rockdale solían echarle de las escalerillas de sus pesadas locomotoras de maniobra. Pero las piezas no se conectaban con nada; su cerebro parecía atascado y cerrado; él sabía que los motores no eran su profesión, sabía que había cosas que no sabía, y que ahora era cuestión de vida o muerte que él descubriera ese conocimiento. Estaba mirando los cilindros, las planchas, los cables, los paneles de control que seguían parpadeando con luces. Seguía esforzándose por no permitir que su mente alojara la idea que estaba haciendo presión contra su periferia: ¿cuáles eran las probabilidades y cuánto tiempo les llevaría —según la teoría matemática de probabilidades— a unos hombres primitivos, trabajando a ciegas, dar con la combinación correcta de piezas y reconstruir el motor de esa locomotora?

—¿Para qué todo esto, señor Willers? —gimió el maquinista.

—¡No podemos dejarlo ir! —gritó.

Él no sabía cuántas horas habían pasado cuando oyó al fogonero gritar de pronto:

—¡Señor Willers! ¡Mire!

El fogonero estaba asomado a la ventanilla, señalando la oscuridad detrás de ellos.

Eddie Willers miró. Una extraña lucecita estaba balanceándose a trompicones en la distancia; parecía estar avanzando a un ritmo imperceptible; no era ningún tipo de luz que él pudiese identificar.

Al cabo de un rato le pareció distinguir unas grandes sombras negras avanzando lentamente; se movían en una línea paralela a la vía; el punto de luz colgaba bajo, sobre el suelo, oscilando; agudizó el oído, pero no oyó nada.

Luego llegó a oír un ritmo débil y ahogado que sonaba como cascos de caballos. Los dos hombres a su lado miraban las sombras negras con una expresión de creciente terror, como si alguna aparición sobrenatural estuviese avanzando hacia ellos en la noche del desierto. En el momento en que ellos se echaron a reír de repente, alegrándose, reconociendo las sombras, fue la cara de Eddie la que se heló en una expresión de terror al ver un fantasma aún más aterrador que cualquiera que ellos pudieran haber esperado antes: era una caravana de carretas.

El farol oscilante se detuvo de pronto al lado de la locomotora.

—Eh, amigos, ¿puedo llevaros a algún sitio? —gritó un hombre que parecía ser el jefe; estaba conteniendo una risita—. Estáis atascados, ¿no?

Los pasajeros del Comet estaban mirando por las ventanillas; algunos estaban bajando los escalones y acercándose. Caras de mujeres miraban a hurtadillas desde los vagones, entre los montones de utensilios caseros; un bebé lloró en algún lugar al final de la caravana.

—¿Estás loco? —preguntó Eddie Willers.

—No, lo digo en serio, amigo. Tenemos sitio de sobra. Llevaremos a los que quieran ir..., pagando, claro, si es que queréis salir de aquí. —Era un hombre desgarbado y nervioso, con ademanes desenvueltos y una voz insolente, que parecía un charlatán de feria.

—Éste es el Taggart Comet —dijo Eddie Willers, ahogándose.

—Así que el Comet, ¿eh? A mí me parece más bien una oruga muerta. ¿Qué pasa, amigo? No vais a ir a ningún sitio..., y no podríais llegar a ese sitio aunque quisierais.

—¿Qué quieres decir?

—No estaréis pensando en ir a Nueva York, ¿verdad?

—*Vamos* a Nueva York.

—Entonces..., ¿no os habéis enterado?

—¿De *qué*?

—Dime, ¿cuándo fue la última vez que hablasteis con alguna de vuestras estaciones?

—¡No lo sé...! Enterado, ¿de *qué*?

—Que vuestro Puente Taggart ya no está. No existe. Se hizo pedazos. Una explosión de rayos sónicos o algo así. Nadie lo sabe con exactitud. Sólo que ya no hay puente para cruzar el Misisipi. No hay más Nueva York..., al menos no al que gente como tú y como yo podamos llegar.

Eddie no supo lo que pasó a continuación; se había caído hacia atrás contra el lado del asiento del maquinista, mirando a la puerta abierta de la unidad de motores; no supo cuánto tiempo había estado allí, pero, cuando finalmente volvió la cabeza, vio que estaba solo. El maquinista y el fogonero habían abandonado la cabina. Había un jaleo de voces fuera, de chillidos, sollozos, preguntas a gritos... y el sonido de la risa del charlatán de feria.

Eddie se incorporó hasta la ventanilla de la cabina: los pasajeros del Comet y la tripulación se estaban arremolinando alrededor del líder de la caravana y de sus harapientos compañeros; él estaba agitando sus desgarbados brazos en gestos de mando. Algunas de las damas mejor vestidas del Comet —cuyos esposos por lo visto habían sido los primeros en hacer un trato— estaban subiendo a bordo de las carretas cubiertas, sollozando y sosteniendo sus delicados estuches de maquillaje.

—¡Vayan subiendo, señores, vayan subiendo! —estaba gritando alegremente el charlatán—. ¡Haremos sitio para todos! Iremos un poco apretados, pero moviéndonos... ¡Mejor que quedarse aquí para ser pasto de los coyotes! ¡Los días del caballo de vapor han terminado! ¡Lo único que tenemos es el simple caballo de siempre! ¡Lento, pero seguro!

Eddie Willers bajó hasta la mitad de la escalerilla al lado de la locomotora, para ver a la muchedumbre y hacerse oír. Agitó un brazo, aferrándose a la baranda con el otro.

—No os marcharéis, ¿verdad? —les gritó a sus pasajeros—. ¡No iréis a abandonar el Comet!

Ellos se alejaron de él un poco, como si no quisiesen mirarle ni responder. No querían oír preguntas que sus mentes eran incapaces de sopesar. Él vio las caras ciegas del pánico.

—¿Qué le pasa al mecánico? —preguntó el charlatán, señalando a Eddie.

—Señor Willers —dijo el revisor—, es inútil...

—¡No abandonéis el Comet! —gritó Eddie Willers—. ¡No lo dejéis ir! Oh, Dios, ¡no lo dejéis ir!

—¿Estás loco? —gritó el charlatán—. ¡No tienes ni idea de lo que está pasando en tus estaciones de ferrocarril y en la oficina central! ¡Todos están corriendo de un lado para otro como pollos sin cabeza! ¡No creo que vaya a quedar un ferrocarril funcionando en este lado del Misisipi mañana por la mañana!

—Más vale que venga con nosotros, señor Willers —dijo el revisor.

—¡No! —gritó Eddie, aferrándose a la barandilla de metal como si quisiera que su mano se fundiese con ella.

El charlatán se encogió de hombros.

—¡Vale! Es tu funeral...

—¿Hacia dónde vais? —preguntó el maquinista, sin mirar a Eddie.

—¡Simplemente vamos, amigo! Simplemente, buscando un sitio para parar... en algún lugar. Venimos de Valle Imperial, California. La pandilla del «Partido del Pueblo» agarró las cosechas y todos los alimentos que teníamos en los sótanos. Acaparar, lo llaman. Así que, simplemente, cogimos nuestras cosas y nos fuimos. Tenemos que viajar de noche, a causa de la pandilla de Washington... Sólo buscamos un lugar para vivir... Te invitamos a venir, amigo, si no tienes casa; o si lo prefieres, podemos dejarte en algún pueblo cercano.

Los hombres de esa caravana —pensó Eddie, indiferente— parecían demasiado malos para fundar una colonia libre y secreta, y no lo suficientemente malos para convertirse en una pandilla de bandoleros; ellos no tenían más destino que encontrar que el del inmóvil foco de la locomotora; y, igual que ese foco, se disolverían en algún lugar en los vacíos trechos del país.

Él siguió en la escalinata, mirando hacia arriba, al foco. No miró cuando los últimos pasajeros que jamás viajarían en el Taggart Comet eran transferidos a las carretas.

El revisor fue el último.

—¡Señor Willers! —llamó desesperadamente—. ¡Véngase!

—¡No! —dijo Eddie.

El charlatán de feria agitó un brazo hacia la figura de Eddie, que estaba al lado de la locomotora, sobre sus cabezas.

—¡Espero que sepas lo que estás haciendo! —gritó, su voz mitad amenaza, mitad súplica—. Tal vez alguien venga por aquí a recogerte... ¡la semana que viene o el mes que viene! ¡Tal vez! ¿Quién lo haría, hoy día?

—¡Largaos de aquí! —dijo Eddie Willers.

Subió de nuevo a la cabina, y las carretas iniciaron la marcha con una sacudida y fueron tambaleándose y chirriando para adentrarse en la noche. Se sentó en la silla del maquinista, el asiento de una locomotora inmóvil, su frente apoyada en la inútil palanca. Se sintió como el capitán de un transatlántico a punto de naufragar, prefiriendo hundirse con él antes que ser rescatado por una canoa de salvajes burlándose de él al vanagloriarse de la superioridad de su nave.

Entonces, de pronto, sintió la ciega oleada de una rabia desesperada y justificada. Se puso en pie de un salto, agarrando el regulador de velocidad. Tenía que arrancar ese tren; en nombre de alguna victoria que no podía

nombrar, tenía que poner la locomotora en marcha.

Pasada ya la fase de pensar, calcular o temer, movido por algún tipo de indignado desafío, estaba tirando de mandos al azar, moviendo la palanca del acelerador para atrás y para adelante, estaba pisando en el pedal de hombre muerto, que estaba en verdad muerto, estaba intentando divisar la forma de alguna visión que parecía a la vez distante y cercana, sabiendo sólo que su desesperada batalla estaba alimentada por esa visión y librada en su honor.

«¡No lo dejes ir!», gritaba su mente mientras veía las calles de Nueva York. «¡No lo dejes ir!», mientras veía las luces de señales ferroviarias. «¡No lo dejes ir!», mientras veía el humo elevarse orgulloso de las chimeneas de fábricas, mientras se esforzaba en cortar la cortina de humo y alcanzar la visión que estaba en el origen de esas visiones.

Estaba dando tirones de manojos de cables, estaba juntándolos y volviéndolos a separar, mientras la repentina sensación de rayos de sol y de pinos tiraba de él desde los recovecos de su mente. «¡Dagny!», se oyó a sí mismo, llorando silenciosamente, «Dagny, ¡en nombre de lo mejor que hay en nosotros!». Estaba tirando de palancas inútiles y de un acelerador que no tenía nada que acelerar. «¡Dagny!», le estaba gritando a una niña de doce años en un soleado claro del bosque, «¡en nombre de lo mejor de nosotros, debo ahora arrancar este tren! Dagny, eso es lo que era, y tú lo sabías entonces, pero yo no; tú lo sabías cuando te volvías para mirar las vías. Yo dije: “No se trata de negocios o de ganarse la vida”; pero Dagny, los negocios y ganarse la vida, y lo que hay en el hombre que hace que esas cosas sean posibles, eso es lo mejor en nosotros, eso era lo que había que defender..., y en aras de salvar todo eso, Dagny, yo debo ahora arrancar este tren...».

Cuando se dio cuenta de que se había derrumbado en el suelo de la cabina y supo que ya no había nada que pudiese hacer, se levantó y descendió la escalinata, pensando vagamente en las ruedas de la locomotora, aunque sabía que el maquinista las había revisado. Sintió el crujido del polvo del desierto bajo sus pies cuando se dejó caer al suelo. Permaneció inmóvil y, en el enorme silencio, oyó el susurro de plantas rodadoras moviéndose en la oscuridad, como la risa de un ejército invisible que era libre de moverse mientras que el Comet no. Oyó un susurro más fuerte y más cercano, y vio la pequeña forma gris de un conejo

levantándose sobre sus patas traseras para olfatear los peldaños de un vagón del Taggart Comet. Con una súbita furia asesina se lanzó en dirección al animal, como si pudiese detener el avance del enemigo en la persona de aquella minúscula forma gris. El conejo desapareció en la oscuridad, pero él sabía que el avance no podía ser detenido.

Se dirigió a la parte delantera de la locomotora y miró hacia arriba a las letras TT. Luego se desplomó sobre la vía y permaneció sollozando al pie de la locomotora, con el rayo de un faro inmóvil sobre él perdiéndose en una noche sin fin.

La música del Quinto Concierto de Richard Halley fluía de su teclado, más allá del cristal de la ventana, y se extendía por el aire sobre las luces del valle. Era una sinfonía de triunfo. Las notas fluían hacia arriba, hablaban de elevación y eran la elevación misma, eran la esencia y la forma del movimiento ascendente, parecían encarnar todo acto y pensamiento humano que tenía el ascenso como motivo. Era un estallido de sonido, saliendo de su encierro y extendiéndose por todas partes. Tenía la libertad de una liberación y la tensión de un objetivo. Barría el espacio limpiándolo, sin dejar más que el goce de un esfuerzo sin obstáculos. Sólo un débil eco dentro de los sonidos hablaba de aquello de lo cual la música había escapado, pero hablaba en risueño asombro ante el descubrimiento de que no existía fealdad ni dolor, y que nunca había tenido que existir. Era el canto de una inmensa liberación.

Las luces del valle caían en cuadros brillantes sobre la nieve que aún cubría el suelo. Había repisas de nieve en los salientes de granito y en las pesadas ramas de los pinos. Pero las ramas desnudas de los abedules mostraban un débil avance ascendente, como en confiada promesa de las cercanas hojas de primavera.

El rectángulo de luz en la ladera de una montaña era la ventana del estudio de Mulligan. Midas Mulligan estaba sentado en su escritorio, con un mapa y una columna de números delante de él. Estaba haciendo una lista de los activos de su banco, y trabajando en un plan de inversiones que tenía proyectadas. Estaba anotando las localidades que iba eligiendo: Nueva York; Cleveland; Chicago; Nueva York; Filadelfia; Nueva York; Nueva York; Nueva York...

El rectángulo de luz al fondo del valle era la ventana de la casa de Danneskjöld. Kay Ludlow estaba sentada ante un espejo, estudiando cuidadosamente las tonalidades de su maquillaje para cine contenidas en el estropeado estuche delante de ella. Ragnar Danneskjöld estaba tendido en un sofá, leyendo un volumen de las obras de Aristóteles: «... porque estas verdades son válidas para todo cuanto existe, y no para algún género en especial, aparte de los demás. Y todos los hombres las usan, porque son verdades del ser *como* ser... Porque un principio que cada uno debe tener que entienda cualquier cosa que es, no es una hipótesis... Evidentemente, entonces tal principio es el más cierto de todos; qué principio ése es, procedamos a enunciar. Es, que el mismo atributo no puede al mismo tiempo pertenecer y no pertenecer al mismo sujeto en el mismo sentido...».

El rectángulo de luz en medio de una granja era la ventana de la biblioteca del juez Narragansett. Estaba sentado a una mesa, y la luz de una lámpara iluminaba la copia de un antiguo documento. Él había tachado las contradicciones internas que en otros tiempos habían sido la causa de su destrucción. Ahora estaba añadiendo una nueva cláusula a sus páginas: «El Congreso no promulgará ninguna ley que coarte la libertad de producción y comercio...».

El rectángulo de luz en medio de un bosque era la ventana de la cabaña de Francisco d'Anconia. Francisco estaba tendido en el suelo, junto a las danzantes lenguas de un fuego, inclinado sobre folios de papel, completando el diseño de su horno de fundición. Hank Rearden y Ellis Wyatt estaban sentados junto a la chimenea.

—John diseñará las nuevas locomotoras —estaba diciendo Rearden—, y Dagny operará el primer ferrocarril entre Nueva York y Filadelfia. Ella...

Y, de repente, al oír la siguiente frase, Francisco echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, una risa de saludo, de triunfo y de liberación. Ellos no podían oír la música del Quinto Concierto de Halley que ahora fluía en algún lugar por encima del tejado, pero la risa de Francisco la igualó. Contenida en la frase que acababa de oír, Francisco estaba viendo la luz del sol en primavera sobre los jardines abiertos de los hogares de todo el país, estaba viendo el relucir de motores, estaba viendo el resplandor del acero en las ascendientes estructuras de nuevos rascacielos, estaba viendo los ojos de la juventud mirando al futuro sin incertidumbre ni temor.

La frase que Rearden había pronunciado era: «Ella probablemente intentará despellejarme vivo con las tarifas de carga que va a cobrar..., pero conseguiré pagarlas».

El débil resplandor de luz ondeando lentamente por el espacio, en el reborde accesible más alto de una montaña, era como la luz de las estrellas en los mechones de cabello de Galt. Él estaba de pie, mirando, no el valle abajo, sino la oscuridad del mundo más allá de sus muros. La mano de Dagny descansaba en su hombro, y el viento movía el cabello de ella hasta fundirse con el de él. Ella sabía por qué él había querido caminar por las montañas esa noche, y lo que se había parado a considerar. Sabía qué palabras eran las que él iba a pronunciar, y que ella sería la primera en oírlas.

No podían ver el mundo más allá de las montañas, sólo había un vacío de oscuridad y de roca, pero la oscuridad ocultaba las ruinas de un continente: las casas sin techo, los tractores oxidados, las calles sin luz, los raíles abandonados... Pero, en la lejana distancia, al borde de la Tierra, una pequeña llama estaba oscilando en el viento: la desafiante y terca llama de la Antorcha de Wyatt, retorciéndose, quebrándose y recuperando su forma, rehusando ser arrancada o extinguida. Parecía estar llamando y esperando las palabras que John Galt en ese momento iba a pronunciar.

—El camino está despejado —dijo Galt—. Vamos a volver al mundo.

Levantó la mano y, sobre la desolada Tierra, trazó en el espacio el signo del dólar.

# Sobre la autora

«Mi vida personal», dice Ayn Rand, «es una posdata a mis novelas; consiste en la frase: "*Y lo digo en serio*". Siempre he vivido según la filosofía que presento en mis libros; y ha funcionado para mí, igual que funciona para mis personajes. Los detalles concretos son diferentes, las abstracciones son las mismas».

»Decidí ser escritora a la edad de nueve años, y todo lo que he hecho ha sido integrado hacia ese objetivo. Soy estadounidense por elección y por convicción. Nací en Europa, pero vine a Estados Unidos porque éste era el país basado en mis premisas morales, y el único país donde uno podía ser totalmente libre para escribir. Vine aquí sola, después de graduarme en una universidad europea. Tuve una lucha difícil, ganándome la vida en trabajos temporales, hasta que mis escritos llegaron a ser un éxito comercial. Nadie me ayudó, ni pensé en ningún momento que era el deber de nadie ayudarme.

»En la universidad estudié historia como mi materia principal, y filosofía como mi interés especial; la primera, para poder tener un conocimiento objetivo del pasado de los hombres, para mis escritos futuros; la segunda, para poder conseguir una definición objetiva de mis valores. Descubrí que la primera podía ser aprendida, pero que la segunda tendría que ser desarrollada por mí.

»He mantenido la misma filosofía que tengo ahora desde que puedo recordar. He aprendido muchísimo a lo largo de los años, y he ampliado mi conocimiento de detalles, de temas específicos, de definiciones, de aplicaciones, etc., y tengo intención de seguir expandiéndolo; pero nunca he tenido que cambiar ninguno de mis fundamentos. Mi filosofía, en esencia, es el concepto del hombre como un ser heroico, con su propia felicidad como el objetivo moral de su vida, con el logro productivo como su actividad más noble, y con la razón como su único absoluto.

»La única deuda filosófica que puedo reconocer es a Aristóteles. Estoy muy en desacuerdo con muchas partes de su filosofía, pero su definición de las leyes de la lógica y de los medios del conocimiento humano es un logro tan enorme que sus errores son irrelevantes en comparación. Encontraréis mi homenaje a él en los títulos de las tres partes de *La rebelión de Atlas*.

»Mi otro reconocimiento está en la página de dedicatoria de esta novela. Yo sabía qué valores de carácter quería encontrar en un hombre. Conocí a un hombre así, y hemos estado casados durante veintiocho años. Su nombre es Frank O'Connor.

»A todos los lectores que descubrieron *El manantial* y me hicieron muchas preguntas sobre la aplicación más amplia de sus ideas, quiero decirles que estoy respondiendo a esas preguntas en esta novela, y que *El manantial* fue sólo una obertura a *La rebelión de Atlas*.

»Confío en que nadie me diga que no existen personajes tales como sobre los que yo escribo. Que este libro haya sido escrito —y publicado— es mi prueba de que sí existen.»

*La rebelión de Atlas*
Ayn Rand

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de cubierta: © Sylvia Sans
Fotografía de cubierta: © CSU Archives/Everett Collection /Bridgeman Images/ACI

© Ayn Rand, 1957
© renewed Eugene Winick, Paul Gitlin, and Leonard Peikoff, 1985
Publicado por acuerdo con International Editors Co. y Curtis Brown, Ltd.
Los derechos morales de la autora han sido reconocidos

© de la traducción: Objetivismo internacional, 2019 (Objetivismo.org)

© Editorial Planeta, S.A. / CEOE, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAPF, SLU.
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-234-3059-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com